Jesús Aller Manrique

Los libros vivos

ARTÍCULOS Y RESEÑAS



EDICIONES KRK

Los libros vivos

COLECCIÓN VALKENBURG ◆ ESTUDIOS Y DOCUMENTOS ◆ 110

COMPAGINACIÓN Y CUBIERTA: OLAYA GARCÍA
AL CUIDADO DE LA EDICIÓN: BENITO GARCÍA NORIEGA

Jesús Aller Manrique

Los libros vivos

ARTÍCULOS Y RESEÑAS

KRK EDICIONES ◆ 2026

© Jesús Aller Manrique
Ilustración de cubierta: Biblioteca del monasterio de Strahov (Praga)
© de esta edición, Krk Ediciones
Álvarez Lorenzana, 27. 33006 Oviedo
www.krkediciones.com
ISBN: 978-84-8367-896-1
D.L.: AS-1305-2026
Grafinsa. Oviedo

Los libros vivos

Nota introductoria

Lo que es llegar a viejo. Pasé largamente los cuarenta años de edad sin que nunca se me ocurriera pensar que habría de desarrollar una carrera de reseñista durante más de un cuarto de siglo... Y ahora veo todo eso atrás, lejano y ajeno. Sí es cierto que siempre me gustó leer y aburrir con mis lecturas a los más próximos, pero de eso a reseñar hay un largo trecho. El impulso inicial procedió de amigos editores de revistas y medios diversos. Así empecé en *Clarín* y *Literaturas*, para seguir pronto en *La Nueva España*, *Luke*, *Alasbarricadas*, *Agitadoras* y sobre todo en *Rebelión*, que se convirtió en mi hogar y aún sigue siéndolo. Gracias a todos los que en mí confiaron.

Ahora veo llegado el momento de asumir nuevos retos y no resisto la tentación de reunir los artículos, principalmente reseñas, de esta época, en un volumen; y si lo último que publiqué fue *Los libros muertos*, es de cajón que esto debe titularse *Los libros vivos*. Siempre he tenido libertad para elegir lo que reseñaba y de esta forma, lo que se encontrará en las páginas que siguen termina perfilando una expresión muy ajustada de mis propias ideas y filosofía vital, expuestas desde los hombros de los gigantes que mejor fueron capaces de mostrármelas para que las hiciera mías.

La estructura del libro puede entenderse como un sendero —¿iniciático?— que desde lo más variopinto y terrenal conduce a las grandes síntesis del pensamiento. Así, dos capítulos iniciales tratan de asuntos literarios y de música más artes plásticas, en todas las épocas y regiones. Sigue otro con los variados aspectos de la historia, y en un cuarto se engloban política y economía, dejando no obstante para un quinto lo relacionado específicamente con el anarquismo, culmen a mi juicio del pensamiento político y económico. Un sexto y último capítulo trata la revolución interior que debe completar cualquier proyecto emancipador, y reúne textos sobre psicología, religión y otros asuntos capaces de iluminar todo lo visto anteriormente.

A lo largo de estos años, no han sido pocos los que me han hecho comentarios sobre la conveniencia de publicar en forma de libro los artículos que iban apareciendo. Tengo que reconocer que esta sugerencia siempre me animaba profundamente, porque la gran duda que uno tiene cuando elabora textos periodísticos es si éstos, fruto del interés de un momento, podrán ser útiles en el futuro. Gracias pues a todos los buenos amigos que juzgando perdurable mi trabajo, me alentaban y dan sentido ahora a la publicación de *Los libros vivos*.

Y un libro tan largo, mejor dejarlo con una introducción cortita.

1

Literatura

1.1
Literatura latina

Los hombres del *Satiricón*

Publicado en *Rebelión* el 8 de julio de 2008

Si hay un libro en la literatura latina cuya dimensión humana transmite algo muy cercano a nuestra sensibilidad, ése es sin duda el *Satiricón*. Todo lo que hay de rebuscado en otras grandes obras de aquel tiempo y su tendencia a una perfección que hoy se nos antoja algo marchita hace que compitan en desventaja con un relato simple y verdadero que dibuja estratos hondos de nuestro ser. Su reconocida «inmoralidad» es sólo la lectura puritana de la profunda libertad que es su principal virtud, libertad jocosa y enamorada plena de pasión por lo más elemental de la vida y desprecio por los rituales vacíos de la riqueza y el poder, inmoderada libertad que hace que su retrato de unos vagabundos del siglo primero se nos aparezca hoy como un espejo que refleja nuestras propias inquietudes.

El *Satiricón* que ha llegado hasta nosotros es tan sólo un conjunto de fragmentos llenos de alusiones a incidencias que se han perdido. Sin embargo esto no le resta encanto, porque la historia que se nos cuenta parece girar sobre sí misma sin necesidad de un principio o un final. Encolpio y Ascilto son dos jóvenes exgladiadores que se buscan la vida por el sur de la peninsula itálica, y los vemos divertirse, gozar y sufrir en alternativas impuestas por un destino voluble. Si primero comparten como invitados el banquete del liberto Trimalción, que habría de quedar como la más memorable estampa de «nuevo rico» de la literatura universal, poco después caen en manos de viejos enemigos y se ven involucrados en un naufragio. No obstante, milagrosamente salvados viven después nuevas aventuras. Una densa cortina de tiempo no logra ocultarnos sus rostros. Encolpio y Ascilto son un par de colegas que conocemos bien. Los dos se disputan el amor de Gitón, un mozo de catorce años. Después se les suma en sus correrías Eumolpo, un anciano poeta que vive sólo para tejer sus versos y admirar las adorables criaturas que pueblan el mundo. Cuartila, una cortesana muy en su oficio, es otro personaje esencial en la primera parte. Algunos episodios, sobre todo la cena citada, nos introducen en rituales de la sociedad más refinada —«¿Qué es un pobre?», pregunta en un momento Trimalción—, pero este espectáculo resulta tan extraño para los protagonistas como puede serlo para nosotros, y su asombro, su risa y sus bromas durante el banquete bien pudieran ser los nuestros. El fundamento del libro es sobre todo, dominando cualquier peripecia, una indomable libido y ésta es quizá la fuente de su embrujo. Por debajo de circunstancias mudables, el sexo es la sustancia del *Satiricón*, y han sido necesarios siglos de cristianismo para que el relato se convierta en un monstruoso inventario de pecados mortales contra los mandamientos sexto y noveno.

Sexo sin duda, sí, en estado puro y en todas sus variantes, y trasluciendo una mentalidad difícilmente asumible hoy, incluso descontando los efectos del cristianismo, con su pasión por los efebos y su promiscuidad. Pero leyendo vemos también que el autor, más que dejar volar la imaginación, nos acerca a un mundo verdadero de tabernas y lupanares, de posadas humildes y lúgubres callejones, ambientes marginales de la sociedad romana en los que nos perdemos con placer. En aquella época en que la literatura tendía casi siempre a la idealización y el mito, un chorro de cruda realidad como el que se nos ofrece aquí resulta inapreciable. En esa elección inevitable entre lo real y lo ideal a que se enfrenta cualquier escritor, el creador del *Satiricón* responde sin titubeos, y se empeña en presentar un retrato del submundo que coexistía con las grandezas del imperio.

Mucho nuestro vemos reflejado en este viejo texto, y su libertad queremos que sea también la nuestra. La suprema elegancia del lenguaje es sólo el instrumento para tejer, con caricaturas amables y anécdotas picantes, la sonrisa que pone de manifiesto los falsos pudores y las mentiras fundacionales de una vida social en la que nos reconocemos. Libido y realidad así unidas traen una asombrosa liberación cuyo eco no se ha perdido. Como se dice en el libro: «*No hay nada más falso que las estúpidas convenciones humanas, ni nada más estúpido que una hipócrita severidad*».

El *Satiricón* nos impone además la evidencia de una historia cíclica. Porque si esos hombres y mujeres somos nosotros y esa época es la nuestra, qué es el tiempo oscuro que sabemos que sucedió a su osada libertad, qué es el fanatismo que descoyuntó su risa, sino nuestro propio, cierto e inevitable destino. Viene esto a sugerir que esos obispos que todavía exhiben sus dogmas y su cadavérico remedo de pen-

samiento, esos obispos que creímos derrotados un día por las antorchas de la razón, ellos o personajes similares, están llamados a ser los dueños del mañana. ¡Horrorosa profecía! ¿Podrá ese futuro señalado dotarnos del coraje necesario para renovar y fortalecer los argumentos que ahora más que nunca son nuestra única arma?

El autor del *Satiricón* parece ser que fue el Petronio del que habla Tácito en sus Anales, cónsul y «*arbiter elegantiae*» entre los íntimos de Nerón, que dedicaba «*sus días a dormir y sus noches a las obligaciones y placeres de la vida*», el mismo que al perder el favor del príncipe se suicida y comparte sus últimos momentos con sus amigos huyendo de cualquier gravedad, entre «*poemas ligeros y fáciles versos*». Los estudiosos, tras mucho discutir, han encontrado razones para rendirse a la posibilidad de que este personaje sea el creador algo que tan bien lo representa. El carácter incompleto de lo que conservamos de la obra ha provocado también alguna falsificación interesante, como la debida a José Marchena (1768-1821), el ilustrado español que tan destacado papel tuvo en los sucesos revolucionarios de Francia. Éste dio a la luz en 1800 un pretendido fragmento del *Satiricón* descubierto raspando un palimpsesto en la abadía de San Galo, en Suiza. El texto, perfectamente trabado por él en un latín que engañó a los más doctos de la época, es un compendio de obscenidad y lujuria. Puede leerse en la edición bilingüe de Manuel Díaz y Díaz (Alma Mater, 1990).

El *Satiricón* es la diversión de un romano liberal y cultivado que se permite dibujar el rostro verdadero del mundo: el deseo soberano que domina nuestra alma y los vanos oropeles de la ostentación que la corroen, hilvanando todo en un relato amable, pleno de humor. Algún emperador debía haber en algún sitio en aquel momento, pero nada se nos dice de él. Contemplamos sólo a una vieja que cocina en un fogón humeante mientras unos jóvenes hacen diabluras. Sólo eso. Los estragos del cristianismo no nos impiden reconocernos al otro lado del tiempo en esos hombres hechizados por Venus.

Poesía rebelde en la Edad Media (1). Vitalismo y protesta de los goliardos

Publicado en *Rebelión* el 28 de junio de 2022

Imaginamos la Edad Media como un fondo oscuro que hace destacar, por oposición, la luminosidad del universo grecorromano y la del Renacimiento, con todas sus secuelas. Son aquéllos, siglos de transición, en los que la historia de la emancipación parece hibernada, abstraída en vasallajes feudales, pestes y cruzadas, y bajo el imperio de una religiosidad arcaica, de formas agobiantes, resueltas sólo en misticismo mal trabado. Y sin embargo, los hombres y mujeres de entonces supieron cantar la libertad y recrearse en ella. Escarbando en lo que escribieron no es difícil llevarse sorpresas y mi intención aquí es explorar algunas muy gratas.

Lo cierto es que tras la caída de Roma las rebeliones en la expresión escrita se van desgranando a lo largo del tiempo. En los siglos VIII y IX, el renacimiento carolingio fue un intento de superar el marasmo y dotar al imperio naciente de unos rudimentos literarios anclados en la estricta ortodoxia, pero muy pronto algunos se atrevieron a tantear la dimensión liberadora del lenguaje más allá de esta ortodoxia.

Clérigos y estudiantes errantes y de vida disipada comenzaron a ser conocidos enseguida como goliardos, nombre que parece venir de la gula de la que eran incondicionales o del gigante Goliat, epítome de todos los males. Estos insumisos manejaban con soltura y desparpajo una pluma bien afilada, con la que tantearon vías al margen del pensamiento dominante. Su tema recurrente era la devoción por los placeres de la taberna y el camino, pero junto a ésta no tardó en manifestarse una rebelión versificada contra la estructura social opresiva y la rapacidad de príncipes y prelados.

Aunque por entonces se iniciaba el periplo de las lenguas que se hablan hoy, los goliardos escribieron en un latín que poco a poco fue adoptando la métrica del romance. Sus composiciones influyeron poderosamente el desenvolvimiento de las formas vernáculas por toda Europa, y sus rimas obsesivas preludian, sin ir más lejos, las de Berceo o el Arcipreste de Hita. Repasaremos aquí muy brevemente las historias y las obras de los más ruidosos e inspirados entre aquellos rebeldes.

Del hedonismo a la crítica social

Era en aquel tiempo la erudición latina en Irlanda superior a la del continente, y no es de extrañar por ello que la cofradía cuente como precursor a un clérigo irlandés, Sedulio Scoto, hombre docto establecido en Lieja en 848, y autor allí de poemas que ocasionalmente cantan los placeres de la mesa. A mediados del siglo XII, Hugo de Orleans, llamado el Primado, sujeto «*de mala catadura y cara deformada*» según un contemporáneo, versifica sus desventuras con amigos infieles y sin corazón en los veintitrés fragmentos que se le atribuyen, chispeantes de ingenio con sus rimas insistentes e hilarantes.

En la misma época, el Archipoeta de Colonia se presenta en su obra más conocida: «Confesión de Golías», como un mujeriego, jugador y borracho impenitente: «*Meum est propositum/ in taberna mori,/ vinum sit appositum/ morientis ori./ Ut dicant com venerint/ angelorum chori:/ "Deus sit propitius/ huic potatori"*». *(Mi propósito es morir en una taberna,*

con vino cerca de mi boca moribunda. Para que digan cuando vengan los coros de ángeles: «Tenga Dios piedad de este borracho»). Al final del canto, sin embargo, el Archipoeta expresa su arrepentimiento y su cambio de vida: «*Quasi modo genitus/ novo lacte pascor,/ ne sit meum amplius/ vanitatis vas cor*». (Casi como un recién nacido, me alimento de leche fresca. ¡Que mi corazón no vuelva a ser vaso de vanidad!).

Aún en el siglo XII, Gualterio de Châtillon inaugura la crítica social más vehemente contra la simonía de los prelados que tienen secuestrada la Iglesia de Cristo: «*Si quis tenet hunc tenorem,/ frustra dicit se pastorem,/ nec se regit ut rectorem,/ renum mersus in ardorem./ Hec est enim alia/ sanguisuge filia,/ quam venalis curia/ duxit in uxorem*». (El que sigue este camino vanamente se llama pastor, ni se conduce como el que ha de conducir a otros, sumido en la pasión del vientre. Pues es la otra hija de la sanguijuela la que la curia venal toma por esposa).

Los *Carmina Burana*

Algunos poemas de los autores ya citados están recogidos, junto a los de muchos otros, en una extraordinaria recopilación de textos de los siglos XII y XIII descubierta en 1803 en el monasterio de Benediktbeuern (Bura, en latín), en Baviera, conocida como *Carmina Burana*. Veinticuatro de estos fragmentos han alcanzado notoriedad después de que fueran musicados en 1935 y 1936 por Carl Orff.

Se encuentran en esta colección delicados poemas amorosos, algunos atribuidos a Pedro Abelardo (1079-1142) o imitadores suyos, pero también himnos a la primavera, la vida alegre y los placeres de la taberna. Es de notar la ambivalencia entre el impulso erótico dominante, que fructifica en versos ardientes, y el desengaño que se traduce en otros: «*Res carnalis,/ lex mortalis/ valde transitoria, / frangit, transit, / velut umbra, / que non est corporea*». (El placer carnal es ley mortal y fugaz, se rompe y pasa como una sombra sin cuerpo).

No falta en la recopilación la vena satírica, con un predominio de críticas a la curia romana que preludian el espíritu de la Reforma: «*Iam mors regnat in prelatis: / nolunt sanctum dare gratis, /* (...) *sunt latrones, non latores, / legis Dei destructores. /* (...) *Simon regnat apud Austrum, / Simon frangit omne claustrum. / Cum non datur, Simon stridet, / sed si detur, Simon ridet; / Simon aufert, Simon donat, / hunc expellit, hunc coronat, /* (...) *iste Simon confundatur, /cui tantum posse datur!*». (Ya reina la muerte entre los prelados, que a todo ponen precio. Son ladrones, no dispensadores, destructores de la ley de Dios. Simón reina en el sur y arruina todos los monasterios; si no le dan chilla, y si lo hacen ríe; roba y soborna; a éste expulsa, a aquél corona. Sea confundido este Simón que tanto poder acapara).

En un poema se denuncia contundentemente el poder del dinero en aquella sociedad: «*Nummus ubi predicat, / labitur iustitia / et causam, que claudicat, / rectam facit curia, / pauperem diiudicat / veniens pecunia*». (Cuando don Dinero arguye, se desmorona la justicia, y la causa más débil recibe el apoyo del jurado. Cuando viene don Dinero, el pobre está sentenciado).

La mayor parte de los fragmentos buranos son anónimos, aunque qué poema no lo es después de tantos siglos. ¿O acaso que acompañe al texto el jeroglífico o código de barras de un nombre añade algo a la lectura? En esta obra sugestiva y original debemos ver, más que hallazgos de individuos aislados, una creación colectiva del espíritu sensible y crítico de una era de transición. La lengua latina nos lega aquí sus últimos frutos líricos al tiempo que cede el testigo a las que ya en ese momento tomaban posesión del solar europeo.

Como con cualquier gran poesía, nos sorprende en los textos goliárdicos la proximidad que su música nos regala a emociones de otro tiempo, y su poder para hacerlas nuestras. Es por ello que estos versos merecen ser leídos en su forma primigenia, por la jocosidad que aportan los ritmos trepidantes del latín y el jugueteo insistente de las rimas. La estructura bien trabada nos contagia pasión por la naturaleza y sus metamorfosis, y preserva las huellas de un peregrinaje por las pasiones y desengaños del mundo capaz de iluminarnos. En una época de hipocresías, allí aflora también rebeldía ante los arbitrariedades y exacciones de los poderosos, que nos toca muy de cerca porque, *mutatis mutandis*, éstas siguen siendo las mismas de hoy.

Existen varias recopilaciones bilingües que señalo a continuación, alguna de las cuales es accesible online:

Arias y Arias, Ricardo. *La poesía de los goliardos*. Gredos, 1970.

Oroz Reta, José y Marcos Casquero, Manuel A. *Lírica latina medieval. Tomo I: Poesías profanas*. B.A.C., 1995.

Rico, Francisco. *Carmina Burana. Cantos de goliardo y poemas de amor*. Galaxia Gutenberg, 2018.

Poesía rebelde en la Edad Media (y II). La crisis del siglo XIV en el *Libro de miseria de omne*

Publicado en *Rebelión* el 13 de julio de 2022

Cuando en una sociedad se producen cambios importantes, un instrumento óptimo para auscultarlos es la literatura de ese tiempo, y un buen ejemplo lo tenemos en la crisis del siglo XIV en Europa. En esta época las relaciones feudales empiezan a verse alteradas por la emergencia de una clase social que acumula riqueza a través de operaciones comerciales, al tiempo que crecen ciudades, lugar de asiento de la nueva economía.

Entre las causas de esta transformación se ha citado la inestabilidad climática que ocasiona una gran hambruna a comienzos del siglo, y también las guerras, como la de los Cien Años (1337-1453) o la que enfrenta en Castilla (1351-1369) a partidarios de Pedro I y Enrique II. La peste negra (1346-1353), que asuela toda Europa, fue otro factor destacable. El resultado de estas convulsiones es un colapso demográfico que va a trastocar los vínculos entre señores y siervos, provocando la irrupción de nuevas actividades y un auge de la economía dineraria.

En el caso concreto de Castilla, su literatura permite observar el feudalismo en su apogeo en el *Cantar de Mío Cid*, compuesto en torno a 1200. Este poema refleja tensiones típicas de la época en sus críticas de la nobleza tradicional ociosa y un mal rey, al tiempo que exalta la movilidad social a través del ascenso épico del protagonista a una aristocracia de los méritos, opuesta a la de la cuna. En el siglo XIII, el mester de clerecía incluye autores como Gonzalo de Berceo, cuyas obras se esfuerzan en la defensa de la fe y la preservación del orden social, sin olvidar los intereses del monasterio benedictino en el que el poeta era sacerdote.

Por las razones que se apuntaban antes, el siglo XIV va a dejarnos textos en los que se transparenta una inestabilidad más marcada. El *Libro de buen amor* de Juan Ruiz, arcipreste de Hita, es un buen ejemplo de ello, con sus invectivas contra el valor absoluto del dinero: «*En suma te lo digo, tómalo tú mejor,/ el dinero del mundo es grand revolvedor:/ señor fase del siervo, de señor servidor,/ toda cosa del siglo se fase por su amor*». La misma queja hallamos en otros clásicos de este tiempo, como los *Proverbios morales* del rabino Sem Tob de Carrión o el *Rimado de palacio* de Pedro López de Ayala.

En el siglo XIV el realismo crítico llega a dominar en obras como el *Poema de Alfonso Onceno*, exaltación de un monarca presentado como protector de los campesinos explotados por sus señores, y sobre todo en el *Libro de miseria de omne (LMO)*, en el que me detendré más extensamente, cuya postura hacia los hechos sociales Dámaso Alonso no duda en calificar de revolucionaria. En la anónima danza de la muerte compuesta en castellano a comienzos de la centuria siguiente, la denuncia de la injusticia es muy virulenta, pero el ajuste «revolucionario» queda postergado para el otro mundo.

Las contradicciones de un mundo en crisis

El *LMO* es un largo poema del mester de clerecía, escrito probablemente a principios del siglo XIV y que ofrece una versión libre, con numerosos añadidos y omisiones, de un texto latino muy difundido en la Edad Media, el *De miseria humanae conditionis*. Este último fue compuesto en 1195 por el cardenal Lotario di Segni, que llegaría poco después a papa como Inocencio III. El anónimo autor del *LMO* fue un monje instruido, aragonés seguramente —por su vocabulario—, buen latinista e impregnado de la vida de su tiempo, que se propuso elaborar una homilía para moralizar a sus lectores en la caridad, la humildad y la penitencia. Este objetivo lo llevó a aportar un retrato de la sociedad que presenta enorme interés.

Desarrollada en 502 tetrástrofos monorrimos con versos de dieciséis sílabas (8 + 8) dominantes y frecuentes variaciones (7+ 9, 7 + 8, etc.), toda la obra destila un recio pesimismo. Comienza con lamentaciones por la flaca naturaleza del hombre y las limitaciones de su conocimiento, y pasa a reprobar luego el afán que mueve a muchos en pos del vil dinero: «*Pero quiérovos desir, e non vos lo olvidedes: / quanto avedes ganado e quanto que ganaredes / non es ál sinon lazeria, si vós bien lo entendedes / creedlo a Salamón si a mí non lo creedes*».

Los versos más ácidamente críticos están justo después, en una sección además que es obra del anónimo autor, pues no se encuentra en el texto latino. Se describe la miserable vida de los pobres, su raída indumentaria y el hambre y frío que los quebrantan, despreciados por todos, y se concluye que tal estado ha de conducirles a rebelarse contra la justicia divina: «*Quando se vee en coita e müy mala sazón,/ contúrbasele el seso, así faze el corazón;/ tórnase contra Dios e dize atal taión:/ que non parte bien las cosas quantas en el mundo son*».

A nuestro monje no se le escapa la relación entre la indigencia de unos y la opulencia de otros. En el sabroso fragmento que sigue, nos narra la visita de un señor, que anda de caza, a la casa de un siervo suyo. Éste, tras besar-

le la mano, ha de ofrecerle su comida, sacar sus animales del establo para alojar el caballo del amo, e irse él mismo con su familia a la vivienda de un vecino. Así se dictamina: «*Onde dize grand verdad el rey sabio Salamón: "El siervo con su señor no andan bien acompañón, / nin el pobre con el rico non partirán bien quiñón / nin será bien segurada oveja con el león"*»

El resto de la obra trata asuntos diversos, como las condiciones de vida de solteros y casados, los duelos que nos causan los enemigos del hombre o los tormentos a que está sometida la existencia. Se insiste también en los castigos que esperan a los que dedican ésta a acumular riquezas, ilustrados con ejemplos bíblicos. Se anatemizan la gula, la ebriedad, la lujuria, la ambición y la soberbia, y el texto concluye con un repaso de las postrimerías, el juicio final y los suplicios de los condenados. La necesidad de penitencia en un mundo de pecado e injusticia es el leitmotiv del poema.

La crítica social que encontramos en el *LMO* no va más allá del reconocimiento de una situación de miseria y explotación que se intenta mitigar con el ejercicio de las virtudes cristianas. Sin embargo, el mal está retratado con crudeza, y el previsible fracaso de la vía de solución propuesta augura el desarrollo de una conciencia revolucionaria. Las revueltas que caracterizan el ocaso del feudalismo en muchas regiones, como la Grand Jacquerie francesa de 1358, serán los frutos maduros del espíritu que aquí vemos despuntar.

Bibliografía

Alonso, Dámaso. «Pobres y ricos en los libros de *Buen Amor* y de *Miseria de omne*», en *De los siglos oscuros al de Oro*, 105-113. Gredos, 1971.

Anónimo. *Libro de miseria de omne*, ed. de Jaime Cuesta Serrano. Cátedra, 2012.

Blanco Aguinaga, Carlos, Rodríguez Puértolas, Julio y Zavala, Iris, M. *Historia social de la literatura española (en lengua castellana*), 3.ª ed., vol. 1, Akal, 2000.

Rodríguez-Puértolas, Julio. *Poesía de protesta en la Edad Media castellana*. Gredos, 1968.

Rodríguez Rivas, Gregorio. «El *Libro de miseria de omne*, versión libre del *De contemptu mundi*». *Livius*, 4, 177-191, 1993.

Benito Pérez Galdós. Vida, obra y compromiso, de Francisco Cánovas Sánchez

Publicado en *Rebelión* el 12 de febrero de 2020

En ese siglo en que triunfa la literatura, porque aprende a pasear su espejo por el camino con precisión y arte, Francia tiene a su Stendhal y su Balzac que abren brecha, igual que Inglaterra tiene a su Dickens. Y qué tenemos aquí, digerido ya el gran almuerzo que nos brindó Cervantes. Mucho y bueno, dirán algunos, sin que les falte razón, pero en aquella centuria en que arrollaba la máquina y proletarizaba a los seres humanos, por estos pagos hay sobre todo un nombre que asombra en el retrato de su época, y ese nombre es el de Galdós.

Galdós seduce, porque abruma el número de obras magistrales que salieron de su pluma, y porque éstas rebosan de personajes que reflejan soberbiamente los entresijos de aquel mundo en metamorfosis. Si estamos hablando de un tiempo dominado por una dinámica económica que enloquece, y en el que el alma se sumerge en angustias y desafíos ignotos, el suyo es el intento más noble y notable de describirlos. Con él sentimos la tensión de una búsqueda imprescindible, que afronta el reto de preservar la humanidad mientras todo se pliega a la mecánica odiosa del capital.

Seducidos por sus narraciones, muchas veces quisimos saber más del hombre que se escondía tras el enorme legado. Francisco Cánovas Sánchez se ha esforzado para extender ante nosotros los detalles de su existencia, marcada siempre por el anhelo y la dicha de retratar el mundo, y por un compromiso con el progreso social. Las quinientas páginas de la biografía que Alianza Editorial acaba de poner en circulación, precisamente anotadas, e ilustradas con imágenes de la época, nos acercan con rigor a la vida y la obra de un ser extraordinario.

Primeros años

Benito Pérez Galdós nace en Las Palmas de Gran Canaria el 10 de mayo de 1843 en la familia de un teniente coronel que tenía ya otros nueve vástagos, y en esa ciudad transcurre sin sobresaltos su infancia. Es débil y flacucho, pero aplicado en los estudios, y muy pronto su talento artístico se plasma en caricaturas y paisajes, y también en obras en prosa y verso que muestran preocupación por los verdaderos problemas de la gente y una clara opción por el realismo contra el romanticismo imperante. En 1862, al terminar el bachiller, decide partir para Madrid.

Su objetivo era estudiar Derecho, pero nuestro joven canario frecuenta sobre todo las aulas de la Facultad de Filosofía y Letras y lo que le atrae más que nada son la biblioteca del Ateneo y la vida de la capital. Alto y delgado, reservado y tímido, sus «ojillos ratoniles» observan las calles y plazas de los «madriles» aristocráticos o humildes y a los que por ellas deambulan, que se convertirán en protagonistas de sus novelas. Pronto se revelan sus inquietudes literarias, que en un principio se decantan por el periodismo. Así, en 1865 comienza a colaborar asiduamente en el diario progresista *La Nación*.

Vivencias de la Gloriosa

Minado por corrupción y clientelismo e incapaz de atender las demandas de las clases medias y humildes, el régimen borbónico oscila en un albur de espadones que al fin dan al traste con él. Nuestro protagonista está entre los estudiantes que protestan y son reprimidos en la Noche de San Daniel (10 de abril de 1865), donde hubo catorce víctimas mortales, y es testigo de los combates a que da lugar el pronunciamiento de los sargentos del cuartel de San Gil (1866). Tras la Gloriosa (septiembre de 1868), recibida con esperanzas en toda España, prosigue sus colaboraciones en la prensa liberal, en la que comienzan a aparecer entregas de sus primeros relatos.

A principios de 1871, Benito es nombrado director de *El Debate*, baluarte de la monarquía constitucional de Amadeo I contra radicales de derecha e izquierda, y ese mismo año publica varias novelas. Destacan entre ellas *La Fontana de Oro* y *El audaz*. La primera recrea los procesos revolucionarios de 1820-1823 y muestra la opción de su autor por un liberalismo democrático capaz a su juicio de encauzar las trasformaciones sociales necesarias. La segunda expresa su solidaridad y empatía con los derrotados de la historia, que dejaron todo en la lucha por un mundo mejor. En el verano de 1872 conoce en Santander a José María de Pereda; la mutua admiración y simpatía resistirán hasta el fin de sus vidas las divergencias ideológicas.

Primeros trabajos en la España de la Restauración

En 1873, *Trafalgar* inaugura la serie de los *Episodios nacionales* y da un nuevo impulso al proyecto narrativo de Galdós, que irá surgiendo sin desmayo a partir de entonces y aportará un reflejo de la vida de los españoles y una disección fiel de su estratificada sociedad. Exhibe ésta nobles y alta burguesía en un extremo, apoyados en obispos y generales, y en el otro variadas clases populares que son retratadas por vez primera en su dimensión humana y presentadas como instrumentos esenciales del cambio social, a través de su conciencia y organización. Las clases medias, con la Restauración borbónica, muestran para nuestro autor, más que nada, afán de medrar de cualquier modo y un talante conservador espoleado por el miedo a la revolución.

Con su reacción rampante, los tiempos de la Restauración son para Galdós tiempos de resignación. Los caracteres nobles y emprendedores, impulsores de la renovación, que protagonizaban los relatos que retrataban la época anterior, dejan paso aquí a una galería de hipócritas, trepadores e ineptos dominando la escena. La denuncia de lacras como el caciquismo en *Doña Perfecta* (1876) o la intolerancia religiosa en *La familia de León Roch* (1875) y *Gloria* (1877) asesta certeros golpes al oscurantismo imperante. A partir de 1878, con *Marianela*, su proyecto se moverá hacia la defensa de los desfavorecidos y la demanda de un reparto más justo de la riqueza.

Los Episodios nacionales

El monumental retablo que lleva este nombre consta de cuarenta y seis episodios agrupados en cinco series. En ellos se entrecruzan historia y ficción para aproximarnos a los acontecimientos esenciales ocurridos en nuestra piel de toro entre 1805 y 1880. Rigurosamente documentado y valiéndose de unos personajes genialmente trazados, el novelista da forma entre 1873 y 1879 a las dos primeras series y entre 1898 y 1912 a las tres últimas. En la primera el protagonista es Gabriel Araceli, humilde grumete en Trafalgar que llega a los más altos honores militares, simbolizando una aristocracia del esfuerzo, opuesta a la de la sangre. En la segunda, Salvador Monsalud es víctima del absolutismo de Fernando VII, y frente a la unidad contra los invasores de la guerra de la Independencia, vemos surgir dos Españas enfrentadas a muerte.

La tercera serie está dedicada a la primera guerra carlista, las regencias de María Cristina y Espartero y el comienzo del reinado de Isabel II, y nos describe un país desgarrado y sin identidad. La cuarta se prolonga hasta el final del periodo isabelino, y la quinta se centra en el sexenio democrático y los inicios de la Restauración. En estos trabajos resplandece el Galdós más maduro, profundamente crítico con las oligarquías que detentan el poder y observador esperanzado de los maltratados por la historia, prestos a tomar conciencia de su papel.

Los *Episodios nacionales* aportan un acercamiento riguroso y atractivo a las convulsiones del siglo XIX español. Más allá del entretenimiento que ofrecen, manifiestan la noble pretensión de educar a las gentes en el conocimiento de su pasado. Las lacras exhibidas y los ideales de libertad e igualdad planteados a través de sus personajes muestran la necesidad y los mecanismos del cambio social. Francisco Cánovas espiga opiniones que avalan el universal reconocimiento de estas virtudes por parte de los más notables escritores y críticos.

El gran ciclo narrativo de los 80 y 90

En la época en que el naturalismo triunfa en Francia, su ideal de no dejar escapar nada de la realidad ni sublimar ésta va a tener en nuestras tierras un eco formidable en la mente receptiva y lúcida de Galdós. El ciclo comienza en 1881 con *La desheredada* y sus seres desgarrados en un mundo enfermo de codicia que inauguran el nuevo estilo. Enseguida, en 1882, *El amigo Manso* explora las quimeras destructivas del amor romántico. Siguen, entre 1883 y 1885*: El doctor Centeno*, *Tormento*, *La de Bringas* y *Lo prohibido*, dedicadas a la burguesía y su universo de apariencias. *Fortunata y Jacinta*, de 1887, exhibe esplendores de romanticismo y sexualidad exacerbada, entronizados como única y triste redención por el materialismo de la vida burguesa.

En los años que siguen destacan la sátira de la administración pública de *Miau* (1888) y la atormentada biografía

de Ángel Guerra (1890), ambientada en Toledo, así como el retablo sobre el triunfo de avaricia y oportunismo en la España de la Restauración de la tetralogía de *Torquemada* (1889-1895). *Tristana* (1892) es un estudio de las contradicciones de la pasión amorosa, y *Nazarín* y *Halma*, ambas de 1895, reivindican un cristianismo trascendido en humanismo místico, capaz de alumbrar al final un proyecto colectivista y anarquizante. *Misericordia* (1897) profundiza en el retrato de la clase media arruinada y decadente y los estratos más humildes, destinados a despertar de su letargo para derribar el penoso orden social de la Restauración. Con la crisis del 98, el maestro retoma el trabajo en sus *Episodios nacionales*, inaugurando su tercera serie.

Galdós dramaturgo

El interés de Galdós por el arte dramático fue muy temprano, y cristalizó en su madurez en algunas creaciones innovadoras en las que, huyendo del romanticismo e idealismo imperantes, trató sobre todo de remover las conciencias con una opción por el amor como fuerza vivificadora. Se cuentan entre ellas *El abuelo* (1904), y *Electra* (1901) y *Casandra* (1910), duros alegatos estas dos últimas contra el fanatismo religioso. En 1913 nuestro escritor fue designado director artístico del Teatro Español de Madrid, lo que le permitió promover una renovación de un arte escénico al que dedicó sus últimas producciones literarias, con joyas como *Celia en los infiernos* (1913), que explora la posibilidad de formas más justas de organización social.

El hombre tras la obra

Sencillo de atuendo, sobrio en la mesa, trabajador infatigable y metódico, fumador empedernido, Don Benito vivía en Madrid con dos de sus hermanas y una cuñada viuda. Amable y generoso, amigo de perros y gatos y enemigo de que se martirizara a los toros, conversaba sin sulfurarse con personas en sus antípodas ideológicas. Se le conocen varias relaciones sentimentales, la más sonada con la Pardo Bazán, que terminó en amistad, y tuvo una hija, María, que nació en 1891 y a la que reconoció y dejó sus bienes en testamento, pero era muy discreto en estos asuntos y permaneció soltero hasta el fin de sus días. En 1896 Galdós ingresó en la Academia de la Lengua, y es interesante señalar que aunque a partir de 1912 fue propuesto reiteradamente para el Premio Nobel de Literatura, las conspiraciones de la misma derecha ibérica que hoy se llena la boca hablando de «su Galdós» frustraron el proyecto.

Cánovas explora en los capítulos finales la afición de su biografiado por el dibujo, manifiesta en la costumbre de hacer bocetos de todos los personajes de sus novelas; su vinculación con Santander, ciudad donde pronto empezó a pasar los veranos y llegó a tener un hermoso palacete —San Quintín, inaugurado en 1893 y arruinado durante el franquismo—; una sabrosa conversación en París en 1902 con la destronada Isabel II; y su arraigado compromiso con las libertades democráticas.

A pesar de sus simpatías republicanas, Don Benito coqueteó con el Partido Liberal de Sagasta y en 1886 fue designado diputado por un distrito de Puerto Rico. Más tarde, en 1907, se presentó a las elecciones por el Partido Republicano; no resultó elegido, pero sí lo fue en las de 1910 y 1914. Sus últimos años están marcados por una intensa labor política y contra la guerra de Marruecos en la que colaboró con los socialistas de Pablo Iglesias. Durante la Gran Guerra fue presidente de honor de la Liga Antigermánica, aunque desde 1911 sufría una pérdida progresiva de visión, que unida al deterioro de su estado físico, dificultaba su trabajo. Benito Pérez Galdós falleció en Madrid el 4 de enero de 1920.

Un genio irrepetible

Galdós fue capaz de levantar un retablo literario que describe con rigor y arte las conmociones del siglo XIX español, y especialmente su pluma es un bisturí que disecciona las lacras de caciquismo y clericalismo que arruinaban el país con la Restauración borbónica. En su obra se prodigan retratos inolvidables de personajes de todas las clases sociales, que nos acercan fielmente a aquellos tiempos. Aunque el carácter esencialmente corruptor y pernicioso del capitalismo su genio sólo alcanzó a intuirlo, hay que decir que en sus novelas desentraña la enfermedad que asolaba el alma humana por entonces, y toma partido por la libre organización de los humillados y ofendidos. Esto no fue óbice para que en su actividad política apoyara y se adhiriera a estrategias reformistas condenadas al fracaso. La tensión entre ideales y posibilismo marca completamente su existencia.

Benito Pérez Galdós. Vida, obra y compromiso de Francisco Cánovas Sánchez, recorre amorosamente la biografía del maestro desplegando un interés continuo por ilustrarnos sobre los condicionantes socioeconómicos y culturales que se proyectan sobre ella, que van sintetizados al final en una cronología. Precisamente anotado y enriquecido con apéndices que recogen algunos textos emblemáticos de Galdós, el libro no sólo aporta sinopsis de sus obras, sino que incorpora además las diversas interpretaciones a que éstas han dado lugar. El caudal de trabajo cristaliza en un volumen que será imprescindible, pues nos descubre al autor de la más exacta pintura del tiempo que forjó el nuestro y nos proporciona claves para contemplarla.

Puntos negros y otros artículos, de José Nakens y Pérez

Publicado en *Rebelión* el 3 de julio de 2015

La editorial La linterna sorda echa a andar su colección Lo que no debe decirse, dedicada a las figuras pioneras del periodismo comprometido en España, rescatando del olvido a dos autores emblemáticos en este sentido: Luis Bonafoux y José Nakens. Este último nació en Sevilla en 1841 y su apellido guiri hay que achacárselo a un abuelo flamenco, hábil artífice venido a España en tiempos de Carlos III. Establecido en Madrid en 1867, Nakens dirigió el semanario satírico, republicano y anticlerical *El Motín*, censurado y perseguido, pero que en su mejor momento llegó a tirar veinte mil ejemplares. Este maestro y referente del periodismo crítico, editó además, en La Biblioteca de *El Motín*, a autores como Alejandro Sawa, Luis Bonafoux o Rosario de Acuña. *Puntos negros* apareció en ella en 1890 y agrupa artículos de 1884 y 1885 con otros posteriores. La reedición de La linterna sorda incorpora algunos aún más tardíos así como sendas secciones introductorias de Alfredo Grimaldos, y Ana Muiña y Agustín Villalba.

En un texto autobiográfico recogido en el libro, José Nakens nos habla de su paso entre 1858 y 1871 por el cuerpo de carabineros, donde alcanza el empleo de cabo, y de sus coqueteos después con el arte dramático y colaboraciones en la prensa satírica y librepensadora (*El Jeremías*, *República Ibérica*), hasta que se lanza a fundar cabeceras que tienen breve vida (*El Resumen*, *Fierabrás*). Con el advenimiento de la I República, Nakens produce anónimamente para el teatro, y publica más tarde en *El Globo* virulentos escritos reunidos en volúmenes como *La Piqueta*, *Lo que no debe decirse* y *Garrotazo limpio*. Pasa luego a *El Buñuelo* y el 10 de abril de 1881 sale por fin a la luz el primer número de *El Motín*. Respecto a su estilo, que identifica con el de su periódico, lo define por una mezcla de convicción, carácter, historia limpia y desinterés, sin subordinar nunca la razón a la conveniencia ni transigir con los errores triunfantes.

Anticlerical y republicano. Éstos son los dos ejes sobre los que gira el trabajo de Nakens. Denuncia contundente de la hipocresía del clero, de su avaricia y lujuria, pero también de su perniciosa influencia atizando la llama de otra guerra civil, mientras estaba vivo aún el recuerdo de las brutalidades de los carlistas en las últimas. Propone, para evitar desmanes, que sea financiado por los municipios, como se proyectaba hacer en Francia por entonces. Critica además los atropellos del jesuitismo y su codicia y doblez, así como la fe supersticiosa de un pueblo que combate las plagas de langosta con agua bendita. Una república laica, ilustrada y liberal es para él la única forma de gobierno compatible con la democracia, y celebra pronunciamientos como el de Villacampa en 1886. No obstante, ve el peligro de un cambio cosmético en la jefatura del Estado que deje de lado los problemas esenciales del país y permita a la casta política de la Restauración y sus poderes económicos seguir robando impunemente.

El Motín arremete contra la corrupción de las costumbres y el enfangamiento de la vida pública, y con tino señala la responsabilidad de los que deberían botar a los mangantes que gobiernan y sin embargo los votan. Otros artículos se dedican a los consumos, impuestos que gravaban productos de primera necesidad y eran el verdugo de las clases más pobres. La revolución es a su entender el único camino posible, y en los atropellos de los que mandan ve causa y razón para un enfrentamiento inevitable. Hay retratos también y juicios de personajes de la época. Prim, padre de la Revolución de septiembre es recordado con añoranza al ver su herencia dilapidada, y se insiste en contrastar las esperanzas generadas por la Gloriosa y el infame panorama de la Restauración. En un artículo de octubre de 1901 se critica la inconsecuencia de Federico Urales, que por aquellas fechas incitaba a los obreros a la revuelta para dejarlos luego, según él, solos en su lucha.

Rechina a veces en el discurso de Nakens su patriotismo español o sus loas extremadas al Ejército, pero también resplandece la lógica del que exige los derechos de los más, pisoteados por los menos. Sus armas favoritas son humor e ironía en grandes dosis, que arruinan con razonamientos bien trabados las patrañas de curas y potentados. Todo lo podrido que encanalla la vida del país sale así sale a la luz para regocijo del lector, y éste no puede dejar de apreciar la valentía del que se enfrenta al poder y cuenta las incómodas verdades del emperador desnudo. Por puro humanitarismo, Nakens prestó auxilio a Mateo Morral en su huida tras el atentado de mayo de 1906 y fue encausado por ello, permaneciendo en la cárcel hasta mayo de 1908. En noviembre de 1926 falleció en Madrid tras mantener erguida la antorcha de *El Motín* casi hasta sus últimos días.

La linterna sorda nos ofrece una hermosa edición, anotada y enriquecida con páginas originales e ilustraciones de *El Motín*, cuidada con esmero y a un precio muy razonable, homenaje merecido a quien fue emblema del periodismo más comprometido, paladín de la justicia y el pensamiento libre y azote de sus enemigos: «*El efecto del hijo aquel que había matado a su padre y a su madre y luego pedía limosna para un pobrecito huérfano, es el que me producen los restauradores (de la monarquía) cuando piden que se ponga coto a la inmoralidad reinante*».

Recordando a Ciro Bayo, último cronista de Indias

Publicado en *Rebelión* el 18 de febrero de 2010

Pío Baroja describe en sus memorias —*Desde la última vuelta del camino: IV. Galería de tipos de época* (1947)— la personalidad contradictoria de Ciro Bayo, hidalgo empobrecido, refugiado en sus ensueños y en una literatura que supo tejer con los recuerdos de su vida azarosa. Nos lo presenta además en el libro como hijo natural de un banquero, lo que según él ayudaría a entender sus «*complejos raros y mal explicados*». Por otra parte, la imagen de Ciro Bayo que nos llega de sus libros es la de un caballero andante enamorado de una tradición clásica que conocía bien y ajeno por completo a las inquietudes «modernas», *rara avis*, pues, entre los escritores de su tiempo. La publicación de sus *Obras completas* en tres volúmenes por parte de la fundación José Antonio de Castro —edición de Alicia Redondo y Tatiana Boal (2005)—, junto a las reediciones recientes de algunos de sus libros más destacados, han de reavivar el interés por un autor que ciertamente lo merece.

Ciro Bayo y Segurola nació en Madrid en 1859, aunque ese año no se da como seguro. La primera etapa de su vida viene marcada por estudios de Derecho en diversas universidades, en los que no parece que llegara a acabar la carrera, una experiencia como voluntario en la tercera guerra carlista y su primer viaje a América con una compañía de cómicos. En 1887 emprende un segundo viaje al Nuevo Mundo, en el que ascenderá de Argentina a Bolivia para residir en Sucre varios años y se internará después en la cuenca amazónica hasta los gomales del Beni. En 1900 regresa a España y comienza una vida de escritor para la que saca provecho de sus experiencias previas, siempre pobre y rehuyendo unos ambientes bohemios que repugnaban a su carácter. Ciro Bayo falleció en Madrid en 1939.

El peregrino entretenido (viaje romancesco) (1910) es el primer libro publicado por Ciro Bayo y se basa en un viaje a Yuste realizado en los primeros años del siglo XX en compañía de Pío y Ricardo Baroja. A propósito de él, dice el primero en sus memorias: «*Don Ciro, que no poseía ningún sentido realista, escribió un libro sobre nuestro viaje, titulado* El peregrino entretenido*, libro de episodios y aun de paisajes inventados, pues no tiene nada de lo visto en el camino*». La obra alterna lo que pretenden ser descripciones costumbristas de los tipos populares y escenarios recorridos, y diálogos «filosóficos» con personajes en los que cabe ver proyecciones del autor. Las reflexiones, sobre temas variados, tienen muchas veces como eje una defensa de la libertad y sencillez de la vida errante frente a la sombría esclavitud de la ciudad. Hay también atinadas observaciones sobre arte y literatura.

El lazarillo español. Guía de vagos en tierras de España por un peregrino industrioso (1911) es tal vez el libro más famoso de Ciro Bayo, y continúa con la estructura de relato de viaje del título anterior, aunque el protagonista no va aquí a caballo, sino a pie y sin dinero, recorriendo desde Madrid, la Mancha, Andalucía y Levante, para concluir en Barcelona. El libro en conjunto representa una evolución en la madurez del estilo respecto al otro, con situaciones y personajes mejor trabados y un sentimiento del paisaje más sólido. Las terribles escenas de pobreza que pueden encontrarse en estas páginas no conducen al conservador Bayo a ningún planteamiento de transformación social, y sus conocimientos de latín y de la Antigüedad clásica son llaves que le abren muchas puertas en el poderoso estamento clerical, descrito como dechado de sabiduría.

Con Dorregaray (una correría por el Maestrazgo) (1912), tercer relato publicado por Ciro Bayo, narra sus experiencias cuando desavenencias familiares lo llevaron en 1875 a ingresar en el ejército y rechazado por los alfonsinos decidió hacerse carlista. El carácter autobiográfico, que es muy claro al comienzo de la obra, se diluye luego para presentar una trama novelesca que concluye con la toma de Cantavieja y la derrota del Ejército del Centro del pretendiente durante la tercera guerra carlista. El libro contiene descripciones de sumo interés sobre la vida de la tropa y sus mandos, sus movimientos constantes y las acciones de guerra, mostrados con un realismo que delata experiencias personales.

La novela *Orfeo en el infierno*, también de 1912, describe la corrupción de una joven por parte de un barón pervertido y una vieja alcahueta, y la venganza, un poco inocente, que de ellos se toma el enamorado de la muchacha. La trama folletinesca presenta una tesis acorde con la más pura ortodoxia católica, con curas y monjas como referentes morales. Aunque un poco obtusa y previsible, como buena obra de género, la novela consigue mantener el interés de la acción y en la primera parte, ambientada en la ría del Nervión, abunda en deliciosas escenas rurales.

El segundo volumen de las obras completas se abre con un libro fundamental de nuestro autor: *El peregrino en Indias* (1911), que narra sus viajes por Bolivia en la última década del siglo XIX. El relato comienza en la puna de Jujuy, en el norte de Argentina, y nos describe luego su entrada en Bolivia, donde se encamina a Sucre. Tras varios años de estancia en esta ciudad que serán objeto de otro libro, Ciro viaja a Santa Cruz de la Sierra, y de allí a las misiones de Guarayos, de los franciscanos, a orillas del río San Miguel. Navega después aguas abajo en un batelón hasta Villa Bella, en el extremo norte de Bolivia, y tras recorrer el Beni, asciende en un vapor por el Mamoré hasta Trinidad, visitando las viejas misiones jesuíticas de Mojos. La salida de Bolivia la hace por Puerto Suárez, de donde llega a Brasil, para bajar luego por el Paraguay de regreso a Buenos Aires.

En esta obra, Ciro Bayo retrata con rigor las gentes y paisajes que conoce y se nos muestra como consumado etnógrafo, historiador, geógrafo, zoólogo, botánico y geólogo, pero ante todo como hombre osado e inquieto, enamorado del ancho mundo y sus pobladores. La obra, a pesar de su plétora de información, es de muy grata lectura y abunda en todo tipo de detalles de interés, por ejemplo sobre las misiones franciscanas y jesuíticas, época dorada de aquellas regiones como quiera que se mire.

En *Chuquisaca o La Plata Perulera* (1912), complemento del libro anterior, Ciro Bayo nos describe su estancia de varios años en Sucre, donde con las influencias clericales que le eran tan gratas regentó un colegio para los jóvenes de buena familia de la ciudad, y fundó *El Fígaro*, revista cómico-literaria que se llevó los pocos ahorros del colegio. El libro termina con una sucinta historia de Bolivia y un retrato de la vida y costumbres de los distintos estamentos de la sociedad criolla: indios, cholos, viracochas y la gringada... Se cierra el segundo volumen de las obras completas con un poema en octavas reales sobre el primer viaje de Cristóbal Colón a América: *La Colombiada* (1912).

El tercer volumen contiene, además de una colección de romances y poesías populares recogidas por Ciro Bayo en Argentina: *Romancerillo del Plata* (1913), tres libros en los que se propuso novelar algunos episodios de la conquista. El primero y más interesante de ellos es *Los marañones* (1913) que narra la expedición de Pedro de Ursúa en busca de El Dorado, en la que tan triste papel acabaría desempeñando el guipuzcoano Lope de Aguirre. Es un relato pleno de intriga y acción, y atento sobre todo a los documentos históricos existentes sobre los famosos hechos ocurridos en 1560 y 1561, que han sido luego reescritos y llevados al cine varias veces. La segunda novela, *Los césares de la Patagonia* (1913), se basa en las crónicas sobre la exploración de los territorios del sur de la Argentina y Chile durante los siglos XVI al XVIII y las leyendas a que ésta dio lugar. La tercera narración, *Los caballeros del Dorado* (1913), describe la colonización de Venezuela y Colombia, que se entreteje con la persecución de un El Dorado quimérico del que suenan los últimos ecos en el *Cándido* de Voltaire y los descubrimientos y piraterías de sir Walter Raleigh. Estos tres libros de Bayo tratan de combinar la visión minuciosa del naturalista y el memorial detallado del historiador al servicio de una trama novelesca, lo que sólo se consigue plenamente en el primero de ellos. Son relatos empañados además por una imagen mitificada de la conquista, que sólo a ratos deja ver lo que tenía de genocidio. Completa el tercer volumen la última novela de Ciro Bayo, *La reina del Chaco* (1936), donde las explicaciones del botánico y el zoólogo alternan con una trama de aventuras durante la guerra del Chaco.

Los tres primeros libros de Ciro Bayo contienen un retrato transfigurado, pero siempre interesante, de la sociedad española de hace cien años, y están plenos además de reflexiones agudas y espléndidamente escritos. No obstante, el relato de su experiencia americana contenido en *El peregrino en Indias* y *Chuquisaca o La Plata Perulera* es a nuestro juicio lo que más puede interesarnos hoy de toda su producción. Su testimonio de primera mano y su retrato en una prosa soberbia de la naturaleza salvaje y sus pobladores más antiguos, así como de las complejas sociedades coloniales en las que el autor vivió durante años, tienen la virtud de dibujar para nosotros esos ambientes con gran fidelidad, y es aquí donde el título de «Ultimo cronista de Indias» que se le ha adjudicado a veces resulta más justificado.

Ciro Bayo fue sin duda de esos seres que ante la injusticia inherente a nuestro mundo capitalista y sin conciencia de clase para emprender una crítica radical de esa injusticia se refugian en algún pasado quimérico que mitiga con su belleza la dureza del presente. El arcaísmo de su prosa y su amor desmesurado por los clásicos son síntomas de esa mentalidad que se pueden rastrear en sus escritos, como lo es también la visión «poco realista» que le reprochaba su amigo Pío Baroja en su primer libro de viajes por la Península. Podemos especular con la razón por la cual en sus obras americanas autobiográficas estos aspectos se mitigan y el retrato capta la realidad del original. Es tal vez la presencia abrumadora de una naturaleza que se convierte en protagonista, o de unos indios cuya desposesión y esclavitud son agravios tan evidentes que deben ser reconocidos por cualquier persona sensible. En todo caso, hay que destacar que es en estos libros donde Ciro Bayo, enfrentado a la descripción de unas aventuras que fueron sin duda las más apasionantes de su vida, produce su obra más original y valiosa. Por lo que respecta a sus últimas novelas elaboradas a partir de las crónicas de la conquista, los resultados obtenidos son estimables, aunque es notoria la pérdida del espíritu objetivo y el interés de la experiencia vivida que marcaban sus obras americanas anteriores. Hay que señalar además que estos libros se basan en general en una sucesión de episodios deslavazados y no aciertan, salvo en *Los marañones*, a producir una auténtica novela histórica.

Su único hijo, la novela olvidada de Clarín. Retrato irónico del mundo romántico

Publicado en *Rebelión* el 7 de diciembre de 2022

Leopoldo Alas, Clarín (1852-1901), temido crítico fustigador de mediocridades literarias, dedicó sus energías sobre todo a este menester y a los cuentos y novelas cortas que publicó asiduamente. A la poesía renunció muy joven, tras

aplicarse su propia medicina, y su única incursión dramática, *Teresa* (1894), fracasó estrepitosamente en su puesta en escena, teniendo que sufrir el veterano autor ser tildado de novato.

Mención aparte merecen las dos novelas más extensas de Clarín, *La Regenta* (1884-1885) y *Su único hijo* (1890), recién reeditada por Dyskolo. La primera, en la estela de Flaubert, Tolstói y Eça de Queirós y sus acercamientos a la tradición decimonónica de la infidelidad conyugal, es una disección de la sociedad de una capital provinciana (Vetusta/Oviedo), que se recrea morosamente en la descripción de tipos locales. Toda la narración corre hacia un desenlace previsible, pero los protagonistas están magistralmente trazados y su odisea refleja las contradicciones profundas de la época que vivían, con lo que la novela es hoy muy estimada por la crítica, que llega a encumbrarla junto a las de Galdós.

En su momento sin embargo, los poderosos sectores levíticos reprobaron duramente una supuesta inmoralidad de *La Regenta*, que es sólo tratamiento naturalista de los afectos por parte de un admirador de Zola. Así su autor fue relegado a un desdeñoso olvido que se prolongó durante la larga noche del franquismo. Solamente con la recuperación de las libertades civiles, puede decirse que llegó la de la memoria de Leopoldo Alas y su obra emblemática, profusamente reeditada y analizada desde entonces.

Su único hijo

Para su segunda incursión en el relato extenso elige Clarín también como marco una ciudad de provincias, pero en este caso rehúye las identificaciones, tal vez escarmentado por lo sufrido con la primera. También renuncia a la caterva de secundarios irrelevantes para la trama, aunque sabrosamente costumbristas que prodiga en *La Regenta*. La acción se ciñe sobre todo a dos personajes principales, Emma y Bonifacio, un rutinario matrimonio burgués que va a experimentar, aquí otra vez, los trajines de la infidelidad y en este caso a dos bandas, cuando una *troupe* operística aterrice en la localidad.

La novela explora más que nada el mundo interior de los protagonistas, sirviéndose de una prosa inquieta que el narrador omnisciente dilata en largos parágrafos. Aunque haya momentos líricos, domina en todo el texto un frío tono objetivo, pleno de ironía intelectual. El autor se deleita en retratar un universo periclitado, sometido a los esquemas mentales y morales del romanticismo, definido agudamente como un compendio de «*suicidios, tisis, quiebras, fugas y enterramientos en vida*».

Bonifacio es un joven «*muy sentimental, muy tierno de corazón, maniático de la música y de las historias maravillosas*». Clarín disfruta haciéndolo moverse a través de la áspera y enojosa realidad con sus obnubilaciones de «*soñador somnoliento*», pero él halla al fin el sentido de su vida en el deseo de traer al mundo «*¡un ser que sea yo mismo, pero empezando de nuevo, fuera de mí, con sangre de mi sangre!*». Cuando el anhelo se materializa, un chorro de ternura inunda su fría y triste existencia, y el antes pusilánime siente que tiene una razón para luchar. En la escena final de la novela, con reminiscencias de la de *La Regenta* por el borrascoso encuentro en una iglesia, la que fue su amante le hace saber a Bonifacio que no es él el padre de la criatura, pero él lo niega, y con un apasionado alegato de que aquél es su hijo, «*su único hijo*», concluye la narración.

La protagonista, que por su nombre parece un trasunto de Emma Bovary, es en realidad una mujer materialista y poco dada a ensoñaciones, aunque se deje robar por un tío suyo que le administra los bienes. Es Marta, una amiga alemana que simboliza el romanticismo más fisiológico y sensual, la que logra que Emma transite senderos de libertinaje y termine en brazos de un barítono. Así razona la esposa de Bonifacio, sin que ninguna pasión la ofusque: «*Si quería ser una mujer superior, y sí quería, porque era muy divertido, tenía que renunciar a las vulgaridades de las damas de su pueblo. En Madrid, en París, en Berlín, las grandes señoras sabían que sus maridos respectivos tenían queridas, y no les tiraban los platos a la cabeza por eso; lo que hacían era tener queridos también*».

Entre los secundarios destaca el ingeniero Körner, padre de Marta, promotor del desarrollo capitalista en la región montañosa donde transcurre la acción, identificable con Asturias: «*Un hombre gordo, alto, encarnado, de ojos de niño llorón, azules, claros, muy hundidos. Parecía un gran cerdo muy bien criado, bueno para la matanza, y era un hombre muy espiritual, enamorado de Mozart y de los destinos de Prusia. (...) Era un soñador, pero capaz de llevar una fábrica en la punta de cada dedo, y como contable, como él decía, nadie le ponía el pie delante. (...) Venía a hacerse rico*».

Otro retrato de interés es el de un primo de Emma, prendado de ella en tiempos, que la cortejó y a punto estuvo de hacerla su amante. Él sirve a Clarín para poner en evidencia que, si bien abomina del romanticismo, también lo hace de las alternativas que están surgiendo. Así lo describe: «*El primo Sebastián, un cincuentón verde y bien conservado, que de romántico se había convertido en cínico, por creer que en esto consistía el progreso. Sebastián, antes tan idealista y poético, ahora no podía ver una cocinera sin darle un pellizco, y esto lo atribuía a que estábamos en un siglo positivo*».

Respecto a la recepción de la obra, hay que decir que la crítica clerical se ensañó con ella. El P. Blanco García en *La literatura española en el siglo XIX* la apostrofó como «*Verdadera pelota de escarabajo, amasada sin arte alguno con el cieno de inverosímiles concupiscencias, caricatura del naturalismo, en que la impotencia para luchar con Zola en otro terreno se suple con la exageración disparatada del vicio*». Antonio Sánchez Pérez sin embargo, la alabó como «*libro admirable, la-*

bor de maestro», y Andrés González Blanco la juzgó inferior a *La Regenta*, pero celebró su humor y la caracterización psicológica de los personajes principales, abriendo vereda para numerosos críticos que inciden en esto mismo. Entre sus devotos está Azorín, quien le dedicó encendidos elogios, viendo en ella «*todo un período de la vida española expresado, pintado, por modo insuperable. Una vieja ciudad española, con tipos rezagados del romanticismo: eso es el libro*».

Clarín era un moralista, y en *Su único hijo* tal vez merezca señalarse como propósito esencial el retrato de un escenario mezquino y guiñolesco en el que el ropaje del romanticismo apenas cubre las miserias fisiológicas e intelectuales de los protagonistas. La salvación está reservada sólo a Bonifacio, capaz de trascender ese sucio mundo con la reivindicación entusiasta de su paternidad contra viento y marea.

Bilis. Vómitos de tinta, de Luis Bonafoux

Publicado en *Rebelión* el 17 de agosto de 2016

El periodista Luis Bonafoux y Quintero, apodado «la víbora de Asnières» por su afilada pluma, vio la luz cerca de Burdeos en 1855 de padre francés, comerciante en vinos en las Antillas, y madre venezolana. Su infancia transcurrió en Puerto Rico, y allí estudió el bachillerato con los jesuitas, pero pronto viene a Madrid a cursar la carrera de Derecho. Tras completar ésta en Salamanca, se instala en la bohemia de la capital y cultiva el periodismo en las cabeceras más radicales. En perpetuo conflicto con el clericalismo y los políticos reaccionarios y corruptos fustigados en sus escritos, en 1894 ha de partir al exilio y se establece en Asnières, al noroeste de París, desde donde continúa sus colaboraciones en la prensa. Con el estallido de la Gran Guerra, sus críticas al patriotismo francés dan con sus cansados huesos en Londres, y allí fallece en 1918.

Los artículos de Bonafoux son lamento que acusa y bisturí que explora un tumor, pero saben siempre vestir el dolor de ironía y trascienden el humor de quien contempla el engendro sin creer haber perdido del todo la oportunidad de enderezarlo. Su fino olfato percibe por doquier la injusticia hedionda y no hay para él mayor placer que ultrajar falsos oropeles; todo género de reyes, reyezuelos y dictadores encontrarán en Aramis y Luis de Madrid, pseudónimos que solía usar, un enemigo temible. Buen ejemplo de este hacer es *Bilis. Vómitos de tinta*, que La linterna sorda resucitó en 2010 generosamente anotado e ilustrado y con una apertura de Ana Muiña que se suma al prólogo de Errico Malatesta, amigo del autor, para la primera y única edición anterior (Ollendorf, París, 1908), hoy joya de bibliófilo.

Las crónicas reunidas en este volumen nos acercan a aspectos variados del quehacer periodístico de Bonafoux. Encontramos en ellas mordaces e incisivas defensas de los torturados en los procesos de Montjuic o de los independentistas cubanos y filipinos, sublevados frente a un despotismo refractario a cualquier reforma y esforzado sólo en su brutalidad represiva. Se carga así contra Valeriano Weyler, que tiende «*entre Cuba y España un mar de sangre más inmenso y colérico que el mismo Atlántico*» o Cánovas, en cuya muerte a manos de Angiolillo se ve la justa reparación de tanta infamia. «*La juventud española combate y muere por el pillaje colonial de sus Gobiernos*» afirma en un momento Bonafoux. Sus descripciones de los que vuelven mutilados y enfermos son estremecedoras.

La crítica a los sucios manejos clericales es otro leitmotiv del libro, porque «*el fraile es a la puerca política madrileña lo que el cuervo al cadáver*», y a la frailocracia filipina se achaca el estallido de la insurrección por la independencia. El régimen de la Restauración, compendio de corrupción e ineficiencia, motiva páginas rebosantes de indignación, al igual que la guerra con Estados Unidos tras la voladura del Maine, en la que son criticados ambos contendientes. Entre tanto desastre de explotación desatada y política decrépita, la única esperanza se la arranca a Bonafoux un movimiento anarquista revolucionario en el que acierta a ver el anhelo de libertad de un pueblo oprimido y un análisis certero de las criminales convenciones del orden social, aunque también fustigue sus contradicciones o las tácticas de violencia casi indiscriminada vigentes en él por entonces.

Hay en *Bilis* testimonios de admiración por Larra y Rubén Darío, buen amigo de su autor, y recuerdos de Alejandro Lerroux, apoyo en momentos difíciles, Fernando Tarrida del Mármol, que en un encuentro en París le suplica por los torturados de Montjuic, o José Nakens, compañero en la propaganda anticlerical. No faltan tampoco tirones de orejas para otros camaradas, como cuando se reprocha a Joaquín Dicenta, molesto por las persecuciones a su *Juan José*, que callara cuando eran otros los acosados. Hay que decir, sin embargo, que en *Bilis* las demostraciones de complicidad son escasas frente a la vasta legión de los zaheridos por el áspid parisino. El carácter y la obra de éste sólo se entienden en un un mundo de miseria intelectual y moral, regido por mediocridades, y de un fiero arrebato de denuncia, cargada siempre de ironía, surgen sus escritos. En sus agrias y crueles polémicas, como la que amargó los últimos años de Clarín, maltratado por él como novelista y acusado de plagiar a Flaubert, debemos ver sobre todo la rebelión contra el crítico que tiranizaba el mundillo literario.

Ése era Luis Bonafoux, que confesaba encontrar en el apoyo «*a todos los que sufren y reclaman justicia, el único consuelo de su vida*». El pago a tanto desprecio fue el olvido al que han querido condenarlo los que heredaron el sitial

de los viejos mandones, y por ello la decisión de La linterna sorda resulta altamente encomiable. *Bilis. Vómitos de tinta* nos permite contemplar la crisis del 98 a través de los ojos y el ingenio de uno de sus espectadores más lúcidos, quien manifiesta en un momento del libro: «*Desesperado de la realidad volví a vivir sin nombre —aquí donde los más grandes son tan desconocidos como los más humildes— la vida de obrero independiente que piensa lo que quiere y dice lo que siente, teniendo por toda pompa el legítimo orgullo de no sufrir ancas de una sociedad idiota, por todo compañerismo el mío, por todo regalo el pan diario y par todo placer un sitio al sol en el buen tiempo. Soy fuerte, muy fuerte, y desde la cumbre de mi pobreza me río del panorama de la verdadera miseria humana*».

La gota de sangre y otros relatos policíacos, de Emilia Pardo Bazán. La condesa feminista introduce la novela de detectives en España

Publicado en *Rebelión* el 17 de mayo de 2021

Emilia Pardo Bazán fue una de las pocas mujeres que consiguieron hacerse oír en aquel mundo masculino que era la literatura española de finales del XIX y comienzos del XX. Eximia cuentista y autora de varias novelas inmortales, su ingenio se prodigó a través de todos los géneros, en una trayectoria brillante, marcada siempre por la justa rebeldía contra la subordinación impuesta a las mujeres en su época, de la que ella misma fue víctima a pesar de su alta cuna. En una ocasión dijo: «*Si en mi tarjeta pusiera Emilio, en lugar de Emilia, qué distinta habría sido mi vida*».

Una muestra de la versatilidad de su talento son sus aproximaciones a la literatura policial, de la que es considerada introductora en España. Entre sus trabajos en esta línea destaca «La gota de sangre», una novela corta de 1911 en la que ofrece un contrapunto a las de Arthur Conan Doyle, su autor más reputado en aquel momento. Así, frente al puro mecanismo racional de éste, ella teje un argumento penetrado de sutilezas psicológicas y morales, que enfatiza la dimensión pasional y revela cómo resolver crímenes puede ser a la vez una cura para la neurastenia indolente del protagonista y un acicate para la imaginación del lector.

«La gota de sangre», acompañada de tres relatos breves de nuestra autora, también de género detectivesco: «La cana», «Nube de paso» y «La cita», acaba de aparecer en el catálogo de Dyskolo, sello especializado hasta ahora en libros electrónicos y que con esta obra realiza una de sus primeras incursiones en la edición en papel.

La trayectoria de una intelectual

Nacida en 1851 en una familia de la aristocracia gallega, Emilia Pardo-Bazán y de la Rúa-Figueroa mostró desde niña una gran pasión por los libros, y aunque no pudo asistir a la universidad, vedada a las mujeres en aquel tiempo, recibió una esmerada instrucción a través de lecturas y tutores, que le permitió enseguida manejarse con soltura en francés, inglés y alemán. En 1868 se casó en el pazo de Meirás, propiedad de su familia, con José Quiroga y Pérez Deza, un joven estudiante de Derecho, también de origen noble. Tuvieron tres hijos y se separaron en 1884 de manera amistosa, en un momento en que ella buscaba su camino en la literatura más allá de las estrechas convenciones en que había sido educada. Fue entonces cuando la intensa relación epistolar que mantenía con su admirado Benito Pérez Galdós se transformó en un idilio que duró varios años para regresar luego a la amistad.

Emilia comienza su carrera literaria en 1876 con un estudio sobre el padre Feijoo y su primer poemario, *Jaime*, que lleva el nombre de su primogénito recién nacido. Su producción es muy abundante a partir de ese momento, y abarca numerosas novelas, cuentos, ensayos, piezas dramáticas y libros de viajes. En 1883 reúne en *La cuestión palpitante* los artículos periodísticos en los que había elogiado a Émile Zola y el naturalismo francés. El escándalo fue mayúsculo, pues muchos, entre ellos su buen amigo Marcelino Menéndez Pelayo o su propio esposo, no supieron entender la fascinación de una joven aristócrata y madre de familia por aquella literatura «atea y pornográfica». Sin embargo, ese mismo año ella reincide con *La tribuna*, novela en la que retrata ambientes obreros y cuya protagonista es una cigarrera consciente y valerosa, cruelmente engañada por un «señorito». Con esta obra, anterior a otras emblemáticas de Galdós o Blasco Ibáñez, puede decirse que el proletariado hace acto de presencia en las letras hispanas.

Esta orientación naturalista encontrará su clímax en las dos novelas más conocidas de nuestra condesa: *Los pazos de Ulloa* (1886-1887) y *La madre naturaleza* (1887), pinturas de la decadencia de la nobleza terrateniente galaica, que sirven de marco, en la segunda obra, a los amores entre dos jóvenes hermanos que no saben que lo son. En los años siguientes, sin embargo, Emilia matizará su admiración por su tocayo francés, y dejará lugar en sus relatos para una inspiración cristiana en la que se ha querido ver la influencia espiritualizante de Liev Tolstói.

A través de estos cambios de tendencia y estilo, y a pesar del conservadurismo político que siempre caracterizó el pensamiento de Pardo Bazán, una constante en su obra, y hay que decir también que en su vida, fue la preocupación por los derechos de las mujeres. Garantizar su acceso a la educación en igualdad de condiciones con los varones, así como a todas las labores y actividades acaparadas por és-

tos, era para ella una meta esencial que reclamó en ensayos como *La mujer española* (1890). Ella misma fue rechazada por su sexo y a pesar de sus reconocidos méritos, nada menos que en tres ocasiones, por la Real Academia de la Lengua (en 1889, 1892 y 1912), aunque fue la primera en presidir la sección de literatura del Ateneo de Madrid, o en ocupar una cátedra de Literaturas Neolatinas en la Universidad Central (en 1916). Emilia Pardo Bazán falleció en Madrid, por complicaciones de la diabetes que padecía, en mayo de 1921, hace justo cien años.

«*La gota de sangre*»: la investigación detectivesca como terapia psicológica

La autora de *Los pazos de Ulloa* incursiona en el género policial con una serie de relatos publicados en los primeros años del siglo XX, cuyo fruto más granado es «La gota de sangre» (1911), una novela corta en la que ofrece su visión de los derroteros que a su juicio debía seguir este tipo de literatura. El protagonista narrador es Ignacio Selva, un joven de clase acomodada que se nos presenta así al comienzo de la obra: «*Para combatir una neurastenia profunda que me tenía agobiado —diré neurastenia, no sabiendo qué decir—, consulté al doctor Luz, hombre tan artista como científico*». Constátese el carácter simbólico de los dos nombres: Luz y Selva; es decir, racionalidad frente a complejidad psicológica. El tratamiento propuesto es que el paciente busque la forma de apasionarse por la vida, y ante su negativa a recurrir para ello a amores o viajes, que ya no le producen sino enfado y tedio, el médico le ofrece como alternativa la «exploración de almas». Así arranca un relato que en sus ocho capítulos nos va a ir revelando la personalidad del protagonista a la vez que se encadenan los acontecimientos.

El primer episodio es un raro altercado en el teatro de Apolo, donde Selva es increpado sin razón por un conocido, Andrés Ariza, que luego se disculpa. Pero lo más extraño es la diminuta mancha roja que Selva descubre en la pechera de la camisa de éste. Sigue después el encuentro por el protagonista, del cadáver de un hombre asesinado en las proximidades de su casa, cuando de madrugada regresa a ella. Por la noche, a través de un duermevela confuso una idea se impone en su mente: «*La convicción del crimen originaba mi fiebre. Lo comprendía: lo único que llegaba adentro, que rompía la gris uniformidad de la civilización era el crimen. El sabor amargo y salado del crimen había quitado de mi paladar la insipidez del tedio*».

Selva se ha convertido en otro hombre; a la mañana siguiente, requerido por el juez y sabiéndose sospechoso, se compromete ante él a resolver el caso en el plazo de tres días. Poco después, cuando en el registro de su domicilio aparece un envoltorio con pertenencias del asesinado, Selva deduce que ha sido arrojado a través de la ventana abierta con la intención de inculparlo, y por las trazas del paquete supone que hubo de ser confeccionado por una mujer.

El misterio comienza a desvanecerse tras una extraña intuición que en el hotel de Londres, en el que se hospedaba el muerto, le hace preguntar a Selva si éste había sido visitado por Ariza. Cuando la respuesta es afirmativa, cree haber dado con uno de los asesinos. Repasa entonces mentalmente el vecindario en busca de su posible cómplice femenina y la mejor candidata es Julia Fernandina, conocida como Chulita, lozana andaluza con fama de exprimir a sus amantes. Espoleado por esta idea, recuerda una conversación oída en la Peña en la que se hablaba de un idilio entre ella y Ariza. Nuestro detective aficionado cree haber resuelto el caso; la identidad de los asesinos ha sido develada y queda sólo reunir pruebas contra ellos.

Selva ataca de inmediato. Visita disfrazado a Chulita y le hace creer que ha sido abandonada por Ariza. Obtiene así su confesión, pero seducido y ofuscado cuando ella se le ofrece, se compromete a dejarla escapar, lo que de alguna forma siente que lo convierte en cómplice del crimen. Al salir de casa de ella, pone todos sus descubrimientos en conocimiento del juez. No obstante, como la policía no da con Ariza, es él mismo quien lo logra tras una nueva inspiración que le hace aguardar escondido en el portal de Chulita. Cuando el asesino aparece, Selva le advierte que está acorralado y le brinda la opción honrosa del suicidio.

La obra concluye con las impresiones del protagonista, que se muestra muy satisfecho de la experiencia. Ha descubierto su vocación de policía aficionado y está dispuesto a viajar a Inglaterra para aprender bien el oficio y regresar luego a ejercerlo «*en este Madrid, donde reinan el misterio y la impunidad. Traeré al descubrimiento de los crímenes elementos novelescos e intelectuales, y acaso un día podré contar al público algo digno de la letra impresa*».

«*La cana*», «*Nube de paso*» y «*La cita*»: más crímenes en busca de aclaración

Los otros tres relatos incluidos en el volumen remarcan la originalidad y buen hacer de nuestra autora en el género policíaco. «La cana», de 1911 al igual que «La gota de sangre», comparte con él algunas características. Así, su joven protagonista es culpado de un crimen para el que no tiene coartada, y resulta aquí también un pequeño detalle, la misteriosa cana del título, colgando de un botón del asesino, la prueba de cargo para incriminarle. La atmósfera onírica nos lleva por el ambiente invernal y sombrío de una ciudad provinciana en una pesadilla que sólo concluye cuando un destello de luz en la mente del agobiado muchacho le hace recordar la minucia que demostrará su inocencia.

«Nube de paso», del mismo año, representa una vuelta de tuerca en la destreza que la autora atribuye a sus detectives. En un *tour de force*, simplemente escuchar los pormeno-

res de un crimen ocurrido trece años antes sirve a un perspicaz contertulio para resolverlo, aunque como es común en estos casos, su exceso de inteligencia va acompañado de cierta candidez por parte de todos los que habían tratado previamente de hacerlo.

Por último, «La cita», de 1909, se basa como «La cana» en el motivo de la encerrona al protagonista, que se enfrenta aquí también a un habilidoso plan para que parezca culpable de un crimen. En esta ocasión, sin embargo, no hay ningún indicio que aclare el misterio y ponga en evidencia al asesino, con lo que el desenlace queda abierto.

El inicio de la novela policial en España

Suele considerarse «La gota de sangre» como el origen del género detectivesco en España. Éste se va a caracterizar, más allá de las truculencias y la sangre de las «novelas de crímenes» que se escribían hasta ese momento en el país, por el planteamiento del asesinato como un reto intelectual, que sólo podrá ser superado por la agudeza del protagonista, en la línea de lo que se encontraba ya por entonces en la literatura en inglés o francés. Partiendo de los antecedentes en estas lenguas, Pardo Bazán aporta al género elementos novedosos que serán importantes en su evolución posterior.

«La gota de sangre» inaugura, pues, un nuevo género entre nosotros, pero vindica además el que va a ser rasgo esencial de éste, el placer de resolver misterios, al detallar el descubrimiento, por un joven ocioso, de la vocación que ha de librarlo de la neurastenia que padece y dar sentido a su vida. Un argumento así prometía ciertamente continuidad, y hoy se sabe que Pardo Bazán trabajó en otro episodio con el mismo protagonista, tras el hallazgo entre sus manuscritos de uno, inédito e incompleto, titulado precisamente «Selva». Está éste constituido por 168 cuartillas llenas de tachaduras, que evidencian un infructuoso intento de pergeñar una secuela de «La gota de sangre».

Respecto a la técnica usada por la autora en la construcción de sus relatos policiales, tanto en «La gota de sangre» como en «La cana», estos pequeños objetos del título actúan como goznes sobre los que gira la acción, pues ofrecen indicios misteriosos de la tragedia violenta y terminan propiciando la resolución del crimen. Esta estructura narrativa en la que todo descansa sobre una mínima base material tiene un gran atractivo literario. Además, como hemos visto, la investigación progresa gracias más que nada a la intuición de los protagonistas y a su capacidad de recordar detalles esenciales. Hallamos esto en «Nube de paso» y «La cana», y también en «La gota de sangre», pues es lo que lleva a Selva a preguntar por el asesino en el hotel de Londres, a rememorar una conversación oída hace tiempo en la que se le emparejaba con Chulita o a aguardar al final en el portal de ésta. Es dentro de sí mismo donde el detective debe acudir para resolver el crimen.

Otro rasgo característico de «La gota de sangre» es el minucioso acercamiento a la personalidad de Ignacio Selva, un joven acomodado, consciente de su preeminencia social, neurasténico pero confiado en sus fuerzas. Es revelador cómo ante la situación apurada en que lo pone el descubrimiento de un hombre asesinado junto a su casa y sabiéndose sospechoso, él se permite tratar con aires de superioridad al juez y la policía y comprometerse a descifrar el caso. En su episodio con Chulita, lo domina más que nada un impulso caballeresco que lo hace cómplice del crimen. Así, le dice luego a Ariza: «*Como me repugnaba enviar al patíbulo, o siquiera a presidio, a una mujer, yo he asegurado la fuga de Chulita*». En la escena final, triunfa otra vez el espíritu de clase cuando sugiere al criminal que salve su honor: «*Usted ha sido siempre, a pesar de sus vicios, un caballero, por la clase social a que pertenece*».

«La gota de sangre» puede considerarse un experimento con el que Pardo Bazán exploró las posibilidades del género policial más allá del racionalismo y los alardes deductivos de Conan Doyle, referencia indiscutible en aquel momento. En su busca de nuevas vías, nuestra autora opta por analizar las circunstancias sociales y anímicas del crimen, y dibujar un acabado retrato del protagonista desde estas perspectivas, atenta a sus emociones y conflictos morales. Su intento sirvió para echar a rodar el género en España y también para reivindicar la intuición como arma del detective, elemento que va a imperar después en maestros del suspense psicológico como Georges Simenon o Patricia Highsmith.

Cartas finlandesas y *Hombres del norte*, de Ángel Ganivet. Un andaluz nos descubre el extremo norte

Publicado en *Rebelión* el 4 de febrero de 2022

Ángel Ganivet murió muy joven, pero tuvo tiempo para dejarnos una obra literaria brillante que expresa la agudeza de su ingenio y la variedad de asuntos que lo atraían. Por un lado, se empeñó en una lucha contra el marasmo intelectual de la España de finales del XIX que le tocó vivir, y buscó un remedio para el vicio capital que en su opinión provocaba el colapso, la abulia. Ésta sería superada, según propone en *Idearium español*, su gran trabajo teórico, con voluntad y acción concentradas en la realidad del país y no en delirios expansionistas, y con un humanismo ajeno a la modernidad aburguesada y adicta al dinero.

En la producción de Ganivet no faltan, sin embargo, páginas más desenfadadas, nacidas de experiencias por lugares re-

motos donde residió, en las que despliega todo su potencial para la mirada atenta y la empatía, pero también para la ironía y la guasa siempre amables. Sus *Cartas finlandesas* (1898), que Dyskolo acaba de reeditar como libro electrónico, son una colección de textos en los que reflexiona con agudo humor sobre la vida que observa en el brumoso septentrión al que lo han conducido sus labores consulares. La edición de Dyskolo incorpora además *Hombres del norte* (1898), con impresiones y análisis sobre seis escritores noruegos.

Nacido en 1865 en Granada en una familia de clase media, Ángel Ganivet realizó estudios de Derecho y Filosofía y Letras, e ingresó por oposición en 1892 en el cuerpo diplomático. Sus destinos fueron Amberes, Helsinki y finalmente Riga, donde en 1898, aquejado de una sífilis que lo amenazaba con locura y parálisis, frustrado y gravemente deprimido, decidió poner fin a sus días arrojándose al río Duina. Entre sus libros descuellan, además de los citados, una pieza teatral: *El escultor de su alma* (1898) y dos novelas: *La conquista del reino de Maya* (1897) y *Los trabajos del infatigable creador Pío Cid* (1898), fragmentos de un proyecto inconcluso en el que trataba de plasmar sus ideas del progreso social.

Asombros y cavilaciones de un «granaíno» en el lejano norte

Según indica el propio autor al comienzo de sus *Cartas finlandesas*, éstas surgen de la voluntad de compartir con los amigos de su tierra impresiones del país en el que reside. Las misivas fueron apareciendo en *El Defensor de Granada*, y dieron lugar a curiosos intercambios con los lectores del periódico.

Ganivet nos informa sobre las condiciones generales del país, pero ello no le impide intercalar al paso sabrosas reflexiones sobre sí mismo: «*Conviene saber que yo nací refractario a la asociación, y que ni en Granada ni fuera de Granada he formado parte de ninguna sociedad. En Madrid llegué a inscribirme en algunas y a pagar las cuotas, pero a nada más; a la Academia de Jurisprudencia fui dos o tres veces, y me retiré por incompatibilidad de humores con la parva de ministros en agraz que por allí pululaba*».

Bajo dominio ruso, las culturas y lenguas más extendidas en Finlandia eran la sueca y la finesa, aunque el idioma de Pushkin era asignatura obligatoria en las escuelas. El Gran Ducado gozaba de cierta autonomía y hasta moneda propia, en un sistema escasamente democrático, pero difícil de esquivar para un país pequeño rodeado de vecinos poderosos. Nuestro cónsul ve con simpatía el igualitarismo que observa, reflejado en el uso común de los apellidos escuetos, sin aditamentos de realce social. En las ciudades aprecia un acicalamiento y alineamiento de todo que le parecen excesivos, y reflexiona que en su opinión el hecho de que las innovaciones prácticas se acepten con entusiasmo y dominen la puntualidad y el orden podrían ser síntomas de un distanciamiento respecto a la complejidad multiforme de una vida auténtica.

Ganivet se sorprende de ver unas relaciones entre los sexos mucho más armoniosas y libres que en el sur, con camaradería desde los primeros años y acceso de las mujeres a la educación. Tras el matrimonio también disfrutan ellas mayor independencia que en nuestras latitudes y el divorcio está institucionalizado. Le resulta curioso al andaluz el gran número de viudas que observa, fruto de los frecuentes matrimonios, no desaprobados, entre jovencitas y hombres talludos; nos desgrana además sus opiniones sobre las féminas finlandesas, que encuentra más atractivas espiritual que físicamente.

Y qué piensan por ahí arriba de los nietos del Cid: orgullosos (obsesionados por la «grandeza»); parecidos a los italianos, aunque éstos sean más aficionados al arte y nosotros a la guerra; valientes, pero atrasados (catolicismo) y bárbaros (tauromaquia); apasionados en el amor, pero infieles a la primera de cambio (don Juan). La mujer española es bella, pero inculta y vive esclavizada. Una de las cartas se dedica a reseñar el libro del pintor sueco Egren Lundgren sobre su viaje a España en 1849. Son páginas llenas de humor en las que vemos al escandinavo caer en todos los tópicos posibles; le impresionan especialmente Granada y Sevilla, y queda de manifiesto lo difícil que es conectar universos culturales tan dispares.

Se nos instruye en los métodos para combatir el frío dentro y fuera de las casas, descritas en detalle en otra carta. Asombra al padre de Pío Cid la ausencia de cerrojos y candados y a veces hasta de cerraduras, típica de un país en el que el respeto a los bienes del prójimo está muy arraigado, aunque debida también a la costumbre de tener el dinero en los bancos. Cada habitación tiene su estufa, y todo está preparado para los largos meses en que fuera hay sólo oscuridad y nieve.

En páginas magistrales, Ángel Ganivet nos contagia su amor por una tierra donde los ritmos de la naturaleza y el hombre están marcados por el enigmático baile del sol. Cuando éste nos desdeña, la manta helada impregna todo de tristeza y soledad, pero la primavera regresa siempre y resucita el mundo con la violencia de una explosión. Brillan entonces la sinfonía multicolor de los prados y el azul de mil lagos a los que familias enteras acuden para desnudarse y disfrutar de baños interminables. Hay que decir sin embargo que en esta época florida, en el ambiento sigue flotando algo de la calma del sudario blanco. El filósofo del *Idearium español* muestra su faceta más mística cuando ve vida y muerte íntimamente hermanadas en la perpetua mutación de estos paisajes nórdicos.

El himno nacional define bien el espíritu que impera: «*Nuestro país es pobre: así lo será/ para quien oro ansíe./ Un*

extranjero pasa mirándonos con desdén;/ pero este país nosotros lo adoramos:/ para nosotros, con sus bosques, sus rocas y sus playas,/ es un país de oro». Y Ganivet concluye: «*A fuerza de repetir que el país es pobre, logran encauzar todas sus energías del modo más aprovechado y útil. Quien vive con más desahogo no es el que tiene más, sino el que administra bien lo mucho o poco que tiene. Éste es el caso de Finlandia*».

Todos los aspectos de la vida están reflejados en las *Cartas finlandesas*. En las universidades, organizadas por el Estado, sorprende al autor la generosidad de pensiones y estipendios para los estudiantes. Respecto a la gastronomía, en su opinión adolece de escasez de materia prima variada; el ajo, por ejemplo, se vende en las boticas como medicina para el pecho. Sólo carne, mantequilla, leche, pan, patatas y pescado son abundantes y se denuncia el abuso de condimentos fuertes y salsas inoportunas. Se describen además con esmero los bailes, espectáculos, teatros, orfeones y deportes. La penosa tendencia al consumo desaforado de alcohol que se aprecia, a pesar de las restricciones legales, da pie a un jocoso análisis de los hábitos dipsómanos en diferentes países.

Los capítulos finales están dedicados a la gran epopeya nacional, el *Kalevala*, y a los movimientos literarios en Finlandia, en sueco, y también, de manera creciente, en finés, que progresa, como no podía ser de otra forma, con grandes influencias de Suecia y Rusia. Se concluye con un repaso de los pintores más destacados y las costumbres funerarias del país.

Hombres del norte ofrece un análisis crítico de seis literatos noruegos, entre ellos los dramaturgos y poetas Henrik Ibsen y Björnstjerne Björnson, fustigadores ambos de las convenciones burguesas, aunque el segundo con espíritu más conciliador. Otro escritor estudiado es el novelista Knut Hamsun, exponente con *Pan* (1894) de un decadentismo pesimista y paralizante con el que Ganivet no sintoniza.

Un destino truncado

A Ángel Ganivet le faltaban unos días para cumplir treinta y tres años cuando decidió que no soportaba más este mundo miserable y se precipitó a las aguas mansas y heladas del Duina. Hasta el final de su breve existencia mantuvo una intensa relación epistolar con Miguel de Unamuno, un año mayor que él y buen amigo suyo desde que ambos, veinteañeros, preparaban oposiciones a cátedras de griego (el vasco ganó la suya en Salamanca y el granadino la perdió en su tierra). Sabemos bien hacia dónde evolucionó después el pensamiento del padre de *La tía Tula*, pero siempre nos quedará la duda de hacia dónde hubiera podido ir el del cónsul en Riga.

A este respecto, resulta revelador el intercambio de opiniones que, en ese mismo año fatídico de 1898, los dos escritores protagonizaron en las páginas de *El Defensor de Granada*, publicado en libro en 1912 como *El porvenir de España*. En sus textos, Ganivet defiende, contra el esencialismo cristiano de Unamuno, una triple influencia que marca el espíritu hispano, de estoicismo grecorromano, cristianismo y cultura árabe. Ambos están de acuerdo, sin embargo, en denostar la unificación de los Reyes Católicos y la aventura imperial, y hubieran preferido que las energías se hubieran canalizado hacia dentro, en elevar el país y no en someter a otros. El andaluz llega a decir: «*Si existe un medio de conseguir la verdadera fraternidad humana, éste no es el de unir a los hombres bajo organizaciones artificiosas, sino el de afirmar la personalidad de cada uno y enlazar las ideas diferentes por la concordia y las opuestas por la tolerancia. (...) España es una nación absurda y metafísicamente imposible. Su cordura será la señal de su acabamiento*». Se atreve incluso nuestro cónsul a optar por un «socialismo español» con un sesgo genuinamente libertario, lo que nos da juego para imaginar cuál pudo haber sido su papel en la era de agitación social que se avecinaba.

Ángel Ganivet es considerado a veces un precursor de la generación del 98, pero por el vigor y los derroteros de su pensamiento resulta más bien miembro esencial de ella. Su breve vida le bastó para dejarnos muchas reflexiones enjundiosas sobre lo que somos, y además de esto, su paso por el lejano norte le sirvió para entretejer un retrato enamorado y magistral de aquellas tierras. Sus *Cartas finlandesas* tienden, con ironía y humor, un puente literario entre las latitudes más extremas de Europa y siguen vivas hoy, como frescas postales donde brillan la sutileza, el talento y la guasa de un granadino universal.

La espada y la palabra. Vida de Valle-Inclán, de Manuel Alberca

Publicado en *Rebelión* el 23 de septiembre de 2015

Manuel Alberca nos recuerda en la introducción de *La espada y la palabra. Vida de Valle-Inclán* (Tusquets, 2015) la penuria de biografías disponibles sobre este autor fundamental, pues incluso la que le dedicó Ramón Gómez de la Serna en 1944, divertida y literariamente brillante, resulta en ocasiones no demasiado fiel a la realidad. La que ahora él nos presenta viene marcada por un ingente trabajo de documentación, y con sus 648 páginas más 114 de notas e índices, escudriñadora, reveladora y en nada hagiográfica, se marca el objetivo de despojar de sus máscaras al que veló celosamente muchos aspectos de su existencia. Hay que decir que ciertamente lo consigue.

Primeros años, 1866-1892

Contra otras versiones difundidas por Valle en diferentes momentos de su vida sobre el lugar de su nacimiento, su acta de bautismo lo fija el 28 de octubre de 1866 en Vilanova de Arousa, donde su abuelo materno era alcalde conservador y su padre, simpatizante republicano, concejal de la oposición —llegaría a ser alcalde tras la Gloriosa en 1869—. Es el segundo de los cuatro hijos que sobrevivirán del segundo matrimonio de éste, a sumar a los dos de un enlace anterior, familia de buena posición, con ribetes de abolengo nobiliario, pero adaptada a las transformaciones económicas y políticas de los nuevos tiempos en una ría de Arousa que, con las industrias de salazón establecidas por empresarios catalanes, era un puntal del desarrollo regional.

Hay que decir, sin embargo, que desde muy niño, el afecto de Valle no es para esta costa industrializada y relativamente próspera, sino para la Terra do Salnés interior, mísera y atrasada, anclada en tradiciones que tuvieron el poder de cautivar su imaginación. Diversos testimonios lo dibujan retraído y díscolo en su niñez. El bachillerato lo cursa por enseñanza libre en los institutos de Pontevedra y Santiago, resolviendo la situación con atracones de última hora y resultados muy discretos. Frecuenta, no obstante, la biblioteca de su padre, donde se hace devoto de Zorrilla y novelones de la época que exaltaban los valores caballerescos.

En septiembre de 1884 se matricula en la Facultad de Derecho de la Universidad de Santiago. La carrera no le entusiasmaba y hasta 1887 no se presenta a ningún examen. Su tiempo lo ocupan lecturas, clases de esgrima, equitación y veladas de naipes. Es ésta la época también en que rehúye el servicio militar alegando una vaga enfermedad, se aproxima a círculos del carlismo gallego y comienza sus colaboraciones en la prensa. En 1890, tras el fallecimiento de su padre, se siente libre para abandonar unos estudios que en nada lo atraen y dedicarse a la literatura. Ese mismo año realiza su primer viaje a Madrid, meca de los que querían hacerse un nombre en las letras hispanas.

México, 1892-1893

Tras su regreso a Galicia en 1891, Ramón decide acabar con lo que después valoraría como una «vida de larva» y buscar más amplios derroteros. Así resuelve viajar a América y el país escogido es México. El 12 de marzo de 1892 embarca en Marín en un buque francés, Le Havre, procedente de Amberes y el 8 de abril está en Veracruz. Instalado en Ciudad de México, colabora en *El Correo Español* y luego en *El Universal* y *La Raza Latina*, recurriendo en ocasiones a textos ya publicados en España. Peleas y un conato de duelo le hacen ganar en esta época fama de bravo, mientras continúa con la afición al espiritismo que ya había manifestado en España. Vive después en Veracruz, donde trabaja en *La Crónica Mercantil*, y el 24 de marzo de 1893 se embarca en Mérida y tras una breve estancia en Cuba, a finales de abril llega a Galicia. Su aventura mexicana duró un año y le sirvió para conocer un país y unas gentes que se le quedaron hondamente grabadas y aparecerán recurrentemente en sus escritos. Allí descubre además el modernismo, que será la gran influencia estilística de sus primeras obras.

Galicia, 1893-1895

Establecido en el domicilio familiar de Pontevedra, Ramón, con luenga barba y melena, chambergo y grandes gafas de carey hace un extraño efecto en la ciudad; la barba y los enormes cuellos que solía usar perseguían también esconder las cicatrices que la escrófula le había dejado. El aspirante a escritor pasea, practica esgrima y acude por las tardes a la tertulia en casa de unos amigos. Trabaja en la primera obra que dará a la imprenta, *Femeninas*, colección de seis historias de amor galantes e imposibles, que verá la luz en marzo de 1895. Planea entonces su segundo asalto a la capital, y tras proveerse, usando sus influencias, de un «momio» —un puesto remunerado en la Administración (dos mil pesetas anuales) sin tener siquiera que ir a la oficina—, con su nuevo libro debajo del brazo allí lo tenemos a mediados de abril.

Primeros años en Madrid, 1895-1899

Era la capital de España por entonces un poblachón manchego sucio y lóbrego, insalubre, enormemente ruidoso y con amplias capas de población al borde de la miseria o en ella misma, pero allí había de acudir el escritor que pretendía ser conocido como tal. Valle se hace asiduo de tertulias donde fabula historias de duelos y reyertas, y no manifiesta ideas políticas o en todo caso un acomodaticio escepticismo a favor del poder vigente. Entretanto, su obra mira a un pasado preindustrial y mitificado a través de una óptica reaccionaria. Tras desvivirse en su difusión, aparecen críticas abundantes y positivas de sus *Femeninas*. En breve, su aspecto inconfundible lo hace famoso en la villa y corte. Su objetivo de no pasar desapercibido y forjarse una leyenda parece ir cumpliéndose.

Nuestro gallego trabaja sin el agobio de publicar, puliendo borradores con ansias de perfeccionista. Los cafés son el lugar donde reina por sus opiniones vehementes e ingeniosas y su elocuencia, a pesar de su dicción, con eses silbantes que son ceceo según algunos. El hecho de que en esta época se haga acompañar por un criado al que no dirige la palabra nos da una idea de su mentalidad antigua y su carácter. Mientras tanto frecuenta ya lo más selecto de la literatura capitalina. En marzo de 1897 edita a su costa *Epitalamio*, novela libertina de estilo novedoso cuyas ventas fracasan, aunque el suave rapapolvo de Clarín, que veía en él un escritor prometedor, le supo a gloria.

En 1898 Valle debuta como actor, profesión que lo atraía sobremanera. En *La comida de las fieras* de Benavente, hace

de sí mismo (joven decadente) con bastante éxito, pero al año siguiente fracasa en una adaptación de Daudet. Es de destacar que en ambas obras coincidió con una joven actriz, Josefina Blanco, que andando el tiempo se convertirá en su esposa.

Una hora desgraciada, 1899

En la tarde del 24 de julio de 1899, Ramón entabló una discusión, que llegó a las manos, en el café de la Montaña en la Puerta del Sol, con el periodista vasco Manuel Bueno. Éste le atizó varios bastonazos, mientras él le arrojaba una jarra con agua, tazas, vasos y todo lo que había sobre la mesa. De resultas de la refriega, nuestro protagonista quedó con heridas en la cabeza y el brazo izquierdo, de las que la más aparatosa era la de la cabeza. No obstante, la del brazo, que apenas sangraba, iba acompañada de una fractura que en unos días provocó una infección, y obligó a amputarlo por encima del codo el 10 de agosto. Aunque aprendió a valerse para casi todas las faenas cotidianas, fue éste un golpe brutal para un joven hidalgo de treinta y dos años, que le hizo centrarse en su carrera literaria. Tuvo además grandeza de ánimo para sublimar en cómico lo trágico, lo que será desde entonces una característica de su vida y su obra.

Saliendo adelante, 1899-1905

Las desgracias nunca vienen solas y a finales de año, la pérdida del momio que disfrutaba, por los reajustes en la Administración tras el desastre colonial, y el fracaso de su drama *Cenizas*, estrenado con el apoyo de su amigo Jacinto Benavente, van a poner a nuestro héroe en una situación apurada. En el aprieto, recibe ayuda económica de su familia, adapta como novela *La cara de Dios*, una pieza de Arniches, realiza traducciones y recurre a las tarjetas postales literarias, que estaban de moda por entonces y comercializaban fotograbados de textos autógrafos de escritores. En esta época, el hambre acechaba en ocasiones, pero pulcro, abstemio y cuidadoso siempre en sus cuentas, el autor de *Femeninas* nunca cayó en las extravagancias de la bohemia.

Pronto la situación mejora, cuando Ramón empieza a enviar fragmentos de las obras que proyecta a diversos periódicos y revistas. Convaleciente de una herida de bala en un pie que se inflige a sí mismo haciendo prácticas de tiro, da forma a un argumento que le rondaba por la cabeza y así en 1902 aparece su *Sonata de otoño*, en la que nace para la literatura su *alter ego* más conocido, el marqués de Bradomín; la obra es un éxito de crítica y ventas. En 1903 edita a su costa *Corte de amor*, *Jardín umbrío* y la *Sonata de estío*. En 1904 sigue la *Sonata de primavera*, junto a *Flor de santidad*, que se recrea en una religiosidad ancestral, y en 1905 la *Sonata de invierno*. En esta época, formando tándem con su amigo Manuel Bueno, a quien no guarda ningún rencor, Valle adapta obras clásicas para el teatro. Son éstos años también de agrias polémicas con el crítico Francisco Navarro Ledesma o José Echegaray (premio nobel en 1904), defendiendo siempre los ideales elitistas y esteticistas del modernismo.

El de Vilanova se ha convertido ya en un personaje con popularidad extraliteraria y sus libros son admirados por una minoría a la que no espantan sus tramas de subido tono erótico, mientras la crítica más rancia lo rechaza por inmoral y decadente. Se da la paradoja de que es un conservador para los liberales y un autor pecaminoso para los conservadores, aunque todos lo reconocen como un consumado orfebre del idioma. En 1905 se manifiestan sus primeros problemas de salud; padece del estómago y ha de cuidar mucho la alimentación.

Idilio

Es a partir de 1901 cuando la relación de Ramón con la actriz Josefina Blanco se intensifica y en 1906 son considerados ya novios en los ambientes que frecuentan. Ella había nacido en 1879 en León y desarrollado una brillante carrera especializada en papeles de niña ingenua. Para él era además una hija espiritual que lo trataba de usted en las cartas, mientras él la tuteaba. Esta correspondencia revela un íntimo secreto de Valle, la existencia de una hija suya nacida de una relación anterior y de la que no existe ninguna otra noticia. Tras un accidentado viaje a las islas Canarias con la compañía de Ricardo Calvo, durante el cual hacen ya vida marital, a principios de 1907, se presentan en Madrid como marido y mujer, aunque la ceremonia no tendrá lugar hasta el 24 de agosto, en la parroquia de San Esteban de la calle de Atocha. Él tiene cuarenta y un años y ella veintiocho.

Nuevos horizontes, 1907-1910

Tras el estreno de *Águila de blasón*, su obra más ambiciosa hasta el momento, en marzo de 1907, Valle comienza a replantearse el objetivo de su literatura, y sin rehuir el preciosismo formal se propone buscar un trasfondo más serio en sus argumentos y un público más amplio. La estabilidad que le aporta la vida de casado va a influir también positivamente en su trabajo, mientras su aspecto físico se hace más cuidado y convencional y se convierte en un referente de la vida cultural, cuya opinión sobre literatura o pintura es enormemente respetada. En 1907 nace ya su primera hija con Josefina, Conchita, y entre 1908 y 1909 aparece su trilogía de la guerra carlista, que fue acogida con entusiasmo por la crítica y los medios tradicionalistas y supuso además un gran éxito de ventas. El paso del decadentismo al legitimismo fue para él muy favorable en este sentido. Su pensamiento evidencia en entrevistas de esta época los rasgos de la derecha más extrema, aunque de alguna forma no deja de buscar en sus obras una solidaridad entre las clases aristocrática y popular contra los liberales.

En la primavera de 1910, Ramón acompaña a su mujer en la gira que realiza por Argentina y otros países del Cono Sur, actuando de director artístico en las representaciones de sus obras. Aclamado y homenajeado, desarrolla también una faceta de conferenciante que le resulta provechosa económicamente. Con una joven de la alta sociedad bonaerense, Luisa Díaz, establece una relación intensa y especial que da lugar a varias cartas y un poema a ella dedicado que son diseccionados por Alberca, ansioso siempre de bucear en el alma de su biografiado.

Un escritor ultramontano, 1910-1919

De regreso en la Península, Valle hace compatible su activismo carlista como conferenciante por diversas ciudades con el trabajo literario, y en 1911 se estrena en Barcelona *Voces de gesta*, su pieza teatral más abiertamente política y propagandística. Los críticos la elogian, así como la siguiente, *La marquesa Rosalinda*, cuya premier fue en marzo de 1912 en Madrid, pero hay que decir que estas obras duraron poco en cartel y resultaron escasamente rentables para la compañía de María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza que las representaba. Las desavenencias que esto origina, unidas a las diferencias políticas y de carácter, terminarán produciendo la ruptura, con lo que Josefina dejará también la compañía con la que actuaba desde 1910.

A partir de 1912 y durante varios lustros, la familia reside parte del año en Madrid y parte en Galicia, en casas alquiladas en Cambados y más tarde en A Pobra do Caramiñal. De 1913 datan los primeros indicios de la enfermedad de vejiga que martirizará a Ramón los años venideros y lo acabará llevando a la tumba. El estreno de *El embrujado* este mismo año es un fracaso y determina además su ruptura con Galdós, fruto más que nada del endemoniado carácter de Valle. A raíz de esto, su carrera de dramaturgo sufrirá un parón, mientras comienza a editar a sus expensas, con enorme mimo, los primeros volúmenes de sus *Opera omnia*, que según los detallados cálculos de Alberca le produjeron jugosas ganancias. En 1913 se inicia también su amistad con el torero Juan Belmonte, cuyo arte admiraba profundamente.

En mayo de 1914 nace el primer hijo varón de Valle. Morirá a los pocos meses sumiéndole en honda amargura. En febrero de 1916, aparece *La lámpara maravillosa*, compendio de sus ideas estéticas, y poco después realiza un viaje a las trincheras de la Primera Guerra Mundial. Partidario entusiasta del bando aliado, ello provoca un cierto distanciamiento respecto a la línea oficial carlista, aunque su ideología no cambia en absoluto. Tras unos días en París, donde trata a un joven Corpus Barga, el 5 de mayo viaja en tren a Alsacia y el 7 y el 8 atisba desde las trincheras de los Vosgos campos desolados con cadáveres pudriéndose en la nieve.

También visita Ramón otros frentes, entre ellos el de Champaña, donde presencia las escenas más atroces de destrucción y se habitúa a fumar tabaco para soportar el hedor de los restos humanos diseminados. El 18 de mayo vuela en avión: «*Una impresión de fuerza y belleza*». Aprovecha además sus estancias en París para trabajar la difusión de su obra y a finales de junio regresa a Madrid. El texto en el que narra sus recuerdos del frente, *La media noche*, se salda con un fracaso. Puede pensarse que prisionero de una ideología que ensalza la guerra heroica como motor de la historia, enfrentarse a la experiencia inhumana de la matanza tecnológica lo ha dejado perplejo, incapaz de expresar lo profundo que bulle, confundido por un golpe brusco de realidad.

En los años que siguen Valle vive la alegría del nacimiento de otro hijo varón, Carlos Luis, en 1917, y de su hija Mariquiña en 1919, mientras su vida continúa dividida entre Galicia y Madrid, donde es nombrado catedrático de Estética de las Bellas Artes en la Escuela Especial de Pintura, Escultura y Grabado, cargo cuyas obligaciones no eran excesivas ni le quitaban el sueño y en el que permanecerá hasta 1919. La otra cara de la moneda son las hematurias y trastornos estomacales que padece esporádicamente. *La pipa de kif*, de 1919, aúna lo trágico y lo grotesco en versos resonantes entre nubes de paraísos artificiales. Es una revolución estética que preludia la dimensión crítica que tomará su obra a partir de ahora.

El esperpento

1920 es un *annus mirabilis* de Valle, con la aparición de *Divinas palabras*, *Farsa y licencia de la reina castiza* y *Luces de bohemia*, un teatro literario que ha renunciado a subir a las tablas y que expresa su nueva y despiadada visión de la historia y la realidad del país; en frase que pone en boca de Max Estrella: «*España es una deformación grotesca de la civilización europea*». Es ahora gran amigo y contertulio de intelectuales republicanos y socialistas, como Manuel Azaña, Cipriano Rivas Cherif o Luis Araquistáin, que hacen intentos infructuosos por que su teatro sea representado. Sin embargo, no ha de pensarse que su ideología haya cambiado; cabe decir, más bien, que su inveterado antiliberalismo ha encarnado en un nuevo molde, el de una revolución social en la que los pobres y humildes han de ser protagonistas, pero sólo para ser conducidos por una nueva élite.

En 1921, el proyecto largamente acariciado de un nuevo viaje a México cristaliza al fin en una invitación del Gobierno de aquel país, que busca enriquecer con su presencia los fastos del centenario de la independencia. De septiembre a noviembre que dura su estancia, Valle será agasajado por los medios oficiales, al tiempo que los terratenientes españoles critican su apoyo a un presidente, Álvaro Obregón, que se dispone a expropiarlos. En sus conferencias elogia el socialismo y trata a los conquistadores de «salteadores de caminos». En el regreso, visita La Habana y Nueva York; en una conferencia en la academia militar de West Point expresa

sin ambages su amor por la guerra, «partera de la historia». El 1 de enero de 1922 ya está en Vigo. A los pocos días nace su hijo Jaime.

Los años que siguen estarán marcados por coletazos de las polémicas mexicanas, por un agravamiento de los problemas de vejiga, diagnosticados ya como cáncer y que obligan a dolorosas intervenciones en la primavera de 1924, y por el trabajo en obras emblemáticas de su nuevo estilo: *Tirano banderas* (1926), y las primeras entregas de su *Ruedo ibérico*: *La corte de los milagros* (1927) y *¡Viva mi dueño!* (1928). Su última hija, Ana María Antonia, nace en agosto de 1924, y en 1926, tras muchos años pasando largas temporadas en Galicia, toda la familia se establece en Madrid. Respecto a sus posiciones políticas, entrevistas de este tiempo confirman su talante conservador y su predilección por regímenes autoritarios, mientras en su domicilio continúan en lugar de honor los retratos dedicados de la familia real carlista. En este sentido, la oposición que manifiesta Valle a la dictadura de Primo en los últimos años de ésta no puede entenderse como un ejercicio de liberalismo, sino como un rechazo al régimen de la Restauración, sin que sea descartable en ello también algo de gesto para la galería.

1930 es el año del cambio, con la «dictablanda» de Berenguer y Azaña escalando en marzo su primer largo al Ateneo de Madrid. Valle, tras unas dilatadas vacaciones en el palacio de Jarola en el Baztán, que duran hasta diciembre de 1929, participa en la efervescencia que ha de barrer al odiado Alfonso, aunque en mayo una complicación renal de sus problemas de vejiga obliga a una intervención quirúrgica de la que se recupera pronto. El resto del año lo pasa arreglando sus asuntos editoriales en la capital, mientras Josefina y los niños veranean en Navarra. Después la estancia se prolonga y nubarrones oscuros surgen en la relación de la pareja.

Epílogo republicano

Proclamada la II República, Valle expresa públicamente su apoyo al nuevo régimen y a Alejandro Lerroux, que lo presenta en las elecciones de junio en las listas de Pontevedra sin que consiga escaño, en parte porque se negó a abandonar Madrid y hacer campaña sobre el terreno. Tras esto, juega sus cartas para conseguir algún cargo oficial, aunque sus amigos ahora en el poder desconfían tanto de su ideología como de su temperamento. El 25 de agosto es nombrado conservador general del Tesoro Artístico Nacional, un puesto bien remunerado y sin funciones que resuelve el dilema, pero el conflicto es inevitable cuando él trata de llevar adelante algunos proyectos que se le ocurren, por otra parte muy razonables. En su desencanto arremete contra la República y su sistema parlamentario y manifiesta en una entrevista su predilección por una dictadura «*no como la del pobre Primo, sino como la de Lenin*». Aunque las relaciones mejoran cuando en enero es nombrado director del museo de Aranjuez, otra vez sus sugerencias caen en saco roto y presenta la dimisión. La situación se complica porque por esas mismas fechas Josefina, aprovechando la ley recién aprobada, le plantea una demanda de divorcio.

Año difícil 1932, con problemas económicos que Valle exagera histriónicamente hablando de internar a los niños en un asilo, con mala salud, y con un veredicto en diciembre de la demanda de divorcio que lo declara culpable y lo obliga a pagar mensualmente una sustanciosa pensión (2500 pts. de entonces) a Josefina. Digamos de paso que ella llevaba de abogada a Clara Campoamor y Ramón renunció a toda defensa y ni siquiera se personó en el juicio. En agosto de este año hubo un intento de acercamiento con su hija mayor, Conchita, huida del hogar y casada contra la voluntad de sus padres, que era ya madre de un niño; acabó mal por un enfrentamiento durante la entrevista entre suegro y yerno; las relaciones siguieron rotas.

A principios de 1933 Ramón pasa dos meses y medio en el hospital, sometido a penosos tratamientos que soporta estoicamente. En marzo, tras mucho trabajárselo, es nombrado director de la Academia de Bellas Artes de España en Roma, como era su sueño. Viaja enseguida acompañado de sus tres hijos pequeños, pero la desilusión amenaza nada más llegar: las condiciones de habitabilidad de la vivienda del director son deplorables, como lo es el estado general del soberbio edificio, injuriado por torpes reformas recientes; además, cuando trata de imponer orden en el caos imperante entre los becarios, estallan las trifulcas. Sus planes de paz y escritura naufragan en este ambiente crispado. De vacaciones en Madrid, arma una buena al elogiar a Mussolini y su política, «*que representan, mejor que nadie, el sentido universal y católico de la cultura europea*».

Aunque su afán era dejar la dirección de la Academia, sus intentos no prosperan y ya con nuevo Gobierno, en marzo de 1934 Ramón ha de volver a Roma. No obstante, las críticas a su gestión lo acaban de desanimar y presenta la dimisión mientras su dolencia se recrudece y obliga a crueles tratamientos quirúrgicos. En noviembre regresa a Madrid, y participa activamente en las campañas a favor de los mineros asturianos presos. En marzo de 1935 viaja a Santiago para someterse a radioterapia, novedosa técnica que el doctor Villar Iglesias había traído de París. La mejoría lo anima a trabajar en una nueva novela del *Ruedo ibérico*: *El trueno dorado*, y también a hacer turismo por Galicia. En entrevistas de la época sigue expresando un irreductible tradicionalismo. Para octubre su salud empeora y pasa casi todo el tiempo en la clínica, donde fallece el 5 de enero de 1936. En las largas horas últimas, cuentan que se la oía murmurar: «*¡Cuánto tarda ezto!*». De los familiares cercanos, sólo tuvo a su lado a su hijo mayor, Carlos, que acababa de empezar la carrera de Medicina en Santiago.

Una biografía casi definitiva

Al poco de su llegada a la capital del reino, Valle es ya referencia inevitable de su vida literaria. Curioso híbrido de druida galaico y chulángano madrileño en su imagen personal, belicoso y aficionado a lances de honor, se convierte pronto en personaje imprescindible, siempre en el candelero y siempre fiel sólo a sí mismo desde su trono de la tertulia cafetil, mientras sus afinidades se desplazan aparentemente de la comunión tradicionalista al republicanismo y socialismo más de orden. Nadie alcanzará a ver la realidad del hombre tras el eterno mistificador, dispuesto a cada paso a enhebrar fantasías para velar su intimidad; la vida de Valle es un disfraz que se desnuda sólo en el espejo de Bradomín, el noble guerrero, transgresor y seductor que hubiera querido ser. Manuel Alberca ha realizado un enorme trabajo que nos permite adivinar algo de lo que había bajo ese disfraz: un hombre plagado de contradicciones que trataba de esconder con una falsa seguridad.

Siempre poeta y mago de la palabra, Valle retrata en sus primeros libros seres idealizados como dioses del Olimpo, pero sabe evolucionar después para descubrir la realidad que lo rodea y dejarnos el retablo más genial de la cochambre ibérica en los muñecos de guiñol de sus esperpentos. Con larga melena o rapado al cero, ultramontano o socialista, su mayor repulsa es siempre para la burguesía liberal, sin que nunca se preocupara de dotar de una coherencia lógica a sus argumentos. Así lo descubrimos; sólo poeta y esclavo de sus impulsos; colérico, pero incapaz de rencor; enamorado de los humildes y aristocratizante, atrapado en una perpetua contradicción. El acercamiento que nos permite esta biografía ha de sorprender a muchos, y a no pocos admiradores incondicionales les costará reconciliarse con quien afirmaba en 1910, con cuarenta y tres años, que «*España debió exterminar las razas autóctonas americanas. La política de los conquistadores españoles fue en demasía suave y humanitaria*».

Sólo hay un aspecto de la biografía de Valle que este libro deja algo en la sombra, y me refiero a la ajetreada vida amorosa que Josefina le atribuye en su demanda de divorcio. Así como se aporta una relación muy detallada de las diferentes fuentes de ingresos y la situación económica en cada momento, el lector queda con la duda de si podrían existir «gastos extraordinarios» que explicaran la penuria que padecía muchas veces el autor de *La lámpara maravillosa*. Es ésta una investigación bastante alejada de lo filológico y literario, pero que podría esclarecer algunos rasgos de su obra.

La espada y la palabra. Vida de Valle-Inclán explora la realidad más real de un personaje demasiado mitificado, y resultará imprescindible para todos los que se interesen por este autor esencial. Se convierte así en una referencia obligada que merecía haber encarnado en una edición más sólida, una por lo menos en la que el mínimo contacto de un dedo sobre la página no provocara odiosos corrimientos de tinta.

Felipe Trigo: contradicciones de una conciencia crítica en la España de la Restauración

Publicado en *Rebelión* el 6 de noviembre de 2007

Leopoldo Alas, Clarín, en uno de sus últimos trabajos de crítica literaria, publicado en la revista barcelonesa *Pluma y Lápiz* el 7 de julio de 1901 con posterioridad a su fallecimiento en el mes de junio de ese mismo año, saludaba la aparición de *Las ingenuas*, primera novela de Felipe Trigo, con una dura invectiva. Para el autor de *La Regenta*, el novel escritor era nada menos que un «*corruptor de menores y del idioma*», y adolecía de una utilización del lenguaje que lo hacía «*groseramente tosco, incorrecto y confuso*». A partir de ese momento, el sambenito de «pornográficas» fue una constante en el ataque a las obras de Trigo, un estigma notoriamente injusto, puesto que estos libros no hacen otra cosa que presentar, con base en un sólido trabajo narrativo y una aguda penetración psicológica, un análisis demoledor de la hipócrita moral sexual de la época. Hay que decir, además, que en sus novelas más ambiciosas el erotismo pasa a ser un elemento secundario de un relato que despliega sobre todo una acerba crítica del caciquismo y las degradantes condiciones de vida del campesinado extremeño.

Tras el éxito que tuvo en su tiempo, en el que llegó a ser uno de los autores más leídos, la obra de Felipe Trigo quedó prácticamente olvidada durante el franquismo, hasta la reaparición de sus dos títulos más importantes en la editorial Turner dentro de su colección La novela social española (*El médico rural*, 1974; *Jarrapellejos*, 1975). La adaptación cinematográfica de esta última, por Antonio Giménez-Rico en 1987, y reediciones de algunas de sus otras novelas y narraciones cortas, han servido para llamar la atención del público sobre un escritor que ciertamente la merece. Por otra parte, trabajos de investigación recientes, como la tesis doctoral de Martín Muelas Herraiz (Universidad de Alicante, 1986), reivindican el lugar que a nuestro autor le corresponde entre los novelistas españoles del siglo XX.

Felipe Trigo vio la luz en Villanueva de la Serena en 1864. Hijo de un ingeniero que murió siendo él muy joven, sus primeros años están marcados por esta pérdida, que heredarían algunos de sus personajes más destacados, por precoces relaciones sentimentales, y por unos estudios de Medicina realizados a trompicones. Es ésta una historia recogida en novelas con rasgos autobiográficos como *En la*

carrera (1909) y *El médico rural* (1912). Tras un temprano matrimonio con Consuelo, una compañera de clase, la pareja se instala en Trujillanos, un pueblecito cercano a Mérida, donde él consigue una plaza de médico. Es éste el Palomas de *El médico rural*, que contiene un conmovedor relato de sus comienzos ejerciendo la profesión.

Son éstos los años en que Felipe Trigo escribe artículos marxistas en *El Socialista* y apoya activamente al partido de Pablo Iglesias. Su pensamiento deriva después, sin embargo, hacia un reformismo que le hará acercarse a personajes como Melquíades Álvarez, al que dedicará *Jarrapellejos*, su obra maestra. Tras aprobar unas oposiciones a Sanidad Militar, Trigo es destinado a Sevilla, donde comenzará su carrera literaria con colaboraciones en diversas publicaciones, y luego brevemente a Asturias. En Filipinas es herido de gravedad y regresa a España como un héroe y con el empleo de teniente coronel, decidido a consagrarse en cuerpo y alma a la literatura.

Las novelas de Felipe Trigo aparecen con regularidad entre 1901, año de publicación de *Las ingenuas*, y 1916, cuando pone voluntariamente fin a sus días en Madrid, sin que estén claras a fecha de hoy las razones que le empujaron a ello. En esta época es un autor famoso e influyente, por más que la crítica conservadora le tache de pornográfico. La consideración de personajes como Emilia Pardo Bazán, Gabriel Miró o Manuel Abril —autor de un libro editado a la muerte de Trigo en el que estudia su obra— fue sin duda un estímulo para él, y además la literatura le proporcionó una posición económica que entre los escritores españoles sólo Blasco Ibáñez conseguiría superar años después.

Tiene gran interés el retrato que de Felipe Trigo nos dejó Rafael Cansinos Assens en su obra autobiográfica *La novela de un literato* (Alianza Editorial, 1982, 1995). Al principio de ésta, el joven Cansinos, al que acompañan Francisco Villaespesa y Andrés González Blanco, conoce al novelista en el café Colonial de Madrid. Lo describe de esta forma: «*Felipe Trigo, el escritor modernísimo, tenía todo el aspecto de un antiguo caballero español: lentes, tirilla, barba en abanico, y una nariz aguileña de prócer. También su trato era de gran señor, amable y lisonjero*». Trigo explica a los jóvenes la forma cómo piensa desarrollar todo un programa de educación erótica en sus próximas novelas, y el grupo bromea contemplando a las mujeres que entran en el café, que Felipe Trigo estudia doblando sus lentes a guisa de monóculo. Años después, Cansinos transcribe un diálogo con Julio Gómez del Moral, apoderado de la editorial Renacimiento, en el que éste se refiere a Trigo con unas palabras que resultaron proféticas, pues la conversación tenía lugar unos días antes de su muerte: «*No sé lo que le pasa... Le ha entrado de pronto delirio de grandezas..., ha montado un picadero en la calle del Pardo..., una* garçonniere*, como se dice ahora..., quiere comprar un automóvil... y fundar una gran revista,* Vida *(...) Y naturalmente para todo eso necesita dinero y viene aquí a que yo se lo anticipe. (...) Yo he tenido que negárselo y hablarle con franqueza (...) No sé..., pero como siga así Felipe, le auguro una catástrofe... Va a ser víctima de su misma literatura... (...) Un hombre que podía vivir tan bien... Pero le ha dado por meterse a tenorio a su edad..., le da por la fruta verde..., ¡y la fruta verde a sus años es indigesta!*».

Enterado del suicidio del novelista, Cansinos siente la necesidad de verlo por última vez y acude al cementerio de Canillas, donde han llevado provisionalmente su cuerpo. Permítaseme citar aquí completas sus palabras, impregnadas del mismo espíritu pagano de las obras de Trigo: «*El cadáver del escritor reposa sobre un lecho de mampostería, plácido, sereno, casi sonriente, en pijama, como si estuviera durmiendo la siesta en su cuarto... Apenas si en la sien derecha se advierte un goterón de sangre, cual un rubí diminuto... Lo contemplamos en silencio y le rezamos un responso laico. (...) Esperábamos, yo al menos, encontrar un cadáver imponente como los de los demás... Pero este cadáver del suicida, muerto en plenitud de vida y de salud, es, si se me permite la frase, un cadáver alegre, que en vez de negar, afirma la vida, una vida misteriosa, atrayente, más bella que la de los vivos. Y salimos del camposanto no abatidos ni tristes, sino todo lo contrario, animados, vivificados, llenos de un júbilo heroico que nos hace despreciar y desafiar a la muerte... Como paganos, para los que no hubiera más que vida, vida eterna, eternamente renovada, y siempre bella y espléndida y alegre... Dijérase que venimos de ver el cadáver de Sócrates, o de algún filósofo antiguo, que mañana irán a quemar en el fuego purificador y bello de la pira, vertiendo en ella leche y vino*».

Más allá del erotismo de las obras de Felipe Trigo, que lo hace pionero y primer maestro de la literatura de este género en lengua castellana, ya señalábamos antes que en las dos novelas que la crítica suele destacar como más perfectas entre las suyas, este elemento, aunque presente, tiene un papel secundario y subordinado. *El médico rural* (1912) nos narra la vida de Esteban, un joven doctor, y Jacinta, su mujer, en un par de localidades del sur de España. La primera de éstas es Palomas, una mísera aldehuela en Badajoz, donde se nos describe en detalle la desventurada existencia de los campesinos extremeños y, con tintes autobiográficos, también las dudas y fracasos de un médico inexperto, al que «sus primeros muertos» sumen en una desesperación que le hace contemplar la idea del suicidio; afortunadamente, éxitos posteriores en difíciles casos de difteria y tétanos le devuelven la confianza en sí mismo y en su ciencia. En la segunda parte, la historia adquiere un carácter distinto, pues en la más próspera Castellar, en la provincia de Córdoba, la posición de la pareja mejora notablemente. La acción se centra entonces en los éxitos profesionales de Esteban, que con estudio y dedicación llega a convertirse en un reputado mé-

dico, en la vida de los personajes más significados de la burguesía local, las intrigas de la política municipal y, ¡cómo no!, en un relato de los sucesivos amores del protagonista. Alternando sabiamente estos ingredientes, la novela resulta extraordinariamente amena, y refleja a cada paso una penetración psicológica que la hace asimismo pedagógica. Se manifiesta aquí el leitmotiv de la obra de Trigo, un intento de mostrar al desnudo la dinámica de las pasiones con un fin eminentemente educativo, a la vez que se critica implacablemente la estrechez de miras que domina la sociedad en estos asuntos. No obstante, como no podía ser de otra forma, Trigo no es capaz de encontrar una solución a la grave pregunta de cómo pueden realizarse y ser felices los seres humanos en circunstancias así. En este sentido, el final de la novela tiene gran interés. Esteban mantiene relaciones con la joven Inés, una muchacha de Castellar, a la que su familia quiere casar con un primo suyo, retrasado e impotente pero cargado de millones. Los amantes apoyan la idea, que facilitará enormemente sus encuentros, y aceptan construirse una felicidad basada en esa mentira. Esteban razona hondamente durante la boda en lo miserable de la situación que se está creando, aunque acude alborozado después a ocupar el lugar que Inés reclama para él en la alcoba nupcial. Son éstos los comportamientos contradictorios que podemos esperar en seres atrapados en una sociedad donde afectos y placeres se subordinan sin remedio a la propiedad y la familia, su sacrosanto instrumento.

Jarrapellejos (1914), con su crónica de la vida provinciana en una ciudad de la España profunda es sin duda una de las novelas fundamentales de la literatura castellana del siglo XX, pero es sobre todo uno de esos pocos libros en los que un cúmulo de elementos, manejados por una inspiración genial, son capaces de trazar sobre el papel lo esencial de un tiempo y una sociedad. Un perfecto ajuste de la prosa y la acción, en un texto donde no sobra una palabra, hace que desde la primera página nos domine la sensación de realidad. Pedro Luis Jarrapellejos, cincuenta y nueve años, cacique de La Joya, acude al campo con Orencia, su amante, que quiere ver la plaga de langostas que se abate sobre la región. Los insectos, que traen el hambre y la desolación a los campesinos, recuerdan a la elegante «*el moteado velo que ella solía ponerse en los sombreros*». El lenguaje dibuja la devastación de la tierra, que la pareja contempla como un extraño decorado que irrumpe en su mundo. Hombres y animales, enfrentados en esta escena, ponen ante nuestros ojos la tragedia que es la vida como producto de algún motor lejano y odioso.

La sociedad de La Joya está férreamente escindida entre la clase adinerada, propietaria de la tierra, y la muchedumbre de los campesinos pobres. Sobre unos y otros ejerce su autoridad el cacique. Los hombres del primer grupo visten traje, van al casino y se disputan las mujeres del segundo grupo. Los campesinos trabajan duro y, cuando vienen mal dadas, pasan hambre. Así de simple es la vida en La Joya. En el primer grupo hay una amplia nómina de personajes, desde serios padres de familia hasta los borrachos del Curdin-Club (un hallazgo, el nombre). Ahí encontramos también a Octavio, el señorito inteligente y elegante, algo concienciado, pero deseoso sobre todo de concertar un matrimonio que enderece la fortuna familiar. Esta razón le hace desdeñar a Ernesta, la señorita de ciudad que ha traído a La Joya la perversa costumbre de bañarse, bella y tentadora, pero de caudal algo exiguo. Al final, Ernesta se casa con el otoñal conde de la Cruz, tres veces viudo, y como no podía ser de otra manera acaba siendo amante de Octavio.

El libro presenta un retrato psicológico de esta clase privilegiada, de sus dudas y temores, y de los automatismos que rigen su vida. Y en este sentido está lleno de episodios admirables que llegan a veces al humor más descacharrante, como en el relato de la misteriosa enfermedad de Pura Salvador, la cándida rubita. Al otro lado, la plebe vive su miseria. Juan Cidoncha es el personaje que hace de puente entre ambos mundos. De origen humilde, es profesor en el instituto y abanderado en La Joya de las ideas socialistas. Es buen amigo de Octavio y novio de Isabel, llamada «La Fornarina», la moza más salada del pueblo que todos los ricachos persiguen, envidando olivares y coches de caballos.

Pedro Luis Jarrapellejos domina omnipotente las vidas de unos y otros. Cuando aprecia que Octavio, soporte de Cidoncha en sus luchas sociales, puede ser un peligro, lo desactiva regalándole un acta de diputado y convirtiéndole en un personaje dócil a su servicio. Inflamado como todos por la belleza de Isabel, encarcela con falsos testimonios a su padre para tratar de doblegarla. Hombre astuto busca siempre los métodos más apropiados para que prevalezca su regia voluntad.

La acción desemboca en tragedia cuando tres señoritos del pueblo deciden violentar a Isabel en su casa aprovechando la ausencia del padre. La joven y su madre son asesinadas y Juan Cidoncha, siempre mal visto por los poderosos, es acusado del crimen y torturado para que confiese. Pasan así unos meses angustiosos y cuando su inocencia se hace al fin evidente, al aparecer pruebas que señalan a los culpables, es puesto en libertad, aunque, protegidos por Jarrapellejos, que maneja jueces y magistrados, ninguno de los agresores es encausado. Este final nos viene a decir que en una sociedad sometida a la dictadura omnímoda de un cacique, ningún concepto de justicia es posible.

Juan Cidoncha parte de noche con rumbo incierto y tiene una última mirada para la ciudad dormida, que condensa en unas palabras el espíritu del libro: «*Llegó al puente y se sentó. La Joya recortaba su sombría silueta a la luz de las estrellas. No podía quitar del pueblo el espasmo de los ojos. Con su abundancia de torres, cúpulas y cimborrios de tanta*

iglesia, parecíale una monstruosa vegetación de hongos sobre un enorme estercolero. Sí, sí; pueblo monstruoso, de monstruosa humanidad en putrefacción, en fermentación de todos los instintos naturales con todas las degradaciones de una decrépita sociedad en la agonía. Allí, para llegar a la posesión del pan y de la hembra —esto que consiguen los pájaros con su bella y sencilla libertad— se pasaba a través de la mentira, de los hipócritas engaños, del robo, hasta del crimen. Damas que lograban los más altos prestigios por la prostitución y el adulterio, como Orencia y la condesa; cándidas muchachas rendidas al dinero o al despotismo de hombres como don Pedro Luis y el Garañón; curas con hijos y públicas queridas y curas alcahuetes, como don Roque y el tuerto don Calixto; novias atropelladas por la autoridad, como aquella del barbero; (...) jueces libertadores de asesinos y encausadores a sabiendas de inocentes...; y encima, flotando con la siniestra sombra de un murciélago brutal, Jarrapellejos, amparador de todos los crímenes y robos y engaños y estafas del inmenso pudridero».

La imagen se nos queda grabada. La sensación de intensa realidad nos acompaña desde el principio hasta el fin de la novela. Nada es posible añadir o replicar a esta descripción, al retrato que todo el libro construye. Tenemos la impresión de que un mecanismo monstruoso ha quedado al descubierto. Y quedamos abrumados sobre todo porque no es la sociedad de un lejano planeta la que Felipe Trigo está poniendo ante nuestros ojos. Entre nosotros y ella media apenas un siglo. Quitemos piojos y pongamos utilitarios, quitemos hambre y pongamos telebasura. ¿Qué evolución real se ha producido en la mentalidad de las gentes mientras el crecimiento económico modificaba lo externo de sus condiciones de vida? ¿Podrá ayudarnos saber cómo éramos a discernir cómo somos hoy? Ése es el mayor reto que nos propone el libro, comprender cómo y de qué forma, a través de las esperanzas republicanas y la pesadilla franquista, la estructura social que en él se refleja se convierte en la de nuestra publicitada democracia, y analizar los cambios que han ocurrido por el camino.

En 1916, en el ápice de su genio, Felipe Trigo, que de una forma tan certera fue capaz de retratar los entresijos de la España negra, pone fin a sus días. En el momento en que más cabía esperar literariamente de su percepción aguda y desolada de la realidad del país, voluntariamente, el espectador privilegiado hace mutis por el foro. Debemos pensar que es esa misma España negra, que él también llevaba en su interior —¿quién no la lleva?— la que lo mata. Escritor de una profunda penetración psicológica y elevado a una lúcida conciencia de la sociedad que lo rodeaba, no supo sin embargo encontrar la vena de desapego que le hubiera permitido navegar sin sobresaltos este piélago oscuro. Y un día, la más cobarde de las voces que habitaban en él logró imponerse en una hora funesta.

Zambra y espanto del caciquismo ibérico. La España de la Restauración en las novelas de Manuel Ciges Aparicio

Publicado en *Rebelión* el 10 de marzo de 2009

Escritores que lo conocieron y trataron coinciden en presentar a Manuel Ciges Aparicio como un personaje huraño y silencioso, de indumentaria enlutada y con algo siempre de viejo prematuro. Julio Camba llega a decir de él en 1910 con su sorna galaica: «*Ciges es feliz en su convicción de ser mucho más desgraciado que sus contemporáneos. Su verdadera desgracia sería la de encontrarse con otro hombre más desgraciado que él. Eso lo dejaría inconsolable*». La tristeza de Ciges parece que venía ya de alguna inconfesable desdicha familiar que sus biógrafos no han sido capaces de desentrañar, y fue robustecida luego sin duda en la prisión y el exilio que este país solía reservar a los que trataban de mejorarlo. Su obra literaria, sin embargo, no es pesimista en absoluto, sino que se concentra en un retrato ajustado e irónico de la sociedad española de su tiempo, apuntándose en ella también vías para su regeneración. Brillantes por su prosa amable y su sagacidad de observador, sus libros nacieron sobre todo de un impulso ético, y tal vez sea la mejor prueba de esto que fue precisamente entre 1917 y 1923, en los años en que su compromiso con la transformación social fue menor, cuando dejó también de lado su trabajo narrativo.

Manuel Ciges Aparicio nació en Enguera (Valencia) en 1873 en una familia de comerciantes de clase media. Tras estudiar el bachillerato en Azuaga (Badajoz), surge un problema familiar al que él mismo en cierta ocasión se refirió como «*de esos que jamás revela el hombre si no ha conquistado las más altas cimas del verdadero heroísmo...*». Así regresa en 1890 a Enguera, y en 1893, según nos dice, «*para eludir aquel conflicto a cuyo término sólo veía el presidio y el cementerio*», ingresa en el ejército. Son éstos años difíciles. En 1895 padece una grave enfermedad de la piel y es hospitalizado en Manresa. Sus recuerdos de este episodio están recogidos en el segundo tomo de sus memorias. Posteriormente, es destinado a Cuba, y allí sus simpatías por los independentistas y sus críticas de la actuación de los militares españoles en la isla lo llevan a la prisión de La Cabaña, donde permanece en 1897 y 1898.

Repatriado con los últimos evacuados, Ciges regresa a la Península y ejerce el periodismo mientras su ideología republicana evoluciona hacia el socialismo. En 1909 se afilia al partido de Pablo Iglesias y tiene que marchar exiliado a París a causa de unos artículos de protesta por la ejecución de Francisco Ferrer. Ciges era en esta época ya conocido como escritor al haber publicado entre 1903 y 1907 cuatro libros de memorias relatando sus experiencias del cautive-

rio, el hospital, la guerra y la vida periodística. En 1905 había aparecido también *El vicario*, su primer intento narrativo. En 1910, Ciges va al exilio de nuevo, esta vez por su oposición a proyectos militaristas en Marruecos, y en París trabaja como periodista y también como director de la sección hispanoamericana de la editorial Michaud hasta la desaparición de ésta. Estos años ven la luz los dos volúmenes de la serie «Las luchas de nuestros días»: *Los vencedores* (1908) y *Los vencidos* (1910), que describen las condiciones sociales en los distritos mineros españoles: Mieres, Riotinto y Almadén, y tres novelas: *La venganza*, *La romería* y *Villavieja*. Desengañado por la quiebra de la Segunda Internacional a causa de la guerra mundial, Ciges abandona el socialismo poco después de 1916. Su regreso a España se produce en 1917 cuando *El Imparcial*, el diario monárquico de Rafael Gasset para el que era corresponsal en París, le ofrece en Madrid un puesto de redactor y comentarista de política internacional. El año siguiente contrae matrimonio con Consuelo Martínez Ruiz, hermana de Azorín.

Desde 1914 Ciges no había publicado ninguna obra narrativa, pero a partir de 1925, tras su regreso a las filas republicanas, da a las prensas, aparte de estudios históricos y biografías, varias novelas: *El juez que perdió la conciencia*, *Circe y el poeta*, *La honra del pueblo, El príncipe de Trapisonda* y *Los caimanes*. En 1933 su militancia en el partido de Azaña lo llevó al cargo de gobernador civil de Baleares, y tras el triunfo del Frente Popular lo fue también de Santander, Lugo y Ávila. En esta última ciudad le sorprendió el golpe militar y fue fusilado por los sublevados en los primeros días de agosto de 1936.

Olvidada durante el franquismo, la obra literaria de Ciges entra de nuevo en escena con la reedición de *Los caimanes* en 1976 dentro de la colección La novela social española de ediciones Turner. Posteriormente, entre 1985 y 1986, sus cuatro volúmenes de memorias fueron recuperados por el Instituto de Estudios Juan Gil-Albert de la Diputación Provincial de Alicante, y este último año sus novelas reaparecieron agrupadas en tres volúmenes dentro de la serie Clàssics Valencians de la Generalitat Valenciana —con introducción y notas de Cecilio Alonso, autor de una tesis doctoral sobre Ciges—. Desgraciadamente, hoy es casi imposible encontrar estos libros en las librerías, y a pesar de estos encomiables esfuerzos editoriales, una obra de grata lectura y en la que se reconoce uno de los más vigorosos retratos literarios de la España de la Restauración no acaba de llegar a los lectores con la asiduidad que merece.

La obra de Ciges refleja en sus comienzos la polémica entre naturalismo y modernismo que enfrentaba a los escritores de la época. Su producción hasta 1906 está muy influida por esta última tendencia, y su barroquismo nos recuerda a veces las sonatas de Valle. Así arranca *El vicario* (1905): «*Había caído el último turbión, y el sol empezaba a fundir con su oculta llama la cóncava lámina plomiza, uniforme y triste que hurtaba el cielo, tiñéndola de leve matiz rosáceo por la región de Occidente*». El asunto que se nos presenta tiene sin embargo aquí ya un fin claro de crítica social, resultando la paradoja de que el aliento esteticista no lleva en este caso al distanciamiento y el refugio en algún mundo ideal, sino a reflejar la realidad en toda su dureza. El protagonista de la narración es el primero de una estirpe de personajes literarios a la que se incorporará después el Manuel Bueno de Unamuno, clérigos que se debaten entre la compasión por los oprimidos y la racionalidad del pensamiento positivo, y los dogmas del cristianismo y su compromiso con un orden social injusto. Sus opiniones liberales llevan a D. Íñigo Interián de Barnuevo a un enfrentamiento con el pensamiento dominante que desemboca en tragedia cuando tiene la extrema osadía de abrazar a la mujer a la que ama y por la que es amado. La ferocidad de aquella sociedad levítica y oscurantista se expresa transparente en el linchamiento del protagonista que culmina la obra, cuando la exuberante prosa nos refiere cómo «*sus grandes ojos sin vida miraba más fríos e impasibles que la muerte misma a la muchedumbre cruel, y de sus finos labios, contraídos en una mueca de infinito desdén, brotaban burbujas purpúreas, como si aquella boca altiva quisiera escupir su sangriento desprecio a la caterva insana de atormentadores*».

La venganza (1909) es una breve obra ambientada en una apartada región del norte de la provincia de Granada y describe con una estructura casi teatral los desgraciados amores de una campesina y un señorito que visita la zona, que resulta ser un candidato en búsqueda de apoyos entre los caciques locales en vísperas de elecciones, con lo que apunta ya el que será tema esencial en la narrativa de Ciges. Las tradiciones y leyendas presentadas dan a la obra algo de estudio etnográfico y de drama telúrico. El estilo de Ciges ha evolucionado aquí ya formalmente hacia un realismo ajustado y preciso que no abandonará.

Gestada en su primer exilio parisino de 1909, *La romería* (1910) se nutre de situaciones y personajes conocidos por él en Quesada (Jaén) y es una fábula de costumbrismo rural, a ratos esperpéntica, plena de humor y erotismo. Destacan en el reparto dos hidalgos sexagenarios, excapitanes carlistas por más señas, dos marquesas virginales y algo talludas, la hermosa Rubia, beldad aldeana que encandila a los hombres y por la que todos se pelean, un capellán rapaz y taimado, un maestro músico y poeta, un alcalde afeminado y un arcipreste presumido que paga para ser ascendido a comendador y adornarse con un soberbio manto pero termina aprendiendo en el final de la obra la infinita lección de la humildad. Todos acuden a la romería que en honor de la Virgen se celebra como cada año en las estribaciones de la Peña Negra, agreste nido de águilas que domina la acción. En el relato de la fiesta popular hay también mucho de vo-

devil y de farsa pagana y no faltan jolgorios alcohólicos, reyertas, romances a la luz de la luna ni tampoco una milagrosa curación. Es ésta sin duda la novela más descacharrante y bulliciosa de Ciges, y su dibujo de una sociedad disipada y feliz en su fiesta tiene trazos precisos y está hecha con amor e ironía.

Villavieja compite con *Jarrapellejos* de Felipe Trigo, publicada el mismo año de 1914, por ser la más enjundiosa denuncia literaria del caciquismo rural en la España de la Restauración. Villavieja, como La Joya de Trigo, es una pequeña ciudad de la España meridional. En ella dos familias, Uldecoas y Obregones, se disputan el poder a la sombra de D. Dámaso Espino, el viejo cacique. Conocemos en la obra la ignorancia ociosa de los terratenientes que juegan en el casino y la amarga vida de los jornaleros que trabajan los campos, lidiando con el hambre. Un extranjero alojado en el pueblo sirve de contrapunto y discute a veces para defender un programa regenerador de justicia, cultura y trabajo organizado. Cuando Luis Obregón decide presentarse a las elecciones con un programa levemente progresista, es envuelto en turbias maniobras que dan con él en la cárcel. Al fin inevitablemente es derrotado: «*Compra de sufragios, cambio de papeletas, resurrección de muertos, "embuchados", avance de relojes, todos los artilugios que hacen de las elecciones españolas un capítulo de picaresca moderna, presenció aquel día Villavieja*». Vemos claro que jueces, policía y prensa al servicio del cacique hacen imposible cualquier progreso en una sociedad en la que la tergiversación es el pan cotidiano. Se diagnostica además un trasfondo de ruina moral donde el robo es tolerado y los gobernados que lo observan en los cargos públicos sólo aguardan a acceder a uno para hacer lo propio.

Tras el paréntesis que comentábamos antes, Ciges regresa a la narrativa en 1925 con *El juez que perdió la conciencia*, obra para la que se basa en su experiencia cuando en 1923 y a requerimiento de Rafael Gasset accedió a ser candidato cunero del Partido Liberal por el distrito de D. Benito. La novela es en verdad imprescindible para quien quiera conocer en detalle la maquinaria, la jerga y los rituales de las elecciones en la España de comienzos del siglo pasado. Ernesto Marsán, un acaudalado juez con un innato fondo de honradez, acepta concurrir a la lid y enfrentarse a Daniel Cepero, candidato conservador, por el distrito de Neblino, que Ciges sitúa en la España mediterránea. La acción describe las peripecias de la contienda con un realismo casi cinematográfico y tras el comienzo en un despacho ministerial nos lleva enseguida a la lucha sobre el terreno mientras va develando la red de clientelismos que tejían la estructura de Neblino y sus pueblos aledaños. Caciques y cacicuelos, que aportan votos y demandan contrapartidas, propicios a cambiar de bando y prestos a todo tipo de corrupciones, son los personajes esenciales del drama. Negociaciones, pactos, amenazas, chantajes, sobornos y algún coscorrón jalonan una refriega electoral que nos permite conocer una espléndida galería de tipos ibéricos genuinos. Al fin, tras un reñido escrutinio, la lid termina casi en tablas y ve su desenlace anulado al poco tiempo por el golpe de Primo de Rivera el 13 de septiembre del mismo 1923. El eje de la obra es la transformación moral de Ernesto Marsán, atrapado al fin en la sordidez de la lucha, y parece transmitir la imposibilidad de cualquier progreso en una sociedad enferma hasta sus cimientos.

Con *Circe y el poeta* (1926), Ciges abandona su temática más habitual y compone con los recuerdos de sus exilios parisinos las peripecias de Adolfo Lena, «revolucionario y poeta» casi imberbe, por el alcohol y las mujeres de la bohemia parisina. Sus amores con la menuda y hermosa Sara le sirven de inspiración para crear el poema genial que da título al libro, mientras sobrevive haciendo traducciones y se agrava la tuberculosis que lo lleva a la tumba al final de la obra. Éste coincide con el asesinato de Jaurès y el comienzo de la Gran Guerra, y en el caos de la evacuación, el moribundo Lena encomienda dos sobres a su amigo Quintín Sancho, exrevolucionario de turbias andanzas, uno que contiene el manuscrito del poema y otro con cinco mil francos que han de asegurar su publicación. Lamentablemente, Sancho olvida recoger uno de los dos sobres...

Posteriormente Ciges acomete narraciones más breves destinadas a la colección La Novela Mundial que su viejo amigo José García Mercadal dirigía en Madrid. Las dos primeras están en la estela de *Circe y el poeta*. *La honra del pueblo* (1926) nos cuenta cómo Julio Heredia, joven y afamado pintor, regresa a su pueblo para casarse con su prima Carmen, a la que ama. El conflicto se plantea cuando ésta le obliga a separarse de Ernestina, la inseparable modelo y amiga de sus años difíciles en París, a la que debe la vida. La marcha de Julio con Ernestina del pueblo supone para él la renuncia a un gran amor, pero le libra de cometer una bajeza despidiendo de su lado a una persona a la que debe todo. La trama pone de manifiesto la gazmoñería secular de los pequeños pueblos españoles. *El príncipe de Trapisonda* (1927) es una intriga humorística sobre las correrías parisinas de un príncipe estafador. El tercer relato, *Prosperidad y ruina de un nuevo rico* (1928), presenta en realidad un anticipo de *Los caimanes*, la última gran novela de Ciges publicada tres años después, con la que éste regresa al análisis de gran calado de la sociedad española. Esta última obra nos describe la ascensión de Ramón Castalla, un humilde huérfano convertido en empresario y enriquecido con los negocios que la Gran Guerra propició en nuestra piel de toro, y cómo una crisis financiera lo lleva a la ruina. Al lado de este personaje principal, águila de vuelo truncado, resultan esenciales, por su poder siempre prevaleciente, los caimanes del título, mandarines de una sociedad cerrada y recelo-

sa que aprecia poco el trabajo y se regodea en las dichas del aparentar. Al final de la obra descubrimos cómo la inquietud industrial y comercial de Castalla sirve sólo para beneficiarles a ellos. Con su riqueza de ambientes, que retratan en conjunto un momento crucial de la historia europea, el ágil desarrollo de la acción, y un protagonista de extraordinario atractivo, tosco pero sagaz y talentoso, sacrificado al fin a la torpe envidia ibérica, esta novela compite con éxito con lo más enjundioso de la narrativa de la época y constituye un remate espléndido de la producción de Ciges.

En la edición de la Generalitat Valenciana, un minucioso trabajo de investigación sirve a Cecilio Alonso para mostrar en sus notas los personajes reales en los que Ciges se basó para construir sus caracteres novelescos. Descubrimos así un tanto sorprendidos cómo casi tras cada uno de éstos se esconde algún contemporáneo del autor, del que éste se sirvió para tejer la ficción. Hay ocasiones incluso en que Alonso se ve obligado a anotar y corregir erratas en las que Ciges menciona a los personajes por su nombre verdadero. Gentes de las tierras de España, reales como la vida misma, nos aguardan así en las páginas de un escritor que tal vez consideraba que la imaginación puede ser demasiado peligrosa cuando la obra literaria pretende tener el valor de testimonio de un retrato del natural. Leer a Ciges es hoy sin duda una de las formas más gratas que tenemos de acercarnos al entramado social de la España de hace cien años.

Tras debatirse en los comienzos de su trabajo literario entre el esteticismo modernista y la necesidad de un estilo ajustado que sirviera de análisis y exorcismo de una realidad implacable, Ciges encontró rápidamente su camino, acertando a construir un insustituible retrato del tiempo que le tocó vivir. El impulso del que nace su obra nos lo confiesa en una reseña de *Alma* de Manuel Machado publicada en 1902, cuando tras reconocer lo quimérico de pretender mejorar la sociedad por medio de los libros, afirma con inquietud budista: «*Si el dolor es lo más real del mundo ¿por qué no sentir conmiseración por todo lo que vive y sufre? ¿Quién podrá ser mejor intérprete del dolor universal que el poeta…?*».

Los vencedores, de Manuel Ciges Aparicio. Las luchas obreras en la Asturias de 1906

Publicado en *Rebelión* el 23 de septiembre de 2022

Manuel Ciges Aparicio (1873-1936) entendía la literatura que tan asidua y brillantemente cultivaba, sólo como un instrumento para escudriñar y denunciar las contradicciones de la sociedad plagada de ellas en la que vivía. Así narró magistralmente las experiencias de su azarosa vida, recordada en otro artículo, en cuya juventud sufrió hospitales, cuarteles, cárceles y exilios, y tejió luego, como pocos han sabido hacerlo, historias que retratan el caciquismo institucional del régimen de la Restauración. La suya fue una existencia entregada al periodismo, la literatura y la política, y aunque en la última practicaba un reformismo dialogante, éste fue suficiente para costarle la vida cuando el golpe fascista de 1936 lo sorprendió de gobernador civil de Ávila.

El despertar del proletariado asturiano

Los comienzos del siglo XX fueron una época de agitación social en Asturias y el año 1906 es recordado en especial debido a la conocida como «Huelgona», conflicto en el que los trabajadores de la Fábrica de Mieres, complejo minero-siderúrgico en el valle del Caudal, se movilizaron para mejorar sus condiciones laborales. El fracaso del intento dio lugar a una cruel represión por parte de la empresa, con más de setecientos despedidos a los que se impidió encontrar trabajo en otras factorías controladas por ella.

Fue ésta una tragedia que tuvo amplia repercusión en la prensa liberal e izquierdista, y para informar de ella acudió Ciges a la villa de Mieres. Él era ya un veterano periodista, embarcado en esos momento además en la publicación de sus volúmenes de memorias y novelas como *El vicario* (1905). Tras una estancia de varios meses en Asturias, interrumpida por amenazas de muerte, en el verano de 1907 aparecen con su firma y el título «Feudalismo industrial», cuatro artículos en el diario madrileño *España Nueva*, dirigido por Rodrigo Soriano. Estos textos van a ser el germen de la novela *Los vencedores*, que ve la luz en 1908 y Dyskolo acaba de reeditar.

En este volumen, primero de una serie bautizada «Las luchas de nuestros días», Ciges nos expone la triste situación que observa en el valle del Caudal, al tiempo que se emplea a fondo para retratar a los que manejaban el siniestro tinglado, los mismos caciques que impidieron la distribución de la obra en Asturias. Tras este libro, nuestro reportero siguió auscultando sobre el terreno los conflictos obreros en la piel de toro y poco después dedicó otro, *Los vencidos* (1910), a las víctimas de la apisonadora capitalista con las que convivió en las cuencas mineras de Riotinto y Almadén.

La novela como arma en las luchas sociales

El autor describe con ánimo realista y prosa poética sus experiencias en el verde valle, ámbito de paz bucólica en el que desentonan los chirridos de las locomotoras y el río negro. Poco a poco, en charlas por *caleyas* y *chigres* en los que fluye generosa la sidra, se va informando de los sucesos. La empresa tuvo una época de grandes ganancias, pero las derrochó el dueño, establecido en Francia, con sus lujos y vicios, mientras su esposa en Asturias ejercía un mando ti-

ránico sobre la compañía. En 1897, el ingeniero que había modernizado las instalaciones, identificable como Jerónimo Ibrán, dimitió escandalizado de la situación que se estaba creando. De esta forma, cuando en 1906 los huelguistas presentaron sus reivindicaciones, las finanzas de la entidad no andaban muy boyantes, lo que contribuyó al desastre.

Derrotada la movilización, es una junta nombrada por los propietarios y apodada «Gabinete Negro» la que decide las readmisiones, recurriendo a los espionajes más odiosos. Obligados a emigrar, los huelguistas son perseguidos dondequiera que van por la saña de los vencedores, en cuyas manos funcionarios y jueces son herramientas dóciles. Así, la desesperación de los que ven a sus familias condenadas al hambre alimenta el odio de clase y augura un futuro de guerra social. La nueva vida que ha introducido el «progreso» en el universo atávico de la aldea resulta ser al fin un infierno de explotación y miseria.

El Centro Obrero nació para educar al pueblo, y realizó una gran labor, fomentando la lectura y elevando la cultura de los proletarios. Tras la lucha, desierto y embargado, se salva únicamente por la solidaridad de los obreros madrileños. No sólo los socialistas, principales protagonistas de la huelga, son hostigados, sino también los republicanos, que les prestaron auxilio. En realidad, el ambiente de miedo a la delación y sometimiento emponzoña todas las relaciones en la villa.

Ciges clama contra la injusticia de una sociedad que sostiene a personajes obscenos en la opulencia, mientras condena a muchedumbres a la pobreza. Aunque no se les mencione por su nombre, reconocemos en la obra a Ernesto Guilhou, presidente de la Fábrica de Mieres desde 1890 hasta su fallecimiento en 1911, y a su consorte, la francesa Enriqueta Georgeault, que antes de los esponsales había deleitado al público como bailarina ecuestre. De él se revelan las andanzas de sus antepasados, cuajadas de episodios que no le debió resultar grato que se airearan, lo que explica su boicot al libro.

No faltan en la novela tampoco veladas alusiones a las tropelías y debilidades de otros caciques fácilmente identificables, como el ultracatólico y todopoderoso Alejandro Pidal y Mon, o su hijo Pedro, marqués de Villaviciosa y yerno de Ernesto. Se refleja además el rol esencial en la trama de los eclesiásticos, prestos siempre a apaciguar obreros y tronar desde el púlpito contra cualquier amenaza al orden social. Su influencia llega a todos los rincones, y según se nos cuenta, negarse a ingresar en el Círculo Católico fue motivo suficiente para la expulsión de un joven y talentoso empleado. El colegio de segunda enseñanza fundado por republicanos y socialistas en la villa pasó a ser regentado tras la huelga por unas monjas,

Ciges nos acerca con su relato a la pesadilla que ha surgido entre la naturaleza verde y espléndida, al lamento precavido de los derrotados y a su sumisión, alumbrada por una esperanza que apenas toma forma. Nos presenta también en detalle a los responsables de tanta miseria, los vencedores del título, regidores de la farsa con el apoyo imprescindible de la Iglesia y las fuerzas del orden. En la atmósfera opresiva se presiente lo inevitable de un estallido.

La primera chispa de la hoguera

Entre los represaliados por la Huelgona, se encontraba el minero socialista Manuel Llaneza (1879-1931), que en su destierro va a conocer las poderosas organizaciones obreras del norte de Francia y a su regreso funda, en 1910, el Sindicato de Obreros Mineros de Asturias (SOMA), esencial en las grandes movilizaciones del proletariado en la región, como la huelga revolucionaria de agosto de 1917 o la sublevación de octubre de 1934.

La conflictividad social había empezado ya en Asturias con la industrialización y el desarrollo de la minería en el siglo XIX, pero atendiendo a la magnitud de la represión que se empleó contra ella, no es descabellado afirmar que la crisis de 1906 tuvo un papel crucial en la gestación de las revoluciones del siglo XX en la zona. Con *Los vencedores*, Manuel Ciges Aparicio nos ofrece un inestimable y vívido retrato de algunos protagonistas de la mítica Huelgona de aquel año y nos introduce en un ambiente envenenado de privilegios e injusticia, preñado de todas las convulsiones que siguieron.

Los vencidos, de Manuel Ciges Aparicio. Una novela pionera de la crítica social y ambiental

Publicado en *Rebelión* el 13 de marzo de 2024

Manuel Ciges Aparicio (1873-1936) nos legó una obra novelística apegada a la realidad y socialmente comprometida, en la que desenmascara los males más profundos de la sociedad española de su tiempo. Tras su servicio en el ejército durante las guerras coloniales de África y Cuba, para sus primeros trabajos literarios Ciges exprimió sus propias experiencias de cuarteles, presidios y hospitales, pero muy pronto se embarcó en un ambicioso ciclo narrativo en el que se propuso retratar los rituales y miserias de un medio rural español dominado por el caciquismo. En un artículo anterior pasé revista a esta fructífera trayectoria.

Además de estas labores, en el comienzo de su carrera, Ciges puso en marcha un proyecto que bautizó «Las luchas de nuestros días» y cuya primera entrega fue la novela *Los vencedores*, publicada en 1908 y reeditada recientemente por Dyskolo. Esta obra expone las penalidades de los obre-

ros asturianos, que el autor conoció sobre el terreno, tras la gran huelga que protagonizaron en 1906. El título elegido ya señala que se pone especial énfasis en describir a la clase propietaria, y hay que decir que la fidelidad del retrato logró que el libro fuera prohibido en Asturias. Tras esta primera entrega de la serie, sólo apareció una segunda, *Los vencidos*, en 1910, que reúne las experiencias y testimonios recogidos por Ciges en sus viajes por las cuencas mineras de Riotinto y Almadén. Este texto, más relato periodístico que novela, y pionero por su contundente denuncia social y medioambiental, acaba de ser reeditada por Pepitas, con un prólogo de Javier Rodríguez Hidalgo en el que acerca al lector a la vida y la obra de Ciges.

Riotinto

El primer escenario son las minas de Riotinto, conocidas por entonces como «La California del cobre». Estas explotaciones milenarias habían sido cedidas a capitalistas ingleses en 1873, y el sistema de aprovechamiento impuesto por éstos, por medio de «teleras», había resultado tan nocivo que había provocado huelgas y motines, como los famosos de 1888, «El año de los tiros». Las tristemente célebres teleras que inundaban la región de humos fétidos y venenosos habían desaparecido definitivamente en 1907, sustituidas por técnicas más rentables, pero como veremos, la vida de la clase obrera no había variado significativamente.

Ciges accede a la zona con precaución, pues sabe que la empresa lo controla todo y simplemente su condición de periodista le hará ser expulsado *ipso facto*. En el tren, convertido en «viajante», conversa con mineros que regresan del hospital con secuelas atroces, como la de un muchacho sin piernas a los diecinueve años. A través de ellos se sabe que el último trimestre, que no fue de los peores, se saldó con más de cuatrocientos accidentes, número que se explica por los trabajos que se realizan. Las tragedias humanas lubrifican la sacrosanta acumulación del capital.

Riotinto es un erial de escombros y casas arruinadas por los laboreos de la mina, de la que llegan lejanas detonaciones: «*Medio Riotinto está en el suelo*», escribe Ciges. Carteles prohíben el paso, y guardas de la Compañía alejan a los curiosos. Sólo un periódico republicano, *Libertad y Progreso,* anunció la inminencia de la catástrofe, inevitable al extenderse las galerías imprudentemente por debajo del pueblo, y cuando ésta ocurrió nadie asumió responsabilidades ni buscó soluciones. Para el futuro se esperaba el derrumbe de lo que quedaba en pie, surcado ya de grietas. Mientras tanto, casi toda la prensa callaba. En la fonda, Ciges, transformado ahora en un abogado que hace turismo, palpa el descontento de los propietarios de casas, arruinados con ellas. Al fin se descubre que todo el poder está en manos de la Compañía, regida por racistas atentos sólo a la ganancia, aunque generosos a la hora de captar voluntades entre los oligarcas locales. Y no hay remedio contra ellos.

El libro nos pone ante alguno de «los vencidos», gentes como un joven de un pueblo de Zamora que en tan sólo unos meses en las faenas más duras ha enfermado del pecho, pero se resiste a dejar de trabajar pues necesita mandar dinero a su familia que está en la miseria. Su alegato alumbra detalles de un universo sórdido donde todo se vende. La situación del muchacho es tan desesperada que planea un accidente mortal para que su madre pueda cobrar una indemnización.

En la mina, los barrenos horadan la montaña, y luego expertos «saneadores» se descuelgan temerariamente con cuerdas sobre la zona derruida para derribar con una palanca las zonas «resentidas». Después, poderosas grúas rellenan vagones sin descanso y circulan los convoyes, arrastrados por alguna de las casi ciento cincuenta locomotoras que tiene la Compañía. Junto a los trenes corren los «guardafrenos», saltando cada poco a los vagones para realizar ajustes, candidatos a los más graves accidentes. Pero si esto parece terrible, una visita de noche a las fundiciones próximas al pueblo, en las que se extrae el metal, obliga a compadecer a los condenados a tal infierno.

Ciges nos habla también de huelgas silenciosas y sombrías, inspiradas por la desesperación. Armados de dinamita, los mineros se retiraron en cierta ocasión a los montes cercanos y amenazaron con volar la mina. Arrancaron sus demandas, pero después proliferaron entre ellos espías y soplones que hicieron imposible la lucha. Además, la organización sindical estaba estrictamente prohibida.

Almadén

En Almadén, Ciges encuentra un pueblo encalado y pulcro, que denota bienestar hasta en los barrios humildes. Sin embargo, al caer la tarde el regreso de los mineros auspicia pláticas que muestran que no todo es idílico. Los vapores mercuriales causan estragos entre los que bajan a la mina, desdentados muy jóvenes, temblorosos y debilitados, pero la peor parte es para los que se achicharran en la fundición, a los que se lleva en pocos meses una tisis galopante.

Aquí, a diferencia de Riotinto, es el propio Estado el empresario y pronto se nos revela que un yacimiento tan rico, único en el mundo, podría permitir grandes ganancias si no fuera por las maquinaciones de los Rothschild, que controlan los precios. En el casino local un orador expone a quien quiera oírle estos desmanes, y también la apatía y corrupción del Gobierno español, pero su sermón se pierde en un desierto de oídos sordos. La triste verdad es que la extracción del tesoro mineral destroza las vidas de los que la realizan para enriquecer desorbitadamente a unos pocos truhanes.

Una visita al hospital, ubicado al lado de dos cementerios e invadido de sus insufribles olores, propicia conversaciones con azogados y modorros que se van dejando la vida en labores perniciosas. Al fin resulta que en Almadén la población femenina cuadruplica la masculina y el mal afecta también a la descendencia, pues se comprueba que no hay familia de minero que se propague más allá de la tercera generación. Con esto no es de extrañar que el trabajo de las minas fuera impuesto en ocasiones a presidiarios.

Escenarios de resistencia, a pesar de todo

Hay en España dos yacimientos mineros que son referencias mundiales y cuya explotación se realiza desde hace miles de años. Las riquezas de estos veneros inagotables de cobre y mercurio fueron extraídas durante muchos siglos recurriendo a la esclavitud y el trabajo forzado, pero la modernidad vio nacer una nueva forma de servidumbre a través de la maquinaria capitalista. *Los vencidos* nos ofrece un retrato ajustado y demoledor de la situación que se vivía en estos dos lugares emblemáticos en los comienzos del siglo XX. En «*el trágico Riotinto de los hombres mutilados y las acciones al 1900*» y el Almadén de enfermedad rampante para mayor lucro de los Rothschild, presenciamos dos desarrollos de un guion único que no es otro que la extracción de plusvalía de acuerdo con unas leyes implacables.

Manuel Ciges Aparicio nos aproxima en esta obra a «los vencidos» de un combate desigual. En realidad, poca resistencia ofrecen los dolientes y ajetreados mineros a la violencia que se ejerce sobre ellos, pero hay que reconocer que la propia presencia del periodista preguntón representa una prometedora anomalía en el panorama penoso que se describe. Hablando con unos y otros, a veces se escuchan cosas interesantes cuando el alcohol, la desdicha o el furor desatan la lengua. Sabemos así de incipientes movimientos de protesta, siempre reprimidos, pero nunca derrotados del todo. En Riotinto está vivo el recuerdo de revueltas recientes, y en Almadén también progresa un nuevo espíritu, y un grupo de mineros ha elaborado una carta de denuncia, reportando abusos y mala organización en la empresa. Ante la persecución que sufren, acuden a Ciges en busca de un altavoz mediático para sus demandas.

En dos escenarios milenarios de riqueza metalífera, y también de explotación, enfermedades y miseria, las luchas sociales se tensaban sin remedio al iniciarse el siglo XX. Manuel Ciges Aparicio nos dejó en *Los vencidos* el testimonio impagable de cómo con esta agitación y casi imperceptiblemente amanecía la nueva conciencia del que resultó ser un siglo revolucionario.

La España negra en la obra literaria de José Gutiérrez Solana

Publicado en *Rebelión* el 21 de febrero de 2008

Los libros que José Gutiérrez Solana escribió han sido vistos en general, ya desde la época en que su autor vivía, como un producto secundario de su talento creador, medio oculto a la sombra de su indiscutida genialidad como pintor. La admiración de Ramón Gómez de la Serna y algunos otros iniciados de ninguna manera fue compartida por una sociedad incapaz de reconocerse en la visión que de ella presentaba Solana en sus escritos. No obstante, el paso del tiempo consolida progresivamente la opinión de que en estas obras se encuentra una fiel y sólida imagen literaria de algunos de los rostros menos amables de la España de principios del siglo XX. La benemérita reedición reciente de algunos de estos libros, que tienen además el atractivo añadido de incorporar textos inéditos o muy difíciles de hallar, debemos esperar que sirva para reivindicar a un escritor que merece mayor atención de la que ha recibido hasta estos momentos.

Hijo de indianos enriquecidos en México y oriundos de la Montaña santanderina, Solana viene al mundo en Madrid el martes de Carnaval de 1886. Su vida, que transcurre principalmente en esta ciudad con algunas estancias en Santander y París, desarrolla pronto los hábitos de un eterno paseante y ávido observador de las calles y sus gentes, visitante asiduo de ambientes arrabaleros y marginales, de fiestas populares y sus chiringos y barracas. Además, siempre es un placer para él viajar por los pueblos y ciudades de España, recorrer sus barrios y beber el áspero vino de las tabernas. De la mirada insaciable y atormentada que explora estos escenarios, nacerá toda su obra, su prodigiosa pintura y también una serie de libros: *Madrid: escenas y costumbres* (1913 y 1918), *La España negra* (1920), *Madrid callejero* (1923), *Dos pueblos de Castilla* (1925) y la breve novela *Florencio Cornejo* (1926), más textos sobre París y fragmentos diversos. Literatura y pintura dan rienda suelta a su temperamento creador y su amarga visión de la sociedad en la que vivía hasta su fallecimiento en Madrid en 1945.

Podría decirse que la gran virtud de la prosa de Solana es ante todo su fidelidad en la recreación de circunstancias y situaciones de la vida común. En una tradición literaria empeñada tantas veces en transmitir más que nada una idea del ingenio del propio escritor y su capacidad sin límites para el artificio, pocas veces captamos como en Solana un desasimiento tan absoluto de cualquier empeño de este tipo y un sometimiento tan directo e invencible a la simple y llana realidad que el autor ha encontrado delante de sus ojos y le provoca una urgente e imperiosa necesidad de ser descrita. A propósito de esta inestimable autenticidad que impregna

toda su obra, Ramón señaló en cierta ocasión: «*Solana se ha mantenido incólume. Su constancia es asombrosa y es, quizás, el único ejemplo en medio de esta vida artística en que todos los artistas dan tan vergonzosos espectáculos de bajeza, de transigencia y de sumisión, entregados a una política más fea y más indiscutible que la de los políticos*». Esto nos ayuda a entender esa revalorización continua de sus escritos, que conservan inmarcesible la virtud de enfrentarnos brutal y sabiamente a los paisajes más sórdidos de la España de la Restauración.

La prosa de Solana es rústica, pero enormemente efectiva. Leyéndole descubrimos otra vez que realmente no es tan importante escribir bien como tener algo que decir, y que esto puede conseguirse sencillamente teniendo los ojos bien abiertos y la sensibilidad a flor de piel. Aunque su estilo no sea muy depurado, Solana pone inmediatamente ante nosotros aquello que quiere mostrarnos, y su arte es tan magistral en este sentido que nos atrapan en él los acontecimientos más triviales: «*Las sábanas que cuelgan de las cuerdas de los balcones se hinchan, y parece que trabajan por desprenderse y salir volando a la calle; los papeles dan muchas vueltas alrededor de los troncos de los árboles, y suben en torbellino a lo largo de las fachadas de las casas, a la altura de sus tejados*». El mundo que Solana nos muestra es ajeno a cualquier abstracción poética o romántica, a cualquier lectura idealista o patriótica, es el mundo real y simple de las gentes que viven su existencia absurda y alienada, una existencia regida fundamentalmente por la ignorancia y la crueldad. Solana recorre las calles y acude a las verbenas y los bailes populares, nos describe a mendigos, adivinadoras, curanderos y sacamuelas, rufianes y prostitutas. También se para en todas las barracas de los «fenómenos» y en las riñas de gallos. Los rituales del Carnaval y la Semana Santa tienen en él un observador meticuloso y atento, así como el azar incoherente del rastro: «*En una tela tienen los más diversos y extraños objetos: lavativas, dentaduras postizas, la mandíbula de una calavera, máquinas rotas de relojes y un saco lleno de cascos de caballos de los que se matan en las plazas de toros*». También se acerca a los mataderos: «*La sangre corre en olas: los cerdos degollados forman un montón que esperan a ser romaneados y subidos por los mozos a los carromatos*». Y nos habla del caciquismo: «*En día de elecciones, en todos los pueblos de España hay una atmósfera de matonismo; los cafés están llenos, se compran los votos y se reparten puros; luego la gente se lanza a la calle con estacas y garrotes*». En el capítulo «Los cementerios abandonados» de *Madrid callejero*, comprendemos finalmente que ni siquiera en la muerte seres tan atropellados han de alcanzar descanso. La heteróclita acumulación de ataúdes y cadáveres en el cementerio de San Martín describe a la perfección un absurdo que se prolonga más allá del último suspiro del cuerpo.

Si toda la obra de Solana se mueve en un territorio mestizo y fronterizo entre la vida y la muerte, la «fiesta nacional», donde crueldad y matanza, disfrazadas de «valentía» y «arte», se convierten en protagonistas de la vida social, no podía dejar de tener en ella un lugar especial. Allí, su mirada aguda no deja escapar nada: «*Detrás de las barreras está la entrada general, que cuesta dos reales, y allí están apretados, de pie, muchos hombres y mujeres, y suele suceder que en esta aglomeración, una mujer baja que quiere ver las tripas de los caballos trepe por la espalda de un hombre y se monte encima de sus hombros con la cara encendida de entusiasmo*».

Y tras el espanto de la ciudad, que nos lleva a pensar al fin si la omnipresencia de enfermedad, crueldad y muerte en su paisaje, no significará en realidad que es la propia ciudad una monstruosa forma de enfermedad, crueldad o muerte, sólo el campo o el trabajo humilde y creador de los artesanos es capaz de despertar la ternura del autor, como cuando contempla el río Tajo después de salir de Plasencia*: «¡Qué ganas daban de abandonar el tren y quedarse allí, sobre todo a esta hora en que el sol aprieta, a merendar, a beber el agua cristalina de este río y a lavarnos las manos! ¡Con qué envidia veíamos, desde la ventanilla del tren, beber el agua a los corderos, que al salir de las balsas y encontrarse en la ribera lo primero que hacían era apagar su sed en el agua de este río!*».

El humor chocarrero y malicioso de Solana aflora en ocasiones también, y se despierta sobre todo ante los seres finchados de su propia importancia, que mudan sus hábitos para formar una imagen egregia de sí mismos. Y en estos fragmentos puede apuntar incluso una coña autocrítica: «*Fue pasando el tiempo, y los antiguos artistas del café de Levante se hicieron más conservadores, más burgueses; obtuvieron medallas en las exposiciones, plazas de profesores, y lo que fue el romántico café de Levante pareció una sucursal del café de la Bolsa.* Sic transit Gloria mundi».

José Gutiérrez Solana, que tan genialmente retrató el alma de su época en sus cuadros, nos regala en sus escritos la misma mirada silenciosa y huraña, vagamente enojada y burlona a ratos, siempre aguda y minuciosa para poner ante nosotros el espanto abigarrado de la España de principios del siglo XX. Leerle es contemplar un tiempo antiguo que no ha prescrito todavía.

La eternidad de *Campos de Castilla*

Publicado en *Rebelión* el 24 de marzo de 2020

La gran poesía lleva el lenguaje a una condición de arte de palabras que no hallamos en ninguna otra expresión oral, y alcanza de esta forma una dimensión que desafía el tiempo y eclipsa a su autor, convirtiéndose en patrimonio común de los que comparten un idioma. Esto es sin duda lo

que ocurre con *Campos de Castilla*, un libro cuyos versos desnudan los estratos más profundos de este país en eterna construcción que todavía habitamos, y se las arreglan siempre para arrancar reflexiones que no dejan de iluminarnos. Sin embargo, las cosas grandes tienen comienzos pequeños, y hasta triviales, y hay que decir que esta obra, recién reeditada por Dyskolo como libro electrónico, surge de algunas peripecias aleatorias de la vida de su autor.

En abril de 1907, Antonio Machado Ruiz, joven sevillano de treinta y un años, consigue tras una de las maratonianas oposiciones que se estilaban por entonces, una cátedra de Francés para un instituto de enseñanza media. Puede elegir como destino entre Baeza, Soria o Mahón, y contra todo pronóstico se decide por la capital castellana. Él mismo comentó luego que la razón de ello había que buscarla en su asistencia aquellos días a una representación de *El genio alegre* de los hermanos Álvarez Quintero, a la sazón recién estrenada. Le habían asegurado que en esta comedia estaba «toda Andalucía», y su conclusión fue: «*Si es esto de verdad Andalucía, prefiero Soria*».

En aquel momento, Antonio es un poeta conocido, colaborador asiduo en las revistas que convocan a los jóvenes talentos, y ha publicado ya un libro: *Soledades*, en 1903, bien recibido por la crítica, y del que a finales de 1907 verá la luz una versión ampliada: *Soledades. Galerías. Otros poemas*. En esta carrera lírica, la estancia en Soria y el contacto con los paisajes y las gentes de la Castilla profunda van propiciar un cambio importante, cuando las influencias simbolista y modernista dejen paso a un regeneracionismo guiado por un impulso ético que hasta entonces estaba ausente en sus versos.

No hay que olvidar, además, que en 1909 y en Soria, nuestro poeta contrae matrimonio con la jovencísima Leonor Izquierdo, de quince años, el gran amor de su vida. Ella fallece de tuberculosis en agosto de 1912, y una de sus últimas alegrías es sostener en sus manos la primera edición de *Campos de Castilla*, la obra que ha visto crecer a su lado con cariño y en la que su compañero expresa su nueva visión del mundo.

La estructura de un clásico

En la edición definitiva de *Campos de Castilla*, que es la que nos ofrece Dyskolo, los poemas de la etapa soriana (1907-1912) van seguidos por otros posteriores, compuestos hasta 1917. El libro se inicia con el famosísimo «Retrato» y sus nueve serventesios de alejandrinos yámbicos, sin duda uno de las piezas más conocidas de la literatura castellana. A través de él, el ideal de la filantropía y la imagen de la poesía-espada, «*famosa por la mano viril que la blandiera*», marcan el inicio de la fase «soriana» del poeta. Es muy interesante leer estos versos en paralelo con los también autobiográficos de su hermano Manuel, por cuanto reflejan a la perfección las diferencias de temperamento y estilísticas entre los dos.

Los dieciséis poemas que siguen son considerados por muchos la cima en la producción lírica de Antonio Machado. Vienen sobre todo en combinaciones de endecasílabos y heptasílabos, con alguno en octosílabos o alejandrinos, y traen una descripción de los roquedos, bosques y ríos castellanos, áspero paisaje «*por donde cruza errante la sombra de Caín*», pero en el que se ve también brotar la ternura de una «*primavera/ humilde como el sueño de un bendito*». El poeta descubre su ser más profundo a través de la contemplación de esos campos a los que en un momento interpela: «*(…) me habéis llegado al alma,/ ¿o acaso estabais en el fondo de ella?*». La gente que allí habita, un pueblo que dominó el mundo, es ahora una caricatura que «*envuelta en sus andrajos, desprecia cuanto ignora*». Ellos plantean el otro leitmotiv del libro.

Dos vicios atávicos, la codicia y la envidia, causantes de crímenes que asaltaban cada poco los titulares de los diarios, dan asunto para «La tierra de Alvargonzález», el fragmento más largo del poemario, un romance que narra el asesinato de un padre por dos de sus hijos. La historia entrecruza realidad y sueño con resonancias bíblicas, y logra crear un ambiente de fantasmagoría en el que las pasiones hallan símbolos en la aridez de la sierra y el misterio de la laguna Negra, escenario del crimen y de su expiación.

Tras este extenso interludio, el libro regresa a su paleta de paisajes sorianos, recordados ya en ocasiones desde la lejanía como el paraíso donde quedó enterrado el amor. Hay también descripciones del campo andaluz, y una visión pesimista de la gente, «*que ora y embiste/ cuando se digna usar de la cabeza*», aunque no se deja de adivinar otra «*España de la rabia y de la idea*», presta a aportar su impulso. En una sección de «Proverbios y cantares», poemas breves sobre todo en octosílabos asonantados, Machado sintetiza una filosofía vital en la que Unamuno va a notar filiación con el judío Sem Tob de Carrión y fatalismo y amargura «*casi musulmanas*».

En «Elogios», la parte final del libro, nuestro poeta glosa obras recién aparecidas de sus amigos Juan Ramón, Azorín, Ortega, Valle o Unamuno, y expresa su dolor por los que se van, como Rubén o Giner de los Ríos. En otro fragmento: «España en paz», argumenta su inveterado pacifismo y muestra una satisfacción, sabiamente matizada, ante la neutralidad de España durante la Gran Guerra.

Lecturas

El libro se convirtió pronto en un éxito de ventas y recibió comentarios elogiosos de los escritores más reputados, que destacaron su sabiduría humanista y su diagnóstico certero de las lacras de un pueblo que necesitaba reconocerse a sí mismo en el momento en que trataba de superar el trau-

ma del 98. Entre ellos estaban Azorín y Ortega, que coincidieron, sin embargo, en criticar la excesiva carga descriptiva y detallista. Unamuno, otro admirador, quedó fascinado por el énfasis en la envidia española, para cuya energía buscó alguna irradiación positiva. Él y Juan Ramón apreciaron de manera especial los «Proverbios y cantares», la parte más aforística.

Campos de Castilla nos sorprende hoy por la rabiosa actualidad de su espíritu, y pronto comprendemos que esto es debido a que el siglo que nos separa del momento en que fue escrito ha sido sólo crónica y constatación de un fracaso que nos deja casi exactamente en la misma situación de entonces. Saber encontrar el fermento para la regeneración en la agreste naturaleza de las sierras sorianas, sublimadas en símbolo universal, es probablemente el mayor hallazgo estético de la obra. Puede decirse, en este sentido, que la consonancia perfecta de la música de los versos y su mensaje, enraizado en la vida más sencilla, es la clave de su inmortalidad.

Cerca del Duero

Tras la muerte de Leonor, Antonio, incapaz de seguir viviendo en Soria, solicitó un traslado, y su destino resultó ser al fin Baeza, donde permaneció siete años. Su trabajo progresó allí, con piezas para otro libro, pero también, como hemos visto, enriqueciendo con nuevos poemas sus *Campos de Castilla*, la gran obra que echó a rodar en Soria y contiene la quintaesencia de su filosofía y su arte. La estancia en la ciudad se convirtió así en la etapa decisiva que marcó su destino como poeta. En un soneto fechado en Sevilla en 1913, con su herida aún muy reciente, nos descubre lo que ha resuelto su peregrinar: «*Mi corazón está donde ha nacido,/ no a la vida, al amor, cerca del Duero...*».

Fabulaciones y otros textos en prosa, de Antonio Machado

Publicado en *Rebelión* el 18 de marzo de 2022

A finales de enero de 1939, Barcelona, capital republicana martirizada por los bombardeos, está a punto de caer en manos de los franquistas. Antonio Machado, que ha buscado refugio allí, se ve obligado entonces a emprender con algunos familiares y amigos una precipitada huida hacia la frontera francesa. Llegan cinco días después, y a pie y empapados por una fuerte lluvia han de recorrer los últimos centenares de metros hasta ella. Ya en Francia, encontrarán amistosa hospitalidad en Colliure, pero en breve se le declara al poeta, asmático, una neumonía, resultado de la mojadura, que pone fin a sus días el 22 de febrero. Poco después fallece su madre en la misma habitación de la posada.

Al tener que abandonar los vehículos para la fatal caminata, los fugitivos debieron dejar en ellos su equipaje, y así se perdió un maletín en el que el poeta guardaba celosamente varios manuscritos inéditos, entre ellos un libro que firmaba su apócrifo Abel Martín titulado *Los complementarios*. De los tres cuadernos que componían éste, sólo uno va a aparecer luego, el primero, y fragmentos de él irán viendo la luz en 1949, 1950 y 1955 en publicaciones periódicas. En 1957, la práctica totalidad de lo recuperado fue publicada por Losada, junto con artículos dispersos sobre asuntos literarios y otros textos, como su discurso de ingreso en la Academia de la Lengua.

Todos estos trabajos acaban de ser recogidos por Dyskolo en un volumen que homenajea al gran lírico sevillano en el 83 aniversario de su muerte. Tras una versión electrónica de *Campos de Castilla* en 2020, el sello recupera, ahora en papel, unas páginas mucho menos conocidas, pero fundamentales para comprender el proceso creativo y las influencias que marcaron la producción de Antonio Machado.

Los complementarios

Esta obra contiene borradores y apuntes sobre temas diversos, elaborados entre 1912 y 1925. En ellos su autor por ejemplo reflexiona sobre el quehacer poético, y nos acerca a sus motivaciones y criterios a la hora de enfrentarse al papel en blanco y desarrollar la labor creativa: «*Hay dos maneras de corregir: una es borrar; otra, hacer de nuevo*». «*Sólo publico para librarme del maleficio de lo inédito. Y para no volver a acordarme de lo escrito*». Plasma también intuiciones: «*Nunca estoy más cerca de pensar una cosa que cuando he escrito la contraria*». Y en ráfagas nos alcanzan destellos de su psique: «*La mayor tortura a que se me puede someter es escuchar mis versos recitados por otro*».

Nos habla el maestro de sus lecturas, y no faltan comentarios sobre Unamuno, Baroja o Proust. Sin embargo, resulta evidente que es la poesía lo que más le apasiona, y nos descubre que es Virgilio su favorito, aunque no explica del todo las razones. Abundan intuiciones que revelan cómo concibe la lírica: «*Los buenos poetas son parcos en el empleo de metáforas, pero sus metáforas, a veces, son verdaderas creaciones*», y lo demuestra con citas de san Juan de la Cruz, modelo para él de contención frente al barroquismo que viene detrás, cuando la lírica muere y los poemas se convierten en «*objetos mecánicos, buenos, cuando más, para curar el tedio infantil*». En estas divagaciones, se atreve el sevillano a juicios categóricamente lúcidos: «*Después de Rimbaud, la poesía francesa entra en un período de desintegración*».

Se recogen en *Los complementarios* poemas originales, algunos presentados en una sección final en que son atribuidos a apócrifos cuyas biografías se resumen. Las formas son variadas: romances, canciones; hasta un soneto, composición entre cuyos cultivadores modernos en castellano

en otro sitio se destaca sólo a Manuel Machado. Se expresan también opiniones sobre pintores, como Solana, «*un Goya necrómano que pinta con insana voluptuosidad lo vivo como muerto y lo muerto como vivo*», o El Greco, en el que ve a un continuador de Miguel Ángel,

Antonio Machado mostró siempre una inclinación por la reflexión filosófica, sobre todo a través de sus apócrifos: Juan de Mairena y Abel Martín, y se multiplican aquí las incursiones en estos asuntos. En un repaso a los andamiajes filosóficos del siglo que nace, se lamenta el eclipse de la razón, desbordada por el culto a la acción. Kant es, para él, el último pensador de gran estilo y, refutado el positivismo, constituye la referencia para el nuevo tiempo. A Leibniz y Schopenhauer los considera, antes que filósofos, creadores de geniales poemas, puestos en música, respectivamente, por Mozart y Wagner.

No faltan en estas misceláneas páginas anécdotas curiosas y reveladoras, como cuando su autor recuerda: «*Conocí en Soria (1908) a un Sr. Noya, que fue el segundo marido de la madre de la mujer de Bécquer. Este Sr. Noya me regaló, como presente de bodas, dos autógrafos de Bécquer, dos composiciones inéditas que seguramente Bécquer no hubiera publicado. Yo las quemé en memoria y en honor del divino Gustavo Adolfo*».

Fabulaciones

Se incluyen en este apartado tres textos de carácter diverso. «Fragmentos de pesadilla» es un breve relato en el que un condenado a muerte dialoga en su celda con un peluquero que acude a ejercer de verdugo usando una técnica de su invención. La ejecución es pública y después de ella Caronte desengaña al que creía haber muerto de manera original. La moraleja es la futilidad de nuestros desvelos ante la guadaña que a todos nivela.

«Gentes de mi tierra» nos presenta a dos españoles que Machado trata en París. Uno es un periodista ácrata, fustigador en su país de los poderes sociales y como tal, perseguido y exiliado, que sobrevive en Francia con unas clases de español. El otro es un «embustero, charlatán y polemista», amante sólo de sí mismo, que abandonó a su mujer y sus dos niños en España y en París vuelve a hacer lo propio con la muchacha con la que vive y el hijo de ambos. El relato sirve a Machado para contraponer el ideal y el egoísmo como motores de la vida.

«La tierra de Alvargonzález» desarrolla en prosa el cuento-leyenda del romance homónimo de *Campos de Castilla*. El poeta nos describe su visita a la sierra de Urbión acompañado de un viejo campesino, que es quien le da a conocer la historia de los hijos codiciosos que asesinan a su padre y lo arrojan a la laguna Negra. La tierra es improductiva luego para ellos, y más tras repetir su crimen sobre el hermano menor que regresa rico de América. Los infames son al fin tragados por el abismo insondable de la laguna mientras gritan su arrepentimiento.

Discurso de admisión en la Real Academia de la Lengua

Se incluye el discurso preparado por Antonio Machado para ser leído en su ingreso en esta institución, que no llegó a materializarse. El texto comienza con una exhibición de modestia en la que, con exageración no exenta de humor, el autor declara no ser humanista, ni filólogo, ni erudito, y confiesa que, con excepción de algunos poetas, las bellas letras nunca le apasionaron. Se presenta como poco sensible a los primores de la forma, a la pulcritud y pulidez del lenguaje, y en fin a todo cuanto en literatura no se recomienda por su contenido. «*Lo bien dicho sólo me seduce cuando dice algo interesante*». Después afirma: «*Amo a la naturaleza, y al arte sólo cuando me la representa o evoca, y no siempre encontré la belleza allí donde literalmente se guisa*».

Sobre la sustancia de la poesía, Machado ve ilógico hablar de «Nueva sensibilidad», pero se muestra partidario de una «Nueva sentimentalidad»: «*¿Cuántos siglos durará el sentimiento de la patria? Nada tan voluble y tan vario como el sentimiento. Esto deberían aprender los poetas. que piensan que les basta sentir para ser eternos. Los sentimientos cambian a través de la historia y aun durante la vida individual del hombre*».

El frustrado académico denuncia en el presente escuelas literarias arbitrarias y absurdas, por su guerra a la razón y al sentimiento, las dos formas de la comunión humana, y también la «descomposición» que a su juicio padece el movimiento simbolista: «*La poesía actual trata de regresar a una poesía pura allende tiempo y espacio, sin darse cuenta de que como la paloma kantiana, ignora la ley de su propio vuelo*». Sobre esto mismo, en otro lado dice: «*El genio calla porque nada tiene que decir cuando el arte vuelve la espalda a la naturaleza y a la vida, los ingenios invaden el estadio y se entregan a toda suerte de ejercicios superfluos*».

Se detiene Machado en dos «frutos tardíos» del espíritu decimonónico: Proust y Joyce, que sin ser poetas escribieron según él los poemas esenciales de su época. Al primero lo considera un gran psicólogo, «*que evoca, con una panorámica visión de agonizante, toda una fenecida primavera social*». La obra del segundo es en su opinión «*una vía muerta, un callejón sin salida del solipsismo lírico de 1800. La extrema individualidad de las almas, su monadismo hermético y autosuficiente, sin posible armonía preestablecida, es a la vez un canto de cisne y, por qué no decirlo, un canto de grajo*». La cuestión de fondo es que los valores morales tienen el mismo radio que las ideas, y los eclipses de unos y otras son fenómenos necesariamente concomitantes.

Para el mañana, el autor de *Campos de Castilla* se atreve a profetizar: «*En poesía, el mañana, señores, bien pudiera ser un retorno (nada enteramente nuevo bajo el sol) a la ob-*

jetividad y a la fraternidad por otro lado. Una nueva fe (porque en el campo de las creencias es donde se plantean los problemas esenciales del espíritu) se ha iniciado ya. Comienza el hombre nuevo a desconfiar de aquella soledad que fue causa de su desesperanza y motivo de su orgullo».

Otros textos

Artículos de 1920 en *El Sol* aportan crítica social sobre males endémicos de la piel de toro: «*Dice el burgués: Al pobre,/ la caridad, y gracias./ ¿Justicia? No, justicias/ para guardar mi casa*». También se reivindica la naturaleza, «donde debe libar el artista», y se comentan textos de Eugenio d'Ors, auténtico pensador, según Machado, en un país de «matonismo intelectual». En 1929 Machado ve a la juventud española benévola, pacífica y más ilustrada que sus progenitores, pero la literatura que está creando la encuentra filosofante en exceso, y alejada de la intuición y emotividad imprescindibles.

Una conferencia de 1922 en Segovia sobre literatura rusa resalta la universalidad de sus grandes escritores, que son juzgados indisciplinados e intuitivos, y atentos al sufrimiento y la fraternidad humanas a través del cristianismo más místico, que busca a Dios por el amor. Se insiste sobre esto en otro artículo de 1934 sobre una posible lírica comunista, pero la caridad evangélica del pensamiento ruso prerrevolucionario retrocede a juicio de nuestro poeta hacia un determinismo económico que le suena veterotestamentario. No descarta, de todas formas, una relectura del marxismo, fiel a las esencias seculares de Rusia.

La tertulia del maestro

Los grandes poetas nos dejan obras que estarán vivas mientras lo humano aliente, porque canalizan un impulso profundo y tienen la virtud de elevarnos como pocas veces las palabras saben hacerlo. El individuo detrás de los versos sublimes y los misterios de su creación son un enigma siempre y rebuscamos las claves en la vida y la obra del poeta. Por esto nos apasionan los detalles de su biografía, sus observaciones sobre filosofía o historia, y sobre todo sus juicios sobre los movimientos poéticos y las perspectivas del quehacer literario.

Antonio Machado escribe en una época de transición en la que la poderosa lírica del siglo XIX busca formas nuevas. El gran interés de *Fabulaciones y otros textos en prosa* reside en que aporta valoraciones, en aquel momento crucial, tanto sobre las referencias del pasado como sobre los caminos que por entonces se trataban de abrir para la poesía. De la lectura emerge una imagen del autor de *Campos de Castilla* como un amante de los viejos tesoros, pero también muy crítico cuando la orfebrería no va acompañada de pensamiento valioso, alquien que aprecia que la música de los versos sea un eco de la reflexión que los nutre, y en su caso concreto, que esté al servicio de sus grandes motivos, la naturaleza y la crítica social.

Ediciones Dyskolo nos ofrece con esta obra la visión de un gran poeta sobre un periodo decisivo del mundo y la literatura. A través de sus opiniones sobre filosofía, historia y los más variados asuntos, comprendemos mejor cómo se gestaron los versos inmortales de Antonio Machado, pero también tenemos la sensación de habernos acercado a la tertulia del maestro y haber escuchado sus palabras de cada día ante la vida cambiante.

Desde el mirador de la guerra (Artículos de prensa 1937-1939), de Antonio Machado. Testimonio del final más doloroso

Publicado en *Rebelión* el 11 de diciembre de 2024

Nada más ajeno al espíritu de reflexión y concordia de Antonio Machado que la guerra, pero un destino cruel quiso que ella marcara sus últimos años y precipitara su muerte. La había sentido lejana cuando asolaba los campos de Europa, pero ahora iba a verla muy de cerca, cercenando vidas y rompiendo todo lo que le era querido. Entre sus escritos de esta época final, destacan las colaboraciones periodísticas en las que el poeta reflexiona sobre lo que está ocurriendo, y entre ellas tienen interés especial los artículos que de julio de 1937 a enero de 1939 publicó en el diario barcelonés *La Vanguardia*, veintinueve columnas que acaban de ser reunidas por la editorial Dyskolo en *Desde el mirador de la guerra*, acompañadas de una introducción en la que se repasa la trayectoria biográfica y literaria del maestro en este tiempo. El libro está destinado a sumarse a la celebración en 2025 del 150 aniversario del nacimiento del autor de *Campos de Castilla*.

El poeta y la guerra

La sublevación de julio de 1936 sorprendió a Antonio Machado en Madrid, donde acababa de tomar posesión de una cátedra de Francés en un instituto de enseñanza media. Los últimos meses firmaba escritos de apoyo a la República y trabajaba con su hermano Manuel en una obra teatral sobre la Revolución francesa que estuvo mucho tiempo perdida: *La Diosa Razón*. El periodista asturargentino Pablo Suero, que los trató estos días vio a Antonio con algo de viejecillo, sin serlo del todo a sus sesenta y un años, con un mirar apagado como su voz, y a su hermano, un año mayor, más entero, aunque los dos cansados y desencantados. Cuando la asonada fascista, Manuel pasaba unos días en Burgos y fue detenido por sus ideas republicanas, pero en unas semanas optó por afiliarse a Falange y de hecho se

convirtió en uno de los puntales intelectuales del franquismo. Los dos hermanos, uña y carne hasta ese momento, no se volvieron a ver.

Llegan días dolorosos en que Antonio apenas sale de casa, sobresaltado por noticias de una guerra de futuro incierto. Sigue firmando manifiestos y en septiembre el asesinato de Federico García Lorca lo mueve a escribir la elegía *El crimen fue en Granada*, publicada el mes siguiente. En noviembre, con los rebeldes a las puertas de Madrid, es evacuado con un grupo de intelectuales y científicos a Valencia, donde va a permanecer hasta la primavera de 1938. En esta época, escribe versos y prosas en defensa del martirizado pueblo español y su república, y deja en ellos constancia de su pensamiento humanista y socialista, aunque refractario al economicismo marxista. Por dentro lo reconcomen los versos que su hermano está dedicando a los líderes fascistas.

Nuestro poeta participa en Valencia en el II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura con un discurso, «El poeta y el pueblo», cuya transcripción fue publicada en el diario *La Vanguardia* el 16 de julio de 1937 y es el primer texto recogido en el libro de Dyskolo. En él encontramos una encendida defensa del arte popular frente a las torres de marfil elitistas, que se refuerza en un momento en que la tragedia hermana a todos y demuestra que «*nadie es más que nadie*», eclipsando las afectaciones del «señoritismo». Machado ve una España popular eterna, la de D. Quijote y el Cid, y defiende un concepto de la cultura como un tesoro que sólo alcanza su sentido cuando se reparte, pues «*sólo se pierde lo que se guarda, y sólo se gana lo que se da*».

Los avances de los facciosos aconsejan abandonar Valencia y el poeta lo hace en los primeros días de abril de 1938, acompañado por su familia. Poco antes había aparecido otro artículo en *La Vanguardia* en el que el apócrifo Juan de Mairena hilvana unas «Notas inactuales» aforísticas. En ellas reflexiona sobre asuntos diversos para terminar inevitablemente con algo de plena actualidad, el criminal cinismo de las potencias que escudándose en la «no intervención» condenaban a muerte a la II República española.

Epílogo catalán

Machado y los suyos se instalan en Barcelona, blanco por entonces de frecuentes bombardeos. La guerra se da por perdida y el ánimo sólo puede ser sombrío. Poco consuelo es compartir la tristeza con buenos amigos, como León Felipe, José Bergamín, Waldo Frank o Max Aub. Las colaboraciones de nuestro poeta en *La Vanguardia*, diario incautado a la familia Godó y portavoz oficioso del Gobierno republicano en Cataluña, van a aparecer regularmente a partir de entonces hasta el 6 de enero de 1939. En estos textos se sigue señalando la injusta crueldad de la «no intervención» y su falta de sentido, pues sólo dilataba en el tiempo la batalla contra el fascismo de franceses e ingleses.

Las trece columnas agrupadas con el título «Desde el mirador de la guerra», escogido por Dyskolo para el libro, insisten en estas mismas ideas, lamento inevitable y vano cuando desde Ginebra llegan noticias de las deliberaciones de la Sociedad de Naciones que dejan a España inerme ante las potencias fascistas. Se aportan también conceptos originales sobre las conexiones entre la guerra y una paz que en realidad no es tal, pues condena a las clases populares a padecer injusticias y, como se acaba de ver, si tratan de remediarlas por vías democráticas las hace víctimas de una guerra sangrienta. Se critica a los políticos conservadores de las naciones liberales, ciegos y claudicantes ante lo que se les viene encima y verdugos de sus propios pueblos, al guiarse por un prejuicio de clase y miedo al «comunismo». Las vacilaciones e inconsistencias de Chamberlain con el asunto de Checoslovaquia son recibidas como una confirmación de lo previsto, que cabe tomar con ironía, mientras la ayuda soviética arranca sinceras frases de agradecimiento. En enero de 1939 aún hay alguna esperanza de que los pueblos de Inglaterra y Francia, iluminados por sus mejores intelectuales, sean capaces de revertir la deriva suicida de sus líderes.

La salud de Machado no es buena en estos meses últimos. El escritor Luis Capdevila lo encuentra desconocido, ya irremisiblemente viejo, con la faz chupada y barba de tres o cuatro días, andando lentamente, arrastrando los pies. Explica esto que desistiera de viajar a París al Congreso de la Paz al que se le invitó. Envió un texto que se publicó en *La Vanguardia* y aparece en el libro, en el que se rebela contra la fatalidad de la guerra, basada en la identificación con la propia familia, tribu o nación, que hace que excelentes padres y ciudadanos puedan convertirse en abominables asesinos. Ve la solución sólo en «*un sentido cordial de radio infinito*», capaz de hermanar a todos los humanos en los valores más nobles de la especie.

En otro de los artículos, Machado sigue reflexionando sobre la guerra y por boca de Mairena insta a los jóvenes a no caer en el nihilismo y saber recuperar las mejores tradiciones, las más profundas, del arte, cuando ésta concluya. Hay también unas vibrantes cuartillas para despedir a los voluntarios de las Brigadas Internacionales y dos alocuciones en la radio, una en el aniversario de la batalla por Madrid de noviembre de 1936 y otra «a todos los españoles», defendiendo la legitimidad de la República. En otro texto, el autor de *Soledades* recuerda con emoción cuando escuchó de niño a Pablo Iglesias, en cuya voz reconoció «*el timbre inconfundible —e indefinible— de la verdad humana*».

Un compromiso hasta el final

Machado, andaluz y castellano, exploró siempre la vena popular en su obra, y en su última etapa, cuando hados adversos le hicieron vivir lo más doloroso, siguió reivindicando en los textos reunidos en *Desde el mirador de la guerra* la

fusión del poeta y el pueblo, tema que eligió para su discurso en el congreso de Valencia. En la hora terrible de España, él se rebela en este libro contra los fariseísmos de la política que dejan a un pueblo maniatado frente a sus verdugos, y busca los argumentos y sentimientos que han de hacer posible terminar con tanto oprobio. El poeta quiere ser pueblo y encuentra en ello el mayor valor de su mensaje lírico, aunque traiga consigo el odio de los poderosos y una muerte cruel y prematura.

Un verso en la trinchera. El grito revolucionario de León Felipe, de Jordi Maíz y Carlos Coca. Éxodos y batallas de un poeta universal

Publicado en *Rebelión* el 6 de marzo de 2024

León Felipe sufrió en carne propia los desastres de la primera mitad del siglo XX español y su obra es un escalpelo que explora con pasión las raíces y claves de lo ocurrido; su vida es un peregrinaje antes incluso de que el fascismo lo condenara a ser «*español del éxodo y del llanto*» y está llena de momentos memorables. Jordi Maíz y Carlos Coca nos aproximan a algunos de ellos en *Un verso en la trinchera. El grito revolucionario de León Felipe*, un libro que acaba de editar Calumnia y más que una biografía al uso ofrece un recorrido por los escenarios que marcaron el rumbo de un poeta lúcidamente comprometido.

Hijo de un notario, León Felipe nació en 1884 en un pueblo de Zamora y fue en su juventud boticario y actor, conoció la cárcel convicto de desfalco, y trabajó después para la administración colonial en Guinea Española, como bibliotecario en México y de profesor universitario en Estados Unidos. Regresó a España al comenzar la guerra civil para apoyar a la República, y en esta tarea se volcó, pero su lealtad no le impidió constatar dolorosamente las banderías que en ella anidaban. En 1938 se exilió en México, donde falleció treinta años después.

Ambientes y momentos decisivos en la vida de León Felipe

Maíz y Coca nos acercan al ambiente de los escritores que nuestro vate conoció en la Nueva York de los años 20, y al paso de Pablo Neruda por España en la década siguiente, cuando describe al zamorano como «*encantador y con cierto aire nietzscheano*». En esta misma época, el auge internacional del fascismo provoca una reacción entre los intelectuales, que ven la posibilidad de un antídoto contra él en una cultura humanista y emancipadora. León Felipe colabora en esta labor con poemas, artículos y conferencias. En febrero de 1937 aparece en el diario madrileño *El Sol* «Don Quijote toma las armas», un texto suyo en el que se quieren ver en lo mejor de la literatura española unas raíces capaces de dotar del coraje necesario para vencer al fascismo al sufrido pueblo abandonado por todos.

El libro nos aproxima a personajes notables de la España republicana y exiliada, gentes como la periodista y crítica cinematográfica Silvia Mistral, militante de CNT, que en *Éxodo*, publicado en 1940 en México, reunió sus recuerdos sobre la caída de Cataluña y las desventuras de los republicanos en Francia. Otro periodista ácrata, Jacinto Toryho, dirigió *Solidaridad Obrera* durante buena parte de la guerra civil y después de ésta se exilió en Argentina. En sus memorias, *No éramos tan malos* (1975), describe así a un León Felipe cincuentón: «*Vestía boina y traje de pana oscuro. Se tocaba con una boina vasca, que llevaba con gracia y le confería personalidad. Lucía unas barbas negras apostólicas y aborrascadas, en las que comenzaban a aparecer hilos de plata, y unas gafas de carey, negras como la boina. Tenía un perfil rabínico ingénito. Era expansivo y locuaz. Corpulento, hablaba fuerte y pisaba fuerte*». Toryho recuerda que le dijo: «*Yo (...) soy ácrata, no me cabe duda. Primero, por español; luego por convicción, por idiosincrasia y por carácter. Y esto desde mi adolescencia y no me abochorno de ello*».

Recupera el libro el ambiente de aquella Barcelona revolucionaria de 1936 que sedujo a George Orwell, donde alentaba el embrión de una sociedad colectivizada y democrática, aunque las cartas venían mal dadas. Allí, en marzo de 1937 recita León Felipe en el cine Coliseum su poema «La insignia», que transpira el dolor de la caída de Málaga y las matanzas que siguieron. En él clama contra la nefasta división que observa en «su» bando republicano y contra el abandono de los ideales revolucionarios, imprescindibles a su juicio para derrotar al fascismo.

Un verso en la trinchera nos habla de la profesora y traductora mexicana Berta Gamboa (1888-1957), con quien León Felipe contrajo matrimonio al poco de conocerla en 1924 y que fue su sólido apoyo en los años más duros de su vida. Pasan por sus páginas también ilustres anarquistas exiliados en México, como Alejandro Finisterre, inventor del futbolín y editor de nuestro poeta, o la fotógrafa Mollie Steimer, que predicó la revolución por medio mundo antes de recalar en el país azteca. Amigos del autor de *Ganarás la luz* fueron allí también los exiliados Max Aub, Juan Larrea y Luis Buñuel.

El último capítulo está dedicado a los judíos que acudieron a arrimar el hombro en la Cataluña revolucionaria, hombres y mujeres como el hispanista Waldo Frank, que practicó aquí el romance sefardita aprendido con su familia en Nueva York, Emma Goldman, Simone Weil, la también escritora Etta Federn o la fotógrafa Kati Horna. León Felipe fue buen amigo de un pueblo en el que veía encarnada su propia esencia viajera y perseguida, pero hay que lamentar

que este impulso lo llevara a apoyar en sus últimos años el proyecto colonial sionista del Estado de Israel.

Entre los poetas españoles del siglo XX, todos con membretes de escuelas y generaciones, León Felipe luce como una estrella solitaria. Esto es así porque su estética sirve por encima de todo a la expresión de la lucha contra un destino aciago y a iluminar las amarguras de este combate con el aliento más noble de la solidaridad. En sus vagabundeos juveniles, en la experiencia decisiva de la guerra civil y en el largo y doloroso exilio, él es siempre un poeta prometeico, empeñado en entregar a los humanos el fuego sagrado robado a los dioses. Así, sus versos son señales luminosas que buscan, en palabras de su autor: «*Levantar al hombre de lo doméstico a lo épico, de lo contingente a lo esencial, de lo euclidiano a lo místico y de lo sórdido a lo limpiamente ético*».

Con *Un verso en la trinchera. El grito revolucionario de León Felipe*, Jordi Maíz y Carlos Coca nos acercan a algunos de los mundos que habitó un poeta profundo y original, cuya obra es un esfuerzo insobornable por la emancipación humana.

Baroja o el miedo. Biografía no autorizada, de Eduardo Gil Bera

Publicado en *Rebelión* el 22 de septiembre de 2020

Eduardo Gil Bera (1957), poeta, ensayista y narrador en euskera y castellano, confiesa en el preámbulo de esta obra su estupefacción ante el hecho de que los especialistas en Pío Baroja más reputados consideren que su periplo vital carece de zonas oscuras porque fue minuciosamente relatado por él mismo en los siete tomos de sus memorias. Ante la absurda candidez de esta fe y espoleado por la evidencia de una multitud de interrogantes en la trayectoria del personaje, Gil Bera se impuso una investigación cuyo fruto fue *Baroja o el miedo* (Península, 2001), libro que produjo una revolución en los estudios sobre el novelista vasco, aunque algunos por los abrevaderos académicos y mediáticos no se den por enterados.

Con su análisis concienzudo de la vida y la obra de Baroja, Gil Bera enfoca nítidamente la imagen de alguien marcado por un temor patológico a afrontar los problemas de la existencia y que encuentra en la literatura el medio de lidiar con él. El personaje «Baroja» que construye en sus escritos redime así al hombre incapaz de una relación amable y armoniosa con el mundo. *Baroja o el miedo* es lectura imprescindible para saber cómo se cocinan a fuego lento algunos mitos, y también para descubrir cómo la literatura se convierte en ocasiones en un sucedáneo de vida que permite digerir la realidad.

Primeros años

Nace el futuro escritor en San Sebastián el día de los Santos Inocentes de 1872, en la familia de un ingeniero de minas con aficiones literarias, y allí le toca vivir muy pronto agitaciones y bombardeos de la tercera guerra carlista. Con cinco años se instala con los suyos en Madrid y con ocho en Pamplona, para regresar con trece a la capital, siguiendo siempre los traslados del progenitor; tiene dos hermanos mayores: Darío, que morirá muy joven, en 1894, y Ricardo, y una hermana menor, Carmen, nacida en Pamplona. Cuando le llega hora de elegir carrera, Pío opta por Medicina, y aunque se le atraviesan algunas asignaturas, en 1893 logra terminar la licenciatura en Valencia. Son éstos los años también en que comienza a hacer sus pinitos como narrador y articulista.

Tras doctorarse en Madrid, nuestro vasco consigue plaza en Cestona en agosto de 1894, pero la rivalidad con otro médico más viejo hace que sólo dure allí hasta septiembre del año siguiente. En 1896 se instala en la capital para encargarse de la tahona de una tía de su madre, y vivir el ambiente literario de la villa y corte le marca el que ha de ser su camino: labrarse un nombre como escritor. En 1899 viaja por primera vez a París, donde conoce a los Machado.

Una carrera literaria

El primer libro que Baroja publica es una colección de cuentos: *Vidas sombrías* (1900), cuya impresión ha de pagarse de su bolsillo, pero éste abre la espita para otros que ya encuentran editor, como *Silvestre Paradox* (1901), su primera novela y una de las mejores, plena de creatividad e improvisación que se pierden en la siguiente: *Camino de perfección* (1901), con su trama ajustada a una tesis ferozmente pesimista. Ése es el mismo año en que nuestro héroe es presentado por su amigo Maeztu a Galdós en el estreno de *Electra*: «*Pío Baroja, hombre atravesado, que habla mal de todo el mundo y también de usted, don Benito*».

La consagración podemos considerar que llega por entonces, con las colaboraciones en *El Imparcial* y la cena homenaje que se le hace y en la que se sienta a la diestra de Galdós, «admirado maestro» al que denigrará en breve. Gil Bera pone en evidencia las críticas de su biografiado a otros personajes de su tiempo en una nómina interminable que alcanza hasta Palacio Valdés, Cajal u Ortega, algunos por no alabarle lo suficiente y otros por diferencias ideológicas o de carácter que resultaban ser agravios a la sacrosanta «verdad». Pero se disecciona sobre todo la producción novelística de Baroja. *El mayorazgo de Labraz* (1903) adolece, para el autor de la biografía, de una estructura impostada y numerosos plagios, aunque, eso sí, fue y es incomprensiblemente aclamado por la crítica. Son rasgos éstos que siguen según él en obras como *La busca* (1904) y sus secuelas, con su aire entre estampa piadosa y dentadura postiza, y

La feria de los discretos (1905), para Gil Bera: «*Una jaimitada que ni el padre Coloma*».

Baroja construye sus obras a partir de un decorado, y por ello son fundamentales los viajes. Del de 1906 a París salen *Los últimos románticos* (1906) y *Las tragedias grotescas* (1907), pastiches de Balzac con añadidos folletinescos, según Gil Bera. Lo que escribe en torno al atentado de Mateo Morral: *La dama errante* (1908) y *La ciudad de la niebla* (1909) se considera un buen ejemplo de la especialidad barojiana de escabullirse de la realidad. *Zalacaín* (1908), con sus aventuras a raudales, es, en el otro extremo, una de sus obras más logradas.

A finales de 1909, nuestro héroe es fichado por Lerroux para su partido, pero en las elecciones de diciembre no obtiene escaño. A los pocos días declara en una entrevista su aversión a la democracia, a la que es preferible según él una dictadura que promueva avances sociales con mano férrea. En unos meses renuncia a la actividad política para centrarse en la literatura e incluso llega a darse de baja en el partido, pero años más tarde, en 1918, aún hará otro intento, descrito con detalle en el libro, de alcanzar la carrera de San Jerónimo con los del Emperador del Paralelo.

Las inquietudes de Shanti Andía (1911) es según Gil Bera una obra estimable, pues Baroja, que no logra convencer cuando pretende ser fiel a su precepto de «*describir lo visto de verdad*», es sin embargo un buen adaptador de ideas y escenarios de otros autores, y así lo demuestra en sus mejores trabajos. De este año es también otra apreciable novela, aunque más barojiana: *El árbol de la ciencia*. En 1912 muere su padre, se decide la compra de Itzea, el caserón de Vera de Bidasoa que se convertirá en mansión familiar, y Carmen Baroja entabla relaciones formales con Rafael Caro, funcionario de Correos y futuro editor.

La historia pisa el acelerador

Baroja se declaró germanófilo durante la Gran Guerra, postura marginal en la intelectualidad ibérica. Los años siguientes están marcados por problemas de salud: una inflamación de la próstata que lo mortifica, y cuya operación pospone hasta el verano de 1921, y rivalidad creciente con su hermano Ricardo. En este tiempo ven la luz un ensayo: *La caverna del humorismo* (1919), y dos novelas de mérito: *La sensualidad pervertida* (1920) y *La leyenda de Jaun de Alzate* (1922). De *El laberinto de las sirenas* (1923) se presenta en el libro una disección de R. J. Sender que revela su inautenticidad. Aparte de estas obras, a partir de 1913, y en un largo ciclo que llegará hasta 1935, nuestro autor va a ir publicando los veintidós episodios de las *Memorias de un hombre de acción*.

Baroja presumía de haber pronosticado la dictadura de Primo de Rivera, y predijo también su final. En lo literario ésta es la época de la trilogía *Agonías de nuestro tiempo*, bosquejada a partir de viajes por el norte de Europa. Los años de la II República los deja pasar con prevención, temeroso de un posible triunfo del comunismo, repitiendo su estribillo: «*España es un país que siempre irá de la guerra civil a la mierda, y de la mierda a la guerra civil*». Mientras tanto, trabaja en la trilogía *La selva oscura*. En mayo de 1935 es recibido como académico de la Lengua, pero la buena racha acaba pronto, porque en pocos meses muere su madre; *El cura de Monleón* (1936) acusa la experiencia de la pérdida en una trama religiosa que Gil Bera halla falta de verosimilitud.

El 22 de julio de 1936, nuestro héroe y otras dos personas que viajaban con él en coche son detenidos cerca de Vera por una columna de los sublevados, y a pique está el reconocido enemigo «del Rey y la religión» de ser fusilado sobre la marcha. Al día siguiente, sin embargo, se le permite volver a casa y en cuanto puede, pasa a Francia. El 1 de agosto firma un artículo en *La Nación* de Buenos Aires en el que se declara partidario de «*una dictadura militar basada en la pura autoridad*», y el 1 de septiembre otro en el *Diario de Navarra* proclamando su adhesión sin fisuras al bando faccioso. A finales de ese mes se va a París, y luego a Basilea, desde donde sigue pregonando a los cuatro vientos sus convicciones fascistas y antisemitas en toda la prensa del orbe.

En septiembre de 1937, Baroja regresa a Vera con los suyos y se ofrece a escribir a favor del nuevo régimen. Su primer artículo no aparece hasta enero del año siguiente, y en él aprovecha para presentarse como «abuelo» del fascismo español y elogiar la Alemania del momento: «Esparta idealizada». A las pocas semanas se publica en Valladolid *Comunistas, judíos y demás ralea*, una antología del ideario barojiano con prólogo de Ernesto Giménez Caballero, teórico del fascismo español. En marzo vuelve a Francia y allí trabaja en *Laura o la soledad sin remedio* (1939), novela de tesis con una apología de la violación.

Nuestro donostiarra regresa a España en julio de 1940, con los alemanes ya en París, e instalado en Madrid muy pronto empieza a mostrarse anglófilo y liberal. En 1941 acomete la redacción de sus *Memorias*, que irán apareciendo, en siete volúmenes, hasta 1948. Sus años finales no van a ser plácidos: reumático y deprimido, afectado por alucinaciones, ve morir a sus hermanos, Carmen en 1950 y Ricardo en 1953; él mismo, tras sufrir una caída, fallece en Madrid en octubre de 1956. La obra trae un epílogo dedicado a la vida posterior de sus sobrinos: Julio y Pío.

Con pedestal o sin pedestal

El recorrido biográfico plasmado en la obra dibuja una trayectoria bien definida. El niño asustadizo, siempre pegado a las faldas de su madre, se transforma en un hombre retraído, cauteloso y acomplejado, que se muestra rencoroso y egoísta, a la par que calculador y cicatero, en demasia-

das ocasiones; en sus relatos sobre las peripecias de su vida, aflora además un mentiroso compulsivo. Aparte de todo esto, estamos ante alguien marcado por una siempre problemática relación con las mujeres, en las que sólo ve de destellos de lascivia insaciable o aspirantes a aniquiladoras de su libertad. Y es precisamente a este ser atormentado al que la literatura abre sus puertas para la creación de un héroe a su medida, un «Baroja» que va a ir construyendo y desarrollando a lo largo de sus novelas. En este personaje de ficción, el miedo pasa a ser precaución y sabiduría, la maledicencia se convierte en «amor a la verdad», resplandecen las virtudes que nunca se le vieron, puede ejercer sus dotes de seductor sobre féminas ideales, y los afeites y disimulos de su carácter y su vida, revelados con detalle en *Baroja o el miedo*, se transfiguran en algo casi mítico. Leyendo esta obra tenemos a veces la impresión de que el autor se ensaña con su biografiado, pero la conclusión, tras sopesar los datos aportados, es que la tesis principal sintetizada en el título queda cumplidamente demostrada.

Gil Bera expresa de forma continua en el texto su irreverencia ante los mitos que teje la escritura: «*Todo político que se preciare debiera apacentar sus propios periodistas*», llega a decir. Asimismo, muestra placer en desnudar con fino humor las imposturas literarias, y muy poca afición a venerar reputaciones amañadas o prostrase ante genios que no se sabe bien cómo treparon al pedestal. Su pasión es la búsqueda y comprobación del dato, y desmontar con él el tinglado de la farsa. Esto en general, pero el objetivo de la obra no es otro que Pío Baroja, y hay que reconocer que se emplea a fondo con él. De todas formas, lo que se descubre no son pecados en los que sea fácil a muchos tirar primeras piedras, y como Gil Bera afirma en un momento: «*Los sacamuelas que hacen de pensadores en la barraca de feria del mundo no piensan más que en el éxito, igual que Baroja*».

Admirábamos a Pío Baroja como autor de muchas páginas magistrales que retratan el mundo que le tocó vivir, y seguimos disfrutando de ellas después de saber todo lo que sale a la luz en *Baroja o el miedo*. Creo que son aplicables aquí las conclusiones de un artículo que publiqué hace años y que lleva por título: «El arte y el artista». Argumentaba en él que la obra de arte adquiere una entidad propia que debe ser considerada por sus efectos sobre nosotros e independientemente de la personalidad de su autor. De alguna forma, el autor somos siempre nosotros, ya que nuestra es la sensación que es capaz de detonar un simple objeto material. Además, resulta ridículo pretender otra cosa, porque el «alma del artista» es algo que siempre se nos va a escabullir y todos sabemos la multiplicidad de caras y caretas que alberga cada individuo

Es habitual idealizar a los artistas, pero es también ingenuo y peligroso. No hay que caer en el error de convertir a alguien en genio digno de veneración, y modelo de vida y sabiduría, en cuanto emborrona una cuartilla o endilga a un lienzo unos brochazos de forma magistral. Baroja, humano, demasiado humano, como su admirado maestro Nietzsche, aporta un buen ejemplo para comprender esto, y nos tememos que son muchos los que merecerían un tratamiento similar al que Eduardo Gil Bera le suministra en este libro

Arte accesible y Vida y muerte de Ramón Acín, de Felipe Alaiz

Publicado en *Rebelión* el 7 de octubre de 2020

Felipe Alaiz vino al mundo en Belver de Cinca (Huesca) en 1887 y alistó su vida y su pluma muy joven en las batallas de la trasformación social, como periodista vocacional, escritor comprometido y anarquista militante. Su extensa obra cubre sus dos etapas, la de los sueños revolucionarios en España y, tras la guerra civil, la de los sobresaltos y miserias del exilio francés, prolongada hasta su fallecimiento en 1959 en un hospital parisino. En su faceta de reportero, Alaiz firmó artículos en el diario *El Sol*, pero sobre todo en los periódicos y revistas ácratas, en cuya dirección también cooperó, ingente producción lamentablemente nunca reeditada en su mayor parte. Entre sus trabajos literarios descuellan la novela *Quinet* (1924), los dos volúmenes de *Tipos españoles*, que vieron la luz póstumamente en 1962 y 1965, y el ensayo *Hacia una Federación de Autonomías Ibéricas*, publicado en forma de fascículos entre 1945 y 1947.

Entre las escasas reediciones o libros recientes sobre Felipe Alaiz, cabe destacar un estudio y amplia antología de su paisano Francisco Carrasquer (Júcar, 1981), que lo considera el «*primer escritor anarquista español*», un opúsculo de Vicente Galindo Fontaura (Asociación Isaac Puente, 1990), y la reedición de *El arte de escribir sin arte* con prólogo de Javier Cercas y epílogo de Juan Bonilla (Berenice, 2012). Corazones blindados ha escogido para el pequeño volumen bifronte que acaba de editar en 2019 dos textos emblemáticos suyos: «Arte accesible» y «Vida y muerte de Ramón Acín», a los que ha añadido otros fragmentos menores e interesantes fotografías y documentos de la época.

«Arte accesible» es en realidad el capítulo 12 de *Hacia una Federación de Autonomías Ibéricas*, la obra más enjundiosa de Felipe Alaiz, y está dedicado a desgranar su visión del arte. El de Belver se declara a favor de la libertad de creación, que ha de dar buenos frutos si refleja una pasión genuina, pero en contra de la mercantilización y de la crítica al uso, en la que ve sólo una mediación interesada del poder y el dinero. Defiende un impulso universal en los creadores, siempre abierto a fusión de ideas y refractario a dogmas na-

cionales, y contra lo que asemeja muchas veces una religión iniciática, aboga por una producción que impacte a las masas y no rehúya facetas populares, y que sea capaz de modelar la vida para hacer de ella una genuina obra de arte.

Felipe Alaiz critica las religiones, que se disfrazan para engañar incautos, pero advierte la sofisticación de sus métodos: «*El arte no es, no debe ser una religión; pero la religión se vale de todas las artes del deslumbramiento*». No ve bien la promiscuidad de los museos y propone reunir el legado de los genios en centros específicos que den a conocer su vida y su obra, así como prestar más interés a los oficios artísticos. Incidiendo en esto, concluye con un homenaje a los tallistas granadinos que prolongan una tradición gloriosa, pero atentos sólo al lenguaje del corazón que crea, y ajenos a dogmas y academias. El volumen incorpora además dos artículos publicados en la prensa confederal, uno de 1936, canto a la pasión bibliófila del obrero en busca del saber que ha de liberarlo, y reivindicación de la naturaleza contra el encorsetamiento de los museos al uso; y otro de 1938 con una defensa del creador anónimo contra la obsesión necia de la firma.

«Vida y muerte de Ramón Acín» es un texto de 1937 en el que Felipe Alaiz recuerda al amigo entrañable que acaba de ser asesinado, y está todo él impregnado de una emoción vibrante y sincera. Nacido en 1888 en Huesca, Ramón Acín, pintor y escultor, desempeñó en la Escuela Normal de esta ciudad la plaza de profesor de Dibujo que consiguió por oposición. Alaiz retrata con amor al adolescente compañero de estudios en una Huesca levítica, el que le enseñó los quebrados y lo libró del infamante suspenso, y su metamorfosis luego en un joven idealista y tozudo, andariego y gran dialéctico, de carácter enérgico y dulce a la vez. En los años 30, Acín da clases y colecciona libros y cerámica en su Huesca natal, pero, fiel a sus convicciones ácratas, dinamiza también la actividad confederal en la región y organiza mítines y conferencias. Esto fue suficiente para que a primeros de agosto de 1936, junto a su compañera Concha, fuera asesinado por los fascistas. Su vida es ejemplo de aquello que decía Felipe Alaiz: «*La anarquía no es un régimen, sino que es una conducta en cualquier régimen*».

Quinet, de Felipe Alaiz. La novela del desarrollo de un carácter

Publicado en *Rebelión* el 28 de marzo de 2023

Felipe Alaiz fue un anarquista militante y escritor fecundo y talentoso que derrochó su ingenio sobre todo en el periodismo, oficio con el que se identificaba plenamente. Ajenos a demagogia y excesos doctrinarios, sus artículos tienen una dimensión social en la que supo innovar, sirviéndose de su vasta cultura, observaciones sagaces y una prosa brillante de conceptos.

Alaiz cultivó además la narrativa y durante una estancia en la cárcel en 1924 escribió una novela, *Quinet*, que fue publicada ese mismo año por la editorial Hoy y acaba de ser reeditada por Dyskolo. En esta obra, con una prosa sobria y reflexiva, de robustez clásica, se rememoran los primeros años de un muchacho que busca a través de los sucesos de su vida una visión crítica y personal del mundo. El aprendizaje va a llevar a Quinet, en quien se adivinan rasgos del autor, a una postura contemplativa, marcada por una indecisión contumaz que será puesta a prueba al final de la obra.

Felipe Alaiz nació en Belver de Cinca (Huesca) en 1883 y realizó estudios universitarios en Zaragoza, donde se inició en el periodismo dirigiendo dos años *La Revista de Aragón*. Reclutado luego por José Ortega y Gasset para su diario *El Sol*, frecuentó la bohemia literaria madrileña y trabó amistad con Pío Baroja y Eugenio D'Ors, pero pronto decidió probar fortuna en Cataluña. Allí comenzó su militancia anarquista y dirigió publicaciones importantes del movimiento, como *La Revista Nueva*, *Tierra y Libertad* y *Solidaridad Obrera*, lo que inevitablemente se compaginó con detenciones y estancias en la cárcel por delitos de opinión. En la época republicana, Alaiz tomó partido contra los treintistas y siguió con sus labores periodísticas, que no se detuvieron durante la guerra civil. Exiliado en Francia, pasó por un campo de concentración y sobrevivió luego precariamente hasta su fallecimiento en París en 1959.

Aprender a mirar para saber vivir

Un texto preparado en 1924 para la segunda edición de *Quinet*, y reproducido en la versión de Dyskolo, nos presenta a su protagonista como «*un joven de temperamento reflexivo y rebelde que va explicándose sus propios sufrimientos mientras aprende a mirar y nace a la vida responsable*». El natural andariego y observador del muchacho lo lleva a ambientes diversos y a tratar siempre de extraer una enseñanza de ellos. De esta forma, la novela resulta al fin la reflexión de quien tiene «algo que decir», empeño bien diferente, como señalaba Dewey y nos recuerda Alaiz en este texto, de la cháchara de quien habla sólo porque tiene «que decir algo».

La primera parte de la obra, «La ciudad mudéjar», es una crónica de los vagabundeos del protagonista por una capital española que bien pudiera ser Zaragoza. Quinet observa lo que ocurre a su lado, lo describe, y frecuentemente se atreve a juzgarlo. No es de su agrado la retórica imperial que cautiva el pensamiento de muchas gentes, y su opinión es tajante: «*Más consistió la grandeza de España en la pequeñez de dominar, que en la grandeza de dominarse. Por cada aventurado navegante, miles de aventureros, teólo-*

gos, hidalgos y truchimanes. Nadie podrá apartar de Cisneros su pobreza de su matonería».

Quinet está aprendiendo, pero como vemos, de ninguna manera es un pardillo. Argumenta sus opiniones y no se deja llevar por admiraciones ciegas, repartiendo estopa con liberalidad: «*Fray Luis de León, tan delicado y horaciano, calumnia a los pobres en su anecdotario de la perfecta casada, de manera muy poco delicada*». Con buen ojo, el censor pasa revista al carácter de las gentes, la religiosidad y la ciencia que se estilan en el país: «*En nuestra vidriosa tradición se unió la insolvencia mandona con el esfuerzo ciego y la picardía disolvente y atroz*». De sus estudios de Derecho, le quedó la impresión de que éste sólo cumple «*la delicada misión de justificar la fruición del gato para la rapiña y el arañazo*».

El rasgo dominante del airado joven es la atención inquisitiva al mundo y las gentes que contempla en él. Su mirar es «*jovial, fuerte y comedido*» y «*a los himnos de cosas mudables y enfáticas como la patria, la ley hipotecaria y la religión, prefiere los motivos eternos, alegres, claros y puros del agua, tan agradecida y madre de fortaleza: (...)*».

La vida social de Quinet no es muy variada y consiste sobre todo en visitas a una familia burguesa a la que lo une una vaga amistad y que le produce la impresión de algo lejano y marchito, y conversaciones con camaradas en las que se discute de literatura, arte, música y lo que llaman *flirts*. En un mitin político de «gente de orden» le deprime ver sólo «*el espíritu de plomo de la clase media*».

Sabemos de la infancia de Quinet: hijo de un médico rural, creció montaraz, con poca escuela y mucho campo, pero tuvo en su padre un maestro entregado que tristemente falleció pronto. Con su madre se instaló entonces en la ciudad, y allí le tocó ver a los pocos años con dolor como una epidemia se la llevaba a ella también. El huérfano se siente condenado a la soledad y disfruta sólo de la adoración por los que se fueron. Así, la vieja casa familiar se convierte para él en un refugio frente a la vida que lo llama.

La segunda parte de la obra, «Villa de Segundones», contrasta con la primera por sus fragmentos breves y escenarios cambiantes, además del entorno, que ahora es campesino e identificable con Albalate de Cinca, el pueblo en el que transcurrió la infancia de Alaiz. Aquí la mirada de Quinet continúa su aprendizaje y la búsqueda cristaliza en un tono lírico que expresa amor por la tierra y sus gentes, al tiempo que el lenguaje se llena de aragonesismos para describir los ritos de las cosechas y conversaciones de aldea. Se adivinan sobre todo recuerdos y ensoñaciones de la niñez del autor, que en un momento reflexiona sobre el valor auténtico de lo popular: «*Del pueblo salieron los azulejeros, los imagineros y Goya y Cajal*».

En la tercera parte, «Corros», visitamos reuniones de gentes diversas, diseccionadas con humor incisivo: estudiantes algo apergaminados con ojos sobre todo para el otro sexo, monjas atacadas de santidad, niñas cantarinas o contertulios de un cafetín donde el gran juego es la maledicencia. En una carta a un amigo, Quinet le habla de tres «novias posibles», que le han salido en un vals, lo que le sirve para disertar sobre la irrupción del ingeniero como ídolo de la clase media y marido perfecto a conquistar. Ve en ello el triunfo de la técnica sobre el humanismo y a fin de cuentas un corolario del culto al dinero en la vida moderna.

En «Virgen ceñuda», la sección final de la novela, tras las escenas precedentes, urbanas y campestres, y los idilios frustrados, el protagonista deplora su timidez y piensa en tomar alguna decisión tajante, aunque con aprensión: «*Estaba en peligro de caer en cualquier capítulo de cualquier novela, que es el peor trance de los posibles*». De paso por la Ciudad Mudéjar, da una conferencia sobre viajes en el Ateneo, y en ella hallamos sabrosos consejos: romper los itinerarios forzados, despedir al cicerone, ahuyentar por todos los medios a profesores, poetas, anticuarios y regionalistas, contar con un buen mapa, saber madrugar...

Visita después el protagonista a un amigo muy querido que critica su pasión observadora y lamenta sus indecisiones. La clarividencia de quien se revela como un profundo psicólogo y los deseos que exhibe de buscarle mujer a Quinet provocan en éste una despedida que es casi una huida, lo que no impide que tras instalarse en Madrid ande al poco tiempo ennoviado con una linda mecanógrafa. Las relaciones se prolongan en paseos y sesiones de cinematógrafo y traen a la novela reflexiones sobre «*el amor, envolvente y pérfido*», pero cuando ella le descubre que es madre de un niño, el eterno indeciso escapa con premura. Al final resulta que la maternidad no era cierta, sino tan sólo treta para aquilatar el amor del joven, y éste queda perplejo, irresoluto como siempre, pensando que todo su adiestramiento de miradas y cavilaciones le ha dejado sólo un poso amargo de melancolía.

Pensamiento para la acción

En *Quinet*, un Felipe Alaiz de treinta y siete años, recién aterrizado en la madurez, aprovecha los largos ocios carcelarios para rememorar su aprendizaje vital y ajustar cuentas con la literatura sin las urgencias del periodismo. No cabe duda de que las críticas del orden social que encontramos en la obra son los pensamientos del propio autor, un escritor que colaboraba estrechamente con el movimiento libertario en esa época. La exposición bien argumentada de estas ideas, con la prosa sin artificio, precisa y elegante que caracteriza la novela, constituye una parte importante de ésta, pero la estructura final sólo se logra a través de Quinet, un *alter ego* que sirve a Alaiz para aproximarnos a su infancia y juventud y a la formación de su carácter. El leitmotiv resulta ser la forja de un talante observador y sensible, pero remiso a la hora de tomar decisiones.

En las dos primeras partes de la obra, Quinet aprende a discernir la miseria escondida bajo los oropeles de la civilización y encuentra luego en el ambiente campestre una alternativa de vida capaz de contentar su espíritu, al avivar en él el paraíso de la niñez. Llegados a este punto, el arte de Alaiz va a sacar partido de las contradicciones del personaje que ha creado, y que en realidad es él mismo, para dar un desenlace al relato que sintetiza su enseñanza, el «algo que decir» señalado al principio.

El protagonista reincide sin desmayo en reflexiones que siempre saben justificar su indecisión con buenos argumentos, pero sometido al fin por su novia a una prueba de fuego, cae por tierra el edificio laboriosamente construido y deja al descubierto la triste inmadurez escondida tras la retórica. Recuerda entonces Quinet los consejos de su padre, que trataba de imbuirle la necesidad de comprometerse con los hechos, con trabajo y esfuerzo y sin temor al fracaso, como el pelotari que ha de resolver en un instante cada jugada.

En su única novela, Felipe Alaiz rememora su vida y expone su visión del mundo, pero nos deja también una reflexión crítica y nos advierte de los riesgos del pensamiento que se deleita en palabrería y no sabe afrontar los retos de la existencia.

El blocao, de José Díaz Fernández. Retratos de la guerra de África

Publicado en *Rebelión* el 21 de febrero de 2023

El verano de 1921 resultó fatídico para la guerra colonial de España en el Rif marroquí, con una derrota en las proximidades de Annual, al oeste de Melilla, saldada con más de diez mil bajas. Después de aquello, muchos jóvenes fueron llamados a filas, entre ellos José Díaz Fernández, que permaneció en África hasta su licenciamiento el año siguiente. Sus experiencias allí quedaron plasmadas en *El blocao*, una colección de relatos publicada en 1928 y que Dyskolo acaba de incluir en su catálogo como libro electrónico para suscriptores.

José Díaz Fernández había nacido en un pequeño pueblo de la provincia de Salamanca en 1898, pero pasó su infancia en Castropol (Asturias), localidad de la que era natural su madre, y se estableció luego en Oviedo, donde se ocupó en estudios de Derecho y colaboraciones periodísticas hasta su forzada incorporación al ejército. A su regreso, prosiguió con sus trabajos en la prensa y comenzó una militancia política en la izquierda moderada que lo llevó a ser elegido diputado en 1931 y 1936 por el Partido Republicano Radical Socialista, de Marcelino Domingo, e Izquierda Republicana, de Manuel Azaña, respectivamente. Durante la guerra civil, Díaz ejerció de jefe de prensa en Barcelona y después se exilió en Francia con su mujer y su hija. Falleció en 1941 en Toulouse, mientras esperaba un visado para viajar a Cuba.

Aparte de su labor periodística y sus recuerdos africanos, José Díaz Fernández es autor también de *La Venus mecánica*, novela de 1929 en la que describe la sociedad madrileña de aquel tiempo, así como de diversos relatos y novelas cortas. En *El nuevo romanticismo*, ensayo de 1930, se rebela contra excesos vanguardistas y experimentos formales y aboga por un arte más a la medida del ser humano. En 1935 publicó, con el pseudónimo de José Canel, *Octubre rojo en Asturias*, un reportaje documentado y ecuánime, especialmente recomendable entre la extensa bibliografía sobre los hechos del año anterior.

Vivencias de la guerra africana

La versión de Dyskolo recoge la nota para la segunda edición, sólo tres meses después de la primera, en la que el autor agradece la buena acogida de público y crítica, al tiempo que aprovecha para exponer su visión de la literatura. En una época de veleidades estilísticas, Díaz se muestra partidario de cuidar la estética, pero su objetivo son sobre todo las vivencias y emociones de sus protagonistas. Así declara: «*Cultiven ellos sus pulidos jardines metafóricos, que yo me lanzo al intrincado bosque humano*».

El Marruecos que el autor conoció es retratado como un mundo opaco y trágico, sin héroes ni grandes individualidades. Respecto al sentido político de la obra, la nota concluye con una confesión reveladora: «*Lo que sucede es que mi libro llega a las letras castellanas cuando la juventud que escribe no siente otra preocupación fundamental que la de la forma.* El blocao *tiene que parecer un libro huraño, anarquizante y rebelde, porque bordea un tema político y afirma una preocupación humana. Me siento tan unido a los destinos de mi país, me afectan de tal modo los conflictos de mi tiempo, que será difícil que en mi labor literaria pueda dejar de oírse nunca su latido*».

Los siete relatos que componen el volumen pueden leerse como capítulos de una novela en la que, según se explica en la nota introductoria: «*El argumento clásico está sustituido por la dramática trayectoria de la guerra, así como el personaje, por su misma impersonalidad, quiere ser el soldado español*». Los fragmentos convierten en literatura las experiencias del autor —que aparece con el nombre de «sargento Arnedo»— y sabemos así de su llegada con tropas bisoñas a una de aquellas fortificaciones que se conocían como «blocaos». Acuden para relevar a unos veteranos que son recordados luego «*feroces y barbudos, con sus uniformes desgarrados, mirando de reojo, con cierto rencor, nuestros rostros limpios y sonrientes*». La sorpresa será ver, según van pasan-

do los meses, cómo los novatos van transformándose progresivamente en un calco de aquellos «robinsones».

La campaña está por entonces atascada en una guerra de posiciones, con lo que los días traen sobre todo aburrimiento y naipes, y atisbar los movimientos en el aduar vecino. Las escenas bélicas son escasas, y Díaz llega a afirmar: «*De mis tiempos de Marruecos, durante las difíciles campañas del 21, no logro destacar ningún episodio heroico*». Cuando el puesto es atacado una vez, usando como anzuelo a una morita que solía acercarse a vender higos chumbos y huevos, después de la refriega la muchacha es salvada por Arnedo de la venganza de sus soldados.

Los personajes que pueblan *El blocao* los adivinamos extraídos de la realidad, y sus recelos e inquietudes nos descubren los de aquellos jóvenes españoles arrastrados a la locura colonialista. Son gentes como Villabona, el de Arroes, un ser «*elemental y de franciscanismo campesino*», propietario de un enorme reloj que le salvó la vida. Ojeda, el extremeño, encontró en un perrucho flaco que adoptó la ternura que le negaba la guerra y hubo de sufrir en exceso por ello. Riaño, recién ascendido a segundo teniente, era un muchacho «*rico, alegre y voluntarioso (...). Para él todo era una juerga*». Tenía una mora de querida que era su mayor orgullo, pero un día ella le atravesó el corazón con una gumía de empuñadura de plata. Pereda, abogado, sin espíritu militar y displicente, se ofreció sin embargo voluntario para una misión suicida: «—*¿Qué más da? Un día u otro...*».

El retablo fiel y sugestivo de los militares se completa con una galería de figuras femeninas, pues un autor veinteañero no podía ser insensible a las beldades que vislumbraba en zocos y cabilas. Ellas hacen de contrapunto a la acritud de la guerra, aunque el embeleso no acaba de cuajar en idilio y la mujer resulta más que nada inalcanzable objeto de deseo y fuente de conflictos. Uno de los fragmentos nos presenta a Angustias López, que en la vida civil del protagonista era una compañera muy radicalizada de militancia comunista. Ella reaparece en Marruecos, traficando armas para los moros y agudizándole las contradicciones al sargento Arnedo.

El blocao saca provecho de las experiencias de su autor y logra acercarnos al tenso ambiente de la guerra colonial con un realismo ajustado y pulcro, no exento de lirismo. En revuelta contra el exquisitismo formal que se estilaba por entonces, la obra marca camino hacia la novela con inquietud social que va a irrumpir en los años 30 y concretamente, en el escenario rifeño, puede considerarse precursora de *Imán* (1930), de Ramón J. Sender, y *La ruta* (1943), segunda entrega de *La forja de un rebelde*, de Arturo Barea. Estos dos libros, nacidos también de vivencias sobre el terreno, heredan el espíritu del de José Díaz Fernández y completan una trilogía desengañada y crítica sobre las penurias de españolitos llamados a dejar su sangre en África.

La balada del norte, de Alfonso Zapico

Publicado en *Rebelión* el 1 de enero de 2020

Una característica notable de las novelas gráficas del asturiano Alfonso Zapico (Blimea, 1981), que lo han colocado entre los autores más prestigiosos del género, es su capacidad para acercarnos a seres atrapados en momentos decisivos de la historia, y sondear su humanidad al límite, muchas veces capaz de enseñanzas sorprendentes. Así, *Café Budapest* (2008), nos lleva a la Jerusalén de la época de la proclamación del Estado de Israel, *La guerra del profesor Bertenev* (2009), a la guerra de Crimea o *Los puentes de Moscú* (2018), al conflicto del País Vasco, a través de un diálogo entre dos de sus protagonistas. En los tres volúmenes de *La balada del norte* (Astiberri, 2015, 2017 y 2019), cobra vida un elenco de personajes que retrata admirablemente un escenario tan fascinante y complejo como fue la Revolución asturiana de 1934.

Volumen I. Caminos de la revolución social

Tres páginas sirven para traducir en viñetas los turbulentos comienzos del siglo XX en España, cuando miseria, explotación y luchas sociales traen una república que no resuelve nada. Así llegamos a las navidades de 1933, y conocemos a Tristán, «el marquesito», que desde Madrid regresa a Asturias con su tuberculosis «*porque cualquier lugar es bueno para morir*» —los dibujos se recrean en el cambio de los paisajes y nos descubren la tierra que va a ser protagonista de la historia—. Conocemos también a su padre, Amadeo Valdivia, marqués de Montocorvo, propietario de medio país, a Javier Bueno (personaje real), amigo socialista de Tristán y director de periódico, y también y sobre todo al personaje principal de aquello: el minero asturiano, raza de aluvión y maltratada, en cuyo corazón ha incubado la idea de otro mundo.

Los mineros horadan las montañas y extraen carbón, pero al tiempo hacen acopio de armamento y dinamita. Apolonio, vigilante en la mina Santa Aurelia, hombre desbordante de humanidad y respetado por todos, trata al principio de mantenerse al margen de la que se está liando, pero, tras darle muchas vueltas, sensible a la justicia del empeño decide colaborar y entrega las llaves del polvorín. Hay tiempo también para que Tristán conozca a la hija de Apolonio, Isolina, sirvienta en su casa y se enamoren los dos. Él es testigo de la reunión de casa Manfredo, el chigre de Gijón donde socialistas y anarquistas sellan la Alianza Obrera. La revolución está servida. «—*Si tanto se odian entre sí, ¿por qué han firmado?*—, se pregunta Tristán. Ordóñez, el amigo periodista que lo ha llevado allí responde: —*Por miedo a perder la esperanza*».

Al fin Teodomiro Menéndez viaja a Asturias con la orden de comenzar la insurrección el día 5 de octubre a las

2 de la madrugada en la cinta de su sombrero, y así ocurre puntualmente. El primer objetivo son los cuarteles de la Guardia Civil en las cuencas mineras, algunos de los cuales caen esa misma noche. UHP es la consigna que todos corean. Apolonio es pronto un líder de la revuelta y sólo cuando ve a Tristán que huye con el marqués en su coche se da cuenta de quién es en realidad aquel chico flacucho que cortejaba a su hija. Los deja escapar y con ello concluye la primera entrega de la historia.

Volumen II. Combate

Escenarios de los primeros días de lucha: coraje, balas y dinamita contra el cuartel de Sama, que cae sin que se hagan prisioneros. Se organizan columnas para tomar Oviedo, donde se han refugiado los Valdivia, y la capital es pronto campo de batalla. Allí llega Apolonio, abrumado ya por la muerte que reina a cada paso*: «En la mina se muere, pero no se mata»,* y también Isolina, que su padre no ha podido evitar que se una a la milicia. La revolución social se ha cruzado en el camino de nuestros tórtolos. Mientras alzamientos dispersos fracasan por toda España, en Oviedo cae la fábrica de armas de La Vega, y algunos militares profesionales se unen a los insurrectos. La guerra fragua en un rincón abrupto y áspero del norte.

En las cuencas comienza la nueva vida sin patronos, y se blindan vehículos que parten para Oviedo, pero en Madrid se pone en marcha una campaña militar que involucrará unidades africanas y ha de servir de base para una represión brutal. Con el ejército acosando desde todos los puntos cardinales, el aplastamiento del sueño se va a consumar en quince días. Las viñetas ponen de manifiesto con dolor la eterna división de los revolucionarios, estigma de todas sus derrotas. En Oviedo, Apolonio y su hija se preparan para volver a casa: «*Sólo una cosa es segura. Esto acabará mal*», mientras en el despacho del gobernador el marqués celebra la victoria. Tristán desesperado por lo que se avecina, monta a caballo y parte al galope para unir su destino al de los vencidos. Su padre, que trata de hacerle regresar, se interna en la línea de fuego y cae con la cabeza reventada.

Volumen III. Represión

Prevista inicialmente en dos volúmenes, la obra se alargó en éste para seguir la trayectoria de los personajes principales. En esta entrega presenciamos cómo son los mercenarios rifeños los que hacen el trabajo sucio a la burguesía y arrebatan Oviedo a los mineros, y asistimos a la reunión en Oviedo entre el general López Ochoa y Belarmino Tomás para pactar la rendición, así como a la histórica arenga de este último desde el balcón del ayuntamiento de Sama que puso fin a la revuelta. La represión que se desata entonces es bestial en violaciones y torturas, y sobre ella nos ilustra Zapico.

Éste es el escenario en el que han de desenvolverse nuestros protagonistas. Isolina es encerrada pronto en la cárcel de Oviedo, mientras Apolonio y Tristán, que logran escapar juntos, huyen al monte y han de enfrentar delaciones y persecuciones. Al final descubrimos que será necesario otro volumen para cerrar el hilo narrativo por lo que a ellos respecta, aunque con este tercero queda completo el retrato de la insurrección de Asturias en sus tres etapas.

El reto de dibujar la historia

Los cuatro años entre la confección de la primera y la última viñeta son mucho tiempo, y a través de él vemos el cambio en el arte de Alfonso Zapico, que, dentro del realismo que lo domina, se hace más estilizado y expresionista. Un marco de dulces paisajes asturianos contrapuntea en el comienzo la negrura y el horror mecánico de la mina, y la violencia y destrucción que se desencadenan enseguida vienen asimismo contrapunteadas por el humor que aflora hasta en los lances más terribles, y también y sobre todo por la ternura del idilio de Tristán e Isolina. Este juego sinfónico nos muestra la omnipresencia de la violencia y da sentido a la historia, porque no empieza ésta cuando los mineros se sublevan, sino en el momento en que el capital comenzó a destrozar sus vidas.

Los personajes de la obra reflejan bien los ambientes sociales implicados, pero hay que decir que uno de ellos adquiere significado especial. Apolonio sirve a su creador para expresarnos, empática y brillantemente, su propia visión de lo que ocurrió en Asturias en aquellas semanas. Él, un vigilante, un ser relativamente privilegiado, contempla cada día de su vida un infame paisaje de explotación y miseria a su alrededor, y con su sano intelecto es capaz de percibir que éstas no caen de los cielos, sino que son la simple consecuencia de un orden social injusto. Así, su decisión de unirse a la revuelta la vemos como un intento legítimo de superar un estado de cosas insoportable que no podía ser atajado por otras vías.

Apolonio es también el impulso ético que guía la lucha después, y que trata de mantener la violencia en el mínimo imprescindible. Tras la derrota, su gesto es firme al juzgar el horror vivido como un noble intento de liberar a los oprimidos de sus cadenas. A pesar de esto, el error estratégico que todo ello supuso resulta evidente, como también lo es la causa de la debacle: la división de los explotados y su necio liderazgo. La narración va aderezada con extractos de poesía rusa, que aportan claves para descifrar la universalidad del combate por la libertad que se vivió en Asturias. Isolina al conocer de labios de Tristán la historia de la sublevación y martirio de Pugachov nos hace conscientes del triunfo de éste a pesar de todo, inmortalizado en la mejor literatura. Esto da un sentido profundo a los sucesos descritos.

Las baterías mediáticas del pensamiento único nos acribillan cada día con su visión sesgada y perversa de lo que

ocurrió en Asturias en octubre de 1934. Como alternativa a este relato tejido desde el poder, el trabajo de Alfonso Zapico nos ayuda a comprender la palpitante humanidad y las razones de los que optaron por ser protagonistas de la revuelta. Apolonio, Isolina, Tristán y tantos otros quedan con nosotros tras la lectura, y su aliento mantiene vivo el de muchos que vivieron aquello y fueron olvidados.

Descubriendo a un escritor: obra y exilios de Antonio Ortega

Publicado en *Rebelión* el 13 de diciembre de 2006

Desde el punto de vista de la historia, lo que ocurrió en julio de 1936 resulta bien claro. Una oligarquía cerril, incapaz de asumir los cambios justos y necesarios que la población demandaba desde la legitimidad de un poder democrático, desencadenó una violencia feroz que sumió nuestra piel de toro en una oscuridad de la que todavía no nos hemos recobrado. La magnitud de la tragedia no es fácil de imaginar, aunque pongamos en ello todo nuestro empeño.

Los responsables de aquella carnicería tienen hoy calles y monumentos por las ciudades de España. Muchos héroes anónimos que defendieron la legalidad descansan todavía en cunetas. A veces podemos rescatar piadosamente sus restos. Otras ni eso es posible.

Hay sin embargo algunas víctimas por las que podemos hacer algo más. Son los artistas y escritores cuya obra quedó olvidada como resultado de todo aquello. Es un deber tratar de reunir y difundir sus obras. En este empeño podemos llevarnos también muchas sorpresas.

Lo que se suele llamar el canon literario queda fijado en un largo proceso en el que intervienen demasiados factores. El azar y las astucias del poder influyen al lado de la calidad literaria o la opinión de los lectores. Creo que todos debemos esforzarnos por que lo realmente valioso prevalezca, y por que nada que pueda ayudarnos y enriquecernos quede postergado. Podemos leer y seleccionar, opinar, recomendar a los amigos. Sería maravilloso que todos nos sintiéramos involucrados en esta tarea.

Y es en este sentido en el que hablar de Antonio Ortega se convierte en una grata obligación. Porque Antonio Ortega es un gran escritor al que sólo una cadena de infortunios apartó de su indiscutible posición como tal.

Una vida en el ojo del huracán

Antonio Ortega nació en 1903 en Gijón en el seno de una familia acomodada. Su padre era médico, y él después de pasar por las aulas del Instituto Jovellanos de su ciudad natal estudió Ciencias Químicas en la Universidad de Oviedo, doctorándose después en la de Madrid. En 1930 consiguió una cátedra de enseñanza media y después de un breve paso por el Instituto de Tortosa, fue nombrado para el de Oviedo, ciudad donde, especializado en química orgánica y patología vegetal, impartió clases también en la universidad. La producción literaria de esta primera época de su vida son una serie de relatos cortos que publica en revistas. Algunos de ellos como «Apolinar Rodríguez» (1925), «Yemas de coco» (1931) o «Siete cartas a un hombre» (1936) resultaron premiados en diferentes certámenes. Con el advenimiento de la República, Ortega se involucró también en la lucha política y durante algún tiempo fue director del periódico socialista *Avance*.

Tras la sublevación facciosa, nuestro protagonista logra huir de Oviedo, y establecido en Gijón colabora activamente con el Consejo de Asturias y León, en el que ocupa diversos cargos. En octubre de 1937, con la caída de Asturias, consigue escapar desde el puerto de El Musel y tras una breve estancia en Francia vuelve al territorio republicano, se establece en Barcelona y retoma sus labores docentes en el Instituto Maragall y su activa colaboración con el Gobierno. Al final de la guerra es ayudante del comisario general del Ejército de Tierra.

Exiliado en Francia, Antonio Ortega se pone en contacto con su amigo Luis Amado Blanco, establecido en Cuba desde 1936, y en la isla lo tenemos ya en marzo de 1939. Bien relacionado, enseguida se integra en la vida cultural cubana e imparte cursos y conferencias, pero su ocupación fundamental será el periodismo, primero en la revista *Bohemia*, una de las más populares de Hispanoamérica, en la que llega a ser jefe de Información, y desde 1954 como director de la revista *Carteles*. Este puesto le servirá para desarrollar una encomiable labor de difusión de la cuentística cubana, pues en esta publicación dieron a conocer sus obras Lino Novás Calvo, Guillermo Cabrera Infante o Severo Sarduy, entre muchos otros.

La producción literaria de Antonio Ortega correspondiente a su época cubana comprende narraciones breves, algunas de los cuales aparecieron reunidas con otras anteriores en el volumen *Yemas de coco y otros cuentos* (1959), y una novela, *Ready* (1946). El fin de la dictadura de Batista es saludado con alborozo por Ortega desde las páginas de *Carteles*, pero con el progresivo acercamiento a la Unión Soviética del Gobierno revolucionario comienzan las discrepancias, y cuando Miguel Ángel Quevedo, director de *Bohemia*, le propone instalarse en Venezuela, acepta el ofrecimiento.

En Caracas las cosas no les van bien a los dos amigos. La nueva revista que fundan, *Bohemia Libre*, fracasa comercialmente y Quevedo se suicida. Sin trabajo ni ahorros, Ortega sobrevive difícilmente hasta que encuentra un modesto empleo en una empresa de publicidad. Apenas escribe en

esta época, pero en 1969 su relato «Lauri» gana el premio Lena de cuentos en su Asturias natal. Antonio Ortega fallece en Caracas el 18 de marzo de 1970.

Aproximación a un autor recuperado

Para los interesados en leer a Antonio Ortega, lo primero que hay que decir es que las ediciones originales de sus libros son curiosidades de bibliófilo. Afortunadamente, sin embargo, y coincidiendo con el centenario de su nacimiento, un par de editoriales españolas decidieron dar a conocer una parte importante de su obra. Llibros del Pexe preparó en 2003 una edición de *Ready*, la única novela de Ortega. Este libro es difícil de encontrar en las librerías, pero se puede adquirir en la página web de esta editorial gijonesa. Asimismo el sello Renacimiento de Sevilla ha incluido una selección de cuentos de Antonio Ortega en su benemérita «Biblioteca del exilio» con el título *Chino olvidado y otros cuentos* (2003). La edición e introducción de estos libros se debe, respectivamente, a José Ramón González, de la Universidad de Valladolid, y Jorge Domingo Cuadriello, del Instituto de Literatura y Lingüística de La Habana.

La primera sorpresa al empezar a leer a Antonio Ortega es sin duda la enorme calidad literaria que descubrimos, que resulta extraña en un escritor cuyo nombre casi nadie conoce. *Ready* tiene algo de novela picaresca y mucho de fina reflexión sobre la naturaleza humana, y acaba construyendo una desencantada visión de la sociedad, penetrada toda ella de un fino y lúcido humor y de una inmensa ternura. El protagonista es Ready, un perro sato que huye de la casa donde habita para regresar de nuevo a ella después de recorrer todos los ambientes sociales de La Habana. La narración nos muestra el claroscuro de la sociedad cubana con fidelidad, y está llena de personajes entrañables, incluido un retrato autobiográfico del propio Ortega.

Los relatos recogidos en *Chino olvidado y otros cuentos* dejan clara la maestría de Ortega en este género. Nos encontramos en ellos también con seres derrotados por la vida, gentes sencillas de las tierras americanas o asturianas que conoció, atrapadas en el infierno de la guerra o en el laberinto de la gran ciudad. Las situaciones son siempre reales y su tratamiento tiene una intensidad que nos engancha desde el primer momento. «La huida» se basa en las experiencias autobiográficas de sus últimos días en Asturias en 1937 cuando a través de los campos, con sudor y sangre, «*España marchaba de España*».

Los exilios de Antonio Ortega, la dura historia que le tocó vivir, hicieron que pasara mucho tiempo antes de que su nombre empezara a ser reivindicado tanto en España como en Cuba. Con el centenario de su nacimiento, tenemos por fin al menos una parte de su obra a disposición de los lectores. Leerle es un deber sin duda, pero un deber que rápidamente se convierte en un placer.

Mala literatura y literatura fascista. Al hilo de las reediciones recientes de *Madrid, de corte a cheka*, de Agustín de Foxá

Publicado en *Rebelión* el 29 de julio de 2008

¿Qué límite se puede poner a la posibilidad de alterar los hechos históricos objetivos o las características más determinantes de una sociedad en una obra literaria? Los libros que tienen pretensiones de reflejar un tiempo concreto del acontecer humano obligan a plantear esta pregunta, y es razonable pensar que la fidelidad sólo debería ser postergada con vistas a algún fin superior. Muchos ejemplos pueden encontrarse de creaciones geniales que suministran modelos de gran valor artístico y se basan en una idealización irrespetuosa con la realidad. En el otro extremo no faltan más abundantes casos de tergiversaciones y visiones parciales o deformadas, tendenciosas y de nula calidad, gestadas muchas veces a la sombra de algún poder y que conforman variantes diversas de la propaganda. Tampoco suelen faltar voces que en aras de una supuesta excelencia literaria justifican o «comprenden» deformaciones que suponen una complicidad flagrante con los poderes más criminales de la historia.

Un ejemplo de este último tipo de literatura lo constituye sin duda la novela *Madrid, de corte a cheka* (Editorial Jerarquía, 1938) de Agustín de Foxá (1903-1959), diplomático y escritor que militó en las filas de Falange Española. Esta obra, encumbrada durante la dictadura franquista por presentar el retrato distorsionado de la realidad que al régimen le interesaba, ha sido reeditada recientemente, la última vez por Ciudadela Libros en 2007. La novela describe la vida de algunos personajes de la alta burguesía madrileña durante los años de la II República y la Guerra Civil, y al hilo de su reaparición no han faltado voces que, hablando desde una pretendida objetividad, saludan la recuperación de un libro cuyos «valores literarios», dicen, merecen ser respetados por encima de su sesgo ideológico. No puede uno dejar de declararse sorprendido por la adjudicación de tales méritos a la obra. En una vieja lectura hace tiempo y en la segunda que he realizado estos días, confieso haber hallado en ella solamente caracteres anodinos y triviales en peripecias que muestran por parte del autor una visión simplista y maniquea de los acontecimientos de aquella época. La novela carece de cualquier capacidad notable para enseñarnos, conmovernos, deleitarnos o iluminarnos en ningún sentido, por lo que a juicio de este lector no puede ser considerada más que como pésima literatura. Ha de ser útil, como mucho, a alguien interesado en explorar lo que sentían y pensaban los fascistas en aquellos años: «*Madrid sin rey experimentaba una extraña sensación de orfandad y temor*», o cómo idealizaban sus estrategias políticas: «*Después de almorzar,*

José Félix tomó un taxi. —A la calle de Serrano, número 86. —*Tenía prisa por llegar. Salió a recibirle sonriente José Antonio*. —Qué madrugador. ¿Qué deseas? —Vengo a hacerme de Falange. —Me parece muy bien. Esta noche dormirás con la conciencia más tranquila. —*Le llevó a su despacho y le hizo la ficha.* (...) —Yo mismo te presento. —*Firmó y le entregó la pluma. Pensó que acaso iba a firmar su sentencia de muerte. Se acordó de los tres ataúdes junto al yeso del depósito. Pero vio también los ojos seguros, serenos, de José Antonio, que prometían la victoria de la juventud. Y firmó serenamente*».

El odio hacia todos los defensores de la República impregna la parte de la novela que trata de la guerra y la aleja de cualquier perspectiva razonable, aunque su alineamiento extremo resulta a veces más bien patético: «*Era el gran día de la revancha, de los débiles contra los fuertes, de los enfermos contra los sanos, de los brutos contra los listos. Porque odiaban toda superioridad. En las "chekas" triunfaban los jorobados, los bizcos, los raquíticos, y las mujerzuelas sin amor, de pechos flácidos, que jamás tuvieron la hermosura de un cuerpo joven entre las manos*». Sin apenas méritos literarios, la obra se convierte en un panfleto de la más torpe propaganda. El lenguaje y la prosa cuidados han de ser al final los únicos argumentos de los que la defienden, pobres argumentos sin duda cuando esto es el simple envoltorio de un contenido deplorable.

Poco tiene que ver la adaptación de la historia para construir obras artísticas de valor universal con la visión interesadamente miope del conde de Foxá. Hay una literatura sin duda que ayuda y ennoblece al ser humano, y a su lado no puede dejar de existir otra que confunde y desinforma a sus lectores y degrada a su autor, al que hace encubridor y cómplice de los crímenes más brutales. Y lo más sorprendente es que una sola palabra designe por igual frutos tan diversos del espíritu humano.

Contemplando el horror. *Camino con retorno*, de Sara Suárez Solís: una radiografía del franquismo

Publicado en *Rebelión* el 17 de mayo de 2007

La ovetense Sara Suárez Solís (1925-2000), filóloga y profesora de literatura, publicó desde joven artículos y libros sobre temas de su especialidad, pero se lo pensó bastante antes de dar a las prensas su obra narrativa. Cincuenta y cinco años tenía cuando aparece su primera novela, *Camino con retorno* (Laertes, 1980), que fue seguida poco después por *Juegos de verano* (1982), *Un jardín y silencio* (1985), *Blanca y radiante* (1988), *Sonata para doce manos* (1996) y *Retablo de paseantes* (1998). Todos estos trabajos destacan por su penetración de la psicología femenina y su atenta y crítica mirada a la sociedad de nuestro tiempo, pero es sobre todo en la primera, considerada por muchos su obra maestra, donde Suárez Solís acierta a trazar unos personajes y circunstancias que merecen quedar como uno de los más notables retratos literarios de la sociedad española bajo el franquismo.

Camino con retorno nos describe la peripecia vital de Carmina Quirós, una muchacha asturiana de la misma generación que la autora, entre los años 30 y los 70 del siglo XX en un Oviedo velado literariamente con el nombre de Fontán. Hija de militar, Carmina crece en un opresivo ambiente conservador: «*Desde que Carmina Quirós tenía memoria, recordaba a su madre metida en actos de piedad y vestida de negro* (...)». Las anécdotas del inevitable colegio de monjas se mezclan con curiosas experiencias en la época republicana: «(...) *o aquello otro que chillaban ellas mientras levantaban el puño: "¡Hijos sí; maridos no!", que Carmina no logró entender ni pretendió que nadie se lo explicara*». Poco después, tras el papel protagonista del capitán Quirós en la sublevación y defensa de Oviedo, la familia asciende de categoría social en una trayectoria que oscuros negocios de estraperlo hacen más tarde imparable.

La mejor sociedad se abre ufana ante la hija del «heroico capitán Quirós». Sara Suárez Solís se emplea a fondo en el retrato de un ambiente que resulta continuación de lo que Leopoldo Alas describió en su obra maestra. Por obra y gracia del franquismo, Fontán sigue siendo la sórdida y levítica Vetusta del siglo anterior. No obstante, la vida de Carmina no responde a las expectativas creadas. Sus amores con Marino, un amigo de la infancia, son frustrados por los altos intereses familiares, y después cuando otros novios, entre ellos un noble tarambana favorito de sus padres, la dejan plantada, sumida en un profundo abatimiento, Carmina cree sentir la llamada de la religión e ingresa como monja en un convento de clausura.

En este momento, el relato abre un largo paréntesis que se cierra con el regreso a Fontán veinticinco años después de Carmina Quirós, convertida en Sor Gracia de San Pablo, para asistir a la boda de su hermana pequeña. Esta parte de la novela es realmente el acto final de una tragedia. Aquella España que empezaba a barruntar algo de luz al fin de la pesadilla franquista resulta para Carmina un paisaje demasiado extraño. Las conversaciones con su hermana, abierta de miras e inteligente, su contrapunto perfecto, le revelan trapos sucios de la familia. Además, conocer a los hijos de Marino resulta una experiencia muy dura. Los breves días en Oviedo le hacen comprender que ha perdido su vida sin remedio posible. Confusa, desesperada y un poco bebida, protagoniza en la boda una escena bastante ridícula y poco después regresa al convento. Cierra la novela la carta de una amiga que da noticia de todos los cotilleos, testimonio de la maledicencia que sirve tantas veces de refugio a la mediocridad.

En *Camino con retorno*, la descripción de una ciudad y sus gentes sirve para explorar algunos entresijos de aquella edad oscura que fue el franquismo, y construye con su crónica un alegato demoledor. Carmina, un poco simple tal vez, siempre bajo la férula de su madre, es otro pobre ser humano más sacrificado a la criminal estupidez que rige todo. Ser hija de vencedores enriquecidos no establece ninguna ventaja, y también ella es arrastrada a la negación de sí misma en aquel tiempo sombrío. Fijando su mirada en ese sector «privilegiado» de la sociedad, Sara Suárez Solís consigue que comprendamos, no que los ricos también lloran, sino que la miseria moral es una lacra que contamina todo lo que la rodea, aunque pretenda vestirse con los ropajes más exquisitos. Son las palabras conradianas del «heroico capitán Quirós», él también de algún modo una víctima, en su lecho de muerte, las que revelan tal vez la clave del enigma: «*Todo podrido... todo podrido*».

Santiago Marcos, poeta topo contra el fascismo, de Claudio Rodríguez Fer

Publicado en *Rebelión* el 4 de julio de 2023

Las regiones de España donde triunfó la sublevación de julio de 1936 sufrieron una sangrienta represión que se cebó en militantes de partidos y sindicatos, pero también en cualquiera que hubiera destacado por su oposición al fascismo o simplemente por su irreligiosidad. Muchos fueron los asesinados en aquellos días, y algunos de los marcados para serlo salvaron la vida sólo escondiéndose durante largos años. Sobre estos últimos, se recogen abundantes historias en un libro de Jesús Torbado y Manuel Leguineche publicado en 1977 y cuyo título, *Los topos*, sirvió para referirse a ellos desde entonces.

Otros investigadores han aportado su esfuerzo después, sacando a la luz a topos no incluidos en los primeros estudios. En esta línea, el poeta y ensayista Claudio Rodríguez Fer acaba de publicar *Santiago Marcos, poeta topo contra el fascismo* en la editorial El viejo topo (ninguna más apropiada). Este trabajo está dedicado a la vida y los escritos de un hombre que utilizó los veintidós años que pasó encerrado en una cueva-bodega de su localidad natal para componer una dilatada obra en verso que plasma sus vivencias personales y las impresiones que le producían las noticias que recibía.

El libro comienza recordando historias emblemáticas de topos, en un sorprendente muestrario de la inventiva humana para zafarse del horror. En aquella encrucijada, la diferencia entre la vida y la muerte podía estar en resignarse a no abandonar un desván, zulo, arcón o incluso una cueva o un nicho de cementerio, experiencias torturantes capaces de quebrantar física y anímicamente. Algunos de estos enterrados en vida no dejaron sus escondites ni tras la promulgación de la Ley de Amnistía de 1969, por la que se declaró «*la prescripción de todos los delitos cometidos con anterioridad al 1 de abril de 1939*». Es el caso del albañil socialista Protasio Montalvo, alcalde republicano de Cercedilla, oculto hasta 1977.

Santiago Marcos, un maestro izquierdista en la Castilla rural

Claudio Rodríguez Fer nos aproxima al periplo biográfico de su protagonista, que se da la circunstancia de que fue íntimo amigo de su padre, Claudio Rodríguez Rubio, desde la infancia de éste, y después suyo también. Santiago Marcos nació en 1904 en Roales de Campos (Valladolid), donde su progenitor era guarda de una finca. De los cuatro hermanos, él fue el único que realizó estudios superiores, concretamente de Magisterio en León, y luego ejerció la profesión en los primeros años 30 en diversos lugares de la provincia natal. Hombre de ideas izquierdistas, temió por su vida tras el alzamiento y optó por esconderse en la bodega que su familia poseía en Roales. Instalado en ella con más comodidades de las que gozaban otros topos, puso sus energías en escribir versos que relataran su tragedia personal y los acontecimientos del país.

En 1958, Santiago se rompe un brazo al caer por las escaleras de la bodega y aunque recibe asistencia médica y el accidente no trae consecuencias, poco después decide trocar su reclusión por un exilio en el extranjero. Así, viaja a Madrid y luego a París, pero frustrado al no conseguir allí trabajo ni que publicaran sus poemas, juzgados «demasiado fuertes», regresa a España. Vive ahora una existencia normal en la alquería explotada por sus hermanos, pero sólo en 1986, con un Gobierno socialista, logra que se reconozcan sus servicios en el Magisterio Nacional. En la Castilla rural, amante siempre de los ciclos de la tierra y las pacíficas criaturas del campo, Santiago Marcos siguió componiendo versos hasta su fallecimiento en 1997.

Poesía testimonio

La producción poética de Santiago Marcos fue objeto de dos volúmenes autoeditados: *Mi lira canta ¡Escucha! Primera parte*, de 1988 y *La tragedia de las libertades sofocadas*, de 1993. En el libro que acaba de aparecer, Rodríguez Fer ofrece un amplio muestrario de estas obras, compuestas por versos de factura clásica y formas variadas, y con un espíritu marcado por el empeño en denunciar las injusticias de que el poeta ha sido víctima y testigo. Marcos nos habla de episodios dolorosos de su vida, como cuando su padre fue expulsado con toda su familia de la finca donde ejercía de guarda por el propietario, un conde al que los versos re-

prueban: «*Fuimos arrancados,/ cual débiles plantas/ del hogar querido/ (...)/ mi honrado padre,/ herido a mansalva,/ murió al poco tiempo/ de pena y nostalgia./ Y vos lo matasteis,/ conde sin entrañas*».

Cuando se produce la sublevación fascista, Marcos glosa la resistencia heroica que se le opone en localidades de la Tierra de Campos como Valderas o Mayorga, y carga contra la cruenta represión que le obligó a huir: «*Como tigres enrabiados/ y talmente así de fieros,/ campean los sublevados/ prendiendo y matando obreros/ por pueblos y descampados*». Su madre fue torturada para que revelara el paradero de su hijo: «*Pues como no me encontró/ aquel atajo de fieras,/ por el pelo te arrastró,/ para que así les dijeras/ dónde me escondía yo*». Otros poemas están dedicados a diversas víctimas de la represión, hombres buenos masacrados precisamente por sus virtudes.

En su encierro, Santiago Marcos se siente sepultado en vida y cuando sus hermanos propalan que se ha suicidado para que cese la persecución, reacciona con hermosos versos que parafrasean a Sta. Teresa: «*Sé que llorándome están/ los que en vida me quisieron,/ y los que me persiguieron/ de mi muerte se holgarán;/ pues ya se fastidiarán/ si al fin y al cabo revivo,/ que vivo porque no vivo*». Las noticias que le llegan del exterior le hacen lamentar el regreso del fanatismo clerical y la tiranía del genocida Franco, en quien siempre ve un corolario de Hitler y Mussolini. Esto hace que tras lo de Stalingrado sienta renacer la esperanza, aunque de poco iba a servir aquello para la liberación de España. También saluda años después la Revolución cubana: «*Cuba, mi patria rebelde/ miliciana y comunista,/ alzas tu bandera roja/ en mástil de caña erguida*».

Tras regresar de su breve exilio, Marcos sigue escribiendo sin ánimo vengativo: «*Me satisface deciros/ que amo la paz y el perdón*». Y disfruta los paisajes de Castilla y la reanudada vida social: «*Después de un largo sufrir/ es consolador tener/ alguien con quien departir,/ que nos haga distraer,/ olvidar y sonreír*». Su visión del mundo es la misma, sin embargo, y celebra el fallecimiento de Franco con un soneto tras el cual añade un rotundo cuarteto inspirado en Zorrilla: «*Si hay un Dios en esa altura/ por donde los astros van,/ debió ahorcarnos a ese can/ antes de la dictadura*». Festeja también luego el retorno de Pasionaria a España y vive la recuperación de la democracia con un encariñado recuerdo para las víctimas de las matanzas de 1936. Devoto del mundo campestre, en sus últimos años Marcos lamentó el abandono que en él se estaba imponiendo, «*dejando los pueblos solos/ y abocados a la ruina*».

Un deber de memoria

La obra poética y la insólita existencia de Santiago Marcos comenzaron a ser conocidas a través de un artículo escrito en 1984 por Claudio Rodríguez Fer en el efímero diario madrileño *Liberación*. Vino después la publicación de sus dos libros de versos, aunque con una difusión muy limitada, y algunos otros textos sobre él, pero es el volumen que ahora edita El viejo topo lo que sin duda va a servir para que se encienda al fin una luz de memoria sobre aquel hombre perseguido por los fascistas que sólo pudo salvarse enterrándose en vida.

Santiago Marcos tenía la cualidad de expresar con gran facilidad sus experiencias por medio de versos, y con éstos consiguió transmitirnos toda la locura del tiempo que le tocó vivir, junto con su amor por la tierra castellana y sus gentes. En el convencimiento de que no hay homenaje mejor a un escritor que compartir sus palabras, el libro recoge una muestra generosa de estas composiciones y algunos originales manuscritos. Estos poemas, de sensibilidad a flor de piel, nos brindan el testimonio de un dolor que pudo mitigarse a través de la denuncia.

Además de ofrecernos este tributo personal a un viejo amigo, que nos acerca a su vida y su obra, Rodríguez Fer recupera a lo largo de todo el libro muchas otras historias de aquella época, semejantes a la de Santiago Marcos, relatos de silencio y soledad impuestas como alternativa desesperada. Esto es también de agradecer, porque vivimos en este país un respeto demasiado frágil y descuidado por los que padecieron por el terrible delito de intentar mejorar este mundo. Pocas cosas hay más nobles que preservar su memoria.

Tiempos de *Psilicosis.* La revista de Ramiro Rodríguez Prada culmina su trayectoria de un cuarto de siglo

Publicado en *Rebelión* el 4 de noviembre de 2008

Psilicosis es la silicosis del alma, la enfermedad moral y mortal de nuestro tiempo. Acumulamos tantos compuestos nocivos en nuestro espíritu, que al fin sus alvéolos y cañerías quedan atascados. Creemos que vamos a asfixiarnos y estalla una tos sincopada y febril; esputamos vigorosos para librarnos del ahogo. No es un remedio, pero trae algo de alivio. La revelación de esto le llegó a Ramiro Rodríguez Prada hace veinticinco años cuando trabajaba con los silicosos de las minas asturianas. Con su sufrimiento ellos le dieron la clave. Concibió entonces el plan de una revista en cinco entregas que irían nombradas como los estadios de la silicosis que se reflejan en los historiales de los enfermos: Normal vigilado, primero, segundo y tercer grado, y al fin «*exitus*», o sea, fallecimiento. La publicación ha completado estos días su andadura y sus cinco números, con esos precisos rótulos, están a disposición de los lectores.

Psilicosis con su largo periplo de casi un cuarto de siglo refleja fiel la trayectoria de Ramiro Rodríguez Prada. Dibujo, fotografía, literatura y cómic se alternan y combinan con un mensaje único: el mal nos ha de matar, pero luchamos, y reímos, y tenemos el placer último de gritar estentóreos. Ramiro ha ido hilvanado en *Psilicosis* algo de lo mejor de novelas y relatos que yacen en sus cajones, de dibujos que allí también se guardan, fértil cosecha de su talento multiforme. Junto a sus infinitos heterónimos, se recogen en ella también colaboraciones de muchos que pasábamos por allí y compartimos su espíritu.

Psilicosis responde con toda energía a la pregunta esencial: ¿Cómo reacciona un artista ante el horror? ¿Qué creación corresponde en una exacta y justa simetría a este tiempo de espanto silencioso, de mentira convincente, de asesinato humanitario, de saqueo altruista? No la busquen en El Corte Inglés ni en sitios similares, *Psilicosis* es un mensaje que sólo puede circular por las redes clandestinas de la rebeldía y el pensamiento. Los interesados en el proyecto pueden visitar el blog homónimo que recoge la obra de Ramiro Rodríguez Prada.

Autogobierno, de Antonio Orihuela

Publicado en *Rebelión* el 17 de julio de 2012

¿Somos conscientes de la magnitud del crimen? Es evidente que no. Las redes tejidas por el poder neutralizan cualquier sensibilidad o razonamiento. Sus infinitos recursos desactivan las verdades incómodas. Los derechos humanos más elementales son violados salvajemente cada día en este mundo nuestro, pero todas las Iglesias rebosan doctores que tratan de convencernos de que el hecho de que no hagamos casi nada de lo que podríamos hacer por remediarlo es perfectamente justificable.

La labor de construir un mundo habitable sería sin duda posible si nos atenemos a condiciones objetivas como producción de alimentos o capacidad tecnológica. Sin embargo, las más simples leyes económicas que el poder ha tejido y que todos los días validamos, impiden cualquier solución. Pensemos sólo que gravar las mayores fortunas es imposible mientras existan paraísos fiscales. Estamos atrapados en la jaula más sórdida y ni siquiera somos conscientes de ello.

Sobrevive sólo en este caos un proyecto quimérico: gritar la más dura verdad a los sordos que no quieren oír, poner la infamia en su justa realidad ante los ojos de los ciegos que no quieren ver, reivindicar en el océano de la mentira y el dolor la utopía del autogobierno. Porque si la gente despertara de su sopor habría una salida. Si de alguna forma se pudiera alcanzar una masa crítica de indignación, todo sería posible. Pero cómo conseguir eso.

La poesía son palabras capaces de conmover. Algunos poetas han pensado que la poesía puede ayudar en la misión imposible. Son una cofradía invisible que desafía a todos los poderes establecidos. Contra la miopía y el culto a la estupidez de la poesía encumbrada en estos tristes tiempos, contra su falta de sensibilidad humana, su egocentrismo y su ruindad, han elevado la idea de una poesía consciente de la realidad del mundo, una poesía sufriente con el dolor del mundo, una poesía de ojos y corazón abiertos.

Antonio Orihuela (Moguer, 1965), doctor en Historia y poeta, ha enriquecido el legado de esta cofradía invisible con libros como *Piedra, corazón del mundo (Antología personal 1995-2000)* (2001) o *Todo el mundo está en otro lugar* (2011), entre muchos otros. Sus reflexiones sobre el hecho poético, que se encuentran en textos como *La voz común: una poética para reocupar la vida* (2004), han sido además imprescindibles para perfilar la andadura de esos poetas que luchan por construir una nueva conciencia. Hace unos meses, la asociación cultural mallorquina Insomnus ha incluido en su colección de poesía su última obra: *Autogobierno*.

El libro está estructurado en varias partes y cada una de ellas es introducida por una panoplia de citas que sintetizan el espíritu de lo que vamos a encontrar en las páginas que siguen. Los primeros fragmentos muestran lúcidamente el espanto de este mundo nuestro, un lugar donde el enriquecimiento indecente se hermana con la miseria y explotación más salvajes en «*el silencio/ solo roto por el grito de gol*». A través de las palabras, vemos y sentimos lo insoportable que desfila cada día ante nuestros ojos. Desgrana después el poemario temas recurrentes en la poesía de Orihuela: sombrías reflexiones sobre «*esa guerra que vamos perdiendo*», solidaridad a flor de piel con todas las víctimas del desastre, gritos de rebeldía, y también un acercamiento a la forma y el alma del cante flamenco más comprometido: «*Olivaritos del campo,/ ¿quién los varea?:/ veinticinco chiquillos/ y una correa*». Es el retrato de un mundo desquiciado en el que hay también un lugar para el humor: «*JUSTICIA HISTÓRICA / Cuando era niño / vivía las clases acojonado por el maestro. / Ahora que soy maestro / vivo las clases acojonado por los alumnos*».

Como en otros libros de Orihuela, tras la sobredosis de realidad de las primeras secciones hay sitio después para una visión más lírica. Es el momento de regocijarse en la dicha de amar y ser amado: «*El mismo amor/ tuve una y otra vez/ hasta que estuvo el amor/ completo*». Es tiempo también para una aproximación a Oriente en busca de otra perspectiva sobre el hombre, una mirada capaz de iluminar una existencia sin miedo: «*De la picadura del ego/ llevo milenios intentando curarme.// Espero que un día/ una hormi-*

ga se lo lleve todo/ en la boca». No desentonan estos poemas en la lucha emprendida, porque sólo siendo profundamente humanos podremos intentar arreglar algo en un mundo que agoniza. Sólo encontrando la raíz de todos los males en el corazón del hombre seremos capaces de fundamentar la empatía con el sufrimiento que arrasará las fortalezas del poder.

Autogobierno con su denuncia y su sueño solidario es un hito más de una andadura que muestra cómo la poesía es un arma para construir otra sensibilidad. Un manojo de versos valientes nos ayudará a mirar el horror cara a cara y no soportar lo insoportable, poesía poderosa, escuela de indignación, semilla de futuro.

El raro crimen de Rambal, de Diego Medrano

Publicado en *Rebelión* el 26 de agosto de 2020

En su última novela, Diego Medrano parte de un suceso histórico, un asesinato ocurrido en Gijón a mediados de los 70, para levantar una trama de ficción hilarante y satírica, con sabrosos apuntes del natural. Pero tras disfrutar en ella la facundia erudita y la risa del esperpento, hay que estar atentos a los mensajes que guarda sobre el sentido y los peligros de la extraña representación del mundo que llamamos literatura.

Alberto Alonso Blanco, bautizado Rambal por su parecido con el actor de este apellido, era un personaje cotidiano y afable del barrio pesquero de Cimadevilla en Gijón, del que nadie ignoraba sus actividades nocturnas de transformista en locales de neón, matarratas y alterne. En las tinieblas del franquismo no esconder la homosexualidad era un reto, pero lo cierto es que casi todos querían y respetaban a alguien que era madre de todos los huérfanos, hombro amigo de todas las lágrimas y el primero siempre en ayudar al prójimo. Su asesinato una noche de abril de 1976 conmocionó la ciudad, y el hecho de que sus asesinos nunca fueran puestos ante la justicia resultó campo abonado para rumores. Se llegó a hablar de personajes importantes implicados, y aunque los detalles de la investigación policial apuntan a la culpabilidad de dos hermanos, delincuentes habituales del barrio que no pudieron ser procesados por falta de pruebas, a día de hoy todas las hipótesis siguen abiertas. Convertido en leyenda tras su trágica muerte con sólo cuarenta y siete años de edad, Rambal pervive en su Gijón y es recordado con afecto en múltiples obras literarias y musicales.

Diego Medrano (Oviedo, 1978) comenzó estudios de filosofía en la Universidad de Oviedo, pero sintiéndose «*como Oscar Wilde en prisión*», según explica él mismo, los dejó pronto para dedicarse en cuerpo y alma a la escritura. Su producción se inicia con una correspondencia con Leopoldo María Panero: *Los héroes inútiles* (2005) y una novela: *El clítoris de Camille* (2006), para desplegarse luego torrencial y copiosa, sin despreciar género alguno y marcada por un estilo inconfundible, generoso de citas y tapizado de metáforas, con sus mejores referencias en el barroco español y el simbolismo francés. Su encuentro con la historia del transformista de Cimadevilla trajo como fruto una novela coral y polifónica: *El raro crimen de Rambal* (Carena, 2019), prontuario de sus obsesiones en el que trata de enfocar la realidad a través de la literatura, y texto abierto también, de múltiples lecturas, palimpsesto que promete mensajes ocultos.

De crímenes y testimonios insólitos

El relato se sustenta en una estructura argumental nada compleja. El protagonista narrador es Alfonso Guimil, un escritor que llega a Asturias buscando información sobre Rubén Panizo, estudiante de humanidades muerto recientemente en circunstancias extrañas. Sus pesquisas lo llevan a averiguar que Panizo, obsesionado por el crimen de Rambal, proyectaba construir sobre él una gran novela que lo hiciera famoso. Con el fin de ir desenmarañando los hilos de la trama, Guimil entrevista en Oviedo, y después en Gijón, a una galería de personajes entre los que termina apareciendo el asesino de Panizo, que lo es también de Rambal. Hay tiempo además para que el protagonista sea blanco de las flechas de Cupido, y para que logre esquivarlas tras una iluminación libertaria que le llega sólo justo al final de la obra. Ésta recoge rasgos del Rambal histórico, pero es más que nada una ficción literaria, hilvanada con la espléndida prosa y el estilo peculiar de Medrano.

Los veinticuatro capítulos se dedican sobre todo a que Guimil nos describa sus impresiones en los sucesivos careos con quienes trataron a Panizo. Desfilan así ante nosotros gentes de toda edad y condición, seres que hasta que abren la boca podrían pasar por conciudadanos nuestros más o menos normales: un expolicía y una travesti, ricachones de Somió —el barrio acaudalado de Gijón—, una anciana, inmigrantes de Europa oriental, dueños de bares y tugurios, una pescadera y su hijo pintor, profesores universitarios, periodistas, un gigante y un enano.

Los miembros de esta cofradía nos ofrecen imágenes arquetípicas de tipos de hoy mismo, trazadas con fino instinto caricaturesco y un humor restallante que nos hace reír a cada paso. Físicamente no hay en ellos nada demasiado especial, ni tampoco en su comportamiento. Sin embargo, en cuanto empiezan a hablar comprendemos que están marcados por una extraña pasión que los absorbe; todos ellos, aparte de sus variopintas ocupaciones, manifiestan vivir de,

por y para la literatura y el arte, lo que los lleva a exponer sus argumentos enhebrando sin desmayo aforismos y citas que resultan ser como su peculiar forma de respiración. Sus monólogos tratan de interpretar todo a través de estos axiomas, y su cantinela obsesiva configura el paisaje de un planeta desolado en el que la materia y el espíritu han muerto y sólo sobreviven los libros, soporte auténtico, vital y exquisito de todo. Es un mundo regido por literatos y artistas, sumos sacerdotes, y habitado por los que se alimentan recogiendo migajas de su genio.

«*Leíamos porque necesitábamos tener nuestros dioses*». Los fogonazos se suceden. Va una breve antología personal de hechizos: «*El éxito es lo que nos da confianza para poner en práctica todo lo que el fracaso nos ha enseñado previamente*». «*La confianza en la bondad ajena es el mayor testimonio de la propia bondad que puede haber*». «*Los que debieran ser artistas se han convertido en artesanos de la palabra o en lingüistas más o menos cuidadosos con la misma*». «*El artesano construye según unas leyes, pero es el artista el que las descubre*». «*El escritor debe desaparecer y explicarse en sus libros*». «*La belleza geometriza y la suciedad limpia*». «*El matrimonio es como un ataúd, y cada hijo un clavo más; lo descubrirá cuando los tenga y, si es listo, no los tendrá jamás*». Taj Majal, la travesti que quiere ser madre, increpa al protagonista: «*Saque la pirula, venga. Los niños son reflejos de la bondad olvidada de los adultos. Son mensajes que enviamos al futuro*». Y por fin para mí la perla definitiva: «*La literatura sólo es buena cuando es puro delito*».

Catarsis por la escritura

Medrano, obsesivo y cargado de energía, nos invita a visitar las ruinas de una civilización extinguida. Personajes enfermos de literatura —todo citas, todo soledad— se apropian del pensamiento de otros como un talismán, sin darse cuenta de que la verdad que resplandece en una hoja impresa tiene muchas veces demasiado de pirotecnia. Lo comprobamos cuando se suceden «verdades contradictorias» que nos dejan mudos y perplejos. Qué nos dicen en realidad estas gentes con su locuacidad. ¿Huyen tal vez de algo?

Para qué sirve la literatura. Cómo descifrar los parlamentos de esos seres perdidos en su ruta iniciática. El protagonista, alcohólico abstinente en la primera parte de la obra, reincide en el capítulo XVI y sus reflexiones a raíz de ello arrojan luz sobre el sentido de todo. Sólo entonces alcanza a comprender la indiscutible prioridad de la vida sobre cualquiera de sus representaciones, o en sus propias palabras, la necesidad de «*negar la literatura por medio de la risa*». En ese momento, queda claro que todos los personajes borrachos de ilustración que pueblan el libro se deslumbran con una visión fantasmal de la sabiduría, y vemos el precio que se paga por entregar el alma a la trampa y el bullicio del lenguaje, a «*la ceguera de la escritura*» en expresión de Guimil.

Tras esta revelación, accedemos a una capa más profunda del palimpsesto, y los habitantes histriónicos del relato, oficiantes obsesos, náufragos de la lectura, insectos hechizados por luces espirituales, comienzan a decirnos cosas nuevas aunque usen las mismas palabras de antes. La poderosa risa se transfigura en catarsis y nos regala al fin la perspectiva más correcta para lidiar con lo que ocurre. Por medio de ella, contemplamos y leemos el epitafio de un mundo convertido en tablado para sutilezas del intelecto y reñidero de gallos académicos y pedantes.

Hay una lección fundamental que aprender a través de las liturgias del conocimiento enlatado: desengaño en Bouvard y Pécuchet, sátiras de Juvenal y Quevedo, risa estentórea en Rabelais, Cervantes y Hašek, esperpentos de Valle, piruetas verbales y juegos de Ramón: a fin de cuentas, siempre, desnudamiento del mito cultural en el crisol divino del humor, arte de estilizar y estirar lo real para alumbrar el desastre, locura de mar encrespado contra la desfachatez de los usurpadores y su reino de sombras, apoteosis de héroes ridículos en los que los alardes de la inteligencia parodian su derrota.

Diego Medrano nos lo deja bien claro con *El raro crimen de Rambal*, polifonía de voces eruditas para reír y abolir la superstición más refinada, la de las hojas impresas. Una hoja viva que miremos con inocencia y humildad nos dará siempre más sabiduría que toda la que cabe en los odres académicos y canónicos. Humor y libertad para siempre y para todos. Ése es sin duda el mensaje que esconde el palimpsesto.

El cazador de sombras, de Eduardo García Fernández

Publicado en *Rebelión* el 22 de febrero de 2021. Una versión resumida apareció en el diario *La Nueva España* el 21 de enero del mismo año.

En la variada turba de los que escriben libros, son frecuentes aquéllos siempre con prisa por ver sus palabras impresas, y que no cesan de acumular títulos como expresión natural de su creatividad. Al autor que aquí nos ocupa podríamos definirlo, de forma simple y rápida, sólo con decir que se encuentra en el extremo opuesto de todo eso. Eduardo García Fernández (Oviedo, 1968) es psicólogo clínico de profesión y lleva mucho tiempo tomando notas e hilvanando reflexiones en una búsqueda, literaria y existencial, que acaba de materializarse en su ópera prima, un precio-

so volumen que ha autoeditado en Oviedo y lleva por título *El cazador de sombra*s. Hay libros de meses y de años, pero hay otros también que atesoran pensamiento y trabajo desde la juventud hasta la madurez de una vida, y éste es sin duda uno de ellos.

Eduardo se gana el pan de cada día escuchando historias y buscando en su arsenal de psicólogo las herramientas que mejor pueden servir para que los que a él acuden tomen el control de esa vida que a veces se empeña en obedecer, más que a nada, a las sombras y demonios que todos albergamos. No es raro que este oficio impregne lo que escribe y en *El cazador de sombras* encontramos buenas pruebas de que es así. Aforismos y relatos cortos son su forma de expresión favorita, y a través de ellos despliega una visión de la realidad transfigurada, que no desdeña el humor, con su terapia milagrosa de risas y sonrisas, pero que llega también a la exploración profunda del lenguaje como instrumento para despertar saberes dormidos y liberarnos de sombras y demonios.

La obra viene estructurada en dos secciones. La primera «Impresiones y digresiones», trae sobre todo fragmentos breves, que se ajustan en ocasiones al concepto ramoniano de greguería = metáfora + humor: «*El estornudo es el sistema de aspersión humano*», «*Los arrecifes de coral son los collares de la tierra*», «*La hoja con la que se tapaba el sexo Eva fue el primer vestigio del tanga*». Hay definiciones concisas, y también reflexiones sobre temas recurrentes, como el misterio de la creación literaria, que se revela cuando Eduardo visita a sus autores predilectos en momentos clave. El significado del tiempo y su trascendencia dan lugar a numerosos aforismos: «*El tiempo vuela y las manecillas del reloj lo atrapan para que sepamos qué hora es*», «*Crear algo verdaderamente bello es traspasar las fronteras del tiempo*».

No faltan en esta primera parte fragmentos algo más extensos, a veces dedicados a seres fronterizos que ofrecen metáforas de nuestra conciencia inquieta, como las algas y su «*movimiento pendular de vida y agonía*» con el flujo y reflujo de las mareas. El sueño es siempre un observatorio privilegiado para acechar esa otra realidad que se persigue: «*El cuerpo humano consta de grandes simas a cuyas profundidades viajamos mientras soñamos*». Y por momentos se alcanza una visión budista: «*Entonces comprendes que todo es un gran sueño del cual no quieres despertar*».

Con su técnica minimalista, el autor expresa la visión fascinada del mundo de quien adivina en él su propio rostro, y a través de la alquimia de las sensaciones, las mutaciones de la vida alimentan un anhelo místico: «*En los libros a veces aparece una hoja seca que desprendió su humedad entre tintas y grafismos. Contiene una serie de finos nervios translúcidos, casi imperceptibles al ojo, por donde un día circularon líquidos de vida. Hoy es una radiografía de lo que fue*». Vamos así más allá de la existencia sin alma que hemos creado en nuestro tiempo: «*Por encima de los ruidos y las prisas de la ciudad y a medio camino de los aviones, los satélites y la estación internacional espacial, aún existen las bandadas de pájaros*».

La contemplación de la naturaleza lleva a la comunión panteísta con el cosmos: «*Una minúscula parte del líquido amniótico del universo viaja en nuestro interior. Al morir, liberamos el contenido que formará parte de una lejana estrella en proceso de creación*». Y el lenguaje es la herramienta que nos hace conscientes del milagro.

En la segunda parte de *El cazador de sombras*, siguen las cavilaciones de Eduardo García sobre sus temas favoritos, pero ahora con la forma de relatos breves. Así, por ejemplo, sobre la música, vía y meta a la vez de la catarsis, la primera parte apunta intuiciones como: «*El universo encierra un silencio de cámara sellada, pero Mozart y Bach tenían la llave de la cámara*». Y en la segunda parte esta misma idea se desarrolla en una historia legendaria y simbólica que permite explorar la afinidad de la música y el silencio.

Las narraciones que se van sucediendo arrancan a veces de una experiencia perfectamente normal, de vivencias y sensaciones cotidianas, pero se las arreglan para llevarnos a territorios secretos que expresan el paso al otro lado y el alborear de otra conciencia: la irrupción del deslumbramiento. Los escenarios que van surgiendo escapan de la trivialidad con un bagaje inquieto de sincronicidades y presentimientos que se describen minuciosamente, al tiempo que el lenguaje alcanza muchas veces intensidad de prosa poética.

En estos relatos, el hado burlón que se cuela en las rutinas de la vida trastoca nuestras inercias lógicas con destellos de magia y nos lleva al mundo de misterio que visitamos todas las noches. El itinerario es muy viejo: partir de la realidad para construir otra a través de los vasos comunicantes del sueño: realismo trascendente, realismo fantástico, surrealismo... ¿Por qué poner etiquetas de hoy a algo tan antiguo como los mitos más clásicos?

Hay crónicas de viajes extraños, con bifurcaciones y rupturas oníricas, y leyendas que nacen para expresar intuiciones del autor, pesadillas de objetos rebeldes, animales que nos describen sus costumbres y sus rituales de iniciación, fábulas y desdoblamientos, heridas en las que cristaliza una obsesión y enseres rotos que se resisten a la indolencia a la que los hemos condenado. Éstos son los paisajes que ilumina la luna, y a través de ellos descubrimos que una asombrosa libertad, germinada en la mente, es capaz de triunfar de las inercias de la materia.

Y a fin de cuentas, el argumento decisivo resulta ser la búsqueda de una nueva visión y el presentimiento de la secreta unidad de todo a la que la literatura nos permite aproximarnos: «*Desde la primera letra que escribí con cinco años hasta la última que escriba, todas ellas las reuniría y las agi-*

taría sobre una gran mesa; seguro que formarían un gran ojo que pretende ver y comprender».

El cazador de sombras es una indagación del poder de la palabra para aquietar la conciencia y escuchar la música que palpita en su fondo, más allá de los ruidos que el mundo nos impone. En este tiempo nuestro, dominado por los necios aquelarres de la materia bruta y la mercantilización de todo, y en una sociedad del espectáculo despojada de cualquier trascendencia, podemos estar seguros de que no hay empeño más noble ni más necesario. Con este primer libro, fruto de muchos años de reflexión, Eduardo García Fernández nos muestra cómo el lenguaje se convierte a veces en música de sonidos e ideas y es capaz de descubrir la secreta hermandad de todos los seres.

El fulgor del silencio, de Eduardo García Fernández. Elogio de la brevedad

Publicado en *Rebelión* el 2 de octubre de 2024

Eduardo García Fernández (Oviedo, 1968), psicólogo clínico de profesión, lleva muchos años elaborando textos breves en los que trata de atrapar esas ráfagas de sentimiento profundo y sabiduría que a veces nos sorprenden a los humanos en instantes privilegiados. Esta forma de escritura le sirve para expresar su visión del mundo y, deformación profesional tal vez, aportar claves que podrían equilibrar nuestra vida con la esencia misteriosa que la nutre. En su primer libro, *El cazador de sombras*, de 2020, García Fernández presentó una selección de estos fragmentos e incluyó también relatos cortos, y ahora en *El fulgor del silencio*, que acaba de editar Círculo Rojo, regresa con una nueva cosecha de textos concisos y ajustados, observaciones y reflexiones de un momento a la orilla de la vida que pasa. Eduardo es pintor además y los dos libros vienen con sendos cuadros suyos en la portada.

Fieles a esta brevedad, hay que decir que sin embargo en ocasiones las piezas se van hilvanando como entregas de un diario o versos de un poema. Asimismo, algunos escenarios, como la pandemia de covid-19, se convierten en motivo de reflexión recurrente, con sus extraños rituales y «*gentes aprendiendo a sonreír con los ojos para eludir el aislamiento de las mascarillas*»; igual ocurre con los ocios del confinamiento, que invitaban a la introspección. Las vacaciones estivales resultan propicias para visitar otras ciudades y escudriñar paisajes y gentes. Así en León presenciamos cómo surge la amistad con el cantautor abulense Juan Hedo, que actuaba en el hotel. Poco después, en Gijón el mar se estrena como un protagonista que reaparecerá a lo largo del libro: «*Regresar al mar como quién vuelve al eterno origen. Oyendo sólo un lejano rumor que semeja ser de otro mundo*». Se visitan luego también lugares como la isla de Creta, Carrión de los Condes o Salamanca, ciudad cuya luminosidad se reconoce «*directamente proporcional a su monumentalidad*».

Pronto nos percatamos de que un motivo esencial de *El fulgor del silencio* es la crítica de la mentalidad tecnológica que se ha impuesto en nuestro siglo XXI. Sobre esto las reflexiones son continuas: «*Una vida donde todo parece solucionarse con una aplicación digital, o sea, la solución llega del exterior, no la buscamos en nosotros, ni asumimos nuestra parte de responsabilidad, contribuyendo así, aún más, a vivir infantilizados. Vamos, que frente al párate y piénsalo, la exhortación es: "venga ya, bájate la aplicación"*». Esta forma de vida auspicia la incomunicación y genera frustración: «*Las personas siguen empecinadas en buscar fuera lo que en realidad tienen dentro. Éste es el mayor desnorte*».

No se le escapa a nuestro psicólogo que paralelamente a esto, los *mass media* se han convertido en un escaparate hediondo de superficialidades, vanidades y estupideces, mientras que la vida política ha degenerado en un lodazal de insultos y mentiras. La contemplación de todo esto arranca frases contundentes: «*Veo a los carneros en plena acción en la televisión, algunos todavía los llaman políticos*». «*En esta primavera de elecciones escucho la verdad en el canto de los jilgueros*». De esta forma, el diagnóstico sobre la sociedad que hemos creado es concluyente: «*Ciudades donde abundan los automóviles descapotables y los sintecho, donde las motos de gran cilindrada aúllan estrepitosamente, mientras los jóvenes licenciados trabajan por sueldos miserables con mochilas inestables en forma de cubo*». «*Ciudades que huelen a corrupción desde alta mar*». «*Ciudades llenas de pisos vacíos y de gente sin vivienda*». «*Ciudades que son para sobrevivir*». Los fragmentos que se encadenan aquí tienen la lucidez y energía del *Aullido* de Allen Ginsberg.

La alternativa a este mundo en descomposición, que condena al desaliento, es clara: una comunión con la naturaleza sobre la que se vuelve continuamente y que se constituye en leitmotiv del libro. A veces el lenitivo que aporta la nueva perspectiva llega en ráfagas de gozo inefable, heraldo de otra mentalidad: «*Presiento a mediados de enero el aliento de la primavera en la mirada que me devuelve una margarita solitaria.* «*Mientras en las ciudades encuentres gorriones, jamás te golpeará el vacío*». Pero es frecuente también que la visión naciente se desarrolle en textos de mayor extensión, poemas en prosa con descripciones de una naturaleza contemplada desde la calma y la receptividad. Escuchar esos ritmos ancestrales estimula una comunicación en que el tiempo parece disolverse. «*El saber esperar también puede llegar a convertirse en un arte*».

Otra vía de salvación que nuestro cazador de sombras conoce bien es el recuerdo amoroso de los seres queridos

que se fueron, como su padre: «*Ahora mismo parece que está a mi lado. (...) En los momentos difíciles, siento el soplo de su antigua vitalidad, su forma de sacarle jugo a la vida que se manifiesta en mí*». «*Me sigue conmoviendo ir al cementerio a pesar de que han pasado cinco años desde su fallecimiento. Delante de la tumba mantengo una conversación silenciosa con él y mis abuelos, oigo su voz diciendo mi nombre, el tono cariñoso y cercano me emociona, después silencio, sólo un silencio blanco que se posa sobre mí; estoy unos veinte minutos en el cementerio y cuando salgo, una frase acude a mí: "Los muertos nos dan fuerza para continuar viviendo"*».

García Fernández cultiva el aforismo y logra concentrar sabiduría en textos mínimos, que ahondan en el misterio de lo cotidiano: «*La vida es un constante viaje al hogar*». «*Escribir es no sentirse huérfano jamás*». «*En el silencio de las madrugadas se inician las grandes épicas cotidianas*». En estas reflexiones, el sentido del tiempo y sus ciclos es una obsesión constante: «*Aprendemos a vivir mientras nuestras células se van muriendo. El tiempo nos hace y nos deshace*». «*Saber imprimir ritmo a los días, así como el trompetista apura las notas*». En otros casos, el matrimonio de metáfora y humor propicia auténticas greguerías: «*El buen humor es un estado de ánimo filosófico; parece susurrar a la naturaleza que no la tomamos tan en serio como ella a nosotros*». «*Los cipreses de los cementerios están esplendorosos, ¿debido al nitrógenos de los muertos, o bien, a que atesoran las ilusiones perdidas de los mismos y sus secretos?*».

Amante de la literatura, la música y el cine, Eduardo nos hace partícipes a lo largo del libro de la sabiduría que colecta en sus autores favoritos y de las impresiones que le producen las músicas más queridas, en las que junto a los clásicos vemos una predilección por los ritmos negros: «*Amo tanto el* soul*, el* jazz *y el* blues *que he llegado a la conclusión que mi alma es negra con la intensidad de un* brownie». Le gusta también recordar diálogos memorables espigados en películas de una amplia variedad de géneros.

Con su miscelánea de textos breves y autoconsistentes, *El fulgor del silencio* es una buena muestra de un género que tiene sobre otros más premiosos, como relato, drama o ensayo, la ventaja de la agilidad, y la gentileza de jugárselo todo al albur de un momento, sin circunloquios. Estos libros que abrimos al azar y nos ofrecen su cosecha ya recolectada invitan a recorrerlos de cualquier modo y son inmunes al aburrimiento, el vicio más pernicioso de la literatura. Sin renunciar a la profundidad, se expresa en ellos la escritura más franca y espontánea.

Lo anterior no contradice que los géneros literarios no son compartimentos estancos, sino pródigos en vasos comunicantes, y con razón podemos afirmar que la colección de brevedades de *El fulgor del silencio* es varias cosas simultáneamente. Es el relato de una vida solitaria que se abre al esplendor de la naturaleza y al laberinto, no siempre gozoso pero insustituible, de las relaciones humanas, y es un ensayo también sobre los vicios de la era postmoderna y la búsqueda del buen vivir. Hay que decir además que la sensibilidad a flor de piel de los textos, bien modulada con la música de las palabras, hace que el libro tenga mucho de poemario:

«*Mientras el negro azabache del vencejo surque el cielo de julio, qué importa que los grafitis inunden la ciudad.*

Mientras el canto del mirlo al atardecer se adentre en los rincones del parque, qué importancia tiene el ruido de la moto.

Mientras las margaritas crezcan con su inocencia y el amarillo robado al sol, qué importa el índice Dow Jones.

Mientras las infinitas variedades de verdes te sigan maravillando con su poder, qué importa la moda de esta temporada primavera-verano.

Pero llegará un día, en que ni el vencejo, ni el mirlo, las margaritas o la infinita variedad de verdes serán suficientes para que los grafitis valorados por el índice Dow Jones circulen a la velocidad de una moto en plena moda de temporada primavera-verano».

Más bien del revés, de Xuan Cándano

Publicado en *Rebelión* el 19 de octubre de 2022

Xuan Cándano (San Esteban de Bocamar, 1959) es conocido por su amplio currículo en prensa, radio y televisión, que incluye la dirección, durante un decenio, de la revista *Atlántica XXII*, añorada referencia del periodismo crítico en Asturias. Ha cultivado además la historiografía con *El Pacto de Santoña* (La Esfera de los libros, 2006), un trabajo riguroso y demoledor que subtituló: *La rendición del nacionalismo vasco al fascismo*. No me resisto a reproducir un párrafo de este libro que encuentro anotado en mi ejemplar y resume sus conclusiones al tiempo que explicita los dones literarios de su autor: «*El Informe Lejarcegui y Ugarte es sencillamente demoledor. En cuarenta y un folios deficientemente redactados cuenta, sin ninguna cortapisa y con apabullante naturalidad, toda la estrategia de engaños, disimulos y argucias que tuvo que desplegar el PNV ante el Ejército republicano para poder sacar adelante la capitulación. Es un documento histórico definitivo para comprender el fin de la guerra en el norte y una pieza literaria única en el género de la traición*».

No desdeña tampoco Cándano la narrativa, cuyas lindes con la labor periodística reconoce difusas. En 2020 reunió sus experiencias durante el confinamiento pandémico en *La extraña tribu de las manos limpias*, editado por La última canana de Pancho Villa. En este 2022 regresa al relato

con *Más bien del revés* (Más Madera), prologado por el dramaturgo Maxi Rodríguez.

La memoria de los ríos

El libro agrupa veintinueve fragmentos que alternan memoria personal y crítica social, sin que falten historia o sátira futurista. Un aspecto a destacar es que Xuan Cándano vio la primera luz justo allí donde el mayor río asturiano se besa con el mar y el paisaje mágico de esos contornos está muy presente en estas páginas. El solitario baño en el mar una tarde de verano, o una estruendosa tormenta nocturna, pueden convertirse para él en emblemas de la felicidad, porque «*nunca recuerda una sola preocupación o un ataque de tristeza allí, acorralado entre la mar, tantas veces brava, y el imponente acantilado*». Hallamos además en la obra nostalgia de los amigos que se van, e historias de los Cándano que enhebran las dos orillas del Atlántico.

Una de las narraciones recrea el periplo de unas familias de San Esteban a través de los conflictos del siglo XX, y nos regala un buen ejemplo de cómo las heridas cicatrizan si sabemos situarnos en la piel del otro. No faltan tampoco memorias personales mucho más desenfadadas, como unos lances verbeneros y etílicos en los que el protagonista es un autobús lleno de borrachos que recorre los parajes del bajo Nalón —algo así como una versión motorizada y terrestre del bajel de Rimbaud—. En otro caso, la experiencia recordada corresponde a la vida del autor como estudiante en Madrid, con los pormenores de un episodio represivo, sin mayores consecuencias, durante la «santa Transición».

En el litoral que vio nacer a Cándano se produjo el célebre desembarco de armas del Turquesa, destinado a abastecer la revolución del 34, y este evento es recordado en otro relato a través de una conversación en México, en 1949, entre Indalecio Prieto y Rafael Altamira, ambos exiliados allí. En el transcurso de la charla, el último expone su opinión sobre el inicio de la guerra civil, con lo que don Inda respira tranquilo, pues se siente liberado de la responsabilidad que temía tener por su participación en el asunto de aquel alijo.

El simbolismo de los ríos alcanza su clímax en una pieza que me ha impactado en especial. Se trata de una entrañable historia reciente, pero en ella vemos desplegadas aún, vivas en el paisaje, las fronteras fluviales que han marcado Asturias desde la prehistoria. El título que lleva, «Cruzar el río», expresa lo que puede ser un peligro todavía, y así se lo hace saber una madre a su hijo, en edad de buscar pareja.

Vidas de hoy

En este mundo nuestro en que nada se hace a derechas, sino «más bien del revés», el libro aporta un buen muestrario de criaturas del desastre, retratos breves de tipos universales de hoy: el prudente del que no se conocen opiniones y que pasa por la vida sin ningún destello de inquietud, un hombre de Estado que ganó dinero al tiempo que perdía dignidad, o un director de periódico que se define como «mercenario de la información». Están también los jóvenes sin alma, eternos aspirantes a viejos, intoxicados de ira neoliberal y populismo, o absorbidos por las «redes asociales». Estos esbozos muestran el ideal humano de Cándano: la vida como pasión y la libertad para asumir riesgos y tratar de mejorar el mundo, el odio a la equidistancia cobarde, al engreimiento y las infinitas formas de la codicia.

En esta misma línea, el fragmento más extenso recuerda un episodio reciente de la actualidad asturiana, lo que judicialmente se conoció como «caso Hulla», un *affaire* en cuyo desenmascaramiento, *Atlántica XXII*, la infatigable revista de Cándano, tuvo un rol decisivo. El embrollo es fabulado fielmente a través de la ejemplarizante historia de Avelino, el Maizón, minero picador encumbrado a alcalde de una villa y gerente luego del montepío del sindicato todopoderoso. El que comenzó humildemente se instala en Andalucía, de donde procedía su familia, se enriquece con opíparas mordidas en proyectos de construcción ligados al montepío y vive a todo trapo, pero sólo para concluir inculpado en el emblemático caso de corrupción. Reseñaba yo hace poco en *Rebelión*, *Los vencedores*, de Ciges Aparicio, y hablaba de las luchas sociales en los inicios del siglo XX en Asturias, de la indecencia de la clase propietaria y el nacimiento de un sindicato minero esencial en los procesos revolucionarias posteriores en la región. Es desconsolador pensar que, cien años después de aquello, nos toca ver a algunos que militaban en ese mismo gremio enfangados en un prontuario de miserias del alma humana bajo el capitalismo.

En otros relatos, Cándano critica acerbamente los síntomas del desastre, del colapso demográfico a las torturas burocráticas que se practican, cotidiana e impunemente, sobre los indefensos ciudadanos. Hay lugar también para juegos de imaginación y para especular que la inmortalidad en un mundo como éste bien pudiera ser un tormento. El cambio de vida durante la pandemia se contempla conjurando la calamidad con buen ánimo, y se bromea, por ejemplo, sobre la irrupción de la mascarilla: «*La gente lo tomó con resignación, los feos incluso con alivio*». Hay una visión irónica del régimen policial impuesto, del cierre de bares y el confinamiento, con dura represión de los «borrachos terroristas».

Más bien del revés nos trae mucho humor y crítica social, pero también historia, reflexiones líricas y piezas de la memoria personal de su autor. Estamos ante un libro que sabe alternar la reivindicación del pasado con la sátira que desnuda al poder y sus turiferarios, y ello muestra la lucidez con que Xuan Cándano piensa un tiempo difícil como éste. Él, que tanto ama la literatura, ha decidido por fin hacer la suya.

No hay país. Crónica política (y sentimental) de Asturias (1975-2022), de Xuan Cándano

Publicado en *Rebelión* el 20 de diciembre de 2022

Cuando muere Franco, Asturias es una región industrial y minera, con un pujante movimiento obrero y una economía entre las más activas de España, aunque ya en retroceso. Transcurrido casi medio siglo de aquello, el declive es evidente en todos los campos. Las frías cifras dicen mucho de lo ocurrido, pero es bueno plantearse cuál fue el correlato político de esa involución, en una época ya de partidos y elecciones. En la ciudadanía más consciente se capta como síntesis de este periodo el regusto amargo de una ocasión perdida.

El periodista asturiano Xuan Cándano, de quien comentábamos hace poco en *Rebelión* su última incursión narrativa, se propone en *No hay país. Crónica política (y sentimental) de Asturias (1975-2022*) escudriñar la historia para explicarnos cómo se consumó el proceso y quiénes fueron sus protagonistas. El volumen, que viene con un prólogo de Ángeles Caso, lo acaba de publicar Hoja de lata y con sus más de cuatrocientas páginas ofrece un acercamiento minucioso a la política asturiana y algunas de sus ramificaciones mediáticas y culturales en los últimos tiempos.

Crónica de la decadencia

No hay país recorre los entresijos de las etapas que se fueron sucediendo, desde la recuperación de la democracia hasta la actualidad. Conocemos así las reorganizaciones sucesivas de los partidos a izquierda y derecha y los liderazgos que fueron emergiendo. Los retratos bien trazados aportan detalles de interés obtenidos en más de setenta entrevistas, y a lo largo del texto vemos diseccionados en su perfil humano y político a los que capitalizaron los titulares de prensa durante décadas en la región.

Aguardando el veredicto de la historia tenemos, merced a *No hay país* y al buen hacer de Cándano, un primer atisbo de por dónde pueden ir los tiros y aprendemos a diferenciar los tipos humanos diversos que concurren a las elecciones. El muestrario va desde algún personaje genuinamente honrado, *rara avis*, hasta los corruptos o delincuentes que prolongaron su carrera en tribunales de justicia, pasando por los que se llevaron sólo «lo normal» en un mundo de prebendas y puertas giratorias. Contemplamos en nuestro viaje formas variadas de hombres públicos y animales políticos, sin que falten dictadores de rasgos apenas suavizados por el rito parlamentario ni retablos dignos de una Santa Compaña, o hasta algún bicho raro que no se sabe cómo se metió en el berenjenal. No es un atractivo menor del libro la dilatada serie de episodios de caciquismo provinciano que se denuncian en sus páginas.

No se olvidan tampoco las pistas laterales del gran espectáculo, que desbrozan cuestiones tan de interés como la pugna por el control de los medios, el desmantelamiento del sector bancario autóctono, la historia de la Fundación Princesa de Asturias y sus premios, las guerras en torno a la recuperación de la *llingua asturiana* o la labor de intelectuales nativos o arraigados en la tierrina, algunos con proyección allende las montañas.

Lo narrado nos ha traído a un escenario nada halagüeño, que conjuga declive económico con desmovilización social, y todo ello en la región que padece el mayor desplome demográfico de Europa. Para Cándano otro asunto crucial es la ausencia de un proyecto de país, lo que se percibe comparando la situación con la de Galicia, aun con los problemas seculares que allí se dan. El futuro ofrece sólo como rasgos positivos el aprovechamiento de la sin par naturaleza y del clima, cada vez más deseable con el apocalipsis climático en ciernes.

Buscando explicaciones

El «Epílogo nada wagneriano» que cierra *No hay país* aporta algunas claves para entender lo ocurrido. En las primeras décadas del siglo XX, los intentos revolucionarios del movimiento obrero no lograron sus objetivos, pero provocaron la desconfianza de la burguesía y la huida del capital. De esta forma, la industrialización que se impulsó en los años 60 estuvo dominada por empresas estatales. Cuando ya en la época democrática el PSOE conquistó el poder en la autonomía recién estrenada, gestionó sin visión de futuro una economía subsidiada que en el contexto nacional y global estaba condenada al colapso. Cándano define la situación de esta etapa como un «régimen sindical», que acabó además, para colmo de males, gangrenado de corrupción.

Ante el estrepitoso fracaso de la clase política en todo este proceso, abruma pensar que ciertamente la ciudadanía tampoco estuvo a la altura de las circunstancias. Satisfecha de poder elegir al fin libremente a sus representantes, no se percató de que en la difícil época que se vivía su papel hubiera tenido que ser más activo, comprometiéndose a fondo en las reivindicaciones. De todas formas, hay que decir que con la furiosa desindustrialización impuesta no hubiera sido nada fácil salvar los muebles.

La servidumbre del sistema establecido en Asturias se expresa con una sola palabra: partitocracia, y una partitocracia además no de organismos independientes, sino sumisos a un poder central radicado en Madrid. Cuando ésa es la baraja con la que se juega, resulta casi inevitable que la política regional vaya exclusivamente de repartir sillones y trocear el pastel del presupuesto. No imaginamos siquiera que pudiera ser de otra manera porque priman los intereses estatales y mientras tanto la economía va a su aire y a los humanos de a pie sólo les queda votar cada cuatro años para elegir a los gestores del desastre.

Con su crónica fiel e inquietante, este último libro de Xuan Cándano puede ser un buen modelo experimental de cómo se va al garete un país, con formas sedicentemente democráticas, en esta época financiera y senil del capitalismo desquiciado.

Esencias del Mediterráneo, de Alba Piñol. Amor que rompe barreras culturales

Publicado en *Rebelión* el 18 de octubre de 2023

Alba Piñol Farré, natural de Manresa, estudió sociología en París y ha trabajado como periodista y administrativa. En la actualidad reside en Canarias, pero vivió largos años en Túnez, que le aportaron un conocimiento privilegiado de la sociedad y la cultura magrebíes. Sus publicaciones literarias son relativamente recientes y comprenden cuatro relatos aparecidos en antologías, *Siluetas en el aire* (Avant, 2017), colección de narraciones breves, y *Mañana será otro día* (Dyskolo, 2020), una incursión en el infierno de las mujeres maltratadas.

Esencias del Mediterráneo, recién editada por Dyskolo, es la primera novela de Alba Piñol, y nos presenta a la joven y rebelde Marta en los meses clave en que conoce en París a Tahar —un muchacho tunecino del que se enamora— y viaja con él a su tierra para comenzar allí una vida juntos. La diferencia de culturas y las historias previas de los dos jóvenes que les salen al encuentro en el largo camino, harán que el sentimiento que les une sea puesto a prueba, al tiempo que desfilan paisajes y gentes de las dos fachadas del Mediterráneo. La novela se construye sobre todo con el relato de Marta, aunque Tahar intercala algunos capítulos.

Europa

La primera parte comienza con la vida en París. Marta y Tahar, estudiantes recién licenciados, ella en sociología y él en economía —ambos comprometidos políticamente—, se conocen en enero de 1973 durante una movilización, y el flechazo entre ellos es instantáneo. Marta se debate entre la sombra de un exnovio que quedó en Barcelona y sus planes para el futuro, de completar sus estudios y ser reportera en zonas de conflicto, pero Tahar es cariñoso y persuasivo... El amor de ella es tan intenso como para seguirle cuando regrese a su país, aunque le inquietan las misteriosas cicatrices de las que él se niega a revelar nada.

En sólo cuatro meses contraen matrimonio, y tres veces nada menos, ante las autoridades francesas, en el consulado tunecino y en una iglesia católica, lo que permite a Marta conservar su nacionalidad española y sus apellidos. Son deliciosos los capítulos que narran la impresión de ambas familias al conocer el noviazgo. La sorpresa en Túnez, por el carácter indómito del muchacho, y el alivio, porque ha cumplido ya los treinta, dejan paso a un sincero entusiasmo cuando llega una foto de Marta. En Cataluña hay oposición inicial y luego fría aquiescencia, pero los padres de la novia acuden a París para la boda.

Unidos por su amor y la voluntad de compartir sus vidas, los recién casados retan al destino, queman sus naves y emprenden viaje. Tras tratos vejatorios en la aduana española, el Mediterráneo, sólo un olor al principio pero pronto un destello de azul infinito, es la caricia de un regreso a casa. En Cañas del Segre, pueblo natal de Marta, las protestas y reticencias de su familia son descorazonadoras, aunque la abuela se encariña con Tahar.

En Barcelona los dos disfrutan de la compañía de los amigos de ella, que enseña a su marido sus rincones favoritos de la ciudad. En el viaje en tren hasta Málaga, los dos se emborrachan de Mediterráneo. Cuando salen de España, el equipaje ha aumentado con tres juegos de sábanas de lino, primorosamente bordadas por la madre de Marta, y una máquina de fotos, regalo de los amigos barceloneses.

África

En Melilla, Marta percibe ecos de Málaga, pero pisar por vez primera el inmenso continente la entusiasma y zocos y mercados le aportan impresiones de otro mundo. Atraviesan el Rif en un destartalado y abarrotado autobús, en compañía de Constança y Salah, una pareja de amigos parisinos —en realidad ella portuguesa y él argelino—, también recién casados, que viajan al país de él por un asunto familiar grave. El primer día de camino les depara un angustioso control de la Guardia Nacional en busca de armas de contrabando, pero para Marta la inquietud llega sobre todo al ver cambiado a Tahar, extrañamente apasionado con Constança. Tras una noche sin amor y sin sueño, ella siente que un muro ha crecido entre los dos. Un texto intercalado de Tahar confirma lo que el lector barruntaba. Él y Constança tuvieron una relación intensa que concluyó abruptamente.

Tras ocho horas de papeleo en la frontera, en Orán las parejas se separan. A Marta y Tahar les quedan cuatro días en tren para llegar a Teburba, el pueblo de él, en el norte de Túnez, jornadas plenas de sorpresas: la huella hispana en Orán, el carácter de los habitantes del país, algo duro, como de gentes que «miran la vida de cara», y no «la sobrellevan», como sus vecinos marroquíes. Presencian una operación policial contra una red de trata de blancas, y una indisposición de Marta por el calor es tratada sabiamente por una pasajera empapándole el pelo con agua de menta. La de esta tierra es una vida insólita en la que el reloj es un adorno que no mide el tiempo; lo hacen el giro del sol y las llamadas del muecín. Marta pregunta a Tahar por su comportamiento con Cons-

tança, pero él se resiste a responder. Sin embargo, en un texto que él intercala, expresa su profundo amor por su esposa y su despreció a Constança, con quien sólo vivió una enajenación.

La tercera y última parte del libro recoge las impresiones de Marta con su nueva familia. La alegría exagerada, casi loca, del recibimiento que les deparan, termina provocando en ella inquietud cuando su marido se va con sus amigos y la deja sola en un ambiente demasiado extraño. Que hombres y mujeres coman en mesas separadas, con ellas atentas a las necesidades de ellos, no le parece bien, pero piensa que no difiere mucho de lo que se estila en España. Su sobrina Hayet se convierte en su traductora, amiga y consuelo ante las dudas y temores.

La nueva vida crea rutinas. Marta ayuda en las faenas domésticas a Salja, la madre de Tahar, que le recuerda a su abuela; así va aprendiendo el dialecto tunecino. Tras la cena, juega a las cartas con los hombres. Lleva mal, sin embargo, que luego él desaparezca con sus amigos hasta la madrugada. Un día tiene un ataque de claustrofobia y decide salir a dar un paseo, lo que provoca cierto revuelo. Al fin consigue hacerlo, acompañada de sus sobrinos adolescentes. Las mujeres de su familia, cariñosas y comprensivas, son su refugio y entre ellas es feliz, aceptada como una más.

Tras el fallecimiento de una joven prima suya, que abate a toda la familia, Tahar se siente estúpido y culpable por lo abandonada que tiene a su mujer, y al fin opta por cambiar de vida. Se sincera además con ella y le revela el significado de las cicatrices que surcan su cuerpo y el papel de Constança en su pasado, con lo que Marta comprende lo absurdo de sus celos. La obra concluye con la nueva vida de la pareja, que se establece en la capital del país y busca trabajo al tiempo que disfruta de turismo por los alrededores. Los fines de semana son para regresar al hogar familiar y a la compañía de los suyos.

Un viaje para construir el futuro

En el comienzo del libro nos asombra la magnitud de la apuesta de la protagonista, y la empatía que nos produce su entusiasmo es una clave del éxito de la narración. Así, cuando surgen dificultades y dudas, el lector queda atrapado en la trama. Aunque Marta va de la mano del guía más sabio e influyente, que gobierna todo desde el corazón, los secretos de Tahar siembran desconcierto y el reto de otra cultura y costumbres muy diferentes no ayuda precisamente a calmar los ánimos. No obstante, al fin nuevas sonrisas iluminan el ajetreo de los días y ella comprende que el viaje ha merecido la pena.

Otro atractivo de la obra son los ambientes tan diversos retratados, todos ellos sugestivos y trazados con mano maestra. La vida parisina de los estudiantes extranjeros, sus fiestas e inquietudes, al igual que la boda y las complicaciones que acarrea, se perciben nítidamente reales y ello nos identifica también con la historia. Las dos mitades del viaje, entre la reglamentada Europa y los barullos e imprevistos de África, parecen irreconciliables hasta que el Mediterráneo funde todo con su luz mística y comprendemos que la odisea, regida por el amor, que siempre acierta, no va a fracasar. En el continente al que éste la ha conducido y que acaba de pisar por vez primera, Marta encontrará el calor de una nueva familia, aunque para ello tenga que aprender un idioma y muchas otras cosas.

La historia de 1973 que se nos cuenta en *Esencias del Mediterráneo* va a ser leída en estos tiempos convulsos que vivimos, y al hilo de ello pienso que ofrece también una reflexión valiosa. Éste es un momento en que se agudizan los conflictos globales, y la islamofobia y la xenofobia crecen desbocadas en Europa. El mundo privilegiado del norte cierra sus fronteras y crea una imagen del otro a la medida de su miedo y su odio. Se niega la historia, se dulcifica el horror del colonialismo y se impone un relato basado en mentiras. Yo me atrevo a ver en el idilio entre Marta y Tahar, que cruza tantas fronteras y rompe tantas convenciones, la posibilidad real de un encuentro entre los dos mundos que hoy quieren enfrentados, un encuentro armonioso que puede mejorar a las dos partes.

Somos tan torpes que este grande y hermoso mar, cuajado de islas, que nos une, hemos conseguido que nos separe. Existe un proyecto, tibio y descarriado, de unión europea, pero a nadie se le ocurre expresar lo más sensato que podemos imaginar, que sería una unión política, democrática y confederal, entre las dos riberas de nuestro mar. Las guerras púnicas decidieron el triunfo del latín en el entorno del Mediterráneo, pero la revancha semítica no tardó en la orilla sur, con lo que al fin quedaron dos mundos inconexos. Hoy además la dinámica perversa del capital apuesta por fronteras infranqueables entre el núcleo y la periferia. La realidad es terrible y es tiempo de darnos cuenta de que es necesario reaccionar.

Esencias del Mediterráneo con su viaje iniciático y su fusión de mundos es un buen argumento para comprender la clave humana del asunto.

Gente normal, de María Jesús Alemañy. Almas capturadas en un instante

Publicado en *Rebelión* el 10 de enero de 2024

Con su historia, su literatura y sus ilustraciones, este pequeño libro es una joya única.

María Jesús Alemañy vivió una vida breve que dejó recuerdos hermosos en todos los que la conocieron. Nació en

la capital albaceteña en 1987 y allí cursó el bachillerato y estudió Medicina. Tras obtener el MIR, ejerció como médica de familia en Valencia, con dedicación y competencia, hasta su fallecimiento en 2019. Su inquietud literaria despertó muy pronto, y sus trabajos fueron premiados en el Instituto Amparo Sanz donde estudiaba, pero fue después cuando, inspirándose en sus propios pacientes, escribió los relatos breves que ahora se reúnen en *Gente «normal»*, recién editado por Dyskolo. Es éste el libro precioso de una autora joven, y a la vez y tristemente su obra única, su promesa frustrada.

La edición viene con un prólogo de Francisco Javier García Gómez, quien alumbra algunos aspectos del texto y su autora. Él nos habla de una mujer luminosa, dotada de una profunda empatía: «*La compasión verdadera es el hilo conductor de todos los relatos. En su etimología, compasión significa sufrir con el otro. Y eso es lo que creo María Jesús logra con estos cuentos, ponerse al lado del otro, de su soledad, de su olvido, de su amor, de su pérdida. Y al leerlos nos transporta y nos lleva a nosotros también de la mano hacia ellos. (…) Son los otros vistos tan de cerca y tan por dentro, que casi nos duele y sentimos pudor. Porque María Jesús tenía esa virtud y esa generosidad para estar al lado del que sufre*».

La portada y el interior del libro han sido ilustrados por Aïda Alizadeh Fard con dibujos sobrios y certeros que con unos trazos saben captar el alma de cada personaje. Esta artista, nacida en París en 2002, ha estudiado en la célebre École Boulle de esta ciudad y en la actualidad realiza un máster en Derechos Humanos y Justicia Internacional, sin dejar de lado su labor creativa.

Gente normal trae nueve historias con nombre propio que, según revela García Gómez, probablemente no fueron escritas para ser publicadas. Esto encaja con la impresión que produce su lectura. Tejidas con prosa sugerente y bien trabada, las narraciones no evidencian en ningún caso que su autora se entregue al artificio literario. Lejos de eso, lo que se expresa en ellas es sensibilidad a flor de piel y deseo, por encima de todo, de exponer en palabras veraces y atrapar en el tiempo impresiones de gentes que la joven doctora iba hallando en su camino.

Son retratados hombres y mujeres con personalidades diversas, pero marcadas siempre por la inconsciencia que estigmatiza nuestra época. Alemañy captura instantes, y nos muestra la fidelidad sin límites de Francisco, que llega hasta cuando su esposa, con demencia senil, podría asesinarle. Nos descubre también la pasión descarada y odiosa de Manolo, los cincuenta años de enamoramiento de Evelyn y su entrega hasta el final, y el apego filial de Eduardo y su vida tranquila atendiendo a su madre. Vislumbramos el amor de Guadalupe, que atraviesa el océano, la homosexualidad inconsciente de Esteban, mientras irrumpe la enfermedad en su existencia y la devoción maternal de Enriqueta, destrozada viendo morir a sus hijos. A Jacoba la hallamos terca en la obsesión de su vida, aquel momento hace años en que se cruzó en su camino una mujer en la que reconoció a la madre de Dios, y a Rosa, suicida frustrada, atrapada en el desamor y sobreviviendo a base de drogas.

Todos estos seres tan diferentes, muestrario de la humanidad de hoy mismo, son hermanos en su desolación y su impotencia, en el amor que los construye y la enfermedad que los destruye. Alemañy, que los vio pasar a su lado, no resistió la tentación de reconstruir su mundo con palabras, porque al mirarnos en el espejo de su inquietud podemos aprender mucho sobre la condición humana y los arcanos de nuestro propio ser. Ellos se organizan como pueden en su laberinto y nos imploran, reales como la vida misma, un rinconcito en nuestro corazón para compartir sus tragedias. Y esta cesión es tal vez una medicina que puede aliviarnos.

Hay que subrayar el acierto de Dyskolo al publicar estas páginas que María Jesús Alemañy concibió en su afán por hacer suyas las cuitas de sus semejantes. A través de su perspicacia y empatía, contemplamos figuras bien perfiladas de una tropa de gente normal, amables compañeros en este tiempo de penumbras. Ella que se fue tan pronto, nos dejó como regalo esta colección de instantes que son vidas, y ellas nos hacen más sabios y nos ayudan a seguir.

Yo lo que quiero es el castigo, de Rafa Poverello. Del amor que redime

Publicado en *Rebelión* el 25 de septiembre de 2024

Rafa Poverello, nacido en Don Benito en 1969, pero residente en Córdoba desde hace muchos años, es trabajador social y educador de profesión y hace esto compatible con una pasión por la música y la escritura que lo ha llevado a componer canciones y publicar dos novelas (*Mishasho*, en 2017 y *Yo, tú, él…*, en 2019) y un poemario (*De amor, mitos y otros infortunios*, en 2022). En todos estos trabajos brilla su compromiso con los colectivos con los que comparte buena parte de su vida. *Yo lo que quiero es el castigo*, su tercera novela, recién editada por Dyskolo, presenta el diario de una adolescente víctima de una historia atroz que ha creado una situación familiar complicada. Los cinco meses del relato atrapan al lector en un viaje de redención y ajuste de cuentas con el pasado, y alumbran al fin valores humanos que descubren el apoyo más sólido en este mundo doliente.

Protagonista y narradora: Jeni Maldonado, de dieciséis años. Vive con su abuela, la yaya, en un barrio marginal de una ciudad del sur de España, en una casa «*de cincuenta y cinco metros cuadrados y paredes de celofán*» en la que no es

raro ver ratas y cucarachas. La madre, Dolores, le han contado que murió al nacer ella, y una hermana mayor, Alba, la tata, cumple condena por matar al padre, Domingo, alcohólico y delincuente, cuando ella tenía ocho años, en una noche terrible que apenas recuerda, pero que la dejó traumatizada, sin parar de llorar y sin querer comer. Desde entonces Jeni está en tratamiento psicológico, y aún sigue tomando fluoxetina para controlar las crisis de angustia que a veces la acometen.

Nuestra heroína va al instituto, donde no destaca por su sociabilidad, aunque tiene buenas amigas y una hermosa relación con su tutora, Mercedes, una mujer cariñosa e inteligente en la que se intuye la madre perdida. Jeni tiene una antipatía especial a Susana, una compañera, a la que envidia su móvil caro y su «*familia perfecta, de esas que te hacen dar arcadas de tanto glamur. Un beso aquí, un beso allá:* —Te quiero mucho, mami. —Y yo a ti, hija».

La prosa como terapia

Todo da un giro favorable cuando la tutora tiene la idea luminosa de aconsejar a Jeni que escriba un diario: «*Mercedes sacó algo de su mochila, perfectamente envuelto en un papel de regalo, (...), y me lo pasó. Era un cuaderno de pasta dura color morado con las hojas en blanco. "El Diario de Jenifer", dijo. Y yo le sonreí, como pocas veces en mi vida lo había hecho*». Jeni, amante de la lectura y con inquietudes literarias, asume el reto con sana devoción, y va a esforzarse en poner por escrito sus «*Reflexiones, paranoias y demás paridas*», texto que escoge para encabezar el relato de sus días.

A partir de ese momento, con una prosa malhablada, bien escrita y mejor pensada, que se ciñe como un guante a sus necesidades expresivas, nuestra quinceañera no se corta un pelo a la hora de hacernos partícipes de los acontecimientos cotidianos y las secuelas que dejan en su ánimo: la vida con la yaya, una mujer heroica a prueba de adversidades, con una ridícula pensión que a veces la obliga a pedir a la puerta de una iglesia o cometer pequeños hurtos; las visitas a la tata en la cárcel, con riñas y morros, pero mucho amor también; las frustraciones con Isra, el novio que la acompaña tiernamente, sin que puedan pasar a más porque: «*Puedo ponerme digna, o fina, pero este tema me produce tanta angustia que prefiero ser ordinaria, como siempre lo soy, para que no me vuelvan a venir esas ganas de llorar tan gordas que hasta daño me hacen en los ojos: no soy capaz de abrirme de piernas ni con una palanca. Fin*».

Jeni pone mucho amor y mucho humor en lo que narra y trata de justificarse como cualquier hijo de vecino, pero se ve obligada a reconocer sus defectos y hasta a hacer propósito de enmienda: «*Por la tarde, medio dormida encima de la cama, he pensado que lo mismo tenía que aprender a pedir perdón; y si no a pedirlo, por lo menos a demostrar que lo siento. En fin, seguro que esta paranoia se me pasa mañana*». Hay tiempo también para reflexionar sobre la obscena estratificación social de nuestro mundo, poner a caldo a los parásitos de traje caro y revelar historias terribles de la trena, pero enseguida comprendemos que la gran obsesión de Jeni es lo ocurrido aquella noche de hace ocho años que apenas recuerda. Lamentablemente, nadie parece estar dispuesto a resolver sus dudas, lo que sólo consigue aumentar su frustración y sus malos modos.

Luz que todo lo ilumina

En la parte final del diario los acontecimientos se precipitan. En algunas reflexiones de Jeni hemos adivinado un fondo oscuro, pero no deja de sorprendernos cuando un día, hastiada de todo, decide atiborrarse de pastillas como único fin posible para su malvivir. «*No quería seguir pensando. Un huevo de ideas sin pies ni cabeza martilleaba mi cabeza dando más por culo que un taladro perforador y la presión en el pecho apenas me dejaba respirar*». La descubren a tiempo y tras unos días en el hospital vuelve a casa, donde todos se desviven por atenderla. Un día Susana, que viene a visitarla, le confiesa que su padre se suicidó hace dos años, poco después de quedarse en paro, tirándose por el balcón de la casa donde vivían entonces. Las dos lloran juntas y allí termina su enemistad.

Con todos estos líos, a la tata le conceden el tercer grado y puede pasar las navidades en familia. Luego además encuentra un trabajo que le permite no tener que ir al CIS por semana. Como Jeni sigue sin dar tregua con sus preguntas, al fin deciden ponerla al tanto de lo ocurrido hace ocho años. La muerte del padre fue un accidente cuando borracho trataba de abusar de ella y fue sorprendido por la tata, que estaba harta de sufrir lo mismo. Domingo se cayó de la cama y se golpeó la cabeza con la mesita, y luego la abuela y la hermana transportaron el cadáver y lo tiraron al río. Días después, Jeni puede entrevistarse con un miembro del jurado que le revela cómo durante éste Alba se negó a hacer la confesión que podría haberla salvado, obsesionada por proteger la inocencia de su hermana.

Así, en las últimas páginas de la novela, nuestra protagonista descubre el misterio de su origen, golpe capaz de derribar a un oso, y que su madre putativa en realidad no se sabe si huyó al norte o fue asesinada por Domingo. Sin embargo, el coraje que Jeni ha demostrado promete que va a superarlo todo. Su abuela está ahí, como siempre estuvo, y si sus años son ya muchos, ella tiene bien pocos para tomar el relevo en los cuidados. Y aquí está de nuevo su hermana, que ahora sabe que es mucho más que eso, «*el ser que más la quiere en el mundo*». Mercedes, Isra, Susana, y tantos otros, iluminan la vida, compartiéndola y abriendo camino a las sonrisas. Esta sociedad es un lodazal de miseria e injusticia, pero los que valen se crecen en el castigo, fustigados por un amor que todo lo redime. Poverello nos muestra con este

libro que, contra viento y marea, se puede hallar sentido a tanta desgracia.

El deseo del castigo

El título de la obra tiene resonancias clásicas que tal vez merece la pena comentar. En el *Edipo rey* de Sófocles, el desventurado protagonista se impone a sí mismo el castigo de la ceguera que ha de redimirlo. Es éste un primer deseo de castigo, para uno mismo y por culpas que uno se atribuye. En el *Tiestes* de Séneca, el malvado Atreo planifica una venganza espantosa contra su hermano Tiestes —nada menos que darle a comer sus propios hijos— y cuando le insinúan la posibilidad de matarlo como alternativa, protesta que la muerte es en realidad el fin del castigo y éste es lo que él desea. Poverello nos presenta en su novela algo cuya dimensión supera las referencias anteriores. Alba quiere el castigo para librar a su hija-hermana del peso de una verdad que no podría soportar. El deseo del castigo tiene aquí una motivación altruista y noble que no es fácil hallar en la literatura.

Yo lo que quiero es el castigo, de Rafa Poverello, retrata un mundo que él conoce bien, y construye una historia perfectamente estructurada con unos personajes inolvidables, que nos gustaría encontrar en entregas sucesivas. En nuestra sociedad competitiva y cínica, la narrativa al uso se recrea en los triunfadores, a los que se presume una excelencia acrisolada, pero obras como ésta nos demuestran que las virtudes humanas brillan sobre todo en los que más contrariedades resisten en los estratos profundos de la pirámide social.

1.3
Reflexiones, viajes y despedidas

Miseria de la crítica literaria

Publicado en *Rebelión* el 23 de marzo de 2005

Puede adornarse mucho y fácilmente aparecerán en la definición palabras grandilocuentes, pero me gustaría dejar hoy el concepto en su más estricta desnudez. El crítico literario es sólo un lector con poder. Un lector dará su opinión a sus amigos o familiares. Puede ser más o menos razonada, más o menos profunda, más o menos lúcida, pero es sólo una opinión... Un crítico literario nos da su opinión desde un medio que llega a miles de personas. Puede ser más o menos razonada, más o menos profunda, más o menos lúcida, pero muchos tienden a aceptarla sin recelo como sacrosanta verdad literaria. Ahí reside su poder.

Es cierto que la perspicacia, unida a un profundo conocimiento de la literatura, da a algunas personas una percepción privilegiada sobre los libros. Como lectores es lógico que busquemos las opiniones de estas personas. Expresadas por escrito, son muchas veces maravillosa literatura que habla sobre literatura. Diríamos que el crítico, aparte de poder, tiene en estos casos autoridad. Pero, ¿es frecuente esto?

Es evidente que el poder es concedido al crítico por el dueño o gestor del medio en el que aparece la crítica. Es un poder que viene muchas veces de las instancias más altas de la sociedad, del dinero mismamente. No es difícil adivinar a qué intereses servirá en esos casos, como una ramificación más de la fabricación de consenso de la que afortunadamente hoy sabemos bastante. Es éste un razonamiento muy elemental, y abriendo un poco los ojos no es difícil comprobar su validez todos los días en múltiples ejemplos.

Citaré solo uno, que motivó de rebote estas líneas. Esperaba en casa de un amigo, y vi sobre una mesa un libro que llamó mi atención. Era la primera edición de un volumen muy premiado que invadió las librerías hace años entre fragor de artillería mediática. Sabía que narraba una historia insustancial y estúpida, pero tuve curiosidad por hojearlo. Unas páginas al azar me mostraron una prosa inflada y engorrosa, embutida de imágenes pedestres. La mentalidad que parecía reflejar todo era la blandura de un burgués semianalfabeto con pretensiones líricas.

Cuando llegó mi amigo le comuniqué estas opiniones. Me respondió impasible como quien riñe a un niño sabihondo: «*Pues tuvo muy buenas críticas, y a mí me está gustando mucho*».

Podríamos decir un poco brutalmente que somos lo que comemos, y pensamos lo que leemos. Lo terrible es que entre la política de publicaciones de muchas editoriales, y los consejos de críticos paniaguados, mucha gente acaba leyendo basura.

Es muy difícil luchar contra cristalizaciones de poder como un portaviones o una división acorazada. El poder del crítico literario no es menor, pero es mucho más frágil. Y lo es simplemente porque se lo concedemos nosotros cada vez que renunciamos a nuestra capacidad de raciocinio, y sucumbimos a la tentación de sobrestimar sus opiniones.

Tal vez deberíamos empezar a sospechar que la literatura no es tan distinta de otros campos, como la información o el estudio de la historia, en los que la maquinaria mediática y sus intelectuales orgánicos tratan continuamente de manipularnos.

Y para evitar tantos males, sería el momento de aprender a desconfiar, de descuidar los supermercados del libro y empezar a hojear ejemplares «raros» en librerías de viejo y, sobre todo, de liberarnos de tutelas demasiado interesadas y tratar de pensar por nosotros mismos.

Romper el velo pintado

Publicado en *Rebelión* el 16 de mayo de 2005

Es muy difícil saber lo que ocurre en el mundo. La ventana de esta casa que somos tiene un velo pintado. En él los poderosos dibujan sus argucias, la lógica de lo inevitable, y con figuras armoniosas envenenan nuestro tiempo. Esconden y manipulan la evidencia de la expoliación, la guerra y la muerte.

Es muy difícil saber quién somos en realidad. La educación nos construye con dogmas heredados y fidelidades odiosas, reproduce en nosotros siglos de esclavitud, de miseria y de tedio. Así el velo pintado sabe crearnos también una identidad inventada.

Romper el velo pintado sería ver los entresijos del mundo, sutiles metamorfosis de poder, robo gobernando, codicia que asesina, la mueca del monstruo que se oculta tras las sonrisas del telediario. Sería ver nuestra estupidez y flaqueza ¿Quién podría resistirlo? ¿Quién sabría remediarlo?

La literatura, y el arte en general, con su poder sobre nosotros, estarían llamados a ser un arma eficaz contra esta alienación, contra esta farsa, tendrían que ayudarnos a ver y a conjurar el desastre. Y así lo hacen a veces, pero son sólo rasgones y grietas en el velo pintado.

La mayor parte de los libros que nos venden hoy forman parte de la pantomima. Son sólo un triste opio adormecedor o un entretenimiento insulso, o un instrumento más para la falsificación de la historia a mayor gloria de los poderosos.

Pero esto no nos sorprende, porque sabemos que la literatura ha entonado muchas veces el loor de los imperios, y su canto ha acompañado a los carros de guerra.

Y sabemos también que a veces, desesperada, se ha suicidado y ha erigido castillos de ensueño que estallan como pompas de jabón ante el fragor de lo inevitable.

Por eso, hoy más que nunca es necesaria una literatura dispuesta a describir lo que ocurre, a exorcizarlo, a inventar el hombre nuevo que sabrá resistirlo y cambiarlo.

La poesía cristaliza los anhelos del hombre y el hombre está perdido en un laberinto de ignorancia y miseria. Ella tiene que ayudarle a construir un camino.

De todos las literaturas posibles, necesitamos hoy una que nos ilumine en este confusión que somos, en esta agonía que somos, en esta envenenada mentira que nos hacen ser.

Breve reflexión en el cuarto centenario del *Quijote*

Publicado en *Rebelión* el 5 de junio de 2005

Es realmente siniestro, pero consiguen que parezca entrañable. Un monarca, representantes del Gobierno, príncipes de Falsimedia, y algunos cientos de paniaguados y alabarderos se reúnen para la entrega del premio Cervantes.

Dicho de otra forma, los timoneles del naufragio, cómplices mudos de la depredación y el saqueo globalizados, se convocan a sí mismos escudados tras el autor de un símbolo universal de la derrota del ser humano.

Cuatrocientos años es el tiempo que necesitan los poderosos para transformar una obra literaria que les pone en evidencia en motivo de autopromoción.

¿Convendrá que recordemos a estas alturas quién fue Miguel de Cervantes, o mejor quién no fue Miguel de Cervantes, qué ser tullido y negado anduvo triste por el mundo bajo ese nombre?

Descendiente de hombres obligados a abjurar la fe de sus padres, soldado del imperio, manco, cautivo y esclavo, encarcelado, hidalgo siempre pobre. Una existencia más como la de millones y millones en esta triste historia nuestra. Juguete de ambiciones imperiales, fe fanática, feudalismo, odiosa burocracia, incompetencia...

El único privilegio de Miguel de Cervantes ante la muchedumbre anónima que vamos en el mismo barco fue su talento para reflejar la derrota de todo idealismo en una fábula inmortal. Cuatro siglos después, la gloria literaria le hace ser reclutado, como prócer insigne, por aquella misma mentira contra la que él se rebeló.

Es necesario que tratemos de olvidar el montaje, que regresemos siempre a las desventuras del loco y el simple que vagaban perdidos por los caminos de una España que es todavía la nuestra, con sus duques, sus galeotes, sus bachilleres sabihondos y sus falsos encantamientos.

Porque cuatrocientos años de erudición no han conseguido empañar la frescura de un relato en el que estamos retratados como en ningún otro, y leyendo esas páginas irónicas y profundas comprenderemos que, aunque la derrota es tal vez inevitable, la locura de soñar otro mundo es lo único que merece la pena.

Considerando nuestra historia, no es de extrañar que los frutos literarios más granados se den aquí cuando un alma lúcida sabe reflejar toda su crudeza. El autor del *Lazarillo*, Cervantes, Galdós, Valle, Machado... nos conmueven porque pasaron el espejo de su genio por nuestro amargo pasado.

Teoría del bodrio

Publicado en *Rebelión* el 13 de octubre de 2006

«Comida mala o mal guisada». Eso es el bodrio según el diccionario de María Moliner. Pero el vocablo resulta demasiado sugerente, y usando un poco la imaginación puede ser útil incluso buscar una definición del bodrio como género literario. Por lo menos, muchas veces hablando de libros con algún amigo, he echado en falta un término como ése. Me alababa alguien por ejemplo la última novela de Cela, y yo le replicaba: «*pero si no tiene ningún hilo narrativo. No es una novela*». Entonces mi interlocutor decía, acompañando las palabras con un gesto de suficiencia: «*Claro que no es una novela, ¿por qué tiene que serlo? Es algo innovador, algo nuevo*». Me callaba yo entonces sin que se me ocurriera réplica alguna. Es después, dando vueltas al asunto, cuando he hallado la respuesta adecuada. Debería yo haber dicho: «*Claro que no es una novela. Es un bodrio*». Y para que nadie pueda llamarse a engaño, no queda más remedio que estrujarse el numen para dar con alguna definición de este género literario que tantos cultivadores ha tenido a través de los tiempos y muy especialmente en el siglo XX. ¿Qué es un bodrio?

Sin necesidad de haber leído demasiado a los teóricos de la literatura, todo el mundo tiene más o menos claro lo que es una novela, un poema, un cuento o un ensayo. Y cualquiera sabe también que estos respetables géneros no tienen fronteras bien definidas ni son absolutamente excluyentes. Así un largo poema en prosa puede ser considerado a veces un cuento, y existen novelas que tienen a la vez todas las características que podemos pedir a un ensayo... De la misma manera, nuestra definición del bodrio pretendemos que sea aplicable a obras que comúnmente son englobadas en otros géneros, novela o ensayo por ejemplo, aunque esto significará que a nuestro juicio han fracasado como tales.

Por ir un poco contra corriente, me gustaría que usáramos aquí una definición de los géneros literarios basada en sensaciones más que en cualquier otra cosa, una definición muy subjetiva, completamente subjetiva. Un libro es algo material, papel, cartón, tinta, plástico, cuero, pergamino, ensamblados en una estructura muy especial. En un texto podemos y debemos discriminar metáforas, argumentos, planos narrativos, etc., pero hay que pensar también que cuando tomamos un libro entre las manos, estamos en realidad acercándonos a un ser humano, tomándolo a él también con nosotros para que nos hable. Y cuando lo hace, se realiza el milagro de que a través del tiempo y el espacio, ese ser humano nos permite compartir sus vivencias y sus sueños, emocionarnos con ellos...

Esa comunicación es para mí lo fundamental, y por ello me gusta pensar que una obra narrativa es, en realidad, alguien que nos habla, que despierta nuestro interés sobre una historia y es capaz de mantenerlo hasta el final. No en vano era conocido Stevenson entre los samoanos como Tusitala, «el contador de historias». Todos hemos sentido esa sensación del relato que nos atrapa y no podemos soltar. Eso es una novela. Si no da la talla por su extensión, podemos llamarla cuento.

Y qué sería entonces un poema. Podemos tomar prestada aquí la definición de Robert Graves que viene como anillo al dedo. Poesía es un texto que nos sobrecoge y produce secuelas físicas en nuestro cuerpo. Puede ser un temblor, un erizamiento del vello, una interrupción involuntaria de la respiración o unas indefinibles ganas de llorar. Varía en distintas personas, pero el cuerpo humano siempre experimenta una conmoción en presencia de la poesía.

Y resulta que al final la definición subjetiva acaba siendo la más materialista de todas. Define la novela el agarrotamiento de nuestros dedos en torno al libro que cuenta una historia, y el poema, un erizamiento del vello o alguna reacción fisiológica similar ante las emociones humanas que transmite una página. Ahora sí estamos en condiciones de definir el bodrio como género literario. La marca característica del bodrio es una sensación poderosa de aburrimiento, que comúnmente culminará en una larga cadena de bostezos.

Nada tenemos contra la experimentación en literatura, y nunca dejaremos de alabar algunas novelas que exploran las fronteras de lo que puede ser una narración, como *Hijo de hombre* de Augusto Roa Bastos, *Sinfonía napoleónica* de Anthony Burgess o *Los siete días de la creación* de Vladímir Ye. Maksímov, por citar solo tres ejemplos de ámbitos culturales bien diversos. Pero la experimentación en ausencia de talento es una reacción química que conduce inevitablemente al bodrio. Tristemente eso ha ocurrido con demasiada frecuencia en el siglo XX.

Y no hay que extrañarse de que en esa misma época pasara algo similar en música. Dijo en una ocasión Serguéi Prokófiev: «*La disonancia constituía para Bach la sal de la música. Otros han añadido pimienta y especias cada vez más abundantes en sus platos, hasta que han enfermado los estómagos más resistentes y toda la música se ha convertido en pimienta. La gente se está aburriendo ya de eso*». Este papel de la disonancia en música puede ser comparable en literatura al de la metáfora, las referencias intertextuales, el monólogo interior o la superposición de planos narrativos. El problema es que el uso de estas especias es tan absurdamente generoso algunas veces que conduce inevitablemente al aburrimiento y el bodrio.

Vagan por las librerías y las bibliotecas muchos textos de incierta catalogación. Mi intención con estas breves líneas ha sido solamente señalar un término que puede tener categoría de género literario y ha de resultar útil en bastantes ocasiones, un término suficientemente expresivo que

puede ser lanzado como venganza contra un libro que nos aburre enormemente. Cuando alguien trate de razonar que esa obra es maravillosa por sutiles razones de teoría literaria, nosotros podemos responderle con sencillez: «*Sí*, todo lo que tú quieras y más, pero es un soberano bodrio».

Las lecciones de Cheng Ho y de las jóvenes de Samoa. Dos hermosos datos contra el determinismo biológico

Publicado en *Rebelión* el 18 de julio de 2007

La sorpresa que Margaret Mead se llevó en Samoa es un lugar común de la antropología. Después de viajar allí para investigar qué forma toma en aquellas islas la crisis psicológica que acompaña la adolescencia en las jóvenes de nuestras latitudes, hubo de concluir tras varios meses de trabajo que en el grupo de sesenta y ocho chicas que ella estudió tal crisis sencillamente no se producía. Al parecer, las muchachas samoanas estaban inmunizadas contra estas zozobras por una cultura solidaria e igualitaria, por unidades familiares amplias que amortiguaban los conflictos, y por una actitud más abierta y tolerante hacia el sexo que todo a lo que estamos acostumbrados por aquí.

Margaret Mead era además una excelente escritora y su obra *Coming of Age in Samoa* (1928), traducida al castellano como *Adolescencia y cultura en Samoa*, se convirtió pronto en un *best seller* que desafiaba muchas nociones convencionales sobre la naturaleza humana. Se aportaban allí sólidos datos que inducían a considerar la cultura como un factor esencial a la hora de fijar algunas pautas que antes se tenían por innatas y como tal inevitables. Y si nuestro modo de ser y vivir está más influido por los hábitos y patrones en que hemos sido educados que por rasgos heredados, sin duda las posibilidades de modificar nuestra percepción de la realidad están mucho más abiertas que si un ciego determinismo biológico lo fijara todo. Lo que traía el mensaje antropológico de Margaret Mead era también un rayo de esperanza.

La observación de algunas culturas que han conseguido producir patrones de humanidad envidiables, con individuos poco violentos, inclinados más a la colaboración que a la agresión, y sociedades igualitarias y en las que la mayor parte de las neurosis que nos aquejan a nosotros son enfermedades exóticas, resulta realmente estimulante. Éste es sin duda uno de los tónicos más reconfortantes que podemos administrarnos en una época en que un vistazo a la realidad que nos rodea llevaría a pensar que la competencia salvaje, la depredación y el saqueo son las tendencias básicas del ser humano.

Pero sin duda no son sólo pueblos lejanos y extraños los que muestran rasgos que invitan a la esperanza. Mientras en estos momentos los Estados más influyentes exportan armamento y promueven guerras de rapiña por todas partes, hay también en el mundo países pequeños y heroicos que exportan médicos y cultura para los más empobrecidos. Esto es algo que debemos tener muy en cuenta, aunque muchos dirán que este tipo de comportamientos serían impensables en un Estado poderoso. ¿Será capaz acaso un país con grandes recursos económicos y militares de no aprovechar estas circunstancias para imponerse a los demás? ¿Conoce la historia algún ejemplo de un gran imperio con potencial de expansión y que haya renunciado a las conquistas y ofrecido a todos sus vecinos una leal y generosa colaboración?

Sin duda pueden encontrarse buenos ejemplos de esto, pero uno muy claro y bastante olvidado se halla en los viajes de exploración del gran almirante Cheng Ho en los primeros decenios del siglo XV. Cheng Ho (Zhèng Hé en transcripción Pinyin) (1371-1435), cuya vida coincide con los comienzos de la dinastía Ming, fue un musulmán chino que intervino muy joven en empresas guerreras en las que fue hecho prisionero y castrado. Posteriormente, entre 1405 y 1433 realizó siete expediciones al servicio de los emperadores Ming en las que llegó al golfo Pérsico y recorrió África oriental hasta el canal de Mozambique. Estos periplos, que involucraban centenares de barcos y decenas de miles de hombres, no tenían una importante finalidad militar o comercial, sino que eran más bien de reconocimiento y, como diríamos ahora, propagandísticos. Algunos de los navíos, los denominados «barcos del tesoro» de casi 130 m de eslora, eran mayores que los que había en ese momento en cualquier otro lugar del planeta, y estaban destinados al transporte del tesoro. En sus escalas en diversos países, el eunuco Cheng Ho dejaba siempre costosos presentes para los reyes y reyezuelos que eran visitados, con lo que se buscaba sobre todo robustecer el prestigio del «gran soberano del Imperio Central». Cien años antes de que Vasco de Gama emprendiera la conquista a sangre y fuego de aquellas mismas regiones, Cheng Ho dejó en ellas el recuerdo de un visitante obsequioso y benéfico.

Es cierto que la situación actual del mundo no suministra demasiadas razones para el optimismo, pero deberíamos considerar también que no existe ningún oscuro fundamento que merezca ser llamado «naturaleza humana», para que esto sea así. La antropología y la historia parecen sugerir que el ser humano es algo mucho más rico y variado en sus potencialidades de lo que estamos dispuestos a imaginar. Estas reflexiones tienen su cara y su cruz, pues si por una parte aportan esperanza en el momento crítico que vivimos, por otra nos abruman señalando la enorme responsabilidad que todos tenemos en lo que está ocurriendo.

Sobre escritores, lectores y premios literarios

Publicado en *Rebelión* el 4 de diciembre de 2007

Es difícil discutir el derecho que tiene cualquiera a hacer donaciones de su propio dinero para los fines altruistas y pacíficos que estime convenientes. No obstante, tampoco puede negarse el que asiste al resto de la gente a tratar de sacar sus propias conclusiones sobre los intereses o motivaciones que puede haber detrás de estos «regalos». En este sentido, debo reconocer que la particular forma de donación que se conoce como «premio literario» siempre me ha parecido inquietante. ¿Por qué es tan frecuente que algún grupo de personas o instituciones se reúnan, apropiándose muchas veces del nombre de algún escritor célebre, y organicen la entrega de una determinada cantidad de dinero a otro escritor, la cual se presenta en sociedad vistosamente como la «concesión del premio fulano de tal al escritor zutano de cual»? ¿Por qué pasan estas cosas? ¿Es realmente necesario que ocurran?

En mi opinión, sólo escritores y lectores son elementos esenciales en el mundo de los libros. Un eslabón intermedio de editores resulta necesario todavía en estos momentos, aunque las nuevas tecnologías permitirán con toda probabilidad en un futuro no muy lejano poder prescindir de ellos. Revistas donde se opina sobre literatura también pueden ayudar, pero no son imprescindibles. Escritores y lectores son el meollo del asunto. Evidentemente, cualquiera debe tener derecho a leer un texto publicado, y cualquiera debe tener derecho a expresar su opinión sobre un texto. Pero, ¿por qué alguien da un paso más allá y reivindica su derecho a «concederle un premio literario»? Incluyo en la pregunta tanto a los instigadores como a los ejecutores de tales eventos.

Las motivaciones que se dan para ello podrían convencernos si fuéramos capaces de creérnoslas. Suele argumentarse que se trata de un empeño generoso destinado únicamente a destacar los méritos especiales de un escritor y ayudarlo económicamente. No obstante, aunque tal vez pueden encontrarse algunos casos en que esto es realmente así, también es cierto que lo que se avizora en el panorama de premios literarios que se conceden en estos momentos es algo bastante distinto, y son más bien argumentos poco confesables. Puede tratarse del puro interés editorial de inflar la reputación de un autor con el que se pretende hacer negocio en casos en que no es fácil hallar ninguna razón literaria que lo avale, y con toda probabilidad precisamente por ello. Podemos adivinar también detrás del asunto una estrategia por parte de cualquier poder de privilegiar las concepciones literarias afines ideológicamente, y en este caso, sabiendo cuáles son los poderes que dominan en esta sociedad, no es difícil imaginar cuáles serán las ideologías favorecidas en general. No faltará algún caso tampoco en que algún poder con una determinada ideología promueva la adjudicación de un premio a un escritor de otra diferente con el fin de aparentar una imagen de sí mismo que no es la que demuestran los hechos. Esta variante puede considerarse una forma de publicidad engañosa, y me temo que puede encontrarse algún buen ejemplo nada lejano. O puede percibirse otras veces, por último, un simple y puro amiguismo y la aplicación de la vieja ley del «hoy por ti y mañana por mí». Las razones que mueven a alguien a conceder un premio literario pueden ser muy variadas, pero cualquiera que abra un poco los ojos ve que suelen dominar intereses más bien dudosos.

Tal vez, sintetizando mucho se podría decir que, pervirtiendo la leal y amistosa relación entre escritores y lectores que podría ser la literatura, lo que hace irrupción de una forma brutal en el premio es simplemente el omnipresente y eterno poder. El poder, con su inmensa capacidad de penetración y seducción, impregna así la literatura y encarna en la destellante figura del mandarín, nombre que resulta bastante apropiado para cualquiera que concede un premio literario. De ninguna manera se puede consentir que uno lea lo que le dé la gana, y el mandarín nos dice lo que hay que leer, pero no cómo nos lo diría un amigo, sino haciendo uso de un subterfugio que en mi opinión traspasa alguna frontera que no debe ser traspasada. Se trata solamente de una cuestión de olfato, pero creo que cada vez hay más personas que huelen algo inconfesable tras el oropel de que se reviste el mandarín.

El único premio literario real que existe es la impresión favorable del lector. En este mundo de mentiras, la mayor parte de las veces el mandarín y sus premios dan la impresión de ser sólo otra más con la que se nos intenta imponer una opinión demasiado parcial. Rodeados de imágenes brillantes y discursos seductores, tal vez sólo el olfato sea capaz de guiarnos.

El futuro del libro

Publicado en *Rebelión* el 9 de abril de 2008

El libro, ese objeto compacto y laberíntico desde el que otros hombres misteriosamente nos hablan, ha sido compañero nuestro mucho tiempo. Hace casi dos mil años, en un texto que suele considerarse una de las primeras referencias escritas a un libro, el poeta latino (e hispano) Marco Valerio Marcial descubre ya su enigma en un hermoso dístico elegíaco que constituye el fragmento 184 de sus *Apophoreta*: «*Homerus in pugillaribus membraneis/ Ilias et Priami reg-*

nis inimicus Ulixes/ Multiplici pariter condita pelle latent». *(Homero en un códice de pergamino/ La Iliada y Ulises, enemigo del reino de Príamo,/ unidos en los pliegues de la piel seductora se esconden).* A lo largo de los siglos, en los libros ha ido decantándose algo de lo mejor del espíritu humano, y no sería razonable ni justo pensar que esto no ha de seguir ocurriendo por más problemas que surjan en algún momento. La historia material del libro es esencialmente la crónica de una mejora y abaratamiento de las condiciones de su producción y distribución, pero el progreso tecnológico que hizo posibles estos avances llevó también al libro a un callejón sin salida en el siglo XX cuando radio, cine y televisión empezaron a disputarle el tiempo libre de gran parte de la población. Se inicia entonces una grave crisis marcada por una caída en picado de la lectura (que curiosamente no va acompañada de una caída del número de publicaciones), por un descenso vertiginoso de la calidad de lo poco que se lee, debido a la destrucción del sistema educativo y al dominio del mercado por parte de los medios de propaganda del sistema, y por la emergencia de una visión del libro como objeto de consumo perecedero ligado a la industria del entretenimiento y ajeno a cualquier otra consideración.

Son éstas las condiciones que vivimos actualmente, y éste es el ambiente que respiramos al entrar en una librería de las pocas que quedan, transformadas mayormente en supermercados de novedades librescas, o al leer alguno de los autodenominados «suplementos culturales». Tal vez nos ayude algo para entender por qué ocurre esto saber quiénes son los propietarios de todo este entramado e interpretar el desvanecimiento del libro como una estrategia al servicio de sus intereses. Simplificando la situación podríamos decir que entre los escritores que pudieran merecer tal nombre y los destinatarios de su mensaje se interpone hoy un tinglado editorial-comercial-mediático que hace inviable que el libro pueda cumplir el más noble de los fines que le son posibles, el fortalecimiento del pensamiento crítico y la mejora de la sociedad. Los heroicos esfuerzos de editoriales minoritarias y librerías y medios alternativos poco pueden hacer en principio para paliar este marasmo.

Hay un hecho, sin embargo, que hace que la situación que acabamos de esbozar tome un cariz completamente distinto. Paradójicamente, en el momento del clímax del control social, cuando parecía que todos podríamos ser lobotomizados sin dificultad ante la pantalla del televisor (madre de todo engaño), hete aquí que el propio desarrollo tecnológico, máquina ciega que no sabe del bien ni del mal, pone en manos de los sufridos humanos un paradigma de la comunicación radicalmente nuevo, y se produce una revolución de todo lo relacionado con la transmisión de la información, una transformación tan drástica que todo lo descrito en los párrafos anteriores, sin dejar de ser cierto, resulta de alguna forma sólo «lo que ocurría en otro mundo antes de...».

Vivir una revolución es algo fascinante, pero no sé si somos del todo conscientes de lo que se está gestando en este momento en el campo de la comunicación. Podríamos decir que los sueños más delirantes se están convirtiendo en realidad. El hecho es que la información contenida en un libro, es decir lo que es esencial de él, puede ser transferida en unos pocos segundos a cualquier punto del planeta conectado a Internet. Esta frase tan simple expresa algo tan extraordinario que todo lo relacionado con el libro entre el momento en que es escrito y el momento en que es leído tiene que ser replanteado a partir de cero. Si yo soy un escritor, es probable que desee que la gente lea lo que escribo. Evidentemente, en el viejo mundo existía un protocolo que yo debía seguir: lo primero era buscar un editor y tratar de llegar a un acuerdo. Si esto ocurría, el libro se imprimía, se distribuía, y al cabo de un tiempo, es posible que tal vez un lector chileno, por poner un ejemplo geográficamente lejano, un día llegara a ver mi obra sobre la mesa de novedades de la librería que suele visitar. Éste era el viejo sistema, altamente costoso y propicio a todo tipo de manipulaciones. En la actualidad, si yo consigo que esa persona tenga noticia de mi trabajo y se interese por él, puede recibirlo casi instantáneamente con el único coste de lo que yo quiera establecer como derechos de autor. La información viajará milagrosamente por las llanuras submarinas del Atlántico, y el lector entrará en posesión del contenido del libro, que podrá imprimir y encuadernar en la forma que estime conveniente.

El problema se reduce entonces a relacionar a escritores y lectores, pero tengamos en cuenta que lo que se ha desarrollado en realidad estos años es un modelo nuevo de comunicación a escala planetaria. Poner en contacto a un escritor y un lector en unas condiciones en que existen buscadores, foros, blogs y medios virtuales alternativos a disposición de todo el mundo parece realmente un empeño viable. De hecho surgen en estos momentos por todas partes sitios web que permiten al que lo desee manejar una enorme cantidad de información sobre obras que pueden descargarse gratuitamente. ¿Cuál es el futuro del libro entonces? Sin duda lo fundamental es conseguir que sea posible imprimir y encuadernar los libros electrónicos, que deben empezar a circular por la red como forma habitual de distribución, con un formato bello y amable que nos aporte el placer estético que ha habido siempre en torno al libro. Señalemos de pasada que en la biblioteca pública de Nueva York ya existe una máquina que materializa en unos minutos y a cambio de unos pocos dólares el volumen virtual que le entreguemos. La generalización del uso de sistemas de este tipo, acompañada del acceso a ficheros virtuales con amplios catálogos que permitan consultar textos a través de la red, dibuja un panorama para el futuro en el que los obstáculos que gravan hoy la libre comunicación de escritores y lectores parecen diluirse en gran parte.

Señalábamos al principio de este artículo una situación deplorable del libro, que es la realidad de estos momentos, y hemos visto también cómo apuntan en el horizonte posibilidades radicalmente nuevas que han de encontrar un desarrollo óptimo en el futuro. Es indudable que el continuo despliegue y contraste de información veraz, lo que podíamos llamar «selección natural de las ideas», es un factor importante del avance social. El ser humano es fácilmente manipulable, pero no es menos cierto que lo es sólo por medio del engaño y la ocultación de la realidad. Las condiciones actuales resultan esperanzadoras en este sentido, pues la circulación de datos bien fundados y verificables a través de Internet ha de servir sin duda para que la alienación en la que vivimos inmersos (como el pez en el agua) sea progresivamente percibida y cuestionada. El viejo libro se convierte en un instrumento poderoso en todas estas transformaciones, y lo es sobre todo liberado de las cortapisas a su libre distribución que habían sido puestas al servicio de un sistema fundamentalmente podrido.

Niños asesinados en Afganistán

Publicado en *Rebelión* el 14 de mayo de 2009

Leo sobre la Alemania nazi. Muchos escritores actuales están obsesionados por investigar hasta sus últimas consecuencias literarias los detalles y los porqués de aquella barbarie. ¿Cómo pudo ocurrir? Cada uno exprimirá su numen para encontrar algún argumento que suene novedoso, que parezca original. Pero parece importante sobre todo resaltar la aberrante especificidad de aquellos hechos. Definen una isla en la historia perfectamente delimitada. Es difícil hallar en todo lo que se publica hoy algún dato para pensar que el oscuro fondo de aquella furia asesina sigue vivo y activo ahora, nos afecta directamente y mancha nuestras manos de sangre hasta extremos que una mínima humanidad haría insoportables.

Guerras de invasión: el crimen más abominable. Las hicieron los nazis y las siguen haciendo nuestros «intachables Gobiernos democráticos». Y nosotros ni siquiera nos damos cuenta. Lobotomizados por los «medios de desinformación», apoyamos las «necesarias operaciones antiterroristas», sin percibir que ésta era también la justificación de los nazis en sus guerras y limpiezas étnicas. La lectura de los escritores más lúcidos y la prensa alemana de principios de los años cuarenta resulta reveladora. Son los mismos argumentos de hoy, exactamente los mismos. Gobiernos de una maldad intrínseca nos amenazan y contra ellos son necesarias acciones preventivas. Las noticias de matanzas se amontonan en los periódicos, pero nunca serán leídas en profundidad, nunca serán interpretadas en sus justos términos. Son las mismas que aparecían en Alemania mientras se reprimía la rebelión del gueto de Varsovia: los terroristas son eliminados quirúrgicamente, aunque lamentablemente, de vez en cuando, hay inevitables daños colaterales. Mientras tanto, entretenemos nuestro odio con violadores y pequeños asesinos, que nunca faltan. Estos desgraciados sí que son la auténtica y genuina personificación del mal.

Mañana votaremos otra vez a los matarifes, y seguiremos preguntándonos inquietos cómo pudo ocurrir la barbarie nazi, cómo un pueblo civilizado pudo caer en esos abismos de depravación. Mientras tanto, burócratas uniformados llevarán sus aviones hasta la escuela y dejarán caer las bombas. Detrás vendrá la explicación. Un «lamentable fallo de inteligencia» ocasionó el incidente. Fatales consecuencias indeseadas. No nos daremos cuenta de nada, y es mejor así. De otra manera, el asco no nos dejaría vivir.

Seguiremos tratando de comprender cómo pudieron los compatriotas de Bach y Beethoven apoyar durante años los asesinatos de la Wehrmacht (fuerza de defensa, literalmente). Y mientras tanto, nosotros mismos, intachables, jueces implacables de la barbarie que fue, seguiremos asesinando niños, cada día, cada maldito día.

Dos escenarios para Podemos

Publicado en *Rebelión* el 10 de octubre de 2014

Debo admitir que no leí el programa de Podemos para las pasadas elecciones; espero que se me perdone la resistencia que he ido desarrollando con los años a este tipo de literatura. Sigo con interés, sin embargo, los artículos, entrevistas e información relativos a este movimiento y sus militantes más conocidos, con lo que he acabado por enterarme de sus propuestas. Escucho a éstos además con placer cuando aparecen en las tertulias televisivas, sobre todo cuando los veo capaces de arrinconar y enfurecer a los fachas mediáticos más conspicuos con un discurso de pura lógica humanista. Lo que dicen es hermoso, ciertamente. No obstante, sería más hermoso si llevarlo a la práctica fuera tan simple como ellos parecen creer que es.

El discurso mediático de Podemos se basa en proponer una serie de transformaciones que según ellos van a mejorar la situación de la mayoría explotada y desposeída de este país. Se trata de medidas fiscales, de regeneración democrática, de legislación en favor de los derechos humanos, todas ellas encomiables, y que pueden ser desgranadas en un plató televisivo y parecer una panacea. Imagino estas propues-

tas capaces de ganar votos como para producir un vuelco electoral. Llego a ver a Podemos en «el poder», y a Pablo Iglesias prometiendo su cargo de presidente del Gobierno ante el rey. Después de todo, soy de una generación que recuerda haberle visto hacerlo a Felipe González en un momento en que se parecía bastante a Pablo Iglesias.

Mi problema con el discurso mediático de Podemos y con la estrategia que desarrolla para alcanzar el «poder» es que me temo que se basa en no decir a la gente toda la verdad. Curiosamente, la parte incómoda de esta verdad la sacan a relucir los periodistas de derechas que se enfrentan a ellos en las tertulias: «*Esas medidas arruinarían al país*». Les falta añadir algo para que sea toda la verdad: «*Los poderes económicos que tan bien representamos en estos platós están dispuestos a arruinar la economía si tratáis de aplicar esas medidas y disputar su botín a los "legítimos" dueños del país*». Ésa es la cruda realidad; con las cosas de comer no se juega. Después de prometer su cargo ante el rey, las posibilidades de transformación social que se ofrecerán a Pablo Iglesias y Podemos serán muy limitadas, porque tendrán enfrente al Poder auténtico dispuesto a todo para defender sus privilegios. Es una situación en la que me da la impresión de que sólo caben dos escenarios. No hay que inventar nada, son los de siempre, las clásicas propuestas del Poder a los advenedizos que tratan de disputárselo: «plomo» o «plata».

El escenario «plata» es el más común si repasamos la historia. Como nada se puede hacer, no se hace nada, o se hace muy poco publicitándolo mucho. Y seguimos igual que siempre, con lo que el sufrido pueblo español habrá sido engañado una vez más. Qué importa eso. Unos hombres y mujeres a los que rápidamente se les irá quitando el aspecto de *outsiders* se repartirán las prebendas del «poder», y santas pascuas.

El escenario «plomo» significa que Podemos en el «poder» tiene el valor de enfrentarse al Poder. No es un escenario que parezca probable porque eso implicaría que en ese momento Podemos habría de sacar de su equipaje la palabra tabú, la palabra fundamental que nunca se les oye, la madre de todas las palabras, la palabra «capitalismo». Y con ella la palabra inevitable si queremos enfrentarnos al monstruo, la palabra «revolución», la gran palabra.

Esta revolución quisiera que se entendiera como una transformación democrática y pacífica de las relaciones económicas y sociales que vivimos los ciudadanos de este país. El problema es que este cambio no puede hacerlo solo un partido que gana unas elecciones, sino que requiere un amplio, mayoritario, comprometido y voluntarioso movimiento ciudadano, pleno de conciencia de la realidad y de la necesidad de cambiarla. Y dispuesto a todo, porque a todo estarán dispuestos los dueños del país para defender su estatus; la historia lo demuestra sin posibilidad de duda ¿Existe ese movimiento acaso?

Podemos trata de dar forma política a la masa social que comenzó a movilizarse en España a raíz del 15-M, pero nos tememos que al final está acabando simplemente en la construcción de una plataforma política más. La capacidad de acción de una plataforma política es muy limitada ante los retos serios, los que merecen la pena de verdad. Eso me temo que nos lleva al escenario «plata» de cabeza.

Tenemos que darnos cuenta de que las cosas no las vamos a cambiar desde el salón de nuestra casa o por introducir una papeleta en una urna. Es necesario que muchos seamos conscientes de lo que nos ocurre, y estemos dispuestos a asumir todos los riesgos que es preciso asumir para transformar la situación penosa a la que nos han arrastrado. Para construir una democracia que merezca tal nombre, no hay más remedio que estar dispuesto a enfrentarse al Poder con todas las armas de la razón.

Covid-19: El asesino y su cómplice

Publicado en *Rebelión* el 27 de marzo de 2020

Tal parece que un minúsculo virus ha puesto a la humanidad contra las cuerdas. El cómputo de sus víctimas crece desbocado día tras día, mientras las ciudades se ven desconocidas, trasmutadas en un paisaje insólito de avenidas y plazas desiertas. Los jefes de la barraca, esos políticos de hábil facundia, mantienen el tipo y explican, didácticamente, que todo irá bien dentro de poco, que tengamos paciencia. Los *mass media* informan a medias y nos tienen entretenidos para que no nos desmandemos. Mientras tanto, en hospitales vetustos o improvisados, héroes vestidos de astronauta lo entregan todo tratando de paliar el desastre. Sería hora de preguntarnos, por lo que nos va en ello, quién es responsable de la desgracia que se ceba con nosotros.

Lo cierto es que sabemos mucho de virus en estos momentos, y cualquier experto reconoce que las muertes que se están produciendo podrían y deberían haberse evitado en su mayor parte. Ante la emergencia de un elemento infeccioso como éste, existen soluciones de manual que podrían y deberían haberse aplicado con rigor y contundencia. Estaríamos entonces en un escenario distinto, sin lamentar tanta desgracia, tanto dolor, tanta pérdida de vidas. ¿Qué ha ocurrido entonces? ¿Por qué estas medidas necesarias de contención no se aplicaron en el momento en que surgió el problema, cuando los especialistas sabían que de no hacerlo teníamos una alta probabilidad de acabar como hemos acabado?

No es difícil darse cuenta de lo que ocurrió. El covid-19 destruye los pulmones de la gente y los mata, él es sin duda el asesino, pero su poder maléfico sólo ha sido capaz de ma-

terializarse con tanta crueldad porque ha contado con un cómplice necesario. Cuando se requerían una decisión rápida y una actuación enérgica, éstas no se produjeron porque otro virus más letal que el covid-19 había cegado y endurecido a los que tenían la responsabilidad de atajar el problema. Es hora de comprender que los poderosos no son en realidad tan poderosos, sino simples gestores de un sistema que prioriza el beneficio sobre cualquier consideración y cuyo nombre no es otro que capitalismo. La necesidad de salvar vidas significaba poco ante el peligro de desatar la cólera de los mercados o comprometer el sacrosanto crecimiento.

El miedo cerval a la cólera del monstruo y sus reacciones destempladas hacía imposible una respuesta razonable y abrió el camino al desastre. Además, un sistema sanitario debilitado por recortes no estaba en las mejores condiciones para resistir el envite. Ésta es, en resumidas cuentas, la explicación de lo ocurrido, y muestra a las claras el carácter criminal del sistema económico imperante. Aparte de esto, hay que reconocer que en el caso de nuestro país ha existido también una inconsciencia que no deja de asombrar. Cómo es posible que en un momento crítico en que las autoridades sanitarias europeas ya desaconsejaban actividades multitudinarias, desde nuestra clase política no dudaran en convocar a las masas a las calles. La irresponsabilidad de estos comportamientos es difícil de entender.

La anatomía y la fisiología del capitalismo son casi tan bien conocidas como las del coronavirus, y entre los dos, a cual más siniestro y dañino, nos han metido en esto. Mientras nos absorben las rutinas de cada día, apenas tenemos energía para analizar lo que ocurre, y es por ello que este momento, con toda su tragedia, puede transformarse en una oportunidad que nos haga reflexionar. La experiencia servirá de algo si nos ayuda a comprender que sólo la vida y la realización del ser humano son valores esenciales, más allá de la dinámica de una economía desquiciada. No tenemos más remedio que estar alerta, porque cuando el covid-19 sea vencido al fin, y esperemos que sea pronto, podéis apostar a que nadie de la clase política va a decirnos la verdad, y el otro virus, más peligroso y letal, seguirá campando a sus anchas.

Otro mundo es posible, y estos días estamos viendo con claridad lo necesario que es.

Covid-19: Morir por la patria

Publicado en *Rebelión* el 3 de abril de 2020

Un amigo me manda el enlace a un artículo reciente, publicado en un medio de gran difusión. Viene a decir el articulista que vaya número estamos montando —parar la economía—, por una enfermedad que no pasa de ser poco más que la gripe de todos los años. Respondo a mi amigo lo difícil que es minimizar las imágenes de caravanas de camiones militares trasportando féretros en Italia o las que se han producido en muchas residencias de ancianos en nuestro país. Traspasado el umbral que el sistema sanitario puede asumir, éste colapsa y tenemos escenarios dantescos, pero no parecen conmover al autor del texto.

Me quedo pensando que el ofuscado articulista no está solo en sus apreciaciones. Boris Johnson afirmaba hace poco que la solución era desarrollar una «inmunidad colectiva» frente al virus. Esta expresión tan inocente significa en realidad renunciar a tomar medidas contundentes contra él, y con ello «dejar morir» a una gran cantidad de seres humanos, o lo que es lo mismo, ser responsable, por omisión, de una masacre. Cuando los políticos provocan masacres —por acción u omisión— usan siempre palabras hermosas para camuflarlas: los nazis hablaban de «política racial», que suena francamente bien, y Boris Johnson tiene su «inmunidad colectiva». Afortunadamente, fue sólo una ocurrencia y pronto le hicieron bajarse de la burra, pero también es cierto que con esos rifirrafes se perdió un tiempo precioso.

Cualquiera atento a la copiosa literatura vírica que se publica estos días podría citar opiniones de este jaez. El extremo más suave del espectro serían esos empresarios que se echan las manos a la cabeza por el futuro de sus negocios, y se oponen a la hibernación decretada por el Gobierno español. Al final, el noble empeño de todas estas personas es concienciarnos de que en una situación como la que estamos viviendo no deberíamos dejarnos cegar por obsoletos principios humanistas cuando está en juego algo mucho más importante, cuando se halla comprometida nada más y nada menos que la sacrosanta economía. ¿Qué nos recuerda esto?

Mandar a la gente a morir en las guerras es una constante en la historia, y para conseguirlo sin mayores dificultades se dispone del concepto de patria, que sirve estupendamente para éste y muchos otros fines. En la situación actual, tal parece que la patria inmortal en peligro que exige sacrificios humanos es el entramado económico en el que estamos inmersos. Los profesionales de la manipulación ideológica han logrado que el susodicho entramado se nos antoje el único posible y tan natural como el aire que respiramos, pero en realidad no es otra cosa que un régimen basado en la explotación y la acumulación de capital, un sistema demente que ha alcanzado en nuestro tiempo un récord insólito y obsceno: el 1% de los más ricos concentra el 82% de la riqueza del planeta. Sabido esto, no es una exageración hablar de los dueños del mundo como una categoría real y tangible.

Los dueños del mundo, que tontos desde luego no son, están muy atentos a lo que ocurre, y no dejan estos días de hacer llover monedas sobre la plebe mientras el coro mediático canta sus loores. Devuelven con ello una parte mínima de lo que se han apropiado y confunden a los incautos, pero hay que decir que éste es uno de esos raros momentos en que la realidad se impone sobre todos los relatos tramposos a que el poder nos tiene acostumbrados. Ante el panorama brutal que nos rodea, es fácil darse cuenta de que ese capitalismo tan publicitado nos conduce directamente al desastre. Por unas semanas, las sociedades opulentas del Norte tenemos la oportunidad de vivir en carne propia una pequeña dosis del paisaje de muerte que el sistema arrastra consigo y hace realidad cotidiana de miseria, hambre, guerra y degradación ambiental en el Sur.

¿Qué va a ocurrir después? Creo que es importante que todos los que apostamos por otra economía, socializada, al servicio del ser humano y nunca dispuesta a hacer de éste su víctima propiciatoria, nos concentremos en aprovechar la ventana de oportunidad que nos ofrecen las desgracias del virus. El minúsculo enemigo ha desnudado los embelecos del poder, y nos pone ante el reto, arduo pero inaplazable, de expropiar a los dueños del mundo y construir otro con democracia económica, única que merece tal nombre. Para ello debemos sumar todos los esfuerzos, porque bien claro vemos que nos va la vida en ello.

Cuando todo esto acabe, no pretenderán que lo olvidemos, porque es imposible, pero sí tranquilizarnos con una explicación falaz y edulcorada. Quiero pensar que van a tener difícil que les creamos. Tras decenios de privatizaciones y una kermés dorada de capital desbocado que se ha apropiado de casi todo, los muertos inocentes de la imprevisión, los recortes y la sumisión a los dictados económicos gritarán demasiado fuerte como para que nos olvidemos de ellos.

Covid-19: La militarización del desastre

Publicado en *Rebelión* el 14 de abril de 2020

En estos días tristes se impone la evidencia de que no estábamos preparados para lo que ha caído sobre nosotros, pero lo que no es cierto, por más que se nos predique desde altos púlpitos mediáticos, es que fuera inevitable no estarlo. La raíz del desastre son las partidas presupuestarias que van cada año inexorablemente a donde siempre han ido, con la lógica perversa de la inercia y escasa previsión en lo que respecta a un bien tan precioso como es la salud. Así se consiguió que nadie en los círculos de decisión política escuchara las advertencias de los científicos que hablaban de coronavirus peligrosos, de posibles epidemias, de la necesidad de tomar precauciones. La dinámica que se impone es la del mercado, el beneficio a corto plazo... Y entonces viene un tsunami de realidad y despertamos.

El despertar no es agradable, lo estamos viendo, y la oscilación fatal del péndulo hace que pasemos de la postura extrema de no hacer nada a la no menos extrema militarización del desastre. Decretado el gran encierro, resultan imprescindibles generales y comisarios de policía en las ruedas de prensa del Gobierno, y una parte esencial de la lucha contra el virus pasa a ser la persecución de los que violen el confinamiento. No dudo de la necesidad de medidas de este tipo en la situación a la que lamentablemente se ha llegado, y es de agradecer el apoyo de todos los que trabajan para que sean más efectivas y arriesgan sus vidas en ello, pero creo que se ha apostado por un modelo muy extremo sin considerar lo que significa para las personas que viven en condiciones más precarias, y que, por poner un ejemplo, podrían haberse concedido a los niños los mismos derechos que a las mascotas. Se trasmite un sentimiento desproporcionado de culpabilidad, y al fin tenemos a una nueva Gestapo en los balcones en el momento en que deberíamos estar ocupados sobre todo en desentrañar las causas de lo que ocurre para que no vuelva a repetirse.

Todos los analistas están de acuerdo en que tras cuatro décadas de dominio neoliberal en la planificación económica, a partir de esta crisis asistiremos a un fortalecimiento de los Estados, únicos capaces de hacer frente a los desafíos que se plantean. Con este escenario tenemos que estar expectantes, porque es seguro que la lucha por la dignidad y la libertad va a estar sometida a nuevas tensiones. La militarización del desastre llega para quedarse y es previsible que no se va a desperdiciar una oportunidad de oro para implementar medidas de control social. A partir de ahora, es de temer que con la disculpa de salvaguardar nuestra salud, espiarán nuestros movimientos y acumularán y no dudarán en utilizar todo tipo de información sobre hábitos y comportamientos. No habrá más remedio que estar alerta y esforzarse cada día para desmentir falacias, descubrir trampas y conjurar amenazas. Y se hace necesario sobre todo no dejarse atrapar en el falso dilema entre salud y libertad, porque bien poco vale la primera sin la segunda.

Hay que decir sin embargo que en esta época marcada por la dictadura global de las empresas transnacionales, el fortalecimiento de los Estados podría constituir una oportunidad si desde los movimientos sociales se lograra transmitir la presión suficiente sobre los Gobiernos para abordar las políticas redistributivas y medioambientales urgentes. No obstante, éstas sólo tendrían posibilidades de éxito si se produjeran en el marco de una estrecha colaboración interestatal para controlar y gravar los flujos de capital y atajar los desmanes de los imperios corporativos. Demasiadas

condiciones y muy difíciles, pero a través de ellas se perfila una vía para afrontar los desafíos planteados en este momento.

Covid-19: Pandemia de mentiras

Publicado en *Rebelión* el 27 de abril de 2020

Tiempo de dolor e incertidumbre. Los datos de las webs más fiables no lo son demasiado cuando recordamos a aquel mandatario que decía: «*Mi país tendrá los contagios que yo quiera que tenga*». Pero esos datos, con toda su imprecisión, revelan la magnitud de un sufrimiento que se extiende por el planeta cebándose en los más vulnerables. A la miseria y la desnutrición crónicas se superponen hoy el calvario de la enfermedad, la maldición del confinamiento y la perspectiva del paro y el hambre. El sistema se tambalea y amenaza derrumbarse sobre aquellos a los que ni siquiera da ya la oportunidad de ser explotados.

Tiempo de maniobras de distracción. Los demoledores de los sistemas sanitarios pavimentaron el camino hasta esto. Atentos sólo al beneficio rápido, distrajeron recursos, ignoraron advertencias y vetaron controles y estrategias de prevención. Ahora nos envían a sus altos comisionados ideológicos con la salmodia de lo inevitable, para que nos prediquen las virtudes del rebaño. Mientras tanto, la industria del entretenimiento despliega su espectáculo y la artillería mediática atruena prepotente: «Suscríbete a los hechos», pero nos vende sólo estupideces, divagaciones, falsedades y verdades a medias. Resulta trabajoso analizar lo que está ocurriendo y razonar sus causas y consecuencias, pero nos va la vida en ello.

Tiempo de fingimientos. Liturgias de la casta. Gestores del desastre, perfectamente intercambiables en lo esencial, se desloman a garrotazos verbales como si no fueran todos siervos dóciles de la única economía posible. Los que tendrían que callar gritan y escandalizan, y a veces surgen verdades como dagas en manos de canallas. Es un juego de espejos y una farsa sombría donde «libertad» y «socialismo» suenan falaces en el altar de Moloch. Nada es lo que parece y no hay más remedio que afilar la razón como nunca supimos hacer.

Tiempo de relatos tramposos: «*Se han cometido errores, pero nadie estaba preparado para algo como esto. La próxima vez seguro que lo haremos mejor. Fijémonos en valores "positivos": destellos de solidaridad para iluminar la hecatombe, historias ejemplares, sentimientos hermosos. No saquemos las cosas de quicio, volveremos a la normalidad*». No amigos, fue sólo aquella normalidad lo que nos trajo aquí. Lo que sufrimos ahora fue gestado en la kermés del capitalismo neoliberal y el delirio financiero globalizado que ustedes gestionan. No vamos a olvidarlo. Jamás regresaremos a aquella normalidad y no consentiremos que nos armen una próxima vez.

Miro al cielo que apenas surcan aviones, radiante azul sin hilos blancos que arrebatan a la tierra su tesoro energético y arriman ascuas al infierno que se nos viene encima. Y no puedo dejar de pensar que en todo esto hay una oportunidad. La rutina que nos trajo aquí parecía inamovible y son muchos los que sólo quieren regresar a ella, pero a través de tanta desgracia emerge hoy como en semilla el proyecto de otro mundo. Hoy somos capaces de vislumbrar al fin un horizonte más allá de los rituales de la autodestrucción ecológica garantizada, otro universo que no sabíamos ver.

Lo que nace casi no tiene forma y ha de ser construido paso a paso, con la ilusión de un comienzo, con los mismos ideales que alumbraron las mejores luchas del pasado, por hombres y mujeres dispuestos fraternalmente a debatir, contrastar estrategias y despejar caminos. Lo que nace es un anhelo que exige razonar y organizarse contra el desastre, y elevar la voz, porque hemos estado callados demasiado tiempo y un día ya lejano renunciamos a llamar a las cosas por su nombre. El pensamiento sigue vivo donde menos se espera y hoy mismo teje una red de conciencia desde todas las latitudes que podría liberarnos.

A través del dolor, tras los delirios de una normalidad preñada de tragedia, se abre al fin una ventana para el pensamiento y la acción. Si no sabemos aprovecharla, esto sólo será un capítulo más en el eterno genocidio de los excluidos.

Mis recuerdos de la Facultad de Geología en los primeros 80

Capítulo del libro *50 años de Geología en la Universidad de Oviedo* (Servicio de Publicaciones de la Universidad, 2009)

Corre el año 1980. Jimmy Carter preside los Estados Unidos de América y Leonid Brézhnev encabeza el Presídium del Soviet Supremo de la URSS. Los españoles acabamos de recobrar algo perdido hace mucho tiempo; lo llaman democracia pero tal vez es sólo el respeto a nosotros mismos. Adolfo Suárez dirige el Gobierno del reino. Los más optimistas acarician la idea de que en unos años nuestro país pueda entrar a formar parte de la Comunidad Económica Europea.

Corre el año 1980. En la Sección de Geológicas de la Facultad de Ciencias de la Universidad de Oviedo, Fernando Bastida y Javier Pulgar leen al fin sus tesis doctorales. Estos

trabajos, con su análisis minucioso y matemático de los pliegues de la Zona Asturoccidental-Leonesa, ponen las bases de todos los estudios sobre plegamiento que se han hecho después en Oviedo. El que esto escribe acaba de terminar la licenciatura y ha conseguido una beca para realizar una tesis doctoral. La beca, que se consigue con un buen expediente, es la puerta para «quedarse en la Facultad», como entonces se decía. Tesinando desde 1977, no me decidía yo a proponer a los tectónicos de Oviedo que avalaran mi solicitud y afrontaran el peligro de tener que aguantarme el resto de su vida académica. En ésas estaba, cuando Andrés Pérez Estaún me interpeló un día: «*¿Has pedido ya la beca?*»

En 1980, en la Universidad de Oviedo hay un solo ordenador de una cierta potencia, un enorme aparato que funciona con tarjetas perforadas en el Centro de Cálculo, sito en la Escuela de Minas. Trato de hacer una tesis en Geofísica y trabajo allí con unos pocos bichos raros: mi amigo Luis Seijo y otra gente de Química-Física, algún estudioso de la Inteligencia Artificial... En tan estimulante compañía, hago los primeros intentos de modelizar la anomalía magnética del domo de Lugo.

En esa época doy mis primeras clases de prácticas. Muestras de rocas sobre las mesas del laboratorio de Geología General, en el primer piso, al lado del despacho de Jesús Pello; mapas sencillos con alguna discordancia; Santander, Ornans y Morteau; Valdoré y Luarca. Son los años también de las primeras nóminas; leída la tesina, hay un contrato de ayudante. Sigo trabajando en Geofísica y los sucesos del 23 de febrero de 1981 me sorprenden en el almacén del sótano, machacando muestras del gabro de Porcía. Pedro Farias, con quien compartía el transporte diario, irrumpe demudado y estentóreo. «*Vamos para Gijón. ¡Unos guardias civiles han entrado en el Congreso!*».

En el año 1982 tengo al fin un tema de tesis viable. Será un trabajo al viejo estilo, un amplio territorio que cartografiar e interpretar estructuralmente. Mi feudo es el sur de la Cuenca Carbonífera Central. Tras los desarrollos teóricos de las tesis de Pulgar y Bastida, los estudios que se desarrollan ahora en nuestro piso van en la misma línea. Juan Luis Alonso, profesor en León, ya está en el manto del Esla, y Jorge Marquínez se ocupa del área esquistosa de Galicia Central. Enric Ortega trabaja en la unidad Malpica-Tuy, pero esta tesis no llegará a culminarse pues Enric dejará pronto su plaza de ayudante para irse a trabajar a Minas de Almadén. Mientras tanto, Alberto Marcos y Andrés Pérez Estaún preparan una «segunda tesis» en el complejo de Cabo Ortegal. Ese mismo año de 1982, dejo mi querido Gijón y me transformo en vecino del barrio de Vallobín en Oviedo. Desde mi apartamento se ve la torre de la Catedral y la Peña Mayor a lo lejos. Recuerdo que en esa época leía *La Regenta*, un capítulo cada noche. En la Facultad, mi mapa iba creciendo poco a poco.

En 1982 la Sección de Geológicas de la Facultad de Ciencias pasa a ser Facultad de Geología. Alberto Marcos será su primer decano, con Javier Pulgar de vicedecano y Jenaro García Alcalde de secretario. Esta animosa troika echa a andar una institución que cumplió ya sus bodas de plata. Ese mismo año, entra en el edificio el primer ordenador, adquirido por los tectónicos, un rudimentario Appel II con 128 KB de RAM y monitor de fósforo, sin disco duro y con dos disqueteras de 3.5. Era sumamente trabajoso desarrollar cualquier aplicación con él, pero todos presentíamos que aquella tecnología iba a ser importante en el futuro. Nos costó en torno a un millón de pesetas.

Segundo piso, ala derecha: Departamento de Geomorfología y Geotectónica, enfrente de Ecología. Mariño es el bedel en una mesa a la puerta. Nunca supimos qué impresión producía a un guardia civil jubilado como él ser cancerbero de uno de los mayores nidos de rojos de la universidad. Es ésta una época en que las huelgas convocadas por el movimiento de PNN paralizan cada poco las clases. Son también los años de la APU (Asociación para el Progreso de la Universidad), y en 1984, Alberto Marcos y Javier Pulgar emprenden un viaje imposible al poder de la institución que fundara el inquisidor Valdés.

Desde octubre de 1982, Felipe González preside el Gobierno del Reino de España. Las promesas de un cambio han calado al fin en el corazón de los ciudadanos. En el movimiento de PNN tenemos grandes ideas para el futuro de la universidad. Un contrato laboral reemplazará el obsoleto funcionariado. Pero en 1984 llega el decreto de la idoneidad. Todos los que hayan leído la tesis antes de septiembre de 1983, pueden optar sin oposición a una plaza de profesor titular. Los viejos PNN, curtidos en cien batallas, acuden presurosos a los pechos del Estado atado y bien atado.

Tenía previsto leer mi tesis antes del verano de 1984, pero al llegar de un campamento nos espera una noticia extraordinaria. Parece ser que el edificio de la Facultad tiene problemas estructurales y corre peligro de derrumbarse. La reparación exigirá que sea desalojado durante varios meses. Somos instalados provisionalmente en la Facultad de Económicas, en el campus del Cristo. Una estancia con dos pisos unidos por una escalera de caracol se convierte en nuestro nuevo hogar, un lío de armarios y mesas cubiertas de papeles a rebosar. Allí termino mi tesis. Mi texto corregido eran hojas de una longitud inaudita, llenas de remiendos, que iban a parar a la mesa de nuestra eficaz mecanógrafa, Blanca Montes. El ingenio humano había concebido ya los ordenadores personales, pero su uso estaba aún muy restringido. Cortar y pegar en un escrito se hacía entonces con tijeras y pegamento.

Con la emoción y el asombro del que recuerda su propia vida, del que contempla su vida cobijada en las metamorfosis de un edificio; aulas que se transforman en despa-

chos, despachos que se transforman en aulas, también, rara vez. De regreso en la Facultad, recuerdo la sorpresa con que contemplaba las robustas vigas de acero que formaban la nueva estructura, acoplada a la antigua de hormigón. Hace de aquello más de veinte años. En el departamento remodelado compartí despacho después varios años con Pedro Farias. Fue una época tranquila.

El viajero astur (una teoría)

Publicado en *La Nueva España* el 22 de mayo de 2007

Leí hace tiempo en algún libro de filosofía una fábula que pone de manifiesto de una forma muy clara los peligros del razonamiento inductivo, es decir, de la forma de argumentar que tiende a construir principios generales a partir de los datos de la experiencia. La fábula nos cuenta la historia de un pato que vivía en una granja. Nuestro animal, un ser con inquietudes filosóficas y aficionado a especular, viendo todos los días al providente granjero que se acercaba con el alimento que tanto le gustaba, elaboró una teoría cuyo enunciado era: «*Los granjeros son seres altruistas que alimentan amorosa y desinteresadamente a los patos*». Vivía feliz nuestra ave, orgullosa de su preclara inteligencia y viendo como todos los días su ley se verificaba escrupulosamente, hasta que en cierta ocasión el granjero apareció armado de un enorme cuchillo. Lo que ocurrió después lo podemos imaginar. Creo que este pato puede compartir con otros prestigiosos animales, como la paloma de Kant, el gato de Schrödinger o el asno de Buridán, el privilegio de haber realizado aportaciones valiosas a la filosofía, y nos pone en guardia con su triste final contra el peligro de las generalizaciones excesivas.

He traído a colación esta historia porque me temo que el del pato que citaba en algo se parece al peligro que corro yo al extraer las conclusiones que me propongo presentar en este artículo. Se trata sencillamente de que después de muchos años viajando por diversos países en compañía de mi querido amigo Mario Colunga, y de observar nuestras reacciones en los más variados lugares, he llegado a concluir que éstas desbordan en realidad lo que correspondería a nuestras humildes personas. Me ha parecido que si los señores Colunga y Aller —fíjense que no son apellidos cualesquiera— manifiestan unas tendencias características cuando andan por tierras extrañas, éstas son en realidad achacables a un ser prototípico que podríamos denominar «el viajero astur». Hay que decir además que la presencia junto a nosotros de Concha Crespo, esposa de Mario, madrileña por los cuatro costados, ha servido siempre para confirmar la especificidad de nuestro comportamiento. Hablaremos pues aquí de este ser, y algunos dirán que sin fundamento, pero pensemos también que si nadie se arriesgara a elaborar teorías la ciencia no podría avanzar de ninguna manera. Y no olvidemos que el pato del que hablábamos tiene mucho de mártir también.

Niebla y montañas

Reconozcamos para empezar que en escenarios suficientemente insólitos el viajero astur no se diferencia en nada de cualquier otro viajero. Atravesando el sur del Gobi en un tren lleno de chinos, por ejemplo, o saltando en los baches de una pista de tierra que cruza la jungla para llegar a un templo en Camboya, diríamos que el viajero astur está en estado latente, como hibernado. En la llanura del Ganges ocurre lo mismo: inmensas extensiones cultivadas, ríos gigantescos. Sin embargo, si nuestro viajero aterriza al día siguiente en Katmandú, la capital de Nepal, puede ocurrir que abra la ventana en el hotel y vea que llueve copiosamente, y que contemple las montañas cercanas envueltas en niebla. Algo se ilumina entonces en su interior. Nuestro viajero baja a la recepción, compra un paraguas de fabricación china, y se asoma a la marquesina del hotel a ver llover. Después, recorriendo el valle de Katmandú, nadie diría que la vegetación, la arquitectura o las gentes se parecen demasiado a las de Asturias, pero la presencia de niebla, lluvia y montañas ha producido su efecto, el viajero astur ha despertado y se siente como en casa. Es una alegría indefinible que sentimos por primera vez tras un par de semanas en la India, donde hemos visto demasiadas cosas extrañas. Comemos en un collado donde se suele acudir para contemplar los grandes ochomiles, las cumbres más altas del Himalaya, que se elevan al norte. Se hacen de rogar, veladas por las nubes, pero por la tarde éstas se dispersan y las pirámides de roca y hielo se ven a lo lejos al fin. Nos quedamos mirándolas hipnotizados. La impresión que producen desafía cualquier descripción. Entonces miré a Mario, y al ver su rostro algo triste comprendí enseguida que estaba pensando lo mismo que yo: «Ay amigo, éstas no las tenemos en Asturias».

El animal totémico

Viajamos por el sur de Alemania, atravesamos bosques donde reconocemos árboles familiares, y también hermosas praderas. A lo lejos se ven aldeas que tienen un aspecto bien próspero, aunque uno no se explica cómo consiguen arreglárselas sin hórreos. Atentos a la densa y compleja red de autopistas —todas gratuitas— y los frecuentes cruces y desviaciones, tardamos en darnos cuenta: «*Mario, ¿te has fijado?, tantas praderas, pero ¿dónde están las vacas?*». A partir de ese momento, íbamos pendientes y cada vez estábamos

más inquietos. Razonábamos que los espléndidos pastos que veíamos tenían que servir necesariamente para criar ganado vacuno, y la ausencia de éste nos exasperaba. No llegamos a develar la clave del enigma, pero un día en una aldea vimos una enorme granja donde las vacas vivían una triste vida inmovilizadas en sus establos. Aquello nos pareció de una crueldad inaudita.

Cuando uno viaja por un país suele ocurrir que desarrolla una simpatía o antipatía irracionales por sus habitantes en función de acontecimientos más bien intrascendentes. Recuerdo que, durante bastante tiempo, en las hermosas ciudades peatonales de Alemania, llenas de arte y habitadas por pacíficas gentes que andaban en bicicleta, el viajero astur torcía el gesto turbado por ominosas escenas de campo de concentración.

Las tierras hermanas

En Asturias, las zonas urbanas no tienen nunca entidad como para que se dejen de ver montes verdes cerca, y esto es un privilegio que no sé si sabemos apreciar lo suficiente. No cabe duda de que la belleza del paisaje asturiano y lo particular de nuestro clima nos marcan profundamente, y no resulta extraño entonces que transformados en viajeros presentemos algunos rasgos especiales. Creo que se podrían sintetizar éstos en la tendencia a verlo y valorarlo todo en relación con el horizonte idílico de nuestra tierra. Esa referencia interior con la que lo juzgamos todo es el sello característico del viajero astur.

De esta forma, parece claro que la mayor alegría que puede encontrar este viajero es la de darse de bruces en algún sitio insospechado con una tierra en la que identifica los rasgos entrañables de la suya propia, una tierra donde «sería posible vivir». Debo decir que lo más parecido a esta tierra «perfecta» que hemos llegado a encontrar nosotros es la República de Eslovenia, que hasta hace poco formaba la parte más occidental de Yugoslavia. Plena de relieves calcáreos que forman la porción más oriental de los Alpes, los llamados Alpes Julianos, esta región, con una de las mayores pluviosidades de Europa y paisajes siempre verdes, despierta una emoción incontenible en el viajero astur. Hicimos allí algunos itinerarios de montaña y visitamos las cuevas de Škocjan que tal vez son las más impresionantes del mundo, con un enorme desfiladero —algo así como el del Cares— encerrado en el interior de un complejo de grutas. Para que todo fuera perfecto, una mañana al desayunar en el hotel en Liubliana nos encontramos con auténticos e inconfundibles *frixuelos* en el bufé. Evidentemente, no tardamos en preguntar a un camarero si en Eslovenia obtienen alguna bebida espiritosa por fermentación del zumo de manzana. La respuesta fue decepcionante, pues parece ser que ahora están volcados en la producción de vino, lo cual no pudo dejar de parecernos un tremendo error.

Notas de un viaje por el sur de México

Publicado en *Clarín*, n.º 42 (2002)

La Ciudad en el Lago

Paseamos por el centro histórico de la Ciudad de México, el agringado Distrito Federal que dicen. Enjambres de escarabajos verdes nos acechan mientras atravesamos las avenidas. Al lado siempre hay una iglesia que los siglos han hundido varios metros en el lodo de la laguna, una hermosa iglesia de fachada barroca labrada en piedra volcánica, toda filigrana; y también un rascacielos de cristal y acero, puro impulso vertical; y palacios que en su día albergaron a orgullosos nobles de la Nueva España; y gentes mestizas hablando un viejo castellano que aúna energía y dulzura: «*Ahorita mismo, señor*».

A veces se ven ruinas aztecas que asoman entre los edificios de la colonia o del nuevo México. Son viejas pirámides terriblemente desniveladas, y nunca se vio tan clara la metáfora del pasado como un barco a la deriva naufragando. Pero la historia vive también, y por todas partes nos la gritan los grandes muralistas mexicanos con su arte imaginativo y colorista, revolucionario y colosal.

Nadie medianamente avisado y en su sano juicio hubiera construido una ciudad en el lago de Texcoco, sobre cientos de metros de materiales lodosos, al lado de una falla que interrumpe por el sur el edificio geológico de Norteamérica y corre jalonada de volcanes desde el Pacífico hasta el Atlántico. Pero aquí está, para seguir, la orgullosa capital de los Estados Unidos Mexicanos (otra gringada), con sus veinte millones de almas y sus tres millones de vehículos, a más de dos mil metros de altura y rodeada de montañas, polucionada y caótica, desigual e irresistible, azteca, colonial y moderna a la vez, la de las grandes avenidas y los barrios míseros, la que aclamaba al papa mientras nosotros paseábamos por ella. En lo que fue el islote de Tlatelolco, junto a las pirámides que presenciaron la heroica resistencia de Cuauhtémoc ante Cortés, hay una iglesia dedicada a Santiago que se construyó utilizando la misma piedra volcánica roja de las construcciones aztecas. Y alrededor de todo esto se ven edificios ultramodernos diseñados por Mario Pani siguiendo el esquema de la Unité d'Habitation de Le Corbusier. Luego las viejas piedras se tiñeron de sangre otra vez cuando los estudiantes fueron masacrados. 1521, 1968: la historia también como un terrible péndulo.

La Torre Latinoamericana no es un rascacielos cualquiera. Construida en 1956 con cimientos diseñados por Leonardo Zeevaert, fue durante bastantes años el edificio más alto de Iberoamérica, y ha resistido ya dos fuertes terremotos (1957 y 1985). Esbelta, proporcionada y sin afeites, esta cuarentona bien conservada, con mucha historia y mucho misterio, no nos perdía ojo en nuestro paseo por la Ciudad

de México. ¿Qué quieren que les diga? Me pareció hermosa y sencilla, y además somos del mismo tiempo...

Buscábamos como siempre librerías de viejo y algo de confianza teníamos. Nos dieron vagas esperanzas y nos encaminamos hacia la calle Donceles. Allí ocurrió el prodigio. Hay una zona de la calle donde todos los portales dan acceso a almacenes con altas paredes completamente cubiertas de libros. El solo olor ya era enervante. Hay enormes salas, escaleras, pasadizos, laberintos... Todos ellos tapizados de libros. Con algo de paciencia nos dimos cuenta de que el mundo entero estaba allí. Tratados de ingeniería y poetas malditos, arquitectura y erotismo... En las pocas horas que pude dedicar a la búsqueda, encontré algunos ejemplares que no pienso prestar a nadie. Entre ellos está la primera edición de *Ojerosa y pintada* de Agustín Yáñez, que cuenta las peripecias de un taxista en la Ciudad de México. Mucho he viajado yo en aquel taxi, y me alegró encontrarlo allí el mismo día que se metamorfoseaba para mí en un enjambre de escarabajos verdes.

Teotihuacán

Abandonamos el universo mágico de iglesias hundidas y pirámides zozobrantes, de escarabajos verdes y monolitos de cristal, para acercarnos a la vieja Teotihuacán, que del siglo IV al VII fue el centro urbano, político y religioso más importante de Mesoamérica. En esta época la ciudad llegó a tener doscientos mil habitantes, y era una de las mayores del mundo. Después de su caída, Teotihuacán siguió siendo un importante centro ceremonial para los toltecas y también para los aztecas a partir del siglo XIV. En realidad fueron estos últimos los que le pusieron el nombre que lleva, que en náhuatl significa «lugar donde habitan los dioses» o «lugar donde los hombres se transforman en dioses». De la gran ciudad se han recuperado las mayores construcciones, como las pirámides del Sol y la Luna al lado de la Calzada de los Muertos y complejos de templos y palacios, pero la mayor parte está aún bajo tierra. La fatigosa ascensión a la pirámide del Sol es recompensada por una vista imponente sobre los dos kilómetros excavados de la monumental Calzada de los Muertos, que termina al norte en la plaza y la pirámide de la Luna. Otro lugar privilegiado es la Ciudadela, que es el nombre que pusieron los españoles a lo que en realidad era la sede del Gobierno de la ciudad. Dentro de este amplio recinto hay un templo decorado con imágenes de los dos dioses teotihuacanos más importantes: Quetzalcóatl, la serpiente emplumada, el dios creador que integra la dualidad del aire y la tierra, y Tláloc, el dios de la lluvia.

En el camino de vuelta, paramos en el convento agustino de Acolmán, del siglo XVI. De lejos parecía una fortaleza, y en su decoración vimos luego la inspiración indígena buscar su propio camino sobre una base plateresca y renacentista. Estábamos aterrizando todavía, pero ya se nos presentaba claramente México como una superposición de mundos: pirámides al lado de iglesias, dioses exóticos compitiendo con capillas, nuestro universo más familiar enriquecido por una historia insólita y un paisaje extraño de una belleza fascinante.

Carreteras del Altiplano

Salimos de la Ciudad de México hacia Oaxaca cruzando el Altiplano. Andamos primero sobre terreno volcánico por sierras con bosques de coníferas y vemos a lo lejos el Popocatépetl («el cerro que humea») y el Iztaccíhuatl («la mujer dormida»). Más tarde, a nuestra lista de volcanes contemplados podemos añadir la Malinche —muy cerca de Puebla— y el pico de Orizaba, el más alto y tal vez el más impresionante de todos con sus 5610 metros de altura. Son las culminaciones del gran eje volcánico este-oeste que comentábamos antes. En esta zona el terreno es montañoso y bastante seco, aunque hay campos de maíz. Se ven frecuentes cactus, sobre todo candelabros y nopales, agaves e izotes, y también sauces y sabinos, que aquí llaman ahuehuetes. Estos árboles alcanzan un cierto porte y resisten solitarios el calor tropical con sus copas desflecadas, como mojones solitarios de la tierra del altiplano, saludados a veces a lo lejos por un pueblecito en el que destacan las torres y la cúpula de una iglesia barroca.

Nos desviamos luego hacia el sur y atravesamos sierras calcáreas con una pobre vegetación de arbustos, cactus e izotes. La tierra de México, leída y soñada, contemplada sólo en el retrato incierto de los mapas, va tomando forma en esta primera travesía, y lo saludamos todo con la alegría del que vuelve a casa. Al atardecer llegamos a Oaxaca.

Fantasmas y calles de la Nueva España

O calles de la vieja España más bien. Las recorrimos en Oaxaca, en San Cristóbal de las Casas, en Campeche... Hay iglesias coloniales en las que se respira aún la vieja devoción que retrató Agustín Yáñez en *Al filo del agua*; y plazas llenas de árboles y con estatua de algún prócer bigotudo, que no conocen la maldición ibérica del cemento; y palacios de una nobleza añeja y marchita. Y sobre todo hay calles, una cuadriculada red de ellas entre edificios no muy altos, de alegre color y con rejas en las ventanas, buenas para callejear y perderse, para explorar en busca de otra iglesia o una placita desconocida, acogedora y tierna.

Estas viejas calles donde se respira aún el aire y se vende el soconusco de la colonia son intercambiables muchas veces. Sin embargo, los fantasmas que habitan en ellas tienen extrañas querencias. En La Puebla de los Ángeles, el del poeta sevillano Gutierre de Cetina no abandonaba la iglesia de Santo Domingo, en cuyo atrio lo mataron; arrastrando una cadena pedía perdón por sus pecados en la capilla del

Rosario, aunque nos pareció que más que penar, revivía en el barroco prodigioso de la decoración los extravíos de sus versos. El del obispo Juan de Palafox y Mendoza vigilaba celoso la enorme biblioteca que él comenzó a crear, cuarenta mil alineados tomos en pergamino que dibujan la imagen del Paraíso.

Al fantasma de Justo Sierra lo perseguimos en vano mucho tiempo por sus tierras yucatecas. En la populosa Mérida, dorada de henequén, no apareció por los Campos Elíseos provincianos y adorables donde está su monumento. Lo vimos al fin en Campeche, la que se asoma amurallada y tímida al desolado azul del Golfo de México. Vigilaba junto a la Puerta de Mar la casa de una niña hermosa y dulce, buscando argumentos para nuevos folletines que dejaran sencilla la trama de *La hija del judío*. Historiografía, política y jurisprudencia eran para él estériles fantasmas del pasado.

En Oaxaca nos llamó la atención un niño indio y pobre que llegaba cada madrugada a las clases del seminario de Santa Cruz. Vivía con su hermana, la sirvienta de D. Antonio Maza, trabajaba con un encuadernador y aprendía español en sus ratos libres. En la libreta vimos su nombre en tosca caligrafía: Benito Juárez. El espectro del gran hombre se demoraba en su alma más tierna, en la edad más feliz cuando era sólo un arrapiezo que soñaba con saber para ayudar a su pueblo.

El universo maya

Un universo extraño, cargado de imágenes insólitas, de paradojas. No usaban la rueda, pero sí conocían la utilidad del cero y calcularon con precisión la revolución sinódica de Venus, la estrella avispa. Las grandes construcciones y el arte de la época clásica permiten una aproximación privilegiada, pero hay otras vías que nos acercan al universo maya. Tenemos que recordar que los mayas siguen vivos en las mismas tierras que ocuparon sus antepasados, y que su religiosidad, su lengua y su mentalidad siguen siendo en gran parte las de los constructores de los grandes centros ceremoniales. Aquí hay otra vía abierta, aunque, por desgracia, poco se puede avanzar por ella en un viaje tan breve como el nuestro. Un día, sin embargo, sí que tuvimos ocasión de acercarnos a la religiosidad de los actuales mayas, sobre el papel católicos, apostólicos y romanos.

Un prólogo sorprendente

San Juan Chamula y Zinancantán, son dos pueblos de los altos de Chiapas, próximos a San Cristóbal de las Casas. En ellos, entre montañas boscosas, campos de maíz e invernaderos donde cultivan flores, viven indios mayas tzotziles conjugando antiguas tradiciones con los estándares de la modernidad. Entrando en el pueblo, nuestro guía nos hablaba del misterioso poder de las autoridades tradicionales y de lo peligroso que podía resultar hacer fotografías. Nos fijamos después en las vestimentas multicolores y el carácter reservado de la gente. Todo prefiguraba un ambiente humano peculiar, pero la gran impresión se produjo cuando entramos en la iglesia de San Juan Bautista. Uno ha visitado variedad de sinagogas, pagodas y mezquitas, templos e iglesias de creencias variadas, pero creo poder decir que nunca había tenido una impresión tan profunda de penetrar en un universo religioso ajeno, como al entrar en esta iglesia católica.

Lo primero que sorprende al entrar en la iglesia de San Juan Bautista es la ausencia de bancos o reclinatorios. La gran nave única aparece desnuda, y sobre el suelo cubierto de acículas de pino brillan por todas partes pequeñas velas. Tenemos que andar con cuidado para no pisarlas. Aquí y acullá grupos de indios sentados en el suelo rezan, salmodian o permanecen sencillamente extáticos. Hay muchas madres con sus hijos. En un grupo, una curandera dibuja en el aire figuras misteriosas alrededor de un niño. Caen colgaduras del techo de la iglesia y en las paredes hay hojas de palma; debajo de ellas, por todas partes, imágenes de santos; sus nombres son conocidos, pero están adornados con cintas de colores, y de sus cuellos cuelgan espejos. Los crucifijos tienen siempre una decoración vegetal que los identifica con la ceiba sagrada de los viejos mayas. Nos dicen que no es raro ver sacrificios de animales, o consumo ritual de —¡Dios nos asista!— Coca Cola.

No se nos escapa el sentido de lo que vemos, una magia que unas veces es misteriosa y otras, por primitiva, consigue sólo ser cómica. Estamos como siempre ante seres humanos que en busca de ayuda para sus pequeños o grandes problemas dan forma a un padre que les proteja. Los espejos que comunican con el espacio mágico del otro lado desde donde el santo nos contempla, la Coca Cola que permite eructar los malos espíritus o las hojas de palma que protegen contra los rayos, son sólo una forma demasiado tosca tal vez del viejo edificio que trata de dar respuesta al espanto de la angustia y la enfermedad. Esta nítida percepción del desamparo humano es la gran congoja que nos deja en el corazón esta iglesia insólita.

En un momento, dos indios de un grupo lejano empiezan una lenta salmodia. Repiten la breve melodía de una forma obsesiva. Siguen durante minutos y minutos, y el espíritu de su lamento impregna el ambiente, el culebreo de los cientos de velas, las miradas impasibles de los santos de madera y los hombres de maíz.

Los siglos gloriosos

Fundamentalmente durante el primer milenio de nuestra era, florecieron en el área maya, desde el sur de México hasta Honduras, un gran número de ciudades que crearon una civilización original, comerciaron intensamente con las

regiones vecinas y levantaron impresionantes edificios. La singularidad de esta cultura es evidente por ejemplo en su escritura, un laberinto de signos extraños con apariencia de ideogramas, pero que esconden en realidad una notación silábica. Sus dioses, por otra parte, son complejos simbólicos en los que se integran animales, fenómenos naturales, personajes míticos y espíritus de los antepasados. De todas formas, lo más característico tal vez de esta cultura es su obsesión por el tiempo. No es extraño que en una región donde las labores agrarias deben ceñirse escrupulosamente a la distribución de las lluvias, la gente se interese por los cambios en el cielo nocturno que marcan los ciclos anuales, pero lo que ocurrió con los mayas fue más allá de todo lo razonable. La observación del cielo les hizo profundamente conscientes de una realidad que les maravillaba, y en ella quisieron ver la panacea para explicar todo lo que necesitaba explicación. Entender los cambios del cielo significaba para ellos la posibilidad de predecir y controlar la historia, porque es en el cielo donde es visible la actividad de las fuerzas o dioses que rigen el cosmos. ¿Dónde había de serlo si no? Hay aquí una apasionada búsqueda intelectual que se entreteje con la estructuración de la sociedad maya. La sucesión de acontecimientos es imaginable. Una minoría de sacerdotes estudia los astros y desarrolla un calendario que les permite dirigir con éxito las labores agrarias. Posteriormente, este conocimiento objetivo permite a estos sacerdotes elaborar un sistema simbólico que determina un orden cósmico global y una jerarquía social. La historia es vieja como el mundo.

La cultura maya declina luego y sufre influencias de culturas vecinas. Se ha hablado de invasiones y catástrofes ecológicas, pero lo que se sabe a ciencia cierta es que a partir del siglo X la mayor parte de los centros ceremoniales son abandonados. Pasan los siglos, y el golpe definitivo viene de unos hombres de piel blanca venidos del otro lado del mar que saben algo más de pólvora y metales, de navíos y batallas. Y al final queda sólo la piedra desnuda compitiendo con el verde lujuriante de la selva, la piedra más durable que la ambición, cargada con todos los sueños de los hombres, la orgullosa pirámide y la estela labrada como restos de un naufragio, reliquias de un delirio más producido por la atmósfera asfixiante de la selva.

Se pueden captar imágenes asombrosas entre los restos de este naufragio, insólitos mensajes de piedra que emergen del delirio del trópico. En Yucatán está Chichén Itzá, la ciudad del gran juego de pelota donde un relieve representa la decapitación ritual de un jugador; de su cuello cercenado surge un surtidor de serpientes. Y también Uxmal, con su creación de espacios arquitectónicos asombrosamente moderna, y los grandes mascarones que representan a Chaac, el narigudo dios de la lluvia. En Chiapas está Toniná, una montaña transformada en pirámide, con un laberinto que simboliza el inframundo, palacios escalonados y relieves donde la decapitación ritual de los prisioneros se convierte en un ritual cósmico, y Palenque, con su agradable geografía urbana de pirámides y palacios. En el Templo de las Inscripciones, un pasadizo angosto desciende a la tumba de K'inich Janaab Pakal, señor de Palenque, un poema en piedra que nos enseña cómo la vida del soberano renace y es eterna. Vimos por todas partes un gran esfuerzo de propaganda, una exaltación del poder real, centrado muchas veces en sus aspectos más terroríficos. Muy pocas veces es inocente el arte, y desde luego aquí no lo era.

Epílogo en el Paraíso

Llegamos a Cancún con el tiempo justo para disfrutar un poco del paraíso terrenal antes del regreso, dos días tranquilos sin pirámides que subir, puro dejarse llevar en una playa infinita por la esmeralda bulliciosa del Caribe. Quedaba atrás un sueño extraño de prisioneros decapitados e indios seducidos a su manera por el irresistible encanto de la Coca Cola, nuestro cronometrado acercamiento estival al universo maya. No obstante, algo de realidad también nos llevábamos sin duda, y tal vez la imagen más conmovedora de esa realidad son las madres indias que vimos por doquier haciendo todo tipo de trabajos con sus niños enfardelados a la espalda. Nos chocaba, y seguimos pensando que una baja por maternidad es algo infinitamente superior, pero no podemos olvidar los rostros felices de los niños —los vimos muy pequeños y nunca ninguno llorando— que nos miraban sonrientes como un duplicado rejuvenecido del rostro de sus madres.

Ésa es la realidad que vimos, la realidad de unas sufridas gentes que hace pocos siglos pasaron de una pesadilla de reyes belicosos y sacerdotes matarifes al dominio de la Corona —de espinas— de España, y hoy mismo tratan de liberarse, tras el levantamiento zapatista de 1994, de la explotación de multinacionales fruteras y oligarquías más o menos criollas. Es inevitable pensar lo que la humanidad se pierde con esta manía insensata de no dejar aflorar lo mejor que lleva dentro el universo maya.

Palabras para Alberto Marcos

Publicado en jesusaller.com el 12 de junio de 2022

Me llegó la triste noticia, pero hasta el sexto día no lloré. Andaba inquieto, dormía mal y no dejaba de acordarme de ti, pero ni una lágrima. Fue esta mañana, mientras paseaba por el parque de Invierno. Vi una lombriz que se debatía en el asfalto —caen en la trampa térmica durante sus correrías nocturnas y luego los bordillos no las dejan esca-

par—. La puse entre la hierba, como suelo hacer, y fue entonces cuando sin saber por qué rompí a llorar. Después de un rato comprendí la razón. Aquel pobre animal en su laberinto me recordaba demasiado a un joven que una mañana de 1977 llamó tímidamente a la puerta de tu despacho en la facultad para pedir una tesina.

No estabas, pero oí tu voz en el seminario, al fondo del pasillo, y allí me fui. Te expliqué mi caso. Quería complejidad estructural, pero mejor no muy lejos, porque no tenía coche de aquélla. Me respondiste con una pregunta: «*¿Oye, tú has pasado el puerto de Pajares?*». Te dije que sí y entonces te volviste a quien estaba allí contigo —no recuerdo quién era— y le comentaste: «*Has visto estos chavales como viajan ahora. Antes no salíamos de Asturias hasta que nos llamaban a la mili*».

Cuento esta anécdota porque define muy bien tu virtud de aprovechar cualquier ocasión para el humor y la ironía, siempre amables, pero también porque fue decisiva en mi vida. El hecho es que de aquella conversación salió el asunto de una buena parte de mi trabajo científico en los años siguientes, a medida que el corte da la carretera del puerto de Pajares iba extendiéndose. Así, en 1984 leí mi tesis doctoral sobre todo el sur de la Cuenca Carbonífera Central, de Quirós a Tarna y más allá en León. Acababas por entonces de tener el honor de ser el primero en acceder democráticamente al rectorado de la Universidad de Oviedo.

Sabes bien que yo siempre te desaconsejé la aventura, y estaba seguro de que el empeño de reformar lo irreformable iba a frustrar a un idealista como tú. Sin embargo, tu labor en aquellos años de trabajo duro dio frutos importantes, y te las arreglaste para insuflar aire nuevo a la criatura del inquisidor Valdés. Trataste de hacer cosas, y en tu mandato se aprobaron, por ejemplo, unos estatutos que mejoraron mucho lo que había.

Tras tu regreso a la facultad en 1988, sabes bien que fue un placer colaborar contigo en algunos temas que surgieron. Eras un geólogo formidable, minucioso en la observación de las rocas, que desnudabas con tus ojos de miope tras levantar las gafas, y con una memoria extraordinaria para los detalles que decantaban una interpretación. Tenías la virtud de no dejarte llevar por las apariencias, y a medida que la ciencia progresaba lentamente con nuestras observaciones por roquedos y cunetas, era un lujo gozar tu conversación siempre ingeniosa y el humor con que sabías pulir cualquier suceso.

Ahora, los dos jubilados, hacía unos meses que no hablaba contigo. Sabía que andabas un poco pachucho, pero te había visto bien en la excursión de homenaje que nos hicieron por Aliste a finales de 2019 y la triste nueva me dejó desolado. Es demasiado tiempo compartiendo vida e inquietudes y disfrutando tu personalidad irrepetible. Hace ocho años se fue Andrés Pérez Estaún, otro maestro decisivo, y quisiera recordarle aquí también a él, pero no para deciros adiós, porque sé que mientras esto dure vuestra voz y presencia amigas estarán conmigo. En un momento crucial de mi vida, yo tuve el privilegio de encontrar personas como vosotros, maestros capaces de sacar lo mejor que uno lleva dentro.

In memoriam David González, poeta

Publicado en *Rebelión* el 1 de marzo de 2023

Mientras el poeta bendito retoza en el pesebre, el poeta maldito tropieza en esta existencia tosca y adocenada que han creado para nosotros. Amargado y soberbio, emprende entonces un camino de liberación que trata de burlar las normas, pero en él no deja de tropezar y su vida al fin se convierte en un laberinto doloroso. Muchos se pierden ahí, pero él es capaz de devolvernos el horror en ráfagas de poesía para despertarnos.

David González nació cerca de Gijón en 1964, creció rebelde y con diecinueve años participó en un atraco a un banco, lo que lo llevó a la cárcel. Allí comenzó a leer poesía y comprendió que en ella había una vía para salir del laberinto. Se acaba de ir dejándonos más de veinte libros en los que narra su particular travesía del infierno, luminosa trayectoria al margen de la pestilencia de los premios literarios.

Sus poemas relatan experiencias, tal cual. Son historias muchas veces terribles y siempre conmovedoras, con las que se las arregla para hacernos ver más allá, hacia un horizonte que no sospechábamos. Nos arroja encima un cubo de basura que tiene la virtud de limpiarnos. ¿Cómo lo consigue? Seguramente porque vernos en el espejo es lo que necesitábamos para reaccionar. Es casi como un exorcismo.

David comenzó a destruirse antes de ser poeta, y cuando empezó a serlo el proceso adquirió una dimensión distinta. La crónica de la autoinmolación se convirtió entonces en la sustancia misma de sus versos. Hay en ellos lugar para la amistad y el amor, pero los impulsos positivos tienen escaso recorrido en un mundo en descomposición. La catarsis es anunciada, y resplandece en la denuncia continua, pero faltó la masa crítica social para que la conciencia pudiera elevarse sobre la ruina. No obstante, en este sentido hay episodios especialmente luminosos.

En 2003, durante la invasión de Irak, David desarrolló una intensa campaña en Internet tratando de movilizar la resistencia y la protesta. Fruto de estos esfuerzos es *Hasta los paranoicos tienen enemigos*, un volumen editado en 2004 en el que juntó sus propios textos con testimonios, poemas, análisis, opiniones y todo lo que llegó a sus manos y aportaba algo a la denuncia. En un momento clave a nivel mun-

dial, este libro, impreso con tinta roja como la sangre de las víctimas, elevó un grito coral contra la barbarie.

El anterior no es un caso aislado. Aparte de sus experiencias, David González nos ofrece también en sus versos una visión demoledora y lúcida del tiempo que vivimos, y eso es lo que marca su gran diferencia con otros cultivadores del «realismo sucio». A él no se le escapa la causa profunda del desastre: la dictadura del capital y su industria cultural. En un poema de *La canción de la luciérnaga*, su último libro que acaba de editar Páramo, lamenta ver a los poetas, que a su juicio deberían desdeñar los cantos de sirena, convertidos ellos mismos «*por desgracia para la literatura,/ en sirenas al acecho entre las afiladas rocas/ de la industria de la cultura*».

En este libro, David regresa en muchos fragmentos a esa autobiografía que deja inconclusa. Es la senda de un perdedor que ajusta cuentas con la vida y descubre una vez más que el amor de los suyos es razón suficiente para una sonrisa liberadora: «*En esta vida fea y gris/ la luz/ la tendremos que poner/ nosotros*». Pero en esta ocasión, los recuerdos se entremezclan con la crónica del final inevitable. Diagnosticado en septiembre de 2022 con un cruel tumor «*tratable pero inoperable*», el poeta nos hace partícipes de sus últimas rutinas y de la ruina de su cuerpo, y nos confiesa: «*A todo se acostumbra uno,/ métetelo bien en la cabeza,/ a toda clase de perrerías/ con tal/ de seguir vivo*».

Aparte de todo esto, no está de más decir que David González era una gran persona, alguien siempre dispuesto a compartir y ayudar, virtudes deficitarias en extremo en la república de las letras. A pesar de nuestra diferente visión de la poesía, solía arreglárselas para encontrar en mis libros piezas que justificaran su propia perspectiva y así me lo hacía saber. Buenos momentos pasamos con estas discusiones amistosas. A fin de cuentas, no creo que haya que ponerse muy estricto a la hora de buscar leyes a la lírica. Él lo explica bien claro en su último libro: «*Poesía es todo aquello que te deja cicatrices en el alma*».

1.4
Literaturas latinoamericanas

Abraham Valdelomar ha muerto, volumen I de los *Ensayos completos* de César Vallejo

Publicado en *Rebelión* el 5 de abril de 2021

Habida cuenta de la relevancia de la obra poética de César Vallejo, resulta difícil entender el olvido en que se encuentran en España sus ensayos, textos en gran parte periodísticos que son imprescindibles para comprender la evolución de su lírica. La falla ha comenzado a subsanarla Libros corrientes, al sacar a la luz el primero de los cinco tomos en los que se propone recopilar la producción ensayística del gran poeta peruano. Del modernismo al impulso de las vanguardias y la reflexión y el compromiso sociales, asistiremos a través de este proyecto a un viaje prodigioso por el pensamiento y la historia de las primeras décadas del siglo XX.

Esbozo biográfico y literario

César Abraham Vallejo Mendoza nació en 1892 en Santiago de Chuco, pequeña ciudad del noroeste del Perú, mestizo de abuelas indias y abuelos gallegos, e inició sus estudios universitarios de Letras en Trujillo, al tiempo que trabajaba para ganarse la vida. Así, de maestro en el Colegio Nacional de San Juan, tuvo como alumno a un jovencísimo Ciro Alegría, que lo recuerda en sus memorias magro, cetrino, de piel oscura y profundamente triste —«*nunca he visto un hombre que pareciera más triste*» llega a decir—, pero tolerante y cariñoso con los rapazuelos. Escribía poemas que daban lugar por entonces a animadas discusiones sobre su talento, y en septiembre de 1915 se graduó de bachiller en Letras.

En 1917, tras un grave desengaño amoroso, Vallejo se establece en Lima. Allí participa en la vida literaria, completa sus estudios y continúa con las labores docentes. En 1919 publica *Los heraldos negros*, un canto de angustia existencial revestido de formas modernistas. El año siguiente, de regreso en su ciudad natal, sufre una detención, con cargos que investigaciones posteriores han mostrado falaces y pueden entenderse como un intento de silenciar a la juventud inclinada al cambio social. Liberado provisionalmente, vuelve a sus trabajos en Lima y en 1923 ven la luz *Trilce*, el poemario que marca su incorporación a las vanguardias, y *Escalas*, una colección de relatos breves. Éste es el año también en que harto de la mediocridad de la vida intelectual de su tierra, decide viajar a Europa.

En París Vallejo vive, entre estrecheces, de traducciones y colaboraciones periodísticas que apenas le dejan tiempo para los poemarios, ensayos y narraciones que acomete. Esta época es además la de su adhesión al marxismo, con viajes a Rusia en 1928, 1929 y 1931. Expulsado de Francia en 1930 por su militancia política, se instala en España, donde publica obras importantes, como la novela de denuncia social *El tungsteno* (1931) o las crónicas de *Rusia en 1931* (1931).

Durante la guerra civil, Vallejo defiende con pasión la causa republicana hasta su fallecimiento en París en la Semana Santa de 1938. Los tres libros que para muchos son la cima de su lírica, con su derroche de música verbal y magia onírica: *Poemas en prosa*, *Poemas humanos* y *España, aparta de mí este cáliz*, aparecieron póstumamente.

Los primeros ensayos

El volumen viene con textos introductorios de Gladys Flores y Antonio Merino, que nos acercan al itinerario vital de Vallejo en la época de los escritos recogidos. El primero de éstos es su tesis de bachiller en Letras, de 1915, titulada *El romanticismo en la poesía castellana*. En ella, nuestro poeta rastrea el origen de este movimiento literario en España, síntesis para él de cualidades vernáculas (sensibilidad, pasión, fantasía, etc.) y el acicate de grandes autores ingleses y franceses. Repasa después sus figuras más destacadas: Quintana, Espronceda (su cumbre según él), Zorrilla y Gómez de Avellaneda, y concluye con las aportaciones peruanas a esta escuela, y haciendo votos por una recuperación de la sinceridad que la caracterizó, que ha de ir unida a «*la difusión de la cultura en la masa popular y el desarrollo económico, como medio de formar una literatura brillante, digna de nuestra amada patria*».

Una sección con artículos de 1918 a 1923 nos trae primero conversaciones con miembros de la intelectualidad de Lima y Trujillo, escritores de nervio que tratan de regenerar la «obesidad ambiente». Entre ellos está su amigo Abraham Valdelomar, muerto en 1919 con treinta y un años de una caída, mientras bajaba de noche una empinada escalera de piedra. Siguen después las dos primeras crónicas que Vallejo envía desde París: un recorrido por la ruidosa decadencia de Montmartre y estampas callejeras de los mutilados de guerra: «*Y yo no he visto nunca una sombra más densa e insegura, que la que ellos arrojan sobre el suelo*».

Los textos de 1924 desgranan la vida cultural de Lutecia, con estrenos teatrales y una sesión dedicada a la literatura y la música del Perú, inspiradora de amargas reflexiones sobre el olvido y desdén generalizados a lo latinoamericano. Las visitas al salón de Otoño y al de las Tullerías descubren novedades de escultura y pintura en un momento de ebullición creativa, y hay tiempo también para auscultar desde la distancia la literatura de la América hispana, con una juventud abierta al mundo y orgullosa de sus raíces. Enrique Gómez Carrillo, Ventura García Calderón o Hugo Barbagelata son quienes fungen de puentes entre los escritores americanos y el París donde se cuecen todas las glorias del intelecto. Asistimos además a patrióticas celebraciones de la ocupación del Ruhr en las calles, y respiramos el ambiente de los cafés literarios alborotados por dadá y los surrealistas.

Algunos de los artículos de 1925 fueron publicados en francés, y se incluyen su versión original y otra castellana con traducción de Aioa Sáez Domínguez. Este año Vallejo continúa tratando asuntos de su país natal, como la emigración asiática que a él llegó, la nómina de los escritores jóvenes o la historia de sus periódicos. De lo que ocurre en París, se detiene sobre todo en los salones y exposiciones, en fallecimientos de notables como Camille Flammarion o Pierre Louÿs, y en las novedades sociales, científicas y literarias. Da su opinión acerca del vanguardista retrato que le hizo el escultor José de Creeft, y comenta de pasada la incomprensión de algunos ante las audacias de *Trilce*, con una frase que muestra su carácter: «*Siempre gusté de no discutirme ni explicarme, pues creo que hay cosas o momentos en la vida de las cosas, que únicamente el tiempo revela y define*».

El libro viene con anexo documental, cronología, índice onomástico y una breve historia de los medios que publicaron los artículos. A través de los textos recogidos en este primer volumen vemos cómo César Vallejo, formado en la escuela modernista de Rubén y Herrera y Reissig, sigue su estela hasta que es seducido por el toque de clarín de las vanguardias. En sucesivas entregas de la serie, lo veremos lidiar con nuevas turbulencias de un siglo pródigo en ellas, aunque sin olvidar nunca el terruño ni su estirpe incaica.

La ciudad muerta, de Abraham Valdelomar: una joya del modernismo literario peruano

Publicado en *Rebelión* el 1 de octubre de 2021

Un gran creador que fallece muy joven nos deja el placer de su obra, pero también la cuita de vislumbrar los frutos que no cosechó. Abraham Valdelomar era una de las mayores promesas literarias del Perú cuando en noviembre de 1919 un desgraciado traspiés mientras bajaba, de noche y a oscuras, una empinada escalera de piedra en Ayacucho le hizo caer seis metros y romperse la columna vertebral. Contaba entonces sólo treinta y un años, los mismos que alcanzó Franz Schubert, y aquí también tan breve lapso sirvió para dejar una obra abundante y exquisita con regusto de promesa truncada.

Abraham había nacido en 1888 en Ica en una familia de clase media, pero ya en 1900 viajó a Lima para estudiar el bachillerato y luego Letras en la Universidad de San Marcos. A partir de 1909 publica versos y cuentos y dos años después consolida su prestigio con *La ciudad muerta*. *Por qué no me casé con Francinette*, una novela aparecida por entregas en *La Ilustración Peruana* y que Dyskolo acaba de reeditar como libro electrónico.

A Valdelomar se le considera hoy una de las cimas indiscutibles del relato breve de la literatura de su país, pero poe-

sía, teatro, ensayo y crónicas históricas tampoco fueron ajenas a su pluma y en todos estos géneros demostró su talento. Otra faceta esencial de su vida fue su actividad política con el Partido Demócrata, que lo llevó a concurrir a elecciones y a ocupar un puesto diplomático en Roma durante 1913 y 1914. En su dilatada carrera de periodista, destacó siempre por los retratos satíricos de las élites propietarias y gobernantes, y fue íntimo amigo de José Carlos Mariátegui, seis años más joven que él.

Un crimen de la luna

Integrado en la estética de modernismo y decadentismo, y deudor entre otros de Jean Lorrain, Oscar Wilde o Gabriele D'Annunzio, Valdelomar construye en *La ciudad muerta* un relato fantasmagórico y obsesivo, muy engarzado en los idearios de estos autores. El protagonista y narrador, médico de profesión, expone en una larga epístola a la que fue su prometida las razones de su fuga cuando estaban a punto de contraer matrimonio. A bordo del barco que lo aleja de ella, comienza así su confesión: «*Todavía me arrepiento de haber dejado bajar a tierra a ese hombre, pero le echo la culpa a la luna. Es ella la cómplice de todos los crímenes y, en muchos casos, la instigadora. Esté usted segura, mi adorable Francinette, que cuando ella tiene esas notas de luz casi verdes como si se copiara a través de una falsa esmeralda, algo extraño está pasando sobre la tierra*».

El hombre a quien nuestro doctor dejó bajar a tierra resulta ser el escritor francés Henri D'Herauville, que arriba en barco a C** por conocer la ciudad vieja y sus subterráneos. El protagonista, lector y admirador de sus libros, se ofrece a acompañarlo y le refiere la historia de la urbe colonial que no sobrevivió a la llegada de la República, un mundo de esplendor idealizado en hermosos alejandrinos que recita al francés: «*Por la ciudad en ruinas todo invita al olvido.../ los viejos portalones y la plaza desierta,/ el templo abandonado... La ciudad se ha dormido.../ ¡No hagáis ruido!... parece como que se despierta...*».

Hay una evocación entusiasta de aquel paisaje perdido, de bizarros caballeros y damas misteriosas, que Valdelomar recrea con arte sublime: «*Y los trajes. Sedas purísimas, velos transparentes hoy descoloridos por el tiempo, con piedras incrustadas en derroche, como en los modernos cuadros de Mancini, que son verdaderos joyeles. Gorgueras impecables, mitones de hilos inverosímiles, miriñaques, abanicos de marfil y gasa con amorcillos y mariposas, camafeos que juntaban pliegues sobre hombros de rosa, peinetas monumentales del color de las cabelleras y, sobre todo aquello, un par de ojos con visiones de Versalles y un par de labios con sentencias horacianas*». La embriaguez de aquel universo finiquitado conduce al narrador a reivindicar incluso la Santa Inquisición, porque «*ni la verdad valía tanto para ellos como el Pasado, archivo de recuerdos de esta vieja Humanidad*».

La recreación concluye con un aviso de los peligros que encierra la visita a las ruinas, ejemplificados en las historias de los que se internaron en ellas para no regresar. Sin embargo, nada de esto hace mella en D'Herauville, que replica: «*Los fantasmas americanos respetan a un francés...*». El doctor presenta entonces argumentos científicos sobre las relaciones entre percepción y conciencia: «*Es por esto que el hombre, que no es sino un ejecutante de lo que pasa en su cerebro, una vez que baja al subterráneo, lejos de salir a la luz, tiende a perderse en la obscuridad voluntaria, consciente, imperiosamente...*». Pero esta admonición es también ignorada y el narrador confiesa: «*El color que tenía la luna aquella noche era un color verde metálico que inducía, no me cabe la menor duda, a lo insondable, a lo misterioso, a lo horrible. Entonces yo sentí la necesidad, hasta el deseo de que Henri bajase y sin decir más le acompañé en silencio*». Es así como, poco después, él mismo anima al francés a penetrar en el subterráneo.

Tras el desenlace inevitable, el protagonista se siente culpable de la desaparición de su amigo, pero sostiene que fue la luna la inductora, y concluye: «*—¡Oh, Francinette! Desconfíe usted de las noches de luna, no busque nunca las ciudades viejas, ambas cosas conducen al misterio, a la locura, al crimen, a la fatalidad. La luna es la virgen de los alucinados, de los poetas, de los neurasténicos, de los locos y de los criminales. Su mismo espíritu es dudoso y ambiguo, "Dime, ¡oh, reina de la noche!, si en tu lánguido semblante/ palideces hay de vicios o blancuras de inocencia". —La luna es de todos aquellos seres que no tienen en la vida sino su alma incomprensible, soñadora y grande como las horas de la luna, como el misterio blanco de la luna, como la luz verde, criminal y lujuriosa de la luna...*».

Sólo la víspera de la boda supo nuestro doctor que Francinette era una amiga de la infancia de Henri D'Herauville, que a él había estado prometida, y que ella fue a América sólo tratando de encontrarle tras su misteriosa desaparición. Después, ella conoció a nuestro protagonista y sintió renacer el amor, pero a pesar del sentimiento mutuo él, sintiéndose responsable de la tragedia de Henri, se resignó a una separación irremediable y canceló su compromiso.

La voz y los ecos

Veintitrés años contaba Abraham Valdelomar cuando dio a la imprenta *La ciudad muerta*, su primera obra maestra, y resulta inevitable que en ella hallemos ecos de los escritores que más admiraba. Así, el propio título reproduce el de una pieza teatral de D'Annunzio estrenada en 1898 en París, aunque nada quede de las pasiones incestuosas que son asunto principal del libreto del de Pescara en el texto del peruano. Sí se advierte, sin embargo, un compartido afecto por lo tenebroso y los arcanos de la mente, y una afinidad en la musicalidad de la prosa y los escenarios de ruinas.

Las influencias más obvias, aparte de la anterior, son las de Oscar Wilde y Jean Lorrain, maestros del lenguaje y retratistas esplendorosos de la decadencia. Se eleva en el narrador de *La ciudad muerta* el mismo impulso de Dorian Gray, o los *messieurs* de Brougelon o de Phocas, que atesoran el refinamiento de una aristocracia enemiga de la vulgaridad y refugiada en sublime arte y placeres exquisitos o depravados. Nuestro protagonista se debate también a la puerta de un misterio de seducción y muerte, y su huida hacia un pasado quimérico refleja el anhelo de «*sustituir la realidad por el sueño de la realidad*», el lema de Huysmans, otro ilustre decadente.

Hay que mencionar también que la narración tiene el ambiente irreal y la fatalidad envenenada y culposa de los cuentos de Poe, autor recordado admirativamente en una ocasión en el libro. Los poemas de Valdelomar incluidos son de estirpe modernista, en la estela de Rubén, Rueda y Herrera y Reissig, aunque el vate más transcrito sea el simbolista francés Albert Samain, cuyos versos son «rezados» en el momento cumbre de la novela. Entre los precursores peruanos destaca el gran lírico y lúcido anarquista Manuel González Prada, y un dístico bellísimo suyo, ya citado pero que repito con placer, puede considerarse el germen de toda la obra: «*Dime, ¡oh, reina de la noche!, si en tu lánguido semblante/ palideces hay de vicios o blancuras de inocencia*».

No obstante, todas estas influencias no logran eclipsar un simbolismo en el relato de enorme potencia y originalidad. Aturdido por el sortilegio de la luna, el protagonista siente la seducción de las ominosas ruinas que albergaron una vida espléndida, obsesiva para él. Sin embargo, sólo es capaz de responder a esa llamada a través de su amigo francés que muestra intención de visitar la ciudad vieja. El terrible final consuma las peores expectativas, pero la infausta luna verde deja también una enseñanza. El mundo colonial, idealizado al principio, y que no es otro que el viejo mito de la edad de oro, no es un refugio posible en este árido y acucioso presente. Esta intuición marcará la obra posterior de nuestro autor.

El estilo de Valdelomar despunta ya en esta novela primeriza, pero en el breve lapso hasta su absurda muerte va a ampliar horizontes. Así, el decadentismo europeizante que en ella hemos visto, sin desaparecer, va a coexistir con un impulso por captar el ambiente de la aldea natal, materializado en los cuentos criollos publicados a partir de 1913 que son la cima de su producción. A través de estos cambios, la prosa del iqueño brilla siempre rítmica y musical, insinuante, expresiva y jugosa de conceptos, aunque la perfección formal no es óbice para que en *La ciudad muerta* un autor de veintitrés años incurra inevitablemente en pequeños gazapos, como cuando ensalza el claroscuro de los cuadros de Rubens —¿No será Rembrandt? —.

Un joven dandy escandaliza los salones limeños con las poses de Oscar Wilde y Jean Lorrain, sin rechazar, igual que este último, batirse en duelo por un punto de honor o de estima literaria. Sin embargo, sabemos que ése era sólo el disfraz de un hombre humilde y lúcido que en un entorno hostil ejecutaba su misión esteticista y humanista, ¡qué redundancia! En la breve vida que le van a conceder las parcas, el talentoso escritor sentirá la llamada de la religión decadentista que triunfa en Europa, pero se replegará también, desde muy pronto, en el ser íntimo de las gentes de su país para convertirse en un hito crucial de la literatura que aspira a reflejar y transformar el mundo.

La ciudad muerta, primera novela de Abraham Valdelomar, descubre ecos de sus lecturas y el afinarse de su talento, y con la historia de unas ruinas antiguas y seductoras, pero capaces de devorar a los que se internan en ellas, nos previene de que nuestro destino es sólo la locura si no sabemos encarar los retos del presente.

Las memorias de Mamá Blanca, de Teresa de la Parra: un clásico de la literatura venezolana y universal

Publicado en *Rebelión* el 11 de enero de 2022

Decía Baudelaire que el genio no es más que la infancia recuperada a voluntad, y sería difícil superar esta definición del gran visionario. Estamos tan perdidos en un mundo adulto de ideas afiladas y proyectos absurdos, que el hechizo de los caballos de madera es la vía más segura para hallar nuestro auténtico ser. *Las memorias de Mamá Blanca* de la venezolana Teresa de la Parra, que Dyskolo acaba de reeditar, nos dibuja a través de los ojos de una niña un retrato entrañable y magistral de la América rural de mediados del siglo XIX, pero es sobre todo una espléndida muestra del poder de la literatura para recobrar el paraíso encarnado en el niño que fuimos.

Teresa de la Parra nació en 1889 en París en una familia de la aristocracia criolla venezolana y entre Europa y América transcurrió su vida, la de una mujer lúcida y elegante que trató siempre de reflejar con armonía de palabras la belleza del mundo, pero también sus contradicciones que la inquietaban. Tras unos cuentos modernistas en la estela de Rubén, en 1924 publicó su primera novela, *Ifigenia, diario de una señorita que escribió porque se fastidiaba*, parcialmente autobiográfica, en la que describe con ironía el ambiente de la alta sociedad de Caracas al tiempo que se rebela contra el papel subordinado impuesto en ella a las mujeres. Aunque al fin María Eugenia, la protagonista, renuncia al hombre al que ama, que está casado con otra, y se sacrifi-

ca como la Ifigenia de la mitología, en su caso en aras de la reputación familiar y las buenas costumbres, hay que decir que el rumbo que la autora escogió para su propia vida no se plegó demasiado a los esquemas tradicionales.

Nuestra novelista vivió una existencia intensa de viajes y amistades, y reivindicó una literatura que denunciara la situación de la mujer y recogiera sus aspiraciones. Según ella, ésta debía disfrutar igualdad de derechos, trabajar, ser financieramente independiente, y considerar a los hombres como amigos y compañeros, y no como propietarios o enemigos. Era el suyo un feminismo que definía como moderado, más evolucionista que revolucionario. En 1927, invitada a impartir conferencias en La Habana, Teresa conoció allí a la etnóloga cubana Lydia Cabrera, cuya amistad fue un fuerte apoyo en sus últimos años, una época difícil en la que aquejada de tuberculosis peregrinó por balnearios y sanatorios hasta su fallecimiento en Madrid en abril de 1936.

Regreso al paraíso

Si en su primera novela nuestra autora había expuesto las contradicciones de la sociedad en que vivía, en la segunda y última, *Las memorias de Mamá Blanca*, que ve la luz en París en 1929, emprende viaje a «la niebla de sus primeros recuerdos», territorio virgen en el que busca las claves de su vida posterior.

Una «Advertencia» que abre el libro nos informa de que éste recoge la parte inicial de las memorias legadas a la autora por una anciana a la que conoció de niña, una misteriosa mujer amante de la música, las flores y los pequeños goces cotidianos, que vivía sola en una vieja casa señorial. No obstante, pronto comprendemos que es la propia Teresa la que une sus recuerdos en gavillas de literatura para construir la obra.

Seis hermanitas conviven con sus padres en Piedra Azul, una hacienda con trapiche de papelón —dulce extraído de la caña de azúcar—, acompañadas de una legión de sirvientes: Evelyn, almidonada mulata de Trinidad, que con varias ayudantes se cuida de las niñas, Candelaria, la cocinera, mayordomo, peones y mucha más gente. Páginas deliciosas nos relatan la relajada existencia de las minúsculas señoras feudales de aquel mundo, entretenida en travesuras como hartarse de guayabas mientras Evelyn almuerza o interrumpir con cánticos el trabajo de su padre en el escritorio.

Blanca Nieves, la narradora, de cinco años y tercera en edad, es una soñadora incorregible que sufre las pullas de la positivista y belicosa Violeta, un año mayor, aunque es capaz de encantar con sus cuentos a las más pequeñas. Los peores momentos de la fantasiosa son cuando su mamá se empeña en aplicarle al cabello tratamientos para rizárselo, pues lo encuentra demasiado liso. Como compensación, en estas horas la madre entretiene a la niña con fábulas e historias que despiertan su amor por los libros: «*Cuando yo salía del cuarto de Mamá tenía la cabeza rizada como un borrego y el alma trémula de emociones*».

Por el relato asoman otros sugestivos personajes. El primo Juancho, visitante habitual en la hacienda, quejoso y erudito con algo de don Quijote, es un hombre sin lugar en el mundo, «*no por falta de aptitudes, sino por exceso de pensamientos*». Afiliado al partido liberal, desprecia por igual el inmovilismo de los conservadores y la corrupción de sus correligionarios. Vicente, apodado Cochocho —un tipo de piojo—, es un peón y el auténtico factótum de Piedra Azul. Sin zapatos ni apellido, él es para las niñas maestro de ciencias naturales y castellano aurisecular, y también de humilde bonhomía, aunque su innata prudencia no le impide fungir de capitán en las luchas revolucionarias que sacuden el país.

Conocemos además las liturgias del corralón, pacífica república de las vacas, y del trapiche, reino de asombro para la *troupe* infantil, con sus lentos bueyes, sus montones de caña y las labores mecánicas de los peones. Sobre este edén cruzan sin embargo nubes sombrías, como cuando una de las niñas fallece de sarampión, y en el final del libro, la venta de la hacienda supone para todas el acceso a una nueva vida muy lejos del paraíso. En Caracas, donde en un principio confunden la catedral con un trapiche, las montaraces aprenden el significado del dinero y son enviadas al colegio que ha de convertirlas en señoritas distinguidas.

Una obra maestra de la literatura de Nuestra América

Las memorias de Mamá Blanca hilvana los recuerdos de una infancia feliz y coral, y nos deleita con personajes bien burilados y estampas de la Venezuela recién independizada. Seis hermanitas crecen, rodeadas de protector afecto, en un paraíso donde su mirada se impregna por doquier de fértil y sugestiva naturaleza: «*Nuestros juguetes preferidos los fabricábamos nosotras mismas bajo los árboles, con hojas, piedras, agua, frutas verdes, tierra, botellas inútiles y viejas latas de conservas. Al igual de los artistas, sentíamos así la fiebre divina de la creación; y, como los poetas, hallábamos afinidades secretas y concordancias misteriosas entre cosas de apariencias diversas*».

Piedra Azul es un universo de ensueño para las jóvenes protagonistas, y el relato cautiva al lector con el ritmo de su prosa y el placer de una remembranza rebosante de ingenioso humor y ternura. En la sociedad idealizada, sin atisbo de conceptos marxistas, rige una coexistencia armoniosa de las clases sociales, aunque la transformación llame a la puerta en los discursos del tío Juancho o las correrías paramilitares de Vicente «Cochocho». A través de sus experiencias infantiles, la autora nos descubre cómo se tejieron los lazos que la ligaron con su tierra y sus gentes.

Las memorias de Mamá Blanca aportó a las letras latinoamericanas una primera pieza maestra de literatura de

evocación, pero exhibe además un realismo que es amorosa fidelidad a la personalidad múltiple y fascinante de Venezuela. De este modo, preludia la obra narrativa de Rómulo Gallegos, coterráneo y amigo de Teresa, cinco años mayor que ella.

Unos ojos de niña despiertan a un universo encantado por los ritmos y sensaciones de la naturaleza. Teresa de la Parra, elegante mujer de mundo, alcanza su sabiduría mayor en estas páginas memorables, como cuando reconoce: «*Yo creo que el cuerpo suele adornarse con detrimento del espíritu*».

Ocre, de Alfonsina Storni

Publicado en *Rebelión* el 27 de diciembre de 2023

Alfonsina Storni, convertida en leyenda con su muerte trágica, nos invita a buscar el misterio de su vida en sus versos. En ellos, bajo la impronta del modernismo, la vemos evolucionar del romanticismo tardío a la vanguardia, con sentimientos siempre a flor de piel, que no son otros que los del amor desdeñado, la melancolía y la búsqueda de un sentido más allá de los desplantes del mundo. Sus frágiles nervios la atormentaron, y aunque llegó a disfrutar del reconocimiento reservado a unos pocos, no faltaron frustraciones para alimentar la duda.

Suele admitirse que el momento culminante en la producción lírica de Alfonsina Storni corresponde a *Ocre*, que acaba de ser reeditada por Torremozas con una introducción de Luzmaría Jiménez Faro. Se trata de un libro en el que predominan los sonetos y se pone de manifiesto un dominio absoluto de esta composición, difícil y arriesgada. La rara perfección formal de estos poemas se ajusta a un lúcido mensaje de reflexión y crítica social, lo que explica que con el paso del tiempo el poemario no sólo no ha perdido interés, sino que se ha convertido en un clásico.

Mujer poeta en un mundo masculino

Hija de un hombre de negocios inutilizado por el alcohol y una maestra con inquietudes culturales, Alfonsina vivió en su infancia trasiegos y penurias, y buscó refugio pronto en versos que glosaban su tristeza. Nació en 1892 en el cantón suizo de Tizino, y de aquí viajó con los suyos a San Juan y luego a Rosario, donde comenzó a trabajar en el Café Suizo, propiedad de su padre, y tras la ruina de éste de costurera. Alistada en 1907 en una compañía teatral, recorrió durante un año el país, representando obras de Ibsen y Pérez Galdós, entre otros, y después realizó estudios de Magisterio, que culminó en 1911.

Establecida en Buenos Aires, nuestra joven maestra se gana la vida con diversos trabajos, mientras sus versos se abren paso en revistas reputadas, como *Caras y Caretas*, y traba amistad con los escritores José Enrique Rodó, Amado Nervo, José Ingenieros, Horacio Quiroga y Juana de Ibarbourou. En 1912 nace su hijo Alejandro, y en 1916 publica su primer poemario, *La inquietud del rosal*, en el que se refiere desinhibidamente a su condición de madre soltera, aunque recelando de la fama de «inmoral» que le crearía; de hecho le hizo perder su trabajo de oficinista.

En los años siguientes, Alfonsina publica versos que consolidan su prestigio literario. Es la época también de una íntima amistad con Horacio Quiroga, y cuando éste se suicida en 1937, ella le dedica un poema que presagia su propio final: «*Morir como tú, Horacio, en tus cabales,/ Y así como en tus cuentos, no está mal;/ Un rayo a tiempo y se acabó la feria.../ Allá dirán./ Más pudre el miedo, Horacio, que la muerte/ Que a las espaldas va./ Bebiste bien, que luego sonreías.../ Allá dirán*».

Ocre, publicado en 1925, supuso, como decía antes, el punto culminante de la lírica de Alfonsina, que después acusó una influencia mayor de las vanguardias. También publicó relatos breves y en 1927 se estrenó *El amo del mundo*, una pieza teatral en la que plasmó sus ideas y su experiencia sobre las relaciones entre hombres y mujeres. La protagonista de la obra, una madre soltera, no logra conquistar a su amado por los prejuicios de éste, y al fin es la maternidad lo que da sentido a su vida. La pieza fracasó y su autora responsabilizó de ello a director y actores y quedó profundamente frustrada.

En sus últimos años nuestra poeta disfrutó de un merecido reconocimiento, viajó en 1930 y 1934 a Europa, y de todas partes se la llamaba para impartir conferencias y cursos, pero sus nervios y su frágil salud le amargaban la existencia. En 1935 fue operada de un cáncer de mama y la enfermedad le dejó secuelas. Se convirtió entonces en una mujer huraña y le rondaba la idea del suicidio. En torno a la una de la madrugada del 25 de octubre de 1938, en una noche sin luna, Alfonsina abandonó la habitación que ocupaba en una pensión de Mar del Plata y se dirigió a la playa La Perla. La versión romántica dice que se internó lentamente en el mar, pero parece más probable que se arrojara a las aguas desde la escollera en la que se halló uno de sus zapatos. Su entierro en el cementerio de La Recoleta fue una multitudinaria manifestación de dolor popular.

Poemas de amor y desamor

Ocre revela desde su mismo título que, en su autora treintañera, los venenos del amor han destilado ya un poso de reflexión madura y otoñal. La primera parte del libro agrupa cuarenta y cinco sonetos italianos, en alejandrinos o endecasílabos, que muestran a una poeta dominando sus recursos

expresivos y ajustándolos con perfección a las ideas que desarrolla. Se suceden asuntos diversos: recuerdos de infancia y juventud, del amor que enciende el alma, de sus tormentos y del fruto del hijo que justifica todo. No faltan tampoco cavilaciones vestidas de lirismo o de sabia ironía, sobre el misterio de la vida que pasa y la muerte que acecha.

Irrumpe a veces en estos sonetos una naturaleza espléndida, contrapunteando las emociones humanas, y la juventud feliz halla su paisaje en las sierras cordobesas, o el deseo vago e inmaterial en el cielo estrellado. También Buenos Aires está diseccionada, casi mágicamente, en su brumosa tristeza. Sin embargo, las inquietudes de Alfonsina regresan recurrentemente al amor desdeñado, las despedidas odiosas, y el lamento de ser una «mujer mental», una amante demasiado intelectual, siempre postergada. Ése es su leitmotiv.

En los sonetos de *Ocre*, tan impecables en su forma, no encontramos rastro de rigidez cansina, adornos fútiles ni artificio. La palabra se ciñe como un guante al pensamiento, y la expresión es certera y sobria. Estas cualidades colocan a Alfonsina Storni, por derecho propio, en el más selecto club de los grandes maestros de esta composición en castellano, los poquísimos que logran que suene perfectamente acordada y descubren cada vez, infinitas veces, como un juego, la alquimia poderosa de los catorce versos.

La segunda parte del poemario reúne trece fragmentos con formas variadas en las que la célula básica suelen ser cuartetos o serventesios, pero hay una predilección también por las rimas pareadas. En conjunto, los asuntos siguen siendo los mismos de la primera parte, aunque con un tono más informal y jocoso. Hallamos otra vez aquí amonestaciones a los varones y su concepción venatoria del erotismo, muy en la línea del «Hombres necios que acusáis...» de Sor Juana Inés. Hay además agradecimiento por el don de la palabra, que redime, y un poema en el que la mente atormentada busca su refugio en una conciencia nueva, que diluye el deseo y encuentra al fin su paz en el «olvido perenne del mar».

Más allá de la leyenda tejida en torno a ella, Alfonsina Storni nos interpela sobre todo con la música de unos versos en los que supo volcar su vida. Mujer en un mundo demasiado masculino, tuvo que luchar para que se reconociera su talento, y sufrió lo indecible en guerras de afectos con varones altaneros e inconstantes. De esa frustración nacieron muchos de sus poemas, y a través de ellos nos asomamos a los rituales de un mundo canalla que desgraciadamente sigue siendo el nuestro. Su experiencia estaba ceñida a esas coordenadas, pero ella supo trascenderlas con intuiciones profundas, cargadas muchas veces de humor y de ironía.

En *Ocre*, Alfonsina Storni alcanza una perfecta madurez en las ideas y la expresión formal, lo que ha convertido este poemario en un clásico de las letras universales. Inmune al tiempo, ésta es una de esas raras obras capaces de construir con palabras una belleza destinada a ser gozo y libertad para todos.

El juguete rabioso, de Roberto Arlt: ritual de iniciación

Publicado en *Rebelión* el 14 de mayo de 2020

Roberto Arlt ha quedado en la historia de la literatura como una *rara avis* de aquella era de creación prodigiosa que fueron las primeras décadas del siglo XX. Las obras que nos legó están marcadas por una feroz originalidad que en su momento hizo torcer el gesto a los críticos más repulidos, pero ha cautivado siempre a los lectores y ha terminado por imponer su encanto indómito y salvaje. No deja de triunfar Arlt porque fue un maestro a la hora de hacer literatura con sus obsesiones y se mantuvo fiel al compromiso de dibujar los desolados paisajes del alma de nuestro tiempo. Muy de agradecer es esto en un siglo dominado por el artificio.

Hijo de emigrantes centroeuropeos con escasos medios de fortuna, Roberto Emilio Godofredo Arlt nació el 26 de abril de 1900 en el bonaerense barrio de Flores. Con dieciséis años escapa ya de casa huyendo del trato que le daba su padre y se emplea en oficios diversos hasta que al fin se decide por el periodismo y la literatura. La primera de sus novelas, *El juguete rabioso* (1926), acaba de ser incorporada al catálogo de Dyskolo, que ya había reeditado las dos siguientes: *Los siete locos* (1929) y *Los lanzallamas* (1931). Arlt es autor también de otra novela, *El amor brujo* (1932), de gran cantidad de cuentos, de los que aparecieron dos colecciones durante su vida: *El jorobadito* (1933) y *El criador de gorilas* (1941), de numerosas piezas periodísticas que bautizó como aguafuertes y han sido recogidas en varios volúmenes y de ocho obras dramáticas. Roberto Arlt falleció de un ataque al corazón en Buenos Aires en julio de 1942.

Primera novela: la costosa integración en el infierno social

El juguete rabioso, en la que se reconocen rasgos autobiográficos, tomó forma durante los años 20 en las sierras de Córdoba por donde el autor acompañaba a su primera mujer, Carmen Antinucci, enferma de tuberculosis (moriría en 1940). De regreso a la capital, Arlt, ligado por entonces a la tertulia de Boedo, abanderada de una literatura con conciencia social, propuso el texto a la editorial del grupo, Claridad, pero éste fue rechazado por Elías Castelnuovo. A Ricardo Güiraldes, sin embargo, de quien Arlt se había hecho secretario en el ínterin, el proyecto le gustó, con lo que le animó a seguir buscando, pero le sugirió cambiar el títu-

lo que había escogido: *La vida puerca*, demasiado áspero. A él va dedicada la novela cuando al fin la publica la editorial Latina.

Silvio Drodman Astier, protagonista narrador, se nos presenta en el primer capítulo, «Los ladrones», como un adolescente amante de la lectura y que sueña con ser inventor. Vive con su madre y su hermana en un barrio popular de Buenos Aires, e influido por la literatura bandoleresca que cae en sus manos y ansioso de sobresalir y superar el ambiente opresivo que lo rodea, funda con dos compinches una banda: «Los caballeros de la media noche», que lleva a cabo pequeños hurtos. Sin embargo, los riesgos y sobresaltos del oficio lo desaniman y la compañía se disuelve.

«Los trabajos y los días», segundo capítulo, nos cuenta cómo la penuria familiar obliga a Silvio, tras cumplir quince años, a emplearse de dependiente en una librería de viejo. Allí vive con su patrono, la esposa de éste y otro sirviente, sufriendo mezquindades y humillaciones que se le hacen insoportables: «*Una sensación de asco empezó a "encorajinar" mi vida dentro de aquel antro, rodeado de esa gente que no vomitaba más que palabras de ganancia o ferocidad. Me contagiaron el odio que a ellos les crispaba las jetas y momentos hubo en que percibí dentro de la caja de mi cráneo, una neblina roja que se movía con lentitud*». La rabia acumulada lo lleva a tratar de quemar la tienda, pero no logra su objetivo y deja el trabajo.

En «El juguete rabioso», tercer capítulo, Silvio, de regreso con su familia, rebosa de felicidad cuando sus conocimientos de física hacen que sea admitido como aprendiz de mecánico en la Escuela Militar de Aviación. Sin embargo, en breve es dado de baja y el director lo despide diciéndole: «*Aquí no necesitamos personas inteligentes, sino brutos para el trabajo*». Silvio apenado por el disgusto que se van a llevar su madre y su hermana, va a dormir a un hotel, y allí es solicitado por un travestido al que rechaza. Asqueado de su triste vida, compra un revolver y trata de suicidarse, pero la pistola no dispara.

Transcurrido algún tiempo, en el cuarto capítulo: «Judas Iscariote», el protagonista nos relata sus experiencias como corredor de papel. No tarda en conseguir una cartera de clientes recorriendo los barrios de la capital y nos instruye en las artes y sinsabores del oficio. Entonces se hace amigo del Rengo, un pícaro jaranero, cuidador de carros con «*cascabeles de ladrón*», que lo entretiene con historias «*monótonas, oscuras y sanguinosas*» de su niñez en Caballito. Cuando el Rengo le propone que sea su cómplice en un robo bien planeado en la casa del ingeniero donde su novia trabaja de sirvienta, Silvio decide delatarlo, plenamente consciente de la canallada.

La edición de Dyskolo incluye en un apéndice «El poeta parroquial», texto publicado en la revista *Proa* en marzo de 1925 como anticipo de la novela, pero que fue excluido de la versión definitiva. En él, Silvio aparece como un escritor novel, algo que no se sugiere en ningún momento de la obra, y se narra la visita que él y un amigo realizan a un poeta de cierto renombre.

Perversión alimentada literariamente

El leitmotiv principal de *El juguete rabioso* es el lamento de su autor contra su pobreza y su impotencia para salir de ella, que se expresaban en el título inicialmente previsto: «*¡Ah, es menester saber las miserias de esta vida puerca, comer el hígado que en la carnicería se pide para el gato, y acostarse temprano para no gastar el petróleo de la lámpara!*». Desde estas privaciones, las perspectivas del mundo burgués encorajinan al infeliz: «*Pensé en que yo nunca sería como ellos... nunca viviría en una casa hermosa y tendría una novia de la aristocracia. Todo el corazón se me empequeñeció de envidia y congoja*». Silvio no ve la forma de progresar: «*¿Saldría yo alguna vez de mi ínfima condición social, podría convertirme algún día en un señor, dejar de ser el muchacho que se ofrece para cualquier trabajo?*».

El segundo leitmotiv que se escucha a lo largo de toda la obra lo componen las acotaciones literarias con las que el autor apuntala sus reflexiones. Así, no es de extrañar que su miseria le haga envidiar más que nada la grandeza superior del intelecto, encarnada en inventores y poetas: «*Algunas veces en la noche, yo pensaba en la belleza con que los poetas estremecieron al mundo, y todo el corazón se me anegaba de pena como una boca con un grito*». La triste conclusión de Silvio es que cualquier cosa es mejor que la vida a la que lo han condenado, y es entonces cuando el crimen se le aparece como la única opción que puede librarlo de la rutina insoportable. Estamos acostumbrados a narradores siempre diestros a la hora de justificar sus actos y teñirlos con un halo de pureza, pero enseguida nos damos cuenta de que con Arlt es diferente. Él nos expone sus pasiones sin ninguna elaboración edulcorante, aunque arropadas, eso sí, con referencias literarias.

El juguete rabioso puede entenderse como una novela de iniciación en la que Astier-Arlt nos descubre las cuatro etapas de su aprendizaje y su integración en la sociedad. En cada una de ellas, la transgresión resulta ser la única forma de superar una existencia dolorosa y vacía, marcada por la exclusión. Las tres primeras lecciones-capítulos se saldan con fracasos en sus intentos —robo, incendio y suicidio, respectivamente—, y el éxito se alcanza sólo en la cuarta, a través de un comportamiento que, aunque aceptado socialmente, es una auténtica infamia. En ese momento, la palanca que arrastrará al protagonista a la decisión salvaje con la que marcará su vida la mueve su héroe y mentor a lo largo de la obra, al asesino y ladrón Rocambole, personaje de los folletines de Ponson du Terrail que devoraba con fruición cuando era niño. Él marcará el camino y Silvio no dudará

en traicionar a su amigo, porque en un mundo carente de moral, sólo la literatura se constituye en oráculo.

De esta forma, tras los escarceos fallidos de los primeros capítulos, éste final simboliza ni más ni menos que la reconciliación del hijo pródigo con el envenenado tejido social, compromiso sellado con un crimen horrendo. *El juguete rabioso* del título tal vez sea ese individuo humillado, ese don nadie que se rebela contra la miseria que lo estrangula sólo para quedar marcado como infame para el resto de sus días, aunque, eso sí, con una perversión de profunda raigambre literaria. Con estas historias, Arlt avanzaba en el objetivo que confesó en el prólogo de *Los lanzallamas*: escribir «*en rigurosa soledad libros que encierran la violencia de un "cross" a la mandíbula*». Se trataba de que la aberración narrada exhibiera lo que el consenso de la época desdibujaba.

Hay que decir sin embargo que Roberto Arlt irá modificando las estrategias de su arte a lo largo del tiempo. Así, en textos posteriores, por ejemplo en sus cuentos de ambiente oriental, se ve surgir una obsesión por la justicia, el castigo de la iniquidad y la necesidad de reparaciones que incluyen las venganzas más sangrientas. Parece llegar nuestro autor por entonces al convencimiento de que el escritor debe actuar expresamente en sus obras como un paladín de los humillados y ofendidos, como un creador de mundos imbuido del deber de reflejar en ellas lo que exige la dignidad humana.

Genio y enigma de Ciro Alegría

Publicado en *Rebelión* el 24 de octubre de 2006

Descubrir a un autor que se une al grupo de los que más estimamos suele dejar detalles grabados en la memoria. Así, recuerdo que al hojear un ejemplar de *La serpiente de oro* en una librería de viejo hace bastantes años, lo que me sedujo sobre todo fue el grabado de Silvio Baldessari que ilustraba la portada. No pensé entonces que el interior pudiera superar aquel sobrio diseño de troncos y cumbres recortadas a la orilla de un río, pero compré el libro y lo leí. Recorrer su prosa intensa, profundamente humana e impregnada a la vez de la más fiera naturaleza fue una sorpresa de las que ocurren muy pocas veces. *La serpiente de oro* es una crónica lírica y exacta de las gentes de Calemar, en la orilla del Marañón, balseros en lucha cada día con la fuerza implacable del río. Los ritmos de éste marcan el quehacer de los hombres, y sus penas y gozos giran alrededor de la gran corriente espumante.

Fui buscando las otras novelas de Ciro Alegría y así llegué a leer *Los perros hambrientos* poco después, también en la edición de Losada. Si en la primera novela el protagonista era el gran río, en el segundo lo es una hambruna que se abate sobre los Andes, ensañándose por igual con hombres y animales. De nuevo, una prosa soberbia es el vehículo para hacernos sentir las zozobras de todos los seres que esperan la lluvia redentora, hombres, perros, ovejas y vacas unidos y hermanados en la tragedia.

Con pocos autores nos sucede que las obras suyas que vamos leyendo nos parezcan igualmente admirables y formen como una cadena sin ningún eslabón débil. Ciro Alegría se incorporaba al reducido grupo. Y me quedaba todavía su novela más larga y ambiciosa, la que le hizo ser conocido internacionalmente, *El mundo es ancho y ajeno*. Al acabar de leer por vez primera este largo relato quedé convencido de que estaba realmente ante el autor fundamental que muchos han señalado, el escritor que en su momento había marcado un camino para la narrativa en español de América. La lucha entra la comunidad india y la poderosa hacienda que trata de absorberla y destruirla tiene un carácter épico y es en realidad una metáfora genial de la historia de aquellas tierras. Personajes inolvidables, magistralmente trazados, componen la comunidad que se enfrenta a lo inevitable, y es la suya una contienda universal en la que es imposible no tomar partido.

Para quien quiera conocer a Ciro Alegría resulta imprescindible también la lectura de sus memorias: *Mucha suerte con harto palo* (Losada, 1976), recopiladas por su viuda Dora Varona después de la muerte del escritor. Asistimos allí a su nacimiento en 1909 en una familia de hacendados en el corazón de los Andes del norte del Perú, a sus juegos y esperanzas de niño y a sus tempranos estudios en Trujillo, donde tiene por maestro a un jovencísimo César Vallejo; sus recuerdos del gran poeta tienen un enorme interés. Estudia después en Cajabamba, y de nuevo en Trujillo, donde nace su vocación literaria y comienzan sus trabajos periodísticos y su colaboración con el APRA. Participa en un intento revolucionario en 1931 y es detenido y torturado. En 1932, tras nuevas luchas, se ve obligado a huir y recorre la región del Marañón, entre cuyas gentes germina la idea de *La serpiente de oro*. Capturado al fin, está a punto de ser fusilado, y en noviembre de 1932 es trasladado a la penitenciaría de Lima con una condena de diez años de prisión. Liberado en 1933, trabaja de periodista en Lima y en 1934 es deportado a Chile, donde publica *La serpiente de oro* el año siguiente.

Dice en sus memorias Ciro Alegría que *Los perros hambrientos* nació de una lucha por la vida en un sentido estrictamente biológico. Convaleciente de una grave enfermedad, sufre una pleuresía que, al complicarse con una embolia, lo deja ciego y con medio cuerpo paralizado. Su recuperación es lenta: «*Me olvidaba frecuentemente de las palabras. Sabía que en alguna latitud del idioma existía el vocablo busca-*

do, pero no atinaba a dar con él. (...) Cuando lo encontraba tenía la impresión de haber encontrado un viejo amigo». En este regreso a la vida el médico que le atiende le dice que escribir puede ser una buena terapia para recuperar el funcionamiento normal del cerebro. Así, los ladridos de los perros en el pinar que rodea el sanatorio se mezclan con recuerdos de su niñez andina para echar a andar una historia en la que los canes son los primeros protagonistas y a la que luego se van incorporando los hombres. *Los perros hambrientos* obtiene el premio Zig-Zag y es publicada en Chile en 1939.

La génesis de *El mundo es ancho y ajeno*, la obra mayor de Ciro Alegría, contiene en sí ya una historia interesante. Convocado un premio por la editorial Farrar and Rinehart de Nueva York para novelas de toda Hispanoamérica, un grupo de admiradores le anima a que se presente, y con el fin de proveer a su subsistencia durante el tiempo que dure el trabajo, le dan una subvención mensual para descargarle de los trabajos de traducción y periodísticos con los que se las arreglaba para subsistir en su destierro chileno. De esta forma y en unos meses de trabajo febril, consigue preparar el original que recibe el premio correspondiente a 1942.

Se produce entonces una gran mutación en la vida de Ciro Alegría. Para el oscuro escritor llegan el éxito y el reconocimiento, las traducciones a otras lenguas y las invitaciones de las universidades. Así se convierte en uno de los referentes fundamentales de una nueva literatura que empieza a abrirse camino en América, comprometida y brillante, indigenista y clásica a la vez, que es ampliamente elogiada por la crítica.

La vida de Ciro Alegría que se desgrana en sus memorias a partir de este momento es la de otro personaje, es la vida de un gran escritor, pero triste y paradójicamente, la de un gran escritor que desde ese momento deja de producir los relatos magistrales que marcaron su etapa anterior. A partir de entonces, publica sólo obras menores, algunas colecciones de cuentos, como *Duelo de caballeros* (Losada, 1965), y la novela corta *Siempre hay caminos*, editada póstumamente junto a otras narraciones breves por Universo (Lima) en 1969. Una gran novela en la que trabaja todo este tiempo, *Lázaro*, queda inconclusa a su muerte, aunque un fragmento de ella es publicado por Dora Varona en 1973 en Losada. *Lázaro* quiso ser, alejándose del ambiente rural de sus otros libros, un gran documento de las luchas sindicales y revolucionarias en el Perú urbano; era un gran proyecto que se desarrollaba con lentitud y que la muerte interrumpió. Ciro comenta en un texto de 1947 recogido en sus memorias: «*Esa facilidad según la cual escribí, por ejemplo, el capítulo "Sangre de caucherías" en un día se me ha esfumado. Cada día estoy más descontento de mi trabajo, rehago y corrijo, enfoco de diez maneras un mismo tema, y por último lo abandono. Ésta ha sido una de las angustias de los últimos años. Así tengo tres novelas comenzadas y no sé cuándo las terminaré*».

Mucha suerte con harto palo nos deja entrever muchos aspectos de esta segunda existencia de Ciro Alegría. Describe allí su vida y trabajos periodísticos y literarios en los Estados Unidos: «*En el año 45 entré a trabajar en la Metro Goldwyn, en el doblaje. Traducía y doblaba una película por mes. Ese es un trabajo fuerte. Fuera de las películas, escribía una columna semanal para Overseas News Agency, un artículo semanal para la revista* Norte *y hacía traducciones para la revista* Selecciones*. A veces traducía también anuncios. Cualquier cosa hacía. Nunca he trabajado tanto en mi vida*». Desde 1949 a 1953 vive en Puerto Rico, donde conoce al «hipersensible» Juan Ramón Jiménez, del que cuenta alguna anécdota sabrosa.

Hay también en las memorias de Ciro Alegría reflexiones sobre la realidad de América Latina y Europa, y crónicas de viajes y estancias en México y Cuba, donde vive los días de la revolución. Después de ésta se establece definitivamente en Perú en 1960, participa en la vida política en el partido Acción Popular y es elegido diputado en 1963. Su delicada salud le obliga a huir de Lima para residir en Chaclacayo, donde fallece en 1967. La crónica de sus relaciones con escritores como Waldo Frank, Gabriela Mistral, Alfonso Reyes, Jorge Luis Borges, John Dos Passos o José María Arguedas que se recoge en el libro es imprescindible para comprender el ambiente literario e intelectual de aquella época.

Quien no haya leído las tres obras mayores de Ciro Alegría se pierde ciertamente mucho de la mejor literatura americana, ésa que enraíza en la dura y luminosa realidad de sus gentes y en su naturaleza prodigiosa. Son tres libros complementarios que siguen brillando indiscutibles entre las más altas cimas de la novela del siglo XX, relatos geniales de un gran escritor desconocido que paradójicamente al alcanzar el reconocimiento y el éxito dejó de producir obras de tal envergadura.

Los subterráneos de la libertad: el realismo socialista de Jorge Amado

Publicado en *Literaturas.com* el 20 de diciembre de 2013

Corre el año 1948. Jorge Amado, escritor brasileño y militante comunista, es arrojado al exilio por la dictadura que ha ilegalizado su partido. Detrás queda una historia de cárceles, represiones y otros exilios en Argentina y Uruguay, y también su elección en 1945 como miembro de la Asamblea Nacional Constituyente por el Partido Comunista Brasileño (PCB) y varios años de trabajo legislativo en el

Parlamento. Jorge Amado es autor ya en ese momento de una obra novelística rica de valor literario y compromiso con sus compatriotas más desfavorecidos, con títulos como *Cacao* (1933), *Jubiabá* (1935) o *Capitanes de arena* (1937). En 1950 se instala en Chequia y en poco tiempo el Partido Comunista le encarga una obra centrada en la historia reciente de Brasil y que se adapte a los principios del realismo socialista. El texto, escrito entre 1952 y 1953, y en su mayor parte en el palacio de Dobris, sede de la Unión de Escritores Checoslovacos, ve la luz en 1954 y lleva por título *Los subterráneos de la libertad*. Es una trilogía cuyos volúmenes comparten personajes e hilos narrativos enmarcados en los comienzos del Estado Novo, el régimen de Getúlio Vargas en Brasil, entre 1937 y 1940. Los subterráneos de la libertad a los que hace alusión el título de la trilogía son ese espacio secreto y precioso en que germina la idea emancipadora y comienza su expansión. En el primer volumen se nos explica esto a través de la imagen de los dos hombres que atienden una vieja imprenta del partido en São Paulo. Son estos, el viejo Orestes un anciano de pelo blanco de origen italiano y anarquista, y un joven, casi un adolescente, Jofre Ramos, marinero condenado por una revuelta e impresor. Los dos unidos en su trabajo ejemplifican mejor que nada esos subterráneos de la libertad en lucha por abrir la conciencia dormida del pueblo.

Fiel de forma extrema a los principios del realismo socialista, la obra disecciona la sociedad brasileña con una mentalidad maniquea. De un lado están los explotadores en los que todo está podrido y que se mueven sólo por intereses primarios: sexo, lujo, comida, poder... Por otra parte están los estalinistas que resultan, por el contrario, paradigmas de altruismo y desinterés tallados en granito. En ellos todo es noble y hermoso. Es característico también que otras tendencias izquierdistas, como la socialdemocracia o el trotskismo, sean presentadas siempre como ridículas y alejadas de la realidad, o como simple cristalización de intereses espurios. Jorge Amado había recibido en 1951 el premio Stalin de la paz y ese mismo año publicó también *O mundo da paz*, con impresiones de viajes por distintas repúblicas socialistas y donde hay encendidos elogios a Stalin, presentado como el mayor genio de la historia humana: «*aquilo que de melhor a humanidade produziu*».

Hay que decir que *Los subterráneos de la libertad* fue concebida como un proyecto más amplio que seguiría tras las tres primeras entregas. No obstante, tras su regreso a Brasil en 1952, y sobre todo tras el XX Congreso del PCUS (1956) en el que Nikita Jruschov inicia una demoledora crítica del estalinismo, Jorge Amado comprende bien en qué lío se ha metido. Su obra narrativa da un espectacular giro entonces y en 1958 aparece ya *Gabriela, clavo y canela*, una de sus mejores novelas, genial de sensualidad, psicología, prosa, humor y estructura narrativa, y completamente alejada de cualquier compromiso político. *O mundo da paz* no será nunca reeditado ni traducido, aunque no así *Los subterráneos de la libertad*, de los que por ejemplo la versión española aparece en 1980 (Editorial Bruguera, trad. de Basilio Losada). Son libros, sin embargo, descatalogados hace tiempo, por lo que al final de este artículo, tras tratar de sintetizar las características principales de la obra, se presenta también una sinopsis de las novelas que integran la trilogía.

¿Realismo socialista?

Si algo se puede decir contra aquel modelo de arte llamado «realismo socialista», que se predicó a nivel mundial y el gran inquisidor Andréi Zhdánov impuso a sangre y fuego en la URSS, es que tiene poco de realismo y menos de socialista. Tiene poco de realismo porque con esa consigna que enarbola de fundir los caracteres proletarios en un molde heroico veta cualquier intento de mostrar en su variada realidad la psicología de las clases explotadas. Y tiene menos de socialista porque con su acrítica fidelidad al modelo «socialista» de la URSS se aleja necesariamente de cualquier intento emancipador humanista y antiautoritario. Estamos pues ante un arte con unas hormas tan ceñidas y rígidas que milagro será que no lo estrangulen.

El caso de *Los subterráneos de la libertad* es paradigmático en este sentido. Jorge Amado, que siempre fue un genio en la pintura de matices y gradaciones, se ve obligado aquí a usar una brocha, y a brochazos ha de pintar la abnegación de los militantes obreros y la alegría que los posee en las circunstancias más adversas. Cada poco es preciso recordar al lector que esta alegría es debida a la certidumbre de estar embarcados en una nave insumergible que pilota con pulso firme desde el Kremlin el camarada Stalin, el hombre más sabio y abnegado que han conocido los tiempos. A brochazos se han de describir las disidencias que surgen en el seno de esa izquierda demasiado humana que lucha contra la explotación, y no es concebible de ese modo que los motivos que mueven a trotskistas o socialdemócratas sean otros que una crasa ignorancia o intereses venales. A brochazos, por fin, debe dibujarse una burguesía en la que el lector sólo acierta a ver caretas de los instintos más básicos y brutales.

Los dos mundos enfrentados tienen algo en común. Están habitados por seres humanos. Amor, sexo, amistad, música, literatura, pintura, cine... se desarrollarán sin duda en uno y en otro. Es notable cómo para cualquiera de estos elementos encontramos siempre una polarización en los dos mundos entre visiones antitéticas. Lo que hallamos en el proletariado que milita en el partido es siempre noble y desinteresado, pura solidaridad humana en su estado más puro, aunque no es exactamente un espíritu de secta porque su deseo es hacerse extensivo a todos los seres humanos. Lo que impera en el otro lado es la imagen invertida de esto;

el egoísmo y la codicia lo invaden todo. Éste es el método que predicaban los maestros del realismo socialista y con él pretendían educar a las masas en los valores del comunismo. Las masas se durmieron de puro aburrimiento y cuando despertaron el capitalismo estaba ahí otra vez, insaciable y destructor como siempre. Volveremos sobre esto.

Los superhombres

Si la clase obrera concienciada y encuadrada en el partido es siempre un dechado de virtudes, capítulo aparte merecen sus dirigentes. Hay que señalar para empezar que hay algo misterioso en su propia esencia y existencia. ¿Quiénes son? ¿De dónde vienen? ¿Por qué están ahí? Para los que estamos convencidos de esa idea tan vieja de que la liberación de los explotados será obra de ellos mismos o no será, estas preguntas son ciertamente cruciales. En ningún sitio hay nada que apunte hacia la idea de que estos líderes surgen de la inquietud y los afanes de la propia masa proletaria. Cualquier idea de democracia obrera parece vedada o simplemente no existe. Todo parece desarrollarse exactamente al revés. Seres providenciales son enviados desde arriba, todos sabemos ya desde dónde, para redimir al proletariado de su triste condición.

Y estos seres son ciertamente especiales. En ellos los caracteres positivos que en ocasiones alumbran la especie humana y el realismo socialista muestra que se concentran en sectores muy concretos del proletariado, brillan hasta extremos inconcebibles. No es sólo la inteligencia clara, la voluntad imperiosa, la infinita capacidad de trabajo, lo más sorprendente en ellos es que destacan también en aspectos que podrían parecernos muy ajenos a su existencia: ciencia, filosofía, técnica, arte... Ellos dan lecciones de arquitectura a Marcos de Sousa, y de arte a quien se les ponga por delante. En una escena al final de *Luz en el túnel*, Vitor le da a Marcos un consejo que es casi es una orden (acaba de entrar en el partido por entonces): si quiere ayudar a Manuela a desarrollar sus ideas de un ballet nacional brasileiro, lo que tiene que hacer es «*leerse de cabo a rabo a Lenin y Stalin*».

Los personajes

Ciertamente, Jorge Amado no deja de ser Jorge Amado porque le cuenten una milonga y se la crea. En muchos personajes del libro se pueden reconocer rasgos que no desmerecen en el autor que dio vida al sirio Nacib y la mulata Gabriela. Personajes femeninos sobre todo: Manuela con su belleza casi como una maldición y una vocación a cuestas que al fin consigue desarrollar al tiempo que crece en ella la conciencia política. Marieta, enferma de hastío y de dinero, viajando como una muñeca de los brazos de Paulo a los del gringo Teodor Grant, cuando su amo y señor le aprieta las clavijas. O la comendadora de Torre, viejo estafermo que ejemplifica mejor que nada el alma podrida del capitalismo; su avidez increpa a los políticos y llena de sangre obrera las calles y todo para que unas sobrinas casi inexistentes hereden sus millones, y con ellas el estirado Paulo y Lucas, el escalador.

Este último rompe una constante de las novelas: los de abajo y los de arriba no se mezclan. Lucas Puccini es el único que consigue colarse en la nave de los privilegios. Y el relato de su ascenso está escrito a conciencia desde la magistral escena inicial en el parque de atracciones que lo encarrila todo en el libro. Es allí donde Paulo conoce a Manuela y se enamora de ella, y donde Lucas se encuentra con su viejo conocido Eusebio Lima, que le abre las puertas del Ministerio de Trabajo. Desde allí su inteligencia y su codicia no hacen más que trabajar para hacerlo en los momentos finales casi un igual de Costa Vale.

El otro personaje que engarza los dos mundos del libro es Marcos de Sousa. Y puede ser también su reverso, pues si Lucas asciende en la pirámide social ávido de riqueza y poder, Marcos de Sousa desciende hasta sus mismas mazmorras como pago por desarrollar un compromiso ético con los que no tienen nada más que el trabajo con el que los explotan. O deberíamos decir más bien que Lucas desciende y es Marcos en realidad el que asciende. Lo terrible entonces es que esperando en el vértice de la pirámide está nada menos que el montañés del Kremlin. Marcos es el único personaje que habita los dos mundos del libro y su elección, o más bien toda una cadena de decisiones casi heroicas que toma: ir al entierro del obrero asesinado, dirigir *Perspectivas*, negarse a trabajar para Costa Vale en sus proyectos de la selva, ingresar en el partido... van definiendo a todo lo largo de las novelas una opción ética que lo transforma y le da la paz consigo mismo.

En el campo revolucionario, el retrato más notable es sin duda el del gigante Gonçalão. En él, el alejamiento de los centros de decisión, unido al marco geográfico y las circunstancias que se ve obligado a enfrentar, y a una fortaleza de carácter y recursos que ya están reflejadas en su propio aspecto físico, acaban trazando una figura épica perfectamente lograda en la que se percibe nítidamente la dimensión humanista y liberadora del mensaje revolucionario.

Personas reales tras los personajes de la trilogía

Tal vez la identificación más sencilla de todas las que propone el libro es la de Marcos de Sousa con Oscar Niemeyer, pero muchas otras se han comentado. Cicero d'Almeida está basado en el historiador marxista Caio Prado Jr., y Hermes Rosende en el sociólogo Gilberto Freyre. Por su parte, el histriónico, cínico y mantecoso Shopel está en deuda con un notable poeta modernista de la época, Augusto Frederico Schmidt. En el otro campo, también se han señalado inspiraciones. Vitor sería así Diogenes de Arruda; Apolinário Rodrigues, Apolônio de Carvalho, héroe de

la intentona comunista de 1935; Carlos, Carlos Marighella y Gonçalão, Jose Martins. También hay conexiones en los lugares: en la región de Rio Salgado en Mato Grosso se ha querido ver la de Rio Doce en Minas Gerais.

Una de las relaciones más transparentes, pero también la más oscura, es la de Abelardo Saquila con el periodista Hermínio Sacchetta (1909-1982), que protestó del retrato que de él se hacía en un artículo de 1954: *Jorge Amado e as porões da decência*. El texto de éste puede consultarse libremente en la biblioteca virtual del *Arquivo Marxista na Internet*. A diferencia de Amado, Sacchetta mantuvo su activismo en partidos de izquierdas hasta el final de sus días, y en 1969, en momentos críticos de lucha contra la dictadura, su coraje fue decisivo para la divulgación de un manifiesto de su enemigo irreconciliable en las novelas, Carlos Marighella. Es esclarecedora la lectura del capítulo correspondiente a estos hechos en *Combate nas Trevas - A Esquerda Brasileira: das Ilusões Perdidas à Luta Armada* (1987) del historiador brasileño Jacob Gorender.

El momento histórico

La época elegida para el desarrollo de la acción es especialmente compleja incluso en un marco como el del siglo XX. Entre 1937 y 1940 se extienden por todo el mundo conflictos como nubarrones precursores de la gran tormenta que se avecinaba. En muchos lugares, además, el fascismo atenazaba evidenciando el miedo de la burguesía ante un comunismo que no era tal pero por lo visto lo parecía. Muchos de estos conflictos se reflejan en la novela y como no podía ser de otra forma la presentación que se hace de ellos sigue la más pura ortodoxia estalinista. Uno de los momentos más delicados es sin duda aquel agosto de 1939 en que Viacheslav Mólotov y Joachim von Ribbentrop firman en Moscú un tratado en el que la URSS y el III Reich se aprestan a colaborar y se reparten amistosamente la Europa oriental. Estos hechos produjeron una conmoción en todos los que se alineaban hasta ese momento a favor de la URSS, y esto aparece reflejado en *Luz en el túnel*. No obstante, ver cómo Marcos de Sousa comulga aliviado y contrito con la pesada oblea tras su conversación con el Rubio —situación probablemente nada imaginaria— pone muy en cuestión que la especie biológica a la que pertenecemos merezca el nombre científico que ella misma se ha otorgado.

¿Por qué?

La historia es a veces como el conocido juego de la oca. No se sabe qué pasa y uno se encuentra de repente con que ha retrocedido un montón de años-casillas. Y volver a empezar... El momento actual nos da un buen ejemplo de esto cuando vemos llenarse las plazas de gentes bienintencionadas que tratan de buscar una solución para un capitalismo desbocado que amenaza destruirlo todo. La masa humana no tiene dónde ir, porque todo está podrido, y va a la plaza, a encontrarse consigo misma... Es necesario volver al principio. Tal vez habría que fundar otra vez la Primera Internacional y organizar la lucha obrera. El problema del siglo XX es que se hicieron muchas cosas y casi todas mal. Se me dirá que hubo otros siglos igual de sangrientos. Sí, pero el problema es que nunca se había asesinado y mentido tanto con los más nobles ideales por bandera, con el fin de liberar al ser humano de la explotación por otros seres humanos, nada menos. Es en el siglo XX cuando la mentira que todo lo posee, la mentira en la que nadamos como pez en el agua, infecta y contamina lo más sagrado, el refugio de los sueños más nobles. La trilogía *Los subterráneos de la libertad* es un documento precioso para ver cómo ocurrió esto.

1. *Los ásperos tiempos*

Los ásperos tiempos es el primer volumen de la trilogía y comienza a finales de octubre de 1937 cuando Getúlio Vargas y los integralistas (fascistas *sui generis* brasileños) preparaban un golpe de Estado. El diputado Artur Carneiro Macedo da Rocha, vástago de una de las más antiguas familias paulistas, vive días duros entre las solicitaciones comunistas para formar un frente anti-Vargas y el escándalo provocado en Bogotá por Paulo, su hijo, diplomático allí, que ha sido hábilmente explotado por la prensa enemiga. Rápidamente conocemos a personajes importantes, como José Costa Vale, un banquero que regresa de Europa lleno de admiración por Hitler; su mujer, Marieta, tan hermosa a sus cuarenta y tres años, íntima amiga de Artur (y nada más); o César Guilherme Shopel, el poeta mulato y obeso vendido al poder. En las altas esferas del dinero se espera el golpe fascista que meterá en vereda a los comunistas, como ha hecho Hitler en Alemania. Vemos como se suman adhesiones y se concretan planes.

Marieta y Artur fueron protagonistas, hace veinticinco años, de un idilio que marcó sus vidas. Artur fue el responsable de la ruptura, que le permitió casarse con la hija del gobernador del estado y comenzar una brillante carrera política. Ella sufrió lo indecible y al fin decidió hacer lo propio con Costa Vale, el banquero. Ahora está enamorada de Paulo, en el que ve a su padre hace un cuarto de siglo, mientras la comendadora de Torre, prostituta y tendera antaño, y hoy viuda y millonaria, lo quiere para una de sus sobrinas. Marieta sufre. En una conversación íntima entre Artur y Costa Vale salen a relucir las complejas conexiones internacionales. USA y Alemania son los poderes emergentes y apoyan el golpe, Costa Vale está con ellos y trata de convencer a Artur, algo más liberal, de que no se ponga en su camino.

Pronto conocemos a personas en el otro extremo del espectro social. Mariana de Azevedo es una joven obrera comunista que celebra su veintidós cumpleaños recordando a su padre, fallecido recientemente, que la introdujo en la lu-

cha política. Mariana trabajaba en una fábrica de la comendadora, pero ha sido despedida. Un día se atrevió a rechazar el empleo de ama de llaves que la patrona le ofrecía. Ahora dedica su vida al partido y trabaja en la consulta de Sabino, un médico simpatizante. Su contacto es pronto el mismo João que trataba en vano de atraer a Artur a su frente anti-Vargas, joven nervioso de gran talento. Un día conoce también al teniente Apolinário Rodrigues, héroe de la derrota de 1935, que parte para España a luchar con las Brigadas Internacionales.

El escenario cambia y se nos presenta a Paulo recién aterrizado en São Paulo. En un parque de atracciones conoce a Manuela Puccini, una joven de extraordinaria hermosura que lo visita con su familia: los abuelos, su hermano Lucas, la tía Ernestina y sus sobrinos. Paulo tiene una personalidad compleja y es un eterno diletante; vive desde niño en la sociedad más encumbrada y sólo teme la pobreza. Sus intenciones de momento son encontrar una amante inocente que dé emoción erótica a su vida y una mujer rica con la que matrimoniar. Ese mismo día y en el mismo parque, Lucas, el hermano de Manuela, se encuentra con Eusebio Lima, un viejo amigo que le ofrece un buen puesto en el Ministerio de Trabajo.

El segundo capítulo arranca con el golpe de Getúlio Vargas, que coge a Apolinário entrando en Uruguay. Se prohíben los partidos políticos y se proclama una Constitución basada en las de Mussolini y Salazar. El nuevo régimen se autodenomina Estado Novo y se define como una democracia autoritaria. Conversaciones de Artur nos muestran los entresijos del *Putsch*, con complicados equilibrios entre los partidarios de Hitler (integralistas) y de los Estados Unidos (el propio Getúlio). Costa Vale tiene planes ambiciosos: explotar la región de Rio Salgado, en Mato Grosso, un trozo de selva que esconde preciosos yacimientos de manganeso. En Europa ha sabido del interés de los alemanes en ella, pero también conoce el de los norteamericanos. El dilema es en quién apoyarse económicamente. Su talento le aconseja no apresurarse. Empezará con su propio dinero y el de amigos brasileños como la comendadora. Una campaña de prensa patriótica puede ser muy útil ahora tras el golpe. Esperar y ver.

Los escenarios se entrecruzan. Paulo corteja a Manuela mientras Lucas comienza una prometedora carrera en los sindicatos amarillos adictos a Getúlio. Shopel y Paulo se divierten construyendo destinos. Ahora juegan con el de Manuela. Tal vez hagan de ella una bailarina famosa. Tienen poder para eso y más. Costa Vale propone a Shopel la dirección de su gran proyecto. El poeta sueña y duda. De noche, regresando a casa en coche, lee las pintadas de los comunistas contra el Estado Novo y le domina el miedo por esos luchadores misteriosos, capaces de desafiar al Gobierno. Esta sensación se superpone en el relato con el coraje ilusionado de los comunistas que arriesgan su vida haciendo esas pintadas. Entre ellos está Mariana, que incumple con ello las órdenes que tiene de no arriesgarse en esas misiones peligrosas ahora que tiene un puesto de responsabilidad en el partido. Por la noche en la cama aguarda la regañina de João, al que se da cuenta de que está empezando a amar. En Montevideo, Apolinário se une a una concentración espontánea contra el golpe de Getúlio tras enviar dos postales, una a su hermana y otra a Mariana.

Previamente a la visita de Getúlio a São Paulo, la policía peina la ciudad y muchos comunistas son detenidos, entre ellos el viejo Orestes, amigo de Mariana. Cuando se lo llevan, Jofre Ramos, el nuevo encargado de la imprenta clandestina del partido, recién llegado a São Paulo y al que habían detenido mientras estaba refugiado en casa de unos camaradas, escapa a la carrera. João y Mariana deciden casarse tras una reunión en la casa de Marcos de Sousa, un arquitecto simpatizante y colaborador del partido. La escena es en el jardín, envueltos en un cálido perfume de jazmines en flor: «—No sé decir palabras bonitas. Pero sé que te amo, porque sueño contigo...— *Y completó ampliando la sonrisa:* —Incluso despierto». Durante la visita de Getúlio, el partido tratará de sacar a la gente a la calle pidiendo la libertad de los detenidos.

En este momento conocemos a nuevos personajes como José Gonçalo, Gonçalão («Gonzalón»), un revolucionario prófugo que ha buscado refugio en el valle del río Salgado, entre los indios a los que ayuda como médico, escribano y consejero para todo, mientras cultiva un pequeño campo de mandioca y maíz. Fue condenado a cuarenta años de prisión por liderar la rebelión de unos indios a los que habían arrebatado sus tierras. A comienzos de 1938, en un periódico atrasado que llega a la remota selva se entera de que la olvidada región donde vive va a estar pronto en el ojo del huracán.

Conocemos luego los cambios en la vida de Manuela, que prepara su debut como bailarina, bajo la protección de Shopel y Paulo, su novio a los ojos de todos, aunque a veces ella sufre porque nunca habla de matrimonio. Su hermano, Lucas Puccini, es un hombre ambicioso. Ha progresado con sus chanchullos en el ministerio y la familia se ha mudado ya a un barrio más elegante mientras la tía Ernestina gruñe agorera. Lucas quiere hacer dinero de verdad y la oportunidad se la ofrece su amigo Eusebio Lima. Entre los dos preparan un plan magnífico. Comprarán los excedentes de la cosecha de café a los latifundistas y luego se la venderán al Gobierno que quiere regalársela a Franco. En las uñas puede quedarles un buen pico. En los salones de la buena sociedad paulista se discute qué hacer en la próxima visita de Getúlio a la ciudad. Unos proponen el boicot, mientras otros irán a expresarle su adhesión.

El periodista Abelardo Saquila, miembro del partido, y Camaleão, el encargado de la imprenta, influido por él, po-

nen dificultades a Jofre Ramos que como decíamos viene a hacerse cargo de ella. El partido decide que Jofre y el viejo Orestes se instalen en la casa donde está la máquina, en el campo, y comiencen el trabajo aprovechándose de la partida de Camaleão, que ha abandonado el lugar. Saquila, contra la dirección del partido, apoya un golpe de los liberales «armandistas» (partidarios de Armando Sales), que tratan de echar a Getúlio con la ayuda de sectores afines del ejército. Es una jugada sin sentido en la que se ofrece la colaboración al mismo tiempo a integralistas y comunistas.

Manuela baila ante Getúlio en su visita a São Paulo y su éxito es clamoroso. Esa misma noche se entrega a Paulo, creyendo sinceramente en su palabra de matrimonio: «*¿Por qué llorar si soy tan feliz?*». Lucas realiza esos mismos días compras masivas de café y va hilvanando su gran negocio. Por otra parte, durante la visita, una manifestación pidiendo la libertad de los presos ante el palacio de los Campos Elíseos donde se alojaba el dictador es reprimida salvajemente con varios muertos. Poco después, el gran mitin organizado por el Gobierno en el palacio de deportes es un sonoro fracaso. Un delicioso capítulo nos narra la boda de Mariana y João, dos luchadores de la causa obrera que deciden unir sus vidas. Es una ceremonia sencilla, ajena a cualquier ostentación burguesa o cualquier ritual vacío, compromiso puro de dos corazones que se buscan.

En una reunión ampliada del secretariado del partido se evalúan positivamente las movilizaciones durante la visita de Getúlio a São Paulo, se plantea un programa de agitación y lucha y se critica la actitud marginal de elementos como Saquila y su grupo (identificados como trotskistas). Saquila replica con una severa autocrítica. No es expulsado, pero se le aparta de la dirección. Se decide enviar a gente a Rio Salgado para contactar con Gonçalão y organizar allí la lucha

Detenido, Camaleão cuenta la ubicación de la imprenta y se ofrece a colaborar con la policía. En el final de la novela, Jofre y el viejo Orestes mueren en el tiroteo que provoca la policía para hacerse con la máquina, aunque consiguen destruirla y evitar así que pueda ser usada para imprimir material falso. En otro escenario, Carlos, comunista de São Paulo viaja a Rio Salgado trabando contacto con la miseria atroz del pueblo brasileño, cultivadores de café, braceros esclavos de las haciendas, huidos del mundo e indios en la selva devorados por la miseria y el paludismo. Con Gonçalão habla de las tareas que se hacen inminentes y la novela se cierra con un mensaje de esperanza que piensan que puede cristalizar si son capaces de transformar la masa humana que les rodea en revolucionarios conscientes.

2. Agonía de la noche

Se inicia la segunda entrega de la trilogía en el puerto de Santos, cerca de São Paulo, donde pasean su amor el negro Doroteu y la negra Inacia, joven pareja de recién casados, ambos comunistas: él obrero, ella camarera en un gran hotel de la playa. Están exultantes porque acaban de saber que ella espera un negrito que si es niño se llamará Luis Carlos, como Prestes, el líder preso. En plena celebración improvisada les sorprende la arribada a puerto de un barco con bandera nazi en la popa. Viene a llevarse el café que Getúlio regala a Franco, pero los estibadores de Santos tienen otros planes. En una reunión de su sindicato, tensa por la presencia de policías que tratan de boicotearla, se decide que los trabajadores del puerto no cargarán el barco alemán. La dirección queda autorizada para convocar una huelga si se impone alguna medida de castigo. Esto se hace efectivo cuando comienzan las detenciones de dirigentes del sindicato al negarse a trabajar varias cuadrillas convocadas.

Una caravana se dirige a Rio Salgado. Van en ella el poeta Shopel, Hermes Rosende, sociólogo e historiador, y multitud de ingenieros norteamericanos. El joven periodista Josino Ramos, simpatizante comunista, quisiera escribir sobre la miseria e incultura de los peones de las haciendas, pero deberá exaltar nada más la magna empresa patriótica. Es emocionante el relato de los primeros pasos de la conciencia comunista en la aldea de Tatuaçú, donde reina todopoderoso el coronel Venâncio Florival. Son Néstor y el mulato Claudionor los que comienzan la prédica y muchos saben que esas ideas extrañas y redentoras vienen del gigante que vive en la selva y se acerca sólo a veces a curar a los enfermos. Los ciegos componen canciones nuevas sobre un mundo donde la tierra es de todos. Néstor aprende a escribir a la luz humeante del quinqué, mientras el abuelo enfermo tose y rezonga de los peligros de ir contra «la ley de Dios»; Néstor replica que es mejor morir luchando que en la miseria. Al poco tiempo, la prensa recoge noticias de que la «caravana del progreso» ha sido hostigada desde la selva y ha tenido que regresar a marchas forzadas. La próxima irá defendida por soldados.

Mientras tanto, la huelga continúa en los muelles de Santos y el barco nazi sigue sin carga. Jorge Amado retrata el contraste entre los corruptos e ignorantes burgueses que beben en su fiesta de disfraces y el pueblo en lucha. Se nos aparecen como dos dimensiones antitéticas del ser humano. Eusebio Lima, funcionario del Ministerio de Trabajo, viene para tratar de romper la huelga, pero los estibadores no ceden. Exigen la liberación de los presos para negociar. La policía dispara contra una concentración pacífica y hay un muerto. Marcos de Sousa, el arquitecto simpatizante del partido expresa en sí mismo estas contradicciones con su doble vida: ayuda a los comunistas, pero tiene sus amigos entre los explotadores, que son también sus clientes. «*Me han comprado*», piensa, y siente asco de sí mismo. Por fin, toma una decisión. Se acabó el falso equilibrio entre los dos mundos. Al día siguiente irá al entierro del obrero asesinado.

La acción se sumerge en las discusiones y dudas de los obreros en huelga. El Estado Novo pone a los huelguistas en la pura ilegalidad, pero el coraje crece con la ignominia. La batalla está planteada. En el entierro, la policía carga y dispara sin mediar ninguna provocación y en el asfalto quedan ocho muertos y decenas de heridos, entre ellos Inacia, pisoteada por los caballos, que fallece poco después. Marcos de Sousa y Doroteu, unidos por la casualidad son los que la llevan al hospital.

Paulo, aunque vive con Manuela, ultima su compromiso con Rosinha, sobrina mayor de la comendadora de Torre. Cuando una tarde descubre el amor que le profesa Marieta, la mujer de Costa Vale, ello le abre nuevos horizontes eróticos. Poco después, los dos escapan juntos borrachos de un baile de disfraces mientras todos beben para celebrar su «victoria» sobre los huelguistas. Mientras, en Rio Salgado, Gonçalão decide organizar la lucha de los colonos, los trabajadores de las haciendas y los mestizos del valle ante la inminente incursión de los soldados.

Antonio Alves Neto, director de *A Noticia*, trabaja en el golpe de Estado «armandista» contra Getúlio Vargas. El *Putsch* cuenta con el apoyo de los integralistas y trata de captar también a los comunistas. Saquila, redactor del periódico, es su contacto con los rojos y Alves le propone tratar de producir una escisión en el partido que apoye el golpe. Para ello le ofrece una imprenta en la que crear propaganda. El primer paso será combatir la huelga de Santos. El Rubio (Alberto), dirigente del partido y enfermo de tuberculosis, tiene una grave recaída y Mariana va a cuidarlo. Lleva para ello a su casa a Sabino, el médico en cuyo consultorio trabajaba. Tras el reconocimiento, deciden trasladarlo a la casa de Marcos de Sousa, el arquitecto, donde podrán hacerle más pruebas. Al comprobar que ha empeorado, Sabino ordena su traslado a un sanatorio en Campos do Jordão, donde el clima es mejor. Cuesta convencerle, pero al fin va.

El siguiente escenario es un puerto de Santos ocupado por el ejército. Su enemigo no es una tropa extranjera, sino los obreros brasileños, contumaces en el terrible delito de la huelga. Cuando algunos soldados piensan en el significado de su misión y mandan tres emisarios a hablar con el coronel, los tres son fusilados. Otro capítulo intercalado nos muestra a Apolinário combatiendo en España, inquieto por la escasez de noticias sobre Brasil. Un sargento checo le pasa un periódico atrasado que cuenta el heroísmo y la amarga derrota de los obreros de Santos. Cenando juntos comprenden que Chequia, Brasil y España son una única trinchera frente al fascismo.

João, marido de Mariana, permanece en Santos tras el fin de la huelga para combatir el desánimo y tratar de convencer a los obreros de que la mera realización del gran paro ha sido en sí misma un éxito que crea esperanza para el futuro. De hecho, el partido ha crecido en estas semanas. Hay que combatir además el derrotismo que predican las octavillas repartidas por Saquila y su grupo, misteriosa y apócrifamente firmadas por una «nueva dirección regional del partido». Aunque le llega la dolorosa noticia de que Mariana acaba de abortar después de una caída, João permanece en Santos unos días más hasta terminar el trabajo. Es emocionante la tensa conversación entre él y un Doroteu sumido en la más honda desesperación tras el asesinato de Inacia, y ver cómo con buenas razones consigue traerlo de nuevo a la batalla.

Conocemos después la vida de Manuela tras su éxito. Trabaja de bailarina en un casino, sale en las revistas y se prepara para hacer una película, mientas vive con Paulo. Las proposiciones deshonestas que recibe cada poco en su trabajo la deprimen, pero ha aprendido a vivir con eso. Más difícil le resulta sobrellevar la frialdad de Paulo, al que teme que va a perder aunque aún no sabe nada de su compromiso con Rosinha y sus millones. Shopel, recién llegado de Mato Grosso, recibe el encargo de prepararla para la terrible noticia. Shopel rumia y rumia. Él también ama a Manuela, y acaricia la posibilidad de heredarla si juega bien sus cartas. Es magistral la escena en que se lo cuenta todo a Manuela. Ella llora abrazada a él, que le dice: «*No te entregues a la tristeza. Tienes tu arte y tus amigos...*».

En realidad, Paulo maniobra apurado entre las tres mujeres, de las que Marieta Vale es la que cree manejar los hilos de toda la trama. Ella es la que fuerza la ruptura con Manuela, de la que está celosa, utilizando el enfado de la comendadora por ese lío con una mujer que «*no es de su clase*». Paulo empieza a estar harto tanto de la intrigante Marieta como de una brutal comendadora que no se recata en exhibir sin ningún pudor cómo compra un apellido para su sobrina. Su venganza contra ellas será tratar de mantener sus relaciones con Manuela. ¿Querrá ella? La escena que sigue entre Paulo y Manuela es magistral. Ella aparece transfigurada en una mujer que Paulo no conocía, y la dignidad ultrajada aflora convertida en desprecio. Lo despide con cajas destempladas y él escurre el bulto con cierto alivio. ¡Hay otras!

Mientras tanto, la preparación del golpe armandista sigue adelante y Saquila da forma al nuevo Partido Comunista Obrero con el que piensa unirse a él. Su principal preocupación es la presencia a su lado en esta tarea de tipos de pocos escrúpulos como Camaleão, del que todos piensan (con razón) que es confidente de la policía, o el médico Heitor Magalhães, sospechoso de sustraer fondos del partido. Gente de prestigio a la que tantea, como el escritor Cicero d'Almeida se niegan a seguirlo en su aventura. Saquila piensa que si el golpe tiene éxito, todo será más fácil desde un partido legal.

En Mato Grosso la situación se complica cuando Gonçalão acude a Cuiabá en busca de instrucciones y con-

tacta con Heitor Magalhães, que viaja haciendo propaganda por medio de mentiras para el nuevo partido de Saquila. En un principio, Gonçalão desconfía de la pretendida decisión del Comité Nacional que Heitor le expone de permitir la entrada de los yanquis en Rio Salgado para hacer luego propaganda entre los obreros y mineros. Todo se aclara con la llegada posterior de João, que deshace el entuerto. Éste le anuncia la inminente llegada de Doroteu, destinado a la selva para ayudar a Gonçalão al tiempo que en Santos la policía pierde su pista.

El intento de golpe armandista-integralista es un completo fracaso y los comunistas aprovechan hábilmente la situación, organizando una gran manifestación obrera en la que entre las pancartas de repulsa al golpe fascista afloran otras pidiendo amnistía, libertad de huelga, etc. Lucas Puccini, hermano de Manuela, ha tenido un papel destacado en la defensa del palacio presidencial, con lo que piensa que su carrera va a coger impulso. Manuela, por su parte, acaba de descubrir que está embarazada y aunque desprecia a Paulo, cree imprescindible casarse con él para que su hijo tenga un padre. Sin embargo, cuando se lo propone, Paulo reacciona airado y trata de convencerla para que aborte. Manuela escapa consternada y acude a Lucas, su hermano, que también lo propone el aborto como solución, pues el nacimiento del niño fuera del matrimonio traerá problemas a la fulgurante carrera que comienza. Todas estas escenas sirven a Jorge Amado para mostrarse como el genial narrador de conflictos psicológicos que es.

En la clínica donde acude a abortar, Manuela conoce a Mariana, que acaba de ser operada de apendicitis. Mariana se siente atraída por la bellísima joven hundida en una negra desesperación y trata de animarla con su charla. Así se hacen amigas, y sin revelar su militancia, Mariana explica a Manuela su visión del mundo, en la que su caso es sólo un ejemplo más de la explotación que el dinero y las convenciones imponen al ser humano. Un día, Mariana presenta a Manuela al arquitecto Marcos de Sousa que acude a verla con una enorme caja de bombones.

Tras el intento de golpe, Vargas reprime a todos los implicados y por otro lado suma adhesiones en un nuevo Gobierno en el que Artur Carneiro asume la cartera de Justicia e Interior. Paulo dirigirá el gabinete del nuevo ministro, mientras la prensa del corazón prodiga exclusivas de su noviazgo con Rosinha, sobrina mayor de la comendadora. Manuela, por su parte, recuperada ya, regresa al casino, aunque decidida a no renovar contrato. Se apoya en la amistad de Marcos y a través de él comienza a relacionarse con artistas y escritores de izquierdas que hacen madurar en ella otra forma de entender su arte. Lucas sigue ganando dinero mientras la relación entre los dos hermanos se enfría.

El libro concluye con una ofensiva gubernamental contra el partido en la que algunos de sus principales dirigentes son detenidos gracias a las delaciones de Heitor Magalhães. Mientras tanto, en Rio Salgado, una nueva expedición fuertemente protegida avanza sin contratiempos de momento. En Múnich, Hitler se queda con los Sudetes sin resistencia de Daladier y Chamberlain. Así termina el mes de septiembre de 1938.

3. Luz en el túnel

Despega la obra con los interrogatorios y torturas de algunos de los comunistas presos: Carlos y Zé Pedro entre los dirigentes y tres militantes de Santo André: Ramiro, Rafael y Mascarenhas. Los interroga Barros, jefe de la policía política. El escritor Cícero d'Almeida también ha sido detenido pero no es maltratado. Gaby, su mujer, que ha visto en la comisaría los efectos de las torturas, vaga por los salones buscando voces que intervengan a favor de su marido. Allí encontramos a viejos conocidos. Shopel: «*Yo soy contrario a la tortura*». Paulo: «*Son cosas necesarias*». Al fin, Cícero es liberado. En una reunión con Marcos de Sousa en el apartamento de Manuela, deciden que lo más conveniente para tratar de acabar con el horror sería que alguien con prestigio intelectual reconocido fuera a hablar con Getúlio y le hiciera una petición al respecto. Piensan que Hermes Rosende, el sociólogo e historiador, sería el más adecuado, pero éste declina el ofrecimiento. Las torturas siguen e incluso un niño, hijo de Zé Pedro, es maltratado para hacer hablar a su padre. Nada consiguen, pero Josefa, su madre, que presencia todo, se vuelve loca. El médico que asiste al interrogatorio se suicida poco después. La difícil situación del partido obliga a multiplicarse a todos sus dirigentes. Mariana y João tienen que dejar de vivir juntos. El Rubio, por su parte, se escapa del sanatorio y junto con João toma las riendas de la situación en São Paulo.

La empresa de Rio Salgado sigue adelante con importante colaboración de capital americano y John B. Carlton, el director de operaciones en Brasil, cree llegado el momento de montar una gran obra «cultural», ligando a los intelectuales brasileños con los intereses yanquis y alejándolos de la influencia del partido. Para ello reclutan a Hermes Rosende y a Saquila, que andaba sin trabajo tras el intento de golpe de Estado. Tratan de incorporar a Marcos de Sousa al grupo, pero éste, tras una conversación con João queda convencido de que debe rechazar los ofrecimientos. João le propone la dirección de una nueva revista que con vestimenta muy democrática defenderá los intereses de la URSS en Brasil.

Policías de São Paulo viajan a Mato Grosso para unirse a los de ese estado en la persecución de Gonçalão. Hacen sus pesquisas primero en Tatuaçú y captan una hostilidad generalizada hacia su misión. En el valle, luego, donde ha crecido ya un poblado de obreros y técnicos gringos, la hostilidad la encuentran entre los caboclos (mestizos de blancos

e indios) que habitan la región, que acaban convenciéndoles de que Gonçalão ha huido a Bolivia. Oculto en la selva en realidad, el gigante ha organizado perfectamente la lucha. Él en persona se ocupa de coordinar a los caboclos, mientras Doroteu, infiltrado entre los obreros ha formado ya una célula del partido, y Néstor y Claudionor lideran la resistencia en las aldeas de la hacienda de Venâncio Florival.

Pasan unos meses y la revista de Marcos, *Perspectivas*, es ya una realidad. Un artículo de Josino Ramos ha causado estupor al describir la vida miserable de los caboclos del valle; éstos además van a ser expulsados y sustituidos por colonos japoneses que cultivarán grandes plantaciones de arroz. Marcos es convocado por Costa Vale para ofrecerle la urbanización de toda la región, un proyecto millonario que él rechaza consciente de que le costará el boicot de los grandes capitales. En otro orden de cosas, Marcos y Manuela siguen cultivando una amistad que se ha transformado ya en amor por ambas partes sin que ellos acierten a darse cuenta de la reciprocidad de su afecto.

Se celebra al fin la boda de Paulo y Rosinha, acontecimiento del año que reúne a la mejor sociedad en una orgía de lujo y derroche mientras los comunistas protestan en octavillas incendiarias que hacen mella en la masa obrera. Saquila escribe en los grandes diarios reportajes que critican la deriva burocrática de la URSS. En las altas esferas sigue la división entre partidarios de USA y Alemania, mientras la lucha contra el partido arrecia y la vida se hace muy difícil para todos los militantes que siguen en libertad. Tras meses separados, João y Mariana pueden verse al fin el día de carnaval. Es entonces cuando João conoce a su hijo. En febrero de 1939, Apolinário, con uniforme de comandante del ejército español, pasa la frontera francesa con sus soldados combatiendo hasta el último momento para proteger la retirada de los civiles que huyen del fascismo. La guerra está perdida. Internado en un campo de concentración, consigue escapar y huye a París.

El segundo capítulo comienza inmediatamente después del pacto Mólotov-Ribbentrop y el reparto de Polonia. Los comunistas son severamente criticados por esta política de sus mentores soviéticos y Marcos de Sousa es un mar de dudas hasta que habla con el Rubio y ve la luz. Él le convence de la conveniencia e incluso de la justificación moral del pacto. En esos días, Manuela es contratada por una importante compañía de ballet para una gira por Sudamérica.

Los comunistas presos son enviados a la isla de Fernando de Noronha, pero Ramiro, enfermo por las torturas sufridas, queda en el hospital y consigue escapar con la ayuda de Mariana. La explotación de Rio Salgado avanza. Localizados los yacimientos de manganeso y con los inmigrantes japoneses ya llegando, es el momento de expulsar a los caboclos. No obstante, los primeros intentos acaban en desastre. Gonçalão ha ideado un plan magnífico. La mayor parte de estas gentes se retiran a las profundidades de la selva y sólo los más decididos se quedan en el valle, dispuestos a emprender una guerra de guerrillas contra los soldados. El asentamiento de los japoneses debe pararse cuando los caboclos consiguen sus primeros triunfos, y entonces se prepara una gran expedición para someterlos. La lucha se extiende a los obreros de las construcciones, liderados por Doroteu, que se declaran en huelga y a los peones de las plantaciones, que incendian los cafetales de Venâncio Florival. Claudionor es abatido a balazos.

Costa Vale ve las cosas claras. Getúlio coquetea demasiado con los alemanes en este inicio de la guerra mundial, pero ha llegado el momento de darle un tirón de orejas. No se da cuenta de que Brasil estará siempre en el área de influencia de los gringos. Paulo y Rosinha viven en París su vida de casados distantes, entretenidos cada uno por su lado. Marieta está con ellos y sigue a Paulo desesperada, sin recibir más que muestras de desprecio. Al fin regresa a Brasil deprimida. Lucas Puccini tiene un gran éxito al darle Getúlio un contrato que Costa Vale ambicionaba. Éste se siente perjudicado por la depresión de su esposa y le da un ultimátum que la cura de todos sus males. Volverá a ser la Marieta de siempre, la primera dama de São Paulo, y ya le ha echado el ojo a un joven gringo que reemplazará a Paulo en su corazón.

En una escaramuza en el río, los policías creen haber dado muerte a Gonçalão. Allí se pierde el envío de munición necesario para prolongar la rebelión. Reunidos Gonçalão, Doroteu y varios caboclos, deciden abandonar la lucha y separarse, aunque cinco de éstos hacen un ataque desesperado y suicida a la sede de la empresa. El año 1940 es muy duro para los comunistas, estigmatizados por el pacto germano-soviético y su apoyo a la Alemania nazi en la época del bloqueo aliado. Detenciones y torturas acompañan a las críticas de los grandes medios, aunque *Perspectivas* sigue publicándose con éxito de ventas. Mariana y João llevan ocho meses in verse, pero la lucha llena su vida.

La mejor burguesía paulista se reúne en la selva con representantes de los Gobiernos brasileño y estadounidense para inaugurar las instalaciones de la empresa que va a explotar el valle de Rio Salgado. Tras la larga noche de bebida y juerga, en la hora de la partida con las primeras luces del alba, los festejantes descubren que la bandera americana que presidía todo ha sido sustituida por la camisa ensangrentada de un caboclo muerto.

El tercer capítulo nos presenta a Heitor Magalhães, que está haciendo mucho dinero con su asociación de ayuda a Finlandia, consiguiendo fondos entre la alta burguesía. No obstante, cuando organiza un gran acto público, es reventado por un grupo de obreros que extienden en el local una gran bandera roja con la hoz y el martillo. Lucas Puccini es ya un «audaz industrial» que elogia la prensa. Ha ganado

mucho dinero, pero todavía envidia a hombres como Costa Vale. Ambos compiten ahora con sus proyectos en un concurso importante y Lucas tiene la audaz idea de ir a ver al banquero y proponerle un pacto que los beneficiará a los dos. Costa Vale acepta. Codeándose ya con la mejor sociedad, Lucas es el hombre del momento al que la comendadora elige como marido para Alina, su sobrina soltera, con la intención de que dirija sus negocios.

Junio de 1940. Los alemanes avanzan hacia París. La ciudad es tristeza y confusión. Paulo, que ha sido trasladado a Lisboa por obra y gracia de la comendadora, lee en un café una carta de Shopel que le cuenta las novedades de Brasil. Lo que más preocupa a Paulo es el noviazgo de Alina con Lucas Puccini. Se ve en el futuro bajo el imperio de este hombre de origen humilde, pero inteligente y ambicioso, como le ocurre a su padre con Costa Vale. Por el café aparece Apolinário, al que Paulo conoce de la embajada. Cambian impresiones... Para Paulo, Hitler va camino de ser dueño de Europa y el mundo. Para Apolinário, la lucha continúa. No se lo dice a Paulo, pero ha decidido quedarse en Francia y luchar en la resistencia.

En Brasil, Getúlio trata de nadar entre dos aguas, pero ahora vira hacia los alemanes y eso provoca la dimisión de Artur, que esconde una protesta del capital americano. Ese mismo día, la policía anuncia haber dado «el golpe definitivo» al partido. João y el Rubio han sido detenidos, también Marcos de Sousa. Mariana, milagrosamente, no. El comportamiento de Mariana en esta situación difícil es de manual de realismo socialista: «*Aunque hubiera quedado uno solo de nosotros, él sería el partido. Nadie tiene derecho a desesperar*». El heroísmo del proletariado encuadrado en la estructura inmortal del partido no admite límites ni fisuras. Interrogado por un juez con veleidades liberales, João denuncia las torturas sufridas y exige que se abra una investigación sobre ellas. Preguntado por sus actividades, João expone hábilmente sus ideales comunistas, sueños de humanismo y libertad que sólo resultan patéticos cuando la referencia que los alimenta es la URSS de 1940.

Marcos de Sousa, detenido, conoce detalles de la delación que hizo caer la cúpula del partido en São Paulo. Ve en sus compañeros de reclusión los resultados de las torturas. Aunque él no conoce a nadie, todos saben quién es y le hacen sentir su aprecio. Él les da una conferencia sobre arquitectura y clases de inglés. Esos días decide solicitar su ingreso en el partido. Cuando le anuncian la visita de alguien que se ha identificado como su mujer queda sorprendido, pero al saber que ha sido un truco de Manuela para que la dejaran verle se siente feliz. En el locutorio se confiesan su amor y deciden casarse en cuanto él sea liberado.

El camarada Vitor, prototipo de revolucionario comunista, es enviado desde Bahía para reconstruir la estructura del partido en São Paulo. Sus planes son ambiciosos. A través de él llega a Mariana un mensaje de João, trasladado a Río para el proceso. La personalidad de Vitor, que le hace no conocer obstáculos, su inteligencia práctica y su capacidad de trabajo hacen que el partido se reorganice rápidamente. Manuela baila *El lago de los cisnes* en São Paulo con éxito clamoroso. Tras la actuación, recibe a la comendadora, Costa Vale y Shopel, pero es fría con ellos. Cena después con Lucas, y los dos hermanos se cuentan sus planes de futuro. Lucas se opone al matrimonio de Manuela con Marcos, porque su boda con «un comunista» puede perjudicar sus planes con Alina, pero ella es inflexible; le recuerda además que la comendadora quiere de él simplemente su talento para los negocios. La vida los ha llevado a los dos por caminos muy distintos y los ha enfrentado, pero los dos hermanos, ya en universos distintos, siguen queriéndose.

El gigante Gonçalão reaparece en São Paulo con el nombre de Miguel Fernandes y contacta con el partido. Es encargado por Vitor del trabajo en las zonas rurales. Para ayudarle, traerán a Néstor. A primeros de septiembre, Marcos es liberado y en quince días se casa con Manuela. Mariana va a vivir con ellos en Río unos meses. Se conoce entonces la sentencia de João: ocho años de prisión. En los días del juicio a Prestes, con cuyo relato concluye la trilogía, el partido está vivo y es capaz de llenar los postes y cables de las avenidas con pequeñas banderas rojas que saludan al líder. Es sólo ésta la «*luz en el fondo del túnel*» aludida en el título de la novela, la presencia indestructible del partido inmortal que sintetiza toda la esperanza del pueblo «*porque comunismo significa vida, elevación del ser humano*». La escena final es el juicio público a Luis Carlos Prestes, preparado para mostrarlo como un delincuente y que eso deshaga su prestigio entre el pueblo. Prestes, más hábil, comienza su intervención recordando que ese día se conmemora el 23 aniversario «*de la gran Revolución rusa que liberó a un pueblo de la tiranía*». Su discurso es interrumpido y los policías se lo llevan a la fuerza. Mariana, presente entre el público, grita «¡*Viva Luis Carlos Prestes!*» y es detenida, mientras él «*con paso firme y la cabeza erguida se dirige al coche celular*». Así concluye el libro.

Manuscrito encontrado en Zaragoza, de Jean Potocki. Ensueños y pesadillas de un conde viajero

Publicado en *Clarín*, n.º 37 (2002)

La vida del conde polaco Jean (o Jan) Potocki, que habría de pasar a la historia como autor de muchas obras eruditas y una fábula genial, es una novela en sí misma, y transcurre entre 1761 y 1815, con el año crucial de la Revolución francesa casi exactamente en el medio. Tras nacer en el castillo familiar de Pikow, en Podolia (que hoy día es Ucrania), nuestro conde fue en sus primeros años sucesivamente estudiante en Suiza y cadete del Ejército austriaco, pero su pasión por el estudio y los viajes le hizo comenzar enseguida una vida andariega que lo llevó a conocer en su juventud prácticamente toda Europa (incluida Turquía) y el norte de África. París fue muy visitado por él estos años, y allí frecuentó los círculos intelectuales previos a la revolución, en los que era conocido por su enorme cultura y sus arraigadas ideas liberales. En una visita posterior en plena vorágine revolucionaria, escribió desengañado: «*Adiós bellas esperanzas del año pasado; la libertad sobrevivirá, pero en cuanto a la felicidad pública, nuestra generación debe despedirse de ella*». Reside después en Londres, y al comienzo del siglo XIX lo encontramos en San Petersburgo. Colabora allí, como asesor científico, con el Gobierno de Alejandro I, a pesar de que sus hijos luchaban a la sazón en el Ejército napoleónico que tan dulces esperanzas encarnaba para los patriotas polacos. Participa en esa época en la expedición rusa que con fines científicos y políticos se organiza a China, y de ella elabora una crónica. Con la Grande Armée a las puertas de Moscú, pide permiso para retirarse a su tierra natal, donde al poco tiempo, envejecido y aquejado de una grave enfermedad nerviosa, pone fin a sus días con sólo cincuenta y cuatro años de edad. En una época en que la ciudadanía europea empieza a hacerse tímida y trabajosamente realidad, es útil recordar biografías como ésta, contrapeso de las voces críticas y escépticas.

La vida de Jean Potocki manifiesta una pasión continua por conocer y dar noticia del mundo, y fruto de ella son decenas de volúmenes de etnografía, historia y relatos de viajes; son notables sus memorias minuciosas sobre los pueblos eslavos y del Cáucaso, sobre los antiguos sármatas, sobre Marruecos, Turquía y Egipto... Con el paso del tiempo, sin embargo, la fama de estos libros ha sido superada por la de la extraña narración que aquí nos ocupa, el *Manuscrito encontrado en Zaragoza*, que fue escrita en francés, como el resto de su obra, y publicada en dos partes ya en la última etapa de su vida, en San Petersburgo entre 1804 y 1805, y en París en 1813. En esta novela, tras tanta geografía e historia eruditas y rigurosas, nuestro conde decide dejar volar su imaginación y pintarnos un mundo más cercano a sus sueños personales que a cualquier otra cosa. Un oficial del Ejército napoleónico encuentra en Zaragoza un manuscrito en español que relata el viaje casi interminable que el protagonista y narrador principal de la novela, el joven Alfonso van Worden, emprende a principios del siglo XVIII desde Andújar a Madrid. El viaje se prolonga durante sesenta y seis trepidantes jornadas que constituyen los capítulos del libro, y la Sierra Morena y las Alpujarras, que son sus principales escenarios, se nos presentan como una geografía mágica en la que todo lo inexplicable tiene su asiento, jalonada de ventas abandonadas, ermitas y cadalsos. El protagonista queda prisionero en este laberinto, sucediéndose una alternancia de episodios deliciosos y horrendos que tiene toda la rapidez y también la aérea frescura de un sueño. Asistimos al develamiento de reinos subterráneos, al relato que de su vida nos hacen bandidos sicilianos, endemoniados y cabalistas, bellas tunecinas y jefes gitanos. Por haber, hasta encontramos un retrato satírico de uno de los grandes sabios españoles del XVIII, el jesuita Lorenzo Hervás, patriarca de la lingüística comparada; y en nada desentona la sombra del sabio padre entre tantos otros prodigios. Apuntemos aquí una observación curiosa. Existe una extraña tendencia a que las noches de amor que encontramos en varias de las narraciones del libro terminen, casi irremediablemente, con un despertar del amante en un cadalso entre cadáveres en descomposición. Es éste sin duda un dato valioso para cuando alguien emprenda el psicoanálisis del conde. El final de la obra nos sorprende con un final feliz y una explicación natural de todas las maravillas descritas, y es como si el autor recuperara la razón al final, igual que don Quijote. La narración es ágil y entretenida; el genio de Potocki construye, basándose en los insípidos relatos de fantasmas tan populares en su época, una fábula fresca y colorista, revoltosa y sugestiva, que abre la puerta a todas las geniales locuras de los románticos alemanes.

Resulta sorprendente que haya habido que esperar casi doscientos años para que el *Manuscrito encontrado en Zaragoza* aparezca completo en castellano (Pre-Textos, trad. de César Aira). La obra es algo extensa, pero esto no justifica de ninguna manera el olvido. Sin embargo, tal vez debamos considerar sólo de esta publicación tan tardía el placer que

se nos promete de ser los primeros en degustar el retorno a su lengua original del manuscrito misterioso que un oficial francés encontró en Zaragoza. Aquellas hojas de papel envejecido nos narran así como una primicia el racimo de vidas que el conde Jean Potocki soñó para todos nosotros.

Cadenciosas blasfemias. *La guerra de los dioses*, de Évariste Parny

Publicado en *Clarín*, n.º 43 (2003)

Nacido a mediados del XVIII en la isla de la Reunión —por aquel entonces isla de Borbón—, el caballero y luego vizconde Évariste Parny reparte su vida entre la sociedad criolla, los volcanes y la vegetación tropical de esta colonia, y el civilizado esplendor de una metrópolis en la que fue testigo de algunas de las mayores convulsiones de la historia francesa. A este hacendado y noble, la isla nativa, el último desgarrón de tierra africana que se asoma al océano Indico, le proporcionó la sensibilidad a flor de piel y la dulce sensualidad que impregna toda su poesía, y también le dio temas para las conmovedoras *Canciones malgaches* (1787), su producción más conocida, colección de doce poemas en prosa *avant la lettre*, precursores de los de Bertrand y Baudelaire, tres de los cuales fueron musicados por Maurice Ravel en 1926.

Los años esperanzadores y trágicos de la Revolución francesa son de silencio para un poeta agobiado por las deudas de un hermano cuyo buen nombre trata de preservar, pero en 1799 reaparece en liza con una obra contagiada del espíritu librepensador de la época y que fue aclamada en los círculos volterianos. Se trata de *La guerra de los dioses*, un largo poema estructurado en diez cantos en el que presenta una confrontación lírica y cargada de humor entre los principios del cristianismo y los de la Antigüedad clásica.

Si se mira bien, la guerra de los dioses es realmente una guerra inevitable. Los viejos dioses campaban indiscutidos. Allí estaba la hermosa Afrodita, maestra de todas las voluptuosidades, con Zeus tonante, imagen acabada del poder, y el belicoso Ares, que llama a la batalla. Dioniso prometía embriaguez y Hera dicha conyugal. Pero en el horizonte apareció una tropa extraña dispuesta a robarles el corazón de los humanos. Al principio parecía que venía sólo el viejo dios tribal de los judíos, pero enseguida se vio que le acompañaba más gente. Tres en uno, el viejo barbudo, la paloma y el cordero subían por la cuesta. Venía con ellos una hermosa doncella, y les seguían legiones de ángeles y santos, una bizarra compaña con más fanáticos que otra cosa. Predicaban la castidad y la obediencia, abominaban de la alegría y la razón. La guerra estaba servida.

Los diez cantos del libro desgranan los pormenores de la lid. Hay anécdotas descacharrantes, como la del grupo de santos y profetas que embriagados arteramente por las bacantes acaban viendo con claridad las incoherencias de su doctrina y entregados a una loca orgía. En otro canto se nos presenta una historia del cristianismo: «*¡Qué diluvio de ultrajes al sentido común!*». Dice en una ocasión Gabriel a Jesucristo: «*Presumen en vano de comprenderte. Uno exclama: está alrededor del pan. Otro le responde: está al lado del pan. No, dice otro, está debajo del pan. Os equivocáis los tres, añade un cuarto: está sentado en el pan*». El triunfo del cristianismo es tristísimo: «*Incluso la belleza, abjurando de los placeres, dirige todos sus suspiros al crucifijo. Las manos blancas desgranan las cuentas del rosario. Los hermosos pechos, cuyo dulce movimiento parece reclamar los besos del amante, oponen escapularios a esos mismos besos*». Por otro lado, la actualidad del libro es absoluta: «*Más allá, por último, se distinguían los elegidos, amontonados en la platea, muchos de los cuales eran santos de matute, por más que los ensalzaran las leyendas. Auténticos golfos, y bien conocidos, que habían ingresado en el cielo por medio de la intriga. Pero ¡qué se le va a hacer! el capricho de un papa puede convertir en bienaventurado a un réprobo. (...) Con amigos en Roma es fácil ingresar en el cielo*».[1]

Los versos del que se considera uno de los poetas mayores del XVIII francés son deliciosos. Cuando nos cuentan con musical voluptuosidad como santos y santas, o la mismísima Virgen María, descubren las alegrías de Venus, dibujan por sí solos una convincente refutación del puritanismo cristianismo. *La guerra de los dioses* es una alegre y carnal parodia de *El Paraíso Perdido* de Milton y *El Mesías* de Klopstock, que provocó a su vez la réplica de Chateaubriand en *El genio del cristianismo*, e inspiró *La Gabrieliada* de Pushkin, otra sátira blasfema en la que se nos presenta a la Virgen María seducida por el diablo, el arcángel Gabriel y el mismísimo Dios Padre en forma de paloma. Estamos, pues, ante un texto fundamental, que se publica por primera vez en España en una excelente traducción en prosa de Eduardo Moga y con dos prefacios, uno de Rubén Solís Krause y otro del traductor. La edición recoge además el texto original francés y unos sugestivos, y muy apropiados, grabados eróticos de Agostino Carracci (1602).

Évariste Parny, académico en 1803, escribe todavía después algunas obras menores, y muere en París en 1814, cuando faltaban sólo unos meses para que el Primer Imperio se derrumbara en Waterloo. Su nombre quedó unido a hermosas páginas que ganaron para las letras francesas la sensibilidad y dulzura de lejanas islas del océano Indico. Se le recuerda también porque alistó su pluma en la eterna lucha de la sensatez contra la oscuridad hilvanando las cadenciosas blasfemias de *La guerre des dieux*.

[1] Estaba muy reciente cuando se publicó la reseña la canonización de san Josemaría Escrivá, el 6 de octubre de 2002.

Dos genios rebeldes se saludan. *No se parece usted a nadie. La correspondencia entre Flaubert & Baudelaire*

Publicado en *Rebelión* el 7 de septiembre de 2023

Si nos fuera dado pasear por aquel París de 1860, vallado y enfangado con los proyectos de Haussmann, el destino podría depararnos un encuentro con dos hombres que conversan apacibles en un bulevar y reconocer, por los retratos que de ellos nos quedaron, a los dos promotores más significados de la modernidad literaria.

Son burgueses por su vestimenta, y jóvenes, aunque ya a las puertas de la madurez. Uno, de estatura mediana, muestra abandono y un gesto enfurruñado, mientras asoman a sus ojos de acero las turbulencias de una gran frente despejada. Corpulento el otro, luce melena de calvo y bigote de morsa, y contempla todo sagaz con sus ojos azules y saltones. No hay confusión posible, son Charles Baudelaire y Gustave Flaubert.

Los dos han nacido en 1821 y presentan otros paralelismos en su biografía, escudriñados por Ignacio Echevarría en el revelador prólogo de su edición de la correspondencia entre ambos (Alpha Decay, 2023). Fueron las suyas vidas marcadas por amor materno y un trasfondo de misoginia, con relaciones difíciles con cualquier mujer que no fuera la progenitora. Sin embargo, Gustave consiguió ceñirse a una férrea rutina de trabajo en su Ruan natal, aunque con escapadas cada poco Sena arriba, mientras que Charles sucumbió sin remisión al embrujo de París.

A fin de cuentas, el paralelismo entre ellos es sobre todo porque los dos fueron capaces de poner, uno la narración y otro la poesía, en la encrucijada de su tiempo. Justo cuando un nuevo orden social había consagrado el culto al dinero y la literatura acababa de poner a punto un realismo que diseccionaba el mundo, ellos aportaron su genio para que brillaran en su más alta proyección artística los sentimientos dominantes de la nueva era: el asco y el aburrimiento. Sin embargo, en aquella crisis de valores ninguno de los dos —aparte de las algaradas juveniles del poeta en el 48— articuló su repugnancia al orden burgués en una crítica social. Su alternativa fue más bien una torre de marfil de aristocracia espiritual; un pozo de alienación, en resumidas cuentas.

Charles Baudelaire, minado por los excesos, falleció en 1867, el mismo año en el que nacía en Nicaragua Rubén Darío, porque siempre ha de haber un poeta excelso sobre la tierra. Gustave Flaubert sobrevivió a su amigo doce años no demasiado felices, marcados por dificultades pecuniarias y el rechazo de público y crítica a sus últimas obras. Póstumamente aparecerá la inconclusa *Bouvard y Pécuchet*, en la que según el certero juicio de Echevarría, el de Ruan «*destiló todo su odio a la sociedad y la cultura burguesas*».

Las cartas

La edición recoge las catorce cartas conservadas de las que se cruzaron Flaubert y Baudelaire, nueve escritas por el primero y cinco por el segundo. Son misivas no demasiado extensas, pero con reflexiones muy reveladoras y muestras continuas de la alta estima que se profesaban los dos escritores. Las comunicaciones son muchas veces la respuesta del novelista a una petición o al envío de alguna obra propia por parte del poeta, con lo que afloran en ellas aspectos biográficos clave de la trayectoria del último.

Así, tras recibir *Las flores del mal* en 1851, Flaubert comenta la impresión favorable que le ha producido su originalidad: —«*No se parece usted a nadie*» llega a decir—, incluso su «aspereza», y que el autor haya sido capaz de rejuvenecer el romanticismo haciéndolo clásico. Cuando Baudelaire es denunciado por la supuesta inmoralidad de su poemario, Flaubert, que había logrado hacía poco salir absuelto de un proceso similar contra su *Madame Bovary*, expresa sincera solidaridad a su amigo. En este caso, sin embargo, el tribunal condena lo que cree encontrar en el libro de «*realismo grosero y ofensivo para el pudor*». En esta época, Baudelaire se siente muy próximo a Flaubert y se complace cuando desde la prensa los enlazan en sus insultos, como si algo de la gloria que el novelista acaba de conquistar alcanzara con ello a un poeta aún no demasiado conocido.

Cuando Gustave recibe en 1860 el envío de *Los paraísos artificiales*, alaba el libro en la carta más larga conservada, aunque reprocha a su amigo que se refiera en su texto a la intervención de un «Espíritu del Mal», reveladora a su juicio de influencias católicas. Charles replica defendiendo su fe en la existencia del Diablo, de la que añade: «*todo el siglo XIX conjurado no conseguirá que me ruborice*». No son raros, entre los que trataron a nuestro poeta, los que aluden a un cierto «aire clerical» en él; el escritor y fotógrafo Maxime Du Camp llegó a verlo como «*un joven diablo que se hubiera hecho ermitaño*».

El último bloque de cartas corresponde a 1862, cuando Baudelaire solicitó a Flaubert ayuda en su alocado proyecto de presentar su candidatura a la Academia, comentado con escándalo y rechifla en el París literario. Gustave no intenta disuadirlo, pero hace patente su estupor: «*¡Insensato! ¡Pretende usted que la cúpula del Instituto se derrumbe!*». El poeta responde que el suyo es un gesto de desafío que considera legítimo, una reivindicación de «la literatura pura» que él cree encarnar. Se revela aquí la distancia entre los dos amigos a pesar de compartir credo estético; Gustave ya reconocido e incluso aclamado, con la vida materialmente resuelta, se dedica a construir su obra en su retiro normando, mientras Charles, lidiando con pobreza, mala salud y adicciones, y valorado sólo por unos pocos, se empeña en una cruzada por el nuevo arte que no le trae más que desdichas.

La herencia del genio

Esta preciosa edición de la correspondencia entre Charles Baudelaire y Gustave Flaubert, enriquecida con abundantes anotaciones y una cronología de ambos, nos aproxima a aquel ambiente del Segundo Imperio en que dos «trabajadores de la pluma» se apoyaban mutuamente en sus desvelos con frases amistosas. Resulta sugestivo comprobar cómo el espíritu de los dos aflora en las cartas a través de los asuntos formales que las motivan, y la cortesía parisina que preside todo nos anima incluso a imaginar un encuentro con ellos en un bulevar. La raíz de esta atracción que ejercen sobre nosotros sólo la hallaremos en el significado profundo que hoy atribuimos a sus libros.

Mientras el tiempo pasa y quiere enterrarlo todo, los dos lejanos personajes nos resultan fascinantes porque, más allá de los afanes de sus días, enfrentaron un reto de sumisión y conformismo, y consiguieron dejar palabras vivas que transcriben como nadie había sabido hacerlo el maleficio de su época.

Los escritores contra la Comuna, de Paul Lidsky

Publicado en *Rebelión* el 15 de abril de 2017

Los escritores contra la Comuna del profesor de Literatura Paul Lidsky (1941) se plantea como objetivo investigar la reacción de los escritores franceses ante los hechos revolucionarios de la Comuna de París, partiendo de la idea de que éste es un momento privilegiado para poner de manifiesto, sin velos ni tapujos, su posicionamiento ante el conflicto que se desarrollaba por entonces en la sociedad francesa. Las conclusiones, como veremos, no pueden ser más reveladoras, y evidencian un papel de los intelectuales en la consolidación del orden social que aporta claves para rastrear su influencia en otros muchos momentos históricos. El libro acaba de aparecer en Dirección única (2016, trad. de Aurelio García del Camino y los editores) tras sucesivas reediciones (1999, 2010) de la primera versión francesa de 1970 y otra edición castellana (Los enemigos de Thiers, 2011).

Antecedentes

La obra echa a andar analizando la reacción de los literatos más conocidos durante la revolución de 1848, cuando excepto Gautier, la mayoría, incluyendo a Lamartine, Vigny, Sand, Hugo, Leconte de Lisle o Baudelaire, se pusieron entusiastas al lado de unas masas populares que sin embargo pronto decepcionaron sus expectativas. De todos éstos, sólo Hugo se enfrenta valientemente poco después al golpe de Estado de Luis Napoleón y ha de partir al exilio, mientras el resto, escépticos y recluidos en su torre de marfil, no pierden la oportunidad de congraciarse con el nuevo Bonaparte en el poder. Ya valetudinarios les sorprenderá el estallido del París popular de 1871; su pensamiento juvenil, que estigmatizó a la burguesía y su culto al dinero, ha terminado asumiendo por entonces que tal materialismo puede ser redimido por la alta cultura que ellos mismos representan.

La masa popular apenas aparece en la literatura del Segundo Imperio, y cuando lo hace es remarcando su brutalidad. En ella percibe el intelectual un peligro inminente: «*Los bárbaros están entre nosotros*», afirma Sue. La desigualdad social se defiende como algo natural y necesario para que unos pocos puedan conquistar las exquisiteces del arte que dan sentido a la vida. La cultura se convierte así en la ideología que consolida la segregación: la belleza es superior a los hombres.

Reacción personal y política

El levantamiento del 18 de marzo que da comienzo a la sublevación es percibido por los escritores conservadores como un motín de la canalla al que renuncian a dar cualquier significado político. Es simplemente una fatalidad monstruosa que se describe hablando de fieras o bandidos y cuyo móvil sólo puede ser la envidia. Los que llegan a atisbar una revuelta de la clase obrera no difieren en el juicio moral que les merece. Entre los republicanos, muchos, y entre ellos Sand o Anatole France, también la condenan, y sólo Mendès o Zola manifiestan alguna comprensión al principio que se irá diluyendo.

Para dotar de coherencia a sus argumentos, los talentos más preclaros de Francia se empeñan ferozmente en presentar a los dirigentes de la Comuna como envidiosos, arribistas e inmorales y al pueblo que les siguió como una horda de ignorantes y alcohólicos. La masacre final de los *communards* es contemplada con alivio, como vacuna que evitará futuras convulsiones, y sólo Victor Hugo desde su exilio clama contra ella. Algunos como Flaubert proponen un remedio para atajar estas desgracias: la abolición de la instrucción gratuita y obligatoria y del sufragio universal.

Reacción literaria

Una primera característica de la literatura sobre la Comuna es su exigüidad, que según Lidsky puede deberse a lo difícil que es hallar heroísmo en la represión salvaje que la aplastó. Entre los tipos que aparecen en ella, uno esencial es el joven *communard* desclasado, sincero pero desequilibrado e inestable, al que la instrucción hace ambicioso y que ve una oportunidad de éxito personal en la revuelta; se adhiere a ella, pero después deplora sus crímenes y errores. El obrero borracho y agitador, retratado como cruel y cobarde, es también común. Completan el cuadro el granuja de

oficio, feroz criminal, y la *communarde* histérica y sanguinaria. Frente a estos monstruos, el soldado versallés se dibuja como un contrapunto humano, y de esta forma, la lucha contra la Comuna puede presentarse como la del bien contra el mal. Los tipos se ilustran con personajes de diversos autores.

Entre los temas recurrentes están las descripciones de los altos salones de gobierno trasmutados en antros de indecencia y depravación, con lo que la insurrección resulta ser la simple liberación de los instintos más bajos en una infecta orgía. Se profetiza el fin de la familia, presentada como fuente de la auténtica felicidad, frente a la política, que trae al obrero todos los males, y se remarca el papel disolvente de la instrucción en las clases populares. La destrucción formal del discurso *communard* se realiza poniéndolo en labios de personajes despreciables y también mostrando que los insurgentes más razonables e inteligentes terminan reconociendo sus errores.

Los escritores ante la Comuna

La literatura se convierte aquí en un puñal filoso. A la terminología creada en aquellos meses para el retrato despectivo de la revuelta: «petrolera», «vitriolera», «*communard*», «*amnistiard*»... se une el uso continuo de vocablos que expresan fealdad y sordidez o contienen un reproche moral, y todo esto, aderezado con analogías zoológicas e históricas ultrajantes, logra dibujar una fisonomía inapelable para los hechos de la Comuna. El análisis detallado que Paul Lidsky realiza muestra en acción la ideología de clase esculpiendo el idioma y cuajando en palabras el odio y la burla. El desprecio estalla en una lengua de combate sin matices, que usa todos los medios para forzar el juicio del lector.

Pasados los años, cuando nuevos miedos empiezan a inquietar al burgués, esta literatura desaparece de la historia. En este tiempo, los escritores más reconocidos de Francia, con la eximia excepción de Victor Hugo, han quedado retratados como estridentes perrillos falderos de la burguesía que los premia y agasaja. El futuro ha de complicar el panorama, deslindando nuevos campos, pero un repaso de las reacciones en la prensa conservadora a los sucesos de mayo de 1968 evidencia que muchos de los viejos esquemas están listos para ser reutilizados en cualquier momento.

La obra concluye con postfacios a las ediciones de 1999 y 2010 que revisan la literatura más reciente sobre la Comuna, aproximaciones abiertas y diversas que ponen de manifiesto la sugestión creciente de unos hechos difamados y ocultos vergonzosamente largo tiempo. La lucha de aquel mayo lejano se interpreta así con una perspectiva más ajustada, y termina aportando un fragmento de pasado de un interés precioso para los que anhelan construir un futuro diferente.

Nota de presentación para *Monsieur de Bougrelon*, de Jean Lorrain

Publicado en *Literaturas.com* en 2006

Periodista de crónicas mundanas y prosista y poeta extravagante y exquisito, Jean Lorrain (1855-1906) representa como pocos el espíritu del decadentismo francés del *fin de siècle*. *Monsieur de Bougrelon* fue publicado en 1897 —el mismo año en que su autor se bate en duelo con Marcel Proust por una crítica poco amable de *Los placeres y los días* en la que se develaba además la homosexualidad de éste—, y fue saludado como obra maestra desde su misma aparición. Una prosa jugosa y barroca narra las experiencias de dos viajeros franceses en Holanda. Monsieur de Bougrelon, viejo aristócrata arruinado hace su aparición en un burdel que éstos visitan y se convierte después en su cicerone y ángel tutelar. La facundia del anciano trata de velar su penosa decadencia, y se recrea en mil historias terribles y cómicas que va narrando a los perplejos viajeros, relatos plenos de lujuria y castidad, de desenfreno y romanticismo. Damas de viejos retratos y venus callejeras roban por igual el corazón de un individuo que vibra también ante formas animales y vegetales. Pero la prosa de Lorrain consigue que su locura nos seduzca: «*Aquella piña, señores, era el ojo de Bárbara y también las profundidades del mar*». El espectro nos conduce en un viaje, pleno de inspiración, por el brillo corrupto de un mundo perdido.

Roger Martin du Gard: la historia y sus crímenes en el corazón del hombre

Publicado en *Literaturas.com* en abril de 2008

Cuando la observamos con cierta perspectiva y tratamos de situarla en su contexto, la literatura que se produjo en la Europa occidental en los comienzos del siglo XX resulta realmente inquietante y extraña. Abrumados y espoleados por el gran peso de todo lo cosechado en la centuria anterior y también por las propias conmociones históricas que se estaban viviendo, los escritores emprendieron en esos años todo tipo de búsquedas formales y conceptuales que hicieron saltar las fronteras del discurso literario y acabaron dando lugar a una producción abigarrada en la que todo parece tener cabida. Entre estos autores, el papel de Roger Martin du Gard es ciertamente especial. Consciente como casi todos de la necesidad de innovar y obsesionado por acercar la literatura a la historia para hacer de ella un instrumento que nos permita interpretarla, optó por innovar

«hacia dentro», desde una máxima fidelidad al legado de la gran literatura realista. De esta forma, sus dos obras mayores, *Jean Barois* y la saga de *Los Thibault*, se pueden considerar al mismo tiempo un canto de cisne de esta corriente literaria o una indagación de sus posibilidades revolucionarias para mostrar una visión integral de la vida humana. La extrema calidad de la producción de RMG le llevó a ser reconocido en 1937 con el Premio Nobel, diez años antes de que lo recibiera también su amigo y mentor André Gide, pero la sinrazón que gobierna el mercado literario hace que medio siglo después de su fallecimiento en 1958, su obra no sea editada, y leída por ende, con la asiduidad que merece.

Roger Martin du Gard nació en el año 1881 en la localidad de Neuilly sur Seine, en las proximidades de París, en el seno de una familia de magistrados y financieros. Tras la educación secundaria y su paso por la École des Chartes, donde obtuvo el título de archivero-paleógrafo, decidió dedicarse de lleno a la creación literaria, que le atraía desde muy joven, y tras algunas obras que tuvieron escasa difusión, en 1913 se dio a conocer con la publicación por Gallimard de *Jean Barois*. Esta novela muestra ya los rasgos esenciales que caracterizarán su producción: aproximación realista a sucesos clave de la historia francesa contemporánea y capacidad sobre todo para mostrar la vida y el carácter de sus protagonistas en sus distintas edades en una forma que permite percibirlos integrados en un proceso, como un todo orgánico. En este caso, la narración se estructura en diálogos acompañados sólo de breves descripciones, con lo que se consigue además una impresión de próxima y tensa realidad. Jean Barois crece huérfano de madre en el ambiente conservador de una pequeña ciudad de provincias, y tras superar una innata tendencia a la tuberculosis, acude a estudiar a París, donde su mentalidad evoluciona progresivamente hacia un alejamiento de la religión y una visión positivista del mundo. Estas ideas le llevan a promover con un grupo de amigos la fundación de una revista *Le Semeur*, destinada a impulsar el pensamiento libre, una publicación que se involucra después activamente en el caso Dreyfus con el fin de demostrar la inocencia de este oficial injustamente acusado. No obstante, la orientación que Jean ha dado a su vida y que es sólo una expresión del desarrollo libre y crítico de su ideario, le acarrea continuos sinsabores. Así, los ataques a la explicación que hace de las teorías de Lamarck y Darwin en sus clases de Ciencias Naturales de un colegio le obligan a presentar la renuncia a este trabajo. Su matrimonio resulta después un fracaso por las profundas convicciones religiosas de su mujer, y el conflicto se agrava cuando su hija Marie decide hacerse monja. En sus últimos momentos, la atmósfera familiar opresiva y el desasosiego ante la inminencia de la muerte, lo llevan a abjurar de sus ideas y volver al cristianismo. La obra es un ajustado estudio de la evolución intelectual y moral de su protagonista y refleja sobre todo las contradicciones y luchas que la sociedad burguesa y el pensamiento reaccionario imponen a un individuo que se debate por lograr una conciencia racional y lúcida del mundo que lo rodea.

En esta época, Martin du Gard escribe también una obra teatral, *El testamento del P. Lelou*, representada en 1914, el mismo año en que es movilizado. A su regreso de la guerra, concibe el plan de un vasto ciclo centrado en dos hermanos que él mismo presenta con estas palabras: «*Dos seres de temperamentos tan distintos y divergentes como sea posible, pero muy marcados por las oscuras semejanzas que crea el atavismo de la sangre*». Esta obra, a la que dedicará la mayor parte de sus energías entre 1920 y 1940 va a aparecer en ocho fragmentos agrupados bajo el título de *Los Thibault*. Al comienza de ella nos encontramos con una familia de la alta burguesía en el París de principios del siglo XX y conocemos a sus dos hijos, Antoine, el mayor, un brillante médico, conservador y volcado en su profesión, y Jacques, diez años más joven, inquieto y rebelde, con inclinaciones literarias, sometidos los dos a la despótica voluntad del padre, Oscar Thibault, católico intransigente y autoritario. Existe un primer grupo de seis novelas, desde *El cuaderno gris* (1922) hasta *La muerte del padre* (1929), en las que se nos presenta a Antoine luchando por forjarse una reputación. El arte de RMG, la sobriedad de su estilo para que nada impida nuestro acercamiento a lo real, nos brindan en estos libros una imagen insustituible de la vida y las preocupaciones de un joven médico de aquel tiempo, elegante, irónico y mundano, científico y hedonista. La cuarta novela, *La consulta*, es en este sentido magistral, así como *La muerte del padre*, con su pormenorizada crónica de los últimos días del viejo Thibault, que consigue ser a la vez un compendio de medicina y una lectura absorbente. Se nos describe también la vida de Jacques en estos mismos años, marcada por su amistad con Daniel de Fontanin, hijo de una familia protestante, contrapunto liberal de la tiranía del padre, y por sus enfrentamientos con éste, en los que Antoine le da muchas veces su apoyo. Al fin, Jacques marcha de París, y su familia ignora qué ha sido de él hasta que la aparición de un artículo en una revista les revela que vive en Suiza, donde colabora activamente con un grupo socialista. Frente a los hábitos burgueses de Antoine, la vida atormentada y de pugna con el poder de Jacques constituye el otro polo sobre el que gira la narración.

Estos seis primeros fragmentos de la serie se desarrollaron de acuerdo con el plan inicial de la obra, que planeaba describir después la progresiva corrupción de la personalidad de Antoine y Jacques por efecto del dinero heredado. Sin embargo, en 1931 RMG modifica su esquema para introducir la Gran Guerra como el evento crucial que trunca la existencia de los protagonistas. De esta manera, la séptima novela de la serie, *El verano de 1914* (1936), que continúa centrada en los dos hermanos, se convierte en un estudio

lúcido y documentado sobre los prolegómenos de la masacre. La obra nos adentra en su final en los intentos de la Internacional socialista por aglutinar la oposición a la guerra de los partidos obreros, actividades en las que Jacques juega un papel importante, y concluye con el relato de su muerte, cuando ante la impotencia de sus esfuerzos, decide inmolarse en un gesto desesperado arrojando desde un avión folletos pacifistas sobre las trincheras de los que se preparan para combatir; el manifiesto que prepara para la ocasión constituye uno de los textos antibelicistas más brillantes e intensos que se han escrito nunca. La novela nos narra además el reencuentro de Jacques en París con Jenny de Fontanin, hermana de Daniel, unos días antes de su muerte, y el breve y volcánico romance entre ellos del que nacerá un niño, Jean Paul. *Epílogo* (1940), última novela del ciclo, nos muestra los paisajes después de la batalla con Antoine convaleciente tras ser gaseado con iperita en el frente, Daniel mutilado y Jenny que junto a su familia cuida del pequeño Jean Paul. La obra describe después el agravamiento progresivo de Antoine y concluye con su suicidio en un momento en que agobiado de dolores está a punto de sucumbir a la enfermedad.

La orientación dada a la saga en las dos últimas novelas hace que las personalidades tan magistralmente perfiladas sean percibidas además integradas en el devenir histórico que las destruye, lo que la convierte en un alegato demoledor contra la guerra. Con su aproximación milimétrica a la realidad, la prosa de RMG acaba construyendo un tejido que nos atrapa en su densidad humana y así, la irrupción de la historia-crimen que sepulta todas las esperanzas es apreciada en su justa dimensión. En este sentido, el relato está lleno de escenas memorables, como la que nos describe a Jenny y Jacques caminando de la mano por las calles de París, felizmente enamorados y felizmente amantes justo el día que éstas son invadidas por camiones con soldados y las gentes despiertan a la pesadilla de la movilización general. Aprendemos a querer a Antoine y Jacques cuando asistimos a sus primeras discusiones, que tanto se parecen a las de todos los hermanos, y les vemos después extinguirse como carne de cañón en la Gran Guerra. Al final de la saga, los dos destinos quedan expuestos ante nosotros en su atormentada complejidad y su arcana sencillez.

Esto es *Los Thibault*, la perfección de dos retratos humanos: Jacques y Antoine, un poco como D. Quijote y Sancho, simplemente dos hombres atrapados en el engranaje de la historia, e historia ellos mismos también, voluntad que en un momento sueña cambiar lo inevitable, como en el vuelo desesperado de Jacques sobre el campo de batalla repartiendo octavillas que gritan la verdad a los soldados. Belleza y voluntad al fin, libre voluntad de la vida. Destinos como un trazo único dibujado ante nosotros. Jacques y Antoine, humanos en su intensidad y su martirio, nunca olvidados. *Los Thibault* son de esos pocos libros que nos explican el mundo y se nos quedan además atragantados en el corazón.

El resto de la obra literaria de RMG en sus últimos años comprende unas pocas piezas teatrales, algunos escritos menores y una novela *El teniente coronel de Maumort*, que quedó inconclusa a su muerte. Tienen gran interés además sus *Notas sobre André Gide* (1951), crónica de casi cuatro décadas de amistad. Editada y traducida generosamente en su momento a raíz de la concesión del Premio Nobel y demasiado olvidada hoy día, la producción de Roger Martin du Gard llega hasta nosotros marcada sobre todo en su técnica por el afán de aproximación a la realidad de un escritor ajeno a las estridencias del estilo y que se documentaba paciente y minuciosamente antes de acometer su trabajo. Esto le permite en sus obras mayores alcanzar una perspectiva integrada y global de la vida de sus protagonistas y una visión de la incardinación del individuo en su tiempo, que son su legado más revolucionario. Su obra permanece como el testimonio literario de un impulso de arte trascendido de realidad y sentido histórico que nos suministra valiosas claves para interpretar el destino humano.

Rebelión en Asturias, de Albert Camus

Publicado en *Rebelión* el 24 de enero de 2023

Es bien conocida la solidaridad que Albert Camus (1913-1960) manifestó siempre con la lucha por las libertades políticas en España, materializada en infinidad de artículos e intervenciones públicas denunciando el régimen de Franco. Una buena parte de estos escritos fueron recopilados y traducidos por Juan M. Molina, Juanel, con el título *¡España libre!*, en un volumen editado varias veces desde 1966.

En nuestra piel de toro ambientó además Camus algunos de sus textos más emblemáticos, como la pieza teatral *El estado de sitio*, de 1948, una alegoría contra el totalitarismo que se desarrolla en Cádiz. Menos conocida es otra obra escrita en colaboración en 1936, aún en su etapa argelina, cuando militaba en el Partido Comunista y comenzaba a interesarse en el teatro experimental. Su título es *Rebelión en Asturias* y representa un primer intento valioso y significativo en la trayectoria dramática del futuro premio nobel.

Un proyecto de creación colectiva

Albert Camus se repartió la escritura de *Rebelión en Asturias* con Jeanne-Paule Sicard, colaboradora suya en Argelia, y dos jóvenes profesores del Liceo, Bourgeois y Poignant, y el plan avanzó a través de numerosas reuniones para

fijar criterios y contrastar resultados. Respecto a la parte que tuvo cada uno, parece ser que, incorporando escenas puntuales preparadas por los otros tres, Camus se encargó del grueso del trabajo y dio el pulido final al texto. Este método fue exitoso porque los cuatro compartían un compromiso de solidaridad con los sublevados que protagonizan la obra. Además les unía tanto la voluntad de informar de sucesos que consideraban trascendentales, como la búsqueda de una estructura dramática que involucrara al público lo máximo posible.

La obra no pudo ser representada en Argel por motivos políticos, y tuvo que esperar hasta 2011 para serlo en Francia, donde además ha sido impresa varias veces tras la primera edición argelina de 1936. En España ha sido publicada en un par de ocasiones, por Ayalga en 1978, con prólogos de David Ruiz y José Monleón, autor también de la traducción, y en 2022 por Altamarea, con introducción y versión castellana de Alfredo Álvarez.

Introducir al espectador en la revolución

Estructurada en cuatro breves actos, la obra se desarrolla sobre un decorado que se prolonga por la sala y «*envuelve y presiona al espectador*» de forma que no pueda zafarse de lo que va a suceder. Además, algunos actores sentados entre el público intervienen de vez en cuando, invitando a que cualquier otro espectador pueda hacerlo. El primer acto es un preludio que presenta la vida cotidiana en Oviedo mientras la radio va informando de los resultados de las elecciones de noviembre de 1933. Han triunfado las derechas y Alejandro Lerroux es llamado para formar Gobierno. Al final se rumorea que «*los mineros están entrando en la ciudad*».

En el segundo acto los protagonistas son los mineros, que se han hecho dueños de Oviedo y se organizan para aplastar los últimos focos de resistencia, lo que da lugar a actos de heroísmo en sus filas. La radio bombardea con noticias de asesinatos y destrucciones intencionadas, y luego contemplamos cómo los sublevados condenan a muerte en juicios sumarísimos a los que disparan contra ellos o se niegan a colaborar. También son ajusticiados los que se aprovechan del caos para saquear: «*No permitiremos que ensucien nuestra revolución*».

En el tercer acto «*los combatientes corren alrededor del público, entre el ruido de los disparos y de las bombas*», mientras en el centro de la sala transcurre el Consejo de Ministros y la radio atruena con detalles del fracaso del levantamiento en toda España. Los altavoces transmiten después el discurso de Lerroux llamando al cese de la violencia y las noticias de la retirada de los mineros. En la escena final éstos son masacrados y los legionarios «*entran con su paso gimnástico*».

El cuarto acto nos trae los paisajes tras la batalla, torturas y fusilamientos. La radio ensalza la magnanimidad del Gobierno y voces de revolucionarios se lamentan de la ocasión perdida. Se acerca el invierno y la nieve va pronto a cubrirlo todo.

Teatro para la reflexión y la memoria

Resulta llamativo que en esta obra juvenil de un Camus aún militante comunista, encontremos ya una actitud ambivalente ante el hecho revolucionario que preludia sus ideas posteriores. La violencia de la insurrección es destacada, y la presentación balanceada de las muertes que unos y otros provocan refleja la inquietud del autor ante esta cuestión. Él rechaza la moral burguesa, pero ello no impide que sea a pesar de todo un moralista. El impulso ético que lo anima es el de alguien que se niega a valorar sus actos en función de un futuro utópico y piensa que es necesario comprometerse, pero en busca siempre de libertad y justicia para todos y con un mínimo de violencia.

Rebelión en Asturias reúne varios aspectos reseñables. Es una obra colectiva y juvenil en la que sin embargo brilla ya el talento del gran dramaturgo que asumió darle su forma final. Es además una pieza construida desde la preocupación por involucrar al espectador en los hechos que se narran, y ciertamente lo consigue. Por otra parte, la aproximación que se realiza al octubre de 1934 en Asturias deja perfectamente clara la tensión entre idealismo y violencia revolucionaria que va a ser objeto de reflexión recurrente en la producción de Albert Camus.

La nieve que se barrunta cuando el telón está a punto de caer y que los autores llegaron a considerar como un posible título para la pieza, va a cubrir los cadáveres anónimos que ha dejado la lucha. Tal parece que el único destino de los que plantaron cara a su miseria y trataron de asaltar los cielos es ser olvidados o criminalizados, mientras los poderosos hacen prevalecer sus mentiras. El significado de todo lo que hemos presenciado se resume en la piadosa misión de preservar la memoria que nos encomienda uno de los revolucionarios al final de la obra: «*¿Y quién se acordará?*».

Los grandes cementerios bajo la luna, de Georges Bernanos: una valiente denuncia de los crímenes del fascismo español

Publicado en *Rebelión* el 4 de junio de 2024

Georges Bernanos veía al ser humano y su historia como campos de batalla entre el bien y el mal, y encontró en el cristianismo el impulso necesario para orientar su vida en esa contienda. Militante de Acción Francesa en su juventud, evolucionó luego hacia un humanismo cristiano sin

partido, lo que lo llevó a ser criticado desde derecha e izquierda. En julio de 1936, el que era ya un escritor reconocido, residía en Palma de Mallorca y apoyó en un principio la sublevación, pero quedó pronto horrorizado por las atrocidades que presenció y la complicidad con ellas del clero local, y expresó su repulsa en artículos aparecidos en el semanario *Sept*, que motivaron que Franco pusiera precio a su cabeza. Bernanos abandonó España en marzo de 1937 y el año siguiente publicó en París *Les Grands Cimetières sous la lune*, extenso texto que recoge sus experiencias y reflexiones de aquellos meses en que descubrió el auténtico rostro del fascismo. El libro acaba de ser reeditado por Pepitas de calabaza (trad. de Juan Vivanco).

Nacido en 1888, Bernanos combatió como voluntario y fue herido varias veces en la Gran Guerra, y se ganó la vida luego como agente de seguros hasta que los éxitos logrados en su tardía vocación como novelista le permitieron dedicarse en exclusiva a la literatura. *Bajo el sol de Satán* (1926) sirvió para darlo a conocer y plantea ya los que serán sus grandes asuntos, con un sacerdote protagonista, santo en ciernes atormentado por la maldad ubicua y sus propias limitaciones. En 1934 Bernanos decidió instalarse en las Baleares, en parte porque allí la vida era más barata, y en Mallorca escribió la que para muchos es su obra más perfecta, *Diario de un cura rural* (1936), otra vez con un sacerdote en lucha por iluminar el mundo con el misterio de la fe.

En 1938, abrumado por la debilidad de los políticos franceses ante las bravatas hitlerianas e inútil para la guerra que se avecinaba, por su lesión en una pierna, nuestro excombatiente optó por establecerse en Brasil y desde allí apoyó la resistencia contra la ocupación alemana de su país. En 1945 regresó a Francia y sus últimos años hasta su fallecimiento de un cáncer de hígado en 1948 estuvieron dedicados a sensibilizar a sus compatriotas sobre los peligros de la era atómica y la civilización tecnológica que se estaba imponiendo. Su testamento literario es una pieza teatral publicada póstumamente en 1949, *Diálogos de carmelitas*, protagonizada por unas monjas ejecutadas en 1794, durante el Terror de la Revolución francesa.

Crónica de la represión franquista en Baleares

«*La ira de los imbéciles llena el mundo*» repite obsesivamente el autor de *Los grandes cementerios bajo la luna* como un leitmotiv en el comienzo de su libro, y en un momento argumenta su insistencia: «*¿Os aburre que hable tanto de los imbéciles? Más me cuesta a mí hacerlo. Pero es que quiero convenceros de algo: a hierro y fuego nunca acabaréis con los imbéciles. Porque, repito, ellos no inventaron el hierro, ni el fuego, ni los gases, pero utilizan a la perfección todo lo que les evita el único esfuerzo del que son realmente incapaces, el de pensar por sí mismos*». La muerte triunfa porque los imbéciles son maestros en la sublime virtud de la obediencia y la máquina en que se ha convertido la guerra está a su servicio. Bernanos es consciente de que el mundo se despeña en el abismo al que lo lleva la entronización del dinero, y en un estilo polémico, pródigo en digresiones no siempre enriquecedoras, expresa su reprobación a los potentados odiosos y los políticos ineptos que los asisten, pero pronto vemos que toda su crítica está lastrada por un pensamiento conservador incapaz de alumbrar la necesaria transformación de la sociedad.

Tras reflexionar extensa y divagantemente sobre la situación mundial, el autor comienza a relatarnos sus experiencias en Mallorca. Pone de manifiesto en primer lugar los escasos efectivos de los partidos de izquierdas en la isla, hecho atestiguado por su hijo Yves, afiliado a Falange, que pasó un año recorriendo la región en reuniones de propaganda sin que él ni sus camaradas tuvieran ningún enfrentamiento serio, «*más allá de algunos puñetazos*». Se constata que en los meses anteriores al levantamiento no se cometió en la isla ningún atentado contra las personas ni contra los bienes.

A pesar de estos antecedentes, tras hacerse con el control los sublevados emprenden una política de exterminio, descrita en detalle. Bernanos ve funcionar en la isla durante ocho meses un régimen de Terror que denomina «régimen de Sospechosos», «*en el que el poder considera lícito y normal no sólo agravar desmesuradamente el carácter de ciertos delitos para someter a los delincuentes a la ley marcial (el gesto de levantar el puño castigado con la muerte), sino también exterminar de forma preventiva a los individuos peligrosos, es decir, a los sospechosos de llegar a serlo. Para descubrir a estos elementos indeseables hay que asegurarse la colaboración de los delatores. El régimen de Sospechosos también es, por lo tanto, el régimen de la delación*».

La organización del Terror correspondió a Arconovaldo Bonaccorsi, conocido como «conde Rossi», un miembro de los Camisas Negras que arriba a Mallorca en agosto al frente de un contingente italiano. Hasta diciembre, la «limpieza» fue casa por casa y «*las cañadas de la isla, en las cercanías de los cementerios, recibieron regularmente su fúnebre cosecha de malpensantes: obreros, campesinos, pero también burgueses, farmacéuticos, notarios*». Después el exterminio se concentró en los que abarrotaban las cárceles. Según el testimonio de uno de los jefes de la represión palmesana, a primeros de marzo de 1937 los asesinatos ascendían a tres mil. Esto por supuesto choca con la visión que se da esos meses en los periódicos franceses, en los que no se halla la menor alusión a los desmanes de alemanes e italianos en España.

Bernanos, un católico de derechas con un hijo teniente de Falange, critica sin embargo los excesos criminales de su bando, y la complicidad con ellos del clero católico. que contrasta además con el buen trato dado por las tropas re-

publicanas que desembarcaron en la isla a las monjas de Porto Cristo, referido en artículos de prensa en aquellos días.

El desasosiego de un católico ante los crímenes de los suyos

En la segunda y tercera partes de la obra, el autor continúa sus reflexiones zigzagueantes sobre la difícil situación que atraviesa el mundo, y no logra encontrar un bando o partido que refleje sus convicciones, entre una derecha defensora de la clase propietaria con la salvaguarda de la religión y dispuesta a todas las brutalidades, y una izquierda que siente también la tentación del totalitarismo. La deshumanización del enemigo le parece monstruosa a Bernanos y se atreve a profetizar: «*Creo que los alemanes no tardarán en acostumbrarse a quemar a sus judíos, y los estalinistas a sus trotskistas*».

Nos revelan estas páginas la frustración que le produce a nuestro novelista la cruenta encarnación del pensamiento conservador con que se identifica. La historia idealizada que él ama naufraga en la barbarie y él se queda atónito y sin referencias. Su proyecto espiritual, nutrido del Evangelio, resulta al fin enfangado en la crueldad más sangrienta, mientras en el mundo sólo es posible ver totalitarismos que se aprestan al combate. En un tiempo en que era tan difícil alimentar la esperanza, Bernanos concluye con una invocación a Juana de Arco, que con su martirio muestra caminos de resistencia y libertad. «*No, no es a usted a quien más tememos, estimado señor Hitler. ¡Les venceremos, a usted y a los suyos, si hemos sabido proteger nuestra alma!*».

Éste era Georges Bernanos. Discrepamos de su ideario político y nos sorprende su inquebrantable fe en el Dios uno y trino, pero lo cierto es que, incorruptible ante las frustraciones que el mundo le regalaba, nunca se casó ni con su sombra, intuyó los estragos del capitalismo industrial y rechazó por tres veces la Legión de Honor. A la propuesta formal de incorporarse a «los inmortales», respondió con ironía: «*Cuando sólo me queden un par de nalgas para pensar, iré a sentarme a la Academia*».

Escritos libertarios: la vena más juvenil e incendiaria de Georges Brassens

Publicado en *Rebelión* el 1 de noviembre de 2022

Georges Brassens nos conmovió con sus canciones, que sonaron muchas veces como himnos de rebeldía en los años en que los *baby boomers* descubríamos el mundo. Él conquistó a los auditorios con un mensaje que conjugaba lirismo, humor y crítica de todos los poderes. El escritor René Fallet, tras escucharle cantar en directo en 1953, definió entusiasmado en *Le Canard enchaîné*: «*Una voz que era una bandera negra, un vestido secándose al sol y un puñetazo en una gorra militar; una voz que hablaba de fresas y de peleas... y de la caza de mariposas*». Pero, aparte de sus baladas, Brassens también vertió su rebeldía años antes en la prensa ácrata, en artículos que no habían aparecido aún en castellano. Pepitas y la Fundación Anselmo Lorenzo acaban de espigar algunos de ellos en un volumen con traducción y prólogo de Diego Luis Sanromán.

Nacido en 1921 en Sète, en el Mediterráneo francés, en una familia de clase media, Georges Brassens fue un joven inquieto e inadaptado al que tocó vivir los horrores de la guerra contra el nazismo. Concluida ésta, su poco amor por los faustos militares y eclesiásticos lo acercó a los círculos anarquistas, mientras nutría su pasión por poesía y música, artes en las que iba a encontrar la forma de expresar y compartir su visión del mundo.

En los años 50, Brassens se abre camino en los escenarios y graba sus primeros álbumes con éxito extraordinario. Durante los 60 y 70, compone y da conciertos en giras que lo convierten en un icono de trovador rebelde, al tiempo que su obra es traducida e interpretada en otros idiomas. En castellano se han hecho clásicas las versiones de Paco Ibáñez, Nacha Guevara o Chicho Sánchez Ferlosio, entre muchos otros. Georges Brassens falleció de un cáncer de intestino en 1981, y una de sus últimas alegrías fue ver abolida en Francia la pena de muerte contra la que tanto había batallado.

Diego Luis Sanromán repasa en su prólogo para *Escritos libertarios* los años juveniles del autor de *La mauvaise réputation* y se detiene sobre todo en su colaboración en medios como *Le Libertaire*, en el que además fungió de corrector, o *Le Combat Syndicaliste*. Georges Brassens era por entonces simplemente Jo y firmaba con seudónimos, como era normal en la prensa ácrata. La selección que se ha realizado incluye dieciocho artículos publicados en 1946 y 1947, y viene con notas al pie que ilustran sobre personas y aspectos mal conocidos hoy.

En estas páginas reina ya el espíritu de las canciones que cautivaron al mundo, pero en una fase más juvenil y radical y menos propensa a ensoñaciones. Su prosa, de frases rápidas, irónica y mordiente, se nos antoja una ametralladora que acribilla las muchas cosas que el autor ve torcidas a su alrededor. Fustiga por ejemplo la hipocresía e incoherencias de la Iglesia establecida; una fotografía en un diario católico de «*un buen padre iniciando a su retoño en el manejo de las armas de fuego*» sirve de detonante para denunciar las crueldades de cazadores y pescadores, criminales bendecidos desde los altares; arremete también en otro texto contra los mercachifles de una religión en la que ve sólo superstición y negocio.

No obstante, el objetivo favorito de las diatribas de Jo no podía ser otro que el gendarme, rostro próximo y brutal de la represión del sistema capitalista. Sobre él se acumulan todos los improperios y se llega a celebrar su desaparición, por cualquier motivo que siempre va a resultar jocoso, de la faz de la tierra. No hay lugar para ninguna piedad en una guerra a muerte que reproduce los clichés del anarquismo más vitriólico.

Compitiendo con los polizontes como blanco de iras aparecen pronto los estalinistas; así se reprueba la trayectoria posterior de algunos y se desacreditan sus reproches a los libertarios por compartir contra ellos argumentos con la derecha. También se comenta con estupor que en la Rumanía ya en la órbita soviética los policías «*ejercen de críticos literarios*» y han impedido la representación de una obra de Jean Giraudoux. Repatea especialmente a Jo de estas gentes su sumisión a Stalin; en un precioso artículo en el que se celebra con lirismo la llegada del otoño al tiempo que se lamentan los fastidios que va a traer, se cuenta entre éstos cómo: «*Éluard, Aragon y consortes pedirán al buen papá Stalin autorización para cantar la caída de las hojas... Stalin, tan generoso, se la concederá y nosotros tendremos que aguantar las horribles consecuencias*».

Hay también lugar en estos textos para el pacifismo radical, para arengar contra la pena de muerte o reprobar la traición de los sindicatos, concretamente la CGT francesa, que pasó según el autor de *Le gorille* de defender a los trabajadores a conchabarse con la clase dirigente. Algún artículo se concentra en ofrecer alternativas de acción contra un sistema criminal y corrupto. Así, «¿A qué esperan las masas para sublevarse?» lanza un llamamiento a una insurrección que acabe con la farsa parlamentaria. Sin embargo, el asunto no es simple; un reportaje con la misma fecha da noticia de la sangrienta represión en Roma de una algarada revolucionaria.

Escritos libertarios nos permite acercarnos a Georges Brassens cuando era un ácrata veinteañero que pergeñaba escritos incendiarios, pletórico de ironía y mala leche. El tiempo le va a mostrar lo difícil que es derribar un sistema sólidamente anclado en las cabezas de sus compatriotas, y él sabrá modular sus sarcasmos, vestirlos de lirismo y expresarlos a través de melodías inolvidables, compuestas a la medida de su recia voz. Así encontró su camino y nos ayudó a encontrar el nuestro: «*La musique que marche au pas,/ Cela ne me regarde pas*».

El espejo del limbo, de André Malraux. Antimemorias de un hombre de acción

Publicado en *Rebelión* el 8 de marzo de 2023

André Malraux destacó como escritor y hombre de acción, y fue protagonista en escenarios decisivos del siglo XX, al tiempo que trataba de explorarlos por medio de novelas. Ya en su madurez, en 1965, el que era bien conocido como narrador asumió un nuevo reto al decidir usar los recuerdos como base de su literatura. La primera edición de *Antimemorias*, publicada dos años después, reúne textos escritos al efecto con fragmentos, en ocasiones reelaborados, de novelas anteriores. Las versiones sucesivas van a ir modificando este original e incorporando nuevo material, pero sin que llegaran a aparecer los cuatro tomos previstos en un principio, debido al fallecimiento de Malraux. La obra definitiva se titula en castellano *El espejo del limbo*, y ha sido editada en 2022 en dos volúmenes por Debolsillo con traducción de María Teresa Gallego Urrutia y Amaya García Gallego y prólogos de Ignacio Echevarría.

A través del torbellino del siglo XX

André Malraux nació en París en 1901 en una familia de la pequeña burguesía y aunque no completó estudios universitarios, se instruyó de forma autodidacta e hizo suyo enseguida el mundo de la literatura y el arte de vanguardia. Tras sufrir reveses económicos, en 1923 embarca para Oriente con la intención de robar y traer a Francia relieves de la cultura jemer camboyana. Descubierto y detenido por las autoridades coloniales, no llegará a cumplir la condena que se le impone, e instalado en Saigón se dedica al periodismo, al tiempo que va desarrollando una conciencia crítica de los excesos sufridos por la población indígena.

Tras su regreso a Europa en 1926, Malraux publica novelas y ensayos, edita clásicos antiguos y modernos y organiza exposiciones, además de viajar por medio mundo. No abandona su interés por la evolución de los acontecimientos en el Extremo Oriente, y la masacre de Shanghái en 1927, un brutal episodio de represión de los comunistas por parte de los nacionalistas del Kuomintang, le sirve de marco para una de sus novelas más famosas, *La condición humana*, de 1933, que recibe el premio Goncourt. Ese mismo año, el ascenso de Hitler al poder lo lleva a hacer campaña contra el nazismo.

En 1936, con el comienzo de la guerra en España, Malraux se pone al servicio del Gobierno republicano y se vuelca en la organización de una fuerza aérea para él, empeño que se materializa en la Escuadrilla España, que llega a tener ciento treinta miembros y realiza veintitrés misiones de combate hasta su disolución en 1937. Después de esto Malraux, tomando como base su novela *La esperanza* (1937),

dirige la película *Sierra de Teruel*, que no pudo estrenarse hasta 1945.

Durante la Segunda Guerra Mundial, Malraux participa en la resistencia francesa, y concluida la contienda une su destino político al del general De Gaulle, con quien desempeña diversos ministerios, entre ellos el de Cultura entre 1959 y 1969, mientras sigue publicando novelas y ensayos. En la revuelta de mayo de 1968, el rebelde de antaño arremete contra el «nihilismo» de los estudiantes, lo que no impide que en sus textos de estos años se declare rendido admirador de Mao y su obra. André Malraux falleció en 1976 y sus cenizas reposan en el Panteón de París, bajo la gran inscripción: «*Aux grands hommes la patrie reconnaissante*».

Antimemorias

Habida cuenta de la historia que acabo de sintetizar, pocos se resistirán a emprender la lectura de una «autobiografía» de tal personaje, pero me parece obligado de entrada moderar este interés. La razón es que lo que se narra en los libros reseñados de poco va a servir para escudriñar la trayectoria real de André Malraux, sus experiencias y los impulsos que motivaron sus vaivenes, siempre tortuosos y sorprendentes. Lo que en ellos encontramos es más bien otra cosa.

El primer volumen viene con el título de *Antimemorias* y se divide en cinco fragmentos. Este nombre es sin duda una buena definición, pues el contenido discurre ajeno a la inquietud histórica o biográfica que se podría suponer en un texto autobiográfico y carece de un patrón estructural coherente. En las antípodas de esto, lo que el autor nos ofrece es un cúmulo de vivencias y reflexiones inconexas que él considera relevantes en la formación de su personalidad y que van oscilando en una línea temporal cíclica. Con estas premisas ha sido inevitable que entre los lectores de la obra, algunos tan cualificados como Mario Vargas Llosa o Marguerite Yourcenar, haya dominado una sensación de frustración ante ella. Y esto no tanto por lo que el texto nos aporta, como por lo que se echa en falta en él.

Aumenta el desencanto la amalgama que se hace de personajes de ficción y reales, y las licencias que el autor se permite con estos últimos, aparte de las situaciones enteramente inventadas que describe. La superposición de planos de momentos históricos diversos resulta también trabajosa para el lector. Debido a todo esto, viabilizar un acercamiento coherente a la obra hubiera requerido una edición con un aparato de notas que fácilmente superaría la extensión del texto original. De todas formas, la opción que se nos ofrece es clara: «*Léanlo ustedes como una novela*». Eso está bien, pero hay que decir que, incluso así nadie nos libra de necesitar las notas, y además, con alguien como Malraux, la verdad es que ya tenemos muchas novelas suyas y lo que echábamos en falta eran unas auténticas memorias.

El segundo volumen, titulado *La soga y los ratones*, incide en esto mismo, con la peculiaridad de que en este caso se trata de la reunión de cuatro libros que fueron publicados independientemente con anterioridad y que se encuentran redistribuidos en seis capítulos. Aquí el hilo temporal se difumina aún más que en la primera parte, y de nuevo lo que se prodigan son recuerdos deslavazados y conversaciones más o menos imaginadas que sirven al autor para transmitirnos sus siempre interesantes y originales opiniones.

Concluida la lectura de *El espejo del limbo*, los que resistan hasta el final se sentirán frustrados por la desperdiciada ocasión de conocer las experiencias cruciales que marcaron la biografía de André Malraux. Lamentablemente, los dos libros que componen la voluminosa entrega apenas nos permiten atisbar las claves de una trayectoria fascinante, plena de humanismo y compromiso en sus primeros años y arrumbada luego a la estela de la *France éternelle*.

Oscuros desatinos. Sobre la *Teoría de la religión* de Georges Bataille

Publicado en *Clarín*, n.º 20 (1999)

Menos algunas veces, como cuando empiezan a babear hablando de su «divino marqués», que la verdad es que dan bastante miedo (y grima), estos pseudofilósofos franceses son en general gente pintoresca y entretenida. Rigor filosófico, nadie se lo pediría, pero ya sabemos que no se trata de eso. Escribir, saben escribir, aunque compañeros de viaje y herederos de los surrealistas comparten demasiados vicios con ellos; por ejemplo, esa adhesión al famoso principio: «*Lo primero que se me ocurra ha de ser necesariamente un texto brillante merecedor de la imprenta*». Así se explica que continuamente vendan gato por liebre, oscuros juegos de palabras por verdades sutiles y misteriosas. De salud y equilibrio mentales, es decir, capacidad para percibir lo real y transformarlo, andan más bien escasos, aunque más grave es que consigan hacer de esto su mayor virtud, y que no falte gente con la cabeza en su sitio dispuesta a reírles las gracias. Lamentable...

Autor de relatos atormentados, y tan bien escritos como difíciles de digerir, en los que la degradación, la muerte y el horror son los componentes habituales del sexo, Georges Bataille no dudó en cultivar también el ensayo. En lo que llamó su *Summa Atheologica* (1943-1945), lo encontramos en su elemento, «*Enseño el arte de convertir la angustia en delicia*», «*En el momento de volverse loco acaece la respuesta*», «*El no-saber comunica el éxtasis*», «*Toda "comunicación" participa del suicidio y del crimen*», «*Amar a una mu-*

jer (o cualquier otra pasión) es para un hombre el único medio de no ser Dios». No hay página que no rebose vacíos, éxtasis y desgarramientos. Hasta el bueno de Nietzsche, que no sabemos por qué imanta poderosamente a todos los psicópatas posibles, acaba siendo el pobre el profeta de no se sabe que «oscuros abismos».

Su *Teoría de la Religión* (1948), que ahora reedita Taurus, es de alguna forma una continuación de los textos que acabamos de mencionar. Lo primero que debe decirse de esta pretenciosa *Teoría de la Religión*, es que no es de ninguna manera una teoría de la religión, o por lo menos, una teoría de la religión siquiera medianamente coherente. Por no ofrecer, este libro no ofrece ni siquiera el consuelo de frases como las que entresacábamos antes, que a fuerza de patéticas resultan graciosas. Aunque los capítulos tienen títulos prometedores, como «La animalidad», «La humanidad», o «El sacrificio» (sabemos que el sacrificio humano era un tema que atraía a Bataille), a la hora de la verdad, no son raras en el texto las inexactitudes y tergiversaciones de conceptos de física o biología. Algunas son curiosas. Resulta sorprendente, por ejemplo, que un ateo militante defienda una separación entre el hombre y el animal que sería más propia de un teólogo escolástico, y que es ajena a lo que en 1948 decía ya la etología. Las inexactitudes antropológicas tampoco son raras: «*despedazar, cocer y comer al hombre es (...) abominable*»; en muchas culturas sí, pero en otras... son sólo proteínas. Elevar esto a un principio universal, y que sea la base de una teoría de lo sagrado no parece muy convincente. No obstante, más frecuente es que el texto discurra en un tono oscuro, difícil, en el que las palabras parecen encerrar muchas veces sentidos ocultos, códigos casi secretos. Ninguna conclusión. Un estilo muy apropiado para un poema, pero difícil de explicar en una teoría de la religión. La prosa de Bataille imita un estilo seco, profesoral. Si sólo escuchásemos la música, diríamos que se trata de un sabio; si nos fijamos en las palabras, sin embargo, nos invade la angustia, «*el inconfesable placer de la angustia*»: o yo soy idiota, o este hombre esta loco, o se está riendo de mí. La herencia del surrealismo.

Pasos delirantes por el camino del psicópata de Charenton que, por más que pretendan lo contrario, no consiguen más que hacer propaganda al carpintero de Nazaret.

1.6
Literatura en inglés

La necesidad del ateísmo y otros escritos de combate, de Percy B. Shelley

Publicado en *Rebelión* el 14 de febrero de 2018

Poeta esencial en la segunda generación del romanticismo inglés, Percy B. Shelley siguió la estela de William Godwin y su *Investigación acerca de la justicia social* (1783), empeñándose en una crítica demoledora de instituciones de su tiempo y el nuestro como religión, monarquía o matrimonio. Fustigador, además, de las desigualdades sociales, defendió el papel de los intelectuales, a través de la persuasión y el ejemplo, a fin de promover las trasformaciones necesarias. El perfeccionamiento del ser humano se produciría así mediante la expansión de ideas liberadoras y la destrucción de las instituciones opresoras por métodos no violentos, cuyas limitaciones de todos modos comprendía. Este impulso rebelde se materializa en numerosos «escritos de combate», que Julio Monteverde ha tenido el acierto de reunir en un volumen (Pepitas de calabaza, 2015). Poco conocidos, muchos de estos textos se editan aquí por primera vez en castellano.

Percy B. Shelley viene al mundo en una familia aristocrática de Sussex en 1792, e inicia su carrera literaria muy joven con algunos escarceos con la novela gótica que ya manifiestan su ideario. En 1811, estudiante en Oxford, publica anónimamente *La necesidad del ateísmo*, escrito a medias con su amigo Thomas Hogg. Esta obra, cuyos ejemplares fueron quemados, le valió el honor de ser expulsado de la docta sede. En ella se refuta con argumentos filosóficos la existencia de un dios dotado de voluntad antropomorfa, aunque admitiendo la de un espíritu no escindido del ser y vinculado a la unidad esencial de éste. El rechazo familiar de sus ideas le hizo renunciar a su título y llevar una vida errante que va a estar marcada por inestables relaciones amorosas, crisis nerviosas, pasión por la poesía y esfuerzos impotentes por la trasformación social.

Tras su expulsión de Oxford, Shelley con diecinueve años y recién casado con su novia, Harriet Westbrook, de dieciséis, con la que se ha fugado, acude a Irlanda y luego a Gales, lugares donde se implica en un fervoroso activismo político hasta que se produce un atentado contra su vida en febrero de 1813. Quince meses después, conoce a Mary, hija de su maestro Godwin, y enamorado de ella, decide abandonar a Harriet, embarazada, que se suicidará arrojándose al Támesis unos meses más tarde; a partir de entonces, acompañado de Mary y la hermanastra de ésta, Claire Clairemont, recorre Francia, Suiza, e Italia, y compone poemas marcados por un aliento utópico y textos en prosa destinados sobre todo a expresar sus ideas de reforma social. El 8 de julio de 1822, a punto de cumplir treinta años, Shelley falleció en el naufra-

gio de su barco, el Ariel, durante una tormenta. Su cuerpo apareció diez días después y fue incinerado en la playa.

Aparte de *La necesidad del ateísmo*, el volumen recoge una vibrante defensa en verso del tiranicidio, escrita en sus meses en Oxford, junto a proclamas que pegó en las calles de Dublín incitando al levantamiento contra la dominación inglesa. En una nota a su poema «Queen Mab» ataca el matrimonio y defiende una unión libre, que no ha de implicar, según él, necesariamente promiscuidad, y en otra ensalza la dieta vegetariana que él mismo adoptó a partir de 1812, como más saludable y ética, al tiempo que reprueba el consumo de alcohol. «Los asesinos» es un relato inconcluso en el que describe una comunidad ideal de mujeres y hombres justos que habitan un valle de los Alpes, y el conflicto inevitable cuando entran en contacto con la civilización. Encontramos también críticas de la tortura y la pena de muerte, y versos que celebran la caída de Bonaparte, el tirano, en Waterloo, aunque sin pararse a pensar lo que allí se imponía. En «Ozymandias», uno de los más bellos poemas del romanticismo inglés, las ruinas de un coloso en un desierto egipcio revelan la locura del poder insaciable y despótico.

Shelley reacciona a la sangrienta represión de protestas obreras en Inglaterra con airados textos en prosa y poemas como «La máscara de la anarquía», canto a la dignidad pisoteada y llamamiento a la resistencia no violenta: «*Vosotros sois muchos, ellos pocos*». Compone también canciones de aliento popular que se convertirán en himnos del movimiento obrero británico: «*¿Para qué alimentar, vestir y cuidar/ desde la cuna a la tumba/a esos parásitos desagradecidos/ que drenan vuestro sudor y beben vuestra sangre?*». Los levantamientos revolucionarios de 1820 en España, Italia y Grecia dan lugar a poemas llenos de esperanza como la conocida «Oda a la libertad». En el último texto incluido, «Defensa de la poesía», se considera al poeta un legislador y profeta que con su trabajo, ignorado por su época, marca el progreso humano hacia la libertad: «*La poesía es un espejo que hace bello aquello que ha sido distorsionado*».

Recordar la vida de Percy B. Shelley nos sume en las contradicciones de un hombre que no pueden dejar de ser las de su tiempo, ni tampoco las del régimen económico que por entonces se imponía. Un joven noble inglés, rechazado por su clan y peregrino por Europa, rebelde y neurótico, sueña con cambiar el mundo con sus poemas. Su religión es una idealización del amor que lo lleva a la defensa de la unión libre, pero la triste realidad es una libido que provoca relaciones inestables y frustrantes. Su desequilibrio emocional y el panorama denigrante que contempla son sólo aliviados por la magia sonora de unos versos que expresan la pasión más profunda de su espíritu. Su música sigue aportándonos hoy rayos de luz para atisbar a través del capitalismo deshumanizador que él veía nacer y nosotros vivimos en su tecnológica y sofisticada agonía.

Diario de un viaje a Rusia, de Lewis Carroll

Publicado en *Literaturas.com* el 2 de junio de 2014

Charles Lutwidge Dodgson nació en 1832 en una familia enraizada en la más pura tradición británica, con un bisabuelo obispo, un abuelo militar muerto en batalla y un padre con dotes para las matemáticas, pero que llevó una apacible vida de párroco rural. Charles, el tercero de once hermanos y primer varón, destaca pronto por su inteligencia precoz y un tartamudeo que lo hace algo tímido. Estudia en Rugby y luego en Christ Church, uno de los *colleges* más importantes de la Universidad de Oxford, estrechamente vinculado a la Iglesia de Inglaterra. Allí consigue en 1857 un puesto de profesor de Matemáticas que ocuparía veintiséis años a pesar de que nunca alcanzó una de las condiciones requeridas para desempeñarlo: ser sacerdote. Ordenado diácono en 1861, Charles fue excepcionalmente dispensado de esta condición.

Con veinticuatro años, nuestro joven matemático descubre el poder de la fotografía y se entrega a ella con pasión. Es un arte que le permite materializar en imágenes la belleza cuya adoración en cualquiera de sus formas es su arraigada filosofía personal. Realiza desde entonces gran número de placas de niñas, entre ellas algunos desnudos, y también retratos de gente importante, pero en 1880 abandona la fotografía. Desde joven Charles también escribe: poemas, cosas satíricas. Un día de excursión con algunas de sus amiguitas, entre las que está Alicia Liddell, su favorita, le piden que les cuente un cuento. Resulta éste tan maravilloso que le ruegan que lo escriba. En 1865, Macmillan lo publica con el título *Alice's Adventures in Wonderland* y es un éxito clamoroso, a lo que contribuyen sin duda los deliciosos dibujos de John Tenniel que ilustraban aquella edición. Para firmar el libro, Charles rehúye su propio apellido, tan cercano al infame Dogson, y latiniza sus otros dos nombres en Ludovicus Carolus, que regresan al inglés como Lewis Carroll.

En 1867, Charles emprende el que sería el único viaje al extranjero de su vida. Destino: Rusia. Durante este viaje toma unas anotaciones que no vieron la luz hasta 1935, bastantes años después del fallecimiento de su autor en 1898. Acompañado de su amigo Henry Parry Liddon, Charles embarca en Londres en la mañana del 13 de julio y tras llegar a Calais, sigue viaje por tren hacia Bruselas. En esta ciudad presencia el 14 de julio la procesión del Corpus, que califica como «*la ceremonia más espléndida que había visto nunca*». El día 15 los viajeros están ya en Colonia, cuya catedral entusiasma a Charles; también visita varias iglesias y asiste a los oficios religiosos, que le resultan de gran interés.

Del 17 al 21 de julio los dos amigos permanecen en Berlín, donde examinan palacios, museos, iglesias y una sinagoga de las que los aspectos más destacables quedan adecuada-

mente reflejados en el diario de Charles. El día 22 están en la alemana Danzig (hoy Gdansk y polaca), y les maravillan la ciudad vieja, la catedral y sus obras de arte. El 23 llegan a la que entonces se llamaba Königsberg y era también alemana (capital de Prusia oriental, la ciudad de Kant nada menos) y hoy es el enclave ruso de Kaliningrado. En el camino se toma nota de «*un niño llevado ante el juez o a prisión por unos soldados, probablemente por robar un monedero*». En Königsberg, Charles disfruta del ambiente provinciano de sus calles, escuchando música en una terraza, y acude al teatro, aunque su «*escaso repertorio de alemán*» le impide seguir bien el argumento.

El trayecto a San Petersburgo en tren (unos mil kilómetros) les cuesta veintiocho horas y media a nuestros viajeros. En la entonces capital del Imperio ruso, les sorprenden sobre todo la amplitud y bullicio de las avenidas, las iglesias y sus cúpulas, la devoción de las gentes ante un precioso relicario en la calle y los rótulos luminosos de las tiendas. El día 28, domingo, asisten a los servicios religiosos en la gran catedral de San Isaac, donde los cánticos de la liturgia ortodoxa les impresionan. Pasean por la avenida Nevski, que les parece sin duda una de las más hermosas del mundo, y la plaza del Almirantazgo.

Al día siguiente los dos amigos son capaces ya de tomar coches de caballos por sí mismos e incluso regatear en un ruso rudimentario. La estancia en la capital les sirve para conocer la fortaleza de Pedro y Pablo, el museo del Hermitage y el palacio de Peterhof, algunos aspectos de los cuales Charles describe en el diario. El dos de agosto parten en tren para Moscú, a donde llegan de mañana tras una cómoda noche en coche cama. La vieja capital les entusiasma con sus cúpulas asiáticas y la fortaleza del Kremlin. El día 4, domingo, asisten a los oficios en la capilla anglicana, donde traban amistad con el capellán Penny y su esposa, que les dan buenos consejos para su estancia en la ciudad.

Los días siguientes nuestros ingleses visitan San Basilio y el Kremlin, cuyas riquezas les asombran, y asisten a liturgias ortodoxas con espléndidas voces y efectos sonoros. Los días 6 y 7 realizan una excursión a Nizhni Nóvgorod, en el Volga, donde conocen mercados de ambiente oriental y se les permite presenciar desde la puerta en la mezquita tártara las devociones de los fieles musulmanes tras una llamada a la oración que Charles juzga «*diferente a cualquier cosa oída por él nunca*».

Hasta el 19 de agosto los viajeros permanecen en Moscú y cultivan la amistad del capellán Penny y su esposa, que les presentan a sus amigos. También utilizan la carta de introducción que llevan para el obispo Leonid, que es sumamente amable con ellos y les acompaña al monasterio Troitska. Frecuentan oficios religiosos que les seducen con sus cánticos, vestimentas y rituales, pero también fiestas populares, compran iconos, regatean con los cocheros y disfrutan de la gastronomía local. El día 20 de mañana tras un viaje en coche cama están de nuevo en San Petersburgo. En su segunda estancia en la capital inspeccionan mejor las colecciones de pintura del Hermitage y se acercan a Kronstadt, donde conocen sus astilleros y el observatorio magnético. Como siempre visitan iglesias y Charles consigue adquirir una copia de la foto de un niño expuesta en la tienda de un fotógrafo. Para ello fue preciso el permiso de su padre, el príncipe Golitsyn.

El día 26 cogen el tren para Varsovia, donde permanecen hasta el 29. La ciudad le parece a Charles «*una de las más ruidosas y sucias que nunca haya visitado*». Llegan luego a la alemana Breslau (hoy Wrocław y polaca), recorren sus iglesias y nuestro matemático no deja de anotar tras su visita accidental a un campo de juegos de un colegio de niñas que éste resultaba «*un lugar muy tentador para una cámara fotográfica*». El día 31 siguen viaje hacia Dresde, y allí hay sesiones de teatro y museos. Continúan a Leipzig, Giessen y Ems, y suben por el Rin hasta Bingen. Renania les encanta con su paisaje romántico de riscos, castillos y viñedos.

El día 7 de septiembre están en París. La belleza y animación de la ciudad fuerza a Charles a manifestar su comprensión ante el hecho de que los parisinos califiquen a Londres de «triste». Ocupan su tiempo paseos, teatro y pinacotecas, gastronomía y compra de fotografías. También conciertos, y entre ellos uno de música china, «*esa clase de música que una vez oída deseas no volver a oír nunca más*». El día 13 por la tarde emprende viaje para Calais, y ya de madrugada Charles tiene el placer de ver aparecer las luces de Dover y «*las costas blancas de la vieja Inglaterra*».

Charles se nos muestra en el relato como un viajero británico bastante típico: buen camarada dispuesto a aliviar con su humor inteligente todas las dificultades de la vida. Le interesa el arte y se comporta como un hombre religioso, pero hay detalles que revelan algo oculto y misterioso en este clérigo y profesor universitario que vive sus días en el corazón intelectual del Imperio británico. Su pasión por las niñas, mal disimulada, aflora aquí y allá y nos ayuda a entender su psicología.

Para entender más tenemos que leer las encantadoras cartas que dedicaba a sus amiguitas. Algunas de ellas con un buen número de retratos fueron editadas por Lumen en 1998. Estas misivas están llenas de bromas, humor, disparates y travesuras «*Querida Gertrude: ¿Sabes una cosa? Ya no se pueden enviar besos por correo. El paquete pesa tanto que resulta muy caro*». Carroll se pone a la altura de las que ama porque encarnan la belleza más perfecta, la feminidad aún balbuciente, presentida como una promesa. Estas niñas, muchos años después recuerdan a Charles como el genial e infatigable narrador de las historias más maravillosas, un hombre bueno y amable que nada apreciaba más en la vida que la compañía de una niña que le hiciera partícipe de sus sueños y fantasías. Sobre ellas construía sus relatos.

Las aventuras de Alicia

Alicia descansa en el campo y después se precipita en una madriguera siguiendo a un misterioso conejo vestido con chaqueta y chaleco. Cae luego en el vacío durante bastante tiempo para encontrarse al fin en un lugar extraño rodeado de puertas cerradas. Hay una pequeña que lleva a un hermoso jardín, pero la llave que la abre está sobre una mesa de cristal fuera de su alcance. Alicia come algo que la hace crecer y consigue la llave, pero ha crecido tanto que no cabe por la puerta y llora desconsolada. Luego decrece y ha de nadar en sus propias lágrimas en compañía de un ratón con el que trata de confraternizar. Salvada al fin del «estanque», se sienta con un grupo de animales a escuchar la historia del ratón. Éstas son las escenas iniciales de *Alicia en el país de las maravillas*, y luego continúa la sucesión de episodios insólitos hasta que Alicia se da cuenta de que se había quedado dormida. Entonces comprendemos que todo lo ocurrido es perfectamente posible en un sueño.

Tanto en este relato como en su secuela *A través del espejo y lo que Alicia encontró allí*, la protagonista se enfrenta a un mundo extraño y cambiante. Penetrando en una madriguera o atravesando un espejo, son naipes o piezas de ajedrez los que allí viven con sus peculiares jerarquías sociales, practicando deportes estrambóticos u ocupados en absurdos «procesos judiciales». Y a ellas se añaden personajes de cuentos o rimas infantiles, animales o plantas con sentimientos y voces humanas. Todos ellos no dejan de plantear situaciones chocantes que sorprenden a la pobre Alicia, pero ésta, con un carácter genuinamente británico, jamás pierde la calma y por encima de todo trata de ser amable y razonable. Esta tensión entre un mundo desquiciado y Alicia, que aporta allí una gota de sensatez, crea el mayor atractivo de estos libros y les da un tono de delicioso humor.

La literatura son los sueños del hombre, pero es a la vez una fibra más del engranaje social. A veces estos sueños muestran caminos tortuosos. El coleccionista y hacedor de retratos Charles Dodgson amaba la belleza inmaculada de las niñas, amaba su cuerpo, que fotografiaba desnudo cuando le dejaban, pero también su dulzura, su alma tan fresca y extraordinaria. Para acercarse a ellas y gozar de su presencia creó relatos que transformaron en arte irrepetible todo su amor y fascinación. El *Diario de un viaje a Rusia* de Lewis Carroll puede servirnos para tantear otra vez esa frontera entre la realidad y la ficción, entre la vigilia y el sueño. Un flemático diácono de la Iglesia de Inglaterra, profesor de Matemáticas en Oxford, atraviesa Europa y visita las dos grandes ciudades rusas en el año de 1867. Asiste complacido a los oficios ortodoxos y regatea con los cocheros, pero por debajo de esta careta que el orden social ha construido aflorará enseguida la realidad del deseo que empuja y alimenta a todos. Asistir a este afloramiento será sin duda el mayor placer que nos depare la lectura de este libro: sorprender tras el sueño de la realidad, la realidad del sueño que la vivifica y le da sentido.

Del corazón y sus tinieblas. Travesía de Conrad

Publicado en *Rebelión* el 23 de noviembre de 2006

Hasta hace muy poco no existía en castellano ninguna edición de las obras completas de Joseph Conrad, con lo que algunos de sus relatos no eran fáciles de encontrar y tampoco lo era, por ello, hacerse una idea de conjunto sobre una producción caracterizada al mismo tiempo por su extensión y su variedad y riqueza. Este vacío se ha visto cubierto recientemente por la aparición de cinco volúmenes de RBA que agrupan versiones ya publicadas por diferentes editoriales, acompañadas de un estudio preliminar de C. B. Cox. El genio de Conrad se despliega poderoso a través de estos tomos, y a muchos que teníamos sólo vislumbres de él, nos han servido para integrar y relacionar, y para poder tener por fin una visión global sobre una producción que constituye sin duda una de las aportaciones más relevantes a la literatura en el final del siglo XIX y el comienzo del XX.

Józef Teodor Konrad Nałęcz-Korzeniowski nació en 1857 en Berdýchiv, una localidad polaca o lituana en la antigüedad que por entonces formaba parte del Imperio ruso y hoy es parte de Ucrania. Su padre era un poeta y patriota polaco que hubo de partir al destierro con su familia en 1862. Tras su fallecimiento en 1869, nuestro autor quedó bajo la custodia de su tío Tadeusz Bobrowski, un abogado que desde entonces se convirtió en su ángel tutelar. Estudiante en Cracovia, siente Józef muy joven la atracción del mar y en 1874 viaja a Marsella, desde donde realiza diversos viajes, primero como pasajero y después como aprendiz y camarero. Algunas de sus actividades estos años no están del todo claras, pero se sabe que traficó con armas destinadas a los carlistas españoles y la publicación de una carta de Tadeusz en 1957 permitió conocer también que todas estas aventuras culminaron en un intento de suicidio. Continúa después Conrad su vida marinera y en 1878 desembarca por primera vez en las costas de Inglaterra con veinte años cumplidos. El que pasaría a la historia como un brillante escritor en la lengua de Shakespeare hablaba por entonces sólo unas palabras del que sería su tercer idioma, después del polaco y el francés.

Durante los dieciséis años siguientes, Conrad sirvió en la marina mercante inglesa, aprobando los exámenes de primer oficial en 1884 y los de capitán en 1886, año en que obtuvo también la nacionalidad de su país de adopción.

Las experiencias de estos viajes, en los que recorrió todo el mundo, servirían de base para su obra literaria posterior. El que realiza al Congo en 1890 es especialmente importante, porque le aporta las duras vivencias que tratará luego de plasmar en su obra maestra *El corazón de las tinieblas*, y también porque con ellas provoca un agravamiento en la neurosis que le había llevado a intentar suicidarse y no le abandonaría en toda su vida.

1895 es el año de su matrimonio con Jessie George, y supone también el nacimiento para la literatura de Joseph Conrad con la publicación de *La locura de Almayer*, un relato en el que llevaba trabajando varios años. Termina en este momento su vida marinera, y comienza una existencia como escritor marcada siempre por su pobre salud y su difícil temperamento, en la que sólo conseguiría una cierta estabilidad financiera a partir de 1910. Las fechas esenciales de la vida de Conrad son a partir de entonces las de la publicación de sus libros y, aunque realiza algunos viajes, reside principalmente en Inglaterra, donde fallece en 1924.

Las dos primeras novelas de Conrad son la ya citada *La locura de Almayer* (1895) y *Un vagabundo de las islas* (1896), que comparten marco geográfico, personajes e incluso una cierta atmósfera psicológica. La acción transcurre en una aldea con un embarcadero a la orilla de un río y en ella, enmarcados por la pródiga naturaleza de las Indias Occidentales, unos europeos viven su triste existencia, prisioneros de pasiones elementales que los acaban destruyendo. Son novelas llenas de pasajes sobrecargados y en ellas la acción se desliza penosa hacia un desenlace previsible, adivinándose al fondo de todo ello lo que quiere ser una visión simbólica del destino humano.

Aunque notables como relatos primerizos de un autor cuya lengua materna no era el inglés, estas novelas palidecen al ser comparadas con la primera obra maestra de Conrad, *El negro del «Narcissus»* (1897), que fue también su primer éxito comercial. Ésta describe una desventurada travesía entre Bombay y la costa inglesa, complicada por una tormenta que casi acaba con el barco y sus ocupantes. Algunos de éstos resultan inolvidables como el viejo Singleton, imagen cumplida del marino viejo y experto, capaz de salvar el barco con su pericia y no darle demasiada importancia, o James Wait, el complejo personaje que da nombre al libro, un enfermo terminal de tuberculosis que trata de creer que sólo finge su triste estado. Donkin es un paródico «revolucionario» que predica el descontento y la subversión entre sus compañeros, sin que le hagan demasiado caso. La novela destaca también por la riqueza de su lenguaje poético y su retrato sugestivo y minucioso de la vida a bordo de un gran velero.

Conrad vuelve a publicar obras en las que los barcos y el mar son los principales protagonistas en varias ocasiones, empezando con *Juventud* (1902), relato bastante humorístico sobre un navío gafado que al final sufre un incendio y tiene que ser abandonado. Aquí aparece por primera vez Charles Marlow, que será personaje principal y narrador en algunas de las obras más importantes de Conrad. *Tifón* (1902) es otro relato de desventuras a bordo, en este caso perfectamente enfrentadas por un imperturbable capitán. Esta obra, sutilmente jocosa a pesar del tema que trata, muestra al Conrad más risueño, el que a veces creía al hombre capaz de vencer al destino hostil. *La Bestia* (1906) es un magistral relato corto sobre la indomeñable perversidad de un barco. *La línea de sombra* (1917) nos cuenta la historia de otro barco gafado, en este caso por el supuesto fantasma del anterior capitán, muerto a bordo, que ha de ser combatido por un joven sucesor que accede por primera vez a las responsabilidades del mando.

En *El espejo del mar* (1906) Conrad reúne y ordena recuerdos personales para presentar un a modo de tratado sobre las liturgias y misterios del mar, que no excluye poéticas disquisiciones sobre aspectos técnicos de los barcos o sobre la meteorología que gobernaba las grandes travesías. No es un libro extenso, pero transmite la emoción de toda una vida de marino, y devela muchos arcanos de la vieja navegación a vela, como una biografía de aquellos grandes navíos, inteligentes y hermosos, que recorrían orgullosos el océano arrastrados por el viento. Para muchos es la obra más perfecta de Conrad.

Otro grupo importante que se suele distinguir en la obra de nuestro autor es el de aquellas narraciones que tienen el mar como protagonista algo más secundario, al tiempo que desarrollan como trama principal conflictos propiamente humanos. Este grupo se inaugura con *Lord Jim* (1900). La historia que aquí se nos cuenta tiene un interés extraordinario. Jim es un joven oficial enrolado en el Patna, que parte de las Indias Occidentales con destino a La Meca cargado de peregrinos. Un accidente durante la travesía pone al barco al borde del naufragio y el capitán y los tripulantes deciden abandonarlo condenando a los pasajeros a una muerte segura, que por otra parte parecía difícilmente evitable. Jim salta al bote en el último momento, en una decisión cuya sombra le acompañará toda la vida. Pero el Patna se salva al fin del naufragio, es descubierto en alta mar y remolcado hasta Adén, con lo que Jim debe enfrentar un juicio por abandono de sus obligaciones, en el que se le retira la licencia de piloto. A partir de entonces, su vida es un calvario en el que continuamente se siente obligado a huir de todas partes en cuanto su historia es descubierta. Después consigue rehacer su existencia en el remoto Patusán, donde acaba muriendo de una forma heroica, en lo que supone de algún modo una tardía redención de su falta. Presentado de forma un tanto caótica y dispersa, sobre todo en su segunda parte, y con frecuentes saltos temporales y cambios de narrador, el relato nos atrapa sin embargo por el interés que

despierta su protagonista principal, víctima de una innoble celada del destino, y por lo que tiene de dilatada y aguda investigación sobre el sentido y los límites de la responsabilidad y el deber.

En este mismo grupo de relatos con conflictos humanos y el mar como escenario pueden ser incluidas un gran número de obras posteriores de Conrad, como la novela corta *Con la soga al cuello* (1902), sobre un capitán mercante que trata de disimular su pérdida de visión. *Falk* (1903) es su contrapunto perfecto, la historia de un idilio muy disputado, a ratos misterioso y a ratos descacharrante, con un final entrañable. *Nostromo* (1904), novela ambientada en Sudamérica, cuenta la historia de una mina de plata y de la inevitable corrupción del incorruptible protagonista, en un ambiente de luchas y revoluciones. *El piloto negro* (1908) es una deliciosa historia sobre las tribulaciones de un viejo marino. *Freya, la de las siete islas* (1912) narra el desventurado idilio de una bella muchacha y un capitán de barco, frustrado por los celos de un sombrío personaje. *Mi otro yo* (1912) contiene una misteriosa historia sobre un marino perseguido que busca refugio en un barco y es protegido en secreto por su capitán.

Algunas de las últimas novelas de Conrad pueden ser incluidas también en este grupo. *Azar* (1913) fue un éxito de ventas en su momento, pero hoy se nos desdibuja un tanto con su premiosa y dispersa crónica de las desventuras de Flora de Barral. *Victoria* (1915) sin embargo ha visto aumentar su prestigio. El protagonista principal, Axel Heyst, es un hombre de una profunda filosofía que ha renunciado a las vanidades del mundo y sin embargo es obligado a tomar otra vez un papel activo al enamorarse de la joven y desgraciada Lena. La muerte final de los dos protagonistas se convierte en una trágica confirmación de su amor y justifica así el título de la obra. Un relato corto de esta época, *La posada de las dos brujas* (1915) tiene el interés añadido para nosotros de situar su acción en el litoral cantábrico durante la guerra de la Independencia, y presenta una trama terrorífica digna del mejor Poe. *El socio* (1915) es otro relato corto muy bien trabado sobre un misterioso naufragio. En *La flecha de oro* (1919), Conrad utiliza experiencias de su vida como contrabandista para narrar los infortunios de un marino que ayuda a los carlistas españoles. Esta obra no es recogida en las supuestas «Obras completas» de RBA. *Salvamento* (1920) forma en realidad una trilogía con las dos primeras novelas ya citadas, cuya acción precede en el tiempo, y narra de nuevo amores y desventuras enmarcadas por la pródiga naturaleza del trópico. Por último puede citarse aquí *El pirata* (1923), ambientada en la Francia postrevolucionaria.

Otro grupo que puede distinguirse en las obras de Conrad es el de aquellas narraciones que plantean conflictos personales sin el escenario marino que caracterizaba a las anteriores y sin que aparezca tampoco el opresivo ambiente urbano o los activistas revolucionarios que marcarán el último grupo. Son obras como *Gaspar Ruiz* (1906), *El conde* (1908) o *El duelo* (1908). Esta última es una de las obras más amenas de Conrad, y nos cuenta el desafío siempre prorrogado entre dos oficiales franceses, resuelto en un memorable final. El escenario de las guerras napoleónicas vuelve a ser recuperado en *El alma del guerrero* (1917).

El corazón de las tinieblas (1899) es la obra más simbólica de Conrad y sin duda su exploración más audaz de los abismos del corazón humano. Ambientada en el Congo que él mismo conoció y narrada por su *alter ego* Marlow, la historia se estructura como un viaje iniciático que comienza con la ceremonia del contrato en Bruselas, «*una ciudad que siempre me hace pensar en un sepulcro blanqueado*», y continúa en la interminable navegación por el río hacia Kurtz, el blanco que reina en la selva y extrae de ella ingentes cantidades de marfil. Obsesionado por la leyenda que rodea a este personaje, en su lento viaje a través de una naturaleza que le impresiona, Marlow siente que hallará río arriba alguna explicación terrible del significado de la existencia: «*Remontar aquel río era como volver a los inicios de la creación, cuando la vegetación era tumultuosa sobre la tierra y los árboles eran los reyes. Una corriente vacía, un gran silencio, una selva impenetrable*». Llega en realidad a tiempo sólo de presenciar los últimos instantes de Kurtz, que ha sembrado el terror entre los nativos y reina desde una cabaña rodeada de postes coronados por cabezas humanas. Sus últimas palabras: «*¡El horror! ¡El horror!*» son tal vez una síntesis de su vida. El regreso «a la ciudad sepulcral» y la visita a la que fue novia de Kurtz revelan a Marlow una parte del enigma. Kurtz era un «buen muchacho» de escasa fortuna que fue sólo a África para hacer dinero y poder así desposar a la mujer que amaba, una encantadora joven que idolatra su memoria. Conrad, que nunca fue un revolucionario conoció en el Congo el espanto de la explotación colonial y eso dejó una impronta en su frágil ánimo que dio origen a esta obra. *El corazón de las tinieblas* es un viaje ritual al infierno que nuestra civilización esconde tras su rutilante fachada, y una acerada crítica de su culto obsesivo al éxito y el poder.

El último grupo que se puede distinguir en la narrativa de Conrad está formado por aquellas obras que presentan conflictos con una importante participación de elementos y grupos revolucionarios y muchas veces en ambientes urbanos. Cronológicamente, la primera es *El agente secreto* (1907), y también la más sombría de todas. La novela describe la gestación y ejecución de un atentado anarquista que trata de volar el observatorio de Greenwich. Un embajador extranjero es el cerebro del ataque, que es organizado por un espía infiltrado entre los revolucionarios, el misterioso señor Verloc, el agente secreto. El cuñado de éste, un joven retrasado, muere en la explosión, y su hermana,

que lo idolatraba y había dedicado toda su vida a protegerlo, mata a su marido antes de suicidarse. Es ella, Winnie Verloc la auténtica heroína del relato, y su papel marginal e indefenso es tal vez lo que más influye en la lobreguez extrema de éste. No obstante, como Conrad reconoce en una Nota del autor añadida a la novela en 1920, el protagonista de ésta resulta ser en realidad la gran urbe, descrita por él en este texto como «*Ciudad monstruosa, (...) cruel devoradora de la luz del mundo. Ahí hay (...) oscuridad suficiente para enterrar cinco millones de vidas*».

Una novela posterior que se acerca también a este mundo de espías y revolucionarios es *Bajo la mirada de Occidente* (1911), obra que en un ambiente bien distinto recupera algunos de los rasgos que veíamos en *Lord Jim*. Rázumov, el protagonista, es un muchacho de oscuro origen que espera abrirse camino en la vida gracias a su talento. Estos planes se van al garete, sin embargo, cuando su amigo Víctor Handin, que milita en un grupo revolucionario, busca refugio en su casa después de cometer un atentado. Al principio Rázumov trata de ayudarle, pero preocupado después por el compromiso que esto supone para él, lo denuncia a la policía. Convertido en espía, conoce luego Rázumov en Suiza a la hermana de Víctor, Natalia, y enamorado de ella y obsesionado por su culpa, procede a denunciarse ante los revolucionarios, en un acto que desencadena un final trágico pero lo libra de su carga insoportable. A pesar de su historia terrible, el ambiente de esta obra es mucho menos opresivo que el de *El agente secreto*, y en ella Conrad acierta por primera vez a dibujar, en la persona de Víctor Handin, los rasgos de un revolucionario que no es una sombría caricatura.

Obras más breves que tratan el mismo tema son *El delator* (1906), con una trama policíaca muy bien construida sobre una investigación para descubrir al espía infiltrado en un grupo anarquista, y *Un anarquista* (1906) sobre las desventuras de un revolucionario *malgré lui* que vive deportado en Cayena.

Como no podía ser menos, también dedicó Conrad bastantes páginas a las reflexiones más o menos autobiográficas, el comentario de sucesos contemporáneos y la discusión de sus opiniones literarias. Son los textos recogidos en *Crónica personal* (1912), *Notas de vida y letras* (1921) y *Últimos ensayos* (1926). El último de estos libros tampoco se encuentra en las «Obras completas» de RBA.

Hay que señalar por último que Joseph Conrad escribió varias novelas en colaboración con el inglés Ford Madox Ford. Son estas: *Los herederos* (1901), *Romance* (1903) y *La naturaleza de un crimen* (1923).

Una mirada de conjunta a la extensa y variada obra de Joseph Conrad no puede dejar de resaltar primero su soberana maestría en el tratamiento de la vida y las luchas de las gentes del mar. Es ésta la parte de su producción que más nos impresiona hoy, tal vez porque recoge toda la grandeza de un mundo que se perdió irremisiblemente con el desarrollo de la navegación a vapor. «Simples locomotoras» eran para él los barcos como el que le llevó a Estados Unidos en 1923. Fueron necesarias su larga vida de marino, su sensibilidad enfermiza y su férrea voluntad para crear una obra inmortal donde palpita siempre el misterio del mar y donde se dibuja ante nosotros con trazos indelebles la vida de aquellos hombres sometidos al poder de los vientos.

Pero la sensibilidad de aquel Conrad que recorría el mundo de la segunda mitad del XIX no podía dejar de ser impresionada por la terrible explotación colonial que se estaba produciendo. Las experiencias de su viaje al Congo quedan transmutadas en *El corazón de las tinieblas* en un símbolo universal de la capacidad del hombre para la destrucción de sus semejantes. Y éste tal vez es el legado más terrible que el inmenso Conrad nos dejó.

Las obras de Conrad, en ambientes y circunstancias muy diversas, nos regalan siempre una genial penetración en los misterios del corazón humano. Los conflictos de la responsabilidad y el deber, de la madurez y la libertad están tratados extensamente en ellas, y hay un interés especial por investigar las situaciones extremas en las que el frágil equilibrio que mantiene las cosas en su sitio se rompe, desbaratándolo todo. La exploración de esta irrupción de lo sombrío en la vida es otra de las grandes aportaciones de Conrad.

No obstante, lo más oscuro de la obra de nuestro autor está sin duda en sus relatos urbanos y en sus descripciones de unas actividades revolucionarias que nunca llegó a comprender. La visión demasiado sesgada que a veces marca esta parte de su producción se debe al hecho de que, aposentado en tierra gran parte de su vida, siempre fue Conrad un hombre de mar y jamás consiguió sentirse cómodo en aquel mundo complejo y odioso de la gran urbe. Impregnado además de las jerarquías que rigen la vida de un navío, no podía entender la lucha por una estructura social organizada de abajo a arriba.

Conrad es un consumado poeta, y éste es un rasgo esencial en la valoración de su obra, porque enriquece todos los demás. Por otra parte, la precisión de sus descripciones acierta a crear muchas veces una poderosa sensación de realidad. Hay que señalar, además, que su inglés suena extraño a pesar de ser técnicamente perfecto, y esto se debe sin duda a la influencia de sus otros idiomas, el polaco y el francés, que había aprendido primero.

Respecto a la ideología de Conrad, hay que señalar la influencia del budismo a través de Schopenhauer. De ahí le viene su visión lúcidamente pesimista de la condición humana, y la pasión al captar lo instantáneo que es característica de su arte. Es ésta una emoción que es capaz de expresarse en las más diferentes circunstancias, pero que aflora especialmente en sus recuerdos del mar y de los compañe-

ros con los que compartió la vida por los océanos del mundo. Ellos protagonizan los momentos más felices de su larga obra y para ellos es la más conmovedora ternura que guardaba en el corazón. A ellos invoca en el portentoso final de *El negro del «Narcissus»*: «*¡Adiós, hermanos! Erais buenos marinos. Jamás mejores embridaron con gritos salvajes la ondulante tela de un pesado trinquete, ni, balanceados en la arboladura, perdidos en la noche, contestaron mejor alarido por alarido, al asalto de un temporal del Oeste*».

El príncipe feliz y otros cuentos, de Oscar Wilde. Claves oníricas del poder del amor

Publicado en *Rebelión* el 20 de marzo de 2024

Cuentan que en enero de 1882, en la aduana de los Estados Unidos, Oscar Wilde, interrogado por un agente sobre si era portador de algo valioso que fuera necesario declarar, respondió con su lánguida sonrisa habitual: «*I have nothing to declare except my genius*». La puritana sociedad inglesa se había acostumbrado ya por entonces a su ingenio y a su peculiar postura en la vida, la del árbitro de elegancias, maestro de ironías y cultivador eximio de todos los géneros literarios. Él presumía de resistirlo todo, excepto la tentación, y debería haber rogado a los hados que le evitaran tentaciones fatales para una trayectoria tan esplendente.

Oscar Fingal O'Flahertie Wills Wilde había nacido en Dublín en 1854, hijo de un reputado cirujano y una poeta comprometida con el nacionalismo irlandés. Sus estudios lo llevaron a Oxford, donde fue discípulo de Walter Pater y John Ruskin, sus iniciadores en la religión del arte. Allí publicó sus primeros poemas y pronto destacó, por su talento, sí, pero también por su esteticismo y su visión mordaz y paradójica ante todo. En 1884 contrajo matrimonio con Constance Lloyd, y en los dos años siguientes nacieron sus hijos Cyril y Vyvyan. Ellos fueron los destinatarios de *El príncipe feliz y otros cuentos* (1888), volumen que acaba de ser reeditado por Libros del Zorro Rojo.

Ésta es la época más dichosa de nuestro dandi. Los éxitos de su producción teatral lo convierten en el personaje del día, sin que ceje en sus proyectos narrativos. Así en 1891 ve la luz su única novela, *El retrato de Dorian Gray*, obra luminosa en la que lleva a su más perfecta expresión sus dos temas obsesivos: la corrupción moral y el culto a la belleza. En este mismo año de 1891 publica una interesante aportación a la teoría política, *El alma del hombre bajo el socialismo*, en la que rompe una lanza por otra sociedad más allá del capital y el Estado a su servicio, un espacio liberado en el que los seres humanos podrían superar la sumisión a las convenciones que los atan. Sólo en esa utopía los individuos alcanzarían su potencial intelectual y ético. La «religión del arte» que Wilde profesaba lo impulsaba a buscar la máxima libertad que hiciera posible el cabal desarrollo del artista, el hombre destinado a iluminar el mundo para los demás mortales. Sus ideas eran las de un socialista libertario y tras leer a Piotr Kropotkin se consideró a sí mismo anarquista.

Negros nubarrones amenazaban al esteta militante y 1895 es el año del desastre. La historia es bien conocida. Acusado de mantener relaciones homosexuales, Wilde, contra los consejos de los más cautos, de poner tierra por medio y aguardar, reacciona desafiante con una denuncia por calumnias contra él difusor de los rumores, el padre de su amigo el joven aristócrata Alfred Douglas. El juicio sirvió sólo para que se aportaran evidencias de lo fundado de las habladurías y que el que las propalaba fuera absuelto, pero acarreó un segundo proceso por «grave indecencia», en este caso contra Wilde, que culminó con su condena a dos años de trabajos forzados.

Estos hechos supusieron la ruptura de todos los proyectos vitales de nuestro árbitro de elegancias. Su esposa lo abandonó y cambió el apellido de sus hijos, aunque le siguió mandando dinero y nunca se divorciaron. Al salir de la cárcel, él se estableció en París, donde vivió una existencia amarga de soledad y hoteles baratos hasta que una meningitis acabó con sus días en noviembre de 1900. En estos años apenas publica, pues confiesa que «*puede escribir, pero ha perdido el gusto por hacerlo*». *La balada de la cárcel de Reading* (1898) es un conmovedor relato en verso de sus experiencias en prisión. En *De profundis*, escrito en 1897 y editado póstumamente en 1905, remite una larga y emocionada misiva a Alfred Douglas, en la que rememora los detalles de su atormentada relación.

Cinco preciosas miniaturas

El príncipe feliz y otros cuentos (1888) ha sido reimpreso por Libros del Zorro Rojo con las ilustraciones originales de Walter Crane y Jacomb-Hood y la traducción de Julio Gómez de la Serna. Los cinco relatos que componen el volumen comparten un espíritu común que otorga vida y conciencia a todos los seres del mundo, animados e inanimados. Las peripecias que éstos protagonizan, deliciosamente oníricas, sirven siempre para reivindicar el amor y el sacrificio por los otros como único camino hacia la felicidad y la comprensión del sentido profundo de todo.

El cuento que da título al libro nos acerca a una biografía con rasgos de la de Siddharta Gautama. Convertido en estatua, un príncipe contempla los sufrimientos de los humanos y trata de ponerles remedio, renunciando a sus pertenencias y sacrificando incluso su propia vida. «El ruiseñor y la rosa», «El amigo fiel» y «El gigante egoísta»

insisten en lo mismo y ensalzan la nobleza de los que sienten en su carne los dolores de sus semejantes y comparten con ellos lo que poseen. Contrapuestos a éstos, los egoístas, atentos sólo a multiplicar beneficios con cálculo insensible o verborrea sofística, aparecen condenados a la frialdad de un invierno eterno. La última narración, «El cohete extraordinario», es una sátira contra los que se ufanan en exceso de su importancia, y un recuerdo del oscuro final que les aguarda.

Wilde se dirige a un público infantil con estas historias donde animales y objetos sienten, hablan y razonan, pero es capaz de llegar a cualquier lector, porque el alarde de imaginación se muestra una herramienta para captar el simbolismo lírico que alienta en todas las cosas. De esta forma, los relatos nos seducen con su visión de un cosmos fabuloso, con un alma en cada ser como intuía Tales de Mileto, y que es más que nada un campo de batalla de los afectos más nobles contra la ignorancia y la mentira. El escenario es incomprensible para sabios al uso, que saben sólo lo escrito en los libros, pero resulta evidente en los vasos comunicantes entre sueño y vigilia, y está cargado de sentido para los atentos a claves profundas. La prosa característica del padre de Dorian Gray, de frases breves y certeras, cuajadas de ingenio, se deleita aquí en la fiesta de un amor que desafía la lógica y todas sus verdades consagradas, con la alta misión de revelar arcanos misterios y hacernos felices.

En estas luchas que se nos cuentan, episodios del eterno combate de luz y oscuridad, no falta el recurso a un dios benevolente que premia las acciones de los que abren su corazón. Es cierto que Wilde deja aflorar un ideal de trascendencia a lo largo de toda su obra, pero es importante subrayar que la religiosidad de sus textos, ajena a sectas y dogmas, es simplemente un canto a la grandeza del amor, capaz de llevar al ser humano a su esencia y existencia más nobles. El culto de una belleza que es bondad y verdad, según la visión de Platón, era para él la liturgia de esta transmutación.

En pos de ese ideal, escribió en una ocasión: «*Para mí el arte fue una realidad superior y la vida una forma de la ficción*».

El talón de hierro, de Jack London: una premonición del fascismo

Publicado en *Luke* (marzo de 2007)

El californiano Jack London (1876-1916) conoció en su juventud todo tipo de trabajos y aventuras, que no excluyeron viajes por mar, con episodios de contrabando y otros al lado de la ley, la búsqueda de oro en el lejano Klondike o un breve paso por la cárcel por un delito de «vagabundeo». La extensa obra literaria que construye después se nutre en gran parte de estas experiencias y desarrolla una filosofía vitalista profundamente atractiva que, unida a su talento de narrador, le llevó a la fama y le permitió convertirse en el primer autor americano que consiguió amasar una gran fortuna con sus escritos. No obstante, sus gastos siempre sobrepasaron sus ingresos y nunca se vio libre de la urgencia de publicar. Jack London es autor también de varias novelas que se pueden considerar de ciencia ficción o de anticipación, y entre éstas sobresale *El talón de hierro*, escrita hace casi exactamente un siglo y en la que se propuso el arriesgado empeño de predecir los grandes hechos históricos del siglo que entonces comenzaba. Sus convicciones y su formación socialista, su conocimiento de la historia y su fértil imaginación se dan la mano para construir un relato que hoy día, a toro pasado, resulta verosímil. Si bien las cosas no ocurrieron tal y como él las predijo —y no se podía esperar que fuera de otra forma—, sí tienen la suficiente proximidad con lo sucedido como para brindar una lectura sugestiva.

La novela presenta el relato de Avis Cunningham, una joven de la alta sociedad americana, cuya vida se transforma al enamorarse de Ernesto Everhard, un líder revolucionario, y convertirse ella misma en activista. Esta mujer es testigo de las mayores conmociones del comienzo del siglo XX y nos las va describiendo hasta que su relato se ve bruscamente interrumpido. La novela se completa con las notas añadidas varios siglos después por Anthony Meredith, editor del manuscrito, que comenta los acontecimientos históricos que Avis narra y algunos de los posteriores.

Los primeros capítulos nos cuentan el enamoramiento de Avis, que ocurre paralelamente a su toma de conciencia política, y constituyen en realidad una lúcida y amena presentación de las ideas políticas del propio London. Ernesto Everhard es un intelectual activista, pletórico de fuerza y argumentos que nos lleva fácilmente a identificarnos con aquel movimiento socialista que luchaba a principios del siglo XX por la emancipación de la clase trabajadora de la miseria extrema a que estaba sometida. En esta parte del libro, todos los engranajes del sistema opresor (legales, jurídicos, ideológicos, intelectuales, policiales...) son analizados y mostrados certeramente en su inhumana realidad. Seducida a la vez por el revolucionario y la revolución, Avis une su destino al de Ernesto y ambos comienzan una pequeña historia común mientras la gran historia sigue su curso implacable.

La guerra entre potencias imperialistas era una sombra amenazante cuando el libro se escribió, hacia 1906. London nos describe cómo esta inminente conflagración, que él presenta entre Alemania y los Estados Unidos, es abortada por una huelga general que paraliza los dos países. Sabemos

que esta huelga fue el gran objetivo que el movimiento socialista se propuso para impedir la guerra, e incluso puede hallarse una fascinante visión literaria de estos empeños en obras como *Los Thibault* de Roger Martin du Gard, pero sabemos también que la estrategia tristemente no tuvo éxito. La Gran Guerra y la Revolución rusa que la sigue marcaron la historia del siglo XX y están ausentes en la novela de London; sin embargo esto no debe descorazonarnos porque lo esencial de la lucha social entablada seguía de todas formas, y el relato nos guarda bastantes sorpresas.

En la novela, tras la gran huelga general, la revolución triunfa, aunque no en Rusia, sino en Alemania. En los Estados Unidos, la lucha social se radicaliza y los poderes económicos desarrollan una estrategia que resulta bastante eficaz: compran a los sindicatos mas importantes (ferrocarriles, acero y metalúrgicos...) e imponen una férrea tiranía que resulta una genial anticipación del fascismo, el «Talón de hierro». La oligarquía, aliada a grupos de trabajadores privilegiados, asume todo el poder mientras amplios sectores de la población caen en la miseria más extrema y pasan a conformar una masa de esclavos, el «Pueblo del abismo». La historia que se desarrolla después es la lucha entre un movimiento socialista clandestino y el poder, jalonada por las sucesivas rebeliones de los esclavos.

La primera de estas revueltas constituye la parte final del relato de Avis y es la denominada «Comuna de Chicago», en la que la población trabajadora de esta ciudad es exterminada en una lucha apocalíptica entre rascacielos destruidos que nos hacen recordar lo que ocurrió el 11 de septiembre de 2001 en Nueva York. Después, Ernesto es asesinado durante la preparación de la segunda revuelta, y aquí es donde la exposición de Avis se ve bruscamente interrumpida. Las notas finales nos hablan del fracaso de esta segunda intentona y de la continuación de la lucha en varios siglos de dominio del Talón de Hierro, hasta que éste es por fin derrotado y se establece un gobierno denominado «Fraternidad del hombre».

Aunque nos describe un mundo que en sus detalles no es el nuestro, muchos rasgos generales nos resultan sin embargo muy próximos. Por ejemplo, la extrema polarización social que el libro describe es la que hallamos en nuestros días a escala planetaria. El férreo poder de una oligarquía mundial es también el que vemos aquí, y sus métodos no difieren demasiado, aunque algunos mecanismos de adoctrinamiento que Jack London no pudo adivinar, como la televisión, resultan hoy enormemente valiosos para el control de las masas. Aparte de esto, el relato nos enriquece con términos expresivos (Talón de hierro, Pueblo del abismo...) que se ajustan perfectamente a la realidad que vivimos.

Partiendo de los salones aristocráticos en los que Avis Cunningham vivió su juventud, la novela nos lleva hasta el escenario dantesco de la Comuna de Chicago en un viaje temporal que es a la vez una toma de conciencia sobre la realidad del mundo y una investigación sobre los poderes que siembran en él la desolación. Leída como una ficción de gran interés, la obra provoca al mismo tiempo una reflexión que enriquece nuestra visión de la sociedad en que vivimos.

En la actualidad, un par de editoriales españolas ofrecen en su catálogo *El talón de hierro* en una excelente versión castellana de María Ruipérez: Endymion (Madrid), en edición de 1997 e Hiru (Hondarribia) en otra de 2003. La edición de Hiru va acompañada además de un esclarecedor prólogo de Howard Zinn.

Las heridas, de Norman Bethune

Publicado en *Rebelión* el 5 de julio de 2016

Norman Bethune, médico vocacional, y rojo por convicción, dejó muestras de su talento innegable para la literatura o la pintura, pero es su propia vida sobre todo, desmesurada y heroica, la que nos mira desde la masacrada primera mitad del siglo XX con los atributos de una perfecta obra de arte. Él fue sin duda uno de los pocos que se consagran en cuerpo y alma a construir una existencia que señale un sentido y merezca por ello ser vivida. Pepitas de calabaza presentó en 2012, con introducción y traducción de Natalia Fernández Díaz, una recopilación de sus escritos, ventana fascinante para asomarnos al vértigo de su vida.

Nacido en Gravenhurst, una pequeña ciudad de Ontario (Canadá) en 1890, con ancestros presbiterianos escoceses, Norman Bethune descubrió muy pronto que no estaba hecho para la rigidez del culto a un dios lejano que se imponía en su entorno familiar, sino para la llama viva de la solidaridad. Así fue alternando la alfabetización de inmigrantes con estudios de Medicina, hasta que a finales de 1914 se alistó como camillero voluntario y fue destinado al frente belga de la Primera Guerra Mundial. Herido en la 11 batalla de Yprès en 1915 y devuelto a casa inútil para el servicio, consigue al fin terminar la carrera.

Vive luego Norman en Gran Bretaña, y en Edimburgo conoce a Frances Campbell Penney, grande y atormentado amor de su vida, con la que contraerá matrimonio un par de veces, en 1923 y 1929. La copiosa correspondencia entre ellos evidencia, para los que la han escudriñado, las dificultades de nuestro doctor en las relaciones de pareja. De nuevo en Norteamérica, es diagnosticado de tuberculosis en 1926. Se concentra entonces en lograr una mejora de los tratamientos existentes y, tras curarse, decide dedicar su vida a la cirugía torácica. Comprobar los estragos de

la enfermedad entre los más pobres contribuirá a agudizar su conciencia social, y a mediados de los años 30 se afilia al Partido Comunista. Es por entonces un reputado médico y profesor de Cirugía.

La guerra civil atrae a Norman a España en 1936, y aquí deja constancia de su entrega como médico y organizador, y también de su inmoderada afición al alcohol y las aristas de su carácter. El siguiente destino que elige será China en plena invasión japonesa, y allí consigue hacer funcionar un hospital que no tarda en ser bombardeado. Exceso de trabajo y duras condiciones lo ponen al borde de la extenuación cuando en noviembre de 1939 durante una operación contrae una septicemia que lo lleva en unos días a la tumba. Su última preocupación fue gestionar una ayuda económica para su exmujer.

Figura venerada en China desde su heroica muerte, la recuperación de su memoria en Occidente ha de esperar a la edición en Canadá a comienzos de los años 70 de tres de sus escritos fundamentales con el título de *Las heridas*. El primero de ellos es «Charla sobre la medicina socializada», una reivindicación de un sistema público de salud que ponga las artes de curar al servicio de los que las necesiten y haga que dejen de ser un negocio más en la jungla capitalista. Sigue «La carretera de Málaga», narración de su experiencia tras la caída de esta ciudad en poder de los fascistas, cuando su viaje al frente con un camión de la Unidad Canadiense de Transfusiones se topa con la avalancha de los que huyen desesperados y, entre escenas de desolación, decide utilizar el vehículo para evacuar a niños y enfermos hasta Almería.

«Heridas», tercer fragmento recogido, nos acerca a las vivencias de Bethune como cirujano en China; visiones de cuerpos rotos cuyas llagas ha de curar y cuyo dolor ha de aplacar, y añade una reflexión obligada sobre las causas del desastre: obreros japoneses y obreros chinos masacrándose por las añagazas del patriotismo y el imperialismo, el ansia de dividendos. La versión de Pepitas de calabaza no incluye el discurso fúnebre de Mao que servía de epílogo a la edición inglesa, pero incorpora algunos otros textos de Bethune: un poema, reflexiones y apuntes de sus diferentes etapas.

En los años 70 el Gobierno chino, en pleno proceso de apertura hacia Occidente, regaló al canadiense una estatua de Norman Bethune que aún puede verse hoy ornando un cruce en la ciudad de Montreal. De esta manera y en beneficio de las relaciones internacionales, quien odiaba los formalismos y sólo quiso ser gasa que alivia el sufrimiento y clarín que denuncia a quien lo causa quedó condenado a contemplar el mundo desde alto pedestal veinticuatro horas cada día con la mirada absorta de los muertos.

¡No pasarán!, de Upton Sinclair. Un relato del sitio de Madrid

Publicado en *Literaturas.com* en octubre de 2011

El compromiso social del novelista norteamericano Upton Sinclair, nacido en Baltimore en 1878, es evidente desde sus primeras obras. Así en *The jungle* (1906; publicada en España en los años 20 con el título *Los envenenadores de Chicago*), la quinta de ellas y su primer gran éxito, describe las deplorables condiciones en que trabajaban los obreros de la industria de conservas de carne en Chicago, así como la falta de escrúpulos de sus patronos. Esta obra fue tan influyente como para provocar una caída a la mitad de las ventas de estos productos, tanto en los Estados Unidos como en el extranjero, y propiciar cambios significativos de las regulaciones legales existentes. Otros hitos importantes de su carrera son *King Coal* (1917), en la que denuncia la explotación de los mineros de carbón en Colorado, y *Oil* (1927), que nos presenta el ascenso de un magnate del petróleo y ha tenido una adaptación cinematográfica reciente (*There will be blood*, de P. T. Anderson, 2007).

En el verano de 1936, Sinclair es de los que toman decididamente partido por la II República española y su forma de cristalizar este compromiso es haciendo lo que mejor sabe hacer, esto es, escribiendo. Así, en 1937 ve la luz *They shall not pass. A story of the Battle of Madrid*, que costea a sus expensas, realizando un gran esfuerzo por conseguir la edición más masiva y barata posible; también ofrece la obra para ser traducida renunciando a sus derechos de autor. La novela es un gran éxito y contribuye a dar a conocer al público americano y mundial la epopeya de un pueblo que en un momento en que casi todos claudicaban había decidido plantar cara al fascismo. La versión castellana aparecida el mismo año 1937 —con traducción de F. Susanna Montaner y editada por el Comissariat de Propaganda de la Generalitat de Catalunya— es la que, revisada y acompañada de un prólogo de Jorge Ordaz, la editorial Navona acaba de poner de nuevo en circulación.

El argumento de la obra es simple. Rudy Messer es un muchacho huérfano que aspira a resolver su vida gracias a la próspera empresa alimentaria que regenta su tío Hermann. Corre el verano de 1936 y Rudy disfruta de una noche de fiesta, pero cuando le dan calabazas deambula por las calles de Nueva York hasta que en el puerto se da de bruces con un motín organizado por unos obreros que tratan de impedir la carga de un barco que llevará suministros a los fascistas españoles. Rudy recoge allí a Izzy Bloch, un joven judío que ha sido herido en la refriega, y lo acompaña a su casa.

Días después, invitado por Izzy, Rudy acude a un mitin socialista. Las ideas que ha conocido conversando con Izzy y su padre Joseph, y que luego se exponen en el mitin cho-

can con las suyas propias, el darwinismo social heredado del ambiente familiar en que ha crecido. Por otro lado, su presencia en el mitin no ha pasado desapercibida a los servicios de espionaje de los nazis americanos, entre los cuales Ernie, un primo de Rudy, ocupa un lugar destacado. Seriamente amonestado, Rudy se debate y decide que tomará una decisión tratando de conocer bien los argumentos de las dos partes, pero cuando acude a una demostración de los nazis germanoamericanos en la que miles de personas desfilan militarmente y escuchan inflamados discursos, nada de ello le convence; al fin acaba rompiendo con los suyos. Otro día, Giuseppe Daniele, un tipógrafo anarquista al que había conocido en el mitin, le explica algo de la situación internacional y Rudy comienza a sentir la inutilidad de su propia vida y a acariciar la idea de acudir a España para defender con las armas la noble causa de los trabajadores; así, tras la muerte de Joseph, el padre de Izzy, Rudy le propone a éste viajar a España.

La expedición se organiza al fin y la presencia en ella de jóvenes izquierdistas de diversas tendencias: anarquistas, socialistas y comunistas da lugar a discusiones sobre la estrategia más adecuada para contener el auge del fascismo. Al final son siete los reclutas que parten para alistarse, y tienen que hacerlo de incógnito pues las autoridades americanas prohíben en ese momento a sus ciudadanos cualquier participación en la guerra. En el barco viaja con ellos Ernie, el primo de Rudy, que va a España con varios correligionarios para incorporarse al ejército sublevado.

Tras aprovechar la travesía para ejercitarse físicamente y aprender algo de la geografía y la lengua españolas, nuestros protagonistas llegan a Francia y se dirigen a París. En pocos días están en Portbou y tras tomar el pulso a Barcelona, ciudad en plena efervescencia revolucionaria que les entusiasma, se dirigen a Valencia y a Albacete, donde se organizaban las Brigadas Internacionales. Tras la necesaria instrucción militar, los jóvenes son enviados al frente de Madrid y Rudy Messer es propuesto como sargento. Las últimas páginas del libro describen la batalla encarnizada por la capital, en la que varios de los voluntarios dejan la vida.

Con unos personajes que simbolizan a la perfección las fuerzas desplegadas en aquel momento histórico, *¡No pasarán!* es ante todo el esfuerzo de un escritor de casta, un narrador hábil que dominaba su oficio por dar a conocer a sus contemporáneos la trascendencia del asalto que el fascismo acababa de ejecutar en España y la necesidad de involucrarse en la defensa de unas libertades y unos derechos que en todo el mundo estaban en peligro. En este sentido cabe destacar, por suponer una aproximación certera y casi de documental a un fenómeno poco conocido, las páginas que describen con todo detalle la ideología racista y la organización militar de los grupos nazis germanoamericanos. Sinclair, que vio siempre la literatura como un instrumento para difundir las ideas emancipadoras en las que creía, puso de manifiesto en *¡No pasarán!*, a través de la toma de conciencia y el compromiso de lucha de Rudy Messer, las armas más eficaces para frenar el horror que en aquellos momentos amenazaba al mundo.

Upton Sinclair, que se convirtió muy pronto en un escritor popular, fue también un personaje público que por ejemplo compitió en 1934 en las elecciones a gobernador de California por el Partido Demócrata con un programa radical para acabar con la pobreza. Ninguneado por la crítica académica, sólo en 1943 sería reconocido su talento al concedérsele el premio Pulitzer por *Dragon's Teeth* (1942), una de las once novelas de la serie protagonizada por Lanny Budd, un influyente aventurero que se codea con todos los dirigentes mundiales; estos libros nos aproximan a la historia del mundo occidental durante la primera mitad del siglo XX. Upton Sinclair falleció en 1968 tras una vida dedicada a la escritura y el activismo. Su variada y extensa obra literaria, en la que encontramos ensayos, novelas, relatos para niños y piezas teatrales, fue siempre un instrumento para arrancar al ciudadano medio americano de la ignorancia y despertar su conciencia política.

George Orwell, de Bernard Crick

Publicado en *Rebelión* el 29 de mayo de 2021

George Orwell figura con méritos sobrados entre los grandes escritores del siglo XX, pero su obra alcanza a veces una profundidad y una clarividencia que lo sitúan en la nómina, mucho más selecta, de los profetas que iluminaron las claves de aquel tiempo de tinieblas. Inevitablemente ninguneado, o vilipendiado, por los que hacen de la historiografía un oficio axiomático y de esquemas prefabricados, su imagen se agiganta a medida que ganamos perspectiva sobre una centuria que no encontramos forma mejor de definir que como «orwelliana», una era marcada por la entronización de la mentira como artilugio supremo al servicio del poder.

Ante tanta lucidez, no podemos dejar de preguntarnos cuáles fueron las experiencias que condicionaron a este autor emblemático. Es por eso que hay que dar la bienvenida a la versión castellana de la biografía que Bernard Crick le dedicó en 1980 y que contiene la aproximación más minuciosa que existe a su vida y su obra. El libro lo publica El Salmón, e incorpora también una «Mínima apología de Orwell» de Alfonso Berardinelli, que sirvió de prólogo a la edición italiana, así como el texto «George Orwell ante sus

calumniadores», que funge de epílogo. La traducción es de Salvador Cobo y Sebastián Miras.

Infancia y estudios en Inglaterra (1903-1921)

Eric Arthur Blair nació en Motihari (Bengala) en 1903. Su padre era un funcionario colonial inglés del servicio civil de la India, concretamente del Opium Department, que inspeccionaba la producción y almacenamiento de la droga hasta su exportación a China. Eric fue criado por su madre en Inglaterra, como era costumbre en aquel tiempo. Sus problemas respiratorios comienzan pronto, y es un niño imaginativo, que inventa historias, huye de la gente y ama a los animales. St. Cyprian, la escuela anglicana de monjas en la que estudia interno, con matrícula reducida, hasta los trece años, resulta ser para él una triste experiencia de inferioridad social, acoso e incomunicación, recordada después, de forma un tanto exagerada, en *Ay, qué alegrías aquellas* (1947), un tratado sobre cómo no debe ser la educación.

Los estudios continúan en Eton, donde Eric va a permanecer becado de los catorce a los dieciocho años. No se lamentará luego demasiado de esta época, pero siempre despreciará el elitismo y culto al dinero del selecto *college*. No fue un alumno típico, sino un esnob y revolucionario, crítico de oropeles y poderes, que se sentía abocado a un futuro de escritor; su rendimiento académico fue mediocre, peor que en St. Cyprian, donde solía andar entre los primeros. Tras graduarse, y sin ánimos ni expediente para seguir carrera en Oxford por medio de una beca, Eric opta por ingresar en la policía imperial, con lo que cumplirá su sueño de regresar a Oriente.

Policía en Birmania (1922-1927)

Eric supera los exámenes del India Office y es destinado a Birmania. Llega a Rangún en noviembre de 1922 y el tren lo lleva a Mandalay, el centro de operaciones de la policía territorial. Sus compañeros lo describen como un joven larguirucho, agradable en el trato pero muy reservado, que prefiere leer a la vida social. Van a ser años de aburrimiento, mientras contempla el despertar del sentimiento nacionalista en el país y él mismo progresa, lenta pero consistentemente, en su personal rechazo del imperialismo. Sus experiencias de este tiempo las reunirá después en la novela *Los días de Birmania* (1934), y relatos como *Un ahorcamiento* (1931) o *Matar a un elefante* (1936), en el que narra cómo se vio en la obligación de sacrificar a un animal aparentemente inofensivo pero que había dado muerte a un hombre; el lance le da ocasión para diseccionar las alienadas relaciones sociales del universo colonial.

En 1927, durante el permiso por sus cinco primeros años de servicio, decide renunciar, sobre todo «*porque no me gustaba encarcelar personas por hacer lo que yo mismo hubiera hecho en sus circunstancias*».

Abriéndose camino como escritor (1928-1937)

Los años siguientes, Eric trata de desarrollar una carrera de escritor con escaso éxito, vive en diversas ciudades y sufre penurias económicas; elabora textos que en gran parte acabará desechando y publica sólo unos pocos artículos, en inglés y francés, que firma E. A. Blair. En 1929 padece una grave neumonía en París, y ese mismo año regresa a Inglaterra. Allí continúa escribiendo y logra ver impresos algunos relatos, mientras trabaja como maestro.

Sin blanca en París y Londres (1933) es su primera obra extensa en ver la luz, y para no avergonzar a su familia con sus andanzas de vagabundo decidió usar un *nom de plume*: George Orwell, elegido por su eufonía. En 1934, sufre otra neumonía y poco después acepta un empleo en Hampstead, en una librería de viejo. En 1935 conoce a Eileen O'Shaughnessy, una psicóloga con la que contraerá matrimonio al año siguiente.

En esta época, aparte de sus trabajos sobre Birmania antes citados, publica otras obras: *La hija del reverendo* (1935), una novela experimental que acabará repudiando; *Que no muera la aspidistra* (de 1936 y traducida también como *Venciste, Rosemary*), semiautobiográfica y en el fondo una reflexión sobre el compromiso literario y contra la omnipotencia del dios-dinero; y *El camino a Wigan Pier* (1937), reportaje sobre las condiciones de los obreros y mineros en el norte de Inglaterra, seguido de sus ideas personales sobre la lucha de clases, que resultan esenciales para conocer su pensamiento político, cercano en esos momentos al Independent Labour Party.

España (1937)

Eric siente la trascendencia del combate contra el fascismo que en el verano de 1936 se desencadena en nuestra piel de toro, y a finales de ese mismo año viaja a Cataluña. Alistado en las milicias del POUM es enviado al frente de Aragón y después, de permiso en Barcelona, participa en los Hechos de Mayo al lado de los insurrectos. Regresa a las trincheras, pero es herido en la garganta y ha de volver en junio a la ciudad, donde vive los excesos represivos estalinistas contra el POUM. El hecho de que éste sea considerado un partido fascista asquea profundamente a quien ha luchado con sus militantes, codo con codo, en el frente. Al fin, declarado médicamente inútil para el servicio, abandona el país acompañado de su esposa que había acudido a reunirse con él.

Los meses que George Orwell pasó en España resultan imprescindibles para comprender su evolución posterior como intelectual y escritor. Aquí sufrió en su propia carne la venenosa mentira como argumento supremo en los conflictos ideológicos, y comenzó a adivinar los contornos de ese mundo casi irreal de conceptos invertidos y pervertidos que describirá minuciosamente en sus últimas obras y acabará siendo conocido por su nombre.

Guerra mundial y últimos años (1938-1950)

De regreso en Inglaterra, Orwell trabaja en *Homenaje a Cataluña* (1938), recopilación de sus experiencias y reflexiones sobre la guerra española. Con la salud deteriorada, busca refugio luego en Marruecos, y allí da forma a *Subir a por aire*, novela publicada en 1939, una crónica corrosiva y cómica de la vida inglesa, rutinaria hasta en una era de desastres.

Con el comienzo de la guerra mundial, aunque es declarado no apto para el servicio, Orwell se las arregla para colaborar con la Guardia Nacional y participa en transmisiones de la BBC, al tiempo que escribe numerosos artículos y reseñas en la prensa. 1945 es el triste año del fallecimiento de Eileen en el quirófano mientras era sometida a una histerectomía, y el de la publicación de *Rebelión en la granja*, sátira sobre la corrupción de los ideales socialistas en manos de Stalin, con caricaturas de los principales protagonistas de la política europea en aquel momento. El libro fue rechazado por cuatro editoriales hasta su aceptación por Secker & Warburg.

Finalizada la guerra, Orwell prosigue con sus ensayos y artículos. Es por fin un escritor conocido, pero su salud flaquea y ello le lleva a establecerse en la isla de Jura, en las Hébridas, en 1947. En aquel retiro trabaja en *1984*, la gran distopía del siglo XX, que aparece en 1949 y le trae un éxito clamoroso del que va a disfrutar muy poco. En enero del año siguiente, una hemorragia asociada a la tuberculosis que padecía provoca su fallecimiento en el hospital del University College de Londres con cuarenta y seis años de edad.

La lista de Orwell

En abril de 1949, nuestro protagonista, ya muy enfermo, dirige una carta a su amiga personal Celia Kirwan, una atractiva joven a la que cortejaba, cuñada de su también amigo Arthur Koestler y a la sazón funcionaria del Foreing Office. Ella está organizando en ese momento una campaña contra la propaganda estalinista que se desarrolla en Inglaterra, y Orwell, buen conocedor del universo cultural, trata en la misiva de ayudarla en su labor facilitándole nombres de personas que a su juicio estarían gustosas de colaborar en su proyecto. Se ofrece asimismo a entregarle otra lista de intelectuales y artistas a los que considera de ideas próximas a los comunistas y que en su opinión no tiene sentido tantear para que participen en él.

La carta mencionada fue publicada en *The Guardian* el 11 de julio de 1996, y dio lugar a una furiosa campaña de desprestigio contra nuestro autor, que fue tildado por ella de chivato, traidor y delator. El texto «*George Orwell ante sus calumniadores*» de las Éditions de l'Encyclopédie des Nuisances (1997), que sirve de epílogo a la biografía reseñada, analiza estas acusaciones y concluye que se trata sólo de insidias y difamaciones sin ninguna consistencia.

¿Fue Orwell un delator? No creo que esta pregunta pueda responderse de forma afirmativa, pero es cierto también que facilitar una lista de criptocomunistas a una funcionaria del Foreing Office en un momento en que la «caza de brujas» era un horizonte cada vez más claro y había que prever represalias contra cualquiera que «oliera» a comunista, puede considerarse una grave imprudencia. La lista, revelada en 2003, incluía por ejemplo a Charles Chaplin, G. B. Shaw, John Steinbeck, Upton Sinclair u Orson Wells.

No hay que extraer, sin embargo, demasiadas consecuencias de este episodio tardío y confuso. Un año antes de la famosa carta, en marzo de 1948, en otra a George Woodcock, Orwell protestaba enérgicamente contra la proscripción de comunistas emprendida por la administración británica. Es ésta la postura que encaja mejor con toda la trayectoria vital de nuestro hombre.

Orwell al desnudo

Exhaustivo hasta la extenuación, Sir Bernard Crick no perdona detalle en su acercamiento biográfico a George Orwell. Así, sus 555 amplias páginas de densa escritura corren peligro de desanimar a algunos, aunque otros, penetrados de la trascendencia de un hombre que ha marcado como pocos la historia del pensamiento político en el siglo XX, disfrutarán sin duda de la lectura. El problema de estos textos tan irreductiblemente académicos es que lo fundamental y lo accesorio acaban confundidos y mezclados en una orgía de detalles que puede fácilmente agotar a los más inquietos.

Su experiencia en España hizo a George Orwell plenamente consciente del desafío que suponían para cualquier ideal emancipador la manipulación del pensamiento y la perversión del lenguaje que se habían instalado en la Rusia soviética en la era de Stalin. Enfrentado al reto de expresar literariamente estas ideas, surgieron sucesivamente una fábula satírica y una novela pesimista y distópica, trabajos que debemos considerar dos intentos de plasmar lo que le obsesionaba, el peligro que corría a su juicio la libertad humana en la era del auge de los totalitarismos.

Es cierto que estas dos obras recibieron un enorme apoyo como armas propagandísticas durante la Guerra Fría, y hay que reconocer que su caricaturización del totalitarismo más obvio ha servido para disculpar otros más sutiles que acabaron prevaleciendo. Sin embargo, más allá de esto, resulta indudable que estos textos permanecen vivos y preciosos como ejemplos paradigmáticos del uso torticero de los relatos y los discursos ideológicos, y son aplicables con provecho a la disección de cualquier poder.

Especialmente, el universo distópico de *1984* no deja de conmovernos e inquietarnos, con su argumentario sobre la potencialidad del lenguaje para manipular la conciencia. El hecho de que esta obra haya regalado a todos los idiomas términos tan esclarecedores como: «Gran Hermano», «policía del pensamiento», «crimen de pensamiento»,

«neolengua» o «dos minutos de odio», es una buena prueba de esta trascendencia.

Escritor sencillo en un tiempo de vacuas sofisticaciones y alardes, Orwell sacó provecho literario de su propia experiencia cuando comprendió que su aportación sólo podría ser la transformación de la escritura política en un arte. Éste fue el desafío que lo llevó a iluminar como pocos las miserias del siglo que le tocó vivir.

Tú y la bomba atómica y otros escritos, de George Orwell. El rostro menos conocido de un autor esencial

Publicado en *Rebelión* el 20 de noviembre de 2024

Arthur Blair, nacido en Bengala en 1903 en la familia de un funcionario colonial, decidió años después firmar sus escritos como George Orwell, nombre escogido por su eufonía, para evitar a sus allegados vergüenzas por las andanzas de vagabundo que en ellos se narraban. Arthur-George combatió luego en la guerra civil española y arrimó el hombro lo que lo dejaron en la conflagración mundial, pero dedicó sus esfuerzos más que nada, hasta su temprana muerte en 1950, a un quehacer literario que produjo algunos de los relatos más influyentes en la denuncia del totalitarismo. La biografía más completa que se ha elaborado sobre él, debida a Bernard Crick, fue publicada en castellano en 2020 por El Salmón y de ella hay una reseña en *Rebelión*.

Aparte de abundantes novelas, Orwell escribió narraciones breves y ensayos en los que expresa su opinión sobre aspectos cruciales del tiempo que le tocó vivir. A esta faceta suya está dedicado el volumen de Byron Books reseñado, que viene con prólogo de Nuria Saura Freixes y Víctor Manuel Sánchez, y traducción de este último. Los cuatro textos recogidos presentan desde una crítica del colonialismo que el autor conoció bien en Birmania, hasta apreciaciones sobre el nacionalismo, la unidad europea o las consecuencias de la irrupción de las armas nucleares, asuntos en los que brilla la intuición que caracterizó al creador de *1984* y su apuesta, no inmune al pesimismo, por el progreso de la humanidad.

El primer fragmento, *Dispararle a un elefante*, de 1936, narra con tintes autobiográficos la experiencia en Birmania de un joven policía que se ve obligado a abatir a un elefante adiestrado que se había escapado y tras causar estragos en un mercado había provocado la muerte de un hombre. Lo más sugestivo del relato son las cavilaciones del protagonista, por entonces ya muy crítico con el colonialismo, que se debate entre la que considera opción más razonable, de dejar vivo al animal, ya tranquilo cuando dan con él, y la «necesidad» de una acción enérgica para no «quedar como un idiota» ante la población autóctona que observa la escena. De esta forma, la muerte del elefante se convierte en un símbolo de la miseria moral del proyecto imperial.

Análisis y sistemática del fanatismo

Notas sobre el nacionalismo es de 1945 y reflexiona sobre un concepto que rebasando su sentido estricto se hace equivaler a «sectarismo» o «fanatismo». El hecho es que en aquel momento postbélico, Orwell percibe una tendencia en la intelectualidad inglesa a identificarse con una nación (u otro colectivo) y colocarla más allá del bien y el mal, de modo que «*no se reconoce otro deber que promover sus intereses*», al tiempo que se etiqueta a los semejantes como «buenos» o «malos» en función de su adhesión o no al tótem y lo político impregna incluso los juicios estéticos y literarios. El nazismo aporta un ejemplo muy obvio de esta actitud, pero el autor señala muchos otros: jingoístas británicos, estalinistas fervorosos, sionistas o antisemitas, y resulta curiosa la frecuencia de cambios de partido sin merma del fanatismo y con gran desprecio por los hechos objetivos. Estamos en un universo en el que la fidelidad al bando propio es la clave para enjuiciar de forma muy diversa crímenes idénticos.

En este artículo se avanzan ideas que Orwell desarrollará extensamente en *1984*, publicada en 1949, un año antes de su muerte. Así, todo nacionalista está obsesionado por la creencia de que el pasado puede ser alterado y se cree capaz de incrustar hechos en él, aunque hay que decir que la escasez de datos fiables ayuda en muchos casos a estos intentos. El ensayo concluye con una sistemática de los nacionalismos más pujantes en Inglaterra en aquel momento. Un primer grupo son los «afirmativos», como el de los neoconservadores, incapaces de aceptar la decadencia del Reino Unido, los nacionalistas periféricos (galeses, escoceses e irlandeses), tiznados de racismo celta, o los sionistas. Los «negativos» incluyen a anglófobos, siempre recelosos de su patria, antisemitas o trotskistas. Por último se dan «nacionalistas transferidos», que buscan fuera el objeto de su amor o su odio, como comunistas, católicos, racistas e incluso pacifistas, cuyas contradicciones se ponen de manifiesto.

En este texto, Orwell emprende una cruzada de humor e ironía contra la plaga de lealtades inquebrantables y odios irracionales que observa a su alrededor y se ve obligado al fin a disculparse por haber dejado de lado aspectos positivos de las tendencias fiscalizadas. La caricatura sirve para que veamos la fealdad de algo que a todos puede contagiarnos en un momento de descuido. En cuanto a la causa de la epidemia de intolerancia entre los intelectuales ingleses, Orwell ve en ella «*un reflejo distorsionado de las espantosas*

batallas que están ocurriendo en el mundo real», y como remedio sólo se atreve a proponer que la necesidad del compromiso político esté matizada siempre por una profunda autocrítica.

Los retos de un mundo en transformación

Tú y la bomba atómica fue publicado en 1945, poco después de la destrucción de Hiroshima y Nagasaki, y contiene una reflexión sobre las implicaciones de la nueva situación. Orwell ve la historia humana fuertemente condicionada por la del armamento, y así observa que «el mosquete y el rifle», objetos fáciles de fabricar, fueron determinantes en el periodo revolucionario que comienza a finales del siglo XVIII. Sin embargo, luego las armas se hicieron cada vez más complejas, y si como parece ser las bombas atómicas van a estar a disposición sólo de unos pocos Estados, ello augura una subordinación total de los individuos ante éstos, y una época de «paz que no es paz» o «guerra fría» —aquí se usa por primera vez el término—, con conflictos periféricos en torno a los bloques enfrentados. Orwell se asoma al mundo de pesadilla que perfilará minuciosamente en *1984*, sin ver en el futuro ningún atisbo revolucionario, sino tan sólo grandes Estados, invencibles por su poder disuasorio, pero en pugna continua con sus vecinos, que someten a sus ciudadanos a una esclavitud fundamentada en el control psicológico.

Hacia la unidad europea, de 1947, plantea un contrapunto a los vaticinios sombríos del artículo anterior, que podrían ser contrarrestados si en algún lugar del mundo surgiera un socialismo democrático capaz de distanciarse de los bloques geopolíticos del momento: la dictadura soviética y el brutal capitalismo norteamericano. En este contexto, la única posibilidad sería para el autor de *Animal farm* una federación de los Estados occidentales de Europa que orientase su economía en esa dirección. No obstante, las dificultades que se identifican para el proyecto son enormes: apatía y conservadurismo de los propios ciudadanos europeos, que deberían renunciar a las ventajas que les otorga el imperialismo de sus Gobiernos, hostilidad rusa y estadounidense, y por último, el papel de la Iglesia católica, que Orwell liga sin remedio al pensamiento reaccionario. El valor al fin que se reconoce a esta opción tan utópica reside sólo en que, pecando seguramente de eurocentrismo, no se vislumbra ninguna mejor.

Asombrosamente lúcido casi siempre, gruñón y humorista, George Orwell se enfrenta en estos textos poco conocidos a los interrogantes de un mundo en transformación y acierta a ver las claves de un futuro distópico que es ya nuestro presente. La tuberculosis se llevó demasiado pronto a un inglés muy inglés que captó como pocos el espíritu de lo que se imponía con el fin de la Segunda Guerra Mundial y en tiempo de zozobras proclamó insobornable que la apuesta por la libertad y el socialismo es lo único que merece la pena.

El rostro de la guerra en *Los desnudos y los muertos*, de Norman Mailer

Publicado en *Rebelión* el 25 de marzo de 2008

El del fallecimiento de un escritor es siempre un momento que invita a volver sobre su obra, rematada y conclusa tan misteriosamente. El hombre abandona el escenario y nos sentimos llamados a investigar en esa hilera de libros que han quedado ahí y reflejan todavía, más que cualquier otra cosa, los rasgos y la personalidad del que se ha ido. En el caso de Norman Mailer (1923-2007), este interés viene incrementado por tratarse de uno de esos autores que alcanzan una rara prominencia como diseccionadores y críticos de la sociedad en la que viven, de modo que su obra resulta relevante para tratar de entenderla, al tiempo que su persona acaba convirtiéndose en un referente privilegiado de esa misma sociedad. En este sentido, los malabarismos ideológicos de «conservador de izquierda» de Mailer, tan certeramente analizados en un artículo de Luis Hernández Navarro recogido hace unas semanas en estas mismas páginas virtuales, muestran en realidad la acomodación a los rituales norteamericanos de un hombre dotado por igual de una notable capacidad para descubrir sus entresijos y un descomunal e inmaduro ego. Las noticias de peleas, premios, escándalos, nuevos matrimonios y millonarios divorcios no estorban ya la reflexión sobre una obra que, de interés discutible en algunas de sus piezas, contiene sin duda también varios títulos imprescindibles de la literatura del siglo XX. A propósito de estos desequilibrios, permítase a este reseñista resumir de pasada su penosa experiencia tratando de leer la última novela de Mailer, que se encuentra ahora en las librerías entre las novedades de la temporada. Es ésta una premiosa y extravagante elucubración sobre los primeros años de Adolf Hitler, que analiza sus hábitos masturbatorios en clave de oscuras influencias satánicas, y sólo al llegar al capítulo de agradecimientos, con su amplia lista de archiveros, redactores, revisores de manuscritos y correctores de estilo comprende uno que la responsabilidad del propio Mailer en el desaguisado se diluye probablemente bastante. Son cruces de un escritor cuya cara más brillante tal vez la hallamos en la primera de sus novelas, *Los desnudos y los muertos* (1948), que compite con ventaja para ser la mejor de un autor americano sobre la Segunda Guerra Mundial, y constituye un clásico en la descripción de la psicología de los hombres en las rutinas bélicas.

Un sistema para el cual la guerra es un negocio y una herramienta imprescindible, de expansión y conquista de mercados, ha de crear necesariamente un discurso adulterado sobre ella y promover toda una serie de pseudovalores destinados a enmascarar su auténtico rostro. De esta forma, la apoteosis de sufrimiento, brutalidad y amputación de todos los derechos humanos, que es la realidad de la guerra, puede acabar pareciendo algo muy distinto, cargado de valores «positivos», como heroísmo, abnegación o ese patriotismo que esconde siempre una capacidad fascinante para trasformar cualquier agresión en una «defensa». Se nos dirá, además, que la guerra es algo impreso en la «naturaleza humana», y que no tiene sentido luchar por erradicarla. Norman Mailer, que sirvió en las Filipinas durante la Segunda Guerra Mundial, aprovechó esta experiencia para componer *Los desnudos y los muertos*, novela llevada a la pantalla por Raoul Walsh en 1958, y que constituye un hito fundamental en el empeño de superar estos mitos, acercándonos a la realidad humana de la guerra. La obra describe la conquista de una pequeña isla del sur del Pacífico por el ejército estadounidense, concentrándose en los combatientes de este bando.

Una primera característica que marca *Los desnudos y los muertos* es su radical empeño en reivindicar y mostrar siempre al hombre que hay detrás del soldado. El hecho de que los ejércitos uniformicen a sus combatientes puede hacernos creer que éstos adquieren así una nueva naturaleza, y una compañía que desfila puede pretender ser un armazón de elementos intercambiables. En las antípodas de esta perspectiva, Mailer se esfuerza siempre en una recreación de los tipos humanos diversos que el azar convierte en compañeros de armas. Éstos nos introducen además en los ambientes de la sociedad americana de aquel tiempo, pues para cada uno de los protagonistas existen siempre algunas páginas, intercaladas en el texto principal, destinadas a presentarnos lo esencial de su biografía.

Tras el desembarco en la isla, la obra se desarrolla en dos escenarios diferentes. El primero de ellos describe la cima de la cadena de mando y se centra sobre todo en las complejas relaciones entre el general Edward Cummings, jefe de las tropas, y su asistente, el teniente Robert Hearn. Cummings, procedente de una familia acomodada del Medio Oeste, es un hombre de extraordinaria inteligencia y rara personalidad. Recién licenciado de la academia, es enviado a Europa durante la Primera Guerra Mundial, donde observando en el frente el avance de los soldados bajo fuego enemigo, experimenta algo que tiene la fuerza de una revelación: «*Estaban todos esos hombres y algún hombre por encima de ellos que les daba órdenes, que cambiaba tal vez para siempre la materia de sus vidas. En la oscuridad, mira fijamente el campo, fascinado por la visión más grande que había tenido su alma. Eran cosas que se podían hacer. Mandar todo aquello. La intensidad de su emoción, la cólera, la exaltación, el ansia indefinida y poderosa lo sofoca*». Así, cautivo del hechizo del poder, su existencia se transforma: «*Él es ahora todo aplicación, todo estudio. Por la noche, en la sala de las sucesivas casas de guarnición en las que viven, él lee cinco o seis noches a la semana. Está ahí toda la educación que le ha faltado, y da pasos gigantes para adquirirla. Primero está la filosofía, y después la ciencia política, la sociología, la psicología, la historia, hasta la literatura y el arte. Absorbe todo con el fantástico poder de memoria y asimilación que puede mostrar a veces, lo absorbe e inmediatamente lo transforma en otra cosa, satisfaciendo el deseo dominante de su mente*». Traducción de Patricio Canto, Goyanarte, 1953.

Convertido en general, Cummings juega su partida de ajedrez con hombres que sufren y mueren, pero desarrolla sobre todo ideas políticas para el futuro, ideas cercanas al fascismo, de las que trata confidencialmente con Hearn, muchacho de buena familia y talante liberal, trasunto del propio Mailer, que trata de defender sus puntos de vista. Dice Cummings en cierta ocasión: «*—Históricamente, el fin de esta guerra es transformar el potencial de Estados Unidos en energía cinética. El concepto de fascismo es mucho más sabio que el concepto de comunismo si piensas un poco, puesto que está arraigado profundamente en la naturaleza real de los hombres; tuvo la desgracia de iniciarse en un país inapropiado, en un país que carecía del poder intrínseco necesario para desenvolverlo plenamente. En Alemania, dada esa frustración básica de sus limitados medios materiales los excesos habían de ser inevitables. Pero el sueño de Alemania, la idea que la mueve es perfectamente plausible.* —Cummings se enjugó la boca—. *Como dices tú, Robert, y no del todo mal, hay un proceso de ósmosis. Estados Unidos hará suyo ese sueño, lo está haciendo ahora mismo*». Estos diálogos, escritos en los años cuarenta, resultan de una lucidez sorprendente cuando observamos la historia de las décadas siguientes: «*—Eres un tonto si no te das cuenta de que éste habrá de ser el siglo de la reacción, tal vez el reino milenario de ella. Es la única idea de Hitler que no me parece completamente disparatada*». Cuando Cummings expone las ventajas de reprimir brutalmente a los soldados, porque así «*la rabia que acumulan, los hace pelear mejor*» y «*como no pueden ametrallarnos a nosotros apuntan a otra parte*», Hearn le responde: «*—El riesgo es demasiado grande, si perdemos la guerra habremos provocado una revolución*». En los largos ocios no faltan tampoco escenas casi idílicas: «*Domingo en la playa. Era casi increíble. Sólo faltaban las sombrillas a rayas, las mujeres y niños, para que la playa fuese idéntica a cualquiera de las playas elegantes en las cuales veraneaba su familia. Acaso habría que agregar un barquito a vela, y Dalleson estaría pescando en lugar de hacer puntería contra las piedras; pero el parecido era patente*».

En el otro extremo del escalafón nos encontramos con los componentes de un pelotón implicado en numerosas

acciones de combate, una asombrosa galería de seres humanos que dibujan la diversidad de una sociedad uniformizada en el retablo sangriento de la guerra. Tipos como Julio Martínez, de origen mexicano, dominado por el miedo, pero explorador insustituible, orgulloso de su empleo de sargento, o el también sargento Sam Croft, líder natural del pelotón, militar «ejemplar», brutal y autoritario, cuya motivación profunda es sólo una innata y patológica crueldad, y que en plena refriega, «*ansiaba el latido rápido y tenso que sentiría en la garganta después de matar a un hombre*». Red Valsen, en el extremo opuesto, es el veterano que se resiste a matar. Su vida, como la de cada uno, muestra detalles concretos de una universal injusticia. De sus primeros años se nos dice: «*Es necesario saber que la Compañía posee todo. Hace mucho tiempo, han abierto el camino en el valle, han perforado los pozos, han construido las casas de madera, han levantado los almacenes de la Compañía y hasta han edificado una iglesia. Desde entonces, la ciudad es un abrevadero. Los salarios salen de los pozos y terminan en los engranajes de la Compañía; con lo que se gasta para beber en el bar de la Compañía; en comer, vestirse y pagar el alquiler, nada queda: Todos los horizontes se cierran en el ascensor de la mina*».

En el pelotón encontramos también dos judíos, un irlandés de Boston que militaba en Cristianos Unidos, una asociación fascista, un sólido muchachote de origen rural y algún exdelincuente, junto a muchos otros tipos que retratan la variedad de la sociedad americana de la época. Las sensaciones y emociones individuales son presentadas con amarga objetividad, y también las rutinas del esfuerzo colectivo: «*Empezó a andar y Croft buscó su lugar junto al cañón que empujaba. La columna tenía ahora doscientos metros de largo. Empezaron a moverse y la fatiga continuó. Una señal luminosa extendió una luz celeste y delicada sobre ellos, luz que casi se perdía a través del denso follaje. En ese breve instante, los hombres fueron sorprendidos empujando los cañones, en las clásicas posturas de esfuerzo, que tenían la forma y la belleza de un friso antiguo. (...) Por un instante, la luz iluminó sus rostros blancos y contraídos. Los mismos cañones tenían una belleza frágil y articulada, como un insecto sentado sobre sus filiformes patas traseras. Después la oscuridad los tragó de nuevo y empujaron los cañones a ciegas, una fila de hormigas que arrastra su carga al hormiguero*». En una de las escena más duras del libro, una tarde ociosa los soldados, tras agotar varias cantimploras de whisky, parten de exploración hacia un campo de batalla de hace algunos días «*en busca de recuerdos*». La visión de los borrachos deambulando entre cadáveres en descomposición es una impactante metáfora de la guerra.

Los dos escenarios descritos terminan por enlazarse cuando Cummings, molesto por algunos desaires de Hearn, decide enviarlo al frente y el teniente es agregado al pelotón antes presentado, al que en ese momento se encomienda una peligrosa misión de reconocimiento tras las líneas japonesas. El libro narra después los detalles de ésta, el enfrentamiento inevitable por el mando entre Croft y Hearn, que representan polos opuestos de autoritarismo brutal y racionalidad compasiva, la muerte en combate de este último y la tensión extrema del grupo sometido a la locura de Croft en un avance desesperado hacia ninguna parte. El final de la patrulla coincide con el de la campaña en la isla, concluida con sorprendente facilidad en ausencia de Cummings por el torpe e inseguro mayor Dalleson gracias a la debilidad de las líneas japonesas.

A los sesenta años de su publicación, *Los desnudos y los muertos* sigue atrapando al lector con su extraordinario retablo humano, su investigación brillante de las sensaciones y emociones de los hombres en la guerra y la lucidez de algunas de sus intuiciones políticas. La industria que se lucra con los conflictos bélicos precisa una cobertura ideológica que se exhibe procaz en todos los medios controlados por el poder. En estas condiciones, dibujar el rostro más veraz de uno de estos conflictos, usando sabiamente todos los recursos literarios, y mostrar con amoroso detenimiento algunas de sus intrahistorias, acaba regalándonos una contundente revelación de lo que es la guerra en realidad. El general piensa recostado en su cama y los soldados mueren en la selva. Con su profundización en las relaciones entre Cummings y Hearn, *Los desnudos y los muertos* es tal vez solamente la crónica de un homicidio, gestado morosamente y ejecutado casi por azar, pero lo que debe sorprendernos es cómo este crimen queda perfectamente camuflado entre los protocolos de mando y la carnicería de la guerra.

Medio siglo de *Aullido y otros poemas*, de Allen Ginsberg

Publicado en *Rebelión* el 21 de diciembre de 2006

Nacido en Nueva Jersey en una familia de intelectuales izquierdistas de origen judío, Allen Ginsberg (1926-1997) ha pasado a la historia sobre todo como el poeta que fue capaz de expresar en sus versos la silenciosa destrucción a que era sometida su generación en la América de la Guerra Fría y la caza de brujas. Acostumbrados a percibir sólo la normalidad que los medios y los productos culturales del poder crean para nosotros, nuestra angustia se convierte al final en un problema individual, y es necesaria una poderosa conmoción para que veamos. La obra de arte es a veces el instrumento para esta visión, y en el caso que nos ocupa un brillante poemario promovió una amplia toma de conciencia ante la mentira y el horror de aquellos años sombríos.

Tras estudiar en la Universidad de Columbia y ser expulsado de ella, entre otras cosas por escribir obscenidades en la ventana de su dormitorio, Ginsberg peregrinó por los ambientes literarios innovadores de Nueva York y California, donde se estaba forjando la que sería conocida después como generación *beat*. En *Aullido y otros poemas*, su primer libro, publicado ya con treinta años de edad, se perfilan las coordenadas mentales y experiencias de estos hombres, con un viaje a las historias y los lugares, y también una aguda visión, en tono profético, del sinsentido de aquella sociedad.

La reflexión sobre las experiencias de su generación se encuentra sobre todo en la primera parte de «Aullido», que comienza con la famosa frase «*He visto los mejores cerebros de mi generación destruidos por la locura*». Después, una enumeración interminable nos hace conocer a aquellos jóvenes rebeldes contra su tiempo. La segunda parte, la más breve, es sin embargo esencial en el poema, pues presenta una sombría visión de la deshumanizada civilización del capitalismo industrial, personalizada en Moloch, «*cuya sangre es el fluir del dinero*». La tercera parte es un monólogo dirigido a Carl Solomon, amigo de Ginsberg, y un regreso a la anécdota biográfica.

Los restantes poemas del libro visitan lugares comunes: un supermercado, una consigna de la Greyhound, la vivienda del propio Ginsberg o un muelle donde crece un marchito girasol, y en todos se despliega la poderosa máquina poética para que aliente la vida que allí yace enterrada. A mi juicio, estos fragmentos son las piezas más perfectas del libro; ajustados y precisos, elevan la intensidad lírica con una gran economía de medios, y están desprovistos de la palabrería en que a ratos se pierde «Aullido». Mención aparte merece el fragmento titulado «América», peculiar ajuste de cuentas con los dogmas del pensamiento conservador de la época y defensa en clave de humor de las propias posturas.

Todos estos textos están estructurados en largos versos, que parecen destinados a ser recitados en una espiración completa, y ejercen una fascinación hipnótica con sus enumeraciones, su prosa espontánea, su ritmo enloquecido y un frecuente juego con la oposición de conceptos. Son poemas para ser memorizados o gritados, o convertidos en mantras liberadores. Y hay que recordar aquí que, aparte de las estrictamente literarias, una de las influencias que más agudamente se manifiestan en el libro es la del budismo, por el que Ginsberg se sintió atraído toda su vida.

Acusado judicialmente de obscenidad, absuelto después, discutido y aclamado en poco tiempo, «Aullido» se ha convertido en uno de esos pocos poemas que son conocidos por casi todo el mundo, un poema por ejemplo que puede ser parodiado, para general regocijo, en la serie de *Los Simpson*. De todas formas, sería interesante reflexionar sobre si este éxito no significa en realidad un fracaso del poemario. Que un libro decidida y manifiestamente crítico con un sistema acabe siendo celebrado por éste parece querer decir que su ataque no era lo bastante contundente. Hay que pensar que quizás la ideología difusa y el énfasis en unas gentes bastante especiales resultaron al final fácilmente asimilables por un poder que parece tener una rara habilidad para adornarse con todo tipo de plumas exóticas.

En la lectura sosegada que permite medio siglo de distancia, tal vez lo que más llame la atención hoy en *Aullido y otros poemas* sea su intrincada estructura y la profunda catarsis que consigue provocar en el lector. Sus palabras poderosas dibujan un mundo no muy diferente del nuestro y siguen transmitiendo un conmovedor alegato sobre la dignidad del ser humano.

La próxima vez el fuego, de James Baldwin. Desnudando el racismo y la homofobia de la sociedad norteamericana

Publicado en *Rebelión* el 19 de junio de 2024

Capitán Swing ha decidido conmemorar el centenario del escritor James Baldwin reeditando una de sus obras más emblemáticas, *La próxima vez el fuego* (trad. de Paula Zumalacárregui), una lúcida reflexión sobre el racismo de la sociedad norteamericana publicada el mismo año de la Marcha sobre Washington por los derechos civiles.

James Baldwin nació en Harlem en 1924, hijo de una madre soltera que en 1827 contrajo matrimonio con David Baldwin, predicador baptista y albañil del que tuvo otros ocho hijos. La relación con su padrastro fue complicada, aunque tras el fallecimiento de éste en 1943, James reconoció que «*a su manera escandalosamente exigente y protectora, amaba a sus hijos, que eran negros como él y estaban tan amenazados como él*». Los años juveniles del futuro escritor no fueron fáciles, tratando de ayudar a su familia y al tiempo de expresar en forma literaria su rebelión contra los prejuicios sociales que le amargaban la vida, labor en la que empezó a lograr cierto éxito a finales de los años 40. Por entonces, cansado de la discriminación que sufría como negro y homosexual en los Estados Unidos, decidió viajar a Europa y se instaló en París.

En Francia Baldwin halló un ambiente favorable para su labor literaria y publicó algunos de sus libros más conocidos, como la novela autobiográfica *Ve y dilo en la montaña* (1953) o el volumen de ensayos *Notas de un hijo nativo* (1955), pero cuando vio el pujante movimiento por los derechos civiles que tomaba forma en su país decidió volver. Era aquél un tiempo de esperanza en el que consideró un deber arrimar el hombro y comprometerse, pero la respues-

ta violenta del sistema lo desbordó, y conmocionado por el asesinato de sus amigos Malcolm X y Martin Luther King, regresó a Europa, donde residió hasta su fallecimiento en 1987. En esta última etapa, James Baldwin publicó novelas, entre las que destaca *Blues de la calle Beale* (1974), abundantes ensayos y también obras dramáticas y poemarios, extensa producción que prolonga la gran reflexión de su vida sobre la discriminación racial y sexual en Norteamérica.

Una contribución literaria al movimiento de los derechos civiles

El ensayo *La próxima vez el fuego* reunió con este título en 1963 dos textos que habían visto la luz el año anterior en publicaciones periódicas, ambos muy conectados con la esperanza que el movimiento por los derechos civiles creaba en ese momento en los Estados Unidos. Se abrían por entonces vías de actuación contra una frustración secular que Baldwin definió con lucidez: «*Ser negro en este país y ser relativamente consciente es tener rabia casi todo el tiempo*».

El primer texto, «Tembló mi celda» es una carta de Baldwin a su sobrino de quince años, que conmemora el centenario de la emancipación. Entre cariñosos recuerdos familiares, le describe en toda su crudeza la vida impuesta a los negros en el país, por unas gentes que ni siquiera son conscientes de su crimen: «*Ahora bien, mi querido tocayo, estas personas inocentes y bien intencionadas, tus compatriotas, te han hecho nacer en unas condiciones que no distan demasiado de las que nos describe Charles Dickens en el Londres de hace más de un siglo*». Para quien nace condenado a la marginalidad del gueto, la única esperanza es cambiar la mentalidad de los blancos: «*Y si la palabra "integración" tiene algún significado es éste: que nosotros, gracias al amor, hagamos que nuestros hermanos se vean tal y como son, dejen de huir de la realidad y empiecen a cambiarla. Pues éste es tu hogar, amigo mío, no dejes que te destierren; grandes hombres han hecho aquí grandes obras y volverán a hacerlas: podemos hacer de los Estados Unidos lo que el país está llamado a ser*». La misiva concluye recordando los versos de un gran poeta negro: «*Justo cuando me creía perdido,/ tembló mi celda y las cadenas se me cayeron*».

El segundo texto, «A los pies de la cruz», nos sirve para rastrear las complejas relaciones de Baldwin con la religión. Nos comienza describiendo las experiencias del verano en que cumplió catorce años, metamorfosis del propio cuerpo y despertar de sentimientos nuevos e intensos que preludiaban una revolución en su vida. Se veía llamado a pertenecer al mundo cruel y marginal del gueto que hasta entonces sólo había observado y con todo ello surgió también un poderoso y desagradable miedo a afrontar tantos retos. Como además se sentía con cartas muy pobres para jugar la partida, no es de extrañar que buscara un refugio contra las amenazas.

Así es como James comenzó a actuar como predicador en oficios religiosos, y en esta ocupación se mantuvo más de tres años. «*Nada de lo que me ha ocurrido desde entonces se acerca al poder y la gloría que sentía en ocasiones cuando, en mitad del sermón, me daba cuenta de que, en cierto modo, por obra de algún milagro, yo era, como se decía, verdadero portador de "la palabra"; cuando la iglesia y yo éramos uno*». Sin embargo, pronto comienza a ser consciente de algunas realidades incómodas: «*La Biblia la habían escrito hombres blancos. Sabía que, según muchos cristianos, yo era descendiente de Cam y estaba predestinado a la esclavitud*». Además, no se le escapa que «*los pastores terminan adquiriendo casas y Cadillac mientras los fieles continúan fregando suelos y dejando monedas en el platillo...*» Es entonces cuando el rechazo de «*los crímenes e hipocresías*» de la Iglesia cristiana lo lleva a dejar los oficios.

James entra en contacto luego con la Nación del Islam de Elijah Muhammad, aunque no comparte su odio a los «demonios blancos», y le parece un disparate la idea de una «nación negra con una economía independiente» en los Estados Unidos. Los argumentos teológicos y mitológicos que esgrimen para explicar el origen de la esclavitud le resultan irreales y desafortunados, y prefiere pensar en una historia de injusticia que sea posible revertir con una lucha por la igualdad de derechos. En una cena en la mansión del líder comprueba el ambiente de sumisa adoración que allí impera, y no le satisfacen las razones que le exponen para justificar lo que no es otra cosa que un «racismo inverso»: «*Creo conocer —lo vemos a diario a nuestro alrededor— el páramo espiritual al que conduce ese camino*».

Fruto de estas experiencias Baldwin se consideraba a sí mismo ateo. Él lo explica con sus propias palabras en «A los pies de la cruz»: «*Si el concepto de Dios tiene alguna validez o utilidad, sólo puede ser la de hacernos más grandes, libres y amorosos. Si Dios no es capaz de conseguir eso, ya es hora de que nos deshagamos de Él*».

«*La historia de los negros en América es la historia de América, y no es una historia bonita*». Baldwin cree necesario educar a las nuevas generaciones en un conocimiento riguroso de las crueldades del pasado, y apuesta por que todos los hombres de buena voluntad, independientemente del color de su piel, sean capaces de crear una nueva conciencia social que supere la «pesadilla racial». En caso contrario, es de temer el cumplimiento de la profecía bíblica que un esclavo recreó en una canción y de la que viene el título del libro: «*El Señor dio a Noé el arcoíris como sello./ Se acabó el agua. ¡La próxima vez el fuego!*».

Tarabas, de Joseph Roth. El ser humano en su encrucijada

Publicado en *Rebelión* el 27 de mayo de 2008

Ciertamente, el paso del tiempo consolida a Joseph Roth como uno de los valores fundamentales de la literatura en lengua alemana de la primera mitad del siglo XX. La dimensión humana de su obra, marcada por la cadena de contrariedades y frustraciones sufridas hasta su temprana muerte, unida a su valor literario, contribuyen sin duda a que lo veamos hoy como uno de los cronistas más brillantes de las conmociones de aquella época, y hacen también que el interés por sus libros no deje de crecer. Varias editoriales del ámbito hispánico, Acantilado principalmente, pero también Minúscula, Anagrama, Siruela y algunas más, están empeñadas en la laudable tarea de poner en las librerías la obra narrativa completa de Joseph Roth. Una novedad reciente en este sentido ha sido la recuperación por Acantilado de la excelente traducción de *Tarabas* debida a Feliu Formosa y que ya había publicado Seix Barral en 1983. Esta novela vio la luz por primera vez en la editorial Querido de Amsterdam en 1934.

De origen judío, Joseph Roth nace en 1894 en Brody, una pequeña ciudad de la Ucrania occidental, que por entonces formaba parte del Imperio austrohúngaro. Tras estudios en Leópolis y Viena y el paso por un regimiento de tiradores del Ejército austriaco durante la Gran Guerra, ejerce el periodismo y viaja con frecuencia como corresponsal del *Frankfurter Zeitung*, residiendo sobre todo en Berlín, Viena y París. Al mismo tiempo, comienza una carrera literaria de la que no podemos dejar de mencionar aquí una obra de 1924, *La rebelión*, que acaba de aparecer también en el catálogo de Acantilado con traducción de Feliu Formosa. Andreas Pum es un mutilado de la Gran Guerra que se gana la vida en Viena con un organillo, y el relato resulta una crónica de la transformación de su carácter, el de un conservador que odia cualquier signo de discrepancia con el poder, cuando un ridículo incidente en un tranvía destruye la precaria felicidad que había conquistado y da con sus huesos en la cárcel. Comprende entonces Andreas la injusticia que gobierna el mundo y desarrolla una aguda solidaridad con todos los que sufren, unida a una amarga visión de la universal estupidez: «*Puede que no fuera un ser humano. O estaba enfermo, con el corazón dormido. Porque puede darse una cosa semejante. El corazón está sumido en un profundo sueño, late y late, pero es como si hubiese muerto. Mi pobre cabeza no tenía ideas propias. Porque la naturaleza no me ha dado un gran discernimiento, y mi pobre inteligencia fue engañada por mis padres, por la escuela, por el sargento, por el capitán y por los periódicos que me daban a leer*». Es éste un proceso de sensibilización con el sufrimiento que culmina en frases lúcidamente blasfemas: «*¿Tienes miles de asuntos entre tus manos y no aciertas a resolver uno solo? ¿Qué clase de Dios eres tú?*», «*No quiero tu misericordia. Mándame al infierno*».

De la producción de esta época tiene especial interés también *La tela de araña* (1923), donde se exploran los orígenes del nazismo. Esta novela fue publicada por entregas en el diario socialdemócrata *Wiener Arbeiter-Zeitung*, y la última de ellas apareció unos días antes de que en Múnich se produjera el «*Putsch* de la cervecería», primer intento de Hitler de hacerse con el poder. Tras estos trabajos, el éxito, algo tardío, le llegará a Joseph Roth con *Job* (1930) y *La marcha Radetzki* (1932). La primera contiene la historia de una familia judía de Europa oriental que emigra a los Estados Unidos, y con las resonancias bíblicas y el carácter alegórico que apuntan en el título, es sobre todo una reivindicación del derecho del ser humano a una noble y simple felicidad más allá de los patrones culturales que le son impuestos. *La marcha Radetzki* muestra el ocaso de una familia en el final del Imperio austrohúngaro y transmite el sombrío estado de ánimo de su autor ante el derrumbe del mundo que él consideraba su patria.

En 1926, Joseph Roth es enviado por el *Frankfurter Zeitung* a la Unión Soviética para que aporte a los lectores del diario su personal visión de la Rusia roja. Estos artículos acaban de ser editados en España con el título de *Viaje a Rusia* por Minúscula, y componen un libro de sumo interés que nos regala instantáneas del momento clave de la revolución en que la NEP recupera la economía y comienzan las luchas por el poder tras la muerte de Lenin. Roth recorre el país y comenta muy favorablemente las soluciones halladas a la cuestión nacional, casi superada incluso en el Cáucaso, y a la discriminación de los judíos; observa el progreso de la moral sexual y los cambios en el papel social de la mujer, que suponen una revolución dentro de la revolución, el avance de la educación y a la Iglesia y la religión puestas por primera vez en su lugar: «*En la Rusia soviética no se persigue a la Iglesia. Sólo se lucha contra su poder e influencia. (...) No se castiga la credulidad, sólo se trata de erradicarla*». Le decepciona sin embargo el acartonamiento de la prensa y el resurgimiento de una cierta mentalidad burguesa, que traiciona sus esperanzas de que la revolución pudiera alumbrar

un nuevo espíritu en las relaciones humanas. En conjunto su impresión es que el impulso revolucionario parece haberse agotado: «*Si escribiera un libro sobre Rusia, éste tendría que describir una revolución ya apagada, una llama que se consume, restos de brasas y mucho fuego artificial*».

A partir de 1933, Joseph Roth, exiliado del nazismo, peregrina por diversas ciudades europeas y termina instalándose en París, donde pobre y alcoholizado fallece en 1939. Iliá Ehrenburg en sus memorias lo recuerda así en esta última época: «*En 1937 llegué a París por unos días procedente de España. Al pasar por la calle Tournon vi a Roth en un café. Me llamó. Tenía mal aspecto. Se comprendía que luchaba por vivir, pero se mostraba muy cortés, como siempre, con la pajarita de la corbata bien anudada. (...) Hablaba con coherencia, sólo sus manos temblaban. Me preguntó qué tal por Madrid; escuchó atentamente y luego dijo:* —Actualmente, envidio a todo el mundo. Usted, en efecto, sabe lo que tiene que hacer. Yo ya no sé nada. ¡Demasiada sangre, cobardía y traición... !». Ehrenburg recuerda como Roth bebía continuamente y mostraba un estado de ánimo sombrío. Sabemos que en esta época cooperaba activamente con los que luchaban por la restauración de la monarquía austrohúngara, pero el auge del nazismo dibujaba un panorama demasiado sombrío.

Puede decirse que *Tarabas* repite a la inversa el esquema de *Job*, pues aquí el principio de la narración nos presenta a Nikolaus Tarabas, un joven ruso, en 1914 en Nueva York, donde ha buscado refugio tras involucrarse en actividades revolucionarias en su país. El hilo del relato nos va a mostrar la evolución de su carácter en un proceso que tiene bastante de sendero iniciático y culminará con el desarrollo de sus más nobles cualidades humanas. La vida de Nikolaus Tarabas en Nueva York es la de un joven celoso y violento al que sus pasiones incontroladas están a punto de convertir en homicida. Después, el anuncio de la guerra en Europa lo lanza desengañado de regreso a su país, y allí se transforma en un militar sanguinario que encuentra el sentido de su vida en la lucha, de forma que «*aquél que, como el propio Tarabas, no amaba la vida y no temía la muerte, era su amigo del alma*».

El final del conflicto lleva al coronel Tarabas a la pequeña ciudad de Koropta, donde como jefe de la guarnición local arrastra una existencia ociosa hasta que un pogromo le obliga a intervenir con energía. Es entonces cuando un acontecimiento aparentemente de escasa trascendencia va a cambiar el curso de su vida. En un momento en que los judíos tenían órdenes terminantes de permanecer en sus casas, el coronel Tarabas se encuentra en la calle con Schemarjah, el servidor de la sinagoga, que transporta los rollos de la Torá quemados en los disturbios para enterrarlos en el cementerio judío. Los dos hombres forcejean y cuando Tarabas arroja los rollos al suelo, «*Schemarjah embistió con los dos puños cerrados y la cabeza baja contra el pecho poderoso del coronel*». Enfurecido por el ridículo asalto, el militar arremete brutalmente contra Schemarjah y le arranca las barbas. Tras toda una vida de violencia, este hecho resulta ser sin embargo el desencadenante de una profunda conmoción en Tarabas, que adquiere gracias a él conciencia de la oscura pasión a la que se ha entregado desde su juventud. Al poco tiempo abandona la ciudad y vive como un vagabundo expiando sus culpas el resto de sus días. Sólo cuando siente su final próximo, realiza una visita a sus ancianos padres, que no lo reconocen, y regresa a Koropta en busca del perdón de Schemarjah, a quien hace al fin heredero de sus escasos bienes.

Escrita por alguien que había conocido la locura de la guerra y en un momento en que nuevos conflictos asomaban en el horizonte, Tarabas parece encerrar sobre todo una meditación sobre el sinsentido de la violencia, pero destaca también por la penetración psicológica del carácter del protagonista y por su fiel retrato de una sociedad marcada por la difícil convivencia entre judíos y cristianos. La admirable prosa del libro huye de los efectos y se concentra en un relato que resulta ser una exploración de los abismos del corazón humano y de nuestra desperdiciada capacidad para la lucidez. Sobriedad y profundidad sumadas hacen que al final nos sintamos en presencia de una densa alegoría que queda con nosotros para siempre. Joseph Roth, un espíritu europeo en pugna con las visiones excluyentes que tomaban vigor en su tiempo, presentía sin duda el horror que se aprestaba a adueñarse de Europa. Ésta es tal vez la razón de que nos dejara en *Tarabas* uno de esos textos clarividentes en que los poetas se permiten el privilegio de salvar al mundo cuando ya nada lamentablemente puede ser salvado de la máquina enloquecida de la historia.

Joseph Roth: la novela de una vida

Publicado en *Rebelión* el 25 de marzo de 2010

Hace unos meses repasaba en estas mismas páginas virtuales algunas de las novelas de Joseph Roth (1894-1939) que han sido objeto de reediciones recientes. Es ésta una producción enormemente valiosa, marcada por un anhelo estético y al mismo tiempo incardinada profundamente en la historia turbulenta de la Europa que la vio nacer. Como complemento de aquel artículo, quisiera comentar brevemente en éste tres libros aparecidos desde entonces en versión castellana que nos acercan sobre todo al perfil humano de Joseph Roth. Los dos primeros son las biografías que le dedicaron sus amigos el escritor Soma Morgenstern, judío

galiciano como él: *Huida y fin de Joseph Roth*, Pre-Textos, 2000, 2008; trad. de Eduardo Gil Bera, y el director de cine y dramaturgo húngaro Géza von Cziffra: *El santo bebedor, recuerdos de Joseph Roth*, Acantilado, 2009; trad. de Nieves Trabanco. El tercero es el volumen en el que su amigo el escritor Hermann Kesten recopiló una gran parte de la correspondencia de Roth: Joseph Roth. *Cartas* (1911-1939), Acantilado, 2009; trad. de Eduardo Gil Bera.

Estos tres libros permiten profundizar en la evolución de una personalidad compleja y fascinante, que se refleja vivamente en la producción literaria. Tras la decepción de su viaje a la URSS en 1926, las inquietudes socialistas que afloran en las primeras novelas de Roth dejan paso a una admiración por el Imperio austrohúngaro que será otro leitmotiv de su obra y lo llevará también a participar activamente en los intentos de restauración monárquica que se producen en Austria durante los años 30. Numerosas anécdotas de las biografías ahora publicadas nos descubren a Roth como falaz forjador de una imagen de sí mismo a la medida de estos anhelos imperiales, que no duda en presentarse como exoficial, e incluso (esto es más grave) inventa en una ocasión un adulterio de su madre que le permite ser hijo natural de un oficial austríaco. Los dos relatos biográficos acaban dibujándonos a un personaje contradictorio y complejo, errante y escaso de recursos, generoso hasta el despilfarro y también sablista y dispuesto a disponer de lo de un amigo en caso de necesidad, con un alto concepto de su propio valor como escritor y refugiado siempre en la bebida y la literatura. Roth estaba marcado también por la enfermedad mental de su primera mujer, de la que se sentía culpable atribuyéndola a su vida inestable de «ciudadano de hotel». Entrañable a veces, es muchas otras cáustico y mordaz, y le descubrimos también malvado en el embotamiento del alcohol, y capaz de tramar oscuras intrigas contra sus propios amigos.

Las dos biografías presentan rasgos distintos. Cziffra trata a Roth desde 1924 y tiene siempre con él una relación respetuosa, algo distante. Su aproximación, a través de los recuerdos que va enhebrando, incide sobre todo en su vida errática e infeliz, marcada por el colapso del Imperio. Morgenstern, que conoce a Roth quince años antes, es un amigo íntimo y eterno confidente, calificado de «fiel entre los fieles» en una nota necrológica de Roth. Su libro nos revela los detalles de la larga relación, plena de encuentros y desencuentros, y está lleno de momentos emotivos, como el relato de un intento de desintoxicación de Roth en el último año de su vida, en el que con su maternal asistencia llegó a estar cuatro semanas sin beber. Profundiza también Morgenstern en el papel que el alcohol jugó en la vida y la obra de su amigo, y tras la condena sin paliativos inicial, acaba concluyendo que fue también sin duda un elemento positivo al permitirle aislarse y concentrarse en los mundos que forjaba en su interior. Para él, en esa huida sin fin que es la vida de Roth, la droga que lo destruyó fue sin embargo necesaria para resistir la adversidad y transformarla en literatura. Morgenstern nos descubre también las disputas surgidas en el entierro del autor de *Tarabas* entre sus amigos judíos y católicos que buscaban realizar las ceremonias de acuerdo con su propio rito, polémica que es fruto de la ambigüedad del escritor frente a ambas religiones.

La correspondencia de Roth nos regala a cada paso observaciones agudas sobre literatura y arte, pero nos sumerge sobre todo en su vida errante y atribulada y sus desvelos cotidianos, sus preocupaciones familiares, sus eternos problemas económicos y las relaciones siempre tensas con editores y responsables de periódicos. Pone de manifiesto también su valentía e intransigencia con el mal cuando Alemania se hundía y muchos contemporizaban. Son especialmente interesantes las cartas a amigos literatos como Stefan Zweig, su confidente y mecenas, sinceramente afligido por el alcoholismo que minaba su salud y su vida social, y ofreciendo siempre costearle una cura de desintoxicación que lo librara de su demonio. La almibarada relación epistolar con Hermann Kesten, autor como indicábamos de la recopilación (publicada por primera vez en 1970) y poderoso personaje en el mundo literario alemán de los años 30, contrasta con las críticas que Roth le dedicaba en la intimidad según recoge la biografía de Morgenstern, aparecida póstumamente en 1994. Hermann Kesten es famoso entre nosotros sobre todo por una muy recomendable novela sobre Felipe II de la que existe versión castellana (*Yo, la muerte*, Edhasa 1994).

Para los amantes de la obra literaria de Roth, estos tres libros ofrecen una lectura realmente sugestiva, dibujándonos despiadadamente al hombre que a través de un cúmulo de desgracias fue capaz de crear tanta belleza. La muerte en 1939 de aquel genial anciano de cuarenta y cuatro años es una tragedia más de aquella Europa presta a hundirse en el abismo. Joseph Roth, judío galiciano que encontró su hogar en la lengua alemana, huraño y misántropo, alcoholizado siempre, mitómano y generoso, envuelto en sus contradicciones nos legó algunos libros que nunca dejarán de conmovernos. Así lo veía Soma Morgenstern en el último año de su vida: «*Cuando lo llamaron al teléfono y se fue, lentamente, apoyado en un bastón, con las piernas flacas enfundadas en unos pantalones estrechos, cortados a desmoda, la barriga floja y colgante que caía tan mal a su hechura de huesos finos, el judío galiciano oriental daba la impresión de un aristócrata austríaco de la vieja escuela, distinguido aunque también degenerado. Es decir, exactamente la impresión que se había forzado en conseguir, toda su vida y con todas las fuerzas de su cuerpo y alma, de buena fe y, por desdicha también, a veces, de mala*».

Guerra, de Ludwig Renn

Publicado en *Rebelión* el 8 de mayo de 2018

Hay decisiones que transforman la vida de una persona, al catalizar los cambios que se están produciendo en su interior. Eso fue lo que le sucedió al capitán de un destacamento de policía de Dresde cuando se negó a dar la orden de disparar contra los obreros que protestaban por el golpe de Estado de Kapp en marzo de 1920. El nombre de este capitán era Arnold Friedrich Vieth von Golßenau, había nacido en 1889, y era un aristócrata sajón y militar de carrera que había llegado a comandar un batallón en el frente occidental durante la Gran Guerra. Poco después de los hechos de Dresde, von Golßenau abandona el ejército, emprende variados estudios, viaja por Europa y comienza una militancia izquierdista que lo lleva a ingresar en el Partido Comunista en 1928, el mismo año en que publica *Guerra*, donde narra las experiencias de un soldado alemán durante el conflicto. El libro, que no es abiertamente antimilitarista, alcanzó gran éxito y fue seguido en 1930 por *Postguerra*, en el que el compromiso político es ya más evidente.

En los años 30, convertido en un autor conocido, von Golßenau adopta el nombre del protagonista de *Guerra*, Ludwig Renn, en un gesto de renuncia a su clase social, y en 1936 acude a España, integrándose en las Brigadas Internacionales. Así, lo encontramos al mando de un batallón y luego como jefe de Estado Mayor de la XI Brigada Internacional por los frentes de Madrid, Guadalajara y Aragón, donde interviene en las batallas de Belchite, Teruel y el Ebro. En su alocución en el II Congreso Internacional de Escritores en Defensa de la Cultura, Ludwig Renn afirmó: «*Nosotros, escritores que luchamos en el frente, hemos dejado la pluma porque no queríamos escribir historia, sino hacer historia*». Con la derrota de la República, tras exiliarse en México, regresa a su país en 1947, y participa en la vida política e intelectual de la RDA, donde fallece en 1979. *Guerra* apareció ya en 1929 en castellano, pero la primera edición completa en nuestra lengua es de Fórcola (2014), con traducción de Natalia Pérez-Galdós y prólogo de Fernando Castillo.

El libro narra en primera persona la experiencia del protagonista, con lo que aporta una visión subjetiva, fragmentaria y copiosa de sensaciones de la guerra. La primera parte, «El avance», comienza con la partida hacia el frente de la tropa entre escenas de júbilo de la población, música y ramos de flores. Tras varios días en vagones de mercancías y atravesar el Rin, los combatientes son instalados en un pueblo desde el que marchan hacia la frontera belga y luego hacia el Mosa. En la orilla de éste encuentran resistencia y Ludwig vive por primera vez la confusión de la batalla, un caos donde la gente muere a tu alrededor y has de sobreponerte y tomar decisiones rápidas, y equivocarte y no desmayar. Al día siguiente cruzan el río y prosiguen el avance, entre restos del ejército que huye y aldeas incendiadas. Pronto están en Francia. Son cañoneados, bombardeados con *shrapnel* y tiroteados, pero consiguen hacer retroceder al enemigo. Sólo cerca del Marne se ven obligados a retirarse con espantosas pérdidas.

La segunda parte del libro comienza en 1915 con una descripción de la guerra de trincheras que sigue al colapso de la acometida alemana. Frente a una pradera de cadáveres, tras las alambradas, entre ratas y piojos, la vida es una sucesión de ocios interminables e inútiles intentos de avance, saldados con masacres. El cabo Renn, celoso de deberes que incrementa por propia iniciativa, es condecorado y luego destinado casi un año a la retaguardia. En unos días de permiso, siente horror de contar a su familia lo que ha visto y se percibe a sí mismo como alguien que «*ya no cree en nada*». En septiembre de 1916, su batallón es enviado al Somme, donde se combate ferozmente; entre barro y fuego acceden penosamente a las trincheras y actúan de reserva. Cuando se les ordena avanzar para contener un ataque francés, Renn es herido en un brazo con la muerte imperando en torno a él. Al hospital le llega la noticia de que ha sido ascendido a sargento.

Reincorporado a su vieja compañía, en la que ya casi no conoce a nadie, Renn participa en la primavera de 1917 en la batalla de Aisne-Champagne, donde se usan obuses con gas para rechazar una ofensiva francesa. Es ésta otra fase de la guerra, marcada por tensiones entre el frente y la retaguardia y entre la tropa y los mandos, y por un aumento de las deserciones. La rutina de la matanza lleva al límite al protagonista, que tras la muerte de un amigo no puede evitar las lágrimas y sufre momentos de ofuscación que luego lo mortifican. Enfermo una temporada, regresa al frente en septiembre, y sus contradicciones se agudizan al hacerse cargo de la compañía un nuevo oficial maniático y odioso, en el que reconoce su viejo militarismo. La patria comienza a ser una cáscara vacía para él y la oposición a la guerra se abre paso en su pensamiento. Renn es herido en un pie en la ofensiva alemana de marzo de 1918, cuando cunde ya el desánimo en las tropas; convaleciente le llega la Cruz de Hierro de primera clase que le han concedido. La obra concluye con escenas del derrumbamiento en tierras de Flandes; el ejército se escinde entonces entre los que sólo desean ver el fin de la carnicería y unos pocos patriotas a ultranza, grupos entre los que el protagonista se debate hasta el último momento.

Estamos acostumbrados a considerar las batallas como lo hacen historiadores y estrategas, que describen armamentos y tácticas, y componen un relato de avances, movimientos envolventes, flanqueos, choques y retiradas, pero otra cosa bien distinta es la experiencia de los que sufren

esas situaciones. Tras participar en combates decisivos de la Gran Guerra, como los del Marne o el Somme, lo que Ludwig Renn nos narra tiene poco que ver con todo aquello, y se ciñe a las vivencias cotidianas de uno de sus protagonistas, uno cualquiera, que nos sumerge en la dimensión subjetiva de la guerra. Visitamos así su tedio y su horror que supera toda medida, sus restos de cuerpos desmembrados por fuegos artificiales que matan, su estruendo y sus diálogos frenéticos de los nervios al límite. Las horas indecibles en las que el hombre se siente ya transportado al otro lado alternan con largos ocios en los que el pensamiento va alumbrando un intento de explicación.

Cuando se desata el conflicto, el protagonista es un soldado ejemplar que cumple escrupulosamente sus obligaciones y las aumenta en la medida de sus posibilidades, contemplando miedo, dolor y rabia como emociones pasajeras que no deben afectar a sus actos. Sin embargo, la experiencia acumulada año tras año acaba por provocar un nublamiento del entusiasmo patriótico que se hace patente en la segunda parte del libro. Así, al final de éste es otro hombre el que regresa de las trincheras, y puede decirse que en el conocimiento que ha adquirido se vislumbra, como en embrión, lo que será su vida posterior.

1919. Un diario y Epidota, de Hans Jürgen von der Wense. Anotaciones de un espíritu libre

Publicado en *Rebelión* el 29 de agosto de 2024

Escritor, músico, investigador de culturas exóticas y caminante apasionado, Hans Jürgen von der Wense dejó a su muerte en 1966, cuidadosamente archivada en carpetas, una obra exuberante casi completamente inédita por voluntad propia. Estaba a punto entonces de cumplir setenta y dos años y aunque contaba con antepasados en la nobleza de Prusia y Sajonia, la temprana muerte de su padre y la enfermedad mental de su madre hicieron de él enseguida un hombre sin familia y sin hogar, eterno vagabundo. Estos rasgos eran reflejo de una convicción profunda sobre la que escribió: «*El individuo creador tiene un camino y un trazado distinto, su riqueza interior excede todo, la tierra entera es su hogar y toda la creación su familia más próxima*».

Un espíritu tan peculiar, sin embargo, captó la impronta de su época en el expresionismo y en un atonalismo de estirpe bartokiana en música. No fue ajeno tampoco a los conflictos sociales, y compartió en su juventud las zozobras de la Revolución alemana que puso fin a la Gran Guerra. Las entradas de su diario en estas fechas han sido elegidas por Guillermo Escolar para el volumen que acaba de publicar y que supone el primero de Wense en castellano. Carmen Gómez García ha introducido, anotado y traducido los textos presentados, que incluyen además *Epidota*, recopilación de fragmentos sobre gran variedad de asuntos.

Una crónica de la Revolución alemana de 1919

El *Diario de 1919* que aquí se presenta en castellano corresponde a una versión preparada en 1946 que aún se encuentra inédita en alemán. Sobre estas páginas, el propio Wense escribió: «*Corresponden al primero de aquellos años en que me abría de lleno a participar de la vida de las personas; luego me fui al interior, a la soledad, al camino oculto*». Las primeras anotaciones son de enero. Mientras un Wense veinteañero se debate en busca de su lugar en el mundo, estalla en Berlín la revuelta espartaquista. «*Cientos de miles en las calles. Imposible quedarse con hechos aislados. Todo es masa. Remolino*». Hay combates en la ciudad, pero nuestro joven se siente incapaz en un principio de tomar partido; rebelde contra los burgueses no se identifica con el proletariado, aunque acierta a ver en él una promesa, la posibilidad de un mundo distinto. El día 10 al fin se une a los insurrectos: «*Tengo que irme, a la tormenta, a mi patria, a la sublevación, con los miserables, con mis abandonados, que con tan endebles manos quieren arrollar una cordillera, con cuya hambre se practica la usura*». Alterna esos días «música burguesa» entre lágrimas y correrías desesperadas por la capital que confirman la derrota.

El día 14 todo ha terminado y Berlín es ocupado por las tropas: «*Rabia contenida*». «*Veo sentado a un mendigo en una escalera, sin ojos, sin piernas y sin brazos. Entonaba una canción. Le he dado todo lo que tenía porque pensé que era Dios*». Se fusila a mansalva en patios traseros y el día 16 llega la noticia de que Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg han sido asesinados. Wense se refugia en quehaceres de músico y lecturas, porque la vida social lo asquea: «*Cuando salgo al mundo, lo pierdo*». Interpretar sus obras para otros es un lenitivo, aunque su lirismo, etiquetado Sturm und Drang, provoca rechazo: «*—No acabo de entenderlo. —De todos modos, si algún día usted llega a entender mi música, dejo de componer*». Se siente lejos del «arte por el arte»: «*Mi indignación es un hecho, por ella vivo y muero; ¡Estoy al servicio del firmamento crucificado!*».

En febrero Wense viaja a Múnich y luego recorre Alemania. Lo frustran las visitas turísticas y reflexiona con penetración budista: «*El arte y la naturaleza, ¿qué son? Lo único que yo conozco es el sufrimiento de los seres humanos*». En marzo regresa a Berlín, donde de nuevo el proletariado se agita y es reprimido con asesinatos masivos; él halla consuelo en la genialidad que asoma a las composiciones de amigos músicos. De vuelta en Múnich en abril, la situación es más tensa aún, pero el que hace poco vibraba con las masas se declara apolítico y aspira sólo a vivir para su música.

El día 13 suena en la ciudad la sinfonía de la batalla y él encuentra en los estruendos de las armas ecos de instrumentos musicales. El 16 en la calle sólo hay muertos, con todo cerrado, sin víveres. Wense compone febrilmente y visita a Paul Klee, «*Un oso fuerte, perdido en esta frágil locura*». El 22 desfila el Ejército Rojo, «*Derrotadas almas rotas. No han cantado porque no tenían canciones*». El 30 truenan los cañones de la reacción cada vez más cerca y el 1 de mayo es la capitulación. Siguen días de fusilamientos. El comprometido y lúcido Gustav Landauer es muerto a patadas por paramilitares (Freikorps) del Gobierno socialdemócrata.

La tormenta ha pasado y nuestro protagonista emerge de la experiencia con graves cargos contra la humanidad. Su anhelo es hallar una expresión musical que resuelva la visión del mundo nacida en su interior y a ello piensa dedicar su vida. Acompañado de amigos a los que no comprende, una noche de junio reflexiona: «*Tengo tres fallos: sigo sin entender nada del amor sexual, no entiendo nada del valor del dinero y no tengo ningún tipo de ambición*».

Epidota

Amante de la geología, Wense tituló su selección de aforismos y fragmentos sobre temas diversos con el nombre de este silicato de calcio, aluminio y hierro, notable por sus cristales verdes estriados, de tonos variados y destellantes. Al igual que esta materia inerte refleja generosa la luz, él quería que las prosas de sus momentos más críticos aportaran a sus semejantes el resplandor de una idea fértil. La versión recogida fue preparada en 1946 para la revista *Die Sammlung*.

Wense encadena textos breves que buscan explicar el mundo al tiempo que ordenan su pensamiento. Reflexiona poéticamente sobre el significado de la vida y el lugar del hombre en el cosmos, y enseguida descubrimos en él un instinto budista de aniquilación del yo y sus desvaríos: «*Sólo podremos encontrarnos cuando nos hallamos perdido por completo. Hay que fallecerse siempre, tan cierto como que el fuego es el destino de la leña*». La existencia encuentra sentido en el amor: «*Creamos una estrella cuando nos amamos. El amor es un crecimiento monstruoso de la creación*». «*El amor arma de valor el corazón*». Podemos intensificar la vida por medio de la amistad y darnos así claridad unos a otros. En esta búsqueda, a veces hallamos intuiciones profundas: «*Hay transitoriedad, pero no muerte*». «*Nuestra vida pertenece al mundo*». «*Orar significa pensar correctamente*».

La filosofía que más seduce al autor reivindica no atarse a nada y dejar que la ficción fluya en torno a nosotros: «*¡Más desconfianza en los placeres y más plan en el olvido!*» «*Cuanto más lastre se tira, más alto se asciende*». A partir de ahí, su propuesta social es clara. La codicia hace las guerras cada vez más salvajes y «*el paraíso sólo está donde los hombres no quieran poseer más, sólo ser*». «*La vida es un servicio a los seres humanos*».

No podían faltar tampoco reflexiones sobre el arte, que Wense ve surgir como el estremecimiento de un dolor profundo que revela la proximidad de Dios, «*un puente entre el cielo y la tierra*» capaz de mejorar a la humanidad, templándola por el fuego. La música es «*la reproducción sonora de la estructura de la vida, beatificación del tiempo (...) es terror, es revelación, reina sobre el caos:* Imago Dei».

El culto a la naturaleza es otro asunto recurrente: «*¿Por qué no hay costumbre de inclinarse ante las nubes hermosas? ¿Por qué sólo se erigen monumentos a las desgracias y a los generales?*» «*La naturaleza es mi amante*». El ciclo de los elementos fascina a Wense y ve en cada fuente un manantial de vida y una nube futura, «*el viento es el alma de los mundos*» y el mar es símbolo de la unidad escondida detrás de todo. En un contrapunto humorístico, deliciosas greguerías nos descubren las desdichas de la materia: «*Las explosiones son las sublevaciones de las máquinas esclavizadas*».

Epidota revela a su autor en cuerpo y alma. El que conscientemente vivió apartado de los seres humanos y sus rituales, y anduvo incansable los caminos, abismado en reflexiones, nos deja aquí los frutos más granados de su pensamiento. Con él aprendemos que sólo abandonando a la vieja criatura que fuimos y abriendo los sentidos y el alma a la belleza trascendente que enlaza todo, alcanzaremos a ser útiles a nuestros semejantes. Hans Jürgen von der Wense nos deja en estos textos una lección de vida y nos contagia su espíritu, místico y sabio, puesto a prueba en las mayores conmociones de su tiempo.

Nota de presentación para *Todos los caminos están abiertos*, de Annemarie Schwarzenbach

Publicado en *Literaturas.com* en 2008

En un Ford *roadster* de lujo especialmente preparado y cargado de material fotográfico, la suiza Annemarie Schwarzenbach, doctora en historia, arqueóloga y reportera, emprende en 1939, en compañía de la también escritora Ella Maillart, un viaje que había de llevarlas a través de Turquía y Persia hasta Afganistán. Para Annemarie, recién salida de una clínica de desintoxicación donde trató de curar su adicción a la morfina, esta aventura era una huida y también una búsqueda de identidad lejos de una Europa a punto de precipitarse en el abismo. Tras una recaída en la droga en Kabul, las dos viajeras se separan y Annemarie regresa poco después en barco a Europa desde Bombay, rumbo a una muerte temprana que se la llevaría en 1942 con trein-

ta y cuatro años en un accidente de bicicleta. Acompañado de un postfacio de Roger Perret que aclara muchos de estos detalles biográficos, esta edición de Minúscula recoge una selección de los artículos que Schwarzenbach escribió basándose en las experiencias del viaje, prosas líricas de rara intensidad que nos acercan a pueblos solitarios del desierto entre ruinas centenarias, donde el forastero se convierte instantáneamente en huésped, o a la penosa vida de las mujeres que contemplaban el cielo, entonces como ahora, a través de la rejilla de un burka en las calles de Kabul. Las alturas del Hindukush y el Ararat y los mercados abigarrados de Afganistán nos llegan en este caso a través de la mirada atormentada de una mujer en perpetuo conflicto consigo misma.

Los hermanos Oppermann, de Lion Feuchtwanger. Radiografía de la Alemania nazi en 1933

Publicado en *Rebelión* el 28 de julio de 2010

Que un escritor pudiera ser considerado por el régimen nazi como su enemigo público número uno, y en virtud exclusivamente de su producción literaria, es un mérito realmente difícil de igualar. Lion Feuchtwanger, judío muniqués nacido en 1884, se hizo acreedor a él fundamentalmente con una novela, *Los hermanos Oppermann*, de la que existe una versión española disponible (Alianza Editorial, 2005, trad. de Carlos Fortea). El relato se centra en cuatro hermanos de una familia judía con caracteres muy opuestos, pero ligados por una vieja empresa de fabricación y venta de muebles.

Berlín, 16 de noviembre de 1932. Quedan poco más de dos meses para que Hitler sea nombrado canciller. Gustav Oppermann celebra su cincuenta cumpleaños. Diletante y adinerado, colabora en la dirección de la empresa familiar y trabaja en una biografía de Lessing. Es un día feliz para él, tiempo de recordar y pasar revista a su vida. Su hermano Martin es el cerebro y el corazón de la compañía y ese mismo día hace esperar en su oficina a Heinrich Wels, bien relacionado con el movimiento popular (nombre de los nazis en el libro) y propietario de una empresa del mismo ramo con la que podrían asociarse para atajar dificultades futuras. Es un error que pagará caro. Los otros hermanos son Edgar, un famoso médico, y Klara, casada con Jacques Lavendel, un acaudalado judío oriental con ciudadanía estadounidense.

El libro nos describe la vida de estos personajes, característicos de la alta burguesía, e incorpora otros que acaban componiendo un fresco vivo y completo de los judíos alemanes que contemplaban con estupor el ascenso de los populares. Al principio no se adivina la magnitud del desastre que se avecina, pero en pocos meses asistimos a terribles experiencias personales, al desmantelamiento de la empresa de los Opperman y a la huida al extranjero de los hermanos. Al final de la obra, Gustav, el escritor, concienciado de la necesidad de reunir testimonios sobre las brutalidades de los nazis, regresa a Alemania con documentación falsa y muere del maltrato sufrido cuando es detenido.

La novela fue publicada en el mismo año de 1933 cuyos hechos recoge, e incorpora vivencias del propio Feuchtwanger, a quien la subida al poder de Hitler sorprendió durante una gira de conferencias por Estados Unidos y le impidió regresar a Alemania. Así por ejemplo, el saqueo y destrucción de la biblioteca de Gustav que se describen en la obra se basan en lo ocurrido en su domicilio berlinés. Traducido rápidamente a una gran cantidad de idiomas, el libro se convirtió en un poderoso alegato contra el régimen de Hitler, y su autor, desde su exilio, fue uno de los propagandistas más activos en este sentido. En el verano de 1934 se habían vendido ya más de un cuarto de millón de copias de las diversas ediciones internacionales de la novela. Con la invasión nazi de Francia, Feuchtwanger buscó refugio en Estados Unidos, donde falleció en 1958.

Los hermanos Oppermann es ciertamente una obra extraordinaria en la que la calidad literaria vibra de experiencia y testimonio vital, y nos ofrece una crónica cotidiana y detallada del ascenso de los nazis, del desencadenamiento de su violencia y al mismo tiempo de los especiosos razonamientos de los cómodos, atrincherados en sus esquemas de la historia, que no querían ver lo inevitable. Personajes perfectamente cuerdos y razonables se resistían a considerar el peligro existente, y vemos como, al igual que en nuestros días, ante un inventario de atrocidades siempre es posible una perspectiva comprensiva que las trata de poner en su contexto y concluye que están justificadas como daño colateral compensado por efectos positivos. Relato de ficción con valor de crónica, la novela es una denuncia de la ceguera y sumisión de las clases populares y de la responsabilidad de los intelectuales en el desastre. Lion Feuchtwanger es un novelista de una enorme solidez, capaz de movilizar ante nosotros los diversos estratos de una sociedad, para que veamos y comprendamos.

Ante el incendio del Reichstag dice el jurista Arthur Mühlheim, uno de los protagonistas: «*Desde luego que el incendio es inmensamente burdo y necio. Pero todo lo que han hecho es burdo y necio, y aun así hasta ahora nunca han errado el tiro. Han especulado con una lógica espantosa con la estupidez de las masas*». *Los hermanos Oppermann*, testimonio cruel de una época, es un libro que fue un hito y un arma de lucha, y hoy sigue regalándonos una lectura valiosa para entender la historia.

Goya y *La judía de Toledo:* la visión literaria de Lion Feuchtwanger sobre dos momentos clave de la historia de España

Publicado en *Rebelión* el 28 de septiembre de 2010

En un artículo anterior en *Rebelión*, reseñé brevemente *Los hermanos Oppermann*, la obra más conocida de Lion Feuchtwanger, y comentaba lo que ésta supuso como arma literaria contra el nazismo. Aquí me gustaría concentrarme en otros dos libros en que este indiscutido maestro de la novela histórica se acercó a algunos momentos decisivos de la historia de España, relatos imprescindibles de este género que afortunadamente están disponibles en castellano.

La primera de estas novelas en la cronología de su autor es *Goya* (1951; trad. de Ana Tortajada en EDAF) y es la única que llegó a escribir de las dos que proyectaba sobre la vida del gran aragonés. Está dedicada al período entre 1794 y 1803, la época en que un maestro ya maduro alcanza su mayor influencia y predicamento en la corte, pero, sobre todo, el momento también en que su estilo evoluciona para revolucionar la pintura y el dibujo de su tiempo con obras emblemáticas como los frescos de San Antonio de la Florida, las *Majas*, *La familia de Carlos IV* o la serie de grabados de *Los caprichos*. *Goya* es un libro agudo y muy documentado, que nos sumerge en los conflictos de poder de aquella época y en el papel jugado por sus personajes esenciales, con retratos soberbios de María Luisa de Parma, Manuel Godoy, Jovellanos o Quintana. La pugna eterna con la Inquisición, muy poderosa todavía en esos momentos, está reflejada en toda su crudeza, así como el ambiente degenerado de una corte en la que lances de alcoba marcaban la política del que aún era un enorme imperio.

La novela, que consumió siete años de trabajo de su autor en su exilio californiano, ejemplifica a la perfección los ideales que éste perseguía para la novela histórica. Él mismo los definía de este modo: «*No puedo imaginarme que un novelista serio, que trabaje con temas históricos, pueda ver en los hechos que describe algo más que un medio de distanciamiento, algo más que una metáfora*». El objetivo es por tanto crear símbolos de valor universal y también describir el presente, y hay que decir que la obra transmite sin duda la atmósfera opresiva de una sociedad americana que se sumergía en esos momentos en el macartismo. Es al considerar esto, cuando el carácter del protagonista adquiere todo su sentido. Obsesionado con la figura de nuestro pintor, Feuchtwanger comenta en una carta a Zweig su atracción por el hecho esencial de que Goya «*necesitara llegar a los 50 años para convertirse de un pintor corriente en un genio*». La novela es así sobre todo la crónica de un artista que es capaz de trascender la sordidez de un mundo decadente y represivo y reflejar todas sus contradicciones en un arte inmortal.

Hay que señalar también que la recreación novelesca de la obra en algunos casos modifica o va bastante más allá de lo que los historiadores generalmente aceptan en sus biografías de Goya, y me gustaría comentar aquí dos aspectos de ello. El primero hace referencia a la cronología de su sordera que es admitida generalmente. Según ésta, Goya pierde el oído completamente como resultado de la enfermedad que sufre en 1793. En la novela esta fecha se retrasa varios años. El segundo aspecto son las relaciones con la duquesa de Alba, sobre las que los estudiosos no han podido concluir que llegara a materializarse un romance. En el libro, ambos personajes mantienen una prolongada relación como amantes, tremendamente intensa por ambas partes, y que es interpretada como el hilo pasional que maneja la vida del pintor en esos años. Se trata sin duda de licencias para marcar más claramente el perfil humano del autor y explorar una perspectiva interior que literariamente resulta enormemente atractiva.

La segunda novela hispana de Feuchtwanger, *La judía de Toledo* (1954, también con versión castellana de Ana Tortajada en EDAF), nos acerca a un momento clave del reinado de Alfonso VIII de Castilla, concretamente los años que preceden a la derrota de éste en Alarcos (1195) ante el califa almohade Yusuf II. La trama se pone en movimiento cuando el rico comerciante musulmán Ibrahim de Sevilla, que en realidad pertenece a uno de los más antiguos linajes hebraicos de Sefarad, decide trasladarse a Toledo y volver a la fe de sus mayores, ofreciendo sus servicios al monarca cristiano. De este modo, el que recupera entonces su nombre de Jehuda ibn Esra pasa a convertirse en escribano mayor del rey y tiene un papel fundamental en la recuperación económica de Castilla en esos años. Enamorado de Raquel, la hija de Jehuda, Alfonso, abandona después las obligaciones del reino, refugiándose con ella en el palacio de Galiana que ordena reconstruir en Toledo. El odio de la reina persigue a Raquel y su padre, que al final de la obra son asesinados por orden suya en los días de furor que siguen a la derrota.

Estos son los elementos principales de un relato que es desarrollado por Feuchtwanger con enorme sabiduría. Sus protagonistas son poliedros irregulares con muchas facetas, inmersos en un entramado de fundamentalismo religioso, rivalidades étnicas y lucha despiadada por la tierra. Personajes históricos participan con otros de ficción en un argumento que pone al descubierto todos estos conflictos, prestando atención además al contexto global de una época de cruzadas marcada en ese momento por la reciente conquista de Jerusalén por Saladino (1187). La aproximación humana y la empatía se hacen compatibles así con un análisis riguroso de un momento histórico brutal en que la guerra se aparecía como el destino inevitable del hombre. Por otra parte, el novelista sabe poner un fermento de tolerancia y amor por la paz en el corazón de algunos de sus persona-

jes, como Raquel, o el canónigo Rodrigue (Rodrigo Jiménez de Rada), que sirve de contrapunto al fanatismo desencadenado.

Lion Feuchtwanger, enamorado de la atormentada historia de España, dedicó muchos años de su exilio americano a documentarse y elaborar dos de sus grandes obras de madurez que están dedicadas a ella. Los momentos escogidos para la incursión son bien diversos: uno en medio de las luchas medievales por la hegemonía en la Península y otro marcado por el conflicto entre oscurantismo y modernidad en los años de la Revolución francesa, pero en ambos casos se destaca netamente ese valor de la novela histórica como creadora de valores universales y metáfora del presente que para él daba sentido a este género literario. Entretejiéndose con la crónica de los hechos narrados, vemos desarrollarse así en los dos libros un espíritu de visión correcta y tolerancia, que resplandece magistralmente en las figuras de Raquel y el pintor Francisco de Goya. Éste es el artista que es capaz de hacer evolucionar su arte ante la necesidad de exorcizar la miseria moral del mundo que le rodea, aunque para ello se ve precisado a enfrentarse al «*inmenso miedo de España*». Es una imagen del genio como espejo que refleja con fidelidad las contradicciones de la realidad.

El deber, de Ludwig Winder

Publicado en *Rebelión* el 10 de enero de 2015

El periodista checo Ludwig Winder, nacido en 1889, es autor de varias novelas, algunas de ellas publicadas póstumamente, en las que describe sobre todo los cambios sociales que trajo la caída del Imperio austriaco y la fragilidad del periodo de entreguerras. Censurado y perseguido con el ascenso del nazismo, Winder partió al exilio poco después de la ocupación de su país y buscó refugio en Inglaterra, donde falleció en 1946. *El deber*, que acaba de aparecer en castellano (Periférica, trad. de Richard Gross) es una obra escrita en 1943 que nos presenta la historia de un rutinario y pacífico oficinista que pasa progresivamente a involucrarse en la lucha contra los invasores alemanes hasta sacrificar en ella su vida.

La novela echa a andar el 15 de marzo de 1939, el mismo día que los blindados alemanes entran en Praga. Josef Rada, un eficiente funcionario del Ministerio de Transportes checo, jamás pensó que tal cosa pudiera llegar a ocurrir. Esa tarde, en casa con Edmund, su hijo estudiante de Medicina, y Marie, su mujer, trata de mantener la serenidad y transmitírsela a ellos, pero comprende que todo ha caído en un abismo de incertidumbre. Personaje esencial de la trama es también el consejero ministerial Miroslav Fobich, que fue compañero de instituto de Rada. Éste en una ocasión le salvó la vida cuando estaba a punto de ahogarse en el Moldava y eso ha hecho que Fobich le profese honda estima y lo ayude en lo que puede. Rada repulsa ahora la actitud de su amigo, que colabora con los alemanes desde su alta responsabilidad; su único objetivo es vivir discretamente «*para preservarse a sí mismo y a su familia de la desgracia*».

Tras la invasión de Polonia, Rada es convocado por Fobich, que ha pasado a ser máximo responsable del tráfico ferroviario que se dirige al este. Le propone un ascenso, un puesto de confianza en su sección, pero Rada se opone, pues no quiere comprometerse con un traidor y dejar un nombre sucio a su hijo. Por otra parte, Havelka, un compañero de oficina que ha confesado a Rada que milita en un grupo de resistencia, tras consultar con Novák, su jefe en él, le aconseja que acepte. Piensan que podrá serles útil, aunque nuestro protagonista no está muy convencido de tener el coraje necesario. Rada es invitado a cenar a casa de Fobich, que se sincera con él, presentándose como un «realista» que busca lo mejor para su país, ya que desafiar a Alemania sería suicida. También le confiesa que lo ha escogido como su colaborador porque lo considera incapaz de traicionarle.

En su nuevo puesto, Rada elabora horarios para los trenes que parten hacia el frente polaco. El miedo a perjudicar a los suyos le impide comprometerse con la lucha de la resistencia, pero los acontecimientos se precipitan cuando el 17 de noviembre comienza una salvaje represión de los estudiantes, que habían realizado protestas contra los nazis. Edmund es detenido y no se sabe a dónde ha ido a parar. Tras unos días angustiosos temiendo lo peor, Josef averigua a través de Havelka que ha sido trasladado a Dachau. Reciben cartas de él, pero a partir de diciembre se interrumpen. Así pasan varios meses.

A finales de la primavera de 1941, cambian todos los horarios y gran cantidad de pertrechos y soldados son enviados hacia el este. No se comprende la razón hasta que en junio se produce la invasión de la URSS. El pueblo checo se regocija pues cree que ese ha sido un grave error. Se intensifican los sabotajes y Hitler nombra a Heydrich, general de las SS, gobernador de Chequia en sustitución del barón Neurath, con lo que las ejecuciones se vuelven habituales. Poco después, Fobich, abrumado por la nueva situación, pide a Rada que se convierta en su colaborador más próximo, con lo que en sus manos convergería toda la información de los transportes de armas y tropas. Rada acepta. Encantado, Fobich se ofrece a tratar de hacer algo por Edmund.

Durante meses, Rada se había reprimido en su deseo de provocar sabotajes por el miedo a comprometer con ello a los suyos, pero tras la llegada de Heydrich y su violencia

salvaje, siente la voz de Edmund que le pide insistente que cumpla con su deber. Esto produce una revolución en su espíritu. Decide pasar a Havelka una valiosa información, pero se entera de que ha sido detenido. Pronto sabrá que ha sido fusilado junto a toda su familia. Rada localiza a Novák y le entrega los documentos, pero además se compromete a suministrarle información sobre convoyes que se dirijan al frente. Para ello memoriza un gran número de lugares de los diferentes recorridos donde existen fuerzas de los partisanos y es posible llevar a cabo atentados. Él comunicará a distintos enlaces los momentos en que los trenes pasarán por esos puntos. Esos días confiesa a Marie que trabaja para la resistencia y le ruega que huya pues su vida corre peligro, pero ella se niega.

Pronto Rada tiene ocasión de dar información detallada sobre un importante convoy de municiones. El tiempo disponible es muy escaso, pero tras una tarde angustiosa llega la noticia de que el descarrilamiento se ha consumado. No sospechan de él y prosigue en su puesto, parsimonioso pero eficaz. De esta forma, los atentados continúan hasta la primavera de 1942. Fobich no pierde, a pesar de todo, la confianza de Heydrich, que es ejecutado el 27 de mayo por luchadores por la libertad checos. Tras la represalia en la que los habitantes del pueblo de Lídice son exterminados, Rada cambia de actitud, y si hasta entonces había concentrado sus informaciones en convoyes de armamento, ahora irá directamente contra los militares alemanes. Así, en breve sus filtraciones permiten un atentado en el que un tren cargado de soldados colisiona con otro de mercancías. Cuando días después intenta pasar datos que harán posible un nuevo golpe, es arrestado.

Fobich está en la cuerda floja. El gobernador nazi, Daluege, le ha dado un ultimátum; su cabeza peligra si se produce otro atentado. Sabe lo incierto de su posición y acaricia planes de huida, buscando excusas afanosamente, pero una tarde es convocado a la cancillería y allí le informan de las actividades de Rada, siendo detenido inmediatamente como cómplice por negligencia. El libro concluye con el fusilamiento de Fobich y Rada, al que además obligan a presenciar el de su mujer.

Esta historia se intercala con la de Jarmila, una compañera de estudios y amiga de Edmund, que tras una temporada en un campo de concentración, es forzada a trabajar, primero en una granja y luego en una fábrica de componentes aeronáuticos, lugares en los que se esfuerza con éxito en realizar sabotajes.

Lo más destacable del libro es sin duda el acercamiento a la evolución psicológica de su principal protagonista, Josef Rada. Un funcionario intachable, volcado en su trabajo y su familia, es situado de repente en unas condiciones en las que un poder arbitrario subvierte todas las leyes de la convivencia humana. Su reacción inicial es de prudencia, ya que rebelarse supondría no sólo arriesgar su vida, sino también comprometer a los suyos, que han sido siempre su valor supremo, pero Josef Rada va a comprender contemplando la violencia desatada a su alrededor que sólo en la lucha contra ella podrá encontrar un sentido para su existencia y un estímulo sin el cual ésta no merece ser vivida.

1.8
Literatura rusa

Y en el principio fue Pushkin

Publicado en *Rebelión* el 17 de junio de 2008

No es fácil encontrar otro caso parecido de una gran literatura nacional que arranque de una forma tan íntegra y rotunda gracias al genio de un solo escritor. Aleksandr Serguéievich Pushkin (1799-1837) inscribe su arte en una tradición que hasta el momento había recibido aportaciones voluntariosas pero que no le permitían competir con las grandes referencias universales, y consigue en su breve estancia en este mundo dos resultados extraordinarios. Por un lado, construye una obra poética de registros muy variados y que expresa tan perfectamente las posibilidades líricas de la lengua rusa que le hace aún hoy ser considerado su poeta más destacado. Por otro, pone los fundamentos de una prosa, de suprema y simple elegancia, que rompe con todo lo que se había hecho hasta entonces. Para aquilatar aún más sus méritos, recordemos que en su familia se hablaba francés y que la biblioteca paterna, inicio de su formación literaria, estaba compuesta esencialmente por libros en este idioma.

Pushkin, que fue un notorio liberal, sobre todo en sus años más jóvenes, y conoció la censura y el destierro, mimetiza sin embargo en su vida y en su obra los rituales de la clase aristocrática a la que pertenecía: la corte como lugar donde el hombre alcanza su dimensión trascendente, la belleza femenina como valor esencial, el honor y la fidelidad como retos cotidianos y el duelo como final casi inevitable. Lo que resulta sorprendente es que con estas coordenadas mentales, Pushkin componga una obra en la que es posible localizar, como en embrión, los logros posteriores de Gógol y de Lérmontov, de Tolstói y Dostoievski. Y pensemos sólo en este último, por ejemplo, fascinado por «la figura colo-

sal» del Hermann de *La dama de picas*, que le sirvió para modelar su Raskólnikov, o adaptando la trama de *El maestro de postas* en *Humillados y ofendidos*.

Pushkin se basa a veces para sus narraciones en episodios de la historia rusa y sitúa alguna de ellas en los escenarios del Cáucaso que conoció en su destierro, pero se siente atraído sobre todo por los ambientes señoriales y aristocráticos de la sociedad en que vivía. Hay que señalar también que cuando se acerca a la historia es buscando más que nada argumentos dramáticos y que a veces, con la vista puesta en este objetivo, sus deformaciones son evidentes. En estos casos, sin embargo, el lector, cualquier lector, queda más bien encantado con estas transformaciones, que a veces hacen surgir caracteres grandiosos de tipos más bien anodinos. Hasta nos atrevemos a pensar que el propio Borís Godunov hubiera aplaudido el retrato inmortal y la fábula genial sobre el poder que basándose en él construye Pushkin, y que le perdonaría el mal trago de verse transformado con tan alto fin en infanticida y usurpador. En otros casos los personajes son copia más fiel de la realidad, y así el noble y heroico Pugachov, conductor de una sublevación popular que preludia todos los procesos revolucionarios de Rusia, es retratado en *La hija del capitán* sin duda todo lo noble y heroico que podía ser retratado por Pushkin sin que su cabeza peligrara, e incluso hubo un capítulo que hubo de ser omitido en su momento, seguramente por razones relacionadas con la censura. Este fragmento puede leerse en la magnífica edición reciente de sus narraciones completas, introducidas, anotadas y traducidas por Amaya Lacasa (Alba, 2003).

Podemos sin duda reprocharle a Pushkin que «no viera» el atroz sufrimiento y degradación del sufrido pueblo sobre cuya esclavitud se asentaba todo el edificio de la vida rusa. Sus prejuicios de clase le impedían llevar a sus libros esta dura realidad que constituía verdaderamente el drama más grandioso que se desarrollaba ante sus ojos. El poder vigilaba con interés las actividades del que era reconocido como un brillante escritor, y en 1826, el nuevo zar, Nicolás I, tras reprimir brutalmente la rebelión de los decembristas, recibió sin embargo amablemente a Pushkin, que había sido expulsado del servicio en 1824 y confinado en la aldea de su madre en la provincia de Pskov, y le ofreció el raro privilegio de ser personalmente su censor. Estas condiciones propiciaron un reblandecimiento de los impulsos reformadores de su juventud —cuando afirmaba en su poema «A Chadáiev» (1818): «*Esperamos con tormentosas ansias/ la hora de la sacra libertad*»—, un cambio que no dejó de ser agriamente criticado en las revistas democráticas de la época, que zaherían al que consideraban un traidor a sus antiguos ideales.

La casa donde Pushkin vivió los últimos meses de su vida está en el muelle de la Moika, en San Petersburgo, al lado del Palacio de Invierno. Hoy día se encuentra convertida en un museo con retratos, muebles, libros y todo tipo de objetos que pertenecieron al escritor. Aquí lo trajeron con una bala alojada en el vientre después del duelo con su cuñado, Georges d'Anthès, el hombre que un denunciante anónimo aseguró que cortejaba a su esposa, Natalia Goncharova, juzgada la mujer más bella de la corte. Al final del recorrido por la casa de Pushkin, una anciana lúgubre y silenciosa descubre lentamente para el visitante, con un gesto estudiado, la máscara mortuoria de Aleksandr Serguéievich. Tras ver las habitaciones donde dormía y bromeaba, el despacho atestado de libros donde acabó de escribir *La hija del capitán* y el diván donde exhaló su último suspiro, contemplar el rostro del joven poeta recién fallecido no puede dejar de impresionar. Éste es el hombre al fin, en su grandeza y su desnudez, uno más en demasiados aspectos, y sin embargo alguien cuyas historias no dejarán nunca de emocionarnos. Todas las contradicciones de su tiempo parece que tuvieron un lugar en su vida y lo arrastraron a esta muerte temprana y absurda, pero la simple verdad es que a este caballero elegante, algo mulato y medio masón, aristocrático, seductor y duelista, nadie puede negarle el mérito de haber echado a andar con su genio una gran literatura. A él cupo el honor de enseñar a los rusos que poseían un hermoso y poético idioma.

Mírgorod, de Nikolái V. Gógol: una obra maestra del padre del realismo ruso

Publicado en *Literaturas.com* en marzo de 2006

La aparición en Rusia de una literatura que refleja la atroz realidad de la servidumbre y la autocracia puede remontarse al siglo XVIII, cuando las piezas teatrales de Denís Ivánovich Fonvizin (o Von Wiesen), que vieron la luz entre 1764 y 1782, empiezan a criticar agriamente las lacras de la casta dirigente. Poco después, en 1790 Aleksandr Nikoláievich Radíschev publica su *Viaje de Petersburgo a Moscú*, jalonado de cuadros de miseria, que le valió la deportación. Esta obra hizo exclamar a Catalina II: «*¡Éste es peor que Pugachov!*», una comparación que sobreestima sin duda el poder de la literatura. En esa época este héroe cosaco luchaba por la abolición de la servidumbre y traía en jaque a los generales de la zarina.

Nikolái Vasílievich Gógol aporta a este proceso de conquista literaria de la realidad rusa sus dotes de prosista excepcional y su extraordinaria y enfermiza sensibilidad. Nacido en 1809 de pequeños terratenientes ucranianos, Gógol viaja enseguida a San Petersburgo en busca de un reconocimiento como escritor que le llega en 1831 con *Veladas en una granja cerca de Dikanka*, colección de historias y leyen-

das de su Ucrania natal. En 1835 publica *Mírgorod* y *Arabescos*, obras que ensanchan progresivamente su perspectiva y desarrollan un estilo propio en el que humorismo y lirismo velan una descarnada crítica del mundo que le tocó vivir. Un relato publicado en 1842, *El capote*, narración minuciosa de las desdichas de un humilde funcionario, supone para Dostoievski el nacimiento del realismo ruso.

La crítica concuerda en que el genio de Gógol alcanza su cima con la comedia *El inspector* (1836), ácida y descacharrante crítica de la burocracia imperial, y la novela *Almas muertas* (1842), que presenta, siempre en clave de humor, un cuadro demoledor de aquella Rusia en que los seres humanos se compraban y vendían como mercancías. Al final de su vida, Gógol cayó bajo la influencia de un sacerdote fanático que le convenció del carácter pecaminoso de su literatura y le hizo destruir sus últimos manuscritos; falleció en 1852 en un estado de semilocura.

La versión de *Mírgorod* que ahora se presenta, con traducción a cargo de Víctor Gallego Ballestero, es una edición cuidada, rica en notas aclaratorias, y que se ha redondeado además con una portada que reproduce la magistral pintura de Iliá Ye. Repin en la que los cosacos escriben una carta de burla al sultán. Difícilmente se habría encontrado una imagen que exprese mejor el espíritu del libro. Se recoge además la versión revisada que Gógol preparó en 1842 para sus *Obras completas*, en la que enriqueció sustancialmente algunos de los fragmentos que componen el volumen.

Mírgorod es una colección de cuatro narraciones absolutamente heterogéneas en cuanto a su temática, pero que proclaman al unísono el talento narrativo de Gógol. «Terratenientes de antaño» nos describe la vida idílica de dos ancianos propietarios entregados a una insaciable glotonería y un mutuo afecto que al final se descubre que era la auténtica base de su existencia. «Tarás Bulba», el relato más extenso, es una magistral pintura de la estepa y la vida cosaca en el siglo XVI, y cuenta la conocida historia del viejo coronel cosaco Tarás y sus hijos Ostap y Andréi. La guerra y el alcohol consumen unas vidas trágicamente plantadas en una encrucijada entre Oriente y Occidente. En «Vi», el talento de Gógol ensaya un relato fantástico y terrorífico, de brujas y cadáveres vivientes, que presenta también sin embargo una amena pintura de la vida estudiantil en Kíev. La última narración tiene un largo título: «Por qué discutieron Iván Ivánovich e Iván Nikíforovich», y es un cuadro de costumbres que retrata los gozos y miserias de la vida provinciana a través de la ruptura por una nimiedad de la entrañable relación entre dos viejos e inseparables amigos.

Del idilio a la batalla, de la escena rural al terror, Gógol es siempre un prosista excepcional que describe con detalle y ternura la naturaleza y las gentes. No obstante, lo más característico de su estilo tal vez sea esa necesidad continua de ir en busca de la estupidez humana en todas sus formas para retratarla y zaherirla con el arma entrañable del humor. Irónico y burlón nos lo imaginamos, con ese aspecto aniñado y la sonrisa sabia que vemos en los retratos que de él se conservan, pero inestable e hipersensible también. La pasión de crear consumió su vida y nos dejó imágenes inmortales pero que al mismo tiempo nos deprimen, pues por ninguna parte se atisba un remedio para la estulticia de sus personajes. Cuentan que Pushkin después de asistir a la lectura del primer capítulo de *Almas muertas* exclamó abrumado: «*¡Santo Dios, qué triste es Rusia!*».

El ocaso del Antiguo Régimen en *Los señores Golovliov*, de Saltikov-Schedrín

Publicado en *Rebelión* el 3 de mayo de 2007

De origen aristocrático y procedente de la provincia de Tula, al sur de Moscú, Mijaíl Yevgráfovich Saltikov (1826-1889) quedó marcado en su infancia por la crueldad de su madre con los siervos, que reflejaría en alguno de los caracteres más logrados de su obra literaria. Años después, durante su estancia en San Petersburgo como estudiante y empleado en el Ministerio de Guerra, comenzó a publicar poesía y crítica en *El Contemporáneo* y otras revistas, al tiempo que colaboraba con los círculos revolucionarios. En 1848, la aparición de *Un asunto confuso*, donde expresaba sus simpatías por los socialistas franceses, le valió un destierro a la región de Viatka. Allí fue secretario y consejero del gobernador, y los frecuentes viajes por la zona le dieron un conocimiento del medio rural que utilizaría en obras posteriores. Tras su regreso a San Petersburgo en 1855, Mijaíl publica con el pseudónimo de Schedrín *La vida en provincias* (1856-57), que obtiene un éxito resonante. Ocupa por entonces cargos oficiales en los que sus intentos reformistas le causan todo tipo de problemas hasta que en 1862 decide dedicarse por entero a la literatura.

Colaborador habitual y director de importantes publicaciones, Schedrín aportó a las letras rusas sobre todo su talento para la sátira, que se despliega en obras como *Historia de una ciudad* (1869-70), parodia de la historia de Rusia, *Los señores Golovliov* (1875-80), que se suele considerar su obra maestra, y *Viejos tiempos en Poshejonie* (1887-89), al igual que la anterior con rasgos autobiográficos. Es ésta una época de oro de la literatura rusa, con Tolstói, Turguéniev y Dostoievski en plena actividad, pero siguiendo a José Laín Entralgo, que tradujo y prologó en 1972 *Los señores Golovliov* para Ediciones Destino, hay que decir que es

a Schedrín a quien debemos acudir para tener una imagen literaria de la crisis que en esos momentos se estaba produciendo en el medio rural con la transición del régimen de servidumbre al capitalismo. Son éstos los ambientes que años antes Gógol había reflejado en sus mejores obras, pero donde éste usaba la risa como arma, Schedrín debe acudir a la crítica más descarnada ante un medio cuya descomposición había llegado a un extremo que no permitía otro tratamiento.

Los señores Golovliov, que el crítico D. S. Mirsky consideraba la obra más sombría de toda la literatura rusa, presenta la descripción objetiva de unos personajes magistralmente trazados. Protagoniza el relato una familia de propietarios rurales cuyos asuntos son dirigidos al principio por la madre, la usurera y autoritaria Arina Petrovna. Los hijos son caracteres muy diversos. El mayor, Stepán, el mastuerzo, es un dilapidador que termina sus días recluido en el domicilio materno, donde es tratado como un perro. La hija Anna hace un matrimonio que no es aprobado por la madre y es repudiada por ésta; muere joven dejando dos hijas a su custodia. Porfiri, conocido como Judas o el sanguijuela, es un usurero patológico que envuelve sus traiciones en la más almibarada elocuencia. Pável, el más pequeño, vago e imaginativo, se aproxima a una cierta normalidad y termina siendo víctima de Porfiri. Son los tiempos de la emancipación de la servidumbre al comienzo del reinado de Alejandro II, y hábiles maquinaciones hacen que todo el capital de la familia acabe en manos del usurero Judas. La trama del relato viene a ser una crónica del aniquilamiento sucesivo e ineluctable de todos los protagonistas, víctimas de este siniestro personaje, verdugo de sus propios hijos. Éste termina entregado a la bebida en compañía de una de sus sobrinas que ha regresado enferma a morir en la casa familiar hasta que un destello de lucidez lo empuja al suicidio: «—¡Hay que perdonarme —*prosiguió*—. Por todo... Perdonarme por ti misma... y por los que ya no existen... ¿Qué es esto? ¿Qué ha ocurrido? —*exclamó casi estupefacto mirando alrededor*—. ¿ Dónde... están todos?».

El desastre de esta familia es en realidad el desastre de aquella sociedad corrupta y decadente, férreamente escindida entre la miseria más extrema y la más estúpida opulencia. Seducidos por la perfección de la prosa y la naturalidad de los ambientes que consigue crear, asistimos a la inevitable autodestrucción de un mundo gobernado por la codicia. El paisaje de la estepa, los míseros caseríos y las residencias señoriales son el decorado en que se cumple en este caso la condena. En cierta ocasión escribió Schedrín: «*El único objetivo de mi trabajo literario es una protesta incansable contra la avaricia, hipocresía, falsedad, robo, traición y estupidez de los modernos rusos*». Fue Gorki quien dijo que sin la ayuda de Schedrín sería imposible entender la historia de Rusia en la segunda mitad del siglo XIX.

Una nihilista, de Sofía Kovalévskaya

Publicado en *Rebelión* el 5 de noviembre de 2021

Sofía Kovalévskaya destacó en su breve vida como matemática, y realizó en este campo aportaciones importantes, pero dejó también huella como escritora comprometida contra la autocracia que atenazaba su país. Ella fue una más entre aquellos jóvenes voluntariosos que en la década de 1860 se rebelaron contra la esclerosis de Rusia, y que Iván Turguéniev bautizó como «nihilistas» en su novela de 1862 *Padres e hijos*. El protagonista de esta obra, Yevgueni Bazárov, ejemplifica los rasgos de aquella rebeldía: exaltación de la ciencia contra la religión y el arte, pasión por la sinceridad y sencillez, y sobre todo, un impulso de insumisión y rechazo a los dogmas seculares en los que se asentaba la realidad miserable de la santa Rusia.

Sofía escribió algunas piezas teatrales en colaboración y unas memorias que tituló *Recuerdos de mi infancia* (1889) y tuvieron gran éxito, pero en su producción literaria sobresale *Una nihilista*, novela parcialmente autobiográfica publicada póstumamente en 1899 y que acaba de ser reeditada por Mardulce, con traducción de la poeta argentina Natalia Litvinova. Esta obra nos ofrece una preciosa miniatura rusa, de las mansiones de la nobleza rural a la cosmopolita San Petersburgo, pero brilla sobre todo por su retrato del despertar de la conciencia de su protagonista, una joven capaz de superar el ambiente opresivo de la vida heredada para descubrir el filón fértil de la amistad, la solidaridad y el amor.

Una vida breve e intensa

Nuestra nihilista nació en Moscú en enero de 1850 como Sofía Korvin-Krukovsky, en el seno de una familia culta y linajuda, y aunque se le regateó la instrucción, por razón de su sexo, pronto brotó en ella la pasión por las matemáticas. Para poder realizar estudios superiores, hubo de desplazarse a Austria y Alemania, y allí, y concretamente en Gotinga, única universidad que aceptó doctorar a una mujer (por mediación de su director Karl Weierstrass), obtuvo este título en 1874, siendo una las primeras en lograrlo en todo el mundo. Sofía debió casarse para que se le permitiera viajar al extranjero, y lo hizo con Vladímir Kovalevski, un paleontólogo nihilista como ella, con lo que pasó a apellidarse Kovalévskaya. Digamos de pasada que durante la Comuna de París acudió con su marido y su hermana a la ciudad y contribuyó al empeño revolucionario prestando sus servicios en un hospital.

La vida trajo a Sofía amargas contrariedades tras su doctorado: imposibilidad de desarrollar su carrera científica en su patria y dificultades económicas que llevaron a Vladímir al suicidio en 1883. Ese mismo año, sin embargo, le ofrecen

una plaza docente en la Universidad de Estocolmo, no sin oposición de notorios intelectuales como August Strindberg, que protestó airadamente en la prensa: «*Que una mujer sea profesora de Matemáticas es un fenómeno perjudicial y desagradable, en efecto, e incluso se podría llamar monstruoso. La invitación de esta mujer a Suecia, cuando sobran profesores varones que superan con creces sus conocimientos, sólo puede explicarse por la cortesía que los suecos tienen hacia el sexo femenino*». En Suecia, Sofía obtuvo una cátedra de Matemáticas y realizó importantes investigaciones hasta su temprano fallecimiento, a causa de una neumonía, en febrero de 1891.

El espejo literario

La narradora de *Una nihilista* regresa a Rusia con veintidós años tras doctorarse en Matemáticas en el extranjero y se instala en San Petersburgo, donde disfruta de la intensa vida social de la capital. Un día recibe la visita de Vera Barántsova, una joven que acude a ella en busca de consejo y que con el relato de sus peripecias va a convertirse en protagonista de la acción.

Vera pertenece a una familia aristocrática y creció en el campo, junto a dos hermanas mayores. La abolición de la servidumbre, en 1861, supuso un duro golpe para los suyos y al declive económico siguieron discusiones y conflictos, una vida envenenada de la que ella huyó a través de la amistad de Stepán Vasíltsev, propietario vecino, erudito y profesor en el Instituto Tecnológico de la capital, un hombre de ideas liberales al que se había obligado a residir en sus posesiones y que se convierte en mentor de la joven Vera.

En páginas magistrales, presenciamos el nacimiento de un amor primerizo y atolondrado en el corazón de la joven, que logra madurar en una camaradería de la que los dos vecinos disfrutan varios años. Al fin él, reacio en un principio a dar el paso, por la diferencia de edad y sus sombrías perspectivas, le confiesa también su amor, pero no hay felicidad posible para ellos, porque él es deportado a Viatka y muere al poco tiempo de tuberculosis. Vera cae en una crisis nerviosa, pero se recupera y cuida a su padre enfermo una larga temporada. Tras su fallecimiento, decide establecerse en la capital.

Vera, cuya personalidad hemos visto en el relato desarrollarse paso a paso y abrirse a la solidaridad con los explotados de su tierra, sólo anhela entregarse a «la causa», y es entonces cuando acude a la narradora, que le aconseja dedicarse a estudios científicos y luego, ante lo poco que éstos la estimulaban, a otros de economía política. Nada de esto sin embargo la satisface, y vemos plantearse la disyuntiva entre los escapismos «intelectuales», cómodos y prepotentes, y el compromiso que, sin renunciar a la teoría, ofrece toda la vida como instrumento de lucha.

En 1877 son procesados en la capital setenta y cinco jóvenes *naródniki* (populistas) que habían tratado de predicar un socialismo agrario entre los campesinos, y las dos amigas asisten a las sesiones del juicio. Entre los inculpados está un estudiante de Medicina de origen judío, Samuel Pavlénkov, que recibe la mayor condena, nada menos que veinte años en la fortaleza de Pedro y Pablo, lo que suponía una pena de muerte. Conmovida por el atropello, Vera encuentra una forma de mitigarlo y propone al muchacho un matrimonio de conveniencia que permitirá que la pena sea conmutada por otra de deportación a Siberia, mucho más llevadera.

La obra concluye con la partida de Vera para reunirse con su esposo en el «lejano este». Es una mujer feliz la que sube al tren, segura de haber obrado correctamente y consciente de tener una hermosa misión. Ella responde con una luminosa sonrisa a las lágrimas de la narradora que ha acudido a despedirla: «*Lloras por mí? (...) Ah, al contrario, ¡si superáis cuánto os compadezco a todos los que os quedáis aquí!*».

Retrato de un tiempo sombrío

La Rusia del siglo XIX vive un viaje a ninguna parte con sus intentos de superar la autocracia, de las ilusiones decembristas de 1825, aplastadas por Nicolás «Garrote», al tímido reformismo de Alejandro II, cuya abolición de la servidumbre sirvió sólo para entregar el campo ruso al mercado capitalista. Años después, los afanes transformadores cristalizan en el despertar nihilista retratado en la obra que nos ocupa, pero la cruel represión arrastrará la estrategia reformista hacia un terrorismo que segará la vida del mismísimo zar en 1881. La literatura es uno de los instrumentos más valiosos para seguir estas vicisitudes, y en ella nos sorprenden a veces aportaciones de personajes que brillaron con luz propia en campos alejados de las letras.

Una buena muestra de esto la tenemos en *Una nihilista*, cuando la del teorema de Cauchy-Kovalévskaya nos demuestra cómo domina también soberbiamente las ecuaciones del alma. Los hábitos ancestrales de la nobleza rural rusa sirven en esta novela de marco para el viaje de la protagonista (*alter ego* de su autora) de la rutina vital planificada para ella, imperativo de clase en una sociedad anquilosada, hasta el calor de los mejores valores humanos, la amistad, la solidaridad con los oprimidos y la alegría que siempre brilla en el camino del corazón. La lectura de la obra recrea para nosotros el surgir de un impulso que resultó esencial en la historia de Rusia.

Sofía es recordada en los ámbitos académicos por sus enjundiosos trabajos matemáticos, pero *Una nihilista* nos permite adentrarnos en su alma lúcida y sensible. Sometida a las liturgias de un tiempo sombrío, ella fue capaz de encararse con él y retratarlo con arte y rebeldía.

La sombra de Hamlet y D. Quijote en la obra de Turguéniev

Publicado en *Rebelión* el 5 de septiembre de 2007

En su ensayo *Hamlet y D. Quijote* (1860), Iván Turguéniev dividió a los escritores en dos grandes grupos que se pueden considerar representados por estas figuras literarias. Los primeros, inclinados al análisis pormenorizado de todo, se convierten irremediablemente en escépticos incapaces de llevar nada a término. Los segundos por el contrario, envenenados de ideas quiméricas, fracasan una y otra vez hasta que al fin logran sus objetivos. Turguéniev reconocía en sí mismo rasgos de hamletismo, e inevitablemente transmitió éstos a muchos de sus personajes, pero el lado quijotesco de su personalidad aflora también intermitentemente en su producción. Esta ambivalencia refleja en realidad la tensión entre la vida aristocrática plena de valores vacíos en la que se desenvolvía, y el encuentro ineludible con el régimen de servidumbre en que ésta apoyaba su existencia.

Hijo de una rica heredera y un coronel de caballería que murió cuando él tenía dieciséis años, Iván Serguéievich Turguéniev (1818-1883) siguió cursos en las universidades de Moscú y San Petersburgo, y viajó después a ampliar estudios en Alemania, donde la filosofía y el modo de vida de este país produjeron en él una honda impresión, transformándole en un partidario entusiasta de la europeización de Rusia. Turguéniev residió gran parte de su vida en París, donde fue amigo de Flaubert, Daudet y Zola, y en Baden-Baden, al pie de la Selva Negra, donde su casa era centro de reunión de artistas y escritores, y no es extraño que muchas veces sea caracterizado como el más occidentalizado de los grandes autores rusos del XIX. Su producción abarca todos los géneros, con un buen número de obras dedicadas a presentar un paisaje espiritual de la aristocracia rusa de su tiempo. En ellas aparecen personajes de ideología diversa, pero unidos todos en su pasividad ante la autocracia que gobernaba Rusia. Un hombre de brillantes intuiciones como el protagonista de *Rudin* (1857), su primera novela, resulta después un inepto a la hora de actuar, con lo que se desarrolla aquí ya un bosquejo del «hombre superfluo», un sujeto que encontramos en otras obras de Turguéniev y en la literatura rusa posterior y que viene marcado por este patrón de pensamiento improductivo y ocioso. En estos libros el elemento hamletiano es dominante, con personajes incapaces en general de llevar sus ideas a la práctica.

Este panorama se enriquece notablemente en la que viene siendo considerada la mejor novela de Turguéniev, *Padres e hijos* (1862), en la que junto al elenco habitual de nobles y siervos cortados por los moldes convencionales aparece un ser exótico, Yevgueni Bazárov, un joven médico que se define a sí mismo como nihilista. Este nihilismo, que se extendía en aquella época por Rusia, cuestionaba los valores tradicionales y defendía la libertad de pensamiento y la emancipación del ser humano de todas las instituciones que lo agobian, y debe ser entendido más como una corriente filosófica que como una praxis revolucionaria. Aunque la obra fue escrita desde una profunda simpatía por este movimiento, en su momento fue repudiada por los círculos nihilistas, que veían en Bazárov una caricatura de su ideario. Obviamente, lo que Turguéniev pretendía al introducir este personaje en su narración no era presentarnos un compendio doctrinal, sino un individuo real, enormemente complejo, y es precisamente en esta complejidad en la que radica el mayor interés del tipo y de la novela. Bazárov ha asumido la nueva visión, y exalta en sus conversaciones el razonamiento científico y denigra el arte y el romanticismo, pero cuando se enamora como un colegial de la bella y acaudalada Anna Odintsova y es rechazado por ella, algo se rompe en su interior. Su fallecimiento poco después por un contagio de tifus simboliza en realidad el fracaso de un pensamiento revolucionario que se debatía todavía con un anclaje demasiado poderoso en el viejo mundo de valores que es necesario destruir. En el almibarado epílogo de felicidad burguesa que las dos bodas de los otros protagonistas traen a la narración, la muerte de Bazárov es una nota discordante que nos recuerda lo que se esconde detrás de tanta alegría. *Padres e hijos* significa dentro de la obra de Turguéniev un movimiento importante hacia el reconocimiento de la realidad y la necesidad de su transformación, representados en el personaje de Bazárov, y tiene el mérito también de mostrar las profundas contradicciones que este intento de cambio ha de provocar.

El acercamiento de Turguéniev a los movimientos revolucionarios que se desarrollaban en Rusia en aquella época continúa en su última novela *Tierras vírgenes* (1876), que retrata a los jóvenes *naródniki* o populistas que renunciaban a su existencia acomodada para vivir entre los campesinos y esparcir en las aldeas el fermento revolucionario. Es ésta una obra, no obstante, que no consigue alcanzar la altura literaria de *Padres e hijos*.

Evidentemente, el hecho fundamental que sirve de sustento a todas las historias que se puedan contar sobre el tiempo y el lugar de los que hablamos es el sistema de servidumbre, cuya abolición en 1861 dio lugar al desarrollo de una estructura capitalista en el campo ruso y no produjo una mejora apreciable en las condiciones de vida de los campesinos. Ése es el fondo de miseria y dolor sobre el que se recortan todos los idilios, discusiones y bailes aristocráticos tan comunes en las novelas de Turguéniev. Sin embargo, la sensibilidad de éste no pudo evitar acercarse literariamente a estas clases desfavorecidas, y el proceso se manifiesta ya muy temprano en su obra, con los *Apuntes de un cazador* (1852), libro que recoge experiencias de juventud en su provincia natal de Oriol, al oeste de Moscú.

Los *Apuntes de un cazador* representan algo muy particular en la producción de Turguéniev. Quien se acerque a ellos después de haber leído otras obras suyas verá que los salones son sustituidos por la ancha estepa, las polkas dejan sitio al canto de los pájaros y el sonido del viento entre los árboles, y como protagonista hace su entrada el campesino ruso. Los veinticinco cuadros que componen la edición definitiva ofrecen una visión real de la vida de los muzhiks y comprobamos con sorpresa cómo de las condiciones degradantes de su existencia emergen muchas veces tipos humanos inolvidables, en los que la observación diaria de la naturaleza ha engendrado una profunda filosofía. Pleno de poesía rural y de paisajes soberbios, el libro contiene sobre todo una reivindicación de una clase relegada y oprimida, de forma que se convirtió en un alegato contra el sistema de servidumbre. Esta obra fue el primer éxito literario de Turguéniev, aunque por otra parte le trajo también la animadversión de los poderosos y un arresto en su casa natal. Debe señalarse además que influyó con toda seguridad en la gestación del decreto de abolición de la servidumbre promulgado en 1861, al comienzo del reinado de Alejandro II.

Agotadas hace tiempo algunas viejas recopilaciones, ha de celebrarse la aparición reciente de una antología de estos cuentos con el título de *La reliquia viviente* (Atalanta, 2007; trad. de Fernando Otero). Aunque son sólo seis los relatos que se presentan aquí, hay que decir sin embargo que la selección ha sido un acierto al incluir algunos de los más memorables. El fragmento que da nombre al volumen es una incorporación tardía a los *Apuntes de un cazador*, ya que fue publicado por primera vez en 1874 en otra colección, y constituye una de las joyas indiscutibles del libro y sin duda de toda la obra de Turguéniev. Describe esta pieza el encuentro del autor con Lukeria, una antigua conocida, habitante de una aldea próxima a la mansión familiar. La escena es conmovedora porque la otrora hermosa muchacha se halla reducida, a consecuencia de una caída, a una triste inmovilidad que la hace vivir abandonada del mundo bajo un cobertizo. Lo más sorprendente, de todas formas, es que Lukeria está resignada a su situación, y vive sin sobresaltos entretenida con los olores y sonidos del campo. Los campesinos atienden a su sustento, y nunca le falta un vaso con agua fresca al lado de una mano que todavía es capaz de mover. Este relato genial pone ante nuestros ojos con su metáfora extrema la desolación de unos seres sometidos al oprobio de la esclavitud.

Los *Apuntes de un cazador*, cuya versión definitiva se enriqueció como ya vimos con aportaciones posteriores a la fecha de la primera edición del libro, llegan hoy hasta nosotros como lo más perfecto de la obra de Turguéniev, según una opinión compartida por críticos tan diversos y autorizados como pueden serlo Harold Bloom y Liev Tolstói. Es en estos relatos donde el impulso quijotesco que Turguéniev tanto estimaba en el arte consigue romper el cerco que su ideología de clase le imponía y le hace acercarse a contemplar cara a cara la dolorosa existencia de los más humildes, resultando de este empeño un turbador testimonio literario de la vida rural en la Rusia de la servidumbre.

El duelo y *Sulamita*, de Aleksandr Kuprín

Publicado en *Rebelión* el 24 de octubre de 2012

Aleksandr Kuprín forma parte de ese amplio grupo de escritores rusos cuya gran calidad literaria no resulta suficiente en apariencia para abrirles un lugar en el mundo hispanohablante. Muy conocido en Rusia, incluso hoy día, con adaptaciones cinematográficas de varios de sus libros y hasta un asteroide nombrado en su honor, ha sido sin embargo escasamente traducido al castellano. Es de esperar que la edición reciente de dos de sus obras más importantes, *El duelo* y *Sulamita*, por parte de Nevsky Prospects, pueda servir para abrir brecha y aumentar entre nosotros la popularidad de un autor fundamental entre los de una época literariamente tan gloriosa como lo fue en Rusia la de transición entre los siglos XIX y XX.

Aleksandr Kuprín nació en Narovchat, una pequeña ciudad de la Rusia central en 1870, hijo de un funcionario que murió cuando él tenía un año y una princesa tártara. Recibió educación en escuelas militares y llegó a graduarse como teniente, pero abandonó el servicio en 1894 para dedicarse a muy diversos oficios, desde periodista, actor o artista de circo hasta dentista y cazador, pudiendo afirmarse que todas estas experiencias contribuyeron a enriquecer una obra literaria que comenzó a desarrollar muy pronto. La publicación de *El duelo* en 1905 le trajo la fama y los elogios de la élite intelectual rusa del momento, de Liev Tolstói a Gorki, pasando por Chéjov y Andréiev. Tras la revolución, en desacuerdo con los bolcheviques, Kuprín emigró a Francia en 1919, y allí continuó su actividad literaria, perjudicada por etapas de alcoholismo. En 1937, gravemente enfermo, regresó a su patria, y murió el año siguiente en Leningrado. La obra de Kuprín se alimenta tanto de su amor por la naturaleza como de su capacidad de observación, que unida a su rica trayectoria vital y su penetración psicológica le hizo crear piezas maestras del realismo. Su predilección por personajes neuróticos y vulnerables y la excelencia de su prosa marcan también una producción extraordinariamente variada y siempre de gran profundidad humana. Muestra de esta variedad la tenemos en las dos obras que Nevsky Prospects acaba de añadir a su catálogo, con traducción ambas de Gonzalo Guillén Monje.

El duelo, que se publica con una introducción de James Womack, es probablemente la novela más importante de Kuprín y nos presenta un retrato crítico y fidedigno, en el que se adivina la carga autobiográfica, del ejército zarista en sus últimos tiempos, cuando su existencia enquistada en rutinas odiosas estaba a punto de derrumbarse. El libro es capaz de transmitirnos toda la monótona e insatisfactoria vida que su autor conoció como joven militar, plena de ejercicios de instrucción repetidos hasta el infinito, borracheras despiadadas y aburridas tertulias. La que se nos muestra es ciertamente una triste vida y en ella el soldado es la víctima propiciatoria. La violencia que contra él era norma queda mostrada en muchas páginas magistrales. El protagonista de la obra, el subteniente Georgui Romáshov, se integra en esa tradición de «hombres superfluos» tan cara a la literatura rusa, seres capaces sólo de soñar y absolutamente inhábiles para todo lo demás. La existencia de Romáshov sigue carriles marcados y de las bien fundadas críticas con que consigo mismo se entretiene no surgirá nada. Bailes en el casino, tediosa rutina cuartelera y un amor adulterino que trae la catástrofe serán la única realidad que alcance el soñador. Se trata de penetrar con inteligencia la vacuidad de un mundo a la deriva y Kuprín es un maestro en ese arte. Lo más deslumbrante del libro es la habilidad del protagonista para desnudar sin paliativos toda esta miseria, y hay un momento incluso en que pergeña en su mente el relato genial que tenemos entre las manos, una crónica exacta y demoledora de la vida militar durante el zarismo.

Sulamita, presentada en esta edición con ilustraciones de Alfonso Rodríguez Barrera, está en el otro extremo de la producción de Kuprín. La radiografía certera deja paso aquí a un lirismo barroco y ensoñador para reescribir la leyenda del Cantar de los Cantares y narrar los amores del poderoso rey Salomón con una joven campesina llamada Sulamita. Es un experimento de preciosismo literario con detalladas descripciones de los lujos y lujurias de la corte y una historia muy clásica de idilio frustrado por los celos y la envidia, en este caso de la odiosa y lúbrica reina Astis. El relato incorpora en su narración gran cantidad de fragmentos del texto bíblico.

Dos libros muy diversos, en fin, para admirar el talento multiforme de un autor que llevó el realismo a una de sus más altas cotas dentro de las letras rusas.

Los cuadernos de campo de un entomólogo llamado Antón Pávlovich Chéjov

Publicado en *Rebelión* el 8 de septiembre de 2016

Las continuas reediciones de la extensa obra narrativa y dramática de Chéjov, que permiten al lector hispano escoger en muchos casos entre varias versiones de sus textos fundamentales, nos dan una idea del gran interés que este autor despierta en la actualidad. Existen también en el mercado diversas aproximaciones biográficas y críticas, así como ediciones de su correspondencia. Es éste uno de esos pocos casos en que se da una correlación perfecta entre la calidad de un escritor y la intensidad de la respuesta por parte de los lectores, y ello ha de atribuirse sin duda al carácter hondamente humano y realista, exento de cualquier artificio, de una producción marcada siempre por una profunda poesía de las pequeñas cosas que consigue identificarnos plenamente con los personajes de la Rusia prerevolucionaria que pueblan sus páginas. Ahí está toda esa gente pequeña que la historia se traga y que no existen y sin embargo son la clave de todo. Este artículo quiere ser solamente una invitación a la lectura de un autor extraordinario que ciertamente la merece.

Antón Pávlovich Chéjov nace en 1860 en Taganrog, a la orilla del mar de Azov, en el seno de una familia de comerciantes, y en sus primeros años vive una tranquila existencia provinciana, dominada por la figura de un padre autoritario. Viajes ocasionales le permiten descubrir la naturaleza majestuosa de la estepa, que describirá después en algunos de sus libros. En 1876 la ruina del negocio que era su sustento obliga a la familia a trasladarse a Moscú, pero Antón queda en la ciudad hasta que termina la enseñanza media. En 1879 se une a los suyos y se matricula en la Facultad de Medicina. En 1880 publica su primer relato en una revista cómica de San Petersburgo y comienza una intensa actividad literaria que, aun terminando sus estudios en 1884, se convierte en su ocupación fundamental y principal fuente de ingresos para él y su familia. En esta época, escribe sobre todo textos humorísticos que firma con el pseudónimo de Antosha Chejonté. Su fama aumenta y en 1888 aparece «La estepa» en *El Mensajero del Norte*, su primera publicación en una revista literaria seria. Ese mismo año recibe el premio Pushkin de la Academia Imperial de Ciencias.

Aunque desde 1884 Chéjov presenta síntomas de tuberculosis, en 1890 emprende un largo viaje que lo lleva a través de Siberia hasta la isla de Sajalín, donde se encontraba la colonia penal más poblada y famosa de Rusia. Allí estudia las condiciones de vida de los reclusos y a su vuelta comienza a publicar por entregas en *Pensamiento Ruso* un demoledor relato de su experiencia, que aparecería en forma de libro en 1895 con el título de *La isla de Sajalín*, denun-

cia implacable de las injusticias de que había sido testigo. En 1891 Antón viaja por primera vez a Europa occidental y conoce Austria, Italia y Francia. De todas formas, su vida transcurre en esta época sobre todo en la finca que compra en Mélijovo, cerca de Moscú, donde elabora una producción que lo convierte en uno de los primeros nombres de la escena literaria rusa. El agravamiento de su enfermedad en 1897 lo lleva a residir principalmente en Yalta y a pasar algunos inviernos en Niza. En 1904 fallece en Badenweiler (Alemania), donde había acudido a buscar tratamiento en compañía de su esposa, la actriz Olga Knipper, con la que se había casado en 1901.

Sobre el carácter y la personalidad de Chéjov, las biografías disponibles, así como los recuerdos que le dedicó Gorki en 1927 en sus *Recuerdos de Tolstói, Chéjov y Andréiev* nos acercan a un personaje tímido y de extraordinaria lucidez, cuya vida, convertido en un icono viviente y marcado por la cruel enfermedad que lo haría morir tan joven, es la de un trabajador incansable y observador irónico, preocupado sobre todo por el bienestar de su familia, que de él dependía, y por la degradación de la vida rusa, que fustiga sin piedad. Esto dice Gorki de él: «*Ha pasado delante de esta muchedumbre aburrida y gris, formada por seres impotentes, un gran hombre, inteligente, atento a todo. Ha observado a estos tediosos habitantes de su patria y con sonrisa entristecida, con un tono de reproche suave pero firme, con desilusionada ansiedad en el rostro y en el corazón les ha dicho con voz sincera y noble:* —¡Sus vidas son infames, señores!».

La obra de Chéjov es de principio a fin la de un profundo y agudo diseccionador del alma humana. Muchas veces, la voluntad de un escritor puede ser transfigurar, ejemplificar, imponer a los tercos hechos alguna deriva amable o redentora, pero en el caso de Chéjov, esta voluntad no podría ser de forma continua más despiadadamente realista, más rotundamente fiel a las miserias de lo existente. Resulta así terapéutica obligada para místicos, soñadores y pergeñadores de quimeras de toda laya. Por lo que respecta a su obra narrativa, sus primeros relatos son textos breves que fustigan con aguda mordacidad las lacras que el autor observaba a su alrededor: tacañería, vanidad, cobardía, pelotillerismo. Aflora otras veces sin embargo el dolor de los pobres seres abandonados a la crueldad de sus semejantes, mujeres humildes cuyo amor es traicionado o pequeños funcionarios viviendo sus vidas miserables en el horror de la vieja Rusia. La tensión humana de estos retratos es conmovedora. En «Vanka» (1886), un cuento que encantaba a Liev Tolstói, un muchacho maltratado por la familia que lo acoge en la ciudad expone todas sus quejas a su abuelo al que envía inocentemente la carta sin dirección. Este relato nos muestra claramente la ignorancia de la víctima como condición esencial del crimen. Hay piezas también de gran dureza, que culminan en suicidios y asesinatos. Chéjov no duda en asomarse a todos los espantos del alma humana. «Gúsiev» (1890) narra el triste final de un soldado enfermo de tuberculosis que regresa por barco a casa desde el Extremo Oriente, y recoge experiencias de su viaje de vuelta de Sajalín. Todos estos protagonistas son seres atrapados en su destino y el arte de Chéjov consiste en mostrarnos la simple y absurda vida sin más protocolo que una descripción ceñida, elegante y fiel. En «Una visita médica» (1898) hay una acerada crítica del capitalismo fabril y su radical injusticia. «Ariadna» (1895), con su retrato de una joven que sabe manejar a su antojo a los hombres que la rodean, ha sido el argumento principal para que Chéjov haya sido acusado en ocasiones de misoginia. No nos parece esto justo pues hay que decir que en sus relatos fustiga con la misma virulencia los defectos que encuentra en hombres y mujeres, y junto a los personajes masculinos satirizados no podían faltar los femeninos.

Los relatos de Chéjov son a juicio de muchos, junto a los de Guy de Maupassant, los más perfectos que nos regala la literatura universal. Entre ellos, las piezas más valoradas han terminado siendo cuatro. En «Los campesinos» (1897), Nikolái Chikildéiev, camarero en Moscú, enferma gravemente y se ve obligado a ir a vivir con su familia a la aldea, donde morirá en poco tiempo. Conocemos así las condiciones de vida del campo ruso bajo el zarismo en su real dureza. No es la miseria física sólo y el hambre saciada con mendrugos de pan remojados en agua; más allá de ella, es la ignorancia extrema, la brutalidad del hombre con la mujer y del fuerte con el débil siempre, el infierno del alcohol —calderos de vodka—, y el cruel destino de los niños nacidos entre la podredumbre, enfermos de alma y cuerpo. Cualquiera habría tenido piedad, pero Chéjov es un médico moribundo y sabe lo que es sufrir. «El pabellón número 6» (1892) y «El monje negro» (1894) nos muestran otra faceta de la genialidad de Chéjov, su capacidad de perfilar personajes extraños, pero profundamente humanos, que colisionan con el pensamiento y los valores de la sociedad y son destruidos por ella. En el primero, el doctor Ragin, tímido y apocado, se deja llevar por la impotencia en su trabajo a cargo de los tristes locos que pueblan el pabellón número 6. Con su rareza acaba convirtiéndose él mismo en huésped del pabellón y así el verdugo indolente que se consolaba filosóficamente termina conociendo la realidad del sufrimiento. En el segundo, Andréi Vasílich Kovrin, licenciado en Filosofía, encuentra la respuesta a sus frustraciones en la alucinación de un monje vestido de negro con el que conversa y que lo imbuye de la alta misión intelectual a que está destinado. Convertido en un loco, al igual que Ragin, causará la desgracia de todos los que le rodean. «La dama del perrito» (1899) podría pasar por la simple descripción de unos amores adulterinos, pero cuando éstos muestran ser capaces de ir más allá de la aventura y dar paso a una re-

lación sólida entre los amantes, el relato se convierte en una genial reivindicación del amor pasional que puede llenar una vida. La obra es una respuesta, cargada de argumentos, a *Anna Karénina* y *La sonata a Kreutzer* de Liev Tolstói.

Entre las novelas cortas de Chéjov, destacamos aquí en primer lugar «La estepa» (1888), relato de un niño que viaja a la ciudad donde realizará sus estudios. El texto nos acerca a las gentes que poblaban los caminos de Rusia y está impregnado de los recuerdos infantiles del autor en la estepa de los alrededores de Taganrog; el protagonismo de una naturaleza pletórica de vida lo hace formar un capítulo aparte en su producción. «Mi vida» (1896) nos presenta otra vez un personaje principal en lucha con el pensamiento y los valores dominantes. Missaíl se siente incómodo con su condición de burgués y decide trabajar como obrero, lo que le acarrea el rechazo de la «buena sociedad» de la capital provinciana en la que vive. No obstante, aquí el enfrentamiento no termina en catástrofe, sino que el protagonista sabe hilvanar su vida sencilla de espaldas al orden social del que procede.

Si la obra narrativa de Chéjov nos dibuja un fresco de casi todos los estratos de la sociedad rusa de su tiempo, su obra dramática no podía dejar de ceñirse a los retratos de la clase de pequeños aristócratas, comerciantes y terratenientes que era más frecuente representar en un escenario. Sus primeras piezas, en general breves y de carácter satírico, como *El oso* (1888) o *Una petición de mano* (1889) resultan aún a día de hoy descacharrantes. *Iványov* (1888) es la otra cara de la moneda y describe el hundimiento del protagonista, un hombre inconstante al que las mujeres aman pero que sólo consigue crear sufrimiento a su alrededor y al final se suicida. *El brujo del bosque* (1889) sería rehecha después en *El tío Vania* (1899). Vania (Yegor en la primera obra) es un hombre bueno y sensible, crítico y lúcido también, prisionero de una situación desagradable, explotado por un viejo profesor y enamorado sin esperanzas de la hermosa y joven esposa de éste. Sufre su impotencia y se refugia en una actividad trivial en compañía de su sobrina Sonia. La primera obra termina con su suicidio, al que acompañan como contrapunto un par de felices idilios que culminan en matrimonio. La segunda, con menos personajes pero más profunda y madura, evita todas estas estridencias y se concentra en el protagonista y su drama. *La gaviota* (1896) muestra la clásica cadena A ama a B, B ama a C, etc., así hasta cinco elementos, y concluye inevitablemente con el suicidio del eslabón más débil. *Las tres hermanas* (1901) son las hijas de un general que viven una triste existencia provinciana con un hermano bobo y jugador y la despótica mujer de éste. No hay más aliciente que un trabajo poco creativo y unos amores que se vuelven desgraciados cuando el amante de una de las hermanas, militar, es trasladado y el de otra de ellas muere en un duelo. *El jardín de los cerezos* (1904), acabada menos de un año antes del fallecimiento de Chéjov, describe el fin de la casta vergonzosa e inútil de propietarios rurales en la Rusia de su tiempo, pero tiene un valor intemporal, pues es aplicable a la Rusia actual, con mafiosos multimillonarios que tratan de lavar con tierra el oro mal adquirido. Liubov Andréievna, aristócrata derrochadora y medio arruinada, llega a su propiedad desde París, donde fue huyendo de la muerte ahogado de un hijo de siete años. Su situación, con un hermano, una hija y una hija adoptiva a su cargo, y una finca hipotecada, es difícil. La única solución que se le ofrece es la venta de su bosque, conocido en toda Rusia, cuyos árboles serán talados para construir dachas para los veraneantes. Al fin la propiedad se vende y la familia salva la situación para proseguir su inútil existencia. Es el paisaje de la vieja Rusia lo que muere en esta obra ante el mercantilismo y la barbarie. *Platónov* es la primera pieza teatral de Chéjov, pero no fue editada ni publicada en vida de éste. Nos presenta a un protagonista famoso por su mordacidad y agudeza en los salones, pero que es en realidad un hombre noble y sincero sumergido en un mundo de pasiones de mentirijillas, falsedades y mediocridad. Casado felizmente, pero amado por varias mujeres, entre ellas un amor de juventud, acaba estableciendo una relación con ésta que rompe su matrimonio y el de ella y precipita un final de tragedia. La obra es una hábil y melodramática caricatura con una tesis clara, mostrar los peligros del romanticismo en una sociedad anquilosada. «*No quería ofender a nadie y he ofendido a todo el mundo*», reconoce el protagonista al final.

Todas estas piezas tienen como elemento común el retrato de la casta dirigente de la vieja Rusia, ociosa e inoperante, incapaz de imprimir cualquier impulso positivo a la situación social existente, y refugiada en sus amoríos y sus conversaciones filosóficas con pretensiones de profundidad. Las pasiones que surgen en este medio decadente fácilmente desembocan en tragedia y se agotan con el breve resplandor de fuegos de artificio. Abulia e impotencia son así las palabras clave de unas obras que resultan geniales porque tienen la habilidad de mostrarnos toda la grandeza humana, torturada y reprimida, y la desesperación también, de los seres más conscientes de esta sociedad, en los que se ceba su violencia (la Masha de *Tres hermanas*, el tío Vania o Platónov...). Es el de estas piezas teatrales un retrato que complementa y explica el panorama de miseria y explotación reflejado extensamente en las obras narrativas de Chéjov y en su libro sobre Sajalín.

Leer y releer a Chéjov es siempre una experiencia, porque en toda su obra disecciona con precisión quirúrgica las pasiones y los vicios que dominan nuestra vida. Es difícil encontrar en la literatura universal un observador del alma humana que iguale su agudeza y profundidad. Su época como escritor es la vida opresiva del reinado de Alejan-

dro III, que siguió a la ejecución de Alejandro II en 1881, y el comienzo del de Nicolás II, y esto sin duda influye en el tono desesperanzado y sombrío que es habitual en él. No hay que olvidar tampoco que estamos ante la producción de un hombre que se sabía condenado a morir joven. Todo esto, sin embargo, son sólo circunstancias secundarias y aleatorias que sólo matizan el impresionante talento de un narrador como ha habido muy pocos.

La muerte de Chéjov fue sentida como una conmoción en una Rusia que había captado de alguna forma su genialidad, y las condolencias y réquiems se dispararon en periódicos y catedrales. No obstante, Gorki comenta en su libro antes señalado detalles del entierro en Moscú que muestran como aquella sociedad cínica y desenfadada no podía comprender de ninguna manera a uno de sus críticos más lúcidos. Sólo el futuro acabaría desentrañando todo el mensaje humanista y universal de su producción.

El interés por la obra de Chéjov no decae, y creemos que no ha de hacerlo mientras los seres humanos busquen en los libros la hondura y el significado de sus sentimientos. Este durable éxito, plenamente justo, no fue vaticinado sin embargo por un escritor que muy próximo a la muerte manifestó su opinión de que sus libros serían leídos durante apenas siete años. Una frase de uno de sus cuadernos de notas nos explica tal vez el sentido de toda su obra: «*El hombre sólo podrá ser mejor si se le hace ver cómo es en realidad*».

Recordando a Korolenko

Publicado en *Rebelión* el 6 de octubre de 2006

Aunque cualquier manual de literatura reconoce que Vladímir Korolenko es uno de los autores rusos esenciales en el final del siglo XIX y el comienzo del XX, por lo que respecta al mundo de habla hispana y a juzgar por la escasa difusión de sus obras, puede decirse que en este momento es un escritor prácticamente ignorado. Hace tiempo que no se comercializan las traducciones que existen ni se hacen otras nuevas, y la realidad es que hay que acudir a las librerías de lance para ver a la venta algunos ejemplares escasos de ediciones descatalogadas. La razón de este olvido se nos escapa, pero es evidente que hurta a los lectores muchas páginas magistrales, imprescindibles para comprender la Rusia de aquellos lejanos años.

Nacido en Zhitómir, en la provincia de Volinia, en 1853, un año después de la muerte del también ucraniano Gógol, Vladímir Galaktiónovich Korolenko, hijo de un magistrado, cursó estudios en San Petersburgo y Moscú y desde muy joven se comprometió en las luchas sociales que se desarrollaban en Rusia, lo que lo llevó con veinticuatro años a comenzar una larga etapa de encarcelamientos y destierros en los que conocería las más remotas provincias del imperio. Estos viajes «a expensas del Estado», según su propia expresión, le proporcionaron experiencias que serían después materia prima de sus relatos. Sólo en 1885 es autorizado a regresar a la Rusia europea, donde se establece en un principio en Nizhni Nóvgorod, comenzando una existencia bien diversa en un plácido entorno familiar que se prolongaría hasta su fallecimiento en 1921 en Poltava. En esta época de su vida, acompañado de la estimación de personajes como Liev Tolstói o Maksim Gorki, que le consideraba su maestro, se vio convertido en uno de los referentes esenciales de la literatura rusa del momento.

La obra literaria de Korolenko, según explica Luis Abollado en el estudio introductorio a las *Obras escogidas* traducidas por él para Aguilar en 1959, corresponde a esa etapa del realismo ruso, posterior a Gógol, en la que los escritores no se conforman ya con diagnosticar los males de la sociedad que describen, sino que se esfuerzan por encontrar vías que puedan mejorarla. En el caso de Korolenko, podemos decir que toda su literatura transparenta un sincero anhelo de perfeccionamiento del ser humano, una búsqueda de serena felicidad para todos que en «La luz», un relato suyo de 1900, se expresa con una imagen bellísima. Una luz que surge de improviso anima a unos viajeros perdidos que reman en un río siberiano en medio de la noche; el destello, demasiado lejano, es apenas algo real, pero es también el estímulo que necesitan en su desesperación. Es esa lejana luz la que ilumina muchas veces las páginas desoladas y trágicas de Korolenko.

Aparte de una intensa actividad de crónicas y artículos periodísticos, la obra más propiamente literaria de Korolenko comprende un gran número de cuentos y novelas, así como una obra de caracter autobiográfico: *Historia de un contemporáneo*, cuya redacción quedó interrumpida por su muerte cuando comenzaba a describir su regreso del destierro. De la misma forma que Tolstói destaca en sus descripciones de los ambientes aristocráticos, o Chéjov en los de la pequeña burguesía, Korolenko alcanza su cumbre en sus retratos de las gentes de la lejana Siberia. Un tropel de deportados, campesinos y postillones, presidiarios, funcionarios y contrabandistas, e incluso señores feudales de provincias extensas como países, entran en la gran literatura a través de su pluma, enmarcados siempre por una naturaleza asombrosa y terrible de grandes ríos helados y bosques infinitos. Relatos como *El homicida*, *Los postillones del Zar*, *El sueño de Makar*, *La tentación*, *Señores feudales*, *Una muchacha extraña*, *El frío*, *Yashka* o *El circasiano* son algunos de los más destacados en este sentido. Resplandece en todos ellos una profunda solidaridad con el sufrimiento humano y una visión pictórica y poética de la naturaleza de aquellos parajes.

Es éste el mismo espíritu de algunas geniales novelas cortas como *El músico ciego*, que cuenta como Piotr, un muchacho ciego de nacimiento, es capaz de superar la tristeza y frustración de su existencia a través de la música. *Malas compañías* narra el acercamiento por parte del pequeño Vasia, hijo de un juez, a los mendigos que habitan un castillo abandonado cerca de la ciudad. Lo que empieza como una travesura acaba forjando una hermosa amistad y marcando el despertar a la vida del pequeño protagonista, que descubre allí la miseria y el dolor. *Sin lengua* es el relato de la vida y desventuras de un inmigrante ucraniano en los Estados Unidos, y es resultado de un viaje a América en 1893.

Puede decirse que el leitmotiv de la vasta producción de Korolenko es un intento de construir esperanza en medio de la desolación. Hay una honda ternura en todos esos seres que luchan con su destino, y siempre se atisban en el fondo del ser humano destellos de consuelo. La belleza de la prosa y la pintura de una naturaleza soberbia tratan también por su parte de arrancar una promesa de luz a la bruma del destierro. Y tal vez nadie expresa mejor esa búsqueda y ese hallazgo que Piotr, el pequeño músico ciego, que sólo a través de la pura armonía de los sonidos es capaz de alcanzar su liberación.

Es realmente triste que las versiones castellanas de los relatos de Korolenko se hayan convertido casi en curiosidades bibliográficas. Sus historias se leen con placer, y dibujan un retrato ajustado y preciso de la Rusia anterior a la revolución, que resulta insustituible cuando describe el paisaje y las gentes de Siberia. Y hay que decir, sobre todo, que no es fácil encontrar, incluso entre los grandes de la literatura rusa, una capacidad tan honda para emocionarnos y para desnudar con sencillez y destreza claves ocultas del corazón humano.

Seis cartas sin respuesta. Ed. de María del Mar Gámiz. La correspondencia frustrada entre Vladímir Korolenko y Anatoli Lunacharski

Publicado en *Rebelión* el 11 de agosto de 2020

En el verano de 1920, Emma Goldman, anarquista norteamericana expulsada de su país y acogida en la Rusia soviética, recorre Ucrania acopiando documentación para el Museo de la Revolución que se ha instalado en el Palacio de Invierno de Petrogrado. En Poltava tiene ocasión de visitar a Vladímir Korolenko, patriarca de las letras rusas y maestro de la joven generación de narradores realistas, en la que brillan entre otros Gorki, Kuprín o Bunin. Korolenko, nacido en 1853, se implicó muy pronto en la lucha contra la autocracia y sufrió por ello cárcel y deportaciones de las que extrajo escenarios y personajes para su producción literaria. Ésta, desarrollada a partir de 1879, resulta inconfundible por su lenguaje poético impregnado de amor a la naturaleza y su compromiso con la liberación del ser humano.

Goldman llega a la entrevista con una profunda confusión en su mente, provocada por el conflicto entre su idealismo y los tristes episodios de autoritarismo y represión que observa a cada paso. En el segundo volumen de sus memorias, *Viviendo mi vida* (1934), nos describe a Korolenko como un anciano enfermo, pero analista sagaz y crítico de lo que está ocurriendo, y confiesa que la conversación con él da un nuevo impulso a su visión «*sobre el sentido y propósito de la Revolución*», ensombrecida tras ocho meses en tierra soviética. Por ello le transmite su agradecimiento.

Durante la charla, su anfitrión se refiere a unas cartas que está elaborando a petición del comisario de Instrucción, Anatoli Lunacharski, en las que le expone su opinión sobre la situación que atraviesa el país. Esta correspondencia fue publicada en París en 1922, tras el fallecimiento de Korolenko, para ser luego traducida a varios idiomas europeos, pero nunca al español. En la URSS no vio la luz hasta 1988, a pesar de las numerosas ediciones dedicadas a las obras de su autor.

Las seis cartas que Vladímir Korolenko dirige a Anatoli Lunacharski en el año crucial de 1920, en plena guerra civil rusa, tienen un valor extraordinario, pues nos ofrecen la visión de un escritor progresista intachable, un «socialista sin partido», como le gustaba definirse, ante la deriva de los acontecimientos.

Seis cartas de Korolenko

Ha sido la Secretaría de Cultura del Gobierno mexicano la que ha promovido en 2017 una edición castellana de las cartas a Lunacharski, incluyendo también en ella dos breves textos de este último que pueden considerarse su respuesta extemporánea a las impugnaciones vertidas en las misivas. La obra viene con traducción, introducción, notas y un generoso apéndice onomástico de María del Mar Gámiz y trae además un prólogo de Jean Meyer, que repasa la biografía de Korolenko y el contenido y el contexto histórico de las cartas y de la réplica de Lunacharski.

En su introducción, Gámiz nos acerca a la biografía de un hombre que no soportaba la injusticia, empeñado de continuo en denunciar atropellos y defender a los perseguidos, y nos muestra cómo es ese impulso humanista el que gobierna su extensa obra narrativa y periodística. Con el fallecimiento de Liev Tolstói en 1910, Korolenko se convierte en el escritor más influyente del país, y en los años convulsos que siguen es siempre un paradigma de intelectual comprometido a quien todos respetan. Tras la Revolución de Octubre sin embargo, sus críticas de la falta de libertad y los

excesos cometidos contra los campesinos lo transforman en un testigo incómodo, protegido sólo por su enorme prestigio dentro y fuera del país. Las cartas a Lunacharski son la expresión más elaborada que tenemos de este testimonio.

La primera carta, fechada en junio de 1920, comienza lamentando que, por las limitaciones a la libertad de prensa, los escritores se vean obligados a expresar sus opiniones no a través de artículos periodísticos, sino de memorandos. Expone en detalle penosos casos de fusilamientos sin juicio que se han producido en Poltava e invoca su experiencia en la lucha contra la autocracia zarista para afirmar que situaciones así eran mucho menos frecuentes por entonces. De ninguna manera considera aceptable la explicación aducida de que estos métodos resultan necesarios «*por el bien del pueblo*». La segunda misiva, de julio, recoge vivencias de su viaje a los Estados Unidos en el que conoció el movimiento obrero de aquel país, y éstas le sirven para razonar que según la perspectiva marxista, que él comparte, la revolución sólo puede surgir de un trabajo perseverante de organización y concienciación del proletariado, y nunca de la imposición de un grupo de iluminados que pretendan actuar en su nombre.

Hay dos cartas fechadas en agosto. En la primera nuestro escritor continúa con su denuncia de los fusilamientos sin juicio en su ciudad, en ocasiones de menores de edad. Recuerda después la fórmula de Carlyle de que los Gobiernos mueren sobre todo a causa de sus mentiras, y argumenta que así como el zarismo culpaba falsamente a los campesinos «vagos y borrachos», de los males del país, los bolcheviques hacen lo propio con un cliché de burgueses «ladrones y parásitos» que han creado, con lo que imponen una lógica de saqueo e ignoran que la estructura industrial del capitalismo es susceptible de ser aprovechada en un nuevo sistema sin explotación. En la segunda misiva de agosto, Korolenko expresa su convencimiento de que el triunfo de una auténtica revolución sólo será posible tras una intensa labor educativa entre las masas populares, capaz de imbuir en ellas el fermento de la solidaridad.

La quinta epístola, sin fechar, resalta las diferencias entre la estrategia de los socialistas en Europa occidental, que tratan de organizar y dirigir al proletariado, y los bolcheviques rusos, a su juicio unos aventureros que con su toma del poder han provocado el colapso de la producción y traído el hambre a campos y ciudades. Ahora están ganando la guerra civil, pero sólo saben usar autoritarismo y represión y, «*sentados sobre las bayonetas*», son incapaces de manejar la situación. En la sexta carta, de septiembre, insiste en sus argumentos*: «Ustedes mataron la industria burguesa, no construyeron nada a cambio y su comuna resulta un parásito enorme, que se alimenta de ese cadáver. Todo se destruye: las casas, decomisadas a sus antiguos dueños y sin restaurar, se están deshaciendo; las vallas son utilizadas como combustible. En pocas palabras, hay un estado de descomposición general*». Y enhebra sombríos vaticinios: «*¿Qué puede salir de esto? No quisiera yo ser un profeta, pero el corazón se me encoge con el presentimiento de que estamos todavía en el umbral de adversidades ante las que palidecerá todo lo que aguantamos ahora*».

Dos textos de Lunacharski

Anatoli Vasílievich Lunacharski, comisario de Instrucción del Gobierno soviético, había nacido precisamente en Poltava, en 1875, y aparte de su actividad política era un reconocido dramaturgo y crítico literario. Se le consideraba uno de los rostros más liberales del régimen, y salvó de la ruina catedrales, además de organizar exitosas campañas de alfabetización y apoyar a artistas e intelectuales de talento como Meyerhold o Stanislavski. Con el ascenso de Stalin al poder se le encomendaron misiones diplomáticas y su temprano fallecimiento en 1933 lo libró de navegar los tiempos procelosos que se avecinaban.

El primero de sus escritos presentados es de 1918, y anterior por tanto a las cartas, pero en las reediciones a partir de 1923 se le añadieron algunos párrafos con alusiones a ellas. El segundo es una oración fúnebre tras la muerte de Korolenko en 1921. En ambos textos, las loas al humanismo y valor literario del difunto alternan con refunfuños por su «incomprensión» al fijarse sólo en las cicatrices del bello rostro de la revolución. Se le considera una reliquia del pasado incapaz de comprender la grandeza del proyecto que encabezaban los bolcheviques, pero se lamenta profundamente su ausencia, pues hubiera podido aportar mucho en la labor constructiva que comenzaba con el fin de la guerra civil.

Un testimonio y una visión imprescindibles

En su introducción, Mar Gámiz nos recuerda que fue Korolenko quien incorporó a las letras rusas al sufrido pueblo trabajador, del mismo modo que Liev Tolstói y Antón Chéjov hicieron lo propio con la aristocracia y la burguesía, respectivamente. El compromiso ético que marcó su existencia sirvió como impulsor de su obra literaria, y los humillados y perseguidos a los que trataba de ayudar cada día se convertían poco después en protagonistas de sus relatos. El escritor y premio nobel Iván Bunin llegó a decir que él podía vivir tranquilo con cualquier cosa que se hiciera en la literatura rusa, porque existía Korolenko, «*la viva conciencia del pueblo ruso*».

El conflicto de nuestro autor con el poder fue continuo y su voz se elevó siempre frente a los que se imponían por la fuerza, fueran tirios o troyanos. Como Gámiz indica: «*Korolenko fue censurado, en vida, por el Gobierno zarista y, después de su muerte, por el soviético. En las palabras que ambos imperios desoyeron, estaba el germen de su caída*». Podemos

concluir igualmente que en la eterna resistencia de Vladímir Korolenko a toda forma de opresión estaba el germen del mundo distinto que necesitamos, y esto lo entendió perfectamente Emma Goldman cuando lo visitó en agosto de 1920, mientras trabajaba en las cartas. El agradecimiento que ella le expresó allí es también el nuestro, pues su valentía y lucidez siguen iluminándonos hoy mismo.

El cuento de la luna inextinguible, de Borís Pilniak. La muerte de Frunze y una profecía de la era de Stalin

Publicado en *Rebelión* el 15 de diciembre de 2020

La obra literaria que Borís Pilniak nos legó en su corta vida expresa a la perfección su atormentada relación con el poder soviético, y exhibe toda ella una tensión de amor-odio con él y un conflicto sin solución entre el anhelo revolucionario y la realidad que se desplegaba ante los ojos. Teniendo esto en cuenta, su desaparición en la orgía sangrienta del Gran Terror parece sólo la trágica escena final de aquel amor imposible. Hay que decir, además, que estamos ante un autor genial en su manejo del lenguaje, y con una ambición vanguardista por explorarle recursos y capacidad expresiva. Por todo esto, su producción, mal conocida en el mundo hispano, merece ser rescatada como testimonio de quien reflejó como pocos las contradicciones del país soviético.

Bienvenida, pues, la versión en castellano de *El cuento de la luna inextinguible* que nos llega de tierras mexicanas. Es ésta una de las obras emblemáticas de Pilniak, y relata la extraña muerte de Mijaíl Frunze en octubre de 1925. El recién nombrado comisario del pueblo para la Guerra en sustitución de Trotski, que era un firme apoyo de Grigori Zinóviev, contendiente de Stalin en la lucha por el poder, falleció en una operación quirúrgica innecesaria a la que se sometió por órdenes de éste. Era la hora de los cuchillos en la cúpula de la URSS, y nuestro autor, sin ver claro que con ello se jugaba la vida, supo trocar en literatura uno de sus episodios más oscuros.

Una trayectoria zigzagueante

Borís Andréievich Vogáu, que escogió Pilniak como *nom de plume*, nació en 1894 en Mozhaysk, localidad cercana a Moscú, en la familia de un veterinario descendiente de los alemanes establecidos a orillas del Volga durante el reinado de Catalina II. En 1922 publica *El año desnudo*, novela sobre la revolución y la guerra civil en la que expresa su entusiasmo por la Rusia que nace. Sin embargo, su visión de lo que ocurre es un tanto particular, pues adalid del antiurbanismo y enemigo de la mecanización, quiere ver en los bolcheviques más que nada una fuerza que hará que Rusia abandone sus compromisos con Occidente y regrese a su alma asiática; la violencia desencadenada son los dolores de parto de esa transformación que le fascina. En el aspecto formal, la obra rehúye lo convencional y se construye como un mosaico a través de un aluvión de personajes, textos y documentos heteróclitos. Se logra así reflejar la destrucción de todo lo que parecía inmutable y las conmociones que la acompañan.

A pesar de algunas críticas negativas, y recelos y suspicacias ante tan peculiar «compañero de viaje», en los años siguientes Pilniak se convierte en el segundo autor ruso vivo más leído, sólo detrás de Gorki. Así, en sus viajes por Europa occidental ha de sufrir el desdén de los escritores exiliados, que no aprecian demasiado al que consideran un lacayo del Kremlin.

En 1929 Pilniak concluye la que es para muchos su mejor novela: *Caoba*, y ante el veto en Rusia opta por publicarla en Berlín. Esta obra muestra con dolorosa intensidad y aliento lírico el fracaso de la revolución en los años decisivos de la Nueva Política Económica y lo hace a través de las peripecias de dos anticuarios moscovitas que visitan una ciudad provinciana famosa por su tradición artesanal, en busca de muebles y objetos antiguos. Asistimos así al retorno de los mercaderes y sus trapacerías, que resucitan espantoso el oropel de la vieja Rusia, y a la consolidación del arte como negocio y la belleza como mercancía. La causa de todo es la corrupción de los ideales de Octubre, simbolizados en los locos borrachos que en la fábrica de ladrillos sueñan aún con el comunismo de guerra.

Pilniak, que ya estaba en entredicho tras la abortada aparición en 1926 de su relato *El cuento de la luna inextinguible*, asunto sobre el que volveremos luego, es objeto por entonces de una persecución en toda regla, con Leopold Averbaj, todopoderoso presidente de la Asociación Rusa de Escritores Proletarios, Maksim Gorki y Vladímir Maiakovski, como fiscales destacados. En esta delicada tesitura, nuestro hombre, que teme lo peor, decide retractarse con *El Volga desemboca en el mar Caspio* (1930), novela en la que pone su brillante prosa al servicio del plan quinquenal, no sin antes someterla a un riguroso escrutinio por parte de Nikolái Yezhov, su nuevo protector.

Tras estos altibajos, en los años 30, Pilniak viaja por Francia, Norteamérica y Japón, y regresa a su lugar en la élite literaria. Ello le permite tratar de ayudar a amigos en desgracia, como Karl Radek o Víctor Serge. En su dacha de Peredélkino, vecino de su tocayo Pasternak, uno de los pocos que estuvieron a su lado en los tiempos duros, recibe en 1936 la visita de André Gide, con quien los dos conversan. Los datos que aportan al francés serán usados por éste en su

Retour de l'U.R.S.S. (1936), que servirá para que en Occidente se sepa algo de lo que está ocurriendo en Rusia.

El 28 de octubre de 1937, el mismo día en que los Pilniak celebraban el tercer cumpleaños de su hijo, Borís es detenido en su dacha y el 21 de abril de 1938, tras un breve juicio en el que confiesa ser espía japonés, recibe un tiro en la nuca en el campo de Kommunarka, lugar de ejecuciones muy usado durante el Gran Terror. En 1956 fue rehabilitado, pero sus obras no se publicarán de nuevo hasta 1978, y excluyendo además algunos relatos fundamentales, entre ellos, *Caoba* y *El cuento de la luna inextinguible*.

La misteriosa muerte de Mijaíl Frunze

El cuento de la luna inextinguible vio la luz en 1926, como decíamos, en su versión original, y en 2019 en la Ciudad de México acaba de ser vertido al castellano en una preciosa edición bilingüe de *anDante*, con introducción, traducción y notas de María del Mar Gámiz, postfacio de Marta Rebón e ilustraciones de Alicia Sandoval.

Aunque la obra lleva una «Advertencia» del propio Pilniak en la que se asegura el clásico: «*Todo parecido con la realidad es pura coincidencia*», los hechos no dejan mucho lugar a dudas. Esto debió parecerles al menos a los jerarcas soviéticos, pues, según nos refieren Mar Gámiz y Marta Rebón, el relato apareció en el número 5 de la revista *Novy Mir* y todos los ejemplares de éste fueron requisados —incluso los que estaban ya en casa de los suscriptores—, y sus planchas fueron destruidas, imprimiéndose un nuevo número sin el cuento. De esta forma, no existe a día de hoy documento alguno de aquella primera versión de la obra, lo cual nos da un motivo más para disfrutar de ella.

Estructurado en cuatro capítulos, el texto nos describe como a Gavrílov, comandante del Ejército Rojo, se le ordena regresar del Cáucaso, donde convalecía de una úlcera de estómago, y se le comunica la conveniencia de que se someta a una operación para extirparla. Él teme una confabulación y así se lo expresa a Popov, un viejo amigo. Es «el hombre que no se encorva» (Stalin) en persona, quien le impone el tratamiento, contra el que el comandante protesta en vano.

Todo se desencadena a partir de entonces como una tragedia urdida por hados funestos: el concilio de los médicos que asumen lo ineluctable y callan, las últimas horas de Gavrílov con su amigo, la operación y la muerte anunciada. Cuando se extinguen los lamentos funerales, Popov abre la carta que el comandante le dejó para leer después de su deceso*:* «*¡Aliosha, hermano! Yo sabía que iba a morir*». Mientras tanto, su hijita Natasha juega allí cerca, y jugando sopla sobre la luna llena para apagarla, al tiempo que ésta, «*regordeta como la esposa de un mercader, flota detrás de las nubes, cansada de apresurarse*». El final de la obra nos atrapa a todos como niños ante el despliegue cósmico de lo inevitable.

Pilniak culmina el 9 de enero de 1926 la redacción de *El cuento de la luna inextinguible*, tarea que había acometido fiel a su preceptiva de escribir «*lo que se piensa, se sabe y se ha visto*». Se siente protegido por su reputación literaria dentro y fuera del país, y no imagina, inocentemente, que pueda haber peligro en airear el crimen de un Stalin que, en ese momento, no deja de ser uno más en la lucha por el poder. Tan fuera de la realidad en este sentido, sin embargo acierta a retratar con su obra, proféticamente, el terror que va a caracterizar el futuro inmediato y al que él mismo va a sucumbir en doce años.

El espíritu heterodoxo y libre de Borís Pilniak desentonaba demasiado en la hora en la que el hacha era entronizada. Él era sólo una reliquia de la Rusia ancestral, un viejo creyente disfrazado de escritor comunista, adicto a la pasión del lenguaje y sus metáforas, todo él cargado de ideas heréticas y amistades peligrosas. Con este bagaje, tal y como se estaban poniendo las cosas, sobraban «razones» para eliminarlo, y haber denunciado con su prosa un señalado crimen del gran líder pudo ser la gota que colmó el vaso. Él fue quien le dijo en 1933 a Víctor Serge: «*No hay un solo adulto pensante en este país que no haya cavilado la posibilidad de ser fusilado*».

Maksim Gorki, un escritor entre dos mundos

Publicado en *Rebelión* el 12 de octubre de 2007

Maksim Gorki es probablemente el más notable de los escritores que desarrollaron su actividad en Rusia tanto antes como después de la Revolución de Octubre. Es conveniente señalar esto porque si bien se trata de un autor con un protagonismo notable en los dos primeros decenios de la Unión Soviética, por el que es también conocido, es cierto, y sin duda más relevante, que su obra, extensa y variada, está ambientada casi en su totalidad en la Rusia prerrevolucionaria. En ella hallamos un retrato de las diversas clases sociales que coexistían en aquella época, pero destacan sobre todo las descripciones de los sectores más desfavorecidos de la sociedad, que el joven Gorki conoció por propia experiencia.

El que habría de pasar a la historia como Maksim Gorki, vino al mundo en 1868 con el nombre de Alekséi Maksímovich Péshkov en la antigua y populosa ciudad de Nizhni Nóvgorod a orillas del Volga, aunque poco después viajó con sus padres a Astraján, en la desembocadura de este mismo río, donde pasó sus primeros años. *Días de infancia* (1913-14), primer volumen de su trilogía autobiográfica, echa a andar en esta última ciudad, con los re-

cuerdos de la muerte de su padre, un tapicero empleado allí después como agente naval. Tras el entierro, el joven Alekséi debe acompañar a Bárbara, su madre y a su abuela, Akúlina, de regreso a Nizhni, y allí se establece con sus abuelos maternos. En su nuevo hogar, entre la amable sabiduría de Akúlina y el rigor, no exento de brutalidad, del abuelo Vasili, transcurren unos años que contemplan también disputas domésticas, una asistencia a la escuela que pronto se ve interrumpida, el segundo matrimonio de Bárbara y el declive de la fortuna del abuelo, un acomodado tintorero al empezar el libro. La obra termina con el fallecimiento de su madre y el comienzo de una nueva vida en la que Alekséi tendrá que ganarse su propio sustento.

En las primeras páginas de *Por el mundo* (1915-16), segundo volumen de la trilogía, encontramos al joven narrador empleado en una zapatería, ocupación que luego deja para volver una temporada con los abuelos. Poco después ingresa como criado para todo en casa de un primo delineante y su familia, pero acaba fugándose para contratarse como friegaplatos en el Dobri, un vapor que hacía la ruta del Volga. La lectura es ya su gran pasión en esta época, y observar la animada existencia del barco le lleva a reflexiones en las que aflora una crítica radical de la injusticia y el sufrimiento convertidos en rutina. Más tarde, de nuevo con los abuelos, se gana la vida como cazador de pájaros, pero enseguida lo encontramos otra vez en el domicilio del primo. Allí nos cuenta como una noche «*resonó el bronco tañido de la campana de la catedral, zarandeando inmediatamente a todos los de la casa; la gente, a medio vestir, se lanzaba a las ventanas, preguntándose unos a otros*». De esta forma llegó a Nizhni la noticia de la muerte de Alejandro II en un atentado (1881).

Es ésta una época en la que Alekséi devora todos los libros que caen en sus manos: Dumas, Sue, Hugo, Scott, Balzac... Pero también Pushkin, Gógol, Turguéniev y Tiútchev. Una hermosa y aristocrática mujer que conoce por entonces es para él «la Reina Margot»; ella lo introduce en la gran literatura rusa y deja para siempre un fantasma de seducción en su vida. Poco después vuelve al Volga, esta vez como mozo de cocina en el vapor Perm. De nuevo en tierra, se convierte en vendedor en una tienda de iconos, y visita frecuentemente un taller donde éstos son fabricados. El retrato de este ambiente, con sus artistas de la Rusia profunda entregados a una existencia sórdida y mísera, es quizás el punto culminante de la trilogía. En el taller, oficia algunas tardes de lector que entretiene el trabajo de los pintores: «*Me he puesto afanoso a buscar libros, los he encontrado y casi todas las tardes leo. Son éstas unas tardes buenas, el taller está en silencio, como si fuera ya noche cerrada, sobre las mesas penden las bolas de cristal, semejantes a estrellas blancas, frías, cuyos rayos iluminan las cabezas, despeinadas o calvas, que se inclinan sobre las mesas; veo rostros serenos, soñadores; a veces, resuena una exclamación de elogio al autor del libro o a su protagonista. Los hombres están atentos, encalmados, parecen otros; yo les aprecio mucho en estos instantes, y ellos también me tratan afectuosamente; me siento en mi puesto*». El mismo taller sirve de dormitorio por las noches: «*Los maestros roncan, exhalan quejidos en sueños, alguien delira atragantándose con las palabras; en la litera de junto al horno, expectorando los restos de su vida, tose Davídov. (...) Desde las paredes miran los iconos sin rostro, sin manos ni piernas. Ahoga el concentrado olor del aceite secante, de los huevos podridos, de la arcilla agria que cubre las rendijas del suelo*».

Cuando abandona el taller, Alekséi regresa con su primo como capataz en algunas obras que éste realiza en la ciudad, pero al final del libro lo deja todo para viajar a Kazán con la intención de estudiar en su universidad. En ese momento se autorretrata a los quince años como un muchacho que «*no bebía vodka ni andaba con mujeres, pues estos dos medios de embriagarse el alma eran sustituidos por los libros. Pero cuanto más leía, más trabajo me costaba llevar una vida tan vacía e inútil como la que a mi parecer llevaban las gentes*». En otro fragmento afirma: «*De continuo me parecía que iba a encontrar a un ser humano sencillo y sabio que me conduciría a un camino ancho y luminoso*».

Mis universidades (1923), se inicia con una emotiva despedida de la abuela, a la que Alekséi comprende que probablemente no volverá a ver; después emprende el viaje a Kazán. Hay que decir que el título de esta última entrega de la trilogía resulta en realidad bastante sarcástico, porque los escasos recursos de Alekséi acabaron alejándole de las aulas en poco tiempo y haciéndole desempeñar diversos trabajos, entre ellos una larga temporada como panadero de la que extraería tipos y escenas para algunas de sus mejores narraciones. Comienza en esta época su aproximación a los círculos revolucionarios, y en ellos le choca especialmente la imagen idealizada del pueblo que tenían los jóvenes de origen burgués o aristocrático con los que toma contacto, y que contrasta con su propia experiencia. La angustia de una existencia mísera a la que no consigue encontrar sentido, arrastra a Alekséi al suicidio en diciembre de 1887, pero el disparo que buscaba el corazón atraviesa sólo un pulmón y en breve se recupera. Después, la narración nos lo describe en un grupo de tendencia populista que trata de llevar algo de cultura y organización a una aldea desde un pequeño comercio. Allí padecen la hostilidad de los muzhiks, incapaces de entender su labor, que terminan quemando su casa y forzándoles a dejar el lugar. Con veintiún años, Alekséi abandona Kazán.

Esta trilogía autobiográfica suele ser considerada lo más perfecto que Gorki escribió. Sus páginas dan una imagen colorista y real de la Rusia de finales del XIX y están llenas de detalles que nos hacen percibirla muy próxima, pero nos acercan sobre todo a la forja del carácter del joven Alekséi

y a su búsqueda de sentido, de comprensión del mundo. Es por esto por lo que en la amplia galería de personajes hay una predilección por aquellos cuya sabiduría vital los hace diferentes. Son seres como la abuela Akúlina, «Buen negocio», un hombre de misteriosas actividades alojado un tiempo en casa de los abuelos, el cocinero Smuri o el carpintero Ósip. Ellos son los que, unidos a sus obsesivas lecturas, van haciendo madurar la conciencia y la sensibilidad del narrador y despertando también su rebeldía ante la injusticia del mundo.

Posteriormente a los episodios recogidos en la trilogía, Gorki viajó varios años por el sur de Rusia empleándose en todo tipo de trabajos eventuales. Asentado después como periodista en Tiflis (Georgia), empieza a firmar sus escritos como Maksim Gorki. Maksim era el nombre de su padre y también el de un hermanito fallecido poco antes de nacer él, y Gorki (amargo en ruso) trata de reflejar su desesperanzada visión de la realidad, forjada en su largo aprendizaje. En 1892, publica *Makar Chudra*, una fábula de amor y muerte ambientada donde la estepa se encuentra con el mar y los caballos de los nómadas pastan aspirando su brisa. El lirismo y la atmósfera creada son magistrales, pero el relato contiene sobre todo una crítica de un orden social odioso basado en el sometimiento de los sexos. La maldición queda patente en el idilio imposible entre Loiko, el cantor errante, y la bella e inaccesible Radda. Tras dar a las prensas otras leyendas e historias románticas y alegóricas de un estilo similar al de ésta, Gorki imprime un giro a su producción con la aparición de *Chelkash* (1895), retrato de un ladrón aficionado a la bebida y las juergas que sobrevive realizando pequeños hurtos en un gran puerto. Cuando una noche toma como ayudante para manejar la barca a un joven campesino que necesita dinero para volver al pueblo y poder casarse, el enfrentamiento de las mentalidades de los dos hombres da lugar a algunas escenas inolvidables. Este cuento, publicado en una importante revista petersburguesa, tuvo gran éxito y valió a su autor ser colocado entre las figuras literarias del momento. Otros extraordinarios relatos de esta época contribuyeron a forjar su reputación. *Veintiséis y una* (1899), ambientado en la panadería de sus años en Kazán, comienza de esta forma: «*Éramos veintiséis, veintiséis máquinas vivientes encerradas en un sótano, en el que desde la mañana hasta la noche amasábamos harina para hacer rosquillas y panecillos*». La «una» resulta ser una muchacha que visita cada día a los «prisioneros» y de la que todos están prendados. El final de la historia, degradación de todos los sueños humanos, refleja la amargura que el autor llevaba en su corazón.

En el filo del nuevo siglo, Maksim Gorki publica piezas teatrales y relatos más extensos que en general no consiguen alcanzar la altura de las mejores producciones de su época anterior. Novelas como *Fomá Gordéiev* (1899), *Los tres* (1900), *La madre* (1906) o *Mis confesiones* (1908) presentan un retrato de la sociedad rusa que va de la pequeña burguesía al lumpen y los muzhiks, y en ellas solemos encontrar personajes autobiográficos marcados por una obsesiva búsqueda del sentido de la vida. *La madre*, que es la obra de Gorki más conocida en castellano, describe la toma de conciencia política de una mujer ligada a un grupo de revolucionarios perseguidos por el aparato represivo del zarismo. Este relato dio lugar a una notable película de Vsévolod Pudovkin (1926) y a una obra de teatro de Bertolt Brecht (1930).

En esta época, Gorki residía fundamentalmente en San Petersburgo, donde apoyaba al ala bolchevique del Partido Socialdemócrata. El rechazo por Nicolas II de su nombramiento como académico en 1902 provocó la renuncia de Antón Chéjov y Vladímir Korolenko. Su participación en tareas subversivas le valió varios arrestos, y tras la revolución de 1905, en la que tuvo un papel activo, se vio obligado a exiliarse, residiendo principalmente en Capri. Tras regresar a Rusia en 1913, colabora con el partido de Lenin, pero cuando rechaza la toma del poder por éste en 1917, sus críticas son silenciadas por la censura. Al fin acepta colaborar con los bolcheviques, aunque en 1921 marcha de nuevo de Rusia en lo que no puede dejar de considerarse un segundo exilio. Recordemos que son éstos los años en que aparecen los tres tomos de su autobiografía, entre 1913 y 1923. En 1925 publica *Los Artamónov*, novela sobre la Rusia presoviética que describe la vida de tres generaciones de una familia propietaria de una fábrica en la Rusia rural.

Sin conseguir adaptarse a una vida de emigrado, Gorki regresa a su patria en 1928 y su sesenta cumpleaños es celebrado como un acontecimiento nacional. A partir de entonces reside fundamentalmente en Rusia, aunque vuelve frecuentemente a Sorrento en busca de reposo y un clima favorable para sus pulmones enfermos. En esta época Gorki se convierte en furibundo propagandista del estalinismo, y el régimen paga bien estos servicios; en 1932 Nizhni Nóvgorod, la ciudad que le había visto nacer, pasa a llevar su nombre —la denominación se mantuvo hasta 1990—. En 1934 es el primer director de la Unión de Escritores Soviéticos, desde la que aboga por los principios del realismo socialista. Estos años publica geniales libros de recuerdos sobre otros escritores, como Tolstói, Chéjov o Andréiev, y también fragmentos que ensalzan algunos de los aspectos más brutales del estalinismo, como la construcción del canal entre el mar Blanco y el Báltico, en un libro del que fue editor en 1933. No obstante, su distanciamiento del régimen es notorio en 1935, un año antes de su fallecimiento, cuando se le impide salir de la Unión Soviética, y ha motivado especulaciones sobre un hipotético asesinato que nunca han podido ser probadas.

La imagen que hoy tenemos de Maksim Gorki como hombre de su época es sobre todo la de alguien atrapado

entre la rebeldía ante una triste realidad que conoció y sufrió en su propia piel y unas relaciones complicadas con el poder dictatorial engendrado por la revolución que siguió a todo aquello. Este carácter de puente entre dos mundos es tal vez lo que mejor sintetiza su vida. Por lo que respecta a su obra, ésta permanece entre nosotros sobre todo por el retrato que su enorme talento de narrador le permitió dibujar de los años que precedieron a la Revolución de Octubre, un retrato que refleja todo el dolor y también la esperanza de aquel tiempo. El impulso descarnado e indagador de su prosa, que evidencia un compromiso con la transformación de la realidad, sigue percibiéndose hoy como una contribución original y brillante a la gran literatura que el mundo necesita.

Pensamientos inoportunos: Gorki en 1917

Publicado en *Rebelión* el 21 de abril de 2009

La obra literaria de Maksim Gorki se centra en un retrato crítico de la sociedad rusa, mientras su biografía refleja un compromiso con la transformación emancipadora de esa misma sociedad que tras la revolución deja paso a una alianza sin fisuras con el nuevo poder establecido en Rusia. Hay que decir sin embargo que la adhesión de Gorki al régimen soviético, que lo llevó a alcanzar un perfil de celebridad con extremos de «culto a la personalidad», no se produjo sin tensiones, y éstas quedan perfectamente reflejadas en los artículos escritos durante los años cruciales de 1917 y 1918. Realizaré aquí un breve recorrido a través de estos escritos, testimonio de un profundo cambio personal en la valoración de la Revolución de Octubre por parte del escritor.

Gorki ya había participado activamente en los sucesos revolucionarios de 1905. El 9 de enero de aquel año, el famoso Domingo Sangriento, es testigo de la matanza en las calles de San Petersburgo y redacta inmediatamente un manifiesto en el que acusa al zar y llama a todos los ciudadanos de Rusia a la lucha contra la autocracia. Detenido unos días más tarde y encarcelado en la fortaleza de Pedro y Pablo, es liberado un mes después cuando una campaña internacional arrecia a su favor. En otoño, Nicolás II adopta una postura más conciliadora y promete la convocatoria de una asamblea representativa. Así es cómo el 27 de octubre aparece el primer número de un diario financiado en parte por Gorki y en el que colaboran sus amigos socialdemócratas. Es el primer periódico bolchevique legal y se llama *Nóvaia Zhizn (Vida Nueva*). Un mes más tarde Maksim conoce personalmente a Lenin. Después escribiría recordando esta primera entrevista: «*Él, de pequeña talla y mirada maliciosa. Y yo, alto, desgarbado, con el rostro y las trazas de un morduino. Al principio las cosas no fueron bien. Después nos observamos un poco más atentamente y de repente la conversación se tornó más fácil*». Los dos hombres difieren en la orientación que habría de darse al diario. Gorki era partidario de una publicación izquierdista de carácter plural, mientras que Lenin pensaba en otra más cerrada y combativa, que es la opinión que se impone. De todas formas, el 2 de diciembre el periódico es prohibido. A los pocos meses, aconsejado por sus camaradas, Gorki parte al extranjero como embajador cultural de las ideas revolucionarias.

Tras viajar por Europa y los Estados Unidos, en octubre de 1906 Gorki se establece en Capri, donde residirá hasta 1913. En 1907 asiste como invitado al congreso del Partido Socialdemócrata que se celebra en Londres. En esta ocasión Lenin le seduce: «*Ese hombre calvo, que pronuncia las erres guturalmente, bien constituido, se frotaba con una mano su frente de Sócrates. Mirándome con sus ojos sorprendentemente vivos y centelleantes se puso a hablarme de los defectos de mi libro* La madre». Los dos representan realmente tipos extremos en los que puede encarnar un revolucionario. Lenin, de origen burgués, es el cálculo, la doctrina sin fisuras y la pasión del poder. Gorki, que conoció todos los oficios en su juventud, es un temperamento agitado y contradictorio, su intuición desborda la lógica y su obsesión es sólo la mejora del hombre. Los coqueteos de Gorki con una cierta «religiosidad socialista», que en su opinión habría de impregnar el marxismo e inspira su novela *La confesión* (1908), encuentran la resistencia de Lenin. La relación entre ellos es sin embargo buena.

El tricentenario de la dinastía Románov da lugar a una amplia amnistía en 1913 que permite a Gorki regresar a la patria añorada. Establecido en San Petersburgo, trabaja en su trilogía autobiográfica. El comienzo de la Gran Guerra divide a los socialdemócratas y él se suma a los que, opuestos a cualquier patriotismo, esperan una victoria de Alemania que pueda traer la revolución. En 1915 asume la dirección de una revista literaria, *Létopis (Crónicas*), donde colaboran Korolenko, Bunin, Bábel, Yesenin y Maiakovski entre otros. El pacifismo militante de la publicación es respetado a duras penas por la censura.

Las noticias que llegan del frente son terribles y la población reconoce que algún cambio es necesario, sin saber bien cuál, mientras el caos crece en la ciudad que ha pasado a llamarse Petrogrado, nombre sin las resonancias germánicas de Petersburgo. Fragmentos de la correspondencia de Gorki recogidos en la excelente biografía que le dedicó Henri Troyat nos ayudan a comprender su estado de ánimo en estos días. Escribe Gorki a su esposa Yekaterina, de la que vivía separado: «*Muy pronto tendremos el hambre. En los alrededores de Petersburgo se ve vagar a mujeres bien vestidas que piden li-*

mosna. Hace mucho frío. No hay con qué calentar las estufas. Durante la noche, por aquí y por allá, la gente rompe las empalizadas... Hay una horrible cantidad de prostitutas menores de edad. Al volver a casa por las noches las ves arrastrarse a lo largo de las aceras como cucarachas, lívidas de frío y hambrientas». En otra carta le confiesa: «*Jamás he sentido inclinación a quejarme, pero ahora me quejo. Estoy acongojado. La época es terrible. Las gentes son repugnantes. Todo se pudre...*». Esta situación sin embargo va a traer la revolución añorada. En febrero de 1917, ante la sucesión de huelgas y manifestaciones, a las que se unen muchos de los soldados llamados a reprimirlas, Nicolás II abdica y el poder es asumido por un Gobierno provisional. La constitución en el palacio de Táuride por esas mismas fechas de un Soviet de Petrogrado, que representa a los obreros de la capital, va a crear la duplicidad de poder que será decisiva en los meses siguientes.

El 1 de mayo de 1917, se abre una nueva etapa del diario *Nóvaia Zhizn*, que había visto la luz unas semanas en 1905. Su director es Maksim Gorki y en él va a publicar una serie de artículos titulada «Pensamientos inoportunos» en la que expresará sus opiniones sobre la política del momento, violentamente enfrentadas a las de los bolcheviques. Estos artículos serán posteriormente ignorados casi completamente en las compilaciones soviéticas de los escritos de Gorki, aunque fueron recogidos fuera de Rusia por Herman Yermoláyev en forma de libro —hay versión española; Blume 1977—. *Nóvaia Zhizn* sería suprimida por la censura bolchevique con poco más de un año de andadura. Las brillantes personalidades del campo socialista que colaboran en ella ven en los soviets de diputados obreros, soldados y campesinos instrumentos de coordinación de las masas populares y motores de la revolución, pero su proclamación como órgano único de poder les parece un error fatal, teniendo en cuenta la débil organización del proletariado y los campesinos pobres y su falta de preparación para desempeñar una hegemonía política. Según ellos, la toma del poder por los soviets llevaría inevitablemente a una sangrienta guerra civil de la que nada bueno se podía esperar, y proponían una cooperación de todos los sectores progresistas contra las maniobras de los contrarrevolucionarios, la búsqueda de un terreno común en el que los enemigos de la autocracia pudieran entenderse.

Los artículos de Gorki reflejan la situación caótica de Rusia y las violentas discusiones de la prensa, una jaula de grillos. La libertad recién estrenada es incapaz de generar un impulso positivo, creador. Todos se creen en posesión de la verdad, pero en realidad son cómplices del desastre. Gorki hace un llamamiento a la defensa de la cultura y la ciencia como pilares del nuevo orden, y trata de imponer consideraciones humanas: salud, atención a los niños, educación, colaboración social... El 29 de junio clama desesperado: «*La "lucha por el poder" es algo inevitable; ¿pero han pensado los vencedores sobre quién ejercerán ese poder cuando no queden en torno suyo más que residuos podridos y abrasados?*». A los pocos días, se produce una revuelta de obreros y soldados apoyada por bolcheviques y anarquistas. En su artículo del 14 de julio, Gorki se lamenta: «*El principal responsable de este drama es más pernicioso y más potente que cualquier facción, es la espesa estupidez rusa*». La polémica es continua con otros periódicos, sobre todo con *El Debate*, órgano de los Cadetes (Partido Democrático Constitucional, a favor del Gobierno provisional) y *Pravda*, la voz del partido de Lenin.

El 18 de octubre la serie «Pensamientos inoportunos» incluye un artículo cuyo título, «¡No podemos callar!», trae a la memoria el de otro famoso de Liev Tolstói contra las ejecuciones de 1908: «No quiero callarme». Gorki se expresa contundente sobre los sucesos que se avecinan: «*Se oye cada vez con mayor insistencia que el 20 de octubre habrá una "acción bolchevique"; es decir, en otras palabras, que las escenas odiosas de los días 3, 4 y 5 de julio se van a repetir. Volveremos a ver de nuevo camiones repletos de hombres cuyas manos, temblando de miedo, empuñan fusiles y revólveres; de nuevo dispararán esos fusiles contra los escaparates, contra la multitud, en cualquier dirección. Dispararán por la sencilla razón de que quienes los empuñan quieren matar su miedo. Todos los oscuros instintos de una masa irritada por el desmantelamiento de la vida cotidiana, la mentira y el fango de la política, estallarán, se inflamarán, apestando de rabia, de odio y de venganza, y la gente empezará a matarse, por incapacidad de vencer su propia estupidez bestial*». Tras la toma del poder en nombre de los soviets, Gorki denuncia la deriva autoritaria de los bolcheviques. El 23 de noviembre enuncia una lúgubre profecía: «*Lenin es a la vez un "jefe" y un aristócrata ruso dotado de ciertas particularidades morales propias a esa clase en vías extinción; por eso se cree que tiene el derecho de hacer, con el pueblo ruso, una cruel experiencia destinada al fracaso desde el comienzo*». Critica los cierres de periódicos, encarcelamientos y ejecuciones sumarias. El 7 de diciembre comenta: «*Sin duda que estas observaciones mías despertarán esta respuesta despectiva de cualquiera de esos señores de la* real politik: *—¿De qué se queja? ¡Esto es la revolución social? —No, no veo en realidad, en esta explosión de instintos zoológicos, los elementos conscientes de la revolución social. Esto es una rebelión típicamente rusa sin verdaderos socialistas; la psicología socialista no aparece por ningún lado*».

En enero de 1918 el Gobierno de los «comisarios del pueblo» disuelve la Asamblea Constituyente recién elegida, en la que tenían mayoría los socialistas-revolucionarios, y esto provoca la indignación y también la ironía de Gorki. A los pocos días reflexiona: «*El exterminio en masa de todos los oponentes es un viejo procedimiento de política interior de los Gobiernos rusos, que dio siempre buenos resultados. Desde Iván el Terrible a Nicolás II, todos nuestros jefes políticos han utilizado libremente y con largueza este método tan*

práctico y sencillo para combatir la sedición. ¿Por qué iba a renunciar Lenin a una receta tan acreditada». En uno de sus últimos artículos en *Nóvaia Zhizn*, que es cerrada por los bolcheviques en julio de 1918, Gorki contrapone a un «revolucionario eterno» ideal, que lucha con el mayor desinterés por eliminar el sufrimiento de los hombres, aquellos sujetos que «*tratando de cambiar las formas exteriores del modo de vida social, no son capaces de dar un nuevo contenido a esas mismas formas, y las llenan con los mismos sentimientos que han combatido, (...) porque en el fondo no son ni socialistas, ni siquiera prosocialistas, sino individualistas*».

En la situación de Rusia justo antes de las jornadas de octubre, país en guerra con sus instituciones a punto de colapsar ante una marea revolucionaria en ascenso, la posición de Gorki quiere ser la de una voz que clame por valores humanos ajenos a cualquier partidismo, a cualquier teoría prefabricada de la historia que debe ser, a cualquier dogma. Es la postura solitaria y lejana del místico que trata de permanecer ajeno a la confrontación, aferrado a una idea del hombre que en nada se parece a lo que observa alrededor. Cuando los bolcheviques se hacen con el poder, su desacuerdo es frontal. Consolidados en él, y dispuestos a ejercer una violenta censura, Gorki se debate entre sus sueños y la dureza de lo posible. No obstante, la crisis se resuelve con rapidez, al menos en apariencia. Ya en una carta de julio de 1918 confiesa a Yekaterina: «*Me dispongo a trabajar con los bolcheviques sobre bases autónomas. Estoy harto de la oposición impotente y académica de* Nóvaia Zhizn». Visita a Lenin tras sufrir éste un atentado en agosto, y en breve la *Gaceta Roja* puede escribir: «*La clase trabajadora saluda el retorno de su hijo bienamado. Maksim Gorki es de nuevo de los nuestros*». El posibilista dentro de él se ha impuesto al fin al místico. Su trayectoria desde entonces es una adhesión sin fisuras aparentes al nuevo orden, del que se convierte en máximo propagandista y defensor. Al mismo tiempo él es el «gran intercesor» que trata de suavizar la persecución que sufren muchos disidentes. En esta ambivalencia y enfrentado a algunos personajes poderosos, como Grigori Zinóviev, no deja de resultar un socio demasiado incómodo y en 1921 Lenin le aconseja que viaje a Europa occidental «*en busca de un clima más favorable para sus pulmones enfermos*». Así, a finales de ese año parte a lo que no puede dejar de considerarse un segundo destierro y tras estancias en la Selva Negra, Berlín y Marienbad, en 1924 se establece otra vez en el sur de Italia, en este caso en Sorrento.

Sin conseguir adaptarse a una vida de emigrado, Gorki regresa a Rusia en 1928 para convertirse en escritor oficial y baluarte cultural del poder. A partir de entonces reside fundamentalmente en Rusia, aunque vuelve frecuentemente a Sorrento en busca de reposo y un clima más saludable. Mientras tanto, el régimen paga bien sus servicios hasta extremos de «culto a la personalidad». Las circunstancias de su fallecimiento en junio de 1936 aún hoy día permanecen confusas. Los médicos que le atendieron en sus últimos meses fueron procesados acusados de haber provocado la muerte del gran escritor soviético como parte de un «complot trotskista» contra los mejores servidores del régimen; tras la muerte de Stalin serían rehabilitados. Posteriormente llegó también a especularse con un envenenamiento por orden de Stalin. Sin embargo, el análisis del expediente médico rescatado recientemente de los archivos de la Lubianka sugiere una enfermedad natural a la que siempre se dio tratamiento correcto. Lo que es claro es la mala sintonía del autor de *La madre* con el poder en esta época, cuando se le negó el permiso para un nuevo viaje a Sorrento y se imprimía para él un ejemplar especial de *Pravda* del que se eliminaban las noticias más comprometidas. En el verano de 1935, Romain Rolland permaneció alojado en casa de Gorki varias semanas. En su *Diario de un viaje a la* URSS lo describe así*: «Está muy solo. ¡Un hombre como él a quien nunca se le ve solo! Me parece que si hubiéramos podido vernos sin testigos (...) me hubiera abrazado y habría sollozado largo tiempo sin decir una palabra*».

Isaak Bábel, un poeta en el campo de batalla

Publicado en *Rebelión* el 19 de diciembre de 2007

El crítico y teórico del formalismo ruso Víktor Shklovsky describe a Isaak Bábel en el comienzo de su carrera literaria, en 1915, como un joven de veintiún años, de baja estatura y cabeza grande, cargado de hombros y de voz queda y tranquila, que era habitual en la redacción de *Létopis (Crónicas*), la revista que Maksim Gorki dirigía a la sazón en Petersburgo. Bábel tenía un carácter en el que se mezclaban jovialidad burlona y escéptica y capacidad de vivirlo todo con intensidad. En este sentido, su amigo Iliá Ehrenburg recuerda en sus memorias que «*amaba apasionadamente la vida, participaba en ella a cada minuto y estaba entregado al arte desde los años de su infancia*». En otro lugar dice: «*Fuera a donde fuera, enseguida se sentía como en casa y penetraba en la vida ajena. Pasó un corto tiempo en Marsella, pero, cuando me hablaba de la vida marsellesa, sus impresiones no eran las de un turista: hablaba de gángsteres, de elecciones municipales, de huelga en el puerto, de una envejecida mujer, parece que lavandera, que al recibir inesperadamente una gran herencia se asfixió con gas*». Esta habilidad para impregnarse de la realidad, unida a una sensibilidad de poeta y su dominio de los recursos literarios son las marcas distintivas de un autor cuya obra, truncada por la represión estalinista, incluye dos de las mejores colecciones de relatos

cortos que se publicaron en Rusia en el siglo XX: *Caballería roja* y *Cuentos de Odesa*.

Isaak Emmanuílovich Bábel nació en 1894 en Moldavanka, el barrio judío de Odesa, en una familia de comerciantes con rabinos entre sus antepasados. «Historia de mi palomar» (1926) y otros relatos breves que se suelen incluir hoy día entre los *Cuentos de Odesa* proporcionan valiosa información sobre sus primeros años. Nos habla allí de la muerte de su abuelo Shoil, asesinado durante el pogromo de 1905 que conmovió la ciudad después del intento revolucionario de ese mismo año, y también de la indeleble impresión que le produce ese día la imagen de su padre implorando de rodillas a un oficial cosaco que intervenga contra la turba que asalta su tienda. Conocemos además las dificultades de los muchachos judíos para acceder a la instrucción, y cómo al fin pudo matricularse en la Escuela Comercial Nicolás I de su ciudad. Sus estudios de francés le llevan a una honda admiración por Flaubert y Maupassant, y con quince años comienza a escribir relatos en ese idioma, aunque después reconoce que «*los* paysans *y las digresiones me salían sin gracia; sólo los diálogos se me daban*». Es la época en que hace novillos huyendo de las lecciones de música que la familia le impone y vaga por el puerto, donde «*las olas macizas del espolón me alejaban más y más de nuestra casa con olor a cebolla y a suerte judía*». Los textos hebraicos le habían apartado de las diversiones de los chicos de su edad y empieza entonces a hacer travesuras. No obstante, «*el arte de nadar resultó inadmisible. Me arrastraba al fondo la hidrofobia de todos mis antepasados: rabís españoles y cambistas francfortianos*».

En 1911, ante la imposibilidad de acceder a la Universidad de Odesa por los problemas que antes señalábamos, viaja a Kíev para estudiar en su Instituto de Comercio, pero en 1915 lo encontramos ya en Petersburgo tratando de sobrevivir como escritor. Sus creaciones son rechazadas hasta que se decide a acudir a Gorki. Años después Bábel reconoce: «*Lo debo todo a aquel encuentro y hoy pronuncio el nombre de Alekséi Maksímovich con cariño y veneración. (...) El me enseñó cosas de extraordinaria importancia, y después, cuando se aclaró que mis dos o tres tolerables experimentos de adolescente habían sido una casualidad y que escribía asombrosamente mal, Alekséi Maksímovich me envió a que me mezclara entre el pueblo*». Esto es exactamente lo que hace Bábel entre 1917 y 1924, tiempo en que recorre Rusia como soldado, funcionario y periodista, viviendo en el frente y en la retaguardia toda la violencia de aquellos años. Después habría de admitir: «*Sólo en 1923 aprendí a expresar mis pensamientos de forma clara y sin explayarme mucho*». La mayor parte de los relatos por los que es conocido y que le valieron prestigio universal aparecen a partir de entonces en el plazo de unos años.

Tras un sinfín de correcciones, los cuentos que constituyen *Caballería roja* se publican en forma de libro en 1926. Se trata de treinta y seis fragmentos no muy extensos en los que con aliento poético se narran experiencias del autor durante el año 1920 en los campos de batalla de la guerra polaco-soviética, conflicto que a veces se considera un episodio de la guerra civil rusa. Allí, Bábel, con el nombre de Kíril Vasílievich Liútov, que velaba su origen judío, participó como reportero en numerosos combates, englobado en unidades cosacas del I Ejército de Caballería de Semión Budionni. *Caballería roja* contiene descripciones de extrema dureza en las que aflora todo el horror de la guerra y que nos recuerdan el *Tarás Bulba* de Gógol, pero lo que marca la obra sobre todo es cómo su autor consigue, haciendo uso de sus soberanas virtudes artísticas, transmutar estas vivencias en una aproximación literaria al problema universal de la violencia y la fascinación que ésta produce en nosotros.

En el narrador de los sangrientos episodios que se desgranan en *Caballería roja* reconocemos al propio Bábel, el que en cierta ocasión se presentaba a sí mismo como un hombre con «*lentes en la nariz y otoño en el alma*». El joven erudito poco dotado para el ejercicio físico y versado en antiguas escrituras, antes de enfrentarse al enemigo ha de hacer frente a los cosacos que ven en él más que nada un blanco risible para sus puyas. La integración del intelectual en el «grupo salvaje» exige una violencia ritual y ésta es la que se nos muestra en el relato titulado «Mi primer ganso». Liútov, despreciado por los cosacos a cuya sección ha sido asignado, da muerte brutalmente a un ganso que es el animal preferido de la patrona que los alberga, y obliga a ésta a que se lo ase. El efecto en los soldados que comen a lo lejos es milagroso: «—Hermano —*se dirigió a mí de pronto Surovkov, el mayor de los cosacos*—, siéntate con nosotros a catar esto, mientras se te dora el ganso». Sin embargo, en las palabras que cierran el fragmento, el fiero novato reconoce que de noche, «*mi corazón, en carne viva por el asesinato, crujía y sangraba*».

Es conocido que la publicación de *Caballería roja* generó reacciones adversas, entre ellas la del propio Budionni, que se refirió al libro como una colección de «chismorreos de viejas», y habló de «calumnias irresponsables», «degeneración literaria» y «odio de clase». Estos improperios se relacionan con un primer mérito de la obra, que es su alejamiento, a través de una aproximación objetiva a la realidad, de lo que hubiera podido ser un trabajo de propaganda. El joven talmudista que vaga entre el horror y ve «*cadáveres monstruosos sobre los túmulos milenarios*» no reconoce una explicación simple y maniquea de lo que observa. Cree que es necesario luchar por el progreso que supone el poder soviético, pero la crueldad de los cosacos lo sobrecoge y no renuncia a contárnoslo todo. Su esperanza, que tiñe de ironía las páginas más terribles, descansa sobre todo en dos pilares: los valores humanos que se adivinan en algunos protagonistas de la tragedia y la presencia constante de una naturaleza que se convierte en el elemento alquí-

mico capaz de transmutar el sufrimiento en serena contemplación: «*El sol naranja rueda por el cielo como una cabeza cortada, una luz delicada se enciende en los desfiladeros de las nubes, los estandartes del ocaso ondean sobre nuestras cabezas*». La prosa del libro, un trabajo de orfebrería pródigo en adjetivos y metáforas arrebatadas, derrama poesía como un bálsamo que mitiga el dolor.

El enemigo polaco siempre acechante, aldeas destruidas, judíos miserables en el límite de la extenuación, iglesias y sinagogas como mudos testimonios de otro tiempo, temerarios y brutales cosacos, y una naturaleza que ejerce aquí de silencioso decorado para lo terrible, son los elementos entre los que un joven erudito que ama ante todo el fluir de las palabras que reflejan el mundo se afana por encontrar un alivio en estas mismas palabras para el espanto y la desolación. El perdurable atractivo de los relatos de *Caballería roja* mide en realidad la habilidad de su autor para lograr una obra de arte cabal en la que este objetivo se cumple plenamente. Un texto escrito sobre el terreno, *Diario de 1920*, muestra las anotaciones de Bábel en una escueta crónica que nos sumerge sin contemplaciones y con ritmo frenético en la locura de la guerra.

Los *Cuentos de Odesa* suelen publicarse hoy día incluyendo los fragmentos autobiográficos que señalábamos antes, pero en su redacción original de 1931 presentaban sobre todo retratos de los hampones judíos que reinaban en la ciudad en los años anteriores a la revolución, hombres de una pieza como Benia Krik y Froim Grach, envueltos en un aura de leyenda, crueles y generosos. Bábel nos narra sus hazañas, sus amores y guerras, y cómo su dominio se eclipsa con la llegada del poder soviético. El relato titulado «Carlos-Yánkel» describe en clave de humor las peripecias que rodean los primeros días de Yánkel, un niño judío al que su padre, un comunista ausente de la ciudad, había ordenado que se pusiera el nombre de Carlos «*en honor al maestro Carlos Marx*». Cuando el padre llegó de improvisó, «*quitó los pañales al niño y comprobó su desdicha*». Todo se resuelve en descacharrantes escenas cuando se enjuicia al anciano Naftulá Guérchik, responsable de haber circuncidado al bebé. Éste se defiende argumentando que hace treinta años hizo lo propio con el fiscal y señalándole acusador, añade: «*Hoy vemos que usted se hizo un hombre muy importante con el poder soviético, y que Naftulá no cortó, además de esa pequeñez, nada que después le habría hecho falta*». Se encuentra en este libro toda la ironía y la prosa excelsa del mejor Bábel, y conocemos en él un periodo decisivo de la historia de la hermosa metrópoli del mar Negro, rusa, ucraniana y meridional, cosmopolita y judía.

En los años treinta, Bábel publica menos y viaja con frecuencia, en varias ocasiones a París donde su esposa se había instalado en 1925. Las críticas arrecian sobre él mientras tanto, acusado de formalista y de baja productividad, y en su intervención en el congreso de escritores soviéticos de 1934 reconoce que se está convirtiendo en maestro de un género literario nuevo, el «género del silencio». Tras la sospechosa muerte de Gorki en 1936, Bábel no ocultaba su preocupación, y sin tardar mucho, en 1939 desaparece en el caserón de la Lubianka, imputándosele complicidad con el «terrorismo trotskista» y espionaje para Occidente. En enero de 1940 fue fusilado en la prisión de Butyrka en Moscú, aunque después se hizo circular la noticia de que había muerto en 1941 en un campo de trabajo en Siberia. Todos sus archivos y manuscritos fueron confiscados sin que se haya vuelto a saber de ellos. Su obra completa, de la que existe una traducción inglesa reciente (Norton, 2006; trad. de Peter Constantine), incluye, aparte de los libros que hemos señalado, algunos relatos más, un diario, crónicas periodísticas, fragmentos incompletos, su correspondencia, guiones cinematográficos y un par de piezas teatrales. En enero de 1954, poco después del fallecimiento de Stalin, fue exonerado de todos los cargos.

Enclenque y erudito, educado en la tradición judaica y en lo mejor de la literatura occidental, Isaak Bábel hubo de afrontar y sufrir en carne propia las convulsiones que en la Rusia de comienzos del siglo XX pugnaban por alumbrar un mundo nuevo. Comprometido desde joven en el oficio de escribir y sometido a la violencia de la guerra, todo el legado cultural que portaba hubo de ser utilizado en la construcción de una obra que fuera su respuesta literaria a los hechos de los que había sido testigo y también, al mismo tiempo, una indagación personal de su sentido y un intento de exorcismo. Surge de esta forma el más conocido de sus libros, *Caballería roja*, hermoso y cruel testimonio del paso de un poeta por el campo de batalla. Esta colección de relatos, junto con los *Cuentos de Odesa*, que nos dejan entrever, aureolada de leyenda, la vida de los judíos en la vieja ciudad, tienen la virtud esencial de afanarse siempre en busca de esa suprema armonía de las palabras que redime y alimenta la esperanza.

El romance de Leonardo, de Dmitri Merezhkovski: una exploración literaria del espíritu del Renacimiento

Publicado en *Rebelión* el 30 de junio de 2007

De todas las vías que pueden ayudarnos a tomar conciencia de lo que significó el Renacimiento, una de las más agradables sin duda es la lectura de algunos textos que han sabido recrear a la perfección el espíritu de aquel tiempo. Entre éstos, tiene especial interés el capítulo introductorio

de *El romance de Leonardo*, la biografía que el ruso Dmitri Merezhkovski (1865-1941) dedicó al artista florentino y que Edhasa acaba de reeditar. En este fragmento se nos describe una misteriosa expedición de algunos ciudadanos de Florencia a una colina próxima a esa ciudad en una noche a finales del siglo XV. Su objetivo es explorar y excavar un lugar donde corre el rumor de que hay estatuas enterradas, y tras algunas peripecias el grupo consigue localizar una valiosa imagen de Venus. El Renacimiento se nos aparece a través de estas páginas como el amor por un mundo antiguo y perdido, que en este caso es necesario extraer literalmente de las profundidades de la tierra; y es éste un amor que implica también una visión nueva de la belleza y aporta a aquellos hombres una concepción distinta del cosmos. Sus conversaciones entusiastas y también el conflicto inevitable con los clérigos que finalmente se incorporan a la escena, representantes de la vieja mentalidad medieval que se resiste a desaparecer, retratan a la perfección la tensión de aquel tiempo. El romance de Leonardo, publicado originalmente en 1896 se integra en un ambicioso proyecto de narraciones históricas con las que Merezhkovski trataba de expresar sus convicciones estéticas, pero hoy día nos ofrece sobre todo un fresco genial de un lugar y un momento cruciales en la evolución del arte, el norte de la península italiana en la transición entre los siglos XV y XVI.

Tras la introducción que comentábamos, el libro nos describe a Leonardo maduro, próximo ya a la cincuentena, trabajando en Milán para Ludovico, el Moro, hijo de Francesco Sforza, y sigue después su traslado a Roma al servicio de los Borgia, su regreso a Florencia y a Milán, y sus últimos años en Francia. Otros capítulos rememoran su infancia y juventud en Florencia. Todo Leonardo está en la biografía de Merezhkovski, el seguidor de Leon Battista Alberti que busca en las matemáticas el fundamento común de la ciencia y el arte, el sabio que estudia las leyes de la física y disecciona cadáveres para conocer la anatomía humana, y el adorador de la belleza que cree que ésta debe plasmarse en la pintura a través de un reflejo perfecto de la realidad, pero también el ser de carne y hueso atrapado en un tiempo difícil, arrastrado de ciudad en ciudad por los vaivenes de la política, y el artista disperso e inconstante que es incapaz de acabar muchas de sus obras, sin olvidar las contradicciones del amante de los animales y vegetariano convencido que no tiene inconveniente en trabajar como ingeniero militar a las órdenes de César Borgia y diseñar para él artefactos mortíferos. Todas las dudas y conflictos de Leonardo quedan patentes en una biografía cuyo mérito principal es la aproximación humana a alguien que ha sido visto casi siempre desde la distancia con que se venera un mito. Además, el libro trata con detalle algunas de las claves que serían analizadas después por Freud en el estudio en el que exploró la sexualidad del artista, como el papel desempeñado por su madre o las complejas relaciones con sus discípulos. El artículo de Freud está lleno de referencias a la biografía de Merezhkovski .

Otro atractivo del libro es la presencia en él de personajes secundarios de gran relevancia histórica. Así, son retratadas las cortes de protectores de Leonardo como Ludovico Sforza, César Borgia, Francisco I de Francia o los papas Alejandro VI y León X. Girolamo Savonarola y Nicolás Maquiavelo, buen amigo de Leonardo, son mostrados también con su complicada personalidad. Discípulos como Giovanni Beltraffio o Francesco Melzi, y Andrea Verrocchio, su maestro-discípulo en la primera etapa florentina, son actores importantes, aunque es la aparición de los genios más jóvenes que compiten con él lo que marca el momento culminante de la biografía. El penúltimo capítulo del libro está dedicado al trío que forman Leonardo, Miguel Ángel y Rafael, y nos los describe cuando eran convecinos en Roma entre 1513 y 1516. Como no podía ser de otra forma, en la disputa que puede plantearse entre tres percepciones ciertamente diversas del arte, Merezhkovski toma abiertamente partido por su biografiado. Para él, la pintura de Rafael significaba sobre todo una armonía fácil que escondía una acrítica sumisión al poder, mientras que Miguel Ángel en aquel momento con su visión tan frecuentemente caótica y violenta había dejado de lado una de las metas fundamentales del arte; cuando visita la Capilla Sixtina, Leonardo, a pesar de su honda admiración «*tenía conciencia de que él aspiraba a algo más grande, más elevado que Buonarroti: a esa unión, a esa suprema armonía que éste en perpetua discordancia, en su rebelión, en su ímpetu, en su caos, no conocía ni quería conocer*». Se descubre aquí lo que resulta ser el velado objetivo del libro, la defensa de un arte que partiendo de la realidad es capaz de trascenderla.

Dmitri Merezhkovski fue un hombre inquieto que abanderó de joven una reacción modernista contra la literatura social rusa de la época, y reivindicó siempre el papel de la imaginación y el misticismo en el arte, llegando a liderar un movimiento de «cristianos espirituales» que se oponían a la Iglesia ortodoxa. Aunque apoyó las revoluciones de 1905 y de febrero de 1917, con la toma del poder por los bolcheviques se exilió en Francia, y colaboró activamente con los blancos. Entre su extensa obra, en la actualidad resulta valiosa sobre todo su amplia colección de biografías, entre las que *El romance de Leonardo* es un hito destacado. En este libro, su extraordinaria erudición y su talento literario le permitieron tejer una de las semblanzas más notables que se pueden hallar del hombre que tan genialmente retrató a Lisa Gherardini, esposa de Francesco del Giocondo.

Pedro I de Rusia en el espejo literario: *Anticristo. Pedro y Alekséi*, de Dmitri Merezhkovski

Publicado en *Rebelión* el 26 de agosto de 2014

La relación de Rusia con los países que la rodean parece condenada históricamente a una sucesión de etapas de influencia y distanciamiento alternantes. Suelen ser grandes convulsiones, en forma de guerras, las que contribuyen a ir alumbrando estos cambios, pero en otros casos éstos pueden avanzar sin un abierto conflicto armado, como podemos ver estos días en las noticias que asaltan desde Ucrania los titulares de los periódicos. Entre los personajes más significados que favorecieron ciclos de expansión rusa está el zar Pedro I (1672-1725), llamado el Grande, que con sus victorias sobre los suecos, su apuesta decidida por la occidentalización y el traslado de la capital a San Petersburgo, la ciudad que creó, fue capaz de poner a Rusia en el tablero de las grandes potencias. Por estos hechos sobre todo se le recuerda. Poco conocido es, sin embargo, el enfrentamiento con su hijo el zarévich Alekséi, que condujo a la ejecución de éste en uno de los episodios más dramáticos de la dinastía de los Románov y materializó el choque entre dos visiones sobre el destino de Rusia.

El escritor Dmitri Merezhkovski (1865-1941) predicaba en los salones petersburgueses de su juventud una espiritualidad mística que habría de reconciliar el cristianismo con lo mejor de la Antigüedad clásica. Este empeño se plasmó entre otros libros en una trilogía en la que a través de momentos históricos clave, como el reinado de Juliano el Apóstata, el Renacimiento italiano en la época de Leonardo y la europeización de Rusia en los comienzos del XVIII, consigue expresar su visión de una forma magistral. El libro que nos ocupa aquí, publicado en 1905 (versión castellana *Pedro el Grande y el príncipe Alekséi*, Edhasa 1995), es el último de esta trilogía y contiene un relato del conflicto entre el zar Pedro I y su hijo, aunque se extiende para mostrarnos la situación de búsqueda espiritual que se vivía en Rusia en aquellos tiempos. El autor profundiza en la psicología atormentada y compleja de los dos personajes principales de la trama para construir una acabada obra de arte que, al no traicionar nunca los datos disponibles, nos retrata además un episodio decisivo de la historia de Rusia.

El duelo del padre y el hijo

26 de junio de 1715: el zarévich Alekséi, 25 años, irresoluto, abandonado al alcohol, temeroso de su padre, pero al mismo tiempo soñando hacer algo grande, ha conocido a Larión Dokukin, un escribano *raskólnik*, uno de los viejos creyentes que se santiguan con dos dedos y rechazan las reformas de 1654 del patriarca Nikon. Éste le cuenta el horror del pueblo ante las trasformaciones impuestas por el zar Pedro. Alekséi lo despide. Lo que dice es peligroso. Le comprende, pero no puede hacer nada, aún.

Poco después se celebra en el jardín de verano, al lado del Nevá, una fiesta en honor de una imagen de Venus que acaba de llegar de Roma. Pedro está decorando este lugar con estatuas de dioses paganos y Alekséi recibe las quejas de Avrámov, el responsable de la imprenta real, similares a las que oía antes: el zar desprecia los santos iconos y adora a ídolos maléficos. Pedro aparece y agradece a Alekséi el regalo de un gran cargamento de madera que le era muy necesaria, pero la situación entre ambos es difícil. Es la *Afrodita* de Praxíteles la que va a ser entronizada. Su viaje ha sido largo y laborioso, y Pedro con sus propias manos la desembala y ayuda a elevarla a su pedestal.

Hay después poemas y fuegos artificiales que se reflejan en el espejo negro del Nevá, y éste es surcado por una comitiva de dioses que navegan en toneles desde la fortaleza de Pedro y Pablo y desembarcan en el parque para prosternarse ante Venus. Siguen libaciones de vodka por parte de todos los presentes, un banquete y discursos que ensalzan la modernización de Rusia y el milagro de San Petersburgo, «*urbs ubi silva fuit*». Y llegan los bailes y al fin se oyen susurros y gemidos por los rincones del jardín. Es el triunfo de Venus.

En una tertulia, varios ancianos discuten sobre las nuevas costumbres amatorias, que han convertido en elegante el adulterio. En otra, el propio Pedro, a los pies de la Venus, explica el mecanismo descubierto en un icono milagroso de la Virgen, que derramaba lágrimas. Estalla entonces una violenta tormenta y cuando todos se van, Alekséi recoge el icono que había quedado en el suelo partido en dos.

Alekséi visita a la zarina Marfa, viuda del hermanastro de Pedro, Fiódor, el anterior zar, anciana enloquecida por una religiosidad extrema que transforma su palacio «*en hospital de monstruos, idiotas, devotos y canallas*», en palabras de Pedro. Le entrega una carta de su madre, primera mujer del zar, caída en desgracia y recluida en un convento. En estos ambientes también se murmura: «Pedro es el Anticristo». Poco después, la esposa del zarévich, la princesa alemana Sofía Carlota, da a luz una niña mientras su marido descansa de incógnito en Carlsbad.

Se intercala luego un diario de Juliana Arnheim, dama de compañía de Sofía Carlota. Esta discípula de Leibniz sufre lo indecible entre los «hediondos y bárbaros» rusos y con la vida de estrecheces que les obligan a llevar. Nos cuenta la pasión por el estudio del zarévich, pareja a la que siente por la bebida, sus profundos cambios de humor. Habla de la fundación de San Petersburgo y de los miles de vidas humanas sacrificadas en los terribles trabajos. Describe el crecimiento de la ciudad, el grandioso proyecto de la avenida Nevski, los hermosos canales de la que Pedro quiere que sea la Ámsterdam del norte. Los modelos holandeses se imponen en todo.

Tras la botadura de un barco, la fiesta habitual es una borrachera colectiva que Pedro, inmune al alcohol, aprovecha para avizorar el fondo desnudo de sus cortesanos y los embajadores extranjeros. Juliana disecciona su carácter: crueldad, lujuria, eterna prisa, fuerza prodigiosa. Sus elementos son el fuego y el agua. Goza practicando la cirugía y abriendo cadáveres, pero tiene miedo de cucarachas y arañas. Ojos terribles y labios casi femeninos, barbilla gruesa con un hoyuelo. Hay indicios de su cobardía y su poca resistencia al dolor físico. Se propone integrar la Iglesia en el Estado y ser su autoridad suprema, y para ello coloca en su cúspide a arribistas sin escrúpulos como el archimandrita Feodosio, un auténtico hereje, tipos que obedecen ciegamente sus órdenes. Al tiempo, Pedro se complace en fiestas sacrílegas y se ríe de las tradiciones.

En noviembre los lobos entran en la ciudad. Sólo en una noche, setecientos trabajadores mueren congelados entre San Petersburgo y Kronstadt. Hay bailes con pelucas, pero en la plaza de la Trinidad se exponen las cabezas de los *raskólniki* ajusticiados por decir que Pedro es el Anticristo. A fin de año regresa el zarévich, y después de leer casualmente el diario de Juliana, sorprendentemente, la hace su confidente. Ama tiernamente a su hijita y gusta de jugar con ella, pero tiene una amante, Yefrosiña, que lo ha enloquecido. Cuando la princesa que está nuevamente encinta los descubre juntos, se condena a sí misma a muerte. Fallecerá tras dar a luz a un niño que andando el tiempo reinará con el nombre de Pedro II, entre 1727 y 1730. Poco después, Juliana parte para Alemania.

Sigue un diario del propio Alekséi en el que critica a los que se apartan de la fe ortodoxa y tratan de alejar de ella al pueblo, como Feodosio. Son páginas que muestran su inteligencia y su fe arraigada y supersticiosa, a la vez que su abandono a la bebida y la lujuria.

El 6 de noviembre de 1715, sucede una gran desgracia. Como solía ocurrir cada cierto número de años, una inundación arrasa la capital provocando enormes daños. Pedro, que al principio rehúsa tomar precauciones, pasa luego la noche dirigiendo las operaciones de rescate. Cuando amanece y contempla el desastre no hay en su rostro ira ni tristeza; el agua bajará y la ciudad seguirá ahí, su ciudad. La naturaleza se somete a su voluntad. El zarévich lo mira en ese momento y duda si es Dios o el demonio el que resplandece en él.

Tras los trabajos de esa noche, Pedro enferma gravemente y se teme por su vida. Todas las miradas caen sobre Alekséi que tiembla de miedo y de deseo. Tras recuperarse el zar, convoca a su hijo a una reunión en la que le confiesa su frustración de tener un heredero que no muestra interés en los asuntos militares y desprecia las reformas a las que él dedica su vida. Le ofrece dos opciones: enmendarse o hacerse monje. Alekséi declara estar dispuesto a lo segundo, pero sabe que su padre sabe que miente. Pedro tiene un acceso de cólera. Así se produjo la ruptura definitiva entre el padre y el hijo.

Tras su enfermedad, en enero de 1716, el zar viaja al extranjero. Alekséi va a Moscú y visita el Kremlin, destruido por un incendio en 1701 y utilizado ahora, en sus zonas habitables, para actividades que generan suciedad y ruido. Alekséi recuerda su niñez, vivida allí: los mimos de toda la corte, el amor de su padre. Pero recuerda también las escenas horrendas de la persecución de los *streltsí* —literalmente, «arcabuceros»; cuerpo militar que se rebeló contra Pedro en el comienzo de su reinado—. Su padre era uno de los verdugos que torturaban hasta la muerte a aquellos hombres.

No tardó Pedro en sentir desprecio por el muchacho debilucho y estrecho de hombros, de mirada amarga, que él era. Eso fue como la muerte. Sin embargo, con diecisiete años trabajaba febrilmente cumpliendo todas sus órdenes: construía fortalezas, mandaba fundir cañones e imprimir libros... En enero de 1709 cayó enfermo y su padre lo cuidó y le demostró afecto, pero al recuperarse volvieron las críticas, las palizas. Un día intentó estrangularlo. Después fue aún peor: dejó de hablarle. El terror de Alekséi se transformó en odio.

Su padre le conmina a tomar una decisión, pero cuando Alekséi sabe que en realidad ya ha concebido un plan para deshacerse de él, en el verano de 1716 huye con Yefrosiña a Viena, donde es bien recibido; las peticiones de Pedro de que le entreguen a su hijo no son atendidas, lo que lo enfurece. Para garantizar la seguridad de Alekséi, el emperador austriaco lo recluye primero en el castillo de Ehrenberg, en el alto Tirol, pero al averiguar Pedro su paradero, lo manda a Nápoles y lo oculta en la fortaleza de San Telmo, que domina la ciudad. Allí vive con Yefrosiña y Alekséi Yurov, Yesopka, un marinero desertor con el que han hecho amistad y que los distrae con su charla y sus bromas y les cuenta cosas de Venecia y de Roma, de esa extraña Europa donde los niños no son educados a golpes y se respira libertad. El zarévich y sus acompañantes salen a veces de la fortaleza y se entretienen navegando por la bahía. Disfrutan de la belleza de Italia, pero es más fuerte la nostalgia de su tierra.

Alekséi escribe cartas. A los senadores rusos, contándoles las razones de su huida, pidiendo su apoyo, expresando su devoción a la patria. Recibe informaciones de complots que se preparan para forzar su acceso al trono. Ufano, cuenta a Yefrosiña sus planes de gobierno: bajará los impuestos, favorecerá a los humildes, dará libertad para que todos puedan hacerle llegar sus quejas. Conquistará luego Constantinopla, unirá las Iglesias y abrirá una era de paz. Yefrosiña será su zarina; nada le importa que trabajara de criada cuando él la conoció, y el hijo suyo que lleva en el vientre será zar un día.

A finales de septiembre de 1717 el siroco amenaza y el Vesubio entra en erupción. Llega por entonces a la ciudad

una embajada rusa que preside Piotr Andréievich Tolstói, al que muchos consideran el Maquiavelo ruso, maestro de engaños en la corte de Pedro. Trae la orden de conseguir el regreso del zarévich y mientras lo entretiene con su discurso melifluo juega su única baza: Yefrosiña. Ella sabe llevar a Alekséi a un abismo de pasión en el que él trata de asesinarla, cuando ella le asegura que no lo ama, y después, cuando ella le hace creer que en realidad sí le quiere y se entrega a él otra vez, él se convierte en su juguete. De la mano de Yefrosiña, el zarévich sube gustoso al cadalso que su padre le ha preparado. Este crimen compró la nobleza para los Tolstói.

Un cambio de escenario nos lleva a San Petersburgo, al gabinete del zar, donde éste, infatigable, alterna trabajos de artesano con la organización del reino hasta los últimos detalles: la confección de zapatos y el almacenamiento del estiércol. Mientras tanto, guerrea con los suecos y recibe misivas de sus embajadores que le aconsejan emprender la conquista de Persia. Para él, Rusia no ha de ser un país, ni tan siquiera un imperio, sino una parte del mundo, entre Asia y Europa, y al mismo nivel que éstas. Con Yekaterina, su actual esposa, las relaciones son cordiales, aunque los dos buscan romances cada uno por su lado. Sus hijos crecen débiles o mueren rápido. Corre ya el mes de octubre, pero por las obras del Hermitage, Pedro vive aún en el Palacio de Verano.

En la existencia de Pedro hay una herida abierta, una dolorosa llaga por la que toda su obra peligra. Acostado recuerda su vida. Muy joven entendió que la esperanza de Rusia estaba en la ciencia. Viajó al extranjero, aprendió. Construyó un ejército y se enfrentó a los suecos. La independencia de Rusia estaba amenazada y había revueltas y sediciones. Las dominó. Recordó las primeras derrotas contra Carlos, pero luego... Veía la ayuda de Dios evidente en Poltava. Y levantó su ciudad, el nuevo rostro de Rusia. Ahora, todo puede zozobrar...

Pedro lee la carta de Tolstói en que le relata su inminente regreso en compañía del zarévich. Se alegra, aunque de inmediato se siente aturdido. La simple existencia de Alekséi, su inevitable acceso al trono, ponen en peligro todos sus proyectos, su misión histórica. Su muerte es necesaria, pero ¿será capaz de asesinar al hijo de su carne? Poco tiempo duda. Sálvese Rusia y caiga su sangre sobre él.

En la primera conversación entre padre e hijo, el taimado Pedro inspira confianza a Alekséi, que se siente feliz creyéndose amado. Así logra que le cuente todo, que denuncie a todos, ante la promesa de que serán perdonados como él mismo. A los familiares más cercanos, su madre, su tío... que no se atreve a comprometer, los menciona después al confesor que el zar le impone. El 3 de febrero de 1718, Pedro reúne al senado y toda la corte en el Kremlin para comunicarles la abdicación del zarévich y recibir el juramento del nuevo heredero, Piotr Petróvich. Los *preobrazhenski* vigilaban porque se temían motines. El documento que se lee es una inculpación en toda regla de Alekséi a la que Pedro añade que si ha ocultado algo será castigado con la muerte. En la entrevista que tienen luego a solas, Pedro le manifiesta que sabe la implicación de su madre, y Alekséi comprende que está perdido; se abraza a los pies de su padre y éste le golpea.

En los días que siguen, todos los nombrados por Alekséi son detenidos y el propio Pedro les tortura. No se descubre, sin embargo, ninguna conjura organizada, pues nada había de ello en realidad. El 2 de marzo en la catedral de Uspensk, Larión Dokukin, el escribano *raskólnik* amigo de Alekséi, interrumpe un oficio ante el zar para gritar su fidelidad a su hijo. Es apresado. Pronto los partidarios de Alekséi reciben sus sentencias. Muchos son ejecutados tras terribles suplicios. Él de momento no es tocado, pero las nubes de tormenta se acumulan.

El final del libro narra la culminación del parricidio anunciado. Pedro viaja a San Petersburgo el 24 de marzo y la corte lo sigue. Un día en Peterhof, interroga a Alekséi en presencia de Yefrosiña, que lo acusa de conspirar contra su padre. Ella consigue que los pensamientos de Alekséi aparezcan como la traición que Pedro necesita para condenar a su hijo. Alekséi sabe entonces también que el niño que Yefrosiña esperaba ha sido asesinado. Apurado este cáliz nada le importa ya: «—Puedes matarme, me da igual. —*Una lenta sonrisa le torció los labios. Pedro intuyó en ellos un extremo desprecio. Rugió como una fiera herida, se precipitó sobre su hijo, lo agarró por el cuello y empezó a estrangularlo, a pisotearlo, a darle bastonazos sin dejar de rugir*». Se temió por su vida, pero el zarévich se recuperó. El 14 de mayo se promulgó un segundo decreto sobre él en el que se anulaba el perdón al «*haberse descubierto que había encubierto su proyecto de hacerse con el imperio con la ayuda de extranjeros o amotinadores rusos*». El 14 de junio es recluido en la fortaleza de Pedro y Pablo.

Ante el tribunal, Alekséi se defiende soberbiamente. Acusa a su padre de perjurio y profetiza: «*Serás el primero en derramar en el patíbulo la sangre de tu hijo, la sangre de los zares rusos (...) y esta sangre recaerá sobre tu estirpe hasta el último zar que morirá ensangrentado. ¡Por mí, Dios castigará a Rusia!*». Después es torturado salvajemente, incluso por su propio padre. Sufre hasta que en una visión un anciano de pelo blanco le administra la eucaristía. «*El anciano alzó la cabeza. El zarévich vio un rostro de eterna juventud.* —¡Cristo ha resucitado, Aliosha!— (...) *Comprendió que no existía dolor, temor, sufrimiento ni muerte, que sólo había vida eterna, sol eterno: Cristo*». Alekséi fallece en la tarde del 26 de junio de 1718. La obra culmina con una escena de ese verano; Pedro navega con su flota hacia Reval en un atardecer con signos de tormenta*: «Con mano firme el timonel conducía su barco sobre las olas de hierro y sangre hacia una lontananza desconocida. El sol se desplomó, se hizo la oscuridad. La tempestad empezó a rugir*».

La desesperación del pueblo

Entre el pueblo y sobre todo entre los *raskólniki* se extiende la idea de que el zar es un impostor, un judío probablemente. Sólo así se explica su comportamiento ignominioso, su desprecio de la religión, su persecución de las tradiciones. Se analizan los signos y la conclusión es clara: Pedro es el Anticristo. Tijon Zapolski, discípulo del anciano Kornili es el último vástago de una familia noble masacrada por Pedro tras la revuelta de los *streltsí*. Es un muchacho enfermizo que sufre de epilepsia. A veces, antes de los ataques sobre todo, se apodera de él una sensación indefinible: desarraigo, amor y dolor infinitos, presagios del fin del mundo.

Tijon estudió en Moscú, en la escuela de matemáticas y navegación y luego fue destinado a completar sus conocimientos en el extranjero, pero en San Petersburgo se unió al viejo Kornili y decidió acompañarle en su viaje de peregrinación hacia Kerjenets, en la otra orilla del Volga. Los dos se refugian en los bosques de Vetluga con otros *raskólniki* que huyen de la persecución. Han construido una ciudadela protegida por una empalizada de estacas afiladas. Entre ellos se extiende el deseo de la autoinmolación que llaman la «muerte roja»: renacer por el fuego para Cristo. Kornili es uno de los que la predican. Otros se oponen y hay también violentas discusiones sobre el dogma, aunque todos están de acuerdo en que la llegada del Anticristo es inminente.

Cuando se sabe que los soldados se acercan, unos ochenta *raskólniki*, hombres, mujeres y niños, se encierran en una ermita sobre un cerro para arder en cuanto sean avistados. Tijon huye, pero Sofía, una muchachita a la que ama, lo busca y lo convence para quemarse con ella. Los soldados llegan con órdenes de tratar de evitar la inmolación, pero resulta imposible. Muchos perecen en la capilla incendiada, aunque Kornili escapa en el último momento para proseguir su criminal prédica. Tijon, ya desvanecido, es salvado por él, pero unos días después decide separarse, decepcionado del carácter sanguinario de esta fe.

El epílogo del libro se dedica a narrar la vida de Tijon tras su huida de Vetluga. En Moscú se une a una secta que rinde culto a «Cristos vivos» con cánticos, bailes extenuantes, orgías sexuales y, ocasionalmente, sacrificando y devorando recién nacidos, la llamada «muerte blanca». Esto no lo tolera Tijon, que aborta la ceremonia y resulta herido. Viaja después a San Petersburgo con el obispo Teófano y trabaja ordenando su biblioteca. Leyendo a los filósofos: Descartes, Leibniz, Spinoza..., vive la pesadilla de un cosmos frío, un artefacto odioso donde no existe lugar para el amor y la dicha que éste genera.

Tijon huye de la capital y se establece con dos ancianos eremitas de la isla Valaam, en el lago Ládoga: Hilarión y Serguéi. Éstos viven juntos en armonía aunque representan dos vías espirituales muy diferentes. Hilarión practica ayunos y mortificaciones, mientras que Serguéi sigue una «vía intermedia», evitando los extremos y concentrado sobre todo en la oración de Jesús: «*Señor Jesucristo, hijo de Dios, ten piedad de mí*», que según muchos místicos de la Ortodoxia, combinada con ejercicios respiratorios, sirve para alcanzar la unión con el absoluto. Un día Tijon tiene una visión; es una terrible experiencia durante una tormenta que lo deja incapaz de hablar, y tras ella reemprende su peregrinaje decidido a predicar la fe en una nueva Iglesia.

Síntesis magistral de una época

En *Anticristo. Pedro y Alekséi*, Dmitri Merezhkovski nos sumerge en una época decisiva de Rusia. Lo viejo se resiste a desaparecer, mientras lo nuevo se impone por el terror. Con su talento para la síntesis, consigue mostrar toda la complejidad de aquel tiempo en unas pocas escenas, llevándonos de las borracheras y orgías paganas de la corte a la fe esclerotizada y los delirios apocalípticos de los viejos creyentes. Pedro ejecuta la «modernización» de Rusia, pero entendemos enseguida que somete al cuerpo social a una tensión extrema y que con ella sólo logra a fin de cuentas que la autocracia clave sus garras con más fuerza. La transición del feudalismo al capitalismo no es ningún regalo para los que forman la base de la pirámide social.

Conflictos de poder, inevitables en un sistema autocrático, se desbordan con una violencia implacable. Visiones enfrentadas sobre religiosidad y política se entretejen con desavenencias personales, y todo es tan monstruoso que al fin el parricidio llega a parecer lo más «razonable» a la mente de Pedro. El pueblo simplemente no cuenta como algo humano. Es una propiedad de los poderosos, que éstos explotan sin misericordia. Abandonado a su ignorancia, no es extraño que encuentre en el suicidio una solución también «razonable». Es el triunfo de la muerte lo que vemos desarrollarse ante nosotros inexorable, con los dorados ornamentos y el coro atronador de una liturgia ortodoxa. ¿No existe realmente esperanza?

Tras la lectura de la obra, quedamos con la impresión de que su autor ha profundizado en la situación que vivió Rusia a comienzos del siglo XVIII y se ha introducido en la piel de algunos de sus protagonistas con el único fin de transmitirnos el mensaje que dominaba su pensamiento. Hay una extraña semejanza entre el progreso espiritual del zarévich Alekséi y el de Tijon, los dos abrumados por dudas y los dos con una visión en un momento clave que les revela el sentido de todo. Esta visión es además en los dos casos similar, con un anciano de pelo blanco como símbolo solar y eucarístico, y da forma, como no podía ser de otro modo, al misticismo cristiano que siempre defendió el autor del libro.

Éxitos militares, ganancias territoriales y las avenidas y canales de una hermosísima ciudad comprendemos al fin que son sólo la careta festiva de una sociedad abismada en extremos nauseabundos de injusticia y desigualdad. Me-

rezhkovski, a pesar de sus dotes proféticas que le hacen ver con claridad en 1905 el sangriento fin de los Románov sólo tiene para oponerse a todo esto un misticismo que no aporta ningún análisis o crítica racional del entramado social y se muestra impotente para llevar a cabo en él cualquier transformación.

Pedro I de Rusia en el espejo literario: la visión de Alekséi Tolstói

Publicado en *Rebelión* el 28 de agosto de 2014

El escritor soviético Alekséi Nikoláievich Tolstói (1883-1945) sólo publicó tres libros de la magna obra que concibió sobre el zar Pedro I (1672-1725) y que ocupó, con pausas para otros proyectos menores, la etapa final de su vida. Estos libros aparecieron en 1929-30, 1933 y 1945, y constituyen aproximadamente la mitad de lo que hubiera sido la novela de haber llegado a culminarla. Además, sólo el primer libro, y no completo, se benefició de la revisión que el autor estaba realizando en sus últimos meses. Se trata de una extraordinaria recreación literaria de los comienzos del reinado del zar Pedro I, uno de los momentos cruciales en la historia de Rusia.

Pedro hereda una Rusia feudal en la que los boyardos son dueños de un país cerrado en sí mismo e irrelevante en el plano internacional. Su obsesión una vez consolidado su poder, es la construcción de un tejido productivo que permita explotar las riquezas de Rusia y dotarla de un ejército y una flota que hagan posible el acceso a los mares y el comercio. Emprenderá numerosas guerras para conseguir estos objetivos, y paralelamente se afianzará en Rusia una nueva casta dirigente de militares y mercaderes, algunos de ellos de origen muy humilde. La acción del libro se va desgranando en escenas breves en general, bien documentadas y plenas de colorido, y logra así una brillante expresión literaria de estos complejos procesos históricos.

Los comienzos difíciles

El comienzo del libro nos muestra la situación en el año 1682, cuando en el Kremlin agoniza el zar Fiódor Alekséievich. Sus hermanastros Iván y Pedro, los dos niños aún, son los llamados a sucederle y reinarán juntos hasta 1696, pero Sofía, hermana del zar será regente. Es una mujer ambiciosa que tratará de conseguir el trono para Iván, enfermo y de poco carácter. Mientras tanto en las calles crece el descontento, porque los privilegios de los comerciantes alemanes arruinan la economía. Los *streltsí*, a los que adeudan más de un año de soldada lideran la revuelta. No quieren a Pedro, apoyado por los Narishkin, la familia de su madre, y por los boyardos vendidos a los extranjeros. Los *streltsí* además son partidarios de la vieja fe y se oponen a la reforma del patriarca Nikon de 1654.

Mientras esto sucede, llega a Moscú Vasili Vólkov, propietario de treinta y siete almas. Se ha requerido su presencia con tres hombres de armas para el servicio del zar. Estas convocatorias era costumbre que se hiciera en la víspera de las campañas de primavera. La ciudad es un caos; miseria y barullo en las calles. Va también con él otro de sus siervos, Iván Brovkin con su hijo Alioshka. En Moscú éste conoce a Aleksashka, huérfano de madre y maltratado por su padre. Los dos chicos deciden escapar juntos, y en poco tiempo la astucia de Aleksashka hace que encuentren trabajo de vendedores callejeros de pasteles. Estas escenas iniciales nos presentan en sus humildes orígenes a algunos de los personajes esenciales de la corte de Pedro, pues este Aleksashka está destinado a convertirse nada menos que en duque de Izhora y favorito del zar. Aleksandr Danílovich Ménshikov (1673-1729) fue ministro todopoderoso hasta la muerte de Pedro I. Valiente, guapo y ladrón era de chico y así siguió siendo toda su vida. La torre que lleva su nombre todavía se eleva orgullosa en Moscú. Del mismo modo, el muzhik Iván Brovkin será uno de los comerciantes más acaudalados e influyentes del país y sus hijos emparentarán con las familias más antiguas de Rusia.

Se describe luego la revuelta de los *streltsí*, que liderando al pueblo, suben al Kremlin y hacen una matanza de nobles partidarios de Pedro. Consiguen así que se les abonen los atrasos y regresan a sus arrabales. En la muchedumbre van, espectadores entusiasmados, Alioshka y Aleksashka. Tras varios meses hay una nueva insurrección de los *streltsí*, capitaneados por Iván Andréievich Jovanski —la famosa Jovánschina, libérrimamente glosada en la ópera homónima de Modest Mússorgski—. Deciden ir a por el todo y restaurar la vieja fe, pero la nobleza se moviliza contra ellos y son derrotados.

Pasa el tiempo. En el Kremlin, Sofía es regente y tiene todo el poder, que comparte con su amante, el gran voivoda príncipe Vasili Vasílievich Golitsin, un erudito con buenas ideas de desarrollo económico y progreso social para Rusia, como la abolición de la servidumbre o la libertad religiosa, que nunca podrá materializar. El joven zar Pedro vive con su madre, Natalia Kirílovna en el palacio de Preobrazhenski y es educado tradicionalmente, aunque gusta sobre todo de entretenerse en juegos de guerra. Entre los gentileshombres a su servicio está Vasili Vólkov. Un día Pedro, navegando por el Yauza en una lancha, llega a Kukui, el barrio de los alemanes y es invitado a visitarlos. Mientras tanto, Alioshka y Aleksashka trabajan poco, roban algo, pescan, mendigan y pasan hambre hasta que Aleksashka entra al servicio de un militar y diplomático alemán, Franz Lefort.

En 1687, hay guerra con los tártaros de Crimea para ayudar a los polacos, que acceden a cambio a devolver Kíev a Rusia. Sofía ordena ir a Golitsin, que se resiste, pero no hay otro remedio. Pedro tiene ya catorce años y les preocupan sus progresos. Está muy crecido y empieza a organizar un pequeño ejército en Preobrazhenski para sus «juegos militares». A su mando ha puesto a Theodor von Sommer, un capitán extranjero al que ha dado el grado de general. En Kukui ha trabado amistad con el vinatero Johann Mons y Franz Lefort. Allí aprende a admirar el ingenio de los alemanes, la limpieza y belleza de su pueblo, pero también a divertirse, a beber, y se enamora como un tonto de la hija de Mons, Anchen. Aleksashka lo aconseja en estos lances y convertido en su asistente y hombre de confianza pasa a ser el respetado Aleksandr Danílovich. Un día presenta a Pedro a su viejo amigo Alioshka. En el Kremlin, Sofía recela de que el lobezno se ha transformado ya en un lobo, mientras Pedro se prepara para el enfrentamiento inevitable.

La campaña de Crimea es un fracaso y el ejército ruso, falto de moral, se retira con grandes pérdidas sin apenas combatir. Los impuestos exigidos habían llevado el campo a la miseria y las gentes huyen y se unen a los *raskólniki* que predican la inminente llegada del Anticristo y proponen suicidios rituales por el fuego, «la muerte roja». El gran voivoda Vasili Vasílievich comparece ante Sofía y los boyardos y pide dinero para la próxima expedición. Sólo se les ocurre sangrar más al pueblo.

Casan a Pedro con Yevdokia Lopujin. Tolstói desmenuza el complejo ritual ortodoxo; en un momento, el padre de la novia la golpea con un látigo y luego se lo entrega al novio... Pedro sigue amando a Anchen, que ha quedado huérfana y se encuentra enferma precisamente esos días, pero sus esfuerzos son sobre todo para las tropas que prepara, para las naves que comienzan a construir especialistas extranjeros en el astillero de Pereieslav. En ellas comienzan a usar una bandera que discurren: blanca, azul y roja.

La situación se vuelve desesperada cuando Vasili Golitsin regresa derrotado de su segunda campaña de 1689 en Crimea. Aunque se trata de disfrazar ésta como un éxito, los soldados cuentan la verdad, y además el país está arruinado. Se teme el inevitable ascenso de Pedro al poder y los *streltsí* toman la iniciativa. Fingirán un tumulto, asaltarán Preobrazhenski y lo matarán. Pedro, avisado de todo, cuando el ataque es inminente se refugia con los suyos en el monasterio de Troitsa, de muros inexpugnables, donde podrá resistir un largo asedio. Algún regimiento de *streltsí* se les une allí, y otros lo hacen en los días siguientes.

El 29 de agosto de 1689, Sofía acude a Troitsa, pero no se le permite acceder. Vasili Vasílievich Golitsin es de los últimos en ir a rendir acatamiento a Pedro, pero no es recibido por él. Se le expropia y condena a destierro. Sofía es encerrada en un convento y sus más significados partidarios son muertos o deportados a Siberia. Pedro gobernará desde ahora con su hermano Iván, de poco espíritu y enfermo, que ha sido un convidado de piedra en todo este drama y morirá en 1696. En octubre, se establece en el Kremlin. Han cambiado los nombres de los principales dignatarios, pero el régimen sigue idéntico a sí mismo.

Tolstói recrea con arte la maduración del carácter de Pedro, su pasión por la guerra y todos los oficios mecánicos, que aprende por sí mismo alardeando de ello, las influencias que progresivamente va absorbiendo para forjar la imagen de una Rusia fuerte y respetada que lo dominará toda su vida. Su habilidad para jugar su juego lo hace con diecisiete años autócrata de Rusia.

Pedro en el poder

Franz Lefort, nombrado general, es quien más ascendiente tiene sobre el joven zar. Su casa de Kukui, transformada en palacio, es donde los extranjeros hacen sus negocios. Pronto se revelan las discrepancias entre Pedro y el patriarca Ioakim, que pretende prohibir los cultos no ortodoxos y expulsar a los herejes. Alborotan la ciudad las locas fiestas de Pedro, bromas, disfraces, bacanales y borracheras extremas, pero también ejercicios militares de asombroso realismo que dejan algunos muertos. En 1690, Yevdokia da a luz a un niño al que se pone el nombre de Alekséi.

En la primavera de 1693 Pedro decide viajar a Arcángel. Allí, en el mar Blanco, mientras la frágil barcaza que lo transporta pasa al lado de los grandes navíos holandeses, alemanes e ingleses que comercian en aquellas tierras, siente vergüenza y empieza a fraguar planes. Lefort le ayuda a darles forma. Rusia debe fortalecerse, dotarse de una flota, imponerse en el mar Negro y el Báltico. Pero eso significa guerra: guerra con el jan de Crimea, guerra con los suecos, guerra... En Arcángel crea unos astilleros que enseguida comienzan a trabajar.

En 1694 Pedro regresa a Moscú, donde a los pocos días ha de llorar la muerte de su madre. Eso da lugar a un reajuste del poder. Yevdokia, zarina ahora, trata de ganar influencia sobre él, pero nada puede hacer ante el talento de Franz Lefort y Aleksandr Ménshikov, a los que descubrimos conspirando juntos. Éstos juegan su gran baza: Ann Mons se entrega a Pedro tras una fiesta pagana en que es presentada como la diosa Ceres, vencedora de la muerte. El zar acude a casa del enriquecido Iván Brovkin, padre de Alioshka, con el fin de pedir la mano de su hermana, Aleksandra (Sanka), para su antiguo amo, Vasili Vólkov.

Poco después, Austria, en guerra con los turcos, exige, invocando un viejo tratado, que Rusia vaya contra los tártaros y los boyardos han de acceder. Pedro duda, pero al fin manda reunir las milicias. La campaña comienza en la primavera de 1695. Dos grandes ejércitos viajan hacia el sur, uno siguiendo el Dniéper y otro, con el propio zar, em-

barcado por el Volga, cruza luego al Don. Su objetivo es Azov, protegida por fuertes murallas, que es sitiada. Los rusos combaten esforzados, escalan y hacen minas, pero nada consiguen. Al final del verano levantan el cerco y regresan. Pedro ha aprendido mucho y Aleksandr Ménshikov es el héroe de la expedición. Iván Brovkin resultó ser el más honrado de los proveedores del ejército y ve aumentar el volumen de sus negocios.

Tras la derrota, Pedro está desconocido. El juerguista se ha transformado en un obseso del trabajo y éste se impone al pueblo con violencia extrema. El coste en vidas es alto, pero en julio de 1696 una escuadra recién construida logra la rendición de Azov. Ya nadie se ríe del joven zar, pero es sólo el comienzo. El país se convierte en un taller y los boyardos, sus auténticos dueños, han de cargar con los gastos. Pedro habla ante su duma y exige. Todos saben que el poder está ahora en manos de las nuevas fuerzas militares que él controla, de los extranjeros y los advenedizos. Se ordena que cincuenta jóvenes nobles de Moscú partan hacia Europa occidental para estudiar ciencias y técnicas de guerra.

Viaje por Alemania, Holanda, Inglaterra y Austria

Tras reprimir salvajemente una conspiración de los cosacos contra su vida, en 1697 Pedro decide viajar al extranjero en busca de apoyo para sus planes de modernización. Lo acompañan los más próximos y lo sigue una amplia embajada. Por el Báltico, mar de los suecos, llegan a Königsberg y se entrevistan con el elector de Brandenburgo. Con él no hay problemas, pues el enemigo común son los suecos, pero en Polonia se elige soberano esos días y el triunfo del candidato francés supondría una alianza de Polonia con los turcos. Allí comprendió Pedro los juegos de la alta política. Al fin, con ayuda rusa, Augusto, el candidato alemán, logra imponerse.

Visitan Berlín, Hannover. Alemania impresiona a Pedro: limpieza, vida holgada y bien organizada. Empieza entonces a soñar con llevar a Rusia al Báltico y construir en él una ciudad que se parezca a eso. Tratan a Sofía, electora de Hannover y a su hija Sofía Carlota, que será entregada en matrimonio al zarévich Alekséi. Eran mujeres de gran cultura, discípulas de Leibniz, pero se divierten juntos y la seducción es mutua. El siguiente objetivo es Holanda, cuyos astilleros Pedro quiere conocer. En Zaandam trabaja varios meses de 1697, observándolo y aprendiéndolo todo, y con el nuevo año parte para Inglaterra, donde puede estudiar en detalle los misterios del diseño de las naves y contrata ingenieros y marinos para sus proyectos.

Mientras tanto, en Moscú, Sofía y los *streltsí* traman una sedición que es dominada por los regimientos fieles. Pedro debe regresar tras una estancia en Viena que le permite conocer mejor la alta política europea; está a punto de estallar la guerra por la sucesión de la corona española y los austriacos han pactado una paz con los turcos. Los ingleses están sumamente interesados en esta paz, que perjudicará mucho a Francia. Más malas noticias: ingleses y holandeses se niegan a ayudar a los rusos a explotar los grandes yacimientos de hierro que se acaban de descubrir en los Urales.

El primer libro concluye con el regreso de Pedro a un Moscú que inundará de sangre con las torturas y ejecuciones de todos los *streltsí* implicados en la revuelta. Los cadáveres de los ahorcados quedarán expuestos varios meses. No sólo ejerce él mismo de verdugo, sino que obliga a los boyardos a ejecutar con sus manos a los condenados para sellar así un pacto de sangre; los fuerza además a afeitar sus luengas barbas. Yevdokia es repudiada y enviada a un monasterio.

Rusia en el mar Negro

El segundo libro comienza presentándonos la situación en Rusia en enero de 1699. La gente huye de los impuestos y la pobreza a las regiones poco habitadas del norte y el este, donde la vida es sencilla y es más fácil conservar la vieja fe. Pedro prepara su flota en Vorónezh, a la orilla del Don, y en la capital los boyardos abominan de las nuevas costumbres, mientras el pueblo sufre su miseria. Franz Lefort muere en marzo. El almirante sólo tenía cincuenta años y era el primero entre los empeñados en hacer de Pedro el artífice de una Rusia abierta a Europa. Lefórtovo es aún hoy un importante barrio de Moscú. Con la inminente guerra de Sucesión española, los turcos son cortejados por Inglaterra y Austria para perjudicar a Francia. Es difícil para los rusos arrancar un armisticio.

En mayo, con la crecida, una flota de ochenta y seis embarcaciones de guerra desciende por el Don apacible. Las barras de la desembocadura no le permiten el acceso al mar, pero tras una gran tormenta consiguen pasar. En agosto, la armada rusa está frente a Kerch, puerta del mar Negro, y el dos de septiembre el Krépost, buque de cuarenta cañones, se planta con una embajada en Constantinopla, que los rusos llaman Zargrad. Los turcos y con ellos toda Europa empiezan a ver que en Rusia están cambiando cosas.

La gran guerra del Norte

Corre aún el año 1699. A Moscú llegan embajadores suecos ofreciendo una paz eterna, pero también livonios, polacos y alemanes que conspiran contra el dominio sueco en el Báltico y buscan una alianza con Rusia. Para diciembre está firmado un tratado secreto con Augusto, rey de Polonia, que atacará a los suecos, intentando tomar Riga, y será luego apoyado por Cristián de Dinamarca y por Pedro. En Estocolmo se nos presenta a Carlos XII, joven y enérgico, dispuesto a vencer y con osadía para hacerlo, pero en guerra con un senado de comerciantes que rehúsan seguirlo.

En Moscú, se prepara un ejército. Los muzhiks acuden al reclamo de la comida, el vodka y la paga; y quedan atra-

pados en la máquina letal. Es una tragedia, pero Tolstói retrata con humor la metamorfosis del campesino ruso. En el norte, Alekséi Brovkin recluta hombres para el zar y se interna en los bosques en busca del anciano Nectario. Éste acaba llevando a sus *raskólniki* a la «muerte roja» en una escena que es una réplica de la descrita por Merezhkovski en su libro sobre Pedro.

Entra 1700 con grandes celebraciones y cambios en el calendario; el año comenzará a partir de ahora en enero y no en septiembre. En Vorónezh se prepara una nueva flota que asuste al sultán y permita acometer la lucha contra el sueco. Sin embargo, en este frente las noticias son enseguida poco prometedoras. Augusto, rey de Polonia, ha mandado sus tropas sajonas contra Riga, pero no ha conseguido tomarla. Los grandes señores polacos y livonios dudan en comprometerse contra los suecos por miedo a caer en poder de los rusos. Los daneses comienzan las hostilidades contra Suecia y es entonces cuando Carlos XII, llamado a veces el Rayo de la Guerra, muestra ser acreedor a este título; toma la iniciativa y embarca en Landskrona con quince mil hombres escogidos a la conquista de Europa. Primero obliga a Cristián a someterse y luego se dirige a Livonia.

Rusia firma al fin la paz con los turcos. Las gracias hay que dárselas a Luis de Francia que acaba de comprar un ataque del sultán a sus enemigos austriacos en la pugna por el trono de España; a los otomanos se les ha hecho necesaria así la paz con Rusia. En el verano de 1700, un gran ejército sale de Moscú y con el comienzo del otoño pone sitio a Narva, en la frontera de Estonia, sólida fortaleza bien defendida. Pedro se desespera por la pésima organización: pólvora y cañones que no llegan, poca y mala comida. Y Carlos avanza sobre Riga. La primera quincena de noviembre, Narva es bombardeada furiosamente, sin lograr tomarla. Carlos aparece entonces con diez mil hombres.

El 19 de noviembre se produce el encuentro de los dos ejércitos y los rusos son derrotados en toda regla. Capitulan y han de entregar el armamento; además, generales y oficiales son retenidos. De los 37 000 hombres, sólo regresan 8000. Pedro, que había escapado días antes, recibe la noticia en Nóvgorod. El contratiempo no lo desanima. Sabe que la lucha ha de ser larga y está dispuesto a aprender de estos errores. Ordena fortificar la ciudad y vuelve a Moscú. Todos son obligados a trabajar en las obras.

La batalla de Narva se convierte en la comidilla de Europa y Carlos es el héroe del momento hasta que la sucesión al trono de España incendia el continente. Carlos, conseguido el apoyo del senado, ve llegada su hora y en julio de 1701 arrolla frente a Riga a los regimientos sajones de Augusto, persigue a éste hasta Cracovia y lo fuerza a refugiarse en Sajonia. Mientras tanto, en Rusia se combate entre el mar Blanco y el Báltico, donde los suecos empiezan a darse cuenta de que los rusos aprenden rápido. Ese invierno, Borís Petróvich Sheremétiev ataca por sorpresa a los suecos en Tartú (Estonia) y logra una victoria aplastante. Meses después arrasa a sangre y fuego Estonia y Letonia, respetando sólo las ciudades costeras. En una de estas razzias, salva a Yekaterina, una hermosa muchacha que está a punto de ser violada por sus hombres. Andando el tiempo será esposa de Pedro y a su muerte emperatriz de Rusia: Catalina I.

En 1702, la obsesión en el Kremlin es la conquista del río Nevá, que con las esclusas y canales que se están construyendo en la zona de los lagos, puede ser la salida natural al Báltico de las riquezas de Rusia. A finales de septiembre, se consigue tomar la fortaleza de Nöteburg, en el lago Ládoga, que pasa a llamarse Schlüsselburg («la ciudad llave»). En la borrachera tras la batalla, Pedro descubre la infidelidad de Anna Mons. Durante las celebraciones en Moscú, un incendio asuela el Kremlin. El zar mira los escombros y comienza a hablar de la nueva ciudad que hay que levantar a orillas del Nevá. Ménshikov, que ha arrebatado a Yekaterina al viejo Borís Petróvich se la presenta a Pedro, que queda maravillado.

El tercer libro arranca en 1704 en San Petersburgo, cuando éste era sólo un bastión de Pedro y Pablo que se elevaba solitario sobre el Nevá y un amasijo de izbás y talleres con un embarcadero. Los trabajos avanzan, pero Pedro tiene claro que no hay que esperar el ataque de los suecos, hay que ir a buscarlos y conquistar Narva y Kexholm, afianzar las fronteras del Báltico ruso. Parten hacia Kexholm, pero al recibir la noticia de que una gran flota sueca ha llegado a Narva, se dirigen allí. En el escenario de su vergonzosa huida, Pedro sabe que esta vez tiene que ser distinto. La ciudad caerá en su poder en julio, tras una resistencia numantina de los suecos.

Se describe también la situación desesperada de Augusto en esa época, expulsado de Varsovia por Stanislaw Leszczynski que le disputa el trono de Polonia, perseguido con saña por Carlos y arruinado por sus queridas. Sin embargo, sus perspectivas mejoran cuando surgen desavenencias entre suecos y polacos, y con ayuda rusa decide asaltar Varsovia.

La acción se interrumpe bruscamente en este momento.

El tejido narrativo

Pedro I, a pesar de su carácter fragmentario, suele considerarse la máxima expresión de la novela histórica rusa referida a un pasado lejano, y sólo la muerte impidió a este Tolstói culminar un ciclo narrativo que por su extensión, complejidad y vigor dramático estaba llamado a competir con la *Guerra y paz* de su antepasado Liev. El texto se ajusta a los hechos históricos y con base en ellos construye una trama en la que encontramos además personajes de ficción de enorme atractivo.

Uno de ellos es Andréi Gólikov, que nos recuerda al Tijon de Merezhkovski. Se trata de un joven pintor de iconos

que no soporta los cambios que imponen en su arte y vaga mísero buscando su salvación en los rigores de la vieja fe. Viaja al norte con un cargamento de trigo para un grupo de viejos creyentes y acaba escapando al igual que Tijon de la «muerte roja». Alekséi Brovkin lo lleva más tarde como soldado en su compañía a la guerra del Norte y así participa en la primera batalla de Narva. Deserta después y recorre con un camarada aldeas desoladas de pobreza sobrecogedora. Roban, piden a los ricos y vagan. Andréi tiene alma de artista. Un día le explica a su compañero: «*Fedka, el día se enciende y se apaga, pero en mi tabla luce eternamente... ¿Qué tiene de particular un árbol cualquiera, un abedul o un pino? Pero contemplas el árbol que yo he pintado en mi tabla y lo comprendes todo, sientes deseos de llorar*». Sueña con ir al país maravilloso que llaman Italia, pero su destino es clavar los primeros pilotes en la desembocadura del Nevá para la ciudad que llevará el nombre de Pedro. Un día de 1704 muestra al zar los dibujos que ha hecho con un trozo de carbón en una pared y éste lo envía a Moscú a hacer el retrato de Yekaterina, la que reina en su corazón. En el viaje, Andréi conoce a Masha Vorobiov, una misteriosa muchacha que se dedica a modelar figuritas de barro. Estaba llamada sin duda a tener un papel importante en el libro, pero su imagen queda apenas esbozada.

Sanka, hija de Iván Brovkin, es una arrapieza andrajosa en el primer párrafo de la novela, y se casa luego, al enriquecerse su padre, con Vasili Vólkov, que fue su señor. Aleksandra Ivánovna Brovkin es un demonio de mujer, bella y elegante, dispuesta a llegar con sus armas femeninas a la misma cúspide de la pirámide social. Viaja con su marido, que es nombrado embajador y triunfa en La Haya, pero soñando con París. Atalía, condesa de Desmont es la Mata Hari de la historia, espiando para Carlos en las cortes de Augusto y Pedro. Ella trata de arrastrar a Sanka a una infidelidad que, a pesar de toda su ambición, le resulta odiosa. Hay aquí también tramas que quedan abruptamente cortadas, aunque bien podemos llevarlas a su fin con un poco de imaginación.

Kuzmá Zhémov es un buen herrero arruinado por la manía de construir unas alas que permitan al hombre volar. Se une a una banda de salteadores y cuando son detenidos realiza trabajos forzados en una fragua. Acaba al servicio del zar. En Moscú el pope Grishka escribe brujerías y trata de unir las voluntades de los que se resisten a Pedro y añoran lo viejo. Es apresado y torturado. Entre los secundarios que corresponden a personajes reales vemos al embajador Piotr Andréievich Tolstói en los comienzas de su carrera, cuando se ganaba el favor del soberano derrochando ya talento y astucia. Hay lugar también para tiernas escenas de amor como la de Natalia, hermana favorita de Pedro, la que introducirá el teatro en la corte, y Gavrila Brovkin. Los dos tienen que sufrir un poco antes de encontrar su sitio en los brazos del otro.

El místico y el cortesano

El libro nos permite asistir a un momento crucial, metamorfosis de una Rusia que convulsiona, repudia su tradición y reclama su lugar en Europa, haciendo acto de presencia en el mar Negro y el Báltico. Los rusos han de aprender a ser marinos, y el primero que lo hace es el zar Pedro. Ésta es la historia que se nos cuenta y no deja de ser una parte importante de la verdad. De la miseria de la población, el expolio y las guerras constantes, de la resquebrajadura del cuerpo social y sus consecuencias terribles también se nos habla, pero muchas veces durante la lectura de la obra, tenemos la impresión de que ese narrador omnisciente que va alumbrando las sombras, ese hombre que juega a ser Dios, ha tomado decididamente partido por su protagonista.

Si hemos de comparar la aproximación al zar Pedro I de Dmitri Merezhkovski en *Anticristo. Pedro y Alekséi* y la de Alekséi Tolstói en *Pedro I*, podríamos decir que la diferencia fundamental es que Merezhkovski nunca deja de contemplar a Pedro como el monstruo que es. Para mostrar al lado del tirano una norma de humanidad que sirva de contraste, utiliza a su hijo Alekséi, que con todos sus defectos simboliza una alternativa «humana» al déspota endiosado. Merezhkovski, influido por su misticismo cristiano, no soporta que un hombre se sienta legitimado para esclavizar y exterminar a otros hombres, aunque aduzca hermosos y plausibles motivos. De ahí la tensión dramática y el simbolismo de su novela.

Hay artistas que son arrastrados por su inspiración y llegan a morir por ser testigos de ella, y no faltan buenos ejemplos en la Rusia de la primera mitad del siglo XX, de los que uno extremo podría ser el de Ósip Mandelshtam. Al lado de éstos, suelen proliferar los acomodaticios. Alekséi Tolstói fue un escritor áulico capaz de enfocar su talento en la dirección que le podía ser personalmente más beneficiosa. Su pariente, el historiador Nikolái Tolstói, llegó a decir de él en *The Tolstoys, 24 Generations of Russian History*: «*Few families have produced a higher literary talent than Leo Tolstoy, but few have sunk to one as degraded as Alexei Nikolaevich*». Tras su pelotilleo ignominioso a Stalin en el tercer tomo de la trilogía *Tinieblas y amanece*r, lo que tenemos en *Pedro I* es una glorificación del poder férreo capaz de llevar a Rusia a la victoria y el establecimiento de un brillante precursor de las políticas de Stalin. Ése es el objetivo al que se subordina todo en la narración. Sobre los cientos de páginas alienta un único espíritu: «*la violencia extrema fue provechosa*»; una visión del pasado con proyecciones en el presente. Acompañando este mensaje, el hombre genial que desencadena estos procesos tiene que ser pintado con los colores apropiados.

Pedro es el héroe indiscutible que llena el relato, y todos sus actos son presentados desde una perspectiva favorable. Por ejemplo, cuando cambia de unidad a Mishka Blúdov, el

soldado que había salvado a Yekaterina de ser violada y había pasado luego una noche de amor con ella, con el previsible fin de enviarlo a la muerte, se antepone una conversación entre los soldados, escuchada por Pedro, que nos hace comprender que esta decisión es criminal, pero profundamente humana. En el comienzo del libro tercero, cuando sabe que los obreros están muy mal alimentados en San Petersburgo, el zar riñe a Ménshikov, el culpable de ello, aunque sin mayores consecuencias. Continuamente en la narración se trata de defender el lado humano del autócrata. El problema es que con este énfasis sólo se consigue insistir en una cuestión que no es en absoluto relevante y que no ayuda nada a entender lo esencial de este personaje.

Los reyes y los hombres

Toda la historia pivota sobre la voluntad de dos hombres: Carlos, el sueco y Pedro, el ruso. Los demás están ahí también, pero son sólo átomos o partículas de unos pueblos cuyo único sentido parece ser la vocación ineludible de convertirse en imperios. Para eso los hombres tienen que morir en el campo de batalla. Siempre ha sido así. Ésta es la lógica que hace funcionar todo. Carlos y Pedro movilizan sus recursos. En el caso de Rusia, esto supone una catástrofe social. El escritor áulico nos va a mostrar esta catástrofe como justificable, la va a endulzar con su humor, y con los mil detalles que su talento cortesano le sugiere va a hilvanar amores con dolores y escenas rurales o palaciegas con batallas para construir una obra literaria que al final es un bello arco de triunfo a mayor gloria del tirano.

Antes y después de la gran guerra del Norte y todas las muertes violentas que originó, los hombres habitaban ciudades, estepas y bosques entre las orillas arenosas del Báltico y el litoral del mar Negro; ellos son los auténticos protagonistas de la historia. Sus lenguas y costumbres eran diferentes, pero sus sueños nunca fueron excesivos y nunca perdieron la habilidad de vivir fraternalmente sobre la tierra que les daba sustento. Sin embargo, sometidos al poder de otros hombres, se asesinaron sin piedad. Y no somos capaces de entender que provocar estos conflictos no es ni ha sido nunca una labor honrosa.

Vida y destino, de Vasili Grossman. Todo el sufrimiento del pueblo ruso que derrotó al fascismo

Publicado en *Rebelión* el 24 de enero de 2008

Ya existía una edición de *Vida y destino* en castellano, preparada a partir de una versión francesa, pero ha sido en 2007 con la publicación de una soberbia traducción directa del ruso debida a Marta Rebón (Galaxia Gutenberg) cuando la obra parece haber despertado al fin en el mundo de habla hispana el interés que merece. Esta novela, la mayor y más importante de Vasili Grossman, fue concluida en 1960 y no pudo ser publicada en la Unión Soviética. De hecho, hay que decir que los intentos de conseguirlo por parte de su autor dieron lugar al final a una visita de agentes del KGB que requisaron el manuscrito e incluso las cintas de la máquina de escribir utilizadas para producirlo. Ocurría esto en 1961, en pleno deshielo jruschoviano, y Mijaíl Suslov, ideólogo del régimen, comunicó a Grossman más tarde que la novela no podría ver la luz hasta pasados doscientos o trescientos años, lo que, aparte de un intolerable atentado a la libertad, suponía también sin duda un juicio favorable sobre la calidad y perdurabilidad de la obra. Afortunadamente, Grossman había preparado otros originales, uno de los cuales fue guardado por su amigo Semión Lipkin. Posteriormente, este texto fue microfilmado por Andréi Sájarov, y pudo ser enviado a Suiza, donde vio la luz la primera edición rusa del libro en 1980, dieciséis años después de la muerte de su autor. La monumental obra —más de mil cien páginas en la versión que ahora se publica— describe extensamente las condiciones de la sociedad rusa en la época de la batalla de Stalingrado y retrata de modo fiel la brutal agresión fascista y al pueblo que heroicamente le hizo frente.

Vasili Semiónovich Grossman (nacido Iósif Solomónovich) vino al mundo en 1905 en Berdýchiv (Ucrania) en una familia judía acomodada, y tras realizar estudios de ciencias en Moscú, simultaneó sus inquietudes de escritor con diversos trabajos como técnico y profesor hasta que en los años treinta decidió dedicarse por entero a la literatura. Corresponsal durante la Gran Guerra Patria, vivió las batallas más importantes de ésta, desde el asedio de Moscú hasta Stalingrado, la liberación de Ucrania y Berlín, y fue de los primeros en dar a conocer los horrores de los campos de exterminio (*El infierno de Treblinka*, 1944). Su producción hasta la muerte de Stalin comprende novelas y colecciones de relatos, algunas de ellas dedicadas a la guerra, como *Stalingrado* (1943) y *Por una causa justa* (1953), que tuvo problemas con la censura. El conjunto de estas obras le valió una sólida reputación literaria en la Unión Soviética.

Tras la desaparición de Stalin, Grossman emprende una nueva etapa en su trabajo, truncada por su fallecimiento en 1964, en la que con *Vida y destino* y la novela inconclusa *Todo fluye*, desarrolla un intento de mostrar en toda su complejidad la sociedad rusa de su tiempo y proveer argumentos para la rectificación del estalinismo que tantas esperanzas despertaba en la URSS en aquel momento. No obstante, más allá de esto, estas obras habrían de consolidarse como una reivindicación de la dignidad del ser humano enfrenta-

do a las condiciones más duras. Hay que decir también que la acerada crítica que presentan de los aspectos más brutales del estalinismo, unida a la rocambolesca historia de su publicación, no podían dejar de propiciar una utilización propagandística por parte de los sectores especializados en el estudio de las «atrocidades del comunismo». Puede señalarse en este sentido el congreso celebrado en 2005 en un centro católico de Turín para conmemorar el centenario de nuestro autor.

Vida y destino toma como modelo *Guerra y paz* de Tolstói, y esto ya desde el guiño en el propio título. No en vano reconocía Grossman que durante los días de Stalingrado éste era el único libro cuya lectura le resultaba soportable. Una competencia tan directa con tamaño rival no puede dejar de arrojar al final matices desfavorables, pero el minucioso y vasto fresco de la sociedad rusa que aporta *Vida y destino* admite la comparación sin duda, en amplitud e intensidad, con la gran epopeya de la invasión napoleónica. Para conseguir esto la novela multiplica sus escenarios y recurre a una galería de personajes que superan con creces el centenar —en esta edición aparecen censados en un apéndice que facilita enormemente la lectura de la obra—. En este caos, la familia Sháposnikov, dispersa a consecuencia de la guerra, proporciona de alguna manera un hilo conductor a toda la narración.

Un primer escenario nos muestra, entre Moscú y Kazán, a un grupo de físicos de la Academia de Ciencias y sus familias. Víktor Pávlovich Shtrum, que sin duda presenta rasgos autobiográficos y en el que se han querido ver también otros del gran físico Liev Landáu, es aquí el protagonista principal. Narrando la vida y el trabajo de estos hombres, Grossman logra una convincente recreación del ambiente intelectual de la URSS en aquel tiempo. Conocemos en estos episodios los privilegios que los científicos siempre tuvieron allí y asistimos a sus conversaciones, donde se mezclan comentarios sobre economía y sobre historia, sobre Chéjov y Dostoievski y también sobre la realidad de cada día. La vida es dura también para ellos, y cuando el autoritarismo hace estragos, vemos diferenciarse los grupos de los críticos y los sumisos frente al poder, con sus fronteras difusas y atormentadas, y conocemos lo difícil y peligroso que resultaba hablar en aquel ambiente enrarecido. La compleja personalidad de Víktor se debate en una historia que es su pugna por el raro privilegio de expresar opiniones en libertad y nos regala muchos momentos inolvidables, como cuando es salvado de la quema por una inesperada llamada telefónica del mismísimo *vozhd*, interesado por sus vastos conocimientos sobre fisión nuclear.

Un segundo escenario principal es la lucha en Stalingrado, que Grossman vivió personalmente. Unidades del Ejército Rojo que son presentadas en un principio en otras regiones acaban convergiendo para la gran batalla a orillas del Volga. Piotr Pávlovich Nóvikov, un joven coronel de un cuerpo de tanques, militar pundonoroso y genial es aquí un elemento esencial. Se trata de alguien que es capaz en una ocasión de retrasar ocho minutos el comienzo de una ofensiva para que la artillería termine de batir sus objetivos, desafiando con ello las órdenes imperiosas de una cadena de mando que llegaba hasta el propio Stalin, y que consigue así penetrar en la brecha sin perder un solo tanque ni un solo hombre. Como ejemplo de la contradicción en que se mueven tantas veces los personajes del libro, Guétmanov, el comisario de la unidad, felicita en voz baja poco después a Nóvikov por esta proeza humana, pero no deja de denunciar puntualmente por la noche el retraso a sus superiores. Los movimientos estratégicos que culminaron en el cerco de Stalingrado se muestran en detalle a través del esfuerzo heroico de sus protagonistas, así como la vida en la ciudad durante la batalla, tanto en el lado ruso como en el alemán, una descripción plena de ese «*pesado olor de morgue y herrería, típico de la primera línea*».

Otros escenarios nos traen la crónica de los privados de libertad en aquellos momentos, en un campo de trabajo ruso y en un campo de concentración alemán. En éste, un personaje al que sus compañeros llaman *yuródivi* («loco santo») es ejecutado al negarse a tomar parte en la construcción de un campo de exterminio. Un texto escrito por él presenta una reflexión desde el infierno que culmina con unas palabras esperanzadoras y enigmáticas: «*Si ni siquiera ahora lo humano ha sido aniquilado en el hombre, entonces el mal nunca vencerá*». Otros presos intentan organizarse en una red de resistencia y son también liquidados al ser descubiertos. En otro escenario diferente encontramos a los prisioneros que son conducidos en tren al campo de exterminio. En él, Sofía Ósipovna Levinton, una médico militar, adopta al pequeño David que viaja sólo hacia la muerte y por seguir a su lado renuncia a salvarse cuando al llegar al campo separan a los doctores y otros profesionales de los condenados a la aniquilación. En la cámara de gas, se nos dice cómo «*sintió el cuerpo del niño derrumbarse en sus brazos (...) sintió nauseas. Presionó a David contra sí, ahora un muñeco, y murió*». Estas páginas nos sumergen sin contemplaciones en aquel genocidio: en el funcionamiento del ciclón B y la arquitectura y la tecnología de las cámaras: todos los detalles del horror.

Otro personaje esencial del relato es Nikolái Grigórievich Krímov, protagonista, verdugo y víctima de la revolución, detenido cuando se descubre que había presumido en alguna ocasión de que Trotski después de leer un artículo suyo había comentado: «Es puro mármol». Encarcelado en la Lubianka, Krímov sólo lamenta que Yevguenia Nikoláievna Sháposnikova, aliento de belleza y seducción que se desliza por las páginas del libro como la Lara de *Doctor Zhivago*, que fue su mujer y ahora es novia de Nóvikov,

pueda haberle delatado, y su horizonte se ilumina, a pesar de su triste situación, cuando ella vuelve a su lado al enterarse de que ha sido detenido. En Stalingrado y la Lubianka podía el amor también alumbrar y endemoniar la vida.

Pleno de complejos caracteres humanos y situaciones trágicas e intensas, el relato mezcla y entrecruza sus hilos narrativos de una forma que incita a veces a adentrarse en el texto en busca del desenlace de algún episodio. En este sentido, este lector confiesa haber dado cuenta del libro siguiendo de corrido sus diversas historias mediante continuas incursiones y retrocesos. Como quiera que sea la lectura, las imágenes y las voces distantes se suman al final en nuestra memoria para componer un fresco donde aflora todo el dolor de aquel tiempo crucial. Hay que decir también que los cambios de escenario que se suceden crean a veces proximidades fascinantes. Así, la descripción del campo de exterminio donde unos seres humanos dan muerte masiva a otros en una cámara de gas es seguida inmediatamente por el relato de una anciana de una aldea ucraniana que recoge a un hombre abandonado para morir en un convoy de prisioneros y lo vuelve trabajosamente a la vida. Se desliza aquí también la sombra del *yuródivi* y su atisbo capaz de alumbrar lo más terrible. El bien y el mal pueden caber en una misma página, y en un mismo corazón, a la espera siempre de una decisión que nos libere.

Vida y destino combina altura épica en la magnitud del empeño y la estructura, con intensidad lírica del detalle y la emoción humana, convirtiéndose al final en un estudio sobre el sufrimiento en el que ciertamente cabe demasiada poca esperanza. Este libro que la Unión Soviética no fue capaz de publicar debemos comprender que le era sin embargo absolutamente necesario, y podemos atrevernos a especular lo importante que hubiera sido para aquella sociedad reconocerse en la imagen de heroísmo y horror que reflejan sus páginas. Hoy día éstas siguen iluminando para nosotros el retablo de un momento decisivo en la historia de Europa, y nos hacen vivir la epopeya de un pueblo violentado y amordazado que lideró la más dura batalla por la dignidad del ser humano.

Años de guerra, de Vasili Grossman

Publicado en *Rebelión* el 29 de junio de 2010

En artículos en *Rebelión* he reseñado recientemente varias novelas de Vasili Grossman. Se trata de un autor clave de la literatura soviética y con una trayectoria compleja que arranca con sus primeros relatos cortos publicados en los años 30, sigue con las crónicas elaboradas durante la Segunda Guerra Mundial, en la que fue uno de los corresponsales más reputados y leídos, y culmina con sus últimas novelas, críticas con el estalinismo y que no pudieron ser editadas en la URSS. Galaxia Gutenberg acaba de poner en las librerías precisamente una recopilación de sus trabajos escritos desde el frente, con el título *Años de guerra* y recogiendo una vieja traducción publicada por Ediciones en lenguas extranjeras de Moscú en 1946. Es un libro de enorme interés que contiene una crónica detallada de la lucha en la Gran Guerra Patria, con textos que abarcan desde la resistencia desesperada ante la acometida de la operación Barbarroja en 1941, hasta la gran ofensiva que lleva al Ejército Rojo a internarse en territorio alemán en 1945.

El libro se inicia con «El pueblo es inmortal», novela galardonada con el premio Stalin y publicada por entregas en el verano de 1942. Se trata de un vibrante relato de guerra que describe acontecimientos del año anterior y nos muestra Ucrania ardiendo y al Ejército Rojo en retirada. No obstante, cuando el batallón al mando del comisario Bogariov queda cercado, éste resiste la tentación del derrotismo y sabe organizar sus fuerzas con rigor y disciplina. Así consigue colaborar eficazmente desde la retaguardia alemana con una ofensiva planificada de forma magistral que logra romper el frente. Se nos presenta el momento de la esperanza después del derrumbe, cuando todo el dolor de la tierra mancillada estalla en un grito de coraje perfectamente expresado por el título de la obra.

Otro texto de 1942 incluido es la novela corta «El viejo profesor», que describe la vida en Ucrania bajo ocupación alemana. Son episodios de rapiña y explotación, con jóvenes deportados al oeste para trabajar en las fábricas, y mutilados y viudas que conviven con los colaboracionistas. Al final del relato, los judíos son convocados para un viaje que resulta ser el asesinato masivo de hombres, mujeres y niños; la inmersión estremecedora en el corazón del horror preludia algunas páginas de *Vida y destino*, la gran novela de Grossman.

Se presentan a continuación las crónicas escritas desde el frente para el periódico *Estrella Roja*, boletín oficial del Ejército soviético, relatos breves con experiencias de combate y retratos de tipos de todas las Rusias hermanados en el fragor de la lucha. Entre estos textos, de aliento épico y con descripciones detalladas del armamento y las técnicas bélicas, son especialmente interesantes los que corresponden al asedio de Stalingrado, que aportan una visión de primera mano de la lucha casa por casa y la peculiar combinación de todas las armas y estrategias que caracterizó aquella batalla crucial. Ésta supuso el paso de la defensa desesperada a la ofensiva gloriosa y se concluye que tal vez la clave de todo esté en la impotencia de la altísima tecnología de guerra alemana al enfrentarse a una tecnología también extraordinaria, pero arropada sobre todo por el heroísmo des-

esperado de una infantería dispuesta a todo para liberar su tierra. Hay semblanzas de los principales mandos soviéticos que intervinieron en la batalla.

El último texto de 1942 recogido es «La vida», una novela corta que describe cómo un destacamento de soldados rojos cercado en la estepa del Donets busca refugio en una mina abandonada ante la arremetida imparable de los alemanes y se hace fuerte en ella doce días sin apenas provisiones. Los asaltantes vuelan el pozo, pero al final ocho de los veintisiete hombres consiguen escapar gracias a la ayuda de un viejo minero que decide unirse a ellos. Es un relato de heroísmo extremo y resistencia más allá de cualquier consideración lógica.

Las crónicas desde el frente correspondientes a 1943 reflejan sobre todo la alegría después del enorme esfuerzo que consiguió colocar al Ejército Rojo a la ofensiva. Son las impresiones felices de la llegada al Dniéper y la recuperación de Ucrania, pero se transmite también el espanto ante los crímenes nazis que se van descubriendo, la destrucción sistemática de pueblos y ciudades, el exterminio de gran parte de la población y la esclavitud de los supervivientes. Como no podía ser menos, hay un recuerdo emocionado para los guerrilleros que lucharon contra la retaguardia alemana.

Los fragmentos de 1944 comienzan con la descripción de la temprana ofensiva de ese año, sobre una tierra aún encharcada, que arremete contra las defensas establecidas por los alemanes en el curso bajo del Dniéper, cerca de Níkopol. Se invierten aquí los papeles y las mismas unidades que sufrieron el asedio en el Volga, se preparan ahora para asestar el golpe definitivo al VI Ejército atrincherado en el Dniéper. El ataque concentrado en un sector favorable consigue romper el frente, y con una profundización rápida corta la retirada al enemigo, que es aniquilado. El éxito conseguido es aprovechado ágilmente a pesar de las dificultades de movimiento de las tropas y el éxito es fulminante, alcanzándose las fronteras de la URSS. Estos textos contienen también un lamentable llamamiento al exterminio de todos los combatientes alemanes, que sería después considerado por el propio Grossman un grave error. Se nos presenta luego la ofensiva en el norte para reconquistar Bielorrusia. Aquí otra penetración profunda en un sector escogido, seguida de un brusco giro hacia el sur, permite cerrar la bolsa de Bobrúisk a orillas del mismo Berézina que tan desastroso resultó también para la Grande Armée napoleónica en 1812. Los alemanes perdieron en esta acción 70 000 combatientes entre muertos y prisioneros.

Otro texto de 1944 recogido es «El infierno de Treblinka», en el que se dan a conocer los dos campos de este nombre, situados a 60 km largos de Varsovia, el n.º 1, un campo de trabajo como muchos otros, y el n.º 2, un campo de exterminio al que durante trece meses llegaron trenes desde los cuatro puntos cardinales con víctimas para las cámaras de gas. Grossman ofrece los primeros datos y testimonios sobre las infames rutinas en las que en la actualidad se calcula que unas 850 000 personas fueron asesinadas, principalmente judíos, pero también gitanos y polacos. Se descubre también cómo después de la derrota de Stalingrado, Heinrich Himmler voló a Treblinka para ordenar personalmente que todos los cadáveres fueran incinerados. Es emocionante el relato de la exitosa rebelión organizada en agosto de 1943, que hizo que el campo dejara de funcionar trece meses antes de su liberación por el Ejército Rojo. En otro texto de este año, «La fuerza creadora de la victoria», se discuten los problemas estratégicos y de coordinación de fuerzas enfrentados por los soviéticos en su acometida.

Los artículos de 1945 describen la Polonia recién liberada, con Varsovia como un mar de escombros y ruinas al que los supervivientes regresan lentamente. Es el avance imparable contando cada día los kilómetros que quedan para Berlín, mientras se dan a conocer las condiciones de esclavitud a las que los nazis habían sometido a la población polaca. La travesía del Oder supone la entrada en territorio alemán y superar el último obstáculo fluvial importante. Es el momento en que Grossman escribe: «*Sentí el deseo de gritar y de llamar a nuestros hermanos combatientes que yacen en las tierras rusas, ucranianas, bielorrusas, polacas, a los combatientes que duermen el sueño eterno sepultados en los campos de batalla:* —¡Camaradas! ¿Nos oís? ¡Hemos llegado!».

El libro termina describiendo la atmósfera de adoctrinamiento que se vivía en Alemania y la esclavitud de los trabajadores secuestrados en Europa oriental. Son las horas de la capitulación, con los ciudadanos alemanes llevando brazaletes blancos, y también las de la peregrina cantinela: nadie sabía nada de nada, todos fueros obligados a colaborar con el régimen nazi.

Estamos, en resumen, ante un conjunto de textos de enorme interés, con datos, testimonios y emociones de primera mano, que recogen la epopeya del pueblo ruso desde la amargura de las derrotas iniciales, hasta la gesta épica de Stalingrado y la larga ofensiva que permitió la liberación de gran parte de Europa del yugo nazi. *Años de guerra* nos ofrece, por otra parte, una oportunidad para conocer al Grossman más identificado con el poder soviético, un corresponsal de guerra plenamente imbuido del valor que sus escritos podían tener como armas en la lucha por la liberación de la patria ultrajada.

Literatura y poder: novelas de Vasili Grossman y Alekséi Tolstói y un poema de León Felipe

Publicado en *Rebelión* el 9 de febrero de 2009

El sufrimiento de los inocentes nos asalta cada día. La violencia del poder se ceba en seres indefensos por todas partes. Ayer fue Gaza, de una forma tan brutal que hemos sentido revivir las peores imágenes que nos dejó el siglo pasado. En un instante se han hecho visibles para todos, aunque muchos no quieran verlos, decenios de exterminio y expoliación del pueblo palestino ocultos en una niebla de mentiras y propaganda. Pero el horror es universal. Sólo el hambre y la miseria extrema contabilizan cada año más víctimas que las que sucumbieron en los campos nazis. Y más dolorosa que esta crueldad es la indiferencia con la que hemos llegado a vivir nuestras vidas miserables puerta con puerta del holocausto. La historia no hace más que repetir en escenarios variados un horror perpetuo, y siempre se extiende un manto de silencio y de falacias alrededor.

Hay veces sin embargo que, huyendo del poder, un escritor se concentra en transmitir el sufrimiento de un momento histórico y lo logra plenamente. Un grito apremiante se deja oír entonces con las modulaciones del mejor arte. Se edita estos días una obra que resulta magistral en este sentido, *Todo fluye* de Vasili Grossman (1905-1964), con su retrato desolador de la Rusia que surgía del estalinismo (Galaxia Gutenberg, trad. de Marta Rebón). Es ésta la última novela de Grossman, compuesta entre 1955 y 1963, y que sólo pudo ser publicada en la URSS en 1989. Tras treinta años de reclusión en campos de trabajo, Iván Grigórievich llega al Moscú en el que Stalin acaba de morir. Sin apenas acción, la obra recoge el vagabundeo de Iván por una sociedad en la que no hay lugar para él y se centra sobre todo en una exploración de las entrañas morales de los ciudadanos del estado totalitario. La tesis del libro es que los que han sobrevivido y triunfado tienen una penosa deuda con las víctimas; la infinita capacidad de autojustificación del ser humano hará que ésta no sea reconocida nunca. La descripción de la vida y la muerte en los campos y una crónica de la hambruna de Ucrania en 1932 y 1933, relatada por la amante de Iván, Anna Serguéievna, que la vivió en toda su crudeza, llenan páginas terribles. Otra tesis del libro es que en la historia rusa hay una peligrosa correlación entre progreso y servidumbre. Pedro el Grande y Catalina II estimulan una modernización económica y un florecimiento del arte que se materializaron en el fortalecimiento de un régimen de esclavitud. Y tras un siglo XIX en que los intelectuales rusos reivindican la libertad, llega de nuevo la hora de un progreso material marcado por el absolutismo. Se pregunta Grossman: «*¿Había pensado alguna vez Lenin mientras hacía la Revolución que no sólo Rusia no iba a seguir los pasos de la Europa socialista sino que además la esclavitud rusa escondida en ella iba a traspasar las fronteras y a convertirse en la antorcha que iluminara las nuevas vías de la humanidad?*». Es sólo un inmenso dolor lo que llena el libro, el dolor sobre todo ante la ceguera del ser humano, presto siempre a explicar lo inexplicable y a olvidar. Recordando a las víctimas de la hambruna nos dice Grossman: «*Ya nada de eso queda. ¿Dónde fue a parar esa vida? ¿Dónde están aquellos sufrimientos horribles? ¿Es posible que no haya quedado nada? ¿Es posible que nadie responda por todo aquello? ¿Que todo se olvide, sin una palabra? La hierba lo cubrirá todo*». Preguntas, sólo preguntas, y ninguna respuesta. Preguntas demasiado actuales.

Y escribiendo en aquel mismo tiempo, junto al genio que denuncia, el genio acomodaticio también. Alekséi Tolstói (1883-1945), tal vez el escritor más dotado de la Rusia soviética, maestro del relato histórico y pionero de la ciencia ficción, ejemplifica en una de sus obras fundamentales, la trilogía *Tinieblas y amanecer* sobre los años de la guerra civil rusa, lo que puede ser la claudicación del artista en un maridaje con el poder. La primera novela del ciclo, *Las hermanas* (1922), echa a andar en 1914. Katia y Dasha son jóvenes y hermosas y pertenecen a la mejor sociedad de Petersburgo. Su vida es el amor y la elegancia y flirteos con el arte más vanguardista y las filosofías más iconoclastas. Es un mundo que la guerra va a someter a una prueba feroz: «*Todo aquel ajetreo, el lujo, los teatros y hoteles repletos y las ruidosas calles inundadas de luz eléctrica, se hallaban protegidos de todos los peligros por el muro vivo de un ejército de doce millones de hombres que rezumaba sangre*». (Trad. de Jose Bento Molina. Editorial Progreso, Moscú 1976). La novela llega hasta los días que siguen a la Revolución de Febrero, cuando las dos mujeres sellan su amor con Iván Ilich Teleguin y Vadim Petróvich Roschin, recién regresados del frente, caracteres diversos —noble y tranquilo Iván, inquieto y atormentado Vadim—, que dominarán la acción de toda la saga. La escritura de la obra tiene una calidad tan extraordinaria que nos hace partícipes de un mundo agonizante, capaz sin embargo de renacer siempre en el idilio del hombre y la mujer.

La segunda novela del ciclo, *1918* (1928), comienza en los meses posteriores a la Revolución de Octubre, cuando en San Petersburgo, «*en algún que otro escaparate veíase todavía ya un pedazo de queso, ya un pastelillo reseco, pero no hacían más que acentuar la nostalgia por la vida que había desaparecido. (...) A fines del año 17, Petersburgo infundía espanto*». Iván y Vadim toman partido, el primero por los rojos y el segundo por los blancos. Las acciones de guerra en el Kubán y el Don son lo esencial de la trama, con los rojos luchando en varios frentes cuando los alemanes comienzan en marzo una ofensiva. Nuevos personajes se incorporan, entre ellos generales blancos y rojos, y también el atamán

anarquista Néstor Ivánovich Majnó. El hilo de una historia recreada con vigor permite encuentros fugaces entre unos hombres y mujeres que la guerra hace rodar por la ensangrentada tierra rusa.

Mañana sombría (1941), que cierra la trilogía, prolonga la acción hasta el invierno de 1920, cuando tras múltiples avatares los cuatro protagonistas se reúnen en Moscú. Es una historia inmersa en la atmósfera trágica de la guerra: «*En la húmeda niebla matutina se encendió un relámpago. Se oyó el trueno de un cañonazo. El proyectil ululó alejándose... Inmediatamente, por los cerros y por la orilla del río restallaron disparos desordenados. Otro fogonazo, otro disparo de cañón, y delante, en la niebla, tableteó una ametralladora*». En este mundo el presentimiento y la presencia de la muerte enseñorean*: «Abajo en los muelles, se encendieron las agujas de los disparos de fusil. Y de pronto ocurrió lo que más temía Teleguin: una ametralladora tableteó apresuradamente. Lo mismo que siempre se le encogieron los dedos de los pies, como si en todo su cuerpo se contrajeran espasmódicamente los vasos sanguíneos*». O en otro fragmento: «*Iván Gorá yacía de bruces, corpulento y largo; había caído tal como lo había sorprendido la bala que le atravesara el corazón, con los brazos extendidos, como si deseara abrazar toda la tierra, como si, aun después de muerto, no quisiera entregarla al enemigo*». Pero hay allí también un lugar para la ternura. En el cerco de Stalingrado que también es decisivo en la guerra civil, aunque entonces la ciudad se llamaba Tsaritsyn —hoy es Volgogrado—, y en las cruentas luchas en que está a punto de dejar la piel varias veces, Iván Ilich lleva cuidadosamente envueltos en su magro equipaje «*el perro y el gatito de porcelana que Dasha adoraba*», porque «*Dasha siempre había sido indiferente hacia las bagatelas, pero aquellas dos figuritas de porcelana, el simpático gatito y el perrito dormido, de grandes orejas, le habían gustado mucho; se le antojaba que ellos mismos habían acudido en busca suya para que, en la vida grande, terrible y arruinada, sobre la que bogaban tormentosas nubes de ideas y pasiones, tuviera su pequeño mundo de inocentes sonrisas*».

Esta novela recibió el premio Stalin en 1943, y sin duda se hizo acreedora a él, con una glorificación del *vozhd* que resulta bochornosa. Sólo él es «el vencedor de Denikin», que con maniobras magistrales subsana la incompetencia del alto mando rojo. Majnó, que es un personaje importante de *Mañana sombría*, es presentado como un sujeto histriónico y desequilibrado que poco tiene que ver con la imagen que de él nos han dejado los que más le conocieron. Alekséi Tolstói es un maestro en los retratos psicológicos y en el arte de novelar, y es capaz de presentar ambientes y situaciones con una tensión poética que nos sumerge en el mundo que recrea, convirtiendo la lectura de sus libros en una experiencia estética, pero hay que decir también que su saga sobre la guerra civil rebosa páginas de zafia propaganda. ¡Tanto nadar para morir en la orilla*! Tinieblas y amanecer*, título que es una traducción muy libre del original de la trilogía (*Jozhdene po mukam*, *El camino del calvario* o *Via crucis*), nos deja con una sensación agridulce. ¿Cómo se puede ser al mismo tiempo tan genial y tan rastrero? Pero acaso no es esto común, desde Virgilio o Dante hasta hoy. ¿A qué extrañarnos? Por otra parte, aunque es ésta una obra esencial de la literatura soviética, desgraciadamente los ejemplares de la única versión castellana existente, que citábamos antes, son hoy rarezas de coleccionista. ¿Se cobra así el poder de nuestro tiempo una deuda con el apologista de Stalin? ¿Tendrá esto algo que ver con que Grossman, incapaz de publicar en vida sus últimas obras en la Unión Soviética, sea editado a mansalva hoy y puesto en los cuernos de la luna por la crítica? Vemos la máquina rodar eternamente sobre dos polos, el feroz sufrimiento de los hombres, cruel e innecesario, impuesto desde arriba, y la docilidad ante los que mandan, en la que a un autor pueden irle la vida, los garbanzos, o el premio Stalin de turno. Y siempre sabe el poder de cada momento vestir el arte que le es más propicio con un aura de belleza objetiva. ¿Seremos capaces nosotros de encontrar la literatura, lo capaz de iluminarnos y enriquecernos, en este baile perpetuo del monstruo que aprisiona a la hermosa?

Estos son dos ejemplos sacados de un tiempo histórico muy concreto, pero sólo hay que esforzarse un poco para ver casos parecidos multiplicarse por todas partes. Y también en nuestros días, en los que sin embargo, en algunos lugares privilegiados, el poder ha aprendido a ser más sutil. No es necesario obligar a los hombres a hacer algo que harán por sí mismos sólo con que la televisión y los productos «culturales» del sistema les persuadan de que es bueno y razonable. Ése es el mayor secreto de esta libertad que tan trabajosamente hemos conquistado. De qué nos sirve si el uso que hacemos de ella es seguir siendo cómplices de la masacre del gueto de Varsovia, hoy repetida en Gaza, o del exterminio implacable de seres en todo el mundo por guerras imperiales y hambre y enfermedades fácilmente curables. Ésta es la realidad y debemos asumir la responsabilidad que no nos dejan ver y estamos obligados a ver porque de lo contrario apenas seremos humanos. No es digno otro camino sino el que lleva a contemplar en toda su crudeza el sufrimiento que unos hombres imponen a otros y actuar para mitigarlo. León Felipe lo deja claro en su poema «Pie para *El niño de Vallecas*, de Velázquez»: «Mientras esta cabeza rota/ del Niño de Vallecas exista,/ de aquí no se va nadie. Nadie./ Ni el místico ni el suicida». Nadie tiene derecho a escapar de este espanto que el poder engendra cada día.

El amor de las abejas obreras, de Aleksandra Kolontái. Amor y revolución: la visión de una mujer rebelde y lúcida

Publicado en *Rebelión* el 13 de noviembre de 2008

El papel destacado de Aleksandra Kolontái en la Rusia revolucionaria y su aportación al ideario feminista son bastante bien conocidos, pero lo es mucho menos su breve y seductora obra narrativa, consistente en dos colecciones de relatos publicadas en 1923. Una de ellas es *El amor de las abejas obreras*, que acaba de aparecer en el catálogo de Alba Editorial (con traducción e introducción de Fernando Otero Macías), casualmente al mismo tiempo que el más largo de los fragmentos integrados en ella ve la luz también en otra edición de Txalaparta con el título de *La bolchevique enamorada*. Estas narraciones tratan sobre los cambios que según su autora debían sufrir las relaciones amorosas en la nueva sociedad que la revolución construía, y tienen el mérito de aproximarse a esta cuestión esencial sin recurrir a digresiones o acotaciones doctrinales ni romper nunca el hilo de historias bien trazadas que se sitúan en la estela de la mejor literatura rusa. Sus caracteres complejos dibujan un retrato ajustado y vigoroso de una Unión Soviética sometida a las transformaciones de la Nueva Política Económica (NEP) en los comienzos de los años 20, cuando el espíritu revolucionario mermaba preocupantemente.

Aleksandra Mijáilovna Domontóvich nació en Petersburgo en 1872 en una familia acomodada, pero tras un temprano matrimonio en 1893 con un pariente lejano, Vladímir Kolontái, cuyo apellido conservaría hasta la muerte, comenzó a participar en actividades revolucionarias que la llevarían a ingresar en 1899 en el Partido Obrero Socialdemócrata Ruso. Con la escisión de éste en 1903, ella se integra en la fracción menchevique, aunque su coincidencia después con la postura bolchevique ante la guerra europea la hace pasarse al grupo de Lenin en 1915. Es ésta una época de exilio y frecuentes viajes, en la que colabora con el Partido Socialdemócrata Alemán y publica incisivos análisis sobre la situación de la mujer trabajadora y su emancipación como objetivo de la lucha socialista. Tras los sucesos de octubre de 1917, es nombrada comisaria de Asistencia Pública del primer Gobierno revolucionario y juega un importante papel favoreciendo la educación e igualdad social de las mujeres en el nuevo Estado. En 1917 comienza también una relación amorosa con Pável Dybenko, un marinero bolchevique diecisiete años más joven que ella y destinado a convertirse en poco tiempo en general de la revolución, con destacados papeles de verdugo de ella también —en la represión de la rebelión de Kronstadt por ejemplo—. Tras penosos episodios de corrupción, Dybenko sería purgado por Stalin en 1938.

Los comienzos de los años 20 son una época de frustraciones políticas y sentimentales para la Kolontái. En el VIII Congreso de los Soviets ve derrotadas las tesis de la Oposición Obrera que trataba de oponerse a la creciente burocratización y conservar un mayor poder para los sindicatos, y tras su tormentosa ruptura con Dybenko, no sin un intento de suicidio por parte de él, decide poner tierra por medio convirtiéndose en 1923 en embajadora del Gobierno soviético en Noruega. Tras una notable actividad diplomática representando a su país también en México y Suecia y ante la Sociedad de Naciones, Aleksandra termina sus días oscuramente en Moscú en 1952, alejada del poder y convertida en milagrosa superviviente de la vieja guardia bolchevique. Con una biografía marcada también por una vida amorosa que compite en riqueza e intensidad con su vida política, la Kolontái, cuyas memorias llevan por título *Autobiografía de una mujer comunista sexualmente emancipada* (1926), deja en la historia el sello de una personalidad desbordante que se percibe transparente en su obra literaria, junto a su sagacidad psicológica y su destreza para analizar las relaciones amorosas.

El amor de las abejas obreras, que se nutre en su aspecto narrativo de experiencias de la vida de su autora, agrupa tres historias que son evidentes relatos de tesis destinados a exponer su opinión sobre cómo había de llegar a las relaciones amorosas y sexuales el espíritu emancipador de la revolución. El primero de ellos, «El amor de tres generaciones», presenta hábilmente este asunto a través de una trama en la que se nos describe a tres mujeres de una familia. La abuela, María Stepánovna, que vivió durante el Antiguo Régimen, es culta y emprendedora y deja a su marido cuando se enamora de otro hombre. Con éste reconstruye su vida, y a él ama y es fiel hasta la muerte a pesar de abandonarle cuando descubre que tiene una amante. Este carácter representa la visión ligada al viejo orden, y es el prototipo de una mujer dispuesta a dedicar su vida a un único amor. La hija, Olga Serguéievna, vive ya en la época de la revolución, con la que está activamente comprometida, y se debate entre el amor de varios hombres; incluso llega a tratar de hacer compatibles las relaciones con dos amantes, sin dejar de atormentarse sin embargo por lo que percibe como contradictorio en sus sentimientos. La nieta, Zhenia, representa otra vuelta de tuerca, y es ya la joven liberada que ha captado plenamente la nueva mentalidad; en un momento dice a la autora narradora: «*Me imagino que lo más chocante para usted será que haya tenido relaciones con algunos hombres simplemente porque me han gustado, aunque no estuviera enamorada de ellos. Pero fíjese: para enamorarse hace falta tener tiempo libre. He leído suficientes novelas para saber que para enamorarse hay que gastar mucho tiempo y mucha energía. Y yo no tengo tiempo*». La descripción de las relaciones entre las tres mujeres es realmente brillante, y vemos cómo

cada una juzga inmorales los comportamientos que observa en la generación más joven, dando esto lugar a conflictivas escenas en las que se manifiesta todo el talento y la sutileza psicológica de la autora. Lo fundamental sin embargo es cómo progresivamente vemos amanecer un espíritu nuevo, una racionalización de las relaciones amorosas capaz de hacer al ser humano más feliz y permitirle al mismo tiempo volcar su energía en las cuestiones más urgentes y esenciales.

La segunda narración, titulada «Hermanas» es sobre todo una denuncia de los cambios producidos en la sociedad soviética a consecuencia de la NEP, que en 1921 acababa de sustituir al comunismo de guerra. En aquel momento, la recuperación económica iba acompañada de la aparición de perfiles humanos y psicológicos, personificados en los *népmani* («los hombres de la NEP»), que representaban en realidad una nueva clase social de burgueses con ribetes de nuevo rico. La historia de una mujer que se ve obligada a abandonar a su marido, contaminado de la nueva mentalidad, dibuja un sombrío panorama de desempleo, prostitución, drogas, y en definitiva capitalismo, que por entonces tomaba fuerza preocupantemente en la sociedad soviética.

El tercer relato, «Vasílisa Malýguina», es el más extenso, y el que ha sido editado por Txalaparta. Describe las relaciones entre una pareja de seres diametralmente distintos en plena construcción de una sociedad nueva. Vasia, la protagonista, muestra el espíritu puro, indomable, sobrio, infatigable y generoso que Aleksandra Kolontái quiere para el comunismo, pero es también una mujer perdidamente enamorada de su marido, Vladímir, el Americano, al que conoce en un mitin en octubre de 1917, militante anarquista reconvertido en bolchevique y reclutado después para el nuevo orden de los hombres de la NEP. Los sufrimientos de Vasia ante las infidelidades y el viraje ideológico de su amado velan de nuevo una crítica del modelo económico que se estaba imponiendo, mientras observamos también aspectos autobiográficos como el suicidio frustrado de Vladímir, que reproduce el de Dybenko. Cuando la historia termina y Vasia deja a su importante marido para regresar a la vida entregada y feliz de activista, percibimos en ello su apuesta por una opción humana y vital mucho más elevada. Vasílisa es un átomo para una nueva materia, el retrato psicológico acabado del individuo que debía hacer posible un mundo nuevo. El relato, pleno de interés y sutileza, nos acerca a un momento decisivo en la construcción de la sociedad soviética y nos deja entrever sorprendidos cómo aquél, lejano, de 1917 pudo ser también un octubre enamorado.

Aleksandra Kolontái abogaba en sus ensayos, como el lírico y magistral *Paso al alado Eros*, de 1923, por que el nuevo orden transformase los modos y liturgias de las relaciones amorosas. Para ella, la socialización de los medios de producción y las tendencias igualitarias, con derechos fundamentales garantizados para todos, debían afectar a las ataduras familiares, que podrían disolverse de forma progresiva en el entramado social, haciendo posible una mayor libertad de los impulsos eróticos. Su interés por instituciones como casas comuna, guarderías y comedores evidencia el intento de dotar a la nueva sociedad de instrumentos para que el hombre y la mujer trabajadores pudieran vivir sus vidas con mayor independencia, aunque reconocía que esta sociedad requeriría también el desarrollo de otra moralidad perfectamente alejada de la burguesa, centrada en la familia y la propiedad privada. *El amor de las abejas obreras*, libro lúcido y tierno, trataba de ser un ladrillo más en este proyecto emancipador, mostrando situaciones y personajes que, a través de las dificultades y retrocesos del momento, apuntaban hacia el nuevo paradigma. Su lectura en estos días lejanos nos sigue regalando una sabia reflexión sobre las sublimes y tormentosas relaciones entre los sexos y sobre el camino que puede reconstruirlas desde la libertad y la igualdad.

En el centenario de Shólojov

Publicado en *Literaturas.com* en abril de 2005

El autor agradece a Dmitri S. Shmárev la lectura crítica del texto original.

Hay ocasiones en que existe una coherencia perfecta entre la biografía de un escritor y sus libros, de forma que su peripecia personal llega a antojársenos un volumen más de sus obras completas. En otras, sin embargo, vida y textos siguen patrones y expresan inquietudes distintas. Este último es sin duda el caso de Mijaíl Aleksándrovich Shólojov (1905-1984), autor que se movió siempre en la más estricta ortodoxia soviética, pero refleja en sus escritos la contradicción entre la fidelidad a un arte realista que llegó a dominar como pocos y la sumisión a los dictados de la propaganda.

Nacido en la tierra cosaca que tan magistralmente retrataría en sus obras, Shólojov dejó muy pronto sus estudios para unirse al Ejército Rojo cuando la guerra civil alcanzó la región del Don. Después del triunfo bolchevique, se estableció en Moscú, donde desempeñó oficios manuales y comenzó su carrera como escritor. Ingresó en el partido comunista en 1932 y en 1937 fue elegido para el Parlamento soviético. La publicación de *El Don apacible*, que consiguió el premio Stalin en 1941, lo llevó a convertirse en el escritor más influyente de la Unión Soviética. Shólojov acompañó en 1959 a Nikita Jruschov en su viaje a Europa occidental y Estados Unidos, y en 1961 fue elegido para el Comité Central. Recibió el Premio Nobel de literatura en 1965, y en 1980 se habían impreso sesenta y nueve millones de copias

de sus obras en ochenta y cuatro idiomas de la Unión Soviética. En sus discursos y escritos periodísticos siempre respaldó las políticas oficiales.

Publica Shólojov *El Don apacible* entre 1928 y 1940, y resulta sorprendente que un autor de veintitrés años fuera capaz de desplegar el conocimiento de la vida y la madurez literaria que muestra ya la primera parte de esta obra. Pocos casos de novelistas tan precozmente geniales pueden mencionarse en la literatura universal. El de Thomas Mann, que da a la imprenta *Los Buddenbrook* con apenas veintiséis años, tal vez sea comparable, pero la diferencia está en que así como la obra del alemán muestra después un progreso hacia el dominio absoluto de la escritura, en el caso de Shólojov el resto de su producción, que abarca obras como *Cuentos del Don* (1925), *Campos roturados* (1932, 1960) o *Lucharon por la patria* (1942), está literariamente muy por debajo de *El Don apacible*. Son obras dominadas por un maniqueísmo primitivo, con caracteres lineales, y en las que brillan sólo a veces, como destellos lejanos, la poesía y la complejidad humana de la gran epopeya del Don.

Llegó a argumentarse por parte Aleksandr Solzhenitsyn y Roy Medvédev, entre otros, que gran parte de *El Don apacible* era un plagio de una obra de Fiódor Kryúkov, escritor cosaco muerto en 1920. Esta acusación suscitó una importante controversia en los medios académicos, que parece haberse resuelto hoy día a favor de la autoría de Shólojov. La cuestión que permanece es por qué este escritor capaz de sacar adelante una obra genial en su juventud produjo después sólo libros tremendamente mediocres.

Sin duda es el destino de todo escritor debatirse entre llamadas contradictorias. Por un lado, el rumor poderoso de la realidad propone sus argumentos; escuchar esta voz le empujaré a un camino difícil, pródigo en contradicciones y enfrentamientos. Por otro lado, hay opciones más cómodas; la ideología en el poder le ofrece un cosmos maravillosamente ordenado y al mismo tiempo un pesebre en el que resulta más fácil medrar. Es muy difícil resistirse a esto. Tal vez lo que se evidencia en la disimetría de las obras de Shólojov es precisamente la lucha entre estas dos posibilidades.

En cualquier época son reconocibles entre los escritores las dos castas, la de los dóciles que tratan de agradar a los poderosos a cambio de agasajos, y la de los que denuncian la crueldad del sistema, atentos sobre todo al sufrimiento de los inocentes. Incluso es frecuente ver rasgos de las dos tendencias entremezclarse en un mismo autor. Lo misterioso y especial en el caso de Shólojov es que en él las dos castas convivieron y desarrollaron cualidades extremas dentro de una misma persona.

La gran epopeya del Don

Nacido al sur de Moscú, entre suaves colinas con bosques y campos de cereal que verdean en primavera, no es de extrañar que el Don sea un río apacible. Le falta ese vértigo de la altura que encrespa la juventud de casi todos los grandes ríos. Un embalse recoge las aguas de multitud de arroyos, y el Don surge de allí para correr sin sobresaltos un largo camino hacia el sur, y llegar, caudaloso y manso, a las tierras de esos pobladores eslavos guerreros y cantores que tomaron para sí el nombre de cosacos. La palabra es turca, y viene a decir «guerrilleros».

Los cosacos asentados a orillas del Don fueron durante los siglos XVI y XVII prácticamente independientes, y elegían a sus *atamanes* en una *rada* o asamblea popular. Sin embargo, a partir del XVIII sus enfrentamientos con los zares los acabaron convirtiendo en una casta guerrera que sólo conservó una parte de sus privilegios a costa de un servicio de armas en el que ejercitaban su legendaria destreza como jinetes. Así se convirtieron en la fuerza militar más adecuada para reprimir los intentos revolucionarios. Después de 1917, los cosacos del Don lucharon bravamente por reconquistar su independencia, primero desde el Gobierno Militar del Don, y después aliados con los blancos.

En esta lucha, despiadada e interminable, se basa la epopeya narrada en *El Don apacible*, obra de la que entre las traducciones existentes al castellano destaca la de José Laín Entralgo (Editorial Progreso, Moscú, 1975). La edición del Círculo de Lectores, de 1968, destaca por los magistrales dibujos de Vicente Ballestar que incorpora. Grigori («Grishka») Mélejov vive en el caserío Tatarski a orillas del Don. Su familia, desde que el abuelo volviera de la guerra con una esposa menuda y misteriosa, es conocida como los turcos: «*y desde entonces la sangre turca se mezcló con la cosaca, y se prodigaron los cosacos de nariz aguileña; de una hermosura un tanto salvaje*».

El comienzo de la obra nos describe la vida en la aldea, y los amores desgraciados de Grishka y Axinia, la mujer de su vecino Stepán Astajov, durante la ausencia de éste. Este prólogo pasional de la tragedia que está a punto de estallar presenta un primer dibujo vigoroso de los personajes que serán sus protagonistas, mientras vemos nacer un amor despiadado que se enfrentará a todas las convenciones y sobrevivirá hasta el final de la obra.

Enseguida la guerra se mezcla en el destino de los hombres y mujeres de Tatarski. Es la guerra mundial primero, que lleva a los hombres a lejanas tierras polacas o rumanas donde luchan y mueren. Grigori sobrevive para regresar condecorado a su tierra y descubrir la infidelidad de Axinia, que lo lanza en brazos de su mujer, la enamorada y dulce Natasha, uno de los personajes más entrañables de la obra. De ella tiene dos hijos.

La revolución no prende en las tierras cosacas. Grigori, que había tomado conciencia política y llegó a luchar con los rojos en los primeros momentos, al volver a Tatarski de permiso se enfrenta a los reproches de los suyos, y termina

alistándose en el ejército cosaco que organiza el Gobierno del Don. Su hermano Piotr es elegido comandante militar de la aldea. Es la guerra civil.

En poco tiempo, el frente se desmorona y los cosacos vuelven a sus casas. La opinión de Grigori en ese momento se resume en unas frases memorables: «*Tú dices que todos tienen que ser iguales. Sí, con esa bonita frase los bolcheviques han engañado a los ignorantes. Han sembrado unas cuantas frases bonitas y el hombre se las traga enseguida, como el pez el anzuelo. Pero, ¿dónde está esa cacareada igualdad? Fíjate en el Ejército Rojo: ya lo has visto, sus tropas pasaron por la aldea. El jefe del pelotón calzaba botas de cuero y el simple soldado iba con los pies envueltos en harapos. ¿Has visto alguna vez a un comisario? Va cubierto de pieles de los pies a la cabeza; calzones de piel, guerrera de piel...; y en cambio, a otro la piel no le llega para hacerse un par de botas. Y piensa que por ahora no ha pasado más que un año desde que ocuparon el poder; aguarda a que se instalen y verás dónde va a parar su igualdad. (...) ¡Es un cebo! ¡Un maldito cebo! Si el señor vale poco, la canalla que se convierte en señor es cien veces peor*». Los cosacos se sublevan y Grigori, por su talento militar, se convierte en uno de los líderes de la revuelta. La muerte de Piotr, asesinado al caer prisionero tras un combate, le convierte en un exterminador implacable de rojos.

Grigori manda una división del ejército cosaco, que para su desesperación comienza a colaborar con los blancos. No le gusta que regresen los altivos oficiales del viejo orden. En ese momento, sublevado contra los rojos, Grigori ha asumido sin embargo los ideales de éstos, y se siente traicionado por todos. Llega a acariciar incluso la idea de pasarse al bando soviético, pero hay ya un abismo de sangre entre ellos.

El ejército del Don cede terreno, y los rojos llegan a Tatarski. Con ellos viene Mijaíl, «Mishka», Koshevói, el muchacho del pueblo que mató a Piotr. Está enamorado de Dunia, la hermana pequeña de Grigori, y es correspondido por ella. Planean casarse, pero al poco tiempo los rojos tienen que retirarse ante el avance de los insurrectos apoyados por los blancos. En el campo de éstos, Grigori muestra su alma rebelde gritando a un general y es degradado, pasando a mandar un escuadrón. Quiere ir a la retaguardia, pero no le dejan. En esta época, vuelve con Axinia que está otra vez en el pueblo sola. Natasha embarazada trata de abortar, desesperada, y muere.

Un nuevo avance de los rojos trae al pueblo a Mishka que por fin se casa con Dunia, no sin resistencias de su familia. Grigori también vuelve desmovilizado al pueblo, pero sabe que va a ser procesado y huye.

El final del libro nos muestra a Grigori unido a las últimas bandas que luchan contra el poder soviético. Trata de escapar lejos con Axinia, pero ésta muere y él queda sumido en la desesperación. Acaba escondido con una banda de desertores hasta que decide volver a casa. Abrazado a su hijo se entera de la muerte de su hijita pequeña en una escena final que no es el final de nada, pero resulta a mi juicio una de la páginas maestras de todas las literaturas.

Alrededor de este hilo argumental fluyen innumerables personajes, hombres y mujeres, rojos y blancos, dóciles depositarios de pasiones humanas dibujados con mano maestra, víctimas todos de un destino que asuela la estepa como una tormenta implacable. Es la historia como un vértigo lo que contemplamos, y vemos sus raíces poderosas en el corazón humano, porque es una tristísima historia que incomprensiblemente no nos cansamos de repetir, como si no supiéramos hacer otra cosa, víctimas sin remedio del rencor, del honor y la ira.

Hay que decir, no obstante, que la complejidad y el atractivo humano del personaje principal es uno de los elementos más seductores del libro. Grigori Panteléievich Mélejov queda trazado en estas páginas como un líder cosaco de gran talento militar, faceta inspirada sin duda en un personaje histórico: Jarlampii Yermakov, uno de los primeros cosacos en sublevarse contra los comunistas en 1919. Un desesperado y difícil amor por Axinia, y un alma cosaca sedienta de libertad acaban de marcar su trayectoria, junto al apego a los suyos y la pasión por su tierra dilatada y hermosa. Su humanidad le lleva a un enfrentamiento instintivo con la casta militar del viejo régimen, pero el desengaño y el ansia de independencia de su gente le empujan a la lucha contra los rojos. Sacudida como el hierro en la fragua, esta alma noble recorre un largo sendero de tormento y de lucha, de éxtasis y sombras, que deja en el lector una huella indeleble.

El mayor elogio que podemos hacer al Shólojov de *El Don apacible* es reconocer lo que sus críticos del momento enunciaron como un reproche: es un hombre sin partido. Al contrario que en sus otras obras, tiene la desfachatez de decírnoslo todo, lo que encaja en los esquemas, y lo que no encaja, para que seamos nosotros, en todo caso, los que juzguemos, si es que nos atrevemos a hacerlo.

Arte realista sin duda. El espejo se pasea en este caso sobre una estepa atravesada por un río poderoso. Es un espejo pulido y brillante, y descubrimos a cada paso detalles mínimos de una vida sorprendente. La estepa y el Don, el ciclo interminable de las plantas y la nieve, metamorfosis inquietantes y gozosas, son la primera referencia en cada capítulo. Son también el bálsamo amable de todos los desastres. Y cuando todo se pierde, en el final violento, la vida de la estepa tiene también el poder de una elegía piadosa y consoladora. El final del libro quinto, después de narrar cómo los fusilamientos llevan a los hombres a pudrirse en una fosa «*bajo la misa lúgubre de los cañones*», termina en este párrafo: «*Al cabo de algún tiempo, (...) bajo una prominencia del terreno y una vieja y despeinada mata de ajenjo, la avutarda*

puso en el nido nueve huevos jaspeados, color azul turquí ahumado, y empezó a empollarlos calentándolos con la tibieza de su cuerpo y defendiéndolos con el ala de brillante plumaje».

Son muchas las ocasiones leyendo *El Don apacible* en que nos sacude ese estremecimiento que parece desterrado hoy de la literatura, pero que era para Robert Graves la piedra de toque que marca la poesía. Nada más lejos de la realidad que esa imagen de plúmbeo ladrillo de realismo socialista que predican del libro unos críticos que nunca lo leyeron. Y es sorprendente que en una obra tan recurrente y dilatada siempre acuda un destello de poesía a sellar todas las heridas, como si poesía e historia necesitaran entrelazarse para que todo el dolor y toda la tragedia fueran soportables.

Lo apuntamos más arriba. Después de estas páginas geniales, no volvería nunca Shólojov a volar tan alto. El resto de su obra es el tributo a una mediocre literatura de propaganda. Los gozos y dolores de su obra maestra quedaron enterrados, y su vida pasó a ser la de un dócil escritor a la orilla del poder. Hoy le recordamos sólo como el genial narrador de un pedazo de vida amarga y violenta tejida a la orilla del Don apacible.

De los vivos y los muertos, de Konstantín Símonov. Episodios de la Gran Guerra Patria

Publicado en *Rebelión* el 8 de enero de 2008

Konstantín Mijáilovich Símonov (1915-1979), corresponsal de guerra, poeta, dramaturgo y novelista fue uno de los escritores más reputados de la Unión Soviética, con numerosos cargos y premios en su historial. *De los vivos y los muertos*, publicada en 1959, recoge experiencias del autor durante la Gran Guerra Patria, en la que participó primero como periodista y más tarde como oficial. La obra se presenta ahora en la colección Militaria de Planeta en una traducción de Emilio Donato Prunera realizada a partir de una versión alemana del texto. Señalemos de pasada que este hábito de algunas editoriales de traducir traducciones, que sin duda les reporta beneficios económicos, es también el camino más corto para conseguir resultados desastrosos. No es éste el caso por el trabajo profesional de ambos traductores, pero la delicada transcripción de los nombres rusos se resiente demasiado del tortuoso itinerario seguido.

De los vivos y los muertos es ante todo un clásico de la literatura militar que narra experiencias de hombres que lucharon contra la invasión nazi de la Unión Soviética. Las vicisitudes de la Gran Guerra Patria habitualmente se asocian para nosotros solamente con unos pocos términos e imágenes: operación Barbarroja, veinte millones de muertos, cerco de Stalingrado, aldeas arrasadas... Es por esto que una obra que ofrece una crónica real de la vida de algunos de los seres humanos atrapados en aquellos acontecimientos decisivos tiene un gran atractivo. La novela comprende un periodo de tiempo que va desde el comienzo de la invasión hasta la contraofensiva rusa del invierno de 1941.

Iván Sintsov (Sinzov en esta versión castellana), protagonista principal del relato, es un corresponsal militar y miembro del partido que se encontraba de permiso en los primeros días de la guerra y se apresura a reintegrarse a su unidad en una localidad próxima a la frontera polaca. Ante la imposibilidad de hacerlo por la situación caótica del frente, Sintsov termina incorporándose como *politruk* («instructor político») a un batallón que resiste el avance alemán a las órdenes de Fiódor Serpilin, un comandante que tras cuatro años internado en el Gulag se ha reincorporado al ejército. El retrato de este heroico militar ejemplifica bien los caracteres de una pieza que abundan en el relato de Símonov: «*Durante aquellos cuatro años no había reprochado ni una sola vez al poder soviético la injusticia que se había cometido con él; tuvo aquello por un monstruoso malentendido, por un error, por una estupidez. El comunismo seguía siendo para él sagrado y sin mácula*». Ahora en el frente, «*con su ejemplo ansiaba demostrar que otros muchos que permanecían en el destierro habían sido objeto de la misma injusticia que él*». La unidad de Serpilin al fin es embolsada por los alemanes y tras un agónico retroceso, algunos de sus hombres consiguen llegar a las líneas rusas con el propio Serpilin herido gravemente. Resulta curioso que el escenario de estos primeros combates que se describen en el libro son las mismas orillas del Berézina que tan esenciales fueron en noviembre de 1812 durante la retirada de la Grande Armée napoleónica.

Los restos de la unidad de Serpilin son destinados a la retaguardia y en el camino Sintsov observa los primeros indicios de una defensa organizada: «*Arriba, por encima de sus cabezas, volaban en dirección oeste bombarderos rusos en escuadrillas de nueve unidades, protegidos por cazas. (...) El ejército estaba en pie y no retrocedería otra vez*». La columna donde va Sintsov es atacada, y tras vagar penosamente por el bosque él es herido de gravedad. El soldado que le acompaña, creyéndole moribundo, lo deja tras recoger su documentación. Sin embargo, las heridas de Sintsov no eran de tanta consideración y tras una larga odisea en la que es hecho prisionero y logra escaparse, alcanza las líneas propias. Allí, el hecho de no tener papeles le hace sospechoso de haberlos destruido y le acarrea todo tipo de problemas.

Al fin, Sintsov consigue trasladarse a Moscú, donde espera reintegrarse a la redacción de la publicación en la que estaba destinado antes de la guerra, que ha sido instalada allí; la ciudad bombardeada está sumida en el caos, y al enterarse de que la oficina ha sido llevada a la retaguardia, decide

quedarse y colaborar en la defensa de la capital. Aceptado en una unidad del partido, Sintsov lucha heroicamente en la dura batalla a las puertas de Moscú, por lo que es condecorado. En las últimas páginas de la novela, en las que reaparece también Serpilin convertido en general, asistimos al comienzo de la ofensiva del Ejército Rojo y sus primeros éxitos.

Pródigo en duras escenas de guerra, el libro nos ofrece una crónica de los meses que siguieron a la invasión alemana de la Unión Soviética. La desorganización de los primeros días es mostrada en su cruda realidad y se llegan a discutir sus posibles causas y responsabilidades, aunque no es éste un asunto en el que parezca que el autor esté dispuesto a llegar hasta el fondo. En todo momento, la narración adquiere un aliento épico con un leitmotiv obsesivo que no puede ser otro que la defensa de la patria invadida. No es un atractivo menor del libro el reencuentro que nos regala con las peculiaridades de aquella máquina de guerra que fue el Ejército Rojo, con su armamento legendario que incluye unos recién estrenados T-34, sus cuadros de instructores políticos y su enorme heroísmo sobre todo, desplegados en una batalla que hace parecer secundarios todos los otros escenarios de la Segunda Guerra Mundial.

Iván, de Vladímir Bogomólov

Publicado en *Rebelión* el 14 de enero de 2020

En su prólogo para esta edición de *Iván* (Dirección única 2019, trad. de Justo Vasco), Paco Ignacio Taibo II nos aproxima a la trayectoria vital de su autor, Vladímir Bogomólov (1926-2003). Éste combatió muy joven como voluntario en la Gran Guerra Patria, aunque la autenticidad de sus hazañas bélicas ha sido recientemente cuestionada, y fue después oficial de contraespionaje en Alemania. En 1956 dio un giro a su vida al comenzar, precisamente con *Iván*, una carrera literaria centrada en relatos de guerra que alcanzaron gran éxito en sus versiones cinematográficas. Hay que decir sin embargo que éstas fueron rechazadas como espurias por él, que se negaba a aparecer en los créditos.

Otoño de 1943 en el frente bielorruso. Iván, un muchachete delgaducho de doce años, es apresado por una patrulla del Ejército Rojo. Harapiento y sucio, para estupefacción de sus captores declara venir de la otra orilla del Dniéper, territorio alemán más allá de la sábana de agua de medio kilómetro de anchura, y «exige» que se informe inmediatamente al Estado Mayor de su llegada. Pronto descubrimos que el arrapiezo es un hábil espía que viene cargado de datos sobre las posiciones y efectivos del enemigo, y lo vemos vestir su uniforme, adornado ya por un par de condecoraciones. Sus superiores están empeñados en que vaya a la escuela militar para convertirse en oficial, pero él, obsesionado por la venganza tras perder a su padre y ver morir a su hermanita en sus brazos, se niega a obedecer.

Un teniente mayor, jefe del batallón al que va a parar Iván es el narrador de la historia. A él mismo le toca acompañarle al cabo de unos días en el paso del Dniéper para que pueda adentrarse otra vez en territorio enemigo. El niño ha prometido que esta misión ha de ser la última antes de ingresar en la academia. El viaje nocturno en barca, entre la niebla y bajo el fuego incesante de los hitlerianos, culmina sin contratiempos, y nuestro teniente pierde entonces el contacto con Iván. Meses después sabrá que aunque éste regresó de aquella misión, nunca llegó a ir a la academia, sino que se escapó para seguir con sus labores de colección de información tras las líneas alemanas. Sólo en 1945 cuando entra con el Ejército Rojo en Berlín, revolviendo papeles en la sede de la Gestapo, el narrador conocerá casualmente las actividades posteriores de Iván.

Bogomólov teje con habilidad un relato que pone ante nosotros el sabor cotidiano de la guerra, y retrata amorosamente a unos seres empeñados en liberar su tierra de los que violan sus fronteras y masacran a sus gentes. El rótulo «Ejército Rojo» agrupa hombres de temples bien variados y con oficios diversos, y así junto a los infantes, que sólo aguardan la orden de avance, y los artilleros que tratan de debilitar las defensas enemigas, vemos moverse, orgullosos y con cierta prepotencia, a los exploradores y oficiales de Estado Mayor, que escudriñan la otra orilla del río y elucubran planes de ofensiva. En este universo tenso, brutalmente adulto, de trato diario con la muerte, el personaje de Iván es una aparición que sirve para evocar algo perdido. Golosinas y juegos resbalan al niño que lo ha visto ya todo, y ha sintetizado ese todo en una decisión inquebrantable y fatal.

Iván de Vladímir Bogomólov nos ofrece un viaje al mundo cruel y desolado de la guerra, a sus rutinas de fuego y sangre, de destrucción y espanto, aceptadas mansamente. Y el niño que lo mira todo con ojos de adulto y escoge su lugar desesperado en ese caos, nos interpela con la certeza de lo que hemos perdido con esa aceptación.

Chocolate, de Aleksandr Tarásov-Rodiónov

Publicado en *Rebelión* el 25 de febrero de 2016

La introducción de Joana Szipowska, autora también de la traducción, valiosas anotaciones y un epílogo en esta edición de *Chocolate* (Eutelequia, 2015), nos acerca a la trayectoria vital de Aleksandr Ignátievich Tarásov-Rodiónov. Na-

ció éste en 1895 en Astraján, muy cerca de donde el Volga, deshecho en mil brazos, entrega sus aguas al mar Caspio, en una familia acomodada, y estudió luego en Kazán, graduándose como oficial en la academia militar de esta ciudad en 1916. Miembro desde muy joven del partido bolchevique, en febrero de 1917 acude a San Petersburgo y participa en todas las revoluciones de ese año. Combate después en la guerra civil, y cuando en el campo rojo se produce un enfrentamiento entre Stalin y Trotski en las batallas por Tsaritsyn (más tarde Stalingrado, hoy Volgogrado), toma partido por Stalin. Esto le vale conseguir en 1925 un importante cargo en la Editorial Estatal (Gosizdat).

Publicada en 1922, *Chocolate*, como nos explica Joana Szypowska en su epílogo, se basa en hechos reales ocurridos en 1919 en la cheka de Petrogrado, cuando uno de sus miembros inicia una relación sentimental con la compañera de un especulador detenido y ella se sirve de él para lograr la liberación de éste y algunos otros, a cambio de favores y artículos de lujo (como el chocolate del título). La conclusión del proceso fue el fusilamiento de los tres vértices del triángulo. La novela, que resultaba inoportuna en los comienzos de la NEP por recordar las ejecuciones sumarias de burgueses que se querían hacer olvidar, era muy apropiada sin embargo en la campaña contra Trotski que arrancaba por entonces, pues presenta una transparente caricatura suya como antipático instructor del proceso.

Una nueva versión en 1925, revisada por el propio Stalin, no encuentra voces críticas, pues los trotskistas ya eran menos influyentes. En 1927, 1928 y 1930 vuelve a reeditarse, seguramente porque su visión de una justicia convertida en despiadada trituradora de los enemigos de clase marcaba bien el signo de los tiempos. Cuando la represión se agudiza, Tarásov-Rodiónov, que había viajado en 1931 a Berlín para tratar de devolver a la madre patria al exiliado Vladímir Nabókov, tenía demasiadas papeletas para que lo consideraran un espía alemán. Arrestado en abril de 1938, en septiembre es ejecutado. *Chocolate* con su lógica de exterminio y sus paisajes de avidez y locura, nos regala hoy imágenes en sepia de la Rusia que acababa de superar la guerra civil.

Trilogía siberiana, de Vladímir Zazubrin

Publicado en *Rebelión* el 15 de marzo de 2016

Nacido en Penza, en la meseta del Volga, en 1895 e hijo de un funcionario ferroviario que tuvo un papel activo en la revolución de 1905 y fue deportado por ello, Vladímir Yákovlevich Zubtzov comenzó muy pronto a militar en la facción bolchevique del partido socialdemócrata, participando en la Revolución de Octubre. Sin embargo, poco después se une a los blancos o es movilizado por ellos —hay dudas al respecto— y recibe instrucción en Oremburgo e Irkusk, siendo enviado como teniente a un regimiento en Ufá, donde deserta con los dos pelotones a su mando y se pasa a los rojos en octubre de 1919. Destinado en Kansk, conoce allí a Varvara, que será la compañera de su vida. En 1921 publica una novela, *Dos mundos*, cambiando su apellido a Zazubrin, que podría traducirse por «mellado», pues es consciente de la autocensura impuesta al darle forma.

Escribe luego Vladímir las narraciones de la *Trilogía siberiana* y la colección de relatos *Por los caminos intransitados*, y también crea una Asociación de Escritores de Siberia, cuya amplitud de miras e independencia la hacen ser acusada de pequeñoburguesa; para acabar de fastidiarlo, en el primer congreso de ésta, en 1926, cita un texto de Trotski. No obstante, la amistad de Gorki le permite ir capeando el temporal y cuando pierde su trabajo en Siberia, él le busca otro en Moscú. Un año después de la muerte de Gorki, en junio de 1937, Zazubrin es arrestado. Con las torturas se derrumba y firma una declaración completa de culpabilidad. En septiembre es fusilado.

«La astilla» es el primer relato de la *Trilogía siberiana* y fue compuesto como todos los que la forman en 1923, aunque no vio la luz hasta 1989. Llevado a la pantalla en 1992, ganó popularidad con el título de *El chequista*. Se describen en él con realismo las rutinas de una cheka provincial, incluidos interrogatorios y salvajes ejecuciones. Andréi Srubov la preside con mano férrea, convencido de que el amor por Ella —la revolución— lo justifica todo, pero cuando ha de aprobar la muerte de su propio padre, y su mujer lo abandona porque comienza a tenerle miedo, las contradicciones se agudizan en su interior y lo llevan a la locura. La prosa expresiva, radiante de metáforas, nos acerca al abismo psicológico de Srubov, al tiempo que hilvana una meditación extrema sobre el sentido de la violencia.

«La verdad pálida» nos presenta a un hombre de corazón noble, el viejo bolchevique Nikolái Averiánov, recién nombrado comisario del plan comarcal de aprovisionamiento. El que trabajó en una forja en su juventud, luchó en las dos guerras y luego dirigió una cárcel se enfrenta ahora a complejos retos de contabilidad y burocracia que lo desbordan. Trata de hacerlo todo lo mejor posible, derrochando esfuerzo, pero pronto cae en manos de corruptos que logran manejarlo a su albedrío. Cuando se entera de los chanchullos de éstos los denuncia, pero ellos le inculpan a su vez y el asunto se enreda en un cruce de acusaciones del que sale malparado.

«Vida en común» retrata la coexistencia comunitaria de altos funcionarios del partido y sus cónyuges y vástagos en una casa con precarias instalaciones. Los problemas de las parejas, que para el autor tienen su definición más sintética

en Maupassant: «*El matrimonio es un intercambio de malos humores de día y malos olores de noche*», provocan una cierta promiscuidad mientras felicidad y desgracia ruedan veleidosamente y la sífilis se enseñorea de todos.

El libro lo edita Eutelequia en su colección Círculo d'Escritores Olvidados con traducción, presentación y generosas notas de Joanna Szypowska. Un epílogo de la propia traductora analiza en detalle el contexto histórico de los tres relatos, mostrando como revelan la visión personal de Zazubrin sobre momentos cruciales del régimen soviético. Si un defecto podemos poner a la edición, por otro lado magnífica, es que la transliteración y acentuación de los nombres rusos no se ajusta a veces a las normas habituales.

Trilogía siberiana es un cuaderno de notas que encierra una reflexión sobre el significado y posibilidades humanas de la revolución. Zazubrin se complace en colocar contra las cuerdas a personajes destacados de la vida soviética, y vemos que sobran argumentos para zamarrearlos y hacerlos caer. El mensaje era vital porque ponía de manifiesto que Ella llevaba crueldad y torpeza en su seno que al final podían comprometerlo todo.

Parece ser que un comentario crítico de nuestro hombre, bastante irrelevante por lo demás, realizado en presencia de Stalin fue lo que aceleró su detención y ejecución. Su fidelidad al proyecto soviético era firme, pero su vocación de aguafiestas no tenía fácil acomodo en aquellos tiempos.

Poema pedagógico, de Antón S. Makárenko

Publicado en *Rebelión* el 11 de abril de 2018

Nacido en 1888 cerca de Járkov (Ucrania), Antón Semiónovich Makárenko se formó como maestro, acumulando una extensa erudición que pronto comprendió que no era lo más importante a la hora de transmitir conocimientos. En el año 1920 su vida cambió cuando el delegado de instrucción pública del Gobierno soviético le propuso la tarea de rehabilitar a jóvenes delincuentes. A partir de ese momento, Antón se esforzó a lo largo de nueve años tratando de enseñar el arte de vivir a los muchachos y muchachas que le encomendaban, en la que bautizó como colonia Maksim Gorki. Ésta tuvo varios emplazamientos, y fue una experiencia desarrollada por ensayo y error cuyas vicisitudes están descritas en *Poema pedagógico*, publicado en tres volúmenes entre 1933 y 1935, y que Akal acaba de reeditar en castellano. Ayuno de elucubraciones teóricas, el libro narra la apuesta por una educación empírica y humanista, que entrelaza pupitre y trabajo y hace a los jóvenes asumir su destino de forma autogestionada y con énfasis en el compañerismo, la emulación y el fortalecimiento del espíritu de comunidad. Aunque éste es su libro más celebrado, Antón S. Makárenko es autor de una amplia obra basada en sus labores pedagógicas. Divergencias con Stalin lo llevaron a residir bajo vigilancia especial en Moscú, donde falleció de un infarto en 1939.

Libro I

Poema pedagógico evoca los difíciles comienzos de la colonia Gorki. A cargo de media docena de holgazanes irreductibles, Antón se desespera y busca refugio en librotes de pedagogía hasta que un día en un arranque de cólera abofetea a uno de los desobedientes. A partir de entonces, los muchachos empiezan a colaborar. Él impone unas normas a los que quieran quedarse: reparto equitativo de los trabajos, obligatoriedad de asistir a la escuela y necesidad de su permiso para ir a la ciudad. Le resulta triste comprobar que el látigo es bienvenido en espaldas acostumbradas a la servidumbre, y se resiste a perseverar en ese camino. Pronto son ya unos treinta los educandos y aumenta la plantilla docente, aunque ropa y comida escasean y exigen peregrinaciones agobiantes por tortuosos senderos burocráticos. Por otra parte, la pesca y donativos más o menos voluntarios de los campesinos ayudan a la manutención. Cuando se producen algunos robos en la colonia, el culpable es descubierto y juzgado por un tribunal popular; tras unos días a pan y agua, se reintegra corregido en la comunidad.

El paso del tiempo y las labores compartidas fortalecen el espíritu de la colonia Gorki, que se convierte en una especie de hogar para todos los que la habitan. En la primavera de 1921 consiguen que se autorice su traslado en el futuro a una extensa propiedad próxima, y sus actividades, con alguna ayuda y mucho entusiasmo, se diversifican hacia agricultura, carpintería y herrería, mientras el número de residentes se incrementa con los más jóvenes de los prisioneros de las últimas operaciones de la guerra civil. Antón y los otros educadores deben combinar amor y firmeza para que embriaguez, antisemitismo, naipes y reyertas no desvíen el rumbo de la nave, y así logran sacar de los infelices seres golpeados por la vida que les han sido encomendados lo mejor que yace escondido en ellos. La prosa cuidada y precisa de Makárenko, siempre abierta al humor y la ironía, nos hace partícipes de alegrías y amarguras. En el otoño de 1921, los gorkianos siembran centeno en la segunda colonia, que se esfuerzan en acondicionar y esperan ir a habitar en breve; los alumnos más instruidos ponen sus anhelos en ingresar en el Rabfak («universidad obrera»).

En la primavera de 1922 una epidemia de tifus se abate sobre los muchachos y varios son hospitalizados, pero logran recuperarse felizmente. En esa misma época, la hostilidad que despierta entre algunos prebostes el experimento pedagógico de Antón, tildado de autoritario, está a punto de abortarlo, y sólo el apoyo entusiasta de los colonos y al-

guna mano amiga en las alturas consiguen salvarlo. Por otro lado, las relaciones con los campesinos se vuelven difíciles por los hurtos y robos que proliferan. Esto se resuelve de momento, pero en otoño obliga a la expulsión de dos educandos, uno de los cuales volverá corregido en unos meses. A veces cunde el desánimo, pero ese año de 1922 comienza ya el traslado a la nueva colonia, donde se trabaja la tierra duro con dos caballos cedidos por la Inspección Obrera y Campesina. La actividad es febril, pero los domingos hay diversión y baños en el río, los piojos son apenas ya un vago recuerdo, se las arreglan para conseguir una segadora y hasta tienen un piano que aporrea una de las educadoras. Se une a ellos además Eduard N. Shere, un experto agrónomo, hiperactivo y flemático, que revoluciona las labores y se convierte en un ídolo para los muchachos.

Al inicio de 1923, la colonia incorpora algunos rasgos de vida militar, como la organización en destacamentos. Los jefes de éstos son nombrados al principio por Antón, pero luego pasarán a ser elegidos democráticamente, y forman un consejo con poder ejecutivo, el sóviet de jefes. Un sistema de destacamentos mixtos, constituidos para una tarea concreta y dirigidos por alguien propuesto por el sóviet de jefes, permitía que todos se fueran turnando en el mando, lo que unido a que éste no otorgaba ningún privilegio, impidió que se formara entre los educandos una casta dirigente. En el verano, con la ayuda de unos amigos de la GPU, los jóvenes logran vencer las dificultades que les confiere su condición de exdelincuentes, y comienza a funcionar en la colonia una célula del Komsomol a la que se asigna un instructor político. El sueño de todos se materializa solemnemente el 3 de octubre de 1923, cuando desfilando marcialmente en pos de su roja bandera, con tambores y trompetas, los ochenta colonos toman posesión del nuevo hogar.

Libro II

El nuevo emplazamiento, con varios edificios amplios y tierras feraces, está a orillas del Kolomak. La Ayuda a la Infancia de Ucrania financia el acondicionamiento, pero obliga a admitir a otros cuarenta educandos y hace necesario repartirse entre agricultura y construcción. Makárenko nos presenta amorosamente a los habitantes de la colonia, surtido de edades y caracteres ligados en una vida de trabajo y estudio en la que no falta la diversión. Ésta tomó aquel invierno la forma sobre todo de actividades teatrales, que acabaron convirtiéndose en un trabajo más, y no de los menos importantes. De las aldeas vecinas e incluso de la ciudad acudían todos los sábados gentes entusiastas a conocer gratuitamente un variado repertorio del arte dramático ruso y ucraniano. Antón solía hacer de apuntador y director de escena, y entre los espectadores no se toleraba la embriaguez, ni las pipas de girasol. La fiesta del cumpleaños de Gorki abre la primavera y marca el fin de la temporada teatral.

En 1924 llegan novatos y se compran vacas, ovejas y nuevos caballos, mientras continúa la cría de cerdos y se consigue el arriendo de un molino próximo; la economía va viento en popa. En julio, la agotadora trilla congrega a todos afanosos en campos de los más variados cereales, y en agosto se celebra la boda (sin popes) de una chica de la colonia, a la que ésta dota espléndidamente, con un campesino. Un invitado manifiesta extrañado: «— Muchachos, ¿y es verdad que vosotros sois aquí los amos? —Pues quién si no?, —*le responde uno*». Poco después se despide dolorosamente a los que van a estudiar al Rabfak de Járkov. Ante inspectores que les visitan, Antón expresa sin reparos su desprecio a la pedagogía oficial y defiende la necesidad de recurrir a castigos como arrestos o trabajos extraordinarios; la comunidad autogestionada y bien cohesionada que ha conseguido habla en su favor y a pesar de las críticas que suscita, el proyecto es respetado. En la pascua y el verano de 1925 los rabfakianos vienen de vacaciones y traen a todos noticias de un lejano mundo que aguarda.

El éxito de la colonia Gorki invita a buscar un nuevo emplazamiento donde pueda alcanzar mayores dimensiones. Se consideran posibilidades por toda Ucrania y al fin los muchachos muestran su coraje involucrándose en un asunto ciertamente arriesgado. En Kuriazh, un monasterio del siglo XVII muy cerca de Járkov, funcionaba otra colonia, con casi trescientos educandos, que era un completo y absoluto desastre. Los gorkianos, ciento veinte por entonces, y Antón, arrastrado por su entusiasmo juvenil, aceptan trasladarse a ella y tratar de reformarla con plenos poderes. Lo arriesgan todo por ver el triunfo de sus ideas, mientras sus enemigos confían en el fracaso de un proyecto que juzgan autoritario.

Libro III

Las primeras visitas a Kuriazh para preparar el traslado evidencian las condiciones terribles que allí imperan. Es necesario partir de cero, construir excusados, y comprar cucharas y platos, pero los gorkianos que llegan de vanguardia en poco tiempo consiguen elaborar un censo y organizan destacamentos que eligen a sus jefes. Cuando se asignan tareas, poner en movimiento sin violencia a los que ignoran la disciplina es complicado, pero la fiebre restauradora se extiende con fuerza y los trabajos imprescindibles avanzan. Algunos kuriazhanos colaboran francamente y los más se debaten expectantes.

El 17 de mayo de 1926, con sólo dos días de retraso respecto al plan previsto inicialmente, el grueso de los gorkianos llega a la estación de Rizhov en un convoy de cuarenta y cinco vagones y desde allí marcha en formación hasta Kuriazh. Antón, ante los muchachos reunidos, proclama solemnemente que ahora todos integran la colonia Gorki y expone las virtudes y el significado profundo de la vida que

comienza. Al poco rato, en una asamblea general se detalla la nueva organización, que fusiona sabiamente las dos comunidades desmantelando posibles focos de resistencia, y se propone un ambicioso plan de trabajo hasta el verano. Todo se aprueba con 354 votos a favor y ninguno en contra.

Jabón, corte de pelo y desinfección son las prioridades. La ropa nueva y el entusiasmo hacen el milagro y la transfiguración es pronto un hecho. Las más felices son las niñas de Kuriazh, antes atrincheradas en el espanto y que disfrutan ahora de los vestidos que sus hermanas gorkianas han confeccionado amorosamente para ellas. En un comedor impoluto se celebra una comida de gala bajo retratos de Lenin y Gorki y carteles con las consignas y saludos, como el famoso: «*¡No gemir!*». Se lee una carta de Gorki y Antón habla a los muchachos de la suerte de vivir en un país donde el individuo puede desarrollar al máximo sus cualidades sin que nadie robe los frutos de su esfuerzo. Luego todos cantan la Internacional.

Los meses que siguen son de trabajo duro. Antón nos desnuda cómo se logra corregir eficazmente a los haraganes que añoran la vieja vida de Kuriazh, aunque reconoce que las bromas y burlas utilizadas y su sutil violencia psicológica no pueden menos que implicar su expulsión fulminante del olimpo pedagógico. Ante la verborrea en éste instalada, insiste en la necesidad primordial de educar a los jóvenes en el amor al trabajo bien hecho y la disciplina que exige, y en infundirles una imagen de sí mismos que refleje sus anhelos más íntimos y esté adornada con el incitante estímulo que otorga lo que es posible construir y está de alguna forma al alcance de la mano. Ése fue siempre el hilo conductor de su labor, respetada por las autoridades, pero muy criticada por los prebostes pedagógicos de la URSS.

Se derriban las murallas del monasterio y los ladrillos son reutilizados en nuevas construcciones, mientras alrededor las cien hectáreas de la colonia comienzan a rendir frutos y el estanque es vaciado y se procede a su limpieza, apareciendo todo tipo de objetos varados en el cieno. Para el verano ya hay electricidad, funciona la conducción de agua y los muchachos están en sus nuevos dormitorios, cuyas camas han sido forjadas en su herrería. Los trabajos del taller de carpintería se convierten en una fuente de ingresos, que se trasforman en libros y en instrumentos para una banda de música. La crónica se complementa con relatos emotivos que muestran cómo el espíritu de la colonia es capaz de corregir la deriva autodestructiva de algunos de sus miembros. No son raros ya los periodistas e investigadores extranjeros que vienen a visitarles.

Tras el invierno, tiempo como siempre de trabajo escolar intensivo, en la primavera de 1927 llegan noticias a Kuriazh de que la GPU construye al otro lado de Járkov un lujoso edificio con talleres anexos destinado a una comuna con capacidad para ciento cincuenta jóvenes que llevará el nombre de Félix Dzerzhinski, el recién fallecido fundador de la Cheká. Su puesta en marcha se encomienda a los gorkianos y cincuenta de ellos forman su primer contingente, con Antón como director, aunque él no abandona del todo Kuriazh. La inauguración es en diciembre, y la financiación corre a cargo al principio de los donativos de los chequistas, homenajeados en el libro como dechados de virtudes humanas. Ya en la primavera de 1928, la incorporación de un eficiente administrador abre una época de febril productividad (carpintería, fundición, etc.) y bonanza económica. Pronto los comuneros perciben un salario.

El final del libro reseña la condena pública en un congreso pedagógico del método de Makárenko, por estar basado en conceptos como deber, honor, disciplina y trabajo. Esto le obliga a buscar nuevos destinos para los muchachos de la colonia más próximos a él, y a dejar él mismo su dirección, lo cual se materializa tras una emotiva visita de Gorki en julio de 1928. A partir de aquí, Antón se refugia en el proyecto de la comuna Dzerzhinski, dependiente de la GPU y a cubierto, por tanto, de las altas instancias pedagógicas. Esta labor será asunto de libros posteriores como *Banderas en las torres* (1938), del que existe versión castellana. *Poema pedagógico* concluye con un epílogo de 1935 en el que vemos a algunos de los educandos transformados en ciudadanos ejemplares de la gran patria soviética y se recuerdan los retos tecnológicos asumidos en la comuna Dzerzhinski, como la fabricación de taladros y máquinas fotográficas.

Teoría tras el poema

En la censura de los pedagogos soviéticos al proyecto de Makárenko, se respira algo de la vieja polémica entre colectivistas y comunistas. El recurso a premios y castigos es criticado desde una perspectiva puritanamente comunista e igualitaria, pero tenemos la impresión de que es el método que mejor se ajusta a la realidad de unos seres humanos concretos que sólo son capaces de desarrollar su personalidad con el estímulo de una recompensa. *Poema pedagógico* pone de manifiesto cómo jóvenes de inclinaciones y temperamentos diversos pueden alumbrar, en un proceso en el que es esencial su propia iniciativa, una sociedad armoniosa y al mismo tiempo económicamente viable, que les hace crecer como individuos. Hay sin duda una mano que dirige la experiencia, pero es la capacidad de liderazgo de los muchachos y su afán por integrarse en una entidad que satisface sus necesidades físicas y morales lo que determina la vitalidad del proyecto.

Entre la multitud de personajes que dan color al relato hay uno que desempeña un papel fundamental. La colonia Gorki no se afianza en el sendero del éxito hasta que E. N. Shere, competente e infatigable ingeniero, se hace cargo de la dirección técnica de las labores agrícolas y ganaderas. Sus milimétricos y agotadores planes de trabajo sumer-

gen a los muchachos en un frenesí de actividad que aceptan a regañadientes, pero que terminan viendo que sirve para que su existencia progrese de forma extraordinaria. Al mismo tiempo, imperceptiblemente, trabajo y camaradería, esfuerzo y emulación van forjando su carácter y fortaleciendo la cohesión del grupo. La importancia de la técnica que permite al hombre adaptarse a su entorno y mejorar sus condiciones materiales queda realzada así como un recurso educativo esencial.

Poema pedagógico nos acerca a la complejidad de la vida soviética y a sus delicados equilibrios de poder, muchas veces sorprendentes, pero más allá de esto contiene también algo que le otorga un valor intemporal, en su crónica de un intento afortunado de encauzar la existencia de unos jóvenes maltratados por el destino y dotarla de sentido. Su conclusión es que el amor es el instinto más fuerte de la vida, y que crear una comunidad que resulte grata para los que la habitan y les ofrezca a la vez estabilidad material y la realización de lo mejor que llevan en su interior es el instrumento idóneo para enderezar cualquier contingencia de la forma más favorable.

El fiel Ruslán, de Gueorgui Vladímov

Publicado en *Rebelión* el 28 de diciembre de 2013

Gueorgui Vladímov fue el nombre escogido por Gueorgui Nikoláievich Volosévich, nacido en 1931 en Járkov (Ucrania), para firmar sus artículos cuando tras terminar los estudios de Derecho en 1953 decidió dedicarse al periodismo. Su primer relato, «El gran mineral» (1961), apareció en *Novy Mir*, la revista que trataba por aquella época de impulsar una renovación de las letras soviéticas y en la que él era a la sazón editor de ficción. En 1965 Vladímov concluyó otra obra a la que tituló *Los perros*, y aunque no pudo ver la luz a causa de la censura, circuló ampliamente por los canales clandestinos del *samizdat*. Su publicación se produjo en 1975 en Alemania ya con el título de *El fiel Ruslán* y enseguida, con su tono lírico e irónico de fábula, pero a la vez con su profundidad y lucidez, pasó a ser considerada uno de los documentos literarios esenciales de la época postestalinista. Los protagonistas del relato son los perros guardianes de un campo y su trama se construye con la forma cómo reaccionan cuando su mundo se rompe un buen día. Los desacuerdos de Vladímov con el poder lo llevaron a abandonar la Unión de Escritores Soviéticos y en 1983 se exilió en Alemania, donde residiría hasta su fallecimiento en 2003. *El fiel Ruslán* aparece ahora en Libros del asteroide en una traducción de Marta Rebón.

La obra se inicia con el amanecer de un día que sólo trae sorpresas a Ruslán: las puertas del campo, abiertas; los reclusos, desaparecidos. ¡Una fuga masiva! No. ¡Las puertas están abiertas! Es para volverse loco. Con el amo sale del recinto y cuando lo encañona con su arma cree llegada su última hora, pero es salvado por la aparición de un hombre con un tractor que discute con el amo. Al fin es despedido incomprensiblemente: «*¡Piérdete! Y que no te vuelva a ver*». Ruslán corre y corre. Ahora sabe ya que su destino es el que más temía: unirse a esos vagabundos famélicos y tiñosos a los que desprecia con todas sus fuerzas.

La nueva vida de los perros del campo es extraña. Esperan en la estación la llegada de un cargamento humano, pero el tiempo que transcurre sin este hito que los ligaría al pasado los desconcierta. Se acercan al campo y no soportan su aspecto insólito; los postes y el alambre de espino, por el suelo; presencia de seres con tareas ignotas... El hambre y su profunda ignorancia de las artes de la vida los atormentan, pero pronto cazan, roban o «se colocan» en diversas actividades. Ruslán desdeña a estos últimos y no oculta su espanto cuando descubre a Dzhulbars, el fiero entre los fieros, de guardián de un leñero.

De repente Ruslán huele el inconfundible y divino olor del amo y resucita, olvida el hambre y los dolores y corre. El amo charla en un bar con un exrecluso harapiento. Le cuenta que custodia los expedientes y que ha decidido volver a su casa en la aldea. Cuando ve a Ruslán, lo trata cruelmente haciéndole comer pan con mostaza. Ruslán escapa confundido. La conclusión es amarga. El amo no le ama. ¿Cómo seguirá viviendo? El exrecluso busca a Ruslán y le ofrece ir con él. Ruslán lo huele y acepta: «*Olor a fogata que se contemplaba durante largo rato con pupilas dilatadas, tratando de mantener vivo un hálito de esperanza, y el olor de las mismas esperanzas que le quemaban en los músculos flácidos; olor a catres duros, capaces, no obstante, de regalarle un sueño profundo como la muerte, refugio extremo del corazón exhausto; olor a miedo, a melancolía y de nuevo a esperanza, olor a sollozos sordos sofocados en el colchón y enmascarados en accesos de tos*». Pero no nos engañemos, Ruslán sigue fiel al servicio, y aguarda de algún modo el regreso de las torres y las alambradas, de las filas de hombres bien vigilados y sometidos al divino reglamento. Su nuevo amo no tiene de ninguna manera la categoría del otro.

El harapiento es un buen ebanista atrapado por la vodka. No quiere regresar a casa porque lo creen muerto y teme lo que va a encontrar. Reparte su tiempo entre la bebida y la confección de un precioso armario aparador para la tía Stiura, su patrona y algo más. Ahora tiene a Ruslán que lo mira perplejo sin darle muchas confianzas; por ejemplo, se niega a comer lo que le ofrecen. Con los perros de la vecindad, Ruslán también se hace el duro. Es un insociable que sólo vibra por el servicio. En las largas noches recuerda su

aprendizaje, sus maestros: el terrible Dzhulbars, diestro en crueldades; el instructor que sabía todo sobre perros y una vez le dijo mirándole a los ojos: «*Se cuál es la desgracia de este perro. Considera que el servicio siempre tiene razón. No se tiene que pensar así, Ruslán, recuérdalo si quieres sobrevivir. Eres un perro demasiado serio. Considera todo esto como un juego*». Recuerda también su momento de mayor gloria, cuando resolvió un misterioso asesinato gracias a su olfato y su inteligencia. Y no olvida el intento de motín de los presos un día de frío espantoso, reprimido con agua a presión y que desencadenó otro motín de los perros, que trataban de morder la manguera, enloquecidos.

«*Llegó así la novena primavera de la vida de Ruslán. Una primavera distinta a las demás*». Ruslán aprende a cazar, aunque sigue con Harapiento porque el amor por los humanos ha envenenado su alma. El amor comprende a aquellos infortunados que tenía por oficio vigilar en las filas alineadas. Harapiento era uno de ellos y así lo sabe Ruslán. Por eso su cariño está preñado de desconfianza y de nostalgia por la época dorada que se fue. Harapiento recibe una carta. Un viejo compañero del campo, que ha regresado a casa, le habla de su familia, aunque no se ha atrevido a decirles que él vive. No le da demasiados datos y Harapiento sufre. Va a partir, pero en el último momento decide quedarse con Stiura. Ruslán lo contempla todo desconcertado y lo interpreta en sus coordenadas: huida, no huida.

Un día, por fin, todas las esperanzas de Ruslán tuvieron su recompensa y en el andén de la estación, desembarcó una muchedumbre: «*¡Habían vuelto todos! ¡Y, además, de manera voluntaria! Se habían dado cuenta de que no había una vida mejor mas allá de los bosques, lejos del campo —algo, por cierto, que todos los amos y los perros sabían— y estaban encantados de haber visto la luz*». Pero enseguida ve que hay cosas que no encajan. Ya no hay formaciones, recuentos, registros y confiscaciones. Nada de eso. En vez de ello, la turba desordenada se pone en camino. En la plaza, el lector descubre que el grupo lo constituyen jóvenes que vienen a construir una fábrica de celulosa. Marchan hacia el campo, y Ruslán es feliz custodiando otra vez la masa humana, aunque se disgusta por el relajo de la disciplina.

Y de pronto, aparecen todos los perros. Ruslán no podía «*evitar reconocer que sus compañeros de antaño, a pesar de su apostasía, se habían presentado a la primera llamada del Servicio. Incluso la ciega Aza se había arrastrado hasta allí y, sin equivocarse, había tomado la posición que le correspondía: la cuarta, a la izquierda*». Algo terrible ocurre entonces cuando los jóvenes se salen de las filas en la calle principal del pueblo, llena de tiendas y quioscos. Los perros atacan. Es una batalla con muchos heridos, entre ellos Ruslán, que es el último en abandonar la lucha. Lisiado, es arrojado desde un terraplén, pero arrastrando las patas traseras consigue llegar hasta la estación; en su escondrijo, aguarda la noche que traerá el alivio de la muerte y recuerda sus días, el mullido calor de su madre, la irrupción del amo, el aprendizaje y el servicio que hoy siente sólo como una condena. «*Había llegado a saber bastante del mundo de los bípedos, impregnado del olor de la crueldad y la traición*».

No es cosa fácil meterse en la mente de un perro y contar desde ella una historia. El reto ha tentado a muchos grandes escritores, de Cervantes a Ciro Alegría y de Kipling a London; sin olvidar a Chesterton o Virginia Woolf. Vladímov lo resuelve con sabiduría y humor, y realmente creemos pensar con Ruslán y enfadarnos y alegrarnos con él en muchas páginas del libro. A los protagonistas humanos de éste los conocemos bien tras leer a autores como Varlam Shalámov o Yevguenia Ginzburg. *El fiel Ruslán*, con su perspectiva insólita, aporta sobre todo un tono de fábula y nos hace ver la enorme cantidad de inocencia mancillada que hay en estas historias tan terribles.

Ruslán y sus compañeros, fieles ayudantes del hombre han tomado de él en este caso, más que nada, un amor sin fisuras a los rigores del servicio y un desprecio enconado a la veleidosa libertad. En este espejo cruel contemplamos cómo la franqueza y el juego, la fidelidad y la emulación pueden ser retorcidos para adiestrar verdugos odiosos. El relato nos descubre la desventura que estos servidores tan devotos se ven obligados a afrontar, sin que al final sepamos si nosotros, humanos, somos acaso más sagaces para ver la salida del laberinto.

Estudioso del alma canina y sutil conocedor de la humana, Gueorgui Vladímov nos habla en este libro de la cruel historia de Rusia y deja que sean unos perros los que nos la cuenten.

Nota de presentación para *Vida del señor de Molière*, de Mijaíl Bulgákov

Publicado en *Literaturas.com* en 2007

Los quince últimos años de la vida de Mijaíl Bulgákov (1891-1940) ejemplifican bien las desventuras de un intelectual disidente en la Unión Soviética de Stalin, aunque hay que decir también que la admiración de éste por alguna de sus piezas teatrales fue lo único que le salvó de males mayores. Estas difíciles y complejas relaciones con el poder se reflejan sin duda —con Luis XIV haciendo el papel del *vozhd*— en la biografía que Bulgákov dedicó a su admirado Molière, y que ahora reedita Montesinos en la versión castellana de Ricardo San Vicente. Es ésta una biografía amante del detalle, con las fechas de los estrenos y las cifras de las recaudaciones, pero marcada sobre todo por el humor inci-

sivo que caracteriza al gran satírico ruso, autor de una prosa mordaz y directa, cargada en este caso de inmenso amor por el protagonista y su obra. El libro presenta un retrato de la Francia del XVII, y recorre toda la vida del hijo de un tapicero que, a costa de mil esfuerzos y sinsabores, llegó a triunfar como cómico y hacerse rico, aunque su profesión denigrada lo llevara a ser enterrado con los suicidas y los niños no bautizados. De París a Moscú, es ésta una obra, en fin, que contiene gran literatura por cualquier lado que se la mire, y que marca la afortunada conjunción estelar de dos genios de la sátira.

Vitali Shentalinski en los archivos de la Lubianka

Publicado en *Rebelión* el 29 de julio de 2009

En enero de 1988, en plena perestroika, Vitali Shentalinski, periodista y escritor siberiano nacido en 1939, dirige una carta a la Unión de Escritores de Moscú pidiendo la constitución de una comisión que trate de rescatar lo que pudiera quedar en los archivos de la Lubianka, sede de la policía política, de los documentos incautados a autores detenidos y represaliados en la URSS. Tras una lenta deliberación en las alturas y mucha resistencia, Shentalinski se convierte al fin en «*el primer escritor que entra por su voluntad en el temido caserón moscovita*», y al poco tiempo comienza a publicar en *Ogoniok (Llamita*), una revista que en ese momento apoyaba a Gorbachov, los artículos de una serie que toma por título la propia rúbrica que tutelaba los manuscritos hallados: «Conservar a perpetuidad». Estos textos dieron lugar después a tres libros de los que existe versión castellana: *Esclavos de la libertad* (2005), *Denuncia contra Sócrates* (2006) y *Crimen sin castigo* (2007) (Galaxia Gutenberg, trad. de Marta Rebón). La trilogía contiene abundante documentación inédita y resulta imprescindible para reconstruir la historia de la literatura rusa en los años de la Unión Soviética.

En los libros se aportan nuevos datos, fragmentos de obras y sobre todo material valiosísimo de escritos incautados, declaraciones y procesos. El primer autor estudiado es Isaak Bábel. Estremece leer las líneas en que este fino humorista y enorme poeta, sometido a la más extrema presión, denigra lo mejor de su propia obra en una prosa inconfundiblemente suya: «Caballería roja *me sirvió de pretexto para manifestar mi horrible estado de ánimo, que no tenía nada que ver con lo que estaba sucediendo en la URSS. De ahí todas las descripciones exageradas sobre la crueldad y lo absurdo de la guerra civil, la introducción artificial de elementos eróticos, la sucesión de episodios escandalosos y chocantes, así como el olvido total del papel del Partido en la organización de esa gran unidad del Ejército Rojo que era el Primer Ejército de Caballería (...). En lo que respecta a mis* Cuentos de Odesa, *éstos reflejaban sin duda el mismo deseo de alejarme de la realidad soviética, de contraponer a la cotidiana labor de edificación, el pintoresco mundo casi mítico, de los bandidos de Odesa, cuya descripción romántica incitaba involuntariamente a la juventud soviética a imitarlos...*». Al final de sus notas, resume así su trayectoria: «*Soldado del frente literario, empecé mi trabajo con el apoyo y la atención del lector soviético y trabajé bajo la dirección de Gorki, el escritor más grande de nuestra época. Pero deserté: abrí el frente de la literatura soviética a los estados de ánimo decadentes y derrotistas, turbando y desorientando así al lector (...). Unas cuantas frases no sirven para medir mi trabajo de destrucción, pero ahora percibo sus verdaderas dimensiones con claridad insoportable, con dolor y arrepentimiento*». El poeta enjaulado, que ama la vida y sólo acierta a desear ver otra vez el rostro de su hija, es capaz de «comprender» el castigo al que es sometido y trata de «racionalizar» a sus verdugos para que su «arrepentimiento» pueda crear una chispa de luz al final del túnel. Sólo así comprendemos que contemple su obra incomparable «con dolor y arrepentimiento».

Al final se descubre la trivial explicación de todo. Nikolái Yezhov, el enano sangriento de la Lubianka, arrastra en su caída en 1938 a algunos enemigos personales a los que atribuye en su confesión actividades de espionaje. Son su exmujer, Yevguenia («Gladún») Yezhova, y el que había sido hacía años amante de ésta, el escritor Isaak Bábel. En el verano de 1939, éste dirige una carta a Lavrenti Beria, nuevo responsable del NKVD en un intento desesperado de salvar la vida. En enero de 1940 se celebra la vista del juicio, en la que Bábel se declara inocente de los cargos de traición y espionaje pero es condenado a muerte. Será fusilado el 27 de enero de 1940. El 2 de febrero les toca a Meyerhold y a Koltsov, el 4 a Yezhov... Tras la muerte de Stalin, la viuda del poeta comienza la lucha por la rehabilitación y el 18 de diciembre de 1954 la corte militar del Tribunal Supremo determina «*anular la sentencia a I. E. Bábel como resultado de los nuevos hechos descubiertos y poner fin a toda la instrucción*».

Se presenta después la historia de Mijaíl Bulgákov (1891-1940), un escritor crítico con el poder soviético que sin embargo llega a ser dramaturgo de éxito con *Los días de los Turbín*, obra atacada ferozmente por los sectores más duros del régimen y que es prohibida varias veces, aunque fueron muy comentadas las carcajadas que salían del palco de Stalin durante una representación de la obra. El bigotudo del Kremlin toleraba una cierta disidencia en los que él consideraba «grandes escritores» y así se salvaron de la quema Pasternak —aparte de poeta y novelista, eximio traductor de poesía georgiana—, Ehrenburg o Bulgákov, que logra-

ban siempre enderezar su destino en misteriosas conversaciones telefónicas con el *vozhd*. Eran ocasiones en que el exseminarista aprovechaba para ganarse fama de gobernante sabio y justo. Shentalinski nos describe también cómo las entrañas de la Lubianka regurgitan el diario desaparecido de Bulgákov. Éste le había sido incautado en un registro en 1925 y cuando tras desesperadas peticiones le fue devuelto en 1929, Bulgákov lo quemó considerándolo comprometedor. La copia realizada por los chekistas fue hallada y publicada por Shentalinski, haciendo verdad la frase de Voland en *El maestro y Margarita*: «Los manuscritos no arden».

Por el primer tomo desfilan otros personajes bien variados, como el sabio padre Pável Aleksándrovich Florenski (1882-1937), un padre Aller ruso, que unía a su condición de pope ortodoxo extraordinarias dotes de filósofo, físico, matemático e ingeniero. Había sido perseguido por la policía zarista por sus protestas contra las ejecuciones y bajo el poder soviético sufrió destierro y fue fusilado. Deportado en el mar Blanco se entretenía diseñando un sistema para extraer el yodo de las algas marinas que en la guerra salvó miles de vidas. Las garantías de un proceso en aquellos años las expresó claramente Lavrenti Beria: «*Denme a quien sea y en veinticuatro horas le obligaré a reconocer que es espía británico*».

El primer volumen, *Esclavos de la libertad*, se ocupa también de otros escritores más o menos conocidos y aporta numerosos datos sobre su calvario: Nina Hagen-Thorn (1900-1986) sobrevivió gracias a la poesía en el blanco infierno de Kolymá. Gueorgui Demídov (1908-1986) resulta ser gracias a las investigaciones de Shentalinski, autor de *Dubar*, la novela que circuló como anónima por la URSS en los circuitos clandestinos del *samizdat*, crónica de la vida en los campos. Borís Pilniak (1894-1938) era un brillante prosista crítico con el régimen al que a finales de los años 20, la GPU impuso un ayudante para pulir ideológicamente sus obras, nada menos que un joven Nikolái Yezhov en el comienzo de su carrera; sus libros fueros confiscadas después de su detención en las bibliotecas y librerías, y el simple hecho de conservarlos era considerado delito. Eran los tiempos en que en la URSS circulaba este chiste: «*—¿Por qué estás en la cárcel? —Por pereza. —No es posible, por eso no encarcelan a nadie. —¡Sí! Una tarde estuve hablando de política con un amigo. Decidí ir a denunciarlo al día siguiente por la mañana. Pero el reaccionó más deprisa y acudió a los Órganos antes de irse a la cama...*».

Se hace público también el expediente de Ósip Mandelshtam (1891-1938), genial poeta, autor de un epigrama sobre Stalin, «El montañés del Kremlin», que valía una sentencia de muerte en aquel tiempo. Tras una primera detención en 1934 el golpe fue parado según Shentalinski por una conversación telefónica entre Stalin y Pasternak, que lo salvó al reconocerlo como «un maestro». Esta versión contradice lo expresado por Nadiezhda Mandelshtam en sus memorias *Contra toda esperanza*. Tras un segundo arresto en 1938, Ósip es enviado al Gulag —su muerte es recordada en «Sherry-brandy», uno de los *Relatos de Kolymá* de Varlam Shalámov—. Los intentos de rehabilitar a Mandelshtam fueron infructuosos hasta 1987, durante la perestroika. Otro autor estudiado es Maksim Gorki. Su expediente revela cómo su hijo Max fue alevosamente asesinado en 1934 por un Guénrij Yagoda en el ápice de su poder, pero ¡por amor! Tras su caída en 1937, las actas de su proceso descubren que estaba enamorado de la mujer de Max y trataba de eliminar así obstáculos a su pasión.

El segundo volumen, *Denuncia contra Sócrates*, comienza comentando los nuevos datos aparecidos sobre un curioso incidente ocurrido una fría noche moscovita de diciembre de 1918, cuando el coche en que viajaba el mismísimo padre de la Revolución fue asaltado y retenido en la calle por unos delincuentes comunes que les robaron y les dejaron marchar, andando. Éste es el relato obtenido de la declaración de testigos presenciales: «*En un primer momento, el camarada Lenin pensó que era una patrulla revolucionaria y exigió:* —¿Qué pasa? Soy Lenin. —Me importa un bledo que seas Levin (sic). Yo soy Koshelkov. ¡El amo de la ciudad cuando anochece!». La persecución posterior de Koshelkov es una trepidante novela policiaca que llegó a escribirse —por Martínov, un jefe de la Cheká, y en su reelaboración intervino el propio Bábel—, pero no fue publicada. El manuscrito reaparece ahora.

Se analizan después las relaciones con el poder soviético de figuras literarias como Vladímir Korolenko, que en sus últimos años protestaba desde su residencia de Poltava por el régimen de terror imperante y trataba de interceder por sus amigos detenidos. O Aleksandra, la hija de Liev Tolstói y responsable del archivo de Yásnaia Poliana, que llegó a ser arrestada con absurdas acusaciones de conspiración contra el poder. Borís Víktorovich Sávinkov merece un capítulo aparte. Miembro destacado del Partido Socialista Revolucionario y líder del sector que optaba por la vía terrorista, participó en varios asesinatos en la época zarista, y conoció la cárcel y el exilio. En 1917 llegó a ocupar un ministerio en el Gobierno Kérenski, pero en el transcurso de ese mismo año se declara furiosamente contrarevolucionario y colabora en la revuelta de Kornílov. A partir de Octubre, se convierte en «enemigo número uno» de los bolcheviques y lucha sobre todo con su arma favorita, el terror. En 1924 es atraído engañado a Rusia y detenido. La promesa de colaborar con sus captores le permite sobrevivir con cierta comodidad varios meses e incluso soñar con la libertad, pero en mayo de 1925 salta desde el quinto piso de la Lubianka. Sávinkov había logrado fama, con el pseudónimo de Roshin, como autor de varias novelas notables, y los fragmentos de su diario revelados ahora son el testimonio

intenso de un hombre que repasa su vida y busca un sentido a lo inexplicable. Su trayectoria de verdugo y víctima ilustra como pocas la tragedia rusa del comienzo del siglo XX.

Denuncia contra Sócrates describe también las dificultades con el nuevo poder de los pensadores Berdiáiev y Karsavin, expulsados del país en 1922 en el llamado «barco de los filósofos», los poetas Andréi Bieli, Maksimilián Voloshin y Marina Tsvietáieva, los novelistas Andréi Platónov y Mijaíl Bulgákov (su trayectoria se retoma en este segundo volumen), el periodista Mijaíl Koltsov e incluso Nikolái Erdman y Vladímir Mass, guionistas de la primera y más famosa comedia musical del cine soviético, *Los chicos felices* (1934). Sobre todos ellos se descubre en el libro información inédita.

En el último volumen de la trilogía, *Crimen sin castigo*, les toca el turno a dos de los principales poetas rusos del siglo XX, Anna Ajmátova y Nikolái Gumiliov, unidos en matrimonio entre 1910 y 1918. Él es detenido en 1921 en relación con el caso Tagántsev, una oscura y anémica conspiración que sirvió a los bolcheviques para deshacerse de una muchedumbre de opositores. En agosto de ese año es fusilado. Años más tarde, Anna lucha para conseguir la liberación de su hijo Liev Gumiliov y su tercer marido, Nikolái Punin, historiador del arte, arrestados varias veces por actividades antisoviéticas que no pasaban de «terrorismo verbal». Punin muere en el Gulag unos meses después que Stalin. Liev Gumiliov, etnógrafo e historiador, sobrevivió hasta 1992. Se penetra también en la confrontación de corrientes literarias vivida en la URSS: los «trotskistas» agrupados en torno a Aleksandr Voronski, fusilado en 1937, o los narradores de estirpe popular como Artiom Vesioli, fusilado en 1938. Un papel esencial en esta represión lo realiza Leopold Averbaj, presidente de la Asociación de Escritores Proletarios, pionero del realismo socialista y máximo censor de la literatura soviética. Íntimo de Guénrij Yagoda, cae con él y es fusilado en 1938.

Son años plenos de biografías truncadas. Leonid Kanneguísser era un prometedor poeta y militante del Partido Socialista Popular de Kérenski que, conmovido por la ejecución de un amigo íntimo, asesinó en agosto de 1918 a Moiséi Uritski, presidente de la cheka de Petrogrado, acelerando con ello la instauración del Terror Rojo. Es fusilado en septiembre con veintidós años de edad. Buceando en las historias a través de los escritos inéditos de sus protagonistas, sus declaraciones y los comentarios de los jueces, logramos una perspectiva privilegiada sobre la locura de aquellos tiempos. Intocable sin embargo fue el eminente fisiólogo Iván Pávlov, con inmenso prestigio internacional y primer ruso laureado con el Premio Nobel. Fue uno de los pocos que pudo expresar sus opiniones críticas impunemente dentro de Rusia. En una ocasión afirmó: «*Yo no sacrificaría ni el anca de una rana por este experimento social que llevan a cabo los bolcheviques*».

La trilogía describe en detalle la sangrienta represión de la creación literaria que se vivió en la Unión Soviética. La documentación aportada tiene un valor inapreciable y merece ser leída y meditada con sosiego. El proyecto quedaría completo si estos datos fueran acompañados de una valoración ajustada de su significado y enjundia dentro de la historia universal de la infamia. Sin embargo, en este sentido el autor se limita a resaltar el carácter extraordinario de los que no duda en calificar como «*delitos sin parangón en la historia de la humanidad*». Éste es un asunto altamente polémico que nos retrotrae al famoso *Libro negro del comunismo* y al no menos famoso *Libro negro del capitalismo* que le respondió, y que por su transcendencia hubiera merecido un tratamiento más extenso y objetivo.

La represión del pensamiento disidente por parte del poder es universal y la diferencia está en las formas y grados de esta represión. La persecución de escritores en la época postestalinista de la URSS analizada en detalle mostraría probablemente índices no muy distintos de los que se dieron y dan en otros regímenes autoritarios. La de los años anteriores, en su intensidad excepcional refleja más que nada la magnitud del experimento social que se llevaba a cabo y la crueldad de un poder dictatorial que con el propósito de construir un mundo nuevo comenzó por actuar sin contemplaciones y acabó enloqueciendo. De todas formas, lo más peculiar de lo narrado no es su brutalidad, pues una en grado equivalente podemos verla en muchos escenarios de la historia, e incluso en nuestros días, sino el hecho de que ésta cayera sobre un grupo humano que suele salir mejor librado de las convulsiones sociales, una muchedumbre de inspirados poetas, narradores más o menos vanguardistas e inofensivos sabios.

Literatura y poder: el caso Solzhenitsyn

Publicado en *Rebelión* el 20 de agosto de 2008

A finales de 1961, un escritor ruso desconocido e inédito que acababa de cumplir cuarenta y tres años envió un ejemplar de un relato algo extenso, solicitando su publicación, a *Novy Mir (Nuevo Mundo)*, la revista que en aquel momento, y a la vista del discurso de su director, el poeta Aleksandr Trifónovich Tvardovski (1910-1971), en el aperturista XXII Congreso del PCUS de ese mismo año, abanderaba un talante liberalizador en las letras soviéticas. El aspirante a novelista era Aleksandr Isáievich Solzhenitsyn, que tras estudios de Matemáticas en la Universidad de Rostov y su paso por el Ejército Rojo como oficial de artillería durante la Gran Guerra Patria, había sufrido diez años

de prisión y destierro por criticar a Stalin en su correspondencia privada. Establecido después en Rostov como profesor de Matemáticas, Aleksandr se había concentrado en una producción literaria que trataba de reflejar sobre todo las experiencias vividas en los campos, y resignado a escribir sin poder dar ninguna publicidad a sus escritos, reconoce en sus memorias *Coces al aguijón* (Versión española: Argos 1977, trad. de V. Lamsdorff), que en ese momento, «*entregué el manuscrito y me entró inquietud, pero no la del joven y vanidoso autor, sino la del viejo y precavido recluso que ha tenido la imprudencia de dejar una pista contra sí*».

La novela remitida, compactamente mecanografiada «*por las dos caras, sin márgenes y renglón contra renglón, sin espaciados*» para ahorrar papel, se titula *S-854*, y describe un día de la vida de un preso en un campo de trabajo del Gulag siberiano durante el invierno de 1951. Con tono costumbrista, no exento de humor, y realismo fotográfico, el relato nos presenta las rutinas que se suceden desde la áspera madrugada hasta la medianoche, los apretujones en el comedor, las interminables listas y recuentos, y la labor a destajo en la que el recluso S-854, Iván Denísovich Shújov, albañil de profesión, acaba poniendo el alma y encontrando su personal liberación. Iván, nacido en una pequeña aldea, después luchó y fue hecho prisionero en la guerra; su condena procede de la acusación de espionaje con que fue recibido cuando consiguió escapar y regresar a las filas propias. Adaptado a las nuevas circunstancias, Shújov domina los trucos del campo, tiene herramientas escondidas y sabe cómo conseguir una ración extra. Con él conocemos a campesinos semianalfabetos y también a intelectuales que discuten sobre el arte soviético, todos ellos con absurdas condenas. El relato, breve y conciso, y que el autor había expurgado eliminando las críticas más ácidas, nos acerca a la vida de los reclusos, y cuando concluye y la luna llena se eleva sobre el gris escenario de barracones y alambradas, nos deja con la impresión de haber vivido algo de la existencia de aquellas gentes.

La novela entusiasmó a Tvardovsky, que decidió hacer lo posible para publicarla y convocó a un asombrado Solzhenitsyn a las oficinas de la revista en Moscú. Allí, en una reunión con los responsables de ésta, que sugieren algunas modificaciones, en un intercambio de propuestas entre todos, alumbran el título con el que la obra alcanzaría fama universal: *Un día en la vida de Iván Denísovich*. Comenta Solzhenitsyn en sus memorias: «*Tvardovsky me advirtió de que no me prometía en firme la publicación* —¡Señor, pero si yo me alegraba de que no lo hubieran llevado al KGB!—, *ni tampoco daba una fecha, pero no regatearía esfuerzos*». Esta reunión da comienzo a una relación tensa entre los dos tocayos, plena de encuentros y desencuentros, y que se describe en detalle en *Coces al aguijón*. Humana y literariamente cómplices en muchos aspectos, resulta esclarecedora la imposible conexión entre el hombre del poder soviético empeñado en una renovación desde dentro del panorama literario y el enemigo jurado del mismo poder decidido a usar sus libros como armas contra él, aunque dispuesto también a una cierta colaboración que le permitiera culminar esa ambición de cualquier escritor de ver sus obras en las librerías. En *Coces al aguijón* descubrimos a Solzhenitsyn dominado por una idea obsesiva: la información de que dispone sobre lo ocurrido en los campos dibuja algo tan aterrador que, de ser divulgado, supone la sentencia de muerte del régimen soviético. Él mismo se considera predestinado para la ejecución de esa sentencia. Si no tenemos en cuenta esto no entenderemos nada de su trayectoria posterior.

Tras negociaciones y dificultades en las que fue esencial una lectura favorable de la obra por parte del propio Nikita Jruschov, ésta es publicada en 1962 en el número 11 de Novy Mir. «*Antes de las fiestas de noviembre, justo al año de haber entregado la novela, me llamaron para la primera corrección de pruebas. Mientras anduve con textos mecanografiados, todo eso era un mito, no lo sentía realmente. Pero cuando tuve ante mí las galeradas sin paginar, entonces sí me imaginé cómo sale a la luz para millones de ignorantes, el monstruo antediluviano de nuestra vida concentracionaria, y en el lujo de una habitación de hotel lloré por primera vez ante mi propia novela*». El éxito del libro es enorme, y Solzhenitsyn se convierte en uno de los escritores más conocidos de la Unión Soviética. En esa época las relaciones con Tvardovski son excelentes: «*Esos frecuentes encuentros que tuvimos en el otoño de 1962 eran a primera vista muy espontáneos y muy cordiales. En aquellos meses, A. T. me quería como a un hijo y se enorgullecía de mis éxitos como si fueran suyos*». Sin embargo añade después: «*Demasiado poco se parecían mi pasado y su pasado, y demasiado poco se parecían las conclusiones que habíamos sacado de él. Ni una sola vez pude ser con él tan sincero y tan abierto como con docenas de personas marcadas por los campos de concentración*». Se hacen planes y se intenta la publicación de otras obras, pero tengamos en cuenta que el *Iván Denísovich* había sido escogido por Solzhenitsyn precisamente por ser el más digerible de todos sus manuscritos. Para dificultarlo todo aún más, empieza en ese momento una reacción en las altas esferas que hace su carrera literaria imposible en la Unión Soviética*: «En aquella primera recepción en el Kremlin todavía me ponían por las nubes (...) pero con el* Iván Denísovich *dio su último suspiro el impulso del XXII congreso. Ya se iniciaba un ataque general de los estalinistas, que el poco perspicaz Jruschov apoyaba con simpatía*».

Paulatinamente las relaciones de Solzhenitsyn con las autoridades se deterioran, y siendo ya un autor conocido, se convierte en uno de los principales exponentes de las dificultades de los disidentes. Es un tiempo de silencio, persecución e incautaciones de manuscritos, que paralelamente

comienzan a aparecer publicados en el extranjero. También recibe nuestro escritor el apoyo de personas como el violonchelista Mstistav Rostropóvich o el físico Andréi Sájarov, y en 1970 se le concede el Premio Nobel de Literatura. Estos años con Leonid Brézhnev al frente del Presídium del Soviet Supremo destruyen todas las esperanzas apuntadas anteriormente, y ello se refleja también en el destino de Aleksandr Tvardovski, cuya estrella se apaga progresivamente cuando su talante no encaja con las directrices oficiales. En el XXIII congreso (1966) ya no es elegido para el Comité Central y en 1970 el Gobierno impone su dimisión como director de *Novy Mir*, que deja de ser la revista liberal que trataba de traer aire nuevo a las letras soviéticas. En 1971 fallece víctima de un cáncer. En *Coces al aguijón* están reflejadas sus cuitas y desdichas de editor progresista en la Rusia soviética.

La persecución contra Solzhenitsyn arrecia, es expulsado de la Asociación de Escritores Soviéticos, y al fin detenido y desterrado en 1974. Se percibe en estos acontecimientos una obcecación por parte de las autoridades soviéticas que resulta odiosa y sin duda fue también funesta. Parecen éstas imbuidas del carácter eterno e inamovible de su propio poder, y de la conveniencia y legitimidad de ejercerlo con un desprecio absoluto por todo tipo de derechos elementales. Solzhenitsyn, empujado así a la colaboración con un Occidente escasamente altruista, se convierte al final en un agente eficaz para el desprestigio intelectual de la Unión Soviética, que debía preceder a su desmoronamiento. La víctima y denunciante de un episodio terrible de la historia, como fue el Gulag, pasa así a ser una pieza del catastrófico colapso de todo el sistema social que se vivió en los años 90.

La noticia reciente del fallecimiento de Aleksandr Solzhenitsyn nos hace preguntarnos qué parte de su legado literario puede estar destinado a permanecer. Seguramente el retrato de la represión estalinista contenido en la más conocida de sus obras, *Archipiélago Gulag*, que muestra cómo hasta lo más terrible puede ser exagerado, ha de ser reeditado generosamente mientras su utilización propagandística sea útil. Otras obras de denuncia que se acercan a escenarios diversos de la sociedad soviética, como el mundo de los intelectuales internados en un campo especial en *El primer círculo* o el hospital de *Pabellón de cáncer*, adolecen de una prolijidad sin demasiado apoyo literario que las hace hoy escasamente atractivas. En el otro extremo de su producción, son quizá sus libros más decididamente objetivos, como el *Iván Denísovich* o *Agosto 1914*, con su visión rigurosa y trepidante de la campaña de Tannenberg en el frente oriental de la Primera Guerra Mundial, los que probablemente han de ser leídos más tiempo con placer y provecho. Cuando juega a ser el garrote de Dios, Solzhenitsyn fracasa literariamente, pero en las obras en que predomina la observación y una reconstrucción histórica más rigurosa sin duda consigue resultados apreciables.

El escritor tiende a ser la polilla que se obstina en torno a la antorcha del poder. Poco es sin su ayuda, pero si se aproxima demasiado, fácilmente arderá en un breve destello que consumirá cualquier posibilidad de tratamiento objetivo de la realidad. Es una danza en la que la literatura lleva siempre la peor parte. El caso de Aleksandr Solzhenitsyn ilustra lo compleja que puede llegar a ser la utilización de un escritor por poderes diversos y enfrentados. Encumbrado por el poder soviético en un momento en que un viento de rectificación soplaba en las alturas, el exrecluso estaba vacunado por su experiencia en el Gulag para convertirse en un prohombre del régimen, toda vez que se planteaba su literatura como una denuncia imposible de asumir por éste. Esta lucha sin embargo acabó situándole en la órbita de otro poder que, dominando mejor que el soviético las técnicas de propaganda, resultaba y resulta igualmente odioso. Rusia y Occidente se disputaron así y terminaron por convertir en un símbolo literario a un escritor cuyos méritos no daban seguramente para tanto.

1.9
Otras literaturas

Las aventuras del buen soldado Švejk, de Jaroslav Hašek

Publicado en *Rebelión* el 29 de octubre de 2009

Bertolt Brecht dijo en una ocasión que si tuviera que apostar por tres libros del siglo XX destinados a formar parte de la literatura universal, uno de ellos sería sin duda *Las aventuras del buen soldado Švejk*, de Jaroslav Hašek. Esta valoración tan extrema de un texto y un autor poco conocidos fuera del ámbito cultural centroeuropeo resulta sorprendente, pero la lectura de la obra obliga a admitir el fino olfato del gran poeta y dramaturgo alemán. El relato esperpéntico de las desventuras de Švejk en el ejército austrohúngaro enfrascado en la Gran Guerra es uno de los más brillantes exponentes de ese humor incisivo y sabio en literatura que marca la grandeza de Rabelais o Cervantes. El propio Švejk, que al principio simplemente nos divierte con su carácter disparatado, termina incorporándose al fin con pleno derecho a una galería universal de personajes que en su comportamiento extraño esconden una crítica certera del orden y las instituciones sociales. En el caso de Švejk, el blanco de sus burlas no podía ser otro que la corrupción extrema de un imperio que desplegaba sus últimas energías en una matanza espantosa.

Jaroslav Hašek nació en Praga en 1883 en una familia humilde y conoció oficios diversos en su juventud, como droguero, empleado de banca o vendedor de perros, pero el periodismo, la literatura y el anarquismo se convirtieron pronto en los resortes de su vida. Llamado a filas con el estallido de la guerra, es hecho prisionero por los rusos en 1915, incorporándose después a la Legión Checoslovaca que luchaba con la Entente por la independencia de su país. En 1917 se une a los bolcheviques, pero en 1920 regresa a casa con la intención de dedicarse enteramente a la literatura y plasmar sus experiencias bélicas en un libro que reutilizaría el personaje de Švejk, creado por él en sus primeros relatos, para construir un retablo crítico e hilarante de la guerra. Es un trabajo que a su temprana muerte en 1923 dejaría inconcluso, con sólo tres volúmenes completos de los seis previstos.

«*Así que nos han matado a Fernando*» es la gloriosa frase inicial de la obra, con la que Švejk reacciona al asesinato del archiduque en Sarajevo (sigo la traducción reciente de Monika Zgustova para Galaxia-Gutenberg). Inmediatamente, Hašek nos presenta a su protagonista, que «*una vez declarado idiota por la comisión médica militar había abandonado el servicio y vivía de la venta de perros, unos horribles monstruos híbridos para los cuales inventaba falsas genealogías*». El carácter de Švejk se muestra desde las primeras páginas: dicharachero y bobalicón, manifiesta una tendencia innata a enhebrar ante cualquier circunstancia sartas de sucesos ocurridos a conocidos suyos, que ofrece como remedo de explicación. Con torpeza y simplicidad proverbiales, Švejk no para de meterse en líos y a ellos opone su verborrea como arsenal que ha de defenderlo contra los maleficios del mundo; el efecto es descacharrante. Cuando es detenido por una conversación en un bar, a un oficial que le recrimina por su cara de estúpido le espeta: «*No puedo hacer nada más. Me eximieron del servicio militar por estupidez y la comisión me declaró oficialmente idiota. ¡Soy un idiota oficial!*». Tras un recorrido por prefecturas y comisarías y pasar una temporada en un manicomio, Švejk vuelve a su domicilio, pero poco después es llamado a filas.

La reincorporación de nuestro protagonista al ejército no puede ser más desdichada. Acusado de fingir una enfermedad para librarse del servicio es enviado al hospital militar y luego a una prisión. De allí es reclutado como asistente por el capellán militar Otto Katz, un caradura alcoholizado e histriónico que al final pierde a Švejk jugando a las cartas. Es así como éste se convierte en asistente del teniente Lukáš, apacible y mujeriego, personaje que va a dar un contrapunto de racionalidad a sus locuras en el resto del relato, en el que será perseguido por el afecto de Švejk como por una maldición. Cuando éste, utilizando sus viejos trucos, roba para Lukáš un perro perteneciente a un coronel y el hurto es descubierto, ambos son destinados a Budějovice, donde se formaban las unidades de combate del Imperio, con lo que concluye la primera parte del libro.

En la segunda parte, Švejk es retenido por accionar el freno de emergencia en el tren y luego vaga al azar hasta que consigue dar con su regimiento. Allí es arrestado, pero después vuelve como asistente de Lukáš. Un lío de faldas de éste, en el que a Švejk lo toca un papel nada glorioso, sirve para caricaturizar las rivalidades nacionales que existían en el Imperio, y hace al fin que los dos hombres sean incorporados a la compañía 11 que parte para el frente ruso. La tercera y lo que Hašek llegó a escribir de la cuarta parte del libro describen el convoy militar en camino hacia la línea de fuego, viaje interminable en que atraviesan Austria y Hungría y se internan en Galitzia. La lista de disparatados personajes que protagonizan esta última parte incluye tipos como el voluntario Marek, nombrado cronista del batallón y que se divierte hilvanando mentiras gloriosas, el pedante

cadete Biegler, el atrabiliario subteniente Dub o el cocinero Jurajda, que antes de la guerra dirigía la revista ocultista *Misterios de la Vida y de la Muerte*. Los terribles paisajes que empiezan a aparecer aquí contrastan con el tono desenfadado del resto de la obra: «*El tren avanzaba lentamente por los terraplenes acabados de construir, de manera que todo el batallón podía contemplar y saborear a placer todas las alegrías de la guerra, observar los cementerios militares que brillaban con sus cruces blancas en medio de los llanos y las laderas devastadas, comenzar a prepararse mentalmente para el campo de gloria que acabaría con una gorra llena de fango que se balancearía sobre una cruz blanca*».

Mientras busca alojamiento para su compañía, Švejk, con la lucidez que lo caracteriza, decide ponerse el uniforme abandonado por un prisionero ruso fugitivo que había sido sorprendido bañándose en un estanque. Los mismos gendarmes que persiguen a éste detienen a Švejk que se convierte así en un inverosímil prisionero ruso. No obstante, al poco es reintegrado a su compañía que sigue el avance hacia la línea de fuego. Unas páginas más adelante, la narración se interrumpe bruscamente.

Hašek nos presenta un cuadro de brutalidad, corrupción y cinismo en los mandos y estupidez en la tropa que resulta demoledor. Podemos decir que el autor se recrea con la violencia esperpéntica de su retrato, porque sabe que forzando levemente los tonos está enfocando el espíritu justo de aquella barbarie. La miseria de la guerra se expresa en diálogos absurdos de hombres idiotizados que se disponen valientemente a morir por un puñado de grandes mentiras. Encerrado en el cerco fatal, Švejk es un buen hombre que trata en cada momento de obrar lo mejor posible —dentro de su natural simpleza—, pero las leyes de lo inevitable harán que todo salga siempre al revés. El recurso a sus ejemplos interminables se nos revela entonces como la desesperación del simple que busca penosamente la sabiduría. De todas formas, refugiado en sus buenas maneras, su retórica y sus recuerdos, Švejk parece haberse dotado de una inmunidad que lo lleva sonriente a través de la locura desatada.

El tono rabelaisiano que refleja toda la crudeza de lo relatado, los pasajes autobiográficos que dan autenticidad a la narración y un humor mordaz de carcajada que estalla a cada paso hacen de la lectura de este libro un placer irrepetible que se dilata hasta el triste e imprevisto final. Y estremece pensar que Hašek dictaba las hilarantes escenas que cierran la obra desde su lecho de muerte. Pero sin duda, fiel a su destino, gozaba en esos mismos momentos de la perfección de su retrato como el propio Švejk en su verborrea. *Las aventuras del buen soldado Švejk*, del que hay disponibles varias ediciones en castellano, es un demoledor alegato pacifista al que sin duda es necesario volver en este tiempo de espanto en que a los muñidores de guerras les conceden el Premio Nobel de la Paz. Su caricatura genial ofrece a cada paso generosa sabiduría: «*Hay perros que están malcriados y viciados como un arzobispo*».

La literatura como pasión y compromiso. Recordando a Nikos Kazantzakis en el cincuentenario de su muerte

Publicado en *Rebelión* el 14 de junio de 2007

A finales de octubre se cumplirán cincuenta años del fallecimiento en Freiburg (Alemania) de Nikos Kazantzakis, autor cuya obra es conocida hoy día por el gran público casi exclusivamente a través de algunas películas basadas en novelas suyas, como *Zorba el griego* o *La última tentación de Cristo*. Es curioso que la extraordinaria calidad de su producción literaria y el hecho de que sea considerado habitualmente el intelectual griego más influyente del siglo XX no resulten razones suficientes para que sus obras más importantes sean ofrecidas en el mercado editorial en castellano en estos momentos.

Nacido en 1883 en una isla de Creta todavía bajo dominio turco, Kazantzakis realizó estudios de Derecho en Atenas y de Filosofía en París, donde fue alumno de Henri Bergson. Viajero tenaz toda su vida, fijó su residencia sucesivamente en diversos países y fue testigo directo de algunas de las grandes convulsiones de la época que le tocó vivir. Su compromiso político lo llevó a ocupar cargos en el Gobierno de su país y a trabajar también en otra época para la UNESCO. Nacionalista griego en su juventud, evolucionó posteriormente hacia una ideología muy personal que logra conciliar influencias tan diversas como el cristianismo, el comunismo, el budismo o el pensamiento de Friedrich Nietzsche. Su obra, extraordinariamente variada, abarca desde la poesía hasta el teatro y los relatos de viajes, aunque probablemente lo central de ella sean sus novelas, en algunas de las cuales nos detendremos brevemente aquí, tratando principalmente de ver cómo ayudan a conformar un pensamiento original y vigoroso que logra una difícil síntesis de las influencias que señalábamos. En 1957, el año de su muerte, Nikos Kazantzakis perdió por un voto el Premio Nobel de literatura ante Albert Camus, quien declaró después que el griego merecía el premio «*cien veces más que él*».

En una novela escrita en francés en 1936, a raíz de un viaje a China y Japón, *El jardín de las rocas*, Kazantzakis desarrolla ampliamente su ideario. El joven protagonista parte hacia Oriente en un momento crítico de su vida, buscando llenar sus ojos «*con todas las sonrisas budistas que embrujan y matan las grandes esperanzas sobre la tierra*». Es

la época en que los japoneses preparan la invasión de China y la obra nos lleva por ambos países, entre significados personajes de uno y otro bando. Los templos y las imágenes de Buda, los amores con la bella Siu-lan y los sombríos augurios de lo que se viene encima resultan decisivos en la resolución de la crisis que ha llevado al protagonista hasta Oriente. Al fin, el choque cultural resuelve los dilemas en una visión fulgurante: «*En un abrir y cerrar de ojos he sentido a la belleza —sea de una civilización entera o de una frágil mujer— surgir de la tierra, desenrollarse en el aire y volver a caer en la tierra*». Entre personajes condenados a un ominoso destino, el desasosiego de la existencia, el mal y el sufrimiento acaban convirtiéndose en protagonistas de un relato remansado muchas veces en reflexiones llenas de lirismo.

La novela que fue llevada al cine como *Zorba el griego* (Mijalis Cacoyannis, 1964) y cuyo título original es *Vida y hechos de Alexis Zorba* (1946) representa para muchos la obra más perfecta de Kazantzakis. El argumento es ciertamente simple y arranca cuando el joven narrador, que no deja de ser el mismo de la novela anterior y podemos identificar con el propio autor, se encuentra en El Pireo, de nuevo en plena crisis y dispuesto a convertirse en un hombre de acción explotando una mina de lignito en Creta. En ese momento aparece allí Zorba, minero y músico en paro, dispuesto a ser contratado. Convertido en capataz de la mina, Zorba tiene diversas aventuras en la isla junto a su joven patrono, estableciéndose entre ellos una profunda amistad. Frente al carácter del narrador, un atormentado escritor enfrascado en ese momento en un libro sobre Buda, cauteloso siempre ante cualquier acción, y capaz por ejemplo de desdeñar los favores de la joven viuda que todos los hombres del pueblo se disputan, Zorba pone el contrapunto perfecto de un filósofo pagano que ha captado el gozo más profundo de la vida y se rinde a todas sus alegrías, un adorador del bello sexo que «*en una lágrima de mujer se ahogaba sin remedio*». En las discusiones y peripecias de los dos hombres asistimos al enfrentamiento entre la búsqueda obsesiva del sentido, que corre el peligro de huir de la realidad y despeñarse en hueca palabrería, y una filosofía vital sólidamente asentada. Cuando la aventura de Creta llega a su fin, los destinos de los dos protagonistas se separan. Zorba termina sus días en los Balcanes, propietario de una mina de cobre y felizmente casado con una mujer más joven que él. De allí le llegan a su antiguo patrono noticias de sus últimos momentos, cuando alguien le cuenta que moribundo «*nos apartó violentamente, saltó del lecho y llegó a la ventana. Allí, prendido al marco, contempló a lo lejos las montañas, abrió desmesuradamente los ojos, lanzó una carcajada y luego relinchó como un potro. De tal modo, en pie, con las uñas hundidas en el marco de la ventana le sorprendió la muerte*». El valor principal de esta gran novela es su carácter de fábula pagana con un personaje principal que es la encarnación del más noble impulso vital, un hombre que a las abstrusas y remontadas reflexiones de su joven jefe es capaz de responder: «*¡Ah, patrón, si pudieras bailar todo eso que dices para que yo entendiera!*».

La novela de 1953 Ο Καπετάν Μιχάλης ha sido traducida en castellano con el título de *Libertad o muerte* y nos relata con prosa llena de vigor una sublevación contra el dominio turco en la Creta que Kazantzakis conoció en su niñez. El personaje principal del relato, el capitán Mijalis, está basado en el propio padre del novelista y es un carácter atormentado dispuesto a inmolarse en la lucha por la libertad. Su fin trágico nos hace plantearnos el sentido de una existencia que obliga a escoger entre el sometimiento a una tiranía odiosa y el sacrificio de la propia vida.

Cristo nuevamente crucificado es una novela de 1954 que fue llevada al cine por Jules Dassin con el título *Celui qui doit mourir* (1957) y sirvió también de argumento para la ópera *La pasión griega* de Bohuslav Martinů. La historia comienza como una risueña crónica rural. En un pequeño pueblo griego bajo dominio turco, se plantea la celebración al año siguiente de una representación de la pasión de Cristo y para ello el pope reparte entre los vecinos los distintos personajes del drama. No obstante, con la llegada al pueblo de los habitantes de una aldea que ha sido destruida por los turcos y que vagan harapientos y hambrientos en busca de ayuda, descubrimos que la acción se encamina irremediablemente hacia una tragedia. Manolios, el joven escogido para encarnar a Cristo, encabeza a los que piden que los vecinos ayuden a los desheredados, pero los notables del lugar consiguen presentar esta ayuda como una subversión de todo el orden social, y mediante calumnias movilizan a la mayor parte del pueblo contra el muchacho. Kazantzakis maneja aquí un gran número de personajes que componen un fresco lleno de color y dramatismo. Al final, Manolios es sacrificado en unas terribles escenas finales de tortura y asesinato. En esta novela magistral, la descripción de la vida rural y los retratos de los protagonistas sirven de base para desarrollar un conflicto simbólico que transparenta la lucha universal por la justicia.

La última tentación de Cristo (1955), llevada al cine por Martin Scorsese con el mismo título en 1988, es un intento de explorar el ser humano que, más allá de su leyenda, pudo ser Jesús de Nazaret. Éste es presentado como un hombre bueno atrapado en un dilema entre los gozos y dolores de una vida normal y el sacrificio por sus semejantes. El camino de compromiso que escoge lo lleva a ser reivindicado por sus seguidores como un dios, cuando esa no había sido nunca su intención. La obra fue galardonada con la inclusión en el Índice de libros prohibidos de la Iglesia católica.

El pobrecillo de Dios (1956) es una biografía de uno de los personajes favoritos de Kazantzakis, san Francisco de

Asís, narrada por el hermano León, su infatigable compañero, al que se presenta como un Sancho Panza que marca el contrapunto de su quijotismo. La novela resulta inolvidable por el retrato que dibuja del loco en Cristo, el mismo despreciador del mundo que encontramos en otras de las novelas de Kazantzakis, pero aquí con los rasgos particulares del santo: su pasión por la pobreza, su simpatía y su amor por todos los seres vivos. Como en tantos personajes de nuestro autor, en Francisco se rebela una pasión irreducible. En este caso, estamos ante un hombre para el que el enigma del dolor universal resulta un revulsivo tan extraordinario que lo lleva, en el límite de la locura, a una idealización del propio sufrimiento, a una renuncia extrema y a la autodestrucción. La referencia a un personaje histórico concreto sirve en realidad a Kazantzakis para describirnos a alguien que cuestiona su propia naturaleza humana. Sin posibilidad de que este mensaje tenga ninguna repercusión social, pues la propia orden que Francisco crea se aparta rápidamente del ascetismo que él proponía, la historia tiene la fuerza de un grito descarnado contra el destino inevitable de todos los seres vivos.

Hay que decir aquí que esta imagen del grito se ajusta perfectamente a la violencia y la pasión extrema que afloran en toda la producción de Kazantzakis. En 1949 éste escribió: «*Soy el hombre más sencillo que existe, pero cuando siento un "grito" en mí, no acepto transformarlo en una "vocecilla" para complacer a los mudos y a los tartamudos. Pues yo no deseo agradar a nadie, ni tener discípulo ni ser discípulo. He venido a este mundo por algunos instantes y quiero lanzar un grito y partir. Nada más*». Su obra, centrada en la exploración de la naturaleza humana, representa en realidad una búsqueda del individuo libre que sabrá construir un mundo distinto. Por eso, el compromiso con la transformación de la sociedad es fundamental en todos sus escritos. En una entrevista radiofónica de 1955 afirmó: «*Un verdadero novelista no puede más que vivir la realidad de su propio tiempo y ser consciente de sus responsabilidades. Esto le llevará a colaborar con sus contemporáneos para afrontar y resolver los apremiantes problemas de su época en la medida de sus posibilidades. (...) En otros tiempos, la belleza podría ser suficiente para realizar el ideal de un autor, pero un escritor actual, si de veras está vivo, necesariamente se aflige y se preocupa ante la realidad y esto le lleva a cooperar con las fuerzas que luchan por mejorar el destino de los que sufren. El escritor actual, si es consciente de su misión, es un luchador*». La obra de Nikos Kazantzakis plantea una lucha continua por el objetivo más ambicioso que podemos imaginar, una profunda y rigurosa investigación del ser humano en busca de los impulsos capaces de iluminar y transformar la atormentada existencia que el poder nos impone.

Amores transgresores, de Yannis Petsópoulos. Amor que da sentido a la vida

Publicado en *Rebelión* el 27 de diciembre de 2022

Yanis Petsópoulos nació en Brasil en 1952 y vivió de niño en varios países de Sudamérica, sintiendo entretejidas en él desde muy pronto dos tradiciones y dos universos literarios. Recorrió mundo después para terminar recalando en la Grecia de sus ancestros y en la actualidad reside en Atenas, donde es director de escena y maestro de teatro infantil. Ha escrito dos obras dramáticas y otras muchas en colaboración con sus alumnos; también ha traducido al griego piezas en castellano e inglés de diversos autores.

Amores transgresores, que Dyskolo acaba de editar, reúne tres monólogos de voces femeninas, poemas dramáticos en verso libre que exploran historias de privación y muerte iluminadas por la turbadora experiencia del amor. Las tres han sido representadas o esperan serlo en breve, con acompañamiento musical, en el café teatral Polymíjano de Atenas.

Amor que rompe ataduras

El primer texto, «Mujer en el laberinto», recrea el mito clásico de Europa, la princesa secuestrada por Zeus y madre entre otros de Minos, rey de Creta. Ella aparece en escena ya entrada en años y narra cómo fue encerrada en el laberinto por este hijo suyo en castigo por defender a su nuera, Pasífae, que acababa de alumbrar a un hijo del toro del que se había enamorado. Europa reprocha a Minos que quiera asesinar al niño: «*No existen hijos bastardos. Bastardos hay tan sólo padres*».

En la triste vida sin esperanza de su prisión, la protagonista halla al fin consuelo cuando el retoño de Pasífae es encerrado también allí y ella lo cuida maternalmente: «*Me miraba a los ojos y su mirada era una respuesta a mil preguntas. Era como si me dijera: "Aquí hay amor. Yo soy el amor". Sí, tú. El amor crece en los lugares más áridos. Ilumina el abismo, florece la tierra muerta. Da fuerzas para soportar lo más terrible*».

Minos descubre el paradero del niño y decide perdonarle la vida, pero crea la historia del monstruo del laberinto, una ficción para engañar al pueblo. Europa reflexiona sobre el amor que siente por el pequeño: «*Ahora lo entiendo. Si tuviéramos hijos, pero cuidáramos a los hijos ajenos como si fueran nuestros, si cuidáramos a los demás como si los hubiésemos dado a luz... eso sería un verdadero acto de amor... quizá entonces nos convertiríamos en verdaderos padres. Brindarse y ofrecer sólo a lo que consideras tuyo es un egoísmo que nos mutila*».

Transcurre el tiempo y Europa se enamora del hijo de Pasífae y se entrega a él. Así alcanza una felicidad que parecía imposible en su cautiverio: «*Estaba en la prisión más mi-*

serable, ¡y sin embargo me sentía libre!». El sueño concluye cuando Teseo irrumpe y asesina al muchacho: «*Fue sólo un momento y lo perdí todo*».

La obra culmina con la lamentación de Europa, que comprende que su vida llega a su fin: «*¿Por qué tanto dolor? ¿Se alimenta la tierra de dolor?*». Sus últimas palabras, de una intensidad lírica extraordinaria, son votos porque los humanos seamos capaces de construir otro mundo en el que no impere el sufrimiento. En su despedida hay también un reencuentro: «*Oh, praderas donde jugaba de niña. Tierra de mi niñez... flores... aromas... dulces besos... mis hermanos... mis buenas amigas... (...) El sol alumbra con toda su potencia. La luz se lleva todo consigo*».

La voz de una víctima

La segunda pieza, titulada «La mujer de la selva», se presenta como un «*monólogo teatral inspirado y dedicado a la lucha de los pueblos indígenas de las Américas*». Su protagonista, tras diez días de caminata y cuatro de espera, logra al fin ser recibida por un alto dignatario eclesial, al que implora por su marido, detenido durante una huelga. Sus palabras repasan con humilde firmeza la historia de su gente esclavizada, amputada de su vida ancestral, armoniosa y comunitaria: «*En nuestro pueblo, primero somos nosotros y después somos yo. (...) Cuando cultivamos la tierra, todos ayudamos, cada uno como puede, y la cosecha es compartida por todos, ya que la hemos cultivado todos juntos*».

Obligada a expresarse en primera persona, la mujer, imbuida de este espíritu colectivo, se siente confundida, pero logra desgranar las maldiciones sufridas. La primera fue la del caucho: «*Talaron los árboles, contaminaron los ríos...*». Fue entonces cuando los indios aprendieron a cultivar la tierra. Pero aquello no duró mucho. También fueron despojados del maíz, porque sus campos «*tenían el metal de la guerra. Tungsteno. Esa fue nuestra ruina. (...) Nos hicieron trabajar en el vientre de la montaña y en lo más profundo, en las entrañas de la tierra. Trabajar en las minas, a nosotros que amábamos los árboles y la luz y el aire*».

Cuando los indígenas se organizan para protestar por las duras condiciones que sufren, Justo, el marido de la mujer es golpeado, y lo arrastran ensangrentado. Ella lo busca desesperada. Habla entonces de su concepto del amor, del aprendizaje del sexo en libertad que se practicaba entre sus gentes, y de la pareja sin más atadura que el afecto, ajena a la idea de pecado impuesta por los colonizadores. El culto a la naturaleza y sus ciclos se expresa en lúcidas reflexiones: «*La Gran Madre decía que la alegría y la felicidad eran más fuertes que el miedo y el olvido*». «*Los hombres nacerán de nuevo y morirán de nuevo, y renacerán y volverán a morir. Y nunca dejarán de nacer, nunca, no importa cuántas veces mueran, porque la muerte es una mentira*». Estas visiones luminosas contrastan con el frío dogma que tratan de imponerles: «*Nosotros que éramos pájaros y ahora no somos nada*».

La mujer lamenta que el fruto de su vientre no será encomendado ya según los viejos rituales: «*Cuando nace un niño en nuestro pueblo es un día de alegría para todos. Nos reunimos y llevamos al recién nacido al corazón del bosque, donde le ofrecemos un árbol. Se lo ofrecemos simbólicamente, porque el bosque es de todos. (...) Allí, bajo su sombra, acostamos al recién nacido para que tenga contacto con la Madre Tierra, y le cantamos la canción de la vida. Que ha nacido para ser feliz y vivir en plenitud. (...) Que su misión es aprender. Aprender a revelar la luz que lleva dentro, que es un regalo de las estrellas, es decir, de ahí de donde venimos*». El niño ha de aprender a soñar, a bailar y a alimentarse, a caminar y a escuchar, pero sobre todo a amar y a reconocer la belleza.

Es ése un mundo que se ha roto, y la mujer encuentra refugio sólo en el recuerdo de la selva perdida y en la invocación del nombre de su amado.

Amor indestructible

La tercera pieza es «La mujer que espera». Polixeni, una campesina del Épiro de nuestra época, comienza describiéndonos un sueño que la visita recurrentemente. En él se siente impotente para hablar ante la multitud de sus vecinos convocados en la plaza del pueblo. Es incapaz de compartir su historia y eso la tortura, pero al fin encuentra un confidente y le relata su amor por Panos y su felicidad el día de su boda: «*Me iba a casar con el hombre que amaba. El hombre que deseaba. Mi incertidumbre la borró el deseo, así como también el deseo borraba mi timidez. Abrí la ventana. Me irradió la luz. Un vasto cielo azul*».

Pero entonces llega él y le confiesa que va al matrimonio obligado por su madre que quiere la dote, y que se dispone a marcharse al extranjero. Le ofrece la posibilidad de anular la boda, pero ella se opone: «*Quiero mi vida, Panos, sólo contigo vivirla... Si la boda no se celebra hoy, será una gran vergüenza. "Y mañana será un gran dolor" dijo. Prefiero el dolor a la vergüenza*».

Ella es odiada por su padre, porque su madre murió en el parto y es despreciada en el pueblo como «*el bicho de mal agüero*». Mujer marginada, Polixeni siente el matrimonio con el hombre que ama como lo único que da sentido a su vida. Así expresa su pasión: «*Ese día, el único, hasta nuestro compromiso, que le miré directamente a los ojos, sentí que con esa mirada, él había conquistado, sellado completamente, no sólo mi mente, no sólo mi corazón, sino todo mi cuerpo, todo mi ser. Al principio no entendía qué era ese sentimiento. Nadie me había hablado de amor*».

Son desgarradoras las escenas de la preparación de la novia y la ceremonia: «*Mi boda no es ninguna farsa. Camino hacia esa unión sinceramente, sabiendo lo que va a suceder.*

Me caso por un día, por una noche. Hoy quiero ser su esposa. No me importa el mañana». Luego, en la alcoba él se resiste: «*Mañana por la mañana me iré, será mejor que no te estropee. Tal vez aparezca otro hombre. Te encontrará entera. Harás tu vida*». Ella lo seduce y se aman, pero la felicidad concluye muy pronto: «*Todo lo que existe alrededor se desvanece. Estoy flotando. No tengo oxígeno. No tengo sangre. Todo lo que tengo es la sábana que tiene su olor*».

Expulsada de su casa por su suegra, Polixeni vive en la pobreza aguardando sólo el regreso de su amado, que va a aparecer sólo después de mucho tiempo. Él, que se ha casado varias veces, rechaza sus caricias, pero cuando ella enferma la cuida solícitamente. Tienen por fin una noche de amor, pero él fallece enseguida.

Sola de nuevo, Polixeni es feliz de haber narrado al fin su historia: «*Mírame a los ojos. Nada de esto fue mentira o invención. Todo lo que he contado ha sido memoria y amor. Ahora, será simplemente una historia más. Por fin, cuánta paz en mi alma. Ya me puedo ir. No tengo nada más que esperar*».

Un sentimiento más fuerte que el destino

Hay un hilo conductor en las tres historias que Petsópoulos nos presenta en *Amores transgresores*. Sus tres protagonistas han sido golpeadas por un destino funesto, y en su desgracia las tres hallan consuelo en el amor. Todas ellas van a sufrir después la desaparición del ser querido, y sin embargo, en la pasión que sobrevive a todo encuentran el sentido de su vida.

Con su patrón universal, esta trayectoria revela el poder taumaturgo de un sentimiento que en contextos culturales bien diversos, de la antigüedad al presente y de América a Grecia, es capaz de iluminar una existencia condenada. En los tres casos, los monólogos alcanzan una intensidad extraordinaria y el lenguaje lírico de Petsópoulos resulta el instrumento perfecto para expresar esta transfiguración del ser en el ardor erótico que todo lo justifica.

Amor de mujer, fiesta y semilla, poderoso como todos los ciclos de la naturaleza. En esa exaltación que anhela ser compartida, las voces de Europa y Polixeni son heroicas en su firmeza contra los hados que las han sentenciado, y hay que decir que es el amor la mayor de las rebeldías contra ellos, amor que desafía el dolor y es capaz de transmutarlo en gozo. En esta misma dirección, la voz de la anónima mujer india tiene un significado especial, porque como ella nos dice, la suya es una voz coral, clamor de su pueblo y de su tierra, y en su transgresión vemos cuestionadas también las normas funestas de imposición y explotación que rigen este mundo nuestro.

La pasión erótica que da sentido a la existencia tiene un gran prestigio en nuestra cultura, aunque no es un rasgo innato ni universal. Recordemos por ejemplo a aquellas adolescentes de Samoa que eran incapaces de entender la tragedia de Romeo y Julieta que les contaba Margaret Mead. Por esto es interesante destacar que en dos de las historias que nos propone *Amores transgresores*, encontramos ideas que desbordan los esquemas culturales de Occidente y apuntan hacia perspectivas diferentes.

El primer caso es en la historia americana, cuando se reivindica un erotismo abierto y cósmico, que abarca a toda la naturaleza y se basa en el ejercicio de la libertad. Este mismo sentimiento sirve además como dinamizador de una estructura social fundamentada en la comunidad, que se alimenta del amor a la Madre Tierra y todos sus seres y se materializa en la propiedad colectiva y una existencia en equilibrio con el entorno.

Algo similar se encuentra también en la historia de Europa, cuando reflexionando sobre sus sentimientos hacia el niño que cuida, que no lleva su sangre, ésta expresa su deseo de que se diluyan los límites de la familia tradicional, para que los niños sean considerados «hijos de todos». Esta visión está obviamente más cerca de alcanzar una fraternidad que impregne a toda la sociedad y sirva de vínculo más allá de las células familiares.

Amores transgresores explora pues caminos que superan las concepciones tradicionales, pero insiste sobre todo, magistralmente, en su reivindicación del amor como raíz y sustento de la vida. A través de un recorrido por ámbitos culturales muy diversos, Yannis Petsópoulos nos presenta a tres mujeres cuyos relatos, llenos de momentos de alto voltaje poético, ofrecen un testimonio universal del milagroso poder redentor de la pasión erótica.

Kyra Kyralina y El tío Anghel, de Panait Istrati

Publicado en *Rebelión* el 7 de octubre de 2008

Si bien es cierto que hace bastantes años algunas de las obras del novelista rumano Panait Istrati (1884-1935) aparecieron en versiones castellanas que llegaron a tener bastante éxito, hay que decir también que en estos momentos estos libros son difíciles de encontrar y su autor parecía destinado a engrosar por nuestras tierras la larga lista de aquellos, maltratados por el mercado, cuyos merecimientos literarios no parecen ser suficientes para que puedan llegar a ser leídos. Es por esto que resulta extraordinariamente oportuna la edición por parte de Pre-Textos de un volumen que contiene dos de sus novelas fundamentales (trad. de Marián Ochoa de Eribe). Quien quiera conocer la biografía de este escritor puede acudir a la preparada por Pepe Gutiérrez-Álvarez que se halla disponible en la web de la Funda-

ción Andreu Nin. Se nos habla allí de su atormentada trayectoria de autodidacto y revolucionario errante, autor de una obra torrencial que describe los ambientes de su propia vida con pasión extrema. Aunque llegó a alcanzar cierto renombre de la mano de Romain Rolland, desengañado como tantos de una Revolución rusa que no cumplió sus objetivos y alejado de los círculos de poder, el «Gorki de los Balcanes» falleció pobre y olvidado en su Rumanía natal sin haber completado la gran obra que podría haber construido. Éste es el retrato que de él en 1929 nos dejó, en sus *Memorias de mundos desaparecidos (1901-1941)*, su amigo Víctor Serge al que conoció en un viaje a la Unión Soviética: «*Istrati volvió a partir hacia Francia completamente desolado por aquellas experiencias. Me vuelvo con emoción hacia su memoria. Era joven todavía, de una flacura de montañés balcánico, más bien feo con gran nariz afilada, ¡pero tan vivo a pesar de su tuberculosis, tan entusiasta de vivir! Pescador de esponjas, marino, contrabandista, vagabundo, peón de albañil, había recorrido todos los puertos del Mediterráneo antes de ponerse a escribir, y de cortarse la garganta para terminar. Romain Rolland lo salvó, la celebridad literaria le llegó de repente y el buen dinero de los derechos de autor, por sus historias de* haiduks*. Escribía sin tener la menor idea de la gramática ni del estilo, pero como poeta nato, enamorado con toda su alma de varias cosas simples: la aventura, la amistad, la rebeldía, la carne, la sangre. Incapaz de un razonamiento teórico y por consiguiente de caer en la trampa de un sofisma bien hecho. Le decían delante de mí: —Panait, no se puede hacer una tortilla sin romper los huevos, nuestra revolución... etc. —Él exclamó—: Bueno, ya veo los huevos rotos. ¿Dónde está la tortilla?*».

Las dos obras que se recogen en la edición de Pre-Textos forman parte del ciclo narrativo centrado en la vida de Adrian Zograffi, *alter ego* de Istrati, que entrelaza su biografía con las de algunos de sus amigos y familiares. Dice Nikos Kazantzakis en sus memorias *Del monte Sinaí a la isla de Venus*: «*Adrian Zograffi es el propio Istrati. Narra las historias de amor y de libertad recogidas en el curso de su vida errante o explica los recuerdos de su infancia y sus aventuras de adolescente. Se entrega totalmente a la amistad que le decepciona o a la mujer que engañará; se regocija cuando encuentra un alma que, en medio de la cobardía y la vulgaridad de la vida contemporánea, no transige, rehúsa someterse y pone fuego a todas sus esperanzas, incendiando el círculo de su destino. Pero, al final, Adrian es vencido, ya que sus pasiones son violentas y no las consigue dominar. Sus deseos son desordenados, indisciplinados, su corazón vagabundo, y su espíritu incapaz de coordinar todo este caos*».

Kyra Kyralina es la primera novela de esta serie y se centra en Stavros, un primo segundo de Adrian. Nos describe su vida de niño junto a su madre y su hermana Kyra, ambas cortesanas, y el asesinato de la madre por el padre celoso. Recoge después la vida de los dos hermanos que son al fin secuestrados y separados, y cómo cuando consigue escapar el muchacho emprende una búsqueda desesperada de su hermana que lo lleva a peregrinar por Siria, Líbano y Turquía. El retrato abigarrado que nos ofrecen estas páginas de las diversas provincias del Imperio otomano, mosaico de culturas y lenguas, tiene un atractivo extraordinario. De regreso en su tierra rumana, el matrimonio en el que Stavros pone sus ilusiones fracasa por su homosexualidad y lo arrastra de nuevo a una vida desarraigada y aventurera. La segunda novela ahora editada, *El tío Anghel*, presenta las biografías de dos seres excepcionales por sus pasiones excesivas. El primero de ellos, que da nombre a la obra, es un hermano de la madre de Adrian que como el Job bíblico conoce la riqueza y después la pérdida de todo lo que amaba. Muere alcoholizado tras una espantosa enfermedad tratando de transmitir a Adrian la enseñanza de su vida: «*Dar la espalda a todo lo que adula... Librarte de los deseos vacíos... Ahogar la voz de la carne que se pudre... Y lanzarte, con toda tu alma, a la infinitud del pensamiento, nuestro único apoyo en momentos de desgracia*». El segundo protagonista es Cosma el bandolero, perfecta antinomia de ímpetu ciego y desbordado frente a la razonada prudencia de su hermano Ilie. Cosma lucha contra los poderosos y hay en su lucha una promesa de revolución social que se muestra a veces explícitamente, pero perece loco de amor empeñado en destruir a todos los antiguos amantes de la hermosa Floricica.

Olvidado demasiado tiempo, Panait Istrati es un autor que merece ser leído. Sus personajes se quedan para siempre con nosotros porque con su pasión desmedida son capaces de desnudar misterios asombrosos de la vida: es el joven Stavros que recluido en las delicias de una existencia cómoda pero esclava sabe emprender una huida del placer hacia la libertad, o el tío Anghel que comprende moribundo cómo «*el pensamiento es más fuerte que la muerte*». La cadena de desgracias que teje un destino cruel eternamente aliado con la estupidez de los hombres destila la profunda sabiduría del que sabe que «*¡Sólo el hombre, el más feroz de los animales sobre la tierra, siembra la muerte, la pobreza y la esclavitud allí donde, con poco esfuerzo y con menos crímenes, nos esperarían tantas alegrías!*».

Los tesoros de Medina Sidonia. A la sombra de la muerte, de Johan Brouwer

Publicado en *Rebelión* el 2 de junio de 2014

Al hispanista holandés Johan Brouwer, nacido en Rotterdam en 1898, podemos imaginarlo en algunos momentos

de su juventud como un Raskólnikov atormentado que jugaba con la idea del asesinato para «*poner a prueba su conciencia*». Al menos esto es lo que confesó en el juicio celebrado después de que su hermano y él dieran muerte a tiros a un chantajista en 1922. Entre este año y 1928 cumple una condena de cárcel y es en prisión donde el estudiante de indología en la Universidad de Leiden conoce de manos de un religioso la mística católica española que estimulará su vocación definitiva. En 1930 se licencia en lengua y literatura españolas, y en 1931 se doctora en Groninga con una tesis sobre *La psicología de la mística española.*

La carrera de hispanista que Brouwer comienza por entonces está marcada hasta 1936 por su cercanía a la denominada «leyenda blanca» de la historia de España, y en ella puede encontrarse por ejemplo una defensa del papel del duque de Alba en las revueltas de los Países Bajos durante el reinado de Felipe II, y de su legitimidad en la represión de los «herejes». Hay que decir también que en 1934, Brouwer se había convertido al catolicismo. Curiosamente, a partir de 1939, sus trabajos sintonizan más bien con la «leyenda negra» y se establecen en ellos paralelismos entre la dominación española del siglo XVI y la ocupación nazi que a él le tocó vivir después de 1940. Entre estas dos etapas quedaba la guerra civil española.

La guerra civil sorprende a Brouwer en España y en agosto llega a Badajoz, donde se horroriza al enterarse de la masacre que acaba de ocurrir. Entrevista luego a Unamuno en Salamanca y visita el frente; allí está a punto de ser asesinado por un grupo de falangistas y es salvado por otro de requetés. Las experiencias que va acumulando le hacen comprender el carácter clasista y sanguinario de la insurrección, más allá de las excusas religiosas. Traductor y amigo de Ortega, critica en este momento su falta de compromiso con la República. En diciembre de 1936 y enero de 1937, está de nuevo en España, pero esta vez en la zona republicana, y publica artículos de apoyo a su Gobierno. Católico y tradicionalista, se las arregla, sin embargo, para valorar el «erasmismo» de este bando y dejarse seducir por el alma «cristiana y anarquista» que cristaliza según él en la magnífica intelectualidad de pintores y literatos innovadores que aflora por entonces, con nombres como los de Ramón Gómez de la Serna, Picasso, Lorca o Dalí.

En el verano del 37 Brouwer vuelve a España para el II Congreso de Intelectuales y Escritores, y otra vez en noviembre del 38, invitado por el Gobierno para asesorar sobre el tesoro artístico. Es en esta visita cuando vivirá las experiencias que servirán de detonante para la novela que aquí reseñamos. Durante esta época sigue colaborando con la propaganda del bando republicano con artículos y traducciones. Posteriormente, con la ocupación alemana de Holanda, es represaliado y participa en acciones de la resistencia que lo llevan a ser fusilado en 1943 por los ocupantes nazis.

Terror gótico en el marco de la guerra civil

Los tesoros de Medina-Sidonia se publica en 1939 con un pseudónimo que corresponde al protagonista de la narración, Maarten van del Moer, y tras el fallecimiento de Johan Brouwer, es reeditada en 1946 con el título *A la sombra de la muerte* y el nombre ya de su autor real en la portada. Se trata de una curiosa novela que mezcla una descripción realista de los escenarios de la España en guerra con un relato gótico dominado por tesoros ocultos, criptas y espectros. Entre sus protagonistas reconocemos a algunos personajes reales, como el poeta José Bergamín (José Mota en la obra), figura afín en bastantes aspectos a Johan Brouwer.

El prólogo de Hendrik Henrichs, autor de una biografía de Brouwer publicada en 1989, nos presenta a éste como un hombre atormentado que encuentra en la España del Siglo de Oro y sobre todo en su mística, el sentido intelectual de su existencia. La novela es una muestra de este carácter y explora la fascinación por la muerte que para Brouwer marcaba la historia de España y en la que hallaba un reflejo de su propia psicología. Por su parte, la traductora de esta edición, Isabel-Clara Lorda Vidal, repasa en un epílogo la vida de Brouwer, «*holandés de alma española*» y personaje enormemente complejo y atractivo que incomprensiblemente es un desconocido en su patria de adopción. Ésta es la primera de sus novelas que es traducida al castellano (Berenice, 2014) y es de esperar que sirva para estimular el interés sobre su obra y su figura entre nosotros.

Escrito en primera persona, el relato comienza con la llegada del joven Maarten a La Haya a comienzos del otoño de 1936 para preparar un examen. Estudiante de Derecho por imperativo familiar, es un apasionado de la historia y la psicología —parapsicología sobre todo— y también de la música y la pintura españolas. Hace poco conoció a Concha, una bella muchacha madrileña, de la que quedó prendado. Esos días la prensa trae noticias de bombardeos sobre Madrid y Maarten fantasea con ir allí y tratar de ayudar a su amada. Le resultan odiosos el prosaico examen de su prosaica carrera y la aburrida pensión de estudiante. Acude después con un amigo a una conferencia sobre la situación en España y en unas horas toma la decisión de partir para allá. Lo empuja la idea de que así vivirá intensa y trágicamente, a la sombra de la muerte. Esa noche sueña con un ataúd que los encierra a Concha y a él, y recuerda a Baudelaire: «*Nous aurons des divans profonds comme des tombeaux*».

El 6 de octubre Maarten llega a París y en la embajada española firma un compromiso de servicio militar en España. Escribe a su familia justificando su decisión por un imperativo moral y declara sentirse «*por primera vez en la vida en completa armonía consigo mismo*». Viaja en avión a Barcelona y allí se une a un grupo de voluntarios que parten para Valencia en tren. De uno de ellos se hace amigo, un francés cincuentón exsoldado de la Gran Guerra al que todos lla-

man «papá». En el tren comienza a practicar su flojo español y conoce las tristes historias de sus compañeros de viaje.

Valencia tiene el rostro desencajado de la guerra, con la catedral quemada y cadáveres en los descampados, pero también hay bullicio y alegría en las calles. Papá, que resulta ser un capitán en la reserva, y él consiguen esquivar el período de formación en Albacete y ser enviados a Madrid en una columna móvil de apoyo a las milicias populares, constituida por ingleses y franceses sobre todo. Entre los ingleses hay dos pilotos de pruebas que vienen a España huyendo de desgracias amorosas y buscando en realidad una muerte piadosa que encontrarán heroicamente en el cielo de Madrid. De noche, Maarten vive escenas de espanto en la ciudad sin ley: ajustes de cuentas, ejecuciones...

Madrid en guerra

Nada más llegar a la capital, Maarten trata de localizar a Concha y averigua que su casa fue destruida en un bombardeo y ella está muerta; ocurrió la noche que él tuvo aquel sueño. Los días que siguen son de terribles combates en los que ve caer a casi todos los que le rodean. El 6 de noviembre es herido gravemente en la cabeza y un brazo y ha de permanecer un mes en el hospital. Ya en la calle, le sorprende la actitud de los madrileños, gentes que conviven con la muerte y parecen despreciarla: el limpiabotas que lustra sus zapatos «*con devoción artística*», la muchacha que en un edificio casi en ruinas coloca sus geranios con cuidado al borde de la ventana «*para que les toque un rayito de sol*».

Inútil para el servicio de armas, Maarten se ofrece a la Alianza de Intelectuales y Artistas para la catalogación de objetos valiosos. Es destinado a San Francisco el Grande, basílica respetada de momento por las bombas y en cuyo sótano se almacenaba lo que iba llegando de las iglesias de las provincias de Madrid y Toledo. Allí, en una cripta, solitario y en un ambiente irreal comienza a inventariar manuscritos antiguos. Un día le traen un viejo cofre salvado de una casa quemada en el centro de la ciudad. En él encuentra un documento firmado por un tal Francisco Pacheco en 1680 que cuenta la historia de un robo perpetrado por el mayordomo del duque de Medina-Sidonia, Pedro Ruiz Lara, y las muertes misteriosas de éste y sus descendientes que buscaban el botín. El cofre contiene un anillo junto a cartas, planos y mapas.

La vida sigue y llegan las navidades. Los bombardeos se intensifican y Maarten trabaja con las patrullas de rescate, viviendo escenas dantescas. Su herida del brazo se abre y al no poder trabajar se dedica a leer los documentos del cofre. Hay cartas de Pedro Ruiz Lara, mayordomo del duque, que describe cómo durante un viaje roba el oro de este y asesina a dos de sus criados. También narra cómo esconde después su botín en una cueva con fama de encantada cerca de Ademuz (Teruel) y junto a la torre de los Escipiones en Tarragona, y cómo cuando se pone el anillo que perteneció a uno de los criados asesinados se produce la aparición espectral de éste. El último eslabón de la saga es el Francisco Pacheco cuya confesión ya había leído al principio.

Nuestro protagonista, que había sentido varias veces en la cripta la presencia espectral de Concha, decide ponerse el anillo del criado del duque y el fantasma de éste aparece frente a él. Cuenta esto luego al psiquiatra que lo trata de las secuelas de su herida en la cabeza y repiten juntos la experiencia, consiguiendo que también él perciba el espectro. Los dos hacen planes de ir en busca de los tesoros. Días después, Maarten abandona la cripta y va de traductor a la oficina de prensa. El cofre es enviado a la Biblioteca Nacional, pero él conserva copias de todo.

El nuevo trabajo de Maarten lo devuelve al barullo y espanto del Madrid en guerra. Son los días en que los estalinistas aumentan su poder y se imponen por métodos policiales. Una compañera le advierte de que está en su punto de mira acusado de espionaje y podría ser asesinado como le ocurrió a un voluntario irlandés al que ella amaba y cuyo fantasma se le aparece cuando se pone su reloj. Esa misma noche en la Alianza de Intelectuales, con la colaboración del psiquiatra y de un psicólogo alemán apellidado Goldstein, Maarten consigue que el espectro se manifieste a la muchacha y otros, entre ellos su asesino, pero sólo sirve para que ella muera en un extraño accidente.

En busca del tesoro

El 9 de abril, Maarten parte hacia el frente de Teruel con el objeto de inspeccionar la cueva de Ademuz. La cobertura urdida por el psiquiatra para el viaje es un trabajo burocrático en los hospitales de campaña. Le acompaña Rafael, un joven suboficial que le es asignado como conductor. En el frente rellenan formularios durante varias semanas y a finales de mayo llegan a Ademuz. En una primera visita a la gruta, Maarten comprueba la exactitud de las indicaciones del mapa de Pedro Ruiz Lara, pero ha de huir cuando se le aparece un fantasma en el sector donde se señala que está escondido el tesoro. El día siguiente vuelve a la cueva con Rafael y los dos perciben el espectro, que les impide que se hagan con el cofre enterrado que llegan a palpar. En el regreso a Madrid, Rafael muere en el ataque de unos cazas.

Vive después Maarten el infierno de Brunete, donde trabaja en los servicios sanitarios y es herido leve. Se recupera en El Escorial y allí Lenz, su compañero de habitación, un noble prusiano que luchó en la Gran Guerra le explica su filosofía personal, un comunismo humanista y místico de raíz cristiana. Al día siguiente, un monje agustino le muestra a Maarten el complejo monumental, en el que le impresiona sobre todo el panteón real, con un féretro destinado para Alfonso XIII.

Tras un mes de recuperación en El Escorial, con agradables tertulias y trabajo embalando códices e incunables,

inútil para el servicio de armas, Maarten vuelve a trabajar para la Alianza y hace frecuentes viajes a Valencia transportando objetos artísticos. En uno de ellos, un poeta valenciano le expone sus ideas sobre la revolución que ha sido abortada en España, un humanismo capaz de iluminar al mundo en ese momento crítico y que fue atacado ferozmente por el fascismo y el estalinismo, dos enemigos del desarrollo libre del hombre.

A fines de año, Maarten es destinado a Barcelona y encuentra una ciudad burguesa que ha olvidado ya la revolución. En marzo, la guerra llega a ella con toda su crudeza y los bombardeos dejan centenares de muertos y heridos. Después viaja a Tarragona, donde se le unen el psiquiatra y el psicólogo alemán que había conocido en Madrid, y juntos inspeccionan los alrededores de la torre de los Escipiones. Un día descubren un pasadizo que les lleva justo debajo de ella, y hallan lo que creen que son los sepulcros de los dos hermanos Escipiones caídos en la batalla de Anitorgis. Al lado hay un pequeño recinto en cuyos rincones el suelo de mosaicos deteriorado parece haber sido removido. Excavan y encuentran un doblón de oro, pero poco después el agua inunda la sala y les obliga a abandonar la empresa.

En el otoño de 1938, con la retirada de las Brigadas Internacionales, Maarten es convocado a Barcelona y allí ve partir a los que, como él mismo, vinieron a España buscando algo profundo e intenso, lo que le hace recordar a los que quedaron aquí para siempre. Llegan las navidades y la vida es cada vez más dura en la ciudad asediada. Maarten la deja poco antes de su caída en manos de Franco, y emprende una penosa huida a pie con continuos sobresaltos. Así llega a Perpiñán una lluviosa mañana de febrero. Su destino será hundirse de nuevo en las rutinas de la existencia más prosaica con la sensación de que la realidad ha quedado atrás, en unos días vividos vibrantemente en España, a la sombra de la muerte.

El impulso libertario

Con su mezcla de géneros y su atrevida exploración de territorios de misterio, tal vez debamos pensar que *Los tesoros de Medina-Sidonia* nos propone en realidad la búsqueda alquímica de un tesoro enterrado en España y más precioso que el oro, el mismo que algunos de sus protagonistas como Lenz o el anónimo poeta valenciano describen a Maarten con palabras luminosas: un comunismo humanista y libertario capaz de encauzar la veleidosa naturaleza del hombre. Surgirán espectros de duda y miedo cada vez que intentemos recuperar ese tesoro, pero la batalla de la luz y las sombras, de la vida y la muerte será el prólogo siempre necesario de nuestra liberación.

El cambio señalado al principio en la obra historiográfica de Johan Brouwer es resultado de sus experiencias durante la guerra civil y debe interpretarse como una profundización en su conocimiento de la realidad española. El que encontró en nuestros místicos una vena de espiritualidad, fundamental para dar un sentido a su propia vida, descubre entonces que éstos no van de la mano con el proyecto imperial de los Austrias, sino que significan más bien una huida personal que roza muchas veces la heterodoxia y supone una visión humanista incompatible con la violencia de guerras de agresión. Solidarizado con esta visión, Johan Brouwer hallará la muerte poco después a manos de los defensores de otra locura imperial.

Recordando las vidas de Marcela de Juan, alma de China en España, en el cuadragésimo aniversario de su fallecimiento

Publicado en *Rebelión* el 20 de agosto de 2021

Marcela de Juan fue educada en español y francés, y aprendió el mandarín a los ocho años. Después habló también inglés, ruso y alemán. Andando el tiempo, su erudición y su profunda sensibilidad hicieron que se convirtiera en embajadora cultural de China en Europa occidental; no sólo se prodigó en artículos y conferencias, sino que, en una época en la que la literatura china era muy mal conocida entre nosotros, nos enseñó a disfrutar de sus poemas y relatos breves a través de traducciones que el tiempo ha convertido en joyas bibliográficas. La vida extraordinaria de esta mujer, siempre a caballo entre dos mundos, está narrada en su autobiografía: *La China que ayer viví y la China que hoy entreví*, un libro fascinante por su crónica emotiva y personal de las convulsiones del siglo XX en el gran país, que fue editado por Luis de Caralt en 1977 y acaba de reaparecer en La línea del horizonte como *La China que viví y entreví*, con prólogo de Marisa Peiró.

Ella misma señala en el frontispicio de esta obra: «*Lo único que puedo asegurar es que cuantos detalles o hechos figuran en este libro son auténticos, y que los he reproducido tan exactamente como me lo permiten el inventario y la identificación (...) de lo que, a lo largo de los años y de mis varias vidas, se ha ido acumulando en los almacenes de mi memoria*».

Una niña china crece en Madrid

El padre de Marcela era chino y descendía de una antigua familia de letrados, cuyo apellido, «Huang», él castellanizó después como «Juan». Tras superar los exámenes del mandarinato, eligió servir en el cuerpo diplomático y su destreza en el idioma de Cervantes lo llevó a la legación de su país en España. En San Sebastián conoció a su futura esposa, de nacionalidad belga y origen aristocrático, de la que se enamoró instantáneamente y a la que hubo de de-

clararse con ayuda de un diccionario. Ambos fueron repudiados por sus familias cuando contrajeron matrimonio en Londres en 1901.

Marcela fue la segunda hija de la pareja, y nació en enero de 1905 en La Habana, aunque con ocho meses viajó a Madrid con su familia. Al año siguiente, su padre, presidente de la legación china, dio un toque de color con su atuendo de mandarín a los esponsales de Alfonso XIII en los Jerónimos, justo antes de que Mateo Morral arrojara su bomba en la calle Mayor.

Nuestra protagonista se libró, por intercesión de su madre, de que empezaran a vendarle los pies a los tres años, pero no de ser prometida en matrimonio por esas fechas al hijo de un alto dignatario imperial. Afortunadamente, la proclamación de la República en 1911 dio al traste con aquellos planes. Dos años después, el padre de Marcela fue destinado al Ministerio de Asuntos Exteriores en Pekín, y hubo de dejar atrás el ambiente castizo de la villa y corte que tanto amaba, así como la amistad de escritores como Pío Baroja, Emilia Pardo Bazán o Armando Palacio Valdés. En *Los años de juventud del Doctor Angélico*, de este último, aparece un personaje probablemente inspirado en él.

Interludio pequinés (1913-1928)

Treinta y nueve días costaba por entonces ir de Madrid a Pekín. En un barco inglés que los llevaba de Colombo a Shanghái, entabló Marcela contacto con el racismo, cuando sólo a su madre se le permitió ocupar el camarote de primera que habían reservado. Algo así era impensable en España, nos dice: «*Aunque en las calles nos seguían a veces los golfillos gritando: "chino, cochino", era más por la rima que por la burla*».

La China a la que llega Marcela era un campo de batalla entre tradición y modernidad: «*Los quince años que viví en Pekín son particularmente importantes porque durante ese periodo los viejos y los nuevos elementos llegaron a entenderse. Fui testigo de un colapso y vi florecer la vida nueva de entre las ruinas, el alma china en su evolución, pero que no perdió ni su nobleza ni su calma*». Marcela se enamora de Pekín, ciudad de bosques, parques y lagos, de templos y callejones, ajetreada de vendedores ambulantes y cantos populares que recuerdan el flamenco, aunque ensombrecida a veces por el polvo del Gobi y sin alcantarillado, salvo en el barrio de las embajadas.

Marcela recuerda las comidas, con gastronomía de Oriente y Occidente, en una casa familiar con numerosos sirvientes, y las discusiones de sus padres en la mesa, siempre educadas y elegantes, en las que el mandarín, amante de circunloquios y metáforas como buen chino, solía decir a la dama belga: «*Pero, ¿por qué no te pones guantes para hablar?*». Marcela va al colegio de unas monjas francesas y aprende el idioma del país en que vive: «*¡Qué ilusión cuando leí por primera vez un periódico!*». Su padre amonesta a las dos hermanas cuando concluyen los estudios, y les expresa su opinión de que el único sentido de la vida se encuentra en el trabajo, con lo que nuestra protagonista busca empleo. Lo encuentra en un banco francés y se da el placer de ayudar a los gastos familiares, excesivos para los emolumentos de un funcionario chino de aquellos días.

La gran fiesta del año nuevo y los rituales que marcan cada etapa de la vida en China cautivan a Marcela, aunque ella es una mestiza eurasiática, despreciada por los más tradicionales. Su sangre mezclada también causa rechazo entre algunos occidentales, lo cual resulta doloroso a su edad, propicia a amistades y flirteos. Dedica muchas páginas de su autobiografía a describir su bulliciosa actividad social, de hija de diplomático, en aquellos años en que despertaba a la vida. En 1923 trata por unos días a Vicente Blasco Ibáñez, viajero en el Franconia alrededor del globo.

La sociedad se moderniza: ya no se vendan los pies de las niñas, y en 1912 se ha prohibido el concubinato, aunque los más ricos siguen gozando de ese privilegio. De hecho, Marcela ha de rechazar la envidiada oferta de convertirse en octava concubina de un noble, primer ministro en el Gobierno. Por las provincias de la joven república, el poder se lo disputan señores de la guerra y «*por lo menos una vez al año nos anunciaban que Pekín había cambiado de dueño*». En 1918 conoce a un joven estudiante llamado Mao Zedong, que viene a hablar con su padre: «*Me acuerdo de él como si lo viera, era alto y enjuto, pero ya tenía la misma cabeza redonda que siempre lo caracterizó. Y la misma expresión sonriente. Fue la única vez que lo vi de cerca*».

A Pekín llegan también otros protagonistas del siglo XX, como un tímido muchacho inglés de apellido Windsor y uniforme de teniente, que reinará como Jorge VI. En 1922, Marcela enseña la ciudad a un Galeazzo Ciano de diecinueve años, «*un muchacho encantador, de mediana estatura, vivaracho, con buena musculatura, (...) turbulento y vivo como un cachorro (...), un chiquillo sumamente cordial y espontáneo*». Él le dice: «*Sabes, soy joven, soy guapo, soy rico, me caso con la Edda, mi padre es el brazo derecho de Mussolini. El mundo es mío*». A lo que ella le responde: «*Dices que eres, joven, guapo, rico, pero no dices que eres inteligente*». «*¡Bah!, no lo digo porque no lo soy*». Tras repasar la trayectoria posterior del cachorro, su cicerone de aquellos lejanos días concluye con un apunte extraordinariamente amable: «*He conservado de Ciano un recuerdo excelente. Era una magnífica persona, y mucho hay que perdonar al conde Ciano porque tenía muy buen corazón y era un tierno y un sentimental*».

En 1926 fallece el padre de Marcela y ella, que acaba de sufrir un grave desengaño amoroso, ha de asumir todas las responsabilidades familiares. Dos años después, emprende un viaje de vacaciones a Europa que se va a prolongar muchos más de lo previsto.

España (1928-1981)

En el verano de 1928, Marcela conoce en Segovia a Fernando López Rodríguez-Acosta, un diplomático granadino que se convierte pronto en su marido. Su muerte dos años y medio después es otro duro golpe, pero la vida ha de seguir y le sobra coraje para hacer frente a un futuro incierto; no va con ella que en la España de entonces estuviera mal visto que una mujer de la burguesía trabajara. Por las mañanas, acude a su puesto en la embajada de Holanda, y por las tardes atiende a su madre que ha viajado a Madrid y está gravemente enferma; fallecerá en breve.

Animada por buenos amigos, Marcela comienza ya en los años 30 a impartir conferencias sobre China en España, y enseguida también en Portugal, Francia, Bélgica... Ingresa además en el Cuerpo de Lenguas del Ministerio de Asuntos Exteriores, en el que va a permanecer treinta años. Es ésta la época de sus traducciones, insuperables de rigor y lirismo: tres antologías de poesía (1948, 1962 y 1973) y tres volúmenes de relatos cortos de la tradición clásica (1948, 1954 y 1983). Estos trabajos fueron esenciales para dar a conocer las letras chinas en el mundo hispano. Fruto de sus inquietudes en este campo, en 1955, junto a Julio Casares y Consuelo Berges, fundó la Asociación Profesional Española de Traductores e Intérpretes.

Marcela de Juan falleció en Génova en agosto de 1981 tras viajar a esta ciudad, muy amada por ella como lugar de ocio y trabajo, para tratarse una grave dolencia.

Impresiones de la China de Mao

Durante un año nuestra protagonista ocupó un puesto en el consulado general de España en Hong Kong y allí sintió nacer el deseo de conocer de primera mano las transformaciones promovidas en el Imperio Central por aquel flaco estudiante que un día de 1918 acudió a hablar con su padre en Pekín. Su sueño pudo cumplirse en 1975, cuando viajó a China como traductora de la primera misión comercial española tras el restablecimiento de relaciones diplomáticas entre los dos países.

En Cantón y luego en la capital, la hija del mandarín queda deslumbrada por la nueva imagen laboriosa, limpia y moderadamente «desarrollada» del país, ajena a la penosa miseria y servidumbre del pasado. Pekín acaba de despertar de la pesadilla de la Revolución Cultural, y en ella han desaparecido elementos enormemente simbólicos, como sus murallas, así como muchos viejos barrios, llenos de encanto, arrasados para abrir avenidas y bulevares, pero se adivina un futuro esplendoroso. La ciudad de su juventud es una urbe en la que arrancan gigantescos proyectos constructivos y todo se moderniza, aunque el metro tiene «sólo» dieciséis estaciones; Marcela contempla con agrado un país próspero que desafía la ruina y la miseria seculares.

La enseñanza es sin duda un puntal de cualquier sociedad, y en China se podía comprobar en aquel momento que había sido completamente modificada en su estructura y metas. Si en el Antiguo Régimen se imponía el estudio de los clásicos —Confucio y Mencio, sobre todo— para acceder por medio de rigurosos exámenes al mandarinato, en el nuevo los objetivos se han universalizado para proveer a los ciudadanos de una formación teórico-práctica engarzada con las necesidades y exigencias de la vida. Todo se encamina a construir una sociedad mucho más igualitaria que la del pasado, aunque basada aún, como ella, en el trabajo rural; no hay que olvidar que el campo albergaba entonces a cuatro quintas partes del pueblo chino.

Marcela reflexiona con enorme satisfacción sobre la dignidad recobrada del gran país y su progreso evidente, tras la postración colonial que exacerbó las tensiones de una sociedad salvajemente desigual. Concluye que Mao ha aportado un marxismo adaptado a la tradición china que marca el albor de una nueva era.

Belleza de los puentes culturales

En una época en que está de moda magnificar el papel de las diferencias culturales y las señas de identidad, trayectorias como la de nuestra protagonista revelan lo que nos perdemos con el horror al mestizaje. Ella supo sacar provecho de las circunstancias aleatorias de su origen, y con su labor divulgadora marcó un hito en el gran desafío de exhibir para el mundo hispano los tesoros de la cultura china. Nadie hizo tanto como ella para acercarnos a ese universo de matices y simetrías siempre sorprendentes, en el que el lenguaje tiene tonos musicales y la poesía no se escribe, sino que se dibuja con los trazos delicados de un pincel.

Marcela de Juan fue testigo de la transformación de su país en el siglo XX, y nos dejó un conmovedor testimonio de ella en su autobiografía. La recordamos por eso, y también porque, con sensibilidad y erudición, tejió traducciones exquisitas de la poesía y los relatos chinos clásicos. Ella hizo hablar así a Li Po para nosotros: «*Me preguntas por qué estoy aquí, en la montaña azul./ Yo no contesto, sonrío simplemente, en paz el corazón./ Caen las flores, corre el agua, todo se va sin dejar huella./ Es éste mi universo, diferente del mundo de los hombres*».

2

Música y artes gráficas

Mozart y Shostakóvich, artistas frente al poder

Publicado en *Rebelión* el 7 de noviembre de 2006

Tratar de presentar como vidas paralelas las de los dos grandes músicos cuyo nombre se une en las conmemoraciones de este año supondría un reto demasiado difícil. Tras el lejano parentesco espiritual que puede haber entre dos niños prodigio nacidos en ciudades señaladas por su amor al arte, como Salzburgo y San Petersburgo, las diferencias son de todo punto excesivas. El tiempo de guerras y revoluciones que le tocó vivir a Dmitri Shostakóvich (1906-1975) contrasta demasiado con la calma dieciochesca de los años de Mozart (1756-1791), y el espíritu de la era soviética poco tiene que ver con la liturgia católica o el boato de los salones vieneses que a la fuerza marcaron la música del que fue mucho tiempo maestro de conciertos del príncipe arzobispo. Por otra parte, las coordenadas musicales son también demasiado distantes. Mozart comparte el estilo de su admirado Haydn, y hereda el legado de los maestros barrocos, que se esfuerza por enriquecer, y aunque el espíritu del Sturm und Drang impregne alguna de sus obras, el lenguaje y la mentalidad del romanticismo están aún lejos. Por su parte, Dmitri Shostakóvich vive plenamente la eclosión de ideas de un siglo XX en el que todo parece superado y las formas se retuercen hasta disolverse.

Es difícil imaginar universos formal y espiritualmente más diversos que los de los dos artistas, pero hay sin embargo rasgos que nos hacen sentirlos íntimamente hermanados. El conflicto con el poder, por ejemplo, es fundamental en la vida de los dos, aunque presenta vestiduras distintas. En el caso de Mozart, la subordinación al poderoso no tiene sutilezas que la mitiguen, socialmente él es durante largos años un criado del arzobispo Colloredo. Llega un momento en que su actividad creativa es incompatible con las obligaciones que esto le impone y la separación se hace inevitable. Cuando es reprendido altivamente, se rebela. En la escena que motiva la ruptura definitiva, Colloredo se dirige a él usando la tercera persona del singular, como se habla a una persona de rango ínfimo: «*¿Cuándo parte el muchacho?*», le pregunta. El conde Arco, maestro de cocina de Colloredo, lo despide propinándole un puntapié en el trasero, fórmula para expulsar a un sirviente. Además de esto, la música de Mozart muchas veces es recibida fríamente en Viena, y esto es grave, porque la subsistencia se hace difícil si sus obras no agradan a los poderosos. Shostakóvich es denunciado en dos ocasiones, acusado de formalismo, y ve sus obras prohibidas. Incluso tras la muerte de Stalin, su *Sinfonía decimotercera* es duramente criticada por incorporar un poema de Yevtushenko que comentaba la matanza de judíos en Babi Yar, durante la Segunda Guerra Mundial.

Podríamos decir que en ambos casos la libre creación del artista se hace imposible por un poder que impone sus normas. Por encima del público, destinatario natural de la obra de arte, se sitúa alguien que se cree con autoridad para hacer valer su opinión. La triste realidad es que el gusto de un ignorante engreído, su ideología y su capricho fijan los criterios de creación del genio. Colloredo y Stalin, unidos en su estupidez y su infamia, son sólo manifestaciones de un proceso universal.

Los tentáculos del poder, a los que nada escapa, tratan de domeñar al músico y convertirlo en una herramienta dócil a su servicio. Y abrumado ante tantas dificultades, sólo hace falta que éste sea débil de carácter para que el mensaje que hay en su interior se frustre, y se convierta en un triste lacayo. ¿Cuántas veces ha ocurrido esto? Afortunadamente éste no fue el caso de nuestros dos compositores.

Hermanados en el sufrimiento y la frustración que les impone el poder, y en su obra marcada por la impronta de éste, vemos a nuestros dos artistas unidos también por esa alegría del genio que refugiado en su arte consigue un completo aislamiento del mundo y un gozo inefable. En la incomodidad de sus continuos viajes, siempre tiene tiempo Mozart para componer, y agobiado por los pesares que acompañaron su existencia, sólo tiene que cerrar los ojos para que la armonía venga a tomar posesión de él y se transforme en notas sobre un pentagrama. Shostakóvich vive el asedio de Leningrado y tras las jornadas de vigilante de incendios encuentra tiempo para dar forma a los tres primeros movimientos de su *Séptima Sinfonía*, destinada a convertirse en un símbolo internacional de la resistencia contra el fascismo.

Son además nuestros dos compositores de aquéllos cuya música está muchas veces penetrada de un espíritu jovial y burlón, de una alegría contagiosa que señala a alguien capaz de vencer todas las dificultades.

Vestida de los cánones formales de un tiempo ido y teñida a veces de amargura por los zarpazos del poder, la armonía que aquellos hombres alcanzaron y fijaron llega a nosotros intacta. Está entera en su música, que trae consigo algo de aquel mundo perdido y nos revela a la vez lo mejor de nosotros mismos.

Revoluciones musicales (I): Polifonía

Publicado en *Rebelión* el 5 de enero de 2007

La música se encuentra sin duda entre los aspectos más sorprendentes de nuestra vida. Que una simple (o no tan simple) combinación de sonidos sea capaz de deleitarnos, conmovernos, relajarnos, entristecernos o estimularnos de una forma tan extrema como a veces puede hacerlo resulta verdaderamente un enigma. Nos encontramos ante algo que afecta intensamente a nuestro estado de ánimo y es capaz de modelar nuestros pensamientos, y sin embargo, analizándolo fríamente, vemos que se desenvuelve de acuerdo con las leyes rigurosas que gobiernan la forma musical. Quizá en ningún otro sitio resulta tan evidente la interpenetración entre forma y pensamiento, entre estructura y conciencia. Las revoluciones musicales son, de este modo, rupturas de los esquemas formales, pero al mismo tiempo son capaces de construir universos nuevos para nuestra sensibilidad y en algunos casos llegan a transformar incluso nuestra visión del mundo.

En la larga cadena de las revoluciones musicales de que nos habla la historia, me gustaría comenzar comentando una bastante lejana, que conquistó sin duda vastos espacios de belleza armónica, aunque el carácter extraño del propio territorio que descubría la hiciera quedar de lado después en la música de Occidente. Me refiero al gran arte polifónico del Renacimiento tardío. Acostumbrados al dominio de una única línea melódica en la música que escuchamos habitualmente, se nos hace difícil imaginar que la música pueda ser otra cosa que el desenvolverse en el tiempo de una serie de notas, con o sin acompañamiento. La idea de la música que tenemos es la de un «arte en el tiempo» cuya naturaleza es ir hacia algún lado. Sin embargo, hay que decir que esto no tiene por qué ser así necesariamente, y lo curioso del caso es que el ejemplo más perfecto que existe de una música que escapa a este principio casi universal no lo encontramos en los laboratorios de la vanguardia más rompedora, sino en una música de hace bastantes siglos.

La evolución de la música medieval hizo que durante mucho tiempo en la Europa occidental se ensayara el enriquecimiento progresivo de la melodía principal con una serie de voces acompañantes. En un momento dado, la independización de éstas dio lugar a una música en la que varias melodías se escuchan de forma simultánea. En esta música polifónica se consiguen resultados admirables mediante esta superposición de temas. El más sorprendente de todos es que, acostumbrados siempre a estar atentos a la evolución de la melodía principal, con esta música nos sentimos perdidos en la maraña de ellas que se oyen a la vez, y tendemos a concentrar nuestra atención en la armonía que se desarrolla en cada instante, que nace de la superposición en un momento de las distintas líneas melódicas. Esta yuxtaposición resulta grata al oído al seguir las leyes del contrapunto.

De esta forma, la música que percibimos habitualmente como un desarrollo «horizontal» (en el tiempo), se transforma en este caso en una armonía percibida cada momento más bien como una superposición «vertical» de voces. No importan ya tanto el antes y el después y la música muchas veces no parece ir hacia ninguna parte sino desarrollar su plenitud en el instante. Por esto es que a juicio de muchos, la música polifónica es, de las de todos los tiempos y lugares, la que más nos acerca a esa percepción que quieren los místicos de una conciencia que capta la plenitud del instante y consigue escapar al dominio de lo temporal. Sin remontarnos tanto hay que decir que sus propiedades relajantes resultan evidentes para cualquiera.

Muchos autores destacaron en la composición de este tipo de música, pero quizás el más conocido de todos ellos sea el italiano Giovanni Pierluigi da Palestrina (1525-1594) que desarrolló una fecunda carrera de compositor al servicio de la corte papal. Entre sus composiciones destacan ciento cinco misas, entre ellas la famosa *Missa Papae Marcelli*, y unos quinientos motetes.

Revoluciones musicales (II): La reforma de la ópera

Publicado en *Rebelión* el 26 de enero de 2007

Nacida en los círculos humanistas florentinos de finales del XVI, en parte como un intento de recuperar las representaciones de teatro musical de la antigua Grecia, la ópera tiene un desarrollo progresivo en cuyos primeros estadios el acercamiento al género de grandes músicos permite ya la creación de obras magistrales. Es éste el caso, entre otros, de Claudio Monteverdi (1567-1643), Jean-Baptiste Lully (1632-1687), Henry Purcell (1659-1695), Jean-Philippe Rameau (1683-1764) o Georg Friedrich Händel (1685-1759). No obstante, la genialidad de las óperas en que participan estos autores está asociada más a la música que ellos logran crear que a ninguna otra cosa. Creo que fue Charles de Saint-Evremond, un francés del XVII quien dijo, más o menos, que la opera es el desdichado resultado de la imposible colaboración de un poeta y un músico. Es ésta una expresión un tanto desabrida, pero que sin duda acierta a señalar el defecto esencial de la ópera que se consumía por las clases aristocráticas en aquella época. Se trataba de una sucesión de números musicales, mejor o peor hilvanados, pero carente de una sólida estructura dramática. Solamen-

te cuando un músico genial participaba en el asunto podían esperarse resultados brillantes.

La renovación de la forma operística y la creación de un género sobrio y equilibrado, con capacidad para expresar las más profundas y complejas emociones humanas, es un mérito que corresponde a Christoph Willibald Gluck (1714-1787), un músico alemán que trabajó sobre todo en Viena y en París. Sólo tras una larga y exitosa carrera como compositor de óperas, se propone Gluck una transformación del género, y son tres obras magistrales: *Orfeo ed Euridice* (1762), *Alceste* (1767) y *Paride ed Elena* (1770), las que marcan este punto de ruptura. En el prólogo del *Alceste*, Gluck y su libretista, Ranieri di Calzabigi (1714-1795), explican sus intenciones: simplicidad, verdad y naturalidad son sus objetivos; se trataba, según ellos, de sustituir las endiabladas intrigas y enredos de las viejas óperas por una historia simple y natural. Del mismo modo, relaciones humanas ocupan el lugar de las viejas convenciones cortesanas, y el coro pasa a ser un protagonista más, como en la forma clásica, y a participar en el drama. La misión de la música es apoyar la poesía del texto y ha de seguir las situaciones de la historia, sin interrumpirla ni añadirle ornamentos superfluos. El *recitativo secco* (sin acompañamiento) es eliminado (excepto en *Alceste*), y el resto de los elementos: aria, coro, *recitativo accompagnato*, partes orquestales, etc. quedan soldados en escenas y grupos de escenas con una arquitectura dramática. En las grandes óperas francesas de su última época: *Iphigénie en Aulide* (1774), *Armide* (1777), *Iphigénie en Tauride* (1779) y É*cho et Narcisse* (1779), Gluck consigue efectos sorprendentes con perfecta fidelidad a las normas de su «estilo reformado».

La belleza, el equilibrio formal y la pasión siempre contenida de estas obras han hecho de ellas un paradigma del clasicismo musical. Transformada al fin la ópera en un poderoso medio de expresión poética, sus capacidades serán desarrolladas por los grandes creadores que se acercarán al género. Muy poco después, Mozart dejará su impronta genial, y Beethoven, como no podía ser menos, llevará a las barricadas una forma musical que había sido creada para solaz de las clases aristocráticas y burguesas en el canto a la justicia y la libertad de su *Fidelio* (1805).

La ópera fue siempre un espectáculo integral de difícil y costosa ejecución. Su acercamiento al gran público sólo fue posible con los avances tecnológicos del siglo XX. Hoy en día, la facilidad con que podemos escucharla y contemplarla puede describirse como milagrosa.

Revoluciones musicales (III): *Sinfonía Heroica*

Publicado en *Rebelión* el 2 de febrero de 2007

Quien estudie la biografía de Ludwig van Beethoven (1770-1827) fácilmente dirá que en 1798 ha conseguido realizar el sueño de su vida. Establecido en Viena desde 1792, año posterior al de la muerte de Mozart, ha cimentado en la capital mundial de la música una sólida fama de pianista y compositor y ocupa merecidamente el solio dejado vacante por el genio de Salzburgo. Ésa era sin duda su mayor aspiración en los años difíciles vividos en su Bonn natal. Digamos aquí de pasada que los dos hombres llegaron a conocerse. En un breve viaje realizado a Viena cuando tenía quince años, Beethoven improvisó al piano delante de su ídolo, que después comentó a sus amigos: «*No perdáis de vista a este chico. Creo que va a dar mucho que hablar*».

Sin embargo, este año de 1798 va a resultar terrible para Beethoven. Cualquier persona tiene un aprecio especial por el sentido que le permite distinguir los sonidos, pero en un compositor e intérprete como él, el oído es el órgano más estimado y su sensibilidad constituye su mayor orgullo. Él le otorga la destreza de captar las más delicadas sutilezas tonales, de combinar los timbres en la orquestación... Ese año fatídico, Beethoven se da cuenta de que se está quedando sordo.

La sordera de Beethoven, convertida en un lugar común, apenas nos impresiona, porque la noticia de ella nos llega unida a la de su genio indiscutible. Pero es necesario pensar lo que significaba esa sordera para él en 1798, para un músico de 27 años que se está abriendo camino trabajosamente. Significaba simplemente el fin de todos sus sueños; algo peor que la muerte, una penosa muerte en vida que le obligaba a renunciar a ser músico.

Beethoven se convierte entonces en un ser extraño que rehúye a la gente escondiendo su defecto. Prueba sin éxito diversos tratamientos, y por fin en 1802 se refugia en Heiligenstadt, una ciudad próxima a Viena cuya vida tranquila el médico que le trata pensaba que podría traer algún efecto beneficioso sobre su enfermedad. Transcurridos seis meses sin ninguna mejoría, Beethoven está desesperado y acaricia la idea del suicidio. Un documento escrito por él en esa época, el famoso «testamento de Heiligenstadt», conocido después de su muerte, describe su sombrío estado de ánimo en estos días.

Sin embargo, su decisión final es luchar con el destino adverso y tratar por todos los medios de hacer realidad la música que bulle en su interior. De regreso en Viena, en 1803 trabaja intensamente en una obra que significará un hito no sólo en su producción, sino en toda la historia de la música, su tercera sinfonía, conocida como *Sinfonía Heroica*.

Las composiciones de Beethoven hasta ese momento, en lo que se conoce como su «primer período», se ajustaban bien a los moldes formales establecidos por Haydn y Mozart. Sus dos primeras sinfonías, por ejemplo, podrían casi pasar como trabajos de estos músicos. La tercera, sin embargo, es algo completamente distinto. Un primer rasgo que marca esta diferencia es simplemente su duración, que es aproximadamente el doble de la de las dos primeras. Pero esta mayor duración es sólo un reflejo de una mayor complejidad y de una mayor libertad del artista que nos transmite sus emociones y sus ideas musicales con un sentimiento que a veces se ha considerado ya romántico. Esta obra marca un nuevo camino para el género sinfónico y sirve de inspiración para las obras posteriores de autores como Schubert, Schumann, Brahms o Dvořák.

Cabe preguntarse quién es el héroe que inspira esta *Sinfonía Heroica*. Parece ser que la obra llevaba inicialmente una dedicatoria a Napoleón Bonaparte y que ésta fue eliminada en 1804. El hecho se ha interpretado, a partir del testimonio de Ferdinand Ries, discípulo de Beethoven, como una muestra del despecho que produjo a Beethoven la coronación de Napoleón como emperador ese mismo año. Sin embargo, otras investigaciones recientes indican que es probable que la dedicatoria estuviese bastante motivada por las perspectivas de un viaje a Francia que Beethoven se proponía realizar, y que el cambio se debiera a la cancelación de este viaje y a la creciente rivalidad entre Francia y Austria. No es baladí tampoco que el príncipe Lobkowitz , generoso melómano que al final fue el dedicatario de la sinfonía, ofreciera una elevada cantidad por disponer de ella de forma exclusiva durante seis meses, y sin duda esperara algún detalle a cambio de tanta generosidad.

Sin embargo estos asuntos resultan anecdóticos ante el profundo mensaje artístico de la sinfonía y su indudable relación con la vida de su autor. El héroe no es otro que el propio Beethoven, músico al fin a pesar de su estigma. La estructura de la obra, con un tumultuoso *allegro con brio* inicial seguido de la conocida marcha fúnebre, un juguetón *scherzo* y otro agitado movimiento final, encaja perfectamente en este esquema, y supone un viaje iniciático a través de la lucha y el dolor de la muerte ritual a la alegría y esplendor del renacimiento. La creación de un nuevo lenguaje musical fue sólo el instrumento necesario para expresar este viaje interior.

Discutida en sus primeras interpretaciones, aclamada después y convertida en emblema de una nueva sensibilidad, la *Sinfonía Heroica* marca un hito indiscutible en la historia de la música e inaugura una época en que los moldes formales se enriquecen para permitir una fiel expresión de los sentimientos del artista. Para los que nos acercamos a escucharla hoy, cumplidos ya los doscientos años de su estreno, sus acordes poderosos siguen narrando sobre todo una encarnizada lucha contra el destino y mostrándonos un símbolo universal de la capacidad del ser humano para sobreponerse a la adversidad.

Revoluciones musicales (IV): *Sinfonía Inacabada*

Publicado en *Rebelión* el 1 de marzo de 2007

Un día de noviembre de 1828, un joven músico vienés acudió al domicilio de Simon Sechter, el más importante experto en teoría musical de su época, con el propósito de recibir de él lecciones de contrapunto. Tuvieron una amigable conversación y Sechter propuso al joven algunos ejercicios. Quedaron en continuar las clases al cabo de dos semanas, pero la mañana del día fijado, Simon Sechter esperó inútilmente, impacientándose y lamentando la poca seriedad de su discípulo. Poco después, le llegó la noticia de que éste había fallecido el día anterior.

El nombre del joven músico era Franz Schubert, tenía treinta y un años de edad y su muerte interrumpió una carrera prometedora, marcada por dificultades de todo tipo. En ese momento, su obra musical publicada representaba una parte ínfima de su producción, y el grueso de ésta tuvo que esperar en montones de papel polvoriento a que pacientes investigadores fueran descubriéndola a lo largo del siglo XIX; otra parte de ella se perdió sin remedio. Muchas de estas obras nunca fueron interpretadas en vida del compositor.

El caso de Franz Schubert, niño genio creador desde muy joven de una música excelsa, se parece a otros en la historia de la música, como los de Mendelssohn o Mozart, pero presenta también diferencias importantes respecto a ellos. Mendelssohn fue el más afortunado de los tres, al nacer en una familia acomodada y amante de la música. Sus más tempranas producciones orquestales, por ejemplo, compuestas entre los 12 y los 14 años, eran ejecutadas bajo su dirección por miembros de la Hoffkapelle de Berlín que su padre solía invitar a casa para organizar veladas musicales. El caso de Mozart es intermedio, pues aunque recibió la mejor educación musical también tuvo que luchar duramente en una vida llena de dificultades. En el caso de Schubert, éstas fueron mayores todavía.

Hijo de un maestro de escuela y con numerosos hermanos, Franz Schubert recibió sólo una instrucción musical elemental, aunque sus dotes se pusieron de manifiesto enseguida y consiguió ingresar como niño cantor en el coro de la Capilla Imperial. Esto llevaba aparejada una beca para estudiar en el Stadtkonvikt, un colegio en el que se impartía también instrucción musical, y además de esto, el Kapellmeister Antonio Salieri se interesó muy pronto por su talento y accedió a impartirle clases. No obstante, su inna-

ta inclinación a componer tropezó en esta época con todo tipo de problemas, desde la simple carencia de papel donde escribir su música, hasta la incomprensión de los que le rodeaban que consideraban impropio que un simple colegial de escasa instrucción «perdiera el tiempo» en esos menesteres en vez de estudiar las lecciones de cada día.

Las dificultades continúan cuando la hermosa voz de soprano de Franz se oscurece y deja el Stadtkonvikt en 1813. Como maestro en la escuela paterna se ve agobiado por el trabajo, pero aun así encuentra tiempo para componer con una fecundidad extraordinaria. En 1818 cansado de esta doble vida, abandona el domicilio familiar y comienza una existencia errante en la que se aloja en casa de diferentes amigos y se gana la vida trabajosamente como compositor hasta su temprano fallecimiento.

En la vasta producción de Franz Schubert destacan sus nueve sinfonías —de las cuales la octava, conocida como *Sinfonía Inacabada* y la novena, también llamada *La Grande*, están entre las más interpretadas en las salas de conciertos—, sus misas, su música de cámara y sus geniales *lieder* —armonizaciones de poemas con acompañamiento de piano que revolucionaron completamente este género—. Sus creaciones operísticas no tuvieron éxito en su tiempo, pero hoy día lo que se conserva de ellas es ampliamente apreciado.

Aunque en vida fue admirado por un grupo de fieles amigos, el auténtico valor de la música de Schubert sólo fue reconocido después de su muerte, cuando compositores como Schumann, Mendelssohn o Liszt lo reivindicaron como uno de los grandes. Respecto a su estilo, suele considerarse que sirve de puente entre dos períodos, pues aunque adopta básicamente las formas del clasicismo vienés y tiene por maestros a Mozart y Beethoven, en diversos rasgos prefigura ya el romanticismo. De éstos, el principal tal vez sea su tratamiento revolucionario de la tonalidad y de los modos mayor y menor, que ajusta genialmente a sus necesidades expresivas. Este hecho, unido a su inagotable vena melódica, hizo decir a Ferenz Liszt que Schubert era el más poeta de todos los músicos.

La corta vida de Franz Schubert nos impone una reflexión sobre las dificultades a que el artista es sometido muchas veces. Su imagen componiendo a escondidas en el Stadtkonvikt o en la escuela donde enseñaba, nos hace pensar en lo cerca que hemos andado de perdernos la música que aquel hombre creaba, y nos señala también a todos esos genios que vinieron al mundo con dotes excepcionales, pero a los que nunca se les permitió que las desarrollaran. Ésta es otra faceta más, de la que no solemos ser demasiado conscientes, de esa vasta tragedia que es la historia del mundo.

Con la muerte de Franz Schubert en 1828, un año después de la de Beethoven, puede decirse que termina una gran época de la música. Su obra deja puestas las bases para el desarrollo pleno del romanticismo musical.

Revoluciones musicales (y v): Cotilleos en la cumbre

Publicado en *Rebelión* el 6 de agosto de 2007

Para Elisa Villa, que me ayudó a escuchar

Ahí están. ¿Había creído alguien de verdad que habían muerto? Más vivos que cualquier vivo. Los he visto al atardecer paseando por un camino campestre entre hermosos tilos, detenerse un momento y extender la mirada hacia el horizonte. ¿Quién no los reconocería? El más joven sigue con el aspecto de aprendiz de sastre que siempre tuvo. No ha abandonado la peluca y viste una casaca verde y dorada que nos lleva a un salón de fines del XVIII. En su rostro con marcas de viruela, de nariz poderosa y ojos claros y saltones, hay una expresión de energía inteligente y juvenil que seduce. El otro es mayor. Su cabello encanecido se derrama sin mesura y su vestimenta estilo imperio, bastante ajada, tiene poco de imperial ciertamente. Su semblante tampoco ha escapado a los estragos de la viruela, y su gesto enfurruñado y lunático haría sin duda, hoy como siempre, que cualquier grupo de niños normalmente constituidos lo persiguiera sin remedio arrojándole piedras al grito de: «*¡Viejo loco!*».

Éstos son nuestros hombres. Los he reconocido al momento, y de forma disimulada me he acercado y, escondido entre unos arbustos, he tratado de escuchar su conversación. Como no podía ser de otra manera, hablaban de música, y ésta es más o menos una trascripción de lo que decían. Resulta sorprendente que las referencias que hay en su charla a compositores posteriores a ellos van siempre envueltas en algún circunloquio. He tratado de facilitar la comprensión de su diálogo señalando entre paréntesis los nombres de los que yo creo que son los músicos aludidos.

Viejo: Ay, Herr Mozart. Créame que no acabo de acostumbrarme a esta alegría de oír. El canto de los pájaros es una armonía que supera cualquier música. Y qué hermosura este sol declinante. ¿No es maravilloso?

Joven: Por supuesto que lo es, Luisito. Y tienes que perdonarme otra vez que responda a tu trato ceremonioso con este tuteo. Pero es que no puedo dejar de verte como aquel mozalbete que tocó una vez para mí en Viena. Y qué bien que lo hacías, condenado. Improvisabas de una forma ciertamente admirable.

V.: Muchas gracias, Herr Mozart. Ciertamente yo tampoco puedo olvidar aquellos minutos, pero el respeto que sentía y sigo sintiendo por Vd. me impide cualquier familiaridad.

J.: Llámame como quieras, que eso poco importa. Pero ahora quisiera retomar la conversación que teníamos el otro día. Me decías que admirabas profundamente mi música y eso no creo que sea un misterio, porque un eco suyo

no deja de sonar en tus primeras composiciones. Sin embargo, después tu obra exploró caminos nuevos que despiertan en mí sentimientos contradictorios. Hay algo grandioso en tu música, Luisito, pero tengo miedo de que contribuyera demasiado a la debacle que vino después. Cuando nosotros componíamos, el objetivo era la belleza, pero más tarde tengo la impresión de que la consigna pasó a ser algo confuso, algo así como la expresividad o una libertad mal entendida. Y fuiste tú sobre todo el que desbrozó ese camino.

V.: Tengo que discrepar con Vd., Herr Mozart. Tiene Vd. que tener en cuenta que entre su época y la mía hay pocos años de diferencia, pero hay también una conmoción histórica extraordinaria. En su tiempo, la música se consumía sobre todo en los salones aristocráticos, en el mío la Revolución francesa había hecho ya tabla rasa de muchas cosas. Nuestros ideales eran otros y eso impregnó inevitablemente la música. Ese aire de libertad que Vd. critica trajo frutos extraordinarios.

J.: ¡Bah! Créeme que para mí lo extraordinario es la depresión que me invade cuando escucho la mayor parte de la música posterior a nosotros. La impresión general que tengo es la del envejecimiento y colapso de un organismo. Podríamos buscar la equivalencia en un ser humano. Los años y los achaques hacen que el individuo maduro vaya perdiendo progresivamente sus capacidades, hoy deja de viajar, mañana deja de caminar, pasado mañana deja de respirar. Así la música pierde, primero la melodía, después la tonalidad, al fin una cacofonía ruidosa se adueña de todo y no queda nada reconocible de la armonía que tantos siglos tardamos en crear. Me resulta realmente deprimente.

V.: No puedo creer, Herr Mozart, que en dos siglos de música no encuentre Vd. nada que le produzca agrado.

J.: Oh sí, cosas hay, Luisito. Evidentemente no me refiero a la música de ese chico de Lichtenthal que murió tan joven, el pobre (sin duda es Franz Schubert). Ése es de los nuestros. Pero después, ay... Bueno, sí, esos muchachos de Hamburgo mantuvieron el tipo. La *Sinfonía en la mayor* me gusta mucho (uno de los «muchachos» es Mendelssohn, el otro ¿será Brahms?).

V.: Oh sí, claro, la *Sinfonía Italiana*. No me extraña que le guste, Herr Mozart. Siempre he pensado que es lo más cercano al genio de Mozart que se compuso en ese siglo, y generosamente me olvido de algunas de mis obras ¡Ejemm...! Yo no dejo de ver algo de lo que Vd. dice, pero soy bastante más abierto. Considero que la música sigue dando frutos extraordinarios hasta bien entrado el siglo XX. Sí es cierto que la sinfonía, por ejemplo, se convierte enseguida en algo sombrío y plomizo, y pierde toda su gracia. Pero no deja de ser curioso que cuando en nuestros países la música había ya decaído, encuentre un desarrollo maravilloso en otras tierras.

J.: En otras tierras... ¡Humm!

V.: Sí, en los países eslavos por ejemplo. Hay muchos autores realmente geniales en ellos. Allí se refugia el espíritu de la sinfonía cuando aquí la gente huía despavorida de las salas de conciertos. ¡Y el piano! El noviecito de la Sand, ¡je, je...! es la brillantez personificada (¡Qué crueldad inaudita, pobre Chopin!). ¡Y en ópera incluso! Ese chico que bebía tanto dejó dos obras impresionantes (sólo puede ser Músorgsky).

J.: Mejores que las de ese bruto de Leipzig que ha dado lugar a una especie de culto satánico sí que son (habla de Wagner indudablemente), pero a mí tampoco acaban de convencerme.

V.: Ay, Herr Mozart, qué exigente es Vd. Sin duda preferirá sobre todas las otras las óperas del italiano de los *canelloni* (ése es Rossini), que dicho sea de paso, creo que dio la mejor definición de las del bruto de Leipzig que Vd. dice cuando afirmó que «*tenían a veces momentos sublimes, pero separados por medias horas espantosas*».

J.: ¡Ja, ja ja! No es mala la definición, y tampoco lo son sus óperas, las de «Il Signor Crescendo». ¡Ja, ja ja!

V.: Realmente, debo reconocer que la música pasó por malos momentos después de nuestra salida del mundo, pero piense también que en ese tiempo el espíritu de la armonía acabó refugiándose en la música popular, que tuvo entonces un desarrollo extraordinario. Y de esas fuentes, con aportaciones de todas las culturas y de las tecnologías que iban apareciendo, pudo forjarse el gran renacimiento que se produjo después.

J.: La música no muere, Luisito. La música está en el alma del hombre. Y si unos traicionan el espíritu de la belleza, no faltarán nunca otros que encuentren una vía para expresar con sus melodías las emociones de la gente. No, nunca faltarán.

Había anochecido ya. Algunas estrellas se asomaban cautelosas a la gran bóveda de tinieblas. Los dos hombres echaron a andar. Les veía alejarse y perderse en la distancia mientras seguían conversando animadamente. El más joven gesticulaba y el viejo, con las manos en la espalda, asentía con la cabeza. Ciertamente no parecían gran cosa, pero no pude dejar de pensar en cuánta gente estaría accediendo en ese instante a fuentes de alta y deliciosa armonía gracias a las partituras que ellos crearon. Dejan algunos como rastro de su paso por el mundo un reguero de incendios, guerra y desolación. Ellos, fundidos ya en una bruma lejana, unidos a la muchedumbre de todos los creadores, nos siguen ofreciendo cada instante el regalo más espléndido que podemos imaginar.

Rock para principiantes, de Miquel Amorós. La banda sonora de la contracultura

Publicado en *Rebelión* el 19 de febrero de 2025

Aquella generación que en los 50 elevaba su voz en Norteamérica y buscaba caminos al margen del pensamiento impuesto encontró su evangelio en una música electrizante heredera de los ritmos africanos, y fue así como el rock se convirtió en banda sonora de las revoluciones de los años locos que vinieron después. Las nuevas melodías, compañeras inseparables de psicodelia y ruptura de tabús sexuales, fueron parte esencial de aquel mundo en ebullición y hoy siguen trayéndonos algo de su espíritu, por lo que ofrecen una vía privilegiada para comprenderlo y empatizar con él.

Miquel Amorós es conocido sobre todo por sus trabajos sobre la historia del movimiento libertario y por ensayos en los que estudia y discute las estrategias de actuación posibles en la fase enloquecida del capital que vivimos. *Rock para principiantes* (Corazones Blindados, 2024, en 2.ª edición revisada y aumentada) ausculta el carácter revolucionario de una música que surgió para expresar rebeldía y metas transgresoras de una generación, pero acabó convirtiéndose, como todo en nuestro mundo, en objeto de consumo mercantilizado.

Nace una música revolucionaria

Amorós describe cómo en los 50 la confluencia de crisis que afectaban a jóvenes, negros y trabajadores, en un mundo que había entronizado el dinero, propició el nacimiento de un género capaz de encauzar la rabia acumulada. La nueva música, rítmica y obsesiva, impugnaba el marbete de «subcultura» reservado hasta entonces a los movimientos marginales del sistema para convertirse en una auténtica «contracultura». No se trataba ya de música de diversión o pasatiempo, complaciente con el orden social, sino de una que traía consigo un germen transgresor, con la «hierba» de compañera de viaje y develadora de secretos

Los orígenes de la revolución son negros, a través de una fusión de *rhythm'n'blues* y *country*, pero el sonido frenético va a seducir enseguida a los jóvenes blancos y alentar su rebeldía, revelándoles que «*Había vida más allá del trabajo, fuera del instituto y lejos del sofá frente al televisor*». Ike Turner, Chuck Berry o Little Richard fueron profetas del nuevo culto, pero el mayor éxito sería para Elvis Presley, que no despertaba recelos raciales en las alturas. Guitarras eléctricas y amplificadores hacían innecesaria la orquesta y la *rock'n'roll band*, en general de cuatro miembros, devino en célula autosuficiente.

Sin embargo, la revolución «mental» no tenía vías para expresarse socialmente y fue rápidamente captada por el sistema; Amorós dictamina que a partir de 1957 el rock es un montaje para amenizar películas intrascendentes de Hollywood. Las viejas estrellas van apagando su brillo, pero cuando parece que llega el fin otras nuevas demostrarán que el estilo aún es capaz de dar guerra.

Segunda fase en los 60

En Norteamérica los 60 supusieron una efervescencia de géneros e intérpretes, de las cadencias negras del *soul* o el *funk* al resurgir del *folk*. Así, pronto la inquietud puso su impronta en las luchas sociales con la «canción protesta», a la que Bob Dylan aportó su poesía, deudora de la generación *beat*. Mientras tanto en Europa los mensajes que llegan del otro lado del Atlántico fructifican en un rock que pierde sus raíces rurales y alumbra dos fenómenos de masas de magnitud nunca vista: los amables Beatles y su contrapartida agresiva y cañera, los Rolling Stones.

Las movilizaciones por los derechos civiles y contra la guerra de Vietnam coexisten en los Estados Unidos con una búsqueda espiritual en la que se recurre generosamente a las drogas. Es tiempo de marchas de protesta y festivales donde circula LSD y se escucha a grupos como Greateful Dead. El sonido que surge de aquélla es una síntesis de todo que se beneficia de nuevos instrumentos y técnicas de grabación y anima a romper las reglas, experimentar y disfrutar. La psicodelia alcanza su clímax y Amorós recuerda a los que realizaron contribuciones esenciales a todo esto, de los Beatles y los Rolling a los Byrds, los Doors, Janis Joplin, Jefferson Airplane o los emblemáticos Dead.

California, y concretamente San Francisco, era un polo de peregrinación, y allí en 1967 el «Verano del Amor» reunió a cientos de miles de personas que compartieron todo, gonorreas y malos viajes de ácido incluidos, mientras la música volvía al entretenimiento, los conciertos a ser de pago y todo el tinglado se convertía en objeto de consumo. *Sargent Peppers* (1967) de los Beatles puede ser un emblema de esta «psicodelia de orden» o «contracultura domesticada»; ellos proclamaban: «*Si habláis de destrucción, sabed que no contáis conmigo*». Sin embargo las luchas sociales no daban tregua y algunos grupos se solidarizaban; tras la violencia policial que sufren en Londres manifestantes contra la guerra de Vietnam, los Rolling responden con una canción que los reivindica: *Street fightin' man* (1968), y el mismo año Graham Nash compone *Chicago* contra la brutalidad de la policía y el sistema judicial. En 1969 el festival de Woodstock (Nueva York) congrega a medio millón de entusiastas bajo la lluvia y muestra a las claras el nuevo rostro de la juventud americana, para Amorós un compendio de «*rebeldía tópica y éxtasis ficticio*».

Y en los 70, el fin del sueño

El certificado de defunción del buen rollo hippie puede considerarse que llegó poco después de lo de Woodstock

con otro festival, éste en Altamont en el norte de California, donde el descontrol alcohólico y psicodélico se alió con un nefasto servicio de orden, a cargo de los Ángeles del Infierno, para producir cuatro muertos e incontables heridos. En los meses siguientes empieza a notarse que Nixon ha llegado a la Casa Blanca, y las protestas antibélicas son reprimidas con asesinatos a mansalva, pero apenas hay músicos que sumen su arte a la indignación. Amorós los recuerda y describe luego la estela de festivales que se siguen organizando, eventos con regusto para él a fin de era: Cincinnati, Rotterdam —donde se dan a conocer T-Rex y Pink Floyd— Goose Lake, Toronto o la isla de Wight. En estos macroconciertos, la psicodelia es tolerada por el sistema porque busca ya sólo una ebriedad que no lo inquieta y ha dejado de perseguir nueva conciencia social. Se trata de una transición del régimen del conservadurismo a otro de permisividad hedonista y supuestamente transgresora, pero dócil a los intereses de un poder que acepta incluso ser cuestionado, sabiendo que al que cuestiona no se le ofrecen alternativas.

En los 70, con este ambiente impregnándolo todo, las viejas bandas se disuelven (Beatles, Doors) o caen en la copia de sí mismas (Stones). El libro repasa el panorama de una época de claudicaciones en la que el *country* resucita con grupos como The Eagles, y surgen el *heavy metal* y el *glam*. Reinan para Amorós narcisismo, frialdad y falta de convicción política, hermanadas con afanes de sofisticación y crematísticos, y en los reflejos identitarios del *reggae*, el *punk* o el *ska* naufraga la dimensión universalista de la revuelta que alguna vez fue posible. Muchos artistas se confiesan de derechas mientras el mundo se escinde en tribus urbanas; las clases peligrosas han devenido en masas consumistas.

Rock para principiantes sirve a Miquel Amorós para poner de manifiesto cómo en el cénit de su trayectoria este estilo fue capaz de expresar la rebeldía contra la degeneración unidimensional de la conciencia impuesta por el capital. El milagro fue posible cuando los ritmos frenéticos de los africanos esclavizados en América fueron convenientemente revestidos de una osadía eléctrica y armónica que se adaptaba formidablemente a ellos. Al final la utopía contra el mercado feneció devorada por el mercado, pero la historia de auge y ocaso nos dejó, en cada uno de sus momentos, testimonios musicales que nos siguen conmoviendo.

Gustave Courbet. Una pintura de clase, de Martín Paradelo

Publicado en *Rebelión* el 24 de junio de 2020

Hubo un tiempo en que la pintura pretendía captar y exhibir una realidad adivinada, sublimada, presentida o mitificada, y nadie suponía que el noble oficio pudiera sobrevivir sin esos participios adjetivantes. Parecía complicado, pero hacia 1850, un artista genial descubrió que era muy sencillo, pues se trataba sólo de aferrarse y estrujar lo que está delante de nosotros, de renunciar al pasado soñado y el mañana inexistente para plantarle cara al engañoso hoy. Gustave Courbet (1819-1877) puso todo su talento en esta tarea porque creía firmemente en un arte al servicio de la transformación social: «*No sólo soy socialista, sino que también soy republicano, y en una palabra partidario de cualquier revolución. Y por encima de todo realista... realista significa también sincero con la verdadera verdad*».

Formado como pintor en su tierra natal de Besançon, a los pies de los Alpes, Courbet entra pronto en contacto con las doctrinas socialistas de Fourier, pero su mayor influencia será la de su paisano Pierre-Joseph Proudhon, diez años mayor que él, de quien llega a ser gran amigo. Para alistar sus pinceles y espátulas en la guerra social, opta por una «escandalosa» elección de tipos y escenas populares, y asume el reto de exhibir las tensiones de la realidad con una visión que deja de ser celebración del poder. No es el suyo un populismo folclorista, sino revelador de las miserias de la alienación.

Esta intención es evidente en dos obras tempranas: *Entierro en Ornans* (1849) y *Los picapedreros* (1850). La primera radiografía la extinción de cualquier atisbo de trascendencia en una ceremonia fúnebre que es sólo privilegio de ricos y desfile de individualidades marcadas por las lacras de la burguesía. La segunda presenta en toda su crudeza la realidad de la explotación a través de las figuras de dos obreros en pleno trabajo y con los rostros semiocultos. En los años siguientes, Courbet va a insistir en exponer las diferencias sociales en sus lienzos, por ejemplo en el de 1851-52 que refleja la caridad de las señoritas elegantes del pueblo con una pastora, o el de 1854 en que se autorretrata saludando a un amigo cuyo criado permanece respetuoso en segundo término.

Aparte de esta denuncia de la escisión social, la copiosa producción de Courbet muestra también una predilección por los escenarios naturales: bosques, roquedos, acantilados y marinas, cuyo vigor y lirismo, canalizados técnicamente de forma magistral, influirán a los impresionistas. Además, nuestro rebelde es un maestro del retrato, género en el que logra brillantes resultados captando a sus modelos en su vida cotidiana y alejándose del simbolismo encomiástico

que se estilaba por entonces. Entre las piezas de esta gozosa cacería sorprenden instantáneas de Baudelaire, Proudhon, Vallès, Berlioz o Champefleury, así como un sinfín de autorretratos, entre ellos uno, inquietante y sombrío, de cuando estaba encarcelado en Sainte-Pélagie.

Mención aparte merece el cuadro en gran formato de 1855 en el que recapitula «*siete años de su vida artística y moral*» a través de una visión de su taller. Es una composición muy elaborada y simbólica en la que él se representa en el centro absorto en la pintura de un paisaje contemplado por un niño y una modelo desnuda, la musa del realismo. A la derecha aparecen los que sostienen ideológicamente su empeño, amigos como George Sand, Baudelaire o Proudhon, mientras que al otro lado se despliega un siniestro carnaval de vida enajenada, política venal y farsas religiosas. El lienzo es emblema de un arte atento a mostrar la realidad para comprender y mejorar el mundo.

Gustave Courbet no pretendía una pintura que idealizara, sino que reflejara contradicciones, con lo que vio sus obras rechazadas en salones y certámenes. Él a su vez se permitió rehusar en 1870 la Legión de Honor con que querían domesticarlo, pues, según dijo, «*quería morir como hombre libre, sin depender de ningún poder ni religión*». Sin embargo, aceptó encargarse de la administración de los museos durante la Comuna de París. Condenado tras la derrota de ésta a seis meses de cárcel como responsable de la demolición de la columna Vendôme, dedicada a Napoleón, tras cumplirlos huyó a Suiza a fin de no pagar la cuantiosa multa que también le impusieron. Allí falleció de cirrosis con cincuenta y ocho años, fiel siempre a su divisa: «*Si dejo de escandalizar, dejo de existir*».

Gustave Courbet. Una pintura de clase (Piedra Papel, 2018) del historiador del arte Martín Paradelo (Ourense, 1981) nos aproxima a la vida y la obra de un creador despreciado demasiadas veces por las fanfarrias académicas, y pone especial empeño en recoger y sopesar los juicios críticos que sobre él se han vertido. El volumen lo integran seis capítulos que nos permiten comprender mejor la revolucionaria pintura realista que Courbet inaugura a mediados del siglo XIX e incluye reproducciones de algunos de sus cuadros más emblemáticos.

La enfermedad de Edgar Degas, de Francesc Mir Fullana. El genio vence sus limitaciones

Publicado en *Rebelión* el 16 de octubre de 2024

Francesc Mir Fullana (Llucmajor, 1952) es un oftalmólogo muy interesado en las artes plásticas, al que gusta abordar problemas fronterizos entre medicina y pintura. En sendos libros había investigado ya las posibles patologías que afectaron a Francisco de Goya y Vincent van Gogh, y en su último trabajo, editado por Olañeta al igual que los anteriores, pone su atención sobre Edgar Degas. En él estudia en detalle la enfermedad ocular que influyó en este gran pintor francés y aporta reproducciones en blanco y negro de las obras analizadas. La conclusión que se alcanza es que en este caso, como en muchos otros, el genio y los condicionantes fisiológicos que actúan sobre él entablan una tensa relación de la que, en circunstancias propicias, pueden surgir innovaciones preciosas para el arte.

Un solterón meticuloso y arisco

Hilaire-Germain-Edgar De Gas nació en París en 1834 en la familia de un banquero francés y una criolla de Nueva Orleans, y muy pronto sintió la seducción de la pintura y se convirtió en discípulo de Dominique Ingres (1780-1867), que combinaba sabiamente neoclasicismo y romanticismo. De él acepta Edgar el consejo de ejercitarse haciendo copias de los maestros, y concienzudamente practica esto en un viaje por Italia entre 1856 y 1860, pero de regreso a Francia la amistad con Édouard Manet lo lleva a la tertulia de los impresionistas, donde circulaban ideas originales que en parte incorpora a su acervo. No obstante, antes que «impresionista», él prefirió siempre considerarse «realista», y más que nada un apasionado del dibujo que capta formas en movimiento.

En 1870, al estallar la guerra franco-prusiana, el que firma sus cuadros como «Degas» se alista en la Guardia Nacional, y durante una práctica de tiro advierte una pérdida de visión importante en el ojo derecho, asociada a una fotofobia o sensibilización a la luz. Este problema hará que desde ese momento rehúse pintar en la naturaleza y se ciña a los trabajos de interior sobre todo. En un viaje a Luisiana en 1872 y 1873, conoce además Edgar a su prima Estelle, ciega desde los treinta y dos años, y en ella teme adivinar su triste futuro.

La situación se complicó aún más a partir de 1880, cuando sus dos ojos empeoraron con pérdida de la visión central por aparición de manchas o escotomas, asociada a alteraciones en la mácula con seguridad. Este mal ocasiona también una disminución de la intensidad de los colores, lo que explica los tonos violentos utilizados en los últimos cuadros. No se trata sin embargo de la variedad «senil» de la enfermedad, como se ha escrito a veces, pues la edad del pintor no lo justifica, y más bien podría ser un trastorno de tipo «hereditario».

Profundamente afectado por un padecimiento que entorpece su labor, nuestro artista es cada vez más huraño y se convierte en un hombre metódico y maniático, que trabaja incansablemente a pesar de sus limitaciones, sirvién-

dose de lupas y realizando ampliaciones sucesivas de los dibujos para apreciarlos mejor. Para representar los objetos se vale de un compás, con el que toma medidas que traslada al lienzo. No ha perdido sin embargo el gusto de pasear por París, y sale a la calle siempre con gruesas gafas oscuras.

A partir de 1891, Degas ya no puede leer y es su sirvienta Zoé quien le comenta los periódicos, pero sigue trabajando hasta 1908. Estos años finales son tristes para el enamorado de su oficio, que perdió además muchos amigos al tomar partido visceralmente contra el capitán Alfred Dreyfus en el famoso caso que dividió a la sociedad francesa. El fiero antisemita se refugió en el coleccionismo de arte, sobre todo de sus contemporáneos, aunque de los maestros antiguos hizo una excepción con El Greco, de quien tenía cuatro obras. En 1917 Edgar Degas fallece con ochenta y tres años de un aneurisma cerebral; él había dispuesto que en su entierro no hubiera discursos y sólo se dijera una frase: «*Amó el dibujo*».

La impronta de la enfermedad en la pintura

Los críticos reconocen que aunque Degas fue siempre un gran pintor, sus mejores obras las produjo precisamente a partir de 1880, cuando ya no veía bien. Sin embargo, es necesario el análisis de un oftalmólogo para descubrir en las pinturas el problema visual de su autor, que no se manifiesta de forma simple. Perspectivas en las que el motivo principal aparece descentrado, asimetrías y amplias zonas vacías en la parte media de los cuadros, son señaladas repetidamente por los estudiosos y encuentran explicación en los escotomas que invadían el centro del campo visual del artista. Mientras tanto las periferias de los lienzos se llenan de una actividad y movimiento cuyo asunto preferido son las bailarinas, representadas en trescientas de sus mil doscientas obras, y las carreras de caballos. Las últimas pinturas de Degas, posteriores a 1900, muestran una disolución de las formas correlacionable con la fase final de su retinopatía.

La pérdida de visión llevó a Degas a buscar nuevas formas de expresión, en la pintura al pastel, los monotipos —grabados que generan un solo ejemplar— y la escultura, en la que el tacto es tan importante como la vista. En este arte comenzó con estudios sobre caballos, logrando efectos de equilibrio sorprendentes, y creó después piezas como su *Bailarina de catorce años*, de 1880-1881, incomprendida en su momento pero aclamada hoy como obra maestra. También ensayó Degas con la fotografía, arte joven por entonces, produciendo retratos y escenas de calle sobre todo.

La irrupción de un grave problema que dificultaba su trabajo no fue capaz de desanimar a un obstinado como Degas. Si el centro de su campo visual era invadido por manchas oscuras, él llevaba toda la acción a los laterales de la escena, y la enriquecía así con una perspectiva insólita. De esta forma, su «defecto», tocado por el genio, se convirtió en «progreso» del arte. Mir Fullana afirma en un momento: «*Las bailarinas mal enfocadas o asimétricamente representadas por su afección macular hicieron inmortal a Degas*».

La enfermedad de Edgar Degas revela cómo este maestro de la pintura nos legó, además de sus cuadros y esculturas, una lección señera sobre la voluntad que transforma las trabas más penosas en un acicate.

La guerra, de Otto Dix. Arte que remueve conciencias

Publicado en *Rebelión* el 29 de noviembre de 2023

Lamentablemente la guerra no tiene mala prensa. Los maestros pensadores no es raro que la justifiquen, o incluso alaben, como inevitable, partera de la historia o yunque en el que se forjan las naciones, y de ahí llega a las masas un espíritu de aceptación difícil de contrarrestar. Del otro lado, el pacifismo radical tiene también sus sabios y sus doctrinas, de Buda a Gandhi, pero se revela dolorosa y manifiestamente impotente contra la furia desatada de un Gengis Kan o un Hitler.

Los argumentos bien encaminados son necesarios para salir del atolladero, pero es cierto también que el arte puede ayudar enormemente. Otto Dix, combatiente en la Gran Guerra, volvió de ella con mucho que contar y afortunadamente tuvo tiempo para hacerlo de la forma que mejor sabía. *La guerra*, serie de grabados que publicó en 1924 y que Dirección única acaba de reeditar, tienen la virtud de situarnos sin contemplaciones frente al monstruo y hacernos ver que la violencia bélica constituye una deserción sin paliativos de la condición humana. Los dibujos vienen con una iluminadora introducción de Falconetti Peña.

Un artista ante el horror

Otto Dix nació en 1891 en Turingia, en una familia obrera amante del arte, y muy pronto comenzó su formación como dibujante y pintor. Reclutado en 1914, luchó en varios frentes de la Gran Guerra, alcanzó el grado de suboficial y fue condecorado. Su entusiasmo patriótico inicial lo llevó a autorretratarse como Marte en 1915, pero lo cierto es que sus experiencias en las trincheras van a quedar reflejadas en toda su obra como una impactante denuncia de la pesadilla vivida. Dos trabajos titulados *La Guerra*, el ciclo de 50 grabados de 1924 aquí reseñado, y un tríptico de 1932, son lo más característico en este sentido. Dos cuadros antibelicistas que dieron mucho que hablar: *Lisiados de guerra*, de 1920, y *La trinchera*, de 1923, desgraciadamente se perdieron en conflagraciones posteriores.

Con la toma del poder por los nazis, Dix fue expulsado de la cátedra de Pintura que ocupaba en Dresde desde 1927, y optó por un exilio interior; siguió trabajando, sufriendo en silencio las humillaciones de los nazis que confiscaban sus obras como paradigma de «arte degenerado». Reclutado otra vez en 1945, pasó pronto a ser prisionero de guerra en Francia. En la postguerra sentía su arte ajeno tanto al realismo que imperaba en la RDA como a la abstracción dominante en la RFA, pero fue ampliamente reconocido y valorado en ambas repúblicas hasta su fallecimiento en 1969.

Las misiones del arte

La salvaje experiencia que le tocó vivir a Otto Dix, justificada socialmente en los altares del patriotismo, le hizo dedicar todo el potencial de su genio a despertar la conciencia de sus semejantes, aletargada ante un crimen horrendo. Quedaba de esta forma atrás la concepción del arte como un entretenimiento trascendente al servicio del ocio burgués y sus deseos de belleza. Aunque los primeros cuadros de Dix están muy influidos por el expresionismo, lo característico en su etapa de madurez postbélica es un rechazo de los excesos de experimentación y subjetivismo que veía en este estilo y un compromiso sólido con la realidad, aunque sin renunciar a la deformación y la caricatura.

El movimiento en el que Otto Dix se encuadra es la Neue Sachlichkeit («nueva objetividad»), en cuya ala socialmente más radical militaba también George Grosz, aunque éste desplegaba un mensaje más manifiestamente crítico con la clase dominante. En ambos, un realismo exaltado distorsiona y enfatiza lo feo, porque su objetivo es sacar a la luz todo el horror de lo que el patriotismo se permite adornar de connotaciones sublimes. En una entrevista en 1964, Dix declaró cuál era su meta con estas obras: «*Quería describir de forma muy sencilla, casi en términos de reportaje, mis experiencias de los años 1914 a 1918 de forma objetiva y demostrar que el verdadero heroísmo humano consiste en superar la muerte sin sentido. Así que no quería provocar miedo y pánico, sino transmitir conocimiento de lo terrible que es una guerra y así despertar fuerzas de defensa frente a ella*».

Los grabados de *La guerra* (1924)

Se dice que la idea de realizar estos dibujos le vino a Otto Dix tras visitar en Basilea una exposición de los *Desastres* de Goya. Ciertamente hay en *La guerra* ecos del aragonés y la inspiración es evidente en algunas láminas, pero la mayor diferencia tal vez sea una tendencia, que no se encuentra en éste, a ofrecer primeros planos que nos sumergen en la tragedia. La serie se compone de cincuenta grabados, agrupados en cinco carpetas. Uno de ellos, que representa la violación de una monja, fue retirado de la edición original y sustituido, pero en la reimpresión reseñada se incluye también. Las técnicas usadas fueron aguatinta, aguafuerte y tinta seca sobre planchas de zinc, y la obra apareció conmemorando los diez años del comienzo de la Gran Guerra. En 1924 se publicó además una tirada resumida y a bajo precio de los dibujos con un prólogo de Henri Barbusse, recogido por Dirección única.

«*Es imposible exagerar la guerra. Ni siquiera se puede captar completamente su horror*», señala Henri Barbusse en su prólogo. Otto Dix, que vivió la experiencia al límite, se esfuerza en transmitírnosla y ciertamente lo consigue. La trinchera es una sucursal del infierno y él la ilumina con un detalle que denuncia al que jamás podrá librarse de su experiencia allí. Los cadáveres y sus fragmentos, en cualquier estado de descomposición, son una presencia constante, pero aún más terribles son los moribundos con heridas atroces, o los que han sobrevivido desfigurados o han enloquecido y deambulan contemplándolo todo con una mueca deforme. Los condenados no dejan de buscar vías de escape, y no faltan visiones de los que se arrastran por el suelo borrachos en una cantina o se estimulan con un sexo que sólo puede ser mercenario o violento.

El ser humano ha renunciado a su humanidad en este universo y quien apuñala a un centinela puede hacerlo con una sonrisa demente. Se reproducen también paisajes lunares con cráteres y restos de destrucción, y ciudades bombardeadas. Una de las láminas más conocidas, mostrada en la portada en esta edición, representa a tropas de choque avanzando con máscaras antigás, monstruos grotescos dispuestos a morir y matar. En todos los grabados, el compromiso más profundo de su autor es con la transmisión de las visiones obsesivas que pueblan su mente, por lo que se esfuerza en un realismo veraz y poderoso, atento a lo que es necesario reflejar en toda su crudeza. Es por esto que el tenebrismo es un instrumento útil en las escenas más impactantes y violentas, mientras que un dibujo minucioso, de trazo fino, sirve para plasmar convincentemente los grupos humanos en momentos más distendidos. Cada grabado lleva un pequeño texto al pie que simplemente informa del hecho y el lugar, y se rehúyen los comentarios moralizantes que encontramos, por ejemplo, en los *Desastres* de Goya.

Sucede algo terrible con la guerra. Los artistas del pasado han sido capaces, repetidas veces, de exponérnosla en detalle y demostrarnos que no hay nada más necesario para los humanos que combatirla y expulsarla de la superficie de la tierra. Sin embargo, cuando ya creíamos que todo estaba meridianamente claro, nos vemos una y otra vez impotentes ante el regreso de sus estigmas de destrucción y muerte. Y sobran siempre disculpas a los canallas para justificar los asesinatos de inocentes y vestir la masacre con atuendos patrióticos y sensatos.

Otto Dix, que sufrió en su carne la tragedia, nos ofrece con esta colección de grabados razones poderosas para

oponernos a cualquier guerra, y nos demuestra una vez más que nuestra única defensa ante el horror es un grito de arte y conciencia capaz de promover un levantamiento contra los que eternizan la ignominia.

Xilografías (1925-1938), de Gerd Arntz. El reto de dibujar la destrucción capitalista

Publicado en *Rebelión* el 28 de febrero de 2024

Gerd Arntz fue uno de los artistas gráficos que en el tiempo del auge de los fascismos aceptaron el reto de expresar los presagios funestos y enfrentarse al horror. La alternativa estética del Gruppe Progressiver Künstler (Grupo de Artistas Progresistas, GAP) al que se unió rehuía tanto la placidez dictada por la burguesía como los experimentos formales del expresionismo, y supo crear un lenguaje original que exploraba las fronteras del arte figurativo. Dirección única ha recogido en un volumen una buena muestra de los grabados de Arntz en el período de entreguerras, que exponen su postura ante los acontecimientos que se precipitaban.

Nacido en 1900 en Remscheid, una localidad de Renania, Gerd Arntz se ocupó por breve tiempo en la fábrica de hierro de su familia, pero enseguida la experiencia de la guerra y la empatía con el proletariado estimularon en él una conciencia social que trató de expresar por medio del dibujo. Realizó estudios en Düsseldorf y allí empezó a desarrollar su obra, al tiempo que colaboraba con los grupos de la izquierda comunista consejista. De esta forma, a comienzos de los años 20, se integró en el GAP, junto a F. W. Seiwert o H. Hoerle, entre otros.

El objetivo declarado de este grupo era un ataque frontal a la mentalidad burguesa y su concepción del mundo, basada en individualismo y beneficio, pero consideraban que la distorsión de la realidad que practicaban vanguardistas y expresionistas no era la vía más adecuada para esta crítica y por ello no recurrían, por ejemplo, en su representación de la clase propietaria, a la fealdad y deformidad de rostros abotargados o porcinos. A su juicio, estas visiones caricaturescas suponían un exceso de sentimentalismo que ocultaba las bases de la explotación capitalista, y proponían como alternativa un realismo asentado en simplicidad, formas geométricas y líneas puras, un «constructivismo figurativo» que debía expresar los rasgos esenciales de la estructura social.

En 1926 Arntz fue invitado por el filósofo austriaco Otto Neurath a trabajar en el Museo de la Sociedad y la Economía de Viena, donde tuvo oportunidad de desarrollar un sistema de códigos de información por medio de imágenes simbólicas y sin recurrir al lenguaje, denominado Isotype, que luego sería muy utilizado internacionalmente. Tras el ascenso de Hitler al poder, Arntz se instaló en Holanda, y allí fue reclutado por la Wehrmacht en 1943. Después de la guerra regresó al país, donde falleció en 1988.

Realismo crítico contra el capital

Las 50 xilografías reunidas en el libro constituyen una tercera parte de la producción de su autor entre las dos guerras mundiales. Todas ellas comparten un lenguaje común, con sencillez de trazos y formas y una composición esquemática perfectamente ajustada a la expresión de una idea. Contemplamos en ellas la vida del proletariado, las rutinas fabriles y la penuria de los barrios obreros, y también a los propietarios y políticos que imponen su dominio. Muchas veces explotadores y explotados se representan por medio de planos superpuestos: unos pocos arriba disfrutan del ocio y dirigen el cotarro, mientras las masas abajo se afanan para ganar el sustento. Los individuos no son diferenciables, más allá de su indumentaria o la actividad que realizan, y así todo el énfasis recae en la estructura social.

Si el conflicto queda planteado con claridad, lo mismo ocurre con la solución que se propone: organización nacional e internacional de los trabajadores, huelga revolucionaria y ocupación de cuarteles y fábricas. Muchas láminas insisten en reivindicar una multitud que toma las riendas de su destino, pero otras muestras también que esta estrategia está sometida a una sangrienta represión y que en las pugnas electorales los nacionalsocialistas no dejan de ascender, apoyados por el capital. El horizonte sombrío que se adivina no es otro que la guerra, representada en un genial dibujo de 1931 como la máquina infernal que transforma a los hombres en soldados y alimenta con ellos cementerios.

Atento siempre a las luchas emancipadoras que se desarrollaban fuera de su país, en 1936 Arntz dedicó a nuestra guerra civil dos láminas en las que logró plasmar la esencia de los dos mundos enfrentados en ella. A la derecha, un ejército bien pertrechado por Alemania e Italia combate bajo la mirada de curas y señoritos ociosos al pie de un alto campanario. A la izquierda, hombres y mujeres, el pueblo en armas, tratan de organizarse para resistir la acometida mientras en la retaguardia los niños son alimentados e instruidos.

En una era de desastres en la que la representación fiel de la realidad era cuestionada desde todos los ángulos, Gerd Arntz fue capaz de crear un lenguaje original y captó las claves del proceso social en curso con precisión geométrica y potencia simbólica que nos siguen seduciendo hoy. Sus individuos exhiben formas sencillas, casi triviales, pero diluidos en la masa aciertan a transmitirnos el dolor y la esperanza de las tragedias colectivas de la historia.

Las corridas de toros en 1970, de Ramón Acín. Crítica de la tauromaquia con humor futurista

Publicado en *Rebelión* el 24 de mayo de 2022

Ramón Acín Aquilué nació en 1888 en Huesca y aunque comenzó estudios de Química en Zaragoza, los abandonó pronto para dedicarse a su gran vocación, el arte. A partir de 1910 publica dibujos en la prensa, en los que despliega sus dotes de humorista y su pasión por la crítica social. Instalado en Barcelona, en 1913 funda el periódico semanal *La Ira*, «Órgano de expresión del asco y la cólera del pueblo», de vida breve y que lo llevará a la cárcel una temporada. Amplía estudios luego en Madrid, Toledo y Granada y en 1917 consigue por oposición una plaza de profesor de Dibujo en la Escuela Normal de su ciudad natal.

En Huesca Acín, además de dar sus clases, continúa su actividad creativa y su militancia, y colabora en la prensa y las tareas organizativas de la CNT, lo que lo lleva en el verano de 1920 a recorrer junto a Joaquín Maurín y Andreu Nin los pueblos leridanos y oscenses. En 1923 Acín contrae matrimonio con Conchita Monrás, con la que tendrá dos hijas, Katia y Sol, y cuando en 1932 le toca un premio de la lotería, decide destinar parte del importe a financiar el documental de su amigo Luis Buñuel sobre los Hurdes: *Tierra sin pan*. Esta historia es recordada en el cómic *Buñuel en el laberinto de las tortugas* (2019) de Fermín Solís y en su adaptación cinematográfica homónima.

Comprometido en la sublevación de Jaca, nuestro dibujante tiene que exiliarse por breve tiempo, y después, en 1933, es encarcelado varias veces. La noche del 18 de julio de 1936, está entre los que acuden a entrevistarse con el gobernador en demanda de armas para el pueblo. Se las niegan y les aseguran que todo está controlado, pero al día siguiente la ciudad es tomada por los fascistas. El 6 de agosto, refugiado en su domicilio, Ramón se entrega cuando oye que están maltratando a su mujer. Los dos serán fusilados.

Para superar el casticismo

Se tiende a pensar que la intelectualidad ibérica ha sido siempre admiradora de la tauromaquia, pero es muy amplia la nómina de los que por estos lares han alzado su pluma contra la «fiesta» por antonomasia, desde Quevedo y Juan de Mariana hasta Unamuno, Blasco Ibáñez o Ramón y Cajal, pasando por Goya o Jovellanos, por citar sólo a unos pocos. A comienzos del siglo XX el más ruidoso de los refractarios probablemente fue Eugenio Noel, con sus «campañas antitaurinas» que tantos disgustos le acarrearon, pero en tierras aragonesas, nuestro Ramón no dudó en hacer una contribución a la causa con *Las corridas de toros en 1970*, un curioso conjunto de dibujos que acaba de ser rescatada por Dyskolo en su colección Pretérito (im)perfecto.

Demolida en 1920 su plaza de toros, que amenazaba ruina, la capital altoaragonesa se vio con el privilegio durante unos años de carecer de una sede fija para los festejos taurinos, y en este tiempo se elevaron propuestas para que en el solar vacante se construyera un campo de deportes. El 29 de junio de 1921, Ramón Acín imparte una conferencia en el Teatro Principal de Huesca en la que proyecta treinta y dos dibujos suyos realizados en cristal en los que trata de imaginar cómo serán las corridas de toros cuando haya transcurrido medio siglo. Su trabajo aparece en forma de libro en 1923 con un prólogo en el que nuestro cenetista reflexiona sobre las rutinas ancestrales de la fiesta y profetiza que su esfuerzo y dolor inútiles han de pasar, como pasaron los de los circos de los romanos: «*Llegará día en que no solamente nos llamaremos los hombres hermanos los unos a los otros, sino que como el Santo de Asís llamaremos hermanos a los animales. Llegará día en que seremos los hombres vegetarianos, no tanto por temor a una mala digestión cuanto por el temor de la conciencia de privar de la vida a un cabritillo y a un pichón*».

A la brutalidad de la tauromaquia, Acín contrapone la urgencia de «*energías más nobles y elevadas*», y por ello propone que en vez de una plaza de toros se edifique en el solar sin uso un pabellón de deportes. Además, el profesor de la Escuela Normal no deja de aprovechar la ocasión para exponer su ideal pedagógico, que no es otro que conjugar fuerza, belleza y alegría, tomando por modelo a los antiguos griegos: «*No olvidemos, pues, que para llegar al campo de deportes, al antiguo gimnasio, hemos de hacer antesala en las estancias del Ritmo y de la Armonía, de la Gracia y del Arte*».

Los dibujos

Las treinta y dos viñetas de *Las corridas de toros en 1970* constituyen, según el subtítulo de la obra, un *Estudio para una película cómica*. Si la «fiesta» se define como algo encerrado en sus rutinas, los dibujos tantean la adecuación de éstas al descontrolado progreso de la nueva era. De esta forma, trascurrido medio siglo, las gentes irán en aeroplano a enormes plazas de toros, «rascacielos taurinos», con el ruedo cubierto de cristalería, en las que los espectadores usarán telescopios y se comunicarán con la presidencia por teléfono particular. Las estampas presentan estos «adelantos» que alumbrará el futuro con trazos sobrios y ágiles, de simplicidad humorística.

Los cuernos de los toros estarán graduados y en ellos se pondrán arandelas, y «*así las cornadas serán proporcionadas a lo que cobren las cuadrillas*»; una grúa rescatará a los picadores en apuros; podrá cambiarse el color de los morlacos en un taller de pintura, y a los caballos se les sacarán las tripas antes de la corrida, «*aprovechando los adelantos de la cirugía*», para que no sean esparcidas por la arena. Los

maestros dirán sus brindis ante un gramófono, con lo cual «*pasará a la posteridad la elocuencia flamenca*», y el estoque irá atado a una cuerda con un peso para evitar accidentes. Al final se exhibirá una radiografía del toro para aquilatar las estocadas y adjudicar las orejas con perfecto conocimiento de causa. Si el lidiador fallece por una cogida, en la plaza se le reza un rosario, si queda «como los ángeles» se le sirve un banquete allí mismo, y si hace el ridículo se le fusila sobre la arena.

Ramón Acín plasma su crítica a la tauromaquia con sutil ironía. Enfrentado con un rito secular de tortura y barbarie, puede parecer que simplemente trata de adecuarlo al signo de los tiempos. Sin embargo, su visión futurista se las arregla para hacernos ver lo irreformable del engendro. La locura humorística de sus proyectos nos hace reír porque desnuda la locura mayor de la fea realidad en la que se sustentan. La última viñeta lo aclara todo: «*Esto serían las corridas de aquí a medio siglo, si no fuera porque entonces se habrán roturado las dehesas y los toros serán animales productivos y los toreros trabajarán como cualquier hijo de vecino*».

La tauromaquia es un horror que el anteojo futurista hace tosco y risible, con lo que lo encubierto se hace evidente. El autor dedica esta obra a su compañera, Conchita Monrás, con unas frases en las que confiesa el sentido que atribuye a sus dibujos: «*Que este libro sea el primer libro de estampas de nuestros chicos; quién sabe si el humorismo será la pedagogía del porvenir...*».

Nós, Galicia mártir, Milicianos y Atila en Galicia. Los dibujos de Castelao más comprometidos con su tierra gallega

Publicado en *Rebelión* el 31 de enero de 2023

La obra narrativa y ensayística de Castelao y su labor de dibujante encajan y se complementan a la perfección como expresiones de una voluntad única, que no es otra que denunciar el doloroso latrocinio de su Galicia natal; conocer el ancho mundo, por inquietud viajera o forzosos exilios, lo llevó ocasionalmente a otros temas, pero ello no impide que reconozcamos este aliento dominante en su producción. De esta forma, entre sus dibujos tiene un sentido especial su colección de láminas *Nós*, disección del alma rural galaica, y la trilogía que compuso sobre la guerra civil, integrada por *Galicia mártir*, *Atila en Galicia* y *Milicianos*. Los cuatro álbumes acaban de ser reeditados como facsímiles por Akal en un estuche que incorpora además dos prólogos, de Carmen Blanco y Claudio Rodríguez Fer, y reproduce el que Xesús Alonso Montero preparó para una edición anterior de *Nós*.

Alfonso Rodríguez Castelao nació en Rianxo en 1886 y emigró muy joven a Argentina con su familia. Regresó con catorce años a su tierra y estudió Medicina en Santiago, pero aunque ejerció algún tiempo esta profesión, sus grandes vocaciones eran la literatura, el dibujo y la política. En 1912 comenzó a militar en un partido galleguista, mientras era conocido sobre todo por las caricaturas que publicaba en periódicos, y a partir de 1920 se encargó de la dirección artística de la revista *Nós*, catalizadora de la vida cultural gallega hasta el estallido de la guerra civil. Paralelamente a esto, para ganarse el pan de cada día en 1916 obtuvo por oposición una plaza de funcionario en la delegación de Pontevedra del Instituto Geográfico y Estadístico.

Diputado en dos ocasiones en las Cortes republicanas, nuestro rianxeiro se volcó en la campaña por el Estatuto de Autonomía de Galicia, aprobado en plebiscito en junio de 1936. El golpe militar lo sorprendió en Madrid y en 1938 partió para el exilio. Tras estancias en diversos países, se estableció en 1940 en Buenos Aires, desde donde colaboró con las instituciones republicanas en el exilio mientras continuaba su obra artística y literaria. A orillas del Plata residió Castelao hasta su fallecimiento en 1950.

Obra literaria

La narrativa de Castelao incluye *Un ollo de vidro. Memorias dun esquelete* (1922), los cuarenta y cinco relatos breves de *Cousas* (1929), una novela titulada *Os dous de sempre* (1934) y *Retrincos* (1934), colección de cinco crónicas autobiográficas. Los textos vienen ilustrados por él mismo y destacan por su visión costumbrista de la vida en Galicia, sometida a un caciquismo secular y en la que muchas veces la única alternativa era la emigración. Un fino humor, que no renuncia al sarcasmo, le sirve para diagnosticar estos males sociales.

Castelao publicó también un *Diario* (1921) y obras sobre los cruceiros de Bretaña (1930) y Galicia (1950). Su producción ensayística se concentra sobre todo en su monumental *Sempre en Galiza* (1944), considerada el acta fundacional del galleguismo militante. En este libro coexisten textos de la época republicana y la guerra civil, junto a otros posteriores que reflejan las relaciones de su autor con el Gobierno republicano en el exilio. En todas estas variadas circunstancias, se defiende siempre la nacionalidad gallega y su posible encaje en una república federal. Castelao escribió también una obra de teatro *Os vellos non deben de namorarse*, estrenada en 1941 en Buenos Aires.

Conmovedores retratos de la Galicia rural

El álbum *Nós* se abre con un autorretrato y reúne luego cuarenta y nueve dibujos, cada uno con una inscripción a mano del propio Castelao, confeccionados entre 1916 y 1918, dados a conocer en exposiciones y publicados en libro en

1931. La obra ofrece una visión desoladamente realista de la vida en la Galicia rural y nos sumerge sin contemplaciones en un mundo dominado por las labores agotadoras del campo, el feudalismo y la miseria. Es una pesadilla en la que la aparición del cacique desnuda la clave de bóveda de la estructura social opresiva. Señor de vidas y haciendas, él se enriquece con el trabajo del desdichado, sin que nada escape a su control. En una lámina, un personaje bien trajeado le insinúa a un labriego: «*A túa filla xa será unha moza, eh?*». En otra, un campesino que enarbola un hacha explica la situación a la tropa menuda: «*A nosa terra non é nosa, rapaces*».

El único recurso que queda al pobre es la emigración. Una estampa reúne el cuerpo encorvado de un anciano junto al perfil osado de un joven. Los dos miran al frente y sabemos que la decisión está tomada, pero el viejo amonesta: «*E para qué qués largar da terra? Non temos pan no forno?*». Otros dibujos muestran el trauma de los que se quedan, como una desvalida muchacha que llora: «*E meu irmanciño terá que sair da terra para ganal-o pan*». También se nos hace saber que cruzar el océano es muchas veces fuente de miserias y fracasos.

Los niños aportan un aliento especial a las láminas. Ellos son las víctimas mudas del ambiente envenenado y por eso su sufrimiento es el que más encorajina. Junto a los rostros arrugados y adustos de los ancianos, los suyos son un contrapunto de inocencia condenada. Algunas estampas reflejan su atormentada relación con el mundo de los adultos: «*O que sinto eu e que algún que maltratou a mina nai morra denantes de que eu chegue a home*». Otras veces sin embargo, los rapaces nos traen notas de humor ingenuo, e incluso de sabiduría, como la de aquél que en la ribera del Miño pregunta a un anciano si los de la otra orilla son más extranjeros que los de Madrid.

El humor ácido está presente por toda la obra y lo percibimos como una seña de identidad del alma galaica, que ilumina la realidad odiosa. Así, bajo una procesión de labriegos, el autor nos aclara que no son pastores de Belén, sino aldeanos que van a pagar los foros. Un hombre ensalza la inteligencia de uno de sus hijos indicando que «*ten quince anos e xa non cré en Deus*». El ánimo burlón sirve para trascender de alguna manera lo que de otra forma sería insoportable. En una de las últimas estampas, un demonio alado mira sonriente con una lupa nuestro planeta y comenta: «*Y-este é o mundo que fixo Deus?*».

La técnica de los dibujos oscila entre un esquematismo que atiende a lo esencial en la delineación de las escenas y un realismo más minucioso que se recrea en los detalles cuando así lo requiere la dinámica expresiva. Los retratos son piezas soberbias que captan toda la inocencia maltratada de los personajes. De éstos encontramos muchas veces uno o dos por lámina, pero no se desdeñan composiciones más corales, en las que se juega sabiamente con la estética del conjunto. La naturaleza aparece sobre todo como árboles estilizados que aportan un impulso vertical a las tragedias representadas.

En el prólogo que el propio autor puso a la edición original deja clara su intención al elegir los temas y la perspectiva de *Nós* cuando afirma: «*El pesimismo puede ser liberador cuando despierta corajes y deseos de una vida más limpia*».

Los desastres de la guerra civil en Galicia

Como señalaba al principio, tras el golpe militar Castelao trató de reflejar la conmoción que éste había producido en su tierra en tres álbumes. En su prólogo para esta edición, Claudio Rodríguez Fer repasa las influencias que se dejan sentir en estos trabajos, que van de *Los desastres de la guerra* de Francisco de Goya hasta autores del siglo XX que describieron los horrores de diversos conflictos, sin olvidar la impronta de obras maestras del Renacimiento o el Romanticismo.

Galicia mártir (1937) reúne diez denuncias gráficas de la represión en Galicia al comienzo de la contienda. La primera de las láminas es una representación del «*Dios de los fascistas*», un militarote de apariencia mussolinesca, cuyo cráneo es un casco prusiano y que descubre con sus manos las calaveras que rellenan el interior de su cuerpo. Tras esta imagen, nos interpela la desolación de los que esperan entre tinieblas para ser ejecutados, el terror de los fusilamientos, los montones de cadáveres, y las viudas y huérfanos que lloran su desamparo. El conjunto es un retablo de la represión franquista en Galicia que sacude las conciencias.

Atila en Galicia (1937), con otras diez láminas, puede considerarse continuación del álbum anterior. Aquí encontramos también despojos de asesinados y dolor de sus familias. Se representan además palizas, el «*castigo menor*», y una mujer se arroja al vacío para no ser ultrajada. En el último dibujo los afortunados que han logrado escapar se aferran a los remos de la embarcación que los conduce a la libertad.

Las once estampas de *Milicianos* (1938) muestran el renacer de la esperanza retratando a los que han sobrevivido y plantan cara al fascismo. Son soldados del ejército de la República que se despiden de los suyos y empuñan las armas para liberar su tierra, y son también los que caen en combate gritando: «*¡Aquí queda un fusil!*». No falta tampoco una mujer que arenga a sus compañeros, ni una alegoría del mundo cadavérico que habría de traer el triunfo de los golpistas.

Todos los dibujos vienen con un título, escrito por Castelao de su puño y letra, que explicita su mensaje. Respecto al lenguaje artístico, los dos primeros álbumes comparten el uso generoso de sombras en los escenarios de represión y se valen de un impulso realista, que podría calificarse de «tenebrista», para ofrecer un muestrario de los crímenes que asolaron Galicia en el verano de 1936. En el tercer álbum domina un realismo de claroscuros, pero la luminosidad es

mayor, reflejando que se ha organizado la resistencia y es posible derrotar al fascismo. Las representaciones simbólicas que se usan a veces, cargadas de sentimiento, aproximan al autor al expresionismo.

Un pasado que no debemos olvidar

Akal, que ha publicado tanto la producción literaria como la artística de Castelao, conmemora su cincuentenario como sello editor poniendo de nuevo en circulación los dibujos del maestro que mejor reflejan su visión sobre la Galicia de la primera mitad del siglo XX. Él mismo decía en su prólogo para *Nós* en 1931, cuando habían pasado quince años desde la confección de la obra, que tal vez ya en aquel momento el tono para retratar la realidad de Galicia podría haber sido menos ácido, pero por más que muchas cosas hubieran cambiado por entonces, y hoy más todavía, también es cierto que algunas de las injusticias seculares mostradas siguen en pie con fecha de hoy.

Castelao fue la conciencia crítica de un rincón maltratado del mundo. Él supo captar como nadie el espíritu de su tierra en el tiempo de zozobras que le tocó vivir, y las cuatro colecciones de dibujos que Akal acaba de reeditar son buena prueba de ello. El pasado está ahí para aprender de él, y nunca está de más contemplar la historia que somos, porque si no la conocemos es como si estuviéramos ciegos.

3

Historia

3.1
Antigüedad y Medievo

Un libro para pensar la Historia: *Aníbal, la novela de Cartago*, de Gisbert Haefs

Publicado en *Rebelión* el 18 de septiembre de 2007

Ciertamente, sería muy bueno que la música militar no consiguiera en ningún caso levantar a nadie, y que la admiración por las «gestas militares» fuera algo bastante mal visto en cualquier sociedad. Mejor nos iría a todos si fuera así. No obstante, es cierto que repasar la historia nos obliga a contemplar continuamente el horror de la guerra, y lo es también que no nos queda más remedio, si queremos comprender lo ocurrido en muchos momentos clave, que estudiar a fondo los aspectos más diversos de los conflictos bélicos. Ésa es la realidad. Partiendo de ella, nadie negará lo interesante que resulta tratar de saber algo más sobre aquel hombre extraordinario que fue Aníbal Barca, y a ser posible extraer del relato de su vida algunas conclusiones que puedan ser valiosas hoy mismo. Exactamente éste es el objetivo que Gisbert Haefs propone al lector con *Aníbal, la novela de Cartago* (Edhasa, trad. de José Antonio Alemany), un libro tan conmovedor como sugerente y tan seductor como fiel a la historia, que logra trasportarnos a las riberas del Mediterráneo de hace más de dos mil años, nos hace respirar su aire y observar sus ciudades y sus gentes, y nos acaba acercando de este modo a la figura del que sin duda fue uno de los individuos más asombrosos que ha producido la humanidad.

Estudiosos de las tácticas militares e historiadores están de acuerdo en reconocer a Aníbal como el mayor estratega de todos los tiempos. Partir de Hispania con un gran ejército y conseguir conducirlo sin mayores percances a través del sur de la Galia, atravesar con él los Alpes y derrotar una vez tras otra a los romanos en su propio territorio es un reto al que no es fácil hallar equivalentes en la historia. Después, Aníbal consigue mantenerse mucho tiempo en el sur de la península italiana sin apenas ayudas de su metrópoli. A su talento propiamente militar hay que sumar siempre un genio diplomático que le hace buscar las alianzas necesarias para lograr la mayor eficacia en esa pugna con Roma que fue el eje conductor de su vida. Otra particularidad de Aníbal cuando se le compara con otros grandes estrategas es que él, a diferencia de ellos, nunca tuvo el poder político que sin duda le hubiera permitido fácilmente dotarse de los medios que precisaba para destruir Roma. Su lucha no es en realidad contra los romanos sólo, sino también contra el Consejo de Cartago, la vieja casta terrateniente que veía con recelo el ascenso de los bárcidas y les regateaba su ayuda.

Todos estos hechos, históricamente bien asentados, son presentados en el libro de Haefs de forma rigurosa y amena, tejiendo alrededor de ellos una ficción literaria que se basa en el relato de Antígono, un banquero heleno establecido en Cartago y que a lo largo de su vida es amigo y mentor primero de Amílcar Barca y luego de su hijo Aníbal. Revivimos así la primera guerra púnica y la guerra de los mercenarios que la siguió, que sirvió a Flaubert para enmarcar la acción de su *Salambó*. Después, la segunda guerra púnica nos muestra las proezas de Aníbal y el amargo final de Zama. La obra se cierra con la narración de los últimos años de éste y su suicidio para no ser capturado por los romanos. La gran ciudad que fue Cartago, comercial y cosmopolita, es la otra gran protagonista de la novela, y a la descripción de su puerto y sus barrios, y de las luchas por el poder que se suceden en ella, se dedican muchas páginas memorables. Haefs consigue introducirnos en aquel mundo con unos personajes perfectamente trazados en su dimensión humana y nos impregna de la atmósfera de aquel tiempo, haciéndonos ver diáfanamente cómo los intereses y emociones que se movían en él eran los mismos de nuestros días.

La obra encierra también una tesis bastante atrevida, pero que resulta realmente sugestiva. En la pugna entre Roma y Cartago, Haefs no ve dos contendientes similares cuya victoria hubiera producido en cualquier caso un imperio igualmente opresivo y explotador. Para él, Roma y Cartago, o al menos la Cartago «liberal» que representaban los bárcidas, defendían principios netamente diferentes. Roma significaba un poder tiránico y uniformizador, como el de una apisonadora que arrollara todo a su paso. En el bando opuesto, la política de los bárcidas era mucho más tolerante, y tendía sobre todo a la creación de un gran imperio comercial. Aníbal afirma en cierta ocasión en el libro: «*Roma pisotea todo lo que encuentra a su paso. Cuando estaban bajo dominio púnico, las ciudades de Sicilia conservaban y guardaban sus instituciones y costumbres; ahora allí todo está como Roma quiere que esté. Una lengua, una ley, una moral, una administración. Probablemente, tarde o temprano también descubrirán un único dios. Es repugnante*».

Haefs, que se confiesa incapaz de tratar temas históricos relativos a la Edad Media, donde le agobia la atmósfera opresiva del fundamentalismo cristiano, reivindica sin em-

bargo la Antigüedad clásica, que percibe mucho más abierta intelectualmente. Tal vez sea esta afinidad espiritual la que hace que *Aníbal, la novela de Cartago* nos haga sentir tan cerca aquel lejano Mediterráneo en que se decidía, en un momento crucial, en qué idioma íbamos a estar hablando y escribiendo hoy mismo.

En busca del Jesús histórico: el reto de los manuscritos del Mar Muerto

Publicado en *Rebelión* el 30 de marzo de 2007

Para cualquier observador resulta sorprendente el desequilibrio que existe entre la importancia del cristianismo en la historia universal y la escasa información objetiva disponible sobre el que es considerado su fundador, Jesús de Nazaret. En este sentido, los Evangelios, escritos bastantes años después de los hechos que narran, siempre han producido en los estudiosos que se han acercado a ellos con ánimo imparcial la impresión de relatos hagiográficos que no acaban de encajar con las circunstancias concretas del tiempo al que se refieren. Por otra parte, hay que decir también que estas circunstancias son bien conocidas a través de gran número de testimonios históricos, con lo que no resultaba descabellado pensar que en algún momento podrían aparecer documentos que ayudaran a rellenar el vacío de información existente.

El avance más importante en este sentido se produjo a raíz del descubrimiento en 1947 de una gran cantidad de documentos en Qumrán, muy cerca del mar Muerto, en una localidad que formaba parte por entonces del protectorado británico de Palestina, pero que después de la guerra de 1948 pasó al reino de Jordania. En poco tiempo, estos manuscritos quedaron bajo la custodia de un equipo internacional dirigido por el dominico francés Roland de Vaux, y a partir de 1957 comenzaron a aparecer publicaciones con las primeras conclusiones de los estudiosos. Respecto a los propios manuscritos, el primer volumen de éstos fue editado con bastante rapidez, en 1955, pero después el ritmo se ralentizó, generando protestas en los investigadores ajenos al equipo, a los que no se permitía el acceso a los originales. Estos hechos dieron lugar a airadas polémicas en los medios de comunicación más influyentes, que se prolongaron hasta finales de los años 80. En 1991 la Huntington Library de California puso a disposición del público una copia de todos los manuscritos inéditos, marcando el comienzo de una nueva era en los estudios.

Desde sus primeras publicaciones, el equipo internacional que había acaparado el acceso a los documentos puso énfasis en situar la época a que éstos hacen referencia como anterior a nuestra era, y en desligar los acontecimientos que se describen en ellos de las primeras comunidades cristianas. Los autores de los textos son identificados como esenios, practicantes de un tipo de judaísmo rigorista opuesto a los fariseos. Sin embargo, desde los primeros momentos también, otros historiadores, como Cecil Roth o Godfrey Driver, comenzaron a plantear la posibilidad de que los manuscritos reflejaran acontecimientos de la era cristiana.

En esta línea de trabajo que discrepa de las tesis oficiales hay que destacar los estudios de Robert Eisenman, profesor de la California State University en Long Beach y autor de libros como: *The Dead Sea Scrolls Uncovered* (con Michael Wise) (1992), que presenta una traducción de los textos más importantes; *James the Brother of Jesus* (1997); *The New Testament Code* (2006) o el recién publicado: *Breaking the Dead Sea Scrolls Monopoly* (2018). Este estudioso tuvo también una influencia decisiva en la larga lucha que llevó a conseguir la puesta de los manuscritos a disposición de todos los investigadores.

En sus libros, Eisenman presenta una teoría que arroja luz sobre los comienzos del cristianismo a través de una correlación entre los hechos descritos en los documentos de Qumrán y los libros del Nuevo Testamento. Los textos de Qumrán, según él, se relacionan con un importante movimiento nacionalista mesiánico existente en la Palestina del siglo I, que luchaba contra la dinastía herodiana, el clero colaboracionista y los romanos invasores. Los partidarios de este movimiento habrían recibido nombres diversos como esenios, zelotes, nazorenos (de *Nozrei ha-Brit*: «Guardianes de la Alianza») u otros, y su celo variaría desde el pacifismo hasta una actitud extremadamente violenta. Eisenman propone que la Iglesia primitiva formaba parte en realidad de este movimiento y, aunque no son citados por sus nombres, identifica a diversos personajes evangélicos en los documentos de Qumrán. Así Santiago, el hermano de Jesús, sería el denominado «Maestro de Justicia», uno de los jefes de la comunidad. El asesinato de este personaje provoca un levantamiento generalizado en Judea que será aplastado y terminará con la caída de Masadá en el año 74.

Sin embargo, los hechos anteriores nunca hubieran determinado la aparición de una nueva religión, pues todo este movimiento defendió siempre la más estricta ortodoxia judía. El cambio en las creencias se relaciona para Eisenman con la aparición en los manuscritos de un personaje denominado en ellos «el Mentiroso», que él no duda en identificar con el Pablo del Nuevo Testamento. Este personaje, aunque integrado en el movimiento, defiende una observancia laxa de la Ley y una política de apaciguamiento respecto a los romanos, lo que lo lleva a un enfrentamiento con el «Maestro de Justicia». Tras su huida, y con el vacío de poder creado por la caída de Jerusalén, sería él quien de-

sarrollaría sus propias ideas en una doctrina que, al incorporar elementos de otras religiones, terminaría alejándose completamente de su supuesto fundador.

Es éste un caso en que las discrepancias entre estudiosos desbordan el interés puramente académico, porque la peripecia vital de aquellos personajes de la Palestina del siglo I ha tenido una trascendencia que ningún contemporáneo suyo hubiera podido imaginar. Todo invita a pensar que dataciones y estudios cada vez más rigurosos en la región podrían ayudar a perfilar una imagen histórica de las primeras comunidades cristianas, y la información disponible hasta el momento sugiere que ésta podría resultar ciertamente revolucionaria. No dejaría de tener su gracia que al final fueran los curas guerrilleros comprometidos completamente con la liberación de sus pueblos y denigrados por la jerarquía, como los inolvidables Camilo Torres o Gaspar García Laviana, los cristianos más cercanos a la emergente imagen de un Jesús luchador contra la ocupación romana.

Las memorias de un gran viajero. Reseña de *A través del Islam*, la *Rihla* de Ibn Battūta

Publicado en *Literaturas.com* (noviembre de 2005)

En el siglo XIV, el Viejo Mundo recupera un equilibrio precario tras las invasiones y devastación de los mongoles. Éstos han dado lugar a dinastías que se mantienen desde China y Asia central hasta Irak —donde gobiernan los iljaníes que pusieron fin al califato abbasí en 1258— y el sur de Rusia —bajo el janato de la Horda de Oro—. Es un tiempo también en que el Imperio bizantino ve declinar sus fuerzas, y el poder otomano que habrá de destruirlo crece desde un pequeño núcleo hasta dominar toda Anatolia. El empuje mongol fue sólo detenido por los mamelucos que rigen Egipto y Siria en ʻAyn Jālūt (1260), cerca de Nazaret, batalla en la que, curiosamente, el ejército mongol iba al mando de un general cristiano, el turco Kitbuga. Esta victoria deja a salvo dos reinos importantes en el norte de África: el de los meriníes (siglos XIII-XV) en Marruecos, y el de los hafsíes (siglos XIII-XVI) en Túnez. Un enclave musulmán en franco retroceso en el sur de la península ibérica (toma de Algeciras en 1344) y el sultanato de Delhi, sucesión de dinastías turcas y afganas (siglos XIII-XVI), en el norte de la India, completan una relación de las regiones islamizadas en aquel tiempo.

Todo el panorama que acabamos de esbozar es recorrido por Ibn Battūta, un viajero tangerino que parte de su tierra muy joven, en 1325, con el propósito inicial de cumplir la visita a La Meca y ampliar sus estudios jurídicos con eruditos de Egipto y Siria. La pasión por conocer lugares remotos que se adueña de él enseguida y las facilidades concedidas a los viajeros en el mundo musulmán explican su largo periplo que le lleva en veintitrés años a los más remotos confines del islam.

En 1353, de regreso en su tierra y a petición del sultán meriní Abū ʻInān, Ibn Battūta dicta los recuerdos de sus viajes a un escritor granadino, Ibn Juzayy, que embellece el texto con citas literarias de diversos autores. El resultado es una *rihla* («relato de viaje»), género aparecido en el siglo XII en Marruecos y Al-Ándalus y caracterizado por describir viajes de peregrinación y formación.

Serafín Fanjul y Federico Arbós prepararon en 1981 la primera versión española de la *Rihla* de Ibn Battūta, que presentaron con el título de *A través del Islam*. Una amplia introducción de estos mismos autores ofrecía un análisis detallado de las características y contexto de la obra. La que se presenta ahora es una nueva edición de aquel libro, corregida y revisada por Federico Arbós.

Para el estudioso, la *Rihla* de Ibn Battūta es un libro imprescindible con una enorme cantidad de información de primera mano, geográfica e histórica, sobre el mundo musulmán del siglo XIV. Para el lector que no tiene estas inquietudes, es sobre todo la oportunidad de ver, oler y escuchar algunos destellos de aquel universo lejano y perdido. Aunque no pocos aspectos de la obra nos aburran hoy, como la incansable repetición de milagrerías infantiles, o la enumeración farragosa de los personajes notables y santuarios de cada ciudad, hay otras muchas páginas que conmueven y excitan la imaginación. Así, en Oriente Medio por ejemplo, las descripciones de Bagdad y Damasco nos llevan de la mano a recorrer los zocos ajetreados y orar en las mezquitas, y a relajarnos también en baños suntuosos. Nos acercamos luego a besar entre apretujones la Piedra Negra, «la diestra de Dios en este mundo», descrita con todo detalle, en el interior de la sagrada Kaʻba de La Meca. El entusiasmo de visitar estos lugares míticos se transmite enteramente al lector.

Es inolvidable también la visita a los dominios de la Horda de Oro (sur de Rusia), con su capital Sarā y un deslumbrador *urdū* («campamento-corte»), trashumante por amplias estepas donde pastan caballos. Desde allí, nuestro autor se acerca a visitar Bizancio, y nos habla del barrio de Gálata, habitado por cristianos latinos, y del recinto amurallado, donde no se le permite el acceso al interior de Santa Sofía: «*No dejan entrar a nadie que no se arrodille ante la gran cruz que tienen allí. Pretenden que es lo que queda del madero donde fue crucificado el hombre que se parecía a Jesús*» —Recordemos que según el Corán, Jesús fue reemplazado en la cruz por un doble—. En la ciudad le sorprende sobre todo el sonido estruendoso de las campanas. En el viaje de regreso conoce los rigores del invierno ruso*: «Ha-*

cía las abluciones con agua caliente, cerca del fuego, pero no caía una sola gota que no se helase al momento (...) y no podía montar yo solo a caballo, por la mucha ropa que llevaba puesta: tenían que subirme a la caballería mis compañeros».

En Asia central, por Bujārà y Samarcanda, las destrucciones de los mongoles son evidentes y aparecen descritas con consternación. Hablando de Bujārà se dice: «*El maldito Tankīz* (se refiere a Gengis Kan) *el tártaro, abuelo de los reyes de Irak, la asoló. Ahora casi la totalidad de sus mezquitas, madrasas y zocos están en ruinas*». Desde allí el viajero se encamina hacia Afganistán y la India, que es visitada en el momento en que comienza el declive del sultanato de Delhi, un tiempo de sublevaciones, guerras y degollinas que se relatan prolijamente. Es en este ambiente turbulento y fastuoso donde la carrera política de Ibn Battūta llega a su clímax. Si a lo largo del viaje, precedido enseguida de gran fama de viajero y erudito, era agasajado casi siempre por los sultanes de los territorios que atravesaba, en la corte de Muhammad ibn Tugluq Shāh alcanza el rango de cadí de Delhi y se convierte en uno de los favoritos. Las generosidades y crueldades de este soberano llenan muchas páginas de la *Rihla*. De él se nos dice: «*Era de esa clase de hombres a los que gusta por encima de todo hacer regalos y derramar sangre. A su puerta nunca falta un pobre que se enriquece o un vivo que muere*». Las costumbres extrañas observadas por estas tierras son recogidas con interés.

Tras visitar la India, Ibn Battūta recala en las islas Maldivas, de las que presenta la primera descripción geográfica rigurosa. Tras tantos escenarios insólitos, al lector actual le sorprende descubrir lugares y costumbres que apenas han cambiado en nuestra época. Se dice hablando de estas islas: «*Están tan cerca que, cuando sales de una, ya ves aparecer las copas de las palmeras de la otra*». Desempeña aquí también el tangerino funciones de cadí y contrae varios matrimonios. Hablando de ello, y a pasar de que rondaba por entonces ya los cuarenta años, manifiesta no ser infatigable sólo como viajero: «*Esta alimentación a base de pescado y productos del cocotero da un vigor maravilloso y sin igual en la coyunda (...) Yo tuve en estas islas cuatro mujeres, aparte de las esclavas, y a todas les hacía la ronda diaria, pasando luego la noche con la que le correspondía por turno; y esto, durante el año y medio que estuve allí*». Lo cierto es que a Ibn Battūta lo vemos casi siempre acompañado de un harén del que no soporta separarse en los largos trayectos, y son numerosas las ocasiones en que describe satisfecho la adquisición de hermosas esclavas. No es óbice esto, sin embargo, para que se muestre siempre de forma sincera como un pío musulmán al que escandaliza cualquier relajación en las costumbres. En las islas Maldivas, por ejemplo, pone toda su autoridad de cadí en conseguir que las mujeres abandonen la perversa costumbre de llevar los pechos al descubierto; diremos también que sin demasiado éxito. Su ideal femenino eran sin duda las mujeres de Hinawr en la India: «*Son bellas y castas (...) y saben de memoria el excelso Corán*».

Tras una estancia en Indonesia, el viajero pone por fin rumbo a China, donde será agasajado por las florecientes comunidades musulmanas, y nos deja un fiel retrato de la inmensidad y pujanza del país: «*No hay en el mundo gente más adinerada que los chinos*», y también de las revueltas que caracterizaron el final del dominio mongol en el Celeste Imperio.

En su regreso Ibn Battūta cruza territorios que están siendo asolados por la peste negra, la misma plaga de la que huyen los jóvenes del Decamerón y que mata a Alfonso XI en el sitio de Gibraltar. Ya en su país, emprende todavía algunos viajes por encargo del sultán, el primero de ellos por un Al-Ándalus que observa en serio declive: «*¡Fortifique Dios las grietas del islam en esas regiones!*». Un último periplo le lleva a atravesar el Sáhara hasta Tombuctú y Gao sobre el río Níger, que es confundido con el curso superior del Nilo en un error comprensible si consideramos los conocimientos geográficos de la época. La *Rihla* da noticia puntual de los paisajes exóticos y las costumbres de los negros, escandalizándose, como no podía ser menos, de la promiscuidad que reinaba entre aquellas gentes.

Aunque la veracidad de ciertos fragmentos de la *Rihla*, como un pretendido viaje a Bulgār, en Rusia, o la estancia en Pekín, ha sido cuestionada por los algunos historiadores, la mayor parte de la información presentada es verosímil, y muchos datos han sido confirmados por otras fuentes. Ibn Battūta es un observador atento y minucioso, y a pesar de haber perdido toda la documentación escrita que llevaba con él, sus descripciones de la flora, la fauna y los paisajes son rigurosas. Los detalles que da sobre economía, industria y precios en todas las regiones que atraviesa son también notables. La integración de estos datos con los aportados por viajeros cristianos de esa época, como Marco Polo o Ruy González de Clavijo, permite dibujar un retrato fiel de aquel mundo marcado por la furia guerrera de Gengis Kan y sus huestes.

Leyendo la *Rihla*, la compleja personalidad del tangerino se dibuja ante nosotros. Aprendemos a quererle, a odiarle un poco también, a envidiarle sin duda. Y tal vez sea éste uno de los mayores atractivos del libro, hacernos sentir entrañablemente próximos a un hombre como tantos otros de un siglo lejano.

En pos del Milenio, de Norman Cohn. Revolucionarios milenaristas y anarquistas místicos de la Edad Media

Publicado en *Rebelión* el 28 de enero de 2020

Norman Cohn (1915-2007) tuvo que interrumpir su formación como historiador en la Universidad de Oxford para servir durante la Segunda Guerra Mundial en el British Army, donde pronto sus habilidades en lenguas modernas hicieron que se le asignaran trabajos de inteligencia. Destinado en Viena en los primeros años de postguerra, escuchó numerosos testimonios de víctimas del nazismo, y éstos resultaron fundamentales para perfilar el que habría de ser tema de estudio principal en su dilatada trayectoria investigadora posterior: un análisis de las condiciones históricas que propician persecuciones y genocidios, y de los mecanismos por los que determinadas minorías llegan a convertirse en «chivos expiatorios» y concentrar sobre ellas la frustración de las masas.

Publicado en su edición original inglesa en 1957, *En pos del Milenio* ofrece un estudio exhaustivo de los movimientos que se desarrollaron entre los siglos XI y XVI en la Europa del norte y central, y que espoleados por interpretaciones milenaristas y apocalípticas propiciaron una agitación social que hoy vemos como precursora de las revoluciones de los siglos XIX y XX. Pronto la obra se convirtió en referencia esencial sobre estos asuntos y en la más influyente y conocida de Norman Cohn. La edición de Pepitas de Calabaza que aquí se reseña es de 2015 y presenta una traducción de Julio Monteverde de la tercera y definitiva versión inglesa de 1970.

Base ideológica: profecías apocalípticas y herejías

El primer elemento ideológico a considerar son los relatos sobre el fin de los tiempos tradicionales en el judaísmo y también posteriormente en el cristianismo. El Apocalipsis de san Juan, con sus conmovedores pasajes sobre la derrota del Anticristo y la restitución del Reino de Dios fue interpretado muchas veces de forma literal durante los primeros siglos en que los fieles sufrían persecución, aunque después, tratadistas como Orígenes o san Agustín resaltan su carácter alegórico. Son importantes asimismo los documentos conocidos como *Oráculos sibilinos*, de gran difusión en la Edad Media, que ofrecen relatos proféticos sobre el fin de los tiempos no muy diferentes de los de san Juan.

El segundo sustrato para estos movimientos lo proporcionan algunas de las interpretaciones ajenas a la norma, consideradas heréticas, que jalonan la historia del cristianismo. Entre éstas, tienen especial relevancia las promovidas por reformadores que se presentaban como abanderados de un genuino espíritu evangélico y arremetían contra el lujo y la lujuria del clero, santos milagreros, sedicentemente ungidos por la gracia divina, que enseguida acaudillaban rebaños iletrados. Se describen ejemplos ya desde el siglo VI en Francia y luego también en los Países Bajos, pero es sobre todo a partir del XI cuando estos mensajes van a calar profundamente entre los pobres y oprimidos desencantados de la Iglesia oficial.

Base social y económica

Pero quiénes son estos pobres a los que va a llegar el mensaje de los nuevos mesías. En el siglo XI, en Flandes y el valle del Rin comienza una incipiente industrialización que, unida a la superpoblación en el campo, va a propiciar la emigración a las ciudades. Cuando éstas son incapaces de absorber estos flujos, crecen el desarraigo y el desequilibrio social, y la miseria afecta a amplias capas de población. La organización de la Primera Cruzada a partir de 1095 dio lugar a «ejércitos de pobres» que buscaban la égida de caudillos en los que identificaban a los monarcas universales de los relatos apocalípticos. Unía a estos *pauperes* su reivindicación del «Reino de Dios» y su odio a los infieles, y pronto destacaron por la persecución a las comunidades judías que hallaban a su paso, aunque las clases pudientes y los clérigos de la Iglesia oficial, considerados corruptos, tampoco se libraron de sus iras.

La protesta de las masas hundidas en la miseria toma así un cariz netamente religioso y en los siglos siguientes va a extenderse, junto a la industrialización y los flujos de población, por Francia, Holanda y Alemania, al tiempo que las sucesivas cruzadas que se predican sirven de fermento aglutinador. Un personaje fundamental es el emperador Federico II (1154-1250), que con su oposición al papado fue reivindicado por los que buscaban construir una nueva Iglesia espiritual, en la estela de las enseñanzas de Joaquín de Fiore. En Francia, la agitación de los *pauperes* se prolonga hasta finales del siglo XIV, cuando la guerra de los Cien Años favorece una consolidación del poder real y la ruina de la industria induce una reducción de población, pero en Alemania seguirá hasta principios del XVI, aferrada a profecías que prometían el regreso escatológico de Federico II como monarca universal.

Flagelantes y herejías del Libre Espíritu

En los movimientos descritos, dos tendencias presentan interés particular. La autoflagelación se encuentra en Europa entre ermitaños de Italia a comienzos del siglo XI, y en el siguiente son comunes ya en el país procesiones de flagelantes, que en aquellos años de guerra, hambre y peste, y en una sociedad dominada por la religión, pueden considerarse un intento desesperado de impetrar la gracia divina. Poco después estas prácticas aparecen en Alemania, y se extenderán luego por el sur de Europa, aunque será sobre

todo al norte de los Alpes donde tendrán carácter herético y estarán ligadas a visiones esotéricas y escatológicas, con pogromos y persecución de clérigos y propietarios que alcanzan su máxima expresión en el gran movimiento de flagelantes de mediados del siglo XIV.

El culto del Libre Espíritu surge hacia 1200 en la influyente Universidad de París con los denominados amaurianos, seguidores del filósofo Amaury de Bène, panteístas místicos en la estela neoplatónica, que son perseguidos con cárceles y hogueras. Sus enseñanzas se extienden, sin embargo, y pronto incorporan rasgos apocalípticos y una devoción a la indigencia, como estandarte contra el incipiente capitalismo que creaba aberrantes desigualdades. Son conocidos después como begardos o Fraternidad del Libre Espíritu, pobres voluntarios que viven de la mendicidad y representan la versión laica y herética de lo que los franciscanos defendían dentro de la ortodoxia. Las beguinas fueron comunidades de mujeres con ideas similares a las de los begardos, y que mantenían estrecha relación con ellos.

Cohn describe las doctrinas de estos movimientos y la historia de su propagación, así como la dura represión que sufrieron, a partir del siglo XVI por parte también de los protestantes. Se entrelazan en ellos misticismo de alto nivel con autodeificación y egoísmo exacerbado, amoralidad, promiscuidad sexual y delirios aristocratizantes. Todo ello desemboca a veces en prácticas revolucionarias: expropiaciones y comunidad de bienes, más allá de la tutela de familia y Estado, algo que puede ser descrito como un anarquismo místico y cuya estela puede trazarse en Europa hasta el siglo XVII. A estos epígonos dedica el autor la parte final de la obra.

El milenarismo igualitario como anarquismo místico

En Grecia y Roma era bien conocido el mito de una antigua Edad de Oro o reino de Saturno, fraternal e igualitaria, sin propiedad privada ni explotación. Estas ideas encuentran eco en los estoicos, que defienden la igualdad esencial de los seres humanos, y son incorporadas siglos después al cristianismo. De todas formas, dentro de éste, mientras autores como san Agustín sostenían esto mismo, lo cierto es que la Iglesia oficial participaba del sistema esclavista imperante. En el siglo XIII el mito renace en un poema de Jean de Meun, *Le roman de la rose*, que alcanza gran difusión, y hacia 1370 impregna y guía los anhelos de los campesinos y artesanos insurgentes de Flandes, el norte de Francia y, enseguida, de Inglaterra.

En esta época, ideas similares se extienden por Bohemia y a finales del siglo, con la predicación de Jan Hus, desbordan sus fronteras. Tras la ejecución de éste en 1415, el movimiento se divide y su ala izquierda, los taboritas, profetiza el alba de una nueva sociedad igualitaria, de pobreza apostólica y pureza moral, pero cuya materialización acarreaba con frecuencia miseria y violencia. La persecución de los taboritas degeneró en una guerra a la que ellos dieron tintes milenaristas y apocalípticos, y culminó con su derrota y exterminio en la batalla de Lipany (1434), aunque sea posible identificar ecos suyos en la centuria siguiente, en la misma Chequia y regiones próximas.

En 1474 Hans Böhm comienza en Niklashausen, cerca de Würtzburg, una predicación que recuerda las de las cruzadas de pobres de unos siglos antes, pero con el milenarismo de aquéllas sustituido por una invocación al «estado de naturaleza» de los taboritas radicales, que va sazonada con ataques furibundos a la *avaritia et luxuria* del clero. Aunque muy pronto se le condena a la hoguera, otros tomarán el relevo en los años siguientes, y entre ellos destaca Thomas Müntzer, un sacerdote de Turingia con una amplia instrucción, que desarrolla una mística con influencias taboritas y predica contra clérigos corruptos y gobernantes ateos una guerra apocalíptica de la que habría de emerger el nuevo milenio igualitario. Errante por Alemania y violentamente enfrentado con Lutero, Müntzer es uno de los inspiradores de la revuelta campesina que estalla en mayo de 1525. Derrotada ésta es decapitado el 27 de ese mes.

En los años posteriores se extiende por Suiza y Alemania un nuevo movimiento, caracterizado por su despreocupación teológica y por centrar su interés en una ética de fraternidad social, crítica con la propiedad privada. Son los anabaptistas, esencialmente pacíficos, pero que enseguida incuban dentro de ellos el virus escatológico, y no dudan en ocasiones en recurrir a la violencia para traer el Reino de Dios. Estos radicales son los que toman el poder en Münster en 1534 y establecen una comuna que es minada luego por disensiones internas y acaba degenerando en monarquía. La ciudad cae en junio de 1535, y con el exterminio de sus líderes, el anabaptismo milenarista sufre un rápido declive.

Reflejos del pasado en el presente

Los movimientos descritos en el libro canalizaban su protesta contra penosas situaciones de explotación y miseria a través de profecías apocalípticas o mitos de la Antigüedad clásica. De esta forma, la liberación de la opresión tomaba un carácter religioso de salvación que involucraba además una transformación radical del mundo. La Iglesia oficial, dominada por *avaritia et luxuria* y cómplice de la expoliación, se convertía en enemigo a batir, al tiempo que la indefensión de los débiles buscaba siempre la égida de reyes justos y poderosos, monarcas escatológicos del dogma milenarista. Se observa también que los que aceptaban el mensaje eran sobre todo los sectores marginados, arrojados por los cambios sociales a una situación insostenible. El desencadenante de las revueltas eran muchas veces catástrofes naturales.

Cohn concluye su obra buscando ecos en el siglo XX de la historia descrita, y es aquí donde podemos encontrar aspectos discutibles. No resulta difícil estar de acuerdo con él en que los mecanismos de demonización de los judíos son similares en las dos épocas, pero su identificación de los movimientos revolucionarios del siglo XX con las fantasías milenaristas de taboritas, müntzerianos y anabaptistas radicales parece en exceso simplista. La versión reseñada incluye también las conclusiones de la primera edición inglesa de 1957, que son en este sentido aún menos admisibles, pues se equipara sin matices el anticapitalismo con el pensamiento del comunismo autoritario, ignorando la lucha que ha existido, ya desde la Primera Internacional, entre tendencias autoritarias y libertarias dentro del campo revolucionario.

El libro nos adentra en las convulsiones de un tiempo lejano en el que ciertamente no es difícil ver rasgos del presente, aunque el dominio absoluto por entonces de una religión llena de mitos y verdades reveladas hace que aquello nos parezca más que nada una sombría caricatura de lo de hoy. En nuestro tiempo, las profecías se han vestido de ciencia y son bastante más sutiles, aunque no por ello menos peligrosas. Con esta perspectiva, hay que decir que resulta muy oportuna, con su aguda ironía, la visión que se nos ofrece de los sectores más historicistas y dogmáticos del anticapitalismo en el espejo de los apóstoles de la Jerusalén celestial, afianzada más allá de cualquier duda por profecías sagradas y maestros infalibles.

Fray Dulcino y Margarita. Mesianismo igualitario y resistencia montañesa, de Tavo Burat

Publicado en *Rebelión* el 3 de julio de 2017

La edición original en italiano de este libro (2013) se planteó como un homenaje a la memoria de Tavo Burat (1932-2009), periodista y escritor piamontés comprometido con el estudio de las rebeliones montañesas del siglo XIV. La obra recoge una selección de textos suyos acerca de unos movimientos cuya herencia no se cansó de reivindicar, por cuanto significaban a su juicio un hito fundamental en la lucha de los montañeses contra el capitalismo que se imponía, ayer como hoy, desde los centros económicos de la llanura. La versión española apareció en el catálogo de Virus en 2016 (trad. de Javier Oliden) con el título *Fray Dulcino y Margarita. Mesianismo igualitario y resistencia montañesa.*

La obra comienza poniendo de manifiesto la tradición igualitaria del cristianismo primitivo, que será recuperada por diferentes movimientos del siglo XIV frente a la degeneración de la Iglesia oficial, enriquecida y corrupta. El precursor de éstos fue Joaquín de Fiore (c. 1145-1202), que profetizaba el advenimiento de una era del Espíritu en la que, abolidas las jerarquías, se alcanzaría una comunidad de contempladores en perfecta caridad. Él fue uno de los inspiradores de Francisco de Asís, fundador de la orden franciscana en 1207. Años después, cuando dentro de ésta se produjo la división entre «espirituales» y «conventuales», Joaquín continuó siendo la principal referencia de los primeros.

En 1260, Gherardino Segalello solicita el ingreso en el convento franciscano de Parma, y tras ser rechazado, probablemente por sus ideas radicales, vende su casa y reparte el dinero. Después comienza a predicar, formándose pronto en torno a él un grupo de «apostólicos», que tratan de imitar a los primeros seguidores de Jesús, y cuyos miembros se denominan a sí mismos «mínimos», en desafío a los «menores» (franciscanos), y reivindican para ellos la herencia de Francisco. Su propósito era construir un mundo nuevo por la caridad y el arrepentimiento, y *Poenitentiam agite* («haced penitencia») era uno de sus lemas favoritos. La expansión del movimiento inquietó a las autoridades religiosas, que desataron una persecución contra él y llevaron a Gherardino a la hoguera el 18 de julio de 1300.

La agitación apostólica continúa tras la muerte de su iniciador con la energía que otorga el martirio de un líder, y otro surge enseguida para reemplazarlo, que resulta ser el hermano Dulcino de Novara. Éste salta a la historia al publicar un mes después del suplicio de Gherardino la primera de sus cartas, dirigida a los apostólicos, con rasgos proféticos y apocalípticos, que alcanza un enorme éxito. En su segunda carta, de 1303, se presenta como director de un amplio movimiento que se extiende por diversas provincias del norte de Italia, y en la tercera, hoy perdida, se postula como próximo papa, cargo al que pensaba acceder con el apoyo de Federico de Sicilia, vaticinado a su vez como futuro emperador.

Perseguidos en la región del Trentino, Dulcino y los suyos se ven obligados a huir, y es en este momento cuando su historia se entrelaza con la de las recurrentes rebeliones contra los señores feudales de los campesinos montañeses de la Valsesia, en el norte del Piamonte, en busca siempre de la propiedad de las tierras que trabajaban. Éstos acogen a los dulcinianos y cuando en 1305 y 1306 se envían tropas desde la llanura para someterlos, su resistencia conjunta logra hacerlas retroceder. Un segundo ataque mejor organizado concluye con una defensa desesperada en el monte Rubello, y tras la batalla decisiva el 23 de marzo de 1307, Dulcino y su inseparable compañera, Margarita de Trento, son hechos prisioneros y poco después quemados en la hoguera. Dulcino fue además atrozmente torturado.

La doctrina de los apostólicos, en la senda de otros movimientos pauperísticos medievales, fundamentaba su re-

chazo de la jerarquía eclesial, escandalosamente opulenta, en la certeza de haber sido elegidos para restituir la pobreza de los primitivos cristianos, y defendía la libertad sexual. Practicaban además la comunidad de bienes y les iluminaba un espíritu de igualdad entre mujeres y hombres, de relación directa con Dios, sacerdocio universal y abolición de los recintos sagrados. Las secuelas del movimiento en Francia, Italia, Alemania, Inglaterra y Chequia fueron reprimidas con saña tanto por católicos como por protestantes a lo largo de los siglos XIV al XVI, pero su mensaje llega hasta nuestros días en las comunidades huteritas del oeste de Canadá y Estados Unidos. Para Tavo Burat, lo que se manifiesta en estos movimientos es un «anarquismo cristiano», que halla su fundamento en algunas máximas del Evangelio y en la vida de los primeros seguidores de Jesús.

La reivindicación historiográfica de la gesta de los dulcinianos no se produce hasta el siglo XIX, cuando el movimiento obrero descubre en ellos a quienes pueden ser considerados sus precursores. Hoy día se reconoce sin ambages su significado como hito en la eterna lucha de los montañeses de los Alpes en defensa de su secular forma de vida comunista e igualitaria. Acogiendo a Dulcino y los suyos, cuya visión del cristianismo encajaba perfectamente con sus propias tradiciones, éstos plantaron cara una vez más al mercantilismo que amenazaba desde el sur. La derrota que sufrieron supuso el comienzo del fin de la civilización alpina, y la transformación de sus tierras en una colonia explotada cultural y económicamente en nombre del «desarrollo».

Tavo Burat nos presenta a Dulcino como el héroe mítico de una lucha, que aún continúa, por el desarrollo sostenible de las biorregiones y la dignidad y libertad de sus habitantes.

Jan Hus, hereje e inspirador de revoluciones

Publicado en *Rebelión* el 4 de octubre de 2022

La memoria de Jan Hus está viva en su Chequia natal, como lo prueba el hecho de que un gran monumento en su honor presida la emblemática plaza de la Ciudad Vieja de Praga. Sacerdote versado en filosofía y teología, combatió con inspirado rigor la degradación de la Iglesia católica, su riqueza y abusos, y dedicó críticas al papado que resonaron por toda Europa.

Excomulgado y condenado por herejía, Hus terminó sus días en una pira por decisión de un concilio, pero poco después de este crimen, los protestantes reivindicaron su mensaje, y tanto ellos como muchos ortodoxos lo incluyen hoy en sus santorales. El papa Francisco afirmó en 2015: «*La muerte de Jan Hus hirió de gravedad a toda la Iglesia católica y se debería pedir perdón por ella*».

Sintetizaré aquí la vida y las ideas de aquel hombre admirable, y trataré de mostrar cómo su influencia fue decisiva en la revolución social que estalló en Bohemia después de su muerte. Me serviré para ello de dos libros reveladores del historiador checo Josef Macek: *¿Herejía o revolución? El movimiento husita* (Ciencia Nueva, 1967) y *La revolución husita* (Siglo XXI, 1975).

Un hombre para cualquier ocasión

Jan Hus nació hacia 1370 en Husinec, una pequeña villa del sur de Bohemia, en una familia de campesinos pobres, y desde niño sintió una pasión por la religión que, unida a su inteligencia, hizo posible que completara estudios en la Universidad de Praga. Allí se nutrió sobre todo del realismo del franciscano Duns Scoto (1266-1308) y no sintonizó con las especulaciones de nominalistas e idealistas. Se ordenó sacerdote en 1400, y nueve años después culminó una brillante carrera académica al ser nombrado rector de su *alma mater*. Las opiniones que expresaba desde el púlpito y en sus escritos eran una referencia en aquella Praga de comienzos del siglo XV.

No era ciertamente Hus amigo de circunloquios, y en una época marcada por pugnas entre papas y antipapas y venta de indulgencias, destacó por sus invectivas contra la corrupción de la Iglesia. Sus argumentos los tomaba en buena parte del teólogo inglés John Wycliffe (1320-1384), muy crítico en sus libros con la acumulación de riquezas por el clero, contradictoria con la pobreza evangélica, y con la autoridad del papado en general.

Las homilías de Hus provocaron protestas de los defensores de la jerarquía y se llegó incluso a ejecutar a algunos contestatarios. Él mismo fue excomulgado, y aunque por un tiempo siguió predicando, en 1412 se le obligó a abandonar Praga. Esto no impidió que sus ideas, plasmadas en obras como *De Ecclesia* (1413), gozaran de amplio apoyo por todo el país y allende sus fronteras.

En 1414, Segismundo de Hungría, Rey de Romanos, convocó un concilio en Constanza con el fin de acabar con las disensiones que minaban la Iglesia. A nuestro teólogo le prometió un salvoconducto para que viajara allí y él no dudó en hacerlo, entusiasmado de poder demostrar en tan alto foro la solidez de sus tesis. Sin embargo, sus enemigos actuaron con presteza y lo encarcelaron apenas hubo llegado. En el proceso contra él, se entresacaron fragmentos antiautoritarios de sus libros, con los que se pretendía predisponer a Segismundo en su contra. Él negó que algunas afirmaciones fueran suyas, y otras las justificó como fundadas en las escrituras.

Condenado, Hus en varias ocasiones rehusó retractarse, con lo que hubiera salvado la vida, y al fin fue entregado al

brazo secular para su ejecución. Fue quemado el 6 de julio de 1415, y se dice que mientras las llamas crecían gritó por tres veces: «*¡Cristo, hijo del Dios vivo, ten piedad de mí!*», una forma de la oración de Jesús. Sus cenizas fueron arrojadas al Rin para evitar la veneración de sus restos.

Las guerras husitas

En sus libros, Joseph Macek pone de manifiesto lo que significaba en realidad el ideario de Jan Hus y su carácter netamente revolucionario en lo social. Reivindicar la pobreza de la Iglesia era atacar a la más prestigiosa de las instituciones feudales y defender el derecho de los desposeídos a la tierra que cultivaban y los frutos de su trabajo. A nadie se le escapaba esto y las argumentaciones teológicas rezuman, si se auscultan adecuadamente, su verdadero y profundo sentido. Hus perece por un contubernio de los poderosos, pero enseguida los que habían captado la crítica de la sumisión y explotación implícita en sus doctrinas se apresturaron a la lucha. Hay que considerar además que, aparte de la guerra social que está a punto de desencadenarse, otros dos aspectos convergen, según Macek, en las sublevaciones que se inician en ese momento: la pugna de los checos por su independencia frente a los alemanes que colonizaban el país y la revuelta de los clérigos reformistas contra la jerarquía eclesial corrupta.

Tras la ejecución de Hus, los nobles bohemios protestaron airadamente, a lo que Segismundo respondió con una declaración de guerra. En 1419 los husitas lograron hacerse dueños de Praga, pero enseguida se comprobó que el movimiento aglutinaba las variadas tendencias indicadas, que conformaban dos grandes grupos. Por un lado iban un conjunto de aristócratas, clérigos y burgueses con pretensiones nacionalistas y reformistas, conocidos como «utraquistas» —por ser partidarios de la comunión con ambas especies—. Junto a ellos, pero no confundidos, iban los defensores de la revolución social, llamados «taboritas» por tener su sede en la ciudad de Tábor.

Obedeciendo una ley histórica bien fundada, los moderados utraquistas, ante el peligro de perder sus posesiones y privilegios feudales, terminaron aliados con los católicos contra la «chusma», pero lo que es más relevante en este caso es que la fuerza numérica del ala izquierda husita, su justa cólera y la competencia militar de algunos de sus líderes, como Jan Žižka (1360-1424), auténtico genio de la estrategia, o Procopio el Grande (1380-1434), hicieron necesarias cinco cruentas cruzadas para someterlos. La guerra asoló Bohemia y su resultado fue incierto hasta la derrota y masacre de los taboritas en la batalla de Lipany en 1434. Éstos tuvieron entonces que reconocer como rey a Segismundo, que hizo su entrada triunfal en Praga el 23 de agosto de 1436.

Un ensayo revolucionario

Josef Macek considera las guerras husitas, tal vez un poco patrióticamente, la más importante revuelta antifeudal de toda la Edad Media en Europa. Dentro del movimiento confluían, como se ha dicho, sectores de la pequeña nobleza y la burguesía, pero la gran masa social era, según él, la de los campesinos desposeídos y los pobres de los centros urbanos, que ocasionalmente pudieron desarrollar su propio programa. Esto ocurrió sobre todo en Tábor, ciudad fundada en 1420 por unos cuatro mil husitas radicales con el nombre del monte de Galilea en el que, según los Evangelios, se produjo la transfiguración de Jesús.

El experimento social iniciado en esta localidad 90 km al sur de Praga fue violentamente abortado en 1421, pero mientras funcionó trató de emular a los primeros cristianos con un igualitarismo que rechazaba la propiedad privada y cualquier jerarquía religiosa y mantenía como ceremonias sólo el bautismo y la eucaristía. Con esto vindicaban los taboritas el milenio de Cristo anunciado en el Apocalipsis, en el cual «*sólo él gobernará y no se pagarán tributos a los señores*». En aquellos meses se vivió un esbozo de una sociedad fraternal con comunidad de bienes, que sirvió de modelo y guía a las revueltas antifeudales posteriores. Fue significativa también la incorporación de las mujeres a todos los aspectos de la vida social y cultural durante este periodo de agitación.

Otra faceta esencial de las guerras husitas fue la defensa de la lengua y la cultura checas, que a partir de entonces experimentaron un rápido florecimiento. De hecho, Jan Hus tradujo al checo las Sagradas Escrituras y su texto mostró que este idioma era válido para expresar las más sutiles cuestiones teológicas. Prueba de la importancia de estos eventos en la conciencia nacional checa, es que el quinto de los seis poemas sinfónicos que componen la epopeya nacional *Má vlast (Mi patria*), de Bedřich Smetana, se denomina «Tábor» y está dedicado a la gesta de los «guerreros de Dios».

Los taboritas han sido acusados de saqueadores y criminales, pero habida cuenta de cómo acostumbraban ser los conflictos bélicos en aquel tiempo, nada evidencia una perversión especial en sus huestes. Lo que sí queda claro en las fuentes disponibles, es que el movimiento revolucionario, enfrentado a una campaña de exterminio por parte de nobles y prelados, defendió su proyecto de una sociedad sin explotación económica con un coraje que merece ser recordado y reivindicado. En las constituciones de la ciudad libre de Tábor, se expresaba la esperanza de una época «*sin reino, ni dominación, ni servidumbre, en la que todos los intereses e impuestos cesarán y ninguna persona obligará a otra a hacer nada, porque todos serán iguales entre ellos, hermanos y hermanas*».

Thomas Müntzer, teólogo de la revolución

Publicado en *Rebelión* el 12 de octubre de 2022

El filósofo alemán Ernst Bloch (1885-1977), con bases marxistas se empeñó enseguida en una exploración de territorios del ser humano que parecen vedados a la razón y sin embargo es urgente que sean iluminados por ella. En su concepción, música y arte aportan argumentos para entendernos y reivindicar la utopía, misión imprescindible pues el motor de la historia es la lucha de clases, pero también la ensoñación de mundos capaces de materializar nuestros anhelos.

Habida cuenta de esto, no es extraño que en su dilatada trayectoria de investigador, Bloch dedicara atención a personajes calificables como visionarios, pero que llevaron agua generosa a los molinos de la emancipación. En *Thomas Müntzer, teólogo de la revolución*, un trabajo de 1921, analiza la vida y las doctrinas de este ideólogo y protagonista destacado de las revueltas campesinas en Alemania a comienzos del siglo XV.

Esta obra de juventud de Bloch tiene la virtud de poner ante nosotros en su dimensión histórica completa a un hombre que, partiendo del potencial liberador que atribuía a las Sagradas Escrituras, fue capaz de ver más allá de la servidumbre feudal. La suya es una lección de compromiso con los desposeídos y enfrentamiento con todos los poderes, incluido el de la Iglesia reformada de Martín Lutero.

Fe en la revolución

Thomas Müntzer nace hacia 1489 en Stolberg, una pequeña ciudad en las montañas del Harz en Alemania, en una familia acomodada, y se ordena sacerdote hacia 1513. En los años siguientes, en los que la Reforma comienza a gestarse en el país, se gana la vida como predicador y preceptor privado, labores en las que manifiesta ya su heterodoxia.

Cuando a finales de 1517 Martín Lutero hace públicas sus noventa y cinco tesis contra el abuso de las indulgencias, Müntzer se adhiere a las críticas. En 1521 es obligado a abandonar la próspera Zwickau en la que residía, tras disputas con otros teólogos, y con orgullo firma así su última paga: «*Thomas Müntzer, qui pro veritate militat in mundo*». Después vive y predica en Praga y diversas ciudades alemanas. Los que lo conocieron lo describen de corta estatura, moreno de pelo y tez y de mirada fogosa, con el rostro ancho y huesudo. Era valiente, con algo de fanfarrón, y no codiciaba riquezas.

En 1523, Thomas fija su residencia en Allstedt (Sajonia), donde se casa con Ottilie von Gersen, una monja exclaustrada con la que tiene un hijo y que será su más eficaz y entusiasta colaboradora. En esta pequeña villa ultima su reforma litúrgica, traduciendo los textos de la misa al alemán e introduciendo partes cantadas en este idioma en los oficios, en todo lo cual es pionero. Su mayor alegría es el amplio apoyo popular a estos proyectos, que convocan los domingos a miles de feligreses, incluso de ciudades próximas. Instala también una imprenta, que sirve de poderoso medio de propaganda. En sus homilías y escritos, Müntzer defiende que los hombres pueden encontrar el camino hacia Dios y salvarse sin necesidad de intermediarios, con lo que los privilegios de la curia romana quedan en entredicho. Fustiga además los males sociales y reúne a su alrededor, en una «liga secreta», a los que comparten su visión.

Durante este tiempo en Allstedt, el distanciamiento con Lutero se acentúa, pues la revuelta de éste contra el poder eclesial la hace extensiva Müntzer a todos los que provocan la miseria del pueblo con sus abusos. Contra el conservadurismo social del que fuera fraile agustino, nuestro exaltado pastor de almas llama a una revuelta que traiga el milenio de Cristo y se esfuerza en sumar a ella a los sectores que considera propicios: labradores, mineros, obreros de las ciudades e incluso pequeños burgueses. Con este fin envía emisarios a las regiones próximas que tanteen adhesiones para una «*gran sublevación alemana*» con un programa netamente comunista: «Omnia sunt communia*, y cada uno debe recibir según sus necesidades y de acuerdo con las circunstancias*». Los enfrentamientos con la aristocracia local originados por estas prédicas y actividades hacen que en agosto de 1524 se vea obligado a huir de Allstedt.

Establecido en Mühlhausen (Turingia), Müntzer publica un opúsculo con abundantes citas en apoyo de sus ideas, sobre todo del Antiguo Testamento y el Apocalipsis, los territorios bíblicos más fértiles en ardor mesiánico; en la lucha imprescindible para liberar al ser humano de sus cadenas, no se desdeña el recurso a la violencia contra los que obstaculicen el alumbramiento del nuevo mundo. Expulsado otra vez, Thomas reside en Núremberg y recorre luego la Selva Negra y áreas aledañas incitando a la insurrección. De regreso en Mühlhausen ya en 1525, funda una milicia armada para defender el Reino de Dios y elige para ella una bandera blanca con un arcoíris e inscrita: «*La Palabra de Dios durará para siempre*». A finales de abril, toda Turingia arde.

La batalla decisiva tuvo lugar en Frankenhausen el 15 de mayo, y concluyó con la derrota total de las bandas amotinadas, carentes de estrategia y una dirección eficaz y engañadas por adversarios sin escrúpulos que violaron una tregua pactada. Müntzer fue capturado. Se dice que en su último discurso, ya en el patíbulo, amonestó a los príncipes y les exhortó «*a leer con aplicación las Sagradas Escrituras, para conocer el horrible fin que Dios reserva a los tiranos*». Fue decapitado frente a las puertas de Mühlhausen el 27 de mayo, su cuerpo empalado y su cabeza puesta en una estaca. Se calcula que en torno a cien mil participantes en el levantamiento fueron masacrados.

Ese mismo año de 1525, Martín Lutero publicó su opúsculo *Contra los campesinos asaltantes y asesinos*, en el que condenó duramente la revuelta y subrayó que el deber de un cristiano es sufrir la injusticia y en ningún caso recurrir a la violencia contra ella.

Un místico comprometido con la historia

Tras recordar su vida, en los capítulos finales de *Thomas Müntzer, teólogo de la revolución*, Bloch emprende un análisis de los aspectos teóricos de la predicación de su biografiado.

Dios es para Müntzer una vivencia interior y una presencia continua en el mundo, que fructifica en nuestros sentimientos más nobles. Él defiende que si eliminamos los obstáculos que la hacen inaudible, miserias y apegos, podremos escuchar la voz divina dentro de nosotros, pues la fe obra el milagro de propiciar la unión del alma con Dios. Estas concepciones se sitúan plenamente en la estela de la mística alemana de Meister Eckhart, Johannes Tauler o la anónima *Theologia Germanica*.

Sin embargo, otro rasgo esencial del pensamiento de Müntzer es que la fe halla su sentido sólo cuando se manifiesta en obras que dinamizan todo nuestro ser y son la marca de los justos. Esta visión desemboca en un anhelo milenarista y la misión de fundar el Reino de Dios en la tierra, ideas ajenas a los místicos alemanes anteriores.

La de Müntzer resulta, según esto, un raro ejemplo de una espiritualidad que no huye del mundo, sino que cristaliza en acción para cambiarlo. Él combatió con las armas en la mano para construir su utopía, pero al mismo tiempo su concepto de Dios y su relación con el hombre se integra en la tradición de misticismo cristiano que va de Joaquín de Fiore y los cátaros hasta el humanismo pacifista de Liev Tolstói, con aportaciones intermedias por toda Europa.

La trayectoria de Thomas Müntzer revela una apuesta por la revolución social y la superación del feudalismo, pero en ningún momento deja de ser un teólogo comprometido en cuerpo y alma con la reforma de la Iglesia. Para él, sólo la fe ha de transformar nuestra carne mortal en la esencia de Cristo, y así «*La vida terrena llegará a confundirse con el cielo*». Con esto él nos demuestra una vez más que, aunque la verdad es una, las formas de expresarla son infinitamente variadas.

3.2
El nacimiento del sistema-mundo

La hidra de la revolución, de Peter Linebaugh y Marcus Rediker. El proletariado en los siglos XVII y XVIII

Publicado en *Rebelión* el 14 de diciembre de 2022

Tendemos a considerar la historia como resultado de las actividades de unos selectos protagonistas humanos y unas instituciones, y así elaboramos nuestra imagen de los hechos. Contra este vicio tan arraigado, el empeño de los historiadores norteamericanos Peter Linebaugh (1943) y Marcus Rediker (1951) con *La hidra de la revolución* es presentar un muestrario de «*personajes ignorados y luchas olvidadas*» esenciales para aquilatar nuestra visión de la expansión capitalista de los siglos XVII y XVIII en el entorno del Atlántico. El libro fue publicado en 2000 y tras una primera versión castellana de Crítica en 2005, aparece ahora en el catálogo de Traficantes de sueños en una traducción de la propia editorial.

Los autores señalan en el comienzo del volumen que éste surge de una combinación de las tradiciones afroamericana, inglesa y norteamericana de la «*historia desde abajo*», en la línea de W. E. B. Du Bois, C. L. R. James, E. P. Thompson o H. G. Gutman, entre otros. El título procede de una imagen muy cara a los constructores del capitalismo en la época que se analiza. Ellos pretendían ser Hércules, edificando el «orden social» en lucha con la hidra de numerosas cabezas, que simboliza el caos. El libro trata de recuperar algo de la historia perdida de la clase multiétnica cuya explotación hizo posible el nacimiento del capitalismo, y lo hace a través de la captura de nueve momentos privilegiados del proceso.

El capitalismo echa a andar

El naufragio del Sea Venture en julio de 1609 en las Bermudas sirvió para que algunos de los que en él viajaban organizaran, sacando partido de la fértil naturaleza de las islas y colaborando ocasionalmente con los nativos de la región, una existencia que lograba una síntesis entre el comunismo primitivo del Nuevo Mundo y el comunismo plebeyo del Viejo Mundo. Era aquél un paraíso en la tierra que no congeniaba con los intereses crematísticos de la Compañía de Virginia, directora de la empresa colonial, con lo que fue militarmente desmantelado por los que poseían títulos de propiedad y cañones para respaldarlos.

Los autores describen el régimen de terror impuesto en Inglaterra en esta etapa temprana de expansión del capitalismo, en el que la prisión, los correccionales y el cadalso eran elementos básicos. Al otro lado del Atlántico se produce mientras tanto la acumulación primaria, a través de una «domesticación» de la naturaleza en la cual «leñado-

res y aguadores» tuvieron papel protagonista. Ellos realizaban labores como talar bosques, construir barcos y puertos, desecar pantanos o acondicionar plantaciones. El personal para esto se reclutaba, muchas veces a la fuerza, entre indigentes, marginales o delincuentes, que eran deportados a América.

La cobertura ideológica para esta expropiación la aportan filósofos como Francis Bacon, que imbuido de la labor hercúlea, llama al exterminio de los salvajes, viciosos por naturaleza, así como de amplios colectivos de criminales y herejes que ponen palos en las ruedas del «progreso». La sagrada misión de enriquecerse convirtiendo el mundo en mercancía y asesinando o esclavizando a sus habitantes queda dotada de este modo de un sólido fundamento: la lucha contra el caos en nombre de la civilización.

La voz de los de abajo en la Revolución inglesa

Los conflictos de poder del siglo XVII en Inglaterra sirvieron para encauzar la expansión capitalista, pero hasta que fueron marginadas por Cromwell, las ideas radicales tuvieron su momento, como se pone de manifiesto en un curioso documento que se presenta en el libro. Es éste un breve retrato literario de una sirvienta de raza negra y religión anabaptista, del que es autor el ministro de su congregación y que fue escrito entre 1672 y 1678. La espiritualidad que se transparenta en el texto nos lleva, a través del concepto de la «gloria de Dios», al de la «Nueva Jerusalén», un escenario idílico «*donde el león y el cordero yacerían juntos y se practicarían la rectitud, la justicia y la clemencia, sin acepción de personas*».

Otro momento interesante en el que aflora la «voz de los de abajo» corresponde al otoño de 1647, cuando tuvieron lugar una serie de debates en Putney, localidad en las afueras de Londres, entre Oliver Cromwell y los que defendían ideas democráticas en su ejército, liderados por Thomas Rainborough, los conocidos como *levellers* («niveladores»). Estos últimos eran partidarios de la permanencia de los derechos comunales en la campiña inglesa y contrarios a la esclavitud. Los debates pueden sintetizarse en la pugna entre democracia, por un lado, que de materializarse podría ser usada por los pobres para crear un mundo igualitario, y el concepto de propiedad, por otro, que si aspira a perpetuarse debe tener claro que ha de oponerse a dar voz a los de abajo.

Estos debates dieron sustento ideológico a la revuelta de Masaniello en Nápoles (1647), en la que el proletariado de una ciudad europea tomó el poder y gobernó solo por primera vez, y después sus ecos llegaron hasta Londres en dos ocasiones (1649, 1659-1660), Irlanda (1649-1651), Barbados (1649), el Río Gambia (1652) y Virginia (1663-1676). Los datos que Linebaugh y Rediker aportan muestran cómo la explotación que se estaba imponiendo desde arriba era contestada en escenarios muy diversos.

Nuevos gritos de los «sin voz» (1680-1760)

A finales del siglo XVII los Gobiernos se han dotado de un sistema financiero capaz de regular el comercio en el ámbito atlántico, constituyendo lo que se ha dado en llamar hidrarquía o Estado marítimo. Sin embargo, al mismo tiempo, los marineros, clase explotada que ha devenido en esencial, se oponen a ello utilizando como instrumento el propio barco que es el motor del capitalismo.

El libro describe en detalle la vida de estos «proletarios del mar», cuya miseria y esclavitud generaban copiosos dividendos a las compañías, y nos acerca a los espacios de resistencia que surgieron ya a lo largo del siglo XVII. En los comienzos de la centuria siguiente, los marineros van más allá y desarrollan un orden social autónomo y una alternativa subversiva a las flotas que surcaban los mares. El poder que implantan para ello es una hidrarquía desde abajo, que aporta una dimensión novedosa a la historia del pillaje en el mar, hasta aquel momento en manos de nobles o comerciantes. La piratería de nuevo cuño que nace por entonces tiene como rasgos esenciales: democracia, igualitarismo y rechazo de los prejuicios racistas. Se aprecia también en ella conciencia de clase e instinto de justicia, que hacía respetar la vida de los capitanes apresados que no hubieran sido crueles en su cargo.

La masiva respuesta del Estado conseguirá aplastar esta piratería de oposición al capital poco después de 1720, pero en los años siguientes irá surgiendo contestación en otros ámbitos. En las décadas de 1730 y 1740, un espíritu de revuelta crecía poderoso entre los negros de Norteamérica y el Caribe, y así en la Nueva York de 1741 se registra una importante sublevación de un proletariado variopinto, compuesto en su mayoría por esclavos. Parece ser que los orígenes de este estallido, que destruyó cuarteles y otros edificios, deben buscarse en los muelles, en la transmisión de las experiencias de resistencia de los regimientos militares y las plantaciones y en las prédicas de la religiosidad popular.

Voces desde abajo en la Revolución estadounidense y la lucha contra el esclavismo (1760-1830)

En las décadas de 1760 y 1770 se producen en Norteamérica disturbios, con protagonistas multiétnicos y procedentes de ámbitos diversos, como el mar, las ciudades o las plantaciones. El libro pasa revista a estos hechos y concluye que contribuyeron poderosamente a desestabilizar la sociedad civil imperial e impulsaron a las Trece Colonias hacia una guerra de liberación, que fue la primera de estas características en todo el mundo. Se describe también cómo tras la Revolución se adulteró la historia para negar los elementos de lucha de clases que se habían dado y enfatizar sólo la disputa entre naciones.

Lograda la independencia, los revolucionarios frustrados encontrarán su vía de acción en la oposición al esclavis-

mo, la cual se fortalece a finales del siglo XVIII. Los últimos capítulos están dedicados a dos casos concretos de estas tentativas. El primero es el de Edward y Catherine Despard, encuadrado en un ciclo de rebeliones iniciado en 1790 en el que las movilizaciones no se producen sólo por cuestiones de raza o clase social, sino que plantean un esfuerzo en pos de «*la liberación de la raza humana como un todo*».

El otro ejemplo estudiado es el de Robert Wedderburn (1762-1835), hijo de una esclava y un rico propietario, nacido en Jamaica y luego político radical y abolicionista en Londres. Él veía la historia como un ciclo inevitable de expropiación y resistencia, y logró combinar religiosidad, cristiana al principio y después deísta, republicanismo y lucha contra la trata, en un único ideal de igualdad de derechos y opciones vitales para todos los «ciudadanos del mundo».

Una nueva visión de la dinámica social

El historiador marxista británico E. P. Thompson consideraba que la clase social que sufre la depredación capitalista sólo llega a definirse y adquirir conciencia de tal a través de la experiencia de la explotación, y planteando estrategias para superarla, y no como un mero «desprendimiento» de condiciones materiales específicas o de la tarea «educativa» de vanguardias. El proletariado se conforma en su lucha contra la violencia a que es sometido, y abundando en ello, lo que Linebaugh y Rediker nos muestran en *La hidra de la revolución* es que este proceso tiene como protagonista a una humanidad cosmopolita, multiétnica y con ocupaciones y oficios muy diversos. Se transciende así la concepción clásica de la dinámica emancipadora, liderada por una clase obrera industrial con una serie de pautas culturales bien definidas.

En la perspectiva del libro, procesos aparentemente dispersos pueden dotarse de un hilo conductor, que no es otro que la resistencia a la trituradora capitalista. Este empeño sin duda es muy ambicioso y el libro ha sido criticado en ocasiones, discutiéndose el carácter «colectivista, antiautoritario e igualitario» que se atribuye a sus protagonistas o achacándosele un «romanticismo marxista» que suma en su ecuación de forma indiscriminada a todas las víctimas y todos los rebeldes. Sin embargo, sorprende comprobar a lo largo de la obra cómo en ámbitos tan diversos como pueden serlo los de supervivientes de naufragios, quilombos, revueltas urbanas, fraternidades religiosas disidentes o barcos piratas, se advierte la pujanza de una alternativa a la explotación del capital fundamentada en la solidaridad y el apoyo mutuo.

La rigurosa exposición de datos de *La hidra de la revolución* resulta enormemente informativa y sugestiva, pero tal vez el mérito principal del libro sea superar el esquematismo que ha empobrecido muchas veces los análisis cuando se pretende definir las relaciones económicas del capitalismo con un énfasis excesivo en las «relaciones sociales de producción» que se dan en la factoría. Leyendo a Linebaugh y Rediker aprendemos que el proletariado no es una categoría preestablecida y uniforme, sino que se conforma en la lucha durante los decisivos siglos XVII y XVIII y que es transnacional, con variedad de raza y de género, esclavo, campesino, artesano y marinero, y todo ello simultáneamente.

Hay que decir además que analizando conflictos tan diversos, no sólo se interpreta el pasado, sino que se comprende también un presente en el que el mismo Moloch capitalista, ahora en fase senil, es atacado desde ángulos tan variados como lo son sus víctimas.

Villanos de todas las naciones. Los piratas del Atlántico en su edad de oro, de Marcus Rediker. Rebeldía antisistema en los comienzos del capitalismo

Publicado en *Rebelión* el 16 de mayo de 2023

Los estudios que el historiador y activista norteamericano Marcus Rediker (1951) ha realizado sobre la piratería en el Atlántico, lo han llevado a considerarla una revuelta contra el orden establecido precursora de los movimientos anticapitalistas de la actualidad. En 2000 apareció la edición original de *La hidra de la revolución. Marineros, esclavos y campesinos en la historia oculta del Atlántico*, en colaboración con Peter Linebaugh y de la que hay varias versiones castellanas. En este libro se describen en detalle los escenarios de resistencia que surgieron a medida que comenzaba la expansión capitalista en el entorno del Atlántico, y se reivindica y recupera la historia perdida de la clase multiétnica cuya explotación hizo posible el nacimiento del nuevo sistema económico. Otros trabajos suyos son: *Entre el deber y el motín: lucha de clases en mar abierto* (Antipersona, 2019) y *Barco de Esclavos. La trata a través del Atlántico* (Capitán Swing, 2021).

Villanos de todas las naciones. Los piratas del Atlántico en su edad de oro acaba de ser editado por Traficantes de sueños (trad. de Elena Fernández-Renau) y con su análisis de escenarios frecuentados por cine y literatura con fortuna variable, tiene la virtud de mostrarnos que a veces la historiografía rigurosa, al tiempo que revela capítulos esenciales de nuestro pasado, es capaz de construir relatos que nada tienen que envidiar, en emoción e interés humano, a las obras de ficción más estimulantes.

Un desafío al orden comercial naciente

La edad de oro de la piratería abarca aproximadamente desde 1650 hasta 1730, pero es en el período entre 1716 y 1726 cuando tiene su apogeo, y es precisamente al análisis de esta década extraordinaria al que está dedicado el libro,

un breve lapso de tiempo en el que varios miles de filibusteros saquearon y hundieron centenares de embarcaciones en el Atlántico. Un aspecto que explica este fenómeno es que para los marineros de los barcos mercantes de la época, sometidos a un régimen brutal, salarios bajos y un horizonte de enfermedad, amputaciones y muerte prematura, la piratería era, como veremos, una forma atractiva de mejorar sus condiciones de vida, aunque no exenta de riesgos.

El incremento del bandolerismo marítimo a partir de 1716 se relaciona con el final de la guerra de sucesión española (1702-1713). Las razones de esto son expuestas en un capítulo en el que se muestra cómo en aquel momento los imperios habían pasado de dirimir disputas territoriales a enfrentarse por el control del comercio. La expansión colonial y el esclavismo estaban generando una enorme riqueza en el entorno del Atlántico y el marinero era el brazo poderoso que movía aquella máquina sin aprovecharse para nada de la opulencia que creaba. Al licenciarse las flotas de guerra en 1713, una muchedumbre de marineros arrastraba su miseria por los puertos, mientras los pocos que lograban enrolarse eran vilmente explotados. En estas condiciones no faltaron los animosos capaces de amotinarse y poner en el mástil la Jolly Roger, emblema de los expropiadores de los mares. A éstos hay que sumar muchos corsarios que navegaban con patente inglesa durante la guerra y que con la paz se independizaron, aunque en un principio respetaron a ingleses y holandeses. Alguien definió la transición de corsario a pirata como «*pasar de saquear para otros a saquear para uno mismo*».

En una segunda etapa de esta década de apogeo, entre 1717 y 1722, la situación se complicó aún más cuando ingleses y holandeses comenzaron a ser víctimas también de los asaltos, al tiempo que se perdía el santuario de las Bahamas que daba abrigo a los fugitivos. Esto motivó un aumento del radio de acción hasta las costas de Norteamérica e incluso el océano Índico. En esta época se incrementaron las capturas y los marineros de más bajo rango llegaron a controlar el proceso, creando una nueva forma de vida en la que más allá del botín el objetivo era perpetuar una existencia en libertad. Entre 1722 y 1726 se da la tercera etapa, la más sanguinaria, de persecución a muerte que va a marcar el final de la década de oro de la piratería.

La vida de los expropiadores del mar

En la sociedad de los bucaneros dominaban los británicos de extracción humilde, aunque no faltaban americanos ni gentes de otras partes del mundo. Los negros, relativamente comunes, no eran discriminados por su color, lo que no es óbice para que los piratas a veces comerciaran con esclavos. Las tripulaciones se organizaban de forma estrictamente democrática. Elegían un capitán, pero después de sufrir tantas tiranías, rehusaban conceder demasiado poder a un solo hombre, con la excepción de las persecuciones y combates, cuando se obedecía sin rechistar. Se nombraba también un «segundo de a bordo», que contrapesaba el poder del capitán y lo controlaba en representación de la marinería, además de dirigir los abordajes y garantizar justicia en el reparto del botín.

La mayor autoridad del bajel pirata residía en el «consejo común», en el que todos los tripulantes podían expresar sus opiniones y las decisiones que se tomaban democráticamente eran soberanas. Allí se acordaba todo sobre la vida del navío y se elegían los mandos. La división de lo capturado se hacía según los estatutos de cada barco y las cuotas variaban entre dos partes para el capitán y el segundo y una parte para el marinero sin rango ni especialización. Se comía y bebía en abundancia, y el estado de ánimo que mejor caracterizaba a una tripulación pirata, según declararon los que convivieron con ellas, era la felicidad, aunque los excesos etílicos causaban peleas y desastres.

Otro cometido bien reglamentado en aquella sociedad era la administración de justicia. Las faltas más graves, como desertar en combate, traer a bordo «*un chico o una mujer*» o «*entrometerse con una mujer prudente en una presa*», podían originar una condena a muerte. Otra pena para delitos graves era el abandono en una isla desierta. Era proverbial la generosa asistencia de los «tigres del mar» a aquéllos de los suyos que quedaban impedidos.

En el combate que seguía si un buque se negaba a rendirse, podía izarse la bandera roja o «sangrienta», que indicaba que no se admitiría ni daría cuartel. En los casos en que se hacían prisioneros, se les ofrecía la posibilidad, frecuentemente aceptada, de unirse a sus captores. No obstante, a partir de 1722, hubo reclutamientos forzosos, que a veces terminaron en motines. Respecto a los capitanes apresados, se escuchaba a sus tripulaciones, y si eran «tipos honestos», que no maltrataban a la marinería, eran respetados. Si por el contrario lo hacían, eran castigados, en ocasiones cruelmente, y sus buques quemados y hundidos. Rediker ve en estos comportamientos un afán justiciero que trataba de vengar los agravios cometidos, de forma muy generalizada en aquella época, sobre los sufridos marineros.

Las relaciones entre barcos piratas se caracterizaban por un gran sentido de comunidad y solidaridad entre las tripulaciones, aun cuando no se conocieran de nada, lo que las llevaba a forjar alianzas espontáneas. También se gozaba de una amplia red de apoyos en tierra y en mar, entre comerciantes que hacían negocios con ellos y gentes humildes que los veían como un desafío al orden imperante. La cultura pirata pudo nacer, crecer y expandirse a través de las conexiones entre tripulaciones que se indican en el libro; el gráfico que muestra la difusión del proceso puede sintetizarse en dos líneas genealógicas principales, una de ellas con centro en las Bahamas.

El análisis se completa con biografías de algunos protagonistas, como el inglés Walter Kennedy (1695-1721), que viajó a América con la misión de combatir a los piratas y la secreta intención de unirse a ellos. Después se hizo famoso por sus ataques a factorías esclavistas africanas y murió en la horca en su barrio natal londinense.

En aquel mundo dominantemente varonil no faltaron mujeres notables. Es el caso de la irlandesa Anne Bonny, nacida en 1698 y enrolada con su compañero en un barco pirata en el que destacó por su bravura. A la misma tripulación se había unido también la inglesa Mary Read, ocho años mayor que Anne y que por problemas familiares había crecido fingiendo una identidad masculina con la que se sentía cómoda. Las dos fueron capturadas en 1720 y condenadas a muerte, pero no ejecutadas porque se encontraban embarazadas. Mary murió poco después del parto, pero Anne sobrevivió, aunque no se sabe a ciencia cierta qué fue de ella. Según algunas fuentes falleció en 1782.

La brutal respuesta militar a la piratería consiguió prácticamente erradicarla a partir de 1726, con lo que el tráfico comercial y esclavista en el Atlántico pudo progresar sin mayores contratiempos, y con él la acumulación originaria del capital y su rastro de opresión y destrucción.

Más allá de la leyenda: lucha de clases

Con *Villanos de todas las naciones*, Marcus Rediker nos ofrece una visión sugestiva y rigurosa de un proceso en el que comúnmente el mito domina a la historiografía. Gracias a su trabajo, sabemos que los piratas eran mayoritariamente marinos pobres, que se organizaban con formas igualitarias y democráticas, y que se consideraban a sí mismos hombres honestos que buscaban justicia para el marinero común. Ésta es la imagen que es posible construir a partir de un análisis de las fuentes, pero contrasta enormemente con la de monstruos sanguinarios que se erigió para justificar su exterminio. Es evidente que los Gobiernos del mundo necesitaban completar la aniquilación física calumniando a aquellos cuyo único delito fue amenazar su dominio sobre los mares y la sacrosanta propiedad.

Sin embargo, es estimulante comprobar que siempre existen grietas en el relato del poder. Rediker señala el curioso parecido entre la ilustración que aparece en la portada de una traducción holandesa de la clásica *Historia de la piratería* del capitán Charles Johnson y el famoso cuadro de Eugène Delacroix *La libertad guiando al pueblo*. Los dos retratos representan a una mujer de aspecto proletario que se dirige animosa al combate con los pechos desnudos, enarbolando en un caso una espada y en otro una bandera. No puede descartarse que el pintor francés estuviera influido por la imagen del libro, y si es así tendríamos que un emblema de la piratería sirvió para alumbrar uno de los iconos más célebres de la lucha por la libertad y la emancipación social que ha conocido el mundo moderno.

La piratería era un desafío pujante, bien estructurado y cargado de ideología libertaria e igualitaria, contra el nuevo orden capitalista que comenzaba a imponerse en el mundo. El pirata Charles Bellamy dejó clara en una ocasión la esencia expropiadora del asunto a un capitán capturado: «*Los sinvergüenzas nos difaman, cuando sólo hay una diferencia, en realidad ellos roban a los pobres bajo el amparo de la ley y nosotros saqueamos a los ricos bajo la protección de nuestra propia valentía*».

Bajo tres banderas. Anarquismo e imaginación anticolonial, de Benedict Anderson. Ecos de un mundo globalizado en la independencia de Filipinas

Publicado en *Rebelión* el 15 de mayo de 2024

Benedict Anderson aportó reflexiones novedosas y sugestivas sobre el origen, relativamente reciente, de los Estados-nación que hoy se quiere que parezcan construcciones milenarias. Publicó también numerosos trabajos sobre la «primera globalización», aquel lapso entre 1870 y 1914 cuando luchas revolucionarias y anticoloniales se entrelazaban por todo el planeta. En esta última producción destaca *Bajo tres banderas*, una obra de 2005 de la que Akal acaba de reeditar la versión castellana de Cristina Piña Aldao que publicó en 2008. El libro profundiza en temas muy caros a su autor, como el auge del nacionalismo y su conexión con las prédicas anarquistas en un contexto anticolonial. El escenario en este caso es el archipiélago filipino a finales del siglo XIX, y se presta especial interés a dos protagonistas esenciales: el novelista José Rizal y el folclorista Isabelo de los Reyes.

Nacido en China en 1936, Anderson comenzó a formarse como historiador y desarrollar su pensamiento marxista y anticolonial en Inglaterra, pero enseguida recaló en la Universidad de Cornell (Nueva York), donde enseñó e investigó hasta su jubilación en 2002. Era un políglota que hablaba un buen número de lenguas europeas y del sudeste asiático, y su campo de estudio más asiduo fue la historia reciente de Indonesia, sobre la que tuvo un relevante papel al desacreditar las falsedades del Gobierno sobre la represión de la disidencia tras el golpe de Suharno en 1967. Expulsado del país en 1972, sólo se le permitió regresar veintiséis años después, tras la renuncia de Suharno. Benedict Anderson falleció en una pequeña ciudad en las montañas de Java en 2015.

Las ideas de nuestro historiador sobre el origen de los Estados-nación están expuestas sobre todo en el que probablemente es su libro más influyente: *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, cuya primera edición es de 1983. Aquí se defiende que la alfabetización en lenguas vernáculas y la desaparición del latín como nexo cultural, junto a la universalización de la imprenta y la lucha contra las monarquías absolutas, fueron factores clave del surgimiento de ese vínculo ficticio que va a servir de instrumento al desarrollo del capitalismo. No obstante, el proceso va a resultar lento, pues de acuerdo con Anderson, las primeras naciones sólo se definen a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX en América, de donde la idea se expande a Europa y de ésta a todo el mundo con el colonialismo.

Dos protagonistas de la independencia de Filipinas

El libro comienza presentándonos a Isabelo de los Reyes (1864-1938), abogado y estudioso de ideas socialistas, que en *El folk-lore filipino* (1887), obra premiada en Madrid, interpretó sus propias observaciones en su tierra a la luz de los planteamientos de los folcloristas y etnólogos europeos contemporáneos, con el propósito de combatir el dominio ideológico de la Iglesia católica y la opresión colonial. De los Reyes trató de poner en pie en este trabajo una «ciencia nueva», que recopilara información sobre el pasado indígena y el saber popular, e hiciera posible un renacimiento de la cultura autóctona.

El siguiente protagonista es José Rizal (1861-1896), oftalmólogo, escritor y héroe de la independencia fusilado por los españoles, autor de dos novelas de mérito que tienen la virtud de incorporar el sudeste de Asia a este género literario. *Noli me tangere* (1887) y *El filibusterismo* (1891) comparten personajes y contundencia anticolonial en sus argumentos y Anderson nos demuestra que reflejan influencias de autores tan variados como Sue, Larra, Dumas, Douwes Dekker, Galdós, Poe o Huysmans. Se analiza también el trasfondo político de la segunda novela, en el que se advierten signos de un desastre que se aproxima. En palabras de Anderson: «*La propia Europa, pensaba Rizal, estaba amenazada por una enorme conflagración entre sus belicosas potencias, pero también por violentos movimientos desde abajo.* El filibusterismo *se escribió desde las alas de un proscenio mundial en el que todos, Bismarck y Vera Zasúlich, las manipulaciones yanquis y las insurrecciones cubanas, el Japón Meiji y el Museo Británico, Huysmans y la Comuna, (...) tenían su lugar. Ésa es la sensación de* El filibusterismo. *Algo se acerca*».

Otro capítulo de *Bajo tres banderas* repasa los últimos años de Rizal en su patria, cuando convertido en referencia intelectual del independentismo, buscaba una estrategia de acción política para sus ideas. En 1892 decidió fundar la Liga Filipina, asociación para el progreso de las islas que pretendía luchar por los derechos de los naturales, aunque rehuyendo promover la independencia. Ese mismo año es deportado y la Liga entra en declive, mientras comienzan las actividades guerrilleras del Katipunan, una sociedad secreta separatista que insensatamente busca el apoyo del imperialismo japonés. Aunque Rizal se distanció de los métodos violentos de este grupo, fue juzgado por un tribunal militar y fusilado.

Anderson analiza los problemas que afrontaba en Madrid en esta época el régimen de la Restauración, con insurrecciones en curso en Cuba, Puerto Rico y Filipinas, y sangrientos atentados anarquistas en Barcelona, como el del día del Corpus de 1896. Se presentan evidencias además de múltiples conexiones que lubricaban la resistencia anticolonial. El ácrata cubano Fernando Tarrida del Mármol (1861-1915), encarcelado y torturado en el castillo de Montjuic tras aquel atentado, una vez libre se convirtió en París en el más entregado propagandista contra la brutal represión desatada tanto en las colonias como en la metrópoli. La muerte de Cánovas a manos del anarquista italiano Angiolillo en 1897 propició una política más conciliadora, y en Cuba Valeriano Weyler fue sustituido por el mismo Ramón Blanco que había tratado de salvar a Rizal poco antes en Filipinas. Sin embargo, ya era demasiado tarde, pues como señala Anderson los estadounidenses imponían su estrategia con paso firme; el hecho es que en tan sólo ocho meses la Perla del Caribe quedaría engarzada en su corona imperial.

En estas páginas finales nos topamos de nuevo con Isabelo de los Reyes, encarcelado en Manila tras el levantamiento de 1896 y deportado después a Barcelona, donde termina en las lúgubres mazmorras de Montjuic. Allí traba contacto con anarquistas, sobre los que luego escribió: «*Repito, bajo palabra de honor, que los llamados anarquistas, nihilistas o, como dicen hoy, bolcheviques, son los verdaderos salvadores y defensores desinteresados de la justicia y de la hermandad universal. Cuando los prejuicios de estos días de imperialismo moribundo hayan desaparecido, ocuparán justamente nuestros altares*». Liberado a comienzos de 1898, Isabelo, apoyado por Pi y Margall, Lerroux y Federico Urales, rehízo su vida y se unió a las agitaciones de la Rosa de Foc, pero en tan sólo tres años regresó a su país, ya sometido por los estadounidenses, y allí puso en práctica lo aprendido con los libertarios españoles, tratando de organizar al proletariado. Huelgas y manifestaciones empezaron de aquélla a ser comunes en Manila, y conoció entonces Isabelo de nuevo la cárcel por breve tiempo. En 1912 se presentó con éxito a las elecciones para el consejo municipal, y en 1922 al senado, puestos desde los cuales defendió a las clases más desfavorecidas.

Bajo tres banderas analiza el desarrollo de la mentalidad anticolonial en el archipiélago filipino a finales del si-

glo XIX, y lo hace a través de un recorrido por la vida y la obra de algunos de sus protagonistas más destacados. El libro demuestra que en aquel momento de convulsiones globales, preludio de las de la centuria siguiente, se aprecian notables convergencias y sinergias en estas luchas, y mientras la literatura aporta recursos emotivos a las reivindicaciones, la etnología las provee de argumentos. Queda claro también que las demandas de independencia se nutrieron del fermento antiautoritario del anarquismo, sin dejar por ello de acudir en ocasiones, demasiado cándidamente, a la dudosa ayuda de imperios en expansión, enemigos de los propios enemigos. Un nuevo mundo emergía por entonces como un mosaico de compactos Estados-nación, invenciones perfectas para los despojos y guerras de la acumulación capitalista.

La última gran aventura, de Max Jones: la exploración geográfica al servicio del Imperio

Publicado en *Literaturas.com* (mayo de 2006)

Aunque casi nadie sepa hoy de aquellos hechos, si lo medimos por la magnitud de su cobertura mediática y la conmoción que llegó a producir entre la gente, la muerte del capitán Scott y sus compañeros en la Antártida fue uno de los acontecimientos más importantes ocurridos en 1912. Hubo momentos ese año en que todo el mundo que se llama a sí mismo civilizado discutía con pasión los pormenores de aquella desgraciada historia, y podría decirse que en aquel planeta que se preparaba para la Primera Guerra Mundial, el fallecimiento por congelación de cinco exploradores antárticos era uno de los hechos más importantes y dignos de comentario que se podían encontrar. La magnificación hasta lo legendario del triste suceso invita a una reflexión sobre cómo y por qué llegó a asumir estas dimensiones y a qué intereses servía en realidad todo ello. Responder a estas cuestiones es uno de los objetivos principales que Max Jones, historiador de la Universidad de Manchester, se propone con *La última gran aventura* (Oberon, trad. de Ana Pérez Galván), cuya edición original fue publicada por Oxford University Press en 2003, tras diez años de investigación minuciosa.

Tras la llegada al polo norte del americano Robert Peary en 1909, uno de los últimos objetivos geográficos que quedaban por alcanzar en el planeta era el polo sur, y así fue como en 1911 dos expediciones partieron con esta meta. La primera, la del noruego Roald Amundsen, organizada casi en secreto por miedo a que otros se les adelantaran y formada por expertos esquiadores y conductores de trineos de perros, alcanzó su objetivo en diciembre de 1911 y regresó sin novedad. La otra expedición, auspiciada por la Royal Geographical Society (RGS), y comandada por el capitán de la Armada británica Robert Falcon Scott, había creado una gran expectación de conseguir para el Imperio británico aquella conquista geográfica y llevaba también una serie de objetivos puramente científicos, que en gran parte se cubrieron. Peor preparada y formada por gentes menos expertas en condiciones de frío extremo, esta expedición alcanzó los 90º de latitud sur un mes más tarde que los noruegos, y en el viaje de regreso los cinco exploradores que habían hollado el polo murieron congelados cuando sólo les quedaban dieciocho kilómetros para alcanzar un depósito de provisiones.

El libro se centra en el análisis de las causas y las consecuencias sociológicas y la utilización ideológica de estos acontecimientos. Se estudia así la trayectoria de la RGS en aquellos años, y la curiosa forma como la Antártida pasó a situarse entre sus objetivos. El rechazo de la admisión de miembros femeninos en 1893 fue el detonante de cambios en la dirección de la sociedad y de un relanzamiento de programas como las expediciones antárticas, en detrimento de otros de tipo educativo. Se analiza también en detalle cómo estas exploraciones se convirtieron en una herramienta más para la expansión del Imperio, y sus logros humanos y científicos eran aprovechados en este sentido. Ocurrida la tragedia, se pasa revista a su cobertura mediática y a la forma como se produjo una presentación desproporcionada y sesgada, que llegó a la manipulación de la realidad, destinada a crear un mito. Actos religiosos, incluyendo una impresionante ceremonia en San Pablo de Londres con asistencia de Jorge V, mensajes radiofónicos como el que llegó a millón y medio de niños y comenzaba: «*Niños: vais a escuchar la verdadera historia de cinco de los mejores y más valientes hombres que han vivido nunca sobre la Tierra*»; periódicos, libros, exposiciones y erección de monumentos se conjugaron perfectamente en este sentido. Otro hecho importante fue la supresión, cuando se publicaron los diarios de Scott, de las frases que no encajaban con la imagen de héroe y mártir que quería crearse, extraordinariamente útil en un país que se preparaba para la Primera Guerra Mundial.

Estamos en resumen ante un libro de investigación histórica de sumo interés, que nos habla de la visión del mundo que subyacía tras las últimas grandes exploraciones geográficas, y de cómo, a partir de lo que no fue más que una desgraciada aventura mal planificada, pudo elaborarse un paradigma de heroísmo y sacrificio que sirvió convenientemente a la ideología imperial británica.

La cólera de Ludd, de Julius Van Daal

Publicado en *Rebelión* el 28 de marzo de 2018

El historiador y editor Julius Van Daal (París, 1960) es autor de un libro ilustrado sobre la Revolución española (*Le rêve en armes*, 2001) y se ha interesado también por revueltas populares como las *Gordon Riots* londinenses de 1780, a las que dedicó un trabajo del que hay edición en castellano (*Bello como una prisión el llamas*, Pepitas 2012). En *La cólera de Ludd* (Pepitas 2015, trad. de Diego Luis Sanromán) nos presenta una crónica y un análisis de la primera movilización, en los albores del siglo XIX, contra el capitalismo industrial que apenas se aprestaba por entonces a convertir a todos los seres en mercancías. Considerados a veces obtusos primitivistas, la obra muestra cómo los destructores de máquinas atacaban en ellas no la idea de progreso, sino la esclavitud odiosa que en nombre de éste y por medio de ellas se les imponía.

El libro comienza aproximándonos a las transformaciones económicas que se dan en Inglaterra a finales del siglo XVIII, cuando las clases enriquecidas que han ido tomando el poder político (revolución de 1642-1649 y golpe de Estado de 1688) utilizan los adelantos técnicos producidos para desarrollar la industria de las hilaturas, lo que exige la conversión de las tierras cultivables en pastos y la proletarización de los habitantes de las aldeas. Un complejo mundo rural desaparece por entonces para dejar paso a la pareja infernal fábrica-cuchitril, y el hombre deviene en una pieza más de la máquina que enriquece a los poderosos. Las sublevaciones que se suceden en esta época, como débil eco de lo que ocurre en el continente, son aplastadas sin contemplaciones, mientras se asiste también a la proliferación de tribunales y la construcción de las primeras prisiones modernas.

Es en Nottingham, en las Midlands, donde echa a andar la revuelta ludita. En 1811, la crisis económica había puesto contra las cuerdas a los tejedores de medias y encajes de la región, que veían con inquietud la introducción de máquinas que degradaban su forma de vida. Ya en el mes de marzo comienza la destrucción ocasional de telares como respuesta al descenso de los salarios, pero es en noviembre cuando la crisis se agudiza con ataques sistemáticos y declaraciones escritas en las que aparece como capitán de la rebelión un misterioso Ned Ludd, personaje imaginario basado en la historia oral de un aprendiz despedido que maltrató una máquina o en un viejo rey celta. El movimiento, escasamente coordinado, se extiende sin embargo a los condados vecinos, mientras las tropas enviadas para reprimirlo se enfrentan a la falta de colaboración de la población. En 1812 la agitación declina pronto, aunque proseguirá esporádicamente hasta enero de 1813.

Los artesanos pañeros de Yorkshire, también amenazados por nuevas máquinas odiosas, se adhieren a los luditas a partir de febrero de 1812, cuando infinidad de cardadoras y tundidoras de lana son destrozadas. En este mes, los Comunes y el Senado, con el único voto en contra de Lord Byron, aprueban una ley que establece la pena de muerte para los destructores de máquinas. La sublevación, más allá de las reivindicaciones corporativas, empieza por entonces a adquirir una dimensión política, reclamando una república parlamentaria favorable a los obreros. Un asalto frustrado el 11 de abril provoca un cambio de estrategia, y un levantamiento que hasta aquí no amenazaba la vida de las personas, comienza a realizar atentados contra los industriales más odiados. Desde este mes de abril y hasta agosto, se suceden además los denominados «motines del hambre», que son sofocados por las tropas de ocupación.

La tercera fase del movimiento ludita afectará a la región algodonera de Mánchester, un infierno particularmente infame de la clase obrera, resultado de la geología (carbón) y la geografía (llegada de irlandeses famélicos a la vecina Liverpool). No es de extrañar que la revuelta prendiera aquí con fuerza en una época de paro y desplome de los salarios en la que niños, mujeres y hombres se extenuaban catorce horas al día o morían de inanición en un holocausto apenas recordado. Los primeros ataques se producen en esta zona en febrero y marzo de 1812, y el 8 de abril la turba ludita se apodera de la calle en Mánchester. Hasta el final de ese mes, los motines y destrucciones de máquinas continúan, en alguna ocasión con numerosas bajas entre los asaltantes. En mayo y junio se suceden los juicios contra los detenidos, saldados con abundantes condenas a la horca y deportaciones a Tasmania.

La fiebre ludita podría haber servido de catalizador para un proyecto político ambicioso que algunos, como George Mellor, líder del movimiento en la región de York, llegaron a entrever, pero no ocurrió así. Enquistado en las zonas descritas, y sin eco en los campos que se despoblaban o en la mercantil Londres, el proceso declinó durante el verano de 1812 con escasos motines y bandolerismo. Lord Sidmouth, que acababa de asumir el Home Office, organizó la represión con crueldad y astucia desconocidas hasta entonces. En otoño hubo aún esporádicos tumultos, pero la detención de George Mellor y sus colaboradores más cercanos el 22 de octubre arrastró en breve el final; fueron ahorcados

en enero de 1813 junto a otros comprometidos con el movimiento ante una multitud estremecida que entonaba sus viejos himnos de revuelta.

En la época que sigue, sabotajes y motines dejan paso a huelgas y manifestaciones, aunque en 1814 y 1816 alguna reminiscencia ludita sacude todavía la zona de Nottingham. Lo cierto es que la derrota de los sublevados supuso la inmolación del ser humano al Moloch insaciable sin que se adivine un final. Los últimos capítulos del libro sirven para remarcar la inexactitud del concepto que ha terminado prevaleciendo de un ludismo desatinado y tecnófobo, cuando la realidad es que luchó heroica y tenazmente contra la repugnante explotación de la que la máquina era un instrumento, y la fiebre productivista, alienadora y voraz, que nacía por entonces. Sucesivos apéndices recuerdan los cantos de los luditas, la sintonía con su causa de Lord Byron, Percy B.Shelley o William Blake y la epopeya del capitán Swing, que alentó las destrucciones de aventadoras en el campo inglés en 1830.

El libro estudia en detalle, analiza y reivindica la revuelta ludita contra las primeras factorías odiosas del capitalismo industrial, antros sin higiene ni seguridad, donde hombres, mujeres y niños eran esclavizados para extraer la fuerza de su trabajo que engordaba al rico. La gesta fue aplastada, pero sirvió para instruir a la clase obrera inglesa en un experimento de organización y lucha que ilumina a todos los espíritus libres. Copiosamente anotado e ilustrado con retratos, grabados y documentos, *La cólera de Ludd*, de Julius Van Daal, rescata del olvido un episodio memorable del combate contra el monstruo capitalista, gestado en el momento justo en que éste echaba a andar.

Un libro imprescindible para comprender la Comuna de París (1871)

Publicado en *Rebelión* el 20 de marzo de 2012

El aplastamiento a sangre y fuego de aquel París popular que tras el desastre de la guerra franco-prusiana había elevado su voz democrática por la independencia nacional, la república y la emancipación social sigue siendo uno de los hitos más gloriosos en el imaginario de todos los que luchan por un mundo sin explotadores ni explotados. Son numerosos los textos que tratan de extraer enseñanzas de aquellos hechos y puede decirse que no hay un escritor revolucionario que no haya contribuido con sus análisis y opiniones a este objetivo. No obstante, si lo que buscamos es información precisa sobre el desarrollo de los acontecimientos, la bibliografía no es tan abundante, y los trabajos de los autores franceses que los vivieron y escribieron sobre ellos en su mayor parte no han sido vertidos al castellano. Es por esto que la edición reciente de uno de estos libros fundamentales, la monumental *Historia de la Comuna de París* de Prosper-Olivier Lissagaray por parte de Txalaparta (2004, 2.ª ed. 2007, trad. de R. Marín y D. Iríbar, introd. de Francesc Bonamusa) tiene un valor extraordinario. Es éste el relato de un testigo y protagonista de la Comuna, un hombre que dirigió varios periódicos en aquellos meses y vivió intensamente los hechos, y que se esforzó después durante sus años de exilio por recopilar testimonios y documentación sobre ellos e historiarlos rigurosamente, con la preocupación siempre de que en un asunto tan polémico cualquier pequeña inexactitud podría ser utilizada para desprestigiar toda su obra. Se trata además de un notable escritor dotado de un estilo incisivo que hace de la lectura de este libro una experiencia inolvidable.

Hippolyte Prosper-Olivier Lissagaray (1838-1901), nacido en Toulouse, tras estudios de filología y un viaje por América se instaló en Francia en 1860, dándose a conocer por sus artículos de oposición al Segundo Imperio, que le ocasionaron multas y una pena de prisión. La proclamación de la Comuna le sorprendió en París y con ella colaboró entusiasmado, fundando sucesivamente dos periódicos que tuvieron una breve vida. Participó en los combates de los últimos días y partió luego al exilio en Londres, donde entró en contacto con el círculo de Karl Marx. Durante su etapa londinense aparece su *Histoire de la Commune de 1871*, editada en Bruselas por Henry Kistemaeckers, pero prohibida en Francia. La traducción inglesa de la obra vería la luz en 1886 y sería realizada por Eleanor, la hija pequeña de Karl Marx, con la que el de Toulouse mantuvo un largo y complicado romance durante su exilio. Con la amnistía de 1880, Lissagaray regresa a París, y funda y dirige el periódico socialista revolucionario *La Bataille* abierto «*a todos los que quieren la supresión de las clases y la emancipación de los trabajadores*».

La *Historia de la Comuna de París* nos da todos los datos que necesitamos para crear nuestra propia opinión sobre aquellos hechos. Presenta un retrato magistral de la descomposición de los años finales del Segundo Imperio, marcados por auge clerical, represión política y aventuras mexicanas. Éste es el caldo podrido en el que se incuba una guerra que resulta ser la última locura de Napoleón III. Con los prusianos a las puertas de París, el pueblo de la capital se rebela contra los capituladores. El 8 de febrero de 1871, un país convulso vota para la Asamblea Nacional y las provincias se decantan por la reacción y la rendición, pero París quiere resistir y se organiza en torno a la Guardia Nacional, constituyendo un Comité Central. El 26 de marzo, París vota en total libertad y elige su camino. Su voluntad es la Comuna y el Comité Central le entrega sus poderes. Es una jornada festiva que recuerda el 14 de abril de 1931 en Es-

paña. Y la reacción brutal es la misma. Aquí Franco se llama Adolph Thiers. Las explosiones populares republicanas en otras ciudades: Lyon, Marsella, Toulouse... son dominadas por las tropas.

En la guerra sin cuartel, que comienza Thiers negándose a cualquier negociación, la Comuna no utiliza todos sus recursos. Por ejemplo, hay tropas que huyen de París sin oposición y acuden a Versalles a engrosar los efectivos de la reacción. Además, la banca y la prensa reaccionaria son respetadas; Lenin les criticó por haberse quedado a mitad de camino. La batalla es a muerte entre los 130 000 de Versalles y los 25 000, peor armados, que defienden París y la Comuna que la ciudad libremente ha constituido. Lissagaray nos describe la legislación progresista que ésta establece, condonando alquileres y promoviendo la gestión de fábricas y talleres por cooperativas de obreros, por ejemplo, y rasgos de humanidad que la honran. También nos presenta a sus héroes, militares como Jaroslaw Dombrowski, general polaco que participó en la sublevación de su país contra los rusos en 1863, y evadido de Siberia y refugiado en Francia no dudó en poner su genio militar al servicio de la Comuna, muriendo en las barricadas. Asimismo conocemos a sus mejores políticos: Louis Charles Delescluze, Eugène Varlin, Louis Rossel, Théophile Ferré y tantos otros.

El ataque de Thiers es a muerte y la lucha, salvaje, calle por calle, pero la represión aún lo es más. Tras la batalla, el ejército se convierte en un inmenso piquete de ejecución: diecisiete mil hombres y mujeres son masacrados, cuarenta mil son hechos prisioneros, y muchos de ellos serán asesinados después o deportados. Entre los escritores y artistas del momento hay dos nombres sobre todo que merecen ser recordados. El primero es el del gran pintor Gustave Courbet, que colabora con la Comuna y sufre luego cárcel y exilio, siendo obligado además a pagar la reconstrucción de la columna Vendôme, que conmemoraba las hazañas de Napoleón y de cuya demolición se le acusaba. El segundo es el de Victor Hugo, al que los hechos sorprendieron en Bélgica, pero que puso toda su energía en la protesta contra la represión y la petición de una amnistía para los represaliados que tardó demasiado en llegar.

Hay que destacar algo que Lissagaray nos cuenta y que puede considerarse un triunfo póstumo de la Comuna. En las elecciones de julio del 71, la mayoría republicana demuestra que «*Francia ha visto el abismo, que una voluntad indomable no va a permitir nunca el regreso de la monarquía*». Con el mismo estilo vibrante de toda la obra, Lissagaray presenta al final de ésta unas conclusiones que resumen a la perfección toda la acción que con detalle hemos conocido en sus páginas:

«*¿He velado los actos, he ocultado las faltas del vencido? ¿He falseado los actos de los vencedores? Que el contradictor se levante, pero con pruebas.*

¿Quién luchó constantemente, solo a menudo, frecuentemente en la calle, contra el Imperio, contra la guerra del 70, contra la capitulación del 71? ¿Quién sino el pueblo?

¿Quién creó la situación revolucionaria del 18 de marzo, quién pidió la ejecución de París, quién precipitó la explosión, quién sino la Asamblea rural y el señor Thiers?

¿Qué es el 18 de marzo sino la respuesta instintiva de un pueblo abofeteado? ¿Dónde hay el menor rastro de complot, de secta, de cabecillas? ¿Qué otro pensamiento que el de: ¡Viva la República!? ¿Qué otra preocupación que la de erigir una municipalidad republicana contra una asamblea realista?

¿Es cierto que el reconocimiento de la República, la promulgación de una buena ley municipal, la derogación de los ruinosos decretos, en los primeros días, lo hubiera pacificado todo, y que Versalles lo negó todo? ¿Es cierto que París nombró su Asamblea comunal con una de las votaciones más numerosas y más libres que jamás se hayan emitido?

¿Es cierto que Versalles atacó a París sin haber sido provocado, sin intimidación, y que desde el primer choque Versalles fusiló a los prisioneros?

¿Es cierto que los intentos de conciliación procedieron siempre de París o de las provincias, y que Versalles los rechazó siempre?

¿Es cierto que, durante dos meses de lucha y de dominación absoluta, los federados respetaron la vida de sus prisioneros de guerra, de todos sus enemigos políticos?

¿Es cierto que, desde el 18 de marzo hasta el último día de la lucha, los federados no tocaron los inmensos tesoros que tenían en su poder, y que se contentaron con una paga irrisoria?

¿Es cierto que hubo millares de condenados a muerte, a presidio, a la deportación, al destierro, sin juicio serio, condenados por los oficiales vencedores, en virtud de órdenes cuya iniquidad fue reconocida por los Gobiernos más conservadores de Europa?

¡Que respondan los hombres justos! ¡Que digan de qué lado está lo criminal, lo horrible, si del lado de los asesinados o de los matadores, de los bandidos federados o de los civilizados de Versalles! ¡Que digan cuál es la moralidad, la inteligencia política de una clase gobernante que pudo reprimir de esta suerte una sublevación como la del 18 de marzo!».

Diario del sitio y la Comuna de París (1870-1871), de Edmond de Goncourt

Publicado en *Rebelión* el 22 de abril de 2020

Los hermanos Edmond y Jules de Goncourt, nacidos respectivamente en 1822 y 1830 en la familia de un rentista,

antiguo oficial del ejército napoleónico, trabajaron en colaboración en numerosos volúmenes de historia, crítica literaria y artística, y en cinco novelas adscritas a la escuela naturalista. Además de estas obras, publicaron también tres entregas de un *Diario* en el que presentan un retrato agudo y entrometido de la vida intelectual de su tiempo. Hay que decir que son estas páginas de su producción conjunta, debidas sobre todo a Jules, las que han tenido una pervivencia mayor en el interés de los lectores. De ellas Renacimiento ha puesto hace poco en circulación una versión en castellano (2017, edición y traducción de José Havel).

Tras la temprana muerte de Jules en 1870, Edmond prosiguió los trabajos literarios hasta su fallecimiento en 1896, y el cuarto volumen del *Diario* —primero en solitario— arranca, así, en la época convulsa de la guerra franco-prusiana, el sitio de París y la comuna subsiguiente. Este cuarto tomo lo acaba de traducir José Havel completo para Renacimiento, mientras que, por su parte, Julio Monteverde ha preparado para Pepitas de calabaza una edición que prescinde de las entradas finales, posteriores a las perturbaciones de la Comuna. Los dos libros vienen con estudios liminares de sus traductores e índices onomásticos, y el de Renacimiento trae además profusas y provechosas notas a pie de página.

Prusia contra París

Las anotaciones comienzan el 26 de junio de 1870, sólo seis días después de la muerte de Jules, y transmiten un duelo desgarrado por la desaparición del hermano menor, amigo y compañero entrañable, que representaba el polo amable y sensible en la compenetrada pareja. El 6 de agosto llegan a París rumores de una gran victoria francesa que resultan ser falsos, y para fin de mes la capital se apresta a la batalla y el Louvre es evacuado a Bretaña. «*Vivir rodeado de esta extrañeza amplia y aterradora, que nos envuelve y abraza, no es vivir*», escribe Edmond el 3 de septiembre, al conocer la noticia de la captura del emperador. Ese mismo día se proclama una república que él recibe con agrado, pero también con la desconfianza de un propietario que teme excesos de «la chusma».

El 19 de septiembre truena el cañón toda la mañana y después arriban a la ciudad tropas en retirada. El 23 Edmond anota: «*Y siguen abiertas las puertas de los cafés, por las que brota el ruido de las conversaciones divertidas; y sigue la vida despreocupada de la capital, que subsiste junto con todo el horror de la guerra a nuestro alrededor*». Los días siguientes, sin embargo, se instala ya la escasez: «*Ayer comimos las últimas ostras, y no hay más pescado que anguilas y gobio*». Los guisos de los ricos llevan carne de caballo y somos testigos de la ira contra los acaparadores que se lucran con la penuria. Compartimos ruidos y olores del París popular y burgués a punto de convertirse en campo de batalla, que el autor describe con amoroso detalle. El día 30, «*en los cabarets no se bebe y casi no se conversa*».

La belleza del otoño se despliega indiferente a los rituales bélicos. Ya en octubre, los izquierdistas apuestan en animadas reuniones por declarar la Comuna en la capital sitiada. Las semanas que siguen no traen grandes cambios, aunque la comida, casi reducida a patatas y queso, escasea cada vez más. En enero de 1871 arrecian los bombardeos y explotan obuses cerca de la casa de Edmond en Auteuil. El 20 de enero se consuma la derrota. Los soldados regresan y son insultados por los guardias nacionales en las calles. Es la hora de la capitulación.

Versalles contra París

En febrero «*comienza a haber carne y otras cosas de comer. Pero los parisinos carecen completamente del carbón con que cocinarlas*». Los alemanes ocupan la capital por unos días, y tras su retirada, a mediados de marzo, la insurrección triunfante toma el control: «*Los guardias nacionales se multiplican, y se levantan barricadas por todas partes coronadas por bravos chiquillos*». Cuando los militares Clément-Thomas y Lecomte, verdugos del pueblo, son fusilados, Edmond, abatido, clama por una existencia tranquila, entregado al arte, sin soportar la brutalidad de una «*turba destructiva*» que, armada y prepotente, le encorajina; en lo que ocurre ve los estragos del sufragio universal y la libertad de prensa. Enseguida París es cañoneado de nuevo, y desde las mismas posiciones fortificadas de los prusianos, pero ahora por el Gobierno provisional francés, presidido por Thiers y establecido en Versalles.

La visita a un hospital de campaña nos muestra el espanto de los cuerpos rotos, rédito de la guerra, y después asistimos a un desfile de féretros con banderas rojas. Edmond reconoce «*una profunda tristeza por la suerte de estos brutos*». El 15 de abril los obuses causan estragos en torno a su casa, y ha de refugiarse en el sótano. Son jornadas en las que proliferan barricadas y desconcierto en las avenidas de una capital bajo el signo de la guerra. Ante el decreto que enrola a todos los varones entre diecinueve y cincuenta y cinco años para la lucha contra Versalles, nuestro rentista decide esconderse, pero los días que siguen no deja de vagabundear por París. El 25 de abril reflexiona que la Comuna encarna en realidad el patriotismo de las masas defraudadas por el tratado de capitulación, y rompiendo éste se habría hecho imposible el ataque de Versalles.

A finales de abril, Thiers rechaza cualquier conciliación y el 22 de mayo los versalleses entran en la capital. Es una jornada caótica en la que Edmond nos describe sus experiencias recorriendo plazas y avenidas. En breve caen las últimas posiciones de los federados, y mientras cadenas de prisioneros atados parten hacia Versalles, se empieza a oír el tableteo de los fusilamientos, coronado por detonaciones sueltas

de tiros de gracia para los moribundos. Así, poco a poco, la Ciudad de la Luz vuelve a la normalidad. La última anotación recogida en la edición de Pepitas es la del 20 de junio, aniversario de la muerte de Jules: «*Paso el día reuniendo los artículos necrológicos que se le han dedicado*».

Un documento extraordinario

La edición original se publicó en 1890, y fue recibida fríamente, llegándose a acusar a su autor de falta de patriotismo. Seguramente su descripción no fue considerada suficientemente aplicada en la bestialización de los insurrectos, tarea en la que enseguida se volcaron algunas de las mejores plumas del país. El retrato del natural, bien trazado y colorista, pero casi como de pasada, de un movimiento revolucionario de enorme trascendencia, es probablemente el mayor atractivo del relato. Por su parte, las anotaciones de los meses previos y el asedio prusiano nos ponen ante otro episodio decisivo de la historia de la ciudad, que además aporta las claves para comprender lo que ocurrió después.

El censo de grandes escritores que hacen cameos en las páginas del libro es realmente impactante. Ahí tenemos a Zola, que en una comida con Edmond le esboza su plan para *Los Rougon-Macquart*. Renan aparece a menudo, y una vez lo vemos gesticular histérico defendiendo la superioridad intelectual de los alemanes sobre los franceses, causa en su opinión de todo lo que acontece. No faltan tampoco Verlaine, Gautier, Saint Victor, Flaubert, o el mismísimo «dios». Víctor Hugo, recién llegado de su exilio al París de Haussmann y sus grandes arterias, que declara preferir las viejas calles: «*Este Gobierno no hizo nada por la defensa contra los extranjeros, ¡todo fue hecho para la defensa contra el pueblo!*». Él trata de infundir coraje a su amigo para superar el dolor: «*Yo creo en la presencia de los muertos. Los llamo los invisibles*».

La pasión por el retrato fiel y minucioso de Edmond de Goncourt nos acerca a los rostros de un París insólito, con escenarios de guerra y revolución como nubes plomizas arrastrándose sobre la gran urbe. Los detalles de la vida cotidiana son un retablo palpitante y lleno de color que enriquece, con la mirada inquieta de un sensible y talentoso enemigo de clase, la historiografía de la primera sublevación proletaria.

La guerra social, de André Léo

Publicado en *Rebelión* el 19 de junio de 2018

André Léo fue el *nom de plume* de Victoire Léodile Béra, escritora y activista francesa que tuvo un papel destacado en la Comuna de París y sufrió destierro por su causa. En él compuso *La guerra social*, uno de sus textos de combate más conocidos, que contiene una reivindicación apasionada y cargada de argumentos de aquellos hechos. Virus ha tenido la gran idea de recuperarlo y presentarlo junto con un estudio acerca de la vida y la obra de su autora de la filóloga e historiadora italiana Fernanda Gastaldello, a quien debemos una tesis doctoral y numerosos trabajos sobre ella. El volumen incorpora también dibujos de Alhama Molina que retratan a mujeres de la Comuna.

Nuestra protagonista nació en 1824 en Lusignan, una localidad del Poitou, en una familia burguesa de talante liberal. En 1851 contrae matrimonio con el socialista Grégoire Champseix (1817-1863) y se establece con él en Lausana huyendo de la represión del Segundo Imperio; ese mismo año emprende su carrera literaria con la aparición de una novela, *Une vieille fille*. Tras la amnistía de 1860 y con sus gemelos, nacidos en 1853, la pareja regresa a Francia, donde Léodile sigue publicando novelas y cuentos. Estas obras despliegan un canto al amor que vence los convencionalismos de clase social y edad, y a la sencillez de la vida rural, al tiempo que defienden la igualdad de las mujeres y la necesidad de una educación basada en la moral humana y no en los dogmas de la religión.

A partir de 1867, nuestra escritora comienza a desarrollar también una intensa actividad como periodista comprometida con la lucha contra las desigualdades sociales, aunque su propósito de colaborar en *L'Égalité*, el semanario de Bakunin y Guillaume, no llega a materializarse cuando expone sus ideas en una carta de presentación: «*Para mí se trata mucho más de convencer que de odiar, de esclarecer que de vencer*». La relativa libertad de los años finales del reinado de Napoleón III le permitió abanderar una cruzada por alcanzar educación, igual salario y derechos civiles y políticos plenos para las mujeres. En enero y febrero de 1871, con los prusianos a las puertas de la capital, llama desde *La République des Travailleurs*, el periódico que funda con los hermanos Reclus, a la revuelta contra una oligarquía que ha llevado al país al desastre y a las masas populares a la miseria más extrema.

Durante los meses de la Comuna de París, Léodile se afana como periodista, oradora y miembro de diferentes comités. Su amor por los campesinos la hace indignarse cuando ve que apoyan a los versalleses, y escribe vibrantes artículos para mostrarles su error. Después, secunda sin titubeos la lucha inevitable, pero sin tolerar excesos ni atentados contra la libertad. Tras la derrota, sobrevive escondida en casa de una amiga hasta que en julio recibe la documentación falsa que le permite viajar a su segundo exilio en tierras helvéticas. En el mes de septiembre interviene en Lausana en el 5.º Congreso de la Liga de la Paz y la Libertad con «La guerra social», recogido en el volumen de Virus, un apasionado alegato que trata de desentrañar el significado de la Comuna.

El discurso es contundente a la hora de revelar la maraña tejida para hacer aparecer a las víctimas como verdugos. Contra las ideas emancipadoras que destellaban en París, la reacción con su arsenal de mentiras fue capaz de levantar a Francia contra la capital, y al fin la resistencia heroica de ésta se vio ahogada en un baño de sangre. Para la oradora, sólo se evitarán en el futuro cruentas guerras sociales como ésta si el emergente proletariado logra unir sus fuerzas con las de la pequeña burguesía liberal que también sufre el yugo del capital, y juntos forman un frente común que defienda igualdad y libertad para todos. Estas ideas son rechazadas por un auditorio dominado por elementos burgueses y a la ponente no se le permite terminar su intervención.

Son éstos tiempos de división entre federalistas y autoritarios en el seno de la Internacional, y nuestra *communarde* toma firme partido por los primeros, convencida de que cualquier intento emancipador debe sustentarse en un respeto escrupuloso de la dignidad humana y los derechos individuales. No obstante, la alejan de Bakunin la idea de conservar un cierto papel del Estado en la sociedad que propone, y sus dudas ante el posible rol revolucionario de los campesinos. En estos años de exilio, André Léo sigue publicando ensayos sobre los temas que más le preocupan, como la educación, o la situación legal y laboral de la mujer en diversos países, y novelas y cuentos en los que denuncia las hipocresías y engaños de un mundo dominado por el dinero y oscurecido por la religión. En 1878 decide poner fin a su segundo matrimonio, contraído en una fecha que no se conoce a ciencia cierta (¿1872, 1874?), con el escritor Benoît Malon, diecisiete años más joven que ella. La amnistía de 1880 le permite regresar a Francia, donde continúa su carrera literaria y su colaboración con publicaciones de extrema izquierda hasta su fallecimiento en París en 1900.

El precioso volumen que Virus ha sacado a la luz nos sumerge de lleno en las conmociones de la segunda mitad del siglo XIX en Francia. En él presenciamos los primeros intentos de organizar al proletariado, con sus acres refriegas dialécticas, y las primeras batallas entabladas, saldadas con cruentos fracasos. André Léo, solitaria mujer en un mundo de hombres, hubo de hacer valer sus ideas en aquel laberinto y en él insistió con coraje en algunas capaces de ofrecer esperanza: educación, respeto a la individualidad y libertad, y organización fraternal y solidaria para poner fin a la explotación económica. La confianza en el futuro venturoso que aguarda si se persevera en estos medios es el eje de su pensamiento, trasparentado en todos sus escritos.

En una de sus últimas novelas, *La justice des choses*, André Léo reflexiona sobre el maltrato al que el destino nos somete y atisba una idea que sobrecoge porque desborda lo que elucubraron sobre este asunto los inventores de religiones, siempre atascados en el «problema del mal». La justicia de las cosas está en uno mismo y llegan a vislumbrarla sólo los que son capaces de trasmutar el plomo del dolor que nos impone el apego, en el oro de un conocimiento que tiene su expresión más perfecta en el amor. Éste encuentra sólo su plenitud cuando se compromete en la lucha por la denuncia y supresión de todas las injusticias. André Léo, que nunca desertó del pensamiento ni la acción, alcanzó estas alturas de perspectiva mientras atravesaba las brumas de un tiempo oscuro y difícil.

André Léo. Del socialismo utópico a la Comuna de París, de Ana Muiña

Publicado en *Rebelión* el 11 de junio de 2021

La conmemoración del sesquicentenario de la Comuna de París ha servido para que vean la luz un buen número de títulos dedicados a aquel primer gran combate de la conciencia obrera. La linterna sorda ha querido contribuir a estas celebraciones, fiel a su ideario anarquista y feminista, con un volumen en el que Ana Muiña nos aproxima a la figura de André Léo (1824-1900), escritora y activista comprometida con todas las luchas emancipadoras del tiempo que le tocó vivir y protagonista de las jornadas parisinas. El libro trae también un amplio epílogo: «André Léo siempre decía lo que pensaba», de Luis M. Sáenz, y dos emblemáticos textos de nuestra comunera inéditos en castellano, con traducciones de Muiña y Sáenz. En la reseña publicada recientemente en *Rebelión* de otra obra fundamental de Léo: *La guerra social* (Virus, 2016), se resume su apasionante biografía.

El fermento del socialismo utópico

Ana Muiña nos acerca a la trayectoria de una intelectual que destacó por su producción novelística, pero también por los artículos y ensayos en los que defendió brillantemente los ideales de la liberación humana y los derechos de las mujeres. Los capítulos iniciales repasan el contexto histórico que vivió André Léo, y retratan una época en la que se gestaban las primeras respuestas contra la miseria extrema que engendraba el capitalismo.

En estas décadas iniciales del siglo XIX, los que serán menospreciados como «socialistas utópicos» aportan «*una riqueza de pensamiento y propuestas prácticas*», según Muiña, que anticipa lo mejor del ideario emancipador. Se recuerdan las contribuciones de Henry de Saint-Simon y su revuelta contra la explotación, de profundo sesgo feminista; de Charles Fourier y sus falansterios; de Flora Tristan, primera en defender el «*¡Proletarios del mundo, uníos!*»; de Robert Owen, socialista y pionero de las cooperativas; y

de Étienne Cabet, que identificaba democracia con comunismo. Pierre-Joseph Proudhon, por su parte, realizó una acerada crítica del capitalismo imperante, aunque se le reprochó su oposición a los derechos plenos para las mujeres.

Ana Muiña pasa revista a las publicaciones periódicas que fueron esenciales para la difusión de estas ideas. Entre ellas destaca *La Revue Sociale*, que apareció entre 1845 y 1850 dirigida por el erudito y filósofo Pierre Leroux, y congregó en sus páginas a lo más granado del pensamiento transformador. Este intelectual impulsó también un famoso falansterio en Boussac (Nouvelle-Aquitaine), cuyos miembros, que llegaron a ser unos ochenta, vivían en armonía igualitaria, cultivaban la tierra y editaban sus propios textos.

Es en *La Revue Sociale* donde André Léo realiza sus primeras contribuciones periodísticas en 1850, y en el ambiente masónico y librepensador que rodeaba la revista, conoce a Grégoire Champseix (1817-1863), escritor socialista que se convierte en su pareja. Como él era perseguido por delitos de opinión, juntos se exilian en Suiza hasta la amnistía de 1860. En toda esta época, nuestra autora publica varias novelas con gran éxito, así como artículos de prensa. En 1868 ingresa en la Internacional, dentro de la cual colabora con el sector bakuninista. Participa estos años además en la fundación de diversas sociedades para la emancipación de las mujeres.

La Comuna de París y los últimos años

En el duro invierno de 1870-1871, con los prusianos a las puertas de París, André Léo es de las más activas organizando comedores populares y asambleas de barrio para socorrer a heridos e indigentes, pero también tratando de llevar el descontento a una vía revolucionaria. Y en marzo son las mujeres sobre todo las que consiguen que la ciudad se levante y el Gobierno huya a Versalles; París pasa a ser una municipalidad autogestionada y republicana, una comuna. El 31 de marzo, nuestra protagonista funda con otras compañeras un nuevo diario, *La Sociale* —alusión a la revolución social—, que se une a otros que ya existen, como *Le Cri du Peuple* o *La Commune*, para discutir temas candentes de la vida que se está forjando.

Muiña repasa el papel de las comuneras en la batalla que pronto se desencadena: ambulancieras, camilleras y enfermeras, cocineras y cantineras, pero también combatientes. Las ilustraciones de la época que acompañan el texto nos acercan a la vida durante las jornadas decisivas de la primera sublevación proletaria. El 21 de mayo, los versalleses están en el casco urbano de la capital y las mujeres son esenciales en la lucha guerrillera que sigue. Cuando todo termina, la brutal represión se ceba también con ellas.

André Léo sobrevive escondida en casa de una amiga hasta que logra pasar a Suiza. Vive después en Italia, y hacia 1890 se establece de nuevo en Francia. En 1899, un año antes de su fallecimiento, publica el que se considera su testamento ideológico: «Cortemos el cable», un opúsculo contra los dogmas religiosos y la influencia del clero en los asuntos políticos. Este texto se ha incluido en este volumen, al igual que «La joven y el pájaro», un precioso poema en prosa de 1850 con un mensaje de despertar de la conciencia y liberación a través del amor.

Una constructora del futuro

Tanto Ana Muiña como Luis M. Sáenz en su epílogo resaltan las ideas fuerza del pensamiento de André Léo, una intelectual que se rebela contra la vulneración de derechos que cotidianamente ve sufrir a la mitad de la humanidad. Son muchos los artículos y ensayos en los que reivindica la emancipación de la mujer, y su acceso al voto, a la educación y a los mismos trabajos que los hombres en igualdad de condiciones con ellos. Hay que señalar también su esfuerzo por ganar al campesinado para la causa revolucionaria, y su convencimiento de que la transformación social sólo vendrá de la pedagogía y el aprendizaje a todos los niveles.

Socialista y colectivista, Léo ve en la riqueza un privilegio y una inmoralidad, y no se le escapa el carácter perverso del capital; opta por ello por una propiedad asociativa y cooperativa. No tiene clara, sin embargo, la forma de articular el nuevo orden social, y advierte contra las respuestas apresuradas que aniquilen la iniciativa individual; libertad e igualdad son para ella dos caras de la misma moneda. Su ideal político es el «Estado de las comunas federadas», basado en la democracia directa, sin una burocracia creadora de jerarquía; lo que defenderá años después Cornelius Castoriadis.

André Léo es una contemporánea nuestra, porque nos ilumina con su pensamiento. ¿Por qué, entonces, a pesar de su lucidez y valentía, su figura es tan poco conocida? La razón podría estar en que fue siempre fiel a sí misma y se mostró incapaz de transigir con los errores y dogmatismos que veía a su alrededor. Hoy sabemos que fueron éstos precisamente los que hicieron fracasar la revolución en el siglo que comenzaba cuando ella se fue. Por todo ello, en este tiempo nuestro de todos los desengaños, ahondar en su lección resulta imprescindible.

Es de agradecer el trabajo de La linterna sorda con *André Léo. Del socialismo utópico a la Comuna de París*, justo homenaje al pensamiento y la trayectoria vital de una mujer adelantada a su tiempo y constructora del nuestro. Hay que decir, además, que la gran cantidad de fotografías de los protagonistas, periódicos y documentos que enriquecen el volumen hablan directamente al corazón, y nos devuelven todo el coraje de unas luchas que es necesario recordar porque son las mismas de hoy.

3.4
Una era de violencia: el siglo XX

Años de vértigo, de Philipp Blom

Publicado en *Rebelión* el 6 de diciembre de 2014

El estallido de la Gran Guerra inauguró un período de convulsiones que por extensión y número de víctimas no tiene equivalente en la historia humana. Las claves para entender lo que ocurrió aquel agosto de 1914 pasan sin duda por un análisis minucioso de los años inmediatamente anteriores. ¿Qué aspectos de la evolución sociológica, económica, tecnológica, artística e incluso psiquiátrica, nos ayudan a explicarlo? En *Años de vértigo* (Anagrama 2010, 2013, trad. de Daniel Najmías) el historiador alemán Philipp Blom aplica su estetoscopio a la sociedad cambiante que estrenaba demasiado despreocupada el siglo XX, y descubre en ella los desequilibrios que preludiaban el desastre. En capítulos que siguen la cronología de aquellos años nos va describiendo con amable erudición los procesos que se encadenaron para que todo saltara por los aires.

1900: El libro comienza con una visita a la exposición universal de París. El centro de la ciudad, a ambos lados del Sena, se ha convertido en un parque temático que exhibe la pujanza de Occidente en una síntesis delirante: vistosos edificios, sorprendentes máquinas que la misteriosa electricidad alimenta y un muestrario de pueblos colonizados que con el contraste de su simplicidad y primitivismo cantan la gloria de las grandes naciones de la tierra. Pero Francia era un país en declive y profundamente dividido. La guerra franco-prusiana había sido un desastre y los más de veinte mil muertos del aplastamiento de la Comuna de París aún sangraban. Luego el caso Dreyfus había tensado al límite la división social. Paralelamente, el espectro de la decadencia recorre la literatura y el arte de la época. Y el sexo reprimido aflora en la enfermedad del momento, la neurosis que Sigmund Freud se propone estudiar.

1901: La muerte de la reina Victoria pone al juerguista Eduardo VII al frente de un imperio de extensión y riqueza inimaginables. Blom nos acerca a la situación en el resto de Europa en esos meses. Por todos lados, la clase aristocrática es una reliquia del pasado que presencia el ascenso irresistible de la burguesía.

1902: Sigmund Freud es nombrado *professor extraordinarius* de la Universidad de Viena, un éxito que significa el reconocimiento de su novedosa terapia. El Imperio austrohúngaro era un conglomerado de naciones escasamente avenidas y con un anciano al frente, Francisco José, que cumplió ese año setenta y dos de vida, y cincuenta y cuatro en el trono. La ficción de la grandeza imperial se exhibía con luces y ritmos de opereta, y el intelecto inútil se volcaba en una intensísima y apreciada vida cultural. Es en este mundo de mentiras donde Freud va a descubrir el papel de la sexualidad reprimida como energía universal que nutre tanto el arte como la enfermedad mental, y es en él donde una nueva generación de creadores va a sacudir con fuerza los muros de una academia cuya solidez es sólo aparente: pintores como Gustav Klimt, genial explorador del alma humana, o Egon Schiele con su erotismo salvaje, músicos como Arnold Schönberg, en el que la pasión romántica se disuelve en una cacofonía pretenciosa, o arquitectos como Adolf Loos, que predica la renuncia a cualquier ornamento y eleva edificios de una sencillez brillante y desdichada.

1903: La primera protagonista es Marie Curie (1867-1934), la muchacha polaca que llega a París en 1891 y con inteligencia y voluntad logra abrirse camino como investigadora, descubriendo dos elementos, el polonio y el radio, lo que le vale el Premio Nobel en este año de 1903; todavía ganaría otro en 1911 por sus aportaciones sobre la radiactividad. La ciencia impone una nueva visión del mundo; merced a los trabajos de Einstein, el tiempo y el espacio absolutos, nada menos, desaparecen de la perspectiva de la física, que sólo tratará a partir de ahora de las leyes de una materia que no difiere en su naturaleza profunda de la energía. Todo se disuelve. Pero la ciencia que oscurece los conceptos ilumina y enriquece lo cotidiano con luz eléctrica, teléfono y telégrafo.

1904: Un diplomático británico, Roger Casement (1864-1916), informa detalladamente por escrito a su Gobierno del genocidio que se está cometiendo en el Congo. El principal responsable del crimen es Leopoldo II de Bélgica, que controla el territorio como un feudo privado y extrae de él enormes cantidades de marfil y caucho mediante un régimen de terror que supuso el asesinato de diez millones de personas entre 1885 y 1908. El informe de Casement le fue encargado por las autoridades coloniales británicas para comprobar la veracidad de lo que un empleado inglés de origen francés, Edmund Dene Morel (1872-1924), estaba difundiendo. Éste había tenido acceso por su trabajo a extraños datos comerciales, con objetos adquiridos sin que se registraran pagos por ellos y ganancias escondidas desorbitadas, y había decidido dedicar su vida a dar estos hechos a conocer. Leopoldo reaccionó sobornando periodistas y urdiendo falsedades, pero la verdad se impuso y al fin se vio obligado a «vender su posesión» al Gobierno belga. La prensa se constituía como un nuevo e influyente protagonista de la vida social.

1905: El 9 de enero, «Domingo Sangriento», hay cientos de muertos en las calles de San Petersburgo cuando el ejército dispara contra manifestantes pacíficos que acuden a contar sus cuitas al padrecito zar. Rusia es un país enorme de campesinos viviendo una miseria secular y sometidos a un servicio militar que dura veinte años. Aparte de ellos, hay en él minorías oprimidas, administradores brutales e incompetentes y una exigua clase media completamente frustrada. En 1904 los japoneses habían atacado Port Arthur y la ineptitud del mando ruso resulta catastrófica en la guerra que sigue, con lo que estalla la indignación; éstos fueron los prolegómenos del Domingo Sangriento; sus secuelas incluyen pogromos salvajes y revueltas. En junio el motín del acorazado Potiomkin es un serio aviso para el zar y la huelga general del 10 de octubre paraliza el país. Siete días después Nicolás convoca elecciones a la Duma, pero la represión no cesa. Después de aquello, escritores y pintores se lanzan a una locura que rompe todas las formas. Presienten que el fin está próximo.

1906: Se bota el primer acorazado de la serie Draednought, gigante de acero de tonelaje y potencia de fuego nunca vistas, última apuesta inglesa en su duelo con Alemania. Los dos imperios armaban flotas cada vez más monstruosas para un enfrentamiento inevitable. Y hay que recordar que curiosamente el káiser Guillermo II, nieto de la reina Victoria por parte materna era, por lo tanto, sobrino de Eduardo VII. Todo quedaba en familia. El Ejército tenía un papel esencial en los países europeos, de la medieval Rusia a la «moderna» Francia: columna vertebral de la nación y escuela de imprescindibles virtudes viriles. Es la época también en la que se impone el culto a un cuerpo fuerte y musculado, y el duelo es deporte nacional en muchos lugares, tónico vital que no rehúyen intelectuales y artistas; se recuerda el que protagonizaron Marcel Proust y Jean Lorrain. Al mismo tiempo, la homosexualidad era un estigma cuya revelación podía destruir cualquier carrera, como demuestra la historia del príncipe Felipe de Eulenburg, favorito de Guillermo II.

1907: Entre el 15 de junio y el 17 de septiembre se celebra en La Haya la segunda Conferencia Internacional de Paz, donde al igual que había ocurrido en la primera, en 1899, los representantes de los Gobiernos manifiestan cínicamente buenas intenciones y pactan después planes secretos que llevarán en breve el mundo al desastre. Pero mientras influyentes filósofos habían defendido la «lógica de la guerra», en este momento comienzan a surgir también voces consternadas por los sombríos augurios y que abogan por la paz entre las naciones, como la de la baronesa Bertha von Suttner, autora del *best seller Abajo las armas* (1889) y que recibiría el Premio Nobel de la Paz en 1905 o Liev Tolstói, que predicaba por entonces un cristianismo muy próximo al anarquismo. Otros, como el pintor austriaco Gustav Klimt, reflejan mientras tanto el lado más oscuro del orden burgués y barruntan en él un abismo autodestructivo. Por todas partes proliferan visionarios, profetas de un universo espiritual en la senda de Madame Blavatsky (1831-1891) o Rudolf Steiner (1861-1925), e influyen a su vez en poetas y músicos innumerables, sobre todo en los ámbitos germano y eslavo.

1908: El 21 de junio, casi medio millón de personas, la mayoría mujeres, se dan cita en Hyde Park para exigir el sufragio femenino. Una gran cantidad de ellas trabajan en fábricas y están obligadas además a llevar sus casas y gestar nuevos esclavos para el monstruo. Su vida es decididamente insoportable y la lucha por el voto se convierte en una explosión de dignidad herida. Cuando no les hacen ningún caso, los métodos se radicalizan. A las detenciones se responde con huelgas de hambre y hay intentos de tomar el Parlamento, incendios y ataques (con paraguas) a miembros del Gobierno. El derecho al voto femenino se irá consiguiendo progresivamente tras la Primera Guerra Mundial. En Rusia, el incipiente movimiento es ninguneado y las mujeres más decididas se integran en las filas revolucionarias. En Noruega y Finlandia, el triunfo de las sufragistas es rápido, mientras que en Francia apenas dan la batalla, a pesar de los notables ejemplos de mujeres que sobresalen en todos los campos. En los países de lengua alemana, los grupos de activistas, débiles, destacan sin embargo por su ambición y carácter revolucionario, que va, mucho más allá del voto, a un replanteamiento desde la igualdad, de las relaciones entre los sexos.

1909: En julio, Louis Blériot cruza en treinta y un minutos el canal de la Mancha con su máquina voladora. El juguete comienza a perfilarse como un poderoso medio de transporte. Pero la técnica impone sus leyes en todo; Taylor y Ford han creado la cadena de montaje: máximo de eficiencia al precio de un mínimo de humanidad, mientras otros inventos: fotografía, telégrafo, cinematógrafo o rayos X despliegan una nueva imagen del mundo. Éste es el año también del manifiesto futurista de Marinetti, en cuyo culto a la fuerza bruta está ya la inhumanidad del fascismo. La máquina disputa al hombre el protagonismo del arte y el hombre a su vez se transforma en máquina. Los médicos empiezan a diagnosticar una enfermedad: la neurastenia, cuya causa es la deshumanización de la vida y cuyo efecto es la incapacidad erótica. Para Blom: «*La batalla por el alma del siglo XX se alimentaba con técnica, pero se libraba con el sexo*».

1910: Virginia Woolf fecha en este año una revolución del arte en la que el hilo discursivo desaparece e irrumpe con fuerza lo fragmentario. A partir de entonces, se le exige al lector que tolere lo oscuro, el fracaso. Algunos ven en ello un triunfo de la libertad, pero la aguda pituitaria de otros percibe el hedor del cadáver de Europa. La ola llega-

rá a la música con el estreno de *La consagración de la primavera* tres años después, que provocará un escándalo sin precedentes en París. Si esta obra utiliza motivos folclóricos, Vasili Kandinski y Pablo Picasso harán lo propio con los símbolos de los chamanes komi de los Urales o las máscaras africanas para nuclear su revolución de la pintura: *Omnia solvuntur*. Y la explicación nos la dan al alimón Weber y Freud; la ética protestante ha generado el capitalismo, pura represión y acumulación que estallan en la neurosis; el sujeto está gravemente enfermo y el arte traza un diagnóstico que quiere ser también una terapia en forma de regreso al mundo libre anterior a la caída.

1911: Se abre en California el primer estudio cinematográfico en un pueblo de las colinas de Los Ángeles, llamado Hollywood, y en París se inaugura el Gaumont Palace, la sala de proyecciones más grande del planeta, con capacidad para tres mil cuatrocientos espectadores. Mientras algunos artistas toman distancia de este tiempo ominoso, las masas refugian sus almas en los últimos prodigios de su técnica, aquéllos en los que ésta recrea la propia realidad: el disco y el cinematógrafo. Gracias a ellos, una interpretación de Sarah Bernhardt o un aria de Enrico Caruso son arte que se repite infinitamente idéntico a sí mismo. Y con el triunfo del simulacro, la realidad se diluye. Los grandes almacenes proliferan en todas las megaurbes y sumergen al individuo en la orgía desatinada del consumismo. La publicidad será el lenguaje para hablar a estas masas que reivindican el mundo, y con ellas nacerán nuevas identidades en el laberinto de la ciudad, con razón o sin ella: sindicatos, partidos o clubes deportivos...

1912: Se celebra con enorme expectación en el University College de Londres el I Congreso Internacional de Eugenesia. Francis Galton (1822-1911) había sido el inventor del término y el profeta de las técnicas de manipulación de linajes que habían de servir para «mejorar la especie». Teorizaron en esta línea, entre otros que se recuerdan, el alemán Ernst Haeckel, que quería una humanidad imbuida del orden prodigioso de la naturaleza, o el francés Paul Robin, propagandista del neomalthusianismo. Y en el fondo, sin duda, late como un aliciente, espiritual y poético más que otra cosa, toda la luminosa confusión de Nietzsche y su doctrina del superhombre. Al mismo tiempo, en los Estados Unidos se aprobaban leyes de esterilización forzosa y en Europa surgían profetas de una raza aria superior que debía imponerse por la fuerza.

1913: Ernst Wagner, director de una escuela rural en Alemania asesina el 4 de septiembre a su mujer y sus cuatro hijos y luego a otras ocho personas; vivía obsesionado por las rarezas de su sexualidad. El del juez Daniel Schreber fue otro famoso ejemplo de trastorno mental de etiología sexual; fue capaz de edificar una teología y una antropología sobre su deseo de transformarse en mujer y sentir como tal el coito. Las láminas del austriaco Alfred Kubin (1877-1958) expresan lúcidamente el peligroso desequilibrio de un mundo en el que el sexo reprimido va a aliarse a la tecnología para alumbrar el triunfo de la muerte.

1914: Hasta este año en que se desencadena la carnicería, la máquina, y el dinero —su alma—, no han dejado de aumentar su poder. Al mismo tiempo, el hombre contempla en el espejo un espectro de degeneración y declive. La alegría infinita del sexo se pudre en la ciénaga del capitalismo y genera violencia, angustia y muerte. Por otra parte, la realidad se desdibuja en la ciencia (relatividad, mecánica cuántica...) y en el arte. Y no faltó quien percibiera como un fracaso de la razón lo que era sólo el fracaso del que había pretendido erradamente razonar. Philipp Blom insiste en un aspecto esencial: entronizado lo irracional quedaba abierto el camino a todos los horrores del siglo XX.

Imperios en eterna disputa que buscan expandirse, y cuyo lenguaje propio y característico es la guerra, van a desatar el apocalipsis. Se valdrán de una técnica prodigiosa y de una extrema miseria del ser humano, sometido a todos los ídolos de la patria y el mercado. La laboriosa y contundente acumulación de argumentos que realiza el libro revela algo profundo de lo que apenas somos conscientes. Gracias a él comprendemos que aquellos años de vértigo explican muchas cosas del aquí y el ahora, porque describen con precisión cómo se acabó de fraguar una cárcel para el alma del hombre de la que aún no hemos conseguido escapar.

1914, de Luciano Canfora

Publicado en *Rebelión* el 15 de enero de 2015

Una serie de programas radiofónicos de la Radio2 Rai enfrentaron a Luciano Canfora (1942), filólogo y estudioso del mundo clásico y también de otros momentos históricos, con el desencadenamiento de la Primera Guerra Mundial. Los comentarios allí expresados dieron luego lugar a un libro: *1914*, que resume magistralmente la sucesión de acontecimientos y la maraña de alianzas, pactos e intereses que engendraron un conflicto de una importancia fundamental, pues como queda claro en sus páginas, está en el origen y es causa de la terrible violencia que caracterizó el siglo XX. La versión castellana apareció en 2014 en el catálogo de El viejo topo (traducción de Juan Vivanco).

Se recuerdan primero los precedentes bélicos del estallido de 1914. Las guerras balcánicas, la ruso-japonesa de 1904-1905 e incluso, yendo más lejos, la franco-prusiana, habían tensado ya las relaciones entre algunos de los con-

tendientes de la Primera Guerra Mundial. Resulta interesante que muchos de estos conflictos sirvieron de detonante para procesos revolucionarios abortados, como la Comuna de París o la Revolución rusa de 1905. Puede hablarse de una estrecha imbricación de guerra y revolución en aquellos tiempos.

Se nos acerca después a la política forjada por Bismarck; buscando siempre evitar una alianza de Francia con Rusia que resultaría letal para el Imperio alemán, la amistad con la autocracia de los zares era esencial. Sin embargo, con la desaparición del Canciller de Hierro, en manos de Guillermo II el navío toma un rumbo desafiante: hacia el este, hacia el oeste, e incluso en Oriente Medio —con el «ferrocarril de Bagdad»— y África. Al mismo tiempo surge un poderoso enemigo interior: el Partido Socialdemócrata (SPD), que en las elecciones de 1912 cosecha un éxito sin precedentes. De todas formas, se discuten las limitaciones democráticas del Imperio alemán, con una influyente Cámara Alta prusiana de estructura estamental y dominada por terratenientes y altos funcionarios.

Los antecedentes inmediatos del conflicto son las guerras balcánicas, que propician el acercamiento de Turquía y Bulgaria a los Imperios centrales, y el nerviosismo por el reparto colonial de África, exacerbado tras la crisis de Agadir, sin olvidar las incitaciones a la guerra desde el mundo literario —con el manifiesto futurista de Marinetti por ejemplo—, filosófico o académico. El atentado de Sarajevo (28 de junio) muestra, cuando se analiza en detalle, sobre todo una cadena de fallos de seguridad por parte austriaca, y no queda probada una responsabilidad directa del Gobierno serbio. Sin embargo, es precisamente sobre esta responsabilidad sobre lo que se pondrá en marcha enseguida la máquina imparable de la guerra.

Viene entonces el ultimátum a Serbia con nueve condiciones de las que la única que no es aceptada es que los austriacos participen en la investigación y detención de los culpables, lo que supondría una violación flagrante de la soberanía serbia. Austria apuesta por la guerra con firmeza, aunque dentro del propio Gobierno hay voces que se oponen. Mientras tanto, en ese momento Guillermo II cree suficiente la respuesta serbia y piensa que la guerra no es inminente. Sin embargo, según el riguroso estudio de Fritz Fischer *Asalto al poder mundial* (1961), había en la élite dirigente alemana una decidida voluntad de guerra que fue lo que desencadenó el conflicto.

Los siguientes movimientos son una movilización *parcial* del Ejército ruso, que es tomada por Austria como una movilización *general* y le sirve para abrir hostilidades contra Serbia bombardeando Belgrado. Viene entonces la movilización general rusa y la respuesta alemana es declararle la guerra (31 de julio), debido a la alianza que preveía exactamente eso, e inmediatamente después hace lo mismo con Francia (2 de agosto), que se pensaba que intervendría al lado de Rusia. El ataque contra Francia se pospone sin embargo invadiendo injustificablemente a la neutral Bélgica, con una estrategia de «guerra relámpago» que fracasa por la resistencia encarnizada de los heroicos belgas. En el pequeño país estarán empantanados los invasores hasta el 15 de noviembre, y poco después, con la firmeza francesa en el Marne, desaparecerá cualquier posibilidad de un triunfo rápido alemán.

En este momento se produce además la intervención de Inglaterra, que tiene ya a los alemanes enfrente de sus costas. Otro hecho poco conocido, sin embargo, para explicar lo ocurrido es la alianza anglo-rusa. Inglaterra y Rusia se precipitan en la guerra tras sellar un pacto en el que Inglaterra se había comprometido a favorecer el acceso de Rusia al Mediterráneo a cambio de su lucha contra Alemania; para los británicos era necesario cortar de raíz el ascenso de esta nueva potencia. Con esto acabamos de entender la rápida movilización rusa, que coadyuvó al desencadenamiento del conflicto. Como vemos, maquinaciones imperiales son el eje de todo el asunto.

Se describe después el carácter terrorista de la intervención alemana en Bélgica, que resultó contraproducente al ser hábilmente utilizado por la propaganda aliada, y el vergonzoso papel de muchos intelectuales alemanes que firmaron manifiestos defendiendo con argumentos falaces la política agresiva y expansionista de su país. Se recuerdan también las falsificaciones de documentos a las que recurrieron los dos bandos en su «guerra de propagandas» y el fracaso histórico del movimiento socialista, incapaz de articular una oposición efectiva, con un papel especialmente infame para el SPD, que votó masivamente en el Reichstag los créditos de guerra. Las razones por la que hicieron esto se discuten en otro capítulo, y una de ellas fueron sin duda las ventajas materiales que pensaban que aportaría a la clase obrera del país una victoria del Imperio alemán.

Italia era reacia en un principio a sumarse a la lucha, a pesar de sus compromisos con la Triple Alianza (Alemania, Italia y Austria-Hungría), debido sobre todo a los contenciosos territoriales con Austria acerca de la costa adriática. En mayo de 1915 entra en la guerra alineándose con la Entente (Francia, Reino Unido y Rusia), merced a un golpe de Estado del joven rey Víctor Manuel III en el que jugó un papel importante un líder socialista que hasta aquel momento había predicado un ardiente pacifismo: Benito Mussolini. Se valora muy positivamente al recién elegido papa Benedicto XV, que no ahorró esfuerzos para tratar de detener la que certeramente denominaba «la matanza inútil». El libro concluye discutiendo la influencia de la guerra en la evolución autoritaria que se produce después en el continente, y el papel que tuvieron la Revolución rusa de febrero y las posibilidades de victoria que ésta daba a los alemanes, para decidir la entrada de los EEUU en el conflicto.

El desencadenamiento de la Gran Guerra es un magnífico ejemplo de aquellos procesos que resultan de la interacción de un buen número de actores cuyos motivos e intereses no son siempre fáciles de visualizar y que están envueltos además en una nutrida maraña de mentiras propagandísticas. La complejidad del asunto es extraordinaria, pero Luciano Canfora se las arregla, con su habilidad al seleccionar los argumentos y los escenarios esenciales y presentarlos de forma clara y sintética, para que al fin la luz se encienda en nosotros. Y si hubiera que resumirlo todo al máximo, queda de manifiesto que es a la rivalidad entre potencias imperialistas a quien podemos responsabilizar de lo ocurrido.

La consagración de la primavera, de Modris Eksteins

Publicado en *Rebelión* el 11 de marzo de 2015

Nacido en Letonia y profesor de Historia en la Universidad de Toronto, Modris Eksteins (1943) se propone en *La consagración de la primavera*, libro subtitulado *La Gran Guerra y el nacimiento de los tiempos modernos* (Pre-Textos 2014, trad. de Fernando G. Corugedo), estudiar el impacto de la guerra de trincheras en la reconfiguración de la mente del hombre europeo. Con una selección de escenarios que van desde 1913 hasta el final de la Segunda Guerra Mundial, el autor centra su análisis sobre todo en la psicología de los combatientes, la atmósfera de frustración moral generada por la contienda y la irrupción del nazismo como el más trágico de sus corolarios.

Abre la obra un capítulo sobre el estreno de *La consagración de la primavera* en París en mayo de 1913, y sus protagonistas: Serguéi Diáguilev (1872-1929), diletante en música y pintura, y ante todo empresario de talento, pero también comprometido temperamentalmente con un arte que habría de traer liberación y sorpresa, y encerraba algo de religión pagana y sensual; encontró en sus Ballets Rusos, que revolucionaban Europa, el espectáculo total que andaba buscando. Váslav Nizhinski (1890-1950), pleno de gracia y brutalidad (*Cocteau dixit*), presto siempre a transgredir las normas de la danza al dictado de su genio; él es autor además de la difícil coreografía de la obra. Ígor Stravinski (1882-1971), consciente de su importancia ya y dispuesto a poner el mundo musical patas arriba, se inspira aquí en la implacable primavera rusa, delirio entre la vida y la muerte, y traduce en sonidos el asesinato ritual de una virgen. Pierre Monteux, enamorado de la partitura, dirigirá la orquesta.

Todos eran revolucionarios en el campo de la moral y las costumbres, que no en el del orden social. La noche del estreno, los gritos e insultos —y también los aplausos— del público apenas dejaban que se oyera la música, disonante y estentórea, basada en la percusión, feroz y primitiva según Debussy. La coreografía eludía cualquier brillantez y los bailarines vagaban desconcertados sin una melodía que seguir. La crítica fue abrumadoramente negativa. La obra trae las marcas de la época: hostilidad hacia las formas clásicas, primitivismo, vitalismo e irracionalismo, con un culto a la muerte que preludia la carnicería próxima a desatarse.

La siguiente parada es Berlín, donde durante julio y los primeros días de agosto de 1914 arrecian manifestaciones populares de apoyo a la inminente conflagración. Algo tan fácilmente manipulable se interpreta en el libro como un desencadenante del conflicto ajeno a sus auténticos instigadores en la cúpula del poder. Se llega a decir que «*ningún líder político hubiera podido resistir tanta presión popular a favor de una acción decisiva*», lo que pone al káiser casi como una inocente víctima de la ira belicosa de sus súbditos. Parece una visión excesivamente simplista.

El hecho es que Alemania había sufrido una industrialización acelerada en las últimas décadas y se había convertido en una gran potencia en busca de su *Lebensraum* («espacio vital»). La escolarización masiva, el desarrollo de centros de educación superior de calidad y el culto a la técnica fueron instrumentos clave en este progreso, en cuyo núcleo ideológico encontramos orgullo por la profundidad de la *Kultur* alemana, conquistadora del arte total en los dramas wagnerianos. La guerra se acepta como el signo de que el tiempo de Alemania ha llegado y el plan Schlieffen para la lucha en dos frentes —un golpe rápido a Francia, a través de Bélgica, que permitiera ir sin demora contra los rusos— tiene el preciosismo de un guion de Bayreuth. El *Augusterlebnis* («experiencia de agosto») supuso en Alemania una locura colectiva enaltecida por casi todas las lumbreras intelectuales con la que la sociedad quedó fusionada en el ideal de la victoria. La ofuscación siguió con una glorificación de la muerte mientras la guerra se prolongaba, y culminó en la *Dolchstoßlegende* («leyenda de la puñalada por la espalda»), que salvaba el honor atribuyendo la derrota a una conspiración de judíos y comunistas.

Nos lleva el libro luego por los escenarios iniciales de la guerra: la rápida movilización de seis millones de hombres por toda Europa, la cadena de indecisiones y errores que hicieron fracasar el plan Schlieffen bajo la batuta de Moltke. La resistencia desesperada en el Marne e Ypres hizo que el fin de año llegara con más de medio millón de muertos en el frente occidental y un ominoso *impasse*; las lluvias de aquel diciembre no se recordaban desde hacía mucho tiempo. A fin de mes, el espíritu navideño invadió las trincheras y hubo numerosos episodios de confraternización entre soldados británicos y alemanes, y también algunos, menos frecuentes, en el frente franco-alemán. Tal vez la tendencia

de los británicos a estos comportamientos estuviera motivada por su pasión por el deporte, que les hacía ver la guerra como una modalidad sangrienta de fútbol o cricket. Según el conflicto se fue prolongando, este tipo de sucesos, reprimidos y silenciados generalmente en la prensa, dejaron de producirse. Se pasa revista después a las mentiras propagandísticas y la censura en la correspondencia.

El desarrollo de la artillería resulta asombrosamente letal. El «Gran Bertha» alemán dispara obuses que pesan más de una tonelada, pero franceses y británicos no le van demasiado a la zaga. Los cañoneos incesantes crean paisajes lunares, y llega luego el gas asfixiante, usado por primera vez por los alemanes, a llevarse a los supervivientes. Los asaltos son matanzas que raramente alcanzan sus objetivos. Con alambradas y ametralladoras, el defensor está siempre en ventaja sobre el atacante. Así va progresando la guerra con carnicerías cada vez más espantosas y grandes batallas en las que los muertos se cuentan por cientos de miles. En las trincheras, además, la plaga de pulgas, piojos y ratas es insufrible. El libro recoge datos y testimonios que muestran el rostro más violento y enloquecido de la guerra: destrucción de vidas humanas, pero también de la biblioteca de Lovaina o la catedral de Reims. El *furor teutonicus* en acción aporta innovaciones en armamento y táctica: gas, lanzallamas o ataques con submarinos contra barcos de línea.

Eksteins describe la «psicología de las trincheras», un estado de embotamiento y apatía que permite a los hombres soportar lo insoportable. Sumidos en sus rutinas, nada se preguntan y nada saben, aguardando sólo la ejecución de la condena que pesa sobre ellos. Los casos de insubordinación son muy escasos y el frente sólo se viene abajo en Rusia, donde hay tropas menos «educadas», sometidas a condiciones aún más duras. La movilización había arrancado con una invocación del «deber» para con la patria, pero con el estancamiento de las líneas todo se sumerge en un automatismo sin emociones, en el que brilla sólo el espíritu de resistencia. La moral burguesa aporta a los combatientes un sentido del decoro que los anima a aguantar con coraje todas las penurias. En las visitas a la retaguardia los soldados descubren un abismo que los separa de los que no pueden comprender porque no han visto. Los supervivientes quedan marcados para siempre.

Los intelectuales reaccionan de diversas maneras ante la guerra: compromiso patriótico, admiración por la estética brutal que se impone o la trascendencia histórica del momento, nihilismo dadaísta. Pocos son los que se horrorizan sinceramente y tratan de hacer algo positivo por detener la carnicería o mitigar sus efectos. En muchos casos la crueldad de lo cotidiano lleva a los creadores a rehuir las formas clásicas y ahondar en las experiencias vanguardistas previas al conflicto; incluso en Gran Bretaña se aprecia esto.

El siguiente capítulo se dedica a uno de los acontecimientos que más expectación despertaron en el período de entreguerras: el vuelo de Lindbergh sobre el Atlántico en mayo de 1927. ¿Cuál fue la razón de la histeria colectiva que la hazaña fue capaz de desencadenar en las masas? Para Eksteins, el final de la guerra había producido una situación de abulia y desesperanza generalizadas y un auge del hedonismo; se percibía la bancarrota del viejo orden y la izquierda ganaba terreno por todas partes, con lo que la política se polarizaba. En este contexto, el vuelo épico de Lindbergh se convierte en un símbolo de superación y éxito para aquel mundo enfermo, algo puramente individual, ajeno a cualquier dimensión social. El estímulo llega de una América que pasa a ser referencia y donde se atisba el futuro, aunque no faltan ya voces que señalan su simpleza intelectual y egoísmo feroz.

Dos años después de la gesta del muchacho norteamericano la publicación de *Sin novedad en el frente* de Erich Maria Remarque supuso otra sacudida, un éxito sin precedentes en la historia de la edición. Nacido en 1898 en una familia alemana católica de clase media, Remarque fue soldado en la Gran Guerra, aunque su experiencia de combate no parece ser que fuera tan amplia como da a entender en la obra. Tras el armisticio, consiguió un título de maestro, pero terminó dedicado al periodismo y publicando un par de novelas sentimentales bastante flojas. La que lo catapulta a la fama es otra cosa, un relato brutalmente realista escrito en primera persona con frases cortas y afiladas, en el que se narra cómo la guerra aniquila inexorable uno tras otro a un grupo de amigos. No obstante, la obra nos sumerge sobre todo en la miseria moral de una destrucción sin sentido y se convierte así en la denuncia de la angustia y el desarraigo de la generación minada psicológicamente por su paso por el frente. Los historiadores se revelan incapaces de explicar lo que ha ocurrido y sólo artistas y literatos expresan su locura, pero ello supone el fin de los sueños felices y el ideal de progreso, el alba de un nuevo irracionalismo.

El último capítulo está dedicado al ascenso y caída de Adolf Hitler, un pintor fracasado en su juventud que recibe con entusiasmo, como muchos, el estallido de la Gran Guerra y parte enseguida hacia el frente, donde es herido dos veces y gana tres condecoraciones por su valor. Eksteins defiende que es de su experiencia de aquellos años de donde extrae la inspiración para la sociedad que se propone forjar, cuyo principio rector es que cualquier violencia está justificada en la autoafirmación patriótica. El excombatiente no podía aceptar el final impuesto en 1918 y predica el regreso al espíritu de las trincheras. Después, con la crisis económica de 1929 y 1930, muchos buscan refugio en su nacionalismo mesiánico y en enero de 1933 es nombrado canciller. El nazismo era pura subjetividad, emoción y espectáculo, culto de la acción, una forma brutal de arte creada por un ar-

tista frustrado. Sin embargo, esto no debe hacernos olvidar el amplio apoyo al régimen entre académicos e intelectuales. Cuando llegó 1939, gran parte del país asumió resignadamente la necesidad de prolongar la lucha «por la supervivencia de Alemania» con una nueva guerra, la definitiva revancha.

Tal vez lo más valioso del libro sea la recopilación de testimonios y el análisis que aporta en sus capítulos centrales sobre la vida en las trincheras y la psicología de los que la sufrieron. Quedan de manifiesto en estas páginas los sentimientos y estrategias que puede desarrollar el ser humano ante el horror: patriotismo obcecado, recurso a la religión, escalofriante ironía o embotamiento autista, lo más común. Aprendemos también que algunos de aquellos hombres alcanzaron a ver el significado de la plaga que los aniquiló y adivinaron el mundo, tecnificado y roto, de después. Los capítulos que siguen analizan consecuencias del conflicto, y de este modo, la reacción en Europa ante la proeza de Lindbergh o el éxito de la novela de Remarque *Sin novedad en el frente* se interpretan como síntomas del estado mental que creó. El programa de Adolf Hitler y su triunfo en Alemania resultan al fin el mayor desastre gestado por una guerra que aunó alienación y tecnología para crear escenarios de destrucción desconocidos en la historia.

Guerra del 15, de Giani Stuparich

Publicado en *Rebelión* el 27 de diciembre de 2012

La Gran Guerra fue diferente a todas las que ha habido o habrá en este mundo nuestro. Los estudiosos de la estrategia lo explican por una razón muy clara. La evolución tecnológica de los armamentos consiguió por aquel entonces un desarrollo tan prodigioso de la capacidad de fuego que una posición bien defendida podía fácilmente convertirse en inexpugnable. Eventos como la batalla de Balaclava (1854) en la guerra de Crimea o la de Sedán (1870) en la franco-prusiana habían ya demostrado que las cargas de caballería que hasta entonces habían sido decisivas empezaban a resultar impotentes ante una artillería cada vez más eficaz, pero fue en la Primera Guerra Mundial cuando la movilidad que había caracterizado hasta entonces las operaciones bélicas cedió su lugar a una guerra de posiciones. Sólo con el aumento posterior de la capacidad de fuego móvil de la aviación y los carros de combate la estrategia volvería a sus formas habituales.

Aquella guerra diferente, conflicto interminable de frentes estancados, de masivos ataques infructuosos y consiguientes carnicerías, fue el horror con el que se estrenó un siglo pródigo en horrores. Con sus treinta y siete millones de bajas, toda una generación fue masacrada por la codicia de los banqueros y la estupidez de los patriotas. Algunos de los que la sufrieron escribieron después páginas inmortales que nos acercan a aquellos escenarios dantescos. Son obras como *Adiós a todo eso* de Robert Graves o *Sin novedad en el frente* de Erich Maria Remarque. En estos momentos hay que saludar la aparición en su primera versión castellana de otro libro al que cabe situar entre los mejores de esta serie, *Guerra del 15* de Giani Stuparich (Editorial Minúscula, trad. de Miquel Izquierdo).

Nacido en 1891 en Trieste, por aquel entonces puerto principal del imperio de los Habsburgo, Giani Stuparich estudia literatura italiana en Florencia y se licencia con una tesis sobre Maquiavelo. El estallido de la Primera Guerra Mundial lo sorprende en su ciudad natal, pero tras cruzar ilegalmente la frontera, se alista voluntario en el I Regimiento de Granaderos de Cerdeña y es enviado al frente del Isonzo, donde se desarrollaban violentos combates en ese momento. *Guerra del 15* nos narra su partida de Roma el 2 de junio de ese año en compañía de su hermano menor Carlo que moriría poco después y su amigo el también escritor Scipio Slataper, su incorporación al frente el día 6 y sus experiencias en las dos primeras de las que hoy se conocen como batallas del Isonzo. Tras ser ascendidos a oficiales, Giani y Carlo son destinados lejos de la zona de combates y con ello la acción descrita en el texto se interrumpe el 8 de agosto.

Guerra del 15 es a la vez un libro de una enorme calidad literaria y un documento humano conmovedor. Publicado en 1931, está elaborado con las notas que Giani tomó durante su estancia en el frente. En él nos encontramos con las sensaciones a flor de piel de un soldado de la Gran Guerra. Al principio es sólo el peso de la mochila y el agua tibia de la cantimplora, las nubes y los colores del amanecer desde la tienda de campaña, las impresiones de unos jóvenes de excursión por su tierra, y los paisajes son los de su niñez, horizontes conocidos de hermosas montañas, bosques y arroyos, pero enseguida llega el espanto de los primeros cadáveres, cuerpos destrozados que podíamos ser nosotros. Y nos internamos en un viaje alucinante al mundo de las trincheras y el alambre de espino, del cañoneo ensordecedor y los *shrapnel*, nubecillas que revientan: un estampido y silbidos de metralla y muerte. La crónica sigue día tras día por los paisajes que Giani había conocido en la dulzura de otro tiempo transformados en una sucursal del infierno.

Uno de los valores más notables del libro es precisamente éste: el contraste entre la amenaza torturante de la guerra y el gozo de una naturaleza que invita cada momento con los sonidos y colores de la vida. El arte literario del autor hace que estas dos componentes se enfrenten de continuo y convierte la obra en un documento impactante. Los «dos

hermanos triestinos», como se les conoce en el regimiento, cuyo origen dará lugar a desconfianza en los mandos en alguna ocasión, luchan además en las montañas próximas a su ciudad y a la vista de ella a veces, soñando llegar como conquistadores. Giani es un perfecto patriota italiano, que se enfurece ante cualquier muestra de cobardía o escaqueo por parte de sus compañeros, perfecta carne de cañón para el sangriento negocio de los banqueros.

Tras una noche de combates, Giani escribe: «*Los hombres, con sus movimientos silenciosos, semejan sombras penosas y frágiles en este espeluznante desierto de piedra, en este aire crepuscular chirriante y gemebundo; uno casi siente el deseo de gritar para oír su propia voz y para oír a alguien respondiéndole. Me tiembla en el pecho un sentimiento desesperado de piedad no sólo por estos hombres entregados a la muerte, sino por toda criatura humana*».

Más allá de la contienda, de Romain Rolland

Publicado en *Rebelión* el 26 de noviembre de 2014

El escritor francés Romain Rolland (1866-1944), premio nobel de literatura en 1915, amaba sobre todo bucear, ajeno al ruido del mundo, en las almas que muestran los rasgos inverosímiles del genio. Así nacieron obras como su monumental *Jean-Christoph* (1904-1912) en diez volúmenes, biografía de un músico que busca armonizar el espíritu de Francia y Alemania, o las que dedicó a Beethoven, Haendel o Tolstói. El pensamiento de Rolland acusa una suma de influencias que van del humanismo cristiano al socialismo y el vedanta, y estuvo entre los intelectuales franceses más comprometidos con el pacifismo en los años previos a la Gran Guerra. Desencadenada ésta, se exilió en Suiza y, aun defendiendo a su país, al que consideraba víctima de una agresión, trató por todos los medios de mitigar los aspectos más brutales del conflicto y poner las bases para que a éste lo siguiera una auténtica reconciliación.

Au-dessus de la mêlée (*Más allá de la contienda*), escrito cuando la carnicería acababa de desatarse, fue su gran contribución a este objetivo. Se trata de una colección de artículos aparecidos entre septiembre de 1914 y agosto de 1915, muchos de ellos en el *Journal de Genève*, y recopilados en forma de libro con algunos textos inéditos en septiembre de 1915. La versión española que reseñamos llega como un proyecto de Nørdicalibros & Capitán Swing (trad. de Carlos Primo).

En el comienzo del volumen, Romain Rolland, consternado por el ataque a la catedral de Reims por los alemanes, acusa a éstos de un crimen que va más allá del nefando asesinato que la guerra fomenta, con el intento de destruir el símbolo cultural de una nación, y se dirige a los intelectuales que amparan y justifican esto con las más duras invectivas. Sigue el texto de septiembre de 1914 que da título al libro, en el que comienza saludando emocionado a los soldados franceses que se enfrentan a la muerte para defender su patria invadida y muestra la seguridad de que «*su fe absoluta en su causa sagrada*» les dará la victoria. Carga después, sin embargo, contra todos los responsables de la masacre: los Gobiernos los primeros, entre los que ve como principales culpables a Austria, Alemania y Rusia, pero destacando también el papel de los que dan fundamento intelectual a la barbarie. Abomina de la lacra del imperialismo, y constata el triste fracaso de cristianismo y socialismo. La matanza se ha desatado y no se adivina la forma de atajarla. Además, en su opinión «*ya se han cometido crímenes demasiado graves que deben ser reparados*». En todo caso, pide a las potencias neutrales que se movilicen por el respeto de unas garantías mínimas.

En los textos que siguen encontramos una respuesta a los que acusan a Francia de cinismo por luchar contra el militarismo prusiano aliada con la autocracia rusa. Rolland argumenta, de una forma pintoresca, aludiendo a la decadencia de la cultura alemana del momento —música, literatura…—, que contrasta con la pujanza de la rusa, en la que existen además intelectuales críticos con el poder —Kropotkin, Tolstói, Gorki…—. Se preocupa por la suerte de los prisioneros de guerra, loa el heroísmo de Bélgica que resiste la brutal acometida teutona, y se defiende luego de los que desde Francia lo atacan por distinguir en sus acusaciones entre el imperialismo alemán y el pueblo alemán y conservar amigos en aquel país. «*La guerra se hace a un Estado, no a un pueblo*», razona.

Critica después Rolland a los intelectuales de más allá del Rin que creen hallar un argumento para la ofensiva de sus ejércitos con la quimera de que ésta lleva el recto fin de imponer una «cultura superior» o una «organización más perfecta». Son justificaciones lamentables que alcanzan su clímax en fragmentos expuestos, francamente delirantes, de Thomas Mann. Sin embargo, Rolland amonesta también a los intelectuales franceses que se defienden con el recurso a la raza, la latinidad o la civilización; éstos son también para él «ídolos», formaciones ajenas al hombre que éste debe superar para que crezcan la libertad y la solidaridad.

Se recogen después dos manifiestos elaborados por intelectuales, procedentes uno de Cataluña y otro de Holanda, que demandan una moderación de los rasgos que consideran más penosos de la guerra: el odio irracional y los llamamientos al exterminio del adversario. El empeño que mueve a Rolland y a muchos otros intelectuales comprometidos contra la guerra es, sobre todo, y ante su impresión de que detenerla es imposible, influir en los contendientes para re-

gularla, y asegurar que la paz que ha de venir sea justa y garantice los derechos de los pueblos de forma que el horror no vuelva a repetirse.

Repasa después Rolland la producción literaria en esos momentos en Alemania. Mientras los escritores de mayor edad abonan el sendero del militarismo más odioso —Hermann Hesse desde su exilio suizo es la gran excepción—, los jóvenes, tras un entusiasmo inicial, hacen llegar del frente páginas terribles que reflejan todo el espanto de la guerra. Al mismo tiempo, entre los que no han sido enrolados, se encuentra a enemigos declarados de la locura ultranacionalista junto a otros que se refugian de la cruel realidad en torres de marfil. Se recogen fragmentos literarios de gran belleza en los que militares describen su desesperación ante la labor de destrucción que les ha sido encomendada. Rolland considera que estos textos incriminan a los dirigentes alemanes, culpables de la carnicería y hace votos: «*La historia juzgará a los verdugos de sus pueblos, y los pueblos aprenderán a liberarse de sus verdugos*».

El libro concluye con un recuerdo emocionado del líder socialista Jean Jaurès en el primer aniversario de su asesinato. Él fue el profeta que veía el desastre aproximarse y al mismo tiempo el político hábil que hubiera puesto toda su energía para evitarlo. No obstante, Rolland aporta citas que muestran que, desencadenada la agresión, no hubiera hurtado su esfuerzo a la defensa nacional

Se incluyen como apéndice dos textos. El primero de ellos, «A los pueblos asesinados» es de noviembre de 1916 y tal vez lo más logrado del volumen. Comienza con una vibrante denuncia de los crímenes del colonialismo, que arrasa todos los continentes, para constatar después cómo la plutocracia europea ha hincado ahora el diente en su propio territorio y masacra a sus propios pueblos, cuya voz ha sido asfixiada y corrompida. Y la responsabilidad se extiende en círculos concéntricos, el primero es el de los magnates que se lucran con el negocio sangriento, pero también son decisivos los intelectuales, los periodistas y los políticos, que actúan como sus instrumentos y parapetos, y por último está el requisito más doloroso, la imprescindible estupidez de los pueblos.

El segundo texto, de 1919, es una «Declaración de Independencia del Espíritu», que recoge firmas de intelectuales de toda Europa en un llamamiento a dejar los planteamientos chauvinistas y encontrar un lenguaje de entendimiento que permita encarar un futuro de reconciliación.

Más allá de la contienda, con su pacifismo posibilista entreverado de patriotismo francés, tal vez decepcione a quien se acerque a sus páginas buscando un alegato de no violencia radical y sin concesiones, pero debe reconocerse que en su momento fue un poderoso aldabonazo a la conciencia de una Europa entregada en cuerpo y alma y en todos sus estratos sociales a la más sangrienta ofuscación nacionalista.

La Gran Guerra, de Joe Sacco

Publicado en *Rebelión* el 21 de enero de 2015

Joe Sacco, nacido en Malta en 1960, vive actualmente en Oregón y ha publicado novelas gráficas de gran éxito sobre escenarios de guerra, como *Gorazde: Zona protegida* (2001) o *Palestina: en la franja de Gaza* (2003). En *La Gran Guerra, 1 de julio de 1916: primer día de la batalla del Somme* (Reservoir books, 2014) nos ofrece una aproximación muy personal a uno de los episodios más cruentos de la Primera Guerra Mundial.

La batalla del Somme se integra en aquella fase del conflicto en la que estancados los ejércitos en una guerra de posiciones sin una salida clara, trataban de promover grandes ofensivas para romper las filas enemigas. Esto es lo que preparaban los aliados a comienzos de 1916, con ataques simultáneos de los rusos, los italianos y los franco-británicos, estos últimos en la zona del río Somme (Picardía). Cuando los alemanes se adelantan y lanzan su asalto sobre Verdún (febrero de 1916), los británicos pasan a tener el papel principal en la vieja intervención planeada, que debía aliviar ahora la presión sobre este enclave. El general Douglas Haig, al mando de las fuerzas expedicionarias, diseñó una operación en la que un cañoneo de las posiciones alemanas de una intensidad nunca alcanzada por el ejército británico, ablandaría sus defensas de forma que el avance podría ser exitoso, pero tras las primeras horas se vio claramente que esto no había funcionado. En ese momento se podía haber detenido la carnicería, pero no se hizo y la batalla del Somme se alargó hasta noviembre de 1916 y concluyó con más de un millón de muertos entre ambos bandos y sin un vencedor claro. El 1 de enero de 1917, Douglas Haig fue nombrado mariscal de campo.

El trabajo de Joe Sacco, bellamente editado, es un dibujo continuo de 20 cm de altura y casi 7 m de longitud que se presenta replegado en veinticuatro láminas, a modo de un retablo. En ellas, siguiendo el esquema narrativo de algunas pinturas y tapices medievales, se nos van mostrando los acontecimientos sucesivos de la batalla, contemplados desde el lado británico. En el comienzo observamos así sus preparativos durante el 30 de junio: el tumulto de los que se aprestan para la lucha y el cañoneo de las fortificaciones alemanas, sobre las que caerán en esta fase previa millón y medio de obuses —el estruendo se oía desde Inglaterra—. Llega la noche y con el amanecer se intensifica el bombardeo, al tiempo que explotan minas excavadas bajo las posiciones enemigas. En breve, vemos surgir del laberinto de trincheras a los soldados británicos a los que se ha repartido su ración de ron. Se les ordena avanzar. La confianza en que apenas quedarían supervivientes dominaba en mandos y tropa, pero muy pronto los alemanes comienzan a ametrallar a los

ingleses. Lo que sigue es un caos de fuego y desolación del que emerge una turba de heridos que son atendidos improvisadamente. Veintiún mil hombres han muerto durante este ataque o morirán a consecuencia de las heridas sufridas. En la última lámina vemos cómo a algunos se les da sepultura en las inmediaciones del campo de batalla.

El retablo viene acompañado de un cuaderno con una nota del autor, un breve ensayo de Adam Hochschild que nos aclara las circunstancias históricas de la batalla del Somme y una versión reducida del gran dibujo, sobre la que se anotan explicaciones de algunos de sus detalles.

Joe Sacco, maestro de la novela gráfica, nos narra en este trabajo, con arte realista y minucioso, los acontecimientos de una jornada que muestra como pocas la enorme e insensata capacidad del ser humano para la autodestrucción.

La Revolución alemana de 1918-1919, de Sebastian Haffner

Publicado en *Rebelión* el 2 de febrero de 2013

Aun reconociendo la nube de silencio y tergiversación que empaña muchos procesos revolucionarios del siglo XX, es muy probable que entre todos ellos no pueda encontrarse uno más silenciado y tergiversado que la Revolución alemana de 1918-1919. Conocer sus detalles nos depara muchas sorpresas y no es la menor que los autores en este caso de la feroz represión de una revolución esencialmente pacífica y asamblearia, que incrementaron su infamia además con un comportamiento pleno de fingimiento y traición, profesaban la misma ideología de los que luego caminan por toda la historia del siglo XX acumulando un inmenso poder y con la cabeza alta de los que nunca han roto un plato; eran nada más y nada menos que intachables socialdemócratas. El libro *La Revolución alemana de 1918-19* del historiador berlinés Sebastian Haffner (versión española de 2005 en Inédita editores, trad. de Dina de la Lama Saul) es uno de los mejores instrumentos que podemos encontrar para conocer en detalle la vertiginosa secuencia de acontecimientos que se dio aquellos años en una Alemania que despertaba estremecida de la pesadilla de la Gran Guerra.

El libro comienza acercándonos a la historia de la socialdemocracia en el Imperio alemán y principalmente a la del Partido Socialdemócrata Alemán (SPD), fundado en 1875. Es ésta una corriente política que lideraba un poderoso movimiento obrero con unas tendencias francamente reformistas, aunque no renunciase a la retórica revolucionaria. Esta dinámica de «colaboración» tuvo su episodio más infame cuando en 1914 el partido votó mayoritariamente —96 votos contra 14— en el Reichstag los créditos de guerra que llevaron a Alemania al abismo. La cúpula del partido actuó así como «gesto de responsabilidad» para ganar poder, pero por otro lado el asunto le costó la escisión del Partido Socialdemócrata Independiente (USPD), donde se agruparon sus mejores valores: Kautsky, Liebknecht, Luxemburg... Durante la guerra, el SPD mantuvo la máquina militar junto al Alto Mando del Ejército, pero a partir de 1917 comenzó a demandar una paz negociada sin que le hicieran mayor caso.

El 29 de septiembre de 1918 es una de las fechas cruciales de la historia alemana. Ese día el jefe adjunto del Estado Mayor General, Erich Ludendorff, que ejercía prácticamente de dictador sobre sus superiores en escalafón, Hindenburg y el káiser, pone en marcha un plan de una complejidad diabólica. Ante la inminencia de la derrota militar, el general decide realizar una reforma de la Constitución que instaure un régimen parlamentario. Éste será el encargado de negociar la inevitable rendición, y con el estigma de ella cargará para siempre. Es un buen ejemplo de la famosa «revolución desde arriba» que encontrará otro ejemplo notable en la autodisolución de las Cortes franquistas en la España de 1976.

La Revolución alemana comienza de la forma más insospechada en noviembre de 1918 como la revuelta de unos marineros contra sus oficiales sediciosos y en defensa del Gobierno democrático. Fracasan y son condenados a muerte, pero sus compañeros se amotinan a su vez y ponen en marcha una fuerza poderosa que triunfa en toda Alemania. Es una revolución pacífica y democrática que se apoya en obreros, marineros y soldados y se alimenta del dolor acumulado en los años de guerra y la extraordinaria pujanza del movimiento obrero alemán. La tragedia de este proceso es que se pone bajo la tutela de los «líderes obreros» del SPD, con Friedrich Ebert a la cabeza, que asumen la dirección de la revolución con el oculto propósito de traicionarla y doblegarla. La abdicación del káiser forma parte del juego de contención practicado por Ebert en esos momentos.

La historia oficial se empeña en presentar lo que ocurrió a partir de entonces en Alemania como la lucha de un Gobierno democrático contra una revolución a la que se tilda de bolchevique. Haffner demuestra contundentemente en el libro que esto es una enorme mentira. Lo que se da en realidad es la lucha entre un proceso revolucionario marcadamente democrático y apoyado en consejos de obreros y soldados, y una contrarrevolución que pone en marcha algunos de los elementos militares que acabarán encontrando su máxima expresión en la Alemania de Hitler. Lo trágico del caso es que los dirigentes socialdemócratas que teóricamente trabajan con la revolución son los más activos en la preparación de la contrarrevolución.

El impulso revolucionario se repite en enero de 1919

cuando las masas retoman la iniciativa y son reprimidas ferozmente. Los asesinatos de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg son sólo dos más de los miles que se producen por entonces. Haffner nos presenta una biografía de estos líderes que incluye un estremecedor relato de sus últimos días. La burguesía ahoga en sangre el proceso de transformación social que los obreros habían comenzado. La guerra civil que sigue en los meses siguientes continúa esta trayectoria sangrienta. El aplastamiento del poder popular por parte del «democrático» Gobierno del SPD tiene la responsabilidad de haber puesto en marcha, como apuntábamos, la maquinaria del nazismo. Nada menos... La historia de Kurt Eisner y la República de los Consejos de Baviera es tratada en detalle en otro capítulo como un episodio sobresaliente de estas luchas.

El propio Haffner resume así sus conclusiones al final de la obra:

«*Así fueron los hechos: lo que el SPD aplastó y, si se quiere, aquello de lo que "protegió" o "salvó" a Alemania no fue una revolución comunista, sino socialdemócrata. La revolución socialdemócrata que tuvo lugar en Alemania en 1918 (...) se "ahogó"; y se ahogó en su propia sangre. Pero no la ahogaron ni el príncipe ni los soberanos derrocados por ella, sino sus propios líderes, aquellos a quienes la revolución plenamente confiada había subido al poder. Fue aplastada con la violencia más extrema, más despiadada, y no mediante una lucha leal, cara a cara, sino por la espalda, a traición.*

Da igual de qué parte estemos, o si lamentamos o celebramos el resultado final: se trata de un acontecimiento que asegura una inmortalidad ignominiosa a los nombres de Ebert y Noske. Dos sentencias pronunciadas en aquel entonces, marcadas por la muerte de los que las pronunciaron, siguen resonando a pesar del paso de las décadas: el veterano miembro del SPD e histórico del partido Franz Mehring dijo en enero de 1919, poco antes de morir con el corazón roto: "Ningún Gobierno ha caído tan bajo"*; y Gustav Landauer, antes de morir a manos —o más bien bajo las botas— de los Freikorps de Noske, escribió:* "No conozco en todo el reino de la naturaleza a una criatura más repugnante que el partido socialdemócrata"».

Historia de un alemán. Memorias 1914-1933, de Sebastian Haffner

Publicado en *Rebelión* el 29 de noviembre de 2013

El berlinés Raimund Pretzel (1907-1999) comenzaba una prometedora carrera como abogado cuando Hitler llegó al poder en Alemania en 1933, pero al poco tiempo, incapaz de soportar la ignominia que invadía su país, buscó refugio en Londres, donde se ganó la vida como periodista con el alias de Sebastian Haffner —para evitar represalias a su familia, formó este nombre a partir de dos de sus ídolos: J. S. Bach y la *Sinfonía núm. 35* de W. A. Mozart—. En 1954 regresó a Alemania y allí siguió trabajando en la prensa escrita y la televisión. Haffner es autor también de numerosos textos históricos muy recomendables sobre el siglo XX que muestran su enorme talento de escritor. Entre ellos cabe destacar *La Revolución alemana de 1918-1919*, reseñado hace poco en *Rebelión*. El libro que aquí nos ocupa, *Historia de un alemán. Memorias 1914-1933*, publicado póstumamente —versión española de Destino en 2001 con varias reediciones; trad. de Belén Santana—, contiene textos autobiográficos que se centran sobre todo en sus últimos meses en Alemania antes de partir al exilio.

El libro comienza con recuerdos de la Gran Guerra, vivida por muchos niños alemanes, según nos cuenta, con la agitación y el entusiasmo de un deporte apasionante, y su experiencia de la revolución de 1918-19, que aportó escenas de violencia y traición superpuestas a la amargura de una derrota humillante. Viene luego el *Putsch* de Kapp y la época de Rathenau, en la que Alemania recupera el pulso por breve tiempo para sumirse al poco en el caos del año 23. 1923 trae la locura. La salvaje devaluación del marco lleva a Alemania al borde del colapso y produce una extraña revolución social en la que algunos jóvenes emprendedores se enriquecen rápidamente. Es éste también un año de ominosos augurios cuyo significado casi nadie aprecia, como el *Putsch* muniqués de la cervecería, primer asalto de Hitler al poder. La que sigue después, de 1924 a 1929, dominada por la figura de Gustav Stresemann, es por el contrario una época relativamente tranquila en la que una rara pasión por el deporte narcotiza a toda la sociedad. Con la muerte de Stresemann en 1929, los acontecimientos se precipitan con la división de la izquierda y el mensaje de revancha de Hitler ganando a amplias capas de la población.

En un capítulo del libro, Haffner nos acerca a su entorno familiar. Hijo de un alto funcionario judicial prusiano, de mentalidad puritana y amante de los libros, a pesar de sus inquietudes literarias, el joven Raimund es conducido a unos estudios de Derecho y una carrera funcionarial en cuyos prolegómenos le sorprende el nombramiento de Hitler como canciller. Él en ese momento no se consideraba de derechas ni de izquierdas y, en todo caso, más bien de derechas, pero su agudo olfato le permitió percibir la fundamental putridez del NSDAP, el partido nazi. Es significativo el análisis tranquilizador que recuerda haber hecho entonces de las perspectivas de futuro, y a través de él vemos lo fácil que es menospreciar la osadía y el poder de improvisación de los dictadores y su capacidad de reventar los derechos más elementales y consolidados.

Enero de 1933, con el acceso de Hitler a la cancillería, es el comienzo del fin. En febrero vivimos con Raimund el ambiente en la calle los días que arde el Reichstag y comienza la represión. La gente común ve ésta lógica, pues cree la versión oficial, y en todo caso espera la respuesta de los comunistas, que resultan ser «corderos con piel de lobo». Nadie reacciona mientras diputados y escritores de izquierdas, médicos, abogados y funcionarios parten hacia los primeros campos de concentración. Las llamadas telefónicas son controladas y la espiral se acelera en un caso único en la historia en que el poder impone la violencia más salvaje sin mediar ninguna provocación revolucionaria. La represión además es negada contumazmente, lo que la hace aún más odiosa. Paralelamente, atruena la propaganda y la demagogia arrastra a las masas, que sin embargo en las elecciones del 5 de marzo votan aún mayoritariamente contra los nazis. La complicidad de comunistas, socialdemócratas, centristas y conservadores, que no opusieron resistencia, es dolorosamente enigmática: «*En mayo, un mes antes de su disolución, los socialdemócratas llegaron al punto de prestar un apoyo unánime al Gobierno de Hitler y de entonar el himno de Horst Wessel en el Reichstag. En el informe parlamentario figura la siguiente observación*: "*Ovaciones interminables y aplausos en la cámara y en las tribunas. El canciller del Reich también aplaude vuelto hacia los socialdemócratas"*».

Haffner se pregunta la razón de esta claudicación incomprensible, que abarcó a todos los grupos sociales. Se trata de una constatación de la borreguez esencial del ser humano, su incapacidad para cuestionar de cualquier forma la odiosa y mezquina comodidad, su miedo a «descarrilar». Ya en marzo comienza la persecución de los judíos. Una «campaña informativa» inculca la idea de que éstos no son personas, sino cierta especie de animales con características demoníacas. Se imponen el boicot. La consigna del día es «¡Pereced judíos!». La sociedad alemana debate intensamente. ¿Sobre los nazis? No, sobre los judíos, por supuesto. Algunos comentan que tal vez las medidas son algo excesivas, pero no insisten demasiado. El 31 de marzo los judíos son expulsados del tribunal cameral donde Sebastian trabaja de pasante: «*Sólo en la sala de abogados se había producido un altercado. Un letrado judío había empezado a alborotar y le propinaron una paliza. Más tarde supe de quién se había tratado: era un hombre que no sólo había resultado herido en cinco ocasiones y perdido un ojo durante la guerra, sino que por entonces también había sido capitán; para su desgracia, probablemente habría tenido el gesto instintivo de intentar hacer razonar a los insurrectos*».

Esa noche, con su novia judía, Sebastian visita el cabaret La catacumba, donde Werner Finck, actor, escritor y humorista, se juega la vida y arranca aplausos en un arriesgado ejercicio de decencia. Es curioso ver cómo la dignidad fallecida en el tribunal cameral prusiano resucita en un cabaret. A partir de abril, el proceso toma un carácter más «burocrático», con una población ya acostumbrada a las nuevas realidades: depuraciones y campos de concentración. Algunas tiendas judías siguen abiertas, aunque numerosos carteles piden el boicot a los «traidores a la nación». En el tribunal cameral la vida continúa: los judíos se eclipsan y aparece un miembro de las SS que ejerce en poco tiempo de dictador; muchos de los jóvenes ven llegado su momento y se suman a las filas nazis. Lo que viene después es un hundimiento progresivo, irremediable; todos los partidos políticos, menos el NSDAP, son disueltos y nombres de literatos, científicos, actores, locutores y cualquier género de personas conocidas, van incorporándose aceleradamente a la lista de los proscritos, expatriados o desaparecidos. En mayo se organiza una quema de libros. Muchos periódicos, sin cambiar de cabecera, cambian de ideología escandalosamente.

Haffner analiza la evolución mental de los alemanes no nazis —una mayoría al comienzo de 1933— en esta época, y nos describe su resistencia inicial, su lenta conversión en muchos casos, conservando siempre un fondo de mala conciencia, la claudicación masiva cuando empiezan a llegar los éxitos clamorosos. Algunos, no obstante, se refugian hasta el fin en una crítica muda, otros se sumen en un pesimismo autodestructivo, otros todavía buscan un aislamiento que los libre de la realidad. Entre estos últimos están gran cantidad de escritores, que saturaron estos años las librerías de una literatura evocadora e íntima, plena de nostalgias, vacaciones campestres y primeros idilios. Haffner ensaya esta vía escapista con escaso éxito. Su grupo de compañeros, en el que jóvenes de ideologías extraordinariamente variadas convivían y discutían civilizadamente, salta por los aires cuando varios de ellos abrazan el dogma nazi. En estas condiciones la vida privada es imposible y la única alternativa es la emigración por dolorosa que ésta sea.

Sebastian intercala aquí la etapa final de su padre. Aunque ya jubilado en 1933, es conminado a firmar un escrito de apoyo sin reservas al nacionalsocialismo. Incapaz de arriesgar su pensión y dejar sin sustento a su familia, firma, pero el oprobio lo lleva a la muerte en poco tiempo. Decidido a emigrar, su hijo le concede sin embargo presentarse antes al último examen que le falta para ingresar en la judicatura. Ello le obliga a participar en unos ejercicios militares con una esvástica en el brazalete. El libro concluye con los recuerdos de los días pasados en el campamento. Al principio sufren un burdo adoctrinamiento que Sebastian resiste sin problemas, pero unos días después comienza una extenuante instrucción militar teórica y práctica y tras una sesión sobre los incomprensibles errores tácticos de la primera batalla del Marne en el verano de 1914, la idea de revancha prende con fuerza en los jóvenes guerreros. Son páginas que bucean en las sensaciones de aquel veinteañero

con un brazal nazi que pasa los días realizando actos de los que se arrepiente en largas noches de insomnio. Le falta valor para hacer lo que quisiera hacer, pero ¿cuánto coraje es necesario para arriesgar la vida sin ninguna esperanza de que el sacrificio sirva para maldita la cosa?

El autor da forma en este libro, en 1939, a sus recuerdos de los sucesos de 1914-1933, y le resulta inevitable buscar continuamente analogías entre los dos desplomes, el ya vivido en el 33 y el que se avecinaba con pasos de gigante en el 39. El lector actual no dejará de encontrar similitudes con la situación de nuestra Europa en interminable crisis económica y política, y vislumbrará claves de este sendero autodestructivo que muestra a cada paso la eterna contradicción entre capitalismo y democracia.

Una juventud en Alemania, de Ernst Toller

Publicado en *Rebelión* el 9 de octubre de 2017

Ernst Toller nació el año 1893 en Samotschin, localidad de una Polonia que era alemana entonces, de familia judía y bien a tiempo para que el fervor nacionalista, contagiado como un mal virus, lo llevara voluntario a las trincheras de la Primera Guerra Mundial. Ellas forjaron su carácter, y de ellas salió rebelde en cuerpo y alma contra la desidia de Dios y la infamia de los hombres, y contra la servidumbre en que el miedo nos ata. En 1918 participó en la constitución de la República de los Consejos de Baviera, tras cuya derrota fue condenado a cinco años de prisión que cumplió íntegramente.

A partir de 1919 Ernst Toller alcanzó cierto éxito como autor de piezas teatrales expresionistas, cuyos personajes trataban de mostrar arquetipos del devenir social, pero su carrera se vio interrumpida por el acceso de los nazis al poder en 1933, que lo llevó al exilio en Inglaterra y luego en los Estados Unidos, y a volcar sus energías en la tarea de alertar a sus contemporáneos de la necesidad de plantar cara al fascismo. En los años 30 viajó varias veces a España y desarrolló una solidaridad con su torturado pueblo como para hacerle quitarse la vida tras la derrota definitiva de éste, el 22 de mayo de 1939 en un hotel de Nueva York. *Una juventud en Alemania* fue publicado en 1933 y aparece ahora en castellano (Pepitas de calabaza, 2017) recuperando una traducción de Pablo Sorozábal Serrano y con prólogo de Carlos García Velasco.

El libro echa a andar con una nota fechada el día de 1933 en que las obras de Toller son quemadas en Alemania. En ella éste constata la urgencia de comprender el pasado si se quiere descifrar el presente, y de analizar los errores que han traído el triunfo de la barbarie. Se trata de percibir, sobre todo, que no es que la razón haya fracasado; en realidad nunca tuvo poder y sólo un simulacro suyo fue venerado.

Con este espíritu, Toller rememora su infancia en un país en el que alemanes y judíos, solidarios en su germanidad, rivalizaban con polacos por lo general más pobres. Él, un niño rico y judío, conoce pronto el placer de «*colocar las palabras una tras otra*», progresa en sus estudios y los continúa en Francia tras la muerte de su padre. En Grenoble acude a la universidad y viaja luego por Provenza.

Ernst regresa a Alemania con el comienzo de la Gran Guerra y en Múnich se presenta voluntario. Es admitido en artillería y tras unos meses de instrucción, en marzo de 1915 se ofrece para ir al frente. Cerca de Metz participa en el cañoneo de posiciones francesas y siente por primera vez el soplo helado de la muerte. En otro destino al este de Verdún es ascendido a suboficial. Sus impresiones son las de tantos que sufrieron aquello: «*El infierno sería mejor que esto; los cadáveres provocan pavor pero no piedad*». Después de trece meses en las trincheras, enferma y es declarado inútil. En Múnich estudia y escribe con ahínco, y se une al círculo donde brillaban Thomas Mann y Frank Wedekind, pero es incapaz de olvidar. Piensa que se debería hacer algo para tratar de detener la matanza e interviene en la creación de una asociación pacifista. Entre virulentos ataques reciben cartas de apoyo de Albert Einstein y Gustav Landauer.

Cuando Toller tiene acceso a documentos que ponen de manifiesto la responsabilidad de las autoridades alemanas en el comienzo de la guerra, no tarda en comprender que tras ella se esconde sólo el afán de lucro y que es un movimiento más de la máquina infernal del capitalismo. Por entonces conoce además a Kurt Eisner, líder de los socialistas independientes que luchan por poner fin al conflicto, y toma contacto con unas masas obreras pujantes y pletóricas de ideas. En Múnich, apoya a los huelguistas que exigen un armisticio y es encarcelado. Cuando el maltrato hace que su salud se resienta lo llevan al hospital militar y sólo en el verano de 1918 está libre por fin. Pronto, la revuelta se extiende por el país; el 9 de noviembre Karl Liebnecht proclama en Berlín la República Socialista Alemana, mientras el káiser huye a Holanda.

Ernst Toller desgrana sus recuerdos de aquellos días. En Múnich colabora con el Gobierno revolucionario del Estado Libre de Baviera, que preside su amigo Eisner, y en diciembre viaja a Berlín para asistir al congreso de consejos. Éste toma la desastrosa decisión de renunciar a asumir el control total de la situación y da con ello el golpe de gracia a la revolución, mientras la reacción, con la inestimable ayuda de los socialdemócratas, se envalentona y los empresarios arman fuerzas paramilitares. Sus hazañas llegan pronto; Karl Liebnecht y Rosa Luxemburg son apaleados y asesinados el 15 de enero de 1919 y Kurt Eisner recibe un disparo por la

espalda el 21 de febrero. Es entonces cuando, con las masas en efervescencia, el 7 de abril de 1919 (no el 17 como se dice en el libro) en el muniqués palacio Wittelsbach, el Comité Central de los consejos y los delegados de los partidos proclaman la República de los Consejos de Baviera.

Las medidas revolucionarias no se hacen esperar: socialización de la prensa, confiscación de viviendas para paliar su escasez, creación del Ejército Rojo... Toller, que es nombrado presidente del Comité Central poco después, nos acerca a los desvelos de aquellos días en que ha de enfrentarse a la incompetencia de sus propios colaboradores y a las intrigas de socialdemócratas y comunistas, por no hablar de la reacción, que se apresta desde Bamberg para derrotar militarmente a los consejistas. Los comunistas toman pronto el control y Toller queda marginado de la dirección del proceso, pero participa en combates contra los blancos y a petición de sus compañeros asume el mando militar de las fuerzas revolucionarias. Interviene después en el asalto y conquista de Dachau, donde desobedece la orden de fusilar a los oficiales capturados.

Además de al enemigo, Toller ha de combatir la desmoralización, episodios de brutalidad que se dan en sus propias filas, y el sectarismo y arbitrariedad de las órdenes que recibe. A finales de abril, Múnich está rodeado por los blancos, que inventan atrocidades de los rojos para excitar contra ellos a los campesinos, al tiempo que les ofrecen generosas soldadas. Son cien mil contra unos pocos miles, y cuando los comunistas insisten en la solución militar, Toller dimite de su cargo de comandante de las tropas. No obstante resiste en la ciudad hasta el final, tratando de hacer lo posible para paliar lo que se avecina. Sabe que el fracaso de la revolución se saldará con un baño de sangre, pero se niega a estar entre los que huyen dejando atrás a las masas indefensas a punto de ser masacradas. Su destino está sellado al suyo.

El Gobierno ofrece diez mil marcos de recompensa por Ernst Toller, que es escondido por buenas gentes dispuestas a arriesgar su vida. Al fin el 4 de junio es detenido y enviado a la prisión de Stadelheim, donde convive con las huellas macabras de los recientes asesinatos de sus compañeros y amigos, y sólo se salva de que le apliquen la ley de fugas por la ayuda de unos guardianes benevolentes. Viene luego el juicio sumarísimo, en el que es condenado a cinco años de reclusión en una fortaleza. Habían pasado ya las semanas del terror blanco en que cientos de personas fueron exterminadas, como detallan los testimonios estremecedores que se presentan en el libro. Éste concluye con los recuerdos del presidio, donde Toller comienza su carrera de dramaturgo, y con apéndices que recogen su declaración tras ser detenido y la noticia periodística de su arresto.

Toller nunca deja de ser un poeta expresionista y enseguida nos damos cuenta de que siente predilección por los individuos que desafinan, sea en la brutal orquesta wagneriana de la guerra o en el coro violento y alucinante de la revolución. Ellos quiere que sean los protagonistas, porque reflejan mejor que nadie las contradicciones de aquel tiempo, y ponen en evidencia a los que tienen la desfachatez de seguir el guión sin inmutarse. El propio Toller es uno de aquéllos sin duda, y su compromiso con la revolución, es decir, con la liberación del ser humano de la máquina despiadada que lo aplasta, no es óbice para que sienta la necesidad de detenerse a contemplar cada momento, con infinita tristeza, las flores trituradas por la operación liberadora.

Una juventud en Alemania nos trae imágenes en sepia de la Europa que se dejaba caer en el desastre y una crónica del infierno de las trincheras en el frente occidental. Después, su relato a flor de piel de la República de los Consejos de Baviera nos acerca a una revolución con amplia base popular y casi incruenta, que pecó de improvisación, se envenenó en rencillas muy de aquellos años y fue ahogada al fin en un baño de sangre. Toller fue de los que sobrevivieron, pero sólo para ver el ascenso del fascismo y rumiar una esperanza que se rompió definitivamente cuando España cayó bajo sus garras.

Ernst Toller entre la II República y la Guerra Civil Española. Selección de textos, con traducción y estudio preliminar de Ana Pérez

Publicado en *Rebelión* el 25 de febrero de 2020

Si hay una característica que marca la existencia de Ernst Toller (1893-1939) es que a lo largo de toda ella jamás resistió la tentación de comprometerse con las causas que consideró justas, lo cual es mucho decir, teniendo en cuenta la época que le tocó vivir. Lamentablemente, hoy apenas es conocido en estas tierras por cuya libertad lo entregó todo, pero es cierto que hay gente luchando por deshacer el entuerto, y cada vez son más frecuentes publicaciones y representaciones de su teatro. Además, varias editoriales —la última de ellas, Pepitas de calabaza en 2017— han impreso versiones castellanas de su relato autobiográfico *Una juventud en Alemania* (1933), un texto de valor literario e histórico extraordinario, en el que nos describe sus vivencias de joven judío de familia acomodada en un fragmento polaco del Imperio alemán, su paso por las trincheras de la Gran Guerra, su participación en la Revolución alemana de 1918-1919, y los años de cárcel a que fue condenado por ella, en los que inició su carrera de dramaturgo.

Tras su liberación en 1924, Toller continúa escribiendo para el teatro y a partir de 1931 desarrolla un enorme interés por la república que, con afanes reformistas, ve nacer en

nuestro suelo. Ese mismo año viene aquí por primera vez. En el volumen que acaba de editar Comares (2019), Ana Pérez, profesora de Literatura Alemana en la Universidad Complutense de Madrid, sintetiza en un estudio preliminar el periplo biográfico de Ernst Toller y nos ofrece después una amplia selección de textos suyos sobre España, espigados, traducidos por primera vez al castellano y anotados por ella misma. El libro trae una introducción de Dieter Distl, presidente de la Ernst Toller Gesellschaft.

Una biografía apasionante

Ana Pérez profundiza en la dimensión humana de Toller, con sus luces y sombras, en su idealismo, desinterés y trabajo infatigable, pero también en su egocentrismo y su inestabilidad emocional, con episodios depresivos cada vez más frecuentes. Nos acerca además a sus obras teatrales, exploradoras siempre de caminos de libertad y solidaridad contra velos de patrias y mentiras. Durante la República de Weimar, Toller llegó a ser uno de los dramaturgos alemanes más conocidos, y la memoria de su compromiso revolucionario y los años de cárcel que le acarrearon hacían de él, a pesar de no militar en ningún partido, una conciencia viva de los ideales de la izquierda.

Exiliado tras el ascenso al poder de Hitler, cuya amenaza había sido de los más firmes en denunciar, Toller se convierte en la voz de todos los perseguidos por el régimen nazi. En Londres, donde vive con protección policial, contrae matrimonio en 1935 con la actriz Christiane Grautoff, veinticuatro años más joven que él, mientras episodios depresivos ensombrecen su vida. En 1936 viaja a los Estados Unidos para una gira de conferencias, y el año siguiente firma un contrato con la MGM como guionista, que no fructificará. Abandonado por su mujer en julio de 1938, se concentra en una ambiciosa campaña internacional de ayuda al pueblo español. Tras la derrota de la II República, arruinado y endeudado, sin saber el destino de sus familiares alemanes, y abismado en una de sus crisis depresivas, Ernst Toller se ahorcó con el cordón de su bata en un hotel de Nueva York.

Artículos de 1932

Toller viaja por España desde octubre de 1931 hasta marzo de 1932, y se detiene sobre todo en Madrid y alrededores, Andalucía y Barcelona. Los textos reunidos, publicados en periódicos y revistas alemanas, recogen sus impresiones de Sevilla y Toledo y de la fría grandeza de El Escorial. Montilla y Jerez son templos de los licores más selectos, pero muestran también la diferencia entre la gestión de un capitalismo patriarcal y otro de mentalidad puramente empresarial. En una corrida de toros, a nuestro viajero le horrorizan los caballos destripados y la tortura del toro, pero hay momentos en que llega a entusiasmarse con la sinfonía de colores y la danza riesgosa y grácil de la lidia.

Hay conversaciones con el expresidente Alcalá Zamora, y Victoria Kent, directora general de Prisiones, que lo autoriza a visitar la cárcel de Sevilla, «*sucia cloaca indigna de seres humanos*», más terrible que cualquiera de las muchas que ha visto hasta entonces. Toller aprecia más que nada departir con las gentes del pueblo, que relatan su triste vida: miseria y explotación de los marineros de Málaga y los jornaleros de Fuengirola, descritas en su negra realidad; y escucha a los sindicalistas que luchan contra los desmanes del capital con estrategias diversas: Buenaventura Durruti cree llegado el momento de ir a por todas, mientras un relojero de la CNT (Ángel Pestaña con toda probabilidad) considera necesario prolongar aún la fase de organización.

El carácter español, que Toller encuentra orgulloso, hospitalario e individualista, le satisface, y este último rasgo explica para él el arraigo del anarquismo en nuestro suelo. Abomina de la marginación de las mujeres, y reflexiona sobre el poder de la Iglesia, que acumula propiedades y oprime conciencias. Ve con entusiasmo el afán de los nuevos gobernantes por construir escuelas, aunque no se le escapa que el oprobio del trabajo infantil es un triste corolario de la miseria y la explotación, y que éstas continúan tras el cambio de régimen: «*Lo que una revolución deja sin hacer en los primeros días, ya no puede recuperarlo después*».

Textos de 1938 y 1939

Toller volvió a visitar nuestro país en marzo y abril de 1936, y tras la sublevación, exiliado en los Estados Unidos, sentía la necesidad imperiosa de acudir a arrimar el hombro en la lucha. Así, tras intervenir en París en el III Congreso de Escritores para la Defensa de la Cultura, en julio de 1938 lo tenemos en Barcelona, donde permanecerá siete semanas, intercalando viajes a Madrid y al frente de guerra. Sufre la terrible experiencia de los bombardeos, y contemplando el hambre que se enseñorea concibe un ambicioso plan de recabar ayuda internacional para paliarla. En él se compromete inmediatamente, pero tropieza con intrigas de conveniencia política que son analizadas en detalle en el libro. Lamentablemente, además, sus gestiones por todo el mundo coinciden con la debacle militar de la II República, con lo que al fin lo conseguido sólo pudo ser destinado a los refugiados

Entre los textos de esta época presentados está la intervención de Toller en el congreso de París, alegato de firmeza frente al fascismo y llamamiento a los intelectuales. Se incluye también una alocución radiofónica al presidente Roosevelt para que lidere un proyecto internacional de ayuda a la población civil española. «Encuentro en Barcelona» es un hermoso ejemplo de las sorpresas que nos depara el pañuelo que es el mundo y nos ilustra sobre la trascendencia de los gestos nimios. «Apuntes para un libro» esquematiza la historia del plan contra el hambre en Espa-

ña, enumerando telegráficamente impresiones y gestiones, idas y venidas, apoyos y zancadillas.

Ernst Toller nunca dejó de debatirse entre su impulso de artista y un compromiso activo contra las injusticias que le parecía irrenunciable. Con él aprendemos, sin embargo, que estas dos dimensiones de acción resultan ser al fin una misma. En un momento de su discurso de París, nuestro dramaturgo confiesa que lo que lo guía en su trabajo literario es únicamente la responsabilidad de dar forma al sufrimiento impuesto a los seres humanos, con el fin de tratar de hacer algo por liberarlos de él.

Rosa Luxemburg en la tormenta, de Ana Muiña

Publicado en *Rebelión* el 21 de noviembre de 2019

Rosa Luxemburg ocupa un lugar muy especial entre los que entregaron su vida a la lucha revolucionaria en la época convulsa que enlaza los siglos XIX y XX. Su lucidez teórica y su indomable compromiso iban unidos a una ausencia de dogmatismo y una visión crítica que hacen que sea reivindicada con igual fervor desde el campo marxista y el libertario. Además, su infame asesinato hizo de ella una mártir con aura de leyenda, invocada en todos los combates que siguieron.

Ana Muiña nos ofrece en *Rosa Luxemburg en la tormenta* una aproximación a la vida, el pensamiento y la huella de esta mujer, extraordinaria en sus facetas de teórica y activista, y atenta fustigadora de los vicios autoritarios que acabarían dando al traste con los proyectos emancipadores desatados en sus últimos años. La obra, plenamente en la tradición de La linterna sorda, es otro buen ejemplo de cómo hacer libros se convierte en manos de algunos editores en ocasión para conjugar brillantemente textos e ilustraciones y producir auténticas obras de arte.

Una rosa en el torbellino

El volumen comienza con una amplia biografía de Rosa Luxemburg. Sabemos así de su nacimiento en 1870 o 1871 en Zamosc, hermosa ciudad de Polonia oriental perteneciente por entonces al Imperio ruso, en el seno de una familia judía culta y cosmopolita. De pequeña estatura y aquejada a partir de los cinco años, tras una enfermedad en la cadera, de una cojera, nuestra protagonista destaca pronto por su extraordinaria inteligencia e inicia sus estudios en Varsovia, donde se había trasladado su familia. En 1886 se afilia a Proletariat, un partido revolucionario que está sufriendo dura represión. Tres años más tarde, perseguida, ha de abandonar Polonia y se refugia en Zúrich, cuya universidad va a ser su *alma mater*.

A partir de 1890, Rosa milita en partidos socialdemócratas de Alemania (SPD) y Polonia (SDKPiL) adheridos a la Segunda Internacional. Dentro de ellos, contra el reformismo de Eduard Bernstein, defiende los objetivos revolucionarios y las tendencias internacionalistas minoritarias, alejadas del chauvinismo que incubaba el desastre. Ya en el siglo XX, se opone a la participación de los socialistas en Gobiernos burgueses, y lo razona muy claro: «*Con la entrada de un ministro socialista en el Gobierno, la dominación de clase sigue existiendo. El Gobierno no se transforma en socialista, sino que el ministro que era socialista se transforma en burgués*». En estos años alterna prisiones polacas y alemanas con congresos obreros y agitación revolucionaria. Junto a Karl Liebnecht y los sectores más izquierdistas del SPD, consigue que éste apruebe en 1905 la estrategia de la huelga de masas, afín al anarquismo. La polémica sobre este asunto va a seguir en los años siguientes, contra los reformistas y parlamentaristas mayoritarios, liderados por Karl Kautsky.

En 1914, ante la amenaza inminente de la guerra, la actividad de los que dentro del SPD se oponen a ella es frenética, y les vale condenas de cárcel. En agosto, cuando el partido vota en el Reichstag a favor de los créditos de guerra, estos renuentes rompen con él, tildándolo de «cadáver pestilente». Rosa permanece encarcelada de febrero de 1915 a febrero de 1916 y desde su celda clama en sus artículos contra el exterminio del proletariado y su energía revolucionaria en los campos de batalla. Su instrumento político ahora es la Liga Espartaco, que lidera la lucha antibélica. En julio, Rosa es encerrada de nuevo, y 1917 y 1918 los va a pasar en gran parte entre rejas, mientras se extiende por Alemania una oleada de huelgas, que con la firma del armisticio en noviembre dan paso a la revolución. La amnistía que se decreta entonces le devuelve la libertad.

En un llamamiento de ese mismo mes de noviembre, la Liga Espartaco defiende la vía parlamentaria para avanzar hacia la democracia socialista. El país vive una efervescencia revolucionaria que aspira a ser pacífica, pero es reprimida ferozmente por unos dirigentes socialdemócratas (Ebert, Noske,...) que han asumido el rol de verdugos al servicio de la burguesía. El brutal asesinato de Rosa Luxemburg y Karl Liebnecht el 15 de enero de 1919 es un capítulo más de esta espiral represiva que produjo miles de víctimas y marcó el bautismo sangriento de la República de Weimar.

Ecos de la lucha

Tras la síntesis biográfica, Ana Muiña nos acerca a impresiones y ecos del asesinato. La anarquista norteamericana Emma Goldman lamenta la pérdida y remarca el fatal error de intentar domar a la bestia socialdemócrata, lacaya por naturaleza de la burguesía. De hecho, la izquierda marxista alemana se escinde en esos momentos entre los que

aceptan la dictadura del capital y los que escogen el autoritarismo del Kremlin. El legado intelectual de Rosa, el luxemburguismo, será condenado en 1925 por el Partido Comunista Alemán como una herejía plagada de errores, pero su crítica de la deriva de la Revolución rusa era profética, y sus ideas sobre el papel del colonialismo en la acumulación capitalista, o de los consejos obreros en la dinámica revolucionaria han sido y son una de las referencias más sólidas que encuentran los que buscan estrategias contra el Moloch que nos rige.

Respecto a la difusión de su pensamiento, Ana Muiña resalta el hecho lamentable de que un 80 % de la obra escrita de Rosa Luxemburg, incluyendo centenares de artículos, no ha sido traducida aún al castellano, inglés o francés. Después, recoge testimonios aparecidos en la prensa de izquierdas española de la época sobre su trabajo revolucionario, su incansable activismo contra la guerra y su espantosa muerte.

Selección de artículos

En el volumen se recogen piezas divulgativas publicadas en la prensa obrera en relación con la fiesta del Primero de Mayo, y también una crítica de las Iglesias cristianas que toman partido por los explotadores contra los obreros, en flagrante oposición al espíritu del Evangelio y al comunismo de los primeros cristianos. Encontramos asimismo una defensa apasionada de la huelga de masas, fechada en 1905, y una selección de textos de una de sus obras teóricas más importantes*: Introducción a la economía nacional*. En ellos se desarrolla la idea de que la revolución capaz de abolir el régimen de explotación vigente resultará de la unión de dos polos: el análisis económico, que pone ante nuestros ojos la maquinaria del capital, y la conciencia de un proletariado dispuesto a destruirla para crear una sociedad sin clases.

Otros artículos describen la miseria en que vive la población obrera de Berlín, con un cálido homenaje a las mujeres proletarias, tan frecuentemente esclavas de los esclavos. «¿Qué quiere la Liga Espartaco?» publicado en diciembre de 2018, en plena marejada revolucionaria, contiene un programa detallado de la transformación social, pacífica y democrática que en ese momento latía en el corazón de millones de alemanes y parecía a punto de alumbrar una nueva era. «El orden reina en Berlín», escrito la víspera de ser asesinada, es un canto vibrante a la esencia de la revolución, anhelo íntimo inmune a todas las derrotas. Fue ella quien dijo: «*En la tormenta siento la verdadera alegría de la vida*».

Una mujer con una meta

El libro aporta datos sobre la faceta más humana de Rosa Luxemburg, y así sabemos por ejemplo que en aquel tiempo en que estaba mal visto que una mujer viajara sola o hablara en público, ella hacía mofa de todas estas estupideces. Nos enteramos además de que encajó las flechas que Cupido tuvo a bien destinarle, y mantuvo largas relaciones amorosas con dos correligionarios: Leo Jogiches, entre 1891 y 1907, y Konstantín Zetkin, desde ese año hasta que fue reclutado en 1915. No obstante, en la odisea de luchas sociales que fue su vida, la vemos volcada siempre, sobre cualquier otra cosa, en la apasionante y cruenta partida de ajedrez en que el proletariado pugnaba por librarse de sus cadenas. Su carácter fuerte y su voluntad indomable estaban fijas en ese objetivo.

Con su texto generosamente anotado e ilustrado con reproducciones de documentos, fotografías, algunas de ellas inéditas, y grabados de la época, *Rosa Luxemburg en la tormenta* consigue llevarnos al corazón de la era convulsa en la que se asentaron los cimientos de lo que habría de ser el orden mundial del siglo XX. Una mujer menuda e inquieta, sabia y corajuda, estuvo allí con su pensamiento y su esfuerzo para tratar de encauzar el río de la historia. El espléndido trabajo de Ana Muiña con este libro nos lo muestra cumplidamente.

Arcángeles. Doce historias de revolucionarios herejes del siglo XX, de Paco Ignacio Taibo II

Publicado en *Rebelión* el 9 de mayo de 2014

El asturmexicano Paco Ignacio Taibo II ha cultivado la historiografía y la literatura de creación, pero tampoco se ha resistido a mezclar dosis de una y otra en libros mestizos que tratan de explorar, más allá de los hechos probados, la trama de momentos cruciales. *Arcángeles. Doce historias de revolucionarios herejes del siglo XX* (Traficantes de sueños, 1998), con su sólida base historiográfica, pertenece al primer grupo y sólo pocas veces echa a volar la imaginación buscando respuestas para alguno de los enigmas que plantean los datos. Se trata de una colección de biografías anudadas por el afán de mostrar que ese siglo XX que tan mal nos ha dejado tenía potencial humano, por debajo de los oropeles de la gran historia oficial, para mucho más de lo que fue. Los elegidos, como vamos a ver, son todos revolucionarios que a pesar de profesar ideologías diversas, tienen un aire de familia. Éste tal vez proceda de que todos ellos, en un momento clave, hicieron caso más a su corazón que a los centros y estructuras de poder y, fieles a su intuición, con la «maravillosa terquedad» que el autor del libro les señala, nos muestran el camino más prometedor para una transformación radical de este triste planeta. Todos ellos, sin embargo, aunque unos más que otros, han sido conde-

nados a un olvido que nos oculta lo más valioso de la tradición emancipadora.

Juan Ranulfo Escudero, hijo de un comerciante gachupín de posición acomodada, nace en Acapulco en 1890 y con diecisiete años va a estudiar a Oakland en California, de donde vuelve con unas ideas anarquizantes que le hacen fundar en 1913 un sindicato y luchar por los derechos de los obreros. Expulsado de la Perla del Pacífico en 1915, tras residir en diversos lugares recala en Tehuantepec y allí trabaja de secretario de juzgado. Mantiene estos años relaciones con Ricardo Flores Magón y otros anarquistas mexicanos y en 1918 regresa a Acapulco.

Taibo nos describe la situación en este puerto, sometido a la tiranía comercial y política de tres familias españolas con los métodos más brutales. Escudero aprovecha funciones cinematográficas para arengar a las masas y en poco tiempo echa a andar el POA (Partido Obrero de Acapulco), que cuenta con amplia base social y edita el periódico semanal *Regeneración*, denunciador incansable de los atropellos. Así se organizan huelgas y se predica sin tregua un programa reformista que sintoniza con el que desarrolla por aquel entonces el presidente Obregón, un hombre que sin embargo se mostrará demasiado tibio en muchos casos en la defensa de sus «correligionarios».

En las elecciones de 1920, Escudero gana el cargo de presidente municipal y aunque hay resistencias de todo tipo, toma posesión de él, aplicando políticas de progreso que hacen que el POA gane al año siguiente las votaciones para el congreso local. No obstante, los caciques movilizan todos sus recursos, hostigan, calumnian y acaban poniendo un precio de dieciocho mil pesos a la cabeza de Escudero. Es así como algunos excolaboradores suyos que él había denunciado por corrupción se unen a los militares y asaltan el ayuntamiento. Aquí va a producirse la «primera muerte» de Escudero, cuando vencida la resistencia que opone con sus fieles, el mayor Flores le propina lo que entonces creyó que era un tiro de gracia.

Dado por muerto por sus enemigos, Juan es recogido por los suyos y operado, y logra sobrevivir, aunque con graves secuelas, con el brazo derecho amputado y paralizado del lado izquierdo, e imposibilitado de hablar correctamente o escribir; ocurre esto en marzo de 1922. Los meses siguientes, el POA se organiza mientras los sables siguen en alto. El apoyo popular le permite ganar elecciones, pero los gachupines conspiran y amenazan de continuo. En diciembre de 1923, los militares, untados con oro español, se sublevan y detienen a Juan y dos de sus hermanos, que son fusilados el día 20 de ese mes. En su lenta agonía, Juan Ranulfo Escudero repetía una frase a sus camaradas: «*Sigan adelante, que nuestra muerte no haya sido en vano*».

Friedrich Adler, físico, periodista y líder de la socialdemocracia austriaca, es de los pocos de su partido que en 1914 se oponen frontalmente a la guerra. Desatada la carnicería, lucha contra ella desde Viena con sus escasos medios, y en 1916, desesperado, recurre a un acto de violencia y ejecuta de tres disparos en un restaurante al conde Stürgkh, ideólogo del absolutismo austriaco. En el juicio, Adler renuncia a la línea de defensa propuesta por sus abogados de alegar locura y reivindica su acción como una forma de lucha contra el criminal disparate de la guerra. Está dispuesto a morir y se sorprende enormemente cuando la pena capital es conmutada a cadena perpetua para evitar un estallido social; corría el revolucionario año 1917. En 1918, al desmoronarse el imperio, Adler es liberado y retoma su compromiso político con el partido socialdemócrata, coordinando más tarde la ayuda a la República española durante la guerra civil. En 1918 escribió: «*Vivir serio y morir alegre es todo lo que un hombre puede desear*».

Al Sindicato de Pintores Mexicano se dedica el siguiente capítulo. Nacido en 1922, es resultado de la militancia de algunos de los autores de la iniciativa, como Diego Rivera, que ese mismo año ingresa en el Partido Comunista Mexicano (PCM). Estos artistas trabajaban por entonces intensamente en proyectos financiados por el Estado y lo seguirán haciendo en los meses siguientes, produciéndose un desarrollo asombroso del arte mural mexicano, que va ligado a un fuerte compromiso político y encuentra resistencias en el Gobierno, la prensa y los medios sociales más conservadores. La estética innovadora tampoco fue comprendida por muchos. A finales de 1923 y en 1924, el sindicato toma partido activamente con el PCM contra la revuelta de generales delahuertistas y en defensa acrítica de un Gobierno escasamente defendible. En 1924 nace también el periódico *El Machete*, que sirve de portavoz del grupo y es dirigido colectivamente por Rivera, Siqueiros y Guerrero. Los estudiantes de la Escuela Nacional Preparatoria, donde se ejecutaban bastantes trabajos, eran eternos enemigos de los artistas y se lanzaron en esta época a la destrucción de los murales. Poco después, los pintores son despedidos y el sindicato se disuelve tras treinta y dos meses de existencia.

Hija de un profesor socialdemócrata, Larisa Reisner (1895-1926) es una intelectual y escritora rusa que vive con veintidós años la Revolución de Octubre y encuentra en ella la luz que iluminará su vida. Esposa del líder bolchevique Fiódor Raskólnikov, lo acompaña y participa en las luchas de la guerra civil y luego realiza misiones diplomáticas en Afganistán. Tras romper con Raskólnikov, Larisa trabaja en Alemania para la Internacional Comunista y vive en pareja con Karl Rádek. En Berlín y Hamburgo acaricia el sueño de la revolución y muere con 30 años de tifus en febrero de 1926, mientras se producía el ascenso imparable de Stalin; cuatro de los seis hombres que llevaban su féretro caerán en las purgas. Su vida fue la cristalización de una pasión que nos alcanza en las páginas de sus libros: escenarios de la

guerra civil rusa, Afganistán y la República de Weimar, momentos y lugares decisivos de la historia.

La información que Taibo ha conseguido reunir sobre su siguiente protagonista, Sebastián San Vicente, cabe en unas pocas cuartillas. Vasco de Guernica, lleva la vida errante de un revolucionario y en 1922 asiste al congreso que dará origen a la CGT, el sindicato anarquista mexicano, del que es elegido subsecretario. Se sabe también que anduvo por Estados Unidos, Cuba y Guatemala, y su rastro se desvanece tras su expulsión de México en 1923, aunque está documentado que llegó sin novedad a La Coruña y se rumorea que murió en los alrededores de Bilbao en 1938 mientas luchaba en un batallón de las milicias de la CNT. Sebastián San Vicente fue un obrero revolucionario como tantos que llamaban con sus manos callosas a las puertas de la utopía en los comienzos del siglo XX. Taibo le dedicó una novela publicada en 1986, *De paso*.

El siguiente capítulo presenta un guion para un programa de televisión —que nunca fue realizado— sobre la muerte de Adolf Abrámovich Joffe. Alternan planos en que éste nos cuenta su vida y otros con escenas tras su suicidio en noviembre de 1927, cuando Stalin toma firmemente en sus manos las riendas del poder soviético y comienzan las expulsiones en los altos órganos. Trotski, Serge, Rakovski y otros bolcheviques, entierran el cadáver en un ambiente crispado; es el Thermidor de la Revolución rusa que tuvo en Joffe a uno de sus protagonistas. Enfermo y espectador impotente de lo que se precipitaba, pone fin a sus días al percibir que pierden todo su sentido. Alguna vez había dicho que la vida sólo lo tiene cuando es posible emplearla en algo infinito y en ese momento el infinito que había sido la revolución se desmoronaba en torno a él.

Después Taibo nos narra los primeros episodios de las andanzas americanas de Buenaventura Durruti y Francisco Ascaso, cuando abandonan la Península prófugos de la dictadura de Primo de Rivera. Llegan a Cuba en 1924 y pronto se dan a conocer ejecutando al propietario de una hacienda cañera famoso por las torturas y palizas que propinaba a sus trabajadores. Pasan luego a Yucatán y en abril de 1924, ya en el D. F., se llevan cuatro mil pesos de la fábrica textil La Carolina, en un atraco en el que un empleado de la empresa resulta muerto. Los fondos son destinados a financiar una escuela racionalista que la CGT estaba promoviendo. Durruti y Paco Ascaso, a los que se habían unido en marzo Alejandro Ascaso y Gregorio Jover, participantes ya en lo de La Carolina, al no encontrar entre los libertarios mexicanos, poco dados al ilegalismo en aquel momento, un grupo de apoyo para sus actividades, deciden dejar México a finales de mayo y continuar su periplo americano por tierras chilenas y argentinas. Taibo alterna el relato objetivo de estos hechos con crónicas periodísticas que muestran sobre todo el despiste de la policía que los investigaba.

El siguiente protagonista es el anarquista mexicano Librado Rivera, detenido en 1918 en su exilio en los EEUU junto a Ricardo Flores Magón, que muere en prisión en 1922, asesinado muy probablemente. Arrecian desde México entonces las campañas por la libertad de Librado y éste es al fin puesto en la frontera en octubre de 1923. Tiene 59 años, pero conserva toda la energía de la juventud. Se establece en la casa familiar de San Luis Potosí y retoma la vieja lucha, la eterna lucha. Analiza la situación con calma. México es por entonces un país en el que gobiernan viejos revolucionarios en su propio provecho, y donde demasiados clanes pretenden defender el cambio social sin que un ojo avisado vea en ellos más que engaño y ansia de poder.

Se le ofrecen una cátedra y un sillón en el senado, pero el viejo revolucionario rechaza esa claudicación. Al fin decide colaborar con la CGT y parte para Tampico, baluarte de la organización y lugar de intensa conflictividad social. Entre los grupos obreros del puerto, Librado se suma a los Hermanos Rojos, centrados sobre todo en labores de propaganda con su periódico *Sagitario* y en poco tiempo consigue que asuman una nueva línea más comprometida con las luchas del momento. Siguen meses febriles de huelgas que Librado apoya desde *Sagitario* y otros papeles anarquistas, mientras se gana la vida vendiendo libros ambulantemente. Tampoco olvida a los que continúan presos en Texas y participa en las campañas por la libertad de Sacco y Vanzetti.

En 1925, con Plutarco Elías Calles en la presidencia, la represión de los anarquistas se incrementa y en 1927, tras denuncias en *Sagitario* de los crímenes del Gobierno contra los indios yaquis, Librado es detenido y encarcelado. Cuando es liberado en noviembre, el periódico ha muerto, pero otro, *Avante*, toma el relevo. En julio de 1928, nueva detención, y otra en febrero de 1930, al recrudecerse la represión con Pascual Ortiz Rubio en la presidencia. Después, Librado sobrevive a duras penas en el D. F. y en mayo de 1931 saca *Paso!*, un nuevo papel que retoma la lucha de la memoria y la justicia; en enero de 1932 es prohibido. En febrero, cuando maduraba más proyectos periodísticos, Librado Rivera es atropellado por un coche y fallece de tétanos al mes siguiente. Taibo culmina el esbozo biográfico con un comentario al que no podemos sino asentir plenamente: «*Ya no se fabrican hombres así*».

Max Hölz nace en 1889 en una familia campesina de Silesia y lleva una vida errante de obrero hasta que es arrastrado a la gran carnicería del capitalismo imperialista que estalla en 1914. Allí, un objetor de conciencia socialista le resuelve el enigma de su existencia: alienación y explotación. En el 18 es herido y enviado a su tierra, donde vive los meses febriles de la revolución. Ésta es ya lo único que da sentido a su vida. En 1919, Max funda en su pueblo, Fankelstein, una sección del KPD (Partido Comunista de Alemania), pero los problemas candentes (pobreza, hambre,

paro...) lo empujan a la acción directa. El Consejo de Trabajadores Desempleados que crea ocupa el ayuntamiento y exige carbón y comida. En los meses que siguen hay un forcejeo entre este Consejo y el ejército; cuando éste se retira, los obreros confiscan y reparten, pero en cuanto reaparece hay lucha. Al fin Max se ve obligado a huir y peregrina por Alemania. El perseguido no se resiste a hablar en los mítines y tratar de organizar. Traicionado varias veces por militantes del SPD, se las arregla siempre para escapar. En los largos ocios de la clandestinidad, Max Hölz estudia a los teóricos de la revolución.

Así llega 1920, el año en que el KPD echa el freno a su estrategia insurreccional, pero eso no va con Max. En marzo se produce el *Putsch* de Kapp, y él es capaz de organizar un pequeño Ejército Rojo que combate a los golpistas. Cuando éstos son derrotados por una gran huelga general y pactan con el Gobierno, Max sigue la lucha y es expulsado del partido. A mediados de abril, los mil hombres que continúan con él deciden dispersarse acosados por el ejército. Muchos son masacrados, pero él consigue huir a Checoslovaquia, donde es detenido y encarcelado. En unos meses, con la presión de una huelga de hambre, es liberado.

Tras una estancia en Austria, a finales de 1920, Max Hölz regresa con identidad falsa a una Alemania donde la izquierda se ha reorganizado en dos nuevos partidos: el KAPD (P. C. Obrero Alemán), que agrupa a algunos amigos de Hölz expulsados como él del KPD, y el VKPD (P. C. Unificado) que reúne a los comunistas del KPD con los socialistas izquierdistas del USPD, seducidos por el hechizo de la Tercera Internacional. Con ninguna de las directivas de estos partidos consigue entenderse Max, y forma su propio grupo revolucionario, que realiza expropiaciones para conseguir dinero; también desata en poco tiempo una ola de atentados con escasos resultados.

En los primeros meses de 1921 el VKPD desarrolla una estrategia insurreccional que estalla al fin en Sajonia y da lugar a una huelga general revolucionaria a la que Max se adhiere con entusiasmo, aunque sin renunciar a su independencia. Su pequeño Ejército Rojo combate con denuedo a los «sipos», la policía armada que el Gobierno ha enviado a Sajonia, en una guerra basada en la movilidad y la sorpresa en la que cosecha éxitos. No obstante, a primeros de abril la sublevación ha sido derrotada y Max es detenido, aunque no lo reconocen y lo dejan en libertad. Huye a Berlín. El precio fijado a su cabeza son por entonces 185 000 marcos.

En la capital nuestro revolucionario se ha quedado sin amigos y al fin es traicionado y lo detienen. Abandonado por el VKPD y apoyado por al KAPD, convierte su juicio en un alegato en defensa de la violencia revolucionaria. Es condenado a cadena perpetua. Más tarde, el VKPD trata de apropiarse de su figura, que despierta una enorme simpatía en la izquierda, y hasta un comité de intelectuales con Thomas Mann a la cabeza pide la revisión del proceso. La cárcel destruye anímicamente a Max Hölz, que tras siete años en prisión es liberado por una amnistía para presos políticos en 1928.

En la calle, Max es aclamado por el nuevo partido estalinista, el KPD, pero la esperanza de la revolución ha quedado muy lejos. Escribe su autobiografía y se vuelve mujeriego e irascible. Viaja a Moscú donde tratan de convertirlo en un burócrata. Hitler llega al poder y Max pide que lo envíen a Alemania; sin resultado; probablemente tienen miedo de su inteligencia y su espíritu independiente. Max vive la degeneración moral del estalinismo que hace de él un delator. En 1933 es torturado y ejecutado por la GPU. Estaba a punto de cumplir 44 años.

Después Taibo nos presenta una autobiografía apócrifa de Peng Pai (1896-1929). Hijo de un terrateniente de la provincia de Kwantung, en el sur de China, Peng contempla de niño la miseria de los campesinos y se propone luchar contra ella. Estudia en Japón economía política y cuando regresa tras su graduación se une al Partido Comunista Chino (PCCh), recién fundado. No obstante, oponiéndose a sus directrices de ese momento, decide predicar la revolución a los campesinos. Los comienzos son duros, pero consigue formar en torno a él en su región de Haifeng un grupo de jóvenes que comparten sus ideas y el progreso es luego espectacular. En los primeros meses de 1923 son ya casi cien mil los que militan a su lado, se han creado escuelas y dispensarios, se lucha contra la corrupción, y aunque no abiertamente aún contra los terratenientes, se exigen reducciones de las rentas abusivas que pagaban los campesinos. Los latifundistas contraatacan enseguida con una asociación que defiende sus privilegios.

Tras un tifón que arrasa el sur de China en 1923, los agricultores presentan peticiones muy razonables de disminución de las rentas, pero la codicia de los terratenientes hace el conflicto inevitable. Peng Pai se beneficia por entonces del apoyo parcial del señor de la guerra de la región, que muestra comprensión ante las demandas de los campesinos, pero en marzo de 1924 tiene que huir a Cantón, en manos de los comunistas respaldados por la URSS y aliados de los nacionalistas progresistas de Sun Yat-sen. Trabaja allí en la organización de los campesinos y en 1925 participa en las operaciones militares en las que se libera Haifeng. Muerto Sun Yat-sen, la situación política se ha complicado aún más, con el movimiento nacionalista dominado por derechistas como Chiang Kai-shek, que defienden a los terratenientes. Incluso el PCCh parece no comprender la importancia de los campesinos en el proceso revolucionario. No obstante, Peng Pai sigue luchando infatigable por los derechos de estos, ideas que comparte un joven colaborador suyo llamado Mao Zedong

A finales de 1927, un levantamiento en la zona de Haifeng alcanza un éxito total y se socializa la tierra, pero una ofensiva nacionalista lo manda todo al garete y Peng Pai ha de huir a Shanghái, donde es detenido en agosto de 1929 y fusilado poco después. Un grupo especial enviado por Zhou Enlai para rescatarlo llegó con unas horas de retraso.

La siguiente historia entremezcla detalles autobiográficos del autor del libro con el relato de la batalla de Guadalajara que le hace en 1965 en un hospital mexicano, Eusebio Carranza, un español exiliado en México tras la guerra civil. Con sus recuerdos de aquella gesta que paró en seco la ofensiva italiana y supuso un respiro para la República en marzo de 1937, Carranza le habla de un extraño individuo, un italiano del batallón Garibaldi, antiguo zapatero y locutor de radio, conocido como Malaboca por su abuso de las palabras malsonantes. Este hombre, con la información que sacaba a los prisioneros, componía arengas demoledoras que eran transmitidas con altoparlantes a las filas enemigas. En ellas detallaba todos los chismes, vicios y maldades de los soldados y los mandos fascistas. Taibo ha tratado luego, con escaso éxito, de conseguir más datos sobre este personaje, aunque hay que reconocer con él que «*la historia es demasiado bella para ser mentira*».

El último capítulo se dedica al revolucionario cubano Raúl Díaz Argüelles, al que se nos presenta primero en las luchas estudiantiles contra la dictadura de Batista. Tras el desembarco del Granma, colabora con la guerrilla con atentados y trasportando armas desde los EEUU. Por aquellos días, saltando de un tercer piso en una huida, se fractura un tobillo, de lo que le quedará una cojera para toda la vida. Sube luego a la sierra de Escambray en manos del grupo de Ernesto Che Guevara y con él participa en la ofensiva que toma Santa Clara. Cuando cae la dictadura el 2 de enero de 1959, Raúl Díaz Argüelles acaba de estrenar el grado de capitán de las fuerzas revolucionarias. En la nueva Cuba trabaja en la organización de un cuerpo policial y después pasa el ejército.

En 1971, Díaz Argüelles, coronel ya por entonces, se incorpora en Guinea-Bisáu a la guerrilla que combate al ejército portugués. Tras la independencia de Guinea, su nuevo destino en 1975 es Angola, donde tras la Revolución de los Claveles, la declaración de independencia se ha torcido a una guerra civil en la que los intereses coloniales portugueses y las dictaduras de Sudáfrica y Zaire luchan contra el MPLA de Agostinho Neto. Raúl Díaz Argüelles será conocido en esta misión como Domingos da Silva. En octubre de 1975 ya hay tropas de élite cubanas en Angola, dispuestas a instruir al ejército angoleño y también a combatir junto a él. Ese mismo mes, los sudafricanos desde el sur y los mercenarios de UNITA y el FLNA desde el norte atenazan la revolución cuyas tropas quedan cercadas en Luanda, la capital. No obstante, consiguen resistir y con la ayuda de los efectivos que llegan de Cuba, en noviembre y diciembre ponen en fuga a todos los asediantes. El día 11 de este último mes, la explosión de una mina hiere de gravedad a Raúl Díaz Argüelles, que muere desangrado unas horas después. Tenía 39 años.

En unas notas finales, el autor detalla la documentación utilizada para la confección de los distintos capítulos y deja constancia de su gratitud a las personas que aportaron información inédita sobre los biografiados. *Arcángeles*, con su colección de vidas, tiene la virtud de rescatar de toda esa historia del siglo XX tan terrible e inhábil para generar esperanza, un espíritu que está vivo aquí y allá a través de ella y nos permite mantener intacto el amor a una transformación revolucionaria de la sociedad tan difícil como necesaria.

68, de Paco Ignacio Taibo II

Publicado en *Rebelión* el 16 de febrero de 2015

1968 fue año de revueltas estudiantiles en muchos lugares, pero como nos recuerda Elena Poniatowska en su prólogo de *68* de Paco Ignacio Taibo II, la única ciudad en la que masacraron a cientos de personas fue México. El autor del libro, que con diecinueve años fue protagonista de los hechos, tenía tres cuadernos de notas sobre ellos que creía material para una novela, pero pronto se dio cuenta de que dar testimonio de aquello no toleraba ficción. Así nació la obra, que publicó Joaquín Mortiz en México en 1991 y fue recuperada por Traficantes de sueños en 2006, crónica de la brava singladura y el naufragio sangriento.

Son capítulos breves los que van construyendo el libro. En ellos sabemos cómo se gestó todo: «*Vivíamos rodeados de la magia de la revolución cubana y la resistencia vietnamita*», pero también aturdidos por la muerte del Che, y ebrios de cine, música y poesía. Los protagonistas no superaban el círculo de una docena de escuelas y facultades universitarias, y militaban en todas las tendencias de la izquierda extrema, aunque no sabían mucho de la clase obrera real. Gentes que no veían la televisión, extranjeros en su país.

El 26 de julio, viernes, es cuando el movimiento estalla. Miles de jóvenes se manifiestan en las calles y son ferozmente golpeados por la policía. No es la primera vez que ocurre, pero se huele algo... Esa misma noche son arrestados dirigentes del PCM. La semana siguiente, el paro se extiende por la universidad y se constituye un consejo de representantes de las facultades en huelga, que trata de ir gestando un programa con exigencias para la negociación. La lista de muertos por la brutalidad policial va creciendo y hay casi

mil detenidos, mientras la prensa miente y voces amigas aconsejan prudencia. ¡Al carajo!

Hay encierros y ocupaciones policiales de facultades. El día 31, una manifestación de cien mil estudiantes con el rector al frente sale a la calle en defensa de la autonomía universitaria. Taibo nos relata su entusiasmo en un tiempo en que «*no había noches ni días, sólo acciones, calle y vibraciones*». A primeros de agosto, los huelguistas elaboran un programa de seis puntos que exige sobre todo el cese de la represión y la depuración de sus responsabilidades. El movimiento es un monstruo sin cabezas visibles, incorruptible, capaz de prodigar manifestaciones de cientos de miles de personas, y la solidaridad crece en la sociedad con el apoyo de intelectuales y artistas. Se perciben en él tres tendencias: en la derecha están el rector y sectores del profesorado, piden autonomía universitaria y la libertad de los presos; centro e izquierda se distinguen por la audacia en los planteamientos de la segunda, que busca llevar el proceso más allá del ámbito estudiantil, y por su menor apego a la negociación.

En la manifestación del 27 de agosto, medio millón de personas elevan sus brazos a lo imposible: ocupan el Zócalo y exigen un diálogo público al presidente de la República. Serán desalojados por tanques horas más tarde. Miles de estudiantes rodean la cárcel de Lecumberri, donde estaban encerrados los presos políticos; gritan enfervorizados: «*Los vamos a sacar*». En septiembre, la derecha del movimiento va claudicando, pero las asambleas ratifican la huelga. El entusiasmo se trasforma en resistencia y terquedad. Siguen cada día miles de mítines y manifestaciones a las que se suman otros sectores, mientras crece el número de detenidos. La estrategia del Gobierno, incapaz por naturaleza de cualquier negociación, sólo puede ser la represión, y se espera un golpe, aunque nadie pensaba que sería tan brutal.

El 18 de septiembre, tanques y diez mil soldados con bayoneta calada asaltan las facultades. Hay seiscientos detenidos. Los días siguientes hay disparos del ejército, respuesta de bombas molotov y se prodigan los arrestos. Esas noches nadie duerme en su casa. El día 24, los militares toman a tiros el casco de Santo Tomás y por primera vez responden unas pocas pistolas y escopetas. El 30, el ejército devuelve las instalaciones universitarias, en la esperanza de que la huelga se levantaría, pero las asambleas votan su continuidad.

El 2 de octubre, las tropas atacan el mitin de Tlatelolco. La versión oficial habla de que los estudiantes empezaron a disparar, pero ya todo el mundo sabe que había entre ellos provocadores infiltrados, y que fueron las bengalas lanzadas desde un helicóptero militar las que dieron la señal para el comienzo del tiroteo sobre una muchedumbre indefensa que causó cientos de muertos. Muchos de los cadáveres no aparecieron nunca. Al día siguiente Taibo llega a Madrid de madrugada, obligado por su padre a abandonar el país. Seguramente le salvó la vida, pero tardó años en perdonárselo. En dos días regresa a México.

Tras la masacre las masas quedan contenidas y se impone una tregua que dura hasta que acaban las olimpiadas. A finales de octubre, surgen tres demandas incontenibles: libertad de los presos, devolución de las escuelas, cese de la represión. La huelga es ratificada tercamente a primeros de noviembre, pero dura sólo un mes más. El proceso se agota. Taibo nos narra el sordo hastío de aquellos días sin luz. Del movimiento estudiantil nace una guerrilla urbana que será ferozmente combatida, y también intentos de nuevas luchas políticas, buscando marcos más amplios que resultaron tremendamente infructuosos.

El autor de *68* homenajea a todos sus compañeros de aquellos días, recordados generosamente; lírico y nostálgico se enfrenta a su propia juventud, a la que le tocó atravesar un vórtice de la historia, a su despertar y su entusiasmo. El movimiento tenía la profundidad de la solidaridad, la discusión horizontal y la construcción democrática, pero estaba limitado al medio estudiantil: «*Necesitábamos tiempo para ser mexicanos reales del todo*».

Taibo nos habla de la masacre como evento fundacional, forjador de un alma colectiva insobornable, descenso a los infiernos, pero también la contempla como un episodio más de una interminable historia de luchas, explosiones de un pueblo que soporta lo indecible, pero no llega nunca a doblegarse del todo.

Las *Memorias* de Arthur Koestler. Una vida en el torbellino del siglo XX

Publicado en *Rebelión* el 27 de abril de 2013

Aunque es autor de una extensa obra narrativa, Arthur Koestler es recordado hoy sobre todo por los aspectos polémicos de una biografía que recorre los momentos y escenarios más turbulentos del siglo XX. Comprometido sucesivamente con ideologías diversas y contradictorias, podemos decir de él que siempre se involucró en carne y alma en sus creencias, y que sus bandazos fueron hijos más que nada de una honda necesidad de vivir intensamente y entregarse a aquello que ofrecía una salida a sus inquietudes profundas. En su producción novelística destacan sobre todo sus dos primeras obras: *La rebelión de los gladiadores*, de 1939, que sigue ofreciéndonos un relato muy bien trabado y una reflexión esclarecedora sobre la revuelta de Espartaco en la Roma del siglo I antes de Cristo, y *El cero y el infinito*, de 1940, sobre la represión en la Rusia estalinista. No

obstante, lo más interesante de su producción son probablemente sus textos autobiográficos, entre los que destacan *Flecha en el azul* (1952) y *La escritura invisible* (1954). Las claves de su compleja evolución psicológica pueden encontrarse en estos libros junto con una crónica trepidante de muchos eventos cruciales de la primera mitad del siglo XX de los que Koestler fue protagonista. Estas dos obras acaban de ser reeditadas en un solo volumen por Lumen (2011, trad. de J. R. Wilcock y Alberto Luis Bixio).

Primeros años

Arthur Koestler nació en Budapest en 1905. *Flecha en el azul* nos acerca a sus orígenes familiares y conocemos a su abuelo paterno, Leopold, un judío ruso exiliado en Hungría, y a su padre, Henrik, un empresario algo alocado con altibajos de fortuna. La familia de su madre eran judíos vieneses de origen checo, una rama de los cuales terminó también en Budapest. Muchos de los familiares directos de Arthur morirían asesinados por los nazis. Respecto a sus idiomas iniciales, éstos fueron el alemán y el húngaro, que su madre nunca quiso aprender correctamente, y la suya fue una infancia burguesa entre una madre neurótica, un padre ausente y una criada tiránica. Él era un niño acomplejado y la autobiografía se recrea en sus obsesiones infantiles y sus problemas de carácter. En 1919 fue testigo de los cien días de gobierno comunista en la Hungría de Bela Kun, una amable dictadura proletaria en la que el Koestler adolescente percibió el alba de un mundo distinto y que marcó su evolución política posterior. Ese mismo año su familia se establece en Viena.

Koestler describe después el ambiente universitario en la Viena de los felices 20, con sus agrupaciones estudiantiles, pangermanistas, liberales y sionistas, con sesgos ideológicos variados, pero amantes todas por igual de las chicas, la bebida, los cánticos y la camorra. Aquí es donde nuestro judío se hace sionista y de la lectura atenta de la crónica de su conversión se deduce que la razón de ésta hay que buscarla más que nada en el atractivo irresistible del mundo de *Wein, Weib und Gesang* y hermosa camaradería que se abre así al adolescente acomplejado y solitario. No obstante, hay que decir también que esta época coincide con sus primeros contactos con judíos ortodoxos y que ante las críticas que le plantea la mentalidad de aislamiento y autoexclusión de éstos sólo ve una solución en la búsqueda para los judíos de un hogar nacional que los igualaría a las otras naciones. Conoce por entonces a Vladímir Zhabotinsky, padre del sionismo revisionista —llamado así por ser más expansionista y violento que el del fundador Theodor Herzl— del que llegará a ser secretario y que se convierte en el primer gurú de su vida. Matriculado en Ingeniería y absorbido por el sionismo y lecturas sobre psicología, es justo entonces cuando su padre se arruina definitivamente. Es éste el primer momento decisivo en la vida de Arthur Koestler, y toma una de esas decisiones extrañas que revelan la complejidad de su carácter. A punto de terminar la carrera y con un brillante porvenir por delante, cuando se convertía en el único sostén económico de su familia, en 1926 decide nada menos que emigrar a Palestina. Es la primera vez que quema sus naves, pero no será la última.

Sionismo y comunismo

El relato que Koestler nos presenta de la vida de los primeros colonos judíos en Palestina tiene un interés enorme. Es una dura existencia de cruzados fanáticos empeñados en una lucha sin cuartel contra un territorio difícil y sus habitantes. Rechazado, tras un mes de prueba, en la *kvutsa* (pequeño kibutz) de Heftsebá en el valle de Yesreel, se establece en Haifa y sobrevive a duras penas con algunos trabajos para el partido de Zhabotinsky, pero termina en breve en la miseria más extrema y está próximo a morir de inanición mientras se ejercita como arquitecto o vendedor de limonada. El hambre sólo cede algo cuando comienza una precaria carrera de periodista para la cadena de periódicos Ullstein. Poco después parte para una Tel Aviv recién fundada donde las posibilidades de subsistencia podrían ser mejores. Allí trabaja sucesivamente en una agencia de turismo, como agrimensor y vendiendo espacios publicitarios para una revista, pero en breve y tras unos meses en El Cairo, regresa a Europa y se convierte en secretario de Zhabotinsky con residencia en Berlín. En 1927 consigue la plaza de corresponsal en Oriente Próximo de la cadena Ullstein y vuelve a Palestina, estableciéndose en Jerusalén. Éste será el fin de sus desdichas económicas.

Arthur Koestler es al fin un periodista respetado y sus crónicas aparecen regularmente en la prensa alemana. En 1929 entrevista al rey Faisal. Preguntado por las expectativas de un renacimiento panárabe, el héroe de la rebelión del desierto y amigo de T. E. Lawrence, es claro: «*La influencia extranjera no favorece este renacimiento*». Jerusalén ya era un buen proyecto de lo que es hoy: «*Una ciudad austera, farisea, llena de odios, desconfianza y reliquias falsas*». Arthur está incómodo a pesar del buen trabajo que le permite vivir bien y mantener a sus padres y en 1929 quema sus naves de nuevo y regresa a Europa. Afortunadamente los Ullstein le permiten seguir con ellos y le nombran corresponsal en París; «Del monte de los Olivos a Montparnasse» es el título del siguiente capítulo; no es un mal cambio. Se inserta aquí una digresión con sabias reflexiones sobre la prostitución en París: «Elegía por los burdeles». Su carrera periodística progresa rápidamente y en 1930 es encargado de la sección científica de la casa Ullstein con lo que vuelve a Berlín. Durante gran parte de su vida, Koestler fue un donjuán y aquí lo reconoce claramente: «*Mi vida entonces giraba alrededor de dos polos: el continuo trabajo y una frenética*

caza de mujeres». En otro capítulo trata de racionalizar esta pasión que lo dominaba.

El regreso a Alemania para trabajar en una empresa judía coincide con el ascenso imparable de Hitler, y Koestler es testigo de la lenta capitulación y el progreso del miedo. El ominoso historial de la socialdemocracia alemana le empuja entonces hacia un comunismo soviético que percibe con un perfil de esperanza. Los capítulos siguientes relatan su «conversión» al comunismo*: «Ecos de los cien días de la Comuna húngara; ecos de la ira indignada de los profetas judíos y del apocalipsis inminente según san Marx; el recuerdo de la quiebra de mi padre, el ruido de las botas rotas de la marcha del hambre por las calles y el olor del trigo fresco quemado en los campos: todos estos elementos se fundían en un solo estallido emocional. Mi periodo de latencia política había llegado a su término*». En 1931 participa a bordo del zepelín Graf en una expedición polar que se describe extensamente en *Flecha en el azul*, una aventura singular y emocionante que recordará siempre como un tiempo luminoso. Tras una amarga serie de contratiempos triviales que se suceden una noche de diciembre de ese año, Koestler se sorprende a sí mismo afiliándose al partido comunista alemán. Éste decide que conserve su empleo, mantenga en secreto su militancia y trabaje con nombre falso en su servicio de espionaje. Aquí concluye el libro.

La escritura invisible nos presenta en su primera parte la vida de Koestler como agente del Komintern, etapa que durará hasta 1938. Son largos años dominados por una mentalidad con la que es terriblemente crítico en el libro, una mentalidad basada en la ciega sumisión al partido más allá de cualquier razonamiento o cualquier pensamiento compasivo, en una renuncia a lo más noble del ser humano, que ejemplifica con algunos diálogos de la pieza teatral *La toma de medidas* de Brecht. Cuando pierde su trabajo con los Ullstein y ya no existe razón para esconder su militancia, se muda a un barrio obrero y decide emigrar a la patria del proletariado. Tras conseguir el visado, durante 1932 y 1933 viaja por la Unión Soviética con la idea de escribir un libro basado en sus experiencias, lo cual tenía el visto bueno de sus superiores. En Ucrania se encuentra con paisajes de la hambruna que asolaba aquellas tierras. Recorre después la Rusia europea y el Cáucaso visitando fábricas, koljoses y oficinas del partido, recopilando datos. Hay que decir que Koestler sigue siendo el mismo estos años y no deja de relatarnos con lujo de detalles psicológicos sus líos amorosos, con inevitables enamoramientos y gatillazos. La historia de Nadiezhda, intercalada en esta época, es una deslumbrante experiencia de amor total, sexo, traición, desprecio y gonorrea.

Prosigue después nuestro periodista su recorrido por Asia central donde tiene un encuentro insólito con el poeta negro americano Langston Hughes, viajero también por el Asia soviética. Juntos llegan hasta la frontera de Afganistán y en el fin del mundo descubren los logros que la experiencia comunista ha traído a aquellas tierras, donde reinaba el horror. De regreso en Járkov Arthur escribe *Días rojos* con sus notas del viaje, pero a pesar de los contratos firmados, sólo aparecerá de este libro una edición en alemán, muy censurada, dirigida a las minorías germanófonas de Ucrania. La versión rusa no vio la luz «*por su estilo frívolo y muy superficial*». Poco después del incendio del Reichstag, Koestler es convocado a París para unirse con los comunistas que habían conseguido huir de Alemania, pero en el viaje de regreso pasa varios meses en Budapest disfrutando de la compañía de su familia y su viejo amigo el escritor húngaro Andor Németh. Conoce por entonces a Attila Joseph, un joven poeta de su misma edad. *La escritura invisible* contiene una emotiva aproximación a la vida y la obra de uno de los mayores líricos de la lengua húngara, que se suicidaría poco después con treinta y dos años, en 1937.

«*Los tres años siguientes, de 1933 a 1936, fueron para mí de extrema pobreza y de frenética actividad política*» nos dice Koestler. Aparece aquí el que fue el segundo gurú en su vida, Willi Münzenberg, el gran propagandista del Komintern, empeñado entonces en una lucha épica contra el nazismo desde la oficina camuflada como «Comisión Mundial para la Ayuda a las Víctimas del Fascismo Alemán», asentada en París. El primer éxito de la Comisión llega con la publicación del *Libro pardo del incendio del Reichstag y el terror hitleriano* y su segunda parte, *El juicio por el incendio del Reichstag. Segundo libro pardo del terror hitleriano*, y la absolución de Dimítrov y otros comunistas en el juicio por este incendio. *La escritura invisible* nos acerca a la forma de trabajo de este genio de la propaganda política, que rompería con el estalinismo en 1938 y moriría asesinado por sus agentes en 1940. En 1934, tras dejar su empleo para el partido, Koestler emprende una carrera como divulgador de temas sexuales con el pseudónimo de Dr. A. Costler y consigue que su *Enciclopedia del conocimiento sexual* en tres volúmenes, editada por dos primos suyos, se convierta en un superventas. Poco después trabaja dos meses como maestro en un hogar para hijos de funcionarios del partido comunista cuyos padres habían muerto o estaban ausentes. La experiencia le inspira una novela que es condenada por el partido como «*un reflejo de las tendencias burguesas e individualistas*», lo que le abate profundamente.

En esta época nuestro comunista descubre que los altibajos de su carácter se despliegan obedeciendo una ley según la cual es siempre la actividad creativa la que logra alejarlo de la depresión. Desarrolla así una rutina de trabajo con ocho o nueve horas diarias de escritura que a la larga consigue estabilizar su carácter y librarlo de las fantasías autodestructivas. Este cambio nos explica su copiosa producción a partir de este momento. Paralelamente, sigue trabajando para el partido y contempla con estupor y desagrado

las guerras de facciones y el gran giro ideológico de 1934 de la «revolución a ultranza» al «frentepopulismo». Su refugio ante esto lo halla en el siglo I antes de Cristo, en la revolución de los gladiadores sobre la que comienza a investigar fervientemente y en poco tiempo a escribir. En 1935 se casa con Dorothy Ascher, primer matrimonio que durará poco, y el año siguiente, con la sublevación de Franco, decide incorporarse al ejército republicano español, pero Willi tiene una idea mejor. Podría ir a la zona fascista y tratar de documentar la intervención alemana e italiana. Provisto de credenciales de dos periódicos Koestler llega en agosto a Lisboa, donde conoce a Gil Robles y Nicolás Franco. Con recomendaciones de éstos lo tenemos al poco tiempo en la Sevilla de Queipo.

Interludio español

La aventura española de nuestro protagonista resultó francamente desastrosa. Al poco de llegar a Sevilla es reconocido y denunciado por un antiguo compañero de Ullstein que sabía que era comunista, aunque derrochando sangre fría consigue despistar a sus perseguidores el tiempo suficiente para huir a Gibraltar. Luis Bolín, jefe de relaciones con los corresponsales extranjeros, que le había recibido amablemente el día anterior y había arreglado su entrevista con Queipo, promete «*matarle como a un perro rabioso si volvía a caer en sus manos*». Tras unos meses en Londres participando en la propaganda del bando republicano Koestler es enviado a Madrid con la misión de recoger información sobre la posible vinculación de políticos derechistas con la Alemania nazi. Permanece entonces unas semanas en Madrid y el vehículo que se le adjudica para sus movimientos es un modelo especial diseñado para Lerroux como lujoso coche-picadero y «*dotado de todas las comodidades*». La correspondencia de D. Alejandro que Koestler escudriña en busca de rastros nazis encuentra, además de éstos, «*gran abundancia de apasionadas y románticas cartas de jovencitas, escritas en hojas rosadas y azul pálido, alguna de las cuales conservaba aún un vago aroma a perfume*». Recordemos que el Emperador del Paralelo ya había cumplido por entonces los setenta años.

En enero de 1937 ve la luz un libro de Koestler sobre las atrocidades de los fascistas españoles y al poco tiempo recibe la orden de regresar a España por tercera vez. En los primeros días de febrero se encuentra en Málaga e incomprensiblemente renuncia a huir ante la inminencia de la caída de la ciudad. Es detenido y condenado a muerte, aunque tras tres meses de cárcel y muchas gestiones de sus amigos, en las que tiene un papel destacado su exesposa Dorothy, se consigue que sea canjeado por la mujer de un oficial fascista. Sorprendentemente, las largas horas esperando la muerte y presenciando los fusilamientos cotidianos no fueron trágicas para él. Pasaba el tiempo en ensoñaciones filosóficas, y cuando logra recordar la demostración de Euclides de que existen infinitos números primos se siente embargado por una experiencia mística que lo libera de toda preocupación. Era como si acabara de entrever que la razón puede aprehender lo infinito. Trata de racionalizarlo con una sencilla teoría: El mundo sensorial (primer mundo) cobra sentido sólo cuando lo reglamentamos mediante conceptos (segundo mundo), pero éstos son igualmente absurdos cuando se enfrentan al absoluto. Existe sin embargo una conciencia diferente que explica este absurdo en una experiencia inefable de gozo y plenitud sin yo. Ése es el significado de la conciencia mística (tercer mundo). Esta revelación la tuvo Koestler mientras esperaba la muerte en una celda de Sevilla.

Anticomunismo e Inglaterra

A finales de 1937, Koestler viaja por Europa, y en Suiza entrevista a un Thomas Mann que le produce una penosa impresión de engreimiento y egocentrismo. Tras saludar a sus padres en Belgrado, visita Grecia y llega a Palestina. Ya de regreso, en 1938 conoce a Sigmund Freud en el último año de su vida: «*La impresión que producía no era la de un octogenario enfermo, sino la de la indestructible virilidad de los patriarcas hebreos*». 1938 es también el año de su ruptura con el partido comunista, y a partir de entonces comienza una intensa labor de novelista en lengua inglesa con *Los gladiadores* (1939) y *El cero y el infinito* (1940), alegato antiestalinista que en ese momento tiene un discreto éxito en Inglaterra. No obstante, la publicación del libro en Francia una vez terminada la guerra hizo que se vendieran más de cuatrocientos mil ejemplares y puso a su autor en el ojo del huracán, con un enfrentamiento abierto con el poderoso Partido Comunista Francés. Es así como Koestler pasó a convertirse en un aliado táctico de la derecha.

El final del libro nos muestra a un escritor prestigioso y muy ocupado, que apenas puede atender a un Andor Németh que acude a verle a París en busca de ayuda; triste epílogo de una hermosa amistad. Con la declaración de guerra de Francia a Alemania, Koestler es arrestado e internado en un campo de concentración, aunque consigue escapar, y esperando en Marsella la posibilidad de huir a Casablanca, se encuentra un día con su viejo amigo Walter Benjamin que está tratando de alcanzar Inglaterra vía España y poco después se suicidará en Portbou. Nuestro protagonista logra llegar a Casablanca y luego a Lisboa, donde tras la segunda denegación de un visado para Inglaterra se entera del suicidio de Benjamín y decide seguir su ejemplo con las pastillas que éste le había dado. Cuando su estómago se rebela y las vomita, opta por entrar en Inglaterra sin visado, y aunque es encarcelado, en diciembre de 1940 ya está en libertad. Tras tanto peregrinar, Arthur Koestler encuentra un hogar en Inglaterra. *La escritura invisible* concluye con un canto a

la forma de ser de los inefables británicos entre los que halló la paz.

El resto de la vida del autor de *El cero y el infinito*, siendo un período más largo que el narrado en sus memorias tiene mucho menos interés. Es una biografía estándar de escritor encumbrado, pura máquina de parir libros, dar conferencias y ganar dinero. Sus intereses fueron en esta época de la parapsicología al judaísmo y de la experimentación con drogas psicodélicas a la oposición a la pena de muerte. En 1983, enfermo de párkinson y leucemia, decide suicidarse. El hecho de que su tercera mujer, Cynthia Jefferies, de cincuenta y cinco años y en perfecto estado de salud, lo hiciera junto a él no deja de recordar la tradición hindú de la *sati* —viuda virtuosa que se arrojaba a la pira de su marido—, una inmolación que también era «voluntaria» en la mayor parte de los casos.

De principio a fin, las *Memorias* de Koestler se entienden como una justificación. En alguien que atraviesa el siglo XX siendo sucesiva y devotamente sionista, estalinista y colaborador de la CIA esto no puede sorprendernos; la complejidad psicológica aflora en cada página del libro. No obstante, hay que decir también que Koestler tiene una extraña capacidad para empatizar con el lector y transmitirle sus vivencias. Su prosa destila una rara sinceridad que cautiva, porque hay que reconocer que la asunción de errores y la crítica demoledora de textos propios no son comunes en las autobiografías de escritores. Las memorias de Arthur Koestler nos acercan a un personaje atormentado y nos regalan con sus más de novecientas páginas de trepidante lectura una visión en carne viva de muchos escenarios decisivos de la primera mitad del siglo XX.

Viajes de entreguerras, de John Dos Passos: una mirada lúcida sobre algunos momentos críticos del siglo XX

Publicado en *Literaturas.com* (enero de 2006)

John Dos Passos (1896-1970) es conocido sobre todo por novelas como *Manhattan Transfer* (1925) y las que integran la trilogía *USA*: *El paralelo 42* (1930), *1919* (1932) y *El gran dinero* (1936), escritos políticamente comprometidos que dibujan un retrato caleidoscópico de una sociedad mecanizada y profundamente dividida entre un pequeño grupo de privilegiados y la masa alejada del poder. Sus novelas posteriores, peor recibidas por la crítica, evidencian un viraje hacia posturas cada vez más conservadoras, así como la pérdida del espíritu mordaz que caracterizaba a las primeras. Merecen destacarse también entre sus obras las que recogen sus experiencias de viajero por medio mundo. Entre éstas se encuentra *Journeys between wars* (1938), donde presentó una selección de textos ya publicados, ligeramente revisados para la ocasión, junto con otros nuevos. Éste es el libro cuya versión española acaba de editar Península con el título de *Viajes de entreguerras*. Se trata de un volumen misceláneo, brillante y, además, de un extraordinario interés histórico, pues describe lugares y momentos críticos de aquel mundo convulso. Un interés añadido es que proporciona algunas claves del giro ideológico de Dos Passos, producido justamente en esos años.

Tras una breve introducción, abren el volumen seis fragmentos, seleccionados por el autor, de los que componían su primer libro de viajes, *Rocinante vuelve al camino* (1922), que narraba experiencias de su estancia en España en 1916. En ellos, a través de descripciones de lugares y gentes de Castilla, muestra su admiración por una vida apegada al pasado y carente de artificio, que veía como contrapunto de la Norteamérica que conocía. Jorge Manrique y don Quijote son referencias obligadas en unas páginas que muestran también la inquietud por un futuro vislumbrado en que aquel mundo iba a colisionar, inevitablemente, con la vorágine capitalista que se desarrollaba en su entorno.

Los textos que aparecen a continuación corresponden al libro *Orient Express*, publicado en 1927 y basado en un viaje de 1921 en el que fueron visitados los Balcanes, Turquía, el Cáucaso y Oriente Medio. Encontramos aquí páginas de extraordinario interés histórico y gran brillantez, como la descripción fotográfica de un Estambul controlado por los aliados en plena guerra de liberación del territorio turco, cuando el futuro de la ciudad era un enigma. Son memorables también las instantáneas del Cáucaso unos años después de la Revolución rusa. En Irán el relato adquiere un tono desenfadado y humorístico, y el interés decae después en el interminable trayecto entre Bagdad y Damasco. Las experiencias en la primera de estas ciudades llevan al autor a un lúcido análisis del triste destino colonial al que se enfrentaban aquellas tierras recién liberadas del dominio turco. Es éste un tema, como puede verse, de extrema actualidad.

Los capítulos que siguen, agrupados bajo el epígrafe «Visado Ruso», están entresacados del libro *En todos los países* (1934), y narran experiencias de una visita a Rusia en 1928, que suponía un intento de tomar el pulso al proceso revolucionario. Hay aquí descripciones de Leningrado, el Cáucaso de nuevo y Moscú, e interés sobre todo por un contacto directo con la gente. Las conversaciones hacen aflorar la esperanza de personas noblemente empeñadas en la construcción de un mundo distinto, oscurecida sin embargo por presentimientos del terror estalinista.

La siguiente sección del libro, «Introducción a la Guerra Civil», recoge algunos fragmentos viejos sobre España

y América, y otros inéditos en libro sobre la contienda fratricida. Las visitas a México y Guatemala en los años 20 dejan entrever episodios de la eterna lucha del campesino por conquistar la tierra que trabaja a terratenientes e internacionales fruteras, y se presenta también una biografía apasionada del gran Emiliano Zapata. La parte dedicada a España comienza con un recorrido agudo y rápido por la historia del país, que culmina con una emocionada bienvenida a la II República, «*la República de los Hombres Honestos*». Hay presentimientos aciagos, sin embargo, en el relato de los sucesos de Casas Viejas y en la crónica de un mitin socialista en Santander ante la hostilidad de la burguesía local: «*Eran muchos socialistas; les tomó un buen rato pasar con sus banderas y sus niños y sus lazos rojos y sus cestas de comida. El odio silencioso de la gente sentada en los cafés fue algo embarazoso. Los socialistas pasaban en fila, inocentes como un rebaño de ovejas en el país de los lobos*».

Describe después Dos Passos el París de 1937, y los recuerdos de una visita anterior durante la Gran Guerra se mezclan con presentimientos de la que se avecinaba. Hay una reunión con buenos burgueses partidarios de Franco, y una conversación con Léon Blum: «*Es un conversador claro y astuto, siempre logra adelantarse y cambiar de tema cuando uno empieza a formar la palabra España en los labios*». También se narra una visita al Parlamento, donde oye a un diputado de la derecha gritar desde la tribuna: «*Berlín nunca permitirá la entrada del comunismo en Francia*».

El del viaje posterior hacia España es un relato fascinante, con peripecias innumerables, tensión en la frontera y descripciones de una Cataluña que vivía la guerra sin perder el ánimo aún. Valencia es la vieja ciudad que conocía, pero hay más hombres jóvenes por las calles, y uniformes variados, y «*en vez de corridas de toros, los carteles anunciaban guerra civil*». Madrid es una ciudad sitiada y bombardeada, y se nos muestran instantáneas de lugares emblemáticos sometidos a una lúgubre metamorfosis de destrucción. También está el retrato de un censor de prensa, que no es otro que Arturo Barea: «*Un español cadavérico. (...) Parece que le falta sueño y también comida*». Son documentos de enorme valor para entender aquel momento, la angustia de un mundo roto en el que, sin embargo, todavía alentaba la esperanza. En una fiesta en el frente de la sierra madrileña, hay brindis y discursos, y unas palabras de Pastora Imperio entrecortadas entre lágrimas: «*No sé hacer discursos, pero cuando os veo a vosotros los jóvenes y veo cómo lucháis por nuestra libertad y cuando pienso en mi España... se me rompe el corazón*».

Termina el libro con escenas rurales en Castilla y Cataluña. La vieja vida trata de sobreponerse al horror de la guerra, y los hombres alimentan una esperanza que parece demasiado frágil en estas palabras proféticas: «*Cómo puede el nuevo mundo, lleno de confusión y desencuentros e ilusiones y deslumbrado por el espejismo de las frases idealistas, derrotar a la férrea combinación de hombres acostumbrados a mandar, a quienes une sólo una idea: aferrarse a lo que tienen*».

Durante este viaje se produce una honda decepción que marcará toda la vida y la literatura posterior de John Dos Passos. Su causa es la inexplicable detención y asesinato por los servicios secretos soviéticos de su amigo José Robles, traductor de *Manhattan Transfer* al español, que trabajaba para el Gobierno republicano. El reflejo de estos hechos en el libro es un breve texto, fechado en Valencia, que expresa amargos presentimientos sobre la represión en este bando. El brutal asesinato de Andrés Nin —retratado en el libro en una conversación en el cuartel general del POUM en Barcelona— contribuirá también después a un viraje ideológico hacia posturas abiertamente anticomunistas que propiciará un enfrentamiento con su viejo amigo Ernest Hemingway.

La prosa de John Dos Passos alcanza en este libro momentos de una calidad extraordinaria en descripciones fotográficas rebosantes de detalles minuciosos. Un lenguaje barroco, abigarrado, denso, de alta tensión poética nos hace mirar la gente que pasa desde la ventana en un café de Estambul, mientras ruge la guerra en Anatolia; y viajar en tren por el Cáucaso cuando en el campo se organizan las primeras colectivizaciones; y pasear con miedo por un Madrid en cuyas calles las bombas fascistas dejan cada día regueros de sangre. Son lugares y momentos esenciales de la historia reciente, y un gran poeta estuvo allí para que todos nosotros estemos también. La contrapartida negativa de estas páginas tal vez sea la carencia de información objetiva sobre el momento histórico en que ocurren los hechos, que hace que a veces sea difícil entender la causa y el contexto de las situaciones que el libro nos muestra.

La traducción de Juan Gabriel Vázquez pone en buen castellano la complicada prosa de John Dos Passos, pero la edición parece ciertamente algo desnuda. Se echan de menos notas o un prólogo que aclaren muchas situaciones, personajes y lugares que el tono lírico del autor sólo permite entrever. El lector no tiene por qué saber los detalles de la historia de Turquía necesarios para entender las descripciones de Estambul, ni que es Arturo Barea el misterioso censor retratado en otro capítulo, ni que los «Pensamientos en la oscuridad» son motivados por la inquietud por el destino de José Robles, ni arrastrar la carga de erudición necesaria para entender otros muchos pasajes enigmáticos. Por otra parte, un mapa habría resultado muy útil para seguir el itinerario de *Orient Express*.

No empaña esto que debamos dar la bienvenida a una obra maestra de la literatura de viajes incomprensiblemente inédita en castellano. Un novelista difícil y cuya proliferación de hilos narrativos inconexos a veces nos abruma, ceñido aquí a la narración de su propia vida nos regala algu-

nas de sus páginas mejores, testimonios de peregrinaje y reflexión ideológica en una época demasiado agitada, colección de instantes privilegiados rescatados de la bruma de un mundo entre guerras.

La rutina del horror en los diarios de Victor Klemperer

Publicado en *Rebelión* el 10 de diciembre de 2008

Entre 1933 y 1945, Victor Klemperer, judío alemán de religión protestante, catedrático de Filología Románica en la Escuela Superior Técnica (ETH) de Dresde y autor de reputadas obras sobre literatura francesa e italiana, realizó su viaje personal al infierno. En estos años fue expulsado de su puesto y perseguido, recluido en un gueto y obligado a trabajar como obrero mientras la dolencia cardiaca que padecía se agravaba. En 1945 sobrevivió al bombardeo de Dresde, que con el caos generado le dio la posibilidad de huir. Los padecimientos compartidos con muchos compatriotas suyos están recogidos en un diario de lectura imprescindible para cualquiera que pretenda conocer la vida cotidiana en la Alemania nazi, un libro que junto a sus dotes de observador nos revela su compromiso con la exactitud y eficacia de la gran literatura. Este diario fue publicado en 1995, treinta y cinco años después de su muerte, tras una delicada labor de transcripción por parte de su segunda esposa, Hadwig Klemperer. Una traducción española debida a Carmen Gauger y profusamente anotada (Galaxia Gutenberg) vio la luz en 2003.

Hijo de un rabino procedente del gueto de Praga, y emparentado con el director de orquesta Otto Klemperer, nuestro Victor nació en 1881 y tras estudios en diversas universidades y un doctorado en Múnich bajo la dirección de Karl Vossler, combatió como voluntario en la Gran Guerra y consiguió después una cátedra en la ETH de Dresde. En 1906 contrajo matrimonio con la pianista Eva Schlemmer, que fallecería en 1951. La edición publicada de su diario, que de todas formas no contiene todo el texto original, es una extensa obra de casi dos mil páginas que echa a andar el 14 de enero de 1933, un par de semanas antes de que Hitler fuera nombrado canciller. Su frase inicial nos acerca a los vanos desvelos académicos que llenaban la vida de Victor en esos días: «*Elección del rector: después de muchas intrigas fue elegido Reuther por segunda vez, Gehrig quedó eliminado. Ha sido un asunto sucio, una maniobra contra nuestro departamento*». La para él inesperada victoria de Hitler en las elecciones del 5 de marzo lo sume en la desesperación. Apuntan los primeros síntomas de una persecución que progresivamente se irá haciendo implacable: «*El poder, un inmenso poder, está en manos de los nacionalsocialistas: medio millón de hombres armados, todos los cargos y recursos públicos, la prensa y la radio, la opinión de las masas enajenadas. No veo de dónde podría venir la salvación*». El 12 de abril escribe: «*El Ministerio de Instrucción Pública español le ha ofrecido a Einstein una cátedra en una universidad española, él ha aceptado. Éste es el chiste más memorable de la historia universal. Alemania establece la limpieza de sangre, España ofrece una cátedra al judío alemán*». El 9 de octubre de ese mismo año enumera sus deseos de cumpleaños: «*Ver a Eva otra vez con salud, en su casa propia, sentada ante su armonio. No tener que temblar cada mañana y cada noche por miedo a sus ataques de llanto. Vivir el final de la tiranía y su caída sangrienta. Ver mi* Siglo XVIII *terminado e impreso. No tener dolores de costado, no pensar en la muerte. No creo que se cumplan ni uno solo de esos deseos*».

En esta época, Klemperer observa críticamente el nacionalismo sionista que ve surgir a su alrededor: «*Walter Jeski se ha marchado a Palestina (...) Yo no puedo evitarlo, pero simpatizo con los árabes de allá, a los que se les "compra" la tierra. La misma suerte de los indios de América (dice Eva)*». En otro párrafo enfatiza: «*Para mí los sionistas, que quieren empalmar directamente con el estado judío del año 70 d. C. (destrucción de Jerusalén por Tito), son igual de repugnantes que los nazis*». Al mismo tiempo empieza a consignar las anotaciones sobre la lengua del Tercer Reich que le servirían posteriormente para su *Lingua Tertii Imperii*, el más preciso estudio existente sobre la utilización del lenguaje por el totalitarismo nazi (hay versión castellana publicada por Minúscula en 2002). En el diario, toda la vida de Klemperer va desfilando ante nosotros: detalles de amistades y reuniones familiares, el lento avance de sus trabajos sobre literatura, rutinas domésticas y alimento de mascotas, burocracia académica... En 1934 la situación parece estabilizada y los Klemperer, tras conseguir una hipoteca, afrontan la construcción de una casa en Dölzschen, en las cercanías de Dresde, a donde se mudan el 6 de octubre de ese año. Después sus condiciones empeoran, el sueldo de él es reducido y el 1 de mayo de 1935 es retirado de la cátedra. Su búsqueda desesperada de un profesorado en el extranjero es difícil, paradójicamente, «*por ser un filólogo de lenguas modernas que no habla idiomas. Mi francés está completamente oxidado, tengo miedo de escribir y de hablar aunque sólo sea una frase. Mi italiano nunca fue gran cosa. Y mucho menos mi español. No sé nada útil*». En una huida hacia delante, sin embargo, asiste a clases de conducir y pasa el examen: «*Volvimos a la Kulmstrasse, frené correctamente, también salí bien librado de la última parada en una calle en cuesta ayudándome con el freno de mano*. —Una exhibición no ha sido, pero le doy el carnet—. *Estaba tan hecho polvo que no pude ni alegrarme*». En 1936 recibe alguna ayuda de su hermano Georg, famoso

médico establecido en Estados Unidos y entre cuyos pacientes estuvo Lenin, y sigue las noticias que llegan de España: «*Tengo ahora realmente la impresión de que la guerra es inevitable; cada día nos la acerca un poco más, el asunto español no podrá quedar limitado a España, seguimos las noticias con desesperado interés y las comentamos después horas y horas*».

En 1940, tras el comienzo de la guerra, Eva y él son obligados a mudarse a una *Judenhaus* («gueto para judíos»). El 6 de junio señala: «*Estrechez, promiscuidad, caos apenas despejado, fregar continuamente y en condiciones dificilísimas por la estrechez. (...) A la vez, enormes victorias de Alemania y un lenguaje de triunfalismo demente*». En 1941 cumple varios días de arresto por haber dejado por descuido una ventana iluminada durante la noche. A partir de septiembre de ese año un edicto de la policía establece que todos los judíos y judías de Alemania desde los seis años deben llevar cosida como distintivo una estrella de seis puntas de color amarillo en el lado izquierdo del vestido. En enero de 1942, el matrimonio con una mujer no judía le permite librarse de ir a un campo de concentración, aunque no sabe por cuanto tiempo. Se viven escenas patéticas con los deportados y sus familiares. El 6 de marzo llega la prohibición de viajar en transporte público «*debido a la reiterada falta de disciplina de los judíos en el tranvía*». A partir del 15 de abril «*todas sus casas estarán marcadas por fuera con una estrella judía*». La persecución tiene también anécdotas grotescas, y el 26 de abril se ordena que los judíos entreguen «*maquinillas de cortar el pelo, tijeras de peluquería, peines en buen uso*». Klemperer anota: «*Los peines son un consuelo, revelan extrema escasez. Esta gente no retrocede ante ninguna mezquindad*». Y después: «*Poco a poco, ya es norma fija: al día siguiente de un registro domiciliario, suicidios (...) Al matrimonio Feuerstein, de la Altenzellerstrasse, los habían desvalijado, después fueron citados en la Gestapo, y allí apaleados y pisoteados; por la noche encontraron a la pareja muerta en la cocina donde seguía escapándose el gas*». Los casos se repiten día tras día.

En esta época, la leve dolencia cardiaca que Victor sufre desde hace años manifiesta ya síntomas de angina de pecho que se suman a sus preocupaciones. El 8 de mayo, el excombatiente consigna: «*La guerra anterior fue una cosa tan decente...*». El 23, estando él ausente, la casa es registrada y Eva insultada, abofeteada y escupida. Roban comida, sobres, tarjetas de visita, medicinas... Nada grave, y lleno de optimismo comenta: «*Qué suerte que nuestra aspiradora esté arreglada y funcionando. Así que, en conjunto, hemos salido esta vez relativamente bien librados y nos hemos jurado otra vez mutuamente no perder los nervios. Pero qué inconcebible ignominia para Alemania*». Algunas hojas manuscritas de su diario que aún no habían sido enviadas a su escondite en casa de una amiga de Eva afortunadamente no fueron halladas. Aunque en manos de la policía podrían haber significado la muerte de muchas personas, decide seguir escribiendo: «*Ésa es mi heroicidad. ¡Quiero dar testimonio, y testimonio exacto!*». En breve su sentido del humor aflora de nuevo, y analizando la lengua del III Reich dice: «*Esa pobreza de insultos, ese pequeño registro, cualquier español lo supera con creces*». El 23 de junio anota: «*Estudio los escritos sionistas de Herzl. La más asombrosa afinidad con el hitlerismo. Solamente, Herzl evita dar una definición de la sangre. Para él, la nación es "un grupo histórico, reconocible por su coherencia y con un enemigo común." (Una definición bien inconsistente*)». Y poco después: «*Son los mismos razonamientos, a veces casi con las mismas palabras, es el fanatismo de Hitler*».

Al comienzo de 1943, tras la debacle en Rusia nace la esperanza de un final para la guerra y la tiranía. A partir de aquí una vaga luz apunta a veces al final del túnel, mientras la radio da noticias de un organizado repliegue ante las «hordas rusas». Las patatas son la base de su alimentación: «*Engullir patatas tres veces al día, pelar patatas, ir a la caza de patatas y acarrear patatas*». A partir de abril es obligado a trabajar con otros judíos en una empresa dedicada a pesar y empaquetar té. El 5 de mayo escribe: «*En la fábrica dicen: Comoquiera que sea el final de la guerra, los judíos nunca volverán a vivir en paz aquí, el antisemitismo ha calado demasiado hondo. Yo: el antisemitismo se ha excedido, se ha desenmascarado. Habrá perdido su vigencia*». Las relaciones con la población son agridulces: a veces hay niños que le insultan en la calle; otra vez «*un obrero ya mayor, en la medida en que pude distinguirlo a la luz del crepúsculo, va en bicicleta detrás de mí, pasa muy pegado a mí y dice con voz bondadosa, paternal*: —Ya cambiarán las cosas, ¿verdad, camarada?... Ojalá que sea muy pronto; —*acto continuo, retrocede haciendo una curva con la bici*». El 11 de julio consigna*: «Ahora hay muchas ejecuciones con la guillotina en la Münchner Platz, porque últimamente los soldados alemanes amotinados ya no mueren fusilados —el piquete de ejecución parece que no guardaba el secreto—, sino guillotinados*».

Los bombardeos que asuelan otras ciudades alemanas respetan Dresde y se hacen bromas al respecto; tal vez una tía de Churchill está enterrada allí. Son mudados a diversas *Judenhäuser*, y de la tercera señala: «*Lo peor de aquí, la* promiscuidad*. Al recibidor dan las puertas de tres familias (...). Cuarto de baño y retrete en común*». El 1 de noviembre pasa a trabajar como peón en una empresa de cartonajes. A veces breves anotaciones en el diario insinúan historias terribles. A la esquela reproducida de un periódico, dando cuenta de la muerte de un soldado «*súbita e inesperadamente a la hermosa edad de veinticuatro años*», añade esta aclaración: «*Su madre, divorciada del padre, era judía y fue detenida hace poco. (...) El hijo fue a la Jefatura de Policía diciendo que era comisario de la Gestapo, que quería hablar con la detenida y llevarla a no sé qué sitio. Y en efecto, salió con ella*

hasta la puerta de la Jefatura de Policía. (...) Allí se dio de manos a boca con un funcionario de la Gestapo que lo conocía. La madre está ahora en Theresienstadt, el hijo se ha ahorcado en la celda». Mientras en la fábrica le increpan con los peores modos por su torpeza, lee apesadumbrado como un mediocre colega, «*la más perfecta nulidad entre los romanistas de mi generación, un maestro de escuela sin la menor idea propia*», ha sido nombrado catedrático en Berlín. Pero su sentido del humor no decae, y cuando en los matrimonios mixtos como el suyo, la muerte del cónyuge no judío lleva aparejada la deportación del superviviente a un campo de concentración, anota: «*Yo llamo a esto la quema nacionalsocialista de viudos. (¡Reanudación de la tradición indoárabe!)*». La radio da noticias de ataques «terroristas» de los partisanos en Francia.

A los problemas cardiacos se les suma un grave trastorno en un ojo, y el 24 de junio de 1944 Victor queda exento de servicio por enfermedad. El 7 de julio hay alarma aérea: «*Ya todos estamos completamente convencidos de que a Dresde la dejarán intacta, y bajar al sótano nos parece una molestia penosa e innecesaria*». El atentado contra Hitler es reseñado con comentarios irónicos: «*Toda Alemania llora junto al féretro vacío de Hitler*». «*La mujer de Simon dice que Hitler no debe morir, que habría que ganar dinero con él llevándole por el mundo metido en una jaula. Entrada, un dólar, escupirle, dos, pegarle un bofetón, tres*». Mientras tanto, del frente llegan ominosas noticias de atrocidades con los judíos durante el repliegue alemán.

La parte del diario que describe la destrucción de Dresde el 13 de febrero de 1945 es quizás la parte culminante del relato, el punto donde los círculos infernales se cierran en una noche loca de sangre y azufre. Doce páginas de apretada escritura nos acercan al horror. Al salir del refugio, «*fuera la luz era como en pleno día. En la Pirnaischer Platz, en la Marschallstrasse y en la zona del Elba, en las orillas y por encima, las llamas lo envolvían todo. El suelo estaba cubierto de trozos de vidrio. Soplaba un terrible viento huracanado. ¿Natural o producido por el fuego? Probablemente ambas cosas*». Pierde a Eva en el tumulto y después la encuentra. «*De muchas casas de la calle de arriba seguían saliendo llamas. De vez en cuando había cadáveres, pequeños, como un hatijo de ropa, diseminados por el camino. Uno tenía arrancada la tapa del cráneo, la cabeza era por arriba un cáliz rojo oscuro. Una vez había un brazo con una mano pálida, no exenta de belleza, como las piezas de cera que se ven en los escaparates de las peluquerías. (...) Entre los cadáveres y los escombros de coches, pasaban siempre masas de gente, Elba abajo o Elba arriba, un desfile excitado y silencioso*». Son llevados a Klotzsche, una base de la Luftwaffe, y allí deciden quitarse la estrella, lo que con el caos imperante parece la decisión más prudente. Después Eva y él huyen buscando refugio en domicilios de conocidos, recorriendo diversas localidades hasta llegar a Múnich, donde Victor visita a su director de tesis: «*Los Vossler siguen teniendo criada* (...)*; nos pusieron sopa, un gran filete, como en tiempos de paz, con espinacas frescas y patatas fritas, un pudding*». Repasan el destino de colegas y amigos: demasiados muertos; luego añade: «*Los Vossler, sin embargo no pudieron encontrar solución al problema del alojamiento*». Peregrinan por Baviera en busca de cobijo, en una zona ocupada por soldados jovencísimos de la Juventudes Hitlerianas. El 29 de abril en un paseo por un bosque encuentran a tres de éstos huyendo de los americanos que acaban de ocupar un pueblo próximo: «*Esos soldados, encogidos y desamparados, eran como una alegoría de la guerra perdida. Y por muy vehementemente que hayamos deseado que se pierda la guerra y por muy necesaria que haya sido esa pérdida para Alemania (y, en verdad, para toda la humanidad), esos chicos nos dieron lástima*». Pocos días después ve por primera vez a los soldados americanos.

La nueva situación invierte las tornas, y en la aldea los protectores se convierten en protegidos del Herr Professor, que ya sólo piensa en regresar a su hogar en Dölzschen. Sin embargo el viaje será largo. El 13 de mayo consigna: «*Ayer vimos por primera vez desde el 1 de septiembre de 1939, desde hace casi seis años, ventanas iluminadas. Pocas ventanas, y sin embargo el pueblo enseguida parecía otro. Me causó gran impresión*». Después describe Múnich en ruinas en manos de los americanos: «*Van en sus coches, indolentes y a toda velocidad, y los alemanes van humildemente a pie, ellos escupen por todas partes la masa de colillas y los alemanes las recogen (...) Me parece una crueldad cómo circulan los vencedores y vengadores por una ciudad que ellos han convertido en un infierno*». El 7 de junio entran en la zona ocupada por los rusos y al atardecer del 9 de junio llegan a Dölzschen, con lo que concluye el libro. Después de la guerra, Victor Klemperer pasa a ser una personalidad importante de la República Democrática Alemana, profesor en las universidades de Greifswald, Halle y Berlín y delegado del Kulturbund en el Parlamento, y publica diversas obras, entre ellas la *Lingua Tertii Imperii* (1947) antes mencionada, y la monumental *Historia de la literatura francesa del siglo XVIII* (en dos volúmenes, 1954 y 1966). Sus diarios aparecieron tras su fallecimiento en 1960.

El carácter de Victor Klemperer desentonaba demasiado con el tiempo desquiciado que le tocó vivir. La Gestapo lo tenía fácil con aquel hombre sensato con una predisposición natural a la conversación amable y a disfrutar lo más selecto de la literatura y el arte que el diario nos permite adivinar. Su prosa incorpora muchas veces locuciones en latín, francés, griego, italiano, inglés... ¿Un pedante? Pensamos más bien en una mente aguda y sensible que trata de contraponer a la brutalidad la muralla de la expresión sugestiva y la referencia culta. Ello le permite no perder nunca la calma,

pues para cada tormento hay siempre una ironía salvadora, como auténtica *consolatio philosophiae*. Su capacidad de observación y el reto de no abandonar nunca, ni en los peores momentos, el placer de una escritura elegante, nos hicieron ganar un documento que hoy resulta casi único.

Los diarios de Klemperer nos agobian a veces con su derroche de vida cotidiana y trivial, pero comprendemos que éste es el precio para que captemos la íntima realidad de aquel tiempo. Así, con sus amigos conocemos las formas de reaccionar frente a la barbarie, los que dudan y se convierten en canallas simplemente porque tienen miedo, los que se entregan a la fe ciega en el líder, que suplanta la razón, también los que resisten, aunque sea sólo tomando nota cuidadosa de todo. Los paisajes de la tienda y la calle son imprescindibles para respirar aquella atmósfera opresiva, y las discusiones y comentarios, o las notas de lectura que se incluyen cada poco, traslucen sensibilidad y ojo crítico, y también la agudeza y humanidad de una víctima de los nazis que fue capaz de ver ya entonces el carácter racista y genocida del proyecto sionista. El campo de observación de Victor Klemperer era muy limitado, pero a través de él percibimos el horror de unos años en los que la manipulación de las imágenes del mundo por parte del poder consiguió hitos notables; y la rueda sigue girando. Los infinitos detalles de la vida de un hombre pueden aburrirnos, pero sabemos que su enumeración es una herramienta para resolver el enigma de su tiempo.

Los *Cuadernos españoles*, de Iván Maiski. Entresijos del Comité de No Intervención durante la guerra civil española

Publicado en *Rebelión* el 27 de agosto de 2025

Talentoso diplomático con sólida formación en historia y economía, Iván Maiski se convirtió en los años 30 y 40 en pieza fundamental de la política exterior de la URSS desde su puesto de embajador en Londres. Su intermediación en la Segunda Guerra Mundial resultó decisiva frecuentemente, como se pone de manifiesto en sus minuciosos *Diarios*, que no pudieron ver la luz durante su vida y fueron publicados por Naúca en 2005 y en versión inglesa por la universidad de Yale en 2015. Hay una edición española, que traduce la inglesa resumida de 2016, de RBA en 2017.

Durante la guerra civil española, Maiski fue uno de los miembros más destacados del infausto Comité de No Intervención establecido en la capital británica, y en él desplegó todas sus cualidades para ayudar al Gobierno de la II República. Sus *Cuadernos españoles*, cuyos aspectos esenciales voy a tratar de sintetizar en este texto, aportan un testimonio fiel y revelador sobre el funcionamiento del tristemente famoso Comité, y nos descubren los ardides de las potencias mundiales para estrangular el proceso revolucionario desencadenado en suelo hispano. El original ruso de este libro fue publicado por Voenizdat en Moscú en 1962, y allí mismo apareció poco después la versión castellana de editorial Progreso (trad. de Isidro R. Mendieta).

El hombre de Stalin en Londres

Nacido en 1884 cerca de Nizhni Nóvgorod en la familia de un médico militar judío y una maestra, Iván Mijáilovich Maiski estudió Letras e Historia en la universidad de San Petersburgo. Sus actividades revolucionarias con los mencheviques durante las jornadas de 1905 lo llevaron al exilio en Múnich, donde se graduó en Economía, y después a Londres. En 1917 regresó a su país y prestó su colaboración al Gobierno de Kérenski. Opuesto en un principio a la Revolución de Octubre, terminó uniéndose a los bolcheviques y en 1924 fue nombrado editor jefe de *Zviezdá (La Estrella)*, una influyente revista literaria. El año siguiente comenzó su carrera diplomática, prestando servicios sucesivamente en Londres, Tokio, Helsinki y de nuevo en la capital británica, en la que fungió como embajador entre 1932 y 1943.

A Maiski le tocó liderar espinosas misiones relacionadas con la guerra de España, y lidiar después con las secuelas del pacto Mólotov-Ribbentrop y su posterior «cancelación», pero tratar asiduamente a los principales políticos del momento, de Halifax a Eden o Churchill, le dejaba tiempo para cultivar la amistad de Wells, Shaw o Keynes. Sus *Diarios* nos revelan aspectos mal conocidos de la historia, como la postura de Churchill ante la invasión soviética de Finlandia, los países bálticos y el este de Polonia en 1939, resumida en una frase sorprendente que se pone en sus labios: «*Rusia tiene todas las razones para ser la potencia dominante en los países bálticos y debería serlo. Mejor Rusia que Alemania. Eso favorece los intereses británicos*».

Cuando Mólotov sustituyó a Maksim Litvínov, viejo amigo de Iván Mijáilovich, en el Ministerio de Exteriores soviético en 1939, la situación de éste fue volviéndose cada vez más inestable y en 1943 fue llamado a Moscú, donde su estrella fue declinando hasta su detención en 1953. El proceso que se le abrió por espionaje no tuvo consecuencias fatales, por el fallecimiento de Stalin a las pocas semanas del arresto, pero Maiski no fue liberado hasta 1955. Vivió todavía veinte años más, con tiempo para redactar sus memorias y otros textos, entre ellos sus *Cuadernos españoles*. En toda esta época, se mantuvo alejado de cualquier tipo de disidencia, aunque en 1966 fue uno de los firmantes de la «Carta de los 25» en la que escritores, científicos y figuras culturales soviéticas expresaban a Leonid Brézhnev su oposición a una posible rehabilitación de Stalin.

Primeros pasos del Comité de No Intervención

Los *Cuadernos españoles* comienzan narrando una visita que el 11 de julio de 1936 le hacen al autor en la embajada soviética en Londres, Julio Álvarez del Vayo y Francisco Largo Caballero. En la larga conversación que mantienen, Maiski recoge detalles que le parecen muy preocupantes, como la situación en un ejército que los gobernantes republicanos no han sido capaces de depurar. Así se lo transmite a sus visitantes, pero su pesimismo contrasta con la euforia de del Vayo. Esto hace reflexionar al embajador soviético sobre cómo «*los lentes con cristales rosados, incluso de los mejores socialistas europeos, se pagan frecuentemente con la sangre y los sufrimientos de las masas populares*».

Cuando a los pocos días llegan de España noticias de la sublevación, Maiski lamenta haber acertado en su pronóstico. La embajada cierra por el período estival y él se toma vacaciones, visitando Sochi y el Cáucaso. Cuando regresa a Moscú en octubre se le urge a trasladarse sin demora a Londres, donde en septiembre se ha creado un Comité de No Intervención para velar por el cumplimiento del Acuerdo de No Intervención firmado en agosto por veintisiete Estados europeos. A través de él, éstos decidieron «*abstenerse rigurosamente de toda injerencia, directa o indirecta, en los asuntos internos de ese país*» y prohibir «*la exportación... reexportación y el tránsito a España, posesiones españolas o zona española de Marruecos, de toda clase de armas, municiones y material de guerra*». En el Kremlin, al embajador se le encomienda la misión de luchar contra la hipocresía que se esconde tras estas declaraciones, y asumir una táctica «*de ofensiva, ya que la defensiva sólo podría acarrear fracasos*».

En Londres, Maiski ve que ha de enfrentarse a un escenario «*en extremo repugnante e incluso amenazador*». Se le informa de que toda la idea de la «No Intervención» ha surgido en el Foreing Office británico, aunque luego logró amplio apoyo en Europa y los EEUU. La adhesión de la Unión Soviética al acuerdo estuvo motivada en un principio por la intención de evitar injerencias externas en la lucha fratricida de España, pero cuando se pudo comprobar que todo era una «*farsa indignante*», se decidió no obstante no abandonarlo, para vigilar los movimientos de las potencias occidentales y tratar de contrarrestar sus intentos de perjudicar al bando republicano. Se consiguió también con esta permanencia combatir el secretismo dominante, enviando extensos y fieles comunicados a la prensa que recogían la realidad de las deliberaciones y provocaban indignación en muchos lectores, a la vez que protestas de otros participantes en las reuniones.

El Comité contaba con veintisiete miembros, y pronto funcionó además un Subcomité de nueve, aún más secretista, que pasó a realizar la mayor parte del trabajo. En las reuniones de ambos, Maiski denuncia sistemáticamente las infracciones del Acuerdo de No Intervención por parte de Italia, Alemania y Portugal, y amenaza con retirar del mismo a la delegación soviética si éstas siguen produciéndose. Las noticias sobre la ayuda que recibían los sublevados del exterior causan una conmoción entre los obreros ingleses, que es neutralizada por los dirigentes del Partido Laborista. Los detalles de las deliberaciones de todos estos asuntos muestran una connivencia entre Alemania y Gran Bretaña, cuyo representante, Lord Plymouth, presidía las reuniones. Los delegados de otros países, como Suecia, Noruega, Checoslovaquia o Grecia, protestaban en voz baja de la desfachatez de las potencias fascistas, pero sin que la cosa llegara a mayores.

Como es lógico, los acusados de intervenir en España replicaron denunciando a la Unión Soviética por facilitar armas y combatientes a los republicanos. A esto la legación soviética contestó que, vista la inoperancia del Comité, la URSS no estaba dispuesta a dejarse atar las manos mientras Italia y Alemania se volcaban en ayudar a los golpistas. Maiski incorpora en sus *Cuadernos españoles* bien perfilados retratos de los miembros del Subcomité, diplomáticos en muchos casos con títulos nobiliarios, y demasiado proclives a contemporizar con los delegados fascistas: el astuto Grandi y el brutal y obtuso Ribbentrop, pronto apodado Brikkendrop («lanzador de ladrillos»).

Sólo en marzo de 1937, coincidiendo con el comienzo de la batalla de Guadalajara, se logró materializar las propuestas de prohibir el envío a España de «voluntarios» y establecer un control de fronteras para evitar la entrada de armamento en el país. Sin embargo, el desastroso desenlace de los combates para los italianos hizo que las potencias fascistas boicotearan los acuerdos firmados. En mayo se consiguió que se iniciara una aplicación efectiva de éstos, pero Alemania e Italia tenían claro que debían incrementar su ayuda a los sublevados y es por ello que justo entonces decidieron patear el tablero.

El asunto del Bismarck y el ocaso del Comité

El 29 de mayo la aviación republicana bombardeó el acorazado alemán *Bismarck*, anclado en el puerto de Palma. Los alemanes, aparte de realizar en represalia un salvaje cañoneo sobre Almería, encontraron en este hecho la disculpa perfecta para abandonar el Comité. Éste estaba herido de muerte y la postura soviética fue aprovechar para hacerlo desaparecer al tiempo que se denunciaba la cruel farsa que significaba, pero Italia y Alemania decidieron volver a sentarse a la mesa el 18 de junio, después de que se les ofrecieran garantías. Los acuerdos no conseguían despegar y el 9 de julio el Comité optó por elaborar un nuevo plan de control que trataba de satisfacer a Alemania e Italia, suprimiendo la vigilancia marítima, cerrando la frontera franco-española, concediendo beligerancia al bando de Franco y reduciendo el retiro de «voluntarios» a la vaga fórmu-

la de un «*progreso sustancial en la retirada de combatientes extranjeros*». Sin embargo, las conversaciones de este segundo plan encallaron también, mientras en el verano los fascistas multiplicaban sus actos de piratería en el Mediterráneo para obstaculizar el abastecimiento de la República. A esto puso solución la conferencia de Nyon en septiembre de 1937, en la que se acordó que las armadas británica y francesa patrullaran para evitar este tipo de incidentes, objetivo que se logró en gran parte.

En 1938, la política de Londres de «apaciguamiento» con Hitler provocó un interés por que la guerra de España concluyera lo antes posible, con lo que las actividades del Comité se ralentizaron. De todas formas, en julio se consiguió la aprobación del segundo plan, que fue enviado al gobierno republicano y a Franco para que expusieran su opinión. El boicot de este último a los acuerdos tomados, sugerido y asesorado desde Roma y Berlín, impidió avances significativos, pero Negrín decidió, como acto de buena voluntad y unilateralmente, retirar las Brigadas Internacionales en septiembre. En respuesta, Franco repatrió sólo una mínima parte de los efectivos nazifascistas con que contaba, fullería ante la que los «apaciguadores» cerraron los ojos. Así dejó de funcionar el Comité de No Intervención.

Un testimonio revelador

Maiski era un hombre con una memoria extraordinaria, capaz de transcribir literalmente una conversación de varias horas al final de ésta. Las escenas que detalla reflejan además su astucia en la esgrima dialéctica y una rara facultad de prever los planes de sus contrincantes y actuar en consecuencia. Su participación en el Comité de No Intervención, expuesta en los *Cuadernos españoles*, deja constancia de todas estas cualidades, que vemos enfrentadas a la belicosidad de las potencias fascistas y a la hipocresía de las oligarquías que dominaban Europa, atentas sólo a sus intereses económicos y empeñadas en apaciguar al monstruo que ellas mismas habían creado.

El relato de Iván Maiski sobre el desarrollo de la guerra española repite todos los clichés de la historiografía estalinista, pero los datos minuciosos que aporta sobre las deliberaciones y entresijos del Comité de No Intervención tienen un valor enorme. A través de estas páginas conocemos la triste realidad de un organismo cuyo fin último no era otro que estrangular con buenos modales diplomáticos a la II República española. Julio Álvarez del Vayo en su libro *La batalla por la libertad* definió lo ocurrido en una frase memorable: «*Ha sido un brillante modelo del arte de servir en bandeja la víctima de la agresión a los Estados agresores, observando las refinadas maneras del* gentleman *y dando la sensación, al mismo tiempo, de que el único fin que se persigue al proceder así es preservar la paz*». Iván Maiski revela los detalles del oprobio en sus *Cuadernos españoles*.

El significado de la Segunda Guerra Mundial, de Ernest Mandel

Publicado en *Rebelión* el 17 de noviembre de 2016

Ernest Mandel (1923-1995) fue un destacado economista e historiador belga, conocido también por su militancia trotskista. La mayor parte de sus obras están dedicadas al estudio de la economía y el pensamiento marxistas y la dinámica del capitalismo tardío, pero en *El significado de la Segunda Guerra Mundial* realiza una incursión historiográfica para analizar este conflicto desde un punto de vista económico, descubriéndolo como un corolario inevitable de la acumulación capitalista. A lo largo del texto, los factores que lo condicionan y sus sucesivas etapas y escenarios son diseccionadas con una enorme capacidad de síntesis, revelando los fundamentos económicos de la estrategia y los movimientos de los contendientes. Publicado por primera vez en 1986 (Verso), el libro apareció en castellano en 1991 en México (Fontamara) y ha sido reeditado recientemente en España (2015, Viento Sur y La oveja roja) con prólogo de Enzo Traverso.

Las causas inmediatas de la guerra se hallan en la búsqueda de espacio vital —áreas de acumulación primarias— en el este de Europa por parte del III Reich, que hacía necesario un ataque contra la Unión Soviética, objetivo evidente desde el ascenso de Hitler al poder en 1933. Entre 1935 y 1939, Alemania presiona en el este y logra la anexión de Checoslovaquia y Polonia, pero ello la lleva al escenario indeseado de una guerra con Gran Bretaña y Francia, que se niegan a admitir esas «conquistas», mientras Stalin, por su parte, sí las daba por buenas. Esto conduce a la invasión de Francia y la batalla de Inglaterra, bifurcación irresuelta tras la cual la invasión de la URSS en junio de 1941 marcó el regreso a los objetivos iniciales. La burguesía alemana, inmersa en una profunda crisis desde 1918, asumió el reto e incluso cuando las perspectivas de victoria empezaron a esfumarse en 1943 sus objeciones siguieron siendo patéticamente débiles. Se analiza también el papel jugado por el miedo cerval de la burguesía francesa a una posible revolución, que facilitó enormemente la caída de Francia en poder de los nazis.

Mientras tanto, en el Pacífico Japón avanzaba en la conquista de China. Mandel argumenta que el imperialismo americano no podía consentir el progreso del japonés por la misma razón que el británico no podía aceptar la del alemán. En ambos casos la amenaza para el futuro que suponía la expansión del rival era inadmisible y la guerra entre potencias imperialistas inevitable. La delicada coyuntura económica de los Estados Unidos —12 millones de parados en 1938— hacía necesario además un giro hacia el mercado mundial. Respecto a la URSS, la confianza de Stalin en

que Hitler no atacaría resultó desastrosa en los meses finales de 1941, aunque la industrialización del país lo colocaba en una situación ventajosa a más largo plazo.

Las fuerzas sociales arrastradas a la contienda van a ella sin ningún entusiasmo, pero en lugares como Yugoslavia o Grecia la resistencia al invasor alemán toma enseguida el carácter de una revolución que destruye los cimientos del orden burgués. Algo parecido ocurre en el norte de Italia a partir de los meses finales de 1943. En China y el sudeste de Asia la resistencia al invasor japonés provoca una movilización de los campesinos que escapa del control de las burguesías locales y marcará el futuro de estas regiones. Procesos similares se ponen en marcha en Argelia, Egipto o Líbano contra el dominio occidental. De esta forma la Segunda Guerra Mundial yuxtapone conflictos entre imperios y luchas de liberación legítimas que serían en gran parte traicionadas y aplastadas por los vencedores.

Mandel describe después las complejas operaciones de alemanes y japoneses para obtener los recursos naturales necesarios para la guerra. Sin embargo, sus cifras de producción de armamento muestran a las claras, al ser comparadas con las de los aliados, que no podían aspirar a la victoria. En el aspecto estratégico, lo más característico es el regreso a la guerra móvil, con un rol esencial para un ataque inesperado y concluyente, lo que da gran relevancia a las tácticas de engaño del enemigo y a los servicios secretos. En el mar, la capacidad de fuego aéreo es resolutiva y abre la era de los portaviones. Se analizan en detalle los planteamientos estratégicos de todos los contendientes y una deducción importante es que el objetivo de los aliados no era «aplastar el fascismo», sino asegurarse la hegemonía a costa de las burguesías alemana y japonesa.

Son objeto de análisis después el papel creciente de automóviles y camiones, reemplazando al ferrocarril, en algunos escenarios de esta guerra, los problemas logísticos enfrentados por los diferentes Ejércitos, a excepción del americano, y las hambrunas provocadas en muchos lugares. Como contrapartida se destaca el enriquecimiento de países como Argentina, proveedora de trigo y carne, que sentó las bases para la industrialización posterior. Es éste un conflicto al que la ciencia aporta innovaciones que lo influirán decisivamente: radio, radar, sónar y bombas atómicas, y favorecerán sobre todo a los aliados. Puede demostrarse que la máxima eficiencia en la investigación y producción se consigue en marcos de discusión abierta y liderazgo colectivo, pero la habilidad de regímenes dictatoriales para competir exitosamente no invita precisamente al optimismo.

El uso propagandístico de la radio fue general por parte de todos los contendientes, y en el caso de poblaciones ocupadas la confiscación de receptores fue la forma habitual de impedir el acceso a noticias del otro bando. El antifascismo fue el recurso ideológico fundamental utilizado por las burguesías de los países aliados para velar su propio carácter imperialista, mientras por parte de Stalin, nacionalismo ruso y eslavismo fueron también ingredientes importantes. Japón y Alemania hicieron uso sobre todo del chovinismo nacionalista y el racismo, elemento este último que Mandel enlaza certeramente con una larga tradición de masacres institucionalizadas, por ejemplo en África (esclavismo) o América (conquista). No obstante, en este panorama sombrío la conciencia de clase de los explotados logró prender su llama en diversos lugares y tras la guerra avivó hogueras espectaculares en Yugoslavia o China.

La segunda parte de la obra presenta un esbozo de los «acontecimientos y consecuencias» esenciales del conflicto. Los movimientos iniciales de Hitler, analizados en conjunto, revelan, a pesar de las grandes conquistas que aportan al III Reich, indecisión y retrasos atribuibles en parte a los aliados italianos, que hacen que el invierno sorprenda a su ejército a las puertas de Moscú. Además, la resistencia rusa fue mucho mayor que la prevista y sus reservas fueron subestimadas. En este sentido fue decisivo el papel del ataque japonés a Pearl Harbour, que permitió a Stalin disponer de sus fuerzas del Extremo Oriente para la lucha en Europa. Tras esta apertura, las alianzas de las potencias emparejan a los que comparten enemigos, aunque debe destacarse el juego cauteloso de Churchill y Roosevelt, que escatimaron su apoyo a la URSS en espera de que los dos contendientes del frente oriental se desangraran mutuamente.

En 1942 y el inicio de 1943 ya hay anticipos de un veredicto final para el conflicto en Stalingrado y Midway, batalla esta última donde Occidente lava la humillación por la fácil conquista de sus zonas de influencia por todo el sudeste de Asia. De este modo, los Estados Unidos pasan a dominar cada vez más en su coalición con los británicos, que se enfrentan en la India a una resistencia provocada en gran parte por sus comportamientos racistas ante el avance japonés. Congelada así la ofensiva, 1943 verá la contundencia del contraataque en el Pacífico, en las estepas de Rusia y en Sicilia, con hitos decisivos en Guadalcanal y Kursk, donde Alemania pierde definitivamente la iniciativa en el frente oriental. Es una guerra de desgaste en la que los aliados llevan las de ganar con su ventaja en recursos, mientras comienza un bombardeo sistemático de las ciudades alemanas que a pesar de las destrucciones originadas no consigue desmoralizar a la población.

1944 es el año del asalto final al III Reich, marcado por un retraso sorprendente en el frente italiano, que resiste hasta abril de 1945. Esta demora, debida sobre todo a la superioridad táctica de Kesselring sobre los mandos aliados, junto con la combatividad desesperada de los alemanes en Arnhem y las Ardenas, en busca de victorias que favorecieran una paz por separado en el frente occidental, terminó entregando Budapest, Viena y Praga al Ejército Rojo, mu-

cho más vigoroso que lo que Hitler pensaba. Mientras tanto, en el Pacífico, Gran Bretaña, Francia y Holanda tratan de reconstruir sus imperios coloniales a rebufo del empuje norteamericano, que concluye lanzando un serio mensaje a la URSS con sus bombas atómicas. Permitiendo la permanencia del emperador en el poder, Truman apuesta por Japón como un centinela contra el comunismo en esa región del globo.

Concluida la guerra, la división en zonas de influencia reflejará sobre todo las posiciones alcanzadas en el campo de batalla, en un escenario en el que el debilitamiento de las grandes potencias imperialistas verá surgir la hegemonía indiscutible de los Estados Unidos y la URSS. No son desdeñables, sin embargo, las luchas de liberación nacional que se activan por todo el mundo, entrelazadas a veces con revolución social. La Guerra Fría nace ya con la «doctrina Truman» en marzo de 1946, pero son el plan Marshall y las reformas de 1948 las que le dan su fisonomía definitiva; los países ocupados por la URSS se convierten entonces en Estados clientelares, y a partir de 1955 se engloban en una alianza militar, mientras los Estados Unidos se concentran en liderar una expansión sin precedentes de la economía capitalista.

El significado de la Segunda Guerra Mundial aporta una síntesis enormemente valiosa de los mecanismos económicos implicados en el conflicto. La lectura también pone ante nuestros ojos hechos fundamentales que no tienen cabida en el relato oficial, como los procesos de liberación que se superponen a las operaciones bélicas y son aplastadas en muchos casos por los vencedores. La marea de destrucción y barbarie del capitalismo emerge de aquellos años sangrientos con un rostro nuevo, marcado sobre todo por el dominio imperial de los Estados Unidos. Éste se apoya en una industria militar de una pujanza desconocida en la historia, que hace valer su poder justo cuando el viejo colonialismo toma la forma de una opresión económica igual de tiránica y fuente continua de conflictos.

El gran delirio. Hitler, drogas y el III Reich, de Norman Ohler

Publicado en *Rebelión* el 30 de noviembre de 2016

El alemán Norman Ohler, periodista y autor de obras de ficción, se estrena en el género historiográfico con este libro, publicado en 2015 (versión española en Crítica, 2016, trad. de Héctor Piquer), que explora la influencia de diferentes tipos de drogas en el régimen nazi y sus campañas militares, un aspecto escasamente investigado. Un riguroso trabajo pone de manifiesto que tanto en la sociedad alemana como en sus ejércitos, el uso de estimulantes químicos tuvo un carácter generalizado, y que el propio Adolf Hitler fue un politoxicómano en la última etapa de su vida. El consumo de sustancias estupefacientes por los nazis, sin llegar a ser un agente monocausal, se perfila sin duda como un elemento importante que ayuda a explicar lo ocurrido en aquellos años.

Prolegómenos

Ohler nos introduce en la inveterada tradición alemana de producción y distribución de drogas, con hitos tan decisivos como el aislamiento de la morfina, principal alcaloide del opio, por Sertürner en 1805, o la síntesis de la diacetilmorfina («heroína») por la Bayer en 1897. Durante la República de Weimar, los «paraísos artificiales» eran muy visitados —un ejemplo: al parecer el 40 % de los médicos berlineses eran por entonces morfinómanos—, y concretamente en 1926, el país encabezaba a nivel mundial la elaboración y comercialización de opiáceos y cocaína. Los nazis desplegaron una amplia retórica contra las drogas, que tras su acceso al poder en 1933 fueron estrictamente prohibidas, con los adictos condenados a las más duras penas. Se predicaba sin embargo la necesidad de un éxtasis social que de alguna forma suplantaba los efectos estupefacientes.

Eran éstos los años en los que el doctor Theodor Morell, nacido en 1886 y recién ingresado en el NSPD para evitar suspicacias sobre su tez oscura, se forraba con su consulta de la Ku'damm berlinesa, tratando las enfermedades más o menos imaginarias de ricos y famosos con inyecciones de vitaminas. Cuando en la primavera de 1936 tuvo la oportunidad de curar de unas purgaciones a Heinrich Hoffmann, fotógrafo y amigo de Hitler, no tardó mucho en acceder al círculo más íntimo de éste y, tras lograr aliviar sus trastornos digestivos con un novedoso tratamiento bacteriano, se convirtió en su médico personal. Las recompensas no se hicieron esperar: una mansión en la isla de Schwanenwerder, que había sido de un banquero judío y acabaría en manos de Axel C. Springer, el editor, y una cátedra en 1938. En los años de guerra, Morell se hizo de oro aprovechando sus relaciones para fabricar a gran escala y comercializar preparados vitamínicos y hormonales. En esta época, los trenes que transportaban glándulas obtenidas en mataderos se cruzaban con los que viajaban al frente o a los campos de exterminio.

A pesar de la prohibición que afectaba a opiáceos y cocaína, la poderosa industria química alemana continuaba su investigación en busca de estimulantes artificiales y así en octubre de 1937, los laboratorios Temmler, ubicados muy cerca de Berlín, patentan la primera metilanfetamina alemana con el nombre de pervitina. Se trataba de un nuevo derivado de un producto natural, la efedrina, del que ya se

habían comercializado otros menos potentes en Estados Unidos («bencedrina») y Japón. Esta droga, de una estructura muy similar a la de la adrenalina, provocaba un aumento de la autoestima, energía desbordante y un torrente de ideas; la actividad cerebral era tan frenética y prolongada que podía dañar las neuronas, pero de momento nadie pareció interesado en investigar esto.

Una agresiva campaña publicitaria en los primeros meses de 1938 presentaba la pervitina como el mágico alivio de todos los trastornos de la mente. De la frigidez femenina a la adicción a las drogas todo se remediaba con ella, y se llegó a sugerir que su consumo fuera obligatorio para recuperar socialmente a vagos y derrotistas. Su uso se generalizó en poco tiempo y a comienzos de 1939 una gran parte de la población alemana nadaba en euforia. Para Ohler, no cabe desdeñar el papel de la metilanfetamina en el éxtasis de autoestima que muy poco después iba a llevar al país a la guerra.

Guerra relámpago, con apoyo químico

La segunda parte del libro se consagra al papel que pudo desempeñar la pervitina en las campañas relámpago de 1939 a 1941. Los archivos consultados indican a Ohler que durante la invasión de Polonia su uso fue muy frecuente, aunque estuvo al arbitrio de cada comandante de unidad. A finales de 1939 algunas autoridades sanitarias advierten sobre los peligros del colapso físico y psíquico que sigue al abuso de la droga, pero, aunque se comienza a exigir receta médica para dispensarla, lo cierto es que el consumo aumenta. Cuando en febrero de 1940, Hitler es seducido por el ambicioso plan de Von Manstein para un ataque relámpago en las Ardenas, la pervitina se adopta como un ingrediente esencial para eliminar el cansancio de las tropas en lo que constituye el primer caso registrado de uso militar general y oficializado de una droga química.

En unos pocos días de mayo de 1940, el ejército alemán pulveriza todo lo que se le pone por delante, llega a las puertas de París y cerca a los aliados en Dunkerque, aunque aquí Hitler, influido por Göring, ordena detener el avance, y una gran parte de las tropas embolsadas pudieron ser evacuadas. Para Ohler, una de las causas de esta campaña inexplicable está en la droga que permitió a los alemanes trabajar a pleno rendimiento varios días sin dormir. Los efectos secundarios incluyeron adicción y problemas cardiacos, pero no se les dio importancia.

La batalla de Inglaterra fue una nueva demostración de la eficacia de la pervitina para combatir la fatiga y el sueño. El 1 de junio de 1941 los críticos que denunciaban sus secuelas lograron que fuera declarada como narcótico, pero fue una victoria pírrica pues el uso de la droga continuó, por ejemplo en la operación Barbarroja, que comenzó unos días después.

Hitler, el yonqui

Antes de tratar sobre la evolución de la salud de Hitler durante la guerra, Ohler nos presenta sus fuentes documentales, entre las que descuellan las numerosas y confusas anotaciones de Theodor Morell, su médico personal. Desde que comienza la operación Barbarroja en junio de 1941, el Führer habita en la Guarida del Lobo, en el este de Polonia —por entonces, Prusia Oriental—, un complejo de búnkeres en una zona pantanosa e insalubre. Justo cuando cede la acometida inicial de los alemanes y sus aliados, en cuya contundencia la pervitina jugó su papel, Hitler decae; padece disentería y agotamiento, y en estos momentos, contra la opinión de sus generales, se empecina en mantener las posiciones alcanzadas, lo que supuso el comienzo del fin; mientras tanto, Morell le suministra altas dosis de vitaminas, esteroides y hormonas. En el frente, la pervitina ayudaba a soportar las duras condiciones del invierno anticipado.

En julio de 1942, el cuartel general se traslada al oeste de Ucrania, desde donde el Führer continúa perpetrando sus pifias estratégicas. Ya no prodiga las apariciones públicas de antes de la guerra, que electrizaban a las masas, y se enzarza en largas conversaciones con Albert Speer sobre quiméricos proyectos arquitectónicos. Su salud empeora en el invierno, mientras todo se decide en Stalingrado, y durante 1943 se refugia en la Guarida del Lobo, sin visitar apenas el cuartel general. Es en julio, tras la batalla de Kursk y con los aliados ya en Sicilia, cuando antes de una importante cita con Mussolini y con su paciente recién salido de una crisis, Morell recurre al Eukodal («oxicodona»), opioide con elevado poder euforizante. El comportamiento de Hitler en la citada entrevista era un enigma hasta el descifrado por Ohler de las anotaciones de Morell.

El consumo de Eukodal por Hitler en los meses siguientes está documentado en los apuntes de Morell, aunque seguramente —según los indicios que Ohler aporta— fue mucho mayor que las 24 administraciones consignadas hasta finales de 1944. El médico era además en esta época el suministrador de estimulantes para todos los que acudían acongojados a la Guarida del Lobo en aquellas horas de derrotas y desánimo. Tras el atentado de julio de 1944 —Operación Valquiria—, por recomendación de Giesing, el otorrino que lo trataba de unas perforaciones en los tímpanos, el Führer comenzó a recibir, aparte del Eukodal, dosis de cocaína por vía nasal que mejoraron extraordinariamente su estado de ánimo. Puede hablarse en estos meses de un yonqui enloquecido que regía a sus contristados generales desde su éxtasis químico. Algunos en su entorno percibieron este desquiciamiento y maniobraron contra Morell, pero con escaso éxito.

El 8 de noviembre de 1944, Hitler se traslada a un superbúnker reforzado construido para él en la Guarida del Lobo, un cubo sin ventanas ni ventilación directa que re-

cordaba a una antigua tumba egipcia. Allí pasa las horas, pálido y tembloroso, echado en una cama de campaña, hasta que en trece días, la proximidad del Ejército Rojo obliga a la evacuación a Berlín. En 1945 Hitler deja de consumir Eukodal, sin que las razones de ello estén claras. En cualquier caso, el resultado fue un síndrome de abstinencia que deterioró aún más su salud hasta su suicidio el 30 de abril. Morell, camello desairado, despedido unos días antes, cayó prisionero de los norteamericanos y murió en mayo de 1948 poco después de recuperar la libertad.

Para Ohler, el Eukodal sirvió a Hitler durante 1943 y 1944 para afianzarse en sus delirios y bloquear cualquier empatía con la destrucción sembrada alrededor. Con su ayuda pudo intentar llevar hasta sus últimas consecuencias el programa que había pergeñado en *Mi lucha* sin que la realidad fuera nunca un impedimento.

Drogas y crimen en grandes dosis

La última parte del libro explora aspectos como el consumo de pervitina en la fase final de la guerra o los esfuerzos de la Kriegsmarine en aquel momento para crear navíos de combate monoplaza, acompañados de ensayos con reclusos de campos de concentración para elegir la droga que pudiera hacerlos operables. Los intentos con estas armas resultaron catastróficos para los que las manejaban, pero estremece sobre todo conocer que algunos de los máximos responsables de estos hechos fueron reciclados en altos cargos de la RFA o que los experimentos de control mental de los nazis sirvieron de base a los posteriores de los norteamericanos —proyecto MK Ultra—.

No es nada fácil a estas alturas realizar una aportación novedosa a la historiografía del III Reich, pero hay que decir que Norman Ohler lo consigue. La lectura de *El gran delirio*, riguroso y espléndidamente editado, enriquecido con numerosas fotografías y documentos de la época, nos ilustra sobre el papel esencial que desempeñaron las drogas en la planificación y ejecución de los crímenes nazis. La imagen que emerge es la de un baile de locos en el que militares y dirigentes nadaban en un éxtasis químico que explica la contundencia de algunas ofensivas, pero también los despropósitos tácticos y el fracaso final. El viaje que Ohler nos ofrece a través de los éxtasis y delirios de los jerarcas nazis no ha de dejar a nadie indiferente, porque como señala el historiador Hans Mommsen en su epílogo, resulta inquietante comprobar cómo el uso de sustancias psicoactivas puede desencadenar sucesos de alcance mundial.

La Wehrmacht. Los crímenes del Ejército alemán, de Wolfram Wette

Publicado en *Rebelión* el 13 de diciembre de 2016

El historiador alemán Wolfram Wette trabajó entre los años 1971 y 1995 en la oficina de investigaciones históricas del Ejército alemán en Friburgo, donde tuvo acceso a una gran cantidad de información que cuestionaba el papel clásicamente atribuido a la Wehrmacht en la perpetración de los asesinatos sistemáticos del régimen nazi. Sus investigaciones sobre este tema fueron recopiladas en 2002 en *La Wehrmacht. Los crímenes del Ejército alemán* (versión española de Crítica, 2007, trad. de Francesc Fernández), que destaca también por su análisis del sustrato ideológico, muy anterior al nazismo, sobre el que las atrocidades nazis pudieron desarrollarse.

El primer asunto abordado son las causas que permitieron que la guerra contra la Unión Soviética se planteara, desde su comienzo y sin mayores conflictos dentro de la propia Wehrmacht, como una guerra de exterminio. En este sentido, debe señalarse que los nazis no hicieron más que seguir, radicalizándolo, el ideario, socialmente bien arraigado, del nacionalismo alemán, que predicaba la superioridad de los arios sobre unas razas eslavas incapaces de regirse a sí mismas y dominadas, tras la Revolución rusa, por una camarilla judeo-bolchevique. Otro elemento esencial que se utilizó fue el inveterado antisemitismo de una buena parte de la sociedad alemana, el cual se hallaba organizado y se había dotado ya de una retórica seudocientífica a finales del siglo XIX, y no hizo más que progresar hasta el acceso al poder de los nazis en 1933. En ese momento, el Ejército —Reichswehr— asumió unas orientaciones racistas que ya estaban en vigor tácitamente en él, de forma que la Ley Militar de 1935, que creó la Wehrmacht y movilizó a dieciocho millones de hombres en los diez años siguientes, no hizo más que continuar una trayectoria bien marcada.

El tema central del libro, que se trata después, es el papel desempeñado por la Wehrmacht en los asesinatos de judíos. Un dato importante es que el 30 de marzo de 1941, dos meses y medio antes de la invasión de la URSS, Hitler pronunció un discurso ante los doscientos cincuenta generales destinados a comandar la operación en el que aludió de forma explícita a una guerra de exterminio absolutamente diferente a la que se había realizado hasta entonces en el frente occidental. La investigación desarrollada muestra que el descontento por parte de algunos generales ante estas órdenes, que violaban todas las normas internacionales sobre la guerra y todos los códigos de honor militar, se manifestó sólo en conversaciones privadas y no tuvo en cualquier caso consecuencias.

Las alocuciones y consignas de los mandos durante la ofensiva indican abiertamente su carácter aniquilador, jus-

tificado en la defensa de la civilización aria contra el judeobolchevismo. De todas formas, se dan diferencias regionales que se estudian en detalle. En el caso de Polonia, entre 1939 y 1941 el exterminio de judíos e intelectuales lo realizaron unidades de las SS ante los ojos de una Wehrmacht que sólo expresó protestas aisladas. En Serbia sin embargo, fue la propia Wehrmacht la que estuvo a cargo del genocidio, y en la correspondencia de los militares se encuentran noticias y fotografías de las masacres. En Lituania en junio de 1941 las tropas de ocupación fueron espectadoras impasibles de las matanzas perpetradas ante sus ojos por la SS, mientras en Ucrania, los ejemplos que se describen, como el asesinato de más de treinta mil judíos en Babi Yar en septiembre de 1941 o el de noventa niños en agosto en Belaya Zerkov, ponen de manifiesto una estrecha colaboración en estos crímenes entre la Wehrmacht y las SS que al final «apretaban el gatillo». En Bielorrusia los casos que se reseñan evidencian también la cooperación entre ambas fuerzas de ocupación. Hay que señalar que estas acciones eran ampliamente conocidas en Alemania a través de las noticias que llegaban del frente.

El libro aborda después un estudio del arraigado belicismo de la élite militar alemana, documentable desde la fundación del imperio en 1871 y que se puede resumir en la idea de que la guerra es el principio esencial de la historia, además de una necesidad moral que evita el afeminamiento de los pueblos. Esto permite entender por qué muchos generales vieron con simpatía el acceso de los nazis al poder y el programa que comenzaron a desarrollar, aunque fue sólo el éxito de la campaña de Francia lo que consiguió enmudecer las voces críticas y crear un amplio consenso de apoyo al Führer. Por lo que respecta a las clases de tropa, los reclutamientos sucesivos encontraron alguna resistencia, si bien exigua, entre la que cabe destacar la de los testigos de Jehová, dispuestos a morir antes de empuñar las armas para el que denominaban «Reino de Satanás». Es importante señalar que, a diferencia de los escasos objetores católicos y evangélicos, los testigos contaron con el respaldo de sus autoridades eclesiásticas. Los estudios sobre la mentalidad del «soldado raso» durante la guerra muestran que la camaradería fue el principal asidero de unos hombres atrapados en una espiral destructiva que incluía la perpetración de los crímenes más brutales. Éstos quedaban justificados en muchos casos por los objetivos asumidos de la guerra racial.

La última parte del libro se dedica a estudiar la conocida como «leyenda de la Wehrmacht limpia», que dominó la historiografía oficial durante medio siglo. La fábula nace en la fase final de la guerra y la inmediata postguerra, cuando un gran número de generales de la Wehrmacht se movilizan, con el apoyo de sectores de los aliados, para transmitir en partes, declaraciones y memorandos la imagen de unas fuerzas armadas que se había batido con honor y de ninguna forma habían participado en los crímenes nazis. Es ésta la misma tónica de los procesos que siguieron, en los que se evita una condena global de la Wehrmacht como institución, así como cualquier alusión a su relación con el holocausto. Se imponía por entonces el espíritu de la Guerra Fría y se trataba de ganar para el bando aliado a la cúpula del Ejército alemán, dándose en este caso la anomalía de que es a los vencidos a los que los vencedores encargan la tarea de escribir la historia. Así es como el antiguo jefe del Estado Mayor del Ejército, Franz Halder, queda a cargo del proyecto encomendado a la Historical Division de redactar la historia militar de la Segunda Guerra Mundial, trabajo que hasta marzo de 1948 había dado lugar a cuarenta mil páginas, y en el que es posible detectar todo tipo de tergiversaciones y omisiones.

Los años 50 son tiempo de *best sellers* de memorias de generales —Halder, Dönitz, Guderian, Kesselring, Rommel y otros—, autopresentados en ellas como talentosos y honrados militares. Estos libros logran ganarse a la opinión pública, sensible también a las declaraciones de Eisenhower y Adenauer en 1951 sobre la necesaria distinción entre la «honorable Wehrmacht» y la banda criminal de Hitler. Así, no es de extrañar que cuando se funda la Bundeswehr —fuerzas armadas de la RFA— en 1955, sus integrantes procedan en parte de la Wehrmacht y en ella busquen su referencia, dando por ejemplo a algunos cuarteles el nombre de generales de Hitler. Sólo el progreso de la investigación histórica pudo lograr que la realidad fuera recuperada, aunque debe reconocerse que la información veraz llegó a la población muy lentamente, a través del trabajo de televisión, semanarios y algunas editoriales. Un hito importante fue la exposición itinerante sobre la historia de la Wehrmacht organizada por el Instituto para la Investigación Social de Hamburgo entre 1995 y 1999. Gracias a ella, y a los acalorados debates y a las publicaciones a que dio lugar, puede considerarse que la leyenda fue desenmascarada, aunque aún haya muchos dispuestos a creerla.

A pesar del monumental trabajo de estudiosos de distintos países sobre los asuntos tratados en el libro, aún quedan por resolver aspectos esenciales en algunos campos, como la implicación de unidades de la Wehrmacht en el exterminio de judíos en determinadas regiones o la resistencia que se produjo en ocasiones a cumplir las órdenes criminales recibidas. No obstante, por lo que respecta a la orientación general de la investigación, debe reconocerse que tras el aldabonazo que supuso la exposición realizada en los años 90, la publicación de *La Wehrmacht. Los crímenes del Ejército alemán* de Wolfram Wette marcó en la historiografía sobre el régimen nazi un punto de inflexión hacia un nuevo paradigma en el que la responsabilidad de diversos sectores de la sociedad alemana, y especialmente la Wehrmacht, en las atrocidades de aquellos años es aceptada ampliamente.

Albert Speer, una metáfora

Publicado en *Rebelión* el 22 de marzo de 2007

A Albert Speer, arquitecto de Adolf Hitler, le preocupaba el aspecto que podían llegar a tener con el paso de los siglos los edificios que diseñaba. Así, temeroso de los haces de hierros oxidados comunes en las ruinas de hormigón armado, convenció al Führer de la conveniencia de utilizar piedra natural, siempre que fuera posible, en las grandes construcciones del Reich.

Hay que señalar sin embargo que de aquellos orgullosos edificios de la época nazi apenas quedaba en pie nada quince años después de su construcción. Hoy día en Berlín la situación de la Cancillería del Reich y los otros edificios de Speer debe adivinarse en el paisaje de una ciudad que en esas zonas ha cambiado completamente.

Condenado en Núremberg a veinte años de reclusión y liberado en 1966, Speer publicó en 1969 unas memorias de las que existe versión castellana (Acantilado, 2002). Esta obra ofrece una lectura realmente interesante, en primer lugar porque contiene una versión de primera mano sobre todos los aspectos de la vida en el entorno más próximo a Hitler, y también porque con esta crónica construye una metáfora extrema sobre el influjo y la fascinación del poder en nuestras vidas.

Natural de Mannheim e hijo de un afamado arquitecto, Speer, educado en un ambiente conservador, fue seducido muy joven por aquel hombre que prometía la recuperación económica de Alemania, y no dudó en afiliarse al partido nazi. Después de recibir algunos pequeños encargos de éste, en 1933 y con motivo de la celebración de su primer congreso tras la toma del poder, fue llamado a Núremberg y encargado de diseñar las instalaciones que quedarían inmortalizadas en la película *El triunfo de la voluntad* de Leni Riefenstahl. En ese momento, Hitler, un artista frustrado y gran amante de la arquitectura, buscaba como le comentó años más tarde a Speer, «*un arquitecto al que algún día pudiera confiar mis planes constructivos. Tenía que ser joven, pues, como usted sabe, son planes a muy largo plazo. Necesitaba a un hombre que incluso después de mi muerte pudiera seguir trabajando con la autoridad que yo le hubiera otorgado*». Albert Speer se convirtió en ese hombre y anota en su diario: «*Tras años de esfuerzos baldíos, me sentía lleno de ganas de trabajar; sólo tenía veintiocho años. Como Fausto, habría vendido mi alma por hacer un gran edificio. Ahora había encontrado a mi Mefistófeles. No me pareció menos absorbente que el de Goethe*».

De esta forma, Speer se integra en el círculo de los más allegados a Hitler. Tras sus agotadoras jornadas de trabajo, el mayor placer de éste es reunirse con su arquitecto para repasar las maquetas de los nuevos edificios, estudiar juntos detalles, planear futuras construcciones. Con el comienzo de la guerra, las dotes de organizador de Speer son ampliamente utilizadas y escala posiciones entre los jerarcas del régimen. Él es el tecnócrata capaz de dirigir eficazmente los más complejos asuntos de la producción industrial, y así logra éxitos extraordinarios como ministro de Armamento. Respecto a su implicación en los campos de exterminio, en su diario comenta que en el verano de 1944 le llegaron rumores de lo que estaba ocurriendo allí. A este propósito dice: «*Por miedo a descubrir algo que me hubiera obligado a ser consecuente, cerré los ojos. (...) Porque en aquella ocasión fallé, aún me sigo sintiendo personalmente responsable de Auschwitz*».

Leyendo las memorias de Albert Speer, llegamos a entender mejor cómo funcionaba aquella máquina enloquecida que fue el nazismo, y tal vez la lección más extraordinaria es que no hallamos en ella nada distinto de lo que muestran otras épocas y otros imperios, o de lo que vemos hoy día, tiempo también de invasiones y guerras, de desinformación y mentira que nos envuelven como una atmósfera fétida. Todo se resuelve siempre en la misma ambición, el mismo desprecio por los otros, la misma cobardía plegada ante lo que parece inevitable, los mismos burócratas que ejecutan y hacen real el desastre... La diferencia es sólo que los seis millones de muertos en los campos de exterminio nazis parecen contar más que los ocho millones de muertos en la colonización belga del Congo, por poner un ejemplo. Una de las tragedias es «el Holocausto», de la otra nadie se acuerda.

Y en el fondo de todo está siempre esa incapacidad humana para ver y para razonar, la sumisión al poder que lo organiza todo para nosotros, el espíritu de rebaño. Sólo a la sombra del poder conseguimos existir en esa lucha sorda que es la vida. La realidad del crimen y el atroz saqueo no importan nada al lado de la identidad que el poder nos regala. Vivimos extasiados con ese fantasma.

Por eso el caso de Albert Speer resulta realmente aleccionador. La quimera se desbarata en su caso en un parpadeo, y muestra su entraña vacía con una claridad diáfana. En un mundo en el que el poder parece lo más sólido, esto se revela sólo excepcionalmente. Ante el paisaje urbano de Berlín, los edificios fantasma de Albert Speer son una lección de la que deberíamos sacar provecho.

Sobre el mal y sus rostros seductores. El abismo de Leni Riefenstahl

Publicado en *Rebelión* el 15 de noviembre de 2022

> Beauty is truth, truth beauty, —this is all
> ye know on earth, and all you need to know.
> *John Keats*

Dos imágenes nos han quedado de la larga y azarosa existencia de Leni Riefenstahl, y el problema es que no encajan demasiado bien. La primera es la de una innovadora del arte cinematográfico que supo conjugar magistralmente los recursos técnicos y expresivos al servicio de la transmisión de una idea. La segunda es la de una amiga personal de Adolf Hitler y activa y eficiente propagandista nazi, autora de reportajes emblemáticos para el NSDAP, aunque nunca llegara a tener el carnet del partido.

Las *Memorias* que Riefenstahl publicó ya nonagenaria, en 1995, pueden considerarse un intento de crear una imagen de sí misma que resolviera favorablemente la gran contradicción de su vida. Si accedemos a creerla, ella era una artista abismada en su arte que resultó al fin torpe e ingenua ante las complejidades de la política y la historia. Leyendo estas páginas nos sumergimos en un bullir de objetivos artísticos y avances técnicos que al parecer no dejaron tiempo a su autora para ver la realidad, la triste realidad perfectamente visible, del proyecto político al que se entregaba. Según este relato, ella fue sólo una víctima de seres malvados que vampirizaron su arte en su provecho.

Podemos aceptar su versión o no, pero lo cierto es que su biografía nos ofrece la ocasión de estudiar en un caso extremo la alianza entre talento artístico y perversión política que seguramente está más instalada en la historia de lo que queremos creer.

La bella y la bestia

Leni Riefenstahl nació en Berlín en 1902 en una familia de la alta burguesía. Atraída muy pronto por el arte y el deporte, intentó desarrollar una carrera como bailarina, hasta que una lesión en la rodilla desvió su interés hacia la cinematografía. Así, en los años 20 alcanza ya fama como actriz y en 1932 produce y dirige su primera película, *Das blau Licht*, en la que interpreta a una inocente campesina. El éxito es enorme y este personaje atrae la atención de Adolf Hitler, que ve en él un ideal de la mujer alemana y no tarda en organizar una reunión para conocer a su heroína. En sus *Memorias* ella reseña la impresión que él le había producido cuando escuchó por primera vez su inflamada oratoria: «*Tuve una visión casi apocalíptica que nunca pude olvidar. Parecía como si la superficie de la Tierra se extendiera frente a mí, como un hemisferio que de repente se parte por el medio, arrojando un enorme chorro de agua, tan poderoso que tocó el cielo y sacudió la tierra*».

La sintonía entre los dos es perfecta y enseguida la frustrada bailarina comienza a recibir encargos como directora por parte del NSDAP, en los que vuelca su talento. *El triunfo de la voluntad*, de 1935, sobre el mitin del partido en Núremberg el año anterior, con Adolf Hitler descendiendo de los cielos —en un avión— y las masas jaleándolo y luego cuadradas militarmente ante él, suele considerarse la mejor película de propaganda jamás realizada, por su impactante fusión de lo individual y lo colectivo. *Olympia*, de 1938, sobre los juegos olímpicos de 1936 en Berlín, supuso un progreso revolucionario en el tratamiento cinematográfico del deporte. En un viaje para la promoción de esta película por Estados Unidos, su directora manifestó ante la prensa en numerosas ocasiones su fervorosa admiración por el Führer.

Tras la invasión de Polonia, Riefenstahl trabajó como reportera en el país ocupado y presenció ejecuciones que, según sus memorias, trató de impedir y produjeron un vuelco en su interior. A finales de 1939, aún filmó el desfile de la victoria en Varsovia, pero por entonces había decidido ya dejar de colaborar con los nazis. Esto no fue óbice para que fueran ellos quienes financiaran generosamente *Tiefland*, el largometraje en el que volcó sus energías. El film no se estrenó hasta 1954, y sus extras fueron romaníes recluidos en campos de concentración a los que se obligó a intervenir en la película y que luego fueron enviados a Auschwitz.

Entre 1945 y 1948, la directora de *Olympia* estuvo internada en diferentes campos y sufrió arresto domiciliario, pero los procesos contra ella no concluyeron en ninguna condena, a pesar del gran número de denuncias que recibió por complicidad con el régimen nazi. Hasta el fin de sus días declaró reiteradamente haber sido engañada por Hitler y poco antes de morir afirmó en una entrevista para la BBC: «*Fui una de los millones que pensaban que Hitler tenía todas las respuestas. Sólo vimos las cosas buenas; no sabíamos las malas*».

La carrera de Leni Riefenstahl tras la guerra mundial estuvo marcada por viajes a África, libros y fotografías. Tuvo mucho tiempo para lamentar sus errores juveniles hasta su fallecimiento en 2003.

Otra visión de El triunfo de la voluntad

Lo más interesante de la historia de Leni Riefenstahl es que estoy convencido de que hay algo universal en la contradicción que marca al personaje, porque no es baladí que ella fuera una cineasta tan genial para que pudiera convertirse en una propagandista nazi tan efectiva. Los que abogan por la «autonomía del arte» y disfrutan de los logros técnicos de *El triunfo de la libertad* sin preocuparse del mensaje político que nos está vendiendo creo que se pierden algo esencial al no considerar la conexión entre los dos aspectos.

Si tenemos en cuenta las casi infinitas sabiduría y capacidad para moldearnos del poder, fácilmente concluimos que la «belleza» es un recurso al que no va a renunciar.

Y en qué papel quedamos entonces nosotros, tan pequeñitos, tan influidos y tan cobardes como nos han hecho, ante esa magnificencia de lo «bello» manipulado desde el poder. Tal vez nos queda sólo resignarnos a que nuestra vida sea corear consignas y compartir éxtasis prefabricados con el resto del rebaño.

Afortunadamente, no es difícil ver que aparte de los subterfugios del poder, hay otra «belleza» esperándonos, gozosa y sublime también, pero que sólo atisbaremos en el fondo de nuestro propio ser. Allí aguarda a todos, aunque pocos vayan en su busca, esa ataraxia que, con muchos nombres, es una única y luminosa experiencia. Ella está siempre dispuesta a revelarnos una esencia más allá de las marcas del rebaño, y en posesión de ella podremos y sabremos compartir profundamente la aventura de todos los seres sobre el juego de espejos del mundo.

Con esta perspectiva, *El triunfo de la voluntad* nos hace llorar con el entusiasmo y el suicidio de unos seres humanos que olvidaron la compasión para entregarse a la identidad racial y el odio nacionalista. Es una experiencia dura que hizo posible la cineasta brillante y envilecida que fue Leni Riefenstahl.

El holocausto asiático. Los crímenes japoneses en la Segunda Guerra Mundial, de Laurence Rees

Publicado en *Rebelión* el 15 de febrero de 2017

Frente a los eternos rebrotes de un pensamiento nacionalista que entiende la historia como algo explicable y valorable sólo en su propio contexto cultural, el profesor Akira Iriye, de la Universidad de Harvard, defiende en su prefacio a *El holocausto asiático* la posibilidad y necesidad de un estudio abierto a referencias humanas universales y capaz de enjuiciar los hechos del pasado con esta perspectiva. En busca de ese «hilo común» que trasciende culturas y naciones, el historiador y documentalista británico Laurence Rees se propone en *El holocausto asiático. Los crímenes japoneses en la Segunda Guerra Mundial*, publicado en 2001 (última versión española en Crítica, 2009, trad. de Ferran Esteve) un análisis e intento de explicación causal de los crímenes japoneses durante la Segunda Guerra Mundial, a partir sobre todo de entrevistas a los protagonistas de los hechos. No son muy conocidas hoy día, pero estamos hablando de atrocidades que, asómbrense, superan en número y crueldad a las cometidas en Europa en aquellos mismos años.

Rees nos recuerda los profundos cambios que se produjeron en Japón en la segunda mitad del siglo XIX, cuando tras siglos de aislamiento, el emperador Meiji potencia de forma simultánea la industrialización del país y la institución imperial. La modernización se enfrentaba con un obstáculo importante en la ausencia de colonias, y pronto Corea, Taiwán y el Imperio ruso se convirtieron en objetivo del expansionismo japonés. Hay que señalar, sin embargo, que tras la guerra ruso-japonesa de 1904-1905 y la Primera Guerra Mundial, los prisioneros rusos y alemanes fueron tratados con amabilidad en su cautiverio japonés. Era aquél un momento en que Japón buscaba un lugar entre las naciones avanzadas y la imagen a cultivar entre los europeos era esencial. Un edicto imperial de 1880 estipulaba que las fuerzas armadas japonesas debían tratar a sus prisioneros con respeto.

Convertido en un ser divino, el emperador era por entonces referencia fundamental en la vida de sus súbditos. Hirohito, nieto de Meiji, accede a este inmenso poder en diciembre de 1926, y muy pronto, militares y políticos de derechas, liderados todos por él, asumen una política militarista y expansiva. La invasión de Manchuria en 1931, con la constitución de un Estado títere el año siguiente, fue el primer paso, mientras se emprendía la formación de un gran Ejército en el que la violencia física sobre los soldados era inhumana y su sometimiento psicológico se sustentaba en la humillación de su familia si faltaban al deber. La obediencia al emperador divino era la base de todo el edificio.

La progresiva expansión japonesa en China dio lugar en julio de 1937 a un conflicto abierto en el que las atrocidades de los japoneses, que utilizaron armas químicas y bacteriológicas, fueron algo cotidiano, y alcanzaron su clímax en diciembre de ese año en Nankín con una orgía de fuego y sangre que causó centenares de miles de víctimas civiles. Estos crímenes, que incluían el asesinato de prisioneros en prácticas con armas y experimentos de vivisección, eran resultado sobre todo del convencimiento que se inculcaba a los militares japoneses de librar batalla con seres inferiores, no humanos, y revelan una obediencia escrupulosa de las instrucciones recibidas y sumisión a la voluntad divina del emperador: «*La primera vez te sientes mal, pero que te honren y te felicitan te infunde ánimos para hacerlo de nuevo*». Algunos violadores y asesinos confesos que fueron apresados por los chinos y sorprendentemente no fueron ejecutados regresaron a Japón en los años 50 y pudieron aportar su testimonio en el libro. Respecto a la responsabilidad del propio emperador en todo esto, la discusión de hasta qué punto sabía no tiene mucho sentido, pues en ningún caso puede considerársele tan imbécil como para dejar de ser un canalla.

La guerra con Occidente fue el siguiente escenario de la tragedia comenzada en 1931. La voluntad de expansión de los japoneses los lleva a una alianza con Alemania e Italia, con las que compartían enemigos, y tras los éxitos iniciales de la operación Barbarroja no dudan en ir a una confronta-

ción abierta con las potencias occidentales atacando Pearl Harbor. La fulminante conquista de Hong Kong, Filipinas y todo el sudeste de Asia ha de entenderse como una acometida a un adversario reconocido como superior, en busca de una paz rápida y ventajosa. En estos primeros meses de lucha, los japoneses hicieron cerca de cien mil prisioneros, que según los testimonios de algunos supervivientes, recogidos en el libro, fueron sometidos a condiciones de extrema brutalidad. Lo mismo puede decirse del trato dado a la población de las regiones ocupadas. La crueldad fue en aumento con el desarrollo de la guerra y el declinar de las posibilidades de una victoria japonesa. En este sentido, los datos aportados sobre prácticas generalizadas de canibalismo, en ocasiones no forzado por el hambre, en Nueva Guinea son estremecedores.

Los norteamericanos toman la iniciativa tras el punto de inflexión de Midway (junio de 1942), donde hunden cuatro portaviones japoneses, y a comienzos de 1943 tienen ya una base de operaciones consolidada en Guadalcanal (islas Salomón). Hirohito forzó a partir de entonces una lucha desesperada por una victoria que le permitiera salvar la institución que encarnaba. Se sirvió para ello del código de honor japonés, que no contemplaba la rendición como una opción posible, mientras que la muerte al servicio del dios-emperador era el medio para compartir su condición divina. Los kamikazes son el ejemplo más conocido de a dónde llevó este fanatismo poco después, pero ya en julio de 1944 en Saipán (Marianas), los civiles japoneses, mujeres y niños incluidos, buscaron la muerte arrojándose desde un acantilado ante la inminente ocupación de la isla. A partir de ese momento los suicidios de civiles fueron comunes, pero sólo en las islas con guarnición militar.

Tras los salvajes ataques a ciudades japonesas con bombas incendiarias a comienzos de 1945, Hirohito sigue obsesionado por buscar la quimérica victoria que salve la monarquía. Su arma favorita son los kamikazes, jóvenes a los que fuerza a inmolarse sobre todo el miedo al rechazo del grupo, como muestran las entrevistas realizadas a supervivientes. En verano, con la ocupación de Okinawa, la derrota resulta ya inevitable, pero las condiciones que ofrecen los japoneses para una capitulación son inaceptables. Por fin, tras las bombas de Hiroshima y Nagasaki, y sabiendo que se le dejaría seguir en el trono, Hirohito, contra la opinión de algunos de sus jefes militares, acepta la rendición. De esta forma, metamorfoseado en monarca constitucional, permanecerá al frente del Estado hasta su fallecimiento en 1989. ¡Traten de imaginar que hubiera sucedido lo mismo con Adolf Hitler!

Toda la política imperialista del Japón entre 1931 y 1945 es ejecutada por un sistema social rígidamente autoritario y basado en la ideología del *geri*, el deber ético insoslayable que impone el grupo y al otro lado del cual existen sólo la deshonra y la exclusión. Resulta sorprendente que el único elemento que podemos considerar «libre» en este esquema, situado en su cúspide, el emperador divino, clave de bóveda de todos los desmanes cometidos, es precisamente el que se reutiliza, sin que se le atribuya ninguna responsabilidad, para consolidar el nuevo orden establecido tras la ocupación. Es difícil hallar otro episodio en la historia universal de la infamia que arrastre más abajo los símbolos de la democracia burguesa.

Laurence Rees reconoce al final del libro que la conclusión alcanzada en él, tras centenares de conversaciones con los protagonistas de los hechos, no es la que esperaba. Los «peores asesinos» resultan ser paradójicamente las personas más «normales», las más dóciles y aplicadas ante los dictados del poder, las que habitualmente consideraríamos «buena gente», y no las conflictivas o antisociales. Es ésta la misma «banalidad del mal» que ha sido constatada en otros casos y sólo se puede concluir que la borreguez del ser humano parece ser una de sus condiciones innatas y alumbra perspectivas inquietantes a cada momento.

El holocausto asiático, repleto de experiencias al límite, provoca una reflexión incómoda sobre nuestra propia naturaleza, y honra la memoria de las víctimas de uno de los capítulos más terribles y desconocidos de la Segunda Guerra Mundial.

La Nueve, de Evelyn Mesquida

Publicado en *Rebelión* el 7 de noviembre de 2017

La periodista alicantina Evelyn Mesquida, corresponsal treinta años en París de la revista *Tiempo*, supo de la historia de la Nueve en 1998, cuando preparaba un reportaje sobre el exilio republicano en Francia y un veterano combatiente anarquista le mostró una foto en sepia realizada en Inglaterra en el verano de 1944 en la que aparecían unos soldados españoles con uniformes americanos, pero encuadrados en una unidad del ejército francés. Estos hombres desembarcaron poco después en Normandía, y ellos fueron, le aseguró el anciano, los primeros en entrar en Paris el 24 de agosto del mismo año. Evelyn decidió entonces conocer y entrevistar a los supervivientes de aquello y así nació el proyecto de *La Nueve*, un libro que vio la luz en 2008 (Ediciones B), prologado por Jorge Semprún, y se convirtió pronto en un *best seller*.

La obra comienza recordando las postrimerías de la guerra civil española y la avalancha humana que llegó a Francia. Allí fue hacinada en campos de concentración improvisados, donde al final quedaron casi exclusivamente los excom-

batientes. El de Le Vernet fue destino especial para los considerados «peligrosos», como más de nueve mil procedentes de la columna Durruti, entre los que estaban algunos futuros miembros de la Nueve. Otros fueron de los que consiguieron embarcar en el puerto de Alicante y acabaron en campos del norte de África, a los que pronto, con la guerra inminente, se envió también a parte de los excombatientes retenidos en Francia. Se calcula que había, en unos cincuenta campos de Túnez a Marruecos, más de treinta mil españoles, que en septiembre de 1939, con el estallido del conflicto, fueron convertidos en trabajadores forzados, y vejados y maltratados. Liberados tras el desembarco aliado en África a finales de 1942, muchos de ellos aceptaron enrolarse en el ejército francés.

Hay que decir, sin embargo, que la participación de republicanos españoles en unidades francesas empieza ya en 1939 en los combates que se libran en Finlandia y Noruega. Con la invasión de Francia en mayo de 1940, y la debacle del ejército francés, miles de españoles caen prisioneros de los alemanes, mientras varios centenares son rescatados en Dunkerque y muchos otros se integran en la Legión extranjera o van a parar de nuevo a los campos de concentración del sur. El mariscal Pétain, buen amigo de Franco, asume el mando de la Francia colaboracionista que fija su capital en Vichy, pero esos mismos días de junio se produce el llamamiento del general De Gaulle desde Londres para organizar la resistencia. Su brazo ejecutor será un joven capitán que logra huir herido de Francia y llega a Inglaterra en julio de 1940. Su nombre era Philippe de Hauteclocque, pero para la misión que se le encomienda adopta el de François Leclerc.

La actividad de Leclerc comienza en las colonias francesas del África ecuatorial, que gana para la causa de la Francia Libre, y en los combates que siguen en Gabón, Eritrea, Egipto, Libia y Túnez, muestra su coraje y talento militar, en una época marcada por las tensiones entre gaullistas y partidarios de Vichy dentro del campo francés, que sólo remiten con la fusión de los dos ejércitos en agosto de 1943. Ese mismo mes, Leclerc organiza en Marruecos su Segunda División Blindada en la que los españoles, encuadrados hasta entonces en diversas unidades francesas, fueron reagrupados en un batallón con cuatro compañías, todas con un tercio al menos de españoles, pero una, la Nueve, compuesta exclusivamente de ellos. Al frente del batallón coloca a Joseph Putz, un veterano de la Gran Guerra y las Brigadas Internacionales que conocía y apreciaba a nuestra gente.

En la Nueve predominaban los anarquistas, combatientes experimentados pero que requerían que las órdenes les fueran explicadas. Estos hombres fueron llevados en 1944 a Inglaterra, donde se adiestraron en el manejo de las nuevas armas americanas y el 1 de agosto desembarcaron en Normandía. Sus blindados estuvieron pronto en movimiento hacia el sur, desbordando a los alemanes, y ellos fueron los primeros en entrar en París el 24 de ese mes, desobedeciendo las órdenes americanas; a ellos cupo el honor de liberar la ciudad. Después de aquello, combatieron duro en Alsacia y tomaron el búnker de Hitler en Berchtesgaden, donde les llegó la noticia de que la guerra había terminado. La Nueve era la fuerza de choque por excelencia de la división y de los 144 hombres que la formaban antes de Normandía, sólo quedaban dieciséis vivos al final de la guerra. En la tumba de cada caído siempre se colocó una pequeña bandera republicana.

La segunda parte del libro la componen breves biografías de algunos de los integrantes de la Nueve entrevistados por Evelyn Mesquida. Sus testimonios sirven de homenaje a los que se fueron sin poder contar su historia. Estos hombres aportan recuerdos sobre todo de la lucha y la derrota en España, y de la miseria de los campos de concentración franceses. Incorporados a la Segunda División Blindada, remarcan el entusiasmo con que iban en Europa contra los nazis, confiados en su terrible armamento, aun sabiendo que muchos habrían de dejar allí la vida. En París, no olvidan tampoco la gran bandera republicana que desplegaron en los Campos Elíseos y enseguida les conminaron a retirar. Tras la victoria, casi todos rehusaron ir con Leclerc a Indochina, donde «*no se les había perdido nada*».

El aristócrata, religioso y derechista Leclerc llegó a simpatizar con aquellos rudos españoles antiautoritarios e improvisadores, pero implacables en el combate, que componían la Nueve. Éstos también apreciaban la inteligencia y el coraje de un jefe que velaba por sus hombres paternalmente, pero estaban movidos sobre todo por una lucha contra el fascismo que se les hizo creer que tendría su continuación con la liberación de España. En este sentido, sólo cabe decir que fueron miserablemente engañados. La presencia de excombatientes republicanos españoles en el ejército francés durante la Segunda Guerra Mundial fue un hecho esencial, ninguneado mucho tiempo y que aún no se ha reconocido en toda su amplitud. Libros como *La Nueve* de Evelyn Mesquida ayudan grandemente en esta tarea.

Historia de las revueltas panafricanas, de Cyril L. R. James

Publicado en *Rebelión* el 5 de agosto de 2021

Historiador, activista y defensor de un marxismo que conjugaba revolución con democracia e internacionalismo, el antillano (de Trinidad) Cyril L. R. James (1901-1989) nos dejó algunos textos imprescindibles para comprender las luchas sociales de nuestra era. Entre ellos, deben destacar-

se *La revolución mundial, 1917–1936: El auge y caída de la Internacional comunista*, de 1937, donde analiza los hechos desde una perspectiva trotskista; *Los jacobinos negros: Toussaint L'Ouverture y la revolución de Santo Domingo*, de 1938, y el libro que reseñamos: *Historia de las revueltas panafricanas*, también de 1938.

Aparte de en su tierra natal, James vivió principalmente en Inglaterra y los Estados Unidos, y en todas partes desarrolló una intensa militancia política. Tras el trotskismo de sus comienzos, en los años 40 evolucionó hacia un rechazo del partido como vanguardia revolucionaria y un énfasis en los movimientos de liberación de los grupos oprimidos, aunque nunca dejó de considerarse leninista. Fue un adalid del panafricanismo, a cuyo bagaje teórico contribuyó con *Nkrumah y la revolución de Ghana*, publicado en 1977.

James demostró también extraordinarias dotes para la literatura. *El callejón de la menta*, de 1936, es una novela sobre los humildes trabajadores de su tierra natal, y en 1934 y 1967 dio a las tablas sendas piezas sobre la Revolución haitiana. En 1953, mientras esperaba en la isla de Ellis para ser deportado, escribió un ensayo sobre Herman Melville y su *Moby Dick*, obra en la que veía un símbolo del anticomunismo que azotaba por entonces los Estados Unidos. Fue además autor de relatos cortos, y un apasionado del cricket, deporte que celebró en un texto autobiográfico: *Más allá de un límite*, que tuvo extraordinario éxito.

Un clásico del pensamiento socialista panafricano

Historia de las revueltas panafricanas vio la luz como decíamos en 1938, pero en 1969 reapareció ampliada y actualizada. Tras la muerte de James, fue reeditada en 1995 con una extensa introducción del historiador americano Robin D. G. Kelley, y de nuevo en 2012. La versión castellana que reseñamos (Katakrak, 2021, trad. de Gema Facal Lozano) recoge esta introducción.

En sus palabras liminares, Kelley nos adentra en el espíritu de la obra, adelantado a su tiempo al atacar un colonialismo del que su autor no encuentra formas «amables», y reivindicar como esencial para la revolución mundial el impulso liberador de la raza negra y el protagonismo de las masas. Repasa Kelley también la biografía de James, con orígenes de clase media y marcado por un temprano amor por la lectura y un viaje en 1932 a Inglaterra que lo lleva al descubrimiento del marxismo, en versión trotskista y aplicado sobre todo a la lucha contra la opresión colonial. En los años 30, tras la triste experiencia de la invasión de Abisinia, ve claro que sólo los africanos podrán articular su propia emancipación y con esa perspectiva nacen sus dos grandes trabajos de 1938, sobre Haití y las revueltas panafricanas. Firme defensor del potencial revolucionario de su raza, el de Trinidad se entusiasma ante el pujante Black Power de los años 60, y apoya su autoorganización y su derecho a tomar sus propias decisiones. También colabora activamente en esta época con los procesos de descolonización en África, aunque lo decepcionan sus magros resultados. Todos estos aspectos están reflejados, como veremos, en el argumentario de *Historia de las revueltas panafricanas*.

James comienza la obra manifestando su propósito de analizar las revueltas negras a lo largo de los siglos, con lo que las que se dieron en la era de la esclavitud han de ser su primer objetivo. La resistencia de los cimarrones (esclavos fugitivos) fue común desde los inicios de la trata, pero la revuelta del Santo Domingo francés (ahora Haití) en 1791 supuso un hito esencial, por ser la única rebelión de esclavos que ha tenido éxito en toda la historia. A ella se dedica el primer capítulo, en el que a través del desarrollo torrencial y enmarañado de los acontecimientos es posible identificar las causas de este triunfo de los negros en su brava lucha, en la habilidad de líderes como Toussaint L'Ouverture y en el apoyo ocasional de la Francia revolucionaria. En 1804 se alcanza la independencia, que consolida la abolición de la esclavitud, aunque las condiciones de la explotación del trabajo siguen siendo penosas en una nueva era marcada por boicots externos y divisiones internas.

James nos acerca después a las revueltas de esclavos en las colonias inglesas de Norteamérica. A comienzos del siglo XVIII se registran allí levantamientos constantes que son aplastados con facilidad, y de ellos se aportan ejemplos, así como de los salvajes castigos que se aplicaban contra cualquier desobediencia. Tras los sucesos de Haití, la lucha adquiere horizonte y se intensifica, llegándose ya en el siglo XIX a alianzas entre los negros y los blancos pobres. En esta época, los esclavos conseguían huir a veces a los estados del norte, donde eran libres. La guerra de Secesión (1861-1865) mejoró la situación algo, pero no se libró por motivos humanitarios, sino para garantizar el dominio del norte capitalista en la expansión del país hacia el oeste. Merece recordarse que tras la derrota de la Confederación y hasta 1880 aproximadamente, en algunos estados del sur se incrementó la participación de los negros en las elecciones, y éstos accedieron, más que en cualquier otro tiempo, a puestos de gobierno, con lo que lograron dar forma a avances sociales, como la educación pública universal o la derogación de leyes con prejuicios raciales.

El siguiente escenario es África. Allí las agresiones esclavistas disminuyen a finales del siglo XIX, pero sólo para dejar paso a la invasión colonial, que impuso en gran parte del territorio un régimen de terror y explotación. No obstante, se daban diferencias entre las áreas de dominio inglés, con racismo sistemático, y las de dominio francés, donde éste era más atenuado. James analiza en primer lugar las revueltas en Sierra Leona, Gambia y Nigeria entre 1898 y 1931, en las que contrasta la revolución social de los negros de las tribus y la lucha más «huelguística» de los urbanizados, aunque la so-

lidaridad entre todos los «africanos» solía ser norma. En Malaui, en 1915, y el Congo, en 1921, se produjeron levantamientos de negros cristianizados, con tintes de liberación religiosa. En el Congo también, hubo después revueltas en 1924, 1928 y 1930. En Kenia, en 1921, Harry Thuku lideró una protesta contra la explotación de los negros, que a pesar de ser ahogada prolongó su influencia hasta la independencia. Se estudian, por último, las insurrecciones de tribus de hotentotes en Sudáfrica en 1922, que coexisten con la agitación sindical en el país, muy activa hasta 1926, con dirigentes de talento, como Clements Kadalie.

Marcus Garvey (1887-1940) capitaneó a partir de 1918 en Estados Unidos un movimiento que atacaba la brutal discriminación que sufrían los negros, sobre todo en el sur, pero se concentró en demandar una solución ciertamente absurda, que consistía nada menos que en el retorno a África de los afroamericanos. El proyecto fracasó a pesar de contar con millones de simpatizantes, pero demuestra, según James, el espíritu de revuelta que anidaba entre las masas negras.

El capítulo final de la versión original del libro (1938) está dedicado a los procesos más recientes. En los tres escenarios seleccionados: Trinidad, Ghana y Zimbabue, se observa cómo la explotación económica impuesta por el régimen colonial ha dado lugar en este tiempo a huelgas masivas que, sin embargo, no aciertan aún a exigir la independencia. La desesperación no se articula, según el autor, en unas demandas revolucionarias coherentes, y corre el peligro de abandonarse a la demagogia de líderes con facundia, pero escaso pensamiento y menos escrúpulos. La concienciación resultaba así la misión esencial.

Un epílogo añadido en la edición de 1969 analiza las novedades en diversos territorios. En Ghana la independencia se materializó en 1957 a través de huelgas, pero en Kenia, donde los blancos se habían apropiado de las mejores tierras, sólo se logró en 1963 tras una sangrienta guerra. Por todos los rincones de África el paisaje es al fin parecido, en cuanto que los Gobiernos nacionalistas autóctonos dejan paso rápidamente a dictaduras militares que perpetúan la explotación económica con ropaje neocolonial. En Sudáfrica, los negros resultan imprescindibles para el funcionamiento del país, pero la resistencia a concederles derechos políticos es feroz, y se ha recurrido a su aislamiento en bantustanes. No obstante, la lucha armada sigue, y James profetiza el colapso del régimen de *apartheid*, «*probablemente más temprano que tarde*»; al fin hubo que esperar hasta 1992 para verlo. En América se reportan los avances del movimiento de derechos civiles en Estados Unidos, y en el Caribe se resalta la inestabilidad en muchos lugares en situación colonial o neocolonial y el aliento que aportó en 1959 la Revolución cubana.

James concluye su epílogo con una nota de esperanza, señalando lo alcanzado por Julius Nyerere al frente del Gobierno de Tanzania y por Kenneth Kaunda en Zambia, con progresos hacia un socialismo cooperativo que hallaba su fundamento, además, en las estructuras tribales de apoyo mutuo tradicionales en África.

Historia de las revueltas panafricanas nos describe con precisión quirúrgica los variados rostros que ha tomado la resistencia de una raza oprimida, y deshace los mitos sobre la pasividad del negro y lo inevitable de su situación postergada. La realidad es que los africanos, conscientes y orgullosos de un pasado con espléndidos logros artísticos y culturales, nunca han aceptado las cadenas y han estado siempre en pugna por materializar su liberación, desde la era del viejo esclavismo hasta la del más sibilino de hoy mismo. James nos demuestra en este libro de forma irrefutable que «*el único lugar donde los negros no se rebelaron es en las páginas de los historiadores capitalistas*».

A vueltas con *El libro negro del comunismo:* historiografía y propaganda

Publicado en *Rebelión* el 20 de septiembre de 2011

La reedición reciente de la versión en español de *El libro negro del comunismo* (Ediciones B), obra de un grupo de autores coordinados por el francés Stéphane Courtois, director de investigaciones del CNRS, ha reabierto la polémica sobre lo que se presenta como un recuento, pretendidamente minucioso, de las víctimas de los regímenes sedicentemente comunistas. El libro acumula más de mil páginas en las que se nos describen las cristalizaciones históricas del comunismo, presentado siempre como un anhelo despiadadamente totalitario que se materializa por todo el ancho mundo en un salvaje amontonamiento de cadáveres. Hay que señalar, no obstante, que tras la publicación de la obra, tres de sus seis autores se desmarcaron del capítulo introductorio de Courtois «Los crímenes del comunismo» por medio de un artículo en *Le Monde* en el que juzgan que en él se infla injustificadamente el número de víctimas en un intento desesperado de alcanzar los 100 millones y se realiza además una comparación que no suscriben entre nazismo y estalinismo.

El libro es un ladrillo extraordinariamente útil. Puede ser lanzado contundentemente a la cabeza de cualquiera que se plantee una alternativa al pensamiento dominante. Aunque se argumente que los números están exagerados, no resulta fácil zafarse del golpe. El retrato que se dibuja al fin es tan monstruoso que tenderíamos a pensar que cualquier cosa debe ser mejor que eso. El problema es que no es así. El secreto del libro es la ocultación constante de las otras ca-

ras de la realidad. Cuando se atiende a ellas, se ve claramente que los «crímenes del comunismo» no son de ninguna manera episodios excepcionales en la «historia universal de la infamia». Una muestra clara de esto pueden darla los datos reunidos por Gilles Perrault y otros en *El libro negro del capitalismo*, publicado en Francia en 1998 (hay versión en español, Txalaparta, 2002). Sin embargo esta obra no pretende ser con sus 495 páginas una recopilación tan exhaustiva como la del otro y no ha logrado tampoco una difusión tan grande. En *El libro negro del comunismo*, el camuflaje sistemático de acontecimientos históricos próximos a los narrados, y que son imprescindibles para explicarlos en una óptica racional, permiten enfocar con gran aumento «las atrocidades comunistas», que al final resultan ser algo tan verdaderamente atroz que una interpretación maniquea de la historia del siglo XX está servida. De un lado queda el comunismo, es decir «el mal», a cuyo lado puede colocarse el nazismo, y de otro, lo que no puede plantearse de otra forma que como «la lucha contra el mal», en la que a veces pueden haberse cometido «algunos excesos».

Uno de los innumerables ejemplos de la criminal ocultación del contexto en la que incurre el libro lo tenemos en la parte en la que se trata sobre la historia de los Jemeres Rojos camboyanos. En ésta se describen pormenorizadamente las atrocidades cometidas en el país por los comunistas a lo largo de los años 70, durante la guerra civil primero y después durante el régimen de Pol Pot, establecido tras la toma de Phnom Penh en 1975 y que se mantuvo hasta la invasión vietnamita de 1979. Los títulos de los capítulos de esta parte son reveladores: «Camboya, el país del crimen desconcertante», «La espiral del horror», «Variaciones en torno a un martirologio», «La muerte cotidiana en los tiempos de Pol Pot», «Las razones de la locura», «¿Un genocidio?». Nada nos dice en ningún momento Jean-Louis Margolin, autor de esta parte, sobre unos hechos que muchos historiadores consideran cruciales a la hora de explicar la emergencia imparable y el comportamiento, ciertamente inusitado, de Pol Pot y sus seguidores. Nos referimos a los bombardeos sobre la parte oriental de Camboya realizados por los americanos entre 1965 y 1973, y que tuvieron su clímax durante la denominada «Operación Menú» en 1969 y 1970. El insólito nombre de esta campaña procede de las distintas partes en que se fue estructurando, bautizadas: «Breakfast», «Lunch», «Dinner», etc. No cabe duda de que los asesinatos masivos se realizaban sin perder el sentido del humor.

Estas operaciones se trataron de mantener en secreto, pero los documentos sobre ellas fueron desclasificados durante el mandato de Bill Clinton, en 2000, y han sido estudiados por los historiadores Ben Kiernan y Taylor Owen. Según los datos que éstos aportan, durante ellas se realizaron 230 516 salidas sobre 113 716 objetivos, en las que se arrojaron 2 756 941 toneladas de bombas. Hay que decir que esta cantidad de bombas supone en realidad un *carpet bombing* («bombardeo en alfombra») con lo que la mención de «objetivos» resulta más bien grotesca. Pensemos que aunque la dividamos por la extensión total del país, son todavía 15 toneladas y 228 kg de bombas por kilómetro cuadrado. Tratemos de imaginar algo semejante en nuestro entorno próximo.

Resulta muy difícil calcular el número de víctimas producidas por estos ataques, pero William Showcross y otros autores han señalado la alta probabilidad de que su efecto final fuera en realidad desestabilizar una región ya en equilibrio precario y facilitar la toma de poder por de los comunistas. Por su parte, Ben Kiernan y Taylor Owen han usado una mezcla de imágenes de satélite, datos detallados de los bombardeos y testimonios recogidos sobre el terreno para argumentar contundentemente que existe una correlación entre las zonas masacradas y las áreas de reclutamiento de los jemeres rojos. A nadie se le escapan los efectos que más allá de la destrucción física, en el plano psicológico, puede tener sobre cualquier país una brutalidad como la que supusieron estos bombardeos.

Ejemplos como éste podrían multiplicarse y la conclusión es siempre que más que una maldad intrínseca de nadie, la violencia de la historia del comunismo se explica por otros factores entre los que resulta esencial una continua y perversa dialéctica de acción y reacción

Aunque textos como *El libro negro del capitalismo*, citado antes, apuntan ya aspectos importantes, es cierto también que está pendiente un estudio pormenorizado y sistemático de la terrible capacidad del ser humano para la destrucción de sus semejantes que se manifiesta a cada paso en la historia. Existen datos suficientes para asegurar que procesos históricos como el esclavismo en África o la explotación colonial de los distintos continentes, por citar sólo unos pocos ejemplos, darían para elaborar libros negros de muchas páginas con sobrecogedores catálogos de brutalidades y recuentos de muchos millones de víctimas inocentes. No obstante, el hecho es que hasta el momento el principal objeto de estudio historiográfico en este sentido han sido sólo «las atrocidades comunistas». A la luz de esto, *El libro negro del comunismo* se nos aparece más que nada como un negro chorro de tinta de calamar destinada a transmitir una imagen parcial e interesada de la historia.

La Revolución de los Claveles empezó en África, de Perry Anderson. La singularidad del Imperio portugués

Publicado en *Rebelión* el 5 de diciembre de 2024

El historiador marxista Perry Anderson, nacido en Londres en 1938 y profesor muchos años de la Universidad de California en Los Ángeles, es conocido por sus trabajos que analizan desde el feudalismo y las monarquías absolutas hasta la filosofía y política del siglo XX. El volumen que Verso acaba de publicar como *La Revolución de los Claveles empezó en África* (trad. de Abraham del Río Serantes) reúne tres artículos suyos aparecidos en 1962 en *New Left Review* con el título conjunto *Portugal y el fin del ultracolonialismo*, e incorpora además como epílogo *La prueba en Portugal*, versión en castellano de un artículo de 1974 de Robin Blackburn en la misma revista.

Anderson ofrece en sus textos un análisis económico, social y político del Portugal de los comienzos de los 60, sintetiza luego la historia del Imperio portugués, poniendo de manifiesto sus peculiaridades, y culmina con la insurrección angoleña, que nacía por entonces y le hace vaticinar el fin inevitable de la aventura colonial lusa. Por su parte, Blackburn examina en su artículo el origen y desarrollo de la Revolución de los Claveles, y trata de discernir las expectativas que se abren en un momento de confusión y esperanza. El libro en su conjunto resulta de gran interés por su descripción rigurosa de la ligazón económica y política entre las colonias y la metrópoli en un imperialismo *sui generis*, que se mostraba completamente inviable.

Portugal en los años 60

Un vistazo a la economía portuguesa a comienzos de los 60 retrata un país subdesarrollado, con un sector industrial muy reducido, agricultura de semisubsistencia y el nivel de vida más bajo de Europa occidental. El campesinado era con diferencia la clase más numerosa, y sufría latifundismo en el sur y minifundismo en el norte, con resultados de desempleo crónico y escasa productividad. Las condiciones habitacionales, nutricionales y sanitarias eran propias del tercer mundo. Este panorama era regido por una «*pequeña y compacta oligarquía de familias*», que gobernaba el agro feudal y capitaneaba bancos e industrias, compartiendo el pastel con una gran penetración de capital británico.

La estructura política que hacía posible esta situación era la dictadura de Salazar, reducto del fascismo europeo con origen en la revuelta militar que en 1926 puso fin a la I República portuguesa. Este régimen, aparte de servir a las élites, había desarrollado un entramado paramilitar e ideológico propio, con un Estado que organizaba el ente social en corporaciones sobre las que ejercía luego su mediación, y un papel fundamental del Ejército. No obstante, esta superestructura fascista se había hecho necesaria sólo por la debilidad de la ideología religiosa que dirigía tradicionalmente el país y seguía moviendo sus hilos en la sombra.

Historia y peculiaridades del Imperio portugués

Sorprendentemente, la nación que se acaba de describir era metrópoli de un imperio que la convertía en tercera potencia colonial del mundo, y buscar la causa de esto nos obliga a remontarnos al siglo XV, cuando los portugueses, tras sus navegaciones por el Atlántico y el Índico, establecieron un lucrativo comercio, obteniendo oro y esclavos en África y especias en la India, de forma que a mediados del XVI ya controlaban una amplia zona con bases navales hasta Macao, en la China meridional. Era éste un imperio comercial que generó enormes riquezas y ejerció una violencia muy exitosa, sobre todo por la potencia de fuego de su artillería, en un momento además en que no había grandes contrincantes. Paradójicamente sin embargo, mientras esto ocurría, en la metrópoli agricultura e industria decaían y la población se pauperizaba.

El paso siguiente fue la transición del imperialismo de intercambio al de extracción, que exigía la ocupación del territorio y un uso más sistemático de la violencia. La colonización del Brasil comenzó en el siglo XVI y pronto las plantaciones fueron surtidas de esclavos negros, pero la penetración en el interior de África estaba muy ceñida a las cacerías humanas necesarias para abastecer América, de forma que con la prohibición de la trata se calcula que para mediados del siglo XIX el número de portugueses en el área subsahariana no superaba los tres mil.

No es hasta finales del siglo XIX cuando se impone en África un nuevo tipo de imperialismo, industrial y tecnológico, que explota vastos territorios en busca de materias primas, valiéndose de «*empresas privadas que ejercen poderes públicos*». En esta época las potencias europeas se reparten la tarta y para Portugal quedan dos raciones abundantes: Angola y Mozambique, aunque la conquista militar se demoró y el control efectivo sólo se consiguió tras el fin de la Primera Guerra Mundial. No obstante, Anderson enfatiza que el modelo existente en ese momento de imperialismo industrial no se aplica en el caso de Portugal, pues la economía de la metrópoli, en bancarrota, no demandaba ese desarrollo. Se trata solamente de una «colonización refleja», que imita la expansión de otras potencias sacando provecho de la presencia previa en la región. De hecho, el capital de las compañías que explotaban la empresa era dominantemente extranjero.

En el libro se señalan algunas características que marcan lo peculiar del Imperio portugués. La primera, descrita en detalle, es un uso sistemático del trabajo forzado que provocaba la huida en masa de la población a regiones vecinas y para Anderson no tiene parangón con el que se daba en

otros lugares del continente. Otras potencias recurrieron a esto en un principio, para pasar luego a una fase en que el estilo imperialista cambia y «*el terror da paso al paternalismo*», pero esta transición no se dio en las colonias portuguesas, lo que revela su poca pujanza económica.

Otra diferencia la marca que los colonos portugueses llegan en muchos casos huyendo de las malas condiciones de vida que les ofrece la metrópoli y sufren en África desempleo y privaciones. Una alternativa que se les da es la fundación de comunidades rurales exclusivamente blancas, pero éstas muestran escasa viabilidad. Hay que señalar además que a pesar del fervoroso catolicismo salazarista, la conversión de los nativos no progresaba demasiado y padecía una intensa competencia de los misioneros protestantes, más solícitos con las poblaciones locales.

La legislación y la práctica social vigentes por entonces evidencian un racismo rampante, con la población africana sumida en analfabetismo y miseria, pero la ideología colonial portuguesa disfrazaba esto publicitando un proyecto benéfico y de honda raíz religiosa, promotor de progreso social y espiritual y ajeno a la dominación económica capitalista de otras potencias. A pesar de estas intenciones proclamadas, lo cierto es que la penetración de empresas extranjeras en Angola y Mozambique, descrita en detalle en el libro, se disparaba a comienzos de los 60, lo que caracteriza un «condominio encubierto» en el que el capital foráneo ejecutaba y el Gobierno portugués permitía y cobraba su mordida.

Anderson define esta situación como «ultracolonialismo», una explotación exacerbada y anacrónica, que el signo de los tiempos pronto iba a poner en entredicho.

La insurrección de Angola

La oleada de movimientos de liberación africanos de los 50 no podía dejar de lado los enclaves coloniales portugueses, y puede decirse que fue la independencia del Congo en 1960 el detonante de la insurrección nacional que estalla en Angola en marzo de 1961 y en pocos días pone casi todo el norte del país en manos de los rebeldes. Los colonos de estas áreas fueron evacuados y la población blanca se confinó en la capital, Luanda, mientras se bombardeaban las aldeas del norte y en el sur se imponía el terror sobre los africanos.

Con efectivos llegados de la Península, en julio los portugueses emprenden una contraofensiva que logra recuperar poblaciones, pero deja el territorio a los insurrectos, y éstos en noviembre atacan de nuevo. La situación de entonces se describe como una guerra de guerrillas combatida con represión y bombardeos masivos, un auténtico genocidio, pero la organización y armamento de los sublevados eran cada vez mejores por el apoyo exterior.

Escribiendo en 1962, Anderson considera las perspectivas de futuro. La situación internacional, con la ONU, e incluso tibiamente los Estados Unidos, apoyando la independencia, era para el Gobierno luso un problema y trató de contrarrestarlo buscando alianzas con España, Reino Unido o Sudáfrica. La gran dependencia económica de la metrópoli respecto a sus colonias determinó una crisis galopante, con fuga de capitales y el escudo tambaleándose a medida que aumentaba el gasto militar. Subidas de impuestos y préstamos extranjeros estaban sirviendo para capear el temporal, pero Anderson augura inestabilidad por los esfuerzos que se exigen a las clases privilegiadas del país. Paralelamente, se aprecia descontento entre los militares más liberales (otanistas), consternados por el respaldo norteamericano a los rebeldes y dispuestos a hacer concesiones, mientras las clases populares no llevan bien el reclutamiento masivo y se producen disturbios por todo el país.

En 1962, observando como la guerra se extiende, el régimen se aísla de cualquier otra fuerza social, los militares toman distancia, obreros y estudiantes se movilizan y el capital huye, Anderson concluye que el «*fin de una época es inminente*».

La Revolución de los Claveles

Robin Blackburn en su epílogo repasa la evolución del régimen salazarista en los 60 y 70, con apertura del país al capital extranjero, crecimiento económico y demográfico en las áreas urbanas, y cierta liberalización, que hizo posibles elecciones controladas en 1969 y 1973, con victorias oficialistas. En este último año, inflación galopante, malestar social y huelgas llevaron a oficiales de izquierdas a organizarse en el Movimiento de las Fuerzas Armadas (MFA), que demandaba libertades políticas, e incluso dentro del régimen personalidades como el general António de Spínola en su libro *Portugal y el futuro* (1974), propuso una respuesta «neocolonial», con una federación de la metrópoli y sus colonias, como alternativa al «ultracolonialismo» oficial.

Es así como el 25 de abril de 1974 el MFA, en una acción sorpresa a los acordes de la canción *Grândola, Vila Morena*, logró hacerse con el control del país, aunque la existencia de focos de resistencia obligó a un compromiso con Spínola y las fuerzas de su entorno, con lo que la Junta de Salvación Nacional (JSN) que se instituyó fue encabezada por éste. Tres semanas después se formó un Gobierno provisional, presidido por un amigo de Spínola, pero con dos ministros comunistas y otros dos socialistas. La bicefalia va a ser el signo de unos meses en que se restauran libertades y el pueblo exige *saneamento* de los fascistas notorios que siguen en posiciones de poder, sin que esto se logre demasiado en las Fuerzas Armadas.

Los avances en la descolonización resultaban excesivos para el ala spinolista del Gobierno y en septiembre organizaron una gran manifestación en Lisboa como preludio de un *Putsch*. Sin embargo, las precauciones del MFA consi-

guieron desbaratar los planes y el general se vio obligado a presentar su dimisión como presidente de la República y la JSN. No obstante, como se vería después, la reacción seguía teniendo fuerza.

Tras la publicación del texto de Blackburn, Spínola auspició otra asonada militar en marzo de 1975, que fue rápidamente sofocada. Los intentos de reforma radical a partir de ese momento, con nacionalización de la banca y gran parte de la industria y una ambiciosa reforma agraria, avivaron una intensa polarización social que amenazaba desembocar en guerra civil hasta que a finales de ese año los militares más derechistas tomaron el control del Ejército y las aguas volvieron a su cauce. El año siguiente el país se dotó de una nueva Constitución y poco después en las primeras elecciones democráticas a la presidencia de la República se impuso António Ramalho Eanes, del sector moderado de la UMD, con el apoyo de socialistas, cristianodemócratas y socialdemócratas.

Perry Anderson y Robin Blackburn describen rigurosamente en este libro cómo se encadena la evolución de los acontecimientos en Portugal y Angola durante los años 60 y 70 del siglo XX, y ciertamente demuestran que la Revolución de los Claveles empezó en África, pues allí se gestaron las dificultades en la economía de la metrópoli que movilizaron a diversos sectores sociales para poner fin a la dictadura. La historia trazada ofrece un ejemplo, extraño y extremo, del fracaso de un proceso colonial que, al margen de los rostros más comunes del imperialismo capitalista, consistió más que nada en una imposición de trabajo forzado torpemente disfrazada de tutelaje espiritual.

Tumulto, de Hans Magnus Enzensberger

Publicado en *Rebelión* el 3 de enero de 2018

El prolífico y multipremiado Hans Magnus Enzensberger (Baviera, 1929) cultiva la escritura sin desdeñar género alguno, aunque tal vez sean las aproximaciones histórico-biográficas su venero más reseñable. Entre éstas merece destacarse la de 1964 sobre Al Capone y el crimen organizado de Chicago, que le sirve para explorar con agudeza las conexiones entre mafia y capitalismo. Su amor por la lengua castellana y las historias de nuestra piel de toro, lo llevó a escribir *El corto verano de la anarquía* (1972), donde conjura un coro de voces para crear un retrato caleidoscópico e inolvidable de Buenaventura Durruti. Cuando ya octogenario, Enzensberger descubre en el sótano de su casa carpetas con manuscritos suyos de los años 60 y 70, bosquejados en visitas a Rusia, Cuba o Camboya, decide reutilizarlos en *Tumulto*, publicado en castellano por Malpaso (2015, trad. de Richard Gross), que resulta ser su personal ajuste de cuentas con los intentos revolucionarios de aquel tiempo.

Rusia en 1963

El capítulo inicial del libro apenas requirió reelaboración y corresponde a un primer viaje a Rusia, realizado en 1963 para participar en un encuentro de escritores al que también acudían Jean Paul Sartre, William Golding, Mijaíl Shólojov o Iliá Ehrenburg, entre muchos otros. Visitan Leningrado y Moscú, con itinerarios controlados y previsibles, y son recibidos a orillas del Mar Negro por Jruschov, que en un discurso interminable y laberíntico defiende sus cambios y aboga por el entendimiento entre los dos bloques, su «coexistencia pacífica», para la que pide la adhesión de sus presuntamente influyentes huéspedes.

Rusia en 1966

Las notas de este otro periplo por la URSS costaron a su autor más trabajo a la hora de darles forma final. Estaba ya Leonid Brézhnev en el poder y la represión de la disidencia se recrudecía, pero a él, invitado por la todopoderosa Unión de Escritores Soviéticos, se le permite moverse libremente por el país acompañado de un intérprete. Esto fue tras unos días en Bakú para asistir a un congreso de escritores por la paz en el que reinaba un Yevtushenko descrito como desorbitado e histriónico. Allí conoce Hans Magnus a María Makárova (Masha), estudiante de filosofía, fruto de los amores de Konstantín Fadéiev, pope del realismo socialista, y la poeta Margarita Aliguer, protegida por sus conexiones y un premio Stalin, pero en las fronteras de la disidencia. Masha lleva el apellido del marido de Margarita, un compositor, y apenas habla alemán, por lo que las conversaciones con ella son en inglés. Se convertirá en Frau Enzensberger el año siguiente, y el romance entre ellos es pronto el argumento esencial en «*una Venecia negra, industrial, animada por gatos y gaviotas*».

Viene después el viaje con su intérprete, en el que el autor visita Tashkent, Bujará y Samarcanda, prodigios de la civilización islámica y un hervidero étnico bajo la *pax sovietica*; vienen luego Almá-Atá, Irkutsk —punto de entrada para los deportados a Siberia, de los decembristas al Gulag—, Bratsk con su industrialización desenfrenada y el lago Baikal; en Novosibirsk conoce por primera vez una *kommunalka*, una antigua vivienda burguesa compartida entre estrecheces por varias familias; como ocurre en estos casos, por todas partes aparece gente interesante a los que nunca volverás a ver; por las noches ayuda a redactar los informes que su acompañante ha de preparar sobre él para el KGB. Iluminan estas páginas destellos de la vida soviética y su rigidez burocrática, con lujos culturales, leyes ocultas y penurias inexplicables.

Enzensberger regresa en el transiberiano a Moscú, donde se reencuentra con Masha, pero ha de partir hacia Georgia unos días para las ceremonias de un aniversario literario; allí comprueba que hay lugares en los que no ha muerto aún el culto a Stalin. Él vivía por entonces en Noruega con su mujer y su hija, pero decide romper amarras para dar paso a la novela rusa que nació en Bakú. Un dosier que publica ese año en la revista *Kursbuch* sobre la rebelión de Kronstadt en 1921 cancela todo su crédito en la Unión de Escritores, que tan buenos momentos había propiciado.

Un mundo en ebullición (finales de los 60 y años 70)

Entre recuerdos de la contracultura berlinesa, India y Rusia, el autor se interpela a sí mismo para hablarnos de su divorcio y su nuevo matrimonio en junio de 1967 en Moscú, de sus difíciles relaciones con Masha, que no soporta la vida en Alemania, y de la instalación de ambos en octubre en América, cuando son contratados por una Universidad de Nueva Inglaterra. En enero viajan a Cuba para asistir a un congreso de escritores. Después de éste, deciden quedarse una temporada, pero enseguida él está otra vez de camino: California, la Polinesia Francesa, Australia. Su destino es Camboya, donde el príncipe Sihanouk lo ha invitado. Luego, tras deambular con Masha por Cuba durante tres semanas, permanecen en La Habana a la espera de que el Gobierno les encomiende algún trabajo; viven de hotel y observan la vida, versión tropical de la rusa. Cuando consiguen una casa, reciben a amigos como José Lezama Lima o Heberto Padilla. A Enzensberger le toca también bregar en los campos: plantando cafetos en torno a la capital, y en la zafra de 1969.

El autor es crítico con la revolución cubana, en la que advierte una deriva mesiánica y un rosario de errores y fracasos económicos que abren paso a la corrupción. Después de esta experiencia, siguen recuerdos de Praga en efervescencia antisoviética, y de Berlín, donde Ulrike Meinhof y Andreas Baader, cuya lucha reprueba como ofuscada e inútil, buscan refugio en su casa tras la fuga de Andreas de la cárcel. La sección final del libro, dedicada a los 70, es tal vez la más prescindible, y recoge fragmentos de una época percibida como de normalización. Es también cuando se separa de Masha, que en 1972 se instala en Inglaterra con una beca del King's College de Cambridge. En el otoño de 1991 puso fin a sus días.

A través del tumulto

Es bien sabido que todos los Gobiernos tienen una deuda permanente con el «mundo de la cultura», y que organizar congresos para escritores o repartir premios son actividades a la que ninguno parece capaz de sustraerse. Con dos bloques ideológicos violentamente enfrentados, el mayor mérito fue sin duda el de los que consiguieron ser agasajados a la vez por las dos partes en conflicto, privilegio que nuestro autor perdió en 1966 con su desafortunado dosier sobre la comuna de Kronstadt. Hasta ese momento, supo aprovechar la coyuntura para recorrer el mundo sin restricciones, buscando siempre los territorios más relevantes desde el punto de vista de la trasformación social; eran los años 60 del siglo XX y lo que nos cuenta tiene a veces un interés que da su mayor atractivo al libro.

Mientras se suceden en su país algaradas y conatos revolucionarios de menguada base, que él juzga baldíos y disparatados, Enzensberger se las arregla para estar siempre en otra parte, errante por un escenario de ruinas y sin dejar de lamentar lo mal que andan las cosas. Entre el ridículo y el fracaso, elige el fracaso, que es mucho más digno, y su principal obsesión es presentarnos a los escritores que auscultan en cada lugar los signos de la frustración inevitable. *Tumulto* es una obra desigual que a ratos divaga y nos decepciona, pero otros descubre con sus impresiones de viaje fragmentos de mundos desaparecidos que es necesario retener, y paisajes emblemáticos del desengaño que alumbraron las quimeras del siglo XIX.

Esplendor en la noche (Ed. de Ana Muiña y Agustín Villalba). Vivencias del mayo de 1968

Publicado en *Rebelión* el 8 de septiembre de 2020

Medio siglo de distancia da ya para entender lo que significó aquello. La rebeldía, juvenil e idealista, pedía grandes transformaciones, argumentó y gritó, pero se enfrentaba a algo demasiado sólido. El relativo bienestar de la clase media al final de los «treinta gloriosos» jugaba en contra, y mirar la utopía cristalizada al otro lado del muro tampoco ayudaba, precisamente. El balance de fuerzas era desastroso, y la fiebre quijotesca, sin alternativas viables, tuvo que conformarse con cambios cosméticos, distensión en las formas y un sucedáneo de revolución sexual. Los mejores lo entregaron todo en aquel estallido y vivieron luego más que nada para lamer sus heridas, pero muchos otros, tras despertar del sueño, renegaron de él y se aprestaron a escalar la pirámide social. Pronto vimos en las alturas rostros que se dieron a conocer en las barricadas: «*Ya somos todo aquello contra lo que luchábamos a los veinte años*».

Pero a pesar de todo, lo cierto es que aquellos días de mayo la razón alumbró relaciones distintas en la universidad y la fábrica, y un mundo nuevo comenzó a asomar por las resquebrajaduras del viejo. ¿Cómo fue la experiencia de los que estuvieron allí? Ana Muiña y Agustín Villalba han tratado de responder con *Esplendor en la noche* (La linterna

sorda, 2017), sumando testimonios y recogiendo documentos y fotos sobre el movimiento. Ellos mismos introducen el libro con un glosario que sintetiza las claves: el arrebato de imaginación y creación, anónima y al servicio del pueblo, los «Comités de acción», la huelga general y las ocupaciones para organizar la autogestión, sin olvidar la violencia desencadenada ni las tensiones con la CGT y el PCF. Los jóvenes llevaban la voz cantante, pero había también veteranos como Cipriano Mera, que en su francés macarrónico trataba de enseñar a los novatos a construir barricadas.

Tomás Ibáñez (1944), exiliado por entonces en París, nos acerca a hechos en los que participó, como la manifestación del Primero de Mayo y las tumultuosas protestas estudiantiles de los días siguientes, recibidas con escepticismo en la sede de la CNT el día 10. A partir del martes 14 se multiplican las ocupaciones de fábricas, aunque la CGT controla y entorpece el proceso. El sábado 18 Francia está prácticamente paralizada y la noche del viernes 24 la violencia es extrema, pero entonces cambian las tornas y el 30 de mayo una marea humana apoya a De Gaulle en los Campos Elíseos. Hay bolsas de resistencia obrera aún, pero son sofocadas en poco tiempo. El 10 de junio, Tomás es expulsado de París. En otro breve texto intenta explicar el estallido: cuando el antagonismo de las reivindicaciones genera un vacío de poder es la hora de la creatividad, y en ese sentido, mayo fue un ensayo continuo de gestión desjerarquizada y espacios liberados, un derroche de voluntad y vértigo emancipadores que, arruinado, dejó una estela de suicidios en los meses siguientes. Hubo que esperar a 2011 para que el espíritu de la revuelta antiautoritaria renaciera en el movimiento 15-M.

Ariane Gransac (1942) y Octavio Alberola (1928) defienden en su texto la actualidad del mayo del 68 al pervivir las opresiones que lo engendraron, y plantean el enigma de una revolución desencadenada, no por la escasez, sino por la ausencia de libertad en la «abundancia» capitalista. Analizan después el papel jugado por los jóvenes ácratas españoles, espoleados por su compromiso antifranquista y desencantados por igual del sistema que amenazaba engullirlos y las estrategias fosilizadas de las organizaciones sedicentemente revolucionarias. Ariane y Octavio fueron detenidos en febrero de 1968 en Bélgica, pero ella fue excarcelada a tiempo para vivir las luchas y esperanzas del mayo parisino. Ariane reflexiona en otro texto sobre la liberación de las mujeres en el contexto de aquellas movilizaciones, y denuncia el error común de tratar de igualar su poder al del hombre, con lo que se ignora la dimensión auténtica de la emancipación de unos y otras.

Claire Auzias (1951) era en mayo del 68 una estudiante de secundaria en Lyon comprometida con el movimiento anarquista. El día 3 va a su primera manifestación y a partir de entonces se sumerge en la hiperactividad de la huelga, los debates, las asambleas... Recuerda la alegría de los anarcos, «*vestida de teoría muy liviana*», frente a la rigidez de trotskistas y maoístas, y sobre todo la mezcla de «*cansancio y luminosidad*» del ambiente. Claire vivía la revolución como un proyecto que desbordaba carnés y siglas, todo juego y barahúnda, hasta que el día 24 su hermano mayor y un compañero la sacaron *manu militari* de una barricada. Para los más jóvenes, aquellos días supusieron un despertar adornado con retazos y ecos de los ensueños más hermosos de la historia.

Lola Iturbe (1902-1990), militante y periodista libertaria, cofundadora de Mujeres Libres, vivía por entonces exiliada en Francia junto a su compañero Juan Manuel Molina, Juanel, y contribuye al volumen con un texto que comienza relatándonos un paseo por el Barrio Latino el día 11, tras una noche de disturbios, entre efervescencia juvenil, carteles revolucionarios y retratos de Mao. Reconoce el idealismo y el coraje que se derrochó allí, pero sus recuerdos de julio de 1936 en Barcelona le permiten aquilatar la diferencia entre una revolución y su simulacro. En 1968, jóvenes de todo el mundo se rebelaron contra el autoritarismo que constreñía sus vidas y París se convirtió en su emblema. Con ello, los poderosos temblaron por un momento, pero el impulso se agotó rápido porque no estaba bien enraizado en el cuerpo social.

Miquel Amorós (1949) reivindica la aportación de la Internacional Situacionista al movimiento de mayo. Ésta se había dado a conocer en los años anteriores con un proyecto mestizo de vanguardia artística y organización revolucionaria, y había planteado una crítica demoledora del mundo universitario y sus miserias, que hacía extensiva a la enajenación consumista de la clase obrera en la que denominaba «sociedad del espectáculo». Cuando la Sorbona es liberada y proliferan huelgas por todo el país, son los situacionistas los más combativos a la hora de llamar el día 16 desde el Consejo de Ocupación de la Sorbona a «*la ocupación inmediata de todas las fábricas de Francia y a la formación de consejos obreros*»; sin embargo, estalinistas y trotskistas se unen al punto contra esto. Marginados con artimañas, pero conscientes de la trascendencia del momento, los partidarios de profundizar en la convergencia con la autogestión proletaria ocupan entonces el Instituto Pedagógico Nacional de la calle Ulm y tratan de seguir la lucha desde allí mientras las huelgas se apagan progresivamente. El comienzo del fin llega el día 26, cuando CGT, patronal y Gobierno firman los acuerdos de Grenelle que preludian el regreso a la normalidad, y en unas semanas el sueño liberador se estrella contra la alienación de la sociedad de la abundancia y la división de la clase obrera tras demasiadas derrotas.

Resplandor en la noche recoge análisis y testimonios sobre la penúltima revolución francesa, las convulsiones de un mes de mayo de hace medio siglo en que París se con-

virtió en icono de la resistencia contra el monstruo capitalista. Sus páginas nos acercan a los argumentos de una efervescencia emancipadora que supo organizarse y nos legó lecciones imborrables, pero a través de ellas conocemos también sus limitaciones, divisiones y contradicciones, que abocaron a un fracaso inevitable. La edición de La linterna sorda rebosa además de fotografías y documentos, testigos perdurables del fulgor de aquellos días insólitos.

De mayo del 68 a la cultura woke, de Pablo Pérez López. Las metamorfosis de la impotencia

Publicado en *Rebelión* el 10 de octubre de 2024

Lo *woke* se extiende por Occidente e impone normas y criterios novedosos en muchos campos, pero su genealogía no ha sido analizada aún en profundidad, lo que sería esencial para comprender qué está ocurriendo realmente y las razones detrás de ello. El historiador Pablo Pérez López, especialista en la Transición española y la Europa del siglo XX, con especial atención a los aspectos culturales, rastrea estos orígenes en *De mayo del 68 a la cultura woke*, que acaba de ser editado por Palabra, y ya en el mismo título deja claro que es en las revueltas de los 60 donde ve el germen de lo de ahora. El libro realiza un recorrido desde los cambios culturales tras la Segunda Guerra Mundial hasta los que caracterizan el presente, pone de manifiesto sus conexiones y culmina con un análisis del *wokismo* que enfatiza sus errores y despropósitos sin reconocer los aspectos positivos que a nuestro juicio pueden encontrarse en él.

La Norteamérica de postguerra

Los Estados Unidos asumen en 1945, tras la derrota de las potencias del Eje, un liderazgo mundial que va acompañado de una transformación de la propia vida de sus ciudadanos. A partir de ese momento, automóviles y electrodomésticos al alcance de todos crean una atmósfera de bienestar y abundancia, mientras la industria cultural ofrece entretenimiento generoso. La técnica parecía haber resuelto todos los problemas, pero ya a finales de los 50 comenzaron a oírse voces disidentes, como la de la influyente generación *beat*, que denunciaban lo que veían de hipócrita y vacío en la nueva forma de vida, y la persistencia de lacras como el racismo o la pobreza. Respecto al primero, se recuerda en el libro un dato escalofriante: el matrimonio interracial no fue legalizado en los USA definitivamente hasta 1970.

Todo esto desemboca, ya en los 60, en un ambiente cultural en ebullición, en el que triunfaba la transgresión, mientras el movimiento por los derechos civiles tomaba fuerza, con la trayectoria de Martin Luther King desde su discurso *I have a dream* de 1963 hasta su asesinato cinco años después. Surge además una crítica original del capitalismo (*El hombre unidimensional*, de Herbert Marcuse, es de 1964), preocupación ambiental (p. ej. con *Primavera silenciosa*, de Rachel Carson, de 1962), y el feminismo se hace notar (Betty Friedman publica *La mística femenina* en 1963). Mientras tanto, en los campus la vida sexual de los jóvenes supera viejos tabúes al tiempo que se extiende el consumo de drogas. La contracultura tomaba carta de naturaleza, pero como nos recuerda Pérez López, con ella no desapareció el consumismo, sino que sólo cambió de estilo: «*¿Se siente marginado a causa del conformismo y la hipocresía de la sociedad de masas? ¡Tenemos un coche para usted!*».

El análisis se completa con un repaso de la revuelta del campus de Berkeley en 1964 contra las prohibiciones de realizar propaganda a favor de los derechos civiles en el recinto de la universidad. Hubo marchas, sentadas, ocupaciones de edificios y desalojos violentos, y al fin se consiguió que fuera legal hacer política en el campus, lo que sirvió de estímulo para luchas futuras.

Al otro lado del Atlántico: el mayo parisino

Los procesos descritos tuvieron su correlato en Europa occidental. Aquí un aspecto destacable es el giro ideológico de la socialdemocracia alemana, tradicionalmente crítica con el capitalismo, que con Willy Brandt se puso al servicio de la plutocracia atlantista plenamente. Esto provocó protestas de los estudiantes más radicales en 1967, lo cual junto a las noticias de Norteamérica fue el caldo de cultivo para el mayo parisino. Como es sabido, en éste todo comenzó en el campus de Nanterre por un asunto baladí, pero pronto la revuelta se extendió por el país con exigencias antiimperialistas y anticapitalistas, y fue capaz de poner contra las cuerdas al Gobierno del general De Gaulle. Éste cumplía por entonces diez años al frente de la V República, más presidencialista, que había auspiciado, había logrado salir del atolladero argelino y lideraba una política exterior con cierta independencia respecto al gran hermano americano.

El relato de los acontecimientos pone de manifiesto la incorporación al movimiento del PCF y su sindicato, la CGT, y la extensión de la agitación de las aulas a las fábricas, con huelgas por todo el país. El 18 de mayo, De Gaulle, que se encontraba de viaje en Rumanía, regresó precipitadamente y tomó las riendas de una situación que corría peligro de desbocarse, pero su discurso a la nación y su proyecto de convocar un referéndum resultaron estériles con lo que el proceso derivó en una crisis política en la que socialistas, comunistas y otros izquierdistas maniobraron para tomar el poder. Al fin, el día 30, el general se dirigió a la nación en una alocución breve en la que mostró su intención de disolver las cámaras y convocar elecciones, y culpó de la sub-

versión a los comunistas, acusándolos de querer instaurar una dictadura. Esa misma tarde, la manifestación más multitudinaria de aquel mayo recorrió las calles de la capital en apoyo del presidente de la República. A partir de ahí, todo cambió: las huelgas y el movimiento estudiantil perdieron fuerza y en junio las elecciones dieron a los gaullistas la mayoría más amplia de su historia.

Respecto a la interpretación de los hechos, siguiendo a Henry-Christian Giraud en su libro de 2008, Pérez López considera que en aquella difícil coyuntura, al astuto general sólo le preocupaba que los comunistas intentaran una insurrección con el apoyo de la URSS. Así, en cuanto tuvo constancia de que no iba a existir tal apoyo, sintió que la situación era perfectamente controlable y acertó al plantearla en su discurso como un plebiscito entre él y el caos. Según esto, la tibia condena del Elíseo a la intervención soviética en Checoslovaquia pudo ser un intercambio de favores.

Una revolución de las normas de vida

Aunque aparentemente la revuelta parisina no alcanzó ninguno de sus objetivos, lo cierto es que tuvo un efecto profundo en los usos sociales. En un proceso típico del siglo XX, que se analiza en el libro a través de autores que lo detectaron lúcidamente —como Chesterton u Ortega y Gasset en *La rebelión de las masas*—, lo que cristaliza en el 68 y triunfa desde entonces es un individualismo rebelde, alimentado por espíritu de transgresión, despreocupación e irresponsabilidad, que sacó partido de la comercialización de la píldora anticonceptiva y con el que Pérez López se manifiesta muy crítico. Sin embargo, sus protestas ante la libertad sexual conquistada de aquélla no tienen en cuenta que el divorcio, el aborto o la normalización de la homosexualidad fueron logros imprescindibles y señeros contra la represión y el puritanismo seculares, con enorme influencia cristiana, que marcaban nuestra cultura.

Hay que reconocer, no obstante, que lo ocurrido en estos años supuso una claudicación para la izquierda, que pasó de criticar el sistema económico e intentar transformarlo, a una exacerbación de individualismo que renunciaba a trasformaciones de calado en la sociedad. De esta manera, sólo se consiguió que todo fuera colonizado por la identidad y se promoviera una rebelión contra la autoridad que acabaría adoptando formas nuevas muy pronto.

La irrupción de lo woke

Según la definición que se aporta en el libro, ser *woke* («despierto») consistiría en «*denunciar como improcedentes y no tolerables los comportamientos que supongan un desprecio o humillación de minorías marginalizadas*». La frase «*stay woke*» comenzó a usarse en los años 30 entre los negros norteamericanos para expresar la necesidad de mantenerse alerta frente al racismo imperante, pero terminó extendiéndose al lenguaje común y alentando contra otras desigualdades sociales o discriminaciones de género o por la orientación sexual.

El objetivo que se plantea según esto con el *wokismo* no puede ser más loable, pero la realidad es que el movimiento, junto a prácticas bien fundamentadas de protesta contra la represión, denuncia y desagravio, ha desarrollado otras de defensa desaforada de la identidad que pueden ser discutibles, y tiende además a usar en sus campañas un argumentario postmoderno, nutrido de teoría francesa, que nubla su potencial de análisis. Precisamente a la censura de aspectos del *wokismo* que juzga desnortados dedica Pérez López la última parte de su libro, sin que aparentemente encuentre nada positivo en esta tendencia.

El hecho es que el *wokismo* en vez de profundizar en la crítica de los cimientos estructurales del sistema capitalista que es responsable de la crisis social y ambiental que nos aqueja, incapaz ante esta magna tarea ha optado por centrarse en asuntos coyunturales, con una estrategia de cancelaciones y linchamientos en la que muchas veces se pone énfasis en aspectos pedagógicos o relacionados con el lenguaje y las propuestas son poco juiciosas. En general no se va más allá de lo circunstancial o la defensa de minorías, con una virulencia en ocasiones que trata de hacer olvidar la inoperancia del movimiento en lo esencial.

Probablemente no sea posible comprender lo descrito en el libro sin tener en cuenta la economía capitalista que sirve de infraestructura a las mutaciones ideológicas reseñadas. El empuje de los «treinta gloriosos» en el primer mundo estabilizó el sistema e hizo que las revueltas que se dieron, en Norteamérica y Europa, se limitaran a una «revolución de las costumbres», escasamente revolucionaria a efectos de superación del capitalismo. Como corolario de esto, años después surgió el *wokismo*, nueva metamorfosis de la impotencia que agota su energía en la trampa del lenguaje y señuelos identitarios.

Estonia, Letonia y Lituania: de la URSS a la Unión Europea en trece años

Publicado en *Rebelión* el 18 de diciembre de 2017

Las tres repúblicas bálticas: Estonia, Letonia y Lituania, integradas en la URSS a comienzos de 1991, alcanzan la independencia ese mismo año y tras no pocas vicisitudes, en 2004 pasan a convertirse en miembros de pleno derecho de la Unión Europea y la OTAN. Esta pasmosa transformación no pudo dejar de producirse sin una conmoción social que

tiene un interés extraordinario, aunque sus detalles apenas se han divulgado. El libro *La Europa báltica* de Ricardo Martín de la Guardia y Guillermo A. Pérez Sánchez, publicado por Síntesis en 2010, es una buena base para acercarse a estos procesos, que puede fácilmente perfilarse y completarse con la abundante información disponible en Internet sobre ellos.

Los territorios que ahora comprenden las tres naciones se gobernaron a sí mismos en algunas épocas, pero estuvieron sometidos más frecuentemente a sus poderosos vecinos: Polonia, Prusia, Suecia y Rusia. A lo largo del siglo XVIII toda la región es incorporada al Imperio ruso, y hay que esperar a la paz de Brest-Litovsk en marzo de 1918, para que la Rusia revolucionaria acuerde conceder la independencia a las repúblicas de Estonia, Letonia y Lituania. Ésta se mantiene hasta 1940, cuando tras el pacto germano-soviético son integradas en la URSS, y en ella permanecerán hasta 1991, con el breve interregno de la ocupación alemana durante la Segunda Guerra Mundial. Tal parece que la independencia de estas naciones va íntimamente asociada a la debilidad de su gran vecino del este, y así logran alcanzarla en dos momentos clave de la historia de éste, que coinciden con las convulsiones del nacimiento y la disolución de la URSS.

Los movimientos que culminarán en la secesión de 1991 empiezan a gestarse con la llegada de Gorbachov a la secretaría general del PCUS en 1985 y son liderados por los propios dirigentes locales del partido que se declaran partidarios acérrimos de la perestroika. Es interesante constatar que en el caso de Estonia en ese momento, solamente un 61,5 % de población era de origen estonio, pero copaba el 82,2 de los puestos de responsabilidad en la administración. La misma tendencia encontramos en Letonia: 52 contra 63,15, y en Lituania: 79,6 frente a 91,5. Sin embargo, estas élites locales apenas tenían influencia sobre las grandes directrices económicas y esto generaba malestar en ellas, asociado a la instalación de industrias contaminantes y la inmigración masiva de rusos para trabajar en ellas, así como al predominio del ruso en la enseñanza y la administración.

En 1988 se constituyen, aglutinando corrientes ecologistas, nacionalistas y comunistas properestroika, los frentes populares que liderarán los cambios en el futuro, y ese mismo año notorios reformistas son elegidos secretarios generales del partido en las tres repúblicas. A partir de 1989, los frentes y los propios soviets derivan hacia un abierto separatismo, basado en la denuncia del pacto germano-soviético, que es respaldada desde la URSS. En 1990 los soviets proclaman la soberanía de los tres Estados, y ésta es refrendada en elecciones semilibres. Los partidarios de la perestroika quieren ahora abandonar la URSS, mostrando a Gorbachov lo mal que había calculado la fuerza del nacionalismo en la región. Las minorías rusas, atacadas en ocasiones con alegatos etnicistas, comienzan a organizarse, pero conscientes de cómo van las cosas en Rusia no se oponen abiertamente a la independencia. Tengamos en cuenta que en ese momento los rusos representaban en Estonia un 28% de la población, en Letonia el 32% y en Lituania sólo el 9%.

En 1991 se pone en marcha el sistema multipartidista y la secesión es aprobada en referendos con amplias mayorías. Las nuevas Constituciones son ratificadas en 1992 y poco después se eligen los Parlamentos nacionales. Los años siguientes están marcados por la liberalización de la economía, notorios casos de corrupción y el hecho vergonzoso de que la población de origen ruso no accede a la ciudadanía plena y no puede votar en las elecciones. En Estonia, por ejemplo, las 1 144 309 personas con derecho a voto en 1991 pasan a ser sólo 689 319 en 1992. En 1995 se inician las conversaciones para la adhesión a la UE, lastradas por el espinoso asunto de las minorías, que poco a poco se va solventando. En 2001 se decide que se cumplen ya los compromisos requeridos, aunque en 2005 en el caso de Estonia aún un 15% de la población (180 000 personas) seguían sin pertenecer a ningún Estado y en 2003 en Letonia había más de medio millón de «no ciudadanos». De hecho Estonia y Letonia son consideradas aún por muchos analistas «democracias étnicas».

La integración de las tres repúblicas en la Unión Europea y la OTAN, aprobada en referendos en 2003, fue un duro golpe para los intereses estratégicos de Rusia, que sin embargo sigue conservando el enclave de Kaliningrado, entre Lituania y Polonia, con una gran base naval. La respuesta de Moscú ha sido sobre todo a través de la presión económica y la adquisición de empresas que operan con el suministro de petróleo y gas, y refinerías del área báltica. Además, no ha dejado de insistir en el carácter étnico de los regímenes establecidos tras la independencia y la marginación de las minorías en ellos, lo que a su vez ha sido un acicate para la presión europea que pretendía corregir estas situaciones. Es importante señalar que Rusia no hizo reivindicación territorial alguna sobre las zonas con amplia mayoría rusa que existen en Estonia, ni auspició movimientos secesionistas en ellas, y que la retirada de su ejército de las tres repúblicas se realizó de forma ordenada sin dar lugar a incidentes reseñables.

La historia descrita detalladamente en el libro, y que acabo de sintetizar, aporta un ejemplo emblemático de realineamiento estratégico y corrimiento de fronteras entre áreas de influencia de grandes potencias. En este caso, tal vez lo más notable sea el esfuerzo propagandístico por publicitar el reclutamiento por parte de la OTAN y el vasallaje económico a las élites burocráticas de Bruselas como una genuina emancipación. Hay que indicar además que esta «liberación» se asocia con la implantación de un nacionalismo étnico excluyente capaz de negar derechos elementales a un amplio porcentaje de la población, considerados

«no ciudadanos». Tengamos en cuenta que, según datos de 2016, por lo que respecta a Letonia, país en el que esta situación es más grave, todavía existe más de un cuarto de millón de personas (11,75 % de la población), con este estatus legal, sin derecho al voto ni a ocupar puestos en la administración, entre otras discriminaciones.

Imágenes rotas, de Simon Leys. Testimonios y reflexiones sobre la última etapa de la China de Mao

Publicado en *Rebelión* el 22 de marzo de 2021

Simon Leys fue el pseudónimo escogido por el sinólogo belga Pierre Ryckmans (1935-2014), para firmar sus ensayos sobre la situación en China durante la Revolución Cultural, recopilados en tres volúmenes: *El traje nuevo del presidente Mao* (1971), *Sombras chinescas* (1974) e *Imágenes rotas* (1976). La mala recepción de sus críticas por una amplia parte de la intelectualidad francesa del momento truncó su carrera académica en Francia, y le obligó a desarrollarla en el extranjero, concretamente en Australia, donde profesó en diversas universidades. Simón Leys es autor también de ensayos sobre la cultura china y obras narrativas. Ediciones El Salmón acaba de editar *Imágenes rotas* (trad. de Jesús García), volumen que aporta a los dos anteriores de la trilogía las confidencias recogidas en un viaje a Hong Kong, junto a algunas reflexiones y observaciones. La edición viene enriquecida con abundantes notas a pie de página que facilitan enormemente la lectura.

Testimonios

La primera parte del libro reúne revelaciones de ciudadanos de la República Popular llegados, con visado o sin él, a Hong Kong. De ellas emerge la imagen de un país en el que la vieja estructura feudal ha sido sustituida por otra, con los miembros del partido reemplazando la antigua casta de mandarines y terratenientes. Ellos alumbran el pensamiento de las masas, relegadas a un papel pasivo y a corear las consignas que vienen de arriba, aunque el autor reconozca al nuevo régimen el mérito de haber asegurado a todos la subsistencia y el alojamiento, de una forma que no consiguió el anterior. La represión de cualquier disidencia, real o imaginada, es feroz, así como la discriminación de los elementos con antepasados burgueses, de la que se dan numerosos ejemplos. Las evocaciones de escenas de hostigamiento y ridiculización de personajes «contrarrevolucionarios» y quemas de libros durante la Revolución Cultural resultan estremecedoras. En los últimos años, de todas formas, se observa en el país una relajación del régimen, con el eclipse de los incorruptibles y sus afanes de «*salvar a la humanidad destruyendo a los seres humanos*».

Simon Leys, un católico fervoroso él mismo, se muestra escandalizado por las opiniones sumamente favorables vertidas sobre la China de Mao por parte de clérigos escritores, viajeros por el país, y reflexiona sobre la incapacidad de algunos para ver lo que tienen delante de las narices. También señala a qué obedece, según él, el silencio aquiescente de los intelectuales chinos establecidos en el extranjero tras la revolución y que ahora regresan de visita a su tierra. Argumenta que para ellos la mejora en muchos aspectos de la vida china es evidente, y se complacen en observar que el país no es ya el caos y desastre en que lo sumió el colonialismo y ha encontrado su propio camino. Además, con parientes en él, las críticas podrían dar lugar a efectos indeseables.

El espíritu de la China de Mao

Los ensayos recogidos en el libro ofrecen estampas insólitas del país a comienzos de los años 70. No es fácil entender, por ejemplo, que los museos permanezcan cerrados durante la Revolución Cultural, con el desprecio que ello supone de un glorioso pasado milenario, pleno de luces y sombras. Indagando en la situación política, se describe en otro texto la confrontación entre el grupo de Zhou Enlai, que esencialmente dominaba el Partido y el Ejército, con la facción radical maoísta de la señora Mao y sus colaboradores, embarcada en una espiral delirante de provocación, con ataques a Confucio, a la música clásica occidental o a la importación de tecnología. Afortunadamente, Zhou logró capear el temporal, y tras su fallecimiento en 1976, en enero, seguido por el de Mao, en septiembre, pudo abrirse camino la política de modernización de China, que terminó ejecutando Deng Xiaoping.

En el obituario que dedica a Mao Zedong, el autor destaca como rasgos dominantes de éste su adicción al poder y su carácter pragmático y acomodaticio. Él era en realidad un artista frustrado, obsesionado por ejercer por cualquier medio, incluido el terror, como sacerdote supremo de su visión contra intelectuales, expertos o el mismísimo Confucio. Su labor constructiva se esclerotizó en sus últimos veinte años en una cadena de despropósitos que torturaron la vida del país. Para Leys es evidente el contraste entre la fuerte personalidad, compleja y contradictoria de Mao, y la grisura de Chiang Kai-shek, su gran adversario. Otro obituario, dedicado a éste tras su fallecimiento en 1975, nos lo describe brutal, ambicioso e intrigante. Así fue capaz de escalar al poder del movimiento nacionalista chino (Kuomintang) y liderar después la lucha por la independencia contra los japoneses (1937-1945), contando con la colaboración de los comunistas. Derrotado por éstos en 1949, se refugió en Taiwán, donde gobernó como dictador.

La obra incorpora también un ensayo sobre la genial novela *Ah Q* de Lu Xun, compendió de sabiduría sobre el ser humano, y concluye con un par de «Mundanidades parisinas», artículos en los que Leys fustiga inmisericorde a cerebros de la *rive gauche*, como Roland Barthes o Michelle Loi, opinadores sobre China pertrechados sólo de prejuicios ideológicos, ignorancia y ceguera. En estas páginas, Leys se muestra correoso en el cuerpo a cuerpo con los que respondieron de mala manera a sus bien fundadas críticas el régimen de Mao, y lo explica todo con aquella frase de George Orwell: «*Hay que formar parte de la* intelligentsia *para escribir semejantes tonterías, ningún hombre corriente podría ser tan estúpido*».

Simon Leys terminó en Australia por plantar cara a la estolidez que infectaba la academia francesa en los años 70. *Imágenes rotas* nos permite reírnos un poco de aquellos dislates hasta que nos da por pensar cuánto de ellos sobrevive en el momento presente. Fue Georges Bernanos el que dijo: «*¿Os molesta oírme hablar tanto tiempo de los imbéciles? Pues bien, más me cuesta a mí hablar de ellos*».

Breve historia del Frente Polisario, de Emboirik Ahmed Omar. Crónica de medio siglo de lucha por la libertad del Sáhara Occidental

Publicado en *Rebelión* el 8 de noviembre de 2023

El Frente Polisario se constituyó en 1973 con el objetivo de lograr la independencia del Sáhara Occidental, colonizado por España, pero poco después la ocupación del territorio por el reino de Marruecos, hizo que éste haya sido el oponente principal del movimiento en el largo conflicto, con episodios bélicos, desencadenado hasta el presente. Los intereses estratégicos y equilibrios globales han hecho que las resoluciones de las Naciones Unidas, encaminadas a poner fin democrática y pacíficamente al litigio, hayan sido dejadas de lado, generando una situación de estancamiento, lesiva para los derechos de los saharauis y desestabilizadora de la región.

La aproximación histórica rigurosa es vital para comprender la magnitud de un problema que aparece recurrentemente en los medios, pero resulta muy complejo en sus implicaciones legales y está envuelto además en la desinformación creada desde los poderes enfrentados. Ante esta perspectiva, el historiador y diplomático saharaui Emboirik Ahmed Omar (1956) ha redactado esta *Breve historia del Frente Polisario* (Catarata, 2023) con el fin de exponer los momentos y aspectos clave del proceso, muchos de ellos poco conocidos pero esenciales para plantear soluciones válidas. Su tesis doctoral, leída en 2015 en la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, lleva por título: *El nacionalismo saharaui: de Zemla a la Organización de Estados Africanos* y sirvió de base para el libro reseñado.

El dominio español

La resistencia a la ocupación española por parte del pueblo saharaui comenzó durante los años 50 a través de una colaboración con patriotas marroquíes que luchaban por la independencia de su propio país, lograda en 1956. Fue ésta una asociación que hoy puede tildarse de ingenua, pero abrió camino a la conciencia nacional. En 1969, Mohamed Sidi Brahim Basiri (1942-1970) creó el Movimiento de Vanguardia para la Liberación del Sáhara, con el fin de oponerse a la ocupación española de forma pacífica y trató de negociar la independencia.

En el contexto de estos intentos, en junio de 1970 se convocó en El Aaiún una manifestación para presentar una petición al Gobernador del Sáhara español, y la represión que siguió se saldó con varios muertos, entre ellos el propio Basiri, probablemente fusilado tras su detención días después. Estos hechos, que pasaron a la historia como el Levantamiento de Zemla, no atajaron el impulso de organización arraigado en la población y en 1973 varios grupos saharauis constituyeron en Zuerat (Mauritania) el Frente Popular de Liberación de Saguía el Hamra y Río de Oro, conocido como Frente Polisario (FP).

El FP se fundó como un partido político de carácter socialista y arabista, y tomó como modelo la revolución de Argelia. Su propósito era alcanzar la independencia del territorio del dominio colonial español y poco después organizó, con el apoyo de Muamar el Gadafi, el Ejército de Liberación Popular Saharaui como su ala militar, mostrando que su apuesta por la lucha armada era bien clara. Ahmed Omar recuerda a personajes destacados en la gestación del nuevo partido, como Luai Mustafa Sayed (1948-1976), defensor de una revolución árabe global y enemigo declarado del tribalismo y la corrupción de los líderes, que falleció en combate en un asalto a la capital mauritana.

El libro describe en detalle acciones militares del FP, como las del Janga y Budher en 1973, que se saldaron con éxitos, al igual que la emboscada de unidades españolas en Egyeiyimat el año siguiente, el enfrentamiento más importante de esta primera etapa. En mayo de 1975 fueron capturadas dos patrullas de Tropas Nómadas, lo que supuso un gran aporte en armas, municiones y medios de transporte. El Gobierno español abrió negociaciones para la liberación de los prisioneros a cambio de un impulso hacia la independencia, pero sólo los saharauis cumplieron su parte. Los militares fueron entregados en septiembre en Argel, mientras que las promesas de Madrid quedaron en nada con la cesión posterior del territorio a Marruecos y Mauritania.

Hay que señalar que en estos años los Gobiernos marroquí y español crearon organizaciones que, con escasa representatividad, trataron de encauzar los hechos en una dirección que les fuera más favorable. Ahmed Omar recuerda las actividades, bastante marginales, que estos grupos desarrollaron.

Marcha Verde y nuevos escenarios

Según puntualizaban las resoluciones de Naciones Unidas, en 1975 el Sáhara Occidental era un territorio no autónomo pendiente de descolonización y lo preceptivo era la realización de un referéndum en que la población decidiera su futuro. Sin embargo, esta opción fue pospuesta en una resolución de la ONU a petición de Rabat, hasta que el Tribunal de La Haya estableciera si Marruecos y Mauritania tenían derechos sobre el territorio. El alto tribunal dictaminó que estos derechos no existían, con lo que el referéndum resultaba ya inaplazable.

Es entonces cuando trescientos mil civiles marroquíes son conducidos en camiones al Sáhara Occidental, mientras paralelamente treinta mil miembros de las Fuerzas Armadas Reales invaden la región. La operación recibió el nombre de Marcha Verde y estuvo coordinada con las autoridades españolas, que retiraron paralelamente todos sus efectivos. Así fue como el 14 de noviembre de 1975 se firmaron, entre España, Marruecos y Mauritania, los Acuerdos de Madrid, por los que se dividía el país y a sus habitantes entre los dos últimos Estados, en flagrante violación de los protocolos de descolonización vigentes. Se trataba de una traición en toda regla del Gobierno español a personas que estaban bajo su protección, que lo hace responsable de la violencia que siguió. De este comportamiento ilegal, injusto y vil, lo cierto es que nadie nunca ha dado explicaciones todavía.

¿Por qué procedió España de esta manera? Sin descartar la posibilidad de intereses personales inconfesables, las causas más probables podrían ser un chantaje marroquí con Ceuta y Melilla y el miedo al peligro estratégico de un Sáhara independiente alineado con Argelia, Libia y la URSS. Además, con los acuerdos firmados, a las empresas españolas se les permitiría seguir extrayendo beneficios. Todo quedó sentenciado cuando se comprobó el gran apoyo popular al FP en el territorio, que hacía difíciles componendas neocoloniales.

Los saharauis reaccionaron a esta demoledora ofensiva con dignidad y madurez. En diciembre de 1975, sesenta y siete notables, representantes de todos los sectores de la sociedad, decidieron en Guelta Zemmur constituir el Consejo Nacional Saharaui y remitieron a la ONU un comunicado en defensa de la autodeterminación como única vía de solución del conflicto. Se pidió a la población que permaneciera en sus hogares, pero muchos optaron por abandonarlos, huyendo de la sangrienta represión de las fuerzas de ocupación. El éxodo fue reagrupándose en campamentos que fueron atacados con napalm y fósforo blanco, como quedó demostrado por diversos testimonios. La situación fue crítica hasta que el presidente argelino Huari Bumedián ofreció un espacio próximo a la localidad de Tinduf para asentar a los refugiados. Esto se planteó como una medida provisional y como tal se sigue considerando, pero aquel alojamiento terminó convirtiéndose en el hogar de muchas familias saharauis hasta el momento presente.

En estas condiciones y ante el vacío de poder creado por la retirada de España y la invasión subsiguiente, el FP decidió asumir la representación del pueblo saharaui y así el 27 de febrero de 1976 proclamó la República Árabe Saharaui Democrática (RASD), como expresión del ejercicio del derecho a la autodeterminación e independencia en un contexto de guerra y exilio en que un referéndum resultaba materialmente imposible. No es ésta la primera vez que un movimiento de liberación se ve obligado a actuar de esta forma, y se menciona como ejemplo el caso de Argelia.

Un factor esencial para comprender el proceso descrito son las políticas expansionistas de la monarquía alauita en pos del sueño del Gran Marruecos. Argelia, que hubo de luchar en 1963 y 1964 en la guerra de las Arenas, prestó asistencia a Mauritania, tras su independencia en 1960, contra las pretensiones marroquíes sobre su territorio. Sin embargo, con posterioridad el Gobierno de Nuakchot dio un vuelco a su estrategia al aceptar firmar los Acuerdos de Madrid y compartir amistosamente el Sáhara Occidental con Marruecos.

Décadas de guerra y frustración en un mundo postcolonial

La situación creada conducía inevitablemente a un conflicto armado. El objetivo inicial del FP ante el avance de las tropas invasoras desde el norte y el sur fue tratar de retrasar su acceso a los grandes núcleos urbanos, con el fin de facilitar el repliegue de los civiles. Además de esto, en junio de 1976 y julio de 1977 se realizaron incursiones hasta la capital mauritana, y en abril de 1977 se ocuparon durante unas horas las minas de hierro de Zuerat, base de la economía del país. En junio del mismo año se atacaron posiciones junto a la frontera de Mali. Todas estas operaciones consiguieron que en agosto de 1979 Mauritania cediese su parte del Sahara Occidental al Frente Polisario, pero esto no fue reconocido por Marruecos, que se anexionó esa zona al poco tiempo.

La guerra avanzaba favorablemente para el FP y Ahmed Omar describe los cambios que se introdujeron por entonces en su estructura militar y el armamento con que contaba. La batalla de Waarziz supuso un serio descalabro de los marroquíes en 1980, y el año siguiente en la de Guelta Zem-

mur se hicieron doscientos treinta prisioneros y se derribaron cuatro aviones y un helicóptero. Estos reveses provocaron que los ocupantes, apoyados por asesores franceses e israelíes, decidieran un cambio de estrategia, con la construcción de un muro, combinado con alambradas y campos minados, de una longitud próxima a 2200 km y que atravesara el territorio de norte a sur. De esta forma dejaron una porción del país, los denominados «territorios liberados», bajo el control del FP. La población de esta zona se estima entre treinta mil y cuarenta mil personas y sus principales núcleos son Tifariti, Bir Lehlu, Agüenit, Meharriz, Miyek, Duguech y Zug.

En la nueva situación, el FP continuó hostigando a los ocupantes y se lograron éxitos notables, como en 1985 en Um Legta, donde se capturó una importante cantidad de armamento y se hicieron 83 prisioneros. Un pequeño ejército de diez mil guerrilleros, con movilidad, sorpresa y conocimiento del terreno, era capaz de traer en jaque a otro veinte veces mayor y mejor equipado, pero los problemas para el FP llegaron enseguida en forma de una crisis interna, motivada por luchas personales por el poder en la cúpula, con resurrección de viejos fantasmas tribales. Esto generó deserciones en la causa y un debilitamiento de la capacidad de acción del FP, que en 1991 decidió firmar un alto el fuego. Ese mismo año se cambió en el VIII congreso la estructura organizativa, instituyendo un reparto más democrático del poder.

Los últimos capítulos del libro se dedican a repasar las implicaciones geopolíticas del conflicto. Se recuerda a Muamar el Gadafi, el primer apoyo militar y valedor del reconocimiento internacional hasta su rompimiento con el FP en 1983, consecuencia del acercamiento entre Libia y Marruecos. El año siguiente la Organización para la Unidad Africana aceptó a la RASD en su seno. La ONU por su parte ha dictaminado en varias ocasiones la necesidad de un referéndum para culminar el proceso de descolonización, y en 1991 constituyó la Misión de las Naciones Unidas para el Referéndum del Sáhara Occidental (MINURSO), que despliega más de cuatrocientos militares y civiles sobre el terreno y actúa como fuerza de interposición.

Un incierto presente

La situación actual de la hermosa región donde el Sáhara se encuentra con el Atlántico no invita precisamente al optimismo. La diplomacia marroquí sabe que el tiempo corre a su favor y lo deja pasar, presumiendo de razonable con su oferta de una «generosa autonomía» que en realidad supone una renuncia a la aspiración básica de la independencia del territorio. Las provocaciones de los ocupantes llevaron en 2020 a una ruptura del alto el fuego, pero los saharauis son conscientes de que ahora las opciones bélicas no son las de antes. La aceptación por Donald Trump de la soberanía marroquí sobre el Sahara Occidental ese mismo año fue un amargo trago, y poco después las declaraciones de Pedro Sánchez al respecto tampoco resultaron halagüeñas para una vieja causa cargada de justicia. De los más de ochenta países que reconocieron a la RASD en su momento, cuarenta y cinco aún siguen haciéndolo, pero la perspectiva no deja de empeorar.

La *Breve historia del Frente Polisario* de Emboirik Ahmed Omar nos informa en detalle de cómo aquel territorio al que los prebostes franquistas se referían como «*una provincia española, igual que Cuenca*», fue entregado vergonzosamente con todas sus gentes, violando sus derechos esenciales, a dos potencias extranjeras. Sabemos también a través de este libro del heroísmo del pueblo saharaui y de su resistencia exitosa contra los ocupantes durante largo tiempo. Lo más triste sin duda es comprobar cómo en las últimas décadas el conflicto permanece dolorosamente enquistado, mientras la situación internacional hace cada vez más difícil la solución democrática que muchos desearíamos.

3.5
España

La matanza de Riotinto (febrero de 1888): represión e impunidad

Publicado en *Rebelión* el 2 de diciembre de 2021

Las dos décadas finales del siglo XIX fueron tiempo de revueltas en el campo andaluz, y el poder usó contra ellas todas sus armas. La mentira y la manipulación, por ejemplo, como en los sucesos de la Mano Negra, tras la hambruna de 1881 y 1882, pero sobre todo la represión pura y dura, que se cebó en el movimiento anarquista que despuntaba. Fue el caso de los excesos tras la sublevación de Jerez en 1892, y también el de la matanza de Riotinto en 1888, el que se dio en llamar «el año de los tiros».

En esta última localidad de la provincia de Huelva tuvo lugar en febrero de este año una protesta pacífica y festiva contra los abusos que sufrían los trabajadores de las minas y el deterioro ambiental que éstas provocaban. La movilización tuvo el mérito además de aunar las voces de mineros y agricultores. La historiadora María Dolores Ferrero Blanco ha estudiado aquellos sucesos en obras como: *Los conflictos de febrero de 1888 en Riotinto: distintas versiones de los*

hechos (1988), y *Capitalismo minero y resistencia rural en el suroeste andaluz: Riotinto, 1873-1900* (1999). Estos trabajos descubren los detalles de una historia de conciencia y lucha que merece ser conocida.

De teleras y humos insalubres

Tras la venta de las milenarias minas al capital inglés en 1873, el sistema de explotación escogido por los nuevos dueños para las piritas «pobres», con menos del 3 % de cobre y que no era rentable transportar para su tratamiento, fue el de la calcinación *in situ* al aire libre. Para realizar ésta, se apilaba el mineral en bruto en grandes montones, denominados teleras, sobre ramajes secos a los que se prendía fuego. Después, se dejaba todo arder durante meses, con lo que los humos generados, ricos en dióxido de azufre y adheridos frecuentemente al terreno como una «manta», causaban molestias y enfermedades, al tiempo que dificultaban las labores agrícolas.

Los vecinos de los pueblos perjudicados no tardaron en movilizarse en una «Liga Antihumista», en la que desempeñaban un papel destacado los terratenientes de la región. Las protestas lograron la prohibición de las teleras por diversos ayuntamientos, pero no el de Riotinto, cuyos concejales trabajaban mayoritariamente para los ingleses; el alcalde, sin ir más lejos, fungía de capataz en una de las minas. Como los mineros también estaban enfrentados con los dueños de éstas, por las condiciones laborales que sufrían, no fue difícil coordinar los dos movimientos y así se decidió que todos juntos acudirían en manifestación al pueblo para demandar la proscripción de las teleras.

Al frente de los mineros se encontraba un anarquista, Maximiliano Tornet, nacido en Cuba en 1855 y expulsado de la isla por su actividad revolucionaria. Llegó a Riotinto en 1883 y allí se ocupó de la concienciación de los obreros, lo que lo llevó a la cárcel durante unos meses en 1887. Tras su liberación, tuvo un papel destacado en los hechos reseñados.

Una fecha para el recuerdo

El día escogido para la concentración fue el 4 de febrero de 1888. María Dolores Ferrero recopila en sus trabajos los datos aportados por las fuentes hemerográficas disponibles, una labor difícil pues las noticias son muy dispares. No obstante, el análisis y contraste de las informaciones permite elaborar un relato verosímil.

Aquel día, dos manifestaciones convergen a la entrada de Riotinto, una de agricultores, procedente de Zalamea la Real y capitaneada por su alcalde y un propietario de este pueblo, Lorenzo Serrano, y otra de mineros, que había partido de mañana de Nerva y lleva a Maximiliano Tornet a la cabeza. A mediodía, una multitud de varios miles de personas ocupa la plaza del Ayuntamiento, en cuyo salón de plenos la corporación municipal se encuentra reunida, y eleva sus gritos por el fin de las odiadas teleras, mientras una banda de música que había venido con los agricultores da un tono festivo a la concentración. Nada permite adivinar la tragedia que va a desencadenarse en breve.

A primera hora de la tarde llega a la localidad el gobernador civil de la provincia, Agustín Bravo y Joven, con dos compañías del regimiento de Pavía, acantonado a la sazón en Huelva para reprimir posibles disturbios. La tropa viene al mando del teniente coronel Ulpiano Sánchez. El gobernador, acompañado del teniente coronel, accede al ayuntamiento y tras amonestar a alcalde y concejales sobre la imposibilidad de decidir nada contra las teleras, se asoma al balcón y con malos modos ordena a los congregados que se dispersen. En ese momento y casi sin tiempo para saber qué está ocurriendo, la tropa forma cuadro y dispara, durante más de un minuto según los relatos disponibles. ¿Quién dio la orden de fuego? Nadie ha podido aclarar este punto, pero resulta indudable que la responsabilidad de lo ocurrido recae sobre el militar al mando.

Cuando la plaza queda libre, un cuarto de hora después, el espectáculo es dantesco, con muertos y heridos por el suelo, entre ellos niños y mujeres, y los bancos de hierro forjado arrancados o rotos por el tropel de la huida. El número total de víctimas fue minimizado por los medios afines a la Riotinto Company, pero la tradición oral recogida en la región apunta a varios centenares. Hay que tener en cuenta, en este sentido, que algunos heridos fallecieron en sus domicilios al no recibir asistencia médica, y fueron enterrados en secreto para evitar represalias de la empresa. Tras esta jornada sangrienta, el regimiento de Pavía aún ocupó el pueblo durante más de un año, ante la muda consternación de los lugareños.

No hay constancia de que se tomara ninguna medida contra el teniente coronel Ulpiano Sánchez. El gobernador civil, Agustín Bravo y Joven, fue relevado en su cargo, y se incoó un voluminoso sumario sobre su actuación, con cuatro volúmenes y más de dos mil folios, pero toda esta documentación desapareció sin dejar rastro, y no existe ninguna evidencia de que llegara a celebrarse juicio oral. Lo más probable es que la causa fuera sobreseída a instancias de la superioridad. Sí sufrieron procesos, sin embargo, hasta sus últimas consecuencias, periodistas como José Nogales, José Hernández de los Reyes o Sebastián Alonso Gómez, que se atrevieron a dar a conocer lo ocurrido en la prensa nacional. Sus penas fueron de arresto mayor en algunos casos.

El asunto trascendió a las Cortes y hasta llegaron a prohibirse las teleras a finales de ese mismo mes de febrero, pero el chantaje de la empresa hizo que volvieran a arder en 1900. Sólo desaparecieron definitivamente en 1907, con el desarrollo de novedosos métodos de oxidación y filtrado sucesivo de los minerales, mucho más rentables y salubres,

y que presentan la ventaja, además, de preservar el azufre, convertido antes en humo en las teleras, para la fabricación de ácido sulfúrico.

El día 4 de febrero, después de los disparos, se vio a Maximiliano Tornet montar su caballo y huir. Diversas fuentes indican que huyó a Argentina y allí falleció en 1904.

Secuelas literarias y cinematográficas

El periodista onubense Rafael Moreno es autor de una novela: *1888, el año de los tiros*, que desde su primera edición en 1998 ha sido reeditada en varias ocasiones, la última en 2018 por CGT Andalucía con ilustraciones de Jaime Pandelet e introducción de Antonio Miguel Bernal. Por su parte, Juan Cobos Wilkins se acercó a los hechos en 2001 con *El corazón de la tierra*, novela que fue llevada al cine en 2007 por el director Antonio Cuadri con el mismo título. Estas obras transmiten toda la crudeza de la escisión social instaurada en la tierra onubense a finales del siglo XIX, así como la brutalidad de la represión contra una protesta pacífica.

Negreros y esclavos. Barcelona y la esclavitud atlántica

Publicado en *Rebelión* el 15 de enero de 2018

Los editores de este libro de Icaria Antrazyt, que agrupa trabajos de diversos historiadores, revelan en la introducción su objetivo de poner de manifiesto por medio de él la relación de una parte nada desdeñable de las élites económicas actuales de Cataluña con el tráfico de esclavos y las plantaciones con mano de obra esclava en Cuba y Puerto Rico entre los siglos XVI y XIX. Su empeño es demostrar que la trata y las actividades vinculadas con ella resultan imprescindibles para comprender los procesos de acumulación de capital en un escenario que en este caso es el catalán, pero que no es difícil extrapolar al resto de España y Europa.

La primera contribución es de Eloy Martín, que recoge una estimación aproximada de dos millones de esclavos en la metrópolis española entre 1450 y 1750. En Cataluña se observa una tendencia decreciente desde 1550, y una reactivación a partir de 1750, por la participación catalana en el tráfico negrero. En la década de 1830, la prohibición de la trata por Gran Bretaña propicia intentos de abolir la esclavitud en el territorio peninsular español que no se materializarán hasta 1866.

A continuación, Josep M. Delgado estudia los intentos frustrados de España en la segunda mitad del siglo XVIII por intervenir en el lucrativo e infame negocio que controlaban los ingleses, dueños de las bases de abastecimiento africanas. La situación cambia en 1789 cuando Floridablanca, influido por el auge de las protestas abolicionistas en Gran Bretaña, autoriza con una Real Cédula una nueva mercancía en el tráfico atlántico: el negro africano. Esto revolucionó la agricultura esclavista en las colonias españolas y el comercio entre España y América.

Michael Zeuske presenta un breve panorama de las actividades de capitanes y empresarios negreros catalanes en la primera mitad del XIX, y de sus problemas con los ingleses que reprimían sus ignominias. En los documentos que se reproducen, los infelices capturados y llevados a América son referidos como «bultos». Se calculan 1 640 000 seres humanos transportados por marinos españoles entre 1501 y 1867, correspondiendo una gran parte de esta cifra a la etapa final, del tráfico clandestino (1821-1866).

Martín Rodrigo repasa luego cuatro biografías de capitanes negreros catalanes, pequeña muestra de los centenares de ellos dedicados al comercio de esclavos en el siglo XIX, cuando era un trampolín social y económico, porque con uno de doce viajes que tuviera éxito, no sólo compensaba lo perdido, sino que aportaba una fortuna. Después, los capitales acumulados permitían, de regreso a Cataluña, importantes adquisiciones inmobiliarias y empresariales, dándose en algún caso también el salto a la política.

José Miguel Sanjuán analiza los negocios de la casa Vidal Ribas, dedicada en principio a los productos químicos, y más tarde a la inversión naviera, bancaria e inmobiliaria. No obstante, las ganancias obtenidas y diversos testimonios apuntan a una faceta negrera a partir de 1846. Se explican en detalle los grandes beneficios que era posible conseguir con estas actividades, a pesar de los peligros que implicaba, evidenciados por la captura por los ingleses de algunos de los barcos.

Xavier Juncosa repasa después la biografía de Jaume Torrents Serramalera (1796-1854), que emigró muy joven a Cuba, donde logró fundar una exitosa empresa de guarnicionería, y luego otras cárnicas, inmobiliarias y navieras. Pronto entró también en el comercio de ébano humano, del que obtuvo suculentos ingresos. En 1838 regresó a Barcelona, continuando con sus negocios más presentables. Sus descendientes gozaron de gran reconocimiento público a través de todo el siglo XX. Se ha de señalar que sus biógrafos habían pasado de puntillas hasta el momento por su relación con el tráfico de esclavos.

Xavier Sust nos acerca a la historia de Joan Barba, apresado con veinticinco años en 1836 cuando era oficial en una goleta negrera española capturada por los ingleses, lo cual lo llevó a ser condenado en La Habana por un tribunal anglo-español. Aquella experiencia le hizo ser más precavido, y tras una corta temporada en la cárcel volvió a las andadas en 1838, pero con un barco que, aunque tenía tripulación

española, navegaba con bandera y capitán norteamericanos. Hay que decir que la trata de los norteamericanos no era perseguida por los ingleses. Esta vez tampoco logró Barba llegar con sus negros a Cuba, pues el engaño era demasiado evidente. La historia se repitió un par de veces en 1840, y después se pierde la pista de este personaje, que es apresado de nuevo en 1845, tras lo cual regresa a Cataluña.

Lizbeth Chaviano describe en el artículo que cierra la obra los métodos utilizados por los traficantes para introducir negros africanos en Cuba hasta mediados del XIX, y sus recursos para burlar una legislación que se hacía cada vez más represiva.

Con su colección de biografías de hombres que se dedicaron al comercio de esclavos, siendo capaces de levantar a partir de él grandes fortunas en muchos casos, este libro nos pone ante una imagen incómoda de nuestra propia historia. Los desequilibrios económicos del mundo, el hundimiento en el abismo de regiones del globo o la relativa prosperidad que los europeos gozamos en estos momentos son todo ello manifestaciones de un mecanismo singular, la acumulación de capital, que actúa como motor de la historia. El esclavismo cambia de rostro y puede transmutarse en colonialismo, en guerras de rapiña o en planes de ajuste estructural, pero el principio rector sigue siendo el mismo: el ser humano carece de los derechos más elementales ante la pérfida maquinaria de la explotación económica. Conocer mejor las etapas iniciales del proceso resulta imprescindible para perfilar esta dinámica y tratar de hacerle frente.

El antiesclavismo en España y sus adversarios, de José Antonio Piqueras. Recuerdo necesario de escenarios de vergüenza

Publicado en *Rebelión* el 24 de julio de 2024

La abolición de la esclavitud en el entorno del Atlántico va produciéndose a lo largo del siglo XIX, impulsada por consideraciones humanistas y enfrentando intensa oposición por parte de los poderes económicos beneficiados por la trata. En el caso de España y sus posesiones de ultramar, el proceso es particularmente dilatado y complejo, como se evidencia en el monumental trabajo *El antiesclavismo en España y sus adversarios*, del historiador José Antonio Piqueras (1955), recién editado por Catarata. El libro ofrece un recorrido pormenorizado por los intentos que van sucediéndose en el ámbito hispano en esta centuria, recuerda a sus protagonistas y promotores y constata machaconamente su triste impotencia contra una infame maquinaria que fue muy difícil doblegar.

Desde los primeros años de la conquista de América por los españoles, puede decirse que la esclavización de los habitantes originarios era la norma, pues ya en 1503 se decretó la obligación del trabajo de toda la población en las condiciones establecidas por los encomenderos. Además de esto, a partir de ese momento y durante cuatro siglos, se calcula que 2,3 millones de africanos fueron conducidos a la fuerza a territorio español y sometidos a esclavitud, lo que supone una de cada cinco víctimas de la trata trasatlántica, el más lucrativo negocio de aquel tiempo. La esclavitud era la regla y ello es compatible con que se oyeran protestas sobre su carácter inhumano, las cuales en los siglos XVI y XVII no tuvieron mayor repercusión.

Sólo en el siglo XVIII comienzan a articularse movimientos abolicionistas que alcanzan cierta influencia, por ejemplo en Inglaterra a finales de la década de 1780. Poco después, en la estela de la Revolución haitiana, el Parlamento británico y el Congreso de los Estados Unidos prohíben la trata a través del Atlántico en 1807 y 1808, respectivamente, aunque ésta sigue boyante con destino a Cuba y el Río de la Plata. A lo largo del siglo XIX, Gran Bretaña se esfuerza en impedir el ignominioso comercio y otros países de Europa y América van a ir promulgando leyes abolicionistas, pero la resistencia a aplicarlas a veces era demasiado grande.

La situación en España y sus colonias

La prensa española informó en los años finales del siglo XVIII del avance de las políticas antiesclavistas en Europa y América, y no faltaron voces en el país que celebraran lo humanitario del empeño, pero la triste verdad es que una real cédula promulgada en 1789 legalizaba la captura de esclavos en África y su transporte a las plantaciones americanas, rompiendo de esta forma el monopolio de que gozaban hasta entonces algunas casas comerciales para tales fines. Al hilo de esto, en los años siguientes el tráfico traza una línea ascendente que se mantendrá medio siglo y convertirá Cuba en el primer productor de azúcar del mundo y uno de los territorios con mayor porcentaje de población esclava. Piqueras describe en detalle los intentos de diputados liberales en las Cortes de Cádiz de prohibir la trata y realizar una abolición gradual, voluntariosos pero saldados con un estrepitoso fracaso. Se concluye que «*La nación española liberal nacía esclavista y segregacionista*», y queda claro también su carácter clasista, pues por ejemplo se negaban derechos civiles a los empleados de servicio doméstico. Por lo que respecta a la América hispana independizada, los primeros países en decretar la abolición fueron México (1810), las Provincias Unidas de Centroamérica (1822), Chile (1823), Uruguay (1842) y Colombia y Ecuador (1851).

Las presiones de los británicos lograron arrancar a la corona española un compromiso de prohibir la trata al norte del ecuador a partir de 1820, con lo que ésta seguía siendo

posible si las capturas se realizaban en el Congo, Angola o Mozambique. Los cargamentos ilegales apresados eran liberados, aunque en la práctica acababan condenados a una feroz explotación, mientras que los considerados legales se permitía que fueran vendidos como esclavos. En 1821 se registró un intento por parte del conde de Toreno de penalizar el tráfico mediante la aprobación de un decreto en las Cortes, pero al fin no se logró nada. En 1822, unas Cortes con más elementos «exaltados» introdujeron en el nuevo Código Penal un artículo que reprimía la trata, pero el retorno del absolutismo al año siguiente dio al traste con todo.

Estos proyectos infructuosos ocurrían mientras el tráfico, como decíamos, no cesaba de crecer, y la preocupación de los británicos al respecto se materializó en un nuevo convenio de prohibición, que se firmó en 1835 pero no se plasmó en legislación al efecto hasta bastantes años después. En relación con esto, en la década de 1830 hubo intentos de proscribir la esclavitud en un territorio español del que se excluían las provincias de ultramar, pero ni siquiera esto prosperó. En la Península, la esclavitud no estaba regulada ni prohibida, y siguió existiendo hasta que fue abolida en 1866.

El caso de Cuba

Por lo que respecta a la situación particular en la Perla del Caribe, los datos son bien conocidos. En la era de la trata ilegal, entre 1821 y 1866, el número de africanos esclavizados llevados allí superó ampliamente el medio millón de personas, lo que evidencia a la vez la inoperancia de la clase política y la magnitud de los intereses económicos implicados. Hay que decir que estas expediciones debían burlar las patrullas continuas de los británicos por todo el Atlántico, y las diligencias de sus diplomáticos, destinadas a frenar el cruel comercio. Solamente durante la regencia de Baldomero Espartero, de 1940 a 1943, hubo un intento de reprimir el tráfico por parte del Gobierno de Madrid, aunque sin interferir en la economía esclavista de la isla, que se saldó con una disminución importante del número de barcos negreros arribados a Cuba en esta época.

Piqueras nos informa en detalle del funcionamiento de la máquina esclavista, alimentada por la codicia de armadores y marinos y la complicidad venal de los políticos, y obstaculizada por el celo de los británicos por acabar con la trata, y después de 1865, concluida su guerra civil, también por los norteamericanos. El Gobierno español ve que todo se pone en su contra y aprueba al fin una ley de represión del tráfico en 1866, año en que se produce en Cuba el último desembarco de negros que se ha podido constatar. La abolición en todo el territorio hispano hubo de esperar hasta la Gloriosa de 1868, cuando políticos que habían expresado estas opiniones accedieron a puestos de poder, y se logró en 1870 con la Ley Moret, ya en plena guerra contra los independentistas sublevados. Fue un primer intento, pero la nefanda institución se resistía a desaparecer. Para ello, el «partido negrero» compraba voluntades por toda España.

Los proyectos legislativos para una definitiva erradicación de la esclavitud en Cuba se multiplicaron durante la I República, pero nada fructificó y la Restauración borbónica enfrió las expectativas. Con el fin de la guerra colonial en 1878 (Paz de Zanjón), se concedió la libertad a los esclavos enrolados en el ejército rebelde y se hizo inevitable que la medida fuera general, con lo que en 1880 se aprueba una ley de abolición para la patria de Martí, aunque con unas condiciones aún enormemente protectoras hacia los propietarios. Es por esto que entre 1880 y 1886 existe una época de transición en la que los esclavos (231 699 a su comienzo) se convierten progresivamente en «patrocinados» con esperanzas de alcanzar la libertad en unos pocos años. Por fin, el 7 de octubre de 1886 se promulga el real decreto que extingue definitivamente la esclavitud en Cuba. De hecho España es el último país europeo en extirparla.

Memoria imprescindible

El aprovechamiento económico de las colonias registra escasas consideraciones filantrópicas a lo largo de la historia, pero lo que se dibuja minuciosamente en este libro para las Antillas españolas en el siglo XIX es un patrón de explotación que sorprende por su brutalidad en un momento en que por todo el mundo se desarrollaban ya movimientos que iban poniendo fin a la esclavitud. Los bienintencionados que trataban de introducir mejoras en estos asuntos en España y sus colonias eran impotentes ante una maquinaria económica bien engrasada, capaz de comprar voluntades en todos los estamentos de la sociedad. Los detalles del proceso resultan abrumadores.

Como se recuerda en el libro, en 2013 se conmemoró el sesquicentenario de la abolición de la esclavitud por los Países Bajos en sus colonias del Caribe. Ello dio lugar a una declaración gubernamental en la que se expresaba el «remordimiento y arrepentimiento» por la participación del país en la trata trasatlántica, y el rey Guillermo en un discurso pidió perdón «con toda su alma y corazón por la esclavitud». Por supuesto nada de este tipo existe ni se espera en la monarquía hispánica, pero sí es bueno que los hechos infamantes y la memoria de sus víctimas no caigan en el olvido, y con este fin una herramienta preciosa son trabajos como *El antiesclavismo en España y sus adversarios*, de José Antonio Piqueras.

Viajeros de la revolución española: Elías Reclus e *Impresiones de un viaje por España en tiempos de revolución*

Publicado en *Rebelión* el 24 de mayo de 2011

Hermano mayor del conocido geógrafo Eliseo Reclus, Elías Reclus (1827-1904) fue un periodista y etnólogo francés con una comprometida militancia anarquista que lo llevó a ser testigo voluntario y actor en muchas de las revoluciones de la época que le tocó vivir. Así, poco antes de participar en la Comuna de París, viajó a España para seguir los acontecimientos del año 1868. Es un momento en que acuden también a España otros activistas como Aristide Rey o Giuseppe Fanelli, enviado por Bakunin para dar a conocer en España el ideario de la recién fundada Alianza Internacional de la Democracia Socialista.

Elías Reclus llegó a Barcelona en octubre de 1868 y comenzó enseguida a tomar notas de la palpitante realidad del momento. Algunas de éstas fueron elaboradas en forma de artículos que aparecieron en *La Revue Politique* de París a partir del 7 de noviembre. Por otra parte, a principios de los años 30, las notas originales de Reclus fueron publicadas por partes en *La Revista Blanc*a de Barcelona con traducción de Eusebio Carbó. La editorial riojana Pepitas de calabaza ha reunido recientemente todos estos textos en un libro que lleva por título *Impresiones de un viaje por España en tiempos de revolución* (Edición, traducción y notas de Francisco Madrid, 2007). La obra se compone así de dos partes principales, unas notas de viaje y unos artículos construidos a partir de éstas, y se completa con cartas y documentos que resultan importantes para hacerse una idea de la situación política del momento.

El libro aporta una vívida impresión y certeros análisis de la agitación que se vivía en España tras el éxito de la «gloriosa» revolución de septiembre que había expulsado a Isabel II. Los capítulos iniciales nos describen el ambiente en Barcelona. «*Circulan muchos jóvenes calzados con alpargatas y ciñendo un sable que asoma por debajo de la chaqueta. Yo había presenciado un espectáculo igual, en 1848, en Lyon. Y me impresionó porque era un signo de que estábamos en revolución*». Es la efervescencia inicial con juntas establecidas democráticamente, pero que pronto son obligadas a disolverse, quedando todo el poder en manos del Gobierno provisional de los espadones alzados. En el mes de noviembre, Elías Reclus acompaña a su amigo Fernando Garrido, uno de los activistas más notorios del republicanismo izquierdista, en un viaje en que llevan su propaganda por toda Cataluña. Los apasionados discursos de Garrido son recibidos con entusiasmo por multitudes comprometidas en la lucha por la república federal.

Sin embargo, el 12 de noviembre, el campo republicano sufre un duro revés con la deserción de una parte de sus huestes que se declaran partidarias de «la forma monárquica» en el «Manifiesto de los cimbrios». Éste se denomina así por la cita de este pueblo de la antigüedad que se hace en su texto, y lo suscriben personajes como Salustiano Olózaga, Nicolás María Rivero, Cristino Martos o Manuel Becerra, entre otros. A mediados de noviembre, Elías está en Valencia donde se les une otro de los pesos pesados de la causa republicana, José María Orense. Si Garrido ha encendido el clamor republicano en Cataluña, Orense ha hecho lo propio por tierras de Murcia y Alicante.

En el mes de diciembre, Reclus está en Cádiz. Además de describirnos el ambiente en la hermosa ciudad, nos da cuenta de un mitin nocturno en la plaza de Abastos, donde diez o doce mil personas son electrizadas por la oratoria de Garrido. Jerez, Córdoba y Alora son las siguientes estaciones del itinerario, también con propaganda exitosa. Por otra parte, son éstos los días en que, respondiendo a las provocaciones gubernamentales, el pueblo de Cádiz se subleva por la república. Reclus viaja a Madrid y allí descubre que el Gobierno trata de hacer creer que Cádiz se ha levantado por los Borbones. Es una época en que candidatos al trono como el duque de Montpensier urden intrigas en lo que no es sino una sorda y enconada guerra de posiciones para llenar el vacío de poder. En este caso, «*se trataba de provocar algunas sublevaciones acompañadas de los excesos que les son inherentes (...) y, luego, en el momento de la severidad represiva, el duque de Montpensier habría aparecido en escena (...), siendo presentado por el Gobierno como el héroe de la paz*».

Los republicanos ganan las elecciones municipales en casi todas las grandes ciudades, menos Madrid. Por otro lado, en los primeros días de enero de 1869, los acontecimientos de Cádiz se repiten en Málaga y la represión es feroz. La dinámica provocación-revuelta-represión es empleada magistralmente por el Gobierno provisional. Los resultados de las elecciones para el Parlamento dejan paso a tres bloques: la Banda Negra del conservadurismo, los liberales monárquicos y los republicanos, más numerosos pero divididos a su vez en centralistas y federalistas. Obligatoriamente el juego ha de ser la unión de dos para derrotar al tercero, y con estos vaticinios comienzan en febrero las sesiones de las Cortes. El mes siguiente, Elías Reclus abandona España.

El libro nos acerca con una mirada privilegiada a un momento crucial en la historia de España, uno de esos instantes en que una conjunción favorable de fuerzas abre de tiempo en tiempo resquicios para la esperanza. Es un momento esencial también porque el fracaso de aquel republicanismo de amplio espectro que había decidido dejar aparcada la cuestión social para mejor ocasión, abriría paso poco después al desarrollo poderoso del movimiento obrero en todas sus tendencias. Dibujando en detalle las peculiaridades de aquella época, esta mirada al pasado nos

sorprende además porque muestra una situación que en muchos de sus rasgos nos recuerda el presente. Así, es doloroso comprobar que ciento cincuenta años después seguimos luchando todavía por esa conquista democrática básica que supone la forma republicana, seguimos teniendo que reivindicar derechos obreros y ciudadanos elementales, o vemos que la Iglesia católica se impone a machamartillo en un Estado teóricamente laico. Las relaciones de poder no han cambiado apenas en un triste escenario que se parece demasiado al de los trabajos de Sísifo.

¡Fuego al fielato!, de Carlos Hernández Quero, Álvaro París y Luis de la Cruz, escondidos tras el nombre de Ciriaco Bartolí. Las luchas sociales de las que nació el barrio de Cuatro Caminos madrileño

Publicado en *Rebelión* el 3 de enero de 2023

Los historiadores Carlos Hernández Quero, Álvaro París y Luis de la Cruz llevaban tiempo con ganas de sacar a la luz las vicisitudes de una frontera insumisa de la Villa y Corte, la del barrio de Cuatro Caminos. Se trataba de rascar un palimpsesto urbano y hacer aflorar los rasgos que tenía esta parte de Madrid en la época a caballo entre los siglos XIX y XX. Con *¡Fuego al fielato!*, que acaba de editar Decordel, materializan su empeño y nos descubren cómo la geografía de las ciudades lleva marcadas muchas veces huellas de resistencia y rebeldía.

Contrastando con el urbanismo planificado que iba tomando forma en el centro de la capital de España, se extendía por entonces en el sector norte de ella un escenario de «*casuchas bajas, solares abandonados y calles irregulares y serpenteantes*», habitado por obreros y marginales de toda laya y a donde no llegaban los progresos que se abrían camino en los barrios elegantes. Hay que decir además que, aparte de estas diferencias, a los dos mundos los separó durante mucho tiempo un profundo foso, de forma que la comunicación sólo era posible por la calzada de la vieja carretera de Francia, devenida en calle de Bravo Murillo. Para controlar la introducción de mercancías en la urbe, en la frontera se había instalado un fielato en el que éstas se pesaban y se abonaban los impuestos de «consumos» correspondientes.

Este régimen económico que gravaba los alimentos había sido establecido con la reforma fiscal de 1845 y era objeto de protestas donde quiera que se elevaran las casetas aduaneras. Esto se comprende si consideramos que en ellas cualquier transeúnte era registrado por malencarados guardias a la caza del matutero (contrabandista) y las palizas eran frecuentes. Querellas y movilizaciones eran cada vez más sonadas, y en las décadas de 1880 y 1890 los motines se convirtieron en costumbre, cebándose en los edificios representativos del poder municipal o la riqueza social, lo que hizo necesaria en ocasiones la intervención del ejército.

La obra nos acerca a los principales protagonistas de estas luchas, personajes como Canuto González, líder del motín de 1888, tabernero y propagandista republicano, o tenderos como Vicente Morata o Fructuoso del Toro. En 1897, estos industriales y algunos otros de los más influyentes del barrio, pactaron con el ayuntamiento un concierto que perjudicaba los intereses generales de sus convecinos, y tuvieron que encarar protestas en las que se les tildaba de colaboracionistas. En este contexto, se convocó una huelga para el 2 de agosto que dio lugar a desórdenes por todo el extrarradio madrileño. Canuto abrió desafiante su negocio ese día y tuvo que huir para no ser linchado. Las tiendas de los «concertados» fueron apedreadas y muchos géneros se echaron a perder, pero no hubo sin embargo saqueos, pues la destrucción no albergaba fin de lucro, sino de simple justicia. El motín, de tono jovial y festivo, lo lideraron las mujeres del pueblo y no logró de momento la abolición del gravamen.

Los años siguientes continuaron las tensiones en torno al fielato, y el 10 de marzo de 1901, Ciriaco Bartolí, un jornalero de cincuenta años, vecino del Tejar de Nieto, fue apaleado por los guardias de consumos al cruzar la frontera. Este hecho provocó una explosión de ira popular en la que fuentes de la época citan la participación de miles de personas y que se saldó con la destrucción por el fuego purificador de las odiadas casetas, tras ser, en este caso sí, desvalijadas, seguramente por aquello de que «*el que roba a un ladrón…*». El impuesto de consumos siguió existiendo y generando protestas y desórdenes hasta que fue abolido en julio de 1911, aunque no dejaron de aplicarse tributos a carnes y embutidos.

Carlos Hernández Quero, Álvaro París y Luis de la Cruz, estudiosos de la historia y activistas por la vivienda digna y contra los expolios urbanísticos, saben bien que no hay instrumento más poderoso para interpretar el presente que comprender el pasado. Con *¡Fuego al fielato!*, fruto de cinco años de indagaciones, han rescatado una página casi olvidada del Madrid genuino y consciente, y nos enseñan que tras la arquitectura que se eleva hoy en el barrio de Cuatro Caminos, podemos discernir, si aguzamos la vista, una frontera rebelde y un mundo popular y expoliado, dispuesto a hacer valer sus derechos.

Viajeros de la revolución española: Mathieu Corman e *Incendiarios de ídolos*

Publicado en *Rebelión* el 22 de marzo de 2011

Corre el año 1934; Hitler ya reina en Alemania; en febrero, los obreros vieneses han sido masacrados por el Gobierno fascista del canciller Dollfuss; todos los vientos que surcan la vieja Europa anuncian el desastre. Mathieu Corman, un inquieto librero belga de treinta y tres años, acaba de publicar sus experiencias en Marruecos, donde ha sido testigo de las políticas de los colonizadores franceses (*Vers le soleil marocain*, 1933). En el viaje a África, ha visitado también España, cuya tierra y gentes le han seducido. Corre el mes de octubre y las noticias que ahora vienen de allí hablan de revolución, lo que es suficiente para que Mathieu, en compañía de un amigo (probablemente el oficial de marina, periodista y pintor Lucien Van Vye) emprenda un viaje en moto hacia el sur para ser testigo de ella. En pocos días llegan a Pamplona. La ciudad está tranquila, pero los dos jóvenes olfatean como sabuesos en busca de la insurrección: «*En un pueblo donde nos hemos detenido a comprar provisiones, nos enteramos de la sensacional noticia: la provincia de Asturias se ha constituido como estado comunista independiente, después de haber masacrado o encarcelado a todas las fuerzas de que disponía el Gobierno de Lerroux. Nuestra elección está clara. ¡Iremos a Asturias!*».

La editorial ovetense Cambalache ha rescatado *Incendiarios de ídolos*, el libro en el que Mathieu Corman recogió sus experiencias en Asturias. La nueva edición, con traducción de Carlos García, se completa con un prologo y un postfacio de Geneviève Michel y el propio traductor en los que analizan el libro y su contexto, y una amplia biografía del autor debida a Paul Aron. Además, Carmen García ha corregido y aclarado, en notas a pie de página, los pequeños errores históricos que Corman desliza en la versión original. Con todos estos elementos, ha resultado una excelente edición que recupera un texto valioso para cualquiera interesado en los hechos de aquel trágico otoño asturiano. Estructurado en tres partes, la primera y la tercera —«La aventura» y «La pacificación»— nos describen la experiencia del autor sobre el terreno, mientras que la segunda —«La revolución»— se dedica a presentar una breve historia de la sublevación. *Incendiarios de ídolo* es un libro impresionista, con una prosa que palpita a flor de piel y consigue transmitirnos frescas las peripecias de unos viajeros convocados desde Bélgica por el impulso emancipador alumbrado en Asturias y que se las arreglaron para atravesar por dos veces el territorio insurrecto.

En su itinerario los dos amigos son detenidos en Carrión de los Condes por la guardia civil, y para justificar su presencia allí exponen su intención de visitar las cuevas de Altamira. Los guardias les permiten seguir, pero les prohíben expresamente acercarse a un lugar cuyo nombre pronuncian con acento ominoso: Potes. Por supuesto, una vez libres, buscan esta localidad en el mapa y allí se dirigen sin apenas dudarlo. Al poco tiempo, el «motosaurio» ataca la espesa nieve del puerto de Piedrasluengas: «*Nuestra motocicleta, con su pesada carga (tienda de campaña, sacos de dormir, colchonetas hinchables, etc.) se parece bastante a un animal prehistórico, por eso la bautizamos como "motosaurio"*».

Potes está aún en poder de los insurrectos, que detienen a los recién llegados: «*—¿De dónde vienen? —De Burgos. —¿A dónde quieren ir? —A Altamira. —¿Cuál es el objeto de su viaje? —No tenemos un objetivo, sino escribir un libro para los turistas. —¡Han escogido bastante mal el momento y el itinerario para hacer un viaje para documentarse en España! —¿No dicen los periódicos que todo está en calma? —¡Sí, los periódicos del Gobierno, que tienen sus razones para decir semejantes estupideces!*». Afortunadamente, todo termina en una pacífica velada en la que José, su improvisado traductor durante el interrogatorio, les explica sus cuitas de joven libertario en la España retrógrada y clerical. También les informa de la delicada situación; se espera la llegada inminente de tropas que ya ocupan al norte el pueblo de La Hermida, al otro lado del desfiladero del mismo nombre. Los viajeros deciden aguardar al día siguiente para seguir hacia Asturias y plantan su tienda a la entrada de la garganta, no sin que antes Mathieu, para evitar problemas, obligue a Lucien a raparse su larga melena y a prescindir de su gorro tártaro «de aspecto subversivo».

Por la mañana, son sometidos en La Hermida a un largo interrogatorio en el que al fin, según Mathieu reconoce: «*nuestro candor desarma a los guardias*». Deciden ahora ir a Oviedo. En un pueblo en el que paran, oyen sordas detonaciones y los lugareños les explican que «*los acorazados de Gijón bombardean los pueblos alrededor de Oviedo*». En Infiesto son detenidos de nuevo y Solchaga en persona les autoriza a seguir hasta Gijón (ya ocupado). Mathieu insiste y consigue que el coronel añada Oviedo en el pase. Progresan parados cada poco por controles de la guardia civil. Cerca de Ribadesella, Mathieu observa: «*Somos tan parecidos a los revolucionarios que los habitantes de los pueblos que atravesamos no dudan en saludarnos alzando el puño. Nosotros queremos ser prudentes y respondemos con sonrisas. Toda la región está, de corazón, con los sublevados, salta a la vista*». En Colunga los detienen otra vez. Al parecer «*los periódicos hablan mucho, en este momento, de agitadores revolucionarios extranjeros que, después de haber fomentado la revolución en Asturias, se habrían dado a la fuga. Esos agitadores serían sobre todo rusos, alemanes y belgas*». Poco después anota: «*Atravesamos un puerto de mar sumergido en la oscuridad: Villaviciosa. La luz del faro corre sobre las casas, cuyas fachadas llevan inscripciones revolucionarias pintadas con color rojo*».

En Gijón, la playa ha sido transformada en improvisado campo de aviación y los viajeros observan destrozos en el barrio de Cimadevilla, causados por los obuses del Libertad. Al poco se afanan por la carretera de Oviedo atiborrada de tropas. «*Cuando alguien nos pregunta, adoptamos un aire de suficiencia y gritamos "periodistas", lo que, vistas las circunstancias, nos vale un pequeño éxito de estima del que íntimamente nos reímos*». En Lugones ven los primeros cadáveres. Un destacamento de caballería había caído en una emboscada de los mineros, que los atacaron con dinamita. El aspecto de Oviedo les sorprende. «*Aunque es exagerado decir que la ciudad no es más que un montón de ruinas humeantes, sin embargo, se encuentra en un estado bastante lamentable. Al estar rotas las tuberías del agua, las ruinas continúan consumiéndose lentamente sin que nadie se preocupe de apagar el fuego. Soldados y obreros trabajan en despejar las calles de todo lo que impide la circulación. Otros hombres transportan a los heridos hacia las ambulancias militares. Otros más trabajan en las ruinas para rescatar los cadáveres*».

Intentan seguir camino y aunque cerca de Mieres son detenidos, se las arreglan para entrar en la villa que tras la firma del armisticio aguarda la inminente llegada de las tropas. En una taberna donde son objeto de todas las atenciones, un minero se confiesa con ellos: «*—¿Pero por qué han hecho esta revolución? —Era una oportunidad para dar cuenta de un régimen odioso que, oprimiendo a España para mayor beneficio de unos privilegiados, impide a los trabajadores organizar el nuevo régimen social que permita a todos vivir dignamente. ¡Esa oportunidad no podíamos dejarla pasar! (...) —Los periódicos les reprochan haber actuado como verdaderos salvajes. —¡Los periódicos! Los periódicos tienen por misión escribir las cosas interesantes que a los hombres les gusta leer. No se puede pedir a los periódicos, que son la mejor muralla de un régimen moribundo, que sean veraces. Si la verdad corriese por la prensa, este régimen estaría ya bajo tierra*». Al día siguiente, en Pola de Lena se encuentran con las tropas desplazadas desde León, que esperan órdenes para avanzar. En las proximidades de Linares, la ladera del monte está llena de cadáveres. «*Cuando continuamos el camino, el olor nos advierte de la presencia de cadáveres en los matorrales. Sin embargo, no tenemos ningunas ganas de ir a verlo y obedecemos a un instinto que nos empuja irresistiblemente hacia regiones más hospitalarias. Nuestra moral ha sufrido mucho con el espectáculo casi ininterrumpido de muerte y miseria, el espectáculo de la guerra civil en lo que puede tener de más horrible*».

El libro fue publicado originalmente en 1935, el mismo año en que su autor se afilió al Partido Comunista Belga. En 1936, regresó a España y combatió en el bando republicano al lado de los anarquistas de la columna Durruti. Volvió a Bélgica en diciembre, pero en mayo de 1937 estaba de nuevo en España como corresponsal del diario *Ce soir*, experiencia que dio lugar a otro libro «*Salud camarada!*». *Cinq mois sur les fronts d'Espagne* (1937). Corman es autor también de una novela y más relatos de viajes; durante la Segunda Guerra Mundial participó en la resistencia y fue detenido en una visita a Barcelona y encarcelado varios meses. Su muerte en 1975 se produjo en circunstancias extrañas; se suicidó el día de su cumpleaños en un bosque próximo al pueblo donde había nacido.

David Ruiz regresa al octubre del 34

Publicado en *Rebelión* el 26 de octubre de 2010

David Ruiz, catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad de Oviedo, ya había dedicado un libro a la revolución del 34. Se trata de *Insurrección defensiva y revolución obrera. El octubre español de 1934* (Labor, 1988), que sintetiza la gestación y desarrollo de los acontecimientos de aquel año con la concisión (160 páginas) de una monografía académica. Debido a este tono de la obra, muchas cosas se le quedaron sin duda en el tintero a uno de los mejores conocedores de la historia del movimiento obrero en la España de aquel tiempo y ésta es la razón de que con *Octubre de 1934. Revolución en la república española* (Síntesis, 2008), haya regresado sobre el tema en un libro bastante más extenso (399 páginas), muy minucioso y que termina por dibujar la visión más completa que sobre él es posible encontrar en este momento. Otra diferencia entre los dos volúmenes es que el 1986 incorporaba un amplio aparato de notas y éstas no existen en el de 2008, indicando claramente que va destinado a un público más amplio.

Con su prosa irónica en ocasiones y siempre amante del detalle, David Ruiz nos presenta a los protagonistas de los hechos, políticos y sindicalistas de todas las tendencias, y asistimos al advenimiento de una república que nace con el apoyo de la mayor parte de la población. Los socialistas, con alguna pequeña resistencia inicial, se ofrecen a colaborar con ella, y el libro analiza la labor de gobierno de sus tres ministros, Fernando de los Ríos, Indalecio Prieto y Francisco Largo Caballero. Hay que esperar a la reorganización y triunfo de la derecha para que el PSOE y la UGT comiencen a tramar en 1934 y bajo la dirección de Largo Caballero, unos planes insurreccionales que no arrastran muchos entusiasmos, pero que su empecinamiento personal hará seguir adelante. Se nos presenta después el desarrollo de la revuelta en diversas partes de España, el rápido fracaso en Cataluña de la deriva soberanista que tomaron los hechos, y las huelgas y agitaciones que se registraron en distintas zonas, sofocadas rápidamente sin mayores dificultades.

Se pasa después a estudiar «la excepción de Asturias», que sólo es posible entender a partir del pormenorizado análisis que se realiza de la historia del movimiento obrero en esta región, con sus diversos enclaves, socialistas, anarcosindicalistas y comunistas. Ante la indiferencia o la abierta incomprensión de los dirigentes estatales, las organizaciones obreras asturianas fueron capaces en 1934 de superar sus discrepancias y diseñar una unidad de acción que junto con el armamento y la dinamita disponibles marcarían la diferencia asturiana en los días de la insurrección. Ésta se describe después con todo lujo de detalles, desde las victorias iniciales hasta el derrumbe y represión final, con especial atención a los dos frentes principales de la lucha, el de la ciudad de Oviedo y el de Campomanes, al pie del puerto de Pajares, donde los mineros resistieron varios días la embestida de las tropas desplazadas desde León. Para terminar se analizan las consecuencias de la derrota y el destino de los protagonistas de los hechos.

Con el cúmulo de información que nos aporta y el estudio que de ella se realiza, el libro termina por dibujarnos la imagen completa de un absurdo táctico con unos directores de orquesta en la cumbre que apenas se creían su partitura y unas masas para las que la insurrección resultó ser en la mayor parte de los lugares una intentona abortada más de las que se prodigaban en aquellos años. La obra permite también comprender cómo y por qué fue solamente en la Asturias del carbón, los chigres y la dinamita, donde el proletariado, con una fuerte conciencia de clase, unido y organizado, alcanzó a protagonizar una sublevación que pudo mantenerse victoriosa durante varios días.

Los labios apretados, documental de Sergio Montero sobre el octubre asturiano del 34

Publicado en *Rebelión* el 31 de julio de 2019

Los caminos de la memoria, tan pródigos en enterramientos y derrumbes, nos regalan a veces confluencias casi mágicas. Un joven asturiano viaja en 2005 a la Argentina para resolver asuntos familiares, tras el fallecimiento de un tío abuelo emigrado allí después de la guerra civil española. Sorprendentemente, a miles de kilómetros de su país va a tomar conciencia de algo que ocurrió en él mucho antes de que naciera, acontecimientos esenciales que atraen su atención y comienza a investigar. Tras una intensa recopilación de documentos y testimonios, su trabajo cristaliza en 2018 en *Los labios apretados*, un documental que pretende mantener viva la memoria de la Revolución de octubre de 1934 en Asturias.

La vieja casa porteña del tío abuelo está llena de estanterías y armarios con libros, fotografías y documentos, en gran parte dedicados a los sucesos de octubre. Allí están, por ejemplo, las memorias manuscritas de Florentino «Flor» Fonseca, militante libertario que participó en ellos. La historia que va surgiendo de los papeles amarillentos captura a nuestro joven, que pronto viaja a Montevideo para entrevistarse con Luis Alberto «Beto» Gallegos, un viejo anarquista que conoció en el exilio a Avelino González Entrialgo, otro protagonista de la revuelta, y se ofrece a aportar datos sobre él. El interés de lo que va descubriendo y el deseo de profundizar le aconsejan entonces regresar a Asturias para buscar a los testigos que puedan quedar, y escuchar sus relatos.

Esta historia es el prólogo emotivo y sorprendente de *Los labios apretados*, en el que presenciamos el renacer de la memoria asturiana entre paisajes urbanos de Buenos Aires y Montevideo y mientras suenan melodías porteñas. Después, sumando las voces de testigos y estudiosos, y con abundante material gráfico de la época, se van desgranando los hechos de aquel octubre: el afán de un tiempo en que la clase obrera era consciente de su fuerza, pero asistía atónita al avance del fascismo por toda Europa; la frustración de una república española que defendía a muerte los privilegios de la burguesía; y al fin en Asturias, el milagro de la Alianza Obrera y una sublevación del proletariado unido en la que los revolucionarios consiguieron éxitos sorprendentes y resistieron quince días hasta que, abandonados por todos, se vieron obligados a rendirse.

El documental reconstruye la preparación de la revuelta y su desarrollo, los asaltos a los cuarteles en las cuencas mineras, la batalla por Oviedo, los reveses militares y el discurso final de Belarmino Tomás desde el ayuntamiento de Sama, con aquella frase que aún resuena: «*Nadie, absolutamente nadie, podrá borrar de la historia lo que significó nuestra insurrección*». La explicación de la lección de voluntad y coraje que se dio en Asturias tal vez pueda encontrarse en la idiosincrasia del minero de carbón, ese hombre que trabaja enterrado vivo, corteja la muerte más horrenda cada día, y conoce todos los secretos de la dinamita, domadora de rocas y arma formidable. A seres así es muy difícil engañarlos y doblegarlos. En aquella época, la revolución social se presentía con la inminencia que tiene un chaparrón cuando las nubes vuelan ya negras y empieza a gotear en la cara.

Tras acercarnos a los episodios de lucha, el documental describe la represión subsiguiente, con torturas y encarcelamientos masivos que se prolongaron hasta la amnistía decretada después de la victoria del Frente Popular en febrero de 1936. En otro viaje posterior a Buenos Aires, nuestro protagonista trabaja en los archivos de la Federación Argentina Libertaria, que custodian muchos documentos sobre las luchas sociales en España. Allí lee las crónicas del

escritor argentino Roberto Arlt, que describe en 1935 el ambiente opresivo de la Asturias militarizada tras el intento revolucionario, un universo de impotencia y «labios apretados» del que fue testigo.

Los 91 minutos del documental se complementan con otros 45 en los que se presentan testimonios sobre la insurrección de octubre de 1934 en Asturias, agrupados temáticamente. En ellos sabemos, por ejemplo, de Constantino Gutiérrez Menéndez, que en el gijonés barrio de El Llano hizo frente en solitario a las tropas del tercio recién desembarcadas en El Musel, pagando con su vida, o descubrimos los detalles atroces de las ejecuciones de los treinta y cuatro mártires de Carbayín (Siero), buena muestra de esa ferocidad de la burguesía contra los que amenazan sus privilegios que es una constante en la historia.

Son muchos los años de trabajo paciente que cristalizan en *Los labios apretados*: investigación, recopilación de datos y testimonios y, al fin, esfuerzo de síntesis para que todo encuentre su lugar en hora y media de película. El resultado nos conmueve porque describe vívidamente la lucha de unos hombres que en el momento en que el fascismo comenzaba a asolar Europa se atrevieron a plantarle cara. Ellos nos muestran lo que podía haber aportado la unidad de la clase obrera en los conflictos sociales de un siglo de desastres que nos dejó donde estamos. Sergio Montero, director del documental, coordinó con acierto equipos a través de dos continentes, y el trabajo de todos nos ofrece buenos argumentos para que la memoria no muera y alimente la esperanza.

Laciana-León, 1934. La revolución de los mineros, de Antonio Fernández y Modesto Cadenas

Publicado en *Rebelión* el 17 de enero de 2024

En la España republicana de 1934, con las derechas en el poder y un panorama turbador de fascismos triunfantes en Italia, Portugal, Alemania y Austria, la entrada en el Gobierno de Madrid de tres ministros de la CEDA fue interpretada por muchos como claro indicio de que aquí también nos esperaba lo peor. En esta tesitura, el PSOE de Largo Caballero tomó la iniciativa y promovió una insurrección que, apresurada y mal trabada en el conjunto del país, estaba condenada al fracaso.

Algunos episodios de aquella revolución fallida de octubre de 1934, en los que ésta adoptó características diversas, son bien conocidos, como la revuelta obrera de Asturias o el movimiento nacionalista que se desencadenó en Cataluña, pero otros sin embargo, como lo ocurrido en la provincia de León, no lo son tanto. Club Xeitu acaba de editar los testimonios de dos militantes socialistas, Antonio Fernández y Modesto Cadenas, sobre sus experiencias de aquellos días en esta región, en un volumen al cuidado de Wenceslao Álvarez Oblanca y Víctor del Reguero, que aportan además un texto sintético sobre el octubre del 34 en tierras leonesas y numerosos documentos y fotografías; su título es *Laciana-León, 1934. La revolución de los mineros.*

Los mineros leoneses en pie de guerra

A lo largo de 1934, mientras los socialistas preparaban la insurrección, desde la capital leonesa el comité revolucionario allí establecido informaba a la dirección nacional de unas perspectivas favorables para el movimiento, pero lo cierto es que cuando llegó la fecha clave del 5 de octubre sólo las comarcas mineras mostraron una actividad destacable. Así, las localidades de Santa Lucía, La Pola de Gordón, La Robla y Matallana de Torío, en la parte central del norte de la provincia, pasaron a manos de los trabajadores entre ese día y la madrugada del siguiente. El día 7 cayó Sabero y el cuartel de la Guardia Civil de La Vecilla resistió hasta el 9 de octubre, cuando los que lo defendían se retiraron a Boñar. Paralelamente, en el valle del Esla, al este, jóvenes de Acción Popular, partido integrado en la CEDA, se organizaron militarmente para frenar el levantamiento e impedir su conexión con los mineros de las cuencas palentinas.

Al oeste de estos escenarios, en Laciana, otra comarca carbonífera, colindante con Asturias y con capital en Villablino, los revolucionarios también lograron hacerse con el control en la noche del 5 al 6, aunque en Páramo del Sil encontraron bastante resistencia y no pudieron entrar hasta el día siguiente. Bembibre cayó el 7, al retirarse los guardias a Ponferrada, y por lo que respecta a esta ciudad, capital del Bierzo, el movimiento fracasó al no sumarse a él los trabajadores de las principales empresas. Siguiendo el plan previsto, en la misma noche del 5 al 6, en Villablino un nutrido grupo de mineros emprendió camino hacia León (100 km) en tres camionetas requisadas, un coche de línea y un vehículo particular que llevaba a los dirigentes. Su objetivo era incrementar los efectivos revolucionarios en la lucha por el control de la ciudad.

Con las primeras luces del día, el convoy llegó a la vista de la capital, pero tras varias horas de espera de una señal para internarse en ella, se recibió la orden de regresar a Laciana. En el viaje de vuelta, a la altura de La Magdalena, cuatro guardias civiles del puesto de Riello atacaron a los mineros y uno de éstos, Máximo Soto Díez, fue herido de muerte. Antes de llegar a Villablino, los insurrectos colocaron grandes piedras y árboles en la carretera y volaron el puente de Villar de Santiago. Un comité revolucionario asumió el poder local y se establecieron controles en los accesos. Tres días después, fuerzas militares apoyadas

por aviación ocuparon Laciana y dieron comienzo a la persecución y captura de cientos de implicados en la revuelta.

Testimonios de dos protagonistas

Los militantes socialistas Antonio Fernández y Modesto Cadenas tuvieron un papel esencial en aquella sublevación frustrada y dejaron testimonios escritos sobre ella que son reproducidos en el libro. Antonio Fernández Martínez había nacido en 1900 en la Foz de Morcín (Asturias) y trabajó como minero en Laciana. En 1931 fue nombrado secretario provincial del sindicato de los mineros socialistas leoneses y tras su participación en los comités revolucionarios de octubre del 34 anduvo huido por Francia y Bélgica hasta febrero de 1936, cuando volvió a España y retomó sus labores en el sindicato.

El texto de Antonio Fernández ofrece un relato pormenorizado de los acontecimientos de los que fue protagonista desde que se comenzó a preparar la insurrección en enero de 1934, y aporta los nombres de las personas que intervinieron en cada momento y los datos de las reuniones y viajes que se realizaron. Se refieren las gestiones para adquirir armamento y se manifiesta preocupación por la escasa movilización en la provincia, aparte de las áreas mineras. Los planes para hacerse con la capital, que quedaron en nada, se describen también en detalle, así como el itinerario que Fernández siguió en Laciana cuando acudió a apoyar a los sublevados. La narración se interrumpe durante la huida, tras la caída de Villablino en poder de las fuerzas gubernamentales.

Modesto Cadenas era el nombre artístico con el que firmaba sus obras el pintor Modesto Sánchez Hernández, nacido en Madrid en 1898 y que gozaba a la sazón de gran notoriedad y reconocimiento internacional. Militante del PSOE, en 1931 fue nombrado secretario en León de la oficina del Patronato Nacional de Turismo, y después participó en los hechos de octubre, lo que le obligó a exiliarse, también en Francia y Bélgica, hasta la amnistía de 1936.

El texto de Modesto Cadenas sobre el octubre leonés es más breve que el de Antonio Fernández y expone como él las diligencias para reunir armas, los planes para tomar León, en los que a él se le asignaron objetivos importantes, y la imposibilidad de alcanzar éstos. Cadenas se desplazó al igual que su compañero a Laciana, y con la derrota de los sublevados, tras unos días escondido, viajó a Valladolid y Madrid. El 6 de noviembre consiguió pasar a Francia.

Modesto Cadenas y Antonio Fernández fueron apresados en León poco después de la sublevación fascista y fusilados a las afueras de la ciudad en noviembre de 1936. Los textos suyos que se reproducen les fueron incautados tras su detención y se conservaron en el expediente de la causa incoada contra ellos, localizada en un archivo militar de Ferrol.

Las revoluciones no se improvisan

Ya con perspectiva de casi un siglo, el movimiento revolucionario de octubre de 1934 se podría definir sintéticamente como una insurrección mal planificada que se saldó con un fracaso estrepitoso. La consigna «*¡Antes Viena que Berlín!*», esgrimida por los dirigentes socialistas que la impulsaron, reflejaba la intención de sacrificarse a un combate desigual, como los obreros austriacos, antes que correr el riesgo de ser perseguidos y eliminados sin lucha como acababa de ocurrir en Alemania. Sin embargo, las condiciones objetivas del movimiento resultaban enormemente adversas, lo que no debería haber escapado a la perspicacia del «Lenin español» que llevaba las riendas.

El trabajo de los historiadores dedicados a desentrañar los hechos de aquellos días sigue dando frutos, y con la publicación de *Laciana-León, 1934. La revolución de los mineros*, Wenceslao Álvarez Oblanca y Víctor del Reguero han logrado poner a disposición de todos, textos, fotografías y documentos de un escenario poco estudiado del Octubre del 34. El libro es un homenaje además a los protagonistas de aquella insurrección, hombres como Antonio Fernández y Modesto Cadenas, asesinados por el fascismo dos años después. Los entresijos que conocemos gracias a las crónicas de estos militantes socialistas nos introducen de lleno en las brumosas expectativas y el desánimo de aquel octubre lejano en tierras leonesas.

Viajeros de la revolución española: Franz Borkenau y *El reñidero español*

Publicado en *Rebelión* el 25 de enero de 2011

Los años trágicos en que un pueblo sometido a explotación secular luchó desesperada y heroicamente por su liberación actuaron como un imán que atrajo a España la conciencia más noble del mundo. Llegaron periodistas para informar de lo que ocurría, pero también obreros e intelectuales, prófugos del fascismo algunos de ellos, hombres inquietos que no dudaron en tomar las armas para defender aquella última trinchera. Muchos dejaron aquí su vida. Hubo también estudiosos que buscaban sobre el terreno la explicación de los eventos que se desencadenaban. Mientras Europa capitulaba, todos mostraron con su presencia el apoyo al pueblo que resistía. Hay que contar entre ellos a algunos de los escritores más destacados del siglo. Y hay que decir también que las páginas que dedicaron a su experiencia española fueron en muchos casos lo más brillante que salió de su pluma. George Orwell, por ejemplo, un novelista de no mucha fortuna en 1936 y que alcanzaría gran éxi-

to después con dos metáforas que exploran los abismos del totalitarismo más obvio, nos dejó en *Homenaje a Cataluña* (1938), su mejor libro para muchos, un retrato minucioso e imprescindible de la Barcelona revolucionaria y de los Hechos de Mayo, así como del frente de Aragón donde luchó como miliciano del POUM.

Franz Borkenau había nacido en Viena en 1900 y era un sociólogo con una formación muy amplia, investigador del totalitarismo y colaborador de la escuela de Frankfurt. Su militancia comunista, comenzada en 1921, se interrumpió en 1929 con el auge del estalinismo. Tras la sublevación de julio de 1936, decide viajar a España para estudiar los hechos sobre el terreno y como resultado de su experiencia surge un libro, *El reñidero español*, publicado originalmente en 1937 y saludado ese mismo año por una reseña muy favorable de George Orwell. Planeta acaba de recuperar la vieja versión española de Ruedo Ibérico (1971), enriquecida con un artículo de Juan Andrade y fotografías de la época, seleccionadas por María Roig y Fernando Casal, que muestran algunos de los escenarios descritos por el autor. Gerald Brenan, en el prólogo de la edición norteamericana de 1963 recogido también en la nueva, señala de forma contundente: «El reñidero español *es un clásico en su género, ya que Borkenau es la única persona que ha escrito acerca de la guerra civil poseedora a la vez de una mente de primer orden y de una completa educación política. Sabía qué preguntas hacer, visitaba el frente y la retaguardia y era un excelente observador. Ninguno de los libros que tratan de esta guerra es más perspicaz o más verídico*».

El reñidero español se inicia con un capítulo de antecedentes históricos que a pesar de pequeños errores de detalle (e. g. fundación de la FAI en 1925) constituye una excelente síntesis en 55 páginas de la historia de España. Inmediatamente después nos sumergimos en el diario del primer viaje del autor a la zona republicana, realizado entre el 5 de agosto y el 15 de septiembre de 1936. Conocemos a través de él, en primer lugar, la situación en Barcelona y el frente de Aragón. Después, tras dos días en Valencia, Franz Borkenau va a Madrid, que al contrario que Barcelona, ciudad en revolución, percibe como una ciudad en guerra, y visita Toledo. Continúa más tarde hacia el sur y nos presenta sus experiencias en la Mancha y las sierras de Córdoba y Jaén. El autor del diario es un observador agudo de los procesos revolucionarios desencadenados. En su libro encontramos una descripción y un análisis de las transformaciones sociales producidas en muchas regiones, y no se obvia nada de lo que puede ver: comités y creatividad del pueblo, competencia entre las fuerzas políticas, ejecuciones e iglesias incendiadas. Las entrevistas que realiza aportan detalles estremecedores de la lucha en un momento en que «*todo se encontraba en un estado de transición, entre el caos y el génesis*». Tras su regreso a Madrid, viaja a Barcelona y sale de España por Portbou. Su relato de este primer viaje culmina con una reflexión en la que enjuicia las perspectivas de futuro: «*Hay fuerzas de la revolución española que sólo acaban de comenzar a hacerse sentir. Cuanto mayores sean sus peligros, mayor será la terquedad de su resistencia*».

Borkenau regresa a España a mediados de enero de 1937 y permanece aquí hasta el 15 de febrero. En Barcelona de nuevo, percibe la rivalidad entre los anarquistas y el PSUC que evoluciona favorablemente para éste. Regresa luego a Valencia y visita el frente de Málaga. Es la época de la reforma municipal del Gobierno Largo Caballero. Borkenau anota: «*Las tendencias revolucionarias han sido detenidas, pero la organización central no ha logrado todavía afianzarse*». En el aspecto militar observa la división y desesperanza que preludian la derrota. En este segundo viaje, las dificultades burocráticas y el control sobre sus movimientos son mucho mayores y de regreso en Valencia es detenido como sospechoso de «actividades trotskistas». Esto le lleva a un análisis en el que constata una evolución desde el terrorismo de masa de la primera época a un terrorismo policiaco manejado por los servicios secretos estalinistas.

Borkenau, profundo conocedor de la historia de las revoluciones, trata en cada momento de enjuiciar en ese contexto las situaciones que observa, y termina el libro con algunas reflexiones en este sentido. En su opinión hay dos factores decisivos a la hora de explicar el fracaso de la revolución española. El primero es la magnitud de las fuerzas extranjeras a las que hubo de enfrentarse, superior a su juicio, en proporción, a la de las que intervinieron en las revoluciones francesa o rusa. El segundo es el carácter contrarrevolucionario de la influencia del Partido Comunista, que acabó con el entusiasmo observado por él en los primeros momentos de la lucha. Sin la concurrencia de estos factores hubiera sido posible, según él, que las fuerzas emancipadoras «*se hubieran fundido gradualmente hasta constituir un solo partido revolucionario, respaldado por el entusiasmo espontáneo tanto de obreros como de campesinos; hubiesen ganado la guerra y creado un nuevo orden de cosas, menos dictatorial, más humano y más progresista que el actual régimen ruso*».

Franz Borkenau con sus impresiones y juicios sobre el terreno, apresurados a veces, pero siempre sinceros y basados en una observación atenta y profundos conocimientos históricos, nos ofrece un relato que resulta ser al mismo tiempo una lectura absorbente y un documento imprescindible para enjuiciar los acontecimientos de los primeros meses de la guerra civil española.

Madrid rojo y negro, de Eduardo de Guzmán. Un periodista libertario narra el comienzo de la guerra civil en Madrid

Publicado en *Alasbarricadas.org* el 7 de mayo de 2014

Eduardo de Guzmán nació en Villada (Palencia) en 1908, pero muy joven partió para Madrid donde se fue ganando la vida en distintas ocupaciones hasta que comprendió que la suya sólo podía ser el periodismo. En la época republicana fue redactor del diario *La Tierra*, hasta su cierre en 1935, y luego de *La Libertad*, trabajo en el que lo sorprendió el alzamiento fascista de julio del 36. Durante la contienda dirigió *Castilla Libre*, órgano de la CNT, y en 1938 publicó *Madrid rojo y negro* (reeditado por Oberon en 2004), el libro que nos ocupa, reivindicando la contribución de las milicias confederales a la causa republicana y la defensa de Madrid durante el comienzo de la guerra civil. Apresado en el puerto de Alicante, de Guzmán es condenado a muerte aunque luego la pena es conmutada. Consigue la libertad condicional en 1943, pero queda inhabilitado para ejercer el periodismo, con lo que sobrevive haciendo traducciones, publicando con diversos seudónimos novelas del oeste de las que se vendían por entonces en los quioscos, y desde 1969 colaborando con la agencia mexicana de noticias. Tras la dictadura retoma plenamente la labor periodística en *Triunfo*, *Índice* y *Diario 16*, entre otros medios, y en las postrimerías del franquismo emprende también una importante actividad historiográfica en la que destacan *1930: crónica política de un año decisivo* (Tebas, 1973), y sus tres tomos de memorias sobre la guerra civil editados por G. del Toro: *La muerte de la esperanza* (1973), *El año de la victoria* (1974) y *Nosotros los asesinos* (1976). Eduardo de Guzmán falleció en Madrid en julio de 1991.

Muy lejos del tono reposado de estos últimos volúmenes, en los que la aproximación a los hechos desde la distancia se esfuerza en ser objetiva, *Madrid rojo y negro*, escrito en el fragor del combate, muestra interés especial en señalar la contribución de los anarquistas en la lucha contra la sublevación, lo que ha de entenderse como la respuesta contundente a los que ya en aquel momento cuestionaban torticeramente esta contribución. Diversos hechos creaban en España una situación revolucionaria en los comienzos de aquel año de 1936: la potencia y organización del movimiento libertario por un lado, por otro la posibilidad nada remota de alianzas obreras como la que había funcionado en Asturias en el 34, también la debilidad de un Gobierno dispuesto sin duda a repetir más Casas Viejas, pero sabedor del precio político de estos excesos. Era aquél uno de esos pocos momentos de la historia en los que las cuentas salen... Y es entonces cuando una cadena de traiciones echa todo por tierra. Eduardo de Guzmán, un periodista de veintiocho años sinceramente comprometido con aquel luminoso proyecto de los libertarios, es agudamente consciente de las infamias que han traído el desastre y su respuesta es este libro. En él oímos sobre todo el latido de un corazón desgarrado por el espectáculo de ignominia y doblez y una reivindicación apasionada del heroísmo de los libertarios en aquellos primeros meses de guerra, cuando a pesar de los pesares parecía que no todo estaba perdido.

El libro viene en la edición de Oberón con una introducción de Rafael Torres, que se añade a la de José García Pradas, director de *CNT*, de la original, y comienza en los años de la II República Española. Guzmán nos describe ésta como un proyecto liberalizador que chocó con la dura realidad del carácter sagrado de la propiedad. Así siguieron con ella el hambre y la explotación, y también la lucha. Tras febrero del 36, los dirigentes frentepopulistas regresan con la idea de otro bienio de marear la perdiz, pero los obreros tienen prisa: sacan a los presos del 34 de las cárceles, ocupan tierras... Los políticos hablan y hablan (y conservan a los generales golpistas en sus puestos), los fascistas provocan y el proletariado exige sus derechos, cerrando los puños para el combate inminente. La conciencia de la explotación ha despertado con una fuerza enorme y el pueblo sabe que la militarada está presta a caer sobre él. La batalla será a muerte.

Son momentos en que lo que viene está diáfanamente claro y el Gobierno de forma criminal mira para otro lado. Aún era posible extirpar de raíz el fascismo español y los que podían hacerlo no quisieron. Pronto, con la inactividad cómplice de Manuel Azaña y Santiago Casares Quiroga, la hidra fascista está en pie. El sábado 18 de julio van llegando de toda España noticias del levantamiento. Eduardo de Guzmán nos describe el ambiente en las calles de Madrid y el trabajo entusiasta de los militantes confederales organizados en torno a un Comité de Defensa en el que desde el principio la figura clave es Eduardo Val. El Gobierno se niega a armar al pueblo, pero éste sabe que sólo si se arma podrá resistir al fascismo.

Casares Quiroga dimite para que Martínez Barrio busque el entendimiento con los sediciosos, pero éstos ya no quieren saber nada con los que nadan entre dos aguas y enseguida se forma el Gobierno Giral. Guzmán emprende el relato de la primera batalla en Madrid, cuando la sublevación es sofocada en el cuartel de la Montaña y otros lugares donde el pueblo derrocha coraje y derrama generoso su sangre. Es la crónica de un testigo comprometido en cuerpo y alma con el proletariado que resiste, y sobre todo con el anarcosindicalismo que es para él su sector más valioso y consciente. Se describe la situación en los distintos cuarteles y los detalles de lo ocurrido en cada uno hasta la toma de Campamento, que no es el final porque quedan aún francotiradores emboscados.

Tras la lucha en los acuartelamientos, el panorama es desolador: Madrid está sitiado. Hay que abrirse camino hacia Alcalá y para allí van las milicias confederales recién creadas. Alcalá es liberado. Guzmán repasa la actividad frenética de esos días. Las milicias neutralizan pacos en el mismo Madrid, pero parten también para la Sierra, y hacia Toledo y Guadalajara, los objetivos imprescindibles para la seguridad de la capital. La lucha por Toledo logra encerrar a los fascistas en el Alcázar. Se toma Guadalajara y Cipriano Mera, que estaba allí, marcha después a Cuenca, que se ha sublevado. La provincia es ganada para la República.

Tras esos días comienza a discutirse la necesidad de una estructura mejor para afrontar lo que ha acabado siendo una guerra civil. Así echan a andar las Milicias Confederales del Centro, que en dos grandes cuarteles: el del Cinema Europa y el del Puente de Toledo, se organizan y eligen a sus jefes; las dirige militarmente el teniente coronel del Rosal. Se plantea aquí por primera vez la que será una denuncia constante en el libro, la de la resistencia gubernamental a colaborar con estas milicias. Así se pierde Navalmoral de la Mata en un momento clave. No hay armas para las unidades anarquistas y los hombres que afluyen a ellas han de integrarse en las de otros grupos políticos.

La siguiente batalla que se nos narra es la que se produce en Somosierra para controlar el abastecimiento de agua de Madrid. El asalto fascista es neutralizado por el arrojo de las milicias confederales. Consolidada esta zona, éstas han de partir para la sierra de Gredos, donde continúan luchando con escaso armamento y sobrado valor. Allí muere en un avance Teodoro Mora, uno de los mayores talentos militares del movimiento libertario. Son las semanas en que los fascistas llegan desde Talavera hasta Escalona. La superioridad de medios hace imposible la resistencia, pero el coraje herido está fraguando todo el heroísmo de la batalla de Madrid que se aproxima. Las tropas confederales quedan sitiadas en Casavieja y el Sotillo, pero logran romper el cerco en una brillante maniobra. Allí estaba Cipriano Mera.

El siguiente capítulo se dedica a la lucha por Toledo. El asedio al Alcázar estuvo marcado, primero por el desinterés gubernamental y luego por indecisiones que resultaron fatales. Guzmán nos cuenta cómo allí, al igual que en otros muchos lugares, los libertarios fueron los primeros en la brecha y los últimos en la resistencia cuando los moros llegaron en el momento final y salvaron a los fascistas supervivientes. El siguiente escenario es Sigüenza. A mediados de septiembre los franquistas emprenden una ofensiva plena de recursos e imposible de contener y se produce el cerco. La defensa desesperada en la catedral es aplastada a finales de octubre. Nada se hizo por ayudar a los héroes que vendieron cara su vida.

La crónica que sigue es la de los días negros en que los fascistas llegan a las puertas de Madrid. La CNT ha entrado en el Gobierno y éste huye a Valencia, pero el pueblo está dispuesto a dar la batalla decisiva: libertad o muerte. Y el 8 de noviembre se produce el milagro. Los burócratas han huido, pero han venido Durruti con sus mejores tropas y las Brigadas Internacionales. Republicanos, socialistas, comunistas y anarquistas pelean codo con codo en magnífica hermandad, y con el esfuerzo de todos Madrid se salva. Guzmán resalta el papel de los hombres de los sindicatos, del pueblo en armas que pone el pecho al incontenible avance fascista.

En los días que siguen, cuando el frente queda estabilizado dentro de la propia ciudad, también se derrocha heroísmo. Los moros y legionarios se estrellan contra un muro infranqueable, pero la rabia e impotencia de Franco redoblan los bombardeos sobre la población civil. No importa. Los cobardes asesinatos desde el aire convencen a los indecisos sobre la naturaleza del fascismo y multiplican la furia de los que le plantan cara. Se narran después las últimas horas de Durruti, enzarzado nada más llegar en lo más duro de la lucha en la ciudad universitaria. Sus fuerzas son masacradas y él mismo cae el 20 de noviembre.

En diciembre la situación se relaja algo. Son las semanas en que las Milicias Confederales del Centro se dotan de una estructura más militar que aumentará su eficacia. Acabarán constituyendo cinco divisiones del Ejército Popular. En enero comienza una nueva acometida fascista que los primeros días consigue cortar la carretera de La Coruña, pero es frenada en seco en El Pardo por los confederales. Más tarde, el enemigo rompe las filas defensivas en la Casa de Campo. De nada les sirve, pues conscientes del peligro creado, los que habían retrocedido contraatacan con ánimo renovado y reconquistan las posiciones.

El libro concluye con un canto a la lucha esforzada que detiene las ofensivas del Jarama y Guadalajara. El nuevo ejército demostró allí un empuje que traía los mejores augurios para el desenlace de la guerra. Eduardo de Guzmán da la obra a la imprenta a finales de 1938 y ésta es impresa en Madrid en unos talleres socializados de la CNT. Su recuperación en el catálogo de la colección La buena memoria, de editorial Oberon, nos acerca a un Eduardo de Guzmán casi desconocido para los que hayan leído sólo sus obras de madurez, y nos trae la crónica de un Madrid heroico y sitiado, entregado a la vesania de Franco, Hitler y Mussolini, pero en el que militantes de todas las tendencias supieron unirse y dejar para siempre, mientras los hombres anhelen la libertad, un ejemplo universal de resistencia.

«Nuestro día más largo». Relato autobiográfico de Eduardo de Guzmán sobre la lucha en Madrid del 17 al 20 de julio de 1936

Publicado en *Alasbarricadas.org* el 9 de junio de 2014

En *Madrid rojo y negro*, que reseñé recientemente, Eduardo de Guzmán nos describe su visión en 1938 de los comienzos de la guerra civil en Madrid. Posteriormente volvería sobre el tema en un libro publicado en los años 70, concretamente en *La muerte de la esperanza* (G. del Toro, 1973; El Garaje, 2006), primer volumen de la trilogía que dedicó al conflicto y la inmediata postguerra. Esta obra se divide en dos partes en las que nos narra sus experiencias durante los días iniciales («Nuestro día más largo») y finales («El puerto de Alicante») de la contienda. Contrapone así la lucha enconada y sangrienta, pero llena de optimismo también, que consiguió aplastar la sublevación en Madrid y las penosas escenas del puerto de Alicante, cuando una gran cantidad de republicanos fueron hechos prisioneros al fallar los barcos que iban a realizar su evacuación. Escogiendo estos dos momentos, Eduardo de Guzmán nos retrata justo el principio y el final de la lenta y dolorosa «muerte de la esperanza» que significó la guerra para los partidarios del bando leal.

Tarde y noche del viernes 17 de julio

«Nuestro día más largo» se inicia con una conversación entre periodistas de ideologías diversas en el bar del Congreso de los Diputados en la tarde del 17 de julio de 1936. Indalecio Prieto, que aparece por allí, les trae la noticia de que ha comenzado la sublevación en Melilla. Guzmán, reportero de *La Libertad*, es encargado por su periódico de sondear las impresiones de la CNT y acude a entrevistarse con Eduardo Val, secretario del Comité de Defensa de los libertarios en Madrid. Isabelo Romero, miembro del mismo comité, le pone de manifiesto la política suicida del Gobierno negándose a atajar el alzamiento, y comenta no obstante que la CNT, con más de un millón de afiliados y casi otro de simpatizantes, conoce bien la situación en los cuarteles, vigila y está preparada para actuar, sabiendo que no puede esperar nada de un Gobierno que teme más a la revolución que al fascismo.

Ya de noche, Guzmán va a la redacción de *La Libertad*, donde todos discuten la situación acaloradamente, aunque nada pasa a las rotativas porque la censura impide mencionar lo de Marruecos. Republicanos y socialistas moderados defienden al Gobierno y se declaran convencidos de la fidelidad de la mayor parte del ejército. Sólo los más lúcidos, como el poeta Luis de Tapia, no se dejan engañar y ven venir el desastre. Ya de madrugada, Guzmán recorre con Eduardo Haro, subdirector de *La Libertad* (y padre de Eduardo Haro Tecglen), el centro de Madrid; éste muestra el ambiente de cualquier otro día, aunque el que amanece está destinado a quedar en la historia universal de la infamia y también en la de la lucha por la emancipación humana.

Sábado 18 de julio

En la mañana del sábado 18 comienzan a llegar noticias alarmantes de gran parte de España y la radio admite por fin la sublevación en África. A mediodía, el ministro de Gobernación Juan Moles no acude a su cita diaria con los periodistas y en su lugar el subsecretario Ossorio Tafall, les describe una situación que nadie cree; se manifiesta por ejemplo completamente seguro de la fidelidad del general Emilio Mola a la República. En las horas siguientes llegan más noticias terribles de Navarra, Cádiz, Málaga o Córdoba y el Gobierno sigue negando cualquier problema serio.

A primera hora de la tarde, se sabe que en Sevilla Queipo de Llano encabeza el golpe. En ese momento sorprende enormemente un comunicado de las ejecutivas del PSOE (controlada por Prieto) y el PCE, en el que suicidamente se ponen a disposición de un Gobierno en el que tienen «plena confianza». De la prensa vespertina, sólo *Claridad*, órgano de los socialistas caballeristas llama a la lucha y exige que el pueblo sea armado. A las seis, la puerta del Sol está llena de obreros venidos de las barriadas de Madrid que reclaman fusiles. Se sabe que en el Consejo de Ministros de la tarde, al que asistieron Diego Martínez Barrio, Indalecio Prieto y Francisco Largo Caballero, este último pedía desesperadamente armas para contener la sublevación y todos se pusieron en su contra.

Son las ocho de la tarde. En la sede de la CNT en la calle de la Luna también se concentran obreros que piden armas. La otra obsesión de los libertarios en estos momentos son los presos. Téngase en cuenta que como resultado de la huelga de la construcción, líderes como David Antona, Cipriano Mera o Teodoro Mora están en prisión. Concluye el día en Madrid con noticias cada vez más negras que llegan de toda España, un pueblo movilizado que trata de conseguir armas y un Gobierno cuya sola actividad es colaborar objetivamente con los golpistas impidiendo que el proletariado se arme y amordazando a la prensa con férrea censura.

Domingo 19 de julio

Esa noche, Guzmán viaja con Isabelo Romero, que reparte fusiles en los barrios. De los cuarteles están saliendo armas. Toda la clase obrera está unida y colabora, y con ella los guardias de asalto y algunos militares. La guardia civil, acuartelada, espera órdenes del Gobierno. El recorrido nocturno por Madrid muestra una ciudad alerta y preparada para la batalla, aunque con escaso armamento. A las tres de

la madrugada, de regreso en la redacción de *La Libertad*, Guzmán comprende que es inútil escribir nada porque la dirección del periódico acata la censura impuesta.

Pasadas las cinco, Diego Martínez Barrio anuncia a la prensa su nuevo Gobierno, una pandilla que no representa a nadie. Los militantes de Izquierda Republicana rompen sus carnets asqueados ante Marcelino Domingo, que ha acudido a la sede del partido a dar explicaciones. A las seis, Martínez Barrio dimite tras demostrarse la imposibilidad de un entendimiento con los sublevados, y al poco tiempo se sabe que José Giral formará Gobierno. Ya de mañana, Guzmán va con otros periodistas a entrevistar a Sebastián Pozas, que era inspector general de la Guardia Civil y es el nuevo ministro de Gobernación. Les concede unos minutos y les describe la situación, extremadamente grave, pero con perspectivas favorables, según él.

Todos están pendientes de lo que ocurre en Barcelona, donde la batalla se está desarrollando aún. A Madrid acaba de llegar un tren con mineros asturianos que son recibidos con júbilo en la Puerta del Sol. Se ha conseguido ya de Pozas la liberación de los presos anarquistas: Antona, Mera, Mora y muchos más se suman a la lucha. Guzmán habla con Antona, optimista confiando en la fuerza combativa del proletariado plenamente consciente del significado del momento. De Barcelona hay buenas noticias: parece que la sedición está a punto de ser aplastada; a primeras horas de la tarde se sabe que la guardia civil ha luchado allí contra los fascistas. ¿Qué hace en Madrid? Espera acuartelada. Es difícil predecir nada.

Llegan rumores de que el cuartel de la Montaña se ha sublevado y allí va Guzmán con otros periodistas. La situación es tensa y ha habido una escaramuza con algunos muertos, pero el asalto no ha comenzado. Recorren los alrededores por donde su propia seguridad lo permite y hablan con los milicianos, apoyados por guardias de asalto, que vigilan. Hay cruces de disparos. Llegan entonces informaciones de que en Oviedo Aranda se ha sumado al alzamiento. Tras lo de Cabanellas y Queipo, nadie se sorprende. Es ya noche cerrada. En el café de Levante, Guzmán se queda adormilado y lo despierta el júbilo con que se acoge la noticia que la radio acaba de dar. Goded ha caído prisionero en Barcelona y en una alocución pide a los sublevados que dejen las armas.

Lunes 20 de julio

Al amanecer el 20 de julio, Madrid es un campo de batalla. Los trabajadores acuden a los lugares de lucha siguiendo el llamamiento de los sindicatos; se han convertido en milicianos. El primer centro de atención en estas horas es el cuartel de la Montaña, donde los sublevados disparan sobre el pueblo. UGT y CNT han olvidado las diferencias. Todos corean UHP. Se ven algunos tricornios entre los sitiadores, pero los enterados comentan que el grueso de la guardia civil de Madrid permanece acuartelada e indecisa. Tras una última embajada para negociar la rendición y rechazada ésta, el fuego se reanuda. Apoyan el asedio tres cañones (uno del 15 y dos del 7,5) y aparecen también aviones que bombardean. Los confederales, sabedores de ser siempre poco favorecidos en los repartos de armas desde el poder, se aprestan al asalto para ser los primeros en la brecha.

Numerosos periodistas fotografían y entrevistan a los que luchan. Son las doce del mediodía cuando los primeros atacantes penetran en el edificio. La resistencia es encarnizada pero termina cediendo y se producen ejecuciones a las que ponen fin los propios asaltantes. La obsesión de los confederales es conseguir armas que llevar a la calle de la Luna y los ateneos de los barrios. Se obtienen siete ametralladoras y ochocientos fusiles que son usados inmediatamente en los combates que siguen en Campamento y contra los francotiradores.

Se forma una columna bajo el mando de Isabelo Romero y parte para Getafe donde la situación es confusa. Guzmán les acompaña. Se logra que los militares indecisos se unan y todos van a Leganés para atacar desde allí a los sublevados de Campamento. La lucha está acabando cuando llegan a las 2:30. Ha sido una batalla heroica en la que ciudadanos antifascistas de varios partidos y sindicatos al mando del coronel Mangada han aprendido con sangre las tácticas del asalto a una posición y la han conquistado al fin. Entre ellos estaba Ángel de Guzmán, hermano del autor, que morirá dentro de tres meses en el Alberche.

Las luchas callejeras contra elementos fascistas se suceden toda la tarde encarnizadamente. La fisonomía de la ciudad ha cambiado. Patrullas de milicianos piden la documentación en unas calles donde corbatas y chaquetas se hacen extrañas y comienzan a abundar los monos proletarios. Apenas circulan tranvías; la gente prefiere el metro. En los bares y hoteles no se cobra. En Teléfonos, Guzmán habla con otros periodistas y juntos repasan las noticias que perfilan cómo la piel de toro ha quedado dividida en dos tras estas horas enloquecidas. No obstante, falta información de varias zonas y en otras las perspectivas son confusas.

Piensan algunos que, aplastada la sublevación en Madrid y Barcelona, la situación se presenta favorable para la República, pero otros lo discuten. Cánovas Cervantes, director de *La Tierra*, profetiza una guerra larga y cruenta. Llega entonces la noticia inesperada de la muerte del general Sanjurjo en un accidente aéreo en Estoril. En la redacción de *La Libertad*, pocos creen que el escenario creado pueda acabar en una guerra civil y entre ellos está Eduardo de Guzmán. Las previsiones de un apoyo sin fisuras al Gobierno legítimo desde Francia e Inglaterra que algunos apuntan se revelarán pronto demasiado optimistas.

Se da en estos momentos la circunstancia extraña de que la información más precisa de lo que ocurre en el país y los

recursos militares para intervenir y atajar las amenazas no están en manos del Gobierno, sino de los partidos y organizaciones obreras. Guzmán acude a la calle de la Luna, donde la actividad es frenética. Sabe allí que la situación en la Sierra está controlada, pero Alcalá, Guadalajara y Toledo suponen peligros inminentes. Para estos lugares partirán enseguida columnas de automóviles y camiones llenos de hombres armados. Con su lucha, consolidarán las comunicaciones de Madrid con Levante y Andalucía oriental, donde la sublevación ha fracasado, y quedarán definidos los contornos de las dos mitades de España que disputarán la guerra que comienza.

La crónica de aquellos días de julio que Eduardo de Guzmán nos regala en «Nuestro día más largo» queda muy distante en el tiempo y en el ánimo del relato que él mismo había realizado en 1938 en *Madrid rojo y negro*. Ceñida y estrictamente autobiográfica, por su moderación y su renuncia a cualquier atisbo partidista nos permite vivir el ambiente febril de aquellas horas con una perfecta sensación de realidad. Resulta, además, esclarecedora para plantear ante el tribunal de la historia la terrible responsabilidad de unos dirigentes republicanos que en un momento crítico dejaron vía libre a los militares fascistas negándose a armar los millones de brazos proletarios que podían haberlos detenido.

«El puerto de Alicante», de Eduardo de Guzmán

Publicado en *Alasbarricadas.org* el 15 de julio de 2014

«El puerto de Alicante» como señalábamos en artículos anteriores es la segunda parte de *La muerte de la esperanza*, primer tomo de las memorias de Eduardo de Guzmán. La acción comienza el 27 de marzo de 1939, aunque los hechos de esta jornada están integrados en un capítulo con el epígrafe del día siguiente. Ya se había producido entonces el «golpe de Casado», apoyado por republicanos, socialistas y libertarios, que había destituido a Negrín, constituido un Consejo Nacional de Defensa (CND) y tomado el poder en la España republicana.

Lunes 27 de marzo

Eduardo de Guzmán, director de *Castilla Libre*, órgano de la CNT, permanece en Madrid cuando los frentes se rompen y la entrada de los franquistas en la ciudad es inminente. Por la mañana, acude a una reunión con los hombres más destacados de la CNT en la zona centro. Domina a todos una resolución heroica de resistir a cualquier precio emprendiendo una implacable guerra de guerrillas y sabotaje. Planean una serie de manifiestos en este sentido y Eduardo dedica varias horas a escribirlos. Sin embargo, tras la reunión del CND en el Ministerio de Hacienda, se sabe que las directrices son exactamente las opuestas: bandera blanca y ninguna resistencia donde se produzcan ataques. Republicanos, socialistas y militares impusieron su criterio a Val y González Marín, representantes libertarios en el CND. Se habla de un plan pactado con el enemigo que permitirá una retirada progresiva y la salida de España de todos los que teman por su vida, pero Eduardo de Guzmán sencillamente no cree esto último. Decide de todas formas no abandonar Madrid hasta que el número del martes de su periódico esté en la calle.

Martes 28 de marzo

Tras dormir unas horas, de mañana Eduardo sabe que se está organizando la evacuación y es convocado a las 11 en el Comité Regional de Defensa de la CNT en la calle de Serrano. Sin embargo, cuando llega allí a esa hora tras despedirse de su madre y recoger sus cosas, comprueba que ya han partido todos. Va entonces a la Federación Local de Juan Bravo, donde tampoco queda nadie. Por las calles hay ya grupos de fascistas que pasean banderas bicolores y dan vivas a Franco.

Eduardo opta por detener a punta de pistola el primer coche que pase para hacerse con él, y tras un par de intentos es admitido en un camión que se dirige a Levante cargado de compañeros de Vallehermoso. Mauro Bajatierra, viejo luchador libertario que también había sido citado en el Comité y lo había acompañado hasta aquí, decide al fin quedar en Madrid: «*Prefiero acabar aquí a morirme de asco y vergüenza en cualquier otro lugar del mundo*».

No sin algún tiroteo logran salir de Madrid. Nuevo cambio de disparos en Alcalá y siguen con heridos leves. Más fiesta cerca de Tielmes y un muerto que continúa viaje tapado con una manta. Lo dejan en Tarancón y tratan allí mismo de comer algo sin mucho éxito. Al acercarse a Valencia se circula en largas caravanas. En las inmediaciones de Minglanilla se suman al camión a la fuerza cuatro pasajeros. Les sorprende cómo en territorio valenciano la vida en los pueblos prosigue normal sin conciencia de la inminente derrota.

A las ocho llegan a Valencia y van al centro de la ciudad, sumido en barullo y confusión completas. En la redacción de *Fragua Social*, el periódico libertario, les informan de que Madrid ha sido ocupado ya por los fascistas y éstos avanzan por Guadalajara, La Mancha y Andalucía, aunque a un ritmo no demasiado rápido, que parece indicar que no piensan obstaculizar la evacuación.

En un lugar cercano, donde se encuentran reunidos los miembros del CND y otros personajes importantes, Casado les confirma esto. Hay ya varios barcos a punto de llegar a

Valencia, Alicante, Cartagena y Almería. Allí sabe Eduardo que Mauro Bajatierra ha muerto en Madrid en un tiroteo cuando trataban de detenerlo y que Miaja ha huido de España en avión. Casado permanece en su puesto tratando de salvar lo salvable.

Los responsables confederales trabajan en ese momento con dedicación para que la evacuación se produzca de la mejor forma posible. Eduardo recrimina a José García Pradas y Manuel Salgado, los compañeros que lo habían citado en Madrid y marcharon antes de tiempo, y le responden que dejaron a alguien encargado de atenderlo y no cumplió su cometido. Tras más de un día de ayuno, cena opíparamente

Miércoles 29 de marzo

Tras la cena, el gentío en las calles ha aumentado y hay conatos de protestas porque el único barco del puerto, un mercante inglés, se niega a admitir pasajeros. Es una canallada que justificaría la confiscación del buque, pero la situación con el Gobierno inglés es muy delicada y nada se hace. Se propaga entonces la noticia, cuyo fundamento se desconoce, de que hay un barco atracado ya en Alicante y se esperan más.

Pradas y Val le comentan que, con la que se avecina, es prioritario para la CNT poner a salvo a los intelectuales capaces de combatir las calumnias que los que han huido ya cómodamente van a tratar de difundir con toda seguridad. Por ello se ha decidido que Aselo Plaza, que era redactor jefe de *CNT*, y él mismo deben partir de inmediato hacia Alicante a coger el barco allí disponible. Este puerto, el más lejano de los frentes, será el elegido para la evacuación. Pradas, Salgado y Val quedan en Valencia con la intención de ser los últimos en embarcar.

Emprenden viaje, lento por el intenso tráfico, y a las 9 de la mañana están en Alicante, en cuyo puerto no encuentran el barco prometido, el Marítima. Les informan de que partió al amanecer con el pasaje incompleto y luego sabrán que la causa de esto fue el ataque de pánico que acometió a su capitán. Recorren la ciudad, con abundantes destrozos producidos por los bombardeos, para llegar a la federación local de sindicatos de la CNT, donde acogen con escepticismo la noticia de que se espera el atraque inminente de varios barcos.

Partidos y sindicatos trabajan juntos en la elaboración de listas de embarque y en el control de la vigilancia y defensa de la ciudad, cuyo sector próximo al puerto está cada vez más atestado de personas que esperan los barcos. Sólo en los muelles hay ya miles y continuamente llegan más. A primera hora de la tarde se sabe que en Valencia la situación es crítica.

En el puerto abarrotado, Eduardo abraza a muchos amigos y compañeros, unidos todos en la desgracia y la derrota. Cerca de las doce de la noche, cuando varios miles de personas más se han sumado a los que aguardan, aparece un barco en el horizonte. Gritos de júbilo lo saludan que se vuelven de desesperación cuando vira y se aleja.

Jueves 30 de marzo

A las tres de la madrugada, la Comisión Internacional de Evacuación asegura que hay barcos de guerra franceses en camino para garantizar que los que se dirigen a Alicante puedan cumplir su cometido. Renace la esperanza en algunos, aunque Eduardo de Guzmán es profundamente pesimista. Piensa que la orden del CND de izar bandera blanca fue un error enorme que hará imposible la evacuación.

Máximo Franco, comandante de brigada en el frente de Extremadura, comenta cómo en la fase final de la guerra la cúpula militar trataba más que nada de hacer méritos con Franco. Así una operación de guerrilla, propuesta por él a comienzos de 1939 y que podía haber permitido fácilmente dar un golpe de mano en Sevilla capital, fue terminantemente prohibida y casi le cuesta ser fusilado.

Se les asegura que en una hora llegará un barco y las más de quince mil personas que esperan se organizan para lo que parece inminente, pero ya de amanecida se repite el fiasco de antes: un navío que emboca el puerto da la vuelta luego. La frustración de la multitud es la que cabe imaginar. Se discuten las posibles causas de estos extraños sucesos y algunos socialistas manifiestan tener sospechas de que se trata de una estrategia de los comunistas. Ellos controlan la naviera Mid-Atlantic, de Marsella, propietaria de los barcos, e intentarían así torpedear los planes de evacuación y con ellos al CND que los organizó. Opinan esto aunque hay comunistas también entre los que esperan en tierra.

Saben entonces que en el avión de Air France que vuela de Casablanca a Marsella con escala en Alicante hay una plaza libre y rápidamente escogen a quien puede mejor hacer en Francia las gestiones necesarias, que resulta ser el socialista Pascual Tomás. Por los últimos que van llegando se sabe que los fascistas ya han entrado en Ciudad Real, Cuenca, Jaén y Albacete. Los italianos que tomaron Albacete pueden plantarse en Alicante en unas horas. Los militares consideran que luchar para proteger la improbable evacuación sería una temeridad. Sólo queda esperar.

Cuando llegan los italianos, se pacta un acuerdo con ellos: no se resistirá la ocupación de la ciudad y ellos se comprometen a esperar a que se produzca la evacuación para tomar el puerto. Acto seguido, la zona de los muelles es protegida contra un posible ataque mientras los italianos ocupan el fuerte de Sta. Bárbara, desde el que unas pocas ametralladoras podrían aniquilar en unos minutos a todos los que esperan. No obstante, el general Gambara ha empeñado su palabra de honor de que no serán molestados. Motos, tanquetas y camiones de la División Littorio, junto a

tropas de a pie, desfilan frente a ellos. Muchos han de hacer esfuerzos para no abalanzarse. Se oye un disparo; un hombre de pelo blanco se ha suicidado. No es el primero.

Se sabe que hace tres horas salió de Gandía un crucero inglés, el Galatea, cargado de evacuados, entre ellos Casado y los miembros del CND. Se espera la llegada inminente a Alicante de un crucero francés, pero como sólo podrán subir a él ciento cincuenta personas, se hace necesaria una selección que provoca airadas discusiones. Eduardo de Guzmán no está entre los favorecidos y oye cómo algunos hacen planes para embarcar por la fuerza.

Viernes, 31 de marzo

De noche, pocos duermen. Hace frío y arden numerosas hogueras. Los afortunados esperan aparte con sus equipajes, mirando tensamente al mar. A la 1:30 se avistan varios barcos, pero no acaban de entrar. A las 2, tres navíos se aproximan al puerto, y a trescientos metros de él dan la vuelta y regresan al punto de partida. Es entonces cuando un grupo decide escapar a pie. Son campesinos jóvenes conocedores del terreno. Buscarán el Sistema Ibérico y luego las estribaciones pirenaicas. A las 6 se repite el numerito de los barcos que vienen y se van. Al amanecer no queda ninguno en el horizonte. Los ciento cincuenta vuelven con los demás.

Cadáveres de suicidados flotan en las aguas mientras suenan disparos de otros que optan por la misma vía de escape; en casos como éste es una enfermedad muy contagiosa. Aparecen de nuevo barcos y se impone como condición para que atraquen la entrega de todas las armas. Conseguido esto, los navíos se alejan. Cuando se acerca un barco de guerra y hay un último conato de esperanza, al aproximarse se comprueba que no es el ansiado crucero francés, sino un minador español, el Vulcano, con ametralladoras emplazadas apuntando hacia los muelles. Un hombre de servicio en el pequeño faro de la bocana del puerto lanza un grito y se arroja al vacío. Su cráneo queda destrozado entre las rocas.

Desembarcan soldados cantando el himno legionario y algunos les contestan con *A las barricadas*. A los que les mandan callar por miedo, un joven manco responde: «*¿Por qué voy a callar? ¿Qué podrán hacer más que matarme?*». Todos piensan que va a repetirse, punto por punto, lo sucedido a los vascos en Santoña. Los italianos han desaparecido. Continúan los suicidios mientras se exige la rendición, y se les hostiga con ráfagas de ametralladora que de momento tiran alto, pero cuyas balas silban cada vez más cerca. Muchos comienzan a agitar trapos blancos.

Eduardo de Guzmán afirma haber sentido entonces, de forma definitiva, la conciencia dolorosa y humillante de la derrota, la individual y la social, aunque resiste la tentación del suicidio. Tal vez ya no haya esperanza al cesar la lucha, pero siente esa salida como algo puramente personal, que no resuelve la tragedia colectiva.

Se exige la evacuación del puerto. Hombres y mujeres serán separados y recluidos en lugares distintos. La ocultación de armas será castigada con el fusilamiento inmediato. En poco tiempo comienza la salida que se prolonga varias horas, pero cuando ya es noche cerrada, se interrumpe hasta el día siguiente. Se oyen ráfagas destinadas seguramente a los que intentan escapar.

Guzmán nos describe su estado de ánimo en esos momentos: una inexplicable paz interior. Más allá de la tortura de la esperanza deja uno de agitarse y de sufrir. Toma entonces la única comida de ese día: un trocito de pan y dos rodajas de salchichón que le tocan en el reparto de los últimos víveres de unos compañeros manchegos.

Sábado 1 de abril

Ésta es una noche mucho más tranquila que las otras: ninguna esperanza queda ya. Comparado con hace unas horas el muelle está casi vacío. En torno a las hogueras, jóvenes y viejos, antifascistas de todos los credos políticos discuten animadamente sobre las causas de la derrota y el futuro incierto. Nadie duerme. «*Tiempo nos sobrará para dormir cuando estemos muertos*», dice uno. Muchos expresan su voluntad de suicidarse y otros exponen argumentos para no hacerlo: tratar de ser útiles hasta el último momento, dar ejemplo y fortaleza a los más débiles... Sale el sol a las ocho de la mañana en un cielo sin nubes y termina la evacuación del muelle mientras se oyen disparos que todos saben lo que significan. «*Camino maquinalmente sin ver siquiera donde piso. Frente a mí veo a los soldados que nos aguardan. Pienso en las ilusiones desvanecidas, en el ejemplo de cuantos cayeron en el largo camino. Alguien murmura a mi lado:* —Pronto envidiaremos a los muertos—. *Asiento sin palabras*».

El año de la victoria y *Nosotros, los asesinos*, de Eduardo de Guzmán

Publicado en *Alasbarricadas.org* el 13 de agosto de 2014

El año de la victoria y *Nosotros, los asesinos* (G. del Toro, 1974, 1976; Ediciones El Garaje, 2009, 2008) constituyen el segundo y tercer volumen de las memorias de Eduardo de Guzmán sobre la guerra civil y el comienzo de la postguerra. El primero de ellos, recoge el relato de su detención en Alicante, su paso por los campos de concentración de los Almendros y Albatera y su regreso a Madrid el 15 de junio de 1939. En el segundo encontramos su periplo por diversas cárceles madrileñas, su juicio y condena a muerte y la conmutación de esta pena varios meses después.

Los Almendros

«*Matar la esperanza es matar el temor*». El 1 de abril de 1939 caminando entre los soldados que lo custodian, Eduardo de Guzmán no puede dejar de recordar la larga cadena de engaños que terminaron por impedir la evacuación. Engaños de enemigos, pero también de amigos, y esto es lo más doloroso. Van por la carretera de Valencia y muy pronto mujeres y niños son separados, lo que da lugar a protestas y asesinatos de algunos de los que protestan. Su primer destino es un improvisado campo de concentración en las inmediaciones de Alicante. Ocupa parte de un hermoso valle con almendros que sirven para bautizarlo. En él son reunidas en torno a veinticinco mil personas. Diseminadas hay barracas y pozos de agua salobre. La carretera de Valencia a Alicante lo bordea dos kilómetros por uno de sus lados.

En los días que siguen, los concentrados, cuyo número va aumentando hasta cuarenta o cuarenta y cinco mil, deben recurrir a los almendrucos que ya verdean en los árboles para no morir de hambre. Sólo el martes 4 se reparte una lata de sardinas para cada dos y un chusco para cada cinco, aunque hay dos mil personas para las que no llega ni esa exigua ración. Durante la «comida», los que negociaron con los italianos en el puerto de Alicante son requeridos para firmar un escrito con el que el general Gambara trata de librarse del estigma de haber entregado los prisioneros a Franco. Su versión es que fue forzado a consentir la ocupación del puerto y a faltar con ello a su palabra.

Las noches a la intemperie con hambre, frío, lluvia y ruido de disparos son un suplicio. A las siete, toque de diana y obligación de levantarse, incluso para los enfermos. De día los concentrados, que han ido juntándose por afinidades, cambian impresiones. Eduardo de Guzmán apunta que los que allí están son los que han mantenido todas las estructuras y servicios del sector meridional del territorio republicano hasta el mismo fin, los que han seguido en sus puestos mientras otros buscaban la forma de huir.

Se discute la posibilidad de otra guerra mundial y la conveniencia de haber prolongado la lucha hasta su comienzo. A este respecto, David Antona cuenta sus entrevistas con Léon Blum, primer ministro francés, y se muestra convencido de que en ningún caso esta gran guerra hubiera empezado antes de que terminara la de España, y esto por la sencilla razón de que casi todos deseaban la derrota de una experiencia con peligrosas componentes de poder obrero. Él percibió en sus conversaciones la impotencia de Léon Blum, sometido a la presión de la burguesía francesa y el Gobierno inglés.

Obviamente, la charla más común es sobre el futuro que espera a los presos y aquí, aunque hay grupos de oficiales italianos que se acerca a hacer proselitismo y hablan de una generosa amnistía que aportará brazos para la reconstrucción del país, la mayoría es pesimista, pensando en precedentes históricos como la Comuna de París, o en lo que sucede en ese momento en Alemania. También acceden al campo familiares que traen consuelo a los reclusos y cuadrillas de fascistas que buscan a alguien con ominosas intenciones.

El día 5 (miércoles) se amplía el tamaño del campo, que iba quedando pequeño; es otra jornada de ayuno y algunos tratan de conseguir un panecillo a cambio de un reloj o una estilográfica. Para colmo de males, una plaga de piojos se extiende entre los concentrados: «*Cuando los sientes correr por tu cuerpo, acabas sintiendo vergüenza y asco de ti mismo*». El jueves se empieza a rumorear que el campo va a ser desalojado. Después se reparte un chusco para cada cinco y un bote de lentejas para cada cuatro (tres cucharadas por barba). A las cuatro de la tarde se prepara la evacuación, pero sólo doce o catorce mil han emprendido camino cuando anochece y debe interrumpirse.

Eduardo de Guzmán abandona el campo de los Almendros con sus últimos inquilinos la mañana del Viernes Santo de 1939 (7 de abril). La misma maleta de hace unos días pesa ahora el doble. Viendo la absoluta falta de organización de los militares que los conducen, alguien comenta: «*Parece mentira que estos tipos hayan podido derrotarnos*». A lo que otro responde: «*Acaso perdimos la guerra porque todavía era mayor nuestra falta de organización*».

Albatera

Tras atravesar a pie la ciudad de Alicante y comprobar los intensos destrozos de los bombardeos sobre ella, llegan a la una de la tarde a la estación de Murcia, donde como sardinas en lata se les comprime en un tren y parten con destino incierto. En Elche reciben agua y naranjas de unas mujeres que se atreven incluso a despedirlos alzando el puño cuando el tren arranca. A la llegada a Albatera, a algunos han de bajarlos sin sentido de los vagones. El campo de concentración de esta localidad albergó durante la guerra a unos quinientos presos fascistas y ahora apenas hay sitio en él para las veinte mil personas que allí han sido trasladadas. Acostados de lado por falta de sitio y teniendo que sincronizarse para darse la vuelta, les resulta casi imposible dormir.

Las condiciones de vida son terribles en el campo: la alimentación, nula muchos días y muy escasa otros; se les mantiene formados largas horas, mientras comisiones procedentes de diversos lugares husmean entre las filas a la caza del rojo —se llevan a bastantes personas y poco después suelen oírse disparos—; de noche, hacinamiento y lluvia obligan a los reclusos a dormir sobre los charcos que se forman en el suelo impermeable del campo.

El martes 11 los que tienen dieciséis años o menos son puestos en libertad con orden de ir a sus lugares de residencia y presentarse a la guardia civil o policía, que decidirán

qué hacer con ellos. Son más de doscientos. Eduardo se decide a escribir a su madre cuando sabe que su nombre ha sido publicado en *ABC* en una lista de detenidos en Alicante. En un octavo de folio, con el necesario acompañamiento de las expresiones: «Arriba España», «Viva Franco» y «Año de la Victoria», la informa de que «*se encuentra bien y será liberado en breve, por lo que no hay ninguna razón para preocuparse*».

La noche del 11 al 12 de abril comienza una intensa lluvia que seguirá varios días. Las condiciones de la muchedumbre hacinada a la intemperie y empapada todo este tiempo son terribles. Hasta el 27 de abril se les reparten cuatro raquíticas comidas, con varios días de intervalo entre una y otra. Demacrados, encerrados en sí mismos, desesperados, muchos enferman y bastantes mueren, pero curiosamente ninguno se suicida. Parece que las mentes más embotadas se aferran con fuerza a la vida. Entre el 18 y el 20 de abril, se permite abandonar el campo a los mayores de sesenta años en las mismas condiciones que a los chavales.

La siguiente maldición que se abate sobre los desgraciados inquilinos del campo, tras el hacinamiento, el hambre y la lluvia, es, ya en el mes de mayo y cuando la alimentación mejora gracias en buena parte a los paquetes que llegan a algunos y tienen la amabilidad de repartir, una penosa epidemia de estreñimiento que causa estragos. Tras semanas de inactividad, el intestino se resiste a volver a funcionar. No obstante, el mal más común pasan a ser después las diarreas y se dan casos de paludismo y tifus. En estas fechas, los soldados que custodian el campo son sustituidos por regulares, con los que la situación mejora algo pues no hay en ellos el odio del enemigo que tanto se prodigaba antes, y roban menos en los paquetes y raciones de los presos. Estas últimas consisten habitualmente en media lata de sardinas con un trozo de pan al día.

A Albatera comienzan a llegar noticias sobre cómo se va desarrollando la represión en distintas zonas próximas. No son muy esperanzadoras, con encarcelamientos masivos y sentencias de muerte y fusilamientos a la orden del día. Sorprende que personajes como Julián Besteiro o Melchor Rodríguez estén en prisión. Eduardo de Guzmán recibe un paquete de su madre y con él la información de que un viejo amigo de Madrid que es capitán en el ejército vencedor ha aceptado darle su aval. A las pocas horas, se le comunica que va a ser enviado a Orihuela, aunque todavía tendrá que esperar muchos días en un calabozo atestado de chinches y piojos. El lunes 15 de mayo recibe una visita de su madre y su hermana. Le traen noticias de sus hermanos y le cuentan los rigores de la vida en Madrid, pero todos se esfuerzan en ser optimistas.

Corren rumores de un generoso indulto el 19 de mayo, tras el desfile de la Victoria. Pasa la fecha y nada hay de ello, y encima son obligados a soportar un discurso del escritor fascista Ernesto Giménez Caballero, que se acerca al campo para perorar sobre la España eterna y la derrota de las hordas asiáticas. Llega junio y Eduardo sigue en el calabozo. Esos días los intentos de fuga se castigan con fusilamientos ante todos los reclusos formados, provocaciones en las que las ametralladoras vigilan para hacer una masacre si hay cualquier conato de motín. Su hermano Antonio y un primo de Valladolid, que resultó ser «camisa vieja», vienen a Albatera con la intención de liberarlo, pero sólo consiguen hablar con él y darle ánimos.

El 15 de junio de 1939 Eduardo de Guzmán deja al fin Albatera. Días antes había sido delatado a policías madrileños por un chivato que lo conocía. Es el último en ser llamado y en el camión no hay sitio para su maleta, que debe abandonar, con ropa y un par de novelas y una obra de teatro inéditas. Pasan por Orihuela, donde se completa la expedición y cuatro camiones y cinco automóviles emprenden viaje por Murcia y Albacete hacia Madrid. Son ciento un presos seleccionados por su significación política, militar o sindical, y pertenecientes a todos los partidos y sindicatos. Cerca de la capital hay frecuentes paradas en los pueblos en las que los presos son «exhibidos». A Eduardo le toca aguantar las pullas de lectores de *Castilla Libre* que al parecer no comulgaban con el ideario del periódico. De madrugada llegan a Madrid sin probar bocado en todo el día y son encerrados en un sótano.

Madrid, centros de detención

Un chalet en la calle de Almagro, esquina de Zurbano y Zurbarán, es la primera estación del via crucis madrileño de Eduardo de Guzmán. Éste era uno más de los innumerables centros irregulares de internamiento que proliferaban por entonces en la capital. En ellos los presos eran sometidos a torturas salvajes que no iban acompañadas en general de interrogatorio: puro sadismo o preparación psicológica para etapas ulteriores. En una ocasión, los polizontes se divirtieron tratando de obligar a Eduardo de Guzmán y a Manuel Navarro Ballesteros, que había sido director de *Mundo Obrero*, a pelearse entre ellos. Cuando no lo consiguieron, los dos fueron golpeados hasta perder el conocimiento.

Algunos no resisten el maltrato, como el Dr. González Recatero, que se suicida arrojándose por una ventana. Otros fallecen de resultas de las heridas recibidas, como el comisario Lebrero. Felipe Sandoval, puesto al borde de la muerte había comenzado a delatar a sus compañeros, pero se tira por la ventana del baño donde lo tenían encerrado cuando muchos le recriminan su actitud y le exigen un último acto de valor.

A primeros de julio de 1939, Eduardo y otros detenidos son trasladados a un centro de internamiento en la calle de Alcalá, y ganan algo de espacio y también de suciedad con más piojos y chinches, y sarna poco después, pero siguen

los interrogatorios con los métodos habituales y los fallecimientos consiguientes. Como en la calle de Almagro, la alimentación de los presos, aparte de un aguachirle matinal, se sustenta en los paquetes que les hacen llegar sus familias. Es doloroso ver como el nuevo poder manipula las conciencias; los golpeados y vejados son ya «los asesinos», aquéllos contra los que toda violencia está justificada. Un día, Navarro y Guzmán son invitados a presenciar desde una ventana el paso por Madrid, aclamado por las multitudes, de Galeazzo Ciano. Le quedaban menos de cinco años para morir frente a un pelotón de fusilamiento.

El 3 de agosto Eduardo es obligado a firmar una declaración que no se le permite leer. Las únicas alternativas eran acabar firmando tras un sinnúmero de palizas o fallecer a consecuencia de ellas. Ese día es enviado con otros detenidos a la cárcel. Para concluir el capítulo, Guzmán repasa los destinos de sus compañeros de reclusión estas semanas. Los más afortunados, como él mismo, recibieron después condenas de muerte que fueron conmutadas y lograron sobrevivir. La mayor parte acabaron fusilados, incluidos algunos que habían salvado la vida de fascistas importantes y tuvieron la debilidad de esperar correspondencia. Se cuenta el caso de uno que fue a la ejecución con la cabeza abierta por un cristazo del cura al que dio el disgusto de no confesarle sus pecados.

Cárcel de Yeserías

Tras peregrinar por seis cárceles abarrotadas en las que no cabe un alfiler, al fin el grupo es admitido en la de Yeserías, donde uno de los policías que los trasporta se despide: «*¡Suerte, rojos! ¡Que os fusilen pronto...!*». Eduardo puede ducharse, pero es recluido luego en la sala sexta, con medio metro cuadrado por persona. Allí tiene el placer de abrazar a muchos compañeros y amigos. Conoce la rutina final del día: exigua cena, recuento, himnos patrióticos que han de ser cantados brazo en alto y gritos rituales. Una hora larga después, a las diez, toque de silencio. Como sardinas enlatadas tratan de dormir los presos que llenan la sala y el baño anexo, de costado y con las piernas encogidas, sin colchonetas, prohibidas porque ocupan demasiado espacio. Sólo está permitido algo distinto de una simple manta a los mayores de cincuenta años, pero suelen renunciar a ese derecho. El descanso nocturno lo interrumpe la llamada a los que serán fusilados esa noche.

Comienza la jornada a las ocho con un cacillo de agua oscura y caliente. A las diez otra vez recuento, cánticos y gritos. La comida consiste en un cazo de líquido pardo con algún trocito de boniato, una raspa de corvina y ciento cincuenta gramos de pan negro (para todo el día). Un compañero proporciona a Eduardo una pomada con la que alivia los picores de la sarna. Pasa una semana hasta que puede hablar con su hermana y su madre, muy desmejorada. A través de las rejas y rodeados de otros presos y sus familiares, se gritan los embustes rituales.

Cada dos días se sale un rato a un patio que es un hervidero de bulos, piadosas mentiras que muchos se esfuerzan en creer. Allí encuentra Eduardo a conocidos, como Pedro Luis de Gálvez, poeta de la bohemia madrileña, que será fusilado en breve. En los largos ocios se discute sobre las causas de la derrota y los errores cometidos. Son las eternas polémicas sobre «la revolución y la guerra» y la justificación del «golpe de Casado», en las que habitualmente comunistas y sindicalistas conforman el grueso de los dos bandos enfrentados, discusiones civilizadas y de gran altura que a veces se extienden a casi toda la sala. Sorprende que, a pesar de estas diferencias de opinión, hay una enorme solidaridad entre todos los vencidos y no existen chivatos. La noticia del pacto germano-soviético que llega en esos días a la sala es un mazazo para los comunistas, que apenas aciertan a creerlo.

Funciona un sistema de comunicación por notas entre las distintas prisiones y así los mismos reclusos emprenden un cálculo del número total de presos políticos que hay en ese momento, en noviembre de 1939, a los siete meses de concluida la guerra, en las cárceles madrileñas. Resulta una cifra estremecedora entre sesenta y setenta mil personas. Un día, su hermana y su madre le traen a Eduardo lo que piensan que es una buena noticia; han sabido que su expediente ha pasado a manos del juez militar de prensa, un tal Gargallo, del que tienen buenos informes. Un mes después, Eduardo lo conoce en la cárcel cuando acude a interrogarlo y le ordena que escriba una declaración de sus antecedentes políticos y sociales y sus actividades durante la guerra. Redacta unas cuartillas que nunca le serán demandadas y romperá unos años más tarde.

A finales de 1939, una misteriosa «señorita cero» visita las salas de Yeserías y adoctrina a los presos en un catolicismo empalagoso y falso que se atasca en la contundencia del «no matarás». Se rumoreaba que era una aristócrata sevillana, hermana de un ministro. No amaina nada la ferocidad de la represión en esa época y las sentencias a la «pepa» (muerte) siguen siendo muy frecuentes, al tiempo que contadas las absoluciones o penas de menos de seis años. Esperpénticamente, son comunes las condenas por «rebelión militar». Entran ahora periódicos en las salas, que sólo sirven para comprobar cómo el nuevo poder ha adoptado la fácil estrategia de culpar a los «asesinos rojos» de todos los males imaginables. El mundo, con Hitler triunfante, Stalin a su lado, e Inglaterra y Francia amedrentadas, se ha convertido en un lugar algo más infame de lo habitual.

El 17 de enero, Eduardo es trasladado a las Salesas para el consejo de guerra, y al día siguiente asiste con otros veintiocho detenidos al simulacro de juicio. Sin que se les permita hablar en su defensa, el fiscal pide una abrumadora can-

tidad de penas de muerte, entre otros, para el poeta Miguel Hernández y para nuestro periodista, a los que por su condición de «intelectuales» considera responsables últimos de todos los «crímenes rojos». Esa noche, ya en Yeserías, Eduardo despierta de madrugada a una vida que aparece ya sólo como los trámites últimos y dolorosos de un asesinato legal. Sin embargo en una visita de su madre ese mismo día, ella trata de infundirle esperanzas: hay muchos buenos amigos que están luchando por él y las expectativas no son malas... Él sólo ve en esto dulces palabras ajenas a la realidad. La saca de esa noche es distinta a todas las que había vivido hasta entonces.

Se repasan las condenas durísimas de periodistas, militares y policías conocidos, con predominio de «pepas». La madre de Eduardo sigue haciendo todas las gestiones que puede, pero empieza a perder la esperanza. A mediados de febrero, las sacas se aguardan con oscuros presentimientos y luego viene el placer animal de que no lo lleven a uno y vivir así unas horas más, y la vergüenza de esta alegría frente el dolor lancinante de los compañeros que van a la muerte. La noche del 6 de marzo llaman a Eduardo en la sala y nadie duda del significado de la llamada, abraza a los amigos y se despide de ellos, pero se le incorpora a un grupo en el que reconoce a presos que aún no han sido juzgados. ¿Qué está ocurriendo? La esperanza se abre paso dolorosamente y al fin se enciende una luz: se trata tal vez de una «limpieza» en la que trasladan a los elementos más conspicuos de diversas organizaciones para romper sus estructuras.

Cárcel de Santa Rita

Tras el susto de ver que el camión toma el camino de Campamento, lugar donde se producían ejecuciones, su destino resulta ser el viejo reformatorio de Santa Rita, en Carabanchel, transformado ahora en cárcel en la que se hacinan entre dos mil quinientos y tres mil presos. No obstante, las condiciones de espacio y movilidad mejoran algo. Siguen las sacas, y se extiende el bulo de una amnistía el 1 de abril que al fin queda en nada. Abril y mayo son meses duros, con noticias de triunfos hitlerianos por toda Europa. El 17 de mayo, viernes, Eduardo recibe de su familia una información en clave que significa que su fusilamiento es inminente. Ve claro que su única opción es tratar de escapar y realiza algunos intentos sin éxito. El lunes su madre le trae buenas nuevas. Su expediente había desaparecido de donde estaba y todos se temieron lo peor, pero parece ser que no ha ido a «Ejecutorias», sino a otro departamento, con lo que el fusilamiento no es inminente.

Comienzan en esa época los reclusos a trabajar en diversas labores, como picapedreros, albañiles o fabricando muñecos de trapo; peor mirados son los que colaboran en el periódico *Redención*, destinado a los presos y sus familiares. Siguen las victorias alemanas, que la prensa española celebra como propias, mientras los italianos creen llegado el momento de hacer un buen negocio y entran en la guerra. En julio se producen numerosos traslados de Santa Rita, que se quiere descongestionar, a otros penales y cárceles. En agosto Eduardo es llevado a una celda donde están reunidos los condenados a muerte. Largos meses permanecerá en ella hasta que el 21 de mayo de 1941 recibe la noticia de que su pena ha sido conmutada a treinta años de reclusión. El libro concluye con las felicitaciones y abrazos de sus compañeros.

Tras los hechos narrados en sus memorias, Eduardo de Guzmán consiguió la libertad condicional en 1943. Hasta 1978, tras la muerte del dictador, no sería rehabilitado como periodista.

La Bolsa de Bielsa y el fin de la Segunda República en el Alto Aragón. Recordando a Antonio Beltrán, el Esquinazau, heroico comandante en la guerra civil española

Publicado en *Rebelión* el 21 de mayo de 2024

En marzo de 1938, la máquina de guerra franquista, con el norte de la península ya enteramente en su poder y la ciudad de Teruel recién reconquistada, se concentra en una contundente ofensiva a lo largo de todo el hasta entonces relativamente estable frente de Aragón. El avance va a resultar imparable en el sur de éste, y el 15 de abril alcanza el Mediterráneo en Vinaroz, aunque luego se ralentiza hacia el sur y fracasa en el asalto a Valencia.

El avance es rápido también al norte del Ebro, y el 3 de abril cae Lérida en manos facciosas, pero en el sector pirenaico la 43.ª División del Ejército Popular logra mantener sus posiciones frente a la III División Navarra. Embolsadas en el valle de Bielsa, las fuerzas leales resistieron hasta el mes de junio, cuando exhaustas y sin municiones emprendieron un ordenado repliegue hacia la frontera francesa. La heroica firmeza en este sector montañoso y la modélica retirada posterior fueron fundamentales para elevar la moral de los republicanos en aquel momento difícil.

Buena parte del éxito de estas operaciones fue debida a la genialidad táctica del oficial que estaba al mando de la 43.ª División, el mayor de milicias Antonio Beltrán, conocido como el Esquinazau. El historiador Antonio Gascón, especialista en la guerra civil en el ámbito pirenaico, ha dedicado dos libros a este personaje: *Beltrán, El Esquinazau* (Pirineum, 2002), y *La Bolsa de Bielsa. El heroico final de la república en Aragón* (Diputación Provincial de Huesca, 2005). Con base en estos trabajos, sintetizaré aquí la tra-

yectoria de un hombre talentoso e irrepetible cuyo periplo ejemplifica cabalmente las contradicciones de su tiempo.

Una juventud aventurera

Antonio Beltrán Casaña nace el 8 de marzo de 1897 en Canfranc en una familia humilde, aunque linajuda por parte de madre. Muchacho rebelde e inquieto, más amigo de ver mundo que de recibir instrucción en un pupitre, en 1911 embarca para Norteamérica, donde se asienta y trabaja unos años en el rancho de unos parientes en Arizona. En 1915 lo encontramos en México, alistado con los de Pancho Villa, y dos años después regresa a recorrer los estados del este hasta Canadá. Termina en la Legión Americana, con la que parte para Europa y aunque no llega a combatir, es condecorado por alguna acción que ignoramos. Esto no es óbice para que deserte y en 1918 lo tengamos de vuelta en su tierra. No era aquélla su guerra.

Llamado a filas en España, sin intención ninguna de conocer su tercer ejército, el de Canfranc opta por trabajarse arteramente un certificado de inútil total, lo cual considerando su trayectoria posterior no puede dejar de darnos mucha risa. En esta época se convierte en un faldero impenitente y campeón en todos los lances deportivos, mientras se gana la vida como chófer. En 1926 se casa con una joven de Jaca, Teodora Bescós, y obligado a pasar la muga por un asunto de contrabando, con ella decide cruzar el charco de nuevo, esta vez para la Argentina. Unos meses después vuelven a Francia y a comienzos de 1930 están de regreso en su tierra.

Antonio va a tener un papel destacado en los sucesos de Jaca en diciembre de ese año, ocasión que aprovecha para desempolvar un viejo mote familiar, el Esquinazau —molido del espinazo por una dura brega—. Junto a Fermín Galán participa en los preparativos, y fracasado el envite, prontuario de improvisación y errores suicidas, es detenido tras salvarse por los pelos de ser fusilado en una cuneta. Encarcelado en Jaca, logra esquivar la ola represiva en la que caen los capitanes Galán y García Hernández, y el 14 de abril de 1931, mientras Alfonso XIII parte al exilio, es liberado y paseado en triunfo por las calles.

Segunda República y Guerra Civil

Durante los años republicanos, Antonio participa en algunas de las conspiraciones revolucionarias de los anarquistas, aunque también hay que decir que disfruta de un empleo estable proporcionado por el Gobierno, al tiempo que su familia aumenta con dos vástagos. En julio de 1936 está entre los primeros civiles que acuden a enfrentarse a los militares sublevados en Jaca, y tras el triunfo de éstos emprende el bien sabido camino de la frontera, mientras Teodora, que había quedado en Canfranc, es detenida junto a los niños. No serán liberados hasta tres meses después de terminada la guerra.

El Esquinazau regresa enseguida al territorio leal y en Barcelona, junto a otros jacetanos cansados de los continuos controles, decide afiliarse al PSUC. En breve, quince hombres parten para el frente aragonés, provistos de algún armamento, y sobre la marcha van organizando una estructura militar, engloban desertores y resistentes aislados, y se aseguran el suministro de material desde la retaguardia catalana. A finales de agosto, toman la iniciativa y se apoderan de Yésero (Huesca). En septiembre, los diversos grupos de milicias alpinas promovidos por sindicatos y partidos, son unificados en las Milícies Pirinenques, dependientes de la Generalitat. En esta época el frente aragonés no registra grandes conmociones.

Tras las tensiones entre libertarios y nacionalistas catalanes, en mayo de 1937 las fuerzas pirenaicas son unificadas en la 130 Brigada Mixta, con cuatro batallones. Uno de éstos, al mando de Antonio, es diezmado pronto en el sector de Sabiñánigo, donde acude a participar en una ofensiva sobre Zaragoza. De regreso al Pirineo, el 11 de septiembre, nuestro protagonista es nombrado mayor de milicias y puesto al frente de la 72.ª Brigada Mixta, implicada enseguida en los duros combates de una ofensiva sobre Jaca y la contraofensiva facciosa subsiguiente. Las dotes militares del Esquinazau hacen que sea ensalzado por entonces en la prensa del poderoso PCE.

Como decíamos al principio, la ofensiva franquista de marzo de 1938 progresó imparable en el sur de Aragón, mientras en el sector pirenaico Beltrán se replegaba ordenadamente hasta la línea del Cinca con su brigada, que con el resto de tropas de la 43.ª División quedaron embolsadas en Bielsa. A finales de ese mes, el Esquinazau es puesto al mando de la división y en abril ascendido a teniente coronel. El presidente del Gobierno, Juan Negrín, atravesó los Pirineos el 15 de mayo para felicitar a los cercados y transmitirles el apoyo y la admiración de todos los republicanos.

Los combates son muy intensos en las semanas siguientes, pero el conocimiento del terreno, la audacia y las hábiles estrategias guerrilleras de las fuerzas leales hacen que los facciosos no consigan progresar. Sólo a mediados de junio se ordena el repliegue hacia la frontera francesa de 7300 combatientes, de los cuales 6889 optarán por cruzar de nuevo los Pirineos para seguir peleando contra el fascismo en Cataluña.

Antonio participa después con su división en la batalla del Ebro, en la que es herido, y en enero de 1939 es testigo de la caída de Cataluña, tiempo de caos y desánimo en el que sigue dando muestras de coraje. A comienzos de febrero atraviesa la frontera por Port-Bou con lo que queda de sus tropas. Su destino es el campo de concentración de Saint-Cyprien, pero en breve está entre los elegidos por el PCE para viajar a Rusia a realizar estudios militares.

Caminos del exilio

El Esquinazau parte para la Unión Soviética a principios de abril de 1939, y en Moscú es destinado a la Academia Frunze, donde trabaja con aprovechamiento. Pronto se le une Elena Lagaz, una maestra y militante del PCE que se había convertido en su pareja durante la guerra civil. Tras la ofensiva alemana, se niega a los españoles la posibilidad de ir a combatir al frente y continúan estudiando, pero el curso concluye de forma apresurada y a finales de octubre son enviados a Tashkent. En las disputas que surgen por el control del PCE entre Jesús Hernández, apoyado por Modesto y Líster, y Pasionaria, Antonio procura no definirse. En realidad todos desconfían de su «comunismo» y lo considera un «romántico»; se le tolera por su talento militar.

Con el progreso favorable de la guerra, los españoles vuelven a la capital en la primavera de 1943 y su vida recobra los viejos cauces. Se sienten ayunos de información contrastada sobre lo que ocurre en el mundo, pero privilegiados al mismo tiempo en un país que sufre enormes dificultades. En febrero de 1946, cuando se le plantea la posibilidad de hacerlo, nuestro protagonista no se lo piensa dos veces y abandona la URSS. No volverá a ver a Elena, ni a la hija de ambos nacida en 1944. Vía Belgrado y Trieste, y tras cruzar monte a través y por sus medios los Alpes, el que llega a Toulouse es un hombre maduro y deprimido, con demasiada historia ya a sus espaldas, que es encargado por el Partido de los pasos de militantes a la España franquista en el sector del Pirineo central. Santiago Carrillo está haciéndose en esa época con todos los resortes del poder de una organización que mantiene una retórica triunfalista sobre el fin del franquismo, muy alejada de la dura realidad de los retos que afrontaba la lucha guerrillera.

En 1947 comienzan los problemas con el PCE del Esquinazau, muy crítico con aspectos como la escasa preparación de los guerrilleros, que según él se envían al «matadero», o la política sectaria y poco realista del Partido. Más graves son sus fundadas sospechas de ejecuciones de camaradas, que le resultan insoportables y le hacen renunciar a guiar las «entradas» susceptibles de acabar mal. Con estas cautelas, pronto él mismo se convierte en sospechoso y desde arriba empiezan a tejer una maraña de pistas falsas para inculparlo. No cuentan sin embargo con la amplia red de amigos de Antonio, que lo ponen al tanto de lo que se trama. Como no es hombre que se amilane, él mismo, en una tensa reunión en la que presumiblemente lo iban a eliminar, se enfrenta al aparato del Partido, dice todo lo que tiene que decir y, sin dar la espalda y con la mano cerca de la pistola que lleva, sale de la habitación y del PCE. Ese día frustra aún otro intento mortal (Protocolo M) contra él. Corre el mes de octubre de 1947.

El de Canfranc comienza luego a trabajar de obrero por la Francia pirenaica. Es una época dura, en la que rompe la relación epistolar con Elena por las discrepancias políticas. A finales de 1950, tras la ilegalización del PCE en Francia, es deportado a Córcega, y allí va a permanecer casi dos años. Cuando se le permite regresar al continente, con la promesa de colaborar con los servicios secretos franceses, él acepta, aunque su intención es ayudar, como agente doble, a la república española y sobre todo conseguir viajar a América. A finales de agosto de 1953 abraza por última vez a Teodora que ha pasado la muga para visitarlo acompañada de sus dos hijos. El mes siguiente parte para Brasil.

Tras recorrer toda Sudamérica en busca de trabajo, a mediados de 1955 nuestro protagonista está de vuelta en Europa, y en París alcanza al fin su sueño al ser admitido, por mediación de Diego Martínez Barrio, con quien coincide esos días, en Unión Republicana, y reconocido como militar republicano. En estas idas y venidas, Antonio actuó como correo e intermediario para facilitar las relaciones entre el Gobierno norteamericano y el republicano español, lo cual, inflado conveniente, fue utilizado por su antiguo partido y personajes como Indalecio Prieto para desacreditarlo.

Antonio trabaja en canteras y obras para ganarse la vida hasta que en 1957 logra otra vez un visado para América. Tras una temporada por las repúblicas del Cono Sur, se establece en México en mayo de ese año. En esta última época, el altoaragonés va a disfrutar al menos del apoyo de parientes y buenos amigos, mientras vuelca sus energías en modestos proyectos agropecuarios en un rancho en Matehuala (San Luis Potosí). No fructificaron sin embargo aquellos planes, pues sorpresiva y rápidamente un tumor en el estómago y el bazo puso fin a sus días el 6 de agosto de 1960. Sus exequias congregaron a lo mejor del exilio republicano en tierras aztecas.

Un hombre para comprender una época

Antonio Beltrán fue uno de esos líderes natos que surgen en todas las guerras, seres que parecen inmunes al espanto de convivir con la muerte y capaces de dirigir a otros con inteligencia y claridad de ideas en los momentos más oscuros. El papel que desempeñó durante la guerra civil responde fielmente a este perfil y caracteriza a alguien lúcido hasta en las circunstancias más adversas. El impulso que lo guiaba es transparente desde su participación en los sucesos de Jaca. Su apuesta por la república en aquella ocasión lo era en realidad por un país solidario y fraterno, más allá de patronos explotadores, mentirosas eclesiásticas y monarquía corrupta.

Su poco meditado ingreso en el PSUC en el verano loco de 1936 va a marcar su trayectoria, pero él nunca fue un hombre de partido. Supo colaborar con todos sin sectarismos en los tiempos bélicos, y años después, cuando las estrategias del PCE se hicieron incompatibles con sus princi-

pios, no dudó en romper el cordón umbilical, aunque se jugó la vida en ello.

Estos rasgos de su carácter nos explican también las idas y venidas de sus años finales, buscando sólo un lugar tranquilo, que sólo podía ser en América, donde vivir alejado de los conflictos que habían marcado su existencia. Sus viajes, sus gestiones desesperadas y su eterna frustración son las de un idealista tratando de acomodarse a un tiempo que no dejaba resquicios para ningún idealismo. Él confesó una vez a su hijo, ya en su última etapa: «*Yo no puedo vivir ni en el paraíso comunista ni en el mundo mal llamado "libre". Sólo me quedan las tribus del Amazonas*».

Antonio Beltrán es descrito por los que lo conocieron como un hombre abierto y franco, con una gran inteligencia innata, enérgico, valiente y con dotes de mando. Sabemos que acostumbraba ir al frente de su tropa, que era capaz de ponerse en la piel de los otros y que, llegado el caso, era más amigo de esconder a los curas que de fusilarlos. Lo acusaron de venderse, pero a su muerte dejó sólo unas mudas de ropa, algo de calderilla, una amplia colección de fotografías y un millar de cartas regadas por el ancho mundo.

Hay que agradecer a Antonio Gascón el retrato magistral que ha elaborado de un personaje tan sólido en todos sus rasgos y con un perfil tan claro, que sirve como piedra de toque para comprender la época que le tocó vivir, pródiga en mentiras y miserias.

Historia de la guerra civil española, del general Vicente Rojo

Publicado en *Rebelión* el 23 de noviembre de 2010

En *Historia de la guerra civil española* (RBA, 2010) Jorge M. Reverte, editor de la obra, ha reunido todo el material disponible del libro de este título en el que Vicente Rojo trabajó en sus últimos años y que dejó incompleto a su muerte. De esta forma, se incluye en él *Así fue la defensa de Madrid*, su único fragmento concluso, que ya había conocido varias ediciones previas en forma independiente, junto a manuscritos anónimos recientemente recuperados, correspondientes a los preliminares de la contienda y a su segundo año hasta abril de 1938. Un extenso estudio introductorio del editor y un epílogo de José Andrés Rojo, nieto del general, con interesantes detalles sobre la gestación de la obra, completan el volumen.

Vicente Rojo Lluch (1894-1966) ocupa un lugar destacado entre los militares profesionales que en julio de 1936 permanecieron fieles a su juramento de servicio al Gobierno republicano. Comandante al desencadenarse el conflicto, su capacitación como estratega lo llevaría a desempeñar cargos de gran responsabilidad, como jefe de Estado Mayor de las fuerzas de defensa de Madrid en un principio y después jefe de Estado Mayor del Ejército de Tierra, en los que puso toda su ciencia militar al servicio de los sucesivos Gobiernos. En octubre de 1937 alcanzó el grado de general. Vicente Rojo fue el encargado de la planificación de algunas de las batallas fundamentales de la guerra, cómo Brunete, Belchite o la ofensiva del Ebro.

Historia de la guerra civil española nos presenta a un hombre que se define a sí mismo con los rasgos esenciales de «católico, militar y español», dirigiendo y tratando de coordinar el esfuerzo de las voluntades heterogéneas que plantaban cara al fascismo. Pleno de información sobre los aspectos técnicos de la guerra, analiza también cuestiones más sutiles, cómo la psicología y el estado moral de los combatientes. Permite entender así, por ejemplo, cómo se produjo aquel milagro que fue la defensa de Madrid. En esta batalla, un ejército que hasta el momento sólo había retrocedido desmoralizado, arrollado por una fuerza superior, fue capaz de plantar cara y resistir en una gesta heroica que ha quedado grabada con letras de oro en la historia. Esta proeza defensiva contrasta con el fracaso de las sucesivas ofensivas en las que después se desangrará inútilmente el ejército de la República.

Diagnosticado de un enfisema pulmonar, Vicente Rojo abandona su exilio boliviano para regresar a España en 1957. Detenido a poco de pisar suelo español, es procesado por su comportamiento durante el conflicto, que el franquismo no podía dejar de considerar «rebelión militar». Condenado a reclusión perpetua, es indultado al poco tiempo, aunque permaneciendo vigentes las accesorias de pérdida de empleo, interdicción civil e inhabilitación absoluta. En este estado de muerte civil, Vicente Rojo dedica los últimos años que le quedaban de vida a escribir incansablemente. Volcado en unos textos en los que los investigadores han podido identificar fragmentos históricos, anecdotarios e incluso parte de una novela, trataba sin duda de fijar sus recuerdos, dejando para la posteridad una crónica de la tragedia vivida y un prontuario de las enseñanzas que de ella deducía. Hemos de saludar la recuperación de una parte esencial de aquellos textos, que nos aproximan a la visión sobre algunos de los momentos decisivos de la guerra civil española de uno de sus protagonistas más destacados.

Plomo y Olvido. Milicianos en el frente de Gipuzkoa, del grupo de trabajo Memoria Histórica CNT Gipuzkoa. Batallas olvidadas de la Guerra Civil en el País Vasco

Publicado en *Rebelión* el 4 de septiembre de 2024

Plomo y Olvido. Milicianos en el frente de Gipuzkoa, recién editado por la Fundación Anselmo Lorenzo, viene con un prefacio de dos componentes del grupo de trabajo autor del libro en el que se señala a otro miembro de éste, Joserra Sousa Lebaniegos, como el principal impulsor y ejecutor de las labores que se materializan en la obra, orientadas a rescatar del olvido la heroica lucha de los milicianos vascos en diversos frentes de los montes guipuzcoanos durante la guerra civil. La reconstrucción del desarrollo de los acontecimientos en esta región pone de manifiesto la habilidad táctica y el coraje de los militantes de sindicatos y partidos que resistieron la acometida fascista en el otoño de 1936 y al fin debieron retroceder ante fuerzas muy superiores.

Completando la crónica de las operaciones bélicas en Guipúzcoa

A finales de julio de 1936, desbaratada en unos días la rebelión del donostiarra cuartel de Loyola por fuerzas leales, la totalidad de la provincia de Guipúzcoa quedó en manos de la República. La situación se estabilizó así unas semanas, con la cornisa cantábrica fiel al Gobierno de Madrid y Navarra como bastión de los sublevados. El principal objetivo de éstos era entonces lograr avanzar hasta el mar, con la toma de Irún, e interrumpir las comunicaciones con Francia de los republicanos. La conocida como batalla de Irún se prolongó todo el mes de agosto, hasta que el 4 de septiembre la estratégica ciudad, en cuya defensa destacaron mineros asturianos y milicianos anarquistas y nacionalistas vascos, cayó en manos de las fuerzas de Emilio Mola. Una semana después ocurría lo mismo con la cercana San Sebastián.

En aquel momento, la provincia de Guipúzcoa se daba por perdida por parte de los republicanos y la población huía hacia la vecina Vizcaya. Sin embargo, el territorio guipuzcoano va a ser defendido corajudamente varias semanas en una serie de batallas y combates que hasta ahora eran mal conocidos. La gran aportación de *Plomo y olvido* es precisamente la construcción de una crónica minuciosa de estas operaciones, para lo cual ha sido necesario un ingente trabajo de campo en busca de indicios y también otro, no menos laborioso, de recopilación de documentos y testimonios.

A lo largo de aquel terrible mes de septiembre, las posiciones leales se desmoronan, pero algunas resisten. Mapas detallados describen los enfrentamientos principales, en los que vemos luchar, codo con codo, a libertarios, socialistas, republicanos, nacionalistas vascos y comunistas, con guardias civiles y de asalto que permanecen fieles a la República. Contra ellos arremete una tropa, no menos abigarrada, de militares de carrera, requetés y falangistas, en la que no faltan miembros de la nobleza, como Carlos de Borbón-Dos Sicilias y Orleans, muerto en combate el día 27 cerca de Éibar.

En ocasiones, las operaciones alcanzan dimensiones de auténticas batallas, como en la ofensiva facciosa que, superior en efectivos, logra tomar el alto de San Miguel el día 25. Pocos días después un intento de reconquistar el santuario de Arrate por parte de los republicanos se salda con un fracaso y deja la villa de Éibar a merced de los franquistas, aunque resistirá todavía muchos meses. En octubre, el frente va a quedar estabilizado de momento, con la mayor parte de Guipúzcoa ocupada. A partir de entonces, el libro da noticia de algunos combates que se producen en los últimos focos de resistencia, así como de la construcción por el ejército de Euzkadi de una línea defensiva con edificaciones de hormigón, alambradas y nidos de ametralladoras, que se mantendrá hasta junio de 1937. Su trazado iba desde Lequeitio en la costa, hasta Marquina y Éibar.

Dos apéndices recogen los datos de los combatientes de los dos bandos que perdieron la vida en el frente de San Miguel-Arrate-Marquina entre el 21 de septiembre y el 21 de octubre de 1936, y en otro se muestra la localización precisa de las posiciones, su fecha de ocupación y la filiación de las fuerzas presentes. Se reproducen además a lo largo de toda la obra fotografías y documentos, y se aporta información interesante sobre el armamento y la munición utilizadas, que pone de manifiesto la superioridad de que gozaban los sublevados.

Un deber de memoria y justicia

La inmensa bibliografía existente sobre la guerra civil española deja entrever aún escenarios mal conocidos que por fortuna van siendo iluminados gracias al esfuerzo de investigadores como Joserra Sousa Lebaniegos y sus colegas del grupo de trabajo Memoria Histórica CNT Gipuzkoa. Las primeras operaciones facciosas sobre el sector más oriental del frente norte habían sido estudiadas en los escenarios de Irún, Donosti y unos pocos más, pero no lo había sido en detalle, sin embargo, la heroica resistencia de las fuerzas leales en los montes guipuzcoanos durante los meses de septiembre y octubre de 1936. Los años de trabajo dedicados a recorrer el territorio y a visitar archivos y escudriñar documentos fructifican al fin en un volumen imprescindible para preservar la memoria de aquella gesta.

Sorprende en la lectura de este libro comprobar la alianza fraterna de muy diversas fuerzas contra el monstruo que levantaba la cabeza. Milicianos de todos los sindicatos y partidos democráticos, y miembros de los cuerpos policiales que no faltaron a su juramento, todos a una acudieron y sobre la marcha se organizaron, colaboraron y dieron lo

mejor de sí mismos. Sin embargo, el heroísmo que derrocharon no fue suficiente contra una superioridad en efectivos y armamento que resultaba aplastante. La lucha contra el fascismo sólo comenzaba por entonces en todo el mundo y era ciertamente desigual.

Plomo y Olvido reconstruye los detalles de unas operaciones bélicas mal conocidas y cumple además un deber de memoria y justicia recuperando los nombres de muchos que perdieron la vida en aquel combate por la libertad de todos.

Las jornadas asturianas de Mijaíl Koltsov

Publicado en *La Nueva España* el 3 de abril de 2007

Todos los historiadores están de acuerdo en que el papel de Mijaíl Yefímovich Koltsov en la guerra civil española no fue el del simple corresponsal de *Pravda* que pretendía ser. Testimonios diversos lo describen como agente del NKVD (policía secreta de Stalin), comisario político, agente de propaganda, organizador de la censura, asesor militar e incluso informador personal del propio *vozhd*. Su amigo Iliá Ehrenburg, corresponsal de *Izvestia* en esa época, llegó a decir: «*Sería difícil imaginar el primer año de guerra sin M. Ye. Koltsov*». Su *Diario de la guerra española* (versiones españolas: Editorial Ruedo Ibérico 1963, Akal 1978) constituye un documento imprescindible, a pesar de sus desviaciones propagandísticas, y en él se reflejan muchas de estas actividades, aunque apócrifamente atribuidas en ocasiones a un inexistente comunista mexicano, Miguel Martínez.

Mijaíl Koltsov nació en 1898 en Kíev, y tras participar en la revolución y la guerra civil rusas, desarrolló una importante carrera literaria y periodística que lo llevó al consejo editorial de *Pravda*. En agosto de 1936 viaja a España y se instala en Madrid. Su diario recoge impresiones de la ciudad y sus entrevistas con los políticos republicanos en un relato de enorme interés histórico. Al poco tiempo, su voluntad de hacerse una idea cabal de la situación del país, le hace plantearse un viaje a la zona republicana aislada en la cornisa cantábrica. Así, el 7 de octubre, en compañía del fotógrafo y cineasta ruso Román Karmén emprende un viaje en avión a través del territorio faccioso y tras un accidentado vuelo llegan a Santander: «*Con los motores parados, tras un viraje interminable, aterrizamos y rodamos suavemente por la hierba mojada, levantando chorros de agua. Abrimos puertas y ventanas. Caía una menuda lluvia fina, la primera lluvia desde que despegué de Velikie Luki. Las ovejas mojadas, los tejados mojados, las casas de ladrillo a lo lejos, el aire húmedo del mar, todo me recordaba Inglaterra*». Sus oscuras impresiones de la ciudad burguesa y de las dificultades de movimiento que les plantea el Gobierno local del Frente Popular se diluyen cuando habla por teléfono con Gijón: «*Los asturianos se alegraron mucho de nuestra visita, la de los primeros rusos, y nos piden que vayamos inmediatamente, sin ningún pase especial. Vendrá a encontrarnos a Llanes el secretario del partido*».

El 8 de octubre de 1936, Mijaíl Koltsov llega a Asturias. Su primera impresión es la del paisaje: «*Es una región majestuosa y bella. (...) Los picos nevados de Morcín y del Aramo dominan severos el horizonte. En las montañas y los barrancos se ocultan pequeñas ciudades y pueblos. Esto es Suiza, más Dombás y una pizca de nuestro litoral del Pacífico. Para ser el Caúcaso le sobra humedad y niebla. Hace muy poco estas bellezas atraían a los viajeros más refinados y exigentes. Ahora la temporada no es apta para turistas*». En Gijón, acogido por los responsables locales del partido, Koltsov se siente como en casa. En su entrevista con Belarmino Tomás, éste, emocionado, le ruega que transmita al pueblo soviético su agradecimiento por toda la ayuda prestada. Al mismo tiempo, le explica algunos detalles de la difícil situación. Asturias, asediada por todas partes y con un enclave faccioso en su mismo centro resiste con coraje. Al mismo tiempo, los asturianos son perfectamente conscientes de que en su tierra se está desarrollando el primer acto de una dura guerra de la clase obrera contra el fascismo. Koltsov nos describe la vida en Gijón y la moral de los luchadores: «*Aquí la gente acepta la guerra, no como un espectáculo o como un cataclismo, sino como un trabajo. Guerrean con la seriedad y el tesón del minero. (...) Nuestra llegada les ha dado ánimos. (...) Ha creado en ellos la sensación de no estar tan lejos ni tan aislados*».

Los días siguientes, Koltsov recorre la región, sus factorías y sus minas; muchas de ellas están cerradas: «*Los mineros se fueron al frente. (...) En las galerías arden, con luz mortecina, las lámparas de los mineros. Caras jóvenes pálidas y amarillentas; macilentas caras de ancianos; sólo trabajan menores de dieciocho años y viejos*». También se acerca a visitar los distintos frentes del Oviedo asediado. Juan Ambou, comunista, encargado de guerra del Gobierno asturiano, le acompaña en estos viajes. El 11 de octubre están presentes en un ataque republicano que consigue penetrar en la zona sur de Oviedo. Poco después, presencian el bombardeo de la ladera del Naranco por tres trimotores alemanes: «*Nadie molesta a los "Junkers", no hay cazas ni artillería antiaérea. En toda Asturias, los republicanos cuentan con una avioneta deportiva monoplaza*». No obstante, los republicanos toman la zona de la plaza de toros y planean un nuevo ataque para unirse a los que han llegado a la plaza de América. Ambou sueña: «*Pronto acabaremos con Oviedo; después enviaremos nuestro ejército minero a Galicia, León, Burgos. Nos abriremos paso hacia Castilla*». Koltsov comenta a esto: «*Hay que darle crédito. En Asturias saben comba-*

tir. Pero están muy mal equipados». Esa noche, Koltsov traba conociento con una bebida exótica: «*Durante la comida nos enseñaron a beber la asombrosa sidra asturiana. La gente de aquí se da una maña especial para echar la sidra en el vaso con un chorro largo; bajan el vaso en la mano y suben la botella muy por encima de la cabeza. Así se obtiene espuma. Yo puse mucho interés en aprender y después no lograba dar con mi habitación*».

El 12 de octubre de 1936, Koltsov deja Asturias y a través de Santander hace una visita al País Vasco. El día 17 está de vuelta en Madrid. En los meses que siguen, su actividad política y como asesor militar es frenética y está fielmente recogida en su diario, aunque a veces se adjudica a Miguel Martínez. Todos los testimonios concuerdan en que era un hombre duro y pragmático, y algunos historiadores consideran que fue uno de los inductores de los crímenes de Paracuellos del Jarama.

En noviembre de 1937 Mijaíl fue llamado de regreso a Moscú, donde según el testimonio de su hermano menor, el caricaturista y cartelista Borís Yefímov, Stalin y cuatro de sus más próximos lo interrogaron durante más de tres horas. Cuando la conversación terminó, parece ser que Stalin comenzó a bromear. Se levantó, se llevó la mano al corazón e hizo una reverencia: «—¿Cómo hay que llamarle en español?, ¿Miguel? —Miguel, camarada Stalin, —*contestó él.* —Bien, Don Miguel. Nosotros, los nobles españoles, le agradecemos de corazón su interesante informe. Hasta luego, Don Miguel, adiós. —Sirvo a la Unión Soviética, camarada Stalin. —*Se dirigió a la puerta, pero entonces de nuevo Stalin le llamó y le preguntó de forma extraña:* —¿Tiene usted revólver, camarada Koltsov? —Sí, camarada Stalin, —*contestó sorprendido*. —Pero, ¿no piensa suicidarse con él? —Por supuesto que no, —*contestó él aún más sorprendido.* —De ningún modo».

Mijaíl Koltsov fue encarcelado poco después, acusado de actividades antisoviéticas, y ejecutado en 1940, o en 1942 según otras fuentes. La reciente puesta en circulación de algunos documentos del archivo personal de Stalin ha arrojado luz sobre esta misteriosa detención. Parece ser que Koltsov fue denunciado por André Marty, máxima autoridad de las Brigadas Internacionales. Una carta personal de Marty a Stalin con graves acusaciones sobre Koltsov así parece indicarlo. El enfrentamiento entre los dos hombres era bien conocido en el Madrid republicano. En *Por quién doblan las campanas* de Ernest Hemingway se describe una dura escena entre ellos —Koltsov es presentado como Kárkov en la novela—: «—Továrich Marty —*dijo Kárkov*—, voy a averiguar hasta qué punto eres intocable—. (...) *André Marty le miró sin que su rostro expresara más que cólera y disgusto. No tenía en su mente más que Kárkov había hecho algo contra él. Muy bien, por mucho poder que tuviera, Kárkov tendría que estar alerta en adelante*».

Recordando a Belarmino Tomás

Publicado en *Rebelión* el 22 de octubre de 2014

Personaje fundamental en las luchas sociales de la primera mitad del siglo XX en Asturias, Belarmino Tomás fue uno de los líderes de origen obrero que llegaron en aquellos años a los puestos de mayor responsabilidad política. Asumió tareas cruciales durante la huelga general del 17, la revolución del 34 y la guerra civil, y el trascurso del tiempo hace aparecer su figura como la de un hombre inteligente, capaz y buen negociador, que supo estar a la altura de una época demasiado difícil. Varios libros recientes nos acercan a su biografía. El primero de ellos, más extenso y que seguiremos fundamentalmente aquí, es *Belarmino Tomás, soberano de Asturia*s, del langreano Juan José Menéndez García (Gran Enciclopedia Asturiana, 2000). Los otros se deben a dos de sus nietos. *Buscando a Belarmino Tomás*, de Jorge Belarmino Fernández Tomás, fue editado por la Semana Negra de Gijón en 2009; es notable en él la justificación bien argumentada que presenta de la asunción total de competencias por el consejo que gobernaba Asturias en agosto de 1937. *Belarmino, uno más de los sin nada*, de Rafael Fernández Tomás, publicado en Gijón en 2013, entrelaza los grandes hitos de su vida con datos de sus últimos días y el periplo de la familia tras su fallecimiento; son destacables también los detalles sobre la gestión de la guerra por el citado consejo y la resistencia desesperada de los republicanos después de la caída de Santander.

Belarmino Tomás Álvarez nace en 1892 en un hogar pobre de San Julián de Lavandera, cerca de Gijón, y con un año de edad va con su familia al barrio de El Llano, cuando su padre se incorpora a las obras del nuevo puerto de El Musel. Con el fin de éstas, regresan a la aldea y con once años ya tenemos a Belarmino trabajando en la mina de yeso de la Sierra. Las labores para el ferrocarril que habría de conectar Gijón con las cuencas y nunca llegó a funcionar comienzan por entonces, y padre e hijo son contratados, al tiempo que transforman su casa en pensión. Con la interrupción del proyecto, la familia vuelve a Gijón, donde Belarmino se gana un jornal como peón en distintas faenas y asiste a las clases nocturnas de Benito Conde.

Con trece años, nuestro protagonista reside con su familia en La Felguera, y trabaja de ayudante de albañil, y después en una tornillería y una tejera. En 1906 venga una injusticia laboral con un errado ladrillazo a un capataz que provoca su despido por «revolucionario», y al mes siguiente baja a la mina. En poco tiempo lo tenemos ya afiliado a la agrupación socialista de Sama, y en el pozo Fondón trajina de «guaje» (ayudante) junto a Manuel Llaneza, el líder del socialismo asturiano, posteador en la misma mina, que se convierte en su ídolo. Llaneza vivía entonces con

una identidad falsa, pues tras la «huelgona» de la Fábrica de Mieres tenía prohibido trabajar en Asturias; pronto es descubierto y despedido.

En 1908, Belarmino es nombrado contable del primer sindicato profesional, El despertar del minero, donde los anarquistas eran más numerosos. Él en realidad nunca dejó de admirar los métodos de acción directa de los libertarios, que en ocasiones no dudó en aplicar, pero con el regreso de Manuel Llaneza a Asturias y la fundación en 1910 del Sindicato de Obreros Mineros de Asturias (SOMA), afiliado a la UGT, Tomás se convierte en uno de los puntales de la nueva organización. En 1911, en la primera huelga convocada por el SOMA en apoyo a los estibadores de Bilbao y Santander, es uno de los que inutilizan con dinamita las instalaciones de las minas del valle del Aller, que no la secundaban; este paro fue la primera victoria del SOMA. Tras el fracaso de la gran huelga general revolucionaria de 1917, la represión es brutal, hecho que acabará poniendo a la UGT en la senda del reformismo. Belarmino ya estaba casado por entonces con la langreana Severina Álvarez y en 1914 había nacido su primer hijo, Urcesino. Perseguido tras la huelga, consigue refugiarse en Lavandera y poco después, en compañía de otro prófugo y provistos de cédulas con nombres falsos, emprenden viaje en tren hasta Zaragoza, y de allí a Utrillas, donde llegan en unos días. En Aragón, Belarmino permaneció cinco meses, trabajando de vigilante y protegido por un medio pariente; allí nació su hija Pura Tomás.

En junio de 1918, Belarmino regresa a Asturias con la promesa formal por parte de Indalecio Prieto de que si tuviera algún problema, intervendría personalmente en su favor. Los años siguientes están marcados para el SOMA por enfrentamientos con el sindicato católico del valle del Aller, que dieron lugar en Moreda a los sangrientos sucesos de 1920, y por la escisión de los comunistas en 1921. Tomás es la mano derecha de Manuel Llaneza en la dirección del sindicato, aunque en otros momentos les toca perder votaciones y pasar a la oposición dentro de éste. La colaboración de la UGT y el SOMA con la dictadura de Primo de Rivera, que generó críticas en las propias filas socialistas, tuvo dos firmes puntales en estos hombres. Esta época está también marcada por la asunción por el SOMA de la gestión del pozo San Vicente, interesante experiencia de socialización en la que Belarmino tuvo un papel destacado, y por la competencia del carbón inglés y alemán, que puso en un brete la viabilidad económica de las minas asturianas. En 1923 nace el tercer y último hijo de Belarmino Tomás, Agripino.

En 1931 muere Manuel Llaneza y en las elecciones de abril, Belarmino es elegido concejal en Langreo. El bienio del Gobierno Azaña es en Asturias de una intensa agitación social, liderada por la CNT, y además, la política anticlerical desarrollada en los ayuntamientos da lugar a enfrentamientos con los sectores más reaccionarios. Tras las elecciones de 1933 y con la derecha ya en el poder, la represión arrecia y la amenaza fascista hace posible una unidad obrera que toma la iniciativa en octubre de 1934. En esta sublevación del proletariado asturiano, Belarmino Tomás tuvo un papel muy destacado. Así, forma parte del comité ejecutivo provincial que se nombra en un primer momento, presidido por Bonifacio Martín, y llega a encabezar el tercer comité, que fija su residencia en Sama el 13 de octubre, cuando ya la situación de los revolucionarios era desesperada y sólo quedaba pactar la rendición.

El 18 de octubre, como último recurso, Tomás acude a Oviedo a entrevistarse con el general López Ochoa. No esperaba salir vivo de aquélla, pero lo arrastra el empeño de negociar unas condiciones aceptables. Ofrece la rendición y consigue que la entrada de las tropas en las cuencas se aplace hasta el día siguiente y que los marroquíes vayan en la retaguardia. De regreso en Sama no fue fácil convencer a los sublevados de que depusieran las armas. Se hablaba abiertamente de traición y durante su discurso desde el balcón del ayuntamiento, Belarmino vivió uno de los momentos más duros de su vida, aunque al fin logró que la rendición fuera asumida por todos. El día 19 entran las tropas en Langreo y comienza una represión a consecuencia de la cual, a finales de 1934, se calculan diez mil detenidos en Asturias. Ésta fue una de las causas de la alta participación en las elecciones de 1936 y del triunfo del Frente Popular. En estas elecciones, Belarmino Tomás consigue un acta de diputado a Cortes.

En junio de 1936, una gran huelga, que se gana finalmente, sacude la minería asturiana. En julio estalla la sublevación fascista. Belarmino Tomás preside el comité provincial del Frente Popular, que se establece en Sama de Langreo; con el gobernador retenido en Oviedo y el predominio ácrata de Gijón, está ubicación es comprensible. En septiembre de 1936, todos los partidos y sindicatos piden a Madrid el nombramiento de un gobernador general en la persona de Belarmino Tomás Álvarez. El 23 de diciembre, por decreto del Gobierno de la República, se crea el Consejo Interprovincial de Asturias y León, cuya presidencia asume éste. Hay discrepancias con el Gobierno central y el 22 de abril del 37, presenta la dimisión, pero no es aceptada. Este organismo llega a emitir papel moneda y valores postales y, a partir del 24 de agosto, se declara Consejo Soberano de Asturias y León y toma todas las competencias relativas a la guerra y el orden público.

La derrota militar concluye el 20 de septiembre, cuando Belarmino y los otros miembros del Consejo embarcan en El Musel y tras una maniobra de distracción en que simulan dirigirse a Galicia, logran llegar a Douarnenez en Bretaña, desde donde viajan a Cataluña. Aunque las opiniones sobre la actuación de Belarmino en aquellos meses cruciales varían, en función sobre todo del sesgo ideológico de los que las emiten, parece claro que fue capaz de liderar el con-

senso y la unidad de acción características del bando republicano en Asturias. De todas formas, la suya es sobre todo la crónica de una derrota anunciada cuando a pesar del coraje guerrero y revolucionario derrochado, fuerzas muy superiores y mejor equipadas atacaban por todos los frentes.

En Barcelona, Belarmino formó parte del comité ejecutivo de la ASRA (Agrupación Socialista de Refugiados Asturianos), que trataba de coordinar la ayuda para los que iban llegando. Aparte de esto, fue nombrado por Prieto, ministro de Defensa a la sazón, comisario general del Aire. Con este motivo realizaría varios viajes a la base de San Javier en Murcia. Asiste también, en 1938, en Inglaterra y Francia a reuniones de la Federación Internacional de Mineros, de la que era vocal. En Barcelona nació su primer nieto, hijo de Pura Tomás y de su marido Rafael Fernández, también dirigente socialista y que andando el tiempo llegaría a ser primer presidente de la Asturias autonómica entre 1978 y 1983.

El hundimiento de la República lleva a Belarmino Tomás a Francia. Nunca regresaría ya a España. Como miembro de la élite republicana, se libra del trato denigrante infligido por el Gobierno francés a los que llegaban de España. Con su familia se dirige a Burdeos y poco después a París. Estos días tuvieron que llorar la muerte del nieto nacido en Barcelona. No es hasta principios de 1940 que Belarmino y su esposa consiguen un visado para México. La negativa a firmar un escrito de apoyo a Negrín dificultó las cosas y sólo con la constitución de la JARE, promovida por Prieto, se agilizaron por fin. Este tiempo fue utilizado para gestionar la evacuación a América del mayor número posible de mineros ugetistas recluidos en campos de concentración franceses. El 27 de marzo de 1940 embarcan en Marsella él, su mujer y su hijo pequeño, pues los otros ya estaban en México, y el 17 de abril llegan a Veracruz.

En México se reúne la familia y todos adquieren el estatus de refugiados políticos. Belarmino trabaja después como representante para una fábrica de alpargatas (Donnay S. L.), haciendo esto compatible con su militancia en la Internacional de Mineros, que lo lleva a realizar viajes por Estados Unidos (1945) y Centro y Sudamérica (1946), cuando en setenta y dos días visita diez países, dedicando gran parte de su energía a refutar las afirmaciones difundidas por los comunistas sobre la UGT. En esta época, organiza además campañas de solidaridad con los asturianos supervivientes de los campos nazis, algunos de los cuales le habían hecho llegar peticiones de ayuda, y también con los socialistas que habían quedado en Asturias. El 14 de septiembre de 1950, Belarmino Tomás muere de un infarto de miocardio que en principio fue confundido con una enfermedad estomacal. Enterrado en la capital mexicana, su cadáver fue repatriado en 1984 y hoy reposa en el cementerio de Pando (Langreo).

Homenajeado en el callejero de varias ciudades asturianas, pero olvidado en la memoria colectiva, Belarmino Tomás merece ser recordado como uno de los líderes que más firmemente apostaron por el diálogo y el consenso entre todos los que luchaban por la revolución social en un momento en que ésta se avizoraba en el horizonte.

La guerra es bella, de James Neugass. Diario de un voluntario norteamericano en la guerra civil española

Publicado en *Rebelión* el 22 de mayo de 2017

En su introducción a *La guerra es bella*, los editores, Peter N. Carroll y Peter Glazer, aportan los datos esenciales de la biografía de James Neugass. Nace éste en Nueva Orleans en 1905 en el seno de una familia judía acomodada de origen alemán, y en su juventud realiza estudios variados y viaja por Europa. De regreso a América en 1932, se ocupa en diferentes trabajos, que hace compatibles con una producción poética cuyos frutos llevan ya tiempo apareciendo en revistas especializadas. En 1937 toma la decisión de viajar a España, y aquí conduce ambulancias y participa también en violentos combates hasta marzo de 1938, lo cual constituye la historia que se narra en el libro. De vuelta en Estados Unidos, Neugass trabajó de ebanista y luego de capataz en un taller mecánico, mientras daba forma a una extensa novela, *Rain of Ashes*, que consiguió ver publicada en junio de 1949, tres meses antes de sufrir un letal ataque al corazón en una estación del metro neoyorkino.

La guerra es bella fue escrito durante su estancia en España y algunos fragmentos se integraron en 1938 en un folleto sobre la guerra civil, pero hubo que esperar hasta el año 2000 para que el librero Burton Weiss localizara una copia mecanografiada del texto en una librería de viejo y la enviara a la biblioteca de la Universidad de Illinois, donde llamó la atención de los editores. Levemente retocado para evitar repeticiones y aderezado con notas explicativas, el libro vio la luz en 2008, y en versión española (Papel de liar, trad. de Felipe Osanz) en 2010. El título ironiza con una frase del tristemente célebre poema soflama de Marinetti, prontuario de locura al servicio de los poderes más oscuros de la historia.

La acción comienza el 5 de diciembre de 1937, cuando Neugass, que había llegado en noviembre a España, es chófer de ambulancias en el hospital americano de Saelices (Cuenca), donde convive con otros jóvenes voluntarios estadounidenses, excitados todos por la posibilidad de entrar pronto en combate: «*Estoy aquí en España porque la historia siempre produce hombres en la línea de Espartaco, que o ponen sus palabras en acción o se vuelven neuróticos mortifi-*

cándose a sí mismos». En Tarancón, tras un bombardeo de los facciosos, ve sus primeros muertos en España.

A partir del 12 de diciembre, James Neugass recorre diversas zonas de Aragón con su novia, metamorfoseada en ambulancia, acompañando a su jefe, Edward K. Barsky (1897-1975), legendario cirujano neoyorquino que tuvo un importante papel en los servicios médicos del frente republicano. Los diálogos entre los dos hombres son un arroyo de ironía inteligente que destella en el corazón de la guerra: «*¿Sabes, Jim?, no me preocupa que un chófer se ponga a escribir poesía, pero que un poeta se ponga a conducir...*». Neugass trasporta médicos, heridos y suministros en un grupo quirúrgico vinculado a la 15.ª Brigada Internacional, que tras unas semanas de consumirse en la retaguardia mientras llegan noticias de la batalla por Teruel, al fin el 31 de diciembre parte para el frente. Las continuas nevadas complican el viaje y tras una noche interminable, la unidad médica consigue reagruparse en Aliaga, 50 km al nordeste de Teruel. El 6 de enero Neugass está ya en un hospital precariamente instalado desde el que oye el crepitar de las ametralladoras.

Conviene recordar aquí que el frente establecido en el sur de Aragón en el verano de 1936 tenía un trazado recto norte-sur con una invaginación dentro del territorio republicano que dejaba la ciudad de Teruel en manos de los franquistas. La toma de ésta en diciembre de 1937 fue una gran noticia para las armas leales, pero las acometidas que se producen en ese sector a partir de ese momento tendrán carácter devastador y acabarán poniendo de manifiesto la inferioridad de las fuerzas republicanas en una estrategia convencional de frentes, ofensivas y contraofensivas.

El 13 de enero, Neugass pasa unas horas en Teruel, ciudad en ruinas llena de caballos muertos, y el día siguiente descubre en Tortajada una novedosa técnica médica al presenciar cómo un joven doctor inglés extrae la sangre de cadáveres recientes para usarla en transfusiones. El desigual equipamiento de los dos bandos es un rasgo esencial de esta guerra e impregna todas las sensaciones cotidianas. Neugass conduce su ambulancia camuflada con barro por carreteras maltratadas para abastecer de carne doliente los hospitales de campaña que el movimiento de los frentes obliga a improvisar en cualquier sitio, y nos sumerge en los ciclos mentales del que coquetea con la muerte: ocasionales crisis de pánico que domina la voluntad terca de cumplir un deber.

Tras una semana inmovilizado por la fiebre, a primeros de febrero, Neugass disfruta con su unidad de tres días de permiso en Valencia: «*Nada puede perturbar la tranquilidad de la luz del sol a orillas del Mediterráneo y la pureza relajante de sus olas, ni siquiera los hombres que tienen tantas ansias de demostrar que la humanidad puede ser repugnante*». Pero es en ese momento precisamente cuando comienza la gran ofensiva franquista sobre Teruel y el día 14 James ya está de nuevo en el frente con su novia. El día 17, Muniesa, 100 km al norte de Teruel y su hospital son bombardeados, y sin perder jamás el humorismo elegante que marca su estilo, Neugass nos aporta los detalles sobrecogedores del miedo y la impotencia, del barro ensangrentado y los cuerpos despedazados, aunque luego sus nervios estén de punta y su ánimo roto.

Siguen días tranquilos en Muniesa, a donde llegan los heridos de la 15.ª Brigada Internacional en la ofensiva que ésta emprende como maniobra de distracción en la lucha por Teruel. Para finales de febrero, la ciudad está ya en manos de los facciosos, que en poco tiempo avanzan rápido. Neugass sirve con su «cariñito» en el hospital de Híjar y después se ve envuelto en el dantesco horror de lo que se ha denominado «gran retirada». Tras el 12 de marzo, el diario, fragmentario, deja de consignar fechas y dibuja escenas del heroísmo desesperado de internacionales y españoles en la resistencia imposible. Neugass participa en violentos combates y logra llegar maltrecho a Barcelona, donde toma la decisión de regresar a los Estados Unidos. El 24 de marzo escribe en Cervère (Francia) la última anotación de su diario; resurrección tras semanas en una sucursal del infierno.

Tenemos en las manos el texto que James Neugass tejía en sus ratos libres, a veces sobre el volante de su coche, y en él tienen su lugar las frecuentes bromas de los que lo veían absorto en esta labor. La obra nos acerca a las rutinas y rituales de la guerra, y de la retaguardia ociosa y anhelante a los horrores del frente, una prosa brillante desgrana lo que trae cada día con sabor a vida fresca y un humor inglés y *yiddish* a la vez. Ante nosotros quedan los hombres animosos y mal equipados que plantaron cara al fascismo mientras el mundo claudicaba, sin que falten descripciones amorosas de un país que sedujo a Neugass con la dignidad de su pobreza, ni anécdotas del desconcierto político que reinaba tras el asalto al poder de los estalinistas. Las notas de los editores aportan un minucioso listado de combatientes internacionales con esbozos biográficos.

James Neugass, un poeta treintañero espigado y miope, no se lo piensa dos veces a la hora de venir a España y arriesgar su pellejo por lo que cree que es justo. Es un intelectual, pero de otra pasta que los que más abundan, los que usan su intelectualismo para arrebatar privilegios y se construyen de esa forma un refugio. Otros como él pueblan las páginas del libro, y algunos de ellos dejaron su vida en el intento de parar al fascismo en España. Paul y Jim, los hijos de Neugass, muy jóvenes a la muerte de su padre, descubrieron en las páginas de *La guerra es bella* a un personaje cautivador desconocido para ellos. Lo mismo le ocurre a cualquier lector de la obra.

«*¿Por qué vine a España?*», se pregunta Neugass recurrentemente, y en un momento cree haber hallado la respuesta: «*Estas son las claves de la guerra que se libra aquí. Que los teóricos y los sofistas hablen cuanto quieran de guerra "religiosa",*

de "conspiración bolchevique" y de "ley, orden y renovación de España". Esta guerra es la lucha internacional del campesino pobre, del pequeño comerciante liberal (...), de los parados y de los obreros industriales contra las charreteras, mitras y plumas de oro internacionales que se lamentan, con extremas demostraciones de silenciosa paciencia, por la sangre que hay que derramar inevitablemente para "renovar España" (...) ¿Por qué vine? No tanto por amor como por asco, supongo».

Explorando la historia de Mika Etchebéhère (1): *Mi guerra de España*

Publicado en *Rebelión* el 29 de mayo de 2012

Entre todos los hombres y mujeres nacidos en tierras extrañas que participaron en la lucha contra el fascismo entablada en 1936 en España, Mika Etchebéhère (1902-1992) ocupa un lugar bastante singular. Se trata del caso único de una intelectual con formación universitaria que toma parte, con mando en tropa, en combates de los más violentos que allí se dieron, que es herida en varias ocasiones, y que no sólo llega a alcanzar el grado de capitán sino que es siempre alabada por sus superiores por sus cualidades militares. Conocer los detalles de su biografía, sin embargo, ayuda a entender cómo y por qué esta argentina de origen ruso llegó a escoger este destino tan poco común en mujeres sensibles y atractivas como ella. La historia es fascinante y dos libros recientes resultan imprescindibles para comprenderla. Ambos con sus perspectivas complementarias nos acercan a un personaje de nuestra guerra civil que no ha recibido hasta el momento el interés que merece.

Dedicaré este artículo al primero de estos libros por su fecha, que son las memorias que la propia Mika publicó en 1976 en Francia y han sido editadas en castellano con el título de *Mi guerra de España*, *testimonio de una miliciana al mando de una columna del* POUM (Alikornio, 2003, versión castellana de la propia autora), acompañadas por una nota biográfica de los editores. El libro se inicia con la llegada de Mika a Madrid el 12 de julio de 1936 para reunirse con su marido, Hipólito Etchebéhère. Tras estancias en Berlín y París, la pareja ha decidido establecerse en España buscando mejor clima para los pulmones enfermos de Hipólito y con la intención además de reunir datos para un libro que piensan escribir sobre la lucha de los mineros asturianos en el 34. Es en España donde van a darse de bruces con la revolución que tan brutalmente les esquivó en Alemania unos años antes. Con la sublevación militar, se integran en una columna del POUM (partido al que eran más afines ideológicamente) y parten en tren hacia el frente aragonés, aunque sólo llegan hasta Guadalajara, ciudad en la que se instalan. Las innatas dotes de organizador de Hipólito y su sólida formación lo colocan desde el principio en la máxima responsabilidad de la columna, mientras Mika se encarga de las cuestiones logísticas. En Guadalajara, Hipólito trabaja además por unificar las milicias para las operaciones militares que se preparan y consigue formar un tribunal revolucionario para acabar con los «paseos».

Poco después, en Atienza y en Sigüenza se produce el bautismo de fuego de la columna del POUM. Hipólito es un idealista intrépido, dispuesto siempre a ofrecer el primero su pecho en el combate con la idea de que sólo así conseguirá arrastrar a sus hombres. Esto hace que Mika acongojada reflexione sobre su muerte que cree inevitable. La triste profecía se cumple y en un asalto a Atienza, Hipólito es destrozado por un obús sin que sea posible siquiera recuperar su cuerpo. Mika es la más preparada de la columna y sin dudas ni discusión toma el puesto de su marido, participando en combates en los alrededores de Sigüenza. La ciudad estaba en poder de fuerzas leales, integradas por milicias anarquistas, comunistas y socialistas, y aunque el 29 de septiembre es atacada salvajemente, resiste varios días hasta que un intenso bombardeo aéreo obliga a los defensores a buscar refugio en la catedral. Entre los héroes de esta defensa destaca un estibador francés apodado El marsellés, que comandaba una columna de la CNT. Junto a él y otros refugiados, Mika escapa el 12 de octubre de la catedral, pero sólo unos pocos consiguen burlar el cerco y llegar a la zona controlada por fuerzas republicanas.

Mika se repone de su herida en una mano en una breve estancia en París, en la que explica a todo el que quiere escucharla la lucha heroica y desesperada del pueblo español. No obstante, a primeros de noviembre la tenemos de vuelta en un Madrid asediado en el que las noticias que llegan de los distintos frentes son desesperanzadoras. Allí comparte con sus compañeros del POUM el entusiasmo por las armas rusas que empiezan a verse, aunque todos temen que con ellas lleguen también los chequistas y los métodos de Stalin. Las milicias del POUM, divididas en dos compañías, están acuarteladas en un convento abandonado próximo al Hospital Clínico. Al mando está Antonio Guerrero, pastor extremeño reconvertido al duro oficio de la guerra. Son ciento quince hombres y no todos tienen fusil. Nada más llegar Mika, son enviados a posiciones en el frente de Moncloa, zona dura. Mika se encarga de la logística y la conexión con el puesto de mando. La lucha es feroz, pero los milicianos derrochan valor y dinamita, y los fascistas no consiguen acercarse. De noche, todos escuchan a Antonio Durán, otro extremeño, cantar coplas de su invención sobre la guerra, acompañándose a la guitarra.

El 25 de noviembre el enemigo ataca con insistencia el sector tratando de abrir una brecha en el frente. Antonio

Guerrero es herido de muerte y Mika toma el mando. Poco después, Mika es enterrada viva por la explosión de un obús, pero sobrevive: «*A fuerza de explorar la trinchera alguien descubrió la punta de un tacón de mis botas asomando de la masa de tierra que se había desmoronado sobre mí*». Tras días terribles con dieciséis bajas mortales e infinidad de heridos, piden el relevo.

Con la militarización de las fuerzas, a Mika se le adjudican tres estrellas de capitana. Por estos días, algunos miembros de las JSU integrados en su columna deciden abandonarla. Les mandan hacerlo unos responsables políticos entre los que la influencia estalinista crece, y argumentan que el POUM no es una organización revolucionaria. Comienza apenas una persecución que tan tristes consecuencias tendrá para el destino de la revolución y la guerra. En los días de descanso, Mika recorre las calles de un Madrid en ruinas martirizado por las bombas fascistas. El libro aporta datos estremecedores sobre la vida en la ciudad mártir.

A los pocos días, ciento veinticinco hombres parten para el pinar de Húmera, en el frente de Pozuelo, donde se desarrollan sangrientos combates. Ocupan posiciones en la finca de una marquesa próxima a una avanzada del enemigo, un sector clave. Aquí la proximidad de las tropas de ambos bandos da lugar a algunas anécdotas curiosas: intercambios de insultos, diversos cambalaches utilizando un perro como transporte e incluso una velada de «formación e información política», que consigue que dos soldados deserten de las líneas fascistas. Siguen jornadas de combates con el frente estabilizado, en una de las cuales el general Kléber se deja ver por las trincheras. El general queda encantado de conocer a una «mujer capitana» al mando de aguerridas tropas en la primera línea de fuego.

Tras tres semanas en esta posición son relevados por la otra compañía del POUM a finales de 1936. La que manda Mika descansa unos días en Madrid y es luego agregada a la 38 Brigada, de filiación socialista, y enviada de nuevo al frente, donde ella es nombrada capitana ayudante del comandante del batallón. El sector es tranquilo, comparado con los anteriores, hasta que la compañía que mandaba Mika es involucrada en una operación para tomar una posición clave del enemigo, el cerro del Águila, poco después de la caída de Málaga el 7 de febrero de 1937. Esta unidad, por ser la más aguerrida, irá en vanguardia del batallón. El asalto es desbaratado por las ametralladoras fascistas puestas sobre aviso del ataque por un chivatazo, y el libro concluye bruscamente con el fin de esta operación y el llanto contenido por sus más de cuarenta bajas.

Mi guerra de España nos sumerge sin contemplaciones en el día a día de la guerra y esa familiaridad con la muerte que la caracteriza. Ella corteja feroz a unos hombres que escasos de todo menos de coraje han decidido plantar cara al fascismo en una Europa que sucumbe ante él. Cada página contiene experiencias que nos conmueven y deja ver trances extremos: ojos de niños destrozados por las bombas, cuerpos desgarrados, agonizantes, dolor insoportable enseñoreando la tierra. Con este marco, Mika vive también la relación extraña de una mujer que manda a hombres sin reprimir sus instintos maternales. Así, aparte de dirigir los combates, a cada momento se convierte en enfermera que cura con jarabe los bronquios de los milicianos, o en ama de casa que se preocupa de que tengan al menos una vez al día una comida caliente y no les falte ropa de abrigo, o en maestra que organiza cursos de alfabetización y lectura en las trincheras. No deja de ser una mujer entre hombres, idealizada por ellos como extranjera que ha asumido su lucha, y amada también, sin duda, reto al que Mika responde evitándoles de forma conscientemente escrupulosa cualquier motivo de celos.

El libro está lleno también de retratos de los milicianos que compartieron con Mika la dolorosa aventura: algunos casi niños, pero los más hombres rudos, analfabetos muchos, pastores extremeños y mineros andaluces que llegaban escapando de la represión en sus tierras, recién conquistadas por Franco; hombres que con enfermedades graves se negaban a abandonar las trincheras donde cortejaban a la muerte.

Hay que considerar sin duda que la viudedad de Mika, tan reciente y dolorosa, había disminuido mucho su apego a una vida en la que todo fuera de las trincheras le recordaba a su marido, pero hay que reconocer también que su conducta en la guerra de España es la de alguien que encuentra en este perro mundo algo de más valor que su propia vida y apuesta por ello poniendo todo sobre la mesa de juego. En enero de 1937, Mika refleja en el libro su impresión sobre el curso de la guerra con estas palabras: «*¿Qué conclusiones saco de este balance negativo? ¿Que perderemos la guerra? Es probable que la perdamos. Ahora bien, aun así, los trabajadores españoles habrán lavado la derrota sin combate de los trabajadores alemanes e inscrito en los anales de las luchas obreras las páginas más fulgurantes de su historia*».

Explorando la historia de Mika Etchebéhère (y II): *La capitana*, de Elsa Osorio

Publicado en *Rebelión* el 30 de mayo de 2012

Reseñaba en un artículo reciente las memorias de Mika Etchebéhère (1902-1992), publicadas en castellano por Alikornio en 2003. Es éste un libro que como vimos permite conocer en detalle la peripecia vital de su autora durante los primeros meses de la guerra civil y contiene además un

valioso relato de primera mano sobre algunas operaciones de la contienda y la vida en las trincheras y en el Madrid sitiado. Los interesados en conocer más detalles sobre un personaje tan extraordinario podían acudir hasta este momento a la nota biográfica incluida en esta edición, o a la página de la fundación Andreu Nin, donde se presentan varios artículos sobre ella.

Hay que decir sin embargo que la historia de Mika no ha despertado aún el interés que merece y sin duda influye en ello el hecho de que con su filiación poumista se la pueda encuadrar entre los perdedores de los perdedores de nuestra guerra civil. Una novela recién aparecida, basada en su vida y debida a la argentina Elsa Osorio, *La capitana* (Siruela, 2012), conjuga en sabias dosis literatura y rigor histórico, y va a servir sin duda para aumentar el interés por una mujer notable que fue protagonista de algunos acontecimientos cruciales del siglo XX.

En el postfacio de *La capitana*, su autora nos aclara algunos aspectos sobre la gestación de la obra. Es una historia que arranca en el otoño de 1986 cuando Elsa Osorio tiene noticia de «*aquella argentina que mandó tropas en la guerra civil española*». Atraída por el personaje, investiga sobre él y en los años siguientes le dedica un par de artículos. Con el tiempo va acumulando información, y un hito importante en este sentido fue tener acceso a los escritos inéditos, cartas y documentos de Mika e Hipólito Etchebéhère, que eran guardados por el poeta y militante trotskista Guy Prévan, amigo de Mika desde los años 60; hoy día estos documentos se encuentran en una biblioteca especializada de la ciudad de Buenos Aires. Es interesante también el relato de Elsa Osorio sobre cómo en 1990 trata en vano de ponerse en contacto con Mika, que por aquellas fechas vivía ya en una residencia para personas mayores.

La capitana nos ofrece, a través de capítulos en los que el narrador va cambiando, una aproximación novelesca a la vida de Mika e Hipólito Etchebéhère. Mikaela Feldman, que tomaría después el apellido de su marido, nace en 1902 en una familia procedente de judíos rusos emigrados a Argentina a finales del siglo XIX. Tras su nacimiento, la familia se establece en Rosario y allí Mika comienza una militancia anarquista que cuando viaja a Buenos Aires para estudiar odontología la acerca al grupo de *Insurrexit*, la revista que Hipólito organizaba en esos momentos. Éste había nacido en 1900 en una familia burguesa de origen francés, y tras vivir los pogromos de la Semana Trágica bonaerense de 1919, había abandonado el hogar materno y los estudios de Ingeniería para comprometerse en cuerpo y alma con la revolución. En 1920 Mika e Hipo se conocen y la chispa salta entre ellos enseguida. En 1922 se van a vivir juntos.

Del grupo constituido en torno a *Insurrexit*, Mika e Hipólito pasan pronto a militar en el Partido Comunista Argentino, aunque en 1925 ya han sido expulsados tras su primer choque con el autoritarismo estalinista. En 1926, con otros compañeros, forman un partido de tendencia trotskista, pero ese mismo año la tuberculosis de Hipo les obliga a viajar a Patagonia. Allí trabajan como dentistas y reúnen información sobre las masacres de obreros en las huelgas de 1920 y 1921, con vistas a escribir un libro sobre todo ello. A finales de 1930, Hipo está casi recuperado, y ambos son conscientes de que la historia del mundo está a punto de decidirse en Europa. Tras mucha resistencia por parte de Mika, se ponen en camino. En 1931 llegan en el vapor Massilia al puerto de Vigo.

Establecidos en un París que les seduce en todos los sentidos, a finales de 1932, sin embargo, la crítica situación en Alemania les hace viajar a Berlín. Allí se encuentran cuando Hitler es nombrado canciller en enero del 33. Las impresiones de Mika e Hipo sobre estos hechos son claras. La izquierda hubiera podido resistir, pero desunida y obedeciendo a unos líderes que fallaron se hundió en el mayor de los desastres. Ese mismo año vuelven a París. En 1935 Hipo debe ser internado para tratar la tuberculosis que se le ha agravado. En 1936, con él recién salido del hospital viajan a España.

La capitana describe en detalle el periplo de Mika durante la guerra civil a partir de los datos de sus memorias, e incorpora también sucesos posteriores a lo narrado en estas, como su detención en abril de 1937 por agentes estalinistas y su posterior liberación en octubre por los buenos y contundentes oficios de Cipriano Mera. En Madrid permanece hasta el final de una guerra que era suya hasta que se la arrebataron. Y tal vez sea esta la razón de que renunciara a hablar de esta triste etapa en sus memorias. Durante la Segunda Guerra Mundial, Mika reside en Buenos Aires, pero en 1946 regresa a París, donde fallece en 1992, sin abandonar nunca el activismo.

Probablemente sólo una mujer podría escribir un libro como *La capitana*. La amorosa recolección de datos durante casi veinticinco años consigue algo más que una plétora de documentación. Elsa Osorio ha conseguido ser en esta novela Mika Etchebéhère y vivir con ella su romance desde la agitación juvenil bonaerense a la guerra civil española. Sólo así ha podido regalarnos las tiernas escenas de amor que son de lo mejor del libro; idilio prolongado hasta que el fascismo lo rompe como rompió tantas cosas. Elsa Osorio consigue también que los ojos de Mika observen para nosotros las grandes conmociones de la historia.

El siglo XX, que en tan triste situación nos ha dejado, fue pródigo en desastres. Hay personajes cuya biografía parece empeñada en recorrer sus momentos más decisivos, y Mika Feldman, que conoció las luchas obreras en la Argentina de principio de siglo y fue testigo de acontecimientos como la llegada de Hitler al poder, la guerra civil española o el mayo del 68, es sin duda uno de ellos. Conocer su trayecto-

ria vital es acercarse a un ser humano extraordinario, pero es también de alguna forma entender mejor la historia de ese siglo turbulento que nos ha dejado donde estamos.

Cuaderno rojo de la guerra de España, de Mary Low y Juan Breá

Publicado en *Rebelión* el 30 de octubre de 2019

En sus palabras liminares para esta edición del *Cuaderno rojo de la guerra de España* (Virus), Núria Pujol (traductora) y Xavier Theros nos acercan a las biografías de sus autores, Mary Low y Juan Breá, así como a la historia del libro, un conjunto de dieciocho crónicas en las que los dos jóvenes luchadores antifascistas describen sus experiencias de los primeros meses de la Revolución española. La edición original inglesa vio la luz en Londres en 1937 con un prólogo del historiador Cyril L. R. James, y en Cuba apareció en 1943 una traducción al castellano con presentación de Benjamín Péret. Sorprendentemente, ésta que reseñamos es la primera versión completa del libro que se publica en España.

Mary Stanley Low viene al mundo en 1912 en Londres en una familia australiana acomodada. Atraída desde muy joven por la poesía y la Antigüedad clásica, con dieciocho años se independiza y se instala en París, donde frecuenta a los surrealistas. Allí conoce en 1933 a Juan Ramón Breá Landestoy, también de ascendencia burguesa e interesado en la literatura de vanguardia, un cubano nacido en Santiago en 1905, de militancia trotskista y que se había destacado ya en la lucha contra la dictadura de Machado, y padecido cárceles y exilios. Pronto se convierten en pareja y viajan juntos por Europa, y cuando en el verano de 1936 llegan de España noticias del proceso revolucionario en marcha, no se lo piensan dos veces y acuden a arrimar el hombro.

Instalados en Barcelona en agosto de 1936, Juan se alista en la columna Lenin y escribe crónicas para la prensa trotskista que formarán parte del *Cuaderno rojo de la guerra de España*, mientras Mary edita *Spanish Revolution*, el boletín en inglés del POUM. A finales de año, al cubano lo alcanza la persecución de que comienzan a ser objeto los trotskistas en la España republicana, y en febrero de 1937 la pareja abandona el país. Viven después en París, Londres y Praga, se casan en septiembre de 1937 y publican su libro, pero cuando todo arde deciden cruzar el charco y establecerse en La Habana. Juan Breá muere de tétanos en 1941, y Mary Low, tras superar un intento de suicidio, sigue en Cuba hasta que en 1964, crítica con la deriva de la revolución, opta por rehacer su vida en los Estados Unidos. En Miami se empleó como profesora de historia y latín y falleció en 2007.

Los cinco primeros capítulos, escritos por Mary Low, describen el viaje de París a Barcelona en un tren en el que presenciamos el encuentro de los que acaban de dejarlo todo y van ilusionados a vivir la revolución, con combatientes que regresan al frente y los miran con ternura y tristeza. La capital catalana es el bullicio de un nuevo orden, el sueño hecho realidad de una ciudad sin mendigos, con empresas y edificios requisados por las organizaciones proletarias. Nuestra pareja vive en la sede del POUM y Mary lucha por la revolución con un tableteo de máquina de escribir, pero también hay tiempo para conocer los memorables cafés donde ahora están prohibidas las propinas, y asistir a mítines en los que vibra la oratoria de Jordi Arquer y Andreu Nin, entre otros. En todas partes imperan la camaradería, el buen humor y el optimismo.

Los capítulos VI al VIII son de Juan Breá, y narran el adiestramiento de la columna Lenin del POUM, al mando del napolitano Russo, y el viaje en tren hasta Barbastro entre muestras de entusiasmo de la población. Cerca de Alcalá del Obispo, con Huesca en el horizonte y coro de ametralladoras y cañones, se convierten en fuerzas de emergencia en la retaguardia del frente. En Tierz, Mary y Juan reciben su bautismo de fuego y unas horas después presencian el fusilamiento de un oficial franquista hecho prisionero; a los soldados apresados con él se les da la oportunidad de unirse a las milicias.

Mary Low describe a continuación (capítulos IX y X), tras su regreso a Barcelona, el entierro de un compañero del POUM caído en Aragón, y la persecución y detención de un coche con facciosos que tratan de escapar de la ciudad abriéndose paso a tiros. En octubre, cuando se disuelve el Comité de Milicias, menguan las expectativas revolucionarias, mientras el POUM entra en el Gobierno de la Generalitat sólo como un socio incómodo del que pronto van a deshacerse. Un viaje a Madrid ese mismo mes sirve a Breá (capítulos XI al XIII) para retratarnos la que sigue siendo la capital de una república burguesa, una ciudad en guerra en la que el partido, más pujante de lo que imaginaba, organiza una columna con campesinos extremeños supervivientes del desastre y dispuestos a todo. Visita luego Toledo, que ofrece un aspecto extraño, sin sacerdotes ni soldados profesionales, y también Sigüenza, donde conoce a Mika Etchebéhère.

En sus últimos capítulos (XIV al XVII), Mary Low nos acerca a la Barcelona que en el otoño de 1936 ve decaer la esperanza tras el fracaso en Baleares y el estancamiento en Aragón. Nos describe además los esfuerzos organizativos de las mujeres que conquistan sus derechos, con avances notables en enseñanza, matrimonio y divorcio. Sin embargo, éste es el momento del desquite de la burguesía, como pue-

de comprobar nuestra protagonista en una visita a la Generalitat. En los elegantes despachos en los que la burocracia crece rampante, maldice asqueada a los anarquistas «*por no haber aplastado el poder burgués cuando tuvieron ocasión*». Por esas fechas, la forzada militarización de las milicias es rechazada por muchos revolucionarios, que creen en formas de aumentar la eficacia combativa sin un regreso del viejo orden.

Mary trabaja luego en la consejería de Propaganda, donde «camarada» es reliquia del pasado e impera el «usted». Tras la muerte de Durruti en Madrid, se presiente un final doloroso; la ciudad se prepara para los bombardeos, mientras arrecian las calumnias estalinistas contra el POUM y Breá es detenido. Con esta coyuntura adversa, en unas semanas deciden abandonar el país, lo cual significa para ellos renunciar de momento a la utopía. El libro concluye con unas reflexiones del cubano sobre lo ocurrido en España: las luces de una revolución popular que asombra al mundo, y la crónica de su fracaso ante su propia indecisión y el abrazo de oso de la burguesía y sus aliados.

Los primeros compases del *Cuaderno rojo de la guerra de España* nos sorprenden con su canto de camaradería y esperanza en un momento en que la construcción de un mundo nuevo parecía al alcance de la mano, y ello a pesar de unas potencias fascistas volcadas en la ayuda a Franco, una burguesía siempre acechante y una terca historia de desunión y luchas entre las facciones obreras. Camaradería y esperanza en las calles y los frentes, y Barcelona como una ciudad en la que la «época burguesa» se percibía tan lejana como la «era romana», aunque Madrid siguiera siendo «la república de los Ortega y Gasset y Cía».

Según avanzamos en el libro, asistimos a un cambio decisivo cuando la utopía se ahoga en los reveses militares y su penoso tributo de sangre, al tiempo que la burguesía y los estalinistas contraatacan. Es la hora del resurgir de las banderas catalanas y el comienzo del fin. La sagrada propiedad regresa por sus fueros y los políticos se ponen a su servicio mientras los revolucionarios, coaccionados por la maldita coyuntura y con sus líderes captados por el poder, terminarán renunciando a todo tras la última batalla en mayo de 1937.

Son las contradicciones y avatares de una lucha que devoró todo a su paso y es necesario escudriñar porque esconde las claves del presente. *Cuaderno rojo de la guerra de España* nos trae el testimonio de unos jóvenes peregrinos de la revolución que se acercaron para aportar su esfuerzo en un combate que a todos incumbía, dispuestos a dar la vida por su ideal. Sus crónicas reviven el fulgor de unos meses en los que la realidad cotidiana era un sueño y por las noches «*solía pasar que nos olvidáramos por completo de dormir*».

Gijón 1936. Diario de una revolución, de Luis Miguel Cuervo Fernández

Publicado en *Rebelión* el 21 de marzo de 2023

La insurrección militar de julio de 1936 privó a Asturias del centro administrativo de su capital, Oviedo, que cayó en manos de los facciosos, y obligó a buscar con rapidez una estructura alternativa. De esta forma, en la ciudad más poblada de la región se constituyó el Comité de Guerra de Gijón, con representación de los sindicatos y partidos antifascistas con más implantación. Este nuevo poder tuvo que afrontar la sublevación en curso en varios cuarteles de la localidad, al tiempo que tomaba medidas para organizar la vida ciudadana.

Con *Gijón 1936. Diario de una revolución*, que acaba de ser editado por la Fundación Anselmo Lorenzo, el historiador y activista por la memoria democrática Luis Miguel Cuervo nos aproxima a los hechos esenciales de unos meses en los que en una situación que socavaba la convivencia democrática, la colaboración entre fuerzas políticas fue capaz de resolver los desafíos planteados. Los éxitos fueron sin embargo sistemáticamente ninguneados en la historiografía de los vencedores, con lo que el libro se convierte en la reivindicación crítica de una revolución muy poco conocida, a través de la crónica detallada de sus logros y también de sus errores.

Los capítulos iniciales repasan los acontecimientos durante los primeros meses de 1936. Las elecciones de febrero contaron en Gijón con una participación de más del 80 % y dieron un claro triunfo al Frente Popular. Ese mismo mes se consiguió sacar a los presos por la comuna del 34 de las cárceles y se comenzó a tratar de revertir los retrocesos sociales del bienio negro, pero los fascistas respondieron con atentados en las calles que generaron enorme crispación.

La respuesta a la sublevación militar

El libro describe la situación en los diferentes acuartelamientos de la región durante las jornadas decisivas de julio y los detalles de la traición del gobernador militar, el coronel Antonio Aranda, que permitió a los sublevados hacerse con la capital el domingo 19 de julio. Ese mismo día en Gijón, Antonio Pinilla, coronel al mando en el cuartel de Simancas, arrestó a los militares que se negaron a adherirse al golpe, pero decidió esperar al día siguiente, lunes 20 de julio de madrugada, para hacer una salida e intentar ocupar la ciudad.

Los combates que se produjeron ese día en las calles entre las fuerzas leales y los sublevados y paramilitares facciosos tuvieron un punto de inflexión por la tarde, cuando llegaron a Gijón, por tren y carretera, militantes libertarios de las cuencas entre los que va a destacar pronto Higinio Ca-

rrocera por su talento militar. Con estos refuerzos, la situación les ponía mala cara a los rebeldes y al final de la jornada se vieron obligados a buscar refugió en los cuarteles. De éstos, el de la Guardia Civil de Los Campos se rindió al día siguiente, pero el de Simancas y el de Zapadores, ubicado en el barrio de El Coto, con trescientos setenta y dos y ciento cincuenta y un combatientes, respectivamente, se prepararon para un largo cerco.

Luis Miguel Cuervo nos ofrece una crónica pormenorizada, día a día, del asalto a los dos reductos, del heroísmo que se derrochó por las dos partes y de las bajas que se fueron produciendo, entre las que se cuentan numerosos civiles alcanzados por los bombardeos de la aviación y la armada rebeldes. Relevante en este sentido es el denominado viernes negro, el 14 de agosto, cuando un raid aéreo produjo sesenta y una víctimas mortales y provocó el asesinato, en represalia, de noventa y ocho personas que se encontraban detenidas por sus ideas derechistas. Estos últimos crímenes fueron un resultado de la fragmentación de poder que existía en aquel momento y no son imputables al Comité de Guerra de la villa, que los condenó y tomó medidas para que cesaran.

Sólo dos días después de estos hechos, el 16 de agosto, cayó el cuartel de Zapadores, aunque ciento seis de sus efectivos consiguieron escapar al de Simancas, que resistió cinco días más. Tras la ocupación de este último edificio, los militares de mayor edad capturados eran ejecutados sin contemplaciones, por no ser presumiblemente soldados de reemplazo, hasta que Higinio Carrocera, uno de los protagonistas del asalto final, logró detener la masacre. Se hicieron unos trescientos diecisiete prisioneros. El libro pone en duda, con base en diversos testimonios, la verosimilitud del último mensaje que según la historiografía franquista fue transmitido por los insurrectos: «El enemigo está dentro, disparad sobre nosotros».

La organización republicana en Gijón

El Comité de Guerra de Gijón, ciudad con importante influencia anarquista, se constituyó oficialmente el 21 de julio, presidido por el libertario Segundo Blanco y con representación de CNT, UGT, PCE e IR. Su actividad comenzó inmediatamente y durante varias semanas compartió poder con el Consejo Provincial creado en Sama de Langreo y dirigido por el socialista Belarmino Tomás.

Los medios de transporte fueron requisados, se incautaron los depósitos de combustible y se establecieron controles en las carreteras. También se constituyeron comités de barrio y se organizaron servicios sanitarios y comedores, así como centros de distribución de alimentos. Resulta notable que durante los primeros días en la localidad no circuló el dinero, sencillamente porque no había nada que comprar. La escasez de algunos productos obligó a confiscar mercancías de buques que hacían escala en el puerto de El Musel.

Los obreros que no se habían convertido en milicianos regresaron a sus fábricas, que en muchos casos se consiguió que volvieran a producir, gestionadas por comités de trabajadores. La industria metalúrgica se volcó en la construcción de parapetos defensivos y blindajes para camiones. También se crearon treinta y nueve cooperativas en las que llegaron a trabajar casi un millar de personas.

Respecto a la organización militar, la lucha contra los sublevados incorporaba elementos del ejército, carabineros y guardias de asalto y civiles, pero corría a cargo fundamentalmente de lo que podemos llamar el pueblo en armas. Dentro de éste, las más nutridas eran las Milicias Populares, que en el caso gijonés contaban sobre todo con libertarios, y las Milicias Antifascistas Obreras y Campesinas, en las que eran dominantes los miembros y simpatizantes del PCE.

La obra aporta información detallada sobre los procesos que se incoaron en el Tribunal Popular de Gijón, constituido el 16 de agosto para acabar con las actividades de los incontrolados que campaban a sus anchas por la ciudad. Los guardias civiles que se sublevaron el 20 de julio recibieron en general sentencias benignas para lo que se estilaba en la época, pero sesenta y tres de ellos fueron fusilados extrajudicialmente en agosto de 1937 en la playa de La Franca, cuando regresaban a Asturias tras ser integrados en una brigada disciplinaria.

Ya en el mes de octubre y en un intento de restaurar la vida municipal, las autoridades regionales decretaron la constitución de gestoras para regir los ayuntamientos. De esta forma, en Gijón fue elegido alcalde por unanimidad el anarquista Avelino González Mallada, que ni corto ni perezoso aprovechó la coyuntura para emprender una ambiciosa remodelación urbanística. En su breve mandato de poco más de un año, interrumpido por la entrada de los facciosos, este barón Haussmann gijonés trató de racionalizar la enmarañada geografía urbana existente por medio de derribos, ciento quince nada menos. Su objetivo era generar espacios abiertos que permitieran sacar partido al majestuoso marco de la bahía gijonesa, pero sobre sus lúcidos sueños los gestores franquistas al servicio del capital edificaron en las décadas siguientes muros de cemento que aún horrorizan y encorajinan a los visitantes de la villa de Jovellanos.

Reivindicación de una página olvidada de la historia

Con *Gijón 1936*, Luis Miguel Cuervo pone ante nosotros un capítulo poco conocido de la revolución social que en julio de aquel año se puso en marcha en muchos de los lugares de España en los que la sublevación fascista pudo ser atajada. Fue en este caso una experiencia breve, pero su duración fue suficientemente para legar un ejemplo magnífico de colaboración exitosa entre fuerzas políticas diversas y de organización capaz de satisfacer las necesidades populares en momentos críticos.

Otra característica especial del libro es el empeño, materializado a lo largo de todo él, de recordar los nombres de los protagonistas y las víctimas del conflicto desencadenado, en uno y otro bando. Tras décadas de historiografía franquista que presenta una visión distorsionada y falaz de los acontecimientos, este esfuerzo permite contemplar la tragedia que se vivió en Gijón en su dimensión exacta. Dando todo su valor a la preciosa vida humana, los errores cometidos en el bando republicano quedan de manifiesto, pero ello aquilata en su justa medida los logros que se alcanzaron.

La obra contiene en diversos capítulos extraordinarias colecciones de fotografías que nos traen la conmoción y el dolor de aquellos meses, pero también la esperanza que despertaba constatar la posibilidad de derrotar a los facciosos. Un capítulo final completa el panorama con biografías de protagonistas destacados y dos anexos que sintetizan la información disponible sobre los militares del Simancas y Zapadores y los milicianos republicanos muertos en Gijón.

El último soldado del POUM, de Miquel Adillon Baucells

Publicado en *Rebelión* el 27 de junio de 2013

«*Corría la primavera del año 1921, había guerra en Marruecos y mucha angustia entre las madres que tenían hijos soldados*». Con esta frase, Miquel Adillon Baucells (1921-2007) echa a andar el relato recién publicado por la editorial Base de Barcelona en el que nos desgrana los dieciocho primeros años de su vida. El libro había aparecido ya en 2001 en una edición del autor que fue reimpresa en 2007. Sincera y desenfadada, con riqueza de detalles y tono de novela picaresca, la obra nos acerca a los avatares de su autor como hospiciano y joven obrero, y a su recorrido por los frentes y retaguardias de nuestra guerra civil.

Natural de Vic, Miquel conoce de niño la desdicha de las disputas domésticas y aunque recala pronto en casa de su abuela materna, donde lleva una existencia moderadamente feliz, con siete años es ingresado en un orfanato. La descripción que hace de su etapa de hospiciano es el documento impactante de una vida entre misas, mala comida y crueldades monjiles, aunque las condiciones mejoran con la llegada de la República, cuando Miquel tiene nueve años. En 1934 deja el orfanato para ir a vivir con sus parientes de Vilafranca del Penedès y se convierte en chico para todo en la fonda que regentaba su familia. Ese mismo año nos narra cómo afectó a la ciudad la huelga de octubre. Tras abandonar la fonda por una pequeña desavenencia que su orgullo amplifica desmesuradamente, regresa a Vic, y allí trabaja en una carnicería y después como aprendiz de curtidor.

Llega entonces el triunfo del Frente Popular. «*Se celebraron las elecciones del 16 de febrero de 1936, donde vencieron las izquierdas en casi toda Cataluña, menos en Vic, que seguía siendo un baluarte de derechas. Todas las monjas de la ciudad, más de seiscientas, acudieron a las urnas, incluso las de clausura rigurosa, que no salían de sus conventos ni para asistir a los entierros de sus familiares*». En julio, los resultados de la sublevación fascista llegan a Vic y Miquel nos da noticia de lo que ocurre en la ciudad sin control, crónica de ejecuciones y asesinatos y también de experiencias de autogestión obrera, como la que le afecta como curtidor. Enseguida nuestro héroe, que cumplirá quince años en breve, arde en deseos de ir al frente. Por esos días, comienza a militar en el POUM.

Los intentos de lograr un puesto como voluntario fracasan hasta que Miquel escapa de casa y en el cuartel del POUM de Lleida, mintiendo sobre su edad, consigue convertirse en un «flamante soldado de quince años». Los Hechos de Mayo están ya muy próximos y el POUM a punto de ser proscrito, lo que justifica el título elegido para las memorias. Con otros compañeros, Miquel parte en tren para el frente y llegan a Siétamo (Huesca), cuartel general del partido en la zona, donde se instalan. Tras unos días de instrucción con el brigada Padilla, murciano y socarrón, son enviados a Barcelona para intervenir en los Hechos de Mayo, pero no pasan de Balaguer.

El 5 de mayo Miquel es destinado a la línea de combate en las cercanías de Monflorite, incorporado a la 128 Brigada; el libro nos narra la experiencia en el frente y se intercala la historia impactante de un superviviente de la catedral de Sigüenza. En posiciones próximas se encontraban los voluntarios ingleses del ILP y entre ellos George Orwell, al que el autor ya conocía de un congreso en Barcelona en marzo del 37. Los días transcurren tranquilos y la proximidad del enemigo da lugar a anécdotas interesantes. Un francotirador fascista capturado es devuelto con los suyos sin hacerle ningún daño, pero desnudo, rapado al cero y con las siglas del POUM marcadas en la cabeza. La noche siguiente el francotirador se pasa a las filas republicanas.

El POUM es colocado en primera línea para el asalto a Huesca, pero por su juventud a Miquel no le dejan participar en la ofensiva, y una de esas mañanas es espectador de la muerte del general Lukács —el húngaro Máté Zalka— por la explosión de un obús mientras inspeccionaba las operaciones. Las fuerzas del POUM quedan muy reducidas y a los pocos días son relevados y enviados a posiciones en el Pirineo, unas auténticas vacaciones con buena comida y hermosa naturaleza, pero allí mismo son detenidos y desarmados. Es la tragedia del POUM: «*Uno a uno, nos fueron introduciendo en una casa: allí unos oficiales nos tomaron da-*

tos y filiación y nos exigieron la entrega de los carnets del partido, que rompieron y tiraron en un cajón».

A los soldados se les permite incorporarse a otras unidades y Miquel va a la 26.ª División, la antigua columna Durruti, volviendo al frente en breve, esta vez en Farlete (Zaragoza). Es entonces cuando en un ataque fascista es capturado. Presencia fusilamientos y todo tipo de brutalidades, pero logra salvar la vida y va prisionero a Zaragoza. En el mes de noviembre es agregado a un batallón de trabajadores, formado principalmente por vascos, con el que peregrina por Aragón y Castilla realizando diversas labores. A finales de año se entera de que en Vic lo dan por muerto, pero ve su futuro tan incierto que decide no desmentirlo.

Al fin Miquel consigue ser destinado a intendencia, con lo que su vida mejora notablemente, sin que deje de describirnos los chanchullos de los que es testigo. Termina así 1938, en cuyos últimos meses participa en la gran ofensiva contra Cataluña. El final de la guerra lo encuentra en Calatayud y poco después está en Cuenca, continuando en labores de intendencia. Nos relata también unos desgraciados intentos como boxeador que tiene por entonces durante una estancia en Madrid. En breve, el batallón de prisioneros deja las misiones de intendencia y Miquel, gracias a sus relaciones con los mandos, ocupa el puesto de cartero, con funciones agregadas de lector de las cartas y censor que se toma con un humor benigno.

De Cuenca, el batallón viaja a Canfranc, no sin que el camino esté lleno de hurtos, miedos y peripecias diversas. En Canfranc, trabajan en construcciones, pero Miquel sigue colocado de cartero y cocinero hasta que la marcha del alférez que lo protegía le arrebata todos los privilegios. Corre el mes de septiembre de 1939 y Francia ya ha declarado la guerra a Alemania, con lo que los desertores que pasan la frontera son bien recibidos. Miquel planea una fuga que al fin se ve frustrada, y así entra 1940, en un invierno en el que en el Pirineo se registraron temperaturas de 24º bajo cero; compañeros que tratan de escapar a Francia sin conseguirlo son fusilados.

Poco después, con la invasión de Francia, ésta deja de ser un peligro para Franco y se rebaja la vigilancia en el Pirineo. Los prisioneros de guerra son liberados: «*Oscurecía la tarde del 13 de junio de 1940 cuando entré alegre y jubiloso en la calle Sant Pere de Vic. En los mismos días los alemanes entraban en París. Había salida con quince años y volvía casi con diecinueve. Al entrar en la calle y encontrarme con algunos conocidos, en sus rostros y principalmente en las caras de las muchachas convertidas ya en mujeres, pude medir el tiempo transcurrido. Al abrazar a la abuela, a la hermana y a los tíos les pedí perdón por todos los sobresaltos que les había causado con mi aventura guerrera. Ninguna de mis ropas me sentaba bien y tuve que vestirme can otras prestadas por mis tíos. (...) Atrás, en el recuerdo, quedaban todos los horrores de la guerra y la historia del último voluntario del* POUM».

El libro nos acerca con su narración amena y colorista a los escenarios que Miquel Adillon conoció en una de las épocas más convulsas de nuestra piel de toro. Su vida de hospiciano o aprendiz de oficios diversos por aquella Cataluña de huelgas y sacristías nos trae instantáneas privilegiadas de una sociedad en crisis a punto de saltar por los aires. Por otro lado, su recorrido por el frente de Aragón en 1937 aporta información sobre hechos cruciales como la ofensiva sobre Huesca o el desarme del POUM y no es menor el interés de sus experiencias como prisionero de los sublevados o trabajador forzado en la retaguardia del bando franquista. Escrito al final de su vida, tras muchas décadas de acariciar la idea, el libro cumple un viejo deseo de su autor y con el ritmo trepidante de una novela picaresca construye un testimonio valioso para el conocimiento histórico de la guerra civil.

Mi infancia en el franquismo (Tiraña, Asturies, 1938), de Enesida García Suárez

Publicado en *Rebelión* el 18 de julio de 2018

El recuerdo del holocausto franquista permanece vivo en muchos rincones de Asturias como una memoria soterrada que se va perdiendo, inevitablemente, con el fallecimiento de los que lo sufrieron. *Mi infancia en el franquismo (Tiraña, Asturies, 1938*) de Enesida García Suárez, que acaba de editar en Oviedo Cambalache con un epílogo de Yerba Segura Suárez, nos acerca a una terrible historia de aquel tiempo. Enesida fue una de las víctimas de la represión que se produjo en el campo asturiano, pero tuvieron que pasar cuarenta años para que se decidiera a poner por escrito los recuerdos de lo sucedido por entonces. Lo hizo de su puño y letra en un cuaderno escolar cuyas páginas son reproducidas en el libro de Cambalache. Sobrecoge la lectura de este documento, que transmite el dolor y la desesperación de la niña con las palabras de la mujer.

Enesida nos cuenta la historia de una familia como tantas otras en aquella maldita posguerra. La componen padre y madre, tres hijas: Isabel de diecisiete años, Enesida de once y Ovilia de ocho, más Tino, el pequeñín, de tres. Viven en la parroquia de Tiraña (Llaviana), donde cultivan la tierra y poseen algunos animales; el padre además trabaja en la mina. El crimen de todos ellos será tener familiares entre los últimos combatientes republicanos que se esconden en el monte, a los que los vencedores persiguen con saña; no habrá piedad para nadie en quien recaiga la más mínima sospecha de prestar cualquier ayuda a los «fugaos». En abril de 1938, en la capital de la parroquia se elabora una lis-

ta de personas que son detenidas en breve. Doce fueron fusiladas en el cementerio, entre ellos Celestino García, padre de Enesida. A su madre, Virginia Suárez, la habían masacrado horas antes. Los trece cadáveres fueron a una fosa común.

Cuando sus padres son asesinados, las hermanas salen adelante apoyadas en Isabel, la mayor, que cada poco es arrestada. Enesida marcha en busca de trabajo con una amiga de su edad y lo encuentra cerca de Villaviciosa. Por la comida y poco más sirve allí año y pico; luego va con los abuelos maternos. La familia se ha separado. El 1 de septiembre de 1942, se llevan a Isabel por última vez. Se la acusa falsamente de tener guardada una pistola, pero las torturas sufridas la empujan a reconocerlo para ganar unas horas y suicidarse poniéndose al tren. El relato de Enesida concluye con recuerdos de las visitas de sus tíos fugados: Silvio, muerto poco después de las heridas recibidas en una emboscada, y Fidel, que logró sobrevivir a varios años de cárcel.

El documento es estremecedor, pero tal vez lo es más la larga impunidad que sucedió a los crímenes descritos. Varias generaciones fueron obligadas a soportar la infamia de no poder honrar públicamente a sus muertos, mártires de una lucha perdida por la libertad, en una época en la que los asesinos dominaban vidas y haciendas e imponían su versión de lo ocurrido. Recuperada la democracia, o al menos un remedo de ella, a partir de 1978 los familiares de los fusilados comenzaron a celebrar cada 1 de noviembre en el cementerio un pequeño acto de cariño y homenaje, que con el tiempo dio lugar a la constitución de la Asociación de familiares y amigos de la fosa común de Tiraña en 2014. Resultaba un deber dar a las víctimas el reconocimiento que merecían, y esta vez se consiguió. La edición de *Mi infancia en el franquismo (Tiraña, Asturies, 1938*) de Enesida García Suárez, que incluye como decíamos una copia del manuscrito original de la autora, y también algunas fotografías familiares, es una noble iniciativa para que el sufrimiento de los inocentes no caiga en el olvido.

Puerta a ningún sitio, de Isabel Pellejero Usón y Eduard Masulén Palet. Un retazo de la historia ninguneada

Publicado en *Rebelión* el 2 de marzo de 2021

Puerta a ningún sitio comienza a gestarse cuando Isabel Pellejero, restauradora de materiales arqueológicos y paleontológicos, tiene noticia del fusilamiento en 1939 de Cristina Fernández Perera, la mujer que ejercía de portera en el edificio de la capital catalana en el que ella ahora reside (C/ Tamarit, 77). Ella vislumbra tras este suceso una historia que merece ser rescatada y junto al coautor de la obra, su amigo Eduard Masulén, miniaturista, se propone reunir información sobre ella. El libro, recién editado por Filferro, es una crónica de sus pesquisas y averiguaciones durante el año pandémico de 2020.

Un capítulo inicial nos acerca a la historia del barrio de Barcelona donde se produjeron los hechos narrados, muy cerca del mercado de Sant Antoni, en el Ensanche. Este edificio, emblemático de la «arquitectura metálica», fue inaugurado en 1882 y ocupa el lugar de una puerta homónima, la principal en las murallas de la ciudad, junto a la cual solían realizarse ejecuciones. No es de extrañar, al hilo de esto, que hasta hoy sean estos parajes fecundos en leyendas y fantasmas.

El proceso toma buen rumbo cuando Isabel y Eduard logran acceder a los archivo del Tribunal Militar Tercero de Barcelona y del hospital de la Santa Creu i Sant Pau, y comienzan a fotografiar documentos de interés, pero por esas fechas en el país se decreta el confinamiento pandémico, lo que no va a aportar precisamente facilidades.

En un diario Isabel va relatando sus experiencias cotidianas, al tiempo que desgrana el progreso de la investigación. A través de estas páginas vemos cómo el pasado toma forma y los retratos de Cristina, su esposo, Baltasar Paz Fernández, y el hijo de ambos, José, un quinceañero por entonces, comienzan a perfilarse. Sabemos así que después del fracaso del golpe militar en Barcelona, Baltasar se incorporó a la columna Tierra y Libertad, y en septiembre de 1936 viajó con ella a Castilla la Nueva, donde participó en combates en Talavera y Bargas. Tras perder un ojo y ser declarado inútil, regresó a Cataluña en diciembre.

Tras su entrada en Barcelona, los franquistas realizaron un peinado casa por casa en el que los porteros de los edificios, legalmente obligados a vigilar e identificar a los elementos quintacolumnistas, fueron objetivo destacado de la represión. De resultas de esto, Cristina y Baltasar fueron detenidos y encarcelados.

El libro recoge las actas de las acusaciones, testimonios y sesiones del proceso. Era de aquélla la palabra de un «elemento de orden» evidencia indiscutible, y fue así como la farsa judicial culminó con peticiones de veinte años de reclusión para Baltasar y pena capital para su mujer. Son éstos dos casos emblemáticos de una época en que los defensores de la legalidad vigente enfrentaban insólitos cargos de «rebelión militar» y durísimas condenas. La seca prosa castrense nos da los detalles del fusilamiento de Cristina en el Campo de la Bota el 13 de mayo de 1939 junto a otras quince personas.

El rastro de Baltasar se prolonga a partir de ese momento en establecimientos penitenciarios por la piel de toro hasta su puesta en libertad en 1946, cuando desaparece

para siempre. El hijo de ambos, José, que partió al frente con diecisiete años, pudo ser identificado en listas de recluidos en campos de concentración y batallones disciplinarios, hasta que se tiene noticia de que en 1941 fue a Rusia con la División Azul. En 1957 seguía militarizado, pero pronto se pierde también su pista.

Varios documentos presentados en las últimas páginas del libro arrojan luz sobre el ensañamiento con Cristina, difícil de explicar incluso en aquel contexto. Cuando cae la careta del oscuro personaje detrás de las acusaciones, descubrimos cuál era su interés en la eliminación física de esta mujer, y el retrato de ella que nos queda al fin es el de una persona estimada por los inquilinos del inmueble, que hicieron lo que estuvo en su mano por salvarla. Al final sin embargo, la inquina de un canalla y el furor represivo de un régimen criminal pudieron más que la buena voluntad de los que la apreciaban.

Puerta a ningún sitio es el diario de una labor minuciosa para rescatar del olvido al que estaban condenados a unos Nadies de aquellos de los que hablaba Galeano. Isabel Pellejero y Eduard Masulén, investigadores por vocación y compromiso humanista, nos demuestran con esta obra, derrochando rigor y entusiasmo, que esclarecer la historia es misión que a todos nos compete.

Desde la cárcel. Memorias de los presos/as del franquismo en Asturias. Para no olvidar a las víctimas de una era de infamia

Publicado en *Rebelión* el 16 de diciembre de 2021

Este libro nació de un proyecto del ayuntamiento de Oviedo durante la etapa entre 2015 y 2019 en que estuvo regido por un tripartito de izquierdas. El objetivo que se plantea es ayudar a preservar la memoria de los que sufrieron la represión franquista en las cárceles de Asturias y pasar revista al aparato jurídico y penitenciario de la dictadura.

Si cuarenta años de convivencia democrática no han servido aún, lamentablemente, para culminar todo el trabajo necesario en esta línea, es el momento de que las instituciones contribuyan en la medida de sus posibilidades. El volumen se materializó en 2018 y recoge aportaciones de cinco profesionales de la historia, especialistas en aspectos diversos de aquella inmensa prisión que fue la España franquista.

Las cárceles del franquismo

María Concepción Paredes Naves, historiadora y archivera, resume en el capítulo inicial las vicisitudes de la Prisión Provincial de Oviedo, inaugurada en 1907 con la estructura de «panóptico» que se estilaba en la época. Las galerías convergentes en un núcleo central de estas «cárceles modelo» facilitaban el control de los reclusos, al tiempo que con unas instalaciones modernizadas se trataba de dejar atrás los sórdidos escenarios habituales por entonces. La penitenciaría funcionó hasta 1993, y posteriormente fue remodelada para albergar el Archivo Histórico de Asturias, que abrió sus puertas en 2010.

El edificio fue testigo de la turbulenta historia del siglo XX asturiano, de las torturas a los más de mil presos del Octubre del 34 allí hacinados y de la renovación del horror tras la conquista de Asturias por los facciosos a finales del 37. La sobreocupación se ve atenuada luego, hasta que las huelgas mineras de los 60 vuelven a traer los viejos aires. Durante la Transición, la población reclusa era escasa, pero las penosas condiciones de habitabilidad dieron lugar a varios motines, uno en 1978 y otro en 1980 con un muerto por asfixia en una celda.

Irene Díaz Martínez, de la Universidad de Oviedo, pasa revista a la legislación de que se dotó el franquismo para que los juzgados militares, y a partir de 1963 el recién creado Tribunal de Orden Público, pudieran materializar la represión. Nos acerca después a algunos hombres y mujeres entre las decenas de miles que sufrieron reclusión tras la caída de Asturias, en un principio en los campos de concentración que proliferaban por la provincia, y más tarde sobre todo en las cárceles de Oviedo y El Coto (Gijón).

En las terribles historias recogidas vemos cómo el castigo se cebó muchas veces en las familias de combatientes o simpatizantes republicanos. En ocasiones, los que padecieron esto desarrollaron una conciencia política que determinó su comportamiento posterior, mientras que otras veces las víctimas prefirieron achacar lo ocurrido a enemistades o conflictos personales y adaptarse al nuevo régimen. También se presentan casos de algunos que sufrieron represión por su militancia ya durante la dictadura.

Trabajos forzados en Asturias

Amaya Caunedo Domínguez, historiadora y antropóloga de la Universidad de Oviedo, analiza la explotación de la mano de obra presa a partir de los datos disponibles en archivos y estudios previos. Los combatientes republicanos capturados por los franquistas en Asturias eran internados en campos de concentración en los que se les clasificaba según su grado de aversión al nuevo régimen. Los considerados más peligrosos terminaban encarcelados, pero su gran número hizo que ya a partir de 1937 se constituyesen batallones de trabajadores para auxiliar en los frentes de Aragón y Levante, en infraestructuras y minería.

También a los encarcelados se les encomendaban labores a través del Sistema de Redención de Penas por el Trabajo, lo que obligaba a veces a trasladarlos a colonias militariza-

das. Varias de éstas funcionaron próximas a las explotaciones mineras del valle del Nalón y el Bierzo, y otras albergaron a los que se encargaban de reedificar lo destruido durante la contienda. Mientras tanto, *Redención* y *Reconstrucción*, publicaciones periódicas con títulos emblemáticos, sacaban tajada propagandística de la incorporación de los «rojos» a la materialización de la nueva España.

Para concluir, Caunedo aporta algunas cifras: casi trescientos mil cautivos en abril de 1939, de los que dos tercios estaban en campos y uno encarcelado. Los números se incrementan el año siguiente, en el que los trabajadores forzados eran aproximadamente cien mil, la mayor parte en los campos. Esta cantidad iría reduciéndose hasta unas veinte mil personas en 1945; en este caso, la mayoría en las cárceles.

La odisea de las mujeres

La historiadora de la Universidad Complutense María Covadonga Fernández repasa el triste destino de las mujeres entre 1937 y 1945 en Asturias. Tras los avances de la era republicana, se impuso por entonces el regreso al ideario tradicional y se crearon los mecanismos represores más convenientes. El primero de éstos fue judicial, con derogación de las leyes de divorcio y aborto, y decretando la subordinación al varón de por vida. Los otros medios fueron la educación y la sumisión al código moral de los vencedores.

Para las enemigas del nuevo régimen o reacias a transigir con sus normas, identificadas como «rojas», los castigos físicos iban del rapado o la obligación de ingerir aceite de ricino, a las más graves vejaciones y torturas, de las que se exponen casos; el robo de niños también estaba a la orden del día. La reclusión en cárceles que sufrieron muchas mujeres se documenta a través de las terribles condiciones de la Prisión Provincial de Oviedo, antro de hambre y tuberculosis. La religión impuesta fue un notable instrumento de todos aquellos ultrajes.

Las cárceles durante el tardofranquismo

Ramón García Piñeiro, historiador, repasa en la contribución que cierra la obra las condiciones carcelarias a partir de los años sesenta, cuando se incrementó el número de reclusos por la represión de la creciente resistencia, huelguística y organizativa. Hay que decir, de todas formas, que la sordidez de las prisiones, descrita en detalle, resultaba muchas veces un alivio tras lo padecido en las comisarías. Las duras condiciones no impidieron en ocasiones desarrollar actividades formativas, de alfabetización, cultura general e incluso clases de ruso, que entretuvieron los largos ocios y mejoraron la vida de muchos.

El poder de la memoria

Todos los capítulos vienen ilustrados con valiosas fotografías de la época, que nos introducen en las penalidades de aquel tiempo y rescatan la memoria de los que las sufrieron. Estos documentos, junto a los nombres e historias que se recogen, homenajean a numerosas víctimas del terror franquista, pero no debemos olvidar que muchas otras aguardan aún una justa reparación. Por ello hay que resaltar la importancia de iniciativas en marcha como la del Archivo de Fuentes Orales para la Historia Social de Asturias (AFOHSA), que desde el año 2000 está empeñado en reunir testimonios sobre los aspectos más oscuros de nuestro pasado reciente.

Todos estos proyectos resultan imprescindibles, pues ignorar el pasado, aparte de un crimen, es la vía más segura para fracasar en la construcción del futuro.

Otília Castellví y Silvia Mistral, memorias recuperadas

Publicado en *Rebelión* el 27 de abril de 2010

Otília Castellví y Silvia Mistral fueron dos mujeres más en aquella riada humana que en 1939 dejó su tierra catalana huyendo del fascismo. Eran muy jóvenes cuando vieron así rotos todos sus proyectos y pasaron a enriquecer la dolorosa nómina de los seres abandonados por su patria, los exiliados. Su periplo tiene puntos en común. Las dos conocieron los campos de concentración franceses y consiguieron después rehacer su vida en América. Las dos escribieron su experiencia. Dos editoriales han sido recientemente sensibles al interés de los libros en que la plasmaron. Acantilado ha puesto en 2008 en las librerías una versión castellana del texto de Otília Castellví, disponible en catalán desde hace años. *De las checas de Barcelona a la Alemania nazi (veinte años de una vida*) aparece con traducción de Roser Vilagrassa e incorpora un epílogo de Ulises Moulines Castellví. Icaria editorial, por su parte, acaba de recuperar en 2009 *Éxodo. Diario de una refugiada española*, de Silvia Mistral, que vio la luz en México en 1940 (Ediciones Minerva). La edición corre a cargo de José F. Colmeiro, que aporta un estudio sobre la obra y su autora, y recoge también el prólogo de León Felipe y las ilustraciones de Francisco Carmona de la edición original.

Otília Castellví, nacida en Gijón en 1907, era una modista del barrio de Gracia barcelonés que en 1932 comenzó a colaborar con el Bloque Obrero y Campesino de Maurín (integrado desde 1935 en el POUM). Sus memorias recogen sus experiencias de militante obrera en la abortada revolución del 34. Durante la guerra, Otília conoce la represión estalinista y sus checas, y en enero de 1939 asiste a la entrada de los fascistas en Barcelona, de donde parte al exilio en Francia en agosto de ese mismo año. Internada en el tristemente célebre campo de concentración de Argelès

sur Mer, es liberada después y sobrevive penosamente hasta que es detenida de nuevo en Dijon. Con la invasión alemana (estamos ya en 1940), los reclusos son evacuados en los vehículos de un circo y ella aprovecha para escapar. Resulta sorprendente, pero su existencia atribulada y errante mejora notablemente cuando ese mismo año y en compañía del que después sería su marido, Linus Moulines, decide probar fortuna en Alemania, donde va a trabajar varios años como dependienta y modista. Su relato nos describe la vida bajo el régimen nazi, marcada en su caso por un contraste notable entre la brutalidad de una represión que se adivinaba y el trato mucho más humano por parte de la población que el que habían recibido en Francia. Otília padece además en esta época una penosa enfermedad de la que tarda en recuperarse. En 1943 se casa en Darmstadt con Linus, y en Kinheim, un pueblo del Mosela, presencian el fin de la guerra y la llegada de las tropas americanas. Los Moulines se presentan entonces como prisioneros franceses y son repatriados, sobreviviendo de nuevo en condiciones penosas en París, Perpiñán y un pueblecito de los Alpes, hasta que en 1946 optan por emigrar a Venezuela. Allí conseguirían rehacer su vida, y con pasaporte venezolano, Otília regresó a Cataluña diez años después. Entre Barcelona y Canet de Mar vivió hasta su fallecimiento en 2000. Su libro nos acerca a la experiencia cotidiana de una joven militante obrera forzada a vivir algunos de los eventos cruciales del siglo XX, y es un documento valioso y conmovedor.

Silvia Mistral es el seudónimo literario de Hortensia Blanch Pita, nacida en La Habana en 1914. Su juventud está marcada por exilios que llevan a su familia de España a América varias veces (su padre era anarquista), huyendo de las dictaduras de Primo de Rivera y Gerardo Machado. Abandona los estudios con diecisiete años y trabaja de analista química en una fábrica, al tiempo que empieza a publicar artículos en la prensa, principalmente reseñas cinematográficas; en 1936 ingresa en la CNT. *Éxodo* contiene las anotaciones de su diario entre enero y julio de 1939 y describe en primer lugar la agonía de Cataluña, la huida hacia la frontera y el internamiento también en el campo de concentración de Argelès sur Mer. Liberada con otras compañeras, son recogidas en un villorrio de Provenza donde vigiladas y espiadas, «las rojas españolas» tienen como único aliciente breves paseos y excursiones. El 11 de junio Silvia Mistral embarca para América a bordo del Ipanema, que hace escala en Martinica y el 7 de julio fondea en el puerto de Veracruz; en México publica *Madréporas* en 1944 (Minerva) y sobrevive con trabajos periodísticos y de literatura rosa y juvenil hasta su fallecimiento en 2004 en la Ciudad de México. *Éxodo*, escrito en un lenguaje lírico y con frecuentes referencias literarias, es el testimonio de una mujer que, ante un mundo enloquecido, trata de transmitir su experiencia y recomponer con arte de palabras fragmentos de su vida rota.

Los dos libros coinciden en señalar algunos aspectos importantes, como el maltrato recibido en Francia por muchos refugiados republicanos, que va de la hostilidad de las autoridades a la antipatía demasiado generalizada de las gentes del campo y las ciudades. La otra cara de la moneda, mostrada también en ambos casos, es la grandeza de una América que supo poner todo de su parte para mitigar el terrible problema creado. Estamos ante dos libros de sumo interés para acercarnos a la historia a través de las experiencias de algunas de sus protagonistas, que reflejan el drama de todo un pueblo.

Recordando a Jesús Ynfante y su *Santa Mafia*

Publicado en *Rebelión* el 22 de julio de 2021

El periodista y escritor gaditano Jesús Ynfante (1944-2018), exiliado en Francia tras sufrir la represión franquista, se dio a conocer en 1970 con *La prodigiosa aventura del Opus Dei: Génesis y desarrollo de la Santa Mafia*, un libro publicado por Ruedo Ibérico cuya distribución no estuvo permitida en nuestro suelo, pero que se convirtió enseguida en un éxito editorial allende sus fronteras y seguramente en uno de los textos impresos más codiciados de que se tiene noticia.

La obra arrojaba luz meridiana sobre lo que muchos presentían y desnudaba una implacable estructura de poder disfrazada de espiritualidad, que resultaba imprescindible para comprender la deriva ideológica de la dictadura durante el despegue económico de los años 60. Transcurrido ya medio siglo desde su aparición, es un deber de gratitud recordar aquel fruto de la labor de un veinteañero que demostró con su ópera prima las virtudes que habrían de caracterizar toda su carrera.

En la presentación, el autor dedica su libro, con frase de Larra, «*A los batuecos, a quienes una larga costumbre de callar ha entorpecido la lengua*». A ellos se encamina el resultado de una investigación «*rayana en lo detectivesco*», que comienza con un repaso de la biografía del fundador del Opus Dei en el primero de los ocho capítulos. El lector queda sorprendido desde el principio por la prosa bien trabada, que expone con rigor sin desdeñar la ironía, por la abundancia y diversidad de las fuentes manejadas y por la minuciosidad del aparato de notas a pie de página.

Un sacerdote con grandes ambiciones

Josemaría Escrivá de Balaguer nació en Barbastro en 1902 en una familia de clase media, y cursó estudios de Derecho y eclesiásticos. Ordenado en 1925, ejerce de sacerdo-

te en Madrid, y en 1928 comienza a dar forma a una asociación para la que elegirá después el nombre de Opus Dei. Sus primeros miembros son universitarios que aceptan votos de pobreza, castidad y obediencia y en 1932 alcanzan el número de 13. El proyecto cuenta con una aprobación verbal de la jerarquía que hasta 1941 no se expresa por escrito.

En los años de la II República, Escrivá abre en Madrid y Valencia pequeñas residencias de estudiantes donde realiza su apostolado y proselitismo, pero sólo tras la guerra la empresa coge vuelo, al conectar perfectamente con el espíritu de la época. Tomando como modelos organizativos la Institución Libre de Enseñanza y la Compañía de Jesús, el Opus Dei trata de extender el nacionalcatolicismo en los ambientes universitarios y profesionales, los sectores más intelectuales de la vida del país. A través de este proceso y bajo la máscara de la «santificación del trabajo», se implementaban en realidad estricta ortodoxia, disciplina férrea y un entramado mafioso que pronto generó pingües beneficios y decisiva influencia social al máximo nivel político y económico.

Santa Mafia nos ilustra con reveladores episodios de la trayectoria personal del fundador, que se instala en Roma en 1946 y en 1968 solicita y consigue el título de marqués de Peralta, en una operación que le costó un cuarto de millón de pesetas. El culto a su figura y a los detalles más nimios de su vida es una de las características que marcan a lo largo de toda su historia a la cofradía que creó. Falleció en 1975 y fue beatificado en 1992 y canonizado en 2002.

«Ciencia católica»: el proyecto echa a rodar

En los años 40, el control del recién fundado y generosamente financiado Consejo Superior de Investigaciones Científicas, una de las obras mimadas de Franco, por parte de su secretario general, José María Albareda, sacerdote y miembro conspicuo del Opus, permitió poner los cimientos de una «ciencia católica» en el país. Algunos ejemplos desgranados muestran a las claras los altos niveles de incompetencia y rancio dogmatismo nacionalcatólico que marcaron los primeros pasos de esta institución.

Se analizan también pormenorizadamente los progresos de la Obra entre destacados grupos universitarios de Sevilla y Barcelona, así como el asalto que se emprende después a las cátedras de toda España, paisaje devastado por las depuraciones de la guerra y postguerra, a través del nombramiento por el Gobierno de todos los miembros de los tribunales entre 1940 y 1951. Aclaremos que José Ibáñez Martín, ministro del ramo en ese periodo, era otro íntimo colaborador del de Barbastro. Al mismo tiempo, se produce un abordaje a las enseñanzas medias, vivero de alevines para el proyecto, y a los colegios mayores, procesos descritos en detalle por Ynfante. La Universidad de Navarra, controlada por el Opus desde su fundación en 1952, desempeñó un papel central en estas estrategias.

La preocupación de la Obra por dirigir la maquinaria capitalista del país se manifiesta en la fundación en 1958 del IESE (Instituto de Estudios Superiores de la Empresa), en Barcelona pero dependiente de la Universidad de Navarra, que será el semillero de las élites gestoras de la economía española.

La relación con la jerarquía católica

En los años 60, el Opus Dei tiene mayor influencia en los entramados políticos que entre la jerarquía eclesiástica, y recibe aceradas críticas por parte de miembros destacados de la Compañía de Jesús, por ejemplo, comprensibles si tenemos en cuenta que ambas instituciones pescaban en los mismos caladeros. El tiempo, sin embargo, consolidó las posiciones de la Obra, asentada enseguida sobre fuertes apoyos en la Curia vaticana, y ello a pesar de tener que nadar contra corriente durante el concilio Vaticano II, y bregar con las denuncias de «fundamentalismo» que circularon por entonces.

El incremento de influencia se potenció tras la época narrada en el libro, con el acceso en 1978 a la silla de san Pedro de Karol Wojtyła, y llegó a su cenit en 1982 cuando éste, a través de su constitución apostólica *Ut sit*, elevó al Opus Dei al rango de prelatura personal, lo que garantizaba al fin una total independencia de las diócesis y subordinación directa a la Santa Sede.

Una máquina bien engrasada

Ynfante nos describe en detalle cómo se accede a la Obra, historia que comienza con la invitación a un joven, o no tan joven, a un retiro espiritual, y continúa con la «pitada», solicitud de ingreso a través de una carta al Padre, en la que el neófito especifica el grado que le ha sido aconsejado: «numerario», que no exige el sacerdocio, pero sí celibato y formación sacerdotal, y lo incorporará al núcleo duro del Opus Dei; «supernumerario», para miembros casados o sacerdotes diocesanos; u «oblato», típicamente para personas sin estudios superiores ni relevancia social. A los seis meses puede materializarse la «admisión», vinculación jurídica con la Obra, y la formulación de los tres votos. Un año después, en la ceremonia de «oblación», la adhesión se renueva, y lo seguirá haciendo cada 19 de marzo durante seis años (en el transcurso de una misa) hasta hacerse definitiva. Sólo entonces se recibe la alianza que simboliza la culminación del proceso. Se detallan también en el libro las rutinas, jaculatorias, rezos y penitencias que jalonan la vida de los miembros, así como los retiros y convivencias que se prodigan.

La estructura de poder tiene su centro en Roma en un presidente y un consejo general, y se prolonga en consejos

regionales y locales. Las casas donde habitan los numerarios tienen un director (siempre sacerdote), que atiende a lo espiritual, un subdirector, encargado de las actividades prácticas y un secretario. La «sección femenina» de la Obra copia rasgos de la masculina, pero con un carácter subordinado. En ella, el acceso al grado numerario puede lograrse por medio de una jugosa dote, y hay una preocupación especial por integrar como oblatas a las trabajadoras de los servicios de limpieza de casas y residencias.

No resultaba fácil calcular los efectivos de la institución, pero Ynfante estima una cifra aproximada de 25 000 personas en todo el mundo, incluidos cooperantes, para el año 1964. Según él, el «espíritu de la Obra» se basa en el sometimiento a una voluntad superior a la que se atribuye origen divino y que «santifica» la labor intelectual y empresarial impuesta socialmente. Las actividades son variadas, como se verá, pero una destacada es la fabricación de prestigio, a bombo y platillo, para los compañeros de militancia, de lo que se dan buenos ejemplos.

La conquista del Estado

Los cuatro primeros capítulos aportan interesantes datos sobre la historia y el funcionamiento de la Obra, pero sólo en el quinto comprendemos que lo que se ha descrito hasta entonces es en realidad un aparato burocrático totalitario capaz de controlar y dirigir la economía y la política de un país. Esta sección está dedicada a escudriñar el sistema de gobierno impuesto en España tras la guerra civil, autocracia de Francisco Franco revestida de nacionalcatolicismo, y en ella Ynfante nos aproxima en detalle al círculo de familiares y allegados del dictador, núcleo decisorio del régimen, y nos revela cómo en la maquinaria militar y política de éste se observa, a partir de 1951, el acceso imparable de miembros de la Obra a posiciones clave.

Laureano López Rodó, un catedrático de Derecho Administrativo y miembro numerario del Opus, desempeña un papel crucial en el asalto al poder que culmina en 1969 con un Gobierno dominado por la Obra. Las fricciones desencadenadas por este irrefrenable ascenso con los falangistas, el otro grupo influyente del régimen, incluyeron un muy tímido apoyo por los del marqués de Peralta a las Comisiones Obreras que acababan de nacer, como forma de restar fuerza a los sindicatos verticales. Hay que decir, sin embargo, que esta simpatía no libró a Marcelino Camacho de sufrir largos años de cárcel.

La infraestructura económica

Desentrañados el abordaje a las cátedras universitarias, la ocupación del CSIC y la conquista del poder político, el extenso capítulo sexto se dedica en exclusiva a las finanzas de la Obra, cuyo primer elemento importante fue el control del Banco Popular. En España la Iglesia participaba, secular y suculentamente, del dominio económico, al ser propietaria de bienes inmuebles, empresas y bancos, como se recuerda en el libro, pero lo que se observa en los años 60 y se describe exhaustivamente en él, es un asalto inusitado por parte del Opus Dei a las estructuras de poder de las grandes corporaciones bancarias, en una época en que los miembros más destacados de la oligarquía se sumaban a la Obra o colaboraban con ella.

El entramado que Ynfante pone ante nuestros ojos tiene ramificaciones financieras, pero también en las industrias de la construcción, química, textil, farmacéutica y cinematográfica, y esto sin olvidar la exportación de vinos, que en ella estuvo el origen de Rumasa. La siderurgia y la minería quedaban, sin embargo, principalmente para otros grupos oligárquicos. Se analiza por último la penetración de la Obra en el mundo editorial, a través de Rialp y Magisterio Español sobre todo, y Sarpe para las revistas. En el periodismo, los de Escrivá controlaban la agencia Europa Press, así como el diario *El Alcázar* hasta 1968 y la cadena SER. En el momento de publicación de *Santa Mafia* eran ocho los periódicos en sus manos, entre ellos *Madrid* y *Nuevo Diario*, con otros muchos participados o en su órbita de influencia.

Ideología e imperialismo de la Obra

Ynfante define la ideología del Opus Dei como clerical-autoritaria, y ve tras ella a una burguesía que ha tomado al fin el control del país, y que después de un período de imposición puramente fascista, en la guerra y su inmediata postguerra, y cuando el desenlace del conflicto mundial desaconsejaba guiños totalitarios, halla en la tecnocracia un instrumento óptimo de enriquecimiento. Sus bases teóricas pueden rastrearse en Donoso Cortés, Marcelino Menéndez Pelayo y Ramiro de Maeztu, y alientan luego en una amplia nómina que se repasa concienzudamente, de Pemán a Fernández de la Mora, todos ellos intelectuales muy publicitados en su época, generosamente amamantados por los presupuestos del Estado y rendidos admiradores del caudillo que libró a España del comunismo y la llevaba paternalmente por caminos de progreso.

El último capítulo se dedica a la expansión de la Obra y su ideología clerical-autoritaria a nivel mundial, proceso que se dinamiza a partir de 1969 y refleja la vitalidad del fascismo español travestido de espiritualidad cristiana. Ynfante documenta el ritmo y los métodos de la penetración en Europa y América, y aporta sorprendentes datos de la pujanza en los Estados Unidos y Francia. Sin embargo, se presentan evidencias también del desgaste generado por esta dinámica enloquecida de los años 60, con deserciones, críticas e historias truculentas de odios y *vendettas* que minaban el prestigio de la institución. Además, en 1969 estalla el caso Matesa, del que los de Escrivá no van a salir muy bien parados.

La obra concluye con una justificación del uso del término «mafia» para describir la Obra, tal vez exagerado si atendemos a una definición académica del vocablo, pero consolidado por una década de empleo en medios de comunicación de todo el mundo. También se utilizó mucho la expresión «Octopus Dei».

Apéndices y anexo

Cuatro apéndices sirven al autor para pasar revista a lo escrito hasta ese momento sobre el Opus Dei con una perspectiva no hagiográfica; para diseccionar *Camino*, culmen del pensamiento del santo aragonés; para hacer un recuento preliminar de los centros, residencias, casas de ejercicios, etc. de que disponía la Obra en 1970; y para reproducir las *Constituciones* de la institución, documento en latín para uso exclusivo de sus jerarcas, que según algunas fuentes llegó a manos de Ynfante cuando era secretario de José Vidal-Beneyto, quien lo poseía por haberlo sido a su vez de Escrivá en su juventud, y según otras fue filtrado por un prominente jesuita. En este texto, que se presenta en traducción de Agustín García Calvo, resplandecen todos los rasgos de la estructura clerical-autoritaria.

Un anexo aporta dos largas listas de militantes y simpatizantes de la Obra, información valiosa aunque incompleta y no exenta de errores, que se obtuvo a partir de testimonios confidenciales de antiguos miembros.

Un brillante y valiente periodista de investigación

Santa Mafia desmontaba con rigor los relatos apologéticos imperantes en la época sobre el Opus Dei, y confirmó lo que muchos intuían. Los detalles escabrosos que revelaba contribuyeron sin duda al desprestigio de una congregación que había alcanzado la cima de su poder justo cuando la obra se publicó. Sin embargo, el nacionalcatolicismo era un elemento decisivo en la transición gatopardesca que se diseñaba en las alturas y tampoco se trataba de que la sangre llegara al río. La hermosa frase final del libro: «*Es un deber inaplazable la destrucción del actual "orden franquista" y de la sociedad clasista y burocrática*», no coincidía para nada con lo que planeaban los arquitectos del nuevo orden, y sólo esto explica que el eco oficial y mediático del magistral trabajo de Ynfante no estuviera nunca a la altura de sus merecimientos.

En Francia, el autor de Santa Mafia colaboró en periódicos y revistas como *Le Canard Enchaîné* y *Charlie Hebdo*, y publicó nuevos libros: *Los negocios de Porcioles: las Sagradas Familias de Barcelona* (1974); *Los negocios ejemplares: Rumasa, Sofico, Matesa, los negocios del «Caudillo»* (1975); *El ejército de Franco y de Juan Carlos* (1976); *Los negocios militares. Las fuerzas armadas en España* (1976); y *Un crime sous Giscard: l'affaire de Broglie, l'Opus Dei, Matesa* (1981). Solamente los títulos nos dan una idea del certero instinto que guiaba la elección de temas de trabajo, y hay que añadir además que, en el tratamiento de éstos, nuestro gaditano siempre destacó por lo incisivo y exhaustivo de sus análisis y por la contundencia bien argumentada de sus conclusiones.

Tras la muerte del dictador, Jesús Ynfante se estableció en España, donde continuó con su actividad periodística. Fue también corresponsal de la agencia EFE en Bruselas hasta los años 90, y siguió publicando libros, dos más profundizando en su ópera prima: *Opus Dei. Así en la tierra como en el cielo* (1996) y *El santo fundador del Opus Dei* (2002), además de la novela *El silencio de la termita* (1983) y nuevos trabajos de investigación: *La fuga de capitales y los bancos suizos* (1978); *Libro negro de la colza: el misterio del síndrome tóxico por el aceite* (1982); *Los muy ricos: las trescientas fortunas más grandes de España* (1998) y *La cara oculta del Vaticano* (2004). Dejó inédito un ensayo sobre lo que él denominaba: «La remonarquía española».

Este mes de julio en que se cumplen tres años del fallecimiento de Jesús Ynfante en Los Barrios (Cádiz) resulta un buen momento para recordar al investigador y periodista que con inteligencia, tesón y duro trabajo iluminó alguno de los secretos más oscuros de nuestra historia reciente.

El MIL, una historia política, de Sergi Rosés Cordovilla. Revolucionarios expropiadores en la fase final del franquismo

Publicado en *Rebelión* el 26 de junio de 2024

En los comienzos de los años 70, un grupo de jóvenes revolucionarios decidieron organizarse para apoyar las luchas obreras en la que se adivinaba fase terminal del régimen de Franco, proveyéndose de fondos mediante atracos a sucursales bancarias. Con este fin constituyeron el Movimiento Ibérico de Liberación, que durante varios años protagonizó actuaciones sonadas y sufrió intensamente la represión. *El MIL, una historia política*, de Sergi Rosés Cordovilla es el estudio más minucioso y riguroso que sobre este grupo se ha escrito nunca, en palabras de Jann-Marc Rouillan, que fue miembro de él, en su prólogo para la obra.

Un aspecto importante que se pone de manifiesto en este trabajo es el carácter genuinamente revolucionario del MIL, desmontando la leyenda tejida en torno a una convergencia con otras fuerzas antifranquistas con el objetivo de un simple «cambio de régimen». El texto fue publicado por Alikornio (2002), y desde entonces han aparecido una traducción al francés (2007) y una reedición mexicana (2018), que introducen pequeñas correcciones, al igual que se ha hecho en la que reseñamos (Virus, 2024).

Los orígenes

Remontándose a la constitución del movimiento, Rouillan recuerda en su prólogo una reunión en enero de 1971 en Toulouse de revolucionarios con residencia a ambos lados de los Pirineos, de los cuales los mayores tenían veinte años. Desde el principio su objetivo consistió en simultanear la propaganda y difusión de textos con las acciones armadas, para las que disponían de metralletas inglesas que hicieron que pronto fueran conocidos como «la banda de las Sten». Había entre ellos marxistas, y también ácratas que van a ser etiquetados como «anarcoguevaristas» por los libertarios más reacios al ilegalismo, y todos trataban de retomar «*una historia herética escrita desde hace décadas contra las ortodoxias reformistas*».

Rosés pasa revista a los grupos diversos que en la estela del mayo del 68 planteaban en los años siguientes alternativas revolucionarias y se volcaron en una intensa actividad de publicación y organización. Constituido el MIL (o 1000), el primer folleto que aparece con su firma lleva por título *Boycot elecciones sindicales. No a la legalidad burguesa*, y es de marzo de 1971. Se argumenta en él que la participación en las anteriores votaciones, de 1966, sólo supuso la liquidación de la democracia interna en CC. OO. y su burocratización y control por parte del PCE. Se deja constancia además de que el folleto ha sido confeccionado «*con el material que espectacularmente "socializó" un comando del 1000*», y se incluye un esquema de la preparación de un cóctel molotov. El 1 de febrero se había realizado el primer atraco, frustrado y que terminó en un tiroteo sin víctimas, y hasta la detención del miembro del grupo Oriol Solé a finales de marzo, se protagonizaron un mínimo de dieciséis acciones, en las que se requisó dinero y material diverso (coches, libros, etc.). Ésta era justo una época de efervescencia de las luchas obreras en Barcelona, con importantes huelgas en Harry Walker, La Maquinista y Cipalsa, y aunque el MIL trató de ser un grupo de apoyo para ellas, se constata que en la práctica existía cierta desconexión entre él y las organizaciones obreras.

Proyectos editoriales y agitación armada

Tras salir de la cárcel a finales de la primavera de 1972, Oriol Solé intenta promover un mayor énfasis en una perspectiva de liberación nacional que no es compartida por otros miembros y no va a influir en la estrategia, y propone además añadir Grupos Autónomos de Combate al nombre, con lo cual éste pasa a firmar como MIL-GAC. Se emprende por entonces la creación de una biblioteca de literatura marxista revolucionaria, en la que es especialmente interesante un *Estudio económico* de elaboración propia que analiza la situación española en el contexto internacional con el fin de establecer las opciones revolucionarias, y argumenta sobre el peligro que suponen en este sentido los sindicatos institucionalizados.

Se recuperaron en esta época las expropiaciones, cuyo fruto habría de servir para radicalizar las huelgas. El primer atraco se produjo el 1 de julio en Barcelona y siguieron otras quince acciones en Cataluña y Francia hasta marzo de 1973, con óptimas recaudaciones. Se planificaron también atentados y secuestros que no llegaron a materializarse. En el aspecto editorial, tras la «socialización» de maquinaria en Toulouse, se pudieron constituir al fin las Ediciones Mayo 37, que imprimieron entre otros folletos *Los consejos obreros en Alemania*, de Anton Pannekoek, o *Entre la revolución y las trincheras*, de Camilo Berneri, al que se añadió un interesante, y optimista, texto de elaboración propia: «Guerra de clases 1937, guerra de clases 1973».

Las acciones armadas crearon una situación de crisis, sobre todo después de que en un atraco el 2 de marzo en Barcelona resultara herido un empleado del banco. En el aislamiento autoimpuesto a consecuencia de esto se van a incubar además diferencias cuando en abril parte del grupo (Rouillan y Jordi Solé) edite en Toulouse una revista: *C.I.A. (Conspiración Internacional Anarquista*), en la que se reivindica un carácter netamente ácrata, lo cual no satisfizo a otros miembros (Santi Soler, Pons y Puig Antich). Siguió una época de discusiones, y en el congreso que se realizó en agosto, cuando Oriol Solé que estaba encarcelado se reintegró, se decidió la autodisolución con el objetivo de que los dos proyectos, el editorial y las expropiaciones, pudieran progresar independientemente.

Respecto a la evolución posterior de los componentes del MIL, algunos continuaron la lucha armada. Es el caso de Jann-Marc Rouillan, que militó en los Grupos de Acción Revolucionaria Internacionalista y Action Directe, y detenido en Francia en 1987 no consiguió la libertad condicional hasta 2012. Golpes policiales llevaron a otros miembros del MIL ya a prisión en septiembre de 1973. Entre ellos a Oriol Solé, que logró evadirse de la cárcel de Segovia junto a un grupo de presos de ETA en abril de 1976, aunque sólo para morir del tiro de un guardia civil a las afueras de Burguete (Navarra), cuando trataba de llegar a la frontera francesa. Salvador Puig Antich fue detenido el 25 de septiembre de 1973 y ejecutado por garrote vil en marzo de 1974, tras ser condenado, en un juicio plagado de irregularidades, por haber causado la muerte de un policía durante su captura.

El significado del MIL

En un capítulo final, Rosés destaca la originalidad del MIL, no tanto por su recurso a acciones armadas, que es común en diferentes tendencias, sino por su ubicación ideológica a la izquierda de la tradición trotskista, haciendo suyas las concepciones consejistas de la revolución socialista. Se aprecian sin embargo respecto a este campo particularidades que se señalan, como el énfasis en los grupos de base que se coordinan para la acción, más allá de la ne-

cesidad de una «organización», y el recurso a la violencia. Cierra el volumen una entrevista realizada por Salvador López Arnal a Sergi Rosés en 2006, que subraya aspectos clave, como la definición más apropiada del MIL como grupo de ultraizquierda que como anarquista, su carácter de organización de apoyo a las luchas obreras y su neta diferencia con el resto de la oposición antifranquista, al ser revolucionarios anticapitalistas. Se profundiza además en la entrevista en las figuras de componentes cuyos perfiles se presentan hoy distorsionados en exceso. Es el caso de Salvador Puig Antich, de quien por encima de su realidad de revolucionario consciente trata de construirse a partir de su trágico final una imagen de «buen chico antifranquista» atrapado en un fregado contra su voluntad. Con Oriol Solé ocurre algo parecido, llegándose a intentar crear con él un «*nuevo mito nacional catalán a partir de la distorsión de su personalidad política*». Se reivindica a Santi Soler como el teórico del grupo y se niegan a éste veleidades nacionalistas, aunque algunos integrantes defendieran estas posiciones.

A diferencia de trabajos anteriores sobre el MIL, que incidían sobre todo en los rasgos más «periodísticos» de su historia, el libro de Rosés, fiel a la promesa de su título, desentraña el ideario político y la estrategia revolucionaria de los sectores que convergieron en él, y muestra cómo estos aspectos resultaron determinantes tanto en su opción por una forma concreta de lucha armada como en la labor editorial que acometió. Queda claro también que las contradicciones existentes entre las diversas visiones fueron decisivas a la hora de la disolución.

El MIL, una historia política nos acerca con minucioso rigor a un episodio de lucha en el tardofranquismo cuyos protagonistas, con sus defectos e ingenuidades, fueron capaces de plantear un horizonte ambicioso mientras casi todos claudicaban, y trataron de usar la violencia expropiadora como medio de apoyo para las movilizaciones de la clase obrera.

En memoria de Alfredo Grimaldos, gran cronista y desmitificador de la Transición española

Publicado en *Rebelión* el 29 de diciembre de 2020

El 4 de diciembre nos llegaba la triste noticia del fallecimiento de Alfredo Grimaldos, una de las voces insobornables del periodismo de este país. Había nacido en 1956 en Madrid y en 1980 se licenció en la Complutense con la cuarta promoción de Ciencias de la Información, justo a tiempo de convertirse en uno de los cronistas más lúcidos del drama tragicómico y gatopardesco que ensayaba por entonces sus últimas escenas. Hay que decir además que era un enamorado y estudioso del flamenco, arte en el que siempre se esforzó por indagar las raíces populares y del que ejerció como crítico con entrega y sapiencia proverbiales.

En la extensa bibliografía de Alfredo Grimaldos, alternan títulos dedicados a las dos grandes pasiones de su vida. Entre ellos destacan: *Panorama del flamenco* (2001); *La sombra de Franco en la Transición* (2004); *La CIA en España: espionaje, intrigas y política al servicio de Washington* (2006); *Zaplana, el brazo incorrupto del PP* (2007); *La Iglesia en España: 1977-2008* (2008); *Esperanza Aguirre, la lideresa* (2009); *Historia social del flamenco* (2010); y *Claves de la Transición 1973-1986 (para adultos):de la muerte de Carrero Blanco al referéndum de la OTAN* (2013).

Me gustaría detenerme aquí en el último de estos trabajos, publicado por Península, que constituye probablemente la mejor síntesis disponible sobre la compleja red de factores e intereses que marcaron los años decisivos de la Transición española. Recordar la fuerza y perspicacia de sus argumentos será una buena forma de honrar la memoria de su autor.

La continuidad entre dos regímenes publicitados como antitéticos

El carácter insólito de lo ocurrido en España en los años 70 queda de manifiesto cuando ponemos sobre la mesa un hecho meridianamente claro. Con el fallecimiento del dictador y la proclamación de su sucesor en la jefatura del Estado «a título de rey», este relevo va acompañado de una perfecta continuidad en las carreras de los implicados en el aparato represivo (militar, judicial y policial) del viejo régimen. Mientras se legalizan partidos y sindicatos, se comienzan a celebrar elecciones libres y el país «*se incorpora venturosamente a la senda democrática*», lo cierto es que el aparato coercitivo de la dictadura permanece intacto. ¿Cómo se consiguió este milagro?

La explicación no es compleja, según Grimaldos, aunque, eso sí, choca frontalmente con el relato legendario tejido por los medios y la historiografía dominantes. El hecho es que la Revolución de los Claveles portuguesa en abril de 1974 fue tomada muy en serio por los arquitectos de la transición que se gestaba en España en las cúpulas del poder. Se trataba de evitar a toda costa que la ruptura que se produjo allí se diera aquí, y con este fin el método a aplicar estaba claro, porque es viejo como el mundo. El policía malo y el policía bueno se repartieron los papeles y los asesinatos de la extrema derecha y la amenaza de un golpe de Estado otorgaron a los franquistas «buenos» un aura de respetabilidad cuando ofrecieron «lo único posible», es decir, una democracia a su medida que dejaba intactos los intereses de las oligarquías propietarias del país. Estos intereses quedaban salvaguardados por unas fuerzas armadas, una judicatura y una policía que, asimismo, subsistían intactas.

Cualquier tensión ante este chantaje se resolvió cuando los partidos de izquierdas mayoritarios sacrificaron sus principios a cambio de que sus dirigentes accedieran a las prebendas del Estado. Con un Gobierno «socialista» rigiendo los destinos de la monarquía borbónica podía proclamarse a los cuatro vientos que una España nueva unía su voz al coro de las naciones más avanzadas. Mientras tanto, la infraestructura económica permanecía «atada y bien atada».

Dos actores esenciales: el amigo americano y la izquierda domesticada

Grimaldos repasa los pormenores de la evolución del régimen franquista a la monarquía, a través de la Ley de Sucesión de 1947, la de Principios del Movimiento Nacional de 1958 y el telefonazo y las sesiones de Cortes de 1969 que encaminaron a Juan Carlos de Borbón a la jefatura del Estado tras jurar fidelidad a los principios del Movimiento. El proceso culminó, como es bien sabido, con su proclamación como rey el 22 de noviembre de 1975, dos días después del fallecimiento del dictador. No es tan bien conocido, sin embargo, el control americano sobre esta trayectoria. Los datos aportados en el libro muestran en detalle la supervisión por parte de la CIA de todos los hechos clave, como el posicionamiento del Ejército, el relevo en la cúpula del PSOE, el insólito viraje de la del PCE o el intento de golpe de Estado del 23F.

La situación estratégica de la península ibérica era la causa de estos desvelos y Vernon Walters fue el personaje al que se encomendó el diseño de las operaciones sobre el terreno, a las órdenes directas de la Casa Blanca, en colaboración con la socialdemocracia alemana de Willy Brandt y con los servicios secretos españoles (Servicio Central de Documentación, SECED) como agentes ejecutivos. Se desgranan también los pormenores del acceso de Adolfo Suárez a la presidencia del Gobierno y los chantajes utilizados (Operación Jano) para conseguir que las Cortes franquistas se hicieran el harakiri. En otro capítulo se analiza cómo los que manejaban los hilos auspiciaron la «alternativa socialista», que llegado el momento sirvió fielmente a sus intereses, por ejemplo cambiando sobre la marcha su posición respecto a la OTAN.

Más actores decisivos: la extrema derecha y el nacionalcatolicismo

Otros capítulos están dedicados a las últimas ejecuciones del franquismo en 1975, tras juicios arbitrarios y sin garantías, y a la ola represiva que se ceba en esa época en los militantes de organizaciones de izquierdas, con más de un centenar de asesinatos, habitualmente impunes, entre 1976 y 1980, a manos de fuerzas policiales o comandos ultras de Fuerza Nueva, CEDADE o Guerrilleros de Cristo Rey. La conexión de estos grupos con la red Gladio, orquestada por los servicios secretos norteamericanos, y los neofascistas italianos también se examina en detalle.

La continuidad del aparato judicial franquista, y su apoyo a toda la evolución expuesta, fue otro aspecto destacado de la Transición, con cambios cosméticos como la transformación del Tribunal de Orden Público en Audiencia Nacional (conservando el mismo edificio). Magistrados devotos del Caudillo seguirán en activo con el PSOE en el Gobierno, y se recuerdan al respecto trayectorias espeluznantes. Lo mismo puede decirse de la policía.

El papel desempeñado por la jerarquía católica resulta imprescindible para comprender lo ocurrido. Grimaldos nos describe los muy diversos sectores existentes a comienzos de los 70 dentro de la Iglesia y cómo la cúpula dirigente fue capaz de imponer su criterio y silenciar las voces discrepantes. El cardenal Tarancón vio claro el futuro y apostó por el ganador, consiguiendo que la institución conservara íntegros sus privilegios a lo largo de todo el proceso hasta hoy mismo.

Las raíces de los problemas de hoy

Estudiar la Transición no es arqueología recreativa, sino poner las bases para resolver los conflictos del presente. Repasando la historia vemos que en nuestra piel de toro la opresión y explotación seculares sólo tuvieron dos tímidas ventanas a algo distinto en nuestros dos períodos republicanos. En 1975, la muerte física del personaje más sanguinario de nuestra ensangrentada historia suponía una oportunidad que fue reivindicada desde las calles, pero frustrada de forma rápida por una hábil operación cosmética por parte de los que llevaban el timón y lo siguen llevando: las oligarquías del país, que tuvieron en el empeño poderosos aliados. Lo cierto es que la clase media alumbrada por los «treinta gloriosos» tampoco tenía ganas de muchas aventuras y se creyó mayoritariamente el cuento tan bonito que le contaron.

En 1977, tras las primeras elecciones democráticas, los representantes de la voluntad popular designados en los territorios del centro y todas las periferias, peninsulares e insulares, deberían haberse sentado en torno a una mesa, libres e iguales, para decidir consensuadamente un futuro viable de convivencia. Sin embargo esta opción, auténticamente democrática, daba mucho miedo a los propietarios del país y optaron por otra cosa. La mentira tutelada que orquestaron como sucedáneo engañó a los incautos, pero aviva la frustración de un presente con resabios franquistas por todos los estamentos e instituciones y conflictos territoriales sin solución a la vista.

Desentrañar las claves de lo ocurrido entonces, labor en la que Alfredo Grimaldos tuvo un papel tan destacado, nos ofrecen en realidad la posibilidad de comprender en su complejidad la situación actual y buscar para ella vías de solución respetuosas con los derechos de todos.

3.6
Rusia

Una historia breve de Rusia, de Mark Galeotti. Para entender la nación más compleja del mundo

Publicado en *Rebelión* el 20 de septiembre de 2023

Territorio enorme, aislado y autosuficiente, Rusia es sin embargo un puente natural entre Europa y Asia, y en los últimos siglos sus Gobiernos no han rehusado intervenir fuera de sus fronteras, aunque les ha tocado más que nada resistir invasiones de suecos, franceses o alemanes. Nación de naciones con un idioma común, su identidad cultural, a través de desafíos y tormentas, no ha dejado de brillar nunca en las torres del Kremlin. Necesitamos entenderla, porque es parte esencial de nuestro mundo, pero su oscura complejidad descorazona. *Una historia breve de Rusia*, del inglés Mark Galeotti (1965), experto en historia y criminología y buen conocedor del gran país, brinda un buen instrumento para tratar de resolver el enigma.

No escasean textos extensos y detallados sobre el pasado de esa potencia con dimensiones de continente, pero éste que reseñamos aquí, publicado en castellano por Capitán Swing en 2022 (trad. de Francisco Herreros), tiene la virtud de llevarnos con agudo rigor, ironía y buena prosa, y sin excesos de erudición académica que en este caso habrían de resultar mortales, a visitar los momentos clave de la vida del gran oso. Sabemos así de su nacimiento en el Medievo, de su lozanía y coqueteo en el siglo XVIII con un Occidente que demasiadas veces lo ha agredido, del tiempo perdido del XIX, del paréntesis soviético y del regreso al fin a la eterna Ortodoxia de la mano de un excoronel del KGB.

En esta compleja evolución, Galeotti enfoca su relato atento a cómo las sucesivas influencias exteriores han dado forma al prodigioso palimpsesto que es Rusia, y a las estrategias de los rusos en cada caso para reescribir su pasado con vistas a construir un futuro mejor. Los capítulos comienzan con una cronología esquemática y culminan con una serie de lecturas recomendadas para profundizar en los asuntos tratados. La edición viene además generosa de ilustraciones y mapas.

Siglos IX-XIV: orígenes medievales y primeras invasiones

Los capítulos iniciales están dedicados al origen de la nación a partir de asentamientos vikingos cuyos príncipes tomaron el control de federaciones de clanes eslavos. Entre éstas, la más importante enseguida fue la Rus de Kíev (882-1240), regida por la dinastía ruríkida, que dio zares hasta el siglo XVII nada menos.

Una leyenda dice que esta casa se impuso por la propia voluntad de los nobles rusos incapaces de entenderse, cuando pronunciaron aquella famosa frase: «*Busquemos un príncipe que pueda gobernarnos*». Sin embargo, la realidad parece ser más bien una historia de imposición por la fuerza. Un personaje esencial en estos primeros tiempos fue Vladímir el Grande, reinante entre 980 y 1015, que fortificó su capital Kíev, extendió sus territorios y se convirtió al cristianismo ortodoxo para consolidar las relaciones con sus poderosos vecinos de Bizancio. Galeotti descubre en esta época lejana el reflejo de algo muy actual, una Rusia asediada con un pujante y envidiado aliado, que hoy podría ser China.

Los siglos XI y XII están marcados por disputas fratricidas por la sucesión y debilidad, pero lo más duro llega en el XIII, cuando los mongoles invaden Rusia. Los nuevos amos imponen obediencia y tributos, pero respetan a los gobernantes locales y la libertad religiosa. El comercio florece y es entonces cuando Moscú adquiere relevancia, con lo que en 1325 se convierte en centro religioso de toda Rusia. En 1380, el príncipe Dmitri Donskói derrota a los mongoles en Kulikovo y comienza a sacudirse su yugo, pero el fin del vasallaje no se logrará hasta que pasen cien años más. El país independiente que emerge tendrá su capital en Moscú.

Siglos XV-XVIII: la construcción de un imperio autocrático

El hijo de Dmitri Donskói, Iván III el Grande, que reinó entre 1462 y 1505, unificó y aumentó las tierras rusas, y tras la caída de Constantinopla, reivindicó su herencia espiritual. Su sistema de gobierno era la subordinación de todos al soberano —la autocracia—, cercenando cualquier tradición de autogobierno local o independencia principesca. Su nieto Iván IV, apodado el Terrible, gobernó entre 1547 y 1584 con puño de hierro y estableció la burocracia estatal rusa, fuertemente centralizada, germen de lo de hoy, al tiempo que puso las bases de un Ejército sin obediencias feudales, al servicio de la corona. La expansión provocó choques con potencias vecinas por el acceso al Báltico, pero hacia el este el proceso fue imparable.

A la muerte del Terrible, la situación es catastrófica y confusa, y una rápida sucesión de zares de clanes rivales suben al trono, entre ellos el musicalizado Borís Godunov. Lo que emerge al fin en 1613 con Mijaíl I, de la nueva dinastía de los Románov, es una «autocracia por la voluntad de Dios» que pisa firme, pero la contradicción es evidente desde el principio pues es imposible consolidar, defender

de amenazas exteriores y hacer progresar un país sin alterar su oscura esencia feudal y despótica.

Esta paradoja va a alcanzar su clímax con el acceso al trono en 1682 de Pedro I, llamado el Grande, tan ambicioso y enérgico como falto de escrúpulos. Él busca la apertura a Occidente con la nueva capital que decenas de miles de siervos elevan para él al precio de sus vidas, y guerrea sin descanso, sobre todo contra los suecos, a los que derrota en Poltava (1709). Su legado al fallecer en 1725 es una Rusia ferozmente autocrática, pero al fin respetada en el mundo. Catalina II, de sangre alemana, que reinó entre 1762 y 1796, trató de completar el blanqueo con la imagen que se gastaba de «déspota ilustrada», pero la triste realidad de Rusia por entonces era la de un país de campesinos sometidos a un régimen feudal. Ella también guerreó, sobre todo contra los turcos, y les arrebató el sur de Ucrania y Crimea.

Siglo XIX: el Imperio doma a Napoleón y persiste en la autocracia

A la atrasada Rusia le toca resistir a comienzos del siglo XIX la acometida del mejor ejército del mundo, la Grande Armée napoleónica. Ocupaba el trono Alejandro I, y salir victorioso del empeño supuso una inyección de optimismo que cercenó de raíz cualquier intento de emprender las reformas que el país necesitaba. Los afanes renovadores progresaron entonces subterráneamente y estallaron en la revuelta decembrista de 1825, con Nicolás I recién sentado en el trono. Tres mil jóvenes oficiales tomaron las calles de San Petersburgo pidiendo una Constitución y fueron barridos a cañonazos. A partir de aquello, se impusieron leyes estrictas contra la perversa influencia de Occidente, regidas por el lema: «Ortodoxia, Autocracia, Nacionalidad». En esta época además, Rusia es el «gendarme de Europa», presto siempre a acudir a sofocar rebeliones, ya sea en Polonia, Moldavia o Hungría.

La guerra de Crimea (1853-1856) supuso la constatación de lo perjudicial que podía ser el atraso tecnológico ruso para el propio país, y Alejandro II asumió el poder en 1855 con la idea de hacer algo para remediarlo. La revolución desde arriba que puso en marcha, sin embargo, logró pocos resultados. Así por ejemplo, la abolición de la servidumbre, en 1861, obligó a los campesinos a endeudarse comprando sus tierras, con lo que los dejó casi como estaban. Las débiles reformas de este soberano recrudecieron los movimientos revolucionarios, que fueron capaces de ejecutarlo en 1881. Ya sin ninguna inquietud reformista, Alejandro III y Nicolás II llevaron a su país en una rampa descendente que abocó al Imperio ruso, con el revulsivo de la Gran Guerra, a su fin en 1917.

El siglo soviético

Lenin, muy pragmático, llenó el vacío de poder que se creó en 1917, pero al hacerlo no atendió a la teoría marxista, que afirmaba lo contraproducente de imponer el socialismo en un país sin las condiciones materiales para hacerlo funcionar. La sangrienta guerra civil que siguió favoreció una política autoritaria e implacable que se agudizó con Stalin en el poder. Galeotti ve la Unión Soviética como una supervivencia con nombres nuevos de la vieja historia del país. Así, la modernización emprendida en los años 30, con su contrapunto de terror, puede verse como un reflejo de las eras de Iván el Terrible o Pedro I.

La Gran Guerra Patriótica tuvo un enorme coste en vidas y sufrimiento, pero se saldó con la influencia rusa extendiéndose hasta Berlín, lo que puede verse también como una repetición de la situación tras la derrota de la Grande Armée. Los excesos de Stalin recuerdan los peores momentos de terror de la historia rusa, y después de su muerte sus sucesores se enfrentaron al reto de moderar la represión y robustecer la economía del país. Sin embargo, para Galeotti éste se había convertido en una corporación regida por lo que él llama «los boyardos del nuevo régimen», y tras una cierta prosperidad en los 60, la crisis económica y social progresó sin vías de solución. Así fue como, en 1985, Mijaíl Gorbachov llegó al poder con la idea de salvar el sistema soviético y sólo consiguió acabar con él.

La era de Putin

El saqueo del país en los años 90 supuso un grave declive, y para la mayor parte de la población un insoportable cúmulo de incertidumbre y privaciones, con lo que el acceso al poder de Vladímir Putin puede entenderse como la opción entre las clases dirigentes, convenientemente transmitida a los votantes, por un hombre fuerte capaz de enderezar las cosas. La recuperación económica de la década de 2000, con las exportaciones de gas y petróleo a buen precio, permitió modernizar las fuerzas armadas y establecer un nuevo contrato social en el que la población mejoraría su nivel de vida a cambio de no meterse en política.

Los problemas llegaron cuando Rusia empezó a sentirse amenazada por el orden unipolar impuesto en el mundo. La reacción de Putin en el interior fue una exacerbación propagandística de la idea de que la patria, desafiada, debe estar unida, con un Estado fuerte regido por una autoridad indivisible, y la insistencia en que Rusia no es hoy ni ha sido nunca un agresor, sino que sólo actúa para defenderse.

Los niveles del palimpsesto

El recorrido que Mark Galeotti nos ofrece por la historia de Rusia tiene la virtud de permitirnos captar a cada paso repeticiones, perfectamente simétricas, de personajes y situaciones. El gran país puede hundirse en el caos con Borís Godunov o su tocayo Yeltsin, y tiende también, como hemos visto en muy diversos momentos, a ser regido por manos férreas que unifican y modernizan, aunque con un insoportable coste de sangre y sufrimiento. Para empeorar

las cosas, Rusia ha sido invadida demasiadas veces y debemos comprender que mire a su alrededor con desconfianza y con el orgullo de saber que los asaltantes siempre fracasaron. Hoy la vemos agresora, pero también agredida, y deberíamos hacer votos por que la democracia y el diálogo se impusieran a la locura de los nacionalismos.

En su encrucijada entre Oriente y Occidente, Rusia es un país de extremos. Enorme es el sufrimiento causado a su pueblo por todo tipo de tiranos e invasores, y enorme es también su aportación a la cultura universal, marcada además por una reflexión profunda sobre el significado de ese sufrimiento. El pueblo ruso, manipulado por sus clases rectoras, ha manifestado siempre una gran resistencia a imposiciones y engaños, y ésa es sin duda la mejor garantía para el futuro.

Una historia breve de Rusia, de Mark Galeotti es una oportunidad única para contemplar en un caso paradigmático los ciclos y patrones de la historia, y comprender que, mientras no espabilemos, estamos condenados a repetirlos.

La idea de Rusia, de Bengt Jangfeldt. Las claves de una excepcionalidad

Publicado en *Rebelión* el 13 de noviembre de 2024

En Europa occidental ya resulta evidente que nos va la vida en entender a Rusia, y sin embargo qué poco se hace por avanzar en esa tarea; aquí se muestra un claro ejemplo de una ciudadanía nutrida de mentiras propagandísticas y abocada al desastre. Rusia, más extensa que toda Europa y núcleo de Eurasia, es un enigma eterno y la mejor abastecida potencia nuclear hoy mismo. Que se haya convertido en un vecino incómodo es la mayor desgracia que podía ocurrirnos.

Bengt Jangfeldt (1948), profesor de Lenguas Eslavas en la Universidad de Estocolmo, conoce bien la historia cultural de Rusia, y tiene un trabajo clásico y muy revelador al respecto que acaba de ser editado en castellano por Alianza (trad. de Irene Riaño de Hoz). Se trata de *La idea de Rusia*, donde estudia cómo el «enorme país» vio nacer con el siglo XIX el concepto de la «excepcionalidad rusa», una visión que enfatiza la fuerza moral y espiritual de la que pretende ser una civilización autónoma destinada a servir de puente entre Oriente y Occidente. Sorprendentemente, estas viejas ideas resultan imprescindibles para descifrar las políticas del Kremlin en nuestro siglo XXI.

Una larga contienda entre europeístas y eslavófilos

Jangfeldt pasa revista a la labor europeizante de Pedro I y Catalina II durante el siglo XVIII, y recuerda la anécdota de cuando la *Encyclopédie* tropezó con dificultades en Francia y se ofreció editarla en Rusia. Sin embargo, querer gobernar con el espíritu de la Ilustración en una tierra regida desde la autocracia y donde existía la esclavitud se demostró que era un despropósito. La rebelión de Pugachov fue reprimida salvajemente y tras la Revolución francesa, la *Encyclopédie* dejó de venderse en Rusia y los bustos de los filósofos ilustrados fueron retirados del Hermitage. La realidad era la que era por más que Catalina como el cuervo de la fábula se adornara con plumas de pavo real —ella misma propuso esta metáfora en una carta a Federico II de Prusia—.

Alejandro I, que quedó para la historia como uno de los vencedores de Napoleón, subió al trono en 1801 prodigando amnistías y prometiendo libertad, pero la resistencia de la nobleza dificultó los cambios, no demasiado radicales, que se plantearon, y tras el éxtasis patriótico de la victoria sobre Francia, con cosacos desfilando en París, y Finlandia y Polonia anexionadas, un conservadurismo cristiano preilustrado se convirtió en ideología dominante en Rusia.

Tras la muerte de Alejandro en 1825, accede al trono su hermano Nicolás, quien tras masacrar a los militares que en diciembre de ese mismo año piden una Constitución —los famosos decembristas—, va a consolidar un sórdido ambiente represivo en todo su reinado, con intervenciones incluso fuera de las fronteras del Imperio. «Ortodoxia, Autocracia y Pueblo (singularidad cultural nacional basada en los otros dos pilares)» se propugnan como réplica a las denostadas «Libertad, Igualdad y Fraternidad» alumbradas en Francia.

La era de Nicolás I —conocido como «Nicolás Garrote» o «el Gendarme de Europa»— vio crecer la burocracia del Imperio hasta extremos insoportables, al tiempo que sociedades secretas promovían cambios más o menos radicales. Autores como Piotr Chaadáyev se lamentan por entonces del triste destino de Rusia, incapaz de hallar un sendero de progreso mientras por toda Europa triunfan las libertades. El conflicto se presenta según esto como una oposición entre «eslavófilos», amantes de las tradiciones rusas, y «europeizantes». Los primeros insisten en el carácter original de Rusia —ajena a una Europa en «putrefacción» —, surgida sin conquistas, por un pacto entre gobernantes y pueblo, y en la que la comunidad de campesinos (*mir*) es una estructura básica. Es ésta la «idea de Rusia» del título del libro: una civilización distinta y superior a la de Europa occidental, que en este momento comienza a reivindicarse.

Cuando Nicolás I muere en 1855, hay que decir que sus esfuerzos represores no han logrado impedir el nacimiento de una gran literatura en la que Pushkin, Lérmontov y Gógol han concluido ya su obra, mientras Turguéniev, Tolstói o Dostoyevski apenas inician la suya. De aquélla se luchaba en Crimea y la humillante derrota hizo ver lo necesario de reformas, programa con el que Alejandro II accede al trono. Tras suavizar la censura y perdonar a los decembristas que

seguían en Siberia, el hijo de Nicolás abole la servidumbre en 1861, pero respetando los derechos de propiedad de los señores, lo que apenas mejoró la situación. También se crearon órganos de autogobierno locales, que fueron limitando el poder de la burocracia estatal.

En este tiempo Aleksandr Herzen, exiliado en Londres, echa a andar las ideas del socialismo ruso con su revista *La Campana*, y viendo la inoperancia revolucionaria de unos socialistas europeos devenidos en burgueses, ve una respuesta en instituciones rusas caras a los eslavófilos, como las comunidades campesinas. Pensaba que era posible omitir la fase burguesa de la historia y hacer que la *intelligentsia* educara al pueblo para que protagonizara el cambio social. Estas ideas le hicieron chocar con el europeísta Turguéniev, pero eran compartidas por el eslavófilo Dostoyevski.

Las reformas de Alejandro II caracterizan una época en la que el Imperio alcanzó su máxima extensión en el Cáucaso, Asia central y Siberia y la autocracia se suavizó, aunque en 1863 la represión de una revuelta de los polacos fue brutal —entre los pocos rusos que protestaron estaba Herzen, que fue por ello muy criticado en su tierra—. En 1881, la muerte del zar a manos del grupo Voluntad del Pueblo llevó al trono a su hijo, que reinaría como Alejandro III abominando de todos los intentos reformistas de su padre. Se incrementaron así la censura y las deportaciones y toda la vida se sometió a un proceso de «rusificación», pero al mismo tiempo progresó la industrialización, aunque con un «capitalismo de Estado» diferenciado del de Occidente. Todos estos rasgos continuaron con el acceso al trono de Nicolás II en 1894, pero las convulsiones del siglo XX propiciaron revoluciones que convertirían a Rusia en la avanzadilla de un mundo nuevo.

En el campo de las ideas, la transición que se produjo en octubre de 1917 transformó la oposición entre Rusia y el Occidente burgués, materialista y «podrido», en otra entre comunismo y capitalismo, pero ya en los años 20, Nikolái Trubetskói y otros exiliados de la revolución pusieron a punto el «eurasianismo», una metamorfosis del eslavismo que va a resultar de enorme trascendencia. Se trata de la reivindicación de un nuevo continente entre Europa y Asia, bautizado Eurasia y que se extiende desde el oeste de China hasta los Cárpatos, agrupando fraternalmente a eslavos con mongoles y turcos. A este vasto territorio se le atribuye albergar una civilización original que es a la vez un puente entre las que la rodean y en la que la Iglesia ortodoxa es una seña de identidad esencial. En este ámbito, la individualidad occidental es inaceptable y todo gira en torno a la «sinfonía», un concepto por el cual la persona se subordina al grupo. La forma del Estado no es entonces la democracia, sino una «ideocracia» que somete al individuo a una idea superior. Anotemos de pasada que todo esto no anda muy lejos del Estado corporativo de los fascistas.

Y después de la URSS...

No es hasta el colapso de la URSS cuando los viejos debates entre eslavófilos y europeizantes recobran vigencia en el Kremlin. ¿Qué ideología estaría llamada a sustituir al defenestrado marxismo-leninismo? En los primeros años es indudablemente el liberalismo, y con él crece el prestigio de Occidente. Yegor Gaidar, economista y ministro de Borís Yeltsin puede considerarse el máximo exponente de esta tendencia. Sin embargo, estos europeizantes no lograron seducir a las masas con unas políticas desastrosas que las empobrecían, y muy pronto diversas organizaciones nacionalistas empezaron a cobrar fuerza. En esta línea, escritores como Liev Gumiliov y Aleksandr Duguin retomaron las viejas tesis eurasianas y de la «idea de Rusia» con un ropaje algo esotérico, al tiempo que Eduard Limónov abogó por el nacionalbolchevismo, antiliberal y antioccidental, una variante de rojipardismo. Estas ideas, las más influyentes ahora mismo en Rusia, son analizadas en detalle en el libro.

Desde el punto de vista geopolítico, Duguin, nacido en 1962 y conocido en todo el mundo tras el asesinato de su hija Daria en 2022 en un atentado terrorista, plantea constituir tres ejes desde Moscú, hacia Berlín, Teherán y Tokio, alianzas que han de permitir a Rusia desbancar a Estados Unidos en el tablero global. La ideología subyacente a esto es la de los eurasianos, una «sinfonía» sustentada en la Iglesia ortodoxa. Jangfeldt muestra cómo el acceso de Putin al poder en 2000 hizo oficial esta doctrina y no cabe duda de que la evolución de Rusia desde entonces, con progreso del capitalismo de Estado, deriva de democracia a autocracia y control creciente sobre los medios, revela fidelidad a las ideas eurasianas. No faltan tampoco alianzas con otras derechas extremas europeas, de Le Pen a Orbán o Salvini, con las que se comparte mucha ideología. Todo esto no es óbice para que haya también una cierta reivindicación de la era soviética, interpretada como una autocracia imperial algo *sui generis*, con lo que por ejemplo el himno ha sido conservado, aunque eso sí, sin referencias a Lenin y con énfasis en la vasta patria «protegida por Dios».

El recorrido que Jangfeldt ofrece en este libro, sabroso de amena erudición, muestra lo apasionante que es la historia de Rusia cuando se tiene arte para contarla. Si algún defecto podemos poner al análisis es que en esos ciclos de mirada hacia sí mismo y mirada al exterior que caracterizan al gran país, la visión que se da sobre la deriva autocrática de los últimos tiempos y la invasión de Ucrania no considera en su justa medida la magnitud de la provocación sufrida por Rusia, con la expansión de la OTAN hasta sus mismas fronteras, un aspecto que ha exacerbado el repliegue hacia posturas nacionalistas. Hay que decir que mientras enarbolamos una gran estaca no es razonable que pidamos comprensión y amor.

Rusofobia, de Jose M. Faraldo. Prejuicios contra Rusia: historia e intereses que ocultan

Publicado en *Rebelión* el 27 de septiembre de 2023

El conflicto armado de Ucrania, como es inevitable en este tipo de procesos, ha venido acompañado de una guerra de relatos en la que la propaganda, la mentira y la tergiversación histórica están haciendo su agosto. Ambos bandos compiten en la descalificación del adversario con argumentos que es imprescindible aquilatar para no caer en maniqueísmos de muy mal pronóstico.

Un factor clave en este caso es la «rusofobia», el odio a todo lo ruso invocado desde el Kremlin como escenario mental que rige las actuaciones de Occidente. Si hemos de creer a Vladímir Putin, Rusia está rodeada de enemigos que, como tantos invasores del pasado, pretenden destruirla. Esta acusación se ha convertido en la base de sus políticas y de su exigencia de una unión inquebrantable en torno a su liderazgo.

¿Qué hay de cierto en este odio e inquina seculares? El historiador Jose M. Faraldo responde a la pregunta en *Rusofobia*, recién publicado por Los libros de la catarata, un texto en el que repasa la evolución de este sentimiento en Occidente, antes, durante y después de la era soviética. El recorrido pone de manifiesto más que nada la escasa prevalencia del encono hasta el estallido del conflicto bélico en curso, con el cual hay que decir además que éste se focaliza sobre todo en la figura del presidente ruso.

La rusofobia en sus orígenes

Cuando en el siglo XVI el Estado ruso se consolidó con Iván IV el Terrible y comenzó sus intentos de extenderse hacia el oeste, los países afectados, como no podía ser de otra manera, respondieron con relatos escasamente elogiosos sobre los que los invadían, que fueron denigrados como «hordas asiáticas». Es un prejuicio éste que puede rastrearse hasta hoy, e incluso dentro de Rusia no faltan ideólogos que reivindican el carácter asiático de su nación. Sin embargo, durante el siglo XVIII las políticas de Pedro I y Catalina II, muy valoradas por Voltaire por ejemplo, evidencian el esfuerzo del gran país por mirarse en Occidente.

Tras las guerras napoleónicas, el Imperio ruso triunfante extendió su autocracia sobre amplias zonas de Europa central y se comportó como «el gendarme de Europa», fustigando a los liberales dondequiera que levantaban la cabeza. De esta forma, el Romanticismo desarrolló su ideología de liberación nacional con una componente profundamente antirusa. Para crear opinión en este sentido, se utilizaron textos apócrifos, como un testamento atribuido a Pedro el Grande en el que éste exhorta a extender maquiavélicamente el dominio ruso a toda Europa.

En esta labor de propaganda fue fundamental el escritor y diplomático escocés David Urquhart, que buscó por todos los medios favorecer la colaboración entre Londres y Constantinopla contra Moscú. Viajeros franceses e ingleses difundieron también la imagen de una Rusia tiránica y miserable, y Gustavo Doré contribuyó con algunos de sus primeros grabados, publicados en 1854, durante la Guerra de Crimea. Para contrarrestar esto, el poeta Fiódor Tiútchev aconsejaba alianzas con Prusia contra «*la podredumbre que se extiende desde Francia*», al tiempo que defendía el paneslavismo, una armoniosa unión de los eslavos bajo el patrocinio de Rusia.

Para Faraldo, la rusofobia del siglo XIX es sobre todo una fobia a la autocracia, y no se aprecia una rivalidad que vaya más allá de la que podía haber con otras potencias. No hay, en este sentido, un odio persistente o una deshumanización de los rusos. Esto es especialmente claro en el caso de España en el que existen evidentes paralelismos con Rusia, como la posición en sendos extremos de Europa, el haber padecido largas invasiones, de mahometanos aquí y mongoles allí, o la contribución conjunta a la caída de Napoleón. Todo ello cristalizó en una notable simpatía entre ambos pueblos.

La rusofobia en la era soviética

Ya desde finales del siglo XIX, se desarrolla en Alemania el proyecto de colonizar territorios de los eslavos que vivían al este del Imperio, plan que va acompañado de un alegato de superioridad racial y cultural germánica. Estas ideas cobraron impulso durante la Primera Guerra Mundial, momento clave de la propaganda nacionalista de masas, con proliferación de textos e imágenes sobre las atrocidades del «oso ruso». Hay que decir, sin embargo, que estos panfletos no diferían mucho de los de los aliados contra los alemanes.

Tras el acceso de los bolcheviques al poder, la rusofobia añade el anticomunismo como aspecto esencial, perfilándose así un enemigo con caracteres variados: judío, revolucionario, tiránico y también asiático —usando los rasgos faciales del propio Lenin—. Esta inquina se extiende por todo Occidente y es notable por ejemplo en los EE UU, donde va a proseguir hasta la implosión de la URSS, aunque con altibajos, como el período más amistoso de la Segunda Guerra Mundial. Mientras dura ésta, encontramos la rusofobia más feroz de la historia en la «guerra de aniquilación» emprendida por el III Reich, con una estigmatización racial de los eslavos sólo superada por la que se reservaba a los judíos.

Durante la Guerra Fría, entre intelectuales como Milan Kundera, ciudadanos de Estados integrados en el Pacto de Varsovia, creció una rusofobia que reivindicaba el concepto de Europa central para sus países. Se trataba con ello de alejar éstos de la influencia del oso moscovita, al que se caracterizaba con rasgos que recuerdan los que se le adjudica-

ban en el siglo anterior: autoritarismo y «atraso civilizatorio». En Europa occidental, mientras tanto, coexistían una «rusofobia política» en los sectores conservadores de la sociedad, con la rusofilia de una buena parte del movimiento obrero.

Para Faraldo, el fin de la URSS supuso un estallido de rusofobia en los territorios no rusos de la unión, en tanto que en los rusos la percepción dominante fue haberlo dado todo al proyecto comunitario para recibir muy poco a cambio. En esta valoración fue esencial la figura del matemático y escritor Igor Shafarévich, autor de un influyente libro *Rusofobia* —distribuido como *samizdat* desde 1982 y publicado en 1989—, en el que considera este sentimiento una constante de la historia de Europa y origen continuo de conflictos. Shafarévich es muy crítico con todos los regímenes socialistas, ya desde Platón, y exalta el nacionalismo ruso, al tiempo que denuesta el papel de los judíos, con los que identifica a los bolcheviques.

En el debate que surgió en Rusia en los 90 sobre cómo cabía interpretar la época soviética, Shafarévich y algunos otros proponían que marxismo y socialismo eran ajenos a la historia nacional y aquellos años marcaban un aciago paréntesis de influencia occidental en la Santa Rusia. Sin embargo, al fin ha prevalecido la visión que Putin preconiza, que integra la etapa comunista en los anales del Imperio, colocando a Stalin junto a Pedro I, y la Gran Guerra Patria junto a la invasión napoleónica.

La rusofobia hoy

Las ilusiones iniciales que supuso la «casa común europea» propuesta por Mijaíl Gorbachov fueron difuminándose a medida que la OTAN estrechaba su cerco en torno a Rusia. La situación actual, con una guerra en curso, ha ensombrecido aún más el panorama, y mientras en Rusia triunfa un relato nacionalista exacerbado, en Occidente nos predican una maldad radical del oso ruso para la que buscan pruebas muy dudosas en la historia. En el caso concreto de España, es significativo que mientras en 2021 sólo el 5 % de la población definía a Rusia como una amenaza, la cifra creció al 55 % con la invasión de Ucrania.

Una ominosa consecuencia de esto es que la animadversión creciente en Occidente es usada por el Kremlin para justificar su dictadura. El argumento es que solamente una Rusia unida en torno a un Gobierno fuerte puede ser capaz de prevalecer en esta lucha a muerte provocada por el odio irracional de Occidente. La represión en el interior y una política agresiva en el exterior son secuelas inevitables de esto.

La geografía y la historia aportan el veredicto unánime de que Rusia es una parte inalienable de Europa, y el análisis que José M. Faraldo realiza en este libro muestra cómo la rusofobia ha sido en Europa occidental un fenómeno ocasional, crítico más que nada con comportamientos tiránicos de la autocracia zarista, de los que se admitía que la primera y principal víctima era el sufrido pueblo ruso. Nunca ha habido, con la excepción terrible del III Reich, un desprecio racial ni un odio sistemático y generalizado contra los rusos.

Habida cuenta de esto, resulta penoso comprobar que los intereses geopolíticos han provocado una espiral de violencia en la que es esencial la manipulación de las conciencias para fomentar el odio y la intransigencia. En este sentido, la rusofobia que vemos crecer a nuestro alrededor debe ser señalada y desenmascarada, pues constituye un elemento clave de la retórica bélica que se impone en el mundo.

Vera Nikoláievna Fígner. *Memoria de una nihilista*

Publicado en *Rebelión* el 6 de mayo de 2015

Las fotografías de Vera Fígner que han llegado hasta nosotros justifican el apodo de «Venus de la revolución» con que fue conocida. Es una mujer extraordinariamente hermosa la que nos mira desde ellas, de aire reflexivo pero que expresa una férrea decisión. Perfilar más su imagen nos exige conjugar ese rasgo con su infancia y adolescencia de clase alta, bulliciosa de internados y sueños color de rosa, pero también con su descubrimiento de la miseria del pueblo y las ideas socialistas, y su compromiso absoluto contra la autocracia, con su lucha y sus veinte años de reclusión en la fortaleza de Schlüsselburg. Vera Fígner ha quedado en la historia como una de las revolucionarias rusas de la época heroica, pero su longevidad la llevó a conocer las conmociones de los comienzos del siglo XX e incluso el estallido de la Segunda Guerra Mundial.

Vera Fígner amaba la poesía y la escribía con asiduidad para expresar sus vivencias más profundas. Sus versos están dedicados muchas veces a sus familiares o a compañeros de cautiverio, y buscan una solidaridad de las emociones que encuentra en la naturaleza sus símbolos preferidos. Nos dejó también, entre otras obras, un volumen autobiográfico que ayuda a resolver el enigma de su existencia; publicado en 1920, de él hay una traducción castellana de Valeriano Orobón que, por lo que sé, fue editada en un par de ocasiones en los años 30 con el título de *Rusia en las tinieblas (Memorias de una nihilista*).

Primeros años

En la primera parte de sus memorias, que abarca hasta su encierro en Schlüsselburg, Vera nos habla de su nacimiento en 1852 en una familia noble de la región de Kazán, don-

de su padre ejercía de administrador de bosques y luego fue juez de paz. Era éste un hombre despótico que atormentaba a su prole ante la dolorida impotencia de su esposa, y sólo en la habitación de la vieja niñera hallaban los chiquillos amor y consuelo. Vera, la mayor de las cuatro hermanas y dos hermanos, era una muchachita atractiva que hubo de lidiar desde muy pequeña con las atenciones exageradas de los hombres y que no dejaba de alimentar fantasías, según nos cuenta, de «*brillo cortesano y coronas doradas*». En 1863 es enviada al instituto de Kazán, donde permanece seis años. Aunque su carácter extrovertido y bromista le da algunos disgustos, consigue graduarse con la medalla de oro que se otorgaba a la primera de la clase.

El regreso a la vida familiar no satisface su mente inquieta y pronto Vera emprende estudios de Medicina en la Universidad de Kazán. Es la época también en la que contrae matrimonio con Alekséi Filíppov, joven abogado que desempeñaba un cargo de juez de instrucción. En la primavera de 1873, cuando el profesor de Anatomía Piotr Lésgaft, que dirigía su formación, es expulsado de la cátedra por sus ideas políticas, Vera y su hermana Lydia, deciden viajar a Suiza para continuarla allí. Con ellas va Alekséi, tras abandonar un trabajo que le resultaba repulsivo. En Zúrich, Vera se concentra en la medicina, pero desarrolla además un gran interés por las doctrinas socialistas, que le hacen comprender lo inútil de las medidas paliativas que podía aportar al pueblo con su profesión, y la necesidad de promover la revolución. Esto la lleva a distanciarse de su marido, más conservador, que vuelve pronto a Rusia, y a integrarse en un grupo revolucionario. Cuando la estructura de éste es desmantelada en Rusia en el otoño de 1875, Vera es convocada, y aunque está a punto de terminar sus estudios, en diciembre de ese año viaja a San Petersburgo y enseguida a Moscú, sede de la organización caída; allí se encuentra detenida su hermana Lydia. Vera trabaja para liberar a sus compañeros mediante sobornos, y luego va a Yaroslavl, donde realiza un examen que le da un título de cirujana; a su regreso a Petersburgo, obtiene también el de partera. No obstante, formalizado su divorcio en Kazán, su vida va a estar volcada a partir de noviembre de 1876 en la lucha revolucionaria.

Tierra y Libertad

Un hito importante en la agitación de aquella época fue la gestación en Petersburgo del programa de los *naródniki* («populistas»), que se proponían llevar a las aldeas un mensaje basado en la recuperación de la vieja institución rusa del *mir* u *obshchina* («propiedad comunitaria de la tierra»). Estos esfuerzos se concentrarían en alguna región con mayor tradición revolucionaria, como la del bajo Volga, e irían coordinados con atentados contra elementos destacados del sistema autocrático. Vera participa en la elaboración de este programa. En el otoño de 1876 se constituye una sociedad denominada Zemliá i Volia («Tierra y Libertad»), que asume los objetivos de los *naródniki* y organiza manifestaciones y huelgas ese mismo año en la capital. Reprimidas éstas con violencia, los juicios que siguen evidencian la brutalidad del régimen y son un apoyo propagandístico importante para el movimiento.

Vera trabaja en esta época tres meses de médica en un distrito rural y contempla la espantosa miseria del pueblo. En marzo de 1878 se establece con su hermana Yevguenia, cirujana recién graduada, en el distrito de Petrovsk, cerca de Sarátov, donde asisten a los muzhiks y organizan una escuela. La inquina y persecución por parte de las fuerzas vivas de la localidad no se hace esperar, y es entonces cuando concluyen que sus esfuerzos son inútiles y sólo por la violencia será posible llevar a las masas la conciencia de su poder. El 2 de abril de 1879, Aleksandr Soloviov atenta sin éxito contra la vida del zar y al saberse que había visitado a las hermanas hacía unos días, éstas han de abandonar la región. Por las mismas fechas Vera decide ingresar en Tierra y Libertad, tras dejar el pequeño grupo en el que militaba.

La voluntad del pueblo

En los años 1878 y 1879 el doble programa de Tierra y Libertad de preparar una revuelta en el campo al tiempo que se realizaban acciones individuales se decanta principalmente hacia las segundas, al considerarse que sólo éstas serían capaces de crear una desorganización que propiciara la sublevación de las masas. Sin embargo, personalidades destacadas, como Gueorgui Plejánov o Mijaíl Popov cuestionaban el argumento y se oponían a esta deriva. La polémica entre «didácticos» y «terroristas» se agrava tras el atentado de Soloviov y acaba provocando una escisión. Vera está con los segundos, que adoptan el nombre de Naródnaia Volia («Voluntad del Pueblo») y se organizan en grupos secretos de una forma rígidamente centralizada bajo un Comité Ejecutivo (CE). Su finalidad es introducir la libertad política, proclamar la república, convocar cortes constituyentes y entregar la tierra a los campesinos, con el terrorismo como un instrumento esencial de agitación para favorecer la insurrección. No obstante, la labor propagandística y organizadora nunca se dejó de lado. Pronto se cuenta también con una sección independiente formada por oficiales del ejército.

Vera, establecida en Odesa, participa en los necesarios trasiegos de la dinamita revolucionaria, cuya elaboración estaba a cargo de Nikolái Kibálchich, ingeniero y tío paterno de Victor Serge. Se suceden diversas tentativas de volar el tren imperial y el 5 de febrero de 1880 se produce una explosión en el Palacio de Invierno que origina numerosos muertos, pero no consigue sepultar el comedor donde se encontraban en ese momento el zar con su familia y el prín-

cipe de Hesse. Estos hechos hacen crecer enormemente la popularidad de la organización, aunque al mismo tiempo arrecian las detenciones y con ellas cae la hermana de Vera, Yevguenia, que es deportada a Siberia; la negativa del Gobierno francés a extraditar a uno de los implicados en estos atentados, refugiado en París, fue un éxito moral importante. Tras intensos trabajos preliminares para la realización de otro intento contra el zar en Odesa, que resultan inútiles, Vera Fígner va en julio de 1880 a Petersburgo, donde se suma a los planes que allí se están desarrollando.

Desde una quesería montada por ellos en la Sadóvaia petersburguesa, lugar frecuente de los paseos del autócrata, los revolucionarios excavan una mina en la que colocan una buena cantidad de dinamita. Por si falla, más bombas y puñales están también preparados. Por fin, el 1 de marzo de 1881, domingo, tras un registro en la tienda el día anterior en el que la policía sorprendentemente no fue capaz de dar con nada sospechoso, los nihilistas, al no poder usar la mina, pues se cambió el itinerario del paseo, liquidan con sus bombas de mano a Alejandro II; inmediatamente, hacen pública una carta a Alejandro III exigiendo el fin del absolutismo.

La represión que sigue es feroz. Cinco de los implicados son asesinados ya el día 3 de marzo, entre ellos, Nikolái Kiválchich y Sofia Peróvskaia, una heroica mujer de origen noble que salvó con su decisión el éxito de la empresa en sus últimos y complicados momentos. Vera parte para Odesa por orden del CE y en octubre es enviada a Moscú, donde éste, diezmado, se había visto forzado a replegarse. Alejandro III se reafirma en su rechazo a cualquier reforma y todos en Rusia temen o ansían nuevos y espectaculares golpes de los revolucionarios. Éstos han perdido mucha capacidad operativa, pero Vera organiza a finales de año un atentado en Odesa contra el fiscal militar Strélnikov, sádico sin conciencia que es ejecutado el 18 de marzo de 1882. En junio, establecida en Járkov sabe que, tras las últimas detenciones, es ella el único miembro del CE que está en libertad en Rusia.

La Voluntad del Pueblo agoniza y en diciembre el escritor Nikolái Mijailovski se entrevista con Vera para pactar una tregua con el Gobierno. Éste ofrece medidas liberalizadoras y una amnistía a cambio del cese de la actividad terrorista, pero ella intuye la trampa y se opone al armisticio. Su decisión es tratar de reconstruir la organización y dotarla de una imprenta, pero todo fracasa. El 10 de febrero de 1883, es arrestada en la calle en Járkov y enviada a la capital el día siguiente. En el departamento de policía recibe la visita de altos dignatarios que se acercan a ver a la fiera enjaulada. Pronto la llevan a la fortaleza de Pedro y Pablo, donde permanecerá veinte meses, hasta la vista del proceso. Allí tiene noticia de nuevas detenciones, y traiciones que la dejan desolada. Se refugia en la lectura y el estudio; en ese tiempo llega a dominar el inglés.

En septiembre de 1884 tiene lugar el juicio contra ella y otros trece revolucionarios. En su alegación ante el tribunal Vera narra cómo conoce en el extranjero las ideas socialistas y la seducción que le producen, su regreso a Rusia, su identificación con los *naródniki* y su conversión al programa violento de la Voluntad del Pueblo cuando comprende que la concienciación de los campesinos es perseguida como un crimen. Agotada, pero satisfecha tras el esfuerzo realizado, recibe la calurosa felicitación de los acusados y sus defensores. Condenada a la muerte en la horca, renuncia a pedir el indulto, pero la pena es conmutada a trabajos forzados a perpetuidad. La autocracia teme las secuelas de asesinar a otra mujer tras la Peróvskaia. Pocos días antes, Vera había visto a su madre por última vez.

Veinte años de encierro

Muy de mañana el 12 de octubre de 1884, cinco horas de vapor por un luminoso y apacible Nevá llevan a Vera de la fortaleza de Pedro y Pablo a la de Schlüsselburg en el lago Ládoga, muros blancos coronados de altas torres. Comienza así una vida de días interminables y noches febriles, con el solo consuelo de sentir que sigue la lucha, de ser un eslabón, junto a otros muchos, contra la tiranía y la miseria, de vivir aún y esperar: «*¡No estás sola... No estás sola...!*». Pronto aprende el arte de golpear en la pared para comunicarse. En enero de 1886 logra que se le permita compartir la hora del paseo con otra condenada política, Liudmila Volkenstéin y en primavera se les concede además cultivar una huerta; son pequeños privilegios que se reparten aleatoriamente, y Liudmila y Vera deciden renunciar a ellos para tratar de conseguir que se extiendan a todos los presos.

En 1889, cuando se les da recado de escribir es cuando Vera tiene por primera vez la tentación de expresar sus emociones mediante versos; una epidemia lírica arrebata por entonces a los reclusos de Schlüsselburg. Poco después, cuando los libros de contenido social son purgados de la menguada biblioteca tras una visita de inspección, Vera se declara en huelga de hambre, pero ha de interrumpirla por la presión de sus propios compañeros, que amenazan con suicidarse si ella llegara a morir; este comportamiento la hiere profundamente. La mejor época fue cuando un comandante más conciliador, permitió, ya en el segundo decenio de encierro de Vera, enriquecer la biblioteca, e incluso que los presos dispusieran de los recursos de un museo y la biblioteca municipal de Petersburgo; también facilitó que en las horas de paseo pudieran comunicarse libremente todos. Estas pequeñas mejoras, leer y aprender eran su mayor estímulo. Vera estudió con dedicación bajo la dirección de compañeros más versados en esas materias: física, química, botánica, entomología, geología y mineralogía. Las preparaciones de plantas que realizaron llegaron hasta la exposición de París, donde fueron muy elogiadas. Además hacían

trabajos artesanales y cultivaban la tierra con tesón y excelentes resultados.

En 1896, Liudmila y otros cuatro reclusos son liberados por la reducción de penas promulgada tras la coronación de Nicolás II en 1894. En 1897 se les permite correspondencia con la familia ¡dos veces al año! Su hermana Olga le cuenta las disputas entre *naródniki* y marxistas, y la constitución del Partido Socialdemócrata en 1898. Las revistas que reciben también abundan en esta polémica que acaba provocando división y agrias discusiones. En 1901, tras trece años sin ingresos en la fortaleza, el grupo de trece reclusos que allí habitan se incrementa con el joven Piotr Karpóvich, que había ejecutado al ministro de Instrucción Pública, responsable de una infame represión. Él les trae noticias de una nueva Rusia en movimiento donde obreros y estudiantes se organizan, y les profetiza la revolución «*para dentro de cinco años*»; se integra bien con los «viejos populistas» a los que aporta dosis de intrépida energía.

Con el nuevo siglo, el ambiente en la fortaleza se ha relajado bastante y ha mejorado la alimentación y la libertad de movimientos de los presos; la biblioteca dispone de cerca de dos mil volúmenes. El Gobierno tiene otros desafíos y ya no hostiga a los viejos *naródniki*, testimonio de un tiempo ido; los altos dignatarios tampoco los visitan como hacían antes. Sin embargo, en marzo de 1902 hay un conato de regreso a la antigua disciplina, y en mayo una visión cruel cuando se trae a la prisión y se aplica en ella la pena de muerte a Stepán Balmashov, que acababa de ejecutar al ministro de Interior Dmitri Sipyaguin. Un año después, Vera recibe con indignación la noticia de que su condena ha sido conmutada a veinte años de reclusión a petición de su madre, que ha quebrantado con la solicitud la palabra que le había dado. La explicación llega con una carta en la que le comunica que se está muriendo de cáncer tras dos operaciones. Vera la contesta pidiéndolo humildemente perdón y la respuesta no se hace esperar: «*Un corazón de madre no guarda rencor por las ofensas sufridas*».

Una nueva vida

Delicada de salud tras el fallecimiento de su madre, Vera no aguarda con alegría el momento de su liberación, con el pensamiento de que tal vez es ya demasiado tarde. Además, despedirse de sus compañeros, a los que no volverá a ver, significa dejar atrás a los que son todo su mundo. En la tarde del 29 de septiembre de 1904 un vapor la devuelve a la fortaleza de Pedro y Pablo, donde la visitan su hermano y sus hermanas, jóvenes de sus recuerdos transformados en adultos a los que apenas reconoce. Así concluye el relato de sus memorias. Desterrada en Arcángel hasta 1906, Vera vive luego ocho años en el extranjero, desde donde realiza una importante labor de agitación contra las crueldades de la represión zarista.

La Voluntad del Pueblo fue una referencia del activismo emancipador en Rusia, aunque con la industrialización creciente, el auge del Partido Socialdemócrata la fue dejando en la sombra. Parte de sus objetivos serían recogidos por el Partido Socialista Revolucionario a partir de 1901, y de hecho, Vera militó en este partido entre 1907 y 1909. En 1914, con el estallido de la guerra, regresó a su patria, pero fue detenida en la frontera y confinada en Nizhni Nóvgorod; en diciembre de 1916 consiguió establecerse en Petrogrado y allí vivió las convulsiones de un proceso revolucionario que acabó defraudando sus expectativas. Tras la guerra civil, intentó aportar algo en el dominio cultural apoyando proyectos como el comité y el museo Kropotkin, e intervino para tratar de aliviar la represión política. La que lo dio todo en la lucha contra la autocracia, testigo y protagonista de noventa años decisivos de la historia de Rusia, falleció de neumonía en Moscú el 15 de junio de 1942.

Los reclusos de Schlüsselburgo es otro libro de Vera Fígner del que existe versión castellana (Cenit, 1931, trad. de Braulio Reyno). Se trata de una colección de biografías en las que honra la memoria de los que fueron sus compañeros en la fortaleza, entremezclando información sobre ellos y sus propios recuerdos. Hombres y una mujer, Liudmila Volkenstéin, de todos los orígenes sociales, obreros, científicos y poetas quedan hermanados por la lucha contra un régimen tiránico y la convivencia, el trabajo y la amistad entre los muros del fortín que guarda la entrada del lago Ládoga.

Eran aquellos tiempos heroicos. Los destinos que se entrecruzan en la narración nos dejan un gusto desolado y amargo. Jóvenes entregados noblemente a la causa, torturados y condenados, decenas de vidas truncadas, en las que muchas veces era el suicidio la opción más razonable. Crónica dolorosa de una Rusia en tinieblas.

Memorias de un terrorista, de Borís Sávinkov

Publicado en *Rebelión* el 9 de mayo de 2017

La vida de Borís Víktorovich Sávinkov (1879-1925) recorre extremos del debate ideológico y la violencia de la época por la que le tocó transitar. Nacido en Járkov en una familia acomodada, se une a la lucha revolucionaria mientras estudia en Petersburgo, y en 1901 lo encontramos ya exiliado en Vólogda, donde traba amistad con Nikolái Berdiáyev y Anatoli Lunacharski. De nuevo en la capital tras escaparse, es cuando decide unirse a los que practican el terror, lo que lo llevará a tener un papel destacado en algunos de los atentados más sonados de la primera década del siglo XX contra la cúpula zarista. *Memorias de un terrorista* es un relato de

su vida en estos años y un minucioso memorándum de estas actividades, y fue publicado en 1917 a instancias del Partido Socialista Revolucionario (PSR). Reaparece un siglo después en castellano (Dirección única + La cotali) recuperando la traducción de Andreu Nin (Cénit, 1931). El libro es diseccionado por Albert Camus en un capítulo esencial de *El hombre rebelde* (1951).

Tras una nota del documentalista y editor Falconetti Peña, en la que repasa la historia de la obra y trata de ahondar en la psicología de su autor, el libro comienza con los recuerdos de Sávinkov sobre su conversión en 1903 a la estrategia terrorista del PSR y su incorporación a la Organización de Combate (OC) de éste, dirigida por Yevno Azef (1869-1918). El año siguiente Sávinkov participa en la ejecución en Petersburgo de Viacheslav von Pleve, ministro del Interior y responsable de la represión del régimen. El libro aporta una relación meticulosa de las idas y venidas de los revolucionarios por toda Europa y su laboriosa preparación del ataque, transmutados en cocheros y vendedores ambulantes y siempre hostigados por la policía. Tras dos intentos fallidos, el todopoderoso verdugo fue eliminado el 15 de julio de 1904.

A consecuencia del atentado, el Gobierno vacila y la opinión pública comienza a hablar con más audacia, mientras la OC consolida su estructura en Ginebra, reforzando su independencia respecto al propio partido, como muestran los estatutos elaborados en esa época, que se recogen en la obra. En París se instala una fábrica de dinamita y en noviembre Sávinkov y otros compañeros parten para Moscú con el objetivo de atentar contra el gran duque Serguéi, gobernador de la ciudad. Tras el trabajoso acopio de información, el 2 de febrero de 1905 se organiza ya un intento, pero Iván Kaliáyev (1877-1905), el primer terrorista encargado de la ejecución, renuncia a arrojar su bomba cuando ve que ésta mataría también a la mujer y los sobrinos del gran duque. Dos días después, él mismo acaba con la vida de éste en el Kremlin. Detenido y condenado a muerte, es ahorcado en la madrugada del 10 de mayo en Schlüsselburg. Esta historia sirvió a Albert Camus de argumento para su pieza teatral *Los justos* (1950).

Tras el atentado, Sávinkov huye del país y en Ginebra conoce al padre Gueorgui Gapón (1870-1906), organizador de las protestas obreras que culminaron el 9 de enero de 1905 en el histórico Domingo Sangriento, y que sería ejecutado poco después por un revolucionario, acusado de colaborar con la policía. Comienza por entonces el declive de la OC, debido a la muerte accidental de Mark Schweitzer, que dirigía la sección de Petersburgo, mientras manipulaba una bomba, y a numerosas detenciones por la infiltración de confidentes. Éstos dificultan la lenta reorganización, descrita en detalle, hasta que uno de ellos es descubierto y eliminado. Las promesas constitucionales de octubre de 1905 llevan al PSR, contra las protestas de Sávinkov, a abandonar la lucha terrorista. En noviembre y diciembre, éste hace labor revolucionaria con los marinos y soldados de Petersburgo, ciudad donde los soviets acababan de nacer.

El recrudecimiento de la represión tras una abortada insurrección en Moscú en el mes de diciembre provoca una reconstrucción de la OC, que se realiza en Finlandia con el apoyo de la resistencia a la ocupación rusa. Los primeros objetivos son el gobernador de Moscú y el ministro del Interior, pero los efectivos escasos y los métodos ya obsoletos hacen que los planes fracasen. Sávinkov es detenido el 14 de mayo de 1906 junto a otros compañeros en Sebastopol, donde preparaba un atentado contra el almirante Grigori Chujnín, pero con la colaboración de uno de sus guardianes, el 16 de julio logra escapar de la fortaleza y el día 28 está ya en Rumanía. A partir de ese momento, se suceden intentos de impulsar y reorganizar la OC, adaptándola a los nuevos tiempos, pero éstos no progresan y Sávinkov toma en octubre de 1907 la decisión de dejar su labor de dirección en ella. Los meses finales de 1907 y 1908 al completo transcurren con una limitada actividad terrorista en la que Sávinkov apenas participa.

La obra se sumerge después en las que el autor considera sus páginas más tristes, que narran el descubrimiento de que su íntimo colaborador durante todos estos años y máximo responsable de la OC, Yevno Azef, era un confidente de la policía, lo que significa un caso extremo de infiltración en toda la historia de los movimientos revolucionarios. Confirmada la culpabilidad, el PSR decide ejecutarlo, pero consigue darse a la fuga. La acción descrita en el libro concluye en agosto de 1909, cuando Sávinkov toma sobre sus hombros la reconstitución de la OC y se prepara para una nueva campaña terrorista. Sabemos que pocos resultados surgieron de ésta. Exiliado en París, donde frecuenta a Picasso, Apollinaire, Diego Rivera y Modigliani, nuestro terrorista vuelca sus energías en la literatura, y ese mismo año de 1909 publica *El caballo amarillo*, su obra de ficción más conocida, que subtitula *Memorias de un terrorista ruso*, y en la que desmenuza unas confesiones vagamente autobiográficas, plenas de amoríos y desvaríos muy de la época.

Sávinkov participó en la Gran Guerra como voluntario del ejército francés y tras la revolución de febrero de 1917 regresó a Rusia, donde fue uno de los defensores más vehementes de la continuación de la lucha contra Alemania. Colaborador de Kérenski, en septiembre se une sin embargo al golpe de Estado de Kornílov y a partir de entonces desempeña un papel importante en la lucha contra los bolcheviques, organizando levantamientos armados y atentados durante la guerra civil. Esta época violenta concluye con un nuevo exilio en París, que se prolonga hasta que es engañado por un agente doble y decide volver a Rusia. Allí es detenido y tras abjurar de su pasado y aceptar colaborar

con el Gobierno, se le condena a diez años de prisión. Su muerte en mayo de 1925 al precipitarse desde una ventana de la Lubianka no termina de creerse que fuera el suicidio que dictaminaron sus guardianes.

La psicología de Borís Sávinkov está velada en sus memorias por la imagen de probo funcionario del terror con que se autorretrata, y para enfocarla mejor debemos acudir a los recuerdos de los que lo conocieron. Iliá Ehrenburg lo describe en París en 1914 como un hombre enigmático, de pómulos mongólicos y ojos entre tristes y crueles, y diagnostica que el caso Azef lo había convertido en «*un revolucionario que no cree ya en nada*»; sin embargo, cuando lo encuentra en Petrogrado tres años después, queda asombrado de la actividad que derrocha. Alguien que pasa en poco tiempo de ir codo con codo con los dirigentes del PSR a hacerlo con los generales blancos era bien capaz de cambiar de ideas y amaba las caretas sin duda. Sólo el culto a la violencia parece un eje inamovible en su carácter, aunque no le faltaran cualidades tampoco para darse a la buena vida o escribir una novela en los momentos de escasa acción.

En *Memorias de un terrorista* conocemos a hombres y mujeres incapaces de soportar el yugo de la autocracia y la miseria del pueblo, y convencidos de que los atentados dirigidos a la cabeza del régimen eran la única vía para enardecer la conciencia de las masas. Recordando sus historias sorprende sobre todo la alegría y el orgullo con que se inmolaban en esta lucha. Detallada en extremo, la obra nos introduce en los entresijos del terror contra el zarismo, plenos de ruidosa dinamita, observaciones laboriosas y penosas delaciones. Muchos criticaron esta estrategia como inútil, pero, como señaló Víctor Serge, debe reconocerse que sirvió para focalizar el interés de la policía sobre ella y, de esta forma, ayudar a los que se esforzaban aquellos mismos años por el despertar y la organización de las masas.

Investigando detrás de la leyenda. *Rasputin, el diario secreto*, de Aleksandr y Daniil Kotsiubinski

Publicado en *Literaturas.com* (junio de 2006)

Mucho se ha discutido sobre el papel que pudo jugar Grigori Yefímovich Rasputin (1869?-1916) en el fin de los Románov, pero lo que es indudable es que el ascenso al poder de este *starets* («hombre santo») y curandero semianalfabeto procedente de la Rusia profunda, refleja mejor que cualquier otro dato la decadencia y confusión que marcaron los últimos años de la dinastía. Presente en las discotecas de hoy mismo cantada por Boney M., la de Rasputin es una leyenda que parece cumplir todos los requisitos del morbo: hazañas sexuales, curaciones milagrosas y un gran imperio sometido a los caprichos de un monje medio loco. Es realmente un reto para los historiadores tratar de desentrañar lo que puede haber de realidad en una historia con tintes tan recargados.

No es otro el objetivo con el que Aleksandr y Daniil Kotsiubinski, psiquiatra el padre e historiador el hijo, comenzaron a investigar la vida y milagros del prodigioso *starets*. Melusina publica ahora la versión castellana de su magnífico trabajo, que se completa con un extracto del diario del propio Rasputin, rescatado de los archivos de la Federación Rusa. Se trata de un libro apasionante que devela las claves de un hombre que marcó la historia y legó un símbolo universal a la abultada crónica de la desfachatez de los gobernantes. La traducción del ruso es de Jorge Ferrer Díaz.

Parece claro que el ascenso al poder del joven Rasputin, un curandero con pretensiones místicas, famoso ya por sus excesos sexuales, comenzó como una maniobra de los sectores más reaccionarios de la corte, que buscaban colocar un peón fiel próximo a los monarcas. Era un momento aquél en que tras el desastre de la guerra ruso-japonesa, cundía en los salones petersburgueses un misticismo chabacano y supersticioso en el que el erotismo tenía un papel importante. Poco después, el éxito con el que en 1907 el *starets* cura al zarévich Alekséi al borde de la muerte por una crisis de hemofilia le abre el corazón de la impresionable zarina. A partir de ahí, su influencia crece hasta que domina completamente la vida de los monarcas, al mismo tiempo que se independiza de los que le apoyaron y se dedica simplemente a aumentar en lo posible su poder para alimentar su ego insaciable. Pronto izquierda y derecha claman contra él.

Semianalfabeto y de limitadas luces, el poder de Rasputin se basa en su capacidad de sugestión y sus bien manejadas dotes de taumaturgo. Además, en un momento en que Nicolás II era cada vez más consciente de la brecha que se abría entre él y su pueblo, el *starets* simbolizaba para él la voluntad y el interés de ese mismo pueblo, y ofrecía una quimérica posibilidad de contentarlo. Sorprende saber, sin embargo, que Rasputin era un pacifista decidido, aunque interesado también pues preveía los riesgos que acarrearía la guerra a los que le protegían. Ya en 1912 influyó poderosamente para que Rusia se mantuviera fuera de la guerra de los Balcanes, y en 1914 trató de evitar por todos los medios su entrada en la Gran Guerra, llegando incluso a perder por ello durante un tiempo el favor del zar. En sus intentos posteriores de buscar una paz por separado con Alemania llegó a aceptar sobornos del Gobierno alemán, lo que no justifica la acusación de espionaje que se le ha formulado a veces.

La obra nos depara otras sorpresas. No es la menor descubrir que poco hay en realidad en Rasputin del infatigable atleta sexual de la leyenda. Sus numerosas relaciones con mujeres, y también con hombres, no pasaban en general de

lo que suele denominarse «caricias», aunque su forma de practicarlas y su personal magnetismo alimentaron una extendida fama de amante volcánico. Una irrefrenable libido marcó su vida y provocó también su muerte, pues sólo el amor por el príncipe Félix Yusúpov, su asesino, le hizo dejar su casa desoyendo todos los consejos y acudir a la cita donde acabarían con él.

En el diario podemos ver cómo el Campesino —nombre que le daban en la corte— preparaba los trucos con los que luego deslumbraba a los zares. Su estilo es seco y sincero, a veces brutal, y transparenta algo de la magnética personalidad de su autor. No obstante, el cinismo es excesivo para el gran líder religioso que nuestro *starets* a veces pretendió ser.

La clave para entender la historia de Rasputin tal vez sea sólo contemplar un átomo de ese pueblo ruso que está siempre ahí abajo y no cuenta, y que en un momento convulso logra encaramarse arriba. Horriblemente desentona su mal olor en la fiesta de los elegidos, su mente medieval entre los próceres de la «ilustrada» Petersburgo, pero no es en realidad más que un pedazo de la negra realidad que ellos parasitan, que en un momento dado la vida les arroja a la cara.

El Rasputin que este libro revela nos habla a través de la leyenda de un político venal y desastroso, uno más compitiendo en aquel tiempo amenazado por nubes de tormenta, un místico de pacotilla, ególatra y neurótico. Sin embargo, otros rasgos vemos también, como un pacifista a ultranza que estuvo a punto de lograr que Rusia no entrara en la Gran Guerra, o un ser hipersensible y sufriente que a veces sabe conmovernos: «*Toda mi vida no ha sido más que una enfermedad*».

Recordando a Víctor Serge, revolucionario sin dogma

Publicado en *Rebelión* el 6 de mayo de 2008

Quien quiera acercarse a la apasionante trayectoria vital de Víctor Serge dispone en estos momentos, aparte de una gran cantidad de textos suyos en la web del Marxists Internet Archive, de la edición de sus memorias publicada por Siglo XXI en 2002 con el título: *Memorias de mundos desaparecidos (1901-1941)* (trad. de Tomás Segovia). Es éste un libro imprescindible para cualquiera interesado en la historia de la Unión Soviética y en los eventos revolucionarios de esa época en Europa. La crónica que Víctor Serge nos presenta aquí es la de un actor destacado de muchos de estos episodios, pero resulta valiosa sobre todo como testimonio de una conciencia crítica que es capaz de enjuiciar el origen, significado y consecuencias de los errores cometidos en cada momento por los conductores de estos procesos. Víctor Serge, que colaboró activamente con los bolcheviques, evidencia en este libro una independencia de criterio que hace su testimonio inestimable.

Debe reconocerse, sin embargo, que esta independencia de criterio de Víctor Serge cristaliza también en una serie de militancias diversas y contradictorias a lo largo de su biografía que no puede dejar de sorprendernos. Comprometido en cuerpo y alma con la revolución durante toda su vida adulta, que abarca casi completa la primera mitad del siglo XX, el hecho de que en fases sucesivas se le pueda considerar socialista, anarquista, bolchevique y trotskista, y que su pensamiento político culmine en una etapa en la que aboga por un socialismo profundamente humanista y democrático, parece implicar una extraña deriva ideológica y es fácil que desconcierte a alguien amante en exceso de las etiquetas. Sin embargo, una observación atenta de estos cambios muestra que la multiplicidad de rostros oculta en realidad la trayectoria no exenta de coherencia de un eterno desengañado de las limitaciones y errores de los movimientos revolucionarios y un crítico implacable de las distintas estructuras opresivas que le tocó sufrir. Su obra literaria, que tanto ayuda a explicar los avatares de su vida de lucha, está penosamente olvidada hoy en el mercado hispano, aunque vuelve a la actualidad estos días con la versión de *El caso Tuláyev* que acaba de publicar Alfaguara en una traducción de David Huerta y con introducción de Susan Sontag. Es ésta una de sus novelas fundamentales y hemos de esperar que su reaparición atraiga la atención hacia un hombre y una obra que ciertamente la merecen.

Víctor Serge nace en 1890 en Bruselas con el nombre de Víktor Lvóvich Kibálchich en una familia de exiliados antizaristas entre cuyos antepasados se encuentran importantes personajes del movimiento de los *naródniki*, que luchaba por la emancipación de los campesinos, e incluso uno de los responsables de la ejecución de Alejandro II en 1881. Sus memorias comienzan con esta confesión: «*Aun desde antes de salir de la infancia, me parece que tuve muy claro este doble sentimiento que habría de dominarme durante toda la primera parte de mi vida: el de vivir en un mundo sin evasión posible donde el único remedio era luchar por una evasión imposible. Sentía una aversión mezclada de rabia e indignación hacia los hombres a los que veía instalarse en él cómodamente. ¿Cómo podían ignorar su cautiverio, cómo podían ignorar su iniquidad? Esto provenía, ahora lo veo, de mi formación de hijo de emigrados revolucionarios arrojados a las grandes ciudades de Occidente por los primeros huracanes de las Rusias*». Poco después, recuerda: «*Yo nací por azar en Bruselas, por los caminos del mundo, pues mis padres, en busca del pan cotidiano y de las buenas bibliotecas, viaja-*

ban entre Londres —British Museum—, París, Suiza y Bélgica. Había siempre en las paredes, en nuestros pequeños alojamientos azarosos, retratos de ahorcados».

Su actividad política comienza en 1905 en el Partido Socialista de Bélgica, formación que pronto abandona para colaborar con grupos libertarios y escribir artículos en publicaciones de esta tendencia. Expulsado de Bélgica, se establece en Francia, donde su relación no demasiado clara con la banda de Bonnot y su violencia anarquista lo lleva a la cárcel en 1912. Sobre las luchas de esta época afirma: «*Entre las vastas síntesis de Pierre Kropotkin y Élisée Reclus y la exasperación de Alberto Libertad, la decadencia del anarquismo en la jungla capitalista era evidente. Kropotkin se había formado en una época muy diferente, menos estable, donde el ideal de libertad parecía tener un porvenir, donde se creía en la revolución y en la educación. Reclus había combatido por la Comuna; tanta fuerza generosa vencida lo había llenado de confianza para el resto de su vida; creía en el poder renovador de la ciencia. En vísperas de la guerra europea, la ciencia ya no trabajaba sino para acrecentar las posibilidades de desarrollo de un orden tradicionalmente bárbaro. Se sentía acercarse una era de violencia. Nadie escapará a ella*». En el penal, una pequeña biblioteca formada por otro recluso es su salvación: «*Desde el momento en que podíamos aprender y pensar, podíamos vivir, y valía la pena vivir. La lenta tortura se mellaba contra nosotros, contra mí. Me sentí seguro de vencer a la trituradora*». Permanece encarcelado durante la Gran Guerra en una isla del Sena y un día el frente se aproxima a la prisión: «*París parecía perdido. Nos enteramos de que la cárcel no sería evacuada (...). Nos encontraríamos, encerrados en aquella jaula, en un campo de batalla. Carceleros y presidiarios enfermaron de miedo. Yo, no. Por el contrario, experimentaba una alegría exaltada al pensar que los cañones destruirían la absurda trituradora, aunque fuese sepultándonos bajo sus escombros*». Después la ofensiva remite y todo sigue igual.

Excarcelado en 1917, viaja a Barcelona, donde aparece en *Tierra y Libertad* el primer artículo firmado por Víctor Serge, y colabora con Salvador Seguí, el Noi del Sucre, en los intentos revolucionarios de ese año. No obstante, lo que está sucediendo en esos momentos en Rusia le hace anhelar esa lejana patria que nunca ha visitado, y tras regresar a Francia realiza gestiones para viajar a la Unión Soviética. Es internado entonces en un campo de concentración, y al fin un intercambio con varios franceses y británicos detenidos por los bolcheviques lo lleva en el invierno de 1919 a Petrogrado, donde la situación es crítica: «*De tres millones de habitantes, aproximadamente, la población acababa de descender en un año a unas setecientas mil almas en pena. Recibíamos en un centro de acogida mínimas raciones de pan negro y de pescado seco. Ninguno de nosotros había conocido nunca antes tan terrible comida*». Visita a Maksim Gorki, que tenía sentimientos contradictorios para los bolcheviques «*ebrios de autoridad, que recomenzaban un despotismo sangriento, pero eran los únicos en el caos, con algunos hombres incorruptibles a la cabeza*», y habla con mencheviques, anarquistas y bolcheviques. Tras sopesar la situación, sin abdicar de sus ideas decide colaborar con estos últimos, «*porque cumplían tenazmente, sin desaliento, con un ardor magnífico, con una pasión reflexiva, la necesidad misma; porque eran los únicos que la cumplían echándose encima todas las responsabilidades (...). Se equivocaban sin duda en varios puntos esenciales: en su intolerancia, en su fe en la estatización, en su inclinación hacia la centralización y las medidas administrativas. Pero si había que combatirlos con libertad de espíritu y espíritu de libertad, era con ellos, entre ellos. Por otra parte, era posible que esos males fueran impuestos por la guerra civil, el bloqueo, el hambre y que, si lográbamos sobrevivir, la curación llegase por sí sola*».

Tras esta conflictiva decisión, Víctor Serge trabaja tenazmente para el poder soviético: «*Fui colaborador de* La Comuna del Norte, *órgano del Sóviet de Petrogrado, instructor de los clubes de la Instrucción Pública, instructor-organizador de las escuelas del II ramo, encargado de cursos en la milicia de Petrogrado, etc*». Aunque aún no está afiliado al partido, Zinóviev le ofrece organizar los servicios de la Tercera Internacional en Moscú. Poco después, Serge manifiesta un distanciamiento progresivo de las políticas oficiales, cuyo carácter autoritario no declina con el final de la guerra civil. Esta crítica se manifiesta, por ejemplo, en 1921 ante la represión de los marineros de Kronstadt. Ese mismo año, toma la decisión de viajar a Berlín: «*Los errores que veía acumularse sin poder hacer nada contra ellos me atormentaban. Sacaba la conclusión de que la Revolución rusa, entregada a sí misma, estaría probablemente perdida, de una manera o de otra (...); que los rusos, habiendo realizado esfuerzos sobrehumanos para fundar una sociedad nueva, estaban en una palabra agotados; que el remozamiento y la salvación debían venir de Occidente. En lo sucesivo, habría que luchar para formar en Occidente un movimiento obrero capaz de sostener a los rusos y, algún día de sustituirlos. Decidí partir para Europa central, que parecía ser el foco de los próximos acontecimientos*».

«*Se respiraba, en aquella Alemania después de Versalles, bajo el presidente socialdemócrata Ebert, y la más democrática de las constituciones, el aire de un mundo agonizante*». En Berlín, Serge trabaja con nombres ficticios como agente de la Internacional Comunista y escribe artículos que lo suponen en Kíev. Poco después, el fracaso de los intentos revolucionarios de esos años le empuja de regreso a Rusia en 1926: «*La Internacional presenta todavía una imponente fachada, tiene centenares de millares de afiliados que creen en ella con toda su alma; yo la veo pudrirse por dentro. Y veo que no puede ser salvada sino en Rusia, por una renovación*

del partido. Hay que regresar». En Moscú encuentra un ambiente «*apacible y tristemente opresor*», con el capitalismo de la NEP creando riqueza y miseria al mismo tiempo: «*La fea marca del dinero ha reaparecido sobre todas las cosas*». Tras la muerte de Lenin, la lucha por el poder se desencadena y Serge se alinea con la oposición de izquierdas nucleada en torno a Trotsky. En enero de 1928 conversa por última vez con él, que se despide con estas palabras, rubricadas por un fuerte abrazo: «*Hemos emprendido una lucha a fondo que puede durar años y exigir muchos sacrificios. Yo parto hacia Asia central, trate de partir hacia Europa... ¡Buena suerte!*». Es este mismo año cuando tras una oclusión intestinal que está a punto de llevarlo a la tumba toma la decisión de retomar el oficio de escritor que había abandonado al entrar en la Revolución rusa. Es el impulso de crear algo válido y duradero a través de las experiencias acumuladas, que pueda ser útil para otros seres humanos. Sus novelas y ensayos se publican en París, pero son rechazados en la Unión Soviética.

La deriva totalitaria del régimen le hace temer un final violento y en 1933 hace llegar a París un documento en el que denuncia la feroz represión que se ha desencadenado en la Unión Soviética, y que culmina con la reivindicación de tres valores que considera imprescindibles en cualquier proceso revolucionario: los derechos humanos, la defensa de la verdad y la defensa del pensamiento. Ese mismo año es arrestado y deportado a Orenburgo, al sur de los Urales. En sus memorias comenta las noticias que hasta allí le llegan de las luchas de octubre del 34 en Asturias. Tras una campaña internacional en su favor, en 1936 se le permite abandonar la Unión Soviética y se establece en Francia, aunque al poco tiempo, con la ocupación nazi, emigra a América. Se le concede asilo político en el México de Lázaro Cárdenas y en el D. F. fallece en 1947 de un ataque cardiaco tras unos años de frenética actividad literaria amargados por el acoso de los agentes de Stalin.

La obra de Víctor Serge, escrita en francés, comprende siete novelas, cuentos, diarios, memorias y una gran cantidad de textos políticos, y contiene datos y observaciones de gran valor para entender la historia de la primera mitad del siglo XX. Toda ella está dominada por un impulso que esquiva el triste destino acomodado y dócil que el poder trata siempre de imponer al intelectual, pues como reconoce al final de sus memorias: «*He comprobado que el escritor no puede existir, en las sociedades modernas en descomposición, sino adaptándose a intereses que limitan forzosamente sus horizontes y mutilan su sinceridad*». De esta obra, injustamente olvidada, la recuperación de *El caso Tuláyev*, redactada entre 1940 y 1942, y considerada uno de sus más sólidos trabajos narrativos, resulta sin duda un acontecimiento importante. Esta novela describe la represión estalinista y proporciona un genial retrato psicológico de sus protagonistas, víctimas y verdugos, pero más allá de esto, resulta también, y sobre todo, la reivindicación de un extraño concepto que todos los regímenes políticos parecen tener un enorme interés en despreciar y que en esta época de confusión postmoderna apenas nos atrevemos a nombrar, nada menos que la vieja «verdad», afortunadamente siempre poderosa para surgir de las cenizas a que casi todos quieren reducirla.

La novela describe un caso extremo de esa manipulación tan grata al poder político. El asesinato en una fría noche moscovita del camarada Tuláyev, un alto funcionario del partido, es en realidad una acción aislada e impredecible, resultado sólo del resentimiento momentáneo de Kostia, un joven trabajador, contra el responsable de dolorosas deportaciones y purgas en las universidades. Kostia que casualmente circula con un revólver en el bolsillo, encuentra casualmente a Tuláyev y lo mata, pero este crimen es el desencadenante de una ola de represión que permite al sistema desembarazarse de elementos incómodos y culminar la tarea en que ya llevaba tiempo empeñado. Estos hechos presentan afinidades con un acontecimiento real, el asesinato de Serguéi Kírov en 1934 en Leningrado. Sin embargo, hay dos diferencias esenciales. La primera es temporal, pues la novela se ambienta en 1939, en una etapa posterior del terror estalinista. Por otra parte, hoy día no está nada claro que la muerte de Kírov fuera tan impremeditada como lo es la de Tuláyev en el libro, ya que se ha especulado ampliamente sobre la participación en ella de los servicios secretos e incluso del propio Stalin.

Una cualidad de la novela, que la hace superior a la otra gran obra sobre las purgas estalinistas, *El cero y el infinito* de Arthur Koestler, es la aproximación a los hechos a través de una multiplicidad de voces y escenarios. Éstos muestran tipos humanos enormemente diversos arrastrados por un mismo absurdo, que se convierte así en protagonista de la narración. Kostia y Romashkin, su amigo y vecino, un oscuro funcionario con inquietudes místicas que es quien le proporciona el revólver, desaparecen enseguida del relato para volver sólo al final. Tras la descripción del asesinato, se nos presentan las vidas de los llamados a ser culpables de éste: el alto comisario Yershov, devorado por la máquina burocrática que el mismo ayudó a crear, Makéyev, un campesino trasformado con las luchas de la guerra civil en gran preboste del partido en una remota región, y Rubliov, un intelectual disidente sometido a un penoso exilio interior. Este último es el primer elemento de una generosa galería de héroes que también nos regala la novela, tipos de auténticos revolucionarios enfrentados al horror. Es el caso de Rishik, deportado en las costas del Ártico, que encarcelado después en Moscú, encuentra la forma de emprender ocultamente una huelga de hambre que le permite morir con dignidad, o el del atormentado Kondrátiev, presentado al principio como agente estalinista en España y después lúci-

da y bufonesca estampa de disidente suicida abandonado al vicio de la sinceridad, salvado al fin por su vieja amistad con el *vozhd* —«Jefe», nombre de Stalin a lo largo de toda la obra—, que lo envía a Siberia a organizar las explotaciones de oro. Brilla en este grupo también la joven Xenia, hija de un jerarca del partido, arrastrada por su admiración a Rubliov a una campaña en favor de éste que acaba comprometiendo a toda su familia.

Tras el retrato de los tipos humanos en que puede encarnar el horror, víctimas sobre todo, pero también verdugos que con sorprendente facilidad tienden a engrosar el grupo de las víctimas, el final de la obra regresa a la oscura vida de Kostia, que vuelve de un largo peregrinaje recién casado e irónico como siempre, y Romashkin, ascendido en su trabajo y feliz con sus elucubraciones. Una conversación que mantienen pone en evidencia cómo el sufrido pueblo, auténtico protagonista siempre de la tragedia, es también culpable de ella, pues su docilidad ante las mentiras del poder es en realidad lo que lubrica el perverso funcionamiento del sistema. Una frase de uno de los últimos escritos de Rubliov acierta a barruntar el sentido profundo de toda la historia: «*Adquirimos un grado de lucidez y de desinterés inquietante para los intereses antiguos y nuevos. Nos fue imposible adaptarnos a una fase de la reacción; y como estábamos en el poder, rodeados de una leyenda verídica, nacida de una hazaña, éramos tan peligrosos que ha sido preciso destruirnos más allá de lo físico rodeando nuestros cadáveres con una leyenda de traición*».

Penetrando en las historias de la Historia, *El caso Tuláyev* exhibe una diversidad de voces, caracteres y personajes sometidos a una misma locura, y nos ilumina sobre algunos de los errores que una revolución no puede permitirse cometer. Por otra parte, aunque la capacidad de fabulación y análisis del narrador omnisciente disecciona en este caso las miserias del régimen de Stalin, no es difícil darse cuenta del significado universal del conflicto que el libro plantea. Más allá de sus circunstancias concretas, Víctor Serge, hombre sin patria y revolucionario sin dogma, nos regala en *El caso Tuláyev* elementos para una reflexión imprescindible sobre esa manipulación de la realidad que parece estar en la esencia misma del poder.

Cómo empezó todo, de Nikolái Bujarin

Publicado en *Rebelión* el 21 de abril de 2007

Nikolái Ivánovich Bujarin (1888-1938), protagonista y víctima de la Revolución rusa, entretuvo los últimos meses de su vida en prisión elaborando diversos libros entre los que se incluye una autobiografía que quedó incompleta a su muerte. Este texto, en una traducción de Rubén Darío Flórez Arcila, viene a sumarse ahora a las obras de este autor disponibles en castellano, que tratan en general sobre política y economía. La novela nos relata los primeros años de la vida de Bujarin, que transcurren sobre todo en su Moscú natal y en Besarabia, en la frontera con Rumanía, donde su familia vivió algún tiempo, y conocemos en ella a su padre, un maestro de escuela culto y bromista reconvertido después en funcionario, y a toda su familia y amigos. El tono realista de la narración retrata a la perfección la existencia cotidiana de aquella clase de modestos funcionarios en la Rusia que veía nacer el siglo XX, pero muestra también la difícil vida del pueblo ruso, la miseria de las aldeas, la corrupción de la burocracia y el desprecio de las minorías étnicas, con lo que todo un cuadro verídico y demoledor de la Rusia de aquel tiempo se dibuja ante nosotros. A pesar de esto, el interés principal del relato se centra en su protagonista, Kolia Petrov, *alter ego* de Bujarin, un muchacho al que desde muy joven apasionan la naturaleza y todos sus seres. El libro nos revela su vida e ilusiones de niño, sus estudios y el despertar de sus aficiones, el madurar de su personalidad y también su toma de conciencia política hasta que la narración se ve bruscamente interrumpida.

Tras su arresto en 1937, Bujarin fue encausado en el juicio de los veintiuno, fase final de los procesos de Moscú que sirvieron a Stalin para la eliminación política, y en bastantes casos física, de los protagonistas principales de la revolución. Recrear los años de su infancia y juventud supuso sin duda para él una evasión en aquellos momentos difíciles en los que estaba en juego no sólo su destino, sino también el de la obra de transformación social a la que había dedicado su vida. Hoy día, esas mismas páginas dibujan para nosotros un retrato de una época crucial de la historia rusa, al tiempo que nos acercan al hombre que fue Nikolái Bujarin.

Terror y utopía. Moscú en 1937, de Karl Schlögel

Publicado en *Rebelión* el 4 de febrero de 2015

El año 1937 es crucial en la historia de la URSS. La industrialización está en pleno progreso y Moscú es una ciudad en ebullición desde la que se dirige todo. La Constitución recién aprobada prevé cambios de funcionamiento y unas elecciones que se celebrarán en diciembre, pero de una forma extraña en los meses anteriores se incrementa la represión. Además, en la época de 1936 a 1938, importantes elementos de la cúpula del partido son eliminados en procesos con acusaciones inverosímiles, mientras Nikolái Yezhov

controla con mano férrea el NKVD (Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos).

El historiador alemán Karl Schlögel nos habla en las secciones introductorias de *Terror y utopía*, recién aparecido en castellano (Acantilado, trad. de José Aníbal Campos), de su vieja fascinación por el tema del libro, lo que considera un punto de inflexión en la evolución de la Unión Soviética y el momento de consolidación del régimen de terror de Stalin. Abarcando desde finales de 1936 hasta finales de 1938, el método escogido para el análisis ha sido la selección de cuarenta escenarios que se juzgan esenciales, y su descripción pormenorizada a la luz de los datos aportados desde distintas perspectivas. El libro pretende así simplemente proponer imágenes parciales que habrán de amalgamarse en la mente del lector para formar un panorama global de aquel período.

Tras un recorrido por la novela *El maestro y Margarita*, de Mijaíl Bulgákov, en una difícil labor de exégesis buscando pistas sobre la realidad de aquel momento en Moscú, se emprende un acercamiento al rostro cambiante de una urbe en efervescencia arquitectónica con nuevas avenidas, plazas y canales, y obras aceleradas por todas partes. Conservando algunos de los elementos más valiosos de la vieja ciudad, se elevan por entonces edificios emblemáticos para el que quiere perfilarse como símbolo urbano de la pujanza del poder soviético. Las cifras que expresan la magnitud de lo que se estaba construyendo resultan impresionantes. Por otro lado, Moscú, que había perdido un 40 % de población entre 1917 y 1920, comienza pronto a sufrir una intensa inmigración que la hace heterogénea étnica y culturalmente. Enseguida habrá en ella cuatro millones de almas y la superficie habitable por persona se reduce a la mitad, con lo que son comunes los pisos con varias familias, los alojamientos provisionales y los suburbios, que en un principio estaban muy mal comunicados.

Se rastrea después la transformación de Moscú en 1936 de una forma ciertamente inusitada: a partir de un análisis de las variaciones que se producen en el directorio telefónico *Toda Moscú* de ese año. Así se ve cómo se eclipsan en él los datos de individuos o pequeñas empresas, y ocupan el primer plano los órganos del aparato gubernamental y la economía estatalizada, culminando una tendencia observada en ediciones anteriores. El enorme complejo burocrático se exhibe así transparentemente. El libro recorre estos escenarios de poder, pero también las escuelas, bibliotecas, casas de cultura y nada menos que ciento treinta y ocho editoriales. Hay multitud de teatros, algunos de variados grupos étnicos, salas de conciertos y cines. Este listado refleja una amalgama de gentes y relaciones sociales en la que está a punto de desatarse una guerra sin piedad. Por todas partes encontramos en él nombres que desaparecerán en 1937 y 1938. Se detallan un buen número de los más destacados. Ése fue el último año que el directorio se publicó, y su fin supuso el comienzo de una nueva era.

La espiral represiva tras el asesinato de Serguéi Kírov en 1934 tiene un punto de inflexión en el Primer Proceso de Moscú, en agosto de 1936. En él son juzgados miembros del grupo dirigente revolucionario a los que se implica directamente en crímenes contra el Estado y se solicitan penas de muerte que serán ejecutadas. El 8 de enero de 1937, entre las 15:30 y las 19 horas conversan en el Kremlin Stalin y el escritor alemán Lion Feuchtwanger, famoso por obras como *Los hermanos Oppermann*, un brillante alegato contra el nazismo. Permanecerá en la URSS algo más de dos meses, envuelto en una frenética actividad de visitas y reuniones con todos los representantes del mundo cultural. Es un viaje controlado, y pocas voces opositoras tiene ocasión de escuchar. Luego publicó un libro, *Moscú 1937*, en el que refleja una visión del país con más luces que sombras; alaba el alto nivel educativo de los jóvenes y su dinamismo, y critica la burocratización y la escasez de viviendas. Respecto a los juicios, se declara convencido de la culpabilidad de los acusados, aunque censura aspectos de procedimiento. Sin embargo, en algunas de sus cartas de esta época, la reprobación es mucho más contundente. Schlögel argumenta que la necesidad, imperiosa en aquel momento, de formar un frente contra el nazismo, hizo a Feuchtwanger tomar una decisión política y marcó su perspectiva global sobre la situación del país.

Se describe el ambiente bélico que se respira en la ciudad en esos meses, con abundancia de libros, películas y, sobre todo, noticias que llegan de la guerra española, donde se ha desatado ya el conflicto armado con las potencias fascistas que se considera inevitable. Por todas partes se ve surgir movimientos de solidaridad con el pueblo español. Esta atmósfera servirá para justificar la represión contra la disidencia interior, a la que se acusará de complicidad con las naciones hostiles, haciendo además que sean perseguidas numerosas minorías, como alemanes o austriacos. La violencia que se desencadena en este momento en la sociedad queda excusada en estos términos. Se analiza luego cómo con la ayuda desinteresada del pueblo soviético llegará a España el ambiente envenenado de aquel Moscú de 1937 y sus métodos represivos, basados en calumnias. El proceso contra el POUM se considera un intento de remedar en España los organizados en Moscú. Muchos de los brazos ejecutores de esta violencia acabarían cayendo en purgas subsiguientes tras su regreso a Rusia.

En enero de 1937 un millón de personas elaboraron un censo general cuyos resultados no se conocerían hasta la disolución de la URSS. En él se proponían unas pocas preguntas básicas a todos sus habitantes. El trabajo se realizaba con la intención de demostrar los cambios favorables ocurridos en el país desde el anterior, de 1926, sobre todo en

población y alfabetización, pero los resultados estuvieron netamente por debajo de lo esperado. Por ejemplo, los 162 millones de personas registradas no alcanzan los 168 publicados en la última estimación de 1934. Schlögel considera que lo que salía a la luz aquí era la realidad de las desapariciones en los campos y a causa de deportaciones y hambrunas. Informada la cúpula dirigente, en marzo comenzaron las detenciones de los organizadores del censo, muchos de los cuales serían ejecutados. Los estadísticos y demógrafos fueron tildados de «trotskistas-bujarinistas» y «enemigos del pueblo».

En el mes de enero tiene lugar también el Segundo Proceso de Moscú en el que se juzga sobre todo a algunos de los principales responsables de la industrialización reciente de la URSS. Los cargos son delirantes confabulaciones trotskistas para restaurar el capitalismo, y las únicas pruebas son las confesiones de los propios imputados. Feuchtwanger, que fue espectador del juicio, quedó asombrado ante la extraña indiferencia de los que fueron condenados, desarrollándose todo en una atmósfera que daba la impresión de algo ensayado. Resulta sorprendente la enumeración de planes de sabotaje para perjudicar la industria, los transportes y la minería que son admitidos por los acusados. Schlögel interpreta que estos procesos fueron una forma de «explicar» accidentes, disfunciones y problemas ocurridos durante una industrialización brutalmente rápida, que permitió descargar responsabilidades y establecer un control aún más férreo en todos los eslabones de la producción. A través de radios y periódicos, el pueblo asiste estremecido a la insólita representación y exige la pena máxima para los criminales trotskistas responsables de la muerte de miles de obreros.

En febrero se celebra con grandes fastos el centenario de la muerte de Pushkin. Se da su nombre a plazas y avenidas por toda la URSS, se reeditan y traducen masivamente sus obras y hay actos oficiales al más alto nivel. Para Schlögel, se trataba de apropiarse de un símbolo cultural universal y utilizarlo como pilar del nuevo orden, aunque fueron necesarios algunos malabarismos ideológicos. También en febrero, se suicida el comisario del pueblo para la Industria Pesada, Sergó Ordzhonikidze, miembro del círculo más íntimo en torno a Stalin y principal organizador de la industrialización del país. Su muerte es atribuida a un infarto y se le ofrendan grandiosas exequias que recuerdan las recientes de Kírov o Gorki. Schlögel muestra cómo muchos de los más destacados participantes en ellas están destinados a caer en desgracia en muy poco tiempo. El suicidio se inserta en la epidemia de ellos desatada en esos meses y que habría de agravarse incluso. Ordzhonikidze simplemente no resistió una situación que se le antojaba inexplicable, maraña de mentiras y crímenes que desbordaban la imaginación más delirante.

En el Pleno del Comité Central de febrero-marzo, un centenar de mandatarios curtidos en todas las luchas se reúnen en el ambiente tenso de las recientes desapariciones, y con las acusaciones contra Bujarin y Rýkov como uno de los asuntos principales. Las autodefensas de éstos darán a los debates sus momentos más dignos, pero el análisis de las sesiones transmite como leitmotiv la imposición de la suprema voluntad de Stalin con una retórica arbitraria que decide sobre la vida y la muerte. La propuesta de celebración de «elecciones libres y secretas» en diciembre, que al final se decidió que se realizaran con listas únicas, debe entenderse según Schlögel como un intento de controlar a la clase obrera librándose de las élites feudales que se habían formado a nivel local. En las grandes factorías metalúrgicas y de automoción de Moscú, auténticas ciudades en las que los trabajadores eran en su mayor parte campesinos recién expulsados de sus aldeas por la colectivización, estas elecciones crearon un caos de críticas y denuncias que se convirtió al fin en un instrumento para el progreso de las purgas y la represión.

En mayo de 1937 se inaugura en París una exposición universal. En ella la URSS se muestra al mundo como nunca lo había hecho antes y observa con interés las impresiones que produce, que se reflejan generosamente en la prensa soviética. Se apuesta sobre todo por poner de manifiesto las transformaciones conseguidas, con abundancia de maquetas, mapas y diagramas. El pabellón ruso, cuya fachada estaba coronada por una estatua de 24,5 m de altura de Vera Mújina, *El obrero y la koljosiana*, se situaba justo enfrente del alemán, con su águila con la cruz gamada entre las garras, preludiando la batalla inminente. Ese mismo mes de mayo abre sus puertas en Moscú el enorme Parque Cultural y Recreativo Gorki, espacio para el entretenimiento, la cultura y promover la afición al arte y el deporte. 1937 es además el año en el que los niños empiezan a recibir una atención particular en la URSS. Para ellos surgen almacenes especializados, parques de atracciones, libros y películas. Sin embargo, el repaso de diarios de adolescentes muestra la irrupción escalofriante del terror también ahí. Los hijos de los «enemigos del pueblo» más destacados irán a parar a campos y colonias para jóvenes.

Los capítulos siguientes se dedican a la plaza Roja, que sigue siendo el centro vital de la ciudad, donde la tensión social se transforma en espectáculo pleno de simbolismo, y a la radio, que se había convertido ya en un medio de entretenimiento, información y propaganda importante. Se repasan después las tensiones que afectaban en ese momento a la arquitectura soviética entre viejos valores consagrados internacionalmente y que eran acusados de formalismo, como Alekséi Schúsev, autor del mausoleo de Lenin, y jóvenes ligados al partido. En cualquier caso, nadie tenía claro en qué consistía la correcta aplicación del realismo socialis-

ta a la arquitectura, y en las grandes obras de la época predomina el constructivismo, con una evolución después a un cierto *Art Déco*.

Se estudia también la situación de la geología en aquel año en la URSS. Es en la segunda mitad del siglo XIX cuando comienza una exploración sistemática del país, y este impulso se intensifica tras la revolución con lo que las perspectivas en aquel momento eran muy buenas, con elevadas cifras de producción y reservas de muchos recursos esenciales. El XVII Congreso Internacional de Geología se inaugura en julio de 1937 y es un éxito, aunque no acuden investigadores alemanes, ingleses ni americanos. Sin embargo, cuarenta y seis miembros de la delegación soviética son arrestados inmediatamente después del congreso. El número de geólogos que sufrieron represalias entre 1936 y 1938 se acerca a los seiscientos. Se sintetizan las biografías de los más destacados de estos científicos, para concluir con anotaciones entresacadas del diario de Vladímir Vernadski (1863-1945), director del Instituto de Geoquímica de la Academia de Ciencias y ejemplo de entereza en aquel tiempo sombrío.

El canal entre el Volga y el Moscova (128 km) fue inaugurado en julio de 1937. Moscú se comunicaba ahora con los cinco mares. Tras el metro y el Palacio de los Soviets, éste era el tercer gran proyecto de la época, una de las joyas del Segundo Plan Quinquenal (1933-1937), que heredaba la metodología de uso de trabajadores forzados en condiciones infrahumanas del canal Belomor (225 km) entre el mar Blanco y el Báltico, durante el Primer Plan Quinquenal (1928-1932). En el nuevo canal se combinó de una forma cuidadosa la funcionalidad de las construcciones y su estética y decoración, creando algo útil que era además una acabada obra de arte. Se pretendía que el trabajo sirviera para la «reeducación» de los que lo realizaban, venidos de todos los campos de la URSS. Hay que decir también que los principales responsables del proyecto fueron detenidos en la época en que se terminaba con las acusaciones habituales.

En un país abrumado desde siempre por su propia extensión, la aviación había de tener pronto un significado particular. 1937 es el año en que los pilotos soviéticos baten récords de vuelo uno tras otro y también en la exploración del Ártico, y estos acontecimientos son seguidos con enorme expectación y celebrados con recepciones apoteósicas que de alguna forma enmascaran la realidad de represión y ejecuciones que se vivía en los mismos momentos. Esta violencia se cebó en el propio mundo de la aviación, y por ejemplo, Andréi Túpolev fue arrestado en octubre de ese año. Sin embargo, las ceremonias más fastuosas correspondieron al vigésimo aniversario de la revolución, el 7 de noviembre. Se contrastan los comentarios sobre ellas de dos testigos privilegiados: el presidente de la Internacional Comunista, Gueorgui Dimitrov y el embajador norteamericano, Joseph Davies. El diario de éste es un documento extraordinario para conocer los hábitos y costumbres de la clase más alta del poder soviético, amantes del lujo y protectores de escritores y artistas, ignorantes del viaje al infierno que les acechaba muy próximo.

Inturist, creada en 1929, ofrece cruceros y viajes de ensueño a los que quieran visitar la URSS, y se producen en el país en ese momento gran variedad de artículos de lujo, destinados tanto a la exportación como al mercado interior, mientras las calles han sido invadidas ya por los resplandecientes reclamos de la publicidad. Esto contrasta con la escasez fundamental que tan bien supo ver André Gide en su viaje de 1936, visible en las interminables colas que proliferan por todas partes. La mala cosecha de aquel año había hecho regresar al campo la sombra del hambre hasta la espléndida producción agrícola de 1937. Mientras tanto, florecían la economía sumergida y el mercado negro.

Es reveladora la historia del politólogo y filósofo Nikolái Ustriálov (1890-1937), militante en su juventud del Partido Demócrata Constitucional y arrojado al exilio por la revolución. Sus ideas cambian tras la guerra civil y desarrolla una admiración por el significado histórico del poder soviético que le hace regresar en 1935 y colaborar con las autoridades. Todo esto no lo libra de ser arrestado y ejecutado en 1937, a juicio de Schlögel en el marco de la campaña para eliminar posibles opositores antes de las elecciones de diciembre. La represión es masiva entre los miembros de los partidos comunistas extranjeros que habían hallado asilo en la URSS: alemanes, de los países bálticos, austriacos, etc. Las anotaciones del diario de Dimitrov muestran los detalles de un proceso que acabaría provocando la disolución del Komintern en unos pocos años.

La producción cinematográfica rusa tiene por entonces un tema importante en la revolución y la guerra civil, y hace algunas incursiones en épocas anteriores, pero refleja sobre todo asuntos actuales y cotidianos, en los que domina siempre el enfrentamiento entre gentes sencillas que cumplen con su deber y personajes oscuros que marcan el contrapunto para la gran confrontación histórica que se aproxima. Es un cine que promueve ideas simples, perfectamente dirigidas desde las alturas, y que se vio afectado también por episodios represivos que se recuerdan en el libro. En el terreno musical, 1937 es el año del regreso de Dmitri Shostakóvich al redil soviético con su genial *Quinta Sinfonía*, pero las masas adoraban sobre todo la música emotiva y ecléctica de Isaak Dunaievski, autor de bandas sonoras para películas de la época, y sorprendentemente el *jazz* hacía furor, con compositores-intérpretes tan destacados como Leonid Utiósov. Los EEUU eran un modelo en muchos aspectos, como se muestra en otro capítulo, y ese año se publica *La América de una planta* de Ilf y Petrov, testimonio de un minucioso viaje que expresa admiración, velada por una percepción aguda de las miserias del país.

Otro capítulo aporta un análisis de uno de los escenarios del Gran Terror en las proximidades de Moscú, el campo de tiro de Bútovo, donde fueron asesinadas en 1937 y 1938, 20 761 personas. La orden 00447 de 1937, estudiada en detalle, resulta esencial para comprender el incremento de los fusilamientos a nivel nacional en este año, pues se establece en ella un sistema de arresto y ejecución «por cuotas», que acabaría originando centenares de miles de muertes. Esta vuelta de tuerca de la represión es explicada por Schlögel en el contexto de la «eliminación de potenciales opositores» de cara a las elecciones de diciembre que ya se ha señalado anteriormente. Stalin la considerará luego, sin embargo, «obra del enemigo» y provocará la caída de Nikolái Yezhov y su sustitución por Lavrenti Beria en la cúpula del NKVD en noviembre de 1938, lo que dará lugar a una total renovación de este organismo.

La condena de Nikolái Bujarin se produjo en el Tercer Proceso de Moscú, en marzo de 1938. Durante los trece meses que permanece detenido, escribe varias obras políticas y filosóficas y un relato autobiográfico. Frente a las acusaciones fantásticas que pretendían hacer de él una cabeza de turco que «explicara» las deficiencias del sistema, él niega los detalles concretos, pero llega a admitir la «responsabilidad criminal de su política equivocada», autoinculpación que se entiende como un último servicio a un régimen con el que se siente identificado, a pesar de que lo destruye. Su aniquilación será justa si sirve a unos intereses que están por encima de lo personal.

El último capítulo, titulado «La excavación», se dedica al gran proyecto constructivo del Palacio de los Soviets. Su emplazamiento, al oeste del Kremlin, era exactamente el de la Catedral de Cristo Redentor, erigida en el siglo XIX y demolida en 1931. Se trataba de plasmar en un edificio «*el Estado Mayor de la revolución mundial*». El diseño triunfador, debido a Borís Iofán, fue el de un rascacielos de cuatrocientos quince metros de altura grandioso y ecléctico, con ecos de Roma y Nueva York sobre todo, y que estaría coronado por una colosal estatua de Lenin. La invasión alemana y la desestalinización después hicieron que el proyecto nunca se concluyera. La Catedral de Cristo Redentor fue reconstruida entre 1995 y 2000.

Con la misma combinación de modernización y terror que Rusia ya había probado dos siglos antes con Pedro I, aunque ahora sin liturgia ortodoxa, el gran país adquiere un rostro nuevo. Se caracteriza éste, entre otras cosas, por una pujanza industrial que lo hará capaz de derrotar a la máquina de guerra alemana unos años más tarde y lo llevará tras la Segunda Guerra Mundial a su máxima influencia internacional. Investigar cómo se produjo esta mutación en el seno de la sociedad soviética y perfilar sus rasgos es un reto formidable que sólo puede resolverse rebuscando en los archivos y persiguiendo los testimonios de los que la vivieron. Tras muchos años de trabajo, Karl Schlögel nos ofrece en las mil páginas de *Terror y utopía. Moscú en 1937*, una sucesión de instantáneas, con lujo de detalles y anotaciones copiosas, que nos ayudan a comprender un momento decisivo de aquella historia.

El vértigo, de Yevguenia Ginzburg: crónica de 18 años en el Gulag

Publicado en *Literaturas.com* en septiembrede 2013

Yevguenia Semiónovna Ginzburg (1904-1977) era una profesora de la Universidad de Kazán, miembro del Partido Comunista y especializada en historia del Leninismo, que en 1937 se vio envuelta en la ola represiva desatada por el asesinato de Serguéi Kírov. Como para muchos otros comunistas y ciudadanos de la URSS en general, comenzaría para ella este año un calvario que la llevaría a sufrir los rigores de la represión estalinista. Rehabilitada en 1955, trabajó en Moscú como periodista y reunió sus memorias en un volumen *Krutói marshrut (Penoso viaje)*, que fue publicado en el extranjero y traducido a diversas lenguas antes de poder ser editado en la URSS tras la muerte de su autora. A finales de 1967, apareció ya una primera versión castellana de la obra (*El vértigo*, Noguer, trad. de Fernando Gutiérrez), que sólo incluía su primera parte. La segunda aparecería después (*El cielo de Siberia*, Argos Vergara, 1980, trad. de Enrique Sordo) y posteriormente las mismas versiones fueron reunidas en un único volumen (*El vértigo*, Galaxia Gutenberg, 2005), que incorporaba además un prólogo de Antonio Muñoz Molina, dedicado sobre todo a glosar la maldad intrínseca del comunismo, «*un régimen homicida consagrado desde su mismo origen a una guerra sin misericordia contra sus mismos súbditos*». Éste es el libro que se ha reeditado ahora en rústica. El relato de esta pacífica madre de familia que se sabía toda la poesía de Pushkin de memoria y conoció a fondo el espanto de los campos de Kolymá constituye sin duda uno de los testimonios literarios más sobresalientes sobre la vida y la psicología de los hombres y mujeres que sufrieron el Gulag.

El comienzo de la obra nos describe la llegada a Kazán de la noticia del asesinato de Kírov (1934). La desaparición del líder del partido en Leningrado, al que muchos veían como un contrapeso a la concentración de poder en manos de Stalin, produce consternación entre los comunistas de la ciudad, que barruntan una oscura conspiración y se preparan para lo peor. A los pocos días, *Pravda* comienza a informar de detenciones que se extienden progresivamente en círculos concéntricos. Haber colaborado en una revista

(*Tartaria Roja*) con un supuesto «agente trotskista» acaba convirtiéndose en prueba de cargo contra una estupefacta Yevguenia, que es acusada e interrogada sin piedad. El 7 de febrero de 1937 es expulsada del partido y ocho días después detenida. Acorralada, vejada e insultada, niega todas las absurdas acusaciones. Su primera residencia es el sótano del Lago Negro, la Lubianka de Kazán, cárcel para presos políticos. Allí comienza una peregrinación que la lleva poco después a conocer la cárcel de la calle Krasin, todavía en Kazán, antigua prisión que había acogido a los hombres de Pugachov, y la Butyrka y la de Lefórtovo moscovitas. En esta última tiene lugar el juicio el 1 de agosto de 1937, en el que por «*su participación en un grupo clandestino terrorista y haberse propuesto la restauración del capitalismo*», es condenada a «*diez años de cárcel y rigurosa reclusión*». Preparada para lo peor, Yevguenia acoge la noticia con optimismo.

Trasladada a la cárcel de Yaroslavl, al nordeste de Moscú, construida por Nicolás II después de la abortada revolución de 1905 para los detenidos políticos más importantes, Yevguenia permanece allí dos años, y tiene la suerte de compartir celda durante ese tiempo con una vieja conocida de Kazán, Yulia Karpova, que mitiga con su optimismo sus sombrías elucubraciones. En julio de 1939, un cambio en la política penitenciaria hace que las reclusas sean destinadas a trabajos forzados en Siberia.

Estos años de cárcel son una dura experiencia. Las condiciones insalubres, la nauseabunda alimentación y las celdas de castigo que se prodigan sin ninguna justificación están a punto de costarle la vida, mientras ve cómo la locura y la muerte triunfan a su alrededor. Pero son los años también del aprendizaje de ciencias inestimables, por ejemplo la comunicación entre celdas por medio de golpes en la pared, que permiten un ágil flujo de información. Así se entera de los relevos en el poder y las detenciones de dirigentes, y se las arregla incluso para tener noticias de los suyos. En los períodos en que comparte celda con otras reclusas, el relato nos acerca a las mujeres hacinadas en el aluvión represivo, ortodoxas comunistas que se niegan a ver lo evidente, socialrevolucionarias y mencheviques, profesoras universitarias de todas las disciplinas imaginables y campesinas casi analfabetas. Son tipos humanos donde podemos hallarlo todo y todo se nos describe, incluidas la traición más abyecta y el heroísmo anónimo, que dignifica la condición humana. En esta época de cárcel, Yevguenia se refugia en los escasos libros que les permiten leer, y sobre todo en la poesía, aprovechando su rara cualidad de conocer de memoria decenas de libros. Los grandes poetas rusos se convierten así en íntimos amigos que vierten en su oído dulces palabras reconfortantes en los momentos más desesperados.

En julio de 1939 Yevguenia viaja hasta Vladivostok hacinada con otras reclusas en un viejo vagón de mercancías rojo purpúreo marcado «utensilios especiales» con grandes letras de tiza. Nuevos retratos de mujeres enriquecen el relato. Es el rostro de la desesperación, la enfermedad y la muerte, y también de la esperanza de ir hacia lo desconocido, y de pensar que lo grotesco de tantas condenas absurdas puede finalizar en cualquier momento, como una pesadilla. El relato se completa a veces con una breve descripción del destino que esperaba a algunas de estas mujeres en Siberia, en los casos en que llegó a ser conocido por la autora. Ésta entretiene a sus compañeras con interminables recitados líricos. Las mujeres son sometidas durante el viaje a un inexplicable régimen de sed, con un vaso de agua al día para todas sus necesidades. En una perdida estación de los Urales, por un error, el respiradero del vagón queda abierto en una parada: «*El espectáculo más penoso era ver el grifo semiabierto y el agua que corría (...) Una mano que apretaba un vaso de barro salió por una rendija del respiradero*». Las mujeres que dormitaban en la estación junto a unos cubos de pepinillos se desvivieron entonces para ayudar a las presas: «*Manos quemadas por el viento, callosas, se alargaron por el respiradero del vagón llevando pepinillos salados, trozos de pan...*».

En Vladivostok son conducidas en formación al campo de tránsito y allí empiezan a conocer los círculos infernales de la deportación, las fronteras que separan a las privilegiadas comunes y las políticas, y dentro de éstas, sus diversas categorías. En agosto de 1939 llegan en el sollado de un barco a Magadán, en cuyo «Hospital para deportados» Yevguenia es salvada de la muerte por la doctora Angelina Vasílievna Klimenko, que con comida abundante e inyecciones consigue curarla de la avitaminosis que la había puesto a las puertas de la muerte. Enviada a la zona femenina del campo, en el invierno de 1939-40 es forzada a un trabajo inútil y agotador: «*Atacábamos con los picos el hielo perpetuo de la tierra de Kolymá*». En un número atrasado de *Pravda*, las deportadas tienen noticia del pacto germano-soviético. Yevguenia poco a poco comienza a dominar los trucos de la difícil vida en el campo y con pequeños favores va haciendo amistades que mejoran su situación en algunos momentos. Así consigue ser encargada de trabajos de limpieza bajo techo. En otras épocas, conoce labores terribles como la tala de árboles en la taigá en el funesto «kilómetro 7».

Ya en *El cielo de Siberia*, la segunda parte de la obra, Yevguenia nos describe su trabajo durante 1940 en la casa de infancia del campo de Yelguen, donde la llevan los buenos oficios de un médico que pasa visita a las «leñadoras» del kilómetro 7. Allí permanece hasta 1941, en un mundo entrañable y desolador de pañales mojados, papillas y biberones. Con el estallido de la guerra se endurecen las condiciones de las reclusas y es enviada a realizar faenas agrícolas. Poco después trabaja como aserradora, labor que hace compatible a media jornada con la de enfermera. Ahora le toca

a ella repartir dispensas para el trabajo, lo que le crea problemas de conciencia. En la primavera de 1942 es destinada a la granja lechera: «*Cada tarde lo esencial de mi trabajo consistía en dar masajes en las manos a las ordeñadoras, en vendar sus dedos tumefactos, resquebrajados y casi sangrantes. Con las ordeñadoras entraban en la pequeña enfermería cálidos vahos del establo, suaves quejas por el retraso en la distribución de los piensos y los divertidos nombres de las terneras y los chotos recién nacidos*». En poco tiempo, regresa a la taigá, donde compatibiliza la siega de heno con la asistencia sanitaria a un deshumanizado grupo de delincuentes comunes, pero en breve es trasladada para seguir haciendo lo mismo en otro lugar. Allí es feliz porque «*no había delincuentes comunes. Sólo la buena gente normal: espías, saboteadores, terroristas*». Sus amigos de la granja consiguen que regrese a ella, donde pasa a ocuparse de las gallinas.

En 1944 Yevguenia consigue un buen puesto de enfermera, pero poco después recibe la noticia más dolorosa, la de la muerte de Aliosha, su primogénito, y su marido (esta última al fin resultaría no ser cierta). En esta época se alimenta de pan de maíz americano. Las condiciones del campo se humanizan. Es entonces cuando, por una pequeña infracción, es confinada a uno de los lugares más terribles, las minas de calcita de Izvestkovaya, una leprosería de personajes terribles, asesinos y delincuentes de toda laya. No obstante, sus amigos de nuevo se mueven y consiguen que vaya como enfermera al hospital de reclusas de Taskan. Allí conoce a un médico de origen alemán, Antón Walter, un devoto católico, erudito y con una profunda filosofía de la vida, que pronto se convertirá en su segundo marido. La vida en Taskan es mucho más llevadera y disfruta de la amistad del director del campo, un hombre amable que trata de que las condiciones de los reclusos sean las mejores posibles.

En Taskan permanece un año, hasta que un día se le ocurre hospitalizar a un moribundo en la sala de mujeres al no haber sitio en la de hombres. Descubierto el desaguisado, es trasladada de nuevo, esta vez, merced a los amigos que se mueven por ella, al hospital central de Belichié, un auténtico ascenso. Allí trabaja con jóvenes tuberculosos: «*Muchachos hechos para vivir pero que morían. Morían cada día, cada noche, luchando contra la muerte desesperadamente, con la firme voluntad de vencerla. (...) Cuando, mucho después, traté de contar todos los hombres que habían muerto entre mis brazos, todos los últimos suspiros que había recogido, la cifra se aproximaba a mil...*». Corre ya el año 1946. En esta época, a Yevguenia le toca asistir como enfermera a algunos de sus verdugos más despiadados de la época de su encarcelamiento, moribundos triturados por la misma máquina infernal a la que sirvieron, destrozados en cuerpo y alma tras su estancia en las minas. Estos hombres conocen ahora el remordimiento más venenoso, el que ataca contemplando los ojos de las víctimas de antaño que sobrevivieron. Y ante la tortura insoportable, surge el perdón de lo más hondo y noble del alma, como un bálsamo que aniquila las ofensas.

El 15 de febrero de 1947 termina teóricamente su condena. Aguarda ansiosamente, pues se prodigaban a la sazón injustificadas prórrogas «hasta nueva orden», pero al fin tiene suerte y en la fecha prevista es liberada. Acude a Taskan, para aguardar allí junto a Antón los seis años que le quedan a él. No obstante, al poco Antón es destinado a las minas de Shturmovói y ella decide ir a Magadán para esperarle junto a Yulia, su compañera de reclusión en Yaroslavl, que ahora vive allí. Tras ocho años sin verse, el encuentro entre las dos mujeres es emocionante. Primero trabaja con ella en un taller que ha organizado, pero poco después consigue ser nombrada para un puesto de maestra y profesora de música, donde conoce los extremos a que ha llegado el culto a la personalidad. Su preocupación es traer a Vasia, el hijo que le queda, a Magadán. Al final de 1947, con la reforma monetaria, la gente pierde sus ahorros. Afecta a los libres, funcionarios, etc. Exreclusas como ella y Yulia se mueren de risa.

El 9 de octubre de 1947 abraza a su hijo Vasia, cuyo viaje a Magadán ha conseguido trabajosamente que sea autorizado y ese año adopta también a una pequeña huérfana, Tonia, pero la ola represiva de 1949 da con ella de nuevo en la cárcel. Se especula sobre las razones de las detenciones hasta que descubren estupefactos que se está deteniendo por orden alfabético a todos los ex-presos que viven su precaria libertad en Kolymá. El sufrimiento y el anhelo desesperado de comprender de sus primeros años carcelarios se trasforman ahora en una pura sensación de asco. También han cambiado los modos de los inquisidores y la crueldad refinada de antaño ha dejado lugar a un frío burocratismo. Afortunadamente, esta vez la cosa no va a mayores y es puesta en libertad en poco tiempo, condenada «solamente» a confinamiento perpetuo en la región de Kolymá.

A principios de 1950, debe despedirse de Vasia que va al «continente» a continuar sus estudios, y en 1951 contrae matrimonio con Walter, que con una cura afortunada a un pez gordo ha conseguido librarse de los dos años de condena que le quedaban. Pero la dicha dura poco; una indiscreta crítica al gran timonel ante un «amigo» que en realidad era un confidente de la policía motiva que Yevguenia y Antón sean expulsados de sus trabajos. Como en los peores tiempos esperan angustiados el desenlace. Dolorosamente arreglan sus cosas, venden todo lo vendible y giran el dinero a Vasia para que pueda acabar su carrera, buscan unos nuevos padres para Tonia y aguardan... Justo esos días la radio transmite música de Bach. Stalin acaba de morir.

Los modos en las alturas cambian rápidamente. En la radio y la prensa comienzan a ser habituales cuatro palabras

prometedoras «métodos ilegales de instrucción». Yevguenia presenta una solicitud y es nombrada profesora de lengua y literatura rusa. Sus primeros alumnos le deparan una ruda sorpresa «*¡Dios santo! Ante mí estaban sentados numerosos oficiales del ejército, con sus hombreras doradas y sus brillantes botas. Solamente oficiales: unos cuarenta. (...) Necesitaban obtener el certificado de estudios secundarios, ahora indispensable para ellos*». En agosto de 1954 es abolido el confinamiento y comienza a colaborar en el periódico local. En 1955 realiza un viaje a Moscú con Tonia. Allí habla con viejos conocidos del Gulag y aguarda con ellos la rehabilitación. Una noche Tonia la despierta con un agudo grito de alegría «*¡Mamá! ¡Mira! La señora tiene un cine pequeño. Abrí los ojos y así fue como Tonia y yo, unas salvajes de Kolymá, contemplamos por primera vez en nuestra vida un programa de televisión*». El relato termina cuando se le entrega el certificado de rehabilitación.

Las más de ochocientas páginas de minuciosos recuerdos que cristalizan en el libro son fruto de una decisión tenaz: «*A lo largo de aquellos dieciocho años, el objeto principal de mi vida era precisamente ese: ¡Recordar para escribir después!*». Su privilegiada memoria hizo lo demás. En un epílogo del libro, Yevguenia nos descubre algo de la historia de éste. «*Comencé a escribir de una forma continuada, capítulo tras capítulo, a partir del año 1959*». Éste es el mismo año de la muerte de Antón, al que llega a leer los primeros fragmentos. En 1962, con mucho trabajo hecho en una línea intimista en la que no mediaba ninguna esperanza de publicación, los vientos del XXII Congreso del PCUS la empujan a una decisión crucial: «*Me pareció que había llegado ya el tan esperado momento en que podría hablar en voz alta y ofrecer mi verídico testimonio a todos los que sinceramente desean que nuestro deshonor y nuestro horror nacionales no vuelvan a repetirse nunca*». Es así como reescribe todo y ofrece la primera parte del libro a revistas como *Novy Mir* y *Iunost*. Aunque éstas lo rechazan, la obra se difunde ampliamente gracias al *samizdat*, la copia y difusión clandestina de ejemplares mecanografiados que existía en la URSS. Es así como el libro llega a ser bien conocido, batiendo todos los récords de esta forma de distribución. El tono conciliador de la primera parte, sobre todo su introducción, deja a paso en la segunda a un crudo y fiel realismo, cuando pierde la esperanza de ver el libro impreso. Es a finales de 1966, con todas las expectativas muertas y sepultadas, cuando uno de los ejemplares del *samizdat* llega a manos de Arnaldo Mondadori en Milán y en poco tiempo aparecen varias ediciones en Occidente; Iliá Ehrenburg le trae algunos ejemplares de ellas de uno de sus viajes. El libro no pudo ser publicado en la URSS hasta 1988, once años después de la muerte de su autora en Moscú.

Yevguenia Ginzburg tiene el don de los grandes narradores y es capaz de hacernos sentir plenas las desdichas de su largo cautiverio, junto a todas las alegrías grandes y pequeñas de su vida. Su prodigiosa memoria es el instrumento para que la lectura de *El vértigo* despliegue fiel ante nosotros todo el horror del régimen penitenciario de Stalin. Es literatura testimonio con un aroma inconfundible de verdad que se nos ofrece como un viaje imprescindible para llegar a rincones siniestros de la historia del siglo XX que es necesario conocer. Pero será necesario también que más allá de los torpes intentos propagandísticos que acompañan la obra, en forma de prólogos y reseñas tendenciosas, sepamos ver el carácter universal de lo que se nos cuenta. Porque las minas de Kolymá siguen abiertas hoy, explotadas por niños en el África del horror, y los paisajes del libro son también los de las hambrunas del imperialismo y el de la espantosa esclavitud y miseria que permanecen. Lo terrible es que los criminales que alimentan la nefasta propaganda del pensamiento único han encontrado en la «maldad intrínseca del comunismo» una trampa perfecta para dejarnos ciegos en nuestras democracias malolientes de mentiras y manipulación. Más allá de esto, *El vértigo*, con la colección de vidas destruidas que nos permite contemplar, es un monumento literario que hace resplandecer la dignidad de todas las víctimas de la locura desatada desde el poder.

Contra toda esperanza. Memorias de Nadiezhda Mandelshtam

Publicado en *Literaturas.com* el 17 de octubre de 2013

Con voz de mujer, este libro nos narra la historia de un hombre, que es también y sobre todo la historia de un poema. El hombre es Ósip Mandelshtam, nacido en Varsovia en 1891, poeta en la Rusia revolucionaria, defensor de un clasicismo transparente y sonoro al que se llamaba entonces acmeísmo. El poema, en versión castellana muy libre, es éste: «*No existe suelo bajo nuestros pies,/ nuestras voces a diez pasos no se oyen,/ pero cuando a medias a hablar nos atrevemos/ al montañés del Kremlin siempre mencionamos.// Sus dedos gordos son grasientos gusanos,/ como pesas certeras va arrojando palabras./ Aletea la risa bajo un bigote de insecto/ y relucen brillantes las cañas de sus botas.// En torno a él: una chusma, cuellos flacos,/ infrahombres con los que él se divierte./ Uno silba, otro maúlla, otro gime,/ sólo él parlotea y dictamina.// Forja ukase tras ukase como herraduras/ que golpean una ingle, un ojo, una frente./ Y cada ejecución es un bendito regalo/ que alboroza el ancho pecho del osseta*».

El poema es compuesto en noviembre de 1933 y como el perspicaz lector habrá colegido, está dedicado a Stalin. El

poeta tiene cuarenta y dos años y sabe que está escribiendo su sentencia de muerte. Lo lee a alguna gente, teóricamente amigos de confianza, y en 1934 es detenido por primera vez. Hay que señalar que unos días antes de que la policía se lo llevara, Ósip había abofeteado en público en Leningrado al influyente escritor Alekséi Tolstói y éste lo había amenazado: «*¡Te expulsaremos de Moscú! ¡Nunca más publicarás un verso!*». Aquel mismo día parece ser que Tolstói salió para la capital con el fin de quejarse al jefe de la literatura rusa, Gorki. Se rumoreaba que éste había dicho: «*Le enseñaremos lo que es pegar a los escritores rusos*». Según las memorias de E. Taguer, la causa de la bofetada fue que otro escritor, Serguéi Borodín había «molestado» a Nadiezhda en una reunión, y un «tribunal de honor» presidido por Tolstói culpabilizó a los Mandelshtam del incidente.

El libro comienza con esta primera detención en mayo de 1934. La pena impuesta en ese momento es de tres años de deportación en Cherdyn, en los Urales, hacia donde Nadiezhda y Ósip parten en tren escoltados por tres soldados. Durante el viaje, él manifiesta su sorpresa. Estaba convencido de que el poema le costaría la vida, aunque por otra parte teme que el auténtico castigo haya sido simplemente pospuesto. En el tren sufre una crisis psicótica y ya en Cherdyn se tira por la ventana del hospital, rompiéndose el húmero. Después, fantasea con la idea obsesiva de que su ejecución es inminente, pero ya no pretende huir. Espera a sus asesinos temeroso e inquieto, y oye voces que lo amenazan y desmenuzan su crimen-poema.

Sorprendentemente, la condena es revisada a -12. Podrán vivir en cualquier lugar de la URSS, menos las doce ciudades mayores y su periferia. Tienen que elegir el sitio y sin demasiado criterio, sobre la marcha, optan por Voronezh. En el camino, Ósip se recupera mucho de su enfermedad, y aunque luego Nadiezhda encadena varias (tifus y disentería), logra curarse completamente. Los tres años en Voronezh resultan un periodo muy grato, «la tregua de Voronezh» los llama Nadiezhda. Por el libro van desfilando personajes de la época, como Larisa Reisner, de extracción burguesa pero probolchevique, que se unió muy joven a la revolución y llegó a ser una de sus heroínas. Es retratada como una mujer bella y enérgica, enamorada de la violencia creativa de aquellos años y que los vivió como una aventura excitante de privilegios y poder. Hija de un tiempo cruel, amaba la poesía y protegió a los poetas cuanto pudo. El tifus se la llevó con treinta años y podía haber sido la salvación de Mandelshtam. Su otro apoyo desde 1922 en las altas esferas es Nikolái Bujarin, pero por esta época ya empezaba a caer en desgracia. Su último «regalo» fue el traslado a Voronezh.

Desde 1923, Ósip Mandelshtam era un proscrito de las letras soviéticas y su casa era visitada de forma continua por informadores y soplones del más vario pelaje. En esa época pasó de colaborar con sus poemas en todas las revistas literarias, a ser vetado y perder con ello una buena parte de sus ingresos. Se le permitía hacer traducciones, pero éstas también acabaron por escasear. Un artículo de Stalin de 1930 en la revista *Bolshevik* marca una nueva etapa de lucha por la pureza ideológica. En el invierno de 1936-1937, al final del confinamiento en Voronezh, se cierra toda posibilidad de ganar dinero. La pensión de que disfrutaba como escritor también había sido anulada tras su detención. Consiguen sin embargo por algún tiempo, con ruegos y esfuerzos, trabajar en el teatro y las emisoras locales. Además, amigos como Pasternak y Ajmátova les ayudaban económicamente.

El libro nos da datos sobre la famosa llamada telefónica de Stalin a Pasternak para tranquilizarle acerca del futuro de Mandelshtam: «*La causa se está revisando y todo irá bien*». Stalin parece sobre todo preocupado por el hecho de que Ósip Mandelshtam sea «*un gran poeta*». Sobre esto pregunta insistentemente a Pasternak, que se escabulle del asunto. Nadiezhda contrasta después la personalidad de los tres grandes líricos del momento: Borís Pasternak, Andréi Bely y Ósip Mandelshtam, que para ella representan respectivamente el que habla para un auditorio, el que busca desesperadamente discípulos y el que sólo pretende una conversación entre iguales.

Mandelshtam se lleva a sí mismo de la mano al patíbulo. ¿Por qué? Su poema-denuncia, poema-conciencia, poema-suicidio nace tras una estancia en Crimea y la insufrible experiencia de ver a los miles de campesinos hambrientos que deambulaban por allí. Surge de la imposibilidad ética y estética de callar ante aquello. Paralelamente, se describe el espanto de los primeros oyentes de estos versos, entre ellos Ehrenburg y Pasternak. La ideología de Ósip Mandelshtam era un izquierdismo humanista influido por Herzen e imbuido del poder de la poesía. Era un obseso de Italia como patria del arte y del papel civilizador del cristianismo, con Dante como sumo sacerdote.

Enfermo de los nervios y con un corazón débil, Ósip Mandelshtam parecía un anciano ya a los cuarenta años. En alguna ocasión se definió a sí mismo como un ave exótica condenada a la extinción. Algo sobre su carácter: tenía una peculiaridad que era extraña en aquel tiempo, simplemente no soportaba la crueldad, y en varias ocasiones intervino para tratar de salvar la vida de hombres y mujeres inocentes que habían sido condenados y le eran personalmente desconocidos. Hay que comprender la presión producida sobre estas «almas sensibles» por el experimento social que eran conscientes de vivir. Ósip, tan crítico con el poder, manifestaba a veces arrebatos de patriotismo, miedo a quedarse al margen de la revolución.

Se vuelve sobre la vida en Voronezh: imposibilidad de trabajo, ningún ingreso. Viven de lo que les dan los amigos. Ósip sufre crisis de disnea, pero escribe incansable poemas,

como siempre de memoria. Nadiezhda los copia y los manda a revistas que rara vez responden y en todo caso para expresar su negativa a publicarlos. En el verano de 1936 disfrutan de unas semanas de vacaciones en Zadonsk, a orillas del Don, pero sombras de represión se agitan en la radio con noticias de detenciones y regresan precipitadamente a Vorónezh, donde el ambiente es tenso. Es entonces cuando Ósip escribe su oda a Stalin en un intento desesperado de salvar la vida. En la primavera de 1937 concluye la pena de destierro y se les permite volver a Moscú.

Viven entonces la ilusión de penetrar en la vieja casa moscovita y pensar que tal vez todo ha sido un mal sueño. Retoman la amistad con Valentín Katáiev, que disfruta de una buena vida a la sombra del poder soviético. Cuando a Ósip se le niega la residencia en Moscú, Nadiezhda trata de probar ella sola, pero los «antecedentes penales» de él actúan también contra ella. A principios de junio se ven obligados a abandonar la ciudad y se instalan en Saviélovo, un pueblo a orillas del Volga y a poco más de 100 km de Moscú, habitado por muchos cienkilometristas, que tenían prohibido residir a menos de esa distancia de la capital. Periódicamente eran segados como la hierba.

En la etapa final del libro, se han trasladado a Kalinin y viajan cada poco a la capital. Ese verano visitan a Pasternak, pero las relaciones son tensas. Es difícil hablar con alguien cuando sabes que eso te puede costar la vida... También visitan a Bábel, que les da dinero y consejos, y cambian impresiones con él. En esa época, Bábel frecuentaba a Yezhov y otros chequistas por los que sentía una pasión morbosa de escritor. Hay un recuerdo emocionado después para Víktor Shklovski y su familia, siempre animosos y desprendidos, oasis de humanidad en un mundo negro de terror y claudicación. Viajan a Leningrado y piden dinero a conocidos. Allí Ósip habla por última vez con Anna Ajmátova, su gran amiga y cómplice literaria.

La última baza de Mandelshtam la juega Aleksandr Fadéiev, que en breve pasaría a ser presidente de la poderosa a influyente Unión de Escritores, en el otoño de 1937. Impresionado por una lectura que hace Ósip de sus versos más recientes en casa de Katáiev y en presencia de Shklovski, decide intervenir a su favor. Sin resultados... Consiguen sin embargo ser enviados al sanatorio de Samatija, lo que neciamente toman como un buen augurio, y más cuando ven que son tratados magníficamente; Allí se produce en la madrugada del 2 de mayo de 1938 la segunda y definitiva detención. En veinte minutos ocurre todo, y Ósip y Nadiezhda sólo tienen tiempo de intercambiar unas palabras entrecortadas. Vendiendo sus cosas, ella logra llegar a Moscú. Después, se esconde en Strúnino, cerca de Zagonsk, donde trabaja como obrera. Durante meses hace largas colas para enviarle paquetes a Ósip hasta que se entera de que ha sido deportado a un campo con una condena de cinco años. A finales de 1938 recibe una carta suya con su dirección, pero un paquete que trata de hacerle llegar es devuelto por «muerte del destinatario».

Tras la muerte de Stalin en 1953, la rehabilitación de Mandelshtam se obtiene fácilmente, pero la publicación de sus poemas en la URSS resulta una tarea imposible. Trabajosamente, Nadiezhda reúne datos sobre las últimas semanas de su esposo. Le hablan de escenas de enfermedad, nerviosismo, confusión, malos tratos y alguna mano amiga. Un día a pesar de los gritos e insultos, Ósip no baja de su catre. Poco después lo llevan al hospital y en breve llega la noticia de su muerte. En aquella época los cadáveres eran amontonados en fosas comunes desnudos y con una plaquita numerada en el pie. Nadiezhda oye todo tipo de rumores e historias inventadas, pero lo más probable es que el fallecimiento se produjera en el campo de tránsito de Vtoraya Rechka entre diciembre de 1938 y abril de 1939.

Nadiezhda consigue conservar en los tiempos oscuros el legado de su esposo y gracias a ella hoy podemos leer su obra. En 1956 se le permitió vivir en Moscú, donde murió en 1980 con 81 años de edad. Digamos para terminar que aunque de la lectura de muchos reseñas y comentarios sobre las *Memorias* de Nadiezhda Mandelshtam parece deducirse lo contrario, no es nada difícil encontrar regímenes políticos de todo pelaje, del pasado y del presente, en los que los poetas que escriben abiertamente contra el poder pueden ser tratados con crueldad similar a la que sufrió Ósip Mandelshtam como recompensa por su epigrama sobre Stalin.

Iliá Ehrenburg, el testimonio de un superviviente

Publicado en *Rebelión* el 27 de noviembre de 2007

El hecho de que el título de una novela de Iliá Ehrenburg *El deshielo*, publicada en 1954, sirviera para dar nombre al intento de rectificación del estalinismo que marcó toda una época de la historia soviética, no debería inducirnos a pensar que su autor había sido un disidente en la etapa anterior. La verdad es que había colaborado activamente como escritor y periodista en el desarrollo de sus políticas, y novelas suyas habían recibido por dos veces el premio Stalin. Esta fácil adaptación a las nuevas circunstancias, unida a su sorprendente supervivencia en los momentos en que muchos de sus compañeros y amigos sucumbían en las purgas, hace que su figura llegue hasta nosotros un tanto desacreditada. La obra literaria de Ehrenburg, traducida y editada generosamente en un principio, se encuentra hoy prácticamente en estado de hibernación por lo que respecta al mercado en lengua castellana, lo que resulta lamentable porque se trata

de un narrador y analista de su tiempo que despliega oficio y talento tanto en sus novelas como en los abundantes textos autobiográficos que escribió. Estos últimos aciertan a presentar una crónica ajustada y provista de una rara intensidad poética de algunos de los acontecimientos esenciales de la primera mitad del siglo XX y constituyen sin duda lo más valioso de su producción.

Iliá Grigórievich Ehrenburg (1891-1967) vino al mundo en Kíev en el seno de una familia judía acomodada (su padre era ingeniero) que se trasladó a Moscú siendo él aún muy joven. En esta ciudad comenzó sus estudios y participó en la revolución de 1905, uniéndose el año siguiente a los bolcheviques junto a su amigo y compañero de clase Nikolái Bujarin. Exiliado muy pronto en París a causa de sus actividades, pierde interés en la política y publica volúmenes de versos influidos por el catolicismo. Poco después cubre como corresponsal de dos periódicos rusos la guerra del catorce.

Tras la revolución de febrero de 1917, Ehrenburg regresa a Rusia, donde se opone a la toma del poder por parte de los bolcheviques y escribe artículos contra ellos. No obstante, progresivamente su crítica se va suavizando y con la ayuda de Bujarin, consigue después diversos empleos oficiales. En 1921 se le concede pasaporte para viajar al extranjero. Expulsado de Francia, se establece en Bélgica provisionalmente y más tarde en Berlín. Allí publica la más conocida de sus novelas, *Julio Jurenito*, cuyo título completo ocupa casi una página. El mexicano protagonista de la narración, acompañado de unos esperpénticos discípulos entre los que figura el propio Ehrenburg, «*autor de medianos versos, periodista de agotada inspiración, cobarde, renegado, hipócrita de poca monta, villano de ojos soñadores y pensativos*», realiza varios viajes que dan lugar a las más disparatadas aventuras. El libro resulta en realidad una aguda y brillante sátira sobre la decadencia intelectual y moral de Europa y fue muy bien acogido por la crítica.

Con la llegada de Ehrenburg a Berlín en 1921 comienzan los fragmentos de sus memorias publicados en castellano por Planeta (*Gentes, años vida*, 1985, trad. de Josep Maria Güell), un libro que aporta una visión privilegiada sobre la convulsa historia de aquellos años. Alemania, sumergida en plena depresión ofrece un espectáculo sombrío al joven viajero: «*Todo era colosal, los precios, las palabrotas, la desesperación*». Trabaja intensamente en nuevas novelas, que son recibidas fríamente en Moscú por su aproximación crítica e irónica a las transformaciones que se estaban produciendo en Rusia. Desalentado por esto, decide hacer objeto de sus sátiras a algunos empresarios y oligarcas, aunque ello no consigue mejorar demasiado su reputación en la Unión Soviética. La edición de 1931 de la *Pequeña Enciclopedia Soviética* describía a Ehrenburg como un escritor que «*critica el capitalismo occidental y a la burguesía con agudeza, pero no cree en el comunismo ni en la fuerza creativa del proletariado*». En esta época Eherenburg vivía sobre todo en París, aunque viajaba frecuentemente y visitó la Unión Soviética en varias ocasiones. En las páginas dedicadas a estos años, sus memorias resultan un documento imprescindible y están llenas de agudas observaciones sobre otros literatos y artistas; también describen el auge del fascismo en Italia y Alemania y las complejidades de la política francesa del momento.

En el otoño de 1931, Ehrenburg recorre por primera vez España, y realiza así un deseo largo tiempo acariciado. Dice a este respecto en sus memorias: «*El viaje a este país no fue para mí uno más de mis numerosos viajes, sino todo un descubrimiento; me ayudó a comprender muchas cosas y a decidirme a hacer muchas otras*». El enamorado de la cultura española puede admirar al fin las obras de Goya, pintor en el que reconoce «*la mejor guía de España*», y contemplar los paisajes del *Quijote*. En *España, república de trabajadores*, el libro al que este viaje dio lugar, encontramos muchas páginas sobre arte y literatura, de reflexión apasionada y una agria lucidez, a veces un tanto osada y polémica: «*La decadencia de la cultura se inició en España. Los cuadros del Greco y los versos de Góngora anticipan el vacío por donde habría de echarse a rodar el arte europeo, para entregarse a merced de los rascacielos neoyorquinos y las novelas-cablegrama*». La mezquita de Córdoba le entusiasma y sobre ella escribe: «*Los bárbaros que adaptaron al cristianismo la mezquita de Córdoba no eran ningunos niños; eran unos degenerados. Odiaban el espíritu mundano de la mezquita. Cegados por el dogma, eran enemigos de la razón, pero ya no podían crear nada fuera de aquellas ridículas rosquillas de piedra*».

No obstante, en el libro hay sobre todo una descripción de la miseria y explotación de las clases populares y de la ociosidad y estupidez de la aristocracia y la burguesía, gentes que «*matan el rato mientras el país se muere de hambre*». España es un espectáculo siniestro de pobreza y desigualdad, pero también de asombrosa dignidad: «*veinte millones de quijotes andrajosos y un montón de rocas estériles, aliado todo con una amarga injusticia. (...) Un gran país que ha sabido conservar el ardor juvenil a pesar de los esfuerzos de inquisidores y gorrones, de parásitos, pillos, procuradores, ingleses, mercenarios y chulos blasonados*». Los tímidos intentos reformadores de la II República resultan a su juicio impotentes ante los auténticos dueños del país, pero aprecia también el heroísmo de las luchas obreras que afloran por todas partes: «*En Jerez se publica una hoja periódica:* La Voz del Campesino. *La edita Sebastián Oliva, un labriego que trabaja en las viñas, viejo revolucionario muy familiarizado con las cárceles de España. (...) Sus ideas políticas son candorosas y enrevesadas. (...) Si viviera en otra parte se le podría llamar semianarquista o semicomunista. En Jerez no tiene más que una denominación: campesino andaluz*». Dice después:

«*Bella es Sierra Nevada, majestuosos los peñascos de Castilla, sugestivas las colinas de Extremadura... ¡Lástima que todo esto no sea sólo paisaje, sino la historia interminable de la infamia de unos y la desdicha de otros!*».

A partir de 1932, Ehrenburg es corresponsal de *Izvestia* en París y sus artículos reflejan su preocupación por el auge del fascismo. Éste es el año en que publica *El segundo día*, novela sobre el heroísmo de unos obreros soviéticos que construyen un alto horno. El libro en un principio fue rechazado y sólo pudo editarse tras una lectura favorable por parte de Stalin y otros miembros del Politburó. En su intervención en el Congreso de Escritores Soviéticos de 1934, abogó por sus amigos Bábel y Pasternak y por una mayor tolerancia en el arte. En 1935 trabaja intensamente en la organización del Congreso Internacional de Escritores en Defensa de la Cultura que logró reunir en París a una gran parte de la intelectualidad del momento. José Bergamín propuso allí convocar el II congreso en Madrid, sin que nadie pudiera imaginar que éste se celebraría ya en plena guerra civil. En un viaje a Moscú, Ehrenburg descubre que el culto a Stalin está en su cenit. Tras un acto en que era imposible poner fin a los aplausos al líder, comenta: «*Al volver a casa me sentía incómodo. Naturalmente, Stalin era un gran personaje, pero era un comunista, un marxista; hablamos de una nueva cultura y parecemos los adoradores del chamán que vi en Gornaia Shoria*». El ataque a los formalistas está en pleno apogeo y describe las reacciones de diversos autores: «*A. N. Tolstói, que amaba la tranquilidad, decidió, por lo que pudiera pasar, arrepentirse; declaró públicamente que había escrito una obra formalista. Bábel decía sonriendo:* "Dentro de medio año dejarán a los formalistas en paz y empezará otra campaña cualquiera". *Meyerhold sufría y releía el absurdo artículo subrayando algo*».

El levantamiento de Franco sorprende a Ehrenburg en París, y rápidamente, sin esperar instrucciones de la dirección de *Izvestia*, viene a España. Sus crónicas relatan a partir de entonces todo el desgarro y la atrocidad de la guerra, aunque después averigua que eran censuradas para presentar una situación mucho más optimista. Su objetivo declarado era conseguir la ayuda soviética que la república asediada necesitaba, y su obra adquiere un aliento épico. Confiesa en sus memorias: «*En la Europa de los años treinta, inquieta y humillada, era difícil respirar. El fascismo avanzaba, y avanzaba impunemente. Cada Estado, y también cada persona, soñaba salvarse individualmente, salvarse a cualquier precio, guardando silencio, pagando un rescate. (...) Pero hubo de pronto un pueblo que aceptó el reto. No se salvó a sí mismo ni salvó a Europa, pero si para la gente de mi generación queda algún sentido a las palabras "dignidad humana" es gracias a España. Se convirtió en aire, con ella respiramos*». Nos explica también: «*Cuando estuve en España antes de la guerra, las más de las veces me reunía con escritores o periodistas que entendían el francés. Ahora estaba continuamente con obreros, con soldados, y empecé a hablar español; lo hablaba mal, pero me comprendían*».

En las páginas de sus memorias dedicadas a nuestra guerra y en los artículos y libros que escribió sobre ella, como: *No pasarán* (1936), *Aquello que ocurre al hombre* (1937) o *Guadalajara, una derrota del fascismo* (1937), Ehrenburg nos transmite sus impresiones y nos relata su frenética actividad durante aquellos años. Los retratos de muchos de los protagonistas derrochan calor humano, y su ortodoxia comunista no le impide expresar su admiración, por ejemplo, por Buenaventura Durruti: «*Hablé con él la víspera de su partida para Madrid. Estaba alegre como siempre, animoso, lleno de fe en una próxima victoria. Decía:* —Ya ves: tú y yo somos amigos. Cuando ganemos la guerra, ya veremos (...) Ya pensaremos algo. De momento hay que aniquilar a los fascistas. —*Al final de la conversación se enterneció inesperadamente*—. Dime, ¿has experimentado alguna vez contradicciones internas, pensar una cosa y hacer otra, no por cobardía sino por necesidad? —*Le respondí que le comprendía muy bien; como despedida me dio unas palmadas en la espalda, como se acostumbra en España. Yo recuerdo sus ojos, con aquella extraña mezcla de voluntad férrea y de confusión infantil*».

De Rusia llegan noticias terribles, de persecuciones y arrestos, y no obstante, en diciembre de 1937, Ehrenburg tiene la absurda idea de viajar a Moscú. Cuando su nombre sale a relucir en el juicio de Bujarin, como asociado a éste en su «complot», no se le autoriza a volver a España. Escribe una carta a Stalin y el director de *Izvestia* le telefonea unos días más tarde para comunicarle solemnemente que no se le permitirá salir. Nos cuenta en sus memorias: «*Después de pasar un d*ía en cama, me levanté y dije: —Escribiré de nuevo a Stalin... —*Ahora, incluso Irina (su hija) se echó a temblar:* —¡Te has vuelto loco! ¿Quieres quejarte de Stalin al propio Stalin? —*Respondí lúgubremente:* —Sí. —*Naturalmente comprendía que mi proceder era estúpido, que lo más probable era que después de aquella carta me arrestaran, y sin embargo envié la carta. (...) escuchaba la radio, releía a Cervantes, y en mi agitación casi no comía nada. A fines de abril me llamaron de la redacción:* —Puede ir a tramitar la documentación: le darán pasaporte para el extranjero. —*¿Por qué sucedió así? No lo sé*».

Tras cinco meses, la situación en el frente ha empeorado notablemente. Ehrenburg asiste al final de la República ahogada por el fascismo. En una entrevista con Antonio Machado en esa época, éste concluye con unas palabras de una rara lucidez: «*Para estrategas, políticos e historiadores la cosa está clara: hemos perdido la guerra. Pero desde el punto de vista humano, no lo sé... Quizá la hayamos ganado*». Describe después la situación en Francia justo antes del comienzo de la Segunda Guerra Mundial y su marcha a Rusia

tras la ocupación del país por los nazis. La edición abreviada de sus memorias publicada por Planeta se cierra con el ataque de Alemania a la Unión Soviética.

Durante la Segunda Guerra Mundial, Ehrenburg se convierte en un activo agente de propaganda con sus artículos periodísticos, hasta el punto de que Mólotov llegó a afirmar que éstos valían por varias divisiones. Por otra parte, sus llamamientos a la extinción sin piedad del enemigo han sido objeto de críticas. Emprende también en esta época, junto a Vasili Grossman, el proyecto de un libro negro de las atrocidades cometidas por los nazis contra los judíos rusos, pero el cambio en la política oficial hacia esta minoría étnica que se produjo después en la Unión Soviética, hizo imposible la publicación de la obra en aquel momento.

Concluida la guerra, Ehrenburg viaja triunfalmente por Europa y Estados Unidos, y participa en el culto a Stalin, desde 1946 como miembro del Soviet Supremo. Sin embargo, manifiesta detalles de comprensión humana ayudando a algunos disidentes, y como indica Nadiezhda Mandelshtam en sus memorias: «*Aunque era tan impotente como los demás, al menos trató de hacer algo por otros*». En 1949 vuelve a salvarse milagrosamente de la quema cuando estalla la persecución contra los intelectuales judíos. De hecho, excepto él, todos los responsables del Comité Judío Antifascista fueron procesados, y en Moscú circulaba el rumor de que «el cosmopolita número uno» también había sido arrestado. En este caso, la apelación a Stalin resulta de nuevo decisiva, y Ehrenburg es rehabilitado, permitiéndosele publicar sus artículos y viajar al extranjero. Poco después, en Londres afirma que no hay ningún problema con los judíos soviéticos, aunque sabía que muchos de ellos habían sido cruelmente perseguidos.

Tras la muerte de Stalin, Ehrenburg encuentra al fin su lugar de intelectual liberal y tolerante, y lucha por la rehabilitación de la obra de sus amigos escritores —Bábel, Tsvietáieva, Mandelshtam...—, apoyando también a autores más jóvenes como Yevtushenko y Brodski en sus pugnas con el poder soviético. Los problemas relacionados con la publicación de sus memorias le preocuparon en sus últimos años, sobre todo a partir de 1963, cuando la tendencia del deshielo comenzó a invertirse. Su fallecimiento en 1967 a consecuencia de un cáncer de próstata fue sentido como una desgracia nacional.

En el perfil humano de Iliá Ehrenburg tal vez nos sorprenda hoy sobre todo su carácter de superviviente nato. Un natural benévolo que hacía amigos en todas partes, unido a un talento literario capaz de seducir a personajes esenciales y la propia y simple suerte que tantos milagros hace fueron sin duda elementos importantes para que su biografía no se viera truncada de forma prematura. Por otra parte, debemos comprender que la amalgama de luces y sombras que se entremezclan en el relato de su vida no hacen sino reflejar la complejidad de una época en que la coherencia resultaba un empeño heroico y la menos mala de las posibilidades realizables no era en muchos casos nada buena. Injustamente olvidada en nuestros días, la extensa producción novelística de Ehrenburg aguarda el veredicto del tiempo con su prosa imaginativa y amable y su hábil trabajo narrativo, encaminado siempre a mostrar las contradicciones y zozobras de aquellos años difíciles. Al lado de estas obras, sus textos autobiográficos, con su visión próxima, precisa e intensa de algunas de las mayores convulsiones del siglo XX, siguen pareciéndonos hoy el legado más valioso de un hombre que se las arregló para sobrevivir milagrosamente a la travesía del ojo de un huracán, un enamorado de nuestra piel de toro que en un momento crítico acudió generosamente en ayuda de aquella «república de trabajadores» atacada por el fascismo.

El libro negro. En las entrañas del holocausto nazi

Publicado en *Rebelión* el 26 de junio de 2012

El de *El libro negro* constituyó sin duda uno de los proyectos editoriales más ambiciosos del siglo XX, y por ende de la historia. Se trataba nada menos que de elevar una crónica lo más documentada posible «*de los atroces crímenes en masa perpetrados por los fascistas alemanes contra los judíos en los territorios ocupados de la Unión Soviética y los campos de concentración de Polonia durante la guerra (1941-1945)*». Esto se anuncia en su título, y las limitaciones espaciales, temporales y sobre la identidad de las víctimas ya están aquí reflejadas claramente. Se construyó así un monumento único que acaba de ser publicado por primera vez en castellano en una edición de Galaxia Gutenberg y el Yad Vashem (trad. de Jorge Ferrer).

La idea de emprender la elaboración de *El libro negro* se remonta a 1942, cuando distintos personajes de la intelectualidad judía mundial (entre ellos Albert Einstein) acudieron al Comité Judío Antifascista (CJA) con la propuesta de que recopilara materiales sobre las atrocidades de los alemanes y sus aliados contra la población hebrea rusa; el CJA había sido constituido en Rusia ese mismo año para recabar apoyos internacionales a la Unión Soviética en su guerra contra el fascismo. Los trabajos comienzan enseguida y avanzan deprisa bajo la coordinación general del gran escritor ruso (y judío) Iliá Ehrenburg. Sin embargo, el volumen que ha sido producido en 1944 es criticado por el CJA (comisión Bregman) por excesivamente prolijo y aportar «*testimonios demasiado minuciosos de la abyecta actividad de los ucranianos, letones y representantes de otras nacio-*

nalidades que traicionaron a la patria». Con ello pensaban que se rebajaba la acusación principal contra los alemanes. Ehrenburg dimite, y en 1945 se constituye un nuevo comité editorial en el que Vasili Grossman es el miembro más destacado. El manuscrito es modificado en el sentido indicado y se incorporan nuevos materiales.

A principios de 1946, el manuscrito está completo y corregido y una nueva versión de *El libro negro* es impresa y enviada a diversos países. El ejemplar que entonces llega a Israel será la base de la edición publicada allí en 1980. Sin embargo, en el verano y otoño de ese mismo año, los trabajos en Rusia quedan paralizados, cuando las altas instancias soviéticas dictaminan que la obra contiene una falsificación de la historia en cuanto oculta los crímenes perpetrados por los nazis contra ciudadanos no judíos. No obstante, una edición va a la imprenta en 1947, aunque el trabajo es después parado.

La historia es ciertamente complicada. Tenemos tres ediciones de un mismo libro, la inicial, producida en el verano de 1944, la de 1946, expurgada, que llegó a Israel, y la rusa de 1947, más expurgada aún y que no vio la luz. La edición rusa de 1993, que es la que se ha vertido al castellano ahora, nos presenta el texto de 1947, que lleva una introducción de Vasili Grossman, y añade los pasajes desaparecidos en esta edición y que se encuentran en las anteriores, señalando los que proceden de una u otra; incorpora además dos prólogos, uno de Irina Ehrenburg y otro de Iliá Altman, y un extenso aparato de notas que actualizan y aclaran los contenidos del texto.

La lectura de este libro es una experiencia dura e imborrable, no apta para almas hipersensibles, una experiencia necesaria, sin embargo, porque somos humanos y es necesario que sepamos lo que el hombre es capaz de hacer. Todos estamos involucrados en aquello. Es necesario saberlo todo, verlo todo para reflexionar. El libro nos pone ante centenares de testimonios escalofriantes sobre las actividades de los alemanes en Ucrania, Bielorusia, Rusia y las repúblicas Bálticas. Ocasionalmente, hay que contar también entre los verdugos a soldados húngaros y rumanos o a una parte de las poblaciones locales. Sin embargo, en otra infinidad de casos vemos como estas poblaciones locales arriesgan y pierden sus vidas para salvar a muchos judíos. Los datos se exponen a lo largo de más de mil doscientas páginas. Asistimos en ellas al exterminio implacable de los judíos de todas estas regiones.

Lo que más sobrecoge es ver como por todas la tierras entre el mar Negro y el Báltico, separados miles de kilómetros, desde Crimea hasta Estonia, se desarrolla sin contratiempos ya desde los meses finales de 1941 un programa de exterminio perfectamente diseñado y ejecutado. Es un plan que sigue inmediatamente a la ocupación alemana y comienza por la imposición de leyes racistas, extorsiones y un expolio sistemático en el que ropa, cubiertos, muebles y todo tipo de utensilios son robados. Poco después se impone el aislamiento de los judíos en un gueto —porción de la ciudad cercada con alambre de espino— en condiciones en que varias familias han de vivir hacinadas en una pequeña habitación, privadas además de sus medios de subsistencia. El hambre mata enseguida, pero siguen también pogromos sucesivos y un exterminio que se va completando por sectores. Muchas veces mujeres, niños y ancianos son eliminados primero y los hombres son sometidos a trabajo esclavo. Los obreros especializados suelen quedar para el final. Es un mismo plan de destrucción el que se despliega fielmente, desde Odesa hasta Riga. Hoy desaparecen los seres humanos de un hospital, mañana los de una universidad. Así progresivamente...

Las escenas de matanzas son dantescas. Los alemanes hacen desnudarse a sus víctimas (aprovecharán su ropa) y las matan a tiros, aunque con los niños no suelen gastar balas. Las víctimas van a parar a una fosa que muchas veces ellas mismas han cavado poco antes. La masificación de la carnicería hace que algunos que han sido sólo heridos vayan a parar a las fosas. Éstas gritan y se mueven después durante muchas horas. Algunos logran desenterrarse y salvarse y aportan sus testimonios. Después la técnica avanza y aparecen cámaras de gas móviles. El gran desarrollo son los campos de exterminio que empiezan a funcionar ya en 1942.

Hay variaciones locales, aunque la esencial es sólo que donde hay más población judía las matanzas son todavía más masificadas y espantosas. En Lituania es especialmente impactante la colaboración con los alemanes de lituanos nacionalistas. Este mismo papel lo desempeñan en Letonia los alemanes del Báltico que habían huido de allí en 1940 con la ocupación soviética. La resistencia en los guetos nos muestra las páginas más gloriosas de lucha, con escenarios principales en Vilnius, Minsk y Varsovia. El sueño de los perseguidos en muchos casos es la huida a los bosques donde se organizan los partisanos.

A partir de 1944, con la retirada alemana, el horror se superpone al horror. Se impone eliminar pruebas de las masacres y llegan órdenes de que todos los cadáveres sean desenterrados e incinerados. Entre muchos testimonios destaca el de un ingeniero judío que relata en detalle estas labores tal como se efectuaron en 1944 en Ponary (Lituania): «*Cada pirámide se daba por terminada cuando la formaban tres mil quinientos cadáveres. Entonces se procedía a regarla abundantemente con combustible (...) y se hacían estallar dos bombas explosivas debajo de ella. Por regla general, las pirámides ardían durante tres días*». En este caso, los incineradores se las arreglan para cavar un túnel y escapar, aunque sólo unos pocos llegan a los bosques donde luchan los partisanos.

El plan de exterminio se lleva a cabo sin mayores contratiempos, y los testimonios suelen mostrar como los alemanes y sus aliados se aplicaban a la labor con absoluta dedicación. Es fácil entender que este factor humano fue

fundamental para el éxito del genocidio. Es por esto que no puede dejar de sorprendernos cuando leemos que en 1943 en el gueto de Minsk un oficial alemán apellidado Schultz subió a treinta y siete judíos a un camión, los proveyó de armas y un transmisor de radio, y escapó con ellos para unirse a un destacamento guerrillero. Es un caso único que es preciso resaltar como gloriosa excepción en medio de una máquina perfectamente engrasada. Para completar los escenarios del horror, el libro presenta después capítulos sobre diversos campos de exterminio (Ponary, Treblinka y Auschwitz entre otros) y una crónica del levantamiento del gueto de Varsovia.

Éste es el impresionante documento que ahora podemos leer en castellano: una colección de testimonios que muchas veces son piezas literarias de una tensión y belleza terribles, muchas decenas de relatos de víctimas que muestran en carne viva algunas de las infinitas tragedias individuales que arrastró el genocidio nazi, y un monumento también a la memoria de millones de inocentes anónimos masacrados al que debemos dar la bienvenida.

Para terminar es necesario sólo señalar algo que no pueden dejar de preocuparnos y que se plantea cuando este holocausto pasa a convertirse, en virtud de los bastardos intereses imperiales que se despliegan en el mundo actual, en el único y verdadero «Holocausto» de la historia (así con mayúsculas), un acontecimiento que convenientemente expurgado de sus víctimas incómodas, como gitanos —entre medio millón, y millón y medio de ellos exterminados, según diversos autores— o comunistas, podrá servir como patente de corso para cualquier acción infame que los sionistas decidan emprender desde el Estado racista de Israel. Hay que decir en este sentido que la lectura del heroico levantamiento del gueto de Varsovia nos trae sin cesar a la mente imágenes de otro gueto, el de Gaza, donde descendientes de las víctimas de antaño toman en nuestros días el papel de verdugos y asesinan así miserablemente otra vez a los inocentes judíos europeos.

Ingenieros de almas, de Frank Westerman y *Memorias de Rusia*, de Manuel Arce: dos libros muy distintos que ayudan a entender la Unión Soviética

Publicado en *Rebelión* el 1 de enero de 2012

El tiempo transcurrido desde la desaparición de la Unión Soviética comienza a propiciar una cierta literatura que podríamos denominar «arqueológica», marcada por la conciencia de enfrentarse a aquella sociedad como algo profundamente lejano y ajeno. Es cierto sin embargo que junto a éstos, siguen publicándose otros libros basados en experiencias autobiográficas de aquellos años. El contraste que suele existir entre la perspectiva de unos y otros textos no puede ser más notable, aunque todos coinciden muchas veces en enriquecer la imagen que tenemos de aquel tiempo. Los libros de los que voy a hablar aquí son un ejemplo de ello.

El holandés Frank Westerman, nacido en 1964, es un buen conocedor de Rusia, donde ha trabajado como periodista durante varios años. En *Ingenieros de almas* nos propone un recorrido por las biografías de algunos de los escritores más notables de la época soviética. En este sentido, el autor reconoce que más que los «tenaces e irreductibles» ante el poder soviético, le fascinan «los oportunistas más o menos acomodaticios, los conversos, los renegados y los indecisos». Tras esta declaración es fácil entender que no son Mijaíl Bulgákov o Anna Ajmátova los estudiados, sino Maksim Gorki, Isaak Bábel, Borís Pilniak, Andréi Platónov y Konstantín Paustovski principalmente. Es de este último, sobre todo, de quien se nos presenta una mayor cantidad de información, que incluye conversaciones del autor con su viuda y su hijastra y con los actuales custodios de su legado literario, así como la crónica de viajes por el norte de Rusia y Turkmenistán tras las huellas de los marcos naturales de algunos de sus libros.

Konstantín Paustovski (1892-1968) ha sido poco traducido al castellano, pero fue uno de los escritores más conocidos de la Unión Soviética y es autor de relatos notables por la calidad literaria de su lirismo y por las enamoradas descripciones de bosques y estepas que enmarcan sus historias. Participó en la literatura de propaganda de la época estalinista con trabajos como *Kara Bogaz* (1932) y contempló con el alma encogida los arrestos y ejecuciones de muchos de sus colegas y amigos en los años duros de la represión. De todo ello deriva un tono sombrío y una toma de refugio en la naturaleza que son características de su obra. Con el deshielo jruschoviano, y también después, fue de los abanderados de imprimir un tono más liberal a las letras soviéticas.

Ingenieros de almas se esfuerza sobre todo en mostrar cómo las vidas y las obras de los escritores estudiados estuvieron ligadas en buena parte a los grandes proyectos hidráulicos de la época. Se trata de construcciones como el canal Belomor, entre el mar Blanco y el Báltico atravesando los lagos Ládoga y Onega, el Lenin/Turkmenbashi en Turkmenistán, el Volga-Don o la desecación de la bahía de Kara Bogaz en el mar Caspio. Un proyecto más ambicioso que no llegó a realizarse era la denominada Perebroska, complejo sistema de canales que pretendía invertir hacia el sur el curso de los grandes ríos de la Rusia ártica para que pudieran regar las estepas de Asia central. Todas ellas eran obras faraónicas a las que los más famosos escritores del

momento fueron convocados como propagandistas. De estas complicadas relaciones entre ingeniería y literatura surgieron libros importantes de la era soviética como *El Volga desemboca en el mar Caspio* de Pilniak, *Las esclusas de Yepifán* de Platónov, *Energía* de Gladkov, varias obras del propio Paustovski o el volumen sobre el canal Belomor en el que intervinieron muchos autores bajo la dirección de Gorki.

Ingenieros de almas proporciona una gran cantidad de información y se lee de una forma extraordinariamente amena. La forma de enhebrar todos los datos es muy coherente y realmente al fin descubrimos algo de interés sobre aquella sociedad, que apunta a la eterna conexión que parece existir en la historia entre rígido autoritarismo y obras hidráulicas. Como apunte crítico sólo puedo decir que veo el libro como uno más de ésos que nos describen la Unión Soviética con una perspectiva lejana, de profunda extrañeza, como si contemplaran algo único y no consiguieran entender cómo pudo suceder. Bastaría a estos autores abrir un poco los ojos para ver en su entorno, en este mundo nuestro, escenarios que no desmerecen nada de lo narrado en sus páginas.

La otra obra que quería comentar aquí es un relato que destila vida por todas partes y con su realidad a flor de piel resulta extremadamente opuesto a esta mentalidad. Se trata de *Memorias de Rusia* de Manuel Arce. Nacido en Oña en 1929, éste fue uno de aquellos niños españoles enviados a la URSS durante la guerra civil para alejarlos de la violencia. Allí llega en 1937 y es destinado a la casa de niños de Óbninskoye, aunque más tarde, con la invasión alemana va a Basel, en el curso medio del Volga, poco después de que los denominados «alemanes del Volga» que allí habitaban fueran deportados por orden de Stalin. Allí pasa los primeros años de la guerra, combatiendo el hambre con trabajos esporádicos y pequeños hurtos. Los inquilinos de la casa de niños no dudaban en devorar ranas, gatos y todo bicho viviente que se ponía a su alcance, sin dejar de ser devorados a su vez por piojos y chinches.

Con catorce años comienza la vida laboral de Manuel como aprendiz de fresador en una fábrica militar de Sarátov, trabajando dos turnos seguidos de siete horas, hasta que en 1943 en un accidente de tranvía pierde las dos piernas. Tras salir del hospital es destinado a otras casas de niños y acaba de aprendiz con dos zapateros griegos. Con el fin de la guerra va a Najábino, en Moscú, y allí sigue viviendo en una casa de niños y ayudando a los zapateros, que también cambian su residencia. Poco después su vida mejora cuando le colocan unas prótesis que le permiten andar con bastante comodidad. Logra por entonces dar con su hermano César, superviviente del cerco de Leningrado, que morirá poco después de tuberculosis. A su memoria están dedicadas las memorias de Manuel Arce.

En 1947 son abolidas al fin las cartillas de racionamiento y Manuel, que ya tiene 18 años, va a estudiar Magisterio a Lebedián. En sus memorias destaca la amabilidad de todos allí con el «niño español». Tras terminar la carrera tiene posibilidad de trabajar pero decide estudiar Medicina, lo que hace en la Universidad de Riazán, y a partir de 1954, ya tras la muerte de Stalin, en Moscú. En 1956 regresa por primera vez a España y vive con sus padres en Burgos, pero pronto vuelve a Moscú con el fin de concluir sus estudios de Medicina. Conseguido este propósito, se especializa en neurorradiología y trabaja como médico, aumentando sus ingresos con traducciones. En 1964 solicita una vivienda y se le adjudica una habitación de 12 m^2 en un piso que debe compartir con un matrimonio, en una de las mejores zonas de la ciudad.

Dos años después, tras un intento de ir a trabajar a Cuba, frustrado por la negativa del PCE a dar su visto bueno, decide regresar a España, y se instala en Madrid con sus padres y su hermano pequeño Félix. Sigue una época de trabajo como neurorradiólogo en La Paz (hasta 1982) y en una clínica privada que abre tras obtener el título de odontólogo (hasta 1996). En 2001 crea la fundación Nostalgia con el objeto de conseguir pensiones del Gobierno español para sus nacionales emigrados a Rusia con la guerra y que permanecen allí. Lo logra en 2005.

Manuel Arce da en diversos momentos de su libro su opinión sobre las condiciones de vida en la URSS en los años que él vivió allí. Señala el predominio y prebendas de la *nomenklatura*, pero reconoce las ventajas evidentes de una sociedad con sanidad y enseñanza gratuitas y de buena calidad, y la ausencia de paro. El trato dado a los niños españoles fue excelente y muchos realizaron estudios superiores que los llevaron a puestos de gran responsabilidad. Todo esto le hace expresar su eterno agradecimiento al país que fue su segunda patria. Por otra parte, critica los privilegios y el nepotismo de los responsables del PCE que gestionaban la ayuda a los españoles residentes en la URSS.

Manuel Arce nos cuenta sus experiencias sin pretensiones literarias, con un estilo coloquial. El libro está además ilustrado con numerosa fotografías, con lo que la aproximación a lo narrado es mucho más emotiva. En él hay referencias a deportaciones y represión, y evidentemente todo eso estaba allí y en ocasiones se cruzó en el camino de su autor, pero contemplando cómo éste fue capaz de construir su vida a través de todo ello y con las experiencias que nos narra, aprendemos que nunca deberíamos juzgar aquella sociedad en términos de blanco o negro, como se hace tantas veces, y que las cosas en realidad son siempre mucho más complicadas.

Estamos en fin ante dos libros hermosos y diversos, capaces los dos de abrir nuestros ojos para comprender mejor aquel mundo complejo que fue la Rusia soviética.

Cartas desde el Gulag, de Luiza Iordache Cârstea. Julián Fuster Ribó, un español en la Unión Soviética de Stalin

Publicado en *Rebelión* el 14 de abril de 2022

Luiza Iordache es una historiadora especializada en el exilio español en la URSS. Su tesis doctoral: *En el Gulag. Españoles republicanos en los campos de concentración de Stalin*, publicada en 2014 por RBA, relata la odisea de los acogidos en Rusia durante o tras la guerra civil que terminaron internados en el Gulag, repasando sus peripecias en el universo concentracionario, así como los trámites para su liberación y las circunstancias en que ésta pudo al fin conseguirse.

Incidiendo en esta línea, el último trabajo de Iordache, *Cartas desde el Gulag. Julián Fuster Ribó, un español en la Unión Soviética de Stalin* (Alianza editorial, 2020) se centra en la figura de uno de aquellos hombres. La obra, que viene con un prólogo de la también historiadora Alicia Alted, comenzó a gestarse en 2007, cuando su autora tuvo acceso a los papeles personales de Julián Fuster a través de un hijo de éste, Rafael. Complementada con una intensa labor en archivos y entrevistas, esta información sirvió para rescatar el periplo biográfico de un cirujano, militante del PSUC, que viajó ilusionado a la URSS en 1939 y allí hubo de sufrir luego reclusión en cárceles y campos. Las experiencias narradas tienen gran interés para conocer la vida en Rusia durante la era de Stalin.

Primeros años

Julián Fuster Ribó nació en 1911 en Vigo, pero viajó pronto a Cataluña, de donde eran sus padres, y en Barcelona estudió Medicina, licenciándose en 1935. En esta época militaba ya en organizaciones de izquierdas, y tras la sublevación se afilió al PSUC y se ofreció voluntario como médico militar. Durante la contienda trabajó en diferentes hospitales por los frentes de Aragón y Cataluña, y llegó a ser jefe de Sanidad del XVIII Cuerpo de Ejército. Con la debacle republicana, en febrero de 1939 Fuster cruzó la frontera francesa y fue internado en el campo de Saint-Cyprien, donde siguió ejerciendo su profesión, atendiendo a los otros reclusos.

Trasladado en marzo a la fortaleza de Colliure, antro de torturas y vejaciones, allí permanece nuestro protagonista hasta el mes de mayo en que es liberado. Se le ofrece entonces la posibilidad de viajar a la Unión Soviética y no se lo piensa dos veces. Su admiración por la «patria del proletariado» y su agradecimiento por la ayuda recibida durante la guerra le hicieron acometer con esperanza aquella nueva etapa de su vida.

Un médico español en la URSS

Fuster embarca en El Havre con su mujer y sus tres hijas pequeñas y en unos días están en Leningrado. De allí viajan a un balneario en Zanki, cerca de Járkov, donde tienen oportunidad de descansar. Julián decide luego completar su formación como cirujano y en esta especialidad trabaja en diversos hospitales, hasta que se produce la ofensiva alemana y se incorpora al Ejército Rojo como médico militar. Alistado va a seguir hasta 1943, un año duro para él, marcado por la separación de su esposa y el fallecimiento de sus dos hijas pequeñas de tuberculosis.

Tras la Gran Guerra Patria, Fuster se especializa en neurocirugía en Moscú y laborando concienzudamente se gana una reputación como médico. No obstante, su visión crítica de la realidad que observa alrededor no va a tardar en causarle problemas. Ya el pacto Mólotov-Ribbentrop, a los pocos meses de su llegada al país, le había resultado difícil de digerir, y nunca se reprimió lo suficiente a la hora de expresar sus ácidas opiniones sobre el relato oficial que trataba de imponerse en éste y otros asuntos. La falta de libertad lo asfixiaba y en 1946 consiguió un visado para México, donde se habían exiliado sus padres. Sin embargo, su catalogación como «disidente» hizo que no se autorizara su salida. Además de esto, en 1947 fue despedido de su trabajo.

En aquel momento difícil, Fuster salió adelante gracias a las traducciones que le encargaba la embajada argentina, pero muy pronto un extraño incidente puso fin a estos servicios, dando un vuelco a su vida. Otro de los españoles colaboradores de esta legación, José Tuñón Albertos, protagonizó por aquellas fechas un desesperado intento de evasión de la URSS —escondido en una maleta— y tras ser descubierto el plan, la ola represiva alcanzó a nuestro hombre, que ninguna relación tenía con el asunto. Así fue como el 8 de enero de 1948 Julián Fuster fue detenido.

En el Gulag

Ocho meses en el siniestro caserón de la Lubianka son la primera estación en el viacrucis personal del discrepante cirujano. Sofisticadas técnicas de tortura, interrogatorios nocturnos y privación de sueño, con una dieta para mantenerlo en el límite de la supervivencia, consiguen en catorce días que firme la disparatada confesión que sus captores buscan. En agosto, Fuster es sentenciado a veinte años de trabajo forzado y trasladado a la sección de Kengir del recién inaugurado campo de Steplag, en Kazajistán.

Los reclusos, de muy variadas nacionalidades, que eran enviados a este complejo carcelario, sobre todo con delitos políticos, trabajaban jornadas de doce a catorce horas sin descanso semanal, en minas y en la excavación de cimientos para una factoría de enriquecimiento de mineral de cobre. Julián, sin embargo, va a ser una excepción a esto, pues nada más ingresar es incorporado a los servicios médicos,

ganando crédito en breve como hábil cirujano, con lo que llegó a operar incluso a los responsables del campo; el amor a su oficio aliviaba algo la pérdida de libertad, pero la vida era miserable y el futuro incierto. El libro aporta conmovedoras historias de compañeros de cautiverio que Fuster recoge en sus escritos, testimonios de la vesania del régimen de Stalin. En el plano sentimental, nuestro cirujano estuvo emparejado durante este tiempo con dos reclusas, Eha Lepp, una bióloga estonia que en 1950 le dio un hijo, y Nadiezhda Gordóvich, con la que la relación continuó después de la liberación.

Tras la muerte de Stalin, las amnistías parciales resultan frustrantes y bulle el descontento por todo el Gulag. En el Steplag, ya en 1953 comienzan huelgas y protestas, que son reprimidas con dureza, y en mayo del año siguiente estalla una rebelión en la que los presos llegan a hacerse con el control del campo. Es así cómo tras cuarenta días de negociaciones y sin aviso previo, en la madrugada del 26 de junio el ejército toma Kengir a sangre y fuego, masacrando con armamento pesado a los indefensos reclusos y provocando centenares de muertos y heridos. En estos momentos terribles, nuestro médico operó sin interrupción durante dos días hasta que se desmayó por agotamiento en el quirófano.

Julián es liberado el 10 de marzo de 1955 y se le fija un lugar de residencia próximo a Moscú, donde vive con Nadiezhda y trabaja como cirujano. Cuando se lo permiten, se establecen en la capital y él se gana la vida traduciendo libros de medicina, actividad que le aporta mayores ingresos que el quirófano. Su anhelo todo este tiempo es regresar a España, pero no logra materializarlo hasta 1959.

La URSS en el recuerdo

Julián y Nadiezhda viven en Barcelona y desde allí viajan a Cuba, donde ahora reside la familia de él. Pronto están de vuelta en la capital catalana y ella, incapaz de adaptarse a la vida española, retorna a la URSS. En esta época, Fuster ha de sufrir tanto la incomprensión de los suyos por sus críticas al régimen soviético, como el recelo de los franquistas, que vetan su acceso a un trabajo como cirujano. Es por esto que en 1961 decide sumarse a un programa de desarrollo sanitario en el Congo, pero al cabo de tres años la situación en África se torna peligrosa y regresa a Cataluña.

Sí consigue Fuster trabajo ahora como médico, en Palafrugell, y allí va a permanecer doce años, contando entre sus pacientes y amigos a Josep Pla, que lo recuerda amablemente en algunos de sus escritos, como un buen facultativo, viajado y de gran cultura: «*Un hombre que lo entiende todo porque prescinde de los prejuicios y los convencionalismos*». Julián disfruta al fin de una vida tranquila y contrae matrimonio con Leonor Ruiz, unión de la que nacerá su hijo Rafael, pero sus últimos años no van a ser fáciles; aquejado de párkinson, debe abandonar el ejercicio de su profesión y se traslada a La Pobla de Montornès, donde recibe visitas de sus hijos dispersos por el ancho mundo. En esta localidad tarraconense falleció Julián Fuster el 22 de enero de 1991.

La obra trae como anexos tres documentos interesantes. En su «Carta sin sobre a Nikita Jruschov», Fuster presenta un relato pormenorizado de los «Cuarenta días de Kengir», de los que fue testigo, episodio represivo cuya responsabilidad recae, según él, sobre el destinatario de la misiva. «Testimonio del "Paraíso Comunista". Yo ya estoy de vuelta» narra algunas de sus experiencias en la URSS, con grandes dosis de ironía ante la imagen edulcorada del régimen allí imperante común en la izquierda. Por último se incluye una «Nota sobre mi padre» firmada por Rafael Fuster.

La personalidad de Julián Fuster se dibuja nítida en este libro a través de los crueles trances que le tocó vivir, muestrario bien provisto de las convulsiones del siglo XX. A lo largo de su particular odisea, este médico catalán, con su gesto agudamente crítico, pero cargado de *seny*, inteligente y empático, se las arregla a cada momento para sorprendernos con una sana exhibición de dignidad e ironía saludable, bien sea ante los golpes del destino o frente a la brutalidad ignominiosa del poder. Tal vez es la contemplación de esta humanidad inclaudicable el provecho mayor de la lectura, junto a la profundización en los entresijos de un escenario impenetrable y sugestivo, cercano aún y ya con categoría de mítico.

La historia rescatada en *Julián Fuster Ribó, un español en la Unión Soviética de Stalin* viene acompañada de abundantes notas a pie de página, documentos y fotografías que la ilustran y enriquecen. Luiza Iordache ha conseguido regalarnos con este trabajo un pedazo conmovedor de la intrahistoria del siglo XX, un tiempo que es imprescindible conocer porque en él se gestaron todas las turbulencias del presente.

Harina de otro costal, de Ana Cepeda Étkina

Publicado en *Rebelión* el 3 de marzo de 2015

Pedro Cepeda Sánchez fue uno de los niños españoles evacuados a la Unión Soviética durante la guerra civil. Su estancia en aquel país se prolongó hasta 1966, e incluyó ocho años de internamiento en el Gulag, que fueron motivados por el deseo que siempre lo dominó de regresar a su patria. De su insólita peripecia vital dejó a su muerte unas memorias deslavazadas que fueron retrabajadas y completadas por su hija, Ana Cepeda Étkina, para dar forma a *Harina de otro costal*. El libro acaba de aparecer en el catálogo de Queimada y viene introducido por una nota de los editores

y un prólogo de Dolores Cabra, Secretaria general del Archivo Guerra y Exilio.

A comienzos de 1937, Pedro Cepeda, de 14 años, y su hermano Rafael, de 12, residentes en Málaga, son enviados por su madre a Valencia para defenderlos del inminente ataque franquista. En la capital iban a vivir con su prima, pero la realidad fue que ésta no contaba con el permiso de su marido para atenderlos y los chicos acabaron en un orfanato, del que en marzo fueron evacuados a la Unión Soviética. Al llegar a Yalta, su primer destino fue el campamento de pioneros de Artek, donde permanecieron hasta agosto. En una conversación allí con Dolores Ibárruri, ésta le pregunta a Pedro quién es su padre y si pertenecía al Partido, y cuando él contesta que era obrero pintor y estaba afiliado a la CNT, ya que en Málaga no había otro sindicato de la construcción, ella le responde: «*Ah, entonces ¡tú eres harina de otro costal!*». Esta frase se le quedaría grabada, y al final se convirtió en el título del volumen que recoge sus memorias. Harina de otro costal fue sin duda nuestro protagonista en la URSS, pagando caro por ello.

Pedro Cepeda parte luego para Moscú y se separa de Rafael que va a Leningrado. En la capital vive con otros chicos en un antiguo palacio transformado en escuela residencia. Se les educa en ruso y español y conocen lo más destacado de la ciudad, tratados magníficamente. De 1938 nos cuenta las visitas a fábricas, donde son presentados a las asambleas de obreros, cosechando una enorme solidaridad; se pronunciaban los consabidos discursos, y todo terminaba siempre en loas al camarada Stalin, promesas de aumentar la productividad y una opípara merienda para los niños. En 1939, algunos de los profesores que manifiestan su deseo de regresar a España son autorizados, no sin obstáculos. Con uno de ellos, José Cerdán, conversa Pedro poco antes de su partida e intercambian información sobre las «desapariciones» que están ocurriendo de personas críticas con la Unión Soviética. Cerdán le aconseja fervientemente que trate de abandonar el país.

La vida de Pedro en Moscú es tranquila. No se afana demasiado en los estudios, tiene buenos amigos rusos que lo ayudan, y no duda en colarse cuando puede en los cines y teatros; a veces es descubierto y toman su nombre, lo que no parece importarle. En el verano de 1941 se produce la invasión alemana, y en noviembre el enemigo está a las puertas de la ciudad. Los bombardeos son terribles y pronto los jóvenes españoles son evacuados bajo la dirección de Luis Balaguer, antiguo oficial del ejército republicano. Toman el tren en la estación de Yaroslavl y hacinados pero contentos parten hacia Barnaúl en Siberia, contemplando a su paso las destrucciones de la Luftwaffe. La comida no abunda durante el camino, pero con lo que les dan buenamente y lo que la picaresca española consigue, se van arreglando. Pedro mantiene relaciones esos días con Nadia Merentskova, sobrina del mariscal Merentskov, recientemente purgado por Beria, al que acusa además de haberla violado. Ella tiene en ese momento dos pasiones, la vodka y Pedro, pero ante la indecisión de él lo abandona en Omsk.

En Barnaúl se les atiende magníficamente, y en unos días son enviados a Samarcanda, en Uzbekistán, y alojados en una vieja escuela. Allí Pedro Cepeda es expulsado al investigarse una sustracción de sábanas ocurrida en ella. Pedro, que era uno de los implicados, se autoinculpa y al fin paga por todos. El dinero iba destinado a la novia de Pedro, enferma de tuberculosis, que cuando él es castigado niega cualquier conocimiento de los hechos y rompe con él. El espinoso asunto es revelado en la narración por el Chelu, un joven asturiano que ha acabado también por aquellas tierras y es buen amigo de Pedro. Él no lo abandona en la adversidad y muchos otros terminan acercándose a él de nuevo, y violando así el boicot que se le había declarado por iniciativa de Balaguer.

Incómodo y sin expectativas, Pedro Cepeda toma la decisión de huir y parte en tren con unos amigos georgianos en dirección al oeste. Atraviesa el mar Caspio y llega a Bakú, y de allí a Tiflis, donde lo tenemos ya en 1943. Se encuentra con conocidos de su estancia en Moscú, pero marcha pronto para Batumi (Georgia) en busca de su amiga Josefina, casada con Manuel Azcúnez, un marino español que es segundo ahora en un barco soviético, el Dimítrov. No acaba de encontrar un buen empleo y deambula por el puerto, tratando a viejos revolucionarios opuestos a los bolcheviques y que trabajan de descargadores. Por fin, a pesar de la prohibición impuesta por el PCE de que los españoles se alisten en la marina, sus amigos consiguen reclutarlo para el Dimítrov cuando corre ya el año 1944. El barco hace viajes a Novorosíisk y a Kerch, y así llega mayo de 1945 y el fin de la guerra. Pedro es enviado de regreso a Moscú.

En la capital el malagueño trabaja en una fábrica hasta que tras superar un examen de prueba es contratado de tenor dramático en la compañía del teatro Stanislavski. Con ella actúa por toda Rusia, aunque no faltan rifirrafes con la censura, como cuando le exigen que excluya de su repertorio la canción «Fiel espada triunfadora» de *El huésped del sevillano*. En esa época se casa con la rusa Rosa Morkóvkina, pero el matrimonio fracasa pronto, mientras una enfermedad de la garganta obliga a Pedro a someterse a una operación y ha de dejar de cantar. Son tiempos duros en los que su obsesión es abandonar la URSS, pero la política del PCE hace imposible ese sueño. En 1947 consigue un empleo en la embajada argentina que acaba de reabrirse en Moscú.

Su trabajo para los argentinos estabiliza pecuniariamente su vida, pero cuando informan a las autoridades de su contratación, en breve llega una nota del Ministerio de Exteriores de la URSS indicando que Pedro Cepeda es considerado *persona non grata* y desaconsejando que lo tomen

a su servicio. No impresiona esto a sus jefes, que siguen confiando en él. A finales de 1947, él y su amigo José Tuñón Albertos, un comunista que había sido capitán de aviación durante la guerra civil, preparan un plan para salir de la URSS. Con la colaboración de los argentinos, tratan de hacerlo escondidos en sendas valijas diplomáticas. El intento fracasa y Pedro Cepeda es detenido el 3 de enero de 1948 y llevado a la Lubianka, donde se suceden interrogatorios y torturas, aunque hay también buenos y sabios compañeros de celda que lo aconsejan y confortan. En marzo es trasladado a la cárcel de Lefórtovo, y allí sigue el tratamiento medio año más con torturas cada vez más refinadas y delirantes exigencias de información sobre el «espionaje argentino-norteamericano». Por fin, en septiembre se le comunica, sin ningún vislumbre de juicio o posibilidad de defensa, que ha sido sentenciado a veinticinco años de internamiento en un campo.

En breve Pedro parte en tren hacia su destino que resulta ser Intá, en las estribaciones occidentales de los Urales y muy cerca del Círculo Polar Ártico, región con minas de carbón. Allí intima con otro español, José Daniel Álvarez, comunista y capitán de la marina mercante, condenado por una insensata acusación de espionaje. Cuando la esposa del general Jaláiev, al mando de todos los campos de la zona, decide organizar una «compañía de ópera», valiéndose de los reclusos, Pedro tiene la suerte de ser reclutado. David Rabinóvich, amigo íntimo de Dmitri Shostakóvich y supuesto «enemigo del pueblo», dirige la orquesta y luego acompaña al piano a Pedro en una selección de canciones españolas. No obstante, en breve el teatro se cierra y el malagueño debe bajar a la mina: «*Los mejores días eran aquellos en que el termómetro marcaba menos de 30º bajo cero, porque en ellos no se trabajaba*».Afortunadamente, pronto vuelve a funcionar una «brigada de conciertos», que servirá para que brote un romance con Vera Baroniétskaia, una cantante rusa también recluida en el campo. Éste da lugar a múltiples peripecias más propias de un vodevil que de una crónica del Gulag.

Los años van pasando y en 1952 Cepeda es enviado a Karagandá (Kazajistán). Allí, en el campo 8, donde se les permite escuchar las emisiones de Radio Moscú, un día de marzo de 1953 les llega la noticia de que Stalin acaba de morir. Reúnen a los reclusos y el mayor Udódov, jefe del campo, se lo comunica entre lágrimas, pero tras unos segundos de silencio resuena un ¡¡Hurra!! atronador y más de ocho mil gorros echan a volar. Las condiciones de los presos mejoran algo mientras los acontecimientos se precipitan; en junio Lavrenti Beria es detenido y en septiembre Nikita Jruschov se encarama a la Secretaría General del CC del PCUS.

La vida continúa después sin mayores cambios, aunque un día se enteran de que habrá una Comisión de Revisión de Delitos Políticos para los presos de Karagandá. A principios de 1956, Pedro Cepeda trabaja de pintor-decorador en la nueva estación de tren, y cuando su nombre no figura en la lista de los que son llamados por la Comisión (el expediente se había traspapelado), trata de suicidarse con una ingestión masiva de Luminal (un barbitúrico). Logran salvarle la vida, y por fin aparece su expediente. El tribunal dictamina que su intento de fuga fue un asunto puramente político y decide ponerlo en libertad. Le hacen entrega del dossier con los documentos de la condena, que no se la había permitido leer. Conoce entonces la opinión de Dolores Ibárruri sobre su caso: «*A gente como Cepeda habría que haberlo colgado en una farola de la calle Gorki*».

Con la libertad, llega en agosto la tragedia de los indecisos, los que no saben dónde ir o cómo serán recibidos. Pedro Cepeda, queda sin un rublo cuando le roban lo que le habían dado al salir del campo y vive de la generosidad de viejos compañeros de reclusión hasta que consigue trabajo de cantante en la sociedad filarmónica local. Sigue siendo en esta época el robacorazones de siempre y mientras Vera, recién liberada, lo reclama desde Minsk, él, inmovilizado en Karagandá, comienza un hermoso idilio con Irina, otra excompañera de reclusión. Tras recorrer Kazajistán dando conciertos, a finales de 1958, casado con Irina, regresa a Moscú.

En la capital, Pedro ajusta cuentas en una tensa entrevista con Rosa, su primera mujer, por quien se siente traicionado, debido a su comportamiento durante su cautiverio. Con ella vive el hijo de los dos, nacido en 1948, tras su detención. En una conversación con Pepe Barceló, militante comunista e hijo del coronel Luis Barceló, sabe que cientos de españoles, y entre ellos casi todos sus amigos, han sido repatriados hace unos pocos años. Esta noticia lo desmoraliza completamente. Mientras tramitan la posibilidad de residir en Moscú, Irina y Pedro se establecen en Stalinogorsk, a unas horas de la capital. Allí trabajan, ella como ingeniera y él de profesor de canto, y tienen una niña, Antonia, pero las relaciones de la pareja no marchan bien. Pronto Pedro conoce a una violinista quince años más joven que él (36-21), Svetlana, de la que se enamora perdidamente.

Pedro y Svetlana se casan en Moscú en 1960. Aunque él no es aceptado por la familia de ella al principio, poco a poco se los va ganando, trabaja de periodista y reanuda el contacto con su madre, que sigue en Málaga, mientras continúa inquebrantable batallando por que se le permita regresar a España, empeño difícil pues cuenta con la oposición de los dirigentes del PCE. Desesperado, un día se planta en la Lubianka, donde es recibido por el mismísimo Anastás Mikoyán (ministro de Comercio), y le plantea la disyuntiva de que lo encierren otra vez o lo dejen volver a su país. Se le promete una revisión minuciosa de su expediente y al fin se le autoriza a regresar a España.

La pareja, con su primer hijo nacido en Moscú, se instala en Madrid en la primavera de 1966. Desgraciadamente los padres de Pedro ya habían muerto por entonces. Svetlana consigue un puesto en la orquesta de RTVE y él trabaja de traductor. Su hija Ana, la recopiladora del libro, nace en 1969. La familia lleva una vida tranquila en la que la música tiene un papel importante. Todos viajan en tren a Moscú en 1981, tras el fallecimiento de unos parientes de Svetlana. Pedro encuentra la ciudad igual y, con la fama de espía que arrastra, es vigilado continuamente. Regresan en avión a Madrid tras sufrir una interminable exploración de sus cuerpos y equipajes. Pedro Cepeda murió a causa de un infarto en Madrid el 8 de enero de 1984.

Personajes de la época hacen cameos en el libro. Valentín González, el Campesino, aparece en marzo de 1940 en Moscú, ya expulsado de la Academia Militar Frunze. Invita a merendar a Rafael y otros chicos y son amonestados por ponerse a hacerlo sentados al pie de una de las torres del Kremlin. Pedro conoce a Enrique Castro ese mismo año; militaba aún en el PCE y le recrimina su falta de aplicación en los estudios; a lo largo del libro asistimos al fortalecimiento de su amistad y a los enfrentamientos de Enrique con Pasionaria y los dirigentes del PCE, hasta su salida de la URSS. Luis Abollado, también comunista, traductor y autor de un manual sobre literatura rusa moderna, es otro buen amigo de Pedro, y tiene una conversación con él cuando trabajaba en la embajada argentina en la que lo avisa del odio que están generando en las altas esferas su independencia, su desobediencia y sus detalles amistosos con disidentes como El Campesino o Enrique Castro.

El libro nos sorprende también con digresiones sobre la historia de Rusia o aspectos poco divulgados de la biografía de Stalin, como sus crisis cardiacas o sus relaciones con su hija Svetlana. Las reflexiones de Pedro Cepeda acerca del carácter de los rusos denotan una gran penetración. Así, en Karagandá sostiene en una tertulia con otros presos que la extraña docilidad y sumisión al poder que observa es debida a la falta de intimidad de una vida caracterizada por viviendas compartidas, hacinamiento y colas para todo. Piensa que en estas condiciones es mucho más difícil desarrollar un pensamiento independiente. El malagueño emerge del libro como un personaje complejo y fascinante: cantante de talento, eterno seductor, amigo fiel de sus amigos. Es notable también su incapacidad de renunciar a exponer una opinión o una crítica que le brota impulsiva en el pecho, con lo que no es descabellado afirmar que su estancia en la URSS estaba predestinada a ser lo que fue. *Harina de otro costal* recupera su vida extraordinaria y nos ofrece un vivo retrato de la sociedad soviética en la retaguardia de la Gran Guerra Patria y en su postguerra hasta después de la desaparición de Stalin.

El caso Krávchenko: una de las grandes batallas mediáticas de la Guerra Fría

Publicado en *La Nueva España* el 12 de julio de 2020

El nombre de Víktor Krávchenko, alto funcionario ucraniano miembro de la Comisión Soviética de Compras en Washington, salta a los titulares de prensa en plena guerra mundial, en abril de 1944, cuando decide pedir asilo político a las autoridades norteamericanas. Dos años después aparece su autobiografía: *Yo escogí la libertad*, que se convierte en un *best seller* mundial, y con su denuncia de los crímenes de Stalin, en un arma de propaganda valiosísima en el arranque de la Guerra Fría. Esta obra dio lugar a un juicio por difamación en París, el conocido como «Juicio del siglo», en el que Krávchenko salió victorioso contra la poderosa maquinaria del Partido Comunista Francés.

Un ingeniero en la URSS

Víktor Andréievich Krávchenko viene al mundo en Dnipró (Ucrania) en el año revolucionario de 1905 y tras padecer el hambre y los horrores de la guerra civil, en 1921 comienza a trabajar como mecánico. Pronto milita en el Komsomol y en 1929 ingresa en el Partido. El año siguiente es elegido para estudiar ingeniería, y en un viaje a Moscú, transmite a los altos jerarcas Nikolái Bujarin y Sergó Ordzhonikidze, quien a partir de entonces se convierte en su protector, sus impresiones sobre los errores de una industrialización mal planificada que sumía a los obreros en la miseria. En esa época, Víktor conoce bien la colectivización y deskulakización que generan condiciones espantosas en el campo, pues es comisionado para fiscalizar y dirigir el proceso sobre el terreno en un par de ocasiones.

Los años 30 traen desarrollo y terror crecientes a Rusia, mientras el mundo se hunde en el fascismo. En el invierno de 1933-1934, los juicios públicos de la primera purga liquidan la disidencia dentro del Partido. Víktor, denunciado, ha de pasar por el estrado, pero se defiende bravamente y consigue conservar su carnet. En 1935 se gradúa como ingeniero y accede a la élite de la sociedad soviética, aunque esto no es óbice para que sienta cada día la ominosa vigilancia de muchos ojos y oídos alrededor.

En el verano de 1936 da comienzo la Gran Purga que recrudece la persecución hasta extremos de delirio. Muchos duermen vestidos, por si acaso... A Víktor le llega el golpe en noviembre. Es acusado públicamente y escudriñado por una comisión, pero consigue librarse otra vez. Sin embargo, el suicidio de Ordzhonikidze en febrero de 1937 lo deja sin su paraguas moscovita y las consecuencias no se harán esperar. Pronto es degradado, expulsado de su casa y sometido a agotadores interrogatorios. A principios de 1938 logra za-

farse por intercesión del comisario de Industria Lázar Kaganóvich, su nuevo protector, pero por entonces comienza a acariciar la idea de huir del país.

La Gran Guerra Patria

La acometida alemana de junio de 1941 pone al país en peligro mortal y a través de altavoces en las calles Stalin se dirige a las masas para anunciar una alianza con las que hasta ayer eran «democracias degeneradas». Víktor se une al Ejército Rojo con el grado de capitán y es destinado a la retaguardia, pero pronto es desmovilizado debido a su alta cualificación técnica e incorporado como ingeniero jefe a un trust de empresas que fabrican material de guerra. En mayo de 1942 se le nombra para un importante cargo en el Sovnarkom, la dirección industrial del país.

Yo escogí la libertad nos instruye en las rutinas y privilegios de un alto funcionario soviético. En el invierno de 1942-1943, mientras la guerra se decide en Stalingrado, Víktor vislumbra la esperanza de formar parte de la comisión de especialistas que viajarán a los Estados Unidos para las negociaciones del «Préstamo y Arriendo». Su historial es escudriñado y su fidelidad puesta a prueba, y a fines en julio se le entrega el pasaporte. Escapar y contarlo todo se convierte en una misión sagrada. Tras largas jornadas en el transiberiano y ver desaparecer la costa de su país desde la cubierta de un barco, llega a Vancouver. Allí toma contacto con un «mundo capitalista» cuya abundancia y libertad le impresionan.

En abril de 1944 Víktor da el gran paso, viaja de incógnito a Nueva York y convoca a la prensa para difundir una denuncia de la situación en la URSS y buscar el apoyo del pueblo norteamericano. Al final del libro, reconoce que jamás hubiera abandonado su país si hubiera visto una posibilidad de luchar por la libertad dentro de él. A partir de ese momento, protegido por las autoridades, su vida será una huida con continuos cambios de identidad.

Yo escogí la libertad es redactado en los meses siguientes a la deserción, pero su demoledora crítica de un aliado decisivo sólo pudo aparecer en 1946, tras el fin de las hostilidades. Atacado ferozmente por la máquina de propaganda del Kremlin, pero coreado por los *mass media* y traducido a todos los idiomas, el libro se convirtió rápidamente en un éxito de ventas.

Yo escogí la libertad: un documento extraordinario

Ante un texto de estas características, la desconfianza del lector es simplemente prudencia. Sin embargo, de todas las interpretaciones posibles, uno termina apostando por la buena fe que destilan el testimonio y las denuncias del protagonista, enhebrados en un relato de extraña coherencia y que en nada contradice lo que sabemos por otras fuentes. Víktor Krávchenko recibe golpes que están a punto de acabar con él varias veces, pero tiene la suerte de salir adelante, protegido por su prestigio técnico, su inteligencia y su capacidad de trabajo, apreciadas por los máximos dirigentes. Podría pensarse que su trayectoria es la de un triunfador, pero la repulsa y el desprecio acumulados le hacen renunciar a sus privilegios y arriesgarlo todo para transmitir a la opinión pública mundial los excesos de que ha sido testigo.

A diferencia de los relatos críticos escritos por visitantes de la URSS, *Yo escogí la libertad* surge de una privilegiada mirada desde dentro, y tiene la virtud de poner ante nuestros ojos a las víctimas olvidadas de un régimen de horror: muertos de hambre en Ucrania, mientras el Gobierno acaparaba y exportaba alimentos; pretendidos kulaks despojados de todo; obreros en la miseria de una sociedad desigual; trabajadores forzados de los campos: seres de otro planeta que deambulan por la obra, como lo hacen también los *besprizórniki*, niños sin hogar; y sorprendentemente, en la misma cúspide, dirigentes aterrorizados: «*Teóricamente, los comunistas éramos quienes regíamos los destinos del país, "lo mejor de lo mejor" entre los forjadores de un nuevo mundo. En la práctica, éramos peones desvalidos de una partida jugada por un régimen policíaco según normas de su propia hechura*».

El juicio del siglo en París

En noviembre de 1947, la revista *Les Lettres françaises*, ligada el Partido Comunista, publica en París un artículo titulado «Cómo fue fabricado Krávchenko» firmado por Sim Thomas, un supuesto periodista norteamericano, en el que se afirma que *Yo escogí la libertad* no fue escrito por quien pone su nombre en la portada, sino por un renegado que se esconde por miedo de no poder demostrar su autoría. Aparecen luego otros artículos con más calumnias y Krávchenko toma la decisión de querellarse contra la revista en los tribunales franceses. El proceso judicial subsiguiente supondrá una batalla propagandística de la que el Gobierno soviético no va a salir muy bien parado.

Debido a la táctica dilatoria de los demandados, el juicio no comienza hasta el 24 de enero de 1949. Unos días antes, Krávchenko convoca una rueda de prensa a la que asisten más de cuatrocientos representantes de medios de todo el mundo. Ante ellos afirma que, habiendo sido difamado en muchos países, ha elegido Francia para presentar una querella debido a la pujanza de su Partido Comunista, que dará máxima relevancia a las revelaciones sobre el régimen soviético contenidas en el libro, las cuales se propone demostrar con ayuda de numerosos testigos.

Las sesiones se prolongarán hasta el 22 de marzo ante un público abundante y enfervorizado en el que no es raro ver a Arthur Koestler, Louis Aragon, Jean Paul Sartre, André Gide o François Mauriac. Entre los testigos de la defensa se encuentran personalidades francesas próximas al Partido, que se deshacen en elogios de lo que vieron en sus visitas a

la URSS y desmienten diversas afirmaciones del libro. Hay también viejos conocidos de Krávchenko llegados de Rusia, que declaran ser falsos aspectos de su biografía recogidos en él. Entre ellos está su exesposa, madre de un hijo suyo nacido en 1935. El careo entre ésta y Víktor en el juicio da lugar a momentos de gran tensión.

La acusación por su parte presenta a otros viejos conocidos de Krávchenko que contradicen a sus calumniadores, pero sobre todo, y mediante anuncios publicados en la prensa, consigue reclutar una legión de rusos y ucranianos exiliados que vivieron la represión en sus países y están dispuestos a rememorarlo todo. Es así como obreros, ingenieros y campesinos suben al estrado en el Palacio de Justicia parisino para desgranar sus recuerdos del horror, y las brutalidades que relatan arrancan lágrimas al público y difundidas por los medios producen una conmoción social. Las mentiras urdidas contra Krávchenko se estrellan ante la sinceridad de estos testimonios. En el transcurso del juicio, se presentó además el manuscrito del libro, como forma de demostrar la autoría cuestionada en *Les Lettres françaises*.

La sentencia, leída el 4 de abril, condena al director de la revista a pagar una indemnización, y aunque no se pronuncia sobre la situación en la URSS, al declarar difamatorios los artículos, respalda implícitamente las acusaciones contenidas en *Yo escogí la libertad*. *Les Lettres françaises* apeló el veredicto y un tribunal francés superior confirmó la sentencia, pero redujo la indemnización a una cantidad simbólica, con el argumento de que la publicidad del juicio había ayudado a Krávchenko a vender su libro.

Las dos obras que aportan la mejor aproximación a este histórico proceso son *El caso Krávchenko* (1990), que reúne las crónicas de las sesiones elaboradas por la periodista rusa Nina Berberova para la revista *La Pensée russe*, y *La espada y la serpiente*, publicado por Krávchenko en 1950, que se dedica en gran parte a dar a conocer a las víctimas de la represión que actuaron como testigos. Al final de esta segunda entrega, el autor toma conciencia de que sus argumentos son utilizadas por regímenes injustos para desviar la atención de sus propios crímenes y llega a la conclusión de que la única victoria eficaz sobre el régimen tiránico de Stalin se lograría promoviendo trasformaciones sociales pacíficas que, preservando la libertad, fueran capaces de mitigar las diferencias económicas entre los hombres.

Krávchenko se unió sentimentalmente a una mujer norteamericana con la que tuvo dos hijos, y vivió de incógnito en Estados Unidos y Perú, donde trató de impulsar empresas mineras con los beneficios de sus libros. Su muerte en Nueva York en 1966 es considerada oficialmente un suicidio, aunque algunos indicios apuntan a un asesinato por parte del KGB.

Diario de un lobo: pasajes del mar Blanco, de Mariusz Wilk. Instantáneas de la Rusia profunda hoy

Publicado en *Rebelión* el 13 de enero de 2010

«*Melnitsa solía decir que las Solovki eran un* svalka ludei, *un basurero humano. Igual que hace años el glaciar trajo consigo piedras, así hoy la vida arrastraba a este lugar todo tipo de desechos humanos: a los soñadores, a los idiotas, a los poetas, a los outsiders, a los fracasados, a los descarrilados, a los místicos, a los parásitos y a los fugitivos. La vida los azotaba, los maltrataba, y los arrojaba cada vez más y más lejos de la corriente principal y mayoritaria, para que, un día, se despertaran... aquí, sobre estas piedras que sobresalen del mar Blanco*». Antonina Mielnik, llamada Melnitsa («la Molino») por su corpachón, es uno de los personajes más entrañables del libro; poeta y periodista, dirige en las Solovki un diario que trata de informar y rescatar la historia, mientras las desgracias se acumulan. Ella hace que Mariusz decida quedarse en las Solovki. Desesperada y alcoholizada se suicida en Arcángel unos años después.

Mariusz Wilk, nacido en Wrocław (Polonia) en 1955, se comprometió de joven con las luchas del sindicato clandestino Solidaridad y fue detenido y encarcelado. En 1991 se instaló en las Solovki y después en Carelia, a orillas del lago Onega. Desde allí enviaba a la revista parisina *Kultura* crónicas que han dado lugar después a varios libros. De éstos, *Diario de un lobo* es el primero que aparece en castellano (Alba editorial, 2009, trad. de Katarzyna Olszewska Sonnenberg), agrupando dos textos: «Apuntes desde las islas Solovki», sobre la vida en el archipiélago, y «Kanín Nos», relato de un viaje en barco por el mar Blanco y el de Barents en torno a la península de Kanín. El volumen se completa con un glosario. Wilk es un indagador del alma rusa, y se propone en esta obra acercarnos a un territorio del gran país emblemático desde hace siglos, sede de uno de sus más importantes monasterios ortodoxos, que ya fue un presidio en la época zarista, y del SLON, primer campo de trabajos forzados de la URSS y laboratorio para el Gulag. Según Wilk, profundizar en los rasgos de un lugar así puede decirnos más que el revoloteo desde la distancia que suele predominar en la literatura de viajes al uso. Así, un capítulo desarrolla por ejemplo una crítica de *El Imperio*, el libro de Kapuściński sobre la desintegración de la URSS.

Hay en *Diario de un lobo* capítulos históricos sobre las islas, también sobre la formación de la gran nación rusa y las herejías que desafiaron la ortodoxia, sobre la exploración del Ártico y la vida en el SLON, pero abundan sobre todo retratos de las gentes que viven hoy en las Solovki. Desfilan así por sus páginas mafiosos de poca monta, poetas refugiados en la bebida, veteranos de Afganistán, bol-

cheviques irreductibles y un arquitecto reconvertido en monje-filósofo que talla cruces ortodoxas. Todos componen una sociedad desestructurada y caótica, dominada por ladrones y sumergida en alcohol, que sobrevive trabajosamente gracias a la huerta, la pesca y la caza. La perfección de la instantánea se basa en que Mariusz Wilk —«Mar» para todos allí— consigue convertirse en uno más y renuncia a cualquier protagonismo por el placer de escuchar y repetir testimonios. En escenarios que podrían arrancar exabruptos, él se esfuerza sólo en buscar las claves que la vieja historia arroja sobre el horror de hoy, y acercarse humanamente a los tipos entre los que vive.

El viaje descrito en «Kanín Nos» es un remate espléndido para el libro. En compañía de dos jóvenes amigos rusos y en el barco construido por uno de ellos, surcan un mar pródigo en nieblas y tormentas, pero que en los días luminosos tiene un brillo que no es de este mundo. En tierra recorren el laberinto de lagos y musgo de la tundra, un paisaje desolado marcado por restos de maniobras militares y recuerdos del Gulag. Allí conocen a las gentes que resisten en la dureza extrema del gran Norte: comunidades de pescadores devastadas por el nuevo orden económico, y supervivientes de los nénets, pobladores más antiguos de la región.

Visitar Rusia produce siempre la impresión de internarse en otro planeta, y en esto concuerdan todos los viajeros que desde antiguo han recorrido sus tierras. Sin embargo, el momento histórico que se vive allí ahora muestra algunas características que lo hacen fundamental para todos nosotros. Esto es así porque la disolución de la URSS y la constitución de una «democracia» al uso, resulta evidente que en vez de significar un avance para el tejido social, ha servido en realidad para propiciar la irrupción de mafias todopoderosas y desencadenar un colapso de todo el sistema, que se ve ahora sumido en el caos.

El análisis de esta sociedad tiene un interés extraordinario, porque pone de manifiesto, con un ejemplo extremo, las falacias que lastran el progreso de los derechos humanos en nuestro mundo occidental. Las historias que conocemos en *Memorias de un lobo* nos permiten ver la falsa y mediatizada «democracia» que sustituyó al «socialismo real» como una careta de libertad que cubre los manejos de poderes económicos e ideológicos notoriamente totalitarios. Mariusz Wilk consigue adentrarnos, con la crudeza de su retrato, en la negra podredumbre y el sufrimiento que generan todas estas mentiras en un lugar emblemático de la gran Rusia.

La caída del imperio del mal, de Aleksandr Zinóviev

Publicado en *Rebelión* el 7 de junio de 2016

Francisco Fernández Buey en su prólogo a *La caída del imperio del mal* de Aleksandr Zinóviev, editado por Bellaterra en 1999 (trad. de Juan Vivanco), nos recuerda los datos esenciales de la biografía de este filósofo y novelista ruso. Nacido en 1922 en una familia obrera de la región de Kostromá, estudió Filosofía en Moscú, doctorándose en 1951 tras combatir en la Gran Guerra Patria. Después de la muerte de Stalin ingresó en el PCUS, pero al ver fracasar su intento de luchar desde dentro del sistema contra las secuelas del estalinismo se convirtió en un disidente, mientras su campo de investigación se centraba en la lógica y la metodología de la ciencia. En 1977 se estableció en Alemania y sólo regresó a Rusia en 1999. Aleksandr Zinóviev falleció en Moscú en 2006.

En *Cumbres abismales* (1976), su primera gran obra narrativa, Zinóviev impugna con ironía y sarcasmo la era del estalinismo y el brezhnevismo, y el mismo tono continúa en sus escritos posteriores hasta que la perestroika y la subsiguiente desaparición de la URSS lo llevan a girar el punto de mira de su ojo crítico hacia la otra dirección, la de un capitalismo que se impone desencadenando una tragedia humana de proporciones colosales.

La caída del imperio del mal corresponde a este segundo período y comienza analizando el peculiar régimen nacido en Rusia en 1917, al que tanto sus partidarios como sus detractores coinciden en llamar «comunismo», pero que dista claramente de merecer tal nombre por su autoritarismo y la pervivencia en él de desigualdades. El colapso del régimen feudal-imperial y capitalista con la Revolución de Octubre dio lugar a un Estado que reproducía llevadas a su extremo las relaciones sociales de dependencia existentes hasta entonces, y caracterizado por un poder centralizado y jerárquico, apoyado en adoctrinamiento y manipulación ideológica generalizadas. Era un sistema represivo, pero que acertaba a cubrir las necesidades fundamentales de los ciudadanos.

Zinóviev nos describe la sociedad soviética y el papel dinamizador del PCUS, compatible con su estructura vertical de poder, así como la transición hacia 1956 de un régimen personalista (estalinismo) a otro en el que es el propio partido el que asume el control del Estado (brezhnevismo). Es a partir de 1985 cuando el final de este sistema propicia un regreso del autoritarismo más severo con modos mafiosos. La experiencia demuestra que éstos pueden vestirse de «multipartidismo» y «elecciones libres».

La destrucción de la URSS fue desde sus mismos orígenes un objetivo esencial para Occidente, y Zinóviev repa-

sa los ataques, que culminan en la presión militar y la propaganda ideológica de la Guerra Fría. Esta última fue tan portentosamente eficaz como para provocar el colapso de la segunda superpotencia mundial en un tiempo récord, lo que evidencia la infinita superioridad del control ideológico de Occidente sobre el que existía en la URSS. Seducidos por una imagen edulcorada del capitalismo, los rusos entregaron su destino, sin apenas resistencia, a las mafias aliadas a sectores de las clases dirigentes que se apoderaron del país. Al mismo tiempo, la vieja y envilecida «moral comunista» saltaba por los aires, sobreviviendo sólo el inmoralismo más abyecto.

Ante este panorama, Zinóviev toma partido abiertamente por el fenecido «imperio del mal» (en expresión de Ronald Reagan), un organismo defectuoso, pero que funcionaba aceptablemente. Los problemas de la sociedad soviética eran notorios, pero sólo con la llegada al poder de Gorbachov en 1985 se desencadenó la crisis fatal. Sin ahorrar calificativos, Zinóviev nos presenta a éste como el traidor que entregó Rusia a sus enemigos al emprender un programa de reformas que sólo lograron la paralización del país. En agosto de 1991, un intento de corregir la deriva catastrófica por parte de un grupo de altos cargos de la URSS fracasó por su blandura e indecisión, mientras el pueblo, sumido en un estado de confusión total era incapaz de ver sus verdaderos intereses. El paso siguiente fue la pugna entre Gorbachov y Yeltsin, que con el triunfo de este último llevó al fin de la Unión Soviética.

Todo se explica por el carácter ideológico de Occidente, un totalitarismo monetario con ropajes democráticos. La privatización de la economía rusa trajo consigo el enriquecimiento de una minoría mafiosa y la pauperización de grandes masas de población, y supuso un primer paso hacia la instauración en el país de una «democracia colonial» al servicio del capitalismo globalizado. El proceso es definido por Zinóviev como una «contrarrevolución criminal» en dos fases: traición política e ideológica (Gorbachov) y saqueo disfrazado de privatizaciones (Yeltsin). Fechado a comienzos de 1994, el libro termina con una crónica desesperada de los sucesos de octubre de 1993, cuando tras la orden de disolución del Soviet Supremo, los últimos resistentes fueron masacrados en las calles de Moscú.

La narración de lo ocurrido en Rusia entre 1985 y 1993 nos deja ver una demolición cuidadosamente controlada por Occidente de su enemigo histórico. Ése es el fondo del asunto, mientras unas marionetas gesticulan ante nosotros y un pueblo engañado es entregado inerme a sus verdugos. Zinóviev ve todo esto con angustia sin comprender que tanta traición y tanto crimen puedan ser posibles. Su opción es la identificación con el régimen destruido, pero mucho me temo que esa vía no conduce a nada. Si la criatura enferma fue asesinada sin contemplaciones, lo mejor sería diagnosticar qué la hizo tan vulnerable, y ahí es donde sus primeras obras narrativas pueden sernos muy útiles.

Una cáustica síntesis del espíritu del libro podría ser la frase famosa que circulaba por las calles de Moscú en los años 90: «*De todas las mentiras que nos contaron los comunistas había una que era verdad: el capitalismo es peor*».

Sólo la verdad, antología de artículos de Anna Politkóvskaya. La lucha de una mujer heroica contra la corrupción y el crimen que se enseñorean de Rusia

Publicado en *Rebelión* el 24 de enero de 2012

El carácter de Anna Politkóvskaya queda de manifiesto en sus propios escritos y en los testimonios de los que la conocieron. El retrato que de ella nos dejan todos estos textos es el de una mujer inteligente y con una valentía sobrehumana, pero evidencia sobre todo una pasión inagotable por sacar a la luz las corruptelas de los miserables que gobiernan el mundo, de exigir justicia y reclamar la salvaguarda de los derechos de todas las víctimas, las anónimas y ensangrentadas víctimas de la locura del poder. En la Rusia de Putin, este carácter indomable la llevó a forjar una reconocida carrera de periodista, y a sufrir también una persecución que culminó con su asesinato en octubre de 2006. Hay demasiados países a los que la etiqueta de «democráticos» se les cae sólo con considerar el número de periodistas asesinados en ellos. En Rusia ocho, solamente en el año 2010.

Anna Mazepa, que posteriormente tomaría el apellido de su marido Aleksandr Politkovsky, nació en Nueva York en 1958 de padres ucranianos, diplomáticos agregados a la representación de la URSS ante la ONU. Tras estudios de periodismo en Moscú y una tesis sobre la poesía de Marina Tsvietáieva, trabajó en distintos medios y a partir de 1999 en el periódico *Nóvaya Gazeta*, desde el que denunció las violaciones de derechos humanos cometidas por las tropas rusas durante la II guerra de Chechenia. Entre sus libros que ya habían sido traducidos al castellano, cabe destacar *La Rusia de Putin*, (Debate, 2005), retrato demoledor de la deriva totalitaria de Rusia en aquellos años, con «*niveles de corrupción inimaginables bajo Yeltsin o los comunistas*» y un poder repartido entre el crimen organizado y unos servicios secretos (FSB) entregados sin reparos al terrorismo de Estado y el genocidio de Chechenia. *Diario ruso* (Debate, 2007), publicado póstumamente tras su muerte, contiene anotaciones escritas entre 2003 y 2005 que describen con numerosos ejemplos las prácticas de tortura y asesinato empleadas habitualmente por el ejército ruso en la gue-

rra del Cáucaso. De Anna Politkóvskaya están disponibles también en castellano *Terror en Chechenia* (Del Bronce, 2003), *Una guerra sucia* (RBA, 2003) y *La deshonra rusa* (RBA, 2004).

Sólo la verdad, que ahora presenta Debate (2011, trad. de F. Garí Puig), recoge una selección de los artículos de Anna Politkóvskaya en *Nóvaya Gazeta*, realidad a flor de piel que nos sumerge en detalles de la situación del país y dibuja al fin un panorama angustioso. Al comienzo del libro encontramos la crónica de noviembre de 2003 en la que Anna informa desde Riazán del intento de asesinato de un periodista que había testificado contra un oligarca local. Al fin del texto reflexiona si pronto «*ya no quedará nadie dispuesto a ofrendar su vida para descubrir la verdad*». No obstante, las páginas más terribles son las dedicadas al genocidio checheno, relatos de torturas salvajes y asesinatos indiscriminados que la hacen afirmar en un momento: «*La guerra que hemos emprendido en el Cáucaso deshonra a nuestra nación sin excusa posible*». Y cuando surgen por parte chechena interlocutores que podían abrir vías de paz, son asesinados sin contemplaciones por los rusos que parecen interesados en una dinámica perversa de «cuanto peor, mejor». Es el caso de la muerte de Aslán Masjádov en 2005.

La dinastía de los Kadírov, gobernantes prorrusos de Chechenia y creadores allí de una industria de extorsión, ocupa una parte importante del libro. También se describe en detalle el caso del militar ruso conocido como El cadete, responsable de numerosas atrocidades y desapariciones y que llegó a enviar emails amenazantes a los periodistas de *Nóvaya Gazeta* que informaban sobre sus desmanes. La causa seguida contra este personaje estuvo salpicada de todo tipo de irregularidades, llegando a desaparecer pruebas de los propios juzgados, pero al fin y gracias al esfuerzo de los demandantes, se consiguió una sentencia condenatoria. Se tratan después dos casos de secuestro con rehenes que tuvieron desenlace trágico. El primero es el del musical *Nord-Ost* en el teatro Dubrovka de Moscú (2002), en el que Anna intentó negociar en el interior de la sala con los secuestradores, y al final pudo mostrar, gracias a la información proporcionada por su confidente en el FSB Aleksandr Litvinenko —asesinado posteriormente en Londres con polonio radiactivo—, que el Gobierno ruso estaba detrás de todo el suceso. Se recogen los artículos que describen las tensas negociaciones con el comando que ocupaba el teatro y la entrevista posterior al miembro de los servicios secretos infiltrado en el grupo que destapa toda la trama. El segundo caso es el de Beslán (2004), donde murieron 331 rehenes (186 niños) en el asalto de las tropas rusas a la escuela donde eran retenidos. En esta ocasión hay que señalar también el intento de envenenamiento de Anna cuando viajaba a la zona para actuar como mediadora. Los testimonios presentados permiten afirmar que Putin no hizo nada de lo que fácilmente podría haber hecho para solucionar pacíficamente la situación. El libro se completa con artículos de temática variada que muestran una faceta más distendida de Anna Politkóvskaya, relatos de viajes y una visita a los exiliados rusos en Londres. Para concluir, se aportan los textos en que trabajaba cuando fue asesinada, y una selección de reacciones y comentarios ante su muerte.

Anna Politkóvskaya murió por dignificar la palabra «periodista». Cuántas veces durante la lectura de *Sólo la verdad* comprendemos que su autora estaba jugándose la vida con las denuncias implacables, pero cargadas de argumentos, que realizaba a personajes cuyo carácter rencoroso y sanguinario no dejaba lugar a dudas. Cómo podía ella misma no darse cuenta de ello. Sin embargo rechazó la posibilidad de un exilio que la hubiera salvado, porque en su sistema de valores la dignidad estaba por encima de la propia vida. Anna Politkóvskaya nos dejó el recuerdo imborrable de un ser humano excepcional. Leerla es imprescindible para conocer el mundo en que vivimos y es también un tributo que debemos a su memoria.

El río, de Wade Davis: una reivindicación apasionada de la flora y las gentes de la Amazonia

Publicado en *Literaturas.com* (julio de 2005)

Wade Davis nació en 1953 en la Columbia Británica, y tras una tesis doctoral en la Universidad de Harvard, ha realizado investigaciones etnobotánicas y antropológicas por todo el mundo. Fruto de este trabajo han sido libros que alcanzaron gran difusión, como *The Serpent and the Rainbow* (1985) y *Passage of darkness* (1988) sobre los ritos del vudú en Haití, *Shadows in the sun* (1992) o *The clouded leopard* (1998). Davis ha participado también en series de televisión y documentales, y en la actualidad es explorador residente de la National Geographic, lo que quiere decir que forma parte del selecto grupo de naturalistas y arqueólogos que asesoran y coordinan los grandes proyectos de esta sociedad. *One river* (1996), publicado por Pre-Textos en castellano en 2004 como *El río*, es su peculiar tributo a dos de sus maestros, y un canto a la vida prodigiosa y multiforme de los grandes bosques pluviales de Sudamérica.

En las páginas de este libro se entrecruzan dos relatos. Seis de sus capítulos presentan una biografía de Richard Evans Schultes (1915-2001), nacido en Boston, educado en Harvard, y el último de los grandes exploradores etnobotánicos, que en los años 40 y principios de los 50 recorrió la selva amazónica estudiando las plantas y su uso tradicional por las poblaciones indígenas. Los ocho capítulos restantes, salteados con los anteriores, describen las experiencias personales del autor en las mismas regiones y en compañía de Tim Plowman, discipulo predilecto de Schultes y maestro del autor en sus andanzas amazónicas, que moriría prematuramente de sida en 1989; estos viajes tuvieron lugar en 1974 y 1975. Los desplazamientos temporales que esta estructura origina en el libro no resultan enfadosos. El protagonista está presente de la primera a la última página, y no es otro que el inmenso bosque y los hombres misteriosos que lo habitan. Sus arcanos son develados lentamente, y los capítulos son relatos intercambiables que nos dejan ver momentos privilegiados de esa búsqueda y ese descubrimiento.

Schultes comenzó sus trabajos en la selva amazónica en 1941, con el objetivo inicial de estudiar las plantas que producen el curare, poderoso relajante muscular fundamental en cirugía, pero a partir del comienzo de la Segunda Guerra Mundial, sería reclutado por el Gobierno americano para estudiar la posibilidad de explotaciones de caucho en el Amazonas, después de que el sudeste asiático, que se había convertido en productor fundamental de esta sustancia, cayera en manos de los japoneses. Los trabajos de Schultes le permitieron recolectar miles de ejemplares de plantas, que dieron lugar a cientos de artículos científicos y varios libros, entre ellos, *Las plantas de los dioses* (1979), escrito en colaboración con Albert Hofmann, el químico que sintetizó el LSD. Entre estas aportaciones hay estudios fundamentales sobre la ayahuasca, la coca, el curare, los árboles del caucho y una enorme cantidad de especies vegetales. En todas estas labores, los grandes logros científicos de Schultes se basan en sus cualidades de trabajador tenaz, su talento como botánico minucioso, y su capacidad para ganarse la confianza y asimilar las enseñanzas de los auténticos depositarios de la sabiduría sobre las plantas, los chamanes de las distintas tribus indias.

En 1953, y como resultado de la incomprensible suspensión por parte del Gobierno americano del programa sobre el caucho amazónico, Schultes, que había pasado por agudas crisis de malaria y beriberi, regresó a Harvard para seguir una carrera académica que le llevaría a convertirse en profesor de Biología y director del museo botánico de la universidad.

Las exploraciones de Tim Plowman y Wade Davis en los 70 se realizaron bajo la supervisión de Schultes, y les llevaron a recorrer amplias zonas de Colombia, Ecuador y Perú, y a estudiar tribus indias como los kogis, y su extraña cosmología, o los waoranis, que acababan de entrar en contacto por entonces con nuestra civilización. Investigaron también en detalle los rituales de la ayahuasca, y consiguieron resolver un problema que había quedado pendiente a su maestro: el árbol evolutivo de las diversas especies de coca que se dan en los Andes. Todos estos aspectos son descritos ampliamente en el libro.

La lectura de *El río* nos instruye también sobre la atormentada historia de las tierras americanas, que es presentada con un realismo fiel y certero, nada fantástico. Los horrores de la conquista se dibujan con sus colores reales, y también las masacres más recientes perpetradas por la industria del caucho e internacionales fruteras. El alma torturada y orgullosa del indio es estudiada con respeto, y éste corresponde siempre compartiendo su conocimiento de la selva y sus tesoros vegetales.

Estamos ante una obra, en suma, plena tanto de información rigurosa como de anhelo humanista, y noblemente empeñada en una reivindicación de las formas de vida tradicionales. En este sentido, es especialmente revelador el estudio de las propiedades vigorizantes, vitamínicas y alimenticias de las hojas de coca. Un atractivo adicional es la

magnífica traducción de Nicolás Suescún, que supera el difícil reto de un original lleno de referencias antropológicas y botánicas, y es capaz de expresarlo todo en un jugoso castellano lleno de color local andino.

Recorriendo esa larga lista de estudiosos de la selva amazónica que se remonta a Alexander von Humboldt y Richard Spruce, aprendemos en *El río* que, afortunadamente para la especie humana, el amor al estudio y el afán de conocer otras tierras y otras gentes se transmiten a través de las generaciones en una cadena interminable. Escribiendo la biografía de dos de sus maestros, salda Wade Davis su particular deuda, y construye al mismo tiempo un libro hermoso y verdadero que pone a sus lectores ante todo el misterio de la selva ecuatorial.

Tahuantinsuyu. Historia del Imperio inca, de María Rostworowski

Publicado en *Rebelión* el 3 de abril de 2024

Hija de un polaco y una peruana, ambos de origen encumbrado, María Rostworowski (1915- 2016) vino al mundo en Lima, recorrió Europa en su juventud y tras regresar a su tierra natal y cursar estudios en la Universidad de San Marcos, desarrolló una fecunda labor historiográfica sobre aspectos variados del universo incaico. Su obra más conocida es *Tahuantinsuyu. Historia del Imperio inca*, cuya primera edición apareció en 1988 y que desde entonces ha sido reeditada varias veces, la última por Punto de Vista en 2023. En su amplia producción, Rostworowski estudió las culturas precolombinas de la costa peruana y abordó facetas mal conocidas, como el papel de la mujer en la sociedad prehispánica o la pervivencia de la religiosidad originaria tras la cristianización impuesta con la conquista.

Tahuantinsuyu. Historia del Imperio inca presenta una meticulosa reconstrucción del nacimiento, desarrollo y caída del Imperio incaico, con un esfuerzo por considerar, más allá de la narrativa occidental que se impuso sobre los hechos, cómo las peculiaridades culturales del mundo andino influyeron en esa trayectoria. Se trata así de una obra pionera, abanderada de un cambio de perspectiva y que se ha convertido en referencia esencial, aparte de ser el libro de ciencias sociales más vendido en toda la historia del Perú.

Historia de un imperio fugaz

Rostworowski comienza poniendo de manifiesto las diferencias entre las dos concepciones que compiten en la interpretación y descripción del mundo incaico, la de los habitantes originarios, carentes de escritura y dados a trastocar acontecimientos según el gusto del poderoso de turno, y la de los españoles, atentos sobre todo a justificar su conquista. Son dos mentalidades muy dispares, cuya pervivencia puede seguirse hasta hoy mismo y a través de las cuales el investigador debe esforzarse para aquilatar los hechos históricos.

Siguiendo a escritores españoles del siglo XVI, como el Inca Garcilaso de la Vega, Pedro Cieza de León o Pedro Sarmiento de Gamboa, entre muchos otros que recogieron las tradiciones locales, puede deducirse que la región del futuro Cusco estaba poblada desde antiguo por una diversidad de pueblos, regidos por jefes —curacas—. Rostworowski nos da cumplida noticia de los relatos, más o menos míticos tejidos en torno a ellos, y de cómo al comienzo del siglo XIII el Inca Manco Cápac logró someter a las tribus que vivían dispersas en la zona, huallas, poques y lares, e inició una pujante dinastía que usó alianzas y conquistas para extender su dominio.

Hay que esperar, sin embargo, hasta en acceso al trono de Pachacútec (1400-1471), noveno inca, en 1438 para que el Estado alcance las dimensiones de lo que suele considerarse un imperio. Éstas fueron acrecentadas luego por su hijo Túpac Yupanqui (1441-1493), y a duras penas mantenidas por su nieto Huayna Cápac (1467-1527). A la muerte de éste, la sucesión se debatió en una cruenta guerra civil entre dos de sus hijos, Huáscar (1491-1533), que controlaba el Cusco, y Atahualpa (1500-1533), fuerte en la región de Quito. Es este último el que termina imponiéndose y ejecutando a su medio hermano, aunque sólo para recibir el mismo trato por parte de los españoles unos meses después.

La estructura social de una civilización que no usaba dinero

La entidad política creada recibió el nombre de Tahuantinsuyu —«cuatro reinos» en quechua—, lo que muestra la obsesión de los incas por la división del espacio en dos o cuatro porciones equilibradas. Un aspecto crucial de este Estado es que en él no se usaba dinero y los intercambios se basaban en la reciprocidad. De esta forma, en una primera etapa, gobernantes como Yupanqui, que deseaban emprender importantes obras, de depósitos de alimentos, fortalezas, caminos, etc., al no tener un dominio absoluto sobre los señores de los territorios vecinos, se veían obligados a compensarles con una variedad de presentes a fin de que aportaran la fuerza de trabajo necesaria en los proyectos. Con el crecimiento del imperio, el inca logró por diversos medios un control más directo sobre los curacas, pero la reciprocidad se mantuvo a grandes rasgos. Rostworowski considera que uno de los factores para la expansión territorial fue precisamente el aumento continuo de excedentes de producción exigido por la reciprocidad.

En el Tahuantinsuyu, aparte de la élite gobernante y los sacerdotes y administradores ligados a ella, las estructuras de poder locales se mantuvieron a lo largo de su breve historia, con lo que nos permiten atisbar una organización social antigua. Los curacas disponían de tierras, cuyos productos servían para atender a ancianos, huérfanos y viudas. Había también campos del inca y de los sacerdotes, pero la mayor parte de la superficie cultivable era propiedad de las comunidades, que cada año asignaban a las familias parcelas para su subsistencia, de acuerdo con el número de hijos. El trabajo era obligatorio, pero se exigía a cada uno según sus capacidades. Los campesinos debían contribuir además por turnos a las grandes obras públicas a través de la institución denominada *mita*, y al servicio militar. Otras clases sociales las constituían pescadores y comerciantes, que redistribuían excedentes por medio del trueque. Típicamente, de la costa se enviaba pescado seco a las sierras, recibiendo a cambio otros alimentos y lana.

Resulta sorprendente que una cultura que no usaba la rueda y no conocía la metalurgia del hierro, presentara sin embargo una enorme sofisticación en su arquitectura, en su tecnología agrícola y en la utilización del suelo. Los incas fueron maestros en la construcción de terrazas, reforzadas con muros de contención, que aprovechaban las laderas de los cerros, canales, montículos y hoyas, en el uso de fertilizantes orgánicos y en la adaptación de los cultivos a la topografía y el clima tan arduos con que lidiaban.

Un proceso interrumpido

El libro nos presenta en detalle la historia de un pequeño señorío en Cusco, en el corazón de los Andes, que a partir del siglo XIII consiguió expandirse y desarrollar una forma política con muchas características originales, como eran la ausencia de dinero y el rol esencial de la reciprocidad en los intercambios que fundamentaban la estructura social. Sin embargo, una conjunción de infortunios puso fin al experimento en muy poco tiempo. A comienzos del siglo XVI la sucesión al trono degeneró en cruenta guerra civil y ello coincidió además con la llegada de extranjeros provistos de tecnología militar superior y dispuestos a quedarse con todo.

Rostworowski remarca no obstante, que junto a estas causas «visibles» del colapso del Tahuantinsuyu, no pueden dejar de mencionarse otras «profundas», entre las que señala la falta de una conciencia unitaria contra al invasor y el descontento creciente de los señores provincianos ante la política cada vez más autoritaria de los incas. Según ella, las contradicciones internas del sistema tuvieron un papel importante en su declive, al hacer imposible una respuesta coordinada y eficaz a la agresión exterior.

Profundizando en esto, es importante considerar que la fase «imperial» trajo consigo un incremento de los servicios de armas y una pérdida de poder de las élites y las poblaciones locales frente a la oligarquía cusqueña. El resentimiento a que esto dio lugar hizo nacer un deseo de sacudirse la influencia incaica, con lo que los españoles fueron frecuentemente bien recibidos e incluso auxiliados en su impetuoso avance. Sólo las miserias y sufrimientos que se abatieron sobre el pueblo después, durante la colonia, hicieron nacer la añoranza de un pasado que en resumidas cuentas no había sido tan malo.

Tahuantinsuyu. Historia del Imperio inca, de María Rostworowski, es una crónica de un Estado que floreció en el siglo XV con una estructura económica y social original, basada en muchos casos, y a diferentes niveles, en valores como la solidaridad y la reciprocidad. Esta experiencia quedó lamentablemente truncada por la llegada a aquellas tierras del tsunami colonial, que comenzó a drenar sus recursos hacia centros lejanos. Se instalaron así en el corazón de los Andes el culto al dinero, el capitalismo y los faustos de la modernidad.

La República de Platón y los Guaraníes, de José Manuel Peramás. Cavilaciones y contradicciones de un jesuita del siglo XVIII

Publicado en *Rebelión* el 24 de agosto de 2022

Durante el siglo XVII, la selva que recorren el Paraná y el Uruguay vio a los indios guaraníes levantar pueblos de arenisca roja hermosos y austeros para que les sirvieran de morada. Padres jesuitas lideraban su empeño de una nueva vida, con anuencia de reyes y virreyes, pero bajo la mirada reprobadora de los que sólo veían en el indio mano de obra esclava para sus plantaciones y minas.

Así vivieron muchos años decenas de miles de almas, agrupadas en treinta comunidades en las que se practicaba un socialismo confesional y sin estridencias, se editaban libros en guaraní y se componía y cantaba música indobarroca. Era aquél un oasis en el que se abolió la pena de muerte, la jornada laboral era de seis horas diarias y se cultivaban con esmero casi todas las artes. Los padres de la Compañía reinterpretaron las creencias de los indios, y el catolicismo sirvió de molde para el *aguyé* de los guaraníes, su ancestral búsqueda de la Tierra sin Mal.

Lamentablemente, el espíritu del capital conspiraba contra todo aquello y al fin logró echarlo por tierra, aunque sin conseguir que su memoria se desvaneciera y dejemos de buscar claves y lecciones en una experiencia cargada de ellas. ¿Cómo era en realidad la vida en aquellos falansterios clericales y selváticos? Los testimonios de los que la vivieron resultan preciosos, y por ello me gustaría recordar aquí el de

José Manuel Peramás, uno de aquellos jesuitas temerariamente dispuestos a construir un paraíso en la tierra.

Un humanista en la selva

José Manuel Peramás nació en Mataró el 7 de marzo de 1732 y con quince años ingresó en la Compañía de Jesús, en la que realizó estudios de literatura y filosofía. En 1754, atraído por la labor evangelizadora de su orden en América, viajó al virreinato del Río de la Plata, y tras concluir su formación y ser ordenado, a finales de 1758 fue destinado a la misión guaraní de San Ignacio Miní. En ella se entregó con otros tres padres a la cristianización de los indios.

Peramás sólo permaneció un año y medio en la selva, pues enseguida fue encargado de la cátedra de Retórica de Córdoba, que ocupó hasta la expulsión de los jesuitas de los reinos hispanos en 1767. Establecido después en Faenza (Italia), desarrolló una extensa producción literaria en latín, en la que destacan biografías de miembros de su orden, misioneros en tierras americanas; el poema *De invento novo Orbe*; *Annus patiens*, su relato de las vicisitudes del destierro sufrido; y *De administratione guaranica comparate ad Republicam Platonis commentarius*, de 1793, donde contempla las ciudades levantadas en la selva con ojos de humanista y responde a los difamadores de la Compañía. Esta obra fue vertida al castellano en Argentina por Emecé en 1946 como *La República de Platón y los Guaraníes*, con prólogo del historiador y jesuita argentino Guillermo Furlong y traducción y notas de Juan Cortés del Pino.

¿Comunismo guaraní?

En *La República de Platón y los Guaraníes*, Peramás contrasta la doctrina platónica y la realidad guaranítica para distintos aspectos de la vida. Somete así a escrutinio la ubicación de las ciudades, la construcción de las casas, los ciudadanos, los templos y sacrificios, la comunidad de bienes, los casamientos, la educación de la juventud, la música, los bailes, el trabajo colectivo, las comidas públicas, las artes y su desarrollo, el comercio, las relaciones con los extranjeros, el vestido e indumentaria, los magistrados, las leyes, el orden público, las penas, los funerales y los entierros. En cada uno de estos capítulos hallamos datos de interés sobre la vida en las misiones, al tiempo que las normas y costumbres establecidas en ellas quedan adornadas de referencias clásicas.

La fuente de inspiración de los misioneros estuvo sin duda más en las Leyes de Indias que en el filósofo ateniense, con lo que las semejanzas descritas por Peramás se deben sobre todo a coincidencias o paralelismos en cuestiones lógicas y de buen sentido, con valor universal. En cualquier caso, las analogías expuestas se leen con placer, por su amable erudición y su reivindicación de una sociedad armoniosa, que al final nos parece como idealizada en un tiempo mítico: «*No había entre ellos un solo soldado profesional. Sin embargo, llegado el caso, todos estaban en condiciones de actuar como soldados. En esto seguían el ejemplo de Platón, el cual, como arriba dijimos, deseaba que todos los ciudadanos, incluso las mujeres, estuviesen debidamente adiestrados para el caso de una guerra forzosa*».

Tiene especial interés lo que se detalla sobre la organización de la vida. En las misiones cada año se atribuía a cada familia un campo para que lo cultivara en su beneficio, mientras otras tierras eran de la comunidad: «*Con este sistema, todas las familias eran casi iguales y poseían los mismos bienes, a no ser que alguno cultivase su campo con mayor diligencia y obtuviese mayores cosechas. Pero esto introducía una desigualdad insignificante, y más bien constituía un estímulo (...). Por lo demás, entre los guaraníes no había un solo mendigo; porque si alguien no podía trabajar, era alimentado públicamente, y si podía, era obligado al trabajo*».

Contra los que habían afirmado que los indios eran esclavos de los jesuitas, argumenta Peramás lo raro de que nunca hubiera sublevaciones contra amos tan escasos en número e indefensos, y aduce el testimonio de un noble español que vivió entre los guaraníes y tras observar la labor infatigable de los misioneros llegó a decir: «*No son los indios esclavos del misionero; son los misioneros esclavos de los indios*».

Una selva de opiniones

La obra aporta también una aproximación a las interpretaciones de diversos autores sobre las misiones. El abate Raynal, historiador, enciclopedista y fustigador del colonialismo en su *Histoire des deux Indes* (1770), dedica sin embargo alabanzas a la comunidad de bienes y la forma de vida establecida por los jesuitas. Peramás se queja, no obstante, de que Raynal vea en esta sociedad sólo reflejo de una filosofía humana y no el plegado a las directrices evangélicas, lo que hace que lo apostrofe: «*Raynal, el bien de la sociedad no puede derivar de las doctrinas pestilentes de los filósofos modernos (entre los cuales estás incluido), sino de la doctrina y preceptos de Jesucristo*».

Entre los que vieron aquello con buenos ojos están también Buffon, Ladouceur, Haller, Büsching o Montesquieu. Peramás menciona también detractores, como el holandés Cornelius de Pauw, aunque, en general, sus invectivas son tan irreales que provocan más risa que otra cosa. En un próximo artículo recogeré más valoraciones sobre la obra de los hijos de Loyola en Paraguay.

Jesuitas: entre La misión *y* La araña negra

Quizá lo más chocante de *La República de Platón y los Guaraníes* sea su capítulo postrero, titulado: «Apóstrofe a los filósofos liberales», en el que Peramás afirma tajantemente que la ordenación social descrita no sería aplicable a los territorios europeos, en los que, una vez establecida

la desigualdad de clases, pretender eliminarla equivaldría a crear en los pueblos un horrible estado de confusión. Sin duda las noticias que llegaban de Francia aquellos días afianzaban esta opinión.

Además, según el otrora evangelizador de los guaraníes: «*No hay precepto natural que diga que todos somos iguales, ni Dios exigió jamás semejante cosa para el buen gobierno de los pueblos*». Y no es menos cierto para él que: «*¡Cuántas y cuán variadas dificultades crea esta platónica comunidad de bienes e igualdad de todos! En ninguna parte, hasta ahora, ha existido ciudad alguna que se rigiera por estas instituciones, ni creo que podrá existir jamás en el futuro*». ¿Acaso no recuerda el autor de esta frase lo que él mismo contribuyó a crear en América? Por lo visto, no.

Peramás se explaya citando todas las diferencias sociales y pecuniarias sancionadas por la divinidad en las Sagradas Escrituras, y concluye que Dios aprueba la desigualdad y ésta es legítima, siendo a la par necesaria, pues, como se vio, otra cosa es imposible. Colectivista en América, nuestro reverendo padre se transfigura en Europa en un furioso reaccionario. Y en todo momento encuentra apoyo en la Biblia para sus afirmaciones, tan diversas. Así da gusto.

Nada de esto debe extrañarnos. Comprometida a muerte con el Antiguo Régimen que garantizaba sus privilegios, la Iglesia católica miraba con horror el igualitarismo que predicaban los abanderados del nuevo orden social. Ello no fue óbice, sin embargo, para que enfrentados al reto de extender su fe en tierras lejanas, los jesuitas fueran capaces de crear, inspirados por lo mejor de la doctrina cristiana y sacando todo el provecho posible de las Leyes de Indias, un milagroso oasis de colectivismo y coexistencia armoniosa en las selvas de Sudamérica. El sueño no duró demasiado, pero aún nos ilumina.

El padre Peramás falleció en Faenza el 23 de mayo de 1793 tras una breve y dolorosa enfermedad. Entre sus papeles más íntimos encontraron unas líneas en las que confesaba su voto al oficiar diariamente el sacrificio de la misa: «*Pro America; Pro Indis et Nigris; Pro Juventute*».

Tentación de la utopía. Un libro imprescindible sobre las misiones jesuíticas del Paraguay

Publicado en *Rebelión* el 6 de septiembre de 2022

El quinto centenario de la llegada de los europeos a América sirvió para una rancia reivindicación de la aventura imperial por parte de los empeñados en continuarla hoy con el arsenal del capitalismo neoliberal. Sin embargo, el aniversario propició también una reflexión y toma de conciencia que cristalizaron en libros con los que descifr amos escenarios esenciales de aquel episodio de la historia, tan trascendental como falseado y manipulado.

Entre estos volúmenes destaca *Tentación de la utopía* (Tusquets y Círculo de lectores, 1991), un trabajo muy documentado y profusamente ilustrado sobre las misiones promovidas en Paraguay por los jesuitas durante los siglos XVII y XVIII. La obra recopila testimonios sobre aquella sociedad, introducidos y editados por Jean-Paul Duviols y Rubén Bareiro Saguier, y cuenta además con un amplio y revelador prólogo de Augusto Roa Bastos, que puede descargarse en la red y cuyas conclusiones sintetizo a continuación.

Utopía en el Nuevo Mundo

El autor de *Yo el supremo* nos ofrece en su texto reflexiones muy empáticas sobre un experimento social que atrajo la atención de los pensadores más influyentes. Hegel no se esforzó en entenderlo y lo despreció irónicamente, pero Voltaire reconoció que los cuáqueros en el norte y los jesuitas en el sur de América habían expiado las crueldades de los primeros conquistadores, dándole «*una nueva luz al mundo*».

La idea de «urbanizar» a los indios en reducciones surgió ya a comienzos del siglo XVI, y Bartolomé de Las Casas auspició las primeras, que no duraron mucho, en los territorios de las actuales Venezuela y Guatemala. Por lo que respecta al Paraguay, los franciscanos realizaron intentos todavía en el siglo XVI, sin cuestionar el espíritu de la encomienda, esto es la condena de los indios a trabajo forzado en las haciendas de los españoles. Como resultado de esta imposición, el tejido social de los guaraníes y su cultura estaban siendo destruidas, mientras la extenuación y las enfermedades los diezmaban. Las revueltas que estallaban en respuesta eran reprimidas brutalmente.

Esta espiral de violencia, explotación y muerte va a ser desafiada por la llegada al país en 1585 de los jesuitas, que abogan por un modelo de colonización bien diferente. Ellos centrarán su trabajo en las tribus aún no sometidas, y con ellas tratarán de edificar un orden social económicamente próspero, pero respetuoso con los derechos de los indígenas reconocidos en las Leyes de Indias y capaz además de defenderse militarmente tanto de los encomenderos como de los *bandeirantes* paulistas, que en el siglo XVII «cazaron» más de 300 000 indios para esclavizarlos. Esta tarea, que iba unida a la evangelización, había sido confiada a la Compañía por la Corona, harta de los excesos de los encomenderos, que dañaban sus intereses.

La primera reducción fue fundada en 1609. Los padres supieron conservar el colectivismo agrario de los guaraníes y aprendieron su lengua, que a partir de entonces pudo expresarse de forma escrita. Las similitudes entre el cristianismo y la religión de los indios fueron explotadas para acercarlos al mensaje del Evangelio. El proceso de urbanización

se consideraba necesario, pero trató de adaptarse a la estructura social de las tribus. Se construyeron poblados rectangulares para mil familias o más, con una plaza donde dominaba la iglesia, símbolo del nuevo orden. Los cambios resultaban gratos en general a los guaraníes, pues los percibían como un progreso, y en ello coadyuvó la introducción de los metales en los trabajos agrícolas, que permitía ahorrar tiempo y mejorar la eficiencia de las labores.

Las primeras décadas del siglo XVIII son la edad de oro de las misiones, con una extensión de más de cien mil kilómetros cuadrados y la mayor producción mundial de algodón y hierba mate, aparte de otras importantes de trigo, maíz, tabaco y caña de azúcar. La lengua de los indígenas era la oficial, lo que constituye una notoria excepción en la historia del colonialismo, y las imprentas sacaban a la luz numerosos textos en ella, aunque nada del cautivante universo mítico del pueblo que la hablaba. Al mismo tiempo, la arquitectura y la ornamentación veían florecer el original barroco hispano-guaraní,

Los jesuitas querían que esta organización sirviera de modelo para todo el Nuevo Mundo, pero había intereses poderosos empeñados en que esto no fuera así. Además, como señala Roa Bastos, el proyecto humanista chocaba con el esquema colonial que los jesuitas acataban. El hecho es que los anales de las misiones registran continuas guerras, contra encomenderos y *bandeirantes*, pero también contra caciques insumisos. En 1735, ocho mil guaraníes fueron decisivos en la batalla de Tobati para derrotar la revolución comunera, protoindependentista, que quería acabar con las misiones en favor de los encomenderos. La entrega a Portugal de una parte del territorio guaraní en 1750 desencadenó otra cruenta guerra, que se prolongó varios años.

Bareiro y Duviols resaltan en su introducción los elementos esenciales de la vida en las misiones: la base familiar monógama, la propiedad comunitaria y la inserción en una estructura eclesial y política que dio lugar a conflictos, e incluso guerras, con obispos y gobernadores. Nos relatan también cómo fue el fin de la historia. Con la expulsión de los jesuitas de todos los dominios de la monarquía hispánica decretada por Carlos III en 1767, se trató de que la situación siguiera igual, sustituyendo a los ignacianos, generalmente dos por misión, por miembros de otras órdenes. Sin embargo, lo cierto es que a partir de ese momento la población en los asentamientos no deja de disminuir, desde las 110 000 almas de los tiempos de esplendor a 54 388 en 1797 y 15 314 en 1830. Paralelamente, cae la economía, los indígenas se empobrecen y se hace más aguda su explotación, lo que explica las deserciones.

Protagonistas y juicios sobre el proyecto

En textos recogidos en el volumen, los propios jesuitas nos ilustran sobre las costumbres de los guaraníes, sus supersticiones e innata curiosidad, y la facilidad con que, viéndolos a ellos como «*grandes chamanes blancos*», por los progresos que les aportaban, los nativos aceptaban el cristianismo, aunque se citan casos de resistencia y martirios. La aculturación en el dogma católico y la urbanización suponían para los indios una renuncia a su existencia ancestral, pero también traían ventajas y era digno de verse cómo los mayores disfrutaban con la instrucción y los logros de sus vástagos, convertidos en hábiles artesanos y trabajadores.

Respecto a la vida en las misiones, en un artículo reciente recordaba lo que nos detalla José Manuel Peramás en *La República de Platón y los Guaraníes*. *Tentación de la utopía* incluye abundantes testimonios al respecto, entre ellos el de otro jesuita, el tirolés Anton Sepp, que era un gran músico y propició muchas conversiones con su arte. Éste nos describe cómo evita en su grey los pecados contra el sexto, uniendo a los quinceañeros en matrimonio, y expresa su felicidad con los progresos de «sus músicos», intérpretes brillantes en una orquesta y coro bien afinados. Los indios muestran un enorme talento imitativo y fabrican diestros todo tipo de instrumentos, incluso musicales y relojes, pero son endiabladamente perezosos, y capaces hasta de culminar un día de labranza asando el buey y usando el arado como leña. El buen padre nos confiesa que hace poco «fue absolutamente necesario» azotar a algunos que habían descuidado gravemente las labores agrícolas. Los jesuitas administran sacramentos, visitan enfermos, ejercen de médicos y jueces, y organizan los trabajos que la comunidad debe acometer; el suyo podría definirse como un despotismo paternal.

El capítulo «La controversia acerca de las misiones» aporta testimonios de quienes, como Peramás, participaron en ellas y las juzgan modelos de convivencia armoniosa. Otros sin embargo critican acerbamente lo que ven como una tiranía y explotación por parte de los religiosos, aunque los más fustigadores suelen ser funcionarios reales que adivinamos codiciosos del éxito económico que observan. Voltaire se asombra de la transformación de los habitantes de la selva en una nación regida por clérigos, que fueron capaces de someterlos a través de la instrucción y la persuasión.

La obra recoge también otras valoraciones. Bouganville en 1769 refleja la opinión de las autoridades coloniales en el momento de la expulsión de los jesuitas. El año siguiente, el abate Raynal ve con simpatía el proyecto, aunque critica la subordinación de los indios y que los padres se apropiaran de los excedentes de producción para sus propios fines, en lo que no hay más remedio que darle la razón. Chateaubriand en su *Genio del cristianismo* (1802) presenta las misiones como una república cristiana con un gobierno paternal, y resalta la felicidad de los nativos, dirigidos por los mismos que, amantemente, los habían traído a una nueva y mejor existencia. No se recopilan en el libro juicios posteriores, pero es interesante recordar aquí el de Leopoldo Lu-

gones en *El Imperio Jesuítico* (1904), donde reprueba con dureza la tiranía «teocrática» impuesta en las reducciones.

La discusión está abierta, pero la opinión expresada por Augusto Roa Bastos al final de su prólogo para *Tentación de la utopía* es tal vez lo más sabio que podemos llegar a concluir. Los jesuitas y los indios avanzaron juntos hacia un país de promisión, que podía ser simultáneamente la bienaventuranza cristiana y la utopía guaraní de la Tierra sin Mal. Desgraciadamente, la historia fue excesivamente pródiga con ellos en penalidades e infortunios.

Toussaint L'Ouverture. La Revolución haitiana

Publicado en *Rebelión* el 11 de septiembre de 2017

El libro presenta una antología de textos de y sobre Toussaint L'Ouverture, padre de la Revolución haitiana, la primera y más importante de las protagonizadas por esclavos negros en toda la historia. La edición es de Nick Nesbitt y la introducción corre a cargo del expresidente haitiano Jean-Bertrand Aristide, que sufrió también en sus carnes en 2004 el castigo por haber tomado la opción por los pobres en su gobierno y haberse opuesto a las directrices imperiales. La obra apareció en inglés en 2008 (Verso) y en versión castellana en 2013 (Akal, trad. de Alfredo Brotons Muñoz).

Toussaint era hijo de un príncipe africano llevado a las Antillas como esclavo y nació en 1739, o 1745 según otras fuentes, en la plantación de Bréda, próxima a Cap Haitian, la segunda ciudad de Haití. La cronología detallada que se aporta en el libro muestra la complejidad del proceso revolucionario que se desencadena en la Hispaniola a partir de 1791 como una secuela de lo ocurrido en la metrópoli. Toussaint, que desde 1776 era un hombre libre y propietario de esclavos, hace suya entonces la lucha por la emancipación y alcanza pronto un papel protagonista. Ha de enfrentarse primero a los franceses, pero cuando éstos, en 1794, conceden derechos a los negros, se une a ellos contra los españoles. Tras la victoria, entre 1795 y 1799, su influencia es decisiva en la reorganización del país.

Las tensiones con la metrópoli no hacen más que aumentar en estos años, y en 1802 un ejército francés desembarca en la isla para tomar el control de la situación. Toussaint es deportado, y fallece el 7 de abril de 1803 en Fort de Joux, en el Jura, mientras en su tierra los antiguos esclavos que no querían volver a serlo se enfrentaban a los franceses y lograban proclamar el 1 de enero de 1804 la primera república negra de la historia. Duró ésta sólo hasta octubre de 1806, pero permanece y brilla como un hito indeleble en la crónica de las luchas por la emancipación, rayo de luz desde las entrañas del infierno americano donde centenares de millones de seres humanos fueron esclavizados.

Aristide nos presenta en su introducción a Toussaint como un auténtico hombre libre, empeñado en conquistar la libertad para todos a los que se les niega. La raíz cristiana de su pensamiento hace que, según él, pueda considerársele un precedente de la opción por los pobres de la teología de la liberación, e insiste en que su mensaje tiene más relevancia que nunca en este momento en que los estragos del colonialismo se recrudecen en un neoliberalismo desbocado. Aristide concluye proponiendo medidas concretas, como la abolición de la deuda, que serían necesarias para paliar la postración económica de Haití, resultado de siglos de explotación y rapiña.

Cada uno de los textos de Toussaint, o relacionados con él, que se recogen en el libro viene precedido de una explicación de Nick Nesbitt. Leyéndolos conocemos su primera proclamación pública el 29 de agosto de 1793, cuando anuncia la adopción del nombre L'Ouverture (el Iniciador), así como algunas piezas de la correspondencia en la que reivindica siempre el final de la esclavitud al tiempo que se ve obligado a hacer equilibrios entre sus inestables aliados. Toussaint asume de corazón los ideales de la República francesa cuando ésta se compromete contra la trata, y define su objetivo político como una colonia con plantaciones eficientes en las que la esclavitud no existiera y todos recibieran un salario. Ha de entenderse sin embargo que para muchos trabajadores estos planes no resultaran demasiado diferentes de la oprobiosa situación anterior.

En 1797, la deriva reaccionaria en Francia hace que en una vibrante carta al Directorio, Toussaint se rebele contra las amenazas que se ciernen: «*Hemos sabido cómo afrontar el peligro para obtener nuestra libertad y sabremos cómo afrontar la muerte para conservarla*». En 1799, el primer cónsul Bonaparte trata de apaciguar los ánimos en una meliflua misiva, y en 1801, se redacta, a iniciativa de Toussaint, la primera Constitución haitiana, también reproducida en el libro, que francamente conservadora y autoritaria en algunos aspectos, tiene sin embargo el mérito de ser la primera en Occidente que reconoce el derecho ilimitado y universal a no ser esclavizado. No fue ésta bien recibida en París y en mayo de 1802, el ya emperador Bonaparte reinstaura la esclavitud en las colonias.

El libro recoge también documentos que nos aproximan al Toussaint más autoritario, como su proclama de noviembre de 1801 en la que defiende el trabajo de los niños en las plantaciones y arremete contra los que se niegan a integrarse en ellas*: «Desde la revolución, hombres perversos les han dicho que la libertad es el derecho a permanecer ocioso y a seguir solamente sus caprichos. Tal doctrina no podrían dejar de aceptarla hombres malvados, ladrones y asesinos. Es hora*

de arremeter contra los hombres empedernidos que persisten en tales ideas». Las opiniones expresadas por Napoleón en Santa Elena ponen de manifiesto lo cerca que estuvo de ratificar la obra de Toussaint. Sin embargo, rehusó hacerlo y hubo de enfrentarse a una táctica de guerrillas y tierra quemada en la que fue derrotado.

Toussaint insiste en todos sus textos en considerar la Revolución haitiana como expresión de una lucha por la emancipación que había de ser universal, inmediata y sin matices, y debe reconocérsele el mérito de izar esta bandera en una época en que en el mundo atlántico no existía ningún modelo para tal reivindicación. No obstante, ha de señalarse que su plan económico para la colonia, respetuoso en extremo de las sacrosantas propiedad y productividad del capitalismo de aquel momento, no dejaba de ser afrentoso. Prisionero de las contradicciones de su tiempo, Toussaint, más allá de su genio militar y su talento político, nos interpela hoy con una personalidad fascinante que se revela a cada paso en sus escritos: «*Sufro cada vez que no consigo evitar el mal*».

Los Jacobinos Negros. Toussaint L'Ouverture y la Revolución de Haití (1791-1804), de Cyril L. R. James

Publicado en *Rebelión* el 6 de junio de 2022

En la reseña dedicada recientemente a *Historia de las revueltas panafricanas*, otro libro de C. L. R. James (1901-1989) reeditado también por Katakrak, repasaba la trayectoria de este historiador, activista y escritor antillano (de Trinidad), que vivió largo tiempo en Inglaterra y los Estados Unidos, y cuyo pensamiento evolucionó desde el trotskismo hacia un énfasis en los movimientos de liberación de los grupos oprimidos, especialmente en los ámbitos africano y caribeño. *Los Jacobinos Negros*, publicado en 1938, es uno de sus textos fundamentales y acaba de aparecer en el catálogo de Katakrak con traducción de Ramón García.

Una nota editorial y la introducción de James Walvin indican la importancia historiográfica de la obra, resaltando un aspecto imprescindible para comprenderla, aunque muy alejado del ideario dominante. Se trata de tomar conciencia de que «*todo modelo económico colonial, incluido el del siglo XXI, se basa en una violencia despiadada*». El gran mérito del trabajo de James fue poner de manifiesto la trascendencia de la Revolución de Haití en la historia, explicándola a la vez como un corolario de esta violencia estructural.

Nunca antes ni después de los sucesos que se estudian, los esclavos fueron capaces de deponer el sistema esclavista y proclamarse ciudadanos libres de un Estado soberano. Hay que considerar además que, concluida esta gesta, y en parte a consecuencia de ella, el tráfico de seres humanos a través del Atlántico comenzó su declive. *Los jacobinos negros* aporta una crónica puntual de los hechos y una interpretación económica rigurosa, y estableció un nuevo camino para la historiografía con su manifiesto antiimperialista, esencial en un tiempo en que arrancaban procesos de descolonización por todo el mundo.

El sistema social esclavista

La colonización por los europeos de La Española dio lugar a guerras entre ellos que culminaron en 1695 con el tratado de Ryswick, por el que se repartió la isla entre los franceses, ocupantes de una porción occidental (Haití), y los españoles. Para este momento, la vida tradicional de los nativos ya había sido destruida e impuesto el trabajo forzado en plantaciones de caña de azúcar y café principalmente. De todas formas, como no eran brazos suficientes, se comenzaron a traer seres humanos apresados en África para auxiliar en las labores.

James nos expone el funcionamiento de la máquina esclavista: las expediciones y la inducción de guerras entre tribus para incrementar las capturas, la reclusión en infectas empalizadas y el embarque a América en unas condiciones que un escritor de la época describió así: «*Ningún lugar sobre la tierra acumula mayor miseria que el compartimento de carga de un barco negrero*». La vida en las haciendas prorrogaba el infortunio con trabajo agotador y castigos sádicos, más norma que excepción, con lo que los suicidios eran comunes. A los africanos se les consideraba y trataba como bestias, pero algunos testimonios acreditan su clara inteligencia y su sufrimiento por verse en tan triste situación. Su refugio era el culto vudú, en el que cantaban un juramento de destruir a los blancos y todas sus posesiones. Había también unos pocos negros privilegiados: sirvientes y capataces, y no faltaban los que escapaban a bosques y montañas, cimarrones errantes o instalados en quilombos protegidos por empalizadas. Hubo incluso rebeliones, como la de Mackandal, un cimarrón que organizó una red de envenenadores y asaltantes y traicionado por los suyos fue capturado y quemado vivo en 1758. En la metrópoli se elevaban críticas filosóficas a la esclavitud, como las de Diderot o el abate Raynal, que imbuido de justa cólera profetizó una revuelta: «*Sólo es necesario un jefe valiente. ¿Dónde está?*». Era ésta una frase que obsesionaba al hombre que va a ser protagonista principal de esta historia.

Los blancos por su parte estaban sometidos a sus propios tormentos: humedad y calor opresivos, enfermedades que acechaban, aislamiento de las plantaciones... No es de extrañar que sólo ansiasen acumular dinero para regresar a Europa. Entre ellos se diferenciaban «grandes blancos»:

plantadores y comerciantes ricos, y «pequeños blancos»: una pléyade de subordinados, funcionarios, tenderos, etc. Aparte campaban el gobernador y su camarilla, con poder casi omnímodo: «*Dios estaba demasiado arriba y el rey demasiado lejos*». En medio del lío, la genética de poblaciones hace aparecer enseguida mulatos. Éstos muchas veces son libres, sobrios y ahorradores, y crecen como clase en fuerte competencia con los blancos más pobres, promotores de crueles discriminaciones contra ellos.

A pesar de los pesares, el rendimiento económico de aquella sociedad era prodigioso, como se comprueba analizando las exportaciones de azúcar, índigo, algodón, café, cacao, etc. De hecho, la burguesía francesa extrajo su gran poder económico, que en breve se hizo político, de este flujo de riqueza, en cuya base estaba la infamia esclavista, pues de ella dependía todo lo demás.

En esta compleja estructura, la metrópoli se apropiaba el derecho de abastecer a las colonias y absorber su producción, o dicho de otra forma, el comercio exterior al sistema estaba proscrito, lo cual generó tensiones recurrentes entre los colonos y las autoridades. En realidad, aquel mecanismo tan eficaz económicamente estaba desgarrado por contradicciones internas y externas que iban a hacerlo saltar por los aires muy pronto.

El estallido de la tormenta

La prosperidad de Haití provocó la envidia de los ingleses, que encontraron una forma astuta de boicotearla. Si todo venía de la esclavitud, se trataría de abolirla y aquí cabían muchos y buenos argumentos humanitarios. Por otra parte, el colapso de la monarquía en Francia era imparable, y la «burguesía marítima», la que se lucraba con las colonias y el comercio asociado a ellas, decidió aliarse al sector liberal de la aristocracia para tomar el poder. Así, en 1789, a los grandes propietarios de Haití se les conceden seis diputados en los Estados Generales, cuando la revolución inicia su marcha.

Mientras tanto, en la colonia muchos blancos, grandes y pequeños, se alistan en el partido revolucionario. Una sublevación de los mulatos en 1790 es derrotada y su líder, el aristócrata criollo (un cuarto africano) Vincent Ogé, descuartizado. Al año siguiente son los negros los que toman el relevo. Dirigidos por Dutty Boukman, capataz y alto sacerdote vudú, queman las plantaciones y asesinan a sus propietarios en amplias zonas del norte del país, con un comportamiento cruel en extremo durante los primeros días, pero que se aplaca enseguida. Algunos mulatos y negros libres se les unen, entre ellos un tal Toussaint de Bréda, que había nacido en 1743 y conseguido la libertad en 1776. Éste era un hombre con cierta instrucción y buena posición económica, propietario él mismo de esclavos en ese momento, que mostró pronto su talento militar y fue apodado L'Ouverture, es decir, el Iniciador.

Contra los negros suman sus fuerzas blancos, y también mulatos, cuyas demandas son por fin aceptadas. En 1793 la revolución avanza en la metrópoli y Luis XVIII es guillotinado en enero. En febrero hay guerra con España, y es entonces cuando los españoles de Santo Domingo ofrecen a los esclavos una alianza contra el Gobierno francés que éstos aceptan. La destreza política y militar de Toussaint queda de manifiesto en los meses siguientes y consigue incluso sumar destacamentos blancos a su ejército de la libertad para todos. En febrero de 1794 se aprueba en París un decreto de abolición de la esclavitud, y Toussaint se une a los franceses, rompiendo con los españoles mientras combate también a los ingleses que habían invadido la colonia. Al año siguiente se firma la paz con España.

El ascenso de Toussaint

Hasta este momento, Toussaint es un general en el ejército de los esclavos y sus aliados más o menos coyunturales, pero en poco tiempo va a convertirse en líder indiscutido de la revolución. Es un hombre con clara inteligencia y dotes de mando, brillante estratega, reservado y firme, que va al frente de los suyos y arrima el hombro cuando hay que mover un cañón. La moral de la tropa es alta y aunque los medios son escasos, se resisten las ofertas de deserción con buenas pagas y mejor armamento por parte de ingleses y españoles. Ellos son los honestos hijos de la Francia republicana que les ha traído libertad e igualdad fraternas, y al mismo tiempo un ejército popular impregnado de las aspiraciones de las masas.

En las regiones que van siendo pacificadas, el empeño de Toussaint es que el país vuelva a su vida productiva. Él no duda en incluir blancos en su gabinete y se esfuerza para que las plantaciones funcionen, regidas por sus dueños pero ya sin el oprobio de la esclavitud y en ocasiones con un cuarto de la cosecha para los campesinos. Con inteligencia y trabajo sin desmayo, en 1796 el antiguo esclavo consolida su posición como consejero decisivo de Étienne de Laveaux, gobernador de la colonia, y en mayo del año siguiente es nombrado comandante en jefe. Mientras tanto, en París Robespierre ha entregado ya su cuello a la guillotina y el Directorio busca nuevos caminos para la revolución, respetuosos con la propiedad y el orden.

Este ascenso meteórico no deja de crearle enemigos a nuestro protagonista, y los primeros en tratar de descabalgarlo son los mulatos, que no soportan al valedor de los negros desposeídos, pero el complot es controlado con rapidez. Las noticias que llegan de París, de una deriva reaccionaria del Directorio, son preocupantes y en noviembre de 1797 Toussaint les remite una carta, recurrentemente reproducida por su vibrante y lúcida apología de los ideales humanistas de la revolución. A partir de ese momento está a la defensiva. En 1798, tras sufrir derrotas militares y reci-

bir promesas de que no se exportará la revuelta a otras colonias, los británicos abandonan Haití. La última resistencia de los mulatos en el sur es sofocada en 1800 y ese mismo año, la isla en toda su extensión es arrebatada a los españoles. El Santo Domingo revolucionario ha triunfado, pero está al albur de lo que ocurre en Francia.

Al acceder al poder en 1799, Napoleón había confirmado a Toussaint como comandante en jefe y gobernador, y lo que éste instaura en el país devastado por la guerra es una dictadura militar. Su administración favorece la productividad de las explotaciones, en las que esclavos hasta hace poco reciben sus salarios más el cuarto de la cosecha, y la isla progresa sin residuos de discriminación racial. James perfila un retrato físico y moral de este hombre que logró con su destreza y férrea voluntad lo que parecía imposible. En julio de 1801 se publica en la colonia una Constitución que consagra las libertades y establece una relación con Francia respetuosa pero no de sumisión. Ésta va a ser la excusa para una guerra a muerte.

Bonaparte entra en reacción

Decidido a apoyarse en el dinero, Napoleón busca el regreso de los buenos negocios del Antiguo Régimen, y para ello le resulta provechosa una alianza con la burguesía marítima. Furibundo racista además, está decidido a acabar con Toussaint y su *black power*. En diciembre de 1801 parte de la metrópoli con este fin una expedición de veinte mil veteranos al mando del general Leclerc, cuñado de Napoleón.

Mientras tanto, en la colonia los negros se rebelan contra un poder que para su gusto contemporiza con los blancos. La represión es cruenta, y éste es para James un gran error de Toussaint: no darse cuenta de que sólo contando con la adhesión inquebrantable de las masas tenía alguna posibilidad ante lo que se le venía encima.

Los franceses que desembarcan exigen sumisión absoluta, y la firmeza de Toussaint lleva sin remedio a una guerra civil en la que la mayor parte de blancos y mulatos apoyan a Leclerc. Los revolucionarios, escasos de recursos, practican una estrategia de tierra quemada, mientras abundan las deserciones en sus filas. Toussaint resiste, inflige graves derrotas a los franceses, y sólo ahora comienza a hablar a sus fieles de la independencia de la isla. En abril de 1802, con la estación lluviosa, comienza una epidemia de fiebre amarilla que va a diezmar los dos ejércitos. Poco después, Toussaint pacta una rendición con los franceses, que falsariamente le prometen que su milicia no será desarmada. Al principio se le deja en libertad, pero en unos días es apresado y embarcado para Europa con su esposa y sus dos hijos.

La guerra va a seguir sin embargo, en lo que influyen noticias que llegan de que en París la cámara legislativa ha votado el retorno de la esclavitud. Con Jean-Jacques Dessalines, otrora lugarteniente de Toussaint, al frente del ejército revolucionario, negros y mulatos unidos combaten a los blancos en una guerra feroz en la que por las dos partes se masacra a civiles. Leclerc fallece en noviembre de fiebre amarilla, y Toussaint, encarcelado en Fort-de-Joux, en el Jura, donde padece humillaciones, hambre y frío y se le priva de atención médica, va a sobrevivirle sólo hasta abril de 1803. Por esas fechas, sus viejos compañeros de armas comienzan a redactar en la isla natal una declaración de independencia que harán efectiva a finales de ese año, tras su victoria en la batalla de Vertières. El nuevo país adopta el nombre de Haití, que en la lengua de sus primitivos habitantes significa «tierra de montañas», y en su historia atormentada hasta nuestros días podemos ver lo cara que le han hecho pagar tanta libertad los dueños del mundo.

Un hito historiográfico

La Revolución haitiana fue un acontecimiento de primer orden cuya trascendencia no suele resaltarse suficientemente. Con su desarrollo imbricado con el de la gran Revolución francesa, la cual se entiende mal si no se considera lo ocurrido en la colonia, los eventos de aquel rincón del Caribe entre 1791 y 1804 marcaron un hito en la historia. En Haití se produjo en esos años la primera y más importante de las revueltas protagonizadas por esclavos negros, y además, éstos, bajo la influencia de un personaje extraordinario como fue Toussaint L'Ouverture y con el apoyo inicial de la Francia revolucionaria, fueron capaces de organizar una nueva sociedad más justa e igualitaria, que representaba un avance enorme sobre lo existente por entonces.

La gran aportación de *Los Jacobinos Negros* fue analizar con minucioso detalle esta historia en toda su complejidad y subrayar el protagonismo en ella de unas masas negras que en muchas ocasiones se evidencia que actuaron con más criterio político que sus líderes. Se caracteriza además con este trabajo un episodio decisivo a la escala del universo colonial, pues en La Española estuvo el germen del declinar de la trata en las décadas que siguieron. A través de esta obra, C. L. R. James nos revela de qué manera la infamia esclavista resultó esencial en el desarrollo capitalista de Europa, y nos muestra asimismo la capacidad de organización y lucha de sus víctimas, cualidad que no se les había reconocido hasta ese momento.

Otro aspecto muy sugestivo del libro es la imagen que en él emerge de Toussaint L'Ouverture, un brillante militar y político y un hombre inteligente y bienintencionado que merece un lugar entre los grandes luchadores por la emancipación humana. Pueden achacársele errores, pero lo cierto es que le tocó jugar una partida endiabladamente compleja y si de algo pecó fue de prudencia excesiva y una tendencia, cegado por altos ideales, a tejer alianzas imposibles con irreductibles enemigos de clase. En cualquier caso, con la aproximación que James nos proporciona queda claro que

la revolución de Haití fue en realidad un corolario de los sucesos de la metrópoli, de forma que cuando allí triunfó la reacción la suerte estaba echada.

Magonismo, utopía y revolución 1910-1913, de Rubén Trejo

Publicado en *Rebelión* el 3 de junio de 2015

El tiempo que va de las fraudulentas elecciones de junio de 1910 a febrero de 1913 es crucial en la historia de México. Tras una fullería que pone fin a la esperanza generada por el dictador Porfirio Díaz al anunciar su renuncia en 1908, la insurrección prende con fuerza y se extiende por todo el territorio de la república. Pero no es ésta una guerra civil al uso en la que grupos oligárquicos llevan a masas alienadas al matadero para decidir su hegemonía, o al menos, no es simplemente eso. Merece señalarse que algunos de los contendientes en esta pugna plantean propuestas que se cuentan entre las más notables que ha producido el pensamiento emancipador de la humanidad. Magonismo y zapatismo quedan establecidos a partir de entonces como referencias imprescindibles. El historiador mexicano Rubén Trejo realiza en *Magonismo, utopía y revolución 1910-1913* (Aldarull, 2010) un análisis riguroso y detallado del primero de estos movimientos y pone en evidencia cómo fue capaz de desarrollar, en condiciones muy adversas, una teoría y una praxis que, a pesar de sus incoherencias puntuales, siguen resultando enormemente válidas e inspiradoras.

El libro comienza repasando el desarrollo en los primeros años del siglo XX del Partido Liberal Mexicano (PLM), en el que tenían un papel destacado los hermanos Flores Magón: Ricardo, Enrique y Jesús. En 1900 aparece el periódico *Regeneración* y en 1901 se realiza el Primer Congreso Liberal y se constituyen decenas de clubes por toda la república. El objetivo inicial es la lucha contra la dictadura de Porfirio Díaz desde la perspectiva de un liberalismo democrático, pero pronto va a evolucionar hacia un programa libertario o socialista en sus dos sectores más influyentes. La represión arrecia y en enero de 1904 varios de los impulsores del movimiento optan por exiliarse en los Estados Unidos para organizar desde allí la insurrección. En los años que siguen, las coacciones y encarcelamientos no cesan, pero se producen también las primeras sublevaciones en diferentes puntos de México.

1910 es el año decisivo. El movimiento en torno a Francisco Madero, plataforma del reformismo burgués que contaba con algún apoyo en el PLM, es derrotado en las fraudulentas elecciones de junio, y ello da la razón a los más levantiscos; la consigna del día es: «*Mexicano: tu mejor amigo es tu fusil*». A partir del 3 de septiembre de 1910 vuelve a editarse *Regeneración*, vehículo insustituible para «*iluminar conciencias, templar caracteres y despertar santas rebeldías*», en el que coexisten fraternalmente las tendencias ácratas y socialistas que habitaban por entonces el PLM. El periódico tiene un papel destacado en las campañas de prensa que se desarrollan a nivel internacional contra el «diazpotismo». A finales de año se alzan los maderistas, pero el PLM rechaza una coalición con sectores que representaban los intereses de clase de la burguesía excluida del régimen dictatorial de Porfirio Díaz, netamente opuestos a los de las masas explotadas.

No obstante, en breve y sin mediar pacto ni alianza, toman las armas también los pelemistas para acelerar la caída de Díaz y reivindicar una componente de profunda liberación económica en el proceso revolucionario que arranca. Ésta se resume en la frase: «Tierra y libertad para todos». El libro describe en detalle la sucesión de acontecimientos en aquellos meses decisivos. En diciembre de 1910 hay ya algunas escaramuzas y cae Práxedis Guerrero, hábil pluma y talento militar, lo que fue una gran pérdida para el sector libertario del PLM. Sigue la lucha en enero, con actuación combinada en ocasiones con fuerzas maderistas, y poco después la bandera roja con el lema «Tierra y libertad» ondea en diversos lugares tras combates encarnizados, mientras el Gobierno gringo ofrece su apoyo a Díaz para aplastar a los insurgentes.

No faltan desafecciones en el campo magonista y además a finales de abril los maderistas comienzan negociaciones de paz con Díaz, al tiempo que se produce una dura escalada entre Madero y los pelemistas. Éstos eran en ese momento aproximadamente treinta grupos guerrilleros, nutridos de mexicanos y estadounidenses, con abigarrada mezcla de campesinos e intelectuales, que elegían a sus jefes y subjefes y se coordinaban con dificultad entre sí y con una Junta Organizadora establecida en los Estados Unidos. Allí se editaba *Regeneración*, y se constituyen por esa época casi un centenar de «Grupos Regeneración», integrados sobre todo por inmigrantes, para promover actividades de apoyo a la revolución que se desarrollaba en México.

En mayo de 1911, porfiristas y maderistas firman los Tratados de Ciudad Juárez que establecen la renuncia de Díaz y la convocatoria de nuevas elecciones, pero los magonistas no deponen las armas y llaman a los maderistas a unirse a ellos hasta el triunfo final de la revolución. Serán duramente perseguidos por fuerzas combinadas de maderistas y federales, y se prohibirá incluso la circulación de *Regeneración*. La guerra de clases llegará así a su desenlace natural: la burguesía olvida sus diferencias para aplastar al proletariado más combativo y perpetuar la explotación. Sin embargo, muchos socialistas mexicanos y estadounidenses son

partidarios de incorporarse al marco político que ofrece el maderismo y rompen con los libertarios que preconizan la continuación del movimiento insurreccional. En la renuncia de Díaz hay que ver además la retirada del apoyo de la élite estadounidense, descontenta con algunos comportamientos de éste que la perjudicaban.

Rubén Trejo analiza después las relaciones entre los elementos revolucionarios mexicanos y estadounidenses durante estos meses, marcadas por una estrecha colaboración e influencia mutua. La Junta Organizadora del PLM laboraba desde los Estados Unidos y cuando sus dirigentes son liberados en agosto de 1910, se concentran en apoyar la sublevación que se preparaba en México, para lo cual contaron con importante ayuda autóctona. También tratan de organizar a los inmigrantes, explotados de forma escandalosa, y se propugna una integración en el movimiento sindical estadounidense, que avanza a buen ritmo. Otra actividad fueron las campañas para evitar una intervención militar en México que era propiciada por los intereses económicos en juego.

Tras la renuncia de Díaz, el presidente interino Francisco León de la Barra se propone «pacificar» el país y convocar elecciones. Fuerzas maderistas y federales acometen a los magonistas y logran arrebatarles dos plazas importantes: Tijuana y Mexicali; un duro revés. En estas operaciones, el Gobierno estadounidense autorizó el tránsito de tropas mexicanas por su territorio. La lucha continúa, no obstante, en otras regiones con convergencia en ocasiones de libertarios e indígenas mayos y yaquis que rechazan someterse. Paralelamente se dan en el sur ocupaciones de tierras por fuerzas como las del general Emiliano Zapata, que son vistas con entusiasmo por los magonistas, y se producen huelgas que éstos tratan, con escaso éxito, de que se conviertan en revolucionarias y expropien las factorías para implantar la autogestión.

Siguen combates en el final del verano y el otoño de 1911, de los que se da cumplida cuenta, con malos resultados para los pelemistas, que pierden su última baza de imponer su programa. Vencedor en las elecciones de octubre, Francisco Madero practica un reformismo con intermediación en las relaciones entre obreros y empresarios y una tímida política agraria, pero habrá de enfrentarse a unas masas rurales que juzgan ésta insuficiente y exigen, con las armas en la mano, las tierras que se les niegan desde el poder. Es el levantamiento zapatista del sur, cuyas conexiones y afinidades con el magonismo se discuten también en detalle. Se constata sobre todo la espontaneidad de un movimiento que vertebra la lucha por la tierra y el autogobierno de los campesinos mexicanos, sin que sea necesario etiquetarlo más. Mientras tanto, las fuerzas de la reacción conspiran contra Madero, al que acusan de excesivas concesiones y debilidad con los revoltosos.

Cuando en el segundo semestre de 1911 se subleva el general Bernardo Reyes, hay comunicación con los magonistas e incluso comienzos de una colaboración con estos elementos burgueses y capitalistas. Aunque esta estrategia se defendiera como un recurso para conseguir armas (sumándose a sus filas y desertando luego) no deja de ser una traición a los principios que sólo sirvió para sembrar confusión y cosechar fracasos. En esta época y los primeros meses de 1912 también se alzan contra Madero, Emilio Vázquez Gómez y el general Pascual Orozco, con el apoyo de algunos pelemistas, banderas rojas y una retórica revolucionaria que es desenmascarada por Ricardo Flores Magón desde *Regeneración*. Entre mayo y julio son derrotados.

Pequeñas guerrillas magonistas siguen durante 1912 en una actividad residual que no representa peligro real para el Gobierno. En esta época, aparecen artículos en *Les Temps Nouveaux* de Jean Grave, referencia del anarquismo internacional, que cuestionan el carácter libertario del movimiento pelemista; la polémica se resuelve cuando tercia Piotr Kropotkin señalando su naturaleza genuinamente revolucionaria. No obstante, el golpe más duro fue el proceso y encarcelamiento de los miembros de la Junta Organizadora en Estados Unidos en junio de ese mismo año. Liberados en enero de 1914, su capacidad está muy mermada y además serán encerrados de nuevo en varias ocasiones por sus protestas contra las políticas de los Gobiernos norteamericano y mexicano. Ricardo Flores Magón murió asesinado en la penitenciaria de Lebenworth en noviembre de 1922.

El final del libro sintetiza las claves ideológicas de estos luchadores de la libertad, sólidamente incardinadas con su acción revolucionaria. Las raíces hay que buscarlas en una oposición a la dictadura de Díaz, que en un principio se ciñe a un liberalismo del que surge el PLM. Cuando la dura represión de estos intentos reformistas lleva a sus dirigentes al exilio, es allí donde su pensamiento evoluciona, en unos casos hacia el socialismo y en otros, como el de Ricardo Flores Magón, hacia el anarquismo. Entre 1905 y 1906, éste llega a la conclusión de que solamente una libertad económica que aniquile la esclavitud del salario puede hacer posible el auténtico desarrollo del individuo. La propiedad privada se convierte así en el origen de todos los males sociales y se defiende el anarcocomunismo, aunque formulas colectivistas como las de los zapatistas o los grupos indígenas son saludadas con entusiasmo.

Se constata la evolución desde un planteamiento basado sólo en la libertad individual hacia otro que involucra a clases sociales, con una teoría de la revolución que se fija como objetivo que los protagonistas del proceso sean usufructuarios de sus resultados. Transformación política y económica quedan así hermanadas, y poder y explotación han de ser liquidados de una vez. Esto exige la emancipación de las masas, que han de aprender a actuar por sí mismas. La dura re-

presión obligó a trabajar con una dirección radicada en los Estados Unidos y agrupaciones secretas en territorio mexicano, y con una estructura centralizada que pervivió tras la conversión al anarquismo. No obstante, de ninguna forma era ésta la de un partido al uso aspirante al poder.

Para el problema agrario, los magonistas defendían la expropiación directa de la tierra sin esperar la intervención del Estado, una solución comunista contrapuesta a la división de las haciendas en pequeñas fincas que propugnaban otros. Consideraban esto un paso esencial en la revolución anticapitalista, que debía ser seguido por los obreros tomando las fábricas. Insistían también en igualar derechos de hombres y mujeres, y eran plenamente conscientes de que su lucha se enfrentaba a un sistema global de explotación y requería la solidaridad de todos los trabajadores del mundo.

Aparte de un análisis de la teoría y la praxis libertarias que han quedado en la historia con el nombre de magonismo, el libro contiene un relato detallado de las operaciones militares con información sobre las fuerzas que actuaban y las políticas de alianzas en cada estadio de la compleja trama. Un rico aparato de notas a pie de texto acredita lo expuesto al tiempo que ofrece al lector la posibilidad de enriquecer su visión de cada asunto. En suma, este trabajo de Rubén Trejo nos aproxima a un momento decisivo de la historia de México, uno de esos pocos en los que tal parece que la utopía de un mundo sin explotación estuvo al alcance de la mano.

Seis años con el general Francisco Villa, de José María Jaurrieta. Un retrato fiel del Centauro del Norte

Publicado en *Rebelión* el 24 de abril de 2024

Icono de la Revolución mexicana, Pancho Villa dejó atrás, cuando fue asesinado con cuarenta y cinco años, una trayectoria prodigiosa de genio militar y pasión política por los derechos de los más pobres de su país. Mucho se ha escrito sobre su vida, y entre los testimonios directos, uno de los más notables es el de José María Jaurrieta, joven que se unió a su ejército en 1916 y llegó a ser su ayudante de campo e íntimo colaborador. De todas estas experiencias, él dejó cumplida noticia en *Seis años con el general Francisco Villa*, publicado en 1935 en la Ciudad de México y reeditado ahora por el Fondo de Cultura Económica con un prólogo de Jesús Vargas Valdez.

José María Jaurrieta había nacido de Chihuahua en 1895 y dio el gran paso de abandonar sus estudios y alistarse, henchido de fervor patriótico después de que los norteamericanos invadieran el territorio mexicano con su Expedición Punitiva, dispuestos a acabar con Villa. Cuando éste licenció su ejército, Jaurrieta volvió a la vida civil y llevó una existencia tranquila, aunque se cuenta que cada 20 de julio, aniversario del asesinato de su general, acudía puntualmente a hacer guardia junto a su tumba.

Jaurrieta refiere su llegada con cuatro compañeros al cuartel general del Centauro del Norte, por entonces convaleciente de una grave herida que había levantado rumores de su muerte. Tras conocer las malas noticias que traen los recién llegados y receloso de ellos, el general expresa su intención de fusilarlos, pero se arrepiente enseguida, con lo que José María apostilla: «*¡El alma nos volvió al cuero!*» Destinado a la «casa grande», nombre que daban al Estado Mayor, él se encargará de papeles y documentos y será meticuloso cronista hasta el final. Corría el año 1916 y seis habían pasado ya desde el comienzo de la cruenta revolución de la que Villa era protagonista en el norte del país.

Varias historias compiten para explicar cómo José Doroteo Arango Arámbula, nacido en Durango en 1878, llegó a convertirse en Francisco Villa, pero lo cierto es que con este nombre destacó muy pronto un joven rebelde, bandolero y cuatrero, pero también minero y albañil, con un instinto social que lo inclinaba a robar a los ricos para auxiliar a los indigentes. En 1910, con los primeros compases de la revolución, el ya famoso Pancho Villa se unió al movimiento maderista, y en septiembre de 1913, tras derrochar coraje y talento militar, fue nombrado general en jefe de la poderosa División del Norte del Ejército Constitucionalista y poco después gobernador de Chihuahua. La cumbre de su carrera la alcanzó en diciembre de 1914 cuando con su aliado Emiliano Zapata, que había liderado la revolución en el sur del país, entró en la Ciudad de México y se dio a la nación un Gobierno insólitamente abierto al progreso social.

A partir de este momento sin embargo, las disputas con Venustiano Carranza y Álvaro Obregón, constitucionalistas que no estaban dispuestos a apoyar transformaciones profundas, van a propiciar derrotas de los revolucionarios que los convierten en una fuerza residual. De esta forma, el período entre 1916 y 1920, narrado por Jaurrieta, corresponde a una lucha de guerrillas con escasez de efectivos y armamento en el otrora irresistible ejército de Villa.

El libro nos sumerge de lleno en una sucesión de dispersiones y reagrupamientos de los villistas, que logran algunos éxitos, como su asalto a Chihuahua en septiembre de 1916 en el que liberan a los presos políticos de la penitenciaría. En aquella guerra las masacres de prisioneros eran comunes y resulta sobrecogedora la naturalidad con que se refieren crueldades de este tipo de los dos bandos. Valga un botón de muestra: «*En San José se hizo el recuento de prisioneros, alcanzando éstos el número de 200. Todos fueron ahorcados*».

Tienen gran interés las conversaciones entre Villa y el general Felipe Ángeles, que acudió desde Estados Unidos, donde estaba refugiado, para prestar su apoyo a los revolucionarios. En un momento de éstas, Villa presume de la profecía que le hizo a Francisco I. Madero en mayo de 1911, en un banquete en que se celebraba la renuncia de Porfirio Díaz a la presidencia: «*Estaba sentado a la mesa todo cortado y la verdad es que no saborié la comida. Llegó la hora de los espiches y toda aquella bola de políticos hablaron de lo lindo. Los únicos que permanecimos mudos fuimos Pascual Orozco y yo. Al notar esto, Maderito se levantó de su asiento, dirigiéndose a mí en las siguientes palabras:* —¿Qué te parece, Pancho? Ya se acabó la guerra. ¿No te da gusto? —*Yo me negué a pronunciar palabra, pero Gustavo, su hermano, que estaba cerca de mí, me indicó en voz baja:* —Ándele, caporal, diga algo. —*Por fin decidí levantarme y recuerdo perfectamente que me dirigí a don Panchito, ni más ni menos.* —Usted, señor, ya echó a perder la revolución. —A ver, Pancho ¿dime por qué?, —*interrumpió el señor Madero.* —Sencillamente porque a usted le han hecho tonto toda esta bola de curros y tanto a usted como a todos nosotros nos va a costar el pescuezo. —Bueno, Pancho, dime, en tu concepto, ¿qué sería lo más prudente hacer? —Que me dé usted autorización para colgar a toda esta bola de políticos sinvergüenzas y que siga la revolución a su destino. —*Hubiera usted visto, mi general, la cara que pusieron los curros, al grado que azorado y colérico el jefe de la revolución me ordenó con energía:* —¡Qué bárbaro eres, Pancho...! ¡Siéntate... siéntate...!».

Muy distantes eran los espíritus del agreste e implacable Villa y el pacifista y conciliador Ángeles, que al fin se descubre que trae la misión de propiciar un armisticio entre los bandos enfrentados. Villa le responde a estas intenciones con sorna que cuando dialogue con los carrancistas vaya preparado para hacerlo a balazos, pero influido por su visitante moderará algo la política de exterminio de prisioneros que practicaba. El general Felipe Ángeles fue enjuiciado poco después por su apoyo a los villistas y fusilado en noviembre de 1919.

Jaurrieta concluye discutiendo el calificativo de bandido que frecuentemente se cuelga a Villa, y subraya que los «préstamos forzosos» que recababa no acabaron en bancos extranjeros, sino atendiendo las necesidades de la revolución y muchas veces aliviando a los más pobres. Proclama su adhesión al hombre que tenía un proyecto de país, capaz de redimir a los condenados por la historia, y señala con orgullo que le fue dado tratarlo en los momentos más duros de su lucha: «*A la vera de una fogata, compartiendo con él, en miles de ocasiones, el pedazo de tortilla acompañado de la carne revolcada en las cenizas. Eso sí, muy lejos de esa maldita camarilla de aduladores que invariablemente envuelven a los caudillos triunfantes*».

Tras signar los convenios de Sabinas el 26 de junio de 1920, Villa desmovilizó sus fuerzas y se retiró a la hacienda de Canutillo (Durango), que el Gobierno le concedió en propiedad por los servicios prestados a la revolución. Allí residió hasta que en la tarde del 20 de julio de 1923 fue emboscado y asesinado cuando se dirigía a una fiesta familiar en Parral (Chihuahua). Al parecer, en las alturas decisorias del país, con conexiones estadounidenses, se recelaba de que el veterano revolucionario diera el salto a la política activa ante el declive del proceso de emancipación social del que había sido protagonista.

Miguel Mármol, de Roque Dalton

Publicado en *Rebelión* el 26 de octubre de 2013

El escritor salvadoreño Roque Dalton, nacido en 1935, desarrolló una intensa actividad política que lo llevó a conocer cárceles y exilio hasta su asesinato en 1975 por sus propios compañeros del Ejército Revolucionario del Pueblo. La persecución de los responsables de su muerte ha dado lugar a un calvario judicial cuyas consecuencias no se han resuelto todavía. Conocido hoy sobre todo por su obra poética, rica en matices y noble de compromiso social, Roque Dalton no dudó en cultivar la narrativa en ocasiones. Así, un encuentro en Praga en 1966 con su compatriota el viejo luchador obrero Miguel Mármol, superviviente de la masacre de 1932, llevó a ambos a concebir el plan de una larga entrevista que sirviera a Roque para construir un libro centrado en estos hechos. Éste, que en su forma final cubre toda la vida de Miguel Mármol desde su nacimiento hasta 1947, fue publicado en Costa Rica en 1972 y ha sido reeditado después varias veces. En 2007 fue incorporado, con adición de un estudio preliminar del filólogo y novelista David Hernández, a la «Biblioteca Roque Dalton» de la editorial canaria Baile del Sol.

Escrito en primera persona, el libro tiene todo él marcado tono autobiográfico, diluyéndose de este modo el trabajo del recopilador. En sus comienzos, Miguel Mármol nos narra las circunstancias de su venida al mundo en 1905 en Ilopango, como hijo de madre soltera y expulsada de su hogar, y su infancia de niño pobre a las faldas de esta mujer idolatrada; un día averigua que su padre es un indio acomodado, alcalde por más señas de Ilopango. Con once años Miguelito tiene que empezar a trabajar y lo hace con unos pescadores que le pagan con unos pocos pescados después de una faena de toda la noche. El trato es amable, pero le duele no ir a la escuela y verse «ignorante para siempre». Se intercala aquí una pequeña crónica de la evolución polí-

tica de El Salvador en esa época, del liberalismo de los Ezeta al feudalismo de la «rebelión de los 44». En 1911 el progresismo vuelve al poder con Manuel Enrique Araujo, que es asesinado en 1913.

En lucha con la pobreza, el niño Miguel se emplea de criado en el puesto vecino de guardias, y pronto termina en funciones de asistente, se prepara para ser guardia y participa así en las cuarteladas de 1918. No obstante, ver cómo se torturaba a los presos y ser solicitado de espía de sus propios compañeros son experiencias amargas que lo empujan a dejar el servicio. Aprende entonces el oficio de zapatero que había de ser el suyo gran parte de su vida, y lo hace con un maestro del que recibe también el primer aprendizaje político, cargado de admiración por la revolución recién ocurrida en Rusia. Son años de pugna entre conservadores, que manejan el cotarro, y liberales a los que nuestro protagonista se une entusiasmado, con lo que en 1922 ya tiene que escapar, perseguido por la misma Guardia Nacional a la que había rehusado pertenecer.

Entre 1922 y 1924 Miguel no desarrolla actividad política o sindical y trabaja con éxito en San Martín en su oficio de zapatero, llegando a regentar un taller con siete operarios, que luego expande con un cinematógrafo y la organización de eventos deportivos. En poco tiempo, sin embargo, lo tenemos de nuevo en Ilopango, y viviendo ya con su prima Carmencita, que sería la primera compañera de su vida. Allí enseguida hace compatibles la lezna y el tirapié con la militancia y así conoce a Agustín Farabundo Martí, que sería el líder de los sucesos de 1932. Miguel funda la SOCPI (Sociedad de Obreros, Campesinos y Pescadores de Ilopango) y también organiza un centro cultural. Es entonces cuando su padre trata de influir en su vida y le ofrece ayuda a cambio de que «deje la política», pero él lo despide con palabras claras. Hay que entender que con estas actividades se están poniendo las bases del futuro movimiento obrero en El Salvador. La SOCPI da lugar al Sindicato de Oficios Varios de Ilopango y el ejemplo se extiende. El nicaragüense Augusto César Sandino es un modelo para ellos. La masa proletaria coge fuerza, pero la represión se encona y al fin Miguel Mármol tiene que dejar Ilopango.

Aunque coexiste con tendencias reformistas y anarcosindicalistas entre los obreros, el Partido Comunista Salvadoreño (PCS), que se funda en 1930, es según Miguel Mármol el bloque dominante. Es además, en este momento, un partido formado y dirigido mayoritariamente por obreros, que siguiendo directrices de la Internacional Comunista se propone como objetivo la realización de una revolución democrático-burguesa en El Salvador. Ese mismo año, Miguel acude con su compañero Modesto Ramírez al congreso de la Internacional Sindical Roja (Profintern) en Moscú. Cuatro días antes de la partida muere su madre, que llevaba tiempo enferma del corazón. La crónica del viaje en un barco alemán está llena de anécdotas sabrosas, desde el descubrimiento del mar, hasta las conversaciones con unos y otros. En Hamburgo se reúnen con los demás delegados latinoamericanos y pronto parten de allí en un buque soviético en el que entran en contacto con un orden social que les sorprende gratamente.

Ya en tierras soviéticas, la pobreza de Leningrado les desconcierta. Enseguida, viajan a Moscú, donde como contrapartida de los escaparates vacíos observan la pujanza de la industria. En el congreso asisten al diseño de una estrategia revolucionaria para el futuro y concluido éste viajan por la URSS y llegan hasta el Cáucaso. La vuelta está llena de dificultades, sobre todo en la Cuba de Machado, donde son detenidos y sólo se ven libres cuando se las arreglan para ganarse al director de la cárcel. De regreso en El Salvador, realizan un intenso trabajo para informar a los campesinos y obreros de la situación en la URSS, lo que eleva el fervor de las masas. Cuando la represión arrecia, Miguel Mármol tiene que pasar a la clandestinidad. Farabundo Martí es apresado por entonces y se cuentan aquí anécdotas que muestran su coraje indoblegable; aunque expulsado a los Estados Unidos, logra volver a Centroamérica. En 1931, Mármol cae preso varias veces, pero la acción violenta de las masas obliga a que sea liberado. A partir de 1930, las luchas sociales se habían tensado al límite.

Tras el golpe del general Maximiliano Hernández Martínez a finales de 1931, se celebran unas elecciones en las que la perspectiva de una victoria comunista desencadena la represión del Ejército y la Guardia Nacional. Es entonces cuando el Partido decide que se dan condiciones para una insurrección armada, cuya preparación se describe en detalle en el libro, y enseguida la dirección del movimiento cae en manos de Martí. Un retraso en el levantamiento es un error fatal pues las fuerzas gubernamentales actúan y Martí es apresado. El 22 de enero de 1932, el Gobierno toma la iniciativa y se desata una lucha desigual. Miguel Mármol es detenido e interrogado. Hacinado con otros revolucionarios en una celda aguarda una muerte inminente. Esa misma noche, sacan un amplio grupo y lo llevan a fusilar. Entre ellos está Miguel, pero sus heridas no resultan mortales. Consigue escapar y tiene la suerte de dar con camaradas que velan bien armados. Ellos lo esconden y lentamente se recupera en una quebrada, aunque horrorizado por las ejecuciones que al atardecer se repiten día tras día. Su cadáver había sido echado en falta al enterrar a los fusilados y se le persigue con saña, pero consigue entrar en San Salvador ayudado por varios compañeros. Mientras convalece en el mesón donde viven su hermana y su mujer, le llegan noticias de la muerte de Farabundo Martí.

Meses después, recuperado ya, Miguel viaja a la zona oriental del país, donde sobrevive a duras penas hasta que encuentra trabajo en su oficio de zapatero. En poco tiempo,

retoma también la actividad política con otros comunistas de la región, mientras reside en Usulután. Una parte importante del trabajo revolucionario tenía que ser necesariamente la reflexión sobre los hechos ocurridos, y ésta les lleva a la conclusión de que existía una situación favorable que fue muy mal aprovechada, dejándosele la iniciativa al Gobierno. Miguel Mármol nos narra después pormenorizadamente la revuelta, así como la extrema crueldad de la represión desatada, con más de treinta mil muertos contra veinte del bando gubernamental. No obstante, más terrible todavía es la red de mentiras tejida para enmascarar estos hechos en la historiografía oficial, que describe una sanguinaria insurrección reprimida con una violencia proporcionada. Se presenta incluso un documento falso atribuido al PCS en el que se detalla un terror rojo perfectamente planificado.

Reorganizado el Partido, la represión arrecia en breve y Miguel Mármol deja Usulután con la intención de buscar refugio en Honduras. No obstante, tras diversas peripecias regresa al pueblo, donde vive escondido hasta que en el verano de 1933 decide regresar a San Salvador. En la capital contribuye a la reorganización del Partido, teniendo que hacer en poco tiempo vida clandestina. Se plantea otra vez huir a Honduras y el plan está preparado, pero en noviembre de 1934 es detenido. Incomunicado y continuamente esposado, es interrogado salvajemente y obligado a presenciar la tortura de sus compañeros. Así transcurren meses. Después, altas autoridades militares lo van a ver a su celda y tratan de convencerlo de que regrese al «buen camino». Él discute acaloradamente y con la fama que se le va creando con estas visitas, su vida mejora, aunque el Gobierno niega la detención y lo hace desaparecer cada vez que un juez aparece por la cárcel.

Miguel cae entonces enfermo del estómago y recién curado, el 12 de noviembre de 1935 se declara en huelga de hambre. Con promesas verbales de ser liberado, el día 17 la interrumpe y el 21 de enero de 1936 está en la calle. Aunque la situación familiar es desesperada y la miseria hostiga a los suyos, en poco tiempo consigue volver a su oficio de zapatero, mientras entre las gentes del Partido corren falsos rumores acerca de su libertad y para colmo de desgracias es abandonado por su mujer. Sin embargo, logra recuperarse y en breve tiene éxito en la fabricación de sandalias y monta un taller en el que trabajan veinticinco personas más cinco vendedores.

Una nueva generación ha tomado mientras tanto el timón en el PCS, con predominio de intelectuales que tienen a los supervivientes del 32 por estúpidos e ignorantes. Estas fricciones acaban provocando que el Partido quede dividido de hecho en tres grupos escasamente avenidos, y aunque se consigue llevar adelante una política de reunificación, Miguel Mármol descubre pronto que la dirección desconfía de él, lo que lo amarga profundamente. En esta época, el régimen de Martínez trata de organizar un sindicato vertical y la reunión fundacional de éste es aprovechada hábilmente para constituir una agrupación independiente: la Alianza Nacional de Zapateros, de la que Miguel es nombrado presidente. Comienza así éste una nueva actividad política que roza la legalidad de una dictadura que evoluciona al compás de los malos resultados del fascismo internacional en la guerra mundial. El apoyo económico que la Alianza recibe del Gobierno es muy criticado por el PCS y ante la amenaza de expulsión, Miguel Mármol rompe toda colaboración con el régimen.

Se produce entonces la rebelión militar y civil de abril de 1944 contra Martínez, sofocada a sangre y fuego. Miguel Mármol no interviene en ella, pues aunque el PCS había ayudado a prepararla, para nada contaron con él. Buscando la forma de luchar contra una dictadura que tan sañudamente se perpetúa en el poder, una reunión de sectores muy diversos de oposición acuerda fundar un partido de amplio espectro. Así nace la UNT (Unión Nacional de Trabajadores). Por aquel tiempo, los estadounidenses quitan su apoyo a Martínez y ante una situación cada vez más difícil, en mayo de 1944, éste abandona la presidencia y sale para Guatemala. Así terminan los trece años siniestros del general espiritista y teósofo, asesino consumado de obreros y campesinos.

La etapa democrática dura poco, sin embargo, pues en octubre del mismo año 1944 el coronel Osmín Aguirre da un golpe de Estado, con lo que «*los asesinados, presos, torturados y exiliados se pusieron de nuevo a la orden del día*». La oposición al régimen se organiza desde Guatemala, que acaba de salir de su dictadura y hay incluso un intento de invasión de El Salvador desde allí, que resulta en un fracaso y una carnicería. En Guatemala, Miguel Mármol trabaja en la formación de cuadros obreros, colaborando con la escuela y el periódico *Claridad*. El Gobierno guatemalteco de Arévalo, sedicentemente progresista pero hostigado por los espadones, alterna comprensión y promesas a los sindicatos con dura represión. Tras el Primero de Mayo de 1947, que es un éxito de organización, la situación se encona y en septiembre, Miguel es detenido junto a otros líderes izquierdistas y todos son expulsados de Guatemala por cuatro meses. En este momento se interrumpen las memorias, pues nada cuenta Miguel Mármol de su vida a partir de entonces, salvo que vive entre Guatemala y El Salvador entre 1947 y 1954 y después de este año en El Salvador, y sigue en su labor dinamizadora de las luchas sociales.

En las reflexiones que cierran el libro, Miguel Mármol reconoce su cansancio y su renuncia a participar en la dirección de las organizaciones obreras, aunque confiesa su intención de seguir en la brecha desde la base. Termina alzando su voz por lo que considera buenas intenciones para el movimiento comunista: autocrítica, análisis ceñidos a la

realidad, estudio exhaustivo de la historia y todos los errores cometidos. Se aboga también por la unidad de acción centroamericana que podría facilitar las luchas en el futuro.

El libro tiene el ritmo y el estilo de un relato autobiográfico y a lo largo de todo él, Miguel Mármol se nos muestra como un obrero comprometido con las transformaciones sociales de su país en unos tiempos extremadamente difíciles. Los rasgos personales que afloran, con alguno curioso, como puede ser la descripción en unas pocas ocasiones de fenómenos paranormales, dibujan sobre todo a un luchador corajudo, preocupado siempre por adaptarse a las condiciones cambiantes para hacer realidad sus objetivos emancipadores. El lenguaje sabroso y un humor que no declina ni en los peores momentos hacen que la lectura de este documento imprescindible sobre el movimiento obrero en Centroamérica resulte también una experiencia inolvidable de acercamiento humano a uno de sus actores más importantes. Es mérito de Roque Dalton renunciar a cualquier notoriedad para ser sólo luz que ilumina el rostro del protagonista del relato.

Raúl Sendic. Por la huella de Artigas, de Daniel Chavarría

Publicado en *Rebelión* el 1 de marzo de 2018

El escritor uruguayo, afincado en Cuba, Daniel Chavarría (1933) declara en su nota inicial para este libro su intención de hacer acopio en él de lo mucho y bueno disponible sobre el fundador de los tupamaros para construir, con el añadido de algunos testimonios personales recogidos, una novela que sirva para sintetizar y acercar al público la vida y el pensamiento de un personaje imprescindible en las luchas sociales de Latinoamérica. El resultado del proyecto, moldeado en una prosa franca y sugestiva, cuajada de jugosos uruguayismos que van explicados en un apéndice, desborda estas expectativas para tejer el retrato cautivador y certero de un hombre ciertamente irrepetible.

Raúl Sendic Antonaccio nace en 1925, de madre italiana y padre vasco, en el departamento de Flores, en cuya capital, Trinidad, hace los primeros estudios al tiempo que ayuda en la finca de su abuelo materno en el ordeño y reparto de la leche. Da muestras entonces ya de la avidez lectora y la pasión por la justicia que marcarán su vida, y enseguida, el que todos llaman «el Bebe», empieza a escribir en *Rebeldía*, una publicación estudiantil de izquierdas. El latifundismo que dominaba el campo uruguayo se convierte pronto en su bestia negra, y se compromete a completar el magno proyecto de Artigas de liberar a su país de esa lacra. A principios de 1945 viaja a Montevideo y comienza la carrera de Derecho, mientras se gana el pan trabajando en un bufete en el que permanecerá hasta su partida de la capital en 1957. Sus vestimentas y modales se van afinando en esta época, pero no llegarán nunca al atildamiento.

Progresando en estudios y lecturas, el Bebe aprende a descubrir la realidad profunda de la historia en la mejor literatura, y sabe también de la perra vida de peones explotados en granjas y arrozales. En 1947, tras la muerte de un hermano menor al que idolatraba, y buscando paliar el dolor con un derroche de actividad, se afilia al Partido Socialista, en el que su prestigio crece rápido, aunque sus posturas combativas fuerzan un distanciamiento respecto a Emilio Frugoni, fundador y máximo dirigente. En 1951, a falta de dos asignaturas, abandona los estudios de Derecho, quedándose con el título de procurador que le otorga el cuarto curso aprobado, y empieza a ejercer como laboralista. Hacia 1957 comprende que la transformación social del país requerirá sobre todo la atención a las clases más desfavorecidas del este y el nordeste; su plan es destapar esa gran úlcera y estimular así la solidaridad con los explotados, pero ello lo llevará a oponerse a las políticas de socialistas y comunistas, apoyados en sectores obreros más prósperos.

Ese mismo año de 1957, el fracaso de las marchas de los arroceros del este que tratan de exponer sus reivindicaciones en Montevideo lleva a Sendic a comprometerse en su lucha y hacer un esfuerzo por organizarlos. Establecido en Paysandú en 1958, a principios de 1961 va a vivir a Bella Unión, cerca de la frontera con Brasil, donde funda la UTAA (Unión de Trabajadores Azucareros de Artigas). Los abusos de las compañías son denunciados en los ministerios, pero la pasividad del Gobierno, vendido a ellas, obliga a una huelga. Ésta poco a poco va tensándose y acaba en sublevación, con ocupación de la empresa, que cede y paga lo atrasado. La primera marcha a la capital de la UTAA tiene lugar en abril de 1962, y arropada por amigos en todo el largo camino llega a Montevideo para el 1.º de mayo. Las justas demandas de los peludos capitaneados por Sendic se hacen oír, pero han de enfrentar al Gobierno, la prensa sobornada y el amarillismo sindical.

En 1963 el nuevo plan del Bebe contempla la ocupación de tierras improductivas en el norte por parte de los cañeros, pero comprende que será necesario defenderse de los milicos que vendrán a desalojarlos, y al mismo tiempo buscar el apoyo de la multiforme izquierda uruguaya. Con una requisa de armas ese año comienzan las acciones del que después se conocerá como Movimiento de Liberación Nacional («Tupamaros»); apresados varios de los asaltantes, Sendic, que logra escapar, ha de pasar a la clandestinidad. Las condiciones de vida de los cañeros son desesperadas, y en 1964 tiene lugar la segunda marcha de la UTAA sobre la capital, que suma un amplio respaldo. Siguen otras en 1965

y 1968, mientras el sindicato se fortalece con nuevos y valiosos líderes. 1968 marca el inicio también de una intensa actividad guerrillera de los tupamaros contra la extrema derecha en el poder; requisan armas, atracan bancos, organizan fugas y airean los trapos sucios del Gobierno y la oligarquía. El libro profundiza en las más sonadas de estas operaciones y describe las torturas a que eran sometidos los detenidos.

Sendic y parte de la cúpula del MLN (T) son capturados en 1970, con lo que el movimiento se concentra en secuestros con vistas a un canje y en laboriosos planes de evasión, recordados con lujo de detalles. Por fin, el 7 de septiembre de 1971, tras construir un túnel desde el interior hasta una vivienda próxima al penal y comunicar las celdas horadando tabiques y suelos, ciento seis tupamaros, entre ellos Raúl Sendic y Pepe Mujica, se dan el piro de Punta Carretas. El movimiento trata enseguida de reorganizarse, aunque con divisiones dentro de él. Sendic viaja a Paysandú, donde reemprende la actividad guerrillera, pero las delaciones provocan una cadena de arrestos y el propio Bebe cae en septiembre de 1972. Un disparo en la boca lo deja además con dificultades para hablar y comer que durarán años. Las condiciones del cautiverio son atroces, y sólo mejoran a partir de 1979 por la presión internacional. Hay tiempo entonces para escribir cartas que colaboren a la educación de sus cinco hijos, y también para opúsculos sobre economía, política o historia.

En 1985, con el regreso de un Gobierno constitucional, los tupamaros presos son liberados y el movimiento acepta participar en la contienda electoral. Raúl Sendic brega incansable difundiendo sus famosos cuatro puntos: reforma agraria, nacionalización de la banca, negarse a pagar la deuda externa y aumentos salariales para recuperar el poder adquisitivo. No obstante, esta etapa de activismo político va a ser breve, porque ya en 1988 le diagnostican la enfermedad de Charcot, trastorno degenerativo incurable que produce la atrofia de los músculos, incapaces de moverse por la desmielinización de los nervios periféricos. En febrero de 1989 viaja a París para ser tratado de su mal y allí fallece el 28 de abril. Su entierro en Montevideo fue una multitudinaria demostración de afecto al hombre que reveló a sus compatriotas las miserias y bajezas morales que escondía en su seno la pretenciosa «Suiza de América».

Raúl Sendic sufría una incapacidad congénita para tolerar las injusticias y los desmanes de los poderosos. Este rasgo de su carácter moldeó su vida, llevándolo muy joven a recoger el testigo del proyecto de Artigas. Más cercano a la autogestión obrera que al centralismo democrático, erudito y estratega, abogado y guerrillero, el que todos conocían como el Bebe trató siempre de buscar los medios adecuados para combatir a una oligarquía corrupta que sólo sabía crear explotación y pobreza a su alrededor y reprimir ferozmente cualquier disidencia. Con *Raúl Sendic. Por la senda de Artigas*, Daniel Chavarría nos aproxima a esta figura emblemática, pero su amor por recrear la estela y las vivencias de los demás personajes, principales y secundarios, de la gran trama hace que el libro acabe siendo además un fresco narrativo de las luchas sociales en aquellos años decisivos y un potente recurso literario para entender la historia.

Operación Masacre, de Rodolfo Walsh

Publicado en *Rebelión* el 10 de marzo de 2021

El argentino Rodolfo Walsh echó a rodar a mediados del siglo pasado un nuevo género literario, el de las novelas testimonio o de no ficción, que alcanzó gran desarrollo en español e inglés, con trabajos emblemáticos de Miguel Barnet, Elena Poniatowska o Truman Capote. La primera aportación de Walsh en esta línea fue *Operación Masacre* (1957), aproximación a los detalles de una matanza perpetrada en junio del año anterior por la dictadura implantada tras el derrocamiento de Juan Domingo Perón. Enriquecido en versiones sucesivas, el texto ha aparecido en 2018 en España en una edición de Libros del asteroide con introducción de Leila Guerriero.

El autor de *Operación Masacre* nació en 1927 en la provincia argentina de Río Negro, pero en 1941 lo encontramos ya de estudiante en Buenos Aires, donde desarrolla enseguida una carrera de periodista y novelista. Es importante destacar que en el momento del derrocamiento de Perón, en septiembre de 1955, Walsh, que había militado en un partido de derechas, simpatizaba con los golpistas y no contemplaba la política como una prioridad en su vida. Sin embargo, conocer de cerca las atrocidades de los militares va a producir una revolución en su conciencia que lo llevará a asumir una riesgosa labor de investigación y denuncia cuyo resultado fue *Operación Masacre* dos años después del golpe.

Rodolfo Walsh comprende por entonces la necesidad de una literatura reveladora de los excesos del poder, capaz de convertirse en instrumento eficaz contra él. En esa línea sigue trabajando en los años siguientes, y así ven la luz *El caso Satanowsky* (1958) y *¿Quién mató a Rosendo?* (1969), alternando con narraciones de ficción y piezas dramáticas. El compromiso de Walsh contra las sucesivas dictaduras es firme, y a partir de 1973 milita en Montoneros, núcleo armado del peronismo más radical. Así es como en marzo de 1977 es acribillado a tiros por los militares que acababan de protagonizar otro golpe de Estado un año antes. Su cadáver nunca fue recuperado y Rodolfo Walsh es uno más en la nómina de los desaparecidos por aquel régimen criminal.

«Hay un fusilado que vive»

Ésta es la frase que una tórrida noche de diciembre de 1956 un amigo le susurró a Rodolfo Walsh y cambió su vida para siempre: «*No sé qué es lo que consigue atraerme en esa historia difusa, lejana, erizada de improbabilidades. No sé por qué pido hablar con ese hombre, por qué estoy hablando con Juan Carlos Livraga. Pero después sé. Miro esa cara, el agujero en la mejilla, el agujero más grande en la garganta, la boca quebrada y los ojos opacos donde se quedó flotando una sombra de muerte. (...) Livraga me cuenta una historia increíble. La creo en el acto*». Son palabras del prólogo del libro, que describe también el desarrollo de la investigación por parte de Walsh, con nombre ficticio y revólver en el bolsillo, la desesperada búsqueda de editor una vez concluido el trabajo, y la ayuda inestimable de Enriqueta Muñiz, su compañera en esta lucha.

Los hechos narrados en *Operación Masacre* se enmarcan en el denominado Levantamiento de Valle, movimiento cívico-militar liderado el 9 de junio de 1956 por el general Juan José del Valle contra la dictadura establecida el año anterior. Fracasado éste, dieciocho militares, entre ellos el propio del Valle y dieciséis civiles fueron pasados por las armas, aunque siete de estos últimos lograron sobrevivir. El relato de Walsh se centra en los fusilamientos de civiles ocurridos en la localidad bonaerense de José León Suárez.

La obra está estructurada en tres partes. La primera: «Las personas», nos acerca a los protagonistas, con amoroso apego a los detalles rescatados en meses de ardua investigación. Unos eran miembros de la resistencia peronista, pendientes aquella noche de la proclama revolucionaria que había de ser leída durante una pelea de boxeo transmitida desde el Luna Park y que se habían reunido con este fin en una casa. Otros eran simplemente gente que tuvo la mala suerte de estar en el lugar equivocado. Doce personas fueron detenidas en una redada que pretendía un escarmiento contundente.

La segunda parte: «Los hechos» sitúa el contexto histórico y narra lo sucedido a partir de todos los testimonios: la conducción de los presos hasta el basural de José León Suárez y su fusilamiento, y la odisea de los siete supervivientes para ponerse en seguro. Una conclusión importante de la investigación de Walsh y Muñiz es que todo se produjo antes de la proclamación de la ley marcial, lo que desbaratada la base legal aducida por los militares para su actuación.

La tercera parte «La evidencia» es un homenaje al valor de Juan Carlos Livraga, cuya demanda por las arbitrariedades criminales sufridas fue vergonzosamente desestimada en los tribunales. El libro repasa los avatares del proceso y concluye con la noticia del secuestro y ejecución en 1970, por un comando de Montoneros, del general Pedro Eugenio Aramburu, responsable supremo de la dictadura cuando se perpetró la matanza.

El coraje de Rodolfo Walsh y Enriqueta Muñiz fue capaz de sacar a la luz un episodio represivo que, sin su trabajo de investigación y divulgación, lo más probable es que hubiera quedado relegado al olvido. ¿Sirve para algo la literatura? Con *Operación Masacre*, primera y emblemática novela testimonio, se inaugura un camino que muestra soberbiamente el potencial de este género como medio de denuncia e instrumento para la toma de conciencia frente a los desmanes del poder.

Cimarrón, de Miguel Barnet

Publicado en *Rebelión* el 12 de febrero de 2019

El cubano Miguel Barnet (1940), poeta, narrador, ensayista y etnólogo, es autor de novelas testimonio en las que transforma en literatura el relato oral de personas que parecían destinadas a quedar enterradas por el discurso oficial de la historia, pero que al fin reconocemos como protagonistas de ella. La primera de estas obras cronológicamente es *Cimarrón* (1966), que es también la que responde mejor a este esquema con una menor intervención autoral. Posteriormente, en otras como *La canción de Rachel* (1969), *Gallego* (1986) o *La vida real* (1989) Barnet recurrirá frecuentemente a la combinación polifónica de testimonios reales para construir personajes emblemáticos, como el de Rachel, una cantante del período prerrevolucionario, o los de emigrantes en circunstancias diversas sometidos siempre al mestizaje cultural.

El editor Falconetti Peña, que acaba de incorporar *Cimarrón* al catálogo de Dirección única, nos pone con su introducción en antecedentes del macabro telón de esclavitud colonial sobre el que se tejía la prosperidad de la metrópoli. Miseria y explotación feroz que siguieron como si nada tras la abolición en Cuba de la trata en 1886, y que nutrieron las filas de los mambises en la guerra por la independencia, aunque conquistar ésta sirviera sólo para continuarlas con otro dogal *made in USA*. Fue sólo en 1959, cuando los afrocubanos pudieron alcanzar la igualdad de derechos en la Perla del Caribe.

Las intenciones de Miguel Barnet con la obra están plasmadas en la introducción que puso a la primera edición. En ella nos cuenta cómo en 1963 acude a Esteban Montejo, un anciano de 104 años, en busca de información sobre las religiones de origen africano que se conservan en Cuba, y escuchando los recuerdos de su ajetreada vida, cuajada de experiencias de enorme interés, concibe la idea de reconstruirla en un relato biográfico. Para lograr este objetivo fue necesario desarrollar un ambicioso plan de entrevistas que lue-

go hubo que completar recurriendo a nuevos testimonios y documentos. El resultado final exhuma las vivencias personales de un hombre, pero sirve para acercarnos a través de ellas a procesos y situaciones históricas valiosísimas que de otra manera corrían peligro de caer en el olvido.

Esteban nació esclavo en 1860 en un ingenio cerca de Remedios y creció sin conocer a sus padres, en un mundo donde los seres humanos eran criados como ganado. Condenado al trabajo del ingenio, enseguida huye, pero capturado es puesto a la faena cargado de grillos. A los diez años domina ya todas las labores de transformación de la caña, y aunque no lo han mandado todavía a las duras bregas del campo, deja constancia de que «*los niños trabajaban como bueyes*». La vida era en barracones con un excusado en una esquina y cuartos chiquitos, donde se les encerraba de noche. Régimen de presidio con vigilancia y cuero, y faena de sol a sol, aunque también con entretenimientos y juegos, y los domingos música, bailes y baños en el arroyo. Casi todos tenían «conucos», pequeños huertos que explotaban para su beneficio, o criaban sus «cochinaticos»; para comerciar había tabernas. Los rigurosos detalles nos sumergen en aquel mundo, y conocemos las naciones de los negros y sus religiones ancestrales, con sus ceremonias funerarias, rituales mágicos y conjuros.

Desde su primer intento fracasado, el joven Esteban vive con la obsesión de huir de un lugar donde «*uno no puede hacer nada por sí y todo depende de las palabras del amo*». Un día arroja una piedra al mayoral y se lanza al campo. Tras vagar sin rumbo, halla refugio en una cueva donde resiste año y medio haciendo compañía a los murciélagos. Luego vive en el monte alimentado de lo que recoge, caza o hurta, con el temor de los perros de los «ranchadores», adiestrados en la persecución del negro, y huyendo de luces y ruidos y hasta de otros cimarrones. Hojas de tabaco mascadas alivian las picaduras, y cocimientos de romero los dolores de huesos. Para entretenerse fuma hojas de palo de macagua y con guanina achicharrada hace café; buena miel se encuentra fácilmente. Todo era comer, dormir y vigilar, en compañía de árboles y pájaros. «*La pura verdad es que a mí nunca me falto nada en el monte. La única cosa que no podía hacer era el sexo. (...) Yo estuve años y años sin conversar con nadie*». Un día, por el griterío de la gente sabe de la abolición de la esclavitud y regresa al trato de los humanos.

Comienza así una época en la que anda de pueblo en pueblo, reacio a esclavizarse por un salario, y comiendo lo que buenamente le dan. No obstante, termina por contratarse para cortar caña. En el ingenio, los barracones ya no tienen cerrojos y se han abierto boquetes en las paredes para la ventilación. Ahora su vida es duro trabajo y recuperar el tiempo perdido con las mujeres. A veces forma parejas, nunca demasiado estables y siempre despreocupado de los posibles frutos de sus amores. Así recorre varios ingenios. Hombre serio y «separatista», Esteban disfruta de la amistad, pero no se exalta con borracheras, diversiones ni riñas de gallos. El minucioso relato nos acerca a la Cuba de aquellos años, con aspectos que sorprenden, como la pujanza de la comunidad china, cuyos médicos eran los más reputados, o la proliferación de bandoleros que robaban a los ricos, pero no para repartir a los pobres precisamente. Los cultivos de caña se van comiendo la belleza salvaje de la isla, al tiempo que el vapor sustituye al esfuerzo humano y crea una casta de obreros especializados que se creen superiores.

Confusamente acaba imponiéndose la idea de que la guerra es necesaria. Los privilegios de los españoles se hacen insoportables y «libertad» es siempre una palabra hermosa. En diciembre de 1895, Esteban deja el ingenio y se une a los mambises cerca de Camagüey. Su primera batalla es en Mal Tiempo, junto a Antonio Maceo, Máximo Gómez y Quintín Banderas; allí los machetes logran romper los cuadros de fusiles y bayonetas y luego en el combate libre caen muchos españoles. Se pelea después en El Mamey y se distribuyen las tropas. Esteban queda con Tajó, cruel bandolero desde hace años, pero en unos meses, disgustado de sus pillajes, se va y se pone a las órdenes de Cayito Álvarez, que resulta ser también bandolero y asesino, y además tiránico y soberbio; lo ejecutarán sus propios hombres cuando sepan que ha pactado entregarse a los españoles tras la muerte de Maceo. Junto a él nuestro cimarrón estuvo en un par de combates serios, aunque su faena en la guerra fue sobre todo atrapar ganado. Lucha más tarde con Higinio Ezquerra, pero ya hay poca acción. Tras la victoria conoce La Habana cuando entra allí con las tropas. La «Cuba libre» por la que tanta sangre se había derramado, no es más que un chiringuito de los americanos en el que los negros siguen marginados. Esteban regresa a su Remedios natal y se emplea de nuevo en un ingenio. Después tendrá diversos oficios.

Esteban Montejo nos va abriendo las puertas de su memoria y en su relato jugoso y franco vamos descubriendo los mundos perdidos que alumbraron la Cuba del presente: el sórdido y aborrecible de la esclavitud, que lava su cara luego para perpetrar una explotación que continúa siendo odiosa; la pesadilla de la guerra, con sus horrores y sus caudillos demasiadas veces criminales, y la paz que regresa como una noria que sólo es capaz de remover agua sucia y apestosa. *Cimarrón* nos introduce además en un inventario muy viejo de creencias y rituales africanos trasplantados al Caribe, y vemos cómo éstos siguen dinamizando el pensamiento de los hombres desarraigados y convertidos en víctimas de una implacable extracción de plusvalía. Es una conciencia enmarañada, pródiga en conjuros y alucinaciones que tratan de hacer soportable lo insoportable, y atenta siempre al latido de una vida exuberante que repite sus ciclos. Y al final de la historia, y casi a modo de conclu-

sión, comprobamos cómo en una trayectoria marcada por esclavitud, explotación y guerra, los años de cimarrón quedan en el recuerdo del protagonista como una isla de libertad y comunión con la naturaleza. Así la huida desesperada se convierte en un reencuentro y en una experiencia iluminadora sobre la que habría de ser posible la construcción de otro mundo.

El enigma de La Coubre, de Hernando Calvo Ospina

Publicado en *Rebelión* el 21 de octubre de 2021

Mediodía del 4 de marzo de 1960 en el puerto de La Habana. Operarios proceden cuidadosamente a la descarga de un barco, recién llegado de Europa, que contiene armamento adquirido en Bélgica por el Gobierno cubano. Nadie adivina que en unos minutos este escenario va a convertirse en una sucursal del infierno.

Recién editado por Dyskolo, *El enigma de La Coubre*, último libro de Hernando Calvo Ospina, se lee como una absorbente novela de intriga, pero tiene la virtud de reflejar la realidad de principio a fin. El concienzudo trabajo de investigación del autor ha permitido reconstruir en detalle las vicisitudes de un viaje marcado por la tragedia y nos introduce de lleno en uno de los capítulos más negros del terrorismo imperial norteamericano. La voladura del navío francés La Coubre en La Habana se saldó con casi un centenar de muertos y supuso la ruptura definitiva entre Washington y la recién nacida Revolución cubana.

El libro se hizo posible cuando Calvo Ospina tuvo el privilegio de ser el primero en acceder a más de mil quinientas páginas de documentos sobre el navío y su explosión, desclasificados en 2010 y custodiados en la ciudad francesa de El Havre en los archivos de la French Lines & Compagnies. Esta oficina atesora el patrimonio histórico de la marina mercante francesa, sus navieras y puertos, incluido el de la Compagnie Générale Transatlantique, más conocida como la Transat, propietaria de La Coubre.

Hernando Calvo Ospina (Cali, 1961), periodista, escritor y documentalista colombiano residente en Francia, es autor de una quincena de libros sobre la situación social y política en Latinoamérica, con títulos como *Perú: los senderos posibles* (1994), *Don Pablo Escobar* (1994), *Bacardí: la guerra oculta del Ron Bacardí* (2000), *Colombia, democracia y terrorismo de Estado* (2008) o *El equipo de Choque de la CIA* (2010). Colaborador habitual de *Le Monde Diplomatique* y *Rebelión*, sus documentales pueden verse en su canal de Youtube.

El viaje y sus circunstancias

El libro describe el transporte y embarque en Bélgica de las municiones y explosivos comprados por el Gobierno cubano. La Coubre recala en el puerto de Amberes el día 13 de febrero de 1960, ya con mercancías muy diversas que va a llevar a América: tractores, vidrios y queso, y en sus muelles se añade más carga, incluyendo las municiones, estibadas el día 15. A la mañana siguiente, tras descender río Escalda abajo unos kilómetros, se embarcan los explosivos (granadas de fusil), que por estar prohibida su manipulación en el puerto, aguardaban allí en una chalana. Se aportan detalles de las estrictas medidas de seguridad seguidas en todo el proceso.

Calvo Ospina nos pone al tanto también de las circunstancias políticas del momento. La caída de la dictadura de Fulgencio Batista, con acceso al poder del Gobierno revolucionario en enero de 1959, fue contemplada con honda preocupación desde Washington, sobre todo cuando ese mismo año se ponen en marcha planes de reforma agraria que transforman latifundios del agro cubano, muchos de ellos con propietarios norteamericanos, en cooperativas. En su viaje a los Estados Unidos en abril, Fidel Castro deja claro que las relaciones entre los dos países entran en una nueva fase de respeto mutuo, sin injerencias ni subordinaciones.

La respuesta norteamericana a esto es un plan terrorista que incluye a partir de octubre de 1959 ametrallamientos y bombardeos desde aviones civiles procedentes de Florida, y acciones armadas en la isla para las que se cuenta con la colaboración de la Iglesia católica y las embajadas de países occidentales aliados de Washington, focos de espionaje para la CIA. A finales de 1959, con la complicidad de Rafael Leónidas Trujillo, se produce un conato de invasión desde la República Dominicana. Richard Helms, director de la CIA entre 1966 y 1973, reconoció ante una comisión de investigación del Senado en 1975 la estrategia que se seguía en aquel momento, consistente en ataques constantes, con intentos de volar las plantas eléctricas, sabotear ingenios azucareros y asesinar a Fidel Castro y otros dirigentes. «Fue una política del Gobierno de Estados Unidos», precisó.

En estas condiciones, la adquisición de armamento era esencial para el Gobierno revolucionario, pero las gestiones en los Estados Unidos, Inglaterra, Francia e Italia resultaron infructuosas. Sólo los belgas aceptaron proporcionarlo, a pesar de las presiones que recibieron de Washington, y en octubre de 1959, La Coubre había llevado ya sin contratiempos veinticinco mil fusiles a La Habana.

Es éste el mismo barco que parte para América con munición y granadas para esos fusiles, entre otras mercancías, en los minutos iniciales del 19 de febrero de 1960. Su primer destino es la Perla de las Antillas.

La masacre

El 4 de marzo, nuestro navío atraca por el costado de babor en el muelle Pan American Docks del puerto de La Habana, donde solían hacerlo los de la Transat. El reloj del comandante marca las 9:30 y a las 11 comienza la descarga, custodiada por militares cubanos que acceden a la nave. A las 14:45 las municiones ya están en el muelle, y un cuarto de hora después se produce la primera explosión, un infierno de fuego y metralla de piezas metálicas que deja el barco casi partido y escorado a estribor unos 15 grados. A las 15:40 una segunda deflagración resulta aún más letal, pues muchas personas se habían acercado a prestar auxilio. Varios dirigentes revolucionarios acudían allí en aquel momento.

Calvo Ospina recoge testimonios escalofriantes de los que vivieron la tragedia. Simone de Beauvoir y Jean-Paul Sartre estaban ese día en La Habana, y él describió así poco después sus impresiones: «*Al sonido de los explosivos, La Habana se levanta; esta ciudad, tanto tiempo prostituida, reencontró en el peligro, en la muerte, su firmeza de alma. La gente corría de todas partes, invadía los muelles: el barco le disparaba sus fuegos artificiales mortales; a nadie le importaba, la ciudad quería salvar a sus hombres (...) Castro se bajó del coche, estaba en los muelles, solo, haciendo del peligro, contra todos los principios revolucionarios, un privilegio que se reservaba para sí mismo. Veinte brazos lo agarraron, diez, veinte cuerpos lo derribaron, lo aplastaron bajo su peso: justo a tiempo; las balas trazadoras lo rozaron con su brillante línea punteada*».

Guillermo Cabrera Infante relató también sus terribles experiencias aquel día. Él vivió así la segunda explosión: «(...) *pude ver que del barco se elevaba no una columna, sino una ducha, una catarata de fuego invertida. Momentos antes había visto los hombres que sacaban las cajas de balas y otro parque de entre las llamas y las izaban una a una hasta la cubierta superior, rumbo a la proa del barco, que estaba levantada y encimada contra el muelle: el barco estaba partido en dos, pero yo no lo sabía, ni lo había podido ver bien (...) Los hombres que cargaban las cajas por las cubiertas de proa parecieron por un momento irreales, dibujados, porque se veían pequeños, afanosos cargando el mortal cargamento, y de pronto, antes de ver la cascada de lava, antes de oír la explosión, desaparecieron: no los volví a ver más. Simplemente se habían volatizado hechos trizas*».

Después añade: «*Estaba cansado, me dolía todo el cuerpo y tenía ganas de vomitar. Me senté en la acera. Una viejita pasó por mi lado y se detuvo y me preguntó que si me pasaba algo. Yo no le pude contestar. Seguí así unos minutos y otras gentes me preguntaron que qué me ocurría y tampoco pude responderles. Esta es la respuesta. He tratado de que sea simple, directa, objetiva, pero que refleje el horror, la náusea, la atmósfera del Apocalipsis que acababa de ver y que de alguna manera fuera también una queja por la muerte de aquellos hombres humildes, anónimos; un saludo al heroísmo, al valor probado frente a la muerte del pueblo cubano y una denuncia contra la mano criminal —cualquiera que fuera, dondequiera que esté, como se llame— que había desatado el horror, la náusea, el Apocalipsis. En eso pensaba allí en la acera y eso es todo*».

Las explosiones, de una potencia extraordinaria, destrozaron el sector del barco que transportaba las granadas y produjeron en torno a ochenta muertos, entre ellos seis marineros franceses, así como centenares de heridos.

El día después

Tras la tragedia, era imperioso atender a las víctimas y a sus familias, pero también reforzar la seguridad del país y tratar de encontrar una explicación para lo ocurrido. En este sentido, las declaraciones de todos los testigos resultaban esenciales y pronto fueron recabadas. A nivel popular, hay que decir que se produjo una movilización general en la isla y la población cerró filas con su Gobierno. Muchos entregaron sus pertenencias para adquirir armamento que defendiera la revolución. El día 7, los intelectuales cubanos respondieron con un manifiesto en el que afirmaban: «*El sabotaje al barco francés La Coubre ha colocado muchas cosas en su sitio. Ahora sabemos todos, el pueblo de Cuba y sus gobernantes, que la gran agresión contra Cuba ha llegado a su momento crucial. Por eso estamos en pie de guerra. La revolución afronta su momento decisivo y estamos prestos a defenderla, con nuestras vidas si fuera necesario*». Lo rubricaban Alejo Carpentier, Nicolás Guillén y Guillermo Cabrera Infante, entre otros.

Entre el 8 y el 10 de marzo, el juez, el segundo capitán y el jefe de máquinas de La Coubre, diplomáticos franceses y expertos y abogados de las aseguradoras visitan el barco. Después de esto, surgen tensiones cuando los franceses expresan su intención de reflotarlo y los cubanos les indican que son ellos mismos los que se encargarán de hacerlo, tarea que se culmina con éxito el 19 de abril. Ese día, La Coubre es conducida al dique seco, y tras dejarla hermética, el 22 de agosto sale de la bahía de La Habana remolcada hasta Rouen, escena en la portada del libro de Dyskolo. Allí la reconstruyeron, y siguió navegando con nombre diferente hasta 1979.

Los marineros franceses supervivientes fueron homenajeados por el Gobierno cubano y regresaron luego a sus casas. Sorprende, sin embargo, el silencio de los mandatarios de su país, que no realizaron ninguna declaración sobre los hechos, y ni siquiera expresaron sus condolencias a los familiares de las víctimas.

La causa de la tragedia

De los testimonios recogidos pudo deducirse que cuando ocurrió la primera explosión las municiones ya habían

sido descargadas y se estaba comenzando a hacer lo propio con las granadas de fusil. Éstas, se confirmó que eran extremadamente seguras en su manejo, y que en ningún caso explotaban espontáneamente. Tampoco existía, en el momento de la tragedia, ningún indicio de humo o fuego en el barco y nadie observó el desplome de ninguna de las cajas, aunque como se comprobó luego, la simple caída de las granadas no las hacía detonar. Los testimonios apuntan a que la segunda explosión se produjo en el muelle, cuando el fuego de la primera alcanzó las municiones depositadas en él.

Tras las primeras investigaciones, el 5 de marzo, ante una multitud enfervorizada, Fidel Castro analizó con lujo de detalles lo ocurrido, y fue durante ese acto cuando el fotógrafo cubano Alberto Díaz Gutiérrez (Korda) tomó la fotografía más conocida de Ernesto Che Guevara, acompañante de Fidel en la tribuna. Es ésta una imagen que, para Calvo Ospina, «*no sólo encierra el dolor, la rabia y la impotencia de aquel hombre, sino que expresa el sentimiento que embargaba a todo ese pueblo que tenía delante*».

Fidel fue diáfano en su discurso. Tras sintetizar los resultados de las pesquisas realizadas, manifestó que la única causa posible para la catástrofe era que alguien hubiera instalado un explosivo en el buque. ¿Quién? Era fácil descartar a los trabajadores cubanos, que ni siquiera sabían el barco que iban a descargar, y también a los tripulantes, que en caso de estar implicados se hubieran arriesgado a perecer. La conclusión es que debió ser en Europa donde se colocó algún tipo de trampa que explotaría al mover las cajas.

También fue claro Fidel al apuntar cómo responsable último de lo ocurrido al mismo Gobierno que había hecho ímprobos esfuerzos para que Bélgica no vendiera las armas a Cuba, un Gobierno empeñado en aquellos momentos en una feroz campaña de atentados contra este país. Hoy sabemos que lo de aquel día en el puerto de La Habana fue un capítulo más de una guerra en la que ya se habían producido asesinatos, bombardeos y sabotajes, y que sólo un año después tendría otro episodio destacado en el desembarco de la bahía de Cochinos. La masacre de La Coubre, de todas formas, supuso un punto de inflexión en la confrontación, pues mostró sin género de dudas que los norteamericanos estaban dispuestos a todo para torpedear la Revolución cubana.

El Gobierno de Eisenhower protestó de las acusaciones vertidas en el discurso de Fidel Castro, al tiempo que filtraba informaciones tendenciosas que le llegaban del embajador francés en La Habana y hablaban de «*insuficientes medidas de seguridad*» en la descarga. Por su parte, el Gobierno galo no expresó ninguna reacción oficial. Calvo Ospina describe la delicada situación que se vivía en aquel momento, con una sangrienta guerra en Argelia a la que no se veía final, y colaboración entre el Gobierno revolucionario cubano y los independentistas. En estas condiciones, no es descartable que los servicios secretos de De Gaulle participaran en una operación contra la llegada a América de unas armas que podrían acabar enfrentadas a ellos en África.

Un año después, Fidel Castro expresó en un nuevo homenaje a las víctimas en el puerto de La Habana su convicción de la responsabilidad del Gobierno norteamericano, a través de sus agencias, en la masacre. Pocos son los que dudan, a día de hoy, de esta implicación, pero lo cierto es que nadie ha sido capaz de identificar a los ejecutores del crimen. Respecto al método empleado para perpetrarlo, la investigación de Calvo Ospina ha logrado arrojar luz, pues se han hallado evidencias documentales de extrañas coincidencias y manipulaciones en las cajas de granadas antes de ser embarcadas en *La Coubre*, cuando aguardaban a bordo de una chalana en el río Escalda. En un final de novela policiaca, el autor del libro nos revela los detalles que permiten adivinar cómo pudieron actuar los asesinos.

Exprimiendo las fuentes documentales y persiguiendo por medio mundo a los testigos susceptibles de alguna aportación de interés, Hernando Calvo Ospina ha conseguido dar forma en *El enigma de La Coubre* a un relato veraz, y a la vez trepidante y ameno, que incorpora además un reportaje fotográfico de los hechos narrados. La terrible historia expuesta, rigurosamente real, merece ser ampliamente conocida en homenaje a tantas víctimas inocentes, y también porque ofrece un ejemplo paradigmático de los métodos de la potencia hegemónica para manejar contrariedades en su «patio trasero».

Por qué no fracasó el Gobierno de Salvador Allende, de Marcos Roitman Rosenmann. Una reflexión urgente a los cincuenta años del crimen

Publicado en *Rebelión* el 11 de octubre de 2023

Los que por entonces ya teníamos uso de razón no olvidaremos nunca aquel 11 de septiembre de 1973 en que unos criminales uniformados precipitaron a una nación hermana en el abismo. Medio siglo es mucho tiempo, pero dónde nos sorprendió la noticia y cómo reaccionamos son recuerdos grabados a fuego en nuestra memoria. El chileno Marcos Roitman (1955) consiguió escapar de la represión y se estableció en España, donde ha desarrollado una carrera como ensayista y académico en la que destacan sus contribuciones al análisis de los procesos sociales en curso en América Latina.

Su último trabajo, *Por qué no fracasó el Gobierno de Salvador Allende*, acaba de ser editado por Sequitur y plantea una reflexión sobre el sesgo auténticamente emancipador

de las políticas impulsadas en Chile por el Gobierno de la Unidad Popular y la pervivencia de su legado. Contra la opinión de que éstas se saldaron con un fiasco, Roitman defiende que resultaron exitosas, al aportar elementos esenciales de estrategia y debate a las izquierdas transformadoras de todo el mundo. Su tesis es que el proyecto que alentaba en ellas, tan cruelmente exterminado, mantiene plenamente su vigencia.

Contra el relato que trata de imponerse

Como suele ocurrir, tras el crimen el poder impone la tergiversación histórica que lo justifica. En nuestro caso, Salvador Allende es presentado como un dictador en ciernes, y el golpe como una medida dolorosa pero inevitable. Un recorrido por las interpretaciones de los hechos que se formulan por parte de la derecha y amplios sectores de la izquierda incide en un lugar común, que no es otro que la trayectoria desastrosa, cuajada de errores, del Gobierno de la Unidad Popular. Contra esta visión es fácil argumentar de entrada que el apoyo a Allende creció de las elecciones de 1970 (36,4 %) a las de 1973 (44 %). El proyecto se mantenía pujante pues, contra lo que intentan hacernos creer, y no cedía un ápice en su apuesta por una auténtica transformación económica del país, que excluía, obviamente, componendas con latifundistas y grandes industriales. Es por esta razón por la que hubo que recurrir contra él a la brutalidad más extrema.

El socialismo chileno no contemplaba ningún escenario de violencia, lo que no libró de ella a los que lo preconizaban. Roitman explora las similitudes entre la ferocidad que allí se desató y la de España en 1936, episodios de represión entre los más espantosos del siglo XX, saldados hoy con amnistías amnésicas y mártires abandonados por las cunetas. Un repaso detallado del *Putsch* chileno muestra la red de complicidades que lo hicieron posible, entre burguesía, partidos de derechas y mílicos, sin olvidar el rol esencial del dúo Nixon-Kissinger. La trama se empieza a tejer ya con el acceso de Allende a La Moneda en septiembre de 1970 e incluye acciones terroristas —como el asesinato del general René Schneider sólo un mes después— y la desestabilización económica del país. En 1973, en los meses previos al golpe proliferan ataques de todo tipo, y la única sorpresa al fin es ver encabezando la asonada a un general que se declaraba «*leal hasta las últimas consecuencias*».

La burguesía brindó con champán aquellos días, pero su éxito llegó sólo cuando fue capaz de imponer su relato. Con este fin, un subterfugio importante fue apropiarse del concepto de «libertad», que pasó de agrupar las cuatro señaladas por Roosevelt: de expresión, religiosa y de vivir sin miedo y sin penuria, a significar sólo la movilidad sin restricciones del capital neoliberal. Este planteamiento será luego respetado en la era post Pinochet, y el despegue en cifras macroeconómicas que se consiguió será el gran argumento para ver el holocausto en que se fundó todo como un «mal necesario». Roitman no considera a los dirigentes actuales del país que razonan de esa manera «traidores», sino «conversos». Ellos insisten tercamente en sus discursos en no remover demasiado la historia a fin de «*superar todas las divisiones para que el odio y los enfrentamientos no envenenen a las generaciones futuras*».

La conclusión que se desprende de esto es ciertamente triste: «*Chile es una sociedad enferma*», afirma Roitman; la derecha se ufana de haber derrotado al comunismo y una falsa izquierda le sigue el juego. No podrá alcanzarse la normalidad hasta que el cruento golpe deje de ser atribuido a un fracaso de la Unidad Popular, y se comprenda que fue sólo el resultado de la acción conjunta de los sectores más reaccionarios de la sociedad, al servicio del gran capital, contra un Gobierno democrático empeñado en transformaciones justas y necesarias.

Chile: la derecha golpista contra el cambio social

El libro se completa con un análisis de la situación política de Chile en los años inmediatamente anteriores al golpe. La Democracia Cristiana se había fundado en 1957, con inspiración del nacionalcatolicismo y el falangismo español. En 1966, reagrupando a liberales y conservadores, firmemente opuestos a las tendencias estatistas dominantes en la izquierda, se constituyó el Partido Nacional, que consumado el golpe se autodisolvió. Muchos de sus miembros pasaron entonces a colaborar con la Junta Militar, al igual que hicieron algunos intelectuales antiestatistas y gremialistas que desdeñaban a los partidos políticos, aunque promovieron la toma de las calles y las «caceroladas» contra Allende. Éstos fueron definidos como «*la burguesía en la escuela de Lenin*» y muchos de ellos habían confluido en Patria y Libertad, movimiento fundado en 1970.

Eduardo Frey, de la Democracia Cristiana, logró un éxito arrollador en los comicios presidenciales de 1964 y asumió el poder defendiendo un rechazo por igual de capitalismo y comunismo. Sin embargo, tras el triunfo de Allende en 1970, él y su partido se deslizaron a posiciones golpistas e intentaron provocar el colapso económico con acciones de sabotaje. Trataban además de vetar al Ejecutivo desde las cámaras legislativas, y cuando en las elecciones de 1973 las derechas no lograron los 2/3 necesarios para ello, recurrieron a acusaciones de fraude. En septiembre de ese año, los argumentos utilizados para el levantamiento fueron tres: un inventado autogolpe en curso de la Unidad Popular, el caos económico y la inconstitucionalidad del Gobierno en el uso del poder. Lo cierto es que resultaba muy cínico culpar al Gobierno de un caos que había sido creado por sus mismos denunciantes, pero lo más terrible es que estas falacias son repetidas hoy por dirigentes de partidos de izquierda. Roitman señala también cómo tras el fin de la dictadu-

ra, publicaciones que cuestionaban el relato que se trataba de imponer fueron ahogadas económicamente por los nuevos Gobiernos. El lector español contempla en el caso chileno sucias aquiescencias y pactos de silencio que le resultan muy familiares.

Tras revelar tanta ignominia, el libro concluye con un recuerdo de Salvador Allende, un hombre que hermanó los ideales humanistas y libertarios de la masonería, con larga tradición en su familia, y el socialismo democrático, aunque no dudó en renunciar a la primera cuando comprobó su pasividad en los procesos desencadenados en Chile. Para Roitman, Salvador Allende no es una figura de museo. Más allá del respeto que merecen su trayectoria y su sacrificio heroico, su política, auténticamente democrática y al mismo tiempo comprometida con la superación del capitalismo, es referencia ineludible en un presente marcado por la vesania acrecentada de este sistema económico. He aquí el argumento central y el gran mensaje de *Por qué no fracasó el Gobierno de Salvador Allende*.

Gaspar García Laviana. Breve biografía, de José María Álvarez Rodríguez. Homenaje en el 45.º aniversario de la muerte del cura guerrillero

Publicado en *Rebelión* el 7 de febrero de 2024

Gaspar García Laviana fue un joven sacerdote asturiano que acudió a Nicaragua en 1970 dispuesto a dedicar su vida a mejorar la de los más pobres del país. En esta labor se volcó varios años, compartiendo penurias, predicando el Evangelio y tratando de auxiliar, concienciar y organizar a los campesinos para mejorar su existencia por vías pacíficas. Tuvo que padecer a cambio persecuciones y amenazas por parte del régimen de Somoza, y en un momento el buen pastor, incapaz de ayudar a su grey, no vio otra salida que tomar las armas junto al movimiento sandinista, lo que le costó la vida al poco tiempo.

La trayectoria de este cura guerrillero nos sumerge de lleno en el problema crucial de la violencia revolucionaria. ¿Cuándo, cómo y contra quién se justificada ésta en la lucha por el cambio social? La cuestión es ardua y conocer mejor quién fue Gaspar García Laviana ha de servirnos para aquilatar en un caso notable los argumentos enfrentados. Al cumplirse el 45.º aniversario de su muerte en combate, la asociación que vela por su memoria, apoyada por el ayuntamiento de Langreo, ha contribuido a la conmemoración con un volumen biográfico cuyo autor es José María Álvarez Rodríguez. Pródigo en datos, fotografías y noticias sobre el cura guerrillero, el libro reivindica su figura y propicia una reflexión sobre las grandes decisiones que marcaron su vida y a todos nos interpelan.

Un sacerdote comprometido con los pobres hasta las últimas consecuencias

Gaspar García Laviana nació en 1941 en una aldea asturiana de la cuenca minera del Nalón y realizó estudios eclesiásticos con los Misioneros del Sagrado Corazón, que lo llevaron a ser ordenado sacerdote en 1966. Párroco en el extrarradio madrileño, su empatía con la clase obrera le hizo compatibilizar estudios de sociología con el trabajo en una carpintería del barrio. Un compañero de seminario, Pedro Regalado Díez Olmedo, que era su amigo inseparable desde 1955, compartía muchas de estas labores y le va a dedicar en 2019 una extensa y emotiva biografía titulada *Mi vida junto a Gaspar García Laviana, cura y comandante sandinista*.

Corre el año 1970 y Gaspar y Pedro toman la gran decisión de sus vidas al ofrecerse para regentar parroquias en un distrito rural del sur de Nicaragua. Hasta 1975, los dos ofician misas, bodas y bautizos, pero se esfuerzan también en mejorar la existencia material de sus feligreses, fortalecer los vínculos sociales y desarrollar la asistencia sanitaria. Con estos fines crean juntas parroquiales, y después cooperativas de consumo; se niegan además a cobrar por sus servicios. Gaspar pone empeño especial en cerrar el prostíbulo de la ciudad y lo logra. Desde la radio denuncia el absentismo de los maestros pagados por el Gobierno.

La pobreza es insoportable y Gaspar reflexiona enseguida que más que buscar almas caritativas que ayuden a mitigarla, la solución pasa por una profunda transformación de la estructura social. Para ello, el adiestramiento de líderes campesinos es una vía importante, y en ella trabaja a través del Centro de Educación y Promoción Agraria, en el que colaboran varios sacerdotes. Harto de la penosa impotencia de todos sus esfuerzos, a partir de 1975, nuestro asturiano entra en contacto con el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN), partido y movimiento armado que trata de derrocar al dictador Somoza. Entiende que unirse a ellos es la única forma de contribuir al cambio imprescindible.

La colaboración consiste en un principio en ayudar al paso de personas y armas desde la vecina Costa Rica, pero en unos meses, tras recibir en Cuba preparación militar, Gaspar se integra plenamente en el FSLN con el alias de comandante Martín. Éste es el nombre con el que se da la noticia de su fallecimiento cuando cae en combate en diciembre de 1978, a sólo siete meses del triunfo de la revolución. Las tropas de la Guardia Nacional, bien armadas y entrenadas, eran un enemigo correoso, y Gaspar era consciente de lo que se jugaba. Poco antes de morir, en una carta a todos los ciudadanos del país les comunica:

«*Como nicaragüense adoptivo que soy, como sacerdote, he visto en carne viva las heridas de mi pueblo; he visto la ex-*

plotación inicua del campesino, aplastado bajo la bota de los terratenientes protegidos por la Guardia Nacional, instrumento de injusticia y represión; he visto como unos pocos se enriquecen obscenamente a la sombra de la dictadura somocista; he sido testigo del inmundo tráfico carnal a que se somete a las jóvenes humildes, entregadas a la prostitución por los poderosos; y he tocado con mis manos la vileza, el escarnio, el engaño, el latrocinio representado por el dominio de la familia Somoza en el poder. La corrupción, la represión inmisericorde, han estado sordas a las palabras y seguirán estando sordas, mientras mi pueblo gime en la noche cerrada de las bayonetas y mis hermanos padecen tortura y cárcel por reclamar lo que es suyo: un país libre y justo, del que el robo y el asesinato desaparezcan para siempre. Y como nuestros jóvenes honestos, los mejores hijos de Nicaragua están en guerra contra la tiranía opresora, yo he resuelto sumarme como el más humilde de los soldados del Frente Sandinista a esa guerra. Porque es una guerra justa, una guerra que los sagrados Evangelios dan como buena, y que en mi conciencia de cristiano es buena, porque representa la lucha contra un estado de cosas que es odioso al Señor, Nuestro Dios».

Motivos morales convierten al sacerdote en guerrillero, pero un guerrillero particular que en un momento dado se niega a fusilar a agentes somocistas que se descubren infiltrados. Toda la trayectoria de Gaspar García Laviana refleja un mismo empeño solidario y humanista, en la paz y en la guerra.

Vidas que dejan huella

El volumen intercala poemas, un buen número de ellos de García Laviana, expresión de sus sentimientos ante el mundo que luchaba por cambiar y el final que presentía, a veces con títulos emblemáticos: «La niña del prostíbulo», «Pregón al campesino», «Cuando muera»... Se da noticia también de las dos ediciones existentes de su obra poética, una en Managua, de 1979 con 53 composiciones, y otra en Madrid, en 2007 con 115. Además de esto, en la web del foro que reivindica su memoria, puede descargarse libremente un texto con 189 poemas suyos.

También trae el libro versos dedicados a Gaspar, de Pedro Casaldáliga, José Ganivet y Luis Enrique Mejía Godoy, cantautor nicaragüense a quien nuestro guerrillero dijo en una ocasión: «*Nunca soltés la guitarra, porque también dispara*». Se ofrecen impresiones de amigos como Sergio Ramírez, Ernesto Cardenal, Carlos Mejía Godoy, Gioconda Belli y varios sacerdotes españoles, así como una amplia información sobre documentales, presentaciones, conmemoraciones y homenajes. En los apéndices el autor explica en clave cristiana el compromiso revolucionario de García Laviana y se recogen cartas que escribió sobre este asunto y otras dirigidas a él por Carlos Mejía Godoy y Mónica Baltodano, nicaragüenses activos en el proceso que triunfó en 1979 y críticos hoy con la penosa situación de su país. Los dos defienden la necesidad de recuperar en estos momentos el anhelo de libertad y justicia que movió a Gaspar.

Cuando se combate un régimen tiránico y criminal como el de Anastasio Somoza, que acapara la riqueza, reprime libertades y hace imposible cualquier intento de transformación social por medios pacíficos, tomar las armas para provocar ésta se convierte en la única vía. No es otra la opinión que se defiende desde la teología de la liberación, por ejemplo en las cartas pastorales de monseñor Romero (1917-1980), escritas en sus tres últimos años antes de ser asesinado. Se insiste siempre, en esta corriente socialmente comprometida del catolicismo, en que la violencia que se ejerza ha de ser la mínima necesaria.

García Laviana era un seguidor entusiasta de la teología de la liberación, y su adhesión a la guerrilla sandinista es coherente con estas ideas. Sin embargo, no debemos perder de vista otro aspecto importante, señalado también por pensadores de esta escuela: el triunfo de las armas rebeldes no garantiza un genuino progreso si no va acompañado del establecimiento de una auténtica democracia que acabe con la explotación del hombre por el hombre. De esfuerzos y sacrificios estériles hay demasiados ejemplos.

Adiós muchachos, de Sergio Ramírez. La revolución sandinista narrada por uno de sus dirigentes

Publicado en *Rebelión* el 25 de noviembre de 2025

El nicaragüense Sergio Ramírez (1942) es autor de una extensa obra narrativa y ensayística, y no desdeña tampoco ceñirse a la brevedad y urgencia del periodismo. En todas estas labores, brilla su voluntad de explorar los paisajes y personajes de nuestra América, y es maestro en el arte de sazonar el respeto a la historia con la libertad de la literatura.

Su biografía está marcada por una actividad política en su tierra natal que comenzó contra la dictadura de Anastasio Somoza. Con el triunfo de la revolución en 1979, formó parte del Gobierno sandinista, ejerciendo de vicepresidente del país entre 1984 y 1990, año en que el movimiento perdió las elecciones. Fue entonces cuando el ya famoso escritor lideró un intento de renovación en el partido, pero éste no obtuvo el éxito esperado en los comicios de 1996, con lo que decidió retirarse de la política en primera línea. Sus enfrentamientos con la cúpula sandinista se agudizaron tras el regreso de ésta al poder en 2007, y en 2021 se vio en la necesidad de pedir asilo en España, donde ha fijado su residencia.

De la extensa producción de Sergio Ramírez, me gustaría detenerme aquí en *Adiós muchachos* (Aguilar, 1999),

donde aporta su testimonio sobre la revolución vivida en su país y de la que fue protagonista. Reeditado varias veces y convertido en un clásico, este texto nos describe, vívida y fielmente, los diversos momentos del proceso, y tiene la virtud de mostrarnos en detalle el naufragio del fervor revolucionario en una lastimosa decadencia.

La pérdida de la inocencia

Sergio Ramírez confiesa en el comienzo del libro que el impulso de éste nace de ver unos acontecimientos históricos trascendentales en riesgo de ser olvidados, y de la necesidad de honrar la memoria de los que desde todos los rincones del mundo se volcaron en materializar el sueño emancipador de la pequeña Nicaragua. Allí amaneció, en aquel 1979 tan preñado de barruntos sombríos a nivel global, una utopía que hoy vemos como estertor final de la era de Lumumba y el Che.

Durante los años 60 y 70, el autor vivió una sucesión de exilios en Costa Rica y Alemania, desde los cuales, con los ojos puestos en el martirio que sufría su país, participó en la organización de la resistencia y en los planes para la toma del poder, al tiempo que orquestaba campañas mediáticas y denuncias de la represión y rapacidad del régimen de Somoza en foros internacionales. Cuando al fin pudo establecerse en Managua con su familia tras el triunfo de la revolución, sus tres hijos llegaron extrañados a un país que desconocían, pero se integraron felices en las campañas de alfabetización y el mayor hizo el servicio militar, participando en acciones de guerra.

La obra nos acerca a episodios de represión durante la era de Somoza y recuerda los nombres de muchas víctimas. Era la de entonces la lucha desigual de un ejército bien pertrechado contra idealistas con raíces marxistas o cristianas, pero siempre profundamente humanistas, guerrilleros para los que «*la muerte era una tarea a cumplir*», como escribió uno que además era poeta, o «*sólo un ligero dolor, un tránsito*», en palabras del propio Sandino en 1933, poco antes de ser asesinado. Dar la vida era para ellos un ritual que abría las puertas del paraíso, para otros en la tierra.

Lo más doloroso de esta historia de heroísmo y sacrificio es comprobar que los supervivientes fueron muchas veces relegados después por el nuevo poder, encenagado de burocracia y privilegios. Olof Palme visitó el país en 1983, y emitió un consejo bien lúcido: «*Cuídense, se están alejando del pueblo*». Para rematar, cuando se perdieron las elecciones en 1990, se vivió la célebre «piñata», apropiación legalizada de bienes por parte de la burguesía sandinista.

Para que nadie nos cuente cómo fue aquello

Se rememoran momentos clave, como la ofensiva guerrillera de finales de 1977, comienzo del fin del régimen somocista, o el regreso de Ramírez a Nicaragua desde Costa Rica, en una avioneta en la que lo acompañaban Ernesto Cardenal y Violeta Chamorro, mientras aún se luchaba y tremían ser derribados. Fue poco después cuando se dio unidad política al Frente Sandinista, hasta entonces un conglomerado de guerrillas, constituyéndose la Dirección Nacional, con nueve comandantes.

Llegó luego la eufórica entrada en Managua de los que sentían haber realizado el sueño de Sandino, un ejército de flacos jóvenes curtidos en cien combates. El rumbo de la revolución lo pilotaban los nueve de la dirección recién constituida, de una forma colegiada que paulatinamente devino autoritaria: «*un caudillo con nueve cabezas en lugar de una*». El primer gobierno integraba ampliamente a otros partidos, pero en pocos meses se instauró una sólida hegemonía sandinista. Ramírez viajaba de aquella por todo el país, tratando de organizar la nueva vida, y reconoce que se cometieron errores, como un exceso de cautela en las expropiaciones y no repartir generosamente la tierra a los campesinos. Se produjeron además en algunas zonas lamentables episodios represivos que alimentaron a la Contra.

En aquel primer momento, la ayuda de México, Cuba, Venezuela, Panamá, Costa Rica y otros, resultó decisiva, mientras se vivían tensiones entre los que querían avanzar hacia la dictadura del proletariado y los partidarios de formas democráticas. El propio Fidel Castro aconsejó respetar el pluralismo político y la economía mixta, pero el choque con el imperialismo gringo que llevaba decenios saqueando Nicaragua era inevitable. Carter fue comprensivo, pero en la era Reagan los ataques de la Contra desangraron el país. Ramírez revela detalles de la irrupción de la trama Irán-Contra, que lo sorprendió durante un ciclo de conferencias por los Estados Unidos, y describe también el acercamiento a la Unión Soviética, que al principio suministró armamento, pero a partir de 1988 cerró puertas y exhortó a un entendimiento con Occidente.

Hay un recuerdo emocionado para los que llegaron a la vía revolucionaria tratando de ser fieles al evangelio, como Gaspar García Laviana, el cura-guerrillero asturiano muerto en combate en 1978. Él supo llevar hasta sus últimas consecuencias el compromiso por los pobres en una época en que la Iglesia, impulsada por el Vaticano II, colaboraba con los que luchaban por un mundo nuevo. Tras el acceso al papado de Juan Pablo II aquel mismo año, esto se hizo más difícil, y los tres sacerdotes que hacían política activa en el Gobierno nicaragüense fueron suspendidos *a divinis* en 1983. Se dan detalles de la tensa visita papal de ese año, en la que el pontífice reprendió públicamente a Ernesto Cardenal. La suspensión fue revocada recientemente por Francisco I.

El resumen de la historia es triste. Los idealistas se estrellaron a la hora de gestionar una economía capitalista en un contexto de guerra y tensión social, y el pueblo que les ha-

bía recibido con esperanza, viendo que no salía de la pobreza, acabó haciendo presidenta a Violeta Chamorro en 1990.

Son demasiadas veces ya...

Sergio Ramírez retrata fielmente en *Adiós muchachos* el paisaje humano que caracterizó las diversas etapas de la revolución nicaragüense. El proceso que discurre ante nosotros se mueve, de una forma que entristece pero no puede sorprender, del entusiasmo y heroísmo de los años de lucha contra la dictadura de Somoza, a la dañina y aparentemente ineluctable degeneración burocrática iniciada con el acceso al poder. Las dificultades impuestas a la economía y el hostigamiento de la Contra resultaron sin duda relevantes, pero también es cierto que otros se esforzaron en ayudar, con lo que en este caso parece demostrarse de nuevo que la inflación de liderazgos y la ausencia de una base popular bien trabada son suficientes para hacer descarrilar cualquier intento emancipador.

Otro atractivo de la obra es el testimonio que nos ofrece de un momento en el que Nicaragua devino en pieza valiosa del equilibrio global. Las labores diplomáticas de Ramírez lo llevaron a tratar a los protagonistas de la política internacional, con lo que el texto registra abundantes cameos de personajes que van de Torrijos a Gadafi o Fidel Castro, pasando por Borís Yeltsin, Margaret Thatcher, Jimmy Carter, Carlos Andrés Pérez, José López Portillo o Gabriel García Márquez. De todos ellos hay anécdotas sabrosas en el libro.

Los sucesos de Nicaragua, narrados en *Adiós muchachos* por quien fue actor principal de ellos, son un canto a la necesidad de una masa crítica social consciente y movilizada para garantizar el futuro de las revoluciones. Nos empeñamos en hacer éstas siempre de arriba a abajo, cuando la historia no se cansa de mostrar que sólo son posibles de abajo a arriba.

El fracaso de los acuerdos de paz en Colombia, de Oto Higuita

Publicado en *Rebelión* el 23 de septiembre de 2021

Las noticias de violaciones de derechos humanos que llegan de Colombia día tras día nos hablan de una guerra civil, despiadada e interminable, cuyo origen es desconocido para la mayoría. Si tratamos de profundizar en el misterio, resulta muy difícil penetrar el muro de mentiras tejido por los poderes económicos, políticos y mediáticos, tres rostros del mismo monstruo. Los acuerdos de La Habana de 2016 significaron una puerta a la esperanza, pero ésta se vio truncada pronto por el rechazo en el referéndum de octubre de ese año y la espiral represiva que siguió, por parte del Gobierno y sus fuerzas militares y paramilitares. Así llegamos al presente, marcado por amplio descontento y estallidos sociales que tratan de canalizarlo.

El activista e historiador colombiano Oto Higuita arroja luz sobre estos complejos asuntos en *El fracaso de los acuerdos de paz en Colombia*, obra escrita en 2016 que, tras una versión en papel en 2018, acaba de reaparecer como libro electrónico en el catálogo de Dyskolo y puede descargarse libremente en la web. Otro historiador colombiano, Renán Vega Cantor, profesor de la Universidad Pedagógica Nacional, aporta un prólogo a la nueva edición en el que señala la extrema coherencia de las clases propietarias de su país, empeñadas, ya desde la Nueva Granada colonial, en reprimir sin traba alguna cualquier cuestionamiento de su poder. Estamos pues ante una masacre de hondas raíces, sin final a la vista, que merece ser descrita como un genocidio y cuyos detalles Vega Cantor actualiza para el período desde finales de 2016 hasta el presente. En estos años, se ha asistido sobre todo a la persecución y asesinato de numerosos campesinos, líderes sociales y excombatientes de las FARC, lo que fatalmente podría materializarse en un recrudecimiento de la guerra que nunca concluyó, a pesar de los deseos de una de las partes en conflicto.

Las raíces históricas del desastre

En el siglo XX, los intentos de transformación social en Latinoamérica evidenciaron una división, en cuanto a las estrategias a utilizar, entre los partidarios de la lucha armada y los que defendían la conquista electoral del poder, aunque la historia muestra cómo los avances en cualquiera de las dos vías conducían, del mismo modo e ineluctablemente, a asonadas militares o invasiones desde el exterior que daban al traste con ellos. Los ejemplos pueden multiplicarse por todo el continente, y sólo la Revolución cubana aparece como un raro éxito ante estas maquinaciones. Éste es el marco general que se sintetiza en primer lugar en el libro, poniendo las bases para el análisis que viene a continuación.

La independencia de Colombia, arrancada a la corona de España en noviembre de 1820, supuso la toma del poder por los caudillos criollos que la promovieron, que pasaron a convertirse en latifundistas, caciques y gamonales, pues propietarios de ejércitos privados a su servicio, expropiaron a indios y campesinos, haciéndose dueños del país e inaugurando tácticas que siguen vivas en el paramilitarismo de hoy día. El siglo XIX verá una sucesión interminable de sangrientas guerras civiles entre estos personajes, que con etiqueta de liberales o conservadores, centralistas o federalistas, van a disputarse la supremacía. Con un país que es propiedad de un puñado de familias, se entiende fácilmente que el problema de la tierra es la clave, y que la paz es imposible sin una reforma agraria que ponga fin a ultrajes seculares.

Otro elemento esencial a tener en cuenta es la resistencia sindicalista que desde mediados del siglo XIX toma forma en Colombia, si bien no es muy intensa en un principio. Un hito importante en estas luchas fue la huelga de los obreros bananeros en Ciénaga (Magdalena) en diciembre de 1928, que se saldó con miles de muertos entre los que sólo demandaban un alivio a la miseria en que vivían. La represión fue brutal desde entonces, y el 9 de abril de 1948, el asesinato del líder del Partido Liberal Jorge Eliécer Gaitán, un hombre muy comprometido con los más desfavorecidos, desató el conocido como Bogotazo, la furia popular espontánea más impresionante del siglo XX. A partir de aquellos hechos, muchos campesinos liberales comenzaron una insurrección armada, ante lo inútil de la acción política.

La situación de guerra civil creada, con centenares de miles de muertos, se prolongó hasta el golpe de Estado del general Gustavo Rojas Pinilla, en 1953, el cual, con promesas de «Paz, Justicia y Libertad», consiguió que las guerrillas liberales se desarmaran. Luego muchos líderes de éstas fueron masacrados (a lo mejor la historia les suena). Como una dictadura es una cosa muy fea, la siguiente estrategia de las élites fue pactar, en 1957 y con referéndum incluido, un «Frente Nacional», un retorno a un simulacro de democracia en el que liberales y conservadores se repartirían periódicamente el poder para que todo siguiera igual, pero pareciera homologable con el «mundo libre» en aquellos años de la Guerra Fría.

Nuevo ciclo de protestas: las guerrillas comunistas

Con la trágica pantomima de la «pacificación» no se había eliminado la madre de todos los problemas, que no era, ni sigue siendo otra a día de hoy, que la desposesión de las masas campesinas, y así los años 60 vieron un nuevo ciclo de insurrecciones, aunque esta vez sus protagonistas enarbolaron banderas comunistas. En 1984 el presidente Belisario Betancur trató de acordar la paz, pero sus intenciones fueron torpedeadas por las clases propietarias y siguieron la lucha y la represión. Por si ello fuera poco, en esta época la producción de cocaína, cuya demanda crecía exponencialmente en los Estados Unidos, se convirtió en una fuente de recursos esencial del país y los narcotraficantes añadieron más violencia aún a la ya existente.

En 1990, el recién electo César Gaviria logró atraer a algunos grupos guerrilleros a una negociación, y en 1991 pudo vender una apariencia de cambio con una nueva Constitución. Sin embargo, las principales guerrillas, como las FARC, no se plegaron a las exigencias gubernamentales y la paz no llegó. Tampoco tuvieron éxito las conversaciones del Caguán, con el presidente Andrés Pastrana, entre 1998 y 2002.

A partir del acceso al poder de Álvaro Uribe en 2002, y a rebufo de la política antiterrorista global tras el 11-S, lo que se emprende en Colombia es una guerra de exterminio contra los insurgentes, sus familias y la sociedad en general —con los «falsos positivos» por ejemplo—, en la que se va a recurrir a todas las atrocidades imaginables. Higuita nos recuerda la trayectoria anterior de este personaje, marcada por políticas antisociales y denuncias de colaboración con el cártel de Medellín.

Los acuerdos de La Habana: paz fallida y derrota estratégica

En 2012, el presidente Juan Manuel Santos abre un nuevo diálogo con las FARC en La Habana, no sin antes apurar una estrategia represiva extrema, que incluyó el asesinato de Alfonso Cano, máximo dirigente de la guerrilla en noviembre de 2011. Higuita disecciona lo negociado en Cuba y llega a la conclusión de que ninguna concesión se hizo por el Gobierno en el sentido de moderar su deriva neoliberal. Se trataba sólo de desmovilizar y desarmar a las FARC, ofreciendo a cambio algunas contrapartidas en materia de liberación de presos y derechos políticos en las que ha habido un grado de incumplimiento notable.

El resultado es que el proyecto histórico de las FARC ha sido derrotado. Las que nacieron en 1964, en un mundo bipolar, para combatir la explotación de los campesinos colombianos, no pudieron resistir la larga y enconada lucha con un enemigo muy superior en efectivos, dispuesto a todo, y capaz además de movilizar a su favor, con sus poderosos medios de propaganda, a una parte importante del país. No se augura tampoco un futuro brillante al partido político que emerge de la disolución de las FARC, menguado de fuerzas, dividido, y enfrentado a una intensa manipulación en su contra de la opinión pública.

Resumiendo lo ocurrido, puede decirse que las clases propietarias de Colombia tienen dos tendencias que se identifican en su objetivo de eliminar la insurgencia, pero en los últimos tiempos se dividieron los papeles. Así, el sector financiero (Santos) combinó la acción militar con el dialogo, y cuando eso condujo al desarme de las FARC, el sector latifundista (Duque) completó la tarea haciendo trizas lo acordado.

La única opción en esta coyuntura extremadamente difícil tal vez sea, según Higuita, tratar de constituir un amplio movimiento social que integre a todos los perjudicados por las políticas de los sucesivos Gobiernos: indígenas, campesinos desposeídos o desplazados y proletariado urbano precarizado, un movimiento, en palabras del autor, «*de carácter nacional, amplio, pluriétnico y diverso, más horizontal que vertical, que aglutine y articule las históricas reivindicaciones del campo con las de las ciudades*». Es ésta una labor difícil, pero impostergable.

Hay que agradecer a Oto Higuita y Ediciones Dyskolo todo el trabajo que fructifica *en El fracaso de los acuerdos de paz en Colombia*. El libro nos aporta datos y reflexiones im-

prescindibles para romper el muro de desinformación que tejen los *mass media* y atisbar, en su sucia y sangrienta complejidad, los manejos de una oligarquía que lleva siglos imponiéndose por el terror y el engaño.

Política kuxlejal, de Mariana Mora. Autonomía indígena en las comunidades zapatistas

Publicado en *Rebelión* el 3 de julio de 2024

Pocos espacios de esperanza pueden encontrarse en este mundo nuestro más sugestivos y prometedores que la red de relaciones sociales, profundamente democráticas y respetuosas con el planeta, que en las últimas décadas han construido los zapatistas en el sur de México. Es por esto que conocer la historia y la organización de estas comunidades tiene un interés extraordinario. *Política kuxlejal*, de la profesora e investigadora en antropología social Mariana Mora, se plantea justamente este objetivo y por medio de un exhaustivo programa de entrevistas en un municipio zapatista consigue tomar el pulso a un proceso de transformación social en el que todo el mundo fija sus ojos en este momento.

La primera edición de *Política kuxlejal* fue publicada en inglés por University of Texas Press (2017), y posteriormente han aparecido dos en castellano, una de DIELSA (2018) y la que aquí reseñamos, de Bajo Tierra Ediciones (2023). *Kuxlejal* es vida o existencia en tzeltal y *lekil kuxlejal* podría significar en este idioma un ideal de vida común digna. Éste es el término preferido por los indígenas para la sociedad armoniosa que tratan de crear y cuyos rasgos son analizados en el libro.

Las casi cuatrocientas páginas del texto, ilustradas con fotografías y documentos, integran la contundencia de los testimonios de primera mano con una reflexión bien fundada teóricamente sobre los procesos implicados, lo que ilumina los retos de la metamorfosis social que se describe.

La historia: injusticia y resistencia

Los primeros capítulos sintetizan la historia que ha conformado el presente. La autora recuerda sus visita a Chiapas a mediados de los 90, cuando el Gobierno federal del priista Ernesto Zedillo (1994-2000) no hacía más que plantear dificultades a los intentos de los indígenas de organizarse democráticamente en su territorio y se temía una invasión militar. Fue asi como en enero de 1994 los zapatistas proclamaron su «autonomía» y comenzaron a desarrollar un proceso de autoorganización.

Lamentablemente este proyecto hubo de enfrentar violencia armada de fuerzas paramilitares que en el episodio más grave, a finales de 1997, asesinaron a 45 indígenas, mujeres y niños en su mayoría. El año siguiente se registraron innumerables incursiones del ejército que produjeron ocho víctimas mortales, cientos de detenciones y destrucción de viviendas. La respuesta del EZLN ante esto fue pacífica pero contundente, y se basó en una movilización a nivel estatal que culminó en la famosa Marcha de la dignidad que recorrió diecisiete estados en 2001. No se lograron sin embargo avances legislativos importantes en la autonomía indígena, y ello obligó a proseguir la tarea constructiva al margen de los marcos jurídicos nacionales. Así, en agosto de 2003 pudo celebrarse la constitución de cinco Caracoles, nombre escogido para la administración regional de un conjunto de municipios autónomos, dotándose cada una de estas «provincias» de una Junta de Buen Gobierno. Esto representaba la instauración de una forma de vida autogestionada que rompía con toda la historia anterior.

Un aspecto esencial a tener en cuenta es que el proceso de autoorganización necesariamente adoptó ritmos y estrategias diversas a través del territorio zapatista. La investigación realizada en *Política kuxlejal* se centró sobre todo en la región ahora conocida como Diecisiete de Noviembre, en la que hasta mediados del siglo XX la propiedad agraria se basaba en «fincas», cuyos dueños, generalmente mestizos, explotaban miserablemente a los indígenas, «mozos» poseedores sólo de la fuerza de su trabajo. A partir de esa época se repartieron «ejidos» a los campesinos, pero la penuria y subordinación no desaparecieron con ello, pues estas tierras comunales eran muchas veces las de más baja calidad y el reparto no afectó a la estructura social opresiva, marcada siempre por una fuerte componente racial.

Ésta era la infamante situación de partida en la zona de estudio, contra la cual en el siglo XX y en la estela de personajes comprometidos con los derechos de los indígenas como Manuel Altamirano (1834-1893), asociaciones e instituciones diversas fueron promoviendo una toma de conciencia y movilizándose en busca de soluciones. Cabe destacar como impulsos positivos los planteamientos de la teología de la liberación, que se empiezan a manifestar a partir de los 60 y la labor de ONG desde los 80. Esta trayectoria se evidencia en los testimonios de las personas de mayor edad entrevistadas por Mariana Mora.

A lo largo de esta época se documenta en el libro cómo se van constituyendo grupos que trabajan en pos de un horizonte de justicia social y terminan convergiendo en el movimiento zapatista. Un hito destacado fue el Congreso Indígena de 1974, organizado por la diócesis de San Cristóbal, a partir del cual las divisiones entre tzeltales y tojolabales que existían, hábilmente orquestadas por los poderes políticos, dieron paso a una conciencia de la lucha común que era necesario emprender. En la fecha simbólica del 12 de octubre de 1992, diez mil campesinos indígenas marcharon por

las calles de San Cristóbal de las Casas exigiendo sus derechos. Era un vaticinio del levantamiento inminente.

La construcción de una vida digna

A partir de 1994, la reforma agraria zapatista trató de revertir las políticas privatizadoras que se estaban implementando en aquel momento, y ello se materializó en una toma de tierras que permitió satisfacer las expectativas de trabajo digno de las poblaciones locales. Mariana Mora nos describe como en los terrenos de Diecisiete de Noviembre, que fueron escenarios de brutal explotación racializada, encontramos hoy campos comunales y nuevos centros de población, que alojan entre 7 y 20 familias, aunque hay también campesinos que optan por cultivar sus propios ranchos sin integrarse en la comunidad. Las tierras que servían de pastizales para el ganado en el pasado y sufrían grave erosión y pérdida de nutrientes, tardaron un tiempo en regenerarse, pero hacia 2007 la producción de maíz y frijol alcanzó niveles que permiten el autoabastecimiento e incluso venta al exterior.

A pesar de estos datos halagüeños, hay que decir que la adquisición de otros productos está sometida a las leyes del mercado y los campesinos pueden sentir a veces la tentación de migrar en busca de trabajos más rentables, como albañiles en la Riviera Maya, por ejemplo. No hay que olvidar tampoco que existen presiones legales y de represión física contra los zapatistas por parte de expropietarios expropiados. En el libro se describe una amplia variedad de situaciones complejas en las que la nueva organización social se ve obligada a demostrar su capacidad para resolver todo tipo de conflictos. Respecto a la interacción con el Estado se comprueba que existe represión ocasional, aunque otras veces las decisiones de la autonomía zapatista son aceptadas como válidas por entes gubernamentales.

La discriminación de género era una grave lacra en las sociedades tradicionales, y la política zapatista para superarla ha consistido en promover colectivos de mujeres, foros de reflexión sobre los problemas comunes que sirven para dinamizar una vida limitada antes a rutinas domésticas. De este modo, se ha conseguido un empoderamiento de las marginadas y se impulsa una igualdad de derechos y deberes con los varones que se establece como nuevo paradigma. Son esenciales en este sentido los colectivos de producción, con éxitos notables en café y artesanía, que han revolucionado la contribución femenina a la economía comunitaria. Los planes de ayuda estatales que proporcionan subsidios a las más vulnerables, como el programa Oportunidades, son rechazados por los zapatistas, que los perciben como meramente «asistenciales» y no enfocados a resolver los problemas de fondo.

El capítulo final está dedicado a la estructura política que se promueve, guiada por el famoso lema de «mandar obedeciendo». Compitiendo con la dinámica envenenada de la democracia representativa gestionada por partidos políticos, lo que toma forma en las comunidades zapatistas es una democracia directa de asambleas y consensos en la que los elegidos lo son sólo para cumplir las misiones encomendadas. En las Juntas de Buen Gobierno, que agrupan a varios municipios, los representantes de éstos se van rotando semanalmente para ejecutar lo encargado. Lo que se reivindica en el fondo con esta estructura, horizontal y solidaria, es la capacidad política de aquéllos a los que ésta ha sido secularmente negada y construyen al fin un sujeto colectivo.

En uno de los capítulos del libro se reproducen testimonios recogidos por Mariana Mora en entrevistas grupales intergeneracionales con indígenas de Diecisiete de Noviembre en 2005. Viejos y jóvenes juntos aportan sus experiencias al debate y el intercambio pone de manifiesto la ruptura que supuso la organización autónoma emprendida en 1994. Los recuerdos de la gente mayor perfilan con angustiosa claridad la época de «los golpes y la servidumbre», infame de injusticias raciales y de género, y se convierten para la juventud en una visión transparente de los logros alcanzados y en el compromiso de no tolerar nunca el retorno de un pasado de oprobio.

Indigenismo, violencia y despojo, de VV. AA. (Francisco López Bárcenas, coord.). México, 2023: entre la lucha por la autonomía indígena y el acoso neoliberal

Publicado en *Rebelión* el 6 de junio de 2023

El acceso a la presidencia de México de Andrés Manuel López Obrador (AMLO) el 1 de diciembre de 2018 generó grandes expectativas de adecentamiento de la vida política y consolidación de una visión estratégica en la economía del país. El ambicioso empeño se materializó en la bautizada como Cuarta Transformación (4T), un programa de modernización que iba a permitir superar las rémoras del pasado.

El tiempo transcurrido, sin embargo, ha hecho cundir el desánimo, al no observarse signos claros de progreso, sino más bien una continuidad en muchos aspectos de la ofensiva neoliberal que caracterizó a los Gobiernos anteriores. De esta manera, la situación actual está marcada sobre todo por la dinamización de megaproyectos que plantean graves problemas ambientales y para las formas de vida tradicionales asentadas en el territorio.

La resistencia de las comunidades indígenas ante los peligros que las acechan no se ha hecho esperar y de ello se

nos da noticia ampliamente en *Indigenismo, violencia y despojo*, un volumen colectivo coordinado por Francisco López Bárcenas que ha sido editado en 2021 en Oaxaca por el Centro Intradisciplinar para la Investigación de la Recreación, A. C. y Pez en el árbol. En una época de incertidumbre y proliferación de relatos, este libro aporta piezas de información imprescindibles para saber lo que está ocurriendo realmente en México. El volumen viene además con una bibliografía, útil para profundizar en los asuntos tratados, y un anexo fotográfico.

Los indígenas del sudeste mexicano y la 4T

La introducción corresponde a Luis Hernández Navarro, que comienza criticando la *performance* ejecutada en la toma de posesión de AMLO. En ella participaron en nombre de los pueblos originarios auténticos activistas en lucha por los derechos de sus comunidades, pero también «*profesionales de la representación indígena*» a los que se suele ver a la caza de puestos y recursos. Se notó además la ausencia de organizaciones importantes, como el Congreso Nacional Indígena (CNI). Unos días después en Chiapas, los zapatistas celebraron con una parada militar los veinticinco años de su levantamiento armado. Desfilaron más de cuatro mil combatientes, cada uno con dos bastones de madera que hacía chocar marcando el paso. Para rematar el acto, el subcomandante Moisés les arengó: «*Nos quieren mentir, nos quieren engañar. Es una burla, una humillación. Vienen a por nosotros, por el EZLN. No le tenemos miedo al Gobierno. Aquí el mal Gobierno no manda, mandan las mujeres y los hombres*». Para Hernández Navarro, el enfrentamiento resulta inevitable cuando el Gobierno, sedicentemente progresista, asume viejos proyectos para el sudeste mexicano que suponen en realidad una vuelta de tuerca del desarrollismo capitalista, con insoportables cotas de agresión ambiental y sobre las formas de vida de las poblaciones indias.

Francisco López Bárcenas en el capítulo del que es autor aporta algunas claves para comprender la situación. Un detalle importante, ya en la toma de posesión del nuevo presidente, fue cuando declaró que prestaría atención preferente a los indígenas en sus programas de Gobierno. Ciertamente no era esto lo que se le demandaba por parte de los más concienciados, sino un reconocimiento de derechos para que las comunidades pudieran decidir libremente su futuro. Un repaso de la historia muestra que tras el dominio español se ha establecido lo que puede definirse como un «colonialismo interno», con marginaciones e imposiciones continuas, y violencia y asesinatos ante cualquier intento de resistencia.

Otro aspecto esencial señalado por López Bárcenas es la variedad de apoyos plasmados en el amplio triunfo electoral de AMLO, que provocó tras la victoria una lucha por espacios de poder entre facciones más que un empeño en solucionar problemas. La reducción del presupuesto para asuntos indígenas, ya desde el primer momento, tampoco fue un buen augurio, y pronto se vio que las giras presidenciales marginaban a los movimientos que reivindicaban autonomía o se oponían a actuaciones que vulneraban sus formas de vida, privilegiando a los que sólo pedían ayudas. Tras las promesas electorales de rechazar los megaproyectos, el vuelco por parte del nuevo mandatario era evidente, y lo mismo puede decirse en el caso de los transgénicos, en el que se pasó de renunciar a ellos en campaña a nombrar como secretario de Agricultura a un renombrado promotor de estos cultivos.

La información expuesta no deja resquicio a la duda. Desde la asunción del poder por AMLO, los megaproyectos en curso prosiguieron su desarrollo, al tiempo que arrancaban otros nuevos, como el Tren Maya, que supone en realidad un reordenamiento del espacio regional para beneficio del capital, el Corredor Transístmico para conectar el Pacífico y el Atlántico en Tehuantepec o el aeropuerto Felipe Ángeles. Las irregularidades en la ejecución de estos proyectos han sido denunciadas por los organismos internacionales y las comunidades indígenas, y hay que decir además que la violencia contra éstas, con un infame historial en la época reciente, marcado por más de un centenar de asesinatos, ha continuado bajo el actual Gobierno, con nuevas víctimas cuyos nombres y trayectorias se recuerdan.

López Bárcenas repasa también los escenarios de resistencia que es necesario crear ante el desastre neoliberal que no cesa. Los indígenas buscan mejorar su vida construyendo autonomía con proyectos agrícolas, de reforestación o capturas de agua, de educación y culturales. En este empeño, la experiencia consolidada de los zapatistas de Chiapas es para todos una referencia. El objetivo último sería sustituir el monstruo estatal al servicio del capital por una red de comunidades autogestionadas y solidarias.

El istmo de Tehuantepec

Emanuel Gómez Martínez contribuye al volumen con un texto sobre el Corredor Interoceánico del Istmo de Tehuantepec (CIIT), ambicioso proyecto que quiere ser nada menos que una vía alternativa al canal de Panamá. Una síntesis de las características geográficas, económicas y humanas de la región pone de manifiesto su pobreza y conflictividad social, pero el estrechamiento del continente en esta zona ha dado lugar desde antiguo a planes para lograr a través de ella una comunicación entre los océanos.

Las iniciativas en esta dirección se fueron sucediendo con escasos resultados y la situación se deterioró aún más con el gran terremoto de septiembre de 2017, que mostró a las claras la vulnerabilidad de las edificaciones de la zona. Tras la llegada de AMLO a la presidencia en 2018, es cuando el CIIT se pone vigorosamente en marcha, con el objetivo de convertir a la región en un punto clave del comer-

cio mundial a través de una modernización de puertos y la construcción de una vía ferroviaria de alta velocidad, además de inversiones en industria petroquímica, aeropuertos, autopistas y otros empeños, incluida la promoción social y económica de las poblaciones afectadas.

Gómez Martínez analiza el impacto en derechos humanos de las actuaciones que se han realizado hasta el momento. Detecta por ejemplo deficiencias en la potestad que tienen las comunidades de manifestar y hacer valer su criterio respecto a los programas y su ejecución. Las consultas en marzo de 2019 a través de asambleas se organizaron con muy poco tiempo y resultaron insuficientes, pero el megaproyecto echó a andar. A pesar de estos problemas, se concluye que en la actualidad, y a diferencia de lo que ocurría con Gobiernos anteriores, aparte del combate a la corrupción, es notable la inversión que se está promoviendo en desarrollo social, rural y programas de educación.

Otro aspecto que para Gómez Martínez invita a la esperanza es que la ejecución de las obras está ahora a cargo de una empresa estatal, que en su opinión puede ser más efectiva que la mano invisible del mercado. En cualquier caso, la situación que se describe sólo podrá resolverse de forma positiva si existe un diálogo entre el Gobierno y las comunidades indígenas que garantice el respeto a los intereses de éstas. Como veremos a continuación, lamentablemente esto no es así en demasiadas ocasiones.

Escenarios de represión: Oaxaca y San Mateo del Mar

Pedro Matías, en el capítulo que aporta al volumen, nos acerca a la masacre perpetrada en junio de 2020 en Oaxaca. Los que protestaban pacíficamente, en gran parte mujeres, fueron golpeados con saña y quemados vivos, resultando quince asesinatos. La tragedia se une a la lista de otras quince al menos, ocurridas en los últimos treinta y cinco años, con decenas de crímenes que han quedado muchas veces impunes porque las víctimas eran indígenas. La violencia en la región incluye en su amplio inventario asesinatos racistas, pero también rencillas entre comunidades y actividad de grupos armados. Ante la pasividad de las autoridades, algunos crímenes llegaron al Tribunal Penal Internacional. Pedro Matías rememora episodios de este terror que hubo de vivir en el desempeño de su actividad como periodista.

Oaxaca es un territorio eminentemente indígena, con gran diversidad étnica y lingüística. Tras la revuelta zapatista de 1994, se consiguió dotar de cierta autonomía a los municipios de este estado, y a día de hoy 417 de un total de 570 se rigen por el sistema normativo indígena. Sin embargo, factores externos conspiran y actúan contra estos logros y las comunidades han de enfrentarse a proyectos hidroeléctricos, de minería y parques eólicos que ponen en peligro su forma de vida. Lo hacen con métodos legales y pacíficos, pero en ocasiones se recurre a la violencia contra ellas. Otro problema añadido lo supuso la pandemia de la covid 19, que con sus restricciones frenó el proceso de organización y resistencia, y también las acciones judiciales contra la minería, que comenzaban a lograr éxitos. Sin embargo, las explotaciones, consideradas «actividad esencial», siguieron funcionando.

En otro capítulo, Diana Manzo describe los acontecimientos de junio de 2020 en San Mateo del Mar, municipio indígena oaxaqueño en la costa del Pacífico. Los habitantes de este lugar, celosos de su autonomía y decididos a preservar el mar que les da sustento, llevaban años oponiéndose a proyectos que se trataban de imponer en su entorno, pero el ambiente se tensó con la llegada a la localidad de elementos foráneos con pretensiones de asesorar y controlar la vida y las finanzas del pueblo. Cuando éstos comenzaron a practicar la compra de votos y a violar los usos tradicionales, la resistencia se canalizó mediante protestas en los organismos superiores y tratando de promover una dinámica de asambleas y búsqueda de acuerdos. A pesar de estos esfuerzos, la situación se fue deteriorando y el 21 de junio un grupo que se dirigía a una reunión fue masacrado, resultando dos mujeres y trece hombres asesinados.

Contra las interpretaciones de estos hechos que se dan desde el Gobierno de la nación, hablando de conflictos entre comunidades, la crónica pormenorizada que nos ofrece el libro evidencia que el factor desestabilizador es en realidad la embestida neoliberal con sus megaproyectos. Éstos ponen en peligro las formas de vida tradicionales y sus agentes compran voluntades y envenenan relaciones, recurriendo incluso a la violencia más extrema para alcanzar su objetivo. Lo que se vive en resumen en San Mateo del Mar es la dialéctica entre el Estado, vehículo del dinero y la explotación capitalista, y los indígenas que sólo pretenden que los dejen en paz, algo que hoy en día parece imposible.

La llegada al poder de AMLO en 2018 con su aire renovador abrió perspectivas de esperanza, pero la ofensiva neoliberal en curso a nivel global no se detiene con buenas palabras. *Indigenismo, violencia y despojo* nos explica cómo se está desarrollando en este momento en México la lucha del capital por adueñarse del mundo y pone de manifiesto cómo los megaproyectos que se están implementando tratan de ofrecer un rostro benéfico de «desarrollo», pero resultan muchas veces contaminantes y destructivos. Afortunadamente, nos quedan en la memoria también, tras la lectura del libro, numerosos ejemplos de heroicas comunidades que, enfrentando la acometida, no cejan en su empeño de defender su autonomía y vivir en equilibrio con su entorno.

3.8
Estados Unidos

Doce años de esclavitud, de Solomon Northup

Publicado en *Rebelión* el 16 de febrero de 2021

Solomon Northup, nacido en 1808 cerca de Nueva York, era un hombre libre que se ganaba la vida con trabajos diversos y dedicaba muchas horas a su pasión por el violín. Casado y con tres hijos, llevaba una existencia tranquila hasta que tuvo la desgracia de ser secuestrado y vendido como esclavo.

Tras recobrar la libertad, Solomon relató su experiencia en *Doce años de esclavitud*, un libro publicado en 1853, el mismo año de su rescate, que se convirtió en un éxito de ventas —treinta mil ejemplares en tres años— y resultó muy útil a la causa abolicionista por su descripción estremecedora de la vida en las plantaciones de Luisiana. De esta obra existen varias versiones castellanas, la última de Verbum en 2021. Respecto a las adaptaciones cinematográficas, hay que citar un telefilme del norteamericano Gordon Parks de 1984: *Solomon Northup's Odyssey*, así como una triplemente oscarizada película de 2013 del británico Steve McQueen.

Hijo de un esclavo emancipado por su amo en su testamento, que llegó a adquirir con su laboriosidad y economía el derecho al sufragio, Solomon recibió cierta instrucción y trabajó en sus primeros años en una granja. En 1829 contrajo matrimonio con una chica mestiza, Anne Hampton, y en 1834 la pareja se estableció en Saratoga (Nueva York), donde él cultivaba la tierra y cortaba y transportaba madera, además de animar las fiestas con su violín, al tiempo que ella ganaba fama como cocinera. En esta época, la familia había crecido ya con tres vástagos.

Una temporada en el infierno

Un día de marzo de 1841, mientras pasea por el pueblo, Solomon es abordado por dos desconocidos que lo contratan para actuar como violinista en un circo. Con ellos viaja a Nueva York y cuando le proponen llegar hasta Washington, territorio esclavista por entonces, tras dotarse de salvoconductos, él acepta. Es en la capital del país, sede de un próspero mercado negrero, donde nuestro violinista es drogado y despierta encadenado en manos de unos tratantes que responden con latigazos a sus protestas de ser un hombre libre; después, es transportado en barco hasta Luisiana, y durante la travesía tiene ocasión de escuchar historias de otros que han sufrido la misma desgracia que él. Por medio de John Manning, un marinero inglés del que se hace amigo, Solomon dirige una carta a sus conocidos con la esperanza de que puedan ayudarle. El mensaje llegó, pero ignorando su paradero, nada se pudo hacer.

En Nueva Orleans, nuestro cautivo hubo de superar la viruela que había contraído en el barco y una vez sano fue vendido a William Ford, un predicador y propietario rural al que describe como un hombre amable que trataba a sus esclavos de forma relativamente benigna. Aquejado de dificultades financieras, éste hubo de cederlo al poco tiempo a John Tibaut, un carpintero que a punto estuvo de matarlo (algo a lo que tenía derecho), cuando se revolvió contra los golpes que le propinaba.

Muy pronto Solomon pasó a ser propiedad de Edwin Epps, con quien va a permanecer casi diez años, un sujeto cruel que acostumbraba azotar a cualquiera que no alcanzara las cuotas establecidas. Con minucioso detalle conocemos las rutinas de aquel triste tiempo, el penoso bregar en las cosechas de algodón, maíz y caña de azúcar, y en el cuidado del ganado, las vejaciones continuas... Era aquél un mundo donde los sentimientos del negro no eran considerados humanos y «el amo» disfrutaba de total libertad legal no sólo para explotar su trabajo, sino para torturar y masacrar sin restricción alguna a los que sólo eran «carne de látigo».

En 1852, Solomon traba amistad con Samuel Bass, un carpintero canadiense abolicionista que se ofrece a ayudarle y escribe cartas a sus conocidos en Nueva York en las que expone su situación. Así, en tan sólo cuatro meses se consigue que uno de ellos, el licenciado Henry Northup, viaje a Luisiana y junto a un sheriff local se presente en la hacienda de Epps con la documentación que prueba el origen libre de Solomon. El cruel amo no opuso resistencia y éste pudo abandonar la plantación al momento, mientras en su mente se agolpaban el gozo de la libertad recobrada y el dolor de dejar atrás, sin alivio posible, a sus compañeros de infortunio, seres inolvidables que se retratan en el libro en toda su martirizada humanidad, como la joven Patsey, víctima de la lujuria del amo y del odio sanguinario del ama.

La lucha contra el monstruo

Tras su liberación, Solomon presentó una demanda en los tribunales contra James Burch, traficante de esclavos de Washington, y otros responsables de su secuestro. Los testimonios falsos aportados por estos sujetos y la imposibilidad de que un hombre negro declarara consiguieron que la denuncia no prosperara, pero el juicio, del que se dan detalles en el libro, tuvo una repercusión mediática extraordinaria y atrajo la atención de todo el país.

Aunque existe incertidumbre sobre los últimos años de nuestro héroe, se tiene constancia de que se comprometió con la lucha abolicionista e impartió conferencias sobre su experiencia. Algunos señalan que a comienzos de la década

de 1860, durante la guerra de Secesión, colaboró en la Underground Railroad, la red de vías secretas que facilitaba la huida de esclavos fugitivos a los estados libres y Canadá. Se piensa que Solomon Northup falleció en 1863 o 1864.

La terrible historia con final feliz de *Doce años de esclavitud* es un tributo a aquellos cuyo martirio sólo concluyó con su muerte y que nunca tuvieron ocasión de relatarlo. Homenajea también a todos los que sufren la remozada esclavitud de este mundo nuestro: penas capitales por miseria y desnutrición que dicta y ejecuta el casino global, y pobreza endémica decretada por el mercado chantajista y el pensamiento único que lo nutre.

La otra historia de los Estados Unidos, de Howard Zinn. El pasado que esconde el país más poderoso del mundo

Publicado en *Rebelión* el 11 de agosto de 2023

La publicación por Howard Zinn de *A People's History of the United States* (Harper & Row, 1980) supuso un hito importante, porque con esta obra el empeño de historiadores marxistas británicos como E. Hobsbawm o E. P. Thompson, de construir una «Historia desde abajo», atenta a las voces de los excluidos y olvidados, se materializó por fin en un estudio, tan sugestivo como riguroso, del pasado del país más poderoso del planeta.

El libro se convirtió en un *best seller* mundial, y cumplió ciertamente el objetivo que se autor le encomendó, según confesó en una entrevista en 1998, de promover una «revolución silenciosa» en las conciencias que propiciara actuaciones desde una nueva visión del mundo. En castellano la obra, presentada como *La otra historia de los Estados Unidos*, ha conocido varias ediciones, la última de las cuales es la de Pepitas de calabaza en 2021, con traducción de Enrique Alda.

Una vida de estudio y compromiso

Nacido en una humilde familia judía de Brooklyn en 1922, Howard Zinn se opuso en un principio a la entrada de su país en la Segunda Guerra Mundial, pero convencido de la perversidad del fascismo, terminó enrolado como oficial de la fuerza aérea y participó en bombardeos sobre ciudades europeas que produjeron numerosas víctimas civiles, según él mismo investigó después y describe en *The Politics of History* (1970).

Tras la guerra, Zinn se especializó en historia y desarrolló una carrera académica que lo llevó a profesar en diversas universidades norteamericanas y europeas. Siempre reconoció influencias anarquistas y socialistas en su propio pensamiento, y participó como expuesto activista en los movimientos por los derechos civiles y contra la guerra de Vietnam, a los que contribuyó además con artículos y libros. Especial relevancia tuvo su edición en 1971, junto a Noam Chomsky, de *The Pentagon Papers*, los documentos filtrados por el analista militar Daniel Ellsberg que revelaron aspectos oscuros de la guerra. Posteriormente, Zinn destacó también por su oposición a la invasión de Irak.

Howard Zinn falleció en 2022 en Nueva York. En una de sus últimas entrevistas, el historiador que le dio la vuelta al relato sobre el pasado de su país, afirmó que le gustaría ser recordado «*Por introducir una forma diferente de pensar sobre el mundo, sobre la guerra, sobre los derechos humanos, sobre la igualdad (...) y por tratar de lograr que cada vez más personas se den cuenta de que el poder que hasta ahora está en manos de unos pocos, en última instancia reside en ellas mismas, y pueden usarlo*».

La fase colonial

Ya desde el principio y desafiando la óptica tradicional, *La otra historia de los Estados Unidos* muestra un interés especial por las víctimas de los hechos que se estudian. Los indios de las Antillas, que conocían la agricultura y sabían tejer e hilar, vieron su forma de vida destruida y fueron esclavizados para el trabajo en plantaciones y minas. Siguiendo a historiadores como S. E. Morison en *Cristóbal Colón, marinero*, de 1955, Zinn considera que el colapso demográfico desencadenado pudo suponer un genocidio, y aunque ésta es una discusión abierta, es indudable que los europeos manifiestan por doquier a través del continente en esa época una insana pasión por el oro, correspondiente a lo que Marx denominaría después «*acumulación primitiva de capital*», que resultó fatal para los pobladores originarios

Los ejemplos que se describen en el este de Norteamérica evidencian el mismo impulso. En este caso, la resistencia de los indígenas condujo a una auténtica guerra de exterminio en la que su sociedad, más igualitaria que la europea, y su cultura, basada en un noble respeto a la naturaleza, desaparecieron de la faz de la tierra.

La organización que se establece en las colonias va a estar por mucho tiempo marcada por el esclavismo, pero para Zinn el racismo no es una premisa inicial que condicione el proceso, sino que surge como un instrumento para apuntalar la estratificación social. Una prueba de esto es que en ocasiones los desheredados, blancos y negros, unieron sus fuerzas contra unos opresores cada vez más tiránicos, como ocurrió en la rebelión liderada en Virginia por Nathaniel Bacon en 1676.

En 1700 la población de las colonias ascendía a 250 000 habitantes, y en 1760 a 1 600 000, con agricultura, comercio e industria en expansión, pero el 1 % de los terratenientes acumulaba el 44 % de la riqueza, mientras la miseria causaba estragos y no eran raras las revueltas. En esta so-

ciedad atrozmente desigual, había sin embargo una clase media que los poderosos van a movilizar a su favor con el señuelo de la libertad y la igualdad. Para Zinn, éste es el origen de la revuelta por la independencia, con la que las élites locales van a conseguir el control total.

El panorama tras la guerra muestra que la explotación económica y la desigualdad no han remitido, y así surgen motines contra los impuestos que ahogan a los más humildes. La Constitución que se aprueba tiene la virtud de servir a los intereses de los grandes propietarios y dejar también satisfecha a la clase media, y será un instrumento contra negros, indios y blancos pobres.

La libertad de prensa consagrada en la Primera Enmienda es matizada después con la posibilidad que se legisla de perseguir a los autores de textos juzgados subversivos. El historiador Ch. Beard lo dejó bien claro al afirmar que: «*Los Gobiernos —incluido el de los Estados Unidos— no son neutrales, sino que representan los intereses económicos predominantes, y sus Constituciones se hacen para servir a estos intereses*».

El siglo XIX: la forja de un imperio

Tras un capítulo destinado a repasar la resistencia de las mujeres ante las injusticias específicas que sufrían en los primeros años de los Estados Unidos, Zinn acomete el análisis de los procesos más relevantes que marcan la historia del siglo XIX en el país. Es el caso de las sucesivas guerras contra las naciones indias que aún subsistían —rastro interminable de imposiciones, promesas incumplidas y brutalidad—, adobadas siempre desde los centros de poder con cínica verborrea. Los datos aportados por Zinn en el libro resultan demoledores.

Se recuerda después la guerra contra México (1846-1848), que puso claramente de manifiesto el imperialismo que animaba a las élites políticas de Washington. Y no sólo a ellas; el poeta Walt Whitman escribió en el *Eagle* de Brooklyn al estallar el conflicto: «*Sí, ¡a México hay que castigarlo severamente! Que ahora se lleven nuestras armas con un espíritu que enseñe al mundo que, mientras no nos perdemos en discusiones, América sí sabe aplastar, como también extender sus fronteras*». Sin embargo, por las mismas fechas, Henry David Thoreau se negó a pagar el impuesto ciudadano, denunciando así la guerra. Hubo oposición a ella también entre algunos políticos abolicionistas, que la veían como una forma de expandir el territorio negrero del Sur. Al fin de la campaña, México perdió aproximadamente un 55 % de su extensión.

A lo largo de las seis primeras décadas del siglo XIX, las revueltas de esclavos fueron frecuentes y nos dejaron muchos episodios heroicos, como el protagonizado por Jim Brown, ejecutado en 1859. Para Zinn, la guerra civil supuso una «demolición controlada» del sistema esclavista, planteada para desactivar una posible revolución de consecuencias imprevisibles. En los años que siguieron al conflicto, fructificaron algunos intentos de conceder derechos a la gente de color, pero fueron respondidos rápidamente por terrorismo blanco supremacista en los estados del Sur, y también por retrocesos legislativos en el Norte. Así, por ejemplo, en 1883 la Ley de Derechos Civiles de 1875, que ilegalizaba la discriminación contra los negros en el uso de los servicios públicos, fue anulada por el Tribunal Supremo.

El desarrollo del capitalismo durante el siglo XIX dio lugar a gran número de revueltas, como el motín de la Harina de 1837 o los promovidos por la sociedad secreta de los Molly Maguires, de origen irlandés, entre muchos otros que se estudian en detalle. Estos eventos reflejan la intensidad de la lucha de clases en el país, exacerbada por las crisis económicas que se sucedían. En las décadas finales de la centuria, las grandes industrias, los ferrocarriles y los bancos tomaron el control, imponiendo una dinámica de explotación que fue contestada por los Knights of Labor, asociación pionera fundada en 1869. Zinn repasa las vicisitudes de la lucha obrera en los años siguientes, tanto en el campo libertario, en el que destacan la tragedia del Haymarket y protagonistas como Emma Goldman o Alexander Berkman, como en el socialista, en el que fue muy activo Eugene V. Debs.

La lectura de estos capítulos iniciales resulta especialmente conmovedora. Las luchas sociales que vendrán después van a estar iluminadas por un acompañamiento de imágenes, pero en las que se nos describen hasta aquí la brutalidad contrasta con la lejanía de un sufrimiento apenas adivinado. Tras el prólogo colonial, la del siglo XIX estadounidense es una historia de expansión a través de la guerra y de entronización del poder corporativo en un sistema que tiene como fundamento la explotación salvaje de los seres humanos. El libro tiene el gran mérito de denunciar estos hechos y recordar a los que se esforzaron en combatirlos.

El siglo XX, culminación de la tarea imperial

Los conflictos bélicos, en Cuba y Filipinas, con que comienza el nuevo siglo inauguran la etapa global del imperio, mientras que a nivel doméstico sirven para poner firmes a las masas al pie de la bandera. No obstante, los anarquistas y algunos socialistas se oponían a la guerra, y concluida ésta, muy pronto las luchas obreras se recrudecieron, con incorporación de sindicatos como la IWW (Industrial Workers of the World), fundada en 1905, y la actividad de líderes emblemáticos como Mother Jones, Joe Hill o W. E. B. Du Bois. Al mismo tiempo, famosos escritores, como Upton Sinclair o Jack London, también tomaban partido por los oprimidos. La IWW combinaba socialismo y anarquismo y con sus tácticas de «acción directa» consiguió movilizar a la clase obrera en numerosos episodios recordados en detalle.

Zinn interpreta que los Estados Unidos entraron en la Primera Guerra Mundial en busca de expandir sus mer-

cados e influencia económica, aunque para ello hubo que revertir con propaganda el notable sentimiento antibélico existente en el país. La dominación colonial en disputa podía aportar exaltación patriótica y dividendos, todo útil para desactivar la lucha de clases. Y para que nadie cuestionara el montaje, se persiguió con dureza cualquier declaración pacifista, lo que llevó a la cárcel a Emma Goldman, Alexander Berkman o Eugene V. Debs, entre muchos otros.

En el período de entreguerras la IWW, tras la dura represión sufrida durante el conflicto, afronta un tiempo marcado por una importante escisión hacia el Partido Comunista. Zinn considera la Gran Depresión una consecuencia de la propia dinámica capitalista, que en este momento extendió al grueso de la población la pobreza de los sectores más desfavorecidos. Los testimonios que se recogen de la situación creada son terribles, con lo que el New Deal de F. D. Roosevelt, que consiguió estabilizar la economía, puede entenderse en parte como un intento de favorecer a las clases bajas en una tesitura en que las monstruosas desigualdades propiciaban un estallido revolucionario.

Zinn reconoce que la Segunda Guerra Mundial tuvo un enorme apoyo popular, pero señala también que éste fue promovido desde el poder, y se detiene en aspectos especialmente odiosos, como los bombardeos de ciudades alemanas. Respecto al holocausto atómico de Hiroshima y Nagasaki, se adhiere a la tesis de que la rendición de Japón se hubiera conseguido igual sin recurrir a él. Analiza después el significado de la Guerra Fría, que a su juicio permitió aumentar el control social y establecer un estado de «guerra permanente» para justificar el desarrollo del complejo militar-industrial.

Las revueltas raciales de los 50 y 60 son interpretadas como la deriva inevitable de una situación insostenible. Los intentos en los años anteriores de legislar contra la discriminación no fueron llevados a la práctica y al fin la olla simplemente explotó. Martin Luther King lideró un movimiento no violento que fue ferozmente reprimido, pero logró concienciar a toda la nación de la injusticia que sufrían los negros en los estados del Sur. Sin embargo, para Zinn, esta política no funcionó cuando se produjeron motines en los guetos negros por todo el país y entonces se impusieron tácticas de autodefensa, como la promovida por los Panteras Negras. El sistema reaccionó con una combinación de represión y guerra sucia que desmanteló el movimiento, y realizó después intentos de asimilación de la población negra.

El fracaso de la gran potencia nuclear en Vietnam fue fruto para Zinn del contraste entre la alta moral de los que defendían su país con un liderazgo sólido y los que carecían absolutamente de ella. Se llega a decir: «*Fue una confrontación entre una poderosa tecnología y seres humanos organizados, y vencieron los seres humanos*». Las protestas y deserciones en las fuerzas armadas alcanzaron un nivel nunca visto y contra lo que suele pensarse la impresionante oposición al conflicto que se desarrolló en el país no fue un asunto de campus e intelectuales, sino que impregnó a toda la sociedad. En esta época también se presta atención a la segunda ola feminista y a los movimientos por la reforma de las prisiones, de los nativos americanos o la contracultura, con un repaso detallado de los protagonistas de cada uno de ellos.

Un recorrido por los acontecimientos más destacados de las décadas siguientes sirve para demostrar que los relevos en el poder entre republicanos y demócratas no alteraban el eje esencial de una política orientada al control imperial global. Se describen también en estos años un gran número de movimientos de resistencia, como los antinucleares, los que trataban de defender los derechos de los trabajadores rurales o los que se oponían a las guerras de invasión promovidas por diferentes presidentes.

La adición de capítulos en ediciones sucesivas permitió considerar eventos posteriores a 1980, con lo que la versión definitiva de la obra se cierra con un análisis de los atentados del 11 de septiembre de 2001, resultado para Zinn del odio no a las libertades americanas, como afirmó Bush, sino a los desmanes de una potencia imperial que avasallaba por todo el planeta.

Historia para construir futuro

La otra historia de los Estados Unidos es resultado de decenas de años de minuciosa selección y análisis de datos por parte de su autor, y la abrumadora crónica elaborada deja al fin una enseñanza muy clara, que no es otra que contra la injusticia y la explotación seculares la resistencia no ha cesado nunca, aunque haya cambiado en forma e intensidad. La gran pregunta es entonces cuál podría ser el horizonte capaz de poner fin a este conflicto eterno.

En un capítulo final, Zinn reflexiona sobre esto y concluye que resulta imprescindible superar el abismo de desigualdad que impone el capitalismo, aunque ha de conseguirse sin caer en autoritarismos que degradan la dignidad humana. En esta tesitura, su propuesta es profundizar en lo que se encuentra comúnmente en los movimientos sociales más concienciados, esto es, en una democracia que podría asentarse en los barrios y los lugares de trabajo para construir una sociedad basada en una red de cooperativas autónomas y federadas. Las luchas del presente nos ciegan muchas veces, pero el ser humano no está condenado a ellas por su naturaleza o un destino ineluctable. En el mundo hay suficiente para las necesidades de todos, aunque no para la codicia de unos pocos, como Gandhi advirtió.

En ocasiones el trabajo de Howard Zinn ha sido criticado por otros historiadores, achacándole un uso sesgado de fuentes o escasa atención a los puntos de vista opuestos al suyo. A este respecto hay que decir que siempre son de agradecer las precisiones oportunas a afirmaciones que

puedan ser discutibles, pero la incontestable realidad es que tras el secular empeño glorificador de la historiografía dominante, en *La otra historia de los Estados Unidos* encontramos al fin algo tan novedoso como ineludible desde una perspectiva humanista. Las páginas de esta extensa obra revelan a cada paso un oído cuidadosamente atento a las voces de los perdedores de la historia y construyen una denuncia bien fundada de los crímenes de la élite propietaria que rige la nación más poderosa del planeta.

Lo cierto es que cuesta trabajo imaginar algo diferente al discurso imperial que se desgrana cada día en todos los medios y con todas las artes, pero *La otra historia de los Estados Unidos* nos demuestra que es posible reconstruir el relato haciendo que los protagonistas sean los que se rebelaron y muchas veces perdieron todo tratando de resistir los atropellos.

Dinamita, de Louis Adamic. Historia de la violencia de clases en Estados Unidos hasta 1934

Publicado en *Rebelión* el 5 de diciembre de 2017

Louis Adamic nació en 1898 en Eslovenia, que era por entonces una provincia del Imperio austrohúngaro, y emigró muy joven a los Estados Unidos, tras pasar por la cárcel con trece años por su militancia nacionalista. En la «tierra de los libres» trabaja como obrero hasta que es reclutado para la Primera Guerra Mundial, y de regreso comienza una carrera de periodista y escritor, en la que trata sobre todo de denunciar la explotación de los inmigrantes y la clase obrera en el país. Durante la Segunda Guerra Mundial su interés se proyecta hacia la lucha partisana y la constitución de la Federación Socialista Yugoeslava en su tierra natal. Louis Adamic falleció de un disparo en 1951, en lo que se consideró un suicidio, pero pudiera haber sido un asesinato motivado por sus posiciones políticas. *Dinamita*, que La linterna sorda acaba de editar por primera vez en castellano (trad. de Rubén Fernández Rojo), es una crónica detallada e intensa de los orígenes del movimiento obrero en los Estados Unidos y de su historia hasta 1934, año en el que aparece la segunda y definitiva versión del libro (la primera era de 1931).

Orígenes con nombre de mujer

Durante las décadas iniciales del siglo XIX, los conflictos sociales se manifestaban en el país sólo en esporádicas y pacíficas huelgas sin demasiada repercusión, y no es hasta finales de la de 1830 cuando las condiciones inhumanas de los inmigrantes que llegan de Europa, con trabajo infantil y jornadas de doce horas, dan lugar a protestas violentas en las que los irlandeses se hacen notar como principales protagonistas. Los decenios que siguen se caracterizan por la desorganización y debilidad del activismo obrero hasta que en los 50 se empieza a oír hablar de una sociedad secreta, los Molly Maguires, que toman el nombre de una viuda famosa en Irlanda unos años antes como ejecutora de terratenientes y esbirros en defensa de los campesinos desahuciados. Obligado a emigrar, el movimiento renace en las cuencas mineras de Pensilvania, donde es autor de numerosas muertes que alcanzan su apogeo en los primeros 70. En 1875, muchos de sus líderes son arrestados y una decena de ellos ejecutados, lo que supuso el fin de los atentados. Los *mollies* expresan la resistencia bien planificada y sin contemplaciones del irlandés rebelde ante unas condiciones de vida ultrajantes.

A finales de los 60, el capitalismo tensa la maquinaria en una atmósfera de feroz competencia que el proletariado sufre como eslabón más débil de la cadena, aunque trata de defenderse y se concentra en el objetivo de la jornada de ocho horas, que ya en 1872 comienza a conseguirse en algunos lugares. No obstante, en poco tiempo la crisis económica hundirá a la clase obrera en la miseria y quebrantará su organización hasta la gran huelga de los ferrocarriles de 1877, que degenera en graves enfrentamientos por todo el país con centenares de trabajadores muertos. Es la época en que surgen agencias de «detectives», como la creada por Allan Pinkerton, que reclutan matones para ofrecer «protección» a los empresarios. Cuando el movimiento de los ferroviarios es derrotado, muchos auguran el «fin del sindicalismo», y la resistencia pasa a la clandestinidad, contemplando seriamente el recurso a métodos terroristas. Por otra parte, la militancia se nutre con elementos extremistas que emigran de Alemania tras la promulgación en 1878 de la legislación antisocialista de Bismarck.

La dinamita entra en acción

La llegada en 1882 a los Estados Unidos del alemán Johann Most, que había desarrollado una intensa actividad revolucionaria en Europa y acababa de sufrir una condena de cárcel por su apoyo a la violencia en las luchas del proletariado, va a suponer un hito importante porque su arrolladora personalidad va a arrastrar al movimiento obrero en esa dirección. La crisis industrial agrava la situación entre 1884 y 1886, y los viejos e inoperantes sindicatos, como los Knights of Labor, ceden paso a organizaciones algo más combativas como la American Federation of Labor (AFL). Ésta nació tras el histórico 4 de mayo de 1886, cuando en el momento en que una concentración pacífica estaba a punto de ser dispersada por la policía en el Haymarket de Chicago, una bomba mató a varios agentes y provocó un caos con decenas de víctimas mortales. Los oradores de aquella tarde fueron asesinados tras una farsa de juicio en noviembre de 1887 y la realidad es que esta bomba fue un regalo para la

clase explotadora, pues anuló los logros en la lucha por las ocho horas y dividió al movimiento obrero.

La huelga de Homestead (Pensilvania) en 1892 será el siguiente episodio notable, con un cierre patronal que enfrenta a los trabajadores del hierro y el acero y la Amalgamated Steel Company de Andrew Carnegie. Tras el fracaso del paro y el asesinato de varios obreros, el anarquista Alexander Berkman dispara contra el superintendente de la empresa en su despacho, pero sólo alcanza a herirlo. Pasará por ello casi catorce años en prisión. A partir de 1893, el desempleo crece y proliferan huelgas importantes como la de los ferroviarios dirigidos por Eugene Victor Debs en 1894, o las de los mineros del oeste del país, que recurrían frecuentemente a la violencia contra patronos, esquiroles o la maquinaria de las minas.

Siglo XX: viejos problemas y nuevas organizaciones

En el año 1901, Gene Debs es uno de los fundadores del Socialist Party of America, que desde entonces no deja de crecer, apoyado por escritores como Upton Sinclair o Jack London, y por periodistas dispuestos a denunciar los abusos del poder. Entre 1900 y 1903 los mineros organizan huelgas con diversas estrategias: en Pensilvania las tácticas pactistas no consiguen gran cosa, mientras que en Colorado yendo a por todas son masacrados y humillados. Su líder aquí, Bill Haywood, será uno de los promotores a comienzos de 1905 de la IWW (Industrial Workers of the World), que alza con fuerza la antorcha del sindicalismo revolucionario en los Estados Unidos. Sus integrantes, pronto conocidos como *wobblies*, eran al principio partidarios del recurso a la violencia para enfrentar la represión, aunque hay que decir que ésta fue utilizada esencialmente contra ellos en las luchas intensas que protagonizaron en los años siguientes por todo el país.

Tras la publicitada y relativamente exitosa campaña presidencial de Debs en 1908, se produce un auge de socialistas y radicales, que tienen eco en los medios y acceden a algunas instituciones. En esa época, los *iron workers* que levantaban los rascacielos, afiliados a la AFL, recurrían asiduamente a la dinamita para presionar a los empresarios hostiles, y habían logrado controlar el mercado laboral en San Francisco. La voladura del edificio del *Los Angeles Times* en octubre de 1910 por los hermanos McNamara con veinte víctimas mortales fue un intento torpe y criminal de extender la influencia del sindicato a esta ciudad. El juicio tuvo una enorme repercusión y supuso un varapalo para la lucha obrera y la AFL en particular. La IWW tomará el relevo en los años que siguen, marcados por masacres, como la de Ludlow (Colorado) en 1914 o las de Nueva Jersey en 1915, y por montajes judiciales para debilitar a los sindicatos, como el que llevó a Tom Mooney y Warren Billings a cumplir veintitrés años de condena por un atentado en 1916 del que pronto se demostró que eran inocentes.

El panorama tras la Gran Guerra

La entrada de los Estados Unidos en guerra en 1917 fue apoyada por todos los sindicatos, menos la IWW. Tras el conflicto había veinte mil nuevos millonarios en el país, pero sólo recortes salariales y despidos para los obreros. En un clima de brutal represión e histeria contra «los rojos», en septiembre de 1919, la gran huelga del acero afecta a casi medio millón de trabajadores que reclaman pacíficamente sus derechos. La respuesta es el terror por parte de las autoridades y sus esbirros, y en enero el paro es desconvocado. En el noroeste, los intentos de la IWW por organizar a los madereros son reprimidos ferozmente y un tiroteo de autodefensa en Centralia (Washington), en noviembre de 1919, da lugar a otra farsa judicial con dilatadas e injustificables condenas. Los sindicalistas libertarios Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti serán acusados falsamente de un asesinato cometido en 1921 y ejecutados en 1927. El capital se cebaba sin contemplaciones en la clase obrera más combativa, y la réplica de ésta va a ser sorprendente.

En los años 20, la respuesta de la AFL a la situación creada es el retorno a la dinamita y las golpizas, aunque ahora se toman precauciones para que un escándalo como el de los McNamara no se repita, y los «trabajos» se encomiendan a «especialistas» ajenos a los sindicatos. Habitualmente estas agresiones no producían muertes, y el miedo hacía que quedaran impunes. La estrategia resultó bastante exitosa, pero los violentos terminaron tomando el control, radicalizando sus métodos e independizándose para formar bandas de gánsteres, que surgen en Chicago y pronto extienden su influencia a todo el país. Así fue cómo la lucha de clases que había reclutado a los maleantes al servicio de la patronal en los años 70 del siglo XIX, acaba en los felices 20 de la centuria siguiente provocando el nacimiento del crimen organizado.

En esa misma época, los *wobblies* combaten a su manera al capital recurriendo al sabotaje y el escaqueo, técnicas en las que el propio Adamic nos narra sus experiencias en los años 20, recién desmovilizado y vagando como temporero por Illinois, Missouri y Kansas, y luego de marino. Se trataba de no pasar apuros y precipitar la caída del sistema, como cuando aliados con la indolencia e incompetencia del resto de la tripulación los revolucionarios dieron al traste en 1922 con el carguero Oskawa, hecho celebrado en un poema por Bertolt Brecht. De 1923 a 1927, Adamic trabaja por diversos estados y sigue observando la universalidad del sabotaje en todas las industrias y oficios, y no sólo por parte de agitadores, sino simplemente de cualquiera que deseara manifestar su rencor contra el infame orden imperante.

La importancia de recordar los orígenes

La espléndida edición de *Dinamita* que La linterna sorda acaba de poner en circulación, con abundante acompa-

ñamiento de notas y un índice onomástico, nos introduce de lleno en un tiempo convulso en el que el capitalismo extremaba la extracción de plusvalía en Norteamérica y el proletariado aprendía a resistir con todas las armas a su alcance. En la segunda edición revisada del libro, escrita durante la Gran Depresión, su autor pronosticaba un recrudecimiento de estas luchas en los años siguientes, motivado por el aumento del paro ligado a los cambios tecnológicos y al carácter impersonal y deshumanizado de los sistemas de gestión de las grandes empresas. También quería adivinar un giro final a la izquierda, basado en su convencimiento de que «*América es un país de izquierdas, revolucionario*». Nada más fácil que criticar ahora ese vaticinio, pero se ha de reconocer que surgía sin duda de la esencia combativa que Adamic vio y vivió y tan minuciosa y certeramente supo retratar. Que luego se apagara es otro capítulo de la historia.

Es una grata noticia la aparición al fin en castellano, y en edición de lujo, de un clásico de la historiografía de las luchas obreras como es *Dinamita* de Louis Adamic. Hay que señalar además que la copiosa documentación gráfica que acompaña la obra, con grabados y fotografías, la convierte en un atlas imprescindible de la memoria visual de aquellos años fieros de sangre y dinamita. Todo el fragor y el espanto de la época, y el sufrimiento y la heroicidad de los que se enfrentaron al capitalismo que daba sus primeros zarpazos en Estados Unidos quedan así de manifiesto.

Autobiografía de Mother Jones

Primera versión en *Rebelión* el 20 de noviembre de 2018

La Fundación Federico Engels acaba de editar en su colección Literatura de Combate la *Autobiografía* de Mother Jones, una mujer que se distinguió por su extraordinaria capacidad de organización y coraje en las luchas obreras de los Estados Unidos desde los años heroicos de los mártires de Chicago hasta las primeras décadas del siglo XX. Ella contribuyó poderosamente a poner en funcionamiento el sindicalismo en el país, y estuvo entre los que fundaron la IWW (Industrial Workers of the World), una organización que se convirtió en referencia para el proletariado de todo el mundo. Los editores en su introducción ponen de manifiesto la personalidad de esta luchadora legendaria, cuyo ejemplo sirve de estímulo en un momento en que el capital degrada cada día las condiciones de vida de la clase obrera.

Mary Harris Jones nació en 1837 en Cork (Irlanda) y viajó de niña a los Estados Unidos con su familia, huyendo de la desastrosa hambruna que asoló el país entre 1845 y 1849, a consecuencia de la cual aproximadamente un millón de personas perecieron y otras tantas se vieron forzadas a emigrar. Crece en Toronto, y allí realiza estudios de magisterio y costura. Luego, ya en los Estados Unidos, va alternando las dos profesiones. En 1861 contrae matrimonio en Memphis (Tennessee), donde trabaja de maestra, pero su marido y sus cuatro hijos fallecen en la epidemia de fiebre amarilla de 1867. Poco después, monta con una compañera un taller de costura en Chicago y allí toma conciencia del abismo entre las penurias de la clase obrera y la vida extravagante de la aristocracia del dinero para la que cose.

Después del gran incendio de 1871, que destruye su negocio, Mary se implica cada vez más en las movilizaciones de los obreros de la mano de los Knights of Labor, la organización que, desde unas posiciones bastante conservadoras, defendía sus derechos en aquellos días. En las luchas en torno a la gran huelga de ferrocarriles de 1877, aprende una verdad fundamental: que los patronos van a utilizar cualquier arma contra la clase obrera, y en esta sucia labor, prensa, policía, ejército, jueces y políticos van a ser sus cómplices indefectiblemente. La tragedia del Haymarket el 4 de mayo de 1886 supone otro punto de inflexión. Jones es una reformista que no comparte los sueños revolucionarios de los anarquistas, pero ve en ellos aliados decididos en la reivindicación de las ocho horas y cuando en noviembre de 1887 los inocentes oradores de aquel día son asesinados, comprende que pocas excepciones va a hallar a su regla de oro: «*Los privilegiados no conocen límites a la hora de mantener a los trabajadores en la esclavitud*».

Los años que siguen son de intensa actividad defendiendo y organizando a los explotados, arriesgando con ello la vida en muchos casos. La huelga es la única herramienta y con sacrificio y coraje algunas se ganan, aunque se multiplican enfrentamientos con matones y jueces al servicio de los patronos. El libro trae emotivas crónicas de luchas en los distritos mineros de Pensilvania en los años 90, con situaciones límite en la que demasiadas veces el heroísmo o la degradación son las únicas alternativas. En 1902 se logra que la United Mine Workers sea reconocida, lo que constituye una importante victoria moral, pero las extorsiones y asesinatos de cualquiera que intente organizarse continúan; los detalles de estos atropellos son estremecedores. En 1903, una caravana para concienciar del trabajo infantil recorre varios estados y al fin consigue la abolición de esta lacra por la asamblea legislativa de Pensilvania. Mother Jones tuvo además un gran interés en los acontecimientos que se desarrollaban en México por esa época. Visitó el país en 1901 y 1911, y apoyó decididamente la liberación de los revolucionarios mexicanos encarcelados en Estados Unidos.

Nuestra corajuda irlandesa amplía sus escenarios cuando a finales de 1903 los mineros de Colorado, sobre todo

de origen hispano e italiano, se unen a la huelga que trata de romper la inercia en un estado donde el capital gobierna férreamente haciendo imposibles las mejoras que vota la cámara legislativa y se aprueban en referéndum. El larvado enfrentamiento con John Mitchell, líder nacional del sindicato, se encona al favorecer éste el fin de la huelga de los mineros del norte, que deja en la estacada a los de Colorado. La represión es salvaje y al fin éstos han de ceder. Los nuevos retos de Mother Jones son en California y después en Alabama, en cuya industria textil niños y niñas trabajan desde los seis años doce horas al día con máquinas complicadas que a veces los amputan o matan; lo mismo puede ver en Carolina del Sur. Luego vuelve al norte; en las minas de carbón de Pittsburgh, a pesar de las reformas aprobadas, todavía trabajan niños en diversos puestos.

Entre 1912 y 1913 los mineros de Virginia occidental se ponen en huelga contra la esclavitud en la que viven, pagados con vales de empresa que sólo les permiten subsistir muy precariamente. Mother Jones acude a organizarlos; la represión es durísima y «*los hombres mueren para que otros puedan ser libres*», pero el conflicto concluye con una relativa victoria de los trabajadores. Como siempre, se demuestra que resulta esencial informar a la opinión pública de los atropellos. En 1913 en Arizona con los mineros del cobre, la situación se resolvió gracias a la mediación del gobernador Hunt, un caso de humanidad raro en su género.

Todavía en 1913, Mother va a Colorado cuando se recrudece allí el conflicto de los mineros de carbón. Es encarcelada varios meses y luego desde México trata de frenar la contratación de esquiroles. De vuelta en Colorado en enero de 1914 conoce las atrocidades de Rockefeller y sus sicarios. El 19 de abril, se produce la masacre de Ludlow, donde se usan ametralladoras contra los mineros y sus familias. Con actos divulgando estos hechos por todo el país se consiguió conmover a la opinión pública, pero la huelga fue derrotada. A partir de 1918, la victoria en la guerra mundial en nada aprovecha a los trabajadores; en 1919, la gran huelga del acero en Pensilvania y Ohio es un nuevo descalabro; la situación es tan extrema que en Kansas se llega a prohibir las huelgas. Los años 20 ven una disminución del número de conflictos; Mother Jones lamenta que ésa es una época en que los dirigentes obreros abandonaron la entrega y rectitud heroica de los primeros tiempos para convertirse en una suerte de intermediarios agasajados por el poder y traidores a su clase. Su autobiografía fue publicada en 1925, cinco años antes de su fallecimiento en Maryland.

En la introducción del libro, los editores no olvidan mencionar algunas de las contradicciones de Mother Jones, no apoyando, por ejemplo, a las sufragistas o confiando de una forma que podríamos tildar de ingenua en los principios constitucionales de los Estados Unidos, sin que parezca que llegara a atisbar el rol fundamentalmente represivo del Estado en la dinámica de las clases. Leer esta *Autobiografía*, que entusiasmó a Trotsky, es recordar los rasgos de la explotación terrible que caracterizaba las primeras etapas del capitalismo industrial, y adentrarse en la personalidad de una mujer que lo entregó todo en su lucha contra ella. Su mentalidad está contenida entera en la respuesta que dio cuando le preguntaron si le parecía prudente acudir a un distrito de Colorado donde los organizadores sindicales estaban amenazados de muerte: «*No es prudente, pero es necesario*».

El papel esencial de la educación era una obsesión para Mother Jones, y en las horas de ocio siempre estimulaba a todos a la lectura. En un momento de su *Autobiografía* apostrofa así a algunos de sus seguidores: «*Muchachos, escuchadme. En vez de ir a las salas de billar o de juego, subid a la montaña y leed este libro —se refiere a* Merry England *del inglés Robert Blatchford—. Sentaos bajo un árbol, escuchad a los pájaros y aprended de esas pequeñas criaturas emplumadas que no se explotan entre sí, ni se traicionan el uno al otro ni ponen a sus pequeños a cavar en busca de gusanos antes de tiempo. Escuchadlos cantar mientras trabajan*».

Malcolm X. Una autobiografía, contada por Alex Haley

Publicado en *Rebelión* el 18 de julio de 2017

Este libro vio la luz en 1964, un año antes del asesinato de Malcolm X, y fue resultado de más de cincuenta entrevistas concedidas al veterano escritor y periodista Alex Haley, famoso por el *best seller Raíces*, quien se encargó luego de seleccionar el material y dar forma a la obra, aunque la revisión final de la mayor parte de ésta corrió a cargo del propio Malcolm. El interés del libro es enorme pues muestra en detalle la lenta maduración del pensamiento de un personaje esencial de las luchas negras de los 60 en Estados Unidos, un líder inteligente y carismático que no dejó apenas obra escrita. La versión española es de Capitán Swing (2015, trad. de César Guidini y Gemma Moral).

Primeros años: la experiencia

Malcolm vino al mundo en 1925 en Omaha (Nebraska), séptimo de los ocho hijos de Earl Little, un ministro baptista, y cuarto de los que éste tuvo con Louise Norton, una mulata antillana nacida de una violación. Earl militaba en la Universal Negro Improvement Association de Marcus Garvey, que predicaba el retorno a África como respuesta a la segregación. La familia vivió después en Milwaukee y en Lansing (Michigan), donde en 1929 su casa fue quema-

da por la Legión Negra, una variante del Ku Klux Klan. Los bomberos miraban mientras se consumía, y luego la policía se afanó sólo en buscar la pistola con que Earl Little había disparado a los incendiarios. Dos años más tarde el padre de Malcolm fue asesinado por blancos segregacionistas, final que también tuvieron cinco de sus hermanos.

Empieza entonces una época aún más difícil. Con demasiadas bocas que alimentar, la madre se derrumba y en 1937 ha de ser internada en un psiquiátrico. Malcolm, adoptado por una familia amiga, gana fama de gamberro y con trece años es enviado a un centro de rehabilitación en Mason (Michigan), donde estudia en un instituto y trabaja de lavaplatos. No hay muchos negros en su entorno y los blancos suelen ser amables con él, pero no deja de sentirse una especie de mascota a la que no se atribuyen plenas capacidades humanas. Es una época marcada por el orgullo de ser uno de los primeros de la clase, el empeño de mantener la relación con sus hermanos y dramáticas visitas a la madre internada.

En el verano de 1940 Malcolm visita a su hermanastra Ella, bien situada en Boston. Allí descubre que los negros pueden llegar a realizarse como personas en América mucho más de lo que había visto hasta entonces, pero esto mismo hace que de regreso en Mason, la escasez de horizontes lo deprima. Al terminar el curso, logra que Ella se lo lleve a Boston. El libro nos ilustra sobre la compleja sociedad negra de Nueva Inglaterra, dividida entre la marginación y una aceptación a medias que Malcolm acabará percibiendo como una traición, aunque de momento sus preocupaciones son otras. Tras conseguir trabajo de limpiabotas en la sala de baile Roseland, lustra los zapatos de gente como Benny Goodman, Duke Ellington o Count Basie, al tiempo que hace sus pinitos como alcahuete y pequeño traficante. Como no podía ser menos, conoce los placeres del güisqui y la marihuana, compra a crédito y se estira y tiñe el cabello.

Buscando nuevos horizontes, «Red», que es como nombraban al apuesto mulato pelirrojo en que se ha convertido nuestro héroe, deja los betunes por la bandeja de camarero. Baile y chicas son su pasión, y sus crueldades con ellas terminan distanciándolo de Ella. Tras el ataque a Pearl Harbor encuentra trabajo vendiendo bebidas y helados en los trenes que van hacia el sur, y pronto se establece en Harlem, que se convertirá en su hogar. Despedido del tren por su mal carácter, viaja a Lansing, donde sus trajes y modos causan furor y hasta firma autógrafos. Más tarde, de camarero en Harlem, conoce en la barra la historia del barrio y se gradúa *magna cum laude* en un curso teórico sobre las formas más variadas de delincuencia. La galería de tipos que describe no tiene desperdicio.

Cuando es despedido por ofrecer una prostituta a un soldado de permiso que resultó ser un espía del ejército, el que ya es apodado «Red de Detroit» comienza a proveer de marihuana a sus amigos músicos. Así vive unos meses hasta que, hostigado por la policía, decide utilizar su tarjeta de empleado del ferrocarril para viajar por el país suministrando hierba a las orquestas de gira. Sólo tres cosas le aterrorizan en esta época: la cárcel, el trabajo o el ejército, y cuando es convocado a la oficina de reclutamiento, monta un hilarante número de paranoico polidrogadicto con el que consigue ser declarado inútil para el servicio.

Corre 1943 y Red, expulsado de los ferrocarriles tras una trifulca, se convierte en ladrón y atracador, usando cocaína para ponerse en forma. Tras un susto, trabaja en la lotería clandestina y luego en las apuestas, haciendo de guía para blancos adinerados que buscan experiencias especiales en Harlem y traficando con güisqui de matute. Las drogas lo arrastran en su irrealidad destellante, y tras un viaje al filo de la muerte, es rescatado por un amigo que lo lleva a Boston. Allí pronto organiza una banda de desvalijadores de casas, reclutando para ello a Sophia, una rubia que es su amante desde su primera época en la ciudad y otros conocidos viejos y nuevos. Dan unos cuantos golpes, pero pronto son detenidos.

La conciencia

En febrero de 1946 Malcolm es condenado a diez años de cárcel. Comienza a cumplirlos en Charlestown, donde es «Satanás», un inadaptado que blasfema y reniega de todo hasta que un compañero de reclusión respetado por sus conocimientos consigue animarlo a estudiar: inglés, latín. Pronto es capaz de escribir cartas legibles y más o menos correctas. En 1948 es trasladado a Concord, y a finales de ese mismo año, por influencia de Ella, a la colonia penitenciaria de Norfolk, de régimen mucho más laxo.

En Norfolk, a través de su hermano Reginald, llegan a oídos de Malcolm las doctrinas de Elijah Muhammad, el mensajero de Alá, líder de la Nación del Islam: «*El hombre negro fundó la civilización, pero fue sometido con toda clase de violencias por el hombre blanco, una raza diabólica creada por selección genética. Esta raza finalmente ha falsificado la historia y ha lavado el cerebro del hombre negro. El cristianismo es la religión impuesta a los negros, que les obliga a aceptar su postración y a adorar a un dios extranjero, de piel blanca. El islam es la religión que libera al hombre negro, destinado a derrotar en breve la maldad de sus opresores*». El objetivo político de Elijah no es la integración en la sociedad blanca que defienden la mayor parte de los líderes negros, sino la creación de un Estado propio para los negros americanos.

Estas ideas producen una conmoción en Malcolm, que ve en ellas la respuesta a todas sus preguntas: «*Durante los años siguientes estuve en soledad casi total. Nunca había estado tan ocupado. Todavía me maravillo del modo en que cambié de mentalidad, mis viejas costumbres caían en el vacío como la nieve se desliza de los tejados. Era como si alguien*

—a quien yo no conocía muy bien— hubiera vivido del delito. Y me sorprendía cada vez que recordaba mi anterior personalidad». Necesita expresar lo que siente y escribe cada día a Elijah, que a veces le contesta. Su afán de aprender no tiene límites, y devora los libros de la biblioteca. La historia universal le transmite como un leitmotiv la maldad esencial del blanco que ha esquilmado y oprimido a todos los pueblos del planeta. Decide dedicar su vida a propagar esta verdad.

Malcolm es liberado en 1952 y se establece en Detroit, donde vive con su hermano Wilfred y su familia, también conversos al islam. En septiembre viaja a Chicago y allí conoce personalmente a Elijah Muhammad. A partir de entonces se vuelca en el proselitismo y cambia su apellido paterno «Little» por la «X» que simboliza su auténtica y olvidada estirpe africana. Comienza a dirigirse a la comunidad en las reuniones semanales y en el verano de 1953 es nombrado ministro ayudante del templo. Sus desgarradas arengas expresan la revuelta contra siglos de opresión y mentira. Pronto decide dejar su trabajo y dedicarse por entero a predicar sus ideas. Su primer logro es reclutar tantos fieles en Boston como para abrir allí un templo. Su hermanastra Ella asiste conmovida a los sermones, pero tardará cinco años en convertirse.

Su siguiente destino es Filadelfia, donde consigue inaugurar otro templo, y después es nombrado ministro del de Nueva York. La ciudad es un reto difícil, pero trabaja las calles y sabe agudizar la contradicción de los negros cristianos, que practican la religión que los blancos les impusieron y consolida su opresión. Gracias en gran parte a los esfuerzos de Malcolm, la Nación del Islam progresa mucho en esta época, con nuevos templos en Springfield, Hartford y Atlanta. En 1956, Elijah pone a su disposición un Chevrolet para sus continuos desplazamientos. El libro nos instruye sobre los usos, dogmas y rituales de unos musulmanes atípicos, que por ejemplo no admitían una vida después de la muerte, en abierta contradicción con el Corán.

En enero de 1958 Malcolm se casa con Betty X, enfermera y seguidora también de la Nación del Islam; la primera de las seis hijas que tendrán nace ese mismo año. El siguiente, la firmeza de los musulmanes ante un caso de brutalidad policial en Harlem aumenta enormemente su popularidad y pronto programas de televisión y estudios académicos analizan el movimiento. La cólera del blanco contra los que «incitan al odio» no se hace esperar. A este respecto dice Malcolm: «*¿Qué sentido tiene que el blanco pregunte al negro si le odia? Es como si el violador o el lobo preguntaran a sus víctimas: —*¿Me odias? *—El blanco carece en absoluto de autoridad moral para acusar de odio a nadie*».

Ágil y correoso, debate con periodistas muchas horas y pronto su voz es conocida en todo el país, mientras las universidades más prestigiosas se disputan como orador al «demagogo de moda». Contra los negros que defienden la integración, afirma que es insensato, además de imposible, integrarse en una sociedad en decadencia, abismada moralmente y condenada a la destrucción. Donde quiera que lo llamen, transmite fielmente las enseñanzas de Elijah Muhammad, que ahora viaja en su avión privado para presidir los actos multitudinarios de la Nación del Islam.

Madurez interrumpida

La relación de Malcolm X con la Nación del Islam se terminó rompiendo. Había sufrido una gran decepción cuando supo que Elijah Muhammad, apóstol de la honestidad, iba dejando un reguero de secretarias embarazadas y amedrentadas, pero siguió cumpliendo sus cometidos con plena dedicación. En esa época, su rol esencial en el movimiento despertaba la envidia de otros dirigentes, y al fin, tras el asesinato de J. F. Kennedy, el líder lo condenó a noventa días de silencio por un comentario bastante anodino sobre la responsabilidad última del clima de violencia que vivía el país. Le ayudó en este trance su amigo Cassius Clay, que invitó a toda su familia a Miami, donde preparaba el crucial combate contra Sonny Liston. Malcolm fue su guía espiritual esos días y en la hora crucial en el Convention Hall de la ciudad, donde conquistó el cinturón mundial de los pesos pesados.

Pronto llegan a Malcolm noticias de los primeros complots de sus viejos compañeros de lucha para asesinarlo, y sólo entonces toma la decisión de volcar toda su energía en forjar un movimiento, no exclusivamente musulmán, que pelee por los derechos humanos del negro americano con mucha más contundencia y proyección política que la Nación del Islam. Al mismo tiempo, comienza a plantear la liberación de la comunidad de color en términos de autodeterminación, y no de separación territorial, como había defendido hasta entonces. Realiza un primer acto en el centro de Harlem, en el hotel Theresa, donde planea fundar una mezquita, pero la complejidad de la situación creada lo anima a peregrinar a La Meca en busca de inspiración.

Tras visitar El Cairo, donde queda sorprendido de la pujanza industrial que observa, Malcolm vive con entusiasmo los ritos seculares de la ciudad sagrada, rodeado siempre del afecto y admiración de todos hacia el famoso «*musulmán norteamericano amigo de Cassius Clay*». El rey Faisal lo admite en audiencia y lo exhorta a predicar en Occidente una versión auténtica del islam, fiel a sus fuentes originarias. La solidaridad de razas existente en el mundo musulmán le hace ver a Malcolm con claridad que la fraternidad entre los seres humanos es posible. El odio al blanco deja paso entonces al odio a unas estructuras de explotación, y el islam se convierte para él en el instrumento más idóneo para alcanzar esa hermandad entre todos los hombres.

El viaje continúa con intensas visitas a Nigeria y Ghana, que propician una toma conciencia de la importancia de una comunicación sincera y afectiva con los líderes negros

africanos, pues éstos sin duda trabajarían por el fin de la segregación en los Estados Unidos si fueran conscientes de su brutalidad. Se ve allí también en acción la nueva esclavitud que imponen los que codician las riquezas de aquellas tierras, con lo que queda claro que las de las dos orillas del Atlántico son en realidad manifestaciones de una única y eterna lucha de liberación.

De regreso en Estados Unidos, Malcolm X es usado como cabeza de turco durante las revueltas negras de 1964 y 1965 y acusado de instigar a las masas a la violencia. Él por su parte defiende el derecho de los oprimidos a combatir con todos los medios disponibles, al tiempo que condena el sustrato ideológico de los opresores, el cristianismo, que ha impuesto el racismo en todo el planeta. Se convierte de este modo dentro del movimiento por los derechos civiles de los negros, que alcanzaba su clímax en aquel momento, en el polo opuesto a la no violencia que preconizaba el reverendo Martin Luther King.

Malcolm X, consciente de los riesgos de su lucha, nunca pensó que fuera a llegar a viejo, pero en sus últimos meses sentía la inminencia del final. Fue ésta una época marcada por una actividad frenética para difundir sus ideas y hacer progresar la organización política que había fundado, demasiado violenta para unos y moderada en exceso para otros, y por un acoso implacable por parte de la Nación del Islam, que incluyó un ataque a su casa con bombas incendiarias. Por fin, el 21 de febrero de 1965, cuando se disponía a hablar en el Audubon Ballroom de Manhattan, varios hombres se levantaron de la primera fila y le dispararon «*en lo que parecía un pelotón de fusilamiento*». Murió casi instantáneamente.

El arsenal de la memoria

En un epílogo de la obra Alex Haley narra sus primeros contactos con Malcolm X cuando aún militaba en la Nación del Islam, la gestación de los artículos sobre él, de la famosa entrevista en *Playboy* de mayo de 1963 y finalmente de la propia autobiografía. Ésta arrancó con dificultad, pero la paciencia y el buen hacer de Haley consiguieron que los recuerdos de la niñez, del hampa y la cárcel se convirtieran en una catarsis para el líder ajetreado y absorbido por las trifulcas cotidianas, al tiempo que dejaban para la posteridad un testimonio único de superación y lucha contra la alienación del ser humano.

Leyendo el libro descubrimos a un hombre que gustaba de averiguar la etimología de las palabras y cuya mayor emoción fue cuando los hermanos lograron sacar a su madre del manicomio y que viviera con la familia de uno de ellos; alguien capaz de meter la pata y reconocerlo luego, como cuando declaró alegrarse de la muerte de más de cien norteamericanos blancos de Georgia en un accidente de avión en París. El afán de perfeccionamiento y autocrítica de alguien siempre consciente de sus limitaciones fue la clave de su éxito como comunicador, sin olvidar su inteligencia, su indomeñable voluntad y su enérgica y hábil dialéctica.

Malcolm X supo trascender el instinto de supervivencia del delincuente del gueto y alcanzar una percepción lúcida de la explotación sufrida por la población negra. Y esta visión no hizo más que aquilatarse a lo largo de su corta vida, con el rechazo a cualquier forma de racismo y la búsqueda de tácticas políticas integradoras basadas en el activismo y la presión implacable desde la calle. En Harlem, que fue su universidad, aprendió lo esencial: que es la gente al final la que ha de sacar sus propias castañas del fuego, pero le hubiera gustado volver a otra donde saciar el enorme afán de saber que llevaba consigo.

Aunque desapareció demasiado pronto, Malcolm X nos aporta con su vida lo que tal vez más necesitamos, un ejemplo soberbio de progreso y coraje.

Autobiografía de Assata Shakur

Publicado en *Rebelión* el 8 de febrero de 2014

Assata Shakur —nacida como JoAnne Deborah Byron en 1947— fue activista de diferentes grupos negros de liberación y objeto de una persecución implacable por parte del FBI que la llevó a la cárcel en 1973 tras un incidente en el que fue acusada de haber disparado a un policía a pesar de las evidencias existentes sobre la imposibilidad de este hecho. En 1979 consiguió escapar de la prisión de máxima seguridad de Hunterdon County, y desde 1984 vive en Cuba donde se le ha concedido el estatus de refugiada política. Su *Autobiografía*, publicada en 1987 y que acaba de aparecer en versión castellana (Capitán Swing, trad. de Ethel Odriozola y Carmen Valle), atrapa al lector como una buena novela, pero contiene información preciosa y esclarecedora sobre la vida de una niña negra en la América segregada, su despertar político y su lucha por los derechos de su gente, que tuvo que enfrentarse siempre a la guerra sucia habitual en los Estados Unidos contra los grupos negros de liberación. Tras cada capítulo, un poema de la propia Assata nos acerca a sus emociones de aquellos días.

Una joven en el infierno de la segregación

El libro entrelaza dos hilos narrativos que se van desarrollando en capítulos alternantes. En el primero de ellos, Assata nos cuenta su vida hasta su detención en 1973. Nacida en Nueva York, tras la separación de sus padres, a los tres años viaja con sus abuelos maternos a Wilmington en Ca-

rolina del Norte, donde se establecen. Es su abuela la que la educa, tratando de transmitirle un prurito de progreso social que cae en saco roto. Ella prefiere elegir por sí misma sus compañías. Nos describe su vida en aquel Sur completamente segregado de los años 50. Sus abuelos tienen un restaurante en una playa para negros y ella les ayuda desde muy pequeña. Es ya una lectora compulsiva, pero le gusta sobre todo la vida, el mar, la arena, la gente, la música, comer, bailar y ver bailar, espiar a las parejas. Lo más frustrante es contemplar a lo lejos el zoológico y el parque de atracciones, paraísos imposibles para ella.

Los niños negros tenían asimilado el sistema de valores impuesto por los blancos y odiaban el pelo rizoso y los labios gruesos, marcas de fealdad. Se peleaban continuamente, y los peores insultos eran los mismos epítetos racistas con los que los negros estigmatizaban a los blancos. JoAnne asiste después a una escuela integrada en Queens (Nueva York), donde la rodean sobre todo niños blancos y mimados. Entre los profesores predominan los amantes de un orden casi militar, aunque también hay otros que saben despertar en ella la pasión por entender las cosas. Se recuerda convencida entonces de la superioridad de los blancos y tratando de imitarlos, sufriendo por cada detalle de su propia identidad. Seducida un día por un traje de primera comunión de una amiga, decide convertirse al catolicismo, lo que da lugar a páginas hilarantes, crónica de los inevitables encontronazos con los rituales y el dogma católicos.

Nos describe Assata después sus años de adolescente en Nueva York. Las continuas riñas de su madre y su padrastro la llevan a escapar de casa y termina realizando pequeños hurtos para sobrevivir. Cuando esta vida se le atraganta, vuelve con su madre. Tras la separación de ésta y su padrastro vive en South Jamaica (Nueva York), pero tras una discusión se escapa de nuevo y consigue trabajo de entretenedora de hombres en un bar. Tiene trece años pero con un poco de maquillaje casi la creen cuando dice que tiene diecinueve. Un día sufre un intento de violación en grupo de la que sólo la libra su coraje; esto la hace más cauta. Por fin tras un encuentro fortuito con una amiga de su tía Evelyn es obligada a regresar a casa. El periplo nos permite conocer jugosos personajes de la calle de Nueva York y tomar el pulso a aquella sociedad desquiciada.

JoAnne vive tras esto con Evelyn en un pequeño apartamento en la calle 80, una zona de clase trabajadora, pero muy próxima a Central Park y calles de gente pudiente. También frecuenta la sordidez de la calle 84, donde agonizan los restos de la trituradora capitalista. Con Evelyn aprende a apreciar el arte, lee y crece como persona. Evelyn es abogada y defiende sobre todo a negros pobres, lo que explica sus altibajos de fortuna. Los viajes al Sur en vacaciones para ver a sus abuelos son degradantes experiencias de segregación, cuando por ejemplo paran para echar gasolina y no se les permite usar el baño por ser negros. Se les rechaza también en restaurantes y moteles. En Carolina del Sur, sin embargo, pasa días deliciosos. Allí conoce el movimiento por los derechos civiles, pero le desconcierta la infinita paciencia que predica ante cualquier agresión. Pronto alcanza la conclusión desoladora de que «*nunca nadie ha conseguido su libertad apelando al sentido moral de la gente que los oprimía*». Por esa época comienza a escribir poesía.

A los diecisiete años JoAnne decide dejar la escuela y buscar trabajo. Lo encuentra en tristes oficinas donde gana lo justo para ir tirando. Esto es a mediados de los 60 y cada día hay noticias de disturbios en los barrios negros. Assata se manifiesta a favor de los rebeldes y en breve es despedida. La conciencia política le llega poco a poco: con conversaciones en las que le hablan de las atrocidades de Vietnam y ella sólo puede responder con las mentiras de la televisión, con el prurito de saber y ávidas lecturas, con el asco que ve nacer en ella por las personas que presumen de su status. Su conclusión es clara y será el eje rector de su vida: «*Quiero ayudar a liberar el gueto, no huir de él dejando atrás a mi gente*». Encadena trabajos de secretaria y contable que duran poco. Llena su vida una gran inquietud crítica con el mundo que la rodea. Al fin decide retomar sus estudios.

Nueva conciencia y activismo

En el Manhattan Community College, la mentalidad de Assata evoluciona rápidamente. Estudia y comprende por fin los hitos clave de la historia americana que le habían sido ocultados: las luchas de los negros por su liberación, el significado real de la guerra de Secesión, cuando la esclavitud es abolida por motivos principalmente económicos, el papel de personajes mitificados, como Abraham Lincoln. Se relaciona con grupos negros y comienza a asumir su lucha como propia. «*Siempre comenzábamos hablando de reformas y terminábamos hablando de revolución*». Primero son los hermanos de la República de Nueva África, que pretendían crear una república negra independiente en los estados del sur. Ellos le proponen un cambio de nombre, pero sólo es años después que decide abandonar su apellido de esclava, que le repugna, y pasa a llamarse Assata («la que lucha») Shakur («la agradecida»), en homenaje a su amigo Zayd Shakur. En este tiempo comienza a trabajar en un programa de ayuda para niños con dificultades en lectura y matemáticas. La enseñanza le gusta, entendida a su manera rebelde y antiburocrática, pero nos dice: «*Por mucho que me encantara trabajar con niños, sabía que nunca podría participar en el tipo de educación oficialista. No iba a enseñar a ningún niño Negro a jurar la bandera o a pensar que George Washington era genial o alguna mierda por el estilo*».

Asesinato de Martin Luther King: estupor y rabia. Tras graduarse en el Manhattan Community College, mientras

asiste a clases en la City University de Nueva York, Assata decide casarse. No obstante, ella no es el ama de casa que él esperaba y «*tras un año confuso e infeliz*» se separan. Ella viaja a California y se establece en Berkeley, «*el lugar más radical y progresista en el que he estado jamás*». Visita Alcatraz y allí conoce la historia y la lucha de los nativos americanos, concentrados por aquellas fechas para protestar de las infamias que se cometían con ellos. Contacta con grupos chicanos y asiáticos, pues cree en la unidad de todas las batallas contra el poder y al fin se acerca en Oackland al Black Panther Party, con el que ya había colaborado en Nueva York. Los encuentra entregados a la lucha y receptivos a las críticas, lo que la entusiasma. A su regreso a Nueva York, pide el ingreso en el partido.

Assata trabaja con los panteras y acude a la convención constituyente de Filadelfia. A la vuelta, es agregada a los programas sanitarios y de desayunos para niños pobres del partido. La dura disciplina y las jornadas agotadoras la obligan a esforzarse, sin que falten roces, pero la experiencia es muy positiva. Los desayunos la acercan a la realidad desgarradora de marginación y hambre que el programa trataba de paliar. Critica los métodos de formación políticos para miembros del partido por su poca perspectiva histórica y destaca las cualidades humanas de sus compañeros de lucha de aquel tiempo. Pronto colabora con Zayd Shakur, que se convierte para ella en un auténtico maestro. La falta de autocrítica en el partido es lo que más le preocupa. También ve problemas en el liderazgo de Huey Newton, un mal orador que se pierde en divagaciones. Del mismo modo, el principio de defender con las armas las sedes si son atacados le parece escasamente racional, simplemente suicida.

Es la época de las divisiones entre los panteras: Huey es criticado por vivir en Oackland con un lujo excesivo y comienzan las expulsiones de sus oponentes más señalados. El ambiente es opresivo y los proyectos de Assata están siendo paralizados, con lo que opta por abandonar el partido. Luego se supo que todos estos conflictos eran en gran parte provocados por el FBI con cartas falsas. Un día la avisan de que la policía la espera en su casa y decide no volver a ella y pasar a la clandestinidad. Aunque no había cometido ningún delito, eso no significaba nada a su favor si caía en manos del FBI.

Assata nos revela su conmoción cuando lee que dos policías han sido ametrallados en Riverside Drive. Lo siente por las viudas y niños, pero por otro lado la alivia que muera alguien más que la gente negra perseguida cada día. Sin embargo, su sorpresa es mayor cuando ve su foto en los periódicos y lee que se la busca para interrogarla por las muertes de los policías. Como muchos otros acosados por su lucha política por la emancipación de la comunidad negra en aquel tiempo, Assata decide participar en la lucha armada y se une al Ejército de Liberación Negro. Siguen años de clandestinidad sobre los que Assata no se extiende.

Cárcel y exilio

El segundo hilo narrativo del libro arranca con las experiencias de Assata tras su detención en 1973. Herida en el pecho, es hospitalizada e intentan hacerla hablar con amenazas y torturas, pero ella aguanta bien y no logran sacarle nada. En unos días, su estado mejora y en el mismo hospital un juez le lee los cargos contra ella: posesión ilegal de armas y disparar a agentes de policía. También la visitan su madre, su hermana y su tía Evelyn, que es además su abogada. Tiene una bala aún en el pecho y un brazo que tal vez no pueda volver a usar, pero sabe que va a sobrevivir.

Trasladada a la cárcel, a Assata se la mantiene en aislamiento al principio y se le niega tratamiento para su brazo enfermo. Aunque recibe correspondencia de todo el país, apenas puede responder hasta que se las arregla para usar la mano izquierda. Es entonces cuando, para contestar al acoso mediático, con la ayuda de Evelyn graba una cinta que se emite en la radio, un emocionado llamamiento recordando la terrible realidad de la gente negra, su miseria y postración, y la inalienable justicia de su lucha. «A mi gente» impresiona porque rezuma sinceridad y coraje; es el grito de un alma noble que no puede renunciar a darlo todo por la emancipación de la América negra esclavizada.

Nos describe después Assata su vida en la cárcel: normas estúpidas y solidaridad de las otras presas, mujeres humildes cruelmente encerradas por pequeños hurtos o infracciones absurdas —muchas de ellas por participar en una lotería paralegal de la que se lucraba la propia policía—, mujeres condenadas en fin por ser pobres y negras. Mala comida y maltrato, pero Assata resiste con valor. Un día traen a Sundiata, el compañero detenido con ella y juntos trabajan en la estrategia de defensa. Verlo la anima mucho. Además la recuperación de sus heridas avanza.

A finales de 1973 Assata es trasladada a Nueva York para un juicio por atraco e internada en Rickers Island. Es una cárcel moderna, con micrófonos y puertas automáticas. Los viajes a la corte revelan el rostro de una «justicia» racista y miserable como la sociedad que la sustenta. Cuando el juez Gagliardi apresura el juicio sin que Evelyn tenga tiempo de preparar la defensa, montan un buen escándalo en la sala y hasta varios espectadores son detenidos. Assata mantiene por entonces una relación sentimental con Kamau, el compañero acusado con ella en este proceso, y de ella nacerá su hija, Kakuya Shakur. El juicio tiene que ser repetido y al final Assata y Kamau son absueltos de unos cargos que se revelan como un montaje policial.

Tras el veredicto de inocencia, Assata regresa a N. Jersey, donde se empieza a seleccionar el jurado para el juicio por asesinato. Son escenas que nos permiten conocer el profundo racismo de ese estado, llamado a veces *up south* («el sur de arriba»). Pronto se descubre que Assata está embarazada, y ante el peligro de un aborto se consigue que sea hos-

pitalizada. El juicio continúa para Sundiata, el otro acusado. El nacimiento de Kakuya Shakur está lleno de episodios penosos: aislamiento, maltrato. Assata quiere ser atendida por su propio médico y eso es demasiado para el sistema. La niña le es arrebatada a los pocos días de nacer.

Sigue el relato de los juicios en Nueva York, uno por atraco y otro por secuestro de un traficante de drogas, con Evelyn tratando de pilotar la nave en el piélago proceloso de la justicia americana. En el segundo juicio, Assata actúa como abogada adjunta y lee un emocionado alegato sobre la marginación de las comunidades de color y el sentido de la lucha del Ejército de Liberación Negro; manifiesta su inocencia y se dispone a probarla. El montaje urdido para incriminar a Assata y Ronald Myers en el supuesto secuestro se cae por su propio peso durante el juicio y el 8 de diciembre de 1975 son absueltos.

A principios de 1976 Assata es trasladada al centro correccional de Manhattan, controlado por los federales. Se la va a juzgar por el robo a un banco en Queens. Su abogado es en este caso Stanley Cohen, blanco, pero exmiembro del partido comunista y amante de la lucha jurídica, un gran tipo. El juicio viene precedido por una intensa campaña de falsas identificaciones que deja pocas posibilidades, pero batallan duro (Assata como abogada adjunta), y consiguen desmontar todas las trampas tendidas, bastante burdas en general. Assata es declarada inocente.

Tras la absolución, Assata vuelve a N. Jersey, donde es internada en aislamiento hasta el fin del juicio por asesinato. Un nutrido grupo de abogados colaboran en la defensa sin recibir honorarios. Los problemas de ésta consistieron sobre todo en la imposibilidad de encontrar expertos en balística, medicina o química dispuestos a asumir los riesgos de desmontar la versión de la policía, sin que faltaran tampoco roces entre los defensores. Por otro lado, la movilización social a favor de Assata fue formidable. Cuando prepara un alegato bien cimentado, Stanley Cohen es asesinado en circunstancias misteriosas y sus papeles son confiscados por la policía. Aparte de esto, la estrategia del juez Appleby es un continuo hostigamiento a la defensa. El 17 de enero de 1977 comienza el juicio con la farsa de la selección del jurado y en marzo concluye como era de prever con un veredicto de culpabilidad para Assata. El análisis de todos los indicios pone de manifiesto que Assata fue disparada mientras tenía los brazos en alto y que las heridas recibidas la imposibilitaban para manejar un arma de fuego. Tampoco se encontraron rastros de pólvora en sus manos, ni huellas suyas en las armas. Se la condenó «por estar allí».

Un largo camino para comprender

En el final de la *Autobiografía* Assata se concentra en momentos clave de su vida tras recibir la condena, y en el que es probablemente el fragmento más emotivo del libro, nos describe una visita de su hija Kakuya, que tiene entonces cuatro años y se obstina en no creer que su madre esté internada contra su voluntad. No comprende nada y culpa a Assata de su ausencia. Al fin descubre allí mismo con sus manitas la rigidez de los barrotes que la separan de su madre. En otro capítulo, su abuela le dice en una visita a la prisión que la ha visto libre en sueños. Eso la estimula al límite, pues los sueños de la abuela siempre se cumplían. En 1979 Assata logró escapar de la prisión de máxima seguridad de Hunterdon County y vivió como fugitiva hasta 1984, cuando se refugió en Cuba. Allí le fue otorgado asilo político

En el epílogo, Assata nos cuenta sus experiencias en una isla en la que, para su sorpresa, no consigue detectar rastros de racismo. Nos revela su vergüenza al tener que identificarse como estadounidense ante latinoamericanos, africanos o asiáticos que han sufrido en su carne los crímenes del imperialismo. Y nos habla también del calvario de su familia, acosada por el FBI hasta límites inhumanos, y como al fin logró reunirse en suelo cubano con su hija, su tía y su madre, proyecto largo tiempo acariciado.

La obra viene introducida por un prefacio y un prólogo. En el primero, Angela Davis nos describe el ambiente de acoso policial que vivían los miembros de la comunidad negra más comprometidos con la lucha pacífica por los derechos civiles en los años 70. Respirar esta atmósfera es imprescindible para comprender la biografía de personas como Assata, víctimas del racismo judicial y policial de los Estados Unidos de América, con síntomas tan claros hoy mismo como el encarcelamiento masivo de la población de color. Por su parte, en el prólogo, el abogado y profesor Lennox S. Hinds se centra en dos momentos clave de la vida de Assata, emblemáticos de la actitud de la «justicia» y la prensa americanas ante los activistas negros más destacados: el linchamiento mediático que sufrió mientras estaba en la clandestinidad, con imputaciones gravísimas que judicialmente resultaron siempre simples montajes, y el incidente de su detención, que le valió una acusación de asesinato y, aunque en el juicio se demostró que ésta era absurda, sirvió para condenarla.

Assata Shakur emerge de esta autobiografía con una imagen muy alejada del monstruo que dibujaron los medios más reaccionarios. Sus rasgos son los de una mujer que sufriendo en su carne la segregación y el racismo de la sociedad americana decidió dedicar su existencia a combatirlos. La brutalidad de los medios empleados contra la militancia política que desarrollaba, la llevó como a muchos otros a una lucha armada que tenía muy pocas posibilidades de éxito. Perseguida por el *establishment* con mentiras y manipulaciones, su defensa es contar la verdad de su vida.

Queremos libertad. Una vida en los Panteras Negras, de Mumia Abu-Jamal

Publicado en *Rebelión* el 1 de octubre de 2014

El activista, periodista y escritor afroamericano Mumia Abu-Jamal, nacido como Wesley Cook en 1954 en Filadelfia, fue condenado a muerte en 1982 en un juicio plagado de irregularidades y vivió desde entonces bajo la amenaza de una ejecución que las campañas desarrolladas por activistas de derechos humanos en todo el mundo consiguieron ir aplazando. En diciembre de 2011 su condena fue conmutada por otra de cadena perpetua; se cumplían entonces treinta años del asesinato de un policía del que el Gobierno se empeñó en culpabilizar a Mumia, aunque lo que ocurrió aquel día cabe entenderlo como un episodio más en la guerra sucia que las agencias de seguridad norteamericanas realizaban contra el Black Panther Party (BPP), partido del que Mumia Abu-Jamal era militante destacado. La aparición de nuevos testimonios ha hecho que la petición de una revisión del juicio esté perfectamente justificada.

El último libro de Mumia Abu-Jamal es de 2004 y fue publicado en castellano por Virus en 2007 (trad. de Ambar J. Sewell). Se trata de *Queremos libertad. Una vida en los Panteras Negras*, que nos introduce en la historia del BPP, grupo heredero de las mejores tradiciones revolucionarias, creado a finales de los 60 con la intención de despertar la conciencia de la población negra norteamericana. Con sus propias experiencias y una documentación rigurosa, Mumia nos hace conocer en él un movimiento que fue considerado por J. Edgar Hoover, director del FBI, como «*la mayor amenaza a la seguridad interna del país*». El libro viene con prólogo de Kathleen Cleaver, abogada y profesora, que fue secretaria de prensa del BPP, y enriquecido además con numerosas fotografías de los protagonistas de la historia.

En el comienzo de la obra se repasan algunos antecedentes de pensamiento emancipador existentes en la Norteamérica negra de los años 60 y de los que beben los dos fundadores del BPP: Huey P. Newton y Bobby Seale, para echarlo a andar en 1966. Se trata del libro *Los condenados de la tierra* de Franz Fanon y las predicaciones de Malcolm X. El nacimiento ocurre en California y se da la circunstancia de que muchos de los primeros militantes son negros emigrados de estados del sur. No obstante, la historia que tiene un hito decisivo aquí viene de muy lejos, y Mumia Abu-Jamal repasa también las revueltas de esclavos de la década de 1730 y 1740 en esos mismos estados, revueltas que siguen tras una guerra de «independencia» que en poco benefició a los negros, y son frecuentes en los comienzos del XIX, con nombres gloriosos como el de Gabriel Possen y su marcha sobre Richmond (1800). Se recuerda también a los negros cimarrones que lucharon junto a los seminolas, y al abolicionista John Brown.

Los precedentes inmediatos del nacimiento del BPP son las revueltas de 1964 y 1965, levantamientos resultado de episodios de abuso policial contra negros que culminan en Watts, un suburbio de Los Ángeles, en agosto de 1965 cuando la sublevación alcanza una escala inusitada con decenas de muertos y miles de arrestos. La violencia sigue desenfrenada en 1966 y 1967 —123 revueltas contabilizadas sólo este último año—. La fundación del BPP en 1966 va a pretender poner organización e introducir una alternativa revolucionaria en esta violencia. Todo comienza tal vez cuando Huey Newton se dedica a vender ejemplares del *Libro rojo* de Mao por el campus de Berkeley y con el dinero que consigue compra lo que considera esencial para la comunidad negra en esos momentos: armas. Él no creía que la retórica pacifista de los movimientos por los derechos civiles pudiera dar muchos frutos.

El BPP recién fundado aprovecha el hecho de que pistolas y fusiles son legales en los Estados Unidos y con un conocimiento preciso de la legislación al respecto se presenta en todas partes con una exhibición de fuerza armada y reivindicando el rol de defensor de la comunidad negra: «*Estábamos diciéndoles a la gente que moriríamos por ellos*». No nace para apoyar o complementar los movimientos pacíficos por los derechos civiles, como el de Martin Luther King (asesinado en 1968), sino para suplantarlos, inspirados en el mensaje de Malcolm X (asesinado en 1965) y en el marxismo-leninismo, aunque más en el primero. El Partido Pantera Negra para la Autodefensa (su nombre inicial) se extiende primero por Richmond, la bahía de San Francisco y Los Ángeles, aunque los *panthers* siempre consideraron Oakland, la ciudad de Huey, como la cuna del grupo. Pronto, sin embargo, se expande por todos los Estados Unidos. En 1969 existían cerca de 40 delegaciones con varios miles de miembros. Mumia Abu-Jamal nos describe el nacimiento de la sección del partido en Filadelfia y su papel personal en estos hechos con quince años recién cumplidos.

El libro repasa la historia de Filadelfia, ciudad fronteriza entre el Norte y el Sur. Antes de la guerra de Secesión, la segregación era extrema y los pogromos contra la población de color, frecuentes y violentos. Se recuerdan sentencias judiciales de la época que amparaban la violencia racista ya que los derechos constitucionales no eran aplicables a los negros. En el siglo XX el incesante incremento de población de color por la inmigración desde las zonas rurales da lugar a su reclusión en guetos con racismo omnipresente, donde «*los jóvenes negros crecen con la certidumbre de que en cualquier momento la policía puede golpearlos, herirlos o matarlos con total impunidad*». Ésta es la situación que afronta la recién creada delegación del partido en Filadelfia en la pri-

mavera de 1969. Pronto tienen un local con posters de Malcolm X y Che Guevara. Su primer acto es una manifestación para pedir la libertad de Huey Newton, que se había visto envuelto en un tiroteo y era acusado de asesinato. Allí se leen sus artículos con un megáfono. Un año después, le delegación de Filadelfia vende diez mil ejemplares del boletín del partido cada semana.

Entre las actividades iniciales del BPP estaban las Patrullas de Alerta Policial, en las que militantes vigilaban el comportamiento de la policía, armados de fusiles y libros de derecho, acercándose y exponiendo sus razones en cuanto era necesario deshacer cualquier entuerto. Los Programas de Desayunos repartían comidas gratuitas por la mañana a los chicos pobres de los barrios. Se organizaron también servicios de noticias, escuelas y clínicas. En septiembre de 1970 se reúne en Filadelfia la Convención Constitucional Revolucionaria del Pueblo, todo un reto pues ésta es la ciudad-icono donde se firmó la Constitución de los Estados Unidos. Se trataba de crear «*una superestructura revolucionaria que se convertiría en la base de una nueva sociedad*». Asisten seis mil personas de distintos grupos de la izquierda radical, pero la reunión es un relativo fracaso y no llega a redactarse la «nueva Constitución». Las causas de esto no quedan claras del todo, pero se apunta a la falta de liderazgo y a los objetivos muy diferentes de los diversos colectivos. Se recuerda también que así como el mensaje del BPP calaba en la población negra, el radicalismo blanco era muy marginal y sus militantes fueron incapaces de asumir la ventaja que esto otorgaba al BPP.

Desde el principio, el BPP busca la colaboración con otras minorías oprimidas en lo que gustaron en llamar «intercomunalismo»; también criticaron el concepto de «nacionalismo negro» ante la imposibilidad de dar cualquier viabilidad real a esa hipotética nación. Por otro lado, el enfrentamiento con otros grupos negros de liberación fue importante en esta etapa, por ejemplo con US (United Slaves), que defendía un nacionalismo cultural (nombres africanos, swahili, etc.). Dos miembros de US que en realidad eran informantes del FBI asesinaron a tiros a dos militantes del BPP en 1969. Contra este nacionalismo de vía estrecha, el BPP propugnaba su internacionalismo solidario con todas las luchas de liberación, lo que también sirvió en su momento a muchos miembros del partido para encontrar lugares donde exiliarse. Los objetivos de los *panthers* se concretaron enseguida en un programa de diez puntos que contenía una contundente denuncia de la negación de derechos humanos que sufría la comunidad negra de los Estados Unidos y establecía unos ideales de autogobierno para ella, reivindicando la posibilidad de recurrir a expropiaciones y organizarse para la autodefensa. La apertura de la sección internacional del BPP en Argel y la consecución de la libertad bajo fianza para Huey Newton fueron los dos hechos ocurridos en 1969 que marcan el punto álgido del partido. A partir de aquí, el imperio contraataca...

La campaña de infiltraciones, difamación y amenazas anónimas por parte del FBI había comenzado ya antes de la fundación del BPP, pero se intensifica a partir de finales de los 60. Para situar esta lucha en su contexto Mumia repasa episodios emblemáticos de la guerra sucia de las instituciones contra cualquiera que pretendía denunciar la corrupción imperante. Son casos como el del senador Wheeler de Montana (años 20) o Morris Starsky, profesor de Filosofía en Arizona (años 70), entre muchos otros, historias de hostigamiento implacable a ciudadanos simplemente por ser socialistas militantes o nacionalistas negros. Asistimos aquí a la creación de un ente represivo con enorme independencia de otras instancias políticas e invulnerable a ellas, como demuestra el fracaso del intento de control por parte de F. D. Roosevelt. No obstante, aunque esta historia es formidable, hay que decir que en su campaña contra el BPP, el FBI consiguió superarse a sí mismo. Su lema era «*Los panteras entre rejas o muertos*» y no hubo límite a los ardides, difamaciones y brutalidades perpetradas para hacerlo realidad. Varios ejemplos ilustran este tipo de actividades, enredos de cine negro impuestos por un poder carente de cualquier escrúpulo para dinamitar la lucha del BPP, demasiado inocente en su tímida y publicitada violencia. En algunos casos, infiltrados y traidores a sueldo del FBI hicieron luego una brillante carrera como escritores o intelectuales. Policías locales y medios de comunicación colaboraron también en estas campañas, aunque por otro lado los abusos aumentaron el apoyo al BPP entre la comunidad negra, sobre todo entre los más jóvenes. Es importante señalar que estos excesos no fueron dados a conocer por los medios, sino que sólo se supo de ellos gracias a grupos de activistas capaces incluso de sustraer documentos comprometedores de las oficinas del FBI.

El libro repasa las relaciones de género dentro del BPP y se muestra cómo a diferencia de otros movimientos de liberación negros de la época y lo que sucedía en la propia sociedad americana, el partido siempre incluyó en su ideario una perspectiva que igualaba a los dos sexos como compañeros en la lucha. Éste es el testimonio de Afeni Shakur, una chica de origen humilde y sureño que mientras vivía en Nueva York se sintió atraída en la calle por un discurso de Bobby Seale y decidió acercarse al partido. Al tomar contacto con él, la sedujo un ambiente donde las mujeres eran consideradas personas. Mumia reconoce sin embargo la existencia de abusos sexistas dentro del partido, así como de casos de mujeres que utilizaron el sexo para atrapar privilegios dentro de él. Otra historia de interés es el de Safiya A. Bukhari, una chica de familia burguesa que comenzó ayudando en los desayunos para niños y sólo pasó a comprometerse políticamente cuando supo que la policía disua-

día a los padres de enviar a sus hijos al programa diciéndoles que la comida estaba envenenada. Poco después, tras ser testigo de un episodio de brutalidad policial, pidió el ingreso y pasó a convertirse en un elemento fundamental de la sección de Harlem. Luego le tocaría también a ella una larga y atroz temporada en la cárcel. Otras mujeres cuyas biografías se recuerdan son otros tantos ejemplos gloriosos de consciencia y alegría de darlo todo por la revolución. En la existencia espartana de los panteras, a la vez paramilitar y volcada en servicios a la comunidad, estas mujeres eran camaradas en la lucha y demostraban cada día que un revolucionario no tiene género. Se describe después la vida de los miembros del partido, el trabajo continuo en las distintas misiones: desayunos, dispensarios, venta de periódicos, y la pobreza y entrega de muchos hombres y mujeres en general muy jóvenes enfrentados a un brutal acoso policial que no cesaba un momento.

La escisión del partido se analiza después. Aunque el FBI utilizó técnicas muy variadas contra el BPP, de la vigilancia y la infiltración a las denuncias falsas y la eliminación física, hay que decir que el arma definitiva fueron cartas apócrifas que introdujeron desconfianza entre los líderes. Las suspicacias de éstos y su falta de capacidad para imaginar hasta dónde llegaba la astucia del poder jugaron también su parte. En febrero de 1971 los signos de escisión son evidentes. La ruptura personal entre Huey P. Newton y Eldridge Cleaver, definidos por Mumia como «dos cabezotas», se extiende a todo el partido, aunque hay que decir que tras el conflicto personal existía una diferencia de estrategia entre los dos hombres, con un Cleaver más insurreccionalista y un Newton que abogaba por participar en las elecciones y en 1972-1973 decidió aglutinar al partido en Oakland para afianzar allí un poder político legalizado por las urnas. Tras el fracaso electoral, la escisión adopta rasgos de guerra civil con asesinatos entre las facciones rivales. Newton controla la Costa Oeste y Cleaver, refugiado en Argelia, extiende su influencia por la Costa Este en un período agónico en que siguen las secesiones hasta la muerte definitiva del partido en 1982, cuando los programas y el diario dejan de existir. En los años siguientes surgen formaciones revolucionarias locales, de las que se pasa revista a las más importantes. Se describe también el legado del BPP, su rastro en literatura, música y cine.

La pérdida de influencia del Partido Pantera Negra en las masas tuvo la consecuencia que el poder más podía desear: bandas mafiosas pasaron a reclutar a los jóvenes de color para una violencia sin ningún contenido político. Se invirtió entonces todo el proceso que había llevado a muchos exdelincuentes a engrosar las filas de un partido donde comprendieron la razón de su penuria y encontraron un sentido emancipador para sus vidas. En unos pocos años, la delincuencia y las drogas se convirtieron en el horizonte más común para los jóvenes negros de las clases desposeídas.

Autobiografía de Angela Davis

Publicado en *Rebelión* el 15 de agosto de 2017

La activista y académica norteamericana Angela Davis (1944) emprende muy joven la escritura de este libro, publicado por primera vez en 1974, y lo hace a petición de sus compañeros en el movimiento de liberación negro. Asume el compromiso con la intención de dar a conocer, más allá de su peripecia personal, un episodio emblemático de aquellas luchas en el que la solidaridad nacional e internacional fue capaz de torcer la táctica represiva del Estado. La versión española de Capitán Swing acaba de aparecer en 2016 con un prólogo de Arnaldo Otegi y traducción de Esther Donato.

Primeros años

Angela Yvonne Davis nació en Birmingham (Alabama) en una familia negra de clase media. Un capítulo nos acerca a su infancia, marcada por la pesadilla de la segregación: «*En el sur de Estados Unidos muchos niños aprendimos a leer las inscripciones "Negros" y "Blancos" mucho antes que cualquier otra cosa*». En la escuela es educada en el culto al esfuerzo que ha de conducirla al triunfo, pero ella enseguida se da cuenta de lo injusto de un sistema racista que pone el listón mucho más alto a unos que a otros. Su sueño es llegar a ser pediatra, y con el apoyo de su familia no ve difícil conseguirlo. Ama la lectura y soporta las clases de piano y danza que le imponen. En la escuela y luego en el instituto, odia sobre todo la violencia que surge entre los chicos negros, y hace lo que puede por atajarla.

Con quince años, Angela va a estudiar al instituto Elisabeth Irwin de Nueva York, una ciudad enorme y asombrosa, donde no es costumbre saludar a cualquier hermano negro que encuentres por la calle. En aquel centro, abierto al pensamiento de izquierdas, empieza a comprender lo que es el socialismo, y lee el *Manifiesto comunista*. Éste supone para ella «*el resplandor de un relámpago*» que le hace ver el final posible de la explotación y la miseria. Pronto entra en Avance, la organización juvenil del Partido Comunista. En 1961 ingresa en la Universidad Brandeis, en Massachusetts, donde se siente aislada y extraña. Un año después, en un viaje a París en plena furia antiargelina, le impresiona ver la misma brutalidad racista que había vivido en el Sur. En Helsinki asiste al VIII Festival Internacional de la Juventud y los Estudiantes. De regreso, se refugia en la cultura francesa.

En Brandeis, Angela escucha a Malcolm X, ministro por entonces de la Nación del Islam. Admira su elocuencia, pero rechaza la componente religiosa de su mensaje. El asesinato de Kennedy la sorprende becada en Francia. Allí le llega también la noticia de la bomba en una iglesia de

Birmingham que mata a cuatro amigas suyas. De vuelta en Brandeis asiste a las clases de Herbert Marcuse y se afianza en su deseo de estudiar filosofía tras graduarse en literatura francesa. Su destino es Frankfurt, donde las primeras lecciones magistrales de Theodor Adorno le resultan indescifrables, aunque se consuela al saber que a la mayor parte de los estudiantes alemanes les ocurre lo mismo. Durante dos años profundiza en la filosofía alemana, pero las noticias de revueltas negras en su país la inducen a regresar. En 1967 se establece en California y continúa sus estudios de doctorado con Marcuse en la Universidad de California en San Diego.

Activismo

Angela participa en movilizaciones pacíficas contra la guerra de Vietnam, sobre las que la brutalidad judicial y policial no se hace esperar. Detenida y enviada a la cárcel por acudir a una comisaría a demandar información sobre unos compañeros arrestados, es liberada cuando arrecian las protestas de los activistas y a éstas se unen las de la propia universidad. Pronto consigue organizar a la gente de color del campus, pero sus esfuerzos chocan con las diferencias ideológicas subyacentes y el conflicto resulta inevitable. En la discusión que sigue, Angela debe combatir no sólo ideas erróneas, sino también prejuicios sobre su inadecuación como mujer para asumir un rol activo en el movimiento. A principios de 1968, comienza a militar en el Student Nonviolent Coordinating Comitee (SNCC), y se concentra en el trabajo de concienciar a las masas negras del área de Los Ángeles. Para ella, lucha de clases y liberación racial son expresiones de una única batalla.

La muerte del joven Gregory Clark a manos de la policía de Los Ángeles en febrero de 1968 da lugar a una movilización de la comunidad negra que aún sigue cuando Martin Luther King es asesinado el 4 de abril. Las masas encolerizadas están próximas a estallar, mientras las provocaciones policiales se suceden buscando un baño de sangre. En esta situación de tensión, el SNCC de Los Ángeles entra en crisis y, al ser desacreditado por el poder central del partido, es abandonado masivamente por sus miembros. Como consecuencia, en el mes de julio, Angela formaliza su ingreso en el Partido Comunista de Estados Unidos. Es la época en que supera los exámenes que la habilitan para realizar el doctorado y obtiene una plaza de profesora auxiliar en el Departamento de Filosofía de San Diego. No tarda en hacer compatible todo esto con la militancia en el Black Panther Party (BPP), al que se adhiere porque continúa preocupada sobre todo por el trabajo con la comunidad negra.

En los meses que siguen, Angela participa en la lucha por aprovechar la remodelación del campus para crear la Universidad Lumumba-Zapata para grupos sociales oprimidos; colabora también en la creación de un frente único contra el fascismo y en el verano de 1969 visita Cuba, donde trabaja duro en los cafetales y la zafra, pero con la felicidad de pisar la tierra prometida del socialismo. De regreso, contratada en la UCLA, ha de batallar con el gobernador de California, Ronald Reagan, que trata de expulsarla de la universidad por su filiación comunista. La solidaridad de muchos no se hace esperar, pero tampoco las amenazas de muerte y el hostigamiento a su familia. Poco después, el local del BPP en Los Ángeles es asaltado por la policía, provocando numerosos heridos, y cuando la izquierda negra unida llama a la huelga, la salvaje represión continúa, aunque la firmeza y magnitud de la respuesta consigue que ceda en unos días. Angela participa luego también en las protestas contra procesos judiciales marcados por un racismo extremo, como el que se sigue contra tres presos del penal de Soledad acusados sin pruebas de haber asesinado a un guardián.

Entre rejas

Angela Davis se convierte en una fugitiva cuando el 7 de agosto de 1970 se produce un motín en el juzgado del condado de Marin (California) en el que se utiliza una pistola registrada a su nombre. Algunos amigos le dan cobijo, pero el 13 de octubre la policía la detiene en Nueva York. Su primer destino es la cárcel de mujeres de Greenwich Village, en la que pasa por diversas secciones y luego es incomunicada hasta que una huelga de hambre logra llevarla al régimen normal. El 21 de diciembre, tras contemplar desde su ventana una manifestación que pide la libertad de los presos políticos, conoce con preocupación que se ha concedido su extradición a California, estado en el que se aplica la pena de muerte. Emprende viaje hacia allí esa misma noche con protocolo de enemigo público número uno: caravana policial y transporte entre bases aéreas del Ejército.

En la cárcel del condado de Marin, que contrasta, aséptica y tecnológica, con la de Nueva York, el régimen de incomunicación sirve a Angela para poner en orden sus ideas y diseñar la estrategia de defensa, que ha de basarse en la consideración del juicio como político y su coordinación con presión desde la calle. Ella misma participará en la defensa, pues lo que se está juzgando es su propio pensamiento, expresado en escritos y alocuciones. Con este espíritu se forma un equipo de abogados y comienza el trabajo. *If they come in the morning*, editado por Angela, aparece en esa época con textos de diversos autores sobre los casos más recientes de persecución judicial de la lucha por los derechos civiles. En el verano de 1971, se logra un cambio de jurisdicción a San Francisco, justificado en la imposibilidad de un juicio justo en el racista y conservador condado de Marin. Así, Angela es transferida en diciembre a la cárcel de Santa Clara.

Tras la abolición de la pena de muerte en California y presionado por la intensa campaña internacional que se está desarrollando a favor de Angela, el 23 de febrero de 1972 el juez le concede la libertad bajo fianza. Unos días después da comienzo la selección del jurado, complejo proceso cuyos detalles nos sumergen en el racismo de la sociedad americana, y por fin el 27 de marzo arranca el juicio, marcado por una hábil defensa que pone de manifiesto a cada paso la debilidad e inconsistencia de las acusaciones. Aunque el FBI conspira hasta el último momento, el 4 de junio el jurado declara a Angela Davis inocente de todos los cargos: «*En su alegría, mi madre estaba tan hermosa que me recordó las fotografías de su juventud. Me sentía más feliz por ella que por nadie más, incluso por mí misma*».

Vida después de la autobiografía

La victoria conquistada impone el reto de luchar por todas las víctimas de un infame sistema racista que hace doloroso el sabor de la libertad. Convertida en un icono de este combate, Angela viaja durante dos años por países como Cuba, Francia, las dos Alemanias o la URSS, muy activos en la campaña por su liberación. De regreso, continúa su militancia política, pero se vuelca sobre todo en sus estudios académicos sobre los condicionantes de raza y género en la economía capitalista, que realiza en diversas universidades norteamericanas. En 1991 abandonó el Partido Comunista, tras no condenar éste el *Putsch* del mes de agosto que trató de preservar las estructuras de la URSS.

La obra de Angela Davis es un intento de descubrir en la sociedad americana el rastro de una esclavitud que sigue viva en la explotación económica de la población de color. Su lúcido análisis del «Complejo Industrial Penitenciario», la pena de muerte o la sistemática violencia policial contra los negros persigue el esclarecimiento de unos mecanismos de opresión, pero trata también de provocar una toma de conciencia que permita alumbrar los movimientos de masas imprescindibles para que tanta ignominia tenga fin algún día.

Bryan Stevenson y su iniciativa contra el racismo de la Justicia norteamericana

Publicado en *Rebelión* el 25 de abril de 2025

Cuando Bryan Stevenson (Delaware, 1959) finalizó sus estudios de Derecho en Harvard, podía haber optado por una lucrativa carrera al servicio de clientes adinerados, pero decidió viajar al Sur —de donde procedían sus antepasados, desplazados durante la Gran Migración de comienzos del siglo XX— y comenzó a trabajar en Alabama proporcionando ayuda legal a los presos en el corredor de la muerte de la penitenciaría de Montgomery. Es importante recordar que este estado era el único que no facilitaba tal asistencia y ostentaba además un penoso récord en el número de ejecuciones per cápita. Para tratar de mejorar esta situación, en 1989 Stevenson fundó, junto a la activista Eva Ansley, la Equal Justice Initiative (EJI), una asociación sin ánimo de lucro para la que en 1995 lograron la financiación de una beca McArthur.

La labor de la EJI, difícil en extremo en el ambiente racista de aquella parte del país, obtuvo sin embargo pronto éxitos notables. Uno de los primeros fue con Walter McMillian, un afroamericano que en 1986 había sido condenado a muerte por asesinato en un juicio en el que Stevenson pudo demostrar que la fiscalía despreció declaraciones relevantes, de personas de color casualmente, y compró el falso testimonio de un convicto blanco. El proceso fue largo y tortuoso, y permitió poner de manifiesto el racismo del sistema judicial de Alabama, pero al fin se consiguió la liberación de McMillian en 1993.

Un caballo de batalla de Stevenson han sido siempre los numerosos casos de condenados a muerte o cadena perpetua por delitos cometidos cuando eran menores. Sus esfuerzos en esta línea contribuyeron a los avances que se fueron logrando a partir de 2010, por los cuales estas sentencias pasaron a ser consideradas inconstitucionales, incluso con efecto retroactivo. Como muestra de la labor de la EJI puede decirse que en 2022 ya había librado a más de 130 personas de la pena capital.

Otra iniciativa a destacar son los museos y centros de memoria que la EJI ha promovido en Montgomery, una ciudad cuajada de inscripciones sobre su papel en la historia de la Confederación, y en la que sin embargo nada recordaba que fue uno de los principales núcleos esclavistas del país. Aunque hubo fuerte oposición por parte de los poderes públicos, al fin se consiguió permiso para instalar tres marcadores de memoria en la ciudad sobre la época de la trata. Además, en 2018 se inauguró el National Memorial for Peace and Justice, que recuerda con sus nombres a las casi cuatro mil personas que fueron linchadas en el Sur entre 1877 y 1950. El mismo año que el Memorial, abrió sus puertas el Legacy Museum: From Enslavement to Mass Incarceration, que reconstruye la historia de la esclavitud y el racismo en América.

Stevenson publicó en 2014 *Just Mercy: A Story of Justice and Redemption*, del que hay versión castellana (*Cuestión de Justicia*, Península 2020). Este libro, aclamado por crítica y público, describe las primeras experiencias de su autor con los presos del corredor de la muerte de Montgomery, y aunque está centrado en la odisea de Walter McMillian nos acerca también a otras historias con finales no tan ha-

lagüeños. El principal protagonista es en cualquier caso el racista y corrupto poder judicial de Alabama, contra el que vemos debatirse la voluntad épica de un gran profesional del derecho, inteligente, sabio e inmune al desaliento, aunque a veces afloren lágrimas a sus ojos, dispuesto siempre a buscar mecanismos legales para arrancar esperanza al sistema monstruoso. La trama del libro ha sido llevada al cine en una película homónima de Destin Daniel Cretton, estrenada en 2019 en el Festival de Toronto. En ella Stevenson, Ansley y McMillian son magistralmente interpretados por Michael B. Jordan, Brie Larson y Jamie Foxx, respectivamente.

Cuestión de Justicia ofrece un retrato estremecedor del racismo en Norteamérica. El libro y la película nos hablan de un mundo en el que tener el color de la piel equivocado es suficiente para que una perversa máquina judicial nos declare culpables de lo que considere conveniente. La sociedad que se enriqueció con la explotación esclavista prosigue su andadura hoy sin ser capaz de reconocer sus crímenes, y lo que es más grave, condena a los descendientes de los esclavos de antes a una existencia en la que sus derechos más elementales son continuamente vulnerados.

Luchar contra esta ignominia es cualquier cosa menos fácil, y los esfuerzos de todos los que alcanzan a ser conscientes de ella son necesarios y valiosos. Bryan Stevenson nos enseña con su admirable trayectoria que los entresijos del ordenamiento legal pueden ser utilizados para mejorar la situación, y ésta es una vía de progreso posible, que puede hacerse compatible con movilizaciones más ambiciosas y radicales contra el sistema económico que alimenta el desastre. El problema es tan grave como para requerir que el talento de cada uno se use de la forma más apropiada.

3.9
Oriente Medio

La invención del pueblo judío, de Shlomo Sand

Publicado en *Rebelión* el 8 de abril de 2015

Shlomo Sand, profesor de Historia en la Universidad de Tel Aviv, afirma en el prefacio a la edición inglesa de *La invención del pueblo judío* (versión española de Akal, 2011, trad. de José María Amoroto) que la obra surgió de un intento desprejuiciado de analizar los grandes conceptos sobre las raíces históricas y la identidad del Estado de Israel. Esto lo llevó a encontrar piezas de evidencia marginadas por la corriente de pensamiento dominante y que servían para «*crear una narrativa radicalmente diferente de la que se me había enseñado en mi juventud*». Surge así un libro que su autor no piensa que sea capaz de cambiar el mundo, pero que alienta la esperanza de que pueda ser uno de los que el mundo busque cuando empiece a cambiar.

El texto echa a andar con una colección de retratos que nos asoman al laberinto identitario edificado en torno al judaísmo e Israel, biografías desgarradas que expresan asombrosamente bien el poder del mito para dividir y enfrentar a los hombres. Todos ellos son personas próximas al autor y el primero es su padre, Shulek, un judío polaco nacido en 1910 y que en 1939 consigue escapar de los nazis y es acogido en la URSS; en 1945 regresa a Polonia, pero los judíos son rechazados aún y termina en un campo de refugiados en Baviera, de donde emigra a Palestina; allí morirá consciente de estar despojando de su tierra a otro pueblo y añorando las nieves de su país natal. Bernardo, suegro del autor, era un anarquista catalán que llegó a Israel en 1948 huyendo de Franco y atraído por relatos sobre los kibutz; ateo y anarquista vivió y murió, gentil, pero con mujer e hijas judías.

Siguen dos palestinos llamados Mahmoud. El primero, nacido en Jaffa en 1945, fue uno de los pocos a los que se permitió permanecer en la ciudad tras la Nakba, y fue en su juventud amigo íntimo del autor. Acabó dejando la tierra que le habían robado, acogido en Suecia y convirtiéndose, casi, en un sueco. El otro Mahmoud se apellidaba Darwish y fue un gran poeta; nació en 1941 y en 1948 pasó a ser un refugiado. Aunque regresó, fue sólo para sufrir el dolor del desarraigo y expresarlo en los versos que por entonces comenzaba a escribir; censurado y perseguido, se exilió en 1968 y falleció en 2008 en los Estados Unidos, sin que nunca se le permitiera volver a vivir en su país.

Gisèle, de nacionalidad francesa e hija de padre judío y madre gentil, es una ferviente sionista y está ansiosa por establecerse en Israel hasta que la burocracia del Estado hebreo le exige «convertirse al judaísmo» para poder hacerlo; ella, opuesta a los clérigos de cualquier tendencia, se opone y se distancia a partir de entonces del discurso sionista. Larisa, siberiana, con el colapso de la URSS emigra a Israel, donde debe cargar con el estigma de una tarjeta de identidad que la clasifica como «rusa».

El autor del libro, nacido en 1946, fue soldado en la guerra de 1967; después se siente culpable de haber derramado sangre inocente y abandona Israel; es profesor en París bastantes años, pero acaba regresando al que a pesar de todo es su país. *La invención del pueblo judío* surge como un intento de cuestionar el relato mítico en torno al cual se ha forja-

do el Estado de Israel, historia que comienza cuando Moisés recibe en el Sinaí las tablas de la ley y se prolonga luego a través de reinos florecientes y penosos exilios en los que se conserva siempre la misteriosa identidad del «pueblo judío». Shlomo Sand prosigue en este empeño la labor de otros investigadores como Boas Evron o Uri Ram, y se nutre de las lecciones de estudiosos del nacionalismo, como Benedict Anderson o Ernest Gellner.

La historia como mito

Basándose sobre todo en los dos últimos autores citados, un capítulo está dedicado a precisiones terminológicas y análisis de los conceptos de «pueblo» y «nación». Se comprueba cómo la segunda trata frecuentemente de fundamentarse torticeramente en el primero para constituirse en una religión-espectáculo con su legión de sacerdotes-intelectuales, capaz de proyectar el heroísmo del pasado en un futuro de progreso al servicio del capitalismo. Con el declive del poder de la Iglesia, el mito conserva su misión y engrasará la máquina social para que labore cohesionada y genere dividendos. El nacionalismo queda así perfilado como la religión más exitosa de la modernidad.

Conocemos después los grandes hitos de la historiografía judía. Flavio Josefo, judío helenizado del siglo I, trata de integrar el relato bíblico con fuentes seculares en el discurso laudatorio y misionero de sus *Antigüedades de los judíos*. Jacques Besnage, un hugonote, escribe una continuación para esta obra a comienzos del XVIII en la que considera sobre todo que se trata de una secta perseguida por negarse a aceptar la divinidad de Cristo. Isaak Markus Jost, un judío alemán, publica a partir de 1820 su *Historia de los israelitas desde los Macabeos hasta nuestros días*, en la que trata de construir un relato que pueda significar un puente para la integración de los judíos en el Estado alemán. Los judíos son así una comunidad solamente cultural y religiosa, forjada durante el primer exilio en Babilonia, y cuya patria son los países en los que habitan.

Hay que esperar a la década de 1850 para que los trabajos de Heinrich Graetz aporten una perspectiva radicalmente distinta al problema y el sujeto histórico pase a ser un «pueblo judío» presentado de una forma que lo acerca mucho al moderno concepto de nación. En un momento en que la mitología nacional invade todos los rincones de Europa, los judíos se aprestan así a tener la suya propia, que encuentra su apoyo además en un legendario reino de David descrito en textos considerados sagrados por el cristianismo. Un amigo de Graetz, Moses Hess, incorpora un sesgo racial a este proceso y juzga la judía una de las «razas primarias» del género humano, que ha conservado su pureza a través de los siglos debido a su carácter «indestructible». La oposición a estas ideas fue intensa entre intelectuales e historiadores gentiles (Treitschke, Mommsen), que renegaban de otra nación en suelo alemán, pero también judíos (Lazarus, Bresslau, Cohen), que apostaban por la asimilación.

Simon Dubnow (1860-1941), un judío bielorruso, continúa en la estela de Graetz, sumando datos de la moderna historiografía que trata de encajar con las fuentes bíblicas, y Salo Wittmayer Baron (1895-1989), que ocupó la primera cátedra de historia judía en EEUU, insiste en ella en *A social and religious history of the jews*, de 1937. El hecho de que este libro no abogara por el regreso a la antigua patria y el logro de la soberanía política provocó una dura crítica de Yitzhak Baer, profesor de Historia Judía en Jerusalén, para quien la identidad judía reclamaba necesariamente el establecimiento de un Estado en Palestina. Un amigo de éste, Dinur, profesor de misma materia, fue ministro de Educación de Israel a partir de 1951 y responsable de los planes pedagógicos que se impusieron. Despojado de su componente teológica y taumatúrgica, el relato del Antiguo Testamento se convierte en las obras de estos autores en la verdad histórico-nacional. La investigación arqueológica tiene por fin confirmar estas realidades indiscutibles, y personajes esenciales del nuevo Estado como David Ben-Gurión o Moshé Dayán se ven a sí mismos como herederos de los héroes bíblicos.

Sin embargo, a partir sobre todo de finales de los 60, las excavaciones plantean serios problemas a este relato dominante. Así, el «tiempo de los patriarcas», la salida de Egipto, la conquista de Canaán o el gran reino unido de David y Salomón resultan ser incoherentes con los datos objetivos disponibles e interpretables sólo como una composición elaborada cientos de años después (probablemente del siglo VI al II a. de C.) con el propósito de crear una comunidad religiosa cohesionada, basada en el monoteísmo.

La irrealidad histórica del exilio

Los romanos nunca deportaron a pueblos enteros de los países del este que conquistaron. Lo que probablemente ocurrió en el año 70, con la caída del reino de Judea, fue una destrucción importante, en Jerusalén sobre todo, de la que para el fin del siglo la población se había recuperado bastante. La sublevación de Bar Kojba en 132 dio lugar a nuevas devastaciones, pero tampoco hay evidencias de una deportación. ¿Cuál fue entonces el origen del mito del exilio de los judíos después de la ruina del templo? Los investigadores que han estudiado esto opinan que se trata de una elaboración tardía por parte de los grupos que vivían fuera de Palestina y buscaban así identificarse con la esencia errante e irredenta de un pueblo que rechazaba la gracia del mesías Jesús y esperaba al «verdadero», que los llevaría de vuelta a Jerusalén.

El hecho es que antes de la pretendida expulsión había ya abundantes comunidades judías por Medio Oriente y las

orillas del Mediterráneo, en esta última zona sobre todo a raíz de la expansión comercial durante la época helenística. Hay evidencias además de que el judaísmo, practicado por gentes profundamente helenizadas, era por entonces una religión proselitista que creció con un importante número de conversiones de pueblos foráneos. En este sentido, las obras de Josefo, por ejemplo, tienen una explícita finalidad misionera. Por lo que respecta a las Escrituras, en ellas pueden encontrarse fragmentos tanto a favor como en contra de aceptar prosélitos. Este proceso expansivo alcanzó su clímax a la sombra de Roma e inauguró un lento declive a partir del siglo III con el triunfo del cristianismo. En Palestina, es en el siglo IV cuando la población pasa a ser predominantemente cristiana, probablemente debido a conversiones, aunque siguió habiendo una minoría judía. No hay pruebas de que la conquista del país por los musulmanes en el siglo VII provocara el exilio que defienden los historiadores sionistas, pero es cierto que, a pesar de ser tolerados como «pueblo del Libro», el número de judíos en la zona se redujo desde ese momento, y otra vez la causa más probable fueron las conversiones, que en este caso exoneraban de impuestos.

La narrativa sionista nos pone ante la imagen de un pueblo errante que reivindica el derecho a regresar a su tierra. Los argumentos presentados en el libro permiten constatar que este relato se basa en deformaciones de la realidad histórica tan flagrantes como el mito de la expulsión y en obviar el importante crecimiento proselitista de la religión judía. Se repasan en detalle las argucias de las lumbreras israelíes para tratar de defender su posición, y su cúmulo de omisiones, tergiversaciones y cambios de estrategia impuestos por las circunstancias.

Reinos silenciados

Otro capítulo nos acerca al judaísmo después del siglo IV, un tiempo en que la imagen que da la historiografía sionista es la de un pueblo absorto en sí mismo que sólo aguarda el regreso a su patria. Sin embargo, Sand nos recuerda cómo florece por entonces un reino judío proselitizado en el sur de la península arábiga, el reino de Himyar, que se mantiene hasta el siglo VI. Asimismo, el norte de África es una zona de frecuentes conversiones al judaísmo entre las tribus bereberes, a sumar a las ocurridas anteriormente entre los restos de población cartaginesa. Estas comunidades se resistieron fieramente al islam, con un papel destacado para la misteriosa reina Dihya al-Kahina, y algunas de ellas persistieron hasta los tiempos modernos. Aliados luego a los musulmanes, estos judíos fueron esenciales en la invasión de la península ibérica, lo que explica su posterior auge allí.

Resulta sorprendente que en el siglo X, la era dorada sefardí, florece en el otro extremo de Europa un reino judío proselitizado por amplias zonas del este de Ucrania y el sur de Rusia. Los jázaros agrupaban clanes de variada composición étnica regidos por un jan y tuvieron buenas relaciones con Bizancio, pero se opusieron a los musulmanes. Eran pescadores y cultivaban arroz, aunque sacaban su sustento sobre todo de los peajes al transporte por sus grandes ríos, el Volga y el Don. Su conversión al judaísmo, que se inicia en el siglo II y alcanza su clímax en el VIII, es promovida por la llegada de judíos expulsados de otras regiones y motivada por un anhelo de independencia frente a cristianos y mahometanos. Los jázaros practicaban una envidiable tolerancia con otras confesiones, pero el rey y su corte eran de religión judía, y el porcentaje de población que profesaba el judaísmo seguramente era alto. El reino nace en el siglo IV y decae a partir del X, pero la emigración masiva de los judíos jázaros hacia el oeste no se producirá hasta la invasión de los mongoles en el siglo XIII.

Sand analiza la probable contribución de estos jázaros desterrados a los judíos que por esa época comienzan a florecer en el oeste de Ucrania, Polonia y otras regiones de Centroeuropa. Su papel pudo ser decisivo para conformar las extensas poblaciones de lengua *yiddish* que fueron exterminadas por los nazis. Se repasa en detalle el tratamiento que da la historiografía judía a unos hechos que cuestionan sus mitos esenciales y el capítulo concluye con la constatación de que los reinos que se han descrito aportan una imagen viva y dinámica del judaísmo en aquellos siglos, pero en abierta contradicción con la quimera sionista de una nación expulsada y errante que sólo añora regresar a su tierra. Ello explica que episodios tan destacados se hayan desvanecido de la historia que se enseña en Israel.

Política de identidad en Israel

El último capítulo comienza describiendo la efervescencia nacionalista de la segunda mitad del siglo XIX, que mostraba un marcado carácter étnico en Europa central y oriental. Cuando crece allí el antisemitismo, se genera como reacción ese otro nacionalismo, también étnico, que es el sionismo. Éste buscará su identidad en un relato mítico, al margen de la historia real de las diversas comunidades judías, lo que le permitirá reivindicar el regreso a la patria perdida. La definición «racial» del pueblo judío era muy común entre los primeros dirigentes y militantes sionistas, tanto de derechas como socialistas. Este concepto fue combatido por autores como Maurice Fishberg, que con un estudio antropológico de tres mil inmigrantes judíos arribados a Nueva York concluyó en 1911 que tiene tanto sentido hablar de una raza judía como de una raza musulmana o presbiteriana. En los tiempos modernos, la maquinaria científica puesta en marcha por los sionistas para demostrar la peculiaridad genética de los judíos ha fracasado de momento.

La historia del Estado de Israel muestra desde su fundación la evolución de un proyecto nacionalista étnico que,

incapaz de basarse en otros criterios, se pone progresivamente en manos de la casta rabínica. Laicos y ateos aceptan así ver sus vidas dominadas por la religión, mientras se desarrollan políticas de exclusión y *apartheid* que violan los estándares democráticos. Resulta evidente que la constitución de un Estado para uso y disfrute de todos los judíos del mundo despreciando los derechos más elementales de los que habitaban el país desde hace siglos supone un agravio monstruoso que sólo puede definirse con rigor como «etnocracia judía», pero lo más espeluznante es leer las opiniones de la élite intelectual de Israel, historiadores y juristas condecorados, que defienden con ardor el carácter netamente democrático de todo ello.

El proyecto étnico de un Estado judío se ha convertido en un callejón sin salida marcado por una tensión insufrible y ominosa con los árabes que viven marginados dentro de Israel y también con los que son fieramente colonizados en los territorios ocupados. La situación es una bomba de relojería y se ha de tener en cuenta además que el apoyo de Occidente y de los judíos de otros países al proyecto podría no ser eterno. Shlomo Sand cierra el libro apuntando que aunque la cerrazón sionista hace que todas las soluciones razonables parezcan utópicas, los que fueron capaces de inventarse un pasado deberían intentar al menos soñar un futuro que no esté condenado a transformarse en una pesadilla.

La reelaboración y mitificación es una constante en las narrativas nacionalistas, pero *La invención del pueblo judío*, tan valiente como erudito, pleno de documentación y de argumentos bien hilvanados, nos deja con la sensación de que el sionismo ha batido un penoso récord en la manipulación de la historia al servicio de un ideario político. Le extendida veneración del relato bíblico ha sido utilizada para imponer un proyecto colonial que viola cotidianamente los derechos humanos y constituye probablemente la más grave amenaza para la paz mundial en nuestros días. Estamos ante un libro necesario porque arroja luz donde impera la mentira, y sólo extirpando ésta nacerá la esperanza de atajar la violencia que genera; una obra para leer, discutir y comentar de todas las formas posibles, porque la presión coordinada y firme de todo el mundo civilizado ha de ser capaz de aportar escenarios de cordura a un territorio que se despeña en una espiral fatídica.

Sionismo y fascismo. El sionismo en la época de los dictadores, de Lenni Brenner. Para conocer la historia del sionismo que nos permite comprender su presente

Publicado en *Rebelión* el 22 de noviembre de 2011

Marzo de 1942. En Eslovaquia, los nazis comienzan a capturar judíos. El rabino Michael Dov-Ver Weissmandel, miembro del Agudas, un movimiento judío ortodoxo, piensa en utilizar un arma que hasta entonces se había demostrado útil contra el antisemitismo: el soborno. De hecho, en este caso Weissmandel consigue buenos resultados y a cambio de cincuenta mil dólares, los nazis «se olvidan» de momento de treinta mil judíos. A comienzos de 1943, tras el desastre de Stalingrado, algunos jerarcas nazis empiezan a pensar que los judíos les pueden ser más valiosos vivos que muertos y envían a Weissmandel una proposición: por dos millones de dólares podrían «renunciar» a todos los judíos de Europa occidental y los Balcanes. Weissmandel trata entonces de conseguir ese dinero de las organizaciones sionistas suizas. La respuesta es desoladora. Saly Mayer, un industrial responsable en Zúrich de las finanzas sionistas, rehúsa darle siquiera una cantidad inicial para poner a prueba la oferta. Por su parte, Nathan Schwalb, representante en Suiza de las juventudes sionistas laboristas, le envía una carta en la que justifica la negativa con una frase terrible: «*Sólo con sangre conseguiremos la tierra*».

Leyendo *Sionismo y fascismo. El sionismo en la época de los dictadores* (Bósforo libros, 2010, trad. de Luis César Bou) de Lenni Brenner vemos como historias de este cariz se multiplican en un relato riguroso y pleno de documentación que al fin dibuja un retrato en el que poco reconocemos de la imagen edulcorada que su poderosa propaganda nos presenta habitualmente del sionismo. Es el rostro de una ideología racista que coquetea con el antisemitismo desde su nacimiento y que en la época en que Europa sucumbe bajo el fascismo, no duda en muchos casos en buscar la cooperación de éste para conseguir sus objetivos. Los datos biográficos que se aportan de personajes esenciales del sionismo, como Vladímir Zhabotinsky o Manájem Beguín, resultan esclarecedores en este sentido. El libro es también muy cuidadoso a la hora de mencionar la oposición que existió en otros sectores del sionismo hacia estas políticas colaboracionistas. Al final entendemos que los sionistas han sido siempre, más que ninguna otra cosa, hombres dominados por una obsesión, la transformación de Palestina en un Estado judío. Todo lo demás —incluidos asesinatos, terrorismo o persecuciones— es valorado por ellos sobre todo en función de esta obsesión, demente y genocida en sí misma.

Lenni Brenner, trotskista americano nacido en 1937 en una familia judía ortodoxa, es conocido por su implicación

en los movimientos por los derechos de las minorías y contra la guerra de Vietnam. *Sionismo y fascismo*, publicado en su versión original inglesa en 1983, ha sido traducido a más de diez idiomas y profundiza con rigor en una cuestión crucial en la historia del siglo XX que hasta ese momento había recibido tratamiento escaso y parcial.

Tras un viaje a Palestina, Sergio Pérez Pariente, sintió la necesidad de dar a conocer de alguna forma la realidad que había vivido. A él debemos la fundación de Bósforo libros, una editorial que con la presentación al público hispanohablante de obras como *Sionismo y fascismo* contribuye inestimablemente a desmontar el mito sionista y desnudarnos las claves de un genocidio que continúa implacable día tras día.

Palestina, de Joe Sacco

Publicado en *Rebelión* el 27 de abril de 2016

Joe Sacco, nacido en Malta en 1960 y residente en Oregón, ha alcanzado gran éxito con novelas gráficas que expresan su acercamiento personal a zonas de conflicto como Palestina o Bosnia. También es autor de una interesante descripción del primer día de la batalla del Somme (*La Gran Guerra*, 2014). Recientemente, ha regresado a sus orígenes *underground* con *Bumf*, una visión onírica, llena de metáforas sexuales, del dominio imperial estadounidense en toda su brutalidad militar y represiva.

La novela gráfica *Palestina*, publicada inicialmente en nueve entregas independientes, recoge experiencias de una estancia de dos meses y medio en el país en el invierno de 1991-1992 (durante la primera intifada) y apareció en forma de libro en 1993 y 1996. Ésta fue la primera gran obra de Joe Sacco, y enseguida se convirtió en una referencia del denominado «periodismo historietístico». La versión española que acaba de sacar Planeta con una nueva traducción de José Torralba viene enriquecida con gran cantidad de material inédito: una introducción de Edward Said y notas de Sacco sobre su método de trabajo y las motivaciones e historia del libro.

Empujó al autor a Palestina, según nos confiesa, la conciencia de la terrible injusticia que allí se estaba cometiendo y la necesidad insoslayable de actuar; se trataba de vivir con las víctimas y narrar la experiencia. Nos revela también la evolución de su estilo tras las primeras páginas, de un tono caricaturesco al realismo que caracterizará su obra posterior. Sacco nos describe su rutina sobre el terreno, basada en entrevistas, vida en la calle y anotaciones en un diario. Vemos extractos de éste y fotografías, que pueden compararse con los fragmentos del libro a que dieron lugar. También conocemos viñetas que al final fueron desechadas y los motivos para hacerlo.

La primera entrega muestra al autor sumergido en el bullicio de El Cairo, de donde parte en autobús hacia Palestina. En Nablús (Cisjordania) hace amistades en la calle y contempla por primera vez el triste panorama de muerte, cárcel y exilio que es la realidad cotidiana de los palestinos. Sigue una breve incursión en la historia: los orígenes del sionismo y la declaración Balfour; periódicos estallidos de resistencia se saldan siempre con nuevas expulsiones sin retorno posible; un anciano al que se permite un día regresar, comprueba que nada ha quedado en pie de lo que era su pueblo, borrado de la faz de la tierra. En Jerusalén, Sacco presencia la ocupación de una aldea, recién ejecutada, y manifestaciones de protesta a las que se une, aunque poco después no deja de sentirse frustrado por algunos palestinos pedigüeños, cazadores de turistas.

Segunda entrega. Sacco visita aldeas palestinas de Cisjordania. La intifada de sus lecturas se convierte allí en testimonio vivo de amputaciones y cicatrices. Y la lucha sigue; en el hospital de Nablús conoce a una niña tiroteada por intentar arrojar una piedra a militares armados hasta los dientes. En Hebrón vive el día a día del robo de tierras a punta de fusil y del hostigamiento de los colonos a los palestinos. En Balata, el mayor campo de refugiados de Cisjordania, Sacco disfruta de la hospitalidad árabe y con su acompañante Saburo, un fotógrafo japonés, sigue conociendo historias de brutalidad; allí quien resiste es castigado con la demolición de su casa. Aprende también a identificar las diversas facciones palestinas por su postura respecto a las conversaciones de paz.

Tercera entrega. En Jerusalén, una manifestación de protesta por deportaciones arbitrarias es reprimida brutalmente; los dibujos de Sacco reflejan a la perfección el caos. De nuevo en los territorios ocupados entrevistas revelan la difícil coexistencia de colonos prepotentes en sus asentamientos y viejas aldeas palestinas. El saldo de la imposible convivencia es demoledor: olivos talados, casas derribadas, asesinatos impunes; atropellos disfrazados de ley para robar un país a sus habitantes.

Cuarta entrega. La cárcel se ha convertido para los palestinos en lugar de residencia habitual, que se acepta de alguna forma como una distinción. Tres entrevistas con exreclusos de Ansar III, la mayor de las penitenciarías israelíes, nos permiten conocer la «prisión administrativa»: encarcelamiento sin juicio que puede prolongarse indefinidamente. Vemos sin embargo cómo víctimas del hacinamiento, torturas y palizas, que no adivinan siquiera en muchos casos la razón de su detención, son capaces de organizarse para las rutinas cotidianas e impartir cursos sobre los temas más variados. Los soldados que vigilan son relevados cada quince días para que no se humanicen demasiado. «Presión moderada» nos in-

troduce en las técnicas de tortura empleadas, generosamente toleradas por los jueces en la «lucha contra el terrorismo». Las muertes bajo interrogatorio son frecuentes.

Quinta entrega. En Ramala, Sacco presencia algaradas de muchachos que queman neumáticos y arrojan piedras a los soldados. Después, en Hebrón, un testigo le narra un ataque de colonos judíos que causa varios heridos graves de bala; al día siguiente se sorprende al leer en la prensa que los agredidos fueron los colonos. Conversaciones con feministas lo ponen al día de las dificultades que entraña reivindicar la igualdad de la mujer en una sociedad musulmana con muchos componentes arcaicos, en la que, por ejemplo, no usar el *hiyab* es una fuente continua de problemas.

Sexta entrega. Magistrales dibujos, rotundamente realistas, recrean el ambiente de los campos de refugiados de Gaza. Custodiados por torres de vigilancia, viven allí su vida mísera los que han sido expulsados de su tierra, desposeídos de sus raíces mismas. En el campo de Nuseirat, amigos palestinos hablan a Sacco de paro y pobreza, de niños masacrados por tirar piedras a los soldados, de ejecuciones de colaboracionistas, y también, cómo no, de sueños imposibles de sublevación armada. Entrevista luego a supervivientes de la Nakba —la limpieza étnica de 1948—, y a agricultores que se enfrentan a innumerables trabas y dificultades por parte del Estado sionista.

Séptima entrega. En época de lluvias el campo de refugiados de Javaliya (Gaza) es un barrizal cuyas construcciones precarias se llenan de goteras, se inundan y amenazan ruina. No obstante, la vida sigue y Sameh, Mohámed y Huseín, amigos palestinos de Sacco, le cuentan cómo comenzó allí la intifada y lo llevan a conocer los callejones donde la rabia y la dignidad herida por una afrenta más arrojaron las primeras piedras. Los muertos no frenaron la lucha, sino que la avivaron; los jóvenes no temen la cárcel porque ya viven en una y no temen la muerte porque son musulmanes. Sin embargo, los testimonios nos acercan a las vidas rotas, al infinito dolor.

Octava entrega. Sameh, que fue profesor de Filosofía en Yemen y hoy, parado, colabora en trabajos sociales, es el guía de Sacco en Javaliya; él se encarga de buscar personas con historias interesantes, como ancianos que vivieron la Nakba, o testigos de la violencia cotidiana: asesinatos de niños por el ejército, casas demolidas; escenarios todos de rabia y dolor, aunque también hay tiempo para vida social y asistir a una boda con canciones y bailes.

Novena entrega. En Jerusalén, Sacco hace de guía turístico para dos chicas judías y después las acompaña a Tel Aviv, una capital occidental; charlas con ellas nos revelan los mitos que alimentan al ciudadano israelí: su derecho a la tierra, la ética de su ejército, la doblez de los árabes... Vienen luego los últimos días en Palestina, en Nablús y Yenín, donde se repiten los rituales de la ocupación: controles, palizas indiscriminadas como respuesta a un atentado, piedras y disparos. Las conversaciones y entrevistas ponen de manifiesto la imposibilidad de la paz mientras Israel imponga la ocupación.

Un leitmotiv del libro es el ruego para que se dé a conocer en Occidente lo que ocurre en Palestina, otro la extrema hospitalidad y dignidad de los habitantes de aquella tierra. El arte luminosamente realista de Sacco y su involucración en las penosas situaciones que describe explican que la obra se haya convertido en poco tiempo en un clásico. No falta tampoco humor, ni bromas con el aspecto físico del autor, que lo hace ser confundido a veces con un japonés, ni reflexiones de campo sobre el cómic que ha de surgir de la experiencia, confesándose él a la busca siempre de escenarios lo más «arriesgados» que sea posible, que lo harán más atractivo, aunque de momento tenga que tragarse el canguelo.

Si alguien no conocía *Palestina* de Joe Sacco, ésta es la ocasión para acercarse al trabajo magistral de un dibujante que acudió a compartir la angustia de un pueblo condenado a ser extranjero indeseado en su propia tierra y denunció con su arte el horror.

Notas al pie de Gaza, de Joe Sacco

Primera versión en *Rebelión* el 17 de mayo de 2016

Reservoir Gráfica puso en circulación en 2010 *Notas al pie de Gaza*, de Joe Sacco, con traducción de Marc Viaplana, que ya va por la sexta reimpresión; la edición original inglesa es de 2009. Se trata del segundo libro que este historietista dedicó a los conflictos de esa zona, tras *Palestina* (1993). En un prólogo, Sacco nos cuenta la génesis de la obra; tres viajes a Gaza entre 2001 y 2003 sirvieron para recoger testimonios sobre las matanzas ocurridas en 1956 en dos localidades del sur de la franja: Rafah y Jan Yunis. Hay que decir, además, que estas pesquisas se realizaron durante la segunda intifada, mientras la destrucción de vidas y viviendas palestinas a manos de Israel seguía siendo algo cotidiano. El final de la última estancia coincide con el comienzo de la invasión de Irak. Aparte de información novedosa sobre los asuntos investigados, el libro aporta una impactante síntesis de la historia de la región.

Tras la Nakba («desastre») de 1948, cuando los ejércitos árabes fueron arrollados por el Estado de Israel recién proclamado, muchos palestinos expulsados de sus hogares se asentaron en la franja de Gaza, triplicando su población. Vivían en refugios improvisados, y luego los cuáqueros trajeron grandes tiendas de campaña y empezaron a

distribuir comida; testimonios de supervivientes nos acercan a la dura vida de aquel tiempo. La United Nations Relief and Works Agency for Palestine Refugees in the Near East (UNRWA) reemplazó a los cuáqueros en 1950, y las casas de adobe construidas por los propios desplazados fueron sustituidas por otras mayores de ladrillo. Los que trataron de regresar a su tierra, donde sus cultivos tenían nuevos dueños, fueron muchas veces asesinados sin contemplaciones. Los dibujos de Sacco muestran el aspecto cambiante de los campos hasta la actualidad, las precarias formas de subsistencia y los casos de penuria extrema que se dan en ellos.

Jan Yunis

A pesar de que el visado de prensa le es denegado, Sacco consigue colarse en Gaza desde Israel y se establece en Jan Yunis —vieja ciudad con un campo de refugiados adyacente— con el fin de recoger datos sobre lo ocurrido en 1956. Su amigo Abed es un fiel guía que le aporta toda la ayuda imprescindible. Pronto los testimonios empiezan a alumbrar un relato. Tras el asesinato de 42 civiles (38 de ellos mujeres y niños) por parte del coronel Ariel Sharon y sus tropas en octubre de 1953 en la aldea de Qibya, los guerrilleros conocidos como fedayines («los que se sacrifican»), apoyados por Egipto, realizaron incursiones y atentados en territorio de Israel. En respuesta, la noche del 31 de agosto de 1955, un ataque con tanques al puesto de policía de Jan Yunis dejó 72 muertos egipcios y palestinos. Nasser canceló entonces la campaña fedayín y siguió una calma tensa en la que los israelíes trataban de provocar a los árabes a una guerra abierta sin lograrlo.

En abril de 1956, tras un intercambio de disparos en la frontera, un bombardeo israelí sobre Gaza produce 50 víctimas civiles y Nasser moviliza de nuevo a los fedayines, pero el asesinato por Israel en julio de su jefe, Mustafá Hafez, supone un duro revés. En octubre, las tropas israelíes invaden la franja de Gaza; tanques y aviones contra fusiles les otorgan una victoria aplastante y es en ese momento cuando tiene lugar la masacre de Jan Yunis. El 3 de noviembre los soldados dan muerte allí de forma sistemática a todos los hombres que encuentran. Sacco presenta infinidad de testimonios y describe fielmente lo ocurrido con sus dibujos. 275 personas fueron asesinadas a sangre fría aquel día. Por supuesto, el relato israelí de los hechos habla de resistencia palestina y una violencia proporcionada por parte de sus tropas.

Rafah

En esta localidad, fronteriza con Egipto y que también integra una vieja ciudad (30 000 habitantes) y un campo de refugiados contiguo (90 000 habitantes), Sacco se instala con Abed en una amplia casa de Sea Street, justo entre la ciudad y el campamento. Los primeros días le sirven para tomar contacto con la cruel realidad de las demoliciones de casas que los israelíes ejecutan con buldóceres en la zona fronteriza, represalias casi indiscriminadas por la existencia de túneles en ella. Visitas a los afectados nos acercan a su angustia por la destrucción de lo que significa muchas veces los ahorros de toda una vida. En ocasiones estos ataques son «resistidos» por militantes armados que de hecho sólo empeoran las cosas o pequeños grupos de activistas extranjeros con pancartas. Una joven norteamericana fue muerta al ser atropellada por un buldócer durante la última estancia de Sacco en Gaza.

La invasión israelí de finales de 1956 fue aquí también el desencadenante de la tragedia que Sacco deseaba documentar. Tras escuchar y contrastar numerosos testimonios, el relato que emerge es que todo comienza cuando el 12 de noviembre un jeep del ejército israelí con altavoces recorre las calles de Rafah ordenando que los hombres entre 15 y 60 años se reúnan en la escuela. Posteriormente, los concentrados allí son apaleados y se trata de identificar combatientes entre ellos, produciéndose a lo largo del día numerosos asesinatos (111 según datos de la UNRWA). Sigue la colección de mentiras que constituye la versión oficial israelí de lo ocurrido.

Aquí cada día es 1956

En un momento alguien interpela a Sacco: «*—¡Por qué el pasado? ¡Mire el presente! —Él responde: —Dentro de cincuenta años, se habrán olvidado de esto también*». Pasado y presente se engarzan en una continuidad perfecta, y lo de ayer es lo que tiene más peligro de ser borrado. Notas a pie de página como las que aporta este libro resultan imprescindibles para perfilar la imagen, en toda su larga historia, del genocidio del pueblo palestino que ejecutan brutales el sionismo y sus instituciones, y que cada día los medios dominantes nos fuerzan a percibir como un «conflicto» en el que las culpas se dividen casi a partes iguales.

En el relato de Sacco nos sobrecogen los testimonios de hoy: de los que luchan y aguardan la muerte azotados a veces por el desánimo, de los más indefensos, como los ancianos o los niños que no pueden entender por qué ese odio salvaje se ensaña con ellos; pero los dibujos, de soberbio realismo, ponen ante nosotros a todos los protagonistas con una proximidad humana que desafía el tiempo. Es por esto que la conjunción de arte e historiografía resulta fundamental en este caso para alumbrar los abismos del pasado.

Notas al pie de Gaza nos muestra infinitamente cercanos a seres de todas las edades, caracteres y condiciones atrapados en un infierno que parece no tener fin, pero que podría comenzar a tenerlo si los que lo contemplamos impasibles nos decidiéramos a usar las armas poderosas que están a nuestro alcance, como un boicot implacable y una protesta que atruene los cimientos del orbe.

La limpieza étnica de Palestina, de Ilan Pappé

Publicado en *Rebelión* el 16 de enero de 2017

Sería difícil encontrar un conflicto en el mundo actual en el que la propaganda y la falsificación de la historia tengan un papel más crucial que en el que se vive en la ensangrentada tierra de Palestina. La capacidad que muestra aquí el pensamiento dominante de invertir los roles de víctimas y verdugos, a la vez que santifica a éstos con el hábito de la mayor respetabilidad, resulta ciertamente impactante. Nos enfrentamos en este caso a una maquinaria prodigiosa de confusión y engaño, y se hace necesario un heroico esfuerzo de racionalidad y rigor en el análisis histórico que sirva de apoyo a la presión de la comunidad internacional sobre los que violan sistemáticamente todo tipo de derechos. Ilan Pappé (Haifa, 1954) ocupa un lugar destacado entre los investigadores empeñados en construir un relato riguroso de lo que otros distorsionan, y eso lo llevó a tener que abandonar su tierra natal para instalarse en el Reino Unido, donde imparte clases en la Universidad de Exeter y es director del European Centre for Palestine Studies. Publicado en su versión original inglesa en 2006, *La limpieza étnica de Palestina* es uno de sus textos fundamentales, y se convirtió pronto en referencia imprescindible sobre la historia reciente de Oriente Medio (versión española en Crítica, 2011, trad. de Luis Noriega, con numerosas reediciones).

En el prefacio del libro, Pappé manifiesta su intención de proponer un nuevo paradigma para explicar los hechos de 1948 que dieron lugar al Estado de Israel. Frente a la «huida voluntaria de los palestinos» propuesta por los historiadores sionistas, y la Nakba —desastre, sin énfasis en sus agentes causales— de los palestinos, será éste el de la «limpieza étnica». Se trata, según él, de enfatizar el carácter criminal y planificado de lo sucedido entonces, en la certeza de que sólo un conocimiento de las responsabilidades contraídas puede sentar las bases para cualquier solución justa. Limpieza étnica es la expulsión mediante la fuerza de toda o una parte de la población de un territorio con vistas a su homogeneización étnica, siendo corolarios casi inevitables de ella una amputación de la historia y la creación de un problema de refugiados. El propósito del libro es demostrar que esto es exactamente lo que ocurrió en Palestina en 1948.

En el siglo XX, el movimiento sionista adoptó una estrategia clara de reivindicación de Palestina, que se manifestó en compra de tierras y un aumento de los asentamientos, pero es sólo con el mandato británico, a partir de 1918, cuando comenzó la lucha política por el control del territorio, mientras se creaba ya el embrión de un ejército («Haganá», 1920) y se recopilaba información exhaustiva sobre cada aldea palestina. Desahucios y expulsiones empezaron a estar a la orden del día, y las revueltas de unos árabes que barruntaban lo que se les venía encima (1929, 1936) fueron reprimidas ferozmente. Tras la Segunda Guerra Mundial, los británicos patrocinaron una solución democrática para el conflicto planteado, pero en febrero de 1947, forzados por las operaciones terroristas de los sionistas, decidieron abandonar el país y dejar su futuro en manos de la recién nacida ONU.

El plan de partición de la ONU —resolución 181 de noviembre de 1947— significó sobre todo una cesión ante las presiones sionistas y un ultraje a la voluntad e intereses de la mayor parte de la población de Palestina. Tras ser aprobado, y cuando las revueltas de los palestinos no alcanzaron una magnitud que permitiera presentarlas como justificadoras de una política de represalias, David Ben Gurión (1886-1973) y la directiva del movimiento sionista tomaron la decisión de provocar ellos una situación de guerra que creara las condiciones propicias para implementar la limpieza étnica. Así, en diciembre de 1947 comenzaron una campaña de intimidaciones y asesinatos, tras la cual a finales de enero ya había mil quinientos muertos palestinos. Las cuatrocientas bajas de los judíos en ese tiempo permitían a Ben Gurión hablar en sus discursos de un segundo Holocausto.

En febrero y marzo de 1948 se produjeron operaciones de limpieza importantes, con alguna respuesta por parte de los escasos voluntarios del Ejército Árabe de Liberación llegados de diversos países para defender Palestina. En marzo también, tras sucesivos proyectos, los objetivos a cubrir se plasmaron por la ejecutiva sionista en un ambicioso plan D (*dalet*, en hebreo), que implicaba forzar la expulsión de los palestinos para construir un Estado judío de la mayor extensión posible.

El cambio en el mes de abril fue simplemente el paso de ataques esporádicos a una operación de limpieza étnica sistemática, aunque la historiografía sionista trata de venderlo cómo el heroico contraataque de una población sitiada y en grave peligro. Pappé describe con detalle la progresión real de los hechos y la cobertura propagandística creada en torno a ellos. Aldeas que en muchos casos no opusieron ninguna resistencia fueron borradas de la faz de la tierra, con sus habitantes expulsados o masacrados. Luego vinieron las ofensivas contra centros urbanos, y los palestinos de Tiberíades y Haifa sufrieron el mismo destino, en ocasiones ante la mirada de los soldados británicos que hubieran debido defenderlos; en Safed, la escasa resistencia de los árabes, pobremente armados, fue fácilmente aplastada. El único lugar donde los británicos hicieron algún esfuerzo por detener la limpieza étnica fue Sheij Yarrah (un barrio de Jerusalén), donde ciertamente lo lograron; en cuanto al resto de la ciudad, la intervención de la Legión Jordana consiguió sólo retrasarla. Ante el avance de los acontecimientos, en abril el Consejo de la Liga Árabe tomó la decisión de enviar tropas

a Palestina. Para entonces, un cuarto de millón de palestinos habían sido expulsados de sus hogares, se habían destruido doscientas aldeas y decenas de ciudades habían sido vaciadas.

El ataque a las ciudades continuó en la primera quincena de mayo en Baysán, Jaffa y también en Acre, donde hay fundadas sospechas de que los sionistas propagaron el tifus entre los sitiados; la resistencia fue escasa y todas fueron «limpiadas». El 14 de mayo fue proclamado el Estado de Israel y un día después las unidades árabes empezaron a entrar en Palestina. No obstante, su acometividad mostró ser exigua, lo que se explica si tenemos en cuenta que su comandante supremo era el rey de Jordania, Abdalá, que tenía un pacto secreto con los sionistas para que se respetara su derecho sobre Cisjordania y Jerusalén previsto en la resolución de partición. De hecho, la limpieza étnica siguió implacable tras esta fecha con el mismo ritmo y métodos desarrollados hasta entonces: expulsiones y destrucción de aldeas, salpicados de masacres, como la de Tantura, que solían producirse cuando se oponía alguna resistencia. El 24 de mayo, el ejército israelí recibió un gran cargamento de cañones procedentes del bloque comunista, y en junio modernos aeroplanos, con lo que su superioridad militar pasó a ser abrumadora.

De junio a septiembre de 1948 continúan las operaciones de limpieza, uno de cuyos escenarios más sangrientos es Galilea, con masacres apoyadas por la aviación. Pappé nos acerca a los rasgos de la sociedad bien integrada de gentes de distintos credos, abierta e innovadora que fue allí aniquilada; después, cuando se desató el desastre, los drusos colaboraron con los sionistas. Las treguas de esta época, propuestas por el emisario de la ONU, Folke Bernadotte, y aceptadas por los israelíes, afectaron sobre todo al enfrentamiento armado con las fuerzas árabes, pero sólo ralentizaron la limpieza. Bernadotte, comprometido por buscar una solución justa al conflicto, fue asesinado por los sionistas en septiembre, mismo mes en que las aldeas del Wadi Ara, comandadas por oficiales iraquíes, defendieron su tierra ante la acometida en uno de los capítulos más heroicos de la Nakba.

A partir de octubre de 1948 los sionistas completan el trabajo y así, para empezar, en una ambiciosa ofensiva (operación Hiram) consiguen tomar la alta Galilea y el sur del Líbano, no sin que se les opusiera una tenaz aunque mal pertrechada resistencia. Hubo matanzas y expulsiones, pero algunas aldeas lograron salvarse. De hecho, a pesar de todo esto y la ocupación que siguió, las confiscaciones de tierras de los 70 y el esfuerzo por fomentar los asentamientos judíos, aún hoy día aproximadamente la mitad de la población de Galilea sigue siendo palestina. En octubre hubo también operaciones de limpieza étnica y salvajes masacres, como la de Al-Dawayima, en el sur de Palestina. Los asesinatos y deportaciones continuaron durante 1949 ante la mirada de los observadores de la ONU desplegados en el país, y puede decirse que la fase aguda de la limpieza concluyó con el comienzo de 1950.

La estrategia israelí tuvo luego dos frentes: consolidación de lo conquistado con demoliciones y creación de enclaves judíos, y resistencia diplomática a las presiones internacionales que exigían el regreso de los refugiados. Muchos supervivientes de la Nakba fueron asesinados al intentar volver a sus hogares al tiempo que otros, clasificados como «sospechosos», eran hacinados en campos de prisioneros improvisados, en los que siguieron las ejecuciones sumarias, o sometidos a trabajos forzados. Los más afortunados fueron simplemente robados, vejados y atropellados bajo la ocupación; Pappé nos pone al corriente de los malabarismos legales empleados por Israel para quedarse con todas las tierras y propiedades de los palestinos. Al tiempo que las aldeas eran arrasadas, demoliciones selectivas en las ciudades transformaron su fisonomía. De esta forma, muchas joyas arquitectónicas y lugares de culto, musulmanes y cristianos, fueron destruidos.

El crimen final hubo de ser el memoricidio: la ingente tarea de atribuir, en un alarde de imaginación, nombres bíblicos a todo lo robado; las replantaciones de especies alóctonas, como pinos y cipreses, sobre las aldeas aniquiladas —aunque higueras, almendros, olivares y cactus florezcan tercamente cada primavera y sean testigos mudos de otra vida que allí existió—; alimentar el mito de la tierra vacía y árida antes de la llegada del sionismo. La triste historia que sigue es la de la ONU impotente, las negociaciones estériles y la voracidad que continúa hasta nuestros días. Israel tiene bombas atómicas para impedir cualquier solución justa o razonable.

A finales de 1947, cuando la ONU entrega una buena parte de su país a los sionistas, los palestinos contaban ya con una larga experiencia de sometimiento colonial que les aconsejaba no esperar nada bueno del futuro, pero de ninguna manera podían imaginar algo tan terrible como lo que les aguardaba esta vez. Esto explica su pasividad en aquellos meses decisivos. Desencadenada la arremetida sionista, su cruel destino fue ser abandonados por todos, masacrados o forzados a la expulsión y desposeídos hasta de la memoria del crimen cometido con ellos.

La limpieza étnica de Palestina describe con amor la riqueza y belleza de aquel país que fue Palestina, donde gentes diversas habían aprendido a convivir, pero es sobre todo la crónica minuciosa de cómo se consumó el empeño de robar un territorio a sus habitantes, y de cómo la extorsión, el asesinato y la guerra fueron en cada momento los instrumentos idóneos para conseguirlo. A nadie es ajeno el libro, porque todos somos, con nuestra ignorancia y nuestro silencio, cómplices de un crimen que se prolonga hasta hoy.

No es la religión, estúpido, de Nazanín Armanian y Martha Zein

Publicado en *Rebelión* el 30 de enero de 2018

La tesis de este libro que acaba de publicar Akal con presentación de Pascual Serrano es que, contra lo que intenta hacernos creer el aparato de propaganda de los medios de comunicación dominantes, la violencia que aqueja en estos momentos al mundo musulmán no es un corolario de la vieja división de éste entre sunitas y chiitas, sino que su causa hay que buscarla en Occidente, que trata de imponer su hegemonía en una región de enorme importancia económica y estratégica y utiliza como instrumento táctico la citada división. Las pruebas de esto son abrumadoras y se detallan a lo largo de la obra. Recorriendo el laberinto de facciones y siglas que representan todas las tendencias políticas y religiosas en lucha hasta la extenuación, terminamos comprendiendo que el hilo conductor oculto que domina la trama no es otro que la defensa de los intereses imperialistas, aunque sorprenda la infinita capacidad de engaño que se pone de manifiesto y el fracaso casi absoluto de los actores políticos ligados a las masas populares para analizar la dinámica histórica desde una perspectiva de clase.

Antes de comenzar el recorrido por los escenarios regionales estudiados, un capítulo nos presenta los fundamentos de la situación actual, remontándose a la constitución a partir del siglo VI a. C. del Imperio persa. Éste nunca llegó a extenderse a la península arábiga, que despreciaba como inhóspita e improductiva, aunque de ella, paradójicamente, le vino la ruina en el siglo VII con la expansión del islam. Tras la temprana escisión de los musulmanes entre los seguidores de Abú Bakr (sunitas) y los del yerno del profeta, Alí, (chiitas), son los primeros los que emprenden la conquista de Persia. Permanecerán allí en el poder hasta el siglo IX, cuando toma el relevo una dinastía iraní sunita. La conversión de estas tierras al chiismo llega de la mano de los safávidas a comienzos del XVI y va acompañada de una intensa reivindicación nacional frente a turcos y árabes (todos sunitas). No obstante, el clero chiita no alcanzará el poder político hasta la revolución de 1979.

Se aborda después el origen de la fractura de los musulmanes entre sunitas y chiitas, un conflicto sucesorio con ingredientes de lucha de clases pues los partidarios de Alí pertenecían sobre todo a los sectores más explotados. Minoritarios siempre, los chiitas se caracterizan por presentar una jerarquía religiosa con ministros ordenados que no existe entre los sunitas. Los hijos de Alí: Hasán y Huseín, mártires como él del chiismo, simbolizan la tensión entre los partidarios de la vía pacífica y la negociación (hasanitas) y los que optan por el combate y el martirio (huseinitas). La ambigüedad del Corán en torno al concepto de *yihad* ha permitido siempre, y de forma extrema hoy día, interpretaciones que favorecen la guerra, aunque se ha de reconocer que en su historia reciente los musulmanes han sido sobre todo víctimas de las invasiones y rapiñas de otros. Respecto a los atentados suicidas en los que se produce la muerte de civiles, en todas las escuelas del islam hallamos defensores, aun siendo contrarios a algunos preceptos del Corán, y se pretenden justificar por las situaciones de ocupación y violencia entre comunidades.

El primer escenario visitado es Irán, una potencia económica y cultural a nivel regional que adquirió en los años de los Pahlaví un aire más cosmopolita y abierto a Occidente que los países de su entorno, lo cual sigue siendo válido incluso ahora con la república islámica. Un repaso detallado de las relaciones de la teocracia iraní con las facciones palestinas evidencia las tensiones, tanto con el laico e izquierdista Yasser Arafat, como con los integristas sunitas de Hamás. A pesar de esto, Irán trata de abanderar la causa palestina contra su archienemigo Israel, aunque en este sentido Ahmadineyad se pasara de rosca con posicionamientos antisemitas que chocan con la historia y la realidad de su propio país, en el que viven aún cerca de veinticinco mil judíos y hay cuarenta y tres sinagogas en funcionamiento.

Irán extiende su influencia a Líbano a través de Hezbolá —«el Partido de Dios»—. Aquí Francia impuso al retirarse un sistema tribal-religioso que se vende como democrático, pero es una fuente continua de inestabilidad y violencia en la que las clases trabajadoras son marginadas y los refugiados palestinos se llevan siempre la peor parte.

Arabia Saudí representa una ignominiosa combinación de fanatismo musulmán y servilismo a los intereses occidentales y sionistas, que la utilizan como peón contra Irán, al igual que hicieron con Sadam Huseín. La caída de éste fue un grave error de Bush Jr., que puso Irak en la órbita de Irán. En Bahréin, archipiélago estratégicamente situado en el Golfo Pérsico, una mayoría chiita es explotada por una minoría integrista sunita próxima a Arabia Saudí y los Estados Unidos, que tienen aquí una importante base. Yemen, con su sociedad tradicionalmente abierta e inclusiva, es en la actualidad un escenario de guerra entre los hutíes (chiitas) y Arabia Saudí-Occidente, coalición cuyas atrocidades extremas no alcanzan los titulares de los diarios. El resultado final del conflicto es incierto a día de hoy. Siria sólo conoció tras la dominación otomana un calvario que va del colonialismo al panarabismo dictatorial y represor de las minorías, aunque éste se suaviza algo con la llegada al poder de Háfez al-Ásad en 1970. En medio de una profunda crisis económica, el nombramiento de Robert Ford como embajador en Damasco en 2011 selló el destino del país, que se hundió pronto en una cruenta y destructiva guerra civil con amplia intervención internacional. Las autoras analizan en detalle los complejos intereses enfrentados en ella.

El nacimiento y consolidación del autodenominado Estado Islámico resulta ser una de las operaciones clave para la desestabilización de la región y la implementación en ella de los intereses imperiales y sionistas. Los mercenarios fanatizados que se reclutan, arman y entrenan en países aliados de los Estados Unidos se deslizan luego por las porosas fronteras de Siria con Turquía, Irak y Jordania para convertirse en la pieza esencial en la guerra civil que asuela el país. En este grave contexto, al-Ásad se apunta un buen tanto al conceder la autonomía a los kurdos de Rojava, lo cual pone contra las cuerdas a Erdogan. Después, con la ayuda rusa e iraní demuestra que es capaz de ganar la guerra y desafiar los intereses norteamericanos en la región. De nada sirvió el abundante y sofisticado armamento proporcionado por Occidente (vía monarquías del Golfo) a todos los rebeldes, ni la manipulación a la baja de los precios del petróleo por parte de Arabia Saudí para debilitar a Rusia e Irán, ni inundar Europa de refugiados para forzar su intervención y el derrocamiento de al-Ásad, proclamado torticeramente culpable único de tantas desgracias. A lo largo de este proceso, la religión se comprueba siempre que es simplemente un instrumento, fundamental eso sí, en las luchas por el dominio estratégico y el control de los recursos.

Como señalan Nazanín Armanian y Martha Zein en la introducción, Oriente Medio era hasta las décadas finales del siglo XX un lugar donde diversas fes religiosas coexistían pacíficamente, de forma que los conflictos entre ellas eran la excepción. A este paisaje sucede otro, descrito en detalle en el libro, en el que estremece la violencia extrema del imperio, pero sobre todo su capacidad para fomentar disensiones entre los musulmanes y hacerse con estrambóticos aliados entre ellos, llámense Arabia Saudí, Al Qaeda o Dáesh. Como hemos visto, es solamente la apuesta de Occidente por inestabilizar la zona para saquearla más fácilmente lo que ha creado la situación actual. Copioso de información de enorme interés, que las autoras, profundas conocedoras de los temas tratados, saben presentar de forma ágil y atractiva, *No es la religión, estúpido* nos pone de bruces ante la lógica criminal del imperio, su camaleonismo y la urgente necesidad de fraguar alianzas para contener sus desmanes.

El judío errado, de Alberto Pradilla. Radiografía del horror cotidiano en Israel

Publicado en *Rebelión* el 23 de febrero de 2012

¿Cuál es la realidad tras el mito creado por los papagayos mediáticos: «La única democracia de Oriente Medio»? ¿Cómo viven su día a día los ciudadanos de un Estado que vende apariencia de normalidad, pero cuya historia lo muestra condenado a un eterno enfrentamiento con sus vecinos, y cuya existencia va ligada a conceptos de difícil explicación en términos de derechos humanos: «territorios ocupados», «asesinatos selectivos»...? Quien quiera una aproximación histórica a la razón de esta «anormalidad» puede acudir a muchos estudios académicos reveladores, y cómo no citar aquí la extraordinaria *Historia de la Palestina moderna* de Ilan Pappé (Akal, 2007), pero libros como éste no nos hablan de cómo es la vida hoy en las calles, ni nos acercan a los seres humanos que las pueblan, con sus ilusiones y sus miedos cotidianos. Para conocer éstos, tenemos que acudir a otro tipo de trabajos, que resultan al fin tan útiles como los primeros, porque ambos se complementan y explican mutuamente. *El judío errado* (Txalaparta, 2010) de Alberto Pradilla es un magnífico ejemplo de lo que un observador sagaz puede hacer, con el relato de sus vivencias sobre el terreno, para mostrarnos los entresijos de una realidad social enormemente compleja.

Alberto Pradilla (Pamplona, 1983) es un periodista *freelance* que en los últimos tiempos ha colaborado con distintos medios del País Vasco, cubriendo principalmente informaciones sobre países árabes. *El judío errado*, que se presenta con un prólogo de Sergio Yahni, director del Alternative Information Center de Jerusalén, contiene experiencias del autor y entrevistas realizadas en varios viajes por Israel. El libro comienza con una breve explicación sobre el origen del conflicto y su desarrollo, una historia de expansión cuyos jalones principales, 1948 y 1967, son guerras a través de las cuales el sueño enloquecido de Theodor Herzl ha ido convirtiéndose en una cada vez mayor y más sangrante realidad de desposesión y violaciones brutales de los derechos humanos más elementales.

Alberto Pradilla nos acerca a las claves que definen la locura de un Estado étnico en el que la pertenencia de un individuo en cualquier lugar del mundo a esa entidad denominada «pueblo judío», certificada por los rabinos correspondientes, lo habilita para ser ciudadano de él, por encima de los derechos seculares de los habitantes del territorio. Es ésta una locura tan enraizada que a lo largo de todo el libro se multiplican las entrevistas a sujetos nacidos en Argentina, Rusia o los EEUU que están absolutamente convencidos de encontrarse en Israel auténticamente en «su tierra» y se manifiestan dispuestos a ejercer todo tipo de violencia para demostrarlo. No están sin embargo todos estos sujetos cortados por el mismo rasero y *El judío errado* nos aproxima a tipos muy diversos, que van de religiosos ultraortodoxos que rigen su vida completamente por los preceptos de la Torah, hasta socialistas kibutzianos de buen rollo, pasando por nacionalistas laicos o creyentes no practicantes. Se trata de personajes heteróclitos y escasamente miscibles, pero uni-

dos por su amor a una tierra que sólo han podido poseer tras arrebatársela a sus legítimos propietarios, con lo que todas las contradicciones del sionismo quedan de manifiesto. De todas formas, la casuística de los judíos que habitan Israel es tan variada que incluye a los ultraortodoxos de Naturei Karta, los que basándose en las escrituras rechazan el Estado de Israel y se niegan a cualquier colaboración con él.

El marco legal de la «democracia israelí» es democrático para los judíos y judío para los palestinos, ciudadanos de segunda en la tierra de sus antepasados, y se nos describe el cambio histórico que supuso la caída del laborismo dominante en la política del Estado de Israel en sus comienzos, cercenado por la lógica imposible de su «izquierdismo sionista», y el relevo por parte de movimientos como el Likud, ligados al sionismo revisionista más radical. Conocemos también en detalle todos los escenarios físicos del horror, lugares como Jerusalén Este donde los palestinos son expulsados de sus casas con todo tipo de argucias legales y violencias por parte de los colonos, o Hebrón, donde unas telas metálicas protegen la calle donde están las tiendas de los palestinos de la basura arrojada por personajes que pueden haber nacido en Nueva Jersey, pero protestan así de la presencia de intrusos en la tierra que su dios les prometió a ellos en exclusiva. Visitamos también cárceles secretas y campos de entrenamiento militar en territorio ocupado. Hasta el desierto del Néguev llega la tragedia cuando los beduinos son deportados de sus aldeas tras la aprobación por parte de Israel de una ley que invalida todos los documentos de propiedad anteriores a 1948.

Alberto Pradilla nos muestra las miserias de una sociedad militarizada en la que el Ejército es nervio y fuerza directora, una sociedad que ha encontrado su agosto económico en la proliferación de empresas de seguridad, altamente especializadas y que entrenan a policías de todo el mundo. No falta tampoco la visita obligada a los que luchan desde dentro contra esta locura, objetores y críticos de toda laya enfrentados con el poder imperante. El libro concluye con una reveladora entrevista a Mordejái Vanunu, el técnico israelí condenado por dar publicidad internacional a la potencia desarrollada por Israel en armamento nuclear, y que tras pasar dieciocho años en la cárcel, malvive hoy en Jerusalén Este vigilado por la policía y a la espera sólo de que se le autorice a abandonar Israel.

Tras la lectura de *El judío errado*, resulta evidente que la base de todo el entramado que se muestra ante nosotros es una lógica enloquecida que permite que los habitantes milenarios de un territorio sean tratados en él como advenedizos por gentes que pueden haber nacido en cualquier lugar a decenas de miles de kilómetros de Palestina, pero en su delirio se creen legítimos propietarios de esa tierra. Sólo cuando seamos una inmensa mayoría en todo el mundo los que comprendamos la magnitud de este disparate y veamos clara también la magnitud del crimen que deriva de él, será posible obligar al Estado de Israel, con las medidas de presión adecuadas, a respetar las normas elementales del derecho y la convivencia que viola cada día.

Un verano kurdo, de Zekine Türkeri

Publicado en *Rebelión* el 9 de octubre de 2018

Zekine Türkeri nació en 1967 en una aldea kurda del este de Turquía y estudió periodismo en Ankara. Ha ejercido su profesión en Estambul, donde reside en la actualidad, y también en España durante más de diez años. Siempre sintió interés por recorrer su verdadero país, ese Kurdistán que no aparece en los mapas y a día de hoy se encuentra dividido entre cuatro Estados, pero fue sólo en el verano de 2014 cuando tuvo la posibilidad de empezar a cumplir su sueño viajando al Kurdistán iraquí (Bashur), que por entonces gozaba de autonomía. A finales de julio, partió para allí y se las arregló para explorar la región a pesar de la ofensiva del Dáesh en aquel momento. Visitó después el Kurdistán sirio (Rojava) y de todas sus experiencias en la zona nació *Un verano kurdo*, que fue publicado en 2016 por Descontrol, un acercamiento a un pueblo que en circunstancias endemoniadamente adversas es capaz, no sólo de resistir, sino de elaborar propuestas de organización participativa y solidaria que nos iluminan a todos.

Kurdistán es un país atravesado por peligrosas fronteras estatales y donde los kurdos son sospechosos. Zekine cruza la que separa Turquía de Irak con su pasaporte español y en unas horas llega a Arbil. La situación actual en Bashur, con los kurdos disfrutando de cierta autonomía, está marcada por islam riguroso y consumismo compulsivo. Es un país donde no hay robos, porque nadie se arriesga a que le corten la mano. Mosul, segunda ciudad de Irak había sido tomada unas semanas antes por el Dáesh, así que era inaccesible. Sí era posible sin embargo llegar a Mahmur, al suroeste de Arbil, donde un campo con más de diez mil refugiados acoge a supervivientes de masacres en el Kurdistán turco (Bakur) a los que se permitió instalarse aquí a finales de los años 90. La autora recopila entre ellos, para su programa en una televisión turca, testimonios de cómo fueron capaces de salir adelante y autoorganizarse en una sociedad igualitaria y con muchas menos barreras de género de las habituales en la región. La noticia de que el Dáesh avanza hacia Mahmur no es fácil de digerir para ella, que consigue al fin ser evacuada. Todos los habitantes del campo, menos los combatientes, lo serán también unos días después. Su amiga Deniz Firat caerá asesinada por los yihadistas.

En Arbil de nuevo, Zekine emprende camino hacia las montañas de Qandil, al oeste, cerca de la frontera con Irán, objetivo frecuente de las masacres de la aviación turca porque aquí se encuentra el cuartel general del PKK (Partido de los Trabajadores del Kurdistán). Es el momento en que parte de allí en autobuses un contingente de guerrilleros que tratará de detener la ofensiva de los yihadistas en la región de Sinyar, próxima a Siria, que está siendo desalojada. Allí habitan muchos yazidíes (kurdos con una religión sincretista de influencias zorastrianas), que siempre son los primeros en ser exterminados por el Dáesh. Nuestra protagonista, tras unos días en las montañas de Qandil, y ver y entrevistar a personajes importantes del PKK, parte para Duhok, al noroeste de Arbil, donde se hacinan centenares de miles de evacuados. La situación en la ciudad, que casi ha visto duplicada su población, es crítica. Lo mismo ocurre en Zaho, cerca de la frontera con Turquía, y en Lalesh, el lugar sagrado de los yazidíes, Se oyen historias estremecedoras de la huida ante el Dáesh; las mujeres yezidíes están siendo vendidas. Todos ensalzan la protección y ayuda del PKK, y se maravillan del papel que las milicianas desempeñan en él, perfectamente iguales a los hombres.

Zekine atraviesa la frontera y viaja a Derik, en Rojava (Turkestán sirio), donde los kurdos disfrutan de la independencia recién conquistada al Gobierno de Damasco, y su situación es en general mejor que la de los que viven en Irak. En el campo de refugiados de Newroz, la gente recibe la ayuda de ACNUR y de los autóctonos, que se desviven con ellos. Al hospital llegan heridos de las YPG (Unidades de Protección Popular) que combaten a los yihadistas. Días después, Zekine, en compañía de otros periodistas, trata de aproximarse al frente de guerra en las montañas de Sinyar, pero sólo consigue recorrer la zona próxima a la frontera de Irak, no lejos del área de combate, donde entrevista a milicianos y milicianas de las YPG que confiesan no haberse enfrentado nunca a algo como el Dáesh, un enemigo que corta cabezas y busca la muerte; las mujeres guardan siempre una última bala para no caer en sus manos. Continuamente se producen bajas, y la organización de las misiones peligrosas se ajusta a la norma de que no puede haber más de dos muertos en la misma familia.

Estados Unidos y Europa han convertido Oriente Medio en un infierno donde no van a faltar en mucho tiempo desesperados dispuestos a engrosar las filas del Dáesh, una organización bien abastecida, nacida bajo sus auspicios y que sirve sus intereses desestabilizadores. *Un verano kurdo* es un testimonio precioso sobre los kurdos que en Irak y Siria defienden su tierra y se enfrentan a la barbarie, un alegato vibrante y humano, lleno de risas y juventud, de solidaridad y amistad, pero también de historias terribles y turbadoras citas con la muerte. Sorprende el humor con el que refieren sus vivencias gentes que han visto cómo sus parientes eran asesinados y han estado ellas mismas próximas a sufrir ese destino. No obstante, si lo pensamos bien, vemos ahí la vieja sabiduría imprescindible para resistir en esas condiciones, apoyada en la conciencia firme de pertenecer a un grupo, un cuerpo inextinguible que los criminales, a pesar de su poderosa crueldad, no pueden destruir. Zekine Türkeri nos regala con este libro una experiencia valiente y una aproximación conmovedora a un pueblo que ha sabido levantarse con decisión para afirmar su identidad y combatir la barbarie.

Revolución en Rojava, de Ercan Ayboga, Anja Flach y Michael Knapp

Publicado en *Rebelión* el 23 de octubre de 2018

Los autores principales y coordinadores de este libro son un ingeniero y activista ecologista (Ercan Ayboga), una antropóloga feminista (Anja Flach) y un historiador (Michael Knapp), y han contado con la participación de muchas otras personas, indicándose en cada capítulo el nombre de su autor. Su objetivo con *Revolución en Rojava*, publicado en Alemania en 2015 y en versión española dos años más tarde por Descontrol y la plataforma de solidaridad con el pueblo kurdo Azadi, que se encargó también de la traducción, es presentar una aproximación a la historia reciente del Turkestán sirio (Rojava) con énfasis en el papel de las mujeres en la revolución que allí se está desarrollando. Para ello dispusieron de la información recopilada en dos viajes a la región en 2014 y 2015-2016, en los que tuvieron la posibilidad de recorrerla y entrevistar a centenares de personas sobre el terreno.

Los kurdos se consideran descendientes de los antiguos medos y representan unos 40 millones de personas en todo el mundo, de los que aproximadamente la mitad viven en Turquía, unos 8,4 millones en Irán, 5,6 en Irak y 3 en Siria. Hablan varios dialectos, bastante diferenciados, pertenecientes a la rama iraní de las lenguas indoeuropeas, y mayoritariamente son musulmanes (sunitas sobre todo), aunque existe una importante minoría de yazidíes (en torno a un millón), que profesan una religión sincretista con influencias zorastrianas; la mayoría de éstos viven en el Kurdistán iraquí (Bashur).

Esta región fue la primera visitada por los autores. Aquí los kurdos disfrutan en la actualidad de un Gobierno autónomo, y la economía depende de los ingresos del petróleo, que benefician sobre todo a una red clientelar ligada a los partidos gobernantes; aparte de eso, la dinámica productiva es muy limitada, y se restringe esencialmente a un *boom* de la construcción. La llegada a Rojava supuso para nues-

tros tres activistas el acceso a un universo distinto, un lugar donde se vive en la estela de una intensa y exitosa transformación social. ¿Cómo fue ésta posible?

Historia de una revolución

El libro presenta un pormenorizado repaso de la geografía e historia de los cantones en que se divide Rojava, que son de oeste a este: Afrîn, Kobanî y Cizîrê, los tres en el extremo norte de Siria y lindando —lidiando deberíamos decir— con Turquía; Cizîrê, el mayor y más diverso étnicamente, también tiene frontera con Irak. El régimen baaz sirio se caracterizó desde su acceso al poder en los años 60 por la represión de la minoría kurda que habitaba en Rojava y en las grandes ciudades, como Damasco y Alepo, lo que no fue óbice para que durante muchos años colaborara y diera cobijo a los militantes del PKK (Partido de los trabajadores del Kurdistán), que desde su fundación en 1978 luchaba por la liberación del Kurdistán turco (Bakur). La implementación en Siria de políticas neoliberales a partir de los años 90 supuso un empobrecimiento de las clases populares en todo el país y propició las protestas que, aprovechadas por las potencias extranjeras interesadas en un cambio de régimen (EEUU-Israel, Arabia Saudí y Europa), desencadenaron la guerra civil siria en 2011.

El movimiento kurdo estaba luchando por la democratización de Siria en ese momento, pero cuando las movilizaciones degeneraron en un conflicto armado en el que la oposición al baaz estaba liderada por fundamentalistas, optó por una «tercera vía», que implicaba no colaborar con ninguno de los contendientes. Su lema era: «*¿Autodefensa? Sí. ¿Guerra? No*». En 2012, los tres cantones de Rojava fueron liberados del régimen de Damasco sin apenas resistencia ni derramamiento de sangre y una autoorganización clandestina de comunas y consejos populares, dotada de unas fuerzas de defensa (YPG), tomó el control de la situación. Toda esta estructura se describe en detalle en el libro. En enero de 2014, Rojava proclamó su autonomía, y ese mismo año una parte importante de su territorio fue ocupado por el Dáesh, pero se consiguió su liberación el año siguiente. El criminal embargo impuesto por Turquía e Irak, sobre todo a partir de 2016, supuso otro duro golpe, especialmente por la dificultad de acceder a medicamentos y material sanitario.

Mención aparte merece la historia de la comunidad kurda de Alepo. Aquí la resistencia también fue organizada eficientemente en la etapa anterior a la guerra. Después, durante ésta, la población tuvo que soportar, a pesar de su decretada neutralidad, ataques de todas las partes contendientes, que obligaron a la evacuación hacia Rojava (Afrîn principalmente) de casi medio millón de personas en la primavera de 2013. A partir de 2017 ha comenzado el regreso y la reconstrucción de los barrios.

Estructura de una revolución

La obra se extiende en la descripción de la organización de la que se dotan los territorios liberados, que supone un modelo de democracia, tolerancia y colaboración interétnica válido para todo Oriente Medio. Sus bases se encuentran en la propuesta del PKK y su ideólogo y líder Abdullah Öcalan, que tras una etapa defendiendo el centralismo democrático marxista-leninista, ha pasado en la actualidad a plantear un confederalismo con democracia directa y consejista en todos los niveles e instancias de la sociedad. Este modelo sigue la tradición libertaria y lo propuesto por teóricos como Rosa Luxemburg o Murray Bookchin, y deja al lado la idea del Estado-nación regido verticalmente, aceptando como natural y básica la diversidad, que debe gestionarse democráticamente.

Las mujeres han tenido un papel esencial en la revolución, y la estructura adoptada pone gran énfasis en la igualdad de derechos entre los sexos, que habida cuenta de la historia de la región, supone un logro más que encomiable. Éste se fundamenta en el trabajo de Öcalan durante sus años en el país, en los que promovía activamente la concienciación y organización de las mujeres. El libro aporta un análisis de la difícil labor que realizan actualmente los comités de éstas para extender la educación y formación y luchar contra perniciosos hábitos seculares. Al mismo tiempo, un sistema de coliderazgo obliga a la presencia de mujeres en todos los escalones de la administración y los tribunales.

La estructura organizativa parte de la comuna como unidad basal y se desarrolla luego en consejos de barrio o aldeas, consejos de distrito y, como elemento integrador, el Consejo Popular del Oeste del Kurdistán. Todos los partidos kurdos participan en el sistema y a partir de 2012 se ha hecho un esfuerzo por extender éste a las poblaciones árabe y siríaca de Rojava, lo que resulta ser el principal reto pendiente en este momento. Un punto importante para preservar la salud democrática del proceso es garantizar el papel fundamental de la comuna como piedra angular. Los peligros de delegar funciones hacia representantes, por más que sean elegidos democráticamente, no deben ser desdeñados y la solución pasa siempre por involucrar al mayor número posible de personas en el trabajo de base. Se trata, en fin, de estructurar la sociedad para que pueda regirse tras abolir la máquina represiva del Estado.

Respecto a la organización de la economía, hay que decir que Rojava tiene una rica agricultura y dispone de reservas de petróleo y gas. Tras la revolución, los consejos pasaron a controlar los precios con el fin de evitar la especulación, y empresas, talleres, tiendas y cooperativas se coordinan para negociar las condiciones de trabajo y asegurar la solidaridad. En el futuro se pretende la transición a una estructura de cooperativas a las que se asignan las tierras expropiadas

al Estado o grandes propietarios. El reto es no tolerar actividades que degradan el entorno ni ceder a los cantos de sirena del capitalismo, basado sólo en lucro y explotación, tendiendo a una economía socializada donde las necesidades y la producción sean gestionadas de forma democrática y con un respeto riguroso al medio ambiente y la biodiversidad. La educación, como siempre, es fundamental para avanzar en todas estas direcciones.

La obra aborda en detalle todos los aspectos de la organización de la sociedad civil: seguridad, justicia, transporte y suministros, arte y cultura, sanidad, educación, asistencia a los familiares de las víctimas, problemas de la juventud, etc., así como del funcionamiento de las milicias, sin apenas armamento pesado y diseñadas para una guerra de guerrillas típica, en la que el conocimiento del terreno da una ventaja considerable. La eficacia mostrada en la defensa del país ha provocado un incremento en los alistamientos de árabes y siríacos, sin que falten tampoco los de extranjeros que acuden a luchar por algo tan milagroso en este tiempo como una revolución auténtica y exitosa. Aunque en las YPG actuaban mujeres, fue en 2013 cuando se crearon unas específicas fuerzas de defensa femeninas (YPJ), que participan en los combates. Las milicianas entrevistadas resaltan su orgullo de haber conquistado el derecho a defender su país, algo que definen como «*salir de una cárcel*».

Contexto y expectativas

Las ideas de organización social que han sido desarrolladas en Rojava se tratan de implementar también, en la medida de lo posible, en el Kurdistán turco (Bakur), aunque aquí la brutal represión estatal hace que el camino esté erizado de dificultades. Por otra parte, la obra nos ilustra sobre la connivencia con los yihadistas que asuelan la región de los Gobiernos de Arabia Saudí, Turquía, las potencias occidentales y más ocasionalmente del Kurdistán autónomo iraquí, constituidos todos en un eje sunita en el que, sin embargo, se aprecian rivalidades y tensiones, por ejemplo entre Qatar-Turquía-Hermanos Musulmanes por un lado y Arabia Saudí por otro. Los combatientes del Dáesh resultan ser, según los testimonios recogidos, bombas humanas drogadas y alienadas con mentiras insensatas —algunos capturados comentaban que creían estar luchando contra Israel—. Evidentemente, hay mucha inteligencia detrás de tanta estupidez, y todos sabemos por dónde debe andar su fuente.

El libro, detallado, riguroso y enriquecido con notas, fotografías, mapas y glosarios, describe la historia de la revolución de Rojava y nos trae con ello un rayo de esperanza en este tiempo oscuro. Descubrimos en él como en un lugar del planeta arrasado por una violencia exógena asociada a la dinámica del imperialismo y la depredación capitalista ha sido posible poner en marcha, con éxito hasta el momento, una propuesta de organización que desafía las coordenadas estatales y las bases de la acumulación de capital, con comunidades gestionadas en democracia directa, empeñadas en desarrollar una economía socializada y que superan de forma sorprendente las barreras de género que existían secularmente.

El objetivo planteado ahora mismo en la región consiste sobre todo en consolidar las conquistas, reconstruir el país e impulsar la economía. Para ello, la solidaridad internacional resultará imprescindible. En este sentido, hay que tener en cuenta que a pesar de la relevancia de sus logros, el poco peso demográfico de Rojava y el endiablado contexto en que se encuentra exigen una atención especial. Esta revolución es un desafío intolerable para todos los actores geoestratégicos implicados allí en este momento, y por ello es importante enfatizar los peligros que enfrenta.

Amanecer de resistencia. Logros y represión del confederalismo democrático en el Kurdistán turco

Publicado en *Rebelión* el 27 de julio de 2022

Son bien conocidos los esfuerzos que se están haciendo en diversas áreas del Kurdistán para construir una sociedad autogestionada. Tal vez los logros que se han alcanzado en Rojava, región que forma parte del Estado sirio, son los más divulgados, pero fue en Bakur, integrada en Turquía, donde el movimiento echó a andar y primero cristalizaron las propuestas desarrolladas en las demás provincias. Otra característica esencial de Bakur es la intensa represión de los intentos transformadores por el Gobierno de Ankara. Todos estos aspectos rubrican el interés extraordinario de lo que allí está ocurriendo y la necesidad de darlo a conocer.

Amanecer de resistencia. La autonomía democrática en Bakur recoge las experiencias de diez activistas alemanes ligados a la campaña Tatort Kurdistán (Kurdistán, escena del crimen), que visitaron Bakur durante diez días en 2011, realizando encuentros y entrevistas por toda la región. El original alemán del texto apareció el año siguiente y en 2020 ha sido vertido al castellano por Descontrol. El prólogo de Jordi Martí Font que se ha incorporado sintetiza las aportaciones del libro y pone de manifiesto cómo los escenarios descritos, marcados ya por la intensidad de la represión, sufrieron un brutal incremento de ésta en los años siguientes. Debido a ello, los datos que se presentan en la obra no reflejan, lamentablemente, la situación actual, aunque muestran fielmente la sociedad que se estaba construyendo hace ahora una década y capturan así la foto fija de un momento en

la larga lucha por la emancipación. La edición se completa con un glosario, gráficos y mapas.

La trabajosa construcción de un mundo nuevo

Reflexiones sobre el fracaso del socialismo real llevaron a Abdullah Öcalan (1949), líder del PKK (Partido de los Trabajadores del Kurdistán), a ensayar una alternativa con el confederalismo democrático, que se nutre de las ideas del norteamericano Murray Bookchin. Fue así como el movimiento kurdo de liberación sustituyó su estrategia leninista de «toma del poder» por una vanguardia, por otra de autoorganización y democracia de base, al tiempo que se abandonaba la perspectiva de «liberación nacional» y se asumían plenamente las reivindicaciones ecologistas y de lucha contra las discriminaciones de género.

Un avance importante fue la fundación en 2005 del Congreso de la Sociedad Democrática (DTK), agrupando activistas de diversos partidos y tendencias en un proyecto con tres elementos esenciales: una asamblea general, un consejo permanente con áreas de trabajo, y consejos municipales. En los distintos niveles existe una cuota de género, con un mínimo del 40 %, para que no haya un predominio de hombres o mujeres.

La base es una densa red democrática que se extiende por la geografía de Bakur. Entrevistas a miembros de los consejos de Amed (Diyarbakir) y otras ciudades revelan el funcionamiento y coordinación a todas las escalas, de la calle al distrito y el municipio, para gestionar educación, cultura, salud, prensa y relaciones públicas. Se han desarrollado además cooperativas agrícolas, ganaderas, de artesanía y de construcción de viviendas.

Aunque encontramos a militantes del DTK al frente de ayuntamientos constituidos por los procedimientos legales, la que se describe es una organización global que sustituye al Estado, de forma que la gente acude a ella y no a las instituciones de éste para resolver sus dificultades. También operan consejos de mujeres y jóvenes que abordan sus problemas particulares, como la poligamia, la violencia doméstica o la drogadicción, promovida desde el poder. Otra asociación específica son las Madres por la Paz, que tratan de detener las acciones militares y la represión del movimiento democrático, llegando a interponerse como escudos humanos. La Hiedra gestiona un banco de alimentos para luchar contra el hambre, resultado de la guerra y los abusos. Funcionan además grupos de apoyo a la población reclusa.

Se aportan datos sobre las salvajes coacciones sufridas: demolición de aldeas y reubicación en ciudades, destrucción de locales y detención de activistas, recurriéndose incluso a paramilitares para los ataques más brutales. Las autoridades municipales que apuestan por proyectos multiculturales y multilinguísticos desafían el limitado poder de los ayuntamientos en el régimen centralizado impuesto en el país, con lo que acaban procesadas y encarceladas. Se percibe un tira y afloja continuo entre la violencia del Estado y la resistencia de los kurdos, embarcados en un intento de preservar su cultura, construyendo a la vez una sociedad más justa y solidaria.

Juventud, relaciones de género, educación y más

Diversos capítulos están dedicados a aspectos concretos, como el pujante movimiento de los jóvenes, que augura la pervivencia de la lucha. Las cooperativas de mujeres rompen el esquema tradicional de reclusión doméstica y subordinación total a los varones, a través del acceso a un salario y una vida social autónoma. Sin embargo, esto implica una delicada labor de discusión y concienciación, porque muchas enfrentan oposición en sus propias familias. El Movimiento Democrático de Mujeres Libres tiene un papel fundamental, promoviendo el trabajo y la instrucción, especialmente de las más desfavorecidas. En estos capítulos seguimos comprobando que la represión y las detenciones son una tragedia continua en el país.

El DTK defiende una perspectiva ecológica y coordina por ello las luchas locales contra la explotación y destrucción del medio natural por la guerra, las presas o la extracción de recursos. Trabajando en esta línea funciona el Movimiento Ecologista de Mesopotamia, recién nacido cuando se entrevistó a algunos de sus promotores en 2011. Éstos ponen énfasis en que son las ciudades las áreas más problemáticas y en ellas proponen combatir el despilfarro de energía y apostar por el transporte público y los productos generados en áreas próximas, así como por evitar los transgénicos. Los planes de construir centrales nucleares reciben amplias críticas, pero contra otros proyectos nocivos es necesario informar de sus efectos a la población local. Un problema particular en todo el Kurdistán son los rastros de la guerra, en la que en ocasiones se usaron armas químicas.

Una educación que ayude a romper con la estructura y la mentalidad feudales y las discriminaciones de género resulta evidentemente esencial. Numerosas academias, creadas desde 2005 y objeto también de acoso, trabajan para divulgar la lengua y la historia de los kurdos y alumbrar un pensamiento igualitario y solidario, más allá del individualismo y consumismo capitalistas. Respecto al islam, se reivindica la perspectiva de personajes de su historia que se enfrentaron a los poderosos, y se trata de elaborar una suerte de teología de la liberación. El objetivo final es que los ojos se abran a la posibilidad de una sociedad libre y auténticamente democrática, sin la coerción del Estado ni de esquemas dogmáticos religiosos o de género.

Lecciones de coraje y resistencia

En este tiempo en que Turquía es una potencia mundial que chantajea y se impone en los tableros internacionales, es importante conocer de qué manera su Gobierno vulne-

ra los derechos más elementales de los kurdos. Y es también esencial saber que esta represión se ejerce sobre un movimiento que pretende sólo organizar la sociedad de forma autogestionada y respetuosa con las identidades culturales de todos los ciudadanos.

Un aspecto significativo de esta violencia estatal es la lamentable situación del ideólogo del DTK, Abdullah Öcalan, detenido en Kenia por los servicios secretos turcos con ayuda de la CIA en 1999, y condenado a muerte en un juicio irregular según el Tribunal Europeo de Derechos Humanos. La pena fue conmutada luego por otra de reclusión perpetua que se cumple, prácticamente en condiciones de aislamiento, en la isla de İmralı en el Mar de Mármara,

Amanecer de resistencia. La autonomía democrática en Bakur, labor colectiva de activistas alemanes de Tatort Kurdistán, evidencia a través de la plétora de testimonios recogidos en 2011 la enorme dignidad y coherencia de una lucha que no quieren que conozcamos, y nos aporta argumentos para la solidaridad necesaria. La deriva posterior de los acontecimientos puede seguirse en los documentales: *La batalla d'Amed, viatge al Kurdistan assetjat*, encargado por la CUP (2016) y *El sol del Nord. Construint l'autonomía a Bakur*, de Ivardia (2018).

Economía anticapitalista en Rojava, de Azize Aslan. Historia y presente de una revolución democrática y autogestionaria

Publicado en *Rebelión* el 10 de agosto de 2022

Economía anticapitalista en Rojava se plantea como objetivo analizar el proceso revolucionario de autoorganización que se está desarrollando en el Kurdistán sirio, repasar su historia y desentrañar tanto sus claves económicas como los desafíos a los que se enfrenta. Su autora es Azize Aslan, que dejó su tierra kurda para estudiar economía en Estambul y después sociología en Puebla (México). Aquí presentó en 2021 una tesis doctoral que sirvió de base para el libro, un proyecto conjunto de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla y Bajo Tierra Ediciones.

La obra viene con palabras liminares de Fernanda Navarro y John Holloway, asesor de la tesis, y trae también una introducción de la autora, en la que conocemos detalles de su biografía. Cuando tenía siete años, su familia tuvo que dejar su hogar en Rojava a causa de las agresiones desde Turquía para establecerse en este país. Azize militó en un partido leninista turco mientras estudiaba en Estambul, pero sentía que en él no se daba suficiente importancia a la opresión particular que sufría su pueblo. Debido a ello, comenzó colaborar con grupos juveniles kurdos de izquierdas, al tiempo que crecía su interés por los procesos de economía cooperativa que se desarrollaban en Rojava. Éstos iban a ser el leitmotiv de todo su trabajo posterior, que incluyó dos estancias en la región en 2018 y 2019.

La lucha de los kurdos

Divididos en la antiguedad entre el imperio otomano y el persa, los kurdos pasaron a estarlo, después de la Gran Guerra, entre los Estados nacionales que se crearon por entonces en la región, situación que dio lugar a revueltas ya en los años 20 en Bakur (Kurdistán turco). En la década de 1960, los movimientos socialistas kurdos, inspirados en el marxismo-leninismo y apoyados desde la URSS, defendían la constitución de un Estado propio y en el marco de estas luchas, entre 1989 y 1993, la revuelta de Bakur derivó en una guerra en la que el Gobierno turco recurrió a destrucción de aldeas y migraciones forzadas.

El colapso del socialismo real indujo un importante cambio de estrategia y así comenzó a extenderse entre los kurdos un modelo de «revolución popular», en el que Aslan observa notables similitudes y confluencias con el proyecto de los zapatistas en Chiapas. En ambos casos se trata de construir una democracia directa como base de transformaciones sociales que, reforzando la solidaridad y el apoyo mutuo, permitan superar el capitalismo. La estructura política que los kurdos pretenden instaurar se define como confederalismo democrático y recoge ideas del norteamericano Murray Bookchin. Más allá de la «independencia» y la «construcción nacional» reivindicadas clásicamente, el objetivo pasa a ser la «autonomía», esto es, el derecho a la autodeterminación de las comunidades. Ésta no debe entenderse como algo que se reclama al Estado, sino como una alternativa al sistema estatal y al capitalismo que éste encarna, capaz de cristalizar en una «nación democrática», respetuosa con los diversos grupos étnicos y religiosos que la integran.

Tras algunas experiencias en Bakur, el proyecto ha logrado desarrollarse sobre todo en Rojava y otras regiones del norte de Siria, aunque con los problemas y contradicciones que se analizan en el libro.

Historia y presente de Rojava

En 1963 el régimen baaz sirio, recién constituido tras un golpe militar, decidió negar la ciudadanía a los kurdos de Rojava, confiscar sus propiedades y desplazarlos a otros lugares. A pesar de esto, el enfrentamiento existente por aquel entonces entre Damasco y Ankara propició que, tras fundar el PKK en 1978, el líder kurdo Abdullah Öcalan hallara apoyo para sus proyectos en el mismo Gobierno sirio que practicaba una dura represión en Rojava, de forma que éste permitió el adiestramiento de las milicias del PKK en el valle de la Bakaa entre 1986 y 1992.

Durante la guerra civil siria, los éxitos militares de las Unidades de Protección Popular kurdas (YPG) consiguieron que en 2012 pudiera proclamarse una autonomía, ratificada en 2014, basada en la neutralidad en el conflicto y una actitud defensiva, que exigió una heroica y denodada lucha contra el Estado Islámico (EI). En estos combates, en los que el capítulo más destacado fue la victoriosa defensa de Kobane por las YPG, se contó con el apoyo de los estadounidenses, que sin embargo luego traicionaron a sus «amigos» kurdos, permitiendo la ocupación por Turquía de sectores del norte de Siria.

A partir de 2017 hasta el presente se aprecian tendencias negativas, de «institucionalización», en la evolución de la autonomía de Rojava, marcadas por una centralización de los recursos económicos y el surgimiento, tras las elecciones que se han celebrado, de una clase gobernante asalariada. No obstante, la organización en comunas democráticas crece imparable, tal como observó Aslan en sus estancias de 2018 y 2019, lo que resulta un antídoto contra la degeneración burocrática.

Buscando alternativas al capitalismo

Un capítulo fundamental del libro está dedicado las formas de trabajo y producción comunitarias que se multiplican en Rojava en todos los campos. Se trata de proyectos para construir una economía en la que los recursos sean de carácter público y sólo el pueblo pueda decidir cómo utilizarlos. Las cooperativas y la autogestión son elementos claves de esta estructura, aunque ésta se entiende en un sentido amplio, como la toma democrática de decisiones en todos los ámbitos de la sociedad (economía, educación, sanidad, etc.).

Rojava es una región eminentemente agrícola y el régimen de propiedad de la tierra es variado y complejo. Con el establecimiento de la autonomía, no se optó por una política radical de expropiaciones, pero se promovieron cooperativas en los terrenos abandonados por el Estado o que pertenecían a terratenientes colaboradores del EI. La perspectiva ecológica se materializa en la diversificación de los cultivos y en la reforestación que se está realizando en muchas áreas.

En el aspecto industrial, se aprecian graves dificultades relacionadas con el contexto capitalista y la situación bélica, pero así y todo, se han desarrollado exitosos ensayos de autogestión en talleres textiles, de carpintería, de envasado de vegetales y carne, y de producción de electricidad y fertilizantes. El reto sería trasformar estos talleres en cooperativas, pero la dinámica que el sistema impone es más bien de burocratización y planificación que de economía comunal. Además, muchos trabajadores prefieren recibir un salario fijo antes que arriesgarse a una gestión compartida.

Respecto al comercio, una experiencia interesante fue la de la cooperativa Hevgirtin, amplia red de distribución que funcionó hasta 2019 y evitaba las fluctuaciones de precios, potenciando la producción de industrias locales. Como rasgo negativo se señala su lógica capitalista de repartir dividendos entre las familias propietarias. Los mercados femeninos establecidos en varias provincias son un proyecto prometedor, que desafía al patriarcado y empodera a las mujeres, invisibilizadas en la sociedad tradicional. Otro aspecto a destacar es que los grandes comerciantes que importan bienes a Rojava desde Irak no son partidarios de la autonomía, sino de la independencia de la región en un Estado kurdo.

El futuro de la solidaridad

Tras el inicio de la guerra civil siria en 2011, la población kurda de Rojava comenzó un proceso de autoorganización que en el momento actual se extiende por todo el norte del país, agrupando pueblos de diferentes etnias e identidades religiosas en una estructura democrática. El régimen de Damasco sigue manteniendo presencia militar y policial en la región no obstante, y el equilibrio de fuerzas impide al movimiento autonómico realizar, por ejemplo, una reforma agraria profunda. Al norte, los ataques desde Turquía y la represión que ésta ejerce en su provincia kurda (Bakur) son una fuente continua de conflictos, mientras que al este, la opción autonómica contrasta con los planes del Gobierno del Kurdistán iraquí (Bashur) de constituir un Estado que incluya Rojava.

En esta tensa situación, con Rojava, una planicie rica en agricultura y petróleo, asediada desde todas partes, los datos aportados por Azize Aslan en *Economía anticapitalista en Rojava* muestran meridianamente la pugna entre los procesos centralizadores y explotadores del capitalismo y el Estado, y un proyecto libertario y solidario en desarrollo, que reivindica autonomía para todos los habitantes de la región. Se trata sin duda de un reto difícil, pero la experiencia de la autora es que tiene probabilidades de éxito. Esto es así porque lo que se está produciendo en el norte de Siria es el resurgir contra el capitalismo de una forma de entender las relaciones humanas muy vieja, una propuesta de sociedad basada en el diálogo y la solidaridad, con asambleas y comunas como instrumentos.

El peligro de institucionalización y burocratización del proyecto en el contexto que se vive en el norte de Siria es poderoso, pero la estricta lógica democrática implementada permite conjurar el riesgo de construir jerarquías. A través de los ejemplos de organización descritos, comprendemos que más que una estructura económica, el cooperativismo que se está desarrollando es una mentalidad que impulsa a compartir y trabajar solidariamente.

En este mundo nuestro se multiplican, del Kurdistán a Chiapas, los ejemplos de cómo en las condiciones más difíciles los seres humanos somos capaces de encontrar vías

para la gestión democrática de los diversos aspectos de la vida. Con *Economía anticapitalista en Rojava*, Azize Aslan deja clara la necesidad del apoyo de todos para que esos proyectos tengan éxito, pero demuestra también que son ellos, con su tesón y coraje, los que están marcándonos el camino, porque su lucha nos regala perspectivas imprescindibles.

Descolonizando la mente palestina, de Haidar Eid. Un genocidio ante nuestros ojos y la vía para atajarlo

Publicado en *Rebelión* el 16 de agosto de 2024

«*Este libro se publica mientras Gaza, donde vivo, está siendo aniquilada*». Haidar Eid era profesor de Literatura Inglesa en la Universidad Al Aqsa de Gaza, la única pública de las nueve que existían en el enclave palestino. Muchos de sus colegas y alumnos han sido asesinados desde que comenzó la operación genocida del Estado sionista, pero él consiguió sobrevivir con su familia y ahora se encuentra en Sudáfrica. Acaba de aparecer en castellano (trad. de Lu Barcenilla), editado por Verso, *Descolonizando la mente palestina*, un libro en el que Eid nos describe sus experiencias y reflexiones ante lo que está ocurriendo en su país. La obra viene con un epílogo de Vijay Prashad.

A la destrucción y muerte impuestas por Israel se añade la certeza dolorosa de que los Gobiernos e instituciones internacionales no son capaces de enfrentarse a los genocidas y detener sus crímenes. Es por ello que la movilización masiva de la sociedad civil en todo el mundo contra el régimen responsable de la catástrofe es la alternativa más prometedora. A la creación de esta conciencia va destinado el libro.

Repasando la historia

El proyecto racista del Estado de Israel se consolida en 1948 gracias a la limpieza étnica de la Nakba y en la nueva nación se imponen condiciones de *apartheid*, mientras la ocupación no deja de avanzar desde entonces, con un impulso notable en 1967. En esta historia de colonización continua e implacable, los Acuerdos de Oslo de 1993 tuvieron un significado especial para Eid, pues supusieron a su juicio una penosa claudicación, al reconocer los negociadores palestinos al Estado racista de Israel y aceptar una «solución de dos Estados» que niega el derecho al retorno de los refugiados. Contra esta falsa solución, la única opción auténticamente democrática, según el autor de la obra, es la constitución de un solo Estado laico, desde el río hasta el mar.

Haidar Eid ha trabajado mucho tiempo en Sudáfrica y tiene la ciudadanía del país. Su buen conocimiento del régimen de *apartheid* que allí se dio le sirve para establecer una cuidadosa comparación con el que existe actualmente en Israel, y las semejanzas son impactantes. Queda claro también tras este análisis, que las graves violaciones de derechos humanos que se producen hoy en esta tierra no se atajarían con la creación de un Estado palestino, un bantustán que serviría sólo para oficializar una situación radicalmente injusta. La lucha contra la ocupación debe redefinirse como una lucha anticolonial que se plantee la reunificación de los tres elementos del pueblo palestino: los residentes en Gaza y Cisjordania, los refugiados y los ciudadanos palestinos de Israel. Ésta es la descolonización a la que se alude en el título del libro, única solución del problema a juicio de Eid.

El empeño puede parecer utópico, pero hay que decir que importantes pasos en esta dirección se dieron ya en la Conferencia Mundial de Durban en 2001 y con la puesta en marcha del movimiento BDS en 2005. Por otro lado, son cada vez más los historiadores y politólogos, como se recoge en la obra, que se declaran abiertamente a favor de un único Estado laico como solución viable y justa para el conflicto de Palestina.

Edward Said como pionero de estas ideas

Las voces críticas ante la deriva de los dirigentes de la OLP en los años 90 surgieron ya por entonces, y un buen ejemplo es el del intelectual palestino Edward Said (1935-2003), autor de obras enormemente influyentes, como *Orientalismo* (1978), en la que desenmascara los prejuicios eurocéntricos que lastran la visión de Occidente sobre el mundo musulmán. En artículos publicados en 1993, 1998 y 2001, Said se manifestó muy crítico con los Acuerdos de Oslo y el proyecto de una solución de dos Estados y propuso como alternativa un único Estado democrático y laico. Su opinión contrastaba con el optimismo dominante en el campo palestino en aquella época, pero la evolución de los acontecimientos ha venido a darle la razón.

La triste realidad es que los líderes que apostaron por la coexistencia con el régimen sionista y firmaron los Acuerdos comprobaron dolorosamente en poco tiempo que éstos sólo servían para legitimar el *apartheid* y que la vía asumida de progresar por medio de negociaciones fracasaba continuamente por el boicot israelí. Mientras tanto los asentamientos ilegales no dejaban de aumentar y con ellos el problema de los refugiados. El «reino de ilusiones» que Said veía en los Acuerdos ha confirmado sus peores expectativas y para colmo de males ahora una facción de los palestinos se siente vinculada a una vía de actuación que no permite ningún avance.

Encarando el futuro

Haidar Eid aborda en el libro también la cuestión de la representación palestina. Lo que él denomina el «virus de Oslo» contaminó a las élites dirigentes de Cisjordania y Gaza, haciéndolas asumir una colaboración con la potencia ocupante que sin embargo no fue comprendida ni aceptada por las capas populares. De esta forma, en las elecciones de 2006 los votos fueron mayoritariamente para Hamás (derecha religiosa), no por afinidad ideológica con este grupo en muchos casos, sino porque era el único que no suscribía el desastroso colaboracionismo que se estaba imponiendo entre los dirigentes.

Este resultado electoral desencadenó la ruptura entre las dos facciones palestinas. Fatah tomó control de Cisjordania y Hamás se atrincheró en Gaza, que comenzó a ser sometida por Israel a un feroz bloqueo, un auténtico «holocausto en ciernes» según Naciones Unidas. El Gobierno de la franja es definido por Eid como un «modelo en miniatura de un Estado islámico», y ha compatibilizado un cortejo a Israel abriéndose a una solución de dos Estados según las fronteras de 1967, con la imposición de estrictas leyes religiosas y un monopolio del concepto de «resistencia», que excluye a los que no comparten su ideología.

De todas formas, para el autor del libro, la situación terrible que se vive en los territorios ocupados es difícil plantear que pueda enderezarse sólo con votaciones. Los palestinos han sido expulsados de su tierra a lo largo de un dilatado proceso que comienza en 1948 y todos los supervivientes del desastre y sus descendientes, dispersos por medio mundo, están llamados a ser los protagonistas de cualquier solución que se pretenda encontrar para el enorme problema creado por la potencia colonial. Para ello necesitan el apoyo y la solidaridad de todos.

La obra concluye con un repaso a las alternativas políticas que existen en el campo palestino, y hay que decir que el panorama es descorazonador, con mentalidades cegadas a derecha e izquierda por la perspectiva de los dos Estados. En estas condiciones, Haidar Eid propone como estrategia la «no participación» en un sistema político que no ofrece soluciones, al tiempo que se concentran los esfuerzos en un activismo no violento contra la ocupación y en el apoyo al movimiento BDS, auténtica bala de plata capaz de aniquilar al monstruo. Cuando se mira desde fuera, tampoco es tan raro ver resucitar aquí las estrategias de «acción directa» clásicas de las luchas obreras, contra la inoperancia y las trampas de la representación política.

El entusiasmo que acompaña muchas veces los avances en el reconocimiento del Estado palestino y que hemos vivido hace poco en España, no debería hacernos olvidar los graves problemas que afronta esta vía, expuestos con claridad y erudición en este libro. Más allá de los senderos por los que el imperio americano y el sionismo nos han obligado a transitar, Haidar Eid nos demuestra en *Descolonizando la mente palestina* que es necesaria una alternativa auténticamente democrática en la región, encarnada en un único Estado laico, desde el río hasta el mar. Esta solución no es fácil, pero sí perfectamente posible, a través de la concienciación y movilización en todos los rincones del mundo en torno a un ambicioso programa de Boicot, Desinversión y Sanciones contra un Estado racista y genocida.

Gaza ante la historia, de Enzo Traverso. Para orientarnos en un mar de prejuicios

Publicado en *Rebelión* el 21 de agosto de 2024

El terror que supone la destrucción de un país y el asesinato sistemático de sus habitantes se ha convertido últimamente en rutina de los telediarios, y mientras la denuncia de estos crímenes se abre paso en la sociedad, fuerzas políticas y mediáticas poderosas intentan justificarlos con una maraña de mentiras y tergiversaciones que infinitamente repetidas toman visos de realidad: «Israel es la única democracia de Oriente Medio», «Israel tiene derecho a defenderse», «Toda la culpa es de Hamás»...

En estas circunstancias no es de extrañar que aparezcan en las mesas de novedades de las librerías volúmenes que tratan de arrojar luz y orientar la reflexión sobre lo que está ocurriendo. El filósofo e historiador Enzo Traverso (1957), que ha estudiado sobre todo el antisemitismo del siglo XX y el totalitarismo nazi, responde al reto apremiante con *Gaza ante la historia*, recién editado en castellano por Akal (trad. de Valentina Olalla Salvador). En el prefacio que ha puesto a la obra, Traverso confiesa que ésta surgió al constatar una «comprensión» de los crímenes de Israel por parte de amplios sectores de Occidente —no así del Sur global— que le resulta dolorosa. El libro repasa la historia para iluminar el presente y tratar de construir, más allá de las tergiversaciones a la orden del día, un proyecto ambicioso de futuro capaz de superar el problema.

¿Sabemos reconocer a las víctimas y los verdugos? Sólo la historia responde

Un aspecto inquietante es que la narración dominante en Occidente tiende a presentar al Estado de Israel como víctima y a los palestinos como agresores, haciendo un uso abusivo de los ataques del 7 de octubre. Se obvia de este modo la atroz violencia sufrida por los palestinos desde 1948. En el caso concreto de Gaza en los últimos años, las cifras de muertos a manos del Tzahal son estremecedoras (1400 sólo en 2008) y un análisis de la situación actual nos

introduce de lleno en la mecánica de un genocidio. No se puede comprender que la consigna: «Acabar con Hamás» conceda licencia para asesinar a decenas de miles de civiles, siempre de forma intencionada pues el nivel tecnológico de las armas que se usan contra ellos hace que así sea. Las declaraciones que se recogen en el libro de militares israelíes abundan en esta idea.

Acudir a la historia resulta imprescindible. Traverso ve en lo que está ocurriendo una prolongación del racismo colonial denunciado por Edward Said en *Orientalismo*, hoy encarnado en la dicotomía entre democracia y fanatismo islámico. En este proceso las élites occidentales han abandonado su antisemitismo secular en favor de un apoyo sin fisuras al Estado de Israel, al tiempo que los judíos de Oriente Medio, que convivieron durante siglos con el islam, son ahora llamados a una cruzada contra él que desprecia sus propias tradiciones; en este sentido es precioso el testimonio del historiador de Oxford, de origen judío iraquí, Avi Shlaim en *Three worlds: Memoirs of an Arab-Jew* (2023). Por otra parte, rastreando las fuentes del sionismo se identifica en él una fuerte impronta del peor nacionalismo excluyente europeo.

Ficciones para justificar un genocidio

En las estrategias de desinformación usadas resulta muy valiosa una perversa confusión entre antisionismo y antisemitismo que debe ser desenmascarada. Las protestas en los campus contra el genocidio de Gaza recuerdan enormemente las que surgieron en ellos en los años 60 contra la guerra de Vietnam y al igual que por entonces los que mostraban su rechazo eran tildados de «comunistas y totalitarios», hoy se recurre al sambenito de «antisemitas». Esto no tiene ninguna justificación, pues en estas movilizaciones no se critica a los hebreos en cuanto tales, sino los crímenes del Estado sionista, y hay que decir además que con participación en las protestas de muchos judíos. No obstante, el poder comprende el desafío que representan estas manifestaciones y su potencial para frenar la guerra, comprobado en Vietnam, y reacciona con una violencia desproporcionada y activando la máquina de mentiras.

En Alemania es revelador que el respaldo inquebrantable a Israel por parte de su Gobierno sea definido por éste como «razón de Estado», lo que viene a decir que la violación de los principios éticos más elementales queda justificada en este caso en aras de un interés superior que no es otro que la preservación del Estado sionista. Situaciones similares se dan en otros países europeos, como Italia o Francia, donde se detiene a manifestantes por portar banderas palestinas o se prohíben conferencias sobre la historia de Oriente Medio. No hay que desdeñar el peligro de que al hilo de estos groseros excesos represivos pueda resurgir un antisemitismo real que creíamos en declive.

Otro aspecto esencial es el análisis de lo ocurrido el 7 de octubre. Para Traverso todos los asesinatos de civiles ese día deben ser condenados, pero también considerados en su contexto, lo que lo lleva a concluir que son una consecuencia extrema de décadas de ocupación y opresión por parte del Estado sionista. Lo cierto es que mientras Hamás evolucionaba políticamente y realizaba propuestas razonables tras su acceso al poder en Gaza en 2006, recibía como respuesta sólo represión y masacres, con lo que el 7 de octubre debe entenderse como un fruto de esta cerrazón. Hay que decir también que los crímenes de Hamás ese día fueron exagerados por los medios occidentales, lo que sirvió para crear un clima que justificara el genocidio. Traverso repasa la violencia terrorista de los grupos que lucharon contra la opresión colonial en diversas regiones del mundo y concluye que ha sido una constante, aunque se tienda cada vez más a criticar y condenar los asesinatos de civiles en este contexto. En el caso de Palestina, lo más vergonzoso es el doble rasero de Occidente ante los crímenes de un bando y otro, y es evidente que la ocultación y tergiversación de la historia es el instrumento que el poder utiliza para convertir a los verdugos en víctimas. A nuestro alrededor vemos de continuo lo bien que funciona esta fábrica de mentiras.

Respecto a las opciones para el futuro, el autor del libro se declara partidario de pasar página a la solución de dos Estados que Israel hace imposible, y concentrarse en el proyecto de un único Estado laico, desde el río hasta el mar. El actual ente sionista, que abre sus brazos a todos los judíos del mundo al tiempo que niega el retorno a su tierra a los palestinos expulsados de sus hogares desde 1948, es un engendro que no merece existir desde una perspectiva mínimamente respetuosa con los derechos humanos.

El reto es formidable sin duda y libros como *Gaza ante la historia*, de Enzo Traverso, con su caudal de datos y argumentos, resultan imprescindibles para tomar conciencia del compromiso que a todos nos incumbe de luchar, por cualquier vía pacífica, contra un Estado genocida que avergüenza la condición humana.

Hezbolá. El laberinto de Oriente Medio, de Ignacio Gutiérrez de Terán. Historia y entresijos del «Partido de Dios»

Publicado en *Rebelión* el 25 de diciembre de 2024

La milicia chiita libanesa que escogió para sí el nombre de Hezbolá —«Partido de Dios»— es uno de los protagonistas esenciales de la sempiterna crisis de Oriente Medio, pero el conocimiento que de ella se tiene en Occidente

es muy limitado. Para muchos, siguiendo una propaganda arrolladora, se trata simplemente de un grupo terrorista, con lo que cualquier atrocidad usada contra ella es contemplada con aquiescencia. Para otros por el contrario, estamos ante una organización heroica en la defensa de su país y en la solidaridad con el pueblo palestino, que cuenta además en su honor con haber sido capaz de doblegar al coloso israelí varias veces. Las opiniones son así de dispares, y hay que reconocer que son muy pocos los que hablan del asunto con argumentos sólidos.

Hezbolá. El laberinto de Oriente Medio, de Ignacio Gutiérrez de Terán, recién publicado por Catarata, ofrece una buena ocasión para adentrarse en la realidad de una organización tan relevante e ir más allá de las leyendas tejidas en torno a ella. El libro aporta un recorrido minucioso y revelador por la historia de la milicia desde sus orígenes, y la ubica además en las frágiles tramas de la política libanesa y la situación regional, marcada por la violencia continua del Estado sionista contra la población palestina. Gutiérrez de Terán residió durante años en Líbano y Siria y es en la actualidad profesor de la Universidad Autónoma de Madrid, en la que desarrolla su investigación sobre la política y las relaciones interconfesionales en esta región.

Hezbolá: la resistencia libanesa al sionismo

Habitantes de las áreas montañosas del interior del país, los chiitas libaneses constituían históricamente una población marginada, pero su situación no mejoró tras la independencia en 1946 con el curioso sistema de cuotas impuesto, que reparte las magistraturas del Estado entre las distintas confesiones. Fue así como en los 70 los más descontentos entre ellos se organizaron en un movimiento de resistencia, Amal, del que Hezbolá surgió como una escisión más marcadamente antisionista durante la invasión israelí de 1982. El Estado de Israel había sido percibido siempre como un peligro existencial por los chiitas libaneses, pero fue esta ocupación, cuyo objetivo no eran sólo los fedayines palestinos sino también la propia población libanesa, la que llevó a un grupo de hombres de religión chiitas a fundar el Partido de Dios, una organización que se integra en el proyecto de la Revolución islámica liderada desde Irán y acepta su autoridad espiritual, basada en la Wilayat Faqih («el Gobierno del jurista»), pero adquirió independencia en los asuntos nacionales tras el ascenso a la secretaría general de Hasán Nasralá en 1992.

El nuevo rumbo del partido en esta época estuvo marcado por una implicación mayor en la política del Líbano y un fortalecimiento de la estructura militar. Al mismo tiempo, Nasralá se convirtió en un personaje de extraordinaria relevancia, venerado por los suyos y respetado incluso por sus enemigos, que tuvo su momento de mayor gloria cuando se consiguió derrotar la invasión israelí de 2006. Los discursos del líder, piezas maestras de oratoria, en árabe clásico con concesiones ocasionales al dialecto libanés, eran escuchados reverentemente por unas masas que sabían apreciar su convicción de líder religioso, su prudencia política y su firmeza de jefe militar. Siempre había un lugar importante en estas prédicas para la idea del martirio, tan cara a los chiitas y plenamente actual. En la cosmovisión que en ella se impone, el martirio de los que luchan por un deber de justicia se convierte en el más alto honor para ellos y sus familias, y es por ello deseado y aceptado con orgullo.

El feudo chiita se encuentra hoy día en el sur del país, incluyendo las ciudades costeras de Tiro y Sidón, y Dahiye, barrio meridional de Beirut con medio millón de almas, un lugar especial por su fuerte impronta del chiismo iraní en sus ceremonias y festividades, y en un culto al heroísmo puesto a prueba en las recientes destrucciones. Sus enemigos insisten en la intención de Hezbolá, ciertamente expresado por escrito en ocasiones, de instaurar un Estado islámico en Líbano, pero la realidad es que este objetivo se circunscribía a las zonas habitadas por los chiitas y en la actualidad no se reivindica, reconociéndose un país «plural y diverso», en palabras de Nasralá. Las acusaciones de ser títeres de Irán tampoco se sostienen, pues en lo que respecta a las acciones contra la ocupación de Palestina, Hezbolá goza de amplia autonomía, al igual que en la forma de encarar la compleja política libanesa. Constituir un «Estado dentro del Estado» es otro sambenito frecuente, pero hay que decir que en un país de Gobiernos débiles, sometido a tensiones que desembocaron en una cruenta guerra civil entre 1975 y 1990, Hezbolá asumió con éxito en las zonas bajo su control la misión de proporcionar a la población lo que el Estado no podía darle. Las denuncias de ser una «organización terrorista» y el reconocimiento como tal por parte de Gobiernos e instituciones occidentales no tienen mucho sentido, pues las acciones armadas que pueden atribuírsele han tenido siempre objetivos militares.

Respecto al funcionamiento del Partido de Dios, es de destacar el rol del secretario general, ocupado largo tiempo por Nasralá, como baluarte de la formación y coordinador de sus ramas militar y política, con un Consejo Consultivo que brinda asesoramiento y en el que se propician debates, aunque las decisiones finales corresponden al líder; como es lógico, la identidad de los responsables de las distintas comisiones suele permanecer en el anonimato. La financiación de la organización no es bien conocida, y oficialmente se admite la existencia de donaciones de particulares a través de instituciones benéficas, pero lo que aporta el Gobierno de Irán se estima en un 70 % del monto total. El grupo mueve además un entramado empresarial, gestiona escuelas, hospitales e incluso clubs deportivos, emplea a cientos de miles de personas y realiza una importante labor asistencial entre los más desfavorecidos. Las implicaciones denun-

ciadas por medios occidentales en tráfico de drogas o armas se basan más que nada en rumores.

Hezbolá, pieza clave en el país de los cedros

La incorporación en los 90 de Hezbolá a la política libanesa supuso su participación en las elecciones municipales y legislativas, y en los últimos años la alianza con Amal ha permitido monopolizar el voto de los chiitas —en torno al 27 % del censo—, al tiempo que la colaboración con dirigentes cristianos como Michel Aoun ha estimulado una visión más abierta. Tras el asesinato del líder sunita Rafiq Hariri en 2005, el movimiento fue culpabilizado y quedó en una situación de debilidad, lo que lo animó a dar un paso adelante y participar en los Gobiernos. El conflicto se recrudeció en 2008 cuando Hezbolá reaccionó violentamente a un intento de fiscalizar sus actividades y el enfrentamiento estuvo a punto de degenerar en guerra civil. La imagen del Partido de Dios quedó dañada por el despliegue de fuerza que realizó entonces, que realmente lo retrataba como un «Estado dentro del Estado», pero ellos se defendieron argumentando que su férrea organización es una exigencia de la lucha contra Israel.

Durante el levantamiento de 2011 en Siria y la guerra civil que siguió, Hezbolá intentó mediar en un principio, tratando de lograr reformas por parte del régimen, pero esto resultó imposible y el grupo, instado por Damasco y Teherán, se convirtió al fin en uno de los mayores apoyos de Bashar al-Ásad, lo que no mejoró su imagen entre los sunitas libaneses, en general partidarios de los rebeldes. Cuando en 2019 estallaron en Líbano revueltas populares contra la corrupción de la clase política y demandando más democracia, tampoco resultó fácil entender que Hezbolá, tras participar al comienzo, optará por desentenderse, probablemente siguiendo directrices de Irán, pero también apostando por el orden vigente y la opción de mantener dentro de él su bien trabada estructura. En 2020, la explosión del puerto de Beirut en que murieron centenares de personas fue otro duro golpe para los de Nasralá, pues los indicios apuntaban a que el nitrato de amonio que detonó pertenecía a su organización y estaba destinado a Siria.

La información aportada en el libro permite caracterizar a Hezbolá como un poderoso entramado social, empresarial y asistencial en Líbano, que es una pieza política decisiva del país y cuenta además con un vigoroso brazo militar para hacer frente a un agresivo enemigo exterior. Se comprueba asimismo que su radical confesionalidad y sus liturgias tomadas del chiismo iraní suenan extrañas y generan rechazo en un país que se quiere moderno y abierto a Occidente; sin embargo, hay que reconocer que los otros partidos gozan igualmente de valedores internacionales. Sólo el tiempo dirá si una formación que ha sabido adaptarse a circunstancias muy diversas es capaz de resolver con tiento los retos que trae cada día a una región tan convulsa.

Hezbolá y el problema palestino

Con la constitución del Estado de Israel en 1948, un gran número de palestinos se vieron obligados a instalarse en el sur del Líbano tras las sucesivas guerras, en 1948 y 1967, y estos refugiados comenzaron pronto a ser parte importante de la resistencia armada contra la ocupación de su país. Sus ataques a territorio israelí eran respondidos de forma bastante indiscriminada y el proceso culminó con la invasión de 1982 que como vimos dio origen a Hezbolá, organización identificada desde su nacimiento con la causa palestina. A lo largo de los 90 se sucedieron operaciones israelíes contra objetivos del movimiento, que resistió valerosamente y en 2000 forzó una retirada de los ocupantes, celebrada en todo el mundo árabe. Otra invasión posterior, en 2006, provocó amplia destrucción, pero fue también rechazada. Tras liberar su país, Hezbolá no dejó de perseverar en su organización armada, consciente de que la ocupación israelí es un peligro existencial para los palestinos y todos los árabes de la región.

Tras los atentados de Hamás del 7 de octubre de 2023, Hezbolá no reconoció ninguna participación en ellos y expresó sólo satisfacción por los resultados, pero renunciando por su parte a otra cosa que no fuera sostener un «frente de apoyo». De todas formas, en el verano y otoño de 2024 el conflicto del norte escaló hasta una invasión israelí del Líbano. El libro concluye con una evaluación de la situación previa a esta invasión y recoge hechos decisivos como la explosión de dispositivos móviles los días 17 y 18 de septiembre. El panorama no ha dejado de complicarse desde entonces y los escenarios son cada vez más cambiantes. Especialmente, la sorpresiva caída del régimen sirio en diciembre de 2024 crea una incertidumbre en toda la región que obligará a replantear sus estrategias al Partido de Dios, peor comunicado ahora con sus valedores iraníes.

Con *Hezbolá. El laberinto de Oriente Medi*o, Ignacio Gutiérrez de Terán nos acerca con rigor a una organización que es esencial en esta situación tan confusa, un partido que enraizado en sus bases populares y participando en la intrincada política libanesa, se debate entre la fidelidad a un credo integrista y el empeño de evolucionar al islam abierto que exige un país plural, todo ello sin renunciar a combatir la ocupación sionista de Palestina.

4

Política y economía

4.1
Viejos textos que no dejan de iluminarnos

La extraña lucidez del *Discurso de la servidumbre voluntaria*, de Étienne de La Boétie. Un alegato contra el instinto gregario que ensombrece la vida del hombre

Publicado en *Rebelión* el 29 de mayo de 2024

Hay una ley inmutable en la estructura de cualquier poder establecido en la sociedad humana que hubo que esperar hasta mediados del siglo XVI para que fuera brillantemente enunciada. El honor del hallazgo corresponde a un joven humanista francés, magistrado erudito, que asqueado de los crímenes del infame gobernador Enrique de Montmorency, compuso su *Discurso de la servidumbre voluntaria* con el fin de dejar claro, para vergüenza del género humano, que sólo la complacencia y cobardía de los que sufren el despotismo hace posible la anulación de su libertad.

Nuestro hombre se llamaba Étienne de La Boétie y había nacido en 1530 en Sarlat, una localidad del sudoeste de Francia, en una familia de magistrados. Sus estudios de Derecho lo llevaron pronto a asumir un cargo de consejero en el parlamento de Burdeos y allí conoció a Michel de Montaigne, un par de años más joven que él, de quien se hizo íntimo amigo. A partir de 1560, la guerra civil entre católicos y hugonotes asuela Francia, y Étienne trata de promover una política de conciliación, misión en la que lo sorprende la muerte con 32 años. Aparte de sus textos jurídicos y políticos, de La Boétie nos legó un manojo de versos, algunas traducciones y el lúcido opúsculo al que antes me refería, conmovedor en su empeño por restituir al ser humano la libertad y la dignidad que tan fácilmente vemos humilladas en todos los estratos de la historia.

Este texto no fue publicado hasta 1576 en las *Mémoires de l'État de la France*, una colección de escritos de propaganda calvinista reunidos por Simon Goulard, y desde entonces ha sido reeditado en numerosas ocasiones y traducido a todas las lenguas.

Desentrañando la servidumbre voluntaria

«*Por esto sólo quisiera entender cómo es posible que tantos hombres, tantos pueblos, tantas ciudades, tantas naciones soporten a veces a un solo tirano, que sólo tiene el poder que ellos le dan*». De La Boétie expresa su estupor ante el hecho de que una multitud sea sojuzgada por uno solo que físicamente jamás podría imponerse a ella. Se hace necesario entonces buscar la razón de que los hombres renuncien a su libertad para servir al tirano. ¿Dónde reside el misterio? Los ejemplos que el autor encuentra en la Antigüedad clásica ponen de manifiesto que la educación es capaz de moldear el alma humana, y junto a pueblos que idolatran la libertad, como Esparta, no faltan otros que hallan placer en el sometimiento, porque tal es nuestra naturaleza que «*nunca lamentamos carecer de lo que nunca hemos tenido*».

«*De tal modo, la primera razón de la servidumbre voluntaria es la costumbre*», concluye Étienne. Sin embargo, observa también que se dan espíritus «*mejor nacidos, que sienten el peso del yugo y no pueden resistirse a sacudírselo. (...) Son aquéllos que teniendo una cabeza propia bien formada, la han pulido aún más mediante el estudio y el conocimiento. Aquéllos, aunque la libertad estuviera completamente perdida y fuera del mundo, son capaces de imaginarla y sentirla en su mente, y de esa forma la saborean, y la servidumbre no es de su gusto*».

El problema reside en que, lamentablemente, estos espíritus nobles son escasos, porque en general con el hábito de la sumisión los hombres pierden la lucidez, la dignidad y la valentía. Se aportan luego ejemplos en el mundo antiguo de cómo para minar la libertad de sus súbditos, los tiranos cultivan en ellos todos los vicios, y en otros casos «*antes de cometer sus crímenes más graves, endilgan bonitos discursos sobre el bien público y el alivio de los desdichados*». Tampoco dudan en cubrirse estos miserables con el manto de la religión y pretender que obedecen dictados divinos. Y esto se encuentra desde el lejano Egipto faraónico hasta la Francia cuyas desgracias sufre el autor.

Se descubre también que el poderoso basa su dominio en una reducida camarilla de malvados egoístas a los que otorga privilegios, los cuales a su vez compran apoyos por todo el cuerpo social. La cadena se prolonga y al fin son muchos los que se creen favorecidos por el tirano y sostienen su tiranía. Es lo mismo que ocurre cuando un tumor atrae y activa en un organismo todos los malos humores que acabarán destruyéndolo. El destino de los que sirvieron a Nerón sirve como muestra del triste final que aguarda a los que venden su alma de este modo. «*¡Qué dolor, qué martirio, por Dios! Estar noche y día pensando en agradar a uno, y sin embargo temerle más que a cualquier otro en el mundo; tener los ojos abiertos y los oídos alerta, para espiar de dónde vendrá el golpe*».

De La Boétie desprecia y compadece a los que dominados por el déspota esclavizan a sus semejantes para contentarlo, pues no conocen los placeres más nobles. «*Los malvados que se juntan forman un contubernio, no una sociedad; no se aman, sino que se temen; no son amigos, sino cómplices*». El discurso concluye remarcando que nada puede haber más desdichado para el ser humano que renunciar a la propia libertad y a la pasión de hacer el bien, fundamentos auténticos de la vida.

Un precursor del anarquismo

Étienne de La Boétie, recto magistrado y erudito hombre de letras, quedó sobrecogido por las crueldades que contempló durante las guerras de religión que asolaban su país en el siglo XVI. La triste experiencia provocó en él una reflexión sobre el significado profundo de lo que veía y lo llevó a tratar de encontrar una respuesta para la gran pregunta: ¿Cuál es la fuerza que arrastra a las gentes que sirven al tirano y extienden su imperio por el mundo?

Las pesquisas sirvieron para alumbrar verdades de enorme trascendencia. La realidad es que «uno solo» es capaz de imponerse a través de una educación y unos usos sociales que fomentan el sometimiento, y domina a las masas estimulando la molicie y engañándolas con sutil verborrea y ceremonial religioso. Son imprescindibles también los paniaguados que obedecen sin rechistar y establecen una densa red de vasallaje. La conclusión resulta ser así que los seres humanos, debido a la influencia perniciosa del tirano, reniegan de su libertad y olvidan los impulsos más nobles de su naturaleza para convertirse en esclavos.

¿Qué hacer entonces? Hay un momento en el que de La Boétie plantea la «desobediencia civil» como una opción: «*Ahora bien, a este solo tirano no hay necesidad de combatirlo ni abatirlo. Él mismo quedará derrotado desde el momento en que la gente no consienta en servirle. Se trata, no de quitarle nada, sino de no darle nada*». Estas palabras esbozan el programa de actuación de autores como Henry David Thoreau, Liev Tolstói, Mahatma Gandhi o Martin Luther King, que a partir del siglo XIX van a defender estrategias no violentas para enfrentarse a leyes y sistemas injustos.

El *Discurso de la servidumbre voluntaria* no ofrece otras alternativas políticas concretas para mejorar la sociedad, pero el cuestionamiento radical que realiza del poder y sus métodos de alienación de las masas lo ha llevado a ser considerado muchas veces un texto precursor del anarquismo. Ciertamente, desentrañados con tanta lucidez los mecanismos por los que «uno solo» es capaz de esclavizar a muchos, queda meridianamente claro que el orden social sólo puede fundamentarse en una educación para la libertad de los individuos y en una libre asociación de éstos, respetuosa con los derechos de todos.

Killing no murder, de Edward Sexby. Una justificación del tiranicidio

Publicado en *Rebelión* el 31 de julio de 2024

Es siempre ilustrativo comparar la Revolución francesa de 1789 con la que ocurrió en Inglaterra el siglo anterior. En ambas se vivieron interludios republicanos, hubo un monarca decapitado y la burguesía inició su asalto al poder, pero por otro lado la variedad de partidos, protagonistas y planteamientos que se vieron al sur del canal de la Mancha contrasta con el argumento en cierto modo más simple que se desarrolla al norte: un conflicto insuperable entre Rey y Parlamento en el que brilla Oliver Cromwell como paladín de este último, devenido luego en dictador.

Los sucesos de Inglaterra puede decirse que comienzan en 1642, cuando Carlos I, que está gobernando de forma absoluta, convoca un Parlamento para conseguir fondos, y las exigencias de éste desembocan en guerra civil. Edward Sexby, que había nacido en Suffolk en 1616, luchó en este conflicto y llegó a alcanzar el grado de coronel de los *roundheads* —llamaban así a los parlamentarios por su pelo corto, opuesto a las melenas de los *cavaliers* o aristócratas—. Concluida la guerra en 1646 con la victoria de los rebeldes, el año siguiente se celebraron en Putney unos famosos debates en los que los oficiales del ejército vencedor discutieron qué rumbo dar a la nueva sociedad que trataban de construir. Los más revolucionarios entre ellos, conocidos como *levellers* o niveladores, entre los que se contaba Sexby, eran partidarios de sufragio universal, libertad de conciencia e igualdad de todos ante la ley. Se manifestaban además contra la monarquía, por un Gobierno representativo y un impuesto único que gravara proporcionalmente patrimonios y rentas.

Como quiera que estas voces acabaron marginadas, con la toma del poder por la facción moderada liderada por Cromwell, Sexby se exilió en Francia y trató de radicalizar la revuelta de la Fronda allí en curso, haciendo que reivindicara el programa de los *levellers*, aunque sin perder de vista los acontecimientos de su país. Así, cuando en 1653 Cromwell asumió el cargo —cuasimonárquico— de Lord Protector de una república de la gran burguesía mercantil, nuestro *roundhead* enfocó sus energías contra él y en 1655 tuvo parte principal en la planificación de un levantamiento en Inglaterra. Dos años después, refugiado en los Países Bajos, escribió, solo o en colaboración, *Killing no murder*, un panfleto con un llamamiento a dar muerte al déspota que Pepitas acaba de editar en castellano (trad. de Diego Luis Sanromán), incorporando una nota de presentación de Guy Debord.

No contento con este desahogo literario, Sexby regresó a su tierra el mismo año de 1657, con el firme propósito de

buscar la forma de que se ejecutara el tiranicidio que había justificado por escrito, pero la suerte le fue adversa y fue a parar a la Torre de Londres, donde falleció en enero del año siguiente. Para completar el perfil de este interesante personaje, hay que añadir que sus manejos políticos eran complicados, pues mantenía relaciones con el conde de Fuensaldaña y Juan José de Austria, que gobernaban los Países Bajos españoles y daban allí refugio a Carlos II de Inglaterra, exiliado por Cromwell. La ejecución de éste iría seguida en la estrategia de Sexby por un levantamiento para el que se contaba con ayuda española y de los monárquicos ingleses. Lo que no se sabe bien es cuáles eran los planes que nuestro conspirador auspiciaba para sacar provecho, en un sentido de progreso social, de una situación tan endiabladamente compleja.

Matar sin asesinar

Killing no murder viene a decirnos que matar no constituye asesinato cuando lo que se destruye es el obstáculo que niega la libertad de todos. El panfleto fue editado en Holanda usando el nombre de William Allen, un antiguo agitador del ejército parlamentario, pero su autoría apunta hacia Sexby, que la reconoció cuando estaba preso en la Torre. De todas formas, no es descartable que otro coronel exiliado en Holanda, Silius Titus (1623-1704), que luego desempeñó cargos en la corte de Carlos II, hiciera aportaciones al texto.

El panfleto comienza con dos dedicatorias, una irónica «*a su alteza Oliver Cromwell*», que resalta los grandes bienes que ha de traer al mundo su desaparición, y otra «*a todos los oficiales del ejército que aún recuerdan sus compromisos*», lamentando la triste mudanza de estos militares, de defender los privilegios del Parlamento a ejercer de verdugos del tirano. Viendo al Lord Protector en su alta magistratura, el autor se pregunta, con una cita de *Éxodo* 2, 14: «*¿Quién te ha puesto a ti por príncipe y juez sobre nosotros?*» Y responde que Dios no lo ha hecho, pues no hay pruebas de ello, y el pueblo tampoco se ha manifestado, con lo que es de sospechar que estamos ante un dictador.

Apuntado esto, una sección del libro está dedicada a describir las trazas de los tiranos, a fin de comprobar si la definición se ajusta en detalle al caso en cuestión. Así se subraya que tales sujetos suelen ser altos cargos militares y esgrimen como pretexto de sus acciones la libertad de los ciudadanos. Son doctos en fraudes, y los usan en hábil combinación con fuerza bruta, mientras apartan de su camino las almas nobles imposibles de manejar y atraen a todo tipo de matones a su servicio, espías y delatores. No aman estos déspotas los debates públicos, pero sí las maniobras militares y la guerra, gravan al pueblo con impuestos y favorecen sólo la religión que sustenta su poder, de cuyo dios se dicen inspirados.

El retrato dibuja fielmente los rasgos del que gobierna en Inglaterra, y la gran pregunta es cuál debe ser la postura ante él. Se trata de alguien que no se somete a la ley, sino que impone su propia ley a sus semejantes. ¿Qué deberíamos hacer entonces? ¿Es lícito matar al que así conculca los derechos de todos? A este respecto, el autor afirma: «*Un tirano, al ponerse por encima de toda ley y defender su injusticia con una fuerza a la que no puede oponerse el poder de ningún magistrado, se sitúa por la misma razón por encima de todo castigo y de toda otra justicia que no sea la que la que pueda administrarle el golpe de una mano generosa*». «*Quien se opone a la justicia en los tribunales, debe esperar justicia en las calles*».

Para sustentar estas afirmaciones, se busca apoyo en autores clásicos, como Solón, Platón, Polibio, Cicerón, Séneca, Plutarco o Tertuliano, y también en la tradición hebraica, y en contemporáneos como Hugo Grocio. Todos ellos defienden con buenos argumentos que dar muerte a un tirano es un acto honorable. El panfleto concluye recordando a Miles Sindercombe, otro *leveller* que acababa de dejar la vida en un complot para matar a Cromwell, y haciendo un llamamiento a los que anhelaban la libertad de Inglaterra para que afilaran sus dagas contra el que vulneraba los derechos de todos. Se dice que tras la lectura de este texto su destinatario quedó tan perturbado que nunca pasaba más de dos noches en el mismo lugar y siempre tomaba precauciones extremas al planificar sus viajes.

Lo cierto es que al Lord Protector le quedaba ya muy poco de vida en aquel momento. Murió en 1658, sin llegar a cumplir los 60 años y negándose a probar la quinina que podía haber aliviado su malaria, porque la traían de América los jesuitas. Los Estuardo volvieron a su trono sin mayores contratiempos dos años después y los historiadores no se terminan de poner de acuerdo sobre si los cinco años de aquel interregno fueron una dictadura militar, un ensayo de protofascismo o el «faro de libertad» cantado por John Milton o Thomas Carlyle. En cualquier caso, hay que decir que las masacres de católicos en Irlanda siguen escociendo, y el puritanismo intransigente que tocó poder en aquel tiempo representaba los intereses comerciales de una burguesía que sin prisa pero sin pausa iba preparándose para el asalto definitivo.

Ni Dios, ni amo. Antología esencial de Auguste Blanqui. Una vida para la revolución

Publicado en *Rebelión* el 12 de junio de 2024

Si el siglo XIX en Francia es un siglo revolucionario, podemos decir que la de Auguste Blanqui es la llama más vigorosa que alimenta esa hoguera, de principio a fin. Su primer texto conocido es un llamamiento a la insurrección de julio de 1830, y la víspera de la proclamación de la Comuna de París, el Gobierno reaccionario de Thiers lo hizo detener y se negó a canjearlo por setenta y cuatro rehenes, lo que nos da idea del valor que se le atribuía.

Encarcelado tres décadas de su vida —y conocido por ello como l'Enfermé (el Encerrado)— Blanqui fue acusado de impaciencia en sus afanes revolucionarios y acabó cediendo el cetro del pensamiento transformador a herederos suyos que lo enriquecieron con teorías sociales y económicas, pero su impulso sigue iluminándonos irrepetible. Su biografía y sus escritos tienen la virtud de transportarnos al origen de las luchas sociales de hoy mismo, y transmitirnos el coraje de quien encarnó como pocos la misión de dirigir a las masas proletarias en el combate por su emancipación.

Todos estos aspectos quedan de manifiesto en los escritos de Blanqui seleccionados, traducidos y anotados por Julio Monteverde que Pepitas acaba de editar. El libro trae además un prólogo que firman «Algunos agentes del Partido Imaginario» y repasa la figura de un hombre con una heroica trayectoria, pródigamente cristalizada en sociedades secretas e insurrecciones de incierto futuro. *Ni Dios, ni amo*, título escogido para la recopilación, es el nombre de un periódico fundado por Blanqui en 1880, y se convirtió luego en uno de los lemas favoritos de los anarquistas.

Una existencia con un solo objetivo

De ancestros italianos, Louis-Auguste Blanqui nació en Puget-Théniers (Alpes Marítimos) en 1805, en la familia de un profesor bonapartista frustrado años después por la restauración borbónica de 1814. El joven Auguste viaja a París con trece años y allí realiza estudios de Derecho y Medicina, pero es seducido muy pronto por la agitación revolucionaria y se une a los carbonarios, sociedad secreta que trataba de alumbrar una república con amplio contenido social. A partir de ese momento, su vida es una sucesión ininterrumpida de insurrecciones fallidas y encarcelamientos, en la que el hilo conductor es un pensamiento político simple: una vanguardia debe dar un golpe de mano y tomar el poder para expropiar a la burguesía e instaurar el comunismo.

En 1830 Blanqui se une al pueblo parisino en la revolución de julio contra la dinastía borbónica, pero sus esperanzas de una república se ven frustradas con el acceso al trono de Luis Felipe I, que inaugura la dinastía de los Orleans. La lucha sigue sin embargo por medio de agrupaciones secretas como la Sociedad de las familias, fundada por Blanqui en 1835, y desmantelada ésta y encarcelada su cúpula, la Sociedad de las estaciones, que toma el relevo en 1837. Dos años después, nuestro comunista ocupa por la fuerza el Ayuntamiento de París con sus partidarios, y resiste allí varios días, lo que le vale una condena a muerte, conmutada a cadena perpetua.

El Encerrado no vuelve a la calle hasta 1848, y ese año revolucionario va a tratar infructuosamente de dotar a la II República que nace de un mayor contenido social, movilizando a la clase obrera junto a otros líderes como Étienne Cabet o Louis Blanc. En mayo una nueva ocupación del ayuntamiento capitalino es aplastada por el ejército y acarrea a Blanqui diez años de condena. Liberado en 1859, con Napoleón III en el poder, su activismo no mengua y en dos años está de nuevo en la cárcel, aunque su influencia y prestigio no dejan de crecer y son una referencia entre los más radicales que se oponen al II Imperio. Exiliado en Bélgica tras lograr escapar en 1865, Blanqui pone sus ideas sociales y políticas por escrito en textos que serán reunidos tras su muerte con el título de *Crítica social* (1885).

Tras regresar a París con la amnistía de 1869, el de Puget fue muy activo en los prolegómenos de la Comuna de París, pero detenido en marzo de 1871 no pudo participar en su fase final. Cuando su ya frágil salud se deteriora después en las cárceles de la III República, muchos se mueven por que sea indultado y al fin es puesto en libertad en junio de 1879. Le queda de vida poco más de un año, y su principal objetivo en esta última etapa será lograr una amnistía para los presos de la Comuna.

Escritos para guiar la acción

Entre los textos recogidos en el libro, encontramos proclamas y análisis de las perspectivas revolucionarias en momentos diversos, así como instrucciones insurreccionales, a veces muy detalladas, como la que lleva por título: «Esquema del procedimiento a seguir en un levantamiento armado en París», que incluye un plano. Se presenta también el reglamento de la Sociedad de las familias y el ideario del periódico *Candide*, fundado por Blanqui en 1865. Contra la enseña republicana tricolor, se defiende en otro artículo la bandera roja ondeada por los insurrectos en sus barricadas ya desde 1832, con el color de la sangre de los mártires que dieron su vida por traer la República.

Una reflexión sobre el pasado permite a Blanqui concluir que la crónica humana puede definirse como un combate entre privilegio e igualdad, y lúcidamente se diagnostica la nueva fase del desastre, en la que la expansión colonial somete pueblos y destruye el planeta: «*Responderemos ante la historia por esta masacre*». Se identifican los grandes problemas sociales y se ofrece una posible solución. Así por

ejemplo, en «La riqueza social debe pertenecer a los que la crearon», de 1834, leemos: «*Algunos individuos se han apoderado por medio de la astucia y la violencia de esta tierra común que pisamos, (...) y han establecido por medio de leyes que será siempre de su propiedad*». Clama contra esto nuestro rebelde, y defiende el derecho de las masas a expropiar a los dueños del mundo para establecer un régimen de igualdad, el cual debería basarse según él, no en un reparto equitativo, que fácilmente degenerará en nuevas desigualdades, sino en un «régimen de asociación». Otro texto de 1869-70 lleva un título emblemático: «El comunismo, futuro de la sociedad»; en él el capital es reconocido como enemigo a batir y la educación como arma imprescindible para elevar la conciencia del pueblo.

Y cómo será posible la expropiación de los dueños del mundo. Para nuestro pensador, ninguna inteligencia puede predecir cuándo la historia agotará su viejo camino y alumbrará el ansiado momento, pero sí tiene claro que el objetivo entonces ha de ser armar al pueblo y desarmar a la burguesía, para lo cual ve necesario un decidido núcleo que desbroce el camino. Blanqui desprecia por igual a los socialistas reformistas como Louis Blanc y a los revolucionarios de la Internacional, como Marx o Bakunin, que creen en un rol esencial de las masas organizadas en el proceso de transformación. El Encerrado considera inevitable una dictadura: «*El pueblo necesitará durante algún tiempo "un poder revolucionario"*», escribió.

En el texto que cierra el libro, «La eternidad por los astros», elaborado en prisión en 1871, Blanqui reflexiona sobre la infinitud del espacio y el tiempo y concluye postulando un eterno retorno que anticipa el de Nietzsche: «*Sea cual sea, el camino que completará la propia existencia del planeta hasta su último día ya ha sido recorrido miles de millones de veces. Tan sólo es una copia impresa de antemano en el tiempo*». Luego añade: «*Todo lo que uno habría podido ser aquí en la Tierra, lo es en otro lugar*». Sin embargo, admite que esta «*eternidad del hombre por los astros*» resulta melancólica, porque deshace toda idea de progreso. Su lección provechosa sería que nos enseñara a relativizar la pretensión humana de ser el centro del cosmos.

Auguste Blanqui queda cumplidamente retratado en los textos recopilados en *Ni Dios, ni amo*. Él acertó a ver la máquina monstruosa que se había puesto en marcha en el mundo y dedicó su vida a ensayar obstinadamente contra ella el único remedio que se le antojó posible de aplicar. Su inflexible gimnasia revolucionaria, *avant la lettre*, puede parecernos agotadora, frustrante e incluso desmovilizadora, pero no podemos negarle un profundo respeto a este hombre irrepetible, porque todos sus actos fueron guiados sólo por una conciencia en carne viva de la aberrante escisión social impuesta por el capital. «*El yo siempre me ha dejado frío*», escribió en una ocasión.

La revolución y otros escritos, de Gustav Landauer

Publicado en *Rebelión* el 27 de diciembre de 2016

Los textos de Gustav Landauer recogidos en esta edición de Enclave de libros (2016, trad. de Pedro Scaron y Giuseppe Maio) vienen precedidos de un prólogo de José Ardillo y una introducción de Gianfranco Ragona y Nino Muzzi, que tratan todos ellos más que nada de sintetizar el pensamiento original y fascinante de este anarquista heterodoxo, y coinciden en señalar su crítica del determinismo social de los marxistas y la confianza que éstos tienen en una evolución autodestructiva del capitalismo, y su adhesión a las ideas de apoyo mutuo y federalistas de Proudhon, Bakunin y Kropotkin. Otro aspecto importante es su interés por las experiencias comunitarias que emergen del análisis histórico.

Gustav Landauer nació en 1870 en Karlsruhe en una familia judía de clase media y tras estudiar en Heidelberg y Berlín, organizó en esta última ciudad un grupo libertario que editó una revista, *Der Sozialist*, excesivamente «intelectual» para algunos de sus miembros, pero que logró resistir desde 1891 hasta 1899. La estrategia revolucionaria que ésta defendía, influida por el anarquismo y también por el pacifismo de Liev Tolstói, se basaba en el desarrollo de comunas y cooperativas autogestionadas que pudieran hacer frente al Estado con tácticas de resistencia pasiva. Landauer fundó en 1908 una Sozialistischer Bund (Alianza Socialista), que integró activistas de distintas ciudades europeas, y sacó de nuevo a la luz *Der Sozialist* entre 1909 y 1915. Con el estallido de la Gran Guerra, el que era ya un reconocido pacifista se ganó la enemistad de la mayor parte de sus compatriotas al culpar a su país de la agresión, y en 1918, tras constituirse la República de los Consejos de Baviera, fue convocado por su presidente, su amigo Kurt Eisner, y colaboró con el proyecto, tratando de que éste no cayera en vicios autoritarios. El 2 de mayo, Gustav Landauer fue masacrado por las tropas enviadas por el Gobierno de Berlín para aplastar aquel experimento socialista.

«La revolución» (1907), primer texto recogido en el libro, es una de las obras más extensas de Landauer, y trata de definir un concepto novedoso de la modernidad y la revolución. Se parte para ello, con una visión netamente romántica, de una idealización de la Edad Media, o Edad Cristiana como el autor prefiere llamarla, paradigma para él de relaciones sociales libremente vinculadas, sin poder central, y cuyo espíritu cristaliza en un arte vigoroso y original, nacido de la propia sociedad y no de individualidades. El motor de esta organización era la fuerza mística del cristianismo, que con el tiempo hubo de verse ahogada por escolásticas e inquisiciones, y que no se ha de olvidar tampoco que coexistía con las instituciones feudales. Landauer elige

concentrarse en los aspectos positivos para construir con ello un modelo posible de estructura social basado en la libre colaboración. Romántico y místico, él cree en el mito, potencia vivificadora y explicadora que da sentido al mundo y que al manejar sentimientos no está sometida al imperio de la razón.

Para Landauer, en torno al año 1500 hay un punto de ruptura que nos lleva hacia otra era de individualismo y masas atomizadas, de desarraigo y angustia, y por ello también de desesperadas tentativas de cambiarlo todo, la era de la revolución, que aún no se ha consumado. El Estado es la forma política de este «naufragio del espíritu» y personajes como Martín Lutero sus mayores promotores, mientras que Petr Chelčický —seguidor de Jan Hus, comunista y apóstol de la no violencia— o Thomas Müntzer lideran los primeros intentos de resistencia al nuevo esquema, que representa en definitiva el capitalismo. Paradójicamente, el prodigioso conocimiento científico que se desarrolla a partir de esta época estará al servicio de lo más oscuro del ser humano, su codicia y violencia.

Landauer analiza la evolución política en Europa desde el siglo XVI, marcada por la crisis del poder absoluto de los reyes y el difícil progreso de las libertades, y reivindica a Étienne de la Boétie como descubridor de las claves de la transformación necesaria en su *Discurso de la servidumbre voluntaria*: la revolución como lucidez y coraje. Los levantamientos dispersos que se suceden fracasan según Landauer por su incapacidad de sustituir la dinámica de los Estados, instrumentos de dominación entre clases sociales, por otra cimentada en un espíritu de igualdad y fraternidad, del que halla el símbolo más puro en la novena sinfonía de Beethoven. Termina concluyendo que el único camino posible de liberación será la revolución interior que nos permita crear estructuras solidarias para desafiar y derrotar al Estado.

En los otros escritos reunidos en el libro encontramos discusiones sobre la organización social que proponen los anarquistas —comunistas o colectivistas—, y consideraciones sobre la violencia que algunos de ellos practicaban por entonces, rechazada por él aun comprendiendo sus causas. Se insiste en que la revolución arranca de un proceso interior, una crisis mística en la que reconocemos nuestra identidad profunda con todo lo vivo, y también en la necesidad de que esta intuición se despliegue luego en una infinita labor creativa. No faltan tampoco lúcidas críticas a la socialdemocracia alemana, desenmascarada proféticamente como autoritaria y militarista, además de volcada en una estrategia parlamentaria sin sentido revolucionario. Un artículo de 1911 nos muestra a Landauer tratando de oponerse a la espiral fatal de la violencia imperialista y su argumentario chauvinista, y defendiendo la huelga general como recurso de los trabajadores para evitar la matanza que se avecinaba.

Se dice en un momento del libro: «*Tal y como son los hombres, es raro hallar en un mismo individuo una racionalidad iluminada y un temperamento impetuoso, una luz serena y un fuego devorador*». Sin duda es así, pero se ha de reconocer también que estamos aquí ante uno de esos escasos individuos que logran una compenetración casi perfecta de acción y pensamiento. Gustav Landauer, anarquista y místico, sabio y revolucionario, tal vez estuviera ofuscado en ocasiones por la seducción de un cristianismo idealizado o por las brumas de la Edad Media, pero erudito y visionario siempre, despliega en sus escritos la energía poderosa del que ha comprendido misterios profundos del alma humana y es por ello capaz de iluminar las vías del progreso social.

Llamamiento al socialismo, de Gustav Landauer

Publicado en *Rebelión* el 18 de diciembre de 2019

Teórico y propagandista del anarquismo, e impulsor de la Revolución alemana que regó como mártir con su sangre, Gustav Landauer (1870-1919) fue un pensador original, que bebió de las fuentes del Romanticismo, pero se elevó de ellas con intuiciones de una lucidez extraña y fascinante. Los dos textos principales en los que sintetiza su visión de la historia reciente de Europa y su estrategia para construir una alternativa al capitalismo son: *La revolución*, de 1907, y *Llamamiento al socialismo*, de 1911. Del primero existe una versión en castellano (Enclave de libros, 2016), que aporta además varios artículos y escritos de menor extensión, con lo que el volumen objeto de esta reseña (El salmón, 2019) completa el panorama y deja al lector de habla hispana con la posibilidad de acercarse al núcleo duro del pensamiento de Gustav Landauer. Esta edición de *Llamamiento al socialismo* recupera la traducción de Diego Abad de Santillán, que ha sido revisada por Jesús García Rodríguez.

El volumen incluye como prólogo un artículo publicado en la revista *Tumultes* en 2003 por el filósofo francobrasileño Michael Löwy. Éste sitúa a Landauer dentro del Romanticismo revolucionario que ve en el pasado claves para superar el capitalismo y construir una sociedad libre e igualitaria, y lo relaciona además con otros pensadores judíos alemanes (Buber, Benjamin...), que también asocian la revolución con un concepto mesiánico de «irrupción», alejado de la idea de evolución gradual. En el prefacio de 1919 para la segunda edición de la obra, Landauer manifiesta este mesianismo en toda su intensidad dramática ante unos acontecimientos en los que del caos y tumulto veía despertar la autoorganización de las masas capaz de alumbrar un nuevo mundo.

Los primeros compases del libro están dedicados a definir ese socialismo al que se llama, que resulta ser una «*tendencia de la voluntad humana, (...) una aspiración a crear una nueva realidad con ayuda de un ideal; (...) la imagen de una convivencia buena, pura, saludable y alegre entre los seres humanos*». En el pasado reciente de Europa hubo para Landauer momentos en que un espíritu fuerte tejió alianzas para una existencia armoniosa, y esto lo quiere ver en la época dorada de Grecia y en la Edad Media cristiana. Por el contrario, en tiempos de decadencia como el nuestro, ese espíritu del socialismo queda reducido a una solidaridad gozosa que pugna por abrirse camino en los individuos. Así a veces cristaliza en genios, capaces de expresarlo mediante el arte, pero a las almas sin dimensión trascendente las embarga un desasosiego que se enfanga en la acumulación y delirios identitarios: espectros en las ruinas.

En una era de materialismo rampante, Landauer no ceja en su reivindicación de un espíritu que ilumine la existencia. En el infierno capitalista, apoteosis de la mercancía, hemos sido despojados de nuestra simbiosis con la tierra que nos alimenta, y el placer del trabajo creativo ha sido sustituido por la explotación que imponen los dueños del mundo. La máquina que perpetúa esto es el Estado, reverso infame del espíritu, revestido con el manto de la nacionalidad. Con un tono intensamente lírico, el autor expresa su mirada horrorizada y su conciencia del desastre, que lo llevan a invocar el socialismo como aliento inextinguible capaz de iluminarnos. Sin embargo, este concepto choca frontalmente con el socialismo predicado por los partidos socialdemócratas, y ello le obliga a una extensa crítica de las ideas y estrategia de éstos, que ocupa una parte importante del libro.

Aunque Landauer respeta la ciencia económica de Marx, critica con dureza las leyes que éste pretende haber hallado a la historia, y contra su historicismo de fases ineluctables, defiende inspirado, con una prosa que recuerda la del Zaratustra de Nietzsche, un socialismo que es «*una alegría y un júbilo, un construir y un crear*». Este anhelo trasformador reivindica el rol esencial de la poesía y la palabra profética que conmueven el alma del hombre, y se honra en aceptar con entereza las derrotas que inevitablemente han de salpicar el camino. La revolución sólo vendrá, según él, de la influencia poderosa de mentes geniales que por su naturaleza permanecen inmunes al espíritu de la época.

El desarrollo capitalista ha impuesto una centralización de la vida económica a todos los niveles y ha trasformado el mundo en un cuartel. Para Landauer el marxismo significa la aplicación de este esquema disciplinado a la dinámica de la revolución, con lo que en su crítica se dibuja una visión profética —¡en 1911!— de un Estado falsamente socialista en el que, en vez de una libre federación de iguales, encontramos un nuevo proletariado, víctima no ya del capital, sino de un engendro piramidal y burocratizado.

Analizando su tiempo, Landauer no observa la deriva revolucionaria que predican los marxistas, sino una espiral de lucro universal que arrastra a los propios proletarios y se cierra sobre sí misma dentro del capitalismo. Es por ello que su propuesta para la revolución recurre a la constitución de pequeñas comunidades en las que pueda aflorar la solidaridad. Éstas sacarán provecho de los logros conseguidos en estos tiempos oscuros: declive de la superstición, conocimiento de las leyes naturales y aplicación de éstas en novedosos métodos de trabajo y trasformación de los productos. No obstante, no se siente capaz de predecir las formas ideológicas concretas que puede adoptar esta fase de la historia.

Como estrategia de actuación, Landauer invoca las ideas expresadas por Proudhon tras la revolución de 1848, que considera plenamente vigentes: abolición de la propiedad y la usura y libre federación de los seres humanos. Su voz, según nuestro pensador, era clarividente, pero faltaron oídos capaces de escucharla. Como ocurre siempre, la clave está en la conciencia, y ante una historia que avanza en tinieblas, no le parece que quede más remedio que regresar a un individualismo capaz de forjar uniones nuevas y revolucionarias en granjas, talleres e industrias socialistas. Así el espíritu fraternal alumbrará otra sociedad, llamada a reemplazar el viejo orden.

No creo que Gustav Landauer hubiera estado de acuerdo con la última parte del subtítulo que los editores han añadido a la obra: *Por una filosofía libertaria contra el Estado y el progreso tecnológico*. Él mismo reflexiona sobre esto en varios momentos, y no parece dispuesto a tirar al niño con el agua de lavarlo, por ejemplo cuando afirma (pág. 147): «*La tecnología físico-industrial, así como la económico-social, ayudarán a crear la nueva cultura, el pueblo futuro, como han servido hasta ahora a los privilegiados y potentados y especuladores de Bolsa*». Con esta mínima salvedad, hay que decir que es enormemente de agradecer la recuperación de un clásico del pensamiento libertario como el *Llamamiento al socialismo*, una obra que analiza lúcidamente la situación en el campo revolucionario cuando nacía el siglo XX, explora caminos y detecta peligros, alejada de cualquier dogmatismo.

La ciencia socialista, religión de intelectuales, de Jan Wacław Majaiski

Publicado en *Rebelión* el 2 de febrero de 2017

Nacido en el sur de Polonia en 1866, Jan Wacław Majaiski militó en sus años de estudiante en las filas del nacionalismo polaco, pero lo abandonó pronto por unas ideas

socialistas e internacionalistas que lo llevaron al exilio en Siberia —recordemos que por entonces su país formaba parte del Imperio ruso—. Es en aquel destierro donde Majaiski desarrolla plenamente su pensamiento, que puede resumirse como una crítica de raíces marxistas de los movimientos socialistas en auge en el filo de los siglos XIX y XX, y expresa más que nada el miedo de que los intelectuales que los dirigen se conviertan tras la revolución en una nueva clase dominante y explotadora de los trabajadores manuales. La única solución a su juicio para este problema es que sean los propios obreros los que tomen el control y la dirección del proceso. *La ciencia socialista, religión de intelectuales* (Bardo ediciones, 2010) es el primer libro de Majaiski que ve la luz en castellano y contiene una selección de fragmentos de tres trabajos suyos que fue publicada en francés por Alexander Skirda en 1979. La traducción e introducción corren a cargo del profesor de la Universidad de Buenos Aires Luis Ernesto Sabini Fernández.

Los primeros textos recogidos provienen de «La ciencia socialista, nueva religión de los intelectuales», fechado en 1905 y motivado por los acontecimientos revolucionarios de enero de ese año en Petersburgo. Majaiski afirma que la supresión de la propiedad privada de los medios de producción no garantiza el fin de la explotación de la clase obrera, pues una nueva casta de técnicos y políticos tomará todo a su cargo para manejarlo en su beneficio. Debido a esto, el análisis de la historia que profetiza la liquidación del capitalismo destruido por sus propias contradicciones se le antoja un remedo de las prédicas religiosas que ofrecían la liberación en el otro mundo. También los anarquistas son objeto de críticas por su deriva sindicalista, que a su juicio muestra condescendencia con el orden burgués. A cualquier tipo de ideario reformista y de negociación, se opone un retorno a la lucha revolucionaria de unas masas explotadas dispuestas a destronar a todas las clases dirigentes y asumir el destino en sus manos.

Los textos que siguen pertenecen a «La conspiración obrera», opúsculo de 1908 que insiste en las críticas anteriores del determinismo histórico y el reformismo. Según Majaiski, «*toda la indignación moral contra la esclavitud, toda la rebeldía contra el mundo de la violencia y la mentira no desencadenan entre los obreros socialistas acciones, ni luchas, sino únicamente fe en un régimen futuro de justicia*». También se denuncia el patriotismo de los socialdemócratas, que en poco tiempo se pondría rotundamente de manifiesto con el estallido de la Gran Guerra. Contra las tácticas gradualistas se defiende la preparación minuciosa de la huelga general revolucionaria, aunque ésta se plantea como un proceso económico de perfil difuso.

Los fragmentos de «La revolución obrera» que siguen tienen el interés especial de haber sido escritos en 1918, tras la Revolución de Octubre. En ellos, Majaiski concede a los bolcheviques lo adecuado de su estrategia insurreccional, pero discute que su dictadura sea, como ellos afirman, la del proletariado, señalando que es, más bien, la de una burocracia partidaria. Los titubeos que observa a la hora de tomar medidas para una expropiación definitiva de la burguesía se deben a su juicio a la resistencia de los intelectuales que controlan el partido a defender los derechos de los trabajadores manuales, eternos candidatos a la expoliación más brutal. La incautación de todas las empresas y la gestión por parte de comités de obreros es para él la única solución que garantiza el fin de la injusticia.

La obsesión de Majaiski por el peligro de que tras la revolución los proletarios encontraran una nueva clase explotadora en los intelectuales evidencia su agudeza y plantea un conflicto de dimensión universal que sólo ha de tener solución con mecanismos de gestión horizontales y democráticos en los procesos emancipadores. Su preocupación era estrictamente pertinente en los años convulsos que inauguraban el siglo XX y sigue siéndolo hoy en los que abren la trocha del XXI. Jan Wacław Majaiski murió de un infarto en 1926, mientras trabajaba de corrector en las imprentas del Estado, y se libró probablemente con ello de una purga difícil de esquivar. Denostado e infravalorado en vida por los que llevaban el timón de la revolución, su figura llega hasta nosotras con el aura del que supo ver lo esencial que pocos vieron, y su voz continúa sonando como una advertencia insoslayable en cualquier intento de buscar vías practicables para el pensamiento de la izquierda.

4.2
Clásicos que muestran el auténtico rostro del capital

La gran transformación. Crítica del liberalismo económico, de Karl Polanyi

Publicado en *Rebelión* el 28 de marzo de 2017

La gran transformación, obra capital del economista húngaro Karl Polanyi (1886-1964), fue escrita en los años finales de la Segunda Guerra Mundial como un intento de rastrear las causas de lo que él percibía como el fin de una civilización. Su conclusión es que el auge de los totalitarismos que se producía en aquel momento tenía su origen en las propias contradicciones del capitalismo. El libro desmonta desde una perspectiva antropológica las falacias de los viejos gurús del liberalismo, y el rigor de su análisis explica que la obra conserve plenamente su vigencia en un tiempo en que variantes remozadas de esa teoría toman el relevo. Es de agradecer, por ello, la aparición de una nueva edición castellana (Virus, 2016, trad. de Julia Varela y Fernando Álvarez-Uría), que contribuirá a mostrar el despropósito de una doctrina económica que convierte al cosmos y todos sus seres en mercancías.

El predominio absoluto del mercado que se instaura en el siglo XIX no tiene antecedentes en la historia. La antropología indica más bien que reciprocidad y redistribución son los conceptos esenciales en culturas de muy diverso grado de complejidad, y que el ser humano actúa para garantizar su estatus, sus derechos y conquistas sociales, más que por el afán de poseer bienes materiales, de forma que es el principio de uso el que domina y no el de beneficio. Ya Aristóteles advertía de los peligros de una producción centrada en el lucro como algo no natural al hombre y que no ponía límites a su codicia.

Polanyi describe cómo el mercado surge en los orígenes de la actividad económica como marco que hace posible el trueque. Su expansión y universalización es progresiva, y en la Europa que sale del feudalismo tiene un hito importante cuando en los siglos XV y XVI la intervención del Estado quebranta el proteccionismo de las ciudades para imponer el sistema mercantil y su reglamentación a escala nacional de la vida económica. No obstante, hay que esperar al siglo XIX para que el mercado autorregulado pase a dominar ésta con sus tres pilares básicos: la economía de mercado, el librecambismo y el patrón oro.

Todo se convierte en mercancía en ese momento, incluida la tierra y la fuerza del trabajo, que hasta entonces habían tenido estatus y leyes propias, y el móvil de la ganancia deviene en fundamento de la existencia humana. Polanyi describe en detalle el desarrollo de este proceso en la Inglaterra de finales del XVIII y comienzos del XIX, y sus efectos devastadores sobre las condiciones de vida de las masas populares. La miseria y degradación que se originan entonces minan las bases mismas de la sociedad, y son comparables a las que asuelan otras regiones del mundo en aquellos tiempos con la expansión colonial.

Pero la sociedad genera procesos de resistencia contra la nueva tiranía instaurada. En Inglaterra Robert Owen predica la formación de cooperativas y el apoyo mutuo como bases de una organización social diferente, y los cartistas se empeñan en una valiente lucha por el sufragio universal. Por todo el mundo occidental, el sindicalismo demanda una mejora de las condiciones laborales, al tiempo que las naciones crean bancos centrales para mitigar las tensiones de la economía y recurren a medidas proteccionistas sobre tierra (aranceles), trabajo (legislación social) y dinero (política monetaria).

En 1914, la competencia entre potencias imperialistas degeneró en un conflicto armado que produjo como consecuencia la Revolución rusa. A partir de entonces, las crisis de la economía tomaron un sesgo distinto, pues el socialismo se convirtió a los ojos de la burguesía en una amenaza demasiado seria para su rol dominante, basado en la propiedad. El fascismo fue la violenta forma de conjurar este peligro, y un análisis detallado demuestra que la complejidad de las variantes que éste asumió sólo puede explicarse con una razón de gran calado como la que se propone. Se trataba de salvar la economía usando una receta política extrema.

Karl Polanyi aporta en *La gran transformación* argumentos antropológicos que desmontan las falacias del pensamiento único y dejan meridianamente claro que la labor destructiva del capitalismo actúa contra nuestra propia naturaleza y puede, por tanto, ser revertida. Nos pone con ello, sin demora posible, ante el reto de diseñar y construir otro mundo en el que el ser humano no sea tratado como una mercancía y pueda hacer realidad el anhelo de justicia y libertad que está escrito en sus genes.

La esencia del fascismo y Nuestra obsoleta mentalidad de mercado, de Karl Polanyi

Publicado en *Rebelión* el 31 de julio de 2017

El libro, publicado por Escolar y Mayo en 2013, recoge dos opúsculos de Karl Polanyi (1886-1964) que reflejan distintos momentos de la evolución de su pensamiento y sintetizan, al tiempo que profundizan en algunos aspectos, las ideas desarrolladas en *La gran transformación* (1944), su obra fundamental. La edición es de César Ruiz Sanjuán, que en una amplia introducción nos acerca a las claves de la crítica del liberalismo que realiza el gran antropólogo y economista de origen húngaro.

La esencia del fascismo

Éste es el primer trabajo extenso de Polanyi, y lo publica en Londres en 1935, tras su exilio obligado huyendo de la peste parda. En él argumenta que los procesos históricos en curso en aquel momento mostraban una evolución del capitalismo, amenazado por el auge del socialismo, hacia una extirpación de las instituciones democráticas, lo que significaba a fin de cuentas la amputación política del ser humano y su restricción a la dimensión económica de productor.

Las bases teóricas del fascismo se encuentran para Polanyi en interpretaciones sesgadas de la filosofía del Estado de Hegel, como la de Othmar Spann, y del vitalismo de Nietzsche, que tal y como fue desarrollado por Ludwig Klages defiende el predominio en el hombre de las funciones biológicas (alma) sobre las racionales (espíritu). De todas formas, la consumación teórica sólo se produce cuando vitalismo y totalitarismo se conjugan en el «principio racial» de Alfred Rosenberg.

Polanyi sostiene vehementemente a lo largo del texto que la crítica al socialismo de los ideólogos del fascismo implicaba necesariamente un ataque al cristianismo. No obstante, debe reconocerse que aunque éste ocurrió hasta cierto punto en Alemania, la colaboración de las jerarquías eclesiásticas con el fascismo y el apoyo mutuo entre ambas ideologías fue frecuente en muchos otros lugares, más allá de las diferencias que pueden existir entre el fascismo y el concepto idealizado de cristianismo que Polanyi maneja.

Hasta los años 30, capitalismo y democracia habían ido de la mano, pero los acontecimientos de aquel tiempo demostraron que la burguesía estaba dispuesta a sacrificar la individualidad del ser humano para salvar el proceso de acumulación. Quedó así palmariamente de manifiesto la incompatibilidad entre democracia y capitalismo, pues la alienación inherente a éste, definida y estudiada por Marx, transforma al hombre en un engranaje económico que difícilmente alcanza la conciencia necesaria para desarrollar la dimensión política implícita en su naturaleza.

Nuestra obsoleta mentalidad de mercado

Se trata de un artículo de 1947 en la revista *Commentary* que resume las tesis fundamentales de *La gran transformación*, y fue incluido luego en una recopilación de ensayos publicada en 1968. Polanyi defiende aquí la necesidad de reintegrar la esfera económica dentro de las relaciones sociales, habida cuenta de que fue la independencia de la economía, auspiciada por el liberalismo, la que dio lugar al fascismo. La conclusión es que sólo instaurando una auténtica democracia quedará la economía bajo el control de la sociedad y podremos estar a salvo de la barbarie fascista o liberal.

La obra analiza la historia de la sociedad de mercado, desde su surgimiento en la Inglaterra del siglo XIX. Es aquí donde la economía se establece como un ámbito autónomo, haciendo que todo, incluidos el trabajo y la tierra, se convierta en mercancía. Lo social, las costumbres y lo moral pasan entonces a estar subordinados a lo económico por primera vez en la historia. De todas formas, como este mecanismo actuando sin restricciones amenaza con destruir la sociedad, inmediatamente surgen procesos que corrigen y al mismo tiempo posibilitan la dictadura del mercado.

El nuevo protagonista de la historia, que resulta ajeno a todas las lecciones de la antropología sobre la organización de las sociedades humanas, es un *Homo oeconomicus* al que mueve solamente el afán de ganancia, y la máquina que se pone en funcionamiento provoca pronto decenas de millones de víctimas en hambrunas de India, China o Irlanda, que las leyes inexorables del mercado impiden que sean aliviadas. El proceso de acumulación trae consigo guerras imperialistas y al final la única opción para que pueda seguir adelante es la anulación de la dimensión individual del ser humano en el éxtasis nacionalista del fascismo.

Para Polanyi, la alternativa a la sociedad de mercado no estaba en una economía centralizada como la que se daba en la Unión Soviética, que necesariamente habría de degenerar en una burocratización y esclerotización de la vida política. Su apuesta era más bien por mecanismos de autogestión y socialización de la producción, fundamentados en una democracia que enraizara en lo laboral y lo económico. En el sistema que él atisba, podría tener lugar para el mercado, pero éste dejaría de ser la instancia directriz de la economía.

Teoría de la clase ociosa, de Thorstein Veblen

Publicado en *Rebelión* el 5 de junio de 2018

John Kenneth Galbraith en su prólogo para la *Teoría de la clase ociosa*, recogido en la edición castellana del Fondo de Cultura Económica (trad. de Vicente Herrero), des-

grana las vicisitudes más notables de la asendereada vida de Thorstein Veblen, un sociólogo y economista norteamericano que no encajaba demasiado en el medio académico en que le tocó vivir y que recordamos hoy sobre todo por el coraje que tuvo al aplicar su poderosa inteligencia a desentrañar los rituales de la clase dirigente del capitalismo.

Nacido en 1857 en la familia numerosa de unos inmigrantes noruegos establecidos en el Medio Oeste, Thorstein estudia en el Carleton College de Northfield (Minnesota) y en 1881 viaja a Baltimore para formarse en filosofía en la John Hopkins University; no obstante, sin llegar a completar el curso inicia por entonces la peregrinación por instituciones universitarias norteamericanas que había de caracterizar su vida. Tras conseguir un doctorado en filosofía en Yale, Veblen se recluye en el hogar familiar siete años y contrae matrimonio. En 1891 se matricula para estudiar economía en Cornell y permanece allí dos años becado. Contratado después en Chicago, sólo entonces ven la luz sus primeros trabajos, entre ellos la que será su obra más conocida, *Teoría de la clase ociosa* (1899).

El libro le gana unas pocas adhesiones y el desprecio del *establishment* académico, y emprende así pobremente una carrera de fondo en la que acabará cosechando amplio reconocimiento y continuas reediciones hasta nuestros días. En 1906 Veblen es contratado en Stanford, pero su vida «desordenada» y sus relaciones extraconyugales hacen que sea invitado a marcharse sólo tres años después. Missouri, con nuevo matrimonio en 1914, no más afortunado que el anterior, Washington y Nueva York, son las estaciones donde siguen sus publicaciones y escándalos. En los años 20, de mala gana y envejecido, Thorstein Veblen regresa a California, y allí fallece en 1929.

La clase ociosa

La obra comienza rastreando la aparición en muchas sociedades del pasado, entre las que cabe incluir la India brahmánica o los regímenes feudales de Europa y Japón, de clases excluidas de cualquier actividad productiva y concentradas en las de gobierno, militares, deportivas y sacerdotales. El desarrollo de estas clases ociosas está para Veblen ligado a la existencia de actos guerreros o depredadores, considerados como hazañas y cuyos excedentes posibilitan el ocio de los miembros de la comunidad implicados en ellos, que adquieren además un estatus superior. La aparición de la propiedad privada que confiere honor (y no simplemente utilidad) es otro rasgo que marca esta transición. Con el tiempo, las correrías de la horda dejan paso a la acción industrial, pero el valor glorificador de la propiedad no sólo permanece, sino que se convierte en la base convencional para la estimación, aunque la proeza siga siendo apreciada.

Como el ocio otorga categoría, resulta importante su ostentación, que se consigue mediante el cultivo de modales y tareas escrupulosamente inútiles. Se desarrolla también una clase ociosa vicaria, constituida por servidores de todo tipo, cuya inactividad da lustre a la de sus amos. Simultáneamente, el consumo ostentoso se convierte en una forma privilegiada de exhibir la fortaleza pecuniaria, con coleccionismos variados, mansiones, vestidos y alimentos como objetivos más deseados. Diversiones costosas, que recogen la tradición del *potlach*, sirven perfectamente a este fin. El dispendio requiere sin embargo alguna actividad, pues es necesario dotarse de «conocimientos» que muestren el grado de refinamiento alcanzado. La vida urbana, la publicidad y el auge de los medios de comunicación influyen para que el consumo ostensible domine al fin sobre el ocio ostensible.

La clase ociosa rica se ve embarcada en una espiral frenética de gasto exhibicionista que es observado con envidia por todo el espectro social y origina intentos de emulación. Al mismo tiempo, lo caro es revestido con las galas de lo hermoso y se modela así el gusto de las gentes, llegándose a una identificación de precio y perfección. Una devoción por lo raro, inútil y costoso, ennoblecido como bello, se convierte al fin en la ley esencial que rige la vida, desde los hábitos de la vestimenta «elegante», hasta los cánones de la apostura femenina, con rasgos tan antinaturales como el uso de corsés o las deformaciones de pies en China. El triunfo de la decoración superflua y extravagante en arquitectura y en la creación de jardines y lugares de esparcimiento, o los gustos estrafalarios en la elección de animales domésticos proporcionan magníficos ejemplos de esto mismo. En todos los campos, el sometimiento a los designios de una moda en continuo cambio garantiza la multiplicación del gasto ostensible.

La clase conservadora

La posición privilegiada de la clase ociosa hace que ésta se identifique con las posturas políticas conservadoras dentro de la sociedad. Esto convierte automáticamente al conservadurismo en algo decoroso y por ende cualquier intento de transformar la estructura social para adecuarla a las necesidades humanas objetivas pasa a ser tabú. La defensa de los privilegios toma así la forma de la preservación del «orden social» imprescindible para la vida, lo que impregna el pensamiento hasta de las clases más desfavorecidas. Hay que decir además que el predominio global de la ideología «pecuniaria» rebaja la eficiencia industrial de la comunidad y la hace inhábil para aprovechar los logros tecnológicos con el fin de mejorar las condiciones de vida generales.

En los últimos capítulos del libro, Veblen explora lo que considera pervivencias del pensamiento bárbaro depredador en la mentalidad de la clase ociosa del capitalismo. La afición a la proeza puede rastrearse así en la belicosidad y el patriotismo, que muchas veces se derivan hacia el depor-

te. Los juegos de azar, por su parte, canalizan en ocasiones las identificaciones deportivas y evidencian tendencias animistas arcaicas. Las prácticas devotas de los cultos antropomórficos representan una evolución de los rasgos anteriores, aunque se reconoce que la religiosidad puede favorecer impulsos de solidaridad o sociabilidad positivos, reminiscencias de la época antedepredadora. La obra concluye mostrando el conocimiento que se reproduce en las instituciones académicas como la clave de arco que trata de legitimar intelectualmente la ideología pecuniaria. La instrucción que allí se imparte resulta ser de este modo heredera, en mentalidad e incluso en las vestimentas usadas, del aparato devocional.

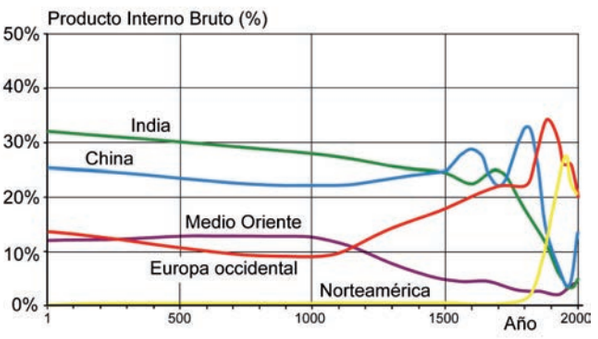
La contribución de un iconoclasta

El autor del libro era, como lo son muchos otros, un disidente del sistema de valores establecido en la sociedad en la que le tocó vivir, pero él fue capaz como muy pocos de ver a través de la niebla de un poderoso artefacto ideológico y revelar la genealogía y el significado oculto de las liturgias en las que éste se manifiesta, haciendo patente su carácter insensato y obsceno. Tras su labor demoledora, podemos decir que el honor atribuido a la casta de propietarios y especuladores que reside en la cúspide de la pirámide social es percibido al fin como la prolongación delirante de los rituales de una era oscura de la humanidad. Hay que señalar además que, escrita a finales del siglo XIX, esta crítica de la clase improductiva resulta de una actualidad extrema en nuestra atribulada época, un tiempo en que el capital financiero ha tomado las riendas y una especulación salvaje se ha convertido en razón última de la economía.

Veblen creía en el socialismo, que habría de ser alcanzado por una transformación progresiva, y no con el protagonismo del proletariado, sino de organizaciones de ingenieros imbuidos de que el desarrollo técnico debe expresarse también en un funcionamiento social más justo y armonioso. Para desbrozar este camino, *Teoría de la clase ociosa* pone en evidencia la construcción ideológica que modela los ritos de la clase dirigente del capitalismo industrial, al tiempo que deja para el recuerdo sentencias deliciosamente agudas en las que Thorstein Veblen se nos muestra en genio y figura: «*Gran parte del encanto atribuido al zapato de charol, a la ropa blanca impoluta, al sombrero de copa brillante y al bastón, que realzan en tan gran medida la dignidad natural de un caballero, deriva del hecho de que sugieren sin ningún género de dudas que el usuario no puede, así vestido, echar una mano a ninguna tarea que sirva de modo directo o indirecto a ninguna actividad humana útil*».

El diagrama de Angus Maddison: prueba de cargo contra el capitalismo

Publicado en *Rebelión* el 20 de junio de 2017



Sobre estas líneas se muestra la evolución porcentual del PIB para los grandes territorios del planeta entre los años 1 y 2000 según los datos recopilados por el economista inglés Angus Maddison (1926-2010). El gráfico se presenta aquí con escala temporal lineal, y no logarítmica como suele ser habitual, con el fin de poner de manifiesto de forma más clara el carácter excepcional de lo ocurrido a partir del siglo XVIII. Probablemente no exista una imagen que refleje mejor la catástrofe global que supuso la onda expansiva del capitalismo industrial y la opresión colonial a él ligada.

En la figura puede verse que durante muchos siglos las áreas más pujantes fueron China y la India. Europa incrementa su importancia a partir del siglo XII, pero con una posición subordinada respecto a los gigantes asiáticos hasta hace muy poco. La India fue la primera víctima de la debacle y comenzó a desplomarse ya en el siglo XVIII, cuando el Imperio mogol, que había traído una relativa prosperidad al país, inició su declive para dar paso progresivamente a un dominio inglés que destruyó el tejido industrial y relegó la economía a la producción de materias primas para la metrópoli. La incorporación de la India al capitalismo se saldó con hambrunas que dejaron decenas de millones de víctimas en la era victoriana, y el descenso siguió en el siglo XX hasta tocar fondo. Sólo tras la independencia se observa una débil recuperación, que no se ha de olvidar que llega de la mano de la inserción en la economía global de grandes masas de población en condiciones de cuasiesclavitud.

El caso de China es ligeramente diferente. Allí, la producción logra mantenerse hasta bien entrado el siglo XIX. En esa época, la dinastía Qing en el poder veía con preocupación el sistema que los británicos habían encontrado para comerciar en el rico y enormemente atractivo mercado chino, que no era otro que la introducción en el país del opio que estaban produciendo en la India, barato y en grandes cantidades. Cuando las autoridades chinas prohibieron este tráfico, que atentaba gravemente contra la

salud y las condiciones de vida de la población, la respuesta británica fueron las guerras del opio (1839-42 y 1856-60), que ganadas por ellos supusieron la sumisión colonial de China y el derrumbe de su economía con un ritmo aún mayor que el de la India, según se ve en el gráfico. Como no podía ser de otra manera, la caída de estos dos gigantes propició la consolidación de Europa como potencia productiva y un ascenso imparable de los Estados Unidos.

Es interesante observar cómo tras su mínimo a mediados del siglo XX, India y China emprenden una subida que es mucho más clara en el caso de China. Como Noam Chomsky recordaba en una ocasión, India y China aportan, de alguna forma, un experimento de evolución de dos economías a partir de una base igualmente desastrosa durante varios decenios y con un modelo de producción capitalista en un caso y centralizada en el otro. El hecho de que con todos sus errores y crímenes, el experimento chino se haya saldado con menos muertes por hambre y con mayores tasas de crecimiento viene a mostrar lo mismo que aprendieron en los años 90 los ciudadanos de la Unión Soviética con su triste experiencia, que por malos que fueran los regímenes de socialismo real, el capitalismo se las arregla casi siempre para ser considerablemente peor.

Angus Maddison dedicó su vida a escudriñar en los documentos del pasado las huellas de la actividad económica, y fue capaz de sintetizar sus estudios en gráficas que muestran la historia del mundo en unas pocas líneas coloreadas. Estos datos, amplia y reverentemente citados en las publicaciones del pensamiento único, se quiere que demuestren sólo la superioridad productiva del capitalismo. Sin embargo, es importante señalar también que esta supremacía se basa únicamente en la rapiña y la imposición bélica, santificadas por una monstruosa cobertura ideológica. Cuando somos conscientes de esto, las curvas de Angus Maddison se convierten en una prueba de cargo decisiva contra la más perniciosa de las doctrinas criminales que ha conocido la historia.

Poverty and Famines: An Essay on Entitlement and Deprivation, de Amartya Sen

Publicado en *Rebelión* el 29 de agosto de 2018

El bengalí Amartya Sen, nacido en 1933 y galardonado con el Premio Nobel de Economía en 1998, ha desarrollado una intensa carrera docente e investigadora en universidades de la India, Inglaterra y Estados Unidos, con contribuciones marcadas por un énfasis humanista en considerar las posibilidades reales de elección de los ciudadanos y la justicia social como ejes que deben guiar las políticas de los Gobiernos. Sus trabajos en esta línea, conducente a potenciar un desarrollo económico que merezca tal nombre, son innumerables y muchos de ellos han sido traducidos al castellano. Su obra más valorada sin embargo, de la que sorprendentemente no hay versión en nuestra lengua, es *Poverty and Famines: An Essay on Entitlement and Deprivation* (Clarendon Press, Oxford, 1981), correspondiente a otra de sus líneas de investigación, que incorpora elementos de análisis historiográfico. En este artículo me gustaría presentar una síntesis de los contenidos de este libro imprescindible, que revolucionó nuestra percepción sobre el significado de algunos de los episodios más dolorosos y execrables de la historia.

Sen comienza la obra analizando las dificultades para alcanzar una definición precisa de pobreza y los diversos enfoques que se han utilizado hasta el momento con ese fin, y concluye reconociendo, como casos extremos de ella, la inanición (*starvation*) y los eventos en que ésta ocurre masivamente o hambrunas (*famines*). Contra el criterio simplista, pero muy arraigado, de que una hambruna debe tener origen necesariamente en la ausencia de alimentos, Sen nos muestra que ésta es sólo una de las causas posibles y que otra puede ser la incapacidad de acceder a éstos por parte de determinados segmentos de la población, debido a algún cambio en el mercado que les priva de su derecho (*entitlement*) a ellos. Este enfoque se aplica después a varios ejemplos concretos.

La gran hambruna de Bengala de 1943

En este territorio, por entonces bajo mandato británico, las estimaciones más recientes apuntan a tres millones de muertes durante este episodio y sus secuelas epidémicas posteriores. La causa señalada en los informes oficiales es una caída brusca en la disponibilidad de alimento en esta época, pero un análisis de las cosechas e importaciones de ese año, que tiene en cuenta los cambios demográficos y las reservas existentes, permite concluir que ésa no fue la razón. La realidad es que la hambruna fue un fenómeno rural que afectó sobre todo a los trabajadores agrícolas, pescadores y pequeños artesanos, y se relacionó con un incremento de los precios en ese año, que al sobrepasar el de los ingresos de estas clases desfavorecidas desencadenó el desastre. Las causas del encarecimiento deben buscarse en la presión inflacionaria de una economía de guerra, agravada por el caos administrativo y una legislación que prohibía la importación de arroz de otros estados. Podemos decir, en resumen, que comida había, pero determinados grupos sociales perdieron la capacidad económica de acceder a ella. El Gobierno británico, presidido por Winston Churchill, rechazó implementar medidas que hubieran podido aliviar a los damnificados.

Las hambrunas de Etiopía de 1972-74

En este caso, el cómputo de víctimas es de entre cincuenta mil y doscientas mil para una población de 27 millones de personas. La sequía que asoló el país en 1972 y 1973 ha sido mencionada como origen del problema, pero un repaso de la producción de alimentos revela que el descenso no es muy marcado para el conjunto de él, aunque sí en las dos provincias más afectadas. Descartado que hubiera dificultades para transportar comida a éstas, o que se dieran aumentos significativos en los precios, la explicación que emerge para el caso de algunas de las poblaciones más vulneradas, tales como empleados de granjas, arrendatarios y pequeños propietarios, es que éstas fueron llevadas a la pobreza extrema por la sequía y carecían de recursos para comprar un alimento que existía en el país. Esto era así porque los pocos bienes que podían vender disminuían progresivamente su precio por las leyes del mercado. Para otro de los sectores inmolados, los pastores nómadas, el origen de su tragedia estuvo también en la sequía, y se vio agravado por la caída en los precios del ganado y porque los pastos que podrían haber aliviado su situación en ese momento acababan de ser reemplazados por monocultivos propiedad de empresas extranjeras.

La hambruna del Sahel a principios de los 70

La sequía que se prolongó desde 1968 hasta 1973 en este cinturón semiárido africano al sur del Sáhara parece estar en el origen del problema. El número de víctimas en ese último año, que fue el de máxima incidencia, estuvo en torno a cien mil, y hubo intentos de intervención internacional para paliar el desastre, cuya eficacia ha sido muy debatida. Como en los casos anteriores, la causa de esta hambruna tampoco parece ser que fuera la inexistencia de alimentos, pues las cifras de productividad de éstos en cada uno de los países no variaron de forma significativa durante ese tiempo. Las clases afectadas fueron principalmente los pastores nómadas y los habitantes sedentarios del Sahel, cuya economía fue arruinada por la sequía.

La hambruna de Bangladés de 1974

Ese año se disparó el precio del arroz, en parte debido a inundaciones, y varias decenas de miles de personas murieron, mientras la economía era golpeada además por el chantaje del Gobierno norteamericano, que exigía una cancelación del comercio con Cuba para reanudar su ayuda. En este caso, las cifras aportadas de disponibilidad de alimento para los diferentes distritos del país tampoco indican una disminución apreciable que pudiera justificar el desastre. Las clases más damnificadas fueron los trabajadores y pequeños granjeros, cuya capacidad económica para acceder a la comida sí queda demostrado que se desplomó por entonces. Se presentan datos que muestran cómo en el período de la hambruna el aumento de la pobreza extrema que llevó a la muerte por inanición a algunos grupos sociales se produjo simultáneamente con un «esperanzador» panorama de descenso global de la pobreza.

La causa del hambre en la época estudiada no es la escasez de alimentos, es el mercado capitalista

El análisis realizado permite descartar una correlación general entre hambrunas y crisis en la disponibilidad de alimentos y pone de manifiesto que las primeras se producen cuando los mecanismos del mercado llevan a determinados sectores sociales a unas condiciones económicas en las que los comestibles quedan fuera de su capacidad adquisitiva, y no necesariamente por una caída en las reservas de estos. Puede haber hambrunas que hayan ocurrido por esta última razón, pero incluso en ellos, el enfoque propuesto por Amartya Sen resulta imprescindible a la hora de saber las características concretas de la tragedia, es decir, quién murió, dónde y por qué. El nuevo modelo supone un giro copernicano en el estudio de algunos de los episodios más execrables de la historia, y nos pone de bruces ante la evidencia de que no podemos culpar al «aciago destino» de males tan espantosos como las hambrunas.

Los casos analizados permiten distinguir situaciones en las que los procesos que conducen a la hambruna se producen en un contexto general de depresión económica (*slump conditions*), pero también otras en las que éstos son resultado de una mejora de los indicadores globales (*boom conditions*). En el escenario de lucha en que nos han hecho vivir, no es extraño que un avance en las condiciones de vida de un grupo de la población vaya acompañado, o incluso se beneficie, de la ruina extrema de otros, tal vez minoritarios, pero designados de esta manera candidatos a sufrir muertes masivas por inanición. Se habla mucho del goteo y de que el mercado corrige los desequilibrios, pero la realidad que puede comprobarse con frecuencia es que las «leyes del mercado» promovían la exportación de alimentos desde regiones en las que se estaba desarrollando una hambruna.

Sabemos que mil millones de personas pasan hambre en el mundo, y que éste, eficientemente gestionado, tendría capacidad para dar de comer a todos ellos y muchísimos más. La conclusión sólo puede ser que no asesina la escasez de alimentos, sino el criminal mercado capitalista que gobierna el acceso a ellos.

Los holocaustos de la era victoriana tardía, de Mike Davis: un estudio exhaustivo sobre cómo se forjó el tercer mundo

Publicado en *Rebelión* el 19 de julio de 2011

Tras reseñar recientemente *Planeta de ciudades miseria*, uno de los últimos trabajos del sociólogo californiano Mike Davis, me gustaría recordar aquí otra de sus obras en la que apartándose de sus escenarios habituales, centrados sobre todo en la degradación actual de la vida urbana como consecuencia de las políticas neoliberales, realiza una incursión en el pasado para reunir argumentos acerca de las circunstancias históricas que determinaron el surgimiento del tercer mundo. El libro, cuyo título original completo es *Late Victorian holocausts. El Niño famines and the making of the Third World*, fue publicado por Verso en 1991, y de él hay una versión española: *Los holocaustos de la era Victoriana tardía* (Publicacions de la Universitat de València, 2006; trad. de Aitana Guia i Conca e Ivano Stocco). Se trata de un estudio riguroso y demoledor que analiza las devastaciones del colonialismo durante las décadas finales del siglo XIX y el papel determinante que éste tuvo en la pauperización de la mayor parte de la población mundial.

La primera sorpresa que nos reserva la obra es la magnitud de la tragedia que se va a estudiar. Estamos hablando de hambrunas que en tres episodios entre 1876 y 1902, y sumando sólo tres de sus escenarios: India, China y Brasil, arrebataron la vida a un número de seres humanos comprendido entre 31,7 y 61,3 millones, según diversas estimaciones. La segunda sorpresa, más mortificante aún si cabe que la primera, es descubrir que estas muchedumbres hambrientas tras desaparecer del mundo han desaparecido también de la historiografía. Como apunta Davis: «*Casi sin excepción, los historiadores contemporáneos que escriben sobre la historia mundial del siglo XIX han ignorado las megasequías y hambrunas que arrasaron lo que ahora llamamos tercer mundo*». Al parecer, se trata de holocaustos que no sólo no han conseguido ser «el Holocausto», sino que ni tan siquiera ocurrieron. No es éste un olvido inocente, pues son los vencedores los que escriben la historia y se trata de muertes que contradicen la narrativa oficial sobre el desarrollo económico en el siglo XIX. Los ferrocarriles que se extienden en la India, por ejemplo, no son vehículos de progreso, sino herramientas de despojo y de muerte. En China, por su parte, los regímenes sociales establecidos por la dinastía Qing y que evitaron desastres mayores en el siglo XVIII, fueron desmantelados en el siglo XIX debido a la extorsión ejercida por las potencias coloniales.

La primera y la segunda partes del libro presentan en detalle los datos del desastre. El texto va ilustrado además con grabados y fotografías de la época que nos acercan a sus víctimas anónimas. Aunque se trata en muchos casos de episodios climáticos con escasez de agua y pérdidas de cosechas que fueron las peores en muchos siglos, se pone en evidencia que siempre había excedentes de alimentos en alguna región próxima que podían haber aliviado la situación, mostrando claramente que son también el mercado y sus leyes inexorables los que asesinan. En la India británica bajo los virreyes Lytton, Elgin y Curzon, el dogma de la doctrina de Adam Smith y el interés imperial permitieron que se realizaran exportaciones a la metrópoli mientras algunas áreas del subcontinente eran arrasadas. Así, entre 1875 y 1900, un período que registra las mayores hambrunas de la historia de la India, las exportaciones anuales de grano crecieron de 3 a 10 millones de toneladas, equivalentes a la nutrición anual de 25 millones de personas. Hay que considerar además que, en esa época, la India era obligada a dedicar una parte sustancial de su presupuesto —más del 25 %— a costear las aventuras militares expansionistas del Imperio británico. De esta forma, las masas de la India financiaban generosas la misma maquinaria que las mataba de hambre. Se analiza también en esta parte del libro cómo los cambios impuestos en los cultivos fueron determinantes en muchos casos para explicar la magnitud del holocausto.

Pero no es sólo ésta la responsabilidad del imperialismo, se ofrecen también numerosos ejemplos de cómo la expansión colonial va sincopada con los ritmos de los desastres naturales y epidemias. Como señala Davis: «*Cada sequía global da luz verde para una carrera imperial por el territorio. Si la sequía del sur de África de 1877, por ejemplo, fue la oportunidad que Carnavan tomó para atacar la independencia zulú, la hambruna en Etiopía de 1888-92 fue como un mandato para que Crispi construyese un nuevo imperio romano en el cuerno de África. Igualmente, la Alemania de Guillermo II explotó las inundaciones y la sequía, que devastaron la provincia de Shandong a finales de la década de 1890, para expandir su esfera de influencia en el norte de China; simultáneamente, Estados Unidos usaba las enfermedades y las hambrunas causadas por la sequía como armas para hundir la República de las Islas Filipinas de Aguinaldo*». Son éstos sólo unos pocos ejemplos que se describen en detalle y se multiplican en el texto. Por otra parte, si en las primeras hambrunas la resistencia se manifiesta sólo en motines locales, en las posteriores aparecen ya movimientos organizados de los que los ejemplos más notorios son los bóxers chinos y los milenaristas brasileños exterminados en la guerra de Canudos.

El papel de la naturaleza en esta historia sangrienta se analiza en la tercera parte del libro. Los mecanismos complejos que determinan los episodios globales de sequía no fueron desentrañados hasta la década de 1960, cuando Jacob Bjerknes mostró cómo el Pacífico ecuatorial actúa como motor térmico del planeta y coordinado con los vien-

tos alisios es capaz de incidir en los patrones de precipitación a escala mundial. Son los famosos fenómenos El Niño, nombrado por ir ligado a un calentamiento de las aguas en las costas de Ecuador y Perú que ocurre hacia Navidad, y La Niña, en que se observan efectos opuestos a los de El Niño. El Niño se debe en realidad a una inversión en el patrón de circulación dominante —hacia el oeste— de vientos y corrientes oceánicas en el Pacífico central. El flujo anómalo de aguas superficiales cálidas hacia el este, al que acompaña su marquesina de tormentas tropicales, provoca precipitaciones inusuales en la costa occidental de América, al tiempo que la situación se invierte en el otro margen del océano y la sequía se extiende por India, China y el sudeste de Asia, donde las lluvias monzónicas pueden faltar algunos años, y también por el nordeste de Brasil. Los fenómenos La Niña pueden seguir a El Niño, por lo que en los años siguientes a las sequías es frecuente que se den espantosas inundaciones y viceversa. La cronología de los procesos El Niño y La Niña a través de la historia es bastante errática aunque en ocasiones muestran una cierta periodicidad. Se discute también la relación que puede existir entre la proliferación reciente de fenómenos El Niño muy intensos con el calentamiento global.

La cuarta y última parte explora algunos factores económicos que pueden haber sido determinantes y no han sido considerados previamente en el libro: las consecuencias de los asentamientos coloniales, el efecto del nuevo patrón oro, impuesto por los ingleses y que les permitió un saqueo salvaje de los recursos de la India, el declive de los sistemas de riego autóctonos, etc.

El resultado de todos los procesos que se estudian es que partiendo de una situación a finales del siglo XVIII en que las diferencias entre sociedades de regiones diversas no eran significativas comparadas con las desigualdades existentes dentro de ellas, y en la que un campesino indio o un campesino francés, por poner un ejemplo, tenían un estándar de vida similar, con un nivel muy por debajo de sus clases explotadoras respectivas, se alcanza al final de la época victoriana una situación bien distinta. En el nuevo mundo que surge de unos desastres naturales exacerbados por la exprimidora colonial, las desigualdades entre naciones eran tan profundas como las diferencias de clase. El tercer mundo había sido fabricado. En ese horror seguimos y cada día que pasa el crimen se renueva y se agrava.

Prehistoria de la propiedad privada. Implicaciones para la teoría política contemporánea, de Karl Widerquist y Grant S. McCall. Para ver lo aberrante del capitalismo

Publicado en *Rebelión* el 25 de agosto de 2023

No hay contraste más extraño en este mundo nuestro que el que existe entre la semejanza de las anatomías y fisiologías de los seres humanos y sus diferencias de patrimonio. Cualquiera puede sospechar que las desigualdades abismales que se observan en este último aspecto no son ni razonables ni beneficiosas para el conjunto de la sociedad, pero lo sorprendente del caso es que han logrado convencernos de que la propiedad privada no sólo es natural, sino incluso sagrada.

¿Es realmente así? La cuestión es ardua, pero un primer punto importante para ir aclarando el panorama es analizar con una perspectiva temporal que incluya la prehistoria, si las formas de propiedad que son dominantes hoy lo fueron también en el pasado. Desde la aportación pionera de Piotr Kropotkin en *El apoyo mutuo* (1902), muchos se han preocupado de este problema y la bibliografía al respecto es amplia, pero entre los textos dedicados a él destaca *Prehistoria de la propiedad privada. Implicaciones para la teoría política contemporánea*, recién editado en castellano por Bauplan (trad. de Sara Ortega), que pone al día la investigación antropológica e histórica sobre el tema y discute además con rigor diversos aspectos teóricos implicados.

Los autores del volumen son los profesores norteamericanos Karl Widerquist, politólogo y economista, y Grant S. McCall, antropólogo, un equipo muy apropiado para abordar esta cuestión. Su trabajo conjunto dio lugar ya a otro libro anterior*: Prehistoric Myths in Modern Political Philosophy* (2017), en el que se argumenta hábilmente contra la asunción liberal de que las sociedades de los Estados capitalistas son más beneficiosas para las personas que las sociedades pequeñas no estatales.

En su nuevo libro, Widerquist y McCall dedican una primera sección a evaluar la pretensión tan extendida de que la desigualdad es natural e inevitable si no deseamos renunciar a la libertad. El segundo apartado estudia si el capitalismo es más respetuoso con la libertad que cualquier otro sistema económico, y el tercero y más extenso analiza el problema crucial de la propiedad privada por medio de un recorrido a través de la historia humana.

Una aproximación histórica a la desigualdad

El establecimiento de jerarquías y la irrupción de desigualdad en las sociedades puede constatarse desde la prehistoria, y se asienta siempre en una ideología que considera la segregación natural e inevitable, al tiempo que la atribuye a razones variadas, como la superioridad intelec-

tual, moral o genética de la clase alta e incluso el carácter divino de los líderes. Se expresa también en la división una voluntad de recompensar servicios a la sociedad o la idea de que sólo las jerarquías son capaces de mantener la paz.

En las ciencias sociales y la filosofía política contemporáneas, sobrevive la creencia en la desigualdad natural, y muchas veces se la defiende como inevitable y se justifican reglas coercitivas que la mantienen, aunque las explicaciones que se dan sobre el fundamento de las diferencias sociales no resisten un análisis crítico. La dificultad de un estudio teórico de esta cuestión aconseja un repaso del pasado humano en busca de pautas dominantes y esto es lo que hacen Widerquist y McCall.

En este sentido, la evidencia reunida en el libro refuta completamente el carácter inevitable de la desigualdad, al mostrar niveles muy altos de igualdad social, política y económica, tanto en la tenencia de la tierra como en los sistemas de propiedad, en una amplia variedad de sociedades estudiadas por prehistoriadores, historiadores y antropólogos. Se trata de colectividades activas durante períodos de tiempo extremadamente largos y capaces de proteger la libertad de sus individuos al menos tan bien, si no mejor, que las sociedades basadas en derechos de propiedad. Es falaz pues defender la desigualdad en nombre de la libertad.

La libertad de la sociedad capitalista a examen

Domina el pensamiento contemporáneo la idea de que el capitalismo ofrece a los individuos una libertad frente a las imposiciones del resto de la sociedad (libertad negativa) mayor que la que otorga cualquier otro sistema. Sin embargo, hasta el momento esta afirmación no se ha fundado teóricamente de forma consistente, pues se ignoran los múltiples y variados recortes de libertades que impone el régimen basado en la propiedad privada. La dificultad de un análisis teórico que se constata de nuevo en este caso, aconseja otra vez abordar el problema empíricamente.

La construcción del argumentario preciso se plantea en el libro a través de un examen de las economías de diversas sociedades de cazadores-recolectores, con el cual se demuestra que éstas son más consistentes con la libertad negativa que la economía de mercado. Aunque la libertad sin duda es difícil de medir, ésta es mayor en las personas de los pueblos estudiados que en las menos libres de las sociedades capitalistas. De hecho, no existe ninguna forma de coerción o agresión a la que estén sujetos los cazadores-recolectores y de la cual se hayan liberado las clases baja y media de la sociedad capitalista.

El análisis permite concluir por tanto que la economía de mercado, tal como se concibe habitualmente, no ofrece la máxima libertad igualitaria. La supuesta superioridad de las sociedades capitalistas no puede asentarse sobre la afirmación de que promueven la libertad negativa.

La propiedad privada: rara avis *en la larga historia de la humanidad*

Los autores denominan «hipótesis de la apropiación individual» al conjunto de justificaciones, basadas en supuestos derechos, que tratan de fundamentar los sistemas en los que existe desigualdad. Estas justificaciones reposan sobre el principio de que la propiedad privada es natural y los sistemas de propiedad colectiva tienden a establecerse sólo en casos muy particulares. Se analiza el surgimiento de esta hipótesis en el siglo XVII y cómo su influjo se prolonga hasta convertirse en un supuesto de fondo de la teoría política contemporánea.

Tras evaluar los intentos de asentar los derechos de propiedad privada sobre una base *a priori* y demostrar su falta de solidez, los autores presentan una serie de evidencias que pueden resolver el problema a través de un recorrido por las diversas etapas de la prehistoria y la historia humanas. En primer lugar, se constata que las sociedades nómadas de cazadores-recolectores se apropiaron de la mayor parte del planeta, pero en contradicción con la hipótesis de la apropiación individual, optaron por no establecer una propiedad privada ni sobre la tierra, que era y es para ellos común, ni sobre alimentos o herramientas, compartidos en muchos casos.

Con el advenimiento del Neolítico, se suele considerar que los primeros agricultores instauraron sistemas privados de propiedad sobre la tierra y se utiliza esta suposición para respaldar que la propiedad privada es un desarrollo natural. Sin embargo, la evidencia que se presenta en el libro muestra que no es así, sino que la propiedad privada se originó mucho después que la agricultura. El hecho es que la apropiación individual no juega ningún papel en las comunidades agrícolas más primitivas, que operan a pequeña escala. Lo que se observa en ellas es un sistema comunitario, tanto en el trabajo como en la distribución de la cosecha y nada parecido al sistema de apropiación individual, supuestamente natural.

Al formarse los Estados, surgen sistemas de tenencia de la tierra en los que las élites políticas, de reyes o faraones, eran consideradas propietarias de toda la extensión de sus reinos y los súbditos tenían diversos derechos de usufructo para la agricultura u otras prácticas. Los comienzos de la propiedad privada individual ocurrieron gradualmente, mucho después de la formación de los Estados, y no a través de apropiaciones individuales, sino por la actividad de élites que usaban su poder político para nombrarse a sí mismas o a sus subordinados como propietarios. No obstante, hay que decir que incluso entonces, la propiedad privada de la tierra no se convirtió en el sistema de derechos de propiedad dominante, y esto es cierto tanto para la Edad Antigua como para el Medievo, épocas en las que la agricultura comunal de las aldeas siguió siendo el sistema más frecuente en las sociedades estatales de todo el mundo.

La propiedad privada: regalo envenenado de la modernidad

Una vez mostrado que la propiedad privada es una rareza a lo largo de la historia humana hasta hace muy poco, la cuestión que se plantea es cómo se extendió por el mundo este sistema que se ha convertido en dominante. Widerquist y McCall analizan los dos procesos que a su juicio son responsables del gran cambio y que operan a partir del siglo XVI: los cercamientos (*enclosures*) —que comenzando en Inglaterra se extienden por Europa occidental e imponen la propiedad individual en el medio rural—, y las oleadas de colonos procedentes de este continente que establecieron por todo el orbe derechos de propiedad de la tierra ajenos a las tradiciones locales. Los cercamientos y los movimientos coloniales fueron procesos coercitivos y violentos, pero es importante resaltar que no se limitaron a robar propiedades por todo el mundo, sino que más allá de esto impusieron un nuevo sistema de propiedad privada a personas que hasta entonces habían conocido formas de vida comunales.

La evolución que se ha descrito puede sintetizarse diciendo que los seres humanos que comenzaron a asentarse y practicar la agricultura instauraron sistemas de tenencia de la tierra complejos, pero con un carácter colectivo en muchos casos, y con importantes elementos comunes. De esta forma, la «hipótesis de la apropiación individual» que se ponía a prueba, no sólo no se demuestra, sino que queda refutada. La historia discutida anteriormente indica que el establecimiento de sistemas de propiedad privada implica necesariamente coerción y violencia, con lo que la tesis de que la defensa de la propiedad privada desigual es de alguna manera la defensa de la «libertad natural» carece de base.

Argumentos para salir del laberinto

Prehistoria de la propiedad privada rebate con rigor tres creencias sólidamente asentadas en nuestro mundo sobre el sistema de propiedad privada dominante en él y que sirve de fundamento al sistema capitalista. Se demuestra en primer lugar que la desigualdad no es natural e inevitable y que la igualdad es compatible con la libertad. En segundo lugar, se pone de manifiesto que el capitalismo no es más consistente con la libertad negativa que cualquier otro sistema económico concebible. Por último, se deja claro que el predominio del sistema de propiedad privada es un recién llegado a nuestra historia.

Los que defendemos la vieja consigna de que «Otro mundo es posible» nos sentimos abrumados muchas veces por cómo todo lo que nos rodea parece una demostración palpable de que la solidaridad y el apoyo mutuo son entelequias sin conexión con la realidad actual del ser humano. El gran mérito de Karl Widerquist y Grant S. McCall con este libro es dejar claros, para cualquiera sensible a datos y argumentos, dos hechos cruciales sobre la propiedad privada. En primer lugar, que en los doscientos mil años que lleva el *Homo sapiens* en el planeta ésta no fue hasta hace muy poco la norma dominante que vemos hoy. Y en segundo lugar, que de ninguna manera la apropiación individual constituye una garantía para la libertad, sino más bien todo lo contrario.

Recordando al economista André Gunder Frank (1929-2005), creador y uno de los principales impulsores de la teoría de la dependencia

Publicado en *Rebelión* el 1 de septiembre de 2023

Un avance fundamental de la ciencia económica, que se produjo a lo largo de la segunda mitad del siglo XX, recogiendo aportaciones de Karl Marx y otros autores anteriores, fue el develamiento de los rasgos más esenciales de la interacción entre el primer y el tercer mundo. En estos estudios hay que destacar la contribución de André Gunder Frank, el introductor y uno de los principales ideólogos de la teoría de la dependencia, la de mayor potencial explicador sobre cómo las relaciones económicas a escala global generan desigualdad. Trataré de sintetizar aquí la trayectoria de este investigador y presentar un esbozo de su teoría.

André Gunder Frank nació en Berlín en 1929, pero emigró a Suiza con su familia cuando Hitler fue nombrado canciller en 1933, y luego, en 1941, a los Estados Unidos. Allí estudió en la Universidad de Chicago, doctorándose en 1957 con una tesis sobre la economía soviética, dirigida nada menos que por Milton Friedman, quien siempre lo consideró un «radical incorregible». Posteriormente, Frank profesó en universidades de Brasil, México, Canadá y Chile, lugares donde desarrolló una crítica radical del capitalismo.

Tras el golpe contra Allende, a cuyo Gobierno asesoró, Frank se estableció en Europa, y prosiguió su carrera académica hasta su retiro en 1994. Después regresó a Norteamérica y fue profesor visitante en varias universidades, en una época en que su interés por la economía de los últimos siglos se expandió con incursiones en la historia antigua de la humanidad. André Gunder Frank falleció en Luxemburgo en 2006.

La teoría de la dependencia

Esta teoría trata de explicar el actual subdesarrollo de muchas regiones del mundo a través de un análisis de las interacciones económicas entre las naciones, y llega a la conclusión de que la desigualdad es un factor intrínseco de es-

tas interacciones y que tiende a agravarse con el tiempo. La teoría fue expuesta por Frank en libros como: *El desarrollo del subdesarrollo* (1966), *Capitalismo y subdesarrollo en Latinoamérica* (1967) o *Latinoamérica: Subdesarrollo o revolución* (1969).

Según la nueva perspectiva argumentada en estos textos, el subdesarrollo no sería ya la «condición inicial» de los países que lo sufren, sino un corolario de sus intercambios con los países «desarrollados». Un buen ejemplo de esto es la India, que a lo largo de los siglos XVIII y XIX experimentó un terrible retroceso económico ligado a su subordinación al capitalismo británico, pero el patrón se repite por todo el planeta. Desarrollo y subdesarrollo resultan ser así dos caras de la misma moneda.

A mediados de los 70, la teoría había adquirido ya gran popularidad, integrándose en los análisis marxistas del capitalismo que se prodigaban. En esta época continúan las aportaciones de Frank a estas ideas, pero otros autores contribuyen también. Es el caso de Immanuel Wallerstein con *El sistema-mundo moderno* (1974), que entre otras innovaciones propone los términos: «núcleo» y «periferia», ampliamente usados hoy, para las dos zonas del planeta implicadas, o de Samir Amin con *La acumulación a escala mundial*, del mismo año, donde analiza la diferencia entre las economías «articuladas» del primer mundo, en las que los diversos sectores encajan y se complementan, y las «desarticuladas» del tercero, incapaces de progresar al estar condicionadas por agentes externos que imponen actividades beneficiosas sólo para ellos y élites locales.

Otra aportación importante es la de Theotônio dos Santos en *La estructura de la dependencia* (1970), donde se distinguen tres formas sucesivas de dependencia: la colonial, marcada por un monopolio sobre tierra y trabajo; la financiera-industrial, a partir del siglo XIX, en la que se impone la producción de materiales en bruto para el núcleo capitalista; y la denominada «nueva dependencia», después de la Segunda Guerra Mundial, con grandes inversiones de algunas corporaciones en el tercer mundo.

Se han propuesto cuatro mecanismos económicos concretos a través de los cuales se eterniza la dependencia: 1) Repatriación de capital, al no invertir las multinacionales en los países en los que se generan sus ganancias; 2) Complicidad de las élites del país subdesarrollado, que se benefician de la relación desigual; 3) Distorsión estructural, en el sentido de lo indicado por Amin; y 4) Vulnerabilidad ante los mercados, controlados desde los países del núcleo para favorecer a sus economías.

Entre los críticos desde la izquierda de la teoría de la dependencia destaca Rolando Astarita, que considera peligrosa la tendencia a obviar o minusvalorar la explotación clásica entre capitalista y trabajador en los diversos países para centrarse en el imperialismo y la geopolítica. Tampoco comparte Astarita la tendencia de algunos teóricos de la dependencia a apoyar a Gobiernos latinoamericanos supuestamente progresistas, pero que en su opinión no son otra cosa que la izquierda del capital.

De la teoría a la práctica

La teoría de la dependencia arroja luz sobre procesos que eran mal conocidos, pero una vez establecidos los mecanismos que actúan, la cuestión crucial es qué podemos hacer para tratar de revertir la situación. Algunos de los economistas que contribuyeron a la teoría destacaron después por su empeño en traducir los postulados de ésta en medidas concretas en sus países, proponiendo por ejemplo una industrialización que permitiera el aprovechamiento local de los recursos. Sin embargo, las dificultades de estas vías, que se enfrentan a los poderes hegemónicos, hicieron que una buena parte de los teóricos de la dependencia terminaran como activos ideólogos de los movimientos antiglobalización.

Nacida hace medio siglo por el riguroso trabajo de un investigador que había conocido de cerca el liberalismo más ortodoxo, la teoría de la dependencia se desarrolló luego con contribuciones muy variadas y sigue enriqueciéndose hoy mismo. Sin embargo, más allá de su valor científico y académico, la mayor aportación de esta nueva visión sería sin duda si los procesos que pone de manifiesto nos ayudaran a superar el marasmo mental en que nos tiene sumidos la ideología del sistema. En este sentido, la descarnada imagen de un mundo constituido por un núcleo que vampiriza a su periferia puede ser un elemento clave para afinar la conciencia de los que en todas partes, y también dentro de ese núcleo, han declarado una guerra sin concesiones al capitalismo que es raíz de todo el desastre.

Muchos textos de y sobre André Gunder Frank pueden consultarse libremente en su página personal en la web, lugar de disfrute para los interesados en una economía atenta a develar los mecanismos que hacen imposible el desarrollo del ser humano. Preside esta web una frase del fabulista francés La Fontaine, que expone en pocas palabras el gran engaño cuya denuncia perseguía nuestro autor: «*Los que manejan el poder se las arreglan siempre para dar a su tiranía el aspecto de justicia*».

Fue mi buen amigo Alfredo Apilánez quien atrajo mi atención hacia la figura de A. G. Frank, y por ello no puedo terminar sin expresarle mi agradecimiento. Él tuvo la amabilidad además de enviarme textos suyos y comentarme algunas incorrecciones que encontró en el manuscrito original de este artículo. A pesar de ello, debo dejar claro que cualquier deficiencia que en él se pueda hallar es de mi exclusiva responsabilidad.

Ideas de Samir Amin sobre modernidad, religión y democracia. Buscando un camino más allá del eurocentrismo y los culturalismos

Publicado en *Rebelión* el 17 de abril de 2024

El sociólogo y economista egipcio Samir Amin (1931-2018) realizó aportaciones esenciales en campos tan relevantes como el estudio de las desigualdades generadas por el capitalismo a nivel global o el diseño de estrategias para superarlas. Tras su tesis doctoral, defendida en 1957 en París, en la que estudió teóricamente el mecanismo que originó las economías subdesarrolladas, Amin investigó la evolución de diversas naciones africanas y a partir de los 70 comenzó a analizar el capitalismo globalizado en su conjunto en trabajos como: *Imperialismo y desarrollo desigual* (1976), *¿Transformar la economía mundial? Nueve ensayos críticos sobre el nuevo orden económico internacional* (1984) o *La desconexión* (1985), donde plantea que los países subdesarrollados deben buscar alternativas al margen del capital global y sus esquemas materiales e ideológicos.

Trabajos posteriores importantes en los que sigue desarrollando estas ideas son: *Transformar la revolución: los movimientos sociales y el sistema mundial* (1990), *Gestión capitalista de la crisis* (1995), *Los desafíos de la globalización* (1996), *Espectros del capitalismo: una crítica de las modas intelectuales actuales* (1999), *El hegemonismo estadounidense y el borrado del proyecto europeo* (2000), *Globalización de la resistencia. El estado de las luchas* (2002), *La ley del valor globalizado* (2011) o *La implosión del capitalismo contemporáneo. ¿Otoño del capitalismo, primavera de los pueblos?* (2012).

En algunas de sus obras, Samir Amin busca las raíces de la situación actual en la evolución ideológica de los últimos siglos, íntimamente conectada con los procesos económicos. En esta línea destaca *Modernidad, religión y democracia: crítica al eurocentrismo y crítica a los culturalismos* (2008; versión castellana de IEPALA en 2010), un trabajo en el que el análisis riguroso del pasado sirve para poner de manifiesto las contradicciones que lastran las estrategias emancipadoras promovidas hoy día. Mi objetivo aquí es sintetizar los aspectos esenciales y las conclusiones enormemente relevantes de este libro.

Modernidad, capitalismo y religión

La primera parte está dedicada a definir la gran ruptura que supone la modernidad, época marcada por la irrupción de la idea revolucionaria de que los individuos y las sociedades «construyen su historia», y ésta no surge de la voluntad de entidades sobrenaturales. Es entonces cuando se difunde la aspiración a una sociedad regida por la razón y democrática, en la que la religión esté separada del gobierno del Estado.

Sin embargo, no por casualidad, este cambio ideológico crucial es simultáneo con el inicio del desarrollo del capitalismo, y las leyes de la extracción de plusvalía que Karl Marx define para éste añaden un sesgo «económicamente revolucionario» al proyecto emancipador de la razón hasta ese momento. De acuerdo con su análisis, el ideal social debe implicar, aparte de libertad e igualdad ante la ley, un cuestionamiento de la propiedad como derecho esencial del ser humano.

Lo cierto es que la dinámica del capital muestra una tendencia innata a la polarización social, evidente cuando se considera a escala global, pues las naciones empobrecidas del tercer mundo carecen de autonomía para revertir la situación de la que son víctimas. Nos encontramos por tanto ante un sistema de explotación impuesto en el que los desequilibrios tienden a exacerbarse sin remedio, sin que la propiedad, que resulta ser la base de todo el proceso, sea cuestionada. La realidad actual del mundo se plantea en estos términos, que deben servir de base para diseñar alternativas.

Amin considera que las religiones existentes reaccionan a los cambios socioeconómicos de formas diversas. Así, en ocasiones pueden vehicular los intentos emancipadores, como ha ocurrido en el caso del cristianismo con el movimiento husita del siglo XV o con la teología de la liberación del presente. En general sin embargo, se constata que las distintas Iglesias han aportado un sólido apoyo ideológico al conservadurismo social.

La misma ambivalencia puede encontrarse en las religiones orientales, el judaísmo o el islam. En este último, se reivindica en el libro la figura de Mahmoud Taha (1909-1985), un sudanés que lideró la lucha por la independencia de su país contra el Reino Unido y defendió una teología musulmana de la liberación que podía servir a su juicio de fundamento para políticas progresistas, lo que le valió una condena a muerte por ahorcamiento.

Culturas tributarias centrales y periféricas

Para Amin, culturas tributarias son aquéllas, previas al desarrollo del capitalismo, en las que opera un mecanismo esencial político-ideológico, mientras que la economía es simple y transparente y la desigualdad social se basa en la imposición de «tributos». El capitalismo invierte esta situación, con lo que la vida económica, regida por el mercado, se vuelve oscura y compleja, mientras que lo político-ideológico pasa a estar subordinado a ella. Este cambio implica en realidad la sustitución de la alienación metafísica o religiosa, fundamento de las culturas tributarias, por una alienación económica.

El análisis histórico detallado que se realiza en el libro indica que la cultura europea se desarrolló en dos fases distintas. Hasta el Renacimiento, la mayor parte del conti-

nente constituía una cultura tributaria periférica respecto a un centro situado en la cuenca oriental del Mediterráneo, cuyas características se describen en sus etapas esenciales: Egipto, Grecia, Helenismo y cultura árabe medieval. Todas estas civilizaciones presentaban una pujanza que les permitía actuar como núcleos irradiadores en un amplio territorio.

Después del Renacimiento, el capitalismo trasladó el centro a las orillas del Atlántico, mientras que el Mediterráneo se convirtió en periferia; este desplazamiento se disfraza convenientemente por la historiografía oficialista con el mito de una continuidad de Europa como centro de periferias africanas y asiáticas. Amin propone además que es precisamente el carácter marginal de la Europa occidental lo que favoreció el desarrollo del capitalismo, pues en la zona oriental las culturas tributarias más consolidadas oponían mayor resistencia a un cambio estructural de tal envergadura.

El modelo puede aplicarse a otros continentes. En China, el confucianismo constituye una importante y longeva cultura tributaria, que sobrevive hasta nuestros días transmitiendo su impronta al capitalismo hoy imperante. Japón mientras tanto mantiene por largos siglos una cultura tributaria feudal hasta la irrupción del capitalismo.

Resulta interesante constatar que las culturas tributarias pueden asentarse en bases ideológicas religiosas (cristianismo, islam, hinduismo) o laicas (helenismo, confucianismo, budismo). El estudio comparado demuestra que las segundas son capaces de aportar coherencia social, respeto a la racionalidad y una ética humanista sin incurrir en general en los excesos de dogmatismo e intolerancia que caracterizan demasiadas veces a las primeras.

La cultura del capitalismo: eurocentrismo e involuciones culturalistas

Con el Renacimiento se inician dos procesos íntimamente conectados: un cambio de modelo económico y la expansión colonial, pero paralelamente se produce también un cambio esencial en la mentalidad de los europeos, con el nacimiento de un sentimiento de superioridad cultural que acabará cristalizando en una teoría de la historia universal y un proyecto político mundial. Sin embargo, la pretendida «unificación» de acuerdo con ese proyecto tropieza enseguida con una realidad incontestable, que no es otra que la «polarización» progresiva del sistema mundo a medida que el proceso avanza, entre centros bien dotados y periferias en decadencia imparable.

La ideología dominante trata de obviar esta situación penosa, que obliga a cuestionar el orden impuesto, y lo hace de varias formas. En primer lugar, oscurece la propia naturaleza y mecánica del sistema económico, presentándolo como natural e inevitable. Construye además un relato mítico sobre su origen, que resulta de una especificidad cultural europea. Por último se niega a considerar el carácter global del proceso, atribuyendo el «fracaso» de las economías periféricas a rasgos suyos particulares, en lo que el racismo es un aliado esencial.

Frente a estos planteamientos, el tercer mundo ha reaccionado sobre todo con un rechazo del eurocentrismo ideológicamente impuesto, que se materializa en lo que Amin denomina un «eurocentrismo inverso». De esta forma, el debate se convierte en un duelo entre dos culturalismos, dos visiones cerradas, que compiten reivindicando una superioridad provinciana y fundamentalista. El análisis desarrollado en el libro demuestra que lo que late en el fondo de ambos esquemas es una defensa de especificidades irreductibles e historias inconmensurables entre sí. Se trata de un diálogo de sordos en el que lo razonable sería definir los elementos de una cultura auténticamente universal.

A este empeño está dedicada la última parte de la obra. Un aspecto esencial que se concluye es que una teoría social universalista debe tener como base un modelo económico del capitalismo real, que considere su carácter impulsor y agudizador continuo de desigualdades a nivel global. Habida cuenta de que ante esta situación de deterioro progresivo Occidente es un enemigo encarnizado de cualquier intento de enderezar el rumbo, la única alternativa viable resulta ser para Amin la desconexión de las naciones del tercer mundo del sistema económico global.

Este proyecto de desconexión, descrito extensamente ya en el libro de 1985 antes citado, según su autor «*no es sinónimo de autarquía o de intentos absurdos de "salir de la historia". Desconectar es adaptar las relaciones con el exterior a las exigencias prioritarias del propio desarrollo interno*». El cambio de políticas económicas para subordinarlas a los intereses de la gente va a implicar siempre la renuncia al pago de las deudas injustas e ilegítimas que lastran las economías del tercer mundo, y ha de estar apoyado por amplios movimientos sociales, sin cuya lucha democrática los intereses oligárquicos difícilmente serán derrotados. No es menos importante por último la componente ideológica del proceso, que implica «desconectarse» del materialismo y consumismo impuestos por el capital.

En el contexto que hallamos hoy en el mundo, de capitalismo depredador e imperialismo militar a su servicio, la dirección de avance sólo podrá ser hacia un nuevo orden internacional que consagre una estructura multipolar dispuesta a respetar todas las vías democráticas que los pueblos elijan para sí mismos. En opinión de Amin, el papel de Europa en esta coyuntura debería basarse en un no alineamiento que promoviera un universalismo real contra la barbarie capitalista eurocéntrica. La opción no es fácil, pero como él señala en un momento: «*El socialismo está al final de ese largo túnel*».

El hombre unidimensional, de Herbert Marcuse. Una crítica radical de la sociedad creada por el sistema capitalista

Publicado en *Rebelión* el 8 de mayo de 2024

Herbert Marcuse, filósofo alemán, admirador de Hegel y discípulo crítico de Heidegger, encontró su camino en la reevaluación del legado marxista para las nuevas fases del capitalismo, junto a sus compañeros de la escuela de Frankfurt, y nos dejó textos fundamentales sobre la psicología de los individuos de la sociedad industrial avanzada. En esta producción destaca *El hombre unidimensional*, obra de referencia de los movimientos de protesta de los 60 que ha terminado por convertirse en un clásico del análisis de la alienación de la mente humana bajo el imperio del capital. La última reedición en castellano acaba de aparecer en el catálogo de Irrecuperables (trad. de Pedro Bádenas de la Peña) e incluye la introducción de Douglas Kellner incorporada en 1991 a la segunda edición inglesa de la obra.

Nacido en 1898 en Berlín, en una familia judía acomodada, Herbert Marcuse estudió filosofía en Friburgo con Edmund Husserl y Martin Heidegger. Su tesis de habilitación dirigida por este último, finalmente no leída aunque sí publicada, se titulaba: *La ontología de Hegel y la teoría de la historicidad*. El hecho es que las ideas izquierdistas radicales de nuestro joven filósofo le enajenaron el apoyo del autor de *Ser y tiempo*, y lo llevaron a colaborar con el Instituto de Investigaciones Sociales de Frankfurt, a la sazón bajo la dirección de Max Horkheimer. Tras el acceso de Hitler al poder, Marcuse optó por la emigración y en unos meses se estableció en los Estados Unidos y se sumó a las tareas del instituto, recién instalado allí, hasta que las difíciles relaciones con Theodor W. Adorno, convertido en mano derecha de Horkheimer, provocaron un distanciamiento.

Entre 1942 y 1952, nuestro hegeliano de izquierdas fue reclutado por diversas agencias gubernamentales estadounidenses, para las que realizó trabajos sobre el régimen nazi y el diseño de una Alemania democrática y también sobre las organizaciones comunistas. En 1954, Marcuse pasó a ocupar una cátedra de Filosofía y Ciencias Políticas en la Universidad Brandeis (Massachusetts), pero la no renovación de su contrato por su activismo radical propició su traslado a la Universidad de California en San Diego, desde donde participó en las luchas por los derechos civiles y contra la guerra de Vietnam y se convirtió en una referencia de los movimientos estudiantiles en todo el mundo. En 1968 su apoyo a las revueltas del mayo parisino suscitó las críticas de otros miembros del Instituto de Frankfurt. Herbert Marcuse falleció de un derrame cerebral durante una visita a Alemania en 1979.

En la amplia producción de nuestro filósofo, algunos textos esenciales están dedicados a los pensadores que más lo influyeron. Así, *Razón y revolución* (1941) interpreta a Hegel a través de Marx, y defiende la emancipación social como única vía para un auténtico progreso del pensamiento y la libertad. *Eros y civilización* (1955) reivindica a Sigmund Freud y ensaya una síntesis de marxismo y psicoanálisis en la que la alienación capitalista podría ser superada a través de una sublimación de la sexualidad en el arte y las relaciones sociales. Otro trabajo esencial es *El marxismo soviético* (1958), que analiza la degeneración burocrática del socialismo real.

Las bases psicológicas de la alienación capitalista

El hombre unidimensional, publicado en 1964, lleva como subtítulo *Ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada* y enfila su crítica hacia los dos universos en los que ésta cristalizaba en la época: el mundo occidental y la URSS. Respecto al primero, Marcuse observa que la ciencia, dominantemente tecnocrática, esquiva problemas y tareas sociales de gran relevancia, al tiempo que los individuos son manipulados hacia el consumo a través de la imposición de necesidades ficticias. Es éste el pensamiento «unidimensional» referido en el título. Se considera, sin embargo, que el socialismo real no ofrece una alternativa válida a esta situación, pues existe una «convergencia negativa» entre las sociedades industriales occidentales y orientales, con ambas marcadas por dominación y conformidad.

Con sujetos alienados en el imperio de la mercancía, resulta inquietante la ausencia de mecanismos operativos de transformación social, pues el tinglado productivo que controla todo es el propio sistema capitalista. Incluso la clase obrera, pieza esencial de la dinámica social en la teoría marxista clásica, sucumbe a la ideología consumista, con lo que cualquier posibilidad de cambio queda gravemente deteriorada.

La única alternativa viable resulta ser entonces la rebelión que se plantea en la parte final del libro con el nombre de «Gran Rechazo». Se trataría con éste de desarrollar una mentalidad nueva a través de una evaluación crítica de nuestra vida que nos permitiera diferenciar las inquietudes legítimas, capaces de realizarnos como individuos, de aquellas otras impuestas por el mercado, que nos sumen en una espiral inagotable de acumulación autodestructiva. En esta tarea, según *El hombre unidimensional* se hace necesaria una convergencia de todos los que desde los márgenes del sistema mantienen una postura crítica contra él y perciben su perversidad.

El panorama descrito es ciertamente terrible, con unos mecanismos de dominación firmemente asentados en el interior de los individuos. En obras posteriores como *Un ensayo sobre la liberación* (1969), que tuvo como título provisional *Más allá del hombre unidimensional*, o *Contrarrevolución y revuelta* (1973), Marcuse desarrolló una posición más optimista, que se basa sobre todo en las vías abier-

tas por el psicoanálisis, capaz, como ya se había apuntado en *Eros y civilización*, de poner los instintos humanos más básicos a favor de la tarea emancipadora. Esto es posible porque la sublimación del erotismo, superadas las trabas del puritanismo judeocristiano, puede servir para fortalecer los vínculos sociales en armonía y solidaridad. De esta forma, una cultura que fue creada para la represión de la sexualidad —*Freud dixit*—, puede ser convenientemente transformada para satisfacer nuestros impulsos esenciales y aportarnos una vida plena.

Marcuse vio con claridad que en esta misión tan trascendente, el papel corruptor del mercado, a través de todos sus poderes, económicos, ideológicos y mediáticos, es capaz de bloquear el potencial liberador del arte, recurso fundamental en la catarsis que se pretende provocar. Es por ello que en su opinión la clave resulta ser siempre una crítica visceral y profunda, que nunca baje la guardia y atruene con sus carcajadas contra los filisteísmos de la mercancía y sus órdenes establecidos.

Respecto a la recepción del libro, *El hombre unidimensional* fue aclamado por la Nueva Izquierda, que se estaba constituyendo en el momento de su publicación, como un análisis del capitalismo y la lucha contra él que superaba tanto la inoperancia de la socialdemocracia como los rasgos autoritarios del comunismo soviético. A los que buscaban en esta vía, volcados en el activismo contra la guerra de Vietnam y los derechos civiles, el libro les enseñó que más allá de estas tareas concretas era necesaria una reflexión sobre la naturaleza profunda del sistema represivo. De esta forma, en poco tiempo Marcuse pasó a ser considerado el gurú de una nueva concepción revolucionaria que trataba de conjugar marxismo y psicoanálisis.

No obstante, hay que decir que junto a estas opiniones favorables, no faltaron objeciones a la obra por parte tanto de pensadores de derechas que no podían aceptar una visión tan negativa del capitalismo, como de los marxistas más ortodoxos y prosoviéticos. De fuera de estos campos, también llegaron ataques, como el de Leszek Kołakowski, que definió a su autor como un «ideólogo del oscurantismo « y le reprochó su falta de propuestas constructivas. Entre las críticas vertidas, Marcuse sólo concedió relevancia a la del politólogo consejista Paul Mattick, que en un trabajo de 1969 manifestó que el ocaso del proletariado como clase revolucionaria descrito en el libro puede no ser definitivo, si la inestabilidad y crisis recurrentes del capital propician un gran deterioro de sus condiciones de vida.

Más sugerente que programático, a los sesenta años de su publicación, *El hombre unidimensional* sigue aportando claves contra un capitalismo cada vez más senil, violento y desquiciado. La búsqueda de buenas armas psicológicas contra Moloch es sin duda una de las grandes tareas pendientes y en esto la aportación de Herbert Marcuse es inestimable.

El origen del capitalismo. Una mirada de largo plazo, de Ellen Meiksins Wood

Publicado en *Rebelión* el 16 de septiembre de 2021

Ellen Meiksins (1942-2016), descendiente de judíos letones emigrados a Estados Unidos, se especializó en el análisis histórico utilizando la teoría marxista, y fue profesora de Ciencia Política en la Universidad de York (Toronto) durante muchos años. Sus numerosos trabajos, firmados habitualmente como Ellen Meiksins Wood, añadiendo al de su familia el apellido de su primer marido Neal Wood, coautor en ocasiones, están dedicados sobre todo a la evolución política y económica de Europa desde el Medievo hasta la actualidad. Entre ellos destaca *El origen del capitalismo. Una mirada de largo plazo*, publicado en 1999 y en 2002 revisado y ampliado. La versión española es de Siglo XXI (2021, trad. de Olga Abasolo).

En la introducción de la obra, Meiksins deja clara la tesis que va a defender. El capitalismo, sistema cuyo objetivo básico es la producción y reproducción del capital, es en realidad un recién llegado a la historia, y aunque se ha querido presentarlo como resultado de una evolución natural e inevitable, y encarnación de una tendencia innata o de «racionalidad económica», esto dista mucho de ser cierto, pues este planteamiento, según ella, no se deriva del análisis de los hechos, sino de una visión muy sesgada de la naturaleza y la conducta humanas.

Un elemento esencial de la forma de vida que impone el capitalismo, ignorado incluso en el campo socialista en ocasiones, es la absoluta supeditación a los dictados del mercado, la cual resulta trágica, pues aunque éste se pretende que sea simplemente una «oportunidad», de comprar y vender, la realidad es que esconde una «coacción», capaz de convertir todos los aspectos de nuestra vida en mercancías. Las implicaciones de este malentendido se estudiarán en detalle en el libro.

El modelo mercantilista

La primera parte está dedicada al modelo más extendido sobre el surgimiento del capitalismo, el «modelo mercantil», y los debates que lo rodean. Según él, este sistema representa la «madurez» de unas prácticas mercantiles antiguas, basadas en la búsqueda de beneficio, que evolucionan en paralelo al desarrollo tecnológico. Para los autores que defienden esto, como Henri Pirenne, el capitalismo aporta un cambio más cuantitativo que cualitativo, y analizar su emergencia consiste más que nada en identificar cómo son removidos progresivamente los obstáculos que la impedían.

Numerosos historiadores expresaron sus discrepancias con esta idea. Es destacable por ejemplo la visión de Immanuel Wallerstein, que pone énfasis en la influencia de la acu-

mulación primaria en el centro del sistema-mundo debido a la expansión colonial. Karl Polanyi, por su parte, remarca la riqueza de relaciones no económicas —familiares, comunales, religiosas o políticas— en las sociedades precapitalistas, con mecanismos importantes de regulación, redistribución y reciprocidad, coexistentes con la búsqueda de beneficios, aunque no discute que el motor de la que denomina «gran transformación» sea la expansión de los mercados y el desarrollo industrial.

En *El capital*, Marx defiende que el capitalismo es resultado, no sólo de la acumulación de riqueza, sino también de un cambio en las relaciones de producción, con la imposición de la competitividad y la reinversión del excedente, y la maximización de la productividad y el beneficio. Es por esto que este sistema económico no surge de una evolución inevitable, sino que obedece a unas circunstancias concretas y es por ello posible imaginar su final. Entre los autores que se reclaman marxistas ha habido mucha discusión entre diferentes visiones, sin que consigan liberarse del todo del modelo mercantilista. Destaca, en este sentido, la aportación de Robert Brenner, que tuvo el acierto de percibir la relación entre la irrupción del capitalismo en Inglaterra y las condiciones sociales muy específicas que se daban allí.

El nacimiento del capitalismo agrario

Meiksins trata de construir un relato alternativo sobre el origen del capitalismo, acorde con los hechos históricos, y para ello comienza por desvincular este sistema de procesos que se suelen emparejar con él. Se admite habitualmente, por ejemplo, que la independencia económica de las clases burguesas en las ciudades medievales de Occidente condujo necesariamente al capitalismo, pero esto choca con situaciones similares en otros lugares y épocas en que esta evolución no se produjo. El comercio puede tener un desarrollo notable y puede haber clases dominantes que se apropien del trabajo ajeno, sin que estas relaciones estén mediatizadas por el mercado y podamos hablar de capitalismo. Un repaso a las condiciones en la Florencia de los Medici y la República Holandesa de los siglos XVI y XVII sirve para ilustrar esto.

En el medio agrario se encuentra ya captación de plusvalía en las sociedades precapitalistas, pero sólo existe capitalismo cuando ésta se basa en «*la total desposesión de los productores directos, (...) cuya plusvalía del trabajo es apropiada por medios estrictamente "económicos", (...) sin necesidad de prácticas coercitivas directas*». Teniendo esto en cuenta, el capitalismo surgió en el campo, en Inglaterra concretamente, y a partir del siglo XVI, cuando una institución vieja, como ya era el mercado, adquirió una nueva dimensión al apoderarse de todos los aspectos de la vida humana, convirtiéndose «*en el principal determinante y regulador de la reproducción social*». La situación creada se caracteriza por el imperativo de la competitividad, la acumulación y la maximización de beneficios, así como de una constante expansión que no hallamos en otras formas sociales.

La razón del cambio está para Meiksins en la centralización política del Estado inglés y el control de la propiedad de la tierra por la aristocracia, que delegaba en arrendadores y arrendatarios. Una extrema competencia entre estos últimos, basada en los imperativos del mercado, dio lugar al enriquecimiento de los más productivos y la ruina de los que lo eran menos, con lo que se llegó a la triada: propietarios, arrendadores capitalistas y asalariados, al tiempo que surgía una masa de desposeídos que sería reclutada para la industria. La comparación con lo que sucede paralelamente en Francia, donde el mercado no impone su poder y la extracción de plusvalía se realiza por medios extraeconómicos, resulta esclarecedora.

El aumento de la productividad agrícola en Inglaterra motivado por estos cambios fue el detonante de una ética que entronizaba el lucro monetario, índice indiscutido del «mejoramiento» del sistema, al tiempo que se denigraba como «irracional» cualquier derecho consuetudinario que se opusiera a la maximización del beneficio. Proliferaron así, más que nunca, los «cercamientos», para vedar usos comunales de los que muchas personas dependían para vivir, y extender además la ganadería ovina. Fue un momento aquel en que, según Thomas More, «*las ovejas devoraron a los hombres*», sin que faltara el respaldo teórico de pensadores como John Locke, que idolatraba en sus textos la productividad sobre cualquier consideración humanista.

La expansión capitalista

Los cambios en el campo abocaron a un modelo mercantil, y posteriormente industrial, radicalmente nuevo en el país, basado en la producción competitiva. El mercado llega a ejercer así su imperio en todo el tejido social, y al extenderse sin fronteras la compulsión de la acumulación, la maximización del beneficio y la mercantilización de la fuerza del trabajo, el sistema se convierte pronto en internacional. Polémicamente, Meiksins defiende que, en su opinión, «*probablemente sin el capitalismo inglés no hubiera surgido ningún sistema capitalista*».

De acuerdo con estas ideas, la autora diferencia expansiones precapitalistas, como la del Imperio español, por ejemplo, en la cual la apropiación de riquezas americanas no auspició un desarrollo capitalista, de la del Imperio inglés, en la que la trata y el colonialismo sí que robustecieron la economía, ya capitalista, del país y favorecieron la Revolución Industrial. El falaz argumento, de Locke y otros, según el cual el mejoramiento de la producción otorga derechos de propiedad, fue un elemento ideológico clave en la expansión inglesa, al aportar una nueva religión de la productividad por la que los que expropiaban a los pueblos co-

lonizados se consideraban a sí mismos benefactores de la humanidad y contribuyentes al bien global. La praxis imperial descansaba así, no sobre teorías racistas o dogmas religiosos como era costumbre, sino sobre un razonamiento puramente económico: el lucro como motor del progreso.

Se concluye que es la coerción por mecanismos económicos, por medio del mercado, lo que caracteriza el capitalismo. De esta forma, la esfera política, desgajada de la económica por primera vez en la historia, necesita ser controlada por ésta para potenciar la acumulación, con lo que los Estados-nación adquieren un rol subordinado a los imperativos del capital. En el actual mundo globalizado, el sometimiento militar y el dominio directo del colonialismo han sido sustituidos por la esclavitud económica a través de las compulsiones de un mercado capitalista manipulado para favorecer a las potencias hegemónicas.

Un capítulo final repasa las ideas de modernidad e Ilustración, que Meiksins ve como proyectos racionalistas y humanistas de lucha contra privilegios, y poco relacionados con la emergencia del capitalismo en Inglaterra. Por esto, ella cree necesario no culpar a las primeras, como se ha hecho frecuentemente, de los desastres provocados por el segundo. En consecuencia, muchos supuestos de la revuelta postmoderna no le parecen bien fundados.

Pasado que ilumina el futuro

La sumisión global a un mercado que domina todos los aspectos de la vida, absorbe la fuerza de trabajo de los seres humanos y los mata de hambre cuando no son productivos es un desafío terrible para nuestra especie. Ellen Meiksins Wood disecciona en *El origen del capitalismo* el asunto complejo y debatido del mismísimo nacimiento del engendro monstruoso, y ofrece sobre él una visión revolucionaria, que defiende con contundencia y rigor y consigue que resulte verosímil.

La teoría expuesta ilumina el pasado, pero es remarcable también por la ventaja que otorga a la hora de encarar el futuro. Según la nueva perspectiva, el capitalismo no es ya una forma de producción implícita en la naturaleza humana a la que tal vez deberíamos resignarnos, sino que se describe mejor con el símil de una enfermedad infecciosa, la cual desarrollada en Inglaterra por condiciones específicas allí existentes, se ha propagado por todo el planeta.

El origen del capitalismo nos enseña que luchar contra el imperio del mercado no es violentar nuestra esencia, sino tratar de liberarla de un morbo voraz y potencialmente letal que se ha apoderado de ella.

El robo de la historia, de Jack Goody. Desmontando las falacias del eurocentrismo académico

Publicado en *Rebelión* el 21 de abril de 2021

El antropólogo e historiador británico Jack Goody (1919-2015), formado en las universidades de Cambridge y Oxford, comenzó sus investigaciones con trabajos de campo en el norte de Ghana y análisis comparativos entre diversos grupos étnicos. En estos estudios se ocupó sobre todo de los cambios provocados en la estructura social por procesos como el desarrollo de la agricultura, la urbanización o el uso de la escritura. Ya en sus últimos años vio la luz *El robo de la historia* (2006), su trabajo más ambicioso y polémico, en el que trata en detalle cómo Europa ha impuesto su relato y su perspectiva histórica al resto del mundo. Akal acaba de reeditar la versión de esta obra que publicó en 2011 (trad. de Raquel Vázquez Ramil).

En la introducción del libro, Goody describe cómo durante sus trabajos en África comenzó a tener conciencia de que la pretensión de los europeos de haber inventado instituciones como la democracia, la familia nuclear o el mercado no se ajustaba a los hechos. En su opinión, la comparación de modelos en los tres continentes del viejo mundo invitaba a desechar la singularidad de Europa, a favor de un patrón mucho más unitario, en el que luego era posible discernir particularidades locales. De todas formas, en descargo de la mentalidad europea, debe reconocerse que el etnocentrismo es un fenómeno muy común por todas las latitudes.

De acuerdo con estos planteamientos, el primer objetivo de *El robo de la historia* es sopesar la validez de la genealogía que propone, como modelo universal, una evolución de la Antigüedad al feudalismo y luego de éste al capitalismo. En la segunda parte, se discuten las ideas de tres autores muy influyentes que privilegian esta línea de progreso sobre cualquier otra, y en la tercera y última se analiza el empeño de los europeos por ser fundadores y custodios de instituciones mucho más extendidas de lo que se supone.

Los mitos de los mitoclastas

Occidente ha universalizado su cómputo del tiempo, fundamentado en gran parte en las enseñanzas del cristianismo, aunque hoy día se desarrolle, sólo en ocasiones, una actitud secular. También ha impuesto su «centralidad espacial» a partir del meridiano de Greenwich, y sus períodos históricos. La filosofía es casi por definición una cuestión europea, así como la teología o la literatura, y sólo recientemente se han consolidado a nivel académico los estudios comparativos. Si intentamos comprender cómo se llegó a este dominio, un momento clave es la Antigüedad clásica, referencia uni-

versal invocada continuamente. Sin embargo, la especificidad de esta época es altamente discutible, como muestra un recorrido por la historia de otras regiones del viejo mundo.

En el aspecto crucial de la «invención» de la democracia, por ejemplo, es fácil demostrar que la representatividad, en distintas formas, ha sido un ideal perseguido en sus instituciones por numerosos pueblos de África, Europa, Mesopotamia, India o China. Hay que señalar, además, que en Grecia la democracia coexistía con la tiranía. El análisis del concepto de «libertad individual» arroja resultados similares. Por otro lado, diversos autores han puesto de manifiesto sólidas conexiones entre Grecia, Oriente Medio y el norte de África. En resumen, por lo que respecta a la Antigüedad, es difícil reconocer la marcada singularidad de Grecia que sirve de mito fundacional a la historia de Occidente.

El feudalismo se corresponde con una época de «decadencia catastrófica» de Europa occidental, en la que ésta constituye una auténtica excepción cuando se observa con una perspectiva global. El análisis evidencia que no se trata, de ningún modo, de una fase «progresiva» en el desarrollo tecnológico y que la recuperación económica sólo se produjo con la apertura comercial hacia las urbes del Mediterráneo oriental. Para Goody, la búsqueda de un «feudalismo universal» es un error, y el capitalismo no requiere esta etapa previa como condición necesaria, como demuestra la historia reciente de Asia.

Se critica después el mito del Asia despótica e incapaz de innovaciones a través de tres ejemplos extraídos de la historia del Imperio turco: la rapidez y eficacia de la adopción de armas de fuego por el ejército del sultán, la organización de la agricultura en unidades familiares de explotación, y el mundo del comercio. La conclusión es que aquel imperio se parecía más a Europa de lo que se ha querido admitir. Por otra parte, la comparación con China ofrece resultados similares y desmonta completamente la invocación a un Oriente atrasado y anquilosado.

Tres desbarres académicos

El bioquímico británico Joseph Needham desarrolló también una importante labor como historiador de la ciencia china. Sus estudios en este campo lo llevaron a investigar por qué a pesar de los éxitos de ésta en muchas disciplinas hasta la Edad Moderna, Occidente se impuso claramente después en la competencia tecnológica, el que se conoce cómo «Problema de Needham». Según este autor, el factor determinante fue el surgimiento en Europa, en contraste con la estructura social burocratizada de China, de una clase dinámica y emprendedora, la burguesía, que fue capaz de potenciar el desarrollo del capitalismo y la ciencia moderna. Goody, sin embargo, desconfía de esta explicación y presenta numerosos datos que muestran cómo la sociedad china exhibe una sorprendente capacidad de mutación y adaptación en diferentes momentos de su historia. El adelanto de Europa tuvo lugar sobre todo en los siglos XIX y XX, y debe relacionarse con la catástrofe social inducida por la agresión colonial. En el presente estamos viendo, sin embargo, cómo este sobrepaso no marca una tendencia inmutable.

El sociólogo alemán Norbert Elias representa un caso extremo de eurocentrismo con su identificación de la civilización con un contexto exclusivamente europeo en su libro *El proceso de la civilización* (1994). Para él, es sólo con la aparición en Europa de monarquías absolutas tras el Medioevo, cuando se impone el refinamiento como forma de subrayar las divisiones sociales. En ese momento, las restricciones externas al comportamiento se interiorizan, en una serie de procesos explicables a través del psicoanálisis y que determinan el progreso cultural. Sin embargo, no es difícil comprobar que esta evolución no es exclusiva de Europa, y Goody muestra cómo se produjo, por ejemplo, en el Japón del siglo XI; según él la obra de Elias ofrece un amplio catálogo de los errores a los que conducen las generalizaciones basadas en prejuicios etnocéntricos.

El historiador francés Fernand Braudel critica la correlación que establece Max Weber entre el capitalismo y la ética protestante, y atribuye la irrupción de este sistema económico al carácter dinámico de Occidente cuando se le compara con las estáticas sociedades orientales. Para Goody, sin embargo, esto es una simplificación excesiva. Los metales preciosos salían al comienzo de la Edad Moderna de los circuitos occidentales camino de Asia, lo que muestra la pujanza de la economía de ésta, y que allí también había «ansia de oro», pero esta ambición era canalizada por medios pacíficos, a través del comercio, y no de guerras de conquista colonial. La asociación de Braudel del capitalismo con el desarrollo de las ciudades y sus libertades choca con las características de las urbes chinas de la misma época, y con el sometimiento final al poder real que se dio en Europa. La discusión pone de manifiesto el sesgo teleológico de muchos de los planteamientos de Braudel.

Goody concluye sintetizando los argumentos expuestos en un nuevo modelo ciertamente revolucionario. Se trataría de describir las transformaciones a nivel global desde la Edad del Bronce sin dar carácter universal a los períodos que se distinguen en Europa. Podríamos hablar así del surgimiento de culturas urbanas en diversas regiones del planeta, y posteriormente de la irrupción de las grandes civilizaciones clásicas mundiales. El colapso medieval de Europa sería un proceso local, que iría seguido de una recuperación por la renovación de las ciudades de Occidente y su comunicación comercial con las de Oriente. Finalmente, la mecanización de su producción por las culturas mercantiles en diferentes áreas daría lugar a los cambios económicos observados a nivel mundial. Con este planteamiento, resultan superfluas categorías universales que oscurecen más que

aclaran, y se podría consolidar un nuevo paradigma, sin teleologías y alejado de los esquemas eurocéntricos.

Otros latrocinios

La tercera parte de la obra repasa cuestiones como el papel atribuido a las ciudades y universidades medievales en el «despegue» de Occidente. Aquí también se demuestra que la singularidad europea no se asienta en suelo firme, y lo mismo puede decirse respecto a conceptos como racionalidad, humanismo, democracia o individualismo, estudiados en otro capítulo. Son especialmente interesantes los datos que se aportan sobre la situación en la China clásica, sin un credo dominante y con una gran influencia del confucianismo y su perspectiva secular sobre el mundo. Frente a esto, resulta absurdo encarecer las virtudes del humanismo renacentista o la Ilustración. Es cierto además que los altos valores alumbrados en Occidente no se notan en sus guerras de conquista ni en la depredación colonial y postcolonial que lleva a cabo por todo el mundo.

Un capítulo final analiza la idea, muy extendida —D. de Rougemont, N. Elias, C. S. Lewis, G. Duby—, de la «invención» del amor romántico por los trovadores en el siglo XII. Goody multiplica los ejemplos por muchos lugares y épocas para mostrar lo quimérico de esta suposición. La importancia de la familia reducida en Europa es otro aspecto en el que se han querido ver argumentos para la especificidad de su sociedad y el origen del capitalismo, pero también esta influencia resulta muy discutible.

Para superar el eurocentrismo

El leitmotiv de la obra es poner en evidencia la apropiación por Occidente de un gran número de elementos culturales clave, a través de un proceso largo y complejo que se describe pormenorizadamente. Por medio de esta trapacería, el pensamiento dominante ha fantaseado una singularidad histórica en Europa que se remonta a miles de años atrás y conduce necesariamente al capitalismo. Puede decirse, en conclusión, que a la expansión militar colonial y a la dominación económica ha sucedido la imposición de un relato que nos trata de presentar todas estas desgracias como inevitables.

El robo de la historia desnuda la inconsistencia del entramado tejido por la historiografía oficial, y muestra el carácter falaz de la predestinación de Europa. La realidad que deja entrever es que los estadios esenciales del desarrollo económico y social se originan en muchos casos en diversas regiones y con particularidades locales, para extenderse luego por todo el orbe.

Jack Goody aporta en este libro un copioso caudal de erudición para desmantelar el mito de la exclusividad europea. Éste resulta ser al fin, simplemente, otra penosa forma de etnocentrismo y una justificación ideológica de la masacre colonial.

Al otro lado de la modernidad, de Enrique Dussel. Bases para un diálogo no eurocéntrico sobre la historia mundial

Publicado en *Rebelión* el 7 de agosto de 2024

En este libro el historiador Javier García Fernández ha reunido una selección de textos del recientemente fallecido Enrique Dussel, correspondientes a la época entre 1995 y 2012 en la que éste se centró en el estudio de las fases tempranas de la modernidad occidental y el efecto en ellas de la conquista de América. Se presentan así de forma concisa contribuciones esenciales de Dussel al ideario decolonial, como su reivindicación de los cambios civilizatorios, y no sólo económicos, del período entre 1492 y el siglo XVII, o el carácter decisivo de este tiempo en el desarrollo del capitalismo. Otra aportación valiosa de estos textos es el énfasis en la superación del eurocentrismo como límite que constriñe nuestro pensamiento. El libro trae un prólogo de García Fernández y un epílogo con una nota biográfica sobre su autor de Katya Colmenares Lizárraga.

Enrique Dussel nació en Mendoza (Argentina) en 1934 y elaboró una ingente obra en la que la historia latinoamericana es campo de reflexión recurrente, abordada desde una perspectiva en la que late siempre un compromiso humanista con los vencidos y los excluidos. Él fue uno de los principales impulsores de la filosofía de la liberación en los 70, época en la que la represión en su país le obligó a exiliarse en México. Dussel residió hasta su fallecimiento en 2023 en el país azteca, y en sus últimos años colaboró con el partido Morena, que alcanzó el poder en 2018.

Los dos primeros textos recogidos en el volumen corresponden a conferencias impartidas en Fráncfort que pasaron luego a ser capítulos del libro: *1492. La ocultación del otro. El origen del mito de la modernidad* (1995). En ellos se reflexiona sobre el «descubrimiento» como una «negación del Otro americano» por parte de un «Ego moderno europeo» que nace en ese momento. A esta relación asimétrica de reconocimiento frustrado, la «conquista» superpone la aún más rotunda asimetría de la dominación, y el Otro es forzado a asimilarse al colonizador. Repasar la historia de Hernán Cortés en México sirve a Dussel para comprobar cómo no se trata del «encuentro de dos mundos» que se ha querido ver a veces, sino de la destrucción de uno por otro que lo obliga a parecerse a él. El varón conquistador impone trabajo esclavo a la población india y dominación sexual a sus mujeres, y construye una sociedad basada en esta opresión.

Una historia no eurocéntrica

Se incluye después un fragmento del prólogo añadido por Dussel a una reedición en 1998 de su *Ética de la libe-*

ración, en el que utilizando algunos datos de otros autores, como Immanuel Wallerstein, se propone una periodización de la historia universal que trata de ir más allá del eurocentrismo. Según este análisis, en el siglo XV Europa no tenía ninguna superioridad tecnológica, política ni comercial sobre China, y el hecho de que fuera en la primera donde se desarrolló la modernidad fue debido exclusivamente a la conquista de América, que produjo una reconfiguración del sistema-mundo en la que Europa se constituyó como centro. Las 18 000 toneladas de plata que a ella llegan entre 1503 y 1660 de las minas mexicanas y peruanas y el valor —en sentido marxista— extraído de las plantaciones con trabajo esclavo, van a financiar una estructura en la que España es la potencia hegemónica al comienzo, y enseguida es relevada por Holanda y Gran Bretaña.

La fase de dominio español representa una modernidad renacentista con un proyecto de «imperio-mundo» basado en poder militar y económico e imposición de una lengua y una religión. Esta etapa tiene gran trascendencia pues en ella se plantea una discusión sobre el «derecho a la conquista» de los europeos que desaparece después. Cuando la tentativa del «imperio-mundo» fracasa con la abdicación de Carlos V, es sustituido por un «sistema-mundo», más simple, fundado en el imperativo económico y para cuya gestión surge la modernidad científica, en un principio con base en la Ámsterdam de Descartes y Spinoza. Entramos en el mundo de la razón instrumental.

La evolución posterior viene marcada por el desarrollo paralelo de capitalismo y modernidad que nos ha traído a la penosa situación actual. Cuál debería ser entonces nuestra postura hoy respecto a la modernidad, si asumimos una perspectiva que pretenda la liberación de los seres humanos. Para Dussel se trataría de salvar de ella su racionalidad, para orientarla a una superación cabal de la estructura perniciosa del sistema-mundo en un proceso en el que el rol de la periferia ha de ser esencial. Sólo así puede enfrentarse el desastre ecológico y social que amenaza al planeta en estos momentos. Con este planteamiento y refutado el eurocentrismo se afronta el reto de poner en su valor las tradiciones de pensamiento que desde todas las esquinas del sistema-mundo aportan sus análisis para construir un proyecto global emancipador.

Visiones de la modernidad

Se incluyen también en el volumen dos capítulos de *Política de la liberación: historia mundial y crítica* (2007), en los que se insiste en la trascendencia de la incorporación de América a la historia de Occidente y el rol decisivo de personajes como Juan Ginés de Sepúlveda, Bartolomé de las Casas, Francisco de Vitoria o Francisco Suárez, a la hora de definir el pensamiento de la primera fase de la modernidad, caracterizada por el establecimiento de una economía basada en la explotación de indios y negros. Se repasa luego la historia del esclavismo en África ya desde el siglo IX, y cómo a ella se suman los portugueses en 1441 y después casi toda Europa.

En un capítulo recogido de *Marx y la modernidad* (1995) se analizan las ideas de este autor sobre la conquista, que según él aporta, con base en trabajo esclavo, la primera moneda mundial: el oro y la plata americanas. La visión del de Tréveris sobre la dinámica del capital resulta también esencial, pues profetiza cómo, de no ser detenida, conduce a la destrucción del planeta, inmolado en el altar de la tasa de ganancia. Y el desastre para la humanidad no sólo es por la explotación, que a veces se convierte en un privilegio, sino también en muchos casos por la exclusión de grandes masas de población de la maquinaria económica.

Sistema-mundo y transmodernidad (2004) define este último concepto como un más allá trascendente de la modernidad occidental, en el que todas las culturas mundiales asumen el reto de expresarse en lo que podría ser un lenguaje interinteligible, sensible a múltiples esquemas comunes y con riqueza infinita de matices. Se muestra el carácter aún eurocéntrico de la postmodernidad, y se ve la civilización china como un ejemplo del objetivo que se pretende. Pujante hasta el siglo XIX, esta rica cultura experimenta entonces un declive debido al colonialismo, pero se recupera actualmente, reivindicando sus raíces y buscando su lugar en un diálogo entre iguales.

Sobre estos asuntos se insiste en los trabajos finales del volumen, que aportan ideas para un diálogo entre tradiciones filosóficas diversas, basado en el reconocimiento de problemas universales. Resulta muy interesante en este sentido la comparación de textos presocráticos con otros de la tradición taoísta o hinduista, o la caracterización de elementos míticos en autores tenidos como filósofos «pata negra» de Occidente, como Kant o Hegel. El colonialismo filosófico es una triste realidad que impregna nuestro pensamiento, y debe ser combatido paralelamente a la explotación económica que lo ha acompañado.

Al otro lado de la modernidad espiga la vasta producción de Enrique Dussel y consigue reunir en un libro de apenas doscientas páginas los textos esenciales que sintetizan su acercamiento al rol crucial de la conquista de América en la historia mundial y a la necesidad de superar el eurocentrismo, así como a las vías para lograrlo. Tenemos que agradecer a Javier García Fernández el trabajo realizado en la selección de estos textos, pues a través de ellos accedemos a los momentos clave en la evolución de un pensamiento valioso para comprender cómo se incubaron todos los problemas del presente.

Castoriadis en su tiempo, de Juan Manuel Vera. Un pensamiento emancipador perfilado a través de las turbulencias del siglo XX

Publicado en *Rebelión* el 13 de diciembre de 2023

Cornelius Castoriadis, tras unos años en Atenas, desarrolló su vida y su pensamiento en Francia, donde llegó recién concluida la Segunda Guerra Mundial. En su país de adopción, el marxismo y la militancia trotskista dejaron paso progresivamente a una visión original, consejista y libertaria, que iluminada por intuiciones del psicoanálisis, reivindica la imaginación como proyecto del mundo futuro, al tiempo que defiende una política basada en la autoorganización de seres libres, más allá de cualquier reflejo determinista.

Este cambio de coordenadas se produjo en una época de profundas conmociones, y ello invita a estudiar la influencia que éstas pudieron tener en él. En *Castoriadis en su tiempo*, recién publicado por La linterna sorda, el economista Juan Manuel Vera realiza un recorrido minucioso por los procesos históricos de los que Castoriadis fue testigo y analiza cómo marcaron su ideario. La exposición permite concluir que en una época en la que la revolución social ha devenido en algo impensable, este autor nos ofrece herramientas originales para abordar la labor imposible. La suya es una apuesta radical y lúcida para comprender la crisis del pensamiento emancipador en su confrontación con el capital a lo largo del calamitoso siglo XX.

Contra el estalinismo

Nacido en 1922 en Estambul, Cornelius Castoriadis realizó en Atenas estudios de Derecho y Ciencias Políticas y Económicas y comenzó muy pronto su militancia —lo que tenía sus riesgos bajo la dictadura de Metaxás— primero con los comunistas prosoviéticos y después con los trotskistas. Sobrellevó luego la ocupación alemana del país, y concluida ésta, ante la inminencia de una guerra civil en la que los trotskistas iban a ser perseguidos tanto por los gubernamentales como por los comunistas, decidió aprovechar la beca que se le ofrecía para ampliar estudios en Francia y abandonó su tierra. En estos meses cruciales, el joven militante sentía cómo la desazón que le producían comportamientos que observaba en los partidos comunistas, cristalizaba en una convicción política de que éstos debían ser considerados simplemente máquinas de poder en lucha por establecer nuevas sociedades de dominación.

En París, Castoriadis continúa su militancia trotskista y en 1948 ingresa como funcionario en la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), un empleo bien remunerado que le dará estabilidad. Desde entonces su vida está dedicada a su actividad profesional y a las aportaciones teóricas que, con seudónimos diversos, va realizando en revistas; sólo utilizará su nombre a partir de 1970, cuando consiga la nacionalidad francesa. Emprende además dos proyectos de tesis doctoral, pero ninguno de ellos llegará a ser defendido.

Vera analiza la situación del trotskismo francés en la posguerra, aislado tras su penosa equiparación de los dos bandos del conflicto. En esta época, nuestro filósofo participa en los debates que surgen dentro del movimiento, rechazando la concepción de la URSS como un Estado obrero y definiéndola como la dictadura de una nueva clase burocrática. Él y otros que defienden esto terminarán en el verano de 1948 por distanciarse definitivamente para constituir el grupo Socialismo o Barbarie (SoB), nacido con la intención de oponerse al «campismo», esto es, a la opción de tomar partido, en la coyuntura internacional que se vivía y aunque fuera críticamente, por uno de los campos enfrentados, ya fuera el del socialismo real o el democrático-burgués.

En sus artículos de estos años, Castoriadis impugna el sistema impuesto en la URSS, que no considera socialista, y defiende como alternativa la gestión obrera de la producción y la sustitución del poder del partido por un control democrático por parte de los órganos autónomos de los trabajadores. Vera recuerda las aportaciones diversas que encuentran acomodo en la revista que, con el mismo nombre de *SoB*, se empieza a publicar en 1949, y en la que confluyen trotskistas heterodoxos, libertarios, consejistas y bordiguistas.

Hungría y mayo del 68

Tras la muerte de Stalin, las expectativas abiertas por el liderazgo de Nikita Jruschov y el XX Congreso del PCUS en febrero de 1956, se vieron frustradas a finales de ese mismo año por la ocupación soviética de Hungría, con la que expresaron su disconformidad incluso intelectuales como Jean Paul Sartre, fuertemente comprometido con las políticas del Kremlin en ese momento. SoB vio en aquellos hechos una confirmación de sus tesis y pronósticos, y alabó el tono ampliamente consejista y democrático de la insurrección, que señalaba un camino plausible contra la dictadura burocrática. El entusiasmo de Castoriadis es evidente en sus escritos de esta época, pero agudamente previene contra el retorno de una dominación de los partidos a través del señuelo de unas «elecciones libres». La única democracia posible, según él, es la directa de los consejos obreros, complementada con la autogestión en todas las esferas de la sociedad.

Otro tema de reflexión para Castoriadis en este tiempo es la evolución del capitalismo. Su análisis cuestiona principios esenciales del marxismo, pues defiende que el proletariado se ha difuminado en la sociedad contemporánea

como sujeto emancipador. Como alternativa, él propone a los revolucionarios transformarse en un movimiento global que impugne muy diversos aspectos de la vida bajo el capitalismo. Estas ideas son criticadas dentro de SoB y en 1963 se produce una importante escisión que preludia su disolución en 1967.

Las conmociones de mayo de 1968 en Francia son vividas con satisfacción por Castoriadis. En un texto escrito en aquellas semanas, reconoce la energía revolucionaria de la insurrección, aunque ve difícil encauzarla en un proyecto con posibilidades de éxito. Insiste en la necesidad de una organización basada en principios antijerárquicos y de autogestión.

Nuevos retos intelectuales: psicoanálisis y La institución imaginaria de la sociedad

En 1970, Castoriadis deja su puesto en la OCDE y tres años después comienza a trabajar como psicoanalista. Trata con esta labor de profundizar en el conocimiento de la dimensión social e histórica de la psique y enriquecer con ello la teoría revolucionaria que viene elaborando desde hace años y que va a ver la luz en 1975 con la publicación de la que muchos consideran su obra maestra, *La institución imaginaria de la sociedad*. En este trabajo, nuestro pensador, en un ajuste de cuentas con Lévi-Strauss, Foucault, Lacan y Althusser, destaca el rol de los significados imaginarios en la construcción, mantenimiento y cambio de la organización de la sociedad. Frente al determinismo imperante, se propone la imaginación como rasgo esencial que está en el origen de todo lo representado o pensado, de todo lo racional. De esta forma, el orden social interiorizado en cada uno de nosotros obedece a una institución cuyo fundamento es una componente imaginaria. Con las visiones de otros se montó el entramado que nos oprime, pero somos libres para encontrar mundos nuevos a través del pensamiento. El dinamismo de la psique puede romper los esquemas que tratan de imponernos.

La influencia intelectual de Castoriadis no va a dejar de crecer tras la publicación de esta obra, y así comienza a desplegar una intensa actividad en instituciones de gran prestigio académico, mientras en sus escritos amplía su visión con el concepto de «autonomía», que plantea una alternativa tanto al totalitarismo como a la falsa democracia del capitalismo. Contra las sociedades «heterónomas», basadas en una ley ajena a ellas, dictada por Dios, la naturaleza, los antepasados o un determinismo histórico, él propone una sociedad capaz de modificar por su libre decisión, en cualquier momento, sus instituciones. Sin embargo, reconoce que la alienación a que nos somete el capitalismo favorece en la actualidad tanto el conformismo como la resurrección de viejos monstruos, en forma de integrismos religiosos y populismos de todo tipo.

Estas ideas irán siendo presentadas en sucesivas recopilaciones de ensayos que con el título *Las encrucijadas del laberinto* irán apareciendo en 1978, 1986, 1990, 1996 y 1997. La última entrega, *Figuras de lo impensable*, se editó póstumamente en 1999. En palabras de Vera, estos textos constituyen «*un intenso llamamiento a la responsabilidad individual y social frente a la trivialización capitalista del ser humano*».

Nuevos malos tiempos

Respecto a la cambiante situación internacional de esta época, Castoriadis se manifestó escéptico ante los intentos de Gorbachov de reformar el régimen soviético, y creía que el Ejército no iba de ninguna forma a tolerar la implosión que terminó produciéndose. Al final saludó la desaparición de la construcción dictatorial que tanto había criticado, pero lamentándose al mismo tiempo de que en ese momento de ruptura no hubiera sido posible reconstruir la sociedad con otros criterios que los del capital.

En el mundo occidental, la ofensiva neoliberal de Thatcher y Reagan supuso una revolución individualista y antiestatista que no fue revertida cuando la izquierda volvió al poder con Blair y Clinton. En este tiempo, Castoriadis contempla con preocupación la deriva de la sociedad occidental «hacia el conformismo y la insignificancia», patrones que revelan en realidad una atrofia de la libertad. Ya en los 90, al final de su vida, es consciente de asistir a un cambio de era, con un capitalismo triunfante que ha logrado desactivar en todos los ámbitos las resistencias contra él de décadas anteriores.

El fallecimiento de Cornelius Castoriadis en 1997 interrumpió proyectos ambiciosos, en los que reivindicaba un cambio revolucionario en las instituciones de la sociedad. Convencido del potencial de la libertad humana, catalizado por la creatividad de su psique, se sentía capaz de proponer una reformulación de todas las estructuras sociales a través de una idea básica: «*Lo que hay que cambiar son las actitudes del hombre contemporáneo y la sociedad contemporánea, cambiar la idea de sus fines en la vida, de lo que es importante, de lo que somos y debemos ser unos para otros*».

Un pensador imprescindible del siglo XX

Castoriadis desarrolló su pensamiento a través de experiencias y reflexiones sobre algunos de los acontecimientos decisivos del siglo XX. En sus primeros años, criticó con dureza la dinámica opresiva del capitalismo y el ciego y cruel solipsismo de la burocracia soviética, pero, constructivo también, halló una alternativa de organización social en la democracia obrera, lo que le hizo contemplar con entusiasmo la insurrección de Hungría en 1956. Su gran aportación teórica llegó, no obstante, años después con *La institución imaginaria de la sociedad*, un trabajo en el que sociología y

psicoanálisis se hermanan para guiar un camino de creación libertaria contra la alienación capitalista.

Castoriadis en su tiempo de Juan Manuel Vera, generosamente anotado e ilustrado con fotografías y documentos, da cuenta de un periplo vital e ideológico, sin perder de vista las convulsiones de una época sombría, que condicionaron al hombre y al filósofo. En esta era de incertidumbre y fracaso de los proyectos emancipadores, cruel legado del siglo XX, resulta imprescindible regresar a un pensador que nos demuestra a cada paso que existe vida más allá de los desastre del imperio de la mercancía, del capital y sus Estados, y que tenemos la llave para hallarla en el poder de nuestra imaginación.

Movimientos antisistémicos, de Giovanni Arrighi, Terence K. Hopkins e Immanuel Wallerstein. Historia y estrategias de las luchas contra el capital

Publicado en *Rebelión* el 27 de noviembre de 2024

Los tres autores del libro colaboraron estrechamente durante muchos años en el centro de estudios sociales Fernand Braudel —adscrito a la Binghamton University (Nueva York)— y uno de los frutos de esta asociación fue *Movimientos antisistémicos*, publicado en 1989 agrupando seis ensayos en los que se pasa revista a las formas de resistencia contra la acumulación del capital que han ido surgiendo a lo largo del tiempo, y se pone de manifiesto la necesidad de una coordinación de las luchas a todos los niveles. La obra acaba de ser reeditada en castellano por Verso con traducción de Carlos Prieto del Campo y un prólogo de Beverly J. Silver, que señala la relevancia del texto en un momento en que resulta evidente la urgencia de estrategias transnacionales contra un capital cada vez más globalizado.

En las trayectorias de Giovanni Arrighi (1937-2009), Terence K. Hopkins (1920-1997) e Immanuel Wallerstein (1930-2019) destaca su dedicación al análisis del sistema-mundo capitalista, plasmada en innumerables trabajos y facilitada por su experiencia sobre el terreno en países del tercer mundo. De hecho, Arrighi y Wallerstein se conocieron en el University College de Dar es-Salam (Tanzania), después de que el primero fuera expulsado de Zimbabue en 1966 por el Gobierno racista de aquella nación llamada entonces Rodesia.

Los Estados en el sistema-mundo

A mediados del siglo XIX, con un impulso decisivo en el año revolucionario de 1848, se produce un cambio trascendental cuando comienzan a organizarse movimientos antisistémicos con dos objetivos diferentes: la liberación social y la emancipación nacional, que compiten entre sí, aunque a veces se hacen compatibles. En general, los dos tipos de movimientos comparten una meta, que es conquistar el Estado y proponen estrategias variadas para ello, que van de la persuasión política —vía reformista—, al uso de la fuerza —vía revolucionaria—. Es importante constatar que a partir de entonces partidos socialdemócratas reformistas han gobernado países del núcleo del sistema-mundo en numerosas ocasiones, mientras que partidos comunistas revolucionarios lo han hecho en naciones de la periferia. Además de esto, muchos movimientos nacionalistas han logrado constituir Estados nuevos. Sin embargo, todos estos avances en ningún caso han alcanzado los propósitos iniciales antisistémicos con que surgieron estos movimientos, lo que demuestra la resiliencia del orden establecido por el capital.

Un análisis de los procesos de liberación nacional evidencia que a pesar de sus éxitos, los nuevos Estados han sufrido las relaciones desiguales del sistema global, al tiempo que dentro de ellos la lucha de clases proseguía con nuevas características y graves limitaciones para cualquier objetivo emancipador, debido al contexto internacional. Los autores concluyen que es necesario establecer una clara diferencia entre las luchas de liberación nacional y la lucha de clases a escala mundial que podría ser capaz de construir realmente el socialismo, superando el capitalismo globalizado, pues la centralización creciente del capital y el endeudamiento de los Estados periféricos se convierte en una traba fatal que hace imposible el progreso. Esta coyuntura exige un fortalecimiento de los vínculos transnacionales que permita la configuración como sujeto político de las clases reales existentes en el tablero mundial en la fase actual del capitalismo.

El significado de 1968

Tras la Segunda Guerra Mundial, la clase obrera en Occidente tiende a estabilizar sus efectivos al tiempo que crece en la población el porcentaje de profesionales asalariados y empleados de servicios, en ocasiones etnizados. Así, en esta época se observa el desarrollo de nuevos movimientos sociales de diverso tipo; ecologistas, feministas o de liberación racial, que critican las estrategias escasamente antisistémicas dominantes en la izquierda institucional.

Los acontecimientos de 1968 resultan esenciales a este respecto. En el libro se apuran las similitudes con lo ocurrido en 1848, otra «revolución fallida», que cambió el mundo. Si en aquel estallido del XIX puede decirse que nacieron los movimientos emancipadores, en el del XX lo hicieron los que venían a sustituir a los antiguos, a los que ya se veía condenados a la impotencia, ya fuera por «ineficacia socialdemócrata» o por «burocracia de socialismo real».

En París, México, USA, Tokio y otros lugares, lo ocurrido aquel año fue una explosión de rabia y descontento

cuyo éxito momentáneo sorprendió a todos: al sistema, a la vieja izquierda e incluso a sus líderes. ¿Cuál es el legado de aquello? Los autores señalan un giro en la capacidad de actuación del imperialismo, y apuntan que la Ofensiva del Tet fue aquel mismo año y supuso el principio del fin de la ocupación de Vietnam y un impulso a la resistencia en muchos lugares del mundo. Por otra parte, la revolución en las formas de vida dinamizó la lucha por los derechos de las minorías y la igualdad de género. Además, a partir de aquel momento regímenes dictatoriales de diverso signo, en el sur o el este de Europa, por ejemplo, dieron paso a democracias formales aunque sin un cuestionamiento del capitalismo que hiciera posibles cambios sociales de envergadura.

Más allá de esto, se interpreta que los cambios producidos en 1968 prefiguran en realidad otros más profundos, que los autores vaticinan mientras escriben en 1989. Así, apurando la comparación con 1848, ellos sugieren que al igual que la organización antisistémica que nació aquel año facilitó los intentos posteriores, comenzando con la Comuna de París y siguiendo con las revoluciones del siglo XX, el espíritu imaginativo y rupturista del 68, en una época marcada por la pérdida de poder de los Estados ante el capital globalizado, podría inspirar la necesaria dimensión transnacional de los movimientos antisistémicos. En este sentido, hay que decir que la profecía parece cumplirse, ya que a partir de 2001, las reuniones de Foro Social Mundial supusieron un impulso en la organización y búsqueda de estrategias contra el capital en el mismo campo de batalla globalizado que éste ha escogido.

Movimientos antisistémicos nos transporta a aquel agitado 1989 en que la historia se aceleraba con la URSS a punto de implosionar, un rol cada vez más activo del tercer mundo y la izquierda discutiendo si había que apoyar a Sadam Huseín o a Jomeiní, porque éste se oponía al imperialismo norteamericano. A toro pasado, en 2024 podemos constatar que, aparte de los procesos positivos indicados en el párrafo anterior, el nuevo milenio ha traído más que nada el recrudecimiento de tendencias enormemente preocupantes, como el auge de derechas extremas en Europa y Norteamérica, consecuencia en gran parte de la crisis de inmigración provocada por la pauperización y guerras que el capital impone en sus áreas periféricas.

Sin embargo, la situación es peor aún cuando consideramos que la nueva mentalidad que nació en 1968 ha resultado determinante para la expansión en las últimas décadas dentro de la izquierda del *wokismo* y su cultura de la cancelación. Este movimiento, captado por el capitalismo en muchos casos, adolece además de aspectos discutibles, e incluso grotescos, que han proporcionado abundante munición a las derechas en su guerra ideológica contra el pensamiento emancipador.

Los límites del keynesianismo, de Dominic Alexander. Sobre el progreso de la clase obrera en el capitalismo

Publicado en *Rebelión* el 14 de febrero de 2024

Qué validez tienen las recetas para humanizar el capitalismo, de forma que reduzca las desigualdades y permita una auténtica mejora de las condiciones de vida de los que sufren explotación económica. El esquema propuesto por John Maynard Keynes (1883-1946) goza de gran prestigio y alienta las esperanzas de una izquierda que ha renunciado a la impugnación del sistema global para concentrarse en su reforma. Pero a dónde conduce esta estrategia realmente.

La cuestión es crucial, y a ella dedicó el activista e historiador británico Dominic Alexander en 2018 un esclarecedor texto que acaba de ser publicado en castellano por Bellaterra (trad. de Antoni Soy i Casals). *Los límites del keynesianismo* se marca como objetivo examinar los aspectos clave del ideario del economista británico a la luz de la teoría marxista, lo que pone de manifiesto sus aportaciones, pero también su debilidad al renunciar a una crítica de fondo del entramado capitalista. Una presentación del traductor repasa la trayectoria del autor del libro y de *Counterfire*, la organización marxista y revolucionaria de la que éste es activo colaborador.

Keynes y Marx, frente a frente

La teoría económica ortodoxa tiende a considerar el capitalismo como un sistema estable en el que las crisis que pueden surgir son corregidas y superadas por la mano invisible del mercado. Sin embargo, la magnitud y persistencia de la Gran Depresión, que comenzó en 1929, planteaba un reto a los modelos estándar y ello llevó a Keynes en 1936 a exponer otro alternativo en su *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*. En esta obra se dibuja un panorama nuevo en el que son posibles situaciones endémicas de alto desempleo y baja productividad, y se propone para solucionarlas un endeudamiento del Estado, receta que resultó ser un éxito y permitió mejorar los indicadores económicos cuando fue aplicada en aquel momento. No obstante, un repaso a fondo de los textos de Keynes y las influencias que se manifiestan en ellos, muestra que el análisis que se realiza nunca reconoce la importancia de los conflictos entre clases sociales que se dan en el interior de los Estados, ni la competencia imperialista entre éstos.

Lo esencial es que la tendencia al equilibrio del capitalismo es refutada por Marx y Keynes con argumentos diferentes. Mientras para el primero la clave está en la inestabilidad inherente al sistema por la extracción de plusvalía y la acumulación de capital, para el segundo el motivo es más coyuntural, y consiste en una inhibición de la inversión por

parte de la clase propietaria, debida a la desconfianza. En esta tesitura una intervención del Estado para fortalecer la demanda puede ofrecer una solución, pero la experiencia histórica evidencia que el efecto del remedio tiene una duración concreta y a largo plazo resurge la inestabilidad. Para Alexander, la única explicación que ilumina las causas profundas está en la teoría del valor de Marx, que analiza la extracción de plusvalía.

Se dedica un capítulo del libro a refutar las críticas que se han realizado a esta teoría del valor del autor de *El capital* por parte de economistas keynesianos de izquierdas, como Joan Robinson o Steve Keen, quienes con un empeño positivista ponen en duda la relevancia de conceptos difíciles de materializar o cuantificar, como el valor o la fuerza de trabajo. Sin embargo, éstos se demuestra que permiten interpretar aspectos de otra forma misteriosos, como es el caso de la financiarización que domina la economía actual, resultado de una huida del capital hacia construcciones ficticias para recuperar su maltrecha tasa de ganancia. La conclusión es que el keynesianismo es capaz de proponer ajustes técnicos para reequilibrar el sistema, pero no acierta a atisbar los complejos equilibrios de poder implicados en su dinámica y por ello fracasa a la hora de explicar el comportamiento a largo plazo.

Consecuencias para la clase obrera

El keynesianismo no cuestiona el capitalismo, sino que trata de corregir su trayectoria. De esta forma, cuando la clase propietaria está dispuesta a hacer concesiones, las condiciones de vida del proletariado pueden mejorar, pero ante una crisis profunda de rentabilidad, se intentará siempre trasladar las cargas a los trabajadores. En países como Inglaterra, Alemania o Suecia el movimiento obrero fue capaz de arrancar los primeros derechos del Estado de bienestar a finales del siglo XIX y comienzos del XX, pero los Gobiernos reformistas que los promovieron no dudaron en dar marcha atrás cuando las crisis amenazaron la acumulación de capital, lo que facilitó el regreso al poder de los conservadores. Hay que decir además que estas concesiones en la política interior eran simultáneas en muchos casos con un salvaje imperialismo colonial en la exterior. Unas décadas después, la ofensiva neoliberal de los 80 evidenció otra vez que las ventajas conquistadas por la clase obrera en coberturas sociales, sanidad o educación, se convertían en moneda de cambio en cuanto la clase propietaria veía peligrar sus beneficios.

En *Los límites del keynesianismo* se muestra convincentemente que la subordinación de la política a los intereses del capital es una constante en la historia. Plenamente consciente de ello, Dominic Alexander no desdeña sin embargo apoyar medidas reformistas que aporten mejoras coyunturales a la clase obrera. En su opinión, lo esencial es comprender que el proletariado y los movimientos sociales transformadores deben dotarse de una estructura sólida e independiente de los intentos reformistas, que no puede ser otra que una amplia organización de masas, conscientemente revolucionaria y dispuesta a superar el capitalismo.

El nacionalismo como fuente de beneficios, de Rudolf Rocker

Publicado en *Rebelión* el 6 de mayo de 2020

Lúcido pensador y activista entusiasta siempre a lo largo de su dilatada y asendereada vida, Rudolf Rocker hubo de lidiar con los peores fantasmas del siglo XX, y contra ellos lanzó sus dardos teóricos más afilados. Sus libros inspiraron a varias generaciones de militantes, mientras sus artículos enriquecían periódicos anarquistas de medio mundo. Todos ellos, artículos y libros, disponibles algunos en ediciones virtuales, merecen ser recuperados y leídos porque, como muestra *El nacionalismo como fuente de beneficios*, la colección de textos que Pepitas de calabaza acaba de poner en circulación, iluminan problemas perfectamente actuales.

Rudolf Rocker nació en Mainz en 1873, y comenzó muy pronto una militancia socialista y después anarquista que lo llevó al exilio en 1893. Destacó en éste como dinamizador de la conciencia de clase entre los míseros obreros judíos del East End londinense a través del sindicalismo y la edición de los periódicos *Arbeter Fraynd* (en *yiddish*, *El Amigo del Obrero*) y *Germinal*, hasta que sus protestas antibelicistas durante la Gran Guerra provocaron su encarcelamiento y una represión del movimiento de la que éste ya no se recuperaría. En 1918 regresa a Alemania y trabaja en la reorganización del anarcosindicalismo fundando la FAUD (Freie Arbeiter-Union Deutschlands), caracterizada por una estrategia revolucionaria contra el Estado y cualquier forma de nacionalismo, que utilizaba como instrumentos acción directa y educación.

La llegada de Hitler a la cancillería arrastra a Rocker a un nuevo exilio, esta vez en Estados Unidos, donde se establece en agosto de 1933 con su compañera Milly Witkop, ucraniana de origen judío, y su hijo Fermín —nombrado así en homenaje a Fermín Salvochea—. En tierras americanas continuará su labor, como conferenciante y también editando un periódico anarquista judío, *Fraye Arbeter Shtime* (en *yiddish*, *La Voz del Trabajador Libre*). Allí vive las ilusiones de la Revolución española de 1936 y apoya a los aliados durante la Segunda Guerra Mundial, lo que le trajo críticas dentro del movimiento ácrata. En la postguerra continuó con su activismo y su trabajo teórico. Entre sus

obras destaca *Nacionalismo y cultura* (1937), enjundiosa aproximación a la pugna de estos dos conceptos antitéticos a través de la historia y alegato bien razonado por un nuevo socialismo humanista. Rudolf Rocker falleció en la comuna Mohegan, cerca de Nueva York, en 1958.

A la espera de la próxima aparición de *Nacionalismo y cultura* en edición de Pepitas de calabaza, este mismo sello nos ofrece en el volumen reseñado una recopilación de once artículos de nuestro pensador fechados entre 1931 y 1936 en los que desarrolla algunas de las ideas del libro. Estos textos, de los que se ha perdido su versión original, han sido espigados de publicaciones libertarias en castellano (Barcelona y Buenos Aires), y vienen con una introducción de Francisco Madrid y José Luis Oyón, destinada sobre todo a sintetizar las raíces y peculiaridades del pensamiento antinacionalista de Rudolf Rocker.

La lógica perversa del nacionalismo

La recopilación se inicia con un breve opúsculo que señala la diferencia entre el federalismo por un lado, una organización social basada en la igualdad de derechos y deberes de la que encontramos ejemplos desde la prehistoria hasta las comunas rurales o gremios medievales, y el centralismo por otro, encarnado en el Estado y la Iglesia, verdugos de la autonomía individual que la federación respeta y proyecta a una dimensión mayor.

Estas premisas sirven a Rocker para analizar en los fragmentos que siguen las complejas circunstancias que se daban en Europa en los comienzos de los años 30. Su diagnóstico es que el nacionalismo violento y vengativo de los nazis seduce a las masas porque la socialdemocracia ha renegado del internacionalismo de Marx y Engels, como se vio entre 1914 y 1918, y lo mismo hace el Partido Comunista Alemán (PCA) durante el conflicto del Ruhr. Para Rocker, la integración de los partidos proletarios en los Parlamentos burgueses lleva aparejada una asimilación de los ideales nacionales que dominan éstos; así se frustra el internacionalismo imprescindible a la lucha obrera, diluido en la dinámica de los Estados, que es la del capital, como la historia muestra cumplidamente.

Rocker se declara anacionalista y federalista, es decir, contrario a la unidad nacional y partidario de que las comunidades y pueblos se organicen y relacionen libremente, y también socialista, defensor de una economía al servicio de los individuos y no a la inversa. No le resulta difícil encontrar ejemplos de que las épocas de mayor florecimiento cultural, como la Grecia clásica o el Renacimiento italiano, estuvieron marcadas por fragmentación y no por unidad nacional. Cultura y Estado son así para él conceptos antitéticos.

En «La peste del fatalismo racial» nuestro pensador se rebela contra los sectores del proletariado que consideran inevitable la guerra y hace un llamamiento a desenmascarar las falacias con las que se adoctrina a los convocados como carne de cañón, pues nunca intereses más sucios se vistieron de ropajes más seductores. Se trata de desnudar las ambiciones ocultas como antídoto contra la resignación y el pesimismo. «El patriotismo como fuente de beneficios» muestra con ejemplos impactantes de manejos de los Krupp y compañía, cómo la industria de armamento no tiene otra pulsión que el lucro, aunque predique para el prójimo el alto honor de morir por la patria

En la serie de artículos titulada «El camino al Tercer Reich» se profundiza en el diagnóstico de la situación política en Alemania. El proletariado, dividido en la fatal transición de la Primera a la Segunda Internacional, desarbolado ideológicamente en los antros de la política burguesa, incapaz de neutralizar los poderes fácticos de los *Junker* prusianos y la gran industria pesada, y seducido por los cantos de sirena nacionalistas, ha caído al fin bajo la bota de una reacción fanatizada y belicista. Contribuyó también a la debacle la sumisión del PCA a las directrices estalinistas, pues «*no se puede reivindicar la libertad cuando se aspira a la dictadura*». El volumen concluye con un artículo publicado en *Tierra y Libertad* en septiembre de 1936 en el que Rudolf Rocker se identifica con la lucha del pueblo español y acierta a ver en ella un capítulo decisivo del combate final contra el fascismo para el que toda la humanidad debía prepararse.

El nacionalismo como fuente de beneficios nos nutre de datos y argumentos contra las falacias con que el poder consolida la esclavitud económica, sutiles instrumentos de dominación que sus estrategas siguen manejando hoy mismo.

Nacionalismo y cultura, de Rudolf Rocker

Publicado en *Rebelión* el 3 de septiembre de 2021

Rudolf Rocker (1873-1958), alemán de nacimiento y exiliado gran parte de su vida, primero en Inglaterra y más tarde en los Estados Unidos, es recordado como uno de los más talentosos defensores de la Idea libertaria en el tiempo de desastres que le tocó vivir. En la reseña de una recopilación reciente de textos suyos, publicada en *Rebelión* el año pasado, puede encontrarse una aproximación a su apasionante trayectoria biográfica.

Rocker fue un activista entregado toda su vida, y destacó también como periodista, a través de un sinfín de artículos que arrojaban luz sobre las vicisitudes del momento. No desdeñó, sin embargo, acometer análisis de gran calado sobre los procesos históricos más relevantes, y entre estos tra-

bajos descuella su monumental *Nacionalismo y cultura*, en el que estudia extensamente la tensión en la historia entre estos dos conceptos, que él considera antitéticos.

El prólogo de la obra nos revela cómo la aparición de ésta, prevista para finales de 1933 en Alemania, hubo de retrasarse por el acceso de Hitler al poder en enero de ese año. Así, la primera edición apareció en castellano (Tierra y Libertad, 1936-1937), con una traducción de Diego Abad de Santillán que es la utilizada en el libro reseñado (Antorcha, 2020).

Rocker nos acerca después en el prólogo a la terrible situación creada por los nazis en Alemania, y enseguida comprendemos que frente a la ofuscación nacionalista allí imperante, que aniquila la disidencia y hunde a la sociedad en el fanatismo más abyecto, él enarbola como estandarte de lucha un concepto de cultura en el que sublima los anhelos más nobles, solidarios y emancipadores del espíritu humano. Queda así clara, desde el mismo título y el prólogo de la obra, la dialéctica entre dos ideas antitéticas que se va a reflejar a lo largo de toda ella.

Libro 1.º: La emergencia histórica de la religión estatista

Rocker comienza denunciando los análisis que tratan de simplificar los hechos históricos a un determinismo físico o un reduccionismo económico, y multiplica ejemplos de la variedad de causas que operan. Un recorrido desde los albores de la historia humana muestra la emergencia de la religión como: 1) Una búsqueda de congraciarse con los poderes que gobiernan el cosmos, a través del ritual y el sacrificio, y 2) Una justificación mítica del dominio social encarnado en el soberano, al que apoya la casta sacerdotal. En la Edad Moderna, el Estado, por más que se quiera aconfesional, es quien hereda esta dignidad, y se constata cómo logra siempre el amparo de las sotanas o de la diosa razón. Éste es el proceso que se va a estudiar en el primer libro de la obra. Otro factor esencial es que el poder tiende a hacerse absoluto, y esto queda de manifiesto con un repaso a la historia de la Iglesia y su ascensión irresistible con la complicidad de los soberanos. La coronación de Carlomagno en 800 es un buen ejemplo, al consolidar el poder del papado a través de una relación estrecha con la monarquía franca.

La dinámica esclavizante del poder, justificada ya en las sociedades estamentales de Platón y Aristóteles, es infecunda, porque «*nada achata el espíritu y el alma de los hombres como la monotonía eterna de la rutina; y el poder sólo es rutina*». Sin embargo, el poder es capaz de adornarse «*con el plumaje extraño del arte para dar a su inanidad apariencia de fuerza creadora*». Contra este engaño, se constata la existencia de una cultura superior, clarividente y crítica, que puede rastrearse a lo largo de la historia en multitud de espíritus selectos. Así, la idea de la igualdad natural de los hombres, y de la posibilidad de un contrato social no opresivo, se encuentra ya en los sofistas, cínicos y estoicos, y alienta después en Thomas More o François Rabelais. Incluso dentro de la ortodoxia católica, Francisco Suárez y Juan de Mariana combatieron la teoría del origen divino de los reyes. Étienne de La Boétie, por su parte, argumentó contra los instintos de obediencia y miedo, en los que hallaba la raíz de todos los males sociales.

Son voces éstas que merecen ser recordadas, y no hay que olvidar tampoco que las ciudades medievales, con sus gremios y formas comunitarias, presentaban elementos esperanzadores que fueron destruidos por la emergencia del capitalismo mercantil y los Estados nacionales a él asociados, encarnaciones del poder real.

Rocker critica el énfasis en la libertad individual del Renacimiento, pues ésta, sin responsabilidad social, favorece estructuras políticas y económicas opresivas, como muestra el análisis que realiza de *El príncipe* de Maquiavelo, impudorosa exhibición de los vicios eternos del poder. El pueblo se transforma por entonces en masa amorfa para el molde de la nación. El capital mueve los hilos, pero nos harán creer que el proceso es sólo la consumación de un destino histórico. En la Reforma protestante se aprecia un fortalecimiento de los Estados nacionales, aunque también hubo revueltas campesinas que fueron ferozmente reprimidas por todas las Iglesias y Estados, como se muestra en detalle en el libro.

Siguiendo a Kropotkin, Rocker argumenta cómo las guerras y el proteccionismo que acompañaron el nacimiento de los modernos Estados perjudicaron gravemente la actividad económica. Cuando ésta no consigue despegar, la burguesía va a reivindicar su parte del pastel en el siguiente ciclo revolucionario, cuyo primer síntoma son las ideas liberales que se propagan a partir del siglo XVIII. Se repasan las aportaciones de los filósofos que en esta época teorizan sobre los derechos individuales y el necesario progreso social y contra la omnipotencia del Estado, en Inglaterra— Milton, Price, Godwin—, Norteamérica —Paine, Thoreau—, Alemania —Lessing, Herder, Schiller— y Francia —Diderot, Montesquieu—.

Rousseau y Hegel, sin embargo, cada uno a su manera, representan reacciones en defensa del poder del Estado. En el caso del primero, éste se disfraza de la «voluntad general» que será el programa de los jacobinos durante la Revolución francesa, un nuevo absolutismo de la «razón de Estado» que encarnará después en Napoleón y del que surgirá el nacionalismo moderno. Hegel, por su parte, siguiendo la tradición de Kant y Fichte, opta por un Estado fuerte, que ha de ser para él un «Dios sobre la tierra», fundido íntimamente con la religión, y que simbolice lo moral en sí.

Tras analizar en detalle la historia reciente de Europa, Rocker ve en las naciones con estructuras estatales tan

sólo grupos hostiles en eterna disputa, incapaces de avanzar hacia la emancipación social, y dominados económica e ideológicamente por minorías que sólo atienden a sus intereses; poco tiene que ver el «amor al terruño» con la fidelidad al Estado nacional que se impone. El Romanticismo contribuye a este engaño envolviendo el pasado en una aureola de gloria legendaria, de la que fácilmente se llega al supremacismo y el odio a las «culturas inferiores» que suelen rodear y amenazar a la propia. El desarrollo del movimiento obrero, por su parte, refleja esta tensión entre el culto al Estado de Babeuf, Blanc y Marx, y el libertarismo de Proudhon y Bakunin, partidarios de una estructura federativa que inspirará la Comuna de París. Al final, son las ideas estatistas las que triunfan en Alemania y Francia, lo que acarreará el fracaso de la Segunda Internacional y hará inevitable la Gran Guerra.

El libro primero concluye constatando cómo la religión nacionalista alcanza su éxtasis místico en los regímenes fascista y nacionalsocialista, con la renuncia a cualquier iniciativa individual, la adoración al líder y el imperio absoluto del Estado que éste conduce con mano férrea. Se confirma así que «*el sentimiento religioso ha adoptado forma política*». El industrialismo capitalista ha encontrado un ropaje social e ideológico para su guerra interminable.

Libro 2.º: Nación y cultura a través del tiempo

Rocker emprende un análisis sistemático de los elementos que convergen en el concepto de nación. Los detalles del reciente conflicto del Ruhr le sirven para demostrar que las naciones realmente existentes actúan movidas por la codicia de la casta capitalista directora, convenientemente disfrazada de «interés nacional». No se aprecia por ello comunidad de intereses en la nación —ni materiales ni tampoco espirituales—, como evidencian las luchas religiosas internas y los estallidos sociales.

El idioma común es el rasgo esencial invocado para sustentar la nación, y Wilhelm von Humboldt llegó a defender que es la auténtica expresión del espíritu de un pueblo, pero la terca realidad muestra que es sólo un instrumento más de las comunidades humanas, sometido a las vicisitudes de la historia, con variaciones y mestizajes continuos, y sólo en ocasiones identificado con una nación. Por su parte, las teorías raciales de Gabineau, Chamberlain y sus seguidores no son más que especulaciones pseudocientíficas que tratan de justificar la diferencia social por el dominio de una raza biológicamente superior. Se dedican muchas páginas a refutar los disparates del supremacismo ario, tan en boga mientras se escribía la obra.

Rocker define la cultura como el conjunto de elementos de su propia creación que permiten al ser humano desarrollar al máximo su potencial de libertad, conocimiento, sentimiento y solidaridad. Es por tanto una aportación universal, que no admite fronteras, y cuando se generan esclavitud y explotación, es esta cultura quintaesenciada la que ofrece el impulso liberador para acabar con el sufrimiento impuesto a unos hombres por otros. Tiende a ser, además, imperecedera, pues los logros de una civilización permanecen en muchos casos tras la extinción de ésta. Y cuántas veces los conquistadores fueron en realidad conquistados por aquellos a los que vencieron, si éstos tenían una cultura superior.

Rocker sintetiza los rasgos de la cultura griega, y enfatiza su riqueza multicolor —muy influida por la descentralización política—, su «amor al terruño» y la ausencia de una casta sacerdotal poderosa. Allí dominaba la conciencia de pertenecer a un círculo cultural común, y no la «conciencia nacional». Lamentablemente, el instinto de poder y la lucha por la hegemonía truncaron aquella evolución y propiciaron la conquista macedónica, que llevaría al agotamiento. Roma muestra, en contraposición con esto, un marcado cesarismo desde la época republicana, que la hace un ejemplo acabado de poder estatal tiránico y despiadado, empeñado en la conquista del orbe. Su cultura, ahijada por la griega, careció de originalidad y estaba plenamente al servicio del Estado, aunque en las sátiras aflore una jugosa crítica social (cultura de resistencia); así, técnica militar y derecho feroz son sus mayores logros. Y cuando la construcción monstruosa muere, al tiempo resucita en el cesarismo papal.

Tras el Medievo, la emergencia de los Estados nacionales reproduce para Rocker lo mismo que ocurrió con Grecia y Roma, pues las estructuras políticas fuertes tienden siempre, según él, a dar al traste con el esplendor cultural. Se comprueba esto en el florecimiento artístico de Al Ándalus, mayor cuanto menor era la unificación política. En la España cristiana, el ascenso del absolutismo arruina industrial y moralmente el país, aunque debe reconocerse que pintura y literatura tienen por entonces un notable desarrollo, con un arte en gran parte realista, de crítica social. En Italia, el panorama entre los siglos XII y XV recuerda al de Grecia, con fragmentación política y extraordinaria riqueza cultural, mientras que la unificación del XIX generó un erial. En Francia, tras los logros medievales, la cultura de la autocracia evoca a Rocker los importados oropeles de Roma, aunque con las esperanzas del movimiento obrero, el realismo aporta savia nueva en el siglo XIX. En Alemania, toda la gran cultura es anterior al Reich de Bismarck.

Universal por estar ligada a la naturaleza humana, la cultura no puede ser jamás «nacional», y Rocker demuestra con ejemplos bien escogidos lo absurdo de pretender que lo sea. Los grandes avances científicos surgen de una enorme multiplicidad de fuentes anteriores en ámbitos geográficos muy diversos, lo que se comprueba en detalle para el heliocentrismo copernicano y la evolución darwiniana. Y lo mismo puede decirse de los estilos arquitectónicos o artísticos, a los que se dedican sendos capítulos. Las pinturas de Rem-

brandt, Goya, Watteau y David sirven para argumentar la universalidad del genio, que refleja y trasciende la historia para todos los hombres. Y en las épocas más oscuras, brilla a veces un satírico como Honoré Daumier, que revela la desnudez del monarca.

El capítulo final sintetiza el período de convulsiones que se inaugura en Europa con la Reforma, estertores de un capitalismo enfermo de ebriedad nacionalista que sólo podrá ser superado si se toma conciencia del peligro que supone para la propia pervivencia de la especie. Un epílogo fechado en 1946 nos pone ante el desolador panorama de la postguerra, con un mundo escindido en dos bloques, ninguno de los cuales ofrece esperanzas para un futuro próximo.

Una síntesis magistral

La primera edición de *Nacionalismo y cultura* fue, como decía al principio, la castellana de 1936-1937 (Tierra y Libertad, Barcelona), y en 1937 apareció otra en inglés (Covice-Friede, Nueva York). La obra fue recibida con entusiasmo en los círculos libertarios, que enseguida emprendieron su traducción a diversos idiomas, pero también en otros ambientes. Bertrand Russell escribió sobre ella: «*La obra de Rocker supone una contribución fundamental a la filosofía política, tanto por su análisis profundo y amplio de muchos autores famosos, como por su brillante crítica a la idolatría del Estado, la superstición más difundida y funesta de nuestro tiempo*». Albert Einstein y Thomas Mann la elogiaron también, a pesar de discrepar en aspectos concretos, y T. S. Eliot la comparó con *La decadencia de Occidente* de Oswald Spengler, remarcando la coincidencia de ambos libros en establecer una pugna entre cultura y poder, a pesar de las diferencias ideológicas entre sus autores.

Rocker sintetiza con agudeza la historia de la emancipación en la lucha entre dos conceptos antagónicos, que pueden rastrearse a través de los siglos y encarnan en realidad la oposición entre las dos tendencias esenciales y contradictorias de nuestra naturaleza, la de la competencia y la de la solidaridad. Poder y Estado tratan siempre de elevar sus construcciones monstruosas, y frente a ellos, la cultura es definida como el contrapeso que asume la misión de ponerlos en evidencia, reivindicando en su contra el bien supremo de belleza y verdad, que ofrece sus mayores logros al ser humano.

Este concepto de cultura resulta enormemente sugestivo por su simplicidad y riqueza simbólica, y aplicado a la historia de Occidente ilumina con nueva luz las diferencias entre Grecia y Roma, la pausa del Medievo y la emergencia de los Estados nacionales en la Edad Moderna, consecuencia de la dinámica del capitalismo. Es eterna la discusión sobre el nacionalismo en el seno de la izquierda, y el análisis de Rudolf Rocker tiene la virtud de reconstruir en detalle la génesis de esta ideología, mostrar su significado y revelar su esterilidad en cualquier proceso emancipador.

El persistente atractivo del nacionalismo y otros escritos, de Fredy Perlman

Publicado en *Rebelión* el 3 de febrero de 2016

En el comienzo de *El antisemitismo y el pogromo de Beirut*, incluido en este volumen, Fredy Perlman nos cuenta algo de su propia trayectoria vital. Sabemos así de su nacimiento en 1934 en Brno en una familia judía que huye justo antes de la invasión alemana, de sus años de niño en Bolivia, donde presencia el racismo de alguno de sus otrora perseguidos parientes contra los indios, y de su llegada a los Estados Unidos siendo un adolescente. Fredy Perlman desarrolló una brillante carrera de literato, músico, activista y teórico político, y su nombre está ligado a las múltiples tareas que se llevan a cabo en Detroit desde 1965 alrededor del periódico anarquista *Fifth Estate*. *El persistente atractivo del nacionalismo y otros escritos* (Pepitas de calabaza, 2012, trad. de Federico Corriente) engloba tres trabajos suyos que vienen acompañados de una introducción de David Watson para la edición en castellano y un postfacio con la nota necrológica que *Fifth Estate* dedicó a Perlman tras su fallecimiento en 1985 mientras le realizaban una operación de corazón.

«El persistente atractivo del nacionalismo» (1984) es el primer texto presentado; riguroso y ameno, enormemente sintético y elaborado con argumentos rápidos y contundentes, divagantes y que no excluyen el humor, nos describe el devenir de los grandes imperios, máquinas de dominio y sumisión, a través de la historia. La hora del nacionalismo llega a finales del siglo XVIII cuando dos revoluciones triunfantes a ambos lados del Atlántico dan el poder a una burguesía que se apoya en la patria como principal señuelo. No obstante, en Norteamérica el racismo será un complemento necesario para la expansión hacia el oeste y el despojo y exterminio de los pobladores del continente. El genocidio no es en ningún caso un elemento secundario, pues resulta imprescindible para aportar las acumulaciones primitivas que el capitalismo requiere.

El nacionalismo aparece así como un instrumento para manejar ideológicamente el imperio del capital, aunque sólo la ciencia será capaz de llevar éste a la imagen con la que lo vemos hoy. De la conjunción de nación y ciencia surge un ejército ultratecnificado que se convierte en el elemento con mayor poder destructivo de la historia. Lo forman explotados y alienados siempre dispuestos a masacrar a otros igual de explotados y alienados que ellos. En el siglo XX el monstruo tiene rostros nuevos; nazismo, sionismo y fascismo usan generosamente el mito de la raza para buscar su capital preliminar en el exterior, mientras un sedicente comunismo lo encuentra dentro de sus fronteras creando sociedades policiales en Rusia y China, y lo hace

a través de una dictadura que pretende ser nada menos que la del proletariado. Este marco de pensamiento patriótico se impone tan brutalmente que la única perspectiva emancipadora pasa a ser una «liberación nacional» que repite el mismo esquema con todos sus vicios.

Estas ideas, cuyos detalles a veces podrían matizarse o discutirse, brillantemente expuestas engarzan bien en una visión unitaria y dibujan un panorama tan desolador como realista. El meollo del asunto es la terrible paradoja de que somos capaces de comprender la dinámica del capitalismo, pero es éste el que modela el pensamiento de nuestra máquina deseante, haciendo la liberación casi imposible. A este respecto, mi impresión personal es que la aportación del budismo, entendido como higiene radicalmente racional de la mente, puede ser decisiva para ver lo real tras el espejismo.

«El antisemitismo y el pogromo de Beirut» (1983) contiene una reflexión en torno a la maduración personal del autor en Norteamérica, como un superviviente del holocausto atrapado en una sociedad ultratecnológica y deshumanizada que encarna el horror que lo hizo posible y lo repite cada día. Su mayor perplejidad ante la violencia genocida que ve desplegarse ante sus ojos es la facilidad que muestran los descendientes de las víctimas de los nazis para asumir el rol de éstos y cometer crímenes inhumanos con otros pueblos. «La reproducción de la vida cotidiana» (1969) expone los principios básicos de la economía marxista para concluir constatando que la tramoya capitalista se reproduce a sí misma y genera alienación, pero es sólo la disposición de las personas a ser alienadas lo que permite su funcionamiento, porque el capitalismo no es una fuerza de la naturaleza, sino una forma de vida que «elegimos» todos los días.

En su propia vida, Fredy Perlman se esforzó por buscar una coherencia que lo llevó a abandonar su carrera académica y volcarse en el activismo; trataba con ello de convertirse en un ser humano sin amo y superar la esquizofrenia entre pensamiento y acción. En su obra se aprecia una obsesión por esa extraña cualidad que permite que algunas víctimas de un holocausto se transformen en pacifistas y otras en pogromistas. Su pensamiento insiste en que hay esperanza, porque las personas «*nunca se convierten del todo en caparazones vacíos*», y en que la libertad será decisiva si nos las arreglamos para «*llegar a la raíz de lo que ocurre y de lo que puede intentarse al respecto*».

Capitalismo y democracia: dos mundos antagónicos en la gran obra póstuma de Josep Fontana

Publicado en *Rebelión* el 21 de noviembre de 2022

El historiador Josep Fontana (1931-2018) desarrolló una intensa labor investigadora sobre el siglo XIX español, con volúmenes que el tiempo ha convertido en clásicos, como *La quiebra de la monarquía absoluta: 1814-1820*, de 1971, donde demuestra que la incapacidad de la clase dirigente para enfrentarse al colapso de la hacienda propició el inicio de la revolución burguesa en España. En otras de sus contribuciones extiende su visión al siglo XX y estudia contextos geográficos más amplios, llegando incluso a plantear una perspectiva global en *Por el bien del imperio. Una historia del mundo desde 1945*, de 2011.

En su último trabajo, *Capitalismo y democracia: 1756-1848. Cómo empezó este engaño*, publicado póstumamente por Planeta en 2019, Fontana analiza la caída del Antiguo Régimen y cómo la burguesía tomó el control en Europa. A través de los detalles políticos del proceso, el objetivo de la obra es poner de manifiesto la irrupción del capital como rector de la historia, y de qué forma el parlamentarismo se institucionalizó como instrumento a su servicio. La lección de esto para el futuro es que una verdadera democracia, directa y que considere la economía, sólo podrá alcanzarse con la superación del sistema de explotación y destrucción vigente en el mundo.

La gestación de un nuevo orden

El libro comienza describiendo la expansión colonial durante el siglo XVIII y el crecimiento de la economía europea que se produce simultáneamente. La guerra de los Siete Años (1756-1763) supuso una auténtica «primera guerra mundial» en la que se dirimió quién iba a capitalizar el proceso que se iniciaba, El conflicto concluyó con un reforzamiento del eje Inglaterra-Prusia frente a Francia, Austria y España. El desarrollo del comercio transatlántico a partir de entonces va a traer a Europa café, azúcar y algodón americanos, cultivados por esclavos africanos, y va a enriquecer a las élites inglesas y francesas sobre todo. Estos aspectos se estudian en detalle en un capítulo del libro.

Ciñéndonos a Europa, a lo largo del siglo XVIII hay un progreso en las técnicas agrícolas que, junto a otros muy relevantes en la artesanía, permiten caracterizar una «revolución de los menestrales». Un registro erudito y artístico de estos avances puede encontrarse en la *Encyclopédie* de Diderot y D'Alambert. Sin embargo, no parece que esto repercutiera en una mejora real del nivel de vida de la población. Era aquél un mundo en lenta evolución y de producción a pequeña escala, con los gremios como instituciones impor-

tantes, pero todo va a saltar pronto por los aires con los sucesos revolucionarios de Francia.

El nuevo orden implantado tras las guerras napoleónicas, en el Congreso de Viena, consolida a nivel global el dominio colonial inglés, y hace patente sobre todo el establecimiento de una organización económica en la que la burguesía reivindica su derecho a enriquecerse sin tasa. Su instrumento para ello será el conjunto de gobernanzas y regulaciones, respaldadas con cañones, a las que suele llamarse asépticamente «el mercado».

El capital entra en acción

Tras repasar los entresijos del Congreso de Viena, Fontana nos aproxima al proceso de expropiación y proletarización de los campesinos que desde el siglo anterior venía produciéndose en Inglaterra y en el XIX se extiende por casi toda Europa. Nos describe también la actividad de los empresarios capitalistas que, apoyados por los Estados, se apropian de los avances técnicos para explotar el trabajo de los artesanos, al tiempo que *trade unions* y gremios son proscritos. La evolución, sin embargo, fue diferente en Francia, donde los campesinos conservaron sus conquistas y la industrialización estuvo vigilada por un pujante movimiento obrero. Así, las condiciones de los asalariados mejoraron aquí notablemente, al contrario de lo que sucedía en otros lugares.

La década de 1820 estuvo marcada por revueltas, principalmente en el sur de Europa, ninguna de las cuales logró modificar la estructura de poder existente ni arrancar reformas sociales. Solamente en Francia en 1830 puede decirse que se materializó algo parecido a una revolución cuando la movilización del proletariado y la burguesía liberal hizo inevitable un golpe palaciego que sacó del trono a los borbones otra vez y puso en él a Luis Felipe de Orleans. Los avances democráticos fueron ínfimos, pura cosmética, y los ecos del vacuo estallido se dejaron sentir poco después en Bélgica, Polonia, Italia, Alemania y el Imperio austrohúngaro, con sucesos recordados en la obra.

El nuevo rey francés promovió lo que fue definido como el «Gobierno de los banqueros», con acceso del capital a las más altas instancias políticas. Por otra parte, la supresión de la censura contribuyó al desarrollo de una prensa que pronto se convirtió en arma de la oposición para cuestionar el sistema. El proletariado se sublevó enseguida en París y Lyon, y quedó claro que la nueva clase en el poder no tenía en absoluto ideales igualitarios respecto a la estructura social, sino que simplemente se había sustituido la vieja «aristocracia de la sangre» por una «aristocracia del dinero».

La revolución de 1848

El final del libro está dedicado a esta revolución, que consolidó el triunfo de la burguesía. En su gestación parece que influyeron el aumento de población, el paro y la escasez de alimentos, por plagas como la que afectó a la patata, pero la causa profunda puede derivarse de la propia dinámica del capitalismo.

Por aquellos años predicaban sus teorías diversos reformadores sociales y en febrero de 1848 se publicó en Londres el *Manifiesto comunista* de Karl Marx y Friedrich Engels. En él se afirmaba que: «*La historia de todas las sociedades que han existido hasta nuestros días es la historia de la lucha de clases*», se identificaba el proletariado como único actor social potencialmente revolucionario, y se abogaba por una sublevación en la que: «*Los proletarios no tienen nada que perder (...) más que sus cadenas y tienen un mundo entero que ganar*».

Los altercados comienzan en Italia en el mes de enero, pero es en febrero en París cuando atraen la atención de toda Europa. Ante la profunda crisis económica, el día 22 obreros y estudiantes se lanzan a las calles para exigir reformas y son masacrados. Dos días después, republicanos liberales y socialistas proclaman la II República y se convocan unas elecciones para abril, con un censo ampliado (de 200 000 a 9 millones de electores), que ganan los conservadores, muy poderosos en las provincias. La política reaccionaria provoca en junio una insurrección obrera, ahogada en sangre, y en diciembre es elegido presidente Luis Napoleón Bonaparte, que a los tres años y a través de un autogolpe de Estado restablece el imperio.

A partir de febrero, la llama revolucionaria se extiende por Europa, menos Rusia y España, y las masas exigen por doquier derechos constitucionales y nacionales. El terremoto no resulta ser al fin el vuelco que anunciaba el *Manifiesto comunista*, y va a propiciar sólo un fortalecimiento de la burguesía, pues como señala Fontana: «*Se eliminaron los restos más visibles del feudalismo y la servidumbre, excepto en Rusia, y en casi todas partes se constituyeron Parlamentos elegidos por sufragio censitario que otorgaban el predominio político a los propietarios, es decir, a la alianza de terratenientes y burgueses*».

La miseria de la democracia bajo el capitalismo

Josep Fontana nos describe en detalle en *Capitalismo y democracia* cómo la historia de Europa fue violentada en el siglo XVIII por la irrupción del capital, engendro nacido de la expropiación de los campesinos y la apropiación por los empresarios de los progresos técnicos. Así surgió el proletariado, la clase cuya explotación garantizaba la acumulación inherente al sistema.

Un rasgo esencial de esta nueva sociedad eran las factorías, antros de reclusión de hombres, mujeres y niños en los que se consumaba la extracción de plusvalía. Lo que ellos sufrían fue definido por Marx como una «esclavitud oculta», paralela a la «patente» de las plantaciones americanas. Es enormemente cínica e inhumana la visión de aquella rea-

lidad tenebrosa con el sesgo positivo de ser un requisito imprescindible del «progreso». Sin embargo, el control ideológico de los dueños del mundo ha conseguido extender la idea de un determinismo social sin alternativas más allá de la jungla capitalista.

Todos los cambios políticos descritos en el libro empoderan a la burguesía, la clase propietaria del capitalismo. Ésta tratará de sumar al proletariado al proyecto social que dirige, pero cualquier intento de reivindicar un nuevo orden que cuestione la explotación económica va a provocar siempre represión a sangre y fuego para impedir tal cosa. Esto se evidenció ya en junio de 1848, se volvió a ver en mayo de 1871 con el aplastamiento de la Comuna de París, y así se ha repetido infinitas veces hasta hoy.

La conclusión inevitable es que la democracia burguesa resulta impotente para superar la dinámica del capital. El epílogo de la obra extiende la perspectiva hasta el momento actual, cuando tras los «treinta gloriosos», la economía entra en una espiral neoliberal de exacerbación de las diferencias sociales y colapso ecológico y climático. En estas condiciones críticas, la única alternativa pasa por el fortalecimiento de una estructura de base, auténticamente democrática, que se enfrente al sistema, y que necesariamente ha de ser transnacional.

Con *Capitalismo y democracia*, Josep Fontana cumple las expectativas del subtítulo del libro: *Cómo empezó este engaño*, mostrando cómo la burguesía utilizó los procesos revolucionarios de 1789, 1830 y 1848 para consolidarse en el poder. El análisis deja claro que el régimen que instauró ofrece un ámbito de discusión política incapaz de cuestionar los mecanismos reales de poder social, y de este modo la falsa democracia —sometida al imperio del capital— queda al desnudo.

Breve historia del neoliberalismo, de David Harvey

Publicado en *Rebelión* el 20 de octubre de 2016

La edición original de *Breve historia del neoliberalismo* del geógrafo y antropólogo norteamericano David Harvey vio la luz en 2005, y su versión en castellano (Akal, trad. de Ana Varela Mateos) en 2007, con varias reimpresiones desde entonces. El libro sintetiza, de forma clara y rigurosa, los hitos esenciales y los escenarios del sistema económico que ha configurado el mundo en los últimos decenios, pone de manifiesto sus inconsistencias y mentiras, y tantea las vías para superarlo; resulta por ello imprescindible para cualquiera interesado en comprender y exorcizar los mecanismos del «pensamiento único».

Harvey nos introduce sin prolegómenos en la tesis fundamental de la obra. Cuando la crisis económica de los 70 redujo drásticamente las tasas de acumulación de un capitalismo que en la postguerra había funcionado con modelos keynesianos en los países desarrollados, el neoliberalismo se instaura como solución óptima para que las clases dirigentes puedan seguir enriqueciéndose. De esta forma, queda clara la idea central de que éste, más allá de su significado económico, es un mecanismo político para la restauración del poder de clase en las sociedades capitalistas. El marco teórico del neoliberalismo había sido ya elaborado desde 1947 por la Mont Pelerin Society, reunida en torno al filósofo y sociólogo austriaco Friedrich von Hayek y el economista norteamericano Milton Friedman, invocando el sagrado nombre de la libertad, que según ellos, aplicada estrictamente a los mercados —desregulación, privatizaciones y ninguna intervención estatal— sería la panacea del progreso económico. Las gráficas presentadas muestran con claridad cómo el acceso al poder de Margaret Thatcher (1979) y Ronald Reagan (1980) y su asalto al FMI y el Banco Mundial, que pronto comienzan a imponer políticas de ajuste estructural por todo el globo (la primera víctima fue México), son el detonante de un enriquecimiento de las élites de los países industrializados, cada vez más concentradas en actividades especulativas que en la economía productiva. Al final el «triunfo de la libertad» parece haber sido exclusivamente el de la libertad de unos pocos para enriquecerse sin ninguna cortapisa ética.

El Estado neoliberal garantiza sobre todo la libertad de las empresas y el comercio, y se resiste a un control democrático para corregir, por ejemplo, atentados contra los derechos humanos o el medio ambiente. Esto favorece una tendencia hacia regímenes autoritarios, mientras la frontera entre Estado y poder corporativo se hace cada vez más porosa. El resultado más notable del proceso es la acumulación de riqueza en las clases propietarias, pero lo más sorprendente es que esto se trata de presentar como una consecuencia secundaria e indeseada. La genialidad de la teoría neoliberal reside en camuflar con deleitosas palabras lo que no es más que la reconstrucción del poder de la élite dominante en el capitalismo global. Por otra parte, en los Estados Unidos la convergencia con la agenda neoconservadora es evidente en los últimos tiempos, con énfasis en el orden, supremacismo cultural y militarización contra los «enemigos de la libertad».

Aunque los primeros experimentos neoliberales se impusieron ya en los 70 en países como Chile y Argentina por medio de golpes de Estado acompañados de cruenta represión, el gran salto hubo de hacerse con «formas democráticas» y para ello fue necesario inducir en las masas un cambio de mentalidad. Los intelectuales y los medios de comunicación fueron los instrumentos idóneos para con-

seguir éste, y su arma, como veíamos, un uso sesgado y malicioso de la palabra «libertad». No obstante, el desarrollo del proceso presentó variaciones. En Estados Unidos, las organizaciones empresariales, fuertemente concienciadas tras las protestas de los 60, robustecieron su fuerza en los 70 y tomaron al asalto los departamentos de Economía de las universidades. Al mismo tiempo, se provocó la quiebra de los Gobiernos municipales en Nueva York y luego en otras ciudades, obligándolas a privatizar los servicios. Auge de religión y nacionalismo, con generosas subvenciones a los políticos, hicieron el resto. En Gran Bretaña mientras tanto, la crisis económica y las huelgas mineras de los 70 fueron un elemento decisivo. Thatcher supo ganarse a las clases medias ofreciéndoles ser propietarias de las viviendas estatales que habitaban e impuso con brutal energía su agenda de privatizaciones, estableciendo una libre competencia que provocó la desindustrialización del país. No se cita en el libro y es poco conocido que los ingresos de la explotación del petróleo del mar del Norte fueron decisivos para poder presentar la evolución económica de estos años como un éxito. Por otra parte, en el desmantelamiento del Estado de bienestar los progresos de Thatcher no fueron tan rotundos como al otro lado del Atlántico.

Es importante señalar que no fue en estos países que asumieron el programa neoliberal en los 80 donde la economía creció más espectacularmente en esta época, sino en Japón, los tigres asiáticos y Alemania, que no lo hicieron. No es hasta los 90 cuando, con Japón y Alemania en crisis, la desregulación de los mercados financieros, las nuevas tecnologías y la imposición a muchos países del tercer mundo de ajustes estructurales llevaron a los EEUU a un rápido crecimiento. Éste fue utilizado para definir el «consenso de Washington», que proponía implementar la agenda neoliberal a escala global. A partir de ese momento, las crisis económicas y sociales se suceden por todo el mundo. Harvey nos presenta ejemplos de la evolución en diferentes regiones:

—La crisis de la economías del este de Asia a fínales de los 90 puede discutirse si fue provocada o no por las propias instituciones financieras occidentales, pero en todo caso queda palmariamente claro que éstas fueron las grandes beneficiarias de ella, y que afectó con más fuerza a los países más involucrados en la deriva neoliberal.

—La quiebra de México en agosto de 1982 fue tratada con medidas neoliberales que originaron un desplome de la economía y las condiciones de vida de los ciudadanos. La privatización de tierras comunales provocó en 1994 la revuelta zapatista de Chiapas. Del país devastado y la miseria rampante emergieron algunas de las mayores fortunas del mundo, como la de Carlos Slim.

—En 1992, Carlos Menem llega a la presidencia en Argentina y pone en marcha reformas neoliberales. No hubo que esperar mucho para que el país se hundiera en una espiral de deuda galopante y fuga de capitales que sólo terminó cuando Néstor Kirchner decidió dar la espalda a las instituciones internacionales.

—La rápida industrialización de Corea del Sur en los años 60 y 70 estuvo ligada a un modelo económico de planificación estatal. El país se vio fuertemente afectado por la crisis de finales de los 90, y el rescate impuesto significó su entrega a las corporaciones internacionales y un desplome de las condiciones de vida de los ciudadanos.

—En Suecia, los años 60 fueron enormemente creativos a la hora de diseñar estrategias para reconducir el capitalismo hacia una vía de democracia obrera y autogestión, pero la reacción del capital no se hizo esperar y logró fabricar un consenso académico y social en torno a que todos los males económicos se debían al Estado de bienestar. La subsiguiente adopción de medidas neoliberales tuvo efectos desastrosos, pero la inexistencia de un pensamiento de izquierdas a la altura del momento impidió abandonar esa vía. Hay que señalar que aquí no se alcanzaron los niveles de desigualdad de otros lugares.

—En China, las reformas de Deng Xiaoping, implementadas a partir de 1978, crearon una economía capitalista con un control autoritario y centralizado. El resultado fue un espectacular crecimiento y una mejora notable de las condiciones medias de vida de los ciudadanos, pero también aumento de las desigualdades y degradación medioambiental. Los detalles que Harvey proporciona muestran los desequilibrios entre campo y ciudades, y el éxodo originado, así como la evolución trepidante de la economía, con auge progresivo de un sector privado que coexiste con ambiciosas políticas keynesianas de financiación de obra pública. China, con su inmenso mercado, es un actor decisivo de la economía mundial, y con su mano de obra barata y altamente cualificada, se ha convertido en el destino ideal para las empresas que desean deslocalizar su producción. Hay una crónica también de las protestas que la sobreexplotación de la fuerza del trabajo y la corrupción galopante están provocando.

Una síntesis sobre lo que ha significado la irrupción del neoliberalismo debe considerar en primer lugar la paradoja de que los dos motores de la economía mundial en el nuevo milenio, EEUU y China, han trabajado en gran parte con modelos keynesianos, financiando con déficit presupuestario su militarismo y consumismo en el primer caso, y grandes infraestructuras con créditos de arriesgado cobro en el segundo. Asumido esto, los gráficos aportados muestran que el neoliberalismo ha traído un descenso continuado del PIB global per cápita, con caídas catastróficas en algunos lugares. ¿Por qué entonces la persistente idea de que ésta es la única vía? Sin duda una razón importante es la enorme mejora en las condiciones de vida de las clases altas, que son las

que poseen y controlan los medios de comunicación y propaganda. El empobrecimiento de los más puede fácilmente ser achacado a su pereza e incapacidad en una «tierra de oportunidades».

Harvey define lo ocurrido en estos años como un proceso de «acumulación por desposesión», que se manifiesta en prácticas como privatizaciones de la tierra y expulsiones de campesinos o liberalizaciones de industrias y servicios, que traen paro, precarización y perdidas de derechos para los trabajadores. El proceso va acompañado de una financiarización especulativa y depredadora y de crisis de endeudamiento. Las protestas que surgen por doquier generan un aumento de la represión y control social.

La mercantilización de todo es uno de los rostros más abyectos del neoliberalismo. Las condiciones de trabajo derivan implacablemente hacia una semiesclavitud y la degradación del medio ambiente progresa imparable, mientras los recursos naturales son esquilmados. La defensa de los derechos conculcados queda en manos de ONG que carecen de una perspectiva global para atajar los problemas.

El final del libro se dedica a explorar las formas que puede tomar la inevitable crisis sistémica que ha de dar al traste con la enloquecida dinámica del neoliberalismo, y también a repasar los grupos de oposición que proliferan actualmente, desde partidos obreros a movimientos sociales o experiencias de nuevas formas de producción y consumo. El reto que se plantea es desnudar las contradicciones de un sistema económico que apela a la libertad para enmascarar el robo de lo de todos por parte de una minoría, y saber articular la lucha contra esa locura, porque sin lugar a dudas otro mundo es posible.

Ego: las trampas del juego capitalista, de Frank Schirrmacher

Publicado en *Rebelión* el 27 de diciembre de 2014

«*Entre los humanos, las trampas se camuflan presentándolas como leyes de la naturaleza*». *Ego: las trampas del juego capitalista*, del alemán Frank Schirrmacher (1959-2014), filósofo y codirector del *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, aplica esto al tiempo presente para explicarnos cómo los economistas se han hecho cargo de la gestión del alma del hombre moderno. Es una historia curiosa que arranca a comienzos de los 90, cuando un gran número de físicos nucleares quedan en paro, con el fin de la Guerra Fría, y acuden a Wall Street en busca de buenos sueldos y posibilidad de utilizar en un campo novedoso la capacidad de sus mentes para describir el mundo por medio de fórmulas.

Estos científicos que vendieron su alma a los banqueros son los *quants*. El modelo filosófico que les habría de servir de fundamento es un resucitado *Homo oeconomicus*, un ser cuyo comportamiento se explica puramente por sus intereses. En el libro se le llama también «Número 2», porque es quien en un momento se puso a pensar y actuar en nombre del «Número 1», el ser humano real. Las bases para sus modelos las encontraron en la teoría de juegos y la teoría de la elección racional, desarrolladas durante los años 40 y 50. «Racional» se usa en este contexto como sinónimo de «*lo que persigue fines egoístas*».

Hay variantes de la teoría de juegos que muestran los éxitos de la cooperación y el reparto justo, pero eso no importa. La lógica de la guerra se ha impuesto en economía y triunfa en política con la «conversión» de gentes como Tony Blair o Gerhard Schröder. El monstruo domina el mundo con fórmulas; su herramienta de destrucción son las matemáticas. Cuando biólogos como Richard Dawkins definen a los seres vivos como máquinas de supervivencia al servicio de genes egoístas da la impresión de que no queda más que añadir para sacralizar el egoísmo como supremo argumento del progreso.

Se repasa en el libro la historia de la fascinación por los autómatas. Los androides que se construían en el siglo XVIII en Europa querían ser modelos que explicaran al hombre, y pronto algunos matemáticos como Charles Babbage (1792-1871) empezaron a jugar con la idea de una máquina capaz de desarrollar labores que se asocian al intelecto. Sin embargo, hubo que esperar al siglo XX para que un dispositivo compitiera con el hombre en este sentido y cuando esto ocurrió, enseguida se pretendió describir al ser humano como una máquina regida por algoritmos. Hoy día, los ordenadores controlan la economía mundial y buscan únicamente el aumento de beneficios. Las crisis recientes demuestran a juicio del autor que hemos puesto el planeta en manos de un monstruo impredecible. A diferencia de los que hizo populares el cine, éste no aplasta edificios, sino que se limita a desahuciar a sus inquilinos o arrebatarles sus planes de pensiones.

Nadie entiende lo que ocurre y los políticos que están a cargo del asunto se refugian en clichés: «*No hay alternativa*», «*Si fracasa el euro, fracasa Europa*»... La realidad es que han perdido el control, porque lo que se despliega son simplemente estrategias de una guerra no declarada entre los Estados y las entidades globalizadas del mercado financiero, que actúan simbióticamente con el Gobierno de Estados Unidos. La última crisis no fue en este sentido una situación excepcional, sino una batalla más del conflicto. Los políticos aceptan que en este enfrentamiento el mercado encarna la «sabiduría» y los Estados han de plegarse a él.

Con el acceso a un océano de información (*big data*), es posible una manipulación perfecta de los consumidores del

mercado «libre», y la coacción puede vestirse de «libertad». Nos dirán que descubren y satisfacen nuestras preferencias, cuando la realidad es que las crean. Nos dirán que cualquiera puede llegar a dónde sus capacidades le permitan, y que el que «falle» ha de buscar la culpa en sí mismo. Ésta es la ideología que se ha impuesto a nivel global.

La nueva visión del mundo tiene algo de mágica. El dinero se produce de la nada en los laboratorios alquímicos del mercado. La transmutación es obra de auténticos magos, admirados por todos, pero los que fracasan en el intento han perdido la opción de denunciar una responsabilidad fuera de sí mismos. La neurosis se pandemiza, regresa el pecado, y la revolución resulta imposible.

Se recuerda cómo se aplicó por primera en 1924 la obsolescencia programada. El cártel de las grandes empresas del sector decidió que las bombillas pasaran de durar trescientas horas a doscientas. No obstante, después resultó más sencillo hacer que la gente interiorizara esta obsolescencia, gracias sobre todo a la publicidad. Hoy día la obsolescencia se impone a los trabajadores, que han dejado de ser humanos y son considerados exclusivamente en función de su «productividad». El hombre sólo existe como un producto sometido a la dinámica del mercado.

La continua adquisición de datos sobre nosotros tiene como objetivo el desarrollo de conocimiento que permita el control de nuestro comportamiento y la manipulación para el consumo. Mientras se defiende que el ser humano está dotado ahora de posibilidades infinitas por el acceso universalizado a la información a través de Internet, la verdad es que nos vemos obligados a adaptarnos cada segundo al «dios mercado». Las empresas son tratadas con la amabilidad que merecen las personas, y éstas lo son como cosas. Las nuevas tecnologías han servido sólo para esclavizar al hombre.

Y cuál podría ser la vía de salida. Se proponen estrategias. Por ejemplo, no participar en el juego. A nivel individual, pero también los Gobiernos deberían imponer un realismo humanista a la «economía inmaterial» que domina el mundo. En *Ego: las trampas del juego capitalista*, Frank Schirrmacher nos ofrece un libro complejo, de lectura apasionante y cargado de referencias a todos los procesos ideológicos recientes que han marcado la historia de Occidente. Se consigue perfilar así el escenario dantesco al que nos ha arrastrado la codicia de unos pocos, aliada con el concepto insensato del hombre como robot egoísta y la tecnología más sofisticada que ha conocido la humanidad.

Las entrañas de la bestia. La fábrica de dinero en el capitalismo desquiciado, de Alfredo Apilánez

Publicado en *Rebelión* el 15 de enero de 2022

Nunca antes en la historia había sido tan brutal el desajuste entre la capacidad tecnológica del ser humano para generar bienes y servicios y la miseria extrema de gran parte de la población mundial. *Las entrañas de la bestia. La fábrica de dinero en el capitalismo desquiciado* surge de la constatación de este escenario, indaga sus causas y rastrea su historia, poniendo en evidencia el papel crucial de los modos de producción y circulación del dinero en la gestación del desastre. Este enjundioso a la par que ameno y revelador trabajo nos demuestra que, más allá de los cuentos de hadas que proliferan, la economía tiene potencial teórico para explicar con contundente rigor los procesos esenciales que modelan nuestro mundo.

Alfredo Apilánez (Gijón, 1966) es un raro y erudito economista que no vende sus conocimientos a la reproducción del capital, sino que los dedica a la labor ímproba e imprescindible de develar sus argucias y desnudar los mecanismos por los que nos ha traído hasta aquí. En su blog *Trampantojos y embelecos* fustiga sin desmayo las falacias de los sicarios del sistema, al igual que lo hace en sus contribuciones en medios alternativos, en charlas, conferencias y simposios. El que nos ocupa es su primer libro, fruto de cinco años de investigación en el ámbito de la economía monetaria y lo acaba de publicar Dado Ediciones en 2021. Alfredo Apilánez es además activista en movimientos sociales y objetor a los bancos, faceta esta última, no exenta de inconvenientes, con la que nos demuestra cada día que es posible vivir sin colaborar con el crimen organizado.

La introducción del libro enfoca el problema. Se trata de comprender los mecanismos que hacen posible la situación actual, un proceso degenerativo de desigualdades crecientes con perspectivas fatales. Indagar las causas del desastre ha de requerir un análisis de la evolución de la acumulación del capital en las últimas décadas y del auge desenfrenado de las actividades financieras, el bloqueo de las productivas y las dificultades crecientes para la regeneración del sistema. Como se verá, la creación de dinero y deuda por agentes privados juega un papel esencial en esta dinámica. Éstas son las entrañas de la bestia, que han de permanecer bien ocultas para que la gente lo ignore todo sobre los procesos que rigen su vida y todo siga igual.

La Reserva Federal toma el poder para la banca privada

En las sociedades precapitalistas, el dinero coexistía con una economía no monetaria de enorme extensión. Por otra parte, sólo en el capitalismo el poderoso caballero se con-

virtió en capital, al ser avanzado para obtener un beneficio a través de la explotación de las clases asalariadas. De esta forma, pasó a ser la herramienta mediante la cual se ejerce el poder sobre aquéllos cuya única opción de subsistencia es la venta de su fuerza de trabajo. Esta visión contrasta frontalmente con la teoría del «dinero-lubricante» de la economía ortodoxa, para la cual éste sería tan sólo un stock creado por un banco central y recluido en la esfera de la circulación para agilizar las transacciones.

La evolución del capitalismo pone de manifiesto un proceso ineluctable de reducción de la economía productiva y de agigantamiento del sector financiero, imposible de revertir. Los hitos históricos principales de este proceso son analizados en detalle. La polémica en Inglaterra entre los partidarios del patrón oro, como David Ricardo, y los defensores del crédito privado, se saldó con el triunfo de estos últimos, consolidado al otro lado del Atlántico en 1913 con el nacimiento de la Reserva Federal, la «Fed», institución «independiente» que afianzó el poder de la banca privada para producir dinero «de la nada». La descripción del proceso nos deja boquiabiertos porque en esencia se trata de una máquina succionadora de toda la riqueza social en manos de la banca privada. Nada menos que el 95 % del dinero circulante es creado por ésta a través de la generación de préstamos, dato que constituye el secreto más relevante y mejor guardado de nuestro mundo.

De la crisis del 29 al neoliberalismo

La Fed actuó al unísono con el Gobierno estadounidense durante la Gran Guerra para financiar generosamente el gran proyecto geopolítico que ésta supuso para los norteamericanos, y en 1918 el dólar era ya la moneda de reserva mundial. Poco después, la especulación desaforada de los «felices 20» generó una burbuja financiera que estalló de forma trágica en 1929 y abrió paso a la Gran Depresión. La recuperación llegó de la mano del New Deal de Roosevelt, con políticas fiscales y monetarias que reactivaron la economía, pero al no atacar la base del sistema fueron incapaces de acabar con la sobreacumulación de capitales y el subconsumo. Sólo la devastación de la segunda Gran Guerra hizo posible una titánica regeneración del tejido industrial y productivo durante los «treinta gloriosos», que convirtió esta época en máximo exponente de «capitalismo equilibrado» para los economistas del ala izquierda del sistema, de Stiglitz a Varoufakis.

Apilánez defiende sin embargo que la prosperidad de estos años es engañosa, pues se circunscribe a los países del centro capitalista y se basa en una explotación brutal del Sur global. Argumenta además que esta era de bonanza es consecuencia de un momento histórico excepcional e irrepetible, ligado en gran parte a la reconstrucción de lo destruido durante la guerra, que terminó en cuanto la economía norteamericana y las tasas de ganancia en los países occidentales entraron en declive. Fue entonces cuando arrancó la financiarización galopante, plan de choque que consistió en realidad en que el resto del mundo pagara los números rojos de una economía norteamericana dispuesta a succionar toda la riqueza del planeta con su alquimia financiera. Los detalles del robo expuestos en *Las entrañas de la bestia* son estremecedores.

El «Nixon Shock» de 1971 fue un primer impulso en esta dirección, al liberar el dólar de su sujeción al oro, y en 1979 el «Volcker Shock» (por Paul Volcker, presidente de la Fed a la sazón) dio la puntilla con una subida estratosférica de los tipos de interés que arruinó países y disparó el desempleo por doquier, pero logró plenamente canalizar la riqueza global hacia la potencia imperial. En Europa surge en 1992 el Banco Central Europeo (BCE) como una copia depurada de la Fed y con el objetivo, escondido tras palabrería biensonante, de promover desregulaciones y privatizaciones y enriquecer a la banca privada en perjuicio de los Estados soberanos.

La economía neoliberal estaba en marcha y su dinámica financiera enloquecida, incapaz de mantener la acumulación de capital, conoció crisis sin cuento que la Fed y el BCE capearon con inyecciones masivas de dinero. No obstante, no es posible insuflar energía a un organismo muerto, y un análisis de los resultados reales de estas estrategias muestra su impotencia para reactivar la economía. Sí que sirvieron sin embargo para salvar bancos y socializar sus pérdidas (Robin Hood al revés). La situación actual se caracteriza por expansión del capital ficticio y endeudamiento, con trabajo productivo cada vez más exiguo. La consecuencia son condiciones extremas de desigualdad, explotación e inestabilidad por todo el cuerpo económico.

Los «mamporreros» del sistema

Al publicitado aparato teórico e ideológico que legitima el sistema se dedica otro capítulo revelador. La clave de bóveda de este edificio presuntuoso resulta ser una cruzada contra la inflación, proceso que se interpreta en términos terroríficos desde una visión sesgada del dinero como flujo. Esto sirve para justificar la estabilidad presupuestaria y el cruel cerrojazo a las políticas sociales. Los Chicago Boys tomaron el timón en los 70 para conjurar el fracaso del modelo keynesiano, generador de estanflación en aquel momento, con sus medidas monetaristas de guerra a la inflación y el gasto público. Sin embargo, tras esta fachada, la expansión sin trabas del casino financiero es en realidad un intento desesperado del capital por restablecer su tasa de ganancia, en caída libre con el declive de la economía productiva.

Conocemos también a los mamporreros institucionales. El caso de la India resulta emblemático, con la imposición en los 90 por el ariete del Consenso de Washington —BM,

FMI, OMC— de las habituales reformas estructurales y privatizaciones, que provocaron el suicidio de cientos de miles de campesinos arruinados. Pero ésta es sólo una faceta de una tragedia global; según un investigador de la ONU: «*El mercado de los alimentos se ha convertido en un casino por una única razón: hacer que Wall Street gane todavía más dinero*». Para redondear el negocio, la nueva Lex Mercatoria pone a los Estados de rodillas ante las multinacionales, reduciendo a la impotencia a las instituciones democráticas y creando una situación que puede ser definida propiamente como «fascismo financiero» según de Sousa Santos.

Otros ejemplos de estas prácticas son la aplicación de la doctrina del Shock en el Cono Sur a partir del golpe de Pinochet en 1973, buena muestra de cómo todos los fascismos convergen, la renuncia de Mitterrand en 1982 a las medidas socialdemócratas con las que había llegado al Elíseo un año antes, o las claudicaciones similares de Zapatero en 2010 y Tsipras en 2015. Todos estos casos retratan a las claras el puño de hierro del fascismo financiero y las escasas opciones que existen de reformar el sistema.

Estrategias para el futuro

Leer en la actualidad la crítica que Rosa Luxemburg hizo al reformista Eduard Bernstein en 1899 pone de manifiesto su lucidez al anticipar la degeneración financiera del capitalismo que sufrimos hoy mismo. Sin embargo, hay que decir que la izquierda actual se encuentra volcada mayoritariamente en un reformismo institucional que, purgando el tumor financiero, habría de permitir regresar a un capitalismo productivo de rostro amable. Tras un análisis pormenorizado de las medidas estrella en este programa, como las de la teoría monetaria moderna, el dinero «seguro», la renta básica universal o diversos arbitrismos fiscales, Apilánez llega a la conclusión de que de ninguna manera estos proyectos son realistas, pues ignoran de plano el agotamiento productivo del capitalismo, el significado de su degeneración como casino global y la triste evidencia, constatable cada día, de unas instituciones democráticas impotentes ante el monstruo financiero.

Sin opciones reformistas viables, la insistencia en la vía institucional por parte de los movimientos sociales sólo puede generar frustración. Otra característica del momento presente es que ante el marasmo creado y sin capacidad teórica para atisbar su causa real, proliferan «luchas de un solo asunto», agotadoras y estériles al no atacar el corazón del problema. Otro aspecto esencial es que la ausencia de una alternativa viable y bien planificada resulta enormemente peligrosa, pues abre el camino a chivos expiatorios y populismos del más variado pelaje.

Cuál puede ser la alternativa entonces. Apilánez, siguiendo a Manuel Sacristán, es partidario de un realismo que huya por igual de los «cuentos de la lechera» reformistas y de los apresuramientos revolucionarios, y se concentre en «*una potenciación de las plataformas populares y las luchas cotidianas surgidas de la acción colectiva, sobre el telón de fondo de una forma distinta de vivir las relaciones humanas emanada de la tradición comunista*». Se trataría de abrir grietas autogestionadas en la estructura de dominación, para derribarla y construir otro mundo. Es ésta una vía en la que el uso del dinero, como mediador del poder y la riqueza, merece ser puesto en cuestión en aras de un programa de auténtica democracia.

La obra lleva un «Posfacio pandémico», sobre la gestión de la crisis sanitaria por los poderes públicos, caracterizada por una absoluta pleitesía al capital privado. Que ésta no es la única opción posible puede observarse en China, donde un potente sector bancario estatal reactivó exitosamente la economía productiva en un tiempo récord. Esta constatación no implica de ninguna manera adhesión al régimen político del gigante asiático.

Las entrañas de la bestia al desnudo

La economía es una ciencia muy desprestigiada y el espectáculo cotidiano de premios nobel defendiendo con total convencimiento tesis contradictorias contribuye mucho a que lo sea. Sin embargo, leyendo este trabajo de Alfredo Apilánez comprendemos que la guerra de relatos se debe a una razón muy simple. La proliferación de análisis erróneos o abiertamente desquiciados que caracteriza esta disciplina, predicados todos los días desde púlpitos académicos y mediáticos, se debe más que nada a que los dueños del mundo, que pagan generosamente, no pueden permitir que se conozca la verdad. Como no podía ser de otra manera, ahí están todavía los «espadachines a sueldo del capital» de los que hablaba Marx.

Vislumbramos además que el dinero resulta ser mucho más que esos billetes y monedas que llevamos ufanos en el bolsillo y nos sirven para comprar cosas. El dinero, con su metamorfosis en capital, es la herramienta del poder para apropiarse de la vida de los seres humanos y transformarla en mercancía. Aprendemos por qué el capitalismo es monstruoso, pero también que su latrocinio es extraordinariamente inestable. Lo que oprime al mundo en este momento es una caricatura demencial del capitalismo industrial de antaño, fraguada al agotarse la actividad productiva y caer la tasa de ganancia. La proliferación de metástasis financieras que exacerba las desigualdades y destruye el planeta, es sólo un intento desesperado y vano de restituir esa tasa de ganancia. No hay ninguna esperanza de que el genio maligno pueda ser devuelto a la botella y la construcción de un mundo donde merezca la pena vivir pasa necesariamente por acabar con él.

Las entrañas de la bestia arroja luz sobre misterios que los más poderosos tienen enorme interés en que no conoz-

camos. Por su lenguaje incisivo y su tratamiento riguroso, y hay que decir que ameno, a pesar de la aridez de muchos asuntos, el libro se lee con la emoción de una revelación. Los hitos y conceptos que han configurado nuestro mundo son diseccionados con pasión y agudeza y de este modo se consigue que nuestra forma de ver las cosas cambie completamente. Hay que destacar además la profusión de citas esclarecedoras de otros autores, y de notas a pie de página. Y por si esto fuera poco, al final del texto un glosario y una amplia bibliografía comentada nos aportan la posibilidad de contrastar en otras fuentes lo leído y ampliar nuestra visión. De esta forma, *Las entrañas de la bestia* se convierte en puerta a un sinfín de lecturas sobre estos aspectos decisivos, pero muy mal conocidos.

Conscientes de lo que hay, no nos queda otra que emprender camino hacia la reconstrucción de lo humano al margen del sistema monstruoso que rige el mundo. Sin embargo, nada de esto será posible sin saber bien a qué nos enfrentamos. Gracias, pues, a Alfredo Apilánez por el viaje revelador que nos ofrece en este libro a las mismísimas entrañas de la bestia.

La empresa criminal: Por qué las corporaciones deben ser abolidas, de Steve Tombs y David Whyte

Publicado en *Rebelión* el 7 de junio de 2017

Dos catedráticos, uno de Criminología en la Open University (Steve Tombs) y otro de Estudios Socio-Jurídicos en la de Liverpool (David Whyte), unieron sus esfuerzos para dar forma a este libro, cuya versión en castellano apareció recientemente en el catálogo de Icaria Antrazyt (trad. de D. Jiménez, I. Bernat y A. Forero). Un prólogo de los traductores y una introducción de los autores para esta edición nos presentan con claridad el objetivo de la obra; si bien existen muchas que analizan los crímenes de las corporaciones transnacionales del capitalismo, ésta se dedica en especial a mostrar el carácter irreformable de estas instituciones, que constituyen en este momento la mayor amenaza para la humanidad.

Estamos hablando de entidades que dominan todos los aspectos de nuestra vida y cuyas cifras de facturación compiten con los PIB de los Estados. Su tendencia creciente es la formación de oligopolios, y en este sentido un repaso al panorama en diversos sectores de la economía de los países anglosajones pone en evidencia lo que se esconde tras el mito del «libre mercado». Progresivamente, las grandes decisiones económicas son tomadas por las corporaciones y no por Estados que las subsidian generosamente. Además, los Gobiernos están siempre dispuestos a echar una mano a las empresas cuando su situación peligra y les permiten externalizar costos de forma habitual, haciendo que los perjuicios que su actividad ocasiona sean asumidos por los sectores sociales más vulnerables. Éste es el punto de partida: un cuestionamiento del mito de la eficiencia de las corporaciones, fácilmente rebatido por las cifras económicas.

El libro se concentra después en un análisis de los daños generados por las compañías, crímenes que en ocasiones alcanzan proporciones «monstruosas» y saltan a los titulares de los medios, pero que más comúnmente corresponden a actividades cotidianas cuyo carácter delictivo apenas es reconocido. Los autores repasan ejemplos en diversos campos: fraude, corrupción y lavado de dinero en la banca, que casi nunca arrastran consecuencias judiciales; delitos alimentarios y en los productos farmacéuticos de múltiples tipos; atentados contra la seguridad de los trabajadores; y por último, crímenes medioambientales, que se ensañan con los más pobres. Los daños producidos a veces ni siquiera están tipificados como delitos, pero incluso cuando lo están es difícil que acarreen sanciones penales. Capítulo aparte merece la connivencia entre Estado y corporaciones en los conflictos bélicos, cuyo análisis demuestra cómo el primero ha acabado convirtiéndose en brazo armado de las segundas. De la Alemania nazi a Irak, los datos permiten entender la guerra como estafa y crimen corporativos.

Las primeras compañías con fines lucrativos nacen en Inglaterra en el siglo XVII para favorecer la empresa colonial, pero es en el XVIII y el XIX cuando alcanzan desarrollo notable, creándose la cobertura legal de la responsabilidad limitada, que protege a los accionistas de los posibles delitos de una compañía («velo corporativo»). De la East India Company al crack de 2008, la historia pone de manifiesto la enorme impunidad que ha caracterizado siempre a las corporaciones, y patentiza el conflicto irresoluble del capitalismo: se proclaman derechos individuales, pero se garantiza sobre todo el de enriquecerse de cualquier modo de una minoría.

El funcionamiento de la corporación obedece a una maximización de beneficios con criterios de racionalidad, amoralidad e insensibilidad, sometidos en el momento actual a tensiones entre propietarios (accionistas) y gestores. A la hora de enjuiciar a la persona jurídica que es la corporación, la responsabilidad se diluye pues su núcleo de poder resulta estar vacío, de forma que las mismas estructuras jerárquicas complejas que provocan los desastres, son las que permiten a los culpables escurrir el bulto. La tesis del libro queda demostrada cuando un análisis de las formas de «decidir» y «actuar» de las empresas evidencia cómo éstas generan necesariamente efectos antisociales que están en su ADN. Un repaso detallado y crítico a la copiosa literatura existente so-

bre la posibilidad de «domesticar» a la corporación y hacer de ella un ente beneficioso para la humanidad trasluce sólo buenas intenciones y retórica sin contenido real.

Qué hacer entonces con las corporaciones, seres maléficos por naturaleza. Ante la dificultad de reformarlas, abolirlas sería la respuesta lógica. Por otro lado, en el momento actual su vulnerabilidad ante la opinión pública es innegable por la ineficiencia de muchas empresas privatizadas y la divulgación continua de sus crímenes; además, la relación simbiótica de que gozan con los Estados resulta escandalosa en muchos casos. No obstante, según los autores, un programa racional de oposición a las corporaciones no implica huir de las opciones reformistas, aunque sí concentrarse en aquéllas que tienen potencial transformador, como atacar las bases jurídicas de su impunidad o promover la influencia de los trabajadores en sus decisiones.

Las corporaciones son cristalizaciones de poder enormes y monstruosas, pero relativamente recientes, y esto debería animarnos, pues nada indica que sean imprescindibles ni tan siquiera convenientes, sino más bien lo contrario. Por otro lado, los preceptos legales en los que se basan de ninguna forma son naturales ni inmutables. Luchar por un mundo sin corporaciones no requiere perfilar todos los detalles de cómo podría funcionar éste, sino que significa sólo devolver al ser humano la libertad de decidir sobre sí mismo y gestionar su vida en condiciones de una auténtica democracia que incluya la economía.

Capitalismo y pandemias, de Frank Molano Camargo

Publicado en *Rebelión* el 12 de enero de 2021

Capitalismo es sinónimo de explotación entre individuos, Estados, centros y periferias, pero no se debe olvidar que lo es también de destrucción en el medio natural, con lo que una cuestión esencial es saber qué repercusiones tiene su dinámica sobre los microorganismos patógenos que abundan en la biosfera, y si puede ser capaz de activar epidemias. Se trataría, en resumen, de analizar la conexión entre el sistema económico y los procesos infecciosos que han azotado a la humanidad durante los últimos siglos. Frank Molano Camargo, investigador y profesor colombiano especialista en Historia Ambiental, ha recopilado datos y tejido argumentos para esclarecer esta cuestión en *Capitalismo y pandemias*, su último trabajo, que acaba de ser editado por Traficantes de sueños.

En su introducción al volumen, Molano pone de manifiesto cómo el capitalismo, con sus secuelas de deforestación, contaminación y destrucción de ecosistemas, para extraer recursos o imponer agricultura industrial, rompe continuamente el frágil equilibrio entre los humanos y el resto de la naturaleza y crea condiciones para la expansión de enfermedades microbianas. Los siete capítulos de la obra ofrecen después un recorrido por momentos clave de la historia, desde la Edad Media hasta el presente, en los que diversas y graves epidemias evidencian una clara conexión con el desarrollo del capitalismo.

La peste negra

A mediados del siglo XIV, la peste negra provocó en Europa la muerte de aproximadamente cincuenta millones de personas. La causante del desastre fue una bacteria, *Yersinia pestis*, que vive habitualmente en pequeños mamíferos para los que es inofensiva, pero es capaz de saltar a través de pulgas a otros mamíferos —ratas o humanos—, en los que produce la enfermedad. Tras analizar los aspectos esenciales de la epidemia, Molano concluye que: «*La roturación a gran escala y el aumento de la concentración urbana, en un marco de clima más frío, empeoramiento agrícola y hambre, unidos a las guerras y a la gran reserva de microorganismos que conectó la gran expansión comercial entre Europa y Asia crearon las condiciones para que la bacteria* Yersinia pestis *pudiera desplazarse y expandirse por el continente a partir de 1347, primero en las pequeñas ciudades portuarias de Italia y después hacia el norte*».

La peste negra, a través del debilitamiento del campesinado, contribuyó al ocaso del feudalismo en Europa, fortaleciendo el poder real y de los incipientes Estados y la expansión comercial y colonial. Nació así un sistema-mundo capitalista integrado, que favoreció la propagación de gérmenes patógenos dando lugar a crisis pandémicas sucesivas.

La viruela

Es ésta una vieja enfermedad, frecuentemente mortal, que ya produjo epidemias en el antiguo Egipto y Roma. Su responsable es un virus, *Variola virus*, que llega a América en las carabelas españolas y causa allí un colapso demográfico en el que también influyen otras infecciones como tifus, difteria o sarampión. Por poner un ejemplo, la población de México se reduce en el siglo que sigue a la invasión, en cifras aproximadas, de 25 millones de personas a 700 000. Esta catástrofe ha sido atribuida en la narrativa colonial a la «inmadurez» e indefensión de los pueblos americanos frente a los gérmenes europeos. Sin embargo, las condiciones de vida impuestas por los conquistadores, marcadas por redistribuciones de población, hacinamiento, trabajo agotador y alimentación muy deficiente, tuvieron sin duda un papel esencial en la devastación originada.

Todos estos hechos se desarrollan en el contexto de la incorporación del Nuevo Mundo a la economía capitalista,

y de la mayoría de sus habitantes, en condiciones de mera subsistencia, al trabajo en plantaciones y minas para garantizar la acumulación primaria y el enriquecimiento de las élites explotadoras. Ideológicamente, la aniquilación de los nativos es presentada en ocasiones, según registran documentos de la época, como «castigo divino» por su idolatría o su resistencia a aceptar la vida «civilizada».

En el siglo XVIII, la viruela es utilizada por los ingleses como arma biológica, a través de la distribución de mantas infectadas, para dominar a tribus indias en Massachusetts. En esta misma centuria, epidemias agudizadas por expulsiones, proletarización y hambre ocasionaron entre los pobladores originarios de Australia y Nueva Zelanda un colapso demográfico similar al ocurrido en América.

El cólera

Desde el siglo XIX hasta la actualidad se han registrado siete epidemias de cólera, y hoy día se calcula que fallecen veinte mil personas anualmente de esta enfermedad, causada cuando el bacilo *Vibrio cholerae*, que vive en reservorios naturales acuáticos, accede al intestino humano. En la India, los virus bacteriófagos presentes en las aguas del Ganges neutralizan la bacteria, pero cuando la colonización inglesa modificó los ecosistemas del delta de este río y desplazó hacia allí una gran cantidad de población, a partir de 1817 se produjo una primera epidemia, que luego se extendió por Oriente Medio, Europa y el norte de África, dejando cerca de cien mil muertes. El relato oficial, como suele ocurrir, contó la historia al revés, y trató de vender que llevar la «civilización» a la India, origen de estas pestilencias, justificaba plenamente la intervención colonial, «la carga del hombre blanco».

Un factor importante en la propagación del cólera fueron las condiciones higiénicas deplorables en que se desenvolvía la vida del proletariado urbano durante las primeras décadas del siglo XIX. Sin embargo, en la narrativa de las clases dominantes, eran los pobres los causantes de la plaga, y contra ellos se implementaron decretos represivos. A mediados de la centuria, la ciencia descubrió el bacilo que origina la enfermedad y quedó clara la forma de prevenir su expansión, pero la miseria y degradación de la vida urbana que provoca el capitalismo hacen que continúe produciendo víctimas hasta nuestros días.

La malaria

La malaria o paludismo existe desde los comienzos de la humanidad y es producida por protistas del género *Plasmodium*, que usan como vector a las hembras de los mosquitos *Anopheles*. Es una dolencia muy compleja, a la que algunos consideran responsable, nada más y nada menos, que de la mitad de todos los fallecimientos de individuos de nuestra especie.

En el siglo XX, las potencias imperialistas se dieron cuenta de que la malaria dificultaba su avance, y concentraron esfuerzos en la búsqueda de un arma contra ella. Esto llevó al descubrimiento en 1939 de un eficaz insecticida, el DDT, que se empleó generosa y universalmente, pero tuvo que ser prohibido cuando se revelaron sus efectos nocivos para la salud humana y el medio natural. En realidad, la enfermedad no fue erradicada en el Norte global hasta la década de 1970, a través de la mejora en las condiciones de vida y ambientales. Mientras tanto en el Sur sigue causando estragos, con casi medio millón de víctimas mortales en 2019.

La gripe española

Esta variante de gripe, producida por el virus A H1N1, se llevó en 1918 y 1919 a entre 50 y 100 millones de personas en todo el mundo. Diversos factores incidieron en el origen de la pandemia. Por un lado, las emisiones de CO_2 de la segunda revolución industrial (1850-1914) y las deforestaciones masivas de la Gran Guerra aceleraron el cambio climático y la fusión del permafrost, lo cual, según la teoría propuesta por Tai Jim-Qin en 2019, liberó el virus que tras mutar acabó produciendo la enfermedad. Por otra parte, los movimientos de masas del final del conflicto dispararon los contagios, al tiempo que la censura de guerra impedía afrontar el problema. Como es costumbre, el porcentaje de víctimas sobre el total de la población fue mucho mayor en el Sur global y entre las clases depauperadas del Norte.

El sida

El virus de la inmunodeficiencia humana (VIH) ha matado desde 1980 a unos 40 millones de personas, y presenta la peculiaridad, potenciadora de su propagación, de que la enfermedad que genera, el síndrome de inmunodeficiencia adquirida (sida), sólo se manifiesta bastantes años después del contagio. El tratamiento con antirretrovirales transforma la infección de mortal a crónica y debido a esto, a partir de 2010 se produjo una disminución notable de los fallecimientos en el Norte, mientras que en el Sur, donde estos medicamentos resultan costosos, el VIH sigue causando gran número de víctimas.

Rastrear la historia del sida nos lleva hasta la cuenca del Congo, donde aparecen en la década de 1930 los primeros brotes, consecuencia de la agresión colonialista contra el medio natural. La enfermedad se hace endémica en la región, y viaja después a Haití con trabajadores de aquel país, convirtiéndose en principal causa de mortalidad en la nación caribeña hasta el día de hoy. Turismo sexual y transfusiones de sangre llevaron el virus en los años 80 a los Estados Unidos, y allí el colapso sanitario de la era Reagan potenció su transmisión. Sólo a partir de esa época la enfermedad adquirió dimensiones de pandemia.

El covid-19

A finales de 2019 se reportan en Wuhan (China) los primeros casos de una enfermedad producida por un nuevo coronavirus, el SARS-CoV-2, que en pocos meses se extiende por todo el planeta y en diciembre de 2020 ha causado ya más de 1,8 millones de muertes. Para el autor del libro, la irrupción de patógenos como éste se relaciona con la agresión ambiental continua del capital, y su vertiginosa y letal propagación con la economía globalizada, el hacinamiento e insalubridad de los suburbios urbanos y el declive de los sistemas de salud en la época de dominio neoliberal. Investigaciones recientes demuestran también que puede existir una conexión entre las mutaciones víricas y los periodos de actividad de las manchas solares, a través de variaciones en la capa de ozono y el flujo de rayos ultravioleta.

La historia al revés

Es conocida universalmente la existencia de epidemias que tiñen de tragedia las páginas de la historia. Todos hemos oído hablar de ellas y sabemos algo de los microorganismos que las originan, sus mecanismos de transmisión, síntomas y tratamientos. Sin embargo, en este mundo nuestro no es fácil escudriñar las causas reales de los procesos, siempre distorsionadas por relatos al servicio del poder. Con *Capitalismo y pandemias*, Frank Molano Camargo ha realizado un trabajo extraordinario, pues su acumulación de datos y argumentos consigue presentarnos esos flagelos que marcan hitos en la historia del sufrimiento humano con un rostro enteramente nuevo.

La obra muestra con rigor, clara y sintéticamente, cómo desde el siglo XV en que se afina y pule la máquina capitalista, la explotación de los seres humanos y la destrucción ambiental han ido acompañadas siempre de un negro correlato de epidemias. Los responsables de éstas son en ocasiones microrganismos desplazados de su medio natural por la dinámica enloquecida que se impone, o en otros viejos conocidos de nuestra especie cuyo poder exterminador queda fortalecido en las nuevas condiciones creadas. En todos los casos, son destrucción y muerte las compañeras inseparables del capital en su progresión y sus aventuras coloniales.

A comienzos del siglo XV, el almirante Zheng He, al servicio de los emperadores Yongle y Xuande de la dinastía Ming de China, realizó siete viajes por todo el sur de Asia y el este de África comandando Flotas del Tesoro que llegaron a estar compuestas por 317 barcos, muchos de ellos con más de cien metros de eslora. El objetivo de estas expediciones era explorar los mares y sus países ribereños, establecer relaciones comerciales y diplomáticas y repartir regalos con fines propagandísticos. Nada que ver con el asunto de esta reseña.

Me gusta terminar, sin embargo, con este recuerdo, para dejar claro que el compendio de horrores que Frank Molano nos describe en *Capitalismo y pandemias* no es algo que esté inscrito en la naturaleza humana.

4.3
El dilema de la violencia

Teoría e historia de la revolución noviolenta, de Jesús Castañar Pérez

Publicado en *Rebelión* el 30 de abril de 2014

El sociólogo Jesús Castañar Pérez (1974), estudioso y activista de la noviolencia, ha analizado ésta en diversos ámbitos geográficos e históricos y ha militado en el Movimiento de Objeción de Conciencia, declarándose insumiso en 1993, y en la Internacional de los Resistentes a la Guerra. En *Teoría e historia de la revolución noviolenta*, que acaba de publicar Virus, nos propone un viaje por la larga crónica de la resistencia noviolenta al poder, por sus argumentos y estrategias, sus éxitos y fracasos. El libro ofrece una magnífica introducción a estos asuntos, útil para cualquiera que haya meditado alguna vez sobre el eterno problema de las relaciones entre violencia y revolución.

El primer capítulo se destina a clarificar la terminología y el marco conceptual de la noviolencia, escrita así —en una sola palabra— para enfatizar que no se trata de una simple negación, sino de la articulación de una práctica de acción política coherente y estructurada. Los planteamientos que hay detrás de ella van desde el pragmatismo de los que la consideran sólo una forma eficaz de lucha, hasta los presupuestos ideológicos y éticos de los que la ven como el medio «correcto» de afrontar los problemas y lograr una transformación radical del individuo y la sociedad.

Una larga historia de resistencia pacífica

La historia de este tipo de movilización social puede rastrearse en episodios como huelgas de artesanos en el Egipto faraónico, casos de resistencia pasiva a normas injustas en Grecia y Roma, huelgas de hambre en la Irlanda precristiana o la India y métodos noviolentos en el Asia budista. Además de estos escenarios, antes de su colapso ético al fundirse con el Estado, el cristianismo presenta también ejemplos de objeción de conciencia y resistencia noviolenta, como los de San Martín de Tours o San Sebastián. Después

de ellos, hay que esperar varios siglos para el renacer del pacifismo en el Occidente cristiano.

En el siglo XVI hay que citar a Erasmo de Rotterdam, un notable crítico de la guerra y la violencia, y a Étienne de la Boétie, con su demoledor *Discurso de la servidumbre voluntaria*, agudo acusador de la complicidad de los propios gobernados en la continuidad de una tiranía. En el siglo XVII, Hobbes y otros defienden el poder monárquico, pero se dan fenómenos muy interesantes como el movimiento cuáquero, profundamente democrático y noviolento, que fundó y organizó la ciudad de Filadelfia en Estados Unidos de acuerdo con estos principios hasta 1756. La revolución inglesa de 1688 supone también un avance al proponer un Gobierno de poder limitado basado en el consenso, según las doctrinas de John Locke.

En el siglo XVIII, la Ilustración da forma a los principios democráticos y de separación de poderes y éstos cristalizan pronto en las revoluciones americana y francesa. En los años que siguen es esencial la obra de William Godwin, con una teoría muy elaborada de la desobediencia como forma de acción política sin violencia, que influiría en Robert Owen, pionero del socialismo inglés. En el siglo XIX hay pensadores que abogan por métodos noviolentos, inspirados a veces en el cristianismo. Para ellos, Marx acuñó el término «socialistas utópicos», reservándose para sí el «socialismo científico». Jesús Castañar propone redefinir estos campos como «socialismo noviolento» y «socialismo violento», respectivamente. Durante este siglo se desarrollan y popularizan acciones como presentaciones de firmas, huelgas, manifestaciones, sentadas y ocupaciones de edificios, un rico arsenal de medios para que los ciudadanos puedan influir en las decisiones políticas al margen de la representación parlamentaria.

En el siglo XIX también es esencial la aportación de Henry David Thoreau, que en América pone las bases de la desobediencia civil, defendiendo la negativa a colaborar con un Estado que realice políticas inmorales. Allí diversos autores proponen estrategias noviolentas para oponerse a la esclavitud, aunque la mayor parte de ellos toman luego partido por la Unión durante la guerra de Secesión. Otros movimientos noviolentos del siglo XIX son: la revolución húngara de 1867 —que consiguió garantizar la autonomía en la llamada «monarquía dual» y un sistema político de corte liberal—, la lucha por la independencia de Irlanda, la legalización del SPD en la Alemania de Bismarck y las reformas democráticas conseguidas en Persia a finales del siglo XIX y comienzos del XX. Se recuerda también la lucha de las sufragistas en EEUU y el Reino Unido, que incorporó muchas veces tácticas noviolentas como manifestaciones y huelgas de hambre.

El siglo XIX conoce también estrategias noviolentas de resistencia al genocidio colonial, cuyo caso más notable es el de los maoríes de Nueva Zelanda que trataban de evitar el expolio de sus tierras. La mítica ciudad de Parihaca ha quedado en la memoria de la humanidad como el grito de libertad de un pueblo enfrentado con métodos noviolentos a la trituradora colonial. Consiguieron poco, pero es indudable que con una oposición violenta habrían sido exterminados sin contemplaciones.

El pacifismo moral de Liev Tolstói (1828-1910), desarrollado en los últimos treinta años de su vida, es una doctrina de raíz cristiana, pero heterodoxa y que le costó la excomunión. Se trata de la «no resistencia al mal con violencia», que es posible a través de un perfeccionamiento interior y puede conducir según él a una transformación total de la sociedad. Emparentada con el pacifismo también cristiano de cuáqueros y menonitas, esta visión tiene grandes afinidades con el anarquismo y hay que decir que la relación de Tolstói y Kropotkin estuvo siempre marcada por una gran fascinación mutua. Tolstói fue un gran propagandista de la acción noviolenta y la convirtió en estrategia de una revolución política. Para él, agotadas las vías violentas de nihilistas y anarquistas, que generaban rechazo en las masas, y asimismo imposible la colaboración parlamentaria con un sistema que pudre todo lo que toca, sólo quedaba la revolución por medio de la transformación interior y la renuncia activa a contribuir al desastre.

Noviolencia en el siglo XX

A principios de esta centuria hay varios movimientos que merecen ser destacados. La Revolución rusa de 1905 comenzó como un proceso fundamentalmente noviolento y con fuerte apoyo popular, aunque luego recurrió a acciones armadas. Muy cerca, en la Finlandia bajo dominio ruso, en estas fechas se vivió una revuelta con un marcado carácter noviolento que sirvió para conseguir autonomía y libertades. Poco después, Mohandas Gandhi (1869-1948) lanzó en Sudáfrica una campaña por los derechos de los inmigrantes indios. En su autobiografía confiesa la influencia de Tolstói, Ruskin y textos cuáqueros, y éste es un caso en el que la noviolencia consiguió excelentes resultados, doblegando la intransigencia de los gobernantes blancos de Sudáfrica. En los comienzos del siglo XX hay que señalar también los boicots a los productos extranjeros que se desarrollan en una China debilitada militar y políticamente, y las movilizaciones en España contra la guerra de Marruecos. En éstas hubo episodios de insurrección violenta, como la Semana Trágica barcelonesa de 1909, pero también campañas de insumisión y protesta pacífica.

La Primera Guerra Mundial no pudo ser detenida por una huelga general coordinada en todos los países contendientes, como era el plan de algunos líderes obreros, y el fracaso acabó con la Segunda Internacional, pero hay que decir que ésta es la primera guerra en la que se registra un importante movimiento de objeción de conciencia. En Gran Bre-

taña hubo un total de 16 000 objetores, de los que la mitad aproximadamente aceptaron trabajos no combatientes. Los demás, opuestos a cualquier colaboración con el esfuerzo bélico, recibieron penas de cárcel e incluso de muerte que fueron conmutadas. En Francia y Alemania los objetores fueron enviados al frente contra su voluntad y en muchos casos ejecutados allí. En EEUU hubo 55 000 solicitudes de objeción de las que unas 4000 fueron reconocidas, 25 000 fueron declarados no aptos para el combate y 16 000 fueron incorporados a filas a la fuerza. Hubo también una fuerte oposición a la guerra entre los combatientes, sobre todo en los momentos finales, y no hay que olvidar el papel que el conflicto jugó en las revoluciones rusa y alemana. Se cita también el cisma producido en el movimiento anarquista al alinearse algunos de sus dirigentes más destacados, como P. Kropotkin, J. Grave o F. Urales, con el bando aliado. Entre los intelectuales opuestos a esta guerra hay que citar a B. Russell, R. Rolland, E. Malatesta y A. Einstein.

Tras el armisticio, se vive un auge de movimientos pacifistas con diversas orientaciones ideológicas, y es entonces cuando el término «resistencia noviolenta» (de *ahimsa*, «noviolencia» en sánscrito) se impone a otros usados hasta entonces, como «resistencia pasiva», lo cual es una aportación de Gandhi al movimiento. A este personaje está dedicado el siguiente capítulo, en el que se señalan aspectos poco conocidos, como su colaboración en 1918, aún durante la guerra, con el reclutamiento para el ejército británico en la India. Se describen luego en detalle las campañas de desobediencia civil a favor de la independencia emprendidas tras su regreso al subcontinente en 1915, y se apunta como éstas fueron sólo uno de los factores, y no el más importante, que contribuyeron a este objetivo, logrado en 1946. La aportación de Gandhi al movimiento noviolento consiste sobre todo en la dinamización de conceptos heredados de autores anteriores como Thoreau y el cambio terminológico señalado.

Conocemos después a Abdul Ghaffar Khan (1889-1988), fundador en 1929 de los Khudai Khidmatgar («siervos de Dios»), que lideraron una resistencia noviolenta contra el imperio británico en Pakistán basada en los preceptos del islam. Amigo y colaborador de Gandhi, este hombre que pasó gran parte de su vida en la cárcel fue capaz de transformar a sus aguerridos hermanos pastunes en valerosos soldados de la noviolencia y se convirtió en el inspirador de los grupos pacifistas musulmanes de la actualidad.

El período de entreguerras conoce otros movimientos noviolentos, como los de 1919 en Corea y China contra la ocupación japonesa, o el de Egipto el mismo año contra la inglesa, prolongado hasta 1922 en que se consigue la independencia. En Alemania, una masiva no colaboración logró desactivar en 1920 el *Putsch* de Kapp que amenazaba a la recién nacida República de Weimar, y tres años más tarde la misma táctica fue usada contra la ocupación francesa del Ruhr y resultó decisiva para que ésta fracasara. En los años 20 también, las campañas de no colaboración y resistencia noviolenta, mantenidas a pesar de la violencia de la represión, fueron fundamentales para que el pueblo samoano consiguiera libertades civiles en su pugna con el colonizador neozelandés.

En los años 30 es en Chile, California y distintos lugares de Europa donde las movilizaciones con huelgas y sentadas fueron ampliamente empleadas contra dictaduras o en el contexto de conflictos obreros. En Palestina, la inmigración judía ponía en peligro con extorsión y terrorismo la propia existencia del pueblo palestino, y éste se organizó para una resistencia que recurrió ocasionalmente a la lucha armada, pero se desarrolló en gran parte por métodos de resistencia noviolenta y no colaboración. Es destacable en este sentido la gran intifada de 1936, durante la cual una huelga general consiguió mantenerse seis meses y es probablemente la más larga de la historia.

Respecto a la Segunda Guerra Mundial, se señala cómo el número de objetores fue mayor que en la Primera y se describe la represión que sufrieron, que fue en general menor, aunque no en Alemania. Se recuerda después la resistencia noviolenta contra el nazismo, tanto en la propia Alemania como en los países ocupados, donde fue más importante, sobre todo en Dinamarca y Noruega. La no colaboración consiguió salvar a varios miles de judíos del exterminio en Polonia, Hungría y Francia, pero sobre todo en Dinamarca otra vez.

Otro escenario de conflictos noviolentos durante estos años es Centroamérica, y una huelga general logra en 1944 la dimisión en El Salvador del dictador Maximiliano Hernández Huerta y la apertura de un breve paréntesis democrático. La lucha se extiende luego a Guatemala, con movilizaciones contra la dictadura de Jorge Ubico, que será depuesto por un golpe de Estado poco después. Aunque también hay disturbios en Nicaragua, allí Anastasio Somoza consiguió mantenerse en el poder.

Tras la Segunda Guerra Mundial y hasta los años 60, en los EEUU se vive una efervescencia de luchas noviolentas que abarca la obstrucción de instalaciones con armamento nuclear, movilizaciones por los derechos civiles de los indios y afroamericanos y campañas contra la guerra de Vietnam. Sin embargo, hay que decir que tras el asesinato de Martin Luther King en 1968, el movimiento por los derechos civiles giró hacia métodos más violentos.

Aportaciones teóricas

El gran avance de la sociología a principios del siglo XX permitió establecer un marco teórico más científico para el análisis de la noviolencia. Así, el sociólogo cuáquero americano Clarence Marsh Case analiza en 1922 en *Non-vio-*

lent coertion la legitimidad y eficacia histórica de huelgas y boicots. Por su parte, el abogado norteamericano y discípulo de Gandhi, Richard Gregg, emprende en 1935 con *The power of Non-violence* la elaboración de un tratado sistemático sobre la noviolencia como forma de acción política, insistiendo en la utilidad de la superioridad moral del que usa estos métodos, que puede fácilmente despertar la simpatía de alguien ajeno al conflicto. En 1939, Krishnalal Shridharani critica a Gandhi y Gregg y plantea una idea menos «mística» y más pragmática de la acción noviolenta, y en 1940, el holandés A. J. Muste, autor con una dilatada trayectoria sindical y pacifista, presenta una interesante visión de la noviolencia como doctrina revolucionaria.

Mención aparte merece Bart de Ligt (1883-1938), un pastor protestante holandés que evolucionó luego hacia un anarquismo antimilitarista. En 1921 creó el International Anti-Militarist Boureau, que promovió la formación de un movimiento contra la guerra. Escribió también varios libros en los que se declara partidario de una revolución que habría de lograrse por métodos noviolentos pues señala que «*cuanto más violenta es una revolución, menos revolución es*». El levantamiento fascista de 1936 en España pone a Bart de Ligt en una grave tesitura que resuelve negándose a condenar la violencia antifascista y apoyando únicamente la resistencia noviolenta al fascismo.

La legitimación académica del concepto de «desobediencia civil» llega sobre todo cuando ésta es considerada por John Rawls y Jürgen Habermas en su teoría general de la democracia, quedando definida como «*Una forma de acción política en que se transgrede conscientemente la ley de forma pública, colectiva y sin violencia con el propósito de generar un cambio político y asumiéndose las consecuencias legales derivadas de ello*». A diferencia de ésta, la objeción de conciencia queda establecida como una opción estrictamente personal.

Se destacan también las aportaciones teóricas de Martin L. King, elaboradas sobre todo por sus colaboradores Martin Oppenheimer y George Lakey, que ponen el énfasis más que en la «conversión» del oponente, defendida por Gandhi y Gregg, y que se juzga difícil en muchos casos, en forzar una negociación, que resulta ser así el objetivo de la acción noviolenta.

En 1973 aparece el que se suele considerar el texto más importante sobre la acción noviolenta, los tres volúmenes de *The politics of Nonviolent Action* de Gene Sharp. En esta obra se analizan todos los métodos que ha empleado históricamente la noviolencia, enfatizando que no es una respuesta pasiva, sino de auténtica «acción noviolenta», y se sintetizan las aportaciones de todos los que trataron el tema anteriormente. Se insiste también en que estos métodos no implican una profunda ideología pacifista por parte de los que los utilizan, sino que pueden ser asumidos simplemente por considerarlos más efectivos o menos arriesgados. Sharp elabora también una teoría del poder en la que éste se fundamenta en un consentimiento de los gobernados que es precisamente lo que se retira en la acción noviolenta. Se termina repasando el discutible papel jugado más tarde por Sharp desde la Albert Einstein Institution de Boston que dirige, promoviendo sus métodos de lucha en defensa del orden imperial y contra Gobiernos como el cubano.

Las aportaciones teóricas contemporáneas incluyen algunas obras que estudian los aspectos psicológicos de la acción noviolenta, pero hay que destacar sobre todo la aparición de revistas, institutos y departamentos universitarios dedicados a analizar estos asuntos, como el pionero International Peace Research Institute, de Johan Galtung, radicado en Oslo. El trabajo de E. Chenewoth y M. J. Stephan *Why civil resistance Works. The strategic logic of Nonviolent conflict* examina 323 casos de campañas tanto violentas como noviolentas entre 1900 y 2005, comprobándose que las violentas fueron exitosas sólo en un 25 % de los casos, mientras que las noviolentas llegan al 50 %. Se discute también el posible significado de estas cifras, que podría estar ligado a la mayor facilidad de la participación en las campañas noviolentas, que comportan menos riesgos, compromisos y necesidades logísticas y materiales.

La objeción de conciencia en España

Durante el franquismo y hasta 1971, los únicos objetores eran los testigos de Jehová, que cumplían largas condenas de cárcel. Es en ese año cuando Pepe Beúnza es llamado a filas y una vez en el cuartel se niega a vestir el uniforme y a cumplir órdenes. Es encarcelado y conoce incluso batallones de castigo en el Sáhara, pero la campaña por su liberación es el fermento que nuclea el movimiento antimilitarista español y ese mismo año se registran ya más casos de objeción. Un papel destacado en estas luchas es el de Gonzalo Arias (1926-2008), un traductor que trabajó en París para la Unesco y conocía bien la teoría de la noviolencia. Tras su regreso a España en 1968, se convirtió en un divulgador y propagandista de ella, protagonizando acciones contra la dictadura.

La objeción de conciencia es reprimida violentamente por el Estado hasta que en 1977, Gutiérrez Mellado, vicepresidente del Gobierno a la sazón, elabora una norma que declara en «incorporación aplazada» a los objetores. A partir de ese momento, hay penas de cárcel sólo para los objetores sobrevenidos (que se manifiestan como tales durante el servicio militar), que son tratados según la legislación militar como desertores. En 1984, el PSOE saca adelante la ley de objeción de conciencia, aceptada por unos colectivos y rechazada por otros, que se declaran insumisos y se niegan a realizar la prestación social sustitutoria. En

1989, los miembros de estos últimos comienzan a ser detenidos, juzgados y en muchos casos encarcelados, con lo que en 1998 llegó a haber 348 insumisos presos simultáneamente. La lucha siguió hasta la desaparición del servicio militar obligatorio en el año 2001, cuando dejó de haber soldados de reemplazo en los cuarteles. En 2002, los insumisos presos fueron liberados y a partir de entonces el movimiento se concentró en otros objetivos: objeción fiscal y ocupación de instalaciones militares principalmente.

Un recorrido que construye futuro

Jesús Castañar ve con entusiasmo el auge actual de movimientos noviolentos por todo el mundo, con proliferación de grupos que no sólo denuncian injusticias y proponen alternativas, forzando a la negociación a los poderes, sino que también tienen la virtud de crear, en el seno de un sistema profundamente autoritario, una dinámica horizontal y participativa, auténticamente democrática y que de alguna forma nuclea el mundo nuevo que es necesario construir.

Teoría e historia de la revolución noviolenta nos acerca en detalle a las tácticas que han usado a lo largo de los tiempos los que decidieron enfrentarse a las injusticias y arbitrariedades del poder con la sola arma de sus argumentos y su desobediencia, analizando además con rigor las diferentes concepciones y fundamentos teóricos en que se han apoyado estas acciones. La abrumadora acumulación de datos acaba por demostrar que cuando existe una masa crítica de oposición y una conciencia clara de los objetivos, y sobre todo cuando el poder está de alguna forma comprometido a guardar ciertas formas y sus acciones son visibles para espectadores influyentes y con algún sentido moral, estos métodos resultan muy eficaces. En la era de Internet y los teléfonos móviles pueden serlo más, aunque el peligro de la manipulación y la mentira está también hoy más vivo que nunca. Sólo hay que ver cómo los enemigos del progreso social aprenden la lección y son capaces de mimetizarse como «noviolentos» en campañas contra Gobiernos democráticos y progresistas. Eso lo vemos también todos los días en los telediarios.

Mi viaje al otro lado de la realidad, de Liev Tolstói. Crónica del despertar de una conciencia

Publicado en *Rebelión* el 20 de diciembre de 2023

La amplitud y hondura de la obra literaria de Liev Tolstói (1828-1910) hace que en cualquier momento pueda sorprendernos la aparición de un texto suyo desconocido en castellano, aunque enormemente sugestivo y valioso. Esto es lo que acaba de ocurrir con *Mi viaje al otro lado de la realidad*, libro recién publicado por Errata Naturae que relata la crisis espiritual del autor de *Guerra y paz* a comienzos de la década de 1880, cuando su conversión a un anarquismo *sui generis*, cristiano y pacifista, dio un vuelco a su visión del mundo y del sentido de la literatura.

Un conde escritor (1828-1881)

De origen noble, Liev Tolstói viajó de joven por el sur de Rusia y sirvió en el ejército durante la guerra de Crimea, pero pronto se volcó en una labor de novelista en la que, impregnado del espíritu del realismo, triunfante de aquélla, diseccionó con arte y profundidad psicológica la sociedad de su tiempo. Respecto al inconformismo que va a caracterizar más tarde su obra, diversos testimonios indican que el joven literato criticó enseguida el orden social. Así, ya en 1857, tras presenciar en París una ejecución pública, escribió a un amigo: «*La verdad es que el Estado es una conspiración diseñada no sólo para explotar, sino sobre todo para corromper a sus ciudadanos. De ahora en adelante, nunca serviré a ningún Gobierno en ninguna parte*».

Poco después, en 1861, Tolstói trabó amistad en Bruselas con Pierre-Joseph Proudhon, exiliado allí por entonces. Tras noches enteras de conversación con el teórico del anarquismo, nuestro conde regresó a Rusia decidido a instalarse en el campo y prestar más atención a sus semejantes. Con este propósito puso en marcha un novedoso plan educativo, alérgico a la disciplina, en la escuela que había fundado en su propiedad de Yásnaia Poliana, y ejerció como juez de paz tratando de ayudar a los campesinos. En 1866 actuó además como defensor, en un tribunal militar, de un soldado acusado de golpear al oficial que ordenó darle una paliza por su borrachera. El infeliz fue condenado por ello a muerte y ejecutado, y este episodio le causó a su novel letrado un impacto mayor, según propia confesión, que el de una desgracia familiar.

Estos desvelos fueron compatibles con una intensa creatividad, materializada en infinidad de relatos cortos y las novelas: *Infancia* (1852), *Adolescencia* (1854), *Juventud* (1856), *Felicidad conyugal* (1859), *Los cosacos* (1863), *Guerra y paz* (1869) y *Anna Karénina* (1878), consagradas por el paso del tiempo como joyas imperecederas de la literatura universal.

El punto de inflexión: un viaje al otro lado de la realidad (1881)

Según estamos viendo, nuestro autor llevaba en aquellos años una doble vida, fiel por un lado a su vocación de escritor, y atento por otro a problemas sociales que le inquietaban, sin que entre las dos tendencias hubiera una comunicación estrecha; los protagonistas de las obras antes citadas, por ejemplo, no muestran preocupación excesiva por las pe-

nurias de las clases desfavorecidas. Sin embargo, esta situación va a dar un vuelco en 1881, cuando el novelista regresa a Moscú tras una larga temporada en el campo y su experiencia de la ciudad le provoca una honda conmoción. Con sus cavilaciones pergeña un artículo que es rechazado en la revista a la que iba dirigido y sólo verá la luz en 1901, tras ser ampliado. Éste es el texto que ahora aparece en castellano, en traducción de Antonio García y precedido del prefacio que Émile Zola preparó para la primera edición francesa.

Tolstói nos hace partícipes en estas páginas de sus vivencias y reflexiones. Habituado en otro tiempo a la ciudad, ve ahora en ella demasiadas cosas que le resultan insoportables. Los sonidos de silbatos que llegan hasta su casa de la calle Jamóvniki —hoy museo dedicado a su memoria— lo perturban, y más cuando se entera de que sirven para marcar, con insistencia odiosa, el ritmo de trabajo de los niños, mujeres y ancianos que en las fábricas que rodean su mansión se agotan en jornadas extenuantes por un salario de hambre. Fulminado por la vergüenza y la rabia, el autor de *Anna Karénina* emprende entonces una investigación de las «zonas oscuras» de la urbe, barrios obreros, hospicios y asilos. La humanidad doliente que allí descubre le hace sentir terriblemente mal, como miembro favorecido e influyente de la sociedad que tan cruelmente trata a sus gentes. Era preciso hacer algo, pero tenía que pensar exactamente qué.

El atribulado escritor comienza por atender las necesidades más urgentes y próximas, y demanda para ello ayuda de amigos y conocidos, pero pronto comprende que nadie va a auxiliarle en esta misión y que sus esfuerzos naufragan en el piélago de las penurias existentes. ¿Qué hacer pues? Lo fundamental es entender la situación, y enseguida halla algunas claves. Se da cuenta de que él mismo es parte de una clase explotadora que «*con engaños fraudulentos priva al pueblo de lo necesario*», y razona que «*si pretende socorrer a los hombres lo primero que debe hacer es dejar de explotarlos*». Concluye también que en esta sociedad basada en la injusticia, el dinero se convierte en el instrumento esencial y representa una forma nueva de esclavitud, «impersonal», que sustituye a la de épocas pasadas y corrompe todos los sentimientos humanos.

Tras revelarnos estos descubrimientos, en la segunda parte del libro, Tolstói contrasta las reflexiones anteriores con ejemplos concretos, como el de un caso desastroso de explotación impuesto en las islas Fiyi durante la expansión colonial, o el vivido en el campo ruso con la abolición en 1861 de la servidumbre «feudal», que sólo sirvió para transformarla en otra de nuevo cuño, «capitalista», al mantener las estructuras de propiedad existentes. ¿Qué hacer, entonces? Nuestro filósofo encuentra una respuesta muy sencilla en el Evangelio: «*Que quien tiene dos túnicas dé una a quien no tiene ninguna, y el que tiene qué comer haga lo mismo*». La redistribución es la única alternativa, pero no como caridad discrecional, sino como imperativo de justicia.

Instalado en el campo, Tolstói vivirá a partir de ahora humildemente. Viste como un *muzhik* y ejerce el oficio de zapatero, aunque no obliga a su familia a abandonar su vida habitual. Su conciencia le exigía renunciar a todas sus posesiones, pero hasta el final de sus días no se va a plantear seriamente esta opción extrema.

El apóstol de un mundo nuevo (1881-1910)

A partir de esta gran crisis espiritual, las obras narrativas de nuestro autor, como *La muerte de Iván Ilich* (1886), *La sonata a Kreutzer* (1889) o *Resurrección* (1899), marcadas por la nueva mentalidad, alternan con ensayos plenos de crítica social: *Confesión* (1884), *¿Cuál es mi fe?* (1884), *¿Qué es el arte?* (1897), *Contra aquellos que nos gobiernan* (1900), *La ley de la violencia y la ley del amor* (1908) o *La esclavitud de nuestro tiempo* (1909). En estos textos se defiende una visión novedosa del mundo, anarquista y pacifista, basada en una interpretación radical del Evangelio.

Como consecuencia de la nueva perspectiva, Tolstói menosprecia su vida anterior y en una entrada de su diario en 1908 llega a decir: «*La gente me ama por esas bagatelas*, Guerra y paz, *etc., que les parecen muy importantes*». En *¿Qué es el arte?* discute la relevancia artística de Dante, Rafael, Goethe, Shakespeare, Beethoven y otros, y plantea que «*cuanto más nos entregamos a la belleza, más nos alejamos del bien*». Para él, la moral es prioritaria y esencial, aunque la estética pueda ser su mejor aliado.

El cuestionamiento del orden social por parte de Tolstói era cada vez más radical e incluso llegó a hacer planes de repartir sus propiedades a los pobres, lo que agudizó las desavenencias conyugales. En la noche del 10 de noviembre de 1910, asqueado de todo y dispuesto a pasar el resto de su vida de la forma más humilde que fuera posible, abandonó su casa. Fue una huida imprudente, pues en unos días el resfriado que sufría derivó en una neumonía mortal. Seis médicos intentaron salvarle, pero a sus ofertas de ayuda, él sólo respondía: «*Dios arreglará todo*». Cuando le preguntaron si necesitaba algo, dijo: «*No quiero que nadie me moleste*».

Dos personajes y escritores bien diferentes vivieron con el nombre de Liev Tolstói: un novelista capaz de retratar la complejidad y las íntimas contradicciones de la sociedad rusa de su tiempo, y el promotor de una fe nueva, apóstol de la no violencia y la conversión interior como vías hacia un mundo que superase la explotación capitalista. *Mi viaje al otro lado de la realidad* nos permite sumergirnos en las experiencias y reflexiones que provocaron tal transformación.

La esclavitud de nuestro tiempo, de Liev Tolstói. Un evangelio de la no violencia

Publicado en *Rebelión* el 24 de octubre de 2024

Liev Tolstói (1828-1910) es una figura señera de la literatura rusa y universal en cuya obra se distinguen dos etapas bien diferenciadas. La primera, con títulos como *Felicidad conyugal* (1859), *Los cosacos* (1863), *Guerra y paz* (1869) o *Anna Karénina* (1878), entre muchos otros, compone un retablo de la sociedad rusa de su tiempo minucioso y veraz, pero que no muestra un interés especial por las penurias de las clases más desfavorecidas. En la segunda etapa, a partir de la década de 1880, el conocimiento que el escritor fue adquiriendo sobre estos sectores dio lugar a un vuelco en su producción, que conservando todo su vigor literario se puso al servicio de ideales de transformación social.

El texto fundacional de la nueva mentalidad es *Mi viaje al otro lado de la realidad*, de 1881, publicado el año pasado en castellano por Errata Naturae y reseñado en *Rebelión*. Otra obra fundamental en esta línea es *La esclavitud de nuestro tiempo*, de 1900, recién editada por Alianza (trad. de Esther Gómez Parro), donde tras aproximarnos a las condiciones de vida de los obreros rusos de la época se reflexiona sobre la esclavitud generalizada en el mundo por leyes injustas y Estados opresores, y se busca una alternativa que podría construirse a partir de un compromiso responsable de todos.

El hecho de que Tolstói escribiera más de mil ochocientas páginas a mano para preparar este breve ensayo pone de manifiesto lo enjundioso de la reflexión que en él se encierra, que podemos considerar una de sus grandes contribuciones a la teoría social.

Una sociedad monstruosamente injusta

Cuando el autor de *Los cosacos* tiene noticia de que los cargadores de la línea férrea Moscú-Kazán trabajan en turnos de treinta y seis horas ininterrumpidas, transportando a la espalda fardos pesadísimos por un estipendio miserable, decide comprobar los hechos por sí mismo. Así conoce a unos campesinos expulsados de sus aldeas por la necesidad, que laboran a casi veinte grados bajo cero vestidos con blusones harapientos y le cuentan sus crueles rutinas sin darles mayor importancia. La impresión de Tolstói tras esta experiencia es haber contemplado un penoso episodio de esclavitud, con seres obligados a sacrificar sus vidas en un trabajo terrible, simplemente para comer y poco más. La esclavitud está entre nosotros, concluye, igual que estuvo en los momentos más oscuros de la humanidad.

Sin embargo, estas penalidades no son muy diferentes de las de las mujeres y hombres que dejan su vida en fábricas de telas de terciopelo y seda próximas al domicilio moscovita del escritor, o de las de muchos otros obreros que él ha conocido por toda Rusia. A tenor de esto, resulta evidente la inhumanidad de los beneficiados por ese sistema, que saben lo que ocurre y no hacen nada por cambiarlo. ¿Por qué no hacen nada, se pregunta Tolstói? Está claro que se ha impuesto la visión de que los males son consecuencia de leyes inmutables. En el pasado se recurría a explicaciones religiosas para la desigualdad social, pero el siglo XIX vio el nacimiento de una nueva ciencia, la economía política, que ofrece una justificación más racional. Sin embargo, nuestro conde no está de acuerdo con la propuesta socialista de mejorar la situación con sindicatos, huelgas y pasando a los obreros el control de la producción, pues para él el problema reside en la propia sociedad industrial que se ha creado, que ha arrancado a los campesinos de sus aldeas para condenarlos a trabajos extenuantes y nocivos, fabricando objetos innecesarios muchas veces, y de los que sólo se benefician unos pocos privilegiados. La «revolución socialista» es demasiado «conservadora» para Tolstói si no libera al hombre de estas labores infames. Ninguna «cultura superior» justifica para él los sacrificios de los inmolados para producirla: «*Técnica sí, pero no a costa de vidas humanas*».

La esclavitud actual es resultado del régimen existente de propiedad e impuestos, lo que nos obliga a plantearnos su legitimidad. Tras argumentar, se concluye que nada prueba su necesidad, con lo que es evidente la urgencia de suprimirlo para revertir el mal presente. Sin embargo, los intentos que se han realizado hasta el momento muestran lo difícil que es dar una solución al problema abordando aspectos parciales, con lo que la propuesta no puede ser otra que atacar el núcleo, es decir la violencia institucional de los poderosos y el Estado a su servicio. A juicio del autor, se ha despreciado la capacidad de los humanos para organizarse por sí mismos, notoria por ejemplo en los poblados de colonos rusos instalados en regiones remotas, que no reconocen la propiedad privada de la tierra. En páginas magistrales Tolstói argumenta contra los que defienden el orden existente y ven peligroso tratar de cambiarlo, pues nada hay para él más monstruoso que la esclavitud omnipresente y la atrofia de los instintos morales en las gentes de nuestro tiempo.

¿Cómo acabar entonces con los Gobiernos?

Los capítulos finales están dedicados a esta cuestión crucial. El autor de *Guerra y paz* cree probado que todos los intentos que ha habido de derrocar un Gobierno injusto mediante la violencia han dado lugar a otro «*más duro y cruel*» que el anterior. Por otra parte, la expropiación de los ricos siguiendo la teoría socialista ha de exigir también un proceso revolucionario, violento a su vez. Tolstói opina que siempre que se imponga la voluntad de unos hombres sobre otros por la fuerza se reproducirá la esclavitud, porque

éstos no desaprovecharán la ocasión de sojuzgar y será fácil que lo logren por el instinto humano de miedo e inseguridad que lleva a buscar protección en el poder. La solución sólo ha de llegar cuando todos sean conscientes del desastre que auspician con su cobardía y se enfrenten a los Gobiernos renunciando a cualquier tipo de violencia.

¿Cuál es la responsabilidad entonces de cada individuo en esta tesitura? Tolstói piensa, de acuerdo con lo anterior, que la solución ha de comenzar con una revolución de las conciencias. Las clases pudientes deberían repudiar sus privilegios para vivir con humildad y los proletarios aceptar también una existencia sencilla. La revolución social que se propone es muy simple, porque en ella cada uno actuaría exclusivamente sobre sí mismo, pero al mismo tiempo obliga a todos a renunciar a cualquier colaboración con las acciones del Gobierno, lo cual incluye no servir en el ejército ni en la administración y no pagar impuestos. De igual modo, un hombre debe vivir de su propio trabajo, sin explotar a nadie.

Las condiciones anteriores son difíciles de asumir, y el autor admite que lo propuesto es sólo un fin al que debe tenderse, que no resultará fácil en muchos casos. No obstante su pensamiento es claro: «*Tal como el alcohólico tiene una sola forma de librarse del motivo de su enfermedad, y es abstenerse de tomar vino, así nosotros, para liberar a la sociedad de una estructura social maligna, contamos con un solo medio, que consiste en abstenerse de cometer actos violentos, origen de las desgracias: renunciar a la violencia personal, a la propagación de la violencia, a cualquier justificación de la violencia*».

Ser consciente de los horrores de la sociedad capitalista y comprender su imbricación con la dinámica de los Estados es el primer paso necesario para emprender la construcción de un mundo sin explotación. A partir de ahí, los que defienden la revolución social plantean estrategias que se diferencian en el papel que atribuyen a partidos y sindicatos y en el recurso o no a la violencia para lograr los fines propuestos. En esta variedad de alternativas, Liev Tolstói, con su cristianismo evangélico y su antiestatismo no violento, tiene un lugar especial. En la estela de autores como William Godwin o Henry David Thoreau y preludiando el impulso posterior de Mohandas Gandhi, él aboga por la no colaboración con el monstruo como posible vía para vencerlo y nos deja claro en este libro cuáles fueron las experiencias que lo motivaron y con qué argumentos buscó respuestas al problema.

Puede parecernos que el recurso a una acción exclusivamente individual que se plantea en *La esclavitud de nuestro tiempo* deja de lado luchas colectivas, a través de sindicatos o movimientos sociales, que resultan sin duda imprescindibles para superar el capitalismo. Sin embargo, el énfasis que se pone en la toma de conciencia, la revolución de los hábitos de vida y la desobediencia al Estado reivindica lúcidamente la necesidad de combatir el sistema también a la escala personal, misión cuya importancia no suele reconocerse.

Textos y discursos radicales, de Martin Luther King

Publicado en *Rebelión* el 18 de abril de 2023

Martin Luther King, luchador heroico por los derechos civiles y una sociedad más justa, perdió en el mito forjado tras su asesinato muchos de los elementos contundentes y radicales de su perfil humano y sus ideas. La constatación de este hecho por el filósofo y activista Cornel West (1953), lo llevó a compilar en 2015 una selección de los textos que a su juicio mejor ponían en evidencia la dimensión revolucionaria del pensamiento de King. El libro ha sido editado en castellano en 2022 como *Textos y discursos radicales* por la bonaerense Tinta Limón (trad. de Amadeo Gandolfo).

La introducción de la obra sirve a Cornel West para reivindicar la figura de un hombre que se resistía a soportar la pesadilla de segregación, injusticia y guerra en que veía materializarse el sueño americano. Enfrentado a estas lacras con su espiritualidad cristiana y una poderosa impronta de la no violencia de Mohandas Gandhi, King defendió siempre el uso de medios pacíficos, pero derrochó coraje en pos de un futuro de armonía y equidad. Él era consciente de la lucha de clases que fundamenta todas las injusticias y del rol de su país como promotor mundial de la violencia, y se decanta en sus textos por un socialismo democrático que debería complementar la abolición de la discriminación racial. Estos últimos aspectos son poco conocidos hoy y lamentablemente se ha impuesto una imagen «papanoelizada» del personaje que ignora aristas esenciales de su pensamiento.

Nacido en Atlanta (Georgia) en 1929 y ministro de la Iglesia baptista desde 1954, Martin Luther King Jr. dejó su nombre unido a momentos decisivos del activismo norteamericano por los derechos civiles, como el boicot a los autobuses de Montgomery (Alabama) en 1955 o la Marcha sobre Washington de 1963, que lideró y al final de la cual pronunció su famoso discurso *I have a dream*. Ese mismo año participó en Birmingham (Alabama) en las protestas contra la segregación racial que se estaban produciendo en la ciudad, y en 1964 la amplia proyección internacional de su labor lo llevó a recibir el Premio Nobel de la Paz. En marzo de 1968 King acudió a Memphis (Tennessee) para apoyar a los basureros negros en huelga contra la discriminación que sufrían, y en esta ciudad fue asesinado el 4 de

abril de un disparo en la garganta mientras se encontraba en el balcón del hotel en que se alojaba. Su trágica muerte dio lugar a impresionantes muestras de dolor y rabia por parte de la comunidad negra en todo el país.

La autopsia de King reveló que, aunque sólo tenía 39 años, su corazón parecía el de un hombre mucho mayor, lo que puede achacarse al estrés de largos años de lucha, a los miles de kilómetros recorridos y a las decenas de detenciones, además de cuatro agresiones físicas previas a su asesinato. Su vida es un testimonio impactante cuyo mensaje se hace explícito en la elocuencia de sus escritos y discursos.

El fundamento profundo de la no violencia

Los primeros textos recogidos en el libro están dedicados al concepto de «amor radical», que constituye el auténtico motor del pensamiento y la acción de King. El significado de este sentimiento se hace transparente en un fragmento de su diario cuando acababa de asumir el liderazgo de los negros que luchaban por sus derechos en Montgomery y afrontaba vejaciones y amenazas continuas. En ese momento, el joven pastor, abrumado y ya dispuesto a buscar una salida digna para dimitir, eleva a Dios una oración que misteriosamente obtiene un resultado instantáneo: «*Experimenté la presencia de lo divino como nunca antes. Una voz interior se dirigía a mí con serenidad y firmeza: "Defiende la justicia, defiende la verdad y Dios estará a tu lado para siempre". Casi en ese momento, mis miedos comenzaron a disiparse. La incertidumbre desapareció. Estaba listo para enfrentarme a cualquier cosa*». Aunque tres días después hacen explotar una bomba en su casa, mientras estaban allí su esposa y su hijita pequeña, que afortunadamente salen ilesas, King consigue que no haya un estallido de violencia en la ciudad. El boicot a los autobuses continuó hasta que a finales de 1956 una decisión de la Corte Suprema de los Estados Unidos declaró ilegal la segregación en el transporte público, restaurantes y escuelas.

En otro fragmento de su diario, King sintetiza la evolución de sus ideas. Lecturas juveniles de Marx lo llevaron a rechazar su materialismo, aunque apreciando su conciencia social y su crítica del capitalismo. No obstante, reconoce que el mayor impulso lo recibió de la obra de Gandhi, en quien advierte una gran similitud con el espíritu del Evangelio. A partir de él y con influencia de otros autores comienza a perfilar su propia estrategia de no violencia. En un sermón recogido en el libro, King repasa la biografía y el pensamiento del Mahatma y en otro que titula «Amar a nuestros enemigos», defiende que contestar al odio con odio sólo sirve para ahondar en el desastre, mientras que hacerlo con amor, aunque requiere una profunda revolución interior, ofrece una oportunidad de transformar moralmente al adversario. El amor es costoso, pero es el mayor poder del mundo.

Reflexiones sobre la situación internacional

Otros textos se posicionan en el difícil contexto global de la época. Se incluye el capítulo final de un libro de 1967: *Where do we go from here: Chaos or Community?*, en el que King reflexiona sobre la necesidad de un compromiso contra el racismo y la pobreza. Las naciones ricas tienen, en su opinión, la obligación moral de proporcionar capital y asistencia técnica a los más desfavorecidos, sin paternalismo y lejos de cualquier forma de neocolonialismo. Es preciso también tomar partido contra la guerra y aprovechar los avances científicos para el alivio de los males sociales y no para la destrucción. No ve solución en el capitalismo ni el comunismo que se estilan en ese momento y aboga por «*Una democracia socialmente consciente que concilie las verdades del individualismo y el colectivismo*».

King defiende que las grandes religiones deberían recobrar sus prístinas esencias y jugar un papel importante para promover la paz y la justicia en el mundo. Se declara contra el antisemitismo y analiza la lamentable situación en Sudáfrica, que lo lleva a pedir una alianza internacional contra el *apartheid*. En un ensayo publicado póstumamente, nuestro pastor baptista reivindica a un ilustre librepensador, activista por los derechos civiles y pionero del panafricanismo, el historiador y sociólogo estadounidense W. E. B. Du Bois.

La lucha contra la supremacía blanca

Un aspecto crucial de King es la opción por la no violencia como forma de romper la dialéctica infinita de acción-respuesta que ensangrienta la historia humana. Esta opción es posible si el amor radical domina nuestro pensamiento. La fortaleza necesaria para «no devolver los golpes» es enorme y busca apoyo en un fundamento religioso, materializado en el ejemplo de Jesús. El libro incorpora documentos extraordinarios, como la carta escrita en la cárcel de Birmingham en 1963 en la que King defiende y justifica sus actuaciones en la ciudad. Comprobada la existencia de injusticias flagrantes y tras cosechar sólo fracasos y humillaciones en los intentos de negociación, su opinión es que se impone la acción directa, con sentadas y marchas, para forzar ésta. Se declara decepcionado por los «blancos moderados» que critican la movilización no violenta contra un atropello que insulta la dignidad humana.

Se recoge también la crónica de una charla mantenida por King en 1962 con Ahmed Ben Bella, jefe del Gobierno argelino. Ambos coinciden en apreciar una relación estrecha entre colonialismo y segregación, sistemas inmorales que merecen ser erradicados, y King observa además que la última deteriora gravemente la imagen de la democracia norteamericana en el mundo. En un discurso de 1967, se rememoran los logros alcanzados, en forma de leyes que salvaguardaban los derechos de la comunidad negra, pero se constata también la relegación de la gente de color en mu-

chos aspectos. La solución propuesta es la creación de un ingreso universal garantizado para combatir las escalofriantes cifras de pobreza.

King es partidario de la agenda esencial de los impulsores del «poder negro», pero halla posibles implicaciones negativas a esta consigna y no acepta el recurso a la violencia ni el separatismo implícito en el concepto de «nación negra». Su postura frontalmente opuesta a la guerra de Vietnam queda de manifiesto en llamamientos pacifistas en ocasiones no exentos de ironía: «*Vemos a jóvenes negros y blancos matar y morir juntos por una nación que ha sido incapaz de sentarlos juntos en una misma aula. Y los vemos unidos en una solidaridad brutal, quemando las chozas de una aldea pobre, pero nos damos cuenta de que jamás podrían vivir en la misma manzana de Detroit*».

Un mensaje desde la cima de la montaña

La última sección del libro trae textos que explicitan ideas socialistas y sindicalistas. Es revelador en este sentido un artículo dedicado a Norman Thomas, pastor presbiteriano y reconocido pacifista y socialista, por cuyas ideas nuestro reverendo se declara intensamente atraído y al que califica como «*el hombre más valiente que he conocido*». King expresa admiración por sindicatos que luchaban por los derechos de personas de minorías raciales y en condiciones de pobreza extrema. Aquí también, como estrategia propone la acción directa no violenta.

Los textos finales evidencian la febril actividad de King en sus últimos meses. Convertido en líder carismático de los que sufrían discriminación y explotación, él supo devolverles su orgullo y dotarles de una herramienta de lucha plena de coraje e inteligencia. Estaba claro que había surgido uno de esos raros héroes capaces de remover los goznes anquilosados de la historia, y el mundo entero prestaba oídos al joven profeta y nobel de la paz. Su sueño era ciertamente inmortal, pero era demasiado fácil para un sistema violento acabar con el hombre que lo materializaba.

La víspera de su asesinato, King llega a Memphis, una ciudad convulsa en esos momentos, con el fin de conjurar el peligro de que la situación degenere en un estallido de violencia, y esa misma noche se dirige a la multitud en el que va a ser el último y uno de los más emotivos de sus sermones. Las palabras con las que cierra su alocución tienen un profundo tono profético que sintetiza el mensaje de una vida de lucha: «*No sé qué pasará ahora. Tenemos días difíciles por delante. Pero en realidad no me importa lo que suceda conmigo ahora, porque he estado en la cima de una montaña. Y no me importa. Como a cualquiera, me gustaría vivir una larga vida... Pero eso no me preocupa ahora: sólo quiero hacer la voluntad de Dios. Él es quien me ha permitido llegar a la cima de la montaña y mirar desde ahí. He visto la Tierra Prometida. Quizá no llegue hasta allá con ustedes. Pero quiero que sepan esta noche, que nosotros, como pueblo, llegaremos a la Tierra Prometida. Y por eso estoy muy feliz esta noche y no estoy preocupado por nada. No temo a ningún hombre*».

La simbiosis, una tendencia universal en el mundo de la vida, de Paco Puche

Publicado en *Rebelión* el 29 de enero de 2019

Paco Puche (Antequera, 1940), librero de profesión y activista por vocación, milita desde hace muchos años en el movimiento ecologista y es bien conocido por su lucha reivindicando los derechos de las víctimas del amianto. A estos asuntos y otros que también le preocupan, como los problemas del agua o las artimañas del filantrocapitalismo, ha dedicado una amplia obra impresa que se acaba de enriquecer con la publicación de *La simbiosis, una tendencia universal en el mundo de la vida* por Ediciones del Genal. Este libro expone sintéticamente las ideas de Lynn Margulis y Elinor Ostrom, dos pensadoras que rompen en sus campos, bien diversos —biología y sociología—, el paradigma dominante y nos muestran que la cooperación y la solidaridad, a todos los niveles, son la clave de las estrategias y la evolución de la vida.

Antes de presentarnos a las dos protagonistas del libro, el autor nos pone en antecedentes del debate existente en estos momentos en biología entre dos concepciones contrapuestas. La primera está enraizada en la selección natural darwinista, y explica la evolución por mutaciones aleatorias y una competencia subsiguiente entre las formas resultantes en la que sólo sobreviven los más aptos. La segunda, por su parte, remarca que en todos los procesos vitales son esenciales mecanismos de simbiosis en los que seres diversos interactúan de forma mutuamente favorable. Los datos en apoyo de esta última perspectiva son abrumadores, desde la misma estructura de cualquier organismo pluricelular como un mosaico de unidades en perfecta armonía, hasta los análisis que muestran el papel de las micorrizas o los complejos equilibrios entre los herbívoros y las asociaciones vegetales que los alimentan, o entre éstos y las bacterias de sus sistemas digestivos. Los ejemplos se acumulan y acaban por poner en evidencia la necesidad de un nuevo paradigma sobre el funcionamiento de la vida.

La bióloga norteamericana Lynn Margulis (1938-2011) desarrolló un modelo evolutivo que permite comprender la transición desde la materia inanimada hasta las células complejas con núcleo (eucariotas). Las bacterias obtenían ya energía de la fermentación de azúcares en la Tierra primitiva y eran capaces también de fijar el nitrógeno atmosfé-

rico, pero después, ante la escasez de alimento, tuvieron que recurrir a la fotosíntesis, que acabó liberando gran cantidad de oxígeno a la atmósfera. Éste hizo posible una nueva forma de generar energía: la respiración, y progresivamente las cianobacterias responsables de estos cambios dieron lugar a las células eucariotas por un «reagrupamiento» de elementos bacterianos al que Margulis denomina endosimbiosis seriada.

Estamos por tanto ante un nuevo paradigma biológico en el que aspectos clave como la regulación del equilibrio entre biosfera y atmósfera o la aparición por evolución de los organismos más complejos resultan ser procesos en los que las bacterias jugaron y juegan un papel esencial. De este modo, no es exagerado afirmar que «*somos comunidades andantes de bacterias*» o que «*las formas de vida se hicieron más complejas asociándose a otras, no matándolas*». Algunas de las ideas de Margulis enlazan con la hipótesis Gaia, expuesta por el químico norteamericano James Lovelock, que describe el conjunto de los suelos, los océanos, la atmósfera y la biosfera de la Tierra como algo vivo, un ecosistema de ecosistemas autoregulado capaz de transformar la vida adaptándola a las condiciones cambiantes del entorno.

La economista norteamericana Elinor Ostrom (1933-2012), galardonada con el Premio Nobel en 2009, representa otro caso notable de desafío desde la racionalidad y la cordura a las ideas académicas dominantes en la actualidad. Medio siglo de estudios teóricos y sobre el terreno por todo el mundo la llevaron a la conclusión de que la autogestión democrática de los bienes produce excelentes resultados muchas veces, por encima de lo que consiguen el Estado o el mercado, encontrándose frecuentemente formas de administración comunitaria que han funcionado exitosamente durante períodos medidos en centenares de años. Su experiencia le permite definir unas condiciones que optimizan el proceso, como la gestión abierta y la elaboración colectiva de sistemas de normas, controles y sanciones claras, así como de mecanismos de solución de conflictos.

Concluye la obra un decálogo gaiano que trata de resumir lo que nos enseñan las bacterias, aspectos como la eficacia de la simbiosis, que en la dimensión social lleva a una apuesta por la gestión comunal; la integración en una naturaleza sin la cual perdemos lo mejor de nosotros mismos; la humildad profunda ante todos los seres vivos, por coherencia con el proceso que nos ha construido; la igualdad y dignidad de los humanos; o una visión panteísta sobre un Ser en el que fatalmente estamos inmersos. Hay anexos sobre las clasificaciones más recientes de los seres vivos, la cronología de la vida en el contexto de la historia de la Tierra y los árboles evolutivos, que en la nueva visión, además de dividir sus ramas, las juntan también en procesos de anastomosis.

La obra está hermosamente editada y con su texto claro e incisivo, sus preciosas ilustraciones a todo color y la trascendencia de los conceptos que desarrolla merecía convertirse en lectura recomendada en todos los centros de enseñanza. Los libros a veces consiguen ser una joya, y éste es el caso de una que instruye y deleita a partes iguales, aunque su mayor atractivo tal vez sea que con su acumulación de datos termina por abrir nuestra conciencia a las potencialidades asombrosas de la simbiosis, es decir, de la solidaridad y la colaboración. De este modo, logra que veamos más allá de las sordideces de la máquina capitalista que nos mantiene prisioneros y alienados.

Es una extraordinaria revelación saber que nuestro cuerpo y nuestra conciencia surgen sólo de la interacción equilibrada y colaborativa de millones de seres. Si los átomos pesados que nos constituyen fueron forjados en el vientre de una estrella y desde aquel tiempo trenzan una danza interminable, descubrimos que también es verdad que en los caminos de la vida, en los que a veces nos sobrecoge el estallido de la violencia, domina en todos sus horizontes, de la célula al ecosistema, un mosaico de redes de apoyo y colaboración, y el estudio riguroso demuestra que sólo ellas hacen posible su magia eterna e inquietante. Llegados a este punto, quedamos convencidos de que la estructura social podría desenvolverse también sobre unas bases solidarias y armónicas que superaran el paradigma de salvaje competencia triunfante en estos momentos.

Profesión: Animal «de» laboratorio, de Audrey Jougla. El dilema entre compasión y utilitarismo

Publicado en *Rebelión* el 4 de octubre de 2023

La compasión por los animales que más se parecen a nosotros es un sentimiento común entre los humanos, y su base es sin duda la evidencia de que estos seres sufren, sólo cuestionable desde abismos de estupidez ensimismada adornada de pseudorreflexión torticera. Solemos sin embargo hacer una excepción en esta piedad con los animales que sabemos que son sacrificados a mansalva en laboratorios e industrias farmacéuticas. El fin superior de experimentar para mejorar nuestra salud parece que lo justifica todo, pero ¿no deberían existir y aplicarse a rajatabla protocolos que evitaran sufrimientos innecesarios a estos desdichados seres? La realidad es que casi nada se divulga de lo que sucede en esas instituciones, lo que es enormemente preocupante.

Consciente de esto, la filósofa y ensayista francesa Audrey Jougla (1985), muy comprometida con los derechos de los animales, realizó una amplia investigación al respecto que cristalizó en 2015 en la edición original francesa del li-

bro que reseñamos. La versión castellana: *Profesión: Animal «de» laboratorio* (trad. de Julieta Campos) acaba de ser publicada por Ochodoscuatro, en cuya web es posible descargar el pdf de la obra. La preposición entrecomillada del título trata de resaltar lo impropio de la frase habitual «animal de laboratorio», que parece señalar pertenencia, cuando sería más adecuado hablar de «animal en laboratorio».

Jougla se declara influida por el pensamiento del filósofo australiano Peter Singer, quien con *Liberación animal* (1975) contribuyó a popularizar la reflexión sobre los derechos de los animales. Respecto a los experimentos con ellos, este autor considera con un argumento utilitarista que la estrategia puede ser aceptable si los beneficios, en mejora de tratamientos médicos por ejemplo, superan el daño causado.

Algunas estadísticas pueden servir para iluminar el panorama. Cada año se utilizan cerca de 12 millones de animales para experimentos en la Unión Europea, entre los que hay muchos roedores pero también un amplio abanico de especies, de pulpos a monos. De los últimos existen en Europa ocho criaderos para atender la demanda. Según un reporte de la Comisión Europea, un 46,1 % de los experimentos tiene como objetivo establecer «estudios de biología fundamental», y los ensayos con miras a la producción y al control de calidad de medicamentos movilizan un exiguo 13, 9 % del total de animales. Esto resulta muy preocupante, porque deshace el mito de una investigación orientada a este último fin.

El corazón de las tinieblas

Tras una tesina de filosofía sobre la cuestión ética que plantea la experimentación animal, y participar en protestas contra acciones como el trasporte de simios desde sus criaderos a centros de experimentación, Audrey, cansada de arañar sólo la superficie del asunto, sintió la necesidad de emprender una investigación que alcanzara los ignotos detalles de sus métodos y rutinas habituales. Con este fin, no dudó en infiltrarse en laboratorios y grabar con cámara oculta.

Profesión: Animal «de» laboratorio ofrece una aproximación a los seres humanos que realizan los ensayos y al medio en que trabajan, e incluso también a algún alto ejecutivo de empresas del ramo. Conocemos así, por ejemplo, a un personaje de aspecto seductor que, armado con una sonrisa impoluta, nos asegura que la experimentación con animales es una necesidad y que sólo pretende el beneficio de la humanidad. Algún otro, sin embargo, evita hablar de un «mal necesario», y defiende sin cortapisas el derecho natural del ser superior sobre los inferiores. Los que trabajan en este ambiente dan la impresión de estar revestidos de una coraza protectora, basada en el consenso en torno a lo perfectamente apropiado y justo de sus actos.

Aparte de lo observado por la autora, se recogen también en el libro otros testimonios que terminan de completar un panorama desolador con todo tipo de episodios de maltrato y tortura. Las víctimas de estos ultrajes son seres indefensos que en la mayor parte de los casos son tratados sin ninguna precaución que pudiera derivarse de reconocerles capacidad de sufrimiento, aunque bien es cierto que ellos muestran a cada paso ser conscientes del calvario que padecen. Se presentan en la obra algunos documentos gráficos de estos horrores, aunque la autora evita exhibiciones de brutalidad y encamina a los interesados a webs especializadas.

Lo más impactante de lo expuesto es sin duda el contraste entre el sufrimiento que se nos revela de continuo y la asepsia moral de los que lo infligen. Todo se hace en nombre de la Ciencia, así con mayúscula, erigida en religión que justifica todo. Son especialmente terribles las descripciones de simios sometidos a infames violencias, animales inteligentes siempre con una chispa humana en sus miradas.

Respecto a la alegación de que estas experiencias pueden ser justificadas utilitariamente, Jougla aporta datos que limitan enormemente las posibles aplicaciones médicas de todo este dolor. Muchos ensayos no tienen finalidad práctica, y otros que sí la tienen están orientados a maximizar rendimientos y ganancias sin ninguna consideración ética. No faltan tampoco abundantes casos de testeo de los efectos de pesticidas o armamento de diverso tipo. La conclusión final no puede ser otra que estamos ante un inmenso crimen del que ni siquiera somos conscientes.

Es importante señalar que todo esto ocurre a pesar de que algunas directrices legislativas europeas protegen a los animales «en» laboratorio. Sin embargo, la triste realidad es que no existen una policía ni una fiscalía que velen por ellos y todo queda al arbitrio del experimentador. En esta tesitura, los activistas están divididos entre los «bienestaristas», que se limitan a pedir la aplicación estricta de estos protocolos, y los «abolicionistas», opuestos a cualquier uso de animales en laboratorio.

La jerarquía de las especies

Nadie en su sano juicio puede pretender que todas las especies, desde los seres unicelulares a los humanos, tengan los mismos derechos, pero para los animales con un sistema nervioso complejo, en los que la capacidad de sufrimiento es indudable, el derecho a no ser torturados es una exigencia ética difícil de rebatir.

Habida cuenta de que el progreso de la medicina puede requerir experimentación, y descartado hacer ésta con humanos, los animales pueden parecer una alternativa asumible. Una moral utilitarista dictaminaría que si los beneficios superan los costes en sufrimiento, el balance es aceptable. Se trataría entonces, muy lejos de lo que ocurre hoy,

de garantizar realmente que no se producen sufrimientos «innecesarios» a los animales que se utilizan. Sería ésta una postura bienestarista, opuesta a la de los abolicionistas, entre los que milita abiertamente la autora del libro, quien en el capítulo final sintetiza sus argumentos: «*Poco importa la utilidad de la experimentación animal. Y poco importan los descubrimientos que se puedan hacer a causa de esta práctica. Un profesor de filosofía nos decía:* "Desconfíen siempre del mal que se justifica". *Encontrar justificaciones a lo que no debería existir ya es negociar con el tirano: no deberíamos ni siquiera contemplar las negociaciones con el tirano, ya que, desde el momento en que pensamos en eso, ya cedimos*».

El dilema es profundo, pero en cualquier caso *Profesión: Animal «de» laboratorio*, de Audrey Jougla, aporta datos suficientes para que el lector, de acuerdo con sus principios éticos, pueda tomar postura. E independientemente de cuál sea ésta, lo que sí resulta inobjetable, después de lo que sabemos a través de la obra, es que una contundente acción es necesaria, sin ningún género de duda, contra las condiciones reinantes en estos momentos en la experimentación con animales.

La trayectoria de la tolerancia, de Reza Shah-Kazemi. Contra el aluvión de mentiras interesadas sobre el islam

Primera versión en *Rebelión* el 24 de enero de 2024

El sambenito del islam fanático e intolerante ha logrado imponerse a machamartillo en nuestras sociedades occidentales actuales y lamentablemente son pocos los que aciertan a darse cuenta de la soterrada operación en marcha desde los centros de poder imperiales para nutrir esa imagen a través de la promoción de las sectas musulmanas más oscurantistas y retrógradas. Tampoco llega a verse muchas veces que lo que hay en el fondo de esta zafia tergiversación no es otra cosa que la demonización de aquellos a los que se desea expoliar de las riquezas oleaginosas de su subsuelo.

Contra el cúmulo de falsedades de un relato interesado, no hay mejor medicina que una buena dosis de erudición histórica y esto es lo que nos proporciona Reza Shah-Kazemi (1960), estudioso del islam especialista en misticismo comparado, con *La trayectoria de la tolerancia*, recién publicado por Olañeta (trad. de Josep María Prats). Este libro repasa las peculiaridades de cristianismo e islam en lo que al respeto a otras religiones se refiere, y llega a través de ello a conclusiones que no dejarán de sorprender a las víctimas de insidias propaladas desde poderes mediáticos e ideológicos.

La tolerancia en islam y cristianismo

Shah-Kazemi comienza presentando la visión de un islam fanático y violento que domina en Occidente tras los atentados del 11-S, y la contrasta con opiniones de expertos en esta religión. Según el reconocido orientalista Bernard Lewis, por ejemplo, hasta el siglo XVII el trato dado por los Gobiernos y poblaciones musulmanas a los que profesaban otras religiones era en general más tolerante y respetuoso de lo que era común en Europa, lo que lo lleva a concluir: «*En tierras del islam, la persecución era la excepción; en la cristiandad, tristemente, era a menudo la norma*».

En su enormemente influyente *Carta sobre la tolerancia*, de 1689, que convirtió este concepto en un derecho individual y una obligación jurídica, John Locke se declara impresionado por la superioridad en este asunto del «bárbaro» imperio otomano sobre los «civilizados» reinos cristianos. Le resultaba incomprensible que calvinistas o armenios fueran libres para practicar su fe bajo la égida del sultán, mientras que sus «hermanos cristianos» católicos los perseguían a sangre y fuego. En el siglo siguiente Voltaire escribió: «*Ningún Estado cristiano permite una mezquita, pero el otomano está lleno de iglesias*». De esta forma, la noción de tolerancia que se desarrolla en Occidente con la Ilustración tiene mucho de aprendizaje de algo que ya existía en Oriente. Es sorprendente que hoy se ha impuesto la visión contraria.

Para Shah-Kazemi este trasvase de tolerancia de Oriente a Occidente es sólo la punta del iceberg de una extraordinaria difusión cultural entre civilizaciones de la que otro buen ejemplo es el retorno a Europa, en el Renacimiento, del pensamiento y la ciencia griegas a través de sabios musulmanes que las enriquecieron notablemente. Se discute también la más que probable influencia islámica en rasgos esenciales del humanismo del siglo XV —señalada por estudiosos desde Jakob Burckhardt hasta George Makdisi— o en el método de indagación escolástica occidental. Desgraciadamente todo esto queda oscurecido hoy por oleadas de prejuicios.

Otro «préstamo» destacable de la civilización islámica a Occidente es el concepto de «caballería», por el que la guerra se convierte en un ejercicio para ganar honor más que para destruir a los enemigos. Esta idea, sin embargo, no prendió demasiado en Europa, y el debate en Valladolid entre Bartolomé de las Casas y Ginés de Sepúlveda en 1550 muestra cómo la repulsa del primero por las matanzas de la conquista de América no es compartida por el segundo, que ve en ellas el dominio de la fuerza sobre la debilidad en una relación de los españoles con los indios comparable a la de gente civilizada con bestias salvajes. Para Shah-Kazemi, la dignidad inalienable del ser humano es, por el contrario, un precepto sólidamente establecido en el islam desde sus orígenes, aunque luego haya sido cuestionado por algunas sectas.

La obra concluye poniendo de manifiesto el penoso contraste entre la tradición generalizada de tolerancia en la que se ha insistido a lo largo del texto y la realidad de muchos Estados y grupos musulmanes contemporáneos. No obstante, la invocación a que en este sentido el islam debería «aprender de Occidente» resulta patética cuando se tiene en cuenta el imperialismo colonial de éste, genocida en muchos casos —el último en Gaza ahora mismo—. La propuesta debería ser más bien que el islam «beba de sus propias fuentes» y recupere una tradición arraigada en él, pero lamentablemente en declive.

La trayectoria de la tolerancia de Reza Shah-Kazemi desmonta con buenos argumentos la demonización falaz e interesada del islam que padecemos actualmente. En 2004 este estudioso contribuyó también con un artículo, titulado «Recordando el espíritu de la *Yihad*», al volumen colectivo: *El islam, el fundamentalismo y la traición al islam tradicional*, publicado en castellano por Olañeta en 2007. Una versión inglesa revisada y ampliada de este libro (2009), que permite indagar en profundidad las tergiversaciones que las sectas wahabitas realizan de los conceptos tradicionales del islam, está disponible en la web.

4.4
El capital en acción y resistencias posibles

Espectros del capitalismo, de Arundhati Roy

Publicado en *Rebelión* el 12 de enero de 2016

Catapultada a la fama por su *best seller* de 1997 *El dios de las pequeñas cosas*, Arundhati Roy, nacida en la India en 1961, ha desarrollado después un intenso activismo contra la globalización neoliberal. *Espectros del capitalismo* (Capitán Swing, 2015, trad. de Carmen Valle), su último libro en esta faceta, nos acerca con conocimiento y coraje a contemplar los estragos del sistema económico vigente en su país natal.

La India: escenarios de miseria y armamento nuclear, niños hambrientos y algunas de las mayores fortunas del planeta. Las políticas del FMI —privatización de todo y libre mercado— han vuelto aún más desigual una sociedad que ya lo era enormemente. Ochocientos millones de personas sobreviven hoy con menos de 30 céntimos de euro al día. El viejo ideal de la reforma agraria ya no es ni siquiera un sueño, mientras las masas de campesinos son expulsados a malvivir a las ciudades y sus tierras son anegadas por presas o se convierten en plantaciones de multinacionales. Cualquier conato de resistencia es reprimido ferozmente por fuerzas paramilitares y no esperen que se informe de ello; los medios de comunicación son en gran parte propiedad de las mismas corporaciones. Roy nos documenta sobre los múltiples rostros del desastre, paisajes que no creíamos posibles en «la mayor democracia del mundo».

La guerra de los ricos contra los pobres maneja armas mortíferas, pero también la más sofisticada propaganda; arte, cine y literatura construyen un universo al margen de lo real, mientras «benéficas» fundaciones opacas y libres de impuestos materializan el sueño alquímico de transmutar el odioso dinero en capital político o prestigio intelectual, en poder en fin de modelar la sociedad. Roy pasa revista a su funcionamiento y se detiene en ejemplos de sus métodos, que incluye la financiación de ONG que siguen sus dictados o activistas «razonables» reacios a cuestionar las bases del entramado neoliberal; su éxito absoluto es crear la conciencia de que no existen alternativas. Desgraciadamente, la miopía del Partido Comunista de la India y su visión sectaria favorecen el triunfo de la ideología capitalista.

Roy critica el movimiento contra la corrupción de Anna Hazare, apoyado en la sombra por el propio sistema que dice combatir. La publicidad que se da a su burdo remedo de las tácticas de Gandhi resulta grotesca en un país donde las luchas reales de los desposeídos son silenciadas y aplastadas salvajemente. Otro síntoma alarmante fue la deportación en 2011 del periodista David Barsamian, autor de valiosas crónicas sobre la situación en Cachemira; lamentablemente, esto suele ocurrir a los que tratan de informar acerca de una región sumida en abismos de represión, con miles de fosas comunes diseminadas por su territorio. En el estado de Chhattisgarh, otro periodista, Lingaram Kodopi, ha sido detenido varias veces, sino de los que hacen revelaciones sobre otro de los lugares donde el Gobierno combate a su propio pueblo. Mientras tanto, el horror se maquilla con prestigiosos festivales literarios.

En un juicio plagado de irregularidades, el cachemir Afzal Guru fue declarado autor intelectual del asalto al Parlamento en diciembre de 2001 que ocasionó la muerte de ocho guardias de seguridad y un jardinero antes de que los cinco atacantes fueran abatidos. Su ejecución en 2013 fue para Roy un acto peligroso e irresponsable que sólo conseguirá desestabilizar aún más la región, aunque ése puede ser precisamente el objetivo de un Gobierno enfrentado a una grave crisis y a protestas de amplios sectores de las clases medias, que busca reforzar su popularidad con la exaltación nacionalista. El libro concluye con un discurso de su autora en la People's University de Nueva York durante la revuelta del movimiento Occupy Wall Street; en él denun-

cia con contundencia las guerras provocadas en Irak y Afganistán y las políticas neoliberales que incrementan la pobreza en todo el mundo.

Arundhati Roy nos narra sus experiencias y la persecución que sufre por dar a conocer las atrocidades del Gobierno indio, pero también la alegría inefable de la solidaridad y el afecto de los que ven en ella una tímida esperanza. Su veredicto final sobre la situación en su país es demoledor: «*Esta terrible crisis se ha forjado en el fracaso integral de la democracia representativa de la India, en la que las cámaras legislativas están compuestas por políticos delincuentes y millonarios que han dejado de representar a su gente. Estamos hablando de una democracia en la que no existe una sola institución democrática que sea accesible a la gente normal. No se dejen engañar por el ondear de banderas. Estamos asistiendo a la desmembración de la India en una guerra de protectorados que es tan letal como cualquiera de las batallas de los señores de la guerra de Afganistán, sólo que hay mucho más en juego, mucho más*».

La memoria y el fuego, de Jorge Valadas

Publicado en *Rebelión* el 16 de abril de 2015

Jorge Valadas (Lisboa, 1945) desertó muy joven del ejército colonial portugués en el que era oficial y se exilió en París, donde trabajó de electricista y participó en las luchas antiautoritarias, publicando textos con el seudónimo de Charles Reeve. *La memoria y el fuego* (Pepitas de calabaza 2012, trad. de Quim Sirera) es el primer libro que firma con su propio nombre y contiene un lúcido análisis de la situación actual de Portugal, de su economía en decadencia y su sociología desquiciada, y un intento también de buscar las causa de todo ello en la historia, lejana y reciente, y en los mitos de una democracia que no merece tal apelativo.

Corre el año 2005. En Portugal un Gobierno que se autodenomina socialista aplica las recetas del más crudo neoliberalismo: recortes en enseñanza y sanidad, aumento de la edad de jubilación, reducción de prestaciones, congelación del sueldo de los funcionarios, subida del IVA... En el país crece la indignación. En el mes de junio, el entierro de Álvaro Cunhal se percibe como la desaparición de un político de una raza distinta a la de los tristes peones del gran capital que se suceden en el Gobierno. Mientras tanto, como cada verano arden cientos de miles de hectáreas de bosque y el paisaje se desertifica. Huyendo de una vida que se torna imposible, la población campesina emigra hacia el litoral para vivir a la sombra de una industria turística que crea escenarios de horror y acapara recursos hídricos cada vez más escasos.

Trabajo precario, pobreza y marginalidad; la delincuencia crece y provoca miedo. En junio de 2005 también, una playa donde se congregan jóvenes de raza negra es tomada por la policía sin que se sepa bien por qué... Las grandes empresas deslocalizan, los salarios se hunden, el paro se dispara y la clase media se proletariza. La brecha entre ricos y pobres no hace más que aumentar, pero la fiebre del consumo arrecia y el endeudamiento de los ciudadanos alcanza cifras astronómicas. Miles de portugueses acuden a España y otros países a vender su fuerza de trabajo, en ocasiones mediante la intermediación de *engajadores*, auténticos negreros. En el país la clase obrera vive una mezcla de «*pobreza antigua y precariedad moderna*» y el anémico Estado de bienestar ha de ser sacrificado al dios mercado. Portugal es el lugar de Europa donde la emigración se mantiene en niveles más altos al tiempo que crece la inmigración.

Mientras la producción se derrumba, gurús como António Borges, banquero y fundador del Partido Socialdemócrata, predican una nueva economía para Portugal, basada sobre todo en servicios. La construcción es un puntal de esta vía y se recuerda el caso de un descubrimiento arqueológico «hormigonado» tras una breve pausa para extraer restos y tomar fotografías. Con este respeto por la historia, el futuro no puede ser más oscuro. Pero esta historia, si se rebusca en ella está llena de esperanza. Un ejemplo es el movimiento de oposición a la guerra que se produjo tras la ruptura de hostilidades con Alemania por parte de la joven república portuguesa en marzo de 1916. Fue esencial en él la actividad de anarquistas internacionalistas y se creó una situación de conmoción social de la que surgieron también las «apariciones» de Fátima, utilizadas para «*reemplazar el mesianismo igualitario por un misticismo individual sumiso a la Iglesia*». La intelectualidad portuguesa manifestaba en aquellos tiempos un agudo desprecio por la capacidad del pueblo para luchar por su liberación y lo veía proclive siempre al sometimiento a un poder religioso o político. Así se comprueba en Fernando Pessoa o Rafael Bordalo Pinheiro. El panorama de 2006, con pobreza galopante, hambre y una sociedad en descomposición, pero perfectamente sumisa, parece darles la razón.

Es un gran poeta, Antero de Quental (1842-1891), el que nos da algunas claves de esta desgraciada indiferencia en su obra *Causas da decadencia dos povos peninsulares* (1871). Para él, el relativo florecimiento y tolerancia medievales son sustituidos luego en nuestras tierras por una letal combinación de integrismo religioso, absolutismo político y economía no productiva, basada en la explotación de las colonias. Es entonces cuando las clases populares caen en una miseria ignorante y desmoralizada, y los poderosos en otra de corrupción, lujo y vicio. Así llegamos hasta hoy, donde estas actitudes persisten en una esquina de la Europa globalizada.

En la actualidad, la guerra colonial sigue siendo un tabú en la sociedad portuguesa. Valadas nos acerca al papel de la policía secreta en aquel conflicto y a la impunidad de que gozaron sus agentes con el advenimiento de la democracia. El libro de José Gil *Portugal hoje, o medo de existir* diagnostica a su juicio de forma errónea la situación del país, centrándose en una democracia abstracta e ignorando las diferencias de clase. Se desprecia así lo más prometedor de la historia reciente: las agitaciones y huelgas de los comienzos del siglo XX y la propia Revolución de los Claveles: «*El problema no está tanto en el "miedo de existir" sino en la perspectiva impuesta de una existencia privada de sentido, consustancial al horizonte insuperable del capitalismo*».

Se repasa la biografía de Álvaro Cunhal, máximo dirigente del PCP y autor también, con el seudónimo de Manuel Tiago, de varias novelas en las que sigue las directrices del realismo socialista, corriente estética que tuvo gran influencia en la sociedad portuguesa, incluso después de la caída de la dictadura en 1974. Entre 1940 y 1945, el PCP sufre un proceso de «reorganización», en el que fueron purgados todos los elementos que no se plegaban a la estructura autoritaria impuesta desde Moscú. Tras la Revolución de los Claveles revivieron experiencias de acción directa colectiva, con ocupaciones de latifundios y empresas, pero el reformismo del partido lo llevó a tener un papel importante en la «normalización democrática» que siguió. Y al final el capitalismo liberal ha sido más eficaz a la hora de alienar y destruir cualquier idea de utopía o emancipación social que los regímenes de Salazar o Caetano.

La «democracia» que se publicita hoy día viene acompañada de la decadencia del asociacionismo popular que floreció en Portugal a principios del siglo XX. Georges Sorel ya vio claro que la «democracia parlamentaria» podía significar la sumisión del sindicalismo al aparato del Estado y la pérdida de su carácter liberador. En Portugal es tras la Revolución de los Claveles y la aguada democracia en que derivó cuando se alcanza la integración económica con la Europa capitalista, pero a pesar de todo cunde el desánimo. No se comprenden las protestas ante el desastre del nobel Saramago, tan ligado al PCP, corresponsable de esta deriva.

El libro concluye con una crítica de la obsesión por los títulos académicos que caracteriza la vida portuguesa, manifestación de un clasismo de raíces antiguas. La burguesía, liberal o conservadora, que expropió el país a la Iglesia y los aristócratas en el siglo XIX sentía un profundo desprecio por las clases populares y solamente la organización del movimiento obrero fue capaz de plantar cara a este racismo social. En este sentido, se le ha de reconocer al PCP el mérito de mantener viva la resistencia en los años del salazarismo. El 25 de abril abre un paréntesis que se cierra pronto con el regreso de los viejos monstruos, pero ahora el «milagro democrático» hace que la marginalidad se viva como autodesvalorización.

El diagnóstico no parece dejar mucho lugar a la esperanza, pero las referencias continuas a pensadores lúcidos que vieron el desastre y ofrecieron remedios quiere ser también un llamamiento a la resistencia, porque a pesar de los pesares, el hombre es capaz de razonar y los caminos están abiertos.

Traficantes de Información, de Pascual Serrano: una lectura imprescindible para saber en qué mundo vivimos

Publicado en *Rebelión* el 22 de febrero de 2011

Foca acaba de publicar en 2010 el libro *Traficantes de información* de Pascual Serrano, una investigación sobre la identidad de los propietarios de los grandes medios de comunicación y los entramados financieros y empresariales que los controlan desde la sombra. El pensamiento dominante en nuestra sociedad es que, gracias a la democracia que disfrutamos, existe una auténtica libertad que hace que los ciudadanos puedan tener acceso a información veraz sobre lo que ocurre en el mundo. La idea sería que la diversidad ideológica de los medios, reflejo de la de la propia sociedad, garantiza que todas las perspectivas puedan tener las mismas oportunidades de expresarse, y así inevitablemente las aproximaciones más veraces tendrán siempre posibilidad de imponerse. La realidad que nos descubre el libro es bien distante de estas ideas ingenuas.

El recorrido por los diversos grupos y conglomerados de informantes ofrece un panorama desolador en el que la variedad de historias revela un patrón común. En el comienzo vemos así siempre cómo alguien caracterizado sobre todo por su carencia de escrúpulos se las arregla para iniciar la construcción de lo que terminará siendo un imperio mediático. Puede haber aquí corruptelas y tratos de favor durante el franquismo o el felipismo, o casos en que el dinero oscuro que financia todo nos lleve directamente a la industria del armamento o a la mismísima mafia. Si en la antigua Roma el oro mal logrado se lavaba con tierra, en nuestros tiempos parece que el resplandor de los platós y las sonrisas de los presentadores ofrecen un detergente mucho más sugestivo y rentable.

La historia contempla luego un invariable panorama de manejos financieros, batallas y absorciones, tuteladas, como no, por una banca que lo controla todo desde la sombra. Nunca faltan pelotazos urbanísticos, ni sueldos millonarios para los directivos, acompañados de precariedad y contratos leoninos para la clase de tropa. El servilismo ante los anunciantes y los poderes económicos protectores hace im-

posible nada parecido a una información veraz. Los nombres propios de cada saga resultan ser así los de ejecutivos rapaces sin más ideología que el negocio redondo y la defensa sin fisuras del *status quo* global y el pensamiento único que lo ampara. Éstas son las gentes de las que se espera que nos cuenten lo que ocurre en el mundo.

Sin duda una vía esencial en el análisis de los medios es la investigación de sus mentiras y medias verdades, y de cómo y por qué seleccionan cada día unos titulares entre lo que ofrece la realidad cotidiana. No obstante, la de Pascual Serrano en este libro es otra aproximación complementaria y necesaria si queremos entender la situación en que nos encontramos. Cuando se constata que la historia de los emporios mediáticos muestra todas las miserias de unos personajes que con precisión pueden ser definidos como «traficantes de información» es mucho más fácil comprender que vivamos inmersos en la mentira como el pez en el agua.

La educación y la información son dos pilares fundamentales en cualquier sociedad, y en una tan conflictiva como la nuestra, el Estado, garante de los derechos fundamentales de los individuos, tendría que velar, por ejemplo, para que en ese espacio radioeléctrico que acabará modelando la mentalidad de todos se den unas condiciones mínimas de veracidad y pluralidad. Desgraciadamente, la tendencia que se observa es exactamente la contraria cuando por ejemplo la nueva Ley General de la Comunicación Audiovisual de 2010 renuncia a cualquier regulación y deja todo en manos de un mercado incapaz de dar solución a los problemas detectados.

Este flujo incesante de desinformación que, según vemos, generan los «medios de información», es un enorme negocio, pero hay que reconocer que es también algo mucho más peligroso. Cualquier persona se rebela ante los resultados del experimento de Milgram, que ponen de manifiesto la gran capacidad que tenemos los humanos para infligir sufrimiento a nuestros semejantes, siempre que una voz autorizada nos conmine a ello. La situación del mundo arroja números atroces que cualquiera que se interese en buscarlos puede conocer, y sin embargo a nadie parecen preocuparle en realidad. En la bestialidad que esto supone, los principales culpables son, sin duda, esos «medios de información» que, desde su enorme autoridad —impresa ya en la mentira de su propio nombre—, desvían cada día nuestra atención hacia eventos intrascendentes y en todo caso nos presentan estas atrocidades como inevitables, diluyendo así la responsabilidad en torno a ellas. Gracias a *Traficantes de información* de Pascual Serrano, hoy sabemos bastante más sobra esa siniestra industria que hace posible la lobotomización de los ciudadanos.

Plumas rebeldes, de Enric Llopis. Nueve periodistas contra la corriente

Publicado en *Rebelión* el 3 de noviembre de 2020

Vivimos en un mundo donde los flujos de información que crean la imagen que tenemos de él están dominados por grandes corporaciones mediáticas, auténticas fabricantes de opinión. Los relatos del poder nos asaltan en todos los soportes y formatos a cada momento, mientras la realidad se escabulle y se silencian las tropelías consumadas contra la inmensa mayoría.

Este contexto global nos obliga a plantearnos si un oficio de informar que merezca tal nombre sigue siendo posible hoy. El periodista Enric Llopis (1971) ha escrito *Plumas rebeldes*, que acaba de aparecer en autoedición, justamente para responder afirmativamente a esto, y nos presenta nueve trayectorias profesionales como prueba. En escenarios que van de Latinoamérica a Europa y Oriente Medio, las evidencias reunidas muestran que existen otras formas de elaborar y transmitir las noticias. Llopis es colaborador habitual de *Rebelión* y *Resumen Latinoamericano*, y autor de: *Gente Precaria. La rebelión de los frigoríficos vacíos* (Alfaqueque, 2015), *La batalla de l'Horta. Cinc dècades de resistència silenciada* (Sembra Llibres, 2016) y *Cabanyal Zona Zero. Cròniques de la resistència* (Zambra-Baladre, 2018).

José Daniel Fierro, del consejo editor de *Rebelión*, destaca en el prólogo de la obra algunos aspectos fundamentales a la hora de construir una alternativa a los medios sistémicos. Si es necesario denunciar las injusticias, la veracidad y el rigor son imprescindibles, pero no han de confundirse con una aséptica equidistancia entre los criminales y sus víctimas, que es moralmente inaceptable. Los relatos del poder que tratan de ocultar la realidad deben ser desenmascarados, y no respetados al mismo nivel que sus impugnaciones para salvaguardar una pretendida «objetividad».

Insiste Fierro también en la amplitud de la lucha, protagonizada por «*miles de hombres y mujeres que, en distintas partes del mundo, han dignificado la profesión periodística*», sin olvidar a quienes aportan su esfuerzo desde los medios dominantes, y muestra con ejemplos que la escasez de recursos no es un obstáculo insalvable, ni está reñida con la profesionalidad y el rigor informativo.

Un capítulo introductorio sirve a Llopis para recordar a maestros como Rodolfo Walsh, Pepe Rei, Eduardo Haro Tecglen o Javier Ortiz, abanderados de maneras diferentes de ejercer el periodismo que pusieron las bases para las experiencias de hoy mismo. Éstas se presentan después, combinando la información sobre los autores reseñados con sus declaraciones en entrevistas, muchas de ellas del propio Llopis, y atendiendo especialmente a las metodologías de trabajo de cada uno para enfrentarse a los sucesos y darlos a conocer.

Nueve plumas rebeldes

Raúl Zibechi (Montevideo, 1952) participó muy joven en las luchas revolucionarias de su país, lo que le obligó en 1978 a exiliarse en Argentina, y posteriormente en España. Durante los 80 y 90, sus viajes por Latinoamérica promovieron una evolución ideológica desde el marxismo-leninismo de sus comienzos, al indigenismo y socialismo autogestionario y horizontal que inspira la veintena de libros que ha publicado desde 1995, paralelamente a sus artículos periodísticos.

Plumas rebeldes nos acerca a su dinámica de trabajo actual, instalado en su país, pero viajando frecuentemente para contactar con los movimientos sociales a los que se siente ligado. También nos detalla sus lecturas e influencias, su interés creciente por la dimensión geopolítica de los hechos que analiza, y su predilección, a la hora de escribir, por la crónica, género óptimo para transmitir las vivencias de masas populares en pugna con el poder.

Respecto al papel desempeñado por los Gobiernos progresistas en América Latina, Zibechi valora sus políticas que disminuyeron la pobreza, pero critica su dependencia del extractivismo, las nuevas élites que promovieron y su fracaso en la reducción de desigualdades. Como método de trabajo recomienda mezclarse con la gente, escuchar mucho y olvidar lo más posible las anteojeras ideológicas.

Teresa Aranguren (Artziniega, Álava, 1944) era profesora de Filosofía en Madrid, pero su traslado a Jordania en 1981 para impartir clases de español la llevó a conocer la situación de los refugiados palestinos y publicó varios reportajes sobre ellos. Tras su regreso a España, fue reclutada como corresponsal de *Mundo Obrero* en zonas de conflicto, y así, en 1982 viajó al Líbano en guerra, desde donde informó de la tragedia que vivía el país.

A partir de 1985, Aranguren trabaja en *Interviú* y *El Independiente*, y luego en TeleMadrid más de quince años. En esta época va a cubrir la guerra entre Irán e Irak, la primera del Golfo y la de los Balcanes, así como algunas de las crisis posteriores en Oriente Medio, esforzándose siempre en dar voz a los excluidos y mostrar sin afeites los infortunios de los civiles. Son notables en este sentido sus reportajes sobre el *apartheid* israelí, expuesto también en dos libros que tratan de dar a conocer el dolor inhumano de la guerra y el expolio: *Palestina. El hilo de la memoria* (2004) y *Olivo roto: Escenas de la ocupación* (2006).

Carlos Aznárez (Buenos Aires, 1947) militó bastantes años en el sindicalismo revolucionario peronista y participó en los medios del movimiento, actuando en la clandestinidad entre 1974 y 1978. En 1979, a partir de un encuentro en Madrid entre exiliados argentinos, inicia su singladura *Resumen Latinoamericano*, revista que va a contar con colaboraciones de Osvaldo Bayer, Mario Benedetti, Eduardo Galeano y Augusto Roa Bastos, entre otros, y que se logra que aparezca quincenalmente hasta 1983. Después, tras un paréntesis de una década, sigue editándose hasta hoy, con Aznárez de director. Sus promotores intentaron que esta publicación, «*antidictatorial, antiimperialista y anticapitalista*», fuera punto de encuentro, discusión y coordinación para las luchas sociales emancipadoras que se dan por toda América Latina, sin renunciar a ocuparse de las de otras regiones del mundo. En la actualidad, la edición impresa se combina con un portal web y emisiones de radio y televisión, en un proyecto ambicioso y cabal de información alternativa.

En *Plumas rebeldes* se repasan las colaboraciones de Aznárez en los medios y editoriales de la izquierda abertzale, para los que ha preparado gran cantidad de trabajos sobre cuestiones latinoamericanas y escrito varios libros. Se incluye también una entrevista en la que deja clara la influencia sobre él del maestro de periodistas que fue Rodolfo Walsh.

Luis Hernández Navarro (Ciudad de México, 1955), hijo de exiliados españoles, realizó estudios de antropología, que hizo compatibles con una temprana dedicación al sindicalismo revolucionario, y ha publicado libros sobre las reivindicaciones de los maestros y los indígenas mexicanos. Tras la revuelta zapatista de 1994, trató de explicar en conferencias por todo el país sus causas y significado, y ejerció luego de mediador en el conflicto. En 1993 empezó a colaborar en *La Jornada*, donde a día de hoy es coordinador de Opinión. Este diario, que vio la luz en 1984, ha conseguido convertirse en una referencia global con su tratamiento agudo y certero de los asuntos de actualidad, que no renuncia a la crítica contundente.

Hernández Navarro nos describe en una entrevista su forma de trabajo, basada en el precepto: «*Quien no ha investigado, no tiene derecho a hablar*», aunque afirma no creer en la superespecialización. Apuesta también por la crónica como herramienta de comunicación, capaz de transmitir empatía, y respecto a los movimientos sociales nos dice: «*Intento no sólo documentarlos, sino, también, explicar su naturaleza y sus propósitos, las razones de su origen y permanencia, su capacidad para nadar a contracorriente, las características de sus liderazgos. Encuentro en ellos a los sujetos de la emancipación y un motivo de esperanza, una simiente ética*».

Lola Bañon (Benetússer, Valencia, 1964) comenzó a trabajar en 1989 en los servicios informativos de la televisión pública valenciana, en la que a partir de la primera guerra del Golfo (1990-1991) pasó a ocuparse de la sección internacional. Tras su primer viaje en 1995 a Palestina, ha vuelto allí en más de cincuenta ocasiones y sobre la situación en este ultrajado país ha escrito crónicas y realizado entrevistas, entre ellas varias a Yaser Arafat; también es autora del libro *Palestinos* (2002). Bañon reconoce como maestros a Robert Fisk, Tomás Alcoverro, Gideon Levy y Michel Warschawski.

Profesora de Periodismo en la Universitat de València, Bañon insiste en sus clases en la importancia de mantener unos principios claros en el tratamiento de la información: rigor en el análisis y contraste de las fuentes, y esfuerzo en estructurar el mensaje de forma que sea asimilable por quien lo recibe. En el relato sobre Palestina, considera necesario huir de las tentaciones de equidistancia en una situación que no es otra cosa que la ocupación e imposición de un pueblo sobre otro.

Josefina Juste (Valencia, 1947) partió al exilio muy joven con su familia y recorrió diversos países de Sudamérica, se licenció en Historia por la Universidad de Buenos Aires y participó en la Universidad Popular Madres de Plaza de Mayo. En 1991 regresó a Valencia y a partir de su fundación en 2000, elaboró para la revista quincenal *L'Avanç* artículos sobre la situación social y económica en Argentina, Uruguay y Bolivia. Ha trabajado también con redes que tratan de promover los derechos de las personas con discapacidad.

Radio Klara, la emisora libre y libertaria de la ciudad de Valencia, ha tenido a partir de 2002 y durante 17 años a Josefina Juste, junto a otras compañeras, al frente del programa de CGT-País Valenciano *Mujeres Libres*. Esta colaboración le ha servido para repasar la historia de los proyectos emancipadores, pero también para analizar conflictos de hoy mismo en todo el mundo, y a fin de cuentas, para «*mostrar las cosas que están sucediendo y que los medios de comunicación no toman en cuenta... Y son cosas importantes*». Lúcidamente, en un momento de una entrevista señala: «*Los medios informativos son, en definitiva, medios permitidos, promovidos y prohijados por el sistema; me hace gracia cuando dicen que son "democráticos", ¿cómo se eligen los contenidos que van a publicarse o transmitirse?*».

Pascual Serrano (Valencia, 1964) se licenció en Ciencias de la Información y participó a finales de los 90 en la creación del diario digital *Rebelión*. Entre 2006 y 2007 fue asesor editorial de Telesur, y aparte de sus colaboraciones en distintos medios, es autor de una quincena de libros en los que ha analizado sobre todo el papel de los *mass media* hegemónicos en el mundo actual. Ha realizado un gran número de estancias en países de Latinoamérica y Oriente Medio, y según confiesa, «*conocer esos otros lugares, sus circunstancias, sus luchas y sus tragedias te ayuda a ver todo con mucha más perspectiva y ser más sensible a cualquier injusticia en cualquier lugar del mundo*».

En la extensa entrevista reproducida en el libro, Serrano nos habla de algunas experiencias que han marcado su vida profesional: «*La combatividad de Hezbolá en el Líbano y la tragedia palestina que vi en Gaza y en los campos de refugiados del Líbano. La complejidad política de México, donde nada es lo que parece. La idiosincrasia del pueblo maya en Chiapas y Guatemala, donde entrevisté a los líderes de las guerrillas. La heterogeneidad de Brasil, visitando las favelas y compartiendo en los foros sociales. La pasión revolucionaria en los barrios populares de Caracas donde cada conversación es una lección. La dignidad y humildad de los bolivianos, orgullosos de un presidente indígena. La cercanía a Europa de la izquierda argentina, tan lúcida como compleja*». Recuerda también a los maestros que reconoce en el oficio, como Rodolfo Walsh, y su luminosa idea de «*utilizar la máquina de escribir (o el ordenador hoy) como un arma de guerra con la verdad como munición*».

Michel Collon (Ixelles, Bélgica, 1946) fundó en 2004 el colectivo y portal de Internet *Investig'Actio*n, para la difusión de información alternativa y dar la palabra a los que han sido privados de ella. Las mentiras mediáticas, las relaciones Norte-Sur y la propaganda de guerra son los motivos más insistentes en sus artículos y libros. Entre estos últimos, *¡Ojo con los media!*, publicado en castellano en 1995, muestra el papel esencial de las noticias fabricadas para justificar las agresiones imperiales.

En el portal web de *Investig'Action* se recopilan las labores del colectivo, con apartados sobre América Latina, Asia, África, Bélgica y Estados Unidos. La situación en Venezuela ha sido analizada a fondo por Collon, así como la guerra de la antigua Yugoslavia, la de Libia o la de Siria, acontecimientos complejos todos ellos, pero que, según él, ponen al descubierto una verdad muy simple: «*Nos hacen creer que la OTAN depende del carácter de Bush, Obama o Nixon, cuando son unos empleados: las cosas ocurren a un nivel mucho más profundo... Todas las guerras de la OTAN son económicas y de saqueo*». Su conclusión es tajante: «*La OTAN es una asociación criminal y habría que disolverla*».

Rosa Solbes (Alicante, 1950) terminó en 1971 los estudios en la Escuela de Periodismo de Valencia y se incorporó, tras su fundación en 1977, a la redacción de la revista *Cal Dir*, ligada al Partido Comunista del País Valenciano. Desde ella apoyó movimientos asamblearios y reivindicaciones obreras, y denunció corruptelas y resabios franquistas, mientras compatibilizaba este trabajo, *gratis et amore*, con otros en publicaciones comerciales para ganarse el pan de cada día.

A finales de los 70, Solbes se unió al equipo de *Valencia Semanal*, revista regionalista y de izquierdas para la que realizó entrevistas y reportajes. Los asuntos de éstos iban de los problemas del campo, contra los que proponía como remedios cooperativismo y sindicalismo, hasta el terrorismo de ultraderecha durante la Transición, sin dejar de lado los conflictos sociales que se daban en todos los ámbitos. Su método de trabajo lo sintetiza en una entrevista con estas palabras: «*La suma del instinto y la técnica es lo que hace un tema interesante; sea más largo, más corto, novedoso o vulgar, es lo que le da la chispa. Además yo no he tenido miedo de implicarme; hay una parte que es la que tú pones... Y que yo llamo escribir con las tripas*».

Otro periodismo para un mundo desinformado

La situación que vivimos en la actualidad presenta algunos rasgos que no se habían dado nunca en la historia. Por un lado, las desigualdades generadas por la dinámica del capital son tan espeluznantes como lo han sido siempre, pero hay que reconocer que esa misma dinámica, con los desarrollos tecnológicos a ella ligados, ha creado en nuestro tiempo herramientas de comunicación cuasimilagrosas y fácilmente accesibles, que resultan extraordinarias a la hora de hacer circular la información. Nunca antes había sido posible lo que vemos ahora a cada momento sin que apenas nos impresione. En estas circunstancias, la lucha global por la justicia dispone de instrumentos que no podíamos haber imaginado.

El reto es formidable, pero las nueve trayectorias reseñadas en *Plumas rebeldes* muestran con claridad que, en un mundo de injusticias, el instinto de protesta encuentra caminos para darlas a conocer y promover la solidaridad y la empatía. El trabajo puede hacerse en ocasiones desde medios convencionales o en otras desde los que crean los propios activistas, sacando provecho de las nuevas tecnologías, pero en todos los casos queda claro que contra la máquina de propaganda del poder y sus relatos torticeros, y compitiendo con el humo narcótico de la industria del entretenimiento, la voz que llama a la solidaridad puede hacerse oír hoy más que nunca.

Las plumas rebeldes que Enric Llopis ha seleccionado nos demuestran que en una enorme variedad de escenarios hay periodistas que trabajan con los oídos bien atentos a los desmanes del capital y sus imperios. Ellos son la voz de los sin voz y dan a conocer las dinámicas que los desposeídos desarrollan y los movimientos sociales que ponen en marcha para hacer valer sus derechos. Fraternales y a la vez capaces de una crítica constructiva sobre los errores que pueden cometerse, estos profesionales de la información afrontan el reto fundamental de visibilizar la lucha por la justicia y hacer que llegue a todos los rincones.

¡A la huelga!, de Enric Llopis. Militancias y lucha de clases en Valencia (1975-2023)

Publicado en *Rebelión* el 3 de enero de 2024

A principios de los años 70 se elevaba en España un clamor por que el final biológico del dictador supusiera también el del régimen odioso que había instaurado. Parecía viable, y así se entabló una lucha que en los distintos territorios del país tuvo características particulares. *¡A la huelga!*, recién autoeditado por Enric Llopis, contiene una ajustada crónica de cómo se vivió el proceso en el País Valenciano, a través de los testimonios de diez activistas que fueron protagonistas de él. Para cada uno de ellos, el relato se prolonga además hasta el momento presente, a fin de completar el panorama histórico.

El texto con el que Llopis introduce el volumen lleva por título «Voces oprimidas, batallas silenciadas» y le sirve para enfatizar la importancia de las movilizaciones de la clase obrera en aquel tiempo de esperanza, y la feroz contundencia de la represión que sufrieron. Durante aquella «modélica Transición» con la que las oligarquías del país fueron capaces de perpetuar su dominio, no faltaron los que, organizados y perspicaces, denunciaron el engaño. Ellos mismos, años después, conscientes de lo sucedido, siguen tratando de combatir sus funestas consecuencias. En palabras del escritor Alfons Cervera en el prólogo: «*Los hombres y las mujeres que salen en este libro rabiosamente hermoso no han hecho otra cosa a lo largo de sus vidas: luchar para que el mundo en que viven —el mundo en que vivimos— no sea una vergüenza*».

Cervera aporta además una semblanza de Enric Llopis (Madrid, 1971), un periodista bien conocido por los lectores de *Rebelión* y ya con una amplia lista de libros a sus espaldas: *Gente Precaria. La rebelión de los frigoríficos vacíos* (Alfaqueque, 2015), *La batalla de l'Horta. Cinc dècades de resistència silenciada* (Sembra Llibres, 2016), *Cabanyal Zona Zero. Cròniques de la resistència* (Zambra-Baladre, 2018) y *Plumas rebeldes. Periodistas contra la corriente* (Autoedición, 2019). El denominador común de estos trabajos es el empeño por dar a conocer los movimientos de denuncia y reivindicación que continuamente surgen y se organizan, en múltiples ámbitos, contra la voracidad del sistema económico depredador que nos gobierna.

Diez trayectorias de lucha

El primer protagonista es Antonio Pérez Collado (1953), que tras realizar estudios de formación profesional en su Cuenca natal, con dieciocho años se trasladó a Valencia y comenzó a trabajar en diversos sectores fabriles. En este tiempo mostró ya una aguda sensibilidad contra los excesos patronales, pero su incorporación de lleno a las luchas sociales y laborales se produjo en 1976, cuando ingresó en la factoría Ford de Almussafes. El proceso lo ha descrito en *De la ilusión a la indignación. 35 años de Ford en España. ¿Obreros felices y sindicalistas resignados?* (L'Eixam, 2012). En 1977 un pujante sindicalismo asambleario logró movilizar a cerca de cien mil trabajadores valencianos del metal y la construcción, por la defensa de convenios justos. No obstante, la patronal reaccionó con despidos de los elementos más activos, lo que unido a la violencia policial abortó el proceso huelguístico. Los trágicos sucesos de Vitoria el año anterior estaban también en la memoria de todos.

En los años siguientes, las elecciones sindicales fortalecieron a organizaciones menos combativas y a partir de 1982 se convirtió en mayoritaria en Ford, UGT, que según Pérez Collado «*ha desempeñado un papel importante en la desmovilización, y actuado en connivencia y complicidad con la empresa*». Su opinión sobre lo ocurrido desde entonces la expresó en un artículo en 2016 en el diario *Levante-EMV*, que lleva por título: «Los 40 años de Ford, una crónica de la precarización de las condiciones laborales». En él se afirma: «*Hoy todo está controlado por el aparato que forman los directivos de la empresa y el dócil sindicalismo que se benefició de la triste derrota de mayo de 1977. Las nuevas generaciones de empleados temporales (...) lo hacen ya con menos derechos y peor salario que los fijos de más antigüedad*».

Pérez Collado se afilió a la CNT en 1977 y desde 1989, ya en CGT, ejerció como secretario general de la sección sindical de ésta en Ford hasta su jubilación en 2022. En una entrevista recogida en el libro, reflexiona sobre sus actividades en estos años y sobre el origen de su militancia anarquista. Resalta la impresión que le produjo en sus comienzos en Ford la dinámica asamblearia y democrática de los libertarios, muy pujantes en aquel momento, opuesta a la más vertical de los partidos marxistas. Recuerda también la labor de la emisora Radio Klara, que emite desde 1982, y la del Ateneo Libertario Al Margen, inaugurado en marzo de 1986, y remarca su opinión de que el sindicalismo debe desarrollar una estrecha imbricación con los movimientos sociales.

La segunda entrevistada es Catalina Socías Picornell (1935), luchadora en el ramo de la limpieza, el cooperativismo y el movimiento vecinal, que a su avanzada edad sigue participando en reivindicaciones sociales. Ella y su hermano Damià, cura obrero, son miembros fundadores de la Associació de Veïns i Veïnes de Natzaret, el barrio de Valencia en el que viven. Esta asociación lleva más de cuatro décadas de animoso activismo asambleario y ha conseguido mejorar las condiciones de vida, extremadamente precarias en un principio, en aspectos clave como sanidad, saneamientos o transporte escolar. Más allá de esto, la entidad se ha comprometido con movilizaciones del conjunto de la ciudad de Valencia desde los años 70, junto con otras afines que se plantean como objetivo «*recuperar el uso y disfrute del espacio público y la ciudad para las personas*».

En su libro autobiográfico *Retalls de la meua vida* (2020), Catalina rememora su infancia y juventud en el campo mallorquín, y cómo las inquietudes religiosas del ambiente en el que creció dieron paso progresivamente a una sensibilidad social que la llevó a tratar de mejorar las condiciones de vida de la gente. Tras establecerse en Natzaret en 1970, trabajó empaquetando juguetes, en un restaurante y luego en el sector de la limpieza. En este último vivió las movilizaciones que se produjeron en Valencia entre 1975 y 1978. Al ser despedida, Catalina Socías se incorporó en 1979 a POVINET, una cooperativa promovida por las propias trabajadoras que en 1995 agrupaba a cuatrocientas afiliadas. Ampliada en el grupo SERCOVAL, la empresa cumplió en 2019 su 40 aniversario.

El siguiente testimonio recogido es el de Maxi Moro (1955) y Nicol Navas (1942), obreras y sindicalistas del textil en la empresa Little Kiss. La conflictividad social vivió un incremento vertiginoso a mediados de los 70, que agudizó la espiral represiva, y un buen ejemplo de ello es lo que se describe en el caso de esta firma, fabricante de lencería y líder en el sector, radicada en el municipio de L'Eliana. La oposición al régimen de explotación a que estaban sometidas las operarias, con obligación de horas extraordinarias mal remuneradas y otros atropellos, desembocó en movilizaciones y paros entre los que merece destacarse el de sesenta y un días en 1981. En éste hay que subrayar la toma de conciencia de las trabajadoras y la implicación de la mayoría de ellas en las protestas que se promovieron, aunque el balance tenga también su parte negativa, con esquiroles, despidos y una desconvocatoria final de la huelga por falta de fuerza.

Mamen Soler (1961) aporta una experiencia de lucha contra el proyecto de la Zona de Actividades Logísticas (ZAL) del Puerto de Valencia, un proyecto ilegal, según varias sentencias judiciales, que se pretende que sea sustituido por un espacio verde que conecte el cauce del río Turia con el Parc Natural de L'Albufera. En una entrevista, Mamen recuerda su infancia y juventud en un área próxima a Valencia, entre huertas y muy cerca del mar, y describe cómo ya antes de la ZAL diversas infraestructuras urbanas invadieron esta zona rural, arruinando la vida de sus gentes: desvío del Turia, subestaciones eléctricas, depuradoras, vías férreas y autovías.

La implicación de Mamen Soler en las luchas por la defensa del territorio comenzó en los años 90 y en 2022 ejercía como secretaria de la Associació de Veïns i Veïnes de La Punta-La Unificadora. Una cronología del proceso muestra la constitución en 1994 de la sociedad estatal Valencia Plataforma Intermodal Logística, en la que participaban todas las administraciones, y la aparición en respuesta de movimientos cívicos y vecinales dispuestos a oponerse a la destrucción del territorio. *A Tornallom*, un documental de 2005 dirigido por Enric Peris y Miguel Castro, expone el contraste entre un idílico mundo rural y la invasión de máquinas que derriban viviendas y aplanan campos de labor. Las expropiaciones y deportaciones no cesan, pero las movilizaciones en la calle tampoco, ni la resistencia judicial, que está dando sus frutos.

Sobre las luchas en el sector de la enseñanza nos informa Vicent Maurí (1960), maestro y sindicalista, militante en partidos de izquierdas desde muy joven. Él aporta su testimonio sobre las grandes movilizaciones de finales de

los 70 para reivindicar el autogobierno del País Valenciano, combatidas a sangre y fuego por la derecha. Maurí se afilió al Sindicat de Treballadors de l'Ensenyament del País Valencià (STEPV) y en 1987 accedió a su Secretariado Nacional. De esta época de luchas, recuerda, entre otras, la huelga de 1988 por la homologación retributiva con otros funcionarios, y la de diciembre de ese año, huelga general contra el Gobierno de Felipe González. Además de las condiciones laborales del profesorado, el STEPV trabaja por la defensa de la escuela pública como un derecho para el conjunto de la ciudadanía y en la promoción del valenciano.

Ximo Jordán (1944), ebanista jubilado, sindicalista y activista en los yayoflautas, recuerda en una entrevista que entró pronto a trabajar en una fábrica de muebles y en 1962 emigró a París, donde siguió en las mismas labores. Allí vivió el mayo de 1968, como militante del PCE y el PCF. En 1973 regresó a su tierra valenciana y empleado en una gran empresa, se afilió a CC. OO. Después lo haría a Intersindical Valenciana y Esquerra Unida del País Valencià.

Jordán aporta su testimonio sobre las movilizaciones de los años 70 en Valencia. La huelga de 1974 en el ramo del mueble se saldó con mejoras en el convenio que sirvieron de inspiración para otros sectores. Para Jordán, la clave de estas luchas reside en un buen conocimiento de la situación real de la empresa y los problemas de los trabajadores. Considera un error «*ponerse radical desde el primer día*».

Ya jubilado, el veterano sindicalista participa en el movimiento de los yayoflautas, en defensa de las pensiones públicas y el Estado de bienestar en España, proyecto ya con éxitos notables en campañas como la de 2012 contra la impunidad financiera de Bankia.

Ventura Montalbán Gámez (1954), otro obrero del mueble y sindicalista de Comisiones Obreras, recuerda su infancia de pobreza y represión en el campo cordobés. Trasladado a Valencia en 1963, con catorce años comienza a trabajar, aunque para ser dado de alta en la seguridad social hubo de esperar hasta la década siguiente, época de luchas en la que ingresa en el PCE y CC. OO. En aquel tiempo, todos los militantes hacían un gran esfuerzo por extender en lo posible la crítica del sistema capitalista, y la negociación de los convenios iba asociada a charlas y reparto de publicaciones para desarrollar la conciencia social.

Montalbán rememora sus luchas, ya en los 80, en el Sindicato de la Madera de CC. OO., que se superponen con las actuaciones más «políticas» de huelgas generales o campañas anti-OTAN. A partir de 2000 surgen nuevos problemas en relación con la explotación de los trabajadores inmigrantes, cuyo número crece extraordinariamente. Jubilado desde 2019, Montalbán insiste en la necesidad de una movilización continua, desde el convencimiento de que el capitalismo es irreformable y supone una ambición infinita que pone en riesgo la propia vida humana sobre el planeta.

Gloria Martínez Navarro (1948), nacida en Marruecos, llegó con seis años a Valencia y a los catorce dejó los estudios para trabajar en empresas diversas hasta terminar recalando en Ford, donde permaneció hasta su jubilación. Su sensibilidad social le vino a través de grupos cristianos de base en el barrio obrero de Orriols, al norte de Valencia capital, con movilizaciones para mejorar las precarias condiciones que allí se vivían. Después, tras su incorporación a la factoría de Almussafes en 1976 —año de su inauguración—, participó activamente en la lucha sindical. Las dos huelgas de 1977 se saldaron con cincuenta y ocho despidos, y Gloria vivió la frustración y rabia de haber abandonado a sus compañeros. Fue entonces cuando CC. OO. y UGT coparon la representación. En 1979 siguieron otros catorce despidos de sindicalistas.

Martínez ejerció la responsabilidad de delegada en el comité de empresa de Ford, pero tras años de intensa implicación, progresivamente fue distanciándose de la actividad sindical. Sólo mucho tiempo después, en las movilizaciones del 15-M, sintió renacer el espíritu asambleario y genuinamente democrático que caracterizó el sindicalismo autónomo de los años 70. Como resumen de su experiencia en la multinacional, Gloria resalta la inhumanidad de la cadena de montaje y los ritmos de trabajo agotadores, un aprendizaje, en realidad, para la docilidad social.

El último testimonio es el de Alberto Guerrero Peyrona (1946), jesuita, trabajador manual y sindicalista en Comisiones Obreras, que vio en el sacerdocio un camino para poner su vida al servicio de sus semejantes, sobre todo los más desfavorecidos. Él supo hacer compatibles los estudios de Filosofía y Teología con trabajos de peón, pero fueron estos últimos los que le enseñaron en qué consiste la explotación capitalista; aprendió después el oficio de tornero.

En los años 60 y 70 los curas obreros fueron protagonistas en muchos conflictos sociales. Alberto Guerrero entró en 1972 a trabajar en una gran empresa valenciana de aisladores de alta tensión y en 1975 fue elegido enlace sindical por CC. OO. Participó en la huelga general de noviembre del año siguiente y ello causó su despido, pero fue readmitido en aplicación de la ley de Amnistía de 1977. La militancia de Guerrero en CC. OO. lo llevó a ser elegido delegado en 1978 y en 1983 a convertirse en liberado del sindicato, pero tres años después cambió radicalmente de escenario y viajó a Nicaragua para comprometerse con la Revolución sandinista.

La experiencia como párroco en un distrito rural cercano a la frontera con Honduras sirvió a nuestro jesuita para tomar conciencia del racismo y miseria seculares, y la perversidad del imperialismo norteamericano, verdugo de cualquier intento emancipador. Conoció luego las movilizaciones de los maestros en México en 1989, y entre 1994 y 1996, en Burundi vivió de cerca la impunidad de los milita-

res y la angustia de los campos de refugiados. En 1999 acudió a tratar de auxiliar a las víctimas de la guerra de Kosovo y sufrió los desastres de la ayuda humanitaria mal organizada.

Tras regresar a Valencia, Guerrero realizó diversos trabajos en el Hospital La Fe de esta ciudad, que concilió con el activismo en asociaciones de apoyo a inmigrantes y viajes a Ecuador y Marruecos para colaborar en tareas sociales.

Para que no venza el olvido

El final de la dictadura franquista supuso un momento extraordinario en el que por toda España surgió poderoso un sindicalismo asambleario, realmente transformador, que planteaba un camino de progreso y lucha contra la explotación. La respuesta del sistema no se hizo esperar, en forma de una represión que se llevó por delante las vidas de muchos obreros y se compaginó con la promoción de un «sindicalismo blando», dispuesto a doblar la espalda y conformarse con migajas.

Valencia fue uno de los territorios donde estas luchas tuvieron mayor calado y Enric Llopis nos muestra en *¡A la huelga!* la realidad del proceso, a través de los testimonios de diez de sus protagonistas. El libro nos sumerge en las vicisitudes de unos años de intensa agitación social, en los que personas con ideologías diferentes, cristianos y marxistas, libertarios y ecologistas, fueron capaces de aunar esfuerzos con metas comunes de progreso en movilizaciones sindicales principalmente, pero también ambientalistas y vecinales. El relato se completa con una descripción del reflujo que siguió a la marea, cuando los grandes objetivos quedaron arrumbados en una claudicación que coincidió con el comienzo de la fase neoliberal del capital, una época de exacerbación de desigualdades, precarización y crisis globales de los intentos emancipadores.

Otro aspecto a destacar en el libro es el empeño puesto en presentar a lo largo de él y de forma minuciosa todos los trabajos previos, obra de investigadores, historiadores o textos autobiográficos de los propios protagonistas, que sirven para dibujar una imagen lo más completa y fiel posible de las trascendentales luchas de aquellos años.

¡A la huelga! hace retornar a la superficie lo que el poder quiere que se sumerja en el olvido, y nos demuestra que la solidaridad y la movilización son tan posibles como necesarias, y que cuando la conciencia despierta, gentes muy diversas son capaces de unirse para combatir los desmanes del capital.

Democracy Now!: un proyecto de información que desafía a los dueños del mundo

Publicado en *Rebelión* el 21 de febrero de 2024

Producido en Nueva York cada día, de 8 a 9 de la mañana hora local, *Democracy Now!* es un programa de radio y televisión que se transmite a través de Internet y más de novecientas emisoras de los cinco continentes. Desde su fundación en 1996, sus contenidos combinan informaciones, entrevistas, debates y reportajes de investigación, con una orientación preferente hacia la cobertura de los movimientos y luchas sociales por la justicia en todo el mundo. La crítica del poder corporativo y la política exterior norteamericana son también objetivos destacados.

La sección en español de *Democracy Now!* se incorporó en 2005 y en la actualidad es transmitida por más de cuatrocientos treinta medios. Cualquier canal de radio puede difundir estas noticias sin costo y también se ofrece una columna semanal a los periódicos interesados en publicarla.

La voz más frecuente al frente de los programas es la de Amy Goodman, periodista que se dio a conocer por sus arriesgadas indagaciones en asuntos como la independencia de Timor Oriental, la ocupación marroquí del Sáhara Occidental o las actividades criminales de la petrolera Chevron en Nigeria. David Goodman, Denis Moynihan, Juan González y Nermeen Shaikh son otros colaboradores habituales.

Para celebrar el vigésimo aniversario de las emisiones, en 2016 Amy Goodman publicó *Democracy Now! Veinte años cubriendo los movimientos que están cambiando Estados Unidos* (versión castellana de Hoja de Lata, 2018, trad. de Miguel Sanz Jiménez). Este libro repasa la historia de un proyecto que nació para informar de hechos y procesos esenciales que los poderes económicos, políticos y mediáticos —tres cabezas de la hidra capitalista— no quieren que sean divulgados. La crónica nos acerca así a movilizaciones contra las guerras sucesivas del imperialismo norteamericano y a heroicidades de personas como Julian Assange, Edward Snowden, Chelsea Manning o Thomas Drake, gracias a las cuales fueron reveladas informaciones clasificadas enormemente relevantes. Ocupan un lugar preferente también los problemas de los inmigrantes ilegales, la pena de muerte y las luchas del movimiento Occupy Wall Street y de los que enarbolan la justicia climática o los derechos LGTBI+. No faltan tampoco capítulos en el libro sobre lacras como la violencia policial contra las gentes de color o la tortura institucionalizada en los interrogatorios policiales. Todos estos asuntos son abordados reiteradamente en las emisiones.

Algunos episodios destacados de la historia de *Democracy Now!* que se recuerdan reflejan bien la fidelidad al lema

de ir siempre a donde está el silencio. Un buen ejemplo es lo que ocurrió en 1997, tras un año en antena, cuando el programa entrevistó a Mumia Abu-Jamal, que llevaba ya por entonces quince años en el corredor de la muerte de una cárcel de Pensilvania culpado del asesinato de un policía. Este exmiembro de los Panteras Negras tenía mucho que decir sobre la discriminación racial en el país y la pena de muerte, y mucho dijo aquel día, pero su plática a través de las ondas sirvió para que las doce emisoras de Pensilvania que retransmitían el programa, y eran propiedad de la Temple University, cancelaran su contrato.

Noam Chomsky, Angela Davis, Arundhati Roy, Joseph Stiglitz, Naomi Klein y Ralph Nader han sido entrevistados frecuentemente. Respecto a los debates, algunos de los más memorables fueron los dos entre Tariq Ali y Christopher Hitchens en 2003 y 2004 sobre la guerra de Irak, o el que se realizó en julio de 2016, en plena campaña de las elecciones que llevarían a Donald Trump a la presidencia y tras la derrota de Bernie Sanders como optante a la nominación demócrata. Los contendientes en este caso fueron Robert Reich, que defendió apoyar a Hillary Clinton, como mal menor, y Chris Hedges, que se decantó por Jill Stein, candidata del partido verde.

El programa ha recibido numerosos reconocimientos, pero no han faltado tampoco coletazos represivos. En 2008, mientras cubrían protestas durante la convención nacional republicana, Amy Goodman y otros dos periodistas de *Democracy Now!* fueron arrestados con acusaciones por «causar disturbios». Sin embargo, la rápida circulación en Internet de un video que recogía una de las detenciones, extraordinariamente violenta, consiguió que los cargos fueran retirados. En 2016 se emitió una orden de arresto contra Amy Goodman después de que cubriera las protestas contra la construcción de un oleoducto en Dakota del Norte durante las cuales la policía soltó perros y atacó con gases a los manifestantes. Los cargos fueron desestimados por el juez, pero los fiscales del condado no descartaron presentar otros en el futuro.

En un mundo en el que los canales dominantes de información se superponen con las instituciones del poder económico, los problemas creados por la dinámica perversa del sistema tienden a ser silenciados, lo mismo que los movimientos que surgen para denunciarlos o proponer alternativas y mejoras. *Democracy Now!*, con sus veintiocho años de esfuerzo y lucha, ha servido para demostrar que a las ocultaciones, mentiras y artimañas de los *mass media* es posible oponer un honesto caudal de información veraz que llegue a todos los rincones y cree una nueva conciencia.

Encarcelaciones masivas. Género, raza, clase y guerra contra las drogas, de Juliana Borges. Un alegato contra el racismo estructural que utiliza la droga como instrumento

Publicado en *Rebelión* el 30 de mayo de 2023

La activista y socióloga brasileña Juliana Borges se enfrenta con *Encarcelaciones masivas* al reto de analizar una situación de violencia policial y masificación en las prisiones que no es exclusiva de su país, pero alcanza en él cotas excepcionales. Su conclusión es que la guerra contra las drogas, que genera ingentes beneficios a las mafias, es también una herramienta de control social al servicio de un racismo estructural. El libro, cuya edición original es de 2019, ha sido publicado en castellano en Argentina por Madreselva en 2021, con traducción de Ileana Arduino y Patricia Gomes, autoras además de un prólogo en el que señalan las similitudes de los patrones de criminalización y persecución a ambos lados del Río de la Plata.

La población carcelaria brasileña apenas superaba en 1990 las noventa mil personas, pero ha crecido en los últimos tiempos hasta más de setecientas mil (353,6 por cien mil habitantes), que la convierten en una de las mayores del mundo. Existe además un marcado sesgo racial y de edad en esa cifra, pues los reclusos son sobre todo jóvenes negros. Se transparenta aquí el racismo de la sociedad brasileña, que puede definirse como una remodelación del esclavismo vigente durante siglos. El tráfico de estupefacientes lidera los motivos de encarcelamiento y esto hace que para muchos estudiosos la guerra contra las drogas resulte ser el engranaje central de un mecanismo rediseñado de dominación.

Con esta situación en perspectiva el objetivo del libro es sintetizar el desarrollo del sistema punitivo carcelario y la ideología que subyace en él, para centrarse luego en el caso concreto de Brasil. Se analiza después la guerra contra las drogas como discurso legitimador de la acción genocida del Estado y se concluye con posibles métodos y estrategias para tratar de avanzar hacia un mundo sin prisiones.

Racismo, desigualdad y castigo de la disidencia

Siguiendo a Žižek, Borges define la ideología como «*el conjunto de ideas que legitiman la estructura dominante*». Un repaso de la historia muestra que hasta el siglo XVII las transgresiones del «orden social» sólidamente asentado eran juzgadas en procesos a los que muchas veces no se permitía la presencia del acusado, mientras por otra parte era habitual forzar confesiones mediante tortura. Igualmente bárbaras eran las penas aplicadas, sin que existiera en aquel momento un recurso generalizado al encarcelamiento. Es en los siglos XVIII y XIX cuando la mentalidad punitiva va

a dar un vuelco y siguiendo a Foucault «*el castigo pasa de ser un arte de sensaciones insoportables a una economía de derechos suspendidos*». Los procesos judiciales ganan entonces complejidad y aparece la «reeducación» como objetivo que justifica el encierro.

Esta historia presenta importantes peculiaridades en Brasil, donde la esclavitud estuvo vigente hasta 1888. Puede decirse que el país se construyó sobre la explotación de esta lacra y ello lleva a Borges a considerar el racismo como «*ideología fundacional de la sociedad brasileña*». El tráfico de personas secuestradas en África comenzó en 1549 y hasta la prohibición de la trata se calcula que cinco millones de africanos fueron transportados a Brasil. Éstos eran propiedad de sus dueños, que a nadie rendían cuentas sobre qué hacían con ellos. La ideología subyacente era la deshumanización de los negros, considerados cuasianimales. No obstante, un repaso de la legislación en el Imperio brasileño (1822-1889), pretendidamente liberal, muestra racismo en las penas y un énfasis en el castigo de los esclavos fugitivos o insurrectos, lo que evidencia que la situación no mejoró demasiado con el nacimiento del Estado brasileño. Aparte de esto, después de 1850 se incentivó una política de inmigración europea hacia el país que modificó sustancialmente su estructura racial.

Este abismo secular de explotación y desigualdad no desapareció por ensalmo con la abolición de 1888, sino que subsiste en la república que se proclama el año siguiente. Además de la marginación económica, ganaron fuerza en esta época teorías eugenésicas que establecían «argumentos biológicos» para el desprecio y la represión del negro, sobreexplotado en el campo y perseguido en la ciudad como delincuente innato. De esta forma, la ley presenta en pleno siglo XX sesgos raciales que se argumentan «científicamente». La reglamentación sobre los negros fue eliminada del Código Penal en 1940, pero la discriminación sigue hasta hoy, cuando el 76 % entre los más pobres del país y el 67 % de los reclusos (incluyendo hombres y mujeres) pertenecen a esta raza. Hay que decir además que cada año más de treinta mil jóvenes son asesinados en Brasil y de ellos veintitrés mil son negros.

Un elemento clave para explicar el infame racismo que estos números evidencian es lo que se publicita como «lucha contra las drogas», pero podría caracterizarse más bien como un auténtico genocidio de la población negra del país. Más allá de los fines que confiesa, la persecución del narcotráfico se ha establecido como instrumento de control militarizado de la marginalidad y la disidencia, territorios sociales reservados en gran parte a la gente de color. No se entiende de otra manera que la posesión de cantidades ínfimas de drogas blandas acarree penas de cárcel a los jóvenes de las favelas, mientras para las clases altas existe una vara de medir muy distinta.

Se consideran también extensamente en el libro las discriminaciones de género en las prisiones. Las mujeres son víctimas de forma masiva de la represión ligada a la lucha contra las drogas, lo que se materializa en los últimos años en un incremento mucho mayor en el número de mujeres que en el de hombres encarcelados.

Vías de avance en la dirección correcta

Ya W. E. B Du Bois denunciaba en el siglo XIX que las prisiones podrían servir para reorganizar la institución esclavista tras su abolición, y en Brasil se demuestra que así ha ocurrido realmente, al establecerse una esclavitud económica con recurso al encarcelamiento por parte del poder a la más mínima «provocación». Ante esta situación de racismo sistémico, que subsiste en la actualidad, Borges defiende que toda la sociedad debe tomar conciencia y el Código Penal, violador de derechos fundamentales, tiene que ser modificado. No obstante, este objetivo táctico debe hacerse compatible con otro estratégico, muy ambicioso pero necesario, planteando el fin de las prisiones, convertidas en escuelas del crimen y absolutamente inútiles en su meta de regenerar a los delincuentes.

Un aspecto importante a considerar es que los conflictos más graves que ocasionan las drogas están relacionados con su tráfico y no con el consumo. La legalización que se reclama desde múltiples foros e instancias sería para Borges una buena forma de reducir la criminalidad y avanzar en la dirección correcta, pues desplazar el problema de su entorno penal a otro de salud pública eliminaría gran parte de los males asociados a estas sustancias. Las resistencias a dar este paso se escudan en una panoplia de motivos de escasa consistencia, pero obedecen en realidad a la salvaguarda por los Estados de un poderoso medio de control social, por no decir nada de los negocios oscuros ligados al tráfico.

Con *Encarcelaciones masivas*, Juliana Borges nos pone ante los ojos un escenario terrible, perfectamente actual, pero que hunde sus raíces en siglos de racismo y explotación. La búsqueda de soluciones no puede desligarse de la lucha contra el sistema económico responsable del desastre, pero el libro ofrece vías particulares que pueden ser valiosas. El abolicionismo penal es un empeño que puede parecer utópico en estos momentos, pero el análisis realizado muestra dos objetivos factibles y que a todos nos comprometen, pues los problemas apuntados son en gran medida universales. Uno es la mejora de las condiciones de vida en las prisiones, y otro la liberalización del comercio y consumo de estupefacientes, en línea con lo ya alcanzado en algunos países.

Chavs, la demonización de la clase obrera, de Owen Jones

Publicado en *Rebelión* el 11 de enero de 2014

Las décadas finales del siglo XX vieron una mutación social en Europa occidental que supuso el desmantelamiento de las políticas que en el período posterior a la Segunda Guerra Mundial habían llevado a la construcción de un rudimentario Estado de bienestar para la clase trabajadora. Un ejemplo emblemático de esto fue la Gran Bretaña de los años 80, regida por Margaret Thatcher, donde esta involución puede expresarse en unas pocas cifras aterradoras de aumento de pobreza, desigualdad social, empleo precario y paro. *Chavs, la demonización de la clase obrera* de Owen Jones es un libro extenso y riguroso que dejando que se escuchen las voces de los protagonistas de los hechos nos ilustra no sólo sobre los detalles de la transformación social sufrida aquellos años, sino también sobre la visión subjetiva de sus víctimas y la cobertura ideológica que los fabricantes de opinión fueron capaces de crear para que los cambios fueran posibles. Owen Jones, periodista e historiador nacido en Shefield en 1984, se dio a conocer al gran público con este libro de 2011, que tuvo una enorme repercusión social y mediática. La versión española es de 2012 (Capitán Swing, trad. de Iñigo Jáuregui).

El desmantelamiento industrial de la era thatcheriana y la ofensiva contra los sindicatos supusieron la destrucción moral de la clase obrera británica. Lo que surge del vacío dejado es una masa humana desestructurada cuyo rostro son los *chavs* (del romaní *chavi*: «chico»): jóvenes de empleos precarios, adictos al consumismo de las marcas y huérfanos de cualquier ideología. En nuevas vueltas de tuerca, estos parias van a ser exprimidos cada vez más. El primer capítulo nos acerca a las sucias campañas de prensa que aprovechan la delincuencia de los guetos blancos para crear una imagen de holgazanería y parásitos degenerados que justifica los recortes de ayudas sociales; se oyen en el libro las voces de articulistas y políticos que defienden estas posturas. Se da el caso además de que en este momento apenas existen informadores de origen obrero, debido al elitismo de las escuelas de periodismo; lo mismo ocurre en el Parlamento. Al final del capítulo se nos muestra un dato escalofriante: el coeficiente de Gini era de 26 en 1979, el año que llega M. Thatcher al poder. Hoy ha subido a 39. Nada menos.

En el segundo capítulo, Owen Jones repasa la historia política de Gran Bretaña en el siglo XIX, una odiosa democracia para ricos que sólo concede el voto a todos los ciudadanos muy lentamente, tras cambios legislativos en 1867, 1884, 1918 y finalmente en 1928, cuando se extiende a todos los hombre y mujeres mayores de 21 años. Resulta sorprendente cómo a lo largo de este proceso, e incluso tras la fundación del Partido Laborista en 1900, los conservadores se las arreglan para seguir manejando el cotarro (gobernarían durante dos tercios del siglo XX), mediante una hábil política de palo y zanahoria, y utilizando todos los bajos instintos de las masas (nacionalismo, xenofobia, religiosidad tradicional, etc.). Tras el fin de la Segunda Guerra Mundial, los *tories* admiten la implantación del Estado de bienestar, pero la existencia de fuertes organizaciones obreras y la caída de beneficios en la década de los 70 les obliga a entablar en los 80 la batalla definitiva. La falta de unión entre los sindicatos fue fatal en la lucha.

Se examinan en detalle los hitos económicos del proceso a partir de 1979: abolición de los tipos de cambio, clímax de la especulación financiera y subida de la libra, encarecimiento de las exportaciones, colapso de la industria, huelgas perdidas y ocaso de los sindicatos. Fue una rueda diabólica impulsada por la Dama de Hierro que trajo grandes ganancias a unos pocos y empobrecimiento a muchos. Hay que decir, sin embargo, que la victoria sobre los sindicatos fue solamente el segundo asalto del combate que había empezado halagüeñamente para éstos en 1974, cuando derrotaron al Gobierno de Edward Heath. Otro punto importante de las políticas thatcherianas fue vender las viviendas de propiedad pública a sus inquilinos a precios reducidos. Era un paso más para cimentar una ideología individualista en las clases trabajadoras que cumplió su objetivo con creces: unos se convirtieron en propietarios, mientras otros se hundían en la pobreza.

Son éstos los años en que se dispararon la marginalidad, la delincuencia y la drogadicción y hubo un transvase de impuestos de los ricos a los pobres. Pero lo más terrible fue el desarme ideológico: se consiguió alienar a la clase trabajadora en un infame «sálvese quien pueda» que era el epitafio de cualquier posible emancipación. ¿Por qué no hubo resistencia? Se señala un cúmulo de factores: la política de viviendas y las medidas populistas de orden público ganaron a muchos para Thatcher, pero fue fundamental sobre todo la división e incapacidad de respuesta de los laboristas. La demonización de la clase obrera se vendió bien porque el individualismo feroz, que promete un lugar arriba para aquél que se esfuerce, logró engañar a demasiados.

El tercer capítulo comienza repasando la biografía de David Cameron, hijo y nieto de millonarios con enorme influencia política, ejemplar típico de las gentes que dominan el Partido Conservador. Y para enfrentarse a las clases depauperadas a las que gobiernan, estos personajes han encontrado un argumento ideológico de gran contundencia: «*La pobreza es culpa de los que la sufren, que no son emprendedores. No tienen derecho a nada porque nada les va a servir, siendo como son*». Mientras tanto, los laboristas, transformados en «nuevos laboristas» por arte de encantamien-

to, apenas se diferencian de los *tories*. Como ellos, insisten sobre todo en estimular a la clase proletaria a dejar de serlo. Cada vez quedan menos «viejos laboristas», obreristas y partidarios de los sindicatos, criticables también por su verticalismo y burocracia y por su tradicionalismo respecto a la incorporación al trabajo de mujeres e inmigrantes.

Se tiene así al final que conservadores y neolaboristas representan en realidad la encarnación de las mismas políticas de recortes al servicio del capital, arropadas ideológicamente en el más feroz individualismo. El *apartheid* social se define como «meritocracia». Ya no hay clases, sino en todo caso personas excluidas (por su propia culpa). En contraste con los políticos que construyeron el Estado de bienestar tras la Segunda Guerra Mundial, que en gran parte eran de origen obrero, los parlamentarios actuales son muy mayoritariamente de clase media o alta. Los sindicatos y los poderes locales están en horas bajas y así la política se convierte en coto cerrado, con lo que gobernantes y gobernados habitan mundos distintos.

El cuarto capítulo se dedica a analizar a la clase obrera y empieza por comprobar cómo desde la era victoriana hasta la Segunda Guerra Mundial ésta apenas existe en la literatura en su auténtica dimensión humana. Sin embargo, todo cambia tras la guerra, cuando los laboristas acceden al Gobierno y libros, cine y televisión comienzan a retratar personajes proletarios con un tono irónico o condescendiente, pero no abiertamente negativo. Para esto hay que esperar a los años 80. Owen Jones recorre los hitos más importantes de esta historia hasta un presente en que prolifera todo un repertorio de infraliteratura especializada en denigrar a la gente de clase trabajadora —con el rótulo de *chavs*— como: sucios, incultos, gorrones y vagos. Lo más terrible es que en estos improperios participan escritores y periodistas supuestamente de izquierdas que comparan desfavorablemente a los *chavs* con los trabajadores de las minorías étnicas, a su juicio mucho más laboriosos y responsables. En sitios como Oxford se caricaturiza y se toma a mofa todo lo relacionado con los *chavs*, y así los jóvenes privilegiados sueñan que están ahí porque se lo merecen. Hay que decir, no obstante, que esto es reciente. Hasta hace poco, los jóvenes de clase media solían fingir acento proletario en la universidad porque se avergonzaban de sus prebendas.

Se recuerda después la biografía de Jade Goody, una concursante de *Gran Hermano* de origen humilde que fue satirizada sin piedad por los medios. Según Owen Jones, en su caso se demostró que «*es posible decir casi cualquier cosa de gente como ella*». El problema es que nunca nadie se pregunta qué contexto sociocultural impuesto desde el poder ha provocado los comportamientos «grotescos» que pueden mostrar individuos de la clase obrera. Termina el capítulo analizando los cambios que ha sufrido el fútbol paralelamente a estos hechos. Siendo en su origen un fenómeno popular, cuyos protagonistas cobraban sueldos similares a los de un obrero, este deporte ha pasado a convertirse en un negocio millonario destinado al disfrute de las clases medias, y juguete al mismo tiempo de especuladores estadounidenses y oligarcas rusos.

El quinto capítulo nos aproxima a la situación actual de una clase obrera reducida a «residuos *chavs*» tras la destrucción del tejido industrial —minas, industria automovilística, estibadores...—. Ésta provocó la fragmentación de las comunidades sociales que vivían en torno a los grandes centros de producción y habían alcanzado una notable integración y estabilidad. Los «nuevos proletarios», que en muchos casos están preparados para trabajos más especializados que no existen, son por ejemplo empleados de supermercados o teleoperadores: mal pagados, sometidos a condiciones de control comparables a las de las fábricas del siglo XIX y con altos índices de morbilidad; además, los contratos temporales son cada vez más frecuentes. Estos trabajadores sufre una gran merma de derechos: salario más bajo, se les puede despedir con una hora de antelación y carecen de vacaciones remuneradas y paga extra. Con el espíritu que impregna a las clases dirigentes y la desmovilización de los asalariados, la trayectoria apunta a un regreso de la esclavitud.

La precariedad de los trabajadores y la impunidad otorgada a los empresarios —con campañas en marcha de represión legal y judicial de los derechos sindicales y laborales— acaban haciendo que cuando las compañías aumentan sus ganancias, son los directivos los beneficiados y los obreros ven congelados e incluso menguados sus salarios. En estas condiciones, cautivos del consumismo feroz que imponen los medios, los trabajadores recurrieron a créditos para satisfacer sus necesidades o caprichos y así se contribuyó a crear la burbuja que estalló poco después. La lucha de clases sigue, pero una de ellas domina claramente. La falsa «meritocracia» tan publicitada esconde diferencias crecientes de renta, unos impuestos terriblemente desequilibrados y trabajos cada vez más precarios y peor pagados.

El sexto capítulo nos descubre la raíz de la injusticia en las desigualdades del sistema educativo y el grave nepotismo de la sociedad británica. El 7 % de la población que va a colegios privados acapara posteriormente casi el 70 % de los cargos influyentes. En el otro extremo, sólo el 15-20 % de los chicos pobres dejan la escuela con destrezas básicas en lectura, escritura y aritmética. Los hijos de la clase trabajadora están condenados a la ignorancia, y qué les queda cuando la industria es desmantelada y hasta los empleos peor pagados escasean. La falta de apoyo familiar y el ambiente poco favorable para el estudio se han demostrado efectivos para la segregación cultural de los jóvenes de ambientes obreros, que resulta ser un componente esencial de la segmentación en clases de la sociedad británica. Un in-

forme de 2010 de la OCDE muestra que Gran Bretaña es el país desarrollado donde los ingresos de los padres son más importantes a la hora de determinar cuánto ganará su hijo: «*El sistema de clases británico es como una cárcel invisible*».

El séptimo capítulo profundiza en el retrato de una Gran Bretaña rota. Tras el desmantelamiento industrial el paisaje es desolador: paro, rupturas matrimoniales, familias destrozadas, hijos sin oportunidades, precariedad, delincuencia, drogas y suicidios. Se suceden las entrevistas, que muestran una sociedad a la deriva. Y el discurso conservador, capaz de ganar unas elecciones, es contundente: «*El Estado creció demasiado y minó la responsabilidad personal*», «*Los trabajadores son culpables de lo que les ocurre*». Se estudian después los fraudes en la percepción del subsidio de desempleo y en las pensiones de incapacidad. El análisis revela que a pesar de los casos escandalosos existentes, que son explotados por la prensa de derechas, la realidad fundamental es más bien un paro endémico con prestaciones muy escasas y que incide con especial virulencia en los que tienen problemas de salud. Las víctimas de esta situación tratan simplemente de buscarse la vida para alcanzar el mínimo que les permita subsistir. Además, no hay que olvidar que el fraude asistencial es sesenta veces menor que el fraude fiscal.

Estamos hablando de un país donde la pobreza ha aumentado de una forma terrible —pasando de afectar a menos de uno de cada diez ciudadanos antes de la llegada al poder de Thatcher, a más de uno de cada cinco en la actualidad—, un país que en esos años ha pasado de ser uno de los más igualitarios de Occidente a uno de los más desiguales. La construcción por parte del Estado de viviendas para los trabajadores ha descendido a niveles ínfimos y las condiciones de arrendamiento son cada vez más draconianas. Qué significan en este contexto las conductas antisociales que manifiestan algunos vástagos de los barrios obreros, crecidos en la pobreza y espectadores del más abyecto derroche en las clases altas, condenados al paro y excluidos de cualquier progreso social. ¿Han de ser criminalizados y reprimidos ferozmente sus actos de protesta como quieren los medios de derechas, o es más justo verlos como síntomas del grave desajuste que existe en la sociedad y debe ser enfrentado y corregido?

En el octavo capítulo se analiza el ascenso de la extrema derecha xenófoba del BNP (British National Party) y el diagnóstico es claro. Los blancos de clase trabajadora, abandonados por el nuevo laborismo tienen el peligro de caer en manos de los que echan la culpa de todo a la inmigración excesiva que acapara los empleos. Escocia y Gales también viven un auge del nacionalismo, que allí es menos étnico y más progresista. Se muestra, sin embargo, que las cifras reales del impacto de los extranjeros sobre el mundo del trabajo difieren de la leyenda nacionalista. Existe un descenso de retribuciones en varios sectores, pero no es algo que no pueda corregirse fácilmente, subiendo el salario mínimo por ejemplo. El «impacto de la inmigración» queda en evidencia más bien como una cabeza de turco elegida por los medios y políticos conservadores para ocultar las causas reales de los problemas, analizadas anteriormente. El peligro es que la traición del nuevo laborismo a la clase obrera abre la puerta a todo tipo de populismos de derechas.

La conclusión del libro es que una penosa sensación de impotencia domina hoy a la clase trabajadora británica. Mientras tanto, los políticos y comentaristas insisten en que las ayudas sociales son inútiles mientras «*los pobres no cambien de actitud*», y que la culpa de lo que les ocurre es suya. La desigualdad es alabada pues «*promueve la competitividad y demuestra que el éxito es posible para los que se esfuerzan*». Ante este discurso, la clase obrera deserta de las urnas o vota a los nacionalistas. A la izquierda del laborismo o incluso dentro de él, se advierte a la vez una deriva hacia la defensa de posturas centradas casi exclusivamente en cuestiones de ecología, feminismo o derechos de minorías. No hay que olvidar tampoco que mientras ocurría todo esto, caía el muro de Berlín.

Los objetivos para el futuro son claros según Owen Jones. Una nueva izquierda debe asumir los ideales colectivos de la clase obrera. Con la inestabilidad que se ha impuesto al trabajo, se hace necesario que este movimiento arraigue en las comunidades y consiga el apoyo de todos los desencantados y marginados por el sistema sin renunciar al de los que tienen un empleo fijo. Aparte de esto, es esencial una política industrial innovadora para acabar con el paro y también un impulso desde el Estado a la construcción de viviendas sociales y al sector de las energías renovables. El nuevo movimiento progresista debe enfatizar la estabilidad laboral, y otorgar a los trabajadores control sobre sus tareas en un programa ambicioso de autogestión, nacionalizaciones e intervención social en las empresas. Se trata además de reorientar la responsabilidad de los problemas hacia sus auténticos culpables, comprendiendo que se ha utilizado a los inmigrantes como chivo expiatorio. Una transformación de los sindicatos para adaptarse a los nuevos empleos es también imprescindible, así como la coordinación internacional de todas estas políticas en nuestro mundo globalizado. La lucha de clases sigue y los ricos se lo han montado muy bien y van ganando por goleada. El objetivo debe ser organizarse para hacerles frente.

En un epílogo añadido en la segunda edición inglesa se incide en los argumentos fundamentales del libro y se responde a las críticas más comunes esgrimidas contra él. Para terminar se analizan los disturbios del verano de 2011, que sirvieron a la derecha mediática para fortalecer su odio a la «chusma enloquecida». Owen Jones demuestra que la violencia de aquel año se explica fácilmente al considerar la situación de la juventud sin esperanzas ni oportunidades des-

crita en el libro. Evidentemente, las luchas sociales no van a acabar y lo importante es que nunca se pierda la conciencia de que los explotados pueden plantearlas con posibilidades de éxito si actúan unidos y conscientes de su fuerza.

La forma que tiene Owen Jones de presentar los asuntos tratados en *Chavs, la demonización de la clase obrera* es enormemente atractiva. Continuamente desfilan por sus páginas personas que desgranan sus opiniones o nos cuentan sencillamente la realidad de su vida. Hay miembros de la casta dirigente y ciudadanos normales que sufren su gestión, políticos de diferentes tendencias, periodistas, profesores, trabajadores de todas las ramas, parados y pensionistas. Ellos dibujan el perfil de la Gran Bretaña actual y, escuchándoles, quedan de manifiesto los mecanismos de alienación que hicieron posible un retroceso de dimensiones colosales en los derechos y condiciones de vida de la clase trabajadora. Estos testimonios son el complemento perfecto de una demoledora y exhaustiva recopilación de datos que el autor consigue presentarnos siempre con amenidad. El retrato final es desolador, pero debe entenderse como primer paso imprescindible hacia cualquier solución. Exangües los sistemas de defensa de la clase obrera: sindicatos, partidos y organizaciones sociales, la gran tarea que se impone es la de reconstruirlos de una forma más inteligente que los haga eficaces ante la manipulación y mentiras que el poder siempre estará dispuesto a desplegar.

Prioridades radicales: síntesis del pensamiento político de Noam Chomsky

Publicado en *Rebelión* el 23 de septiembre de 2014

La editorial navarra Laetoli ha publicado ya dos obras de Noam Chomsky en su colección Libros abiertos. La primera fue *Sobre el anarquismo* (2008), que reúne textos y entrevistas sobre la historia y los fundamentos del pensamiento libertario, y la segunda, *Prioridades radicales* (2013, trad. de Rafael González del Solar), un proyecto editado por el lingüista Carlos Peregrín Otero, que ha pretendido con él, según confiesa en su prólogo, proporcionar «*un acceso relativamente fácil a la filosofía y el análisis político de Chomsky*». Se trata así, de alguna forma, de sintetizar el ideario de uno de los intelectuales más conocidos y respetados del momento, disperso en un número incalculable de artículos y más de ochenta libros. El texto fue publicado en su versión original inglesa en 1981, y reeditado en 1984 y 2003 incorporando nuevos capítulos.

El volumen se abre con una «Introducción a la teoría social de Chomsky» por parte de Otero. Chomsky es un experto en poner de manifiesto la naturaleza del poder y las técnicas de dominación en las sociedades actuales. Así, por ejemplo, sus análisis muestran cómo a partir de los años 70 del siglo XX se desarrolla un programa ideológico de «apatía, pasividad y derrotismo», que se consigue extender entre los estratos más movilizados hasta ese momento y va acompañado de un debilitamiento de todas las organizaciones de resistencia.

Para desentrañar este tipo de procesos, es imprescindible analizar la estructura social de cada país y localizar sus círculos de poder. Esto permite comprobar cómo en general las políticas se establecen de acuerdo con los intereses económicos de éstos. Paralelamente, se ha de desenmascarar la telaraña de objetivos y propósitos míticos tejida para disfrazar estos intereses. Los escritos de Chomsky han sido decisivos para comprender el papel esencial de los «intelectuales» y los *mass media* en el tejido de esta telaraña de ficciones.

Después, Otero nos presenta el pensamiento de Chomsky usando una serie de antinomias: «libertarismo» que impulse la libertad de los seres humanos para que desarrollen todas sus potencialidades, frente a un «liberalismo estrecho» circunscrito a los flujos económicos. Y como consecuencia de esto, «socialismo» frente a «capitalismo» y «acracia» frente a «autocracia». En la educación y en la organización de la sociedad, se valora más la posibilidad de un «crecimiento espontáneo» que los «decretos burocráticos», y la «creatividad» que la «receptividad».

Escenarios del tercer mundo

La recopilación de textos que constituye la parte principal del libro se estructura en tres secciones, dedicadas respectivamente al tercer mundo, los Estados Unidos y el programa de actuación urgente. La primera agrupa once artículos publicados entre 1975 y 1980. Tras una aguda reflexión sobre el mito del «interés nacional», tan utilizado por el Gobierno estadounidense, que disfraza los intereses de sus clases dominantes, se repasan escenarios diversos. Sobre Vietnam, recién terminada la guerra y en un momento en que había en EEUU campañas de protesta por la supuesta represión que se estaba produciendo en el país, Chomsky se muestra partidario de denunciar las violaciones de derechos humanos ocurridas en cualquier lugar, pero cuestiona, usando datos de observadores imparciales, la gravedad de estas infracciones en el caso de Vietnam y encuentra cínico, además, que sean condenadas por personas y medios que nunca se opusieron a las brutalidades cometidas allí mismo por los estadounidenses.

Se analiza después el caso de Camboya, donde se da una situación similar, pues las atrocidades de los norteamericanos en los años anteriores fueron el desencadenante de las de los jemeres rojos. Huelen muy mal aquí también

las quejas por las segundas de los que apoyaron las primeras. El conflicto de Timor Oriental muestra el respaldo de los EEUU a una guerra de agresión que se transforma en una matanza de civiles y es silenciada por los medios dominantes, poniendo de manifiesto la colaboración estratégica entre los que asesinan y los profesionales de la mentira y la manipulación. Resulta instructivo, en este sentido, comparar las reacciones de estos medios ante el genocidio camboyano, cometido por sedicentes comunistas, y el timorense, realizado con el apoyo del Gobierno de los Estados Unidos.

Se examina también el conflicto con Irán tal como se encontraba a finales de los 70, en plena crisis de los rehenes. Tras su apoyo a las sanguinarias políticas del Sha, los estadounidenses se enfrentaban a unas peticiones de reparaciones y extradiciones por parte del nuevo Gobierno iraní que eran muy adecuadas y por supuesto no se proponían atender. Respecto a la toma de rehenes por los iraníes, aunque ésta es condenable en principio, el asunto se torna complejo al comprobar que la toma de países enteros como rehenes es una práctica habitual de la política norteamericana. Chomsky recuerda los casos de Laos, Vietnam y Timor Oriental, que hacían que las protestas del gabinete Carter resultaran perfectamente cínicas. A la situación entre Israel y sus vecinos se dedican tres artículos, que muestran una vez más el filtrado de información en los *mass media* para construir un relato mítico acorde con los intereses gubernamentales.

Se cierra la primera parte con dos textos. El primero es una reseña de 1980 sobre el informe de una comisión internacional dirigida por Willy Brandt que analizaba las relaciones Norte-Sur tratando de definir un «Programa para la supervivencia». Chomsky considera positivo el cúmulo de buenas intenciones que se plantean, pero echa de menos una indagación de la causa real de los problemas descritos, que está en las estructuras de poder de las sociedades del Norte. Sin determinación para asumir este reto, todo queda en retórica. El segundo texto, también de 1980, es un lúcido alegato contra el intervencionismo norteamericano en Oriente Medio, que en ese momento se imponía abiertamente. Otra vez se manifiesta aquí el contraste entre el despropósito de unos planes de dominio imperial vacíos de cualquier sentido jurídico y la facilidad con que éstos pueden ser presentados de forma que sean percibidos, por alguien carente de espíritu crítico, como defensivos e incluso humanitarios.

En el centro imperial

La segunda parte, dedicada a los Estados Unidos, se inicia con un artículo de 1977 sobre el Gobierno Carter. Estamos ante un país en el que los dos partidos que se alternan en el poder, con sutiles diferencias, son simples correas de transmisión de los intereses de las grandes corporaciones. Universidades y *mass media* resultan esenciales a la hora de crear una cobertura ideológica por la cual este dominio parece perfectamente legítimo, y al final se consigue que prevalezca una versión falseada de la historia que «*merece ser comparada con los logros más audaces del totalitarismo del siglo XX*». El relato de la guerra de Vietnam impuesto a la sociedad americana es muy ilustrativo y se citan ejemplos de censura sobre documentos que ofrecían visiones más ajustadas a la realidad. En un momento en que Carter comenzaba su mandato promoviendo una retórica de «derechos humanos», sobrecoge recordar los casos de violaciones de estos derechos que se daban por todo el mundo y en los propios Estados Unidos, y con los que el Gobierno colaboraba o manifestaba condescendencia. Existe incluso una correlación empírica, para el tercer mundo, entre el incremento de la ayuda y el apoyo diplomático norteamericano y el aumento de las violaciones de los derechos humanos. Para terminar se estudia la influencia en el Gobierno Carter de la Comisión Trilateral, creada en 1973 con el fin de conjurar los peligros que amenazaban el dominio americano en el mundo y comprometida con un retroceso de la democracia, como se deduce de los textos aportados.

Se analizan después las conclusiones de la Comisión Pike de la Cámara de Representantes (1976), que revelaron al ser filtradas a la prensa pruebas fehacientes de la «*participación de la CIA y el FBI en actos de subversión, terrorismo, instigación a la violencia e interrupción de procesos democráticos, tanto en suelo norteamericano como en el extranjero*». Se trata además de actividades sistemáticas y organizadas en los niveles más altos del Estado. Sin embargo, éstas parecen ser infracciones de poca monta cuando se comprueba cómo en el caso Watergate fue sólo el espionaje a los respetables miembros del partido Demócrata lo que costó su silla a Nixon. El capítulo que sigue nos aproxima a hechos cruciales de la guerra de Vietnam: intervencionismo y crímenes atroces, disfrazados de «legítima defensa».

Siguen algunas reflexiones de finales de los 60 sobre la universidad estadounidense y el movimiento estudiantil contra la guerra y la discriminación racial —afloramiento de los mejores impulsos humanistas de una sociedad en un ámbito de pensamiento con relativo desprejuicio— y sobre la comunidad y la vida académica como lugar privilegiado para un análisis social, que si es objetivo acabará siendo radical y desafiando la manipulación impuesta. Otro artículo de la misma época sintetiza la historia del siglo XX como un progreso continuo e implacable del dominio de los EEUU sobre el mundo, en el que la irrupción de la «amenaza comunista» supuso la disculpa perfecta para un incremento en la brutalidad de los métodos. Un control ideológico absoluto de la sociedad norteamericana, sumida en ignorancia y paranoia, resultaba imprescindible para que el siste-

ma funcionara, aunque el pensamiento crítico tenía cierta influencia social —en los campus y los guetos negros sobre todo— en el momento en que se escribió el artículo.

Como tarea para la izquierda se plantea la constitución de un amplio movimiento social con estructuras abiertas y democráticas, capaz de afrontar los grandes desafíos: compromiso con los derechos humanos en todo el mundo y con las vías pacíficas para la solución de conflictos, control de los trabajadores en las fábricas y planificación democrática de la economía. Se insiste en esto en una entrevista de 1971, en la que Chomsky confiesa su sorpresa ante la tenaz oposición a la guerra de Vietnam que se desarrollaba en distintos sectores de la sociedad americana, algo que superó todas sus expectativas. El reto sería aprovechar esto para crear una movilización potente en el sentido indicado.

En otra entrevista, de 1976, se reivindica la tradición libertaria como algo que tiene mucho que aportar en la transformación de la sociedad. Se describe brevemente la idea de un poder que se ejerce de abajo hacia arriba y de una democracia que se extiende a la vida económica, con la dirección por parte de los trabajadores del proceso de producción. Se recuerdan ejemplos históricos de este tipo de sociedades y se dan también algunas ideas sobre aspectos polémicos, como la necesidad de un ejército o cómo se distribuirían el trabajo y los salarios en ellas.

¿Y qué hacer?

La tercera parte del libro: «Un programa urgente» comienza con un lúcido análisis sobre el significado de la Guerra Fría, un tiempo en que la capacidad de disuasión del armamento nuclear proporcionaba a cada superpotencia una patente de corso para intervenir con brutalidad en sus áreas de influencia, utilizando siempre la «amenaza» de la otra como resorte propagandístico. El peligro de este juego es que fueron frecuentes los casos en que fricciones en conflictos locales habrían podido desencadenar un holocausto. Otro artículo desmenuza el intríngulis de la política exterior estadounidense: una defensa feroz de los intereses económicos de las élites gobernantes que milagrosamente es capaz de presentarse como un derroche de altruismo en el que, en todo caso, pueden cometerse errores eventualmente. Se describen estudios académicos y se multiplican las citas que muestran esto palmariamente.

Sigue una reflexión de 1984 sobre las profecías de Orwell para este año; la conclusión es que no llegó a percibir las sutilezas del «*lavado de cerebro en libertad*» que encontramos en Occidente. Veamos un ejemplo muy claro: en la URSS alguien que califica la presencia rusa en Afganistán de invasión es reprimido, mientras que en los EEUU alguien que califique la presencia estadounidense en Vietnam como invasión simplemente no existe en el mundo académico y periodístico convencional, es decir «entre la gente seria». Las torturas y mazmorras han sido sustituidas provechosamente por la «fabricación de consenso», el nuevo rostro del absolutismo.

«Una investigación sobre el capitalismo global», de 1997, nos ofrece exactamente eso, rebosante de datos y ejemplos, pero sin perder nunca de vista el contexto. El artículo resume magistralmente lo que ha sido la historia reciente: el desarrollo del primer mundo a través del expolio del tercero, la infame cadena de violencias y atrocidades y el relato oficial —elemento imprescindible del desastre— comprensivo, capaz de justificarlo todo. Se repasan después piezas clave del momento actual: el poder totalitario de las grandes empresas que controlan la economía planetaria, sus mecanismos para poner la legislación internacional a su servicio y esquivar o engañar a la opinión pública, los flujos de capital que maximizan el beneficio y arruinan cualquier pretensión de progreso social. Y sin embargo, para Chomsky resulta evidente que hay motivos para el optimismo; mientras todo esto ocurre, la conciencia y la resistencia crecen a nivel mundial.

Un artículo de 2002 analiza el significado de la «lucha contra el terror» que tomaba auge por entonces. En este sentido, lo primero que debe destacarse es que una definición rigurosa de «terrorismo» muestra con claridad que los principales terroristas que actuaban en aquel momento en el mundo eran los Estados Unidos y satélites suyos, como Israel, Turquía o Indonesia. Las evidencias mostradas son abrumadoras en este sentido y ponen de manifiesto el extremo cinismo de la doble moral impuesta. Lo que Occidente entiende por «terrorismo» es sólo una respuesta mínima a la violencia por él desencadenada, que sólo sería atajable eliminando las causas que la producen y estableciendo normas justas y razonables para la convivencia entre las naciones.

El libro concluye con el discurso de apertura de Chomsky en el II Foro Social Mundial de Porto Alegre en 2002. Mientras el poder imperial triunfa por la violencia, y la globalización neoliberal incrementa la brecha entre ricos y pobres por todas partes, mientras los dueños del mundo tratan de imponer sus reglas comerciales y los capitales especulativos fluyen para maximizar beneficios y arruinan a países enteros, mientras las condiciones laborales se deterioran y los datos económicos reales se ocultan al público, mientras los ciudadanos ven cómo la posibilidad de influir en su vida se les escapa de las manos, mientras muere la democracia que custodian las élites, la esperanza renace en los movimientos populares que se multiplican y buscan su coordinación internacional. En ellos está el germen de una nueva sociedad libre y solidaria.

Prioridades radicales es un libro imprescindible para conocer las ideas de Noam Chomsky. Nos enfrentamos en él a la extrema crueldad de Occidente, que sólo es superada

por su infame capacidad de manipulación. La argumentación rigurosa es la mejor arma del filósofo humanista, pero no es óbice para que muchas veces nos sorprenda una ácida ironía inimitable: «*Los occidentales han quedado a menudo sorprendidos ante lo que llaman la "xenofobia" de los campesinos y miembros de tribus nativas asiáticas —un fenómenos que todavía no ha sido explicado por la antropología moderna—, que parece surgir entre grupos que son objeto de bombardeos sistemáticos, desplazamiento de poblaciones por la fuerza y otras formas de protección diseñadas por sus benefactores extranjeros*».

Enfrentados a la magnitud del desastre, comprendemos sin embargo que la lucha siempre tiene sentido: «*¿Qué pueden hacer los jóvenes al respecto? Todo. Nada de esto es producto de leyes físicas inmutables. Todo ello es producto de decisiones tomadas en instituciones humanas. Las decisiones y las instituciones pueden ser modificadas, tal vez extensamente, si suficientes personas se comprometen con coraje y honradez a buscar la justicia y la libertad*».

La retirada, de Noam Chomsky y Vijay Prashad. Contradicciones y riesgos de un imperio senil

Publicado en *Rebelión* el 26 de octubre de 2022

Vivimos un momento de máxima incertidumbre, con una guerra en el corazón de Europa que involucra directamente a una potencia nuclear, y resulta frustrante comprobar que pocos parecen interesados en dar con la solución razonable y democrática que ciertamente existe. Estamos en fin ante un escenario peligroso que conjuga la ceguera de una Europa abocada al suicidio con nacionalismo criminal ruso y ucraniano y, en la base de todo, con la astucia de unos norteamericanos que en horas de declive han conseguido armar con sus manejos una jugada que sólo a ellos favorece.

En esta encrucijada, hay que celebrar que dos de los más reputados especialistas en política internacional, Noam Chomsky y el historiador del Sur global, Vijay Prashad, hayan unido sus esfuerzos en un volumen que analiza la gestación e implicaciones de la situación actual. *La retirada: Irak, Libia, Afganistán y la fragilidad del poder de Estados Unidos*, desarrollado como un diálogo entre los dos autores, acaba de ser puesto en castellano por Capitán Swing (trad. de Francisco J. Ramos Mena) y trae prólogo de Angela Davis.

Un imperialismo de modos mafiosos

La introducción pone de manifiesto cómo el *modus operandi* del Gobierno estadounidense, repetido cansinamente desde las guerras indias, puede resumirse en una imposición por la fuerza con modos mafiosos que el paso del tiempo ha extendido a todo el planeta. Sin embargo, es importante señalar que en los casos recientes analizados en el libro: Vietnam-Laos, Irak, Libia y Afganistán, las intervenciones, tan criminales como onerosas, se han caracterizado además por no alcanzar ninguno de los objetivos políticos con que se plantearon.

Todo se complica en el momento presente por la percepción del auge de China como una amenaza existencial, lo que hace que se multipliquen las provocaciones. En estas circunstancias es obligado insistir en que la única solución a la crisis que vive el mundo sería un empoderamiento de los organismos internacionales como alternativa a las acciones unilaterales. Sin embargo, es obvio que queda mucho camino por recorrer.

El sudeste de Asia

Las guerras de Vietnam y Laos ofrecen buenos ejemplos de cómo es posible enmascarar invasiones con retórica de «democracia» y «derechos humanos». Otro libro de Chomsky, *Los nuevos intelectuales* (1969), puso sobre el tapete la atroz responsabilidad de los que consolidan con sus mentiras el discurso del poder, recibiendo en pago honores académicos, como fue el caso de Arthur Schlesinger. *La retirada* nos recuerda las luchas de aquellos años y cómo algunos valerosos medios independientes consiguieron concienciar a la opinión pública contra la guerra de Vietnam.

Los «Papeles del Pentágono» —filtración publicada por *The New York Times* en 1971— muestran que tras la ofensiva del Tet en 1968, las protestas contra la guerra que proliferaban en todos los estados fueron decisivas para llevar a la cúpula militar norteamericana a un escenario de negociación. La hermosa lección de la historia es entonces que los desvelos de los que se movilizaron en aquella ocasión para dar a conocer las espantosas violaciones de derechos humanos en Vietnam y Laos —país más bombardeado del planeta— fueron realmente útiles para poner fin al conflicto.

Nuevos horizontes para el combate imperial

La caída de Saigón, en abril de 1975, se produce en una época en que por todo el mundo triunfan movimientos de liberación, por ejemplo en Mozambique unos meses antes, en Afganistán en 1978 o en Irán y Nicaragua en 1979. La estrategia imperial para combatir estos «contratiempos» fue la misma implementada en Vietnam en la última fase de la guerra, básicamente buscar a alguien sobre el terreno que hiciera el trabajo sucio, como el RENAMO, los muyahidines, Sadam Huseín y los contras, respectivamente. Las guerras provocadas de este modo frustraron cualquier evolución positiva de los países que las sufrieron.

En el caso de Afganistán, la inútil guerra de veinte años librada por los norteamericanos tras los atentados del 11-S se inició con una invasión ilegítima y criminal y se desarrolló con gravísimas violaciones de derechos humanos. El interés confeso (*Rumsfeld dixit*) era únicamente «*mostrar nuestro poderío e intimidar a todo el mundo*», la táctica seguida fue entregar el mando a señores de la guerra no muy diversos de los talibanes —en el trato a las mujeres por ejemplo— y el resultado final fue la huida con el rabo entre las piernas que todos vimos por televisión. Hoy en el país el boicot financiero hace imposible cualquier progreso, mientras sus gentes recuerdan con nostalgia el periodo bajo control soviético, edad de oro de su atormentada historia, y a Mohammad Najibulá, presidente entre 1987 y 1992, ahorcado por los talibanes en 1996.

Resulta extraordinaria la arrogancia del poder imperial que destruye y asesina por todo el planeta sin aceptar nunca ninguna responsabilidad. Entre 2010 y 2020 se calcula que se realizaron catorce mil ataques con drones, que provocaron la muerte de miles de civiles inocentes, entre ellos cientos de niños. La declaración de Noam Chomsky a una periodista en 2015 de que: «*Estados Unidos es el mayor país terrorista del mundo*» resultó muy polémica, pero desde luego se ajusta a la realidad de los hechos. Sólo la eficacia de los burócratas que esconden o maquillan los crímenes, y la complicidad de los intelectuales y los *mass media*, hacen posible la ignorancia en que nadamos como pez en el agua. Hay que reconocer, no obstante, que *mutatis mutandis* y en mayor o menor grado, así fue con todos los imperios.

En Oriente Medio, se constata la insólita torpeza de George W. Bush, que apartando del poder a los talibanes en 2001 y a Sadam Huseín en 2003, consiguió consolidar la influencia iraní en la región. Las crueldades de los norteamericanos, durante el régimen de sanciones y la posterior invasión de Irak, ampliamente expuestas en el libro, perjudicaron gravemente sus propios intereses. Pocas veces en la historia se hallan ejemplos tan diáfanos de un empecinamiento criminal contraproducente para su autor.

La invasión de Libia en 2011 es otra clara muestra de un conflicto exacerbado por los norteamericanos, que en este caso boicotearon los esfuerzos de mediación de la Unión Africana. Las operaciones de la OTAN provocaron incontables muertes de civiles, y el resultado final fue sólo la transformación del país en zona catastrófica y un fortalecimiento del terrorismo islámico en toda la región. La reclusión de los migrantes que huyen del África arrasada en infames campos de concentración auspiciados por Occidente es un aspecto más del desastre.

Otra cuestión de gran interés y poco conocida, de la que se aportan detalles en el libro, es que los Estados Unidos no han firmado los convenios internacionales contra los crímenes de guerra o el genocidio, por lo que hay que concluir que están «legalmente autorizados» a cometerlos.

¿Un imperio en retroceso?

La clave del momento presente tal vez sea el auge tecnológico y económico de China, empeñada además en la integración eurasiática a través de la Organización de Cooperación de Shanghái y en la construcción de la red comercial global de la Nueva Ruta de la Seda. Estos ambiciosos proyectos son contemplados con creciente hostilidad por los Estados Unidos, que juegan sus cartas mientras incrementan el ingente gasto de su Ejército y renuevan su red de bases militares.

En este contexto, la guerra de Ucrania ha sido una buena jugada norteamericana, que resucita a la OTAN y hunde a Europa. Sin embargo, debe reconocerse que, al mismo tiempo, el eje Moscú-Pekín se ha fortalecido y en el resto del mundo aumenta la presión hacia la multipolaridad y no alineación. Otras consecuencias funestas del conflicto son la crisis global de alimentos y la renuncia generalizada de los Gobiernos a implementar medidas contra el cambio climático.

¿Sería posible sacar a la ONU de su marasmo y establecer mecanismos para evitar las acciones unilaterales? No parece sencillo, pero el libro concluye con una nota de esperanza: «*La partida no ha terminado. Todavía hay tiempo para un cambio de rumbo radical. Conocemos los medios. Si hay voluntad, es posible evitar la catástrofe y avanzar hacia un mundo mucho mejor*». Hay que decir, sin embargo, que tal como está la conciencia de los ciudadanos en los países que en realidad deciden, cuesta imaginar vías para un avance significativo.

Como siempre ocurre con estos autores, la plétora de información que presentan resulta enormemente útil para el lector interesado en la situación que vivimos. No es baladí esto, porque la base de todos nuestros problemas es probablemente la ignorancia. En alguna ocasión escribió Noam Chomsky que si fuéramos conscientes de lo que los criminales que lo gobiernan están haciendo con el mundo, saldríamos a la calle sin dudarlo para exigir una revolución.

Nada que perder, salvo nuestro miedo. Resistencia en tiempos peligrosos, de Fiona Jeffreys

Publicado en *Rebelión* el 13 de junio de 2023

La escritora norteamericana Fiona Jeffreys entrevista en este volumen a nueve investigadores y activistas sobre el rol del miedo en el mundo desequilibrado que nos ha tocado

vivir. Las reflexiones y experiencias reunidas permiten concluir que esta emoción, frustrante y desmovilizadora en un principio, puede servir sin embargo para encontrar respuestas afectivas que enriquezcan nuestra visión. El libro, aparecido en inglés en 2015, acaba de ser editado en castellano en Chile por Tiempo Robado (trad. de Javiera Mondaca).

En la introducción elaborada para esta nueva versión, Jeffreys confiesa que cuando comenzaba a trabajar en el proyecto le impresionó la idea de los zapatistas mexicanos sobre el miedo y la soledad que marcan a la sociedad humana en el capitalismo tardío y sobre el papel positivo que pueden llegar a jugar si nos impulsan a la acción colectiva contra sus causas. Estos pensamientos maduraron luego durante la pandemia y contemplando las luchas sociales que emergen en nuestros días en escenarios muy diversos, y propiciaron la conclusión de que las crisis y el temor que éstas crean pueden ser un catalizador del sentimiento comunitario. Resulta así que el antídoto contra el miedo no es la valentía, sino la solidaridad a través de la cual somos capaces tal vez no de superarlo completamente, pero sí de dotarlo de sentido.

Historia y teoría contra el desasosiego del capital

El primer entrevistado es el historiador Marcus Rediker, que ha estudiado los movimientos de resistencia de los siglos XVII y XVIII contra la globalización de la explotación económica, protagonizados por esclavos, marineros y piratas. Él comienza comentando algo de su propia biografía, marcada por unos orígenes de clase obrera y las luchas sociales de los 60 y 70. Investigador de la vida en el entorno del Atlántico, Rediker enfatiza la violencia que caracterizaba el trabajo en los barcos, incluso los no esclavistas. Los que perdían su forma de existencia en el campo, por los cercamientos, eran condenados a una dura odisea a través de los mares que solían concluir mendigando tullidos por los puertos, y por esto el salto a la piratería era algo normal. Es esencial considerar que la violencia marca todo el proceso, y no es difícil darse cuenta de que ésta se prolonga en las de hoy mismo. Sin embargo, la historia demuestra que la organización de «los de abajo» puede siempre resistir esa violencia y crear alternativas. Se descubre también que contra el miedo que nos imponen, es posible además la catarsis luminosa de un sano humor. Reírse de todo y poner la propia vida en juego podría ser una buena síntesis de la existencia que escogían los piratas.

La socióloga Silvia Federici, que ha destacado por sus críticas a la globalización capitalista, señala en su entrevista la importancia de las luchas comunitarias para superar el efecto paralizante del miedo impuesto desde el poder. Resalta sin embargo la diferencia entre el combate contra el fascismo, por ejemplo, y las batallas más desdibujadas del presente, en las que uno no tiene claro por qué debe correr riesgos y la autocensura es frecuente. Su experiencia en Nigeria en los años 80 le permitió comprobar los resultados devastadores de las políticas exigidas por el BM y el FMI, que suponen otra vuelta de tuerca de la opresión colonial. Allí tomó contacto con movimientos vigorosos de comunalismo y pugna por la tierra, objetivos demasiado marchitos en Europa, que se convirtieron en ejes de su pensamiento. En las respuestas de Federici afloran también otros temas de sus investigaciones, como la caza medieval de brujas o la violencia actual contra las mujeres, en la que ve en muchos casos una secuela brutal del miedo que generan en los varones sus intentos de emancipación.

El geógrafo David Harvey ha escrito extensamente sobre ciudades y cambio social. Según él, el miedo a las represalias de los poderosos puede resultar paralizante mucho tiempo, hasta que bruscamente se impone la opinión de que es imprescindible luchar, a pesar de los riesgos, y se produce un levantamiento. Harvey insiste también en que el temor es universal, y el de la clase dominante a perder sus privilegios es otro factor esencial en la historia. El rediseño urbano de París, por ejemplo, durante el Segundo Imperio estuvo marcado por ese recelo, y de la misma manera, en los Estados Unidos tras la Segunda Guerra Mundial, la inquietud ante el experimento del socialismo real promovió la creación de una clase media vigorosa que compartiera algunos de los bienes generados por el sistema. Sin embargo, el modelo se agotó y el recambio fue el neoliberalismo, que se desarrolló en una serie de etapas: Nueva York, México, y al fin las privatizaciones y desregulaciones globales, al tiempo que el capitalismo reducía su tasa de ganancia y se hundía en una espiral financiera. En este contexto, las inevitables crisis sucesivas tensan a la clase obrera y no es descartable que el miedo pueda pasar de producir parálisis a catalizar un estallido. Para que esto fructificase serían necesarios intelectuales capaces de ver más allá de la política convencional. La conciencia del desastre en que estamos inmersos y no hace más que agravarse debe ser el revulsivo para aguzar el ingenio y buscar alternativas.

La socióloga Nandita Sharma es una experta en las migraciones contemporáneas que impulsa el mercado globalizado. De joven vivió en la India la fascinación de los colonizados por un nacionalismo liberador, pero pronto aprendió que los Estados y sus fronteras forman parte más del problema que de la solución. Estas barreras defensoras de privilegios ejercen una violencia física y psicológica, pero son incapaces de detener la marea humana que movilizan las guerras y desgracias del capital. El Estado crea enemigos amenazantes y blinda su territorio, pero permite el paso a algunos, con escasos derechos, que serán explotados al límite. Sharma critica la mentalidad «antitráfico», que esquematiza demasiado y no aborda el origen de los males. En su opinión, la frontera funciona como «un organiza-

dor de los límites del amor», y el «nacionalismo asustado» es en realidad un eficaz instrumento del capital para extraer sus ganancias y mantener el orden. La única solución sería la construcción de un «nosotros» planetario, sujeto de derechos, empeño en el que trabajan los movimientos No Borders, dispuestos a superar el *apartheid* global de nuestro mundo.

El sociólogo John Holloway se declara inspirado por los zapatistas y las experiencias autónomas que crecen en los márgenes del sistema y evidencian su vulnerabilidad. Procedente de la tradición marxista, insiste sin embargo en sus libros en las posibilidades de emancipación que pueden plantearse sin tomar el poder. Su punto de partida teórico es la idea de que el Estado es una construcción del capitalismo y por tanto cualquier transformación del modelo económico ha de requerir un trabajo al margen del Estado. En este sentido, asegura que su traslado de Inglaterra a América fue iluminador, pues acá existe un cuestionamiento del capitalismo que no se da en Europa. En su opinión, el miedo juega un papel crucial en la dominación que se nos impone, pero el control nunca es total por la conciencia de la propia dignidad, que nos demuestra que el capital depende en realidad de nosotros. Las grietas en el muro del sistema de explotación se abren cuando manifestamos nuestro rechazo a ser impotentes frente a él y esto implica grandes planes y estrategias, pero también un cambio de mentalidad y mucho sentido del humor. Los zapatistas construyen una nueva sociedad, pero no renuncian a la imaginación y la poesía, y a poner en el centro a los que siempre han sido orillados.

Las ideas en la práctica

La escritora y periodista Lydia Cacho ha investigado asuntos clave de violencia contra los más débiles en su México natal. De la mano de su madre activista conoció ya de niña la marginación y la injusticia, y creció con el anhelo de hacer algo por aliviarlas. Actualmente vive en Cancún, donde ha creado el primer refugio para mujeres maltratadas de la ciudad, un lugar secreto y muy protegido que cumple la labor esencial de defender a las que todos abandonan. En México la corrupción es universal, ya desde la colonia, y la forma política de los últimos decenios puede definirse como una dictadura, aunque en el mundo no tenga imagen de tal. Combatir el machismo omnipresente es el principal caballo de batalla de una mujer que ha sido amenazada e intimidada y ha visto sus alegaciones a favor de niñas violadas estrellarse en los tribunales. Respecto a la violencia sexual, su conclusión es que más allá de ésta, lo más traumatizante para las víctimas es el abuso de confianza y la traición.

La escritora y organizadora social Sandra Morán ha trabajado con el Movimiento de Mujeres de Guatemala, que busca justicia para las víctimas del feminicidio ocurrido en el país tras la guerra civil, entre 2000 y 2012, y ha resistido a pesar del hostigamiento, derrochando coraje. En sus respuestas Morán describe el proceso vivido desde los años 90, en el que hallaron su propio camino rechazando la tutela del Estado. Las escuelas fueron un instrumento importante, incentivando la alfabetización y el análisis de los problemas sociales, e indagando las raíces profundas de la violencia y la desigualdad. En este empeño se reveló extraordinariamente útil un arte vigoroso de poesía, música y murales, que llama a la indignación y exige respeto. Esto es heroico en un país en que la impunidad de los poderosos es vicio secular.

Gustavo Esteva, recientemente fallecido, fue un sociólogo mexicano, fundador de la Universidad de la Tierra, en Oaxaca. En sus respuestas recogidas en el libro repasa la trayectoria de esta institución, surgida para atender a la formación de los hijos de los indígenas que rechazaban la escolarización. Recuerda también su colaboración con los zapatistas y su interés por los movimientos sociales, actividades alimentadas siempre por la esperanza, antídoto contra la resignación que paraliza. Esteva confiesa que unas tentativas guerrilleras en su juventud hicieron de él un partidario convencido de la no violencia, pero cree que es justo defenderse de una agresión si no hay otra alternativa, y por eso apoyó el levantamiento de los zapatistas en 1994, cuando todos los intentos pacíficos se revelaron impotentes ante la persecución que sufrían. La comuna de Oaxaca en 2006 ha dejado muchas heridas abiertas y una penosa sensación de miedo, pero la resistencia está viva y se trata de organizarla, sin caer en la trampa de una violencia que sólo favorece a los poderosos. En opinión de Esteva, las armas deben ser sólo un recurso extremo para aquellos condenados al exterminio por su debilidad.

La artista teatral y educadora guatemalteca Wendy Méndez cofundó la sección en su país de HIJOS, movimiento que agrupa a los descendientes de víctimas de desaparición forzada por su militancia política en toda Latinoamérica, y conjuga arte urbano, teatro callejero y activismo en su afán por la memoria y la justicia. En su aportación al libro, Méndez recuerda las torturas que sufrió en 1984 junto a su madre, después asesinada, y su exilio posterior en Canadá. Tras su regreso a su país, se dedicó al activismo sintiendo que sólo éste podía ayudarla a cerrar las heridas del pasado, y acabó descubriendo que toda la sociedad se beneficiaba de esta labor, pues a través de ella lo reprimido salía a la luz. Su trabajo plantea además una esperanza para el porvenir, imprescindible pues la injusticia secular no ha cesado e incluso siguen dándose casos de desapariciones hoy día. Los murales a veces son borrados y no faltan coacciones, pero reivindicar la memoria histórica es la única forma de combatir la ignominia y comprometerse por un futuro mejor.

El miedo es la gran arma del poder, y trabaja para él en el interior de cada uno, a través de una domesticación que

ha sido un éxito completo. Sin embargo, ese sentimiento casi siempre paralizante es capaz a veces de impulsarnos a la acción, cuando vemos amenazadas raíces poderosas que la doma no ha conseguido destruir: la dignidad de sentirnos humanos, y un espíritu solidario que nos hace agitarnos ante la injusticia. Con *Nada que perder, salvo nuestro miedo*, Fiona Jeffreys nos ofrece una melodía coral de reflexiones y experiencias que muestran cómo en ocasiones el miedo encuentra alivio en juntarse con otros miedos para trabajar por un mundo libre de su maleficio.

Insurgencias invisibles: resistencias y militancias en Estados Unidos, de Luis Martín Cabrera

Publicado en *Rebelión* el 18 de marzo de 2015

Luis Martín Cabrera (Cáceres, 1972) estudió filología en Salamanca y trabajó luego en universidades norteamericanas como Yale o Michigan, donde leyó su tesis doctoral en 2005. En la actualidad reside en Chile, y allí coordina uno de los programas de educación en el extranjero de la Universidad de California. Su labor teórica trata de integrar las perspectivas de marxismo y psicoanálisis en obras como *Radical Justice: Spain and the Souther Cone beyond market and state* (Associated University Presses, 2011), y es además responsable del *Spanish Civil War Memory Project*, archivo digital dedicado a recoger testimonios de la violencia fascista en España. Involucrado en un intenso activismo sindical y en defensa de los derechos humanos en todos los lugares que ha recorrido, Martín Cabrera se declara sensible a los problemas y dilemas que plantea la articulación de teoría y praxis, y de esta reflexión nace uno de los argumentos esenciales del libro que nos ocupa.

En *Insurgencias invisibles*, que acaba de editar La oveja roja, su autor se propone «*dar a conocer la heterogeneidad y multiplicidad de luchas subterráneas que acontecen en Estados Unidos sin que se sepa nada o se sepa muy poco dentro y fuera de sus fronteras*». El empeño viene marcado por un intento de «*escribir desde el interior mismo de estas luchas, (...) sin ceder a las tentaciones antropológicas de quienes pretenden saber más que los propios oprimidos*». Se trata de estar atento a los análisis y métodos que los movimientos de resistencia son capaces de generar en el fragor de sus luchas, porque él cree que la teorización es necesaria, pero vendrá después, tras un duro baño de realidad. Contra lo que tendemos a pensar, hablar de los problemas del mundo no es lo mismo que solucionarlos.

Las discusiones académicas son una elegante esgrima intelectual, pero la realidad del sufrimiento y la explotación exigen un compromiso profundo con la lucha contra el sufrimiento y la explotación. No puede ser de otra manera. Por eso, la mirada y la sensibilidad deben ser educadas para percibir lo que no quieren que veamos ni sintamos. Martín Cabrera reflexiona sobre cómo el activismo político y sindical es tolerado en general en las universidades americanas mientras no atente contra sus bases materiales o económicas. Esto da a personas como él la posibilidad de contribuir, con restricciones sólo moderadas, a las luchas emancipadoras que se producen en estos momentos en el país. *Insurgencias invisibles* nos transmite sus experiencias sobre tres de estas rebeliones silenciadas, dedicando tres crónicas a cada una de ellas.

Racismo y lucha de clases

Este epígrafe nos lleva a la segregación racial en Estados Unidos, su historia y su realidad actual. Un primer apartado nos presenta al autor durante su época de profesor en Atlanta (Georgia). Allí conoció los guetos negros y vio la humillación cotidiana de los explotados y empobrecidos a los que se roba además cualquier posibilidad de resistencia con un relato cultural basado en mitos como los que impregnan la película *Lo que el viento se llevó*.

Sigue una entrevista con Roberta Alexander, profesora del City College y agitadora social. Hija de un matrimonio mixto (padre negro y madre judía), rememora su infancia, marcada por las ausencias de su padre, militante comunista forzado a la clandestinidad. En los años 60 estudia en Berkeley y después en España, donde es detenida y deportada por organizar una protesta contra la guerra de Vietnam. En 1969 decide afiliarse a los Panteras Negras, con los que colabora en los programas de desayunos para niños y luego en el periódico y dando discursos y clases de educación política. Crítica con el nacionalismo estrecho del partido, lo abandona años después, aunque valora muy positivamente su contribución al despertar de la gente negra.

La última crónica de esta parte nos acerca a un episodio de la historia de la Universidad de California en San Diego, un espacio de resistencia donde profesaron Herbert Marcuse o Angela Davis, pero enquistado en la comunidad de La Jolla, una de las más ricas y blancas de la región. En este campus las provocaciones racistas son habituales y en 2010 se produjo un movimiento de protesta, con ocupaciones y demandas que fueron escasamente atendidas. Martín Cabrera, que fue protagonista de aquellos hechos, nos transmite lo difícil de despertar conciencias y aunar voces contra la injusticia, pero también el placer inolvidable de la lucha.

Fronteras y militancias migrantes

La segunda sección está dedicada a la infame frontera del sur y arranca con una crónica sobre San Diego/Tijuana, megaurbe de casi cinco millones de habitantes atravesa-

da por la línea maldita, un lugar donde el vampiro y su presa conviven a un golpe de vista. Martín Cabrera conversa en Tijuana con el poeta Omar Pimienta, que cruza la raya todos los días para ir a estudiar y trabajar al norte. La historia de su familia es un rosario de exilios y humillaciones que él trata de reflejar en sus poemas.

El profesor universitario y activista Enrique Dávalos nos habla de sus estudios en la UNAM y su militancia política, que se diluye con la caída de la URSS y regresa con fuerza en 1994 cuando los zapatistas inician su lucha y el pensamiento radical evoluciona del marxismo dogmático al indigenismo y modelos más libertarios. Da clases luego en una universidad pública de Tijuana y en el City College en San Diego, y comienza a involucrarse contra las maquiladoras, empresas que explotan un ejército de mujeres semiesclavizadas procedentes de diferentes regiones de México. Colabora con asociaciones que tratan de despertar su dignidad y enseñarles mecanismos de defensa legal y al mismo tiempo de combatir el machismo familiar del que son víctimas. Nos relata también la violencia con la que los activistas son reprimidos a la primera de cambio, las pugnas entre distintas estrategias, los desencuentros entre los de un lado y otro de la frontera y el papel esencial de los chicanos para soldar los dos cabos de la lucha.

La colección de vidas que cierra este apartado revela un patrón común. La miseria del sur obliga al desarraigo y los peligros de un viaje que con suerte culmina en otra miseria diferente, de explotación y marginalidad. Conocemos a Yesenia, la muchacha mexicana voluntariosa e inteligente que vence mil obstáculos y consigue una beca para estudiar en la universidad. En ella y muchas como ella despierta la conciencia del expolio y la voluntad de lucha. El autor desgrana sus experiencias en California, Connecticut y Michigan, con los latinos siempre como mano de obra barata, amordazada con el chantaje de la expulsión, y reflexiona también sobre lo necesario de una escritura capaz de superar cualquier empeño individual y ser sólo la voz de los que no tienen voz.

El imperialismo y sus enemigos internos

La última parte comienza con un tributo al *Discurso sobre el colonialismo* de Aimé Césaire. De su mano se analiza la falsa excepcionalidad de Hitler y el holocausto judío, y la omnipresencia del espíritu y los métodos de éstos en la historia del colonialismo. De Vietnam a Irak, ésa es la realidad, exacerbada tras el 11-S, que sirve para arrastrar a la sociedad norteamericana a una psicología de guerra. En la primera crónica de esta sección, Martín Cabrera nos relata cómo se une, durante su estancia en Yale, a los que tratan de organizar un sindicato para luchar contra la precarización del trabajo en la universidad. Esto lo lleva a una confrontación con amigos y compañeros, ultraizquierdistas teóricos reacios en realidad a un compromiso que puede ponerlos en riesgo; como contrapartida, algunos pastores protestantes le enseñaron allí cómo la religión no es un instrumento de alienación en todos los casos. La espléndida organización del movimiento, que buscaba la solidaridad de todos los actores sociales perjudicados por las políticas explotadoras de la universidad, acaba obteniendo resultados prometedores, pero tras los atentados del 11-S el sindicato fue incapaz de reaccionar con una oposición tajante a la invasión de Afganistán.

Sigue una entrevista a tres miembros de Unión del Barrio, activistas por los derechos de los latinos. Este movimiento nace en 1981 en un momento de declive de las organizaciones chicanas, minadas por el caudillismo, y se plantea el reto de constituir un partido político, que llega a participar en elecciones. Optan por una estructura jerárquica, basada en el centralismo democrático, que insensatamente defienden cómo más operativa y eficaz.

En el último fragmento encontramos al autor recluido en Oakland y concentrado en la escritura de su libro anterior. Vive en una calle habitada sobre todo por afroamericanos, donde las reyertas y operaciones policiales son frecuentes. Allí le llega la noticia del asesinato por parte de un policía de Oscar Grant, un joven de color, en el barrio latino de Oakland, lo que lo lleva a las movilizaciones de protesta que se organizan. En este crimen atisbamos la represión cotidiana que viven los negros en Estados Unidos.

Con mucho de relato autobiográfico, *Insurgencias invisibles* presenta una sucesión de crónicas que muestran cómo los Estados Unidos son un territorio de explotación económica y segregación racial, pero también de abundantes y variadas formas de resistencia. Participar en ellas, ayudar en lo posible y aprender de sus aciertos y errores se convierte para Martín Cabrera en el objetivo esencial de su vocación de activista, más allá de una elucubración teórica a la que parece que estamos condenados por nuestra racionalidad, pero también por nuestra comodidad y nuestro miedo. Es por esto que tras la lectura del libro, tenemos la impresión de que su autor se ha desnudado delante de nosotros. El erudito profesor universitario se declara convencido de la inanidad de su propio pensamiento en cuanto no aporta nada tangible a los problemas reales de los explotados. Es ésta una autoinmolación que obliga a replantearlo todo, y la construcción desde abajo y en horizontal se revela al fin la estrategia más prometedora de las luchas sociales.

Son éstas ideas viejas en realidad. Ya decían Marx y Engels en el *Manifiesto comunista* que la liberación del proletariado será obra del propio proletariado o no será. Desde entonces ha llovido mucho, pero el argumento ha sido recordado siempre por lo más valioso de los movimientos emancipadores. Para Rosa Luxemburg, «*Cada momento histórico exige las formas adecuadas de movimiento popular*

y crea por sí mismo formas nuevas, improvisa medios de lucha anteriormente desconocidos, acumula y enriquece el arsenal del pueblo, sin preocuparse de las prescripciones del partido». Luis Martín Cabrera nos deja en este libro su personal visión de cómo se pueden aplicar estas ideas en las luchas sociales de hoy en Estados Unidos, que el poder se esfuerza denodadamente en hacer invisibles.

Utopía y el valle de lágrimas, de Dan Hancox

Publicado en *Rebelión* el 1 de abril de 2015

Dan Hancox, escritor *freelance* sobre música y política, se confiesa conmovido en el primer capítulo de *Utopía y el valle de lágrimas* (Artefakte 2013, trad. de Carlos Delclós) por una temprana lectura de *Homenaje a Cataluña* de Orwell en 1998. En este libro le fue dado contemplar cómo cristalizaba un destello de utopía en el verano de 1936 en España, pero sólo para aprender enseguida que «*el totalitarismo puede llegar de cualquier lado del espectro político*». En 2004, durante una estancia en Sevilla, supo de la experiencia de Marinaleda, descrita airosamente en una guía que cayó en sus manos como «*una utopía comunista*», y si no se acercó por allí no fue por falta de ganas. Así llega 2011, que es cuando, con la complicidad de amigos españoles, se plantea un viaje para visitar el extraño lugar del que tales cosas podían ser pregonadas. Era el año en que mientras la crisis y el paro golpeaban, el movimiento 15-M trataba de poner las bases de algo nuevo, construido desde abajo. Conocerlo mejor estaba también en la agenda de su viaje a España.

A comienzos de 2012, Dan toma contacto en Sevilla con paisajes de la crisis: jóvenes sin expectativas, y pesimismo generalizado sobre la economía. No hay una revolución porque el apoyo de los familiares evita lo peor. La gente espera que vuelvan los buenos tiempos, y además el estoicismo tradicional ayuda a soportar el «valle de lágrimas» que es este mundo. Las grandes movilizaciones del 15-M de las que le hablan se han replegado a los barrios. Asiste a una asamblea en Triana, donde unas veinte personas discuten de política global, pero sobre todo de temas locales: ocupaciones, talleres, cooperativas... Marinaleda permanece como un modelo. Allí no se limitaron a indignarse, tomaron la tierra. Los anarquistas llaman a eso «propaganda por el hecho».

Dan viaja a Estepa, donde lo acoge su amigo Javi. La cosa del trabajo anda un poco mejor en este pueblo, con la industria de los dulces y la agricultura. Al día siguiente los dos van con unos colegas estadounidenses a Marinaleda para entrevistar a Juan Manuel Sánchez Gordillo, alcalde, diputado regional de Izquierda Unida y profesor de Historia. Reunidos alrededor de una mesa, éste les cuenta cómo durante la Transición se constituyó allí el SOC (Sindicato de Obreros del Campo) y posteriormente un partido político, el CUT (Colectivo de Unidad de los Trabajadores), anticapitalista y practicante de la acción directa en la más pura tradición anarquista. Gordillo, nacido en 1949, conoció en su niñez Marinaleda como un villorrio mísero de jornaleros condenados a la emigración y rodeado de latifundios improductivos. En 1979 el CUT ganó las elecciones municipales por mayoría absoluta y desde entonces la ha mantenido. No obstante, la forma «real» de participación política es una asamblea abierta a todos los ciudadanos; reuniones semanales de unos pocos cientos de personas deciden todo.

Los años 80 fueron los de la lucha por la tierra. Ocuparon fincas del duque del Infantado, el que más poseía en la zona, y apoyaron la reivindicación con marchas y cortes de carreteras y aeropuertos. En 1992, con la Expo inminente, les concedieron mil doscientas hectáreas del duque. La pelea fue dura y Gordillo les relata su paso por la cárcel en siete ocasiones y que dos veces atentaron contra su vida, pero también les asegura que sus principios han sido siempre los de la no violencia. Se empezaron a cultivar las tierras y se creó una industria de trasformación, todo en régimen de cooperativa. Las ganancias se reinvierten en el proyecto. Los latifundistas fueron compensados por el Gobierno por unas tierras a las que no sacaban provecho, así que tampoco protestaron mucho. Su problema es que el ejemplo amenaza con extenderse.

En Marinaleda la política de vivienda permite a la gente construirse su propia casa. Los servicios municipales son baratos y de calidad, gracias a que los Gobiernos regional y autonómico subvencionan; si no lo hacen, son presionados para que lo hagan. En el pueblo no hay policía ni cura, pero sí una cadena de televisión que emite unas horas a la semana y en la que el alcalde expone sus ideas y lee sus poemas para tratar de compensar lo que hacen los demás medios. Se promueve el deporte y numerosas fiestas; no se autoriza la instalación de grandes cadenas y supermercados, pero negocios familiares son bienvenidos.

Sánchez Gordillo les habla también de la situación global, de la crisis que generaron los ricos y pagan los pobres, de Palestina y la carrera armamentística, de la necesidad de otro sistema centrado en las clases populares; Marinaleda es un intento en esa dirección. Para él ser de izquierdas significa ser optimista, creer que otro mundo más allá del capitalismo es factible, y comprometerse y luchar por él. El pesimismo de someterse a la «única realidad posible» queda para la derecha. Se declara inspirado por Bakunin y el Che, ecléctico, dispuesto a coger lo mejor de cada ideología y aprender sobre todo de la propia experiencia. En las últi-

mas elecciones de marzo de 2012, Izquierda Unida, que incluye al CUT de Gordillo, obtuvo 1199 votos y los restantes grupos sumaron 577; no resultó posible entrevistar a disidentes «exiliados» en Estepa.

Dos días después, Dan regresa a Marinaleda. Recorre calles con nombres de revolucionarios y ve murales sobre una utopía que sólo llegará peleando por ella, pero conoce también plantas de procesado y embotellado de productos agrícolas, donde se trabaja duro. Habla con gentes que vivieron las viejas luchas y encaran con decisión las del futuro. Marinaleda se le aparece al fin como un territorio distinto, un reto o una promesa, pero que no hace sino continuar una tradición que se remonta a la segunda mitad del siglo XIX, cuando el anarquismo se extendió por el campo andaluz como relata Gerald Brenan en *El laberinto español*. Y hubo momentos en que la utopía estuvo al alcance de la mano: 1873 y 1936.

Dan Hancox viaja en enero de 2012 a una España hundida en la crisis en busca de un lugar donde se intenta construir algo muy viejo y muy nuevo, diferente a lo que predica el capitalismo, fundado sobre otra concepción de la vida, hecha de solidaridad y fraternidad. *Utopía y el valle de lágrimas* es una crónica puntual de su experiencia y muestra un bello ejemplo de cómo esto es posible.

Pequeña antología, seguida de cartas de la cárcel y últimos escritos, de Ulrike Meinhof

Publicado en *Rebelión* el 25 de septiembre de 2017

Este volumen, recién editado por Dirección única y La cotali, recoge la *Pequeña antología* de Anagrama (1976) —con selección, introducción, traducción y notas de Manuel Sacristán— y la complementa con una traducción, realizada por la editorial, de algunos de los últimos fragmentos de Ulrike Marie Meinhof (1934-1976), una joven burguesa que lo abandonó todo cuando comprendió la vacuidad cruel de la vida que nos ofrece el capitalismo. Descifradora de los enigmas de éste desde las páginas de la revista *konkret*, de la que fue principal animadora, ella dio el paso a la lucha armada en 1970, contribuyendo a fundar la Fracción del Ejército Rojo (RAF). Detenida en 1972, fue probablemente asesinada en la cárcel por la policía de la RFA, aunque su muerte se hizo pasar por un suicidio.

Manuel Sacristán explica en la introducción su criterio al seleccionar los artículos de *konkret* escogidos, correspondientes muchos de ellos a los años 1967 y 1968. Es éste un período crucial en el que se produce un giro en el pensamiento de Ulrike desde los intentos de evitar por la vía democrática la involución política en Alemania, hacia el convencimiento de la necesidad de organizarse para la acción contra la violencia del Estado. El primer fragmento, de 1960, contiene una protesta ante el progresivo endurecimiento de la legislación represiva, con recortes de la libertad de huelga y manifestación, facilidades para decretar el estado de excepción y otras disposiciones que hacían recordar 1933. Los artículos siguientes, hasta 1967, comentan aspectos de la política alemana y el antagonismo inevitable con los intereses de la clase trabajadora.

A partir de 1967, Ulrike Meinhof recrudece su batalla dialéctica contra las medidas represivas, basadas en interpretaciones abusivas de la normativa existente, y reforzadas con leyes de emergencia. No faltan tampoco llamamientos a la movilización contra la intervención norteamericana en Vietnam y la participación del Ejército de la RFA en la guerra, cuyo carácter imperialista pone de manifiesto, ni protestas por las críticas que reciben los activistas y la brutalidad con que son reprimidos; reprocha la tibieza reformista del SPD, que mantiene el sistema y silencia los conflictos, y percibe con claridad la urgencia de alzar la voz contra los que se niegan a escuchar. Cuando estalla la violencia estudiantil de 1968, Ulrike se solidariza con aquéllos a los que no han dejado otro camino. Hay también invectivas contra la política errática de la RDA y la intervención del Pacto de Varsovia en Praga en 1968.

Los últimos escritos recogen un texto sobre la estructura del grupo y el liderazgo, que para Ulrike ha de emerger de la colectividad, y algunas cartas con críticas tanto de la deriva económica de la URSS, como de la trayectoria histórica de la socialdemocracia, en la que ve un simple apoyo del capitalismo. Se incluye después una larga declaración acerca del objetivo militar da la RAF: atacar el imperialismo en su mismo corazón. En este sentido, la liberación de Andreas Baader el 14 de mayo de 1970 en un acto de guerrilla urbana, representa para ella un ejemplo que marca el camino para salir del letargo a través de una lucha armada en la que ve todo por ganar y cuya organización discute con pasión. Sin embargo, un último fragmento expresa su desesperación en la celda de aislamiento: «*Una feroz agresividad para la que no hay válvula de escape*».

La magnífica traducción, pletórica de notas detalladas sobre la política del momento, nos permite disfrutar al máximo la prosa implacable, brillante e incisiva del libro, un riguroso alegato contra la deriva autoritaria de la República Federal Alemana en los años 60. El epílogo de César de Vicente Hernando trata de explicar la evolución del pensamiento de Ulrike Meinhof como una expansión progresiva de conciencia, que desemboca en la asunción de la necesidad de una insurrección contra el sistema. Ésta, no obstante, emprendida por un grupo armado desconectado de la masa social, se revela al fin autodestructiva y estéril.

Política y Geopolítica para rebeldes, irreverentes y escépticos, de Augusto Zamora R.

Publicado en *Rebelión* el 5 de diciembre de 2018

El politólogo y diplomático nicaragüense Augusto Zamora pretende con este libro —publicado por Foca en la primavera de 2016 y del que acaba de aparecer su tercera edición ampliada— ofrecer al lector una introducción a las claves que explican la complejidad geopolítica de nuestro mundo. Vivimos una época en que el público tiene acceso a una enorme cantidad de información, pero que llega de la mano de medios que son parte interesada en los mecanismos de poder implicados. En estas condiciones, obras como ésta son imprescindibles para poner el foco sobre cuestiones poco conocidas o a las que no se da importancia, pero que cuando se consideran en su contexto, terminan siendo la base de un relato diferente sobre la situación que padecemos. Estructurada en tres partes, la obra, amena sin dejar de ser rigurosa y detallada, tiene el mérito de despertar nuestro interés hacia estos elementos que aclaran el presente y dan pistas sobre el posible futuro.

Aspectos de psicología, sociología y economía

La primera parte aborda cuestiones básicas de la gestión de nuestras sociedades: el poder como droga dura que el sistema mueve en grandes dosis, y el político profesional como caso típico de adicto a ella, integrado en una casta que tiene en el Estado su mina de oro. Zamora nos introduce en conceptos como el «pensamiento grupal», que explica la fascinación de someterse a la inercia del rebaño, y nos muestra los rasgos psicóticos de los gestores de la economía globalizada, siempre dispuestos a masacrar a millones de personas, y cómo estos rasgos llegan a impregnar a la mayor parte de la sociedad en su deriva capitalista. Los medios de comunicación son los «creadores de opinión» imprescindibles para que el sistema funcione, disfrazando sus mentiras más o menos hábilmente.

Un repaso del desarrollo de la ciencia geopolítica como geografía del poder muestra que el capitalismo lleva implícito el impulso a la expansión colonial, la consolidación de imperios e inevitablemente, conflictos armados cada vez más catastróficos. De esta forma, el orden mundial con el que llegamos al siglo XXI no hace sino actualizar los viejos esquemas de Halford Mackinder y sus epígonos, con su batalla entre un poder que controla los mares y el eje continental en el núcleo euroasiático. En el futuro, la apuesta china para enfrentarse a este cerco es una nueva ruta de la seda ferroviaria, que comunicaría rápidamente sus puertos del Pacífico con Europa occidental, así como otras ambiciosas vías a través de Asia. El Banco Asiático de Inversión en Infraestructuras, puesto en marcha en 2016, es la base financiera de estos proyectos.

La ideología impregna todo, incluso los mapas, y la proyección más utilizada en éstos magnifica la extensión de los territorios del norte frente a los del sur, pero su campo de expresión favorito es la economía, donde desde Adam Smith los profetas del liberalismo no se cansan de invocar una mano invisible que ha de equilibrar la sociedad, sin que hasta el momento se haya materializado ningún atisbo de su existencia. La ofensiva neoliberal de los 80 no hizo más que insistir en un modelo de privatizaciones que aporta un ejemplo paradigmático de cómo se arruina a la mayoría para enriquecer a unos pocos.

Protagonistas regionales

La segunda parte nos acerca a los jugadores de la partida entablada. EEUU es un país en guerra desde su origen y crecido a rebufo de las que asolaron Europa, con una población convencida de encarnar las esperanzas de progreso de la humanidad y unas élites medularmente volcadas en una estrategia de dominio global. Hoy mantiene un poder militar que ya no se sostiene en la supremacía económica o industrial y cumplidamente se demuestra que tampoco garantiza ganar todas las guerras, pero que sirve para ejercer de policía global, interviniendo en cualquier «Estado fallido» donde el saqueo de las corporaciones encuentre dificultades. Su declive es fácil de predecir cuando se observa que la pujanza económica del planeta se concentra cada vez más en Eurasia.

Irán, país muy poblado y rico en recursos, con su república islámica se convirtió en enemigo a batir, para lo que se usó a Sadam Huseín; aún siguen en ello, pero con tal torpeza que la influencia regional de los proscritos no hace más que crecer. Turquía emerge de la Gran Guerra, laica y con pretensiones de europeidad, que tienen poco éxito; armenios, chipriotas y kurdos son testigos de su escaso respeto de los derechos humanos en estos nuevos tiempos; tras el suicidio de la URSS, intenta relanzar un proyecto neootomano en Asia central, que naufraga con la resurrección de Rusia; su apoyo a los fundamentalistas en Siria tampoco le ha resultado muy halagüeño y ha debido renunciar a él para alinearse con Moscú.

Oriente Medio es despiezado y torturado tras el declive otomano para servir intereses coloniales, y esto es evidente en Irak, convertido en recurrente campo de batalla, con la irrupción del Dáesh como el más delirante avatar de los manejos occidentales; no obstante, cuando la criatura escapa de su control, todo el mundo puede ver que son realmente Irán y Rusia los que combaten el terrorismo en la región. Siria ha pagado un precio desmesurado, pero ha mostrado que es posible resistir la acometida del integrismo auspiciado por Occidente; Libia, desmembrada y fanatizada tras la intervención de 2011, ejemplifica bien lo que se jugaba allí y muestra también la creciente influencia de Rusia en la re-

gión. Yemen es otro escenario de guerra interminable, con masacres patrocinadas por los saudíes y de las que Europa se lucra suministrando las armas imprescindibles a los asesinos.

Ucrania es un territorio cuya historia se confunde con la de Rusia, y para Zamora surge como nación independiente sólo en 1991 con el fin de ser utilizada contra ella. El precio de esta dinámica ha sido la ruina económica del país y un conflicto entre sus regiones que es una bomba de relojería. Repasar la historia de la URSS obliga a reconocer, a través de sus sombras, la irrupción de una alternativa al capitalismo que no fue capaz de sostenerse, pero sirvió para frenar durante unos decenios su atroz deriva imperialista; el colapso en 1991 supuso una debacle de la que el país no comenzó a recuperarse hasta el acceso al poder de Vladímir Putin en 2000. China, por su parte, emerge lentamente de la pesadilla colonial de siglo y medio que la arrasó, y regresa con paso firme a su papel de primera economía del planeta sin recurrir a la depredación brutal que marca la relación de Occidente con el resto del mundo. Sus faraónicas inversiones por todos los continentes no van acompañadas de pretensiones de dominio militar más allá de la defensa de su territorio.

Zamora nos ilustra sobre otros aspectos de interés, como el significado de las recurrentes guerras en Afganistán o de la desintegración de Yugoslavia, movimientos en el ajedrez global saldados con miles de muertes, o las últimas apuestas económicas y estratégicas de Rusia y China para forjar alianzas y blindar el eje eurasiático frente al acoso de las potencias marítimas. La política conjunta de los emergentes BRICS (Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica), consolidada en sus cumbres anuales desde 2009, es la de un mundo multipolar, en el extremo opuesto de lo que significa la OTAN, publicitada como alianza defensiva, pero que mostró su carácter tras la implosión de la URSS, desencadenando guerras en Yugoslavia, Afganistán, Irak y Libia y expandiéndose por Europa oriental para consolidar el dominio americano y arrinconar a Rusia. Es así como el proyecto de una Europa cohesionada políticamente e independiente de los EEUU fracasa estrepitosamente.

Temarios recurrentes en la historia, o no tanto...

La sección final de la obra repasa una serie de cuestiones imprescindibles para comprender lo que está ocurriendo: el resurgir en Europa de un nacionalismo con rasgos chovinistas que exacerban el odio, y su absoluta incompatibilidad con una perspectiva de izquierdas; la democracia como deseo nunca alcanzado en su dimensión auténtica, que considera la economía; y dictaduras, plutocracia o el binomio oligarquía-imperialismo como facetas de la triste realidad que vivimos. Las catástrofes humanitarias y la degradación irreparable del medio ambiente son el terrible pan cotidiano en este mundo del desastre global, donde nuevas formas políticas acuden al mercado de los votos con fórmulas ecologistas o que son acusadas de populismo. Conceptos como racismo, genocidio o terrorismo, definidos con rigor, permiten desbrozar algunas claves del presente. Un «Glosario básico para la autoprotección» completa la obra.

El mundo actual resulta de la implosión de la URSS, caso sin precedentes en la historia de un imperio que cae sin agresión exterior. Sin embargo, las torpezas de los que trataron de aprovechar la coyuntura en una ofensiva brutal han acabado dando lugar a un escenario caótico, con amplias zonas bajo conflictos de mayor o menor intensidad y poderosos elementos emergentes que piden paso con contundencia. Un aspecto esencial es que la potencia imperial es ahora una isla rodeada por vastos océanos de zonas en pugna, lo que hace que el papel de Europa como aliado estratégico suyo sea enormemente peligroso. En este momento, a ella corresponde la decisión clave para evitar la guerra que se planifica cuidadosamente con el cerco a Rusia y China, conflicto en el que, por otra parte, sería la principal perjudicada.

Enriqueciéndonos continuamente con referencias a textos imprescindibles, pero poco conocidos, *Política y Geopolítica para rebeldes, irreverentes y escépticos* nos ofrece una valiosa ayuda para progresar en el análisis crítico del capitalismo realmente existente, un sistema apocalíptico en el que «*los psicópatas más peligrosos no están en las cárceles, están en los sectores económicos y en la política*».

Los mil budas de Bezeklik y la controversia del arte. Desnudando la perversidad del colonialismo

Publicado en *Rebelión* el 10 de enero de 2023

La superioridad de Occidente es casi un axioma y ese rincón del orbe es considerado por ello el destino natural para cualquier objeto valioso que pueda encontrarse. Los sabios de las universidades europeas solían seguir el rastro de las milicias que hacían crecer los imperios, y cuando hallaban algo de interés confeccionado por «*pueblos inferiores y marginales*», no dudaban en acercarlo a la metrópoli para hacer crecer también los maravillosos museos que la ornaban.

Así funcionó todo durante mucho tiempo, y algunos argumentarán que el expolio puede haber tenido sus ventajas, pues a la larga ha podido facilitar la conservación de lo sustraído. ¿Es así realmente? Mostraré en primer lugar un caso en que ha sido justo al revés, el de los admirables y hoy lamentablemente casi desaparecidos budas de Bezeklik. A

continuación trataré de extraer alguna lección de unos documentales recientes que repasan la situación de numerosos objetos robados por todo el mundo en la era colonial y custodiados en museos europeos.

Un valle en el Turquestán chino

En el borde norte del desierto de Taklamakán (provincia autónoma de Sinkiang) y no lejos del oasis de Turpán, en el que se concentra la mayor producción de uvas de toda China, un valle en las Montañas Flameantes (estribaciones del Tian Shan), alberga setenta y siete cuevas excavadas, que fueron decoradas con pinturas budistas entre los siglos V y XIV. El pueblo cuyo genio produjo las que se suelen conocer como cuevas de los Mil Budas de Bezeklik mezclaba elementos indoeuropeos (tocarios y sogdianos) y turcos (uigures), y las técnicas que utilizó en ellas revelan influencias chinas, persas y en menos medida indias. Se trata de unos trabajos en los que se alcanza en ocasiones un nivel técnico y estético que caracteriza obras maestras del arte religioso.

El ciclo de perforación y decoración de las cuevas quedó interrumpido por la conversión de la población local al islam en el siglo XIV y a partir de ese momento el declive fue imparable. Durante los primeros tiempos, los lugareños desgarraron o mancharon con barro las figuras humanas representadas, pero los murales sobrevivieron. A finales del siglo XIX, los exploradores europeos y japoneses comenzaron a desmontar las pinturas para trasladarlas a museos de sus metrópolis y tan activamente se aplicaron a ello que transformaron el espléndido escenario en una irritante sucesión de paredes desnudas. Una gran parte de lo expoliado fue a parar a museos berlineses.

Hay que decir, sin embargo, que el frustrado visitante de las cuevas de los Mil Budas de Bezeklik que acuda a Berlín en busca de éstos para presentarles sus respetos va a acabar doblemente frustrado, pues muy poco va a encontrar allí que haya sobrevivido a las incurias del tiempo. La triste realidad es que casi todo lo retirado de Bezeklik por los alemanes resultó destruido durante los bombardeos de la Segunda Guerra Mundial.

El expolio del arte

La controversia del arte (Hazazah Pictures, 2021) es una serie de documentales holandeses, ofrecidos recientemente por La 2 de TVE, que analizan la situación actual de obras de arte emblemáticas producidas en diversos países y que han ido a parar a museos europeos. Hay programas dedicados a los mármoles del Partenón, el busto de Nefertiti, el cañón de Kandy o la máscara Luba, entre otros, y en cada caso se ponen de manifiesto las gestiones que se están realizando para tratar de que estos tesoros sean reintegrados a sus lugares de origen. Viendo los documentales, resulta penoso el contraste entre la contundencia de los argumentos de los que denuncian los expolios y demandan la restitución de lo robado, y la desfachatez dominante entre los responsables de los museos, que defienden a capa y espada y con las disculpas más peregrinas su intención de no renunciar al botín. Solamente pudo mencionarse un caso de bienes sustraídos que fueron reintegrados a sus legítimos propietarios, y es el de unos antiquísimos y trascendentales manuscritos islandeses restituidos por los daneses. Tomemos nota de que el único ejemplo de devolución registrado tuvo como beneficiario a un país europeo.

Hay un aspecto que apuntaba antes y merece ser retomado. Se tiende a pensar que en la resistencia a devolver lo saqueado en el proceso colonial hay una oposición justificada a entregar algo muy valioso a quienes tal vez no puedan cuidarlo de la manera más apropiada. Sin embargo, como demuestran los budas de Bezeklik, los expoliadores no están libres de sufrir ellos mismos destrucciones terribles. Además, resulta enormemente cínico que los culpables de la sustracción de un objeto utilicen este argumento contra sus legítimos propietarios. Está claro que en esta controversia el criterio esencial sólo puede ser la justicia de las reclamaciones. Hay que decir, por otra parte, que para avanzar en la resolución del problema la clave es la concienciación de los ciudadanos, pues sólo ellos podrían ser capaces de presionar a los políticos responsables.

El robo de valiosos y emblemáticos bienes culturales es una más de las infinitas violencias que permanecen vivas en este mundo nuestro y manifiestan la triste herencia del colonialismo y el neocolonialismo que tomó el relevo. Lo que resultó destruido ya no puede recuperarse, pero para lo que subsiste en situación de expolio tenemos que ser conscientes de que la reparación de la injusticia es un deber que a todos nos interpela.

El odio a Occidente, de Jean Ziegler

Publicado en *Rebelión* el 7 de junio de 2011

Relator especial de la ONU para el Derecho a la Alimentación entre 2000 y 2008, y en la actualidad miembro del comité consultivo del Consejo de Derechos Humanos de la misma institución y profesor emérito de sociología en la Universidad de Ginebra, Jean Ziegler no responde al perfil de lo que el sistema suele catalogar como un antisistema. Hay que decir sin embargo que este suizo de 77 años es autor de una serie de libros que contienen una de las denuncias más documentadas e implacables que es posible encontrar de los desmanes del capital financiero. Títulos como

Saqueo en África (1979), *Los señores del crimen* (1998), *Los nuevos amos del mundo y aquellos que se les resisten* (2003) o *El imperio de la vergüenza* (2006), por citar sólo algunos, se nutren de un conocimiento profundo de la economía globalizada y de los entresijos de las instituciones internacionales que imponen sus directrices en este ámbito, y la imagen de nuestro mundo que emerge de ellos muestra la realidad de un saqueo perfectamente organizado con millones de víctimas inocentes. En una época donde en algunas naciones sobran e incluso se destruyen alimentos, el veredicto es claro para él: «*Quien muere de hambre es víctima de un asesinato*».

El último libro de Jean Ziegler, *El odio a Occidente* (Península, 2010, trad. de Jordi Terré) aporta nuevos datos para comprender este «orden caníbal del mundo». La obra comienza con un análisis histórico de lo que han sido las relaciones entre el Norte y el Sur en los últimos siglos, relaciones de dominación sangrienta con tres etapas esenciales: esclavismo, colonialismo y neoliberalismo, tres monstruos con rostro distinto, pero con muchos rasgos comunes también. Ziegler nos hace ver cómo con el paso del tiempo y los cambios globales la explotación criminal permanece, y nos muestra a las claras el carácter actual de esta violencia del Norte sobre el Sur con dos ejemplos bien escogidos: la destrucción del mercado africano del algodón, y la imposición, mediante chantaje, del nuevo acuerdo de colaboración económica por parte de la Unión europea a sus antiguas colonias.

La esencial continuidad de la relación de explotación es percibida netamente en el tercer mundo, y un episodio relatado por Ziegler nos lo muestra. El 2 de septiembre de 2001, en Durban, el ministro de Justicia de Costa de Marfil, Oulai Siene, subió a la tribuna y dijo: «*Si creen que la esclavitud ha desaparecido, piénsenlo de nuevo. ¿Cómo entender, si no, que el precio de un producto fabricado durante largos meses y con un duro trabajo, bajo el sol y la lluvia, por millones de campesinos, lo determine alguien que está sentado en una silla detrás de un ordenador en una oficina aclimatada, sin tener en cuenta sus sufrimientos? Lo único que ha cambiado son los métodos. Se han vuelto más "humanos". Ya no se embarca a los negros en barcos hacia las Antillas y las Américas. Permanecen en su suelo. Traspiran sudor y sangre para ver luego cómo se negocia el precio de su trabajo en Londres, París o Nueva York. Los esclavistas no han muerto. Se han transformado en especuladores bursátiles*».

Tras poner de manifiesto la continuidad del saqueo, se pasa a explorar el fenómeno que es su consecuencia y da título al libro, un odio a Occidente que domina las memorias heridas de los naturales de América Latina y el Caribe, de África y Asia. Es éste un odio al que Occidente responde con una memoria triunfante, arrogante e impermeable a la duda. Esta confrontación de actitudes resulta en estos momentos uno de los peligros más graves que amenazan el planeta. Es evidente que nada podrá solucionarse mientras los criminales no asuman abiertamente la magnitud de sus crímenes. Lamentablemente, nada indica que estén dispuestos a ello, sino más bien todo lo contrario. Se describe así el fracaso de la conferencia de Durban en 2001 o el patético discurso de Sarkozy en Dakar en 2007, episodios que muestran la soberbia que sigue cegando a los poderosos.

El libro se centra luego en dos escenarios de enorme interés. El primero es Nigeria, país con inmensos recursos de petróleo en el que descubrimos cómo son crimen y corrupción, catástrofe ecológica, enfermedad y miseria, las tasas que hay que pagar por el petróleo barato que disfrutamos en Occidente. El delta del Níger, con vertidos que destruyen ecosistemas únicos, plataformas de exploración con antorchas que emiten más CO_2 que todos los demás campos petrolíferos del mundo juntos, lugareños sumidos en la pobreza y un ejército de liberación (MEND) dotado, no se sabe bien cómo, de armamento y medios ultramodernos, es un paisaje de *Blade runner* que apenas alcanzamos a imaginar. Y al lado de esta visión futurista, encontramos el caos y la miseria de las ciudades, escenarios de esclavismo y corrupción, carnaza para el crimen organizado y la acumulación sin control de los desechos tóxicos de Occidente.

El segundo país es Bolivia, donde como contrapunto de tantos desastres existen en estos momentos motivos bien fundados para la esperanza. Ziegler nos presenta en detalle las luchas pacíficas por los derechos humanos que llevaron al MAS y a Evo Morales al poder en 2006, y las políticas emprendidas a partir de entonces, que suponen una forma inteligente de nacionalizar los recursos del país y conseguir que su extracción sirva realmente para mejorar las condiciones de vida de sus habitantes. No dejan de valorarse tampoco los peligros que esta revolución democrática y pacífica enfrenta, liderados por las élites criollas, explotadoras seculares del indio, apoyadas ahora por nazis y ustachas que adquirieron inmensas posesiones en el país tras huir de Europa al final de la Segunda Guerra Mundial.

Estamos en fin ante un libro enormemente valioso, pleno de datos y análisis de interés para entender mejor la explotación económica del Sur por el Norte en nuestro mundo globalizado. Un libro también para comprender un sentimiento que se extiende con fuerza en el Sur y supone en estos momentos uno de los mayores peligros para la estabilidad del planeta. Es éste un odio nutrido de rechazo a la violencia y sumisión seculares y que sólo podrá superarse si en el campo de los que nos hemos beneficiado y nos seguimos beneficiando de ellas aparecen muestras inequívocas de una toma de conciencia de la realidad.

Sin patrón, de Lavaca Editora

Publicado en *Rebelión* el 29 de septiembre de 2016

Sin patrón es una crónica de un movimiento que como pocos merece ser conocido y estudiado, porque nada hay más hermoso que contemplar cómo surgen de las cenizas de la destrucción capitalista estructuras sociales armoniosas y modelos productivos de éxito que la solidaridad humana es capaz de tejer. El escenario es la Argentina y el tiempo un lapso entre 1992 y 2005; el resultado: más de 170 empresas que pasaron a funcionar gestionadas por sus propios trabajadores. El colectivo de Lavaca Editora reunió los datos y los testimonios y les dio la forma de un libro publicado en 2007 y que es vital que no caiga en el olvido porque demuestra con la certeza de los hechos que otro mundo es posible.

Tras la introducción de Avi Lewis y Naomi Klein, que se declaran seducidos por la idea, abrumadoramente simple a más que radical, de resucitar bajo control obrero los medios de producción que el capitalismo aniquila, el libro arranca con una aproximación a lo ocurrido a nivel global en los años 90. Es éste un tiempo en que, roto el molde económico de los Estados-nación, se regresa a una explotación sin cortapisas y la estructura social salta por los aires. Argentina, que era un país con legislación laboral modelo, alcanza por entonces cotas de precarización y paro desconocidas. Lo que prepararon los militares golpistas en sus últimos años lo culmina Carlos Menem a partir de 1989; la industria es desmantelada y la clase media se desangra, pero los obreros de alguna empresa quebrada hallan vías para seguir como cooperativa, y el ejemplo cunde... Producción y democracia directa, y luego la batalla legal, que la experiencia enseña que es posible ganar.

Lo que sigue son diez historias que nos acercan a rostros y sentimientos de esta lucha. La cerámica Zanón de Neuquén funcionaba aceptablemente hasta que una gestión desastrosa con la complicidad de sindicatos amarillentos empezó a deteriorar las condiciones de trabajo. Los obreros fueron capaces de organizarse para desnudar las mentiras que les estaban contando y cuando la situación se hizo insostenible ocuparon la fábrica —1 de octubre de 2001—. Vino luego un esfuerzo por explicar lo ocurrido y una amplia solidaridad que les arropó en los momentos difíciles. En marzo de 2002 pusieron en marcha las máquinas y consiguieron estabilizar la producción. Su opinión siempre fue clara: «*Estamos usando la fábrica, pero ésta no es nuestra, es de la comunidad. Si hay ganancias a ella han de revertir*».

La textil Brukman en el Once bonaerense fue otro caso emblemático, marcado por tres desalojos violentos y una gran influencia de diversos partidos de izquierda, que promovían la estatización de la fábrica. Al fin la opción cooperativista fue la elegida y se logró la expropiación. Entrevistas a dos operarias que vivieron el proceso aportan visiones privilegiadas sobre intríngulis de la democracia obrera y al fin vemos que la lucha por la subsistencia puede ser también una lucha por la dignidad y superar todas las tutelas.

La metalúrgica Crometal sufrió un intento de vaciamiento por parte de sus dueños, al que los trabajadores respondieron con la ocupación y constitución de una cooperativa. Tras expulsiones, resistidas con coraje y paciencia, y penurias, que mitigó la solidaridad de muchos, se consiguió también la expropiación.

Siguen otras historias de planes de vaciar empresas, armados con mentiras, amarillismo sindical y jueces corruptos, y desafiados por obreros que un día toman la decisión de pelear. La lucha es dura y sus detalles incluyen enfrentamientos y desalojos, carpas frente a las fábricas, barricadas y amenazas de incendiarlo todo, pero, solidaridad mediante, al fin se conquista el derecho a trabajar. Las imprentas Chilavert y Patricios, Cristal Avellaneda, reconstruida desde cero, la metalúrgica Unión y Fuerza, la cooperativa Renacer en Ushuaia, que fabrica electrodomésticos o la resurrección del diario *Comercio y Justicia* de Córdoba, también casi desde cero, son hitos de un camino que instruye y seduce, porque «trabajar sin patrón» es cuestión más de dignidad que de política. El libro incluye un directorio completo de industrias recuperadas.

Los teóricos corren detrás de los obreros de estas fábricas, tratando de aprender algo sobre la revolución, mientras la autogestión regresa a la agenda de los movimientos sociales en todo el mundo. «*El lápiz ha tachado, así, cuestiones que el poder consagra como verdades inapelables: 1) La supremacía de la propiedad privada, a cualquier costo. 2) El Estado como único escenario posible donde dirimir los conflictos sociales. 3) La necesidad de contar con una clase gerencial para organizar la producción. La comprobación de que ninguna de estas proposiciones es inevitable está presente cada vez que los obreros relatan su experiencia. En la fábrica Grissinopoli, por caso, uno de los obreros recuerda que lo que más le costó no fue resistir en la calle, ni soportar el hambre, ni desafiar a la policía, ni discutir con el juez ni conmover a los ediles. Lo que más le costó fue convencer a sus compañeros de que ellos estaban perfectamente capacitados para poner la fábrica a producir: "Creían que estaba loco". Finalmente, cuando llegó el día en que las máquinas comenzaron nuevamente a funcionar, lloraron. Y lo abrazaron*».

¿Qué son las empresas recuperadas?, de Andrés Ruggeri

Publicado en *Rebelión* el 11 de septiembre de 2018

Andrés Ruggeri (1967), profesor e investigador de la Universidad de Buenos Aires, es un antropólogo social con amplia experiencia en el estudio y asesoramiento de las empresas recuperadas en su país a partir de la crisis de 2001. En ¿Qué son las empresas recuperadas?, que tras una primera edición argentina en 2014 (Continente) ha sido publicado en 2017 por Descontrol, nos presenta una aproximación a este significativo proceso que pone de manifiesto el potencial de la clase trabajadora para hacerse cargo de una actividad productiva que en estos momentos se encuentra sometida a la tiranía del capital.

Un repaso histórico del proceso muestra el establecimiento en los años 90 en Argentina de políticas neoliberales de privatizaciones, desregulación y desindustrialización forzada, acompañadas de un desmantelamiento del Estado de bienestar. En este contexto, los propietarios recurrían frecuentemente al vaciamiento de empresas con artificios legales que dejaban a los trabajadores en paro sin ninguna compensación. La resistencia de éstos no se hizo esperar y empezaron a surgir movimientos de parados, como los «piqueteros», al tiempo que comenzaban a hacerse habituales las recuperaciones de empresas.

Una empresa recuperada por los trabajadores (ERT) puede definirse como aquella en que tras una fase de funcionamiento capitalista tradicional y un proceso de quiebra o vaciamiento por parte de sus propietarios, tuvo lugar una lucha de los obreros para recuperar la producción bajo formas autogestionarias que fue coronada por el éxito. Existen casos de ERT anteriores, pero fue con la crisis de diciembre de 2001 en Argentina cuando su número aumentó para convertirse en un proceso social relevante. Los años posteriores presenciaron la consolidación de las primeras ERT, y la incorporación de otras nuevas, que se intensificó entre 2010 y 2013. A finales de 2013 existían 311 en todo el territorio nacional —con unos 13 500 trabajadores—, contempladas con simpatía por el grueso de la sociedad y hostilidad extrema por la derecha política, judicial y mediática.

En ese momento, un 42 % de las ERT se dedicaban a la manufactura industrial, 22 % a servicios no productivos (salud, educación y hostelería) y 19 % a la alimentación. Se trataba en general de pequeñas y medianas empresas, con un promedio de entre 20 y 50 trabajadores, ya que en el caso de las grandes factorías la resistencia del capital y sus sicarios judiciales y políticos es mucho más férrea e imposibilita la recuperación. La experiencia permitió elaborar progresivamente un procedimiento para conseguir culminar ésta, basado en algunas herramientas jurídicas, como la formación de una cooperativa y la solicitud de la expropiación. En este sentido, el campo de batalla legal y judicial resulta de una complejidad endiablada y el recurso a la lucha y la solidaridad, imprescindible en muchos casos. Otro frente son los derechos laborales y seguridad social de los trabajadores de las ERT, que aún no se reconocen plenamente.

Ruggeri realiza un análisis teórico e histórico de conceptos como «autogestión» y «cooperativismo», del que concluye que a diferencia de los casos más frecuentes en los que la asunción del control de la producción por parte de los obreros se realiza en el contexto de un proceso revolucionario, en las ERT argentinas lo que se da es simplemente un intento de éstos de conservar su puesto de trabajo en una situación de crisis económica que había ocasionado el cierre de sus empresas. Hacen para ello suyo el lema de los Sin Tierra de Brasil: «*¡Ocupar, Resistir, Producir!*». Las dos primeras fases suelen ser simultáneas y se dilatan un promedio de nueve meses, tras los cuales puede comenzar a funcionar una cooperativa precariamente legalizada.

Los detalles de estos procesos caracterizan una épica conmovedora de resistencia, en la que los obreros sufren la destrucción del viejo sistema productivo por los desmanes del capital, y son capaces de organizarse para construir otro nuevo basado en la solidaridad, con una estructura horizontal y democrática. El mayor reto que se les plantea es asumir colectivamente la gestión productiva, reservada antes a los patronos. Éste es un momento crítico que requiere un enorme esfuerzo de inteligencia y empatía, pero si se supera, puede decirse que el nuevo sistema está consolidado. Es clarificador comprobar que este proceso emancipador se produce en general sin una guía ideológica «anticapitalista», sino por la simple búsqueda de resolver la vida según principios de sano y elemental humanismo. Tampoco existió, aunque hay honrosas excepciones, un apoyo de las centrales sindicales hegemónicas a la dinámica de las ERT.

Cuando se consigue culminar con éxito el proceso de recuperación, nos encontramos ante la paradoja de una célula autogestionaria funcionando dentro de un organismo capitalista. La competencia con otras empresas del sector, los pagos a proveedores, la búsqueda de líneas de crédito y las estrategias de venta y desarrollo, son campos en los que los trabajadores deben afanarse e innovar continuamente para tratar de ser eficaces sin corromper su estructura, basada en la asamblea y la toma colectiva de decisiones. El nuevo orden permite una humanización extraordinaria de la vida laboral con flexibilización de horarios y ritmos, que se adaptan racionalmente a las necesidades de la producción. La medida del éxito obtenido la darán unos ingresos extra que la lógica del proceso exige que sean socializados, comúnmente a través de una ampliación de la empresa y su plantilla.

El funcionamiento de una ERT supone para los trabajadores asumir la gestión de su actividad laboral, pero es inte-

resante tener en cuenta los problemas que se plantean cuando su psicología es presa de resabios del viejo sistema. Así, puede darse resistencia a respaldar las decisiones colectivas, considerándolas «patronales». Si las cosas van mal, se puede caer en la tentación de echar la culpa a los gestores elegidos democráticamente, o si van bien, de explotar a los nuevos trabajadores que la ERT contrate. La gestión asamblearia y una discusión en profundidad de todos los aspectos involucrados es sin duda el mejor instrumento para llevar a buen puerto las situaciones complicadas que pueden generarse.

Una ERT hereda en sus primeros momentos una tecnología que corresponde a la vieja factoría, pero los desarrollos en este campo pueden y deben orientarse en la medida de lo posible a una máxima adecuación al nuevo funcionamiento autogestionario, sin aceptar acríticamente las prioridades y los métodos productivos del capitalismo. Del mismo modo, es importante, y altamente indicativo del cambio de mentalidad implícito en ella, que la ERT se involucre en actividades educativas, culturales o asistenciales.

El último capítulo del libro se dedica a la interacción del proceso descrito con el sistema político del país. Así, se pasa revista a las diferentes agrupaciones en las que el movimiento se ha organizado para compartir experiencias y promover luchas solidarias, panorama muy fragmentado pero en el que prenden fácilmente reivindicaciones comunes. La relación con el Estado tuvo su mejor momento con la presidencia de Néstor Kirchner, pero en general está marcada por un apoyo menor a las ERT que a las de gestión tradicional. La incomprensión del poder judicial ante el fenómeno es otro de los inconvenientes graves planteados.

La recuperación de empresas por parte de sus trabajadores es un proceso con epicentro en Argentina, pero que se extiende en la actualidad por diversos países de Latinoamérica y Europa principalmente. Cuando las leyes salvajes del capitalismo hacen que se vacíen y cierren empresas, la experiencia demuestra que la iniciativa de los explotados, condenados al paro y organizados para ocupar y resistir, es capaz de garantizar la actividad económica. Los problemas a los que se enfrentan son innumerables, pero el marco autogestionario en que se constituyen supone en sí mismo un logro revolucionario, y podemos ver en él la semilla de un mundo sin explotación. Andrés Ruggeri nos instruye con este libro sobre la historia, las dificultades y los retos de un proceso que pone ante nuestros ojos el nacimiento, precario pero lleno de promesas, de una economía alternativa al capitalismo.

4.5
Polémicas sociales: sexualidad, familia

Trabajo sexual con derechos, de Gillian Abel y Lynzi Armstrong. Una aportación valiosa al debate de la prostitución

Publicado en *Rebelión* el 8 de noviembre de 2022

El de la abolición o legalización de la prostitución es un debate instalado en el seno del movimiento feminista y del conjunto de la sociedad, en el que con tono agrio muchas veces, los argumentos se repiten eternamente y se echa en falta más que nada el aire nuevo de experiencias esclarecedoras en uno u otro sentido. *Trabajo sexual con derechos* (Virus, 2022) realiza una aportación importante a la discusión a través de una aproximación rigurosa al caso de Nueva Zelanda, país donde el trabajo sexual lleva despenalizado casi veinte años y las prostitutas gozan de derechos sindicales.

Un aspecto que conviene aclarar es la diferencia entre políticas regulacionistas, como las de Holanda o Alemania, y la despenalización promovida en Nueva Zelanda. En las primeras, la prostitución no se libra del estigma, al ser «tolerada» sólo en ámbitos concretos y con una reglamentación muy estricta que da al Estado gran poder sobre las trabajadoras. En la segunda, se rechaza que la prestación de servicios sexuales sea en sí un delito, con lo que ni las que los prestan ni sus clientes son criminalizados; esta esfera de actividad se convierte así en un trabajo como cualquier otro, más allá de un puritanismo perverso y ofuscador.

Las autoras del libro son Gillian Abel (1960), catedrática y directora del Dpto. de Salud Pública de la Universidad de Otago y Lynzi Armstrong (1948), profesora de Criminología en la Universidad Victoria de Wellington. Además de ellas, en la elaboración de los diversos capítulos han intervenido buen número de investigadores y activistas del trabajo sexual en Nueva Zelanda. El volumen viene profusamente anotado a pie de página, lo que permite conocer las fuentes de todos los argumentos aportados, y trae un índice onomástico y una amplia bibliografía. La traducción la ha realizado Ana Useros.

Paula Sánchez Perera nos acerca en el prólogo de la obra a la discusión existente dentro del feminismo español entre las tendencias abolicionistas, dominantes en el terreno político institucional, y las regulacionistas o proderechos, muy activas en los movimientos sociales. Describe luego la situación legal de la prostitución en España, que tras la prohibición decretada por Francisco Franco en 1956, se deba-

te en la actualidad entre la permisividad con propietarios de clubs y burdeles y la represión más o menos virulenta de trabajadoras y clientes. Sánchez Perera concluye que la aplicación del modelo de despenalización neozelandés en España aportaría protección jurídica al colectivo y lo dotaría de herramientas para denunciar los abusos y la explotación, al tiempo que le facilitaría el acceso a la sanidad y la vivienda. De esta forma sí que sería posible acabar con la trata, pues el abolicionismo, con su perversa ecuación: prostitución = trata y su negativa a conceder derechos a las trabajadoras, sólo consigue en la práctica dejar a éstas inermes frente a las mafias.

Aspectos históricos y legales

La del trabajo sexual en Nueva Zelanda es una crónica de ultrajes y represión legal y policial, que sus víctimas decidieron combatir a través de la constitución en 1987 del Colectivo de Prostitutas de Nueva Zelanda (CPNZ). Tres miembros de esta asociación analizan en un capítulo cómo ésta consiguió concienciar a la población y sus esfuerzos culminaron en 2003 con la aprobación por la Cámara de Representantes de la Ley de Reforma de la Prostitución (LRP). Esta norma consagra la prohibición de las relaciones sexuales sin consentimiento, al tiempo que concede a las trabajadoras plenos derechos laborales.

La entrada en vigor de la LRP dio lugar a avances significativos y no generó tensiones, aunque unos pocos Gobiernos locales optaron por introducir ordenanzas para restringir las áreas donde se permitían burdeles o hacer la calle. En resumen puede decirse que lo que se ha conseguido con el cambio legal es homologar el trabajo sexual como una forma más de prestación de servicios. El progreso se materializa también en un vuelco en la visión del sistema judicial y los agentes de policía por parte de las prostitutas. Éstos han pasado de represores a defensores y en consecuencia los abusos son denunciados sin los recelos que antes existían. Se anotan sin embargo algunas «Esperanzas para el futuro», relativas por ejemplo a acabar con la discriminación que todavía sufren las migrantes, perseguidas en virtud de una enmienda introducida en la LRP contra el criterio del CPNZ. En el caso de las personas trans, se constata la mejora en las condiciones de trabajo en la calle, aunque es necesario avanzar aún mucho en las relaciones con la policía de este colectivo, especialmente maltratado.

A vueltas con el trabajo sexual

Es interesante la exploración que se realiza de la percepción social del trabajo sexual, una actividad vilipendiada que ha sufrido reiteradamente prohibiciones e intentos de abolición por parte de poderes religiosos o políticos e incluso de sectores del feminismo. Un recorrido por los medios de comunicación neozelandeses después de la despenalización muestra curiosamente la pervivencia del estigma, pero sólo para las prostitutas de los ambientes más pobres. Las cortesanas de la alta sociedad son celebradas y envidiadas, como lo han sido en muchas culturas desde la época clásica. Otra marca del rechazo sigue siendo la resistencia de algunas trabajadoras a confesar su oficio, lo que las obliga a llevar una doble vida. Se observa sin embargo una disminución de estos conflictos con la nueva legislación.

La impresión que provoca la prostitución es diferente en los distintos espacios urbanos. No suele haber problemas en los abigarrados centros de las ciudades, pero sí que los ha habido en los barrios. Si surgen tensiones, la experiencia demuestra que diálogo y búsqueda de consenso son las mejores vías, y se citan dos casos concretos, en Auckland y Christchurch, en que sin recurrir a ordenanzas represivas ha sido posible compatibilizar los derechos de los vecinos con los de unas trabajadoras que ahora disponen de una norma que garantiza su libertad para ejercer su oficio.

Respecto a los clientes, una docena de entrevistas muestra cómo éstos no han reaccionado mal al nuevo contexto legal en el que las mujeres llevan el control en los encuentros. La LRP establece que las relaciones deben basarse en el consentimiento, y esto es algo que los que contratan servicios tienen que tener muy en cuenta. Se concluye que: «*La despenalización del trabajo sexual en Nueva Zelanda podría haber creado un entorno que fomenta entre los clientes un mayor respeto hacia las trabajadoras y sus derechos*».

En su sección de agradecimientos, Abel y Armstrong reconocen su deuda con el CPNZ, por su guía y generosidad, y también con el Colectivo de Prostitutas de Sevilla, por haber hecho posible la versión castellana del libro y haber redactado su epílogo, un canto a la autoorganización y lucha por sus derechos de las trabajadoras sexuales. Frente a los que impiden a éstas expresarse y hacer valer su criterio, es conveniente resaltar que lo que se ha conseguido en Nueva Zelanda se debe en gran parte a la trascendencia que la cultura maorí otorga a la reciprocidad y al respeto, en todos los asuntos, a las opiniones de las personas implicadas. Lamentablemente, lo que vemos en Europa está muchas veces en las antípodas de esto.

Abolir la familia. Un manifiesto por los cuidados y la liberación, de Sophie Lewis. Historia del abolicionismo familiar y alternativas que propone

Publicado en *Rebelión* el 1 de noviembre de 2023

Sophie Lewis, socióloga especialista en estudios de género, cuestiona en este libro las virtudes de la estructura fa-

miliar que domina hoy las sociedades humanas y explora alternativas más convenientes para la asistencia y los cuidados. Un recorrido a través del abolicionismo familiar, centrado sobre todo en los últimos siglos, permite establecer una íntima conexión de la sacrosanta institución con el sistema económico vigente, que resulta clarificadora si queremos diseñar estrategias para construir un mundo más libre. La obra se publicó en inglés en 2022 y Traficantes de sueños acaba de ponerla en su catálogo en una versión castellana de Elena Fernández-Renau.

Previamente al repaso histórico, Lewis dedica un capítulo a examinar algunas connotaciones psicológicas del revolucionario eslogan: «Abolir la familia». Se muestra así que éste no es incompatible con el «*amor a la familia que a uno le ha tocado*», sino que se persigue con él más bien una «*universalización del amor*», de la que todos podríamos beneficiarnos, pues «*como un microcosmos del Estado-nación, la familia incuba el chauvinismo y la competencia*». La familia se ha impuesto como estructura básica y sin duda soluciona problemas, pero también los crea y se ahoga muchas veces en impotencia y frustración que acusan la garra del sistema capitalista. Es por esto que tenemos derecho a imaginar alternativas más abiertas y que podrían hacernos más felices.

Otra cuestión candente es que el lema: «Abolir la familia» puede resultar excesivamente provocador en este mundo nuestro, habida cuenta de las situaciones en que la familia es plataforma de luchas absolutamente legítimas, como es el caso de padres e hijos migrantes separados por la fuerza. Es cierto además que existen formas familiares diversas, de las cuales se encuentran buenos ejemplos desde la época de la esclavitud en la población negra norteamericana. No obstante, Lewis concluye que el lema puede seguir siendo válido también en estos casos, en cuanto ella defiende una apuesta radical por «desprivatizar los cuidados».

Platón, Fourier, Marx y muchos otros

Tras recordar que el de la abolición de la familia es un debate clásico de la historia de la filosofía, con un prestigioso antecedente nada menos que en la *República* de Platón, Lewis concentra su análisis en las propuestas surgidas durante los dos últimos siglos en Europa y Norteamérica, aunque dedica un revelador apartado a las formas de vida comunitarias que imperaban en América y África antes de la colonización y la «familiarización» aparejada a ella. Así queda claro que el abolicionismo en estos sujetos colonizados va de la mano de la recuperación de su identidad original.

En Europa, un proyecto sugestivo es el de Charles Fourier, reformador social y crítico implacable de la familia, en la que veía una pieza esencial del mercantilismo y la represión. Los falansterios que él diseñó para lograr una existencia comunitaria y placentera no alcanzaron larga vida en ningún caso, pero la idea básica que los alienta mantiene su vigencia en comunas hippies y kibutz. Aún en el siglo XIX, es interesante constatar que los socialistas autonombrados «científicos» contribuyeron también al abolicionismo. Así, Karl Marx y Friedrich Engels en numerosos textos atacan una institución que consideran piedra angular del orden burgués y cuya desaparición puede auspiciar según ellos una auténtica «existencia social». La bolchevique Aleksandra Kolontái fue capaz de llevar estas ideas a la práctica en la URSS en programas ambiciosos destinados a universalizar afectos y cuidados, y alcanzó logros importantes hasta que chocó con los jerarcas del partido.

Se repasan después las críticas a la familia surgidas entre las feministas norteamericanas en los 60, ligadas habitualmente a análisis del capitalismo. No obstante, a partir de los 70 se aprecia un retroceso del abolicionismo, que acompaña al giro conservador de la sociedad. Paralelamente, gais y lesbianas luchaban en sus movimientos por la libertad sexual, y también contra la estructura familiar, aunque no consiguieron formar un frente unido con las feministas. El sida en los 80 moderó su radicalismo y revitalizó la familia homosexual, «*que el* Gay Power *esperaba convertir en un oxímoron*». Otro proceso interesante son los movimientos de mujeres contra la esclavitud del trabajo doméstico, muy activos a partir de los 70 por Europa y Norteamérica y firmes en su exigencia de un salario para estas labores. Para Lewis, la meta tácita de su lucha no es otra que superar el esquema familiar.

Tras una tregua en el abolicionismo de treinta años, entre 1985 y 2015, una nueva ola pone el asunto otra vez en el candelero, como lo demuestra la proliferación de panfletos, cursos y artículos académicos mencionados en el libro. Utopistas, feministas, marxistas y anarcos espolean la búsqueda de alternativas a una institución que ven cerrada y problemática en exceso, en un proceso abierto y pujante a día de hoy.

Familia y capitalismo

La familia resuelve el arduo problema de la acumulación infinita entre mortales, con lo que ella y el capitalismo resultan ser al fin dos caras de la misma moneda, y difícilmente lucharemos contra el uno sin enfrentarnos a la otra. Habida cuenta de esto y los conflictos que esta institución plantea, el proyecto de suprimirla puede justificarse con buenas razones, pero hay que decir también que puede ser atacado debido a las funciones de apoyo y asistencia que esta célula social básica cumple hoy entre nosotros. No ayudan tampoco al empeño, lamentables abolicionismos que encarnan visiones ferozmente individualistas y egoístas. Parece, pues, que el reto sería preservar en el nuevo mundo las labores positivas de la familia extendiéndolas por el cuerpo social. Respecto a esto, la autora deja claro que su apuesta

no es por una «ampliación de la familia», sino por una auténtica eliminación de ésta, sustituida por nada que no sea una humanidad sin lindes siempre arbitrarias.

Sophie Lewis argumenta con rigor y erudición, pero también con desenfado y sano humor, en su recorrido histórico a través del abolicionismo familiar y en su cruzada por una alternativa viable para la maternidad y los cuidados en una sociedad nueva. Casi todo está por hacer, pero experiencias sencillas, como una acampada para personas sin hogar en Filadelfia en 2020, descrita al final de la obra, pueden ser asombrosamente reveladoras. Cocinas y comedores colectivos, servicios médicos y la cordialidad de unos desconocidos con un proyecto común pueden ser suficientes para poner insólita felicidad en nuestras vidas.

Estamos muy ligados a un mundo de afectos, en gran parte familiares, pero sin contradicción con esto, no nos cuesta mucho atisbar, si nos empeñamos en ello, que más allá de la jungla capitalista y más allá de parentesco y lazos de sangre, brilla con fuerza nuestra auténtica e irreductible identidad humana.

4.6
Latinoamérica

Filosofía de los pueblos originarios, de VV. AA. (Raúl Trejo y Obed Frausto, coord.).

Publicado en *Rebelión* el 11 de julio de 2023

Un prejuicio muy extendido afirma que la filosofía llegó a América de mano de los europeos y niega a los pueblos que habitaban el continente hasta entonces cualquier relevancia en este sentido. Contra esta pretensión se rebeló hace ya más de medio siglo el ilustre pensador Miguel León Portilla (1926-2019) en obras emblemáticas como *La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes*, de 1956, o *Tiempo y realidad en el pensamiento maya*, de 1968.

Estos estudios pusieron en marcha una fructífera línea de trabajo en la que incide *Filosofía de los pueblos originarios*, recién publicado por Bajo Tierra Ediciones agrupando nueve textos de diversos autores coordinados por Raúl Trejo Villalobos y Obed Frausto. El proyecto del libro, que aparece en una edición bilingüe español-inglés, surgió de un encuentro entre estudiantes de la Ball State University (Indiana) y la Universidad Autónoma de Chiapas con pensadores de los pueblos originarios en 2019. El volumen viene con un prólogo de Ambrosio Velazco Gómez, que reivindica la importancia de impugnar con buenos argumentos el arraigado colonialismo cultural que se padece en Latinoamérica y expone el plan general de la obra.

Conceptos sugestivos del pensamiento autóctono mesoamericano

Entre los contribuyentes al libro hay filósofos indígenas como Raúl Peza Salazar, que desarrolla un concepto fundamental del pensamiento de los zapotecos, el *Guendabiaani*. Etimológicamente éste es «*el ser espiritual que conjunta todas las luces en sí mismo*», y en su sentido muestra un carácter polisémico, pues puede referirse al «*conjunto de las producciones espirituales del pueblo*», o también a una sabiduría colectiva «*fundada en la experiencia razonada que sirve de guía para vivir bien en la tierra*». Se trata de una noción muy abstracta y de gran interés, pues define la autoconciencia al tiempo que impulsa ésta a un ideal de justicia y armonía.

Francisco J. Sántiz revela la resistencia de su pueblo tseltal al encubrimiento de su cultura por otras externas que pretenden imponer unilateralmente sus conocimientos. Frente a esto, se defiende el *k'op-ayej*, «*hablar escuchando entre tú, yo y nosotros*», un proyecto para una coexistencia basada en respeto mutuo. Por su parte, el tsotsil Manuel Bolom nos explica otros conceptos esenciales de la mentalidad maya, como el *ch'ulel*, una conciencia moral fundada en la colaboración, el servicio y el agradecimiento; un repaso de los rituales que rigen la siembra y la recolección del maíz le sirve para poner de manifiesto como el *ch'ulel* expresa un tributo a la dignidad de todo viviente (*o'ntonil*), elemento primordial para el buen vivir (*lekil kuxlejal*).

Roberto Pérez Sántiz es autor de un texto que expone la complejidad de la sabiduría tsotsil, capaz de aunar conocimientos, emociones, sentimientos, valores éticos y sensibilidad religiosa en una totalidad integradora. Él nos describe como el *ch'ulel* llega a revelar la conciencia moral a través de un proceso interior de desarrollo espiritual que marca a las personas que serán capaces de trabajar para la colectividad y resolver los problemas que a ésta le surjan. El premio para ellas será un reconocimiento que se prolonga más allá de la muerte y otorga una dimensión sagrada.

Perspectivas para una coexistencia de universos culturales

También contribuyen al libro filósofos no indígenas como Raúl Trejo Villalobos, que sintetiza los condicionantes históricos del marco mesoamericano e insiste en la necesidad de un diálogo que sólo es posible entre mentes abiertas y puede enriquecer a todos si su espíritu es justo.

Luis Madrigal Frías analiza el relato del *Popol Vuh* y discute cómo en él se refleja un equilibrio entre los dioses y los hombres. Las obligaciones mutuas y bien tipificadas que se establecen expresan en conjunto el anhelo de una armonía basada en el consenso y el respeto de la sacralidad del cosmos.

Obed Frausto reflexiona sobre sus experiencias como profesor migrante en Estados Unidos y propone un multiculturalismo que enfatiza «*las virtudes de las diferencias y previene contra mestizajes o síntesis homogeneizadoras*». De esta forma, «*vivir entre lugares*» sería una virtud, y no necesariamente ha de implicar angustia o desprecio al otro. En esta misma línea, Rodrigo Díaz Cadenas reivindica la llegada de un momento en la historia de México en que las minorías hablen con su propia voz y sean por fin respetadas. Esto ha de ser posible si se encuentra placer en el conocimiento mutuo y a éste se le ofrece la opción de desarrollarse en ámbitos que pueden ir desde la vida cotidiana hasta las instituciones académicas.

La profesora norteamericana Dorien Scheets, que ha realizado además la traducción de los textos junto a Rodrigo Díaz Cadenas y Miguel Pickard, aporta un capítulo en el que reflexiona sobre la complejidad de la labor del traductor y las posibilidades que crea, sin embargo, a través de la ambigüedad que es inherente a ella para situarnos fuera de nuestro sistema lingüístico y enhebrar universos culturales.

Para recuperar las voces de los excluidos de la historia

Los estudios pioneros de Miguel León Portilla resultaron un hito decisivo para rescatar la «visión de los vencidos» de la conquista y abrieron una vía preciosa para abordar las relaciones entre las culturas que coexisten en México. Autores posteriores, como Luis Villoro en sus últimos trabajos, profundizan en esta dirección, y clarificador en este sentido es lo que éste afirma en *Estado plural, pluralidad de culturas*, de 1998: «*La verdadera liberación del indio es reconocerlo como sujeto, en cuyas manos está su propia suerte; sujeto capaz de juzgarnos a nosotros según sus propios valores, como nosotros los hemos siempre juzgado; sujeto capaz de ejercer su libertad sin restricciones, como nosotros exigimos ejercerla. Ser sujeto pleno es ser autónomo...*».

Imbuidos de la urgencia de esta labor, los autores diversos que han aportado su esfuerzo a *Filosofía de los pueblos originarios* comparten el espíritu de escuchar con atención y sin prejuicios las razones del otro, que pueden ser regalo precioso para las nuestras.

Crónicas del estallido, de Martín Cúneo y Emma Gascó

Publicado en *Rebelión* el 1 de marzo de 2014

Cualquiera percibe que en este mundo nuestro de tiranía globalizada de los mercados y dominio imperial generando miseria y explotación sin límites, las pocas buenas noticias suelen venir de Latinoamérica. Allí se ha concentrado la resistencia al dogma neoliberal y allí se ha avanzado en los últimos tiempos en experiencias profundamente democráticas que han traído un aire nuevo participativo y humano a la política. *Crónicas del estallido* de los periodistas Martín Cúneo y Emma Gascó, y que Icaria Antrazyt edita con prólogo de Raúl Zibechi, se plantea tomar el pulso a la base de estos procesos. La introducción presenta el plan del libro, un viaje de unos diez mil kilómetros durante quince meses, desde Argentina hasta México, entrevistando a más de doscientos activistas de derechos humanos y líderes comunitarios. El proyecto, enormemente atractivo, ha dado lugar a un relato que no lo es menos, una amplia colección de casos en los que la acción coordinada de los de abajo, víctimas del saqueo de los recursos y de las políticas neoliberales, fue capaz de plantar cara al poder, destituir presidentes, cambiar leyes, humanizar la economía...

Argentina

Tras las políticas neoliberales de los años 90 y el consiguiente incremento de paro, desigualdad y pobreza, dado el golpe de gracia a la clase media, el pueblo desarrolló pronto su capacidad de paralizar el país, demostrándose el papel activo que los desocupados pueden tener en estos casos. Con la llegada al poder de Néstor Kirchner en 2003, la renuncia al pago de la deuda y la devaluación del peso consiguieron enderezar la economía. Los juicios a los responsables del terror durante la dictadura fueron otro logro importante de la era Kirchner. Sólo entonces se consiguió anular las vergonzosas leyes de obediencia debida y punto final promulgadas a finales de los 80.

Al mismo tiempo que esto ocurría, en las organizaciones populares se producía una división entre los que optaban por colaborar con el kirchnerismo, que eran bien recibidos en sus filas, y los que decidían seguir en la calle reivindicando la transformación profunda del sistema. Y no hay que olvidar que mientras tanto la represión continuaba. Desde que Néstor Kirchner asumió la presidencia, diecinueve activistas han sido asesinados por la policía o sectores vinculados con los poderes políticos. La lucha contra estos crímenes es posible gracias a la asociación Correpi (Coordinadora contra la represión policial e institucional), que ofrece sus servicios a las víctimas.

Se presenta luego el caso emblemático del Hotel Bauen de Buenos Aires, un hotel de lujo construido por la dictadura para el mundial de fútbol de 1978 y convertido luego en uno de los centros de reunión más exclusivos de la capital, empresa rentable arruinada en los años 90 de las privatizaciones, el robo y el derrumbe de la economía. Ocupado por sus trabajadores en 2003, resiste heroicamente fiel a los tres principios de las empresas recuperadas: «Ocupar, resistir, producir». Con la ayuda del Gobierno bolivariano de Venezuela en un momento crítico, el hotel es hoy una empresa con superávit y autogestionada, como doscientas cinco en toda Argentina (datos de 2010). En la época de bonanza, el movimiento no ha parado de crecer.

El siguiente escenario es Esquel en la provincia de Chubut, donde la iniciativa ciudadana fue capaz de impedir la apertura de una mina de oro a cielo abierto que amenazaba el paisaje y la salud de los habitantes de la zona. Esto fue en 2003 y supuso el comienzo de una mentalización que se tradujo en leyes contra este tipo de explotaciones en varias provincias. También en Esquel, se recoge el testimonio de los indios mapuches que han reivindicado recientemente los terrenos robados a sus comunidades a finales del siglo XIX. Reclaman a la firma Benetton, actual usurpadora de las tierras, y con las armas de la razón y la unidad han conseguido recuperar en las últimas décadas 233 000 hectáreas de su territorio ancestral.

En Neuquén, conocemos la experiencia de Zanón, una de las fábricas de cerámica más importantes de Argentina, fundada en 1979 y que venía funcionando de forma autoritaria. La organización de los trabajadores a finales de los 90 les permitió vencer en las elecciones sindicales y pasar a participar en las decisiones que les afectaban. Cuando en 2001 Luis Zanón planea cerrar la factoría, los obreros no lo consienten y la ocupan. En 2002 van más allá y la ponen a producir. Autogestión pura. Resisten heroicamente el acoso judicial y los intentos de desalojo y en 2009 consiguen la expropiación definitiva. La enseñanza es contagiosa: de las cuatro fábricas de cerámica de Neuquén, sólo queda una donde se obedezca a un patrón.

La visita siguiente es a la región de Córdoba, donde mujeres llenas de coraje han conseguido hacer público el genocidio silencioso de los agroquímicos utilizados masivamente en los cultivos de soja transgénica que invaden esta parte del país. Se trata de una epidemia de casos de cáncer y malformaciones que ellas comenzaron a investigar y contra la que han logrado avances legislativos aún muy insuficientes. En el norte de Argentina, la lucha que se describe es contra las mineras que ofrecen sueldos de miseria a cambio de contaminación y devorar el agua, tan escasa en la zona. Las movilizaciones populares ya han conseguido parar varios de estos proyectos.

Bolivia

En Bolivia, como en tantos otros sitios, las privatizaciones de los 80 y 90 lucraron a las élites y hundieron el país. Sólo en 1999, cuando el Gobierno de Hugo Banzer trató de liberalizar el agua, la nación le estalló en las manos. Los cambios en el mundo del trabajo habían hecho inoperantes a los sindicatos, pero grupos sociales y barrios tomaron el relevo con coraje. Fue una guerra ganada con la anulación en 2000 de la ley de privatización del agua, que ha conseguido que ahora las comunidades gestionen sus propios recursos hídricos. Los años 90 son también los del intento de erradicar los cultivos de coca, y los de la lenta organización y resistencia de los campesinos. En 1997, un desconocido Evo Morales entra en el Parlamento. La represión es cruenta, pero nada detiene la lucha popular y en 2005 Evo gana las elecciones y es el primer indígena en llegar a la presidencia en Bolivia.

El libro nos aproxima después a un episodio crucial de estos años, la denominada «guerra del gas», que estalló en octubre de 2003 cuando Sánchez de Lozada trataba de desarrollar su plan de exportar gas a los Estados Unidos a través de Chile. El pueblo tomó la iniciativa y con tozudez aimara acabó consiguiendo la dimisión del presidente. Nada importaron la represión y las masacres; una estructura horizontal de comunidades integradas hizo posible una victoria en la que el papel esencial correspondió a la población de El Alto, lugar donde esta dinámica es muy activa. Los protagonistas de estas luchas nos explican cómo a pesar de algunos desacuerdos siguen manteniendo un apoyo crítico al Gobierno de Evo.

Desde la llegada del MAS al poder, la pobreza ha bajado del 61 al 49 % y se ha nacionalizado bastante, pero el saqueo de las multinacionales continúa. Se profundizó también en la reforma agraria, aunque las élites latifundistas provocaron una explosión de violencia en Santa Cruz que fue controlada. La guerra no ha finalizado. En enero de 2009 fue aprobada la nueva Constitución que contiene avances importantes. En diciembre de ese año, Evo gana otra vez las elecciones por goleada, aunque sus políticas comienzan a encontrar resistencia entre los que lo auparon al poder. El «gasolinazo» en 2010 tensa las relaciones y Evo ha de rectificar. El «mandar obedeciendo» zapatista podría ser la consigna también aquí. La conclusión sobre la situación del país podría ser que el acceso a la presidencia de Evo Morales en 2005 ha traído, si no la solución definitiva, sí un espacio de libertad y esperanza.

Perú

Hugo Blanco, líder campesino, nos habla de las movilizaciones de los años 60 por la reforma agraria, que consiguieron que Perú sea el país de Latinoamérica con mayor porcentaje de tierra en manos de los agricultores. No obs-

tante, la herencia de la lucha armada promovida por Sendero Luminoso ha sido un retraso en la organización de un movimiento indígena fuerte. La guerra trajo una catastrófica cadena de atrocidades en la que las víctimas de los dos bandos fueron sobre todo los campesinos más pobres. En 1983, familiares de desaparecidos comenzaron a buscar respuestas en una lucha heroica que continúa hoy.

Los Gobiernos de Alan García y Alberto Fujimori con sus desastrosas políticas económicas y niveles insoportables de represión y corrupción llevaron al país al borde del colapso, pero la respuesta no se hizo esperar. En 2002 estalla el Arequipazo y en 2008 y 2009, el Baguazo, una rebelión de los indígenas amazónicos contra la invasión de sus tierras. Por otro lado, en 2002 los agricultores de Tambogrande, a pesar del asesinato de uno de sus líderes, prosiguen la lucha pacífica y logran ganar un referéndum que paraliza un megaproyecto minero fatal para la agricultura de la zona. Fue una victoria que sirvió de ejemplo y estímulo en toda Latinoamérica.

El acceso al poder de Ollanta Humala en 2011 no ha supuesto un esfuerzo por cumplir las obligaciones que tiene el Estado con sus víctimas, según la abogada Gloria Cano, pero la lucha legal de las organizaciones de derechos humanos continúa.

Ecuador

Entre 1972 y 1992, Texaco extrae petróleo de la Amazonia. Con esta multinacional llegan contaminación, enfermedades, ruina de ecosistemas: miseria y muerte. A partir de 1993, la lucha legal contra el desastre une a todos los damnificados, indios y colonos, en un frente común que al principio tropezó con dificultades. En 2003 comienza un juicio desigual, pero las víctimas vigilan bien organizadas para que no se produzcan irregularidades y en 2011 y 2012 la empresa es condenada a pagar 19 200 millones de dólares, la indemnización más alta de la historia, un dinero que se utilizará comunitariamente para tratar de paliar la catástrofe. El fallo es importante sobre todo porque termina con una era de impunidad de las multinacionales en Latinoamérica. Los criminales globales pueden ser enjuiciados. Se describe después el caso de otras regiones próximas de la selva amazónica donde se ha conseguido impedir el desembarco de las petroleras por medio de movilizaciones. En ellas, la justicia también ha dado la razón a los protectores del medio ambiente.

Los años 90 en Ecuador son los de las protestas de los indígenas, que consiguieron nuclear la resistencia de toda la sociedad al ajuste neoliberal y provocaron la caída de dos presidentes: Abdalá Bacaram en 1997 y Jamil Mahuad en 2000. Sin embargo, el relevo de Lucio Gutiérrez se reveló también desastroso y, además, la colaboración con él de algunos grupos indígenas fue un grave error que obligó después a severa autocrítica. En 2005 fue la clase media la que tomó el testigo con caceroladas y manifestaciones que coreaban el estribillo argentino del «que se vayan todos»; en abril cae el tercer presidente. La victoria de Rafael Correa en la elecciones de 2006 con el apoyo de todos los movimientos sociales fue un cambio histórico y permitió discutir ampliamente y aprobar en referéndum una nueva Constitución, documento revolucionario por la defensa de derechos humanos y protección del medio ambiente que propugna.

Ha habido después desencuentros entre el Gobierno Correa y algunos colectivos que lo acusan de «extractivismo», pero la dinámica de éstos y su buena organización los hace capaces de detener los proyectos más impopulares.

Colombia

La visita comienza en el departamento del Cauca, zona con gran presencia indígena y donde el conflicto armado persiste. La historia de la región nos habla de un poder abusivo de los latifundistas, enfrentados por un movimiento con instituciones como el CRIC (Consejo Regional Indígena del Cauca), que ha conseguido notables avances en la recuperación de tierras para las comunidades. La lucha armada de grupos como el M-19 o las FARC se entiende como una respuesta a la violencia y usurpaciones del Estado y los terratenientes contra los campesinos, en las que los paramilitares suponen el capítulo más siniestro. Entrevistas a algunos líderes indígenas revelan la existencia de un poderoso movimiento social dispuesto a enfrentarse a las atrocidades de éstos de forma pacífica.

La siguiente parada es en el departamento del Chocó, donde el 80 % de la población es de origen africano, descendiente de esclavos huidos a esta región apartada y selvática. A mediados de los 80 comienza la explotación maderera intensiva, y en respuesta surge la autoorganización de las comunidades afectadas. Se consigue así detener los trabajos. En 1991, durante la redacción de la nueva Constitución, las ocupaciones de edificios oficiales logran que el texto recoja los derechos de la gente del Chocó a la gestión colectiva de sus tierras. Pero no todo son progresos; se describen crímenes espantosos de paramilitares a sueldo de grandes empresas agrícolas, que buscan provocar desplazamientos de población para extender sus cultivos. Las comunidades están empeñadas en una lucha judicial contra los autores e inductores de estos atropellos, aunque algunos de ellos están ciertamente muy arriba.

En Bogotá conocemos el episodio de los «falsos positivos», miles de jóvenes asesinados por el ejército para simular «éxitos» en la guerra contra el terrorismo. La movilización de las madres y otros familiares de algunos de estos muchachos ha conseguido llevar a juicio a varios de los responsables. El diputado de la Unión Patriótica Iván Cepeda

nos acerca a la historia reciente de Colombia. El método del Gobierno, sobre todo durante el mandato de Uribe Vélez, ha sido el exterminio físico de la oposición. Sólo la dinámica popular y sindical y en los últimos tiempos el apoyo de un sector sano y valiente de la judicatura ha permitido que tímidamente se empiece a hacer justicia. Juan Manuel Santos representa los intereses de inversores norteamericanos y europeos y su estilo es necesariamente distinto al de su predecesor, ligado estrechamente a los narcos y paramilitares. Las atrocidades de éste van saliendo progresivamente a la luz y no es descartable que pueda ser llevado ante la justicia.

Nicaragua

Los sandinistas regresan al poder en 2006 tras un paréntesis de Gobiernos de derechas desde 1990. Se nos aportan claves de su actual política, aspectos como su alianza con la Iglesia y sectores económicos influyentes, que hacen compatibles con programas sociales posibles por la ayuda venezolana y cubana. En Metagalpa conocemos a personas destacadas del movimiento feminista de Nicaragua, bien organizado y prestigioso. Según estas mujeres, del sandinismo revolucionario de los setenta y ochenta queda sobre todo «*un pueblo con una cierta conciencia de que puede cambiar las cosas*».

En Managua nos hablan enfermos crónicos de riñón a causa de los agrotóxicos usados con la caña de azúcar y nos explican sus reivindicaciones: indemnizaciones para los familiares de las fallecidos, tratamiento para todos los afectados. Es una lucha que se pelea en los tribunales y con la imprescindible presión popular.

El Salvador

La primera historia viene del departamento de Chalatenango, en el norte del país, y habla de la llegada allí en 1973 de sacerdotes partidarios de la teología de la liberación y de la organización de los campesinos, que padecían explotación salvaje por parte de terratenientes. En 1975 comienza la actividad de los escuadrones de la muerte y el asesinato de monseñor Romero en 1980 desencadena la guerra civil. El ejército impone una política de tierra quemada y realiza masacres, denunciadas en el éter por la mítica Radio Venceremos, una de las emisoras del FMLN. Es un conflicto desigual, pero en 1983 la guerrilla, con operaciones de gran coraje, consigue pasar a la ofensiva.

A finales de 1986, miles de campesinos refugiados en Honduras deciden emprender el regreso a sus tierras que han sido liberadas por el FMLN. Allí encuentran sólo destrucción, pero comienzan una nueva vida con ánimos. Tras la ofensiva de la guerrilla en 1989, los acuerdos de paz de 1992 supusieron el fin del conflicto armado. Atrás quedaban ochenta mil víctimas, la mayoría civiles asesinados por el ejército y los escuadrones de la muerte. En Chalatenango, la larga lucha deja una experiencia viva de gestión comunitaria de los asuntos, que hace muy difícil cualquier atentado contra los derechos y la forma de vida de los campesinos.

Tras los acuerdos de paz de Chapultepec en 1992, las políticas neoliberales de los Gobiernos de Arena trajeron una nueva guerra de privatizaciones, paro y derrumbe de la economía productiva, con resultado de miseria, emigración masiva e incremento de la delincuencia organizada en «maras» (bandas), que convirtió El Salvador en el segundo país más peligroso del mundo. Sin embargo, la respuesta ciudadana no se hizo esperar. En 2002, se convocan huelgas y manifestaciones que resultan un éxito. Así se paran la privatización de la sanidad y agresivos proyectos mineros. En 2009, Mauricio Funes, un periodista independiente, llega a la presidencia en las listas del FMLN. Desde entonces se han puesto en marcha importantes políticas sociales, aunque los poderes fácticos siguen vetando una reforma fiscal que aporte recursos al Estado para fortalecerlas. El matrimonio de conveniencia del FMLN y el socialdemócrata Funes ha traído algo de progreso a un país pequeño sometido a enormes presiones.

Guatemala

Junio de 1954. El presidente Jacobo Árbenz, elegido democráticamente y embarcado en un ambicioso plan de reforma agraria, desarrollo industrial, educación pública y seguridad social, es depuesto en un cruento golpe de Estado patrocinado por los EEUU. Desde entonces se suceden las masacres que se ceban en los indios mayas. En los años 80, los intentos de lucha guerrillera son aplastados mientras mujeres indígenas familiares de desaparecidos se organizan y comienza la excavación de fosas.

Los acuerdos de paz de 1996 supusieron un paso importante para el fin de la violencia, al tiempo que se intensificaba la lucha por llevar ante la justicia a los responsables de las matanzas. En 1998, el obispo Juan Gerardi, referente de estas campañas, es asesinado. Los culpables de este crimen, tres de ellos militares, son condenados a penas de treinta años de cárcel en 2003. Cinco años más tarde se consigue por fin la primera sentencia de los tribunales guatemaltecos por desapariciones forzadas. A partir de entonces, los juicios a los autores del genocidio se multiplican. El descubrimiento de archivos del Ejército con información sobre sus abusos ha permitido agilizar las causas.

En 2013, el expresidente Efraín Ríos Montt es condenado a cincuenta años de prisión por genocidio. Aunque el proceso fue anulado poco después, aquello fue un vuelco histórico que podría ser denominado el fin de la impunidad. Actualmente se vive un incremento de la organización popular en asuntos como la reivindicación de las tierras usurpadas a las comunidades en los años 70 y 80 o

la oposición a los proyectos de megaminería, contaminantes y enormes consumidores de un agua necesaria para las poblaciones y los usos agrícolas y ganaderos. Sin embargo, en 2011 el general Otto Pérez Molina, que participó en las atrocidades, gana las elecciones. ¿Hay problemas de memoria en Guatemala? Probablemente, y hay que responsabilizar de esto también al mensaje engañoso de ofrecer seguridad que la derecha ha conseguido trasmitir y a las redes de clientelismo político creadas.

México

Se presenta la historia del Ejército Zapatista (EZLN). En México, los años 80 y 90, con la aplicación de políticas neoliberales, son tiempo de privatizaciones e incremento de la pobreza —entre 1984 y 1994, 12 millones de personas—. En la selva Lacandona había de antiguo un germen de lucha guerrillera, pero con la ley de 1992 que permite la compraventa de tierras comunales, éste se convierte en un movimiento de masas. El 1 de enero de 1994 se produce el alzamiento y siguen doce días de combates con muertos por los dos bandos, hasta que una gran campaña mundial consigue sentarlos en unas negociaciones de paz. En 1996 se firman los acuerdos de San Andrés, que recogen algunas de las reivindicaciones zapatistas. Cuando el Gobierno se desvincula de ellos y recurre a grupos paramilitares que cometen masacres, los campesinos replican con movilizaciones y autoorganización en las comunidades indígenas que controlan. La traición de los partidos tradicionales los lleva luego a reafirmarse en sus estructuras de democracia directa, basadas en el «mandar obedeciendo». Los logros en sanidad, educación y relaciones de género conseguidos suponen un referente precioso para todos los altermundistas.

Lo ocurrido en San Salvador Ateco tuvo también gran trascendencia. En 2001, el Gobierno de Vicente Molina Fox ordena por decreto la expropiación de más de cinco mil hectáreas de esta localidad en las afueras del Distrito Federal para la construcción de un aeropuerto. La respuesta popular no tarda; concentraciones y manifestaciones de campesinos que portan sus machetes se hacen habituales y en 2002 la administración da marcha atrás. En 2006, la violencia estalla otra vez y la brutalidad policial deja varios muertos y veintisiete mujeres agredidas sexualmente. Dos de los detenidos fueron condenados a 67 años de cárcel, pero las movilizaciones siguieron y tras un nuevo juicio, en 2010 fueron liberados. Los machetes siguen altos en Ateco contra los abusos y exacciones del poder.

Se recuerda después la comuna de Oaxaca de 2006. El estallido ocurre cuando la policía reprime brutalmente una huelga de maestros. La ciudad asume entonces el control de sí misma con convergencia de distintos grupos entre los que fueron esenciales las comunidades indígenas y su estilo de gobierno asambleario y horizontal. Se producen asesinatos por parte de sicarios y poco después la policía toma a sangre y fuego la ciudad con incontables violaciones y muertes. Aplastado el movimiento, permanece sin embargo firmemente arraigada la conciencia de que el cambio es posible, de que está ya aquí en una organización abierta y participativa que se extiende por todas partes.

La guerra contra el narcotráfico emprendida por el Gobierno mexicano ha dado lugar a miles de asesinatos y desapariciones que se comprenden en un contexto de lucha entre mafias para controlar rutas y mercados, pero también de represión de los movimientos sociales. Algunas valientes iniciativas han conseguido ya la localización de personas desaparecidas o la presentación en La Haya de una denuncia contra el expresidente Felipe Calderón, respaldada por veintitrés mil firmas. Han logrado también que el feminicidio se considere un problema de Estado.

La última parada es Acapulco, paraíso tropical devenido en infierno de narcotráfico y corrupción —2.ª ciudad más peligrosa del mundo en 2013—. Ante esta situación, en la sierra de Guerrero más de cien comunidades se han integrado en un sistema de justicia propio, la «policía comunitaria», nacida en 1995. En 2003 comenzaron las obras de la que habría de ser una enorme presa en el río Papagayo (La Parota); miles de campesinos serían expulsados de sus tierras con indemnizaciones de miseria para exportar electricidad a los EEUU. Las comunidades se organizaron y el Gobierno respondió con asambleas amañadas, que fueron denunciadas ante los tribunales y anuladas. Hoy día, la guerra está ganada y la unión conseguida es el resorte para la gestión de todos los problemas en el futuro. Chiapas, Atenco, Oaxaca, Guerrero son territorios en rebeldía que hablan con su propia voz en la tierra de Emiliano Zapata.

Un viaje que ilumina el futuro

La lectura del libro nos deja confusos y esperanzados. Confusos por la complejidad de una lucha en la que las más legítimas reivindicaciones de derechos elementales son respondidas con masacres y mentiras que parecen no tener fin, por la magnitud del reto y por el egoísmo y ceguera inhumanas de los que poseen todo y no están dispuestos a ceder nada. Pero esperanzados también porque claramente, de un extremo a otro de Latinoamérica, vemos a los pueblos adquirir conciencia tras siglos de miseria y explotación, los vemos organizarse y plantar cara y les vemos conseguir logros importantes en muchos casos. En los lugares que se describen hay que señalar además el papel crucial de las tradiciones comunitarias indígenas y su capacidad de tejer una tupida red horizontal de participación y debate sin dogmas ni líderes insustituibles. Ésta es sin duda una de las claves del éxito. Otro mundo es posible y *Crónicas del estallido* es un instrumento magnífico para entender de qué modo puede construirse.

El Estado realmente existente. Del Estado de bienestar al Estado para el despojo, de Raúl Zibechi y Decio Machado

Publicado en *Rebelión* el 14 de febrero de 2023

En la coyuntura actual del mundo, la búsqueda de un orden social más justo se canaliza en general a través de las vías institucionales con el objetivo de la «conquista del Estado», y hay que decir que muchos no son capaces de imaginar siquiera que las cosas pudieran hacerse de otra forma. Sin embargo, en todas las latitudes crece la conciencia de que esta vía tiene enormes limitaciones, cuando vemos «Gobiernos progresistas» estrellarse una y otra vez en sus intentos de transformaciones estructurales y teniendo que conformarse con cambios casi cosméticos que no perturban la dinámica destructora del capital.

En estas circunstancias, urge un análisis que explique lo que está ocurriendo, y ésta es precisamente la meta que se plantean los sociólogos y politólogos Raúl Zibechi y Decio Machado en *El Estado realmente existente. Del Estado de bienestar al Estado para el despojo*, que acaba de editar La Vorágine a finales de 2022. El libro comienza repasando la evolución del sistema-mundo tras la Segunda Guerra Mundial para centrarse luego en la fase neoliberal y el desmantelamiento del Estado de bienestar y culminar con dos capítulos dedicados a la situación en Latinoamérica. El análisis sintético, pero lúcido y bien trabado de estos escenarios y procesos, sirve para caracterizar la realidad y los desafíos de un presente en el que el elemento clave es el papel subsidiario del Estado y su incapacidad como instrumento para la emancipación de las clases desposeídas.

Las finanzas toman el control del planeta

Tras la Segunda Guerra Mundial y en un contexto bipolar, se alcanzaron tasas de desarrollo económico nunca vistas, al tiempo que se implementaban en los países occidentales las redes de protección social del Estado de bienestar. Sin embargo, durante los años 70 la desaceleración del crecimiento, unida a una caída de la tasa de beneficio del capital y una crisis de inflación, propiciaron la puesta en marcha de la revolución neoliberal. Consistió ésta en un cuestionamiento del rol del Estado, acompañado de desregulación de la economía, liberalización del comercio y la industria y privatizaciones a mansalva, mientras se desmantelaba el Estado de bienestar.

Esta nueva fase está marcada por la financiarización de la economía y un aumento de las desigualdades de renta, en un proceso que David Harvey denomina «acumulación por desposesión». La víctima de estos cambios es una clase obrera cuya vida se degrada y que pierde incluso su identidad como tal. En las relaciones internacionales, Banco Mundial y FMI actúan de gendarmes, imponiendo planes de ajuste estructural tan brutales que han sido caracterizados por Eric Toussaint como «un golpe de Estado permanente». El proceso puede sintetizarse como el triunfo de las finanzas sobre unos Gobiernos que progresivamente son puestos a su servicio. Son reveladores en este sentido los numerosos conflictos bélicos motivados por intereses económicos.

Paralelamente a este cambio de modelo se produjo la implosión de la Unión Soviética, que para Zibechi y Machado fue resultado de una crisis económica e ideológica y un sistema político irreformable. De esta forma, el mundo pasó a estar dominado por el neoliberalismo y un poder corporativo de multinacionales cuyos presupuestos compiten con los de los devaluados Estados-nación. Un aspecto decisivo en el momento presente es la irrupción de nuevas tecnologías, por medio de las cuales empresas privadas imponen además su hegemonía cultural y un exhaustivo control social. La respuesta de los oprimidos, de todas formas, no se hizo esperar y a partir de 2001 comienzan las reuniones del Foro Social Mundial que aglutinan movimientos de todo el orbe.

La situación actual, con emergencia de importantes actores internacionales, como es el caso de China, se caracteriza por un desorden multipolar que ha sustituido al periclitado orden bipolar de la Guerra Fría. La incorporación del gigante asiático al escenario global ha estado marcada por el despliegue de un *soft power* financiero y tecnológico que lo ha llevado a convertirse en un elemento clave del comercio mundial, tal y como se muestra en detalle en el libro, mientras a nivel interno las desigualdades de renta son abismales y se implementan novedosas medidas de control social.

El escenario latinoamericano

Un proceso a destacar en Latinoamérica es que la deriva que se acaba de describir ha ido acompañada de una paramilitarización de los Estados, en la que convergen los intereses de multinacionales y cárteles de la droga. Brasil, Argentina, México y Colombia ofrecen buenos ejemplos de estas situaciones, en las que se observa en muchos casos cómo grupos que capitalizaron la represión durante regímenes dictatoriales se adaptan a vivir en democracia lucrándose con negocios sucios, pero también encargándose de la violencia más brutal al servicio de los Gobiernos.

Un recorrido por la historia de las izquierdas en los países de la región pone de manifiesto que, aunque hubo episodios revolucionarios importantes anteriormente, puede considerarse que sólo a finales del siglo XIX comienza allí la organización del movimiento obrero. El libro repasa el surgimiento de las primeras secciones de la Internacional en el continente y los inicios de la prensa proletaria, apreciándose la presencia tanto de tendencias anarquistas como socia-

listas, ambas pujantes también en el siglo XX. Esto se muestra ampliamente en los casos de Argentina y Chile, donde dominaron influencias libertarias y marxistas respectivamente, y en otros países.

Durante la década de 1930, los grupos apoyados desde la URSS ganaron relevancia en el movimiento obrero y desarrollaron en ocasiones políticas de pacto con la burguesía, hasta que el contexto de la Guerra Fría propició una renovación de una agenda más radical. El gran revulsivo llegó en 1959 con el triunfo de la Revolución cubana, que dinamizó las luchas, aunque los éxitos fueron pocos. A partir de 1980, los procesos insurgentes se estancan mayoritariamente por toda Latinoamérica.

La obra concluye con un análisis del ciclo progresista que toma el relevo años después y se caracteriza por la emergencia de movimientos sociales que entre 1989 y 2005 fueron capaces de provocar la caída de una decena de Gobiernos autoritarios en la región. Lamentablemente, se constata que estas movilizaciones, que habían desarrollado altas cotas de autoorganización, tras el triunfo electoral entregaron su capital político a unos líderes y partidos que fueron incapaces de «*producir rupturas significativas en los modelos políticos y económicos de sus respectivos países*».

De esta manera, tras una trasferencia transitoria de renta hacia los más desfavorecidos, se produjo inevitablemente un retroceso, pues en opinión de los autores: «*La práctica demuestra que no se puede avanzar de forma sólida en la lucha contra la desigualdad sin transformar el modelo de acumulación capitalista e intervenir sobre las grandes fortunas acumuladas de forma violenta por parte de las élites locales generación tras generación*».

Todos los fracasos que se reseñan en el libro derivan de creer que el poder político puede corregir las aberraciones de la estructura social, sin considerar que la base real del dominio de ésta se encuentra en la propiedad y en la extracción de plusvalía que caracteriza el sistema capitalista, y que el Estado se ha convertido en una pieza dócil al servicio de estos procesos. Con *El Estado realmente existente*, Zibechi y Machado nos ponen con buenos argumentos ante esta verdad fundamental.

Mundos otros y pueblos en movimiento, de Raúl Zibechi. Debates sobre anticolonialismo y transición en América Latina

Publicado en *Rebelión* el 19 de septiembre de 2024

Raúl Zibechi (Montevideo, 1952) es sin duda uno de los pensadores más lúcidos y activos entre los que hoy tratan de abrir caminos de progreso social en nuestra América. En su amplia obra ha enfatizado la necesidad de movimientos democráticos y bien organizados, pero fieles a las raíces culturales de las gentes que a través de ellos persiguen su emancipación, lo que lo ha llevado recientemente a escoger el término «pueblos en movimiento» para los sujetos de estos procesos. El volumen que acaba de publicar Zambra/Baladre presenta una recopilación de artículos y capítulos en libros en colaboración, que reivindican el pensamiento desde abajo como fórmula capaz de construir una alternativa al capitalismo, fiel a la vida y la cultura de los pueblos originarios. La pujanza de esta estrategia se demuestra con ejemplos concretos de territorios en lucha, del Kurdistán al área zapatista mexicana o la de los nasa colombianos.

En una entrevista recogida en el libro, Zibechi recuerda momentos decisivos de su vida, como su exilio en España en los años 70, cuando tomó contacto con el movimiento feminista y comenzó a cuestionar el marxismo-leninismo que había orientado hasta entonces su pensamiento. Después, en los 90, convivir con las comunidades zapatistas le hizo descubrir una opción real de transformación social a partir de las premisas que allí se daban. Por último, en 2013, la crisis del progresismo, con las movilizaciones en Brasil contra el Gobierno de Dilma Rousseff, sirvió para confirmar la emergencia de sujetos «de más abajo», excluidos hasta hace poco de las luchas políticas, y el eclipse como protagonista del intelectual blanco nutrido de ciencia académica.

Pueblos en movimiento: protagonistas en la defensa del territorio

Tras el fracaso de las experiencias emancipadoras del siglo XX, Zibechi propone la necesidad de un cambio conceptual en el discurso que las guio, con sus líderes carismáticos y sus partidos escasamente democráticos empeñados en batallas políticas por la conquista del poder estatal. Así, siguiendo a Benjamin y a Castoriadis, plantea romper con la certeza marxista de que el proletariado nada a favor de la corriente y con la tendencia innata a encomendar la lucha a la potencia salvífica de los líderes. Otra dificultad a superar es la mentalidad «resultadista» de la izquierda, que elude el conflicto inevitable con las élites económicas y está dispuesta a cualquier truco electoralista y a vaciarse ideológicamente con tal de llegar a un poder que no es tal. En América Latina hay que tener en cuenta además que las sociedades son muchas veces complejas en su diversidad, lo que exige políticas escrupulosamente respetuosas de las particularidades, con énfasis en autonomía y autogobierno como vectores del proceso.

¿Cómo se materializa la descolonización? Un ejemplo valioso lo aporta el análisis del concepto de «trabajo» entre los zapatistas, que alumbra realidades más allá de la eco-

nomía política clásica y el trabajo asalariado. Según explica el subcomandante Moisés en un artículo de 2015, existe un «trabajo colectivo», que las asambleas acuerdan para determinados días, y otro destinado a la parcela familiar. La comunidad escoge a los que realizan tareas para ella, y los compensa laborando sus cultivos, con lo que los trabajos colectivos tienden a sustituir el dinero en las relaciones sociales. No existe propiedad privada sobre la tierra ni ningún medio de producción y se ha organizado una sociedad en la que los intercambios pecuniarios son mínimos; además, cuando se vende la cosecha común, es la asamblea la que decide el uso de las ganancias. Se describen dinámicas similares en otras regiones de México que ponen en evidencia un modelo enraizado en culturas ancestrales y al tiempo eficaz ante los retos del presente.

Otro ejemplo de descolonización lo tenemos en el Kurdistán sirio (Rojava), territorio donde hay que destacar la incorporación de las mujeres, secularmente marginadas, a todos los frentes de trabajo y decisión, incluida la milicia. Aquí fue esencial el impulso ideológico de Abdullah Öcalan, que aparte de la igualdad de género enfatiza también la crítica del economicismo y siguiendo a Fernand Braudel insiste en la importancia de las relaciones de poder en el capitalismo y los Estados a su servicio. Otra referencia en el aspecto teórico es el boliviano Luis Tapia Mealla y su análisis del «colonialismo interno», que desenmascara la nueva explotación de los pueblos basada en el extractivismo. No obstante, en opinión de este autor hay elementos de esperanza, pues el colonialismo preservó el nivel político micro, y esto hace posible la articulación sobre él de las formas sociales que se persiguen, sustituyendo las estructuras macro, funcionales al expolio, por otras de autogobierno.

La ofensiva colonial que cambió el mundo expandió un pensamiento social al tiempo que edificaba nuevas estructuras de explotación. De esta forma, los intentos emancipadores que surgen quedan marcados por la ideología de poder que se ha impuesto, y no hacen más que reproducir la dominación. Por todo el continente se hallan «revolucionarios» que conquistaron el Estado solamente para acabar creando nuevas estructuras opresivas. En esta situación aparentemente sin salida, en muy diversos lugares se demuestra que sociedades autónomas basadas en formas de vida ancestrales son capaces de ofrecer alternativas al capital y sus dinámicas.

De América Latina a Rojava encontramos ejemplos además de cómo estas colectividades se organizan eficazmente para la autodefensa. Las experiencias estudiadas en un capítulo muestran que las comunidades desafían con éxito de este modo la violencia estatal y de las mafias, que se ensaña con los más vulnerables. Se describe incluso un caso, en Guerrero (sur de México), en el que al ver que los delincuentes detenidos, tras ser entregados a las autoridades eran liberados a las pocas horas, se decidió implementar una «justicia comunitaria», usando como castigos trabajos que persiguen la reeducación.

Otros escenarios de lucha

A las regiones donde la movilización es mejor conocida, como Chiapas o Rojava, hay que añadir otras en las que no lo es tanto pero ha desarrollado ya estrategias llenas de enseñanzas. En el Cauca colombiano, los pueblos nasa, misak y kokonuko, entre otros, durante la pandemia de covid 19 se protegieron con métodos de medicina tradicional, al tiempo que dinamizaban su economía intensificando y diversificando cultivos y obteniendo por intercambio productos sanitarios de indígenas urbanos. Simultáneamente, se crearon autodefensas que vigilaban los accesos a su territorio. En la actualidad, en esta amplia zona, que agrupa ciento quince cabildos, hallamos una economía con empresas y tiendas comunitarias y muy diversos proyectos administrados colectivamente, aunque coexistiendo con iniciativas familiares. Hay que decir que la producción de truchas abastece a toda la región y los beneficios se socializan en proyectos para los más desfavorecidos. En la dinámica creada en el Cauca, el trueque se ha convertido en un instrumento para mejorar la vida, pero las ferias que se destinan a estos fines son también para compartir arte y saberes y modelar una existencia ajena a la acumulación capitalista.

No faltan experiencias interesantes tampoco en Venezuela. En el noroeste del país funciona Cecosesola, una red de comunidades que se extiende por cinco estados con proyectos agrícolas y ganaderos, de pequeña industria, servicios de salud, etc. La organización agrupa a veinte mil personas en sesenta cooperativas de base, dotadas de una estructura democrática y autogestionada en la que no se escatima tiempo para que las medidas se adopten con el mayor consenso posible. Cecosesola se constituyó sin ningún apoyo del Estado ni de empresas privadas.

En muchas de estas luchas resulta esencial la recuperación de la tierra, acaparada por latifundistas. En este sentido ha sido decisivo el ejemplo del Movimento dos Trabalhadores Rurais Sem Terra (MST) brasileiro, cuyas formas de actuación, corajudas y exquisitamente democráticas, se repasan en el libro. Aquí también es destacable la red de cooperativas y asociaciones creadas para producir, comercializar y prestar servicios diversos a las comunidades. En las campañas del MST, al igual que en las de otros movimientos hermanos a través del continente, la alfabetización y educación se realizan con una pedagogía propia, diferente a la estatal, con énfasis en la estructura social y la práctica de los saberes.

Ya en el siglo XIX, la fracción antiautoritaria de la Internacional veía clara la inanidad de la «lucha política» que el otro sector proponía como estrategia para superar el capitalismo. Mucho tiempo después, la experiencia no ha hecho

más que demostrar que los partidos de corte clásico que se dicen transformadores, aunque pueden llegar a posiciones de gobierno, son absolutamente incapaces de generar desde él avances sólidos hacia una sociedad sin explotación. Es el momento entonces de buscar nuevas vías y lo que Raúl Zibechi nos ofrece en *Mundos otros y pueblos en movimiento* es una luminosa colección de ejemplos en regiones diversas que muestran en detalle lo que sujetos emergentes, excluidos del sistema, han conseguido ya.

Nuestro inveterado eurocentrismo hará que nos cueste reconocerlo, pero las alternativas reales que existen actualmente para ir más allá del desastre capitalista, las encontramos en periferias de Latinoamérica y Asia donde «pueblos en movimiento», comunidades celosas de su autonomía, están siendo capaces de poner a punto sus saberes tradicionales y solidarios para enfrentar los desafíos de nuestro tiempo.

¿Quiénes somos todos? Libertad, igualdad y fraternidad en Cuba, de Julio César Guanche

Publicado en *Rebelión* el 27 de junio de 2023

En este mundo en crisis permanente, ese lagarto verde que reposa pacífico junto a la gran potencia imperial no es de extrañar que atraiga las miradas, porque su resistencia a décadas de terrorismo y bloqueo criminal es un ejemplo para todos. La vida en el país en esas condiciones todos sabemos que no es fácil, y mejorarla requerirá nutrir la solidaridad, al tiempo que se profundiza en la revolución para hacerla cada vez más vital y democrática.

En esa trinchera luchan cada día muchos cubanos y escuchar sus voces es la mejor manera de crear fraternidad. Uno de los más eruditos y lúcidos entre ellos es sin duda Julio César Guanche (La Habana, 1974), jurista e historiador que no desdeña la crónica periodística y autor de obras imprescindibles sobre el pasado y el presente de Cuba, como: *La imaginación contra la norma. Ocho enfoques sobre la República de 1902* (2004); *El continente de lo posible. Un examen sobre la condición revolucionaria* (2008); *La verdad no se ensaya. Cuba: el socialismo y la democracia* (2012) o *La libertad como destino. Valores, proyectos y tradición en el siglo XX cubano* (2013). Su último libro: *¿Quiénes somos todos? Libertad, igualdad y fraternidad en Cuba*, acaba de ser editado por Dyskolo y nos demuestra que indagar las claves de la historia es un método precioso para iluminar el presente y construir alternativas de futuro.

El volumen viene con una introducción del filósofo y activista Julio Martínez-Cava, que resalta el empeño del autor en «*Reconstruir la tradición republicana de Cuba como tradición nacional, mostrando la pertinencia y actualidad de este legado con vistas a repensar (e intervenir en) la política de su propio presente*». Esta reivindicación imprime en Guanche un cuño liberal que más allá de una lealtad inquebrantable a los principios de la Revolución —sintetizados en soberanía nacional cubana, autogobierno y defensa de las conquistas sociales— plantea la necesidad de profundizar en la democracia popular, resistiendo al mismo tiempo la tentación autoritaria y los cantos de sirena de un capitalismo imperialista que lleva en su ADN la explotación económica y en el que por tanto la democracia es imposible.

El ideal de la fraternidad

El libro, densamente anotado a pie de página, agrupa treinta y nueve artículos en capítulos dedicados a los tres ideales republicanos y con una amplia bibliografía al final de cada uno de ellos. El primero, sobre la fraternidad, comienza recordando aspectos clave del pensamiento de José Martí (1853-1895). Resulta interesante constatar que para el héroe de la independencia cubana, «*el patriotismo no era un ardor "nacionalista" por "el suelo" ni un arrebato "cultural o histórico", sino una pasión "política": el amor por una república libre y por su forma de vida:* il vivere libero». Él defendía una fraternidad polisémica, entre individuos de razas diversas, exesclavizados y trabajadores explotados, pero también entre naciones. Su ideal político queda definido en el famoso discurso de 1891 en que preconiza una república «*con todos, y para el bien de todos*», frase que Guanche considera la más radical de la historia de Cuba, y de la que extrae el título del libro. Se repasan además la literatura y el cine inspirados en la figura de Martí, que ponen de manifiesto su humanismo y su percepción integradora de todos los rostros del país.

La república que se crea tras la independencia, blanca y oligárquica, en nada recoge los ideales martianos y los partidos que asumen éstos son reprimidos duramente. Sólo en 1940 se logra la promulgación en el país de una Constitución democrática con amplio respaldo. Sin embargo, las aspiraciones del «nacionalismo popular» pujante por entonces, que denunciaba el nexo entre oligarquía e imperialismo y exigía combatir el latifundio y nacionalizar las riquezas del país, están lejos de materializarse. La revolución de 1959 supuso un hito decisivo en la consecución de estos objetivos, pero avanzando ya hasta el momento presente, Guanche ve necesario recuperar los ideales de aquel nacionalismo, pues no ve posibilidad de progreso sin una expansión del poder popular como movimiento autónomo capaz de poner la política al alcance de todos. Esto supone para él una reivindicación de lo que Martí defendía para su país.

El socialismo cubano del siglo XX llegó a tocar poder y realizar reformas desde el Gobierno en los años 30 y 40.

Después, con el triunfo de la Revolución se perfilan dos grandes tendencias: una más crítica y centrada en el tercer mundo, y otra que miraba sobre todo a la URSS y se hizo preponderante a partir de 1971. Los logros fueron notables, pero distintos analistas destacan el lastre de burocracia y personalismo y coinciden en señalar que el cubano es un socialismo «desde arriba», que ha consagrado la soberanía del poder central y la prioridad absoluta de la verdad oficial, limitando la autoorganización ciudadana. Tras discutir los escenarios posibles para el futuro, Guanche se declara partidario de una recuperación de las ideas martianas que sepa aunar las metas de justicia social y democracia.

Encontramos en este capítulo sobre la fraternidad análisis de episodios de los largos conflictos de la independencia cubana y de personajes clave en ellos, como Carlos Manuel de Céspedes (1816-1874), denigrado como dictador por algunos, pero en quien Guanche ve más bien un hombre de ideales democráticos, aunque dispuesto a concentrar en sí poderes en una situación excepcional. Se describe también la historia de La Bayamesa, el himno nacional cubano, y se celebra la restauración de la estatua de la República en el Capitolio de La Habana, acto que sirve al autor para reivindicar los valores republicanos en la isla. Otro artículo está dedicado a la enseña nacional, que nació como emblema partidario y acabó siendo símbolo para todos; representa una patria abierta a aspiraciones de justicia y libertad, y para Guanche no debería convertirse en icono, vetando su uso en *performances* artísticas.

El capítulo concluye con un relato personal de los hechos del 27 de noviembre de 2020. Ese día, que dio origen al movimiento 27N, se produjo una reunión en el Ministerio de Cultura de Cuba para protestar de un violento desalojo de activistas disidentes la noche anterior. Un buen número de personas, entre las que estaba el autor del libro, se congregaron para apoyar el diálogo hasta que éste finalizó sin mayores incidentes. Los actos de ese día supusieron un hito en la movilización de los que piden un progreso de las libertades individuales en la isla.

El don más preciado es la libertad

Guanche comienza el segundo capítulo con reflexiones sobre el constitucionalismo cubano, y aunque celebra los avances tras la Revolución de 1959, que puso fin a décadas de neocolonialismo, no ve positivo que sólo la Asamblea Nacional del Poder Popular (ANPP) tenga en la actualidad facultades sobre la carta magna, cuando a su juicio una asamblea constituyente —en la línea de lo que es común hoy en Latinoamérica— reflejaría mejor la voluntad popular. En la consulta constitucional de 2019 se produjo un amplio debate ciudadano, pero el autor lamenta que ello no implicara la creación de un espacio de poder: «*La base aporta las propuestas y el nivel superior controla las decisiones*». En su opinión sería conveniente «*hacer de la deliberación una práctica institucionalizada de promoción de la razón política y del diálogo social, que no tema al conflicto y busque canalizar el pluralismo realmente existente hoy en Cuba*».

La Constitución de 1901 era muy presidencialista y la de 1940 tenía carácter semiparlamentario, mientras la de 1976, con sus modificaciones posteriores, establece el poder ejecutivo, legislativo y constituyente de la ANPP, en un modelo atípico aunque existente en los países del socialismo real. Guanche encuentra algunas dificultades en este esquema y ve deficiencias en la Ley Electoral de 2019 respecto al objetivo de lograr una expresión cabal de la voluntad popular. También se critica que la modificación constitucional de 2018 limitaba peligrosamente la libertad de creación de acuerdo con la «moral socialista». Un decreto ley de ese mismo año mantenía una restricción excesiva sobre la libertad de prensa y el derecho a la información.

Otro asunto candente es el tratamiento legal de la protesta social en Cuba, en el que un caso paradigmático es el de Abel Lascay, estudiante de veintidós años condenado a seis de privación de libertad por participar en las movilizaciones de julio de 2021, en las que parece ser que arrojó algunas piedras a la policía. Guanche critica la vigencia del delito de desacato en que se justifica la pena y ve muy preocupante que no exista una regulación de la protesta en el país, con lo que el Estado puede imponer castigos abusivos.

Como resultado de las movilizaciones de aquel mes, al menos 158 personas están siendo acusadas de «sedición», pues se consideran estas protestas un intento de «golpe blando». Sobre esta situación, tras un análisis cuidadoso de los aspectos legales y sociales implicados, Guanche concluye que criminalizar la protesta es un camino muy peligroso: «*La ruta menos indicada hacia el futuro inmediato de la crisis cubana es la combinación de escasez crónica de comida, de carencia de vivienda, salario y jubilaciones dignas, de aumento de la pobreza, la desigualdad y los privilegios, con represión y autoritarismo*». En otro lugar demanda: «*Detener de inmediato toda represión policial sobre población desarmada, que se exprese pacíficamente*». Superando la lógica del «amigo-enemigo», que lleva al autoritarismo, Guanche defiende que la convivencia en sí es conflictiva y pide respeto para los disidentes y para los que elevan protestas en la isla, porque ése es también el espíritu de Martí, apóstol siempre de la libertad y la tolerancia.

Un recorrido por la historia de la Cuba revolucionaria muestra cómo tras los entusiasmos iniciales, los años 90 y su «Periodo Especial» vieron nacer un desencanto reflejado en la cinematografía y literatura de la época, y también en un aumento de los indicadores de pobreza y desigualdad. Las reformas iniciadas hacia 2010 se materializaron en un incremento del sector no estatal de la economía, pero con claras disfunciones que se analizan en el libro. Años

después, la pandemia de la covid 19 lo agravó todo aún más, mientras el discurso oficial insistía en un «Nadie quedará desamparado» que no se plasma en la realidad.

En esta situación resulta peligroso que desde el poder político de la isla se tienda a establecer una línea de continuidad entre la acción ciudadana en campos muy diversos y el injerencismo estadunidense o que se considere el «alma de la Revolución» a las Fuerzas Armadas y no a la ciudadanía. Guanche ve imprescindible crear canales que permitan movilizar la iniciativa popular para dar forma a un socialismo auténticamente democrático.

La noble meta de la igualdad

En el tercer capítulo de *¿Quiénes somos todos?* se repasan las luchas contra la discriminación en Cuba en diversos ámbitos. Se detectan aún vestigios de racismo «*en el trato social y policial a las personas, en el acceso a viviendas, universidades y a la propiedad, en el perfil de la emigración y el recibo de remesas, en la preferencia en zonas pujantes de la economía —sean estatales o privadas— o en la predisposición de las tasas de deserción escolar y población carcelaria*». Contra ellos, sería necesaria una institución específica encargada de erradicarlos, así como un esfuerzo en las escuelas con asignaturas sobre estos problemas y su historia.

Cuando el movimiento Black Lives Matter y su empeño de derribar monumentos a insignes racistas llegó a Cuba, se pidió la retirada de la estatua de José Miguel Gómez (1858-1921), caudillo de la independencia y autor en 1912 de la mayor masacre racista de la historia del país. Guanche se declara partidario de privarle de este homenaje, en el convencimiento de que no hay justicia sin memoria. En «La república popular del fútbol», artículo de 2022, se observa en el equipo francés subcampeón del mundo y sus jugadores de color una redefinición cosmopolita de la identidad francesa, más allá de sus raíces blancas y cristianas, mientras del mismo modo el equipo argentino campeón revela en su blancura el rastro de siglos de discriminación y segregación.

Se abordan también otros asuntos. Respecto al matrimonio igualitario, Guanche celebra los avances legislativos, pero no ve necesario ratificarlos por plebiscito, desde la perspectiva de que una mayoría social no tiene potestad para privar a una minoría de un derecho básico. Se discute la laicidad del Estado, consagrada actualmente y considerada un tesoro de tolerancia y convivencia. La aprobación en 2022 del progresista Código de las Familias es saludada como un avance histórico en derechos fundamentales. La nueva Constitución de 2019 estableció el derecho de los particulares a la creación de empresas y a partir de entonces el número de trabajadores por cuenta propia no hizo más que aumentar. Se observan sin embargo deficiencias en la legislación existente, que por ejemplo no regula las formas de gestión comunitaria que serían importantes desde una perspectiva socialista. No se contempla tampoco la opción de impulsar políticas públicas de acceso a la propiedad a favor de los desposeídos.

El último texto recogido contiene una crítica de unas palabras del presidente Miguel Díaz-Canel en las que, a través de una cita del «ser o no ser» hamletiano, parecía querer reducir la complejidad de la política cubana a una neta dicotomía entre los incondicionales del sistema vigente en la isla y un amasijo que engloba a todos los demás. Guanche cree sin embargo que la aportación más genial del personaje de Shakespeare es la incertidumbre que lo domina en una situación difícil. Él nos enseña, más que nada, que los grandes dilemas de la vida sólo pueden resolverse por un esfuerzo extraordinario de recta argumentación y no con adhesiones ciegas.

Historia para construir futuro

Un profundo conocimiento de los clásicos del pensamiento político y social sirve a Julio César Guanche para realizar en *¿Quiénes somos todos?* una lúcida disección de la realidad cubana que le permite aportar perspectivas sobre el futuro. Leyendo el libro, aprendemos mucho sobre la tradición republicana que guio las luchas de independencia y vemos también cómo cuando ésta se alcanzó, el injerencismo estadounidense hizo fracasar el ideal libertador, eso sí con la colaboración de una oligarquía criolla que conformaba el selecto club de los dueños del país.

La Revolución de 1959 trajo muchas reformas necesarias y un cambio de rumbo, pero en la línea de lo que ocurría en otros países del socialismo real, el sistema político no fue capaz de articular una gestión auténticamente democrática de la economía y la vida social. Los textos que Guanche ha reunido en este volumen nos muestran en toda su crudeza los problemas que se afrontan en el momento presente, pero apuntan también hacia las que pueden ser sus soluciones. La tradición republicana que él tan brillantemente reivindica y encarna nos enseña que desde un escrupuloso respeto de la independencia del país y los ideales socialistas, es posible establecer cauces para una participación efectiva de todos en la vida política. Respecto a la construcción de una auténtica democracia económica, clave del proyecto emancipador, las medidas para transferir propiedad a gente sin recursos y favorecer empresas autogestionadas, señaladas en el libro, pueden resultar vitales.

En un mundo capitalista al borde del colapso, económico y ambiental, una isla heroica que mantiene su independencia con denuedo se esfuerza por hallar su camino. Todos hemos de hacer votos por que lo halle sin caer en las falacias destructivas del mercado y la explotación, sino profundizando en lo más radical y libertario de esos ideales republicanos de larga tradición en ella que Julio César Guanche nos muestra cabalmente en *¿Quiénes somos todos?*

4.7
África

Patrice Lumumba. Biografía y selección de escritos

Publicado en *Rebelión* el 23 de abril de 2018

Nacido en 1925 en una tierra congoleña aún bajo yugo belga, Patrice Émery Lumumba fue uno de los líderes más carismáticos en la lucha por la independencia de su pueblo. Alcanzada ésta y elegido primer ministro, en cuanto confirmó las intenciones reformistas que albergaba su Gobierno fue destituido por un golpe de Estado y torturado y asesinado. Este crimen ignominioso conmovió la conciencia mundial y sirvió para poner de manifiesto de forma palmaria lo difícil que es librarse de la lacra del colonialismo. El pequeño volumen que Wanáfrica acaba de editar recuerda los aspectos esenciales de la vida de quien fue además un abanderado de la unidad africana y presenta algunos de sus escritos, con selección e introducción del politólogo y académico congoleño Georges Nzongola-Ntalaja y traducción de Elena López.

La introducción nos acerca a la formación autodidacta de Lumumba y a la evolución de su pensamiento desde el colaboracionismo con la potencia colonial hasta un compromiso firme con la independencia a partir de 1957. Tras representar a su país en 1958 en Accra en la primera Conferencia de los Pueblos Africanos, Lumumba convirtió su partido, la rama más radical del Movimiento Nacional Congoleño, en un puntal decisivo de las revueltas populares que en junio de 1960 conquistaron la independencia. El Gobierno que se constituye entonces con él al frente se declara dispuesto a poner al servicio de su pueblo la extraordinaria riqueza del país, en manos belgas y norteamericanas y con recursos tan estratégicos en ese momento como el uranio. El golpe de Estado no se hace esperar y se produce en septiembre de 1960; cuatro meses más tarde, Lumumba, junto a dos de sus compañeros, es fusilado por soldados y policías belgas, en un período convulso marcado por intentos de secesión, también auspiciados desde Occidente, de las provincias congoleñas meridionales de Katanga y Kasai del Sur, ricas en metales.

Entre los textos presentados en el libro encontramos en primer lugar un poema que recuerda el atroz pasado a que fue condenado el hombre negro y saluda un alba de esperanza en las luchas actuales. Los primeros discursos recogidos, como el famoso de la ceremonia de independencia, insisten en la intención de abrir una era en que justicia social y unidad africana se plantean como objetivos esenciales del nuevo Estado, y éste se compromete a colaborar lealmente con todos los del mundo. Se denuncia con firmeza luego la agresión imperialista en Katanga y Kasai, que buscaba el desmembramiento del Congo con la complicidad en ocasiones de la ONU. Los emotivos fragmentos finales narran el maltrato recibido tras su detención y manifiestan esperanza de que, más allá del sacrificio personal que ve inevitable, al fin se alcance un tiempo en que «*África escribirá su propia historia y será una historia de gloria y dignidad al norte y al sur del Sáhara*».

Patrice Lumumba se convirtió tras su asesinato en referente en la lucha por lo que se ha denominado la «segunda independencia», que no es otra cosa que la emancipación de los pueblos de los poderes neocoloniales que coartan su desarrollo. Desgraciadamente sin embargo, entre los que reivindican su legado no faltan algunos que lo utilizan simplemente como señuelo para engañar a las masas y acceder al poder, desde el que están dispuestos a perpetuar los mecanismos de explotación. Por esto es hoy más necesario que nunca acudir a unos escritos que trasparentemente ponen de manifiesto las tareas urgentes a acometer y evidencian de esta forma la doblez de los que usurpan la memoria de un hombre que lo dio todo en defensa de sus ideas.

Biografía y selección de textos de Mehdi Ben Barka

Publicado en *Rebelión* el 26 de febrero de 2019

Su voz les resultaba demasiado peligrosa y poco les costó silenciarla. Nada se ha vuelto a saber de él tras su secuestro el 29 de octubre de 1965 en París, cuando preparaba la Conferencia de Solidaridad de los Pueblos de África, Asia y América Latina, la denominada Tricontinental, que se celebró en La Habana el año siguiente. En ese momento, Mehdi Ben Barka era uno de los más destacados entre los que buscaban una vía de solidaridad y movilización por sus derechos de los oprimidos del mundo, supervivientes del holocausto colonial condenados a subsistir en la feroz desigualdad creada y mantenida por las políticas neocoloniales. Su desaparición fue un infame crimen de Estado en el que participaron los servicios secretos franceses y el Gobierno marroquí, pero aún hoy el Estado francés se niega a dar acceso a los expedientes que detallan la identidad de todos los culpables del crimen.

Con una introducción de su hijo Bashir, el libro (Wanáfrica ediciones, trad. de Roser Vales) nos acerca a la vida y el pensamiento y recoge una selección de escritos de Mehdi Ben Barka, un hombre nacido en Rabat en 1920 en una familia humilde, que se implicó desde muy joven en la lucha por la independencia de su país. Aunque ésta llegó al fin en 1956, él estaba entre los que vieron claro que en ese momento la explotación colonial sólo cambiaba de forma para continuar a través de la dependencia económica respecto de la metrópoli. Así, descontento con la política del Istiqlal en el que había militado hasta entonces, funda en 1959 la Unión Nacional de Fuerzas Populares (UNFP), que aspira a dotar a Marruecos de una Constitución democrática como primer paso hacia políticas sociales que eleven el nivel de vida de la población. Por supuesto, esto no es bien visto desde el poder y en 1963 se ve obligado a exiliarse definitivamente.

Ben Barka llega a la conclusión de que la mejor estrategia para la lucha planteada debe basarse en la solidaridad entre los que en diferentes rincones del planeta afrontan retos similares, y así pronto comienza a colaborar con organizaciones que trabajan en este sentido. En 1965 es nombrado presidente del comité preparatorio internacional para la conferencia de la Tricontinental, y su capacidad de análisis y sus buenas relaciones con dirigentes revolucionarios de todo el mundo saben ir allanando dificultades para que ésta al fin quede fijada para enero de 1966 en La Habana con unos objetivos claros: apoyo a las luchas en curso (Vietnam, Palestina, Congo), acciones contra el *apartheid* y otras discriminaciones, y movilización contra la explotación neocolonial e imperialista y sus agresiones armadas. Su secuestro y asesinato fue la respuesta del poder ante este reto.

Entre los textos recogidos encontramos discursos, conferencias y artículos, fechados entre 1957 y 1965, sobre temas diversos. Hay proyectos educativos para el joven país, en el ámbito universitario o el de las comunas rurales que proponía crear, y también análisis de las relaciones franco-magrebíes, apostando por una auténtica emancipación respecto al neocolonialismo europeo y una asociación de las naciones del Magreb, que debía alcanzar el terreno político; en este sentido, la independencia de Argelia se planteaba como objetivo prioritario. En un contexto aún más amplio, se contempla con optimismo la organización de las masas populares del tercer mundo y su lucha por el desarrollo y la justicia en la estela de la conferencia de Bandung de 1955, aunque los retos tácticos y estratégicos son enormes y la resistencia está a la vista, como pone de manifiesto el asesinato de Patrice Lumumba en 1961. El peligro es siempre que tras la independencia nominal, las élites locales acaparen el poder e impongan una relación neocolonial.

Se incluye también un informe elaborado por Ben Barka para la secretaría general dela UNFP en 1962, tras la sangrienta represión en marzo de aquel año, saldada con centenares de muertes, de la explosión de ira popular ante la deriva autoritaria del régimen. El texto analiza la situación en Marruecos, que el autor considera revolucionaria, pues la explotación colonial pervive a través de las estructuras feudales y las leyes del mercado capitalista. Esto hace necesaria una movilización para implantar una auténtica democracia que desarrolle armoniosamente la economía del país, con la reforma agraria como elemento fundamental. El último documento presentado es el vibrante llamamiento a los pueblos del mundo para participar en la Tricontinental y unir sus fuerzas «*en la batalla decisiva contra el imperialismo, el colonialismo y el neocolonialismo*».

Resulta vergonzoso el complot de silencio establecido en torno a la desaparición de Mehdi Ben Barka, que obstaculiza los intentos de su familia y abogados de desenmascarar a todos los responsables de aquel crimen. Sin embargo, perpetuando la infamia, lo que consiguen en realidad sus ejecutores, es crear un símbolo vivo que alienta en el corazón de los oprimidos, pues como certeramente señaló Jean Ziegler: «*En los tres continentes, hay hombres y mujeres solidarios que retomarán la lucha por la emancipación de los pueblos. Las visiones, el ejemplo y la lucidez de Mehdi Ben Barka y el recuerdo de su sacrificio serán como una luz que alumbrará el camino de los insurgentes*».

Biografía y selección de textos de Frantz Fanon

Publicado en *Rebelión* el 12 de marzo de 2019

Este volumen de la colección Pensamiento africano de ayer para mañana, de Wanáfrica ediciones (trad. de Marta Patrón), se abre con un texto de Mireille Fanon-Mendès-France, que nos introduce en el pensamiento de su padre, plenamente vigente hoy, como se encarga de demostrarnos, pues su insistencia en el papel desempeñado por las élites locales en la explotación colonial nos da la clave de la pervivencia de ésta a través de los mecanismos neocoloniales. Sólo así se explica la atroz desigualdad del mundo partido en dos que vemos alrededor, y el dominio absoluto de unos Estados y poderes económicos occidentales que siembran de dictaduras el tercer mundo, intervienen con sus ejércitos cuando y donde lo juzgan necesario, y arruinan con todo ello cualquier esperanza. Los medios de comunicación hacen digerible la siniestra farsa poniendo al servicio de los capitalistas la conciencia de los seres humanos.

Frantz Fanon nació en Martinica en 1925 y combatió muy joven en la guerra mundial enrolado en el ejército francés. Después realizó estudios de Psiquiatría y ejerció su profesión en diversas localidades del norte de África, al

tiempo que participaba en las luchas por la independencia de Argelia. Lograda ésta, trabajó para el Gobierno provisional del país hasta su fallecimiento en 1961 a causa de una leucemia. Sus obras más importantes, *Piel negra, máscaras blancas* (1952) y *Los condenados de la tierra* (1961), tienen la virtud de sumergirnos sin contemplaciones en la perversidad del pensamiento colonial. El primer texto recogido en el libro es precisamente un extracto del capítulo 3 de la segunda obra citada, un alegato brillante sobre el triste papel en los países sometidos de las burguesías locales, incapaces tras la independencia de liderar el desarrollo económico y el progreso social, entregadas al lucro, y actuando en definitiva como simples herramientas de la vieja metrópoli en la nueva fase —neocolonial— de explotación. Es lamentable también la pervivencia del espíritu de discriminación entre las masas, que heredan los esquemas de asimetría social y tienden a apropiarse de privilegios para una determinada etnia o religión. La conclusión es que la única vía de emancipación en estos casos pasa inevitablemente por la solidaridad entre los pueblos y por dejar de lado a las burguesías anquilosadas y egoístas.

Se incluye también en el libro un texto de 1956 en el que Fanon analiza la situación de la cultura de los dominados en el contexto colonial. La supervivencia, momificada y sometida, de lo que en un momento estuvo vivo, origina la apatía de carácter y el complejo de culpabilidad que son rasgos comunes de estos pueblos. Sólo el fin de la explotación puede revitalizar las viejas formas, y se desencadena entonces un proceso profundamente liberador —auténtico deslumbramiento marcado por exaltación y reacciones paradójicas— en el que las dos culturas antes contrapuestas pueden coexistir y enriquecerse mutuamente. Por último, un artículo de 1957 presenta la atroz realidad de las torturas practicadas durante la guerra de Argelia como un corolario inevitable del racismo colonialista. Resulta significativo que las críticas de algunos intelectuales de la metrópoli a estos métodos ignoraban a sus víctimas, centrándose en el daño que ocasionaban a la conciencia de sus verdugos y al honor nacional de la potencia colonizadora.

Las muestras reunidas en este pequeño volumen han de servir como incitación a la lectura de *Piel negra, máscaras blancas* y *Los condenados de la tierra*, textos combativos que fustigan lúcidamente las mentiras y la fría superioridad de los colonizadores. El pensamiento de Frantz Fanon alumbra el camino para comprender que esa miseria que contemplamos y apenas nos conmueve, no nos es ajena, y nos enfrenta al reto de descubrir que somos todos cómplices por inacción, ignorancia y cobardía de las políticas que asuelan al planeta y sus gentes.

África Roja, de Kevin Ochieng Okoth. Recuperando la política negra revolucionaria

Publicado en *Rebelión* el 6 de noviembre de 2024

La crisis del pensamiento emancipador en que estamos inmersos se manifiesta en África de forma especial en el «afropesimismo», un concepto en boga que define el marasmo ante una situación en la que no se reconocen herramientas de análisis capaces de aportar estrategias de acción idóneas. Se trata de un desánimo racializado en el que el marxismo es desdeñado por «eurocéntrico», olvidando sus contribuciones a las luchas del siglo XX, y se mira con desconfianza todo lo ajeno a la raza negra. En esta coyuntura, el politólogo Kevin Ochieng Okoth se plantea con *África Roja*, recién editado por Verso (trad. de Carmen Alonso Menéndez), reivindicar el legado de los grandes revolucionarios africanos del siglo XX y mostrar que existe una posibilidad real de compatibilizar marxismo y radicalismo negro en la lucha por la liberación del continente. Un repaso cuidadoso de la historia que alumbra sus hitos esenciales y recuerda a sus protagonistas pone esto en claro, al tiempo que va dejando perfiladas actuaciones posibles.

Promesas y frustraciones del espíritu de Bandung

En abril de 1955, Sukarno, presidente de Indonesia, decidió celebrar la independencia de su país, conquistada unos años antes, con una conferencia en Bandung (Java) a la que asistieron representantes de veintinueve naciones de Asia y África. La meta era reforzar la solidaridad entre países recién emancipados y debatir sobre un orden mundial postimperial sin interferencia de Occidente. En plena Guerra Fría, el mensaje de este evento era que los reunidos tenían sus propios criterios y objetivos más allá del alineamiento con uno de los bloques enfrentados. El paso siguiente se dio en 1961 en Belgrado, cuando se creó formalmente el Movimiento de Países No Alineados, agrupando ya a ciento veinte naciones de todo el mundo, y con Tito, Nehru y Nasser como cabezas más visibles. La Conferencia Tricontinental de 1966 en La Habana aportó nuevo empuje y propuso medidas concretas de cooperación política, económica y militar para el tercer mundo.

Simultáneamente a estos procesos, en África se daban otros específicos que retomaban las labores de las conferencias panafricanas celebradas hasta entonces fuera del continente. En diciembre de 1958 se convocó en Accra, capital de la recién independizada Ghana, la Conferencia Panafricana de los Pueblos, y allí muchos activistas anticoloniales exiliados pudieron discutir sus estrategias. No obstante, a pesar de las buenas intenciones, lo cierto es que las independencias de muchos países en los años siguientes no supusieron avances reales para sus pueblos, pues los impulsos

emancipadores que hubo fueron abortados, con el asesinato de Patrice Lumumba en 1961, el de Mehdi Ben Barka en 1965 o el golpe de Estado en Ghana en 1966, por ejemplo. Después, la crisis económica de los 70 produjo un endeudamiento generalizado, y la ofensiva neoliberal que siguió impuso planes de ajuste que agudizaron la miseria. En este momento, las élites burguesas nacionales habían sido ya captadas o desplazadas del gobierno y una nueva clase dominante actuaba simplemente de correa de transmisión de los poderes globales, aunque haciendo alarde de un «nacionalismo diluido» no antiimperialista, sino racial o cultural.

La claudicación en los objetivos de progreso fue acompañada por una sustitución de los análisis anticoloniales de base económica por los «estudios decoloniales», auspiciados por el lingüista argentino Walter Mignolo, que atienden sobre todo a aspectos epistémicos, simbólicos y culturales. Okoth juzga certeramente esta tendencia poco efectiva para la transformación social, pues no considera adecuadamente la dinámica del capital, las clases enfrentadas y los movimientos de resistencia, y tiende demasiadas veces a enfrascarse en abstrusas conceptualizaciones y discusiones académicas a las que se adivinan fines esencialmente curriculares. En una línea similar, el «afropesimismo» que se desarrolla en los campus de California en 2006 defiende una singularidad del racismo antinegro que lo distancia de cualquier otra lucha emancipadora y lo hace imposible de superar. Lo triste del caso es que estas ideas, a pesar de sus bases teóricas endebles han conseguido amplia influencia social. Por su parte, el camerunés Achille Mbembe plantea que el afrorradicalismo de estirpe marxista que capitalizó los procesos de independencia fracasó luego por su fetichización del poder estatal y su carácter autoritario y no tiene hoy nada que ofrecer.

Buscando vías de avance a pesar de todo

El marxismo ha sido denunciado como eurocéntrico, por ejemplo por Cedric J. Robinson en *Marxismo Negro* (1983), pero lo cierto es que una lectura atenta del de Tréveris pone de manifiesto que sí tiene en cuenta la importancia de esclavismo y racismo en el desarrollo del capitalismo. Diversos autores posteriores han argumentado sólidamente que el racismo es una consecuencia de la explotación económica y no al revés, lo que explica la abolición de la trata cuando las condiciones de los mercados fueron propicias. La esclavitud se desliga de la raza también en situaciones históricas que Okoth describe en Nigeria o en el Imperio español, y que lo llevan a cuestionar conceptos esquemáticos y universalistas sobre los negros, como los de los teóricos del afropesimismo.

Aimé Césaire y Léopold Sédar Senghor ofrecen un buen ejemplo de un planteamiento que no cosechó resultados. Ellos auspiciaron en Francia a partir de los años 30 su movimiento de la «negritud», una reflexión poética sobre la esencia africana que carecía de músculo de transformación social, como demostró luego el Senghor estadista en Senegal a partir de los 60. En oposición a esto, la trayectoria de Amílcar Cabral representa para Okoth un modelo de estrategia anticolonial exitosa, que tras la independencia de Guinea-Bisáu en 1974 fue capaz de desarrollar un enfoque del marxismo enraizado en la realidad de su país. Frantz Fanon, analizado en detalle, muestra que más allá del radicalismo negro de algunos de sus textos, se comprometió en la lucha anticolonial, en la que veía una ventana de oportunidad para el ideal emancipador.

El hecho es que tras las independencias, el «socialismo africano» que trató de ponerse en práctica dio paso pronto a políticas económicas al servicio de las viejas metrópolis y autoritarismo creciente, como prueba el recorrido por escenarios de todo el continente que realiza Okoth. Este fracaso se incardinó a partir de los 80 con el neoliberalismo que se impuso y afianzó un neocolonialismo depredador, capitaneado por élites negras locales captadas. Según el análisis, el proceso estaba viciado también al no potenciarse las fuerzas populares que podían desafiar democráticamente al Estado. Lo que caracteriza la situación actual es la ausencia de planteamientos anticapitalistas capaces de sacar provecho de las mejores tradiciones anticoloniales de una tierra pródiga en ellas.

Kevin Ochieng Okoth explora en *África Roja* el origen de los problemas del presente en los proyectos fallidos y los errores del siglo XX, pero extiende su crítica también a los que predican el desánimo hoy mismo teorizando sobre un racismo impreso en el ADN de Occidente. Más allá de esto, se nos demuestra con rigor en el libro que hay un camino posible, de racionalidad y conciencia, para retomar las movilizaciones y luchas por el socialismo en el continente negro.

4.8
Necesidad y crítica del ecologismo

Vidas a la intemperie, de Marc Badal. Nostalgias y prejuicios sobre el mundo campesino

Publicado en *Rebelión* el 21 de noviembre de 2017

Marc Badal (1976) está empeñado en conjugar la teoría y la praxis de la agroecología, a la que ha dedicado ya varias obras. Entre ellas destaca *Vidas a la intemperie*, que fue editada por Campo Adentro en 2014 y reaparece ahora de la mano de Pepitas de calabaza y Cambalache con prólogo de Irene García Roces. Este libro nos transmite el duelo por algo que se ha ido y a la vez una invitación a visitar las huellas que ha dejado, porque eso implica conocer nuestro origen y poner una base para lo que hay que construir. El volumen lo completa «Mundo clausurado» (2016), una mirada sobre la fractura histórica que supone el paso del agro diversificado y adaptado al medio, al monocultivo. Éste se examina desde el desarrollo de las plantaciones coloniales en América y Asia que hicieron posible la modernidad capitalista hasta hoy mismo, con la nueva agricultura basada en petróleo y pesticidas químicos que nos lleva a una «*intoxicación permanente a través de un sistema productivo que se desarrolla sobre un medio aséptico y desinfectado*».

La ciudad como sede del poder y de la cultura. El campo como territorio en extinción: «*Lo que se ve de soslayo desde la ventanilla para mantener la ficción de que existen ciudades distintas*», espacio colonizado espiritualmente por la televisión y la prisa, despojado de sus cadencias y sus liturgias. Marx y Engels predijeron que el mundo campesino caería arrollado por la industrialización; hoy vemos la profecía cumplida, un etnocidio con rostro amable. Los urbanitas adoran sobre todo regresar en sus ocios a lo que ya no existe en parodias como el turismo rural: cuentos de la abuela, viejos recuerdos y repostería. Sin embargo, otros se empeñan en saber de aquel mundo complejo en equilibrio, dotado de sus propias leyes, en el que todo se aprovechaba y la variedad favorecía la supervivencia, en el que era costumbre deleitarse con los ritmos de la vida y con la obra bien hecha.

Pero el libro recoge otras ideas que las de Marx y Engels, proyectos que no fructificaron. Bakunin creía en el potencial de los campesinos rusos para protagonizar una revolución que impidiera el desarrollo en Rusia del infierno capitalista. Los *naródniki* intentaron en la década de 1870 el acercamiento al pueblo, pero encontraron desconfianza y hostilidad en exceso; la siguiente estrategia para despertar a las masas fue el terrorismo. Aleksandr Vasílievich Chayánov trató de reorganizar la agricultura rusa tras la revolución según un modelo cooperativista, pero en 1929 se impuso la gran colectivización; en 1932 es deportado a Kazajistán y en 1937 ejecutado. Ellos soñaron otros mundos, la pervivencia del campo, la salvación del hombre.

Echando la vista atrás, vemos que la Alta Edad Media se caracterizó por un vacío de poder hegemónico, y tal vez por eso fue la edad de oro del campesinado. El feudalismo pudo no ser tan malo; el desastre viene luego. Un listado de revueltas rurales en Europa desde el siglo XVII resulta abrumador, y hay que contar también con la protesta silenciosa y cotidiana, del furtivismo por ejemplo. Resistencias frente al explotador, aunque los paisanos demasiadas veces fueron utilizados por los sectores más reaccionarios en sus luchas contra la revolución. Sin embargo, su conservadurismo no era el de los poderosos, sino sólo el de quien pretende mantener a flote su propio mundo. Los sueños truncados los llevarán a pactar con los señores pequeñas mejoras, un reformismo de supervivencia.

La literatura con frecuencia tiende a idealizar la vida rural, de los clásicos griegos y latinos al campo patriarcal, donde armonizan las clases, de los realistas conservadores como Pereda, pasando por la *Arcadia* de Lope o el discurso a los cabreros del *Quijote*. Otras veces, enfrentado con la dura existencia de la aldea, un escritor siente como propio el drama que contempla; es el caso de *Cristo se detuvo en Éboli* de Carlo Levi o *Gente de las pusztas* del húngaro Gyula Illyés, y poetas como Fred Kitchen o Stephen Duck. No faltan tampoco autores que reflejan la visión distorsionada que las clases dominantes tienen del paisano, inculto y egoísta, como ocurre en Balzac, Zola o Maupassant.

Tras la barahúnda de las miradas sobre el campesino, el libro trata de explorar también cómo se veía él a sí mismo. Conscientes de ser la base de la pirámide social, alimentando a todos y a todos sometidos, se sentían inferiores, vulnerables, las vidas a la intemperie del título. Atados al terruño, inervaciones del páramo o la dehesa, ellos dieron forma a un mundo que sólo recorrían cuando eran reclutados como carne de cañón para los ejércitos. Bosques, caminos, praderas y puentes son su obra anónima en la que no los reconocemos. Vivían sumergidos en lo que nosotros llamamos «el paisaje» y ellos percibían como parte de sí, atentos a signos que marcaban los ritmos de la vida y la muerte, la cosecha y el hambre, tan simples como una nube o un brote en la tierra. Los conceptos de lo bello y lo útil no se habían escindido aún en ellos.

Su conocimiento se basaba en la observación, con todos los sentidos, de la naturaleza y la labor de los mayores,

y era capaz de hallar en el acervo de la experiencia colectiva pautas para guiarse en el arriesgado oficio de reproducir la vida; pistas y patrones, pero nunca certezas: «*Se dice que...*», «*Muchas veces ocurre así...*». Y cuando todo es oscuro, la superstición crea máscaras de seguridad a las que aferrarse.

La vida campesina muestra con frecuencia un aliento de auténtica comunidad, de existencia compartida, en trabajos y cosechas, en fiestas y rituales, aunque el orden social a veces degenere en espantos como lo que nos narra Ismail Kadaré en *Abril quebrado*; muerte y venganza repetidas en un duelo sin final.

Somos hijos de los que se fueron sin escribir su historia, dejándonos apenas un esbozo de sus representaciones del mundo. En *Vidas a la intemperie* la memoria y la mirada se entrecruzan para tejer el retrato de algo perdido que necesitamos recuperar porque nos va la vida en ello, un lugar donde, con todos sus pesares, el trabajo era armonioso y se ceñía a los ritmos de la naturaleza: «*Las canciones de labranza de los campesinos de Tivissa (Tarragona) presentaban una configuración musical muy parecida a las que cantaban las madres para acunar a sus criaturas. Labrar la tierra y mecer la cuna eran dos actos de una intimidad equiparable. El campesino mostraba al cantar cómo vivía su relación con la tierra. La despertaba del sueño veraniego con el mismo tacto con que una madre duerme a su pequeño*».

Fe de erratas, de Marc Badal. Urgencia y retos de la agricultura ecológica

Publicado en *Rebelión* el 29 de julio de 2020

Marc Badal (1976) dejó su Cataluña natal para vivir la relación con la tierra que más le atrae, desarrollando proyectos agroecológicos en el Pirineo navarro, y esta labor le ha servido para profundizar en la reflexión teórica y la búsqueda de alternativas a los modelos de explotación dominantes. Su principal trabajo hasta el momento: *Vidas a la intemperie*, vio la luz en 2014 y a través de sucesivas reediciones se ha convertido en este breve tiempo en un clásico de la reivindicación de la cultura rural. Esta obra nos sorprende con una erudita y lírica investigación de la historia, naturaleza, ritos y contradicciones del campesinado, clase social sacrificada al progreso capitalista en un etnocidio de rostro amable, en el mejor de los casos. El pequeño volumen que reseñamos ha sido publicado por Cuadernos de Contrahistoria y reúne tres artículos aparecidos en revistas especializadas, precedidos de un prólogo del editor.

Ciencia agroecológica contra el mito del progreso

El primer trabajo incluido: «Viejas herramientas para nuevas agriculturas» es de 2009 y analiza los problemas de la imposición de la agricultura industrial en la era del capitalismo neoliberal. La inviabilidad de los nuevos sistemas de producción resulta evidente en muchos casos a través del agotamiento de recursos hídricos, el empobrecimiento del suelo y la biodiversidad o la dependencia del petróleo y sus derivados. Sin embargo, la vuelta atrás tropieza con enormes dificultades, pues la vieja vida campesina se ha ido de forma irreversible y su ciencia se pierde con el fallecimiento de los que la atesoraban.

En estas condiciones, se hace necesaria una teoría alternativa, y así surge la agroecología, una corriente que, según Miguel Ángel Altieri, el más popular de sus divulgadores, analiza los diversos modos de cultivo, atenta a su productividad, pero también a la reproducción de los ecosistemas y las comunidades ligadas a ellos, y preocupándose de definir «*las bases ecológicas de una agricultura sostenible*». Con este planteamiento, cuestionar la agricultura industrial es en realidad defender los valores de la más tradicional y es fácil rebatir el dogma de la «*inevitable extinción del campesinado*». Aunque acecha el peligro de una agroecología domesticada, reducida al ámbito académico y ayuna de cualquier crítica al caos imperante, es cierto que el concepto puede servir para fundamentar las luchas de movimientos sociales amplios y poderosos, como los que despiertan por toda Latinoamérica.

El artículo sintetiza después los métodos, desafíos y contradicciones que hallamos en la práctica cotidiana de los colectivos que tratan de cultivar la tierra y vivir de sus frutos por diversos rincones de nuestra península y en un medio muchas veces desestructurado y dejado a su suerte. La experiencia demuestra que hay un hondo depósito de sabiduría en las gentes más longevas del lugar, aunque el acceso a él requerirá vencer desconfianzas, y que las herramientas y técnicas que fueron útiles durante siglos pueden seguir siéndolo, al margen de su belleza o atractivo «turístico». Las dinámicas de colaboración entre grupos aportan también un gran potencial, y se dan de ello ejemplos interesantes.

Para terminar se repasan los intentos de caracterizar la vida y cultura del campesinado, oscilantes entre la idealización de los que los consideran «anarquistas naturales» y el énfasis de otros en su inmovilismo y conservadurismo. En cualquier caso, en el desquiciado momento que vivimos, el acercamiento a los conocimientos y prácticas rurales se ofrece como un instrumento valioso para diseñar los escenarios alternativos imprescindibles.

La agitación rural frente a sus límites

«Fe de erratas», de 2012, tantea las dificultades más comunes entre los que buscan en el regreso a la tierra una vida

al margen del sistema. Es la inconsciencia de personas que creen salir de una ciudad que llevan dentro, y huyen de ella sin saber que el territorio de promisión al que viajan ya no existe. De esta forma, las experiencias de los que «regresan al campo» enfrentan retos endógenos y exógenos de ardua superación, de los que no es el menor la competencia del «capitalismo verde», docto en urdir estrategias de máxima rentabilidad. El autor nos pone de bruces frente a una realidad incómoda en un texto que destila amargas lecciones en carne propia y un caudal de ilusiones y desencantos.

Por último, «Sasé. Octubre quebrado» es una crónica de las luchas por la ocupación del pueblo de este nombre en el Pirineo, con los detalles del desalojo por la guardia civil, obedeciendo órdenes del Gobierno «socialista» aragonés en octubre de 1997. Cuatro años después, muchos de los que sufrieron aquello se dieron cita en una plaza del casco antiguo de Huesca, frente a la audiencia provincial donde se juzgaba a nueve personas enfrentadas a duras penas de cárcel: «*El juicio se convirtió en un alegato político en defensa de la okupación rural que sirvió para recordarnos a nosotros mismos (...) cuáles son los motivos que nos empujan a seguir adelante con nuestros proyectos, con estos pequeños mundos que vamos creando a contracorriente, tan llenos de carencias y contradicciones como de ilusiones y pequeñas alegrías*». Hay que decir que a día de hoy las experiencias de okupación rural siguen con éxito por todo el Alto Aragón.

Post Babilonia, de Miquel Amorós. La metrópolis contra el derecho al territorio

Publicado en *Rebelión* el 28 de abril de 2022

Un elemento crucial del capitalismo actual es la tendencia a la reclusión de los seres humanos en mastodónticas urbes en las que se niega su derecho al territorio y se hacen imposibles formas de vida alternativas al mercado. El análisis de este proceso es imprescindible para superar el sistema económico vigente, y éste es el objetivo que Miquel Amorós se plantea en su último trabajo: *Post Babilonia*, que Virus acaba de editar. La caracterización de la situación global va seguida de un recorrido por diversos escenarios del desastre y así al fin se consigue proponer actuaciones posibles para revertirlo.

Miquel Amorós (Valencia, 1949) ha profundizado en la historia del movimiento libertario durante la guerra civil española en obras como: *La Revolución traicionada. La verdadera historia de Balius y los Amigos de Durruti* (2003), *José Pellicer. El anarquista íntegro* (2009), *Maroto, el héroe, una biografía del anarquismo andaluz* (2011), *Durruti en el laberinto* (última edición en 2014) o *La Columna de Hierro. Hechos reales, hazañas y fabulaciones sobre la célebre milicia revolucionaria del proletariado* (2021). Todos estos trabajos tratan de aquilatar las circunstancias de un momento histórico excepcional, una rara ventana de oportunidad en la que la construcción de una sociedad sin explotación estuvo al alcance de la mano y fue frustrada no sólo por la ofensiva fascista, sino también por la cortedad y cobardía del bando republicano.

Aparte de estas aportaciones historiográficas, Amorós ha dedicado notables esfuerzos a la crítica social del momento presente, articulando propuestas anticapitalistas y antiautoritarias en títulos como: *Perspectivas antidesarrollistas* (2011), *Salida de emergencia* (2012) o *Fuck Green New Deal. Colapso y alternativas: anticapitalismo y autogestión* (2020), entre muchos otros.

En la introducción de *Post Babilonia*, su autor plantea cómo el sistema capitalista, con su mercantilización de todo, tiende asimismo a una «urbanización» universal, a través de una expansión irrefrenable de los «hábitos automovilistas» y una asimilación para el «consumo verde» del hábitat natural. Las herramientas más útiles en esta colonización son la pantalla idílica del «desarrollo sostenible» y la cobertura tecnológica de la «digitalización». De esta manera, cualquier entorno virgen puede convertirse sin mayores dificultades en un *smart territory*, que no es en realidad más que «*un supermercado con todos los atributos de una cárcel*».

Un recorrido por la historia de la ciudad muestra que ésta goza de un alto grado de autonomía hasta que, con la Revolución Industrial, todo queda sometido a las leyes del mercado y los intereses del Estado nacional. El declive se agudiza tras la Segunda Guerra Mundial, con el dominio del automóvil y la industrialización de la agricultura, y ya en la era neoliberal se asiste a la entronización de un espacio fláccido, sin distinción entre centro y periferia, caracterizado por motorización, despilfarro energético, contaminación, eclipse de la conciencia de clase y polarización social extrema. Se impone así una existencia digitalizada y controlada tecnológicamente en la que lo humano deviene en una prótesis de la máquina.

Tres escenarios del desastre

En Latinoamérica, la colonización española dio lugar a ciudades que disfrutaban de cierta libertad, y en el medio rural pervivieron en ocasiones estructuras comunitarias previas a la conquista. Éstas están presentes luego en las luchas de independencia, pero sucumben en los Estados nacionales que abren camino al capitalismo. En el caso de México, el siglo XX, tras el fracaso de los intentos revolucionarios, está marcado por urbanización e industrialización que entran en crisis en los 80, cuando el país es entre-

gado al capital internacional. A partir de entonces, triunfan las megalópolis, antros de segregación social, delincuencia y colapso ambiental, y también de mafias y militarismo. Los movimientos emancipadores que logran articularse, como el de 1994 en Chiapas, no consiguen impregnar el dominio urbano, siempre refractario a su influencia, y así se concluye que el desmantelamiento metropolitano ha de ser el eje del pensamiento crítico y la acción transformadora.

Otro escenario analizado es el Pirineo catalán, donde tras la crisis de 2008-2014 el turismo se ha convertido en principal motor económico, al tiempo que la existencia tradicional es arrasada y el territorio mercantilizado para el esparcimiento de quienes han sido engullidos por urbes que no cesan de crecer. El desastre en marcha se trata de aliviar con cataplasmas de desarrollo sostenible, pero sólo podrá ser revertido a través de una recuperación del territorio por sus habitantes, con autogobierno y trabajo colectivo. El objetivo es frenar los megaproyectos lesivos y repoblar lo que ha sido vaciado, para restablecer formas de vida integradas en el entorno.

El archipiélago balear ha sido sometido en los últimos cincuenta años a una mutación radical que ha degradado el medio natural al servicio del turismo intensivo. La destrucción del paisaje corre a la par del desmantelamiento del pujante sindicalismo de los 70, que hace posible una explotación económica sin cortapisas. Los movimientos en defensa del territorio que se suceden hasta hoy desgraciadamente no afrontan el problema con perspectiva global y aquí también se propone la panacea de un turismo «verde y sostenible». Sin embargo, como se reconoce, «*el combate por una sociedad estable, descentralizada, cooperativa y ecológica es fundamentalmente un combate contra los intereses creados en la explotación del territorio, y por consiguiente, una confrontación con la oligarquía política, empresarial y financiera que dirige los destinos del archipiélago*».

Bases para una alternativa

El capital ha hipertrofiado la ciudad haciéndola inhabitable, pero la conciencia del descalabro ha permitido plantear alternativas. Autores como Patrick Geddes o Lewis Mumford abogan por una descongestión y reparto racional de la población, con energía y agricultura en entornos próximos. Sin embargo, el intento de compatibilizar esto con el progreso económico hace su fracaso inevitable y la ordenación del territorio deviene fatalmente disfraz científico de la especulación inmobiliaria. Los hitos de la conquista de los enclaves naturales por el capital en las últimas décadas muestran cómo ésta es adecuadamente vendida, cuando resulta conveniente, como respetuosa y ecológica, pero es evidente que la dinámica impuesta aboca a un horizonte de colapso energético y estallidos sociales.

En *Post Babilonia*, Miquel Amorós nos acerca también a los escenarios de resistencia que surgen frente a la invasión del capital y sus privatizaciones, movimientos que toman forma a todos los niveles, vecinales y campesinos, y construyen proyectos de democracia y autogestión, únicas vías para la defensa del territorio. El objetivo sería, a fin de cuentas, desurbanizar el campo y ruralizar la urbe, pero se reconoce que esto no está exento de dificultades, pues los destinados a esta misión llevan en sí el estigma crematístico y competitivo de la ciudad deshumanizada. En cualquier caso, se concluye que la salvación de la periferia sólo puede ser posible a través de una disgregación del autoproclamado y difuso centro, tanto urbano como capitalista.

La tragedia de Espartaco. Hacia una ecología libertaria (1949-1958), de André Prudhommeaux. Antología de un precursor del ecologismo

Publicado en *Rebelión* el 23 de mayo de 2023

André Prudhommeaux abandonó su profesión de ingeniero para comprometerse con la Idea libertaria, y fue capaz de desarrollar en su madurez un pensamiento original que anticipa muchos aspectos, de reflexión ética y ecológica, esenciales hoy día para construir una alternativa al capitalismo del desastre.

La tragedia de Espartaco. Hacia una ecología libertaria (1949-1958) ha sido editado por Milvus y El salmón en 2021 y reúne trece fragmentos que muestran a las claras la lucidez y la vigencia de un pensador que supo ver más allá de su tiempo. José Ardillo se ha encargado de la traducción y la selección de los textos y aporta además un prólogo que sintetiza las claves biográficas e ideológicas de su autor.

Nacido en el falansterio de Guisa, en el norte de Francia, en 1902, André Prudhommeaux realizó estudios de Ingeniería Agrícola y Botánica y comenzó pronto una militancia política que lo llevó del comunismo disidente al anarquismo. A cargo de una imprenta cooperativa desde 1931, editó publicaciones libertarias y durante nuestra guerra civil pasó una temporada en Barcelona, cuyas experiencias le sirvieron para tomar postura contra la estrategia de colaboración gubernamental de la CNT.

Refugiado durante la guerra mundial en Suiza, donde la actividad política le estaba prohibida, Prudhommeaux trabajó allí como traductor de poesía y crítico literario, y tras la contienda se instaló en Versalles y siguió con sus contribuciones libertarias. Hay que decir, sin embargo, que su pensamiento en esta etapa de conmoción histórica acusa influencias variadas que van del reformismo radical de William Godwin y el individualismo de Émile Armand, al humanismo antiautoritario de su buen amigo Albert Ca-

mus o la clarividencia de los poetas románticos ingleses, sin olvidar su arraigada devoción a la tierra y el campesinado. Aquejado de la enfermedad de Parkinson desde 1960, Prudhommeaux falleció en Versalles en 1968.

Una visión novedosa y sugestiva de la dialéctica social

En «La tragedia de Espartaco», texto escrito a finales de los años 40 y el más extenso incluido en el volumen, nuestro ingeniero reflexiona sobre la Revolución alemana de 1918-1919 desde una perspectiva que pronto advertimos que se caracteriza por un ferviente individualismo. Frente a la óptica marxista, centrada en los movimientos de masas, él arguye que sólo el empeño libertario justifica la acción revolucionaria. Es por ello que reivindica a los socialistas premarxistas en su afán de construir una sociedad abierta, pluralista y laica en la que reinara la justicia y la explotación fuera abolida. No dialéctica de masas, sino triunfo de la libertad individual: «*No hay raíles ante el hombre, sino una infinidad de posibilidades*».

Ahondando en esta visión, la revuelta de Espartaco y sus gladiadores sirve a Prudhommeaux para aclarar un aspecto clave. Según él, los esclavos estaban sentenciados porque no conocían otra liberación que la de las armas, sin darse cuenta de que la emancipación exige dotarse de unos medios de subsistencia que puedan ser generados con justicia y libertad. En la lucha por el poder es imprescindible un modelo social y económico alternativo.

En otros escritos de esta época, Prudhommeaux insiste en la revolución como proceso no violento que ha de alcanzarse a través de una mutación de las conciencias y valora especialmente el rol de la tierra y la agricultura en la lucha por la construcción del nuevo mundo. «Necesidad de la autarquía» contiene un llamamiento a vivir por los propios medios, de manera libre e independiente. «Voluntarismo y fisiocracia» se rebela contra los intentos de negar la historia y la naturaleza, y apuesta de nuevo por la libertad más allá de un determinismo esterilizante. La emancipación humana resultará del empeño de la voluntad contra los límites que impone el mundo.

En el análisis del pensamiento de Prudhommeaux que realiza en el prólogo, Ardillo nos invita a reconocer, tras una terminología a veces algo confusa o arcaica (fisiocracia, voluntarismo) un impulso que hoy llamaríamos «ecológico» y es rabiosamente actual. Las conexiones que se señalan con otros autores del siglo XX, como Gustav Landauer, George Woodcock, Murray Bookchin, Felipe Alaiz o Iván Illich, entre muchos otros, son esclarecedoras.

«¿Marxismo o anarquismo?» presenta una interesante confrontación entre las dos ideologías, con aceradas críticas al de Tréveris. Otros artículos abordan asuntos de economía. Prudhommeaux reprueba el uso de la renta per cápita para cuantificar el «desarrollo» de un país, pues reivindica una forma de vida respetuosa con el medio ambiente y ajena al desarrollismo. Denuncia además los estragos de «*la tecnocracia industrial aplicada a la agricultura*», y como método de lucha contra la pobreza defiende el reparto de tierras a los campesinos. En la crisis de Hungría en 1956, apunta a los resultados desastrosos de la planificación burocrática de las políticas agrarias como una de las claves del fracaso del modelo económico impuesto en el país.

En un texto revelador, «La lucha de clases en 1956», Prudhommeaux muestra su desengaño ante la nueva clase obrera, especializada y consumista, que observa en ese momento, y aboga por un anarquismo capaz de crecer entre los «independientes», los trabajadores autónomos que son sus propios patronos, rescatando muchas luchas olvidadas pero nunca extintas. Los últimos fragmentos incluidos contienen críticas de una ciencia y una tecnología en las que el autor ve más afán de poder y soberbia que amor desinteresado a la verdad. Así, en un artículo de 1956 reflexiona sobre los ominosos ensayos de armas nucleares que se prodigaban en la época, y en otro de 1958 expresa su rechazo a los que se prosternan ante la ciencia como si de una nueva religión se tratara.

Es la primera vez que se presenta en castellano una antología de textos de André Prudhommeaux y hay que felicitar a José Ardillo y a los editores por la buena idea. El enfoque elegido reivindica además un aspecto de su pensamiento especialmente interesante. A través de la lectura de *La tragedia de Espartaco* nos damos cuenta de que durante los «treinta gloriosos», cuando casi todos jaleaban orgullosos a una humanidad sólidamente encarrilada en la vía del crecimiento inmarcesible, algunas voces lúcidas avisaban ya de lo monstruoso del empeño y señalaban al equilibrio con el planeta como única vía posible de libertad y emancipación.

Ecofascismo: Lecciones sobre la experiencia alemana, de Janet Biehl y Peter Staudenmaier

Publicado en *Rebelión* el 14 de octubre de 2021

La historia reciente de Alemania ofrece un buen ejemplo de cómo las ideas más nobles pueden ser distorsionadas con resultados terribles. Para que esto ocurra, sólo es necesario que la mezcla de ingredientes que se agitan en la coctelera mental sea la adecuada. Ecología y nacionalismo, por ejemplo, con pródigas dosis de racismo y darwinismo social revelan un poder destructor que no puede dejar de sorprendernos.

Los pensadores y activistas norteamericanos Janet Biehl (1953), de quien reseñaba hace poco en *Rebelión* la mo-

numental biografía que dedicó a su compañero de muchos años Murray Bookchin, y Peter Staudenmaier (1965) nos muestran en *Ecofascismo: Lecciones sobre la experiencia alemana*, a partir de un trabajo de documentación exhaustivo, cómo la preocupación ecológica y el culto a la naturaleza fueron elementos de gran importancia en la teoría y la praxis del nacionalsocialismo. El análisis resulta aún más alarmante cuando se aportan pruebas de la pervivencia de esta inquietud ambiental en los movimientos autoritarios de hoy mismo en Alemania. El libro, tras dos ediciones inglesas en 1995 y 2011, ha sido publicado en castellano por Virus en 2019 (trad. de Paula Martín Ponz).

El ecologismo hitleriano

La primera parte de la obra, escrita por el segundo de los autores, está dedicada al ambientalismo nacionalsocialista, y comienza por rastrear sus orígenes durante el siglo XIX en E. M. Arndt y su discípulo, W. H. Riehl. Estos pensadores, paladines de un respeto reverencial por la naturaleza y un nacionalismo radical y xenófobo, alcanzaron relevancia social en el movimiento *völkisch* («popular»), opuesto a la industrialización y la modernidad en las que veía una conspiración judía, pero no con argumentos de clase, sino a través de irracionalismo y antiurbanismo. El biólogo darwinista E. Haeckel defiende en esos años la superioridad racial nórdica en la «inevitable» lucha por la existencia y aporta «argumentos científicos» a la ideología de racismo, nacionalismo e imperialismo. Él acuña en 1869 el término «ecología», que surge de esta forma con unas connotaciones netamente reaccionarias.

Ya en el siglo XX, el movimiento juvenil Wandervögel («pájaros errantes») es un hippismo *avant la lettre* que no logra articular una teoría ni una praxis emancipadoras, y acaba sucumbiendo al canto de sirena hitleriano y su rebelión violenta contra los enemigos de la patria y el *Volk* ultrajados. Es éste un ejemplo magnífico de a dónde conduce el apoliticismo en tiempos turbulentos. En esta deriva son esenciales filósofos como L. Klages, pacifista obsesionado por una destrucción del planeta en la que sólo ve el maléfico resultado de la racionalidad moderna, o M. Heidegger, crítico de la tecnología y el humanismo antropocentrista y adorador de la *Heimat* («madre patria»).

El auge del partido nazi va acompañado de una «religión de la naturaleza», mezcla de misticismo teutónico e irracionalismo, que al humanismo moderno contrapone el organicismo, un énfasis en la subordinación de unas partes a otras en todo lo vivo. En un contexto de lucha a muerte, esta visión justifica el derecho a imponerse de la raza superior, que sería como la cabeza del organismo, y el impulso se materializa en programas como *Blut und Boden* («sangre y tierra»), promovido entre otros por el apóstol de los cultivos orgánicos y la anexión territorial R. W. Darré. Para este personaje, ministro de Agricultura entre 1933 y 1942, la sangre alemana otorgaba un derecho inalienable y sagrado a la tierra contra «razas nómadas» como los judíos. La gran mayoría de los campesinos apoyó entusiasta a quien velaba por sus patrimonios y vindicaba una gran Alemania agrícola, sostenible y ecológica, que surgiría de la «inevitable» expansión hacia el este en busca de *Lebensraum*.

Fue esencial también la adhesión a estas tesis de R. Hess, segundo tras H. Göring en la línea de sucesión al Führer, y hay que decir que el máximo responsable de la industrialización intensiva, F. Todt era otro ecologista convencido que veía, por ejemplo, su ingente plan de autopistas, como «*una expresión del paisaje circundante y la esencia alemana*». El principal colaborador de éste, A. Seifert, apodado «Sr. Madre Tierra» en el partido, era incluso más radical que él en estos asuntos. No obstante, tras el vuelo de Hess a Gran Bretaña en 1941 y la muerte de Todt más la dimisión de Darré al año siguiente, los opositores a estas políticas, como Goebbels o Bormann, lograron desactivarlas, de forma que en los tres últimos años de guerra no tuvieron relevancia.

El ecologismo de la ultraderecha alemana hoy

La segunda parte de la obra, debida a Janet Biehl, estudia la situación en Alemania a comienzos de los 90, marcada por una crisis económica galopante y auge de populistas de derecha que tratan de atajarla con nacionalismo y xenofobia. Dentro de estos grupos, cuyo arsenal ideológico son las viejas teorías descritas anteriormente, es posible distinguir tendencias diversas en su grado de anticapitalismo o en su interpretación de la historia, pero coincidentes todas en el deseo de una Alemania reunificada y sólo para los alemanes, así como en la religión naturalista y la inquietud ambiental.

La antroposofía, fundada en 1912 por R. Steiner, y financiada hasta hoy mismo, generosamente, por corporaciones como Siemens o Bertelsmann, conjuga proyectos educativos y medioambientales interesantes con disparatadas y criminales ideas racistas. En una línea similar, R. Bahro, socialista y verde en sus años mozos y después vehemente crítico de los «camaradas sin patria», llamaba a recobrar el «lado positivo» del nacionalsocialismo y clamaba por un «Adolf verde» que salvara a Alemania de la catástrofe ambiental. Su invitación a Bookchin para una conferencia en 1990 concluyó en una inevitable trifulca en la que el neoyorquino insistió en la capacidad del ser humano para resolver sus problemas sin necesidad de dictaduras salvíficas.

Todos estos movimientos ponen de manifiesto una importante diferencia entre el darwinismo social de los anglosajones, que reivindica al «emprendedor» triunfante en la jungla capitalista, y el de estirpe germánica, fundamentado en la patria y la «raza».

Lidiar con un pasado incómodo

Un amplio epílogo de Peter Staudenmaier, incorporado en la segunda edición, complementa y matiza algunos de los aspectos desarrollados en la primera y describe la recepción, perfectamente previsible, que ésta tuvo en diversos sectores.

La obra concluye con una discusión sobre las implicaciones de la información presentada para un movimiento ecologista que pretenda ser auténticamente emancipador. En este sentido, tratar de minimizar o abiertamente ignorar la militancia ambientalista de reputados genocidas es una estrategia común, pero que no resulta muy razonable. Los hechos son tercos y no cabe dudar de que la sincera preocupación por los bosques y sus habitantes o el apoyo entusiasta a una agricultura ecológica y sostenible, son compatibles e incluso pueden servir de fermento, en mentes ideológicamente perturbadas, para políticas de nacionalismo xenófobo, racismo e imperialismo.

No obstante, las afinidades y coincidencias, en aspectos concretos, entre proyectos políticos muy diversos o incluso enfrentados no son algo nuevo, y éstas no deberían ser utilizadas con mala intención para atribuir responsabilidades sin fundamento. Como Staudenmaier recuerda en un momento: «*Si los verdes de nuestros días son culpables de algo, es de la ignorancia histórica mostrada, no de simpatías nazis*». A cualquiera le pueden surgir compañeros de viaje incómodos, y la solución es siempre saber distanciarse de ellos.

Lo que los datos aportados en *Ecofascismo: Lecciones sobre la experiencia alemana* muestran con claridad meridiana es que la conciencia ecológica necesita complementarse con un impulso humanista sólido y un modelo social explícito para plasmar su potencial emancipador.

Planeta de ciudades miseria, de Mike Davis: un estudio sobre la explosiva degradación de la vida urbana en los últimos decenios

Publicado en *Rebelión* el 21 de diciembre de 2010

El sociólogo californiano Mike Davis, nacido en 1946, es bien conocido en los medios alternativos como autor de algunos de los trabajos más incisivos y brillantes que ponen en evidencia los efectos desastrosos que han tenido las políticas económicas neoliberales sobre el entorno urbano. No obstante, aparte de estudiar estos aspectos, principalmente en el ámbito de Norteamérica, se ha ocupado también de procesos históricos fundamentales del pasado. Así, en su libro *Late Victorian holocausts. El Niño famines and the making of the third world* (1991), del que hay version española, analiza las devastaciones del colonialismo en las décadas finales del siglo XIX y su papel determinante en la pauperización de la mayor parte de la población mundial.

En *Planeta de ciudades miseria* (Foca, 2007; trad. de José María Amoroto), publicado inicialmente como *Planet of slums* (Verso, 2006), Mike Davis presenta un estudio demoledor de un proceso que se está produciendo justo en estos momentos, como es la degradación progresiva e imparable de la vida en las ciudades, resultado en gran parte de las políticas establecidas por agentes económicos internacionales como el FMI o el Banco Mundial. Una parte de la información aportada en el libro procede de otro publicado en 2003 por el Programa de Asentamientos Urbanos de Naciones Unidas (UN-habitat), *The challenge of slums*, obra de más de un centenar de investigadores que integra diversos tipos de fuentes, incluyendo la descripción de casos concretos por todo el mundo. Este estudio puede considerarse la primera auditoría fiable de la pobreza humana a escala global. Afortunadamente, el informe completo está disponible en la web y puede ser descargado de forma gratuita.

Planeta de ciudades miseria comienza con el análisis de un gráfico que nos pone inmediatamente en situación. En él vemos cómo mientras la población rural mundial y la población urbana de los países desarrollados tienden a estabilizarse en estos comienzos del siglo XXI, se produce al mismo tiempo un crecimiento explosivo de la población urbana en los países menos desarrollados. Este proceso es descrito en detalle y se nos muestra como no se relaciona con la industrialización sino que es una simple «huida» de un campo pauperizado, con causas entre las que pueden contarse la mecanización de la agricultura en India y Java, las importaciones de alimentos en México, Haití y Kenia, la guerra civil y la sequía en África y, en general, la concentración de pequeñas parcelas en grandes propiedades, junto a la competencia de la agroindustria a gran escala. El veloz crecimiento urbano en un contexto de ajuste estructural, devaluación de la moneda y recorte del gasto público, ha resultado una receta infalible para la producción en masa de áreas urbanas hiperdegradadas. De esta forma, las ciudades del futuro se alejan hoy del cristal y el acero con que las soñaron los urbanistas utópicos y muestran más bien un retorno a la paja, el ladrillo sin cocer y la madera de los primeros asentamientos urbanos.

El libro recorre los escenarios y tipologías del horror. Los planes de ajuste estructural originan a partir de los años 80 un aumento de las desigualdades y un incremento de la pobreza en el interior de las ciudades, que van seguidos de políticas de expulsión hacia áreas marginales. En ellas, los habitantes más desposeídos de la ciudad se unen con los que emigran del campo para sobrevivir en una economía informal que señorean miseria y explotación. Los suburbios de-

gradados no sólo crecen abandonados de cualquier ayuda estatal, sino que en muchos casos resultan prósperos negocios para oligarquías especializadas en parasitar la desgracia ajena. Las condiciones insalubres y los riesgos, ante terremotos o riadas y por contaminación, en estos barrios son espeluznantes. Davis domina un estilo incisivo que aporta información abundante y rigurosa sin que esto afecte al interés del relato, sino todo lo contrario. Es precisamente con esta demoledora acumulación de datos como consigue que finalmente se dibuje ante el lector la realidad atroz que los medios de desinformación del sistema apenas dejan entrever, un escenario de apocalipsis que resulta el mayor desafío para la especie humana en estos momentos.

De todo lo expuesto, Davis concluye que el proceso de globalización neoliberal al que estamos asistiendo tiene rasgos comparables al evento catastrófico que entre 1870 y 1900 dio forma al tercer mundo con la incorporación forzosa al mercado de las economías de subsistencia de amplias zonas de Asia, África y Sudamérica. Esta convulsión supuso hambrunas para millones de personas y desplazamiento de sus áreas tradicionales para decenas de millones, y determinó que el siglo XX no fuera el siglo de las revoluciones urbanas que habían imaginado los marxistas clásicos, sino una época de levantamientos rurales y guerras de liberación apoyadas por el campesinado. De la misma forma, a finales del siglo XX, las políticas de ajuste estructural han supuesto una reorganización fundamental de las expectativas de futuro humanas, pues las ciudades en vez de focos de prosperidad se han convertido en vertederos para un excedente de población empleada en trabajo informal y que sobrevive al borde de la miseria. Según se analiza en el libro, esta situación genera por el momento una desconcertante variedad de respuestas defensivas, que abarcan desde sectas proféticas hasta milicias étnicas, bandas callejeras, movimientos islámicos integristas o grupos revolucionarios.

Estamos ante un libro imprescindible para saber en qué mundo vivimos, un libro que dibuja con rigor una imagen apenas compatible con la que nos proponen los *mass media* al servicio del pensamiento dominante. Nos aguarda en él un paisaje de espanto que es preciso conocer porque nosotros, habitantes satisfechos de las «democracias» occidentales, alimentamos cada día al monstruo con nuestra ceguera y estupidez, cómplices necesarias de los poderes criminales que asuelan el globo. Éste es un libro para contemplar el horror y ver el papel que en él jugamos todos.

Fracking: el bálsamo milagroso, de Richard Heinberg

Publicado en *Rebelión* el 28 de octubre de 2014

Las técnicas para la extracción de hidrocarburos por fracturación hidráulica del terreno (*fracking*) han sido empleadas en los últimos años con gran éxito, sobre todo en Estados Unidos, donde han provocado un vuelco en las políticas energéticas, junto a enormes discusiones a todos los niveles, centradas en las perspectivas reales de estos métodos y sus problemas ambientales. *Fracking: el bálsamo milagroso* del experto en temas energéticos Richard Heinberg (Icaria Antrazyt, 2014, trad. de Manuel Peinado) aborda con claridad y rigor estos asuntos para llegar a conclusiones que distan bastante del discurso oficial defendido por la industria del petróleo.

La introducción del libro plantea sus objetivos. Entre los que analizan el futuro del mercado de hidrocarburos se dan dos opiniones enfrentadas. Están por un lado los que pronostican una producción creciente con precios estables —llamados aquí «cornucopianos», por la cornucopia, el cuerno de la abundancia— y por otro los que hablan del «pico del petróleo» —«piquistas»— y profetizan un descenso de la producción en un futuro próximo con aumento de los precios. La producción mundial de petróleo se estancó en 2005, con una subida de los costes que tuvo su papel en la crisis de 2008, y esto parecía dar la razón a los piquistas. Sin embargo, a partir de 2007, el comienzo de la explotación del gas de lutitas en Estados Unidos, por técnicas de hidrofracturación, provocó un derrumbe de los precios del gas natural, y la aplicación de estas técnicas luego a la obtención de petróleo de rocas de baja porosidad, como lutitas, consiguió aumentar notablemente la producción en los EEUU. Los hechos anteriores han servido para que los cornucopianos den la disputa por zanjada y propongan la tesis de que el *fracking* es la panacea para las necesidades energéticas de la humanidad en los próximos decenios, y que éste deberían aplicarse extensivamente. El objetivo del libro es realizar un análisis crítico de esta propuesta, basado en un estudio de las perspectivas reales de estos hidrocarburos no convencionales, mucho más pobres que las que se indican, y sus elevados costes ecológicos y ambientales. Se explican además las razones especulativas que han inflado la «burbuja del *fracking*».

El primer capítulo se dedica al pico del petróleo. La producción de un pozo, un campo o una región petrolífera sigue siempre una curva en forma de campana. La cuestión que se plantea es: si consideramos el conjunto de los recursos petrolíferos del planeta, ¿en qué momento se llegará al máximo de la curva? Es un problema complejo e incierto, pero con la información y los métodos disponibles, muchos

analistas piensan que el mundo entró en la zona del pico en torno a 2005, cuando la producción global dibujó una meseta con valores que creen que ya no se volverán a alcanzar. El ciclo de crecimiento económico basado en el petróleo barato que la humanidad ha vivido en los últimos decenios parece tocar a su fin. ¿Será el *fracking* la solución para esta situación?

El segundo capítulo está dedicado a las técnicas de fracturación hidráulica, que son presentadas por los cornucopianos como el remedio que asegura un siglo de gas y petróleo baratos en los EEUU. Se describe en detalle la tecnología utilizada y el método de trabajo. Muy resumidamente, se trata de acceder mediante sondeos a zonas del subsuelo donde existe gas o petróleo en rocas poco porosas, como lutitas por ejemplo, e inyectar en ellas fluidos con agentes químicos que en parte se mantienen en secreto. Estos fluidos provocan la fracturación de las rocas y liberan los hidrocarburos, siendo éstos extraídos a través del mismo tubo de sondeo. Se recorren después los lugares donde se concentra la producción de gas por *fracking*, repartidos por EEUU, aunque se sabe de importantes recursos en China, América del Sur, Europa, África y Australia. El petróleo se obtiene por esta técnica sobre todo en EEUU y algo en Canadá, y existen grandes reservas en Oriente Medio, Siberia, Australia y México.

El tercer capítulo entra en la realidad de los resultados del *fracking* tras los titulares propagandísticos. Geólogos como Arthur E. Berman y David Hughes, tras estudios exhaustivos de los datos disponibles sobre regiones donde se ha realizado, han encontrado que aparte de unos pocos pozos situados en áreas muy específicas dentro de los grandes campos, la mayor parte de las perforaciones se caracterizan por «entrar en declive muy rápidamente». Si a esto se une que en los EEUU los principales recursos ya se han explotado y no se esperan descubrimientos importantes, lo más probable es que las expectativas queden defraudadas. Los datos aportados de los campos Bakken (Dakota del Norte) y Eagle Ford (sur de Texas), joyas de la corona del *fracking*, ponen de manifiesto lo razonable de estos recelos.

Se discuten después las posibilidades de que la hidrofracturación acabe aplicándose extensivamente en otros lugares del mundo. Una serie de factores parecen influir en contra de esto: leyes ambientalistas en Europa, complejidades geológicas en China, ausencia de recursos hídricos suficientes en Arabia Saudí, y en general falta de capitales dispuestos a asumir los riesgos implicados y la sofisticación inherente a las técnicas a aplicar.

El cuarto capítulo se dedica a los peligros ambientales del *fracking*. El hecho es que en muchas regiones donde se está aplicando esta técnica están surgiendo asociaciones críticas que denuncian sus agresiones al medio ambiente. Sin embargo, los voceros de la industria aseguran que el método es seguro cuando se realiza correctamente. ¿Cuál es la realidad? Lo primero a tener en cuenta es que esta tecnología consume una enorme cantidad de agua —lo que en zonas áridas ya es un problema en sí mismo—, pero hay que decir además que el agua utilizada acaba regresando a la superficie enriquecida en una serie de compuestos químicos, algunos de ellos venenosos. Esta agua puede ser almacenada o tratada, pero la realidad muestra bastantes casos de contaminación de acuíferos y arroyos. Los gases que se escapan son también un peligro, aunque hasta hace poco eran presentados por la industria como problemas muy locales. Estudios recientes citados describen niveles preocupantes de contaminación en el aire en zonas donde se aplican las técnicas, y otros trabajos evidencian cómo afectan negativamente al ganado y los animales salvajes. Los terremotos inducidos son en general de escasa magnitud, aunque ha habido alguno que destruyó viviendas y produjo heridos. El uso de gas en vez de carbón en las centrales térmicas reduce las emisiones de CO_2, con lo que el gas obtenido por *fracking* podía tener un efecto positivo de cara al calentamiento global. Sin embargo, se ha argumentado posteriormente que la cantidad de metano (gas de fuerte efecto invernadero) que escapa a la atmósfera en las operaciones de hidrofracturación anula completamente esta ventaja. Sobre este asunto existe una amplia bibliografía que muestra sustanciales discrepancias entre diferentes estudios.

El quinto capítulo se dedica a los aspectos económicos del *fracking* y repasa los beneficios que obtienen de estas técnicas los diversos sectores implicados. Respecto a las comunidades, hay efectos positivos (pagos a los propietarios de terrenos, puestos de trabajo, ingresos fiscales) y otros negativos (contaminación, pérdida de valor en propiedades) en una interacción compleja que puede dar saldos muy distintos en diferentes lugares. Los beneficios globales para la economía nacional publicitados por las empresas son básicamente correctos respecto al pasado reciente, pero realizan extrapolaciones hacia el futuro que en muchos casos pecan de optimistas. La industria del petróleo y el gas indudablemente consigue ganancias, pero los datos indican que el agotamiento de yacimientos, las caídas de precios y las indemnizaciones por daños medioambientales hacen que no sea oro todo lo que reluce. Por último, se señala que la gran beneficiada no es otra que Wall Street, y lo vemos con claridad cuando se nos explican los complejos mecanismos por los que los bancos son los responsables de una presión a la baja de los precios que les permite forrarse mientras se crean problemas para las empresas productoras de gas y petróleo.

El sexto y último capítulo contiene una reflexión final sobre la política energética que deberíamos plantearnos. Los hidrocarburos no convencionales, como los hidratos de metano del fondo del mar, las pizarras y arenas bituminosas o el

petróleo de aguas profundas suponen de hecho grandes cantidades de «recursos», pero requieren tanta energía para su extracción que en muchos casos ésta no sería rentable. La tecnología es cada vez más eficaz, pero los estudios disponibles ponen de manifiesto que las tasas de retorno energético son también cada vez más bajas y esto es un peligro, pues aunque la apuesta por las renovables es inevitable, la transición a ellas deberá hacerse sin remedio con base en el uso de combustibles fósiles durante un período de tiempo.

La conclusión del libro es que con todos los datos sobre la mesa, la única opción razonable para el futuro son las energías renovables. Seguir quemando combustibles fósiles nos conduce a una catástrofe climática, pero es cierto además, como acabamos de ver, que las reservas de éstos no son tan abundantes como algunos quieren hacernos creer. La apuesta por las renovables no sólo es sensata, sino también inevitable. El libro termina con un llamamiento a huir del espejismo del petróleo eterno y afrontar de forma decidida el reto del siglo: el desarrollo de una política energética eficiente y respetuosa con el medio ambiente.

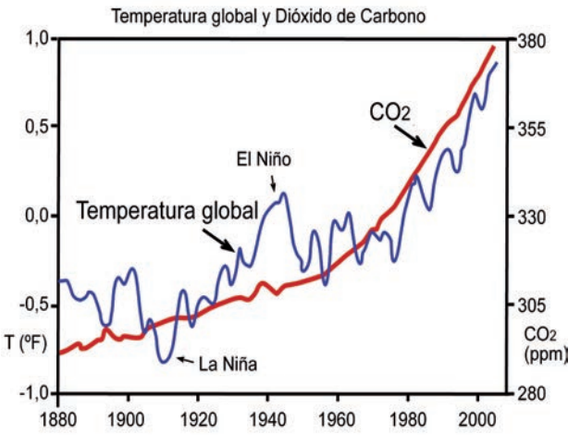
CO_2/Temperatura: datos y modelos en el cambio climático antrópico

Publicado en *Rebelión* el 10 de mayo de 2023

El calentamiento global de la superficie terrestre en los tiempos recientes es un hecho bien estudiado, y existe un amplio consenso entre los científicos en que es producido en gran parte por actividades humanas. Hay autores sin embargo que defienden otros orígenes para el aumento de temperatura, y ello debería invitar a un sosegado contraste de criterios en busca de la verdad que a todos nos interesa saber. Mi objetivo aquí es recordar un capítulo de estas discusiones entre climatólogos que en mi opinión sirve para poner de manifiesto cuál es la mejor estrategia de avance en el conocimiento.

CO_2 y temperatura: los datos del problema y la explicación comúnmente aceptada

Datos bien contrastados indican un aumento de la concentración de CO_2 en la atmósfera en los últimos tiempos. Respecto a las causas de este incremento, suele atribuirse un papel importante a la quema de combustibles fósiles. Por otra parte, las medidas de una enorme cantidad de sensores que registran la temperatura de la superficie terrestre son sintetizadas por los científicos en datos globales, con lo que la variación de esta magnitud es también conocida. La evolución de ambos parámetros se muestra en la figura.



Variación de la concentración de CO_2 y la temperatura global en los últimos tiempos. Se señalan variaciones características de los fenómenos El Niño y La Niña. Imagen cortesía de Zfacts.com.

Comparando las dos curvas, se observa que ambas muestran una tendencia creciente, aunque es notable la diferencia entre el aumento bastante regular de la concentración de CO_2 y las numerosas fluctuaciones de la temperatura. Respecto al significado de estas irregularidades, hay que decir que se explican sin problemas por procesos bien estudiados de la atmósfera y la hidrosfera. Los máximos ocurren en años en que se da el fenómeno El Niño en el océano Pacífico, caracterizado por cambios en las corrientes oceánicas que dificultan el acceso de las aguas frías profundas a la superficie. De la misma manera, los mínimos térmicos se relacionan con años en los que la perturbación es la conocida como La Niña, en los que la situación es inversa, con enfriamiento de la superficie del océano.

Al actuar el CO_2 como gas de efecto invernadero en la atmósfera, el escenario descrito ha sido interpretado habitualmente proponiendo que el aumento de la concentración de este gas contribuye de forma importante al incremento general de temperatura observado.

Una propuesta heterodoxa

Entre los modelos alternativos al que se acaba de esbozar, voy a resumir a continuación uno que me parece especialmente interesante por el debate a que dio lugar. Su autor es Lon Hocker, un físico norteamericano, y fue publicado en 2010 en la web *Watts up with that?*, la más visitada sobre calentamiento global y cambio climático. El artículo completo puede leerse allí.

Partiendo de los datos expuestos en la figura anterior, Hocker realizó un tratamiento de la curva del CO_2, a la que calculó su segunda derivada. Después proyectó en una gráfica un patrón de variación de las anomalías de temperatura que construyó a partir de esta derivada, frente a la anomalía observada de temperatura y observó que, sorprendentemente, la similitud entre las dos curvas era muy clara. Ello

llevó a Hocker a afirmar, como conclusión de su artículo, que al existir una correlación entre los máximos y mínimos de El Niño y La Niña por un lado, y el patrón de variación de CO_2 por otro, y teniendo en cuenta que los primeros, obviamente, no son causados por el segundo, la relación inversa debe ser cierta, es decir que son los procesos térmicos en el Pacífico los que determinan la concentración atmosférica de CO_2, justo al revés de lo que suele admitirse. Según él es la temperatura la que regula los cambios de CO_2, y no al revés.

La discusión de la propuesta: abierta, educada y de alto nivel

Sólo dos días después de la publicación del artículo de Hocker en *Watts up with that?,* apareció una nota con una discusión sobre él en *Skeptical Science*, otro sitio de Internet que se presenta con el lema: «*Getting skeptical about global warming skepticism*»; el texto viene firmado por «Ned» y puede leerse allí. Tras repasar el proceso de cálculo seguido por Hocker, el autor de la discusión concluye que éste no tiene pruebas de que la temperatura afecte al nivel general creciente de CO_2, pues éste ha sido excluido de su modelo al calcular la derivada. La única conclusión válida de la correlación entre curvas mostrada por Hocker es que la temperatura puede producir variaciones de la concentración atmosférica de este gas a una escala muy corta. Esto era ya conocido y obedece a una razón simple, como es que la temperatura del océano modifica la solubilidad del CO_2 en él.

Resulta interesante comprobar que, lanzado el desafío, durante varios días se sucedieron hasta cien réplicas y contrarréplicas, muchas de ellas bastante extensas, con intervención de un buen número de especialistas, entre ellos por supuesto Hocker. Toda la polémica puede consultarse a continuación de la nota con la discusión en *Skeptical Science* y se caracteriza por un alto nivel físico y matemático y una gran cordialidad. Se demuestra aquí una vez más la utilidad de este tipo de debates, sobre todo en procesos como los que se estudian en este caso, con interrelaciones causales complejas y difíciles de establecer. El cálculo es sin duda una gran herramienta para poner en evidencia conexiones, pero es fácil apresurarse a inferencias que no se ajustan a los hechos.

Después de la dilatada controversia, queda claro que la causa más razonable del calentamiento global sigue siendo el aumento de la concentración de gases de efecto invernadero en la atmósfera provocado por los seres humanos. Trabajos más recientes de diversos autores exploran la posibilidad de que la cobertura vegetal de la Tierra pueda estar actuando como un mitigador de los desequilibrios globales y haciendo que el incremento térmico observado sea menor de lo que cabía esperar según los modelos. Aquí otra vez una matemática rigurosa es el único instrumento para atisbar estas relaciones.

En una situación de emergencia como la que vivimos, resulta preocupante la proliferación de argumentos poco consistentes que ponen palos en las ruedas de la toma de conciencia. En el otro extremo, foros de análisis y discusión como el que ofrece *Skeptical Science*, con su agilidad y alto nivel, asumen el gran reto de combatir la desinformación y divulgar los detalles de un asunto endiabladamente complejo pero en el que nos va la vida.

Sin energía. Pequeña guía para el Gran Descenso, de Antonio Turiel. Una aproximación rigurosa al gran dilema energético de nuestro tiempo

Publicado en *Rebelión* el 25 de abril de 2023

Antonio Turiel (1970), físico y reconocido divulgador de temas energéticos, es sin duda una de las voces más lúcidas que claman en el desierto, con rigurosos y bien contrastados argumentos, tratando de hacernos ver la situación crítica a la que se enfrenta el mundo debido al derroche de todo tipo de recursos impuesto por el sistema económico vigente. Su blog *The Oil Crash* lleva más de diez años informando sobre el pico del petróleo y sus consecuencias para la economía mundial, y en un libro anterior, *Petrocalipsis* (Alfabeto, 2020), analizó las causas de la crisis energética y su posible evolución con una perspectiva a largo plazo.

Sin embargo, desde la publicación de esta obra, la historia parece haber pisado el acelerador y empiezan a materializarse las previsiones que allí se hacían. Es por esto que Turiel se propuso la elaboración de *Sin energía. Pequeña guía para el Gran Descenso* (Alfabeto, 2022), con el objetivo de estudiar en detalle, tras la visión global de *Petrocalipsis*, aspectos esenciales de la situación actual que no suelen ser considerados en los diagnósticos prodigados en los medios.

Un brutal encadenamiento de crisis

En un sistema económico identificado con el crecimiento, resulta ominoso comprobar que diversas materias primas están alcanzando en los comienzos de este siglo cifras máximas de producción. Es el caso del petróleo, con yacimientos cada vez menos rentables, lo que ha provocado una desbandada financiera en el sector, y también el del uranio. La crisis del diésel es particularmente intensa, pues su destilación es más complicada, y ello ha originado cortes de suministro en algunos países, incluso en el norte de Europa, y graves problemas asociados, al ser un combustible esencial para la maquinaria pesada. El encarecimiento de la energía

tensiona la producción industrial y hace que muchas empresas dejen de ser rentables y tengan que cerrar.

Hay crisis también en el suministro de otros materiales, y Turiel ve en ella la impronta de la energía, pues lo que más escasea suele ser lo que requiere mayor elaboración. Es el caso del aluminio, el silicio metálico, necesario para los chips, o el cobre, imprescindible en los planes de electrificación de la transición a las renovables. A esto hay que añadir que en muchos metales nos encontramos también cerca del pico de extracción.

Con respecto a los alimentos, la situación es grave, y más preocupante, pues su encarecimiento compromete la supervivencia de millones de personas. La responsabilidad puede achacarse aquí otra vez a la energía, que influye de varias formas, principalmente por un aumento de precio del diésel, pero también del gas natural, usado para fabricar fertilizantes nitrogenados. A todo esto ha de sumarse la sequía que sufre gran parte del mundo.

La respuesta del sistema económico

La tensión a la que se somete al medio natural repercute en el sistema económico, y la escasez de un lubricante esencial de éste, como es el petróleo, ha de provocar una carestía creciente hasta que muchas empresas no puedan acceder a él y empiecen a cerrar. En estas condiciones, al ir disminuyendo la demanda, los precios pueden bajar, pero volverán a subir si los recursos se van agotando. En resumen, el progreso de la escasez se caracteriza por fluctuaciones de precios y en sus fases terminales por una fragmentación de los mercados, que deja a algunos consumidores sin posibilidad de satisfacer sus necesidades.

Con esta situación en perspectiva, y teniendo en cuenta además que los efectos de la crisis ambiental son cada vez más evidentes, el sistema ha reaccionado con una apuesta por las energías renovables, a las que se encomienda satisfacer la demanda existente en estos momentos a través de una proliferación de megainstalaciones eólicas y fotovoltaicas. Turiel denomina a esto «fosilizar la energía renovable» y muestra que el plan hace agua por todas partes, pues se basa en progresos tecnológicos que es difícil que se desarrollen al ritmo previsto, faltan materiales y la rentabilidad de los proyectos resulta muy dudosa. Además, la inestabilidad del viento y el sol como fuentes de energía crea problemas adicionales.

Un buen ejemplo de los retos que afronta el nuevo modelo energético es el del hidrógeno verde, obtenido por electrolisis de agua usando energías renovables y que se publicita como el combustible del futuro. Sin embargo, Turiel enumera algunos inconvenientes de esta alternativa, como la baja eficiencia energética del proceso global o las dificultades para utilizar este carburante en motores pesados; también revela las complicaciones inherentes al proyecto de España como *hub* energético de Europa que se intenta vender, basado en numerosas incertidumbres.

Si a una situación tan inestable añadimos el rearme propiciado por la guerra de Ucrania, no tenemos más remedio que observar el futuro con preocupación, pues estamos a fin de cuentas ante circunstancias muy propicias para el aventurerismo militar.

Posibilidades de actuación

Tras comprobar que la crisis largo tiempo vaticinada se ha hecho real y se ha rebasado ya el pico de producción de las principales materias primas energéticas, es ineludible un esfuerzo para plantear soluciones. En el capítulo final del libro, Turiel enumera seis medidas concretas que se podrían adoptar inmediatamente y supondrían una mejora sustantiva de la situación, aportando además un plazo de prórroga para diseñar e implementar transformaciones de más calado. Se trata fundamentalmente de disminuir el consumo de combustibles fósiles y fertilizantes químicos, restringir el uso de vehículos particulares y el derroche de ropa o prohibir la obsolescencia programada. El objetivo sería favorecer en todos los campos el consumo de proximidad, la reutilización y el reciclaje frente al despilfarro que es norma hoy día.

El problema es que estas medidas van radicalmente en contra del rasgo esencial del sistema económico vigente, que es el crecimiento, con lo que la conclusión es que es en este sistema económico donde radica en realidad el quid de la cuestión. Establecido esto, Turiel considera que están puestas las bases para una discusión política que desborda los objetivos del libro. Lo que sí queda claro es que en cualquier modelo económico que se plantee como alternativa al actual, el decrecimiento es la única forma de esquivar el apocalipsis energético y ambiental en el que estamos empeñados.

Las ilusiones renovables. Ecología, energía y poder, de José Ardillo. Una crítica radical y bien fundada de la sociedad industrial

Publicado en *Rebelión* el 20 de junio de 2023

En la cada vez más evidente crisis energética que amenaza a nuestra sociedad, las renovables tienden a presentarse como la panacea que ha de sacarnos del atolladero, pero un análisis riguroso muestra lo vano del empeño. El ensayista y novelista José Ardillo (1969) ha investigado esta cuestión en *Las ilusiones renovables*, un texto publicado en 2007 por Muturreko burutazloak, y que acaba de reaparecer en el ca-

tálogo de El salmón enriquecido con varios apéndices, además de un prólogo a la nueva edición y el que se añadió a la francesa de 2015.

La interacción de los humanos con el medio en términos de energía es un asunto crucial que determina la viabilidad de las sociedades y debe ser analizado de acuerdo con las leyes de la física y la dinámica de los ecosistemas. Habida cuenta de esto, el propósito de Ardillo con *Las ilusiones renovables* es aproximarnos a la forma como hemos llegado a la situación actual, marcada por un agotamiento progresivo de recursos y una crisis ambiental sin parangón. Estos problemas son estudiados en su terca realidad y más allá del ideario impuesto por la acumulación de capital y los intereses espurios de las corporaciones, es decir «*sin que medie el empuje de la actual propaganda disfrazada de realismo*».

Un Moloch devorador de energía

Los primeros capítulos ofrecen un recorrido histórico y temático por los grandes empeños energéticos del capital desde el fin de la Segunda Guerra Mundial. Éste fue un momento en que industrialización y tecnificación pisaron el acelerador, lo que en el caso de la agricultura significó un aumento de la energía —sobre todo procedente de combustibles fósiles— invertida en la producción de alimentos y un uso generalizado de agroquímicos que provocaron una agresión ambiental sin precedentes. La crisis del carbón en los 50 pudo solventarse gracias al auge del petróleo que siguió, aunque éste hubo de favorecerse con golpes de Estado como el que se orquestó contra Mohammad Mosaddeq en Irán en 1953. En esta época comenzó también el desarrollo de la energía nuclear civil y en 1957 hubo que lamentar ya graves accidentes en el norte de Inglaterra y los Urales.

La primera crisis global del modelo se produjo en 1973, cuando la OPEP, que había sido creada en 1960, decidió un incremento en los precios del crudo que se planteaba como una represalia por el apoyo occidental a Israel en la guerra del Yom Kipur, pero obedecía sobre todo al interés de las grandes compañías petroleras por «sangrar» a los consumidores europeos y japoneses. Fue sólo un primer barrunto de que podría llegarse a una escasez real, pero algunas mentes lúcidas como Fritz Schumacher, Iván Illich, Barry Commoner o Amory Lovins comenzaron a advertir ya en esa época sobre el camino sin retorno emprendido y vieron incluso una relación estrecha entre el control de la energía y la centralización de poder impuesta en la sociedad.

Esta conexión entre energía y centralización es diáfana en el caso de las centrales nucleares, en las que la tecnología implicada requiere siempre una seguridad extrema que aboca a una sociedad militarizada. Las circunstancias de la catástrofe de Chernóbil en 1986 y las medidas posteriores a ella muestran esto a las claras. El descrédito de esta energía no hizo más que crecer desde aquel año fatídico, pero el veto podría revertirse utilizando hábilmente la crisis en curso para adoctrinar a la gente en su necesidad. En la actualidad vemos que no faltan voces capaces de presentar las centrales de fisión como alternativa «limpia» a los combustibles fósiles.

Respecto al petróleo, el capitalismo ha encontrado en él un instrumento tan imprescindible que cabe preguntarse qué perspectivas se abren con su agotamiento inminente. Podría sugerirse que al carecer de uno de sus resortes esenciales de poder, el sistema podría desmoronarse, posibilitando una refundación de las bases de la economía. Sin embargo, la historia enseña que las situaciones de este jaez suelen resolverse más bien en una disgregación caótica y destructiva. En cualquier caso, lo que es claro es que la existencia insensata que vio nacer el siglo XX —plagada de automóviles que derrochan el tesoro energético robado en países lejanos con coste ambiental inasumible— toca inevitablemente a su fin.

Tratando de esbozar una alternativa al desastre en marcha, un capítulo está dedicado a las ideas sobre energía de algunos clásicos del anarquismo, de Piotr Kropotkin a Murray Bookchin. El recorrido demuestra que la mayor parte de los pensadores libertarios, tras diagnosticar la explotación económica y sus causas, a la hora de hacer propuestas se suman a los ideales de una tecnificación que habría de facilitar la vida humana en el nuevo mundo. Ardillo critica que en este análisis no se tenga en cuenta en general el declive de los recursos, pero en el otro extremo censura también luego a los primitivistas —dispuestos en su insania a abolir la agricultura—, que considera que rompen con el proyecto emancipador del anarquismo clásico.

Perspectivas para el futuro

La gran apuesta del sistema frente a la situación creada con el agotamiento de diversas fuentes de energía son las renovables, pero un repaso cuidadoso de las alternativas en la agenda resulta francamente descorazonador. Las centrales nucleares de fusión no están ni se las espera, el hidrógeno verde enfrenta dificultades sin cuento y los proyectos solares y eólicos, analizados en detalle se revelan incapaces de sustituir a los combustibles fósiles. Tal parece que no existen opciones viables para seguir alimentando de kilovatios hora nuestro loco mundo.

Paralelamente a esto, otro aspecto preocupante es que el movimiento ecologista, nacido con pretensiones de superar el modelo social imperante en el convencimiento de que la matriz energética de una sociedad sólo podría ser desmontada juntamente con sus estructuras de poder, deambula mayoritariamente hoy por senderos reformistas, sin atacar el núcleo del problema. Para Ardillo esto resulta terrible, pues en su opinión «*no necesitamos alternativas a las energías convencionales, sino una salida forzosa del mundo ener-*

gético donde nos han introducido y nos hemos dejado llevar». Para él, la solución pasa inevitablemente por detener la dinámica explotadora y ecocida del capitalismo.

La nueva edición de *Las ilusiones renovables* incorpora tres artículos como apéndices. «Interrogantes sobre el cenit del petróleo», de 2013, muestra cómo la confianza en una transición suave tras el declive del petróleo, apoyada en avances tecnológicos, no parece muy fundamentada, y se intuye más bien la emergencia de crisis y conflictos globales. «El gran laboratorio climático, o cómo reducir el planeta a una olla a presión», de 2020, critica la deriva del viejo ecologismo comprometido con la búsqueda de una sociedad menos centralizada e industrial, hacia un activismo volcado en demandar medidas a los Estados contra el calentamiento global, con lo que «*acepta un campo de batalla diseñado por sus enemigos y falsificadores*». «Contra la colapsología. Por una ecología libertaria sin cuenta atrás», de 2020, comienza mostrando lo difícil que es hacer predicciones en contextos de crisis y con base en ello, reivindica para la ecología, más allá de profetizar colapsos, el cuestionamiento de una forma de vida fatal para el planeta y sus habitantes. Como estrategias, Ardillo es partidario sobre todo de la difusión de ideas, las experiencias colectivas de autogestión y la lucha defensiva y pacífica contra las agresiones que el sistema no deja de infligirnos.

Las ilusiones renovables describe puntualmente el camino que nos ha traído donde estamos, y con generosidad de datos y argumentos ayuda a comprender una situación en que, esquilmados los recursos energéticos, el entramado económico que nos domina propone una opción de recambio inviable y de negras perspectivas. La difícil coyuntura es imprescindible que se convierta en un momento de reflexión para todos, porque frente a la dinámica enloquecida del capital, que nos conduce al desastre, la única alternativa es construir una forma de vida más sencilla, respetuosa con nuestros semejantes y el planeta que nos cobija.

Los «vicios» del ecologismo, de Alfredo Apilánez. Poniendo en evidencia falsos remedios a la crisis ecológica

Publicado en *Rebelión* el 7 de febrero de 2023

La crisis ecológica que padece el planeta se percibe muchas veces desgajada de la dinámica económica global y ello lleva a plantear soluciones que un análisis profundo de los elementos implicados muestra carentes de consistencia. El problema es muy serio ciertamente, por la urgencia de la crisis y la dificultad de estos análisis, pero la energía consumida en falsos remedios nos roba la que necesitamos para alternativas que podrían funcionar.

Alfredo Apilánez (Gijón, 1966) se propone en *Los «vicios» del ecologismo*, que acaba de editar El viejo topo, mostrar toda una serie de aspectos que percibe desenfocados en el ecologismo y quedan de manifiesto cuando se analiza la crisis ambiental en su contexto, que no es otro que la dinámica del sistema capitalista. De todas formas, es importante destacar que la crítica que se encuentra en el libro es siempre constructiva y fraterna, y parte de un reconocimiento de la trascendencia de la «cuestión ecológica» en el momento actual, en las antípodas de cualquier tipo de negacionismo. Apilánez es un economista crítico de quien reseñaba hace poco en *Rebelión* su primer libro, *Las entrañas de la bestia* (Dado, 2021), un monumental trabajo en el que disecciona el papel vertebral del dinero en el capitalismo desquiciado.

La obra trae una introducción que señala la desconexión existente entre el ecologismo y el análisis crítico del sistema económico vigente, que llega al extremo de que «capitalismo» es una palabra tabú en muchos textos ambientalistas. Sin embargo, es evidente el rol del capital en todo lo que ocurre. Esto se aprecia simplemente constatando las posibilidades reales que existirían en la actualidad de proporcionar una vida digna a todos los habitantes del planeta con los recursos y tecnologías disponibles. La aguda contradicción entre este hecho y el desastre social y ecológico que vivimos obliga a plantear la escasa racionalidad del sistema capitalista.

Estructurada en tres partes, la obra comienza exponiendo la naturaleza depredadora del capital y su inevitable corolario de devastación ambiental. A continuación se repasan los «vicios» que se detectan en las estrategias del ecologismo, desde las recetas decrecentistas y estatistas, hasta las del «curanderismo económico», culminando con la deriva metafísica de la ecoespiritualidad. Para concluir, se apuntan las vías que podrían ser eficaces para superar la situación actual.

Con abundantes citas de otros autores y notas a pie de página, además de una amplia bibliografía, el libro expone de una forma crítica los diversos puntos de vista existentes sobre los asuntos tratados, con lo que aparte de presentar las opiniones de su autor sirve de base para una exploración de todos los desarrollos teóricos y prácticos que se pueden encontrar en la literatura sobre ecología y economía.

El problema es el capital

Apilánez es consciente de que resulta crucial evidenciar la responsabilidad del sistema económico vigente en el desastre ambiental, y por ello éste es el primer objetivo que se plantea. La dinámica del capital se basa en la conversión del tiempo de trabajo humano en una mercancía, lo cual permite engrosar las arcas de la clase burguesa. Un análisis ri-

guroso demuestra que este proceso tiene un carácter esencialmente conflictivo, que se manifiesta en la degradación progresiva de las fuentes que nutren la acumulación. Las dinámicas endógenas que pugnan por contrarrestar esa atonía creciente son los propulsores principales de la agudización del ecocidio. Se trata en definitiva de que la expansión continua del dominio de la mercancía sólo puede hacerse a costa de la devastación del medio natural en una espiral autodestructiva sin posibilidad de regeneración.

Las dos contradicciones implicadas en la dinámica del capital son analizadas en detalle. La primera es la que se expresa en la dimensión social a través de la reducción tendencial del plusvalor extraído por el capitalista. La segunda es la que se traduce en una implacable agresión ambiental, y es importante señalar cómo aunque ésta puede considerarse un resultado de la primera, es también la que constituye una amenaza más obvia para la existencia del propio sistema en el momento actual.

El análisis teórico se complementa con algunas ráfagas de realidad cotidiana. Un vistazo a los comportamientos que se prodigan en la economía global muestra una violencia salvaje y continua contra el medio natural, la cual se produce mientras los organismos internacionales y sus comisiones naufragan en una verborrea que apenas oculta su inoperancia y su servidumbre al casino financiero. Algunos ejemplos sirven al autor para poner esto de manifiesto.

Los apartados finales exploran la relación entre la financiarización desaforada y la privatización de todo de la fase neoliberal y la aceleración del choque con los límites biofísicos. La conclusión es que «el negocio de la destrucción» que caracteriza la situación actual es una huida hacia delante que no soluciona la caída de la tasa de ganancia y aboca al sistema al colapso.

Cinco falsas vías de escape

La economía ecológica, desarrollada por el rumano Nicholas Georgescu-Roegen en la década de 1970, analiza las implicaciones termodinámicas de la inserción de las actividades humanas en el medio biofísico. Se trata de una herramienta valiosa para el diagnóstico de los desajustes entre la sociedad y su entorno natural, pero que no tiene en cuenta el rol crucial del capital en la producción de los desequilibrios y debe ser complementada con análisis económicos, históricos y sociales para lograr una perspectiva global. Hay que reconocer sin embargo que queda mucho por hacer para alcanzar una sinergia entre ambas visiones, ya que los partidarios de la economía ecológica tienden a desacreditar los análisis de Marx, al que leen sesgadamente sin considerar los aspectos capitales de su obra, y tildan de «productivista».

Se pasa revista luego a los «decrecentistas», que en palabras de Apilánez «pretenden poner a dieta al capitalismo». Lo cierto es que el decrecimiento se ha convertido en una de las banderas del ecologismo a nivel mediático e incluso académico, a través de un planteamiento cuantitativo que invierte el concepto de «crecimiento», fetiche favorito del sistema. Una revisión de la historia del término muestra que la conciencia de la degradación ambiental va madurando en las décadas finales del siglo XX hasta que irrumpe como un movimiento político que enarbola atinadamente su proyecto de echar el freno a la actividad económica, aunque fracasa a la hora de dotarlo de medidas apegadas a la realidad. El peligro de estas inconcreciones es que hacen barruntar que estamos ante una nueva encarnación de la vieja estrategia reformista, que no considera en absoluto la raíz del problema. Respecto a los análisis «colapsistas», que ven inevitable el desplome del sistema, Apilánez no halla en ellos argumentos sólidos e insiste en la necesidad de atender a lo esencial de los procesos implicados y en lo inútil de especular sobre el futuro.

El *Manifiesto Ecosocialista* de Kovel y Löwy (2001) representa bien la siguiente tendencia que se describe, que aúna la crítica ecológica con un análisis económico marxista desembarazado de ramificaciones «productivistas». Los que defienden esta vía son partidarios de luchar por el control del Estado para avanzar hacia la transformación ecosocial, aunque admiten una estrategia dual en la que también se trabajaría a través de movimientos sociales. Para Apilánez, estos planteamientos chocan con la evidencia de que el Estado se ha convertido en un siervo dócil de las instituciones financieras. Si el sistema es irreformable, como parece ser el caso, malgastar energía en tratar de utilizarlo sólo puede generar frustración en los que se entreguen a ello.

Las propuestas de los que el autor del libro denomina curanderos económicos son a modo de «balas de plata» supuestamente capaces de corregir la situación aberrante que vivimos. Estas vías ignoran el mecanismo de funcionamiento de la acumulación de capital y el papel de las finanzas en él, y se concentran en iniciativas que van desde volver al patrón oro o limitar la creación de «dinero bancario», hasta las de la teoría monetaria moderna o la renta básica universal. Estamos ante una gran variedad de remedios que se ofrecen cuasimilagrosos, pero olvidan la dura realidad de que el sistema no se va a arreglar «mágicamente» sin desmantelar la extracción de plusvalía.

La última corriente que se analiza es la de la vía metafísica de la ecoespiritualidad. Ésta se materializa por ejemplo en la ecología profunda, peligrosa por su perspectiva en ocasiones antihumanista y por ignorar la dinámica explotadora del capital en su intento de reconstruir las maltrechas relaciones del hombre y la naturaleza. Por su parte, la hipótesis Gaia de James Lovelock comenzó como una teoría puramente científica que definía la Tierra como un mecanismo autorregulado, para derivar luego en algo más parecido a una religión, cuyos adeptos llegan a diagnosticar

la catástrofe ecológica en ciernes como la venganza de una diosa madre terrestre ultrajada. Lamentablemente, todas estas vías inciden en ignorar los principios económicos básicos implicados en la gestación del desastre.

Y entonces qué hacer

Un muestrario tan extenso de vías con graves deficiencias obliga a preguntarse dónde están las que podrían ser capaces de corregir la calamitosa situación que padecemos. La sección final del libro, destinada a explorar esta cuestión, comienza reseñando los logros de los zapatistas del sur de México, que han conseguido crear una forma de vida comunitaria con una producción agrícola ecológica y un tejido de educación, justicia y sanidad ampliamente desmonetizado y ajeno a la extracción de plusvalía.

Respecto a la posibilidad de que esta mentalidad pudiera aplicarse en Europa, se cita como ejemplo el barrio okupado vitoriano de Errekaleor, experiencia comunitaria y anticapitalista en pleno desarrollo que, boicoteada por las empresas eléctricas, fue capaz de hacerse autónoma también en este sentido mediante la instalación de paneles solares. No obstante, se reconoce que el problema para avanzar en estas dinámicas está en que el modelo cultural vigente nos ha encerrado en el entorno familiar y en la fiebre del consumismo, que operan justamente en sentido opuesto.

En la difícil tesitura creada, Apilánez considera probada la inoperancia de las estrategias duales que intentan transformaciones a través de las instituciones y propone concentrarse en «la organización molecular de "los de abajo"». En su opinión pueden resultar muy eficaces las movilizaciones «antidesarrollistas» contra objetivos concretos, que en muchos casos han demostrado ser capaces de alcanzar las metas planteadas. Es cierto sin embargo que los problemas para «trascender las lindes del enclave» y dar a estas luchas un sentido global son enormes y han de requerir un gran esfuerzo de coordinación y colaboración entre todos los implicados.

No parece haber muchos motivos para el optimismo, pero ante los desastres del presente hay que tener en cuenta también que los desvelos de la conciencia y la organización llevan en sí el germen de otro mundo a la vez posible y necesario. El consumismo que nos han inculcado puede impedir reconocerlo, pero la realidad es que desactivar la máquina deletérea del capital promete una utopía de existencia democrática y autogestionada, en la que cada uno podría desarrollar sus potencialidades en libertad sin explotar el trabajo de nadie.

No debemos recriminarle a Alfredo Apilánez que haya optado por un tono dialéctico en su libro. Lo cierto es que su labor es absolutamente necesaria en este momento. Establecida la base crucial de que todos los problemas actuales, incluidos los ambientales, tienen su origen en la dinámica del capital, el recorrido que realiza por las diversas escuelas del ecologismo sirve para poner de manifiesto sus inconsistencias respecto a los objetivos que se plantean. De esta forma, *Los «vicios» del ecologismo* nos permite al fin esbozar las vías de actuación que pueden resultar más eficaces en el empeño de superar el capitalismo antes de que éste destruya el mundo.

4.9
Derechas extremas

Fascismo persistente, de Alba Sidera. Análisis del ascenso de la extrema derecha en Italia

Publicado en *Rebelión* el 22 de noviembre de 2023

La periodista y escritora Alba Sidera (Girona, 1979), afincada en Roma desde 2007, se ha especializado en el estudio de los movimientos de extrema derecha europeos y la política italiana contemporánea, asuntos sobre los que versa *Fascismo persistente* (Escritos contextatarios, 2023). Publicado originalmente en catalán en 2020 y actualizado ahora en una traducción de Paloma Farré, este libro revela la deriva inquietante del país transalpino en los últimos tiempos, resultado de un proceso global que no deja de proyectar sombras ominosas sobre muchas regiones de Europa.

Como señala en su prólogo Miquel Ramos, desde la aparición de la versión previa del libro la situación no ha hecho más que empeorar, con el acceso de Giorgia Meloni al poder y la derecha asumiendo los postulados xenófobos de la extrema derecha. Hay que decir además que los ideólogos reaccionarios han aprendido mucho, y se afanan ahora en parecer razonables, de forma que el nuevo fascismo, sin renunciar completamente al viejo, trata de distanciarse de él y conquistar a las masas con un rostro amable.

La extrema derecha gobierna ya en varios países de Europa y en otros podría hacerlo en breve, con lo que comprender la dinámica del proceso en curso tiene una urgencia extraordinaria. A ello dedica sus esfuerzos Alba Sidera en este trabajo.

Una crónica de la resurrección del fascismo

Mussolini acabó sus días fusilado y ultrajado, pero Predappio, su localidad natal en la Emilia-Romaña, en la que además reposan sus restos, es hoy un activo centro de pe-

regrinación para personas de todo el mundo que veneran su memoria. En las tiendas de *souvenirs* se exhiben bates de béisbol decorados con consignas del *white power*, bustos del Duce y el Führer y ropa con símbolos fascistas hasta pare bebés. El 28 de octubre, aniversario de la marcha sobre Roma, la pequeña ciudad se convierte en un hervidero de camisas negras, llegadas de toda Italia, desfilando brazo en alto hasta el cementerio. A trece kilómetros está Villa Carpena, donde el dictador vivió con su familia, mansión llena de recuerdos suyos y visita obligada para nostálgicos.

Hace un siglo, cuando el fascismo irrumpió en escena con sus planteamientos antidemocráticos y su violencia, ya se discutió la conveniencia de imponerle un cordón sanitario. El periodista y político socialista Giacomo Matteotti (1885-1924), asesinado por las escuadras negras, defendía que «*el fascismo no es una opinión, es un crimen*», y que en consecuencia no se le debía tratar como a una ideología más. Él documentó en un libro publicado el año de su muerte las atrocidades de los fascistas, dispuestos a mantener el poder a través del miedo. Esto sin embargo es poco conocido hoy, y se ha impuesto la idea de que la violencia sólo comenzó tras la promulgación de las leyes raciales de 1938 contra la población judía. Lo cierto es que tras el acceso al poder de Mussolini en 1922 la pérdida de libertades se produjo de forma progresiva.

Para los movimientos actuales que se inspiran en el fascismo o el nazismo, suelen usarse los términos neofascista o neonazi, que se sobreponen con otros como extrema derecha —para los grupos cuyos postulados van más allá de la derecha tradicional conservadora— y ultraderecha —para los que recurren a la violencia para lograr sus metas—. Aclarado esto, el rasgo distintivo de toda la extrema derecha de hoy es una xenofobia en la que no se suele hablar como antaño de «razas superiores», sino de «culturas incompatibles». Además, el viejo antisemitismo ha sido sustituido en general por islamofobia. Se combate la «extranjerización» de la sociedad, y suele haber una resistencia a atacar abiertamente la democracia, porque no se renuncia a llegar al poder a través de ella. Otras fobias comunes tienen por objeto el feminismo y los derechos LGTBI. Respecto a la economía, pueden hallarse desde proteccionistas e intervencionistas, hasta ultraliberales.

A Silvio Berlusconi (1936-2023) le corresponde un papel esencial en el blanqueo del fascismo en Italia. Magnate de los medios amenazado por múltiples causas judiciales, él diseñó un plan maestro para hacerse con el poder político y librarse de ellas, al tiempo que se presentaba nada menos que como un adalid de la lucha contra la corrupción. Así es como en 1994 ganó las elecciones y formó Gobierno, apoyándose en los neofascistas del Movimiento Social Italiano y los populistas de la Liga Norte, campeones de xenofobia. En un país en el que el antifascismo se consideraba una seña de identidad, esto supuso un vuelco. Unos años después, Berlusconi tuvo que ver cómo la Liga Norte, metamorfoseada en la Liga, con liderazgo de Matteo Salvini y sacando provecho de las estrategias de la buena amiga de éste, Marine Le Pen y su Frente Nacional, se ganaba al electorado que tan fiel había sido al excavaliere.

El «telefascismo» impuesto en Italia en la era Berlusconi llegó para quedarse, y no sólo en Italia. Las masas lobotomizadas en programas de entretenimiento ajenos a cualquier análisis o debate sobre la realidad, asimilan opiniones prefabricadas y votan previsiblemente cada cuatro años. Sidera analiza la contribución del centro izquierda a este desastre con un repaso de la biografía política de Matteo Renzi, quien al perder en 2016 el referéndum de reforma constitucional demandado por los poderes económicos, dejó el país a punto para el golpe definitivo. La ausencia de alternativas de oposición verídicas y fiables, y la inconsciencia ante el peligro de retroceso democrático, fueron decisivas para el triunfo de la derecha extrema.

Otros actores y escenarios en la comedia identitaria

La degradación de la política en el capitalismo terminal propicia la aparición de fenómenos estrambóticos. El Movimiento 5 Estrellas, auspiciado por el cómico multimillonario Beppe Grillo, entusiasta admirador de Donald Trump, juega a una pretendida ambigüedad que lo hace proclamarse «ni fascista ni antifascista», pero su obsesión son los inmigrantes, con lo que tras vencer en las elecciones de 2018 aceptó compartir el poder con Matteo Salvini, aquejado de la misma fobia. Con el nuevo Gobierno, las agresiones xenófobas se incrementaron preocupantemente. Otra pieza original del neofascismo italiano es el movimiento CasaPound, okupas de extrema derecha cruzados de la identidad cultural europea y por ello enemigos jurados de la inmigración.

En la reactivación del fascismo italiano se aprecia también la larga sombra del «amigo americano». En 2017, cuando Steve Bannon, asesor de Donald Trump, dejó su cargo en la Casa Blanca, comenzó a orquestar una campaña de promoción de partidos de extrema derecha en Europa a través de The Movement, la organización que fundó, considerada una Internacional de la derecha populista. En un principio apostó fuerte por Salvini en Italia, y cuando éste cayó en desgracia por sus conexiones rusófilas y su gestión de la pandemia, por Giorgia Meloni, flamante triunfadora en 2022.

El libro aporta también datos alarmantes sobre cómo van las cosas en otros escenarios europeos. Alternativa por Alemania camufla su discurso de odio hacia refugiados, musulmanes y ecologismo, con estética «progre» y tono amable, enfatiza su carácter de movimiento popular —para diferenciarse de las élites— y ha logrado hasta un 27 % de

representación en algunos Parlamentos regionales. El Partido de la Libertad de Austria no va a la zaga, y con sus diatribas xenófobas y explotando el miedo a la pérdida de identidad cultural europea es ya tercera fuerza política en el país.

Por lo que respecta a Francia, grupúsculos como Generación Identitaria reúnen armamento y se preparan para la «guerra racial», conformándose mientras tanto con asaltar mezquitas y agredir a inmigrantes. Son una especie de brazo armado del Frente Nacional, cuyo surgimiento y sustrato ideológico Sidera analiza en detalle. Alain de Benoist, Guillaume Faye y Jean-Claude Valle, entre otros, concibieron ya a finales de los 60 la Nouvelle Droite, una mezcla de autoritarismo identitario con valores de izquierdas —como solidaridad e incluso anticapitalismo—. Es notable la insistencia de estos teóricos en la necesidad de un esfuerzo intelectual para conquistar la hegemonía cultural, concepto que toman de Antonio Gramsci.

Suele subrayarse la diferencia entre España, donde el dictador murió en la cama, e Italia, donde fue colgado por los pies en una gasolinera, pero la transición española —con su «atado y bien atado»— no deja de tener similitudes con lo acontecido al sur de los Alpes. El libro nos recuerda la impunidad de crímenes aquí, con tres amnistías en 1946, 1953 y 1966 y una incorporación de no pocos fascistas notorios a la Administración y el Ejército del nuevo Estado. La Democracia Cristiana fue el instrumento, auspiciado por la Iglesia católica y el Gobierno norteamericano, para controlar el país y a ella se afiliaron muchos camisas negras. Este partido fue la matriz de la política actual en Italia, del centro a los neofascistas.

Memoria y movilización contra los fantasmas de un futuro incierto

El libro concluye con dos testimonios relevantes. El primero es el de Umberto Eco, que en una conferencia en 1995 alertaba contra el resurgimiento del fascismo y señalaba los aspectos clave para identificarlo: culto a la tradición y la acción, sin renunciar a la violencia, nacionalismo y xenofobia, denuncia permanente del peligro de un enemigo externo y persecución de la disidencia. Estos rasgos los vamos a encontrar a pesar de los ropajes inesperados que puede llegar a vestir el monstruo.

El otro testimonio es el de Liliana Segre. Esta mujer judía, nacida en 1930 y deportada a Auschwitz en 1943, desde 1990 ofrece conferencias por toda Italia y encarna hoy el espíritu de resistencia contra las nuevas formas de xenofobia. Sus protestas cuando en 2018 Matteo Salvini planteó realizar un censo de gitanos en el país para expulsar a cuantos fuera posible, tuvieron enorme resonancia y la convirtieron en objetivo de los ultras, hasta el punto de necesitar escolta.

En una encuesta de 2019, casi la mitad de los italianos se declaraba partidario del acceso al poder de un hombre fuerte, que no tuviera que depender de Parlamentos ni elecciones. Es un hecho que el fascismo renace vigoroso en el miedo de los europeos a perder su forma de vida frente a los que huyen de los estragos del capitalismo en otras regiones. Alba Sidera nos muestra en *Fascismo persistente* los detalles de lo que está ocurriendo en Italia, pero todos estamos en el mismo barco y en otros países el escenario no es muy diferente.

En estas condiciones, lo fundamental para que los pueblos de la vieja Europa resistan los cantos de sirena de totalitarismos que regresan sólo puede ser una toma de conciencia sobre la situación del mundo y sus causas. El velo tejido desde el poder, con sus instrumentos de desinformación y control ideológico, debe caer para que veamos que los problemas económicos y sociales que nos aquejan sólo pueden tener solución a través de una profunda y auténtica democracia y una política radical que se enfrente al sistema económico letal que rige el planeta.

Sin embargo, y para acabar de nublar el panorama, la mayor parte de la izquierda que opera desde dentro del sistema ha renunciado a afrontar la realidad y se empecina en un discurso errático, disperso en bagatelas y espejismos, incapaz de ofrecer alternativas al desastre.

Bolsonarismo y extrema derecha global. Una gramática de la desintegración, de Rodrigo Nunes. Para entender las extravagancias de los nuevos gestores del mundo

Publicado en *Rebelión* el 17 de julio de 2024

La victoria de Jair Bolsonaro en las elecciones presidenciales de 2018 supuso la incorporación del Brasil a la ya amplia lista de territorios con Gobiernos de derecha radical, autoritaria y xenófoba. Algo trascendental ocurre en un país cuando los que habían apoyado políticamente a partidos de corte tradicional caen bajo el embeleso de un movimiento basado en polarización extrema, anticomunismo visceral, negacionismo y discursos de odio. Desentrañar las causas y los probables efectos de estos procesos sociales emergentes es sin duda una de las labores fundamentales del momento.

El filósofo brasileño Rodrigo Nunes ha investigado esta cuestión en diversos artículos que aparecen ahora reunidos en *Bolsonarismo y extrema derecha global*, volumen recién editado por Tinta Limón (trad. de Florencia Carrizo). El leitmotiv de estos trabajos es una perspectiva según la cual lo que estamos contemplando en Brasil, pero también a nivel global, es una respuesta desquiciada a la exacerbación de

desigualdades impuesta por el neoliberalismo, la «gramática de la desintegración» expresada en el subtítulo del libro. De esta forma, el bolsonarismo se percibe inmune a los reveses que coyunturalmente pueda sufrir en las urnas, pues se alimenta de la propia dinámica del capital en su fase terminal.

Qué es el bolsonarismo

Nacido en 1955 en un pequeño municipio del estado de São Paulo, Jair Bolsonaro hizo carrera en el Ejército hasta 1988, cuando pasó a la reserva con el grado de capitán y comenzó su labor política en partidos de derechas. En este desempeño, con el tiempo pudo verse que nadie le hacía sombra a la hora combatir derechos feministas o LGTBI, defender con violencia la sacrosanta propiedad privada de los latifundistas o promover una deforestación salvaje de la Amazonia. Tras su acceso a la presidencia, su negacionismo durante la pandemia dejó también muchos titulares en la prensa mundial.

No obstante, más allá del perfil del personaje, Nunes achaca la mutación política en marcha a causas profundas en la sociedad brasileña. Los bolsonaristas irreductibles son menos de una sexta parte de la población adulta, pero sin necesidad de organización ejercen enorme peso político por su permanente compromiso. ¿Dónde reside su fuerza? En la gestación del fenómeno es posible identificar tres elementos impulsores: «militarismo policial», «antiintelectualismo evangélico» y «emprendedorismo monetarista», que se desarrollan además con una mentalidad interclasista. Aunque el proceso captó primero a los sectores con más ingresos, los de menos fueron seducidos a medida que los beneficios sociales promovidos por los Gobiernos de izquierda no pudieron mantenerse debido al deterioro de la situación económica. Fue el momento entonces de la demagogia.

Entre las clases altas sobre todo, otros factores clave a la hora de impulsar al excapitán a la presidencia fueron la prédica de ideas ultraliberales, generosamente financiada por el capital, el conservadurismo social, sustentado en la familia tradicional, y el anticomunismo, además de una hábil y desorbitada explotación de casos de corrupción de los Gobiernos de izquierdas. Resulta curioso que neoliberalismo y neoconservadurismo no tengan problemas en ir de la mano en esta ocasión, lo que se explica por la moral que comparten de defensa del orden y la propiedad.

Un artículo recogido en el libro está dedicado a un episodio durante el mandato de Bolsonaro, cuando en 2020 el director de teatro Roberto Alvim, secretario de Cultura en su Gobierno, utilizó en un vídeo de promoción del arte brasileño un fragmento extraído de un discurso de Joseph Goebbels —ministro de Propaganda del III Reich—, lo que provocó su cese inmediato. Para Nunes, lo que se pretendía con este vídeo era sólo provocar «la risa de los amigos y la ira de los adversarios», pero si se consideran además las políticas que Alvim promovió desde el cargo, se concluye una profundización en un escenario global preocupante de «normalización» de las ideas extremistas.

Otro texto sirve para analizar la notable fidelidad a Bolsonaro de los votantes más ricos y los que se declaran empresarios. El examen de los estratos sociales implicados en el proceso muestra que un nicho importante para la nueva ideología se encuentra en una peculiar clase media baja, frustrada en sus expectativas de movilidad social por la crisis económica y muy sensible a la oferta que se les hace de convertirse en «emprendedores» y lograr al fin el éxito. Se observa así que las masas disciplinadas del fascismo histórico dejan paso hoy a enjambres de resueltos empresarios en ciernes, perseguidores de un nicho de mercado. El éxito no es fácil, pero el camino hacia él es único.

Espectros de la pandemia

El negacionismo de Bolsonaro durante la pandemia tuvo un costo político en los primeros meses, pero a partir de cierto momento la situación creada se materializó en un incremento de su popularidad, que llegó a alcanzar el 30 %. Ciertamente, la capacidad de las masas para analizar sus problemas es muy deficiente y la manipulación a la que son sometidas conduce a resultados pintorescos. Nunes examina algunos de los mecanismos que parecen haber operado en este caso y otros similares, y observa una utilización de los sentimientos antisistema que existen en las masas, por medio de bulos y *fake news* hábilmente orquestadas. Sorprende cómo Gobiernos sedicentemente democráticos no tienen reparos en funcionar con escasa legitimidad, apelando a la «complejidad técnica» de los problemas y a la urgencia motivada por las crisis, lo que constituye la famosa «doctrina del shock» de Naomi Klein.

La trayectoria del neoliberalismo muestra una profundización de las desigualdades y una anulación de la población como sujeto político capaz de decidir sobre su destino. En este contexto, las fuerzas de extrema derecha gobernantes basan su éxito en un desplazamiento de la justa rebeldía contra tal estado de cosas hacia enemigos imaginarios como inmigrantes, feministas o potencias extranjeras. El aparato ideológico y mediático de que los poderes económicos disponen sirve perfectamente a este fin, y la inoperancia de una falsa izquierda, claudicante ante el capital, se usa para demostrar que no existe ninguna alternativa política.

Un mundo polarizado

La irrupción de una nueva derecha más radical y desquiciada es un fenómeno mundial y llega a Brasil en 2013 de la mano de las tecnologías de comunicación y el *boom* de las redes sociales, que privilegian a los que no tienen ningún

pudor en mentir. La guerra cultural ha estallado y la desigualdad galopante aviva el resentimiento de unos blancos pauperizados que se sienten desfavorecidos ante la conquista de derechos por parte de las minorías. El Partido de los Trabajadores en el poder por entonces fue incapaz de acometer reformas estructurales de calado y vio su imagen asociada a la de unas élites cada vez más odiadas, con lo que dejó el camino expedito a una extrema derecha hábilmente presentada a sí misma como «antisistema».

En *Bolsonarismo y extrema derecha global*, Rodrigo Nunes nos sitúa ante un escenario aparentemente sin alternativas, marcado por una economía implacable que aumenta las desigualdades y una política dominada de forma creciente por fuerzas de extrema derecha que enfrentan el desastre predicando culto a la propiedad y retórica individualista. La izquierda, incapaz de ofrecer soluciones reales, es una especie en peligro de extinción, y ello nos obliga a plantearnos si al igual que fue posible la metamorfosis de la derecha, no habría de serlo también otra de la izquierda, capaz de rescatar valores de racionalidad y humanismo solidario y enfilarlos contra la dinámica obscena del capital.

Fascismo y populismo. Mussolini hoy, de Antonio Scurati. Las metamorfosis del totalitarismo

Publicado en *Rebelión* el 19 de diciembre de 2024

El fascismo, más allá de su significado concreto en la historia, es hoy un término usado sobre todo como insulto y de forma imprecisa, con lo que resulta muy difícil aquilatar la relación entre el ideario y la praxis política de aquel fenómeno de la primera mitad del siglo XX y sus posibles encarnaciones actuales.

El profesor y escritor italiano Antonio Scurati (1969) es autor de una novela histórica sobre el intelectual antifascista Leone Ginzburg y otra en cuatro volúmenes sobre Benito Mussolini y su movimiento. Al mismo asunto dedicó también *Fascismo y populismo. Mussolini hoy*, que acaba de ser publicado en castellano por Debate (trad. de Carlos Gumpert). En este trabajo se establecen paralelismos entre el régimen fascista y los líderes populistas de hoy, y se aportan claves para interpretar un fenómeno recurrente que desafía la democracia en Europa. *Fascismo y populismo* está basado en la intervención de su autor en un congreso en Ginebra en 2022, pocos días después de las elecciones que llevaron al poder a la extrema derecha en Italia, y todo él transpira la conmoción del momento, pero trata de ahondar desapasionadamente en lo que la historia puede enseñarnos para afrontar los retos del presente.

En las primeras páginas se reconoce la irrupción en Italia con el nuevo milenio de un espíritu extraño, que tendía a separar dos conceptos estrechamente ligados en el país tras la Segunda Guerra Mundial: democracia y antifascismo. Lo que nacía era un populismo condescendiente con el pasado hasta entonces reprobado, y en los medios y el debate político se derribaban viejos tabús al respecto. A la vista de esto, el objetivo declarado del libro es estudiar las características del fascismo de los años 20 y 30 del siglo XX con el fin de auscultar su regreso en la era actual. Las tesis que se defienden son dos: que Mussolini fue el inventor no sólo del fascismo, sino también del populismo, y que los movimientos políticos de extrema derecha que hoy pululan por el planeta, promoviendo formas de «democracia autoritaria», son herederos de Mussolini, pero no del Mussolini fascista, sino del Mussolini populista.

El doble rostro del Duce

Scurati usa algunas anécdotas de los orígenes del fascismo para poner de manifiesto su doble naturaleza. Expulsado ignominiosamente del Partido Socialista Italiano en 1914 por su apoyo a la guerra, Mussolini se encuentra al concluir ésta sin apenas seguidores, aunque es un personaje conocido y propietario de un periódico, *Il Popolo d'Italia*. En ese momento, durante las celebraciones de la victoria, el futuro Duce tiene la idea genial de subirse a un camión de I Arditi («Los Osados») —tropas de asalto integradas sobre todo por exdelincuentes que acababan de ser desmovilizadas de una forma que consideraban humillante—. Confraternizando con estos «perros de la guerra», lamiendo sus heridas y alabando su brutal concepto del honor y el valor, Mussolini va a encontrar la materia prima para sus Fasci italiani di combattimento, la organización política que funda en marzo de 1919. Queda así claro que la violencia marca desde su mismo origen el movimiento fascista.

Se recuerda también que en las elecciones de noviembre de 1919, los Fascios de Combate, que concurren a ellas, obtienen un resultado ridículo que parecía una sentencia de muerte política para su líder, encarcelado además el día siguiente tras encontrarse armas en las oficinas de *Il Popolo d'Italia.* Sorprendentemente sin embargo, tres años después, Mussolini protagoniza la marcha sobre Roma y recibe de Víctor Manuel III el encargo de formar Gobierno. Para Scurati, este ascenso meteórico demuestra que junto al espíritu de violencia señalado, el fascismo presenta otro rostro bien diferente, capaz de fascinar a las masas, el rostro populista. Según esto, el fascismo es violador y seductor al mismo tiempo, sin que las dos facetas estén separadas, pues la violencia contribuye al hechizo.

El populismo de Mussolini

Scurati pasa revista a los elementos que, en sus propias palabras, permitieron que «*Italia fuera seducida al tiem-*

po que era violada». El primero de ellos es la identificación del pueblo con su caudillo, rasgo definitorio del «populismo». Mussolini, que debutó en la vida pública como periodista, conocía el valor de la letra impresa y en 1919 la primera acción violenta de sus escuadristas fue la destrucción de la sede de *Avanti!*, el periódico de los socialistas que él mismo había dirigido siete años antes. Después, en sus escritos él supo inaugurar un estilo que iba directo al alma popular, con frases breves, combativas, que servían como eslóganes, y uso obsesivo del «yo»: «yo prometo», «yo declaro»... Esta unión mística del líder y el pueblo hace intolerable cualquier disidencia, que será reprimida con saña.

En relación con esto, una segunda característica del populismo es su aversión a la democracia y el parlamentarismo, vías de expresión de una discrepancia que no le resulta aceptable. Por ello los Fascios de Combate son definidos como un «antipartido» y la clase política liberal denostada como «casta» enemiga del pueblo, lo que recuerda cosas que vemos hoy, aunque ahora de momento no se pretende sustituir los Parlamentos por dictaduras, como sí se hizo en 1922 tras la marcha sobre Roma.

Un repaso de la trayectoria de Mussolini en los años 20, con su cúmulo de contradicciones, revela en realidad ausencia de cualquier ideología que no sea el oportunismo para lograr el poder de un aventurero sin escrúpulos. Él maneja a las masas sirviéndose de las pulsiones que capta en ellas y con este fin un medio eficaz es el miedo, dominante en épocas de crisis. Contra la esperanza de un mundo mejor que predicaban los socialistas, él edifica sobre el instinto más poderoso, el temor, que encuentra su destinatario en el comunismo, un extranjero —«la peste asiática»— implantado en el país, que amenaza con despojarnos. Y a este miedo se unirá otro generado por la propia violencia de los fascistas. Con las nuevas coordenadas, la vida se simplifica y todas las discusiones parlamentarias dejan paso a un miedo-odio que desencadena un amor sin fisuras al líder que nos defiende y a sus seguidores.

Scurati observa un paralelismo entre el miedo al comunista de los populistas del siglo XX, transmutado en odio, y el odio a los inmigrantes de los populistas soberanistas en la Italia de ahora. Es idéntico también el recurso ayer y hoy, en todos los autoritarismos, a una comunicación en la que a falta de ideas se usa generosamente la imagen del líder sacralizado. Sin embargo, como se ha dicho, se constatan diferencias entre la violencia y el antiparlamentarismo de antes y lo de ahora, aunque en ambos casos se degrade la democracia.

El objeto de la lucha

Scurati se siente de una generación que creció convencida de que la democracia era un don eterno, pero reconoce que los acontecimientos del presente demuestran que se trata más bien de una conquista ganada con esfuerzo y que podría perderse, como ya ocurrió en ocasiones. Hoy día existe una tendencia en todo el mundo a cuestionar el parlamentarismo que recuerda peligrosamente sucesos de la primera mitad del siglo XX, y por ello el libro concluye con un llamamiento a recuperar un auténtico espíritu de lucha contra los obstáculos que se oponen a la democracia.

Fascismo y populismo aporta un recorrido histórico y una disección erudita y sugestiva de las diferencias entre el populismo fascista de ayer y el que emerge hoy en muchos rincones del planeta. Sin embargo la «lucha por la democracia» que se propone como conclusión y programa final no puede dejar de sonarnos insuficiente en el contexto económico que vivimos. Lo cierto es que el capital se las arregla bien, con su superestructura ideológica, para que el juego parlamentario sirva sus intereses y no los de la gente, con lo que ésta puede fácilmente acabar escuchando los cantos de sirena de los demagogos. El programa no puede ser exclusivamente en pos de la democracia, porque democracia sin socialismo, como la historia demuestra cumplidamente, es un empeño imposible que sólo puede generar frustración.

El lenguaje de VOX y su impacto en el debate público, de Vanessa Lillo. Discurso e ideología de la extrema derecha española

Publicado en *Rebelión* el 10 de julio de 2024

Durante un tiempo pareció que nos íbamos librando de ver en el Parlamento español a representantes de las derechas extremas que triunfaban por toda Europa, pero la ilusión duró poco. Fue en las elecciones de abril de 2019, agitando espectros de antifeminismo y nacionalismo español tras las tensiones del *procés* y con el PP enfangado en casos de corrupción, cuando VOX irrumpió en el Congreso de los Diputados con 24 escaños. Tras la repetición electoral de ese mismo año, éstos subieron a 52; los peores pronósticos se iban cumpliendo.

A Vanessa Lillo (1983), militante de Izquierda Unida y diputada en la Asamblea de Madrid entre 2019 y 2023, le tocó vivir de cerca esta irrupción de la derecha extrema en las instituciones, y tras concluir la licenciatura en Ciencias de la Información escogió como tema para su trabajo fin de máster un análisis del lenguaje de VOX y su impacto en el debate público. Éste es el texto cuyos aspectos esenciales se recogen en el libro que acaba de ser editado por Sequitur con un prólogo de Marcos Roitman. La obra nos ofrece una indagación en los mecanismos lingüísticos que sirven para defender los privilegios de unos pocos en nombre

del sentido común y para dinamizar el miedo como recurso poderoso en la preservación del *statu quo* social.

Un problema mundial

Un rasgo clave del presente es el auge en multitud de países de formaciones políticas que no se recatan a la hora de exhibir su carácter autoritario y xenófobo. 2016 ve llegar a Donald Trump a la Casa Blanca y es al mismo tiempo el año del Brexit, pero toda esa época está marcada por el acceso al poder de personajes con perfiles similares: Narendra Modi (2014), Jair Bolsonaro (2018)... VOX se funda en 2013 y en la actualidad es un partido pujante, con amplia base social en nuestra piel de toro. ¿Cuál es su perfil propio entre las derechas extremas que surgen en el mundo? Lillo repasa los estudios al respecto para concluir que sus divisas son: nacionalismo excluyente con impronta religiosa, liberalismo en lo económico y conservadurismo en lo social. Esto señala una diferencia clara con el Rassemblement National francés, por ejemplo, más populista, obrerista, antielitista y socializante.

VOX en la Asamblea de Madrid entre 2019 y 2023

La primera legislatura analizada corresponde al período 2019-2021, con un Gobierno de coalición entre PP y Ciudadanos, presidido por Isabel Díaz Ayuso y apoyado por VOX. Ésta es una época marcada por la pandemia y la suspensión de la actividad parlamentaria durante un año. La segunda legislatura, de 2021 a 2023, tuvo un Gobierno de PP y VOX sin cambio en la presidencia de la Comunidad.

Lillo rastrea las iniciativas parlamentarias de VOX en estos dos periodos y concluye que descontando la importancia de la pandemia en la primera, los temas recurrentes fueron: educación, menores extranjeros no acompañados y colectivo LGTBI, lo que confirma unas prioridades ideológicas orientadas hacia inmigración, enseñanza, identidades sexuales e igualdad de género. En todos estos campos, las propuestas que se plantearon tenían el denominador común de cuestionar y tratar de derogar derechos consolidados.

Por otra parte, el análisis de las intervenciones de VOX en la Asamblea de Madrid permite captar patrones muy significativos, como la insistencia en presentar la ideología como algo «totalitario», característico de la izquierda, a lo que oponen una racionalidad política de «sentido común» encarnada por ellos. El lenguaje desenfadado y chulesco que estilan trata de conectar con una mentalidad «popular» y oculta el sesgo profundamente «antipopular» de lo que se propone. Así, las ayudas sociales son en cualquier caso «chiringuitos» para los amigos de los políticos izquierdistas, mientras que las medidas que benefician a los empresarios, la gente «que crea riqueza», son lo que realmente mejora la sociedad. En educación ocurre lo mismo: los planteamientos de la izquierda son siempre manipuladores e «ideológicos», y el adoctrinamiento homófobo y ultraconservador que ellos defienden es pura «objetividad».

Otras marcas de VOX son su obsesión por la familia tradicional, que cuestiona los avances de la comunidad LGTBI, y un celo identitario e islamófobo que rechaza frontalmente la inmigración. Lo que se transparenta en el fondo de todo esto no es otra cosa que un miedo cerval a la pérdida de la propia identidad, que sirve de justificación psicológica para tratar por todos los medios de preservar las instituciones tradicionales, desafiadas por la «ideología izquierdista». El conservadurismo extremo busca instrumentos de supervivencia también extremos, pero lo cierto es que de momento, y esto es general para toda Europa, las formaciones de derecha radical no contemplan el recurso a golpes de Estado, y esperan a alcanzar el poder por la vía democrática para imponer sus programas.

A lo largo del libro encontramos referencias continuas al monumental trabajo de Victor Klemperer *La lengua del Tercer Reich* (1947), en el que se diseccionan los recursos lingüísticos utilizados por los nazis. Los paralelismos son evidentes entre lo que ocurrió en Alemania entre 1933 y 1945 y lo que está sucediendo ahora mismo en toda Europa, y ello no deja de ser muy preocupante. Dos aspectos fundamentales que se repiten en ambos escenarios son la sustitución del pensamiento y los argumentos por sentimientos como el miedo o la ira, y el inicio de una cruzada reivindicando valores amenazados que se juzgan irrenunciables, como la identidad cultural, la familia o la libertad de los padres para educar a sus hijos. El proceso se completa señalando a la hidra responsable de todos los males a través de sus tres cabezas: socialismo, feminismo e inmigración, y con el propio compromiso como salvadores, valientes y voluntariosos, dispuestos a todo sin cortapisas.

El lenguaje de VOX hace saltar todas las alarmas al mostrar cómo los mecanismos de manipulación que operan entre nosotros son los mismos que dieron sustento ideológico a la Alemania nazi. En tiempo de zozobras, el circo identitario desempolva sus pistas y convoca a defender privilegios y singularidades excluyentes, y todos sabemos que en su empeño no va a renunciar a la violencia más extrema si la cree necesaria. Vanessa Lillo nos pone ante el problema en su exacta dimensión y nos hace comprender que éste es el momento de activar las medidas racionales y humanistas necesarias para abortar el desastre en esta ocasión.

4.10
El problema del hambre

Setenta años de *Geopolítica del hambre*, de Josué de Castro

Publicado en *Rebelión* el 18 de noviembre de 2021

El rasgo más terrible sin duda de nuestro mundo es la coexistencia en él de una tecnología extraordinariamente sofisticada y una miseria atroz que castiga a centenares de millones de personas. Mucho podría hacerse y muy poco se hace, por ejemplo, por paliar los estragos de la desnutrición, lo que aporta una prueba de cargo abrumadora contra el sistema económico que nos rige. En frase de Jean Ziegler: «*Cada muerte de hambre en el mundo supone un asesinato*», y estamos hablando nada menos que de nueve millones de asesinatos todos los años.

Ante este problema crucial, el primer objetivo es aquilatar sus dimensiones y rastrear sus causas en cada región, labor compleja que recibió un impulso enorme gracias al médico, geógrafo y activista brasileño Josué de Castro, un prolífico escritor también entre cuyos trabajos destaca *Geopolítica del hambre*. Este libro, publicado en 1951 y actualizado en una edición definitiva en 1972, supuso un aldabonazo en la conciencia mundial, al poner al descubierto tanto las proporciones del desastre como la naturaleza de las condiciones que lo generan.

Una vida dedicada al problema del hambre

Josué de Castro nació en Recife en 1908 y se graduó en Medicina en la Universidad de Río de Janeiro. En los años 30, su experiencia clínica en su tierra natal le hizo ver las graves consecuencias de la desnutrición crónica y comenzó a estudiar esta lacra mientras se ganaba la vida como docente en diversas universidades. Así, en 1937 publica *La alimentación brasileña a la luz de la geografía humana*, y partir de 1940 logra desarrollar, con el apoyo del Gobierno de su país, en manos del Estado Novo de Getúlio Vargas, iniciativas para mejorar la alimentación de las masas populares.

Geografía del hambre, de 1946, aporta un análisis exhaustivo de la magnitud de la tragedia en Brasil, demuestra que ésta surge de circunstancias socioeconómicas concretas, y rechaza las interpretaciones que la presentan como inevitable. El paso siguiente era extender el estudio a todo el planeta y esto es lo que de Castro culmina en 1951 con *Geopolítica del hambre*, al tiempo que continúa con su activismo social; entre 1952 y 1956 preside el Consejo Ejecutivo de la FAO, tratando de dinamizar proyectos para el tercer mundo y criticando incansable la «acción tímida y vacilante» del organismo.

La participación en política de nuestro recifeño, como diputado federal y representante de Brasil en instituciones mundiales, se vio truncada por el golpe militar de 1964, que lo condenó al exilio, pero establecido en Francia siguió colaborando en acciones internacionales a favor del desarrollo y ejerció como profesor universitario hasta su fallecimiento en París, en 1973, de un infarto de miocardio.

La primera radiografía de un problema global

La obra comienza planteando con claridad el gran dilema que se propone investigar y que es posible resumir en una pregunta: «*¿Es el fenómeno universal del hambre algo natural, inherente a la vida, o más bien una plaga social creada por el propio hombre?*». Avanzar en una respuesta requerirá establecer primero unos aspectos generales, y recorrer después las regiones diversas del planeta para trazar las dimensiones reales del problema y analizar sus causas. Por último, se discutirán las opciones para una solución duradera.

El tabú del hambre

Antes que nada, es necesario reconocer que el hambre se ha convertido en un tabú, un asunto ominoso que no se considera apropiado estudiar y se relega a un carácter secundario, cuando la realidad es que causa mayor mortalidad que guerras y epidemias juntas. Tras este tabú se esconde, sin duda, el deseo de las opulentas sociedades occidentales de ocultar que el mal está ligado a la depredación colonial que ellas protagonizaron.

Para de Castro, con una perspectiva optimista, comprensible en alguien que escribe durante los «treinta gloriosos», el mundo entra tras su segunda guerra en una fase revolucionaria, caracterizada por el triunfo de los planteamientos «sociales» sobre los «económicos». Según él, esto ha de hacer posible romper el tabú del hambre e investigar sus enigmas con un análisis global que aborde su origen.

Es imprescindible también poner en su lugar las teorías que presentan el hambre como una consecuencia inevitable del aumento demográfico. Los datos disponibles demuestran que la curva exponencial de Malthus no es real en la mayor parte de los casos, por la influencia de las circunstancias ambientales y sociales, como ya señalaron Fourier, Proudhon, Marx, Engels o Kropotkin, entre otros. Tampoco es cierto que los recursos alimentarios no puedan adaptarse a la población del mundo con una planificación adecuada. De hecho, la cantidad de tierras potencialmente cultivables es enorme en amplias zonas del planeta. La tesis que se va a defender es justamente la inversa: No es el ham-

bre una consecuencia de la superpoblación, sino que la superpoblación surge como resultado del hambre.

Los matices del hambre

El hambre se materializa bajo aspectos muy variados, y a esta tipología está dedicada la segunda parte de la obra. Es necesario diferenciar los episodios agudos, en los que solemos fijarnos más, de la desnutrición crónica, lo que de Castro denomina «hambre oculta», que en realidad es mucho más letal. Un repaso de los mecanismos de la nutrición humana permite deducir que los hábitos alimentarios de las sociedades resultan con frecuencia generadores de enfermedades. Es el caso de las deficiencias de proteínas, elementos químicos como calcio, hierro, yodo o sodio, y vitaminas, estudiadas todas con minuciosa erudición en la obra.

Pero no es sólo el cuerpo el que sufre desnutrición, es posible demostrar cómo ésta afecta también al carácter y hábitos sociales de los humanos. Como en otros animales, se observa que el hambre aguda rebaja la libido e induce comportamientos de extrema violencia en busca de alimento. Por el contrario, una dieta escasa en proteínas y algunas vitaminas incrementa la libido y la fecundidad en experimentos con animales y estudios sobre sociedades humanas. Este aspecto crucial se confirmó con nuevos datos incorporados en la segunda edición de *Geopolítica del hambre*.

El hambre en el Nuevo Mundo

A pesar de su demografía relativamente moderada, América es una de las grandes regiones de desnutrición y hambre, y para de Castro éstas explican muchos de los otros males del continente. Al sur del Río Grande, la indolencia de las poblaciones depauperadas tiene para él su origen en estas lacras, como muestran fehacientemente los datos que aporta del nordeste de Brasil.

En América del Sur la dieta es deficitaria en proteínas y adolece de carencias minerales en muchos casos. La causa de esto no se halla en la alta densidad de población ni en la pobreza de los suelos, sino en una historia marcada por la crisis alimentaria ligada a la explotación colonial. Los ciclos sucesivos extractivos y de monocultivos impuestos: oro, azúcar, piedras preciosas, café, caucho, petróleo, etc. arruinaron la economía tradicional y quebraron la posibilidad de autoabastecimiento y de una alimentación apropiada.

En América Central la dependencia casi exclusiva del maíz, cereal que no aporta suficiente cantidad de proteínas, sales minerales y vitaminas, es un grave problema que ya existía antes de la conquista española, pero que se agravó con la obsesión minera y los monocultivos que proliferaron también aquí. En las Antillas la población aborigen, exterminada, fue sustituida por africanos que cultivaron caña de azúcar como esclavos, enriqueciendo a las potencias coloniales, pero sumiéndose ellos mismos en un abismo de desnutrición crónica. Es un escenario terrible, aunque con variaciones locales. Un caso notable es Cuba, donde el triunfo de la revolución supuso un importante impulso positivo.

Se analiza la situación en regiones de colonización anglosajona. En Puerto Rico la extenuación se disparó en el siglo XX por el cultivo intensivo de caña impuesto por los norteamericanos. En los Estados Unidos se codean el despilfarro y la miseria, con bolsas de desnutrición en los estados sureños y los suburbios de las grandes ciudades.

El hambre en Asia

Es éste el continente por excelencia tanto de las grandes acumulaciones humanas —dos tercios de la población en un tercio del área—, como del hambre en sus expresiones máximas. Un recorrido por la historia de China muestra una secular escasez de proteínas y vitaminas (más acentuada en el sur), así como de sales minerales. Algunos autores calculan 203 años con hambrunas graves por sequías extremas en el milenio entre 620 y 1620, lo cual es mucho decir, y eso sin contar las que originaban inundaciones y plagas de langostas. Esta hambre crónica se veía potenciada por la estructura social opresiva y las aglomeraciones humanas en algunas zonas. China ofrece un buen ejemplo de cómo la alta natalidad se correlaciona con una alimentación pobre en proteínas. Generar muchos descendientes se convierte en un mecanismo para perpetuar a una población amenazada por el hambre y otras calamidades.

Esta bien asentada situación no hizo sino empeorar durante el siglo XIX, con las guerras coloniales y el declive económico inducido, y solamente tras la revolución de 1949 el país comenzó a despegar. Los datos económicos y sociosanitarios que se aportan muestran esto con claridad, incluso considerando los errores y retrocesos del «Gran Salto Adelante», entre 1958 y 1961.

El pueblo de la India es de los más subalimentados del mundo, aunque el déficit generalizado de proteínas no se da en áreas como el Punjab, donde la talla y resistencia física de la población es notablemente mayor. Las avitaminosis son comunes y la mortalidad temprana es de las más elevadas del planeta. Las hambrunas crónicas de la India se agravaron durante el siglo XIX debido a la colonización inglesa.

La India, con superpoblación y hambre endémica parece ofrecer un ejemplo óptimo de cómo la primera causa la segunda. Sin embargo, un análisis detallado demuestra que son las circunstancias socioeconómicas las que generan la miseria, y no la escasez de tierras cultivables o el exceso de población. Si se gestionaran adecuadamente los recursos, el país podría mantener a toda su gente, pero el régimen imperante de ninguna manera permite que tal cosa ocurra. En épocas de hambruna, es común que sólo los más pobres perezcan, mientras los propietarios se enriquecen con la exportación de alimentos.

Un repaso de la historia reciente muestra, de todas formas, una situación relativamente próspera en el siglo XVIII, con desarrollo de manufacturas que presagiaba un progreso económico como el que se daba simultáneamente en Europa. Pero fue entonces cuando la debacle colonial vino a dar al traste con todo, al abortar el despegue industrial y potenciar la producción de materias primas para la metrópoli. De esta manera, las condiciones de vida de la población cayeron en picado. Tras la independencia, las ilusiones de mejora no cristalizaron, porque ésta no modificó la sumisión económica ni la estructura feudal de la propiedad en el país.

Los campesinos de Japón sufrieron durante siglos una desnutrición crónica ligada al régimen de feudalismo agrario imperante. En este tiempo, la población no crecía, debido a las guerras, hambrunas e infanticidios que se prodigaban. La situación cambió en el siglo XIX con el comienzo de la industrialización, la reforma agraria y la introducción de técnicas modernas en el campo. Sin embargo, todo esto generó un incremento demográfico, con lo que la miseria no remitió bajo el capitalismo naciente. Para de Castro, el imperialismo japonés del siglo XX es consecuencia de un cóctel explosivo: masas pauperizadas y fanatizadas en el culto al emperador, y capitalismo en expansión que opta al fin por la opción militarista.

El hambre en África

Resulta paradójica, a primera vista, la alta incidencia del hambre en un continente relativamente poco poblado como es África, y para explicarla hay que recordar la abundancia en él de desiertos y bosques tropicales, poco favorables al hábitat humano, pero, sobre todo, los estragos de esclavismo y colonialismo, ya desde los tiempos de Roma, que arrasaron con las formas de vida tradicionales. Las independencias aquí tampoco solucionaron nada pues la explotación económica siguió en el régimen neocolonial que aún subyuga al continente.

De Castro analiza las condiciones nutricionales diversas del África blanca, más benignas, y el África negra, muy variables y terriblemente degradadas por la imposición colonialista de monocultivos, que además empobrecen la tierra e incrementan su erosión.

Y en Europa también

La Edad Media europea estuvo marcada por devastadoras hambrunas, potenciadas por la explotación e incomunicación inherentes al feudalismo, pero el flagelo no cedió después, y a comienzos del siglo XX la alimentación era todavía muy deficitaria en amplias regiones del continente. La penosa situación descrita, incluso en países meridionales y orientales de gran potencial, sólo se entiende al considerar el régimen de propiedad dominante en ellos, basado en latifundios.

Las dos guerras mundiales no hicieron más que exacerbar el cuadro. Los nazis confiscaban las reservas alimenticias en todos los países que ocupaban, incluso en satélites como Hungría o Rumanía, porque el hambre era un arma más en su arsenal. Así convirtieron el continente en un gran campo de concentración y exterminio. Los datos que se aportan muestran lo extraordinariamente difícil que fue la recuperación postbélica.

Por un mundo sin hambre

Evidenciada con todo detalle la magnitud del problema y su origen social, la sección final de la obra trata de plantear las estrategias concretas con las que el empeño, perfectamente viable, de alimentar adecuadamente a toda la humanidad podría materializarse. Se describe un amplio abanico de alternativas, desde el aprovechamiento de regiones no cultivadas y de alto potencial, hasta la exploración de nuevos alimentos y técnicas agrarias, pasando por el uso de rotación de cosechas y policultivos que no degraden el suelo. Tampoco se debe renunciar a métodos novedosos, como la producción de plantas y animales en océanos, ríos o lagos.

Sin embargo, todos estos planes se enfrentaban a las rigideces de un sistema económico, político y social en el mundo que poco quería saber de ellos. Era notable por ejemplo, en la época en que el libro fue escrito, la escasez de investigación científica en el campo alimentario, en comparación con la que servía al Moloch industrial y bélico. Es importante también constatar que las grandes zonas de hambre endémica se corresponden al milímetro con las que sufrieron explotación colonial y están aún hoy sometidas a otra neocolonial no muy distinta en esencia.

La conclusión es la necesidad de una economía humanista que ponga fin a estos atropellos, pero ésta sólo se alcanzará a través de la conciencia de las gentes y la acción política conjunta de todos los Estados.

El hambre y el hombre

Con la palabra tabú en su propio título, *Geopolítica del hambre*, la obra más emblemática y ambiciosa de Josué de Castro, recopila las evidencias precisas para alumbrar el secreto más oscuro de nuestro tiempo. Éste no es otro que la tragedia sin final a la vista que se consuma cada día ante nosotros no es una plaga bíblica o un cataclismo inevitable, sino un monstruoso crimen. No se trata de un libro partidista o sesgado ideológicamente, pero contra la conspiración de silencio y mentiras tejida desde arriba, tiene la virtud de exponer la realidad con una contundencia que debería hacernos reaccionar.

La documentación exhaustiva, la prosa diáfana y persuasiva, que realza lo crucial de los temas expuestos, y la estructura ágil, ajustada siempre al hilo de los argumentos,

hacen de la lectura de esta obra una experiencia irrepetible. Hay libros que merecen ser eternamente recordados y éste es sin duda uno de ellos, porque a través de él Josué de Castro dibujó una nueva imagen del mundo, tan real como terrible.

Food wars, de Walden Bello

Publicado en *Rebelión* el 14 de marzo de 2018

Publicado en versión original en 2009 y presentado en castellano en 2012 por Virus (trad. de Ambar Sewell) con un epílogo de Tom Kucharz, *Food wars* del activista y profesor filipino Walden Bello (1945) aporta la síntesis más completa de información y análisis de que disponemos para comprender cómo el capitalismo globalizado está destruyendo los sistemas agrícolas de muchos países y arrojando a millones de personas al hambre. Se trata de un documento extraordinario que echa por tierra el discurso dominante de racionalidad y lógica económica que el pensamiento único intenta imponernos. Ciertamente, lo que ocurre no es el resultado de procesos inevitables, sino la amarga consecuencia de decisiones criminales que debemos afrontar en la enormidad de su dimensión inhumana.

Desde su origen mismo en la Gran Bretaña del siglo XVIII, el capitalismo corre a la par de la destrucción de la clase campesina que es condenada por entonces a las fábricas mientras sus tierras pasan a alimentar ovejas. «*Las ovejas se comen a la gente*», se decía de aquélla. El siglo XIX contempla el desarrollo de una agricultura colonial abastecedora de la metrópoli en la que existe producción familiar, pero predominan las grandes plantaciones. Tras las crisis bélicas de la primera mitad del XX, el sistema de Bretton Woods aplica en el campo un modelo proteccionista en el Norte, al tiempo que promueve en el Sur programas de ayuda muy limitados. Este escenario va a quebrarse en los años 80 cuando los planes de ajuste estructural comiencen a infligir el orden neoliberal a todo el globo.

Los estragos de esta etapa que aún no ha concluido se estudian en primer lugar en México, donde en los 80, tras la crisis de la deuda, se impone una reducción de aranceles que arruina la industria y hunde la economía. El sistema de producción agraria, legado de la Revolución, que garantizaba la subsistencia, es desmantelado además, con lo que el campo sufre y el país se convierte, increíblemente, en importador de maíz. El resultado de tantas calamidades es la emigración desesperada al norte y el auge del comercio de drogas, con una única buena noticia: el levantamiento zapatista de 1994 en Chiapas.

Con el arroz ha ocurrido también que naciones tradicionalmente grandes productoras se ven ahora obligadas a importarlo masivamente. Es el caso de Filipinas, que sigue en los 80 una evolución similar a la de México: descenso de aranceles, desindustrialización y ruina, mientras los recursos del Estado se destinan a pagar la deuda. Retirado el apoyo a la agricultura, ésta queda en manos de latifundistas y las masas depauperadas no tienen más remedio que huir a las ciudades. La tierra es una mercancía al servicio de los ricos, y termina en poder de empresas extranjeras dedicadas a la producción de alimentos para la exportación o agrocombustibles.

La destrucción de la agricultura africana es descrita después. Tras la independencia, el campo es considerado un sector clave y apoyado desde los Gobiernos y el Banco Mundial. No obstante, esta fase de crecimiento estable se interrumpe en los años 80 cuando se imponen las políticas de ajuste estructural. La economía regional cae entonces en un círculo vicioso de estancamiento y recesión, desindustrialización y ruina de la agricultura, aquí además con los detalles del crimen en manos de procónsules de organismos internacionales. Como resultado, los países del continente se ven obligados a importar los alimentos cuya producción es subvencionada en Occidente, y las hambrunas se extienden implacables.

El escenario rural en China está marcado por el desastre de la colectivización del Gran Salto Adelante (1958-1961) y la recuperación posterior durante la Revolución Cultural y sobre todo con la llegada al poder en 1978 de Deng Xiaoping, que devuelve la tierra a los campesinos e inaugura su época dorada. Sin embargo, este *boom* rural va a servir para financiar una industrialización acelerada que, a partir de 1986, sangrará el campo con burocracia e impuestos y acabará ensanchando la brecha con las ciudades. La caída de aranceles tras el ingreso de China en la OMC en 2001 agravó aún más la situación y en 2004 el país se convierte en importador neto de alimentos. Los campesinos sufren un nuevo feudalismo y buscan trabajo en las ciudades mientras el descontento aumenta.

La guerra que el capitalismo impone a las clases campesinas tiene un hito importante en 2007 y 2008, cuando un incremento del 140 % en los precios de arroz, trigo y aceites vegetales arroja a 125 millones de personas en todo el mundo a la pobreza extrema. Entre las causas de esto deben considerarse las políticas de ajuste estructural que se han descrito, pero los expertos apuntan al desvío de la producción hacia los agrocombustibles, fuertemente subvencionados en Estados Unidos, como otro elemento fundamental. En la actualidad, grandes empresas se apropian de la tierra en el Sur y condenan a los que la cultivaban a la miseria para satisfacer la desaforada demanda de combustibles de los ricos del Norte, los dueños del planeta. Al final, maíz norteame-

ricano, aceite de palma del sudeste asiático y caña brasileña van a parar a las barrigas de los coches y dejan hambrientos a los hombres.

El último capítulo está dedicado a sondear las alternativas que están en marcha en estos momentos para enfrentarse al horror. La Liga Campesina de Corea, el Movimiento de los Sin Tierra brasileño o la Confédération Paysanne en Francia son sólo algunas de las organizaciones que aúnan profesionalidad, radicalismo e imaginación en la lucha por una agricultura respetuosa con la dignidad del ser humano. Todas ellas además, agrupadas en Vía Campesina, conforman un espacio global, democrático e integrador, de oposición al caos neoliberal. Sus postulados básicos arrancan del concepto de «soberanía alimentaria» y apuestan por la autosuficiencia de los países y su derecho a decidir las formas de producción y consumo de alimentos y a no estar sometidos a los dictados de las grandes empresas. El desarrollo de la agrotecnología debe partir de las prácticas tradicionales y aprender de ellas y no recurrir a venenos químicos o técnicas nocivas para el medio ambiente, como hoy día es la norma.

Tom Kucharz en su epílogo da cuenta de la persistencia de los problemas denunciados tras la publicación de la edición original de la obra. Sometidos a procesos especulativos y empujados por la fiebre de los agrocombustibles, los precios de los alimentos siguen batiendo records y llevando a las masas a la miseria, mientras el cambio climático y la cercanía del pico del petróleo amenazan inminentes. Un repaso de la dinámica de los mercados de materias primas permite poner nombre a los que se lucran con el negocio del hambre: bancos, empresas alimentarias y aseguradoras. Se describe y analiza también el acaparamiento de tierras en todo el mundo, nuevo rostro de un imperialismo armado ahora de tecnología financiera, y el papel criminal de la política de subvenciones y masificación de explotaciones agrarias y ganaderas de la CEE, que arruina la agricultura de los países del Sur.

La imagen que emerge del análisis es la de un planeta dominado por la codicia de unos pocos que imponen sus normas y condenan al hambre a centenares de millones de personas. Monocultivo y agroquímicos, tecnología y esclavitud son las tablas de la ley que impone el Norte hoy, y los restos del naufragio serán sólo candidatos a engrosar el lumpen de las megaurbes. *Food wars* es un clásico en la denuncia de los crímenes del capitalismo global en el universo de la agricultura, lectura imprescindible para cualquiera interesado en comprender la magnitud del desastre al que nos enfrentamos. Sin embargo, tiene la virtud además de señalar que habría solución, si fuéramos capaces de hermanar ciencia con sabiduría ancestral y desarrollo humano, y potenciar la biodiversidad, las formas de gestión democráticas y la soberanía alimentaria de los pueblos.

Destrucción masiva: Geopolítica del hambre, de Jean Ziegler

Publicado en *Rebelión* el 28 de septiembre de 2012

Jean Ziegler es profesor emérito de sociología en la Universidad de Ginebra, fue además relator especial de la ONU para el Derecho a la Alimentación entre 2000 y 2008, y en la actualidad es miembro del comité consultivo del Consejo de Derechos Humanos de la misma institución. Sus profundos conocimientos acerca de los entresijos de la depredación económica que sufre una gran parte de la población mundial han quedado plasmados en libros imprescindibles como *Saqueo en África* (1979), *Los señores del crimen* (1998), *Los nuevos amos del mundo y aquellos que se les resisten* (2003), *El imperio de la vergüenza* (2006) o *El odio a Occidente* (2010), que reseñaba hace unos meses en esta web.

En *Destrucción masiva*, Jean Ziegler nos acerca al horror con una estructura enormemente lógica, que se enriquece además con retratos de los protagonistas de las luchas, a muchos de los cuales conoce personalmente, y con experiencias propias. La primera parte del libro la dedica, así, a mostrarnos la magnitud de la tragedia. Es la geografía del hambre con sus diversos escenarios: pobres rurales explotados hasta la miseria o dueños de pequeñas fincas improductivas; pobres urbanos cuyas vidas dependen trágicamente de las fluctuaciones de los precios de los alimentos esenciales con los que los criminales especulan; y junto a esta hambre estructural, el hambre coyuntural asociada a eventos catastróficos. El resultado no es sólo la muerte por inanición, Ziegler nos describe también las enfermedades ligadas a la desnutrición crónica y sus efectos espantosos. Y lo más terrible es que todo esto ocurre en países que fácilmente podrían ser ricos, como es el caso de Níger, segundo productor de uranio del mundo, con una economía destruida por las políticas de ajuste del FMI. La multiplicación de ejemplos resulta imprescindible para saber en qué mundo vivimos, para conocer todos los rostros de este infierno creado por el hombre.

Y tras la acumulación de datos, la segunda parte del libro describe el despertar de la conciencia del desastre que se produjo tras la Segunda Guerra Mundial. En este proceso, tuvieron un papel destacado investigadores y activistas como Josué de Castro, el médico brasileño cuya *Geopolítica del hambre* (1952) fue un aldabonazo que sacudió conciencias en todo el mundo. Ziegler repasa su biografía, tan ligada a la trágica historia de su país en el siglo XX, y describe los años de esperanza en que surgieron instituciones como la FAO en 1945 o el PMA (Plan Mundial de Alimentos) en 1963. En 1948, la ONU aprueba la Declaración Universal de los Derechos Humanos que establece la alimentación como uno básico.

Sin embargo, estos esfuerzos se encontraron con enemigos poderosos que son desenmascarados en la tercera parte del libro. Se trata de organizaciones mercenarias de los Estados Unidos, como la OMC, el FMI o el Banco Mundial, que defienden a sangre y fuego los intereses de unas pocas empresas multinacionales. Resulta fácil entender que cuando el derecho a la especulación y el lucro se impone sobre el derecho a la alimentación, la devastación es inevitable. Un estudio de Oxfam demuestra que en todos los lugares en que el FMI aplicó a lo largo del decenio 1990-2000 sus planes de ajuste estructural, millones de seres humanos fueron empujados al abismo del hambre. Los ejemplos se multiplican y son necesarios para comprender a fondo cómo asesinan estos criminales de cuello blanco y vestidos elegantes: India, Níger, Haití, Zambia, Ghana... Vemos también sin embargo el caso de Sudáfrica, donde con una legislación que garantizaba el derecho a la alimentación y un poder judicial independiente pudieron conseguirse importantes victorias.

La cuarta parte del libro describe la ruina actual de las dos instituciones que deberían velar por que el derecho a la alimentación pudiera materializarse. En 2009 el insuficiente presupuesto del PMA se vio reducido a la mitad cuando los Estados europeos eligieron dar ese dinero a sus bancos. Esto obligó a suspender el plan de comidas escolares y empujó a la muerte por hambre a muchos millones de personas por ejemplo en el Cuerno de África o en Bangladés, donde esclavitud y hambre son el precio de nuestra ropa de marca barata y el éxito de los multimillonarios del textil. Los esfuerzos de la FAO por promover en la ONU políticas de control de la especulación con alimentos son frenadas continuamente por los Estados Unidos y sus aliados, a las órdenes de las multinacionales. Comprendemos gracias a la información que se presenta aquí cómo existen ciertamente instituciones que tratan de avanzar en la dirección correcta y de qué modo son saboteadas.

El papel de los biocombustibles es analizado después. Es ésta una política enloquecida, pues pensemos que para fabricar un litro de bioetanol destinado a ser quemado hay que destruir más de siete kilos de maíz, pero hay que decir también que la extensión de este tipo de cultivos se produce eliminando otros tradicionales y acaparando un agua escasa en muchas regiones. No faltan ejemplos por todo el mundo: Camerún, República Democrática del Congo, Sierra Leona y un largo etcétera. Es frecuente además que el acaparamiento de estas tierras vaya acompañado de violencias. En Colombia, entre 2002 y 2007, 13 634 personas, entre ellas muchas mujeres y niños, fueron asesinadas a consecuencia fundamentalmente de los ataques de los paramilitares. Son bien conocidas las conexiones de estos criminales con el expresidente Álvaro Uribe.

El funcionamiento de los fondos de inversión que especulan con alimentos es también objeto de análisis. El aumento de precios en 2008 fue en un principio resultado de causas climáticas y el auge de los biocombustibles sobre todo, pero esto sirvió de carnaza a los especuladores que aprovecharon la ocasión y exacerbaron la subida. La crisis provocó además que países con gran densidad de población se plantearan el acaparamiento de tierras en distintos lugares del mundo para producir alimentos allí. El escenario creado nos muestra a millones de agricultores expulsados de sus tierras y condenados al hambre, así como la extensión en muchas regiones de monocultivos que emplean mano de obra próxima a la esclavitud. Aquí también se multiplican los ejemplos a la vez que se presentan casos de resistencia.

Concluye el libro una sección titulada «La esperanza» en la que se desgranan argumentos para la planificación de la lucha que ha de permitir superar tanta desgracia. Es esencial aquí la toma de conciencia acerca de la magnitud del desastre por parte de sectores cada vez más amplios, y la toma de conciencia también de que ésta es una catástrofe contra el que existen y se están desarrollando en este momento estrategias correctas de lucha, como Jean Ziegler nos demuestra en *Destrucción masiva: Geopolítica del hambre*. Nada más necesario que conocer estos intentos para poder sumarse a ellos y potenciarlos, porque es una verdad incontestable que el espanto que se denuncia en el libro podría tener solución.

Los nuevos amos del mundo, de Jean Ziegler

Publicado en *Rebelión* el 22 de marzo de 2014

Jean Ziegler, profesor emérito de sociología de la Universidad de Ginebra, conoce bien el funcionamiento del capitalismo depredador que nos gobierna tras su responsabilidad entre 2000 y 2008 como relator especial de la ONU para el Derecho a la Alimentación. Su interés por sacar a la luz aspectos ignorados o mal comprendidos de este desastroso régimen económico ha quedado plasmada en una serie de libros imprescindibles, algunos de los cuales han sido reseñados en *Rebelión*: *El imperio de la vergüenza* (2006), *El odio a Occidente* (2010) y *Destrucción masiva: Geopolítica del hambre* (2012). *Los nuevos amos del mundo* fue publicado por Destino en 2002 (trad. de Eduardo Gonzalo Navarro) y ha sido reeditado en 2013.

Un prólogo introduce la nueva edición con la constatación de que en el tiempo transcurrido desde la aparición del libro, las condiciones de vida de los ciudadanos europeos han empeorado hasta el punto de que el hambre amenaza a un alto porcentaje de niños en numerosos países. El paro y los empleos precarios han traído esta lacra y parece que los

estragos que se van a describir en la obra empiezan a extenderse a territorios otrora privilegiados. El prefacio presenta las cifras aterradoras del hambre en el mundo. Aproximadamente uno de cada seis de sus habitantes padecen una desnutrición crónica y mutiladora, cuando la realidad es que el planeta podría producir alimentos para el doble del número de personas que lo pueblan. Se expone luego el plan del libro, consistente en mostrar cómo se ha llegado a este genocidio silencioso y asumido, quiénes son sus culpables y quiénes luchan por detenerlo.

Las raíces históricas

La primera parte de la obra «Mundialización, historia y conceptos» comienza con una radiografía de la economía global. Tras siglos de esclavitud que permitieron el desarrollo de Occidente, los avances tecnológicos han marcado el rumbo que ha seguido el desastre para conformar un mundo donde la explotación está globalizada y élites minúsculas saquean recursos, fijan precios a su conveniencia, arruinan países y condenan a muerte a millones de personas. Ninguna consideración humana es tolerada en esta economía enloquecida en la que la codicia rige todo de acuerdo con sus leyes.

Se analiza después el significado de 1991, año fundamental en la historia de la humanidad en el que la implosión de la URSS lleva a los EEUU a asumir un dominio imperial sin cortapisas, rechazando cualquier forma democrática basada en el diálogo y el consenso para gestionar los asuntos entre Estados. Rápidamente, el imperio demuestra hasta qué punto desprecia el derecho internacional y Ziegler multiplica ejemplos clarísimos de ello. Tras el 11-S, el gasto militar de los EEUU se dispara, y los terroristas, definidos como cualquier persona u organización que sea designada como tal, son el argumento utilizado para que el Imperio haga realmente lo que le viene en gana. Todo se justifica en la lucha contra el «terrorismo».

El régimen brutal impuesto al mundo tiene un nombre anodino: «Consenso de Washington». Sus principios concretos son una orgía de privatizaciones y desregulaciones, impuestos y recortes para los pobres y privilegios para los ricos. Su lema podría ser «Todo el poder para la banca». Su estrategia genial es camuflarse en una ciega fatalidad de «camino sin alternativas» y mostrarse siempre como cristalización inevitable de la «libertad económica». Y ante esta ideología global triunfante, el ser humano, sin coordenadas, se refugia en el abismo identitario: raza, patria, religión excluyente...

La aberrante desigualdad en la distribución de la riqueza que se observa en el mundo muestra a las claras la mentira del dogma neoliberal: que la globalización beneficia a todos y garantiza la paz. Se aportan datos contundentes de que esto es falso. Lo más sorprendente, sin embargo, es que en muchos casos los culpables de estos crímenes están convencidos de la bondad de sus argumentos. Para ellos, el régimen de rapiña neoliberal impuesto al planeta es el único camino y la única solución para todos los problemas planteados.

Los depredadores

La segunda parte del libro presenta a los principales responsables de la situación actual, los ricos entre los ricos, depredadores que amasan grandes fortunas con la explotación despiadada de los trabajadores del tercer mundo. Una cruel vuelta de tuerca a esto es el caso de los banqueros especializados en quedarse con el dinero de los dictadores más sanguinarios que a su vez lo robaron a sus pueblos. Caídos los tiranos, estos pueblos no tienen apenas posibilidades de recuperar lo que en justicia les pertenece. La banca suiza domina este arte.

En el espacio que habitan estos privilegiados, la moralidad está prohibida. Muchos son especialistas en fusiones de empresas y ajustes de personal que condenan al paro a miles de trabajadores, y aunque su gestión sea desastrosa, contratos blindados les garantizan una fortuna al retirarse. Ajenos a cualquier ética, éstos son los monstruos que manejan las grandes finanzas del mundo, con los Gobiernos poderosos como cómplices y los débiles como juguetes en sus manos cuando toda soberanía se eclipsa ante la imposición económica. La globalización provoca implacables recortes de derechos y miseria sin límites, y la única alternativa parece un fortalecimiento del rostro más social del Estado. Se volverá sobre esto.

La Segunda Guerra Mundial fue un holocausto en el que murieron entre 50 y 55 millones de personas. Pues bien, el capitalismo, por medio de hambrunas, enfermedades y conflictos locales debidos a la miseria, mata cada año un número comparable de seres humanos. Estas muertes podían ser perfectamente evitadas y podemos hablar con toda propiedad de asesinatos. La explotación salvaje del tercer mundo permite la deslocalización de empresas y así el paro crece en el primer mundo mientras los derechos laborales caen por los suelos. La esclavitud ha regresado. Y del otro lado, *brokers* puestos de anfetaminas y ganando millones en operaciones ajustadas al segundo.

Se trata luego la devastación de la naturaleza como otra consecuencia del mercado globalizado. Aquí también los números son desoladores. Destrucción de bosques en la Amazonia o desertificación del Sahel son dos rostros del desastre. Los que son privados de sus formas de vida tradicionales se convierten en los más pobres entre los pobres, refugiados ecológicos en los suburbios sórdidos de las megaurbes.

Un papel esencial en la explotación del tercer mundo lo juegan los gobernantes corruptos que acumulan fortu-

nas estratosféricas: los Marcos, Somoza, Mobutu o Duvalier, por ejemplo, verdugos de sus pueblos y a la vez niños mimados de sus poderosos cómplices de la banca internacional. Aunque se trata de tomar medidas contra la corrupción, en la práctica resulta imposible combatirla porque no deja de ser un instrumento más de enriquecimiento de las élites. Lo mismo ocurre con los paraísos fiscales, espacios diseñados por el capitalismo global que nos gobierna para que el dinero escape de la tributación. En ellos convergen ganancias de actividades legales e ilegales y todas son custodiadas opacamente con grave perjuicio de los sistemas fiscales de los Estados.

Los mercenarios

En la tercera parte del libro, conocidos ya los depredadores, Ziegler nos acerca a sus mercenarios, las organizaciones a sueldo del poder mundial que hacen posible el desastre. La primera analizada es la OMC, fundada en 1994 con el fin de fijar las reglas del comercio mundial. Se describe su funcionamiento, ciertamente complejo, pero que puede resumirse como una dictadura de los países ricos sobre los pobres, una dictadura sanguinaria disfrazada de consenso que no es tal porque el tercer mundo está a merced de las represalias del primero. El cinismo criminal de los que subvencionan sus productos agrícolas y se oponen a que otros lo hagan, o se niegan a crear normas para combatir enfermedades o el hambre resulta realmente nauseabundo.

Le toca luego el turno al Banco Mundial, último prestamista, usurario y mafioso, para los Estados desvalidos del planeta. Entre 1968 y 1981 lo dirige Robert McNamara, que había sido secretario de Defensa de Kennedy y Johnson. El genocida de Vietnam se supera a sí mismo en el nuevo puesto; si antes arrasaba aldeas, ahora hace lo propio con países enteros. De todas formas, hay que decir que la ideología profesada por el Banco Mundial ha ido cambiando con el tiempo en apariencia. Siguiendo las modas, han hablado de desarrollo sostenible, e incluso de desarrollo humano. Lo que no varía es su praxis, según Ziegler: «*Estricta racionalidad bancaria, explotación sistemática de las poblaciones concernidas y apertura forzosa de los países a los depredadores del capital globalizado*». Su mentalidad criminal llega al extremo de «comprar» ONG para hacerlas dóciles a sus fechorías.

El FMI se plantea fines loables, como la estabilidad monetaria y de los tipos de cambio, la financiación del desarrollo o la lucha contra la hipertrofia burocrática o la corrupción, pero sus métodos están profundamente equivocados. Los créditos imprescindibles para pagar la deuda se conceden sólo a cambio de la entrega de todo lo que es rentable en el país a empresas norteamericanas o europeas. Inevitablemente, el dinero de estas privatizaciones va a parar en gran parte a los bolsillos de políticos, militares y funcionarios deshonestos. Se repasan casos como los de Argentina o Brasil, donde las brutales políticas de ajuste impuestas llevaron al desastre. En Brasil, la miseria genera una proliferación de robos y asesinatos a los que el Gobierno responde únicamente con represión.

Se recuerdan luego las contundentes críticas del premio Nobel de economía Joseph Stiglitz a las políticas del FMI y su ignorancia arrogante que provoca calamidades por todo el mundo. Hay que decir además que estos organismos tienen la caradura de proclamarse apolíticos, cuando sirven impúdicamente a los intereses imperiales. Sólo hay que ver para comprobar esto su condescendencia con los Gobiernos cómplices de las políticas estadounidenses, como Pakistán o Uzbequistán.

El capítulo siguiente nos acerca a algunos de los países más pobres del planeta, los parias entre los parias, desangrados por los intereses de la deuda. Las ayudas de los países ricos a éstos descendieron en torno al 45 % entre 1990 y 2000. Ninguna esperanza. Se analizan varios ejemplos: Níger y Guinea, donde el FMI ejerce de brutal colonizador y privatiza y esquilma todo lo esquilmable a sueldo del capital internacional. Estos son países ricos en ganado, pero el FMI ha forzado la desaparición de los servicios veterinarios del Estado y con ello ha provocado la ruina de este sector. Los detalles del proceso son escalofriantes. En Mauritania el FMI ha destruido la estructura agraria del país, y la propiedad de la tierra ha ido a parar a unos pocos financieros, con lo que el hambre y la miseria reinan. Muchos son los países que las políticas del FMI han llevado a la ruina. Es el saqueo en su estado más puro.

Después Ziegler nos presenta el perfil humano de los mercenarios del BM y el FMI, un asunto que confiesa que le intriga profundamente. No es para menos. Si los depredadores son típicos animales de presa dispuestos a enriquecerse sin ninguna frontera ética, el caso de estos empleados que podrían ganar mucho más dinero sirviendo directamente a los depredadores es muy distinto. Son seres inteligentes cegados por una doctrina inhumana —caso frecuente en la historia por otra parte—. Viven en estrecho contacto con los altos funcionarios americanos y «*el superego colectivo del imperio les impregna y absorbe sin que acierten a darse cuenta*». Hay que decir además que estos criminales visitan sólo oficinas ministeriales y hoteles de lujo de los países a los que destrozan y nunca miran a los ojos a sus víctimas.

La esperanza

La cuarta parte de la obra se dedica a identificar los lugares donde puede residir en estos momentos la esperanza para este mundo martirizado. Cuando los Estados-nación pierden el control sobre su territorio y la jungla lo invade todo, algunos hablan de «soberanismo»: recuperar el poder de los Estados, pero no parece que ese retorno sea ya

posible. J. Habermas propone fortalecer la ONU y transformarla en la encarnación de la conciencia pública universal. Un vistazo a esta institución muestra aspectos muy positivos, con políticas reales de ayuda para tratar de solucionar los problemas, pero éstas son insignificantes al lado de la destrucción provocada por los depredadores y sus mercenarios. Sólo la sociedad civil planetaria puede encarnar hoy día la esperanza.

El marco ideológico del desastre es un pensamiento único que domina de forma pasmosa. No hay necesidad de alternativas. La utopía que iluminó a los pobres en el siglo XIX y parte del XX se ha esfumado. Para Ziegler esto es resultado de los errores del «bloque comunista» durante el siglo XX, que degeneró en regímenes totalitarios, y de la traición de la socialdemocracia, vendida al capitalismo. Es sólo sobre este amasijo de ruinas que los neoliberales pueden presentarse como paladines de la «libertad», cuando la única que ofrece el capitalismo globalizado al ser humano es la de ser explotado a muerte sin ninguna defensa.

¿Dónde están los frentes para la necesaria protección ante estos crímenes? En una sociedad civil que se moviliza a marchas forzadas. Un ejemplo: en Porto Alegre estuvieron representados más de dos mil movimientos sociales de ochenta y ocho países. Se agrupan aquí: organizaciones obreras y sindicales; movimientos campesinos de países tan diversos como pueden serlo Francia y Ecuador, pero animados por un mismo espíritu; grupos que luchan por los derechos de las mujeres; comunidades indígenas y movimientos ecologistas.

Hay además asociaciones con un espectro más amplio: como ATTAC, empeñada en la globalización de los derechos humanos y democráticos, y con la tasa Tobin como frente de batalla más conocido, o Jubileo 2000, que reclama una anulación completa e inmediata de la deuda externa de los países del tercer mundo. Se citan más ejemplos. En muchas de estas tentativas participan los especialistas y científicos más prestigiosos.

Un reto es que todos estos grupos tienen que coordinarse y conseguir sinergias de funcionamiento sin uniformización ni imposiciones, en un contexto de respeto mutuo. Un objetivo fundamental de todos ellos es concienciar de la realidad a los ciudadanos, deshaciendo la maraña de mentiras tejida por los dueños del mundo. Todos comparten tres convicciones: la necesidad de instaurar una democracia de base en el planeta, la negativa a aceptar las desigualdades sociales y la defensa del medio ambiente contra la depredación del capitalismo. Se recuerdan éxitos alcanzados ya, como la detención de la destrucción de la selva amazónica de Ecuador.

En el siguiente capítulo se repasan las armas de lucha. Tras los totalitarismos nazi y estalinista, la humanidad conoce hoy otro mucho más sutil, el TINA (There Is No Alternative), una doctrina letal basada en el silencio y la ignorancia, un demonio sin rostro. ¿Cómo defenderse contra él? Una primera vía es la dinámica creada de los foros alternativos. Cuando los criminales anuncian una de sus reuniones, allí se va una muchedumbre de personas a decirles a la cara su ignominia con debates de expertos, conferencias y mil formas de difusión de información, pero también con fiestas, música y teatro, con alegría compartida porque el cambio está ya vivo en la conciencia que nace. Se describen tácticas enormemente imaginativas en esta línea y también la brutalidad de la respuesta policial, que ha dejado a veces muertos sobre el asfalto. También se revisa el papel negativo de la violencia, manipulada o no por la policía, en estos eventos.

Otro método de lucha es la reapropiación del espacio público. Mucho se ha avanzado por este camino desde la primera edición del libro en 2002, pero entonces había ya grupos, como el británico Reclaim the streets, empeñados en recuperar para la gente lo que exhibe sólo muchas veces la dinámica loca del capitalismo: ruido, contaminación, incomunicación humana y destellos sólo para las mentiras de la publicidad. Otra estrategia de lucha son las grandes marchas, como las que organiza en Brasil el MST (Movimento dos Trabalhadores Rurais Sem Terra), una de las cuales fue masacrada por la policía en 1997 en el estado de Pará con decenas de muertos.

El último capítulo repasa precisamente la historia y los métodos de lucha del MST. En un país de terratenientes y millones de campesinos pobres, estructura social heredada de la colonia, la estrategia impuesta por el FMI con la complicidad de los gobernantes de Brasil es la dedicación de grandes extensiones a cultivos intensivos para la exportación. Este sistema condena a millones de personas a la miseria y en respuesta a ello el MST promueve la ocupación de tierras improductivas por parte de los campesinos, lo cual es posible hasta cierto punto dentro de la legalidad.

En esta dinámica, las diferencias entre estados son cruciales, pues mientras en algunos, como Rio Grande do Sul, estas actividades son toleradas, en otros donde todo lo manejan los propietarios a través de Gobiernos comprados, los ocupantes son dispersados a sangre y fuego. La lucha también se libra en los tribunales, y los éxitos conseguidos han permitido crear una federación de cooperativas con sede en São Paulo. 250 000 familias viven ya en asentamientos legales, mientras 100 000 siguen en campamentos al borde de la ilegalidad y 4 millones aguardan su turno de lograr una forma de vida digna.

El MST se enfrenta a las trampas judiciales de los terratenientes y sus cómplices, al asesinato de sus miembros por parte de mercenarios y a la difamación de los medios vendidos al poder, los de mayor difusión, pero lucha con denuedo, crece y supone hoy mismo una referencia sólida y pujante de movilización por los derechos de los desposeí-

dos. En la estela de esta organización, además, nacen otras, como la de los trabajadores sin techo, dispuestas a denunciar los robos de tierras comunales, tan frecuentes en Brasil, y también a ocuparlas y resistir valientemente.

Una radiografía del desastre

A modo de conclusión, Ziegler reflexiona sobre la pérdida de soberanía de los Estados, sometidos a poderes económicos controlados por el capital global. El retorno de la democracia es posible, pero su sujeto ha de ser necesariamente la sociedad civil planetaria. No puede decirse que no existan propuestas bien estudiadas, factibles y concretas. El II Foro Social Mundial las planteó con claridad meridiana en Porto Alegre en 2002 y son un abanico de medidas sumamente razonables como la condonación de la deuda externa de los países pobres, la supresión de los paraísos fiscales o la aplicación de la tasa Tobin, entre otras. Los criminales globales nunca van a promoverlas y corresponde a la sociedad civil mundial movilizarse con todos sus recursos para exigirlas. No hay otro camino para salir del desastre.

Creía ilusamente Adam Smith que las riquezas generadas por la llamada «libertad económica», que es en realidad sólo la libertad de los ricos para enriquecerse sin fronteras éticas, se redistribuirían a toda la sociedad por un beneficioso efecto de goteo. No sabía que la codicia humana no conoce límites. La historia del mundo desde su época hasta la nuestra, con colonialismo y luego capitalismo en pleno funcionamiento, ha sido una constatación del fracaso de esta idea con exacerbación de las desigualdades hasta extremos realmente insoportables. El mayor problema, sin embargo, es que vivimos esta catástrofe sin apenas darnos cuenta, narcotizados o percibiéndola como si no tuviera remedio y el crimen, en vez de ser resultado de la actuación de criminales, lo fuera más bien del despliegue de una ley natural sin alternativas posibles.

Los libros de Jean Ziegler son fundamentales porque él conoce como pocos la situación actual en los países más pobres del planeta y ha investigado sus causas con el rigor del científico. Son obras que aportan datos enormemente precisos, pero ofrecen además un acercamiento a todos los protagonistas de la historia, víctimas y verdugos, y multiplican experiencias plenas de vida que muestran a cada paso cómo detrás de las cifras frías lo que hay son desgarradoras tragedias humanas. Son gratos de leer a pesar de su temática porque nos despiertan de la modorra en que nos tiene sumidos el pensamiento único dominante. Es por eso que tengo la impresión de que la conciencia que puede cambiar las cosas se expande con las obras de Jean Ziegler como con las de ningún otro escritor. La construcción de un mundo a la medida del ser humano sólo comenzará cuando una masa crítica de población sea capaz de ver la infame realidad en que vivimos inmersos y las causas que la provocan.

¿Quién alimenta realmente al mundo?, de Vandana Shiva

Publicado en *Rebelión* el 4 de julio de 2018

Vandana Shiva (Dehradun, India, 1952) es una de las activistas más conocidas en el ámbito alimentario y ha publicado numerosos libros en defensa de una agricultura en equilibrio con el medio ambiente y al servicio del ser humano y no de los balances de las multinacionales. *¿Quién alimenta realmente al mundo?* (Capitán Swing, 2017 con introducción y traducción de Amelia Pérez de Villar) es su último trabajo y profundiza en esta línea, poniendo de manifiesto los peligros de las políticas que se imponen en estos momentos para la salud del planeta y sus habitantes.

Terminada la Segunda Guerra Mundial, las industrias químicas que se habían lucrado con el conflicto se reconvirtieron para concentrarse en la producción de venenos destinados al control de plagas. A partir de los años 60, el uso masivo de éstos así como de organismos seleccionados y modificados genéticamente liquidó en extensas regiones métodos agrarios que acumulaban siglos de sabiduría práctica sobre complejos equilibrios naturales, y los sustituyó por monocultivos basados en el petróleo. Vandana Shiva nos descubre que esta trasformación, publicitada como una exitosa «Revolución Verde», sirvió en realidad para empobrecer los suelos y disminuir su resistencia a la erosión, incrementar las enfermedades ligadas a la malnutrición y a la exposición a agrotóxicos y agravar el cambio climático, con lo que nos convence de que es necesariamente otra vía la que debe ensayarse para acabar con el hambre en el mundo.

El camino nos lo señala el botánico inglés Albert Howard, que estudió y sistematizó los métodos de cultivo que conoció en la India a principios del siglo XX y propuso una agricultura ecológica, basada en el reciclaje y empeñada en lograr un equilibrio entre el suelo y las plantas que sustenta a fin de producir alimentos saludables. Otra autora reivindicada es Rachel Carson, que con *Silent spring* (1962) nos dejó un aviso precoz sobre los venenos silenciosos que enferman y matan indiscriminadamente a animales y plantas. Lo cierto es que las mismas empresas asesinas de los campos de exterminio nazi siguen hoy envenenando la vida de todo el planeta con una incidencia brutal en la salud humana, y los criminales no dudan en perseguir a los que desde las universidades tratan de investigar y denunciar estos hechos.

El uso de organismos modificados genéticamente ha supuesto el último paso en la dirección equivocada, pues dotados con genes resistentes a las plagas, éstos acaban generando superplagas que obligan a utilizar venenos cada vez más letales. Un repaso de algunos casos muestra la espiral destructiva a que conduce jugar a ciegas con los mecanis-

mos complejos de la vida. En oposición a esta locura, la agricultura que apuesta por la biodiversidad dispone de sistemas naturales de control de plantas y animales indeseados, basados en métodos que no envenenan la tierra, como cultivos intercalados y rotados. Afortunadamente, algunos Gobiernos (Indonesia, Andhra Pradesh, etc.) han tomado buena nota y no dudan en aplicar estos procedimientos. Sin embargo, el avance no será posible sin resistencia; por citar un ejemplo, la protección en la Unión Europea de las abejas, polinizadoras esenciales en peligro de extinción por los agrotóxicos, dio lugar a una demanda de Bayer y la consiguiente guerra judicial.

Se demuestra que cuando se consideran todos los factores implicados, el monocultivo no es más productivo y depende más de elementos externos que la agricultura orgánica, además de suponer un atentado contra la biodiversidad, que cercena los desarrollos futuros. Por otra parte, la lógica del mercado que rige los monocultivos desprecia las necesidades reales de los seres humanos que han de ser alimentados. Como alternativa a esto, algunos ejemplos, de la India a Centroamérica, muestran las virtudes de combinar diversas especies en el huerto, ancestral sabiduría medioambiental y nutricional amenazada de destrucción por los beneficios del agronegocio. De todas formas, la batalla no está perdida porque aún hoy un 70 % de los vegetales que alimentan al mundo son cosechados en pequeñas explotaciones que representan sólo un 30 % del área cultivada. La alta productividad de éstas en todos los continentes demuestra lo insensato del paradigma que se intenta imponer. Las cifras sobre quién alimenta realmente al mundo hablan por sí solas, pero es necesario revertir la tendencia que se observa en estos momentos de retroceso de la agricultura tradicional.

La diversidad de las semillas, depositarias de siglos de selección, es garantía de libertad de elección, pero se ve hoy día amenazada por el reduccionismo del monocultivo. Además, la progenie de las nuevas variedades híbridas impuestas no sirve para la siembra, lo que obliga al agricultor a continuos desembolsos a los propietarios de las patentes. En el caso de organismos modificados genéticamente la situación es aún más grave, pues las manipulaciones realizadas para producirlos, que se describen en el libro, ponen de manifiesto los peligros inherentes para los consumidores. El siguiente paso hacia el abismo es una legislación que considera el planeta campo abierto para el lucro de las multinacionales, dueñas de la vida. Afortunadamente algunos Gobiernos se oponen a estas atrocidades, patrocinadas sobre todo desde Norteamérica y Europa, pero resulta imprescindible una amplia movilización para revertir el desastre.

Otro capítulo repasa las ventajas de la producción local sobre la globalización de los alimentos, basada en monocultivos contaminantes y destructivos y en un abuso de combustibles fósiles. Escudándose en un falaz abaratamiento de costes, tiene lugar en realidad una devastación de los cultivos tradicionales que arroja a muchos campesinos a la miseria y beneficia a los más ricos sin solucionar el hambre del mundo. Después, los mercados manipulados por los monopolistas incrementan los precios para garantizar la ganancia, dejando un reguero de desolación. Otro desequilibrio proviene de las subvenciones a la agricultura del Norte, que también contribuyen a arruinar la del Sur global. Al fin, los desahuciados se convierten en mano de obra esclava en megaurbes que crecen desaforadamente, y por todo el planeta los que no mueren de inanición consumen alimentos tóxicos o de bajo valor dietético producidos muchas veces a miles de kilómetros de distancia.

La sección final presenta un proyecto para superar la situación crítica en la que nos vemos, asentado en la concienciación de todos para abolir la dictadura del mercado inhumano, buscar alimentos próximos y saludables, y exigir las modificaciones legales necesarias que protejan la biodiversidad, las semillas y la tierra. El fundamento de todo ello ha de ser una ciencia holista que reconozca y valore las sinergias entre los seres vivos. En los extensos apéndices de *¿Quién alimenta realmente al mundo?* encontramos una crítica de los métodos de cultivo usados actualmente, con una tecnología muy sofisticada, pero ignorante de los complejos equilibrios del medio natural. Se describen también en detalle los resultados de la Revolución Verde, que buscando apaciguar a los campesinos a través de una mejora de sus condiciones de vida, consiguió sobre todo una grave degradación medioambiental y de las relaciones sociales.

El suicidio de centenares de miles de agricultores en la India a consecuencia de la imposición de semillas patentadas y agrotóxicos, que los lleva a la ruina, es uno de los rostros más amargos de una tragedia que se repite en todos los continentes, porque muestra la indefensión absoluta en que se hallan los propios productores de alimentos. La India sigue siendo uno de los epicentros del hambre a pesar de su crecimiento estable en términos macroeconómicos, y esto es así porque ha aceptado someterse a la dictadura de las corporaciones globales y de un cruel dios Mercado que exige sacrificios humanos. Vandana Shiva nos convence con las documentadas reflexiones de *¿Quién alimenta realmente al mundo?* de que pesa sobre nosotros la responsabilidad de luchar con todos los medios a nuestro alcance para imponer un nuevo paradigma alimentario, basado en el respeto del derecho a la salud y el trabajo digno por encima del que se otorga a los poderosos de enriquecerse sin medida ni control.

El Planeta es de todos. Unidad contra el 1 %, de Vandana Shiva y Kartikey Shiva

Publicado en *Rebelión* el 16 de agosto de 2019

Hace unos meses reseñaba *¿Quién alimenta realmente al mundo?*, el monumental trabajo de Vandana Shiva que desmonta las falacias de la publicitada Revolución Verde. En él se pone de manifiesto cómo el único camino sostenible para el planeta debe basarse en métodos agrícolas que atesoran la sabiduría de milenios, y no en el abuso de una tecnología destructiva y al servicio sólo de la ganancia rápida de unos pocos, que nos conduce al desastre. En esta misma línea, *El Planeta es de todos* (Editorial Popular, 2019), está consagrado a describir las estrategias de las grandes corporaciones para incrementar y blindar sus beneficios a costa del futuro de nuestra especie y el mundo que habitamos.

El número de multimillonarios que concentran tanta riqueza como la mitad más pobre de la humanidad se redujo entre 2010 y 2016, de 388 a 26. Estas cifras sirven para darnos una idea del proceso imparable de flujo de capital hacia los más ricos en que estamos inmersos. Pero esto no es casual, sino un simple corolario de la esencia misma del capitalismo, un sistema cuya dinámica puede compararse a la de un organismo afectado por un tumor maligno. El 1 % de los más opulentos controlan de facto la economía, el pensamiento y la vida del planeta, hasta el punto de que los seres vivos se convierten, a través de su manipulación genética, en «creaciones», propiedad de las multinacionales. Esta dictadura, basada en una «lógica» demente de mercantilización de todo, tiene su sustento ideológico en el mecanicismo dualista que escinde al hombre de la naturaleza, los otros hombres y su ser más profundo.

Un repaso de biografías de magnates y políticos pone en evidencia los métodos de los tahúres globales de las grandes corporaciones y bancos. Éstos se apropian de los recursos y los rentabilizan en una espiral especulativa que dispara los beneficios e incluye guerra, hambre y genocidio como instrumentos. La única alternativa que puede plantearse a este desastre es la de un paradigma opuesto al mecanicismo dominante, con democracia real y directa a todos los niveles y gestión sostenible, que halla su fundamento en una visión holista e integrada del cosmos. Algunos ejemplos exitosos de movimientos no violentos de resistencia al extractivismo y la degradación ambiental muestran las posibilidades que ofrece este camino.

La agricultura industrial, basada en venenos y combustibles fósiles, lucra a las mismas empresas que se especializaron en el pasado en el diseño y fabricación de armas químicas para guerras y genocidios. Los detalles de estos manejos resultan estremecedores, pero lo es más comprobar que hoy día son estas corporaciones asesinas las que llevan el timón de las finanzas globalizadas. El Tribunal Monsanto, establecido en octubre de 2016 en La Haya auspiciado por movimientos e instituciones de todo el planeta, trata de denunciar e impugnar estos crímenes contra la humanidad. En este sentido, el papel de Gobiernos democráticos dispuestos a asumir la misión es imprescindible. El «cártel tóxico» se defiende lloriqueante argumentando que sin sus venenos el mundo se morirá de hambre.

En manos de esta gente sin escrúpulos, la ciencia se ha convertido en un instrumento de dominación y control, y la biología molecular ha degenerado en un reduccionismo en que se juega a «diseñar» seres vivos a medida con el único fin de optimizar su explotación económica a corto plazo y despreciando la complejidad de los procesos implicados y los efectos indeseados que se introducen con estas manipulaciones. Estos aprendices de brujo son perfectamente capaces de alterar profunda y perniciosamente la dinámica de la vida sobre la Tierra, pero afortunadamente también hay científicos que ponen de manifiesto sus inconsistencias y, a través de disciplinas como la agroecología y la epigenética, potencian métodos de cultivo respetuosos con los seres humanos y el medio ambiente.

La historia de los algodones transgénicos Bt y RR Bt (éste con probables efectos cancerígenos) de Monsanto ofrece buenos ejemplo de los desastres que acarrean estas técnicas, con desarrollo de «superplagas» y envenenamientos, ruina y suicidios de campesinos. A cualquiera que se atreva a denunciar las mentiras y crímenes de esta corporación se le trata de silenciar y es objeto de sucias campañas de desprestigio. Otro caso emblemático es el del Arroz Dorado, otro transgénico que se ha demostrado que produce efectos dañinos inesperados, pero en cuya defensa la multinacional fue capaz de movilizar una legión de premios nobel de disciplinas diversas, mayoritariamente ignorantes en asuntos agrícolas. Los ejemplos se multiplican, pero los poderosos manejan una implacable propaganda contra «*los anticiencia que nos quieren devolver a la Edad de Piedra*».

La máquina de hacer dinero incorpora tecnología de satélites, tratamiento digital de datos y manipulación genética para controlar la agricultura del planeta y explotarla en su beneficio, en una dinámica que es el exacto reverso de la democracia económica y el respeto hacia el medio ambiente, un mundo orwelliano en el que «libre» significa «privatizado». Los magnates del filantrocapitalismo se declaran dispuestos a ayudar a los más necesitados, pero imponen de facto tecnologías discutibles y destructivas. En su codicia llegan a la «biopiratería», apropiándose métodos desarrollados por campesinos a lo largo de siglos y patentándolos como suyos. Con su «geoingeniería», el 1 % ha dado el paso al diseño del clima y la búsqueda de tecnologías sofisticadas que nos liberen de los efectos nocivos de sus otras tecnologías. Se trata así de que el capitalismo nos

salve del capitalismo, sin pararse a considerar que sólo la democracia económica puede llevarnos a un mundo en equilibrio.

La obra concluye invocando tres principios, basados en el pensamiento de Mahatma Gandhi, que sirven de guía para combatir el desastre humano, biológico y planetario a que nos ha conducido el 1 %:

Swaraj: autoorganización y autogobierno; construyendo de abajo a arriba la sociedad con una estructura federada y democracia directa.

Swadeshi: Autosostenimiento en una red de economías locales: constituye un imperativo ecológico y ético y nos libera de la esclavitud de los combustibles fósiles, aunque está abierto al comercio justo y a la racionalización del uso de los recursos.

Satyagraha: Es la «fuerza de la verdad»: la desobediencia civil creativa y el derecho a no colaborar con el 1 % y la maquinaria estatal a su servicio. Sus posibilidades son infinitas: *Bija satyagraha*, por ejemplo, es un movimiento impulsado por Vandana Shiva para oponerse a la privatización de las semillas.

El camino así definido integra las mejores tradiciones del pensamiento emancipador, y en la práctica puede combinar iniciativas constructivas al margen del sistema con intentos de alcanzar modificaciones legislativas que protejan a los seres humanos, la diversidad biológica y el medio ambiente.

El planeta es de todos es un chorro de fría realidad que nos despierta al desastre y nos informa de los medios de que disponemos a la hora de buscar soluciones. Los irresponsables del 1 % no ven para la humanidad más futuro posible que extinguirse o colonizar el espacio, pero una supervivencia en equilibrio con la Tierra es otra alternativa viable. Como dijo Gandhi, nuestro planeta da suficiente para las necesidades de todos, pero no para la codicia de unos pocos.

El negocio del hambre, de Felipe L. Aranguren

Publicado en *Rebelión* el 1 de septiembre de 2012

Es indudable que una de las expresiones más inhumanas del régimen económico impuesto en el mundo en nuestros días es la muerte de hambre *en un solo año* de muchas más personas que las asesinadas en los campos de exterminio nazis. Los detalles de esta masacre son sin embargo bastante desconocidos y es por ello que la edición reciente de un libro cargado de datos y argumentos y que aborda la cuestión de forma clara resulta enormemente valiosa. Nos referimos a *El negocio del hambre* del sociólogo y poeta Felipe L. Aranguren (Icaria, 2012), un iluminador viaje por los círculos de este infierno, cuyos capítulos breves y demoledores no se dilatan en circunloquios. Sintetizaré a continuación los distintos aspectos tratados en la obra.

El escenario

Nos encontramos ante un mercado de alimentos que está en gran parte en manos de multinacionales que funcionan con criterios de pura rentabilidad. Instituciones como la Organización Mundial de Comercio, el Fondo Monetario Internacional o el Banco Mundial operan en realidad al servicio de estas empresas. El resultado: mil millones de personas en nuestro planeta en situación de inseguridad alimentaria y treinta millones de muertes al año (muchos de ellos niños). Tengamos en cuenta sin embargo que sólo con lo que se tira en el primer mundo podría alimentarse al doble de la población que pasa hambre.

Las grandes corporaciones imponen sus precios a través de la manipulación del mercado e incrementan sus beneficios condenando a la pobreza a los agricultores en muchos casos. Impiden además la sindicación de los trabajadores, llegando para ello al asesinato. Se ha impuesto de este modo un esquema en el que países del tercer mundo que se autoabastecían son obligados a producir para el primer mundo y comprar a éste los alimentos procesados. La consecuencia de esto es la pauperización de muchas naciones y el hambre. Empresas químicas y de maquinaria agrícola y semillas intervienen también para maximizar ganancias, haciendo que el uso indiscriminado de pesticidas, aditivos, conservantes, etc. suponga un riesgo para la salud.

Biocombustibles y transgénicos

La irrupción de los biocombustibles ha agravado enormemente el problema. Por ejemplo, el precio del maíz se ha duplicado en pocos años; la ética es vencida por la lógica del mercado. Los animales y plantas manipulados genéticamente son objeto de patentes que generan dividendos. Nada escapa al hambre de Moloch, pero se carece de datos acerca de los efectos sobre la salud humana de consumir seres vivos tratados de esta forma. Hoy día los alimentos, fertilizantes, etc. se producen en un contexto global de máxima rentabilidad sólo a corto plazo. Al mismo tiempo, se destruyen ecosistemas y economías locales y se provocan millones de víctimas mortales.

Pesca

Según Greenpeace, el 49 % de la pesca mundial es ilegal, no declarada y no regulada. En la actualidad se imponen técnicas que deterioran gravemente los ecosistemas e impiden la recuperación de los caladeros, además de arruinar a los pescadores que utilizan artes tradicionales. Condenados al hambre, los que defienden sus derechos son tildados de piratas.

Acaparamiento de tierras

Países como Corea del sur, China o los países árabes compran grandes extensiones en África, Sudamérica y Asia. Así se producen biocombustibles y alimentos para la exportación. La población local es gravemente perjudicada, al ser expulsados o tener que trabajar en pésimas condiciones. Los que tratan de organizarse para defender sus derechos pacíficamente son asesinados. Mientras tanto las élites se lucran. El caso de Colombia es paradigmático: deportaciones, miseria, miles de muertos.

Agua

La privatización del agua que se está produciendo en muchos lugares significa que un recurso insustituible, y con frecuencia escaso, es sometido a las leyes del mercado, el imperio de la codicia. Las empresas hacen su negocio y las protestas de los agraviados son reprimidas, muchas veces salvajemente.

Especulación con alimentos

La causa de la hambruna de 2007 y 2008 hay que buscarla en catástrofes naturales exacerbadas por la dictadura financiera que padece el mundo. No es cierto que exista una escasez real de alimentos, lo que hay en realidad es un encarecimiento debido a la especulación. La crisis inmobiliaria ha llevado a los desalmados que gobiernan el planeta a traficar con alimentos. Las fluctuaciones aumentan las ganancias y quienes quieren hacer negocio saben bien como provocarlas. Sólo en 2010, el precio de arroz pasó de cuatrocientos a mil dólares la tonelada. Entre 2005 y 2008, el precio de los alimentos subió casi un 80 %.

Commodities

Las commodities son los productos en bruto que luego han de ser elaborados: petróleo, alimentos, metales, granos o ganado. En los últimos años son objeto de movimientos especulativos cada vez más intensos que multiplican los precios. El mecanismo es complejo y se explica en detalle en el libro, pero sintéticamente podemos decir que el mercado financiero ha hincado el diente a las *commodities* y éstas se han convertido en meros instrumentos para producir dividendos. A nadie le importa que la muerte de millones de personas sea un efecto colateral.

Soberanía alimentaria

En el capítulo final del libro se reflexiona sobre este concepto, que reivindica el derecho de los pueblos a definir sus propias políticas de producción, distribución y consumo que garanticen la alimentación de la población. Diversas organizaciones trabajan en la actualidad para diseñar estrategias concretas que podrían frenar la deriva catastrófica que sufrimos y revertir la situación.

En el imperio de un infame Moloch que se alimenta de sangre humana, se trata de promover ideas tan justas y sensatas como:

1) Condonación de la deuda odiosa de los países empobrecidos.

2) Fomentar el derecho a la propiedad de la tierra por parte de los campesinos.

3) Desarrollar formas de cultivo sostenibles y respetuosas con el medio ambiente.

4) Crear legislación internacional que penalice la especulación con alimentos.

Esta es una agenda que puede parecer utópica, pero es estrictamente necesario que las medidas que podrían paliar la situación actual estén planteadas de forma clara. Sólo así se pondrá de manifiesto el carácter inhumano y criminal de los Gobiernos e instituciones que sabotean cada día estos esfuerzos.

5

Anarquismo

5.1
Bases históricas y teóricas

Elogio de la anarquía por dos excéntricos chinos del siglo III (Selección y presentación de Jean Levi)

Publicado en *Rebelión* el 30 de agosto de 2013

Con el taoísmo ocurre como con tantas otras religiones o filosofías a las que los siglos tallan facetas nuevas con reflejos que no son siempre fieles al pensamiento original. Sin embargo, hay que reconocer que sus textos fundacionales y sobre todo el *Laozi* y el *Zhuangzi*, siguen destilando hoy una frescura ajena al transcurso del tiempo y, lúcidamente rebeldes, aportan ingenio y agudeza liberadores a cualquiera que se acerque a sus páginas. No es nada difícil distinguir un genuino impulso libertario en estas ideas y por ello no es de extrañar tampoco que en la historia del taoísmo puedan encontrarse momentos en los que surge en su seno una crítica del poder inconfundiblemente anarquista. El libro que nos ocupa tiene la virtud de presentarnos un importante afloramiento de este discurso en el siglo III de nuestra era, con la forma de una serie de argumentos y refutaciones del tipo de las que son comunes en la literatura china de aquella época.

El sinólogo Jean Levi (1948), autor de novelas como *El gran emperador y sus autómatas* (1985) o *El sueño de Confucio* (1989) y también de numerosos ensayos y traducciones de clásicos chinos, es el responsable de la selección de las tres polémicas que contiene el libro, editado por Pepitas de calabaza (2009), y aporta además una presentación que nos acerca al contexto histórico y filosófico y al significado de estos escritos. Por su parte ha sido otro sinólogo, Albert Galvany (1973), autor también de artículos y traducciones y editor de un trabajo reciente sobre el *Zhuangzi*, el encargado de verter los textos originales al castellano, labor que ha completado con un rico aparato de notas.

¿Quiénes son los autores de estos elogios de la anarquía? Del primero de ellos, Bao Jingyan, no conocemos nada más que los textos que aquí se presentan, preservados del olvido al ser incluidos por el célebre alquimista Ge Hong en su *Baopuzi* —título que podría traducirse *El maestro que alberga la simplicidad*—. La inexistencia de cualquier otra referencia a Bao Jingyan hace pensar incluso que podría ser un pseudónimo que usa Ge Hong para plantear los atrevidos argumentos que se exponen. En un discurso brillantísimo, Bao Jingyan parte de la dolorosa evidencia de la desigualdad y la explotación para retrotraerse a una edad en la que se gozaba de una unión entre todos los seres sin codicia ni conflictos: «*En los tiempos de la remota antigüedad, no había ni príncipes ni vasallos. Las gentes cavaban un pozo y bebían de él; labraban los cultivos y comían de sus frutos; al comenzar el día laboraban y al caer la noche descansaban. Se conformaban con lo que tenían. No había ni disputas ni rivalidad, ni honores ni ofensas*». Es al fortalecerse el principio individual cuando aparece la división y se establece la autoridad: «*Si el tao y la virtud no hubieran decaído, ¿sería necesario entonces adoptar el humanitarismo y la justicia?*».

En su respuesta, Ge Hong basa su defensa en la debilidad de una era original que imagina desprovista de todos los refinamientos y comodidades de la vida, un tiempo oscuro sin el orden que garantizan el poder del soberano y las leyes. Además, según él, la existencia de príncipes refleja la propia división del cuerpo humano entre cabeza y miembros. Bao Jingyan replica a su vez insistiendo en la dura realidad de la desigualdad: opulencia y miseria que se alimentan mutuamente y conducen a una violencia no inscrita en la naturaleza de los hombres: «*La causa de todos esos males se halla en la existencia de príncipes*». La respuesta de Ge Hong que sigue se basa en relativizar los males del Gobierno, argumentando que hay casos en que es beneficioso para el conjunto de la sociedad. Con este retorno al pensamiento tradicional concluye la liza dialéctica.

Los otros elogios de la anarquía recogidos en el libro hay que reconocer que son menos explícitos. Su autor, al contrario que el misterioso Bao Jingyan, es un personaje bien documentado históricamente, Xi Kang (223-262), filósofo y poeta reputado, pero inconformista e independiente, que renunció a altas magistraturas y fue condenado a muerte con acusaciones de peligrosidad para el orden social. En la segunda polémica se nos comienza presentando el «Ensayo sobre la condición espontánea del gusto por el estudio» de Zhang Miao, en el que éste se esfuerza por demostrar cómo el hombre sin instrucción es fácilmente víctima de sus emociones, pero existe un conocimiento que puede liberarlo y por ello el ser humano tiende naturalmente a él y en él encuentra gozo, al igual que quien se debate entre tinieblas disfruta cuando una luz ilumina la salida del laberinto.

La refutación de Xi Kang se basa en una crítica de la enseñanza ritual de los libros clásicos, que encubre para él solamente egoísmo y afán de notoriedad. Es éste un falso conocimiento y el hombre será feliz en realidad por el camino contrario, es decir, siguiendo sus propios impulsos y huyendo de los moldes. «*Por mi parte, considero que vuestras au-*

las de estudio no son más que salas mortuorias, que los textos que recitáis de memoria son como palabras proferidas por espectros de difuntos, que los Seis Clásicos son rastrojos y escorias, que el humanitarismo y la justicia apestan a putrefacción, que la lectura de libros chamusca los ojos, que las genuflexiones y las reverencias provocan joroba, que el porte de ropajes oficiales produce palpitaciones, que las disertaciones sobre los códigos rituales causan piorrea y que, por consiguiente, conviene deshacerse de todo ello para comulgar de nuevo con la dimensión original de los seres». Estamos ante una demoledora y aguda crítica del conocimiento ritualizado y esclerotizado al servicio de lo más bajo del ser humano, que plantea también un cuestionamiento del poder y la organización social, reivindicando una edad de oro antes de que se impusieran «*distinciones y divisiones entre los hombres para agruparlos en clases*».

En la siguiente polémica es Xi Kang quien interviene en primer lugar con su «Ensayo sobre cómo nutrir la vida». En él trata un asunto muy frecuente en la literatura taoísta, el arte de la longevidad, que es más apropiado llamar así aunque la retórica, sin duda exagerada, de los autores hable en ocasiones de «inmortalidad». Sus conclusiones se enmarcan en esta tradición, proponiendo una existencia desapegada, alejada de todos los excesos pasionales, y sustentada en la meditación, los ejercicios respiratorios y una dieta frugal y equilibrada, que prescinda de los cinco cereales —arroz, trigo, mijo, sorgo y soja—, la carne y los licores. La réplica a estas teorías se debe esta vez a Xiang Ziqi, vicepresidente de la Cancillería imperial nada menos, que usa una argumentación bastante simple. La rigurosa dieta propuesta no era seguida por los sabios antiguos. Además, el rechazo de los placeres no es natural y no puede ser saludable, y faltan datos que prueben que este género de vida sirve realmente para prolongarla. Xi Kang, por su parte, contraataca afirmando que las pasiones y deseos nos encaminan a la destrucción: «*Al perseguir con ahínco riquezas y honores, ¿cómo no excederse? Una vez obtenidos, ¿cómo no perderlos?*». Sin embargo, si la existencia ha sido armonizada, la voluntad se desplegará sin posibilidad de una frustración dolorosa.

Como señala Jean Levi en su presentación, estos argumentos y contraargumentos reavivan otra polémica anterior pero más cercana a nosotros, la que protagonizaron estoicos y epicúreos en la época helenística, y es importante señalar también que, meditadas en el momento presente, las discusiones plantean con claridad el diagnóstico y la terapia para un ser humano apresado en la locura de un mundo-mercancía. Con palabras de Xi Kang*: «Para quienes extenúan su vida persiguiendo la celebridad ni siquiera diez mil generaciones bastarían para lograr la satisfacción. Todos ellos carecen en su interior de un principio rector y, por tanto, su felicidad depende de los objetos externos. (...) Quienes, por el contrario, poseen un principio rector en su interior, podrán disfrutar de la felicidad en las cosas exteriores. Incluso sin tambores ni campanas, su felicidad es completa; colmar nuestros propósitos no significa moverse en carruaje y portar distinciones, como tampoco la felicidad suprema consiste en la satisfacción de los impulsos más groseros. A mi entender, consiste más bien en que éstos no nos subyuguen*».

Días rebeldes. Crónicas de insumisión. Un recorrido por la larga historia de la resistencia a la explotación

Publicado en *Rebelión* el 23 de agosto de 2011

La historia de la explotación del hombre por el hombre se pierde en la noche de los tiempos. Guerras y esclavitud, relucientes edificios sociales cimentados sobre la miseria de los más, mentiras y más mentiras que alimentan la impotencia: éste es el paisaje donde quiera que ponemos los ojos; estamos tan acostumbrados a él que tendemos a pensar que es inevitable. Todos conocemos también episodios puntuales de rebeldía, insólitos momentos de confusión revolucionaria en los que el poder se tambalea. Y tenemos la triste experiencia de ver cómo, tras una metamorfosis más o menos profunda, la explotación del hombre regresa con fuerza. Los días rebeldes del ser humano tienen algo de rareza, pero son a modo de ventanas privilegiadas a través de las cuales alcanzamos a ver otro mundo posible. Ediciones Octaedro se ha planteado el empeño ambicioso de reunir en un volumen una colección de crónicas sobre los episodios más notables de indocilidad social de que se tiene noticia a lo largo de toda la historia. El resultado es *Días rebeldes. Crónicas de insumisión* (2009), un libro extraordinario por lo que descubre y lo que permite entrever.

Ha sido necesaria la colaboración de más de cincuenta autores, coordinados por Abel Rebollo, Miquel Vallès, Paco Madrid y Quim Sirera, y apoyados por un equipo de traductores, para reunir los ciento diecisiete pequeños capítulos —media de dos o tres páginas— que componen el libro. Gracias a ellos averiguamos que a la brutalidad de la explotación se ha opuesto secularmente el sano antídoto de la rebeldía, y junto a personajes justamente famosos, ampliamente recordados en la literatura y el cine, conocemos a muchos otros que como dice la contraportada del libro «*nos devuelven el orgullo y la belleza de nuestra condición humana*». Cada capítulo realiza un análisis del contexto histórico de los hechos recogidos y tras presentar éstos sumariamente describe también la repercusión que tuvieron.

En los primeros fragmentos descubrimos por ejemplo la existencia de huelgas en el Egipto faraónico y la aparición

desde la más remota antigüedad de escuelas filosóficas, no sólo en Grecia sino también en la India y China, que predicaban un desprecio absoluto por el poder y sus mentiras consustanciales. Son noticias que suenan refrescantes en la era del pensamiento único. En los capítulos dedicados a la Edad Media, sorprende no sólo la frecuencia de rebeliones de campesinos y trabajadores manuales explotados, sino también la persistencia en esos años oscuros de una corriente poderosa de pensamiento rebelde cuyos defensores eran exterminados sin piedad. En el mundo moderno los escenarios se amplían y conocemos episodios de resistencia en la América sojuzgada. Es un tiempo también en que la libertad conquista lentamente territorios y las formas de dominación se hacen más sutiles. Desde finales del siglo XVIII, los eventos revolucionarios no son ya anécdotas locales, sino que se convierten en muchos casos en conmociones profundas de trascendencia global; se trata de un mundo cada vez más interrelacionado en el que la lucha contra el colonialismo se combina en las metrópolis con la resistencia de un movimiento obrero en el que las fases de conciencia y combate alternan con otras de sufrimiento callado y conformismo. Y así llegamos al momento actual, pesada resaca de todos los errores cometidos, opresión cada vez más brutal de un capitalismo financiero enloquecido, debacle y esperanza...

Ediciones Octaedro ha ejecutado un proyecto ambicioso y ha creado un libro que merece un lugar en la biblioteca de cualquiera sensible al sufrimiento humano e interesado en la lucha por la emancipación de los oprimidos. *Días rebeldes. Crónicas de insumisión* es un homenaje a todas las víctimas del poder y una llamada a rebato también, porque la explotación y la alienación siguen y la rebeldía no puede morir.

Idea general de la revolución, de Pierre-Joseph Proudhon

Publicado en *Rebelión* el 23 de mayo de 2018

Nacido en Besançon en 1809, hijo de un tonelero y una cocinera, Pierre-Joseph Proudhon fue un obrero y un intelectual cuyas ideas económicas vertidas en *¿Qué es la propiedad?* (1840) entusiasmaron al joven Marx. La amistad entre ellos vino luego, y dio paso al distanciamiento cuando el alemán criticó agriamente el *Sistema de las contradicciones económicas* (1846), subtitulado *Filosofía de la miseria*, del francés, en su *Miseria de la filosofía* (1847). Cotejar ambos textos, como hizo en detalle Georges Gurvitch, invita a pensar si no habrá en el rechazo del aún desconocido Marx, más allá de pequeños errores que consigue detectar, algo de sana envidia hacia un pensador ya famoso por entonces y que supo anticiparse a alguna de sus ideas fundamentales.

Obrerista e individualista ante todo, de expresión a veces paradójica y no exento de contradicciones, Proudhon escoge el término «anarquía», hasta entonces sinónimo de caos, para referirse a su doctrina, pero opta luego por el más moderado de «mutualismo». Él es siempre un hombre del pueblo orgulloso de su pobreza, transido de indignación moral frente a la injusticia, lo que lo alejaba del determinismo histórico de Marx, y obsesionado por diseñar un modelo para la sociedad humana anticentralista y antiestatista, basado en la igualdad, la libre asociación y el cooperativismo.

Proudhon, que ingresó en la masonería, era profundamente anticlerical, y ataca el concepto de una historia guiada por Dios, aunque su oposición al cristianismo se suavizará al final de su vida. Por otra parte, defiende la desigualdad de los sexos y una idea tradicional de amor y familia. Su mutualismo no duda en proponer aranceles para proteger la industria nacional, y toma en política la forma de un federalismo basado en el municipio, aunque siempre desconfió de la política y los políticos y abogó por la autoorganización de la clase obrera, la cual debería a su juicio hacer un enorme esfuerzo de educación para rentabilizar su potencial. Proudhon tuvo un papel destacado en las jornadas revolucionarias de 1848 desde su escaño en la Asamblea Nacional, donde sus discursos de apoyo al proletariado y por el fin del capitalismo le acarrearon el odio de la burguesía. Encarcelado entre 1849 y 1852, evoluciona después durante el Segundo Imperio a una defensa entusiasta de la propiedad y posiciones reformistas, conciliadoras y pequeñoburguesas, que lo llevan a ofrecer a Napoleón III la dirección de su Banca del Pueblo, proyecto que no llegó a consolidarse. Pierre-Joseph Proudhon falleció en París en 1865.

Idealista y pacifista, Proudhon es incapaz de perfilar una estrategia ofensiva clara para la clase explotada, aunque reflexiona sobre esta cuestión en alguna de sus obras, principalmente en *Idée général de la révolution au XIXe siècle* (1851), vertida al castellano como *Idea general de la revolución* por Stirner (2015, trad. de Pablo Molina Albert) con prólogo de Víctor Logos. Proudhon analiza aquí la historia de Francia para concluir que la revolución se hace posible cuando las masas perciben un deterioro inasumible en sus condiciones de vida. Esto es a su juicio lo que ocurrió en 1789, y lo que trata de demostrar es que puede repetirse tras los sucesos de 1848, en los que los excesos represivos de la reacción echaron a las calles a unos obreros depauperados por la máquina capitalista. En ambos casos piensa que es la ausencia de ideas económicas «constructivas» y la inercia de preservar una «estructura gubernamental» lo que sentencia el fracaso de los intentos transformadores.

Idea general de la revolución critica tanto el asociacionismo e igualitarismo de los socialistas utópicos o de Louis

Blanc, como el principio de autoridad que cristaliza en el Gobierno, y propone sustituir éste por un nuevo contrato social muy alejado del de Rousseau, a quien fustiga vehementemente. Tras estas negaciones, emprende la labor constructiva, perfilando las medidas a tomar: socialización de la banca nacional, cancelación de los intereses de la deuda pública, ilegalización de la usura en deudas privadas, y facilidades a los campesinos para que accedan a la propiedad de la tierra, aplicando el principio de que todo pago de alquiler o arrendamiento confiere una parte proporcional de la propiedad. La industria se organizaría en asociaciones de obreros autogestionadas y sometidas a control social, aunque se admite el régimen de propietario, empleados y aprendices en pequeños talleres. El mercado ha de encauzarse de forma que sea imposible la especulación, y el comercio exterior recurrirá a tarifas aduaneras a fin de garantizar los derechos tanto de los productores como de los consumidores del país.

El sistema de dominación del capitalismo, etiquetado «teológico-político», está basado en la desigualdad entre los hombres y un poder exagerado, material y espiritual, del cristianismo y sus ministros. En contraposición a éste, los cambios revolucionarios propuestos han de conducir a una sociedad autoregulada y solidaria en la que, abolido el Gobierno, funcionará una organización industrial regida por contratos libres. En ella, la Justicia tendrá como objetivo la reparación y no la venganza como ahora, y la vara y el látigo de la policía no impondrán un falso orden de injusticia. Romper el círculo vicioso de la opresión requerirá abrir al pueblo a una nueva mentalidad, y así la dignidad humana será restituida. Todos estos asuntos y otros, como la instrucción, las obras públicas o el comercio pueden y deben ser resueltos a partir de la autoorganización de los ciudadanos, capaz de afrontar democráticamente cualquier contingencia. El fin de Gobiernos y Estados ha de promover una relación fraternal entre los pueblos, independientes y hermanos, solidarios y dueños de sus destinos.

Proudhon es tremendamente certero al identificar las claves de la dominación en nuestra sociedad en el mecanismo económico de explotación que ha construido el capitalismo, tiranizando mentes y relaciones sociales a través de sus tentáculos políticos y religiosos. Al mismo tiempo, es capaz de diseñar los fundamentos de un mundo diferente, sin autoridad, basado en el libre contrato, cuya superioridad moral hace sentir como inminente, pues la distancia que nos separa de él parece ser sólo lo que tardemos en darnos cuenta de una verdad muy simple. Es indudable que leyendo hoy estas páginas nos sentimos vacunados por la historia contra tales excesos de optimismo, pero no deja de ser cierto también que la determinación del alegato nos conmueve.

Con un estilo a veces poco claro, y pródigo en fatigosas referencias a los políticos de la época, *Idea general de la revolución* resulta en ocasiones arduo de seguir, pero trata e ilumina muchos problemas que siguen siendo cruciales hoy como ayer, al tiempo que nos acerca a una personalidad imprescindible en los orígenes de la lucha contra la barbarie capitalista. En sus páginas tomamos el pulso del alma escindida entre la realidad y el deseo que tan bien captó Bakunin cuando escribió: «*Existen dos Proudhon: un jurista-reformista bien peinado y muy astuto, y un verdadero revolucionario-proletario que incita a la revolución social. No sólo prefiero a este último, sino que afirmo que toda su influencia sobre la clase obrera proviene de él*». No es éste mal momento para volver a leer al gran defensor del potencial del proletariado, pues la era de Internet aporta sin duda poderosas armas para la organización horizontal y solidaria que tanto le atraía y a la que dedicó tantos desvelos.

Ravachol y los anarquistas, de Jean Maitron

Publicado en *Rebelión* el 14 de octubre de 2015

El historiador Jean Maitron (1910-1987) dedicó su vida a investigar los orígenes del movimiento obrero en Francia, y sobre este tema realizó una recopilación exhaustiva de documentación que en gran parte se custodia en el Centro de Historia del Sindicalismo de la Universidad de Paris I, del que fue fundador y cuya biblioteca lleva su nombre. En *Ravachol y los anarquistas* nos presenta una colección de textos de los propios revolucionarios —como memorias, correspondencia, etc.— introducidos y comentados por él, que muestran la evolución del pensamiento y la praxis ácrata desde la Comuna de 1871 hasta la Gran Guerra.

Tres fases pueden considerarse en el periodo señalado. La primera se inicia con la reorganización de los elementos antiautoritarios de la Internacional en el congreso de Londres de 1881, en el que se hace una encendida defensa de la propaganda por el hecho y la acción insurreccional. Estas intenciones fructifican en una cadena de atentados entre 1892 y 1894, pero la represión que sigue y un replanteamiento de la cuestión por los propios anarquistas provocan un cambio de táctica. En la segunda etapa, los libertarios deciden hacer proselitismo en los sindicatos. Es ésta una edad de oro con un notable enriquecimiento mutuo, pero el virus individualista terminará dominando el movimiento en la tercera fase, que alcanza su máxima expresión con las actividades de la banda de Bonnot.

Comienzo insurreccional

El primer texto, debido probablemente a Sébastian Faure (1858-1942), uno de los principales propagandistas liber-

tarios de la época, fue usado en la defensa de un anarquista en 1891 y denuncia la apropiación por unos pocos de las riquezas del mundo, que condena a las muchedumbres a la miseria, pero también la indolencia de los que lo consienten; es por esto que la revuelta es necesaria y justa y el enfrentamiento con los que la reprimen, inevitable. Sigue un documento de extraordinario interés, nada menos que las memorias de Ravachol (1859-1892). Éste, en 1891, decide vengar a unos compañeros condenados e intenta volar edificios donde habitan jueces y fiscales, provocando grandes destrozos pero ninguna muerte. Es detenido en un restaurante al ser reconocido por un camarero al que trataba de catequizar, y antes de ser guillotinado dicta a sus carceleros unos apuntes en los que se declara convencido de que la única solución para las infames desigualdades sociales es una revuelta que aniquile el derecho de propiedad y el dinero en que se materializa. Unas pocas horas diarias de trabajo serían suficientes en una sociedad bien organizada y sin oficios inútiles. Después justifica sus atentados en la necesidad de destruir a los enemigos del nuevo orden y transmitir energía y voluntad a los indecisos.

Ravachol nos relata además su vida, su origen humilde y sus tempranos trabajos en granjas, minas, talleres y de pastor por los montes. Conoce así todas las humillaciones de los pobres, y pronto también las ideas anticlericales y de transformación social. Cuando éstas lo hunden en el paro, para mantener a su madre, sus hermanos y su amante roba por los campos y se convierte en contrabandista; luego falsifica moneda, profana tumbas y saquea casas deshabitadas; por fin, el 18 de junio de 1891 asesina y desvalija a un viejo ermitaño, y pocos días después, denunciado por el cochero que lo había llevado en una visita posterior al lugar del crimen, es arrestado. Cuando consigue escapar, Ravachol viaja a París, donde realiza los dos atentados con bombas de los que ya hemos hablado y que no están recogidos en sus memorias. Condenado a muerte, recibe la sentencia con el grito Viva la anarquía, y es guillotinado tras rechazar al cura y cantar una canción anticlerical. Tenía treinta y tres años y fueron muchos los que vieron en él un Cristo violento que predicaba la revolución.

El siguiente protagonista es Émile Henry, que nació en 1872 en una familia burguesa y recibió una esmerada educación. Relacionado con medios anarquistas, es detenido en mayo de 1892 y liberado poco después. El 8 de noviembre de ese año coloca una bomba en las oficinas de la Compañía de las Minas de Carmaux, que explota en la comisaría a donde es trasladada, provocando varios muertos. El 12 de febrero de 1894, hace estallar otra en el café Terminus en la avenida de la Ópera, en un momento en que estaba abarrotado, con un muerto y numerosos heridos como resultado. Apresado en su huida, declara en el juicio su intención de apoyar con su primer atentado la huelga de los mineros —traicionados por los timoratos reacios a usar todos los medios de lucha— y provocar con el segundo el mayor daño posible a la clientela burguesa del café. No piensa que pueda haber víctimas inocentes, pues «*la burguesía al completo vive de la explotación de los desgraciados, y al completo debe expiar sus crímenes*». Además, el terror indiscriminado de sus bombas sólo responde, según él, al terror indiscriminado, policial y judicial, contra los anarquistas, que alcanzaba su clímax por aquellos días. El 21 de mayo, Émile Henry es guillotinado, no sin antes manifestar que aporta su vida como tributo a la revolución que ha de triunfar inevitablemente. Sus últimas palabras fueron: «*Valor, camaradas. ¡Viva la anarquía!*».

La vía sindicalista

Tras el periodo de atentados, voces más moderadas logran que el movimiento libertario adopte una estrategia de sindicalismo revolucionario. Destaca entre ellas la de Joseph Tortelier, de oficio carpintero, que fue decisivo para el resurgir de una vieja idea que merecía convertirse en eje de referencia: la huelga general. Comienza así la penetración de las tesis anarquistas en la Confédération Générale du Travail (CGT), fundada en 1895, cuyo congreso confederal de Amiens en 1906 asume el objetivo de la huelga general. Pierre Monatte fue el máximo defensor en el campo ácrata de esta deriva sindical, basada en la acción directa que hará a los trabajadores protagonistas de su emancipación, con la huelga y el sabotaje como instrumentos. Sin embargo, en el congreso libertario de Ámsterdam de 1907, Malatesta se muestra crítico con un sindicalismo que no siga alimentado por el fermento anarquista, y una huelga general que no esté preparada para la confrontación armada que surgirá de ella inevitablemente.

Y vuelta a las andadas

Los atracos de la banda de Jules Bonnot, que comienzan en diciembre de 1911, ambiciosos y pródigos en sangre, evidencian la resolución desesperada de unos obreros anarquistas con algún intelectual próximo, como Víctor Lvóvich Kibálchich, autor de artículos en *l'anarchie* con el seudónimo de Le Rétif (el Reacio) que andando el tiempo cambiará por el de Víctor Serge. Maitron nos acerca a sus biografías y a la historia de los meses febriles que culminan con la muerte de Bonnot y tres de sus compañeros y la detención de los demás entre marzo y mayo de 1912. El libro recoge informes policiales con los detalles de estos altercados, así como las memorias de un miembro del grupo, Octave Garnier: *¿Por qué he matado?*, testimonio del esclavo del salario que busca un camino de libertad a no importa qué precio.

Las sentencias se conocen en febrero de 1913 y son cuatro a muerte y dos a trabajos forzados a perpetuidad. Los anarquistas condenaron en su inmensa mayoría los actos

de la banda y vieron en ellos un mimetismo de la violencia burguesa. Kibálchich en sus cartas desde la prisión, en la que pasará cinco años, critica las brutalidades cometidas por sus amigos, aunque reconoce que su rebeldía está muy próxima a la suya. El libro concluye con un breve repaso a los hitos fundamentales del anarquismo francés tras la época estudiada y una bibliografía sumaria.

Crónica de unos años en que el fermento libertario se difundía con fuerza por los sectores explotados de la sociedad francesa, el libro nos muestra sus dudas y vaivenes entre la resolución y el posibilismo, dilema con plena vigencia en nuestro tiempo. De este modo, con su inventario de errores que sería preciso no volver a repetir, la lección de la historia queda expuesta ante nosotros. Otra conclusión de la lectura es que dando la voz a los protagonistas la aproximación es mucho más clarificadora que a través de cualquier sesudo comentario.

Los entresijos del anarquismo, de Flor O'Squarr

Publicado en *Rebelión* el 21 de julio de 2015

El periodista y escritor belga Charles-Marie Flor O'Squarr fue un representante destacado del decadentismo en su país, un hombre de hábitos refinados y amante de los duelos que se sintió, sin embargo, cautivado por las teorías y prácticas de los anarquistas, pesadilla del burgués en los finales del siglo XIX. Su visión personal del fenómeno quedó plasmada en *Los entresijos del anarquismo*, que apareció en 1892 y fue incorporado hace poco en versión castellana al catálogo de Melusina (2008, trad. de Julieta Lionetti).

Para comenzar, Flor nos dibuja un retrato del rebelde, el muchacho que un día ve en las ideas que alguien le esboza, en una conversación o a través de un texto impreso, la solución del enigma de su miseria. Sin gran bagaje teórico, pero pleno de entusiasmo, inicia así un peregrinaje de tierras y oficios en el que el proselitismo es su obsesión constante. No obstante, se nos señalan las diferencias entre el gárrulo meridional, que se ajusta más a este molde, y el nórdico mucho más reservado, al que su casero toma por un pacífico contable. El caso de Ravachol es emblemático del primer comportamiento, aunque en él se mezclaban sangre francesa y holandesa, pues su locuacidad con un camarero es lo que lo lleva a ser detenido tras varios atentados con dinamita, que no causaron víctimas, contra miembros del poder judicial. Era un hombre sensible, amante de la lectura y sobrio, con una profunda conciencia de la infamia del «orden social» y dispuesto a combatirlo. Flor, que cree en la inminencia de una revolución por la acción insurgente de las masas, abomina de la violencia individual, y considera a Ravachol una víctima ingenua de los que la predican.

Un vistazo a la prensa anarquista del momento muestra su enorme variedad. El rechazo de cualquier perspectiva nacional hace que sólo el idioma sea un criterio de sistematización regional. En francés, la cabecera más renombrada era sin duda *Le Révolté*, dirigida por entonces por Jean Grave, foro insustituible del pensamiento libertario menos violento, que no obstante, tras los atentados de Ravachol le expresa su solidaridad de una forma que Flor juzga humillante e inconsistente: «*Una abdicación de la ciencia y del pensamiento a manos de la violencia y el delirio*». *L'Endehors* era el órgano literario de los anarquistas, y también dio su aprobación a Ravachol con la pluma de Octave Mirbeau. Émile Pouget, que pasó cuatro años entre rejas por justificar el asalto a una panadería por parte de unos hombres famélicos, fundó y dirigía *Père Peinard*, el más notorio y popular de los periódicos ácratas y el más volcado en la apología de la acción violenta, lo que llevaba a sus gerentes indefectiblemente a la cárcel, pero sin que esto afectara a la continuidad de la publicación, protegida por la ley de prensa de 1881. Se presentan luego muestras de la poesía anarquista de la época y se hace inventario de los folletos libertarios que aparecían por todo el mundo.

La subversión va a requerir armas y entre ellas la dinamita es pronto la estrella, aunque los anarquistas no mostraban en aquel momento capacidad de fabricarla por ellos mismos, diferenciándose en esto de los nihilistas rusos, a los que Flor aprovecha para atacar despiadada e injustamente. Se insiste después en las personalidades diversas y complejas que se encuentran entre los ácratas, repasando en primer lugar las biografías de Clément Duval y Vittorio Pini, apóstoles del ilegalismo, que trocaron la esclavitud del salario por la aventura desesperada del robo y fueron deportados a Cayena. Jean-Baptiste Lorion comenzó a arengar a la insurrección siendo todavía un niño, lo que lo llevó a la cárcel cinco años, y de ella salió sólo para seguir su prédica y acabar sus días en Cayena. Los mártires de Chicago, recordados también, son otro ejemplo memorable de entereza y apego a un ideal de lucha por la emancipación.

Ante la justicia, el anarquista, fiel a su pensamiento, exhibe orgullo y risa, y convierte las sesiones del juicio en un acto de propaganda. La catequesis continuará en el presidio o hasta el mismo cadalso, porque es una idea grande la que lo posee, encarnada en un cuerpo inmortal con infinitas vidas que pueden ser derrochadas. Es común que los anarquistas tengan amplios conocimientos de derecho, que hacen valer durante la instrucción, y Flor aporta de ello sabrosos ejemplos. También nos ilustra sobre las tintas simpáticas y técnicas criptográficas que usan para mantener secretas sus comunicaciones. Reflexiona luego sobre la inconsciencia de los burgueses que coquetean con la dimen-

sión más literaria del anarquismo, pizca de sal en sus existencias aburridas.

Flor rastrea a los precursores del pensamiento ácrata, de China a Persia y de Rusia al Oriente islámico, y le supone un origen asiático (¿mongol?) en una interpretación *sui generis* que rebosa antisemitismo. Llega así a la irrupción del programa libertario en la Internacional, de la mano de Bakunin y para desesperación de Marx. Cuando el gigante ruso desaparece, toman el relevo otros brillantes intelectuales: Piotr Kropotkin, Élisée Reclus y Errico Malatesta. Su mejor instrumento de propaganda será *Le Révolté*, ya citado, que echa a andar en 1879. Ese año, un congreso obrero se adhiere en Marsella a las ideas anarquistas, que se difunden con rapidez, invitando a un mundo que prescinda de los propietarios y sus leyes y Gobiernos, y donde los hombres decidan por sí mismos y no a través de la falacia del voto. Es época también de numerosos atentados individuales; Flor pasa revista a los principales que se producen de 1873 a 1891. La represión es durísima.

El autor ve el anarquismo como un conjunto de doctrinas económicas y sociales que distan mucho de presentar un perfil acabado. Su ética argumenta bien para justificar unas acciones que resultan defensivas al considerar la crueldad de la explotación, pero no acierta, según él, a describir los afanes y creencias que han de regir a la humanidad que profetiza. Por otro lado, su moral sexual, basada en la unión libre, choca demasiado con atávicos instintos de posesión para nuestro duelista, que tampoco comprende cómo atajará una sociedad sin leyes ni magistraturas los crímenes que siempre pueden surgir de lo más oscuro de la mente humana.

El objetivo declarado de la obra es relatar, y no debatir. Flor O´Squarr oscila entre la fascinación por ideas que cuestionan con coraje las abominaciones del orden social imperante y la repulsión de una violencia a veces indiscriminada. Se acerca con interés a conocer los entresijos del anarquismo y nos regala tras su experiencia un retrato minucioso, sagaz y rico en intuiciones. Flor se adhiere a la interpretación visionaria del periodista y escritor Maxime du Camp, que viajó por Oriente y fue voluntario con Garibaldi y amigo de Gustave Flaubert: «*El anarquismo es feo, lo digo de todo corazón; pero su fealdad ¿no será acaso una máscara? ¡Arranquémosla valerosamente y, detrás, quizá nos encontremos con el rostro pálido, estático y soñador de ese joven a perpetuidad que llamamos Progreso! ¡Vaya! ¿Acaso Galileo no fue un anarquista? La sociedad se parece un poco a una mujer: un día se deforma, su rostro se altera, su salud se agosta; los grandes dolores hacen presa de ella, grita, ruega, se desespera; todos deben ser testigos de sus sufrimientos; cree que va a morir y, de golpe, trae al mundo un niño que chilla y la hace sentir orgullosa, ¡y que tal vez un día salve a la humanidad!*».

Albert Libertad:
Contra los pastores contra los rebaños

Publicado en *Rebelión* el 27 de junio de 2014

Albert Libertad tiene un lugar destacado entre los que han contribuido al desarrollo de las ideas libertarias, y no sólo por sus escritos, plenos de agudeza y apuntando siempre al meollo de los problemas, sino también por el ejemplo de su propia existencia. La brevedad de ésta no le permitió participar como hubiera podido y querido en el progreso teórico del anarquismo, pero de continuo lo vemos orientado al objetivo claro de denunciar la ignominia de todos los que cooperan para que este mundo sea un lugar insoportable. No se recató Albert Libertad de apostrofar con contundencia tanto a los que explotan como a los que consienten. En la senda de Étienne de La Boétie, a estos últimos va dirigida su frase más terrible y que de alguna forma resume su pensamiento: «*El criminal es el elector*». La editorial riojana Pepitas de calabaza ha reunido en *Contra los pastores contra los rebaños* una selección de artículos de Albert Libertad, traducidos, prologados y anotados por Diego Luis Sanromán.

El prólogo nos acerca a la biografía de Joseph Albert, nacido en Burdeos en 1875 de padres desconocidos y criado en el hospicio. Tras estudiar en el liceo de la ciudad, comienza a trabajar como contable, pero con veintiún años emprende un viaje a pie hacia la capital de la República, hazaña notable pues hemos de decir que a resultas de una enfermedad infantil, Albert era cojo de las dos piernas y tenía que usar muletas para caminar. En París destaca enseguida como irreductible propagandista de la anarquía y fustigador de los poderosos con su lengua afilada y su voz estentórea que no duda en usar a la menor ocasión; así lo hace por ejemplo en la basílica del Sacré-Coeur en agosto de 1897, lo que lo lleva unos meses a la cárcel.

Albert trabaja como corrector de pruebas para ganarse el pan y publica artículos en los medios que preconizan la Idea libertaria. En 1902, pone en marcha con otros compañeros unas *Causeries populaires*, charlas para aprender y discutir en sesiones públicas de arte, ciencia e historia, y del horizonte de un mundo sin explotación. En 1905 ve la luz el semanario *l'anarchie*, que se convierte en órgano escrito principal del anarquismo individualista de gentes como Víctor Kibálchich, Émile Armand y otros defensores de una dimensión de la revolución hacia el interior de los individuos como premisa y complemento de cualquier otra.

El libro recoge veinticinco textos, seleccionados por Diego Luis Sanromán entre todos los de Albert Libertad. La voz de éste es la del que contempla la miseria y la alienación con lucidez suficiente para ver sus causas, la del que se subleva contra ellas y llama a la revuelta, la del que odia a

los explotadores, pero también y sobre todo a los ciegos que no quieren ver y a los pusilánimes, idiotas y cobardes que permiten que todo esté como está. Reivindicando lo mejor de la tradición filosófica y el análisis científico, demoledores de mitos, la anarquía es para él la doctrina del libre examen, donde ninguna autoridad se reconoce, salvo la del razonamiento. Y esta crítica se aplica no sólo a la sociedad, sino también a uno mismo, tratando de eliminar los prejuicios de patria, religión, familia, etc.

El caso de François Roy es un símbolo para Albert Libertad. Era éste un hombre ya mayor, que hacía compatible su empleo como guarda de montes con la caza furtiva. Multado y despedido, condenado a la miseria, no se resigna y dispara contra el culpable de su desgracia. Es perseguido ferozmente y su casa es dinamitada. Luego es juzgado en Poitiers y guillotinado. Para Albert Libertad la suya es la lucha del hombre libre contra un mundo de hipocresía que trata de estrangularle, pero en los textos que le dedica hay sobre todo odio a los imbéciles que se regodean con la caza de este ser trasmutado en alimaña sin ver a las verdaderas alimañas a su alrededor.

El Ejército es atacado sin piedad. En el «Discurso a los reclutas», la prosa vibrante acierta a expresar la degradación que se impone al soldado: «*hombre convertido en máquina de matar*» con el señuelo mentiroso de una «defensa nacional» que es sobre todo contra los justos anhelos del pueblo. Frente a los partidarios del voto, Libertad mantiene el criterio anarquista de no renunciar nunca a la propia voz, y hacer triunfar las opiniones de uno por la discusión y el razonamiento, y si éstos son despreciados y agredidos, por la violencia. Así, la democracia parlamentaria es presentada sin paliativos como un engaño: «*Los gobernantes trabajarán siempre por los de su casta*». «*Elaboras todo y no posees nada. (...) Eres aquél que mediante la papeleta del voto sanciona todas sus miserias. (...) Eres tu propio verdugo. ¿De qué te quejas?*».

«*El criminal es el elector*», concluye Albert Libertad. Y razona: nada debe importarnos la desgracia autoinfligida por el ganado electoral, pero lo terrible es que ésta arrastra en su locura a toda la sociedad. Por eso es tan necesario gritar la verdad. De poco sirve ir al Parlamento con las mejores ideas porque el Parlamento es sólo el órgano de un dominio infame. Ahora somos pocos y nada haremos en él. Cuando seamos suficientes lo abatiremos con todo el poder del Estado que representa. Acción directa.

Tras tanta crítica demoledora, en otro artículo, Albert Libertad emprende un discurso constructivo y simplemente nos habla de hombres que piensan y ven, y se reúnen para fortalecer su pensamiento y su visión, y buscan un lugar donde juntarse. Y logrado esto, consiguen una imprenta, y surgen algunos panfletos, y pronto hay una revista semanal. El pensamiento se expande, el grupo crece. Es el momento de pensar en una escuela: formar el hombre nuevo. Éste es su método. Compatible con muchas otras cosas, hermanado con todos los intentos liberadores.

En otro lugar, Albert Libertad reflexiona sobre el suicidio y concluye que una existencia que se resigna a la desgracia que nos impone el infame orden social es también un suicidio. Encuentra en la vida una promesa de felicidad que la justifica y que nos apremia a luchar por ella con toda nuestra fuerza. Sobre el ilegalismo de ladrones y monederos falsos, Libertad confiesa comprender unas actividades que sin embargo son peligrosas y sacrifican a muchos que serían valiosos para la revolución. Su apuesta es por una continua propaganda para la expansión de la conciencia. Esto hará posibles todas las rebeliones que acabarán alumbrando la gran revolución. La violencia le tienta sobre todo si va dirigida contra los tugurios infectos donde los obreros son obligados a trabajar, antesala de los hospitales.

En un artículo sobre la libertad, Albert nos demuestra la profundidad de su pensamiento anarquista repasando las diferencias con el que define como libertario, y que se caracteriza según él por un simple culto a la libertad. Al contrario que éste, el anarquista pone el énfasis en la oposición a la autoridad, y entiende bien que la libertad no es la base del edificio a construir, sino algo que debe conquistarse trabajosamente por medio de una lucha en dos frentes, uno exterior, aboliendo la explotación y los privilegios, pero necesariamente también otro interior, eliminando de nosotros toda la basura que una educación insana nos ha inculcado y llegando así al ser humano solidario que puede dar forma a un mundo nuevo donde no exista autoridad, sino sólo libertades individuales en equilibrio.

El texto más extenso incluido es uno póstumo de 1909, titulado «El trabajo antisocial y los movimientos útiles». En él se nos muestra a los poseedores de grandes fortunas, que pasan su vida ociosos entregados a sus placeres, como seres desgraciados y superfluos, y se rechaza sobre todo que estos parásitos sociales sean ensalzados por algunos escritores como beneficiosos. Siendo el trabajo creativo de lo necesario un bien, su reparto injusto genera una doble desventura: exceso insano para unos y ociosidad odiosa para otros. Se critican luego las tímidas reivindicaciones sindicales de la época, defendiendo una abolición tajante de los oficios inútiles que ponen de manifiesto lo absurdo del orden social imperante.

Se analizan también las repercusiones del uso de máquinas en la vida de los obreros, y se concluye que no les ha beneficiado en nada, aun reconociendo que habría podido hacerlo en otro contexto social. El vigente es tan monstruoso que unos hombres se ven obligados a arruinar sus vidas para servir a otros y hasta han de entregarlas en el campo de batalla víctimas del mito funesto de la patria. Ciudades enteras viven de fabricar instrumentos de muerte, las armas odiosas que hacen posibles estas atrocidades. Son obre-

ros los que dan forma a los artilugios que destruyen todo, y cooperantes en el desastre —proféticas palabras en 1909—.

Se alude también a los casos de falsificaciones y engaños que se conocen cada día y en los que el lucro amenaza la salud de los ciudadanos. Es el peligro de un orden social sustentado sobre una codicia de la que nadie escapa. Es necesario tomar conciencia y luchar, y hay que hacerlo hoy y no relegarlo todo a un mañana hipotético. El objetivo debería ser racionalizar el trabajo, conseguir que fuera placentero y creativo para el hombre, eliminar todo lo burocrático e improductivo.

La muerte de Albert Libertad en 1908 en el hospital parisino de Lariboisière, cuando estaba a punto de cumplir treinta y tres años, está rodeada de misterio, y no sería extraño que la enfermedad a la que culpa el relato oficial fuera una mentira urdida por los que tenían un interés enorme en hacerlo desaparecer, los mismos que lo vigilaban continuamente y le hacían la vida imposible. La lucidez de Albert Libertad y su desgarradora capacidad para poner en evidencia el cruel engaño sobre el que se cimenta el orden social lo hacían un candidato demasiado idóneo para una ejecución extrajudicial. Sus ojos vieron como pocos han sabido ver esa infame complicidad de los explotados en su propia explotación y su voz la denunció con una contundencia que no se ha oído a menudo: «*La resignación es la muerte, la rebelión es la vida*». *Contra los pastores, contra los rebaños* rescata esa voz ante un escenario de miseria moral que en poco se diferencia del de la Francia de hace un siglo.

Pietro Gori, apóstol de la anarquía por los caminos del mundo

Publicado en *Rebelión* el 26 de marzo de 2019

Cuenta Paul Avrich en su imprescindible *Anarchist Portraits* (1988) que cuando Pietro Gori recorrió los Estados Unidos y Canadá en su primer exilio americano fue capaz de dar, en el plazo de un año, aproximadamente trescientos mítines en los que logró interesar a innumerables personas en el anarquismo y crear así el embrión de grupos, algunos de los cuales llegarían a consolidarse. Su modo de operar no requería en muchos casos infraestructura organizativa; en un lugar apropiado y sin necesidad de local cerrado ni convocatoria previa, nuestro propagandista simplemente comenzaba a cantar, acompañándose de su guitarra, hermosas adaptaciones de temas conocidos con letras de su autoría que exponían poéticamente las ideas libertarias. La multitud congregada recibía luego, en general con pocas deserciones, una encendida y docta disertación sobre anarquismo. El procedimiento merece reseñarse porque no está exento de enseñanzas.

Pietro Gori había nacido en Mesina en 1865 en una familia acomodada y dio las primeras muestras de su asimilación de las ideas revolucionarias en 1888 cuando, estudiante de Derecho en Pisa, organiza un homenaje a Giordano Bruno. El año siguiente se gradúa y publica su primera obra, *Pensieri rebelli*, en la que expone los fundamentos del comunismo libertario, beneficiándose de la propaganda que le supuso una denuncia con consiguiente juicio y absolución. Tras la huelga y altercados del 1 de mayo de 1990, pasa varios meses en la cárcel, y al ser liberado parte para Milán, desde donde impulsa la reorganización del movimiento ácrata en el norte de Italia, con una intensa actividad de conferenciante, creando y participando en publicaciones, e interviniendo en procesos judiciales como defensor de correligionarios encausados. La represión creciente obliga a Gori a establecerse en Lugano, y allí continúa sus tareas hasta que las autoridades suizas lo ponen en la frontera en enero de 1895 con diecisiete compañeros y tras un breve paso por la cárcel que aprovecha para componer una de sus canciones más famosas: *Addio a Lugano*.

Alemania, Bélgica, Holanda y enseguida Inglaterra son las estaciones del prófugo, que ese mismo año parte para Norteamérica. Allí como veíamos predica incansable sus ideas hasta que en el verano de 1896 lo tenemos de nuevo en Londres para asistir al III Congreso Internacional Obrero. Su intención era regresar después a América para una gira de conferencias en compañía de Louise Michel, pero cae gravemente enfermo y las gestiones de los amigos consiguen que se autorice su vuelta a Italia. En abril de 1897 abre despacho de abogado en Milán sin cejar en sus labores de propagandista, pero al año siguiente se ve forzado a emigrar otra vez para esquivar una condena de doce años de prisión. Desde Marsella se dirige a Argentina, donde se instala, ejerce la abogacía y continúa su inveterado activismo, impartiendo ocasionalmente clases en la universidad. También visita Chile, Uruguay y Paraguay, aclamado en todas partes como conferenciante. Ya con la salud seriamente afectada, en 1902 Pietro Gori regresa a su patria y allí trata de seguir con sus ocupaciones habituales hasta su fallecimiento el 8 de enero de 1911 en la isla de Elba.

Los catorce volúmenes de las *Opere* de Pietro Gori, publicadas por Editrice Moderna en Milán entre 1946 y 1949, contienen poesía y obras dramáticas guiadas siempre por el empeño de despertar la conciencia de sus semejantes. Dos tomos corresponden a trabajos sociológicos y otros agrupan numerosos textos de exploración y divulgación de las ideas anarquistas en forma de opúsculos, conferencias y artículos periodísticos. Según él, la tiranía y explotación económica que cercenan la libertad justifican una legítima defensa que ha de llevarnos a organizarnos y luchar por una

sociedad donde cada uno contribuya de acuerdo con sus aptitudes y sea retribuido según sus necesidades.

Entre los más conocidos y reeditados de estos textos está *Vuestro orden y nuestro desorden*, que corresponde a una conferencia impartida en San Francisco en 1896. En ella Gori clama contra todas las tiranías del cuerpo y el espíritu, y contra el militarismo y los dogmas religiosos con los que el poder impone su falso orden, y como réplica a éste, aboga por otro verdadero, que potencie lo mejor del ser humano. *La anarquía ante los tribunales* recoge su intervención como defensor en 1894 en Génova en un proceso contra treinta y seis compañeros acusados de «asociación para delinquir». Con habilidad, Gori ensalza la belleza del ideal libertario, para el que cuenta a Cristo y Garibaldi como precursores, y pide la absolución de unos hombres cabalmente honrados que sólo se organizaron para luchar pacíficamente por objetivos de justicia.

A nuestro protagonista le tocó vivir los años de vértigo en que se incubaba la gran tormenta del siglo XX. Fue el suyo un tiempo en que las potencias imperialistas sacaban partido de los avances científicos con tecnologías militares de un poder destructivo nunca conocido, al tiempo que su dinámica expansiva auguraba un choque inevitable. El movimiento obrero, capaz de atisbar la catástrofe, afrontaba el reto dividido y era cortejado además por los cantos de sirena nacionalistas que al fin lo arrojarían al desastre. Pietro Gori dedicó su vida a un combate que percibía que había de ser crucial para el destino del mundo. Sus piezas teatrales, sus versos, sus encendidos artículos, las luchas continuas que lo obligaron a conocer cárceles y exilios, nos hablan de una conciencia profundamente comprometida con la emancipación de los explotados y humillados. Él se encontraba ciertamente entre lo más lúcido y combativo de un movimiento obrero que estuvo a punto de alumbrar un siglo XX muy distinto. Y la historia sigue...

El camino de pasión de Zensl Mühsam, de Rudolf Rocker. Una superviviente de las tormentas del siglo XX

Publicado en *Rebelión* el 14 de septiembre de 2023

Zenzl (o Zensl) Mühsam, protagonista de la Revolución alemana de 1919, fue víctima después de las purgas estalinistas, a las que consiguió sobrevivir. Tras su detención en Rusia, su amigo el escritor y activista ácrata Rudolf Rocker publicó un llamamiento en 1949, relatando los detalles del caso y exigiendo la liberación de Zenzl. Éste es el texto que Piedra Papel acaba de rescatar en 2021. En las palabras liminares que han incorporado, los editores remarcan los padecimientos de una mujer que fue perseguida sucesivamente por el régimen nazi y el estalinista, y plantean la recuperación de su memoria como un homenaje a todas las víctimas de éstos.

El autor del libro, Rudolf Rocker (1873-1958), tipógrafo de profesión, desarrolló de forma autodidacta una reflexión sobre los momentos clave de la historia universal que le permitió realizar aportaciones teóricas esenciales al pensamiento libertario. Entre sus libros destaca su monumental *Nacionalismo y cultura* (1936), en el que un recorrido por el surgimiento y evolución de lo que él denomina «religión estatista» le sirve para concluir que la única forma de superar sus contradicciones es el establecimiento de un socialismo democrático, humanista y libertario.

No menos notable fue la labor periodística y de organización de Rocker dentro del movimiento anarquista, sobre todo durante sus largas estancias en Inglaterra y los EEUU. La obra reseñada, basada en numerosos testimonios epistolares, es un vibrante alegato de denuncia en el que resplandece su inquebrantable compromiso libertario en una época de mentira e infamia entronizadas.

Zenzl Mühsam: una vida en el ojo de todos los huracanes

La protagonista del libro nació como Creszentia Elfinger en la Baviera rural en 1884 y tras trabajar como empleada doméstica, en 1915 contrajo matrimonio con el escritor anarquista antimilitarista Erich Mühsam. En 1919 él tuvo un papel principal en la efímera República de los Consejos de Baviera y ella también fue muy activa en aquellos hechos, con lo que los dos fueron detenidos cuando todo terminó. Erich permaneció preso hasta 1924, y Zenzl, que fue liberada enseguida, se volcó en buscar la amnistía para su marido, para lo cual colaboró con organizaciones comunistas. La relación con ellas continuó después en Berlín, lugar donde se estableció la pareja.

Erich fue uno de los primeros arrestados al llegar Hitler al poder en 1933, y sometido a tortura falleció el año siguiente en el campo de concentración de Oranienburg, cerca de Berlín. El libro reproduce las cartas de Zenzl que describen el desarrollo pormenorizado de los hechos. Días después, cuando la viuda recibe noticias de que su detención es inminente, huye a Praga, a donde logra que lleguen los documentos de su marido; allí aparece en enero de 1935 un folleto escrito por ella en el que narra la pasión y muerte de Erich Mühsam. Recurre para esta tarea a una editorial de los comunistas, y la buena relación con éstos hace que en agosto de 1935 acepte un ofrecimiento de trasladarse a la URSS junto a su sobrino. Renuente al principio a este viaje, se decidió, según Rocker, al considerar las promesas que se le hacían de publicar algunos volúmenes de Erich en idio-

ma alemán, y también por las posibilidades de que su sobrino encontrara allí un buen empleo.

En la patria del proletariado, Zenzl siguió con su labor de concienciar sobre la amenaza fascista y promover la edición de los escritos de su esposo. Sin embargo, todo da un vuelco en abril de 1936, cuando es arrestada por «actividades trotskistas». En los meses siguientes, recorre varias cárceles moscovitas, mientras se suceden campañas internacionales apoyándola que logran que en octubre sea liberada. Ya en 1937, firma un acuerdo con el Instituto Gorki por el que vende el legado literario de Erich Mühsam a cambio de una pensión, aunque estos datos proceden de una carta de Zenzl que Rocker sospecha que puede ser una falsificación. En el verano del año siguiente, ella solicita una visa para viajar a los EEUU que no se le concede.

A finales de 1938, Zenzl fue arrestada de nuevo y en unos meses condenada a ocho años en un campo de trabajo por «pertenencia a una organización contrarrevolucionaria». Con la firma del pacto germano-soviético, según los testimonios recogidos por Rocker, parece ser que nuestra heroína fue incluida en un grupo de revolucionarios alemanes que iban a ser entregados a Hitler, aunque al fin el «regalo» no se materializó. Recluida o confinada permaneció Zenzl largos años y son las preocupantes noticias que desde Rusia llegan sobre ella, las que mueven a Rocker a publicar su folleto en 1949.

Zenzl no fue liberada hasta la muerte de Stalin en 1953. Dos años después se le permitió establecerse en Alemania, donde su mayor inquietud siguió siendo preservar el legado literario de su marido. Al fin logró que algunas obras de éste vieran la luz y también que las sentencias contra ella en la URSS fueran anuladas y su figura rehabilitada. Zenzl Mühsam falleció el 10 de marzo de 1962 en Berlín Este de cáncer de pulmón.

Humanidad en un tiempo inhumano

Los textos epistolares usados por Rudolf Rocker para la confección del libro nos sumergen de lleno, con un sentimiento a flor de piel, en los percances, muchas veces angustiosos, que afectan a los protagonistas. Por otro lado, mientras esto ocurre vemos cómo se ponen en marcha esfuerzos solidarios y se canalizan por todos los medios imaginables la búsqueda de información sobre los desdichados que sufren la represión y los intentos de auxiliarlos.

Lo más emotivo del relato tal vez sean esos nobles impulsos que afloran a cada paso, y que comienzan con la propia motivación del libro, la preocupación de Rocker en 1949 por su buena amiga Zenzl Mühsam, perseguida en Rusia con acusaciones delirantes. Es notable también la inquebrantable fidelidad de Zenzl a la memoria de su marido, que llegó hasta el punto de fijarse como meta, a través de las circunstancias terribles que le tocó vivir, la difusión de su obra literaria.

Con *El camino de pasión de Zensl Mühsam*, Rudolf Rocker pretendía alertar la conciencia mundial sobre los crímenes de Gobiernos brutales, y textos como éste demostraron ser un arma poderosa para combatirlos. Muchos años después, los testimonios reunidos sobre las experiencias de Zenzl Mühsam bajo los regímenes nazi y soviético, siguen ofreciéndonos un firme alegato sobre la represión en aquella época, y también una visión esperanzadora sobre los infinitos caminos de la solidaridad.

Manchuria, la revolución olvidada (1929-1932), de Emilio Crisi. Tres años de comunismo libertario impulsado por el anarquismo coreano

Publicado en *Rebelión* el 1 de mayo de 2024

La nómina de sociedades organizadas de forma auténticamente democrática y autogestionada en los últimos siglos desgraciadamente no es muy amplia, y resulta grato siempre que se difunda información sobre experiencias de este tipo de gran interés pero mal conocidas. La comuna libertaria que se desarrolló en Manchuria entre 1929 y 1932 afectó a más de dos millones de personas en un territorio con una extensión de casi la mitad de España y aunque al fin fue desmantelada por el imperialismo japonés, aporta enseñanzas valiosas para el futuro, como se nos demuestra en *Manchuria, la revolución olvidada*, aparecido inicialmente en 2015 con un prólogo de Michael Schmidt y que Descontrol acaba de recuperar. Su autor es Emilio Crisi, historiador argentino que ha publicado ya varios libros sobre procesos revolucionarios del siglo XX en Latinoamérica y Europa.

Las informaciones previas existentes sobre la Comuna de Manchuria corresponden sobre todo a fuentes comunistas y nacionalistas que la contemplaron con hostilidad. A ellas hay que añadir un libro publicado en 1986 por Ha Kirak, historiador coreano que recolectó documentos y testimonios de supervivientes de la experiencia. El trabajo de Crisi ha consistido en una evaluación crítica de todas las fuentes disponibles, a fin de construir un relato lo más ajustado posible a la realidad de los hechos.

Las ideas libertarias en Corea

El libro nos acerca a la atormentada historia de Corea en los últimos siglos, con una sociedad feudal cuyos gravosos impuestos condenaban a los campesinos a la miseria. Las revoluciones se sucedían con el paso del tiempo, pero no alteraban la estructura, sino que sólo reemplazaban los grupos dominantes. A comienzos del siglo XX se extiende por el país la influencia anarquista, que llega de China después

de haber penetrado en el Extremo Oriente, principalmente desde la península ibérica, a través de los puertos de Macao y Manila, ciudad donde ya se crea un sindicato de esta tendencia en 1903. En las décadas de 1910 y 1920, el movimiento gremial ácrata se extiende pujante por China y de ahí hacia Corea, Japón y el sudeste de Asia.

A partir de 1894, otro elemento importante es la invasión japonesa de Corea, estado vasallo de China en aquel momento, que culminó con la anexión por los nipones de la península en 1910 y llevó al extremo la miseria de las clases populares. Como resultado de esto, centenares de miles de personas se vieron forzadas a emigrar hacia el norte, a Manchuria, donde se sumaron a los habitantes originarios de la región y a todas las gentes, procedentes de diversas zonas de Asia, que en aquella época convulsa habían encontrado allí refugio.

En esta situación, crecía en Manchuria y Corea el rechazo al imperialismo japonés que imponía su férreo dominio, y en este contexto el anarquista Shin Chae-ho publica en 1923 su *Manifiesto de la Revolución Coreana*, en el que plantea una lucha que había de ser simultáneamente contra esta opresión extranjera y contra la explotación económica del hombre por el hombre. Se observa así que el anticolonialismo va en este caso indisolublemente unido al objetivo de la revolución social.

En los años siguientes se organizan grupos libertarios por toda la península y se editan varios periódicos. Especialmente relevante es la Federación Anarco-Comunista de Corea, que surge en 1929 aglutinando tres divisiones regionales entre las que va a destacar la labor de la Federación Anarquista de Corea en Manchuria (FACM), la cual se plantea enseguida establecer zonas liberadas con sociedades igualitarias en las áreas rurales del nordeste de Manchuria. Esta región, rodeada de montañas y limitada al norte por el río Amur, presentaba una economía basada en el cultivo del arroz y reunía rasgos favorables para emprender esta tarea, pues en ella se había desarrollado a partir de 1920 una exitosa lucha guerrillera contra los invasores japoneses y además la propaganda anarquista había progresado mucho.

Historia de la Comuna de Manchuria

Manchuria ha sido siempre codiciada por sus vecinos: China, Rusia, Corea y Japón, y lo va a seguir siendo en el siglo XX, pero en 1929 las condiciones resultaban favorables para que se creara allí una sociedad independiente de estos poderes externos, igualitaria y autogestionada. El factor clave para ello fue el compromiso con la ideología ácrata de algunos mandos destacados del ejército que lideraba la lucha contra los japoneses, y el comienzo del proceso puede datarse en octubre de 1927, en una reunión en la estación de tren de Mudanjiang, en la que participaron representantes de la FACM y jefes militares.

El plan que se elaboró en aquel momento consistió en promover una autogestión de las comunidades agrarias, capaz de asimilar en el futuro a los pequeños grupos que trabajaban dispersos. Se rehuyeron deliberadamente los «ismos», pero el plan esbozado contemplaba un sistema de federación de comunas libres de raigambre netamente anarquista. Se hacía un llamado a los militantes a «llevar la vida» de un campesino más, alejándose del perfil del revolucionario profesional, y el proyecto se dotaba además de un programa educativo y formativo para niños y jóvenes, pero también destinado a los adultos, basado en los principios de la escuela racionalista.

La estructura federal integraría como eslabón básico las asambleas que regirían las aldeas y empresas cooperativas, cuyos representantes elegidos deliberarían en conferencias de distrito y en una conferencia general. Estos delegados no tenían ningún privilegio y se aceptaba la norma rectora: «*De cada uno según su capacidad y a cada uno según su necesidad*».

La propuesta revolucionaria fue bien recibida en numerosas comunidades campesinas y el proyecto se puso en marcha, aunque en un primer momento algunos cargos administrativos y ejecutivos debieron ser nombrados, con el compromiso de proceder a elecciones en cuanto fuera posible. El 21 de julio de 1929 se dio por formalmente constituida la Asociación del Pueblo Coreano en Manchuria (APCM) y en los meses siguientes los delegados recorrieron la región llevando la estructura hasta sus últimos rincones. Los campesinos, acostumbrados al feudalismo salvaje, aceptaban complacidos un modelo basado en la ausencia de explotación y el respeto a las decisiones libres de las personas. Según un documento de la época: «*La organización se extendió por toda el área como reguero de pólvora*». Además, se trabajaba para dotar a las comunidades de adelantos técnicos, como molinos de arroz, lo que mejoraba sus condiciones de vida.

El asesinato en enero de 1930 del general Kim Jwa-jin, uno de los principales líderes del proceso, en el que pudieron estar implicados tanto los japoneses como los comunistas chinos y coreanos, fue un duro golpe, pero la organización siguió funcionando y defendiéndose contra enemigos cada vez más poderosos. Durante 1931 se intensificaron los ataques por parte de los japoneses desde el sur y los comunistas chinos desde el norte, con lo que la situación se fue complicando progresivamente, y es de esta forma como, fatalmente, en marzo de 1932 cayeron los últimos bastiones de la comuna y el territorio quedó integrado en el Manchukuo nipón. Los sufridos campesinos de la región regresaron de aquélla a su régimen secular de esclavitud, hostigamiento y hambrunas.

Emilio Crisi nos ofrece en *Manchuria, la revolución olvidada* la crónica detallada de una experiencia original y su-

gestiva, y nos demuestra que como hemos visto en la Ucrania majnovista, la España libertaria de 1936 o el México zapatista, la vieja idea de la libre organización y federación, simple y seductora, puede germinar y dar frutos prodigiosos en los ámbitos culturales más diversos. La lucha inevitable con construcciones odiosas del poder propició en aquel caso, como en tantos otros, una derrota que sabemos bien que nunca es definitiva.

Historia de un hombre libre: Luigi Fabbri, de Luce Fabbri

Publicado en *Rebelión* el 7 de noviembre de 2014

Luigi Fabbri es un referente fundamental del anarquismo italiano. Su pensamiento, muy ligado al de su amigo y maestro Errico Malatesta, es una muestra acabada del humanismo anarquista que busca dar al hombre a través de la educación la conciencia necesaria para asumir la transformación revolucionaria de la sociedad. La biografía que su hija Luce (1908-2000) le dedicó: *Historia de un hombre libre: Luigi Fabbri* fue publicada en Italia en 1996 y en 2002 apareció en castellano en la editorial uruguaya Nordan-Comunidad con traducción de María Sagario y una introducción de Pier Carlo Masini.

Luce Fabbri nos acerca con voz teñida muchas veces de emoción a la vida y las ideas de su padre y maestro, y sabemos de su nacimiento en 1877 en Fabriano, pequeña ciudad próxima a Ancona, primer hijo de un farmacéutico que ejercerá luego en otras localidades de la región. Luigi estudia el bachillerato en Recanati, destacando en historia y literatura, y sus lecturas lo llevan con dieciséis años a sentirse anarquista; así, en 1894 conoce ya la cárcel por distribuir un panfleto antimilitarista que él mismo había impreso. Gobernaba por entonces en Italia Francesco Crispi, un exgaribaldino astuto y vendido al poder. Socialistas y anarquistas, en pugna tras el congreso de Génova de 1892, pero aún solidarios en muchos frentes, promovían una agitación entre campesinos pobres y obreros que era reprimida con saña. El pensamiento libertario estaba dominado por el cientificismo de Piotr Kropotkin y el humanismo de Errico Malatesta, que llamaba de la indignación a la lucha: sentimiento hecho acción.

Los años que siguen, con título de bachillerato en 1896 y estudios de Derecho luego en Macerata, están marcados por el acoso policial. En abril de 1897, Fabbri conoce a Malatesta, que en largas conversaciones resuelve sus dudas y afianza su pensamiento; hasta el fin de sus días lo considerará su maestro y las discrepancias que surgirán en ocasiones le producirán hondo pesar, motivando interminables discusiones buscando un acuerdo a través de la argumentación razonada. En este momento se plantea ya Luigi Fabbri el arduo problema de la violencia en la lucha revolucionaria, que le preocupará toda la vida y que siempre afrontará con un rechazo básico y decidido de estos métodos. En mayo de 1898 es detenido y permanecerá en la cárcel hasta junio de 1899 en que pasa a un régimen de confinamiento en la isla de Ponza y luego en la de Favignana. Es liberado en octubre de 1900.

Con el nuevo siglo, Gigi —así solía llamarle todo el mundo— se establece en Roma, vive con sus tíos, sale adelante con trabajos periodísticos y colabora en la prensa libertaria. Pronto comenzará una relación sentimental con su prima Bianca, con la que se une en matrimonio civil en 1907. Entre 1903 y 1911, dirige con Pietro Gori una revista sociológico-literaria quincenal abierta a todo análisis crítico: *Il Pensiero*, que contribuye al éxito del Congreso del Pensamiento Libre, Anticlerical y Revolucionario, celebrado en Roma en septiembre de 1904. Los meses siguientes Luigi viaja por toda Italia dando conferencias, con lo que su salud se acaba resintiendo. A finales de 1906 visita Londres, donde se entrevista con Malatesta, París, donde conoce a Grave, Malato y Guillaume, y el norte de Italia. Fabbri es considerado ya uno de los pensadores más destacados del anarquismo social, no individualista, que busca un legítimo campo de expresión en la lucha sindical. En agosto de 1907, acude al congreso de Ámsterdam para defender estas ideas.

En los años siguientes, nuestro ácrata descubre su vocación de educador y mientras se prepara para obtener el diploma de maestro de enseñanza primaria, entra en contacto y colabora con Francisco Ferrer. 1911, con el cierre de *Il Pensiero*, supone un cambio en su vida, y aunque sigue escribiendo artículos militantes pasa a desarrollar cotidianamente un trabajo de maestro, tras conseguir el título ese mismo año. En esta época, la familia, ya con dos vástagos, Luce y el pequeño Vero, vive en pequeñas localidades donde Luigi realiza sus prácticas. Luce construye el relato de este tiempo con sus recuerdos de niña y los informes policiales sobre su padre. A partir de 1913, éste elabora con Malatesta y Cesare Agostinelli, de Ancona, un semanario anarquista: *Volontà*, que hace intensa propaganda antimilitarista y anticolonialista.

La Semana Roja de junio de 1914 afecta a Las Marcas, Romaña y parte de Emilia y se produce con participación libertaria y en menor medida de los socialistas revolucionarios que seguían a Benito Mussolini, enemistados con los reformistas del mismo partido. Todo ocurre cuando la consigna de realizar mítines antimilitaristas en toda Italia provoca en Ancona represión policial con muertos y desencadena una huelga general que toma carácter revolucionario y da a los trabajadores el control de algunas localidades. No

obstante, el fracaso del movimiento en el resto del país hace que se suspenda la huelga y nuestro protagonista, que participó activamente en él en Fabriano, donde ejercía como maestro, ha de huir a Suiza.

Con el estallido de la Gran Guerra, Luigi realiza desde *Volontà* una intensa propaganda contra la intervención italiana, que no se materializará hasta mayo de 1915. A principios de este año, regresa a Italia al ser absuelto de los cargos contra él, y hasta 1922 la familia reside en Corticella, junto a Bolonia, donde él ejerce de maestro. Son los años opresivos de la guerra, con los jóvenes ausentes y las mujeres asumiendo muchos trabajos que luego ya no querrán abandonar. La retirada de Caporetto trae a la ciudad el estruendo lejano de los cañones e historias terribles que relatan heridos y desertores. Es una época de estancamiento de cualquier lucha social, pero enseguida llegan gloriosas noticias de Rusia, y con el fin de la guerra las esperanzas revolucionarias se extienden por toda Europa. En Italia renace entonces el impulso libertario y a partir de marzo de 1919 reaparece *Volontà*, con nuevos colaboradores como Camillo Berneri. En diciembre, Malatesta regresa a Italia, donde el domicilio de los Fabbri en Corticella será una de sus residencias más frecuentes. Cuando comienza 1920, la revolución está en el aire, y en septiembre se producen ocupaciones de fábricas, pero los reformistas fuerzan el abandono y la ocasión se pierde. Mientras tanto, ha madurado el fascismo.

1920 y 1921 son años tristes, de detenciones y sombríos barruntos de lo que se avecina. Las noticias que vienen de Rusia no contribuyen a mejorar el panorama; allí también los anarquistas son reprimidos. En 1921 aparece *Dittadura e rivoluzione*, de Luigi Fabbri, que contiene uno de los primeros análisis críticos de la deriva autoritaria de los bolcheviques. En esta época, los fascistas ya mandaban y aporreaban en las calles con la complicidad de la policía, con lo que la marcha sobre Roma y el ascenso de Mussolini al poder en octubre de 1922 no significó en realidad un gran cambio. La situación de Fabbri en Corticella es apurada, aunque un mensaje del propio Duce a las autoridades locales las insta a dejarle en paz si «no molesta demasiado»; hasta 1925 consigue mantenerse en su trabajo de maestro, a pesar de que rechazaba hacer el saludo romano, y sigue colaborando en las pocas publicaciones anarquistas que resisten mientras el totalitarismo se consolida. En marzo de 1926, Fabbri es expulsado de su puesto al negarse a jurar fidelidad al régimen, y en otoño de ese año atraviesa clandestinamente la frontera suiza. En 1927 se establece en París.

La capital de Francia era en aquel momento un centro de reunión de los anarquistas perseguidos, con gran cantidad de italianos y fugitivos de la URSS, como Berkman y Majnó; con todos ellos entabla relación Luigi Fabbri y muy pronto, con la colaboración de Camillo Berneri, Ugo Fedeli y otros, sacan un periódico quincenal *Lotta Umana*; en junio de 1927, Bianca se reúne con su marido. En una carta a Luce de esta época, Luigi Fabbri se declara admirador de la no violencia de Liev Tolstói y se constata que su resistencia a la acción violenta, que siempre fue grande, ahora se agudizaba. En 1928 la persecución de la prensa anarquista aumenta y aunque *Lotta Umana* aguanta todo el año, al fin Luigi es expulsado de Francia y en abril de 1929, junto con su esposa y Luce que se había unido con sus padres en enero, embarca en Amberes. En veintiséis días están en Montevideo.

América trae a los desterrados el alivio de un asilo que se veía seguro y la sonrisa cordial de buena gente que se desvive por ayudarles. En 1929 en Uruguay se respetaba la libertad de pensamiento y la educación, por ejemplo, era gratuita. Los Fabbri contactan con los medios anarquistas y Luigi incrementa sus colaboraciones para *La Protesta* de Buenos Aires y otras publicaciones. Luce, además, da clases de italiano y griego, con lo que van resolviendo la existencia. Hay que decir, sin embargo, que la división del anarquismo en Argentina y Uruguay entre grupos con una clara tendencia sindicalista y otros, más reducidos, abiertos a estrategias expropiadoras e insurreccionales, fue muy dolorosa para Luigi Fabbri, que solidario por convicciones y temperamento más con los primero que con los segundos, en varias ocasiones se vio envuelto en el fuego cruzado entre unos y otros; señalemos también que tuvo un papel esencial en la superación de los problemas personales que impedían la reunificación con los anarquistas que se habían adherido durante cierto tiempo a la Tercera Internacional. En 1930 empieza a salir *Studi Sociali*, ligado a *La Protesta* y con dirección de Fabbri.

El golpe de Estado del general Uriburu en Argentina (septiembre de 1930) significó el comienzo de una época de represión encarnizada y sangrienta del movimiento obrero en aquel país, con lo que muchos de sus dirigentes buscaron refugio en Uruguay, entre ellos Diego Abad de Santillán, que pronto partirá para España con grandes esperanzas, tras la proclamación de la II República. La situación pecuniaria de los Fabbri es crítica en estos momentos y aunque Luigi consigue un puesto de maestro en la Escuela Italiana de Montevideo, el incontenible aumento de la influencia fascista hace que sólo dure unos meses en él. Trabaja entonces en la venta ambulante de libros. Por otra parte, la situación económica general del país era muy mala, con devaluaciones y paro descontrolados. 1932 está marcado para Fabbri por graves problemas de salud, con una úlcera sangrante de estómago que hubo de ser operada al fin. En julio además llega la noticia del fallecimiento de Malatesta en Roma. Luigi Fabbri lucha contra las malas nuevas con un trabajo tenaz en el que reflexiona sobre la frágil coyuntura internacional. El 31 de marzo de 1933, el golpe de Estado de Gabriel Terra complica las cosas aún más, y Ugo Fedeli y otros compañeros son deportados a la Italia fascista. Resulta dolorosa, también, la división del movimiento anar-

quista italiano, que Fabbri se esfuerza por mitigar buscando puentes de encuentro. *Studi Sociali* puede seguir saliendo, de momento, aunque la policía vigila y se cierne sobre Luigi una amenaza de expulsión a Italia que afortunadamente no se materializó.

Corre ya 1935. Luigi Fabbri, operado de su úlcera pero aquejado de una prostatitis, aparte de los artículos, se vuelca en estos tiempos en su obra sobre la vida y el pensamiento de Malatesta. La guerra se hace cada vez más inminente y él está convencido de que sólo la revolución puede atajar al fascismo; una guerra traerá siempre la dictadura del vencedor. Propone también libertad económica para la revolución, con una competencia de todas las formas de organización una vez sea abolida la explotación. En este sentido, defiende con entusiasmo la revuelta asturiana de 1934, que demuestra la posibilidad de convergencia de diferentes opciones emancipadoras sin que ninguna tenga que imponer sus métodos particulares. En junio debe someterse a una operación de próstata, de cuyas complicaciones fallece en la madrugada del día 3. Luce Fabbri, también enferma por aquellos días, no pudo asistir al entierro. En los meses siguientes consiguió sacar adelante el primer número de una nueva serie de *Studi Sociali*, que seguirá saliendo hasta después de la guerra mundial, cuando las revistas publicadas en Italia tomaron el relevo.

Luigi Fabbri es considerado a veces un sistematizador y difusor del pensamiento de Malatesta, pero también es cierto que hay que reconocerle ricos matices propios, como en el asunto de la violencia, en el que su influencia hizo evolucionar la posición del maestro hacia un rechazo, que sin embargo, con el fascismo enfrente, era imposible e indeseable que llegara a la no violencia. Luigi Fabbri fue un abanderado de la racionalidad y la discusión para solventar las diferencias de pensamiento y estrategia, y fue además un educador que concebía la anarquía como una pedagogía capaz de forjar un hombre nuevo para la revolución. Luce Fabbri escribe las últimas líneas de su libro en 1995, sesenta años después de la muerte de su padre, sintiendo que, mientras construcciones autoritarias se derrumban, el socialismo libertario al que él dedicó su vida permanece incólume como un valioso legado para las luchas del siglo XXI.

Anarquía en acción. La práctica de la libertad, de Colin Ward

Publicado en *Rebelión* el 18 de julio de 2013

Teórico del anarquismo, editor de influyentes publicaciones periódicas y divulgador infatigable de sus ideas a través de libros y artículos, el inglés Colin Ward (1924-2010) realizó aportaciones a la tradición libertaria más pragmática que insiste sobre todo en la búsqueda aquí y ahora de formas de organización posibles que incrementen la autonomía y libertad del ser humano. Arquitectura, urbanismo y pedagogía fueron los temas fundamentales de sus escritos y una buena síntesis de sus ideas en todos estos campos puede encontrarse en el libro *Anarquía en acción. La práctica de la libertad*, de 1973, que con los comentarios del autor añadidos en la segunda edición de 1981 y una introducción de Stuart White, profesor del Jesus College de Oxford, acaba de editar Enclave de libros (trad. de Francisca Ocón).

El prefacio y el primer capítulo repasan brevemente la historia del anarquismo, y formulan la crítica clásica de éste al Gobierno y el Estado, subrayando la división histórica entre anarquistas y marxistas. Se concibe así el Estado como una cristalización del poder que los ciudadanos no han sido capaces de utilizar y al que han renunciado, insistiendo en la idea de que, a pesar de todo, la libertad humana está siempre presente en los intersticios del poder dominante y el objetivo debe ser que las bases retomen la iniciativa para reconquistar lo que legítimamente les pertenece.

Según la teoría del orden espontáneo, dada una necesidad común, un conjunto de personas desarrollará, por ensayo y error, por improvisación y experimentación, un orden a partir de una situación concreta, orden que resultará más duradero y más cercano a sus necesidades que el que pueda suministrar cualquier autoridad externa. La ocupación de campamentos militares en Inglaterra y Gales (1946), el experimento de Peckham (1926-1950), España en 1936 o Praga en 1968 son algunos de los acontecimientos históricos reseñados que muestran claramente la emergencia de un orden natural no autoritario capaz de resolver los conflictos.

Se recurre luego a fuentes no libertarias que exponen principios fundamentales de la teoría anarquista. Se estudia por ejemplo la existencia de grupos sin líder, contrapuestos a ese orden social dominante tan eficaz para moldear sus propios necios y promocionar a los líderes que los pastorean. Es también crucial el hecho de que una sociedad sana necesita más diversidad que unidad y puede funcionar perfectamente mediante un sistema horizontal que no precisa de autoridad central. Redes de ferrocarriles, servicios de correos y organizaciones como Spies for peace aportan ejemplos sorprendentes y sumamente claros que ilustran todo esto.

Se describe luego la evolución de las ciudades inglesas y norteamericanas a finales del siglo XX, que puede resumirse en la expulsión de los más desfavorecidos y su hacinamiento en guetos a una distancia prudente, para que no desentonen en la estética de la gran urbe. Como alternativa se propone una planificación de abajo a arriba, en la que las comunidades tengan acceso al diseño del entorno urbano

en el que transcurre su vida. Se presentan ejemplos de experiencias de este tipo y se exploran también a continuación casos históricos en Gran Bretaña y otros países que muestran cómo las ocupaciones pueden llegar a ser enormemente exitosas cuando son capaces de desarrollar procesos de gestión solidarios y participativos.

Viene después una crítica muy lúcida de la institución familiar, en la que sin propuestas dogmáticas y abogando sólo por reforzar la libertad del ser humano para construir moldes sociales a la medida de sus deseos, se describen algunos tipos de alternativas comunitarias planteadas en la actualidad por diversos autores.

Llega el turno luego de la escuela tradicional, simple artificio para reproducir las estructuras de dominación según Colin Ward. ¿Qué debe sustituirla? Academias populares sin escalafón ni organigramas, puro intercambio de conocimientos entre aquellos que lo deseen. Se recuerdan también experiencias históricas en esta línea. Paul Goodman es un educador anarquista que tiene interesantes ideas al respecto, basadas no en el desprecio por el aprendizaje, sino en el respeto por el aprendiz. El capítulo se cierra con un llamamiento a una revuelta capaz de llevar la ciencia y el arte más allá del privilegiado mundo de la educación superior, a las fábricas, a los barrios, a la vida cotidiana de las gentes, a todas partes.

El siguiente capítulo explora los juegos infantiles como una parábola de la vida adulta y relata experiencias donde los niños son abandonados a su propia creatividad en espacios amplios donde disponen de herramientas y materiales de construcción. Estos ensayos curiosamente muestran, al igual que otros con adultos en casos similares, un aumento espontáneo de la colaboración y una liberación del sentido de comunidad que permanece latente en una sociedad en la que los valores dominantes son competitividad y codicia.

El ámbito analizado después es el laboral. Todo parte de una sencilla pregunta: «¿Por qué un hombre tras una agotadora jornada de "trabajo", llega a casa y disfruta cavando en su jardín?». La eterna alienación del que vive y trabaja sometido a la voluntad de otros ha cristalizado históricamente en muchos intentos de lograr la autogestión. Se repasa la historia, y aunque se reconoce que lo que ha habido en Europa en los últimos tiempos es un lamentable retroceso en este sentido, se recuerdan también interesantes experiencias desarrolladas en Gran Bretaña, en las industrias del automóvil y la minería, que han conseguido demostrar la eficacia de formas horizontales de organización que encarnan la solidaridad frente a la división entre los trabajadores por sueldos y categorías laborales. El capítulo concluye planteándose la pregunta más ambiciosa: «¿Podrían los trabajadores dirigir la industria?». Argumentadamente se responde de forma positiva, señalándose las condiciones necesarias para que estas experiencias tengan éxito.

Ward estudia a continuación las instituciones que lidian con los «desechos» de la sociedad capitalista: hospicios, cárceles, manicomios y asilos, y aporta datos que muestran que son en realidad un reflejo caricaturesco de la sociedad que las creó y representan una forma muy poco apropiada de manejar las situaciones que han sido diseñadas para paliar.

No podía dejarse de abordar el aspecto más polémico de las ideas anarquistas, como es el rechazo de la ley y la policía. Su papel coercitivo en defensa del orden inmoral y alienante impuesto por el poder es obvio, pero es difícil imaginar una sociedad sin la posibilidad de atentados contra los derechos individuales o colectivos que exijan mecanismos de corrección y control. La opinión del autor es que éstos en todo caso deberían surgir de forma democráticamente directa de la propia sociedad.

Las reflexiones finales apuntan a una definición personal del método anarquista, con escepticismo ante la posibilidad de lograr una sociedad anarquista químicamente pura e insistencia sobre todo en el empleo de tácticas, reformistas o revolucionarias, que en todo caso amplíen la autonomía de los seres humanos y reduzcan su sometimiento a una autoridad externa.

Anarquía en acción, sólido en sus planteamientos teóricos basados en la sociología, la arquitectura, la biología, la psicología o el urbanismo, y al mismo tiempo sorprendente en su enumeración de ejemplos históricos en cada ámbito concreto, termina por construir un riguroso manual de instrucciones de la libertad humana. Colin Ward además demuestra de forma clara que todas las situaciones de la vida permiten elegir entre soluciones libertarias y autoritarias, porque como nos recuerda en un momento: «*Una sociedad anarquista, una sociedad que se organiza sin autoridad, existe desde siempre, igual que una semilla bajo la nieve, sofocada por el peso del Estado y de la burocracia, del capitalismo y sus despilfarros, del privilegio y sus injusticias, del nacionalismo y su lealtad suicida, de las religiones y sus supersticiones y separaciones*». Es ésta una perspectiva sumamente atractiva, porque con ella comprendemos que en nuestra mano está, día a día, aquí y ahora, reconquistar espacios de autonomía y libertad.

Elogio del anarquismo, de James C. Scott

Publicado en *Rebelión* el 17 de junio de 2015

El antropólogo norteamericano James C. Scott (1936) ha investigado sobre todo a pueblos del sudeste de Asia que se esfuerzan en mantener su independencia en la era de la

globalización y las estrategias que algunos grupos sociales desarrollan para resistir la dominación. En el prefacio de *Elogio del anarquismo* (Crítica, 2013, trad. de Rosa María Salleras Puig) nos revela el itinerario ideológico que lo llevó a asumir los postulados de esta doctrina. Las revoluciones campesinas de los años 50 y 60 en África y Asia, que él contemplaba con esperanzada admiración, naufragaron en Estados opresores, del mismo modo que lo habían hecho las revoluciones francesa o rusa. Así, poco a poco, fue dándose cuenta de que lo que quedaba por ensayar para atajar esta fatalidad histórica era promover una libre organización de las gentes, aboliendo la estructura represiva del Estado. El libro es un intento de sintetizar su visión sobre esto, pero buscando más la espontaneidad y la acumulación de intuiciones que la solidez de un gran edificio argumental.

Se comienza insistiendo en la trascendencia de mirar con espíritu crítico las «normas» que continuamente tratan de imponernos, para comprobar si seguirlas ciegamente es siempre razonable. ¿Puede ser lógico cruzar una calle con el semáforo en rojo en algún caso, o considerar a un desertor como un héroe? Son éstas preguntas importantes, pues la insubordinación individual se ha demostrado históricamente decisiva; ayuda a entender por ejemplo, como se muestra en detalle en el libro, la derrota de la Confederación en la guerra de Secesión americana. La desobediencia es una opción más fácil que la oposición violenta, sin duda, y también es más frecuente, aunque muchas veces pase desapercibida. Lo que resulta sorprendente es que en los regímenes denominados «democráticos», estas explosiones de insubordinación sean comunes, revelando la impotencia del sistema para solucionar los problemas reales de la gente. Se citan ejemplos interesantes; las reformas políticas más notables de la historia reciente de los EEUU: el New Deal de los años 30 y los derechos civiles de los 60 fueron en realidad motivados por intensas campañas de disturbios y agitación, y no por la mecánica anquilosada de la «democracia de partidos».

Scott recuerda luego los fiascos que se han cosechado en agricultura o silvicultura cuando, con la intención de estandarizar e incrementar la producción, se imponen cultivos a escala masiva que favorecen la propagación de plagas o el agotamiento de los nutrientes del suelo. Un órgano o una máquina capaces de realizar una función difícil presentarán muchas veces una complejidad estructural que no debemos confundir con el desorden, y lo mismo puede decirse de un cultivo. En África y Centroamérica es fácil encontrar ejemplos de huertos tradicionales de apariencia caótica y que ha podido demostrarse que optimizan factores esenciales: resistencia a la erosión y los parásitos, aprovechamiento de los nutrientes, intensidad de insolación, etc. Yace aquí una poderosa sabiduría ancestral que hoy día está en proceso de extinción. Las grandes ciudades planificadas a comienzos del siglo XX, con abuso de líneas rectas, exagerada separación de funciones, y perspectivas y barrios monótonos, son otro ejemplo de fracaso de una urbanización demasiado simplista, como mostró certeramente Jane Jacobs. El capítulo concluye con la identificación de los responsables de este proceso uniformizador, que no son otros que el Estado-nación y los modernos organismos internacionales al servicio del capital.

La educación es un elemento esencial del entramado social. Las experiencias descritas por Colin Ward en *Anarquía en acción* muestran cómo niños o adultos desarrollan de forma intuitiva estrategias de colaboración que resultan al mismo tiempo productivas y satisfactorias. Como cualquier actividad o institución transforma a las personas, sería posible definir un índice que midiera si ésta trasformación es positiva, en el sentido de que es valorada como tal por quien la experimenta o amplía «su capacidad y competencia humanas». La aplicación de este índice nos llevaría a descubrir que métodos industriales como la cadena de montaje, a pesar de su rentabilidad económica son desastrosos en términos humanos. La escuela tradicional, creadora de ciudadanos obedientes y centrada obsesivamente en la inteligencia analítica, mostraría también enormes deficiencias por lo que respecta a este índice. Los entornos autoritarios en los que estamos acostumbrados a vivir hoy en día condicionan nuestra personalidad haciendo imposible el pensamiento independiente; el experimento de Milgram es un ejemplo magnífico de esto. La educación es un elemento clave para la regeneración de la sociedad y todo indica que puede transformarse para que sirva al libre desarrollo del potencial humano.

Scott rompe una lanza luego por la pequeña burguesía, una clase social a menudo despreciada y difamada. Comerciantes, artesanos y campesinos minifundistas disfrutan de un grado de libertad y autonomía mayor que los asalariados, lo que hace que su situación sea envidiada muchas veces. En cuanto a su potencial revolucionario, éste fue puesto en entredicho clásicamente, pero como recuerda E. P. Thompson, los pequeños artesanos y campesinos pobres han nutrido las huestes revolucionarias en muchos lugares a lo largo de la historia. Se pasa a analizar después la «epidemia cuantificadora» que invade ámbitos intelectuales cuya complejidad exigiría tratamientos más matizados. Son los planes de estudios que acaban convirtiendo la educación en «el arte de superar exámenes» o las evaluaciones de los científicos por el recuento de las citas de sus publicaciones. El debate y la crítica racional son sustituidas en estos casos por un cálculo pseudocientífico. Con el pretexto de introducir objetividad, asistimos en realidad a una simplificación plagada de elementos subjetivos.

El papel de la espontaneidad y la iniciativa individual en la historia lleva a Scott a algunas reflexiones interesantes.

Cuando se trata de movilizar la solidaridad entre seres humanos, el modo más eficaz es a través de la presencia física y no mediante el recurso a los principios; varios ejemplos muestran cómo quien comienza por negar su ayuda puede cambiar de opinión ante la visión real de la situación que le había sido simplemente descrita. Se pone de manifiesto luego cómo el relato de la historia está muchas veces contaminado por intentos de explicar los sucesos como «antecedentes de lo que ocurrió después»; esto hace que se pierda la perspectiva real de los protagonistas, que nada sabían de lo que iba a pasar. Un buen ejemplo de esto es la Revolución rusa, en la que un cúmulo de circunstancias variadas dio el poder a los bolcheviques, y éstos sin embargo construyeron inmediatamente un relato que presentaba su éxito como el despliegue inevitable de una «necesidad histórica».

Defensa de un espíritu rebelde, pero atento a aprender de lo mejor de las tradiciones; énfasis en el papel decisivo de una educación abierta y creativa; crítica de los subjetivismos y apriorismos que se disfrazan de ciencia. James C. Scott nos propone en este libro una suma de reflexiones que tuvieron la virtud de llevarlo a él mismo, en un largo periplo, a acabar viendo el anarquismo como el modelo de organización social que ofrece una alternativa viable a los desastres que la historia muestra por doquier. En un mundo en el que poderes económicos, políticos e ideológicos envenenan continuamente el pensamiento a través de la manipulación de la educación y la información, creer en la libre iniciativa del ser humano para razonar y afrontar sus retos y para organizarse en ámbitos horizontales de debate y gestión compartida es sin duda una opción atractiva sobre la que merece la pena reflexionar. *Elogio del anarquismo* está lleno de argumentos bien matizados en este sentido.

Anarquismo y antropología: la conexión necesaria. Recordando a David Graeber (1961-2020)

Publicado en *Rebelión* el 31 de marzo de 2022

Las aportaciones del antropólogo norteamericano David Graeber vienen marcadas por un intento de iluminar la teoría social con las intuiciones colaborativas del anarquismo, mostrando cómo éstas son corroboradas por los datos de la etnografía y la historia. Su fallecimiento en 2020 malogró una prometedora carrera de académico y activista y privó al movimiento altermundista de uno de sus ideólogos más lúcidos.

Nacido en Nueva York en febrero de 1961 en el seno de una familia de obreros izquierdistas de origen judío, Graeber se doctoró en Chicago en 1996 y fue profesor después en Yale hasta 2005. En mayo de ese año, la no renovación de su contrato generó amplias protestas ante un claro caso de represión ideológica contra quien destacaba como líder en los movimientos sociales opuestos a la globalización neoliberal. En los años siguientes, Graeber continuó con su activismo y tuvo por ejemplo un importante papel en las luchas de Occupy Wall Street en 2011. Vetado por entonces en las universidades norteamericanas, desarrolló su labor investigadora y docente en instituciones británicas hasta su fallecimiento en septiembre de 2020, ocurrido a causa de la pandemia de covid-19 mientras estaba de vacaciones en Venecia.

La tesis doctoral de David Graeber se basó en estudios de campo y cristalizó en obras como *El pueblo perdido: magia y el legado de la esclavitud en Madagascar* (2007), en la que se analiza a fondo la desastrosa escisión que caracteriza algunas sociedades de la isla. En otros de sus libros sin embargo, amplía la perspectiva a un análisis exhaustivo de fuentes previas sobre historia y antropología a nivel global; así en *Hacia una teoría antropológica del valor* (2002) y *Deuda: los primeros 5000 años* (2011) repasa y reinterpreta la evolución de la humanidad señalando la irrupción de los mecanismos económicos e ideológicos que generan desigualdad y potencian la violencia en nuestra especie.

Estos libros tuvieron continuación en *El alba de todo*, en colaboración con el arqueólogo David Wengrow y publicado póstumamente en 2021, donde se echa la vista aún más atrás para analizar las sociedades de cazadores-recolectores del Paleolítico. Se concluye en la obra que en estas edades mal conocidas existen evidencias de complejas estructuras políticas mucho más abiertas y descentralizadas de lo que pensamos y que ofrecían sin duda vías más allá del autoritarismo que terminó imponiéndose. Discutido y aclamado a partes iguales, este trabajo resulta valioso especialmente como reivindicación de una «historia alternativa» que podemos oponer al determinismo dominante en la historiografía.

Otras obras de Graeber que tuvieron amplia repercusión son *La utopía de las reglas: sobre la tecnología, la estupidez y los placeres secretos de la burocracia* (2015) y *Trabajos de mierda: una teoría* (2018), un agudo análisis de la irrupción en nuestras sociedades de categorías laborales perfectamente inútiles, asociadas comúnmente a marcadores de estatus y que generan alienación y frustración en los que las ocupan.

Bases antropológicas del anarquismo

En este recorrido por las principales aportaciones de David Graeber, me gustaría detenerme en *Fragmentos de antropología anarquista* (2004), donde utiliza los datos de la etnografía para mostrar la posibilidad real de alternativas a

la dictadura enloquecida del capital, al tiempo que discute estrategias para abolirla. La versión castellana es de Virus en 2011 (trad. de Ambar Sewell), con una segunda edición en 2019.

El libro comienza exponiendo una paradoja. En un momento como el actual en que se está produciendo un auge de los movimientos de autoorganización y democracia directa, característicos del anarquismo, es llamativa la ausencia de un tratamiento adecuado de la «teoría anarquista» en las universidades. Para Graeber, esto se relaciona con el énfasis del anarquismo desde sus orígenes por la praxis, pero es claro que una cierta teoría es imprescindible, y en su opinión la antropología tiene mucho que aportar para formularla. Esto se hace evidente cuando pensamos que esta disciplina describe numerosas sociedades humanas igualitarias y autogestionadas por todo el planeta, reliquias de un «anarquismo eterno» y a la vez pruebas irrebatibles de «otro mundo posible».

Se recuerda después a algunos de los pioneros de estas ideas. Con su *Ensayo sobre el don* (1924), Marcel Mauss, padre de la antropología francesa, mostró que la búsqueda de beneficios que rige el mercado resulta ofensiva y moralmente inaceptable para muchos grupos de seres humanos. De esta forma, puso de manifiesto lo plausible de una economía alternativa, no capitalista, de cooperativas e intercambios libres. Otro antropólogo francés, Pierre Clastres, encontró en los pueblos amazónicos que estudió una repulsa moral a las sofisticaciones del Estado que incide en esto mismo.

Partiendo de la plétora de datos de éstos y otros autores, se demuestra la viabilidad de formas sociales autoorganizadas, solidarias y con propiedad comunitaria, al tiempo que queda justificada la organización de la acción revolucionaria en el momento presente con criterios de democracia directa ajenos al «vanguardismo». Respecto a las vías de actuación, se reconoce que la impermeabilidad de las dinámicas estatales puede obligar a desarrollar estructuras al margen del sistema.

Y qué objetivos concretos pueden guiar la lucha. Lo cierto es que, sin recurrir a teorizaciones excesivas, consignas bastante simples perfilan perfectamente el mundo que es necesario construir. Por ejemplo, la rescisión de la deuda odiosa de los países víctimas de expolio secular es una meta bien fácil de enunciar y cargada de sentido y potencial. En la misma línea, la abolición de las patentes tecnológicas en un lapso breve, o de las restricciones a la libre circulación de personas por todo el planeta, serían también pasos decisivos en la dirección correcta.

La obra concluye buscando una respuesta a por qué los antropólogos han ignorado mayoritariamente hasta el momento las intuiciones emancipadoras de su disciplina. El pensamiento único dominante hace que estructuras sociales armoniosas y sugestivas sean percibidas sólo como reliquias sin valor en el presente, pero lo cierto es que en los últimos tiempos, experiencias de autoorganización en lugares tan diversos como Chiapas, Argentina, Rojava o Madagascar han mostrado la pujanza de modelos sociales alternativos que comparten rasgos antiautoritarios con las más viejas colectividades.

Fragmentos de antropología anarquista es un sólido intento por reivindicar el potencial de una disciplina que nos muestra experiencias de organización social enormemente atractivas. El ser humano es libre y su problema esencial hoy es el camino desastroso que ha ido escogiendo en los últimos siglos. En esta tesitura, la antropología tiene la virtud de iluminar las variadas opciones que tenemos para relacionarnos con el mundo y nuestros semejantes. Con esta obra, lúcida y primeriza, David Graeber puso de manifiesto las cuestiones que habrían de marcar toda su trayectoria posterior.

La sociedad contra el Estado, de Pierre Clastres. Aprendiendo de los «primitivos»

Publicado en *Rebelión* el 31 de octubre de 2024

Encerrados en nuestra jaula capitalista a punto de explotar, contemplamos a los «primitivos» que han sobrevivido al holocausto con una mezcla de desprecio y condescendencia. Ellos representan «sin duda» una etapa inicial, pobre y oscura, frente al éxtasis tecnológico de nuestro mundo. Hay que decir, sin embargo, que entre los estudiosos de esos pueblos «atrasados» se han escuchado voces que reivindican en ellos aspectos importantes, perdidos con la civilización, y que señalan el interés de comprenderlos cabalmente para buscar remedio a nuestros problemas.

En la nómina de los que laboraron en esta dirección, un nombre imprescindible es el de Pierre Clastres, que con sus estudios de campo entre indígenas de Sudamérica puso de manifiesto cómo sus sociedades disponen de mecanismos para evitar la acumulación de poder y riqueza, lo que las vacuna contra la división en clases que marca la irrupción de los Estados en la historia. En la obra de Clastres destaca *La sociedad contra el Estado*, una colección de artículos publicada en 1974 que acaba de ser reeditada en castellano por Virus (trad. de Francisco Madrid) con textos liminares de Carlos Taibo y Beltrán Roca Martínez. Este libro supuso un revulsivo en su momento y sigue atrapando a los lectores con su reflexión que amenaza prejuicios bien asentados.

Pierre Clastres nació en 1934 en París y realizó estudios de filosofía y luego de etnología y antropología, doctorán-

dose en 1965 con la tesis de 3er ciclo: *La vida social de una tribu nómada: los indios guayaquíes del Paraguay*, dirigida por Claude Lévi-Strauss. Clastres imparte docencia después en París y São Paulo, continúa sus trabajos de campo en Paraguay, Brasil y Venezuela, y colabora con grupos de izquierda antiautoritaria franceses, lo que lo lleva a tener un papel destacado en el mayo del 68. Tras la ruptura con Lévi-Strauss en 1974, los años siguientes están marcados para nuestro etnólogo por polémicas, con estructuralistas y marxistas, al tiempo que van apareciendo sus libros, siempre aclamados y criticados a partes iguales. Pierre Clastres falleció en 1977 en un accidente de automóvil.

La sociedad contra el Estado presenta una recopilación de once ensayos, publicados entre 1962 y 1974, que promueven una reflexión sobre el poder en sociedades caracterizadas por una visión de este concepto sorprendente para nosotros. Un rasgo esencial en América es que los «jefes» o «caciques», que podríamos ver como detentadores del poder, no ejercen sin embargo ninguna coerción o violencia, de forma que no existe subordinación jerárquica en torno a ellos. Esto es señalado por los estudiosos, hasta hoy, como signo de «primitivismo» y se asocia a una economía de subsistencia —que en muchos casos en realidad no es tal—. Para Clastres por el contrario estas sociedades demuestran que: «*Es posible pensar lo político sin la violencia, pero no lo social sin lo político, es decir no hay sociedades sin poder*», lo que supone una revolución copernicana en la que las culturas consideradas «primitivas» dejan de girar en torno a la civilización occidental, como tentativas deficitarias, para constituirse por sí mismas en centro de una reflexión política.

En las sociedades indias americanas se da una dicotomía entre un polo mayoritario de democracia e igualitarismo y otro de tiranía. En el primero, el «jefe» es típicamente un «hacedor de paz», generoso con sus bienes y buen orador, al que en Sudamérica se añade como privilegio ocasional la poliginia. Sólo durante las guerras, que a veces están a cargo de un jefe militar, se concentra en estos personajes un poder considerable. De estas características del cacicazgo, Clastres deduce que lo que se pretende en realidad con esta institución es anular los pilares de la vida social como valores de cambio a través de una estructura perfectamente ritualizada, y prevenir así las «luchas por el poder»: «*La misma operación que instaura la esfera política, le impide su desarrollo*».

Se resalta después el carácter exogámico de las sociedades indias de la cuenca amazónica, que favorece la expansión de relaciones entre grupos, con lo que a veces se observa una evolución a formas más autoritarias, mientras que otras la fidelidad a los viejos esquemas igualitarios es la norma. Se discute la demografía de algunas de estas sociedades, llegándose a la conclusión de que en el momento de la conquista existían aproximadamente, en 350 000 km² de territorio guaraní, 1 500 000 habitantes, muchos más que los admitidos anteriormente. Se describe luego la división de trabajo entre los guayaquíes, de vida nómada, con los hombres encargados de la caza y recolección y las mujeres del transporte del ajuar, cestería y alfarería. Son dos mundos separados, simbolizados en el arco y el cesto, y se expone el conflicto que generan «seres intermedios», como un cazador inhábil que pasa a ser considerado una mujer y sufre por ello, o un homosexual que, por el contrario, se identifica feliz con las labores femeninas. Conocemos también los cantos femeninos y masculinos de los guayaquíes, la poliandria motivada por el exceso de hombres o los tabúes de la caza entre ellos.

Dos relatos míticos de los chulupíes del Chaco paraguayo, que se reproducen y analizan, narran las aventuras de héroes grotescos —un viejo chamán y un jaguar—, que causan hilaridad a los indios, pero sobre todo impugnan la estupidez y vanidad que pueden encontrarse en los seres más «poderosos». Se trata de una transgresión liberadora contra lo que se teme a través de la risa.

Se establece luego una diferencia entre las sociedades con y sin Estado, en el sentido de que en las primeras la palabra es un «derecho» del poder, mientras que en las segundas es un «deber», lo cual marca una oposición entre la coerción y un igualitarismo ritualizado en el que la sociedad es el lugar «real» del poder. En otros textos se muestra la profundidad religiosa de algunos mitos de los guaraníes, como el de la Tierra sin Mal, o su obsesión por la finitud de todo lo que existe, y se reflexiona sobre los ritos de iniciación de los jóvenes en las sociedades primitivas, que involucran habitualmente torturas. El punto de vista clásico es que con éstas se pretende una demostración de valor, pero para Clastres se trata también de un marcaje del cuerpo y la memoria que fortalece la unidad del clan, y un mensaje de que «nadie es más que nadie», que vacuna contra la sumisión.

El último texto, que da título al libro y fue publicado por primera vez en él, sirve para sintetizar sus aspectos esenciales. Más allá del «evolucionismo» que considera las sociedades sin Estado como algo «incompleto», se defiende que éstas son capaces de alimentar a sus miembros y disponen de una tecnología bien desarrollada y adaptada a sus necesidades. Son suficientes unas pocas horas de trabajo diarias —tres o cuatro en general—, e incluso se producen excedentes, con lo que podemos hablar de escenarios de ocio y abundancia. Y estas sociedades, según Clastres, se inmunizan contra la desigualdad mediante la organización ritualizada que se ha descrito.

En América se demuestra que pueden darse transiciones de la caza a la agricultura, pero también a la inversa, sin una modificación de la estructura social, lo que revela una in-

dependencia entre la infraestructura económica y la superestructura política. La gran revolución de la protohistoria resulta ser según esto la revolución política, y no la del Neolítico. ¿De dónde viene el poder político entonces? En este sentido Clastres sólo se atreve a plantear sugerencias: el crecimiento demográfico como posible desestabilizador de las sociedades, y el recurso por parte de los «jefes sin poder» a su «palabra profética» para transformarse en auténticos caudillos.

El volumen concluye con una entrevista de 1975 en la que nuestro antropólogo insiste, contra el criterio marxista, en su visión de lo político (el Estado) como previo y condicionante de lo económico (la desigualdad), lo que lo lleva incluso a una interpretación original de lo ocurrido en Rusia tras la Revolución de Octubre. Reflexiona también sobre la guerra entre los pueblos que investigó, permanente e inevitable, contra los enemigos que amenazan a la comunidad.

En las páginas finales, el estudioso de la vieja América examina la Francia del momento y aprecia una exacerbación estatista y autoritaria apoyada por las masas, con los partidos políticos como instrumentos imprescindibles. Concluye tristemente que los «salvajes» dispuestos a exigir su autonomía contra el imperio del Estado y el capital son cada vez más escasos, aunque reconoce lo viejo de su estirpe y no cree desdeñable su capacidad de aprovecharse de las grietas del sistema.

El trabajo de Pierre Clastres, en la estela de Piotr Kropotkin, influyó a otros antropólogos también seducidos por el anarquismo, como Harold B. Barclay, James C. Scott, Brian Morris o David Graeber. Todos ellos reivindican rasgos de las sociedades sin Estado que fueron por largo tiempo las de nuestros antepasados, y ven en ellas una fuente de inspiración para superar la situación actual. Como escribió Clastres en una ocasión, comprender el nacimiento del Estado tal vez nos dé las claves de su posible desaparición.

5.2
Bakunin

Mijaíl Bakunin: Revolución para la libertad

Publicado en *Rebelión* el 8 de julio de 2014

El pasado 30 de mayo se cumplieron dos siglos del nacimiento de Mijaíl Bakunin, uno de los personajes esenciales en los comienzos del anarquismo. Las ideas colectivistas y federalistas que éste defendió en su madurez son bien conocidas, como lo es su largo cautiverio en Rusia y su fuga, o su polémica posterior con Karl Marx. Sin embargo, otros aspectos de su vida lo son mucho menos. Mijaíl Bakunin, que vive entre 1814 y 1876, en el fervor del romanticismo, reúne en él un cúmulo de contradicciones que parece imposible encajar. Es un aristócrata revolucionario, un filósofo idealista que evoluciona hasta acabar encontrando el sentido de su existencia en las luchas obreras, un apóstol de la libertad que no duda en organizar cuando lo cree necesario sociedades secretas donde imperaba la más estricta obediencia, un profeta de la religión de la humanidad capaz de caer en ocasiones en clichés racistas.

Bakunin se nutre al principio de metafísica alemana, pero descubre luego la revolución y le entrega su vida; recorre entonces Europa en todas direcciones, olfateándola como hace un sabueso con su presa. Fue un pensador profundo y llegó a concebir un nuevo orden social basado en la libre federación de asociaciones de trabajadores, pero su reflexión estuvo siempre volcada en la praxis del momento. Eso explica su larga evolución del eslavismo al anarquismo, del nacionalismo burgués al internacionalismo proletario. Y fue de los pocos que vieron claramente que un socialismo autoritario podría fácilmente transformarse en una atroz forma de explotación. En este sentido, hay varios textos suyos que resultan estremecedores por lo que hay en ellos de profético.

Enamorado de la revolución, al ver en ella la única vía posible para la liberación del ser humano, no cree sin embargo Bakunin que ésta tenga que ser necesariamente violenta, y considera la posibilidad de una «evolución gradual» en el caso poco probable de clases dirigentes dispuestas a admitir reformas democráticas que socaven sus privilegios. Y llegada la gran hora, tiene claro que son las instituciones las que han de ser destruidas y que ello ha de hacerse con el mínimo derramamiento de sangre. Encontramos en él también al pionero de un sindicalismo horizontal y adaptado a las circunstancias de cada lugar. Su énfasis en un socialismo basado en libertad, solidaridad y autogestión dota de enorme actualidad a su pensamiento.

Humanamente, fue un personaje extraordinario, como comprobará el que lea las páginas biográficas que siguen. Con un carácter noble y franco, ajeno a cualquier doblez, nunca tuvo un enemigo que pensara que lo era para siempre, si descontamos el Imperio austríaco. Sobre su vida amorosa se ha discutido mucho, pero es probable que jamás mantuviera lo que se suele llamar relaciones sexuales completas. Era un ángel de 1,90 m de estatura y 120 kg, con ojos claros de un azul grisáceo y barba y melena enmaraña-

das, un visionario con una mente privilegiada, al que podemos contar entre los que mejor intuyeron en aquella época cómo era posible transformar el mundo en un lugar habitable, y al mismo tiempo un niño dispuesto a confundir continuamente, en los trajines de la vida cotidiana, sus deseos con la realidad.

Rusia, 1814-1840

Mijaíl Aleksándrovich Bakunin nace en 1814 en una familia de propietarios rurales. Su abuelo había comprado en 1779 la finca de quinientas almas de Pryamújino, a orillas del Osuga, en la provincia de Tver. En ella, su hijo Aleksandr, que en su juventud viajó por Europa y vivió bastantes años en Italia, y su esposa Varvara criaron diez vástagos que recibieron en la pila bautismal los nombres de Liubov, Varvara, Mijaíl, Tatiana, Aleksandra, Nikolái, Iliá, Pável, Aleksandr y Alekséi. Mijaíl, el mayor de los chicos y un líder natural idolatrado por todos, es enviado en 1828 con catorce años a San Petersburgo, la capital, para preparar el ingreso en la escuela de cadetes de artillería. A pesar de los conflictos y desencuentros que aquí se relatarán, Mijaíl siempre guardará un gran recuerdo de su padre, culto y afable, que despertó en él «*el amor por la naturaleza y el sentimiento de lo bueno y lo bello*», como reconoce en una de sus cartas.

En San Petersburgo, Mijaíl vive en casa de una hermana de su padre, progresa adecuadamente y consigue el nombramiento de alférez de artillería en enero de 1833. Inteligente y tímido entre extraños, su único defecto es la innata capacidad para acumular deudas que lo acompañará toda su vida y entonces se manifiesta por primera vez. Tiene amores con una prima lejana y cuando éstos son desaprobados por sus tíos se distancia de ellos. En agosto de 1833 regresa a la casa paterna tras casi cinco años de ausencia que lo han convertido en un hombre. Su felicidad entre los suyos es completa, aunque pronto se desata un conflicto. Cuando se entera de que Liubov, la mayor de las hermanas se ha prometido por imposición paterna con un ricachón al que no ama, lidera la revuelta contra la vieja generación. Se consigue que la boda no se realice, pero las relaciones entre padres e hijos quedan dañadas.

De regreso en la capital, Mijaíl deja de lado los estudios y se dedica intensamente a la vida social, con lo que a primeros de 1834 es expulsado de la academia y enviado a un regimiento en la frontera polaca. En él se siente como encerrado en una ratonera, pero aprovecha las largas horas ociosas para leer. En enero de 1835, durante un viaje de servicio a Tver visita Pryamújino y decide abandonar el ejército con un vago pretexto de enfermedad y el consiguiente disgusto de su padre. Las influencias familiares logran que sea «*dado de baja del servicio a petición propia y por falta de salud*».

En marzo Mijaíl viaja a Moscú con dos de sus hermanos y allí comienza a relacionarse con Nikolái Stankévich (1813-1840), padre del romanticismo ruso. Se manifiesta ya por entonces una aversión al amor sexual que será una característica de su personalidad toda su vida, al tiempo que madura la idea de sentirse llamado para alguna misión extraordinaria aún sin concretar. En una visita de Nikolái a Pryamújino, éste convence a Mijaíl de la necesidad de profundizar en el conocimiento de la metafísica alemana, con lo que la emprenden con Kant y su *Crítica de la razón pura*, mientras Nikolái no pierde el tiempo con Liubov, la mayor de las Bakunin. Al comienzo de 1836, Aleksandr Bakunin, anciano y casi ciego, pide a su hijo mayor que siente la cabeza e ingrese en el servicio civil, pero éste no desea de ninguna manera un gris destino de funcionario. Escapa a Moscú y ante el ultimátum de su padre, rompe con él. Se ganará la vida como profesor de matemáticas y seguirá sus estudios filosóficos.

En aquella época, con Nicolás I —Nicolas Garrote— en el trono y tras la represión de la revuelta decembrista de 1825, el espíritu liberal de Rusia se había refugiado en Moscú, donde destacaban dos círculos intelectuales: el capitaneado por Aleksandr Herzen (1812-1870) y Nikolái Ogariov (1813-1877), más comprometido políticamente, y el que lideraba Nikolái Stankévich, más filosófico-literario. Al segundo es al que se aproxima nuestro Mijaíl, y traba enseguida amistad con Visarión Belinski (1811-1848), llamado a ser el gran crítico literario de su generación, al tiempo que estudia —Fichte es su mayor influencia por entonces—, hace vida social y acumula deudas que no se preocupa mucho en pagar.

Decepcionado de sus relaciones femeninas, Mijaíl regresa a Pryamújino en mayo de 1836 buscando la compañía de sus queridas hermanas. Él es en estos momentos un perfecto romántico, habitante de un mundo ideal que su propio yo llena a rebosar y dispuesto siempre a afrontar empresas sublimes o que tal se lo parecen. En el verano, Belinski visita Pryamújino y es convertido rápidamente por Mijaíl al sistema fichteano, que adopta con entusiasmo. Se gana, sin embargo, la animadversión del viejo Bakunin con sus alabanzas a la Revolución francesa y al enamorarse Tatiana de él, los celos de Mijaíl son tan feroces que le hace la vida imposible. Mijaíl permanece en Pryamújino hasta noviembre, cuando no soporta los reproches que su padre le dirige —con razón— como instigador de un intento de fuga a Moscú de los tres hermanos menores, colegiales en Tver.

En 1837 se rompe el noviazgo de Liubov y Nikolái Stankévich, debido a la indecisión de él y también a su enfermedad. Ese mismo año, Mijaíl comienza un estudio intensivo de la filosofía hegeliana, en la que halla una «racionalidad» que piensa que podrá liberarlo del «sentimentalismo estéril» de Fichte. Éste es el año también en que bajo su influencia, su hermana Varvara se distancia de su marido y emprende un viaje a Alemania. Acompañarla era el sueño de

Mijaíl, pero la carencia de presupuesto le obliga a renunciar a ello. La amistad con Belinski, deteriorada en Pryamújino, se reanuda cuando en un alarde de sinceridad, Mijaíl reconoce haber actuado movido por los celos.

En 1838 Mijaíl tiene algunos escarceos sentimentales que no cristalizan en nada serio, y firma su primer trabajo filosófico, que aparece en la nueva revista de Belinski, *El Observador de Moscú*. Es sobre Hegel, naturalmente, y en él éste es presentado como el instrumento para abandonar los mundos abstractos e irreales y redescubrir «la bella realidad rusa». Evidentemente, este Bakunin no es todavía el definitivo. En poco tiempo rompe con Belinski y deja de colaborar en su revista. Visarión analiza certeramente en sus cartas la personalidad de Mijaíl en esta época: fuerza, brillantez, idealismo y, al mismo tiempo, fanfarronería, soberbia, falta de escrúpulos y necesidad de influir en los que le rodean, lo que con sus hermanas resultaba a veces penoso.

Los meses que siguen son de dudas y desaliento para Mijaíl. Reside largas temporadas en Pryamújino y busca un entendimiento con sus padres, a los que ayuda en la gestión de la propiedad. Sus lecturas son voraces y variadas. Viaja a Petersburgo para tratar de conseguir el divorcio de Varvara, y hace de intermediario en el frustrado noviazgo entre Aleksandra, la menor, y su amigo y mecenas, Botkin. A finales de 1939, trata en Moscú a Herzen y Ogariov, aunque no se aprecia que sus ideas sean influenciadas por ellos en aquel momento. Hace vida social y su prepotencia y su arraigada capacidad para gastar el dinero ajeno le granjean enemistades. Sufre solitario, se autocritica severamente y ve en el conocimiento filosófico la única redención posible, lo que lo empuja cada vez más a Alemania, la patria del espíritu que lo nutre.

Con financiación de su padre, al que promete que regresará hecho una lumbrera, y Herzen, Mijaíl consigue al fin dinero para realizar su sueño, aunque sus últimos días en la capital, donde embarca con destino a Lübeck el 30 de junio de 1840, están oscurecidos por un episodio desagradable. El caso es que meses antes en Moscú, Mijaíl había presenciado una escena comprometida entre María, la mujer de Ogariov y un tal Katkov. Comentó luego su descubrimiento a sus amigos, provocando el consiguiente escándalo, y el caso es que Katkov había jurado vengarse, con lo que aprovechó para hacerlo al encontrarse en San Petersburgo esos días y saber que Mijaíl visitaría a Belinski. Así, lo espera en casa de éste y lo insulta llamándole canalla y eunuco. Sigue una pelea y un conato de duelo que Mijaíl esquiva proponiendo que se realice en Alemania «*debido a la severidad de las leyes rusas sobre el particular*».

Europa occidental, 1840-1847

En Berlín aguarda a Mijaíl la noticia de la muerte de Stankévich en Italia en los brazos de su hermana Varvara. A los pocos días conoce a Iván Turguéniev (1818-1883), jovencísimo pero peregrino ya por Europa desde hace años. Los dos congenian enseguida, asumiendo Mijaíl el papel de mentor que hasta entonces había desarrollado Stankévich, y convirtiéndose Iván, en justa correspondencia, en fuente de fondos para Mijaíl. La silueta de los dos muchachotes rusos enzarzados en su charla cirílica se hace pronto habitual por Unter den Linden y vías aledañas. Varvara viaja a Berlín para reunirse con su hermano.

Ese invierno, Iván y Mijaíl estudian intensamente con Karl Werder, discípulo-sucesor de Hegel, fallecido nueve años antes, y Schelling, pero sin olvidar la vida social: veladas literario-filosóficas y conciertos del idolatrado Beethoven con la amplia colonia rusa en la que pronto aparece Katkov (aparentemente nadie recuerda nada) y los alemanes que se les unen. En agosto de 1841, Pável, el más afín a Mijaíl de todos los hermanos, llega a Berlín para estudiar allí filosofía junto a él.

Varvara regresa a Rusia en junio de 1842 para reconciliarse con su marido, no sin una oposición de Mijaíl que provoca el distanciamiento entre los dos hermanos, y Pável, que no había demostrado ningún interés por los estudios, hace lo propio en noviembre. Turguéniev está también en Rusia y es además atado corto por su madre en lo que a dinero se refiere, con lo que ha dejado de prestar su apoyo financiero a Mijaíl. Éste está solo por primera vez en su vida y comprende sin embargo que su destino no está ya ligado a su patria y su familia.

1842 es el año de la conversión de Mijaíl Bakunin al credo revolucionario. Llega a él por la influencia de hegelianos como Arnold Ruge o Ludwig Feuerbach, que están reinterpretando el sistema del maestro en el sentido de que la dialéctica de lo real no favorece el conservadurismo, sino la revolución, que queda así armonizada con la razón. En el verano de ese año, Mijaíl se establece en Dresde y allí publica con un seudónimo francés, en el *Deutsche Jahrbücher*, el periódico de Ruge «La reacción en Alemania», que contiene una lectura revolucionaria de Hegel. Este trabajo le gana la admiración de Herzen y lo reconcilia con Belinski. Ya en esta época, Mijaíl comienza a leer a los socialistas franceses, como Saint Simon, Fourier o Proudhon, cuyas utopías se le antojan más reales y prácticas que toda la metafísica alemana de la que hasta entonces se ha nutrido.

En 1842, Mijaíl se hace amigo, en una visita de éste a Dresde, de Georg Herwegh, que el año anterior había publicado sus *Poemas de un hombre vivo*. Éstos lo habían convertido en uno de los escritores más conocidos, junto a Heinrich Heine, exiliado en París, de los «jóvenes alemanes» que defienden los ideales democráticos. Georg va a pasar a ocupar en el corazón de Mijaíl el hueco que dejó la partida de Turguéniev, y cuando es expulsado de Alemania, lo seguirá a su exilio, estableciéndose los dos jóvenes en

Zúrich a principios de 1843. Allí mientras Herwegh prepara su boda con una rica heredera, Mijaíl lee con devoción a George Sand, pero pronto se abaten sobre él graves problemas económicos cuando sus deudas se hacen excesivas y lo reclamado por Ruge desde Dresde amenaza ya con la cárcel. Se ve obligado a recurrir *in extremis* a Turguéniev y a Pryamújino, que salvan a duras penas la situación.

Ese año conoce también Mijaíl a Wilhelm Weitling, un sastre alemán que llevaba una vida errante de revolucionario y acababa de publicar *Garantías de la armonía y de la libertad*, un furibundo alegato contra el Estado y en defensa de una nueva sociedad que prefiguraba los ideales anárquicos. La influencia de estas opiniones sobre Mijaíl fue enorme, pues por primera vez en su vida percibió la revolución no como un objetivo filosófico, sino como una realidad práctica que es necesario construir aquí y ahora. Weitling es perseguido, y al aparecer el nombre de Mijaíl Bakunin en sus papeles, informada la embajada rusa, se incoa contra él un proceso criminal que lo condena en rebeldía a trabajos forzados en Siberia.

Mijaíl huye al ser requerido por la embajada rusa para volver a su patria y se establece en Bruselas con Adolf Reichel, un buen amigo de Dresde, músico de profesión. En marzo de 1844 pasa unos días en París y en el verano se muda allí en compañía de Reichel. La ciudad era entonces la meca de la revolución y en ella conoce a todo tipo de socialistas y se afilia a la masonería. Trata a Karl Marx (1818-1883), cuyo talento de economista admira profundamente, así como su entrega a la causa del proletariado, pero desde el principio la diferencia de caracteres hace difícil la amistad: «*Él me tildaba de idealista sentimental y tenía razón. Yo le llamaba arisco, vanidoso y falso, y yo también tenía razón*».

Conoce además a Pierre-Joseph Proudhon (1809-1865), al que considerará siempre uno de sus maestros. De él tomará el federalismo que está en los cimientos de su pensamiento político, y en este caso la influencia fue mutua, pues Mijaíl instruyó a su amigo francés en las posibilidades revolucionarias de la filosofía de Hegel. En esta estancia en París, Bakunin trata también a Ogariov, que abandonado por su mujer llevaba una vida errante, y a Herzen, Belinski, Turguéniev, absorbido ya por Paulina Viardot, y Herwegh, olvidado de sus ideas radicales y alternando con la mejor sociedad. Tras su proscripción en Rusia, ya no tiene Mijaíl noticias de Pryamújino, lo que le duele enormemente, e intenta hacer llegar misivas a Tatiana y Pável.

A finales de 1847, sus actividades a favor de la liberación de Polonia del yugo ruso, que él explicaba como una lucha paralela a la del propio pueblo ruso contra la autocracia zarista, le acarrean la expulsión de Francia y se establece en Bruselas otra vez. Circulaba por entonces el calumnioso rumor de que Bakunin era en realidad un agente del Gobierno ruso. En Bélgica, trata de nuevo a Marx y su círculo, a los que describe «*abstraídos en una teorización intolerante y ajena a la realidad*». En febrero de 1848, con el estallido de la revolución en París, le falta tiempo a Mijaíl para regresar a Francia.

El año revolucionario, 1848

Los del comienzo de la revolución de 1848 fueron, en palabras de Herzen, los días más felices de la vida de nuestro protagonista, cuando el sueño de una Europa convertida toda ella en una república federal parecía al alcance de la mano. Bakunin vive y trabaja vertiginosamente mientras la subversión se extiende por Europa —Italia, Austria, Alemania...—. Viendo que sólo en Rusia no prende la llama, el 31 de marzo parte para Poznan, con la misión de levantar Polonia contra el zar. En Berlín es detenido y se le autoriza sólo a ir a Breslau, donde pasa el mes de mayo recibiendo malas noticias de estancamiento de la revolución en Francia y Alemania. Los planes de los patriotas polacos tampoco avanzan y las buenas nuevas sólo vienen del sur. En Viena hay otro alzamiento popular el 15 de mayo y el emperador huye a Innsbruck. Hungría y Chequia son virtualmente independientes y en Praga se convoca un congreso eslavo. Allí está ya Mijaíl el 3 de junio.

Los trescientos cuarenta delegados reunidos plantean una compleja red de intereses nacionalistas y democráticos en conflicto en un contexto de dominio imperial de Austria y Rusia. Bakunin se propone como objetivo fundir los nacionalismos eslavos en un ideal paneslavo al que luego inyectar savia y espíritu revolucionarios. Certeramente ve, contra lo que algunos opinaban, que los grandes enemigos de esta libre federación de pueblos eslavos son los susodichos imperios, pero queda en minoría con sus ideas ante el predominio de visiones mucho más moderadas y tras participar en la revuelta de obreros y estudiantes checos que estalla en el mes de junio, al ser aplastada ésta, huye a Berlín, donde va a pasar el verano de 1848.

El 6 de julio, la *Neue Rheinische Zeitung*, el periódico de Marx, publica la información calumniosa de que Mijaíl Bakunin es un espía ruso, citando como fuente a George Sand, que envía después un desmentido al mismo periódico. Expulsado sucesivamente de Prusia y Sajonia, Mijaíl pasa los últimos meses del año revolucionario en la pequeña localidad de Koethen y en diciembre aparece su *Llamamiento a los eslavos*, que contiene su filosofía política en ese momento. Ésta puede resumirse en tres puntos:

1) La burguesía, que en los primeros meses de ese año había coqueteado con la revolución, había acabado después masacrando al proletariado, con lo que quedaba caracterizada como una clase esencialmente reaccionaria. Sigue Bakunin fielmente a Marx en este punto.

2) La condición fundamental de la revolución en Europa oriental es la destrucción del Imperio austriaco, que pue-

de permitir la instauración de una federación de pueblos eslavos libres. Prefigura esto de alguna forma lo ocurrido en 1918, aunque la idea fue recibida con protestas por Engels en la *Neue Rheinische Zeitung*.

3) El campesinado estaba llamado a ser —específicamente el ruso— un elemento clave de la revolución. Éste es un sueño que fructificaría en 1917. Bakunin señala en este sentido los gloriosos antecedentes de Stenka Razin y Pugachov.

En los primeros meses de 1849, Mijaíl vive sucesivamente en Leipzig, Praga y Dresde, desde donde trata de organizar pequeñas sociedades secretas bajo su control que aceleren la revolución, sobre todo en Chequia. En Dresde conoce a Richard Wagner (1813-1883), cuyo arte impresiona al melómano Bakunin. Wagner lo describe así en sus treinta y cinco años de edad: «*Todo en él era colosal y lleno de exuberancia primitiva y de fuerza (...) Era sencillamente imposible contrarrestar sus ideas y opiniones, expuestas siempre con la máxima convicción y traspasando, en todas las direcciones, los límites, incluso los más extremos, del radicalismo*».

A primeros de mayo de 1849 estalla una insurrección popular en Dresde, al oponerse el rey de Sajonia a la Constitución federal que había propuesto para Alemania la asamblea nacional de Fráncfort y la dieta sajona había aprobado. Hay muertos en las calles, aunque es una revolución en la que dominan los elementos burgueses y ello provoca el desdén de Bakunin en un principio. No obstante, cuando comprueba la impericia revolucionaria de los sublevados, no resiste la tentación de ofrecer su ayuda a la que no deja de ser una revuelta contra el orden establecido.

Lo que sigue es simplemente trágico. Se organiza una resistencia desesperada contra las tropas prusianas que se acercan para «restablecer el orden», pero a la hora de la verdad casi todos huyen. Entre los que se quedan está Heubner, uno de los miembros del Gobierno provisional establecido, un pangermanista que por coherencia personal decide asumir su compromiso constitucional hasta el fin, y Bakunin, éste sólo por no dejar a Heubner en la estacada. Se retrata aquí el quijote que era en el fondo de su alma Mijaíl Aleksándrovich. Cuando la resistencia es vencida, los dos son detenidos.

En la boca del lobo, 1849-1861

Bakunin es encarcelado en Dresde y después en Königstein. Es tratado con consideración, lee, estudia inglés y matemáticas y asiste a las sesiones del juicio. En enero de 1850 es condenado a muerte junto a Heubner. No obstante, al existir demandas de extradición de Austria y Rusia, es entregado primero a las autoridades austriacas y el 14 de junio está ya en la ciudadela de Praga, donde es recluido en el monasterio de S. Jorge. En marzo de 1851 es trasladado a la fortaleza de Olmütz. Allí la comida mejora, pero es encadenado a la pared de la celda.

Tras un breve proceso, el 15 de mayo es condenado a morir en la horca, y la pena es inmediatamente conmutada a cadena perpetua. Sin embargo, esa misma noche parte para Rusia. Seis gendarmes y veinte cosacos se hacen cargo de él en la frontera y cambien los grilletes austriacos por otros sólidamente rusos. Luego afirmó haberles dicho en cuanto les vio: «*Bien muchachos. Me alegro de haber regresado a mi tierra..., aunque sólo sea para morir en ella*». La respuesta del oficial fue comunicarle que no le estaba permitido hablar.

El 11 de mayo de 1851 (pasamos a la cronología rusa), es recluido en la fortaleza de Pedro y Pablo. En toda la Europa que anhelaba la libertad se sigue con interés su suerte, aunque el paso del tiempo va a ir haciendo que sólo unos pocos amigos fieles lo recuerden. Hasta julio, nadie comenta a Mijaíl las intenciones que hay para con él y es por entonces cuando el conde Orlov, primer ayudante de campo del zar, se presenta en su celda y le propone que escriba una «*completa confesión de todas sus culpas*» al emperador, no como la haría a un juez, sino a un padre espiritual.

La *Confesión*, que está terminada en dos meses y no será dada a conocer hasta 1921 por Víctor Serge, narra los detalles de la vida de Bakunin desde su salida de Rusia hasta su detención, y expresa el más profundo arrepentimiento por sus pensamientos y actos «*ridículos, insensatos, presuntuosos y delictivos*». Aparte de esto, el leitmotiv del texto es un vehemente odio a todo lo alemán y un paralelo amor a todo lo eslavo. La motivación obvia es un intento de ganarse la benevolencia del zar en cuyas manos está, aunque también es cierto que introduce conceptos «peligrosos», como su admiración por el proletariado francés de febrero de 1848 o la necesidad de libre opinión en Rusia. Termina pidiendo que se le envíe a Siberia, pues el encierro inactivo se le hace intolerable, y que se le permita ver por una única y última vez a su familia.

Nicolas I leyó y anotó la *Confesión*. Se conservan sus comentarios al margen, que revelan complacencia por cómo el famoso revolucionario que había zarandeado los tronos de Europa se prostraba ante él tan humildemente. Decidió atender su segunda petición y como el viejo Aleksandr Bakunin de 83 años y ciego, no podía hacer el viaje, Nikolái y Tatiana visitaron a Mijaíl a finales de 1851. Ver a los que amaba tiernamente «*devolvió la paz y el calor a su corazón*». Tatiana, marcada por un idilio frustrado con Turguéniev, estaba algo enferma y había vivido en Crimea tratando de restablecerse; ahora cuidaba a sus padres. De los otros hermanos, Varvara estaba con su marido y Aleksandra, la más guapilla de las Bakunin, casada con un oficial, era una ejemplar madre de familia numerosa. Los chicos habían seguido cada uno su camino, dominando funcionarios y terratenientes, aunque con el estallido de la guerra de Crimea, muchos de ellos ingresarían en el ejército. Nikolái y Alekséi

pasaron sendas temporadas en Pedro y Pablo por proponer medidas que se juzgaron liberales en exceso.

De 1852 a 1854, Mijaíl recibe visitas de Tatiana y Pável. Las notas que consigue entregarle a ella indican su auténtico estado de ánimo en estos momentos, pues su correspondencia era censurada. Se sentía desesperado, «enterrado vivo», condenado a la impotencia y a la vez consciente de que se acercaban tiempos decisivos para la humanidad en los que daría lo que fuera por participar. En 1854, con la guerra inminente y el temor a bombardeos ingleses, Bakunin es trasladado a la fortaleza de Schlüsselburg, a orillas del lago Ládoga. En diciembre de ese año muere su padre y su madre lo visita poco después. El estado deplorable de su hijo, que había padecido escorbuto y perdido los dientes estimula su instinto maternal y dedicará todos sus esfuerzos a tratar de mejorar su suerte con gestiones ante el nuevo zar, Alejandro II, en las que hizo valer sus influencias.

En febrero de 1857, cuando ya acariciaba la idea del suicidio, se le permite a Mijaíl ir desterrado a Siberia. En el camino, visita Pryamújino, donde se han reunido su madre y hermanos para recibirlo. Menos Aleksandr y Pável, todos lo verán allí por última vez. Fue una experiencia dolorosa. El joven apasionado y pletórico de vida e ideas regresaba ahora como un hombre envejecido de cuarenta y tres años, vigilado por gendarmes que lo llevaban al destierro.

Tras dieciocho días de viaje, sus acompañantes lo dejan libre en Omsk y vuelven a la capital. Mijaíl se establece en Tomsk y allí conoce a los Kwiatkowski, una familia de comerciantes polacos afincados en Siberia, a algunos de cuyos miembros da clases de francés. Con la mayor de las hijas, Antonia, contraerá matrimonio a finales del verano de 1858. Antonia Kwiatkowski era una hermosa muchacha de dieciocho primaveras, de carácter apacible y sin excesivas inquietudes intelectuales.

Entra ahora en acción también un importante personaje, Nikolái Muraviov, primo segundo de Bakunin y gobernador general de Siberia oriental. Este funcionario, altamente estimado pues acababa de conseguir la anexión a Rusia de amplios territorios al norte y oeste del río Amur, era además un liberal comprometido sinceramente con las reformas del comienzo del reinado de Alejandro II. Los dos primos se conocen a finales de 1858 y la simpatía es mutua y profunda. Muraviov será el protector de Bakunin y éste verá en él el líder capaz de derrotar a Austria y reunir a los eslavos oprimidos por su yugo. Mijaíl llegó a publicar tres largas cartas en defensa de Muraviov en *La Campana*, la revista que Herzen editaba en Londres, en respuesta a una campaña contra su amigo y bienhechor.

Cuando Muraviov es sustituido en 1861 por Mijaíl Korsákov, con una de cuyas primas acababa de casarse Pável Bakunin, Mijaíl ya lleva desde 1859 en Irkutsk, donde trabaja de viajante de comercio. La libertad de movimientos de que goza le hace concebir un arriesgado plan y el 5 de junio de 1861, parte de Irkutsk y baja a Nikoláievsk, en la desembocadura del Amur, desde donde con escala en Japón, consigue llegar a San Francisco el 14 de octubre.

En los Estados Unidos acaba de comenzar la Guerra de Secesión, y en los dos meses que permanece en el país, en San Francisco y luego, vía Panamá, en Nueva York y Boston, Bakunin expresa sus simpatías por el Norte que combate la esclavitud, y se declara atraído por el sistema de libertades y el federalismo que se practica en el país, aunque critica la banalidad de una prosperidad material sin espíritu y la infantil vanidad nacional. Annie la hija menor de Longfellow, nos dejó en su diario un divertido retrato de nuestro héroe, huésped en su casa. El hecho es que cuando ella bajaba a cenar, se encontró sentado en su silla al lado de su padre a alguien que describe como «*un ogro, una gran criatura con una enorme cabeza, pelo enmarañado, grandes ojos, gran boca, gran voz y risa todavía mayor*». Su impresión fue tan fuerte que se volvió a su habitación sin cenar.

Mijaíl embarca en Nueva York y el 27 de diciembre lo tenemos en Liverpool. Como solía ser habitual en sus actividades, la huida de Bakunin fue subvencionada por desinteresados préstamos de sus amigos: los viejos, como Herzen, y los nuevos, como un clérigo inglés que conoció en el barco que lo llevaba a California, o el comerciante ruso que financió su viaje de «negocios» por el Amur. Respecto a las responsabilidades penales por su fuga, el hecho de que las más altas instancias estuvieran de alguna forma implicadas, hizo que apenas fueran depuradas.

Resurrexit, 1862-1863

En la tarde del 27 de diciembre de 1861, Bakunin irrumpe en la residencia londinense de Herzen cuando éste y Ogariov se disponen a cenar. Natalia, segunda esposa del segundo y amante del primero, que acababa de dar a luz gemelos, reposaba en un diván. El saludo de Mijaíl fue: «*¡Así que tenemos ostras para cenar, eh...!*». La situación en Europa que sus amigos le describen no es como para inspirar ánimos al viejo revolucionario; en trece años, las ascuas prendidas se han enfriado completamente; en Austria, Francisco José reina tranquilo en su trono y hasta en Rusia, Alejandro II ha promovido reformas que le han ganado fama de liberal.

Bakunin colabora en *La Campana*, aunque el distanciamiento llega enseguida cuando queda claro que su ideario rebasa el del moderado Herzen. Hay que decir que éste había sufrido un gran trauma personal por las relaciones de su esposa, Natalia (1814-1852), con Georg Herwegh. El enfrentamiento de Herzen y Herwegh había incluido notas a la prensa y la constitución de un «tribunal de honor» y había acabado involucrando a toda la intelectualidad liberal europea. Mijaíl siempre fue un niño grande y eso hizo que

pronto fuera apodado entre los Herzen *Big Liza*, por sus afinidades psicológicas con la pequeña Liza, la hija de tres años de Ogariov (Herzen). Nuestro protagonista vivió con ellos hasta que el ama de llaves alemana presentó un ultimátum a Herzen: «*O Bakunin o yo*».

La fuga de Bakunin se había hecho famosa en todo el mundo y recibe ofertas para escribir libros que podían haber aliviado su situación económica, pero siempre tiene cosas más importantes que hacer y la financiación de sus actividades estará como es habitual a cargo de sus amigos. De Rusia llega la triste noticia de la muerte de Varvara y Mijaíl desarrolla una intensa relación epistolar con Natalia, la esposa de Pável. Trata también de conseguir que Antonia se reúna con él y al fin lo logra. En febrero de 1863 ella sale de Rusia, comprometiéndose por escrito a no regresar nunca más.

En 1862 y 1863, Bakunin realiza diversos intentos de predicar la revolución en Rusia, y así obtiene el apoyo de *La Campana* para el grupo Tierra y libertad, que dirigía Serno-Soloviévich y había conseguido extenderse por varias ciudades rusas. Cuando Garibaldi le pregunta por carta a Herzen si puede confiarse en el pronóstico de Bakunin acerca de la inminencia de la revolución allí, éste contesta una frase que ha pasado a la historia: «*Hay en mi viejo amigo una inveterada tendencia a confundir el segundo mes de embarazo con el noveno*». Bakunin, por su parte, siempre reprochó a Herzen sus cautelas: «*¿Sabes cuál es tu mayor debilidad? Que eres incapaz de dejarte cegar por un entusiasmo*».

No obstante, el acontecimiento más señalado de estos años es la participación de Bakunin en la sublevación polaca que estalla en enero de 1863 y en cuya preparación había tenido cierto papel. En febrero parte para ayudar sobre el terreno y termina sumándose a la expedición del vapor inglés Ward Jackson, liderada por el coronel Lapinski, que transportaba más de doscientos hombres, aunque la traición del capitán del barco hizo que no alcanzara su destino.

El 8 de abril Bakunin está en Estocolmo y allí se le une Antonia, que había llegado a Londres unos días antes y había recibido de Herzen una fría acogida que Mijaíl, tan dado a olvidar las ofensas a él dirigidas, no le perdonará nunca. En la revuelta polaca, los objetivos democráticos y emancipadores iban demasiado unidos a reivindicaciones sobre territorios con poblaciones mayoritarias de otras nacionalidades, y esto hizo que Bakunin se distanciara de ella. La gran sublevación eslava se veía cada vez más lejana, pero había otros campos de acción en los que su instinto revolucionario le haría centrarse enseguida.

En Estocolmo, Mijaíl disfruta de una enorme popularidad en los ambientes liberales, y se entrevista con el rey Carlos XV, aunque la llegada del hijo mayor de Herzen, Sasha, da lugar a conflictos de liderazgo y escenas tensas. En octubre de 1863, los Bakunin abandonan Suecia y poco después se produce una difícil reunión en París con Herzen. Las diferencias de estrategia y objetivos políticos, e incluso personales, tras lo ocurrido con Sasha, auguraban una tormenta, pero no se llegó a la ruptura entre ellos.

La Francia bonapartista no era un lugar idóneo para actividades revolucionarias, mientras que en Italia existía un activo partido radical. Era éste además el único sitio de Europa donde se habían logrado victorias en la lucha contra Austria, particular *bête noire* de nuestro protagonista; y era además un país barato. Allí se establecen Mijaíl y Antonia en enero de 1864.

Italia, 1864-1867

Tras visitar en la isla de Caprera a Garibaldi, que siempre fue un ídolo para Bakunin, éste jura a su esposa que antes de un mes hablará italiano. La pareja se establece en Florencia, donde lleva una existencia tranquila. En un viaje a Londres, el 3 de noviembre de 1864, Mijaíl tiene su última entrevista personal con Karl Marx, que acababa de jugar un papel esencial en el lanzamiento de la Primera Internacional. Éste comenta por carta a Engels la grata impresión que le ha producido el amigo ruso: «*Debo confesarte que me gustó mucho, mucho más que anteriormente. Es una de aquellas pocas personas que durante estos dieciocho años han caminado hacia delante, no hacia atrás*». Luego el de Tréveris buscará epistolarmente su apoyo para la expansión de la Internacional en Italia.

En Florencia, Bakunin trabaja en la constitución de la Hermandad Revolucionaria, una sociedad secreta que trata de reclutar voluntarios para la difusión de sus ideas. De esta época es también la ruptura de Mijaíl con cualquier forma de religión y su conversión a un culto a la humanidad que será desde entonces una de las bases de su filosofía. En mayo de 1865, los Bakunin dejan Florencia para pasar unos días en Sorrento con Pável y su esposa Natalia, que viajaban por Italia. Tras este encuentro, se establecen en Nápoles.

En la ciudad del Vesubio, Bakunin prosigue la búsqueda de miembros para su Hermandad, llamada ahora Hermandad Internacional, en la que consigue enrolar a dos personajes que serán importantes en nuestra historia y la del anarquismo: el ingeniero y arquitecto Giuseppe Fanelli (1827-1877), destinado a ser el introductor de estas ideas en España, y el abogado Carlo Gambuzzi (1837-1902). La vida de Bakunin era generosamente financiada en esta época por Zoé Obelinski, princesa rusa de simpatías liberales e inmensa fortuna.

El *Catecismo revolucionario* (1865) que Mijaíl escribió como programa de su hermandad es un valioso documento que refleja su evolución ideológica, caracterizada por un alejamiento del nacionalismo como factor revolucionario y la reivindicación de «*una sociedad basada en la libertad, la razón, la justicia y el trabajo*», y construida con una es-

tructura federal y democrática, con igualdad económica entre los individuos y desaparición de la herencia. Las vendas iban cayendo de sus ojos y si en 1849 cayó la de la «burguesía revolucionaria», ahora lo hacía la del «nacionalismo revolucionario».

En agosto de 1867, los Bakunin se transladan a Suiza, donde ya se había instalado la princesa Obolenski; Herzen y Ogariov también estaban allí. Influyó además el hostigamiento policial sobre Mijaíl. Hay que decir que en esta época, Antonia y Carlo Gambuzzi habían comenzado una relación amorosa que fue asumida con naturalidad por todos, y de la que a Mijaíl aparentemente nunca se le ocurrió sentir celos.

Suiza, 1867-1876

En septiembre de 1867 se inaugura en Ginebra un congreso que aspiraba a ser el «Tribunal de la Democracia Europea» con una nutrida representación de la burguesía liberal de todo el continente. A él asisten Bakunin y Ogariov, que por aquella época ya vivía con Mary Sutherland, la exprostituta inglesa que traerá paz a los últimos años de su vida. Herzen estaba en Niza con Natalia Ogariov. Bakunin elegido para el Bureau Ejecutivo sube a la tribuna y es abrazado calurosamente por Garibaldi, provocando un aplauso emocionado de todos los reunidos.

En su discurso, Bakunin se declara enemigo de todos los Estados centralistas y sostiene que la constitución de unos Estados Unidos de Europa, que se perfilaba como el objetivo del congreso sólo podría lograrse a través de la libre federación de las unidades sociales, a partir del municipio. El congreso consigue poner en marcha una institución denominada Liga de la Paz y la Libertad, que se reunirá anualmente, pero las discrepancias ideológicas entre los asistentes hacen que de la resolución final aprobada fueran excluidos todos los aspectos polémicos, quedando sólo una vaga declaración de intenciones.

En los meses siguientes, Bakunin se establece en Berna y regresa al círculo de los íntimos de la princesa Obolenski, al que se habían incorporado buen número de revolucionarios rusos exiliados. Trabaja en la conversión de la Liga a los principios federativos socialistas y ateos que él propugna, pero aunque se marca un éxito en la primavera de 1868, con la publicación de un programa que recoge estas ideas, el segundo congreso de la Liga, celebrado puntualmente en septiembre, se niega a adherirse a ellos. Bakunin y los miembros más radicales se ven obligados a abandonarla. A mediados de octubre de 1868, Mijaíl y Antonia se instalan otra vez en Ginebra.

Tras este traspié, Bakunin organizó la denominada Alianza Internacional de la Democracia Socialista, en la que se congregaron sus partidarios y que consiguió crear secciones en Lyon, Marsella, París, Nápoles, Madrid y Barcelona, las dos últimas merced a un viaje de Fanelli a España en el que encontró terreno abonado para las ideas que predicaba. El objetivo era que estas secciones se integraran en la Internacional conservando cierta independencia, pero al negarse esta posibilidad desde Londres, en la primavera de 1869, la sección ginebrina de la Alianza se reorganizó como sección de la Internacional, mientras las demás secciones se disolvían.

La Primera Internacional, liderada por Marx, había alcanzado un buen desarrollo y gran influencia en los ambientes obreros en este tiempo, y ahora se convertía en el escenario natural para Bakunin y los que compartían sus ideas. De hecho él ya había solicitado el ingreso en la sección ginebrina de la Internacional el verano anterior. En otro orden de cosas, en el otoño de 1868, Antonia había dado a luz una niña que los próximos a la familia pensaban que era hija de Gambuzzi. A principios de 1869, Bakunin traba amistad con James Guillaume (1844-1916), un profesor y sindicalista de las montañas del Jura, en la Suiza francesa, que en poco tiempo será el más eficaz de sus colaboradores.

El cuarto congreso de la Internacional, que se celebró en Basilea en septiembre de 1869, fue el único al que asistió Mijaíl. Uno de los asuntos discutidos fue el derecho de herencia y el hecho de que la propuesta de abolición patrocinada por él alcanzara más votos que la de simple regulación, avalada por Marx y el Consejo General, fue un toque de atención para los que hasta entonces habían dirigido sin contratiempos mayores la Internacional. A finales de octubre de 1869, un nuevo embarazo de Antonia invita a buscar un lugar tranquilo para pasar el invierno y la familia se establece en Locarno, en un alojamiento con una hermosa vista sobre el lago.

1869 es también el año en que Mijaíl conoce a Serguéi Necháiev (1847-1882), un revolucionario que acababa de huir de Rusia. Éste se presenta como delegado de un comité revolucionario ruso inexistente y consigue la colaboración de Bakunin para una serie de folletos de propaganda. Además, logra su apoyo para hacerse con los fondos Bajmétiev, una donación que era custodiada por Ogariov y Herzen. En el verano de 1870, cuando sus mentiras comienzan a hacerse evidentes y acosado por la policía, Necháiev se establece en Londres. Mijaíl, engañado y estafado, envía cartas a todos sus conocidos poniéndoles en guardia contra él. Necháiev pensaba que todo estaba permitido a un revolucionario en su lucha y sirvió de inspiración para Piotr Verjovenski, el protagonista de *Demonios* de Dostoievski.

En 1870 fallece Aleksandr Herzen (enero) y estalla la guerra franco-prusiana (julio). La derrota francesa en Sedán (septiembre) dio lugar a una situación revolucionaria en Lyon, donde los partidarios de Bakunin tenían cierta fuerza. Allí llega él el 15 de septiembre y se pone al frente de un proceso en el que la buena disposición de las masas y algunos de sus líderes no contó con el apoyo militar nece-

sario para imponerse a la reacción. La revuelta fracasó, aunque fue el toque de clarín para muchas otras que culminaron en la Comuna de París del año siguiente. Mijaíl huye a Marsella, y a finales de octubre está de regreso en Locarno, profundamente abatido y sin dinero para satisfacer las necesidades más apremiantes. En agosto de 1871, cuando Giuseppe Mazzini (1805-1872), eterno enemigo del socialismo, ataca la Comuna de París, se lanza en su defensa con un brillante panfleto que aparece en italiano y francés.

En el verano de 1872, Antonia, con sus dos hijas, parte para Rusia a ver a su familia tras el fallecimiento del único hermano que le quedaba. Mijaíl en ese tiempo se relaciona con jóvenes exiliados rusos y de otras nacionalidades eslavas y se establece en Zúrich, donde un día sobresalta a todos la noticia de la detención de Necháiev en esa misma ciudad. Considerado como un delincuente común, en breve es extraditado a Rusia, donde fallecerá —heroicamente, todo hay que decirlo— en la fortaleza de Pedro y Pablo en 1882.

Por lo que respecta a la Internacional, el campo estaba fragmentado entre Inglaterra y Alemania por un lado, que apoyaban a Marx, y los países latinos, partidarios de Bakunin, por otro, con Suiza dividida: el Jura con Bakunin y Ginebra con Marx. Los dos bandos van a verse las caras en el congreso de La Haya, en septiembre de 1872, único al que asistieron Marx y Engels. En él, se utilizan actos deshonrosos de Necháiev, en los que la implicación de Bakunin era muy dudosa, para lograr su expulsión y la de Guillaume. Se decide también trasladar el Consejo General a Nueva York, lo que suponía dar el tiro de gracia a la institución. Ésta se disolverá en julio de 1876.

La noticia de las expulsiones llega pronto a Zúrich, y allí van recalando bakuninistas de diversas nacionalidades, que optan por convocar un congreso antiautoritario en Saint-Imier, en el Jura, para el 15 de septiembre. Se celebra éste con asistencia de representantes de federaciones suizas, francesas, italianas, españolas y norteamericanas, y decide rechazar las decisiones de La Haya y constituirse en unión libre de federaciones de la Internacional. En octubre, Bakunin regresa a Locarno y en poco tiempo las disensiones entre sus seguidores eslavos de Zúrich acaban aburriéndolo y alejándolo de ellos.

Se concentra entonces en sus escritos y 1873 es el año en el que aparece *Estatismo y anarquía*, que contiene una síntesis de su pensamiento político y fue publicado en ruso e introducido clandestinamente en su patria. En este tiempo, su salud se había deteriorado bastante. Su enorme apetito no había disminuido, ni su afición al *beefsteak*, su plato favorito, que combinaba en Italia con *maccheroni* o *risotto* cocinados, eso sí, con una generosa capa de grasa, pero su corazón estaba enfermo, retenía líquidos, padecía asma, que le impedía dormir, y jadeaba al menor esfuerzo.

Lo angustiaba además a veces a la idea de ser detenido y extraditado a Rusia, y se propone por ello como objetivo conseguir la ciudadanía helvética. En octubre de 1873 publica su *Carta a mis camaradas de la Federación del Jura*, en la que proclama a los cuatro vientos su abandono de toda actividad política. Tiene entonces la suerte de que por esas fechas Carlo Cafiero, uno de sus discípulos, que acaba de heredar una cuantiosa fortuna, la ponga a su disposición para que compre una propiedad. Ésta le dará el aire de respetabilidad necesario para lograr su objetivo y servirá de refugio para revolucionarios de todo el mundo prófugos por sus ideas.

La propiedad elegida resulta ser una hermosa finca denominada La Baronata, cerca de Locarno, y con la despreocupación habitual de nuestro Mijaíl en temas pecuniarios, en ella irá a enterrarse en breve la fortuna de Cafiero para desesperación de éste. No obstante, la situación se complica aún más cuando Bakunin propone a Cafiero que Antonia venga con sus tres niños (el tercero había nacido al poco de llegar a Siberia), sus ancianos padres y su hermana a establecerse en «el paraíso» de la Baronata, diciéndole además a ella que este paraíso se había comprado con la parte de la herencia familiar que los hermanos de Mijaíl le habían al fin entregado. Cafiero dice que sí a todo, de momento.

En julio de 1874 están ya los viajeros en Locarno, pero la situación es explosiva; Antonia no era muy apreciada por la mayor parte de los discípulos de Bakunin. Cuando Cafiero por fin se enfada, Mijaíl le hace entrega de la propiedad e incapaz de decir la verdad a Antonia, emprende un penoso viaje a Bolonia, donde está a punto de estallar una sublevación, con la esperanza de lograr allí una muerte honrosa. Fracasado el intento revolucionario, Bakunin regresa a Suiza y sufre al comprobar que todos le reprochan su conducta irresponsable, incluido Guillaume. Son días muy dolorosos, pero al fin llega una carta de Antonia que lo invita a reunirse con ella en Lugano. El 7 de octubre de 1874 están juntos.

Le quedan a Mijaíl menos de dos años de vida que pasará con estrecheces económicas como siempre, entretenido en lecturas y estudios, y con la irritación que le produce el triunfo de la reacción por toda Europa. Fiel a sí mismo hasta el fin, cuando hay indicios de que sus hermanos le abonarán su parte de la herencia, se lanza a comprar una finca cerca de Lugano, Villa Bresso; que bautiza Villa Bakunin. Allí se trasladan en diciembre de 1875, pero se acumulan las deudas y ante un desahucio inminente, la única alternativa es la instalación de todos en Nápoles con Gambuzzi. Como es necesario un visado que permita establecerse en Italia al viejo revolucionario, con el fin de conseguirlo, Antonia parte para allí en junio de 1876.

Tras la marcha de su esposa, Mijaíl acude a Berna a despedirse del músico Adolf Reichel y su mujer, María, y el médico Adolf Vogt, que lo trataba de sus múltiples males. Esos días tensos Bakunin cae enfermo, y ante la gravedad de

su estado, Vogt lo lleva al hospital, pero nada pueden hacer por él. Falleció el 1 de julio de 1876 y el día 3 fue enterrado. Era un hermoso día de verano y sus compañeros y amigos hablaron ante la tumba, aunque Guillaume estalló en sollozos en medio de su discurso. Antonia, informada por un telegrama, llegó a Berna unos días más tarde.

Los resortes del alma

La biografía Mijaíl Bakunin invita a algunas reflexiones. Nada sabemos sobre las causas de su abstención del amor físico, pero tal vez podamos intuir algo sobre sus consecuencias. Fuera cual fuese el desencadenante: un trastorno orgánico o una experiencia infantil traumática, el resultado podría haber sido una neurosis grave de la que la vida de Bakunin no aporta evidencias. Esto no fue así porque desde muy joven desarrolla una poderosa capacidad de sublimar estos impulsos. ¿En qué dirección?

Sorprende desde la juventud de Bakunin su obsesión por «liberar» a las personas que están sometidas a una imposición sexual contra sus deseos (incluso dentro del matrimonio). Es ésta una «manía» que se repite con sus hermanas Liubov (recordemos la primera trifulca familiar) y Varvara, o con Johanna Pescantini, su gran amor juvenil, por ejemplo. En una carta a Pável fechada en París el 29 de marzo de 1845, le dice: «*Amar es querer la libertad, la completa independencia de otro. No se puede amar verdaderamente más que a un ser perfectamente libre. (...) Querer, al amar, la dependencia de aquel a quien se ama, es amar una cosa y no un ser humano, porque no se distingue el ser humano de la cosa más que por la libertad; y si el amor implicase también la dependencia, sería la cosa más peligrosa y la más infame del mundo, porque sería entonces una fuente inagotable de esclavitud y de embrutecimiento para la humanidad*».

Esta obsesión por la libertad es en Bakunin poderosa porque se nutre de su libido más profunda, y su trayectoria vital refleja su capacidad para librarse de los espantajos que enmascaran este anhelo profundo de libertad y perfilar al fin el sueño de una sociedad de hombres federados capaces de desarrollar al máximo sus potencialidades.

Nota sobre las biografías de Bakunin consultadas

Para elaborar este artículo he usado sobre todo el libro de E. H. Carr: *Michael Bakunin* (1937; versión castellana de 1970 en Ediciones Grijalbo, trad. de G. Gayà Nicolau), que contiene una aproximación detallada al hombre y sus ideas. Tan detallada, que cuando el autor se ensaña con el protagonista, los datos aportados son tan claros que permiten al lector formarse su propia opinión. Si se quiere más información sobre Herzen, Ogariov y otros personajes notables de la trama, *Los exiliados románticos* del mismo autor es una lectura muy recomendable, por su caudal de información y por la lectura absorbente que regala. Son éstos probablemente los mejores libros de Carr, que vivió entre 1892 y 1982 y fue uno de los historiadores más influyentes del siglo XX, y también uno de los de prestigio más discutible. Liberal en su juventud, con una biografía muy crítica sobre Marx: *Karl Marx: A Study in Fanaticism* de 1934, se convierte luego en cuasimarxista y defensor extremado y acrítico de la Unión Soviética en libros como *The Russian Revolution: From Lenin to Stalin (1917-1929)* de 1979. Propagandista en los años 30 de la política de apaciguamiento con Hitler, viaja en 1937 por la Unión Soviética y la Alemania nazi, y luego defiende ambos regímenes en una conferencia en Chatham House, definiendo Alemania como «*... almost a free country*». La seducción del poder era en su caso extrema. Su mayor virtud es que en sus trabajos se muestra muchas veces un riguroso y amante coleccionista de datos.

De la monumental biografía en tres volúmenes que Max Nettlau dedicó a Bakunin existen sólo cincuenta copias manuscritas que él envió a las principales bibliotecas del mundo y esperan su difusión en la era de Internet. Nettlau es autor también de diversos esbozos biográficos sobre Bakunin. Este artículo se ha enriquecido con la lectura del incluido en *The political philosophy of Bakunin* (1953; versión castellana de 1990 en Alianza Editorial, trad. de Antonio Escohotado). Este libro tiene la virtud además de presentar una colección de escritos de Bakunin hábilmente escogidos e hilvanados por Grigori P. Maksímov y que constituyen un magnífico compendio de sus ideas políticas y filosóficas. Trae además otro estudio sobre Bakunin debido a Rudolf Rocker.

Anarchist portraits de Paul Avrich (Princeton University Press, 1988) contiene tres capítulos sobre Mijaíl Bakunin que resultan imprescindibles para comprender su pensamiento político y su relación con Serguéi Necháiev. El análisis de una carta de Bakunin a Necháiev de junio de 1870, en la que desaprueba sus métodos, es importante para desmontar la insidiosa y funesta maraña de mentiras tejida en torno a la relación entre los dos personajes.

Biografía de Miguel Bakunin de James Guillaume nos regala la impresión y el sentimiento de uno de sus principales colaboradores (Ediciones Halcón, 1968).

Eslavismo y anarquía, editado por Antonio Elorza (Espasa Calpe, 1998), tiene la principal virtud de reunir textos de diversas épocas, incluida su *Confesión*, que muestran la evolución del pensamiento de Bakunin.

Conversaciones con Bakunin de Arthur Lehning (Anagrama, 1999) contiene una recopilación de documentos, cartas e informes de distintos autores que ayudan a perfilar el carácter y el pensamiento de Bakunin.

Otras biografías de Bakunin que han sido consultadas son las incluidas en los siguientes libros:

Carlos Díaz.- *Las teorías anarquistas* (Zero, 1976).

Heleno Saña.- *El anarquismo, de Proudhon a Cohn-Bendit* (Índice, 1976).

El fin de la revolución social, de Mijaíl Bakunin. Tres conferencias del gran pensador anarquista

Publicado en *Rebelión* el 12 de septiembre de 2024

En mayo de 1871, recién concluida la guerra franco-prusiana y con la Comuna de París resistiendo los embates de la reacción, estaba claro que el mundo entraba en una fase acelerada de transformación en la que la opción revolucionaria debía ser explorada con sabia energía. En estas circunstancias, un Mijaíl Bakunin ya en la última etapa de su vida impartió tres conferencias en Saint-Imier, en el Jura suizo, una región donde había prendido con fuerza la semilla del anarquismo, y en ellas presentó sintéticamente su visión sobre la historia reciente de Europa y las estrategias que harían posible la emancipación social. Las tres charlas acaban de ser publicadas por Altamarea (trad. de Frank Mintz), en una edición a cargo del historiador Eduardo Montagut, quien aporta además un texto introductorio.

Nacido en Rusia en 1814 en una familia de propietarios rurales, Mijaíl Bakunin abandonó joven su patria para estudiar metafísica en Berlín, pero enseguida unió sus esfuerzos a los que por todo el continente luchaban por la revolución social, lo que lo llevó a ser protagonista en las tentativas de 1948 en Polonia, Berlín y Praga. El año siguiente, junto a Richard Wagner, participó en la insurrección de Dresde y de resultas de ello fue detenido y extraditado a Rusia. Encarcelado en Pedro y Pablo y deportado luego a Siberia, Mijaíl no recobró la libertad hasta 1861, cuando tras una rocambolesca huida y escalas en Japón y Estados Unidos pudo establecerse en Inglaterra.

Quince años escasos le quedaban de vida a Bakunin cuando apareció exultante en la vivienda londinense de Aleksandr Herzen. Este tiempo lo empleó en promover la revolución a través de sus escritos, la fundación de sociedades secretas y una colaboración con la Internacional que condujo a un penoso enfrentamiento entre el sector liderado por Karl Marx y el formado en torno a él, que reivindicaba una organización más federal y antiautoritaria. En estas luchas, el mayor apoyo lo encontró Bakunin entre los trabajadores del Jura que fueron destinatarios de las charlas recogidas en *El fin de la revolución social*.

El ideario de Bakunin se nutre de la concepción federalista de su buen amigo Pierre Joseph Proudhon y de la crítica al capitalismo de Karl Marx, pero en cuanto a la forma de avanzar hacia la nueva sociedad, desprecia las sofisticaciones teóricas y los señuelos reformistas para centrarse en la necesidad de una auténtica revolución con las masas como protagonistas, aunque activada por «núcleos conspirativos». Bakunin apoyó en ocasiones la violencia revolucionaria, pero tenía claro que para que el proceso tuviera éxito se precisaba una larga labor de preparación y concienciación, y rechazaba los excesos terroristas, reprobables éticamente y además contraproducentes. Él aspiraba a una destrucción del Estado y sus instituciones, pero a través de una reconciliación final de los individuos. En este empeño, veía la necesidad de una revolución mundial, federalista y profundamente democrática, que plantease una alternativa real al capitalismo.

Pláticas a los pies de los Alpes

Muchas de estas concepciones se reflejan en las tres conferencias jurasianas de Bakunin, de las que la inicial analiza el papel de la Reforma en la configuración del mundo moderno. Ésta es para él la primera gran revolución que se produjo en Europa y trajo consigo la abolición del feudalismo y del poder de la Iglesia y el nacimiento de los Estados modernos. A resultas de ello, la burguesía quedó sometida a unas cortes reales que la acribillaban a impuestos, mientras que las masas populares sufrían aún más en la base de la pirámide de la explotación, con lo que no faltaron revueltas que fueron ferozmente reprimidas. El Estado se imponía como fin supremo y no reconocía ley ajena a él, para lo que se apoyaba en la religión, y las guerras eran endémicas. Dios y el Estado, que es además el título de una de sus obras más emblemáticas, publicada póstumamente en 1882, son para Bakunin las grandes ficciones que hacen imposible la fraternidad humana.

La segunda conferencia está dedicada a la Revolución francesa. Lo que ocurrió en 1789 es que la burguesía y las clases populares que hasta entonces habían sufrido la opresión estatal, decidieron rebelarse con el lema: «Libertad, igualdad y fraternidad». Sin embargo, la revolución fue sólo política y dejó intactas las bases económicas, con lo que la única clase beneficiada fue la burguesía. Para Bakunin, un hombre obligado a vender su fuerza de trabajo al capitalista, y al que brutalidad e ignorancia seculares ponen a su merced, no es otra cosa que un esclavo. La libertad es un proceso colectivo y se critica la doctrina de Rousseau del contrato social, que en ningún caso es libre, sino un pacto de hambre y servidumbre. La libertad individual sólo se alcanzará cuando todos los humanos sean libres y esto únicamente será posible a través de la igualdad. Por ello, frente a la odiosa impotencia de las revoluciones políticas, se defiende la necesidad de una auténtica y radical revolución social.

En su última plática a los jurasianos, Bakunin profundiza en su análisis de la Revolución francesa, diferenciando dos grupos en la burguesía de entonces: los jacobinos, a los que elogia por su concepto revolucionario y sus ideales de justicia, libertad e igualdad, aunque reconoce que fueron incapaces de materializar los cambios que pretendían, y la gran masa burguesa, que logró imponerse en 1795 con el Directorio. La Conspiración de los Iguales, el intento revo-

lucionario de François Babeuf el año siguiente para instaurar el comunismo, es criticado por Bakunin porque de igual manera que la libertad sin igualdad no soluciona los problemas de la sociedad, tampoco lo hace la igualdad sin libertad que se planteó en aquel momento. Un repaso de los proyectos frustrados de cambio social permite concluir que las causas del fracaso son la escasa conciencia de las masas y la imposición de una estructura desde arriba. Libertad sin socialismo y socialismo sin libertad degeneran necesariamente en tiranía. Hay que reconocer que estas ideas, expresadas en 1871, revelan una rara lucidez.

El siglo XIX evidenciaba para Bakunin el triunfo de una mentalidad burguesa individualista que se impuso en economía, política y también en literatura, pues es el espíritu por ejemplo de las novelas de Balzac, odiseas de jóvenes ambiciosos en pos del éxito social. Se trata en definitiva de un culto al dinero en una lucha de todos contra todos que desprecia la solidaridad como valor básico de la existencia y en la que todo queda sometido a las leyes de acumulación del capital. En esta situación, corresponde al proletariado protagonizar la lucha emancipadora, aunque puede buscar una alianza con la pequeña burguesía, que es víctima también de esta estructura perversa. La conferencia concluye con un recuerdo de los sucesos de París, «*esa noble Comuna que salva el honor de Francia y, esperémoslo, la libertad del mundo al mismo tiempo*». Allí se demuestra según él que las masas son capaces de asumir decididamente la tarea de su redención.

Revolución para la libertad

Las tres conferencias de Mijaíl Bakunin recogidas en *El fin de la revolución social* nos permiten sentarnos entre sus discípulos suizos y casi escuchar su voz tratando de orientar las luchas del movimiento obrero naciente, enfrentado a sus primeras batallas. Sin embargo, más allá de esto, considerar siglo y medio después los argumentos expuestos obliga a reconocer algo lúcidamente profético en las advertencias que se hacen sobre lo terrible que puede llegar a ser un socialismo sin libertad.

Abundando en la cuestión, no está de más recordar las palabras del gigante ruso en su folleto de 1870 *Tácticas revolucionarias*: «*Tomen al revolucionario más radical, y póngale en el trono de Rusia u otórguenle un poder dictatorial —la ilusión de tantos revolucionarios novatos— y dentro de un año, será peor que el propio zar*». Con la experiencia del siglo XX a nuestras espaldas, nunca se insistirá demasiado en la necesidad de preservar la libertad en cualquier intento de transformación emancipadora de la sociedad, y en ello la aportación y el ejemplo de Mijaíl Bakunin serán siempre imprescindibles.

5.3
Kropotkin

Memorias de un revolucionario, de Piotr Alekséievich Kropotkin

Publicado en *Rebelión* el 9 de marzo de 2007

Piotr A. Kropotkin (1842-1921), que nació aristócrata y fue militar, explorador y geógrafo en su juventud, y después teórico de la revolución y organizador del movimiento obrero, pervive entre nosotros sobre todo por los trabajos en los que desarrolló sus ideas, que se han convertido en referencias esenciales del pensamiento libertario. Obras como *La conquista del pan* (1888), *Campos, fábricas y talleres* (1899) o *Ayuda mutua* (1902) despliegan los argumentos de un hombre que utiliza su formación científica para buscar claves que permitan la transformación de la sociedad. Así, en su teoría del comunismo libertario, el «príncipe anarquista» es capaz de describir una sociedad sin Gobierno estatal y organizada en cooperativas, en la que la solidaridad entre sus miembros se consigue a través de una educación que pone énfasis tanto en los conocimientos libbrescos como en la formación integral del ser humano. En *Ayuda mutua*, su obra más ambiciosa, refuta brillantemente a los darwinistas sociales, que trataban de justificar con argumentos biológicos la competencia despiadada del capitalismo, y utiliza para ello observaciones zoológicas e históricas que muestran a las claras que la cooperación entre los miembros de una especie o grupo es siempre un factor clave de su éxito evolutivo.

Menos conocida dentro de la producción de Kropotkin es la autobiografía que escribió a raíz de un viaje por los Estados Unidos y Canadá realizado en 1897, en la que recapitula los cincuenta primeros años de su vida. Publicada inicialmente en inglés en 1906 con el título *Memoirs of a revolutionist*, ésta es la obra que ahora nos ofrece la editorial ovetense Krk en una nueva traducción de Pablo Fernández-Castañón Uría ilustrada con viejas fotografías de Nadar de algunos de los protagonistas del relato. El libro lleva también una amena y erudita introducción de T. S. Norio, pseudónimo literario del poeta asturiano Braulio García Noriega. Leída con todo el placer que puede proporcionar

una buena novela, la obra nos describe escenarios históricos de sumo interés, pero resulta valiosa sobre todo como crónica de la evolución de su autor desde las comodidades de las clases privilegiadas hasta un compromiso con la lucha por la transformación social, renovado siempre a través de cárceles y exilios.

En los primeros capítulos del libro, Kropotkin recuerda con amor y humor su infancia de niño rico y mimado, y dibuja al mismo tiempo un retrato fiel de la vida de la aristocracia rusa a mediados del siglo XIX. El relato nos acerca a aquella época en que la fortuna de un hombre se medía por el número de almas que poseía y la mayor parte de la población vivía sometida a la esclavitud. Hay detalles estremecedores: «*En cuanto a la pobreza que vi durante nuestros viajes en algunos pueblos, sobre todo en los que pertenecían a la familia imperial, no hay palabras que pueda describir al lector tal miseria, a no ser que él mismo haya sido testigo*». Con catorce años ingresa en el Cuerpo de Pajes y el libro nos retrata el ambiente de aquella academia militar para hijos de nobles. Las medidas liberalizadoras de los comienzos del reinado de Alejandro II, como el decreto de abolición de la servidumbre, y la forma como fueron recibidas en las distintas clases sociales son comentadas ampliamente, así como el rápido cambio de la política del zar hacia posiciones ultraconservadoras.

Cuando termina sus estudios, Piotr elige un destino en Siberia, donde pasará cinco años que le servirán para realizar importantes observaciones científicas. Al abandonar el ejército en 1867, se establece en San Petersburgo, asiste a clases en la universidad y trabaja para la Sociedad Geográfica Rusa. En esta época, hace trabajos de campo en Finlandia y Suecia y se le ofrece el puesto de secretario de la Sociedad, pero él lo rechaza. Sus estudios le estaban llevando a obtener importantes resultados, pero al mismo tiempo dentro de él se desarrollaba una lucha, y según confiesa: «*Mis pensamientos estaban cautivos por una idea recurrente que me atraía mucho más que la geología*». Contemplando la posibilidad de abrir nuevos horizontes a la geografía física, se plantea sin embargo: «*¿Qué derecho tenía yo a estos elevados placeres cuando todo a mi alrededor era pobreza y lucha por un triste pedazo de pan?*».

En esta época, Rusia está sometida a un régimen de terror y corrupción extrema. En 1872, Kropotkin realiza su primer viaje a Europa occidental e ingresa en la Asociación Internacional de Trabajadores (AIT). En las montañas suizas traba relación con la Federación del Jura, agrupación de relojeros que funcionaba con una estructura cooperativa descentralizada que estudia con gran interés: «*Los aspectos teóricos del anarquismo, de la manera que estaban empezando a ser enunciados en la Federación del Jura, sobre todo por Bakunin y las críticas al socialismo de Estado (...) tenían para mí un gran atractivo desde el punto de vista racional. Pero las relaciones igualitarias que presencié en aquellas montañas, la independencia de pensamiento y expresión que vi desarrollarse entre los trabajadores y su inagotable devoción por la causa me impresionaron más profundamente. Cuando me fui de aquel lugar, en el que tan sólo pasé una semana, mi visión del socialismo estaba bien definida. Me había convertido en un anarquista*».

De regreso en Rusia con una gran cantidad de literatura socialista prohibida, Kropotkin entra a formar parte del Círculo de Chaikovsky, un grupo de intelectuales que trataban de llevar sus ideas de transformación social a los obreros y campesinos, fundamentalmente mediante la circulación de literatura prohibida y experimentos educativos. En él realiza una importante labor de activista hasta que, detenido en 1874, es recluido en la fortaleza de Pedro y Pablo. El relato de estas desventuras debe recomendarse especialmente a los que opinan que la represión en Rusia es algo que comenzó en la época de Stalin. Tras una rocambolesca evasión en 1876, Kropotkin vive en Inglaterra, Suiza y Francia, país donde sufrirá varios años de encarcelamiento, funda el periódico revolucionario *Le Révolté*, y participa con sus obras y su actividad infatigable en la organización del movimiento anarquista. En las memorias resume así su pensamiento: «*Robert Owen y Fourier habían dado al mundo sus concepciones de una sociedad libre, orgánicamente desarrollada, en oposición a aquellas otras de forma piramidal copiadas del Imperio romano o de la Iglesia católica. Proudhon continuó las obras de estos autores y Bakunin, aplicando su diáfano y profundo conocimiento de la filosofía de la historia a la crítica de las presentes instituciones, construía a la vez que destruía (...) En lo que a mí se refiere, poco a poco comencé a darme cuenta de que el anarquismo representa mucho más que un simple método de acción y una mera concepción de una sociedad libre; que formaba parte de una filosofía, natural y social, que debía desarrollarse con los mismos métodos de las ciencias naturales. Yo hice todo lo que me fue posible por trabajar en esta dirección*». En el libro hay detalles de gran interés sobre sus relaciones con personajes como James Guillaume, Élisée Reclus, Errico Malatesta o Iván S. Turguéniev.

Posteriormente a la época recogida en sus memorias, Kropotkin regresó a Rusia en 1917, después de la Revolución de Febrero. Allí rechaza el ministerio de Educación del Gobierno provisional, y contempla con grandes esperanzas la emergencia de soviets obreros y campesinos en Moscú y Petrogrado, pues ése era precisamente el modelo de organización social que consideraba más apropiado. Después, la toma del poder por los bolcheviques y su deriva autoritaria le decepcionan profundamente. En una carta a Lenin, escribe: «*No puedo llegar a comprender, por más que me esfuerzo y más voluntad que pongo en ello, cómo nadie de los que le rodean a usted no le ha dicho todavía que las decisiones del*

género que está usted tomando evocan los oscuros tiempos de la Edad Media y los días de las cruzadas. Vladímir Illich, sus actos resultan muy poco dignos de las ideas que, según usted mismo dice, sostiene». Su multitudinario funeral celebrado en Moscú en 1921, autorizado expresamente por Lenin, fue la última concentración anarquista importante desarrollada en la Unión Soviética.

En el volumen 1 de la undécima edición de la Enciclopedia Británica (1910), Piotr A. Kropotkin es autor de los artículos: «Anarquismo», «Altái» y «Amur». Su saber enciclopédico era sin duda una de las facetas de su personalidad, pero la imagen de él que emerge en sus memorias es sobre todo la de un sabio que en un momento clave de su vida fue capaz de poner todos sus conocimientos y toda su actividad al servicio de un único fin: la transformación de una sociedad cuya aberrante injusticia se la había hecho insoportable. Oscar Wilde, que le conoció personalmente, confiesa en *De profundis* que Kropotkin era uno de los dos hombres verdaderamente felices que había conocido en su vida (el otro era el poeta Paul Verlaine). Esta noble felicidad del hombre entregado en cuerpo y alma a un ideal se transparenta en cada una de las páginas de *Memorias de un revolucionario.*

El otoño de Kropotkin. Entre guerras y revoluciones, de Jordi Maíz Chacón

Publicado en *Rebelión* el 18 de diciembre de 2018

Tras numerosos artículos en diversas publicaciones, éste es el primer libro de Jordi Maíz Chacón (1977), historiador, editor y poeta afincado en Mallorca y comprometido con la recuperación de la historia del movimiento ácrata en esas tierras. Con secciones introductorias de Carlos Taibo y Frank Mintz, la obra, recién editada por La Malatesta, nos ofrece un recorrido por la biografía de Piotr Kropotkin, concentrándose en sus últimos años, desde 1905 hasta su fallecimiento en 1921, una época difícil, marcada por su polémica postura de apoyo a los aliados en la Gran Guerra, que suscitó grandes críticas entre los libertarios, y por su regreso a su tierra natal en 1917 para concluir su vida presenciando lo fácil que es hacer descarrilar un proceso revolucionario exitoso en una amarga dictadura.

Nacido en Moscú en una familia aristocrática en 1942, el príncipe Piotr Alekséievich Kropotkin sirvió como oficial en el ejército imperial entre 1862 y 1867, realizando investigaciones científicas en Manchuria y Siberia. Interesado por los movimientos que buscaban una mejora de la sociedad, en 1872 viaja a Europa occidental para tomar contacto con las estrategias de la Internacional obrera y tras escuchar diversas opiniones, es en la región del Jura donde al fin se siente enormemente atraído por las tendencias antiautoritarias que allí se desarrollaban en torno a James Guillaume, y siguiendo las ideas de Mijaíl Bakunin. De regreso a su país se involucra en los círculos revolucionarios, lo que lo lleva a ser encarcelado en la fortaleza de Pedro y Pablo en 1874.

Tras evadirse en 1876 del hospital donde lo habían trasladado, Kropotkin parte pare el exilio y comienza una época errante por Inglaterra, Francia, Suiza y Bélgica, impulsando publicaciones como el periódico *Le Révolté*, fundado en 1879, para difundir las ideas anarquistas. En 1878 contrae matrimonio con otra rusa exiliada, Sofía Anániev, que será su compañera toda la vida y le dará una hija, Alexandra (Sasha), nacida en 1887. Encarcelado entre 1882 y 1886 en Francia, Kropotkin se establece después en Inglaterra. En los años siguientes aparecerán sus tres libros más importantes: *La conquista del pan* en 1892, *Campos, fábricas y talleres* en 1899 y *El apoyo mutuo* en 1902. Aunque a veces considera justificada la violencia que nace de la desesperación de las masas, Kropotkin ve la conciencia de los oprimidos como elemento fundamental para una acción revolucionaria que debe ser espontánea, y desprecia los planes conspirativos así como la adhesión a líderes más o menos iluminados.

La derrota de Rusia en la guerra ruso-japonesa agrava la postración económica del país y estimula una autoorganización obrera y popular que desencadena los hechos revolucionarios de 1905, año también de nacimiento de los primeros soviets, contemplados con esperanza por nuestro emigrado. Éste publica en 1909 *El terror en Rusia*, donde denuncia la brutal represión que siguió a las falaces promesas liberalizadoras de Nicolás II. El estallido de la Gran Guerra en el verano de 1914 provoca una honda división en el campo libertario, pues mientras la mayoría se decantó por el inveterado pacifismo y antimilitarismo del movimiento, una minoría tomó partido abiertamente por los aliados. Ésta incluía a Jean Grave, Charles Malato o el propio Kropotkin, para quien lo más doloroso fue el distanciamiento que esto supuso con viejos amigos como Errico Malatesta, Emma Goldman o Alexander Berkman.

Emocionado por los acontecimientos que se desarrollan en su país a partir de febrero de 1917, Kropotkin decide regresar a él y en julio lo tenemos ya en Petrogrado, capital por entonces, donde es recibido con más entusiasmo por socialistas como Kérenski, que le ofrece la cartera de Educación en el Gobierno que está formando, que por muchos anarquistas, críticos con su postura ante la guerra. En agosto se establece en las proximidades de Moscú, y desde allí contempla con preocupación la toma del poder por parte de los bolcheviques, en la que ve aproximarse una feroz dictadura. Cuando éstos le ofrecen una ayuda económica por los derechos de sus obras, a pesar de las penurias que pasaba

se niega a aceptarla, pues era su voluntad no recibir subvenciones de ningún Gobierno.

En 1918 pronto arrecia la persecución de anarquistas. En junio, Néstor Majnó, que está liderando la organización de las masas obreras y campesinas en Ucrania oriental, se entrevista en Moscú con Kropotkin, que lo estimula y aconseja en el difícil camino emprendido. En estos momentos, el veterano pensador trataba de influir en la evolución de los acontecimientos en el país con propuestas federalistas, que eran rechazadas desde el poder, al tiempo que observaba con preocupación la deriva autoritaria del régimen. En una entrevista con Lenin en mayo de 1919, le expresa abiertamente su malestar ante la represión de los movimientos cooperativos que surgen en el campo, y en una carta que le envía en marzo de 1920 se lamenta de que la sustitución del impulso creativo de las masas por una dictadura burocrática condena inevitablemente la revolución al fracaso: «*Si la situación presente continúa, aun la palabra socialismo será convertida en una maldición*».

Establecido en Dmítrov, localidad próxima a Moscú, desde la primavera de 2018, el príncipe anarquista recibe allí a los que llegan en peregrinación a visitarle. Emma Goldman y Alexander Berkman, que lo hacen en marzo de 1920, describen su existencia precaria, privado de las publicaciones periódicas que estaba acostumbrado a leer, y de sus conversaciones deducen que se abstiene de alzar su voz contra los bolcheviques para no unirla al coro de los enemigos de la revolución que asuelan el país en una cruenta guerra civil. De todas formas, les manifiesta que Lenin ha mostrado claramente al mundo cómo no debe hacerse una revolución. Ángel Pestaña, que acude en el verano, recoge estas mismas impresiones, junto al deseo de marchar de Rusia, sólo reprimido por no someterse al imperio de la Cheká. En diciembre Kropotkin dirige a Lenin una última carta para tratar de interceder por condenados a muerte, haciéndole ver lo inhumano de este castigo.

Aquejado de neumonía, Piotr Kropotkin muere en febrero de 1921. El desarrollo de sus funerales fue una penosa pugna entre el afán de los bolcheviques de rentabilizar su enorme prestigio y el de sus seguidores de rendirle homenaje sin traicionar sus ideas. Algunos anarquistas encarcelados fueron liberados para asistir a los actos y luego regresaron al encierro del que ya no saldrían nunca. Al pasar frente a la Butyrka, las banderas negras del cortejo fúnebre se inclinaron para saludar a los anarquistas presos, mientras éstos golpeaban los barrotes de sus celdas. En unas semanas, la sangrienta represión de la comuna de Kronstadt pondría fin a cualquier ensueño de influencia libertaria en la Revolución rusa.

Cuando fallece Piotr Kropotkin deja incompleta sobre su escritorio una magna obra que desentraña el tiempo oscuro que le tocó vivir. Publicada póstumamente, su *Ética* analiza las pulsiones que rigen la vida humana y establece claramente que más allá del provecho o el deleite personal, ésta sólo encuentra sentido cuando aplica su esfuerzo a la libertad y felicidad de nuestros semejantes. Es el apoyo mutuo que encontramos por todos los caminos de la vida y sin el cual ésta degenera en conflicto y barbarie. La mejora social sólo ha de ser posible estimulando esta colaboración fraternal, pero mientras elaboraba y sacaba a la luz estas ideas en sus últimos meses, era el principio de la más cruel autoridad el que Kropotkin veía imperar a su alrededor de forma lamentablemente implacable.

Nacido príncipe y destinado a la carrera militar, el joven oficial descubre enseguida que su gran inquietud es explorar las causas de las cosas, y enfrentado a la miseria y explotación que contempla, decide renunciar a todo para entregarse en cuerpo y alma a tantear las vías del progreso social. Conocerá exilio y cárceles, pero también la pasión del conocimiento y el honor de contribuir a despertar la conciencia. A partir de 1905, su vida se sumerge en el torbellino de guerras y revoluciones que va a caracterizar el siglo XX, y se ve forzado a tomar decisiones difíciles y extremas que traen aparejadas disputas dolorosas. Con rigurosa pasión, *El otoño de Kropotkin*, de Jordi Maíz Chacón, anotado e ilustrado con numerosas fotografías, nos deja una crónica puntual de las últimas luchas de un pensador imprescindible.

Las aportaciones científicas de Piotr Kropotkin: geografía, geología, zoología y sociología

Este texto es el capítulo 1 del libro colectivo *Un lugar llamado solidaridad. El legado de Kropotkin*, coordinado por Aitor Hevia y Carlos José Tejón y publicado por La Neurosis o Las Barricadas en junio de 2022.

Aunque es recordado sobre todo como ideólogo del anarquismo y creador y defensor de un modelo social revolucionario, Piotr Kropotkin realizó también aportaciones científicas importantes en campos muy diversos a lo largo de su vida. Mi objetivo aquí es sintetizar estos trabajos, atento sobre todo a la trascendencia de los resultados obtenidos desde una perspectiva actual.

De esta forma, siguiendo el orden cronológico de la propia biografía del príncipe anarquista, repasaré en primer lugar las publicaciones de sus años tempranos sobre el relieve y la geología de Asia, para seguir con las de esta misma época sobre la geomorfología del norte de Europa y la climatología global. Con un breve interludio, para justificar el cambio en los intereses vitales de nuestro protagonista a partir de 1876, resumiré después y para terminar, sus contribucio-

nes posteriores sobre zoología y dinámica de las sociedades humanas, centrándome sobre todo en *El apoyo mutuo: Un factor de la evolución*, su gran obra de 1902.

Relieve y geología de Asia

Dos influencias marcan la trayectoria de Piotr Kropotkin en su juventud. La primera es su origen noble, que lo lleva a ingresar en el Cuerpo de Pajes de San Petersburgo, pero junto a ella vemos actuar desde el principio una pasión por comprender el mundo que lo rodea que va a resultar decisiva. Esta inquietud nos explica por qué, tras licenciarse con honores en aquella institución militar, y ante la imposibilidad, por imperativo familiar, de ingresar en la universidad, el talentoso oficial opta por un oscuro destino en Siberia, que había de servirle para avanzar en la carrera científica que pretendía desarrollar.

De esta manera, la estancia de Kropotkin en el «lejano este» a partir de 1862 está marcada por un afán de estudiar a los pobladores originarios de aquellos territorios y la espléndida naturaleza que los cobijaba, aspectos todos muy mal conocidos y extremadamente interesantes. Las expediciones en las que atraviesa la Transbaikalia, para adentrarse en Manchuria y navega por el Amur y sus afluentes, le sirven para regresar en 1867 a la capital con abundante información sobre la que enseguida comienza a trabajar.

Orografía del norte de Asia

Un primer tema importante que va a ser objeto de análisis es el relieve del norte de Asia. A este respecto, hay que decir que los datos existentes en aquel momento eran escasos y poco fiables. Hasta 1870, los geógrafos europeos a los que se encomendaba la elaboración de mapas de aquellos remotos lugares, tendían a inventarse cordilleras paralelas a los cursos fluviales, pensando en un modelo de relieve como el que se conoce en los Alpes. Por otra parte, Alexander von Humboldt, autoridad indiscutible, que había estudiado mapas chinos de diversas épocas, describía dos sistemas de cordilleras en la zona, unas con trazado norte-sur y otras, este-oeste.

Piotr Kropotkin, aparte de los datos por él recogidos, tuvo acceso a los de expediciones rusas anteriores por Siberia oriental, y tras un análisis concienzudo de toda la información, fue capaz de confeccionar un mapa con una imagen del relieve de aquellas regiones que poco tenía que ver con lo que se había especulado hasta entonces. En este documento se observa claramente cómo las líneas estructurales dominantes del norte de Asia presentan un trazado de suroeste a nordeste. El nuevo modelo se convirtió en la base para los estudios posteriores de la orografía del norte de Asia.

Hay todavía otra aportación geográfica importante de Piotr Kropotkin sobre esta zona, que es el reconocimiento y caracterización de un rasgo esencial de su relieve, como es la gran Meseta Central Siberiana, situada entre los cauces de los ríos Yeniséi y Lena. Ésta era mal conocida, y su descripción sirvió para subrayar la trascendencia que pueden alcanzar los elementos estructurales de este tipo.

Sobre estos asuntos, Kropotkin publica en 1873 su mapa de Asia, junto con un texto explicativo, y vuelve a insistir en 1904, ya durante su exilio, con un artículo en *The Geographical Review* de Londres.

Geología de Asia

Las observaciones geológicas que Kropotkin realiza en Siberia lo llevan a defender la existencia de un núcleo primario de rocas viejas, localizado precisamente en la Meseta Central. Las cordilleras alrededor de ésta, constituidas por materiales sedimentarios más modernos depositados en el fondo del mar, habrían ido emergiendo en pulsos orogénicos sucesivos que irían incrementando la extensión de Asia. Son estas ideas también perfectamente acordes con los conocimientos actuales, aunque la tectónica de placas permita hoy una visión más detallada del crecimiento de las masas continentales.

Glaciarismo en Europa y desecación de Eurasia

Durante el año 1871, Kropotkin recorre extensamente Finlandia y Suecia, por encargo de la Sociedad Geográfica Rusa (SGR), para estudiar el glaciarismo. Los resultados obtenidos serán presentados en una conferencia impartida en la sede de esta institución en marzo de 1874, muy poco antes de la detención que va a llevar a nuestro príncipe geógrafo a la fortaleza de Pedro y Pablo y dar un vuelco a su vida.

Extensión del glaciarismo en Europa y mecánica de los glaciares

Kropotkin desgranó aquel día ante sus atónitos colegas numerosas evidencias de que las grandes masas de hielo de la última glaciación alcanzaron por el sur hasta los 50° de latitud, extendiéndose por toda Escandinavia, el mar Báltico y la zona más septentrional de la masa continental europea. Basándose en rasgos inconfundibles, como las estrías producidas por la acción erosiva del hielo sobre las rocas, o formas y depósitos muy característicos, Kropotkin llegaba de este modo a una conclusión revolucionaria y asignaba una extensión al último episodio glacial en aquel sector que nadie creía posible. Es cierto que el suizo Louis Agassiz había puesto de manifiesto ya la existencia de un glaciarismo importante en los Alpes y en las montañas de Escocia, pero nadie había podido demostrar que éste tuviera un desarrollo tan extraordinario en la parte oriental de Europa.

Ahondando además en la mecánica de los glaciares, Kropotkin propuso una explicación original para el movimiento del hielo en ellos. Según él, éste actuaría como un fluido

viscoso impulsado por su propio peso, que es exactamente lo que se admite hoy.

Estas aportaciones sobre el glaciarismo van a ser elaboradas durante su reclusión en Pedro y Pablo, y el primer volumen que las recoge aparece en 1876, el mismo año de su fuga. El segundo no fue publicado hasta 1998.

La desecación de Eurasia

Todas las observaciones realizadas por Kropotkin en Siberia y Escandinavia, más los datos de autores que habían descrito restos de antiguas ciudades en las estepas de Asia junto a lechos secos de ríos, o poblamientos paleolíticos en zonas áridas donde era muy difícil la vida en la actualidad, van a llevarle a la que quizás es su síntesis más ambiciosa, la teoría de la desecación de Eurasia.

Respecto a la situación de los conocimientos respecto a las variaciones del clima en el momento en que Kropotkin propone su idea, hay que decir que ya Teofrasto de Ereso, el discípulo de Aristóteles, había descrito cambios inducidos por la actividad humana en la región de Tesalia. En una línea similar, muy diversos autores habían encontrado después, a partir del siglo XVIII, casos en que la deforestación producida por el hombre había dado lugar a una desecación y finalmente a una desertificación. Sin embargo, el hecho de que en el pasado se hubiera descubierto una época glacial, no había llevado aún a pensar en una variación natural del clima a la escala de la historia humana. A este respecto, por ejemplo, el gran geógrafo norteamericano Cleveland Abbe afirmaba todavía en 1889 que «*desde que comenzó la historia humana no se ha podido demostrar ningún cambio climático importante*».

Kropotkin presenta ya un esbozo de una audaz teoría que rompe con esto en su charla de marzo de 1874, y va a desarrollar su idea más extensamente en artículos publicados en *The Geographical Journal* de Londres en 1904 y 1914. Según él, la retirada de las masas de hielo al fin de la glaciación puso en marcha una variación inevitable y progresiva del paisaje, caracterizada por una desecación en la que se suceden marismas, praderas, estepas y finalmente desiertos. La disminución del régimen de lluvias implicada en estos procesos es consecuencia, y no causa, de la desecación, que es debida a la desaparición de la gran masa de agua helada que se había acumulado sobre el continente.

El punto fuerte de esta teoría son las observaciones detalladas en las que se basa, que muestran realmente una desertización de Eurasia. No obstante, el mecanismo de estos procesos no estaba claro con los conocimientos que se tenían en aquel momento. Solamente a partir de los trabajos del serbio Milutín Milánković a comienzos del siglo XX quedó firmemente establecido que las variaciones orbitales de la Tierra originan cambios climáticos cíclicos de gran intensidad que han condicionado la historia humana.

Dos sabios diferentes en una sola biografía

Las investigaciones esbozadas hasta el momento nos hablan de un joven geógrafo y geólogo con una trayectoria realmente brillante. Acercarse a ellas sorprende por la minuciosidad, tanto de la toma de datos como de la elaboración posterior de éstos, y por una agudeza que permite extraer siempre conclusiones novedosas y trascendentes. No es de extrañar, a tenor de esto, que en 1871 Piotr Kropotkin fuera propuesto como secretario de la SGR y en 1874 como presidente de la Sección de Geografía Física de esta sociedad. Si a esto unimos su origen noble, que le proporcionaba acceso directo a la familia imperial y al mismísimo Alejandro II, podíamos augurar sin duda un gran futuro a nuestro joven sabio ruso.

Sin embargo, la conciencia que el príncipe Kropotkin ha ido desarrollando sobre la situación de su país a lo largo de todo este tiempo lo va a llevar por un camino bien distinto. Su viaje a Europa occidental, en 1872, le permitió conocer las experiencias colectivistas del Jura suizo y le dio una idea de una estrategia posible de progreso social. Nuestro geógrafo regresó a Rusia convertido en anarquista y se comprometió enseguida con los círculos que conspiraban contra la autocracia. En 1874, como decíamos antes, estas actividades clandestinas lo llevaron a la cárcel.

Cuando consigue escapar de su cautiverio en 1876, Piotr Kropotkin se instala en Europa occidental, y a partir de entonces, la misma mente poderosa que hemos visto enfrascarse en problemas científicos sobre el pasado de la Tierra, va a preocuparse más que nada por el futuro de la humanidad. Él mismo nos da la clave de esta transformación en un párrafo revelador de sus *Memorias de un revolucionario* (1899): «*¿Qué derecho tenía yo a aquellos elevados placeres cuando todo a mi alrededor era pobreza y lucha por un triste pedazo de pan?*»

Zoología y sociología. El apoyo mutuo como factor de la evolución de la vida

En su nueva época, las preocupaciones de Kropotkin van a centrarse en la ciencia social principalmente, sin excluir el estudio de las sociedades animales, sobre las que había recogido abundantes datos en Siberia. Sus ideas sobre estos asuntos, incluyendo también su propia visión de la teoría de la evolución, tan en boga en aquel tiempo, fueron desarrolladas en *El apoyo mutuo*, un libro publicado en 1902 que constituye probablemente la mayor contribución científica de nuestro autor y tuvo la virtud de dotar de una base teórica al anarquismo.

Traducido y reeditado continuamente, objeto de análisis y discusión, y siempre sugestivo y enriquecedor, este libro es uno de los más valiosos que se han escrito nunca según el antropólogo Ashley Montagu, y si atendemos a las perspectivas que nos abre con su visión del mundo animal y la historia de la humanidad, sin duda la opinión no es exagerada.

La gestación de un clásico

Piotr Kropotkin tiene dieciséis años en 1859, cuando Charles Darwin publica *El origen de las especies*, y tras una temprana lectura que lo entusiasma, nunca va a esconder su admiración por una obra que echa por tierra los relatos míticos de la religión con argumentos sólidos y arroja luz racional sobre la historia de la vida y el origen del hombre. Tras la muerte del inglés en 1882, nuestro ruso le dedica un obituario en su revista *Le Révolté*, que pone de manifiesto su devoción y respeto.

La idea de la selección natural le parece a Kropotkin perfectamente adecuada como motor de la evolución de los organismos, pero cuando T. H. Huxley, un discípulo de Darwin, publica una serie de artículos presentando los procesos naturales como una «jungla» dominada por la lucha de todos contra todos, en la que sólo impera una brutal inmoralidad, siente que esa visión está profundamente errada y va de frente contra su proyecto de dotar al anarquismo de una base ética fundamentada en la propia evolución biológica. Por todo ello, decide contraatacar. Sus experiencias en Siberia y otros lugares, y sus lecturas sobre zoología, le mostraban que el apoyo mutuo es un factor esencial en el progreso de la vida, y hay que decir además que en 1883, durante el encarcelamiento que sufrió en Francia, había leído a Karl Kessler, un zoólogo ruso que defendía y argumentaba esto mismo. Los artículos en los que Kropotkin responde a Huxley aparecieron entre 1890 y 1896 en la revista inglesa *The Nineteenth Century*, y en 1902 fueron reunidos en un volumen titulado: *Mutual Aid. A Factor of Evolution*.

La solidaridad entre los animales

El libro lleva una introducción, destinada sobre todo a explicar el plan y la historia de la obra y a recordar a los precursores de las ideas que expone. Se clarifica además un concepto que va a ser esencial: la «lucha por la existencia», que según el mismo Darwin debe entenderse en sentido amplio, incluyendo no sólo la competencia de los individuos de una especie entre ellos, sino también la de todo el grupo contra los obstáculos naturales o las otras especies, la cual no excluye, como se verá, la colaboración como instrumento eficaz para la supervivencia.

Los dos primeros capítulos están dedicados al reino animal, en el que el autor observa que: «*A pesar de que entre diferentes especies, y en particular entre diferentes clases de animales, en proporciones sumamente vastas, se sostienen la lucha y el exterminio, se observa al mismo tiempo, en las mismas proporciones, o tal vez mayores, el apoyo mutuo, la ayuda mutua y la protección mutua entre los animales pertenecientes a la misma especie, o por lo menos, a la misma sociedad. La sociabilidad es una ley de la naturaleza tanto como lo es la lucha*». No hay que olvidar además, a la hora de aquilatar la magnitud de «*la lucha y el exterminio*», que hay gran cantidad de herbívoros, cuya violencia sobre otros animales es mucho menor.

Kropotkin recuerda sus observaciones en Siberia, donde frente a una naturaleza extremadamente hostil, muchos seres sobreviven gracias a estrategias de colaboración que han desarrollado, pero los ejemplos se multiplican en diferentes regiones. Entre los invertebrados no sólo las archiconocidas hormigas, abejas y termitas aportan modelos soberbios de vida social armoniosa, sino que también escarabajos (*Necrophorus*) o cangrejos (*Limulus*), demuestran ser capaces de dedicar mucho tiempo a ayudar a congéneres en apuros. Una infinidad de situaciones pone de manifiesto cómo, a la hora de intentar sobrevivir, «la unión hace la fuerza».

Entre las aves, se destacan las rapaces que se congregan para la caza y luego comparten la presa cobrada, o los pelícanos que pescan en bandadas, pero los comportamientos sociales son muy comunes, y se citan numerosos casos en que una bien organizada defensa en grupo pone en fuga a enemigos poderosos, sin olvidar los hermosos ejemplos de solidaridad y trabajo en equipo que se dan durante las migraciones. Entre los mamíferos no es menor la intensidad de la vida social, como se describe en detalle; colaboración para la caza, pero también para afrontar peligros naturales.

Se analizan las causas por las que la superpoblación no es demasiado común en la naturaleza: variación de las condiciones ambientales, enfermedades, presión de los depredadores, etc., con lo que la competencia a muerte por el alimento, dentro de una misma especie, es relativamente rara, en contra de lo defendido por algunos darwinistas.

Se puede concluir entonces, que lo que mejor garantiza la supervivencia de un grupo biológico y el gran factor de la evolución resulta ser, no la competencia entre sus miembros, sino la búsqueda de alternativas a ésta por medio de la colaboración, la solidaridad y el apoyo mutuo, y esto se observa a través de todas las ramificaciones del reino animal.

La solidaridad en las culturas humanas primitivas

La etnografía aporta valiosos datos para saber cómo era la existencia de nuestros antepasados, y permite deducir que la forma social dominante en los orígenes de la especie humana no era la familia, sino una agrupación más amplia, la tribu, lo que concuerda con lo que afirman por su parte los prehistoriadores. El libro repasa las costumbres de bosquimanos, hotentotes, aborígenes australianos, papúes —«*La tierra es de dominio común, pero sus frutos pertenecen al que los ha cultivado*»—, fueguinos y esquimales, que muestran la sociabilidad de todos ellos y su afán por ayudarse mutuamente dentro de los grupos tribales en que están organizados.

El comunismo es frecuente en todos estos pueblos, y el que acumula algo suele hallar placer en repartirlo. Por otra parte, la existencia de infanticidio, parricidio y antropo-

fagia, que se han descrito también, suelen ser recursos extremos ante una grave escasez de alimentos. La conclusión global es que en esta fase de la humanidad, el individuo se identifica con su tribu, y sólo en ella encuentra sentido a su vida. Este «uno para todos» comienza a resquebrajarse cuando la familia se impone como unidad básica, en un tiempo que estará caracterizado ya por propiedad privada y riqueza personal.

La solidaridad en la Antigüedad y el Medievo

Los estratos más antiguos de la historia están marcados por el nacimiento de ciudades, el surgir de imperios y las guerras en que éstos se disputan la supremacía, pero Kropotkin destaca la pervivencia, a través de estas edades, de una unidad social que preserva el espíritu de la tribu y desafía los nuevos esquemas. Es la «comuna aldeana», que puede reconocerse hasta épocas recientes en amplias regiones de todos los continentes, y puede definirse como «*Una asociación de familias que se consideran originarias de una raíz común y poseen en común una cierta tierra*». Esta entidad librará una dura lucha con los Estados que van a ir surgiendo, y en muchos casos sucumbirá, pero sorprende la cantidad de ejemplos que muestran su vigor, heredero del espíritu de la vieja tribu.

Kropotkin sintetiza los estudios según los cuales la potestad militar, concedida para la defensa de la comunidad, acaba engendrando sumisión a una autoridad y pone las bases de la estructura feudal. Sin embargo, establecida ésta, asistimos enseguida en el caso de Europa a rebeliones que crean «ciudades libres» por toda su geografía, y al florecimiento por doquier de guildas y hermandades, en las que pervive el espíritu comunitario. De esta forma, la Edad Media está marcada por las luchas de las urbes y sus gremios contra los señores que tratan de imponerse sobre ellas. Sólo a finales del siglo XV los Estados se consolidan como centros de poder absoluto y, con el soporte ideológico de la religión, echan por tierra los logros comunitarios de las ciudades.

La solidaridad en la Edad Moderna

La estructura vertical e individualista impuesta en Europa con el auge de los Estados nacionales no consigue sin embargo destruir las comunas aldeanas, y Kropotkin describe abundantes ejemplos de las que perviven en Gran Bretaña, Suiza, Francia o Alemania, así como de otras de nueva creación en el Imperio ruso. Al desaparecer las trabas que limitaban su funcionamiento, se observa además que estas formas de propiedad comunitaria entran en fase de expansión por doquier.

Por su parte, la nueva clase social, el proletariado, ve con claridad que sólo podrá encauzar la lucha contra sus explotadores a través de la ayuda y el apoyo mutuos. Surgen así sindicatos en todos los países, dotados de una asombrosa capacidad para resistir la dura represión de que son objeto. Paralelamente a esto, en todas las esferas de la vida nacen y se desarrollan asociaciones cooperativas que muestran una capacidad óptima para alcanzar sus objetivos. En la sociedad capitalista, el ser humano no deja de buscar, como siempre hizo, la solidaridad del otro para hacer progresar su libertad.

Tras unas páginas de conclusiones, la obra viene enriquecida con diecinueve apéndices que aportan nuevos datos y reflexiones sobre los asuntos tratados a lo largo de toda ella.

La solidaridad como argumento científico

El anarquismo, que había nacido como proyecto emancipador para una sociedad fraternal y libremente federada, era frecuentemente denostado en la época en que se publica *El apoyo mutuo. Un factor de la evolución* como algo utópico, completamente ajeno a la realidad, obtuso y risible. Sin embargo, después de la plétora de información presentada en esta obra, cualquiera puede deducir cómo el denigrado proyecto enraíza en los datos más sólidos de la biología y la historia. La moral anarquista y el empeño de construir otro mundo sin explotación aparecen a partir de ese momento como lo más razonable que puede imaginarse.

Hay que decir que tras publicar *El apoyo mutuo*, Kropotkin sigue trabajando en los problemas analizados en el libro. En una serie de artículos que ven la luz en la década de 1910, va a ensayar una síntesis imposible entre darwinismo y lamarckismo para perfilar una vía evolutiva que no requiera condiciones de superpoblación. Su monumental *Ética*, que dejó incompleta y fue editada póstumamente en 1922, profundizará en las ideas que ya había esbozado en un trabajo anterior, *La moral anarquista* (1889), e insistirá en el legado biológico que se plasma en conceptos como filantropía o solidaridad.

En el siglo XX, las ideas de *El apoyo mutuo* siguen desarrollándose, y cristalizan en los avances más revolucionarios de la biología evolucionista. En esta línea, la «endosimbiosis seriada» de Lynn Margulis permite explicar el origen del elemento esencial de la vida, la célula eucariota, por medio de un «reagrupamiento» de bacterias que vivían previamente dispersas. Puede decirse, según esto, que en este hito decisivo de su historia, la vida evoluciona por asociación y colaboración, y no por destrucción. La teoría de la simbiogénesis, defendida por esta misma autora, postula que los organismos son capaces de originar nuevas especies compartiendo y recombinando su ADN, lo cual ha podido ser demostrado ya en casos concretos. Hay que decir además que el descubrimiento de las neuronas espejo en 1996 por Giacomo Rizzolatti y su equipo aportó una base fisiológica consistente para la solidaridad y la empatía como elementos clave de la dinámica social.

Análisis del pasado para construir futuro

Tras la lectura de *El apoyo mutuo*, una de las impresiones más fuertes que nos quedan es la de la relevancia actual de lo que se nos ha descrito. En esta era de dominio neoliberal, los ideólogos del pensamiento único se afanan cada día por convencernos de que los males del mundo son inevitables al estar en el propio ADN de la vida. Según ellos, desigualdad, injusticia, guerra, ruina y expolio son a modo de «condiciones naturales de la existencia» y poca cosa podemos hacer por mitigarlos. «Las mariposas hacen lo mismo», vienen a decir, y se impone una sufrida conformidad ante el desastre cotidiano.

Contra esta insidiosa falsedad tan repetida, que impregna la mentalidad dominante en nuestros días, la exuberante acumulación de datos que Kropotkin nos suministra en *El apoyo mutuo* tiene el poder de deleitarnos con la hermosa variedad de «Eros» en todos los escenarios de la vida y la historia humana. «Thánatos» nunca deja de acechar, pero somos nosotros los llamados, en este preciso instante, a afrontar un futuro que está por escribir.

Bibliografía

Agassiz, Louis (1840): *Études sur les glaciers*. Jent et Gassmann.

Avrich, Paul (1988): *Anarchist Portraits*. Princeton University Press.

Davis, Mike (2017): *El desierto que viene. La ecología de Kropotkin*. Virus.

Girón, Álvaro (2003): Kropotkin between Lamarck and Darwin: the impossible synthesis. *Asclepio*, 55: 189-213.

—(2011): Taking Pyotr Kropotkin Seriously. *Mètode*, Annual Review, Universitat de València.

Kropotkin, Piotr (1898[2003]): *La moral anarquista*. Los Libros de la Catarata.

—(1899[2004]): *Memorias de un revolucionario.* Krk Ediciones.

—(1902[1947]): *El apoyo mutuo: Un factor de la evolución*. Tierra y Libertad.

—(1904): The Orography of Asia. *The Geographical Review*, 23: 176-207 y 331-361.

—(1904b): The dessication of Eur-Asia. *The Geographical Journal*, 23: 722-734.

—(1914): On the dessication of Eurasia and some general aspects of dessication. *The Geographical Journal*, 43: 451-459.

—(1924[2017]): *Ética: origen y evolución de la Moral*. Antorcha.

Maíz Chacón, Jordi (2018): *El otoño de Kropotkin. Entre guerras y revoluciones (1905-1921)*. La Malatesta.

Margulis, Lynn y Sagan, Dorion (2003): *Captando Genomas. Una teoría sobre el origen de las especies.* Kairós.

Puche, Paco (2018): *La simbiosis, una tendencia universal en el mundo de la vida. La cosmovisión de Lynn Margulis*. Ediciones del Genal.

Tonni, Eduardo P., Cione, Alberto Luis y Pasquali, Ricardo Conrado (1998): Los climas del cuaternario: Causas y consecuencias. *Ciencia Hoy*, 8. <https://www.cienciahoy.org.ar/ch/hoy45/clim1.htm>. Consultado el 26/12/2021.

Woodcock, George y Avakumovic, Iván (1975): *El Príncipe Anarquista*. Júcar.

5.4
España

Los caminos del Comunismo Libertario en España (1868-1937), vol. 1, de Myrtille Gonzalbo. El anarquismo en España antes de la CNT

Publicado en *Rebelión* el 20 de septiembre de 2022

Esta historia en tres volúmenes del movimiento ácrata en nuestra piel de toro fue publicada originalmente en francés por Divergences y aparece ahora en castellano en un proyecto conjunto de Pepitas y la Fundación Anselmo Lorenzo (trad. de Diego Luis Sanromán). Su autora es Myrtille Gonzalbo, integrante de los «gimenólogos», historiadores libertarios que tratan de «*estudiar las andanzas de los ilustres y utópicos desconocidos*». El grupo inició sus labores en 2009 editando las memorias del italofrancés Bruno Salvadori (1910-1982), participante en la guerra y revolución de España en la columna Durruti con el nombre de Antoine Giménez.

El prólogo de la obra presenta su plan general. Se trata de exponer la historia y las claves ideológicas de un movimiento que a partir de julio de 1936 logró liderar una amplia revolución social y un ensayo de abolición del capitalismo en varias regiones de España. El fracaso de la tentativa se estudia considerando los límites intrínsecos del proceso y la situación política y económica, aunque sin esquivar el rol de individuos y organizaciones en diversas fases. El primer volumen, que reseñamos aquí, abarca desde el comienzo de la propaganda anarquista en el país hasta 1910, año en que nace la CNT.

Cuando el anarquismo se hizo español

El avance de la industrialización y el capitalismo en España durante la primera mitad del XIX fue acompañado de una incipiente organización de campesinos y obreros que reivindicaban mejoras en sus duras condiciones de vida, al tiempo que las ideas de carbonarios y socialistas utópicos no dejaban de extenderse. Así, en 1855 fue ejecutado, tras una farsa de juicio, José Barceló, representante de lo que por entonces se llamaba «intransigencia obrera», y ello dio lugar a la primera huelga general en España, que afectó a gran parte de Cataluña. Pocos años después se producen insurrecciones en Andalucía y Extremadura.

La revolución palaciega de 1868 catalizó la dinámica del asociacionismo proletario, y además a finales de ese año viajó a España un colaborador de Bakunin, Giuseppe Fanelli, que participó en la constitución de secciones de la Internacional (AIT) en Madrid y Barcelona. En 1870 se creó la Alianza (de la Democracia Socialista), una sociedad secreta inspirada en la organización internacional bakuninista de igual nombre, y ese mismo año y como una sección nacional de la AIT, fue fundada la Federación Regional Española (FRE), que aglutinaba a unos cuarenta mil trabajadores. Esta asociación defendía como meta un colectivismo de raíz bakuninista, a alcanzar por medio de la huelga general, pero la sangrienta represión de la Comuna de París en mayo de 1871 puso de manifiesto el antagonismo irreductible entre burguesía y proletariado y dio argumentos a los sectores más exaltados, que abogaban por una sublevación.

En el año revolucionario de 1873, la FRE trató de distanciarse de procesos que consideraba «políticos», como el cantonalismo de Cartagena, aunque algunos reconocidos ácratas tuvieron allí papel relevante, anticipando tal vez el gesto de los ministros anarquistas de noviembre de 1936. Sí se apoyaron abiertamente, sin embargo, insurrecciones netamente obreras, como la de Alcoy. La represión que siguió a estos intentos y el golpe de Estado de Pavía en enero de 1874 cambiaron las tornas y dieron paso a una fase de clandestinidad, independencia de las secciones y llamamientos a la acción directa. En 1878 y 1879 fueron provocados numerosos incendios en latifundios andaluces, y dos anarquistas, Juan Oliva y Francisco Otero, atentaron contra Alfonso XII. A finales de 1881, en *Le Révolté*, la revista de Kropotkin, se reconoce que: «*El movimiento obrero regresa a Europa con fuerzas renovadas, (...) Pero es sobre todo en España donde en este momento conoce un serio desarrollo*».

Progreso de la organización con una discusión recurrente: comunismo o colectivismo

La autora discute ampliamente la utopía social defendida por los ácratas. Hasta 1876, el sistema colectivista de Bakunin-Guillaume, expresado en la fórmula: «*a cada uno según su trabajo*», se consideraba inevitable en un primer estadio tras la revolución, aunque se admitía como objetivo final el ideal comunista de «*a cada cual según sus necesidades*». No obstante, a partir de este año crucial, marcado por la muerte de Bakunin y la llegada de Kropotkin a Europa occidental tras su fuga de Rusia, el último sistema pasa a ser propuesto para organizar la nueva sociedad desde el primer momento, tal y como planteaba Kropotkin. Va a ser en España donde este ideario encontrará mayor resistencia.

Cuando la FRE salió de la clandestinidad en 1881, decidió cambiar su nombre a Federación de Trabajadores de la Región Española (FTRE). La estrategia insurreccionalista propugnada en el congreso anarquista de Londres de ese mismo año, al que asistieron Kropotkin y Malatesta, contrastaba con la más gradualista de muchos libertarios españoles, partidarios de la lucha a cara descubierta apoyándose en los gremios, los futuros sindicatos. El número de integrantes de la FTRE creció rápidamente, desde unos tres mil en 1881 a cerca de cincuenta mil al año siguiente, repartidos sobre todo por Cataluña y Andalucía.

En sus congresos, la Federación siguió definiéndose como colectivista y legalista, y debió enfrentar la resistencia de los que vivían las condiciones más duras en el sur de la Península y defendían la vía insurrecional. Los Desheredados, el grupo disidente organizado allí estará activo hasta 1886, en años marcados por el famoso caso de La Mano Negra, represión indiscriminada que se cebó sobre el movimiento a partir de 1882 con el pretexto de crímenes eficazmente instrumentalizados. Cuando la FTRE se desmarcó de los autores de delitos comunes y abandonó a su suerte a los seis anarquistas de Jerez ejecutados en 1884, ello tensó aún más las relaciones con los grupos dominantes en Andalucía, que comenzaron a defender tesis comunistas contra el colectivismo imperante. Las discrepancias se suavizaron a finales de esa década con la propuesta de Tarrida del Mármol de un «anarquismo sin adjetivos», pero ésta no satisfizo a algunos en ambos bandos.

Contra la opinión bastante extendida de que entre 1888 y 1910 el anarquismo fue un movimiento sin apenas incidencia social más allá de la actividad terrorista, Gonzalbo sintetiza trabajos recientes de Francisco Fernández Gómez, que muestran la vitalidad por entonces de grupos anarcocomunistas como los de Gràcia y los medios de expresión con que contaban, al tiempo que recuerda la trayectoria de hombres y mujeres comprometidos en aquellas luchas, como Martí Borràs y Francesca Saperas. La organización de estos militantes se basaba en grupos de afinidad autónomos que se adaptaban a la libre espontaneidad de los individuos. Se pasa revista luego a la difusión de estas ideas por toda la piel de toro.

Tras la disolución de la FTRE en 1888, se observa un cierto acercamiento de los que defendían el colectivismo al

ideario comunista dominante en Europa. Aparte de esto, la década de 1890 va a estar marcada por el incremento de la represión y la radicalización de los grupos anarquistas. En enero de 1892 los campesinos revolucionarios logran hacerse con la ciudad de Jerez por unas horas y son perseguidos después con una dureza que será la tónica tras los frecuentes atentados con bomba de esa época. Los procesos y ejecuciones de Montjuic (1896-1897) deben entenderse como un intento de aniquilación del movimiento que resultará infructuoso, pero hará renacer la acerba división entre legalistas e insurreccionalistas.

Los aires del nuevo siglo traen una proliferación de huelgas por toda España. Así, en el verano de 1907 surge en Barcelona una agrupación de secciones, tanto anarquistas como socialistas, que adopta el nombre de Solidaridad Obrera y ese mismo año comienza a editar un periódico homónimo, convertido pronto en tribuna de las más respetadas voces libertarias. Tras la Semana Trágica de 1909, que actúa como revulsivo, las asociaciones obreras optan por dotarse de una robusta estructura federal para defender sus intereses en las luchas sindicales del día a día, aunque sin renunciar a la meta revolucionaria. Con esta perspectiva nace la CNT en 1910.

Gimenología en acción

El texto viene enriquecido con dos apéndices, uno con un fragmento de Kropotkin contra el colectivismo, tanto autoritario como libertario, y otro de Élisée Reclus llamando a los campesinos a hacerse dueños de las tierras que cultivan. Incorpora también una cronología y una interesante selección de fotografías y documentos.

Una de las virtudes del libro es que analiza en detalle las conexiones entre el anarquismo que eclosiona en España en el siglo XIX y los sucesos acaecidos paralelamente al otro lado de los Pirineos, como las vicisitudes de la Internacional o la Comuna de París. De este modo, la evolución inicial del movimiento ácrata que habría de protagonizar algunos de los acontecimientos revolucionarios más ambiciosos registrados en el solar europeo, puede entenderse en su contexto y de forma más coherente.

Es importante señalar además que *Los caminos del Comunismo Libertario en España* se aplica generosamente a la misión que se impusieron a sí mismos los fundadores de la gimenología. Myrtille Gonzalbo ha sabido rebuscar y reunir los datos aportados por un gran número de autores, antiguos y recientes, para construir un relato en el que un aspecto esencial es la reivindicación de los protagonistas peor conocidos de las movilizaciones que se estudian. La obra nos acerca así, rigurosa y empáticamente, a una abigarrada multitud de personajes casi olvidados que dedicaron su vida a combatir los desmanes del capital y abrieron camino para las luchas de hoy.

Fermín Salvochea. Crónica de un revolucionario, de Pedro Vallina

Publicado en *Rebelión* el 5 de noviembre de 2015

El historiador José Luis Gutiérrez Molina ha sido el encargado de la reedición de dos textos fundamentales sobre Fermín Salvochea, debidos a Pedro Vallina y Rudolf Rocker, que reunidos en un volumen Renacimiento ha incluido en su catálogo en 2012. Es éste un proyecto encomiable que ha de servir para recuperar la memoria de un personaje esencial en los procesos revolucionarios de la segunda mitad del siglo XIX en España y en los orígenes del anarquismo andaluz.

El libro comienza con una amplia introducción en la que Gutiérrez Molina nos presenta a sus tres protagonistas: Salvochea y sus dos biógrafos: Vallina y Rocker. Sabemos así del nacimiento del primero en Cádiz en 1842 en una familia acomodada y de su viaje a Inglaterra siendo muy joven para perfeccionar sus estudios. Allí permaneció varios años y sufrió una honda transformación merced a sus contactos con personajes de la época que impregnaron su carácter de activismo e internacionalismo (Thomas Paine), comunismo (Robert Owen) y ateísmo (Charles Bradlaugh).

De regreso en la casa paterna, Fermín comienza con veinte años a frecuentar los ambientes democráticos gaditanos. La participación que tuvo en los preparativos de la revolución de septiembre de 1868 se discute aún entre los especialistas, pero se sabe que fue nombrado segundo jefe de uno de los batallones locales de Voluntarios de la Libertad, y que cuando en diciembre la deriva reaccionaria del Gobierno fue respondida por una sublevación en Cádiz, aplastada ésta, Salvochea asumió toda la responsabilidad. Condenado a treinta años de destierro en ultramar, los círculos republicanos trataron de impedir su encarcelamiento presentando su candidatura a diputado en las elecciones de enero, pero aunque consiguió el segundo mayor número de votos, no se le permitió ocupar su escaño. De todas formas, en mayo fue amnistiado.

Trabaja después Fermín en la organización del Partido Federal y cuando en octubre de 1869 se producen levantamientos en distintos puntos del país, participa en el de Andalucía. Derrotado éste se refugia en Gibraltar primero y luego en París, Ginebra y Tánger. Regresa a Cádiz con la amnistía de 1870, y allí hace compatible su militancia federal con la de la Internacional obrera. En 1871 fallece su padre, dejándole una sustanciosa herencia, y en marzo de 1873, recién proclamada la república, es elegido alcalde de Cádiz por el Partido Federal. Lo fue sólo hasta agosto, pero tuvo tiempo para laicizar la enseñanza, derruir conventos o transformarlos en centros culturales y armar la milicia municipal. El sueño terminó cuando los militares ocuparon la

ciudad y arriaron la bandera roja del cantón. Salvochea, que no intentó huir, fue condenado a prisión perpetua. Aunque a principios de 1882 fue indultado, se negó a aceptar lo que era «*favor y no reparación de justicia*». Meses después logró fugarse del peñón de la Gomera y alcanzar la costa marroquí.

Tras un periplo por diversos países, y ganar fama de significado conspirador, con la muerte de Alfonso XII y la amnistía subsiguiente Salvochea consigue volver a España a finales de 1885. En breve aparece *El Socialismo*, periódico quincenal dirigido por él que trata de organizar a los obreros gaditanos y a partir de 1890 proclama en su cabecera su afinidad con el comunismo anarquista de Piotr Kropotkin. El compromiso libertario de Salvochea era notorio y ya en 1886 rehusó presentar su candidatura a las elecciones, apostillando desde su periódico que «*nada se puede esperar de la política*». Su influencia creciente entre los trabajadores era observada con inquietud por el poder y en 1891 fue detenido con falsas acusaciones. Lo condenan a doce años en un juicio plagado de irregularidades y de ellos cumplirá nueve en los penales de Valladolid, Valencia y Burgos. En 1893 intentó suicidarse clavándose unas tijeras, pero fue auxiliado a tiempo.

Liberado en abril de 1899, a Fermín se le tributa en Cádiz una triunfal recepción a la que se suma un joven sevillano de veinte años llamado Pedro Vallina Martínez. Instalado pronto en Madrid, el gaditano vive de trabajos periodísticos, traducciones y alguna representación comercial, mientras colabora en la prensa anarquista. En 1902 regresa a su ciudad natal, donde fallece cinco años más tarde. Su entierro fue una espontánea y sentida manifestación de dolor en la que participaron treinta mil personas. Fermín Salvochea se convierte pronto en un referente de revolucionario ascético y virtuoso, volcado en la acción, e inspira a numerosos escritores. Anarquismo, anticlericalismo y antimilitarismo son sus ejes de lucha, y a este último dedicó su obra más extensa: *La contribución de sangre*.

El alemán Johann Rudolf Rocker (1873-1958) pasó por oficios muy diversos en su juventud y enseguida comenzó una militancia anarquista que lo lleva al exilio en 1892. Instalado en París, continuó relacionándose con los medios ácratas y vivió las conmociones de los tiempos de la dinamita. En 1895 se estableció en Londres, donde permaneció veinte años. Allí trabajó como bibliotecario y editor de publicaciones dirigidas sobre todo a la comunidad de obreros judíos. Con el estallido de la Primera Guerra Mundial, Rocker acierta a vaticinar una contienda larga y sangrienta, y está entre los que se oponen decididamente a ella, lo que motivó una polémica con Kropotkin, que apoyaba a los aliados.

Con el fin de la guerra, Rocker consigue regresar a Alemania, y en Berlín vive las agitaciones revolucionarias de 1918 y 1919. En 1922 está entre los que impulsan la AIT, refundación de la Primera Internacional con base en principios libertarios, y en los años siguientes se suceden sus trabajos teóricos y viajes de propaganda. En 1933, con el ascenso de Hitler, se ve obligado a huir y logra instalarse en Estados Unidos, en un nuevo exilio que esta vez será definitivo. Siempre siguió con gran interés los acontecimientos que se desarrollaban en España y a partir de 1936 publicó dos libros sobre las expectativas revolucionarias que allí se daban. En 1937 ve la luz su obra más conocida: *Nacionalismo y cultura*, en la que analiza cultura y poder como términos antagónicos. Durante la Segunda Guerra Mundial defendió la causa de los aliados, cuya victoria veía como un mal menor.

Respecto a Pedro Vallina, Gutiérrez Molina nos presenta también un breve apunte biográfico. Andaluz y nacido en 1879 en una familia acomodada y progresista, estudió Medicina en Madrid, siendo esos años inseparable compañero de Salvochea, que residía por entonces en la capital. En 1902 fue detenido en relación con el intento de atentado contra Alfonso XIII conocido como complot de la Coronación y hubo de buscar refugio en París, donde permaneció casi diez años, continuando sus estudios de Medicina y su militancia anarquista. Expulsado de Francia en 1906, recaló en Londres. Allí colaboró con Rudolf Rocker y terminó por fin la carrera. Regresó a España con la amnistía de 1914 y se instaló en Sevilla, ejerció de médico y sufrió en sus carnes la represión del movimiento ácrata, pasando largas temporadas desterrado en la Siberia extremeña. En abril de 1931 es él quien proclama la república en Almadén, al grito de «*¡Viva la revolución social!*».

Durante el periodo republicano, Pedro Vallina participó en numerosos intentos revolucionarios desde una postura de anarquista heterodoxo que apoyaba algunas candidaturas —la de Blas Infante por ejemplo— en los procesos electorales. En julio de 1936, su presencia en Almadén fue decisiva para el fracaso del golpe en esta estratégica localidad, y poco después se unió en Madrid al servicio médico de las milicias confederales y más tarde a la sanidad militar. Con la caída de Cataluña estuvo en la muchedumbre que abandonó España, y fue a parar a los campos de concentración franceses. Vivió luego una vida semiclandestina hasta que consiguió embarcarse para Santo Domingo. Establecido en Oaxaca trabajó de médico con las comunidades indígenas hasta su muerte en 1970.

La introducción del libro presenta también una bibliografía sobre Fermín Salvochea que incluye estudios, piezas de teatro y biografías. Respecto a éstas, de las dos recogidas en la obra, la de Rudolf Rocker vio la luz en Londres en 1908, primero en *yiddish* y luego en alemán, y sería traducida al español por primera vez en Argentina en 1922. La de Vallina apareció en 1958 en los «Cuadernos Populares»

que la CNT editaba en París. Las tres vidas se entrelazan de una forma curiosa; hombres de acción alimentados por la misma idea y condenados al exilio. Por Vallina conoce Rocker en Londres la trayectoria de Salvochea, y pergeña su artículo para honrarlo cuando acababa de fallecer; dos meses después elegirá su nombre, Fermín, para su hijo recién nacido.

Pedro Vallina explica en el prefacio de su texto sobre Salvochea cómo todos los documentos que guardaba celosamente: correspondencia y apuntes sobre su vida y sus escritos, fueron destruidos por los franquistas durante la guerra civil, y se ve obligado a recurrir a la memoria para emprender, recluido en la selva mexicana, la confección de su biografía. Pretende con ella, más que nada, honrar la figura del que fue su maestro, y deja para autores posteriores que puedan agotar todas las fuentes de información, el trabajo minucioso que el personaje merece. Escrito con amor y profunda admiración, el texto se extiende en una panorámica de las luchas sociales en el campo andaluz aquellos años, pero destaca sobre todo la personalidad de Fermín Salvochea con sus dos rasgos esenciales: su acendrado humanitarismo y sus cualidades de hombre de acción.

Se hallan a cada paso datos relevantes y anécdotas curiosas, procedentes de confesiones del propio Salvochea o de recuerdos de la convivencia en Madrid en los tiempos, por ejemplo, del estreno de *Electra* de Galdós o de la muerte de Canalejas a manos del anarquista Pardiñas. Vallina narra luego en detalle las circunstancias del complot de la Coronación, un montaje policial que lo llevó a la cárcel varios meses en 1902 hasta que consiguió poner tierra por medio. El final de su texto está dedicado a recordar los escritos de Salvochea y dar una breve muestra de ellos, en verso y en prosa, junto a dos poemas de Vallina.

El texto de Rocker que cierra el libro es bastante más corto que el de Vallina e incide en los mismos aspectos fundamentales, situados en su contexto para el público de judíos alemanes al que iba destinado. Tras presentarnos el marco de una ciudad de Cádiz señalada tanto por hermosa como por rebelde, con tono lírico y emoción contenida, Salvochea es retratado como el profeta que lleva en sí la semilla de un mundo mejor, un hombre íntegro y luchador, de infinita energía, dedicado en cuerpo y alma a la construcción de su sueño. Un somero repaso de las agitaciones sociales del siglo XIX español sirve para encuadrar su actividad revolucionaria, sus prisiones y exilios, y su carácter queda de manifiesto en la frase final del esbozo biográfico: «*Salvochea ha muerto, pero un movimiento que cuenta con semejantes hombres en sus filas es invencible*». Las generosas notas de Gutiérrez Molina nos acercan a los personajes que desfilan por las páginas de Vallina y de Rocker, completando el retrato de la época.

Un héroe trágico del anarquismo español: Mateo Morral, 1879-1906, de Eduard Masjuan

Publicado en *Rebelión* el 4 de octubre de 2013

Mateo Morral, personaje de aguafuerte, con su frustrado regicidio pródigo en sangre y su muerte trágica puede decirse que ha quedado grabado en el imaginario colectivo de todos los que habitamos la piel de toro. Odiada y admirada sin medias tintas, su figura refleja como un espejo distorsionante las pasiones, los miedos y los anhelos de la masa social en la que estamos atrapados. Y tras más de un siglo, la gran pregunta permanece: ¿Cuánto pudo cambiar la historia del siglo XX en España aquel ramo de flores que esparció desolación el 31 de mayo de 1906 en la calle Mayor de Madrid? Eduard Masjuan, doctor en Historia Económica por la Universidad Autónoma de Barcelona, ha realizado en *Un héroe trágico del anarquismo español: Mateo Morral, 1879-1906* una labor encomiable de investigación y síntesis para iluminar a un personaje cargado de misterio y mal conocido en muchos aspectos.

La obra comienza por acercarnos al medio social en el que va a surgir Mateo Morral, la industriosa Sabadell, principal centro lanero de España en la segunda mitad del siglo XIX. En este contexto, tiene un papel destacado la dinastía de los Morral: el abuelo Jaume, un emprendedor que se desvincula de la tradición agraria familiar al comprar uno de los principales «vapores» de la ciudad, y el padre de Mateo, Martín, heredero universal de la firma. La atmósfera social de la época está marcada por la gran huelga de 1883, fracaso clamoroso que excita una respuesta terrorista en los años siguientes. La burguesía impone una explotación contra la que la resistencia se organiza poco a poco. El teólogo Félix Sardá era el teórico de los ultramontanos, aunque no hay que olvidar que en la ciudad se abre la primera escuela catalana de la Institución Libre de Enseñanza y existían también círculos republicanos de diversas tendencias. En relación con éstos, comienza pronto la expansión del anarquismo, con una transición a principios del siglo XX de las ideas colectivistas a las comunistas. Entre los defensores locales de la Idea destaca José López Montenegro, que desarrolla una importante labor educativa.

La infancia de Mateo Morral tiene algo de misteriosa. Nacido en 1879 en una familia adinerada, extrañamente no es amado ni atendido de forma adecuada por sus padres, recibiendo incluso alimentación insuficiente. Su padre, Martín, era un hombre de ideas avanzadas, que llegó a presidir mítines anarquistas, un caso raro en su clase social, pero en la familia, todo el poder era de su esposa, Ángela Roca, integrista católica. Mateo asiste a una escuela particular, donde deja el recuerdo de un niño afable, pero despreciado por su familia, cosa que no ocurría con sus hermanos. Poco des-

pués, en los cursos del ateneo, muestra su inteligencia y capacidad artística. Al cumplir trece años, Mateo es apartado de su familia y va a vivir a Francia y Alemania, donde, sin recursos, trabaja como obrero y continúa sus estudios de mecánica. Se impregna además de las teorías neomalthusianas en boga por entonces, síntesis de procreación consciente y antimilitarismo.

En 1899, con veinte años, Mateo regresa a Sabadell, donde ante una grave enfermedad de su hermano mayor, Jaume, debe asumir responsabilidades en el negocio familiar. Afronta el reto, para el que se encuentra bien preparado, y trata de hacer esto compatible con las ideas anarquistas que ya ha adquirido. Aunque su madre ya había fallecido en ese momento, el ambiente clerical y conservador en que vive la familia se hace pronto insoportable para él. El catedrático de Ciencias Naturales Odón de Buen lo describe así en esta época: «*Tenía más el aspecto de un místico, reservado, impenetrable, pero nada sombrío, respetuoso hasta el extremo que en alguna excursión a que se asoció, jamás se sentaba en la mesa ni comenzaba a comer antes que los demás lo hicieran. (...) Atendía a las explicaciones con fervor y nadie podía imaginar que un hombre así fuera capaz de preparar fríamente, y realizar después, un acto terrorista*». Mateo tiene buena forma física y ama las excursiones campestres y la caza. Por lo demás, los que lo conocieron definen su carácter como taciturno, triste y melancólico. En 1901 viaja por Europa y en Londres visita a Errico Malatesta. En esta época, se da la situación paradójica de un empresario importante que es a la vez uno de los activistas y militantes más destacados del anarquismo en Sabadell. Su intención era socializar la fábrica en cuanto estuviera en su poder, y mientras tanto, incitaba a los obreros a hacer reivindicaciones salariales. Toma parte en las huelgas de 1901 y 1902, aunque el fracaso de esta última lo lleva a la conclusión de que es necesaria una época de preparación ideológica y cultural de la clase obrera antes de pasar a la acción revolucionaria. Mateo Morral colabora también en estos años con la prensa anarquista.

Un capítulo analiza la ideología neomalthusiana, sus fundamentos e historia y su desarrollo en España. Mateo Morral fue un divulgador infatigable de estas ideas, y su papel fue decisivo para que en 1904 se creara la sección española de la liga neomalthusiana, que en pocos meses cuenta con treinta y seis delegaciones en toda España, mientras su revista, *Salud y Fuerza*, edita miles de ejemplares. Esta publicación trataba de educar en la maternidad voluntaria y la prevención de las enfermedades venéreas, y cuando fue suspendida y su director procesado, Mateo se trasladó a Barcelona y con nombre falso se instaló en una fonda de la plaza de Cataluña con la intención de secuestrar a la cúpula directiva del reaccionario Comité de Defensa Social, inspirador de la represión, que tenía su sede en el mismo edificio. No obstante, para Mateo las ideas neomalthusianas no eran incompatibles con la acción revolucionaria, sino complementarias con ella.

Se repasa luego la vida sentimental de Mateo Morral. La etiqueta de misógino que se la ha colocado frecuentemente parece que no está justificada y en todo caso podría hablarse de misogamia. Testimonios diversos ponen de manifiesto varias relaciones amorosas de Mateo, por ejemplo con Olga Brandt, una mujer de la que no se sabe casi nada, o con Nora Falk, una anarquista rusa de la que era inseparable en la última etapa de su vida, cuando preparaban juntos el atentado contra Alfonso XIII. Aparte queda la relación contradictoria con la hermosa Soledad Villafranca, que probablemente mezclaba atracción física y repulsión moral por su frivolidad. Durante el proceso, se especuló que Mateo podría haber estado motivado por el despecho al ser rechazado por ella.

El perfil de Mateo Morral es el de un joven culto, reservado, amante de la lectura y la naturaleza y admirador de la obra de Reclus y Kropotkin. En ocasiones asistía como oyente a las clases de Odón de Buen, y con él, Anselmo Lorenzo y otros participaba activamente en el círculo de la Escuela Moderna de Francisco Ferrer. Acariciaba además la idea de fundar una comuna anarquista o viajar a California para integrarse en una allí existente con la que había entrado en contacto. También dedicaba su energía al teatro comprometido, trabajando con el grupo Ibsen, en cuyas representaciones actuaba como apuntador.

Se discuten después las circunstancias de los atentados contra Alfonso XIII de esos años: el primero, preparado por Pedro Vallina y otros anarquistas en París, y frustrado al ser detenidos todos el 25 de mayo de 1905; y el segundo, el 31 de ese mismo mes en la Rue de Rohan, tras una representación de la ópera *Sansón y Dalila*, en el que la bomba estalló a un palmo de la rueda izquierda trasera del carruaje, hiriendo a un oficial y a unos soldados y matando a sus caballos. En este segundo, cuyos autores nunca fueron descubiertos ni enjuiciados, parece ser que intervino Mateo Morral, que poco después se alistó en la legión extranjera en Argelia, desertando a los dos meses.

Mateo, ya volcado en la actividad anarquista en este momento, ha roto con su familia, y a principios de 1906 vive en Barcelona, donde se encarga de las ediciones y la distribución de publicaciones de la Escuela Moderna. El 20 de mayo parte hacia Madrid tras despedirse de sus amigos y en Zaragoza compra periódicos para informarse de alquileres en Madrid desde los que observar la comitiva de la boda real que tendrá lugar el día 31. Así en la calle Mayor, 88, 4.º derecha prepara la bomba que llevaba en una maleta, y adquiere además productos químicos y dos cajas de caudales para cargarla y aumentar su poder destructivo. El día 26 escribe en un árbol del Retiro: «*Ejecutado será Alfonso XIII el día de su enlace: —Un irredento. Dinamita*».

El jueves 31 de mayo, al pasar el cortejo por el edificio indicado de la calle Mayor se produce el atentado. Pilar de Baviera, testigo directa, lo narra de este modo: «*Cayó en la calzada, con un ruido espantoso, un gran ramo de flores; hubo una explosión como el disparo de un cañón grande, un olor nauseabundo, una llamarada; y el coche real se bamboleó y se inclinó, envuelto en una nube de humo negro, tan espesa que el Rey no pudo ver a la Reina, quien se había echado hacia atrás con los ojos cerrados, de manera que, por el momento el Rey creyó que había muerto. (...) Seguidamente [el Rey] se apeó y ayudo a la Reina a salir del coche. Estaba conmovida, pero también era dueña de sí. En el acto de bajar se mancharon de sangre sus zapatos y su traje. Dando un abrazo a la Reina, el Rey intentó evitar que viera a los muertos y heridos mientras la conducía al coche de respeto. (...) El ejemplo del soberano y de su séquito calmó en cierta medida a la muchedumbre horrorizada. Antes de seguir a la Reina dentro del coche de respeto, se volvió el Rey hacia su cuñado, el infante don Carlos de Borbón-Sicilia, y los oficiales apiñados alrededor del carruaje y dijo en voz alta, clara y deliberada:* —¡Despacio, muy despacio, a Palacio!». En total el atentado causó veintiséis muertos y se registraron alrededor de un centenar de heridos, veinte de los cuales perdieron la vista.

Se ha señalado que la trayectoria de la bomba fue desviada por un cable del tranvía o de una de las pancartas y guirnaldas desplegadas en la zona, según distintas versiones. El caso es que no hizo explosión en la caja de la carroza, sino cerca de ella. Mateo Morral escapó del lugar del atentado y contó en un primer momento con la ayuda de José Nakens, al que acudió confiado por su papel protector con Angiolillo, el ejecutor de Cánovas del Castillo nueve años antes. Por mediación de Nakens, Mateo es escondido esa noche en la barriada de Ventas y de madrugada parte a pie por la carretera de Aragón. El mediodía del 2 de junio está en la estación de Torrejón de Ardoz y se interesa por los trenes para Zaragoza, pero la curiosidad y sospecha de los que por allí transitan le hace abandonar el lugar. Su situación es desesperada: identificado, con una descripción suya ampliamente difundida y una recompensa en juego de veinticinco mil pesetas de 1906.

Tras vagar por los campos, ese mismo día Mateo regresa a la estación, pregunta de nuevo y marcha a cenar a un ventorro próximo. Es entonces cuando el guardia jurado de una finca trata de identificarlo y cuando con este fin se dispone a llevarlo ante la guardia civil, Mateo le dispara con su pistola, produciéndole la muerte instantánea. A continuación se suicida. El cadáver es conducido a Madrid el 3 de junio, tras tener que protegerlo de los furiosos vecinos de Torrejón que pretendían destrozarlo. El conde de Romanones lo describe así un cuarto de siglo después: «*La bala le había dejado un pequeño orificio perfectamente limpio en el pecho; su rostro juvenil y exento de los estigmas del criminal nato, mostraba completa placidez; sus manos cuidadas y pulidas denotaban al hombre de condición acomodada*». El periodista Julio Camba usa estas palabras: «*Los ojos muy abiertos, como soñando y en los labios la sonrisa de siempre, pero mucho más acentuada*».

Comienza la búsqueda policial de cómplices y Francisco Ferrer es encausado, aunque posteriormente será absuelto por falta de pruebas concluyentes que mostraran su implicación directa en el atentado. Por su parte, José Nakens es condenado a nueve años por haber ayudado a Mateo en su huida y será indultado dos años después durante el gobierno de Maura. Se pasa a revisar luego la repercusión mediática del intento de magnicidio, registrado en fotografías y películas que tuvieron amplia difusión. En Sabadell, la sorpresa fue mayúscula, pues nadie creía a Mateo Morral capaz de algo así. La prensa local abomina del frustrado regicida y el 7 de junio una representación de todas las instituciones y asociaciones de la ciudad acude a Barcelona para entregar un manifiesto de repulsa al gobernador civil. Sin embargo, otro de felicitación a los soberanos por haber salido ilesos, significativamente no es suscrito por las organizaciones obreras y republicanas de Sabadell.

En el extranjero el atentado es visto con cierta simpatía en los medios izquierdistas. Mientras tanto, en España la represión se ceba en los anarquistas, y no olvidemos que en la estela de Mateo Morral está la ejecución de Francisco Ferrer en 1909 por los hechos de la Semana Trágica. El monumento madrileño a las víctimas del atentado fue objeto de otro en mayo de 1910, cuyo autor se suicidó de un disparo mientras era perseguido por la guardia civil. En 1911, en el segundo aniversario de la muerte de Ferrer, el anarquista mexicano Ricardo Flores Magón pronuncia un vibrante discurso en el que apela al uso de la fuerza como táctica complementaria a toda obra cultural que tenga por objetivo la emancipación de la clase trabajadora, y el de Morral es el ejemplo del que se sirve.

La figura de Morral influye también en escritores como Pío Baroja, que lo recrea en el Nilo Brull de *La dama errante* (1908) y en un artículo del mismo año acusado de solidaridad con el terrorismo afirma: «*España hoy es un cuarto oscuro que huele mal; pero la pobre juventud de los rincones españoles quiere salir del ahogo y, como no puede, de cuando en cuando se entrega a la desesperación. Ahí está Mateo Morral: rabioso, enfermo, furioso, pero joven, el único joven que ha habido en España desde hace tiempo*». Ramón del Valle Inclán reivindica a Mateo Morral en su poema «Rosa de llamas» como el torbellino de nueva conciencia que profetiza los cambios sociales futuros, y en *Luces de bohemia* lo homenajea en una escena añadida en 1924 en la que un anarquista catalán llamado Mateo dialoga con Max Estrella, el protagonista. En 1931, con el advenimiento de la II República, Alfonso XIII es declarado culpable de alta traición y

algunas calles que llevaban su nombre pasaron a tener el de Mateo Morral.

Tras la guerra civil viene una condena sin paliativos de nuestro frustrado regicida, incluso por parte de autores como Pío Baroja que antes lo comprendieron. Ahora es un simple «*criminal fanático y bárbaro*». Se olvida el significado político del atentado y los relatos que predominan hablan sólo de oscuros instintos de violencia y venganza. Al margen de esta tendencia, hay que destacar por su rigor y amenidad una serie de artículos en la revista *Historia y Vida* durante los años 60 y 70, basados en gran parte en el libro de Ricardo Fernández de la Reguera y Susana March sobre la boda de Alfonso XIII. Por otro lado, el auge del anarquismo durante la Transición también llevó aparejado un nuevo interés por la figura de Mateo Morral, unido a una cierta reivindicación.

No es fácil saber cómo podría haber afectado a la historia de España la muerte violenta de Alfonso XIII que tan cerca estuvo de producirse en 1906. Lo que sí sabemos es que de haber ocurrido ésta hubiera abierto posibilidades bien diversas a la crónica del siglo XX español que ahora podemos consultar en los manuales. Teniendo esto en cuenta, tal vez debamos considerar el acto de Mateo Morral aquel 31 de mayo sólo como la apuesta desesperada de un ciudadano de a pie en esa mesa de juego trucada y rodeada de tahúres que es la historia.

Ameno y riguroso, y enriquecido con fotografías y documentos de la época, *Un héroe trágico del anarquismo español: Mateo Morral, 1879-1906* de Eduard Masjuan perfila una nueva imagen de un personaje importante y mal conocido de la historia contemporánea de España.

¿Quién mató a Ferrer i Guardia?, de Francisco Bergasa

Publicado en *Rebelión* el 19 de noviembre de 2014

Capítulo destacado de la historia universal de la infamia, el juicio y ejecución de Francisco Ferrer se nos aparece hoy como la respuesta crispada de un Gobierno que aprovechó al vuelo la ocasión de librarse de un enemigo incómodo. Los detalles de esta tragedia con visos de farsa han sido estudiados por Francisco Bergasa y se presentan en *¿Quién mató a Ferrer i Guardia?* (Aguilar), publicado cuando se conmemoraba el centenario del fusilamiento de Ferrer en el foso de Santa Amalia del castillo de Montjuic el 13 de octubre de 1909.

El libro comienza acercándonos al contexto socioeconómico de la época y a la biografía del protagonista principal. En los albores del siglo XX, la ciudad de Barcelona, con su rígida estratificación que segregaba a la «gente bien», la clase media y una muchedumbre de obreros condenados a la miseria, representaba un foco de aguda inestabilidad. Políticamente, el colapso del canovismo, tras el desastre del 98, había favorecido la irrupción de dos fuerzas poderosas: el catalanismo, lastrado por un conservadurismo que forzaba la sumisión a Madrid, y el movimiento obrero, oscilante entre la agitación anarquista y el populismo de Lerroux. Culturalmente, la ciudad era un hervidero de ideas brillantes en arquitectura, pintura, música y literatura. Éste es el complejo escenario de la trama.

Francisco Ferrer i Guardia nace en 1859 en una familia de agricultores acomodados del Maresme y con catorce años se traslada a Barcelona, donde trabaja en un comercio de tejidos y luego en una fábrica de harinas, mientras estudia en clases nocturnas. En 1878 pasa a la Compañía de Ferrocarriles, en la que pronto es revisor. Trata ya a Anselmo Lorenzo (1841-1914), tipógrafo y abuelo del anarquismo ibérico, que junto con otras influencias va decantando sus ideas. Sus viajes permiten a Ferrer actuar como discreto correo de Manuel Ruiz Zorrilla, líder del republicanismo español refugiado en París desde 1875, y este contacto le será de ayuda cuando su participación en una intentona insurreccional lo arrastre al exilio en 1885. Para entonces, llevaba ya cinco años casado con Teresa Sanmartí, con la que tuvo siete hijos, y hacía dos que había ingresado en la masonería. En la capital de Francia, Ferrer regenta un restaurante en la rue du Pont Neuf, bautizado Libertad y luego da clases de español, aunque se entrega sobre todo al activismo con republicanos y anarquistas.

En el congreso de librepensadores celebrado en Madrid en 1892, Ferrer acude a defender sus ideas y cuando al fin es prohibido a los dos días de empezar, reparte un manifiesto entre los asistentes. Éste contenía un llamamiento a la insurrección violenta, y será utilizado después contra él en el juicio, pero de momento le ganó la amistad de un redactor de *El País* que sintonizaba por entonces con aquello, Alejandro Lerroux. De regreso a París, Ferrer se divorcia al poco tiempo de Teresa, con la que las relaciones estaban muy deterioradas debido a las profundas diferencias de carácter entre ambos. Hubo después un incidente desagradable cuando ella le disparó en la calle hiriéndole levemente.

En el último lustro del siglo se produce un cambio ideológico importante en Ferrer, que ve clara la incapacidad revolucionaria de los republicanos, buenos sólo para prodigar cuarteladas que siempre fracasaban, y orienta sus esperanzas hacia un proletariado que emerge como fuerza poderosa. Esto la ligará más a los anarquistas, al tiempo que comienza a desarrollar la idea de una pedagogía libertaria, basada en métodos racionales y científicos, y capaz de crear espíritus críticos. Se trataba de combatir la perniciosa in-

fluencia de la educación católica, servil y dogmática, y promover la adquisición de conocimientos en un marco de respeto personal, solidaridad y libertad. Así alumbrará su gran proyecto, la Escuela Moderna. Respecto a su vida personal, desde 1899 Ferrer vive maritalmente con una alumna suya, Léopoldine Bonnard, con la que el año siguiente tiene un hijo, Riego. Las relaciones se prolongarán hasta 1905.

El dinero para el proyecto pedagógico lo aportará la herencia que dejó a Ferrer su discípula y amiga Ernestine Meunier, fallecida en 1901. El legado financia la fundación —en septiembre de ese mismo año y en la calle Bailén de Barcelona— de la Escuela Moderna, que echa a andar con treinta muchachos de ambos sexos y dirección de Clemencia Jacquinet, profesora francesa ardiente defensora de la educación laica. La empresa cuenta con la colaboración de los catedráticos de la Universidad de Barcelona Andrés Martínez Vargas y Odón de Buen —pioneros en España en los campos de la pediatría y la oceanografía, respectivamente— y pronto editará manuales de autores como Santiago Ramón y Cajal, Federico Urales o Anselmo Lorenzo. Hay que decir también que el proyecto cosechó críticas de los que lo veían excesivamente volcado en el adoctrinamiento político, como Ricardo Mella o Clemencia Jacquinet, que acabó dejando su puesto de directora de la escuela.

El número de alumnos de la escuela va creciendo (146 en 1905) y se crean sucursales, que llegan a ser más de medio centenar en 1906. En 1901 Ferrer funda además un periódico quincenal y luego semanal, *La Huelga General*, lo que no es óbice para que la que estalla en febrero del año siguiente en Barcelona sea un completo fracaso. En estos comienzos del siglo XX, aparte de su labor educadora, nuestro protagonista se convierte en alma y sustento de las campañas que se dan en España de agitación antimonárquica o a favor de activistas presos. En 1905, Ferrer conoce a una agraciada joven navarra, Soledad Villafranca, veintiún años más joven que él, y se va a vivir con ella, dejando su viejo domicilio a Léopoldine y Riego. Por esas fechas se produce en París un atentado con bomba contra Alfonso XIII en el que existen indicios de que tuvo alguna implicación.

El año siguiente, tras el atentado de Mateo Morral en la calle Mayor de Madrid, a cuya gestación es probable que no fuera ajeno, Francisco Ferrer es detenido y encausado con una petición inicial de pena de muerte que luego se rebaja a dieciséis años, y sus bienes son inmovilizados. Las perspectivas son sombrías, aunque Alejandro Lerroux desarrolla desde *El Progreso* una intensa campaña a su favor, denunciando una conspiración jesuítica para deshacerse del incómodo impulsor de la Escuela Moderna. Pronto arrecian también movilizaciones en el extranjero pidiendo su libertad y, desprovisto de pruebas para inculparlo, el tribunal lo absuelve, con lo que el 12 de junio de 1907 está en la calle. No obstante, la Escuela Moderna ha sido clausurada, y su prestigio se ve seriamente mermado, por lo que su fundador decide establecerse en París. En los meses siguientes, viajará por Europa defendiendo sus postulados pedagógicos, pero manteniendo el contacto con sus amigos españoles a los que subvenciona con generosidad, volcado cada vez más en los anarquistas, pues sólo a ellos ve capaces de llevar a las masas a la insurrección que puede alumbrar un orden nuevo. Una desgracia familiar, la grave enfermedad que aquejaba a su cuñada y su sobrina, es la causa de que viniera a España en junio de 1909 y se encontrara en Cataluña cuando se precipitaron los acontecimientos.

La Semana Trágica

Vive España en los comienzos de aquel verano de 1909 el fracaso del proyecto renovador de Maura, la famosa «revolución desde arriba», y en Barcelona la marginada masa obrera avanza en un proceso organizativo en el que un hito importante había sido el nacimiento en 1907 de Solidaridad Obrera, confederación gremial que ponía las bases de lo que llegaría a ser un pujante movimiento sindical. Este proletariado militante identificaba como enemigos no sólo a patronos y burgueses, sino también al Ejército y la Iglesia. Al mismo tiempo, el Partido Radical de Lerroux, demagógico y populista, suponía otro polo de atracción para los obreros.

La situación no andaba muy boyante por aquellos meses, con crisis económica y cierres patronales a la orden del día, pero se complica aún más cuando en el Rif se reanudan las hostilidades debido a las actividades mineras en las proximidades de Melilla, y se producen llamamientos a filas en Cataluña. Era la denominada «guerra de los banqueros» en el argot popular y sus víctimas previsibles eran los obreros que no disponían de las mil quinientas pesetas necesarias para eludir el servicio militar. La prensa radical y hasta la moderada hervían de indignación y cuando el domingo 18 de julio se obliga a desfilar por las Ramblas, camino de los muelles, al Batallón de Cazadores de Reus, formado íntegramente por soldados catalanes, la rabia de las esposas y madres de los desventurados estalla implacable. En los días siguientes hay manifestaciones en Barcelona y por toda la geografía española. La agitación crece y la ciudad es ocupada militarmente. Pronto anarquistas y socialistas convocan huelga general para el lunes 26. Los radicales les apoyan. El comité de huelga está integrado por José Rodríguez Romero, en representación de los libertarios, Miguel Moreno, de Solidaridad Obrera, y Antoni Fabra Ribas por los socialistas.

Lunes 26 de julio

La calurosa mañana de ese día, la ciudad está casi paralizada y los obreros llegados de sus barrios al centro se juntan en grupos y fuerzan el cierre de los últimos comer-

cios, mientras se producen enfrentamientos y detenciones. Cuando se comprueba que los tranvías siguen funcionando, la violencia se concentra contra ellos y son apedreados e incendiados. Las autoridades locales deciden declarar el estado de guerra y el capitán general Luis de Santiago se hace cargo de la situación, poniendo en marcha un dispositivo eminentemente defensivo. Mientras tanto, los obreros asaltan las comisarías para liberar a los detenidos.

Por la tarde, cuando los manifestantes se acercan pacíficamente a Capitanía General pidiendo la solidaridad del ejército con el pueblo, son recibidos con disparos que causan varios muertos, determinando esto para muchos historiadores la transformación de la huelga en una abierta rebelión. Al filo de la medianoche, el edificio del Patronato Obrero de San José de los maristas, en Pueblo Nuevo, es incendiado, dando apenas tiempo a la tropa de proteger la salida de los religiosos.

Ocurre entonces que el comité de huelga contacta con los dirigentes políticos, tratando de dar un sentido a los acontecimientos, pero todos: catalanistas, radicales (con Lerroux además ausente), republicanos y socialistas rehúsan cualquier intento de encauzar lo que entienden que está sujeto a su propia dinámica. La situación queda así en manos de los treinta o cuarenta mil exaltados que dominan las calles.

Martes 27 de julio

Los rebeldes levantan por la ciudad centenares de barricadas para defenderse de las cargas de las fuerzas del orden, disparando desde ellas con su escaso armamento. Arden más de treinta iglesias y monasterios. Mientras tanto, en Madrid, La Cierva, ministro de la Gobernación, trata de hacer creer que lo que se vive en Cataluña es una revuelta separatista. Más al sur, en el barranco del Lobo, en las faldas del Gurugú, las tropas españolas son masacradas por los rifeños con más de mil trescientos soldados muertos.

Miércoles 28 de julio

Con la tropa a la defensiva, la ciudad está en manos de los sublevados que han conseguido armas en asaltos al cuartel de Veteranos y a las armerías. Hay tiroteos con la guardia civil, y el ejército apenas interviene. Arden nuevas iglesias y monasterios, y algunos cementerios conventuales son profanados. El carbonero Ramón Clemente será fusilado por bailar, en la plaza del Pedró, con el cadáver de una monja.

Jueves 29 de julio

Con la llegada de abundantes refuerzos, las tornas se invierten y los sublevados, que resisten heroicamente en numerosos enfrentamientos, terminan batidos y dispersados aunque provocan aún algunos incendios. Los miembros del comité de huelga empiezan a contemplar la posibilidad de huir.

Viernes y sábado

Estos días el ejército, con más de diez mil soldados, elimina progresivamente los focos de resistencia que quedan, mientras algunas líneas de tranvía comienzan a funcionar y lentamente se recupera la normalidad.

Domingo

La semana trágica sólo puede decirse que concluye el domingo 1 de agosto, cuando el capitán general de Cataluña telegrafía a Madrid que la situación está plenamente controlada. Como saldo de los hechos hay que señalar que los revolucionarios respetaron centros institucionales y factorías industriales y no hubo asaltos generalizados de tiendas o comercios. Por otra parte, la persecución religiosa sólo provocó tres muertos, de los que uno fue debido al humo. Para ser una huelga general, resultó extraordinariamente violenta, pero es necesario reconocer que como revolución fue muy blanda.

¿Un protagonista de los hechos?

¿Qué hizo Ferrer estos días? Sabemos que a principios de junio deja la residencia londinense donde se había instalado con Soledad Villafranca y se ocupaba en la selección de textos destinados a ser traducidos y publicados en su editorial. La grave enfermedad que afectaba a su cuñada y su sobrina lo trae a Cataluña, y el 17 de junio llega a Montgat. Durante el resto del mes de junio y la primera mitad de julio vive en su casa de Mas Germinal y realiza sólo esporádicas visitas a Barcelona, siempre vigilado por la policía. Entre el 14 y el 18 de julio, se aloja con Soledad en el Hotel Internacional de Barcelona, pero los datos disponibles sugieren que sus relaciones con los dirigentes anarquistas, de Solidaridad Obrera, radicales o socialistas que estaban en aquellos momentos implicados en la movilización contra la guerra no eran muy fluidas y poco pudo influir.

Cuando ya los acontecimientos se han desencadenado, el lunes pasa el día en Barcelona, haciendo gestiones para su editorial, pero también entrevistándose con Miguel Moreno, de Solidaridad Obrera, y Emiliano Iglesias, jefe por entonces de los radicales, con los que cambia impresiones sobre los sucesos. Regresa andando a su domicilio y en él permanece el martes. El miércoles acude a Masnou y Premiá de Mar, donde trata, con escaso éxito, de incitar a algunos de sus conocidos a sumarse a la revuelta. Su «intervención» en los hechos de esa semana termina cuando de regreso a casa se encuentra por la tarde con un grupo de jóvenes que volvían de Barcelona y ante las noticias que traen les anima a la lucha con estas palabras: «*Eso está bien. ¡Ánimo! Es el momento de destruirlo todo*».

El proceso

Durante el mes de agosto, dos mil quinientas personas son detenidas acusadas de participar en los hechos, al tiempo que se cierran periódicos, centros sociales y escuelas laicas. Se busca un chivo expiatorio y la prensa afín al Gobierno comienza una campaña de falsedades contra Francisco Ferrer: presencia en las calles dirigiendo a los amotinados, financiación de los insurrectos, etc. El auto de procesamiento enhebra rumores y juicios de valor para plantear una responsabilidad que no se sustenta en ningún indicio probatorio. Se le busca afanosamente y al fin el 1 de septiembre, de madrugada, es detenido en Alella cuando trataba de huir a Francia. Mientras tanto, familiares, amigos y colaboradores de Ferrer son desterrados a Alcañiz y Teruel y todos sus bienes son confiscados.

Variados fueron los destinos de los miembros del comité de huelga y de los sindicatos y partidos que se adhirieron a la sublevación. Bastantes consiguieron huir, otros fueron apresados el primer día y de poco se les podía hacer responsables. La represión se cebó en los anarquistas de Solidaridad Obrera, algún nacionalista catalán y militantes del Partido Radical. Estos últimos, aunque no los líderes principales, destacaron por las acusaciones que vertieron contra Ferrer. Se repasa muy detalladamente en el libro la instrucción del proceso contra éste, y sus múltiples irregularidades son puestas de manifiesto. De los testigos convocados (105), sorprende en primer lugar la abundancia de militares, agentes de las fuerzas del orden y políticos derechistas, así como la exclusión injustificable de familiares y correligionarios del acusado. Las declaraciones amplifican y validan rumores, tuercen la realidad y tejen insidias para acabar convirtiendo a Ferrer en alma de la sublevación. Las pruebas documentales fueron obtenidas en el registro realizado en su casa y consisten en escritos suyos en los que expresa su ideología o defiende un programa revolucionario, sin que se encuentre ninguna referencia concreta a los hechos de Barcelona.

Se acusa a Ferrer de «*un delito probado de rebelión militar*» y se le pide que elija a su defensor entre una lista de oficiales togados. Optará, debido al simple hecho de la coincidencia de nombres, por el capitán Francisco Galcerán Ferrer, que se comportará de forma leal y honesta. Las sesiones del juicio oral tienen lugar el 9 de octubre en la cárcel Modelo de Barcelona. Comienzan a las ocho horas con el «apuntamiento», una versión abreviada del sumario que precede a la intervención del fiscal. En estos trámites se contemplan resumidas las atrocidades de la instrucción: una maraña de mentiras consigue presentar a Francisco Ferrer como cabecilla de la sublevación. Habla después el defensor, que convencido de su inocencia, se atreve a denunciar las irregularidades del proceso y la debilidad de los argumentos de la acusación. Su honradez le valdrá ser censurado por el auditor por «*exagerar la defensa del reo*» y la apertura de una investigación que al fin quedó en nada. Se permite luego a Ferrer leer un par de cuartillas en las que protesta de su inocencia. A las doce y cuarenta y cinco minutos se da por terminada la vista.

Tras esta pantomima, Ferrer trató de dar ánimos a sus allegados, aunque no se le escapaba lo oscuro de su destino. A las seis de la tarde, el tribunal declara al acusado culpable de liderar la revuelta y le impone la pena de muerte. El fallo es aprobado por el capitán general de la IV región con fecha del 10 de octubre, y esa misma noche, el reo es trasladado al castillo de Montjuic. El Consejo de Ministros del día 12 da el «enterado» y la sentencia se comunica al reo a última hora. Tras despedir amablemente a los sacerdotes que acuden a hablar con él, Ferrer redacta un detallado testamento, descansa apenas unos minutos y escribe varias cartas. A las nueve en punto del día 13 de octubre es fusilado. Sus palabras postreras a los soldados que formaban frente a él fueron: «*¡Muchachos, apuntad bien, y disparad sin miedo! ¡Soy inocente! ¡Viva la Escuela Moderna!*». La mañana siguiente fue enterrado en el cementerio próximo al castillo.

Los hechos provocaron en el mundo la mayor campaña antiespañola jamás vista. Cayó en breve el Gobierno Maura y se mitigó la represión, pero ya nada volvería a ser igual. La sangre derramada de Ferrer hará que sus ideas tengan un éxito que nunca habían conocido y se conviertan en fermento y sustancia del anarquismo español.

El libro concluye tratando de depurar las responsabilidades del asesinato legal que en él se describe. ¿Por qué ocurrió lo que ocurrió? Ferrer estaba en el punto de mira del poder, era vigilado desde hacía mucho tiempo y tras el atentado de Morral de 1906 podía considerársele el enemigo público número uno. Su detención en Alella, dio al Gobierno de Antonio Maura la ocasión que esperaba de ajustar cuentas con él, y ciertamente no la desaprovechó; las medidas que toma en ese momento permiten explicar todo lo que ocurre después. El Ejército fue un instrumento dócil en manos del Gobierno y se sumó entusiasmado a la campaña contra el que se había mostrado un abierto antimilitarista. La Iglesia tampoco escatimó medios para combatir al que denunciaba sus privilegios. Fue decisivo también el apoyo de la prensa de mayor difusión, enteramente al servicio del Gobierno y los partidos conservadores, que actuó de altavoz para las mentiras que se atribuían a Ferrer. Solamente *El País*, órgano nacional de los radicales y periódicos menores asumieron su defensa.

De enemigos como aquellos sin duda podía esperarse algo así, pero sorprende la animadversión de los miembros del Partido Radical que declararon contra Ferrer. Sin embargo, el reciente acercamiento de éste a los anarquistas había motivado una cierta tirantez que contribuye a explicarla. La falta de afinidad con los catalanistas de derechas ayuda

a entender los testimonios de algunos de ellos y la indiferencia distante de otros. Los catalanistas de izquierdas no lo acusaron abiertamente, pero poco o nada hicieron por él. Más extraño es el alejamiento de los anarquistas y socialistas de *Solidaridad Obrera*, pero hay que decir que éstos, aunque habían sido generosamente financiados por Ferrer, nunca dejaron de considerarlo un hombre de otro mundo, un burgués enriquecido, compañero de viaje apenas. Hay que señalar, por otra parte, que no sólo en el extranjero hubo movilizaciones a favor de Ferrer, sino también en distintos lugares de España, y que en ellas participaron los miembros más combativos del proletariado junto a algunos burgueses liberales.

¿Quién mató a Ferrer i Guardia? nos introduce en todos los aspectos históricos, sociológicos y económicos que permiten explicar el estallido de la Semana Trágica y nos acerca después con riguroso detalle a los hechos de aquellos días. Paralelamente, el libro ofrece una aproximación biográfica a la figura de Francisco Ferrer. Son éstos dos relatos casi inconexos, pues éste apenas intervino en la sublevación de Barcelona y fue sólo un poder dispuesto a cualquier arbitrariedad el que acabó por anudar las dos historias. Una fatal casualidad puso a Ferrer demasiado cerca del motín, y el Gobierno de Antonio Maura aprovechó para inculparlo y librarse de él. Con la laboriosa exhumación de todos los detalles del proceso que llevó a la muerte al pedagogo catalán, Francisco Bergasa deja visto para la sentencia de la historia uno de sus episodios judiciales más lamentables.

«¡Oh, justo, sutil y poderoso veneno!»: Los escritos de la anarquía, de Julio Camba

Publicado en *Rebelión* el 8 de septiembre de 2014

Julio Camba es recordado hoy sobre todo por los libros que recogen sus crónicas periodísticas, convertidos en clásicos indiscutidos de la literatura en español. Entre 1908 y 1931 fue corresponsal de diversos diarios en Constantinopla, París, Londres, Berlín, Nueva York y Roma, y en todos estos lugares supo profundizar con ironía en las peculiaridades de los seres humanos que allí encontró y construir anecdotarios plenos de humor que todavía se leen con placer y provecho. Le tocó vivir además momentos históricos clave, lo que contribuye a aumentar el interés de sus textos. No olvidemos, por ejemplo, que el estallido de la Gran Guerra lo sorprendió en Berlín.

Julio Camba nace en Vilanova de Arousa en 1884 en una familia de clase media y se embarca muy joven como polizón para Argentina, donde milita en el movimiento anarquista, realizando agitación social y publicando artículos. Expulsado del país en 1902, regresa a España y aquí sigue colaborando con la prensa libertaria, llegando incluso a fundar una cabecera que tiene breve vida. En 1906, tras el atentado de Mateo Morral, con quien tenía cierta amistad, Julio deja el anarquismo militante y comienza a abrirse camino en periódicos republicanos hasta que en 1913 es fichado por *ABC*, del que será pronto uno de sus columnistas más cotizados. Julio Camba, convertido desde entonces en un escritor de ideología derechista, no dudará en apoyar con su pluma al bando fascista durante la guerra civil. En 1949 se instaló en la habitación 383 del Hotel Palace de Madrid, que sería su domicilio hasta su fallecimiento en 1962.

La editorial riojana Pepitas de calabaza ha tenido la feliz idea de recopilar los artículos iniciales de Julio Camba, correspondientes a su época anarquista, hasta ahora dispersos y casi olvidados, y reunirlos en un volumen con prólogo y notas de Julián Lacalle. A los admiradores de Camba, van a sorprenderles estos escritos. En los primeros de ellos encontramos una reivindicación entusiasta de la Idea libertaria, pero somos testigos de cómo el cúmulo de dificultades que surgen, que incluyen denuncias, temporadas en la cárcel y una eterna precariedad económica, van minando la resistencia de un autor que es capaz de reconducir su talento hacia la crónica humorística que hará su fortuna. Vemos así cómo el mordiente político se eclipsa de forma progresiva.

Los primeros artículos recogidos son de la etapa argentina de Julio Camba. En Buenos Aires, colabora en 1901 y 1902 en el periódico anarquista *La Protesta Humana* con textos que defienden sus creencias con ingenio y contundencia. Ahí está la explotación, generando miseria, y ahí están irremediablemente los libertarios, quijotes decididos a deshacer el entuerto. Se contraponen los dos mundos: por un lado, por ejemplo, sabemos de un accidente en una mina de carbón en Estados Unidos que ha dejado decenas de muertos, de la represión del derecho a la huelga, del barco que llega a la capital con un cargamento de trescientas prostitutas o de niños famélicos que deambulan en pleno invierno por las calles, y junto a todo esto, contemplamos a los burgueses, los dueños de todo, y su indecente exhibición de riqueza. Camba llama a la revuelta como única vía que atajará la injusticia. En un artículo de mayor extensión repasa, utilizando la carta de un viejo amigo, la penosa situación en Galicia, tierra de hambre, caciquismo y opresión clerical, y argumenta contra el mito de la patria con la lucidez de quien ve que sólo la unión de los explotados pondrá fin a la ignominia.

Ya de regreso en España, Camba publica en 1903 diversos textos en *Tierra y Libertad*. En ellos seguimos encontrando retablos de la miseria que convive con la opulencia más obscena en las calles de la ciudad: mendigos, prostitutas, burgueses engalanados; se pone de manifiesto con in-

teligencia y determinación el crimen de los poderosos y la inocencia de los delincuentes. El ideario de Camba es una afirmación de la vida, de las posibilidades infinitas de felicidad que alberga el hombre, y su programa no puede ser otro que una lucha sin cuartel contra los que imponen a los demás la muerte, la negación de estas facultades. Hay contundentes invectivas contra el espolio y la guerra, contra la resignación cristiana del débil y llamamientos al incendio y la violencia purificadora. Su ideal de artista es Zola, a quien dedica un emocionado canto fúnebre.

A finales de 1903, Julio Camba funda con Antonio Apolo un periódico semanal: *El Rebelde*. Su vida será difícil, pues el acoso del Ministerio de la Gobernación le costará innumerables denuncias y llevará a Camba varias semanas a la cárcel en 1904, al tiempo que su ideario insurreccionalista le valdrá la inquina de la familia Urales, que llegará a acusarlo de tener financiación gubernativa. Atacado en distintos frentes e inviable económicamente, *El Rebelde* saca su último número en enero de 1905. En los artículos publicados en él, Camba insiste en sus argumentos: clara conciencia de la miseria y de la explotación que la origina, de un orden inmoral, injusto, que debe ser combatido, pues los débiles son muchos y unidos tendrán fuerza sobrada para imponer la justicia. Tal vez los mejores textos son aquéllos en los que describe la penosa vida española, hedionda de coso y sacristía, y opone a ella como revulsivo la Idea redentora. Y en el momento de escoger un camino para lograr esta liberación, Camba, errado a nuestro juicio, reniega en ocasiones de la instrucción y la cultura, y predica la pasión y la fuerza, al tiempo que contra la moral burguesa defiende un «inmoralismo» que no se sabe bien lo que significa. Son éstos puntos que hacen comprensible la respuesta irritada de gentes como Federico Urales. Hay artículos escritos desde la cárcel y en otros se relatan las peripecias de las detenciones y juicios de esta época.

En 1905 el de Vilanova comienza a colaborar en *El País*, diario republicano de amplia tirada, y también en la revista *La Anarquía Literaria* y en *España Nueva, diario de la noche*. El atentado de Mateo Morral el 31 de mayo de 1906 traerá problemas a su amigo Julio Camba, que se unirán a los procesos que arrastraba de *El Rebelde*, de los que será indultado en octubre. En el verano además, habrá de pasar una temporada en el hospital con un pie enfermo e interrumpirá más de un mes sus colaboraciones en *El País*. Ésta es la época en la que Camba abandona sus ideas revolucionarias e inicia una nueva andadura mucho más escasa de compromiso político.

En los artículos de *El País* hay comentarios sobre asuntos de actualidad, junto a notas de su paso por el hospital con conmovedores retratos de su España negra y doliente. Hay también reflexiones literarias, sobre la Pardo Bazán, Gorki, Villaespesa, Rubén Darío o Baroja. Los anarquistas que éste describe en *Aurora roja* o los que se mencionan en el suelto titulado «El bello gesto» son observados ya con simpatía distante, aunque hay emoción en la necrológica de Élisée Reclus o en la crónica de los sucesos de 1905 en Rusia. La fiebre justiciera aflora poco ya y transmutada sobre todo en ironía escasamente combativa, pero sigue viva la vena anticlerical. Camba se ejercita simplemente en un oficio de escritor ameno y culto que le va a permitir resolver su vida. No pide más ni hay mucho más que destacar en estos primeros intentos, abriéndose camino, del que será príncipe de cronistas y humoristas de las letras hispanas.

Los últimos artículos recogidos en el libro son los de *España Nueva, diario de la noche*, de 1906 y 1907. En ellos la tónica es la misma que en los de *El País*, pero progresivamente vemos como la sorna se afila al tiempo que Camba aprende a manejar sus recursos literarios con maestría, logrando ya páginas inspiradas, tensas de sabia ironía que en nada desmerecen de su producción posterior. Los textos en los que explora el «Aspecto industrial de la Semana Santa», o aquellos gemelos en que compara a La Cierva, ministro de la Gobernación, y Pernales, bandolero andaluz, con saldo bien favorable para el segundo, son ya prodigio de un espectador sagaz e inimitable de los misteriosos asuntos de la piel de toro. En las crónicas parlamentarias de 1907, que titula colectivamente «Diario de un escéptico», su reacción ante la cochambrosa democracia de pucherazos y discursos huecos del régimen de la Restauración que contempla es ya el genial humor absurdo de su estilo inconfundible, rezumante siempre de sorna galaica: «*Si hay algo hermético en el mundo es la conciencia de un ministro de la Gobernación, y no seré yo quien se atreva a profanar ese misterio, lleno de tinieblas*».

El libro recoge también «El destierro», subtitulado «Memorias de Julio Camba», un texto publicado en Madrid en 1907, dentro de la colección «El Cuento Semanal», que describe la vida del autor en Buenos Aires, donde se retrata gozando una bohemia de ideas rompedoras, canciones y mujeres bonitas. Nuestro gallego organiza huelgas y tiene su papel en el comienzo de una de carácter general con amplio seguimiento, pero justo esos días se vota en el Congreso una «ley de residencia» que va a permitir la expulsión del país de todos los anarquistas extranjeros. Así es detenido, embarcado con otros correligionarios y devuelto a España. «El destierro» es el documento que revela la desconexión de Camba de los ideales que habían sido suyos durante varios años. Sin dejar de identificarse con ellos y contemplando con simpatía a algunos de los que fueron sus compañeros en su defensa, la ironía que preside el relato refleja la distancia del que ha decidido dar otro rumbo a su vida. En este texto se encuentra la explicación del título escogido para la recopilación: «*"¡Oh, justo, sutil y poderoso veneno!", decía, hablando del opio, Tomás de Quincey. Justo, sutil y poderoso es también el veneno de la Anarquía, y ningún fumador de opio,*

ningún bebedor de ajenjo, ningún tomador de morfina ni de haschis, ha tenido sus sueños poblados de visiones más hermosas que las visiones que pueblan el gran ensueño anarquista».

Julio Camba comienza su carrera literaria como propagandista de la Idea libertaria. Sus escritos de esta época rebosan convicción, aunque Rafael Cansinos Assens que lo trató por entonces lo describe así en *La novela de un literato*: «*Julio Camba, el anarquista, era en el fondo un sibarita, un aspirante a burgués. Su anarquismo era simplemente un* dilettantismo, *una escarapela para llamar la atención y* epatar, *como sus melenas y su chalina de colores. (...) Era el suyo un anarquismo aristocrático, que odiaba a las masas. Un anarquismo literario, como el que había servido de puente a Martínez Ruiz para pasarse a las filas de Maura y escribir ahora con el seudónimo de Azorín*». El hecho es que la trayectoria de Julio Camba nos regala un buen ejemplo de escritor capaz de reconducir su talento y ponerlo a soplar a favor de los grandes vientos de la historia. Sabemos los frutos que dio de esta forma y se nos escapa lo que podría haber creado de seguir al servicio de los ideales de transformación social que un día defendió.

En «¡Filisteos!», publicado en *Tierra y Libertad* en 1903, Camba arremete contra los escritores vendidos al poder, que representan «*lo que se derrumba*», «*eunucos del serrallo de las ideas, castrados cerebralmente por el amo implacable*». Según él, sólo pueden conocer triunfos pasajeros, pues la misión ha de ser «*triunfar corriente arriba, empujando el pensamiento hacia la cumbre*». Camba contra Camba.

Anarcosindicalismo y derecho (1900-1939), de José Luis Carretero Miramar. Desafiando las normas del capital y construyendo las de un mundo sin explotación

Publicado en *Rebelión* el 1 de febrero de 2024

En su empeño por alumbrar un mundo nuevo, el pujante movimiento libertario español de las primeras décadas del siglo XX tuvo que afrontar muchos retos legales y organizativos. Por un lado era necesario responder con argumentos jurídicos a la persecución del Estado, pero también había que dotar a las asociaciones obreras de reglas de funcionamiento, y más allá de esto había que ir perfilando las bases normativas de la sociedad sin explotación que se deseaba construir.

Todos estos aspectos han sido examinados en *Anarcosindicalismo y derecho (1900-1939)* (Calumnia, 2023) por José Luis Carretero Miramar, abogado, profesor y autor de numerosos textos sobre autogestión, además de biografías de Eduardo Barriobero y Abraham Guillén. Tras un prólogo del abogado y activista Francisco García Cediel, el libro repasa cómo las organizaciones obreras fueron dotándose de una estructura apropiada a su ideología y sus objetivos, las biografías de juristas y letrados que apoyaron al movimiento libertario y las normas legales que se crearon en el transcurso de la Revolución social española. Con su riguroso examen histórico, la obra demuestra que, más allá de clichés, el anarquismo puede servir para aportar al derecho un impulso humanista y emancipador del que carece en la jungla capitalista.

Un esfuerzo de organización horizontal contra la explotación económica

Desde sus comienzos, el movimiento libertario español manifestó un interés por los asuntos normativos mayor que el que solía ser común en el campo anarquista. Así por ejemplo, desde su fundación en 1910 la CNT es una confederación de sindicatos que se esfuerza en dotarse de una organización bien trabada, que garantice la descentralización del poder y su control desde las bases. Un hito importante en esto fue la constitución de los Sindicatos Únicos en el congreso de Sants de 1918, que supuso la reagrupación de todas las fuerzas del trabajo del mismo ramo en una localidad, con la consiguiente agilidad para la toma de decisiones estratégicas. Lo que nació con estas innovaciones fue un auténtico «Derecho Obrero», que respetando la autonomía de individuos y asociaciones, ofrecía las mejores condiciones para enfrentarse al capital.

Carretero considera que la inspiración para esta organización llegó de tres fuentes distintas: la tradición comunal de muchas poblaciones rurales, reivindicada por Joaquín Costa en sus obras y apreciada por los proletarios procedentes de ese medio; el discurso del republicanismo federal de Pi i Margall; y las teorías de anarquistas como Proudhon, Bakunin, Kropotkin o Malatesta. Con estas influencias, la CNT fue capaz de desarrollar una estructura profundamente democrática, de base asamblearia y en la que los delegados a congresos estaban sometidos a mandato imperativo, no existían puestos remunerados y los militantes de partidos políticos no podían optar a cargos orgánicos.

Hay que resaltar que todos estos avances tenían un papel importante también como puesta en marcha y testeo de las normas que habían de servir de fundamento a la sociedad futura. En este sentido, otra innovación valiosa fue la constitución de las Federaciones de Industria para agrupar a los sindicatos únicos de una misma rama que operaban en el ámbito estatal. Aprobadas en el congreso del Conservatorio (1931), estas entidades no sólo ofrecían un avance para coordinar las luchas contra el capital en el presente, sino también un instrumento para modelar la estructura económica de la sociedad libertaria de mañana.

Las Federaciones de Industria, infructuosamente propuestas por el asturiano Eleuterio Quintanilla en el congreso del teatro de la Comedia (1919), salieron adelante en 1931 con el apoyo del sector más «sindicalista» de la CNT, el de Pestaña y Peiró, pero eran rechazadas por el «faísta», que les encontraba peligros burocratizantes, con lo que quedó en el aire con la expulsión de muchos del primer grupo en las luchas internas que siguieron. Con el estallido de la guerra civil, la necesidad de ese nivel organizativo superior se puso urgentemente de manifiesto, pero en unas circunstancias bélicas con características muy particulares.

Los desarrollos normativos de la Revolución social española

En Cataluña principalmente, pero también en otras regiones en las que la sublevación fascista fue derrotada, la industria y los servicios pasaron a manos de comités a las órdenes de asambleas de trabajadores. En las empresas de capital extranjero esto no fue posible, pues hubiera supuesto una expropiación incompatible con la política de la República, y en su lugar se constituyeron «comités sindicales», intervenidos por los trabajadores, que supervisaban las actividades empresariales. El control obrero promovió la supresión de sueldos elevados y personal burocrático inútil y mejoras en horarios y prestaciones sociales.

Esta profunda transformación fue acompañada del desarrollo de un derecho nuevo, con la creación de estatutos por los que habría que regirse. El libro recoge varios ejemplos de éstos, pero también constata cómo el doble poder existente en Cataluña en los primeros meses de la guerra hizo que el proceso no pudiera culminarse y sobre la colectivización «desde abajo» se impusiera una estatización «desde arriba», arruinando el espíritu revolucionario y democrático inicial. Para ilustrar esto, Carretero repasa la participación libertaria en los Gobiernos de la Generalitat, marcada por una triste impotencia.

Al tiempo que esto sucedía en la industria, en muchas áreas rurales se constituyeron colectividades, cuyo funcionamiento se ajustaba a las normas que se dieron a sí mismas. El libro reproduce varios de estos reglamentos, en los que brillan la horizontalidad, la democracia y el espíritu igualitario. Los que no deseaban entrar en el colectivo eran respetados, aunque se les prohibía explotar mano de obra asalariada. Un ejemplo notable de cómo estas comunidades locales dieron lugar a entidades mayores es el Consejo de Defensa de Aragón, que funcionó entre octubre de 1936 y agosto de 1937 y aglutinó en un ente político federal a las colectividades que existían en la región, casi seiscientas en su máximo apogeo. Este organismo fue aprobado por el Gobierno republicano, pero suponía un cuerpo extraño, democrático y asambleario, dentro de la estructura estatal y terminó siendo ilegalizado.

Otro aspecto interesante es la instauración de la Justicia revolucionaria en Barcelona. Tras unas semanas de paralización del Palacio de Justicia, el 20 de agosto se creó la llamada Oficina Jurídica de Barcelona, de la que se encargó a abogados afines al anarcosindicalismo que enseguida se encomendaron la tarea, en sus propias palabras, de «reparar injusticias», revisar «causas sociales» y «rectificar la normativa que no respondía al espíritu del pueblo». Se trataba a fin de cuentas de alumbrar un nuevo orden «inspirado en ideales de justicia y equidad». La oficina se mantuvo abierta ochenta días y dictó más de seis mil fallos, de los que sólo diez fueron recurridos. No sentenció ni una sola pena de muerte.

El acceso de Juan García Oliver al Ministerio de Justicia en noviembre de 1936 supuso sin duda el caso más extremo de colaboración a nivel jurídico entre el movimiento libertario y el Gobierno republicano. En este cargo, el veterano anarquista, entre otras labores, amplió las funciones de los tribunales populares, creó campos de trabajo para los presos fascistas o luchó con denuedo contra la especulación y otras prácticas deshonestas, pero hubo de enfrentar una intensa oposición dentro del Gobierno y no consiguió, por ejemplo, que se aprobara su proyecto de municipalización de la vivienda. No obstante, los ministros anarquistas más boicoteados fueron Juan Peiró (Industria) y Juan López (Comercio).

Los abogados del anarcosindicalismo

Una parte del libro está dedicada a recordar a juristas simpatizantes de los ácratas y letrados que asistieron a éstos en la represión judicial que sufrieron. Muchos de ellos militaban en organizaciones de izquierda y algunos, después de 1931, constituyeron partidos para tratar de llevar las reivindicaciones proletarias al Congreso. Durante la guerra civil no fueron pocos los que colaboraron con comités revolucionarios.

Entre los muchos que fueron, Carretero sintetiza cinco biografías de profesionales del derecho que ejemplifican posibilidades diversas de colaboración con el anarcosindicalismo. Pedro Dorado Montero (1861-1919), jurista y criminalista, fue un catedrático de la Universidad de Salamanca hostigado por los elementos ultramontanos de la docta casa. Él dio a conocer en España el positivismo jurídico que se desarrollaba en Europa y defendió en sus escritos ideas convergentes con las del movimiento libertario. Francesc Layret (1880-1920) combinó el compromiso político de un federalista de izquierdas muy ligado a la clase obrera, con su labor como el letrado más activo del anarcosindicalismo catalán en los comienzos del siglo XX. Murió asesinado por los pistoleros del Libre. Eduardo Barriobero (1875-1939) en algún momento llegó a declararse anarquista, pero militaba como Layret en el republicanismo federal. Fue el

abogado por antonomasia de los libertarios y en una ocasión se ufanó de llevar más de quinientos pleitos relacionados con la CNT, pero no le faltaba tiempo tampoco para escribir novelas, ensayos y biografías. Durante la guerra civil ejerció de abogado jefe de la Oficina Jurídica de Barcelona, antes mencionada. Murió fusilado por los fascistas en el Campo de la Bota. Benito Pabón (1895-1958) fue otro señero letrado en las causas de la CNT, defensor de los procesados por los hechos de Casas Viejas y batallador incansable por los oprimidos. Organizó una columna miliciana en el Madrid asediado y después fue nombrado secretario general del Consejo de Defensa de Aragón y ejerció como abogado defensor en el proceso contra miembros del POUM. Se exilió en Filipinas y luego en Panamá, donde falleció. José Antonio Balbontín (1893-1977), abogado también, destacó por su asistencia a los obreros en lucha por sus derechos y elaboró además una amplia obra literaria. Elegido para las cortes republicanas con el apoyo de los libertarios andaluces, terminó recalando en el Partido Comunista, aunque con una relación intermitente. Durante la guerra civil se le nombró magistrado del Tribunal Supremo y después de ella se exilió en Inglaterra. Regresó a España en 1970.

Anarquismo y derecho, la conexión necesaria

José Luis Carretero Miramar nos muestra en este libro que anarquismo y derecho no son universos tan contradictorios como algunos pudieran pensar y que el movimiento libertario español ofrece probablemente los mejores ejemplos de conexión entre los dos. Podemos y debemos reivindicar la libertad individual como pilar básico de cualquier colectividad, pero el intento de vivir y trabajar en común implica necesariamente el establecimiento de unas normas, que siempre quisiéramos democráticamente elaboradas y libremente asumidas, para regular los cauces por los que ha de discurrir la vida social.

Lo anterior parece incontestable, pero hay que considerar que partimos de una situación en la que los marcos normativos realmente existentes perpetúan la desigualdad, explotación y miseria propias del capitalismo. Las «leyes vigentes» son hoy las de los Estados que eternizan la dominación de la clase social dueña del mundo. Enfrentados a esto, en la época que se estudia en el libro los libertarios constituyeron sindicatos revolucionarios como la CNT y pusieron en marcha un amplio programa de movilizaciones y huelgas reivindicando los derechos de los trabajadores. Cuando el Estado reaccionó con represión y violencia, los proletarios fueron capaces de resistir al sistema sirviéndose de los mismos mecanismos legales de éste, lo cual constituye la primera conexión entre anarquismo y derecho que se estudia en la obra; se recuerda además a los juristas y abogados más destacados que apoyaron esta labor, pagando en muchos casos con la vida su compromiso.

Esta primera relación entre anarquismo y derecho no creó unas «leyes» propias del anarcosindicalismo, pero hay que decir que aparte de esto los libertarios dotaron a sus sindicatos de una organización original, democrática y de base asamblearia, que era capaz también de federarse en entidades cada vez más amplias. La estructura puesta en marcha de esta forma permitió, a través de las Federaciones de Industria, ofrecer una alternativa de democracia social y económica al entramado capitalista.

La tercera conexión entre anarcosindicalismo y derecho en el tiempo estudiado en el libro se produjo durante la guerra civil, cuando en algunas zonas del territorio republicano se pudieron acometer proyectos ambiciosos, tanto de remodelación de industrias y servicios con gestión por parte de los propios trabajadores, como de cooperativas agrarias. Es destacable que estas últimas, en el caso de Aragón, llegaron a dotarse de un ente central de gestión democrática.

Con su repaso de las relaciones entre anarcosindicalismo y derecho para el periodo crucial entre 1900 y 1939 en nuestra piel de toro, José Luis Carretero Miramar nos ofrece un valioso ejemplo de la capacidad del ser humano para autoorganizarse en las condiciones más difíciles y plantear una alternativa armoniosa, igualitaria, democrática y federada al dilatado terror del capitalismo y sus Estados.

El nacimiento de nuestra fuerza, de Víctor Serge. El Noi del Sucre y su tiempo

Publicado en *Rebelión* el 25 de septiembre de 2018

Ferrán Aisa nos recuerda en su introducción para *El nacimiento de nuestra fuerza* los datos esenciales de la vida de su autor. Nacido en 1890 en Bruselas en una familia de emigrados políticos, Víktor Lvóvich Kibálchich recibió un apellido ilustre en las luchas revolucionarias del siglo XIX ruso, y pronto comenzó a trabajar y también a comprometerse con el anarquismo, lo que lo llevó una temporada a la cárcel por su relación con los miembros de la banda de Bonnot. En febrero de 1917 llega a Barcelona y publica artículos en *Tierra y Libertad* firmados por Víctor Serge, su *nom de plume* favorito a partir de entonces. Su experiencia en la Rosa de Foc está novelada en *El nacimiento de nuestra fuerza*, que describe el ambiente de la ciudad en ese año revolucionario y retrata a algunos de sus protagonistas. Tras el fracaso de la gran huelga general de agosto, Víctor abandona España, y pronto lo encontramos en la tierra de sus antepasados, donde colabora con los bolcheviques, pero su identificación con Trotski lo lleva a sufrir exilio al sur de

los Urales y a ser expulsado de la URSS en 1936. Víctor Serge falleció de un infarto agudo de miocardio en el DF mexicano en 1947.

Escrita en francés en Leningrado entre 1929 y 1930, la novela fue publicada en 1931 (Rieder, París) y ese mismo año aparece ya una traducción española de Manuel Pumarega (Ediciones Hoy, Madrid), que es la que ha recogido Amargord en 2017. El narrador y protagonista es un joven profesor ruso que se gana el pan componiendo tipos en una imprenta de Barcelona. Él nos presenta a otros revolucionarios que como él han acabado en esta ciudad, y nos sumerge en su atmósfera bulliciosa y cosmopolita durante el verano de 1917, cuando la Gran Guerra impulsaba la economía y traía a ella desertores de todas las nacionalidades combatientes, bien acogidos y festejados, que hablaban de la cotidianeidad de la muerte y el olor a carroña y mierda de las trincheras.

Se acopia armamento para una jornada revolucionaria y conocemos a los que se entregan a la esperanza a riesgo de su vida, a los aliados y simpatizantes —políticos republicanos e incluso policías— y también a los egoístas que buscan ante todo su provecho personal y piensan en cómo echar mano a los bancos. Salvador Seguí, el Noi del Sucre, es presentado como Darío; él es el líder obrero que electriza a las masas con sus arengas, pero las decisiones corresponden a la cúpula de la CNT, la confederación de sindicatos libertarios que cuenta ya siete años de vida. En las noches estivales, ante una ensalada y unos vasos de vino se hacen planes. Lo de Rusia ha sido sólo el principio; pronto Europa arderá por los dos extremos. La alianza con los republicanos es necesaria, pero la historia avisa de lo que ellos van a intentar hacer luego con los obreros. En cualquier caso, no tienen por qué ser éstos siempre los más débiles.

Pronto hacen su aparición por las calles patrullas de guardias civiles a caballo. Tienen instrucciones de cachear a los sospechosos y detener a cualquiera que vaya armado. Por su parte, el comité de huelga ha ordenado que nadie se deje desarmar. La lucha es inminente y los obreros tienen a veces la impresión de ser los más fuertes, porque les asisten la razón suprema de su miseria. Hay cargas y enfrentamientos que tiñen de sangre las calles, pero en poco tiempo resulta evidente que la huelga revolucionaria ha fracasado. Sólo queda volver al trabajo y prepararse para otra ocasión; Darío (Seguí) cree firmemente que la batalla sindical, bien coordinada, abrirá pronto posibilidades; la explotación es tan salvaje que el pueblo ha de acabar cayendo en la cuenta de que la dignidad exige luchar. Hace falta tener paciencia.

El protagonista parte para Rusia. Por el sur de Francia acompaña a un propietario haitiano que se ha creído lo que dicen los periódicos y ha dejado su país para venir a combatir a los boches. Luego, París, una cárcel que fabrica obuses, calles llenas de heridos y desesperanza, ciudad hostil para él donde consigue que lo aloje un camarada, un ebanista sabio y desolado, que reflexiona sobre la catástrofe con agudeza. Delatado, el narrador pasa unos días en un calabozo hasta que lo llevan a un campamento de sospechosos en Trécy (Normandía). Por el camino lee que los bolcheviques han tomado el Palacio de Invierno. La vida entre los náufragos del desastre, matones y marginales de todos los rincones, felices de mantenerse a unos pasos del infierno, llena páginas memorables. Los revolucionarios reciben alborozados las noticias de Rusia, que hablan ya de dictadura y terror. El armisticio llega tras un frustrado intento de evasión y epidemias de gripe y tifus que se llevan a los más débiles. Cuando Rusia negocia con Francia un intercambio de rehenes, Víctor es incluido y parte para embarcar con mil setecientos compatriotas hacia la revolución. Así arriba a un nuevo mundo que desde el principio advierte que, tristemente, se parece demasiado al viejo.

La convicción revolucionaria y el talento literario de Víctor Serge se aúnan para otorgar a la experiencia narrada en *El nacimiento de nuestra fuerza* un enorme atractivo. Los protagonistas están retratados con morosa precisión, pero el objeto del autor es captar a través de ellos la esencia de un momento histórico decisivo. El capital ha tensado la cuerda y ha generado una respuesta sindical multitudinaria y vigorosa que está en condiciones de hacerle frente. Los de 1917 son los primeros choques en este combate, y es en una estival, cosmopolita y libertaria Barcelona, donde la fuerza proletaria va a asestar uno de los primeros golpes en un ambiente prodigiosamente recreado en la novela, cuyos colores y olores nos seducen desde la primera página. La vida miserable, de jornadas agotadoras y sin esperanza, compensa una apuesta por superarla, aunque sea poniéndola en juego, y ése es el asunto fundamental de la obra

Son memorables también las páginas dedicadas a la Francia en guerra y al campamento de sospechosos, periplo que concluye con la llegada a Rusia. Sobre la vida de Víctor Serge a partir de entonces, tenemos sus imprescindibles *Memorias de mundos desaparecidos*, de las que hay una versión en castellano de Siglo XXI. Él vivió con intensidad sus meses en España, y siguió luego con interés los acontecimientos que aquí se iban produciendo, en cuyos protagonistas veía un paradigma de revolucionarios cabales. En especial Salvador Seguí, a pesar de su temprana muerte, fue siempre para él una referencia insustituible. Así lo describe en una página inolvidable de *El nacimiento de nuestra fuerza*: «*Y la idea que quiero olvidar me traspasa de cuando en cuando como una aguja eléctrica: Darío ha de morir por esta ciudad, por nosotros, por mí, por el porvenir. Todas las mañanas, cuando sale de la casa en que ha dormido, todas las tardes, cuando entra en la trastienda de las tabernas donde le esperan quince hombres —entre ellos un traidor—, a todas las horas de su paciente trabajo de caudillo, se encamina hacia*

este fin señalado para él. Y uno de los hombres que es él (porque somos múltiples y dentro de nosotros hay hombres adormecidos, hombres que sueñan, otros que esperan su momento, algunos que se van, que se diluyen acaso definitivamente) lo sabe: es aquél cuya boca tiene un pliegue de cansancio y cuya mirada rehúye la del amigo para buscar algo a lo lejos, abrigo, refugio, solución imprevista».

Salvador Seguí Rubinat, el Noi del Sucre. Antología. Amplia recopilación de escritos del anarcosindicalista catalán

Publicado en *Rebelión* el 6 de diciembre de 2023

Salvador Seguí representaba, junto a Ángel Pestaña, la vena más reflexiva y obrerista del anarquismo ibérico, y estaba destinado a jugar un rol decisivo cuando el movimiento quedara atrapado en el conflicto inevitable y crucial entre las dos estrategias revolucionarias que anidaban en él. Su asesinato con treinta y cinco años de edad frustró una aportación que hubiera sido crucial y dejó nimbadas por la bruma de otro tiempo su personalidad y su labor.

No había forma mejor de conmemorar el centenario de la muerte de Salvador Seguí a manos de pistoleros de la patronal, que editar una antología de sus escritos, y ésta fue la tarea que decidieron asumir CGT y la fundación que lleva el nombre del malogrado sindicalista. El volumen acaba de llegar a las librerías y trae una presentación de Miguel Fadrique y un prólogo en el que Emili Cortavitarte repasa la vida y la obra del Noi. Se recogen luego artículos de éste en la prensa libertaria, entrevistas, intervenciones en mítines, conferencias y narraciones, en la más amplia muestra de sus escritos existente en estos momentos.

Salvador Seguí nació en Tornabous (Lleida) en 1887 y desde muy pronto hizo compatible su oficio de pintor con un activismo ácrata en el que puso siempre especial énfasis en el desarrollo de la conciencia crítica de los trabajadores a través de la educación. El Noi fue un abanderado también de la unidad de acción sindical, y ello fructificó, por ejemplo, en la huelga general revolucionaria de agosto de 1917, que tuvo gran apoyo en toda España y demostró la capacidad de movilización del proletariado.

Protagonista destacado de muchos acontecimientos de los anarcosindicalistas, como la huelga de la Canadiense, que arrancó a la patronal, entre otras mejoras, la jornada de ocho horas, o el II congreso de la CNT, en el teatro de la Comedia de Madrid, el Noi no pudo librarse de persecuciones y detenciones y en 1920 estuvo entre los deportados a Mahón por su activismo. En marzo de 1923, él y Francisco Comes, otro sindicalista, fueron tiroteados en el barrio del Raval, en Barcelona, y ambos murieron a consecuencia de las heridas recibidas; los asesinos nunca fueron llevados ante la justicia.

Habla el Noi del Sucre

La obra escrita de Salvador Seguí no es tan extensa como la de otros líderes libertarios contemporáneos suyos, pero aporta claves suficientes para conocer su pensamiento y sus opiniones ante los procesos históricos que le tocó vivir. Sabemos así que, contra lo que se ha especulado a veces, era un ácrata convencido y como tal desdeñaba la vía parlamentaria. Sobre ello razona con vehemencia y sólidos argumentos en múltiples ocasiones y en una entrevista de 1919, ante la insinuación de que esperan verle diputado por Barcelona, replica airado: «*Mire, no diga eso. Yo no seré nunca diputado. Es ofenderme el hablar de ello*».

La opinión del Noi ante la Primera Guerra Mundial sintoniza con la de la mayor parte del movimiento libertario, y ve en ella un conflicto entre potencias imperialistas, ante el cual defiende la neutralidad y la protesta antibelicista. Respecto a la Revolución rusa, su criterio va perfilándose a medida que aumenta la información disponible. La impresión inicial es favorable, aunque con ciertas críticas muy atinadas al observar que lo que se impone son las políticas de un partido y no las decisiones democráticas de las organizaciones obreras. En el congreso de la Comedia (1919) apoya la adhesión provisional de la CNT a la Tercera Internacional, pero tres años después —cuando Ángel Pestaña y Gaston Leval relatan lo que han visto sobre el terreno—, vota por revocarla y critica con dureza la dictadura que a su juicio se está fraguando en Rusia.

Recoge el libro artículos sobre problemas de política española, como la guerra de África, asunto también en el que el pacifismo del Noi es radical; exige dejar África a los africanos, para lo cual ofrece su colaboración a los socialistas. En otros textos no renuncia a reflexiones enjundiosas sobre el pasado nacional, de las que concluye que desde la derrota de los comuneros en Villalar, la política del país no está guiada más que por el afán explotador de la casta dirigente. Así, las condiciones de vida de las clases populares son penosas y no hacen más que empeorar, contra lo que no ve otra vía de arreglo que la lucha sindical y revolucionaria.

Respecto a la violencia que va a poner fin tan cruelmente a su vida, Seguí tiene claro que el pistolerismo surge de la voluntad de la patronal de defender sus privilegios económicos a cualquier precio. Las provocaciones eran continuas, pero el Noi declara tajantemente no ser partidario de reacciones viscerales. En un texto publicado póstumamente afirma: «*El resultado de una acción violenta es contraproducente por completo, ya que dicha actuación reporta, además, la pa-*

ralización absoluta de nuestra propaganda y un paro obligado en la ruta ascendente hacia el ideal de una sociedad nueva».

En una época en que el movimiento anarquista contemplaba aún en bastantes casos con precaución la vía sindicalista, Seguí fue un defensor de ésta y contribuyo a que fuera reconocida como una estrategia valiosa. Era además un orador extraordinario, que cautivaba a las masas. En este sentido fue decisiva su intervención en marzo de 1919 en la plaza de Las Arenas, cuando la huelga de la Canadiense había logrado ya sus objetivos esenciales pero algunos se obstinaban en seguir la lucha. Ante veinte mil personas, el Noi consiguió convencerlas de que el acuerdo era positivo y había que reagrupar fuerzas para continuar preparando la revolución.

Tienen interés especial los trabajos literarios de Seguí. En sus dos novelas cortas, *El optimismo de Silverio Salgado* (1922) y *Escuela de rebeldía* (1923), nos describe el despertar de los protagonistas a la seducción de la lucha social contra la explotación y la miseria que reinan a su alrededor, aunque el precio a pagar por la esperanza sea a veces terrible. Se incluyen también testimonios tras el asesinato del Noi y una entrevista a su viuda en 1973, publicada en la revista *Triunfo*.

Un ejemplo vivo

La paradoja de que el mayor enemigo de la violencia en las filas libertarias muriera en un atentado tiene una explicación sencilla que encierra además una lección universal. Con la destitución unos meses antes de Severiano Martínez Anido, sanguinario gobernador civil de Barcelona, la confrontación social por medios pacíficos era una posibilidad real, lo que fue percibido por las élites económicas catalanas como un peligro insoportable. El asesinato del líder más querido y respetado fue la opción escogida, porque ello caldearía los ánimos y permitiría volver a la represión sin cortapisas, vía áurea de los poderosos. En septiembre de ese mismo año, arranca la dictadura de Miguel Primo de Rivera, entre cuyos más estrechos colaboradores va a figurar desde el principio Martínez Anido.

Ha pasado ya un siglo desde aquel 10 de marzo en que por las calles de Barcelona infinitas voces proletarias gritaban un mensaje de espanto: «*Han matat el Noi*». Cien años es mucho tiempo, y me temo que en este caso demasiadas cosas han cambiado para peor. Sin embargo, hay que decir que en nuestro mundo de inanidades parlamentarias, ofuscaciones nacionalistas e incomprensión casi absoluta del trasfondo, económico y brutal, del asunto, recordar la vida y el pensamiento de Salvador Seguí puede ser una poción casi milagrosa contra el desánimo. Esto es así porque su trayectoria nos demuestra, contra viento y marea, que entre las vías posibles de lucha, también ahora, la del sindicalismo revolucionario sigue siendo una de las más prometedoras. Enhorabuena, por ello, a la CGT por honrar la memoria del Noi del Sucre y recargarnos a todos las pilas con la edición de este libro.

La huelga de alquileres y el Comité de Defensa Económica, de Manel Aisa Pàmpols

Publicado en *Rebelión* el 1 de marzo de 2017

Apasionado recopilador de información sobre la historia del movimiento libertario, cuyos ideales comparte desde muy joven, Manel Aisa (Barcelona, 1953) ha participado ya en varios proyectos editoriales sobre las primeras décadas del siglo XX y la Transición española en Cataluña. El libro que nos ocupa, publicado por El Lokal en 2014, analiza la gestación y el desarrollo de la huelga de alquileres del verano de 1931, que culminó en una huelga general de dos días. Se trata de hechos que hasta ahora apenas habían recibido atención por parte de los historiadores, probablemente por considerarlos de menor entidad en la vorágine de aquel año, pero que ponen de manifiesto la combatividad y la capacidad de autoorganización de la clase obrera en aquel momento decisivo.

Aisa rememora su infancia en el Rabal barcelonés y nos acerca a la historia del barrio, que fue arrabal extramuros en sus comienzos y luego zona fabril hasta que el alejamiento de las industrias en las primeras décadas del siglo XX lo convirtió en lugar de residencia para los que acudían a la ciudad en busca de trabajo y demandaban habitaciones o pensiones baratas. La densidad de población se disparó con la necesidad de mano de obra durante la Gran Guerra y después con la Exposición Internacional de 1929, y la ausencia de una política eficaz de construcción de viviendas provocó situaciones de hacinamiento, con barraquismo e higiene deficiente. Los alquileres abusivos se llevaban en esta época una buena parte de los salarios y la crisis económica que siguió no hizo más que empeorar las cosas, enviando a miles de personas al «paro forzoso».

La caída de Primo de Rivera supuso una inyección de optimismo para los obreros barceloneses, que enseguida reorganizaron sus gremios, y el 12 de abril de 1931 en una asamblea del Sindicato Único de la Construcción de la CNT se propuso la constitución de una Comisión de Defensa Económica del Ramo de la Construcción con el fin de estudiar el problema de los alquileres. Éste y el del paro fueron los caballos de batalla en la jornada del 1 de mayo, que terminó con violentos enfrentamientos y varios muertos. Constituida la Comisión ese mismo mes, pronto empieza a organizar la «huelga de alquileres», idea que surge en la estela del movimiento ocurrido en Argentina en 1907.

Mítines en los barrios obreros logran numerosas adhesiones al proyecto y el 5 de julio una asamblea multitudinaria en el palacio de Bellas Artes acuerda comenzar la huelga en demanda de una rebaja del 40 % en los alquileres. Las cifras manejadas por la Comisión, tal vez algo abultadas, hablan de 45 000 huelguistas en julio y 100 000 en agosto. La represión no se hizo esperar y dio lugar en ocasiones a intercambios de disparos, al tiempo que los intentos de desahucio, que incluían el lanzamiento de los muebles a la calle, eran frecuentemente atajados. En agosto, Oriol Anguera de Sojo sustituye a Carlos Esplà como gobernador y la lucha se hace más encarnizada. Santiago Bilbao, presidente del Sindicato de la Construcción de la CNT y cabeza visible de la huelga, es detenido el día 17.

El 2 de septiembre, los más de cincuenta presos gubernativos de la cárcel Modelo, en su mayor parte relacionados con los desahucios, declaran una huelga de hambre, mientras el conflicto del sector del metal que conmocionaba la ciudad se transforma en huelga general. Siguen cuarenta y ocho horas de extrema tensión con seis muertos, veinte heridos graves y centenares de detenciones, que ponen en evidencia cómo la recién inaugurada república mimetizaba sin complejos los modos represivos del régimen anterior cuando se trataba de lidiar con las reclamaciones de las clases desposeídas. Tras la vuelta al trabajo, la prensa obrera llama a la calma y pide que se guarde el coraje para las gestas que están por venir, al tiempo que denuncia las condiciones de los presos hacinados en la Modelo y en el vapor Antonio López, surto en el puerto de Barcelona.

A partir de septiembre, la represión se ceba en los que se resisten a los desahucios y la protesta muere lentamente, aunque se recoge el testimonio de Abel Paz, que vivió de niño la huelga de alquileres que se produjo en su barrio del Clot en 1932. Como aspecto positivo, hay que señalar que el clima de tensión permitió conseguir en muchos casos rebajas en los arrendamientos y alivió así algo la penuria de la clase obrera. El conflicto fue un enfrentamiento directo de ésta con los propietarios explotadores, sin ningún apoyo de los partidos políticos, cuyo carácter reaccionario quedó de manifiesto.

La obra concluye con un repaso a las secuelas de estas reivindicaciones, retomadas por asociaciones como la Unió de Llogaters de Catalunya, editora del boletín *El Llogater*. En los años que siguen, de todas formas, el problema acabará subsumido en las luchas sociales cada vez más enconadas que no tardan en estallar. *La huelga de alquileres y el Comité de Defensa Económica* de Manel Aisa Pàmpols, enriquecido con fotografías y documentos periodísticos de la época, nos acerca a la efervescencia de un momento en el que las masas obreras, concienciadas y conscientes de su fuerza, se preparaban para entablar un combate épico que sobrecogió al mundo.

La revuelta permanente. Memorias de Joan Ferrer Farriol recogidas por Baltasar Porcel

Publicado en *Rebelión* el 16 de septiembre de 2014

En el año 1970, el escritor mallorquín Baltasar Porcel graba en París en torno a cincuenta cintas magnetofónicas en las que Joan Ferrer, viejo militante anarquista, le va relatando su vida: sus experiencias de la Cataluña de principios del siglo XX y las luchas obreras, de la guerra civil, de la resistencia contra Franco y su largo exilio en Francia. Estas conversaciones sirven a Porcel para elaborar un volumen titulado *La revuelta permanente*, que será publicado por Planeta y recibirá el premio Espejo de España en 1978. El libro contiene el testimonio palpitante de un tiempo de enorme movilización y conciencia social en el que todo llegó a ser posible.

Luchas obreras en los comienzos del siglo XX en Cataluña

Joan Ferrer Farriol nace en 1896 en una familia pobre de Igualada. Su padre, jornalero, muere cuando él tiene sólo seis años, aplastado por un fardo de ciento veinte kilos. En sus recuerdos infantiles, el ambiente y las circunstancias de la vida miserable y repetida como una maldición son trascendidos por la Idea libertaria que conoce enseguida y le trae promesas luminosas. Va un año a la escuela racionalista, pero pronto ha de dejarla para llevar un jornal a casa. Desgrana evocaciones de aquellos días en los que llegó a ver a Ferrer i Guàrdia: «*Un hombre de estatura media, con el pelo al rape, y un aspecto afirmativo, lleno de seguridad, dominador*».

Con once años, Joan trabaja en una tenería, curtiendo pieles, y recibe seis pesetas a la semana por once horas diarias de faena. La violencia física y moral lo encorajina. Es una sociedad segregada entre ricos y pobres, mundos que pretenden ignorarse. La religión le pareció siempre un artificio que no aportaba nada a la solución del conflicto esencial. En esa época ya se reúne con otros chicuelos sediciosos como él y lee la prensa libertaria. En 1911 se afilia a la CNT, fundada el año anterior, y enseguida es elegido para representar a sus compañeros en la junta. Cambia mucho de trabajo, pues no soporta impertinencias y vive para la lucha sindical. Conoce también a algunos burgueses que simpatizan con los objetivos emancipadores y se acercan a él más o menos en secreto, tratando de ayudar.

Hay un relato estremecedor de la revolución de 1909 en Barcelona: la rebelión de los reservistas y sus mujeres en el puerto, el toque a rebato en toda la ciudad, las barricadas... Luego, sigue la represión, pero también el ejemplo, y en 1912 las escenas se repiten en Ancona, con Malatesta a la cabeza, contra el envío de tropas a Libia. Joan Ferrer recuer-

da a Anselmo Lorenzo, patriarca del anarquismo ibérico, al que escuchó en Barcelona en una conferencia; falleció en 1914. Y también al Noi del Sucre, alma de las luchas obreras en Cataluña hasta su asesinato en 1923.

Se repasa la historia del sindicalismo en Igualada. Expulsados del local que tenían alquilado en el pueblo, no se resignan y con el trabajo de todos construyen un edificio magnífico con un amplio lugar para las reuniones y otros para las secretarías de los sindicatos; había además una biblioteca y el proyecto fue admirado y copiado. La conciencia llegaba poco a poco al proletariado y se batallaba de firme por mejorar las condiciones de trabajo, con huelgas bien trabadas y coscorrones a los esquiroles. En 1913 se consigue la sindicación de las mujeres, organizando una charla con compañeras que vienen de Barcelona acompañadas del propio Noi. Después resultan ser auténticas leonas en la lucha obrera. En 1915, los del ramo de la piel se lanzan a por las ocho horas, el viejo anhelo. Con unidad, decisión y tiros de aviso para los esquiroles, se logra el objetivo en muchos talleres. En 1916 Joan Ferrer es detenido a consecuencia de una huelga y termina en la Modelo de Barcelona, donde pasa cuatro semanas.

Son recordados después tres igualadinos de origen burgués pero que hallaron el sentido de su existencia en la Idea libertaria. Josep Gené, que trabajó en la organización confederal en Barcelona en la época más difícil de lucha contra los pistoleros del Libre, cuando la vida de los sindicalistas no valía una perrona; se exilió en México tras la guerra. Codina, de vida errante y azarosa; establecido en Orán, con el golpe de Franco regresó a España; sobrevivió a las balas fascistas y consiguió escabullirse de la represión; falleció en Barcelona. Josep Viadiu, lector infatigable y notable escritor; dirigió *Solidaridad Obrera* en los años más duros y fue un puntal de la CNT; cuando heredó, gastó su parte en ayudar a los compañeros que tenían que huir del Libre. «*Los tres honraron a un pueblo que vegetaba en lo gris*».

Joan nos cuenta su experiencia en la gran huelga general de agosto de 1917, gestada mientras la guerra mundial enriquecía cada vez más a los ricos y la explotación se hacía transparente. La unión de fuerzas proletarias lograda fue un aldabonazo en las conciencias. En Igualada, los revolucionarios toman la población por unas horas, sin que haya víctimas. Después, Joan viaja con algunos compañeros a Barcelona, donde los anarquistas siguen la lucha casi solos y al fin son derrotados. Ha de huir y trabaja de incógnito en Martorell, Mataró y El Poble Nou. La huelga sirvió para que la CNT alcanzara un gran auge en los años siguientes. Mucha gente iba comprendiendo dónde estaba la alternativa para la podrida sociedad burguesa. A finales todavía de 1917, se ganan dos importantes huelgas, de fideeros y ebanistas. El año 18 es el del congreso de Sants, en el que se constituyen los Sindicatos Únicos. Éstos suponían un esfuerzo de solidaridad, al englobar cada uno a diversos gremios sectoriales que hasta entonces habían trabajado separadamente.

Los años de 1917 a 1923 son de duras luchas obreras, pero para Joan es también el momento en que su vida cambia cuando conoce a Elvira en un baile de Carnaval en Igualada y se enamora de ella hasta los huesos. Se entienden bien, aunque no faltan los que tratan de ponerla contra «*un culo de cárcel, que no trabaja nunca*». Ella sabe ver la nobleza del muchacho sin vicios que vive para un ideal. Se casan por lo civil y tienen pronto un niño, mientras la economía anda justa y él vende mercancías por los pueblos. Después regresa al taller. Elvira Trull Ventura será la compañera de toda su vida.

Es en esa época cuando, con el conflicto social enconado, la patronal impone un *lockout* y exige la entrega de todos los carnets del Único. El sindicato replica con piquetes armados y huelgas que se extienden; la CNT es ilegalizada en 1918. Joan es detenido y tras ser liberado, viaja a Barcelona, donde participa activamente en las luchas de aquellos años. La espiral de violencia acumulaba muertos y pronto empezaron las expropiaciones. La tesis de Joan Ferrer es que el pistolerismo del Único fue sólo la respuesta a la represión salvaje desencadenada por la burguesía. En otro capítulo se repasan los hitos más importantes hasta la destitución de Martínez Anido y Arlegui en 1922 por el Gobierno de José Sánchez Guerra.

En esos tiempos, arribaban a Barcelona, meca de la anarquía, muchos extranjeros notables, como un exiliado ruso apellidado Maksímov, que es deportado luego en un barco que naufraga en Turquía. Nada volvió a saber de él Joan. Otro ruso que también anduvo una temporada por Barcelona fue Víctor Serge, anarquista individualista por entonces; venía de Francia, donde había colaborado con el grupo de Bonnot y viajará después a Rusia, apoyará a los bolcheviques y sufrirá la represión estalinista. Josep Gardenyes llegaba de un periplo por Francia y Argentina y escribió en la prensa libertaria, pero era sobre todo un hombre de acción, ducho en atentados, atracos y cárceles. El 19 de julio del 36 lucha en las barricadas y es fusilado luego por sus compañeros anarquistas tras apoderarse de joyas en un domicilio particular. Trulloles fue otro desgarrado que venía de América; culto y desastrado, no soportaba la mediocridad ni la explotación; cantaba ópera.

1919 es el año de la huelga de la Canadiense, la empresa que había electrificado Cataluña. La carencia de energía acaba provocando una extensa huelga que al fin se gana. Se pide después la liberación de los detenidos y se consigue también cuando gracias al Noi el proletariado habla con una sola voz. El sindicalismo catalán, poderoso y combativo, se observa con interés desde Madrid, y Pestaña, y luego el Noi, son invitados a pasar por el Ateneo a explicar en qué consiste aquello. No obstante, en la capital existía ya

un grupo muy activo de la CNT, en el que destacaba Mauro Bajatierra.

Solidaridad Obrera, «la *Soli*», había nacido como semanario en 1907 y en 1915 pasó a ser un diario. En 1910, Joan comienza a colaborar como corresponsal en Igualada y en los años siguientes se implica cada vez más. Recuerda a los principales colaboradores de la publicación y también las que aparecían por entonces en otros lugares, como *Acción Libertaria* de Gijón. En ellas se reflejaba el espíritu crítico, ético y multiforme del anarquismo español.

En 1923, la CNT vuelve a la legalidad y se origina una gran conflictividad social, que es uno de los factores, junto a los desastres que se estaban produciendo en Marruecos, que lleva a Primo de Rivera a proclamar su dictadura en septiembre. Siguen años duros en los que los libertarios promueven algún intento revolucionario, como el que es abortado en Vera de Bidasoa en 1924. En 1927 nace la FAI, tratando de integrar a los grupos anarquistas. Joan la contempla con simpatía, aunque él, como tantos otros, continuó manteniendo en solitario la militancia en la CNT. En el fin de la dictadura, en 1930, ve sobre todo un juego de políticos más liberales o simplemente enemistados con el impresentable Alfonso XIII. Malamente representaban los intereses del proletariado, como la historia se encargaría de demostrar.

República burguesa y guerra civil

Con la explotación sigue la lucha en los años de la república y Joan participa activamente en ella. La FAI plantea una estrategia de insurrección que fuerza la situación al límite y en agosto de 1931 llega el manifiesto de los Treinta, que provoca expulsiones y una profunda división entre los libertarios. Joan vivió con dolor estos conflictos y su postura conciliadora y crítica con los más radicales de ambos bandos le valió múltiples ataques. Nos cuenta la historia de aquellos años como un forcejeo desesperado: la conmoción por la masacre de Casas Viejas y el descrédito de Azaña, el triunfo de las derechas y el estallido de octubre del 34, épico en Asturias y tragicómico en Cataluña. Las cárceles se llenan de militantes obreros, que son liberados tras las elecciones de febrero del 36, aunque Joan confiesa que ni siquiera en esta ocasión se acercó a las urnas. En el congreso de la CNT en Zaragoza en mayo se oye un clamor de lucha. Con Largo Caballero receptivo, el proletariado está unido. Donde el golpe fascista de julio es aplastado, provoca, de rebote, la revolución.

En Igualada, la izquierda se hace fuerte en el ayuntamiento y hay una escalada verbal con la guardia civil, acuartelada, pero cuando llegan noticias de lo ocurrido en Barcelona, la situación se resuelve sin necesidad de lucha. Joan viaja al frente de Aragón, ve muchos ánimos y pocas armas y luego trabaja en Igualada en la organización de la nueva vida. Un comité revolucionario con representación de todos los partidos y sindicatos toma el control y el predominio libertario permite experimentos de colectivización que resultan exitosos. En ramos como construcción, transporte o madera se consiguió que todos los estamentos colaboraran con una estructura autogestionada. En otros, sin embargo, algunos talleres aceptaron la colectivización y otros no lo hicieron y siguieron funcionando como hasta entonces; se originó así una competencia que no dio malos resultados. Se cuidaron las escuelas y se crearon comedores, una biblioteca con los libros requisados a los burgueses huidos, una sala de música y un asilo para los ancianos. Joan viajó por Aragón, donde el movimiento colectivista tuvo mayor desarrollo y describe hermosas experiencias que contempló allí.

Durante los primeros meses de la guerra se produjeron en Igualada ejecuciones de elementos derechistas de una forma bastante incontrolada, en el contexto de la eliminación de fascistas peligrosos, pero también de respuesta y venganza ante las atrocidades del bando que había desencadenado la guerra. Joan reconoce los excesos, que disculpa en parte por las terribles circunstancias. Las iglesias fueron vaciadas de imágenes y la mayor transformada en mercado; las monjas fueron invitadas a trabajar de enfermeras y vestir normalmente. A esto siguieron dos años y medio inusitadamente tranquilos.

Joan Ferrer nos da su visión sobre los Hechos de Mayo, una sublevación popular en respuesta a la claudicación continua en la que la gota que colmó el vaso fue el intento de la Generalitat de tomar el edificio de la Telefónica, en Barcelona. Cuando los ministros anarquistas Joan García Oliver y Federica Montseny abortan la resistencia, ya no hay marcha atrás; todo está perdido. Y lo sorprendente es que en Igualada, como en muchos otros sitios, en ausencia de conspiraciones reaccionarias y fuerzas foráneas, la CNT siguió controlando la situación a nivel local después de mayo.

Es también en 1937 cuando la CNT emprende la publicación de un periódico en catalán, *Catalunya*, del que en breve se encarga de la dirección a Joan Peiró. Joan Ferrer es reclutado en Igualada para incorporarse a la redacción en la capital. Describe a Peiró como un hombre de una bondad sin límites que no ejercía de jefe, sino que estimulaba la iniciativa de cada uno. En unos meses, Ferrer asume la dirección y trata de subir el nivel del diario haciendo trabajar más a los redactores y buscando colaboradores de prestigio, que en muchos casos había que traducir porque no escribían bien en catalán. Duró en ello unos ocho meses y se fue luego al frente de corresponsal de la *Soli*. *Catalunya* desaparece poco después, a mediados de 1938.

Joan explica su partida para el frente por la penosa vida en Barcelona. Se incorpora a la 26.ª División —antigua columna Durruti— y además de la corresponsalía se encarga

de dirigir la revista *El Frente*. Paradójicamente, allí la moral era alta, aunque se retrocedía ya bastante de forma controlada. En mayo del 38, participa en la batalla por la Conca de Tremp, pero al poco sigue ya la retirada sin remedio. En Artesa de Segre está a punto de morir en un ataque aéreo. A fin de año, viaja a la retaguardia para avisar de lo que ya es inevitable. No obstante, cuando se reincorpora a la división, ésta combate aún, replegándose hacia La Seo de Urgel.

Tras la caída de Barcelona y en cuanto es obvio que ninguna resistencia militar es posible, Joan Ferrer se une al gentío que huye hacia Francia. Va en compañía de su esposa y su hijo Marcel, un muchacho ya de diecisiete años. A ella la perderán en el camino y no volverán a verla hasta 1947. Doscientas mil personas aguardaban en los bosques próximos a La Junquera a que la frontera se abriese. Bajo la intensa lluvia de la noche la montaña resonaba con la desesperación de los hombres que dejaban su patria.

Caminos del exilio

Pasada la frontera, tras andar varios días son internados en el campo de Argèles. Corre ya febrero y allí permanecerán hasta junio. La vida estos meses fue tranquila, aunque sobraban piojos y enfermedades y faltaban medicinas; una epidemia se llevó a muchos niños. Mientras algunos conservaban la organización militar, los cenetistas constituyeron un «campo civil» menos jerarquizado. Se ofrecía la posibilidad de salir del encierro para ir a realizar diversos trabajos, pero Joan y su hijo rehusaron. En junio son enviados al campo de Barcarès, provisto de barracones, y en el otoño vuelven al de Argèles, reorganizado, donde pasan el invierno. Joan relata muchas anécdotas de la vida allí, dominada por las noticias de represión sin medida que llegaban de España.

Con el estallido de la guerra mundial, los franceses trabajan a los refugiados españoles para que se alisten a luchar por Francia, pero la farsa trágica de la «no intervención» pesa en el ánimo de muchos, entre ellos Joan; después él gana el sustento en la campiña, cuidando caballos y vides. En la época ya de la ocupación alemana —otoño de 1940— Joan viaja con su hijo a Marsella donde esperan un barco para México. Sabe entonces de Elvira, su mujer, que ha sido devuelta a España. Tras unos meses en la cárcel, se establecerá en Barcelona y conseguirá un trabajo de tejedora con el que logrará salir adelante.

Aunque el barco a México al fin no tuvo plazas suficientes, en Marsella al menos nuestros exiliados consiguen papeles de residencia y se libran de la amenaza de los campos. Además, con la ayuda mexicana la vida no era mala. Luego van a trabajar cerca de Carcasona y ven entrar 1942 talando árboles en los bellos bosques del Aude. Siguen a Burdeos, un centro de la ocupación nazi, y son enrolados para construir fortificaciones en la costa, donde sabotean todo lo que pueden.

En 1944 los alemanes se retiran. Se respiraba el fin de la guerra, y las expectativas eran buenas. ¿Podría resistir Franco la caída de todos sus aliados y valedores? Entre los libertarios había esperanza que se volcó en una actividad febril. Joan está esa época en Pau: escribe en la prensa y coordina a los grupos existentes; gente indomable: Ramón Vila, Massana, Wenceslao, Facerías, los hermanos Sabaté, Raúl Carballeira, argentino, que un día dijo a su chica: «*Mira, sin ti y sin dinero puedo vivir, pero sin ideas, no*». Se recuerdan luego hechos de Josep y Quico Sabaté, episodios de lucha que hay que entender como el final heroico de la guerra civil, extinguiéndose en impulsos desesperados.

En 1947 Joan consigue sacar a Elvira de España y la familia se reúne al fin. Es el mismo año que deja Pau para ir a Toulouse y trabajar en una emisora de radio que debía montarse. Asume además la dirección de *CNT*. El 54 lo abandona todo, cuando no soporta el ambiente enrarecido de la dirección. En París, donde estaba su hijo, logra trabajo de vigilante en una fábrica, pero lo deja para hacerse cargo de *Solidaridad Obrera*. En 1962, Franco mueve sus hilos y el periódico es prohibido; se cambia la cabecera, pero al final no hay más solución que incorporarse al periódico de la CNT francesa, *Le Combat Syndicaliste*, que con dirección de Joan Ferrer comienza a salir en parte en castellano. Es el momento de recordar los folletos y libros que Joan da a la imprenta a lo largo de todos estos años, historia social y sindical, pero también una novela y poemas recogidos en *Garbuix poètic*, de 1956.

Las últimas páginas evocan las tristes luchas del exilio libertario, la división y la decadencia. En Francia permanecerá Joan con su mujer y su hijo tras la muerte de Franco, aunque volverá unas semanas a Igualada y Barcelona; en el final del relato, con ochenta y dos años, se declara orgulloso de su vida de lucha. Joan Ferrer Farriol falleció en París el 11 de septiembre de 1978.

El deber de la memoria

La revuelta permanente nos trae la visión y el testimonio de alguien que vivió intensamente la agitación social de la Cataluña de las primeras décadas del siglo XX, que participó en sus luchas y hubo de padecer todas sus derrotas. Por él desfilan personajes centrales de aquel tiempo a los que vemos desde perspectivas inéditas, de Salvador Seguí a Ángel Pestaña, y de Joan Peiró a Quico Sabaté. La protagonista esencial, no obstante, es sólo aquella época insólita, que quedará marcada por su incesante movilización y su estallido de conciencia. A ella debemos acudir con ojos y mente abiertos para conocerla mejor, para tratar de contagiarnos y, cómo no, para aprender de sus errores.

Recordando a Eleuterio Quintanilla

Publicado en *Rebelión* el 17 de octubre de 2014

El asturiano Eleuterio Quintanilla, sindicalista y educador, discípulo de Ricardo Mella y de Francisco Ferrer, es uno de los oradores y pensadores más brillantes del movimiento libertario español en los comienzos del siglo XX. Durante las convulsiones de los años 30, sin embargo, aunque sigue residiendo en Asturias, su imagen se difumina y desaparece del primer plano de la vida pública. Hay un cierto misterio en esto, que queda develado en la biografía que su discípulo Ramón Álvarez Palomo le dedicó en 1973: *Eleuterio Quintanilla (Vida y obra del maestro*), publicada por Editores Mexicanos Unidos. Este libro recoge además una gran cantidad de artículos periodísticos y otros textos de Quintanilla y permite con ello una aproximación ajustada a su pensamiento.

Eleuterio Quintanilla Prieto nace el 24 de octubre de 1886 en Gijón en una familia obrera, primogénito de tres hermanos y cinco hermanas. Acude a la escuela y progresa en la instrucción, pero con trece años debe empezar a trabajar para contribuir al sustento de la familia y lo hace en la fábrica de chocolates de Herminio Fernández, notable liberal que lo va a apoyar siempre y facilitará que haga compatible su oficio con la continuación de los estudios. Pronto frecuenta el Ateneo Obrero de Gijón, en el que ya en 1908 es director de la biblioteca y en 1918 consigue por concurso una plaza de profesor de francés y aritmética.

Es hacia 1904 o 1905 cuando Eleuterio Quintanilla se incorpora a las luchas obreras, participando en mítines en los que defiende con vigor y elocuencia la Idea libertaria y publicando sus primeros artículos en la prensa asturiana de esta tendencia, que tuvo por aquellos años cabeceras como *Tiempos Nuevos*, *Tribuna Libre*, *Solidaridad Obrera de Gijón*, *El Libertario* o *Acción Libertaria* —una lista completa con abundante información la proporciona Ramón Álvarez en el libro citado—. A Ricardo Mella lo había conocido Quintanilla en 1903 en una conferencia que el de Vigo, que por entonces se encontraba trabajando en su oficio de topógrafo en Asturias, impartió en el instituto Jovellanos de Gijón. En 1909 Eleuterio se casa con Consuelo Sotura, con la que tendrá cinco hijas y un hijo. Este año está marcado además por los sucesos de la Semana Trágica barcelonesa, que provocan protestas de solidaridad desde Asturias. Como consecuencia de ellas, Quintanilla y otros compañeros, anarquistas y socialistas, inauguran la cárcel Modelo del Coto de San Nicolás, de Gijón, recién construida. La ejecución de Ferrer origina también mítines y manifiestos de repulsa.

En los años siguientes, el progreso del sindicalismo revolucionario en Gijón desencadena una reacción desaforada del capital, con *lockouts* y contratación de esquiroles a la orden del día. La lucha social se ha tensado al máximo y se producen agresiones contra dirigentes de la patronal, en un caso con resultado de muerte. Se trataba de atentados individuales, fruto de la desesperación por el hambre y la miseria imperantes, pero la respuesta policial y judicial es extrema en los primeros momentos, con detención y apaleamiento de los elementos sindicales más destacados. Sin embargo, el extraordinario talento del abogado Eduardo Barriobero, defensor de los libertarios, hace que al final casi todas las víctimas de la oleada represiva sean absueltas. En el otoño de 1910, Pedro Sierra viaja a Barcelona para representar a los obreros asturianos en el congreso fundacional de la CNT, y el año siguiente se materializa una honda aspiración de los librepensadores gijoneses cuando comienza a funcionar una Escuela Neutra Graduada, cuya inauguración se celebra con un discurso de Rosario de Acuña. En 1914 Quintanilla abandona la profesión de chocolatero y se une a la plantilla de profesores de esta escuela, que en breve pasa a dirigir. Es éste el mismo año en que ingresa en la masonería, de la que se irá distanciando progresivamente hasta ser dado de baja en 1933.

1912 y 1913 son años de intensa actividad para Quintanilla, que participa en mítines por toda Asturias y publica numerosos artículos en *El Libertario*. Contienen éstos llamamientos a la autoorganización del proletariado y la acción directa, y denuncias de las injerencias del Partido Socialista, que maniobraba en defensa de sus propios intereses, lo que provoca polémicas con figuras como Teodomiro Menéndez. Quintanilla tuvo un papel muy destacado en la campaña que se desarrolló a nivel nacional pidiendo la liberación de los compañeros encarcelados por «delitos político-sociales». Esta movilización por los derechos individuales de opinión y expresión consiguió arrancar una amnistía parcial al Gobierno del conde de Romanones a principios de 1913, aunque fue aplicada de forma tan restrictiva que las protestas continuaron.

Es bien sabido que el estallido de la Gran Guerra produjo una profunda división en el movimiento anarquista internacional. Quintanilla se mantiene en principio en el pacifismo, pero cuando el conflicto se manifiesta en toda su crudeza une su voz a los que apoyan al bando aliado contra los imperios centrales, entre los que se contaban conspicuos militantes como Piotr Kropotkin, Jean Grave o Ricardo Mella. Quintanilla expone estas ideas desde las páginas de *Acción Libertaria*, que volvía a salir por entonces en Gijón, produciéndose una agria polémica con *Tierra y Libertad* de Barcelona, que se mantenía en el inveterado antibelicismo de los ácratas. En 1916 publica Quintanilla en *Renovación*, tribuna libertaria que sacó cuatro números en Gijón ese año, una respuesta bien argumentada a un artículo de Luis Araquistáin en la revista *España*, que él mismo

dirigía. A la opinión del teórico de la socialdemocracia de que el sindicalismo es un mero instinto de protesta sin coherencia posible como doctrina y que debe estar subordinado a la acción de un partido, responde Quintanilla que es precisamente el sindicalismo, alejado por igual del anarquismo de tendencias individualistas y del socialismo supeditado al programa de un partido, el que puede articular un movimiento democrático de base y transformador capaz de organizar la nueva sociedad sin explotación.

Se trabajaba ya en esta época en intentos de acción unitaria con la UGT, en los que Quintanilla tuvo un papel destacado, y éstos fructifican en el pacto firmado en marzo de 1917 que conduce a la huelga general de agosto de ese año. Ésta alcanzó gran seguimiento en Asturias y enorme fue después la represión, desarrollándose protestas en los medios obreros pidiendo la liberación de los detenidos. Tras la Revolución de Octubre en Rusia, Quintanilla la saluda al principio como un triunfo de la libertad humana, pero su opinión irá cambiando con la evolución de los acontecimientos.

En el II congreso nacional de la CNT, en el teatro de la Comedia de Madrid, en diciembre de 1919, Quintanilla, en representación del anarquismo asturiano, es un adalid de la estrategia de fusión con la UGT, y propone a este efecto condiciones para la negociación que son desestimadas, imponiéndose otras más maximalistas. En el importante asunto de la organización del sindicato, Quintanilla defiende con vigor y elocuencia la constitución de Federaciones Nacionales de Industria. Éstas, que suponían dotar a la CNT de instrumentos para la regulación de la producción tras el triunfo de la revolución, son rechazadas, aunque serán aprobadas en el congreso del Conservatorio, en 1931. Respecto al debate sobre la Revolución rusa, la intervención de Quintanilla refleja admiración y solidaridad, pero también crítica, al no ver en ella la acción revolucionaria de trabajadores organizados democráticamente, sino de un partido que impone un Gobierno y una dictadura no distintos de otros Gobiernos y dictaduras en sus métodos. Esta reprobación fue decisiva para que la adhesión a la Tercera Internacional se hiciera de forma condicional. Las dudas se resolvieron con el envío de Pestaña a la URSS para informarse sobre el terreno. A su regreso, y tras su demoledor relato, la CNT se retiró de la Internacional Comunista por votación mayoritaria de la conferencia de Zaragoza de 1922. Historiadores del anarquismo como Manuel Buenacasa y Josep Peirats señalan la de Quintanilla como la más lúcida de las voces que se oyeron en el decisivo congreso del teatro de la Comedia. No obstante, el rechazo de sus propuestas influiría toda su trayectoria posterior dentro del sindicalismo, marcada por un apartamiento de los puestos de mayor responsabilidad.

En los años siguientes, Quintanilla continúa plenamente activo en el sindicalismo asturiano, aunque en sus escritos de la época se ve claro que lamenta ciertos aspectos de la línea que sigue la CNT. Encontramos en ellos una gran insistencia en el carácter esencial de las labores educativa y organizativa, y de la búsqueda de objetivos bien definidos de progreso social en los que concentrar la lucha; porfía también en exponer el peligro de acciones desesperadas que traen más mal que bien. Cuando se produjo el intento de levantamiento de la noche de San Juan de 1926 contra la dictadura de Primo de Rivera, Quintanilla fue uno de los detenidos como responsables del complot; hemos de recordar que en aquel momento, el Comité nacional de la CNT, con Segundo Blanco como secretario general, estaba instalado en Gijón. Quintanilla fue de los que apostaron más decididamente dentro de la CNT por una estrategia de convergencia con otras fuerzas sociales para abolir la monarquía.

Con la II República proclamada y tras la división generada por el manifiesto de los Treinta, en el que destacados militantes de la CNT, como Pestaña o Peiró, protestan de la deriva putschista del sindicato y la influencia excesiva (a su juicio) de la FAI, nuestro gijonés expresa en artículos e intervenciones su solidaridad con los disidentes, que acabarían en su mayor parte regresando a la CNT tras la reunificación del congreso de Zaragoza en mayo de 1936. En 1934, prologa el segundo volumen de las obras completas de Ricardo Mella —*Ensayos y conferencias*—, editado en Gijón, y ese mismo año, alienta la Alianza Obrera de fuerzas socialistas, libertarias y comunistas que dará lugar al levantamiento de octubre, aunque desencadenado éste su participación en los hechos no fue muy grande. Hemos de recordar que en Gijón los obreros apenas disponían de armamento y su resistencia fue rápidamente aplastada por las tropas desembarcadas.

Tras la sublevación militar de julio del 36, Eleuterio Quintanilla deja voluntariamente la dirección de la lucha y la organización del poder político en el que convergían los distintos sectores del antifascismo a la nueva generación de cenetistas más jóvenes, casi todos discípulos suyos, mientras él mismo se dedica a garantizar el suministro de bienes y alimentos a la población. A principios de 1937, publica varios artículos en *CNT*, diario recién fundado en Gijón, en los que encontramos una emocionada loa a Miguel de Unamuno tras su fallecimiento y una serie de análisis de la situación internacional que desarrolla a petición del periódico. En septiembre, Quintanilla es encargado por el Consejo Soberano de Asturias y León de la evacuación del tesoro artístico y con el colapso del frente norte se traslada a Barcelona, donde existen indicios de que rehusó una cartera ministerial. Colaboró luego con el Ministerio de Instrucción Pública y Sanidad cuando estaba en manos del cenetista Segundo Blanco. En junio de 1938, representa a la CNT en la Conferencia Internacional del Trabajo, celebrada en Ginebra, y en febrero del año siguiente, aplastada la República

en Cataluña, sale de España con una colonia de ochenta y siete niños, muchos de ellos huérfanos de guerra.

A los pocos meses de la invasión alemana, Eleuterio Quintanilla y su hijo fueron reclutados por las autoridades francesas para la Compañía de Trabajadores Extranjeros, destacada en Roanne (Loira), y allí permanecieron hasta abril de 1943, cuando se les permitió regresar a Burdeos; fue ésta una época dura que dejó secuelas en su cuerpo y su alma. En la capital de Aquitania sigue residiendo Quintanilla tras el fin de la guerra, voluntariamente apartado de las luchas enconadas que agitan en aquel momento la emigración anarquista. En un artículo de finales de 1965, titulado «Visitando al maestro», Josep Peirats, nos lo describe, a punto de cumplir sus ochenta años, achacoso, pero con la felicidad del que conoce a sus biznietos, sumido en sus recuerdos y «*pasando los días en silencio y las noches en cháchara con la almohada*».

Eleuterio Quintanilla falleció en Burdeos el 18 de enero de 1966 y allí fue enterrado. En los artículos que dedica a su memoria, Gaston Leval glosa la figura del obrero que llegó a adquirir una profunda formación y destacar como uno de los oradores más brillantes del anarquismo español; del pensador original que recogió el testigo de las manos del propio Ricardo Mella, su teórico más eminente; del hombre sin embargo que renunció muy joven al papel que sus cualidades podrían haberle hecho desempeñar en el anarquismo. Su discípulo Ramón Álvarez sintetiza su pensamiento con estas palabras: «*Quería educar, instruir, forjar al hombre consciente sin el cual todos los edificios sociales están propensos al hundimiento y las tiranías todas al acecho como amenaza latente*».

Eleuterio Quintanilla acude con treinta y tres años recién cumplidos al trascendental congreso del teatro de la Comedia de la CNT en diciembre de 1919. Llega dispuesto a defender dos ideas que ha madurado con sosiego y que la historia demostrará después que eran esenciales para la estrategia del sindicalismo revolucionario: la unificación con el sindicato socialista, la UGT, y la constitución de Federaciones Nacionales de Industria que coordinaran las acciones de los sindicatos; éstas, aprobadas más tarde, en 1931, serían fundamentales para la organización de la España revolucionaria a partir de julio de 1936. Lamentablemente, las dos propuestas, brillantemente defendidas por Quintanilla, fueron rechazadas. Venció la miopía y la estrechez de miras, y Quintanilla nunca se recuperó de aquel golpe, renunciando desde entonces a cualquier puesto relevante en el movimiento libertario. Su retraimiento fue una lástima pues su trayectoria demuestra lo mucho que hubiera podido aportar en momentos decisivos.

Anarquía, dinamita y revolución social, de Ángel Herrerín López

Publicado en *Rebelión* el 5 de abril de 2016

La difusión del pensamiento anarquista en España en las décadas finales del siglo XIX y los comienzos del XX estuvo caracterizada por el uso de la violencia —a la que solía denominarse «propaganda por el hecho» —, considerada por algunos una estrategia legítima para alcanzar la revolución. El historiador y profesor de la UNED Ángel Herrerín López se propone en *Anarquía, dinamita y revolución social. Violencia y represión en la España de entre siglos (1868-1909)* (Los libros de la catarata, 2011) resolver varias cuestiones en relación con estos métodos de lucha. La primera es si el recurso a ellos actuó como un freno para la propagación de la Idea libertaria o contribuyó, por el contrario, a ella. Por otra parte, cabe plantearse también si la salvaje e indiscriminada represión de esta violencia por los Gobiernos de la Restauración resultó ser un obstáculo o un detonante para esta difusión o pudo influir en la perduración mayor de los atentados en España que en otros países próximos. Son aspectos interesantes a los que el análisis que se realiza permite aproximar una solución.

El libro comienza repasando los orígenes del movimiento obrero en España. Tras una inicial colaboración con los republicanos federales, la efervescencia social tras la Gloriosa y el viaje de Fanelli a España terminan llevando a las masas obreras a una lucha autónoma en la que un hito importante es la constitución en junio de 1870 en el teatro Circo de Barcelona de la Federación Regional Española (FRE) inscrita a la AIT (la Primera Internacional), que inmediatamente (noviembre de 1871) es ilegalizada. En 1872, tras tensiones entre marxistas y bakuninistas, las tesis de estos últimos se imponen en la FRE, que extiende su influencia sobre todo entre obreros y campesinos de Cataluña, Levante y Andalucía. La I República trajo consigo una convergencia con los federalistas más radicales, pero la dura represión en Alcoy, donde los obreros tomaron el control de la localidad de julio a septiembre de 1873, aviva la lección de la Comuna de París y el convencimiento de que es imposible colaborar con la burguesía.

La Restauración de 1874 trae también la de la ilegalidad de la FRE, que ha de continuar su labor organizativa en la clandestinidad, aunque valiéndose a veces de asociaciones culturales o de recreo. En estas condiciones difíciles, el recurso a la violencia prende enseguida entre los que sienten la inminencia del derrumbe del orden burgués y de este modo la lucha obrera, llevada a un callejón sin salida por la represión, se transforma en insurreccionalismo en unos años de franco declive de la FRE. En 1881, el acceso de Sagasta al Gobierno con una actitud más tolerante propicia

un cierto retorno al obrerismo y la constitución de una renovada Federación de Trabajadores de la Región Española (FTRE), aunque la influencia internacional sigue promoviendo la sublevación y el atentado individual como señales que mostrarán a las masas el camino de la liberación. La FTRE tiene una rápida expansión, y pronto se utilizan los delitos comunes implicados en el oscuro asunto de la Mano Negra para someterla a una brutal represión. A partir de 1884 se desata además la violencia laboral en Cataluña con atentados contra patronos e instalaciones como forma de intimidación. Desborda todo esto los planteamientos no violentos de la FTRE que se disuelve en 1888.

En la década de 1890 y los primeros años del siglo XX son frecuentes por todo el mundo los atentados anarquistas contra reyes, jefes de Gobierno y responsables policiales, mientras Barcelona, conocida como la Rosa de Fuego, se convierte en centro destacado de estas acciones, con ataques también a instituciones burguesas y religiosas. Herrerín nos acerca en detalle a lo ocurrido en España en esta época: las protestas del 1 de mayo en 1890 y 1891, ahogadas por la represión; los sucesos de Jerez en enero de 1892, en los que varios centenares de campesinos ocuparon brevemente la ciudad y fueron fácilmente reducidos, pero que se saldaron con torturas, ejecuciones y condenas durísimas; el atentado de Paulino Pallás contra el general Martínez Campos y los del Liceu de Barcelona (20 muertos) en 1893 y la procesión del Corpus de Santa María del Mar en 1896 (12 muertos). Este último dio lugar a los célebres procesos de Montjuic, marcados por infames tormentos y arbitrariedades de todo tipo. La protesta internacional contra estos abusos se unió a las que ya existían contra las guerras coloniales de Cuba y Filipinas y supuso el descrédito absoluto del régimen de la Restauración. La muerte de Cánovas, jefe de Gobierno a la sazón, en el balneario de Santa Águeda a manos de Michelle Angiolillo en agosto de 1897 fue acogida en los medios obreros como una justa reparación por lo ocurrido en Montjuic.

Tras el atentado contra Cánovas se abre un período de cierta calma. Tímidas reformas desde el poder y un replanteamiento de los métodos violentos por parte de los anarquistas, influido por las estrategias sindicalistas que se imponen por entonces en Francia, son decisivos para que esto ocurra. Sin embargo, dos acontecimientos desgraciados van a dar al traste con todo: la huelga general de 1902 en Barcelona, titánica lucha que se salda con obreros tiroteados y un estrepitoso fracaso, y los sucesos de Alcalá del Valle en 1903, en los que los trabajadores tomaron el pueblo en represalia por el asesinato de un miembro de un piquete. La desproporcionada y brutal represión que siguió sirvió de detonante para una nueva ola de atentados en Barcelona y un apuñalamiento fallido de Antonio Maura, presidente del Gobierno, en abril de 1904.

La espiral de violencia seguirá en 1905 y 1906 con sendas bombas en París y Madrid contra Alfonso XIII, recién coronado en 1902. Resultan éstas de un nuevo entendimiento entre anarquistas y republicanos, que buscaban con ellas activar, respectivamente, revueltas populares y pronunciamientos militares, y provocar así la revolución. En Barcelona, esta primera década del siglo XX es también tiempo de explosiones, muchas veces indiscriminadas y duramente criticadas desde los medios libertarios, en alguna de las cuales pudo demostrarse la implicación de la policía u oscuros personajes a su servicio, como Joan Rull (1881-1908). En 1907 y 1908 la violencia pasa a ser un instrumento más de la confrontación entablada entre catalanistas y lerrouxistas. Por entonces, el anarquismo vive un proceso de reestructuración sindical que fructifica en 1907 con la constitución de Solidaridad Obrera, preludio del nacimiento en 1910 de la CNT.

El anarquismo español experimentó siempre la tensión entre los defensores de métodos no violentos y los que predicaban la destrucción por la fuerza del orden existente. No obstante, en este segundo campo es necesario hacer una distinción importante. Por un lado, personajes como Paulino Pallás o Michelle Angiolillo ejemplifican la moral de algunos ejecutores anarquistas, que atacan decididos a los máximos responsables de la represión, aceptando con entereza las consecuencias de sus actos y haciendo apología de sus ideas hasta el último momento. Por otra parte estaban los atentados indiscriminados, que generaban un repudio mayoritario y dejaba mal sabor de boca en militantes y simpatizantes. Sin embargo, la represión de éstos fue tan desproporcionada que logró despertar la solidaridad popular y originar una «propaganda por la represión» decisiva para la difusión del anarquismo.

Otro aspecto esencial que se destaca es que mientras en países como Alemania o Inglaterra los Gobiernos se muestran algo sensibles a las reivindicaciones obreras y surgen plataformas para canalizarlas con políticas reformistas, no ocurre lo mismo en España, donde la dinámica mafiosa de la Restauración arrastra a las masas a la violencia. El análisis permite concluir también que la prolongación en España del período de atentados anarquistas es debida sobre todo a las medidas desproporcionadas con que fueron respondidos. Con *Anarquía, dinamita y revolución socia*l, Ángel Herrerín nos acerca en detalle a las estrategias de «propaganda por el hecho» que el anarquismo desarrolló en sus primeras décadas de implantación en España. La represión subsiguiente se descubre al fin como una de las razones de la pujanza del movimiento libertario que marcará la historia del siglo XX.

Ángel Pestaña, falangista. Anatomía de una mentira histórica, de Sergio Giménez

Publicado en *Rebelión* el 10 de junio de 2020

Un día de febrero de 1934, dos hombres, acompañados de algunos amigos, acuden a la cita que han concertado en el café Glaciar del barrio gótico de Barcelona. Uno de ellos es Ángel Pestaña, anarcosindicalista curtido en mil luchas sociales que acaba de ser expulsado de la CNT y acaricia el proyecto de formar un partido político; las disensiones internas lo han apartado de la confederación sindical que ha sido la gran pasión de su vida y de la que fue elegido secretario general en un par de ocasiones. El otro hombre es José Antonio Primo de Rivera, el carismático jefe del fascismo español. Es él quien ha solicitado la reunión y pretende más que nada sondear la posibilidad de adornar su partido recién fundado, Falange Española, con lo que éste más precisa: una figura proletaria de lustre y renombre.

La reunión transcurre como un intercambio cortés de opiniones y reflexiones que sólo deja claro el abismo ideológico que separa a los dos personajes. No va a tener ninguna consecuencia política, pero a pesar de ello va a ser utilizada de forma persistente para vilipendiar y desprestigiar a Pestaña por todos sus enemigos. Sergio Giménez (Palma, 1976) nos ofrece en *Ángel Pestaña, falangista. Anatomía de una mentira histórica* una aproximación completa y rigurosa a la trayectoria de un líder sindical irrepetible, e insiste especialmente en sopesar las acusaciones de connivencia con el fascismo que se han vertido contumazmente contra él. El libro ve la luz en la editorial jiennense Piedra Papel.

Navegando la tormenta

La primera parte de la obra se dedica a la biografía de Ángel Pestaña. Sabemos así de su nacimiento en febrero de 1886 en Santo Tomás de las Ollas, pequeña localidad próxima a Ponferrada, y de su niñez trashumante por el norte de España, acompañando a su padre, minero, que fallece cuando él tiene catorce años. En Bilbao, lecturas y reflexiones llevan al joven Ángel al anarquismo, con lo que padece sus primeras detenciones y palizas. Peregrino después por el sur de Francia, conoce a la maña María Espes, la compañera de su vida, y en 1908 con ella y las dos hijas que ella ya tenía se instala en Argel, donde va a aprender el oficio de relojero. Desde allí manda artículos a *Tierra y Libertad* y *Solidaridad Obrera*, y cuando con el estallido de la Gran Guerra escasea el trabajo y se complica la situación para los extranjeros en la por entonces colonia francesa, decide viajar a Barcelona.

En tierras catalanas, nuestro berciano se gana la vida de relojero y colabora con los sindicatos y la prensa ácratas, lo que le acarrea continuas detenciones. Forma parte del comité de huelga en las jornadas revolucionarias de agosto de 1917 y unos meses después es nombrado director de la *Soli*, puesto en el que logra notables éxitos. Los años que siguen están marcados por el pistolerismo y aunque él mismo sufre un atentado en Manresa en agosto de 1922 que lo pone a las puertas de la muerte, no aceptará nunca el crimen y el terror como medios de lucha, pues son métodos que le repugnan moralmente y además considera contraproducentes, aunque en ocasiones reconozca que no queda más remedio que recurrir a ellos. En 1920 es comisionado por la CNT para viajar a la URSS e informar de la situación allí con vistas a ratificar la adhesión de la confederación a la Tercera Internacional. Su dictamen será negativo, pues la estancia le sirve para constatar una deriva autoritaria que denuncia en sus libros: *Setenta días en Rusia. Lo que yo vi* (1924) y *Setenta días en Rusia. Lo que yo pienso* (1929).

Durante la dictadura de Primo de Rivera, Pestaña es partidario de un frente común con todas las fuerzas políticas dispuestas a combatirla y participa en los complots que se van sucediendo. Cuando cambian las tornas y la CNT es legalizada (30 de abril de 1930), los problemas no cesan, pues se agudiza la tensión entre sus dos almas, sindicalista y anarquista, que degenera en conflicto abierto. En agosto de 1931 aparece el manifiesto de los Treinta, auspiciado por nuestro relojero, que critica el peligroso aventurerismo de los faístas, y el año siguiente éstos logran que sea expulsado de la CNT. Tras liderar los Sindicatos de Oposición durante 1933, su alternativa personal será fundar el Partido Sindicalista (PS) —constituido en abril de 1934 y con el que consigue un escaño por Cádiz en las elecciones de febrero de 1936 tras recibir más del 60 % de los votos en esa circunscripción—. Todas estas agrias luchas son resultado de la difícil coexistencia dentro de la confederación de los que encarnaban el maximalismo revolucionario y los más prudentes, partidarios de profundizar en la labor educativa en espera de un momento propicio y sin renunciar a reformas que mejorasen las condiciones de vida de los trabajadores.

Ángel Pestaña se encuentra en Barcelona el 19 de julio de 1936. De mañana sale armado a la calle, pero unos militares lo detienen, y con ellos permanece hasta que se rinden al final del día, después de que él acepte hacer de mediador. El PS se suma a partir de entonces al esfuerzo bélico y su fundador y presidente viaja el 1 de agosto a Madrid, se incorpora al Comité Nacional del Frente Popular y participa a las órdenes del ministro de Gobernación, Ángel Galarza, en la organización de las Milicias de Vigilancia de la Retaguardia. Desde ellas, el leonés combate la quinta columna, pero tratando de moderar los excesos represivos. Después es nombrado por Largo Caballero subcomisario general en el Comisariado de Guerra, y en noviembre, con el Gobierno en Valencia, se le encomienda coordinar en Albacete la recepción y distribución de material bélico, tarea que realiza con eficacia pero comprometiendo su salud en el frío manchego; lo cierto es

que la bronconeumonía que ataca allí sus delicados pulmones, uno de ellos atravesado por una bala en Manresa, va a producir recaídas constantes y lo va a llevar a la tumba en un año. Por entonces le resulta irónico ver a algunos de sus más feroces críticos desde el purismo anarquista calentar sillones ministeriales, pero ello no es óbice para que en sus artículos matice sus reproches anteriores a la CNT, alabe la gestión de García Oliver en el ministerio de Justicia, y llegue incluso a ingresar a título individual en la confederación a principios de septiembre de 1937; eso sí, sin disolver el PS.

En los numerosos textos que firma durante la guerra en periódicos como *El Sindicalista*, *Hora Sindicalista* o *Mañana*, Pestaña se expresa claramente a favor de militarizar las milicias para constituir un ejército regular capaz de enfrentarse con éxito a los fascistas, y de moderar los intentos revolucionarios, respetando los intereses de los pequeños propietarios agrícolas e industriales. El volumen autobiográfico *Lo que aprendí en la vida*, publicado en 1933, nos acerca a los quebrantos de su asendereada existencia y a la evolución de su pensamiento, lucha perpetua por restituir al ser humano el potencial luminoso de su libertad. Ángel Pestaña falleció el 11 de diciembre de 1937 en su casa de Barcelona. Al veterano sindicalista se le rindieron honores militares de hombre de Estado, pero por expreso deseo de su familia y de acuerdo con el Comité Ejecutivo del PS, en su funeral no ondeó ninguna bandera.

Sergio Giménez dedica la segunda parte del libro al PS. Su recopilación de datos demuestra que la opción de agruparse políticamente y concurrir a elecciones, aunque minoritaria y receptora siempre de fuertes críticas, puede rastrearse a lo largo de toda la historia del anarquismo. Por otro lado, en España no son raros tampoco los casos de doble militancia republicano-federal y cenetista, como los muy notorios de Eduardo Barriobero o Ángel Samblancat. El PS nació con el objetivo de apoyar la lucha obrera desde la esfera institucional sin inmiscuirse en la labor de los sindicatos, pero no logró que las masas confederales ni sus líderes más destacados se sumaran al empeño. Su programa defendía una organización social basada en sindicatos, cooperativas y municipios gestionados democráticamente y libremente federados. A finales de 1936, el PS contaba con 32 000 afiliados y su estructura sobrevivió a la muerte de su fundador hasta la derrota de la República, cuando quedó muy mermada. Durante el franquismo hubo algunos intentos de refundación que sólo cuajaron en 1976; después, los magros resultados electorales condujeron a su segunda extinción a mediados de los 80.

Dos visiones inconciliables

Las dos últimas secciones del libro están dedicadas a la conversación entre Pestaña y José Antonio, sus causas, detalles y consecuencias. Una minuciosa recopilación de fuentes pone de manifiesto la confusión existente sobre el asunto, pero es posible hallar una explicación plausible de lo ocurrido y discernir un relato probable. Hay que tener en cuenta que, desde que surge, el fascismo español adopta la estrategia de enmascarar su mensaje autoritario, ultracatólico y exacerbadamente nacionalista con una jerga «obrerista» y «sindicalista», conveniente para sumar a su proyecto al proletariado. En esta tesitura, qué mejor forma de encandilar a éste que captar a alguno de sus líderes más conspicuos. A comienzos de 1934, Ángel Pestaña, alejado de la actividad sindical y en fase de gestación de su partido político era un objetivo óptimo para ser tanteado en este sentido.

Con estas expectativas y probablemente en el mes de febrero de ese año, tiene lugar la famosa entrevista en el café Glaciar del barrio gótico barcelonés. Pestaña acude espoleado por la curiosidad intelectual que lo caracterizó siempre, y a las solicitaciones de José Antonio opone las diferencias obvias entre los dos movimientos, materializadas en el papel atribuido a patria, religión y lucha de clases, y en preconizar estructuras sociales diametralmente opuestas. Algunas fuentes hablan de una segunda reunión que podría haber ocurrido en 1935, pero la consistencia de los indicios es débil. Giménez analiza también las acusaciones vertidas contra el PS de haber dado cobijo a elementos quintacolumnistas durante la guerra, o los casos de militantes que regresaron, terminada ésta, a la España franquista para colaborar con los sindicatos verticales. Todas estas situaciones no son exclusivas del PS y muestran sólo opciones individuales que no comprometen la ideología del partido.

Con su meticuloso trabajo en *Ángel Pestaña, falangista. Anatomía de una mentira histórica*, Sergio Giménez deja meridianamente clara la distancia insalvable entre dos concepciones enfrentadas en aquel momento. Por un lado tenemos la visión corporativa de Primo de Rivera, esencialmente antidemocrática y basada en la patria como entidad fundamental, que veía en el Estado un organismo cuyas partes debían actuar sometidas a la cabeza rectora y negaba la lucha de clases. Por otro lado estaba el sindicalismo que Pestaña defendía, que contemplaba la brutal realidad de la explotación capitalista y planteaba el horizonte de una sociedad que la superase, autogestionada y libremente federada, sin patrias ni fronteras.

Hay un abismo entre las dos concepciones, por más que cuando estalle la guerra militantes atrapados en terreno enemigo no dudarán en traspasarlo. Algunos falangistas borrarán así el nacionalismo de su identidad y reivindicarán su sindicalismo para sumarse a los libertarios, mientras que anarquistas, llegado el momento, se pondrán como «salvavidas» la camisa de Falange, en expresión de Queipo de Llano. Son cosas que sucedieron y que nos dicen algo sobre la naturaleza humana, pero no avalan una supuesta compatibilidad de las dos ideologías. Más allá de piruetas

verbales, jergas y posibilismos, los argumentos son claros como el agua clara, y así quedaron sobre la mesa del café Glaciar de Barcelona un día de invierno de 1934.

La guerra de España: paradigma de una revolución, de Abel Paz

Publicado en *Rebelión* el 24 de abril de 2012

Quién no se lo ha planteado alguna vez. Supongamos que algún poder inimaginable nos permite retroceder al pasado. Qué momento histórico privilegiado nos hubiera gustado vivir. Muchos juzgarán que contribuir, aunque fuera mínimamente, en determinados acontecimientos daría sentido a su vida; pensarán incluso que el simple hecho de respirar el aire de aquellos días o contemplar cara a cara a sus protagonistas sería ya recompensa suficiente. Las respuestas serán bien distintas y darán un vislumbre de las obsesiones de cada uno. Yo, por mi parte, lo tengo claro. Mi día es el 19 de julio de 1936, y mi lugar la ciudad de Barcelona. Lo que allí ocurrió en esa fecha bien puede servir para iluminar los desvelos de cualquiera que ansíe un orden social más justo para este mundo nuestro.

Diego Camacho (1921-2009), que había nacido en Almería de padres jornaleros, sí que tuvo la suerte de vivir ese día en la capital de Cataluña, donde regentaba un pequeño quiosco de prensa en el passeig de Sant Joan. Desde entonces se involucró activamente en la lucha contra el fascismo, lo que lo llevaría a conocer los campos de concentración franceses, las cárceles franquistas y el exilio. Años más tarde, Diego Camacho llegaría a ser bien conocido, con el pseudónimo de Abel Paz, como historiador del anarquismo, con libros como *La cuestión de Marruecos y la República española* (2000), *CNT 1939-1951. El anarquismo contra el Estado franquista* (2001), su biografía de Durruti —reeditada varias veces desde 1978 y traducida a catorce idiomas— o los cuatro tomos de sus memorias. En su obra no podía faltar tampoco el relato de sus experiencias en aquellos días cruciales de 1936 en la Rosa de Foc. Ediciones Flor del viento tuvo la buena idea en 2005 de reunir en un volumen los dos textos que Abel Paz les dedicó, publicados por primera vez en Francia: *Guérre d'Espagne* (Hazan, 1997) y *Paradigma de una revolución* (Ediciones de la AIT, 1967, prefacio de Federica Montseny). El libro lleva además un prólogo de Ramón Serrano Ballasch y viene ilustrado con acuarelas de José Luis Rey Vila (Sim) sobre la guerra civil española.

Una traducción de *Guérre d'Espagne*, debida a Ramón Alonso, sirve de introducción al volumen. Se recogen aquí las vivencias del joven quiosquero anarquista en la ciudad trastornada, cuando la rutina diaria se rompe ante la sublevación inminente, los trabajadores velan y el Gobierno hace como si no pasara nada y «*daba la impresión de temer más a los obreros que a los militares*». La noche del sábado 18 de julio, conmocionado por las noticias que llegan de toda España, un enorme gentío exige en la plaza de Sant Jaume que se le repartan armas. A las cinco de la madrugada, comienzan en la ciudad los movimientos facciosos, que son anunciados por la radio y, sólo entonces los guardias que custodian el Palau de la Generalitat distribuyen a su albedrío las escasas armas que les sobran, con lo que la muchedumbre se dispersa para combatir a los insurrectos. Ya en marcha, nada podrá contenerla.

El joven Diego vive esas horas el sueño de la revolución. Son horas de lucha en las que la multitud es protagonista, apoyada por fuerzas leales de asalto y de la guardia civil, y es al fin la victoria, conseguida al precio de mucha sangre. Los coches circulan entonces por las calles y avenidas con las siglas heroicas pintadas en sus carrocerías, y tres golpes de claxon señalan por todas partes de quién ha sido el triunfo. Sin embargo, en la tarde del martes 21 —no del lunes 20 como se dice en el libro—, sorprendentemente, un pleno regional de la CNT decide democráticamente renunciar a la toma del poder. Los anarquistas no quieren algo que está al alcance de su mano pero sería el contrasentido de una dictadura anarquista, quieren sólo la derrota del fascismo y la unión de toda la población con ese objetivo. Lluis Companys sigue así en el Gobierno de la Generalitat y la CNT apoya la constitución de un Comité de Milicias Antifascistas en el que participarán todos los partidos políticos democráticos. El 24 de julio, la columna Durruti parte para el frente de Aragón. El texto termina con la vuelta al trabajo el lunes 27 tras la semana de las grandes conmociones, regreso a la realidad de cada día con la posibilidad pocas veces probada de construir una sociedad distinta.

Paradigma de una revolución llevaba como subtítulo *Las treinta horas de Barcelona* y es con este rótulo con el que se incorpora al volumen. Son ciertamente treinta horas aproximadamente las que van de la madrugada del día 19 en que comenzó la sublevación y las dos de la tarde del lunes 20 en que se rindieron los últimos reductos facciosos. Lo que contiene esta parte del libro es un relato riguroso de los prolegómenos de la revuelta en Barcelona y el desarrollo de la lucha en las calles, sin que falten los itinerarios de las unidades insurrectas por la ciudad y una descripción de los combates en que fueron contenidas y derrotadas. Son los pormenores tácticos de la «batalla de Barcelona» en la que el coraje y la voluntad decidida de las masas fueron capaces de suplir sus deficiencias técnicas y organizativas para conseguir una victoria crucial sobre el fascismo. No faltan tampoco las peripecias de los generales sublevados y los que se mantuvieron fieles a su juramento, y conocemos los de-

talles de la muerte de Francisco Ascaso en el asalto a Atarazanas o las conversaciones de los dirigentes de la CNT con Lluis Companys tras el fracaso de la sedición.

Nunca terminará la discusión sobre lo que podría haber ocurrido si en el pleno del día 21 los confederales hubieran decidido «ir a por el todo», pero queda para la historia la experiencia única de unos revolucionarios que tras cercenar los tentáculos de un poder que se mostraba con su rostro más brutal, optaron libremente por la colaboración y la democracia para derrotar al fascismo al mismo tiempo que se promovía la construcción de una sociedad distinta desde sus cimientos, basada en principios cooperativos. *La guerra de España: paradigma de una revolución*, de Abel Paz, es un libro importante para conocer mejor los acontecimientos de unos días de julio de hace setenta y seis años en que lo imposible estuvo al alcance de la mano.

Rumbo a Zaragoza, de Roberto Martínez Catalán. Crónica de la Columna Durruti

Publicado en *Rebelión* el 12 de mayo de 2022

Tras el fracaso del golpe militar en Barcelona en los combates del 19 y 20 de julio de 1936, se impuso la necesidad de una acción contundente hacia el vecino territorio aragonés y su capital Zaragoza, bastión del movimiento libertario del que llegaban sin embargo preocupantes noticias de un triunfo de los insurrectos. Esta tarea «militar» se integraba plenamente en la dinámica revolucionaria, y es así como Buenaventura Durruti, uno de los militantes ácratas más conocidos y respetados, dio un paso al frente para liderarla. La columna que se organiza entonces y va a llevar su nombre, parte para Aragón el día 24.

El historiador Roberto Martínez Catalán (1984) nos ofrece en *Rumbo a Zaragoza*, volumen editado por Rasmia en 2019, una crónica de esta columna hasta el momento en que se produce su militarización a finales de 1936, ya después del fallecimiento de Durruti en Madrid. La obra trae además un capítulo inicial sobre los debates de los anarquistas en los años previos acerca de las conexiones entre lucha revolucionaria y estructura militar.

La violencia en la estrategia revolucionaria de los anarquistas

No eran pocos entre los libertarios españoles los que abogaban por la insurrección armada como instrumento revolucionario, ya desde los orígenes del movimiento en el siglo XIX, pero un hito importante en esta tendencia es el nacimiento en mayo de 1932 de los cuadros de defensa confederal, que deberían coordinarse en un aparato paramilitar con el que enfrentarse al ejército. Los fracasados alzamientos del año siguiente, promovidos por los más belicosos de los ácratas, apóstoles de la «gimnasia revolucionaria», generaron amplia frustración y críticas, y debilitaron a la CNT, con lo que tras el también frustrado levantamiento de octubre de 1934, capitaneado por los socialistas, los libertarios decidieron dotarse de una organización más apegada a la realidad de los hechos. Así es como se constituyeron a nivel de cada barrio los comités de defensa, cuyas funciones minuciosamente planificadas y delimitadas los hacían capaces de pilotar la transición a una estructura «militar» cuando lo hiciera necesario el desencadenamiento del proceso revolucionario.

Intensos debates jalonaban siempre, en los congresos confederales de aquel tiempo, las propuestas de estar preparados para asumir características de un «ejército» en cuanto fuera necesario defender la revolución en marcha. Sin embargo, los hechos van a imponerse muy pronto a las disquisiciones teóricas. En julio de 1936, los comités de defensa de los barrios resultan imprescindibles para derrotar al fascismo en las calles, y conscientes todos de la magnitud de la lucha que apenas comienza, se acomete inmediatamente, de forma entusiasta y sin discusión, la constitución de milicias dispuestas a partir para el frente.

Tras la renuncia de los libertarios a «ir a por el todo» en su pleno del 21 de julio, se crea el Comité Central de Milicias Antifascistas (CCMA), con participación de todos los partidos y sindicatos democráticos, aunque también con sus puestos más importantes en manos de los anarquistas. Por una decisión del CCMA, que el autor del libro considera un error, el reclutamiento y adiestramiento de las milicias que van a partir para el frente se encomienda a las diferentes organizaciones, lo que va a dificultar la unidad de acción. Sin embargo, se reconoce que en la situación existente, de atomización de poder y disparidad de proyectos, no es fácil que otra alternativa hubiera sido posible.

A Zaragoza

A nadie se le escapaba la relevancia de la capital aragonesa en aquel momento, y su liberación se convirtió en objetivo prioritario. El fervor colectivo hace que los obreros acudan en sus barrios a los comités de defensa, constituidos ahora como comités revolucionarios, donde reciben armas, pertrechos y algo de instrucción militar. El día 24 a las 9:30 de la mañana, a través de la radio y en nombre del CCMA, Durruti convoca a las 10 en el Paseo de Gracia a los que estén dispuestos a acompañarle. Así, poco después del mediodía, los voluntarios parten para Zaragoza entre aclamaciones del público.

Componen la columna noventa y seis vehículos, entre ellos una treintena de autocares y sesenta camiones con milicianos, más otros con provisiones y piezas de artillería, ambulancias y hasta varios vehículos blindados. Se calculan

dos mil y pico integrantes, con mayoría de cenetistas, pero también con militantes de otras tendencias. Al frente, junto a Durruti y como asesor militar, va el comandante Enrique Pérez Farrás, miembro de la Esquerra y próximo a Lluis Companys, pero no va a tener un rol importante y desde el principio el consejero en estos asuntos va ser el sargento de artillería José Manzana. Otros ochocientos milicianos, predominantemente libertarios, parten en tren esa misma tarde de encabezados por Antonio Ortiz. En los días y semanas siguientes no va a cesar un goteo de columnas hacia diversos sectores del frente aragonés.

En estos contingentes era de destacar la ausencia de distinción neta entre mandos y tropa y la toma democrática de las decisiones, que luego obviamente eran vinculantes. Entre los libertarios era llamativa además la omisión de galones, saludos, desfiles y otras marcas de un ejército tradicional. El día 25 por la mañana, los de Durruti coinciden en Lérida con otra columna, organizada por el POUM y comandada por Manuel Grossi y Jordi Arquer. Las conversaciones entre los dirigentes de las dos formaciones revelan la gran confianza de Durruti en una rápida liberación de Zaragoza, que sería alcanzada por los suyos sin necesidad de colaboración con la otra columna.

Ese mismo día por la tarde se toma Caspe y se divide el territorio entre las dos milicias ácratas. Así, los de Durruti van a operar al norte del Ebro y la orilla derecha queda para los de Ortiz. Fue esto un error, pues los mayores efectivos debían haberse emplazado al sur, para poder avanzar hasta Zaragoza sin tener que atravesar el río. El día 26, la columna septentrional progresa sin apenas resistencia y ocupa Bujaraloz, Valfarta y La Almolda, pero en el camino hacia Pina de Ebro, un ataque de la aviación facciosa provoca algunos muertos y una desbandada que obliga a Durruti a replantear la estrategia. De regreso en Bujaraloz se recaba información sobre las fuerzas enemigas y se organizan los combatientes en centurias que eligen a sus jefes. Asimismo, cada cinco centurias constituyen una agrupación, estructura que va a ser típica de las columnas libertarias hasta la militarización. En estas actividades necesarias se fue un tiempo precioso.

El avance se reemprende el 8 de agosto, cuando se liberan Gelsa, Osera y Pina de Ebro tras escasa resistencia. En los días siguientes se consolidan las posiciones con la toma de los Calabazares Altos, desde los que se divisa la capital aragonesa a unos veinte kilómetros. Sin embargo, en ese momento el CCMA ordena detener la marcha hasta que los de Ortiz, que progresan con mayores dificultades al sur del Ebro, hayan conquistado Belchite y Quinto, y con ello enderezado el frente.

El frente estabilizado

Con la guarnición de Zaragoza reforzada con tres mil requetés y los puentes del Ebro volados, el sueño de tomar la ciudad con rapidez se desvanece, lo que es un duro golpe para Durruti. Además, la posibilidad de aumentar los efectivos propios es dificultada por la organización en esas fechas por la Generalitat y a espaldas del CCMA, de una expedición a Mallorca que resultará un estrepitoso fracaso. El frente queda estabilizado pues, y así va permanecer mucho tiempo, con una enorme penuria de armas en las fuerzas leales y la actividad bélica reducida a unas pocas escaramuzas y operaciones de guerrilla. Mientras tanto en Madrid se constituye el Gobierno Largo Caballero (4 de septiembre) y en Barcelona el CCMA se disuelve y cede todo el poder a la Generalitat (1 de octubre).

Del análisis que se realiza en el libro, no parece que la acaparación de armas en la retaguardia por distintas organizaciones fuera un factor decisivo en este momento de la guerra, aunque en las primeras semanas ese mismo material podría haber facilitado un rápido avance que abortara los planes de los sublevados; sin embargo, la marginación del frente aragonés por el Gobierno central sí fue un escollo importante. Se hizo imprescindible enseguida una coordinación entre las columnas de diverso signo político, y así, por ejemplo, los de Durruti acuden a finales de agosto a colaborar con los del POUM en operaciones sobre Huesca, y a principios de octubre, tras resistir con éxito una ofensiva facciosa, se desplazan otra vez al norte a apoyar a estas mismas fuerzas.

En octubre también, con el recrudecimiento de la embestida sobre Madrid, comienza a barajarse en las alturas la posibilidad de enviar allí a Durruti con parte de su columna, mientras los distintos Gobiernos hacen planes para una militarización de las milicias, a la que los libertarios se oponen. Tras arduas discusiones, el leonés acata la decisión de un pleno de la CNT de que viaje a Madrid, donde el 20 de noviembre va a perder la vida en un extraño incidente cuya responsabilidad es aún objeto de debate.

La falta de disciplina en el contingente ácrata resultó un problema en los primeros momentos, pues la autodisciplina invocada no funcionaba en ocasiones, originándose situaciones de penoso descontrol. Así se decidió imponer algunas medidas coercitivas, aunque tratando siempre de hacer compatible la eficiencia con la democracia. Los testimonios de combatientes de otras organizaciones apuntan a que la columna Durruti logró una gran capacidad de lucha.

El fin del sueño

La militarización avanzaba y los flamantes ministros anarquistas nombrados en noviembre eran incapaces de influir en el proceso. De esta forma, los líderes libertarios optaron por militarizar sus columnas, mientras las bases de éstas en muchos casos veían con preocupación la deriva impuesta, lo que va a desgarrar aún más el movimiento. Sin embargo, para el autor del libro no había alternativa viable que oponer a esta dinámica.

La columna Durruti había quedado en Aragón al mando de Lucio Ruano, un personaje de maneras tiránicas, y cuando éste acomete la militarización en diciembre, tropieza con amplia resistencia. Sustituido en enero por José Manzana, al fin alrededor de un 60 % de los milicianos aceptan integrarse en la nueva estructura. En el plano militar, en febrero los facciosos lanzan una ofensiva que es controlada; en marzo, la División Durruti trata de avanzar y después, en abril, colabora en operaciones sobre Huesca. Es ésta una época de continuos retrocesos del movimiento libertario a nivel político, que va a desembocar en los Hechos de Mayo.

La División Durruti pasa a nombrarse 26.ª División en el mes de abril y en mayo se pone al frente de ella a Ricardo Sanz, mientras a pesar de estar encuadrada en el Ejército regular prosigue la penuria de material. En los meses de junio y agosto, las fuerzas participan en ofensivas sobre Huesca y Zaragoza (batalla de Belchite) respectivamente. En este último mes se procede a disolver el Consejo de Aragón, hito postrero de la derrota de la revolución social en aquellas tierras.

Un capítulo final analiza el panfleto de Jaime Balius *Hacia una nueva revolución*, publicado en enero de 1938. Martínez Catalán defiende el acierto de éste al denunciar el que a su juicio fue el error crucial de los libertarios en julio de 1936 en Barcelona, esto es, negarse a tomar el poder político y renunciar a imponer un Gobierno revolucionario democrático, con su Ejército y su Policía. Sin embargo, en el contexto de la España republicana y con la disparidad de enfoques en el campo antifascista no es fácil que este empeño hubiera podido materializarse con éxito. La decisión de los anarquistas de «colaborar» con todos fue utilizada para ir erosionando su influencia de forma progresiva, pero resulta discutible que otra alternativa hubiera podido funcionar mejor.

Rumbo a Zaragoza nos acerca en detalle a la historia de una milicia libertaria emblemática de la guerra civil española, pero ejemplifica también las fases de un proceso que se manifiesta en otros escenarios del conflicto. El entusiasmo de los comienzos hizo que la búsqueda de una estructura que aunara los principios libertarios con la eficacia en el campo de batalla pudiera resolverse. Sin embargo, de poco sirvieron estos progresos, pues la dinámica impuesta desde arriba condujo a la desmoralización y el abandono de cualquier objetivo revolucionario. La deriva de los confederales durante la contienda fue una continua claudicación ante los que manejaban los hilos de la trama con astucia y acabaron prevaleciendo. Respecto a las secuelas de la columna Durruti, es interesante señalar que concluida la guerra española, no pocos de sus combatientes sacaron provecho de su experiencia militar y prolongaron la lucha contra el fascismo más allá de los Pirineos, encuadrados en la resistencia francesa e incluso después en el Ejército de la Francia Libre.

La comparación de los hechos estudiados en el libro con la revuelta de Ucrania de 1918 a 1921 puede resultar adecuada, porque allí también los anarquistas fueron capaces de hacer compatible su respeto a la iniciativa individual con el éxito militar, aunque al final fueran derrotados por la fuerza del número. Analizados en detalle, todos estos casos nos demuestran que los valores libertarios no son desventajosos, sino que constituyen un estímulo notable en cualquier lucha por la emancipación humana.

Adenda. 14/05/2022: Agradezco a Agustín Guillamón algunas precisiones sobre el viaje de Durruti a Madrid que ayudaron a mejorar el texto.

Memorias (1936-1938). Hacia un nuevo Aragón, de Joaquín Ascaso

Publicado en *Alasbarricadas.org* el 10 de noviembre de 2013

Primo carnal de los también militantes libertarios Domingo y Francisco Ascaso, Joaquín Ascaso jugó un papel destacado en el Consejo Regional de Defensa de Aragón (CRDA), constituido en 1936 como una forma organizativa original que trataba de conciliar las ansias de autogestión de muchos obreros y campesinos aragoneses con el sistema político y la estructura administrativa de la II República. La colección Larumbe. Clásicos Aragoneses, promovida por varias instituciones de esa región, recogió en 2006 las *Memorias* de Joaquín Ascaso en las que relata sus vivencias de aquellos años decisivos. La edición estuvo a cargo de Alejandro R. Díez Torre, profesor de la Universidad de Alcalá y autor de importantes trabajos sobre la historia contemporánea de Aragón.

En la introducción del libro, Díez Torre presenta una breve semblanza de Joaquín Ascaso y sabemos así de su nacimiento en 1906 en Zaragoza en una familia obrera, de su trabajo como albañil y de su participación muy pronto en las luchas sociales, desempeñando labores de responsabilidad que lo llevaron en 1936 a la presidencia del CRDA. Conocemos también algunos datos sobre su exilio americano tras la contienda y su militancia libertaria activa y continua hasta su fallecimiento en 1977.

Joaquín Ascaso comienza sus memorias, a manera de prólogo, con un texto de 1938 que plantea sin ambages la terrible afrenta que supuso la disolución del CRDA en el verano de 1937. Esta institución había tratado de encauzar los anhelos revolucionarios del pueblo aragonés en un proyecto federal y democrático, pero se vio casi siempre rodeada de la incomprensión y el desprecio de los Gobiernos central

y catalán. Ascaso argumenta cómo las interminables concesiones populares en aras a abrir la colaboración internacional con la República no habían producido ningún resultado en ese momento y se hacía necesario, según él, recobrar el entusiasmo y el impulso profundamente revolucionario y democrático del 19 de julio de 1936.

Tras el prólogo, Ascaso nos habla de su presencia accidental en Barcelona los días de la sublevación fascista y su partida poco después para su tierra aragonesa con la columna Durruti. En Bujaraloz se separa de ella junto a Antonio Ortiz, al ser nombrado éste jefe de una segunda columna —luego Sur-Ebro y más tarde 25.ª División—, que establece su cuartel general en Caspe y aglutina contingentes catalanes y aragoneses. Los trabajos de Joaquín desde allí consisten sobre todo en organizar las fuerzas y asegurar la estabilidad de la retaguardia, y se manifiesta crítico con la escasez de recursos militares asignados a esta zona del frente por el Gobierno central y cálidamente elogioso del heroísmo y la moral combativa de las tropas.

En octubre de 1936, un pleno de los sindicatos de la CNT aragonesa, reunido en Bujaraloz, acuerda constituir el CRDA para hacerse cargo de «*todo el desenvolvimiento político, económico y social de Aragón*» con participación de todas las fuerzas antifascistas. No sin resistencia por su parte, Joaquín Ascaso es nombrado presidente del Consejo, y él acepta a condición de que se le permita simultanear este cargo con su actividad en la columna Sur-Ebro. El CRDA se instala provisionalmente en Fraga, se organiza y lanza sus primeras circulares. Era necesario además viajar para recabar los apoyos de los dirigentes catalanes y del Gobierno central, y eso hacen Ascaso y varios delegados más y no con malos resultados. Companys, Azaña y Largo Caballero manifiestan solidaridad y comprensión con el proyecto y el último solicita un documento firmado por los representantes de todas las fuerzas antifascistas, expresando sus fines y el enlace previsto con el Gobierno de la República.

Comienza entonces con ahínco la creación de consejos locales y comarcales que dan una base sólida al CRDA. Por estas fechas muere Durruti en Madrid (20 de noviembre), lo que resulta un duro golpe pues siempre fue un sólido apoyo del proyecto. En diciembre se rubrica al fin un documento que contiene el pacto entre todos los sectores que constituyen el CRDA. Es éste un gigantesco paso adelante en la difícil situación, con el fascismo enfrente y la máquina burocrática del Estado derrumbada. Joaquín Ascaso argumenta a favor de la labor realizada por el Consejo en su primera etapa, hasta la incorporación a él de las otras fuerzas del Frente Popular, ingente trabajo de organización asumido por los confederales.

Se trata después de la unidad de acción conseguida en Aragón entre las dos grandes centrales sindicales, CNT y UGT. Era ésta, sin duda, condición necesaria para la victoria, y las dos organizaciones firman un «pacto de unidad de acción» que desde el respeto mutuo plantea un frente común en los aspectos fundamentales: dar por buenas las incautaciones hechas y apoyo a las colectivizaciones. Las influencias partidistas ajenas a Aragón harían que este sueño de unidad durara sólo unos meses. El 23 de diciembre aparece en la *Gaceta de la República* el decreto de creación del CRDA, que deja insatisfechos a los que le habían dado vida, pues ofrece sólo una tímida descentralización administrativa. Parece ser que aunque Francisco Largo Caballero y algunos ministros —sobre todo los anarquistas, con Peiró a la cabeza—, apoyaron la propuesta inicial, otros se opusieron y acabó ganando en la votación una versión desfigurada del proyecto. Por estas fechas, el Consejo se traslada a Caspe, donde tendrá su sede hasta su disolución.

En enero de 1937, los consejos locales provisionales son renovados democráticamente, lo que da una mayoría absoluta global a la CNT (1183 consejeros), seguida de la UGT (618) e IR (269). Se detallan también las dificultades que tuvo que afrontar este proceso, que parten sorprendentemente de las propias filas anarquistas, cuando sectores ligados a los comités provisionales temen una vuelta a la política anterior que creían superada. Puestas estas bases, comienza el CRDA a desarrollar ideas ambiciosas y ya en marzo de 1937 se aprueba un decreto de municipalización de la vivienda. Los ayuntamientos podrán disponer para los usos que consideren convenientes de las viviendas abandonadas por sus dueños. Asimismo, espectáculos públicos, tierras comunales y aquéllas que no pudiesen cultivar por sí mismos sus propietarios pasaban a usufructo del municipio, que podía ponerlas bajo custodia de las organizaciones proletarias. Respecto a la industria, se promueve un control obrero de las fábricas, pero en un marco de economía socializada en el que el CRDA puede redistribuir las ganancias generadas en los diferentes sectores.

Con estos principios, arranca una nueva etapa histórica, cuyo modelo económico repasa Joaquín Ascaso esquemáticamente. Se apoya a las colectividades, pero sin abandonar a los pequeños propietarios. Las industrias funcionan a buen ritmo y los ingresos y pérdidas son socializados. En una entrevista que aparece en *Le Libertaire* el 18 de marzo del 1937 e incluida en el libro, Ascaso se muestra optimista sobre el funcionamiento económico conseguido, con un aumento de la productividad en todos los sectores. En este contexto, y coexistiendo con otras formas de organización, se desarrollan en muchas partes de Aragón y en algunas con gran intensidad, estilos de vida correspondientes al comunismo libertario. Se pone el ejemplo de Ariño, donde se racionan el trabajo y el consumo, intercambiándose los excedentes con otros pueblos. En Graus, el nuevo sistema es gestionado conjuntamente por CNT y UGT. Ascaso afirma no haber sido promotor de estas iniciativas, por cohe-

rencia con sus reiteradas declaraciones de respeto por la libertad de trabajo y las pequeñas explotaciones.

Se discute después la política de orden público desarrollada por el CRDA, en la que tuvieron papel protagonista Adolfo Ballano, consejero de OP, y Francisco Foyos, delegado general de OP. Tuvo por fin esta política someter a los incontrolados que actuaron a su albedrío en los primeros momentos y encauzar todas las actividades de persecución de los elementos fascistas de la retaguardia a través de las fuerzas dependientes del Consejo y los tribunales populares establecidos al efecto. El asunto que trata después Ascaso es ciertamente penoso, pues son los conflictos y tensiones en las relaciones comerciales entre los Gobiernos de Aragón y Cataluña. La visión de Ascaso es que esta última organizó peor su vida económica, generándose desequilibrios y aumentos de precios que se compensaron con intentos de adquirir productos aragoneses en condiciones que Ascaso considera injustas. Las relaciones mejoran, de todas formas, en julio de 1937, en la etapa final del CRDA.

Lo que sigue es simplemente el desastre. Agosto de 1937: el Gobierno Negrín disuelve el CRDA y Enrique Líster incursiona en Aragón con sus tropas para desmontar sobre el terreno las colectividades. Joaquín Ascaso, destituido, es además detenido con acusaciones que no se sostuvieron y obligaron a su liberación poco más de un mes después. En una entrevista en *Le Libertaire* en noviembre de 1937, Ascaso responde cumplidamente a los infundios estalinistas con que trataron de justificar la disolución del CRDA: maldades como que la colectivización había sido mayoritariamente forzada. Se hace énfasis también en cómo estas imposiciones de un poder arbitrario a la población son acatadas por los libertarios como un sacrificio más para la victoria irrenunciable; argumenta además que las conquistas revolucionarias quedarán en la memoria de la gente y no estarán así perdidas del todo.

En una carta al dirigente francés L. Lecoin de septiembre de 1938 y recogida también en el libro, Joaquín Ascaso repasa los hechos de la disolución del Consejo, quejándose de la débil oposición y final anuencia de la CNT, cesión justificada en aras de la imprescindible unidad del bando republicano, pero criticada como el principio del fin desastroso de la guerra, con la caída en picado de la moral revolucionaria del pueblo. Luego sólo habría victorias pírricas en ofensivas absurdas que desangran el ejército leal, y la amarga derrota. Detalla después Ascaso en su carta los entresijos de su detención con una acusación injusta que fue aceptada por él para no perjudicar a los auténticos responsables, que eran personas más significadas de la propia CNT. Tras la liberación, es condenado al ostracismo por sus correligionarios y sólo en el verano de 1938 acompaña como comisario político a Antonio Ortiz, que había tomado el mando de la recién formada 24.ª División, destinada al frente oscense en un sector junto a la frontera francesa.

Allí, denuncia Joaquín Ascaso en su carta las continuas jugarretas de los estalinistas, que culminan cuando un amigo les avisa de que traman contra su vida. Es éste el momento en el que Antonio Ortiz y él toman la difícil decisión de marchar a Francia, incapaces tanto de no resistir la maniobra entregándose sin lucha, como de resistirla y comprometer a la CNT en una trifulca más que sería utilizada contra ella. En Francia se les niega la residencia hasta que un diputado amigo consigue un permiso provisional por unos días. La carta concluye, y con ella el libro, con ruegos a Lecoin de que agilice los trámites para que puedan viajar a México o alguna otra república americana.

Tras el periplo recogido en sus memorias, Joaquín Ascaso sufre aún más dificultades en su estancia en Francia, que incluyen siete meses de prisión en Marsella. Por fin en 1947 consigue un visado para América, y el año siguiente se instala en Venezuela, donde arrastrará una vida azarosa y plena de estrecheces materiales hasta su fallecimiento en 1977. En estos años no abandonó nunca su compromiso con la lucha libertaria.

Estas memorias de Joaquín Ascaso recuperan la voz de uno de los protagonistas más destacados de acontecimientos fundamentales de la historia reciente que muchos han querido silenciar y otros se empeñan en tergiversar; vienen además generosamente ilustradas con fotografías que nos acercan a los personajes y escenarios de la historia narrada.

Poder legal y poder real en la Cataluña revolucionaria de 1936, de Josep Antoni Pozo

Publicado en *Rebelión* el 2 de septiembre de 2015

Doctor en Historia Contemporánea por la Universidad Autónoma de Barcelona y especialista en la guerra civil española, Josep Antoni Pozo presenta en *Poder legal y poder real en la Cataluña revolucionaria de 1936* (Espuela de Plata, 2012) una versión actualizada y corregida de la primera parte de su tesis doctoral, leída en 2002. El libro contiene un análisis detallado y bien hilado argumentalmente de las formas de poder revolucionario surgidas en Cataluña durante el verano de 1936 y de la pugna en que se vieron envueltas con el Gobierno de la Generalitat, representante de la legalidad republicana.

En los meses que siguen a la victoria del Frente Popular en Cataluña, los partidos y organizaciones obreras observan con preocupación la evolución de los acontecimientos, que vaticinaba un golpe fascista inminente, pero desde una mentalidad eminentemente defensiva y centrada más que nada en presionar al Gobierno de la Generalitat para que

tomara medidas contra los sediciosos. Es solamente durante las jornadas clave del 18 y 19 de julio, cuando las asambleas de militantes urgen la convocatoria de una huelga general y la formación de grupos de defensa. Pozo recorre la efervescencia que invade en ese momento la geografía catalana; las organizaciones obreras toman la iniciativa y son sobre todo ellas las que paran la acometida fascista donde llega a producirse y contribuyen a desactivarla en otros lugares.

Cuando amanece el lunes 20 de julio, se tiene la evidencia de que el levantamiento militar ha fracasado en Cataluña. El Ejército ha dejado de existir como ente organizado y comienzan a formarse milicias ligadas a unos partidos y sindicatos que toman también en su mano el orden público. Lo que se desencadena no es un restablecimiento de la legalidad republicana, sino un proceso revolucionario que patentiza la frustración de las masas y el descrédito del proyecto reformista puesto en marcha por republicanos y socialistas. Este proceso, que se manifiesta en toda España, es en Cataluña donde alcanza su máxima expresión, y la forma en que cristaliza son los centenares de «comités» que surgen por doquier. Éstos aparecen más o menos vinculados a la autoridad municipal según sea menor o mayor la pujanza de los sindicatos en el lugar. El Gobierno de la Generalitat hace un llamamiento a la constitución de comités locales de defensa que no hace más que «legalizar» la iniciativa de los propios trabajadores.

El resultado de este proceso fue la creación de una dualidad de poderes: el «revolucionario» de los comités por un lado, y el «legal» del aparato administrativo del Gobierno autónomo por otro. Respecto a la composición de los comités, la CNT, que a pesar de su importante pérdida de efectivos durante el período republicano seguía siendo la organización obrera con más afiliados, se convirtió en la más influyente en ellos, como muestra el detallado inventario que el autor realiza. Con menor frecuencia se encuentra también presidiendo comités a militantes del POUM y ERC. Por toda Cataluña los comités asumen de una forma natural las atribuciones y funciones de los ayuntamientos, con la labor añadida de organizar la lucha contra el fascismo, al tiempo que la Generalitat presiona para robustecer las funciones de los ayuntamientos en detrimento de los comités, aunque con escaso éxito. Surgen también enseguida comités destinados a controlar las fuerzas policiales y militares que no se han desorganizado.

Aplastada la intentona fascista, se da en Cataluña la situación paradójica de que los que controlan las calles y podían tomar el poder en sus manos rehúsan hacerlo, mientras que los que anhelan gobernar carecen de medios para ello. Esta incongruencia se resuelve con un pacto que da lugar a la creación del Comité Central de Milicias Antifascistas (CCMA), formado con participación de todos los partidos y sindicatos democráticos, y destinado a encarar los graves problemas planteados. Desde el primer momento este organismo arrastra la tensión de ser considerado por unos un Gobierno revolucionario y autónomo, y por otros un mero instrumento de la Generalitat. Ésta, que sobrevive al estallido, conserva atribuciones —como la gestión de las finanzas, la radiodifusión o las relaciones exteriores, aunque su influencia se diluye fuera de Barcelona—, y comienza a maniobrar para recuperar el poder. De los quince miembros del primer CCMA, cinco representan a las organizaciones libertarias, cinco a las marxistas y otros cinco a las republicanas. Pozo pasa revista a los delegados de las distintas fuerzas y a las secciones del organismo, en las que son los anarquistas los que ocupan los puestos clave, con Juan García Oliver como cabeza visible y responsable de la de Guerra.

La represión de los elementos derechistas fue muy dura, sobre todo en los primeros momentos. Más de la mitad de las 8352 personas asesinadas en Cataluña lo fueron en el verano de 1936 en acciones que pueden achacarse más que nada a un profundo odio de clase enardecido por las noticias de represión indiscriminada que llegaban del territorio dominado por los fascistas. Para comienzos de agosto es cuando los comités deciden organizar «patrullas de control» que velen por el orden público, y en ellas se encuadran militantes de diversas filiaciones. Un objetivo declarado de estas patrullas es acabar con los ajustes de cuentas y las ejecuciones extrajudiciales, y pronto algunos responsables de este tipo de actos los pagan con su vida.

Desde el principio existen enfrentamientos entre el CCMA y la Generalitat. El primero tenía la ventaja de su mayor representatividad, pero Companys no se resignaba a un papel subsidiario y con el apoyo de un sector de la CNT a finales de julio y comienzos de agosto jugó la baza de tratar de incorporar a los anarquistas a su Gobierno para tenerlos así controlados; el plan fracasó por la oposición tajante de García Oliver. La situación entraba en un callejón sin salida, con dos poderes paralelos compitiendo, y durante el mes de agosto los libertarios discuten qué solución darle: entrar en el Gobierno o disolverlo para que el CCMA asuma todo el poder. Mientras tanto, desde la Generalitat y el Gobierno central se chantajea sin escrúpulos para que la primera fuera la única opción viable. A finales de agosto un pleno del movimiento libertario catalán admite participar en el Gobierno y liquidar el CCMA con apoyo entre otros de Santillán para esta propuesta y resistencia enconada de García Oliver.

A últimos de agosto comienza a plantearse también la posibilidad de que la CNT entre en el Gobierno de Madrid, lo que refuerza los pasos que se daban en Cataluña. Por fin, en sesión del 10 de septiembre el CCMA acuerda su disolución y a fin de mes, las bases de la CNT reunidas en pleno aprueban una entrada en el Gobierno de la Generalitat que era casi un hecho consumado. Se ocupaban tres consejerías

(Economía, Abastecimientos, y Sanidad y Asistencia Social), y además García Oliver y Aurelio Fernández seguían controlando desde la sombra, mediante organismos creados al efecto y que heredaban la estructura del CCMA, Guerra y Seguridad Interior respectivamente. Se hacía así para vender en Madrid el alejamiento del poder de los anarquistas que desde allí se exigía.

Con la CNT en la Generalitat, las cosas se pusieron fáciles para los que dentro de ella defendían su entrada en el Gobierno de Madrid, como su nuevo secretario general Horacio Prieto, que consigue imponer completamente su punto de vista en el pleno nacional del 18 de octubre. A principios de noviembre, Largo Caballero remodela su Gobierno e incluye cuatro ministros anarquistas. Lo que en la prensa libertaria se publicita entonces como el golpe definitivo al Estado, que habría pasado a ser una simple fachada, significará en realidad el comienza del fin, un estrangulamiento progresivo del poder de los comités y un robustecimiento paralelo de la maquinaria gubernamental. La resistencia popular a esta contrarrevolución rampante estallará en mayo de 1937 y será reprimida con dureza, pero los dirigentes libertarios no cejarán en su colaboracionismo.

En el capítulo de conclusiones, Pozo insiste en la dualidad de poderes generada por la crisis del Estado republicano en los lugares donde fracasó la intentona fascista. Persiste por un lado un debilitado poder institucional, mientras surge por otro un atomizado e inconexo poder revolucionario. A diferencia de Rusia en octubre de 1917, el Estado burgués no era aquí el enemigo a batir, pues la sedición derrotada iba dirigida contra él. Se respetó su existencia pensando tal vez que no pintaba nada, y se cometió obviamente con ello un grave error. La evolución de esta pluralidad de comités no pudo ser hacia una coordinación progresiva que llevara a la constitución de un «poder revolucionario» bien armonizado, sino que estuvo marcada por la confrontación con los residuos de un poder institucional que terminó imponiéndose.

Un apéndice sintetiza las formas que se dieron en la constitución de los comités en diversas zonas de Cataluña y sus mecanismos de representación, elección y funcionamiento. Se analizan también casos emblemáticos de cómo se desarrolló la dualidad de poderes locales. La evolución posterior de los acontecimientos descritos en el libro puede encontrarse en la segunda entrega de la serie, titulada *Del orden revolucionario al orden antifascista* (Espuela de plata, 2015). Constituido el primer Gobierno Tarradellas a finales de septiembre de 1936, pronto se manifiestan resistencias desde las bases a la disolución de los comités locales y a la reorganización de los ayuntamientos o a ceder las competencias en orden público. Este enfrentamiento dará lugar a muchos forcejeos y al conflicto abierto de mayo de 1937, que acabará con cualquier vestigio de poder revolucionario.

Cataluña: avatares de la colectivización agraria (1936-1939), de Antoni Gavaldà

Publicado en *Rebelión* el 3 de noviembre de 2019

Recién editado por la Fundación Anselmo Lorenzo y la Universitat Rovira i Virgili, en la que Antoni Gavaldà es profesor e investigador, *Cataluña: avatares de la colectivización agraria (1936-1939)* ofrece un análisis de la situación en el campo catalán durante la guerra civil, aproximándonos al ideario y estrategias desplegadas en él por las organizaciones más influyentes y a las iniciativas que se sucedieron desde el poder encarnado en la Generalitat. En julio de 1936 el sueño secular de los campesinos de acceder a la propiedad de la tierra y explotarla sin que nadie se lucrara de su esfuerzo parecía al alcance de la mano, pero, como se describe pormenorizadamente en el texto, las pugnas políticas frustrarán el viejo anhelo muchos meses antes de que el fascismo conquiste Cataluña.

La obra comienza presentándonos a los sindicatos con mayor implantación en el campo catalán en el momento del golpe militar. La CNT se había reforzado tras absorber a la oposición treintista en el congreso de Zaragoza de mayo de 1936, y proponía en el ámbito rural la expropiación de los latifundios y su entrega a los sindicatos de trabajadores para su disfrute comunitario, así como la supresión de las rentas. Otra organización poderosa era la Unió de Rabassaires (UdR), liderada por el abogado Lluis Companys, que evoluciona en sus reivindicaciones desde reclamar una mejora de las condiciones de los que sufrían este tipo de arrendamiento, muy frecuente en el campo catalán, hasta plantearse, a partir de su segundo congreso en mayo de 1936, la socialización de la tierra y la formación de explotaciones colectivas donde éstas fueran rentables. La UdR estaba ligada a Esquerra Republicana de Catalunya (ERC), aunque se distanciara de ella cuando la consideraba tibia en la defensa de sus intereses.

La imposible reforma agraria en la Cataluña en guerra

Derrotada la sublevación fascista en todo el territorio catalán, no es hasta el 5 de septiembre que un pleno agrario de la CNT acomete la reorganización del campo, y contra la opinión dominante de sus afiliados, decide renunciar a la colectivización total que algunos sectores antifascistas rechazarían, para optar por otra voluntaria y parcial. Desde la Generalitat y su Consejería de Agricultura en manos de la UdR, se critica con dureza esta propuesta tan moderada, pero ello no es óbice para que las expropiaciones y colectivizaciones se extiendan por toda Cataluña. En el mes de diciembre, se trabaja en un acuerdo entre la CNT y la UdR que dé forma legal a estas acciones y posibilite una

auténtica reforma agraria, pero Gavaldà describe en detalle cómo éste es boicoteado sistemáticamente por la UdR y la UGT. Este hecho marcará la historia posterior del agro catalán durante la guerra civil.

Tenemos así que en diciembre de 1936 la CNT se queda sola defendiendo una tibia colectivización en el campo catalán. Su respuesta se caracteriza en general por la prudencia y el sometimiento crítico a los nuevos poderes que la «revolución» ha alumbrado, con excepción de algunas comarcas de Tarragona donde los libertarios impusieron una colectivización forzosa que originó graves enfrentamientos en los primeros meses de 1937. Las comunas constituidas por toda Cataluña van a sobrevivir hasta el final de la guerra en condiciones precarias, resistiendo los intentos de control por parte de la consejería de Agricultura de la Generalitat, en manos de la UdR, y los organismos creados por ésta, y tratando con escaso éxito de establecer sus propios mecanismos y redes de apoyo.

La plétora de información aportada por Antoni Gavaldà en *Cataluña: avatares de la colectivización agraria (1936-1939)* dibuja un retrato ciertamente descorazonador. El golpe militar había sido derrotado y se abrían inmensas posibilidades constructivas, pero que éstas se materializaran requería aunar esfuerzos en torno a unos objetivos claros. En esta situación crítica, la estrategia de la CNT de buscar formas de explotación y canalización de la producción autogestionadas y socializadas, fue combatida sin descanso y torticeramente por organizaciones e instituciones empeñadas, por su sustrato ideológico, en una defensa sin cortapisas de la propiedad privada.

La revolución en el conflicto español (1936-1939). «Llevaban un mundo nuevo en sus corazones» y «Colectividades libertarias en Castilla», de José Luis Gutiérrez Molina

Publicado en *Rebelión* el 18 de noviembre de 2020

El historiador José Luis Gutiérrez Molina (Cádiz, 1952) es autor de numerosos trabajos sobre las luchas obreras de los siglos XIX y XX en España, y en la actualidad es uno de los coordinadores de la base de datos *todoslosnombres.org*, dedicada al estudio de la represión durante la dictadura franquista. El volumen que nos ocupa acaba de aparecer como un proyecto conjunto de Calúmnia Edicions y la Fundación Anselmo Lorenzo, e integra dos textos suyos: «Llevaban un mundo nuevo en sus corazones», síntesis sobre las colectividades en la guerra civil y puesta al día de la cuestión, y «Colectividades libertarias en Castilla», reedición de una agotada investigación de 1977. La amplia introducción del también historiador Curro Rodríguez incide en algunos aspectos clave, como las posibilidades revolucionarias «reales» del campo español en aquel momento, o el papel desempeñado por las mujeres.

Primer texto: Una síntesis sobre las colectividades agrarias en la Revolución española

Gutiérrez Molina pone de manifiesto la efervescencia reivindicativa del campo español durante los años 30, alimentada en ocasiones por la memoria de un «colectivismo consuetudinario» y cristalizada por doquier en demandas de bienes comunales perdidos. Al hilo de esto, la victoria del Frente Popular en las elecciones de febrero de 1936 desencadenó por todo el sur de España una oleada de ocupaciones de fincas que preludiaba un inminente proceso revolucionario. Éste tomó forma en las zonas en las que el levantamiento militar pudo ser controlado, con el establecimiento de una nueva organización social caracterizada por el eclipse del Estado y una proliferación de comités que fueron capaces de aglutinar a todas las fuerzas antifascistas.

El análisis por regiones muestra las heterogeneidades del proceso, pero también algunos rasgos comunes. En Castilla-La Mancha, y los sectores de Andalucía y Extremadura que resistieron la acometida facciosa, la colectivización se realizó en el campo de manera rápida y enérgica, aunque limitada en su proyección. De esta forma, la población supo reorganizar el poder local, proceder a la recolección del verano e implementar los canales de distribución con economatos y cooperativas, todo ello mientras afrontaba la atención a los desplazados desde las zonas ocupadas por los sublevados. Sin embargo, según fue pasando el tiempo, la situación se fue deteriorando cuando comités y sindicatos tuvieron que enfrentar los intentos gubernamentales por controlarlos. Gutiérrez Molina repasa los escenarios de las diferentes provincias, con un saldo global para el proceso colectivista de una mejora de las condiciones del campesinado.

Existe consenso entre todos los estudiosos en que las trasformaciones más ambiciosas tuvieron lugar en Aragón. Aquí la labor constructiva se materializó no sólo en una gestión colectiva que llegó a afectar a un 70 % de la población de las zonas leales a la República, sino también en numerosos avances en educación, sanidad e infraestructuras. La constitución del Comité Regional de Defensa de Aragón permitió canalizar estos logros, pero las tensiones con el Gobierno republicano desembocaron en su disolución *manu militari* en el verano de 1937. A pesar de esto, la estructura cooperativa sobrevivió en algunas zonas hasta la ocupación por las tropas franquistas, lo que revela su fortaleza y el apoyo popular con que contaba.

A partir del 19 de julio, el tejido industrial de Cataluña fue puesto bajo control obrero, mientras en el campo pro-

liferaban las cooperativas que asumían la producción y distribución de alimentos. Estos intentos emancipadores tuvieron que soportar desde octubre las zancadillas de una Generalitat cada vez más pujante y empeñada en domeñarlos. Los datos aportados muestran el vigor del movimiento autogestionario por toda Cataluña y los capítulos siguientes evidencian lo mismo en las regiones valenciana y murciana. En todas estas zonas se produjeron mejoras notables en las condiciones de vida de los campesinos. Otro escenario fueron las áreas rurales de la cornisa cantábrica. Aquí los comités locales surgidos coordinaron las actividades agropecuarias y respetaron la titularidad de la tierra, salvo en casos de propietarios adheridos a la sublevación. Algunas industrias fueron colectivizadas y otras puestas bajo control estatal.

Gutiérrez Molina reconoce que, a pesar de los esfuerzos de buen número de investigadores, sigue sin existir en estos momentos un estudio global en profundidad sobre el alcance real del movimiento colectivista durante la guerra civil. Puede afirmarse sin embargo que la nueva estructura adoptada fue capaz de responder al colapso del sistema imperante y poner en pie una alternativa abierta y comunitaria que en circunstancias muy difíciles sostuvo la producción y mejoró las condiciones de vida de los campesinos. La clase trabajadora española dio en aquellos meses una lección al mundo sobre la viabilidad de la autogestión.

Las secciones finales repasan algunas controversias a que han dado lugar los procesos descritos. El falso debate guerra-revolución ha sido planteado por los que no aciertan a ver que fue la revolución lo que detuvo al fascismo en julio, y que fue la derrota de la revolución una de las causas principales que permitieron a éste vencer finalmente. Se identifican luego piedras en el camino que auspiciaron esta derrota, como la recomposición del poder estatal, que generó obstáculos burocráticos y de todo tipo en los que la propia CNT, a través de algunos de sus líderes más destacados, fue partícipe. Se recapitula también la maraña de mentiras y visiones desajustadas y parciales con que la historiografía académica presenta en ocasiones unos hechos que desbordan sus anteojeras ideológicas.

Segundo texto: Colectividades libertarias en Castilla la Nueva

La segunda parte del volumen presenta con muy pocas modificaciones el texto de José Luis Gutiérrez Molina que Campo Abierto publicó en 1977. En aquel momento histórico tan particular en que se miraba con ilusión el futuro, el autor comienza declarando su intención de aportar al debate los datos de una importante y mal conocida labor constructiva desplegada en otro momento convulso del pasado. Repasa así primero el contexto de las realizaciones revolucionarias del campo castellano durante la guerra civil, su pujanza inicial y su lucha por sobrevivir, y como muestra, describe el funcionamiento de la colectividad agraria de Tielmes de Tajuña, ejemplo de gestión democrática y éxito económico en esta localidad de unos dos mil habitantes.

Se acomete después un intento de cuantificación del proceso para las cinco provincias de Castilla la Nueva a partir de los datos —presentados en el trabajo— de dos documentos localizados en el Archivo de Salamanca. El número de colectividades y personas implicadas en ellas varía de 206 y 23 420 en marzo de 1937, a 240 y 22 664 en marzo de 1939, con un predominio de las organizadas por la CNT y bastantes mixtas CNT-UGT. Se recogen en apéndices diversos textos legales y periodísticos sobre las colectividades, un acta de constitución y documentos internos de funcionamiento, así como tres informes que reflejan las dificultades a que dieron lugar las injerencias gubernamentales.

La tentativa colectivista de la Revolución española ha sido incomprendida y calumniada muchas veces, pero un buen número de trabajos, como los de José Luis Gutiérrez Molina agrupados en este volumen, exponen sus realizaciones con claridad meridiana a la vista de todos. En un momento en que la humanidad busca desesperadamente alternativas a la depredación capitalista, la experiencia que arrancó aquel verano del 36 en nuestra piel de toro se vislumbra hoy como un referente de colectivismo plural y democrático que sigue iluminando la esperanza de un mundo sin explotación.

Colectividades y revolución social. El anarquismo en la guerra civil española (1936-1939), de Walther L. Bernecker

Publicado en *Rebelión* el 26 de julio de 2016

El bávaro Walther Ludwig Bernecker (Dollnstein, 1947), especializado en historia de España, Portugal y Latinoamérica, dedicó su tesis doctoral, publicada en alemán en 1978 y en castellano, con algunas adiciones, en 1982 (Crítica, trad. de Gustau Muñoz), al papel desempeñado por las colectividades anarquistas en la guerra civil española. Se trata de un trabajo extenso y muy documentado que supuso una revolución en el conocimiento de este asunto tan debatido y que sigue presentando hoy mismo, riguroso y ajeno a cualquier parcialidad, uno de los mejores análisis que sobre él se pueden encontrar.

La obra comienza definiendo el tema de estudio, que no es otro que las transformaciones sociales revolucionarias que se producen en Cataluña, Aragón y Levante entre julio de 1936 y el otoño de 1937. Éstas son consideradas

por separado en tres campos: agricultura, industria y servicios, y comités políticos. Se recuerdan después los antecedentes en esta línea de trabajo, en los que Bernecker destaca el contraste entre el tono hagiográfico de los autores anarquistas y la crítica despiadada de los estalinistas, así como la aparición reciente de análisis más ponderados. Concluye la introducción sintetizando la trayectoria de los partidos políticos y sindicatos activos en la España republicana, protagonistas del episodio que se va a analizar.

El siguiente capítulo se dedica a confrontar los dos relatos con los que los comunistas y los libertarios describen lo ocurrido a partir de julio de 1936. Los primeros habían reivindicado mucho tiempo una toma del poder por los soviets, pero tras el cambio de estrategia decretado por la Internacional Comunista en mayo de 1934 pasan a defender los frentes populares y una revolución democrático-burguesa. Bernecker, siguiendo a otros autores, ve en este giro sobre todo un intento de Stalin de confraternizar con las potencias occidentales en aras de la seguridad exterior de la URSS. Durante la guerra civil, esta política provocará la alianza del PCE con socialistas reformistas y republicanos, y una oposición a las transformaciones revolucionarias ocurridas, que acabó siendo un factor de desmovilización de consecuencias no desdeñables sobre el esfuerzo militar. Por su parte los libertarios, poco dados a teorizar, focalizaban sus anhelos de un mundo sin explotación en la estrategia de la «huelga general revolucionaria», que habría de actuar como partera del orden nuevo, y en la que alejándose de los análisis clásicos marxistas, atribuían un papel clave al campesinado. Entre los libertarios, el enfrentamiento de faístas y treintistas significaba la disyuntiva: voluntarismo vs. prudencia, o acción individual vs. acción de las masas, a la hora de encarar la revolución. La unificación de posturas en el congreso de Zaragoza (mayo de 1936) estuvo caracterizada por un distanciamiento de la realidad de los procesos históricos en curso, que a partir de julio haría necesario improvisar apresuradamente.

La colectivización en la agricultura

Grandes diferencias regionales marcaban la estructura de la propiedad rural en España antes de la guerra civil. En el sur y sudoeste, donde predominaban los latifundios, los terratenientes, absentistas e incapaces de cualquier mejora técnica, actuaban a través de grandes arrendatarios que contrataban a su vez a jornaleros y aparceros. En el norte, mientras tanto, imperaba la pequeña y mediana propiedad, y abundaban minifundistas obligados a emplearse también como obreros para dar de comer a sus familias. En este panorama desolador, las prédicas anarquistas habían extendido, ya desde la segunda mitad del siglo XIX y sobre todo por Andalucía, el anhelo de una gestión colectiva de la tierra. Una reestructuración del régimen de propiedad y explotación era a todas luces imprescindible, y en este sentido trató de avanzar la Ley de Reforma del 15 de septiembre de 1932, que sin embargo apenas aportó resultados prácticos y fue dejada pronto sin efecto por el gabinete Lerroux. Tras el triunfo del Frente Popular en febrero de 1936, las ocupaciones de fincas, apoyadas parcialmente por el Gobierno, se hacen muy frecuentes, de forma que en julio existe ya en muchas regiones de España una dinámica imparable de colectivización.

Antes de entrar en el detalle de la estructura y funcionamiento de las colectividades agrarias, Bernecker nos pone al corriente de las dificultades que hubieron de enfrentar por la oposición de los estalinistas, cada vez más influyentes, así como por la tensión y contradicciones de la UGT al respecto. En las semanas posteriores al 19 de julio de 1936, la formación de comunas agrarias y comités fue un proceso espontáneo e imparable de las masas ante el vacío generado por la desaparición de los terratenientes y sus administradores, y la gestión de la inmediata cosecha se afrontó colectivamente en muchos lugares; por otra parte, los pequeños propietarios que optaron por no participar en el movimiento fueron respetados y hay constancia de que muchas veces terminaron por sumarse a él. Aparte del trabajo agrícola, las comunas realizaron una gran variedad de labores: irrigación, reforestación, granjas, escuelas, etc.

Lo ocurrido esos meses es descrito por los autores favorables al anarquismo como la instauración de una democracia consejista, mientras que para sus detractores se trató más bien de la imposición por la fuerza a los trabajadores de una dictadura de comités autonombrados. A partir de las fuentes disponibles, Bernecker concluye que a pesar de las disfunciones y excesos que puedan señalarse en casos concretos, los comités dan en general más una imagen de órganos de coordinación que de poder. Los sistemas de remuneración y distribución de bienes en las comunidades fueron muy diversos, con experiencias tanto de comunismo como de colectivismo, y fue este último el que al fin se reveló más conveniente en las circunstancias dadas. Se llegó en ocasiones a la abolición del dinero y se percibe reiteradamente un impulso de regeneración moral encauzando el proceso de la revolución.

Un análisis de las colectividades constituidas en diferentes regiones muestra un desarrollo mayor en Aragón, Andalucía, Castilla e incluso Levante, que en Cataluña, donde las resistencias gubernamentales y de arrendatarios y clases medias apoyadas por los comunistas fueron más importantes. Por otro lado, la viabilidad económica de las colectividades parece probada por las cifras y testimonios disponibles. Puede concluirse que este movimiento supuso sobre todo una apuesta decidida por un mundo sin explotación, una revolución ética en la que los errores cometidos en la gestión del proceso fueron insignificantes al lado de las dificultades exógenas que se interpusieron en su camino.

La colectivización en la industria y los servicios

En los primeros años 30 España era un país agrícola con escasa industrialización sobre todo en la periferia y con una economía poco integrada en la mundial, aunque dependiente de las grandes potencias destinatarias de sus materias primas y proveedoras de tecnología. La crisis de aquellos años aumentó el déficit comercial y contribuyó a agudizar el problema de un desempleo estructural sin cobertura social. Derrotada la sublevación fascista, en Cataluña y en menor grado en Levante y Castilla los trabajadores tomaron la dirección de muchas fábricas y empresas, mientras otras eran «intervenidas» (puestas bajo control), en un proceso en el que las masas fueron protagonistas y CNT y UGT colaboraron estrechamente a través de los mismos comités sindicales que habían actuado en las huelgas de los meses anteriores. Para Bernecker, éste fue un momento clave en el que los anarquistas fallaron al ser incapaces de crear estructuras políticas que canalizaran la situación sin supeditarse a unos poderes burgueses que sólo aguardaban la revancha.

Un repaso a los programas económicos de comunistas y anarquistas muestra que los primeros apostaban por la nacionalización, centralización y militarización de las industrias, utilizando como argumento los errores de los meses iniciales de gestión colectiva. Su defensa de la pequeña burguesía multiplicó exponencialmente su influencia, mientras por su parte los anarquistas no creían más que en sindicatos y municipios libres como entidades sociales, convencidos de la posibilidad de que éstos se coordinaran eficaz y democráticamente para alcanzar la máxima producción que la guerra requería. No obstante, su política real, motivada por la necesidad de converger con las otras fuerzas antifascistas, fue una cesión continua en estos principios. Este afán de compromiso los llevó a integrarse en todas las estructuras gubernamentales sólo para ver cómo sus propuestas socializantes eran sistemáticamente rechazadas al tiempo que en la propia CNT crecían las tendencias burocráticas y centralistas de control por parte de la dirección nacional.

Bernecker analiza en detalle el funcionamiento de los organismos creados por la Generalitat de Cataluña para coordinar y dirigir la política industrial: el Consejo de Economía y la Caja de Crédito Industrial y Comercial, así como el Decreto de Colectivización de octubre de 1936. Puede comprobarse cómo lo que nació con el apoyo y participación de la CNT para dar forma legal a sus objetivos socializadores evoluciona progresivamente hacia un dirigismo estatal que se hace mayor a partir de junio de 1937, cuando la consejería de Economía pasa de la CNT al PSUC.

El estudio de cuatro casos en diferentes ámbitos y lugares muestra perfectamente las tensiones entre estatismo y sindicalismo que se producen:

1. La poderosa industria textil catalana fue colectivizada en gran parte y siguió funcionando a buen ritmo con una reorientación de la actividad hacia las necesidades de la guerra. Los descensos observados en la producción son achacables sobre todo a causas exógenas, como los problemas en el suministro de materias primas y la desaparición de mercados.

2. Los servicios urbanos de Barcelona: transportes, suministro de energía, hoteles, restaurantes y peluquerías fueron colectivizados en los primeros días. Comités elegidos democráticamente se hicieron cargo del control y coordinación y establecieron la nueva política de salarios. Transformados en «propietarios», los trabajadores tuvieron que decidir sobre cuestiones como el destino que debía darse al «ingreso residual», que se solventaron con base en el principio anarcosindicalista de tender a una gestión social global por parte de los sindicatos. Los intentos del PSUC de municipalizar el transporte público de Barcelona a partir de junio de 1937 chocaron con la voluntad de los empleados, que lograron mantener su control hasta el final de la guerra. Desde un punto de vista económico-contable y organizativo, la colectivización de estas empresas ha de valorarse como un rotundo éxito.

3. La industria textil de Alcoy, con más de cien plantas y fábricas cuyos trabajadores estaban en gran parte afiliados a la CNT, fue socializada en septiembre de 1936, dotándose de una estructura técnicamente solvente e impecablemente democrática, con la que se consiguió un incremento de la producción.

4. Con casi toda la industria de guerra española en manos de los fascistas, las factorías catalanas recién colectivizadas debieron encauzar su actividad a los pertrechos bélicos, y aunque el Gobierno central opuso dificultades a esta ardua labor, se lograron resultados al cabo de un año que ni las estimaciones más optimistas hubieran podido prever. La colectivización se mantuvo hasta agosto de 1938, cuando el control estatal trajo burocratización y autoritarismo que fueron desastrosos para la producción.

Estado y revolución

Donde el golpe fascista fue atajado por la acción decidida de las masas, el día después trajo para los anarquistas un dilema intrincado: ¿Debían colaborar en ese momento en la reconstrucción de la estructura gubernamental, contra la que ellos siempre habían luchado, o habría de aprovecharse la propicia ocasión para abolirla y establecer en su lugar la gestión por parte de una red federal de consejos democráticos? Cuando se dieron cuenta de que la segunda opción, que tenía demasiados enemigos, significaba de facto instaurar una «dictadura anarquista», renunciaron a ella y ayudaron a la restauración de un Estado que trataron de que fuera respetuoso con las conquistas sociales conseguidas. Aceptando participar en los órganos de poder de éste y desgajados cada vez más de las masas, los dirigentes anar-

quistas comenzaron una deriva política que terminó ahogando la revolución.

Bernecker repasa en detalle las vicisitudes de los dos ejemplos más notables de este proceso: el Comité Central de Milicias Antifascistas en Cataluña y el Consejo de Aragón. Su conclusión es que los líderes libertarios no estuvieron a la altura de su misión histórica en aquel momento crucial y fueron incapaces de crear estructuras de coordinación a nivel estatal para consolidar y encauzar la revolución, cediendo así la iniciativa a los que tenían por objetivo acabar con sus logros, como efectivamente hicieron. El colaboracionismo de los dirigentes trajo desmoralización y protestas esporádicas de las bases, y significó la reproducción entre los anarquistas de los mismos esquemas de poder burocratizado que suelen caracterizar a otros movimientos políticos.

Un análisis de la estructura y funcionamiento de los comités que proliferaron a partir del 19 de julio muestra rasgos de democracia consejista, con participación de todos los sindicatos y partidos, aunque en las grandes ciudades la representación se basó en un compromiso entre las organizaciones y no en la celebración de elecciones. El modelo no evolucionó a una sociedad socialista por la rápida restauración de la maquinaria estatal.

La revolución social: posibilidades y ocasiones perdidas

Las masas capaces de vencer la intentona fascista comenzaron enseguida un proceso revolucionario que contaba con demasiados enemigos. Seducidos los dirigentes libertarios a una colaboración con el poder que se reconstruía, no le resultó después difícil a éste con sus amplios recursos ir desactivando una a una las conquistas sociales arrancadas en los primeros días. Bernecker analiza también las causas endógenas para el fracaso del proyecto: 1) la carencia de un esquema organizativo bien definido entre los libertarios, que habían apostado por el anarcocomunismo en el congreso de Zaragoza (mayo de 1936) y ante los problemas para implantarlo optaron en general por un tímido colectivismo; 2) las tendencias egoístas en las empresas colectivizadas que se resistían a la socialización; 3) la dificultad de un modelo altamente participativo en las drásticas condiciones impuestas por la guerra; y 4) la ingenuidad de participar en el poder estatal para intentar salvaguardar la revolución, sin darse cuenta de que ésta había de ser fatalmente engullida por aquél.

En *Colectividades y revolución social: el anarquismo en la guerra civil española (1936-1939)* no puede dejar de maravillarnos la objetividad, cabal y minuciosa, que se trasparenta a cada paso en el tratamiento de asuntos en los que nada sería más fácil que caer en las simplificaciones del que ya ha tomado partido antes de comenzar el análisis. Ajeno a cualquier sectarismo, aunque pendiente de las implicaciones de todos los hechos estudiados en un noble ideal de emancipación humana, el trabajo de Walther Bernecker no ha sido superado en muchos aspectos y permanece como una herramienta imprescindible para la toma de conciencia sobre una cuestión que, como él mismo nos recuerda en las palabras finales del libro, a todos nos compromete. «*La visión de una sociedad autoadministrada, libre de represión y de Estado, demostró ser impracticable, en las condiciones dadas de poder y a la vista de las necesidades militares y las exigencias de la guerra. Sin embargo, sí que existía la posibilidad —también parcialmente aprovechada en los primeros meses— de hacer valer con mayor intensidad en la vida política, social y económica en su conjunto las ideas de la determinación libre. Haber restringido sistemáticamente más allá de lo exigido por las necesidades de la guerra este ámbito democrático de acción fue la responsabilidad de los partidos del Frente Popular. No haberlo utilizado en su plenitud fue la ocasión perdida por los anarquistas. Los elementos de una democracia social, inserta aún en procesos primarios de aprendizaje, fueron suprimidos antes de finalizar la guerra civil. La idea de transformar en praxis en la base de la sociedad una democracia llena de contenido social fue la posibilidad y al mismo tiempo la ocasión perdida de los portadores de la revolución social en la guerra civil. En este sentido, la revolución española ha permanecido inconclusa y sigue siendo todavía un deber y una tarea*».

Los Comités de Defensa de la CNT en Barcelona (1933-1938), de Agustín Guillamón

Publicado en *Rebelión* el 14 de marzo de 2017

Editado por Aldarull, *Los Comités de Defensa de la CNT en Barcelona (1933-1938),* que lleva por subtítulo: *De los Cuadros de defensa a los Comités revolucionarios de barriada, las Patrullas de control y las Milicias populares*, vio la luz en 2011 y va ya por la cuarta edición (corregida y aumentada). El historiador Agustín Guillamón (Barcelona, 1950) se propone con él analizar la forma cómo el movimiento libertario organizó la revolución en Cataluña y las tensiones que vivió en su seno, reivindicando el papel de los comités de defensa de la CNT, que resultan imprescindibles para explicar la derrota del fascismo en las calles de Barcelona el 19 de julio de 1936.

El libro echa a andar dando noticia de un importante cambio que se produce en la CNT a finales de 1934. Tras el fracaso de los movimientos revolucionarios recientes y el demoledor informe de Alexander Shapiro, secretario general de la AIT, sobre la desorganización e improvisación que

se manifestó en ellos, se impone la necesidad de constituir una estructura militar de grupos de defensa bien organizados, capaz de afrontar los retos del futuro. La *ponencia sobre los Comités de Defensa*, de 11 de octubre de 1934, establece la formación de grupos de seis miembros con una zona específica de trabajo y que se repartirán las funciones esenciales —información, armamento y propaganda—. Estas células están destinadas a preparar la revolución y a constituirse en vanguardia de la lucha popular cuando ésta se desencadene. La coordinación entre ellas daba forma a un ejército que se preveía que sólo podría triunfar tras una larga guerra civil, como se ratifica en la ponencia presentada por varios grupos anarquistas en enero de 1935.

Estos grupos de defensa dependían de la CNT, y no deben confundirse con los grupos de afinidad autónomos y federalistas que eran la forma organizativa de la FAI hasta que ésta asumió una estructura orgánica a partir de julio de 1937. Tampoco deben confundirse con los grupos de acción constituidos por la CNT tras el asesinato del Noi del Sucre (1923) para oponerse al pistolerismo patronal, y que prodigaron atentados y atracos hasta su condena en mayo de 1935 por un pleno de grupos anarquistas. En el primer semestre de 1936 se enfrentaron dos estrategias cuando el uso de conceptos como «toma del poder» y «ejército revolucionario» por parte del grupo Nosotros —Durruti, Paco Ascaso y García Oliver, entre otros— encontró una abierta oposición en el movimiento libertario español e internacional, aunque sin que se ofrecieran alternativas claras de actuación.

Es así como se llega a las jornadas de julio de 1936 en las que los cenetistas son decisivos en la derrota del ejército en las calles de Barcelona. Guillamón nos acerca a los detalles de la batalla por el control de la ciudad, horas de coraje y heroísmo anónimo que concluyen el día 19 a las siete de la tarde cuando Goded reconoce a través de la radio el fracaso del alzamiento, palabras escuchadas en toda España con consternación o entusiasmo extremos. Estos días de lucha, los miembros de los comités de defensa pasan a ser conocidos como «los milicianos», al tiempo que nuevos compañeros se incorporan a ellos, hecho previsto cuando se constituyeron. Ellos eran la fuerza armada del proletariado y se desdoblaron en las milicias populares que partieron para el frente y los comités que, integrando a otras organizaciones antifascistas, consolidaron el orden revolucionario en pueblos y ciudades.

Un análisis del funcionamiento de los comités revolucionarios de los barrios de Barcelona permite constatar grandes dosis de espontaneidad y una atomización del poder, que pronto entra en conflicto con el órgano interclasista de control que se constituye, el Comité Central de Milicias Antifascistas (CCMA), con el que la CNT decide por votación democrática colaborar. La situación creada es insostenible y se hace más insostenible aún cuando la CNT entra en el Gobierno de la Generalitat. Las actas de reuniones reproducidas en el libro evidencian las tensiones entre los comités de los barrios y las directrices que llegan de arriba. Así, por ejemplo, los primeros se niegan a desarmarse mientras no lo hicieran los grupos afectos al Gobierno. En estos momentos, la CNT organiza un sistema redistributivo en el que impuestos y requisas permiten establecer servicios de asistencia, como comedores gratuitos o atención médica, para la población más necesitada.

Estos comités de los barrios de Barcelona constituían el potencial órgano de poder de la clase obrera en ese momento, pero muy pronto el CCMA, que hubiera debido coordinarlos, opta por quitarles competencias en beneficio de la Generalitat, al tiempo que renuncia al que hubiera sido su principal objetivo, esto es organizar y abastecer un ejército capaz de ganar la guerra. En ausencia de éste, a las milicias de los diferentes partidos y sindicatos, mal pertrechadas y peor coordinadas, sólo les quedaba aguardar la militarización inminente por parte del Gobierno central. La disolución del CCMA tras nueve semanas de existencia con entrada de la CNT en la Generalitat supuso el fin de un sueño de democracia obrera y el retorno del poder estatal de la mano de los propios dirigentes que se decían anarquistas.

Tras esta deriva, las actas de reuniones que se reproducen en el libro muestran cómo los comités de los barrios se debaten entre asumir un rol protagonista o someterse a las directrices que emanan de la cúpula de la CNT. No se ha de olvidar que es ésta la época en que los estalinistas asaltaban el poder y su clara estrategia era ganarse a los dirigentes de la CNT al tiempo que se reprimía a los trotskistas del POUM y a las bases anarquistas. A finales de 1936, Joan Comorera (PSUC), consejero de Abastos de la Generalitat, arremete contra los comités de los barrios, a los que acusa torticeramente del desabastecimiento de la ciudad. La respuesta de la comisión de enlace de éstos no se hace esperar y da lugar a la llamada «guerra del pan», que supuso otra vuelta de tuerca en la derrota del poder obrero.

Otro interesante documento muestra cómo a finales de marzo de 1937 se produce una reestructuración de los comités de los barrios, que buscan reforzarse con vistas a resistir cualquier movimiento contrarrevolucionario. El domingo 11 de abril en un mitin en la Monumental, la ministra Federica Montseny es abucheada y se exige la libertad de los antifascistas presos. Al día siguiente, una reunión de grupos ácratas y comités en Barcelona pone de manifiesto la escisión entre colaboracionistas y radicales. Estos últimos logran sacar adelante una propuesta pidiendo la retirada de los anarquistas de la Generalitat y la constitución de un comité central de las barriadas que asuma la socialización total de la economía, pero las decisiones de las bases contaban muy poco ya...

El 3 de mayo, la toma de la sede de Telefónica en Barcelona por tres camiones de guardias de asalto fue el detonante de un levantamiento popular en el que los comités de los barrios fueron decisivos. Éste se prolongó hasta el día 7, cuando tras controlar amplios sectores de la ciudad y levantar barricadas, los insurrectos decidieron obedecer el llamamiento de los líderes anarquistas y dejar las armas. La historia que sigue es bien conocida: ilegalización del POUM y represión creciente de las bases libertarias. Guillamón aporta detalles sobre el desmantelamiento de los últimos reductos de poder obrero en Barcelona y los asesinatos de Camillo Berneri y Francesco Barbieri. El libro incorpora en varios anexos información sobre los comités de defensa y un glosario, así como fotografías y documentos de la época.

Las actas de reuniones estudiadas en *Los Comités de Defensa de la CNT en Barcelona (1933-1938)* son tal vez lo que más impresiona de una historia que tiene ya en sí un interés extremo, y es porque nos sumergen en la lucha agónica de unos hombres atrapados en el sino de aquel tiempo. Tras derrotar al fascismo en las calles, ellos aceptaron lealmente colaborar con todos los sectores antifascistas, pero esto sirvió sólo para ver cómo sus dirigentes los abandonaban y su estructura horizontal y asamblearia era neutralizada y combatida. Pronto las conquistas sociales fueron diezmadas y se impuso un orden autoritario que llevó a la ruina. Fue así como el desastre ruso arrastró el desastre español y el siglo XX acabó renunciando a la idea de la emancipación humana.

Nacionalistas contra anarquistas en la Cerdaña (1936-1937), de Antonio Gascón y Agustín Guillamón

Publicado en *Rebelión* el 10 de marzo de 2020

Es bien sabido que tras las batallas de la historia siguen indefectiblemente las de la historiografía, y probado queda mil veces que los vencedores de las primeras disfrutan de gran ventaja en las segundas. Así se robustecen los mitos identitarios y todo se termina ajustando a esquemas de fácil digestión, que son pregonados en museos y academias. Sólo un duro trabajo, de tediosa acumulación de datos y contraste de fuentes, con paciencia y determinación, alumbrará al fin algo que narre mejor el pasado. El libro que nos ocupa aplica exactamente esta metodología para desmontar mitos sobre la guerra civil en Cataluña que se prodigan en la historiografía al uso. La precisión del análisis aporta una nueva imagen de lo ocurrido en unos meses decisivos.

La trayectoria de Antonio Martín Escudero, bautizado despectivamente como «el Cojo de Málaga» por los mismos que lo calumnian, es un buen exponente de los «excesos anarquistas» en la Cataluña en guerra. Un relato ejemplar, si fuera cierto. Las 670 páginas, que incluyen 26 anexos documentales, de *Nacionalistas contra anarquistas en la Cerdaña (1936-1937)* de Antonio Gascón y Agustín Guillamón (Descontrol, 2018) se encargan pormenorizadamente de poner al descubierto la maraña de mentiras tejida en torno a este hombre. La imagen que de él nos queda tras la lectura es bien distinta a la leyenda oficial, y trae enseñanzas que no pueden dejar de ser provechosas en un momento en que el mismo nacionalismo que se ceba con él sigue convocando a los incautos con cantos de sirena.

Antonio Martín: un anarquista en el ojo del huracán

El protagonista principal de los hechos que se estudian nació en Belvís de Monroy (Cáceres) en enero de 1895, pero muy joven lo encontramos ya en Cataluña, integrado en el grupo Los Solidarios y afanosamente dedicado al contrabando de armamento con fines revolucionarios. Tras su exilio en Francia durante la dictadura de Primo, en 1934 está de vuelta y participa en la intentona de octubre de ese año, lo que le acarrea un breve paso por la cárcel. Trabaja luego en diversos oficios en la Cerdaña y se convierte en destacado militante de la CNT, con lo que a partir de julio de 1936 capitanea el Comité de Puigcerdá, que toma el control de la población y la frontera. Cuando éste trata de rebajar los precios agropecuarios con el fin de atender al aprovisionamiento de las ciudades, el conflicto se torna inevitable con los pequeños propietarios, que bien organizados en la localidad próxima de Bellver, dominada por ERC, van a plantarle cara.

La tensión va en aumento e incluye recelos y hostigamientos sin mayores consecuencias hasta que el 27 de abril de 1937 Antonio Martín tiene la mala idea de acudir a Bellver para discutir la situación y es asesinado junto a varios compañeros en una emboscada. Estas muertes, que sirven de alguna forma de preludio a los Hechos de Mayo en Barcelona, marcan el comienzo de una ofensiva en toda regla contra los libertarios, que lleva aparejada la destrucción de la estructura cooperativa establecida. Como resultado de esto, en septiembre de 1937 puede decirse que la CNT ha desaparecido como organización en la Cerdaña.

Los datos del nuevo relato

Los autores recopilan información que les permite alumbrar una interpretación de lo ocurrido entre 1934 y 1937 bien diferente de los mitos al uso. Un hecho importante es que en las elecciones municipales de enero de 1934 las derechas ganaron en Puigcerdá, y tras la intentona nacionalista de octubre, sus prohombres más destacados participaron en la represión de los militantes de ERC sublevados. Esto resultó determinante para que en julio de 1936 fueran estos mismos catalanistas los que lideraran la purga de derechis-

tas. Es una constante en la historiografía oficial responsabilizar a Antonio Martín de estos crímenes, pero los datos disponibles demuestran lo arbitrario e infundado de estas acusaciones y señalan a los verdaderos culpables.

También se aportan detalles sobre la experiencia libertaria de Puigcerdá, que se materializó en cuestiones tan variadas como economía y moneda, milicias, orden público, enseñanza o liberación de la mujer, y fue liderada, en ausencia de poder estatal, por los ácratas con el apoyo del comité de los carabineros acuartelados en la población. Es una historia de conquistas sociales que ha quedado enterrada por la red de falsedades tejida contra los anarquistas, pero que resplandece en la documentación y los testimonios expuestos, algunos de ellos de libertarios franceses que acudieron a solidarizarse y canalizar la ayuda del país vecino al proceso revolucionario.

Tras el fracaso del golpe de los catalanistas contra Companys en noviembre de 1936, las Milicias Pirenaicas constituidas por éstos como embrión de su futuro ejército, pasaron a tener como objetivo prioritario la lucha contra la revolución que los anarquistas estaban llevando a cabo. Así fue cómo a partir de febrero de 1937 la burguesía de Bellver decidió enfrentarse, con las espaldas bien cubiertas, a las directrices colectivizadoras que se trataban de promover desde Puigcerdá, aunque no fue hasta finales de abril cuando todo se precipitó en el marco de la ofensiva generalizada que culminó en los Hechos de Mayo barceloneses.

Una revisión de los relatos historiográficos sobre el asesinato de Antonio Martín muestra, junto a discrepancias menores, la repetición obsesiva de mentiras fácilmente rebatibles. La nueva documentación aportada, que incluye asépticos informes de la policía francesa, pone palmariamente al descubierto la realidad de la emboscada y los crímenes alevosos de aquel 27 de abril, y demuestra que el número de milicianos llegados a Bellver y sus intenciones han sido tercamente tergiversados. La represión posterior del anarquismo en la región dejó ejecuciones extrajudiciales, como la de seis obreros indefensos en la Serradora el 11 de junio. El libro describe en detalle la restauración del antiguo régimen en Puigcerdá tras el asesinato de Antonio Martín y sus compañeros.

Archivos contra leyendas

En *Nacionalistas contra anarquistas en la Cerdaña (1936-1937),* el «brutal Cojo de Málaga», personaje entrañable y paradigmático de la historiografía académica, se desdibuja a través de la minuciosa recopilación de viejos papeles que han realizado Antonio Gascón y Agustín Guillamón. El retrato que emerge, y sustituye a la caricatura, es el de un hombre que cometió el crimen de liderar la lucha de los desposeídos por un mundo más justo, y trató vanamente de paliar el hambre de las ciudades poniendo en peligro los intereses de los especuladores. Su proyecto emancipador amenazaba demasiados privilegios en aquel caos que era la Cataluña en guerra, y caros le hicieron pagar sus intentos.

Tenemos claro que patriotas y propietarios no van a dejar fácilmente de atropellar y tergiversar en defensa de sus delirios identitarios y en salvaguarda de sus patrimonios. Dicen que la historia se repite, y tristemente es la ignorancia el lubricante de esas repeticiones. Conocer casos tan emblemáticos de manipulación como el que se nos describe en este libro será el mejor acicate para cuestionar la densa mentira que llueve, como agua sagrada, de púlpitos mediáticos y académicos. «*A las mentiras se las derrota con la verdad; a los mitos y a la leyenda negra con los archivos*».

La matanza del cuartel Carlos Marx, de Agustín Guillamón. Un episodio de represión en Barcelona durante los Hechos de mayo de 1937

Publicado en *Rebelión* el 25 de enero de 2021

Agustín Guillamón (1950) ha estudiado en detalle los conflictos de poder en la Cataluña revolucionaria durante la guerra civil, y es autor de una serie de libros imprescindibles sobre ellos. Se trata de títulos como *Los Comités de Defensa de la CNT*, de 2011 y con numerosas reediciones; *Insurrección. Las sangrientas jornadas del 3 al 7 de mayo de 1937*, de 2017; o *Nacionalistas contra anarquistas en la Cerdaña*, en colaboración con Antonio Gascón y de 2018. *La matanza del cuartel Carlos Marx*, pequeño volumen recién publicado por Calumnia, tiene su origen precisamente en un anexo del segundo de estos libros, y documenta más extensamente un olvidado episodio de represión ocurrido en mayo de 1937 en Barcelona.

Los acontecimientos descritos se enmarcan en los conocidos como Hechos de Mayo, esto es, la insurrección de los libertarios y el POUM en Cataluña, y principalmente Barcelona, contra su creciente e irrefrenable marginación por parte de las fuerzas más ligadas al Gobierno de Valencia. Durante los días 3 al 8 de mayo hubo enfrentamientos que provocaron aproximadamente cuatrocientos muertos, y la situación sólo se resolvió con el envío de cinco mil guardias de asalto contra los sublevados, y con los llamamientos a éstos de dos ministros anarquistas, Juan García Oliver y Federica Montseny, para que depusieran las armas.

El libro recoge las diligencias judiciales efectuadas tras la aparición de doce cadáveres abandonados por una ambulancia el 8 de mayo de 1937 en un recodo de la carretera de Bellaterra a Cerdanyola. Josep Vidal Lecha es designado juez instructor del caso el día 10, y ese mismo día por la tarde se persona en el cementerio de esta última localidad en com-

pañía del forense y tres agentes de policía. La identificación que se ordena permite poner nombre a seis de los cuerpos a partir de las informaciones que se van recabando, y el día 11 se incorporan al sumario los resultados de las autopsias, que revelan evidencias de torturas y heridas de bala que podían corresponder a fusilamientos, así como de tiros de gracia en la cabeza. En las jornadas siguientes, diversos testimonios permiten que otros cuatro cadáveres sean identificados.

Solidaridad Obrera denuncia en su número del día 12 de mayo el asesinato de doce militantes de las Juventudes Libertarias. De las investigaciones del redactor se desprende que algunos de éstos viajaban en coche el día 4 hacia la sede del comité regional de la CNT, cuando fueron detenidos por gente armada en las proximidades del cuartel Carlos Marx controlado por el PSUC, hacia el que luego fueron conducidos. Desobedeciendo la consigna de no avivar el descontento de los libertarios contra los estalinistas, el artículo clama contra los criminales y hace votos por que sean juzgados y condenados.

La crónica de un mitin de la CNT en el teatro Olympia el 21 de julio nos da una idea de la orfandad en que todos estos sucesos iban dejando a las bases del sindicato. Ante una multitud enfervorizada, Federica Montseny, que acababa de abandonar el ministerio de Sanidad en el Gobierno republicano, denuncia el sinsentido de tener que pedir la libertad de los presos antifascistas que llenan las cárceles un año justo después de que el golpe militar fuera aplastado en Cataluña. Fustiga luego a los que hacen campaña contra la CNT para culparla de toda la represión de elementos fascistas ocurrida durante las jornadas de julio. Su discurso halaga a sus oyentes, pero con un populismo que ignora la realidad y no es capaz de aportar una estrategia viable en un momento de persecución por parte del Gobierno republicano. El objetivo de éste era claro: desmoralizar a las bases cenetistas al tiempo que se captaba a sus líderes, y neutralizar así el proceso revolucionario.

La obra finaliza resumiendo los datos disponibles para los doce asesinados sobre su identidad, filiación, lugar de detención y aspectos más relevantes de la autopsia. La conclusión es que se trataba de jóvenes libertarios que fueron arrestados, en la mayor parte de los casos, en las proximidades del cuartel Carlos Marx, y que su militancia anarquista fue el argumento esencial contra ellos. Posteriormente fueron torturados bárbaramente y fusilados, y sus cadáveres transportados en una ambulancia hasta cerca de Cerdanyola. El sumario incoado fue sobreseído el 3 de diciembre de 1937 y los responsables de las atrocidades nunca tuvieron que responder ante la Justicia.

La matanza del cuartel Carlos Marx nos habla de crímenes olvidados en páginas sombrías de la historia, crímenes sin investigación ni culpables, y sin reparación ninguna, ni siquiera simbólica, episodios ultrajantes para cualquier sentimiento humano, que sólo la historiografía puede ya poner en claro. Hemos de agradecer, por ello, a Agustín Guillamón su trabajo de luz y memoria contra las telarañas del pasado, y que traiga con su libro un gentil ramo de flores al sepulcro de los que sólo reclamaban un mundo nuevo y mejor para todos nosotros.

CNT vs AIT. Los comités superiores cenetistas contra la oposición revolucionaria interna e internacional, de Agustín Guillamón

Publicado en *Rebelión* el 2 de mayo de 2023

El compromiso político de los anarquistas españoles durante la guerra civil, que llegó al extremo impensable de participar con cuatro carteras en un Gobierno estatal, se produjo en aras de una unidad antifascista que se consideraba inevitable, pero provocó graves disensiones en el movimiento libertario tanto a nivel nacional como internacional.

Estos conflictos pueden parecernos agua pasada que no mueve molino, pero la realidad es que constituyen el meollo de una situación de gran trascendencia y que se ha dado pocas veces en la historia, con un proceso revolucionario en marcha y una confrontación de estrategias sobre cómo culminarlo con éxito. En esta coyuntura es fácil ver que el contraste de argumentos tiene alcance universal y está lleno de enseñanzas para el futuro. Por otro lado, es importante destacar que muchos detalles de estos enfrentamientos se conservan en fondos documentales de difícil acceso y nunca antes habían visto la luz en un libro, con lo que eran en gran parte desconocidos para el público.

Agustín Guillamón (Barcelona, 1950) es uno de los mejores conocedores de la historia del movimiento anarquista español durante los años 30, como lo muestran los numerosos trabajos que ha dedicado a estos asuntos, con títulos emblemáticos como *Los Comités de Defensa de la CNT*, de 2011 y con varias reediciones; *Insurrección. Las sangrientas jornadas del 3 al 7 de mayo de 1937*, de 2017; o *Nacionalistas contra anarquistas en la Cerdaña*, en colaboración con Antonio Gascón y de 2018. El objetivo de *CNT vs AIT. Los comités superiores cenetistas contra la oposición revolucionaria interna e internacional*, que ha sido editado por Descontrol en 2022, es analizar la base documental que muestra los entresijos del debate libertario, a todos los niveles, sobre el dilema planteado por la guerra de España.

La derrota de la revolución

Tras un prólogo de Octavio Alberola, que resalta la trascendencia de estudiar momentos clave de la historia de la

emancipación humana, como el que es asunto del libro, el primer capítulo comienza presentando una síntesis del desarrollo de los acontecimientos durante las cruciales jornadas de julio de 1936 en Barcelona. La derrota de los sublevados en las calles generó una situación revolucionaria que un pleno regional de la CNT el día 21 decidió encarar a través de la colaboración del sindicato con el Comité Central de Milicias Antifascistas (CCMA) que se constituía por entonces aglutinando a todas las organizaciones democráticas. Los anarquistas, héroes del momento tras su rol esencial en el fracaso del golpe, se reservaban los puestos clave en el CCMA, pero renunciaban así expresamente a imponer al resto de las fuerzas su criterio, en lo que temían ver el sinsentido de una «dictadura anarquista».

Guillamón describe lo que ocurre a partir de ese momento, que puede sintetizarse en la consolidación de una burocracia confederal que impone a las masas del sindicato una estrategia de colaboración interclasista, presentada como inevitable y aceptada con reservas. Puede decirse, en resumen, que la vanguardia revolucionaria declinó su papel rector y dejó a las bases huérfanas. De esta forma, el avance de la reacción fue imparable y tras nueve semanas de existencia, el CCMA se disolvió, restituyendo todo el poder a la Generalitat, con lo que la situación empeoró aún más. En esta progresiva renuncia a las conquistas, los Hechos de Mayo fueron un intento desesperado de retomar la vía revolucionaria que resultó inútil.

El segundo capítulo se dedica a la persecución de los revolucionarios tras los Hechos de Mayo y a la estrategia de los dirigentes libertarios de acabar con la discrepancia interna dentro del movimiento. La transcripción de actas de reuniones muestra cómo las pretensiones de los comités de barrio de mantener su autonomía y las conquistas revolucionarias son respondidos por los líderes con llamamientos a la disciplina y férrea represión de cualquier disidencia. El asalto al cuartel de los Escolapios en septiembre de 1937 fue un episodio destacado de esta política.

Evidencia documental de la burocratización imparable

Guillamón aporta numerosos datos procedentes de fuentes primarias que muestran en detalle la consunción del proceso revolucionario. Un escenario importante que se describe es Puigcerdá, donde el asesinato de militantes anarquistas por parte de estalinistas y nacionalistas en mayo y junio de 1937, apenas tuvo eco en la prensa libertaria, controlada por los líderes de la CNT.

Resulta revelador también el análisis de los boletines editados por los anarquistas franceses presentes en Barcelona. Todos ellos se organizaron al principio en una Sección Francesa, pero en febrero de 1937 se constituyó un Grupo Francés, fiel a las directrices de la cúpula de la CNT. En marzo y abril hubo agrias discusiones entre ambas facciones, y tras los Hechos de Mayo se produjo la disolución de la Sección. En ese momento, los anarquistas franceses críticos, mayoritariamente habían regresado a su país o estaban en la cárcel por su participación en la revuelta. Los que luchaban en el frente se vieron obligados a aceptar una militarización que antes habían criticado. Aparte de esto, el movimiento libertario francés se vio muy afectado por la evolución de los acontecimientos en España; en julio de 1936 se produjo un agrupamiento de todos los sectores para ayudar a los compañeros españoles, pero a partir de octubre de ese año ganó protagonismo una escisión afín a los líderes colaboracionistas.

Habida cuenta de que los sucesos de España representaban un reto formidable para el mundo libertario, resulta revelador el estudio que se realiza de la correspondencia de los líderes de la AIT, entre ellos y con los de la CNT. Las críticas a la estrategia de esta última desde la ortodoxia anarquista comienzan muy pronto, pero van a estallar de forma virulenta en el congreso de la AIT en París en diciembre de 1937, cuyas deliberaciones se presentan en detalle y se comentan en un extenso capítulo. Lo que se vivió aquellos días fue un enfrentamiento entre la clásica visión antigubernamental ácrata, representada por Alexander Shapiro y Pierre Besnard, entre otros, y el posibilismo de los libertarios españoles que llegaron incluso a tratar de limar críticas a la Unión Soviética, por su ayuda militar al Gobierno republicano.

Hay que decir sin embargo que entre los miembros más influyentes de la AIT algunos fueron comprensivos con la vía de unidad antifascista emprendida por la cúpula de la CNT. Es el caso de Helmut Rüdiger, quien en su «Informe secreto» presentado al congreso, y que convenientemente expurgado fue publicado luego por la CNT, pedía a las diversas facciones que moderasen sus críticas a los libertarios españoles. Para él la política de unidad antifascista, que implicaba colaboración con partidos burgueses, estaba justificada, pero no la alianza de sectores ácratas revolucionarios, como Los Amigos de Durruti, con organizaciones trotskistas, que consideraba lastrada por un objetivo dictatorial.

Y la discusión se prolonga hasta hoy

Otro fondo documental valioso es la revista *Internacional*, editada por la AIT tras el congreso parisino de 1937 y que era distribuida sólo a los militantes más destacados. Se trataba con ella de crear un foro de discusión restringido, para «lavar los trapos sucios en casa». Guillamón analiza los artículos más relevantes de los seis números que aparecieron hasta octubre de 1938, lo que le sirve para muestrear las opiniones que existían en el movimiento libertario sobre la situación en España. Se concluye que la colaboración con partidos burgueses y participación en Gobiernos de los

españoles eran consideradas por unos una dejación injustificable de los principios libertarios, mientras que otros admitían que las circunstancias las hacían inevitables.

En el nuevo congreso de la AIT que se reunió en París en octubre y noviembre de 1938, los anarquistas españoles —entre los que Mariano R. Vázquez, Marianet, fue el principal orador— informaron sobre la situación en su país, manifestándose centrados en el objetivo único y esencial de ganar la guerra con la colaboración de todas las fuerzas antifascistas. En este caso no se escucharon críticas y la AIT se plegó a la estrategia de la CNT, llegando a aprobarse una cláusula adicional que concedía a las secciones nacionales «amplia autonomía táctica» en la lucha por los ideales libertarios.

El último capítulo está dedicado a artículos en los que Jaime Balius y algunos anarquistas franceses reflexionan sobre la derrota de la revolución, causada a su juicio por la traición y degeneración burocrática de los líderes libertarios españoles. La obra se completa con unas conclusiones que sintetizan lo aportado en los distintos capítulos, y trae además un amplio glosario, bibliografía y anexos documental y fotográfico.

Guillamón considera que en julio de 1936, al renunciar a la destrucción del Estado y su sustitución por comités, los libertarios españoles entregaron lamentablemente la revolución que habían comenzado con la derrota del fascismo en las calles. Lo que sigue tras este error crucial es sólo un progresivo e inevitable retroceso en las conquistas iniciales, en el que se agravan las tensiones entre las masas y sus dirigentes, plegados a la colaboración con el Estado.

No obstante, con una perspectiva global es fácil prever que de haberse optado por la opción maximalista, las dificultades para culminar el proceso emancipador hubieran sido tan enormes que no vemos que hubieran podido ser superadas. De esta forma, la discusión en el momento actual pasa a ser cuál de las dos derrotas posibles hubiera sido peor. El debate está abierto, pero en cualquier caso, el análisis que se realiza en *CNT vs AIT* pone de manifiesto en detalle de qué manera las polémicas de hoy comenzaron ya en 1936, con una resistencia por parte del movimiento libertario a adherirse a la estrategia de colaboración interclasista impuesta en España por los líderes ácratas.

El libro nos ofrece una imagen nueva y en muchos aspectos sorprendente de las discusiones en el campo libertario sobre los avatares de la Revolución española. Como resultado de estos debates, aunque nunca dejaron de oírse voces discrepantes, hay que decir que la propia AIT terminó por dar libertad a las secciones nacionales y de alguna forma hizo suya la estrategia de la CNT. Esta claudicación de lo que habían sido pilares esenciales del movimiento libertario hasta entonces afectó profundamente a la unidad y coherencia ideológica de éste en un momento clave en que un monstruoso conflicto bélico amenazaba con adueñarse del mundo.

Carl Einstein en la Revolución española

Publicado en *Rebelión* el 4 de mayo de 2021

El objetivo al que Carl Einstein dedicó su vida lo expresa certeramente el título de una colección de escritos suyos vertidos recientemente al castellano: *El arte como revuelta*. Ésa es la visión que le permitió, como influyente crítico, dotar de una base teórica a las vanguardias de comienzos del siglo XX, dinamizar expresionismo y dadaísmo, vindicar los primeros pasos del cubismo e introducir en Europa el interés por la imaginería africana, en la que veía los cimientos de la estética moderna. Su genio se prodigó en numerosos libros, entre los que destacan la novela *Bebuquin o los diletantes del milagro* (1912), y los ensayos *Escultura negra* (1915) y *El arte del siglo XX* (1926), un recorrido por mundos en metamorfosis, del impresionismo al surrealismo.

Nacido en Neuwied, a orillas del Rin en 1885, en una familia judía de clase media, Carl Einstein, sin parentesco con otros ilustres personajes del mismo apellido, como el físico Albert o el musicólogo Alfred, luchó como voluntario en la Gran Guerra y al final de ella participó en el proceso revolucionario de noviembre de 1918 en Bruselas, y después en los de 1919 en Berlín. Durante los primeros años de la República de Weimar, ejerció la crítica de arte y publicó diversas obras, entre ellas *La mala nueva* (1921), un drama sobre la crucifixión de Cristo, galardonado con una causa penal y una multa por blasfemia. En 1928 se instaló en París, donde compuso sus monografías sobre De Chirico y Braque, el poemario *Esbozo de un paisaje* (1930) y el guion de *Toni*, película de Jean Renoir estrenada en 1935.

Anarquista de razón y corazón, tras la sublevación de julio de 1936, Einstein, ya cincuentón y reputado crítico de arte, siente sin embargo el deber imperioso de arrimar el hombro en la lucha entablada, y viaja enseguida a España. Aquí se incorpora a la CNT-FAI y combate con la columna Durruti, convirtiéndose, por su experiencia militar, en responsable de un amplio sector del frente. Acabará distanciándose de los que ve demasiado resignados a renunciar a la revolución, aunque hay que decir que en 1938 apoyó los trece puntos de Negrín, intento imposible de una paz honrosa con Franco.

Tras la derrota republicana, Einstein trató de ayudar en Francia a los refugiados españoles, pero desanimado tras la invasión alemana, y triplemente perseguido, como izquierdista, como abanderado del que los nazis consideraban «arte degenerado» y como judío, decidió poner fin a sus días en julio de 1940 cerca de Pau, saltando desde un puente.

Carl Einstein en España

La editorial Orsini & Co. ha tenido la gran idea de recolectar los escritos de Einstein que reflejan sus impresiones durante la guerra civil. El pequeño volumen resultante trae

un epílogo de Koldo Artieda y viene ilustrado con fotografías de la época.

El primer texto presentado transcribe una alocución a través de la emisora de la CNT-FAI de Barcelona tras la muerte de Durruti, en noviembre de 1936. En su discurso, el teórico de las vanguardias consigue contagiarnos su emoción por la desaparición de un gran hombre que no era un «general», sino uno más en la lucha, alguien que «*había suprimido de su vocabulario la palabra prehistórica "yo"*» y «*no ordenaba sino que convencía*». Después expresa su entusiasmo por la labor colectiva en la que está embarcado, empeño de obreros y campesinos por construir una sociedad solidaria. La columna Durruti es un ariete contra el fascismo, pero también una escuela para los huérfanos analfabetos que llegan del territorio enemigo, y el germen del mundo nuevo que alumbrará la victoria. La de Einstein es la pasión de quien percibe un momento decisivo para la humanidad: «*Todos odiamos la guerra, pero la entendemos como un medio revolucionario, como un instrumento para la revolución social*».

Se recoge un artículo del 1 de mayo de 1937 en el que Einstein defiende que lo que ha comenzado en España es una guerra contra las mentiras y los ejércitos del capital a escala mundial: «*En la actualidad, cualquier revolución se convertirá necesariamente en una guerra*». Luego repasa sus experiencias en Aragón, con un frente estático en el que las columnas, escasas de material, aguardan la ocasión de iniciar una ofensiva, e intuye que ningún poder va a permitir que estos auténticos revolucionarios demuestren su coraje. Su conclusión es que ni el fascismo ni la burguesía de las democracias occidentales darán una oportunidad a los que han mostrado que existe otro mundo más allá de todas las formas de explotación capitalista.

En una entrevistas para *Meridiá*, ya en 1938, Einstein manifiesta su opinión sobre Joan Miró, un muchacho con talento, según él, pero que sin embargo yerra el tiro muchas veces con pinturas demasiado esquemáticas para un tiempo como el presente, y Salvador Dalí, al que ve pedante, fosilizado en una imitación de sí mismo, con una revuelta exclusivamente estética. A la pregunta sobre la misión del intelectual en un país en guerra, responde: «*Ir a las trincheras. Nuestra existencia está tan amenazada que ni siquiera hay sitio para el arte*». Y luego afirma: «*El trabajo intelectual ha servido demasiado a menudo para evitar el sacrificio y la misma colectividad*».

En cartas desde España a su amigo Daniel-Henry Kahnweiler, Einstein se muestra todavía esperanzado sobre el resultado de la guerra en el verano de 1938. Subraya el mérito del pueblo que resiste, y hace planes para el futuro, de abandonar, por ejemplo, la crítica de arte y tratar sólo de escribir buena prosa, y de gozar lo más sencillo de la vida: «*Cuando acabe la guerra viviré en el campo. Unos cuantos libros, tabaco, un perro o un gato y a trabajar. Quiero llevar una vida tranquila, unos cuantos amigos, pero nada de pandillas*». No pocas veces destella el genio: «*Vivir sin miedo es la única forma de existir*». «*Un cobarde jamás podrá escribir una buena página de prosa, por eso hay tan pocas*». «*Yo no cambio, sino que maduro. Pero cuanto más envejezco, más inquieto me vuelvo*».

En otra carta, de enero de 1939, al mismo remitente, Carl expresa cambios en su percepción del arte: «*Cuando vuelva, haré libros más sólidos, alejados de los gustos modernos y biempensantes de todas las vanguardias. Usted entenderá ahora por qué me hacían tanta gracia esos "Sur Sous-Réalistes", por qué nunca me he relacionado con los grupos, ni he visitado las capillas literarias*». Con la misma fecha, escribe a Pablo Picasso: «*Alégrese, mi querido amigo. Pertenece usted al mejor pueblo del mundo, al mejor país. Puede sentirse orgulloso. Y se lo digo con conocimiento de causa y después de haber pasado por experiencias duras. (...) No puede usted imaginarse hasta qué punto me siento feliz de haber luchado junto a sus compatriotas. Se trata probablemente del mejor recuerdo de mi vida*».

Koldo Artieda recoge para el epílogo su texto «Las masas son el artista (elogio de Carl Einstein)», que vio la luz como un capítulo del libro colectivo *diseño SIN diseño* en 2013. En estas páginas, el guionista y narrador navarro recorre la biografía y la obra del autor de *Bebuquin* e incide en algunos aspectos de su pensamiento, como su rechazo, siguiendo a Ernst Mach, de la distinción entre sujeto y objeto, y su adhesión al principio: «*No se puede salvar el Yo*», o su visión revolucionaria para el arte europeo: «*Si hacemos estallar en mil pedazos las ideologías, encontraremos debajo los únicos vestigios de valor de este continente reventado,(...) las masas que aún están sumidas en el sufrimiento. Las masas son el artista*». Resulta reveladora una carta de 1932 reproducida en parte, en la que Einstein exterioriza su dolorosa conciencia de estarse convirtiendo en un *bluff*, con sus progresos en el venenoso mundo del arte oficializado, siempre al servicio del dólar, aunque se haga llamar vanguardia. Esto ayuda a entender su viaje a España, y los planes que tenía para el futuro.

El autor de una entrevista a Einstein en 1938 se maravilla en su texto introductorio de haber descubierto luchando en las trincheras de Aragón a un intelectual de tanto renombre, pero el que alentó los inicios del cubismo y desentrañó su parentesco con el arte africano, no albergaba ninguna duda sobre su misión. En una carta a Kahnweiler le dice: «*En estos tiempos, el fusil es necesario para compensar la cobardía de la pluma*». Y en otra a Picasso lo aclara aún más: «*Si, más tarde, podremos escribir y pintar libremente, será únicamente gracias a la resistencia española. Siempre supe que en España estaba defendiendo mi trabajo, la posibilidad de pensar y sentir libremente como individuo. Este pueblo me-*

rece la mayor de las gratitudes. Yo he sido sólo un soldado más, no me he quedado de brazos cruzados. (...) No he venido a España más que a servir a mis compañeros, a la libertad y a la dignidad humana».

Tras las barricadas de Barcelona, de Axel Österberg

Publicado en *Rebelión* el 6 de noviembre de 2018

Axel Österberg (1911-1968) fue un poeta, periodista y traductor sueco comprometido desde muy joven con el anarquismo. En julio de 1936 se encuentra en Barcelona, y cuando se produce la intentona fascista, participa en la sublevación popular que toma el control de la ciudad. Después envía artículos a la prensa libertaria de su país y se responsabiliza de las retrasmisiones radiofónicas de la CNT-FAI para Escandinavia. Aunque abandona Cataluña en octubre de ese mismo año, desplegará una intensa campaña de apoyo a la España republicana, de la que forma parte la publicación en noviembre en Estocolmo de *Tras las barricadas de Barcelona*, recopilación de sus crónicas periodísticas. La edición de La linterna sorda que acaba de aparecer presenta una traducción de Concha Moral e incorpora un postfacio de Ana Muiña sobre la fraternidad sueca en la guerra de España.

Las nueve crónicas siguen los eventos revolucionarios. La noche del 17 al 18 de julio los ánimos expectantes estallan y la clase obrera trata de hacerse con las armas que lleva tiempo exigiendo, pero la acción no se desencadena hasta la madrugada del domingo 19, cuando la tropa sale a la calle y empieza la batalla por la ciudad. Axel está en la barricada de Sants a primera hora, y ve cómo una granada deja allí once muertos. «*Con supremo desprecio a la muerte, los trabajadores apenas armados arremeten contra los fusiles de los fascistas*». A primera hora de la tarde se han capturado incluso cañones que disparan contra sus antiguos dueños, y con el crepúsculo sobre las calles ensangrentadas cae prisionero en Capitanía el propio general Goded, cabecilla de la revuelta. Esa noche arden iglesias y el autor ve en ello la destrucción de los símbolos de una opresión secular y de los edificios desde los que durante ese mismo día se ametrallaba al pueblo.

Österberg es testigo, en unas calles inundadas de entusiasmo popular, de la partida de las columnas que van a liberar las provincias en manos de los fascistas, Zaragoza en primer lugar. Enseguida comienza también la reestructuración de la economía. En todos los sectores los obreros se hacen cargo de la producción, y la eficacia con que ésta sigue demuestra que lo natural no es el régimen de explotación, sino la autogestión, lo que le hace afirmar: «*Quien se atreva hoy a hablar sobre el anarcosindicalismo como una idea hermosa, pero poco realista, está ciego o le impulsa una evidente mala fe*». Sin embargo, las noticias que la prensa burguesa de todo el mundo presenta sobre lo ocurrido se extienden en relatos de violencias dantescas que nuestro sueco se esfuerza en desmontar con sus propias experiencias, preservando con documentos y pruebas el buen nombre de la revolución.

La diferencia entre el norte y el sur de Europa resulta evidente cuando se compara el tibio reformismo de allí, que tan bien conoce Axel, con la decisión de ir a por todas y el coraje que ve a su alrededor. Sobra valentía, pero hay una enorme escasez de armamento, y ése es el problema. Además, la relación con el Gobierno de Madrid es tensa desde el principio, lo que se ve por ejemplo cuando se dan órdenes para una movilización que el proletariado catalán, volcado en las milicias, no acepta. En la última crónica, fechada en septiembre, asistimos al entierro en Barcelona de algunos caídos en el frente en una multitudinaria manifestación de dolor y reconocimiento. Es la época aún en la que la ciudad hierve del entusiasmo rojinegro y de emancipación proletaria que encontrará George Orwell cuando llegue a ella en navidades, y describirá en su *Homenaje a Cataluña*.

El postfacio de Ana Muiña pasa revista a la solidaridad sueca con la Revolución española —liderada por el sindicato anarquista SAC—, que incluyó intensa propaganda, ayuda económica y boicot a la España franquista. Además de esto, la República española contó con un apoyo mayoritario de la sociedad sueca, que se tradujo en dinero, alimentos y material médico. Unos 550 voluntarios suecos lucharon contra el fascismo en el frente, integrándose sobre todo en las Brigadas Internacionales. Se recuerdan los nombres de algunos de los combatientes y sanitarios que demostraron con hechos su solidaridad. Cuando un gran número de supervivientes regresaron a su país en diciembre de 1938, heridos o mutilados muchos de ellos, hubieron de enfrentarse al paro, al estar marcados como proscritos, y a «campos de trabajo» durante la guerra mundial. Se describen también varios casos de anarquistas suecos perseguidos y represaliados por las organizaciones estalinistas, tanto en la España republicana como luego en su país.

Como siempre, la edición de La linterna sorda es magnífica. Debe reconocerse el esfuerzo que se ha hecho para enriquecer con notas y aclaraciones el texto original e ilustrarlo con fotografías de las calles de Barcelona en aquellos días memorables y con documentos de la época. El objetivo de los artículos periodísticos recopilados en *Tras las barricadas de Barcelona* era informar a los suecos a los que iban destinados de lo ocurrido en España, así como imbuir-

les de la transcendencia de lo que Axel Österberg presenta como una victoria decisiva de la clase obrera y «*un punto de inflexión en toda la historia de la humanidad*». Pasado el tiempo, siguen fascinándonos en estas crónicas sus emociones a flor de piel en el retrato de una gesta y unas transformaciones sociales que muy pronto habrían de enfrentarse a dificultades excesivas.

Aquellos hombres que casi hicieron la revolución. *El eco de los pasos*, de Juan García Oliver

Publicado en *Rebelión* el 12 de enero de 2009

La biografía de Juan García Oliver es rica en paradojas que muestran su evolución personal en el tiempo incierto que le tocó vivir. Él es el militante del anarcosindicalismo catalán más combativo, que en un momento acepta ser ministro de la República. Él es también el protagonista de la Revolución española, partidario en julio de 1936 de «ir a por el todo» tras la derrota del fascismo en Cataluña, que en mayo de 1937 llama a la concordia a sus compañeros de la CNT para no romper el frente común contra Franco. Su trayectoria vital refleja de este modo los compromisos que la terca realidad impuso a un personaje de extraordinaria cultura e inteligencia, pero que nunca dejó de considerarse un hombre de acción. Superviviente del legendario grupo Los Solidarios, del que formaba parte con Francisco Ascaso y Buenaventura Durruti entre otros, García Oliver fallece en 1980 en el exilio mexicano y deja testimonio de su vida entregada a la lucha revolucionaria en un extenso libro de memorias, *El eco de los pasos*, que fue publicado por Ruedo Ibérico en 1978 y ahora aparece reeditado por la CNT de Cataluña, un texto apasionante de lectura imprescindible para cualquiera interesado en la historia española del siglo XX.

Juan García Oliver nace en Reus en 1902. El libro nos acerca a su infancia de niño pobre en su ciudad natal: «*A falta de merienda, a jugar, a correr hasta cansarse*», y a sus tempranos trabajos que lo acaban llevando al oficio de camarero. La lucha sindical lo atrae desde muy joven y con diecisiete años da con sus huesos en la cárcel. Trabajo, activismo y detenciones son toda su vida en esta época, tiempos de «acción directa» en que a la violencia de la patronal se respondía con la misma moneda. En 1925 decide ir a Francia para unirse a los que conspiran contra la dictadura, y allí toma contacto con Macià y los separatistas catalanes que tratan de reclutarlo para su causa con escaso éxito. Frecuenta a Durruti y Francisco Ascaso, recién llegados de América, y con ellos emprende un disparatado intento de asesinar a Alfonso XIII durante su visita a París, que es descubierto por la policía. Tras una breve estancia en Bélgica vuelve a España en octubre de 1926, pero surgen contratiempos en Pamplona, se ve obligado a regresar a Francia andando y en el Pirineo navarro es detenido por la guardia civil. Juzgado y enviado a cumplir condena a la prisión central de Burgos, recobrará la libertad en 1931 tras la proclamación de la II República y el indulto consiguiente, no sin organizar antes un plante en el penal que aceleró su liberación.

En las memorias García Oliver resume su actitud ante el nuevo régimen: «*Considerar a la república recién instaurada como una entidad burguesa que debía ser superada por el comunismo libertario, y para cuyo logro se imponía hacer imposible su estabilización y consolidación, mediante una acción insurreccional pendular, a cargo de la clase obrera por la izquierda, que indefectiblemente sería contrarrestada por los embates derechistas de los burgueses, hasta que se produjera el desplome de la república burguesa*». Es una estrategia arriesgada que se lleva a cabo escrupulosamente. Mientras realiza trabajos de camarero y barnizador, nuestro protagonista participa en las luchas con los más combativos de la CNT, pero los sectores del sindicato que no ven la viabilidad de una revolución inmediata se distancian de ellos; son los «treintistas», firmantes del manifiesto de los Treinta (1931), con Ángel Pestaña, Joan Peiró, Juan López y Pere Massoni entre ellos. En 1933, desde la cárcel, García Oliver con Ascaso, Durruti y otros compañeros constituye el grupo Nosotros e ingresa en la FAI.

Ante las elecciones de febrero del 36, no hay dudas para ellos sobre lo que va a ocurrir. En una reunión con Ascaso y Durruti, este último dice: «*García Oliver nos ha conducido a un callejón, no diré que sin salida, pero sí con una sola salida: triunfo electoral de las izquierdas por abstenerse la CNT de hacer propaganda antielectoral, formación de Gobiernos de izquierdas revanchistas y, por consiguiente, sublevación de las derechas por mano militar*». Ante el panorama perfectamente trazado deciden estar preparados, y en algunas regiones lo consiguen; ante la sublevación de julio, la situación es dominada en Cataluña. La descripción de la lucha en las calles tiene episodios memorables: «*Mientras Ascaso se encargaba de batir desde allí el flanco de los soldados, hice abrir la puerta de la cárcel de mujeres de la esquina de la calle de las Tapias con la ronda de San Antonio para asegurarme de que en su interior no había soldados de guardia. No los había. Sólo dos guardias de seguridad montaban la guardia y no opusieron resistencia. Casi por la fuerza hicimos salir en libertad a las mujeres presas. Algunas de ellas no querían salir en libertad, y estaban acurrucadas por los rincones.* —¡Si salimos, nos castigarán!—, *decían, aterrorizadas. Yo les gritaba:* —¡Ya nadie os castigará, ahora mandamos los anarquistas! ¡Afuera todas!». Poco después, recuerda episodios pasados de represión y comenta: «—¡No se puede con el

ejército!— *Dos veces fui testigo de este grito. De niño en Reus, cuando la revolución de 1909. Y en 1917. Grito heroico y desesperado. Levanté en alto mi fusil ametrallador, blandiéndolo, y grité estentóreamente, causando la admiración de Jover y Ascaso:* —¡Sí se puede con el ejército!».

No obstante, la estrategia triangular de García Oliver, basada en el triunfo en Cataluña, Andalucía y Asturias-Galicia, que permitiera a partir de esa base triple controlar toda España está lejos de conseguirse y se precipita una guerra civil de incierto futuro. El pleno regional de la CNT y la FAI celebrado el día 21 rechaza la propuesta de García Oliver de tomar el poder, a pesar de que en ese momento hubiera sido relativamente fácil lograrlo, y éste es el punto de inflexión del libro. Hasta entonces todo es dominado por la esperanza de una revolución posible. Desde ahí, una atmósfera pesimista hace aflorar cada poco la lamentación por la oportunidad perdida. Empieza una época de gestión de los logros sociales conquistados y columnas de milicianos parten hacia el frente de Aragón. El poder está en manos de un Comité de Milicias con amplia representación de partidos y sindicatos, pero desde la Generalitat, Companys continuamente echa pulsos para recobrar lo que se le ha ido de las manos por la fuerza de los hechos. Los avances conseguidos en este tiempo son notables, empresas y servicios colectivizados funcionan razonablemente bien y se crea una industria de guerra que resulta imprescindible. Es la sociedad esperanzada e igualitaria de la que George Orwell comenta en su *Homenaje a Cataluña:* «*Era la primera vez en mi vida que estaba en una ciudad en la que la clase trabajadora tenía el mando*».

El 1 de octubre las presiones de Madrid y la Generalitat dan resultado y es disuelto el Comité de Milicias, aunque de momento la CNT conserva cuotas importantes de poder. La sensación de García Oliver es la de hallarse en una irremisible cuesta abajo. Los buenos chicos son dominados por el viejo tigre al que no es posible quitar las garras una a una: «*El Comité de Milicias se constituyó para soslayar el ir a por el todo. El Comité de Milicias se disolvía por haber ido demasiado lejos. Se disolvía para dar paso a un Consejo de la Generalitat de Cataluña. La Generalitat acabaría por ser absorbida en sus funciones por el Gobierno de Madrid, que no tenía ni apariencia de Gobierno revolucionario. Un pequeño salto atrás y la CNT llegaría al final de su cuesta abajo. Esta caída la retardaría yo tanto como me fuera posible*». En septiembre del 36, en Madrid, Francisco Largo Caballero había sustituido a José Giral como Jefe de Gobierno y en noviembre son ofrecidas cuatro carteras a la CNT. García Oliver acepta tras mucha discusión ser ministro de Justicia. En el primer Consejo de Ministros se pone sobre la mesa la evacuación del Gobierno a Valencia, lo que produce en él la impresión de que la entrada de la CNT en el Gobierno ha sido simplemente una estrategia para impedir la previsible reacción que seguiría en Cataluña a la vergonzosa retirada. No obstante, presionados por la secretaría general de la CNT, deciden suscribir la propuesta.

En el ministerio, García Oliver se concentra en la creación de una legislación progresista que a veces choca con la ideología más derechista de otros ministros, y esboza su idea revolucionaria de una «ciudad penitenciaria» para la corrección de los delincuentes; hace un esfuerzo también para acabar con las ejecuciones extrajudiciales. Con la complicidad de Largo Caballero emprende medidas, como la creación del Consejo Superior de Guerra y las Escuelas Populares de Guerra, destinadas a frenar el imparable ascenso de los comunistas. En un viaje a Madrid se encuentra con Durruti que ha acudido para colaborar en la defensa de la ciudad sitiada. Éste le comenta que la recepción por los compañeros del Comité de Defensa Confederal no fue todo lo cordial que se podía esperar, «*sino con reservas irónicas, muy madrileñas:* —¿Cómo has encontrado esto, eh, Durruti? Si vas a los frentes, verás que esto no es como vuestro Aragón, pues aquí no se come ni se duerme. Aquí solamente se muere. Y si no, que lo digan vuestros ministros catalanes, que llegaron, vieron y se fueron». El 20 de noviembre Durruti cae muerto en las proximidades de Hospital Clínico, ocupado por los sublevados. El origen del disparo que lo mata ha dado lugar a mucha historiografía y literatura.

En los primeros meses de 1937 comienzan a percibirse los intentos de rusos y comunistas, con sus aliados socialistas, para descabalgar a Largo Caballero. García Oliver comenta la oferta que le hace Marcel Rosenberg, embajador soviético, de sustituir a éste en la jefatura del Gobierno, sometimiento a una voluntad ajena que rechaza abiertamente. El fracaso de Rosenberg tal vez contribuyó a su detención y ejecución al regresar a la URSS ese mismo año. Paralelamente se producen también gestiones por parte de los caballeristas para que ocupe la jefatura de Gobierno y éste sea asumido por CNT y UGT. Es una solución que agrada a García Oliver, pero a la que se oponen los sectores más derechistas del PSOE y por supuesto los comunistas. Los sucesos de mayo del 37 en Barcelona, interpretados en el libro como una respuesta irresponsable a las provocaciones de los enemigos de la CNT, «*catalanistas burgueses y falsos comunistas del PSUC*», van a acelerar las cosas cuando la maquinaria de difamación se ponga en marcha y los comunistas exijan en el Consejo de Ministros la ilegalización y persecución del POUM. La negativa a hacerlo de Largo Caballero precipita su dimisión cuando varios ministros socialistas toman partido por los comunistas. Es la llegada de Negrín con su «Gobierno de la Victoria» al poder y el apogeo de la influencia de Moscú, el comienzo del fin.

La última fase de la guerra ocupa menos espacio en las memorias de Juan García Oliver. Es una época triste en que

a la pérdida de las conquistas sociales sigue «*un lento y persistente decaer del entusiasmo popular*». Se asocia esto a las imágenes de una Barcelona invadida por el éxodo republicano en las que se intuye la debacle final. El 27 de enero de 1939, en La Junquera nuestro faísta se encuentra con Francisco largo Caballero y Luis Araquistáin que también salen de España. «*La contrarrevolución interna en los partidos y en las organizaciones había andado mucho y aprisa. A Largo Caballero, líder que fuera de la UGT y del Partido Socialista, lo dejaron de soldado raso. Pudo la contrarrevolución hacer eso con él. Exactamente lo que la contrarrevolución hizo conmigo: también pasé a soldado raso. (...) Nos despedimos.* —¡Agur!— *Es lo que solía decir Largo Caballero.* —¡Agur!—, *le contesté. Nunca más volveríamos a encontrarnos*».

Francia, Suecia, la Unión Soviética y Estados Unidos son las estaciones de un viaje que lleva al de Reus a instalarse finalmente en México, donde vive la amarga división de los exiliados republicanos. Entre ellos, una vez comenzada la guerra mundial, trata de imponer su estrategia de constituir un Gobierno en el exilio que declare la guerra a Alemania e Italia. Como aclara en cierta ocasión: «*Soy de la opinión de que los refugiados españoles podemos disponer de más medios económicos que De Gaulle al aventurarse a constituir la Francia libre en Londres*». En los años siguientes se gana la vida como vendedor, gerente de ventas y representante comercial de diversas firmas. La última parte de sus memorias está integrada por capítulos temáticos que describen y reivindican momentos esenciales de la historia de la CNT, recuerdos del Noi del Sucre y de su asesinato, y de la formación del grupo Los Solidarios en 1922 y sus inconfesadas actividades, hitos de las luchas obreras en la España de comienzos del siglo XX.

La imagen de Juan García Oliver que emerge de estas memorias es la de un hombre inteligente que llegó a tener una sólida cultura, elegante, ágil conversador y buen orador, pero comprometido sobre todo en cuerpo y alma con la revolución, un líder sólido, noble y fiel a la amistad, pero también enemigo temible del que cerrara el camino trazado. Parece que le divertía forjar teorías para los acontecimientos más inescrutables y de ello da varios ejemplos en el libro, y se aprecia en él también una tendencia a presumir de dotes de adivino. *El eco de los pasos* es un texto fundamental de la historia de España, pero es también un apasionante relato de intriga política y acción revolucionaria, cuyos protagonistas aparecen en su real y contradictoria humanidad y lejanos del estereotipo con que suele presentarlos la historia. Juan García Oliver nos ofrece aquí una visión de los hechos que es necesario conocer y una contribución de peso al debate sobre los procesos revolucionarios del siglo XX, cuestión imprescindible porque como nos dice en un momento del libro: «*No lo olvides. Tendrás que volver a empezar partiendo del punto inicial; el que, en una u otra dirección, conduce a la victoria o a la derrota. No vuelvas a equivocar el camino*».

Ecos y pasos perdidos de Juan García Oliver, de Agustín Guillamón. Las contradicciones de un protagonista de la Revolución social española de 1936

Publicado en *Rebelión* el 30 de diciembre de 2021

Juan García Oliver (Reus, 1902 - Guadalajara (México), 1980) fue uno de los ideólogos y activistas más destacados del anarcosindicalismo catalán en la época en que éste alcanzó su máximo vigor e influencia. Camarero de profesión y militante de la CNT y luego también de la FAI, su acceso al ministerio de Justicia del Gobierno republicano supuso un trauma para el movimiento libertario que todavía incomoda. De todas sus vivencias nos informó ampliamente en su apasionante autobiografía *El eco de los pasos* (Ruedo Ibérico, 1978), reeditada varias veces y convertida en un clásico, que sigue planteando incógnitas y provocando discusión.

Agustín Guillamón (Barcelona, 1950) ha analizado la historia del movimiento libertario catalán en libros como *Los comités de defensa de la CNT* (2011), *Los Amigos de Durruti. Historia y antología de textos* (2013), *Nacionalistas contra anarquistas en la Cerdaña* (2018, en colaboración con Antonio Gascón) o *La matanza del cuartel Carlos Marx* (2020), entre otros. En su último trabajo, que acaba de aparecer en el catálogo de Calúmnia Edicions, Guillamón busca una explicación para la contradicción fundamental en la biografía de Juan García Oliver. Resulta difícil entender que un protagonista de la lucha en las calles de Barcelona en julio de 1936, llamara, sólo diez meses después, a la desmovilización de los que en esas mismas calles defendían las conquistas revolucionarias. *Ecos y pasos perdidos de Juan García Oliver* ahonda en un personaje esencial de la Revolución social española, reúne documentos inéditos junto a otros de difícil acceso y aporta al fin una respuesta para esta pregunta.

La Cataluña revolucionaria

El primer capítulo sintetiza la trayectoria de Juan García Oliver. Sindicalista y hombre de acción, él estuvo entre los más comprometidos en la época de lucha a muerte con los pistoleros del Libre, y fue luego el inventor de la «gimnasia revolucionaria», que encandiló a los sectores más insurreccionalistas del movimiento libertario, tildados a veces de «anarco-bolcheviques». En la batalla por Barcelona, el

19 de julio de 1936, mostró sus dotes de estratega al proponer dejar a la tropa salir de los cuarteles para derrotarla en las calles, como así se hizo. Poco después, en las asambleas y debates en los que los confederales eligieron el rumbo a seguir tras la victoria, defendió decididamente la opción de «ir a por el todo», que sería democráticamente rechazada en aras de una colaboración entre las fuerzas antifascistas.

El nombramiento de García Oliver, transcurridos sólo unos meses, como ministro de Justicia del Gobierno Largo Caballero cambió sin embargo completamente su forma de ver las cosas, y en 1937 el incendiario se convierte en bombero durante los Hechos de Mayo, analizados en el capítulo segundo del libro. Fue éste un momento en que la sagrada unidad antifascista propugnada desde las alturas dio al traste con los últimos logros revolucionarios que habían podido preservarse.

Completando el retrato

Entre los documentos inéditos que se presentan se encuentran un extenso relato, elaborado por García Oliver en 1966 para el novelista Luis Romero, sobre la batalla por Barcelona, y una carta de ese año al mismo en la que nuestro faísta adjunta un esquema pergeñado por él del barrio de Pueblo Nuevo, con interesantes datos sobre el origen de la insurrección del 19 de julio. Inédito estaba también el cuestionario que le remitió el historiador Burnett Bolloten, incluido con las respuestas correspondientes, así como la carta de 1970 a César Martínez Lorenzo en la que el de Reus expresa la muy negativa opinión que le ha producido el libro recién publicado por éste: *Les anarchistes espagnols et le pouvoir*.

Se reúnen además diversos artículos, conferencias y discursos de García Oliver, entre ellos la arenga radiofónica que pasó a ser conocida como «del beso», del 4 de mayo de 1937, en la que llama al cese de la lucha en las calles de Barcelona, o la conferencia en Valencia de finales de ese mes en la que reflexiona sobre su paso por el ministerio de Justicia. Las actas de reuniones de la CNT en agosto y septiembre de ese año permiten tomar el pulso a la ofensiva gubernamental que se saldó con el asalto al cuartel de los Escolapios, sede del Sindicato de Transporte, un nuevo episodio represivo en el que García Oliver tuvo un papel crucial desde la cúpula de la CNT. Estos documentos evidencian la inquietud de las bases confederales ante la pérdida progresiva de todas las conquistas revolucionarias.

La razón del cambio de postura

Para Agustín Guillamón, la ruptura en 1937 de la trayectoria revolucionaria de Juan García Oliver se debe a que éste, al igual que la inmensa mayoría de la militancia cenetista, sustituyó entonces sus principios libertarios por la ideología de la unidad antifascista, centrada en el objetivo único de ganar la guerra. Guillamón es muy crítico con este cambio, que suponía de facto renunciar a la revolución, pero la cuestión esencial a la hora de enjuiciarlo es si había o no una alternativa revolucionaria viable en aquellas circunstancias.

García Oliver siempre alegó que el gran error de la CNT fue no seguir su propuesta de «ir a por el todo» en el pleno del 21 de julio de 1936, y contempló la historia posterior de sacrificio de la revolución, como inevitable. De esta forma, según su criterio, su aceptación de un ministerio o su colaboracionismo con el Gobierno republicano quedaban libres de culpa. Sin embargo, esta pretensión suya de que en julio hubiera sido posible lo que no lo era poco después no la apoya con ningún argumento convincente.

Guillamón enfatiza la amargura y frustración de una revolución estrangulada por algunos de los que fueron en el pasado sus más fervientes defensores. El escenario es triste ciertamente, pero hoy parece claro que, a pesar de las conquistas que pudieron arrancarse en aquel corto verano del 36, el contexto español y europeo brindaba escasas opciones revolucionarias en aquel momento. Y no se puede dejar de reconocer que, en las condiciones que se vivían, una guerra civil en la retaguardia republicana, muy difícil de ganar para los libertarios, resultaba aún más amarga y frustrante que la renuncia al ideal, porque todos sabemos quiénes iban a ser los auténticos beneficiados de esos combates.

Más allá de las batallas historiográficas de la guerra civil que todavía se luchan, y de opiniones e interpretaciones siempre abiertas a discusión, lo cierto es que Agustín Guillamón nos ofrece en *Ecos y pasos perdidos de Juan García Oliver* datos novedosos e importantes para aquilatar la figura de uno de los protagonistas más notables de la Revolución española.

El eco de las muletas, de Dani Capmany: aproximación a Manuel Escorza del Val, responsable policial en los meses críticos de la Revolución española

Publicado en *Rebelión* el 2 de enero de 2019

Dani Capmany Sans (1976), periodista e historiador, es autor de cuadernos educativos y varios artículos en *Instinto Social*, dos de los cuales han sido reunidos para conformar éste su primer libro, recién publicado por la editorial jiennense Piedra Papel. Se trata de una aproximación a la figura de Manuel Escorza del Val, militante libertario que asumió en julio de 1936 un alto cargo policial en la revolución en marcha. En su introducción, Capmany recopila

las opiniones vertidas sobre su biografiado por Juan García Oliver, Federica Montseny, Manuel Benavides, Pasionaria y muchos otros, que perfilan la imagen contradictoria del responsable de una cruel represión a quien sin embargo se reconoce como honesto e incorruptible. El carácter discordante de estas impresiones es tan evidente que invita a rebuscar entre los testimonios disponibles para lograr un retrato lo más ajustado posible del personaje, y ése ha sido el propósito del libro.

Manuel Escorza nació en la capital catalana en 1912 en una familia obrera de la que heredó los ideales libertarios. Muchacho inteligente, cuando la poliomielitis lo dejó tullido, se concentró en el estudio y la escritura, publicando artículos en *Tierra y Libertad* y novelas cortas en la editorial de Federico Urales. En los años 30 era una figura bien conocida en el movimiento libertario y uno de sus mejores oradores; formaba parte del grupo de acción Seis Dedos de la FAI y parece ser que también estaba afiliado a la masonería. Tras las jornadas revolucionarias de julio, Escorza defendió en el pleno del día 21 una postura intermedia entre el «ir a por el todo» de García Oliver y el abierto colaboracionismo de Federica Montseny y Abad de Santillán. Se trataba, según él, de cooperar con las otras fuerzas antifascistas, pero obligando al Gobierno a consolidar los logros revolucionarios, y manteniendo al mismo tiempo unas estructuras de poder autónomas capaces de asumir el control en cuanto la situación fuera más favorable.

Muy pronto se crea la Comisión Regional de Investigación de la CNT/FAI para encargarse de las labores de espionaje y contraespionaje necesarias con el fin de desbaratar a los elementos fascistas que existían entre la población. La dirección de la misma se encomienda a Escorza, que se rodea para esta misión, entre otros, de sus viejos compañeros del grupo Seis Dedos: su cuñado Liberto Minué, que coordinará las actividades en Francia, José Irizalde, Manuel Gallego y Avelino Estrada. Disponen de patrullas propias y colaboran estrechamente en un principio con los libertarios alemanes e italianos refugiados en Cataluña en la represión de nazis y fascistas, pero en unos meses, la ofensiva estalinista y la progresiva pérdida de influencia de la CNT acaban distanciándolos. Por otro lado, las relaciones con los encargados de la seguridad dentro del Comité Central de Milicias Antifascistas, bajo la dirección de Aurelio Fernández, son bastante confusas, en una época además en la que todos los partidos organizaron sus patrullas y checas para la represión de la quinta columna.

Resulta interesante el estudio que Capmany hace de los importantes medios desplegados por parte del Gobierno de Burgos, a través de personajes como Francesc Cambó, para combatir la revolución en Cataluña. Lo exiguo de sus resultados da idea de la eficacia del trabajo de Escorza en los primeros meses de guerra. Sobre los excesos cometidos, la confusión de los datos existentes permite que se carguen más o menos las tintas, en función sobre todo del sesgo ideológico de cada historiador. No cabe duda de que la represión dirigida por Escorza fue intensa, y afectó a derechistas principalmente, pero también a militantes libertarios, algunos destacados, sorprendidos realizando saqueos y pillajes, lo que provocó las iras de otros sectores anarquistas. Ésta es la razón, por ejemplo, por la que García Oliver ataca ferozmente a Escorza en *El eco de los pasos* denigrándolo como «*tullido de cuerpo y alma*». Se describen casos de sacerdotes no comprometidos políticamente que fueron detenidos y luego puestos en libertad.

La segunda parte del libro presenta una evolución cronológica de los acontecimientos entre julio de 1936 y mayo de 1937. Septiembre marca un punto de inflexión con la entrada de los libertarios en la Generalitat, aunque esto no parece afectar a nuestro hombre, que sigue con sus labores, ahora bajo paraguas gubernamental. Así, en noviembre, las informaciones de sus infiltrados sirven para desbaratar una intentona de los catalanistas que pretendían desalojar a los anarquistas del poder y proclamar la independencia de Cataluña con el apoyo de las potencias fascistas. Estos planes van a continuar en los meses siguientes, al tiempo que crece la influencia soviética y se erosiona la de la CNT con medidas que causan la desesperación de las bases libertarias. Los que habían aplastado al fascismo en las calles son ahora derrotados sibilinamente por los politicastros. El golpe de gracia vendrá con la provocación, probablemente orquestada por los soviéticos, que condujo a los Hechos de Mayo, y la consiguiente marginación definitiva de la CNT y quiebra de los logros revolucionarios alcanzados. A partir de ese momento, en lo que respecta a la dinámica de la represión de quintacolumnistas, se pasa a una nueva fase, caracterizada por el régimen férreamente organizado de terror de los estalinistas. Manuel Escorza se exilió en Chile tras la guerra civil y allí ejerció como crítico literario y cinematográfico hasta su fallecimiento en 1968.

El eco de las muletas es un hermoso ejemplo de historiografía rigurosa empeñada en escudriñar las fuentes disponibles y discutirlas detalladamente, tratando siempre de clarificar asuntos que resultan ser harto enmarañados y contradictorios, y en los cuales es frecuente ver que prima en los textos comentados el amor a las propias siglas sobre el que debemos tener a la verdad desnuda. Es de agradecer que se haya hecho un esfuerzo así para desentrañar la realidad detrás de la leyenda tejida en torno a Manuel Escorza del Val. La imagen que emerge de la lectura es la de un personaje que asumió sobre sus hombros un trabajo tan duro como imprescindible para la revolución en marcha, y lo desempeñó con eficacia, colaborando con los demás grupos que tenían esas misiones encomendadas, y con una honradez que no es habitual en circunstancias similares. Además

de esto, comprobamos que fue una persona enormemente respetada e influyente dentro del movimiento libertario y que marcó el desarrollo de los acontecimientos.

La obra concluye planteando una serie de preguntas clave para un progreso en la investigación sobre Manuel Escorza del Val, aspectos como su papel —probablemente decisivo, pero aún no conocido en detalle— en las negociaciones para formar Gobierno en la Generalitat en abril de 1937 o en los subsiguientes Hechos de Mayo. Es inevitable que queden enigmas por resolver, pero tras la publicación de este libro y de la biografía reciente de Aurelio Fernández debida a Manel Aisa, puede decirse que comienza a salir a la luz una nueva visión sobre los responsables policiales de la Revolución española. Esto es importante, en cuanto nos permite contemplar los hechos de aquellos meses cruciales sin el sesgo manipulador e interesado que tantas veces caracteriza a la historiografía del pensamiento único.

La bala y la palabra. Francisco Ascaso (1901-1936): la vida accidental de un anarquista, de Luis Antonio Palacio Pilacés y Kike García Francés

Publicado en *Rebelión* el 12 de octubre de 2019

Francisco Ascaso vivió los mismos años que Mozart (35) y es otro buen ejemplo de cómo una vida corta puede estar llena de tensión creativa, de lucha y de logros, y un lapso que apenas da para aterrizar en la conciencia puede asombrar de madurez y claridad de visión. Militante del grupo Los Solidarios (rebautizado Nosotros en 1931), Paco Ascaso fue el primero de sus integrantes en caer en los combates de 1936, aunque Buenaventura Durruti habría de seguirlo a los pocos meses. Algunos solidarios que sobrevivieron a los años de plomo, como Juan García Oliver o Ricardo Sanz, nos dejaron sus memorias, y si a esto unimos que otros, como el propio Durruti, Antonio Ortiz o Aurelio Fernández han sido objeto de estudios biográficos recientes, resulta evidente el interés de *La bala y la palabra*, el documentado y minucioso volumen que Luis Antonio Palacio Pilacés y Kike García Francés acaban de publicar (La Malatesta, 2017). Éste tiene la virtud de poner al fin el foco sobre uno de los miembros más destacados del grupo, que hasta el momento sólo aparecía en la penumbra de trabajos con otros protagonistas principales.

Primeros años en Aragón (1901-1922)

Francisco Ascaso Abadía nació el 1 de abril de 1901 en Almudévar (Huesca) en una familia que poseía algunas tierras y un horno de pan, y pudo darle cierta instrucción. Sus hermanos, Domingo y Alejandro, seis y tres años mayores que él, serán compañeros en muchas luchas de su vida. Cuando la temprana muerte de su padre en 1912 los deja casi sin ingresos, todos, con su madre y su hermana pequeña María, han de instalarse al año siguiente en Zaragoza. Allí Francisco comienza a trabajar, y pronto lo hace en el oficio de panadero, que conoce bien.

La Gran Guerra dispara los beneficios de empresarios e intermediarios, y también los precios, pero no los salarios, con lo que la conflictividad social aumenta. En esta situación crítica, los Ascaso son enseguida seducidos por las ideas libertarias. La huelga general revolucionaria de agosto de 1917 se salda con ochenta muertos por todo el país y un rotundo fracaso, pero marca un camino de unidad y lucha, mientras la CNT, más batalladora ve crecer su influencia a expensas de la UGT. En enero de 1918, con una encarnizada huelga de panaderos en marcha, Francisco es detenido por primera vez. Identificado como elemento combativo, se ve obligado tras su liberación a cambiar de oficio y desde entonces trabajará sobre todo como camarero.

Los años siguientes la lucha de los obreros por sus derechos da lugar a una dura represión y la violencia se dispara, con bombas y tiroteos a la orden del día. El epicentro de esto es Barcelona, donde el brutal Severiano Martínez Anido es gobernador civil desde noviembre de 1920 hasta su destitución dos años después. No obstante, Zaragoza no le va a la zaga; aquí, en diciembre de 1920, Francisco es detenido acusado de haber intervenido en un atentado, y permanece encarcelado dos años en espera de un juicio del que sale absuelto.

Inicios de Los Solidarios (1923)

Una vez liberado, nuestro protagonista se integra plenamente en el grupo anarquista Los Solidarios, que acaba de constituirse con algunos de los militantes más combativos del anarquismo español. Con Buenaventura Durruti sintoniza desde el principio, pues ambos coinciden en un aspecto esencial: en el proceso revolucionario inminente, el protagonismo ha de estar siempre en las masas, y es su deber renunciar a dirigirlas desde cualquier «burocracia revolucionaria». Sus diferencias físicas y de carácter, con el leonés más alto y corpulento, derrochando carisma, pasión y simpatía, y el aragonés enjuto, reflexivo e introvertido, no van a ser óbice, sino todo lo contrario, para la profunda amistad que surge entre ellos y hará que formen un equipo formidable.

Establecido desde febrero de 1923 en Barcelona, Francisco vive allí el mes siguiente el asesinato del Noi del Sucre por pistoleros de la patronal, que le muestra a las claras el salvajismo del poder y la imposibilidad de cualquier acuerdo con él. La respuesta sólo puede ser violenta y ha de estar a la altura. En la primavera de sangre que sigue, el de Almudévar es

uno de los elementos más activos, y el 4 de junio, con Rafael Torres Escartín, acaba con la vida del cardenal de Zaragoza Juan Soldevila, preboste de la reacción española; unos días después, reconocido en el lugar de los hechos por una testigo, es detenido en el domicilio familiar y encarcelado.

Los rumores que llegan de un posible golpe militar hacen necesario acopiar fondos para comprar armas y el objetivo escogido es la sucursal del Banco de España en Gijón, que es asaltado por los solidarios disponibles el 1 de septiembre. Se consigue un botín de 850 000 pesetas, pero resultan muertos el director de la sucursal y, ocho días después, también Eusebio Brau, uno de los asaltantes, en un tiroteo tras el cual otro de ellos, Rafael Torres Escartín, es detenido. Pronto un chivatazo alerta a la policía de la participación de éste en la muerte del cardenal; aunque conseguirá fugarse, detenido otra vez será condenado a la pena capital y la sentencia acabará ejecutándose en 1939.

Las armas se compran en Éibar y son enviadas por barco a Barcelona, pero el alzamiento de Primo de Rivera el 13 de septiembre hará que no puedan ser recogidas por los libertarios. La CNT es duramente reprimida por el general golpista y sus militantes más destacados se ven obligados a exiliarse. Por otra parte, el 8 de noviembre de 1923, Francisco Ascaso, junto a otros compañeros, consigue escapar, huyendo a través de los tejados, de la destartalada cárcel zaragozana de Predicadores. La situación política y la suya personal hacen inevitable que se una a los que abandonan el país.

Primer exilio en Francia (1924)

Ascaso y Durruti llegan a París en los primeros días de 1924. Llevan consigo una parte importante del dinero de Gijón, que será utilizado para establecer un comité, dotado de imprenta y editorial, capaz de coordinar y asistir a los revolucionarios de todo el mundo que buscan refugio en la capital de Francia. Pronto se fragua además un ambicioso y bastante descabellado plan para un levantamiento en Barcelona, combinado con una doble invasión del territorio español por Vera de Bidasoa y Figueras. Estos movimientos esperan contar con apoyos en el ejército y fían su éxito al «contagio revolucionario», pero su puesta en marcha en noviembre se salda con sangrientos fracasos en los dos primeros puntos, a la vista de lo cual, en el tercero, donde se hallaba Francisco, el plan al fin es cancelado.

La aventura americana (1925-1926)

Enrarecidas con los hechos referidos las relaciones con las autoridades francesas, los solidarios refugiados en París acogen con optimismo la sugerencia que les hacen desde la CNT de que algunos de ellos viajen a América a fin de «recaudar fondos» para las actividades revolucionarias. Sobre Ascaso pesaba además la amenaza de una extradición por lo del cardenal, así que el 24 de diciembre de 1924, en compañía de Buenaventura Durruti y otro compañero cuya identidad es disputada, toma un barco en El Havre que, tras escala en Nueva York, lo lleva a Cuba. Aquí, los tres van a permanecer varios meses. Trabajan de estibadores y en la zafra, tratan de organizar la resistencia sindical y cuando en un ingenio un conato de huelga es respondido con una paliza brutal a tres peones, el patrón responsable aparece muerto a cuchilladas a la mañana siguiente. Los españoles desaparecen dejando una nota en la que puede leerse: «La justicia de Los Errantes». Se les busca con ahínco y en marzo, en cuanto tienen ocasión, abandonan la Perla del Caribe con destino a tierras mexicanas.

En la Ciudad de México, los prófugos colaboran con la CGT, sindicato ácrata que sigue una línea reformista, y pronto se les unen Alejandro Ascaso y otros compañeros, recién llegados de Europa. El grupo comienza la actividad expropiadora el 23 de abril de 1925, atracando una fábrica de tejidos de la capital, acción en la que un empleado resulta muerto. El exiguo botín se dedica a financiar proyectos educativos de la CGT. Cuando las pesquisas policiales, desatinadas al principio, llegan a inquietarlos, deciden abandonar el país y regresar a Cuba, y allí, en una breve estancia antes de partir para Chile, logran un cuantioso botín con el asalto a un banco. Hay que señalar también que en el mes de abril, Francisco Ascaso y Rafael Torres Escartín habían sido condenados en Zaragoza a la pena capital por la muerte del cardenal Juan Soldevila.

El 9 de junio de 1925, los errantes arriban a Valparaíso y en la cercana Santiago contactan con compañeros de la agrupación Luz y Acción (integrada en la IWW) que, más proclives al ilegalismo que los mexicanos, aceptan darles apoyo y cobertura a cambio de un reparto de los beneficios. En Chile reinaba la paz social y el atraco que el 16 de julio se llevó un cuantioso botín del Banco de Chile y costó la vida a uno de sus empleados produjo honda conmoción. Sin embargo, dos nuevos intentos en los días siguientes acabaron en sendos fiascos, y con el país patas arriba, nuestros solidarios decidieron enviar a uno de los suyos con una parte importante del dinero a España y atravesar los Andes para probar fortuna en Argentina.

Corre ya el mes de agosto cuando Alejandro y Francisco Ascaso, Buenaventura Durruti y Gregorio Jover son cálidamente acogidos en Buenos Aires en la redacción del semanario *La Antorcha*. Alejandro, no obstante, descontento del rumbo que están tomando sus vidas, decide separarse del grupo y viajar a Montevideo. Establecido luego en Costa Rica, dirigirá allí varios periódicos y llegará ser un personaje muy conocido, respetado por su compromiso con las clases populares y la defensa del medio ambiente. Falleció en su patria de adopción en 1982, tras realizar un viaje de incógnito a su tierra natal en los últimos años de la dictadura franquista.

La trayectoria reciente de Los Solidarios estaba recibiendo duras críticas por parte de anarquistas tan conspicuos como Ángel Pestaña o Diego Abad de Santillán, éste por entonces en Argentina, que se enmarca en el abierto enfrentamiento que existía en ese momento en los medios ácratas entre partidarios y detractores del ilegalismo. Sendos atracos en octubre y noviembre no recaudan apenas nada, y en el segundo además un policía resulta muerto. Para colmo de males, las pesquisas policiales en Chile consiguen que los fugitivos sean identificados y sus fotografías expuestas por todas partes. En un nuevo atraco, ya en enero de 1926, otra vez hay un muerto, aunque aquí sí que se logra un buen botín. Acosados, nuestros protagonistas optan por viajar a Uruguay y abandonar América lo antes posible.

Segundo exilio europeo (1926-1931)

El 30 de abril de 1926, los tres amigos desembarcan en Cherburgo, y enseguida se establecen en París, donde junto a otros solidarios, como Juan García Oliver y Aurelio Fernández, se embarcan en proyectos ambiciosos. Acabar con la vida de Benito Mussolini resulta ser el primero, y cuando se hace inviable, deciden poner en la diana a Alfonso XIII, aprovechando la visita que va a realizar a la ciudad. Avanzan con el plan pero, vigilados estrechamente por la policía, el 25 de junio, Francisco y Buenaventura son detenidos; ocho días después cae también Gregorio Jover, aunque a él no se le vincula con el intento de magnicidio. Con los tres a buen recaudo, muy pronto llegan peticiones de extradición desde Argentina y España.

La condena, a unos meses de reclusión, ya estaba cumplida, en el caso de Durruti y Jover, cuando se dicta sentencia en octubre, pero los dos revolucionarios siguen en prisión a la espera de que se resuelva su extradición. Se desata entonces una intensa campaña internacional de solidaridad que se funde con la que lleva años exigiendo la libertad de Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti, anarquistas condenados a muerte en Estados Unidos en un juicio plagado de irregularidades. Al fin, tras presiones, altercados y vacilaciones del Gobierno francés, el 9 de julio de 1927 los tres solidarios son liberados. Gregorio permanece en Francia con su familia, pero Francisco y Buenaventura, expulsados del país, viajan a Bélgica a fin de mes, en los días en los que en El Saler se constituye la Federación Anarquista Ibérica (FAI). No obstante, rechazados por los belgas, regresan de incógnito a Francia, donde son detenidos en Lyon el 5 de abril de 1928. Tras su liberación, residen en Bruselas y Berlín.

La dimisión de Primo de Rivera en enero de 1929 los sorprende en Bélgica. Entusiasmados, se prodigan en actividades propagandísticas y planes insurreccionales. La anarquista bielorrusa Ida Mett describe a Francisco en esta época como un joven a la vez irónico y discreto, tan suave de modales como enérgico de carácter, algo enfermizo y dotado de una espontánea simpatía, pero por encima de todo volcado en cuerpo y alma en la construcción de un mundo sin explotación y sin importarle demasiado lo que a él personalmente pudiera depararle esta lucha; su lema era: «*Nadie tiene derecho a gobernar a otros*». Tras la proclamación de la II República, a nuestros dos revolucionarios les falta tiempo para emprender viaje, y aunque son retenidos unas horas en la frontera, el 15 de abril están ya en Barcelona.

Primeros años republicanos (1931-1933)

El 1 de mayo, tras un mitin multitudinario de la CNT, casi cien mil personas acuden en manifestación al palacio de la Generalitat para entregar sus demandas. Tiroteadas por guardias y pistoleros, se logra repeler la agresión con la ayuda de un grupo de soldados de un cuartel cercano al mando de un capitán. Ese día queda demostrada la fuerza de los anarquistas en la calle, pero para capitalizar esta energía, compiten en el seno del movimiento dos tendencias que se van a revelar irreconciliables, la de los que, como Ángel Pestaña o Joan Peiró, proponen concentrarse en objetivos sindicales y dar una oportunidad a la República, y la de los radicales, dominantes en la FAI, que se plantean el asalto a los cielos como meta inmediata, vía gimnasia revolucionaria.

En agosto treinta dirigentes moderados publican un manifiesto rechazando el «aventurerismo». Es un texto bien adobado de argumentos y con los pies en el suelo, pero aparece en un momento muy duro de persecución gubernamental a la CNT, con represión sangrienta y cotidiana y trato de favor descarado a la UGT, y esto hace que su crítica a los que resultan ser los líderes más comprometidos y hostigados no siente bien entre amplios sectores de afiliados. Así, en el pleno regional de octubre, los faístas se hacen con el control de *Solidaridad Obrera*, la *Soli*, el periódico libertario de mayor difusión, lo que es sólo un anuncio de la hegemonía total que van a lograr muy pronto en el sindicato.

1932 comienza con insurrecciones, como la de Figols, en el Alto Llobregat, que sin derramamiento de sangre consigue establecer el comunismo libertario en la localidad durante unos días, pero la represión que se desencadena después es contundente, y Francisco y Buenaventura son deportados en febrero a Guinea con otros compañeros. Acabarán casi todos en Villa Cisneros, con Durruti y unos pocos más en Fuerteventura. En agosto, tras el fracaso del intento de golpe de Estado de Sanjurjo, que pone de manifiesto el peligro fascista que acecha, todos los anarquistas son reagrupados en Fuerteventura para hacer sitio en Villa Cisneros a los militares alzados. Al fin, en septiembre los revolucionarios son liberados y enviados por barco a Barcelona. Llegan a la Península en un momento en que la CNT se encuentra ya escindida. Ángel Pestaña, duramente criticado por su pasividad ante las deportaciones, se ha visto

forzado a dimitir como secretario del comité nacional, y algunos sindicatos locales que trataron de presionar a su favor están a punto de ser expulsados, como él mismo lo será también en breve.

El 8 de enero de 1933 se pone en marcha un importante intento insurreccional que afectará sobre todo a Cataluña, Valencia y Andalucía, con ecos por otras regiones. Los hechos más graves tienen lugar el día 11 en la localidad gaditana de Casas Viejas, con una matanza de campesinos cuyos espantosos detalles conmocionan a la opinión pública tras las investigaciones sobre el terreno de los periodistas libertarios Eduardo de Guzmán y Ramón J. Sender. El día 14 todo ha terminado, y aunque la CNT se ha desvinculado a través de la *Soli* de la intentona, la represión sobre el sindicato es durísima. Con esto, las posturas se enconan, y en una conferencia en marzo se consuma la expulsión de los pestañistas. No obstante, tampoco falta oposición al desbocado insurreccionalismo desde las filas de la FAI. Francisco y Buenaventura son detenidos a finales de marzo en Sevilla y enviados al penal del Puerto de Santa María; el riguroso contraste de fuentes por parte de los autores de *La bala y la palabra* señala un aspecto bastante sorprendente: el grupo Nosotros, conformado entre otros por ellos dos, no formaba parte por esas fechas de la FAI, y sólo se une a ella a finales de ese año de 1933, cuando todos sus miembros quedan en libertad. Según el testimonio de García Oliver, ni siquiera en ese momento el grupo se integra en la FAI.

Buenaventura y Francisco permanecen encarcelados hasta octubre y noviembre, respectivamente. El triunfo de las derechas en las elecciones que se producen entonces es respondido el 8 de diciembre en toda España por una nueva insurrección de intensidad mayor que la de enero. Sin embargo, tanta energía sólo es capaz de alumbrar otro fracaso, con ciento veinticinco muertos entre los dos bandos. En las filas de la FAI se elevan numerosas y significadas voces (Santillán, Montseny y Peirats entre otros), críticas con el grupo Nosotros, al que se acusa de actuar en nombre de la organización sin aceptar su disciplina democrática, e imponer una dinámica que está resultando desastrosa. De todo esto, la FAI va a salir muy debilitada.

Bieno negro y combate final (1934-1936)

En una situación difícil, con el sindicato ilegalizado, nuestro altoaragonés continúa en 1934 su actividad organizativa y propagandista, participando en reuniones y mítines por toda España, y asume además ese año el cargo de secretario general de la CNT en Cataluña. Con los socialistas desalojados del poder, la UGT adopta por entonces una postura reivindicativa y, aunque los ácratas no olvidan su negativa a sumarse al movimiento de diciembre, pronto se comienza a plantear una posible unidad de acción. Al pleno nacional de junio, los asturianos llegan ya con una alianza firmada con los socialistas. Ésta no es bien vista por los demás, pero va a seguir adelante. En otros territorios, los libertarios quedan al margen de insurrecciones capitalizadas esta vez por socialistas y catalanistas.

En octubre, ante a la entrada de tres ministros cedistas en el Gobierno, los socialistas se sublevan en Madrid y zonas del País Vasco, Aragón y Castilla. No obstante, los sucesos más graves se van a vivir en Asturias, donde se suman los anarquistas y la lucha va a prolongarse un par de semanas. Mientras tanto, en Cataluña, la Generalitat, embarcada en una brutal represión de la CNT, cosecha un rotundo fracaso cuando pide a las masas que salgan a la calle a reivindicar la «República catalana». A pesar de esto, entre los obreros no se comprende el llamamiento de la CNT a abandonar la huelga general que es radiado en los momentos finales de la insurrección; esto costará a Francisco su puesto de secretario general. Tras el descalabro de la intentona, Lluis Companys y buena parte de su Gobierno dan con sus huesos en el penal del Puerto de Santa María y la autonomía de Cataluña es suspendida.

Durante 1935, entre detenciones y torturas recurrentes, Francisco y Buenaventura vuelcan sus energías en preparar un enfrentamiento que se prevé decisivo. Están convencidos de que el éxito se logrará sólo con una poderosa organización de base, y se ven obligados a criticar los atracos y acciones individuales, que en este momento les parecen contraproducentes. En otoño, las crisis de los partidos de derechas están a punto de forzar un adelanto electoral, y catalanistas y socialistas se acercan a la CNT tratando de que no haga campaña por la abstención; al fin las bases votarán por no hacerla. Los meses previos a las elecciones de febrero, la actividad mitinera de Francisco es frenética, llamando a la lucha y exigiendo la libertad de los presos. En el libro se recogen algunas de sus intervenciones, publicadas en la *Soli*.

Con el triunfo del Frente Popular, una amnistía libera a los miles de presos políticos hacinados en las cárceles, mientras la situación social se encona, con numerosos atentados de los falangistas; pronto los campesinos del sur, sin aguardar leyes de expropiación, se lanzan a la ocupación de fincas. En mayo, un congreso de la CNT en Zaragoza aprueba la reincorporación de los sindicatos escindidos. En una de las sesiones finales, Francisco se defiende del llamamiento a dejar la huelga general en octubre del 34, y argumenta que en ese momento desconocía que la lucha continuaba en Asturias.

El conflicto se exacerba sin mediación posible y el 19 de julio, los comités de defensa de la CNT, que se han preparado minuciosamente, plantan cara al ejército sublevado en las calles y logran doblegarlo con ayuda de guardias de asalto y algunos guardias civiles; hay que señalar que la Generalitat se negó a armar al pueblo hasta el último momento. Al día siguiente (20 de julio) poco después del mediodía,

frente al cuartel de Atarazanas, postrer bastión de los militares sublevados, un disparo en la cabeza acaba con la vida de Francisco Ascaso, justo cuando el sueño de toda su existencia se encontraba al alcance de la mano. Sus más queridos compañeros, entregados a la apremiante organización de columnas de milicianos, no pudieron asistir a su entierro el día 22.

La lucha no había hecho más que empezar. Era el comienzo de la Revolución social española. Domingo Ascaso había de caer en sus momentos finales, en los combates de mayo del año siguiente en Barcelona.

Los tesoros de la memoria

Es de agradecer el enorme esfuerzo que han realizado Luis Antonio Palacio Pilacés y Kike García Francés para elaborar este volumen. El minucioso escudriñe de las fuentes es una labor interminable y tediosa, y rinde además muchas veces resultados contradictorios, que es necesario contrastar y evaluar para ofrecer una visión ajustada de lo que sucedió. Todo esto se ha hecho con rigor, y ha permitido construir un retrato cabal de uno de los luchadores más destacados en los años de oro del anarquismo español. *La bala y la palabra* es un paso importante en la recuperación de aquella historia irrenunciable.

En una época marcada por la confianza, encarnada en poderosas organizaciones, en la inminencia de la revolución, muchos como Francisco Ascaso decidieron apostarlo todo en aquella partida que habría de acabar de una vez con el envenenado juego de amos y esclavos del capitalismo. El reto implicaba poner en juego la propia vida y la de otros, como demuestran tantas biografías truncadas, e inevitablemente se produjo allí una discusión sobre el significado de la violencia en la lucha revolucionaria, que aparece recurrentemente a lo largo del relato y está llena de lecciones. Pacifistas y exaltados no han dejado nunca de afilar argumentos que batallan en cada uno de nosotros.

Desde las brumas del presente, abismados en las mentiras, crueldades y delirios tecnológicos del capitalismo terminal, apenas podemos entender aquel mundo en el que todo parecía ajustarse al sueño, perfectamente simple, de entregar las tierras y las fábricas a sus trabajadores y construir una sociedad federada y genuinamente democrática donde la esclavitud del capital fuera abolida. La derrota nos dejó en la estacada, y no se adivina forma alguna de que las eternas víctimas de la historia pasen a ser otra vez conscientes de su poder y comprendan que la apuesta por un mundo sin explotación es lo más seductor y sensato que es posible plantearse.

Hubo un tiempo en que todo fue posible. *Vivir de pie*, extraordinario documental sobre Cipriano Mera

Publicado en *Rebelión* el 26 de abril de 2011

La reedición en 2006 de las memorias de Cipriano Mera: *Guerra, exilio y cárcel de un anarcosindicalista* (primera edición en Ruedo ibérico, 1976), gracias a un proyecto en el que participaron CGT, CNT y varias fundaciones y organizaciones libertarias, fue un hito en la recuperación de la memoria de un personaje esencial de la guerra civil española. Recientemente ha aparecido también el documental: *Vivir de pie. Las guerras de Cipriano Mera* (Los sueños de la hormiga roja, 2009), que con arte y rigor nos acerca a su vida, la epopeya de un obrero al que su clara inteligencia y voluntad indomable convirtieron en una pieza fundamental de la máquina militar de la II República, un hombre al fin al que una justa rebeldía no impidió nunca encontrar el camino más sensato en la lucha por la liberación del ser humano.

Cipriano Mera nació en Madrid en 1897 en una familia muy modesta y fue un niño sin escuela trabado pronto el oficio duro de ganar el pan. Con los años llega a ser un apreciado albañil y en 1936 es presidente del sindicato madrileño de la construcción de la CNT y miembro del comité en la gran huelga de ese año, lo que hace que sea en la cárcel Modelo donde recibe la noticia del golpe de Estado. Mera es de los que, aun sin experiencia militar, se lanzan a contener a los sublevados. Participa en combates en Carabanchel y el cuartel de la Montaña, y poco después está en la liberación de Guadalajara. Un incidente de entonces nos revela su carácter. Entre los facciosos capturados se encuentra José Escobar, un oficial de prisiones que, según las memorias de Mera, una vez en la Modelo tras llevar cinco días en huelga de hambre lo bajó al sótano, la emprendió con él y le hizo perder un diente. En este momento en que está en sus manos, Mera deja marchar al torturador. Años después, cuando bajo el franquismo Escobar sea director de Yeserías, Mera acudirá a él junto a Melchor Rodríguez, que pide sea suspendido el traslado de unos compañeros enfermos al penal de Burgos. Escobar accederá entonces a la demanda de Melchor y mirando a Mera añadirá que una petición que se haga en su nombre es una orden para él.

A finales de julio, con una feliz estratagema, Mera consigue ganar Cuenca para la República y a los pocos días está de vuelta en Madrid, de donde es enviado al frente de Gredos y después al de los Montes Universales. En poco tiempo, tras un rápido y cruel aprendizaje narrado en detalle en sus memorias, se convierte en el militar más destacado con que cuentan las milicias anarcosindicalistas en el sector castellano. Cuando la situación se hace crítica en Madrid,

Mera acude para participar en su defensa y el 10 de febrero de 1937 es nombrado jefe de la 14.ª División, integrada en el IV Cuerpo de Ejército, una unidad que engloba las fuerzas confederales del frente madrileño. Es la militarización, sentida como una necesidad mayoritaria en la CNT, pero a la que algunos puristas se resisten. Mera ha sufrido demasiado viendo caer compañeros en ataques mal planificados y coordinados y está convencido de que sólo se puede ganar la guerra oponiendo al fascismo una perfecta organización militar. Por estos días, en una reunión con Vladímir Górev, el general ruso desplazado a España que el año siguiente sería ejecutado en las purgas estalinistas, responde a los elogios de éste en presencia de Miaja y de Rojo: «*De la misma manera que los hombres de la CNT hemos sabido desprendernos de nuestros puntos de vista particulares o de organización para ponernos a las órdenes exclusivas del Gobierno de la República, deberían comportarse sus amigos comunistas, empeñados en imponernos su política sectaria de partido, todo y sin cesar de hablar de unidad y de mando único*».

La 14.ª División de Mera tiene un papel esencial en la batalla de Guadalajara. Su talento militar es una mezcla del trabajo minucioso, amante del detalle, de un maestro albañil y la inteligencia natural del furtivo que cazaba para comer en los montes del Pardo. En sus hechos de guerra se aprecia la genialidad táctica de alguno de los guerrilleros de la lucha contra Napoleón. También se ve obligado Mera a intervenir en batallas más domésticas, afortunadamente menos cruentas, por ejemplo para conseguir la liberación de su jefe de Estado Mayor Antonio Verardini y la capitana Mika Etchebéhère, procedente de las milicias del POUM, retenidos por los comunistas. Es la época también en la que su puesto de mando es atacado con ráfagas de metralleta en una operación en que Mera no deja de ver la mano de los estalinistas. En una entrevista con Prieto, a la sazón ministro de Defensa, relatada en sus memorias, es notoria la sintonía de los dos hombres para oponerse a la voluntad de hegemonía del PCE. En octubre de 1937, a Mera se le encomienda el mando del IV Cuerpo de Ejército que integra cuatro divisiones, la 12, la 14, la 17 y la 33.

La época de la hecatombe republicana en Cataluña, a donde Mera insistentemente pide sin éxito ser trasladado, es sin embargo tranquila en los frentes castellanos. Sólo con la caída de Barcelona, en enero de 1939, los acontecimientos se precipitan. En febrero, el presidente de la República dimite y el Gobierno de Burgos es reconocido por Francia y el Reino Unido. La República está perdida, y Mera apoya la junta de defensa del coronel Segismundo Casado, que trata de pactar un final para la guerra lo más humano posible. Sus tropas son decisivas en los combates que siguen con unidades controladas por los comunistas.

El resto de la vida de Mera no deja de ser un largo epílogo. Son tres años primero peregrinando por campos de concentración del norte de África. Sus esperanzas de emigración a México se ven truncadas entonces por la decisión de las autoridades francesas de entregarlo a Franco. Condenado a muerte, al fin es indultado, pero no sin antes ser testigo con la soga en el cuello de las sacas nocturnas en la cárcel de Porlier. Liberado, trabaja en la reconstrucción de la CNT, y con órdenes de ésta de laborar en pos de la perdida unidad, viaja a Francia en 1947. Allí se establece y reside hasta su fallecimiento en 1975, un mes antes que el general genocida. La vida le reserva aún alegrías y dolores. Participar en el mayo del 68 en París destaca entre las primeras, y con los segundos va su expulsión en 1969, con falsas acusaciones, de la CNT, organización con la que había trabajado incansablemente hasta ese momento. Éste es un síntoma extremo de las luchas intestinas que desangraron el sindicato en esos años.

Vivir de pie nos hace descubrir a uno de esos hombres imprescindibles que la humanidad es capaz de crear cuando es necesario, un David que luchó por la justicia y la libertad contra todos los Goliat de su época: Franco, Hitler, Mussolini y Stalin. El documental enlaza e integra imágenes de archivo con testimonios, entre muchos otros, de historiadores como Pelai Pagès, Francisco Olaya y Bernat Muniesa, escritores como Gregorio Gallego y Luis Andrés Edo, y militantes anarquistas como Helenio Molina y Freddy Gómez, sin que falten a la cita la nuera y una nieta del propio Mera. La obra se complementa con documentos, fotografías y una impresionante película del congreso de la CNT de 1931, recogiendo intervenciones de Rudolf Rocker y Augustin Souchy entre otros.

Floreal, el único hijo de Mera que alcanzó la edad adulta, creció y se educó en Francia, y se integró plenamente en la vida de ese país; para sus hijos, que no hablan español, fue una sorpresa conocer la relevancia de su abuelo. Es éste un detalle que refleja meridianamente en qué mundo vivimos. Sin embargo, en la historia del albañil que llegó a ser general sin traicionar nunca su conciencia, hay un revulsivo poderoso que emplaza a las nuevas generaciones y está perfectamente expresado en *Vivir de pie*. En un momento de este documental, Cipriano Mera se dirige a los que han de recoger la antorcha de la lucha libertaria: «*Nosotros, los hombres de la revolución del 19 de julio quizás no tengamos otra feliz ocasión de poder recomenzar, pero ahí estáis vosotros, los jóvenes que habéis tenido la fortuna de heredar una experiencia que no pide otra cosa que ser continuada*».

Tras las huellas de una vida generosa: Aurelio Fernández Sánchez y Los Solidarios, de Manel Aisa Pàmpols

Publicado en *Rebelión* el 13 de agosto de 2018

Manel Aisa, librero de profesión e historiador por pasión y convicción, ha dedicado un enorme esfuerzo a recopilar datos sobre el movimiento libertario de los años 30 en Cataluña. Pocos conocen como él sus entresijos y es una gran noticia que, tras los diversos trabajos que ha consagrado al tema, haya decidido al fin publicar la información de que dispone sobre Aurelio Fernández, personaje destacado del grupo Los Solidarios a quien correspondió asumir la responsabilidad tremenda del mantenimiento del orden público en Cataluña tras las jornadas revolucionarias de julio de 1936. Aisa insiste en su introducción en lo complejo y espinoso del asunto, pero también en su carácter esencial y la necesidad de abordarlo. El libro lo edita El Lokal y viene con un prólogo de Valeria Giacomoni.

La biografía de un solidario

Nacido en la Corredoria, cerca de Oviedo, probablemente en 1898, aunque hay documentos que sugieren otros años, Aurelio Fernández se formó como mecánico ajustador y participó muy pronto en luchas obreras que lo llevaron a la cárcel varias veces. Saltando un alto muro para escapar en una ocasión, se fracturó un tobillo y se ganó una cojera que no lo abandonaría ya en toda su vida. De un primer matrimonio en esa época, del que enviudó muy joven, tuvo dos hijas, Leonor y Belarmina. La represión de la gran huelga general de agosto de 1917 le hace andar fugado y termina recalando en Barcelona, donde se afilia a la CNT y poco después ingresa en el grupo de acción Los Solidarios. El 1 de septiembre de 1923, interviene junto a Buenaventura Durruti y otros compañeros en el asalto a la sucursal del Banco de España en Gijón, con un botín de más de medio millón de pesetas para financiar la revolución social. Eran tiempos en que se respondía con coraje a la vesania policial, y así había caído pocos meses antes en Zaragoza el cardenal Juan Soldevila, preboste de la reacción. El libro explora la biografía de Rafael Torres Escartín, uno de sus ejecutores, que moriría fusilado al final de la guerra civil.

Con el comienzo de la dictadura de Primo, apoyada por la burguesía catalana, la CNT es ilegalizada y la represión se encona. Nuestro protagonista, exiliado en París, participa en el verano de 1926 en la preparación de un atentado contra Alfonso XIII, que al ser frustrado le obliga a pasar a la clandestinidad. En octubre regresa a España y, aunque va esquivando golpes, en unas semanas es detenido en el País Vasco junto a su compañera María Luisa Tejedor, y enviado a Asturias donde en junio de 1927 es juzgado por el atraco de Gijón. De la cárcel de Oviedo lo trasladan a Madrid en noviembre de 1930 para otro juicio y sólo logrará la libertad con la proclamación de la II República en abril del año siguiente.

Aunque la CNT sea ahora legal, pronto queda claro que la situación no ha cambiado mucho. El 1 de mayo de 1931, sangre obrera tiñe las calles de Barcelona cuando una multitudinaria y pacífica manifestación intenta llevar sus reivindicaciones a la plaza de Sant Jaume. Aurelio Fernández llega a Barcelona desde Asturias a finales de 1932 e interviene en la creación de los comités de defensa de la CNT, grupos destinados a formar el germen de un ejército para la revolución inminente. Detenido en abril de 1933, pasará largas temporadas en la cárcel en los años siguientes. En mayo de 1936 comienza sus relaciones con Violeta Fernández Saavedra, mientras ambos asisten al congreso de Zaragoza de la CNT. Esta anarquista nacida en Cuba será su compañera hasta el final de su vida.

El 19 de julio, nuestro asturiano participa en la batalla por Barcelona, manejando una ametralladora montada en un camión sin cubierta, y al día siguiente está entre los libertarios que se reúnen con Lluis Companys en la Generalitat. En la decisiva asamblea de la CNT del día 21 apoya la opción, que no prospera, de «ir a por el todo», propuesta por Juan García Oliver. Al constituirse el Comité Central de Milicias Antifascistas (CCMA), Aurelio es nombrado jefe del Departamento de Investigación y Fronteras, con lo que se convierte en máximo responsable de las Patrullas de Control, destinadas a combatir a quintacolumnistas y fascistas en las calles, y a los delincuentes comunes dispuestos a sacar provecho de la situación. El libro recuerda también a otros que asumieron estas tareas, como Manuel Escorza del Val.

Enseguida comienza la pugna con la Generalitat, que irá desplazando progresivamente al CCMA del poder, hasta conseguir su disolución a primeros de octubre. Aurelio Fernández es nombrado entonces secretario general de la Junta de Seguridad Interior del nuevo Gobierno que se constituye, pero las tensiones con el consejero de Interior Artemi Aiguader (ERC) son continuas y acaban provocando que en abril de 1937 pase a ocupar la cartera de Sanidad y Asistencia Social. A partir sobre todo de actas de reuniones y artículos de prensa, Aisa nos sumerge en aquellos meses febriles, marcados por una obstinada labor de zapa contra los logros revolucionarios de los primeros días, que terminó reconstituyendo el poder burgués en Cataluña. La imagen de Aurelio que nos queda es la de alguien que trabajó tenazmente, fiel a sus ideas, sin ánimo de lucro personal y tratando de que el derramamiento de sangre fuera el mínimo posible; de hecho, fue menor de lo que suele ser común en circunstancias similares.

El de la Corredoria sólo va a permanecer al frente de la consejería de Sanidad hasta los Hechos de Mayo, aunque seguirá como consejero delegado unas semanas más. Des-

pués lo encontramos como secretario de la federación local de la CNT de Barcelona, pero en agosto, tras la creación del Servicio de Investigación Militar por el Gobierno Negrín, es detenido, acusado como inductor de un atentado frustrado contra el presidente del Tribunal de Casación. Será absuelto en el juicio, pero surgirán nuevos cargos y sus enemigos políticos conseguirán retenerlo en la cárcel hasta enero del año siguiente. Liberado, vuelve a su puesto en la federación local de la CNT en un momento en que el final está ya muy próximo. En enero de 1939, junto a García Oliver y algunos familiares de éste, nuestro protagonista emprende el camino del exilio, y tras más de dos meses encarcelado en Rennes por una petición de extradición del Gobierno franquista, rechazada ésta, en mayo de 1940 consigue embarcar con Violeta en Saint-Nazaire rumbo a América.

Su destino va a ser la capital de México, donde ya se había instalado Belarmina, fruto del primer matrimonio de Aurelio, junto a su marido, Luis Roca de Albornoz, un miembro destacado del PSOE que les ayuda a organizar su nueva vida. Los dos encuentran trabajo: Violeta como profesora del Instituto Luis Vives y Aurelio en una empresa de seguros de la que llegará a ser gerente en la ciudad de Puebla. Aparte de esto, siguen con su militancia libertaria y él será el primer secretario general de la CNT elegido en México. A finales de los años 50, la pareja decide volver a Francia para involucrarse más en la lucha contra el régimen franquista y se instala en Toulouse. Aurelio será delegado en los congresos de la CNT de Limoges (1960) y Montpelier (1965), en momentos de división muy difíciles para el movimiento anarquista español. En 1968 regresan a México, donde Aurelio Fernández fallece el 21 de julio de 1974.

La necesidad de interpretar la historia

La aproximación biográfica a Los Solidarios cuenta con documentos esenciales, como las sucesivas versiones y ampliaciones del monumental trabajo de Abel Paz sobre Buenaventura Durruti, aparecido inicialmente en francés en 1972, o *El eco de los pasos*, las memorias de Juan García Oliver, publicadas en 1978 por Ruedo Ibérico, y luego reeditadas varias veces. Hubo que esperar más para que vieran la luz estudios sobre otros miembros del grupo, como es el caso de Francisco Ascaso a quien Luis Antonio Palacio Pilacés y Kike García Francés dedicaron uno recientemente (La Malatesta, 2017). *Tras las huellas de una vida generosa: Aurelio Fernández Sánchez y Los Solidarios* de Manel Aisa Pàmpols supone otro paso importante para el conocimiento de aquel mítico grupo de revolucionarios que tuvieron en su mano, como pocas veces ha ocurrido en la historia, el reto de construir con sus ideas los fundamentos de un nuevo orden social.

La teoría anarquista funciona muy bien para organizar una sociedad sobre bases federativas, igualitarias y autogestionarias, que permiten desterrar la lacra de la explotación económica, pero si la reestructuración revolucionaria no cuenta con el apoyo decidido de una masa crítica de esa sociedad, las cosas se vuelven muy difíciles. Lo cierto es que en la Cataluña del verano de 1936, el movimiento libertario que derrotó al fascismo en las calles, quedó sometido inmediatamente al chantaje de un poder político que sobrevivió y, encarnando los intereses de la burguesía, fue capaz de maniobrar para terminar imponiéndose. Los anarquistas, tristemente, no alcanzaban la masa crítica que hubiera garantizado el éxito de sus ideas y terminaron divididos ante la gestión de una situación enormemente complicada. Su fracaso en mayo de 1937 supuso también en aquel momento el del ideal de un mundo sin explotación.

El sueño fue derrotado y la historiografía de los vencedores no va a parar de tejer falsedades y medias verdades para vendernos que era imposible. Por eso son indispensables trabajos como éste de Manel Aisa Pàmpols, que ponen de manifiesto las auténticas razones del fracaso, un cúmulo de sucias intrigas y traiciones de los que veían que el poder se les escapaba de las manos y estaban dispuestos a todo para conservarlo. Se evidencia además de este modo la limpia ejecutoria de hombres como Aurelio Fernández Sánchez, que vivió aquellos momentos plenamente consciente de su responsabilidad y tuvo el coraje de asumir lo que ningún libertario querría para sí, pero resultaba imprescindible.

Mauro Bajatierra, anarquista y periodista de acción, de Julián Vadillo Muñoz

Publicado en *Rebelión* el 16 de diciembre de 2014

El historiador libertario Julián Vadillo Muñoz (Madrid, 1981) nos ofrece en este libro, editado conjuntamente por La Malatesta y Tierra de fuego en 2011, una aproximación a la figura de Mauro Bajatierra, pionero del anarquismo madrileño en los comienzos del siglo XX y eminente cronista de los frentes durante la guerra civil. El volumen es uno más que llega felizmente a puerto de los proyectos de su autor, volcado en la recuperación de la historia del movimiento obrero y el anarquismo en el centro de la Península.

Mauro Bajatierra Morán nació en Madrid en 1884. Su padre era propietario de una tahona y el oficio de panadero será el suyo hasta que la guerra le haga trocarlo por el periodismo. Toda su vida militó en la Sociedad de Obreros Panaderos, dominante en la capital y perteneciente a la UGT, aunque pronto sus ideas fueron anarquistas, formó parte de grupos libertarios ya desde la década de 1910 y es probable que consiguiera también el carnet de la CNT cuando

ésta desarrolló su estructura en Madrid. En el congreso nacional de la UGT en 1916 tuvo un papel destacado tratando de promover —sin demasiado éxito, todo hay que decirlo— tácticas de convergencia con la CNT. Por esa época es iniciado en la masonería.

En los años siguientes, Mauro Bajatierra participa activamente en las luchas obreras, siendo dos hitos importantes la huelga general revolucionaria que convocan solidariamente UGT y CNT en agosto de 1917 y el congreso de la CNT del teatro de la Comedia, en diciembre de 1919. Tras la ejecución en 1921 del presidente del Gobierno Eduardo Dato, instigador de la más feroz represión antiobrera, por parte de los anarquistas Luis Nicolau, Pedro Mateu y Ramón Casanellas, Mauro Bajatierra es procesado por complicidad, pero la acusación de haberles proporcionado armas queda desmontada en el juicio y es absuelto en octubre de 1923, ya en plena dictadura. Antes de terminar el año, las amenazas que sufre le hacen exiliarse en Francia.

En una carta a Diego Abad de Santillán de 1925, reproducida en el libro, queda claro que la prioridad de Bajatierra era buscar un amplio entendimiento con todos los sectores progresistas para traer la república y con ella un marco de libertades para la actividad sindical y educativa que permitiera llevar la sociedad hacia la anarquía. Le relata también a Santillán su oposición a la intentona de Vera de Bidasoa de noviembre de 1924, que presenta como una locura sin ninguna posibilidad de éxito. Durante la dictadura, Mauro Bajatierra reside en Francia varios años y publica artículos en la prensa ácrata, así como pequeñas obras para la colección La novela ideal, que sacaba la familia Urales. En 1927, participa en la fundación de la FAI y con ella colabora desde ese momento. Más tarde parece ser que intervino, en representación de los libertarios, en las conversaciones y negociaciones que acabaron trayendo la II República.

La CNT, que había luchado contra la dictadura, no se opone a la proclamada república, pero exige la inmediata libertad de los sindicalistas presos. Durante el «bienio progresista», Mauro Bajatierra defiende en mítines y artículos un programa radical que choca con la tibieza del Ejecutivo, y será encausado por sus opiniones varias veces, pero sin mayores consecuencias. Tras las elecciones de noviembre de 1933, prosigue con su labor de agitación, insistiendo, sobre todo a partir del fracaso de la insurrección de octubre de 1934, en la necesidad de una convergencia de acción con la UGT.

Tras el triunfo del Frente Popular en febrero de 1936, al que no fue ajeno que la CNT no promoviera la abstención, se precipitan los acontecimientos. Mauro Bajatierra derrocha actividad en estos meses e iniciada la guerra desarrolla una fecunda labor de corresponsal en los frentes. Cuando Madrid cae a finales de marzo de 1939, renuncia a la evacuación según el testimonio de Eduardo de Guzmán en su libro autobiográfico *La muerte de la esperanza*, y muere acribillado en un tiroteo a la puerta de su casa, en la calle Torrijos del barrio de La Guindalera.

El volumen trae un capítulo muy detallado sobre la producción periodística de Mauro Bajatierra. Su colaboración en la prensa ácrata comienza en 1907 y a partir de entonces es habitual, con algunas incursiones en medios burgueses, como *El Liberal* y otros revolucionarios de amplio espectro, como *La Tierra*, fundado en 1930 y dirigido por Salvador Cánovas Cervantes. En éste publicó durante 1932 interesantes artículos sobre la situación en el campo andaluz. Sus crónicas de guerra son alrededor de setecientas cincuenta (algunas fueron censuradas) y aparecieron en *CNT*, aunque eran reproducidas en otros periódicos confederales. Comienza en el frente de la Alcarria y se suma luego a la defensa de Madrid, para volver a Guadalajara en la primavera de 1937 y relatar desde allí la primera derrota del fascismo en el campo de batalla. Bajatierra regresa después a Madrid, aunque también visita otros frentes. Sus últimos reportajes son sobre el golpe de Casado, que apoyaron los libertarios junto a republicanos y socialistas de variadas tendencias.

Mauro Bajatierra era inconfundible en las trincheras de aquel Madrid sitiado. Grueso y no muy alto, con ojos sonrientes y poblado bigote, derrochaba actividad en cualquier momento, ya fuera poniéndose en vanguardia en un asalto o aderezando un guiso en el parapeto. Se volcaba en ayudar a los soldados, consiguiéndoles libros, jabón o lo que necesitaran. Sus crónicas se han puesto entre las mejores que se publicaban en Madrid. Nos dibuja en ellas los pormenores de un episodio de lucha, retratos de combatientes de uno y otro bando, o nos hace compartir el dolor por el amigo muerto; de todo encontramos, aliñado cuando es posible con una gota de fino humor.

El último capítulo se dedica al Bajatierra literato, autor de veintisiete volúmenes de novelas y cuentos, varios de ellos ilocalizables, y tres obras dramáticas que retoman los argumentos de algunas de las novelas. Éstas presentan siempre a personajes que en distintos contextos encarnan las ideas del progreso social, hombres cultos capaces de poner de manifiesto la corrupción e injusticia de la sociedad y la necesidad de su transformación. La defensa del amor libre y la crítica de la Iglesia son también muy frecuentes. La violencia que se muestra es la que caracteriza la opresión de los poderosos, y la de los obreros sólo se justifica cuando es imprescindible.

El volumen se completa con una relación de las obras literarias de Mauro Bajatierra y una colección de fotografías, emocionantes recuerdos de un hombre que comenzó tratando de dinamizar el sindicalismo de clase junto a gentes como Salvador Seguí o Ángel Pestaña y acabó dando la vida en la brutal acometida del fascismo que siguió a todo aquello. Con *Mauro Bajatierra, anarquista y periodista de acción*,

Julián Vadillo rescata del olvido a un personaje señero del anarquismo madrileño, movilizador de las luchas sociales de las cuatro primeras décadas del siglo XX.

Tres días del 33, de Ramón Pérez Montero. Literatura para descifrar la tragedia de Casas Viejas

Publicado en *Rebelión* el 14 de marzo de 2023

En aquel mundo de equilibrios precarios que fue la II República española, lo ocurrido del 10 al 12 de enero de 1933 en la aldea gaditana de Casas Viejas supuso un desencuentro, que resultaría casi definitivo, entre las autoridades y los sectores más empobrecidos y concienciados del campesinado. La sombra de la masacre persiguió a Manuel Azaña, entonces al frente del Ejecutivo, y contribuyó unos meses después a su dimisión, que llevó a las derechas al poder, pero sobre todo demostró a las claras que a la hora de reprimir revueltas en poco se diferenciaban los nuevos gobernantes de los de viejo cuño.

Los incidentes de aquellos días fueron ampliamente conocidos gracias sobre todo al trabajo de dos jóvenes periodistas, Ramón J. Sender y Eduardo de Guzmán, que investigaron sobre el terreno y publicaron documentados informes desmontando la versión oficial. A partir de entonces, la bibliografía al efecto no ha dejado de crecer, y existe también un largometraje de 1984, titulado *Casas Viejas* y dirigido por José Luis López del Río. *Tres días del 33* (Libros de la herida, 2022) es una novela de Ramón Pérez Montero que con magnífica literatura explora la dimensión humana de la tragedia. A través de sus páginas intuimos, como origen de todo, la miseria del campo andaluz y la desgracia de un país sin vías reales de progreso social y condenado a un abismo de violencia.

Los hechos y sus consecuencias

A comienzos de 1933, los sectores más impacientes del anarquismo español, cuya cabeza visible era Juan García Oliver, estaban decididos a impedir «la consolidación de la república burguesa», sobrepasándola por vía insurreccional. En esta tesitura y como forma de ejercitar lo que denominaban «gimnasia revolucionaria», convocaron una huelga general para el día 8 de enero, que no fue respaldada por el comité nacional de la CNT. La acción tuvo amplio seguimiento, sobre todo en Cataluña, Madrid, Asturias, Valencia y Aragón, pero también en Andalucía, como vamos a ver.

En el contexto de estas tentativas a nivel estatal, en la mañana del día 11 un grupo de campesinos, armado de escopetas y pistolas, tras proclamar el comunismo libertario en el pueblo, asaltó el cuartel de la Guardia Civil de Casas Viejas, localidad que contaba por entonces con unos dos mil habitantes. En el enfrentamiento resultaron gravemente heridos dos agentes, que morirían poco después, y a lo largo del día fueron llegando fuerzas de la benemérita y de asalto, que rodearon la vivienda de Francisco Cruz Gutiérrez, apodado Seisdedos, un carbonero de setenta y dos años responsabilizado de lo ocurrido, junto a sus dos hijos y su yerno, en las declaraciones obtenidas por los uniformados.

Ante la resistencia armada que se les oponía desde la choza, las tropas al mando del capitán Manuel Rojas de la Guardia de Asalto optaron por incendiarla, con lo que seis personas perecieron calcinadas en su interior, entre ellos Seisdedos, sus dos hijos, su yerno y su nuera. Un hombre y una mujer que trataron de escapar del fuego fueron acribillados, pero la nieta de Seisdedos, que salió con un niño en brazos, salvó la vida. Durante el día 12, Rojas decidió hacer un escarmiento y trece personas fueron fusiladas. El cómputo total de víctimas de la masacre asciende a veintiocho si se contabiliza a varios fallecidos por ataques al corazón en los días siguientes.

El relato de los hechos ofrecido por las autoridades defendía que no se habían producido ejecuciones a sangre fría, pero enseguida afloraron testimonios que las confirmaban. El jefe de Gobierno, Manuel Azaña, respaldó en un principio la versión oficial y aunque fue exonerado de las acusaciones vertidas por el capitán Rojas de haber ordenado «disparar a la barriga», sintió que su reputación quedaba muy maltrecha. Este militar fue condenado a veintiún años de reclusión por catorce homicidios, pero la pena fue reducida a sólo dos años poco después, de forma que cuando se produjo el golpe de Estado en 1936, estaba ya en libertad y tuvo ocasión de continuar su labor represiva, en este caso en su Granada natal.

La aproximación literaria

Tras un monólogo en el que Seisdedos nos describe su trabajo de carbonero y su visión de la época incierta que le ha tocado vivir, *Tres días del 33* reconstruye pormenorizadamente el desarrollo de los acontecimientos en las jornadas de autos. En todo el libro los protagonistas hablan su propio idioma, rico en expresiones coloquiales, y en el acercamiento s sus vivencias hay que destacar la empatía del autor y su conocimiento profundo de la vida y las faenas del campo andaluz. De esta forma, la obra permite captar lo esencial de la historia, el asalto a los cielos de los desposeídos en un mundo sin alternativas, abismado en su inercia. Era un momento aquél en que la lucha sindical prometía un alivio real de la miseria secular de los campesinos, y con este espíritu arranca la movilización en el pueblo. Sin embargo, pronto naufraga todo en un mar de sangre cuan-

do el máximo responsable de las fuerzas destinadas a aplastar la revuelta ordena numerosas ejecuciones extrajudiciales.

La novela nos ofrece también una aproximación a las secuelas de aquellos sucesos, como el proceso judicial que va a focalizar la culpa en el capitán Rojas, aunque la rebaja de condena no tardaría en llegar. No deja de recordarse tampoco a los estudiosos que en la época más reciente y con un intenso trabajo sobre el terreno han contribuido a esclarecer lo ocurrido. Es el caso del norteamericano Jerome R. Mintz con su *The Anarchists of Casas Viejas*, publicado por la Universidad de Chicago en 1982 y del que hay una versión castellana de 2006.

Más allá de los hechos que la historiografía despliega ante nosotros, obras como *Tres días del 33*, de Ramón Pérez Montero, tienen la virtud de abrirnos a un paisaje humano y un caudal de experiencias que de otra forma apenas podríamos adivinar. El autor de este libro muestra un respeto escrupuloso por la «verdad histórica», pero su labor demuestra fehacientemente que sin caer en la falsedad existe un vasto territorio que la literatura puede explorar para enriquecer nuestra visión. Iluminados de esta manera, estaremos mucho más cerca de unas víctimas inocentes cuya tragedia no deja de interpelarnos.

Los sucesos revolucionarios de Bujalance, por Juan del Pueblo. Diciembre de 1933: acción directa en la campiña cordobesa

Publicado en *Rebelión* el 16 de enero de 2019

Ahora nos parece impensable, pero hubo un tiempo, no demasiado lejano, en que los desposeídos, encuadrados en poderosos sindicatos revolucionarios, se atrevían a mirar desafiantes a propietarios, gobernantes, policías y curas. Lo hacían porque eran conscientes de haber hallado una grieta para resquebrajar el odioso orden del mundo. Sabían que habría que luchar para conquistar los cielos, pero estaban dispuestos y pertrechados para ello; por eso, mientras llegaba el momento, resultaba útil prepararse con acciones en las que se podían ir adquiriendo las destrezas necesarias. A aquellos ensayos del combate final inminente se les dio en llamar «gimnasia revolucionaria».

En este contexto cabe entender lo ocurrido en Bujalance, localidad de la campiña cordobesa a unos cuarenta y cinco kilómetros de la capital en diciembre de 1933, hechos recogidos y explicados en *Los sucesos revolucionarios de Bujalance*, un folleto publicado en Madrid en 1934 por la biblioteca Plus Ultra. Dirección única acaba de reeditarlo con una introducción del historiador José Luis Gutiérrez Molina.

Los hechos

Tras las elecciones que dan el gobierno a las derechas en noviembre de 1933, la CNT no se lo piensa dos veces y convoca una huelga general revolucionaria que arranca el sábado 8 de diciembre y se extiende sobre todo por Aragón, Cataluña, León y Andalucía. En Bujalance, localidad agrícola con catorce mil habitantes y varios miles de afiliados a la CNT, la situación era tensa ya en ese momento por la muerte reciente de un patrón tiroteado en un camino. El día 11 de diciembre se declara en el pueblo la huelga general y vecinos armados recorren las calles anunciando la proclamación del comunismo libertario. Los disparos entre huelguistas y guardias civiles, a los que se irán sumando refuerzos, comienzan al anochecer y van a seguir hasta el día 13 por la tarde, cuando dan paso a las detenciones, que llegarán a ser más de trescientas cuarenta, y las requisas de armas.

Resultaron de los hechos un muerto y dos heridos por la guardia civil y siete y cinco entre la población, a los que hubo que sumar dos detenidos, presidente y secretario del sindicato, a los que se aplicó la ley de fugas. El consejo de guerra celebrado en Córdoba en diciembre de 1935 dictó condenas entre dos y treinta años de cárcel para diecisiete de los treinta y dos encausados.

El folleto de 1934

La colección Plus Ultra publicó mensualmente entre 1931 y 1934 folletos revolucionarios de temática diversa. Mauro Bajatierra Morán, panadero de profesión y entregado militante anarquista, fue su impulsor y también el autor de muchos de los trabajos, y resulta probable que sea él en realidad el misterioso Juan del Pueblo que firma el que nos ocupa. *Los sucesos revolucionarios de Bujalance. Narración verídica de quienes fueron más que testigos* iba encaminado sobre todo a difundir una versión de los hechos que pusiera de manifiesto las mentiras gubernamentales y de la prensa burguesa. Las ganancias de la edición se destinaron a ayudar a las familias de los presos

El folleto incluye extractos de un artículo de Ricardo Mella de 1893 sobre los sucesos del año anterior en Jerez, que evidencian lo poco que cambian las cosas en la triste España, aunque vengan repúblicas. Se transcribe también otro artículo, éste de Bajatierra, publicado en el diario *CNT*, sobre la muerte del patrono en Bujalance el 27 de septiembre, en el que relata las torturas y vejaciones a que fueron sometidos muchos vecinos del pueblo en la infructuosa búsqueda de los culpables por parte de la guardia civil. Por último, un «diario revolucionario» da cuenta de los hechos de diciembre, confrontación marcada por provocaciones y excesos represivos que culminan con la infame ley de fugas ejecutada sobre los militantes libertarios Antonio Milla Salas y José Porcel Pulido.

La reedición

El volumen recién aparecido, aparte de la introducción de José Luis Gutiérrez Molina que aclara todos los aspectos implicados, recupera la preciosa portada del folleto de Plus Ultra e incorpora una galería con las fichas policiales de algunos de los encausados, así como imágenes de los dos asesinados por la ley de fugas. Estas fotos nos ponen ante hombres que soñaron una vida libre para todos y en recompensa fueron muertos a sangre fría o quedaron atrapados en la odiosa red de direcciones generales y jefaturas, con sus documentos, sellos y rituales, que los convirtió en carne fresca para los presidios. En las cartulinas que enterraron su sueño vemos los rostros curtidos del trabajo y la lucha, y las miradas que alimentó la esperanza no dejan de interpelarnos para preguntar qué fue de todo aquello.

Caerán bajo la espada. Higinio Carrocera, la lucha de un anarquista, de Fernando Romero

Publicado en *Rebelión* el 1 de diciembre de 2015

Aunque había algunos trabajos ya publicados sobre Higinio Carrocera, de Quijano Líndez y Marcelino Laruelo entre otros, es cierto que todavía no existía la biografía extensa y detallada que merece, como pone de manifiesto Xuan Cándano en la introducción de *Caerán bajo la espada* (Fundación Anselmo Lorenzo, 2015). Fernando Romero García (Oviedo, 1965), periodista de profesión y autor de varios libros de divulgación histórica, ha conseguido llenar el hueco con una obra que, setenta y ocho años después de su asesinato legal, hace al fin justicia al «Héroe del Mazucu», un personaje fundamental de las luchas revolucionarias de los años 30 en Asturias y de la resistencia militar al fascismo en el frente norte de la guerra civil española. El título escogido hace referencia a una frase bíblica: «*Los mejores y más justos de entre vosotros, caeréis bajo la espada*». El lector comprobará enseguida que resulta perfectamente apropiado.

El libro comienza describiendo la rápida expansión de las ideas anarquistas en España tras el viaje de Giuseppe Fanelli en 1868. En 1870 se realiza ya el primer congreso obrero en Barcelona, y el número de federaciones locales y sindicatos va aumentando exponencialmente a partir de entonces, aunque hay que decir que estas doctrinas no llegan a Asturias hasta la década de 1890, cuando se asientan sobre todo en los centros fabriles de Gijón y La Felguera. Esta última localidad había crecido a lo largo de la segunda mitad del siglo en torno a la industria siderúrgica fundada por el riojano Pedro Duro, que se había convertido en la más activa de España.

Los primeros años del siglo XX son de difusión de las ideas anarquistas en Asturias, gracias a personajes como José Valdés «el Esperteyu», Ricardo Mella, Eleuterio Quintanilla, Pedro Sierra o Ángel García, y en 1920 se constituye la Confederación Regional Asturiana de la CNT. Romero nos sintetiza esta historia, en la que La Felguera tiene un papel destacado, y es precisamente en Barros, muy cerca de allí, donde en enero de 1908 viene al mundo Higinio Carrocera Mortera en una familia propietaria de algunas tierras, aunque su padre trabajaba también de obrero metalúrgico. De niño vivirá Higinio la gran huelga de Duro Felguera de 1912 que se prolongó hasta el año siguiente. En esta época residía ya en Langreo el anarcosindicalista gijonés José María Martínez, que había conseguido fortalecer las tendencias ácratas en el concejo y en 1914 tras las protestas de la «huelga del pan» de ese año se vio forzado a exiliarse.

Higinio estudia algo con los frailes, pero deserta pronto y aún niño baja dos años de rampero a la mina. Después, con trece años, muerto ya su padre, entra de aprendiz en los talleres de laminación de Duro Felguera, donde se inicia en un activismo sindical que en un principio hace compatible con la práctica del fútbol. En los últimos años de la dictadura de Primo, con la CNT aún en la clandestinidad, no hay descanso para Higinio Carrocera, que empieza a militar también en la FAI, y en 1930 está entre los más involucrados en las movilizaciones de aquel año, convirtiéndose en la bestia negra de las fuerzas del orden por lo que al concejo de Langreo se refiere.

Con la llegada de la II República, Higinio Carrocera sigue participando en todas las luchas sociales, como la huelga de Duro Felguera del verano de 1931, con ocupación de la factoría por los obreros y una amenaza del gobernador de tomarla por las armas que no se atrevió a ejecutar; el paro se ganó. A partir de diciembre de ese año, la huelga de los nueve meses, con voladuras de puentes y líneas del tendido eléctrico, es un nuevo triunfo proletario. Carrocera, que es detenido varias veces estos años, lidera los grupos ácratas de Langreo, próximos a la FAI y su insurreccionalismo, y opuestos a los gijoneses, partidarios en su mayoría del reformismo treintista. Así, encabeza el intento de sublevación obrera que tiene lugar en diciembre de 1933 tras las elecciones del mes anterior que dan el poder a las derechas.

Por esas fechas comienza también la sustracción de armas de la fábrica de la Vega (Oviedo), que se transportan, en general a pie, hasta Langreo y allí se esconden bajo tierra. A José María Martínez, que viajó para ello desde Gijón, correspondió el honor de probar la primera ametralladora. La dinamita llegaba también generosamente de las instalaciones mineras, y las municiones, que escaseaban, se trajeron de Zaragoza. En los meses que siguen se fragua en Asturias una Alianza Obrera a la que los anarquistas felgueri-

nos, que no veían claro el juego de la UGT, se oponen con bastante buen criterio. No obstante, la influencia de José María Martínez hace que la CNT acepte mayoritariamente el envite.

Octubre de 1934

Higinio Carrocera fue muy activo en la revolución de 1934. A pesar de sus resistencias a la Alianza Obrera, los libertarios langreanos se suman al movimiento emancipador desde el primer momento, en la madrugada del 6 de octubre, e Higinio interviene en la toma de los cuarteles de la Guardia Civil de La Felguera y Sama. Hay guerra contra las instituciones, pero no contra las personas, tal y como siempre se proclamaba, y se respeta la vida de curas, guardias y directivos de la Duro, que son puestos bajo arresto. El día 7 una asamblea multitudinaria en La Felguera decide adoptar el comunismo libertario como sistema de convivencia: el dinero es abolido y los medios de producción colectivizados. Esta forma de organización se extiende a localidades próximas, como Pola de Siero, Nava, Infiesto o Noreña.

Doscientos anarquistas de La Felguera acuden el mismo día 6 a Oviedo, donde la lucha continuaba. Allí Carrocera fuerza la rendición de la comandancia de los carabineros, comprometiéndose a respetar sus vidas, aunque luego serían asesinados por orden del comité de Turón, formado por socialistas y comunistas. El de Barros está después con sus hombres en el asalto a la fábrica de armas de la Vega, que es conquistada con importante botín. Su último escenario de combate en el 34 será El Berrón, intentando parar, junto a revolucionarios venidos de La Felguera, la acometida de las tropas que avanzaban desde Noreña al mando de Solchaga. Fuerzan éstas la retirada de Carrocera y sus hombres, que se defienden con dinamita hasta que les sorprende la noticia de la capitulación en Oviedo de Belarmino Tomás ante López Ochoa.

La represión en Asturias es durísima con torturas sistemáticas y ejecuciones sumarias e Higinio Carrocera permanece huido por los montes varios meses, mientras se le abre expediente por «supuesto delito de rebelión militar»; después logra llegar a Zaragoza, y allí es detenido el 6 de agosto de 1935. Saldrá de la cárcel del Coto de Gijón tras las elecciones de febrero de 1936, cuando encabeza un motín que pone en la calle a seiscientos presos.

Guerra Civil

Tras el congreso de Zaragoza de la CNT de mayo de 1936, en el que se consigue la reincorporación de los treintistas, la buena sintonía existente con la UGT da lugar a importantes huelgas, mientras el auge del fascismo en toda Europa y los rumores de conspiraciones en el ejército hacen que los músculos se tensen ante un enfrentamiento inevitable. En Asturias, los grupos de defensa confederal, liderados por hombres como Higinio Carrocera tenían fuerza sobre todo en La Felguera y Gijón y estaban preparados para cualquier eventualidad. Puede decirse que aguardaban expectantes que la hidra fascista levantara la cabeza para arrancársela de cuajo. Fernando Romero recuerda los nombres de los más comprometidos en ese momento.

El 19 de julio, se pregunta a los guardias civiles concentrados en el cuartel de La Felguera su postura ante la sublevación. Tras esto, algunos gestos hostiles por su parte desencadenan una lluvia de fuego que hace que se rindan en un par de horas. Todos los testimonios concuerdan en que se les trató humanamente. Acude luego Higinio con cuatrocientos más a Gijón, donde seguía la lucha contra los cuarteles alzados, al tiempo que Langreo se organiza según los principios libertarios y continúa la actividad en la factoría de Duro, que produce ahora camiones blindados y pertrechos de guerra.

El 20 de julio se fuerza la rendición en Gijón de tres bastiones facciosos: la fábrica de gas, el cuartel de la Guardia Civil de Los Campos y el fuerte del cerro de Santa Catalina, mientras la resistencia sigue en el cuartel de zapadores de El Coto y el de Simancas, que sólo caerán tras combates encarnizados el 16 y el 21 de agosto respectivamente. Estas acciones se resolvieron en gran parte gracias a la aportación de los ácratas de La Felguera, y fueron decisivas para Higinio Carrocera, que puso en ellas de manifiesto su capacidad para dirigir hombres en la batalla y comenzó a labrar su leyenda. Por otra parte, su empeño en evitar represalias entre los enemigos capturados le valió críticas de sus propios compañeros. El armamento conquistado resultaba precioso para lo que no había hecho más que empezar.

Tras acudir a Langreo para acabar de dar forma a un batallón de unos quinientos combatientes, el 24 de agosto Higinio ya está en Salas para tratar de frenar a las columnas gallegas que avanzando desde la costa habían tomado los pueblos próximos de Malleza y Mallecina. Astucia, dinamita, coraje y poco más las harán retroceder hasta San Martín de Luiña. Después en Villafría, cerca de Pravia, es herido de gravedad, pero su recuperación es rápida. Participa en los esfuerzos por parar a las columnas que se dirigen a Oviedo, pero a principios de octubre, ya tras la militarización y al mando de una brigada con tres batallones, es destinado a Belmonte. Allí permanecerá seis meses, poniendo en graves aprietos las comunicaciones de los facciosos.

En septiembre de 1937, la situación era delicada en el frente oriental asturiano, pues tras tomar Santander, los franquistas arremetían con fuerza; Higinio y la 192 Brigada Móvil que estaba a su mando son requeridos. La batalla crucial se desarrolla a partir del día 8, cuando la I Brigada Navarra de los rebeldes avanza desde Llanes tratando de forzar las posiciones leales del desfiladero del Mazucu, apoyada por bombardeos del Almirante Cervera y la Legión

Cóndor. Su ímpetu es frenado en seco por los republicanos, que derrochando coraje y heroísmo resistirán hasta el 15 de septiembre. El papel de Higinio Carrocera fue decisivo en esta batalla y tras verse obligados a retirarse, los mismos que lucharon a sus órdenes lo bautizarán como «el Héroe del Mazucu». A primeros de octubre estas tropas seguían combatiendo en el sector de Cangas de Onís.

El día 20 de octubre, cuando empieza la desbandada, Carrocera está en La Manjoya, en el frente sur de Oviedo, donde su brigada había sido destinada. Es convocado, y no sin resistencia, a la una de la madrugada embarca con los últimos en El Musel y lo hace en el Llodio, un vapor que tras corta singladura es capturado por los fascistas y conducido a La Coruña. Carrocera esconde su identidad, pero es reconocido en el campo de concentración de Muros de San Pedro y el 1 de enero de 1938 se le envía a la cárcel de Oviedo. Un nuevo expediente por «rebelión militar» se abre contra él, aunque los franquistas, conocedores de su prestigio, hacen un intento infructuoso de captarlo para sus filas. Tras firmar una declaración en la que admite su trayectoria, es condenado a muerte en una farsa de juicio y asesinado el 8 de mayo de 1938 en el cementerio de Oviedo.

El ayuntamiento de Langreo decidió en 1990 dedicar una calle a Higinio Carrocera en su localidad natal de Barros, con una placa que homenajea al Héroe del Mazucu, pero hay que decir también que en esta menguada democracia que padecemos, Higinio Carrocera y muchos como él siguen siendo, a efectos oficiales, reos de «rebelión militar» legalmente ejecutados.

Lecciones

Higinio Carrocera fue uno más de aquellos que lo dieron todo por la construcción de un mundo solidario y fraterno, un mundo sin explotación, en un momento en que el sueño parecía al alcance de la mano. Y podemos afirmar sin dudas que nuestro langreano estuvo entre los mejores de ellos, por inteligencia, por coraje y por generosidad. Sólo treinta años le dejaron vivir y ése fue el premio por su implicación en una lucha que a todos nos afectaba. A los que chapoteamos en el cenagal que dejó el fracaso de aquello sólo nos queda recordarle como una luz que señala el camino. Con *Caerán bajo la espada*, Fernando Romero pone ante nosotros en toda su dimensión humana a un personaje extraordinario.

Isaac Puente, médico rural en un tiempo convulso

Publicado en *Rebelión* el 29 de noviembre de 2022

Isaac Puente concilió su labor como médico con el anarquismo militante en aquellos años 30 del siglo pasado en que la abolición del capitalismo parecía al alcance de la mano en nuestra piel de toro. Nacido en 1896 en Las Carreras (Vizcaya), estudió en la Universidad de Santiago y comenzó a ejercer en La Rioja, para instalarse luego en Maeztu (Álava), desde donde atendía una amplia zona con dieciséis pueblos. Durante los años de la II República, Puente participó en protestas y movilizaciones de los libertarios, lo que lo llevó a la cárcel varias veces. La sublevación de julio de 1936 lo sorprendió en Maeztu y a finales de ese mismo mes fue detenido. Murió fusilado en la madrugada del 1 de septiembre y no se sabe dónde reposan sus restos.

Desde el entorno rural en el que vivía y desarrollaba su trabajo, Puente solía enviar contribuciones a las revistas ácratas de la época y fue autor además de numerosos folletos divulgando la Idea, uno de los cuales, *El comunismo libertario. Sus posibilidades de realización en España*, alcanzó una difusión extraordinaria. *Isaac Puente, un médico rural* ha sido editado por Pepitas de calabaza y la Fundación Anselmo Lorenzo en 2021 y trae una antología de sus escritos estructurados en dos apartados: «Salud» y «Anarquía». El volumen incorpora una introducción de los editores, que repasan su biografía y su obra, así como los trabajos previos sobre él. Se incluye también el homenaje que tras su asesinato le dedicó la revista *Estudios* en noviembre de 1936 y el prólogo de Federica Montseny para la selección de sus textos publicada por Tierra y Libertad en 1938.

Un médico naturista y humanista

Los artículos de Isaac Puente que se recogen en la primera parte nos muestran a un divulgador de la medicina que adopta siempre una perspectiva global y tiene en cuenta la inserción del individuo en la sociedad. Hay abundantes reflexiones también sobre educación y sobre la superación de los hábitos que enferman y envilecen, y en ellas se insiste en la racionalidad, huir de las imposiciones y recurrir a elementos de juicio. Así leemos: «*La perfección humana no llegará a madurez ni por la virtud del tiempo en sí, ni por la de gestos revolucionarios violentos, sino por el esfuerzo del individuo por modelarse y superarse...*».

Puente es partidario de la eugenesia y de una ciencia que centre sus esfuerzos contra el sufrimiento humano. Critica que no se consideren esenciales en la producción de enfermedades las condiciones alimentarias e higiénicas deplorables de las clases explotadas en la jungla capitalista, y ve por tanto necesaria una medicina sensible a las injusticias y dispuesta a erradicarlas. Choca esto sin embargo con el afán de

muchos en no malquistarse con los poderosos; en su propia piel hubo de sufrir el vizcaíno los consejos, aparentemente bienintencionados, de los que le aconsejaban «dedicarse sólo a la medicina», y renunciar a sus ideales revolucionarios.

En un artículo de 1927, Puente insiste, contra las infecciones, en la importancia, junto a combatir el germen, de fortalecer las defensas con ejercicio, aire puro y dieta sana. Para los que caen enfermos, propone reposo, alimentos líquidos y favorecer la sudoración y las evacuaciones intestinales, es decir, apoyar al cuerpo en su lucha con el microbio. En dos textos de 1930 reitera esto a través de una lúcida síntesis en la que compara la virtud del organismo para superar por sí mismo las dolencias, con la del niño que desarrolla su propia naturaleza mediante una educación no represiva, y con la de la sociedad capaz de autoorganizarse según la teoría anarquista.

En otro artículo de 1927 recogido, el médico de Maeztu admira los descubrimientos de Pasteur sobre el origen microbiano de muchas enfermedades, aunque luego, ya en los años 30, se retracta para dar crédito a las teorías según las cuales los gérmenes no son causa, sino consecuencia de los desarreglos, llegando a admitir la generación espontánea de los microbios. De acuerdo con esto, la profilaxis debía centrarse sobre todo en estimular las defensas del organismo. En otros textos se declara también enemigo de los tratamientos a base de tóxicos que se estilaban contra la sífilis, y de la vacunación.

Un apóstol de la revolución social

En los escritos con más contenido político, Isaac Puente se manifiesta un ácrata convencido que llama a la abstención ante el «mito electoral» y a concentrarse en el objetivo único de la revolución social. Para alcanzar éste, ve el municipio como un centro de acción óptimo; los sindicalistas en armas deben tomar el control, entrar en el ayuntamiento sólo para destruir todos los archivos y documentos esclavizantes, e inmediatamente instaurar el comunismo libertario, la democracia directa y auténtica. En la ciudad mientras tanto el instrumento ha de ser la huelga general y el propósito contener a las fuerzas de la reacción para que no puedan ir a destruir la labor que se ha hecho en el campo, o en todo caso lleguen lo más tarde posible, con lo que quedará demostrada la viabilidad del nuevo orden.

Se insiste en que el mal del mundo actual no está en los individuos, sino en el sistema social impuesto en él, marcado por desigualdad, injusticia y explotación. Resulta evidente que otra organización donde la propiedad sea colectiva y se respete la libre iniciativa no es sólo posible, sino también necesaria. En el campo las cooperativas pueden ser la mejor opción, que fortalecerá la solidaridad y el apoyo mutuo.

Leyendo estos artículos, recorremos la atormentada historia de los años republicanos, pródigos en sublevaciones libertarias siempre aplastadas. El Alto Llobregat en enero de 1932, Casas Viejas un año después, Aragón y La Rioja en diciembre de 1933... Nuestro médico clama contra las crueldades represivas, que a su juicio nunca sofocarán el instinto de lucha de los expoliados. La farsa de la política y sus demagogias electoreras consolidan el poder de la institución más abyecta, el Estado, con sus leyes y códigos de propiedad, pero todos estos engaños nada pueden contra la justa resolución de los que saben que sólo serán liberados de la miseria por sus propias manos.

Tras los sucesos revolucionarios de octubre de 1934 en Asturias, Puente desengaña a sus lectores ante los recientes afanes sediciosos de los socialistas autoritarios y en un largo artículo del 1 de mayo de 1936 enfatiza las diferencias entre la concepción y estrategia de UGT y CNT. Sin embargo, sí considera posible un entendimiento con las bases socialistas, que en su opinión deben simplemente recapacitar si quieren ser dirigidos y encuadrados en nuevas cristalizaciones del siempre oprobioso Estado o tomar las riendas de su destino.

La encendida elocuencia de estos textos nos introduce de lleno en aquel mundo en que la revolución social distaba mucho de ser la utopía inverosímil en que se ha convertido hoy. Se creía entonces que la pujante y limpia trayectoria de la CNT sería capaz de arrastrar a los otros sindicatos, e incluso de hacerles replegar su vena autoritaria. Sin embargo, al final pudo verse que faltaba la masa crítica para que la revolución pudiera consolidarse y triunfar, y para colmo de males el contexto internacional era enormemente adverso.

Isaac Puente fue uno de los que más lúcidamente vivieron el sueño y estuvo entre los que pagaron con su vida por intentar realizarlo. Sus palabras nos lo acercan para que lo hagamos nuestro.

Amor Nuño y la CNT. Crónicas de vida y muerte, de Jesús F. Salgado

Publicado en *Rebelión* el 22 de diciembre de 2015

La presentación de José Ramón Palacios y Francisco Javier Antón, así como la introducción del propio Jesús F. Salgado dejan clara la motivación con que nace *Amor Nuño y la CNT. Crónicas de vida y muerte* (Fundación Anselmo Lorenzo, 2014). Se trata con este trabajo de contestar a las afirmaciones calumniosas que autores como Jorge Martínez Reverte o Paul Preston han expresado por escrito sobre el militante libertario Amor Nuño y el papel en gene-

ral de la CNT en los asesinatos de presos que se producen a finales de 1936 en Madrid. El objetivo, más allá de cualquier mentalidad partidista, es analizar los datos existentes al respecto y establecer una aproximación a lo ocurrido que encaje con ellos de la mejor forma posible, sin rehuir responsabilidades, pero sin consentir difamaciones que repetidas por medios de gran difusión terminan creando consenso.

Amor Nuño

Ricardo Nuño Pérez nace el 2 de diciembre de 1913 en la villa asturiana de Cudillero, donde sus padres regentaban una pequeña tienda de ultramarinos. Se gana el jornal de joven en la panadería de esta localidad, pero en 1934 ya se tienen noticias de él afiliado al Sindicato del Transporte de la CNT en Madrid, aunque la falta de trabajo de chófer hace que se emplee como peón. Hacia 1935 conoce a María Asunción Maestre, con la que se casará durante la guerra. Pronto comienza a desempeñar puestos de responsabilidad en el sindicato, al tiempo que sufre detenciones que le hacen pasar temporadas en la cárcel. El 20 de julio de 1936 es liberado junto a otros destacados militantes de la CNT y se reintegra a su cargo de secretario de la federación local.

Hasta primeros de septiembre, Amor Nuño permanece con su columna por diversos frentes, aunque realizando visitas a Madrid. Los testimonios que se presentan muestran cómo en esta época salvó la vida de numerosas personas de derechas. Poco después, en noviembre y diciembre de 1936, alcanza su cénit como dirigente confederal, al ser nombrado consejero de Industrias de Guerra en la Junta de Defensa y posteriormente consejero de Transportes en la Junta Delegada de Defensa. Además, hasta el 18 de noviembre sigue siendo secretario de la federación local de la CNT. Salgado rastrea las tareas de Nuño en estos meses a partir de los testimonios disponibles, prensa y actas de reuniones. La imagen que emerge del caudal de documentación presentado encaja muy mal con el personaje dibujado en los escritos de Reverte y Preston y los hechos que se le atribuyen, que acaban apareciendo como una ficción enormemente difamatoria.

En 1937 y 1938 Amor Nuño continúa activo en el Sindicato de Transporte de Madrid, del que es secretario entre septiembre de 1937 y mayo de 1938. Por otra parte, en mayo de 1937 es movilizado y pasa a prestar servicio en diversas unidades de automóviles. La minuciosa recopilación de información sobre sus actividades en esta época tiene un gran interés, pues nos introduce de lleno en el funcionamiento asambleario y rigurosamente democrático de las bases de la CNT en aquellos tiempos ominosos de deriva totalitaria en todo el mundo y asalto al poder de los estalinistas en la España republicana. Amor Nuño ha de preocuparse además de la suerte de su padre, detenido y condenado a muerte en Asturias tras la caída del frente norte, aunque la pena sería conmutada a 30 años. Su hermano Acacio, movilizado por los fascistas, cae prisionero y es rescatado por él, que lo lleva a vivir a su domicilio en Madrid.

En marzo de 1939, Amor Nuño está entre los que buscan una imposible evacuación en Alicante, y luego es enviado al campo de concentración de Albatera. Existen conmovedores testimonios de su entereza en aquellos duros momentos. Es liberado de Albatera el 17 de abril por declaraciones de derechistas a los que había protegido, pero con la condición de presentarse en Madrid en la comandancia militar, cosa que hace. El 15 de mayo es detenido y aunque ahora también se multiplican las alegaciones a su favor, tras negarse a colaborar con la policía y sufrir torturas salvajes, el 7 de junio de 1940 es condenado a muerte, y fusilado el 17 de julio.

En la obra se analizan con gran detalle sucesos trágicos ocurridos en Madrid durante la guerra civil de los que algunos historiadores han querido hacer responsables a militantes libertarios mucho más allá de lo que los testimonios existentes indican.

Los trenes de Jaén

Los días 11 y 12 de agosto, trenes procedentes de Jaén que transportaban presos a la cárcel de Alcalá de Henares fueron detenidos en las estaciones de Atocha y el Puente de Vallecas, asesinándose a 11 personas en el caso del primero y 189 en el segundo. Paul Preston en *El holocausto español* atribuye estos crímenes a milicianos anarquistas, pero un análisis concienzudo de los datos disponibles permite descartar con rotundidad esta acusación. Los principales autores materiales de los asesinatos quedan perfectamente identificados y no eran militantes libertarios, sino del PSOE y la UGT sobre todo. La investigación muestra además que algunas autoridades de la República tuvieron una gran responsabilidad en lo ocurrido y que los delitos se realizaron con una planificación que excluye la teoría de una reacción incontrolada de las masas.

El asalto a la cárcel Modelo

Todavía en el mes de agosto tienen lugar más acontecimientos dramáticos en Madrid cuando los días 22 y 23 se producen asaltos a la cárcel Modelo que culminan con el asesinato de al menos 32 presos, entre los que se encontraban Fernando Primo de Rivera, Julio Ruiz de Alda y Melquiades Álvarez. Salgado comienza reproduciendo las afirmaciones de Paul Preston en un artículo en *El País* y en su libro *El holocausto español*, en las que culpa a los anarquistas y concretamente a Amor Nuño de estos crímenes. Sigue luego un relato pormenorizado de los hechos que contrasta todos los testimonios existentes y pone de manifiesto palmariamente el cúmulo de falsedades y calumnias contenidas en los textos de Preston. En este caso también hay indi-

cios de responsabilidad en las altas esferas gubernamentales y la ejecución fue realizada por personajes no relacionados con la CNT o la FAI, sino, al igual que en los trenes, fundamentalmente con el PSOE y la UGT.

Las «sacas» de noviembre y diciembre de 1936

Antecedentes

Un análisis de los asesinatos cometidos en Madrid desde el 18 de julio hasta el 31 de diciembre de 1936, época en que fueron más frecuentes, realizado a partir de la información contenida en la *Causa General* —libro de 1943 subtitulado *La dominación roja en España* con un inventario que se quiere pormenorizado de los crímenes en la zona republicana— muestra mal encaje con las opiniones de Ángel Viñas o Paul Preston acerca de la especial implicación de los anarquistas en estos hechos. La mayor responsabilidad corresponde claramente a entidades gubernamentales como la policía y el Comité Provincial de Investigación Pública (CPIP), cuerpo este último cuyo origen y funcionamiento son analizados en detalle. Es el caso que los que podían y debían haber intervenido para acabar con las ejecuciones extrajudiciales fueron los más involucrados en ellas y las declaraciones al respecto de personajes como Clara Campoamor son concluyentes. El CPIP asesinó sobre todo a miembros de organizaciones y partidos fascistas, y militares que se negaban a servir a la República, aunque hay casos en que la condena se basó sólo en indicios o conjeturas. Un estudio pormenorizado de las sacas anteriores al 6 de noviembre —día en el que por la tarde el Gobierno sale para Valencia— es importante porque señala la existencia ya por entonces del *modus operandi* que continuará después.

Las sacas del 6 al 10 de noviembre

Tras la partida del Gobierno, el CPIP es disuelto en una semana y la actividad represiva pasa a estar a cargo de la Consejería de Orden Público (COP) de la Junta de Defensa que se constituye. Los datos aportados muestran que la responsabilidad de las sacas de los días 6 y 7 (700 víctimas) es todavía del Gobierno con gran influencia de algunos dirigentes del PCE y el PSOE, mientras que para las de los días 8 al 10 (500 víctimas), las culpas se reparten mucho más, pues en ellas además de los representantes gubernamentales también están implicados el consejero de Orden Público de la Junta de Defensa, Santiago Carrillo y sus colaboradores. El día 10, las sacas fueron interrumpidas tras el nombramiento del anarquista Melchor Rodríguez inspector de las prisiones de Madrid.

Las sacas del 17 de noviembre al 4 de diciembre

A partir del 14 de noviembre, que es cuando Melchor Rodríguez presenta su dimisión ante las dificultades con que tropieza su labor humanitaria, eliminado con ello el principal obstáculo para su ejecución, las sacas se reanudan en breve, afectando a un número mínimo de 2309 presos entre el 17 de noviembre y el 4 de diciembre. Se analiza en detalle el procedimiento burocrático y logístico de estos crímenes, y se discute su responsabilidad, que recae sobre al Buró Político del PCE, aunque luego se ramifica en una amplia red de consentidores, cómplices y ejecutores. Salgado argumenta contundentemente, desmontando las ficciones de Jorge Martínez Reverte y Paul Preston que tratan de presentar a Amor Nuño como protagonista principal de estos hechos.

Este segundo período de grandes sacas finaliza cuando Melchor Rodríguez es nombrado otra vez inspector de las prisiones de Madrid y da las órdenes oportunas para que en ningún caso los presos puedan salir de de las cárceles sin una orden firmada por él.

Una nueva visión de los hechos

La paciente y laboriosa recogida de información realizada por Jesús F. Salgado es encomiable porque era poco lo que se sabía de Amor Nuño y además su nombre había servido para tejer calumniosas fabulaciones. Hay que señalar también que el análisis de los documentos estuvo dificultado por el propio carácter inmoral e ilegal de los hechos que se investigan, que hizo necesario contrastar y sopesar muy a menudo ocultaciones, falsedades y medias verdades. Del ingente trabajo emerge un relato que puede presentar aún zonas de sombra, como es inevitable que ocurra al estudiar acontecimientos tan complejos, pero que en todo caso sirve para desmontar las ficciones urdidas en torno a ellos. *Amor Nuño y la CNT. Crónicas de vida y muerte* cumple sobradamente los objetivos que se había propuesto: aporta datos esenciales sobre la biografía de un militante libertario ejemplar y deja mucho más claras de lo que estaban las responsabilidades por los crímenes perpetrados en la segunda mitad de 1936 en el Madrid republicano.

Personas como Amor Nuño, con todas sus limitaciones y defectos, lucharon y dieron la vida en muchos casos por construir una sociedad horizontal y fraterna, sin explotación del hombre por el hombre y ajena a cualquier dictadura. Tuvieron que enfrentarse para ello a Hitler y a Franco, a Stalin y a Mussolini; nada menos. Muy caro se lo tratan de hacer pagar desde los abismos del poder. Afortunadamente, existen historiadores como Jesús Fernando Salgado, dispuestos a dedicarse en cuerpo y alma a deshacer el entuerto.

Eduardo Barriobero. Las luchas de un jabalí, de José Luis Carretero Miramar

Publicado en *Rebelión* el 29 de octubre de 2017

El historiador Julián Vadillo Muñoz señala en su introducción a *Eduardo Barriobero. Las luchas de un jabalí* (Queimada, 2017) de José Luis Carretero Miramar los aspectos que unen en este caso al biógrafo y al biografiado, ambos abogados y sindicalistas y ambos con aficiones literarias. Son éstas circunstancias óptimas para acercarnos a la vida de una figura clave en la defensa de obreros y sindicalistas en los tribunales de las primeras décadas del siglo XX en España, un aposentado registrador de la propiedad que escogió vivir las luces y sombras de la bohemia madrileña, y al mismo tiempo un republicano federal afiliado a la CNT y diputado de la II República que tuvo un papel relevante en la Cataluña revolucionaria. En la estela de trabajos recientes de Julián Bravo y Marcelino Laruelo, el libro trata de sacar del olvido a un personaje tan destacable como ignorado.

Eduardo Barriobero y Herrán vino al mundo en Torrecilla de Cameros en 1875, primogénito de los cinco retoños de un militar y una maestra. Estudió el bachillerato como alumno libre en Logroño, y después Derecho y Medicina en Zaragoza, donde comenzó a militar en el Partido Republicano Democrático Federal (PRDF) de Castelar, a quien admiraba tanto como para viajar a Madrid sólo con la esperanza de conocerlo personalmente. Tras terminar la carrera de Derecho, Eduardo obtiene el número uno en las oposiciones a registrador de la propiedad y pasa a ocupar una plaza en San Martín de Valdeiglesias, lugar en el que se establece con su esposa, Araceli González, de familia adinerada, y tiene dos hijos, nacidos en 1899 y 1902. Sin embargo, la apacible vida burguesa no le resultaba soportable al literato subversivo y republicano, que se separa de su mujer y se establece en Madrid.

En 1901 Eduardo comienza a escribir de manera continua en *Madrid Cómico* y da su primer mitin conocido, contra el impuesto de Consumos. Desde entonces su actividad periodística es constante, y pronto es popular también como autor de novelas en las que explora las trochas del progreso social; como era de suponer, visitas a cárceles y comisarías por delitos de imprenta y contra el orden público no se hacen esperar. Sus ideas son las del federalismo, pero en su vertiente más radical y obrerista, que no anda lejos del anarquismo de Proudhon, con el iberismo como otra de las claves de su pensamiento. La represión indiscriminada y el desamparo legal de cuantos se oponían al régimen de la Restauración es lo que lo empuja a desempolvar sus librotes de derecho y comenzar a ejercer de defensor de activistas y sindicalistas. En octubre de 1909, tras la Semana Trágica barcelonesa, está entre los fundadores en Madrid de la Asociación Libre de Abogados.

El libro nos acerca a los procesos más sonados en los que interviene Eduardo Barriobero por toda la geografía española en los años siguientes. Su elocuencia, habilidad y rigor técnico cosechan éxitos que lo convierten muy pronto en uno de los letrados estrella de la CNT, a la que se afilia con el carnet número 5 del Sindicato de Profesiones Liberales en 1912, mismo año en que se tiene constancia documental de que ya había ingresado en la masonería. Es una época en la que continúa publicando artículos y novelas, y logra acta de diputado republicano en las elecciones a Cortes de 1914, 1918 y 1919. En 1920, durante el viaje que dará lugar al libro *Cómo está Europa*, es testigo en Italia de las revueltas obreras que democratizan las fábricas y serán ahogadas pronto por la bota negra del fascismo.

Durante la dictadura de Primo de Rivera, Eduardo Barriobero sigue publicando, aunque con mayores restricciones, y trabajando como abogado, además de participar en las conjuras republicanas que se suceden y que lo llevarán varios meses a la cárcel. Acusado por Lerroux de haber sido el delator que hizo fracasar la Sanjuanada de 1926, en octubre de ese año sufre un atentado que está a punto de costarle la vida; se trataba de una imputación sin fundamento, pero que lo perseguirá bastante tiempo. Tras la renuncia del dictador, Eduardo, bestia negra del republicanismo burgués, intenta una reorganización del PRDF buscando la alianza con el obrerismo radical; no obstante, los propios sindicalistas cegarán esa vía, ajena a sus principios antiparlamentarios.

En los años de la II República, Eduardo Barriobero sigue insistiendo en una política federal de izquierda que cree compatible con el programa de la CNT a través de la idea de la república social. En las elecciones de 1931 es elegido diputado por Asturias, y pronto el grupo que capitanea en el congreso es definido por Ortega y Gasset como «los jabalíes», la extrema izquierda intransigente. El libro repasa la trayectoria de sus integrantes, personajes como Ángel Samblancat, Ramón Franco, José Antonio Balbontín y muchos otros. En las elecciones de 1933, con la debacle del PRDF Eduardo pierde su condición de diputado y se refugia en la escritura y la abogacía; en las de febrero de 1936, es propuesto por el PRDF como candidato del Frente Popular por Asturias, pero el veto de Azaña lo deja fuera. El 18 de julio es un miliciano más en las calles de Madrid.

En el comienzo de la guerra civil, Eduardo es llamado a Barcelona para hacerse cargo de la Oficina Jurídica creada para aplicar la justicia del nuevo orden. Allí sufre la dualidad de poderes entre la Generalitat y los comités, y tras ochenta días de intenso trabajo, la actividad de la oficina es transferida a cuatro juzgados de primera instancia, mientras se vierten acusaciones contra él de enriquecimiento en el ejercicio de su cargo, que sirven de base para detenerlo en

septiembre de 1937; en noviembre del año siguiente se celebra el juicio, en el que es absuelto. Con los franquistas a las puertas de Barcelona, cansado y enfermo, Eduardo Barriobero decide permanecer en la ciudad; será fusilado el 10 de febrero de 1939 en el Campo de la Bota.

Además de la aproximación biográfica, Carretero nos presenta a lo largo del libro sinopsis y reseñas de muchas de las obras de Barriobero, tanto literarias como jurídicas. Según él, en su amplia producción narrativa, a la que dedicó sus energías hasta el final, descuellan sobre todo los acercamientos costumbristas a la bohemia y los bajos fondos de sus primeras novelas, como *La cofradía de los mirones*, con buenas dosis siempre de humor y crítica social. Respecto a sus textos jurídicos, el más notable es *Delitos de la multitud*, de 1934, donde argumenta vigorosamente a favor de una consideración especial para los «delitos políticos» guiados por un afán de mejoramiento social y para los delitos en los que las masas son protagonistas.

Eduardo Barriobero destacó como defensor entregado y efectivo de los obreros revolucionarios, pero fue también un novelista fecundo y un teórico del derecho que trató de llevarlo a un equilibrio con la justicia; ejerció como voz de los sin voz en el Parlamento y buscó un encaje entre su ideología federalista y el sindicalismo ácrata. Son muchos sus méritos, pero con mal acomodo en los santorales de este tiempo nuestro. De ahí el valor de esta obra de José Luis Carretero Miramar y su ajustado retrato de un personaje fundamental en las luchas sociales de los comienzos del siglo XX en España.

Lucía Sánchez Saornil, entre mujeres anarquistas, de Ignacio C. Soriano Jiménez

Publicado en *Rebelión* el 14 de junio de 2022

Los años 30 del siglo XX fueron en España una de esas raras épocas en que los parias de la tierra tuvieron una oportunidad real de asaltar los cielos y construir un mundo sin explotación. Muchos escritores percibieron la transcendencia de aquella lucha y no dudaron en alistar sus plumas en ella, porque comprendieron que era la suya también. Un caso emblemático es el de Lucía Sánchez Saornil, una joven autodidacta que destacó como poeta en las vanguardias de principios de siglo y justo en esa década prodigiosa maduró su pensamiento y comenzó una intensa actividad sindical y periodística que la llevó en 1936 a fundar con otras compañeras el colectivo Mujeres Libres. Impulsor de tareas formativas y publicaciones y con una densa red de afiliadas, este movimiento —admirado en todo el mundo— marcó un antes y un después en la lucha por los derechos de las mujeres.

La historia apasionante de esta mujer ha sido investigada en algunos libros recientes, como *Lucía Sánchez Saornil, poeta, periodista y fundadora de Mujeres Libres* (La Malatesta, 2014), de Antonia Fontanillas y Pau Martínez, que recoge además una selección de textos suyos, o *Lucharon por un mundo nuevo* (Descontrol, 2016), de Yanira Hermida, que trae también una aproximación biográfica a otra militante libertaria, Sara Berenguer Laosa. Por su parte, Nuria Capdevila-Argüelles ha reunido en *Corcel de fuego* (Torremozas, 2020) la labor poética y prosística de Lucía entre 1913 y 1933.

Lucía Sánchez Saornil, entre mujeres anarquistas de Ignacio C. Soriano Jiménez, acaba de ser editado por La linterna sorda y aporta un minucioso estudio biográfico, que se complementa con un recorrido, no menos detallado, por las labores y activistas del movimiento libertario feminista de aquellos años; resulta así al fin la crónica cabal del tiempo de esperanza para la emancipación femenina que supusieron los años de la II República y la Guerra Civil.

El despertar de la conciencia

Lucía Sánchez Saornil viene al mundo en 1895 en un barrio obrero del sur de Madrid y desarrolla muy pronto un amor por la letra impresa que la hace voraz lectora y escritora de cuentos. Los lee a su hermana Concha, dos años menor, amiga y confidente de toda su vida. En 1913 aparece en *La Correspondencia de España* su primer artículo, reivindicando para las niñas las mismas excursiones dominicales que disfrutaban los muchachos, y el año siguiente en una revista de Ciudad Rodrigo publica sus primeros versos. Recibe instrucción en el Colegio Hijos de Madrid, pero es sobre todo autodidacta y también una «letraherida» que conoce el poder de la escritura: «*Un libro es un milagro perenne que puede convertir en rosas las llagas de los leprosos*», llegó a decir. En cuanto a ganarse el pan cotidiano, desde 1916 Lucía es empleada de la Compañía de Teléfonos. Sus primeros poemas encajan en la estética modernista, pero a partir de 1919 colabora con los ultraístas, que pretendían formar una vanguardia hispana en la línea del chileno Huidobro. La lírica de Lucía, o Luciano de San-Saor como firmaba muchas veces, logró amplio reconocimiento, por lo que resulta extraño que desde 1923 prácticamente no envíe contribuciones a revistas literarias. Es una etapa de silencio en la que su mentalidad evoluciona. En los años 30 comienza su militancia anarquista.

En «Literatura nada más...», artículo publicado en *CNT* en 1933, Lucía denuncia el fracaso de la revolución ultraísta, juego sólo de intelectuales de café que en el fondo trataban de salvar los valores tradicionales. Frente a eso, ella defiende la necesidad de un «humanismo integral», término que prefiere a «feminismo», y remarca la importancia de

un «camino interior», un autoanálisis para superar nuestros resabios burgueses. En 1931 milita ya en la CNT, y a partir de julio es activa en una huelga estatal de Telefónica, que exige mejoras laborales y terminará derrotada en diciembre. Represaliada desde comienzos de ese año, no conseguirá el reingreso hasta 1936 y desde finales de 1932 trabaja en entidades confederales.

Son estos años 30 tiempo de efervescencia social en que el ideal del comunismo libertario parece al alcance de la mano. Nuestra poeta milita también en la FAI, en el grupo Los Intransigentes, se inicia como oradora, y colabora frecuentemente en la prensa ácrata con combativos artículos en los que el «yo» de sus primeros trabajos literarios cede paso a un poderoso «nosotros»: «*Hasta que el pueblo no destruya el Estado y toda clase de Gobiernos, no tendremos libertades*». Ejerce además de secretaria de redacción de *CNT*, que sufre censuras y suspensiones sin cuento.

En mayo de 1936 ve la luz el primer número de *Mujeres Libres*, una revista mensual que pretende informar y formar a las mujeres para que tomen las riendas de su destino contra todas las imposiciones sociales. Participan en la dirección, aparte de Lucía Sánchez Saornil, Mercedes Comaposada y Amparo Poch y Gascón, y cuentan con el apoyo administrativo de Concha, la hermana de Lucía; cosechan éxito de ventas y cartas de felicitación que muestran lo urgente de su labor. Aparecerán trece números hasta diciembre de 1938, y el empeño fructificará en una red de agrupaciones locales de Mujeres Libres, en las que entre otras cosas se capacita a las jóvenes para oficios que transforman sus vidas.

Revolución y guerra

En la agitación que sigue en Madrid al fracaso de la sublevación fascista, Lucía es miliciana, reportera, oradora y poeta. Se une a los que asaltan el Cuartel de la Montaña y parte luego hacia Guadalajara, contribuyendo por el camino a la creación de colectividades. Pacifista convencida, se siente atrapada por una guerra surgida de la propia revolución, y considera la lucha justa y necesaria; así lo proclama en sus artículos. En cuanto a la organización de las fuerzas populares, como su amigo Cipriano Mera ella cree que la militarización es la única forma de hacer frente a los sublevados, y tras visitar Brihuega en marzo de 1937 escribe entusiasmada: «*La CNT hecha ejército popular sigue siendo la CNT*». Son innumerables sus artículos en esta etapa, muchos de ellos en el diario *CNT*, sobre lo que ocurre en Madrid en los primeros meses de la guerra: el cerco fascista, la muerte de Durruti...

En abril de 1937 Lucía es enviada a Valencia, donde tiene un papel destacado en *Umbral*, semanario que nace bajo los auspicios del Comité Nacional de la CNT. En él publica dieciocho artículos, entre ellos dolorosas crónicas tras la caída de Asturias en octubre de 1937. A partir de enero del año siguiente, pasa sobre todo a realizar labores para Solidaridad Internacional Antifascista (SIA), organismo que se crea en el mundo libertario para recabar y gestionar la ayuda internacional, con actividades informativas, educativas y de asistencia social. Ella asume la consejería de Propaganda y Prensa de la institución, y desde ella colabora estrechamente con Emma Goldman, volcada en difundir el empeño por Europa y América.

En 1937 Lucía comienza una relación sentimental con América (Mery) Barroso, actriz y secretaria de dirección en *Umbral*; viven juntas y no ocultan su unión, que va a llegar hasta el fin. La antigua ultraísta compone ahora romances de tema bélico, publicados en diversos medios con gran éxito y luego recopilados en un libro de Mujeres Libres: «*Durruti, hermano Durruti,/ jamás se vio otra congoja/ más amarga que tu muerte/ sobre la tierra española*».

Tiempo de silencio

A finales de enero de 1938, Lucía y Mery pasan a Francia, y allí canalizan la ayuda de SIA para la evacuación de compañeras, niños, ancianos y enfermos; cuando se generaliza la reclusión en campos de concentración, denuncian lo que está ocurriendo. Lucía es expulsada de los Pirineos Orientales y se instala en febrero en París, donde escribe artículos en los que reflexiona sobre los desastres recientes para el boletín que SIA aún publica. Expulsada de nuevo, recala en Orleans. Tras la ocupación alemana, Lucía y Mery viven en Montauban y siguen tratando de hacer llegar ayuda a los refugiados españoles.

La situación se complica en Francia y nuestra pareja decide regresar a España. En marzo o abril de 1942 cruzan la frontera y viajan a Madrid, donde van a residir cinco años y medio, ganándose la vida como comisionistas y fabricando redecillas para el pelo. Comparten piso con la hermana y el padre de Lucía, y a pesar de la represión que se prodiga, logran pasar desapercibidas. A comienzos de 1948 todos fijan su domicilio en Valencia. Lucía da clases, trabaja en representaciones y pinta abanicos y azulejos. Allí recuperan viejas amistades.

La otrora prolífica periodista escribe sólo unos pocos artículos con seudónimo en la prensa regional levantina. En 1955 publica también un poema en una revista burgalesa: «*Ni la bestia ni el ángel,/ quiero mejor la exacta medida de lo humano*». Tras el fallecimiento de su hermana Concha en febrero de 1970, un carcinoma de pulmón, desarrollado con rapidez, acaba con la vida de Lucía Sánchez Saornil el 2 de junio de ese mismo año.

Reivindicación de una mujer y una época imprescindibles

El exhaustivo trabajo de Ignacio Soriano nos va dibujando a Lucía Sánchez Saornil en cada una de sus etapas. Co-

nocemos así a su familia y su educación, las rutinas como telefonista, su temprana pasión por la escritura y sus relaciones con los grupos poéticos del momento, modernistas en un principio y vanguardistas (¿revolucionarios?) después. Confraternizando con estos últimos, no se le escapan a la aguda y sensible Lucía las limitaciones de la revolución de papel que predican, y la que comienza una intensa actividad periodística en los medios libertarios en los años 30 es otra mujer diferente. El libro nos retrata fielmente también a esta nueva Lucía, una anarquista que contribuye al movimiento con entusiasmo y plétora de ideas durante el tiempo de esperanza de la República y la Guerra Civil. Tras el doloroso naufragio, con la misma fidelidad se nos describe la odisea primero por tierras francesas y luego el silencio en la tenebrosa España franquista.

En los distintos momentos biográficos, la información sobre Lucía se completa con otra igualmente amplia sobre las compañeras que compartían sus labores, con lo que al fin el libro se convierte en una crónica del movimiento libertario femenino en España en aquellos años. En este sentido, es remarcable el seguimiento puntual de las actividades formativas y asistenciales de las diversas secciones de Mujeres Libres, que a partir del verano de 1937 se constituyen en una federación nacional, con en torno a diez mil afiliadas —llegarán a ser veintiocho mil—. Otro capítulo se dedica a las publicaciones del grupo, con un sinnúmero de folletos y obras más extensas como *Niño*, de Amparo Poch u *Horas de revolución*, recopilación de artículos de Lucía (reeditada por Calúmnia Edicions en 2019), entre muchas otras.

La edición de Ana Muiña aporta como siempre un lujo de imágenes y documentos rescatados, que unidos a la riqueza de las notas, los anexos y apéndices y el utilísimo índice onomástico acaban de perfilar el libro como una contribución imprescindible a la historia del anarquismo en nuestra piel de toro.

Lucía Sánchez Saornil fue una gran poeta toda su vida, y en la década de 1930 se convirtió con su trabajo periodístico en un icono de la pasión y el pensamiento del movimiento libertario. Aquella mujer menuda y aparentemente frágil, pero que se crecía en la lucha y la adversidad, supo destacar siempre por su intelecto en un mundo demasiado masculino. Ignacio Soriano ha tejido un precioso retablo de su vida memorable.

El ángel rojo, la historia de Melchor Rodríguez, de Alfonso Domingo

Publicado en *Rebelión* el 25 de mayo de 2010

Melchor Rodríguez, militante destacado de la CNT, es uno de los personajes esenciales en el Madrid republicano. Durante toda la guerra, y especialmente en la etapa en que asume cargos en el ministerio de Justicia a las órdenes del también anarquista Juan García Oliver, se esfuerza para que no se produzcan en la ciudad ejecuciones extrajudiciales. Arriesgando la vida a veces y desplegando siempre una energía extraordinaria, él es uno de los principales responsables de que sucesos como los de Paracuellos no volvieran a repetirse. Condenado a prisión por los vencedores, pero con múltiples amigos en ese bando que le debían la vida, sale de la cárcel en 1943 y prosigue con su militancia anarquista, lo que lo lleva a ser detenido y encarcelado en varias ocasiones.

Melchor Rodríguez García nació en 1893 en el barrio de Triana de Sevilla y de joven intentó abrirse camino como torero. Enseguida comenzó también a conocer el ideario anarquista, que lo fascinó como herramienta poderosa para la redención de las miserias e injusticias que veía en la sociedad. Graves cogidas en 1918 y 1920 le acaban apartando de los toros y le obligan a ganarse la vida como obrero chapista, mientras se compromete en una militancia en la CNT que lo llevará a la cárcel varias veces. A finales de 1920 se traslada con su mujer, Francisca, a Madrid, y continúa con sus trabajos y su actividad sindical. En la capital, su anarquismo se va decantando hacia un humanismo libertario que ve en la educación y la cultura las claves de la transformación social. En 1927 es miembro fundador de la FAI (carnet número 4 de la Federación del Centro) y forma con otros compañeros el grupo Los Libertos, referencia del faísmo madrileño.

El libro nos acerca a todas estas etapas de la vida de Melchor. En abril de 1931, con la llegada de la república, Domingo nos describe la situación creada: «*La república, que nace entre el regocijo de la ciudadanía, se ha quitado de encima a los monarcas, pero hereda toda clase de males y vicios del régimen anterior: la burocracia, el ejército, las clases pasivas, la banca, la alta y mediana burguesía, los hombres de negocios, los bolsistas especuladores, los caballeros de industria, usureros, terratenientes, rentistas, banqueros. Todos abrazan de la noche a la mañana el nuevo orden, jurando que son más republicanos que nadie*». Melchor, en la cárcel por un texto escrito en *La Tierra*, recibe una invitación de Juan March, también en la Modelo en ese momento, para unirse a sus conspiraciones antirrepublicanas; la rechaza airado. Estos años son también los de Casas Viejas y la feroz represión contra la que Melchor clama indignado en sus artículos. Es

tiempo también de disensiones dentro del movimiento libertario que se superan felizmente.

La sublevación militar desencadena en Madrid una violenta venganza con la que Melchor, desde sus postulados humanistas, no puede estar de acuerdo. Ya en los primeros momentos, con otros anarquistas de su cuerda, lucha para salvar de las ejecuciones extrajudiciales a todas las personas perseguidas, aunque lo sean por apoyar al enemigo. El cuartel general de Los Libertos se establece en el palacio del marqués de Viana que es incautado para ello —su propietario está refugiado con Alfonso XIII en Roma—. El palacio se convierte en seguro refugio para muchos derechistas, aunque los que son reclamados por la Justicia republicana, como ocurre con el exministro Rafael Salazar, son entregados a ella. Melchor Rodríguez recorre en estos meses iniciales de la guerra todos los puntos de Madrid donde se sabe que se producen detenciones irregulares, como las checas de Fomento y del cine Europa. En todos estos lugares, con su prestigio de viejo líder cenetista y un valor que debía de conservar de su época torera, consigue imponerse y salva muchas vidas. Su razonamiento es contundente: «*Yo no sé si serán o no fascistas los que están aquí, pero eso no te compete a ti decidirlo, sino a los tribunales. ¡Nadie puede tomarse la justicia por su mano! ¡Eso es lo que hacen los fascistas y os estáis igualando a ellos*». Los bombardeos indiscriminados sobre Madrid a finales de 1936 no le ponen desde luego las cosas fáciles, pues se respira por todas partes un clamor de venganza.

Es entonces cuando la CNT entra en el Gobierno de Largo Caballero y Melchor solicita del nuevo ministro de Justicia Juan García Oliver, el nombramiento de director general de Prisiones. En noviembre de 1936 es designado inspector especial de Prisiones y dicta órdenes terminantes para que ningún preso salga de las cárceles desde las seis de la tarde hasta las ocho de la mañana, ni durante el día si hubiera algún peligro para su seguridad. No obstante, su labor encuentra dificultades y decide presentar la dimisión. Son éstas las fechas de los crímenes de Paracuellos. Tras un viaje a Valencia y una conversación con García Oliver, es nombrado delegado especial de Prisiones de Madrid y vuelve a su empeño con ímpetu renovado. A partir del 4 de diciembre de 1936 cesan los asesinatos en la zona de Paracuellos. El día 8 de ese mes, viaja a Alcalá de Henares en cuya prisión se prepara una saca como revancha por los civiles masacrados por los fascistas en sus bombardeos indiscriminados. Contra la ira del pueblo, la rabia y la energía de Melchor se imponen y la vida de los presos es asegurada. Se salvan así Agustín Muñoz Grandes, Raimundo Fernández Cuesta, Javier Martín Artajo o los hermanos Rafael y Cayetano Luca de Tena, entre cientos de personas. Este episodio, que es narrado por Domingo en el comienzo del libro, ofrece una lectura realmente impactante.

En el caos del Madrid republicano, la actividad de Melchor no podía dejar de ser utilizada por el enemigo. Su buena fe es traicionada infinitas veces y dos de sus colaboradores más cercanos, su chófer Rufo Rubio y su secretario Juan Batista, a pesar de sus promesas de lo contrario resultaron al fin ser miembros destacados de la quinta columna. Agustín Muñoz Grandes, por él salvado y protegido, es excarcelado para servir a la causa republicana, pero aprovecha para desertar y se une a los fascistas. El 2 de marzo, la labor de zapa de un PCE cada vez más influyente consigue que Melchor sea cesado. Pasa entonces a ser concejal de cementerios del ayuntamiento de Madrid, pero continúa su labor y refugia a todas las personas perseguidas que puede en su domicilio de Recoletos. En 1938 es enjuiciado por colaboracionismo por el comité de defensa de la CNT. Argumenta vigorosamente y es absuelto. En 1939, toma parte en el Consejo Nacional de Defensa que, presidido por el coronel Segismundo Casado, acelera el final de la guerra. Permanece en Madrid y allí es encarcelado en abril de 1939.

Melchor Rodríguez, que había conocido las prisiones de la monarquía y la república, prueba ahora las del franquismo. Condenado a veinte años, sus amigos del bando vencedor se mueven para ayudarle y en 1943 es liberado. En la larga noche de la dictadura participa en la reorganización de la CNT, lo que le vale año y medio en la cárcel de Carabanchel. Trabaja después de su liberación en 1948 como agente de seguros y sufre otra detención en 1956. En 1972 fallece en Madrid. A su entierro asistieron personas de ideologías muy variadas, pero unidas todas en el afecto por un hombre valeroso y honrado que dedicó su vida a la defensa de un ideal de progreso social.

El libro recrea para nosotros, aunando rigor e interés, la vida extraordinaria de Melchor Rodríguez, y cubre con ello una laguna notable de la historiografía de la guerra civil. A través de una consulta exhaustiva de las fuentes y entrevistas con los protagonistas de los hechos, Domingo ha conseguido reunir toda la información necesaria para adentrarnos en aquella época y darnos a conocer a un personaje cuyo papel en ella no es suficientemente valorado.

Además de ello, la lectura del libro nos invita a una reflexión fundamental sobre la violencia y su legitimación. En este sentido, vemos con claridad cómo ante la carnicería desatada por los fascistas en la guerra civil, locura homicida en la que contaron con el apoyo de los poderes más criminales del siglo XX, el bando republicano se debatió siempre entre los que respondían a esa violencia en sus mismos términos indiscriminados, y los que se empeñaron en que en toda circunstancia fueran respetadas las garantías judiciales. Melchor Rodríguez fue uno de los más firmes en este último grupo y su actividad, junto a la de muchos otros que luchaban por la preservación de los ideales humanistas en medio del caos generado por los crímenes de los sublevados,

se nos aparece hoy como un hito de un valor ético incalculable, aunque en ocasiones pudiera servir, por su exceso de ingenuidad y de una manera inconsciente, los intereses de éstos.

Vivir la anarquía, vivir la utopía, de Chris Ealham. José Peirats y la historia del anarcosindicalismo español

Publicado en *Rebelión* el 20 de octubre de 2020

Chris Ealham (1965) es autor de varios volúmenes sobre la historia del anarquismo español, el último de los cuales, *Vivir la anarquía, vivir la utopía* (Alianza editorial, 2016, trad. de Federico Zaragoza Alberich), está dedicado a la trayectoria vital y revolucionaria de José Peirats, militante libertario que fue secretario general de la CNT en un par de ocasiones y cronista del movimiento en una serie de trabajos imprescindibles. La obra analiza las diferentes etapas del biografiado y va tejiendo con ello una ajustada crónica del tiempo que le tocó vivir, desde la Cataluña de los años 20 y 30 en la que se fraguaba la revolución, hasta el desencantado final de la centuria, pasando por la guerra civil, los campos de concentración franceses y las luchas del exilio.

Peirats logra convertirse en su juventud en un escritor vocacional y autodidacto, espoleado por la vergüenza que le produce la ignorancia impuesta por el Estado y el capital. Con la fuerza del rebelde emprende la conquista de tesoros de conocimiento que darán sentido a su vida, dispuesto siempre a compensar con tesón y voluntad férreas las menguadas capacidades que su modestia le hace percibir en sí mismo. Alimentada por esa cultura, su existencia va a ser un empeño continuo tras un orden nuevo más allá de la explotación y la alienación. No lo vemos nunca torcer el rumbo, flaquear o claudicar en la persecución de ese objetivo a través de las luchas despiadadas que le tocó vivir.

Un obrero con conciencia en tiempo de revoluciones

José Peirats Valls nació el 15 de marzo de 1908 en La Vall d'Uixó (Castellón) en una familia pobre de la que sólo alcanzarán la vida adulta dos vástagos: él y su hermana Dolores. Con tres años emigra con los suyos a una Barcelona aún traumatizada por la Semana Trágica, y con seis pasa una grave enfermedad en una pierna, que le dejará dolores para toda la vida y una leve cojera. Clerical y represiva, la escuela lo es para él de insumisión hasta que lo matriculan en el Ateneo Obrero Racionalista de Sants, con lo que al ser clausurado éste tras la gran huelga de agosto de 1917, abandona los estudios y empieza a trabajar de ladrillero, labor dura que fomenta sus instintos rebeldes. Influido por las ideas libertarias que le dan a conocer algunos parientes, a finales de 1922 José ingresa en la CNT y el año siguiente participa en una importante huelga de su sector, desbaratada en septiembre por el golpe de Primo de Rivera.

Durante la dictadura, el joven ladrillero va tomando conciencia y descubriendo el placer de comprender el mundo que lo rodea. La amistad y el ejemplo de Pere Massoni, anterior secretario del Sindicato de Construcción de la CNT, superviviente con graves secuelas de un atentado en 1919, resulta decisiva para que se le empiece a ver más por las bibliotecas que por los bares. A finales de los años 20, Peirats y su amigo Domingo Canela son contribuyentes esenciales a las páginas de *El Boletín del Ladrillero*, el periódico que consiguen hacer circular. La hostilidad hacia anarquistas individualistas que percibe aburguesados, como es el caso de Federico Urales, se inicia también en esta época.

Con la proclamación de la república, nuestro protagonista se alinea con el sector más izquierdista de la CNT, que ve conveniente seguir la lucha sin tregua hasta la emancipación real y verdadera. Tras la penosa clandestinidad, éste es un tiempo de pujanza del sindicato y de los ateneos como el que Peirats promueve en La Torrassa, que expanden la cultura y la conciencia entre las masas y patentizan nuevas relaciones sociales. La división treintistas-faístas, sin embargo, resultó muy incómoda para quien criticaba tanto el reformismo claudicante, como el aventurerismo de los «anarquistas de testículos» y las desastrosas insurrecciones a las que arrastraban cada poco al proletariado. Es por entonces cuando, con el apoyo de compañeros y amigos con más experiencia en ese campo, como Felipe Alaiz, de quien heredará la ironía y el humor cáustico, nuestro joven obrero se convierte además en un auténtico intelectual y escritor proletario, director de publicaciones ácratas y autor de un sinfín de artículos y ensayos en los que argumenta sus posiciones, e incluso de obras de teatro.

El 19 de julio del 36, un Peirats que no acierta a saber que no fabricará ya más ladrillos, se une a la batalla por Barcelona, y al día siguiente participa en la toma del cuartel de Pedralbes, que pasará a llevar el nombre de Bakunin. Podemos imaginar sus vivencias en las jornadas febriles en que tocaba materializar el sueño y organizar un mundo nuevo. Sin embargo, a estas alturas todos sabemos ya en qué forma la revolución fue estrangulada. El de La Vall está entre los que más claro ven desde el principio lo letal que va a resultar la «colaboración con la burguesía», y nunca dejó de lamentarse de que faltaran en ese momento intelectuales de talla capaces de hallar vías para una autogestión revolucionaria. Instalado en Lleida, coordina *Acracia*, el periódico libertario de la ciudad, que se convierte en azote de los «gubernamentalistas» y también de los «valientes de retaguardia» y sus ejecuciones. No obstante, no se alineó con

la oposición más radical a la dirección de CNT-FAI, la de Los Amigos de Durruti, a los que veía «bolchevizantes», y tal vez por miedo a provocar una escisión en el movimiento.

Tras los Hechos de Mayo, Peirats se ve obligado a renunciar a *Acracia* y volver a Barcelona, y cuando los enfrentamientos con el aparato se hacen insoportables, parte voluntario al frente. Se une a la vieja columna Durruti, por entonces ya 26.ª División, al mando de Ricardo Sanz, con la que va a vivir los violentos combates de la batalla del Segre. Renunciando a un trato de favor, Peirats pasa la frontera de Francia con los restos de su división, última en hacerlo en la Alta Cerdaña tras proteger la retirada de los civiles, en febrero de 1939.

Caminos y batallas del exilio

El primer destino en Francia de los exiliados es el campo de concentración de Vernet d'Ariège, donde son recluidos entre doce mil y quince mil «anarquistas peligrosos» de la columna Durruti. Las condiciones allí, con disentería y tifus galopantes, eran tales que, según Arthur Koestler que las sufrió, «*estaban por debajo del nivel de un campo de concentración nazi*». Frente a esto, pronto los anarquistas se dotaron de una estructura, con representantes y comités, y fueron capaces de organizar actividades pedagógicas. Tras cinco meses muy duros, Peirats tuvo la suerte de ser trasladado a Lauberet, cerca de Cognac, donde la situación mejoró.

En el otoño de 1939 a los encerrados en Lauberet se les ofreció la posibilidad de viajar a América, y así es como nuestro protagonista decidió embarcarse en una aventura que resultó ser sólo un viacrucis de vida dura, pobreza e inevitable distanciamiento de las luchas sociales que eran el eje de su existencia. En diciembre de 1939 llega a la República Dominicana para trabajar como agricultor en un sector, cerca de la frontera con Haití, que el dictador Trujillo quería colonizar con población blanca. Un año después, viaja a Ecuador, y cuando la comuna agropecuaria que los exiliados españoles montan en plena selva no consigue prosperar, el antiguo ladrillero ejerce oficios diversos en Quito, Guayaquil y Durán. Tras ahorrar para el pasaje, el 1 de enero de 1943 parte para Panamá, donde recupera el contacto con la CNT, escribe e imparte conferencias, mientras se gana la vida como panadero. En 1946 su destino va a ser Venezuela, y desde allí en marzo de 1947 regresa a Francia para incorporarse a la lucha contra el régimen de Franco.

Instalado en Toulouse, Peirats va a convertirse en los próximos años en uno de los militantes e ideólogos más destacados del movimiento libertario y en el más notable de sus historiadores. Ante un aparato dominado por la pareja Montseny-Esgleas, fuertemente burocratizado y subvencionado por donaciones del «empresario» Laureano Cerrada, su opción cuando es elegido secretario general en octubre de 1947 es acabar con el ilegalismo y lograr a toda costa revertir la penosa escisión de 1945 entre la CNT de España y la del exilio francés. El año siguiente deja el cargo, pues no es partidario de encadenar mandatos, y en 1949 es encargado por Martín Vilarrupla, secretario de Cultura y Propaganda del MLE-CNT de escribir una historia de la Revolución española. Tras meses de intenso trabajo en Burdeos, donde estaban las fuentes hemerográficas, en el congreso de 1950 es elegido de nuevo secretario general, con lo que retoma sus objetivos de 1947.

En un escenario internacional marcado por el comienzo de la Guerra Fría y con las relaciones normalizadas entre Francia y el régimen de Franco, los atracos ejecutados por miembros del movimiento eran utilizados para tratar de ilegalizarlo. En este contexto se entienden la detención y torturas que sufre Peirats en 1951. Intentan arrancarle una confesión de la vinculación de la CNT con los atracos, y al no conseguirla, lo van a retener cinco meses en prisión. En el congreso de ese año, renuncia de nuevo a un segundo mandato y se concentra en su libro: *La CNT*, cuyo primer volumen aparece en diciembre; los dos siguientes lo hacen en 1952 y 1953. Esta obra, con la plétora de documentación que aporta y su análisis riguroso de los hechos, es una contribución esencial al conocimiento de la labor constructiva de la CNT durante la Revolución española. En el plano personal, 1954 es un año importante, pues es cuando se instala con José en Toulouse, Gracia Ventura, que será su compañera hasta el fin de sus días.

Entre 1953 y 1959, Peirats dirige *CNT*, el periódico confederal, desde el que hace campaña por una reunificación que logra materializarse en 1961; publica además dos piezas teatrales y trabaja para poner en marcha el Ateneo Español de Toulouse. Sin embargo, crítico con decisiones congresuales a favor de la lucha armada, en el mismo año de la reunificación, rechaza asumir la secretaría por tercera vez. Esto sin duda perjudicó al movimiento, pues su dirección quedó en manos del dúo Esgleas-Montseny, cuyas tácticas de gestión poco ortodoxas abocaron al desastre de una nueva escisión en 1965 en el borrascoso congreso de Montpellier; de resultas de ello, Peirats pidió la baja en la CNT. En estos años, con su pierna enferma en mal estado e incapaz para otras labores, ayudaba a Gracia en sus trabajos de costurera.

Distanciado del sindicato al que había dedicado su vida, nuestro historiador colabora en *Presencia*, la publicación que agrupa a los disidentes en busca de nuevos caminos, tendiendo puentes a todas las corrientes emancipadoras; a partir de su aparición en 1970, lo hace también en *Frente Libertario*, que tenía una orientación similar. En 1969 José Peirats es expulsado de la CNT tras ser acusado por los esgleístas de «inmoral» por retener documentos de la organización. La buena noticia en esta época es el traslado a Villa Canaima, casa de Germinal García en las afueras de

Béziers, donde José y Gracia pudieron gozar de una vida más cómoda y tranquila, mientras él seguía investigando y escribiendo sobre la historia y estrategia del movimiento libertario; en 1974 emprende la redacción de sus memorias.

Regreso a España

Tras la muerte del dictador, el 1 de agosto de 1976, José Peirats regresa a España y es recibido por una multitud cantando himnos libertarios en la estación de Francia barcelonesa. Va a intervenir en los principales mítines que subrayan el renacimiento de la CNT en España —en alguno de ellos junto a Federica Montseny y «*sin siquiera mirarnos a la cara*»—, pero su rechazo de los estatutos de autonomía y del *boom* de la «liberación sexual» es objeto de polémicas y le crea nuevos enemigos. Se siente desencantado de una sociedad consumista y hedonista, sin atisbos de la efervescencia revolucionaria que conoció, y Barcelona es además para él una «ciudad muerta», poblada por cadáveres de seres queridos. No se adapta al tiempo de componendas y olvido de lo esencial que acaba de amanecer, un tiempo en que por una suma de errores propios y trampas ajenas, la CNT va a quedar marginada. La escisión tras el congreso de Madrid de 1979 resultó especialmente penosa para quien tanto se había esforzado siempre por lograr acuerdos entre las facciones enfrentadas, y no dejó de ver en ella ecos de la de 1965.

En 1986 José Peirats sufre un grave ataque al corazón que, unido al párkinson que le habían diagnosticado, inaugura una etapa de deterioro progresivo en la que sólo va a encontrar alivio en el trabajo. Así consigue concluir dos libros que aparecerán póstumamente, uno con una selección de sus memorias y artículos, y otro de relatos breves sobre la historia del movimiento obrero libertario. A medida que su situación empeora, la vida se le hace insoportable, y el 20 de agosto de 1989, en la playa de Burriana, se arroja de cabeza contra una ola con la esperanza de que su débil corazón se pare para siempre.

Uno de los imprescindibles

El trabajo biográfico de Chris Ealham en *Vivir la anarquía, vivir la utopía* nos acerca a un obrero que fue capaz de convertirse, con tesón y esfuerzo, en uno de los más importantes historiadores del movimiento libertario español, reto formidable que nos habla de las potencialidades ocultas en los seres humanos. El relato revela además dos características notables de José Peirats en las que coinciden todos los testimonios. La primera es la terca humildad de un hombre orgulloso siempre de sus orígenes modestos. La segunda es su proverbial honradez, y su empeño constante en priorizar los objetivos comunes sobre las tentaciones de medro personal. Como llegó a afirmar: «*En el terreno de los principios, procuré ser rígido, empezando por mí mismo*».

La trayectoria de José Peirats es la prueba de que comprender el mundo e investigar su historia no son misiones reservadas a escribas o sacerdotes de algún estamento muy escogido, sino que constituyen una gran misión colectiva. Su talante y su eterno humor, a pesar de todo, nos demuestran que hasta en las épocas más difíciles es posible encontrar caminos de dignidad para superar los obstáculos. Contra lo que opinen escépticos y detractores de la naturaleza humana, no estamos condenados a ser turba ignorante ni rebaño dócil por ninguna ley inexorable.

Cinema al frente, de Pau Martínez Muñoz. Cinematografía anarquista durante la guerra civil española

Publicado en *Rebelión* el 18 de julio de 2023

En la década de 1930 el cine era un arte joven que buscaba su propio lenguaje al tiempo que se enriquecía con avances como el sonoro y el color. España no era ajena a este desarrollo, pero los avatares de la historia iban a marcar el rumbo que tomaría. El proceso revolucionario que se desencadenó en Cataluña en el verano de 1936 resultó crucial en este sentido cuando la CNT, y concretamente su Sindicato Único de Espectáculos Públicos (SUEP), se hizo cargo de la incipiente industria cinematográfica de la región. De esta forma, muy pronto comenzaron a producirse películas con fines propagandísticos, pero que en muchos casos rebosaban este cometido para ofrecer un testimonio valiosísimo, pleno de talentosas innovaciones, sobre la vida en aquellos meses.

Pau Martínez Muñoz, historiadora de las artes audiovisuales, presenta en *Cinema al frente*, que acaba de ser publicado por la Fundación Anselmo Lorenzo, una panorámica completa sobre aquel experimento único de cinematografía colectivizada, del que se conserva aproximadamente la mitad de lo filmado, un cómputo global de cuarenta y cuatro películas.

Bosquejo histórico

Los primeros capítulos de *Cinema al frente* nos acercan a la cinematografía española de los años 30, marcada por un desarrollo a remolque de lo que se hacía en el extranjero y lastrado por las costosas inversiones obligadas por la transición al sonoro. Los estudios que surgen en esta época en Barcelona, Madrid y Valencia, proporcionaban sólo un exiguo porcentaje de lo que llegaba a las salas de proyección. El advenimiento de la II República fue decisivo para que, además de films comerciales, se elaboraran documentales con los ideales pedagógicos y sociales del nuevo régi-

men; entre ellos *Las Hurdes, tierra sin pan*, de Luis Buñuel, es quizás el más emblemático. En el libro se repasan las producciones más destacadas de aquel tiempo, así como las publicaciones y revistas sobre cine.

El movimiento libertario contemplaba con interés las posibilidades que ofrecía el nuevo arte y en 1932, el escritor Mateo Santos creó la Agrupación Cinematográfica Española (ACE), con el fin de aprovechar las enseñanzas del sistema cooperativista impulsado por los sindicatos parisinos que había servido para producir varios films en la década de 1910, uno de ellos sobre la Comuna de 1871. En estos años, las actividades cinematográficas de los ateneos y los artículos de la prensa libertaria revelan interés tanto por obras norteamericanas, como europeas y soviéticas.

Con el estallido de la guerra civil, en Cataluña la CNT tomó el control de los estudios y las salas de proyección de la región, mientras el número de afiliados al SUEP-CNT crecía notablemente. Una asamblea general del sindicato el 6 de agosto decidió reestructurar todo el esquema organizativo de los espectáculos. Para ello se elaboró un reglamento en el que resulta curioso, por ejemplo, que los empresarios pasaban a ser considerados «*un trabajador más en la plantilla del local, sin autoridad sobre el personal*». Además, se introducían mejoras laborales y se establecía la igualdad de salario entre hombres y mujeres y también entre los diferentes oficios. Espectáculos inmorales o degradantes para los libertarios, como los toros, el boxeo o las apuestas en canódromos y frontones, siguieron funcionando de momento, para no perjudicar a los que vivían de ellos.

El nuevo sistema colectivista generaba ganancias que pronto se vio que podían ser destinadas a proyectos cinematográficos. De esta forma, en octubre de 1936 se creó el Comité de Producción (CP) y los dos estudios existentes en Barcelona, Orphea y Trilla-La Riva pasaron a elaborar films bajo el control de la CNT con los nombres de Estudio n.º 1 (cien trabajadores) y n.º 2 (cincuenta trabajadores). Una Oficina Literaria se encargaba de la selección de los argumentos originales, que llegaban de convocatorias abiertas, y el CP elegía el director y formaba los equipos de rodaje.

El declive de los anarcosindicalistas tras los Hechos de Mayo se reflejó en un intento por parte de la Generalitat de sustituir el modelo de colectivización auspiciado por ellos por otro centralizado. Así en agosto de 1937 se constituyó un nuevo CP que realizó profundos cambios, canceló proyectos en marcha y reorientó los reportajes de carácter revolucionario a otros en defensa de la legalidad republicana. A lo largo de 1938 el proceso culminó con la intervención estatal de toda la industria cinematográfica.

Imágenes de la Barcelona revolucionaria

Varios capítulos están dedicados a obras con las que desde el momento de la sublevación, los libertarios trataron de sacar partido al nuevo y poderoso arte para concienciar sobre la lucha entablada contra el fascismo y por la revolución social.

Reportaje del movimiento revolucionario en Barcelona, de Mateo Santos, filmada entre el 20 y el 24 de julio de 1936, muestra el entusiasmo popular tras la victoria del pueblo en las calles y la salida de las primeras columnas para el frente, sin ocultar la quema de iglesias y exhibiendo un espíritu revolucionario, de ruptura con el pasado. *Barcelona trabaja para el frente*, del mismo director y rodada ese verano, retrata el perfecto funcionamiento de las fábricas autogestionadas y el Mercado de Abastos, controlado por la CNT. Son impactantes las escenas del Hotel Ritz tomado por los trabajadores, que dan idea de la quiebra de la burguesía.

Los sucesos de estos días en la capital catalana están recogidos también en *Ruinas y sangre de España*, otro reportaje de 1936. *El último minuto*, del mismo año, película de la que sólo se conserva un fragmento, describe la vida miserable del obrero antes de la guerra y culmina con un llamamiento a preservar el orden y la disciplina en la retaguardia, en línea con lo que se demandaba desde *Solidaridad Obrera*. Otros documentales de 1936 producidos en Barcelona combaten lacras como el alcoholismo o la prostitución. *¡Nosotros somos así!*, de 1937, resalta la importancia de la educación en la construcción del nuevo mundo que preconizan los libertarios.

Las fases posteriores de la guerra aparecen en documentales dedicados a los bombardeos de los facciosos sobre las capitales catalanas. Es el caso de *¡Criminales!, bombardeo de Barcelona*, de 1937, con ruinas y cadáveres, pero también con un desfile de voluntarios italianos que acuden a ayudar a la República. *Alas negras. Bombardeos sobre la retaguardia de Aragón y Cataluña*, del mismo año, insiste en los desastres provocados por los facciosos.

El empresario de origen lituano Louis Frank realizó dos películas sobre España con la colaboración de la CNT. *Fury over Spain*, de 1937, incluye elementos de la historia del país y una síntesis de los acontecimientos de los primeros meses de guerra. *Amanecer sobre España*, de 1938, es un proyecto más ambicioso que reúne escenas de films anteriores en un *collage* de extraordinario poder emotivo.

El frente de Aragón

Este frente fue objetivo recurrente de los cineastas libertarios. *Los aguiluchos de la FAI por tierras de Aragón* (1936) integra cuatro películas que narran el avance de la columna Durruti hacia Zaragoza, mezclando periodismo informativo con propaganda y dramatización de hechos reales. Hay episodios de combate y se describe la toma de Siétamo, así como la batalla de Farlete, localidad defendida por milicias anarcosindicalistas que rechazaron con éxito una ofensiva facciosa. Los planos finales presentan el Ebro como fronte-

ra entre dos mundos contrapuestos: «*el de los trabajadores y el de la taifa burguesa y militarista*».

Se conservan otras películas de 1936*: Bajo el signo libertario* es un documental dramatizado sobre la nueva organización social que se establece en los pueblos de Aragón, con algunos *flashbacks* de lo acaecido en Barcelona tras la sublevación. De esta forma, se demuestra que los incontrolados de la gran urbe han sido capaces de promover entre los campesinos una sociedad más justa y solidaria. *Aragón trabaja y lucha* insiste en estos motivos, presentando los logros de las colectivizaciones y las actividades de los milicianos en el frente, e incluye un plano en el que aparece Durruti. Películas del mismo año que se conservan incompletas son: *Milicias en el frente de Aragón* y *Milicias antifascistas en Aragón*, que describen la vida en las trincheras, ensalzando la trascendencia del combate por la libertad que se estaba librando en tierras aragonesas.

Existen varias películas de 1937 sobre la lucha al norte del Ebro. *El cerco de Huesca* muestra las posiciones de las milicias ácratas que asediaban la ciudad y algunas escenas de guerra. *La conquista del Carrascal de Chimillas* es una crónica de las tres ofensivas que culminaron con la conquista de esta localidad por unos libertarios de los que se enfatiza su buena organización y competencia militar. Este mismo aspecto se destaca en *División heroica*, también sobre el frente de Huesca al igual que *El Ejército de la victoria, un episodio casa Ambrosio*, ya de 1938.

Al frente del sur del Ebro están dedicados tres reportajes de 1937: *La Columna de Hierro hacia Teruel* contiene algunos comentarios irónicos sobre la inquietud que despertaba la militarización entre los libertarios. *La toma de Teruel*, por su parte, concluye con un sorprendente: «*¡Viva la República! ¡Viva la libertad!*», que refleja un notable cambio en la visión sobre el significado de la guerra. *Teruel ha caído* filma una concentración a finales de ese año en Barcelona para respaldar el asedio a la ciudad aragonesa, con intervenciones de dirigentes ácratas y republicanos. *Tres fechas gloriosas*, de 1938, conmemora episodios del año anterior favorables para las filas republicanas y es el documental más contundente en su apoyo al Ejército republicano realizado por los anarquistas.

La batalla por Madrid y la muerte de Durruti

Madrid, tumba del fascio es una serie de cinco documentales de 1936 y 1937, auspiciados por el SUEP, que describen el feroz acoso aéreo sobre una ciudad que resiste heroicamente y la vida en las trincheras. En estas películas se observa también una evolución hacia una identificación de los libertarios con la causa republicana. *Ayuda a Madrid*, de 1936, muestra la materialización de un convoy que viaja desde Barcelona para abastecer a la población. *Solidaridad del pueblo hacia las víctimas del fascismo*, del mismo año, expone la vida en Valencia, ya capital, y concluye con llamamientos a la solidaridad con Madrid por parte de Juan García Oliver y otros dirigentes.

El entierro de Durruti comienza con un breve resumen de la biografía del líder anarquista, fallecido en noviembre de 1936 en Madrid, y presenta después la impresionante manifestación de duelo que se produjo en Barcelona con motivo de su funeral. Al cabo de un año, *Veinte de noviembre* está dedicado a una reunión de compañeros de militancia en el cementerio de Montjuic para homenajear al leonés, y recoge los parlamentos de varios dirigentes ácratas.

Y también cine de ficción

Entre los films producidos por los libertarios hay cuatro de 1937 que se caracterizan por una mayor componente de ficción. *La silla vacía* contrapone la vida en la retaguardia y en el frente para estimular el reclutamiento, combinando las andanzas de un voluntario anónimo y apariciones de dirigentes libertarios como Antonio Ortiz y Joaquín Ascaso. *El frente y la retaguardia* insiste en esta temática mezclando elementos documentales y escenas dramatizadas. *En la brecha* describe la actividad industrial en la retaguardia, resaltando las ventajas de la nueva forma de producción autogestionada. *Y tú ¿Qué haces?* tiene de protagonista a un trabajador que marcha voluntario al frente y vuelve luego de permiso. Su ejemplo y sus buenas razones son un aldabonazo para su cuñado, que decide acompañarle cuando se reincorpora.

Se han conservado dos largometrajes de ficción producidos en Barcelona, que muestran el interés de los confederales por propiciar un cine de contenido social que pudiera llegar al gran público. *Barrios bajos*, de 1937 y con dirección de Pedro Puche, narra una historia de amores disputados, con enfrentamiento entre un estibador de gran corazón y un cruel proxeneta, y resultó un éxito comercial. *Aurora de esperanza*, del mismo año y dirigida por Antonio Sau, fracasó sin embargo con su relato de las desventuras de un obrero en paro y sus esfuerzos para organizar una «Marcha del Hambre» que acaba coincidiendo con el inicio de una revolución.

En Madrid, los libertarios produjeron largometrajes como *Nuestro culpable*, dirigido por Alejandro Mignoni en 1937, una película de entretenimiento con una trama policiaca que invierte las convenciones sociales convirtiendo a un ladrón en héroe. *Carne de fieras*, de Armand Guerra, no fue montada hasta los años 90 y destaca por sus desprejuiciados personajes femeninos.

El archivo cinematográfico de la Revolución española

Cinema al frente ofrece un inventario completo de las películas con las que los libertarios trataron de sacar partido a las posibilidades del nuevo arte para exponer los acon-

tecimientos y defender los logros de la revolución que estaban protagonizando. El amplio panorama incluye desde documentales hasta obras de ficción, pasando por todo tipo de mezclas de ambos géneros, y brinda en conjunto una visión privilegiada sobre la vida en la España republicana durante la guerra civil, con valiosas imágenes de aspectos como los bombardeos fascistas o las colectividades de Aragón, entre muchos otros. La deriva histórica del proceso y los cambios de estrategia que se produjeron en el campo anarquista están también perfectamente reflejados en estos films.

Pau Martínez aporta una descripción metódica y exhaustiva de las técnicas cinematográficas que se usaron en cada caso, rastreando las influencias de los diversos estilos vigentes en aquel momento. La obra, ampliamente ilustrada con escenas de las películas, trae además listados cronológicos de la producción en Barcelona y Madrid, una bibliografía y una selección de carteles a todo color. No falta en ella tampoco la información que ha sido posible obtener sobre los numerosos films de los que se tiene constancia de su realización pero lamentablemente no han llegado hasta nosotros.

La buena noticia que dejamos para el final es que aparte de que muchas de estas películas están disponibles en la web, la serie completa de ellas, en nueve DVD, fue publicada en 2014 con el título: *CNT 1936-1939. Archivo cinematográfico de la Revolución española*, incluyendo además presentaciones por parte de historiadores libertarios. El valor de este material es inapreciable, porque visionar estas películas nos sumerge de lleno en uno de los procesos revolucionarios más pujantes y sugestivos del siglo XX.

Amparo Poch y Gascón. La vida por los otros. Guerra y exilio de una médica libertaria, de Antonina Rodrigo

Publicado en *Rebelión* el 1 de diciembre de 2020

Antonina Rodrigo, escritora e historiadora nacida en 1935 en el Albaicín granadino, ha trabajado con tesón y rigor por mantener viva la memoria de las mujeres del movimiento libertario, luchadoras en la senda revolucionaria y las amargas trochas del exilio, pero destaca también por sus estudios sobre otros protagonistas de nuestro pasado reciente, como Margarita Xirgu, Salvador Dalí o Federico García Lorca. La colección Pioneras en tiempos salvajes de La linterna sorda acaba de incluir en su catálogo la versión definitiva de su biografía de la médica libertaria Amparo Poch y Gascón, una mujer que dedicó su vida a la salud y la emancipación de sus semejantes, cofundadora del colectivo Mujeres Libres, divulgadora de la medicina más humanista en sus escritos y consejera de Asistencia Social durante el ministerio de Federica Montseny.

Primeros años: Zaragoza

Amparo Poch y Gascón nació en la capital aragonesa en plenas fiestas del Pilar del año 1902. La mayor de los cinco vástagos de un sargento de ingenieros, muy pronto destaca por su clara e inquieta inteligencia, y tras completar, por imposición paterna, la carrera de Magisterio, comienza la de Medicina, en cuyo curso preparatorio es la única alumna entre más de cuatrocientos varones. Si la educación superior estuvo vedada mucho tiempo a las mujeres, hay que decir que los estudios de Medicina representaban el sanctasanctórum de esta prohibición secular. Antonina Rodrigo nos aproxima a los «argumentos» con los que se trataba de justificar este oprobio, y a los hitos de una historia de emancipación que merece conocerse.

No es hasta la década de 1870 cuando en España a unas pocas mujeres se les permite acceder las facultades de Medicina y doctorarse, y así se inicia un goteo al que contribuye nuestra protagonista en 1929, tras lograr matrícula de honor en todas las asignaturas, que se dice pronto. A finales de ese mismo año abre su consultorio, en el que ofrece una atención especial a las mujeres y niños de la clase obrera. Paralelamente a sus estudios, Amparo publica artículos en la prensa, en los que brillan su fino humor y sensibilidad. También pinta, escribe poemas y en 1923 ve la luz *Amor*, su única novela. Le queda tiempo aún para colaborar en las actividades de la CNT en su ciudad.

En textos suyos de esta época, como la *Cartilla de consejos a las madres* (1931) o *La vida sexual de la mujer* (1932), Amparo Poch trata de combatir malos hábitos y divulgar conocimientos que favorezcan una vida plena para las que sufrían sometimientos, supercherías y prejuicios ancestrales. En 1932 se casa por lo civil con Gil Comín Gargallo, buen amigo desde hace años, hecho que sorprende pues ella expresa en sus escritos su rechazo de la monogamia: «*Pareja humana, propiedad privada y capitalismo: he aquí tres piedras que se sostienen mutuamente*». El desamor llegó pronto, y a partir de entonces tuvo varios compañeros sentimentales, pero no reincidió en el matrimonio.

En la primavera de 1934, el malestar de su familia por la separación con Gil y el peligro que corría tras denunciar en la prensa torturas policiales a huelguistas, hacen que Amparo tome la decisión de instalarse en Madrid.

República y Guerra Civil: Madrid, Valencia y Barcelona

En la capital de España, la joven doctora prosigue con su trabajo y activismo, abre una clínica para mujeres y niños en el Puente de Vallecas, da clases y conferencias y divulga

métodos anticonceptivos. En mayo de 1936, fruto de su entusiasmo y el de Lucía Sánchez Saornil y Mercedes Comaposada, sale a la calle el primer número de *Mujeres Libres*, revista hecha por y para mujeres, que apuesta por la emancipación femenina como requisito para la transformación revolucionaria de la sociedad. Emma Goldman va a publicar asiduamente en ella, y Amparo aportará poemas y artículos de puericultura. El éxito del proyecto sorprende a propios y extraños, y pronto llega además la colaboración con el Grupo Cultural Femenino de Barcelona, orientado a los mismos objetivos, que culmina en breve con la fusión de ambos colectivos.

Desencadenada la guerra civil, Amparo Poch, de firmes convicciones pacifistas y presidenta de la sección española de la Sociedad de Resistencia contra la Guerra, encuentra esto compatible con el apoyo a los que se defienden de la acometida fascista, y entiende que su lugar está en ese momento en los hospitales de sangre. Así, en los primeros meses, encuadrada en las milicias del Partido Sindicalista, atiende a los heridos en el frente de la sierra madrileña. Antonina Rodrigo repasa en un capítulo del libro el papel de las milicianas en el Ejército republicano, y nos acerca a numerosas historias de dignidad y heroísmo.

En este tiempo turbulento, y luminoso también, Mujeres Libres se convierte en un arma de combate desde la trinchera de las mujeres, atenta a sus problemas en la nueva situación, y prodigándose en pasquines y murales. En octubre de 1936, cuando se baraja la entrada de la CNT en el Gobierno, Amparo Poch es apoyada por el sector treintista para el ministerio de Sanidad, pero al fin triunfa la candidatura de la faísta Federica Montseny, la cual, al organizar su gabinete, nombra consejera de Asistencia Social a nuestra doctora. En el desempeño del cargo, ésta volcará su inteligencia y capacidad de trabajo para alejar a los niños de los horrores de la guerra, con el plan de los Hogares Infantiles y evacuaciones a México y la Unión Soviética.

Amparo es cesada el 3 de junio de 1937, con la caída del Gobierno Largo Caballero, y en noviembre se traslada a Barcelona, donde sigue ejerciendo la medicina, dirige el Casal de la Dona Treballadora, que imparte cursos de capacitación cultural, y colabora en la prensa obrera. A comienzos de 1939, ante la inminencia de la derrota, se concentra en la tarea de evacuar a heridos, ancianos y niños, y con ellos atraviesa la frontera. Así llega a Prats de Molló, donde va a permanecer hasta septiembre de 1939.

Exilio: Toulouse

Tras residir en Nimes, a finales de 1945 Amparo Poch se establece en Toulouse con su compañero de esos años, Francisco Sabater, aunque éste, gravemente enfermo, va a regresar a España en poco tiempo. En la Ciudad Rosa nuestra médica ejerce su profesión a través de la Cruz Roja Republicana Española y la Solidaridad Internacional Antifascista, da clases y sigue escribiendo en la prensa. Antonina Rodrigo ha reunido numerosos testimonios de amigos y pacientes suyos que revelan a la par su solvencia científica y su calidad humana a lo largo de toda su carrera y también en estos días difíciles. Son páginas que se leen con placer, porque rescatan la trayectoria irrepetible de una mujer docta e intuitiva a la par, que sabía utilizar el amor, el humor y la persuasión como herramientas clínicas cotidianas.

Dura era la vida de los exiliados, sólo aguardando el fin de una dictadura que la Guerra Fría eternizaba, y en esta espera sin esperanza, una cruel enfermedad vino a hacer que nuestra protagonista no llegara a ver el mutis del tirano. Anotaciones en el diario de su amigo José Peirats nos informan a partir de febrero de 1965 del mal que va a ir minando sus facultades y su carácter. Se trataba de un tumor cerebral, y ante el desenlace inminente, Amparo siente el deseo de ir a morir a su tierra, pero sus hermanas le responden airadamente que nada quieren saber de la que «*ha sido la ignominia de su casa*».

El 15 de abril de 1968, la doctora Amparo Poch y Gascón fallece en el hospital de La Grave en Toulouse. Tres días después, más de doscientos exiliados se reúnen en el cementerio de Cornebarrieu en Blagnac para darle su último adiós. Tras el dolor de la derrota y el desarraigo, el ángel de la guarda de todos ellos recibía sepultura en una tierra extranjera.

Afortunadamente, la historia no está reñida del todo con la justicia en algunos casos. En el año 2002, coincidiendo con el centenario de Amparo Poch, se publicaron la primera versión del estudio de Antonina Rodrigo sobre ella y una selección de sus escritos, y hay que decir que desde entonces, en su ciudad natal al menos, no se ha olvidado su nombre y se reivindica su memoria.

El sendero de una luchadora

La minuciosa aportación biográfica de Antonina Rodrigo en *Amparo Poch y Gascón. La vida por los otros* dibuja los rasgos de un ser humano excepcional en su compromiso humanista y solidario. Fue una mujer capaz de alcanzar una sólida preparación científica en una época en que esto estaba casi vedado, y que una vez lograda ésta, sólo le vio sentido al ponerla al servicio de quienes más precisaban su ayuda. Es el suyo el perfil osado y memorable de una adelantada a su tiempo, pionera de la emancipación femenina, de los métodos anticonceptivos y del amor libre, una doctora preocupada no sólo de la salud física de sus pacientes, sino también de su liberación de las trabas que la sociedad les imponía en roles sometidos y denigrantes.

Sin embargo, esta aproximación biográfica no es el único atractivo de la obra. La recopilación de fuentes realizada permite además a su autora describir con precisión, pasión

y arte cada uno de los contextos históricos que la protagonista vivió, desde la Zaragoza de principios de siglo hasta los avatares del exilio español en Toulouse, pasando por los dramáticos escenarios de la república y la guerra civil. Merece destacarse, respecto a esta última época, la enorme cantidad de información aportada sobre el papel desempeñado por las mujeres. Nunca se valorará suficientemente el heroísmo de las que no sólo lucharon en los frentes, sino que fueron esenciales en la retaguardia y asumieron sin pestañear las labores que caían sobre ellas mientras todo se derrumbaba.

Otro aliciente del volumen es la espléndida edición de La linterna sorda que, fiel a su tradición, ha sabido ilustrar el texto generosamente con documentos y fotografías de la época, muchas de ellas rescatadas de archivos y datadas e interpretadas aquí por primera vez. El resultado final es una joya bibliográfica, perfectamente justa para honrar la memoria de una mujer cuya vida fue un empeño constante y voluntarioso por mejorar la de sus semejantes.

La transición en rojo y negro, CNT (1973-1980), de Reyes Casado Gil

Publicado en *Rebelión* el 26 de mayo de 2020

Publicado por la Fundación Salvador Seguí en 2018, este libro recoge, con prólogo del historiador Antonio Rivera, los aspectos esenciales de la tesis doctoral de su autora, defendida en 2016 en la UNED y dedicada al renacer del anarquismo en España tras la represión a la que lo sometió el franquismo. La obra describe las formas variadas que caracterizan el retorno de la ideología libertaria en las décadas finales de la dictadura, el esfuerzo desplegado para encauzar la lucha contra ésta por senderos de auténtica democracia obrera y la conjunción de factores que frustraron el intento y propiciaron una transición gatopardesca que dejó intactos los resortes económicos de la explotación capitalista en el país.

Prehistoria

Reyes Casado identifica la década de los 50 como el tiempo en que la dictadura logra consumar el desmantelamiento de la CNT en el territorio español, y reducirla a núcleos atomizados sin influencia, silenciando toda propaganda de la ideología libertaria en la sociedad. Sin embargo, según detalla en el primer capítulo del libro, en los años inmediatamente siguientes se va a asistir a un renacer poderoso de las ideas casi exterminadas, y curiosamente éste se va a producir de la mano de las prácticas contraculturales y *underground* que llegan a España en esos momentos y encandilan sobre todo a una juventud frustrada por la grisura del nacionalcatolicismo.

El libro describe cómo los ecos de la generación *beat* y el movimiento *hippie*, ingenuamente anticapitalistas y libertarios, se extienden por España en los años 60, aunque aportan escaso impulso político capaz de alimentar una dinámica genuinamente revolucionaria. Barcelona, Madrid y Sevilla serán los ejes vertebradores de las ideas que llegan —curiosamente en la última a través de las bases americanas—. En relación con esto, los 60 ven también el renacer de pequeños grupos ácratas dentro de la universidad española, que participan en las movilizaciones contra la dictadura que allí se dan.

En el mundo del trabajo, mientras el sindicato Comisiones Obreras, que actúa en la órbita del PCE, adquiere gran importancia, comienzan a desarrollarse otros grupos que se autodenominan «autónomos» y adoptan las estrategias del comunismo consejista. Entre ellos destaca el CRAS (Comunas Revolucionarias de Acción Socialista), que nace en Gijón en 1969 y se mantiene hasta 1974. En Barcelona, los GOA (Grupos Obreros Autónomos) operan entre 1971 y 1973, y el MIL (Movimiento Ibérico de Liberación) se constituye en 1970 e inicia en 1971 una actividad expropiadora que se cobrará la vida de dos de sus militantes: Oriol Solé y Salvador Puig Antich. Todos estos grupos, a caballo entre el marxismo consejista y el anarquismo, desarrollan una intensa labor formativa, de propaganda y editorial, y buena parte de sus militantes acabarán incorporándose a la renacida CNT.

Regreso de la CNT (1976)

En el proceso de reorganización de la CNT dentro del territorio español, las tendencias recién mencionadas van a converger con los supervivientes de la vieja tradición libertaria, desarticulados y exhaustos, pero no extintos, y con los jóvenes que a través de lecturas y testimonios son seducidos por la Idea. Todos estos grupos se benefician del trabajo de editoriales como Ruedo Ibérico (creada en 1961) o Zyx (en 1963), y del periódico *Frente Libertario* (1970-1977), editado en Francia, pero distribuido clandestinamente en España. La progresiva aglutinación de grupos libertarios para constituir un sindicato revolucionario con una estructura federal fue dinamizada por Félix Carrasquer (1905-1993) y la publicación de trece números de la revista *Solidaridad* entre 1971 y 1976.

1973 marca el inicio de un proceso de reorganización de la CNT en el que la convergencia de todas las fuerzas y el reconocimiento mutuo entre la organización del exterior y lo que se gestaba en el interior acabó permitiendo que a partir de los meses finales de 1975 y a lo largo de 1976 una serie de asambleas por toda España fuera capaz de reconstituir la

estructura federal y democrática de la CNT. Sólo en el caso de Asturias hay que decir que no fue necesaria ninguna reunión constitutiva, pues la Regional de Asturias, León y Palencia, con su actividad muy mermada y reducida a Gijón, nunca dejó de existir durante el franquismo. En los Plenos Nacionales de Regionales celebrados en Madrid en febrero, julio y septiembre de 1976, la confederación, que cuenta con unos tres mil afiliados por todo el país, echa a andar y expone sus propuestas para el momento decisivo.

En esta primera fase ya se detectan algunas tendencias que van a resultar muy negativas para la expansión del sindicato. El excesivo énfasis en un purismo ideológico ácrata echaba para atrás a muchos trabajadores que iban en busca sólo de un sindicato que los defendiera. Por otra parte, el abismo generacional entre los viejos militantes y los jóvenes conversos, y la presencia de algunos sectores del exilio que se negaban a integrarse en la nueva estructura, eran también nubes sombrías que amenazaban el futuro.

El boom *de 1977*

El entusiasmo de los militantes fue capaz, con sus medios modestos, de traer a la memoria colectiva la impronta del anarcosindicalismo español, al tiempo que surgían multitud de periódicos ligados a las agrupaciones regionales de la CNT, así como revistas de orientación netamente libertaria (*Ajoblanco*, *Bicicleta*), que alcanzaban amplia difusión. 1977 es el año de los grandes mítines, como el de San Sebastián de los Reyes (Madrid) el 27 de marzo, que logra convocar a 40 000 personas. Quince días después, el Gobierno de Adolfo Suárez reconoce el derecho de asociación sindical y pronto la CNT es legalizada (declara 40 000 afiliados), aunque las celebraciones del Primero de Mayo son prohibidas y dan lugar a carreras y detenciones.

En mayo y julio hay otros mítines multitudinarios, en Valencia (40 000 asistentes) y Montjuic (300 000), y las Jornadas Libertarias Internacionales de Barcelona en julio son una enorme fiesta que convoca a Jean Paul Sartre, Georges Moustaki, Joan Báez y Noam Chomski, aunque la componente sindical no se vea por parte alguna y muchos se lamenten al fin de la metamorfosis de la CNT en un «circo subversivo» carente de estrategia revolucionaria. Sin embargo, en el mes de octubre, la huelga de gasolineras, sector en el que el sindicato era mayoritario, se salda con un rotundo éxito que marca el clímax de la influencia de los libertarios en la sociedad catalana durante la Transición.

Nuevas negras tormentas (1978-1980)

En la primavera de 1978 la CNT alcanza un techo de afiliaciones en torno al cuarto de millón de personas, pero este número se reduce a la mitad en poco más de un año. El declive se debe sobre todo a que el sindicato, convertido en el referente de la izquierda que se opone a la política de concertación propiciada por el Gobierno y los sindicatos mayoritarios, es el enemigo a batir por un poder que no va a reparar en medios para arruinar su imagen; así, hoy sabemos, por ejemplo, que el atentado contra la sala de espectáculos Scala de Barcelona en enero de 1978 fue orquestado por un infiltrado de la policía. Ésta y otras acciones resultaron enormemente eficaces para desprestigiar a la confederación, que acosada por los *mass media* y con hondas divisiones internas toma entonces la decisión de convocar su V congreso.

El 8 de diciembre de 1979, 772 delegados se reúnen en Madrid en nombre de 324 sindicatos. Reyes Casado describe en detalle el desarrollo del congreso, que estuvo marcado por un programa maratoniano y el afloramiento muy pronto de suspicacias y desencuentros que crearon un ambiente tenso en muchas ocasiones. El 15 de diciembre, representantes de 53 sindicatos que habían abandonado las sesiones, suscriben una impugnación del congreso, responsabilizando de la escisión a sectores ligados a la FAI y al exilio de Toulouse que consideran que han tenido un comportamiento autoritario. Tras sucesivas reuniones y conferencias, el número de sindicatos impugnantes es ya de 119 en enero de 1980, y a lo largo de ese año se producen penosos enfrentamientos entre los dos bandos.

Al fin, los disidentes deciden convocar un congreso en Valencia, y en él, sin renunciar a las siglas ni a la historia de la CNT, optan por que el sindicato participe en elecciones sindicales y comités de empresa. Se consuma así la existencia de dos organizaciones y dos proyectos que se proclaman anarcosindicalistas, el de la CNT-AIT y el de la CNT-CV, la cual por imperativo legal en 1989 debe renunciar a ese nombre y pasa a denominarse CGT. La situación es trágica en ciudades como Gijón, donde la vieja militancia ácrata se resquebraja en dos, con la mitad de la afiliación en cada grupo. Esta dolorosa escisión es una de las claves que explican la escasa influencia de los sindicatos libertarios en la España actual; a ella hay que sumar las maniobras de un poder que ralentizó la transferencia del patrimonio sindical y creó, con montajes y propaganda, un halo terrorista en torno a ellos.

Los retos del sindicalismo anarquista

En un epílogo, Reyes Casado resume la trayectoria posterior de las dos confederaciones. La CNT-AIT ha mantenido su renuencia a participar en elecciones y comités de empresa. Algunos de sus sindicatos, partidarios de esta estrategia, acudieron al denominado Congreso de Unificación convocado por la CNT-CV en 1984 y acabaron integrándose en ella. Como apoyo de la lucha sindical, las dos agrupaciones se han volcado a partir de entonces en periódicos y libros, que son siempre la marca del mundo ácrata, y han sufrido también escisiones con nacimiento de nuevas

confederaciones que se sienten libertarias. Todo ello se recoge en la obra.

La transición en rojo y negro despliega los detalles de una historia que explica la existencia en estos momentos en España de dos grandes sindicatos con métodos diversos, pero coincidentes en considerarse libertarios. Los anales del anarquismo son pródigos en discusiones sobre estrategias enfrentadas, como es inevitable contra el monstruo complejo y mutante que es el capitalismo, y no es ésta la primera vez que el campo libertario se divide. La historia es una buena maestra, y nos enseña cada día. Con correcta visión y correcto juicio, lo arduo puede ir aclarándose, y al fin las energías se sumarán contra el auténtico enemigo.

La revolución por el tejado: autobiografía de Lucio Urtubia

Publicado en *Rebelión* el 31 de julio de 2018

En enero de 2007 Francisco Rodríguez de Lecea recibe la visita de Lucio Urtubia, que viaja a Barcelona desde París para conocerlo y tratar de transmitirle el encargo de dar forma final a las memorias manuscritas que ha elaborado. Francisco había traducido al castellano unos años antes la biografía de Lucio escrita por Bernard Thomas y era por ello un candidato ideal para esta empresa, con lo que, sin pensarlo dos veces, decide sumarla a sus quehaceres, sinceramente honrado, y en el convencimiento de que: «*Las veinticuatro horas del día alcanzan para muchas cosas si les dedicas los esfuerzos necesarios*». De todo esto nos da noticia Rodríguez de Lecea en su prólogo para *La revolución por el tejado*, y también de la amistad que nace en ese momento, de experiencias y andanzas compartidas y más que nada del placer de explorar y dar a conocer la vida de un hombre que, aparte de ser toda ella una aventura fascinante, evidencia a cada paso un compromiso, sin desmayo y sin dogmas, con la liberación del ser humano.

El libro lo publicó Txalaparta en 2008 y va ya por la 6.ª edición. Leerlo es una delicia. Oral, desinhibido y lleno de sabiduría nos atrapa desde el principio, y pronto averiguamos las obsesiones de su autor: valor para escapar de lo que nos impusieron, lucha continua por ir más allá de uno mismo, utopía a fin de tener un horizonte. En Cascante, en la ribera navarra, nace Lucio Urtubia Jiménez en febrero de 1931, en una familia de agricultores, tercero de seis hermanos. Su padre es un carlista convertido al socialismo y que se salva casi por milagro de la represión de la guerra civil; su madre, una abnegada mujer esclava de los suyos. Todos conocen hambre y privaciones en los años de plomo. Lucio va a la escuela hasta los diez y luego empieza a acompañar a su progenitor al campo y ayudarle en las duras faenas: las olivas, la siega, la vendimia... Después es peón de albañil y planta pinos en la sierra del Perdón.

Tras la muerte de su padre en 1950, unos amores desgraciados alejan a Lucio de Cascante; llega hasta Bilbao y Francia, pero regresa al poco tiempo. Luego va a Valcarlos en el Pirineo, y allí se gana la vida como albañil y contrabandista junto a su hermano mayor, Alfonso. En 1952 se presenta voluntario para el servicio militar en Logroño, y cuando lo encargan de la cantina, colabora en raterías organizadas en el almacén. En un largo permiso vuelve a Valcarlos, pero al descubrirse los hurtos, de los que pretenden atribuirle más responsabilidad de la que tenía, ha de poner la frontera por medio. Así llega en el verano de 1954 a París, donde ya trabajaban dos de sus hermanas.

En la capital de Francia el de Cascante recupera sus labores de albañil, en las que compañeros catalanes de la CNT lo introducen en las ideas anarquistas, pero su vida cambia sobre todo en 1957 después de que Quico Sabaté busque refugio en su casa y se convierta en su mentor. Él le contagia el virus de la acción y en breve Lucio participa en varios atracos a bancos. Son años duros, de jugar con la muerte, y cuando el Quico cae en Sant Celoni en enero de 1960, a su joven amigo sólo le consuela haber desaconsejado el imprudente viaje a España.

Mediante «expropiaciones» se consiguen máquinas de impresión, que junto a otras que se compran, pues dinero no falta, hacen posible incrementar exponencialmente la propaganda ácrata. Nuestro navarro colabora esos años en la creación de diez imprentas, algunas importantes, al tiempo que se revela como un falsificador consumado. Es época de roces con la dirección de la CNT, sumida en abstracciones, y de viajes a España a llevar efectivo, impresoras o armas. Además, comienza sus relaciones con Anne, la compañera de su vida, activista libertaria implicada en innumerables proyectos humanitarios y madre de su hija Juliette, nacida en 1970.

Mayo del 68 trae jornadas luminosas de organización y lucha, pero la división de la izquierda y la falta de impulso revolucionario en las masas abocan al fracaso. Después, Lucio compatibiliza su militancia anarquista, que lo lleva a tener que pasar temporadas en la clandestinidad y a ser encarcelado varias veces, con el trabajo de alicatador, agotador pero bien pagado. Más tarde, cuando ve una ocasión propicia, adquiere una pequeña empresa de construcción, que crece con el tiempo y llega a contar con treinta operarios. El estigma de participar en la explotación capitalista se mitiga tratando bien a los empleados, dando trabajo a ex-presos y refugiados y dedicando parte de las ganancias a la lucha emancipadora. Años después, ofrecerá a los obreros poner la empresa en autogestión y ellos rechazarán el cambio.

Nuestro alicatador tuvo algún papel en secuestros que se resolvieron de forma bastante afortunada, como el del director del Banco de Bilbao en París, Baltasar Suárez, en 1974, por los Grupos de Acción Revolucionaria Internacionalista, que buscaba sobre todo lograr el final de las ejecuciones en España, o el de tres cónsules por los poli-milis de ETA en 1981. No obstante, su caso más sonado fue una meticulosa y masiva falsificación de *traveller's cheques* del Citybank de la que fue protagonista y que sirvió para financiar grupos revolucionarios por todo el mundo. El asunto concluyó con su detención en 1980, tras una traición relatada en el libro, pero la magnitud de la operación obligó al banco a negociar para abortarla y se consiguió que la condena fuera sólo simbólica.

Lucio hace memoria de sus cárceles, en las que nunca permaneció largo tiempo, y niega las acusaciones de haber financiado al Partido Socialista de Mitterrand, aunque confirma y da detalles de excelentes relaciones con personajes importantes de ese entorno. Otro capítulo lo dedica a recordar a amigos y enemigos. La nómina de los primeros, mucho más abultada, es un conjunto heteróclito que incluye al admirado Cipriano Mera, a Albert Boadella, auxiliado por él durante su exilio francés, a toda la familia de Paco Rabanne, Henri Cartier- Bresson, políticos conocidos y un variado elenco de revolucionarios. Lucio Urtubia acondicionó y puso en funcionamiento en 1997 en París el Espace Louise Michel, un centro cultural destinado a difundir el arte y reivindicar las ideas libertarias.

La revolución por el tejado (2008) profundiza en la estela de *Lucio, el anarquista irreductible* (2001), la biografía que compuso Bernard Thomas, y tuvo una segunda entrega en *Mi utopía vivida* (2014), que aporta nuevos datos y reflexiones. Sin embargo, todos estos libros, sumados a los reportajes que se han dedicado a nuestro anarquista, no explican demasiado algunos aspectos que despiertan el interés del lector, por ejemplo sobre la organización y las técnicas usadas en unas falsificaciones de las más ambiciosas que se recuerdan. Es cierto además que la narración permite adivinar un complejo universo de relaciones, negociaciones, pactos y traiciones que en gran parte quedan en el misterio, con poderosos personajes que entran y salen del escenario y cuyo papel a veces no se explica. A cada paso echamos la imaginación a rodar, y al final terminamos esperando una nueva entrega, la tercera y definitiva, de las memorias de Lucio Urtubia, que acabe de aclararlo todo.

Seguramente 1980 es el año decisivo, el que marca un antes y un después. Tras diseñar un proyecto con potencial para poner contra las cuerdas a instituciones esenciales del sistema capitalista y comenzar a ejecutarlo con bastante éxito, es entonces cuando todo fracasa. Nuestro protagonista consigue salvarse *in extremis* de una larga condena de cárcel, pero su vida será otra a partir de ese momento. Hay que decir sin embargo que a pesar de este final truncado, la experiencia está llena de enseñanzas. Repasar la trepidante biografía de Lucio Urtubia hasta ese año crucial pone de manifiesto que inteligencia y coraje multiplican los caminos, y que aunque el poder abruma y no deja ver resquicios, tal vez a fin de cuentas es más vulnerable de lo que pensamos.

¿Anarquismo gitano?, de Silvia Agüero y Nicolás Jiménez

Publicado en *Rebelión* el 10 de abril de 2024

El pueblo gitano ha sido objeto de segregaciones y represiones sin cuento, que lo han llevado a los márgenes de la sociedad, y hoy mismo padece una lamentable falta de derechos y una existencia muy por debajo de los estándares comunes entre nosotros. *¿Anarquismo gitano?,* recién editado por Los libros de la catarata es un intento de aproximarnos a la historia de este pueblo y los problemas de su presente. Se explora también la conexión entre la cultura gitana y el pensamiento libertario, lo cual sirve de introducción para recordar las biografías de seis destacados calés y calís anarquistas de la primera mitad del siglo XX español.

Los autores del libro son Silvia Agüero (1985), comunicadora, y su esposo Nicolás Jiménez (1968), sociólogo, ambos gitanos comprometidos con la emancipación de su gente y con numerosos libros y artículos de investigación y divulgativos ya publicados sobre su historia, cultura e idioma. Ellos crearon además la asociación Gitanizando, que les sirve de vehículo para su activismo.

La historia que condiciona el presente

Un amplio capítulo del libro está dedicado a la historia del pueblo gitano. El origen suele remontarse a los comienzos del siglo XI, cuando tras una incursión en un reino del norte de la India con capital en Kannauj, el sultán Mahmūd de Ghaznī, región actualmente en Afganistán, capturó a toda la población de esta ciudad (53 000 personas), muchos de ellos hábiles artesanos, y se los llevó a su país, donde a unos los puso a trabajar en sus proyectos y a otros los vendió como esclavos, con lo que acabaron dispersos por Asia central.

En los años siguientes, las invasiones de los selyúcidas en la región motivaron que estos esclavos indios fueran migrando progresivamente hacia el oeste, hasta entrar en contacto con el Imperio bizantino. De esta forma, es durante el siglo XI y en el territorio de Anatolia, donde se suele considerar que se produjo la aglutinación de clanes, lenguas y culturas, con influencias indias, persas, armenias y griegas,

que dieron lugar al idioma romaní moderno y al pueblo gitano. Nuevas migraciones en los siglos XV y XVI distribuyeron a estas gentes por toda Europa, y su lengua, en contacto con el castellano, originó el caló que se habla en España.

Esta última diáspora ocurre en un momento de crisis en el continente. En Europa occidental, se están formando Estados-nación y los que llegan son percibidos como un peligro para esa unidad que se pretende, o incluso se sospecha que sean espías del Imperio turco. La respuesta va a ser violenta y en múltiples ocasiones recurre al exterminio físico y cultural. Mientras tanto en Rumanía pervivía el régimen feudal y los romaníes fueron esclavizados. La mejor situación se dio en los imperios ruso y turco, donde los recién llegados se integraron en la sociedad, conservando a veces su vida nómada.

Agüero y Jiménez recuerdan acontecimientos especialmente dolorosos de la historia de los romaníes en Europa. En Rumanía, el Estado, la Iglesia y los nobles terratenientes los esclavizaron durante quinientos años, hasta el siglo XIX, y los cerca de 250 000 que por entonces fueron liberados no recibieron ninguna compensación. Muchos de ellos emigraron de nuevo y algunos llegaron a España, donde se ganaron la vida como caldereros. La deportación a las colonias fue practicada en el Reino Unido y también en Portugal, aquí como un castigo específico para los gitanos vigente desde el siglo XVI con crueles normas que rompían las familias.

En España el episodio más cruel ocurrió la noche del 31 de julio de 1749, cuando entre diez y doce mil gitanos de todas las edades fueron arrestados. Aquí también fueron separados, con reclusión de mujeres y niños en casas de misericordia y envío de los varones mayores de siete años a los arsenales. Todos y todas fueron sometidos a trabajos forzados durante dieciséis años y se desconoce el número de víctimas que se produjeron. El genocidio gitano a manos de los nazis en el siglo XX, conocido como Porrajmos o Samudaripén, no ha sido estudiado con suficiente detalle, pero costó la vida, según algunas estimaciones, a más de un millón de romaníes de toda Europa.

La difícil situación actual

Otra aportación del libro es la discusión que se realiza sobre la situación actual de los gitanos españoles. Un primer aspecto a destacar es que se desconocen rasgos demográficos esenciales sobre ellos, más allá de unos pocos estudios muy limitados en espacio y tiempo, lo que refleja falta de voluntad política de enfrentar unos problemas a la vista de todos, como las altas tasas de fracaso escolar o la discriminación en numerosos aspectos de la vida social. El matrimonio gitano, por ejemplo, no es legal en España, lo que genera dificultades a la hora de solicitar pensiones, derechos de filiación o transmisión de herencias.

El problema sin embargo no es exclusivo de España. El informe de 2023 de la Agencia Europea de Derechos y Libertades reconoce que el 80 % de los romaníes vive en riesgo de pobreza, y el número asciende en España al 98 %. Paro, privación de vivienda digna y autoconciencia de ser discriminados son lugares comunes en toda Europa, y en las mujeres gitanas se contabiliza una esperanza de vida once años menor que la de la población general femenina.

Los gitanos y el anarquismo

El libro sintetiza lo más característico de la cultura gitana tal y como es realmente, lejos de los clichés. En una heterogeneidad marcada por la diversidad geográfica y de sensibilidades religiosas o formas de ganarse el sustento, se observan siempre, según Agüero y Jiménez, tres rasgos distintivos de este pueblo, que son la biofilia, amor a la naturaleza y sus seres, perpetua fuente de vitalidad y optimismo, la no violencia, que hace que ante cualquier conflicto surgido dentro de la comunidad se articulen enseguida mediaciones para impedir una escalada, y por último, una serie de tabúes y códigos de comportamiento que rigen todos los momentos de la vida, evitando el contacto con lo que se considera contaminante. Además de esto, los romaníes destacan por ser un pueblo reacio a someterse a los Estados y sus estructuras y con amplias y sólidas familias en las que imperan la solidaridad y el apoyo mutuo. No se trata de una sociedad jerarquizada, aunque existan roles de edad y de género.

Habida cuenta de estas características, tildar a los gitanos de anarquistas se ha convertido a veces en un lugar común, pero de ninguna manera puede decirse que se haya dado o se dé una adhesión generalizada de estas gentes a la Idea libertaria. Lo que sí es cierto es que no es difícil encontrar casos de romaníes que aportaron su esfuerzo a la lucha emancipadora del movimiento ácrata y a recordar a seis de ellos y ellas se dedican las páginas finales del libro. Son sólo unos pocos nombres entresacados de un registro que está por construir.

Soledad Casilda Hernáez Vargas fue una activa militante en Donosti de la CNT y luego de Mujeres Libres, y se exilió tras la guerra civil en Francia, donde participó en la resistencia antifascista y residió hasta su fallecimiento.

Casto Moreno Vargas, jornalero y educador por vocación, practicó la acción directa en el campo andaluz en los años 30, sobrevivió a su fusilamiento tras el golpe fascista y se unió luego al ejército republicano como camillero y sanitario. Capturado en Málaga, sufrió campos de concentración y cárceles y anduvo escondido largos años. Sólo con la llegada de la democracia volvió a usar su nombre verdadero.

De Catalina Junquera y Valencia se sabe sólo que fue una adolescente detenida en Sevilla tras los sucesos de octubre de 1934 por hallársele una pistola. No se sabe su filia-

ción política concreta, pero las notas periodísticas de su juicio, en el que le cayeron cuatro meses de cárcel, la muestran como una mujer resuelta, enfrentada con ingenio a los poderes represivos del Estado.

María de la Salud Paz Lozano Hernández, militante de Solidaridad Internacional Antifascista, ingresó en diciembre de 1939 en la prisión de Ventas (Madrid) con su hijo de pocos meses. Ella fue fusilada en enero, tres días después de que su bebé muriera de bronconeumonía.

Helios Gómez Rodríguez desarrolló una importante labor, reconocida internacionalmente, como pintor y cartelista, y la hizo compatible con un compromiso libertario que lo llevó por ejemplo a dirigir el diario de la columna Durruti. En 1939 se exilió en Francia, pero regresó enseguida a España para unirse a la lucha contra la dictadura. Esto le costó detenciones y encarcelamientos, en los que escribió poesía y pintó entre otras cosas su Capilla Gitana, en un oratorio de la Modelo barcelonesa.

Mariano Rodríguez Vázquez representa el caso especial de un calé que llegó a ocupar el cargo de secretario general de la CNT. Nacido en un barrio obrero de Barcelona, fue a la cárcel muy joven por cometer pequeños hurtos y allí conoció a anarquistas que le transmitieron su ideario, con lo que en los años siguientes pasó también largas temporadas entre rejas. Elegido presidente del Sindicato de la Construcción en 1933, desde entonces no dejó de tener altas responsabilidades en la CNT y durante la guerra civil como secretario general impulsó la participación de los ácratas en los Gobiernos catalán y estatal.

Una labor imprescindible

Algunas peculiaridades culturales del pueblo gitano han servido en España para construir para él una máscara de tipismo folclórico que esconde un rostro a la vez sugestivo y preocupante. Es por ello que libros como éste de Silvia Agüero y Nicolás Jiménez resultan indispensables. La larga y fascinante historia de este pueblo, nunca aceptado y obligado a replegarse sobre sí mismo, muestra demasiados episodios de persecución e incluso exterminio, y conduce a un presente en el que la marginalidad impuesta y la privación de derechos continúan. *¿Anarquismo gitano?* nos acerca a los detalles de todo ello, y pone de manifiesto la necesidad de políticas para revertir la situación.

El análisis que se realiza de la conexión entre el pueblo gitano y el movimiento anarquista permite percibir en el primero atavismos de solidaridad y no violencia que marcan una posible convergencia con el segundo, y una prueba de ello son las seis biografías presentadas de calés y calís que contribuyeron al desarrollo de la Idea libertaria.

Anarquismo frente a los nacionalismos. Doce miradas libertarias al proceso secesionista en Cataluña

Publicado en *Rebelión* el 9 de julio de 2021

Proyecto conjunto de Queimada Ediciones y la Fundación Anselmo Lorenzo, este volumen vio la luz en 2018 como un intento de rastrear opiniones en el mundo libertario sobre el conflicto territorial en Cataluña, que había alcanzado su clímax con el referéndum secesionista organizado por el Gobierno autonómico el 1 de octubre anterior.

Doce conspicuos militantes anarquistas aceptaron el reto y aportaron textos con sus respuestas a cuestiones centradas en torno a un eje fundamental: ¿Se justifica desde una perspectiva ácrata la adhesión al proyecto de la independencia catalana, y más concretamente a la estrategia desarrollada por los directores políticos del *procés?*, y en caso de respuesta negativa, ¿cuál habría de ser la postura de los libertarios ante una situación como ésta?

Las opiniones expresadas ponen de manifiesto cómo, en este espinoso asunto, los que se reclaman libertarios no comparten una única visión. Se constata además una cierta tendencia a que la percepción de los hechos considerados sea diferente en función de la distancia física desde la que son contemplados.

Doce miradas al procés

Manel Aisa rememora los hitos del conflicto secesionista y ve en él una pugna entre dos sectores de las clases rectoras del capitalismo, en la que los explotados no tienen mucho que ganar. Sin embargo, sí se muestra partidario del derecho de autodeterminación, que debería entenderse en un sentido extremo para construir una democracia directa que permitiera controlar la economía y poner fin a la explotación entre los seres humanos.

Miquel Amorós ve también surgir el conflicto del desencanto de la burguesía catalana en sus aspiraciones económicas. En su opinión, el pulso se perdió al no saber dotarse el movimiento de una base asamblearia ni lograr recabar apoyo internacional para la secesión, aunque las masas enfervorizadas siguen adelante ajenas al desaliento. Lo preocupante, según él, es que algunas minorías con voluntad de transformación social han mordido el anzuelo y confunden una lucha entre facciones capitalistas con otra de liberación popular. Le deprime ver un anarquismo convertido «*en lugar de tránsito hacia actividades mejor remuneradas e integradas en el sistema dominante, como la economía social, la política ciudadana o el nacionalismo populista*». En su opinión: «*Hay conflictos en los que se ha de estar y otros en los que no. (...) No hay que caer en una guerra de banderas*».

Octavio Alberola, con criterio libertario, impugna los conceptos de identidad nacional, Estado-nación y nacionalismo, instrumentos de la burguesía en su dominio económico. Del mismo modo, en el «derecho de autodeterminación» que se reclama en Cataluña ve sólo una trampa semántica, pues de ninguna forma implica el derecho de los ciudadanos a ser verdaderamente libres e independientes, es decir a no ser explotados. Las alternativas emancipadoras deben concentrarse en la lucha contra el capitalismo y en asumir las lecciones de la historia que «*han dejado bien probado el valor de la autonomía y la acción directa para combatir el poder instituido, y de la autogestión para organizar la convivencia humana*».

Juan Pablo Calero no entiende que un anarquista participe en una revolución política. Ve ajenos a los principios libertarios los objetivos del *procés*, y reivindica centrarse en la dinámica de las clases sociales y en la lucha por la libertad individual, «*eso que antes se llamaba emancipación social*». Con esta perspectiva, no tiene sentido escuchar los cantos de sirena de una burguesía que nunca va a renunciar a sus privilegios. De esta forma concluye: «*Todo proyecto de cambio que no tenga por eje el individuo y cuyo primer objetivo no sea la mejora inmediata de su vida cotidiana, no debería contar con nuestro apoyo como anarquistas*».

Pep Castells enfatiza la dimensión cuasi religiosa de todos los nacionalismos y no entiende ni imagina derechos cuyo sujeto no sea el individuo, aunque reconoce que estamos atrapados en un discurso que prima los «derechos de los pueblos». Son éstas circunstancias difíciles para un anarquista, pero culmina su análisis defendiendo «*un posicionamiento crítico al lado de aquellos que hoy, y bajo la bandera del independentismo, se enfrentan al Estado español*». Esgrime para ello dos razones: el carácter hasta cierto punto «popular» del movimiento, que desborda a la burguesía, y la aparición dentro de éste de formas de acción autogestionaria y directa. Estos rasgos abren, según él, una «ventana de oportunidad», que cree conveniente explorar.

Rafael Cid Estarellas reflexiona sobre los conceptos de nación y Estado, y concluye viendo en el *procés* rasgos positivos, como su amplia base popular o su retórica anticentralista y rupturista. Comprende las dudas de los libertarios para darle su apoyo, pero se pregunta si no sería razonable arriesgarse «*a cabalgar el tigre del nacionalismo popular cuando incorpora propuestas de transformación social y se vehicula desde la legitimidad de la sociedad civil libremente expresada*». En definitiva, frente a lo que supone el Estado español, no deja de ver ventajas en otro «*más débil, pequeño y dividido debido a una secesión democrática en forma de república a escala más reducida*».

Miguel G. Gómez está entre los que participaron en el referéndum del 1 de octubre y en las movilizaciones que siguieron. Justifica su apoyo al no apreciar que el *procés* sea un proyecto exclusivo de la burguesía catalana, sino interclasista, y percibir en él una oportunidad para lograr un «desbordamiento democrático». Éste podría conducir a un proceso constituyente en el que los libertarios aportaran sus propuestas.

Tomás Ibáñez no ve coherente que los libertarios se involucren en la construcción de un Estado, y cree que su preocupación debe ser siempre el conflicto de clases que se da dentro de los ya existentes. Los procesos de autodeterminación que reproducen la sociedad de clases no merecen a su juicio el apoyo de los anarquistas, que deben denunciar por igual los nacionalismos dominantes y los emergentes. De acuerdo con esto, considera incongruente la votación en el referéndum del 1 de octubre. Participar en las movilizaciones con el fin de desbordar su carácter estrictamente independentista le parece una meta ilusoria. Concluyendo: no ve razón para que los que se reclaman libertarios intervengan en el conflicto catalán.

José Ramón Palacios García ve claro que el objetivo de los anarquistas no puede ser construir ninguna nación o Estado, sino la lucha de los asalariados contra los explotadores, del pueblo trabajador contra el poder que lo oprime. No ve sentido por ello a un apoyo al *procés*, conflicto entre un Estado español y otro catalán que pugna por nacer. En su opinión la misión de los libertarios en estas circunstancias es tratar, en la medida de lo posible, de desarrollar la praxis anarquista «*y actuar como fermento y catalizador revolucionario en las luchas y movilizaciones populares —no institucionales—*».

Fernando Ventura Calderón subraya el «conflicto entre nacionalismos» que se vive en Cataluña, y la presencia de elementos de izquierdas y derechas tanto en el bloque independentista como en el unionista. Por otra parte, ve en el empeño separatista algo quimérico e inviable, «*procés kafkiá*» lo denomina, al carecer de apoyos fuera de Cataluña y enfrentarse a enemigos poderosos dispuestos a todo. De vivir en el país, reconoce que se hubiera implicado en el movimiento, al lado de los grupos que iban al margen de la Generalitat en pos de una ruptura con el Estado español. Sin embargo, no hubiera votado en el referéndum, y manifiesta sentir desasosiego cada vez que ve a alguien plantándose al cuello una bandera como si fuera Supermán.

Laia Vidal repasa la relación histórica de los anarquistas con el nacionalismo catalán y encuentra que éste nunca fue un proyecto político con el que ellos se identificaran. Recorre después la gran variedad de perspectivas que se dan entre los libertarios respecto al *procés*. Su opinión personal es que estamos ante una movilización plegada a formas institucionales y estatistas y que sólo toma fuerza al ser promocionada desde arriba, aunque no parece que sus propios líderes se crean mucho lo que hacen y aprecia en ellos oportunismo e ingenuidad. Para el futuro propone desarrollar un programa libertario que tenga en cuenta el hecho nacio-

nal sin caer en el nacionalismo, una red de comunas libres y autogobernadas, sin fronteras ni Estados, en la estela de lo que han logrado ya kurdos y zapatistas.

Julio Reyero ve muy problemático compatibilizar la colaboración entre clases que exige un proyecto nacional con cualquier ideal anticapitalista. Señala también el distanciamiento entre anarquistas y catalanistas que registra la historia, y respecto a los hechos más recientes no considera razonable la participación de los libertarios en el *procés*, pues la idea de un «desbordamiento revolucionario» de éste le resulta quimérica, habida cuenta de la matriz burguesa de sus dirigentes y la minoría de elementos concienciados en sus filas. En su opinión, sería más provechoso concentrarse en lo urgente: el conflicto de clases y la explotación cada vez más férrea del capital, aspectos bochornosamente ausentes en el programa separatista.

Pasión y razón

Encontramos dos posturas diferentes entre los encuestados. La primera y mayoritaria es la de los que optan por mantenerse al margen de un movimiento controlado por la burguesía y con una agenda política estatista que nada aporta a la lucha anticapitalista. Los que apuestan por la segunda, sin embargo, tienden a solidarizarse, más o menos críticamente, con el *procés*, aunque señalando, en algunos casos, que para que éste fuera defendible desde una perspectiva libertaria, habría que dotarlo, no se sabe bien cómo, de una dimensión emancipadora que no posee. Esta última postura, más comprensiva con los ideales independentistas, se observa sobre todo entre aquéllos que han vivido los hechos desde Cataluña. Resulta claro, según esto, que en el asunto debatido en el libro, el movimiento libertario carece de una visión unitaria.

En opinión de este reseñista, el alineamiento de los anarquistas en un conflicto entre burguesías nacionales como el *procés*, puede servir para alimentar el espíritu de revuelta, pero más allá de la sensación momentánea de «enfrentarse al sistema», no parece tener mucho vuelo emancipador ni deja de encerrar peligros. Uno importante es la pérdida de coherencia que implica, al renunciar a los ideales internacionalistas y a la lucha de clases. Por otra parte, la historia nos demuestra que los elementos no burgueses de los movimientos nacionales en pugna resultan candidatos idóneos para sufrir la peor represión cuando el proceso concluye en derrota, o para ser marginados y reducidos a la inoperancia si triunfa. Pelear como carne de cañón, olvidando los principios, y con oscuras perspectivas en cualquier caso, no parece desde luego una opción muy razonable.

5.5
Revolución en Ucrania (1918-1921)

Piotr A. Arshínov, protagonista de la revuelta de Ucrania (1918-1921)

Publicado en *Rebelión* el 23 de junio de 2009

Leyendo la monumental e imprescindible obra *Los anarquistas rusos* del historiador americano Paul Avrich se descubre que uno de los textos esenciales para conocer los detalles de la guerra civil en Ucrania entre los años 1918 y 1921 es la *Historia del movimiento majnovista* de Piotr A. Arshínov, protagonista destacado de aquellos acontecimientos. Resulta interesante que una edición castellana de este libro se puede descargar gratuitamente en Internet.

Piotr Andréievich Arshínov (1887- c. 1937) fue un obrero metalúrgico ucraniano comprometido desde joven en las luchas revolucionarias. Compañero de celda de Néstor Majnó en la prisión de Butyrka en Moscú, tuvo un importante papel en su formación anarquista. Cuando ambos fueron liberados en marzo de 1917, continuó trabajando con los grupos anarquistas moscovitas, y más tarde, entre 1919 y 1921 participó en el movimiento majnovista de Ucrania. Con la derrota de éste, siguió sus actividades en Europa occidental y es en Berlín donde escribe y publica en 1923 su *Historia del movimiento majnovista*. En los años 30 su ideología evolucionó hacia el comunismo, lo que le permitió regresar a Rusia en 1935, pero acusado de propaganda anarquista fue detenido y ejecutado poco después. El análisis de los archivos de la URSS, hoy accesibles a los investigadores, probablemente revelará si la traición que decepcionó a muchos de sus viejos correligionarios fue simplemente una estratagema para poder continuar la lucha por los ideales libertarios dentro de Rusia.

Historia del movimiento majnovista es una crónica detallada de la guerra civil en Ucrania. La edición que reseñamos se presenta con el prólogo que Volin escribió para el libro y una nota biográfica de Ugo Fedeli sobre su principal protagonista, Néstor Majnó. El primer capítulo contiene una discusión sobre el papel de las masas populares en una revolución, y se defiende la tesis de que solamente si se mantiene el protagonismo de éstas se conseguirá que un proceso revolucionario no termine siendo un simple traspaso de poderes de una casta privilegiada a otra de nueva creación. Se pasan a estudiar después los hechos de Octubre en Rusia, y cómo las consignas de poder soviético de

los bolcheviques dieron paso rápidamente a una dictadura. En Ucrania, por las mismas fechas, la menor influencia de éstos hace que se constituya una república nacionalista, aunque tras el tratado de Brest-Litovsk la invasión austroalemana que sigue cede el poder al Gobierno títere del atamán Skoropadsky. Es notable en Ucrania sobre todo el movimiento espontáneo de las masas que se desarrolla en esta época y que toma el carácter de una guerra de guerrillas generalizada contra Skoropadsky.

La insurrección popular vence al fin, pero el movimiento está dividido. En el oeste y norte se imponen los nacionalistas ucranianos de Simon Petliura, mientras que en el sur dominan los anarquistas aglutinados en torno a Néstor Majnó. Éste había nacido en 1888 en una familia de campesinos pobres del distrito de Aleksandrovsk —hoy Zaporiyia, en la provincia de Yekaterinoslav, hoy Dnipró—. Entregado a la lucha revolucionaria, su detención en 1908 lo lleva como ya vimos a la Butyrka moscovita, que se convertiría en su universidad bajo la guía de su compañero de celda Piotr Arshínov. Tras su liberación en marzo de 1917, regresa a Ucrania, donde sus actividades son resumidas así por Arshínov en el libro: «*Durante esa época se convirtió en su región en el alma de los campesinos que tomaban las tierras y los bienes de los terratenientes y que en caso de necesidad les quitaban la vida. Se conquistó por eso enemigos mortales entre los terratenientes, los kulaks y las organizaciones burguesas locales*». En noviembre de 1918, el movimiento guerrillero de Ucrania meridional quedó bajo el liderazgo de Batko (padrecito, por su corta estatura) Majnó, que resultó ser un extraordinario e infatigable organizador, activista y jefe militar.

Al final de 1918, existen en Ucrania tres contendientes, anarquistas majnovistas en el sur, nacionalistas petliuranos en el oeste y norte, y bolcheviques también en el norte, que disputan el poder a estos últimos y los vencen en enero de 1919, ocupando Kíev poco después. La novela *La guardia blanca* de Mijaíl Bulgákov contiene una inolvidable visión de estos acontecimientos. En el sur, consolidado el dominio majnovista, entre noviembre de 1918 y junio de 1919 se vive una interesante experiencia de autoorganización campesina comunitaria, pero rápidamente ésta es desafiada por un nuevo peligro que aparece en el horizonte. Por si la profusión de colores no fuera suficiente aún, con ejércitos negro (anarquista), verde (nacionalista ucraniano) y rojo, a comienzos de 1919 uno blanco (el Ejército Voluntario de Antón Denikin) ataca a los majnovistas desde el sur y es rechazado hacia el mar de Azov. En marzo de 1919, los bolcheviques se suman al frente contra los blancos en esta región. Al principio las relaciones entre ambas fuerzas revolucionarias son buenas y los guerrilleros se integran en el Ejército Rojo en unas condiciones aceptables, conservando su nombre de Ejército Revolucionario Insurreccional y sus banderas negras.

Sin embargo, los bolcheviques comienzan enseguida una campaña contra los majnovistas, y cuando éstos convocan en abril el III Congreso de Campesinos, Obreros y Guerrilleros, es puesto fuera de la ley por el comandante de división Dybenko. La protesta airada de los congresistas merece ser reseñada por su vibrante apología de la organización espontánea, defensiva e insurreccional de las masas: «*He aquí el congreso reunido. Son los representantes de setenta y dos departamentos de diferentes distritos y provincias, así como de varias unidades militares. No son contrarrevolucionarios, sino precisamente aquéllos que primero levantaron en Ucrania el estandarte de la rebelión, el estandarte de la revolución social. Acudieron para ayudar a coordinar la lucha general contra los opresores (...) ¿Tenéis derecho vosotros a declarar contrarrevolucionarios a más de un millón de seres humanos que por sí mismos, con sus manos callosas, han roto las cadenas de la esclavitud y construyen ahora su vida, por sí mismos también, a su propio modo?*». A primeros de mayo, Liev Kámenev visita Guliaipole, capital de los majnovistas, y aunque exige obediencia ciega al poder «soviético» y ésta es negada, las relaciones aún parecen amistosas.

En junio, los insurrectos se ven obligados a luchar en dos frentes, contra Denikin repuesto que ataca desde el sur, y contra los bolcheviques que inician hostilidades en el norte. Relata Arshínov: «*Según el testimonio de un personaje que había comandado varias divisiones del Ejército Rojo (...), Trotsky habría formulado una línea de conducta que puede resumirse así: vale más ceder Ucrania entera a Denikin que permitir una expansión del movimiento majnovista; el movimiento de Denikin, eminentemente contrarrevolucionario, podría fácilmente ser combatido por medio de propaganda de clase, mientras que la Majnóvschina se desarrolla en el fondo mismo de las masas y las subleva precisamente contra nosotros*». Ante esta situación insostenible, Majnó, con enorme talento político, opta por quitarse de en medio y dirige una proclama a los insurrectos pidiéndoles que colaboren con el Ejército Rojo. Al poco tiempo, ante el empuje de los blancos, los bolcheviques deciden evacuar Ucrania, y Majnó ve llegado el momento de constituir una fuerza independiente que haga frente tanto a los blancos como a los rojos.

En el verano de 1919, la lucha es feroz entre los majnovistas, enriquecidos con elementos del Ejército Rojo que afluyen desde Crimea para unirse a ellos, y el Ejército Voluntario de Denikin. Obligados a una angustiosa retirada, los insurrectos plantan cara al fin a los cosacos y los baten completamente el 25 de setiembre en Peregónovka. Los vencedores son implacables con unos enemigos que nunca les habían dado tregua. Describe Arshínov: «*El primer regimiento de oficiales de Simferópol y otros fueron pasados a sable por completo. En una extensión de dos o tres kilómetros, la ruta estaba sembrada de cadáveres. Por horrible que pueda parecer ese espectáculo, era la consecuencia natural del duelo*

entablado entre el ejército de Denikin y los majnovistas. Durante la persecución contra éstos, no se hablaba más que de exterminarlos a todos». Arshínov atribuye a esta rotunda victoria un papel esencial en la derrota final de la contrarrevolución de Denikin.

El 20 de octubre, las tropas de Majnó toman Yekaterinoslav (hoy Dnipró). Es éste el momento en que los insurrectos controlan todo el sur de Ucrania y la magnitud de su victoria parece alumbrar un mundo distinto. En la zona liberada se trata de organizar una existencia autogestionada que nunca llega a cristalizar por la urgencia continua de actividad militar para defender las conquistas. Al contrario de lo que siempre se hizo con ellos, los «anarquistas en el poder» no reprimen a otras fuerzas políticas, que se organizan y publican sus periódicos libremente, pero se prohíbe la formación de cualquier comité revolucionario que coaccione la libertad de los trabajadores. A los bolcheviques que acudieron a él para discutir la constitución de un poder político, Majnó les aconsejó «*que se ocuparan de algún oficio honesto*». Señala Arshínov: «*Durante la Revolución rusa, la época del majnovismo fue la única en que la libertad se ejerció en todos los aspectos. Aunque la situación en Aleksandrovsk, y sobre todo en Yekaterinoslav, atacada diariamente desde los trenes blindados del ejército de Denikin era grave, los trabajadores de estas ciudades pudieron, por primera vez, decir todo lo que quisieron y como quisieron. Tenían en sus manos la capacidad de organizar su vida por sí mismos, según su propio entendimiento y sentimiento de la justicia y la verdad*».

Los bolcheviques no veían con buenos ojos la revolución que se estaba produciendo en Ucrania, y el ejército insurreccional, que rehúsa acudir al frente polaco como era exigido desde Moscú, es puesto fuera de la ley en enero de 1920. Comienza entonces una lucha sin cuartel entre bolcheviques y majnovistas. Según los cálculos más moderados que maneja Arshínov, la cifra de campesinos y obreros fusilados y mutilados por las autoridades soviéticas en Ucrania durante ese período no baja de doscientos mil. Una cantidad aproximadamente igual fueron deportados a los confines de Siberia y a otras partes de Rusia. No obstante, en octubre de 1920, los bolcheviques acceden de nuevo a pactar una tregua con los majnovistas cuando otro general blanco, Piotr Wrangel, ataca desde el sur. La unión de fuerzas rojas y negras vence a los blancos y permite conquistar Crimea, pero con la derrota de Wrangel, las armas bolcheviques se vuelven de nuevo contra los majnovistas en noviembre de 1920. Su única política es el exterminio físico de la revolución libertaria.

La lucha es de nuevo despiadada entre los majnovistas, que tienen a su favor el apoyo de la población rural y el conocimiento del terreno, y las mucho más numerosas fuerzas bolcheviques. La represión de éstas contra los campesinos es espantosa. En agosto de 1921, Batko Majnó, herido innumerables veces, se ve obligado a abandonar Ucrania. Tras recorrer diversos países, se establece finalmente en París, donde realiza trabajos variados (carpintero y tramoyista en la ópera de París y estudios cinematográficos, obrero en la factoria Renault), escribe numerosos textos y participa en la organización del movimiento anarquista internacional hasta su fallecimiento a causa de la tuberculosis en 1934.

El libro termina discutiendo diferentes aspectos del movimiento majnovista, como su relación con el anarquismo o su carácter interétnico y de clase. Se analiza luego la personalidad de Majnó, su voluntad indomable, su inteligencia y su capacidad militar, a la que se atribuye la invención de la «tachanka», un primitivo «carro de combate» que resultó decisivo en la guerra civil rusa. Entre sus defectos se menciona su inclinación a la bebida y la despreocupación que comprometió a veces el éxito de las acciones militares. Se incluyen también biografías sumarias de otros dirigentes del movimiento.

Enmarcado en la brutal complejidad de la guerra civil rusa, ferozmente reprimido, mal conocido y frecuentemente infravalorado por una historiografía que ha sido desarrollada esencialmente por sus enemigos, el movimiento insurreccional de Ucrania que Néstor Majnó lideró ha de ser reconocido hoy como un brillante y muchas veces heroico proceso de organización espontánea de las masas campesinas, cuyos innegables aciertos y énfasis libertario marcan un referente básico en la historia de las revoluciones. La *Historia del movimiento majnovista* de Piotr A. Arshínov, libro conmovedor y esclarecedor al mismo tiempo, probablemente por la sinceridad a flor de piel que lo impregna de principio a fin, es un documento imprescindible para conocer mejor uno de los episodios de aquellos años decisivos que más pueden interesarnos hoy.

La revolucion desconocida, de Volin. La Revolución rusa a través de uno de sus protagonistas en el campo anarquista

Publicado en *Alasbarricadas.org* el 18 de septiembre de 2009

Figura destacada de la Revolución rusa en el campo anarquista, Volin dedicó los últimos años de su exilio francés a la escritura de *La revolución desconocida*, un libro que sólo vería la luz tras su fallecimiento. El propio título nos aclara ya lo que es su leitmotiv y su objetivo esencial, la revelación de aspectos clave ignorados o tergiversados por la historiografía oficial y que son necesarios para enjuiciar los

acontecimientos de 1917 en Rusia. *La revolución desconocida* se encuentra disponible en la red para su descarga gratuita.

Vsévolod Mijáilovich Eijenbaum, que adoptó el nombre de Volin en la lucha revolucionaria, nació en la Rusia central en 1882 y acudió a estudiar a San Petersburgo poco antes de que se desencadenaran los hechos de 1905. Protagonista de éstos, Volin se ve obligado a partir al exilio en 1907, y es en París donde cambia su militancia en el Partido Socialista Revolucionario por el anarquismo que ya no abandonaría. Sus dotes de periodista, propagandista y orador fueron esenciales en la organización de este movimiento en Francia y Estados Unidos, pero en 1917 regresa a Rusia para unirse a la revolución. Participa después en el movimiento majnovista de Ucrania y conoce las cárceles de la Cheká moscovita hasta que la intervención de sindicalistas europeos asistentes a un congreso del Profintern consigue cambiar su condena por el exilio. Establecido primero en Berlín y más tarde en París, resulta de nuevo un activista fundamental del anarquismo, aunque a partir de 1926 sus posiciones se apartaron de las de sus viejos compañeros Majnó y Arshínov. Volin murió en París de tuberculosis en 1945.

La revolución desconocida se inicia con un repaso de la historia de los movimientos revolucionarios en la Rusia del XIX, desde la rebelión de las decembristas en 1825. Asistimos así a la irrupción en los años 60 de ese siglo del «nihilismo», corriente filosófica de los jóvenes que defienden una huida de los valores convencionales en nombre de la libertad del individuo, y a la cristalización posterior de esta tendencia en grupos de acción política que buscan la emancipación de las masas tiranizadas y en ocasiones no dudan en acudir a la estrategia terrorista. El comienzo del siglo XX está marcado por la industrialización en algunas áreas y por una intensificación de las actividades revolucionarias contra el feroz absolutismo, aglutinadas en torno a dos grupos principales: los socialistas democráticos, marxistas, que centran su propaganda en las masas obreras, y los socialistas revolucionarios, con más influencia entre los campesinos. En esta época, la guerra ruso-japonesa (1904-1905) y la de 1914-18 provocan sucesivos eventos revolucionarios.

Respecto a los hechos de 1905, son apasionantes las páginas dedicadas a la revuelta en las calles de Petersburgo y al retrato del pope Gueorgui Gapón (1870-1906), su principal protagonista, un agente secreto de la policía que acabó creyéndose imbuido de una misión histórica y liderando el movimiento popular pacífico que desencadenó la tragedia. Volin era un líder destacado de los obreros de la ciudad y su papel fue decisivo en las sangrientas jornadas de enero y también en la constitución ese año del primer soviet en Petrogrado. Nos dice en el libro: «*Una tarde surgió entre nosotros la idea de crear un organismo obrero permanente, especie de comité, o más bien consejo, que vigilara el desarrollo de los acontecimientos, sirviera de vínculo entre los obreros todos y, llegado el caso, pudiera reunir en torno a él las fuerzas obreras revolucionarias*». Allí es donde la palabra «*soviet*», que en ruso significa consejo, se pronuncio por primera vez con el sentido que luego alcanzaría un desarrollo tan extraordinario. El organismo fue clausurado por las autoridades para reaparecer en 1917 durante la Revolución de Febrero.

Volin se identifica plenamente con la consigna «Todo el poder para los soviets» con la que los bolcheviques asaltan en octubre el Palacio de Invierno y desalojan al Gobierno provisional, pero critica con vehemencia toda la evolución posterior de los hechos. Su postura da lugar en el libro a muchas páginas de sumo interés en las que se conjugan el relato de experiencias personales y reflexiones teóricas sobre la dinámica revolucionaria. En una asamblea de la destilería de petróleo Nobel, los obreros se sienten capaces de restablecer por sí mismos la producción, y se reproduce la discusión con los emisarios del poder bolchevique que ha decidido cerrar la factoría. Para Volin, existía en Petersburgo una posibilidad real de encauzar los hechos hacia la autogestión en todos los niveles de la sociedad que fue abortada por directrices estatistas. La postura de los anarquistas se expresa en sus publicaciones de aquellos días, que ofrecen continuamente una alternativa a las acciones bolcheviques. Estas publicaciones son citadas extensamente en el libro, y le dan un tono de actualidad que supone uno de sus mayores atractivos. Así en un artículo de *Golos Trudá (La Voz del Trabajo*, periódico anarquista de Petrogrado) del 25 de octubre se dice: «*Es preciso decidirse a pronunciar la última palabra dictada por la lógica misma de las cosas:* "no se necesita un poder". *En vez de un poder, son las organizaciones unificadas de los trabajadores, obreros y campesinos las que deben dirigir la vida social. Sostenidas por las organizaciones revolucionarias de soldados, estas organizaciones deben, no ayudar a nadie a conquistar el poder, sino posesionarse directamente de la tierra y demás elementos e instrumentos de trabajo, para el establecimiento de un orden económico y social nuevo*». Un editorial de *Golos Trudá* de la misma época advierte con pesimismo de que «*si las masas no son capaces de crear ellas mismas sus propios organismos consagrados a la edificación de la vida nueva, la revolución será ahogada más pronto o más tarde, porque sólo esos organismos pueden conducirla a la victoria definitiva*». Otro artículo resume todo categóricamente: «*Donde comienza el poder, allí mismo termina la revolución*».

La estrategia de los bolcheviques esos días era utilizar a los anarquistas como carne de cañón vigilándoles de cerca, pero ya en abril de 1918 se desata en Moscú una persecución abierta. Es entonces cuando Trotsky pronuncia la famosa frase: «*¡Al fin el poder soviético barre de Rusia, con escoba de hierro, el anarquismo!*» Volin cree ver prefigurados en estos

hechos los rasgos esenciales de la represión que Stalin desataría contra los partidarios de Trotsky unos años después y confiesa haber experimentado al conocer esta última «*cierto sentimiento de satisfacción ante esa especie de justicia inmanente*». La represión de anarquistas que se desata entonces en toda Rusia es descrita en detalle. Son páginas vehementes en las que Volin relata la persecución de correligionarios y amigos y su propia cárcel y exilio.

El libro dedica a continuación un extenso capítulo a un retrato crítico del régimen creado en Rusia por los bolcheviques y a los cambios que experimenta en él la situación de obreros y campesinos. También se describe el motor de todo ello, una máquina burocrática en la que «*en nombre del Gobierno que representa, la alta burocracia manda, dicta, ordena, prescribe, vigila, castiga, persigue; la mediana burocracia y aun la pequeña ejecutan y a su vez mandan, por ser cada funcionario señor en los límites que le han sido asignados. Jerárquicamente, todos son responsables ante sus superiores, y éstos ante otros más altos, y así sucesivamente hasta llegar al funcionario supremo, el grande, el genial, el infalible dictador*». Más allá de delirios hegelianos, la historia es más bien cíclica, y lo que vemos en esta época en Rusia es en realidad una reencarnación del antiguo régimen con una casta dirigente sin banqueros, latifundistas ni obispos, constituida íntegramente por «funcionarios».

La conclusión para Volin es clara: «*Hablar de una "revolución traicionada" como hace Trotsky es una concepción que choca no sólo con cualquier visión marxista o materialista, sino con el más elemental sentido común. ¿Cómo sería posible tal "traición" después de tan bella y completa victoria revolucionaria? Ésa es la cuestión. Reflexionando sobre ello, examinando de cerca las cosas, el menos iniciado comprenderá que esta pretendida traición no ha caído del cielo; que fue la consecuencia material y rigurosamente lógica del modo como fue conducida la revolución*». En otro fragmento argumenta: «*La "traición" fue posible porque las masas laboriosas no reaccionaron contra su preparación ni contra su cumplimiento. Y las masas no reaccionaron porque, totalmente subyugadas por sus nuevos amos, perdieron rápidamente el sentido de la verdadera revolución y todo espíritu de iniciativa, de libre acción, de reacción vital. Maniatadas, sometidas, dominadas, ellas sentían la inutilidad —¿qué digo?— ¿la imposibilidad de toda resistencia. Trotsky participó personalmente en la faena de hacer renacer en las masas este espíritu de ciega obediencia, esta sombría indiferencia ante todo lo que pasa arriba. Y en eso sí tuvieron éxito los jefes. La masa fue aplastada por mucho tiempo. Desde entonces, todas las "traiciones" se hicieron posibles*».

El libro pasa a describir a continuación, con un cierto detalle, los dos movimientos más importantes que desde una perspectiva libertaria trataron de ofrecer una alternativa al curso de los acontecimientos y fueron ahogados por los bolcheviques: el de los marineros de Kronstadt y el que lideró en Ucrania Néstor Majnó. El primero es presentado como una rebelión democrática de esta base naval próxima a Petrogrado, la principal de la flota rusa, contra la dictadura de los comisarios del pueblo. Kronstadt, bastión revolucionario desde hacía mucho tiempo, tenía su propia idea de lo que significaba la consigna «Todo el poder para los soviets», que garantizaba para ellos «*la independencia de cada localidad, de cada soviet, de cada organismo social en sus respectivos asuntos, en relación al centro político (...) Todos los cuales deberían coordinar su actividad con la de otras organizaciones sobre una base federativa. Igualmente, los asuntos concernientes al país entero debían ser concertados por un centro federativo general*». Aquí también se aporta una amplia documentación recogida en la prensa de la época que permite entender el desarrollo del conflicto.

Para Volin: «*No hubo revuelta en Kronstadt, en el propio sentido del vocablo. Hubo un movimiento espontáneo y pacífico, absolutamente natural y legítimo en las circunstancias dadas, que mancomunó rápidamente a la ciudad, la guarnición y la flota, pero temblando por su poder, sus puestos y sus privilegios, los bolcheviques forzaron los acontecimientos y obligaron a Kronstadt a aceptar la lucha armada*». En otro lugar señala: «*El amor apasionado por la Rusia libre y la ilimitada fe en los verdaderos soviets inspiraron Kronstadt, cuyos habitantes esperaron hasta el último momento ser secundados por toda Rusia, empezando por Petrogrado, para posibilitar así la total liberación del país*». El acto final de la tragedia es bien conocido. El movimiento es ahogado en sangre con una crueldad inaudita. La NEP que es proclamada poco después y supone una cierta tregua en la deriva totalitaria, significa para Volin en realidad «*una desnaturalización del verdadero sentido de la libertad exigida por los rebeldes de Kronstadt, que sustituye la libre actividad creativa de las masas laboriosas que hubiera permitido la prosecución y el aceleramiento de la marcha hacia su total emancipación, por la "libertad" de algunos para comerciar, hacer negocios y enriquecerse*».

El libro termina con una descripción de la revuelta de Ucrania. Volin comienza por presentar algunos elementos de historia de esta nación, insistiendo en la tradición de independencia y libertad que se había desarrollado allí desde antiguo. Después, la cronología de los hechos sigue fielmente la descripción que da Arshínov en su *Historia del movimiento majnovista*, por lo que no nos detendremos aquí en ella.

El relato que Volin nos ofrece en *La revolución desconocida* es el de un comprometido protagonista de los hechos y ahí radican tal vez sus mayores virtudes y defectos. En cualquier caso, con su continua referencia a textos de la época y su análisis minucioso, resulta a la vez una lectura apasionante y un documento esencial para comprender

acontecimientos que, de cualquier manera que los miremos, constituyen la piedra angular sobre la que se edifica toda la historia del siglo XX.

Documentos de la Revolución majnovista (1917-1921). *Memorias de Néstor Majnó (I): La Revolución rusa en Ucrania (marzo de 1917-abril de 1918)*

Publicado en *Rebelión* el 9 de abril de 2019

Insobornable y lúcido anarquista, líder militar de talento indiscutido, organizador infatigable, Néstor Majnó dejó su impronta en los años más convulsos de la historia de Ucrania y sin embargo ha conseguido que allende sus fronteras, amigos y enemigos no se pongan de acuerdo ni siquiera para pronunciar su apellido correctamente. Denostado por los bolcheviques vencedores a los que salvó el culo en tantas ocasiones, como pogromista y sanguinario jefe de bandidos, ha tenido que esperar un siglo desde su gesta para que en su país se le reconozca, aunque se quiera ver en él, más que nada y torticeramente, un héroe de la independencia de la patria y de la lucha contra el invasor. Él nunca pretendió ser más que un campesino, y recorriendo Rusia en tren en la primavera de 1918, se emocionaba con la belleza de la tierra verdeante e iba atento al progreso de los cultivos, pero fue apremiado por la historia a protagonizar una de las hazañas más memorables del siglo XX, en lo que a la emancipación de la criatura humana del yugo capitalista se refiere.

Néstor Ivánovich Majnó nació el 27 de octubre de 1888 en Guliaipole, una pequeña ciudad de Ucrania oriental, enclavada entre fértiles campos y dotada de algunas factorías. Su familia era humilde y el temprano fallecimiento de su padre lo obligó a trabajar desde muy joven, aunque la lectura y el estudio lo cautivaban en los largos inviernos. Asqueado del horizonte obsceno de las jerarquías sociales, buscó enseguida a los que compartían ese sentimiento y bebió del pensamiento de los que han teorizado sobre el progreso humano, sabedor siempre de que todas aquellas quimeras eran hermosas sólo si servían para conducirnos a un mundo sin explotación. Así, se unió al grupo anarquista de su ciudad y pronto fue uno de sus miembros más activos, audaz en expropiaciones y ejecuciones. En 1907 lo detienen y pasa ya diez meses encarcelado, pero es en el verano del año siguiente cuando un nuevo arresto origina un proceso judicial que le vale pena de muerte, conmutada debido a su juventud a cadena perpetua. Ésta la va a cumplir a partir de 1911 en la prisión central de Moscú, la tristemente célebre Butyrka.

La vida es dura en presidio para el rebelde ucraniano, y allí se le diagnostica además la tuberculosis que lo va a matar con cuarenta y cinco años. Sin embargo, aquella es su universidad, porque saca partido a la biblioteca de la prisión, y absorbe las enseñanzas de un compañero de reclusión que va a serlo luego en muchas de sus luchas y exilios, Piotr Arshínov, un obrero metalúrgico con grandes conocimientos sobre anarquismo. Entre rejas aprende también a desconfiar de esa casta de intelectuales imbuidos de su propia trascendencia y dispuestos siempre a despreciar las manos callosas y desempeñar el papel dirigente que sus altas cualidades hacen inevitable. Le asquea sobre todo verlos conquistar privilegios con su «buena conducta» y lamer la mano de los torturadores. La amnistía que decreta el Gobierno provisional tras la revolución de febrero de 1917 lo pone en las calles de Moscú y es en ese momento cuando toma el hilo el primer volumen de sus memorias, publicado en París en 1927 y titulado *La Revolución rusa en Ucrania (marzo de 1917-abril de 1918*).

Febrero a mayo de 1917: organización

El narrador vive las esperanzas de aquel Moscú febril, pero en sólo tres semanas parte en busca de los horizontes de su tierra y la sociedad que conoce, donde las nuevas circunstancias del país marcan opciones revolucionarias. Con su maleta llena de libros y revistas llega a la estación de su ciudad natal y enseguida trama con sus viejos compañeros un plan de acción. Lo primero será organizar una unión de campesinos que siembre en la región la semilla del anarquismo. En un momento en que la ciudad es regida por un Comité Público de notables, escasamente representativo, se trata además de exigir que éste adopte una estructura democrática. Una intensa labor de concienciación de las masas ha de permitir que las instituciones asuman un papel activo en la transformación social y para ello resulta obligatorio mantener una comunicación fluida con ellas. A finales de marzo de 1917 ya está constituida la Unión de Campesinos de Guliaipole, con un comité ejecutivo de veintiocho miembros del que Néstor Majnó es nombrado presidente. Inmediatamente, se propicia la creación de uniones semejantes en todas las aldeas y pueblos del distrito (*raión*).

Los archivos de la policía a los que los revolucionarios tienen acceso les permiten desenmascarar a agentes infiltrados que actuaron en sus filas, culpables de la muerte de compañeros. Todos están de acuerdo en que merecen ser ejecutados, pero deciden posponer estas acciones y aplicarlas sólo con los elementos más crueles y que no muestren signos de arrepentimiento. Los anarquistas participan en las elecciones para el nuevo Comité Público y con la pujanza que ya ha conseguido la Unión de Campesinos logran ser decisivos dentro de él. En estos momentos convulsos, la pequeña burguesía, una clase débil, incapaz de defender sus

intereses por sí misma, busca la alianza de un proletariado vigoroso y bien organizado. El 1 de mayo se convierte en una gran jornada festiva en Guliaipole con una imponente manifestación en la que se exige el fin de la dualidad de poder que sufre el país de la forma más sencilla: «*Disolución del Gobierno provisional y todos sus órganos, y todo el poder para los soviets obreros y campesinos*». Unos días después, un congreso en Aleksandrovsk, capital de la región (*óblast* o *uyezd*), sirve de altavoz para estas ideas que son vistas con simpatía por los socialistas revolucionarios de izquierdas (SR-i) y pronto se extienden por toda Ucrania oriental.

Junio a septiembre de 1917: en la senda de la revolución

En el mes de junio los obreros metalúrgicos y textiles de Guliaipole declaran una huelga, exigiendo un aumento de entre el 80 y el 100 % en sus salarios. Cuando éste es rechazado, se discute la posibilidad de expropiar las factorías, pero se decide que sería una medida prematura. No obstante, en ese momento y tras algunos titubeos y divisiones, los empresarios ceden. Lo cierto es que los obreros están preparados para asumir pronto el control de las fábricas. Ese mismo mes, los campesinos se niegan a pagar las rentas. A primeros de agosto un congreso en Yekaterinoslav, capital de la provincia (*gubernia*, agrupación de regiones), resuelve con el apoyo de los SR-i promover la socialización de la tierra, así como la transformación de las uniones de campesinos en soviets, un simple cambio de nombre. A finales de mes, el intento de *Putsch* de Kornílov sobre Petrogrado es respondido en Guliaipole, tal como sugiere un telegrama del soviet de la capital, por la formación de un Comité de Defensa de la Revolución, y éste decide acometer sin más demora el desarme de la burguesía y la socialización de tierra y fábricas.

Mientras el distrito se sumerge en esta efervescencia revolucionaria, que se desarrolla con el apoyo del Comité Público y sin apenas resistencia, llegan mensajes de Aleksandrovsk exigiendo la detención del proceso. Éstos son contestados con una negativa que invoca la voluntad de los obreros y campesinos, libremente organizados, de decidir su destino. En septiembre, dos delegados del soviet de Guliaipole, V. Antónov y N. Majnó, viajan allí para informar de las actividades en su distrito y se encuentran con que SR-d, cadetes y mencheviques controlan la situación e impiden avances revolucionarios. Los visitantes realizan una intensa labor de agitación entre los obreros de la ciudad y cuando éstos plantean sus exigencias, las autoridades responden deteniendo a la anarquista María Nikíforova. La presión en las calles consigue al fin que ésta sea liberada y se elija un nuevo comité ejecutivo del soviet de Aleksandrovsk, el cual resulta ser más favorable a las aspiraciones de los revolucionarios.

Convencidos de la necesidad de extender el proceso a las regiones vecinas, los de Guliapole envían también un delegado, L. Schneider, al comité ejecutivo del soviet provincial de Yekaterinoslav. Aunque éste se encuentra con algunas dificultades por parte de los que siguen las directrices gubernamentales, al fin se logra crear una línea de comunicación entre la capital y Guliaipole, así como suministros imprescindibles para las fundiciones de esta localidad. Éstas comienzan a estar gestionadas por los obreros, al tiempo que en todo el distrito continúan las expropiaciones de tierras y la formación de comunas agrarias. Un enviado de Aleksandrovsk que llega a pedir explicaciones sobre la requisa de armas a la burguesía, es despachado con el mensaje de que no se tolerarán injerencias en el proceso revolucionario desencadenado.

Octubre de 1917 a enero de 1918: guerra revolucionaria

Las noticias de Petrogrado sobre la toma del Palacio de Invierno por los bolcheviques son recibidas con sentimientos encontrados. A la esperanza que genera la caída del reaccionario Gobierno provisional, se superpone la desconfianza ante el que lo sustituye, y ello a pesar de la publicitada consigna sobre el empoderamiento de los soviets. Cuando se convocan elecciones para la Asamblea Constituyente, los anarquistas se lamentan de la lucha partidaria que hace olvidar las grandes misiones, pero en todo caso frente a mencheviques, cadetes y nacionalistas ucranianos, favorecen a SR-i y bolcheviques, cuyo Bloque de Izquierdas (BI) resulta ganador en Ucrania oriental. En el congreso provincial de diciembre en Yekaterinoslav, la situación es de enorme tensión, al borde del enfrentamiento militar, entre los nacionalistas ucranianos, que tratan de marginar a los delegados de Guliaipole, y el BI. Al fin se consigue que el congreso resuelva a favor de las medidas propuestas por los anarquistas de un proceso revolucionario completamente de abajo arriba, exactamente lo que ellos llevan meses haciendo en su distrito. Sus delegados abandonan la capital con el armamento que les proporcionan los camaradas del BI.

Es inevitable prepararse para el conflicto armado que ya asuela Ucrania entre el BI y el Gobierno nacionalista de la Rada Central (RC). En estas circunstancias, el soviet de Guliaipole no ve más salida que declarar la guerra a ésta. La alianza de los anarquistas con las fuerzas gubernamentales del BI resulta ser lamentablemente la única opción y en enero de 1918 Néstor acude con un destacamento de más de ochocientos campesinos armados del distrito a Aleksandrovsk en su apoyo. Tras los combates, nos describe su participación en juicios a detenidos, trata de justificarla, y relata cómo buscaba penosamente la senda de la justicia, optando a veces por condenas a muerte y otras por la liberación. La situación se complica aún más cuando apa-

recen en escena regimientos cosacos que han roto el frente oriental de la Gran Guerra y marchan a las tierras que riega el Don para sumarse a la contrarrevolución de Alekséi Kaledín. Tras un intercambio de disparos, se entablan negociaciones y se consigue que accedan a desarmarse; así se les deja pasar. Su estancia en la ciudad se aprovecha para hacer entre ellos proselitismo, y los anarquistas logran reclutar a muchos, sobre todo del Kubán, para su revolución.

Descontento con la política dirigista del BI, y viendo en ella una inminente lucha por el poder entre sus dos socios, desastrosa para el futuro de la revolución, nuestro protagonista decide volver con el destacamento a Guliaipole, de donde llegan además noticias preocupantes de actividades contrarrevolucionarias. Lo que ha ocurrido es que algunos burgueses judíos han ofrecido dinero a agentes de la RC para no ser reprimidos en una Ucrania independiente. Se opta por amonestarles seriamente, evitando el pogromo que hubiera sido normal en aquellos tiempos. Esos mismos días se constituye un Comité Revolucionario (Revkom), como instrumento organizativo para la campaña militar y Néstor Majnó es elegido presidente. Un batallón de partidarios de Kaledín y la RC acantonado en una localidad próxima es desarmado por anarquistas de Guliaipole y Aleksandrovsk y se decide utilizar lo requisado para equipar el Revkom.

Febrero a abril de 1918: tratado de Brest-Litovsk, Ucrania ocupada

Se firman acuerdos con factorías de Moscú para intercambiar cereal por tejidos, y el grano llega a la capital, pero las telas son retenidas por el Gobierno del BI y enviadas a Aleksandrovsk. Cuando los de Guliaipole se plantean ya ir a buscarlas con armas en la mano, al fin les son entregadas. Queda claro por entonces que los libres convenios entre productores van a chocar con los moldes burocráticos que imponen SR-i y bolcheviques.

Las comunas agrarias de Guliaipole mientras tanto han avanzado en su proceso de autoorganización y las labores de la siembra se emprenden con alegría en una tierra donde ya nadie explota a nadie. Se han dotado de comedores y cocinas con cierta libertad de funcionamiento y de escuelas según el modelo de F. Ferrer i Guardia, y la distribución de tareas se hace en asambleas. En un radio de siete u ocho kilómetros alrededor de la ciudad se establecen cuatro comunas, y muchas más en sus cercanías. Cada una de ellas agrupa a unas doce familias y de cien a trescientas personas, de las que sólo unas pocas son anarquistas militantes. Kulaks y propietarios deciden adaptarse en general a la nueva situación y pasan a cultivar la tierra sin explotar a nadie. Sin embargo, muy pronto el proyecto constructivo va a ser abortado por la fuerza de las armas.

El 9 de febrero de 1918 se firma en Brest la paz entre la RC de Ucrania y los imperios centrales, lo que significa que éstos se disponen a invadir el país, mientras las fuerzas del BI comienzan a retirarse. Ante la acuciante necesidad de dinero para armarse, Néstor Majnó propone exigir un abono a la sucursal del Banco de Crédito de Guliaipole. Éste se consigue, y los fondos sirven para diversos fines útiles. En el mes de marzo, los nacionalistas ucranianos se manifiestan públicamente contra los «excesos» de la revolución y amenazan con una inminente ocupación por parte de sus aliados austroalemanes, lo que da lugar a una campaña terrorista de los anarquistas contra sus líderes a la que Néstor Majnó no se opone.

Con los austroalemanes ya en el Dniéper, se impone la organización de la defensa. Se constituyen así en Guliaipole seis compañías con doscientos a doscientos veinte combatientes cada una, más otra compañía judía y un destacamento de caballería con varios centenares de miembros del grupo anarquista de la ciudad, al tiempo que se crean también unidades médicas y hospitales de campaña. La Guardia Roja aporta tres mil fusiles, seis cañones y abundante munición. Corre el mes de abril y mientras en Ucrania hay un buen entendimiento entre bolcheviques y majnovistas, en Moscú la Cheká toma por asalto los locales de los libertarios.

Los días 15 y 16 de abril resultan decisivos. La mayor parte de los combatientes de Guliaipole han acudido a Aleksandrovsk, donde se requería su presencia para apoyar la defensa de la ciudad, mientras que Néstor Majnó ha sido convocado por Aleksandr Yegórov, jefe en la zona de las fuerzas rojas, a su cuartel general. Esto permite que en Guliaipole la acción decidida de unos pocos nacionalistas ucranianos, que logran el apoyo de la compañía judía, entregue la ciudad a la reacción. El avance de los imperios centrales resulta imparable y en unos días ocupan toda la región. Se esconden armas y los más comprometidos en el proceso huyen. Con estos tristes acontecimientos concluye el primer volumen de las memorias de Néstor Majnó.

Documentos de la Revolución majnovista (1917-1921). *Memorias de Néstor Majnó (II): Bajo los golpes de la contrarrevolución (abril a junio de 1918)*

Publicado en *Rebelión* el 23 de abril de 2019

En el primer volumen de sus memorias, Néstor Majnó nos describía con detalle la organización de los campesinos y obreros revolucionarios de Ucrania oriental en el año 1917, en un contexto de crisis de poder político que facilitaba enormemente sus progresos. En un proceso en el que a él le correspondió un papel fundamental, vimos allí cómo la

sencillez y seducción de los objetivos planteados y la pujanza democrática de los métodos cristalizaron en una transformación social autoorganizada y esencialmente pacífica que logró eliminar las lacras del antiguo régimen de propiedad imperante en la zona. Sin embargo, a comienzos de 1918, la firma del tratado de Brest-Litovsk supuso la ocupación del territorio de Ucrania por los imperios centrales y el fin de la utopía.

La segunda entrega: *Bajo los golpes de la contrarrevolución (abril a junio de 1918)* interrumpe por tres meses la historia de los sucesos de Ucrania en un interludio en el que nuestro protagonista, exiliado en Rusia, recorre el país y nos describe interesantes escenarios de la guerra civil, así como su visita a la capital en el mes de junio y sus entrevistas con P. Kropotkin, I. Sverdlov y V. Lenin. El primer volumen apareció en una traducción francesa en 1927 y en su original ruso en 1929, pero estos libros tuvieron escaso éxito comercial y ello retrasó la publicación del segundo y el tercer tomos, que no fue posible en vida de su autor. Vieron la luz en ruso en 1936 y 1937, respectivamente, editados por Volin, una persona cuya relación con Néstor Majnó estuvo caracterizada por profundos enfrentamientos en los últimos años de la vida de éste.

Abril y mayo de 1918: a través de la Rusia ensangrentada

La diáspora de revolucionarios que sigue a la ocupación austroalemana de Ucrania lleva a nuestro anarquista a Taganrog, ciudad rusa en el mar de Azov próxima a la desembocadura del Don, donde se había instalado el Gobierno rojo. Allí, al igual que está sucediendo por toda Rusia, los libertarios son reprimidos, y así el destacamento de María Nikíforova, la anarquista de Aleksandrovsk, es desarmado, y ella arrestada, incoándosele un proceso por supuestos robos en la toma de una ciudad que despide aroma de montaje apestoso. No se hacen esperar las protestas contundentes de ácratas y SR-i ante Vladímir Antónov-Ovséyenko, jefe del frente ucraniano, y así se consigue un juicio imparcial en el que la indomable luchadora es absuelta. No obstante, la movilización continúa para que cesen las artimañas que tratan de dividir el frente revolucionario.

A finales de abril, los anarquistas de Guliaipole celebran un congreso en Taganrog en el que intercambian impresiones sobre su derrota. Concluyen que no debían haber partido hacia el frente, sino esperar acontecimientos en la ciudad; eso hubiera evitado la traición de la compañía judía, que fue el desencadenante del colapso y provocó además sentimientos antisemitas entre la población. Deciden ir regresando escalonadamente a su tierra con el fin de emprender acciones guerrilleras contra los ocupantes y sus cómplices; volverá cada uno por su cuenta y se citan para finales de junio o principios de julio.

Nuestro protagonista viaja luego a Rostov y trata de contactar allí con los libertarios locales que publicaban *El Anarquista*, un semanario que solía leer con devoción, pero el único papel ácrata que circula en la ciudad es *Bandera Negra*, un periodicucho acomodaticio y plagado de inexactitudes sobre el frente. Comprueba así que en ese momento los impulsos sanos coexisten entre sus correligionarios con demasiada desmoralización, arribismo y estupidez. Cuando Rostov es evacuada, a Néstor lo desconcierta la proliferación en medio del caos de bandidos y saqueadores. Al fin, con otros anarquistas procedentes de diversos lugares de Ucrania, se une a un grupo de artilleros que parten en tren hacia el frente de Vorónezh, aunque debido a la presencia de destacamentos blancos en la región del Don se ven obligados a dirigirse primero al sur, a Tijoretsk.

Atraviesan las tierras cosacas del Kubán, vestidas con el verdor de la primavera que promete una fértil cosecha, pero es zona de guerra donde resulta difícil adquirir subsistencias. Desde Tijoretsk se dirigen al nordeste, hacia Tsaritsyn —nombrada luego Stalingrado y Volgogrado—, a orillas del Volga, y sólo la astucia de Néstor, que asesora al que manda el convoy, consigue esquivar una artimaña de aldeanos aliados de los blancos que tratan de engañarlos para desarmarlos. Después el autor nos describe cómo disputan en su corazón la desesperanza por la estupidez y el caos que imperan a su alrededor, y el esplendor de una revolución amenazada desde todas partes, pero poderosa como un estallido de luz que promete alumbrar el futuro.

Detenido el tren en Sarepta, el de Guliaipole toma el pulso de la ciudad e incluso habla en un mitin a los trabajadores. En éste evita personalizar los ataques, pero defiende con firmeza la unidad revolucionaria contra el asedio blanco y también contra las nuevas tendencias estatistas que tratan de imponerse. Los obreros aplauden y los bolcheviques asistentes asienten, pero al día siguiente, unos chekistas se presentan en el tren para detener a los anarquistas que viajan en él. El jefe del convoy manifiesta con vehemencia que a sus órdenes van sólo auténticos revolucionarios a los que no piensa de ninguna manera entregar.

Ya en Tsaritsyn, Néstor y sus compañeros renuncian a continuar el viaje. Son los mismos días en que llega a la ciudad con su destacamento, procedente de Ucrania, N. Petrenko un aguerrido revolucionario que se dirige a los Urales para combatir allí, cerca de donde reside su familia, al ejército contrarrevolucionario del almirante Kolchak. Cuando las autoridades locales lo obligan a desarmar a sus hombres y él se niega, Petrenko ha de enfrentarse a los chekistas que lo atacan con fuerzas muy superiores. Los derrota y magnánimamente les permite escapar, pero éstos recurren entonces a la astucia y ofrecen unas negociaciones que sólo aprovechan para capturar al desprevenido Petrenko y asesinarlo. Sus combatientes son luego distribuidos entre otras

unidades, mientras Néstor se lamenta de una infamia que deshonra la revolución.

En esos días, nuestro protagonista se reencuentra con otros comuneros de Guliaipole con los que intercambia las historias tristes de la retirada. Entre ellos está Nastia, su mujer, en avanzado estado de gestación y que le dará un hijo en breve. Éste fallecerá pronto y ella, creyendo muerto a su marido, regresará a Ucrania unida a otro compañero. Atrapado en el tiempo turbulento, Néstor dolorosamente decide emprender camino en solitario hacia Moscú, donde espera tomar el pulso a las convulsiones del momento. Poco antes de la partida, en un quiosco de Tsaritsyn encuentra un número reciente de *Anarquía*, un periódico de los libertarios de la capital, y lee con entusiasmo que han sido capaces de reorganizarse tras la dura represión sufrida hace unas semanas.

En barco Néstor llega a Sarátov; allí mantiene contactos con los ácratas locales, y se siente frustrado por la tendencia que observa a apoyar al Gobierno o involucrarse en conflictos entre las facciones que coexisten en éste. Arriba por entonces a la ciudad un grupo de doscientos cincuenta anarquistas de Odesa que, armados hasta los dientes, tratan de alcanzar el frente por Kursk. Los chekistas intentan desarmarlos y a los ucranianos no les queda más remedio que emprender viaje Volga abajo hasta Astraján. Néstor les acompaña. Cuando llegan a su destino él se emplea en el departamento de Propaganda. En la revista criptoanarquista *Pensamientos de la Gente Más Libre* de la metrópoli rusa del Caspio publica «Llamada», un poema escrito en la Butyrka, que firma Modest, su nombre de recluso: «(...) *Destruyamos todas las autoridades y sus cobardes imposiciones/ que nos arrastran al combate mortal*». En unos días, decide no posponer más su visita a la capital de Rusia, para después regresar cuanto antes a su tierra, según lo acordado en Taganrog. Así toma un pasaje hasta Sarátov y allí un tren que lo lleva a Moscú.

Junio de 1918 en Moscú: sobre poder, intelectuales y «revoluciones de papel»

En la capital nuestro ucraniano contacta con Piotr Arshínov, su viejo compañero de la Butyrka, que se ha convertido en un destacado intelectual del movimiento ácrata, editor de obras de Kropotkin. Esos días visita la Federación de Anarquistas, donde se elabora *Anarquía*, y conoce al poeta y teórico Liev Chorni, al que percibe, más que como el león negro de su apodo, como un débil gorrión atrapado en la tormenta; con él, notorio individualista, discute sobre la situación que se vive, y defiende la necesidad de que los libertarios se organicen para llevar su mensaje a las masas. También andan por allí el filósofo Alekséi Borovói y Judá Roschin, procedente del anarquismo terrorista pero que pasará pronto a buscar una síntesis de anarquismo y bolchevismo. Las conversaciones confirman a nuestro campesino en su convicción de que en la capital se vive una «revolución de papel», y le muestran lo irresistible que es la seducción del poder sobre muchos intelectuales.

Aconsejado por Arshínov, Majnó decide acudir a entrevistarse con Kropotkin, que reside en esos momentos en Moscú. La llegada del viejo revolucionario a Rusia hace ya casi un año fue recibida con alborozo en Guliaipole, a pesar del distanciamiento que había provocado el apoyo de éste a la Entente en el conflicto mundial. Luego les decepcionó que no tuvieran respuesta las cartas que le enviaron solicitando sus consejos, así como verlo en la presidencia de la Conferencia Democrática de toda Rusia de agosto de 1917 en Moscú, al lado de notorios reformistas como A. Kérenski o Yu. Mártov. La conversación que mantienen resulta, de todas formas, extraordinariamente estimulante para Néstor. El anciano responde amablemente a sus preguntas, y aunque se resiste a aconsejarle respecto a su partida hacia Ucrania a combatir por la revolución, por el riesgo terrible que esto comporta, en la despedida, pronuncia unas palabras que le impresionen vivamente: «*Sólo el altruismo, la firmeza de la mente y la voluntad decidida de avanzar hacia la meta son los rasgos que pueden iluminar la lucha*».

Ese mes de junio se celebra en Moscú un congreso de sindicatos textiles de cuyas sesiones es fácil concluir que son los partidos los que han tomado a su cargo el destino de los trabajadores, sin que éstos sean capaces de desarrollar sus propias estructuras e integrarlas en una sociedad armoniosa y libre. Disfrazada de «dictadura del proletariado», la dictadura de un partido sobre los obreros y los campesinos sólo preludia el desastre, porque estos últimos no han de tolerar imposiciones en un momento en que tienen en sus manos las riendas de su existencia. Es la época en que los SR-i son desplazados del poder por los bolcheviques, y nuestro anarquista razona que, a pesar de que los primeros cuentan con revolucionarios brillantes, como Mariya Spiridónova o Borís Kamkov, estas luchas son sólo conflictos de poder ajenos a la emancipación real de las clases explotadas.

Con el fin de mejorar las condiciones de su alojamiento en la capital, Néstor debe realizar una visita burocrática al Kremlin, y decide aprovechar la ocasión para tratar de mantener una entrevista con Lenin. Lo recibe primero su íntimo colaborador Yákov Sverdlov, presidente del Comité Ejecutivo Central de los Soviets, un talentoso organizador sin demasiadas ideas propias. Tiene treinta y tres años recién cumplidos, pero la gripe española se lo llevará en unos meses tras dar las órdenes para el asesinato de todos los miembros de la familia imperial retenidos en Yekaterinburg. Ignorante de la situación real en Ucrania oriental, cuando es informado de la disposición revolucionaria de las masas campesinas, el mandatario recibe la noticia con no disimulado alborozo, y escucha con atención las críticas

a la estrategia de las unidades de guardias rojos en la región, centrada en las vías férreas y descoordinada de los aldeanos. Tras contactar telefónicamente con Lenin, Sverdlov propone a Majnó que ambos conversen con él el día siguiente.

La memorable entrevista de los tres revolucionarios duró una hora. A las preguntas de Lenin sobre cómo se había recibido en Ucrania la consigna: «*Todo el poder para los soviets*», Majnó le transmite la satisfacción por una directriz que fue interpretada en sentido literal. Esto deriva en una discusión en la que él aboga por la libre organización de las masas, y critica, como el día anterior, las tácticas de los guardias rojos, desconectadas de ellas. Lenin parece transigir, y admite que con los que defienden ideas como ésas sería posible una cierta colaboración, pero enseguida le reprocha el desprecio de los anarquistas por los problemas del presente y su obsesión con un futuro utópico. A esto, Néstor contrapone la valentía de los campesinos en su lucha con la Rada Central y los austroalemanes, y aunque Lenin concede que tal vez esté equivocado, sus acusaciones hacen mella en él, que queda deprimido y alterado, y durante el resto de la conversación responde lacónicamente a las preguntas de su anfitrión. Al fin, cuando éste le ofrece ayuda para regresar a su tierra clandestinamente, la acepta complacido. Tras la reciente y violenta represión de los anarquistas de Moscú y otros lugares, resulta lógico que en la entrevista se transparente un fondo de tensión. En los instantes finales, Lenin se justifica de estos hechos aludiendo al «bandidismo» de los libertarios, lo que provoca una petición de las pruebas de él por parte de Majnó. Lenin argumenta que éstas existen, pero la llegada de Sverdlov en ese momento con una información que había ido a recabar interrumpe la conversación. La despedida es amable, pero tras las frases corteses es fácil ver que las espadas están en alto entre dos concepciones enfrentadas de la dinámica de la revolución.

Néstor conoce después a Jan Wacław Majaiski, lúcido analista de los desastres que trae a la revolución la «dictadura de los intelectuales». En esos últimos días en la capital, renuncia a aportar información para incriminar a sus antiguos verdugos de la Butyrka investigados por la Cheká, pues odia hacer leña del árbol caído, y acude a un mitin de Trotsky, a quien admira como orador. Siente ganas de partir y abandonar el antro de la «revolución de papel», un lugar donde los anarquistas son incapaces de ejercer su única misión digna en aquel momento crucial, iluminar a las masas en el camino de su liberación.

El 29 de junio Néstor parte en tren hacia Kursk, que bulle de anarquistas deseosos de regresar a su tierra. Allí sabe de las crueldades de los austroalemanes en Guliaipole, del incendio de su casa y el asesinato de su hermano mayor, Yemelián, inválido de guerra. Ya en Ucrania, en Járkov le sorprende desagradablemente la moda que se ha impuesto de expresarse en ucraniano, idioma que no domina. Le parece vergonzoso que los nacionalistas entiendan que la liberación de su país consiste en eso, y no en la emancipación de obreros y campesinos del yugo que les imponen los explotadores. Hay soldados austriacos por todas partes, y en Synélnykove se estremece cuando un amigo judío lo llama por su nombre. A partir de entonces extrema las precauciones y así logra al fin llegar a su tierra natal, con lo que concluye el segundo volumen de sus memorias.

Documentos de la Revolución majnovista (1917-1921). *Memorias de Néstor Majnó (y III): Revolución en Ucrania (junio a diciembre de 1918)*

Publicado en *Rebelión* el 8 de mayo de 2019

En el primer volumen de sus memorias, Néstor Majnó nos describía cómo los campesinos y obreros de la región de Guliaipole fueron capaces en 1917 de dotarse de una organización comunal y autogestionada que abría el camino de una profunda transformación social. Sin embargo, la capitulación de Brest-Litovsk en febrero de 1918 y la acometida subsiguiente de los ejércitos austroalemanes y sus lacayos ucranianos, supuso la vuelta de los viejos amos y una salvaje represión que asesinó y llevó al exilio a muchos revolucionarios. Entre los que lograron huir estaba nuestro protagonista, que en el segundo volumen de sus memorias nos relata sus andanzas por la Rusia en guerra y su visita a Moscú.

De regreso en su tierra a comienzos de julio de 1918, Néstor Majnó organizó una audaz guerra de guerrillas contra los ocupantes y sus cómplices, y ésta fue capaz de alcanzar éxitos notables al contar con el apoyo de los campesinos. De esta forma, el armisticio del mes de noviembre y la retirada de los invasores dejaron en Ucrania oriental lo que ya podemos considerar el embrión de un ejército curtido y bien pertrechado y estructurado, brazo armado de las masas populares: lo que la historia conocerá como el Ejército majnovista. Estas luchas se recogen en el tercer y último volumen de las memorias de Néstor Majnó: *Revolución en Ucrania (junio a diciembre de 1918)*, libro cuyo original en ruso vio la luz póstumamente en 1937 con una breve introducción de Volin.

Julio y agosto de 1918: organización de las guerrillas

En las amplias estepas y en las aldeas de Ucrania oriental reina la contrarrevolución que han traído en la punta de sus bayonetas los ejércitos austroalemanes y sus secuaces de la Varta, la guardia nacional del títere que ahora ostenta el poder en Kíev, el atamán Pavló Skoropadski. Es también

un nacionalista ucraniano, como lo era la Rada Central que gobernó el país desde abril de 1917 hasta finales de marzo de 1918, pero ésta fue disuelta por no ser suficientemente complaciente con los invasores.

Nuestro protagonista, recién regresado clandestinamente a su tierra, es consciente de que le toca asumir un papel director en esta nueva fase, pero debe medir cuidadosamente sus pasos. El 4 de julio pone su firma en una carta a los campesinos de la que pronto circulan por la región decenas de copias. En ella hace un llamamiento a la resistencia contra el invasor y a la lucha por los ideales de la revolución social.

Escondido en una localidad próxima a Guliaipole, Néstor arde en deseos de acercarse a abrazar a amigos y parientes. Muchos le aconsejan prudencia, pero a mediados de agosto acude allí de incógnito y extremando las precauciones. La noticia de las numerosas ejecuciones sumarias no lo desmoraliza, y trata de calmar los sentimientos antisemitas que afloran por la traición de la compañía judía que desencadenó el desastre. Enseguida se organizan grupos guerrilleros y emprenden acciones contra los destacamentos enemigos y los terratenientes que regresaron a sus antiguas posesiones.

La subsiguiente represión, obliga al líder a buscar refugio en Ternovka, al norte de Guliaipole, pero esta última ciudad es la elegida para un golpe de efecto. Él y otro compañero, Isidor Lyuty «Petya», ambos disfrazados, se disponen a volar el cuartel general allí de los austroalemanes, cuando la presencia de mujeres y niños entre las posibles víctimas hace que Néstor suspenda la operación, no sin que le cueste trabajo convencer a Petya del cambio de planes.

Septiembre a diciembre de 1918: el nacimiento de un ejército

Las guerrillas son cada vez más numerosas y contundentes, al tiempo que su armamento mejora con lo que van capturando. Montando una ametralladora en un carro tirado por dos a cuatro caballos nace la «tachanka», elemento decisivo a partir de entonces en todas las operaciones. A finales de septiembre, el destacamento de Majnó, que vaga por campos y aldeas, acechado por sus enemigos, en un golpe de audacia consigue ocupar Guliaipole varios días. Allí imprimen miles de proclamas revolucionarias y despachan telegramas a toda Ucrania informando de la liberación de la ciudad y llamando a la insurrección. Los austroalemanes toman posiciones en los alrededores, y cuando atacan desde el sur, los majnovistas se enfrentan a ellos, pero en unas horas optan por retirarse ordenadamente.

Al día siguiente, en la localidad de Dibrivka, el grupo de Néstor contacta con el que capitanea Fiódor Schuss —anarquista que sirvió en la marina durante la Gran Guerra—, sesenta hombres bien armados y camuflados con uniformes de la Varta. Deciden unirse y acometer empresas más ambiciosas, contando también entre sus enemigos a las unidades blancas del Don y el Kubán que pretenden controlar la región. Después de un llamamiento a la población, los insurgentes son casi mil quinientos, dispuestos a todo aunque con armas sólo para uno de cada cuatro. El 30 de septiembre consiguen aplastar a fuerzas austriacas muy superiores en las inmediaciones de Dibrivka, y es entonces cuando todos comienzan a llamar a Néstor, «Batko» —padrecito en ucraniano—, mientras centenares de campesinos acuden a engrosar las filas de los rebeldes. Tras la victoria, los miembros de la Varta y de las bandas de propietarios fueron fusilados sin pensarlo dos veces, pero a los soldados austriacos se les envió a casa con provisiones para el camino, aunque desarmados y sin gorro; esto es, desmovilizados.

Sin embargo las tornas cambian a los pocos días, cuando el enemigo contraataca con fuerzas muy superiores. Queman Dibrivka y masacran a sus gentes, mientras los insurgentes, impotentes, se ven obligados a retirarse. En Gavrilovka e Ivanovka, aldeas próximas, éstos ejecutan su venganza en los terratenientes a los que responsabilizan de lo de Dibrivka. Es el momento feroz del ojo por ojo, y *Smiert* («muerte») será el primer eslogan que los majnovistas escribirán en sus banderas negras, como una condena de los verdugos de la revolución, enemigos del pueblo trabajador. No obstante, tras la orgía de destrucción, la mente se aclara y el corazón exige que se evite cualquier crueldad innecesaria. En el contexto de una guerra en que la ejecución de los prisioneros era casi la norma, los majnovistas destacarán, de acuerdo con las fuentes primarias disponibles, por su relativa moderación.

Corre ya en el mes de octubre y la guerrilla de Néstor Majnó extiende la llama de la revuelta por todas las aldeas de la región; griegos y tártaros reciben también el mensaje. A los terratenientes se les desarma y se les exigen contribuciones; los que esconden armas son fusilados. Con esto y las victorias, el arsenal aumenta, mientras los efectivos se multiplican por el entusiasmo de los campesinos. En ocasiones, éstos se niegan a asumir el control de pequeñas empresas, por miedo a represalias, y se decide entonces dejarlas provisionalmente en manos de sus propietarios, pero con obligación de aplicar tarifas mínimas. Aún en octubre, los majnovistas ocupan Guliaipole, cuya población les apoya mayoritariamente. En esos días, los más destacados elementos de la reacción, culpables de crímenes contra el pueblo, son ejecutados, aunque se intenta evitar una espiral represiva.

El 15 de noviembre de 1918, los majnovistas cosecharon una penosa derrota militar. Mientras estaban acantonados en la aldea de Temirovka, una patrulla detuvo a un reconocido kulak que merodeaba, pero cuando declaró que había venido a solicitar permiso para el paso de una comiti-

va nupcial por el pueblo se le dejó libre. Al cabo de media hora, un regimiento de tiradores húngaros, informado de todos los detalles de la defensa, atacó por sorpresa y consiguió un éxito aplastante. Casi la mitad de los trescientos cincuenta miembros del destacamento perdieron allí la vida, y el Batko y dos de sus lugartenientes, Simon Karetnik y Fiódor Schuss, resultaron heridos. No obstante, las noticias de estos hechos fueron un detonante para el incremento de la insurgencia en toda la región. Los campesinos comprendían que había llegado la hora decisiva del combate a muerte.

En este mismo mes de noviembre, tras la firma del armisticio que pone fin a la guerra mundial, Pavló Skoropadski es depuesto en Kíev y los nacionalistas ucranianos de Simon Petliura forman Gobierno. Una amnistía permite regresar a casa a los detenidos anarquistas, entre ellos un hermano de Néstor, Saveli. Ante estos cambios, los majnovistas dejan claro que su postura sigue siendo la misma, irreductiblemente por la emancipación y el autogobierno de las masas campesinas y contra cualquier engendro estatal que pretenda imponer sus directrices.

Al final del libro encontramos a los insurgentes enriquecidos con el armamento abandonado por los ocupantes en su retirada y dotados de una estructura militar robusta y federada, pero enfrascados en una lucha en varios frentes contra todos los enemigos que aún amenazan la revolución. Los responsables de cada sector son elegidos democráticamente.

Una gesta que es imprescindible recordar

El hilo del relato se interrumpe cuando el primer golpe contra la revolución de los trabajadores de la orilla izquierda del bajo Dniéper ha sido superado. Sin embargo, otros enemigos poderosos tomarán el relevo; los petliuristas y los blancos ya desde ese momento, y en unos meses, el Ejército Rojo. Todos ofrecerán ocasionalmente alianzas contra adversarios comunes, pero sólo serán aceptadas las de estos últimos, por dos veces, y únicamente para ver cómo, cuando el peligro era conjurado, los bolcheviques volvían sus armas contra los libertarios. Finalmente, fueron los que tenían la desfachatez de nombrarse «poder soviético» los verdugos definitivos de los soviets libres y democráticos de Ucrania, ya en el año 1921.

Huérfanos de las palabras del protagonista principal de los hechos, podemos acudir a las de otros que los vivieron a su lado. Piotr Arshínov (1886-1937) publicó en 1924 su *Historia del movimiento majnovista*, que es la fuente primaria más minuciosa y solvente de que se dispone. Uno de los lugartenientes de Néstor, Víktor Belash (1893-1938), que continuó la lucha tras el exilio de éste y fue detenido por los bolcheviques, pergeñó en las mazmorras de la Cheká unas memorias que fueron completadas por su hijo Aleksandr y editadas en ruso en 1993 en Kíev: *Dorogi Néstora Majnó (Los caminos de Néstor Majnó*), un documento valiosísimo que desgraciadamente aún no ha sido traducido. Hay que decir también que hasta el momento el trabajo historiográfico más riguroso sobre la revolución majnovista es el de Alexandre Skirda. Su última versión, en inglés y actualizada hasta 2004, *Nestor Makhno, anarchy's cossack*, contiene un análisis exhaustivo de las numerosas, pero dispersas y a menudo contradictorias, fuentes disponibles, y logra alumbrar el derroche de voluntad y sufrimiento de aquella gesta memorable.

Tras exiliarse en Rumanía y luego en Polonia, donde lo persiguen las añagazas «soviéticas», fue por fin en Francia donde nuestro Batko encontró un refugio seguro en 1925, pero la tuberculosis que llevaba dentro todo ese tiempo sólo lo dejó vivir hasta el 25 de julio de 1934. Sus cenizas reposan en el cementerio Père-Lachaise de París, y su recuerdo permanece poderoso en el corazón de todos los que siguen buscando caminos para la emancipación del ser humano.

Los caminos de María Nikíforova

Publicado en *Rebelión* el 21 de mayo de 2019

Las fuentes disponibles revelan ciertas características bastante sorprendentes del Ejército majnovista, y una de las más notables es la extrema juventud de sus miembros, la mayoría de los cuales eran varones menores de veinticinco años. No quiere decir esto, sin embargo, que el resto de la población no participara en la lucha, pues todos colaboraban en el flujo de información sobre los movimientos del enemigo y en la custodia del armamento escondido por aldeas y campos. Las mujeres fueron esenciales en esto, y también en las unidades médicas que atendían a los heridos. En el verano de 1919, cuando los majnovistas tuvieron que retirarse ante la acometida del Ejército Voluntario de Denikin, muchas decidieron marchar con ellos, temerosas de lo que les esperaba a manos de los blancos.

Hay que decir además que algunas revolucionarias participaron activamente en los combates en el campo anarquista, y con las armas en la mano defendieron la libre organización de los explotados. Entre éstas, María Nikíforova ocupa un lugar muy destacado por su papel protagonista en muchos hechos de armas trascendentales de la revuelta de Ucrania, y por las extraordinarias cualidades que puso al servicio de la revolución en una época en que ésta arrancaba pujante, pero al mismo tiempo debía enfrentarse a enemigos poderosos y encarnizados.

Contra la autocracia: primeras cárceles y exilio

Suele admitirse que María (Marusia) Grigórievna Nikíforova nació en 1885 en Aleksandrovsk (hoy Zaporiyia), ciudad ucraniana en el curso bajo de Dniéper, pero poco se sabe de su familia. Lo que parece confirmado es que cuando el siglo cambió ya se ganaba la vida en la ciudad ejerciendo diversos oficios y que muy pronto comenzó a militar en un grupo de anarcocomunistas que practicaban acciones terroristas. En el año 1908, detenida tras un atentado en el que resultaron muertos un cajero y un policía y se expropiaron dieciocho mil rublos, es condenada a la pena capital, aunque ésta es conmutada luego, por su juventud, a veinte años de trabajos forzados; tras una temporada en la fortaleza de Pedro y Pablo, es enviada a Siberia para cumplirlos.

Marusia consigue escapar de su reclusión y llegar a Vladivostok, y en un periplo que recuerda al de Bakunin medio siglo atrás, embarca para Japón y de allí a los Estados Unidos. Tras una breve estancia en estas tierras, en la que publica con seudónimo artículos en las revistas ácratas en lengua rusa de Nueva York y Chicago, en 1912 la tenemos ya de regreso en Europa, concretamente en Francia. Al año siguiente visita España, y participa en un atraco en Barcelona, pero resulta herida y ha de atravesar otra vez los Pirineos. Aún en 1913 y residiendo en París, descubre su pasión por la pintura y la escultura y acude a una escuela de arte, contrae matrimonio con el anarquista polaco Witold Bzhostek, y conoce a Vladímir Antónov-Ovséienko, un exiliado político que andando el tiempo se convertirá en importante jerarca bolchevique, hasta su fusilamiento en 1939.

Con el estallido de la Gran Guerra, nuestra revolucionaria está entre los libertarios que, como Piotr Kropotkin, toman partido por la Entente, y esto la lleva a una escuela militar francesa en la que se gradúa como oficial. No obstante, cuando destinada en Salónica le llega la noticia de la Revolución de Febrero en Petrogrado, no se lo piensa dos veces y se encamina allí a arrimar el hombro en el prometedor proceso que acaba de arrancar.

Julio de 1917 a enero de 1918: revolución en Rusia y Ucrania

Durante las jornadas de julio en la capital, Marusia despliega una intensa actividad de apoyo a la revuelta y acude a Kronstadt a arengar a los marinos. Cuando el intento fracasa, perseguida por la policía, decide que es un buen momento para regresar a su tierra y así la tenemos pronto en Aleksandrovsk. A finales de agosto, la noticia del intento de *Putsch* de Kornílov contra Petrogrado le llega mientras da un mitin en Guliaipole junto a Néstor Majnó. A partir de esos días decisivos, colabora con el Bloque de Izquierdas (BI) contra los nacionalistas ucranianos de la Rada Central (RC) y los partidos reformistas. En septiembre, Marusia es encarcelada, pero se consigue que sea liberada, mientras los revolucionarios cada vez controlan la situación más firmemente.

Tras el golpe de octubre en Petrogrado, en Kíev el Gobierno nacionalista de la RC se niega a reconocer al que se ha constituido allí y en cada ciudad de Ucrania los soviets se van alineando con uno u otro bando, al tiempo que fuerzas armadas del BI, apoyadas por anarquistas, irrumpen en el país. En esos días de otoño, Marusia organiza destacamentos de guardias negras en Aleksandrovsk y Yelizabetgrad (hoy Kropyvnytsky), que resultan decisivos para controlar estas localidades. A finales de diciembre, se logra lo mismo en Járkov y Yekaterinoslav (Dnipró). En cada uno de estos casos, se producen unos hechos que van a quedar asociados al nombre de Marusia Nikíforova: tras la ocupación de una ciudad, las mercancías de las tiendas y comercios se reparten entre los habitantes más pobres, como un acto de reparación y dilapidación simbólica de la acumulación capitalista.

La elocuencia de Marusia ante las masas, su entrega revolucionaria y su talento organizativo eran bien conocidos, pero estos momentos brutales alumbran también su capacidad militar. En enero de 1918, con el apoyo de su amigo parisino Antónov-Ovséienko, que se ha convertido en comandante de las fuerzas soviéticas en Ucrania, Marusia pone en marcha la «Druzhina ("destacamento") de combate libre», un tren blindado equipado con artillería y unidades móviles de caballería y tachankas, al que se une un contingente de marineros de la flota del mar Negro, combatientes formidables. Pronto el convoy, adornado con banderas negras, está en movimiento por los caminos de hierro de Ucrania, sembrando el terror entre los enemigos de la revolución. Ese mismo mes de enero, Crimea es ganada para la causa proletaria, y Yalta, Sebastopol y Feodosia aportan nuevas fuerzas a la Druzhina, que a finales de mes está de vuelta en Yelizabetgrad. Sin embargo, aquí, la inmediata expropiación de la burguesía que Marusia preconiza no es bien vista por las autoridades bolcheviques locales que «amablemente» la invitan a dejar la ciudad.

Febrero de 1918 a septiembre de 1919: el final del sueño

La capitulación de Brest-Litovsk voltea la rueda desastrosamente para los revolucionarios ucranianos. Los ejércitos austroalemanes, con más de medio millón de combatientes, comienzan la ocupación del país y una represión sistemática que costará la vida a ochenta mil campesinos hasta su retirada en noviembre. Cuando, tras la huida de los bolcheviques, los contrarrevolucionarios toman Yelizabetgrad, Marusia regresa con todos sus efectivos y les planta cara. A finales de febrero se produce una lucha desesperada por la ciudad que enfrenta a los anarquistas y las unidades del BI que se van incorporando, contra fuerzas guberna-

mentales, mejor equipadas, incluso con aviación. No obstante, los rojinegros consiguen al fin imponerse y controlarán la ciudad hasta el 19 de marzo, tres días antes de la llegada de los alemanes.

Poco podían en Ucrania los 30 000 combatientes revolucionarios contra sus pujantes enemigos. En la penosa retirada, cuando la Druzhina confluye con destacamentos bolcheviques, se producen intentos de desarmarla que son esquivados. Los anarquistas deciden entonces acudir a Aleksandrovsk, para tratar de defender la ciudad. Aquí sí se alegran los bolcheviques, que a duras penas se mantienen en ella, de ver a Marusia y sus aguerridas gentes. Corre ya el mes de abril y la Druzhina combate heroicamente. El día 18 es la última unidad en retirarse cuando entran los alemanes.

Taganrog era el punto de encuentro de los revolucionarios ucranianos expulsados en aquellos días en que la caza de anarquistas por parte de los bolcheviques se había desatado ya por todo el país. Cuando llega a la ciudad, la Druzhina es desarmada y Marusia puesta bajo arresto. Enjuiciada por supuestos pillajes y un patético cargo de haber abandonado el frente, llueven telegramas de apoyo a la encausada, incluso de prominentes bolcheviques como Antónov-Ovséienko, y al fin se consigue que sea absuelta y la Druzhina rearmada. Toma ésta entonces un peligroso camino hacia el norte, por las tierras del Don recorridas por destacamentos de cosacos aliados de los blancos, pero poco se sabe de ella en los meses siguientes. Ya a finales de año, se tiene constancia de que participó en una operación contra los blancos que habían tomado Odesa tras la retirada de los austroalemanes. La ocupación fue breve, pero Marusia la aprovecho para dinamitar la cárcel de la ciudad.

El desarme definitivo de la Druzhina se produjo en Sarátov. De allí Marusia es enviada a Moscú para ser juzgada por «pillajes», «desobediencia a las autoridades soviéticas» y «desorganizar el frente». Los amigos se vuelcan con ella y la sentencia, publicada en *Pravda* el 25 de enero de 1919 es considerablemente benigna para lo que se estilaba: seis meses sin poder ocupar puestos de responsabilidad. Tras leerla, la reprobada viaja a Guliaipole, donde la autoorganización de las masas está alumbrando una nueva sociedad, pero sus dirigentes tratan de mantener un equilibrio, que se sabe precario, con los bolcheviques, y le piden que acate los términos de la sentencia. Ésta además se logra que se acorte durante la visita de Liev Kámenev en mayo, y Marusia decide ir a Berdyansk, en el mar de Azov y organizar allí un destacamento militar. Cuando esto resulta imposible, la alternativa que encuentra es volcarse en actividades terroristas.

En junio los majnovistas son puestos fuera de la ley por los bolcheviques. Marusia y Néstor mantienen por entonces un tenso encuentro en la estación de tren de Bolshói Tokmaj. Ella le pide dinero para la campaña de atentados que se propone comenzar, y cuando él se niega se encañonan con sus armas. Al fin el de Guliaipole acaba apoquinando doscientos cincuenta mil rublos y pidiéndole que desaparezca. El primer grupo, enviado a Siberia para dinamitar el cuartel general del almirante Kolchak, no logra su objetivo, pero el segundo, tras cambios de planes, reaprovisionamientos de fondos mediante atracos y captación de nuevos apoyos, consigue volar en Moscú, el 25 de septiembre, el edificio donde se celebraba una reunión del comité del Partido Comunista en la capital, matando a doce e hiriendo a cincuenta y cinco de sus jerarcas.

Un tercer grupo, del que formaban parte la propia Marusia y su marido, tenía como diana el cuartel general de Denikin en Rostov, pero el 11 de agosto ambos fueron reconocidos y arrestados en las calles de Sebastopol. A los pogromistas y violadores del Ejército Voluntario no les fue difícil encontrar cargos contra los dos revolucionarios y condenarlos a muerte. Ella, desafiante todo el juicio, sólo se rompió al despedirse de su compañero. Ambos fueron fusilados, pero no fue aquélla la primera vez que los periódicos anunciaron la muerte de la anarquista. Y los que tenían buenas razones para temerla o amarla no dejaron de presentir su reencarnación en otras Marusias que en los años siguientes, por tierras de Rusia y Ucrania, comandaron destacamentos al ataque bajo fuego enemigo y fueron también aniquiladas en su inmortal sueño de libertad.

Fue ella la que dijo una vez: «*Los anarquistas no prometemos nada a nadie. Sólo pretendemos que la gente sea consciente de su situación y tome las riendas de su destino*».

Documentación utilizada

Memorias de Néstor Majnó (1927, 1936, 1937).
Nestor Makhno-Anarchy's cossack. The struggle for free soviets in the Ukraine (1917-1921), de Alexandre Skirda (2004).
Atamansha. The life of Marusya Nikiforova, de Malcolm Archibald (2008).

Peregónovka: la batalla que ganaron los anarquistas y salvó a los bolcheviques

Publicado en *Rebelión* el 4 de junio de 2019

Tras la lucha agónica de los últimos meses en su tierra y largos años de encierro y asedio judicial en Rumanía y Polonia, es en abril de 1925 cuando, recién llegado a París, parece que Néstor Majnó podrá al fin disfrutar de un poco de sosiego. Francia hará honor en esta ocasión a su fama de lugar de asilo, pero en su paso por la prefectura de policía en la que se tramita su permiso de residencia, al tiempo que se

le comunica que éste se le va a conceder, no se le deja de recordar al anarquista ucraniano que sólo por su culpa fracasó la intervención aliada en la guerra civil rusa. Afortunadamente para él, esto no se va a tener en cuenta.

¿Era exagerada la afirmación del funcionario francés? Para responder a esta pregunta no tenemos más remedio que repasar lo ocurrido en el año 1919 en Ucrania oriental. La lucha a muerte entre el Movimiento Blanco y el Ejército Rojo que caracteriza la guerra civil rusa se complica en este sector por la presencia de otros dos elementos militares: las fuerzas de la República Popular de Ucrania, que lidera Simon Petliura, y el Ejército majnovista. Al final, en el duelo entablado entre los dos contendientes principales, los actores secundarios van a resultar esenciales. La batalla de Peregónovka, desarrollada el 26 de septiembre se considera el punto de inflexión donde se desvanecen las ilusiones del Movimiento Blanco de entrar en Moscú y ganar la guerra.

Todos contra la autogestión de campesinos y obreros

Corre ya el año 1919. El final de la Primera Guerra Mundial y la retirada de los ejércitos austroalemanes abren la posibilidad de una intensa labor constructiva para el movimiento de orientación netamente libertaria que ha tomado forma desde 1917 en Ucrania oriental y que, tras la implacable represión sufrida el año siguiente, se ha dotado ya de una potente estructura militar. Las relaciones con el Gobierno de Moscú son cordiales, y en enero de 1919 se firma un acuerdo de colaboración. Estos campesinos y obreros no conciben que la tarea organizativa que afrontan pueda acometerse de otra manera que por medio de congresos en los que delegados de todos los distritos y destacamentos contrastan opiniones y entre todos ponen las bases de la nueva sociedad.

Las dos primeras reuniones, en enero y febrero, se desarrollan con normalidad, pero ya en abril las sesiones de la tercera son alteradas por la recepción de un telegrama en el que Pável Dybenko, comandante de las fuerzas del Ejército Rojo en la región, declara al congreso «contrarrevolucionario» y pone fuera de la ley a sus promotores, amenazándoles con «*las más rigurosas medidas represivas*». Hay que decir además, que la alianza militar alcanzada con los bolcheviques va a ser pronto rota por éstos. La constitución y autoorganización de soviets libres y democráticos ha resultado ser un acto de abierta hostilidad al «poder soviético».

Los majnovistas, sin embargo, no están dispuestos a ceder a nadie las riendas de su destino. Continúan su labor, y para ello convocan a finales de mayo un cuarto congreso, al mismo tiempo que combaten sin desmayo contra los contingentes del Ejército Voluntario de Denikin que cada vez más pujantes amenazan desde el sur. El 2 de junio aparece un artículo de Trotsky titulado «Majnóvschina», en el que se acuña este término para referirse a la revuelta de los soviets libres de Ucrania y se ponen éstos fuera de la ley, tildándolos de «contrarrevolucionarios». Ese mismo mes, Antónov-Ovséienko, comandante del frente ucraniano del Ejército Rojo, que mantenía una postura conciliadora, es destituido tras enfrentarse con Trotsky en defensa de los anarquistas. Al que dirigió el asalto al Palacio de Invierno lo sustituye Ioakim Vatsetis, un excoronel del Ejército zarista.

Los bolcheviques atacan a los majnovistas y los obligan a luchar en dos frentes, pero pronto la ofensiva de los blancos resulta incontenible. En julio, éstos ocupan la zona asesinando, saqueando y violando, y una larga comitiva de fugitivos emprende el único camino posible, hacia el noroeste, más allá de la cinta azul del Dniéper. El Ejército Rojo ha abandonado la región y algunos restos de él se unen a los insurgentes.

Tras la penosa retirada, a finales de agosto, el Ejército Negro se reconstituye en Pomóshnaya. Son veinte mil combatientes, perseguidos por los blancos y próximos al sector que controlan los petliuranos, que se conforman con esperar a ver qué pasa. En las escaramuzas que siguen, la extrema movilidad de los majnovistas desconcierta y siembra el pánico en fuerzas muy superiores, pero en unas semanas son ya sólo ocho mil los que quedan; entre los caídos está Grigori, hermano de Néstor Majnó.

Planes y furia

El lazo se cierra en los alrededores de Umán. Parece que el fin está cerca. Yákov Slashchov, el general blanco a cargo de la campaña, desencadena un ataque frontal de ariete que arrastrará a los insurgentes contra el yunque que les ha preparado en Umán. Es una operación de exterminio. La aldea de Peregónovka va a ser la primera en recibir la acometida, pero allí Néstor Majnó va a demostrar que él también sabe tender trampas.

El 26 de septiembre muy de mañana, la infantería ataca desde la aldea hacia el este las posiciones de los regimientos blancos, pero pronto, muy inferior en número se ve forzada a regresar. Bajo una tormenta de fuego, todos y todas cogen armas para tratar de detener lo inevitable, pero en unos minutos sienten que los disparos del enemigo se ralentizan y se extinguen. Después sabrán que fue en ese momento cuando la caballería de Néstor Majnó, desplegada por los bosques y cerros cercanos durante la noche, mordió poderosa el flanco de los asaltantes en una carga irresistible y los obligó a retirarse en desorden.

Los relatos disponibles de oficiales blancos describen el caos de la huida. Los que no se suicidaron fueron ejecutados por los sables de los insurgentes, y cientos de cadáveres cubrían los caminos, aunque, así y todo, ciento veinte oficiales y quinientos soldados fueron hechos prisioneros. Se capturaron veintitrés cañones y más de cien ametralladoras, que serían esenciales en la explotación del éxito.

Fue entonces cuando el gran error estratégico de Antón Denikin quedó de manifiesto: el frente monstruosamente extendido que había creado, con sus unidades aisladas e incomunicadas, facilitaba enormemente los movimientos envolventes. En los diez días que siguen, los insurgentes, divididos en tres grupos, avanzan por toda Ucrania oriental, logran derrotar los pequeños destacamentos que encuentran y liberan diversas ciudades: Krivói Rog, Yelizabetgrad, Níkopol, Melitópol, Aleksandrovsk y Guliaipole. Toman también posesión de una importante red ferroviaria y dos puertos: Berdyansk y Mariúpol, por los que los aliados alimentaban al Ejército Voluntario. En esta amplia región, un gran número de partisanos se suman a sus filas, mientras los obreros y campesinos son convocados en todas partes a organizar su vida sin interferencia de ningún poder estatal.

El Ejército Voluntario, con sus avanzadas a doscientos kilómetros de Moscú, y que en esos momentos se preparaba para sentar sus reales en el Kremlin, descubre entonces que su retaguardia se ha convertido en un avispero. Y los jefes bolcheviques, que consideraban seriamente la posibilidad de huir a Finlandia, contentos a fin de cuentas de que su revolución hubiera durado más que la Comuna de París, ven cómo las unidades de élite del Ejército Voluntario, los cosacos de Konstantín Mamóntov y Andréi Shkuró, son llamadas al sur para tratar de contener el desastre.

Lo que viene después es historia repetida. No demuestran agradecimiento los comandantes del Ejército Rojo que regresan a Ucrania, sino que simplemente exigen otra vez que se cumplan sus órdenes sin rechistar. La represión que van a desencadenar en cuanto se les desobedezca va a asesinar esta vez a doscientos mil campesinos y obreros revolucionarios, y otros tantos serán deportados. No obstante, de nuevo Moscú ofrecerá tregua cuando los blancos, reconstituido su ejército al mando de Piotr Wrangel, amenacen en el otoño de 1920. Y otra vez, en cuanto el reto sea conjurado, volverá sus armas, en este caso además alevosamente, contra los majnovistas. Todos fieles a sí mismos hasta el final.

Momentos que deciden siglos

Algunos que vivieron los hechos sobre el terreno captaron la trascendencia de lo ocurrido aquel 26 de septiembre de 1919 en Peregónovka. G. Sakóvich era un oficial del Ejército Voluntario que no intervino en la batalla, pero se encontraba cerca en aquellas horas decisivas. En un artículo publicado en 1961, nos describe lo que sintió en el momento culminante del enfrentamiento: «*En un cielo alfombrado con nubes de otoño, percibíamos el humo y el estruendo de la artillería, y de repente... todo quedó en silencio. Todos sentimos que algo trágico acababa de ocurrir, aunque ninguno podía sospechar la enormidad del desastre. Ninguno de nosotros sabía que en aquel preciso momento, la Rusia nacionalista acababa de perder la guerra.* —Se acabó—, *dije, no sé por qué, al teniente Rózov, que se encontraba a mi lado.* —Se acabó—, *confirmó él sombríamente.*

Documentación utilizada

Historia del movimiento majnovista, de Piotr A. Arshínov (1924).

La revolución desconocida, de Volin (1947).

The anarchism of Nestor Makhno (1918-1921), de Michael Palij (1976).

Nestor Makhno-Anarchy's cossack. The struggle for free soviets in the Ukraine (1917-1921), de Alexandre Skirda (2004).

Nikífor Grigóriev: la guerra como oficio

Publicado en *Rebelión* el 19 de junio de 2019

En los artículos que recientemente vengo publicando en *Rebelión* sobre la Revolución majnovista, son varias las ocasiones en que Nikífor Grigóriev se ha cruzado en el curso de los acontecimientos. Sin embargo, temiendo perder el hilo de relatos ya por sí complicados, he preferido hasta ahora evitar mencionar a este personaje. El problema de estas «podas» a la historia es que, fatalmente, con ellas ésta se simplifica, y podemos acabar cayendo en un mecanicismo en el que todo sigue una línea bien definida e inevitable. La realidad, no obstante, tiene siempre la virtud de superar nuestros esquemas, y para ser algo más fiel a ella, presentaré aquí muy sintéticamente los hechos de la vida de este destacado militar, fundamental en la Ucrania de aquellos años, así como una discusión sobre el rol que desempeñó en diversos momentos.

Entre 1917 y 1921, hace ahora exactamente un siglo, en el este de Ucrania se desarrolló un movimiento revolucionario netamente libertario, que demostró su pujanza al enfrentarse a enemigos muy superiores y resistir briosamente sus acometidas, siendo capaz de regenerarse varias veces. La explicación de esto hay que buscarla en la identificación con este proceso de unas masas de campesinos pobres que en aquella lucha desesperada veían su única oportunidad de librarse de la penosa explotación que había caracterizado su existencia hasta entonces. Sin embargo, esto no surgió espontáneamente, y hay que decir que, como hemos visto en los artículos anteriores de esta serie, fue necesaria una profunda labor de concienciación y organización en todas las esferas de la vida para que esta historia fuera posible. Repasar la biografía de un personaje como Nikífor Grigóriev nos servirá para hacernos una idea de cómo hubiera sido la revuelta de Ucrania sin la coherencia ideológica que los anarquistas supieron dar al movimiento.

Militar de carrera

El que llegaría a ser un talentoso militar conocido como atamán Grigóriev (atamán era clásicamente el título de un jefe de cosacos) nació, probablemente en 1885, como Nychýpir Servétnyk en una pequeña localidad del oeste de Ucrania, aunque emigró luego a Grigórievo, cerca de Jersón, y acabó tomando de este topónimo el apellido con el que lograría notoriedad. Entregado muy pronto a la carrera de las armas, Nikífor sirve como voluntario ya en la guerra ruso-japonesa de 1904 y 1905, y es condecorado por su valor y promovido a alférez. Ejerce después funciones de policía, y con el estallido de la Gran Guerra, de nuevo voluntario en el frente, sigue cosechando medallas y alcanza el grado de capitán. Por esos años comienza a militar en el Partido de los Socialistas Revolucionarios (SR).

Con la Revolución de Febrero, Grigóriev apoya al Gobierno independiente de la Rada Central de la República Popular de Ucrania (Ukrainska Narodna Respública, UNR), que se constituye con una orientación socialista moderada, y sirve en el Ejército reorganizado por ésta como teniente coronel. Pero esto es sólo hasta abril de 1918, en que se produce el golpe de Estado de Pavló Skoropadski, respaldado por los imperios centrales. Nuestro protagonista se adhiere a él, y alcanza el empleo de coronel en su ejército. No obstante, en el verano se produce un giro importante en su trayectoria cuando decide dejar de acatar órdenes y se proclama jefe único de su propia hueste. En el año que le queda de vida se moverá en un baile desesperado, tramando sucesivamente alianzas con todos los contendientes en liza, lo que es mucho decir.

Señor de la guerra

Con el armisticio de noviembre de 1918, Grigóriev busca colaboración con el directorio con el que su viejo amigo Simon Petliura trata de reconstituir la UNR, y a su servicio combate en el este de Ucrania, ocupando Mykoláiv, Jersón, Ochákiv y Alioshki a los blancos. Pronto entabla relaciones con los SR ucranianos y cuando le llegan noticias de que la UNR va a pactar con los de Denikin para unir fuerzas contra los rojos, se niega a aceptarlo. Así, en enero de 1919 rompe con ella y tras conversaciones con Vladímir Antónov-Ovséienko, jefe del frente ucraniano del Ejército Rojo, integra sus fuerzas en éste. Esto es ya en febrero; nuestro caudillo dispone por entonces de cinco mil combatientes, con cien ametralladoras y diez cañones.

Las semanas que siguen hay luchas desesperadas contra los blancos a lo largo del frente Nikoláiev-Jersón y el 10 de marzo los de Grigóriev toman esta última localidad. Cae después Nikoláiev, y también Odesa el 8 de abril. Se solicita por entonces para él la orden de la Bandera Roja, pero los sucesos van a evolucionar rápido, porque a finales de ese mismo mes, el condotiero decide apoyar la agitación campesina contra requisadores y chekistas bolcheviques que hacen estragos en la región. Su proclama del 8 de mayo al pueblo ucraniano tiene una retórica que podría pasar por majnovista (libertad de conciencia, soviets libres, etc.), pero los tercos hechos nos hablan de brutalidad y violentos pogromos. Unidades bolcheviques se unen a este levantamiento que aglutina a veinte mil hombres, con setecientas ametralladoras, cincuenta cañones y seis trenes blindados.

El contraataque de los rojos no se hace esperar y en junio los rebeldes son ya sólo tres mil. Es entonces cuando el atamán busca el apoyo de Néstor Majnó, enemistado también con rojos y blancos, y cuyas fuerzas están en retroceso por la acometida de estos últimos. Tras negociaciones previas y la ejecución de dos oficiales de Grigóriev enviados a parlamentar con Denikin y que fueron detenidos por los majnovistas, por fin el 27 de julio, en la localidad de Séntovo (hoy Rodnikovka), en un gran mitin conjunto ante veinte mil combatientes de los dos bandos, los libertarios acusan a Grigóriev de sus pogromos y de andar en conversaciones con los blancos. Cuando los dirigentes se retiran para discutir sus diferencias en privado, el atamán, sintiéndose amenazado, echa mano a su pistola, y es tiroteado junto a su guardaespaldas. Algunos de sus hombres aceptan unirse a los majnovistas, pero muchos de ellos acabarán licenciados por su indisciplina y tendencias antisemitas. Otros, que optan por volver con los bolcheviques, combatirán después fieramente a los anarquistas para vengar a su caudillo.

Nikífor Grigóriev y Néstor Majnó: vidas poco paralelas en un tiempo demasiado violento

Nuestro protagonista cometió el error fatal de no considerar la intransigencia de los majnovistas en lo relativo a alianzas con los blancos. Los emisarios de éstos que llegaban con ofertas de colaboración eran sistemáticamente ejecutados, y las intenciones de Grigóriev de alcanzar un acuerdo con los irreconciliables adversarios ideológicos eran a ojos de los libertarios un delito de la máxima gravedad. Nos da la impresión de que los anarquistas sobreactuaban algo en su afán de mantener intacta su pureza revolucionaria. Estos razonamientos tan teóricamente irreprochables los llevaban luego, penosa e indefectiblemente, a aceptar envenenados pactos con los bolcheviques que al final eran siempre su perdición.

Grigóriev, evidentemente, era harina de otro costal. Encerrado en aquel anillo de fuego creado en torno a él, si no hubiera sido por su error de cálculo al aproximarse a los majnovistas, que conocían su historial, hubiera terminado con toda seguridad integrado en el Ejército Voluntario de Denikin, y encuadrado en él hubiera combatido a los bolcheviques con la competencia en el campo de batalla que repetidamente demostró. En la lucha a muerte entablada en aquel momento entre dos poderes brutalmente dictato-

riales, no había lugar para cualquiera que intentara mantener un resquicio de independencia. La desgraciada, aunque luminosa, crónica de la revolución majnovista es una prueba irrefutable de esto.

Hermanados por su talento militar, que los llevó a ser decisivos en la tempestad que quemó sus vidas; equiparados en la historiografía soviética, que así desacreditaba al anarquista con los excesos del oficial zarista, Grigóriev y Majnó, Majnó y Grigóriev son los dos rostros más carismáticos de la revuelta de Ucrania, sus protagonistas indiscutibles. Comparar sus trayectorias, analizar sus hechos, sus éxitos, sus crímenes y sus errores, más allá de demonizar a uno o canonizar a otro, puede servir para percibir cómo un proyecto revolucionario democrático y autogestionado, que logre organizar fraternalmente a las masas desposeídas, es realmente el instrumento para canalizar las energías desbocadas de la historia en una dirección de progreso social.

Documentación utilizada

Historia del movimiento majnovista, de Piotr A. Arshínov (1924).

La revolución desconocida, de Volin (1947).

Nestor Makhno-Anarchy's cossack. The struggle for free soviets in the Ukraine (1917-1921), de Alexandre Skirda (2004).

Documentos de la Revolución majnovista (1917-1921). Los últimos combates (1920 y 1921)

Publicado en *Rebelión* el 2 de julio de 2019

A finales de septiembre de 1919, con su triunfo en Peregónovka los majnovistas consiguieron sembrar el terror en la retaguardia del Ejército Voluntario de Antón Denikin y marcar un cambio de tendencia en la guerra civil rusa. A partir de ese momento y hasta finales de ese año, contemplamos su proyecto revolucionario en su máximo desarrollo, extendido por una amplia zona de Ucrania oriental. Sin embargo, como vamos a ver, el impulso constructivo va a encontrarse otra vez en esta ocasión con graves dificultades, porque este territorio es ambicionado tanto por los blancos, que instalados en Crimea no tardarán en recuperarse, como por los rojos.

Fieles a su modelo autogestionario de funcionamiento, los revolucionarios celebran varios congresos en los últimos meses de 1919. Éstos están dedicados principalmente a la organización del Ejército, que por entonces llega a alcanzar los ochenta mil combatientes. Se imponen fuertes impuestos a la burguesía y los bancos, y el dinero obtenido se destina a fines sociales, como hospitales, y se distribuye a las clases empobrecidas para atender a sus necesidades. Se estimula un movimiento de formación de soviets libres que tomen el control de la tierra, mediante comunas agrícolas, así como de las industrias, y que se organicen para modelar completamente la vida económica, pero al mismo tiempo se garantiza la libertad de asociación y expresión para todos los socialistas.

Los problemas, sin embargo, no se hacen esperar. La penosa epidemia de tifus que se extiende por la región, y mantiene a Néstor Majnó varios días entre la vida y la muerte, hace que para finales de diciembre el número de combatientes majnovistas quede muy mermado. Los primeros contactos con las unidades bolcheviques que llegan son amistosos, pero ya el 8 de enero, los insurgentes reciben la orden de acudir al frente polaco a luchar encuadrados en el Ejército Rojo. Declaraciones de los propios mandos de éste en aquellos momentos indican que esta orden era sólo el primer paso de una campaña de exterminio. De hecho, había llegado ya a los destacamentos una instrucción secreta con fecha 4 de enero ordenando el desarme de la población y la liquidación de las «bandas majnovistas». Rápidamente los que tanto contribuyeron a salvar la Unión Soviética se han convertido en una pandilla de delincuentes.

Enero a agosto de 1920: represión bolchevique

En el mes de enero comienza la represión de los majnovistas. Las tropas escogidas para ejecutarla están constituidas esencialmente por bálticos y asiáticos, que en muchos casos apenas hablaban ruso o ucraniano. Saveli, hermano de Néstor, es asesinado sólo por su parentesco con él. Piotr Arshínov nos habla de doscientas mil víctimas esta vez, entre muertos y mutilados, y de otros tantos deportados. No obstante, en los meses que siguen los insurgentes llevan a cabo una guerra de guerrillas desesperada contra las unidades bolcheviques que tratan de controlar la zona, requisadores y chekistas. N. A. Yefímov, oficial de alto rango por entonces en el Ejército Rojo, describe en sus memorias las malas expectativas que percibía en esta lucha para su bando, enfrentado a una insurgencia que contaba con el apoyo de los campesinos.

Entre mayo y julio, los majnovistas, organizados ya en dos contingentes que suman cuatro mil combatientes, consiguen importantes éxitos militares. Realmente parece que el coraje que se impuso en Peregónovka va en breve a doblegar también a los bolcheviques. Paralelamente a estos éxitos, hay una intensa labor de propaganda, a la que ayuda no poco que todo lo que es incautado a los requisadores se distribuya gratuitamente a la población. Frente a la política de aniquilación practicada por los rojos, los majnovistas dejan en libertad a los soldados detenidos, que muchas veces optan por unirse a ellos. Lo mismo llegan a hacer regimientos enteros, como el caso documentado del 522. En septiembre,

se calcula que son ya treinta y cinco mil los que luchan por los soviets libres.

Mientras tanto, el movimiento blanco se ha reorganizado en Crimea y el barón Piotr Wrangel ha asumido el mando en el mes de abril. Observando lo que ocurre en Ucrania, su sueño húmedo es una alianza con los majnovistas que tan contundentemente están tratando a los bolcheviques. Sin embargo, los emisarios que sucesivamente envía con propuestas, el último de ellos un coronel, son fusilados sobre la marcha. Los rojos por su parte, pasan en junio de urdir planes para asesinar a Majnó a intentos de acercamiento que culminan en agosto con una oferta formal de colaboración. Ésta es discutida en el Soviet de Insurgentes Revolucionarios sin que se logre un acuerdo, pero a continuación una asamblea general convocada al efecto vota tras un largo debate por aceptarla. Considerando la alcanzada a comienzos de 1919, ésta resulta ser la segunda entre los majnovistas y el Ejército Rojo.

Septiembre a noviembre de 1920: Segunda alianza con los bolcheviques y lucha contra Wrangel

El pacto se firma el 30 de septiembre y el 23 de octubre los majnovistas ya se hacen con Aleksandrovsk. En dos semanas liberan la orilla izquierda del Dniéper y llegan hasta el istmo de Crimea. En el mes de noviembre, los dos mil hombres que comanda Simon Karetnik resultan esenciales para expulsar a Wrangel de la península. El barón, de todas formas, logra salvar gran parte de sus tropas, y cien mil combatientes embarcan en los días siguientes desde distintos puertos. Muchos otros sin embargo, probablemente los menos involucrados en los crímenes de su siniestro ejército, deciden aceptar la generosa amnistía ofrecida por las autoridades soviéticas. Éstos fueron masacrados sin contemplaciones en breve: ametrallados en masa y ahogados en barcazas en el mar Negro; el número de víctimas osciló en esta ocasión entre trece mil y cincuenta mil según diversas fuentes.

Noviembre de 1920 a agosto de 1921: Los bolcheviques terminan el trabajo

Los majnovistas no se hacen muchas ilusiones para el futuro, ya que saben que el punto de la alianza que hablaba de concederles cierta autonomía no fue al final ratificado en Moscú, pero cargados de razón esperan que sea posible algún tipo de acuerdo. Es por esto que la rapidez y brutalidad de la represión desencadenada contra ellos tras la derrota de Wrangel no deja de sorprenderlos. El 26 de noviembre, el Ejército Rojo ataca Guliaipole de improviso con un insólito despliegue de fuerzas. Néstor Majnó consigue escabullirse y pronto reagrupa varias unidades insurgentes a las que se unen soldados rojos asqueados de la misión que se les ha encomendado. A los pocos días, se recaptura la ciudad.

En Crimea mientras tanto, según una versión, Simon Karetnik y su Estado Mayor son convocados a una supuesta reunión en Guliaipole y asesinados por el camino. Según otra, el bravo comandante perece en combate cuando sus tropas, rodeadas, son atacadas y diezmadas. No obstante, un grupo de unos cuatro mil se las arregla para escapar del cerco, probablemente ayudados por la pasividad de muchos bolcheviques de a pie que no comprenden que se trate así a esforzados y leales revolucionarios que acaban de ser decisivos en el descalabro de los blancos. Perseguidos y acosados por fuerzas muy superiores, trescientos supervivientes logran unirse cerca de Guliaipole al contingente principal que dirige Néstor Majnó.

La historiografía soviética se esfuerza en culpabilizar a los majnovistas de la ruptura del acuerdo, pero los hechos son tercos y el testimonio en sus memorias de Marcel Ollivier, un comunista francés que visitaba la zona en aquel momento, evidencia la magnitud de la felonía. Desde el Kremlin no pueden tolerar que alguien pretenda organizar su propia vida y no obedezca sus órdenes sin rechistar. El Ejército Rojo despliega ciento cincuenta mil hombres para exterminar a unos pocos miles de supervivientes majnovistas que ya no esperan nada y están preparados para seguir a sus hermanos, apostándolo todo a una carta, espoleados por la razón y la furia.

La estrategia de Mijaíl Frunze, que dirige las operaciones del Ejército Rojo contra el Batko, es acorralar a los insurgentes hacia el mar de Azov para acabar allí con ellos, pero esto no significa nada ante la astucia y la determinación de combatientes capaces de atacar de improviso, aniquilar a fuerzas muy superiores y desaparecer, tragados por la estepa. El 14 de diciembre derrotan a dos divisiones, y a los veinte mil hombres capturados les explican la situación en un mitin y les propone que se unan a ellos; los que no aceptan son enviados desarmados a casa.

La extrema movilidad, genialidad táctica y caballerosidad de los insurgentes con las tropas capturadas —no así con oficiales, comisarios y chekistas, que son fusilados— es consignada por oficiales soviéticos que dirigieron operaciones contra ellos. Semión Budionni por su parte, reconoce en sus memorias la reluctancia de los mandos bolcheviques a combatir a los majnovistas, lo que en ocasiones obligó a fusilar a los renuentes. Un caso interesante es el del comandante del Ejército Rojo Grigori Maslakov, que en febrero de 1921 se pasó a los libertarios con su brigada completa, aceptando con coraje un honroso destino de persecución y muerte.

A finales de diciembre los insurgentes, conscientes de su inferioridad en la lucha abierta, deciden dividirse en varios destacamentos que actúen independientemente. Así, Néstor Majnó se dirige al norte con dos mil hombres y cruza el Dniéper. En el corazón del invierno y acosado por fuer-

zas superiores recorre Ucrania entera hasta que en Bélgorod, en territorio ruso, consigue desembarazarse de ellas a finales de enero.

En marzo, con los marineros de Kronstadt también defendiendo sus libertades, unidades insurgentes llegan hasta el Don y el Kubán, a Járkov y a Vorónezh para tratar de extender la llama de la lucha por los soviets libres. Néstor Majnó que permanece en la región de Melitópol, es herido varias veces y en una ocasión sólo escapa de un cerco cuando los miembros de un grupo de élite de ametralladoras sacrifican sus vidas para que lo consiga. En mayo, los libertarios reagrupados realizan un intento de tomar Járkov, pero luego deben volver a separarse.

Acosado sin tregua, el Batko es informado en junio de la muerte en combate de Fiódor Schuss. Los más próximos a él van desapareciendo implacablemente y el mismo está herido, pero en esas semanas todavía es capaz de alcanzar con su destacamento en dos ocasiones la Rusia central. Por fin, en agosto se decide que abandone Ucrania temporalmente para reponerse. Le acompañan su esposa y un centenar de insurgentes. Tratan de llegar a Polonia, pero son obligados a desviarse hacia Rumanía donde se les interna en un campo. Al mando de Víktor Belash, los majnovistas continúan la lucha hasta el otoño de 1921 en que la mayor parte de ellos son capturados.

Documentación utilizada

Nestor Makhno-Anarchy's cossack. The struggle for free soviets in the Ukraine (1917-1921), de Alexandre Skirda (2004).

The anarchism of Nestor Makhno (1918-1921), de Michael Palij (1976).

La revolución desconocida, de Volin (1947).

Historia del movimiento majnovista, de Piotr A. Arshínov (1924).

Documentos de la Revolución majnovista (1917-1921). Los soviets libres de Ucrania en la historiografía soviética

Publicado en *Rebelión* el 18 de julio de 2019

Para desentrañar los hechos de la Revolución majnovista disponemos de las crónicas de algunos de sus protagonistas en los distintos bandos enfrentados, y de otros testimonios, más raros, de personas que no militaron en ninguno de ellos. Si a esto unimos la gran cantidad de documentos tales como: publicaciones periódicas, actas de congresos y reuniones, manifiestos y proclamas, queda completa la base fundamental para el conocimiento histórico de aquel proceso. A partir de estas fuentes primarias, numerosos autores han acometido la tarea de elaborar un relato de lo sucedido y alcanzar una interpretación de los factores que lo condicionaron, así como de su influencia en el contexto, enormemente complejo, en el que se enmarcaba.

Entre estos trabajos, un grupo esencial lo conforman los escritos de los historiadores soviéticos. La victoria de los bolcheviques en la que se denominó «Pequeña guerra civil» generó intentos de idear una explicación para el hecho misterioso de que una revuelta en una zona relativamente pequeña hubiera sido capaz de traer en jaque al Ejército Rojo durante tanto tiempo. Las conclusiones de estos autores se caracterizan, como veremos, por una desfiguración grosera del movimiento, atribuyéndosele rasgos carentes de base documental, pero que servían para justificar lo sucedido, al tiempo que descalificaban a los enemigos y excusaban la represión desencadenada contra ellos.

La mala noticia cuando tratamos de acercarnos a esta historiografía soviética sobre la Majnóvschina es que son textos difíciles de encontrar y que apenas han sido traducidos. La buena noticia es que diversos autores, y principalmente Alexandre Skirda, presentan resúmenes de estas fuentes en algunos trabajos que se citan al final de este artículo. Mi intención ha sido sólo sintetizar los datos que allí se aportan con el objetivo de despertar el interés de los lectores hacia las páginas que exponen el asunto con mayor detalle.

Un problema para abordar esta síntesis es que la imagen de la Revolución majnovista que nos proponen los autores soviéticos va variando con las vicisitudes de la historia de la propia URSS, y ello hace necesario tratar por separado las publicaciones que corresponden a los diferentes momentos de ésta. Nos encontraremos así, si se me permite el símil musical, con una sinfonía en cuatro movimientos, en la que algunos temas principales se repiten y entrelazan, al tiempo que las variaciones en el tratamiento de los motivos nos ilustran sobre la evolución del régimen.

Primer movimiento: años 20

En Rusia y Ucrania se distinguían en el tiempo de la revuelta varios grupos de campesinos: ricos (*kulakí* o *kulaks*), que explotaban el trabajo de otros; medios (*seredniakí*); pobres (*bedniakí*) y peones contratados (*batrakí*). Las fuentes primarias disponibles indican claramente que los majnovistas defendían los intereses de los más pobres a través de la expropiación de terratenientes y kulaks, y la formación de comunas rurales autogestionadas. Sin embargo, una acusación recurrente contra ellos va a ser un supuesto carácter de «movimiento de kulaks». Este infundio aparece por primera vez el 2 de junio de 1919 en un artículo de Trotsky, pero va tener un enorme éxito en la historiografía soviética posterior.

Los trabajos de esta primera época resultan valiosos, de todas formas, porque aportan gran cantidad de datos hemerográficos y documentales de sumo interés. La obra más rigurosa y fundamentada es la que publica en 1927 Mijaíl I. Kubanin, un miembro de la oposición de izquierdas que morirá en las purgas estalinistas, en 1941. Éste mantiene que el movimiento actuó correctamente y defendió los intereses de los campesinos más pobres durante 1918 (lucha contra la ocupación austroalemana) y 1919 (lucha contra los blancos), y sólo se descarrió a finales de ese año, cuando la influencia de los kulaks dentro de él propició la ruptura con el Estado soviético. Por otra parte, admite que hasta 1920 no existen evidencias de bandidismo ni saqueos de los majnovistas, sino que, por el contrario, este tipo de comportamientos fueron reprimidos con dureza por sus dirigentes.

Es Kubanin también quien descubre y edita un supuesto diario de la esposa de Néstor Majnó, que contiene graves acusaciones de ejecuciones sumarias por parte de los insurgentes. Éstas fueron rebatidas por el propio Batko en un artículo publicado durante su exilio en París. Posteriormente, Vladímir N. Litvínov, historiador sobrino de Maksim M. Litvínov, en un estudio sobre este documento realizado en 1990 concluye que se trata probablemente de una falsificación urdida por la Cheká.

Segundo movimiento: la era de Stalin

Hay que esperar bastante para que aparezca en la URSS un nuevo trabajo de cierta extensión sobre la Revolución majnovista. Ye. M. Yaroslavski en su libro de 1937 sobre el anarquismo en Rusia, traducido a varios idiomas, reconoce que el movimiento favoreció la lucha contra la reacción en algunos momentos, pero recoge las acusaciones más graves e infundadas sobre él para perfilar la imagen de unos bandidos-kulaks hostiles al «poder soviético» a los que no hubo más remedio que exterminar. De todas formas, Yaroslavski no deja de tender una mano a ciertas corrientes del anarquismo, principalmente anarcosindicalistas, que no dudaron en colaborar con el Gobierno de la URSS o, mientras él escribía, se planteaban asumir en España responsabilidades gubernamentales.

En la estela de este libro, la primera edición (1938) de la Gran Enciclopedia Soviética define la Majnóvschina como un «*Movimiento de kulaks, anarquistas y guardias blancos* (...)*, que practicó pogromos antisemitas, saqueos salvajes y asesinatos de comunistas*». Son ésos los años también en que Trotsky revisita el tema en algunos de sus últimos textos. El fundador del Ejército Rojo no es capaz de percatarse de que él mismo servía por entonces a la máquina brutal que ahora lo persigue y está a punto de destruirlo. Contra la losa suenan sólo las falsas monedas de siempre: kulaks, reaccionarios, bandidos, antisemitas...

Tercer movimiento: postestalinismo

Ciertamente, no podemos hablar de deshielo tras la muerte de Stalin para el asunto que nos ocupa. En su trabajo de 1964, I. Yá. Trífonov reproduce todos los clichés denigratorios mencionados, aunque capta el espíritu de su propio tiempo planteando por primera vez que la Revolución majnovista fue inspirada y organizada por el imperialismo internacional. Completa su labor con una crítica despiadada de los aspectos más positivos del análisis del ya asesinado Kubanin. Los escritos de S. N. Semánov (1968) y S. N. Kánev (1974) insisten sin ningún propósito de enmienda en las calumnias habituales. Resulta difícil comprender la incapacidad del sistema para realizar una revisión del pasado que en aquel momento seguramente hubiera sido posible sin que peligrara la vida del cronista.

Cuarto movimiento: rehabilitación

Hubo que esperar a la perestroika para que se produjera la rehabilitación de Néstor Majnó en la URSS. El 8 de febrero de 1989, Vasili Ya. Golovánov publica en la sección histórica de la influyente *Literatúrnaya Gazeta*, editada en Moscú por la Unión de Escritores, un artículo que rompe de forma contundente con la triste tradición que venimos refiriendo. A través de un refrescante retorno a las fuentes primarias, los infundios contumazmente vertidos sobre el movimiento son reconocidos como tales, y la responsabilidad de la ruptura en dos ocasiones de los acuerdos firmados entre majnovistas y bolcheviques es imputada con total claridad a estos últimos. Cae esta deuda en solitario sobre Trotsky para la represión del año 1919, y en 1920 se reparte entre el conjunto de los mandatarios del Kremlin. Néstor Majnó es presentado en este trabajo como el líder de un movimiento autogestionario de soviets libres y como un talentoso jefe militar que, contando con amplio apoyo popular, fue capaz de poner en jaque a enemigos muy poderosos, y sucumbió al fin sólo por la aplastante superioridad de los medios que el Ejército Rojo lanzó contra él.

Emociona pensar que esta rehabilitación se produjo a los pocos meses del centenario del nacimiento de Néstor Majnó, y nada nos impide imaginar que éste podría haber sobrevivido hasta ese momento, y estar entre los llamados a la nueva lucha en la que Rusia se lo jugaba todo otra vez. Mucho podía haber aportado allí su confianza absoluta en la capacidad del ser humano para organizarse libre y democráticamente en todos los reductos de la vida, y para construir una sociedad basada en la solidaridad, el diálogo y la federación. Sin embargo, otros impusieron sus mentiras en aquella encrucijada y al fin la libertad fue sólo la de los mafiosos para dominar y explotar a sus semejantes.

La apertura de los archivos de la Cheká en los años 90 posibilitó la recuperación de documentos imprescindibles de la Revolución majnovista, como las memorias de Víktor Be-

lash (1893-1938), figura militar esencial del movimiento, publicadas por su hijo Aleksandr en 1993. Hay que decir además que en la nueva Rusia, escritores e historiadores regresan cada poco a los hechos decisivos de aquellos años de vértigo a orillas del Dniéper. Son trabajos como *Tachankas del sur* (1997) del propio Golovánov, que a partir de una búsqueda concienzuda en los archivos militares, despliega potentes recursos literarios para transmitir al lector la esencia del movimiento majnovista. El historiador Aleksandr Shubin en 1998 aporta también nuevas fuentes que le sirven para elaborar una minuciosa biografía de Néstor Majnó, y alumbrar el sentido de su lucha y su carácter constructivo y humanista.

Documentación utilizada

Historia del anarquismo en Rusia, de Ye. M. Yaroslavski (1937).

The rehabilitation of Makhno, de A. Skirda (1989).

An unsolved mystery - The diary of Makhno's wife, de V. N. Litvínov (1990).

Nestor Makhno-Anarchy's cossack. The struggle for free soviets in the Ukraine (1917-1921), de A. Skirda (2004).

Néstor Majnó: caminos y luchas del exilio (1921-1934)

Publicado en *Rebelión* el 28 de agosto de 2019

Cuando abandona su tierra en agosto de 1921, a Néstor Majnó, cosido a heridas y enfermo de tuberculosis, le quedan trece años de vida que se repartirán entre un calvario de internamientos y amenazas judiciales en Rumanía y Polonia hasta 1925, y una relativa tranquilidad en Francia después, hasta su fallecimiento en 1934. En esta etapa final lo veremos alejado del protagonismo y la responsabilidad histórica que había recaído sobre él hasta ese momento, dedicado a escribir, a combatir prosaicas dificultades materiales, o enzarzado en discusiones teóricas con viejos compañeros. No obstante, su obsesión primordial será preservar la memoria y el buen nombre del proceso en el que tuvo un papel tan destacado.

Recordar la calma tras la batalla que significó este amargo exilio nos ha de ayudar a perfilar la personalidad del hombre que siempre estuvo detrás del líder carismático, y a interpretar así mejor algunos rasgos de la Revolución majnovista. Los datos presentados están extraídos fundamentalmente del monumental trabajo de Alexandre Skirda que se cita al final.

Rumanía (agosto de 1921 a abril de 1922)

Es a principios de agosto de 1921, cuando acosado por el Ejército Rojo e imposibilitado por sus múltiples heridas, Néstor Majnó toma la decisión, tras consultar con el resto de destacamentos insurgentes, de retirarse con el suyo a Polonia. Su mujer, Galina Kuzmenko les acompaña. Las dificultades de la huida sin embargo dan con todos en la «Gran Rumanía» de Fernando I, enfrentada a los bolcheviques, donde son internados en un campo. Aunque no existían relaciones diplomáticas entre los dos Gobiernos, el Kremlin exige enseguida la entrega del «bandido Majnó», petición que es rechazada por los rumanos, a pesar de que se les chantajea con el asunto de Besarabia, región que acaban de recuperar.

Para evitar su extradición, los reclusos se ven forzados a buscar el apoyo de los nacionalistas ucranianos (petliuristas), bien relacionados con los dirigentes de Rumanía y Polonia y de hecho asentados actualmente en este último país, pero éstos desconfían de su sobrevenido interés por la liberación nacional de Ucrania. En abril de 1922, ante una situación bloqueada y peligrosa, y con cierta aquiescencia por parte de los rumanos a los que no desagrada deshacerse de un huésped tan incómodo, Néstor Majnó escapa del campo con algunos de sus compañeros y consigue llegar a Polonia, donde todos son aceptados, aunque de nuevo se les interna.

Polonia (abril de 1922 a abril de 1925)

Los polacos comprenden perfectamente que Néstor Majnó es una buena baza en su conflicto con el Kremlin por el control de Ucrania, y le presionan para que alcance una alianza con los petliuristas, pero él se escabulle y se concentra en conseguir que se le permita viajar a Alemania o Checoslovaquia. Los bolcheviques por su parte, no tardan en ofrecerle un acuerdo para que trabaje para ellos liderando con apoyo soviético una revuelta en la Ucrania occidental que ha quedado en poder de los polacos tras el tratado de Riga de marzo de 1921. Aunque él rechaza esta envenenada oferta, desde Moscú se las arreglan para poner en manos de los polacos evidencias falsificadas de unas supuestas maquinaciones en este sentido, organizando un simulacro de intento de fuga a comienzos de agosto. Esto hace que, con Galina y dos compañeros, Néstor sea trasladado a la prisión de Varsovia y se instruya un proceso contra todos ellos por atentar contra la seguridad de Polonia.

La persecución judicial se prolonga hasta finales de 1923 y da lugar a muestras de solidaridad en todo el mundo. Tras la sentencia absolutoria, los acusados son liberados. En abril de 1925 Néstor, Galina y la pequeña Yelena Néstorova, nacida en prisión en 1922, consiguen reunirse en la capital de Francia.

París (abril de 1925 a julio de 1934)

La estancia de Néstor Majnó en Francia va a estar marcada por una relativa tranquilidad que contrasta con todo lo que ha sido su existencia hasta entonces. Se ganará la vida

con una gran variedad de oficios manuales, de tornero, pintor o zapatero a tramoyista en la ópera de París o mecánico en la Renault, pero su delicado estado de salud hará que el trabajo de Galina, en fábricas de zapatos, lavanderías o como empleada doméstica o en pequeñas tiendas, sea esencial en muchos momentos para la subsistencia de la familia. También recibieron algunas ayudas de anarquistas de todo el mundo, aunque según los minuciosos datos aportados por Skirda en su libro, estos fondos en los últimos años no siempre llegaron a sus destinatarios.

Inservible el sable, la pluma es ahora el instrumento de lucha para Néstor Majnó y ya en 1925, con Piotr Arshínov y otros exiliados, se las arregla para sacar adelante *Dielo Trudá (La Causa del Trabajo)*, una revista libertaria bimensual en lengua rusa de gran nivel teórico que llevará un artículo suyo en todos los números. Algunas de las ideas dominantes de esta publicación cristalizan en 1926 en un panfleto titulado *Plate-forme organisationnelle de l'union général des anarchistes (projet)*, en el que recogiendo las enseñanzas de la experiencia ucraniana se aboga por dotar al movimiento ácrata de una cierta organización que le permita funcionar óptimamente. Además de esto, Néstor trabaja en sus memorias, cuyo primer volumen aparece en traducción francesa en 1927.

Las críticas al proyecto plataformista no se hicieron esperar y sus más destacados detractores fueron Volin y Errico Malatesta, que veían en él un intento de bolchevizar el anarquismo. El enfrentamiento entre Néstor y Volin se vio agravado también por una agria polémica a raíz de un artículo del primero en el que rebatía afirmaciones del historiador ruso Mijaíl Kubanin y de pasada comentaba algunas inconsistencias de Volin que habían dado pie a las tesis de Kubanin. Esto fue tomado a la tremenda por Volin y provocó un vitriólico cruce de acusaciones en letra impresa que aniquiló la escasa amistad existente entre los dos anarquistas. El distanciamiento puede haber influido en el retrato que se da de Néstor en *La revolución desconocida*, con acusaciones para las que historiadores como Skirda, que ha estudiado concienzudamente los datos disponibles, no hallan fundamento.

En julio de 1927 el de Guliaipole recibió la visita de Francisco Ascaso y Buenaventura Durruti, prófugos de la dictadura de Primo de Rivera. Las crónicas del encuentro nos describen a un Néstor ya enfermo y debilitado, pero que se entusiasma ante la perspectiva de que su lucha renazca, y ahora además con la circunstancia favorable de un «*sentido de la organización*» que, un poco optimistamente, atribuye a los españoles, y según él podría marcar la diferencia con la experiencia de Ucrania. Llega a ofrecer su ayuda, con el coraje del que puede presumir de «*no haber rechazado nunca un combate*».

En 1931 Piotr Arshínov se reconcilia con los bolcheviques, y dos años después regresa a la URSS. Influyen en esta decisión, casi incomprensible, la ruptura con muchos viejos amigos por el asunto de la Plataforma, las quejas de su mujer, que no se adapta a la emigración, y la protección otorgada por un antiguo compañero de celda, Sergó Orzhonikidze, que se ha convertido en íntimo colaborador de Stalin. Tras el suicidio de su valedor en 1937, Arshínov será fusilado, con cargos, que quisiéramos creer, de «*intentar restaurar el anarquismo en Rusia*». La defección del viejo camarada fue el golpe de gracia para un Néstor Majnó en el estadio terminal de su tuberculosis. Vivió unos meses muy duros y al fin hubo de ser internado en el hospital Tenon, donde falleció el 25 de julio de 1934. Sus cenizas reposan en el cementerio Père Lachaise, muy cerca del Mur des fédérés donde están enterradas muchas víctimas de la represión de la Comuna de París de 1871.

Galina Kuzmenko y Yelena Néstorova trabajaron en Alemania durante la guerra mundial y luego fueron detenidas por el NKVD y enviadas a la URSS, donde Galina estuvo encarcelada hasta 1954. Después a las dos se les asignó residencia en Taraz (Kazajistán) y allí vivieron hasta sus fallecimientos en 1978 y 1993 respectivamente. Semánov, el historiador soviético, que entrevistó a Yelena en 1968, nos habla de una mujer atractiva con fuerte acento francés, amargada por las persecuciones y sinsabores que su origen le había regalado a lo largo de toda su existencia, y con amables recuerdos de un padre cariñoso en una casa siempre llena de gente, libros y periódicos.

Documentación utilizada

Nestor Makhno-Anarchy's cossack. The struggle for free soviets in the Ukraine (1917-1921), de Alexandre Skirda (2004).
Durruti en la Revolución española, de Abel Paz (2004).
Souvenirs sur Nestor Makhno, de Ida Mett (1984).
La revolución desconocida, de Volin (1947).
Historia del movimiento majnovista, de Piotr A. Arshínov (1924).

Antología de escritos de Néstor Majnó

Publicado en *Rebelión* el 24 de octubre de 2017

El siglo XIX alumbró dos proyectos para la emancipación de la clase trabajadora que tuvieron posibilidad de cristalizar en la centuria siguiente. Sin embargo, mientras en ésta son frecuentes las experiencias que proclaman su fidelidad a la estrategia propuesta por Karl Marx, las que se reivindican herederas de la tradición libertaria son mucho más escasas. Entre ellas, ocupa un lugar destacado la revuelta de Ucrania, liderada por Néstor Majnó, que fue relatada por algunos de sus protagonistas, como Piotr Arshínov

o Vsévolod Eijenbaum «Volin». La obra que reseñamos, editada por Descontrol en 2014 constituye un esfuerzo por ofrecer en castellano una recopilación de escritos del hombre de acción que fue Néstor Majnó. Se trata de artículos publicados entre 1925 y 1932, muchos de los cuales pueden leerse en la web nestormakhno.info.

En el texto más extenso recogido en el libro «El abecedario del anarquista revolucionario» (1932), Majnó defiende con coraje el proyecto de una sociedad sin opresión, e insiste en que la clave para alcanzarla es la superación de la psicología servil que encadena al hombre. Se trata de comprender que estamos ante una lucha que compete a todos para organizarnos fraternalmente y destruir el andamiaje de explotación que es hoy la vida, pero sin caer en el error de sustituirlo por un sistema como el soviético, que niega la libertad. Otro artículo es un alegato contra las acusaciones de persecución de judíos por parte del movimiento que lideró, vertidas en publicaciones próximas a los bolcheviques. Se incluye también una carta a los anarquistas españoles, a los que en 1931 estimula a una acción decidida para fortalecer la organización de las masas y llevarlas a la revolución: «*¡Golpead mientras el hierro está caliente!*»

Varios fragmentos insisten en la frustración ante la Rusia soviética, donde el autor no encuentra una hegemonía de obreros y campesinos, sino una estructura estatal apenas diferente de otras, y en la que se ha renunciado a la idea de igualdad, con los bolcheviques como nueva clase burguesa. En este sentido, le resulta especialmente dolorosa la subordinación del mundo rural al poder centralizado. Hay también un recuerdo emocionado para la insurrección de Kronstadt en su quinto aniversario, y reflexiones sobre la disciplina revolucionaria, trabazón fraternal imprescindible en la batalla entablada. La obra concluye con dos cartas a Malatesta de 1929 y 1930, en las que Majnó asume la defensa de una responsabilidad colectiva en el movimiento anarquista, que debe dotarse según él de estructuras estables y tácticas unificadas, más allá de los grupos de propaganda que predominaban en aquel momento.

El ejército de campesinos, obreros e intelectuales que Néstor Majnó fue capaz de organizar en Ucrania alcanzó algunos de los mayores éxitos de la historia para el ideal anarquista de una sociedad sin explotación. Sus tácticas y la brillantez estratégica de su líder consolidaron un control sobre amplias regiones con grandes núcleos urbanos donde se puso de manifiesto lo que es posible construir desde una perspectiva que considera al hombre libre y dueño de su destino. Blancos y rojos frustraron las esperanzas de que aquello fructificara, pero las palabras del protagonista principal de aquel combate siguen aportando hoy a la foto en sepia de las primitivas ametralladoras en carros de caballos de la guerra civil rusa, un grito de coraje y un mensaje ineludible de organización y lucha sin cuartel por la liberación del ser humano.

Néstor Majnó: el hombre y el mito

Publicado en *Rebelión* el 9 de septiembre de 2019

En los ámbitos hispanos, no hace falta que nadie nos explique lo que es una guerra civil, pero hay que reconocer que la que se desarrolló en Rusia entre 1917 y 1922 supuso un cataclismo de proporciones difíciles de imaginar. Estamos hablando de un conflicto en el que la ejecución de prisioneros era casi la norma, y en el que a los millones de muertos en las campañas militares hay que sumar muchos millones más en una secuela apocalíptica de represiones, hambrunas y epidemias. Bertrand Russell, que estuvo allí unas semanas en la primavera de 1920 y trató de entender lo que ocurría, nos dejó alguna de las reflexiones más lúcidas al respecto. Según él, la dinámica de la lucha de clases permitía vaticinar el desastre con toda claridad, y el gran error de los bolcheviques fue empecinarse, a pesar de ello, en su deriva autoritaria, prisioneros del convencimiento de que más allá de todas las calamidades que pudieran sobrevenir el problema se reducía a mantener en sus manos las riendas del poder.

Así fue como los cuatro jinetes cabalgaron. Entre los seres atrapados en aquel tiempo de desdichas, pero también tal vez de oportunidades, Néstor Majnó ocupa un papel muy especial, porque encarna mejor que nadie un intento desesperado de reconducir el proceso revolucionario de una forma tal que las masas no perdieran su protagonismo. La historia de la Revolución majnovista de Ucrania demuestra que esta alternativa democrática y autogestionada era posible, y abre sin duda un rayo de esperanza en los afanes por superar el capitalismo. Señalado esto, resulta inevitable que sobre alguien que asumió un papel histórico tan trascendente se acumulen todos los demonios de la propaganda para pervertir su imagen. Se trata entonces de preguntarnos cómo era realmente Néstor Ivánovich Majnó más allá de las leyendas tejidas en torno a él.

Esbozando el retrato

En su libro sobre la revolución majnovista, Alexandre Skirda recopila cuidadosamente todos los testimonios acerca de nuestro protagonista. Físicamente, estamos ante un hombre moreno de 1,65 m de estatura y ojos gris-azulados, que en los años de lucha solía lucir una ondulada melena. Respecto a sus cualidades intelectuales, su decisión, coraje y talento militar son admitidos por todos los historiadores, pero a partir de ahí es donde se construyen visiones enfrentadas. Algunos estudiosos soviéticos imputan a los insurgentes antisemitismo y saqueos generalizados que les sirven para denunciar la depravación de sus líderes. No obstante, hay que decir que los documentos disponibles señalan que éstos mantuvieron siempre una política resuelta de evitar estos excesos. Por otra parte, existen numerosas eviden-

cias de que su trato a los prisioneros, aun implicando ejecuciones sobre la marcha de los oficiales y los elementos más comprometidos, era menos cruel que el de los otros bandos.

Volin en *La revolución desconocida* se refiere a orgías de algunos dirigentes majnovistas en las que se obligaba a participar a mujeres. Sus argumentos sin embargo son pobres y chocan con otros testimonios. El alcoholismo de Néstor Majnó es ampliamente admitido por los historiadores, pero la recopilación de evidencias por parte de Skirda le permite concluir lo lejos que esta acusación está de la realidad. El retrato que queda al final es el de un hombre sin estridencias, sobresaliente sólo por su visión clara del proceso en curso y su voluntad férrea de caminar con las masas, y si era necesario al frente de ellas. Inteligencia y coraje resultaron ser los elementos imprescindibles para avanzar.

Las grandes decisiones fueron siempre discutidas por la plana mayor de los insurgentes y así la responsabilidad personal de Néstor Majnó respecto a ellas se diluye. Sabemos por ejemplo que cuando la segunda alianza con los bolcheviques, en el otoño de 1920, él estaba entre los que tenían bastante claro que con ella se metían en la boca del lobo. Al final podemos especular con algunos historiadores recientes sobre si en aquellos momentos la búsqueda de un *modus vivendi* con los nacionalistas ucranianos o incluso con los autonomistas cosacos del Don y el Kubán no hubiera sido una política más inteligente y prudente que el cortejo sin expectativas a los dictadores del Kremlin que propició el desastre.

Néstor Majnó y su leyenda

Si los historiadores inventan, es fácil imaginar lo que pueden llegar a hacer los literatos. Las páginas al respecto de las plumas soviéticas de más relumbre —Maiakovski, Pilniak, Bedni, Alekséi Tolstói o Paustovski, por citar unos pocos— podrían servir para un revelador estudio sobre cómo la literatura degenera en propaganda. Hay que decir sin embargo que la colección de despropósitos que encontramos paralelamente en Occidente no desmerece nada de la de Rusia. Afortunadamente, un enorme poeta estaba allí también, y va a salvar la cara de un arte tan maltratado.

En 1924, un año antes de su supuesto suicidio en el Hotel Angleter de Leningrado, Serguéi Yesenin, de veintinueve años de edad por entonces, publica una pequeña pieza teatral titulada *El país de los canallas*, con cuyo protagonista, el bandido Nomaj, nadie va a dudar de a quién se está refiriendo. Éste es un hombre generoso que rechaza la violencia innecesaria y roba el oro de un tren con el fin de repartirlo, porque, según dice, «*me resulta agradable bajo el cielo azul/ consolar a los pobres y miserables*». Tiene además planes de conseguir armas para usarlas contra los que «*engordan con Marx*». Luego es perseguido por oficiales de seguridad y un detective chino, pero consigue despistarlos a todos. En un momento confiesa las esperanzas que depositó en la revolución y su decepción cuando después de darlo todo por ella vio sólo el regreso de «*los mismos delincuentes, los mismos ladrones*». Resulta transparente la identificación del que se definió como «*último poeta del campo*» con los ideales del bandido, y bastante sorprendente la contundencia de unas críticas que sabía que no podían dejar indiferentes a las autoridades.

Tras la implosión de la URSS, en Rusia y Ucrania, ávidas de su propio pasado, la revolución que lideró Néstor Majnó revivió como asunto protagonista de estudios historiográficos, a la vez que era recordada en todas las expresiones del arte. Un siglo después de aquello, estos materiales circulan a través de una red que da acceso a páginas web, libros, documentales, largometrajes y teleseries. Queda para nosotros la dura tarea de separar el trigo de la paja y reconstruir a partir de una plétora de información, muchas veces falaz, un retrato lo más ajustado posible de lo que ocurrió en la orilla izquierda del Dniéper entre 1917 y 1921.

La historia nos aturde con su movimiento y las perspectivas y distancias que crea, pero al final resulta ser sólo una rueda que gira y gira rechinando. En el siglo XXI, las mismas luchas de hace cien años siguen pendientes por todas partes, y mirando atrás nos sorprende ver los mismos cuidados que nos apremian hoy. Recordar lo que ocurrió y tratar de comprenderlo es un deber gratificante y honroso, pero nos ha de proporcionar también las herramientas que tanto necesitamos.

Lecturas recomendadas

Anarquismo y revolución en Rusia (1917-1921), de Carlos Taibo (2017).

Nestor Makhno-Anarchy's cossack. The struggle for free soviets in the Ukraine (1917-1921), de Alexandre Skirda (2004).

Anarchist portraits, de Paul Avrich (1988).

Souvenirs sur Nestor Makhno, de Ida Mett (1984).

The theory and practice of Bolchevism, de Bertrand Russell (2.ª edición de 1949).

La revolución desconocida, de Volin (1947).

Historia del movimiento majnovista, de Piotr A. Arshínov (1924).

En memoria de Alexandre Skirda, historiador libertario

Publicado en la web del Grupo Anarquista Higinio Carrocera el 31 de diciembre de 2020

Nos llega la triste noticia del fallecimiento, el pasado 23 de diciembre, del activista e historiador libertario Alexan-

dre Skirda, autor de un buen número de textos esenciales sobre la influencia anarquista en la Revolución rusa. Era hijo de un ucraniano que vivió la guerra civil y una rusa, y nació en Francia en 1942. Su obra, escrita originalmente en francés, ha sido traducida a varios idiomas.

Su primer libro, de 1971, está dedicado a la revuelta de Kronstadt y fue reeditado en 2012 y 2017, incorporando nuevos datos tras el acceso a los archivos de la extinta URSS. La copiosa recopilación de fuentes de este trabajo lo hace un documento de lectura obligada para comprender el enfrentamiento de las concepciones libertaria y autoritaria durante la Revolución rusa.

Con raíces ucranianas y buen conocedor de todos los idiomas de las fuentes primarias sobre la Revolución majnovista, Alexandre Skirda estudió ésta extensamente y en 1982 publicó: *Nestor Makhno, le cosaque de l'Anarchie, la lutte pour les soviets libres en Ukraine 1917-1921*. Este libro se convirtió pronto en referencia ineludible, y sus sucesivas reediciones, enriquecidas con nueva documentación, han servido para aquilatar aquel episodio memorable de la lucha por una sociedad sin explotación.

Autor también de otros libros sobre la historia del anarquismo y traducciones de Néstor Majnó y Jan Wacław Majaiski, Alexandre Skirda trabajó siempre por desentrañar acontecimientos de enorme trascendencia, cuya realidad, fresca e iluminadora, yace oculta tras la falsedad y manipulación que dominan la historiografía del siglo XX. Gracias a él, vemos más allá de los relatos sesgados de «rojos» y «blancos» sobre hechos que resulta imprescindible conocer.

Que la tierra sea leve para el que dedicó su vida a combatir mentiras, deshacer entuertos y reivindicar, con esfuerzo y rigor, la memoria de los que dieron todo en la lucha por la libertad y la emancipación humanas.

5.6
Norteamérica

Recordando a Lucy Parsons

Publicado en *Rebelión* el 17 de enero de 2023

Aunque fue una figura esencial del anarquismo norteamericano por su labor como organizadora, oradora y escritora, Lucy Parsons es recordada muchas veces sólo como la esposa de uno de los mártires de Chicago. Hay que decir también que hasta la publicación de la biografía que le dedicó Jacqueline Jones en 2017: *Goddess of Anarchy. The life and times of Lucy Parsons, American radical*, han circulado numerosas inexactitudes sobre su vida.

La historiadora Marta Romero-Delgado se propone con *Lucy Parsons, antología de una anarquista olvidada*, que acaba de editar Imperdible, presentar una síntesis actualizada de la trayectoria de esta libertaria norteamericana, incorporando además una selección de sus escritos. Hay que señalar que se trata del primer libro en castellano sobre una mujer cuya entrega al ideal emancipador y claridad de pensamiento merecen ser recordadas. El volumen viene profusamente ilustrado y con notas al pie y un índice onomástico.

Una larga vida de lucha

Lucy González, que tomaría después el apellido de su esposo, nació esclava en 1851 en el estado norteamericano de Virginia y viajó durante la guerra civil a Waco (Texas), donde consiguió la libertad y trabajó como costurera y empleada doméstica. Allí conoció a Albert Parsons, un excombatiente confederado, periodista y activista con quien contrajo matrimonio hacia 1872. Las dificultades que surgieron a una pareja interracial y de abolicionistas les obligaron a establecerse en 1873 en Chicago, ciudad en la que militaron en un partido socialista hasta 1883, cuando desencantados de la estrategia reformista y poco exitosa de éste se unieron a una organización anarquista. En Chicago, Lucy comenzó a desarrollar sus inquietudes como escritora y desde 1878 publicó poemas y artículos en la prensa radical.

El 4 de mayo de 1886, Albert habló durante una hora en el Haymarket de Chicago en un mitin convocado para protestar por los asesinatos de trabajadores por parte de la policía en las huelgas y movilizaciones por la jornada de ocho horas que se habían extendido en los días anteriores por todo el país. Cuando el acto estaba a punto de concluir, los policías, armados con rifles de repetición, cargaron contra los asistentes y entonces alguien cuya identidad nunca ha podido determinarse les arrojó una bomba, provocando un caos que se saldó con siete policías y cuatro trabajadores muertos. En los meses siguientes, la represión se cebó en el movimiento obrero y tras una farsa de juicio cinco anarquistas comprometidos en la lucha por la jornada de ocho horas fueron condenados a la pena capital, entre ellos Albert Parsons.

Tras el asesinato judicial de su esposo, Lucy, que había recorrido hasta entonces el país movilizando a las masas a favor del indulto, siguió con sus viajes, ahora volcada en la organización de los obreros y sin dejar su labor de articulista. Fue en aquel tiempo cuando la prensa conservadora, que seguía de cerca sus pasos, comenzó a apodarla Goddess of Anarchy.

Aunque no despreciaba las luchas específicas contra opresiones de género o raciales, y en un texto se refiere a las mujeres como «*las esclavas de los esclavos*», Lucy Parsons nunca perdió de vista que la lacra esencial de nuestra era son las divisiones de clase impuestas por el sistema capitalista. Así, consideraba la campaña por el sufragio femenino como una distracción burguesa. Fueron muy sonados también sus rifirrafes con Emma Goldman, en los que entre otras discrepancias defendió la monogamia contra el amor libre.

Lucy Parsons participó en 1905 en la creación de los Industrial Workers of the World, uno de los movimientos obreros radicales más importantes en la historia de Norteamérica, pero sus ideas anarquistas no le impidieron colaborar a partir de 1927 con organizaciones próximas al Partido Comunista de EEUU, que en esta época se había convertido en el instrumento más poderoso en defensa del proletariado del país. Lucy Parsons siguió militando, escribiendo y actuando como oradora hasta una edad muy avanzada. Su muerte se produjo en 1942 en Chicago a consecuencia de un incendio en el apartamento en el que vivía.

El espíritu de la revuelta

El volumen recoge ocho textos de Lucy Parsons. El más extenso de ellos es una conferencia de 1890 en la que expone los fundamentos del anarquismo. Explica en ella su desconfianza ante partidos y Gobiernos, que la llevó del socialismo a la acracia: «*Todos aquellos que estén familiarizados con la historia saben que los seres humanos abusarán del poder cuando lo posean*». Es consciente de que un futuro de libertad y sin explotación sólo podrá conseguirse por medio de una revolución, pues los que detentan el poder no van a renunciar a sus privilegios sin lucha. Se aventura también a imaginar algo de la sociedad del porvenir, basada en la libre colaboración de todos. Se trataría de que los impulsos más nobles que vemos funcionar en el mundo actual tuvieran la oportunidad de desarrollarse, llevando a la humanidad a sus expectativas más altas. En este sentido, señala por ejemplo que el desinterés que impera muchas veces en el seno de la familia podría entonces extenderse sin trabas a la gran familia humana. Con estas premisas, su ideal no puede ser otro que el comunismo libertario.

En otro fragmento Parsons se dirige a las personas vagabundas y desempleadas, cuyos sufrimientos describe con apasionada vehemencia y concluye con un llamamiento al uso de la dinamita destructora. Esto nos deja claro que Parsons no rehuía la violencia como medio revolucionario, pero en otros textos nos descubre que no desdeñaba tampoco «*Ir a la huelga para ganarlo todo. No nos conformamos con menos*». Esta polémica impregnaba el pensamiento anarquista de la época y aflora continuamente en los textos del movimiento, reflejando la tensión entre el impulso de responder a la violencia salvaje del capital con su mismo lenguaje y la fría razón que señalaba el carácter contraproducente en ocasiones, y los efectos con frecuencia odiosos, de la dinamita.

En un artículo de 1907 tras el congreso anarquista de Ámsterdam, marcado por la famosa polémica entre Monatte y Malatesta sobre el sindicalismo revolucionario, Parsons aplaude las tendencias que allí han surgido hacia un fortalecimiento, necesario según ella, de la organización de los libertarios. Ya en la década de 1930, la anciana luchadora sigue insistiendo en esta idea, abrumada por lo que está ocurriendo en Europa. En un discurso pronunciado con motivo del 1.º de mayo de 1930 recuerda admirada la gran huelga de 1886. El hecho de que con aquella imponente movilización se consiguiera algo tan trascendental como la jornada de ocho horas, es para ella una prueba de que la unidad de la clase obrera es capaz de doblegar al capital. También evoca emocionada a los mártires de aquellas luchas: «*La energía de ellos está en esta misma sala*».

Gracias al trabajo de Marta Romero-Delgado y la editorial Imperdible, con *Lucy Parsons, antología de una anarquista olvidada* recuperamos la trayectoria y la voz de una mujer que luchó toda su vida por la brillante esperanza de un mundo sin explotación.

Viviendo mi vida (Volumen 1), de Emma Goldman

Publicado en *Rebelión* el 12 de noviembre de 2014

Emma Goldman, nacida en Lituania, llega con dieciséis años a los Estados Unidos y en poco tiempo se convierte en uno de los miembros más dinámicos del movimiento anarquista norteamericano, con una importante actividad de propaganda y apoyo a las luchas sindicales. *Mother Earth*, la revista fundada por ella, que apareció entre 1906 y 1917, fue un bastión del pensamiento disidente en los Estados Unidos. Expulsada a Rusia en 1919, Emma Goldman pasa a ser un testigo incómodo de la declinante revolución hasta la tragedia de Kronstadt. Nuevamente expulsada, reside en Europa, escribe la historia de su vida y asiste después conmovida al espanto y esperanza de la guerra española. La publicación en castellano del primer tomo de su autobiografía (Capitán Swing y Fundación Anselmo Lorenzo, 2014, trad. de Ana Useros), que llega hasta 1912, es una gran noticia que nos permite conocer de cerca a una leyenda del activismo.

Unos agradecimientos fechados en Saint-Tropez en enero de 1931 sirven a Emma Goldman para confesarnos cómo nace en ella la decisión de escribir el libro, en los ocios de

su exilio europeo y ante el temor de que el tiempo acabara agriando su carácter y promoviendo una visión de todo «*más rencorosa y estrecha de miras*». Vino después la laboriosa recopilación de información, pidiendo a cada uno de sus amigos que le devolvieran la copiosa producción epistolar de que era autora, y la amabilidad de todos, con el apoyo insustituible de los más íntimos, como Alexander Berkman, que propuso un hermoso título: *Viviendo mi vida*.

Una joven judía (1869-1885)

Emma Goldman nace en 1869 en una familia judía de Kaunas, ciudad lituana en la confluencia del Niemen y el Neris, denominada entonces Kovno y perteneciente al Imperio ruso. Vive luego en Popelan, donde sus padres regentaban una posada, y ya adolescente, cuando el negocio familiar fracasa, viaja con los suyos a Königsberg, capital de Prusia oriental; allí estudia el bachillerato, y recuerda que los métodos de la mayoría de los profesores eran brutales, pero también había algún espíritu noble. En el invierno de 1881-1882 parte para San Petersburgo y durante el trayecto casi se congela cruzando el río que separaba Alemania de Rusia. En la capital empieza a trabajar para ayudar a la economía familiar; teje chales en casa y pasa después a una fábrica de guantes. Emma nos cuenta cómo en su juventud le tocó soportar las terribles palizas que le daba su padre; nos habla también de su sexualidad, de la fascinación que le producían algunos hombres y de la frustración de una primera experiencia demasiado violenta. Después sabrá que tras el episodio del río su útero quedó enfermo; sus relaciones sexuales serán dolorosas mucho tiempo, y no podrá tener descendencia sin una operación a la que nunca se sometió.

Primeros años en los Estados Unidos (1886-1890)

En San Petersburgo, Emma decide emigrar a EEUU y reunirse allí con su hermana mayor, Lena. Viaja con otra hermana, Helena, su gran amiga y confidente, y llegan en diciembre de 1885; ambas, nombradas siempre por ella como hermanas, eran en realidad hermanastras, fruto de un matrimonio anterior de su madre. Reside en Rochester con su familia, trabaja cosiendo abrigos y en febrero de 1887 se casa con Jacob Kershner, un joven judío. Ese año sigue desolada las noticias sobre los anarquistas de Chicago, que serán asesinados tras una farsa de juicio el 11 de noviembre. La impresión es tan intensa que promete dedicar su vida a la misma lucha por la que habían dado la suya aquellos hombres. Es una pasión que la libera del fracaso de su matrimonio. Consigue el divorcio y se traslada a New Haven, donde trabaja en una fábrica de corsés, y aunque regresa y se reconcilia con Jacob, acaba rompiendo definitivamente con él al poco tiempo.

Cuando sus relaciones familiares se resienten de su carácter independiente, Emma decide viajar a Nueva York. Llega allí el 15 de agosto de 1889 con cinco dólares en la cartera y una pequeña maleta, y esa misma noche conoce a Alexander Berkman, judío como ella, joven robusto y enérgico, y escucha un mitin de Johann Most, editor de *Die Freiheit*, el periódico anarquista que ella leía ávidamente en Rochester. Pronto congenia con Sasha Berkman; los dos proceden de Lituania, los dos han tenido parientes nihilistas que sufrieron persecución; también les unen las lecturas: Turguéniev, Chernishevski... Most es amable con ella; le ofrece libros para leer y la lleva a cenar; enseguida se da cuenta de su talento y se propone educarla para convertirla en oradora y activista. Mientras tanto, ella trabaja cosiendo corpiños de seda en casa. Sus ojos azules están provocando estragos, porque en breve tanto Johann, como Sasha y Fedya, un joven artista que vive con ellos, acaban confesándole su amor. Ella se hace amante de Sasha, pero siente que los ama a todos, a cada uno de distinta manera.

Seducida por el sueño revolucionario (1890-1895)

En la preparación del tercer aniversario del 11 de noviembre (1890), Emma comienza a actuar como oradora y pronto parte para dar mítines en Rochester, Buffalo y Cleveland. Su misión es defender las opiniones de Most: hablar contra la lucha por la «futilidad» de las ocho horas y llamar a la insurrección. Sin embargo, rápidamente ve que no está de acuerdo con estas ideas; un anciano obrero que le replica tras su discurso en Cleveland le deja claro el sentido de una estrategia sindical centrada en objetivos concretos y realistas; al regreso se distancia de Most. Después trabaja en la organización de una huelga y se hace amante de Fedya, con la comprensión de Sasha, que sigue siendo amigo de los dos. Durante un tiempo, el trío sobrevive con una heladería que abren en Worcester (Massachusetts). Les va bien el negocio, pero cuando en mayo de 1892 se produce en Homestead, cerca de Pittsburgh, el cierre patronal de la siderúrgica Carnegie Company, presidida por Henry Clay Frick, que arrastra a los trabajadores a la miseria, no dudan en dejarlo todo y acudir allí.

Mientras nuestros revolucionarios elaboran un manifiesto en Nueva York, tiene lugar una masacre de obreros en Homestead, y Sasha decide que es el momento de un atentado individual contra Frick. Emma está de acuerdo, pero discrepan en que ella quiere participar y él le pide que no intervenga y se reserve para la lucha que vendrá después. Por fin, el criterio de él se impone y parte para Pittsburgh, aunque sin ningún arma para la acción. Ella queda en Nueva York y busca dinero desesperadamente para comprar una, dispuesta incluso a hacer la calle como recurso extremo. Al fin consigue prestados veinte dólares que envía a Sasha. El 23 de julio, éste dispara a Frick, pero no lo mata. La prensa anarquista y socialista justifica y ensalza su gesto, excepto *Die Freiheit*, el periódico de Most, que lo desacredita. Los

medios biempensantes claman y piden venganza; los ataques más furibundos son contra esa tal Emma Goldman, la instigadora. Pronto llega una carta de Sasha; está animado y dispuesto a defenderse a sí mismo en el juicio.

Aunque Frick consigue recuperarse de sus heridas, Berkman es condenado en septiembre a veintidós años de cárcel. A finales de noviembre de 1892, Emma lo visita en la penitenciaría de Pittsburgh. Después, en Nueva York ella gana su sustento con la máquina de coser y participa en reuniones y mítines. Pronto su nuevo amor es Edward Brady, anarquista austriaco de gran cultura que acaba de cumplir diez años de encierro en su país por distribuir literatura revolucionaria. Ed la liberará completamente de los viejos temores y le mostrará el rostro más luminoso del sexo. Emma sufre por entonces unos comienzos de tuberculosis que la hacen ir a Rochester a descansar, cuidada por la solícita Helena, pero enseguida la miseria y el paro creados por la crisis la espolean de regreso a Nueva York, y allí se convierte en el alma de los que tratan de despertar al proletariado. Su discurso en agosto de 1893 en un mitin en Union Square motiva una acusación contra ella y poco después es detenida en Filadelfia, donde había acudido a hablar. Tras un juicio en el que se usa como prueba una transcripción falseada de su arenga en Union Square, se la condena a un año de reclusión en la isla de Blackwell.

La experiencia de la cárcel la confirma en su opinión de que el crimen es un resultado de la pobreza. Convive con mujeres marginadas, sin ninguna conciencia social, que cuando Emma se niega a ejercer de negrera en el taller de costura, reaccionan desviviéndose por ayudarla. Pasa un mes en el hospital con reumatismo, y acaba quedando allí de enfermera, un trabajo que le encanta, aunque le toca vivir momentos duros y además su inveterada costumbre de denunciar todas las injusticias la lleva al calabozo una temporada. Recibe visitas: Ed, Fedya, Voltairine de Cleyre, el activista John Swinton... , y una carta cariñosa de Sasha: «*Ahora sí eres mi marinerita...*». Cuando es liberada en 1894, tiene el convencimiento de que la cárcel ha sido su escuela más dolorosa, pero también la más vital, la que la ha acercado a las complejidades del alma humana y le ha permitido ver la vida con sus propios ojos y ser consciente de sus capacidades.

Regreso a Europa (1895-1896)

Tras ser liberada, Emma Goldman se ha convertido en una celebridad, pero trata de vivir una vida tranquila con Ed y trabaja de enfermera. Al no tener el título le pagan muy poco y esto hace que enseguida acaricie el proyecto de conseguir uno. Una buena opción, a la que todos la animan, es estudiar en Viena, con lo que el 15 de agosto de 1895 emprende el viaje. Su primera parada es Londres, donde le sorprende la libertad de expresión existente y no menos la enorme miseria que ve. Piensa que tal vez con la primera los gobernantes tratan de hacer más tolerable la segunda. Conoce a Errico Malatesta, Louise Michel —heroína de la Comuna de París— y Piotr Kropotkin, y se convierte en asidua oradora en Hyde Park, pero pronto parte para Austria, donde vive con el nombre de E. G. Brady y hace un curso de comadrona y otro de enfermedades infantiles; también lee con pasión a Nietzsche y escucha a Sigmund Freud, que con sus explicaciones «*daba la impresión de que te sacaba de un sótano oscuro a la luz del día*». Regresa a América con sus títulos en 1896.

Activismo en los Estados Unidos (1896-1899)

En Nueva York, Emma Goldman participa en el renacimiento que se está produciendo en el movimiento anarquista americano, mientras la relación con Ed —demasiado posesivo a juicio de ella— se resiente. Trabaja de comadrona y ayuda a niños a llegar a un triste mundo de miseria. Sin embargo se niega a practicar abortos, aunque es solicitada para ello, porque los considera peligrosos. En 1897 protesta contra las torturas de los procesos de Montjuic, y poco después de la ejecución de Cánovas por Angiolillo es arrestada durante un mitin en Providence. Liberada, parte para hablar en Filadelfia, Washington, Pittsburgh y Detroit. En 1898 una nueva gira la lleva hasta California. La crónica de estos periplos nos acerca a los ambientes radicales de aquel momento en los Estados Unidos, a los activistas y sus publicaciones. Mientras tanto, los medios más influyentes la atacan sin contemplaciones, aunque a veces destacan su «aspecto inofensivo». La declaración de guerra a España la sorprende en California y allí ha de defender su pacifismo contra los «patriotas» que tratan de reventar sus conferencias. De regreso en Nueva York, las protestas de Ed, que la quiere a su lado, provocan la ruptura de la pareja.

En su gira de 1899 Emma vive en Chicago con Max Baginski, su nuevo amante, editor de *Der Arbeiter Zeitung*, con quien disfruta de apasionadas lecturas de Nietzsche, muy admirado por los dos. Hay que decir que Ed era un ardiente detractor del apóstol del *Übermensch* y eso tuvo también su influencia en la separación. Después ella recorre la Costa Oeste y la zona de los Grandes Lagos.

De nuevo en Europa (1899-1900)

A fines de 1899, Emma parte para Inglaterra tras organizar un intento de fuga para Sasha, ideado por él y que consistía en la excavación de un túnel. Su objetivo es estudiar Medicina en Suiza, para lo que unos amigos le han asignado una pequeña pensión mensual. Su primera parada es Londres, donde tiene una casi violenta discusión con Piotr Kropotkin, defendiendo ella la importancia del aspecto sexual en la propaganda anarquista. Da mítines y conoce a Rudolf Rocker, alma de la agitación en el mísero East End.

Hippolyte Havel, un joven checo que trabaja en una fonda, es pronto su nuevo amante y planean ir a Suiza juntos.

En enero de 1900 llegan a París y pasan un mes delicioso haciendo turismo revolucionario por la ciudad: la Bastilla, el Mur des fédérés..., aunque no desdeñan los conciertos y la ópera. Contactan con los anarquistas y trabajan en la organización de un congreso libertario que al fin tuvo que celebrarse clandestinamente. Emma se entusiasma con los métodos anticonceptivos que conoce en reuniones de grupos neomalthusianos y planea difundirlos en América. Cuando los amigos que iban a financiar sus estudios le retiran su asignación al enterarse de que sigue dedicada al activismo, y llega la noticia de que el túnel construido para liberar a Sasha ha sido descubierto —afortunadamente sin que se sepa a qué preso iba destinado— Emma decide regresar a América. Para conseguir dinero, trabaja guiando turistas americanos por la exposición universal que se celebraba en París esos días. A finales de año, Hippolyte y ella están en Nueva York.

En Estados Unidos: el asunto Czolgosz y noticias revolucionarias de Rusia (1900-1905)

Durante unos meses, Emma trabaja de enfermera cuidando a una misteriosa dama convaleciente de su adicción a la morfina, que resulta ser la dueña de un burdel de alta categoría. Es una mujer culta y amable que no trata demasiado mal a sus chicas y pronto se interesa por las ideas de Emma. En mayo de 1901, las dos acuden al mitin que da en la ciudad Piotr Kropotkin en su segunda gira americana. Emma ve a menudo a Ed, que se ha casado y tiene una niña, mientras Hippolyte ha ido a trabajar a Chicago en *Der Arbeiter Zeitung* de Max Baginski. En verano llegan dos cartas de Sasha. En la primera describe terribles experiencias en la cárcel, historias de enfermedad, locura y muerte, pero en la segunda anuncia regocijado una reducción en su condena y que un nuevo inspector ha mejorado el trato que se le da. En septiembre pueden verse unos momentos, aunque tras meses en celda de aislamiento él es incapaz de pronunciar palabra: «*Sólo sus ojos me miraban fijamente, ahogándose en mi alma. Aquellos sí eran los ojos de Sasha, asombrados, torturados ojos*».

Ese mismo mes, el anarquista Leon Czolgosz atenta contra el presidente republicano McKinley, puntal del imperialismo norteamericano, que morirá a los pocos días. Detenido, se le atribuye una falsa confesión de haber sido inducido por Emma Goldman. La realidad es que él simplemente la abordó y habló con ella un par de veces. Emma está en St. Louis en ese momento, y mientras se la busca por todo el país, viaja en tren a Chicago. Allí, aunque todos le aconsejan que huya al extranjero, termina por entregarse. Los interrogatorios son brutales hasta que queda claro que las declaraciones atribuidas a Czolgosz respecto a ella son falsas. Después, pasa su encierro atendiendo entrevistas, mientras muchos piden el exterminio de los anarquistas. En el traslado a la cárcel es golpeada por un policía y pierde un diente. Es liberada en breve cuando las autoridades de Buffalo son incapaces de aportar pruebas de su implicación en el atentado y no logran su extradición. En un artículo, Emma expresa su solidaridad con Leon Czolgosz, «*un joven sensible que no ha podido soportar la injusticia y la miseria de sus semejantes*».

Visita a sus parientes en Rochester y sólo entonces sabe que han sido hostigados a causa de su relación con ella; es un enorme alivio que le manifiesten su más sincero apoyo. De regreso en Nueva York, trata de hacer algo por Czolgosz, aunque la mayor parte de los anarquistas americanos y judíos están contra él y sólo los latinos lo defienden. Es asesinado en la silla eléctrica el 29 de octubre de 1901. Distanciada de un movimiento de cobardes, Emma vive con su hermano Yegor y Dan, un joven amigo de éste que es su nuevo amante. Usa el nombre de E. G. Smith, y trabaja de enfermera y modista. Mientras tanto, el presidente Theodore Roosevelt redobla la persecución de los anarquistas.

En el verano de 1902, cuando hay huelgas en las minas de carbón y llegan noticias de una feroz represión en Rusia, Emma retoma su activismo. La incrementada persecución del anarquismo le ha ganado simpatías entre los liberales y es invitada a hablar en medios que antes le cerraban sus puertas, ocasión que aprovecha entusiasmada. Vive sola, trabaja de enfermera y cultiva la amistad de Ed, cuyo matrimonio va de mal en peor. Su muerte en un extraño accidente en abril de 1903 la deja desolada, y la obliga a reflexionar sobre su incapacidad para volcarse entera en una relación amorosa. Dos emigrados rusos del Partido de los Socialistas Revolucionarios, Rosenbaum y Nikoláiev, la hacen comprometerse más con la propaganda contra el régimen autocrático y con la llegada a Nueva York de la heroica Yekaterina Breshkóvskaya «Bábushka» a finales de 1904, los mítines y reuniones tienen un éxito extraordinario. El Domingo Sangriento en enero de 1905, en que la multitud fue masacrada en San Petersburgo, sirvió para mostrar a los tibios el auténtico rostro de Nicolás II.

Primeros pasos de Mother Earth *(1906-1907)*

Poco después, Emma abre un local de fisioterapia, que le deja más tiempo para el activismo que los trabajos de enfermera que hacía, y su sobrina Stella (hija de su hermana Lena) viene a vivir con ella a Nueva York; pronto encuentra empleo de secretaria de un juez. El verano lo pasan en la isla de Hunter con un grupo de teatreros rusos, la compañía de Pável Orlénev y Alla Nazímova. En octubre, Emma los ayuda en su gira triunfal por Boston y Chicago, alternando su identidad real con la de una discreta señorita Smith, y cuando piensan en remunerarla por su constante apoyo, el resultado es la fundación de una revista que desde su nacimiento irá unida al nombre de Emma Goldman. El 1 de marzo de

1906 aparece el primer número —64 páginas— de *Mother Earth*, un hogar para todos los idealistas del arte y la literatura. De gira en Buffalo, llega la noticia de la muerte de Johann Most, el maestro, amigo, amante y después enemigo implacable. El breve discurso de Emma en el homenaje que se le tributa en el Grand Central Palace logra emocionar a todos.

Poco después la ilusionada editora cierra su salón de masajes y se centra en el trabajo en la revista; por esas fechas rompe con Dan. El 18 de mayo, tras catorce años de reclusión, Sasha Berkman es liberado. Es un hombre desconocido el que aparece en un andén en Detroit, pálido, extraviado, con unas enormes gafas y el sombrero calado. Emma se funde con él en un abrazo sin final. Hay una cadena de actos programados, pero pronto viven días tranquilos en una granjita en Ossining, donde Emma cocina los platos judíos favoritos de Sasha. Luego en la ciudad viene el desarraigo y noches de sueño interrumpido por gritos de terror. En octubre, Sasha parte para una gira de conferencias y en Cleveland se pierde su rastro; mientras todos temen lo peor vaga tres días sin rumbo obsesionado por la idea del suicidio; por fin, reaparece en Nueva York: el recuerdo de «su marinerita» lo ha traído de regreso a la vida. Cuando Emma es detenida con otros compañeros durante un mitin, Sasha resucita para luchar por su libertad. No obstante, hay diferencias serias entre ellos a la hora de analizar la realidad y plantear estrategias. Para Emma, Sasha vive anclado en el viejo mundo anterior a su condena.

Un breve viaje a Europa (1907)

En 1907, Emma parte de gira de marzo a junio, mientras Sasha queda a cargo de la revista. No faltan prohibiciones y conflictos, pero Emma recorre los Estados Unidos exponiendo el mensaje del anarquismo y la prensa se muestra más comprensiva y tolerante que hace años. En agosto embarca con Max Baginski para asistir a un congreso anarquista en Ámsterdam. El ambiente de libertad de pensamiento y expresión que se respira en Holanda los entusiasma. Allí estaban también Errico Malatesta, Pierre Monatte, Luigi Fabbri, Alexander Schapiro, Federico Urales y Rudolf Rocker entre otros muchos compañeros. En París coinciden poco después con Piotr Kropotkin y conocen La Ruche (La colmena) la experiencia educativa libertaria de Sebastian Faure en Rambouillet. A finales de 1907 están de regreso en Nueva York, donde encuentran a Sasha enamorado de Becky Edelson, una joven camarada. Esto no deja de deprimir a Emma, que pronto sale de gira para tratar de enderezar la maltrecha economía de *Mother Earth.*

Incansable propagandista del anarquismo: conferencias y escritos (1907-1912)

Es el invierno de 1907-1908 y la crisis golpea con fuerza. La batalla social está tensa al límite y la policía impide a Emma Goldman hablar en Chicago, lo que provoca altercados y protestas en la prensa. En respuesta, es aclamada luego en Milwaukee. En estos días, Emma se enamora perdidamente del doctor Ben L. Reitman, un personaje contradictorio con algo de fauno que pronto es su amante y la acompaña a California, Oregón y Montana. El éxito es enorme en todos estos lugares y se consiguen abundantes fondos para la revista, pero se agotan rápido. En San Francisco, William Buwalda, un soldado de uniforme, acude a estrechar la mano de Emma tras su elocuente discurso contra el mito de la patria; será procesado por ello y acabará militando en las filas libertarias. A finales de año, Emma parte de nuevo de gira con Ben y recorren la Costa Oeste con profusión de prohibiciones, multas y detenciones. Además se ven obligados a cancelar un proyectado viaje a Australia, lo que ocasiona fuertes pérdidas económicas.

En la primavera de 1909, las conferencias de Emma en Nueva York son suspendidas o boicoteadas sistemáticamente, pero esto provoca protestas, hasta en el *New York Times*, y su popularidad crece, al tiempo que lo hacen las suscripciones a *Mother Earth*. Realiza después varios viajes de propaganda, apoya huelgas y en otoño se une a las movilizaciones contra el juicio y asesinato de Francisco Ferrer en Barcelona tras los hechos de la Semana Trágica. Los temas de que habla son variados: presentación del ideario anarquista, pero también reflexiones sobre educación, feminismo, arte o literatura; el teatro era una de sus grandes pasiones. En el invierno de 1909-1910, diserta sobre las causas y consecuencias de la prostitución. Le gusta dirigirse sobre todo a medios obreros, aunque si es invitada no desdeña las universidades ni a los burgueses liberales. Su pasión, elocuencia y sinceridad ganaban por doquier adhesiones a una visión crítica del entramado social. En su gira de los primeros meses de 1910 visitó treinta y siete ciudades en veinticinco estados, dando ciento veinte charlas. Se vendieron diez mil libros y otros cinco mil se distribuyeron gratuitamente. En Glen Ellen, cerca de San Francisco, Emma y Ben vivieron varios días en casa de Jack London, cultivando una amistad que no excluía discusiones sobre las diferentes estrategias de socialismo y anarquismo.

En enero de 1911, Emma Goldman publica una selección de sus conferencias: *Anarquismo y otros ensayos*, y se inaugura en Nueva York el Francisco Ferrer Centre, que será pionero de la pedagogía libertaria en los Estados Unidos. Poco después, la gira de ese año sufre menos contratiempos policiales que los que solían ser habituales y durante ella les llegan además buenas noticias de la revolución mexicana. El libro concluye con algunos sucesos de 1912. En una visita a San Diego, se les impide hablar y Ben es secuestrado y linchado por una turba de ultras; lo apalearon y embrearon, y quemaron las siglas IWW en sus nalgas. Esto sin embargo provocó indignación general y un enorme éxito luego en

Los Ángeles y San Francisco. A finales de ese año, la editorial de *Mother Earth* publicó las *Memorias de un anarquista en prisión*, el primer trabajo literario importante de Alexander Berkman.

Una vida contra el capitalismo

Viviendo mi vida es un preciso manual de instrucciones sobre cómo puede uno dedicar la suya a combatir el capitalismo y su régimen de alienación y explotación. Sus páginas nos aportan un retrato vívido y entrañable del activismo norteamericano en unos años cruciales, y resultan imprescindibles para conocer a sus protagonistas, sus estrategias y sus luchas. No obstante, Emma Goldman nos permite asomarnos en ellas sobre todo a los laberintos de su alma, al idealismo que siempre la espolea y a las tormentas de su libido, a la compasión extrema por los que el capitalismo masacra y a las contradicciones que imponen el ego y el amor a una vida sin sobresaltos de los que nadie escapa. Sin falsos rubores, la mujer y su época quedan así al descubierto para iluminarnos a todos.

Viviendo mi vida (Volumen 2), de Emma Goldman

Publicado en *Rebelión* el 23 de septiembre de 2019

De origen judío, lituana, estadounidense y ciudadana del mundo, Emma Goldman (1869-1940) dedicó su existencia a combatir, desde el activismo y el debate de las ideas, el inhumano sistema de explotación que nos rige, movida siempre por una profunda empatía con sus víctimas. *Viviendo mi vida*, la autobiografía que escribe ya sexagenaria en su exilio francés, nos permite atisbar universos extintos, como la Prusia Oriental y el Imperio ruso por los que anduvo sus primeros pasos, o la Unión Soviética en la que residió en los años cruciales de 1920 y 1921, pero el extenso relato sirve sobre todo como un documento extraordinario de las luchas obreras y anticapitalistas durante las últimas décadas del siglo XIX y las primeras del XX en los Estados Unidos. La obra fue publicada allí en dos volúmenes (1931 y 1934), y Capitán Swing y la Fundación Anselmo Lorenzo han tenido la gran idea de editarlos en castellano (2014 y 2019, trad. de Ana Useros).

El primer volumen describe los ambientes de la región de Kaunas, y luego de Königsberg y San Petersburgo, en los que transcurren la infancia y juventud de la joven judía, y su emigración en 1886 a los Estados Unidos. Allí es seducida por las ideas libertarias tras la ejecución de los mártires de Chicago, y esto da paso a una época en la que compatibiliza trabajos como costurera y enfermera con un compromiso ácrata que la absorbe progresivamente. Hitos importantes de este periodo son la persecución sufrida a raíz de su pretendida relación con el atentado de 1901 contra el presidente de los Estados Unidos McKinley, y la fundación en 1906 de la revista *Mother Earth*, que se convierte enseguida en una referencia esencial del anarquismo norteamericano. Este primer volumen de *Viviendo mi vida* llega hasta el año 1912.

Activismo y cárcel en los Estados Unidos (1912-1919)

Las condiciones que impone el capital en campos, minas y fábricas por todo el país dan lugar a crueles episodios represivos, y los anarquistas asumen el deber de informar de ellos a la opinión pública y exigir la liberación de los compañeros perseguidos con montajes judiciales, así como la implementación de medidas legislativas que amparen a los trabajadores. El segundo volumen de *Viviendo mi vida* echa a andar con su protagonista absorbida por estas luchas y luciendo su fogosa oratoria en mítines, que a veces han de enfrentar intentos de agresión por parte de hordas conservadoras fanatizadas, como ocurre en 1913 en San Diego. Ella reside por entonces en Nueva York, donde la publicación de *Mother Earth*, en colaboración con Sasha Berkman, se lleva buena parte de su tiempo. A nivel personal, ésta es una época marcada por los encuentros y desencuentro con su adorado Ben Reitman.

El estallido de la Gran Guerra en el verano de 1914 añade otro motivo, poderoso y urgente, a las luchas en curso, y la contundencia y entrega de los anarquistas a la causa pacifista hace que crezca su influencia por todos los ambientes del país que no aceptan lo inevitable de la carnicería. De esta forma, cuando se confirman los rumores de que Piotr Kropotkin apoya a los aliados, esta postura del venerado patriarca se percibe como «*una puñalada al movimiento*». 1917 viene marcado por la incorporación a la guerra de los Estados Unidos y por la condena de Tom Mooney y Warren Billings, acusados con un montaje judicial de un atentado con bomba y que permanecerán encarcelados hasta 1939. Sin embargo, ése es el año también en que comienzan a llegar noticias esperanzadoras de Rusia, y muchos revolucionarios se aprestan a regresar a su patria; entre ellos está Liev Trotsky, que celebra un mitin de despedida en Nueva York, tras el cual Emma Goldman y Sasha Berkman le saludan amistosamente.

Las protestas de los anarquistas contra el reclutamiento forzoso, bovinamente aceptado por el grueso de supuestos pacifistas y antimilitaristas, son duramente reprimidas, y las veinte mil copias del número de junio de *Mother Earth* aparecen con portada negra y una inscripción: «*En recuerdo de la democracia americana*». La revista no tardará en ser prohibida, y además el día 15 de ese mismo mes, Emma y Sasha son detenidos. En el juicio subsiguiente, a pesar de su

brillante defensa, se les condena a dos años de cárcel y una multa de diez mil dólares. Consiguen salir bajo fianza, pero en febrero de 1918 vuelven a prisión para cumplir sus penas; las terribles condiciones que Berkman sufre en Georgia van a minar su salud. En el otoño de 1919 son liberados y se decreta su expulsión de los Estados Unidos a la nueva Rusia que construyen los bolcheviques.

Desilusión en Rusia (1920-1921)

Tras unas semanas en la isla de Ellis, nuestros dos revolucionarios embarcan junto a otros deportados el 21 de diciembre, y en duras condiciones se les trasporta a Hango (Finlandia), de donde viajan en tren a la Rusia soviética. Las experiencias por aquellas tierras de Emma Goldman y Alexander Berkman ya habían sido descritas en detalle en sendos libros: *Mi desilusión en Rusia* (1923 y 1924) y *El mito bolchevique* (1925), respectivamente, pero en *Viviendo mi vida* ella vuelve sobre los aspectos esenciales. Recibidos con celebraciones y agasajos, su primer destino es Petrogrado, donde contactan con Bill Shátov, un anarquista compañero de luchas en América que ahora colabora con los bolcheviques. Tanto él como Víctor Serge, John Reed o Gorki sostienen, en las conversaciones que con ellos mantienen, que la férrea organización y la represión desencadenada se justifican por los ataques contrarrevolucionarios y el atraso secular del país.

En Moscú, las desigualdades que observan, y la miseria y burocracia imperantes desconciertan a nuestros viajeros, pero entrevistas con Aleksandra Kolontái y el propio Lenin dejan clara la opinión de éstos de que sólo una mano de hierro puede manejar la difícil situación. Después, una visita a Piotr Kroptkin, muy crítico con la deriva autoritaria de los bolcheviques, les ofrece otra perspectiva. De regreso en Petrogrado, asumen la labor de organizar y facilitar la vida a los deportados que llegan de Estados Unidos, pero pronto chocan con la desquiciada y parasitaria burocracia que rige todo. Lo mismo les ocurre con otros trabajos que emprenden y al fin optan por unirse a una expedición que se apresta a recorrer Rusia recogiendo material sobre la historia de la Revolución para el museo que se ha instalado en el Palacio de Invierno, ocupación en la que ven una buena oportunidad de sondear la situación del país. Emma Goldman se lamenta de que la única tarea constructiva que ha realizado en la URSS hasta ese momento, ya a finales de mayo de 1920, sea una que nunca imaginó: interceder por compañeros anarquistas encarcelados.

La expedición parte el 30 de junio de Petrogrado. En Moscú, Emma conoce a Ángel Pestaña y luego a María Spiridónova, líder de los socialistas revolucionarios de izquierda, heroína de la lucha contra el zar y ahora perseguida por los bolcheviques. Ella le aporta datos fehacientes y terribles sobre la represión que sufren los campesinos. En Járkov, Goldman contacta con los compañeros del grupo Nabat, que alzan en Ucrania la bandera de los soviets libres y respaldan a Néstor Majnó. Ellos les piden a ella y a Berkman que se les unan, pero Emma se declara en situación de marasmo mental e incapaz de condenar a los bolcheviques mientras sean acosados por enemigos externos. En Poltava nuestros ácratas conocen a Vladímir Korolenko, intocable por su enorme prestigio y exasperado ante una revolución que ha traído tanta miseria y represión. El anciano escritor apunta: «*El experimento bolchevique retrasará los cambios sociales en el extranjero por un largo período de tiempo*». Sobrecoge tanta lucidez.

Ante el vagón de los viajeros desfilan muchedumbres depauperadas y hambrientas, y en Fastiv reúnen testimonios estremecedores de los pogromos de los ejércitos de Denikin y Petliura. En Kíev reciben la visita de Galina Kuzmenko, esposa de Néstor Majnó, que les propone el plan, no aceptado por ellos, de que los majnovistas secuestren el tren para hacer posible una entrevista con su líder. Odesa, próxima a la zona de guerra, la encuentran en manos de una burocracia corrupta que sabotea cualquier progreso.

En octubre están de regreso en Petrogrado, pero pronto emprenden viaje a Arcángel en busca de material para el museo; en el lejano norte les alegra constatar que la represión no es tan violenta como en el resto del país. Sin embargo, a la vuelta les aguardan malas noticias: se planea poner el museo bajo la tutela directa del partido. Son días tristes, marcados por el fallecimiento de Piotr Kropotkin el 8 de febrero de 1921. Su funeral se convierte en una impresionante manifestación de duelo, pues todos son conscientes de que con el maestro muere también la esperanza. Cuando la comitiva pasa ante la Butyrka, sus banderas se inclinan para saludar a los anarquistas presos, que se agolpan en las ventanas. Emma y Sasha aceptan formar parte del comité del museo Kroptkin, con lo que a partir de ahora residirán en la capital.

Tras el duro invierno, la situación en Petrogrado es desesperada, pues con las torpes políticas de los bolcheviques el hambre impera en la ciudad. Las protestas sólo enconan la represión, y cuando los marineros de Kronstadt tratan de mediar, exigiendo autonomía para las organizaciones obreras, son acusados de contrarrevolucionarios. Su exterminio sin contemplaciones en el mes de marzo rompió el último hilo que unía a Emma Goldman y Alexander Berkman con los bolcheviques y a partir de ese momento rechazan cualquier colaboración con un régimen cuya vesania represiva piensan que supera la de la autocracia zarista. Es entonces cuando toman la decisión de abandonar el país. Unos días después Lenin devuelve a Rusia al capitalismo con su Nueva Política Económica y los anarquistas son puestos fuera de la ley.

En el mes de julio, nuestros revolucionarios buscan el apoyo de los sindicalistas extranjeros que acuden a Moscú al 1 congreso de la Profintern para lograr la liberación de al-

gunos presos anarquistas, entre ellos Volin y Grigori Maksímov, que se encuentran en huelga de hambre en la Taganka. Los que mejor responden son los delegados del sur de Europa, entre ellos Andreu Nin, y al fin a los reclusos se les permite salir del país. La mala noticia es que Fania Baron y Liev Chorni caen poco después en las garras de la Cheká y son asesinados. Invitados a un congreso anarquista en Berlín, Emma y Sasha se las arreglan para conseguir pasaportes y visados y el 1 de diciembre emprenden viaje. Es éste sin duda el momento más duro de un relato pródigo en represiones y horrores. Emma Goldman nos cuenta cómo en la partida «*se aferra a la barra del helado cristal de la ventana y aprieta los dientes para contener el llanto*».

Europa occidental (1921-1930)

Nuestra pareja permanece unas semanas inmovilizada en Riga por las maniobras de los bolcheviques, hasta que el Gobierno sueco accede a concederles un visado. El dilema que se plantea entonces es si aceptan el ofrecimiento de escribir sobre su experiencia rusa en la prensa burguesa, que es la que puede dar mayor difusión a sus opiniones. Esto provoca agrias discusiones entre ellos. Berkman no es partidario, pero Emma Goldman opta al fin por enviar desde Estocolmo siete artículos al *World* de Nueva York. Errico Malatesta, Max Nettlau y Rudolf Rocker se manifiestan a favor de su complicada decisión.

El siguiente destino es Berlín, donde Emma firma con Harper's el contrato de su libro sobre Rusia cuyo primer volumen ve la luz en 1923. En septiembre de 1924, tras una corta estancia en París, se instala en Inglaterra, y allí sus intentos de informar sobre la situación de Rusia hallan resistencia en los círculos liberales e izquierdistas dominados por el mito bolchevique. En 1925 viaja al sur de Francia, su lugar de residencia en 1928, al final del libro, cuando tras una temporada en Canadá el año anterior, se absorbe en la labor de dar forma al relato de su asendereada existencia.

La primera edición, en inglés, de *Viviendo mi vida*, aparece en dos volúmenes en 1931 y 1934, y no alcanza a la movilización de su autora durante la Revolución española de 1936, que supuso para ella un golpe de aire fresco y un renacimiento de la esperanza. Podemos conocer estas nuevas luchas a través de una antología reciente de escritos suyos, realizada por David Porter. Marchita la ilusión que la infatigable anarquista había puesto en nuestra piel de toro, se instala en Toronto, donde fallece en 1940.

Obligados a nadar en aguas revueltas

Emma Goldman fue una activista de una pujanza formidable y una conferenciante entregada y brillante, capaz de exponer opiniones bien fundamentadas sobre temas tan diversos como la propia realidad de la vida: teatro, filosofía, historia, anarquismo, control de la natalidad, y muchos otros, sin excluir algunos tan conflictivos en aquellos tiempos como la homosexualidad. Odiada y admirada, hasta sus mayores detractores tuvieron que reconocer su honradez y la lógica poderosa de sus convicciones.

La obra escrita de la enemiga número uno del *establishment* norteamericano, desplegada en centenares de artículos y no pocos libros, refleja la inquietud proteica de su intelecto, y dentro de ella, *Viviendo mi vida* tiene un valor especial, al describirnos con lujo de detalles un momento decisivo de luchas sociales y permitirnos conocer a sus protagonistas. En este sentido, aporta una extraordinaria aproximación a la biografía de un revolucionario tan capaz y animoso como fue Alexander Berkman, que enriquece sus propios escritos autobiográficos.

Rebelde y lúcida siempre, nuestra revolucionaria rechazó con firmeza a lo largo de toda su vida cualquier forma de explotación y alienación. Como prueba de esto, el segundo volumen de su autobiografía nos la muestra enfrentada sucesivamente a dos rostros bien diferentes de la derrota de la dignidad humana: la plutocracia norteamericana y la dictadura soviética. Su relato minucioso y sagaz pone ante nosotros las deficiencias de los dos sistemas y al mismo tiempo tiene la virtud de mostrar que, a pesar de los pesares, la vía revolucionaria está abierta si libertad, consenso y equidad se convierten en premisas esenciales.

La detallada y por momentos absorbente autobiografía de Emma Goldman nos regala el retrato de una época crucial, y nos adentra sin cortapisas en el alma tempestuosa de una mujer que recorrió los tiempos difíciles tratando sólo de ser fiel a sí misma y de no traicionar el impulso solidario que percibió siempre como lo más hermoso y noble del ser humano.

Visión en llamas. Emma Goldman sobre la revolución española, editado por David Porter

Publicado en *Rebelión* el 25 de marzo de 2015

El politólogo norteamericano David Porter decidió en 1983 editar en un volumen su trabajo de media década sobre la implicación de Emma Goldman (1869-1940) en los procesos revolucionarios que se vivieron en España durante la guerra civil. Ella misma definió esta experiencia de la última etapa de su vida, posterior a los fracasos que le tocó sufrir en los EEUU y la URSS, como «*una vuelta al hogar tras una vida de peregrinación*». El libro fue reeditado en 2006 y la versión española es de 2012 (El viejo topo).

La obra comienza con una aproximación a la biografía de Emma Goldman, en la que reciben una atención espe-

cial sus relaciones con el anarquismo español, marcadas por una profunda solidaridad ya desde los tiempos de los procesos de Montjuic (1896). En un mitin en el que condenaba la feroz represión del Gobierno de Cánovas, ella llegó a decir que de encontrarse en España ella misma atentaría contra él, lo que la puso en un brete cuando varias semanas después Angiolillo acabó con la vida del infame verdugo. Su interés por los acontecimientos de España nunca decayó, y con la pujanza de su movimiento libertario y el surgimiento de la CNT y luego la FAI, el interés cristalizó en una sincera admiración. Su primera visita a la Península fue de sólo tres semanas en 1928 y 1929, y en la década que siguió, tan desesperanzadora por todas partes, observaba con entusiasmo el fervor revolucionario que se derrochaba en España, aunque no dejaba de ver sus peligros.

El inicio de la guerra en julio de 1936 sorprendió a Emma Goldman hundida en la depresión por el suicidio de Alexander Berkman unas pocas semanas antes, pero inmediatamente toma la decisión de aportar todo su esfuerzo a la lucha que comienza. Invitada por Augustin Souchy, que trabajaba en Barcelona para la propaganda internacional de la CNT-FAI, parte hacia España y realiza una primera estancia de septiembre a diciembre de 1936. La segunda y la tercera visitas fueron de septiembre a noviembre de 1937 y 1938 respectivamente. En cada viaje, Emma Goldman recorrió el área controlada por los republicanos, tratando de hacerse una idea de la situación por sí misma y cambiando impresiones con gentes de todo el espectro antifascista. Siempre manifestaba interés en prolongar la estancia, colaborando en la forma que se juzgara más conveniente, pero en cada caso sus compañeros españoles la convencían de que su mayor contribución sería desde el exterior, promoviendo con sus dotes de escritora y conferenciante la solidaridad con el pueblo español. Esto es lo que se esforzó en hacer, aunque sin ahorrar críticas a los aspectos que consideraba erróneos.

El libro se estructura en una serie de capítulos temáticos que presentan un resumen de las ideas de Emma Goldman sobre cada asunto y aportan después textos suyos que muestran su evolución en cada caso. Se analiza en primer lugar su relación con el movimiento libertario español. Siendo ella una anarquista que había mantenido una gran independencia a lo largo de su vida y reacia a cualquier modelo organizativo basado en un abuso del liderazgo, en los acontecimientos revolucionarios de España se entusiasma sobre todo al observar una labor constructiva conducida por las masas. Entre los dirigentes, su mayor estima es para Durruti, «*el personaje más admirable y el anarquista más apasionado que he conocido*». También tiene elogios para la capacidad militar de Cipriano Mera y Miguel García Vivancos. De Federica Montseny y Juan García Oliver, le desencanta su colaboracionismo, su servilismo ante los estalinistas y el papel que tuvieron en los Hechos de Mayo del 37, reprimiendo la libre iniciativa popular. De Santillán admira su dedicación, aunque admite sus limitaciones de orden práctico. Mariano R. Vázquez es para ella demasiado sectario, rígido e insociable. Ve claro que el drama del anarquismo español fue la falta de apoyo exterior, que agudizó la contradicción entre pactismo y fidelidad a los principios y acabó provocando divisiones y enfrentamientos. Éstos le resultaron muy dolorosos.

Emma Goldman se entusiasma con las experiencias de colectivización que tiene ocasión de ver en España y así lo refleja en sus cartas y artículos de esta época. Aunque comprende que pueden ser derrotados, estos hombres y mujeres «*habrán dado al mundo el primer ejemplo histórico de cómo se debe hacer la revolución*», afirma, y hace notar que contra lo que siempre dicen sus enemigos, aquí los anarquistas demuestran que saben construir. Y sigue observando este espíritu también en su segundo y tercer viajes, tras la arremetida contra los colectivos de Aragón. Visita fábricas e industrias colectivizadas, donde los trabajadores llevaban años preparando el momento de asumir el control de la producción y ahora mencionan como principal logro de la nueva organización la libertad conseguida. Lo mismo ocurre en el campo y describe experiencias muy positivas en Albalate de Cinca (Huesca) y otros lugares donde la colectivización de la tierra no se impone, sino que trata de mostrar su superioridad compitiendo con diversas formas de propiedad que excluyan la explotación. Se interesa también por los ensayos educativos basados en principios libertarios y visita colonias para huérfanos e hijos de combatientes.

La de la conveniencia de colaborar en determinadas circunstancias con las fuerzas estatistas es una polémica que recorre el movimiento libertario desde sus orígenes. Emma Goldman, que comenzó defendiendo posturas individualistas y rechazando incluso afiliarse a las organizaciones anarquistas, apoya luego al Gobierno de la URSS durante su estancia allí, llegando a aceptar un cargo cultural poco importante. Tras la represión de Kronstadt y su partida, regresó a la ortodoxia purista, con lo que es comprensible que a finales de 1936 criticara la entrada de la CNT en el Gobierno Largo Caballero. Esto no le impidió sin embargo seguir cooperando con la CNT-FAI. Los textos suyos sobre este asunto que se aportan ponen de manifiesto su entusiasmo por el espíritu revolucionario que observa en las masas y su angustia ante un colaboracionismo que desde el principio ve que ha de resultar suicida, aunque a veces lo comprenda, pues era el mal menor al lado del mal mayor de imponer una «dictadura anarquista». Percibe la complejidad de una situación en la que «las circunstancias deciden por los hombres» y defiende vehementemente la honestidad de los que dieron estos pasos cuando es puesta en tela de juicio. En otro momento, llega a justificar la conveniencia táctica de militarizar las milicias.

Otros textos muestran la reacción de Emma Goldman ante el sabotaje de la Revolución española. Conociendo bien la naturaleza de la dictadura burocrática impuesta en la URSS, el peligro es claro para ella desde el mismo principio, pero es en su segundo viaje a finales de 1937 cuando, tras asesinatos como los de Andreu Nin y Camillo Berneri, tiene ocasión de visitar las cárceles donde anarquistas y poumistas han sido encerrados con acusaciones ridículas. Hace entonces todo lo que está en su mano para dar a conocer internacionalmente esta situación escandalosa. Su consuelo es que, en su opinión, la lucha se ha saldado con la «victoria moral» de los libertarios, que han visto crecer su prestigio entre los obreros y campesinos, mientras los estalinistas se abrazaban a la burguesía. Manifiesta tener pruebas de que fue la falta de apoyo del PCE y el Gobierno Negrín a los anarquistas catalanes lo que precipitó la fulminante caída de Cataluña; sin embargo, reconoce que el juicio a los dirigentes del POUM le pareció objetivo e imparcial, y mostró con claridad que los comunistas habían fracasado en su intento de trasplantar sus métodos judiciales a España.

Respecto al contexto internacional, Emma Goldman, que conocía los intereses y políticas de los diferentes Gobiernos con una profundidad que no es común en el campo anarquista, ve desde el primer momento el carácter suicida de la contemporización de las potencias occidentales con Hitler y se subleva ante la falta de apoyos que tiene la lucha del pueblo español contra el fascismo, sobre todo por parte de los Gobiernos británico y francés, a los que define con los más duros epítetos. También critica la tardía, escasa e interesada ayuda de Stalin a los republicanos, clavo ardiendo al que tuvieron que aferrarse. El sectarismo de la izquierda hace que en Gran Bretaña no sólo los laboristas y los sindicatos sino incluso el ILP (trotskista) boicoteen en general los esfuerzos de la Revolución española. Después, cuando la guerra concluye, Goldman no se cansa de denunciar el maltrato a los que huyen del fascismo por parte de las autoridades francesas. El pacto germano-soviético había sido previsto por ella ya en 1933 y se irrita ante las protestas por el ataque a Polonia y Finlandia de los mismos que contemporizaron con la invasión nazi-fascista de España.

Se repasa luego la postura de Emma Goldman con respecto a la interrelación entre violencia, guerra y revolución. Cuando comienza la guerra civil, ella se muestra partidaria de la lucha contra la sublevación fascista, pero sólo en la medida en que esta va de la mano de un impulso emancipador. Esto la llevó a criticar, como vimos, la implicación de los anarquistas españoles en el Gobierno republicano. Años después, con el estallido de la Segunda Guerra Mundial, planteada como un conflicto entre Estados sin ninguna perspectiva revolucionaria, regresó al mismo antibelicismo que había defendido durante la Primera. Los textos recogidos insisten en estos aspectos. Hay en un momento una reflexión interesante sobre la contradicción entre el anarquismo, que predica la auténtica libertad y fraternidad humanas, y la idea de revolución violenta. Emma Goldman llega a la conclusión de que no tiene sentido hablar de una «revolución anarquista». Sin embargo, en el caso español, victorioso el pueblo sobre la sublevación y desencadenada la guerra civil, no quedaba más remedio que utilizar la violencia. El objetivo ha de ser, en todo caso, evitar la dictadura y el terror organizado, y esto los anarquistas españoles lo consiguieron, aunque insiste en lo cara que les costó su confianza en la honestidad de sus aliados en la lucha antifascista.

En los textos presentados después, Emma Goldman critica la tradicional sumisión de la mujer al varón en la sociedad española y se relegamiento al hogar y el cuidado de los niños; se avergüenza de que en el movimiento libertario se mantengan estos roles en general y se suma con entusiasmo a las iniciativas de la asociación Mujeres Libres, que trataba de promover la autonomía de las mujeres. Sobre la valoración global de la Revolución española. Emma Goldman resalta su percepción de que lo ocurrido supone justamente «la forma correcta» de hacer una revolución, con obreros y campesinos que asumen el control y usando fórmulas de colectivización y socialización son capaces de emprender por sí mismos una ingente labor constructiva en la que insiste con énfasis. Su derrota muestra la fuerza de todos los que se sumaron para abortar este experimento, pero deja un ejemplo de enorme valor para las generaciones futuras.

El último capítulo recoge reflexiones sobre el anarquismo y la revolución. Emma Goldman subraya la importancia de la labor educativa y la lucha sindical orientada a un objetivo revolucionario, en el que un elemento clave ha de ser la huelga general. Es un tabú para ella «*votar a alguien para un cargo político sabiendo, como todos sabemos, que ni el mejor hombre en el poder puede hacer nada por los trabajadores, aunque quiera…*». Se siente descorazonada por la falta de solidaridad con los anarquistas españoles que observa en Europa occidental y América, y por las críticas puristas de los líderes que no son capaces de comprender las limitaciones terribles a que estaban sometidos.

El libro resulta de gran ayuda para comprender la complejidad de la situación revolucionaria originada en España durante la guerra civil. Emma Goldman, que atesoraba la experiencia de una larga vida de activista y había vivido en Rusia en los años decisivos de 1920 y 1921, nos aporta una visión privilegiada para vislumbrar la magnitud del reto planteado. La conclusión final pudiera ser que, a pesar de la importancia del movimiento libertario español y su orientación profundamente democrática, en la que obreros y campesinos eran protagonistas, en aquel momento faltó la masa crítica que hubiera sido necesaria para enfrentarse con éxito a todos los enemigos del proyecto emancipador.

La falta de ayuda internacional, además, ponía las cosas especialmente difíciles.

A finales de junio de 1939, cuando le quedaba menos de un año de vida, Emma Goldman celebra en Toronto su setenta cumpleaños. La tragedia española acaba de consumarse, y desde París le llega un cariñoso mensaje de Mariano R. Vázquez, secretario general de la CNT, que le agradece todo el apoyo prestado y la declara «madre espiritual» de la Revolución española. Ella consideró esto el tributo más hermoso que había recibido nunca.

Memorias de un anarquista en prisión, de Alexander Berkman

Publicado en *Rebelión* el 29 de enero de 2014

Alexander Berkman es una de las figuras fundamentales en los comienzos del anarquismo norteamericano. En la reseña de las memorias de Emma Goldman publicada hace poco en *Rebelión*, se describen los acontecimientos que dieron lugar al libro que aquí comentamos, y se habla también de la aparición de la versión original de éste en la editorial ligada a la revista *Mother Earth* en 1912. La traducción española de Albert Fuentes llegó al catálogo de Melusina en 2007.

Una introducción de Marc Viaplana y una nota del traductor nos acercan a la biografía de Alexander Berkman. Nacido en Vilna en 1870 en una familia judía, se establece luego en San Petersburgo; en 1881, la bomba nihilista que ejecutó a Alejandro II destrozó los cristales del aula donde en ese momento él daba la lección. Seis años más tarde parte para los Estados Unidos, en busca de escenarios de mayor libertad para sus precoces inclinaciones revolucionarias. En 1892 atenta contra Henry Clay Frick, magnate del acero que había lanzado a la policía a reprimir a obreros indefensos y provocado con ello diez muertos. El libro es una crónica de su acto y del precio que el poder le hizo pagar por él.

El atentado

Berkman conoce la noticia de la masacre de Homestead e inmediatamente se nos presenta en el tren, camino de su destino, dando vueltas a sus ideas. Ve las fuerzas en juego. El pueblo, que soporta como el gigante Atlas el sufrimiento del mundo, ha erguido el rostro desafiante. Él siente en sus ojos una desesperada petición de ayuda y acude convencido de que un *Attentat* no es un asesinato, sino tal vez todo lo contrario; es golpear la cabeza de la hidra que engendra el infame dolor; y es hacerlo en el momento preciso en que el mensaje puede ser captado por las masas, hacerlas conscientes de su fuerza y desencadenar la revolución. En las largas horas de viaje revive ráfagas de su juventud, de la comodidad burguesa pronto sacudida por la certeza de la injusticia, por la ejecución de su tío Maxim, un nihilista, por dudas religiosas. Y América resultó ser la tierra del desengaño, de las luchas inútiles...

Sigue su visión del campo de batalla. Los obreros se han enfrentado con éxito a los Pinkertons —matones de una compañía de seguridad—, pero ahora se hallan divididos ante la llegada de soldados; a éstos es difícil oponerse y se teme que enseguida vendrán los esquiroles. Entonces se produce el ultimátum de Frick... El 23 de julio Sasha irrumpe en la oficina de éste. Cuando le dispara desde ocho metros y lo hiere, los que están en el despacho se abalanzan sobre él. Hace fuego de nuevo y falla. Luego se le encasquilla la pistola y trata de acuchillarlo con una daga.

Trece años y diez meses de encierro

En la cárcel tiene una amarga decepción cuando consigue hablar con un obrero acusado de arrojar dinamita a los Pinkertons y lo descubre, para su sorpresa, preocupado sólo por buscarse una coartada y sin querer saber nada de los anarquistas... Sin embargo, le pasan un recorte de periódico en el que puede leer que un soldado de uno de los regimientos apostados en Homestead animó a sus compañeros «*a dar tres vivas al hombre que disparó a Frick*». Pronto comienzan las maniobras para tratar de sacarle información y conseguir que incrimine a otras personas por medio de burdas trampas...

Cuando se entera de que Frick se ha recuperado completamente, lo considera una pésima noticia. ¡Fracasó en su misión! Quería morir por la causa y ahora lo enterrarán vivo. Sin embargo, siente que cumplió con su deber, que el suyo fue un eslabón más en la lucha por la liberación de los explotados. Alexander Berkman siempre tuvo el fanatismo del que se entrega en cuerpo y alma a la revolución. Recuerda cuando golpeo a su amigo Fedya, un hermano para él, por gastarse veinte céntimos en una comida en un momento en que el movimiento padecía una enorme penuria.

Dos anarquistas, Henry Bauer y Carl Nold, han sido detenidos acusados de complicidad con él. Por ellos sabe que Johann Most ha condenado el atentado, lo que le parece inaudito, una cobarde claudicación del inveterado defensor de la violencia. Una carta de Emma Goldman, profundamente solidaria con él, consigue animarlo. Es curioso que ella es nombrada siempre como Sonia o la Muchacha en el libro; él será Aleck para sus compañeros de reclusión. El juicio tiene lugar el 19 de septiembre. Ni siquiera le dejan leer el texto que ha preparado para explicar su acto y con una estrambótica multiplicación de cargos lo sentencian a veintidós años de reclusión.

En la maloliente celda del penal de Riverside se siente incapaz de soportar la larga condena y decide suicidarse.

Afila una cuchara para clavársela en el corazón, pero se la descubren. Le queda sólo la posibilidad de estrellarse la cabeza contra la pared, que se le hace cuesta arriba. Las cartas de Fedya y Emma que al fin recibe le decepcionan. Ponen demasiado de manifiesto el fracaso de su acción y las críticas que está cosechando. La soledad rumiando su impotencia resulta insoportable, pero enseguida lo ponen a trabajar, primero en el taller de confección de esterillas, y cuando sus ojos enferman, en el de calcetería, más tranquilo y saludable. Se sumerge en la rutina: largas noches de insomnio, días de labor absorbente... Su consuelo son las cartas de Fedya y Emma, convertida en la más elocuente defensora de su acto, y furtivas conversaciones con sus compañeros. A veces llega alguna revista libertaria con un artículo en el que se le respalda, o un poema dedicado a él.

Pasan los meses. Berkman nos ofrece instantáneas de su vida, con retratos sacados de la compleja sociedad de los que visten el uniforme de rayas horizontales: «Alitas», un preso manco que le enseña sensatez y paciencia para soportar la condena; perseguido por sucias maniobras acabará perdiendo la razón en la celda de aislamiento y morirá en el manicomio años después. «Rojo de Boston» es un ratero ducho en todos los trucos carcelarios que se le insinúa sexualmente, provocando incredulidad y profundo rechazo. No faltan locos y perturbados: «Nick el silencioso» da vueltas continuamente en su celda y no suelta palabra, una vez intentó suicidarse; no son escasos los que lo consiguen. Berkman siente una gran compasión por estos «habitantes del valle de la muerte», violentas y deshumanizadas excrecencias de la sociedad, a los que muchas veces basta una pequeña dosis de camaradería y sufrimiento compartido para alumbrar un noble ser humano. Entre los guardas, eternos mascadores de tabaco, abundan los brutales y corruptos; los veteranos de la guerra de Secesión suelen ser más benignos, así como los novatos, en general, pero éstos son adoctrinados enseguida por los más viejos.

El ingreso en el penal de Bauer y Nold regala a Sasha la proximidad de dos hermanos que comparten sus ideas, algo casi milagroso en el ambiente que lo rodea. Se comunica con ellos mediante notas que llegan a ser muy voluminosas y contienen extensas reflexiones y contrastes de pareceres. Así editan una revista manuscrita: *Zuchthausblüthen*, que se difunde entre los reclusos y se enriquece con aportaciones de muchos de ellos; el éxito hace que pronto sea sustituida por una versión inglesa: *Flowers of Prison*. En esa época —primavera de 1893— descubre además la forma de «hablar» con otros presos desde la celda, utilizando las vacías cañerías del baño.

Todo se tuerce cuando se acusa a Sasha de haber instigado un conato de revuelta y es recluido en una celda de aislamiento, la «nevera», donde soporta varias semanas de hedor, oscuridad y casi ausencia de alimento; lo sacan una vez a la semana para pesarlo. Después, vuelve a su vieja celda en régimen de aislamiento y allí al menos tiene el consuelo de la lectura; también estudia inglés y trata de hacer ejercicio. Los tres anarquistas están incomunicados y la publicación de las *Flores* ha de suspenderse. Pasa más de un año en esa situación.

Cuando sale del aislamiento, a Sasha se le encomienda la labor de «chico de café» en su corredor: barre, limpia, ayuda al reparto de la comida, y aprovecha para favorecer en lo poco que puede a los otros presos. Le cuentan sus historias y es testigo de la cruel arbitrariedad con que se les trata. Es un mundo donde triunfan el espionaje y la traición, y abundan los que colaboran con los guardianes a cambio de privilegios. Las reclamaciones por injusticias raras veces prosperan. Berkman nos describe los distintos tipos de reclusos, sus relaciones y estrategias y como en ocasiones la cárcel se convierte en una «universidad» del crimen. Recupera la comunicación con Nold y Bauer y las *Flores de Prisión* vuelven a aparecer; así nace el proyecto de publicarlas fuera.

Han pasado dos años desde su salida del calabozo y luce ya el traje negro de los que disfrutan del segundo grado, pero se le niega la visita de una amiga que viene a tratar la posibilidad de solicitar un indulto basándose en las irregularidades de su sentencia; al final éste será denegado. Poco después logra que un preso liberado haga llegar a la prensa una denuncia de las arbitrariedades que se cometen en Riverside. Berkman se ofrece para testificar y elabora una lista detallada de todos los abusos.

El año 1896 entra con comidas especiales y un cierto relajo de la disciplina, pero pronto Berkman es trasladado al ala sur porque barruntan algo de sus planes de acusación. Organizando un alboroto consigue que lo devuelvan al ala norte, donde tiene escondido su informe, pero ha de pasar una semana en un nauseabundo calabozo. Al salir, la primera noticia que recibe es que el alcaide ha sido exonerado de las denuncias contra él. Los testigos se desdijeron y ahora parece que el único culpable es él mismo, convertido en un difamador. Su sensación de impotencia es absoluta.

De nuevo aislado, Sasha recuerda con cariño los desvelos de Emma, que prepara una solicitud de indulto, pero su pesimismo ante estas estrategias legales le hace acometer el proyecto de un túnel que debería excavarse desde el exterior. Carl Nold al ser liberado explicará el plan a los compañeros de fuera. Tras dieciséis meses en aislamiento, con el fin de la tortura le llega la noticia de que a pesar del fervor de Emma buscando apoyos, el indulto ha sido denegado. Berkman es nombrado ayudante del encargado del corredor y contempla a antiguos conocidos, ahora presos incomunicados que hundidos en la locura ya no lo reconocen siquiera.

A comienzos de 1899, Sasha se siente incapaz de resistir los nueve años que le quedan y se vuelca en planes de fuga

de los que el túnel es su opción favorita. El escepticismo de los compañeros que deberían organizar su construcción en el exterior lo encorajina. Por fin consigue comprometer a Tony, un recluso que está a punto de ser liberado, y además obtiene informaciones sobre el alcantarillado que le permiten elaborar un trazado con grandes posibilidades.

En primavera, recibe cartas de Tony, ya libre, que le indican que el proyecto avanza. Se reproducen luego otras, transportadas *in pectore* (burlando la censura), que Berkman le hace llegar, en las que se alternan el entusiasmo y la decepción por los retrasos y modificaciones del plan. En la última, desesperada, del 16 de julio, comunica que el túnel ha sido descubierto y él ha sido encerrado. El revuelo es enorme y las sospechas apuntan en distintas direcciones, aunque la suya es enseguida la principal. Son incapaces de probar su relación con la obra, pero a pesar de ello lo ponen en régimen de aislamiento.

En sus atormentadas reflexiones de esta época hay un gran agradecimiento a los compañeros que realizaron el trabajo y también algo de resentimiento hacia Tony, por su terquedad, y hacia Emma, por irse de viaje en ese momento; piensa que su implicación, con sus dotes de organizadora, hubiera garantizado el éxito. El aislamiento se prolongará más de un año. Cuando Russell Schroyer, un joven que pensaba participar en la fracasada fuga, y por quien sentía una tierna amistad, lleva una muerte espantosa debido a una negligencia en el hospital, Berkman está a punto de volverse loco y en respuesta lo tienen ocho días atado a la cama con una camisa de fuerza, pudriéndose en sus propios excrementos. Sólo en julio de 1901 regresa al régimen anterior al aislamiento.

En cartas a Emma Goldman, Berkman relata estos sucesos y la posterior mejora de su situación con una reducción de condena de dos años y medio. Le habla de su evolución mental, de sus lecturas, de cómo ha aprendido que la revolución llegará con más dificultades que las que ellos imaginaban hace diez años, debido a la fuerza de los prejuicios en las masas. Son para él dolorosas las diferencias de criterio respecto al acto de Leon Czolgosz que ella también señala en *Viviendo mi vida.* El nuevo alcaide es un médico que suprime los métodos más brutales, y se descubre por entonces que el 40% de la población reclusa padece tuberculosis en distintas fases. La vida mejora para todos, aunque no será por mucho tiempo. Berkman nos describe animadas tertulias en las que aquellos hombres excluidos de la sociedad cuentan sus historias y revelan su lado más humano. Vemos en ellos víctimas de un orden infame: jóvenes sin escuela, explotados y atropellados que devienen en delincuentes, pero conservan en su corazón la intacta llama del amor por lo noble y lo hermoso.

En 1902 se cumplen diez años del ingreso en prisión de Berkman. La esperanza resucita. Harry es su nuevo ayudante: diecinueve años y tuberculosis avanzada; huérfano de madre y padre alcohólico, su escuela fueron los correccionales, nunca tuvo una oportunidad. Bajo la influencia de Aleck, su mente se abre, pero morirá pronto, una semana después de que se desestime su indulto «*por no estar suficientemente enfermo*». Hasta que en el verano de 1905 es trasladado al taller penitenciario para cumplir allí el último año de su condena, todavía le toca a Berkman padecer arbitrariedades y volver al aislamiento por protestar contra ellas, aunque ello le trae también el placer de conocer buenas gentes que se esfuerzan por ayudarle.

Y al fin en la prisión más grande

En el taller penitenciario las condiciones son peores en todos los sentidos, y la angustia lo domina mientras acaba de llegar el día tan esperado. El 18 de mayo de 1906, tras trece años y diez meses de reclusión Alexander Berkman es liberado. Cuando lo obligan a realizar las primeras rutinas del día, la ansiedad se dispara, pero enseguida lo llevan al vestidor y le hacen ponerse ropa de calle. A la salida hay reporteros y un agente de policía que le conmina a abandonar la ciudad. Su confusión es memorable en las calles de Pittsburgh, contemplando misteriosos carruajes sin caballos, pleno de gozo ante cada nimio detalle de la vida. Pronto parte para Detroit, donde se reúne con Carl Nold y Emma Goldman. Ella lo abraza, pero él es incapaz de pronunciar palabra. Cuando ella le ofrece un ramo de flores, él se las acerca a la cara y mordisquea los pétalos mecánicamente. Sigue luego algo sobre el difícil regreso a un mundo donde muchos de los amigos ya no están y él se siente extraño ante las nuevas estrategias, que se le antojan desvaídas y posibilistas. Son días angustiosos, acariciando la idea del suicidio, hasta que la violenta disolución de un mitin con varios detenidos le arranca el súbito convencimiento de que la lucha por la justicia es el fermento que puede dar sentido a la vida.

En esta travesía del infierno vemos a Alexander Berkman buscar su vía particular hacia la ternura, como cuando es capaz de domesticar pajarillos que se hacen famosos en la cárcel por sus habilidades. Hay que decir también que en ocasiones el afecto y la amistad cristalizan en etéreas y platónicas relaciones homosexuales con muchachos como Johnny Davis, perseguido por hampones que acaban llevándolo a la tumba, o Russell Schroyer, ya mencionado. En una charla con su amigo Doctor George al final del libro se confiesan mutuamente haberse enamorado de chicos jóvenes alguna vez durante su estancia en la cárcel, aunque se trataba en general de relaciones sin contacto físico. A pesar de su prevención contra la homosexualidad, los dos tienen el valor de reconocer el carácter «honesto y legítimo» de estos sentimientos.

Memorias de un anarquista en prisión fue el primer trabajo literario importante de Alexander Berkman, un hom-

bre que hizo de la integridad y la fidelidad a sus ideas una forma de vida. Le tocó pasar luego de la decepción de la lucha contra el capitalismo americano y la implicación del país en la Primera Guerra Mundial, a la que le produjo su estancia en la Unión Soviética en 1920 y 1921, reflejada en otro de sus libros esenciales: *El mito bolchevique*. Enfermo y hundido tras tantas derrotas, puso fin a sus días en 1936, cuando quedaba menos de un mes para que en España se desencadenara una revolución que no hay que dudar de que hubiera resucitado su ánimo.

El ABC del comunismo libertario, de Alexander Berkman

Publicado en *Rebelión* el 24 de abril de 2015

En 1929, tras una vida de lucha y agitación revolucionarias que lo habían dejado tristemente varado en Francia, Alexander Berkman (1870-1936) emprende la confección del que será el último de sus textos esenciales tras las *Memorias de un anarquista en prisión* (1912) y *El mito bolchevique* (1925). Conocido en castellano como *El ABC del comunismo libertario*, éste es un compendio de la doctrina anarquista redactado con intención popular y divulgativa y ha sido reeditado en 2009 por La Malatesta, Tierra de fuego y Utopía libertaria con un preámbulo de Chris Ealham y el prefacio que Emma Goldman preparó para la edición de 1937.

En un prólogo fechado en París en 1928, Berkman justifica la necesidad de su obra en las grandes convulsiones sociales recientes: la Gran Guerra y la Revolución rusa, que han de ser interpretadas desde la perspectiva anarquista, y en la carencia de un libro que presente esta doctrina de forma adecuada a la comprensión de un lector medio sin conocimientos sociológicos. Así echa a andar el texto; vibrante de justa indignación nos muestra la disyuntiva entre la simplicidad de la vida y los deseos elementales de cualquier ser humano, y el hecho obsceno de que mientras la mayor parte de los hombres trabajan con tesón para construir todo lo que vemos en el mundo, sólo una ínfima minoría son los propietarios de las fábricas, enriqueciéndose con el sudor de los demás gracias a la eterna amenaza del paro. Se trata de un robo evidente que sin embargo no es percibido como tal por sus víctimas. Es además un robo que es protegido por la ley. Algo parecido ocurre con los campesinos. La sencillez de la vida ha sido trastocada con un sistema de producción basado en el despojo y dirigido sólo al lucro. No obstante, la situación se vuelve aún peor cuando comprendemos que la búsqueda de nuevos mercados para los excedentes originados lleva a los Estados inevitablemente al infierno de la guerra. Los hombres, mayormente obreros y campesinos, seducidos con el mito funesto de la patria, serán sacrificados en ella como reses en el matadero.

Si repasamos la historia, vemos que tras la esclavitud vino la servidumbre, y tras ésta el capitalismo. Las Iglesias y la escuela han estado siempre del lado de los amos, enseñando sumisión. Por otra parte, lo que llaman «Justicia» en esta sociedad no tiene nada de ella, sino que es la coacción del poderoso que hace las leyes y muchas veces las viola en su provecho. Todo es engaño arriba y estupidez abajo, aunque el pueblo va despertando. Se recuerdan las luchas por la jornada de ocho horas: la tragedia del Haymarket y el asesinato legal de los líderes anarquistas de Chicago, así como los casos Mooney-Billins y Sacco-Vanzetti, más recientes, ejemplos que demuestran cómo se las gasta la «Justicia» del capital. El conflicto entre capital y trabajo es a vida o muerte.

Se plantea Berkman en este momento que el poder político y financiero que impone su régimen de explotación en la sociedad no podría subsistir sin la colaboración de las masas del pueblo. Éstas, que son las que hacen que todo funcione, con su número aplastante podrían siempre apoderarse de la tierra y las fábricas. ¿Qué mecanismos tienen para ello? Los socialistas marxistas se les ofrecen como intermediarios. Si se les vota, ellos en el poder acabarán con el capitalismo; sin embargo, la experiencia demuestra —demostraba ya entonces—, que al alcanzarlo, se aferran a él y disfrutan sus privilegios, pero se olvidan de abolir la explotación y embaucan a sus seguidores con reformas de poca monta. La Gran Guerra reveló su alma negra cuando votaron mayoritariamente para llevar a los trabajadores al matadero, traicionando aquello de: «Proletarios de todos los países, uníos». Sólo el anarquismo pone la respuesta en las manos de los propios trabajadores, que deben organizarse y realizar la tarea ellos mismos.

Los capítulos siguientes se dedican a la Revolución rusa. Tras el intento emancipador de 1905 y la durísima represión que acarreó, con el desastre de la Gran Guerra la autocracia cae sin que nadie acuda en su ayuda. Así se produjo la revolución de febrero de 1917, notoriamente incruenta. Un Gobierno provisional toma el control del país, mientras por todas partes, soldados, marineros, campesinos y obreros se organizan en soviets para exigir sus reivindicaciones: fin de la guerra, reparto de la tierra... El Gobierno hace oídos sordos, pero el pueblo sigue adelante. Se repasan las estrategias de los distintos grupos políticos. En aquel momento, los bolcheviques parecían converger con los anarquistas y pedían la huelga general y todo el poder para los soviets. Así se llega a octubre, cuando según Berkman los soviets se hacen realmente con el poder, pero por poco tiempo.

Los bolcheviques apoyan una Asamblea Constituyente, pero cuando quedan en minoría en ella, la disuelven y ense-

guida establecen férreo control sobre los soviets. Berkman argumenta sobre la oposición entre los ideales liberadores de la revolución y el fracaso que supuso la instauración de otra dictadura, en este caso de un partido, o más bien de una persona, Lenin, que se arreglaba siempre para imponer su criterio a sus más inmediatos colaboradores, a menudo críticos con sus opiniones. Sigue un repaso de la situación en la URSS, marcada por ausencia de libertades, arbitrariedad policial, con una mezcla en lo económico de capitalismo de Estado y capitalismo de mercado dominados por burocracia y corrupción.

Y cuál es la propuesta del anarquismo. Hay que señalar para comenzar que esta doctrina no debe identificarse con la violencia, como han pretendido muchas veces sus enemigos. La violencia política o el tiranicidio son más viejos que el anarquismo, y hay corrientes dentro de él que rechazan estos métodos. Cuando militantes libertarios han recurrido a ellos hay que entender que «*son expresión del temperamento individual y no consecuencia de una teoría en particular*». Pero, ¿qué quiere realmente el anarquismo? La respuesta es simple: la abolición del Gobierno. ¿Es eso posible? Si nos fijamos en la misión que cumple éste, veremos que es sólo la de coaccionar para proteger los privilegios de los ricos. Suprimirlo significará que cada uno pueda desarrollar libremente sus capacidades individuales y de asociación y ayuda mutua.

¿Funcionará esa sociedad? Berkman cree que sí, confiado en que todos aporten lo mejor de sí mismos en libertad para construir la obra colectiva sin propiedad ni privilegios. Su opinión es que no habrá holgazanes si damos a cada uno la opción de escoger el terreno de su contribución a lo común. Las máquinas podrán hacerse cargo de muchas tareas repetitivas e ingratas y es cierto además que si se prescindiera de los oficios sin utilidad social, el número de horas de trabajo por persona se reduciría enormemente. Así el hombre tendría la posibilidad de desarrollarse y alumbrar lo mejor que lleva en su interior, lejos de los imperativos sociales. Sería el nacimiento de una nueva humanidad.

Pero, ¿cómo llegará la anarquía? Ésa es la gran pregunta. Para Berkman, la lección de la historia es que el Gobierno y el capital nunca cederán su poder pacíficamente y será necesaria una revolución para desembarazarse de ellos. Ésta sólo será posible cuando las capas populares explotadas, engañadas y dóciles hoy, sean conscientes de su situación y se propongan cambiarla. La conciencia es lo fundamental, y deben hacerse todos los esfuerzos para que crezca, lo que hará evolucionar la sociedad, pero sólo cuando alcance un valor crítico se producirá la revolución. Para que ésta tenga éxito ha de esperarse al momento en que las masas estén en condiciones de manejar su destino. Si no se hace así, el control puede serles arrebatado, por un partido político por ejemplo, como sucedió en Rusia.

¿Cómo ha de prepararse entonces la revolución? Hay que tener en cuenta que ésta ha de ser un proceso esencialmente constructivo y que para que triunfe es necesario sobre todo inculcar a los hombres un auténtico amor a la libertad, la igualdad y la fraternidad, que cristalizan en la asociación libre a todos los niveles. La humanidad sólo ha conseguido hasta ahora, con sus forcejeos revolucionarios, dotarse de nuevos amos y hay que tomarse tiempo para que esto no vuelva a ocurrir. Todos han de participar en esta lucha, aunque hay un papel crucial para obreros y campesinos, y también para los trabajadores intelectuales; los tres grupos deben aprender a cooperar estrechamente.

Se pasa después a defender la huelga general como herramienta esencial para la revolución. Se trata nada menos que de apoderarse de las industrias y esto exige una planificación minuciosa; ganarse la colaboración de los técnicos es en este sentido una labor imprescindible. Berkman nos cuenta que en aquel momento se perdían el 60 % de las huelgas, lo que a su juicio obligaba a plantearse la conveniencia de una acción conjunta, sólo posible si la conciencia de las masas avanza. Un sindicato debe ser la voz de los trabajadores organizados desde la base, en consejos de fábrica y taller y luego coordinados a escala de toda la industria. De esta forma, podrá defender sus intereses sin delegarlos a mediadores políticos, siempre de abajo a arriba.

La revolución sólo puede sobrevivir si trae beneficios reales a la gente común. Por ello, los trabajadores tienen que ser capaces de abolir los privilegios y organizar rápidamente la producción en cuanto neutralicen al Gobierno. Es ésta una lección que deben llevar bien aprendida y la metáfora del feto que nace a la vida resulta muy apropiada para comprender lo que ha de ocurrir. Los hombres entenderán entonces que la libertad y la solidaridad sustituyen eficazmente a la imposición. Berkman describe un mundo donde campo e industria colaboran e intercambian fraternalmente sus productos, algo que sólo se conseguirá si las masas no dejan nunca de ser protagonistas.

En el período inicial, transitorio, de la revolución, en el que el racionamiento es necesario, fue un grave error de los bolcheviques establecer diversos tipos de raciones. Es una situación en la que la propiedad de los medios de producción y distribución pasa a ser colectiva y nada puede venderse ni comprarse. Los trabajadores de una fábrica, por ejemplo, tienen a su cargo la organización de la producción, pero no son dueños de una ni de otra. Todo está socializado y el dinero carece de sentido. No hay especulación, por tanto, y la oferta de cada cosa se acompasa con su demanda. Si no se alcanza una oferta suficiente, se raciona sobre principios de equidad. Se defiende la igualdad independiente de las aportaciones de cada uno y se razona que esto ha de ser lo más provechoso.

Berkman apoya convencido una reorganización que permitirá un aumento de la producción, y un sistema económi-

co más sencillo y solidario que la competencia despiadada del capitalismo. Defiende un alto grado de descentralización y el respeto a las pequeñas industrias artesanales, aunque cree que triunfando la revolución en distintos países, las diferentes experiencias de autoorganización irán mostrando las vías más eficaces y apropiadas. La opresión colonial será sustituida por una libre colaboración que hará que todas las naciones puedan desarrollarse adecuadamente.

¿Cómo se defenderá la revolución? El pueblo ha de resultar invencible en la preservación de sus conquistas. Obreros y campesinos armados repelerán cualquier agresión, como se demostró en Rusia o en Valmy en 1792. Aunque sea necesaria una estructura militar, «*el interés activo de las masas, su autonomía y autodeterminación son las mejores garantías de su éxito*». No obstante, incluso en estas circunstancias sigue abogando Berkman por la libertad de expresión para los contrarrevolucionarios. Para los prisioneros defiende un trato humano y que se les intente convencer, respetando su libertad en cuanto no haga peligrar la revolución.

El final del libro resume su espíritu meridianamente: «*Todavía ninguna revolución ha intentado el verdadero camino de la libertad. Ninguna ha tenido suficiente fe en él. La fuerza, la represión, la persecución, la venganza y el terror han caracterizado todas las revoluciones del pasado y han traicionado por ello sus fines originarios. Ha llegado la hora de inventar nuevos métodos, nuevos caminos. La revolución social ha de lograr la emancipación del hombre por la libertad, pero si nosotros no tenemos fe en esta última, la revolución se convertirá en una negación de sí misma y en una traición. (...) Sólo así puede allanarse el camino hacia las grandes cumbres y propiciar una sociedad en la que el gozo y el bienestar sean patrimonio de todos. Entonces alboreará el día en que el hombre tendrá por primera vez amplia oportunidad para evolucionar y expandirse bajo el generoso sol de la Anarquía*».

*Mother Earth. La voz del anarquismo en Norteamérica. Re*copilación de textos de la revista de Emma Goldman y Alexander Berkman

Publicado en *Rebelión* el 26 de enero de 2022

Marzo de 1906 en la ciudad de Nueva York. Emma Goldman, enfermera, activista del anarquismo y pionera de la emancipación femenina, ve materializado su sueño al sostener en sus manos el primer número de *Mother Earth*, la abultada revista (64 páginas) que ella misma ha concebido y con la que planea impulsar la difusión de la Idea libertaria y la mejor literatura humanista. Nacida en 1869 en Kaunas —Imperio ruso entonces y hoy Lituania— en una familia judía, y llegada en los últimos días de 1885 a los Estados Unidos, la feliz editora es bien conocida ya como conferenciante y articulista, y su compromiso en la lucha contra los dueños del mundo la ha llevado varias veces a la cárcel, experiencia que definió como «*su escuela más dolorosa, pero también la más vital*».

El año siguiente, Alexander Berkman (1870-1936), también judío y nacido en Lituania (en Vilna), amigo y amante de Emma Goldman, asume la dirección de *Mother Earth* tras su regreso de la penitenciaría de Pittsburg. Allí ha cumplido casi catorce años de condena por un atentado fallido contra el magnate del acero y masacrador de huelguistas Henry Clay Frick. Sus *Memorias de un anarquista en prisión*, crónica puntual y desgarradora del calvario de un espíritu libre, serán publicadas en 1912 por la editorial que nace a la sombra de la revista.

Los tres mil ejemplares del primer número de *Mother Earth* van a ir aumentando a medida que ésta se convierta en una referencia del pensamiento crítico en los Estados Unidos y las figuras más destacadas del anarquismo mundial traigan a ella sus textos. Sindicalismo, literatura, arte, libertad sexual y control de la natalidad son temas habituales, como lo es el pacifismo, y en 1917 desde sus páginas se entabla una intensa y bien argumentada campaña contra la participación de los Estados Unidos en la guerra con llamamientos a la deserción; se suceden entonces registros, incautaciones y procesos judiciales y en agosto de ese año la revista desaparece. A finales de 1919, nuestros dos protagonistas, que habían sido encarcelados, son deportados a la Unión Soviética; allí van a permanecer hasta diciembre de 1921, pero esa ya es otra historia...

Un grupo de editoriales libertarias (Corazones Blindados/Fulminantes 07 y las fundaciones Aurora Intermitente, CEDCS y Anselmo Lorenzo) han coordinado esfuerzos para que vea la luz una «antología esencial» de los artículos de *Mother Earth*, seleccionados, traducidos y anotados por Federico Corriente. El libro viene con abundantes reproducciones de portadas, ilustraciones y textos con la tipografía de la publicación e incorpora además un índice final con biografías sintéticas de los autores incluidos.

De las veintiséis contribuciones, ordenadas cronológicamente, que se presentan, cuatro llevan la firma de Emma Goldman. En el número inaugural, la fémina más peligrosa de América, según el FBI, expone sus ideas sobre la emancipación de la mujer, que ve en gran parte como una necesaria rebelión de su propia mente contra los prejuicios que la coartan; después, en 1909 resume las noticias que llegan de la Semana Trágica catalana, saludando su huelga general, instrumento formidable, así como su anticlericalismo y antimilitarismo; en 1911 relata las persecuciones y ultrajes policiales durante una gira de conferencias por el país; y en

1915 clama contra la «matanza universal» que ha estallado en Europa, profetizando con horror el militarismo norteamericano que ha de prevalecer una vez vencido el alemán, hijos todos del engendro capitalista.

La poeta y ensayista libertaria individualista Voltairine de Clayre (1866-1912) aporta al volumen una reflexión sobre el asesinato en 1901 del presidente William McKinley por el anarquista Leon Czolgosz, de la que concluye: «*Los infiernos del capitalismo engendran a los desesperados, y los desesperados actúan... ¡de manera desesperada!*». En otra contribución, de Clayre analiza las «ideas dominantes» de diversas civilizaciones y épocas, para aterrizar en la «*obsesión por la productividad y la posesión*» del presente, reflejo para ella de un espíritu inquieto huyendo de sí mismo; remarca sin embargo la permanencia de la duda y la rebeldía, capaces de alumbrar nuevos mundos. Por su parte, el periodista libertario Warren Star van Valkenburgh (1884-1938) arremete en tres cáusticos artículos durante la Gran Guerra contra la hipocresía del orden familiar y estatal, el antisemitismo del Imperio ruso y las farsas electorales norteamericanas: «*El engaño subyacente es que pueda existir algo así como el Gobierno popular*».

El volumen reúne textos de interés de otros autores, entre ellos una lírica reflexión contra el concepto de éxito social que se estila, con un canto a la grandeza de muchos «fracasados» de la historia humana, creadores de lo mejor que tenemos; se discuten además las opiniones de G. B. Shaw sobre los Estados Unidos, la oportunidad que ofrecen los juicios a anarquistas para la propaganda o el valor de la huelga de hambre como forma de protesta. Las noticias de la masacre de mineros y sus familias en abril de 1914 en Ludlow (Colorado) impulsan llamadas a la insurrección; otros artículos defienden la libertad sexual y los derechos de las prostitutas contra cierto «feminismo» etiquetado como puritano, o reflejan la fascinación que había por entonces en los medios libertarios por Nietzsche o Stirner.

Se han recopilado también editoriales de *Mother Earth*, que descubren las dificultades de todo tipo que debió encarar el proyecto y aportan crónicas de procesos sociales de aquellos días, como el movimiento de parados que realizó ocupaciones de iglesias en marzo de 1914 en Nueva York. En agosto de ese mismo año, se vaticina el horror que va a asolar Europa, «*un paroxismo de locura como el mundo no ha visto jamás*», al tiempo que se critica la palabrería de una socialdemocracia que se declaraba capaz de evitar el desastre. En los meses siguientes, los intelectuales alemanes que justifican la carnicería son puestos en evidencia, y en cartas a la revista, Errico Malatesta y Émile Armand manifiestan su antibelicismo y cargan contra los anarquistas que han expresado su apoyo a los aliados.

El volumen, con su acertada selección de contenidos, nos introduce de lleno en los escenarios de explotación y guerra de una época que al final comprendemos que no era tan diferente de la nuestra. Trinchera del pensamiento y la praxis libertarias, *Mother Earth* desempeñó hace cien años una labor crucial de información y agitación, jugosa de enseñanzas universales. Alexander Berkman definía así en 1916 sus objetivos: «*El propósito de la propaganda anarquista es despertar a la humanidad a una autoconciencia continuamente mayor, el primer paso para la autosuficiencia y la afirmación.* (...) Mother Earth *ha intentado articular el grito de las masas oprimidas y explotadas que luchan por los medios de vida, y el del artista por la expresión del alma, porque los dos son sólo manifestaciones diferentes del mismo espíritu*».

Anarquismo social o anarquismo personal: un abismo insuperable, de Murray Bookchin

Publicado en *Rebelión* el 31 de julio de 2014

El pensador y activista norteamericano Murray Bookchin (1921-2006) evolucionó a lo largo de su vida desde el marxismo hacia el socialismo libertario y en los años 50 y 60 desarrolló una síntesis de ideas anarquistas y descentralizadoras con otras ambientalistas y sobre energías alternativas que acabaron convirtiéndolo en uno de los pioneros del movimiento ecologista. El libro que nos ocupa fue publicado en 1995 con el título *Social Anarchism or Lifestyle Anarchism: An Unbridgeable Chasm* y de él existe una versión española (Virus editorial, 2012, trad. de Roser Bosch) con introducción de Joantxo Estebaranz.

El texto pone de manifiesto las dotes de Bookchin como polemista. Una nota a los lectores presenta con claridad el asunto del libro. En estos tiempos que corren (1995) cuando la explotación y la pobreza que genera el capitalismo aumentan drásticamente, no se encuentra respondiendo a ello un discurso anarquista bien trabado que ataque certeramente lo que constituye la base y fundamento de estas condiciones. ¿Qué ha ocurrido? El diagnóstico de Bookchin es que, tristemente, miles de anarquistas han abandonado «*la esencia social de las ideas anarquistas, por el personalismo omnipresente* yuppie *y* new age *de esta época decadente y aburguesada*». El fervor por una «revolución social», que caracterizaba el anarquismo, en gran parte se ha perdido. El libro tratará de analizar las distintas facetas de este arduo problema.

La tensión entre individualismo y colectivismo o comunismo marca la evolución del pensamiento anarquista desde sus orígenes, pero las décadas revolucionarias de los comienzos del siglo XX apagaron la polémica cuando las organizaciones de la clase obrera se sintieron llamadas a lide-

rar una transformación revolucionaria de la sociedad. El individualismo hiberna en esa época y regresa con fuerza en la segunda mitad del siglo XX para hacer su agosto cuando consigue enlazar, a su peculiar manera, con el feroz individualismo que impone la ideología del mercado neoliberal.

La primera obra enjuiciada es *The Politics of Individualism*, de L. S. Brown (1993), un canto a la «autonomía» individual ajeno a la trabajosa gestación social de la auténtica libertad, según Bookchin. Éste se esfuerza en poner al descubierto las falacias de esta autora al criticar un colectivismo prefabricado y muestra cómo su rechazo de la democracia en aras de un consenso que ha de prevalecer siempre sienta las bases de una dictadura de las minorías sobre las mayorías, tal y como se deja claro con algunos ejemplos.

Pero el caso de Brown es para Bookchin sólo uno de los muchos que señalan el predominio en el anarquismo europeo y norteamericano de tendencias individualistas en estos momentos. Éstas, con perspectivas muy diferentes, se hallan sin embargo sólidamente conectadas en la renuncia al desarrollo de organizaciones y movimientos sociales radicales y comprometidos, sustentados en teorías sólidas y trabajando con programas coherentes y viables.

Se cita como uno de los ejemplos más extremos de esto a Hakim Bey y su *Zona temporalmente autónoma* (1991), libro en el que Bookchin no ve más que artificios literarios para regocijo de niños bien en busca de nuevas experiencias. En este texto, la lucha por la utopía de una sociedad sin explotación se resuelve en un colocón incoherente en cuyo triste despertar todas las estructuras de dominación han de seguir ahí inmutables. Otros casos que se describen muestran cómo, curiosamente, el anarquismo personal puede tener gancho para convertirse en una opción de consumo selecto con la que hacer buenos negocios. En eso están algunos; ponga unas pizcas de «anarquía» en su aburrida existencia burguesa.

Se analiza luego la oposición global a la tecnología de autores como George Bradford, que parten del error de considerar ésta solamente tal y como es utilizada por el capitalismo, sin tener en cuenta las posibilidades liberadoras que podría tener en otros contextos sociales. Para Bookchin, despreciar la objetividad y el conocimiento de nuestro entorno que nos aporta el análisis científico y renunciar a las opciones que nos ofrece es hacer un flaco favor a los ideales de la emancipación humana. Son éstos los mismos autores que malinterpretan el pensamiento de Lewis Mumford, quien se oponía por igual al primitivismo y a la megamáquina, y era partidario de una «*sofisticación de la tecnología en unas líneas democráticas y de escala humana*».

Las ideas criticadas enlazan con las de los que, como John Zerzan, plantean una mitificación de las culturas más primitivas que llega al extremo de considerar la ausencia de lenguaje y escritura como aspectos positivos. Para estos autores, de una forma asombrosamente simplista y en muchos casos absurda, la vida de cazadores y recolectores es vista como un edén del que la civilización y la tecnología no hacen más que alejarnos. Bookchin acumula datos que ponen abiertamente en cuestión estas tesis: escasa esperanza de vida en estas culturas, enfermedades, estructuras sociales opresivas, guerras, etc. No se encuentra en ellas exclusivamente la comunión mística con la naturaleza que se ha querido ver, sino también intentos instrumentales de controlarla y violencia más o menos ritual. Según Bookchin, estas ideas son peligrosas porque desprecian la capacidad de progreso que la humanidad ha mostrado en ocasiones y en la cual en estos momentos se cifra toda nuestra esperanza.

En el anarquismo personal es frecuente hallar un culto al ego que resulta irracional y ahistórico. Cómo no analizar el deseo si pretendemos entender esta máquina que somos. Mitificada la naturaleza y mitificado nuestro yo más elemental, no tiene lógica plantear escenarios de transformación y la revolución pierde su sentido al ser una simple proyección de algo defectuoso que somos incapaces de criticar. Los «caprichos estéticos autocomplacientes» se convierten al fin en un opio adormecedor que trata de situar al individuo fuera de la historia, cuando sólo dentro de ésta es posible la emancipación.

Para el autor del libro, todo lo que se ha apuntado en éste conduce a definir el «abismo insuperable» señalado en el título entre el anarquismo social, centrado en un proyecto racional de organización y transformación, y el anarquismo individualista (*lifestile anarchism*), abismado en la contemplación y satisfacción acrítica de un «yo» cuya génesis social se renuncia a analizar, y esclavizado por ello por el mismísimo mercado contra el que dice rebelarse. Nos queda sólo la duda de si las versiones del anarquismo personal que se repasan en el texto son realmente las únicas posibles o podría buscarse una compatibilidad entre los dos enfoques, el social y el individual.

Porque poco puede objetarse a la crítica de los ejemplos de anarquismo personal que se consideran en el libro, pero a la luz de lo mismo que se ha expresado en él tan convincentemente, cabe hacerse una pregunta. Para emprender ese trabajo de análisis, organización y transformación, ¿nos sirve el ser humano tal como está, es decir, tal como lo han dejado siglos de explotación, miseria moral, desinformación y alienación? Muchos responderán negativamente a esto, persuadidos de que entre las labores urgentes está también una mutación radical de la máquina deseante que somos, una higiene rigurosa que ponga al descubierto las verdades más profundas y hermosas que es necesario conocer: que todo lo que vive define el contorno de nuestro cuerpo, por ejemplo, o que el deseo sólo se sacia en la felicidad del otro. Algunas tradiciones han sido capaces de desarrollar formas de conciencia en las que el sufrimiento producido por la ex-

plotación del hombre es percibido como un reto que puede dar sentido a la vida.

Sin renunciar al racionalismo cuya negación es la auténtica muerte del alma, nunca estará de más tantear los caminos de la más radical y abierta de sus versiones, la que está dispuesta, por ejemplo, a utilizar la introspección que nos ofrecen algunas técnicas de meditación, o la que usa música y poesía como herramientas para iluminar los laberintos del animal simbólico que somos. Se impone la certeza de que sólo un hombre nuevo podrá culminar la tarea que la revolución demanda.

La próxima revolución, de Murray Bookchin

Publicado en *Rebelión* el 8 de abril de 2020

La obra del norteamericano Murray Bookchin (1921-2006) se apoya en un examen de las estructuras de poder y las revoluciones del pasado, y representa probablemente el intento teórico más consistente de buscar el encaje del anarquismo en la lucha contra el capitalismo de hoy mismo. Nacido en el Bronx, ya con nueve años Murray militaba en las juventudes comunistas, pero su antiestalinismo lo llevó a ser expulsado del partido en 1939. Tras una breve etapa trotskista, el anarquismo fue la siguiente estación de su viaje ideológico, hasta que en los años 60 su pensamiento dio un giro novedoso al comenzar a considerar como elemento fundamental la degradación ambiental que genera el capitalismo. Sus textos de esta época exploraban una síntesis de ecologismo y anarquismo, y esta inquietud lo animó también a fundar en Vermont en 1974 el Institute for Social Ecology.

A mediados de los 90, muy crítico con la deriva primitivista, irracionalista e individualista de algunos sectores del anarquismo, Bookchin se distanció del movimiento y se refugió en un análisis histórico y teórico que le permitió elaborar el concepto de una organización social autogestionada y de democracia directa, a la que denominó comunalismo o municipalismo libertario. *La próxima revolución*, el libro que nos ocupa, integra nueve ensayos aparecidos entre 1990 y 2002, que sintetizan estas ideas y fueron reunidos en un volumen en 2015 por su hija Debbie y Blair Taylor. La versión castellana acaba de ser publicada por Virus (2019, trad. de Paula Martín Ponz).

El proyecto comunalista

Nuestro autor comienza presentándonos el comunalismo, concepto nacido durante la Comuna de París de 1871. Este término sirve para describir una estructura basada en municipios gestionados por democracia directa y que se asocian libremente en una confederación. Para la forma política resultante, Bookchin propone el nombre de municipalismo libertario y a su juicio se trata del único sistema que permite resolver los dos efectos perniciosos del capitalismo: la explotación de los seres humanos y la degradación del medio ambiente. Respecto a la tecnología, convertida hoy en arma de destrucción, se defiende que podría ser de gran ayuda en una sociedad bien administrada.

Los textos recogidos exploran diversos aspectos del municipalismo libertario. Se discuten las posibilidades que puede ofrecer una municipalización de la economía, que la ponga al servicio de las necesidades de los ciudadanos y construya una alternativa sólida y pegada al terreno a los desastres de la globalización impuesta por el capital. Respecto a la mecánica de la democracia directa, Bookchin se declara partidario de aprovechar las herramientas tecnológicas, y de renunciar en ocasiones a lograr un consenso, y seguir la opinión de la mayoría en aras de la eficacia y la agilidad. Por otro lado, no hace ascos a participar en elecciones municipales con programas claros basados en las ideas que defiende, para implementar políticas que erosionen el poder estatal. Se apunta también la necesidad de «parcelar» las megaurbes en unidades más fáciles de gestionar.

Los retos que plantea la estructura confederal pueden superarse con un respeto escrupuloso a la idea de que el poder fluye de abajo a arriba y los representantes sólo administran las directrices elaboradas por la base. El intercambio de productos entre comunidades, más allá del lucro que fomenta el capitalismo, puede ser una extensión del principio comunista de proveer a cada una de éstas de acuerdo con sus necesidades. Esta organización horizontal, sustentada en la democracia y la solidaridad, será la forma de liberar a la humanidad de la lacra del nacionalismo, peste tenaz a través de los siglos y coartada para la opresión estatal.

El último ensayo incluido, «El futuro de la izquierda», es un llamamiento a superar las limitaciones que Bookchin ve en los dos campos dominantes en ella: marxista y anarquista, atrapado el primero en impotentes estrategias reformistas y lastrado por sus derivas autoritarias, e incapaz el segundo, abismado muchas veces en un individualismo estéril, de afrontar cuestiones clave organizativas y respecto al poder. Para nuestro autor, el comunalismo representa la síntesis que garantiza la autogestión de la sociedad con una estructura democrática y federada.

La vía revolucionaria

Muy crítico con las versiones «blandas» del ecologismo, que se quieren compatibles con el capitalismo, Murray Bookchin considera que la crisis ambiental no es un problema de «hábitos de vida», sino que exige una transformación radical del sistema. Aunque pone énfasis en el carác-

ter esencialmente no violento de los cambios que propone, queda de manifiesto a lo largo de la obra la necesidad de que la estructura que se debe ir creando se plantee como una alternativa al capitalismo. Tratar de coexistir con éste no es viable, pues su dinámica es fagocitar y destruir todo lo que amenaza su principio de acumulación. En un momento del libro su autor expresa la incompatibilidad de los dos sistemas con una imagen muy clara: «*Intentar ganarse a la "comunidad empresarial" y que adopte una sensibilidad ecológica (...) sería como pedir a los tiburones que viviesen de comer hierba o "persuadir" a los leones de que se tumbasen a reposar amorosamente al lado de los corderos*».

Ecología o catástrofe. La vida de Murray Bookchin, de Janet Biehl

Publicado en *Rebelión* el 25 de junio de 2021

Murray Bookchin ha quedado en la historia como el hombre que redefinió el anarquismo frente a la crisis ecológica que se suma exponencialmente en nuestros días a la crisis social del capitalismo. Quien fue caracterizado por David Harvey como «*uno de los pensadores anticapitalistas más importantes del siglo XX*» fue capaz, además, de desarrollar su teoría mientras se involucraba en las luchas emancipadoras de su tiempo, desplegando un fructuoso ajuste entre pensamiento y acción.

Janet Biehl, compañera de Bookchin desde finales de los 80, y su *alter ego* en la última etapa de su vida, nos explica en el prólogo de *Ecología o catástrofe* el compromiso que adquirió con él de escribir su biografía. Tras su fallecimiento en 2006, ella continuó recopilando información, y su empeño culminó en 2015 en un volumen que fue publicado por Oxford University Press y en versión castellana por Virus dos años después (trad. de Paula Martín Ponz).

Este extenso trabajo ofrece una lectura apasionante y sugestiva, y pone de manifiesto cómo la señera tradición del anarquismo, con sus métodos de autogestión y acción directa, sigue aportando herramientas insustituibles en una centuria marcada por el agotamiento, a nivel humano y planetario, de la forma de vida que forjó el mercado capitalista. Otro atractivo del libro es su aproximación, rigurosa y empática, a un pensador que conjugó lo más valioso de las tradiciones emancipadoras y nunca se rindió en su empeño de explicar y mejorar el mundo que lo rodeaba.

Comienzos bolcheviques y sindicalistas

Descendiente de judíos rusos emigrados a América a comienzos del siglo XX, Murray Bookchin nació en Nueva York el 14 de enero de 1921, y conoció ya de niño la conciencia crítica a través de su abuela materna, Zeitel Kalusky, a la que creció muy unido, una mujer que había combatido la autocracia en su tierra natal. Cuando ella fallece en 1929, él pronto se une a las juventudes del partido comunista, y en una situación familiar difícil, con un padre ausente y una madre inflexible, éstas se convierten en su hogar y su escuela. Son años de escasez y su primer trabajo será vendiendo el *Dayly Worker*.

En 1934, Murray, aún adolescente, es ya un orador y propagandista reconocido que defiende la ortodoxia estalinista en su Bronx natal. Sin embargo, cuando se instaura la consigna de que hay que unirse a socialistas, e incluso socialdemócratas, en amplios «frentes populares», siente que la ansiada revolución se difumina y entra en contacto con los trotskistas. En 1936, tras el golpe de Franco, se presenta voluntario para luchar con la Brigada Lincoln, pero con quince años no es aceptado. Para poder cooperar en la ayuda a España, regresa entonces con los comunistas, pero sus relaciones son difíciles, con los procesos de Moscú en marcha y la estrategia de colaboración con la burguesía en «frentes democráticos» que se impone en 1937. Ese mismo año, las noticias de los Hechos de Mayo en Barcelona le hacen indagar y descubre la revolución social que los anarquistas han desencadenado en España. Éste fue un momento luminoso para él.

Los comunistas expulsan a Murray en 1939, cuando expresa su protesta por el pacto germano-soviético. Se une entonces a los trotskistas del Socialist Workers Party. En esta época deja los estudios por el trabajo agotador de una fundición en la que pronto es nombrado delegado sindical. En 1944 pasa a una factoría de automóviles y sigue con tareas gremiales.

Tras el fin de la guerra, mejoran las condiciones laborales y Bookchin se da cuenta de que el proletariado es fácilmente captado por la clase propietaria con migajas económicas; esto resultó desolador para él y en 1947 abandonó su trabajo en la industria.

Repensando la revolución

En 1948, Murray Bookchin es un rebelde sin partido, desengañado del dogmatismo bolchevique y las vanas esperanzas de la lucha sindical. La guerra ha concluido sin la revolución universal que profetizaba su venerado Trotski y es necesario repensarlo todo. Es entonces cuando se incorpora a un nuevo proyecto, socialista y de democracia radical, nucleado en torno a un disidente trotskista que llegó a los Estados Unidos huyendo de la Alemania nazi, Josef Weber, y la revista que éste acaba de fundar: *Contemporary Issues*. En 1950 Murray Bookchin publica allí su primer artículo: *State capitalism in Russia*. En este tiempo comienza también a buscar una dimensión ética al socialismo, apoyado en

algunas ideas de la escuela de Frankfurt, mientras trabaja de contable y termina sus estudios. Acude, además, a clases de ingeniería electrónica, lo que lo lleva a reflexiona sobre lo liberador que podría ser un adecuado uso de las máquinas.

En 1952, Bookchin escribe *The problem of chemicals in food*, tras una rigurosa labor de documentación que lo sumerge en los problemas ligados a la deriva tecnológica del capitalismo. En 1954 aparece *Stop the bomb*, una crítica a las pruebas americanas con la bomba de hidrógeno. Estos dos trabajos van a marcar la orientación posterior de su pensamiento.

Ecología y anarquismo

Lecturas de Marx y su antítesis entre campo y ciudad, y Mumford, con su visión de la deshumanización de las urbes con el capitalismo, permiten a Bookchin elaborar una propuesta de enclaves pequeños integrados en el medio rural. Para alcanzar esto, en *The limits of the city* (1960) sugiere la división de las metrópolis en unidades menores en equilibrio con su entorno. Una sociedad así podría gobernarse sin grandes problemas en una auténtica democracia asamblearia, del mismo modo que se hacía en la antigua Atenas, aunque ahora con voto para todos.

Nuestro protagonista está desarrollando sus propias ideas brillantemente, pero esto lo lleva a dolorosas fricciones con su mentor, Josef Weber, que sólo van a concluir con el fallecimiento de éste en 1959. Buscando referencias para su pensamiento, Murray empieza a darse cuenta por entonces de que la descentralización y el equilibrio ecológico por los que aboga resultan muy afines al ideario de aquel movimiento que creció poderoso en el siglo XIX y dio su do de pecho en Ucrania y España, ya en el XX, con derrotas luminosas. Muchos lo daban por muerto, pero tal vez sólo aguardaba ser adaptado a los nuevos tiempos. Es así como, en esta época, Bookchin comienza a definirse como anarquista.

Entre las obras de estos años destacan *Our Synthetic Environment*, de 1962, con una crítica radical de la forma de vida venenosa que ha creado el capitalismo, y *Ecology and Revolutionary Thought*, de 1964, donde se plantea que sólo el anarquismo ofrece una posibilidad real de transformar la sociedad para que pueda encarar la crisis ecológica en curso. La disyuntiva resulta ser entonces: anarquismo o extinción.

También en 1964, Murray se une al movimiento por los derechos civiles y acude a las primeras manifestaciones contra la guerra de Vietnam. Estos asuntos van a reclamar poderosamente su atención en los años siguientes, mientras se convierte en una figura bien conocida en los medios alternativos y es reclamado continuamente para debates y conferencias. En 1965 nace bajo sus auspicios la New York Federation of Anarchists, que defiende un mundo autoorganizado abierto a una tecnología liberadora del ser humano.

Fiebres del sesenta y ocho

A finales de los sesenta, Murray Bookchin no comparte los afanes psicodélicos y pansexuales que proliferan entre muchos de sus amigos y colaboradores, pero ve un enorme potencial en la conciencia transformadora, pacifista e igualitaria que invade campus y ciudades y en la revolución ética y anticonsumista de la contracultura. Por otro lado, no deja de considerar erróneas y contraproducentes las protestas violentas que se extienden frecuentemente por el país. En junio de 1968 viaja a París. Tras entrevistar a los líderes del movimiento estudiantil, concluye que una rebelión espontánea contra la vida agobiante del capitalismo fue ahogada por los partidos sedicentemente revolucionarios que desconfiaban de lo que no controlaban. El resto de ese año lo dedica a *Los anarquistas españoles*, libro en el que trata de demostrar cómo el anarquismo no está reñido con dotarse de una poderosa organización y asumir retos de gran calado. La obra, de todas formas, no aparecerá hasta 1978.

Los trabajos de la madurez

En los años 70, Murray Bookchin es reconocido como el profeta del movimiento ecologista que surge frente al cada vez más evidente colapso ambiental. Sin embargo, él nunca deja de señalar la necesidad de ir a la raíz del problema, el desenfrenado capitalismo que nos rige. En esta época, dos mil comunas rurales proliferan por los Estados Unidos, como un elemento más del cooperativismo que se extiende pujante, al tiempo que organizaciones vecinales se revelan capaces de frenar debacles urbanísticas. *El anarquismo en la sociedad de consumo*, de 1971, demuestra que, más allá de teorizaciones, embelecos y sopas de letras de grupos ultrarrevolucionarios, el ideal libertario está lleno de propuestas aquí y ahora para construir alternativas al capitalismo.

Un objetivo realista podría ser crear asambleas populares y comités locales de acción para resolver problemas concretos. Resultaría necesario además, para dar amplitud a las luchas, aprender a comunicarse con los ciudadanos normales y corrientes, informarlos y concienciarlos. En esta línea, Bookchin pasa a defender la participación en elecciones municipales con proyectos bien definidos, aunque esto le acarrea críticas desde el campo libertario. La preocupación por la degradación ambiental genera debate e inspira a economistas, científicos e incluso autores de ciencia ficción. Hasta el antes reacio Herbert Marcuse reconoce la importancia del ecologismo en *Contrarrevolución y revuelta* (1972).

En el otoño de 1974, Bookchin es contratado como profesor en el Ramapo College (New Jersey), para impartir estudios urbanos y ambientales, actividad que va a hacer compatible con cursos de verano en el Instituto de Ecología Social que ha contribuido a crear ese mismo año en Vermont. Mientras tanto, el movimiento comunal es im-

parable en muchas grandes ciudades y la descentralización profetizada en *Los límites de la ciudad* es ya una demanda con amplia base social; la obra reaparece en una versión más extensa en 1974.

A partir de 1977, Bookchin se implica contra las plantas nucleares que se proyectan en Vermont, tratando de aplicar la dinámica de grupos de afinidad que aprendió de los anarquistas españoles. Hay que decir, sin embargo, que el método transformador que está promoviendo tropieza en esta época con sus límites, y así se ven propuestas ecológicas radicales desnaturalizadas en simple «ambientalismo» en los consistorios, al tiempo que aparecen casos de regresión en los movimientos vecinales, por disensiones internas y chantajes y captaciones del capital.

Bajo el signo de los tiempos

Lo que se vive en los 80 es una ofensiva reaccionaria a gran escala que impone la ideología neoliberal, con lo que las opciones revolucionarias quedan excluidas del horizonte de lo real. Murray Bookchin piensa entonces que el capitalismo tiene potencial sin duda para destruir a la humanidad, como hace un tumor maligno con el organismo que lo alberga. No lo van a callar sin embargo, y desde la impotencia clama por otro mundo que tal vez no es posible, pero sí necesario. Se resigna a ser la voz, simplemente la voz, de un pensamiento alternativo. En 1983 se jubila además anticipadamente y deja la docencia universitaria.

Y a pesar de todo, en estos años sombríos se abren ventanas de oportunidad. Por ejemplo, a través del pujante movimiento vecinal que se desarrolla en Burlington (Vermont), donde Murray se ha instalado y un joven Bernie Sanders acaba de ser elegido alcalde con propuestas renovadoras. Sin embargo, aquí también los desencuentros no tardan en llegar, cuando el consistorio se compromete en planes al viejo estilo. La democracia directa a escala municipal no resulta fácil, pero sí es una posibilidad, como Bookchin argumenta en *El auge de la urbanización y el declive de la ciudadanía*, de 1986, que contiene un repaso de la lucha de las ciudades por la independencia desde la Antigüedad y el Medievo.

Otra ventana de oportunidad se materializa con Die Grünen, herederos de la agitación antinuclear y pacifista de los años 70 en Alemania, que asumen la perspectiva ecológica, se constituyen como movimiento político y en 1983 consiguen veintisiete diputados en el Bundestag. Aquí también, sin embargo, la captación funciona y en sólo dos años el «movimiento transformador» está gobernando en coalición con el SPD. Durante sus estancias en Europa en esta época, Bookchin no logra convencer a los anarquistas con los que dialoga de la conveniencia de comprometerse en las instituciones. Tristemente, le dicen, la experiencia que se impone es que los movimientos asamblearios revolucionarios que penetran en la política terminan desactivados sin mayores dificultades.

De regreso en los USA, Murray trata de impulsar un ecologismo anticapitalista en Vermont, pero la dura realidad a finales de los 80 es el triunfo de la denominada «ecología profunda», despiadadamente antihumanista y con rasgos xenófobos y de extrema derecha. Bookchin atraviesa desolado los años 90 en que la «ecología social» degenera en múltiples visiones desprovistas del fermento democrático y anticapitalista con que él la definió. Al mismo tiempo, dentro del anarquismo dominan individualismo, primitivismo y postmodernismo, con lo que decide contraatacar con *Anarquismo social o anarquismo personal: un abismo insuperable* (1995), manifiesto por una opción racionalista y abierta a la tecnología al servicio del ser humano. Asqueado de cómo están las cosas, se refugia en el extenso trabajo que tiene comenzado sobre los grandes procesos revolucionarios, *La tercera revolución*, que va a aparecer entre 1996 y 2003, en cuatro volúmenes.

Tras tanto tratar de convencer a los libertarios de sus ideas, en 2002 Bookchin desiste y deja de considerarse anarquista; pasa a definirse como comunalista. No es ésta una época fácil; su artritis se agrava progresivamente y en 2005 surgen complicaciones cardiacas. Cuando el líder kurdo Abdullah Öcalan se pone en contacto con él en 2004 pidiéndole consejo para llevar a la práctica sus ideas sociales, está ya demasiado enfermo y cansado para atenderle. Murray Bookchin fallece en Burlington el 30 de julio de 2006. Poco después, en Rojava (Kurdistán sirio), el confederalismo democrático que él propugnaba sirve de fundamento para la nueva sociedad que se construye hoy mismo en aquellas tierras.

La senda de un luchador

La gran contribución de Murray Bookchin al debate ideológico del siglo XX fue la forma en que hermanó ecología y anarquismo, tras descubrir que éste aporta las herramientas necesarias para enfrentarse al colapso ambiental en que estamos inmersos. Sin embargo, tratar de tender puentes y enlazar ideas tiene sus peligros, y el profeta del anarcoecologismo fue rechazado por ecologistas que lo veían demasiado izquierdista, y también por anarquistas que no comprendían su proclividad a implicarse en las instituciones municipales para defender sus planteamientos. Bookchin fue atacado desde muchos frentes, pero hay que reconocer que desarrolló ideas novedosas y sugerentes, y debemos agradecerle su falta de dogmatismo y la enorme capacidad que tiene su pensamiento para hacernos reflexionar sobre lo que dábamos por inmutable.

La idea de involucrarse con una base asamblearia y transformadora en la política municipal merece ser tenida en cuenta, aunque sólo sea por los resultados que se han lo-

grado ya con estas dinámicas desde Marinaleda hasta Rojava. En un momento de la obra se recuerda un texto de Mijaíl Bakunin en el que éste resalta las particularidades de los ayuntamientos que los hacen un campo propicio para la lucha emancipadora. Sin embargo, las limitaciones de esta estrategia son evidentes en este tiempo nuestro en que lo local está incardinado con lo estatal y el poder de los grandes actores económicos, como queda de manifiesto en los casos descritos en *Ecología o catástrofe*.

El libro nos acerca también a las contradicciones de su protagonista, un amante de la comida basura que iba en coche a todas partes, tal vez reivindicando con estos gestos su pasado proletario o su opción por dar respuestas colectivas a los problemas. Se nos cuenta, además, que la disputa dialéctica lo arrastraba a veces a un tono agrio y bronco, que resultaba contraproducente al alejar a la gente de él. Pero la mayor laguna de nuestro pensador probablemente fuera que, a pesar de llegar continuamente en sus escritos a la necesidad de una ética que fundamentara la dinámica revolucionaria, su rechazo visceral a cualquier cosa que oliera a religión le impedía dar con un método eficaz de higiene psicológica para las criaturas del capitalismo.

Janet Biehl nos conmueve con su retrato empático de un muchacho que crece en lo más *yiddish* de la Gran Manzana y supera todas las dificultades para convertirse en un intelectual revolucionario forjador de su propio camino. Lamentablemente, las propuestas que fue capaz de plantear en su madurez encontraron poco eco en la época oscura que le tocó vivir, aunque aportan herramientas valiosas para el futuro.

Ecología o catástrofe nos ofrece un estimulante recorrido por el pensamiento social del siglo XX y una aproximación entrañable a uno de los teóricos y activistas que más contribuyeron a dinamizar las luchas anticapitalistas de este tiempo.

6

La revolución interior: psicología, budismo y mística

La creación de lo sagrado. La huella de la biología en las religiones antiguas, de Walter Burkert

Publicado en *Rebelión* el 27 de mayo de 2013

¿Por qué existen religiones? La universalidad del hecho religioso plantea un reto difícil cuando consideramos su fundamental irracionalidad. ¿Acaso no somos orgullosos individuos de la especie *Homo sapiens*? ¿Será esto una exageración...? ¿Por qué nos dejamos engañar así, tan fácilmente? Éstas son las preguntas que tiene en mente Walter Burkert (1931), bávaro y profesor de historia de la religión y filosofía griega en la Universidad de Zúrich cuando acude en febrero de 1989 a la Universidad de St. Andrews en Escocia para dictar las conferencias Gifford de ese año. Con los textos de las disertaciones que trataban de responder a estas cuestiones preparó un libro que vio la luz en 1996 y en 2009 fue editado en español por Acantilado (trad. de Stella Mastrangelo). Se persigue en él buscar los argumentos biológicos y psicológicos que yacen detrás del hecho religioso para arrojar así luz sobre este aspecto «sorprendente» de la mente humana.

Comienza el libro analizando la universalidad de la religión y rastreando las definiciones que mejor pueden expresar lo fundamental de este fenómeno tan complejo. Se trata de conjuntos de relatos que explican lo esencial del mundo y van acompañados de rituales que lo permiten controlar. La necesidad de éstos para el hombre es palmaria pero ¿por qué habría de ceder ante explicaciones irracionales? Nos encontramos aquí con su capacidad metafórica y con la influencia del lenguaje sobre él; la religión proporciona materiales para la protección mental ante un universo hostil e incomprensible cuya complejidad es así reducida. Esto es válido para un ser profundamente impresionable cuyo nombre mucho más exactamente que *Homo sapiens* podría ser *Homo symbolicus*.

Se estudia después el significado del sacrificio y el proceso de razonamiento analógico que esconde. Se trata de ofrendar lo que constituye en realidad una pérdida asumible y aplacar así una energía destructiva desencadenada. Es un intercambio *pars pro toto* («dar la parte para salvar el todo»), como si una tempestad o una epidemia pudieran ser «razonables» y aceptar ese trueque; así es el hombre, animal soñador y simbólico más que cualquier otra cosa. El siguiente capítulo «El núcleo de un cuento» parte de una verdad filosófica: el saber complejo del hombre y las pautas que gobiernan su conducta, así como los patrones culturales, se pueden expresar por medio de cuentos. Éstos se ajustan en realidad a unas fases casi fijas —secuencia de Propp— y esconden el ritual de una búsqueda, que en su origen podría ser la búsqueda de alimento. Otro relato arquetípico es la «tragedia de la doncella» que describe los pasos que conducen al nacimiento del héroe y enmascara una ritualización de la experiencia del sexo.

El siguiente capítulo parte de la clásica fórmula de Schleiermacher: «*La religión es el sentimiento de depender completamente de Dios*» para explorar las relaciones entre religión y poder. Los dioses son personificaciones de poder que sólo pueden ser aplacados con rituales de humillación y sumisión, pero también se observa una omnipresente asociación entre el poder político y un poder religioso que le sirve de cobertura ideológica. Así, cada vez que un gobernante utiliza la crueldad lo único que hace es repetir lo establecido por los dioses. Esta relación es puesta de manifiesto desde antiguo por filósofos e historiadores (Aristóteles, Polibio): si los humanos son simplemente siervos del rey, esto queda explicado porque el rey es en realidad simplemente un siervo del dios, que cumple su voluntad. La religión se convierte así en un instrumento insustituible para la explotación del hombre por el hombre.

En la sección sobre «Culpa y causalidad» se nos muestra como las grandes calamidades exigen un ritual de expiación en el que alguien con poderes proféticos diagnostique las faltas cometidas y proponga los sacrificios necesarios. En muchos casos el ritual es repetido luego periódicamente, originándose un culto nuevo. En «El intercambio de regalos» se explora este trueque entre hombres y dioses, que tiene un linaje antiguo. Los dioses son «los dadores de todas las cosas» y los hombres han de responder mediante el sacrificio ritual. ¿Cuál es la razón de esto? La teoría de los juegos ha venido a demostrar que las estrategias de colaboración son más exitosas que las agresivas en las relaciones humanas y el comercio con reglas de equidad es más beneficioso que la agresión y el despojo, pero esto sólo es aplicable a los dioses si les atribuimos un carácter humano que los haga aplacables con dádivas. Es interesante constatar que estos dones al no ser consumidos en realidad por los dioses tienen destinos diversos, como ser reciclados, destruidos o guardados ceremoniosamente en los templos (los valiosos y no perecederos) para cumplir una importante función de prestigio. Se concluye con reflexiones sobre el rol del intercambio a todos los niveles en la instauración del orden cósmico.

El siguiente capítulo versa sobre la validación de los signos y comienza estudiando el sustento psicológico y simbó-

lico de las técnicas de adivinación en las que distintos objetos o procesos son interpretados como signos de lo que ha de ocurrir. Se revela en esto la conciencia de un cosmos pleno de significado típica del *Homo religiosus*, dispuesto a crear donde no ve, para combatir la angustiosa ignorancia. Los signos resultan imprescindibles también para marcar el territorio y las edades y estados del hombre. El capítulo termina analizando cómo los dioses garantes de la verdad absoluta son también la base sólida sobre la que construir los tratados y juramentos necesarios en las relaciones humanas.

A lo largo del libro, Burkert va mostrando ejemplos de todos los aspectos tratados, procedentes de una gran cantidad de ámbitos culturales. El análisis desplegado consigue enraizar el fenómeno religioso en la biología y la psicología del hombre, iluminando lo que al fin se nos aparece como un conjunto de técnicas de supervivencia y dominación, estrategias de control y compresión del mundo de un animal simbólico perdido en la trampa del lenguaje.

La aportación del budismo a la transformación social

Publicado en *Agitadoras.com* (febrero de 2011)

La inmensidad del cosmos y su desproporción con la dimensión humana son algo evidente, tanto en lo espacial como en lo temporal. Los números que manejan los astrónomos tienen muchas cifras y resulta apabullante la existencia de ese objeto físico que nos desborda en todos los sentidos, aunque increíblemente formemos parte de él. Negar la «realidad» de ese marco puede disfrazarse de cautela epistemológica, pero no deja de ser siempre un entretenimiento vacuo de filosofía de salón y un ejercicio de irresponsable soberbia. Si repasamos su trayectoria, vemos que la tradición budista es pródiga en planteamientos que pueden calificarse como idealistas o nihilistas, aunque otros fenomenistas o realistas tampoco son ajenos a ella. En este artículo, alejándome de estas cuestiones voy a concentrarme en lo que es más esencial en esta doctrina, que es su psicología radical y revolucionaria. Trataré de defender que ésta tiene hoy día plena vigencia y aporta elementos valiosos cuando nos planteamos la transformación necesaria de la sociedad.

El hombre es un componente mínimo de las galaxias, y lo más razonable es tratar de entender éstas y sus juegos sin considerar que el hombre es un elemento necesario de ellos. El problema es que es sólo el pensamiento lo que puede dar sentido al mundo. Despojado de su parte consciente, el universo es un mecanismo que fácilmente se convierte en una visión pavorosa. Ese desdoblamiento entre la conciencia que tiende a aparecérsenos como algo específicamente nuestro (de algunos seres vivos) y un ciego marco físico es un dualismo atroz que nos obliga a vivir a orillas del abismo. Trataré de esbozar aquí también algo de lo que la psicología budista puede aportar para armonizar este problema.

¿Cuál es la perspectiva del budismo? El budismo nos propone una visión de la conciencia humana que renuncia ockhamianamente a cualquier concepto de alma y opta por entender esta conciencia como un conjunto de agregados o *skandhas*. Consecuencia de este ascetismo epistemológico es la dilución del yo (vacua ilusión)* y la percepción del instante como unidad básica en que se encarna la actividad mental. Un enfoque así nos pone ante un concepto nuevo de nuestra propia identidad**. Una «consciencia sin yo», puede resultar desconcertante y paradójica, pero es perfectamente posible. Las funciones mentales siguen actuando, pero el individuo aprende a cuestionar la referencia «fija» que acude a gobernarlas. No hay un «yo» que piensa, sino que pensamientos sin dueño se reflejan en un espejo vacío. De esta forma, una observación minuciosa y que tiende a ser desapasionada de la naturaleza y todo lo que nos rodea se convierte en un elemento fundamental de la experiencia, y los fantasmas de la mente que acuden a sus rituales son contemplados y diseccionados sin pasión. Al mismo tiempo, se toma conciencia de la respiración como eje que gobierna los ritmos de la vida.

La nueva identidad que la «experiencia budista» nos revela resulta esclarecedora porque pone de manifiesto la maraña de mentiras que llevamos con nosotros y con las que nos identificamos. El ser desnudo que se descubre encara el mundo con una perspectiva nueva, e inevitablemente la alienación y la falsedad que lo impregnan todo en esta sociedad son desenmascarados y contemplados en su espantosa realidad. Con estas premisas, tiende a producirse una transformación en las relaciones con nuestros semejantes, en la que el otro pasa a ser percibido con unas coordenadas de fraterna identidad. De esta forma, su sufrimiento se convierte en algo insoportable, que conduce a la acción. Esto puede ser el budismo de acuerdo con los análisis y experiencias fundamentales en que se basa.

No podemos dejar de reconocer, sin embargo, que aportaciones tan brillantes y originales, que supusieron un revulsivo para la evolución del pensamiento a escala mundial, han degenerado con el tiempo. Hoy día, un penoso irracionalismo que incluye hasta procesos de culto a la personalidad es común en el paisaje budista. Sólo hay que ver cómo a nivel mediático la representación del budismo recae en estos momentos en un personaje tan discutible como el Dalái Lama, siempre dispuesto a colaborar con los mayores criminales del planeta. Afortunadamente, no deja de haber en otros lugares islas de reflexión y conocimiento fieles al pensamiento original.

Hay que pensar, por otra parte, que la experiencia de solidaridad y felicidad en la felicidad del otro que nos propone el budismo está presente en muchas tradiciones culturales, y es sin duda lo mejor de ellas. Si llamo aquí la atención sobre la perspectiva budista es solamente porque me parece la más diáfana con su rigurosa sencillez. Es también a mi juicio la que más brillantemente explora los fundamentos psicológicos que son la base de todo el asunto. Es decir, no es solamente que predique el amor o la solidaridad, sino que nos pone con extremo rigor ante una imagen de nosotros mismos de la que coherentemente debe derivarse el planteamiento de las relaciones humanas en unos términos nuevos. Se basarían éstos en premisas de igualdad, libertad y solidaridad entre todos los seres***.

Resumiendo podríamos decir que el budismo aporta una explicación de nuestra actividad consciente en términos de procesos psíquicos elementales que tienen dimensión universal. La asunción de esta perspectiva nos lleva a una solidaridad («compasión» en la terminología clásica del budismo) con todos los seres vivos, indisolublemente hermanados, y aporta una visión nueva e integral del mundo, experiencia con ribetes místicos que supera el desgarramiento esencial del punto de vista habitual entre nosotros (yo frente al cosmos). Una leyenda dice que en cierta ocasión le preguntaron a Buda: «*¿Qué debe hacer una gota de agua para permanecer?*». Su respuesta fue tajante: «*Diluirse en el océano*». En el budismo, esta experiencia liberadora (extinción del yo o nirvana) es el objetivo último del hombre y da lugar a la representación iconográfica fundamental, la sonrisa del Buda.

Aterrizando

El siglo XX nos ha traído a un callejón con mala salida. Después de eso es muy difícil pensar que el hombre sea capaz de liberarse, de superar la alienación, de disfrutar su vida en paz, de compartir pacíficamente el planeta. Tras el fracaso de los intentos de transformación, reformistas o revolucionarios, que entonces se produjeron, y que es muy general aunque haya espacios de resistencia a los que hay que aferrarse, parecemos abocados a que guerra, explotación, miseria y mentiras sean nuestro pan cotidiano. El hombre fracasa y fracasa en sus esfuerzos para cambiar el mundo. Eso dice la terca realidad. Y es entonces cuando resulta obligatorio plantearse si, paralelamente a todo lo demás que es necesario hacer, no sería también importante tratar de cambiar al hombre en la medida de lo posible.

La perspectiva del budismo es la de un ascetismo racional y moral que hace insoportable la situación actual del mundo, porque nos hace sentir con claridad la hermandad de todos los seres. Este planteamiento revolucionario es resultado de una revisión radical de las bases de la conciencia humana, con un método que es profundamente coherente y no deja de tener tampoco una base empírica, de experimentación con el propio pensamiento en la meditación budista. De todo ello surge percibir el sufrimiento como realidad esencial del mundo —primera noble verdad del dharma—, lo que lleva a una necesidad de luchar contra las mentiras y alienaciones que lo alimentan en todos los ámbitos. Resulta inevitable que la injusticia revelada nos empuje a la acción. Estamos ante un análisis riguroso de la mente donde el yo se eclipsa y comprendemos que no hay en verdad virtud mayor que la humildad ni dicha más grande que la que el otro nos regala con la suya.

* En Occidente esta teoría ha sido también propuesta por algunos filósofos ilustres, entre los que el primero, si no me equivoco, fue David Hume.

** Hay que decir además que esta perspectiva, de gran rigor filosófico, es compatible con la física más moderna. Ya el planteamiento de «procesos elementales de conciencia» tiene un regusto cuántico, pero la cosa va mucho más allá, puesto que físicos teóricos como Roger Penrose trabajan en una explicación de la conciencia en términos cuánticos. La identidad de nuestra experiencia consciente con procesos ligados a las leyes más oscuras y fundamentales de la materia aporta sin duda una perspectiva nueva sobre la dinámica de todo el cosmos.

*** Podría pensarse que este objetivo no queda lejos del lema «*Liberté, Égalité et Fraternité*», planteado en un momento histórico bien diferente, pero como corolario también de una visión emancipadora. Y es cierto que no sería difícil captar paralelismos históricos entre la rebelión del Buda histórico contra el sistema de castas del hinduismo y los ideales de la Revolución francesa en su enfrentamiento con el Antiguo Régimen.

El arte y el artista

Publicado en *Rebelión* el 30 de marzo de 2013

Estamos acostumbrados a contemplar al artista como un ser humano excepcional cuyo extraño poder lo coloca muy por encima del común de la especie. Ser venerado y envidiado parece el destino inevitable del que es capaz de crear grandes obras de arte. Así, la historia de la música, la pintura o la literatura vienen a reducirse, en la visión al uso en esta sociedad, a una sucesión de nombres de individuos cuya naturaleza los aleja a años luz de sus semejantes, una galería de genios. Resulta sorprendente comprobar que no siempre ha sido así, pero lo es más todavía ver que culturas excepcionalmente creativas lo entendían y entienden de otro modo. Y no hablo sólo de pueblos remotos o extraños, sino también de la Antigüedad clásica, por ejemplo.

Escuchemos a Séneca: «*A las imágenes de los dioses se les ora y hace sacrificios, pero a los escultores que las han creado se les desprecia*». Escuchemos a Plutarco: «*Ningún joven de buen natural deseará, al contemplar el Zeus de Olimpia o la Hera de Argos, ser Fidias o Policleto*».

Arnold Hauser investigó esta gestación laboriosa del concepto de genio a través de la época clásica, el Medievo y el Renacimiento. Él aporta datos fundamentales sobre sus apoyos ideológicos, como la filosofía de Plotino, por ejemplo, pero desentraña sobre todo la función social de la nueva construcción, asociada a la emergencia de nuevas clases cimentadas en el poder económico. La espiritualidad del genio pasa a convertirse así ante nuestros ojos en una sucia maniobra de propaganda. Y la historia se repite en los albores de la Edad Contemporánea. Mozart es todavía un criado de Colloredo, que viaja con «el resto de sus sirvientes». Cuando es despedido, la forma de ejecutar la sentencia es la proverbial patada en el culo. Unos pocos años después, Beethoven es ya el genio que no cede el paso ante los grandes de la tierra. La burguesía había hecho en el ínterin su revolución. Todos sabemos que el dinero huele mal, pero si existe un ser esencialmente espiritual llamado genio y el dinero puede comprarlo —nada más fácil—, el dinero estará controlándolo todo.

Qué común es hoy día que las personas de mentalidad conservadora nos aleccionen con su galería de grandes hombres indiscutibles, auténticos artistas, que simpatizaron con las filosofías sociales más reaccionarias o permanecieron ciegos y mudos ante ellas. No hay que mezclar el arte con la política, dicen. Yo suelo responder a esto que un buen poema siempre es de agradecer, pero que si el que lo escribió era un fascista, creo perfectamente compatible admirar la obra y considerar a su autor un sujeto despreciable. Para cuando me acusan de intolerante y sectario tengo un arma secreta. Muestro entonces a mis adversarios dialécticos unas hermosas acuarelas de cierto pintor austriaco. «—Sí, están bien, —*me dicen*— y qué. —Bueno,— *digo yo*, —que espero que tú también desprecies al autor de estos cuadros. —¿Por qué? —Es muy sencillo. El autor de estas pinturas fue Adolf Hitler». Las acuarelas de Hitler resultan muy útiles para que cualquiera entienda cómo es posible estimar una obra de arte y despreciar profundamente al mismo tiempo a su creador. Sólo hay que tener la habilidad de mostrarlas y lograr un juicio antes de revelar la identidad de éste.

Esto se explica bastante bien con la teoría de los agregados del budismo. El alma humana en realidad no existe. Existen los hechos, las obras, los pensamientos del hombre. Y todos éstos a veces son enorme e inextricablemente contradictorios. La historia demuestra cumplidamente que la creación artística es compatible en un mismo cerebro con el robo y el asesinato, con la traición, la cobardía o el deshonor más extremos. Sin llegar a conductas criminales hay también ejemplos muy notables: Arthur Rimbaud escribe algunos de los poemas más bellos que podemos llegar a leer nunca, y lo hace durante unos pocos años para metamorfosearse después para el resto de su corta vida en el joven completamente normal —en el peor sentido de la palabra— que nos retratan sus cartas desde África. Otro gran poeta, el ruso Serguéi Yesenin, es descrito por sus contemporáneos como un alcohólico pendenciero intratable. Así se podría seguir *ad infinitum*. Reverenciar ese ente inaprensible que es el alma del artista genial sólo puede servir para acabar adorando ídolos de barro, y lo peor del caso es que éstos no son ídolos cualesquiera sino los ponzoñosos ídolos del mercado.

Resumiéndolo muy breve: el alma humana no es un concepto necesario, ni tan siquiera conveniente, y el alma del artista, que cristaliza en el genio, es una construcción que a veces se muestra demasiado peligrosa. Una sociedad puede producir arte, disfrutar de él y utilizarlo en todas sus potencialidades sin recurrir a eso. Ocurre simplemente que el ser humano crea una cosa extraña que llamamos arte.

La isla

Publicado en *Agitadoras.com* (junio de 2017)

Aquel día del verano de 1983 amaneció nublado en Gijón. Tenía que subir a trabajar a mi zona de tesis, en el límite entre Asturias y León, y me esperaba un largo camino, así que me preparé rápido y recogí mis cosas: un bocadillo, el martillo, la brújula y la lupa, la cantimplora y la libreta de campo. Recuerdo que lloviznaba en el puerto de Pajares y pensé que si había niebla arriba el asunto se iba a complicar. Dejé el coche en Tonín, y emprendí el ascenso hacia el Brañacaballo, orientándome con la brújula porque poco a poco la bruma me envolvía. Remontaba agobiado las crueles pendientes con la perspectiva de un día de perros —y luego dicen que en la universidad no se da golpe—. Ya cerca de la cumbre, la niebla parecía abrirse, y un sol tímido relumbraba lejano. Se me ocurrió que tal vez estaba a punto de salir de las nubes, pero la idea era demasiado halagüeña para ser cierta. No obstante, aceleré el paso. La claridad se hizo más intensa, y al poco rato, los pizarrales y la hierba brillaban con sus colores más alegres. Miré a lo lejos, y quedé sobrecogido. El sol y el cielo radiantes iluminaban un mar de nubes que se extendía hasta el horizonte. Sólo unas pocas cumbres asomaban orgullosas como pequeñas islas, farallones negruzcos sobre celajes de algodón. Justo el cordal donde tenía previsto observar las rocas y tomar medidas

aquel día era un islote que se alargaba hacia el norte: la cresta del Corralón y el Brañacaballo.

Trabajé todo el día solo en mi isla. Tenía en realidad la sensación de estar solo en el mundo. ¿A quién podía importarle en aquel mediodía jubiloso si en el fondo del mar alguna especie de algas lamentables tejía y destejía historias ridículas?

Esperé el ocaso en la cumbre del Brañacaballo. El sol se desplomaba sobre el horizonte entre resplandores rojizos, mientras las sombras de las islas crecían y se difuminaban en el ondulado mar cada vez más grisáceo. Era difícil alejarse de aquella visión, pero también era necesario hacerlo. En el descenso, de nuevo entre niebla y ahora además anocheciendo, vibraba dentro de mí algo profundo que iluminaba todo. En aquel día solitario había comprendido tal vez la fatua naturaleza de lo que más nos preocupa, de lo que enreda nuestras vidas en una maraña odiosa.

Años después, en la India un hombre me explicó una visión del mundo como un juego de espejos enfrentados, una alucinación en la que es posible encontrar un asidero solamente en un sustrato profundo que la pone en evidencia: «*Tiene que comprender esto. Este mundo en el que Vd. y yo hablamos, en el que dos seres conscientes se enfrentan, es una ficción. El ser es uno, y es consciente. Es la luz que alumbra en el fondo de cada ser, su yo profundo. Ésa es la realidad que da sentido. Lo que cada uno experimenta en su consciencia es ese yo, pero fascinado hasta tal punto por los mecanismos de estímulo y respuesta de un animal, que ha renunciado a otra identidad que no sea la del animal*».

Recordando a Arthur J. Deikman. Misticismo y psicoterapia

Publicado en *Rebelión* el 4 de abril de 2023

Dentro de poco se cumplirán diez años del fallecimiento del psiquiatra norteamericano Arthur J. Deikman, que fue mucho tiempo profesor en la Universidad de California en San Francisco y destacó por sus investigaciones sobre los estados místicos con una perspectiva que trataba de interpretarlos a la luz de la psicología occidental. Son notables además sus estudios sobre los mecanismos mentales actuantes en los cultos y sectas que proliferaban en la sociedad norteamericana en las décadas finales del siglo XX.

En la producción de Deikman sobresale un libro de 1982 que fue editado en español por el Fondo de Cultura Económica en 1986 con el título de *El yo observador. Misticismo y psicoterapia*. Este trabajo aporta un enfoque pionero, al transmitir las experiencias y argumentos de quien era simultáneamente un investigador y psicoterapeuta reputado y un erudito conocedor y practicante asiduo de diversas tradiciones místicas.

Nacido en Nueva York en 1929, Deikman estudió matemáticas y física antes de decidirse por la medicina, y toda su vida manifestó también devoción por la poesía y la música. Aunque terminó siendo un profesional de la psiquiatría, sus afanes vitales reflejaron siempre una pasión humanista de amplio espectro e interés por las explicaciones profundas que a través de la ciencia y el arte es posible encontrar para el enigma de la existencia. Todas estas inquietudes afloran en su libro de 1982 sobre el yo observador, cuyos aspectos esenciales me gustaría sintetizar aquí.

La experiencia mística

La primera parte de la obra está dedicada a ofrecer una definición del misticismo que echa por tierra algunos prejuicios dominantes en Occidente. Se trata, para empezar, de una experiencia interior y netamente diferenciable de la religiosa, pues esta última atiende a elementos externos, como dioses o rituales. El objetivo que se plantea el misticismo es en principio el mismo de la psicoterapia, es decir, la eliminación del sufrimiento, pero persigue además una explicación del sentido de la existencia que no hallamos en aquélla, lo que le aporta una visión más amplia.

Repasar la historia de las corrientes místicas sirve para poner de manifiesto la unidad esencial de sus planteamientos, métodos y resultados, aunque éstos se hayan desarrollado con matices y nombres diversos. Esto es para Deikman evidencia de un conocimiento sólido detrás de todas estas escuelas, identificable como un hilo continuo a través de las Upanishads hindúes, los sutras budistas y los escritos de algunos filósofos griegos y los místicos sufíes y cristianos. Todos ellos abren la vía a una experiencia posible en la que la mente pensante se libera de una falsa visión de sí misma y el sufrimiento inherente a ella. La idea medular resulta ser una transformación de la conciencia humana a través de la cual ésta descubra un sentido profundo en su propia existencia, que siente fundida con el principio rector de todo.

La posibilidad de este conocimiento se basa en la intuición, lo que obliga a repasar el significado de este concepto. Más allá de la experiencia sensorial y el razonamiento consciente, la intuición es más bien una reminiscencia. En este sentido, las conclusiones de Platón, Spinoza, Kant o Bergson son asombrosamente parecidas a los mitos del pueblo hopi de Norteamérica, en cuanto todos ellos aluden a un saber que no es sensible ni argumentativo, sino que «se impone» con la contundencia de un lúcido recuerdo. Desacreditado después en la filosofía positivista y la psicoterapia, este concepto tiene vigor sin embargo entre los científicos, que explican a través de él muchas veces el origen de sus descubrimientos. Especialmente la física moderna ha erigi-

do un modelo del cosmos que enfatiza una misteriosa unidad en él, al tiempo que revela la naturaleza «ilusoria» de lo que comúnmente llamamos «realidad», todo lo cual abre puertas para que la intuición ofrezca visiones novedosas.

La base teórica: el yo observador

El misticismo tiene una relación crucial con el problema del yo. El pensamiento occidental está dominado por el «yo objeto» que ejercita sus actividades mentales —pensantes, emotivas y funcionales— en cada individuo. Frente a éste, en Oriente se desarrolló el concepto del «yo observador», un «centro transparente» que se percata de las tareas del «yo objeto» y al que es imposible dotar de un contenido. Es simplemente un ojo que mira.

Es cierto que la función observadora resulta importante en el psicoanálisis o algunas técnicas de la terapia Gestalt, pero Deikman pone de manifiesto la confusión que arrastra generalizadamente la psicología occidental respecto al asunto del yo observador. Esto tiene trascendencia, porque uno de los síntomas en muchos trastornos neuróticos y psicóticos es la disminución de la función observadora, con lo que el aumento de ésta tiene un extraordinario valor terapéutico. Sólo en la década de 1980, después de la publicación del libro de Deikman, comenzó el desarrollo de la Terapia de Aceptación y Compromiso, una vía de tratamiento psicológico que hace un uso del yo observador más fiel a la concepción budista.

El tipo de conocimiento que produce el yo observador no es sensible ni argumentativo, y si las turbulencias del cuerpo y la mente se reducen al máximo, su conciencia se percibe intuitivamente conectada con un principio cósmico que cada tradición reconoce con un nombre distinto. Hay que decir además que frente al conjunto de esquemas artificiosos y valores aprendidos que dominan el yo objeto, el yo observador aporta una visión de nuestra unidad con todos los seres sintientes.

La estrategia: la meditación

Establecido el significado del yo observador y lo provechoso que puede resultar, la buena noticia es que existe una técnica secular que ha revelado una gran eficacia para ejercitarlo, la cual no es otra que la meditación. Desde la década de 1960 la difusión de ésta en Occidente es muy amplia y en la actualidad los estudios clínicos muestran efectos fisiológicos y psicológicos que la han convertido en un instrumento terapéutico valioso.

Pueden distinguirse dos tipos de meditación: concentración e introspección. En la primera se fija la atención en algún objeto, conjunto de palabras o sensación, mientras que en la segunda se prescinde de esto y simplemente se permanece atento, aunque indiferente, a los pensamientos o sensaciones que espontáneamente aparezcan. La experiencia de los practicantes de estas técnicas es que progresivamente desarrollan una conciencia sutil en la que todos los contenidos de la mente se perciben como fugaces y ajenos a su propia esencia.

Las diversas tradiciones tienen textos que explican con lujo de detalles el método a seguir en los ejercicios de meditación y aquí otra vez se aprecia tras la multiplicidad de nombres una unidad de perspectiva, objetivo y resultado. Las primeras estaciones del viaje somos nosotros mismos tras años de educación alienante, culto ególatra y perversión consumista, y apresados en un yo objeto con el que nos identificamos pero del que en realidad somos tristes esclavos. La estación final que nos promete el viaje es una conciencia que constata la liquidez de lo que antes era sólido y es capaz de sonreír en cualquier circunstancia, porque capta la esencia profunda en que se sustenta. Si valoramos más que nada la acción para transformar el mundo, este viaje constituye la higiene necesaria para percibir con claridad en nuestra existencia los objetivos realmente merecedores de atención.

Psicoterapia o misticismo

Deikman explora en esta obra la compleja conexión entre dos corrientes con tradiciones e intereses diversos, pero también afinidades. La psicoterapia puede beneficiarse de técnicas como la meditación para lograr la eliminación de síntomas neuróticos o psicóticos y restituir al paciente a su vida normal. Esto es importante sin duda, pero no debe hacernos olvidar que la meditación surgió hace muchos siglos con el propósito de servir como herramienta práctica de desarrollo mental dentro de escuelas de pensamiento místico y que más allá de usos concretos, muestra un potencial extraordinario para reorientar todo el sentido de nuestra existencia.

La perspectiva global que se consigue a través del libro pone de manifiesto cómo las filosofías místicas que encontramos en diversas culturas coinciden en un sustrato común, y que éste es útil para depurar la conciencia e incrementar su empatía, forjando en realidad un ser humano nuevo, liberado de los aspectos más negativos y generadores de sufrimiento. Esta constatación invita a pensar seriamente cuál puede ser la aportación de estos procesos en unas circunstancias históricas concretas y cómo pueden incardinarse con otros intentos legítimos de combatir los males de la sociedad.

En este mundo regido por un sistema económico desquiciado que ha impuesto universalmente su ideología de barbarie, resulta imprescindible el análisis de las formas y mecanismos de la explotación de unos seres humanos por otros, así como el diseño de estrategias para que ésta sea abolida. Sin embargo, considerando que el capitalismo fun-

ciona gracias a los procesos mentales que ha creado en nosotros, es razonable pensar que las técnicas para lograr una visión correcta que Deikman describe en *El yo observador* pueden ser un complemento crucial de las acciones y movilizaciones necesarias para la transformación del mundo.

El Buda decía con razón que el gran problema es el sufrimiento, y habida cuenta de esto, no deberíamos desdeñar ninguna de las vías posibles para combatirlo. Si fuéramos capaces de integrar todas las estrategias contra él, alcanzaríamos tal vez la meta que Deikman señala en los acordes finales del libro: «*La cosecha de nuestros esfuerzos será una comprensión más profunda de la vida humana y la capacidad de llevar más adelante su evolución*».

La trampa de la felicidad, de Russ Harris: la larga sombra del budismo

Publicado en *Literaturas.com* el 4 de febrero de 2014

Russ Harris es un médico inglés establecido desde hace años en Australia, donde trabaja como psicoterapeuta y se ha convertido en uno de los propagandistas más notables de la técnica conocida por las siglas ACT —Acceptance and Commitment Therapy; en español: Terapia de Aceptación y Compromiso, TAC—, desarrollada por el americano Steven Hayes, profesor de la Universidad de Nevada. Harris obtuvo permiso de Hayes para escribir un libro compendiando estas técnicas en julio de 2004, pero confiesa en un capítulo de éste que sólo consiguió ponerse a la tarea cuatro meses más tarde. La forma cómo nos describe que logró vencer los pensamientos negativos que lo paralizaban resulta un ejemplo magnífico de la aplicación de los métodos presentados en el libro, cuyo objetivo es siempre hacernos capaces de asumir la situación en que el destino nos ha puesto y comenzar a actuar en la dirección que racionalmente consideremos más apropiada.

La trampa de la felicidad describe pormenorizadamente las técnicas de la TAC con todas las características de un preciso manual de instrucciones, pero hay que decir sin embargo que el mayor atractivo de la obra deriva de dos hechos ajenos a la mencionada terapia. El primero de ellos es la personalidad de su autor, su habilidad para trasmitirnos sus sentimientos y emociones, y su dominio absoluto de los métodos que explica, que continuamente se advierte que es el propio del que los ha usado mucho y con buen provecho en infinitas ocasiones, tanto sobre sí mismo como sobre otras personas. El segundo es que la mayor parte de las iluminadoras técnicas descritas pertenecen en realidad al legado milenario de la meditación budista, tal como se reconoce en un momento del libro. No porque se los bautice con otro nombre dejan estos métodos de introspección de ser lo que son.

Al tratar de estas similitudes, se habla en el libro de un «solapamiento» entre el budismo y la TAC. Resulta grotesco llamar así a lo que tiene otro nombre más claro, pero, en todo caso, este «solapamiento» invita a una comparación entre ambas teorías, de la que resultan dos consideraciones muy desfavorables para la TAC. La primera es que el papel fundamentalmente negativo atribuido en la TAC al lenguaje, como generador de dolor, no es compensado en esta terapia por un lado positivo que explore el poder liberador de este propio lenguaje. Esto sí que lo hace, sin embargo, el budismo mediante el uso de mantras. El segundo es que con la distinción entre yo observador y yo pensante que se utiliza a lo largo de la obra, se está simplemente dando el primer paso para llegar a la inquisición sobre el significado de ese yo observador y el descubrimiento trascendental de que éste no es real y es posible una existencia sin yo en la que está la auténtica liberación. Éste es un paso necesario para la emancipación de la conciencia que no se da en la TAC, aunque en un momento del libro se apunte muy tímidamente en esta dirección, y sí se da en el budismo.

Las técnicas de introspección minuciosamente, amorosamente diría yo, descritas en el libro se basan en la distinción entre el yo pensante, que produce pensamientos y juzga, y el yo observador que simplemente está ahí mirando. Ésta nos permite acceder a procesos liberadores como la defusión cognitiva, por medio de la cual aprendemos a observar las ideas negativas que nos plantea el yo pensante y dejamos de identificarnos con ellas. Del mismo modo, conseguimos sentir los impulsos, que tendemos a considerar como algo inequívocamente nuestro, como algo que ocurre «ahí fuera» y que podemos manejar —«surfear» es la palabra usada en el libro—. En todo este proceso es esencial el control de la respiración, como un ancla que nos sujeta a la realidad de nuestro propio cuerpo y nos permite relajar y desbloquear todas sus tensiones y los pensamientos negativos que produce.

Otro elemento fundamental es la conexión, con la que abandonamos los abstractos y muchas veces angustiosos escenarios a los que nos arrastra el pensamiento para concentrarnos en la realidad de la experiencia inmediata: las sensaciones de nuestra piel y nuestros órganos, los sonidos, los colores y las formas de los objetos más próximos. Todo esto, combinado con una respiración profunda, resulta realmente útil para superar la ansiedad. Aprendemos también a prescindir de esos torneos agotadores que nos plantea la autoestima y que ningún provecho aportan. La consigna final se reduce a esta frase: «*Acepta la experiencia interior, Conecta y elige una dirección que tú valores, Toma la iniciativa*

y actúa». La diferencia esencial con otras terapias está en la aceptación, que significa en realidad una renuncia a eliminar los pensamientos negativos. Éstos deben ser observados y reconocidos como algo ajeno a nosotros de lo que podemos defusionarnos. Budismo químicamente puro.

La tercera parte del libro con sus métodos para «Crear una vida que valga la pena vivir» será probablemente la más frustrante para el lector que tenga algo de conciencia del mundo en que vivimos. Teniendo en cuenta que en éste hay aproximadamente mil millones de personas que no tienen lo suficiente para comer, descubrir las causas que producen depresión o angustia a la mayor parte de los pacientes del Dr. Harris no dejará de llevarle a la conclusión de que nuestro primer mundo es una sociedad profundamente enferma. De todas formas, y como valoración final, hay que reconocer que con sus precisas técnicas de introspección, *La trampa de la felicidad* de Russ Harris puede ser muy útil para los que pretenden comenzar a avanzar por el sendero del autoconocimiento. No obstante, yo les pediría a éstos que no se quedaran parados donde el libro les deja y siguieran adelante, que hay mucho budismo por recorrer.

La «mística salvaje», según Michel Hulin. Evocaciones donde aflora la conciencia más abierta y sugestiva

Publicado en *Rebelión* el 25 de julio de 2023

Tendemos a considerar la mística como fruto de un sustrato religioso, pero es fácil demostrar que la mente humana, sin que intervenga ningún condicionante de este tipo, es capaz en ocasiones de percibir una realidad que desborda sus marcos habituales, definiendo un entorno amplio y misterioso apenas expresable con palabras. El filósofo francés Michel Hulin (1936), especializado en el pensamiento hinduista, bautizó estas experiencias con un nombre que le sirvió de título para el libro que les dedicó en 1993: *La mystique sauvage*. Una versión castellana fue publicada por Siruela en 2007.

La obra recoge numerosos ejemplos, en ámbitos culturales diversos, de esa extraña inquietud que a veces ha sido denominada «sentimiento oceánico». Una existencia que discurre por sus cauces acostumbrados es iluminada de pronto por una «revelación» en la que las cosas adquieren un significado o un atractivo inusuales, al tiempo que evocan recuerdos difusos y cargados de emoción. Personas más sensibles al arte pueden sentir el desnudamiento de «la belleza extática de lo real», mientras individuos introspectivos perciben una disolución de «la frontera entre lo interior y lo exterior», o en mentes más filosóficas se revela un «*nunc stans*», «un orden cósmico inmortal» o «una unidad originaria más allá de los pares de opuestos».

Tras presentar ejemplos de la experiencia que es objeto de estudio, Hulin aborda el tratamiento que ésta puede tener en la teoría psicoanalítica, para lo que repasa la correspondencia entre Romain Rolland y Sigmund Freud. En sus cartas este último apunta que tras el «sentimiento oceánico», que ve ajeno a su propia idiosincrasia, podría esconderse una regresión del «yo» a estadios indiferenciados de su trayectoria. Aceptando esta posibilidad, Hulin propone que tal vez este retorno al origen, lejos de ser un atavismo sin valor ni significado, puede representar un elemento crucial para que la pulsión de placer que dinamiza la psique sea capaz de redescubrir el «auténtico y único rostro» de un mundo que ha sido «fragmentado» por los delirios instrumentales del yo adulto.

Las experiencias místicas inducidas por drogas plantean una cuestión inquietante, pues resulta paradójico, e incluso ridículo, que las que muchos consideran las percepciones más elevadas del espíritu humano, accesibles sólo a través de ascesis rigurosas o gracia divina, puedan depender al fin simplemente del consumo de determinada sustancia. No obstante, como Hulin señala acertadamente, hay una diferencia esencial que marca los éxtasis provocados químicamente, y es su efecto paralizante sobre la voluntad. El sujeto así condicionado pierde todo control sobre su yo habitual, por el dominio que se establece, en términos psicoanalíticos, del principio de placer sobre el de realidad. La vanidad de la acción es irrefutable y vivimos un éxtasis de seducción e impostura que rompe nuestros lazos con el mundo, aunque éste, sin embargo, en ningún momento deja de existir. El despertar de estos sueños es la cristalización más cierta de la angustia.

La mística salvaje, ajena a cualquier desvelo religioso consciente, es un enigma que tal vez sólo podemos resolver adjudicándole, a pesar de todo, un significado religioso, de comunión oceánica con lo absoluto. La última parte de la obra está dedicada a investigar cómo esta comunión es una intuición de conocimiento y al mismo tiempo un impulso afectivo que completa su sentido. Se discute también el rol de la ascesis como vía de autoindagación, y el de la «noche oscura del alma», consorte inseparable del bienaventurado trance en la que todos los posos de la psique expresan su resistencia a la fusión cósmica.

Hulin cree en la unidad de todas las místicas, las que crecen salvajes por los caminos y las que decoran jardines de aquilatadas tradiciones religiosas, y con su análisis riguroso de las primeras dibuja una imagen nueva para el proceso global. El regalo que nos hace con esto es precioso, porque probablemente todos conocemos esos momentos mágicos en los que el mundo se ilumina con un aura de misterio y una vaga promesa de dicha. El gran mérito de su libro es

subrayar la trascendencia de esos destellos y ayudarnos a ver en ellos la puerta auspiciosa a otra conciencia, anclada en lo profundo y ajena al yo y sus rituales de posesión.

No puedo terminar sin expresar mi agradecimiento a mi buen amigo Eduardo García Fernández, que cuando le hablé de mis ocasionales «experiencias numinosas», me recomendó la lectura de *La mística salvaje*. En una época de devaluación generalizada de la letra impresa, son raros los libros que nos ayudan realmente a entendernos y éste es sin duda uno de ellos.

La Ilíada o el poema de la fuerza, de Simone Weil. La violencia de nuestra cultura en las fuentes griegas

Publicado en *Rebelión* el 25 de octubre de 2023

Los pocos años de vida que los hados concedieron a Simone Weil fueron concienzudamente aprovechados en una indagación filosófica sobre el sentido y las expectativas de lo humano, que no excluyó nunca un duro compromiso con la realidad más real. Sus numerosos textos, en los que aflora a la par su inquietud mística y su empatía con el dolor ajeno, elaboran una síntesis original del pensamiento platónico y el mensaje del Evangelio, perfectamente ajustada a los desvelos del presente.

Muchos de los trabajos de Weil han sido publicados en castellano por Trotta, entre ellos *La Ilíada o el poema de la fuerza*, en 2023, una penetrante reflexión que identifica este poema como la gran epopeya de Occidente, reveladora de nuestra amarga cautividad en un abismo de violencia. Se trata de un breve opúsculo que había sido incluido en volúmenes anteriores, con traducción y notas de Agustín López y María Tabuyo, y se ofrece ahora de manera independiente en el librito recién aparecido. Éste recoge también fragmentos sobre la guerra y la fuerza extraídos de los *Cuadernos* de Weil, con traducción y notas de Carlos Ortega.

La vida como mensaje

Nacida en 1909 en París en una familia judía, laica e intelectual, con veintidós años Simone Weil se graduó en filosofía en la Escuela Normal Superior y fue nombrada profesora del liceo de Le Puy-en-Velay, en el Macizo Central. Un principio que gobernó su vida, ya desde niña cuando le llegaban noticias de la Gran Guerra, fue tratar de remediar en la medida de sus posibilidades el sufrimiento provocado a los más débiles en la jungla en que veía convertida la sociedad. Fiel a esta idea, al declararse una huelga en Le Puy, ella fijó su mínimo vital en el subsidio de los trabajadores desempleados y repartía el resto para ayudarles. No contenta con ello, y a fin de identificarse más plenamente con los explotados, en 1934 y 1935 pidió la excedencia y se empleó en la factoría Renault, donde afirmó haber sentido en su piel «*la marca del esclavo*».

La sensibilidad ante la desgracia de los otros iba acompañada en el caso de Weil de una reflexión sobre el origen de las calamidades que observaba en términos económicos y de estructura social. Ésta la llevó a dar clases gratuitas a obreros y refugiados, y desde un pacifismo radical que sólo abandonó al comienzo de la Segunda Guerra Mundial, a defender políticas reformistas que permitieran aumentar la educación de las masas y afrontar la revolución con posibilidades de éxito. Al estallar la guerra civil española, se alistó en la columna Durruti, pero nunca hizo uso de armas. Aceptaba la opción de morir, pero no la de dar muerte, y trató de detener sin éxito ejecuciones de elementos facciosos, lo que le generó una enorme frustración.

Durante la Segunda Guerra Mundial, Simone trabajó como campesina en el sur de Francia, de nuevo renunciando a lo «excesivo» de sus ingresos, que destinaba en este caso a la Resistencia. A finales de 1942 se estableció en Londres y trató de que se le encomendaran misiones en su país, pero en el entorno de De Gaulle se rechazó esta posibilidad por su condición de judía, que hacía difícil su supervivencia si era detenida. Además, en estos días la mala alimentación estaba haciendo estragos en su frágil constitución. Se le diagnosticó tuberculosis y en agosto de 1943 un infarto acabó con su vida. La mayor parte de su obra fue publicada después de su muerte.

Mística salvaje en maceta cristiana

La sensibilidad social y la empatía de Simone Weil están vivas desde sus primeros años, pero sólo en la década de los 30 su pensamiento alcanzó la dimensión espiritual característica de su última etapa. Educada en un ambiente laico, poco significaban para ella los dogmas y rituales de la religión, pero algunas experiencias van a cambiar esto completamente. En 1935, escucha himnos de una tristeza desgarradora en una iglesia portuguesa, que la llevan al convencimiento de que «*El cristianismo es la religión de los esclavos*». Dos años después, en Asís, tuvo una vivencia que describió así: «*Estando sola en la pequeña capilla románica de Santa María de los Ángeles, incomparable maravilla de pureza, donde San Francisco oró muchas veces, algo más fuerte que yo me obligó, por primera vez en mi vida, a arrodillarme*». Por fin, en 1938, en un momento de intenso dolor físico, mientras lee un poema de George Herbert, experimenta una presencia de Cristo que define como: «*Más personal, más segura, más real que la de un ser humano, inaccesible a los sentidos, (...) análoga al amor que brilla a través de la sonrisa más tierna de un ser querido*».

Estas genuinas experiencias místicas, fruto de la aguda sensibilidad de nuestra filósofa y de su anhelo de trascendencia, son plantas salvajes que podrían haber brotado en cualquier ambiente propicio, pero el caso es que nacieron con una impronta cristiana y esto va a marcar el resto de la vida de quien las experimentó. Puede decirse que estas vivencias significaron una «conversión al cristianismo», con lo que el libre espíritu que hasta entonces había caracterizado a Simone Weil, quedó a partir de aquí sustituido por una relación tensa y conflictiva con la doctrina católica.

El intento de encauzar el misticismo de Weil en moldes cristianos termina al fin en proposiciones que desde la ortodoxia se ven como heréticas o cismáticas. Desaprueba ella, por ejemplo, el espíritu que inspira el Antiguo Testamento, con su cruel deidad tribal, lo que tiene doble mérito, dado su origen judío. Igual repudio le merecen las estructuras eclesiales, tan marcadas a lo largo de su historia por intransigencia, misoginia y fanatismo dogmático. Por otro lado, explicar la presencia del mal en la obra de un ser infinitamente bueno y todopoderoso, nada menos, obliga a Weil a recurrir al malabarismo de un dios «ausente de la creación». En cualquier caso, resulta un progreso que la misma institución que en otro tiempo, ante estas disidencias, hubiera condenado a la indócil a la hoguera, se limite ahora a expresar su rechazo, sin dejar de celebrar que una lúcida pensadora se haya convertido a su fe, aunque sea a su manera.

No es éste el momento de detenerse en la filosofía de nuestra autora, pero es interesante subrayar que a través de ella sigue brillando un empeño humanista en conceptos muy sugestivos, como el del «enraizamiento», desarrollado en un texto publicado póstumamente en 1949 por Albert Camus. En este trabajo, Weil ofrece una ética y una teoría social que abordan todos los aspectos vitales de la existencia, define cuidadosamente las necesidades del ser humano y argumenta cómo la negación de éstas crea una situación de desarraigo que debe ser corregida por la reflexión, la educación y la acción política. La moral burguesa y sus instrumentos, Estado y dinero, nos han alienado, y según Weil hemos de hallar la forma de enraizarnos en nuestra esencia verdadera, espiritual y solidaria.

Una lectura de los clásicos griegos

Simone Weil era una helenista aguda y original, ferviente admiradora de Pitágoras y Platón, a los que trataba de conciliar con el cristianismo de los Evangelios. A través de sus experiencias como obrera, ella sintió en su carne la impotencia de la voluntad y eso la llevó a una lectura de los trágicos griegos en la que capta la dignidad infinita que puede cobijar un ser pisoteado por los hados. Personajes como Antígona o Electra nos muestran la posibilidad de un amor sobrenatural, que revela la grandeza humana, «*impotente para alcanzar el bien, pero irreductible en su amor a él*».

El trabajo sobre la *Ilíada* aquí reseñado fue publicado en 1940 y 1941, aunque existían borradores desde 1938. En él Weil, intercalando fragmentos en su propia traducción, reflexiona sobre el significado de esa fuerza que se impone al ser humano a lo largo de todo el poema y llega a hacer de él un despojo o un esclavo, privado de vida interior. Sin embargo, es importante reconocer que el estigma de esta violencia doblega a todos, incluso a los reyes y al divino Aquiles. Por otro lado, la idea más dolorosa es que son los propios humanos en su locura el brazo ejecutor de la fuerza. A veces son capaces de palabras razonables, pero éstas caen en el vacío, y triunfan la ira y la venganza: «*El guerrero no es más que una conciencia sin espíritu, un alma muerta*».

Se recorren también los escasos momentos en que afloran en el poema la hospitalidad y el amor, de camaradas, hijos, padres y esposos, pero para Weil estos estímulos positivos son amenazados siempre por el imperio de la fuerza y sólo pueden ser experimentados «dolorosamente». Ella cree que «*Esta subordinación es la misma en todos los mortales, aunque el alma la lleve de manera diferente según el grado de su virtud*». Su conclusión es que esta visión caracteriza la *Ilíada* como la única epopeya de Occidente, sólo continuada en las tragedias de Esquilo y Sófocles y en el Evangelio. Gracias a estos textos alcanzamos una sabiduría luminosa: «*No es posible amar y ser justo más que si se comprende el espíritu de la fuerza y se aprende a no respetarlo*».

La obra finaliza con un rápido repaso de la historia de Occidente para comprobar la ausencia generalizada en ella del impulso que se acaba de exponer. Algo se aprecia de él en Villon, Shakespeare, Cervantes o Molière, pero según Weil, Europa recuperará sólo el genio épico cuando aprenda a «*no creer nada al abrigo de la suerte, no admirar nunca la fuerza, no odiar a los enemigos y no despreciar a los desdichados*», lo cual según ella es dudoso que suceda pronto.

Si pensamos la vida, y la literatura, no como un soliloquio narcisista, sino como el empeño de crear solidaridad que nos haga felices en los otros, la biografía, y la obra, de Simone Weil, son el mejor ejemplo de que tal empeño encarna en ocasiones en el mundo. En esta mujer, los argumentos y las emociones, los compromisos terrenos y los gozos del espíritu atienden a un fin único que no es otro que la justificación y la construcción de una sociedad donde el ser humano se libere del imperio de la fuerza que lo tiene postrado. Su lúcido trabajo sobre la *Ilíada* nos revela la genialidad de este poema en el retrato de esta desolación que tortura la historia desde sus comienzos.

Breve semblanza de Henry David Thoreau

Publicado en *Rebelión* el 25 de junio de 2025

Henry David Thoreau descendía de hugonotes emigrados a América tras refugiarse en la isla de Jersey en el siglo XVII, y vino al mundo en 1817 en la pequeña Concord —a 30 km de Boston—, en una familia de granjeros con pensión en su casa y fabricantes de lápices. En la escuela, Henry aprendió latín, griego, francés y ciencias diversas, y en 1833 se matriculó en Harvard, que no era aún el emporio de hoy, con ayuda de una beca. Cuatro años después consiguió la licenciatura, siendo en ese tiempo asiduo sobre todo de la biblioteca, la ribera del río y los campos cercanos a Cambridge, en los que descubrió más variedad de pájaros que en Concord.

El recién licenciado comienza a llevar un diario en el que refleja las ocupaciones y pensamientos de su vida, mientras para ganarse el pan imparte clases en la escuela pública del pueblo natal, pero su resistencia a emplear castigos físicos lo obliga a presentar la renuncia. Trabaja entonces en la fábrica de lápices de la familia, en la que consigue fabricar productos de primera calidad gracias a sus conocimientos de química. En 1838 abre una escuela privada en casa en la que la docencia incorpora excursiones y un trato llano a los alumnos, aunque no exento de disciplina, que tiene gran éxito.

En 1839, Henry se enamora de Ellen Sewall y la corteja sin resultado por la oposición de la familia de ella. Dos años después se ve forzado a cerrar la escuela por la mala salud de su hermano John, que lo ayudaba y morirá de tétanos en breve. Luego reside como jardinero y encargado de mantenimiento en la mansión de Ralph Waldo Emerson (1803-1882) y trabaja intensamente en sus escritos. Cuando Waldo, el hijo menor de su patrón, muere de escarlatina a los cinco años, Thoreau trata de consolar a su padre con una visión de la muerte como renovación y ley necesaria de la vida.

Emerson es la mayor influencia intelectual que nuestro protagonista recibe de sus contemporáneos. Su individualismo, inconformismo y búsqueda de una postura personal ante la realidad fueron decisivos en la formación de su pensamiento. No obstante, si Emerson era un teórico, Thoreau sacará conclusiones prácticas de sus teorías. Éstas, que se conocen como «transcendentalismo» pueden resumirse en una suerte de panteísmo humanista que persigue una conexión del hombre con la naturaleza, y al que se suma escepticismo ante un «desarrollo» que implicaba explotación y miseria. Las condiciones sociales notoriamente inmorales que observa, hacen a Emerson partidario de nuevas experiencias comunitarias capaces de forjar una organización más abierta y atenta a las necesidades genuinas del ser humano. A este respecto, Thoreau va a insistir en la importancia de una transformación interior previa al experimento social, que si no ve condenado al fracaso.

En el verano de 1845, Henry se establece en la cabaña que había construido junto a la laguna de Walden y allí va a permanecer dos años y medio, cultivando un pequeño huerto y llevando una vida tranquila. Trabaja por entonces en dos libros: *A week*, relato de un viaje con su hermano John que termina convirtiéndose en una elegía, y *Walden*, que será su obra más aclamada. *A week* fue un fracaso editorial que le provocó deudas y sinsabores, y postergó la publicación de *Walden*. Con todo ello, acabó también distanciándose de Emerson.

En 1846, la negativa a pagar el *poll tax* (impuesto de votación) lleva a Thoreau una noche a la cárcel, y cuando se le pide que explique sus razones, escribe *Resistance to Civil Government*, que aparece impreso en 1849. El paso por el calabozo le hace reflexionar sobre la indignidad de colaborar con un Estado inmoral que en aquel momento admitía la esclavitud y desarrollaba una guerra de agresión contra México. En 1848, Henry va a vivir a casa de sus padres y después trabaja como agrimensor y viaja a Canadá. Con materiales de su diario elabora una conferencia: *Walking on the wild*, que contiene el germen de lo que será su obra posterior, centrada en la descripción amorosa de la naturaleza. También recorre el estado de Maine y asciende al Katahdin, cuya cima desolada le produce una impresión imborrable, y visita la región de Cape Cod, lo que dará lugar a un libro de ágil lectura con este título; a ambas zonas regresará. Thoreau sufre cuando sus compañeros de viaje se dedican a la caza, y recoge plantas, observa todo con devota curiosidad y trata de aprender el idioma de los indios.

En 1854 ve la luz al fin *Walden*, que hasta 1862 llevó el subtítulo *Vida en los bosques* y fue un éxito de crítica y ventas. La obra desarrolla con una prosa demorada y poética ideas viejas caras a diferentes tradiciones místicas: el poseedor poseído por lo que posee, el tiempo perdido en ganar y conservar aquello que verdaderamente no necesitamos. Son frecuentes las referencias clásicas y se defiende una vida simple, volcada en lo realmente útil y esencial y que desprecie los lujos. Ese mismo año, Henry protesta públicamente por la entrega de un esclavo huido detenido en Boston y la abolición de leyes que trataban de limitar la esclavitud. En esa época realiza un viaje para promocionar *Walden* dando conferencias.

En 1859, la muerte de su padre incrementa las responsabilidades de Henry en la fábrica de lápices y es contratado además como agrimensor por el municipio de Concord para un proyecto importante, pero el tema obsesivo para él este año es el de John Brown, el abolicionista que será asesinado judicialmente en diciembre tras liderar una revuelta antiesclavista. Thoreau imparte una conferencia en

Concord en la que reivindica su figura y argumenta que hay cosas más valiosas que la propia vida, porque sin ellas ésta carece de sentido, y una de ellas es la libertad. Pocos se atrevían a manifestar estas opiniones de forma tan contundente.

Tras trabajar bajo la lluvia, un día de 1860 Thoreau coge un fuerte resfriado que pronto se trasforma en bronquitis, complicada por un más que probable diagnóstico de tuberculosis. El año siguiente decide cambiar de aires y viaja a Minnesota, pero no logra mejorar. En sus últimos meses hasta su fallecimiento en mayo de 1862, su preocupación es la situación en que quedarán su hermana menor, Sophia, y su madre, y trata de conseguir algún dinero recopilando fragmentos y conferencias en forma de libros. Así termina *Autumnal tints*, *Life without principle*, *Walking* y *Wild apples*. Los que lo visitaron por entonces recalcan la placidez con que afrontaba la muerte; «indio, alce» fueron sus últimas palabras. En el funeral sus amigos leyeron las partes que más apreciaban de su obra.

Con su vida y sus escritos Henry David Thoreau, hombre de un tiempo lejano marcado por el esclavismo y los primeros desmanes del capital, enseña una lección imprescindible para nosotros hoy. Encontraremos la paz y la alegría solamente escuchando la sinfonía prodigiosa del pájaro y el árbol, la montaña y la nube, criaturas que nos muestran nuestro lugar en el cosmos. Ellas pueden desnudar las mentiras que nos tienen atrapados, y nos dejarán ver y construir otro mundo posible, más allá de la infame violencia que mancha éste. Él fue un místico, pero un místico con los ojos abiertos y atento a las congojas de sus semejantes.

Recordando a Thomas Merton, monje pacifista y abanderado del diálogo interreligioso. Las contradicciones de un místico del siglo XX

Publicado en *Rebelión* el 2 de mayo de 2026

Se ha especulado mucho sobre el papel que pudo jugar la CIA en la misteriosa muerte de Thomas Merton mientras asistía a un encuentro interconfesional de monjes cerca de Bangkok en diciembre de 1968 —en plena guerra de Vietnam— y poco después de impartir una conferencia con título ciertamente sugestivo: «Comunismo y vida monástica». El asunto ha dado lugar a varios libros y la polémica continúa, pero en cualquier caso parece claro que la trayectoria de este trapense inquietaba en muy altas instancias, lo cual es comprensible si sumamos las facetas de su compleja personalidad. Un prolífico y exitoso escritor, militante pacifista y atraído por las doctrinas sociales igualitarias representaba sin duda un peligro para el *establishment*, sobre todo si llegaba revestido con uno de los hábitos monacales más respetados de la Iglesia católica, el de los seguidores de la regla de san Benito. No debemos olvidar tampoco que, para redondear su perfil, Thomas Merton fue siempre ante todo y sobre todo un místico, un buscador incansable de una experiencia de unidad humana y cósmica, capaz de reventar los fusibles del alienado ser que el mundo ha hecho de nosotros.

Sería un error sin embargo idealizar a un personaje cuyas contradicciones están brillantemente expresadas en la autobiografía que lo catapultó a la fama, *La montaña de los siete círculos*, en la que no se escatiman detalles. Nacido en Prades (Pirineos Orientales), de dos artistas de origen galés en 1915, Thomas viajó muy joven a los Estados Unidos y allí hubo de sufrir el fallecimiento de su madre cuando tenía seis años. Tras regresar a Europa, inició estudios en la Universidad de Cambridge, pero los continuó luego en la de Columbia, con interés sobre todo por las lenguas modernas. En Inglaterra tuvo un hijo que nunca reconoció, y de hecho se las arregló legalmente para romper cualquier relación con la madre y el retoño. Obtenida la licenciatura, Thomas comenzó a interesarse por la espiritualidad y se convirtió al catolicismo, pero esto no fue suficiente para el compromiso religioso que buscaba y en 1941 ingresó como postulante en la abadía trapense —cisterciense de estricta observancia— de Nuestra Señora de Getsemaní (Kentucky). Allí recibió el nombre de hermano Louis.

Con veintiséis años, nuestro protagonista se ciñe el hábito monástico, y con él va a permanecer los veintiséis que le quedan de vida. Con dotes literarias, cuando pensaba que acababa de abandonar tales ambiciones al hacerse monje, para su sorpresa es impulsado a la escritura por sus superiores, y publica textos religiosos diversos, aunque es su autobiografía la que lo hace famoso en 1948. No resultó fácil que la estricta censura eclesial aprobara aquel testimonio a flor de piel, trepidante de alcohol, sexo y confidencias sobre la orden, pero podando y puliendo al fin se consiguió. Sin embargo, a partir de entonces se entabló una silenciosa batalla entre el monje contemplativo y el escritor aclamado. La tensión condujo a una profunda depresión en 1949 de la que la recuperación fue lenta pues no era fácil resolver el desequilibrio entre el instinto místico y la avasalladora personalidad que transpiran las obras del hermano Louis.

En los años 50, Merton publica otro volumen autobiográfico: *El signo de Jonás* (1953), da clases de teología mística y es nombrado maestro de novicios en Getsemaní. Es una época en la que, superado el prurito de abandonar la orden que lo había inquietado por un tiempo, se centra en componer tratados sobre la vida monástica, la oración y la contemplación, que cosechan gran éxito. A finales de esa década sin embargo, su proverbial insatisfacción lo empuja

a horizontes nuevos, que van a ser investigar la espiritualidad de otras religiones y asumir un compromiso por mejorar el mundo. Merton trabó amistad con Ernesto Cardenal cuando éste visitó el monasterio en 1959, lo que dio lugar a una relación epistolar hasta su muerte, y fue amigo también del poeta argentino Miguel Grinberg, quien tradujo al castellano algunos de sus libros. Pacifismo y derechos civiles se convierten en los 60 en asuntos cruciales para un monje cuya vida personal también se revoluciona cuando en 1966 se ve obligado a someterse a una operación e inicia un romance con Margie Smith, una enfermera, que se prolonga dos años.

En 1968 el nombramiento como abad de Getsemaní de Flavian Burns, buen amigo de Merton, proporciona a éste libertad para asistir a reuniones ecuménicas en el extranjero y es así como emprende el largo viaje en el que lo va a sorprender la muerte. Visita la India, donde conoce al Dalái Lama y al maestro de budismo tibetano Chatral Sangye Dorje y disfruta después de unos días de retiro solitario cerca de Darjeeling. La fascinación de nuestro trapense por la espiritualidad oriental era vieja y genuina, pero en 1938 había decidido seguir el consejo de un reputado yogui hindú de profundizar en las vías místicas de su propia cultura, y eso fue lo que lo llevó al monacato cristiano. Respecto a su interés por el zen, databa de antiguo y motivó una intensa correspondencia con D. T. Suzuki, con quien colaboró además en algunas obras.

En cualquier caso, el viaje a Oriente de 1968 va a resultar revelador para el hermano Louis. En Sri Lanka visitó las famosas estatuas del Buda de Polonnaruwa y luego escribió en su diario: «*Mientras miraba esas figuras, de repente, casi por fuerza, como en una sacudida, me sentí proyectado fuera de la visión habitual, medio atada, que tenemos de las cosas, y se hizo evidente y obvia una claridad interior que parecía brotar en una suerte de explosión desde las mismas rocas. (…) Estoy seguro de que con Mahabalipuran y Polonnaruwa mi peregrinaje a Asia se ha aclarado y se ha purificado. Quiero decir que sé y he visto aquello que andaba buscando a oscuras. No sé lo que queda aún, pero ahora ya he visto, he penetrado a través de la superficie y he ido más allá de las sombras y el disfraz*».

Aquel viaje aportó muchas claves y hay que decir que la trayectoria de Merton se vio truncada justo cuando gozaba al fin de libertad de movimientos y su conciencia conectaba aspectos diversos que permitían vaticinar una síncera y sólida contribución a las luchas sociales del momento. Su compromiso contra la violencia, la guerra y la opresión racial era sincero y estaba nutrido de un humanismo enraizado en la espiritualidad cristiana más profunda. En 1963 en el prefacio de una traducción al japonés de *La montaña de los siete círculos* escribió: «*A través de mi vida monástica y de mis votos, digo NO a todos los campos de concentración, a los bombardeos aéreos, a los juicios políticos que son una pantomima, a los asesinatos judiciales, a las injusticias raciales, a las tiranías económicas y a todo el aparato socioeconómico, que no parece encaminarse sino a la destrucción global, a pesar de su hermosa palabrería en favor de la paz*».

En este tiempo nuestro, perspectivas como la de Thomas Merton resultan sugestivas, porque contra las religiosidades que se nutren de dogmatismo y terminan alimentando el desastre identitario, el que se refleja en su obra y a través de sus dudas y crisis es un pensamiento abierto a todas las luces que verdaderamente iluminan y capaz de descubrir en ellas el gozo de un resplandor único. En una ocasión él definió así su periplo: «*Estaba escribiendo un libro sobre un inglés que se hizo comunista, luego católico, más tarde monje trapense y finalmente budista; en ese momento, habiendo alcanzado su vida la plenitud, murió*».

Releer la obra de Thomas Merton será siempre la forma de compartir su lucha por la luz a través de las contradicciones de su vida. En la visión que nos aporta, sufismo, budismo, cristianismo y tantas otras vías, son ramificaciones de la *philosophia perennis* capaz de conducirnos a la única cima.

El oráculo de la noche, de Sidarta Ribeiro. Mito y ciencia del sueño

Publicado en *Rebelión* el 11 de abril de 2023

Esa misteriosa contrapartida de nuestra existencia diurna que es el sueño ha inquietado al ser humano desde la más remota antigüedad. La intuición de los filósofos ha derrochado explicaciones para él, pero sin desdeñar sus teorías, hoy tiende uno a mirar sobre todo a los científicos que estudian el cerebro para conocer sus conclusiones. Las aproximaciones pueden ser muy variadas y tal vez no exista en este momento un texto que sintetice mejor la multitud de aspectos implicados que *El oráculo de la noche* (Debate, 2021), un extenso y documentado trabajo del neurocientífico brasileño Sidarta Ribeiro (1971).

Estructurado en dieciocho capítulos y un epílogo profusamente anotados, este libro ofrece un recorrido por el mágico mundo de los sueños en el que los mitos y leyendas de la más remota antigüedad y las teorías que a lo largo de la historia han ido proponiéndose son iluminadas al fin por la neurología más reciente. Se descubre entonces que, curiosamente, las aportaciones de la tecnología más avanzada vienen a confirmar las intuiciones del psicoanálisis, muy desacreditado en el ámbito científico durante mucho tiempo.

El oráculo de la noche, un texto de alto nivel teórico pero de lectura absorbente, no deja indiferente a nadie, porque

con su aproximación reveladora al misterioso universo onírico pone al descubierto las claves que éste atesora sobre cómo afrontamos los anhelos y frustraciones de nuestra existencia.

Historia de la interpretación de los sueños

En la antigüedad los sueños tendían a ser explicados como mensajes de los dioses, a los que muchas veces se atribuía carácter profético; textos como el *Libro de los muertos* egipcio o la *Epopeya de Gilgamesh* sumeria inciden en esto. Artemidoro de Éfeso (siglo II) se hizo famoso en Roma como interpretador de sueños y sobre ello escribió un extenso tratado. Por su parte, Macrobio (siglo V) propuso una clasificación que fue ampliamente aceptada en la Edad Media. En otras latitudes se constata por ejemplo que las culturas amerindias se sirven de los sueños como guía y oráculo para afrontar graves decisiones que se les plantean, y se describen en el libro varios casos de sueños proféticos con gran relevancia.

En el psicoanálisis de Freud, el Ego consciente existe tensionado entre un Ello inconsciente que persigue pulsiones básicas y un Superego cultural que lo censura. De estos conflictos surgen trastornos neurológicos que pueden ser aliviados llevando el trauma al Ego y haciéndolo consciente. Para cumplir este objetivo, Freud identificó los sueños como una vía regia de acceso al inconsciente, que revela, a veces de forma alegórica, los deseos y miedos de quien los experimenta. El psicoanálisis fue desautorizado como pseudocientífico, pero a finales del siglo XX algunas de sus intuiciones comenzaron a ser corroboradas por la ciencia del cerebro.

Ribeiro se declara partidario de una teoría general de los sueños que concilia las antiguas visiones de éstos ligadas a premoniciones del futuro o conflictos del pasado, con la idea de que en realidad representan una herramienta crucial para la supervivencia en el presente. Esto se opone frontalmente a la teoría de Crick y Mitchison de 1983, según la cual los sueños serían simplemente cadenas de recuerdos asociados al azar y sin ningún significado.

La ciencia del sueño

El libro resume investigaciones sobre la existencia de sueño en insectos como las moscas, y también en algunos peces y anfibios, aunque sin indicios de la fase REM —con movimientos oculares rápidos y actividad onírica—, la cual aparece en los mamíferos y según estudios recientes en algunos reptiles y aves. La opinión actual es que este tipo de sueño tiene un origen único en todos los vertebrados terrestres, aunque no se da en los cetáceos, lo que tal vez demuestra que el sueño unihemisférico de estas especies funciona como un sustituto del sueño REM.

El sueño de los mamíferos tiene dos fases. La primera se denomina «no REM» (NREM) y se divide en tres estadios sucesivos con sueño cada vez más profundo: N1, N2 y N3. La segunda es la fase REM. En una noche normal se producen cuatro o cinco ciclos completos: N1, N2, N3, REM, cada uno de noventa minutos aproximadamente. En el electroencefalograma los estados NREM están caracterizados por ondas lentas: theta y delta, mientras que la fase REM exhibe ondas rápidas similares a las de la vigilia. Esta última fase aumenta su duración en los ciclos finales de la noche. Ribeiro describe los neurotransmisores implicados en cada fase del sueño y los efectos de diversas drogas en la experiencia onírica. Presenta también interesantes datos que muestran que en las psicosis se da una «invasión» de la vigilia por parte del sueño REM, lo que plantea la posibilidad de vías farmacológicas para tratar estos trastornos.

Según datos experimentales, la privación de sueño perjudica la adquisición de conocimiento, aunque esta idea no logró imponerse en la ciencia psicológica hasta 2003. Posteriormente, se ha constatado que una siesta larga, con período REM, facilita las tareas de aprendizaje. También se ha comprobado que la actividad neuronal reverbera durante el sueño las experiencias de la mente despierta, sobre todo en las fases NREM y menos en la REM, lo cual muestra relación con el aprendizaje. En estos procesos son esenciales las ondas theta, que regulan los patrones de atención en el cerebro y la actividad sináptica que marca los recuerdos. Durante la vigilia, esta reactivación de recuerdos es mucho menor, debido a la avalancha sensorial, pero puede ocurrir ocasionalmente.

En resumen puede decirse que la experiencia del sueño tiene su correlato fisiológico en una actividad eléctrica en el cerebro en la que las pautas neuronales que caracterizan los recuerdos son reactivadas, compitiendo las vivencias más recientes con las viejas de trayectorias consolidadas. Los recuerdos se convierten de esta manera en el lenguaje universal en el que procesamos palabras, sensaciones y pensamientos, y mientras no irrumpen en la conciencia están en estado latente, pudiendo además ser borrados sin dejar huella.

Hoy se sabe que la adquisición de un recuerdo se produce a través de cambios profundos en los que las diferentes fases del sueño juegan un papel esencial para traducir los patrones de actividad eléctrica en los circuitos neuronales (recuerdos activos) en nuevas pautas de sinapsis entre células (recuerdos latentes).

La importancia de los sueños

Considerados clásicamente relevantes y elevados incluso a la categoría de oráculo, los sueños fueron desprestigiados como alucinaciones intrascendentes en la reacción antifreudiana que se impuso en la psicología del siglo XX. Lo cierto es, sin embargo, que la ciencia actual reivindica su importancia. La idea de Freud de que el deseo es el motor del sueño es respaldada por investigaciones que apuntan a que las

visiones oníricas están relacionadas con los altos niveles de actividad eléctrica de la fase REM, pero no están predeterminadas sino que constituyen un proceso diferente, emergente a partir de ellos, que goza de autonomía y es regido por las expectativas del soñante. De esta forma, los sueños pueden entenderse como reconstrucciones de situaciones relevantes, cargadas de elementos simbólicos y caracterizadas por encadenamientos de imágenes organizadas por el sistema cerebral de recompensa y castigo. A fin de cuentas, resultan ser una manera de idear y ensayar comportamientos en un entorno seguro para el cuerpo.

Ribeiro dedica un capítulo a la trascendencia de la experiencia onírica en la actividad creativa. En la tarea cultural esencial de hallar nuevas formas, los sueños han demostrado un papel decisivo. Se presentan numerosos ejemplos de ello, desde el diseño de una aguja para las máquinas de coser a músicos y pintores que despiertan con melodías e imágenes en su cabeza. No es diferente en la literatura, desde la antigüedad hasta el presente, ni en el muy racional asunto de la investigación científica, en el que se citan historias clásicas como el descubrimiento por August Kekulé de la estructura del benceno o el diseño de la tabla periódica por Dmitri Mendeléyev. En el campo de las matemáticas resulta extraordinario el caso del indio Srinivasa Ramanujan, cuyas ecuaciones y teoremas, sorprendentes y aún hoy en parte incomprendidos, le eran revelados en sueños.

La investigación que se ha realizado muestra que la resolución de problemas se ve favorecida durante el sueño REM. El mecanismo para ello pudiera ser la introducción de ruido en el sistema neuronal para permitir el hallazgo de una solución óptima: «Desorganizar para organizar mejor». El correlato consciente de esto son sueños en los que tiende a practicarse obsesivamente la actividad objeto de aprendizaje, aunque con el progreso del sueño ésta se hace más abstracta y se intercalan otros recuerdos.

La imagen que emerge en el libro es la del sueño como una reverberación de recuerdos del pasado que refleja las expectativas respecto al futuro en una dinámica cuyo motor es el deseo. De acuerdo con esto, la actividad onírica tiene la virtud de advertir de amenazas y plantear posibles soluciones. Basándose en el ayer, el cerebro especula cómo será el mañana. Las pesadillas pueden ser simulaciones para evaluar conductas peligrosas, mientras que los sueños placenteros representan la realización de deseos. En conjunto, el proceso es descrito como un «oráculo probabilístico» que en ocasiones consigue predicciones correctas. La explicación evolutiva de la aparición de esta innovación es que introdujo una ventaja adaptativa al permitir mejorar el aprendizaje y la creatividad.

El estudio del sueño puede aportar grandes sorpresas en el futuro, como se deduce de las experiencias recientes que tratan de lograr una descodificación de los sueños, identificando las áreas y mecanismos cerebrales implicados. Esto apunta a que los sueños podrían llegar a conocerse independientemente del relato que su protagonista hace de ellos.

Las páginas finales del libro están dedicadas a los «sueños lúcidos» en los que el durmiente controla su viaje por el alucinante universo onírico. El correlato fisiológico de este «despertar hacia dentro» podría relacionarse con la situación al final de la noche con abundancia de neurotransmisores y actividad REM. Estos sueños autoconscientes son bien conocidos entre los chamanes y yoguis, y por místicos budistas y cristianos, y hoy día su existencia ha sido confirmada en experiencias de laboratorio. Ribeiro concluye que este viaje al interior de nosotros mismos puede resultar tan revelador como mirar hacia fuera a través de telescopios y microscopios.

La exploración de un universo fascinante

Los sueños reflejan nuestros anhelos y temores de una forma misteriosa, y en general les concedemos impremeditadamente su imperio nocturno, pero nos olvidamos de ellos nada más despertar, sin darles ningún valor. Así es la realidad, pero en *El oráculo de la noche* Sidarta Ribeiro nos pone ante dos verdades bien contrastadas que invitan a mirar estas visiones nocturnas con mayor interés. La primera es que históricamente los sueños han sido considerados relevantes en muchas culturas, llegándose a buscar en ellos claves para afrontar el futuro. La segunda es que la ciencia moderna ha conseguido poner de manifiesto la importancia de la actividad onírica en la consolidación de los recuerdos y los procesos de aprendizaje, y revela que a través de ella se movilizan nuestros anhelos e inquietudes en pos de una respuesta.

Los sueños son un dominio impenetrable, cargado de oscuros simbolismos, pero todo apunta a que su trascendencia es mayor de lo que pensamos. Acercarnos a ellos obliga a repasar mitos y leyendas en los que los antiguos desplegaros sus intuiciones, y nos fuerza también a introducirnos en conceptos científicos complejos, pero imprescindibles para entender el funcionamiento del cerebro. La tarea de conciliar las dos visiones no es fácil, pero sólo a través de ella daremos el lugar que merece a esa actividad intrigante en la que empleamos una parte muy sustancial de nuestra vida.

Leyendo *El oráculo de la noche* sabemos que el interés del autor por los sueños nació tras una experiencia traumática que le provocaba pesadillas cuando tenía cinco años de edad y que fue superada gracias a un hábil terapeuta. De ahí partió el impulso inicial, y muchos años de estudio e investigación en neurociencia han servido a Sidarta Ribeiro para poner en nuestras manos un libro que conjuga sabiamente las aproximaciones del mito y la leyenda con los datos más

recientes de fisiología, química y física para desentrañar el fascinante mundo de los sueños.

Hay que decir además que en el recorrido por los avances de la ciencia del cerebro, Ribeiro no sólo expone los conceptos, sino que nos acerca también a los protagonistas de las investigaciones y a los procesos, muchas veces repletos de controversias y debates, a través de los cuales el conocimiento fue desarrollándose. De esta forma, el relato jugoso de un protagonista de algunas de las historias permite atisbar el lado más humano de la ciencia.

Es éste un libro en fin extraordinariamente valioso para quien no tema bucear en aguas misteriosas de mitos ancestrales y fisiología cerebral, y quiera saber más sobre sí mismo descifrando el lenguaje del oráculo de la noche.

Mito made in USA, de Xan Eguía. Los mitos que nutren al gigante

Publicado en *Rebelión* el 27 de marzo de 2024

Los humanos presumimos de sabios en el nombre de especie que nos otorgamos a nosotros mismos, y creemos haber ido depurando nuestro intelecto a través del tiempo hasta un apogeo de la racionalidad, con la ciencia como referencia indiscutible. Sin embargo, no es difícil darse cuenta de que operan en nosotros poderosos mecanismos de dudosa justificación lógica, que parecen asentados en cimientos profundos de la mente. Los antiguos elevaban como parte esencial de su cultura sus sofisticados mitos, que nos siguen marcando, pero junto a ellos podrían analizarse las mitologías que hemos creado nosotros y nos influyen a cada paso.

Xan Eguía (Vigo, 1975) ha estudiado la impregnación del mito en la cultura popular actual en una serie de trabajos previos que incluye dos libros: *Alien, una teoría sexual. Género, monstruos y ciencia ficción* (2016) y *Mitología Futura. De Neo a Prometeo: construyendo el nuevo mito* (2017), y ha desarrollado además una intensa labor como ilustrador. En *Mito made in* USA, recién editado por Dyskolo, nos ofrece un recorrido por la cultura americana, de la literatura, el cine y los comics a los ritos sociales y políticos, que le sirve para caracterizar la nueva conciencia mítica que opera en ella.

Resulta revelador el acercamiento que se hace en el libro a autores como Mircea Eliade, Roland Barthes o Joseph Campbell, entre muchos otros. Con ellos aprendemos que el mito ilumina un mapa interior y aporta claves decisivas de nuestro pensamiento, pero que las grandes construcciones simbólicas pueden también evolucionar y ajustarse al espíritu de cada época. Hoy una marca ineludible es el beneficio económico, hasta en las manifestaciones más ínfimas, y pagaremos gustosos por unas zapatillas con un símbolo que revela distinción o por la camiseta con el nombre de nuestro ídolo. Estamos en el reino de Moloch y el gánster, quintaesencia de su culto, es una figura admirada; como Al Capone, que hubiera llegado a alcalde de Chicago de habérselo propuesto.

Los mitos dan sentido a todo y se sirven de todo. Rastrear los detalles del billete de un dólar muestra a las claras una nación con un «destino manifiesto» y un anhelo imperial. Todo trasciende de los símbolos y mensajes que decoran el rectangulillo de papel. La sociedad que se afana en pos de esta meta podrá contar con la ayuda de seres con extraños poderes procedentes de otros mundos, aunque insólitamente caucásicos. Se trata de criaturas dispuestas, como Superman, a defender a los débiles y hacer que triunfe la justicia, al igual que cualquier mesías religioso, pero que en el fondo preservan el *statu quo* social.

No puede soslayarse la pasión de los norteamericanos por las armas, herencia de un pasado en el que el país se construyó arrebatándolo a sus habitantes originarios. Se enfrentan aquí el mito del salvaje, condenado al exterminio, y el del *cowboy*, héroe colonizador. Décadas después, las *road movies* siguen obsesionadas por ese viaje en el que el horizonte es un símbolo, pero en realidad toda la vida norteamericana queda impregnada de esa visión hasta hoy. Así, la política exterior puede estar regida por la *Cowboy diplomacy*, y la tarea se prolonga con la colonización de la Luna, Marte y otros mundos. Eguía se recrea en un recorrido por los géneros y subgéneros cinematográficos que manifiestan la impronta de este espíritu.

El cine bélico ha sido otro gran instrumento para asentar el mito de un país con un destino a conquistar con sangre, aunque no faltan digresiones para constatar errores que jalonan el camino, como el *Apocalypse Now* de Coppola. Las nuevas generaciones educadas en este mensaje son candidatos idóneos para abastecer los ejércitos imperiales, y su mentalidad será un fiel reflejo de lo que vieron en la pantalla. No obstante, la atormentada vida posterior de algunos de los que arrojaron las bombas atómicas sobre Japón demuestra que el borrado completo de la compasión es difícil de materializar.

El mito se agazapa también en otros géneros literarios y cinematográficos, como nos prueba Eguía con sus reflexiones sobre las entregas sucesivas de *Superman*, *Tarzán*, *El planeta de los simios*, *La guerra de las galaxias*, *Matrix*, *Rocky* o *King Kong*. En cualquiera de estos casos, se reconoce el mito por la respuesta fisiológica y psíquica que despierta en nosotros: «*Se hincha el pecho, a veces quedando sin aire, sentimos cierta trascendencia e importancia en lo que sucede, la garganta se cierra y casi llora, se expande una sensación grandiosa, tan muscular como emocional*». En el pasado com-

batían guerreros como Aquiles, pero hoy el detonante de la hierofanía puede ser un actor o una estrella del deporte. Eguía rememora a Cassius Clay y su epopeya como un buen ejemplo de esto. Y hay mucho que aprender de la sabiduría y el comprometido pacifismo de este héroe del cuadrilátero.

Otro evento mítico en la historia reciente norteamericana es el acceso a la presidencia de Barack Obama en 2009. El análisis del proceso revela una dinamización de elementos patrióticos y mesiánicos y una retórica idealista con un fuerte recurso a la emotividad. El resultado final es la transformación del debate político en otro fuera del tiempo y de carácter arquetípico, que moviliza estratos profundos de la mente. La antítesis de esto podría ser Donald Trump, que tras el fracaso del idealismo mítico exprime sin duda la fascinación del electorado por el multimillonario, el gánster o los casinos, animada eso sí, con el estribillo del *Make America great again!*

Psicópatas y asesinos nutren también el universo mítico. Un caso especial entre ellos es el deTheodore Kaczynski, conocido como Unabomber, que envió explosivos por correo a informáticos, aerolíneas y universidades, y asesinó de este modo a tres personas e hirió a veintitrés. En un manifiesto publicado en 1995, Kaczynski critica el mito contemporáneo y su distopía prometeica, que nos hace jugar a ser como dioses con la ciencia y destruir el mundo y a nosotros mismos. Eguía discute las semejanzas entre la cabaña en la que este terrorista vivió varios años en un bosque de Montana y la que Henry David Thoreau construyó junto a la laguna de Walden. Se trata de dos casos de cuestionamiento por los hechos de un orden social enfermo, pero Thoreau acertó a perfilar como remedio una lúcida estrategia de unión mística con el entorno natural y solidaridad humana, y alentó el uso de instrumentos poderosos como la desobediencia civil.

Estados Unidos está marcado por la herencia de la esclavitud y sufre aún una penosa segregación racial, con guetos, drogas y violencia martilleando el presente. Estas realidades se proyectan por los artistas en universos distópicos, que el libro trata extensamente también, lo mismo que los iconos de la feminidad impuestos por la moda y el *star system*, o las nuevas tendencias del *blockbuster*, ese producto cinematográfico que quiere ser una factoría de mitos populares. El tiempo arquetípico, primigenio o remoto en la era clásica, se extiende hoy a un pasado próximo y se prolonga hacia el futuro, y lo más positivo de esto es que así la literatura y el arte pueden ser vehículos para expresar la necesidad de trascendencia perdida por los abismados egos de la jungla capitalista.

Idolatramos la racionalidad, pero sabemos nuestra mente sometida a resonancias incatalogables. La realidad es que trabamos nuestro mundo con metáforas y símbolos poderosos, y para elegir hacia dónde vamos lo poco que podemos escoger nunca será la solución de una ecuación. Los antiguos construyeron sus mitos en forma de narraciones intemporales que expresan lo que sobrevive para dotar a la vida de sentido, y si queremos entender el mundo actual no tenemos más remedio que estudiar cómo perviven en él los viejos mitos y cuáles son los nuevos que compiten con ellos para conformar nuestra visión. Con *Mito made in USA*, Xan Eguía nos descubre, en un viaje que logra ser erudito y fascinante a la vez, la infinita capacidad mitopoyética de la metrópoli imperial que rige en estos momentos el planeta.

Coherencia cuántica y vida, de Teresa Versyp. Física cuántica para comprender y orientar la conciencia

Publicado en *Rebelión* el 19 de agosto de 2023

El paradigma mecanicista que se impuso en física con la modernidad dejaba poco sitio para menudencias como la conciencia o la libertad, que pasaron a convertirse en entelequias alucinatorias, a modo de productos residuales de la todopoderosa materia. Afortunadamente, el siglo XX trajo nuevos aires a una disciplina que vive hoy una efervescencia teórica y no se abstiene de reivindicar las visiones más antiguas y luminosas del espíritu humano. Algunos textos clásicos como *El tao de la física* (1975) de Fritjof Capra, *Misticismo y física moderna* (1980) de Michael Talbot o *La totalidad y el orden implicado* (1980) de David Bohm exploran estas conexiones.

Hay que reconocer, sin embargo, que la complejidad del asunto hace que se echen en falta obras de divulgación capaces de aunar claridad y rigor y atentas al mismo tiempo a los avances más recientes. Entre los científicos comprometidos en esta prometeica labor, un nombre a destacar es el de la física Teresa Versyp, autora de: *La dimensión cuántica, de la física cuántica a la conciencia*, de 2005 y ya en su 4.ª edición, y *Sobrevolando el territorio del Quantum*, de 2012. En *Coherencia cuántica y vida*, publicado en 2022, completa el panorama descrito en sus trabajos anteriores con un recorrido sobre aspectos esenciales del nuevo paradigma, de la biología cuántica al universo multidimensional.

Implicaciones de la nueva física

La primera parte del libro está dedicada al formidable empeño de sintetizar en unas decenas de páginas los postulados básicos de la mecánica cuántica. Acostumbrados a nuestro bienquisto hogar tridimensional, inquieta descubrir que éste esconde en su interior un entramado en el que

la lógica más elemental parece haber sido dejada de lado. Resulta que la materia viene a ser una forma de energía, cuya estructura profunda lleva asociada indeterminación e incertidumbre. Además, el observador es esencial en la evolución de los procesos, y en el fondo de todo nos aguardan misterios como el entrelazamiento cuántico —una «comunicación instantánea» entre eventos muy alejados que puede afectar a nubes de miles de átomos— o la no localidad, que hace posible el teletransporte cuántico.

Se explora después la coherencia cuántica, que recientemente se ha demostrado que existe también en sistemas biológicos. Ésta consiste en un acoplamiento entre las vibraciones de un conjunto de moléculas que comparten la misma función de onda, lo cual puede darse en ámbitos variados, aunque por tiempos muy breves. Se presentan algunos casos. En la fotosíntesis, por ejemplo, las moléculas antena de la clorofila capturan fotones que desprenden electrones, pero sólo se alcanza la alta eficiencia observada en el transporte de la alteración si se considera que ésta viaja hasta el centro de almacenamiento de la energía por un mecanismo cuántico. En el reino animal diversas especies son capaces de captar la orientación del campo magnético terrestre, para lo cual se ha sugerido el papel de una proteína presente en la retina y sensible a este campo. En esto pueden intervenir procesos cuánticos, al igual que en el funcionamiento de los receptores olfativos, en la respiración e incluso en las mutaciones del ADN o en extraños efectos descritos para el ADN no codificante.

El modelo de organismo vivo que emerge de la nueva perspectiva es revolucionariamente novedoso. Un repaso da la biofísica cuántica del agua muestra que este compuesto, omnipresente dentro y fuera de nuestro cuerpo, forma estructuras estables por las interacciones debidas al carácter dipolar de su molécula. Estos «dominios de coherencia» vibran al unísono y son capaces de almacenar información correspondiente a las interacciones con biomoléculas próximas. Se discute el posible rol del agua en la captación de energías cósmicas y algunas propiedades que se le han atribuido, aún mal entendidas. Se expone también la emisión espontánea de fotones en el rango ultravioleta por parte de los seres vivos, y los estudios y teorías al respecto, que en ocasiones parecen sugerir la existencia a través de esta energía de un sistema de comunicación entre las células.

El problema de la conciencia se ha comenzado a clarificar en tiempos recientes. A partir de los trabajos de John C. Eccles en la década de 1960 y los posteriores de Roger Penrose y Stuart Hameroff, sabemos que en las neuronas operan procesos cuánticos. Para estos últimos autores, la mente realiza la elección indeterminista que genera el subsiguiente estado neuronal por un autocolapso de la función de onda cuyos rasgos esenciales se describen en el libro. Se repasa también la teoría de Karl Pribram según la cual el cerebro utilizaría un sistema de interferencia de ondas para almacenar nuestros recuerdos como un holograma, así como las experiencias que muestran un carácter no local en la conciencia, con posibles interacciones instantáneas entre cerebros separados miles de kilómetros. Resultan sorprendentes también los efectos que se han comprobado de personas en meditación sobre su propio organismo y su entorno.

Una realidad revolucionaria

Los últimos capítulos están dedicados a presentar un esbozo de la teoría de las supercuerdas y la teoría M, que persiguen la unificación de las cuatro interacciones existentes, así como de la relatividad de Einstein. Se describen luego los problemas que plantean la «materia oscura» y la «energía oscura», y el significado de los agujeros negros y los agujeros de gusano, atajos que conectan con otros universos o regiones distantes del nuestro. Esta base sirve a Versyp para discutir la perspectiva emergente de un revolucionario universo multidimensional, fruto de la ciencia más sofisticada, pero que en su opinión corrobora visiones antiguas del ser humano y su relación con el cosmos, registradas en la mitología y el arte.

Ahondando en esto, el libro concluye con una reflexión personal en la que se exprimen los aspectos tratados para elaborar propuestas capaces de orientar nuestra vida. De esta forma, si hemos atisbado una extraña conexión en la raíz de todo lo existente, el eje motriz que puede guiarnos no ha de ser otro que una profunda empatía. En una línea acorde con la esencia de la meditación, se propone así que la atención al propio cuerpo y a los ritmos de la naturaleza y el cultivo del desapego han de propiciar la solidaridad que alumbre una nueva visión. Se insiste además en la apertura hacia otras culturas y tradiciones, capaces de enriquecernos más de lo que pensamos.

La física avanza de forma extraordinaria y muchos de sus desarrollos tienen un gran potencial para vislumbrar el significado de procesos tan cruciales como la vida o la conciencia. Es por ello, que trabajos de divulgación claros y rigurosos, como los de Teresa Versyp, resultan imprescindibles. Superar el paradigma mecanicista impreso en nuestras mentes por siglos de ciencia desnortada ha de servir para reelaborar profundamente las nociones sobre el lugar que ocupamos en el cosmos, lo cual a fin de cuentas es la base de todo nuestro actuar.

Signos en el silencio. En la muerte de Marcel Marceau

Primera versión en *Luke* (octubre de 2007)

A través de las cosas, un paisaje distinto se insinúa y nos llama. Sabores y sonidos, olores y colores son heraldos que nos hablan de él. Y así volvemos a nacer cada instante en la red del anhelo, prisioneros del ayer y el mañana.

Sabemos que todo eso ahí «es» simplemente, pero nos vence el fantasma del ego, dividir y vencer. Ser únicos nos deslumbra, poseer nos justifica. Detener el mecanismo muestra la oscura trama, formas en fuga que desatan un alud en la noche.

Decimos: la tierra está muerta, el agua está muerta, los animales son extraños y ajenos. Sin embargo, un alma late en el volumen de la montaña, en la vida cierta y alegre del río, en los ojos de cada ser enfrentado a la hostilidad del planeta.

En medio de la nada, un hombre dibuja signos en el silencio. La maldición del ser se refleja en su grito callado, y sus gestos expresan las emociones más extremas, ecos de simetrías que gobiernan el mundo.

La medida que es oscura raíz de cada ser y cada sentimiento se despliega en el baile del demiurgo. El pájaro y la nube, el insecto y la luz son música callada que resuena en su mímica.

En el tenso silencio, las manos del hombre, su cuerpo y su rostro son capaces de decir esa armonía, y la angustia se diluye en el equilibrio de todos sus movimientos. Este es el poder de la forma, que revela el vacío.

Fingimos desear, pero también sabemos que «esto» es sólo lo idéntico.

Índice onomástico

(recoge los autores de los libros reseñados y los personajes principales estudiados)

A

Abel, Gillian 575
Abu-Jamal, Mumia 454
Acín, Ramón 51, 231
Adamic, Louis 444
Adillon Baucells, Miquel 355
Agüero, Silvia 756
Ahmed Omar, Emboirik 314
Aisa Pàmpols, Manel 687, 730
Alaiz, Felipe 51, 52
Alberca, Manuel 27
Alegría, Ciro 100
Alemañy, María Jesús 71
Alexander, Dominic 513
Allende, Salvador 429
Álvarez Rodríguez, José María 431
Amado, Jorge 101
Amin, Samir 501
Amorós, Miquel 225, 596
Anderson, Benedict 249
Anderson, Perry 305
Aníbal 235
Apilánez, Alfredo 524, 607
Aranguren, Felipe L. 628
Arce, Manuel 395
Ardillo, José 605
Arlt, Roberto 98
Armanian, Nazanín 468
Armstrong, Lynzi 575
Arntz, Gerd 230
Arrighi, Giovanni 512
Arshínov, Piotr A. 760
Artigas, José Gervasio 423
Ascaso, Francisco 724
Ascaso, Joaquín 701
Aslan, Azize 475
Ayboga, Ercan 471

B

Bábel, Isaak 171
Badal, Marc 594, 595
Bajatierra, Mauro 731
Bakunin, Mijaíl 650, 660
Baldwin, James 141
Barnet, Miguel 425
Baroja, Pío 49
Barriobero, Eduardo 741
Bartolí, Ciriaco 322
Bataille, Georges 122
Baudelaire, Charles 113
Bayo, Ciro 19
Beethoven, Ludwig van 221, 223
Bello, Walden 619
Beltrán, Antonio 339
Ben Barka, Mehdi 590
Bergasa, Francisco 676
Berkman, Alexander 797, 800, 802
Bernanos, Georges 118
Bernecker, Walther L. 707
Bethune, Norman 132
Biehl, Janet 598, 806
Blanqui, Auguste 485
Blom, Philipp 259
Boétie, Étienne de La 482
Bogomólov, Vladímir 195
Bonafoux, Luis 22
Bookchin, Murray 803, 805, 806
Borges, Juliana 553
Borkenau, Franz 327
Brassens, Georges 120
Breá, Juan 352
Brenner, Lenni 462
Brouwer, Johan 213
Bujarin, Nikolái 381
Bulgákov, Mijaíl 201
Burat, Tavo 241
Burkert, Walter 810

C

Cadenas, Modesto 326
Calvo Ospina, Hernando 427
Camba, Julio 680
Camus, Albert 117
Cándano, Xuan 67, 69
Canfora, Luciano 261
Cánovas Sánchez, Francisco 15
Capmany, Dani 722
Carretero Miramar, José Luis 682, 741
Carrocera, Higinio 735
Carroll, Lewis 124
Casado Gil, Reyes 753
Castañar Pérez, Jesús 530
Castelao, Alfonso R. 232
Castellví, Otília 359
Castoriadis, Cornelius 510
Castro, Josué de 616
Cepeda Étkina, Ana 398
Cervantes, Miguel de 75
Chacón, Jordi Maíz 663
Chavarría, Daniel 423
Chéjov, Antón Pávlovich 159
Chomsky, Noam 558, 561
Ciges Aparicio, Manuel 35, 38, 39
Clarín, Leopoldo Alas, 20
Clastres, Pierre 648
Coca, Carlos 48
Cohn, Norman 239
Conrad, Joseph 126
Corman, Mathieu 323
Courbet, Gustave 226
Courtois, Stéphane 303
Crick, Bernard 134
Crisi, Emilio 640
Cruz, Luis de la 322
Cuervo Fernández, Luis Miguel 353
Cúneo, Martín 579

D

Daal, Julius Van 252
Dalton, Roque 420
Davis, Angela 456
Davis, Mike 496, 600
Davis, Wade 407
Degas, Edgar 227
Deikman, Arthur J. 814
Díaz Fernández, José 54
Dix, Otto 228
Domingo, Alfonso 744
Dos Passos, John 284
Durruti, Buenaventura 699
Dussel, Enrique 508

E

Ealham, Chris 746
Eguía, Xan 825
Ehrenburg, Iliá 390
Eid, Haidar 477
Einstein, Carl 716
Eksteins, Modris 263
Enzensberger, Hans Magnus 307
Escorza del Val, Manuel 722
Espartaco 597
Etchebéhère, Mika 349, 350

F
Fabbri, Luce 642
Fabbri, Luigi 642
Fanon, Frantz 591
Faraldo, Jose M. 371
Felipe, León 48, 188
Fernández, Antonio 326
Fernández Sánchez, Aurelio 730
Ferrer Farriol, Joan 688
Ferrer i Guardia, Francisco 676
Ferrero Blanco, María Dolores 316
Feuchtwanger, Lion 149, 150
Fígner, Vera N. 372
Flach, Anja 471
Flaubert, Gustave 113
Fontana, Josep 519
Foxá, Agustín de 58
Frank, André Gunder 499
Frausto, Obed 578
Frunze, Mijaíl 165
Fuster Ribó, Julián 397

G
Galeotti, Mark 367
Gámiz, María del Mar 163, 165
Ganivet, Ángel 25
García Fernández, Eduardo 64, 66
García Francés, Kike 724
García Laviana, Gaspar 431
García Oliver, Juan 719, 721
García Suárez, Enesida 356
Gascó, Emma 579
Gascón, Antonio 712
Gavaldà, Antoni 705
Gil Bera, Eduardo 49
Giménez, Sergio 696
Ginsberg, Allen 140
Ginzburg, Yevguenia 385
Gluck, Christoph Willibald 220
Gógol, Nikolái V. 153
Goldman, Emma 787, 792, 794, 802
Goncourt, Edmond de 254
Gonzalbo, Myrtille 669
González, David 91
Goody, Jack 506
Gori, Pietro 638
Gorki, Maksim 166, 169
Goya, Francisco de 150
Graeber, David 647
Grigóriev, Nikífor 776
Grimaldos, Alfredo 365
Grossman, Vasili 184, 186, 188
Guanche, Julio César 587
Guillamón, Agustín 710, 712, 713, 714, 721
Gutiérrez de Terán, Ignacio 479
Gutiérrez Molina, José Luis 706
Gutiérrez Solana, José 41
Guzmán, Eduardo de 329, 331, 333, 335

H
Haefs, Gisbert 235
Haffner, Sebastian 268, 269
Haley, Alex 447
Hancox, Dan 567
Harris, Russ 816
Harvey, David 521
Hašek, Jaroslav 207
Heinberg, Richard 601
Hernández Quero, Carlos 322
Herrerín López, Ángel 694
Higuita, Oto 434
Hitler, Adolf 293
Ho, Cheng 77
Hopkins, Terence K. 512
Hulin, Michel 817
Hus, Jan 242

I
Ibn Battūta 237
Iordache Cârstea, Luiza 397
Istrati, Panait 212

J
James, Cyril L. R. 301, 414
Jangfeldt, Bengt 369
Jaurrieta, José María 419
Jeffreys, Fiona 562
Jesús de Nazaret 237
Jiménez, Nicolás 756
Jones, Max 251
Jones, Mother 446
Jones, Owen 555
Jougla, Audrey 540
Juan, Marcela de 216

K
Kazantzakis, Nikos 208
Klemperer, Victor 286
Knapp, Michael 471
Koestler, Arthur 280
Kolontái, Aleksandra 190
Koltsov, Mijaíl 344
Korolenko, Vladímir 162, 163
Kotsiubinski, Aleksandr 377
Kotsiubinski, Daniil 377
Kovalévskaya, Sofía 155
Krávchenko, Víktor 401
Kropotkin, Piotr A. 661, 663, 664
Kuprín, Aleksandr 158

L
Landauer, Gustav 486, 487
Léo, André 256, 257
Levi, Jean 630
Lewis, Sophie 576
Leys, Simon 313
Libertad, Albert 636
Lidsky, Paul 114
Lillo, Vanessa 614
Linebaugh, Peter 245
Lissagaray, Prosper-Olivier 253
Llopis, Enric 546, 549
London, Jack 131
López Bárcenas, Francisco 437
Lorrain, Jean 115
Low, Mary 352
Lumumba, Patrice 590
Lunacharski, Anatoli 163
Luther King, Martin 537
Luxemburg, Rosa 274

M
Machado, Antonio 42, 44, 46
Machado, Decio 584
Maddison, Angus 493
Madrid, Paco 631
Mailer, Norman 138
Maiski, Iván 289
Maitron, Jean 633
Maíz, Jordi 48
Majaiski, Jan Wacław 488
Majnó, Néstor 765, 767, 770, 782, 783, 784
Makárenko, Antón S. 197
Malcolm X 447
Malraux, André 121
Mandel, Ernest 291
Mandelshtam, Nadiezhda 388
Mao Zedong 313
Marceau, Marcel 828
Marcos, Alberto 90
Marcos, Santiago 60
Marcuse, Herbert 503

Martín Cabrera, Luis 565
Martín de la Guardia, Ricardo 311
Martin du Gard, Roger 115
Martínez Catalán, Roberto 699
Martínez Muñoz, Pau 748
Marx, Carlos 713
Masjuan, Eduard 673
Masulén Palet, Eduard 357
McCall, Grant S. 497
Medrano, Diego 63
Meinhof, Ulrike 568
Mera, Cipriano 728
Merezhkovski, Dmitri 173, 175
Merton, Thomas 821
Mesquida, Evelyn 300
Mir Fullana, Francesc 227
Mistral, Silvia 359
Molano Camargo, Frank 528
Molière, Jean-Baptiste Poquelin, 201
Montero, Sergio 325
Mora, Mariana 436
Morral, Mateo 673
Mozart, Wolfgang A. 219, 223
Mühsam, Zensl 639
Muiña, Ana 257, 274, 308
Müntzer, Thomas 244

N
Nakens y Pérez, José 18
Neugass, James 347
Northup, Solomon 440
Nunes, Rodrigo 611
Nuño, Amor 738

O
Ohler, Norman 293
Okoth, Kevin Ochieng 592
Orihuela, Antonio 62
Ortega, Antonio 57
Orwell, George 134, 137
Osorio, Elsa 350
O'Squarr, Flor 635
Österberg, Axel 718
Ouverture, Toussaint L' 413, 414

P
Palacio Pilacés, Luis Antonio 724
Palestrina, Giovanni Pierluigi da 220
Pappé, Ilan 466
Pardo Bazán, Emilia 23
París, Álvaro 322
Parny, Évariste 112
Parra, Teresa de la 95
Parsons, Lucy 786
Paz, Abel 698
Pedro I de Rusia 175, 179
Peirats, José 746
Pellejero Usón, Isabel 357
Peramás, José Manuel 409
Pérez, Ana 272
Pérez Galdós, Benito 15
Pérez López, Pablo 310
Pérez Montero, Ramón 733
Pérez Sánchez, Guillermo A. 311
Perlman, Fredy 518
Pestaña, Ángel 696
Petsópoulos, Yannis 210
Pilniak, Borís 165
Piñol, Alba 70
Piqueras, José Antonio 319
Poch y Gascón, Amparo 751
Polanyi, Karl 490, 491
Politkóvskaya, Anna 405
Porcel, Baltasar 688
Porter, David 794
Potocki, Jean 111
Poverello, Rafa 72
Pozo, Josep Antoni 703
Pradilla, Alberto 469
Prashad, Vijay 561
Proudhon, Pierre-Joseph 632
Prudhommeaux, André 597
Puche, Paco 539
Pueblo, Juan del 734
Puente, Isaac 737
Pushkin, Aleksandr S. 152

Q
Quintanilla, Eleuterio 692

R
Rambal, Alberto Alonso Blanco, 63
Ramírez, Sergio 432
Rebollo, Abel 631
Reclus, Elías 321
Rediker, Marcus 245, 247
Rees, Laurence 299
Renn, Ludwig 146
Ribeiro, Sidarta 822
Riefenstahl, Leni 298
Rocker, Rudolf 514, 515, 639
Rodrigo, Antonina 751
Rodríguez Fer, Claudio 60
Rodríguez, Melchor 744
Rodríguez Prada, Ramiro 61
Roitman Rosenmann, Marcos 429
Rojo, Vicente 342
Rolland, Romain 266
Romero, Fernando 735
Rosés Cordovilla, Sergi 363
Rostworowski, María 408
Roth, Joseph 143, 144
Roy, Arundhati 543
Ruggeri, Andrés 574
Ruiz, David 324

S
Sacco, Joe 267, 463, 464
Salgado, Jesús F. 738
Saltikov, Mijaíl Ye. 154
Salvochea, Fermín 671
Sánchez Saornil, Lucía 742
Sand, Shlomo 459
Sávinkov, Borís 375
Schirrmacher, Frank 523
Schlögel, Karl 381
Schubert, Franz 222
Schwarzenbach, Annemarie 148
Scott, James C. 645
Scurati, Antonio 613
Seguí Rubinat, Salvador 684, 686
Sen, Amartya 494
Sendic, Raúl 423
Serge, Víctor 378, 684
Serrano, Pascual 545
Sexby, Edward 483
Shah-Kazemi, Reza 542
Shakur, Assata 450
Shelley, Percy B. 123
Shentalinski, Vitali 202
Shiva, Kartikey 627
Shiva, Vandana 625, 627
Shólojov, Mijaíl A. 191
Shostakóvich, Dmitri 219
Sidera, Alba 609
Símonov, Konstantín 194
Sinclair, Upton 133
Sirera, Quim 631
Skirda, Alexandre 785
Solzhenitsyn, Aleksandr I. 204
Soriano Jiménez, Ignacio C. 742
Speer, Albert 297
Stalin, Iósif 165
Staudenmaier, Peter 598

Stevenson, Bryan 458
Storni, Alfonsina 97
Stuparich, Giani 265
Suárez Solís, Sara 59

T

Taibo II, Paco Ignacio 275, 279
Tarásov-Rodiónov, Aleksandr 195
Thoreau, Henry David 820
Toller, Ernst 271, 272
Tolstói, Alekséi 179, 188
Tolstói, Liev 534, 536
Tomás, Belarmino 345
Tombs, Steve 527
Traverso, Enzo 478
Trejo, Raúl 578
Trejo, Rubén 417
Trigo, Felipe 32
Turguéniev, Iván 157
Turiel, Antonio 604
Türkeri, Zekine 470

U, V

Urtubia, Lucio 755
Vadillo Muñoz, Julián 731
Valadas, Jorge 544
Valdelomar, Abraham 92, 93
Valle-Inclán, Ramón del 27
Vallejo, César 92
Vallès, Miquel 631
Vallina, Pedro 671
Veblen, Thorstein 491
Vera, Juan Manuel 510
Versyp, Teresa 826
Villa, Francisco «Pancho» 419
Villalba, Agustín 308
Vladímov, Gueorgui 200
Volin, Vsévolod M. Eijenbaum, 762

W

Wallerstein, Immanuel 512
Walsh, Rodolfo 424
Ward, Colin 644
Weil, Simone 818
Wense, Hans Jürgen von der 147
Westerman, Frank 395
Wette, Wolfram 295
Whyte, David 527
Widerquist, Karl 497
Wilde, Oscar 130
Wilk, Mariusz 403
Winder, Ludwig 151
Wood, Ellen Meiksins 504

Y, Z

Ynfante, Jesús 360
Zamora, Augusto 569
Zapico, Alfonso 55
Zazubrin, Vladímir 196
Zein, Martha 468
Zibechi, Raúl 584, 585
Ziegler, Jean 571, 620, 621
Zinn, Howard 441
Zinóviev, Aleksandr 404

Indice de artículos

Nota introductoria. 9

1

Literatura

1.1

Literatura latina

Los hombres del S*atiricón* 11
Poesía rebelde en la Edad Media (I). Vitalismo y protesta de los goliardos 12

1.2

Literatura española

Poesía rebelde en la Edad Media (y II). La crisis del siglo XIV en el *Libro de miseria de omne* 14
Benito Pérez Galdós. Vida, obra y compromiso, de Francisco Cánovas Sánchez 15
Puntos negros y otros artículos, de José Nakens y Pérez . 18
Recordando a Ciro Bayo, último cronista de Indias . . 19
Su único hijo, la novela olvidada de Clarín. Un retrato irónico del mundo romántico 20
Bilis. Vómitos de tinta, de Luis Bonafoux 22
La gota de sangre y otros relatos policíacos, de Emilia Pardo Bazán. La condesa feminista introduce la novela de detectives en España 23
Cartas finlandesas y Hombres del norte, de Ángel Ganivet. Un andaluz nos descubre el extremo norte 25
La espada y la palabra. Vida de Valle-Inclán, de Manuel Alberca. 27
Felipe Trigo: contradicciones de una conciencia crítica en la España de la Restauración 32
Zambra y espanto del caciquismo ibérico. La España de la Restauración en las novelas de Manuel Ciges Aparicio 35
Los vencedores, de Manuel Ciges Aparicio. Las luchas obreras en la Asturias de 1906 38
Los vencidos, de Manuel Ciges Aparicio. Una novela pionera de la crítica social y ambiental 39
La España negra en la obra literaria de José Gutiérrez Solana 41
La eternidad de *Campos de Castilla*. 42
Fabulaciones y otros textos en prosa, de Antonio Machado 44
Desde el mirador de la guerra (Artículos de prensa 1937-1939), de Antonio Machado. Testimonio del final más doloroso 46
Un verso en la trinchera. El grito revolucionario de León Felipe, de Jordi Maíz y Carlos Coca. Éxodos y batallas de un poeta universal 48
Baroja o el miedo. Biografía no autorizada, de Eduardo Gil Bera 49
Arte accesible y Vida y muerte de Ramón Acín, de Felipe Alaiz 51
Quinet, de Felipe Alaiz. La novela del desarrollo de un carácter 52
El blocao, de José Díaz Fernández. Retratos de la guerra de África 54
La balada del norte, de Alfonso Zapico 55
Descubriendo a un escritor: obra y exilios de Antonio Ortega 57
Mala literatura y literatura fascista. Al hilo de las reediciones recientes de *Madrid, de corte a cheka*, de Agustín de Foxá. 58
Contemplando el horror. *Camino con retorno*, de Sara Suárez Solís: una radiografía del franquismo. . . . 59
Santiago Marcos, poeta topo contra el fascismo, de Claudio Rodríguez Fer 60
Tiempos de *Psilicosis.* La revista de Ramiro Rodríguez Prada culmina su trayectoria de un cuarto de siglo . 61
Autogobierno, de Antonio Orihuela 62
El raro crimen de Rambal, de Diego Medrano 63
El cazador de sombras, de Eduardo García Fernández . 64
El fulgor del silencio, de Eduardo García Fernández. Elogio de la brevedad 66
Más bien del revés, de Xuan Cándano 67
No hay país. Crónica política (y sentimental) de Asturias (1975-2022), de Xuan Cándano. 69
Esencias del Mediterráneo, de Alba Piñol. Amor que rompe barreras culturales 70
Gente normal, de María Jesús Alemañy. Almas capturadas en un instante 71
Yo lo que quiero es el castigo, de Rafa Poverello. Del amor que redime 72

1.3

Reflexiones, viajes y despedidas

Miseria de la crítica literaria. 74
Romper el velo pintado. 75
Breve reflexión en el cuarto centenario del *Quijote* . . 75
Teoría del bodrio 76
Las lecciones de Cheng Ho y de las jóvenes de Samoa. Dos hermosos datos contra el determinismo biológico 77
Sobre escritores, lectores y premios literarios 78
El futuro del libro 78
Niños asesinados en Afganistán 80
Dos escenarios para Podemos 80
Covid-19: El asesino y su cómplice 81
Covid-19: Morir por la patria 82
Covid-19: La militarización del desastre 83
Covid-19: Pandemia de mentiras 84
Mis recuerdos de la Facultad de Geología en los primeros 80 84
El viajero astur (una teoría) 86
Notas de un viaje por el sur de México 87

Palabras para Alberto Marcos 90
In memoriam David González, poeta 91

1.4

Literaturas latinoamericanas

Abraham Valdelomar ha muerto, volumen I de los *Ensayos completos* de César Vallejo 92
La ciudad muerta, de Abraham Valdelomar: una joya del modernismo literario peruano 93
Las memorias de Mamá Blanca, de Teresa de la Parra: un clásico de la literatura venezolana y universal . . 95
Ocre, de Alfonsina Storni 97
El juguete rabioso, de Roberto Arlt: ritual de iniciación 98
Genio y enigma de Ciro Alegría 100
Los subterráneos de la libertad: el realismo socialista de Jorge Amado 101

1.5

Literatura en francés

Manuscrito encontrado en Zaragoza, de Jean Potocki. Ensueños y pesadillas de un conde viajero 111
Cadenciosas blasfemias. *La guerra de los dioses*, de Évariste Parny 112
Dos genios rebeldes se saludan. *No se parece usted a nadie. La correspondencia entre Flaubert & Baudelaire* 113
Los escritores contra la Comuna, de Paul Lidsky 114
Nota de presentación para *Monsieur de Bougrelon*, de Jean Lorrain 115
Roger Martin du Gard: la historia y sus crímenes en el corazón del hombre 115
Rebelión en Asturias, de Albert Camus 117
Los grandes cementerios bajo la luna, de Georges Bernanos: una valiente denuncia de los crímenes del fascismo español 118
Escritos libertarios: la vena más juvenil e incendiaria de Georges Brassens 120
El espejo del limbo, de André Malraux. Antimemorias de un hombre de acción 121
Oscuros desatinos. Sobre la *Teoría de la religión* de Georges Bataille 122

1.6

Literatura en inglés

La necesidad del ateísmo y otros escritos de combate, de Percy B. Shelley 123
Diario de un viaje a Rusia, de Lewis Carroll 124
Del corazón y sus tinieblas. Travesía de Conrad. . . . 126
El príncipe feliz y otros cuentos, de Oscar Wilde. Claves oníricas del poder del amor 130
El talón de hierro, de Jack London: una premonición del fascismo 131
Las heridas, de Norman Bethune 132
¡No pasarán!, de Upton Sinclair. Un relato del sitio de Madrid. 133
George Orwell, de Bernard Crick 134
Tú y la bomba atómica y otros escritos, de George Orwell. El rostro menos conocido de un autor esencial. . . 137
El rostro de la guerra en *Los desnudos y los muertos*, de Norman Mailer 138
Medio siglo de *Aullido y otros poemas*, de Allen Ginsberg 140
La próxima vez el fuego, de James Baldwin. Desnudando el racismo y la homofobia de la sociedad norteamericana 141

1.7

Literatura en alemán

Tarabas, de Joseph Roth. El ser humano en su encrucijada 143
Joseph Roth: la novela de una vida 144
Guerra, de Ludwig Renn 146
1919. Un diario y Epidota, de Hans Jürgen von der Wense. Anotaciones de un espíritu libre 147
Nota de presentación para *Todos los caminos están abiertos*, de Annemarie Schwarzenbach 148
Los hermanos Oppermann, de Lion Feuchtwanger. Radiografía de la Alemania nazi en 1933 149
Goya y *La judía de Toledo:* la visión literaria de Lion Feuchtwanger sobre dos momentos clave de la historia de España 150
El deber, de Ludwig Winder 151

1.8

Literatura rusa

Y en el principio fue Pushkin 152
Mírgorod, de Nikolái V. Gógol: una obra maestra del padre del realismo ruso 153
El ocaso del Antiguo Régimen en *Los señores Golovliov*, de Saltikov-Schedrín 154
Una nihilista, de Sofía Kovalévskaya 155
La sombra de Hamlet y D. Quijote en la obra de Turguéniev 157
El duelo y *Sulamita*, de Aleksandr Kuprín 158
Los cuadernos de campo de un entomólogo llamado Antón Pávlovich Chéjov 159
Recordando a Korolenko 162
Seis cartas sin respuesta (Ed. de María del Mar Gámiz). La correspondencia frustrada entre Vladímir Korolenko y Anatoli Lunacharski 163
El cuento de la luna inextinguible, de Borís Pilniak. La muerte de Frunze y una profecía de la era de Stalin . 165
Maksim Gorki, un escritor entre dos mundos 166
Pensamientos inoportunos: Gorki en 1917 169
Isaak Bábel, un poeta en el campo de batalla 171
El romance de Leonardo, de Dmitri Merezhkovski: una exploración literaria del espíritu del Renacimiento . 173
Pedro I de Rusia en el espejo literario: *Anticristo. Pedro y Alekséi*, de Dmitri Merezhkovski 175

Pedro I de Rusia en el espejo literario: la visión de Alekséi Tolstói 179
Vida y destino, de Vasili Grossman. Todo el sufrimiento del pueblo ruso que derrotó al fascismo 184
Años de guerra, de Vasili Grossman. 186
Literatura y poder: novelas de Vasili Grossman y Alekséi Tolstói y un poema de León Felipe 188
El amor de las abejas obreras, de Aleksandra Kolontái. Amor y revolución: la visión de una mujer rebelde y lúcida 190
En el centenario de Shólojov 191
De los vivos y los muertos, de Konstantín Símonov. Episodios de la Gran Guerra Patria 194
Iván, de Vladímir Bogomólov. 195
Chocolate, de Aleksandr Tarásov-Rodiónov 195
Trilogía siberiana, de Vladímir Zazubrin 196
Poema pedagógico, de Antón S. Makárenko 197
El fiel Ruslán, de Gueorgui Vladímov 200
Nota de presentación para *Vida del señor de Molière*, de Mijaíl Bulgákov. 201
Vitali Shentalinski en los archivos de la Lubianka . . . 202
Literatura y poder: el caso Solzhenitsyn 204

1.9

Otras literaturas

Las aventuras del buen soldado Švejk, de Jaroslav Hašek 207
La literatura como pasión y compromiso. Recordando a Nikos Kazantzakis en el cincuentenario de su muerte 208
Amores transgresores, de Yannis Petsópoulos. Amor que da sentido a la vida 210
Kyra Kyralina y El tío Anghel, de Panait Istrati 212
Los tesoros de Medina Sidonia. A la sombra de la muerte, de Johan Brouwer. 213
Recordando las vidas de Marcela de Juan, alma de China en España, en el cuadragésimo aniversario de su fallecimiento. 216

2

Música y artes gráficas

Mozart y Shostakóvich, artistas frente al poder 219
Revoluciones musicales (I): Polifonía 220
Revoluciones musicales (II): La reforma de la ópera . . 220
Revoluciones musicales (III): *Sinfonía Heroica* 221
Revoluciones musicales (IV): *Sinfonía Inacabada* . . 222
Revoluciones musicales (y V): Cotilleos en la cumbre . 223
Rock para principiantes, de Miquel Amorós. La banda sonora de la contracultura 225
Gustave Courbet. Una pintura de clase, de Martín Paradelo 226
La enfermedad de Edgar Degas, de Francesc Mir Fullana. El genio vence sus limitaciones 227
La guerra, de Otto Dix. Arte que remueve conciencias 228
Xilografías (1925-1938), de Gerd Arntz. El reto de dibujar la destrucción capitalista 230
Las corridas de toros en 1970, de Ramón Acín. Crítica de la tauromaquia con humor futurista 231
Nós, Galicia mártir, Milicianos y Atila en Galicia. Los dibujos de Castelao más comprometidos con su tierra gallega 232

3

Historia

3.1

Antigüedad y Medievo

Un libro para pensar la Historia: *Aníbal, la novela de Cartago*, de Gisbert Haefs 235
En busca del Jesús histórico: el reto de los manuscritos del Mar Muerto. 236
Las memorias de un gran viajero. Reseña de *A través del Islam*, la *Rihla* de Ibn Battūta 237
En pos del Milenio, de Norman Cohn. Revolucionarios milenaristas y anarquistas místicos de la Edad Media 239
Fray Dulcino y Margarita. Mesianismo igualitario y resistencia montañesa, de Tavo Burat 241
Jan Hus, hereje e inspirador de revoluciones 242
Thomas Müntzer, teólogo de la revolución 244

3.2

El nacimiento del sistema-mundo

La hidra de la revolución, de Peter Linebaugh y Marcus Rediker. El proletariado en los siglos XVII y XVIII . 245
Villanos de todas las naciones. Los piratas del Atlántico en su edad de oro, de Marcus Rediker. Rebeldía antisistema en los comienzos del capitalismo . . . 247
Bajo tres banderas. Anarquismo e imaginación anticolonial, de Benedict Anderson. Ecos de un mundo globalizado en la independencia de Filipinas 249
La última gran aventura, de Max Jones: la exploración geográfica al servicio del Imperio 251

3.3

Luchas sociales del siglo XIX

La cólera de Ludd, de Julius Van Daal 252
Un libro imprescindible para comprender la Comuna de París (1871) 253
Diario del sitio y la Comuna de París (1870-1871), de Edmond de Goncourt. 254
La guerra social, de André Léo 256
André Léo. Del socialismo utópico a la Comuna de París, de Ana Muiña 257

3.4

Una era de violencia: el siglo XX

Años de vértigo, de Philipp Blom 259
1914, de Luciano Canfora 261
La consagración de la primavera, de Modris Eksteins . 263
Guerra del 15, de Giani Stuparich 265
Más allá de la contienda, de Romain Rolland 266
La Gran Guerra, de Joe Sacco 267

La Revolución alemana de 1918-1919, de Sebastian Haffner 268
Historia de un alemán. Memorias 1914-1933, de Sebastian Haffner 269
Una juventud en Alemania, de Ernst Toller 271
Ernst Toller entre la II República y la Guerra Civil Española. Selección de textos, con traducción y estudio preliminar de Ana Pérez 272
Rosa Luxemburg en la tormenta, de Ana Muiña . . . 274
Arcángeles. Doce historias de revolucionarios herejes del siglo XX, de Paco Ignacio Taibo II 275
68, de Paco Ignacio Taibo II 279
Las *Memorias* de Arthur Koestler. Una vida en el torbellino del siglo XX 280
Viajes de entreguerras, de John Dos Passos: una mirada lúcida sobre algunos momentos críticos del siglo XX 284
La rutina del horror en los diarios de Victor Klemperer 286
Los *Cuadernos españoles*, de Iván Maiski. Entresijos del Comité de No Intervención durante la guerra civil española 289
El significado de la Segunda Guerra Mundial, de Ernest Mandel 291
El gran delirio. Hitler, drogas y el III Reich, de Norman Ohler 293
La Wehrmacht. Los crímenes del Ejército alemán, de Wolfram Wette 295
Albert Speer, una metáfora 297
Sobre el mal y sus rostros seductores. El abismo de Leni Riefenstahl 298
El holocausto asiático. Los crímenes japoneses en la Segunda Guerra Mundial, de Laurence Rees 299
La Nueve, de Evelyn Mesquida 300
Historia de las revueltas panafricanas, de Cyril L. R. James 301
A vueltas con *El libro negro del comunismo:* historiografía y propaganda 303
La Revolución de los Claveles empezó en África, de Perry Anderson. La singularidad del Imperio portugués . 305
Tumulto, de Hans Magnus Enzensberger 307
Esplendor en la noche (Ed. de Ana Muiña y Agustín Villalba). Vivencias del mayo de 1968 308
De mayo del 68 a la cultura woke, de Pablo Pérez López. Las metamorfosis de la impotencia 310
Estonia, Letonia y Lituania: de la URSS a la Unión Europea en trece años 311
Imágenes rotas, de Simon Leys. Testimonios y reflexiones sobre la última etapa de la China de Mao 313
Breve historia del Frente Polisario, de Emboirik Ahmed Omar. Crónica de medio siglo de lucha por la libertad del Sáhara Occidental 314

3.5

España

La matanza de Riotinto (febrero de 1888): represión e impunidad 316
Negreros y esclavos. Barcelona y la esclavitud atlántica 318
El antiesclavismo en España y sus adversarios, de José Antonio Piqueras. Recuerdo necesario de escenarios de vergüenza 319
Viajeros de la revolución española: Elías Reclus e *Impresiones de un viaje por España en tiempos de revolución.* 321
¡Fuego al fielato!, de Carlos Hernández Quero, Álvaro París y Luis de la Cruz, escondidos tras el nombre de Ciriaco Bartolí. Las luchas sociales de las que nació el barrio de Cuatro Caminos madrileño 322
Viajeros de la revolución española: Mathieu Corman e *Incendiarios de ídolos* 323
David Ruiz regresa al octubre del 34 324
Los labios apretados, documental de Sergio Montero sobre el octubre asturiano del 34 325
Laciana-León, 1934. La revolución de los mineros, de Antonio Fernández y Modesto Cadenas. 326
Viajeros de la revolución española: Franz Borkenau y *El reñidero español* 327
Madrid rojo y negro, de Eduardo de Guzmán. Un periodista libertario narra el comienzo de la guerra civil en Madrid 329
«Nuestro día más largo». Relato autobiográfico de Eduardo de Guzmán sobre la lucha en Madrid del 17 al 20 de julio de 1936 331
«El puerto de Alicante», de Eduardo de Guzmán . . 333
El año de la victoria y *Nosotros, los asesinos*, de Eduardo de Guzmán 335
La Bolsa de Bielsa y el fin de la Segunda República en el Alto Aragón. Recordando a Antonio Beltrán, el Esquinazau, heroico comandante en la guerra civil española 339
Historia de la guerra civil española, del general Vicente Rojo 342
Plomo y Olvido. Milicianos en el frente de Gipuzkoa, del grupo de trabajo Memoria Histórica CNT Gipuzkoa. Batallas olvidadas de la Guerra Civil en el País Vasco 343
Las jornadas asturianas de Mijaíl Koltsov 344
Recordando a Belarmino Tomás 345
La guerra es bella, de James Neugass. Diario de un voluntario norteamericano en la guerra civil española 347
Explorando la historia de Mika Etchebéhère (I): *Mi guerra de España* 349
Explorando la historia de Mika Etchebéhère (y II): *La capitana*, de Elsa Osorio 350
Cuaderno rojo de la guerra de España, de Mary Low y Juan Breá. 352

Gijón 1936. Diario de una revolución, de Luis Miguel Cuervo Fernández 353
El último soldado del POUM, de Miquel Adillon Baucells 355
Mi infancia en el franquismo (Tiraña, Asturies, 1938), de Enesida García Suárez 356
Puerta a ningún sitio, de Isabel Pellejero Usón y Eduard Masulén Palet. Un retazo de la historia ninguneada 357
Desde la cárcel. Memorias de los presos/as del franquismo en Asturias. Para no olvidar a las víctimas de una era de infamia 358
Otília Castellví y Silvia Mistral, memorias recuperadas 359
Recordando a Jesús Ynfante y su *Santa Mafia* 360
El MIL, una historia política, de Sergi Rosés Cordovilla. Revolucionarios expropiadores en la fase final del franquismo 363
En memoria de Alfredo Grimaldos, gran cronista y desmitificador de la Transición española 365

3.6

RUSIA

Una historia breve de Rusia, de Mark Galeotti. Para entender la nación más compleja del mundo. . . . 367
La idea de Rusia, de Bengt Jangfeldt. Las claves de una excepcionalidad. 369
Rusofobia, de Jose M. Faraldo. Prejuicios contra Rusia: historia e intereses que ocultan 371
Vera Nikoláievna Fígner. *Memoria de una nihilista* . . 372
Memorias de un terrorista, de Borís Sávinkov 375
Investigando detrás de la leyenda. *Rasputin, el diario secreto*, de Aleksandr y Daniil Kotsiubinski 377
Recordando a Víctor Serge, revolucionario sin dogma. 378
Cómo empezó todo, de Nikolái Bujarin 381
Terror y utopía. Moscú en 1937, de Karl Schlögel . . . 381
El vértigo, de Yevguenia Ginzburg: crónica de 18 años en el Gulag 385
Contra toda esperanza. Memorias de Nadiezhda Mandelshtam. 388
Iliá Ehrenburg, el testimonio de un superviviente . . . 390
El libro negro. En las entrañas del holocausto nazi. . . 393
Ingenieros de almas, de Frank Westerman y M*emorias de Rusia*, de Manuel Arce: dos libros muy distintos que ayudan a entender la Unión Soviética 395
Cartas desde el Gulag, de Luiza Iordache Cârstea. Julián Fuster Ribó, un español en la Unión Soviética de Stalin 397
Harina de otro costal, de Ana Cepeda Étkina 398
El caso Krávchenko: una de las grandes batallas mediáticas de la Guerra Fría 401
Diario de un lobo: pasajes del mar Blanco, de Mariusz Wilk. Instantáneas de la Rusia profunda hoy . . . 403
La caída del imperio del mal, de Aleksandr Zinóviev . 404
Sólo la verdad, antología de artículos de Anna Politkóvskaya. 405

3.7

AMÉRICA LATINA

El río, de Wade Davis: una reivindicación apasionada de la flora y las gentes de la Amazonia. 407
Tahuantinsuyu. Historia del Imperio inca, de María Rostworowski 408
La República de Platón y los Guaraníes, de José Manuel Peramás. Cavilaciones y contradicciones de un jesuita del siglo XVIII 409
Tentación de la utopía. Un libro imprescindible sobre las misiones jesuíticas del Paraguay 411
Toussaint L'Ouverture. La Revolución haitiana. . . . 413
Los Jacobinos Negros. Toussaint L'Ouverture y la Revolución de Haití (1791-1804), de Cyril L. R. James 414
Magonismo, utopía y revolución 1910-1913, de Rubén Trejo. 417
Seis años con el general Francisco Villa, de José María Jaurrieta. Un retrato fiel del Centauro del Norte . . 419
Miguel Mármol, de Roque Dalton. 420
Raúl Sendic. Por la huella de Artigas, de Daniel Chavarría 423
Operación Masacre, de Rodolfo Walsh 424
Cimarrón, de Miguel Barnet 425
El enigma de La Coubre, de Hernando Calvo Ospina . 427
Por qué no fracasó el Gobierno de Salvador Allende, de Marcos Roitman Rosenmann. Una reflexión urgente a los cincuenta años del crimen. 429
Gaspar García Laviana. Breve biografía, de José María Álvarez Rodríguez. Homenaje en el 45.º aniversario de la muerte del cura guerrillero 431
Adiós muchachos, de Sergio Ramírez. La revolución sandinista narrada por uno de sus dirigentes. . . . 432
El fracaso de los acuerdos de paz en Colombia, de Oto Higuita 434
Política kuxlejal, de Mariana Mora. Autonomía indígena en las comunidades zapatistas 436
Indigenismo, violencia y despojo, de VV. AA. (Francisco López Bárcenas, coord.). México, 2023: entre la lucha por la autonomía indígena y el acoso neoliberal 437

3.8

ESTADOS UNIDOS

Doce años de esclavitud, de Solomon Northup 440
La otra historia de los Estados Unidos, de Howard Zinn. El pasado que esconde el país más poderoso del mundo. 441
Dinamita, de Louis Adamic. Historia de la violencia de clases en Estados Unidos hasta 1934 444
Autobiografía de Mother Jones 446
Malcolm X. Una autobiografía, contada por Alex Haley 447
Autobiografía de Assata Shakur 450

Queremos libertad. Una vida en los Panteras Negras, de Mumia Abu-Jamal 454
Autobiografía de Angela Davis. 456
Bryan Stevenson y su iniciativa contra el racismo de la justicia norteamericana 458

3.9

Oriente Medio

La invención del pueblo judío, de Shlomo Sand 459
Sionismo y fascismo. El sionismo en la época de los dictadores, de Lenni Brenner. Para conocer la historia del sionismo que nos permite comprender su presente 462
Palestina, de Joe Sacco 463
Notas al pie de Gaza, de Joe Sacco 464
La limpieza étnica de Palestina, de Ilan Pappé. 466
No es la religión, estúpido, de Nazanín Armanian y Martha Zein 468
El judío errado, de Alberto Pradilla. Radiografía del horror cotidiano en Israel 469
Un verano kurdo, de Zekine Türkeri 470
Revolución en Rojava, de Ercan Ayboga, Anja Flach y Michael Knapp 471
Amanecer de resistencia. Logros y represión del confederalismo democrático en el Kurdistán turco. 473
Economía anticapitalista en Rojava, de Azize Aslan. Historia y presente de una revolución democrática y autogestionaria 475
Descolonizando la mente palestina, de Haidar Eid. Un genocidio ante nuestros ojos y la vía para atajarlo . 477
Gaza ante la historia, de Enzo Traverso. Para orientarnos en un mar de prejuicios. 478
Hezbolá. El laberinto de Oriente Medio, de Ignacio Gutiérrez de Terán. Historia y entresijos del «Partido de Dios» 479

4

Política y economía

4.1

Viejos textos que no dejan de iluminarnos

La extraña lucidez del *Discurso de la servidumbre voluntaria*, de Étienne de La Boétie. Un alegato contra el instinto gregario que ensombrece la vida del hombre. 482
Killing no murder, de Edward Sexby. Una justificación del tiranicidio 483
Ni Dios, ni amo. Antología esencial de Auguste Blanqui. Una vida para la revolución 485
La revolución y otros escritos, de Gustav Landauer . . . 486
Llamamiento al socialismo, de Gustav Landauer . . . 487
La ciencia socialista, religión de intelectuales, de Jan Wacław Majaiski 488

4.2

Clásicos que muestran el auténtico rostro del capital

La gran transformación. Crítica del liberalismo económico, de Karl Polanyi 490
La esencia del fascismo y Nuestra obsoleta mentalidad de mercado, de Karl Polanyi. 491
Teoría de la clase ociosa, de Thorstein Veblen 491
El diagrama de Angus Maddison: prueba de cargo contra el capitalismo 493
Poverty and Famines: An Essay on Entitlement and Deprivation, de Amartya Sen. 494
Los holocaustos de la era victoriana tardía, de Mike Davis: un estudio exhaustivo sobre cómo se forjó el tercer mundo. 496
Prehistoria de la propiedad privada. Implicaciones para la teoría política contemporánea, de Karl Widerquist y Grant S. McCall. Para ver lo aberrante del capitalismo. 497
Recordando al economista André Gunder Frank (1929-2005), creador y uno de los principales impulsores de la teoría de la dependencia 499
Ideas de Samir Amin sobre modernidad, religión y democracia. Buscando un camino más allá del eurocentrismo y los culturalismos 501
El hombre unidimensional, de Herbert Marcuse. Una crítica radical de la sociedad creada por el sistema capitalista 503
El origen del capitalismo. Una mirada de largo plazo, de Ellen Meiksins Wood 504
El robo de la historia, de Jack Goody. Desmontando las falacias del eurocentrismo académico 506
Al otro lado de la modernidad, de Enrique Dussel. Bases para un diálogo no eurocéntrico sobre la historia mundial 508
Castoriadis en su tiempo, de Juan Manuel Vera. Un pensamiento emancipador perfilado a través de las turbulencias del siglo xx. 510
Movimientos antisistémicos, de Giovanni Arrighi, Terence K. Hopkins e Immanuel Wallerstein. Historia y estrategias de las luchas contra el capital. 512
Los límites del keynesianismo, de Dominic Alexander. Sobre el progreso de la clase obrera en el capitalismo 513
El nacionalismo como fuente de beneficios, de Rudolf Rocker. 514
Nacionalismo y cultura, de Rudolf Rocker 515
El persistente atractivo del nacionalismo y otros escritos, de Fredy Perlman 518
Capitalismo y democracia: dos mundos antagónicos en la gran obra póstuma de Josep Fontana 519
Breve historia del neoliberalismo, de David Harvey . . 521
Ego: las trampas del juego capitalista, de Frank Schirrmacher 523

Las entrañas de la bestia. La fábrica de dinero en el capitalismo desquiciado, de Alfredo Apilánez . . . 524
La empresa criminal: Por qué las corporaciones deben ser abolidas, de Steve Tombs y David Whyte 527
Capitalismo y pandemias, de Frank Molano Camargo . 528

4.3

El dilema de la violencia

Teoría e historia de la revolución noviolenta, de Jesús Castañar Pérez 530
Mi viaje al otro lado de la realidad, de Liev Tolstói. Crónica del despertar de una conciencia 534
La esclavitud de nuestro tiempo, de Liev Tolstói. Un evangelio de la no violencia 536
Textos y discursos radicales, de Martin Luther King . . 537
La simbiosis, una tendencia universal en el mundo de la vida, de Paco Puche 539
Profesión: Animal «de» laboratorio, de Audrey Jougla. El dilema entre compasión y utilitarismo 540
La trayectoria de la tolerancia, de Reza Shah-Kazemi. Contra el aluvión de mentiras interesadas sobre el islam. 542

4.4

El capital en acción y resistencias posibles

Espectros del capitalismo, de Arundhati Roy 543
La memoria y el fuego, de Jorge Valadas. 544
Traficantes de Información, de Pascual Serrano: una lectura imprescindible para saber en qué mundo vivimos . 545
Plumas rebeldes, de Enric Llopis. Nueve periodistas contra la corriente. 546
¡A la huelga!, de Enric Llopis. Militancias y lucha de clases en Valencia (1975-2023). 549
Democracy Now!: un proyecto de información que desafía a los dueños del mundo. 552
Encarcelaciones masivas. Género, raza, clase y guerra contra las drogas, de Juliana Borges. Un alegato contra el racismo estructural que utiliza la droga como instrumento 553
Chavs, la demonización de la clase obrera, de Owen Jones. 555
Prioridades radicales: síntesis del pensamiento político de Noam Chomsky 558
La retirada, de Noam Chomsky y Vijay Prashad. Contradicciones y riesgos de un imperio senil . . . 561
Nada que perder, salvo nuestro miedo. Resistencia en tiempos peligrosos, de Fiona Jeffreys 562
Insurgencias invisibles: resistencias y militancias en Estados Unidos, de Luis Martín Cabrera. 565
Utopía y el valle de lágrimas, de Dan Hancox 567
Pequeña antología, seguida de cartas de la cárcel y últimos escritos, de Ulrike Meinhof 568
Política y Geopolítica para rebeldes, irreverentes y escépticos, de Augusto Zamora R. 569
Los mil budas de Bezeklik y la controversia del arte. Desnudando la perversidad del colonialismo . . . 570
El odio a Occidente, de Jean Ziegler 571
Sin patrón, de Lavaca Editora 573
¿Qué son las empresas recuperadas?, de Andrés Ruggeri 574

4.5

Polémicas sociales: sexualidad, familia

Trabajo sexual con derechos, de Gillian Abel y Lynzi Armstrong. Una aportación valiosa al debate de la prostitución 575
Abolir la familia. Un manifiesto por los cuidados y la liberación, de Sophie Lewis. Historia del abolicionismo familiar y alternativas que propone . 576

4.6

Latinoamérica

Filosofía de los pueblos originarios, de vv. aa. (Raúl Trejo y Obed Frausto, coord.). 578
Crónicas del estallido, de Martín Cúneo y Emma Gascó 579
El Estado realmente existente. Del Estado de bienestar al Estado para el despojo, de Raúl Zibechi y Decio Machado 584
Mundos otros y pueblos en movimiento, de Raúl Zibechi. Debates sobre anticolonialismo y transición en América Latina 585
¿Quiénes somos todos? Libertad, igualdad y fraternidad en Cuba, de Julio César Guanche. 587

4.7

África

Patrice Lumumba. Biografía y selección de escritos . . 590
Biografía y selección de textos de Mehdi Ben Barka . 590
Biografía y selección de textos de Frantz Fanon. . . . 591
África Roja, de Kevin Ochieng Okoth. Recuperando la política negra revolucionaria. 592

4.8

Necesidad y crítica del ecologismo

Vidas a la intemperie, de Marc Badal. Nostalgias y prejuicios sobre el mundo campesino 594
Fe de erratas, de Marc Badal. Urgencia y retos de la agricultura ecológica 595
Post Babilonia, de Miquel Amorós. La metrópolis contra el derecho al territorio 596
La tragedia de Espartaco. Hacia una ecología libertaria (1949-1958), de André Prudhommeaux. Antología de un precursor del ecologismo 597
Ecofascismo: Lecciones sobre la experiencia alemana, de Janet Biehl y Peter Staudenmaier 598
Planeta de ciudades miseria, de Mike Davis: un estudio sobre la explosiva degradación de la vida urbana en los últimos decenios. 600
Fracking: el bálsamo milagroso, de Richard Heinberg . 601
CO_2/Temperatura: datos y modelos en el cambio climático antrópico 603

Sin energía. Pequeña guía para el Gran Descenso, de Antonio Turiel. Una aproximación rigurosa al gran dilema energético de nuestro tiempo 604
Las ilusiones renovables. Ecología, energía y poder, de José Ardillo. Una crítica radical y bien fundada de la sociedad industrial 605
Los «vicios» del ecologismo, de Alfredo Apilánez. Poniendo en evidencia falsos remedios a la crisis ecológica 607

4.9
Derechas extremas

Fascismo persistente, de Alba Sidera. Análisis del ascenso de la extrema derecha en Italia 609
Bolsonarismo y extrema derecha global. Una gramática de la desintegración, de Rodrigo Nunes. Para entender las extravagancias de los nuevos gestores del mundo 611
Fascismo y populismo. Mussolini hoy, de Antonio Scurati. Las metamorfosis del totalitarismo 613
El lenguaje de VOX y su impacto en el debate público, de Vanessa Lillo. Discurso e ideología de la extrema derecha española 614

4.10
El problema del hambre

Setenta años de *Geopolítica del hambre*, de Josué de Castro 616
Food wars, de Walden Bello 619
Destrucción masiva: Geopolítica del hambre, de Jean Ziegler 620
Los nuevos amos del mundo, de Jean Ziegler. 621
¿Quién alimenta realmente al mundo?, de Vandana Shiva. 625
El Planeta es de todos. Unidad contra el 1 %, de Vandana Shiva y Kartikey Shiva 627
El negocio del hambre, de Felipe L. Aranguren 628

5
Anarquismo

5.1
Bases históricas y teóricas

Elogio de la anarquía por dos excéntricos chinos del siglo III (Selección y presentación de Jean Levi) . . 630
Días rebeldes. Crónicas de insumisión. Un recorrido por la larga historia de la resistencia a la explotación . . 631
Idea general de la revolución, de Pierre-Joseph Proudhon 632
Ravachol y los anarquistas, de Jean Maitron. 633
Los entresijos del anarquismo, de Flor O'Squarr 635
Albert Libertad: *Contra los pastores contra los rebaños*. 636
Pietro Gori, apóstol de la anarquía por los caminos del mundo. 638
El camino de pasión de Zensl Mühsam, de Rudolf Rocker. Una superviviente de las tormentas del siglo XX . . 639
Manchuria, la revolución olvidada (1929-1932), de Emilio Crisi. Tres años de comunismo libertario impulsado por el anarquismo coreano 640
Historia de un hombre libre: Luigi Fabbri, de Luce Fabbri 642
Anarquía en acción. La práctica de la libertad, de Colin Ward 644
Elogio del anarquismo, de James C. Scott. 645
Anarquismo y antropología: la conexión necesaria. Recordando a David Graeber (1961-2020) 647
La sociedad contra el Estado, de Pierre Clastres. Aprendiendo de los «primitivos» 648

5.2
Bakunin

Mijaíl Bakunin: Revolución para la libertad 650
El fin de la revolución social, de Mijaíl Bakunin. Tres conferencias del gran pensador anarquista. 660

5.3
Kropotkin

Memorias de un revolucionario, de Piotr Alekséievich Kropotkin 661
El otoño de Kropotkin. Entre guerras y revoluciones, de Jordi Maíz Chacón 663
Las aportaciones científicas de Piotr Kropotkin: geografía, geología, zoología y sociología 664

5.4
España

Los caminos del Comunismo Libertario en España (1868-1937), vol. 1, de Myrtille Gonzalbo. El anarquismo en España antes de la CNT 669
Fermín Salvochea. Crónica de un revolucionario, de Pedro Vallina 671
Un héroe trágico del anarquismo español: Mateo Morral, 1879-1906, de Eduard Masjuan 673
¿Quién mató a Ferrer i Guardia?, de Francisco Bergasa. 676
«¡Oh, justo, sutil y poderoso veneno!». Los escritos de la anarquía, de Julio Camba 680
Anarcosindicalismo y derecho (1900-1939), de José Luis Carretero Miramar. Desafiando las normas del capital y construyendo las de un mundo sin explotación. . 682
El nacimiento de nuestra fuerza, de Víctor Serge. El Noi del Sucre y su tiempo 684
Salvador Seguí Rubinat, el Noi del Sucre. Antología. Amplia recopilación de escritos del anarcosindicalista catalán 686
La huelga de alquileres y el Comité de Defensa Económica, de Manel Aisa Pàmpols 687
La revuelta permanente. Memorias de Joan Ferrer Farriol recogidas por Baltasar Porcel 688
Recordando a Eleuterio Quintanilla. 692
Anarquía, dinamita y revolución social, de Ángel Herrerín López 694

Ángel Pestaña, falangista. Anatomía de una mentira histórica, de Sergio Giménez 696
La guerra de España: paradigma de una revolución, de Abel Paz 698
Rumbo a Zaragoza, de Roberto Martínez Catalán. Crónica de la Columna Durruti 699
Memorias (1936-1938). Hacia un nuevo Aragón, de Joaquín Ascaso 701
Poder legal y poder real en la Cataluña revolucionaria de 1936, de Josep Antoni Pozo 703
Cataluña: avatares de la colectivización agraria (1936-1939), de Antoni Gavaldà 705
La revolución en el conflicto español (1936-1939). «Llevaban un mundo nuevo en sus corazones» y «Colectividades libertarias en Castilla», de José Luis Gutiérrez Molina 706
Colectividades y revolución social. El anarquismo en la guerra civil española (1936-1939), de Walther L. Bernecker 707
Los Comités de Defensa de la CNT en Barcelona (1933-1938), de Agustín Guillamón 710
Nacionalistas contra anarquistas en la Cerdaña (1936-1937), de Antonio Gascón y Agustín Guillamón 712
La matanza del cuartel Carlos Marx, de Agustín Guillamón. Un episodio de represión en Barcelona durante los Hechos de mayo de 1937 713
CNT vs AIT. Los comités superiores cenetistas contra la oposición revolucionaria interna e internacional, de Agustín Guillamón 714
Carl Einstein en la Revolución española 716
Tras las barricadas de Barcelona, de Axel Österberg . . 718
Aquellos hombres que casi hicieron la revolución. *El eco de los pasos*, de Juan García Oliver. 719
Ecos y pasos perdidos de Juan García Oliver, de Agustín Guillamón. Las contradicciones de un protagonista de la Revolución social española de 1936 721
El eco de las muletas, de Dani Capmany: aproximación a Manuel Escorza del Val, responsable policial en los meses críticos de la Revolución española 722
La bala y la palabra. Francisco Ascaso (1901-1936): la vida accidental de un anarquista, de Luis Antonio Palacio Pilacés y Kike García Francés 724
Hubo un tiempo en que todo fue posible. *Vivir de pie*, extraordinario documental sobre Cipriano Mera. . 728
Tras las huellas de una vida generosa: Aurelio Fernández Sánchez y Los Solidarios, de Manel Aisa Pàmpols 730
Mauro Bajatierra, anarquista y periodista de acción, de Julián Vadillo Muñoz 731
Tres días del 33, de Ramón Pérez Montero. Literatura para descifrar la tragedia de Casas Viejas 733
Los sucesos revolucionarios de Bujalance, por Juan del Pueblo. Diciembre de 1933: acción directa en la campiña cordobesa 734
Caerán bajo la espada. Higinio Carrocera, la lucha de un anarquista, de Fernando Romero 735
Isaac Puente, médico rural en un tiempo convulso . . 737
Amor Nuño y la CNT. Crónicas de vida y muerte, de Jesús F. Salgado 738
Eduardo Barriobero. Las luchas de un jabalí, de José Luis Carretero Miramar 741
Lucía Sánchez Saornil, entre mujeres anarquistas, de Ignacio C. Soriano Jiménez 742
El ángel rojo, la historia de Melchor Rodríguez, de Alfonso Domingo 744
Vivir la anarquía, vivir la utopía, de Chris Ealham. José Peirats y la historia del anarcosindicalismo español . 746
Cinema al frente, de Pau Martínez Muñoz. Cinematografía anarquista durante la guerra civil española 748
Amparo Poch y Gascón. La vida por los otros. Guerra y exilio de una médica libertaria, de Antonina Rodrigo 751
La transición en rojo y negro, CNT (1973-1980), de Reyes Casado Gil 753
La revolución por el tejado: autobiografía de Lucio Urtubia 755
¿Anarquismo gitano?, de Silvia Agüero y Nicolás Jiménez 756
Anarquismo frente a los nacionalismos. Doce miradas libertarias al proceso secesionista en Cataluña . . . 758

5.5

REVOLUCIÓN EN UCRANIA (1918-1921)

Piotr A. Arshínov, protagonista de la revuelta de Ucrania (1918-1921) 760
La revolucion desconocida, de Volin. La Revolución rusa a través de uno de sus protagonistas en el campo anarquista 762
Documentos de la Revolución majnovista (1917-1921). *Memorias de Néstor Majnó (I): La Revolución rusa en Ucrania (marzo de 1917-abril de 1918)* 765
Documentos de la Revolución majnovista (1917-1921). *Memorias de Néstor Majnó (II): Bajo los golpes de la contrarrevolución (abril a junio de 1918)* 767
Documentos de la Revolución majnovista (1917-1921). *Memorias de Néstor Majnó (y III): Revolución en Ucrania (junio a diciembre de 1918)* 770
Los caminos de María Nikíforova 772
Peregónovka: la batalla que ganaron los anarquistas y salvó a los bolcheviques 774
Nikífor Grigóriev: la guerra como oficio 776
Documentos de la Revolución majnovista (1917-1921). Los últimos combates (1920 y 1921) 778

Documentos de la Revolución majnovista (1917-1921). Los soviets libres de Ucrania en la historiografía soviética 780
Néstor Majnó: caminos y luchas del exilio (1921-1934) 782
Antología de escritos de Néstor Majnó 783
Néstor Majnó: el hombre y el mito 784
En memoria de Alexandre Skirda, historiador libertario 785

5.6
América

Recordando a Lucy Parsons. 786
Viviendo mi vida (volumen 1), de Emma Goldman . . 787
Viviendo mi vida (volumen 2), de Emma Goldman . . 792
Visión en llamas. Emma Goldman sobre la revolución española, editado por David Porter 794
Memorias de un anarquista en prisión, de Alexander Berkman 797
El ABC del comunismo libertario, de Alexander Berkman 800
*Mother Earth. La voz del anarquismo en Norteamérica. Re*copilación de textos de la revista de Emma Goldman y Alexander Berkman 802
Anarquismo social o anarquismo personal: un abismo insuperable, de Murray Bookchin 803
La próxima revolución, de Murray Bookchin 805
Ecología o catástrofe. La vida de Murray Bookchin, de Janet Biehl 806

6.
La revolución interior:
psicología, budismo y mística

La creación de lo sagrado. La huella de la biología en las religiones antiguas, de Walter Burkert 810
La aportación del budismo a la transformación social . 811
El arte y el artista 812
La isla. 813
Recordando a Arthur J. Deikman. Misticismo y psicoterapia 814
La trampa de la felicidad, de Russ Harris: la larga sombra del budismo. 816
La «mística salvaje», según Michel Hulin. Evocaciones donde aflora la conciencia más abierta y sugestiva . 817
La Ilíada o el poema de la fuerza, de Simone Weil. La violencia de nuestra cultura en las fuentes griegas . 818
Breve semblanza de Henry David Thoreau 820
Recordando a Thomas Merton, monje pacifista y abanderado del diálogo interreligioso. Las contradicciones de un místico del siglo XX 821
El oráculo de la noche, de Sidarta Ribeiro. Mito y ciencia del sueño. 822
Mito made in USA, de Xan Eguía. Los mitos que nutren al gigante. 825
Coherencia cuántica y vida, de Teresa Versyp. Física cuántica para comprender y orientar la conciencia . 826
Signos en el silencio. En la muerte de Marcel Marceau 828

Índice onomástico. 829
índice de artículos 833



ESTE LIBRO
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EN LOS TALLERES DE GRAFINSA,
EN OVIEDO,
EL 19 DE JULIO DE 2026,
NONAGÉSIMO ANIVERSARIO DE LA
REVOLUCIÓN SOCIAL ESPAÑOLA

Los artículos y reseñas aquí reunidos fueron publicados entre 1999 y 2025 y presentan como denominador común una búsqueda, a través de la selva de la letra impresa, de argumentos e instrumentos contra la alienación del ser humano bajo el imperio del capital. De esta forma, en sucesivas secciones dedicadas a literatura, música, historia, política y economía, se perfila una trayectoria, de reflexión y libertad, que culmina vindicando el legado del anarquismo y esbozando la revolución interior necesaria para iluminar las luchas del presente.

Los libros vivos a los que se hace referencia en el título vienen a ser así los hitos más señeros que en el largo camino del pensamiento pueden servir de atalaya para soñar futuros.

ISBN: 978-84-8367-896-1
www.krkediciones.com